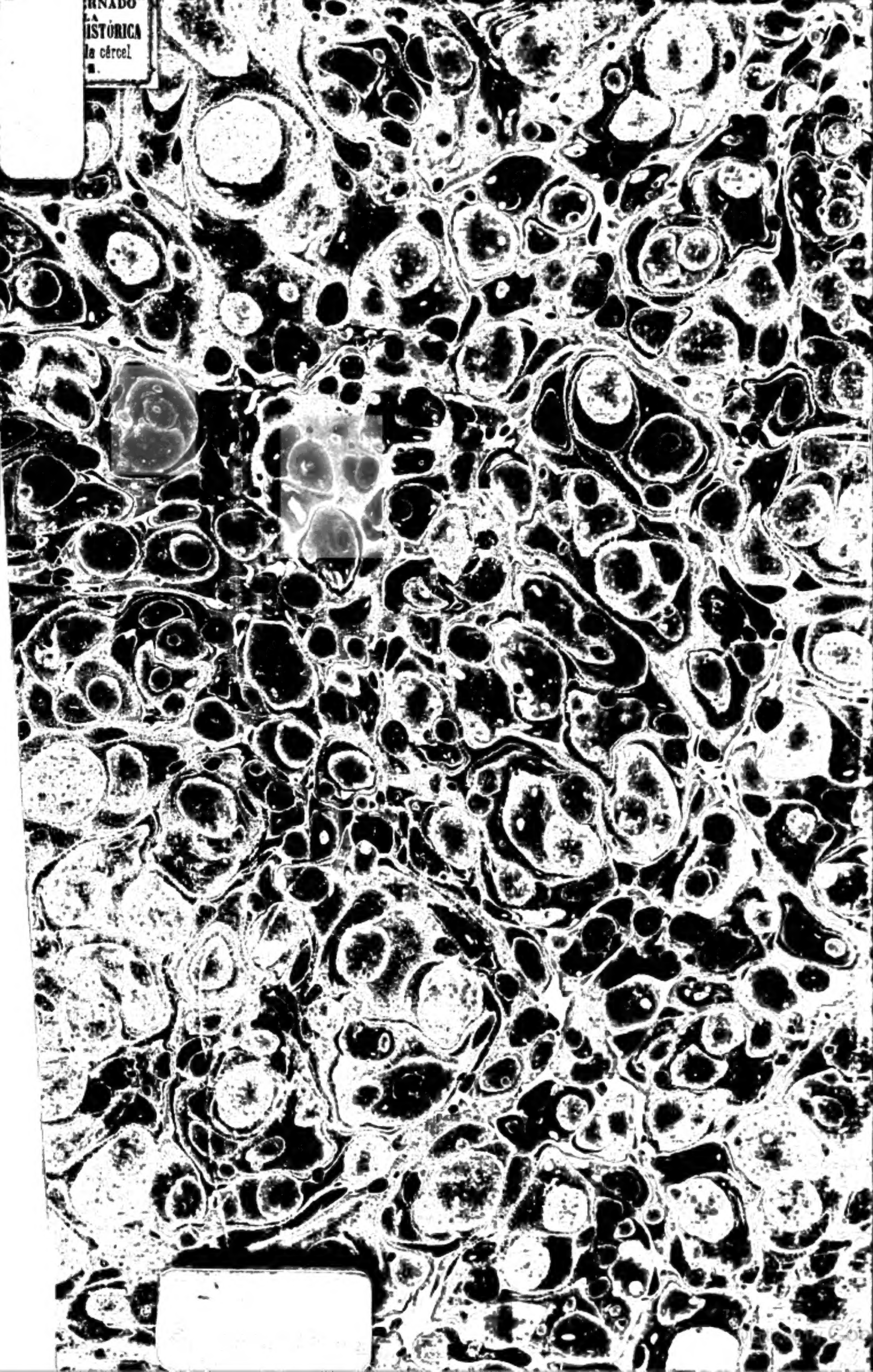
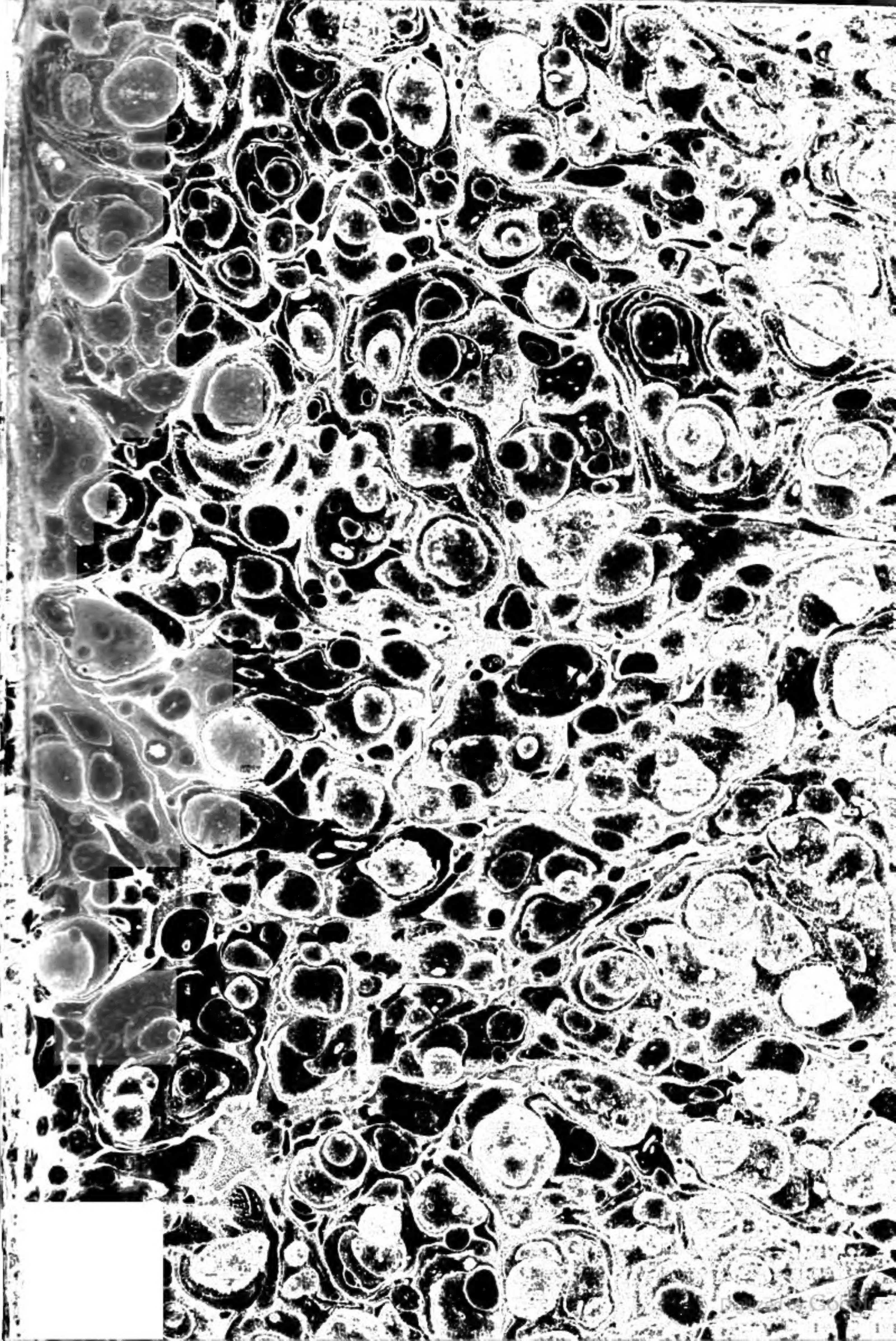

Digitized by Google



Google



Digitized by Google

EL NUEVO ANQUETIL.

HISTORIA UNIVERSAL.


Digitized by Google

BARCELONA: IMPRENTA DE LUIS TASSO, CALLE DE MANRESA.

Digitized by Google

Mahmoud el reformador de la Turquía.

A Mahmoud el reformador distrájole por el pronto del empeño la guerra que, á instigacion de la Francia, declaró á la Rusia y de la que fué resultado el tratado de Bucharest (1812). Pero, restablecida un tanto la calma en Europa, pensó en aclimatar entre los turcos la táctica de los ejércitos europeos y muchas reformas útiles, sin perder de vista la principal, y mas necesaria para él, cual era la disolucion de los genízaros. Diez y seis años estuvo luchando con esas cohortes que querian imponerle hasta sus menores caprichos. Subleváronse tres veces durante su reinado; obligáronle á sacrificarle su mismo favorito Khalet Effendi; sosegáronse por un momento, y volvieron de nuevo á sus desordenadas pasiones, hasta que, revistiéndose Mahmoud de una grande energía de carácter, las abrumó con fuerzas superiores y las desarmó. Mas no fué este el único enemigo interior con quien tuvo de combatir. El bajá de Egipto, Mehemet Ali, que habia restituido con sabia administracion á aquella comarca una parte de su esplendor antiguo, aspiraba reinar en ella, y transmitir á su hijo Ibrahim la corona. Era el Egipto una joya harto preciosa para que la Turquía se deshaciese de ella voluntariamente. Hizo, pues, Mahmoud esfuerzos extraordinarios para recobrarla; pero Mehemet é Ibrahim tenian de su parte el talento y la fortuna; derrotaron los ejércitos del sultan, crearon una marina imponente, se hicieron dueños de la Siria, y aun tal vez hubieran ocupado la ciudad de Constantinopla si no se hubiesen interpuesto las grandes potencias europeas, acorralándolos en el Egipto. En medio de estas reyertas intestinas las naciones lindantes con la Turquía procuraban sacar partido de la debilidad del imperio otomano. La Persia le declaró la guerra en 1823; la Rusia se la hizo encarnizada y ventajosamente en 1828 y obtuvo de él el tratado de Andrinópolis en 1829. Parecia que el imperio de Bayaceto iba á romperse en mil pedazos. Germinaba en la Grecia una semilla de descontento que estalló en una insurreccion general. Mahmoud pensó anegarla en sangre. Sus ejércitos llevaban una mision de exterminio. Pero los helenos estaban decididos á defenderse y querian probar al mundo que era llegada la hora de la resurreccion de Atenas. La ciudad de Misolonghi, que prefirió verse reducida á cenizas ántes que rendirse á los turcos, formó la luminaria que anunció á la Europa una nueva nacionalidad. Las naciones la saludaron, y formaron de la Grecia una monarquía. En vano Mahmoud quiso resistir, pues su escuadra fué incendiada en Navarino, y ante la fuerza tuvo que reconocer la independencia griega. Todas estas desgracias sobrevinieron á la Turquía durante la administracion de uno de los sultanes que mas dignos han sido de reinar. Mahmoud murió en 1839 dejando el trono á su nono hijo Abd-ul-Meschid que, hasta el dia, sepultado en las delicias del serrallo, se muestra impotente, así para regenerar en el interior la Turquía, como para hacerla respetar del extranjero, y puede decirse que está bajo la tutela de las grandes naciones europeas.

LA GRECIA MODERNA.

Comunmente no se ve en las grandes revoluciones de los pueblos mas que lo que parece un móvil poderoso, y no se estudian las causas que á veces hacen salir prodigios de la nada. Al oir hablar de la resurreccion de la Grecia se creerá naturalmente que los habitantes de esta comarca estaban llenos de recuerdos de sus magnánimos antepasados, y suspiraban porque llegase el dia de poder imitarlos. Sin embargo, los viajeros que visitaban las ruinas de Atenas se convencian con dolor de que aquellos moradores no veian en los restos de los famosos propileos, ni en las de los pritaneos, ni en la fábrica del Parthenon, mas que la sombra que les proporcionaban. Los nombres antiguos eran para ellos un lenguage nuevo; y extranjero hubo que pudo haberles enseñado el idioma que usaron sus abuelos. Lo pasado, pues, influyó escasamente en la creacion de la Grecia moderna. Ésta fué obra de un hombre solo.

Llamábase Alí-Bajá. Habia nacido en Tebelen de la Albania en 1741, y, obedeciendo á los impulsos de la ambicion, y no conteniéndole ante el logro de sus fines la dificultad de ninguna intriga, recorrió uno á uno los grados de la administracion y de la milicia, obtuvo el bajalato de Tricala, y en 1788 el de Janina. Juntó muy luego á su gobierno el de la Albania, y el de la Grecia propiamente dicha; y en 1804 reunió además el vireinato de la Romelia. Era su grande afan atesorar. Para conseguirlo no hacia diferencia entre turcos ni griegos, y los hacia hermanos por los padecimientos, y compañeros en el odio contra la tiranía. Pero nadie se atrevia á proferir una queja. El terrible Alí era un hombre valiente hasta la temeridad, é implacable. Delante de él temblaban sumisos todos cuantos contribuian á llenar sus arcas. Sus menores caprichos eran una ley. En Constantinopla tenia agentes pagados para inmolar á cuantos se le mostraban desafectos ó abrigaban intenciones de hacer llegar la verdad á oidos del sultan. Un doméstico suyo, uno de sus mas íntimos secretarios, enemistado ya con él, y fugitivo, burló la vigilancia y el furor de los asesinos, é hizo resonar el eivan con sus clamores. Acusaba al bajá de malversacion, de depredaciones, de asesinatos, y sobretodo de la intencion de querer destronar á Mahmoud. Declaróse el sultan contra Alí. Desembozóse éste (1820) y abiertamente se proclamó independiente. Para sostenerse formó el designio de escitar un levantamiento en masa contra la dominacion turca. Llamó á todos sus vasallos á las armas. Un secretario suyo debia traducir en griego una circular destinada á dar órdenes á los raias de los pueblos para que secundasen el impulso. El secretario, no muy versado en el idioma griego, convirtió la circular en una proclama terriblemente revolucionaria. Ésta fué la tea que llevó el incendio á todas partes. Por traicion cayó Alí-Bajá en poder de los turcos, y fué sacrificado. Pero la obra involuntaria de su secretario daba resultados asombrosos. Al principio dudaron los habitantes de la Grecia si ese llamamiento á la libertad era verdadero; pero, viendo que el sultan les prometia tambien libertad si desoian la voz de Alí, pensaron con fundamento que, en medio de las reyertas intestinas de sus tiranos, podian acaso esperar descartarse del yugo que los oprimia. Despues de mas de dos mil años volvieron á pronunciarse en el pais de los helenos los nombres de Temistocles, de Epaminondas y de Leonidas.

La misma cólera del sultan consumó la obra de Alí y de su secretario. Parecióle á Mahmoud que bastarian algunos sangrientos escarmientos para reducir á los griegos; y de una medida de rigor en otra hizo penetrar en los corazones de los helenos la desesperacion. Los mas tímidos se convirtieron en héroes. Pero el resultado de la lucha de un puñado de hombres contra todas las fuerzas de un grande imperio, no podia ser dudoso. Entre los bajás que, obedeciendo á la voz del sultan, acudieron contra la infeliz Grecia, es doloroso tener que mencionar á Mehemet Alí que envió contra Missolonghi á su hijo Ibrahim que solo logró apoderarse de un monton de ruinas. La intervencion de las grandes potencias europeas puso término á la carnicería, y levantó sobre las ruinas de la Grecia una monarquía. En 1830 fué constituido el pais en reino independiente, dando el trono á Othon I, hijo segundo del rey de Baviera.

Durante algunos años ejerció un mando absoluto; pero, siguiendo la Grecia el impulso dado por los pueblos mas meridionales de la Europa, le ha sido preciso á Othon entrar en la senda de los gobiernos representativos.

Los confines del reino de Grecia que el congreso de soberanos ha concedido á Oton, son: al norte, los bajalatos de Janina y Larisa, en el imperio otomano, y el Archipiélago; al sur, el mismo Archipiélago y el Mediterráneo; y al oeste el mar Jónico. Nuestros lectores desearán conocer que aspecto presenta en el dia aquella

Digitized by Google

comarca tan célebre en la antigüedad, y en que estado se encuentran sus mas famosas poblaciones: vamos, pues, á satisfacer su curiosidad.

Desde un decreto de 1838 todo el reino se halla dividido en 24 gobiernos, siete de los cuales comprenden dentro de sus limites otros tantos subgobiernos; los gobiernos se subdividen en provincias. *Atenas*, situada á unas cinco millas del golfo de Egina, ciudad célebre en la antigüedad como capital de la república que dirigió los destinos de la Grecia, y fué por mucho tiempo el emporio de las ciencias, de las letras y de las bellas artes, es ahora cabeza del gobierno de Ática, con una poblacion de 26,000 almas, y capital del reino. Hasta cierto punto podemos considerarla como creacion de nuestros dias, atendidos los numerosos edificios que van reemplazando sus ruinas, entre las cuales se levantan ya restaurados el Acrópolis (ciudadela), el Erechtheion y el Parthenon (templo de Minerva), y los propyleos que se descubrieron pocos años ha. Sus siete sociedades sabias, sus colecciones científicas, la universidad y otros establecimientos literarios, once imprentas y diez y seis periódicos atestiguan los progresos que va haciendo en la nueva carrera en que han entrado aquellos paises. Una hermosa calzada la pone en comunicacion con *Porto-Leone*, que ha recobrado su nombre clásico de Pireo, y á cuyo alrededor se ha formado una pequeña ciudad que cuenta ya 5000 habitantes, y es una de las principales estaciones de la navegacion por vapor y la tercera plaza de comercio del reino. *Tebas* (Thiva), ántes tan poderosa en tiempos de Pelópidas y Epaminondas, es cabeza de un gobierno y no cuenta mas que 2800 almas. *Livadia*, cabeza del gobierno de la Beocia, es poblacion de 4300 almas, y residencia del arzobispo de Tebas. *Egina*, en la isla de su nombre, perteneciente al gobierno de la Megarida, es ciudad de 3200 habitantes, notable por sus antigüedades y por haber sido durante algun tiempo la capital de la Grecia cuando la última guerra. *Amphisa* (Salona), cabeza del gobierno de la Fócida, es ciudad episcopal de 35,000 habitantes, situada cerca del Liacoura, que es el antiguo Parnaso: en sus cercanías se halla la aldea de *Castri*, edificada sobre las ruinas de la antigua *Delfos*, una de las ciudades mas grandes de la Grecia y famosa por su oráculo. *Misolonghi*, cabeza del gobierno de la Etolia, plaza fuerte, situada en una laguna, y cuya poblacion es todavía de 5500 almas, no obstante el horroroso sitio que sufrió en 1826. *Corinto* (*Kordos* de los turcos), en el istmo de su nombre, es cabeza de gobierno y silla de un arzobispado. Esta ciudad, antiguamente tan industriosa, rica y comercial, hace poco que aun no contaba mas que 2000 habitantes: pero será siempre la llave del Peloponeso (Morea) por su posicion estratégica y su vasta y fuerte ciudadela. *Patras* (*Baliabadra* de los turcos), es ciudad arzobispal, muy comerciante, de 10,000 almas, y con un puerto en el golfo de su nombre: es cabeza del gobierno de la Acaya. *Tripolitza*, residencia de un metropolitano y cabeza del gobierno de Mantinea, está edificada sobre la mesa central del Peloponeso: los 20,000 habitantes que contaba, cuando era capital del bajalato de la Morea, se hallan ahora reducidos á 8800. *Kyparissa* (Arcadia), cabeza del gobierno de Triphilia, es ciudad comercial de 2,500 almas, donde reside un metropolitano. No muy lejos se halla *Miraca*, miserable aldea junto á la cual estaba *Olimpia*, tan celebrada en la antigüedad por los juegos que en ella se celebraban cada cinco años. *Calamata*, cabeza del gobierno de Mesenia, ciudad comercial, con 6000 habitantes. *Esparta*, poblacion de 1000 almas, edificada en el mismo sitio que ocupó la antigua, es residencia de un metropolitano y cabeza del gobierno de Lacedemonia. En sus cercanías se halla tambien *Mistra*, ciudad de 3700 habitantes situada al pié del monte Pendactylon (Taygetes) y anteriormente cabeza de gobierno. *Nauplia* (Napoli de Romania), ciudad arzobispal y comercial, con un puerto, una fuerte ciudadela y 6400 habitantes, fué capital de la Grecia durante algunos años, pero ahora no es mas que cabeza del gobierno de la Argólida. Cerca de allí se hallan: Argos con 10,000 almas, una de las mas antiguas ciudades del mundo, y de las mas florecientes de la Morea, ántes de los desastres de la última guerra; y *Karvathy*, miserable lugarejo, importante tan solo por estar cerca de las ruinas de *Mycenas*, que son de las mas notables de Europa. *Spetzia*, en la isleta de este nombre, es ciudad de 7600 habitantes, cabeza de un subgobierno, y muy importante por su numerosa marina mercante y la actividad de sus astilleros. *Hydra*, en la isla de su nombre, es poblacion de 18,000 almas, muy importante tambien por su numerosa marina mercante y la actividad de sus astilleros. *Poros*, en el islote asi llamado, es ciudad de unos 3500 habitantes, importante por su excelente puerto con doble entrada, declarado puerto militar del reino, y por los astilleros de la marina real que se hallan establecidos en ella. *Chalcis* (Negroponto, *Egriboz* de los turcos), cabeza del gobierno de la Eubea, está situada en la isla de este nombre, llamada ahora *Negroponto*, que es la mayor del reino y la segunda del Archipiélago, pues solo la aventaja Candia. *Chalcis*, es ciudad arzobispal, muy fuerte, de 5100 habitantes, con un puerto, y un puente construido por el célebre Euripo, que la une con el continente. *Skiatos*, en la isla de este nombre, es pequeña ciudad de unos 6000 habitantes, cabeza de un subgobierno, y muy importante por la actividad de su astillero. *Hermópolis* (Syra), en la isla de Syra, es ciudad de 15,000 habitantes, silla de un obispado católico, y cabeza del gobierno de Syra: verdadera creacion del comercio, pocos años han bastado para que llegase á ser, no solo la primera plaza mercantil del reino, si que tambien uno de los mas importantes depósitos del comercio del Mediterráneo, y una de las principales estaciones de navegacion por vapor. En sus aguas se descubre el islote de *Delos*, notable por la grande celebridad de que gozaba su templo dedicado á Diana y Apolo. *Tinos* (Tine), ciudad industriosa, de 2000 habitantes, silla de un arzobispado griego y de un obispado latino, cabeza de gobierno, situado en la isla de su nombre, que es una de las mas florecientes y pobladas de la Grecia. *Naxos*, ciudad de 2900 habitantes, en la isla de este nombre, que es la mayor de las Cicladas; es silla de un arzobispado católico, de un obispado griego, y cabeza de gobierno. En sus aguas asoma la isla de *Paros*, tan importante por sus puertos como célebre por sus canteras de mármol, que dieron materia para tantas obras maestras como nos ha legado la antigüedad. *Thera* (Santorin), es ciudad de 4300 almas, silla de un obispado latino y otro griego, situada en la isla de este nombre, que es una de las mas pobladas y florecientes del Archipiélago, y notable por los volcanes submarinos que hay en sus inmediaciones y por la actividad de sus astilleros, pues, tocante á este último, no la aventajan mas que Syra, Spetzia é Hydra. Finalmente citaremos á *Milos*, cabeza de un subgobierno, que es una ciudad de 2000 habitantes, situada en la isla de su nombre, y notable por sus aguas termales, sus fenómenos volcánicos, sus antigüedades y su puerto, que es de los mejores del Mediterráneo.

JUDÍOS.

La infeliz nacion de los judíos, que, en cumplimiento de la profecía de Jesucristo se halla esparcida entre las demas naciones de diez y siete siglos á esta parte, sin embargo del desprecio y el odio con que gime en la mas dura cautividad, sacrificada á la ignominia y los insultos, vejada, atormentada, objeto perpetuo de las violencias con que la tratan, víctima de las calamidades y de la opresion, y sobrenadando siempre en los rios de sangre que la han hecho derramar: merece ocupar por lo mismo algun lugar en la vasta estencion de la historia. Si todas sus desgracias se presentaran juntas, su existencia entre las causas mas eficaces de destruccion pareceria una especie de prodigio con que Dios la conserva con

Digitized by Google

los libros santos, para que tenga el cristianismo en todas partes y en manos de sus mayores enemigos los testimonios irrefragables de su verdad.

Los judios (siglo I, II y III) para eludir la profecia de que el Mesias habia de nacer cuando el cetro faltase de Judá, creen desembarazarse fácilmente con respeto á los tiempos anteriores al nacimiento del Señor, diciendo que en la cautividad de Babilonia eligieron príncipes de la tribu de Judá, y los llamaron *Príncipes de la cautividad*. Cuando pierden la serie de estos pretendidos reyes, colocan la autoridad en manos de los sacerdotes de Jerusalen. Destruida esta ciudad, dicen que sucedió el sanedrin, que con permiso de los romanos colocan en Tiberiades, y á cuyos gefes llamaban patriarcas de Judea. Entónces ya presentan una lista, pero destruida de autenticidad, que apoye los nombres en buena cronología. Y por último, viéndose sin poder legislativo, dicen que éste reside en la sinagoga. Pero ¿en dónde están los reyes de la tribu de Judá? Éstos duraron esclusivamente hasta Herodes, porque éste ya era un extranjero. Dicen que los judios que huyeron de la matanza en tiempo de Tito, llevaron á España la familia de David.

En tiempo de Trajano, no pudiendo los judios sufrir el yugo de los romanos, se rebelaron en la Libia, en la isla de Chipre y en la Mesopotamia, y mataron mas de doscientos mil hombres; pero las crueles represalias contra ellos suben á muchos millares. Á pesar de tan espantosa destruccion, se juntó imperando Antonino una horrible multitud con un impostor llamado Barcochébas, *ó hijo de la estrella*, que decia ser el Mesias, y tuvo por precursor á un tal Akiba, gefe del sanedrin, que contribuyó mucho á dar crédito á la mision de su Mesias, y el número de hombres capaces de llevar las armas pasaba de doscientos mil. Éste se hizo consagrar rey, y los bandidos de los paises inmediatos acudieron á sus banderas, con lo que sus tropas se hicieron terribles. El verdadero Mesias estaba anunciado como hombre de un corazon manso y sufrido; y habia de ser tan benigno que, para usar la frase del Profeta, no apagaria una mecha que todavia humease; pero este falso Mesias mataba á los romanos, á los cristianos, y aun á los judios que no le querian reconocer. Murió en la brecha de su capital, sitiada por Rufo, general romano; y á su precursor Akiba le desollaron vivo con un peine de hierro. Quinientos ochenta mil judios perecieron con el hambre, la espada ó la miseria. Adriano reedificó á Jerusalen, nó para ellos, pues los escluyó, y por el contrario para darles que sentir, afectó que la hacia inmunda, colocando en ella ídolos, y ofreciendo impuros sacrificios. Creyó este emperador que recargando á los judios se sujetarian; pero con esto rompieron ántes.

Les puso precio Adriano á la licencia de ver desde lejos la ciudad santa, á la de circuncidar sus hijos, y á la de conservar y leer los libros sagrados: pero no por esto dejaron la ley de Moisés.

Los confirmaban en su preocupacion los sabios de aquel tiempo (siglos III y IV) cuyos escritos aun estiman mucho. Judas, á quien ellos llaman el santo, cabeza de la academia de Tiberiades, compuso la *Misna*, que es una coleccion de leyes, y el código civil y eclesiástico de los judios. Hikel, su hijo, compuso un calendario en tal disposicion que les hiciese creer que Jesucristo no era el Mesias. Como los judios no tenian mas ciencia que la de su religion y sus prácticas, el mismo estudio especulativo produjo entre ellos una multitud de sectas, las cuales se escomulgaban unas á otras. Este pueblo indómito, reclamando la libertad de practicar su religion, llegó con una especie de furor algunas veces á suscitar grandes alborotos. Los maltrató Antonino: los hizo aborrecibles Marco Aurelio: los favoreció Severo: temblaron imperando Caracalla; se vieron bajo el dominio de Heliogábalo en grande riesgo: los protegió Alejandro Severo; y reinando los emperadores siguientes vivieron con tranquilidad. Ninguno debe admirarse de que los favoreciese el apóstata Juliano, por la sola intencion de dar que sentir á los cristianos. Joviniano, Valente y Valentiniano llegaron con sus edictos á desencadenar el odio popular contra los judios; pero Teodosio I le contuvo.

Se encarnizaron todos los pueblos contra los judios (siglos V, VI y VII); y bien fuesen los agresores ó los acometidos, siempre caia sobre ellos la pena. Todos los años acostumbraban á celebrar la libertad que lograron en los antiguos tiempos por medio de Mardoqueo, tio de Ester, y solian colgar á Aman de una horca; pero, reinando Teodosio II, clavaron una efigie en una cruz, la llevaron en procesion, y la quemaron. Tuvieron los cristianos esta accion por burla hecha á Jesucristo, por lo que los judios sufrieron una tumultuaria matanza.

En Persia tenian academias florecientes; pero allí sufrieron violentas persecuciones. No obstante se mantuvieron en estado de opulencia; y esta misma opulencia, que algunas veces era causa de los malos tratamientos, otras lo era de atencion; bien que les hacian comprarla. Mahoma los cubrió de desprecio, é inspiró á los mahometanos los mismos sentimientos. Todavia está en problema si los judios se sublevaron en Palestina, en Siria, en Tiro y en Cesarea por las vejaciones que sufrian, ó si estas vejaciones las padecieron porque se sublevaban. Se daba por Mesias en Palestina un impostor llamado Juliano, y fueron muchos los infelices que le siguieron seducidos; pero todos fueron esterminados. En España y en Francia los anatematizaron á un mismo tiempo los concilios, y los persiguieron los soberanos. Tenian en Arlés mucho poder, y por haber abusado de él los echaron de la Provenza y de Langüedoc. La prision, el despojo y el destierro eran mas frecuentes contra ellos en estas dos provincias que la muerte; por lo que sus hijos y sus mugeres se quedaban en una horrible miseria.

Se ve que muchos califas estimaron á los judios (siglos VIII, IX, X y XI), y los recibieron en su corte como médicos, astrólogos y gente literata; y estendiéndose este favor á todos, les confiaron los príncipes la administracion de la hacienda; pero los pueblos, mortificados por estos demasiado hábiles administradores, llevaron á mal la eleccion, y sus murmuraciones autorizaron muchas veces á los príncipes para esprimir en favor de sus tesoros esta especie de esponjas. Como si para arruinarlos no bastasen el destierro y la proscripcion, ellos mismos se desterraban oprimidos. Persuadió un judio, llamado Sereno, á los judios de España, que él era el Mesias; y los exhortó de tal modo á que le siguiesen á Judea, que, abandonando sus bienes, se acomodaron con ellos los vecinos de los desertores. Desapareció el tal Mesias, y toda aquella tropa ignorante y ciega pereció por los caminos. Les acusaron de haber llamado á los árabes al Langüedoc, y de haber favorecido la invasion de los normandos en Italia. Estas acusaciones suscitaron contra ellos muchos enemigos en Europa, al mismo tiempo que se estaban multiplicando en Asia; y en una ciudad de Siria, sujeta al dominio de los persas, se contaban novecientos mil. Florecian entre ellos las ciencias y las artes en el estado que entónces tenian; pero ya que por defuera estaban tranquilos, ellos entre sí mismos se despedazaban peleando en su mismo seno las sectas enemigas. Con motivo de una traduccion del *Talmud*, libro lleno de tradiciones, en el cual hay algunas cosas útiles, pero mezcladas con muchas fábulas, tuvieron en España grandes disputas, y en este reino procuraron muchos confundirlos con los sarracenos. Con este motivo en todas partes los trataron como enemigos; y aun en Francia se estendió esta persecucion sangrienta, cuyo furor mitigaron algunos rabinos acreditados. En Egipto triunfaron, fueron humillados, los espelieron, y volvieron á llamarlos. Con estas alternativas, que eran muy comunes, pasaban los judios de un cabo á otro del mundo, siempre maltratados, y nunca destruidos del todo.

En el siglo XII se ve gran número de judios en las riberas del Tigris y del Eufrates, ó en las ciudades que las adornaban, en Cusa, en toda la Siria, en los mismos lugares que en otro tiempo habian sido testigos de la cautividad de sus padres; pero no fué mejor la suerte de

Digitized by Google

los hijos. En Egipto habian esperimentado terribles infortunios, pues se dice que en una sola ocasion los mataron en mayor número que el que salió en tiempo de Moisés. Volvieron á entrar por destacamentos, arrojados de otros paises, y volvieron á formar colonias populosas. No nos debe admirar que existiesen muy numerosos en Judea, en Jerusalen, en toda la Galilea y en Tiro. Desde aquellas costas navegaron á Grecia, fuéron en tropel á Constantinopla, y de ésta salieron para la Italia, Roma Capua y Milan: de aqui pasaron á Francia, desde donde por un lado se reunieron con los de África, y por el otro penetraron por la Alemania y la Inglaterra. Entónces se comunicaban sus sinagogas, y de aqui nacia entre ellos la emulacion del estudio.

Pero todas sus ciencias no impedian que diversos impostores saliesen á engañar la credulidad del pueblo. No hubo ménos que nueve ó diez falsos Mesias en Oriente y Occidente. El falso Mesias que hubo en Francia fué causa de que el rey Carlos el *Hermoso* mandase arruinar las sinagogas. En Persia á un falso Mesias que se presentó armado le concedió el sofí el dinero que le pidió para que no le hiciese mas guerra; pero cuando el sofí vió al tal Mesias sin defensa, hizo que los judios desarmados le reembolsasen su dinero. En España escitaron una sublevacion dos impostores, y solo se grangearon los malos tratamientos de su nacion. En Arabia hubo otro que se alababa de hacer milagros; aseguró que si le cortaban la cabeza habia de resucitar; le tomaron la palabra, pero no resucitó; y los judios, en castigo de su credulidad, fueron condenados á grandes multas. Era tanta esta credulidad que honraron como Mesias á un leproso, cuando esta especie de enfermos es abominable entre ellos. Se aficionaron tambien á otro Mesias que en Moravia ya parecia, ya desaparecia, y aseguraba que tenia poder para hacerse invisible; obligaron á la nacion á que le presentase, y le prendieron á pesar de su invisibilidad. Un caso semejante sucedió en Persia; pero en los dos paises pagaron bien cara los judios la inquietud que causaban á los soberanos por dejarse engañar. Si se añaden las vejaciones que esperimentaron en tiempo de las Cruzadas, y siempre que los han acusado de que crucificaban los niños, envenenaban los pozos, fuentes y rios, no puede ménos de admirarse que no haya perecido su casta.

Todo lo que les imputaban en los siglos anteriores, tomó cierto aire de certidumbre en el XIII y XIV. Aunque los delitos podian ser atrocidades de algunos malvados, siempre hacian responsable á toda la nacion, y era general el horror que los judios inspiraban. Sus nombres en los historiadores, en los diplomas de los reyes, y en los reglamentos de policia, siempre se leen acompañados de epitetos insultantes. Sin cesar estaba el hacha levantada sobre sus cabezas, los cadalsos debajo de sus piés, y las hogueras encendidas para consumirlos; pero cuando en Europa los trataban con esta crueldad, respiraban en Judea: los mamelucos de Egipto ni los perseguian ni los favorecian; los tártaros los acogian como médicos, astrólogos y buenos negociantes; los griegos les dejaban vivir tranquilos en sus paises.

Con mas paciencia llevaban los judios las vejaciones, que el que los obligasen á convertirse, porque los precisaban á enviar sus hijos á las escuelas cristianas, y á oir los sermones. Muchas veces les propusieron la alternativa de morir ó creer. En una larga serie de reyes de Francia fueron atormentados y proscritos; por el contrario los toleraban los papas de Aviñon. Los ingleses los echaron á la otra parte del mar. Se prendió un fuego en Francfort, los acusaron del incendio, y los abrasaron en él: lo mismo sucedió en Nuremberg. En el Palatinado los persiguieron como á bestias feroces, porque una muger los acusó de haberla solicitado á que les entregase un niño para crucificarle, y otra de que le habian pedido una hostia para profanarla. La Alemania toda entera los arrojó de su seno.

Solamente la calidad de judio (siglos XV, XVI y XVII) llevaba consigo muchas veces la proscripcion sin remedio alguno. En España los reyes católicos los espelieron de sus estados en número de ochocientos mil; y esta emigracion es de las mas notables que se halla en la historia; pero les dieron tiempo señalado para vender sus bienes y sus fondos. Muchos perecieron en esta emigracion, porque embarcándose para el África, no los querian admitir los mahometanos, y se hallaron en un pais desnudo de toda hospitalidad. Ésta fué la última calamidad que pasaron como cuerpo de nacion: pero los destierros y proscripciones han sido innumerables hasta nuestros dias. ¡Hasta nuestros dias! Esta espresion da á entender que todavia existen judios, y su existencia es una especie de prodigio. Con tantas desgracias, que han destruido del todo naciones mucho mas florecientes, por todas partes hay judios, y en gran número. Todavia se hallan en todas las ciudades importantes de Asia y de Europa. Se han dado al comercio, y le entienden en todos sus puntos; pero tambien se acomodan sin escrúpulo á todos los modos de adelantar sus caudales. Un efecto de comercio comprado por un judio corre de mano en mano hasta el cabo del mundo, sin que se pueda descubrir por donde pasa. En donde les permiten poseer tierras las cultivan; y aunque se han mezclado entre los habitadores de todos los paises, nunca se confunden con ellos, y siempre son conocidos sin saberse por qué. Bien que sus costumbres, la prohibicion de ciertos manjares, sus fiestas y abstinencias legales, con sus casamientos limitados á hacerse entre ellos mismos, los separan de todos los pueblos; y nos admira esta nacion que, sin tener autoridad alguna en todo el mundo entero, es la única que señalando los sitios en donde ha estado puede alegar una especie de derecho en todos los puntos del mundo habitable. Parece que no puede dudarse que la Providencia los señala en todas partes con la infamia del deicidio que cometieron, y que con su obstinacion se cumple en ellos aquella súplica de David: *Dispersadlos, Señor, y no les quiteis vuestra ley.*

AFRICA.

África, á la que llamaron los romanos tierra *feraz de mónstruos*, justifica bien esta calidad; bien sea que se entienda de los animales crueles y carniceros, ó de los hombres tan feroces como las fieras, ó bien de sus monstruosidades en punto de costumbres y de las preocupaciones de sus habitadores. África es una península que solamente toca á Asia por una lengua de tierra de veinte y cinco leguas de ancho entre el mar Rojo y el Mediterráneo. Por dos causas es poco conocido lo interior de esta parte del mundo. Primera la dificultad de viajar tierra adentro por ser grande la desconfianza que los habitantes tienen de los europeos, considerándolos coligados para quitarles las minas de oro, que son sus principales riquezas, y y asi no les permiten penetrar, siendo pocos los que han vuelto de los que lo han intentado, aunque no fuéron muy lejos. Segunda la invencible tenacidad con que los naturales callan en preguntándoles de su pais; pues los mismos esclavos que se traen de allá nada dicen por mas promesas, caricias ni rigores que con ellos se usen, y si alguna vez hablan es para engañar; pero nunca para dar idea de su religion, costumbres ó comercio, ni de otros puntos que puedan instruir, agradar ó interesar. Lo poco que se sabe de lo interior del África se debe á las relaciones de algunos misioneros que han huido de la ferocidad de aquellos hombres, y resistido á la intemperie del aire, y á la fatiga de los viajes por aquellos paises incultos. Ya los antiguos fenicios frecuentaron las costas del Mediterráneo, y aun parece que pasaron el estrecho de Gibraltar. Los persas conocian las del Océano, pero se duda que llegasen hasta el cabo de Buena Esperanza. Estaba reservado para los portugueses darnos un exacto conocimiento de las costas orientales y occidentale de este cabo, y nos le han ido dando mas circunstanciado, segun que los viajes á la India les han proporcionado la ocasion de estender ó rectificar las observaciones.

Digitized by Google

África tiene la forma de una pirámide cuya basa está sobre la costa del Mediterráneo, desde la embocadura del Nilo hasta el estrecho de Gibraltar, y tiene mil cuatrocientas leguas de norte á sur, y mil quinientas de oriente á occidente. Las dos terceras partes caen bajo la zona tórrida; pero el calor no es el que impide que esta parte esté tan poblada como las otras, sino la esterilidad de la tierra, la escasez y mala calidad de las aguas, los vapores pestilenciales que se levantan de los lagos que forman las grandes lluvias, cuyas aguas se corrompen cubiertas de cañizo, y no agitadas de los vientos. Estas diferentes causas hacen que en algunos parages no haya habitadores, al mismo tiempo que los tienen en abundancia las tierras vecinas, aunque heridas igualmente de los rayos verticales del sol. El África se divide en cuatro partes; primera el país de los blancos, que comprende el Egipto, la Numidia, y Zara, ó el desierto: segunda el país de los negros, esto es, la Nigricia, Guinea y Nubia: tercera, la Etiopía alta y baja, la Abisinia, los estados de la ribera del mar Rojo y del de la India, con los vastos países interiores detrás de estas costas; y cuarta, las islas que están al rededor en el Mediterráneo, en el mar Rojo y en el Océano.

En general se reconoce malísimo carácter en los africanos, así moros, como árabes y negros, pues son brutales, ignorantes, perezosos, traidores, ladrones, supersticiosos y desconfiados. San Agustin, que era africano, decia, que tan dificil era en los africanos no ser inclinados á la incontinencia, como no ser africanos con haber nacido en África. Tambien es proverbio comun que todos los pueblos de la tierra tienen algunas calidades buenas mezcladas con las malas, á escepcion de los africanos. Estas odiosas imputaciones se deben aplicar principalmente á los negros ó cafres, despues á los moros ó antiguos habitadores morenos; mas no tanto á los árabes que se esparcieron por África á la mitad del séptimo siglo, y hacen una gran parte de su poblacion. Los morabutos, que son los sacerdotes del país, han inventado una chistosa fábula para esplicar la diferencia que hay entre los blancos, los morenos, y los negros en cuanto á la fortuna y las riquezas.

Dicen pues que cuando murió Noé, sus tres hijos, uno de los cuales era blanco, otro moreno, y otro negro, se juntaron á partir sus bienes, que consistian en oro, plata, piedras preciosas, marfil, vestidos de seda, de lana y de lino, caballos, camellos, dromedarios, ganado mayor y menor, armas, muebles, granos y otras provisiones, además del tabaco y las pipas. Habiendo pasado la mayor parte del dia en separar tantas cosas diferentes, se vieron precisados los tres herederos á dejar el repartimiento para el dia siguiente. Cenaron, fumaron en buena amistad, y se fué cada uno á descansar á su tienda. Despues de algunas horas de sueño despertó el hermano blanco con la codicia; y levantándose se apoderó del oro, plata, piedras preciosas, y los mejores vestidos, cargó los mejores caballos, y tomó el camino al país que despues ha habitado su posteridad blanca. El moreno, ó de color bajo, despertó tambien con la misma intencion, y sorprendido de ver que se le habia adelantado su hermano, se aseguró á toda prisa del resto de los caballos, camellos y bueyes, y se retiró á otra parte del mundo; no dejando mas que algunos vestidos toscos, algodon, pipas, tabaco, mijo, arroz y otras cosas de ménos valor. Esto fué lo que le tocó al negro, el mas perezoso de los tres hermanos; tomó tristemente su pipa, se sentó pensativo, y juró vengarse. Á la verdad, estas son las pasiones dominantes de los negros, fumar, no hacer cosa alguna, estar pensativos, y vengarse.

No tienen mas inclinacion natural que á la brutalidad, y es tan poco su afecto á las mugeres y á los hijos, que los venden. Son borrachos, sensuales, crueles, pérfidos, en una palabra, no tienen freno ni principios de moralidad. No piensan, solamente obran, y siempre siguiendo el impulso de la pasion actual, como los animales, sin reflexion. Los niños nacen blancos, á escepcion de las partes naturales, y un circulito negro al rededor de las uñas. El buen color negro se borra con la enfermedad, y á proporcion del mal va degradando en desmayada palidez. Cuando mueren se vuelven á quedar muy negros. Si reciben alguna herida, la cicatriz que resulta es blanca: en general las plantas de los piés son blancas. Es falso que se ponen blancos viviendo por mucho tiempo en climas distantes de los ardores del sol; porque su negrura solamente va perdiendo por la sucesion y mezcla de castas, despues de las transmulaciones, cuyo número no se ha podido aun fijar, porque el éxito depende de la constitucion mas ó ménos fuerte de los individuos, y al fin se viene á borrar la negrura hasta no dejar señal.

Además de la adoracion del sol, de la luna, de las estrellas y del fuego, tienen los negros una idolatría estúpida y grosera, con las plantas, árboles, montes y rios, y aun á los viles insectos dan una especie de culto, igualmente que á ciertas divinidades ó entes imaginarios, que sus sacerdotes hacen entrar en todos los asuntos de la vida, como en la salud, enfermedad, muerte, nacimiento y sucesos felices ó infelices; y aun estas supersticiones no parecen abominables comparadas con el odio á toda religion que tienen los imbigos, casta de mónstruos impíos y bárbaros, situada cerca del país de los hotentotes, que se declara enemiga del género humano y del mismo cielo, contra el cual arrojan sus débiles flechas con maldiciones horribles cuando les sucede alguna desgracia. Estos comen sus esclavos y los prisioneros de guerra, asándolos vivos.

Hay judíos establecidos en África; el cristianismo es la religion de la Abisinia; pero allí está muy desfigurado: la religion que puede pasar por dominante es el mahometismo, porque le profesan los moros, los árabes y una gran parte de negros. Por ser los árabes enemigos de toda sujecion, la misma religion de Mahoma ha llegado á ser en ellos pura sensualidad, quitando todas las austeridades de que la cargó el falso profeta, como son no beber vino, no comer tocino, los ayunos, las cuaresmas, las abluciones y las oraciones frecuentes: de suerte, que un verdadero musulman no conoceria su religion entre las supersticiones paganas, que estos árabes observan mas que los preceptos del Alcoran. Este mahometismo mutilado es el que prevalece hasta en los estados de Berbería, tributarios del gran señor, y en los que éste tiene en Egipto y á lo largo del mar Rojo.

En estos mismos lugares hormiguean los morabutos, que son una especie de sacerdotes ó santones, temidos y venerados de todos los africanos, aun de los negros, y están reducidos á tres clases; los primeros se mantienen en los lugares y ciudades: los segundos andan errantes y vagos sin habitaciones fijas: los terceros viven en los bosques mas espesos y en los desiertos mas áridos: pero todos con la capa de austeridad se entregan á los mayores desórdenes. La basa de su creencia es que los cielos, elementos y estrellas tienen alguna cosa divina; de suerte, que ninguna religion puede, segun ellos, ser errónea. Suponen que á fuerza de ayunos y abstinencias pueden elevarse á la naturaleza de los ángeles, y que de este modo, purificados de todo mal afecto, ya no pueden pecar: con lo cual tenemos en ellos los errores de Espinosa y de Molinos, y que los morabutos resucitan en su conducta toda la depravacion del corazon y del espíritu que llevan consigo estos dos sistemas.

Por el grande imperio que la supersticion les ha dado sobre los pueblos, son muy temidos aun de los príncipes. En un viaje no hay mejor guardia que un morabuto; los ladrones, árabes, moros ó negros no se atreverian á insultar ni aun á tratar incivilmente á un extranjero que llevase esta proteccion. Se puede creer que tienen entre sí algun lazo de correspondencia y subordinacion, y que forman una especie de república, cuya capital está sobre el rio Negro. Unos circuncidan, otros bautizan, y generalmente adoptan las prácticas de los pueblos en donde viven. Esta condescendencia les sirve para grangearse la confianza, y para santificar, por decirlo así, á los ojos de sus sectarios, los vergonzosos es-

Digitized by Google

cosos que cometen. No hay criatura mas neciamente orgullosa, ni mas ignorante que un morabuto, sino el pueblo estúpido que le escucha. Los africanos tienen á ménos aprender cosa alguna de los europeos, diciendo, que son despreciables extranjeros á quienes la miseria precisa á dejar su pais, y andar errantes hasta las estremidades del globo, buscando en su tierra feliz lo mas precioso que ellos tienen. Podemos llamarlos dichosos por cuanto, siendo tan miserables, se consideran como los hombres mas felices, y porque á su patria, aun en los parages estériles y malsanos, la creen el pais mas hermoso del mundo.

Es verdad que el África abunda en oro, y éste no cuesta los peligros y trabajos que el de Mégico y el Perú, pues se le halla á cinco ó seis pies debajo de la superficie, y los rios arrastran mucho, que no pide mas diligencia que lavarle y separarle del cieno. La facilidad con que los negros toman por este precioso metal las pocas comodidades que necesitan, los hace en estremo perezosos para las artes y manufacturas. Los hombres por lo comun no hacen otra cosa que beber, fumar y dormir. Las mugeres tienen á su cargo el cuidado de la casa, y los trabajos de sembrar, plantar y recoger, y sus maridos las están viendo tranquilamente espuestas á un sol abrasador, trabajando desde la mañana hasta la noche con un niño á la espalda y sin otro alimento que un poco de harina desleida en agua. Ni aun pasa por la imaginacion de aquellos perezosos ayudar á las miserables á moler todos los dias el mijo con que se sustenta toda la familia.

Entre los que habitan las costas hay algo mas de industria, porque el cebo de la ganancia les hace buscar lo que puede convenir á los extranjeros, y tomarse algun trabajo para encontrarlo. Despues del oro es la goma la mas preciosa mercaderia, con la cual hacen gran comercio, y tambien les sirve de alimento, que ellos tienen por sano y agradable. Este comercio es muy útil á los europeos, porque solamente dan en cambio cosas de poco valor, mucha quincalleria, y géneros de la mas inferior calidad, con utensilios de casa, estofas groseras de colores, bujerias con que se adornan las mugeres, espejitos, cascabeles y otras mil bagatelas, que los negros contemplan con admiracion dias enteros, como acá los niños. Lo que mas estiman es el aguardiente; y con tal pasion le apetecen, que se venden á si mismos por lograrle.

Los moros son los naturales del pais, descendientes de los habitadores de la antigua Mauritania: y los árabes son los hijos de los sarracenos, que inundaron el África en el siglo VII. Estas dos naciones se han confundido de tal modo, que aunque todavía se reconocen un poco entre si, es casi imposible que las distinga el extranjero. No obstante, los árabes, como mas fuertes, han conservado en muchos territorios sus costumbres particulares; y son mas los moros que viven como árabes, que los árabes que viven como moros. Los árabes han hecho dominante su lengua y su religion, que es la mahometana, en toda su peninsula. Están como en la Arabia, divididos en tribus ó familias, que rara vez se mezclan. Los de las ciudades son en este punto ménos escrupulosos; pero los que tienen habitaciones fijas en los lugares que forman, ó que acampan en aduares ambulantes, han conservado mejor las costumbres de sus mayores. Los hombres solo cuidan de sus ganados: las mugeres siempre están cuidando de la casa. Son estimadas y amadas de sus maridos, muy retiradas, y como invisibles en sus tiendas ó carros: porque los zelos de los hombres las imponen esta obligacion. Se permite la poligamia, pero se castiga severamente el adulterio. Toda la familia vive si es posible, en la misma cueva, barraca ó tienda, dejando siempre lugar para la yegua, animal muy querido de los árabes, los cuales conservan con gran cuidado la genealogía de los caballos. Los potros se crian con los hijos, y ordinariamente les sirven de almohada para echarse. Los dueños los hartan de besos y caricias, que estos animales buscan, y dan á entender que les gustan mucho.

Poca es la diferencia en las costumbres de los árabes africanos, y las que ya hemos dicho de los árabes en su país nativo. Generalmente son hombres de hospitalidad, valientes, y duros para la fatiga. Notaremos pues algunos usos particulares. Las mugeres se pintan diferentes figuras en la frente, mejillas, brazos y muslos; y porque esta pintura se corre y borra, las que no tienen medios para renovarla, la hacen permanente picándose la piel. En algunas familias el esposo y la esposa visten en el dia de las bodas una camisa que nunca deben quitarse hasta que se cae á pedazos. Nunca estudian para aprender, solamente escuchan ó miran por curiosidad. Su medicina consiste en recetas que tienen ya por tradicion, y las aplican por costumbre sin discurrir por qué; pero son muy hábiles en remedios tópicos, punto en que les sirve muy bien la naturaleza, porque les da plantas fuertes y muy variadas. Tambien conocen la sangría y las ventosas: y entre ellos se ha hecho comun la inoculacion de las viruelas; pero es preciso comprar la pústula, ó tomarla á cambio de frutas ó de otros géneros, porque sin esto no la tienen por buena.

Los gefes de los árabes errantes se llaman keikes, que quiere decir *antiguo doctor ó maestro*: unos son electivos, otros hereditarios. El cargo de estos gefes es gobernar cada uno su pequeña república, juzgar las diferencias que sobrevienen, y mantener la paz y la prosperidad. La agregacion de muchas familias que forman una tribu, se llama aduar. Los keikes de cada aduar están sujetos á otro de mas elevada dignidad llamado *emir*, que corresponde á príncipe; y de este modo se forman los pequeños reinos. El emir ordena los campamentos, la espediciones militares, reparte los despojos, y dispone los impuestos, asi los que se pagan á los principes mas poderosos, como por ejemplo el dey de Argel y el emperador de Marruecos, como los que á él le pertenecen: pero muchas veces tiene que recogerlos con mano armada. Cuando los aduares ven que los cargan demasiado se pasan al desierto, y se vá con ellos la contribucion, porque es difícil ir á cobrarla.

Sus armas son la flecha, el sable, y principalmente la lanza y la pica, en cuyo manejo son muy temibles, sobre todo cuando huyen. Usan poco los fusiles, porque no saben conservarlos. Su caballería es muy viva y muy ligera: se admira el instinto de sus caballos, y su propia obediencia á cuanto les manda el ginete: tales eran en otro tiempo los numidas. Los árabes conservan en sus aduares la sencillez de las antiguas costumbres, y asi el mismo keik va por un cordero á su rebaño, le mata y limpia entre tanto que su muger prepara el fuego y el modo de guisarle. No saben que cosa es conversar, pasearse y divertirse con sus hijos y domésticos; por lo que en no teniendo que hacer se están fumando. Los aduares se juntan algunas veces, y entónces son las grandes fiestas, que se reducen á comer. Tambien se juntan para los casamientos: y el esposo futuro paga ántes de ver á la doncella destinada para él; pero, aunque si cuando la ve no le contenta, puede volverla á sus padres, pierde lo que ha dado, por cuyo medio sacan provecho de tener hijas feas. Los entierros se celebran con gritos, lloros y gemidos, y en una palabra, con un dolor ruidoso que no siempre es la prueba de que el corazon siente mucho.

Los viajes de los moros y árabes de las costas para ir á buscar el oro, se hacen atravesando setecientas leguas de un desierto, que llaman *el mar de arena*, por ser una arena tan ligera, que algunas veces, levantada por las tempestades, se traga al pasagero. En un espacio de doscientas leguas solamente en dos parages hallan agua, y aun es necesario el sacarla de pozos muy profundos, tapados muchas veces con la arena: y despues de haberla sacado con mucho trabajo, se la halla salitrosa, y tan desagradable, que los camellos, que son las únicas bestias de carga que llevan en los viajes, se fastidian, y no quieren beberla, aunque no hayan apagado la sed. Si por desgracia falta este mierable recurso, porque dejan atrás los pozos, ó porque no los descubren, se ven reducidos á la mas horrible estremidad. Los mercaderes, que

Digitized by Google

despues de tantos trabajos llegan á donde está el oro, si se hallan con mayor fuerza que los dueños, se le toman y no le compran; y es gran fortuna de los que le poseen cuando les dejan en cambio algunas bagatelas.

Algunas veces se hacen en África las cacerías, formando desde lejos, como en la Tartaria, un círculo que los cazadores estrechan segun se van acercando; pero en este recinto hallan mas animales feroces que en la Tartaria, como son leones, tigres, leopardos, panteras, que allí son mucho mas crueles por lo ardiente del clima y la escasez del agua. Por una feliz supersticion miran como impuro al elefante muerto, y por cuya razon no lo matan, y así no destruyen la especie de este notable animal. Como no perdonan á los rinocerontes, son éstos tan raros como numerosos los elefantes. Entre los animales indígenas, ó propios del pais, se cuenta el girafo ó la girafa, animal muy grande, cuya figura es semejante á la del gamo, pero que tiene las manos mucho mas largas que las patas. Á otro que tiene alguna semejanza con el buey, pero que es selvático y feroz, y parte con la precipitacion del jabalí, le llaman lampte. En aquellas inmensas llanuras caza el africano la volatería, persigue al avestruz, y halla muchas veces animales nuevos y desconocidos.

En África se ven todos nuestros animales domésticos, y ademas de éstos los micos, malignos como en todas partes, pero que traen la utilidad de comer las hormigas. Allí son muy comunes las serpientes: unas de un tamaño increible: otras tan delgadas como una aguja; pero estas, como se introducen por todas partes, no son las ménos peligrosas. El camaleon limpia la tierra de insectos, y tiene la propiedad de volver los ojos á dos objetos opuestos, uno abajo y otro arriba: uno que está detrás le sirve mucho para ser cazador. Hay muchos pescados en los mares y en los rios; pero los mares están infestados de tiburones, y los rios de cocodrilos ó caimanes. El lamentin, especie de camarina, es de un escelente gusto, y muy abundante hácia las costas. Sobre la riqueza del oro tiene el África perlas y ambar gris, cristal y sal de piedra. En ella son grandes los rios, pocos los montes en el interior y mal formados. Los cabos del Mediterráneo son muy elevados; el fondo es cenagoso; pero en el Océano es muy profundo.

Bien sabido es que las mas bellas partes del África, cerca del Mediterráneo, sirvieron de asilo á muchos romanos durante las guerras civiles, y principalmente en tiempo de las proscripciones; por lo que edificaron allí ciudades, y hermosearon las que ya estaban construidas. Esta porcion del imperio romano llegó á ser muy floreciente bajo los gobernadores que allí enviaban los emperadores. Un gobernador, llamado el conde Bonifacio, viendose en el siglo V en peligro de ser depuesto por una intriga de corte, apeló para sostenerse á los vándalos de España: éstos desembarcaron con su gefe Genserico, y fundaron un imperio, que al principio fué muy poderoso y temido de Roma, mas no pasó de seis monarcas. El reinado de estos principes, los cuales eran arrianos, es famoso por sus crueles persecuciones contra los católicos. Bien fuese furor de sectarios ó bien persuasion de que siendo el catolicismo en aquel tiempo afecto al imperio romano, no asegurarian su autoridad hasta destruir la verdadera religion, no omitieron aquellos príncipes vándalos medio alguno que no empleasen para destruir el catolicismo, y substituir á él el arrianismo.

Los ortodojos se vieron proscritos, les cerraron las iglesias, entregaron las mas bellas á los arrianos, y convirtieron las demas en usos profanos, aun los mas viles. Demolieron muchas, principalmente las de arquitectura romana, levantando en los otros sitios las de gusto gótico. Despojaron los reyes vándalos sucesivamente de sus dignidades y rentas á eclesiásticos seculares y regulares, saquearon las catedrales, monasterios y capillas, llevándose los ornamentos y vasos sagrados: quemaron por órden del principe los libros de las iglesias, misales, breviarios, homilías. Fué horrible la violencia contra las personas: baste decir, que se encargó la ejecucion no solamente á los sacerdotes arrianos, sino tambien á los de los idólatras africanos, rabiosos desde mucho tiempo ántes contra el clero católico, que con sus conversiones estrechaba su dominio. Las principales vejaciones de esta persecucion fueron los destierros; pero destierros á horrorosos desiertos, adonde los llevaban como rebaños de ganado, sin piedad con los enfermos y ancianos, y allí los dejaban sin socorro ni provisiones. Los historiadores de esta persecucion la miraron como justa permision del cielo, porque, como dicen los escritores, eran aquellos unos católicos que mantenian la pureza de la fé, pero que en su conducta vivian como idólatras. Esto no se entiende de todos, pues siempre reserva Dios muchos que no doblan la rodilla al ídolo del mundo.

Pasados ciento diez y siete años sacudió el África el yugo de los vándalos por medio de Belisario; y el catolicismo, que siempre se habia sostenido, aunque en estado de obscuridad, recobró su esplendor con los generales y prefectos que enviaron los emperadores de Oriente. Éstos abrieron las iglesias, las restituyeron sus riquezas, y desterraron el arrianismo. Los moros, no pudiendo ver sin envidia esta especie de resurreccion, dieron sobre los católicos; pero los defendieron los emperadores griegos, que, enviando tropas, hicieron los mayores esfuerzos para conservar esta joya de su corona. Estas guerras, debilitando sus dos partidos, prepararon á los árabes ó sarracenos una conquista fácil cuando entraron en África; y así se estendieron con la mayor rapidez, y fundaron un imperio, cuyos gefes tomaron el nombre de califas salimitas. Despues de cuatro reinados trasladaron estos califas á Egipto su título y su poder; pero con su partida se desvaneció la gloria del imperio. Desde Egipto hasta el estrecho de Gibraltar, todos los paises atormentados con guerras intestinas entre los pequeños príncipes que los ocupaban, y los ataques terribles de los españoles y otras potencias de Europa, vinieron por último á parar en dominios y refugios de una tropa de piratas. Los reyes de Marruecos se precian de descender de estos califas.

EL AFRICA EN EL SIGLO XIX.

Á lo que ha dicho Anquetil sobre el África en general debemos añadir las observaciones de los mejores viajeros y escritores modernos.

Hasta ahora la geografía del África no ofrece mas que dudas é hipótesis, con muy lijeras excepciones. No se conoce aun completamente la direccion de ninguna de las principales cordilleras de sus sistemas montañosos, y solamente en las islas, en la region del Nilo, en la del Sahara-Atlas, y sobre todo en la Algeria, en algunas localidades de la Nigricia y en la estremidad del África Austral, se han medido algunas cúspides. Todas las demas valuaciones no son mas que medidas aproximativas, expuestas las mas de ellas á grandes equivocaciones. Hasta tanto que tengamos datos mas positivos, dividiremos provisionalmente todas las montañas de este continente en cuatro grandes sistemas á los cuales daremos los nombres de *sistema Atlántico*, *sistema Abisinio*, *sistema Austral* y *sistema Nigricio ó Central*. El *sistema Atlántico*, que deriva su nombre del *monte Atlas*, comprende todas las montañas de la region del Maghreb, esto es, de los Estados Berberiscos, de la Algeria y las alturas dispersas en el inmenso Zahara ó Desierto. El *sistema Abisinio* tiene su núcleo principal en los altos Alpes que coronan las grandes mesas de la Abisinia, y comprende no solamente todas las montañas de aquella dilatada comarca, sino tambien todas las de la region del Nilo, y por consiguiente de la Nubia, del Kordofan, del Egipto, etc. Respeto de las montañas que surcan el Bertat y los paises limítrofes al sur, observaremos que las cimas de este grupo equivalen, segun M. Russegger, á las montañas colosales que los mejores mapas repre-

Digitized by Google

sentan bajo el nombre de *Djebel-el-Kumri*, ó *Montañas de la Luna*. Estas últimas no son para aquel sabio viajero austriaco sino una dependencia del gran tronco del Semen, y deben ser colocadas 10 grados mas al este de lo que las ponen todos los geógrafos. Los resultados de dos expediciones hechas por órden del virey de Egipto para descubrir las fuentes del Bahr-el-Abiad (Nilo Blanco), confirmaron las conjeturas del sabio aleman; pues se descubrieron vastas lagunas en el grado 9° de latitud, en los mismos lugares donde deberian estar situadas aquellas montañas segun la opinion generalmente admitida. El *sistema Nigricio* ó *Central* abraza todas las montañas de la Senegambia, de la Guinea, del Soudan propiamente dicho de nuestros mapas, y del Congo. El *sistema Austral* comprende todas las montañas de la region del África Austral y todas las que pertenecen á la Region del África Oriental, desde el curso conocido ó supuesto del alto Cuama ó Zambeze hasta los alrededores de Melinde. La mesa del Mocaranga, al norte, y la de la Hotentocia, al sur, nos parece que son los principales núcleos de donde se desprenden las cordilleras mas notables de este sistema. Los *sistemas Insulares*, abrazan las alturas que dominan las principales islas pertenecientes á esta region.

La Abisinia, la parte alta del imperio de Marruecos y de la Algería, el *Bihé*, el *Muchingi*, el *Cancob-lla*, el *Mucangama* y el *Dombos*, en la Nigricia Meridional; los distritos de *Tulbagh*, y de *Graaf-Reynet*, en la Colonia del Cabo, y los *paises de Antscianac*, de *Ancora* y de los *Betsilos*, en la isla de Madagascar, presentan los valles mas notables del África. Además, la Region del Nilo ofrece en la mayor parte del curso de este caudaloso rio el valle que reputamos por mas largo de cuantos se conocen en el globo; pero aquel valle es á veces tan sumamente estrecho, que en algunos puntos no tiene mas que algunos cientos piés de ancho. Como la mayor parte del África no es mas que una sucesion de elevados rellanos escalonados unos encima de otros, debe esta parte del mundo presentar necesariamente gran número de mesas. Los últimos viajes, y sobre todo los de Rupper, Badía, Russegger y Beke han rectificado muchos errores y dado mucha luz sobre esta materia importante.

En el continente Africano no se conocen hasta ahora mas que dos volcanes en actividad: el que M. Beke descubrió en las cercanias de Ankober, la Abisinia, y el que cita M. Douville en el Congo, en los confines de las provincias de Libolo y de Quisama, entre los reinos de Angola y de Benguela: este último es el *Moulowondon-Zambi* ó *Monte de las almas*, como lo llaman los indígenas, porque creen que su cráter es la puerta que facilita á las almas la entrada al otro mundo. Pero si el continente no ofrece mas que dos montañas ignívomas, las islas que dependen de él geográficamente las tienen en abundancia; las principales son: el *pico de Tenerife*, en la isla de este nombre, y el *volcan de la Corona*, en la de Lanzarote, en el archipiélago de las Canarias; el *pico de la isla de Fuego*, en el archipiélago del Cabo Verde; *el volcan de la isla de Borbon*, y el mucho menos activo de la *grande Cómora*, en el archipiélago de Madagascar; y siguiendo la autoridad del sabio hidrógrafo M. Daussy, citaremos tambien el volcan submarino situado casi debajo del Ecuador en medio del Océano Atlántico y al nord-noroeste de la isla de la Ascencion.

Los vastos desiertos que ocupan tan buena parte de la superficie del África ofrecen al mismo tiempo llanuras muy estensas, siendo las mayores propiamente dichas, las que se hallan á continuacion de aquellos y siguiendo la parte baja del *Senegal*, del *Gambia*, del *Quorra* y otros rios, la *llanura del Senaar*, el famoso *delta del Nilo*, la *costa de los Esclavos*, etc.

Muchos son los desiertos que hay en África, y entre ellos el de Zahara, que es el mayor del globo y ocupa bajo diferentes denominaciones la mayor parte de la region del Maghreb, extendiendo luego su dominio muy adentro de la del Nilo, y hasta en algunas partes mas allá de la frontera septentrional de la Nigricia. El Zahara da principio á la inmensa zona de desiertos de arena, y peña desnuda, que pertenece casi esclusivamente á la parte cálida y templada del continente antiguo, y se estiende desde el Atlantico hasta la extremidad oriental del Gobi sobre un espacio de 132 grados de longitud al través del África Septentrional, la Arabia, la Persia, el Kandahar, el Thian-chan-nan-lou, y el pais de los Mogoles. Por causa de la naturaleza del suelo, que es susceptible de calentarse durante el dia hasta los 5° ó 6° del termómetro centigrado, esta trabazon de desiertos, y sobre todo el de Zahara, influye muchísimo en la climatogia, no solamente del África, si que tambien de todo el antiguo continente. Además, entre el Nilo y el mar Rojo, en la Nubia y el Egipto los hay tambien ménos considerables, como el de *Angad*, que ocupa la parte occidental de la Algeria. Toda la costa de *Ajan* y la de *Cimbebasia* tampoco son mas que un desierto; y los *Karrous*, en el pais de los Hotentotes, cubiertos cada año de magníficos pastos é innumerables rebaños durante la estacion de las lluvias, se convierten luego por la estacion seca en un desierto árido y en una soledad espantosa.

El África bajo los Faraones ofrecia en el Egipto una doble red de caminos y canales navegables ó de riego que en aquellos remotos tiempos la hacian uno de los paises mas florecientes del mundo. Sabemos por la historia que en la region Atlántica sometida á los cartagineses habia aquellas calzadas que se cree sirvieron de modelo á los romanos para la construccion de sus caminos militares, pero ahora aquella parte del mundo no ofrece ninguna calzada propiamente dicha sino en algunas fracciones de su territorio sometidas á los europeos y en algunas del Egipto, en cuyo último pais se ve la carretera del *Cairo* á *Choubra*, cuya hermosa avenida recuerda las calzadas de Europa, y la mucho mas larga que junta á *Alejandría* con *Roseta*. En la Colonia inglesa del Cabo, citaremos la magnífica carretera que la atraviesa de uno á otro extremo, no obstante su longitud y los obstáculos del terreno; y en la Algeria la carretera abierta entre *Oran* y *Masalquivir*, y la otra mucho mas larga que acaba de abrirse entre *Lleda* y *Medeah*, ambas notables por las dificultades del terreno que han debido vencerse: desde fines del año 1840 la extension total de las carreteras abiertas en aquella parte del África era de 576 millas, sin contar los caminos vecinales.

Aunque á las naciones mas civilizadas del Africa las falte todavia mucho para ser tan industriosas como las del Asia, tampoco están por lo general tan atrasadas como comunmente se cree. Parece que los Ovas de Madagascar son el pueblo mas industrioso, no solamente de aquella grande isla, sino tambien de toda el Africa, si exceptuamos el Egipto y los estados Berberiscos; pues trabajan los metales casi tan bien como los europeos, é imitan con suma facilidad todos los objetos que ven de fábrica extranjera; fabrican tegidos muy hermosos y duraderos, y á ellos debemos tambien esas telas de calin tan estimadas. Los habitantes de las principales ciudades del Egipto y de los estados Berberiscos, de los reinos de Ardrah y de Dagoumba, y de los imperios de Achanti, de Bornou y otros estados se dedican á varios oficios y sobresalen en la fabricacion de muchas telas y en la preparacion de las pieles: el distrito de Tafilete y muchas ciudades del imperio de Marruecos, lo mismo que el Kachenah en el imperio de los Felanes ó Foulahs, son famosos por la hermosura de sus marroquines y por la preparacion de las pieles. De algunos años á esta parte las hilanderías de algodon de Damieta, Mansourah, Mahallet-el-Kebir, Fouah, Mitcamer y otros lugares del Bajo Egipto han adquirido suma importancia; en la isla de Zerbi, en el estado de Tunez, se fabrican telas de lana, de lino, y chales, que son muy estimadas en todo el norte del Africa. Los negros son en general malos cazadores, escelentes pescadores, buenos herreros, y hábiles plateros; saben dar al acero muy buen temple y reducir el hilo de oro á una finura extremada. Los Foulahs y los Sousous funden el hierro y la plata, trabajan con mucha habilidad la madera y las pieles, y fa-

Digitized by Google

brican tejidos. Entre los Bambukines, los Eyos, los Kaylis, los Bornuanos, los Bogherme y otros muchos pueblos, el arte del tejedor ha llegado ya á cierto grado de perfeccion. Los habitantes de Loggoun en el imperio de Bornou fabrican telas de algodon, que son las mas hermosas y túpidas que se trabajan en aquel estado. Los Monjous, los Movizas y otros pueblos del interior del Africa fabrican muy hermosos tejidos con las fibras de hojas de palmera ó con algodon. La plateria de todo el Achanti, del Dagoumba, de Chendi, de Dijinia, de Tomboctú y de otras comarcas y ciudades del interior del Africa goza de mucha celebridad en todo aquel continente, pues sus obras son tan admirablemente acabadas que parecen de filigrana. Los Bedjuanas son bastante buenos herreros, armeros, alfareros y escultores; y los Maquinis, que pertenecen al mismo tronco, están todavia mas adelantados, pues trabajan el hierro, el cobre y el marfil. Dícese tambien que los habitantes de Haoussa saben fabricar sus fusiles. Los Mayombas en el reino de Toango, los Malouas, los Bororos, los Maravis y otras naciones del Africa Transecuatorial benefician las minas de cobre y saben trabajarle. Los Malouas, los Bihé, los Bolo-ho y otros pueblos de la Nigricia meridional están muy adelantados en la fabricacion de taparabos, esteras y cestas que se exportan para todo el interior de aquella parte del Africa. Algunas tribus de los moros de Zahara son asimismo muy buenos tejedores, armeros y plateros. Los habitantes de Ouidah en Guinea, y los Molouas en el Congo, hasta saben pulir las piedras preciosas para hacer con ellas pendientes, brazaletes, etc. Por último, en Borbon hay tambien grabadores de piedras preciosas y de sellos.

No obstante los obstáculos que la falta de rios navegables, las montañas y los desiertos oponen al desarrollo del comercio en Africa, esta parte del mundo ofreció desde la mas remota atigüedad un movimiento comercial interior muy vasto, y que forma uno de los rasgos característicos de aquel continente. *Tomboctú Djinia* y las demas poblaciones centrales de la Nigricia son el término a donde se dirigen las caravanas que salen cada año de las extremidades del Africa para trocar los productos de las comarcas exteriores y de la Europa con los del Africa interior. *Mourzouk* en el Fezzan, y *Gobbé* en Dar-Four, son los dos *puertos septentrional* y *oriental*, de la Nigricia; y de algunos años acá debe añadirse tambien *Audjelah*, cuyos habitantes se han hecho corredores de gran parte del comercio de la Nigricia Central con el Egipto y Tripoli. Desde que los marroquies han perdido su influencia política en Tomboctú, los árabes del nuevo estado de *Sous* se han apoderado de todo el comercio que aquella ciudad hacia con el imperio de Marruecos, y se han hecho, lo mismo que los Fezzanianos y los Fourianos al este, agentes inmediatos de las relaciones comerciales de la Nigricia Central con el Africa Septentrional. Casi todo el importante comercio exterior de la costa de Zangüebar se halla tambien en manos de los *árabes*. Los *Foulahs* y los *Sousous*, y sobre todo los *Mandingos*, hacen el comercio por la parte de la Senegambia, y los *Dagoumbas* y los *Achantis* por la de Guinea. En la region del Nilo el Cairo es el grande depósito del comercio que se hace entre el Asia y el Africa; aquella populosa ciudad, por medio de los habitantes de los oasis de *Siyouah*, *Audjelah*, *Fezzan* y *Dar-Four*, y de los mercaderes de *Chendi* y de *Damer*, extiende sus relaciones comerciales con las ciudades de *Túnez*, *Argel*, *Fez* y *Marruecos*, y con las de la Nigricia Central, de la Nubia y la Abisinia. La ciudad de *Chendi* habia tambien llegado á ser desde algun tiempo el gran depósito del Africa oriental, entre la Nigricia Central, la Abisinia, la Nubia, el Egipto y la Arabia, del mismo modo que *Cummasia* lo es en nuestros dias entre la Nigricia Central y la costa de Guinea; pero el comercio de la primera ha perdido mucho en estos últimos años á causa de las guerras que han asolado recientemente casi toda la region del Nilo, y parece que ahora la ha reemplazado *Attüch*, en la alta Nubia. Generalmente hablando, puede decirse que el comercio es hasta cierto punto la ocupacion principal de muchos pueblos del Africa. Sin contar los *árabes* ni los *judíos*, diseminados por una gran parte de aquel continente, ni los *mandingos*, *fezzanianos*, *mourianos* y otros de que llevamos hecha mencion, nos parece que debemos considerar como principalmente entregados al comercio los siguientes: los *Serakhalés* en la Nigricia Occidental donde por mucho tiempo fueron celebrados por su destreza é inteligencia, pero cuyo número va disminuyendo cada dia; los *Somaulis*, que poseen muchas embarcaciones y truecan los productos de la Abisinia meridional y de la extremidad oriental del Africa con los de la Arabia; los *Chibertis*, que no son una nacion particular como se cree comunmente, sino árabes establecidos en la Troglodítica en medio de los Daukalis, y que son los corredores de casi todo el comercio de la Abisinia con el Asia; los *Movizas*, que son los tributarios de los Cazambos, y hacen casi todos los negocios comerciales del interior de Monomotapa, y los habitantes de la ciudad de *Harrar*, en la Abisinia, justamente famosos por su industria y aptitud para el comercio, y que han hecho de aquella ciudad el mas vasto depósito comercial de toda el Africa Oriental. Es tambien curioso ver á los *Laobés*, establecidos entre los Iolofs, con costumbres y usos parecidos á los de los gitanos, y á los *Krous* de la costa de los Granos, lo mismo que á otros negros ribereños que viven entre el cabo de Santa Ana y el de las Palmas, engancharse como marineros en las embarcaciones europeas; y ver tambien á muchos *Foulahs* y *Kenous* ocupados en el interior del Africa y en Egipto en los mismos oficios á que se dedican en Europa los saboyardos, auberñeses, tiroleses, gallegos, los habitantes del Frioul, y otros montañeses activos y laboriosos.

Las mercancías mas estimadas en el interior del Africa, son: pistolas, fusiles, sables, abalorios, de que se importan aun cantidades considerables; telas groseras de lana, sederías, vidriado, laton, indianas, muselinas listadas, papel de escribir, coral, cauris, navajas, sal, perfumes y especias. Además de dichos artículos, se importan tambien en los otros paises de aquella parte del mundo: tejidos de la India, chales, aguardiente, rom, quincalla, y, por lo general, muchísimos artículos de las fábricas europeas. Los principales artículos de exportacion son: polvos de oro, marfil, arroz, trigo, goma, pimienta, plumas de avestruz, pieles sin curtir, cueros, marroquines, algodon, añil, aceite de palmera, dátiles, sen, cera, áloe, cobre, anatron, sal, vinos de Madera, de las Canarias y del Cabo, y varios artículos coloniales de las islas que poseen los europeos. Sentimos el tener que añadir aun á todos ellos el de los esclavos que ántes de la abolicion del tráfico era el principal ramo de comercio del Africa, y que no obstante las prohibiciones y los cruceros, continúa haciéndose todavia muy por mayor en las costas occidental y oriental. Se ha probado con documentos oficiales que este abominable comercio arrebata cada año al Africa 475,000 individuos, 100,000 que compran los negociantes mahometanos y 375,000 los cristianos. Estos últimos abastecen las islas de Cuba y Puerto Rico, Tejas y el Brasil; los musulmanes proveen á Marruecos, Túnez, Tripoli, Egipto, Turquía, la Persia y la Arabia. Los piadosos esfuerzos de los misioneros, los de varias sociedades que se han formado desde algun tiempo para mejorar la condicion de los negros en muchos puntos del Africa, y el convenio de las grandes potencias para la adopcion de las medidas represivas enérgicas que hagan cesar tan detestable comercio prometen resultados mas satisfactorios para la humanidad que los que han podido conseguirse hasta nuestros dias. Añádase á esto que algunos príncipes mahometanos, como el scheikh de Bornou, los sultanes de Baghermeh, y Dar-Four, y muchos otros, no tienen ningun escrúpulo en atacar las aldeas de los negros idólatras para hacer esclavos y venderlos, dando á esta caza de hombres el nombre de *ghazia*, de la voz arábiga que significa guerra contra los infieles; pero, lo que hay aun mas horroroso, es que hasta

Digitized by Google

los cristianos de la Abisinia tomen tambien parte en aquellas empresas, haciendo sus correrias contra los desgraciados changallas. Las costas del Africa, desde Melilla hasta el cabo Espartel, y de allí hasta el cabo Verde, ofrecen quizás las mas ricas pesquerías de nuestro hemisferio. Teatro de la actividad de los intrépidos marinos cántabros, vascongados y portugueses durante la edad media, aquellas ricas pesquerías no se benefician hoy de una manera regular y en grande sino por los habitantes del archipiélago de las Canarias, y sobre todo por los de la Gran Canaria. Fundado en documentos oficiales, un sabio ilustre ha demostrado las ventajas inmensas que todas las naciones de la Europa occidental podrian sacar de aquellas pesquerías. Prescindiendo de la mejor situacion y mejor clima de las costas del Africa, comparadas con las de la América del Norte, M. Berthelot ha probado: que mientras un pescador de Terranova coge 200 peces el de las Canarias coge 5,357. Además, las costas orientales del Africa, sobre todo en la parte al sur del Ecuador, ofrecerian tambien pesquerías de otro género no ménos importantes; y por otra parte, en el Mediterráneo, á lo largo de la costa de la Argelia, y sobre todo entre Bona y el islote de Tabarca, se hace la mejor pesca de coral del mundo, á la cual se dedican con mucha actividad los napolitanos, y tambien los sardos y los toscanos. El Africa que vió levantarse sobre sus costas la soberbia Cartago, primera potencia marítima del antiguo mundo, y mas tarde el imperio marítimo de Genserico; el Africa que vió atestados sus puertos de flotas numerosas que la aseguraban la soberanía de los mares, y de donde salieron repetidas expediciones que debian descubrir nuevas comarcas y abrir nuevos mercados á su comercio, no cuenta ahora ningun pueblo que merezca el nombre de potencia marítima. Los africanos mas civilizados ignoran casi del todo la construccion naval, pues los déspotas berberiscos, y hasta el virey de Egipto, son deudores á los ingenieros europeos de casi todos los buques de guerra que poseen. La hermosa flota del iman de Mascate y su numerosa marina mercante pertenecen por los lugares donde han sido construidas á la industria del Asia. Los *Krous*, los *Bissagos*, los habitantes de la isla *Zagozhia*, formada por el Kouarra, los de *Bonny* y alguna otra tribu de la Nigricia Marítima, los feroces corsarios de la extremidad septentrional de Madagascar y los habitantes de Fenerif, en la costa oriental de aquella grande isla, los *Somaulis*, los indígenas ribereños de la costa de Zangüebar y los de las márgenes del Bajo Senegal, son los únicos africanos que conocen un poco la navegacion; y aun, si exceptuamos á los últimos y á los Somaulis, que son pacíficos mercaderes, los demas pueblos solo saben construir grandes canoas para ejercer la piratería. Las de los Bonnys son de bastante porte para poder llevar hasta ciento y cuarenta hombres; y las hay muchas veces que tienen montado en la proa un cañon de grueso calibre. Los corsarios que viven en las islas del lago Tchad ó del mar de Bornou, en la Nigricia Central (Soudan), solo son navegantes para poder ser los piratas del Africa interior. Entre las monedas que corren en Africa, deben llamar nuestra atencion el *sal*, el *tibbar* y los *cauris*; la primera porque nos recuerda la infancia de las sociedades y del comercio; y las otras dos por la notable diferencia del valor que se las concede en esta parte del mundo, comparado con el que tienen en las demas. El *tibbar* ó *polvo de oro*, cuya mayor parte se recoge en la Nigricia Central (Soudan), corre sin excepcion en casi toda el Africa, ó en los parajes mas abundantes de oro, como en Sansanding; y el valor de este metal es al de la plata como de 1 y medio á 1, mientras que en el Japon es de 12 á 1, y en Europa de 15 á 1. La falta de minas de *sal* en muchos paises del interior del Africa, y la dificultad de transportar este artículo tan necesario al hombre, hacen subir de tal modo su precio, que sirve de moneda en muchísimas comarcas. Entre los Mandingos, por ejemplo, un pedazo de sal de 2 piés y medio de largo, 1 pie y dos pulgadas de ancho, y 2 pulgadas de grueso, vale, segun Mungo-Park, de 100 á 200 reales; en el Dar-Kulla, segun Browne, 12 libras de sal equivalen á un esclavo de 14 años; segun M. Salt, en el mercado de Antalaw, en el Tigré, 2 ó 3 libras de sal valen unos 32 maravedises; y mas lejos vá aumentándose este valor á proporcion de la distancia, hasta que la sal se admite, segun Alvarez, en cambio con igual peso de oro. En el interior de la Nigricia Meridional segun M. Douville, un pedazo de sal cortado en forma cuadrangular y largo de 8 á 9 pulgadas, vale de 8 á 12 reales. Los cauris, cuyo valor es del todo arbitrario, son la moneda mas comun en la Nigricia Central (Soudan y Guinea) y en la mesa de la Senegambia; pero parece que no tienen ya curso en la Nigricia Meridional, donde M. Douville no vió nunca que sirviesen en las transacciones comerciales. Aquellos hermosos mariscos valen en el interior del Africa casi diez veces mas que no en Bengala; pues en este último pais se necesitan 2,400 cauris para valer 5 reales, mientras que en Kachenah y en Sego bastan 250 para representar el mismo valor. En la Nigricia Marítima, y sobre todo en el inmenso delta del Niger, las *barras de hierro* son, por decirlo asi, la moneda gruesa, y sirven para representar el valor de las mercancías, teniendo todas una misma longitud ó igual peso. Así, por ejemplo, en el comercio del aceite de palma, que felizmente ha reemplazado en parte al de esclavos, una medida de aceite vale determinado número de aquellas barras. Finalmente, la principal moneda corriente de la Abisinia consiste en *piezas de algodon* que valen unos 23 reales, y cuando se trata de sumas ménos considerables, se cortan aquellas piezas á proporcion de lo que debe darse.

La superficie del África, contándola en números redondos, puede calcularse en 8,500,000 millas cuadradas.

Parece probable que la poblacion absoluta del África llegue á 60,000,000 de almas; lo que da una poblacion relativa de siete habitantes por milla cuadrada. Mas si queremos comparar esa grande division del globo con las otras partes del mundo, veremos que el África ocupa el tercer lugar por su superficie, su poblacion absoluta, y su poblacion relativa.

El *Feticismo* es la religion del mayor número de los habitantes del África, pues es la que profesan todavía casi todos los negros, algunas tribus de la familia Atlántica y casi todos los naturales de Madagascar. Esas naciones embrutecidas, que ven objetos de adoracion en cuanto las rodea, parece que admiten generalmente un *principio bueno* y otro *malo*; tienen dias faustos é infaustos; y sus sacerdotes son diestros charlatanes que pretenden preservar á los hombres y á los animales de la influencia de los malos espíritus. Algunos de estos pueblos tienen un *fetiche nacional y supremo*: los Oudiah ó Widah, por ejemplo, adoran la *serpiente*, y tienen sacerdotes y doncellas destinadas á servir a este mónstruo en una especie de templo, donde se la alimenta con toda suntuosidad. Los feroces bisallos adoran el *gallo*: los benins que miran á su propia sombra como á un fetiche, tienen por ídolo principal, además de su *rey*, á un *lagarto*. El fetiche principal de los Achantis es el *rio Tando*; el de los habitantes de Dankas el *rio Cobi*; mientras que el *Rio Volta ó Adirray* (Adiert) es el ídolo de los habitantes del Odentia. En el Akkra, la *hiena*; en Dixcove y Anamabou, el *cocodrilo*; en Ussue, el *chacal*; y en todo el Achanti el *buitre*, son adorados como divinidades. El *iguana* es el gran fetiche de los Bonnys y el *tiburon* lo es de los Calabars, mientras que el de los Dahomeys es tan pronto un *leopardo*, como una *pantera*, á los cuales sacrifican cada año víctimas humanas. Los negros, que habitan cerca de las cataratas del Bousempra, en la costa de Oro, adoran á aquellas *cascadas* como á su ídolo supremo; y los Agows, que viven cerca de las fuentes del Nilo en Abisinia, sacrifican desde tiempo inmemorial al *genio de este rio*. Las relaciones del moro Sydy Hamed nos representan á los habitantes de Wassenah adorando á la *luna*; culto á que están entregadas tambien muchas tribus de la Nubia y de otras comarcas de la region del Nilo y del África in-

Digitized by Google

terior: las de las cercanías del Cabo Mesurado, en Guinea, adoran al *sol*. Los *árboles*, las *piedras*, la *luna* y algunos *astros* son los objetos del culto de los feroces y poderosos Gallas que no han abrazado todavía el islamismo ó el cristianismo. Algunas veces los negros se fabrican tambien ídolos con rostro humano, pues el capitan Tuckey y el doctor Smith quedaron admirados de ver en las riberas del Zaire, en el interior del África, ídolos y figuras europeas parecidas á los egipcios, ó mas bien á las antiguas figuras de los etruscos. Los betjuanas tienen una especie de pontífice que es el personaje mas importante despues del rey. En Dagoumba hay un oráculo muy famoso que hace á esa ciudad centro de un gran comercio. Los Jagas de Battel tenian un gran sacerdote llamado por ellos *Chitome*, al cual reverenciaban como los calmucos y tibetanos al Dalaï-lama: aquel pontífice residia en un pais reputado santo, y cerca de un templo donde con suma vigilancia se mantenia un fuego sagrado. La religion del reino de Magadoxo es una mezcla de mahometismo y de paganismo. La *idolatría*, mezclada con algunas nociones sobre ángeles buenos y malos, parece que forma las diferentes creencias religiosas de los pueblos de Madagascar. En Noki, en el Loango, descúbrese una mezcla monstruosa de *cristianismo* y de *feticismo*. Los Cassange, los Molouas, los Muchingi, los Moucangama y otros pueblos de la Nigricia Austral y Central, á las mas raras supersticiones de la idolatría añaden la horrible práctica de los *sacrificios humanos*, y lo que es aun mas extraño, son tambien *antropófagos*, á pesar de ser muy hospitalarios y de índole muy apacible. Tan atroz anomalía proviene entre ellos de una creencia religiosa casi igual á la que obliga á los Bhinderwas del Gandwana en la India á matar y devorar á sus padres enfermos ó á los ancianos achacosos: mas adelante veremos tambien que entre los battas, nacion de las mas civilizadas de la Oceanía, la antropofagia está tambien recomendada por su código criminal: ¡ prueba de los horribles extravíos á que se entrega el hombre abandonado á sí mismo! Entre los pueblos del Congo, que acabamos de citar, los sacrificios humanos, dice M. Douville, no tienen lugar sino por la exaltacion de un soberano, ó en épocas de alguna calamitosa peste. La víctima se escoge siempre fuera del pais, y en cuanto se pueda á gran distancia del lugar del sacrificio; debe ser mozo ó doncella, ó ignorar la suerte que la aguarda al mismo instante de ser sacrificada, pues la pena de muerte alcanzaria tambien irrevocablemente al que se la revelase. En el entretanto se la cuida con todo esmero, y basta se procura engordarla por todos los medios posibles. Llegado el momento fatal, la matan de improviso en medio de la mayor solemnidad y en presencia del rey, de los nobles y de todo el pueblo reunido para este objeto. Su cuerpo es ordinariamente descuartizado, y asado luego en parrillas lo distribuyen á los asistentes, que se lo comen en seguida. La *religion mahometana*, es la que cuenta mayor número de discípulos despues de la idolatría; pues es la dominante en todos los grandes estados de la region del Maghreb, en la mejor de la del Nilo, esto es el Egipto, en la mayor parte de la Nubia y en la Troglodítica, aunque en esa última comarca los Abades sean mahometanos poco rígidos, y los Danakils no tengan sacerdotes ni mezquitas. El islamismo es tambien la religion que profesan muchos de los estados de la costa oriental y una buena parte de la poblacion de la Abisinia, del imperio del Bornou, del Dar-Four, del Mobba, del Baghermeh, del imperio de los Fellans ó Fellatah, de los reinos de Tomboctú, del Bajo Bambarra, del pais de los Dirimans y otras comarcas de la Nigricia Central. Los Foulahs del Fouta-Toro y del Fouta-Djalo, casi todos los Mandingos y los Soussous, no solo son mahometanos, sino que lo son con mucho fanatismo. Los Mandingos han propagado su fe hasta Sierra Leona, por una parte, y por otra, hasta Dahomey. Sin embargo, es menester observar que los Mandingos de Dentilia son todavía *idólatras*, lo mismo que la gran masa de los habitantes del pais donde no son mas que la nacion dominante; y que los Foulahs del Ouasselo y del Sangarari, son todavía paganos. La mayor parte de los habitantes del reino de Cayor, en la Senegambia, profesan el islamismo, al paso que la familia real sigue aun la *idolatría*: por otra parte la masa de la poblacion del reino de Dagoumba adora los *fetiches*, mientras que el rey y los principales personages de su corte siguen los preceptos del Alcoran. Por último, para una parte de los mahometanos del África hay cerca del lago de Djebou, en la Nigricia Central, un pequeño templo de piedras que reemplaza á la Meca para cumplir la famosa peregrinacion. Mas ántes de pasar á otro asunto debemos indicar aquí la notable revolucion que el islamismo va obrando en todos los pueblos africanos: á medida que esta religion adelanta, derriba los ídolos, quita los sacrificios humanos, pone límites á la poligamia, consagra los derechos de las mugeres, funda los lazos de familia hasta entónces poco conocidos, hace del esclavo un miembro de esta familia y no pocas veces le otorga la libertad. El *Cristianismo*, cuenta tambien gran número de fieles, pero divididos entre diferentes iglesias. Á la *Iglesia Griega* ú *Oriental* pertenecen todos los *Coptos* ó *Monofisitas* de la Abisinia, donde forman la mayoría de la poblacion, y casi todos los 80,000 individuos *Coptos* que, segun M. Scholz, viven actualmente en el Egipto; aunque es preciso advertir que el cristianismo de los Abisinios se halla mezclado con muchísimas prácticas y supersticiones que les han quedado del paganismo, teniendo en gran veneracion á la serpiente, hasta castigar con pena de muerte al que mata alguno de esos reptiles sagrados. Siguen la *Iglesia Católica* los habitantes del África española, muchos de la portuguesa y francesa, y algunos Coptos en Egipto. Á las *Iglesias Luterana* y *Calvinista* pertenecen parte de los que viven en las colonias inglesas, dinamarquesas, neerlandesas y anglo-americanas del África y una fraccion de la poblacion europea de la Argelia. Aquí como en las otras partes del mundo, el cristianismo, poderoso auxiliar de la civilizacion, va propagándose en muchas localidades, no obstante las pérdidas recientes que miras políticas le han hecho experimentar en el reino de Madagascar, de donde fueron expulsados los misioneros ingleses, y en donde los cristianos están sufriendo crueles persecuciones. Y mientras que la *Iglesia Protestante* va ganando nuevos prosélitos en el África Austral, en la Nigricia Marítima y en la Abisinia, los *misioneros católicos* extienden tambien sus conquistas por esta última region y por la Nigricia Occidental, y al amparo de la bandera francesa ven la *Iglesia Romana* restaurada en aquellas playas, de donde habia estado desterrada por mas de mil años. El *Judaísmo*, lo profesan los israelitas diseminados en la region del Sahara-Atlas y en la del Nilo, que son bastante numerosos, particularmente en las grandes ciudades del Egipto, y sobre todo en el Cairo. La *Religion de los Magos*, cuenta tambien algunos *guebros* establecidos en Mozambique, donde hacen los mas importantes negocios comerciales.

Vénse en África todas las formas de gobierno con sus diferentes modificaciones: así es que el pequeño estado árabe de Damer en la Nubia, se regia no ha mucho por una *teocracia monárquica*, el Fouta-Toro y el Fouta-Djalo en la Nigricia Occidental, por *teocracias oligárquicas*, y el nuevo reino de Sous, en la region del Magreb, por una *oligarquía feudal*. El islamismo adoptado por las poblaciones negras las impele á derribar sus monarquías absolutas y guerreras, sustituyéndolas *gobiernos teocráticos*, con *formas oligárquicas*. El imperio de Bornou presenta la singularidad de un *scheikh guerrero*, que es el verdadero soberano, y de un *sultan* que goza de los honores del trono, pero sin ninguna autoridad, casi del mismo modo que lo hemos visto en el Japon. Los gobiernos de Marruecos, de Benin, del Yarriba, del Bourbholof, de Bondou, del Dar-Four, del imperio de los Fellans y de muchos otros paises, son *despóticos*. El reino de Dahomey está sufriendo un *despotismo* que tiene pocos ejemplos en el mundo: todos los primogénitos varones pertenecen al rey, que los hace criar públicamente; y el mismo monarca tiene tambien el monopolio de todas

Digitized by Google

las mugeres de su reino, de modo que cada negro que quiere casarse debe pagarle 20,000 cauris para recibir una esposa. El rey de Moropua es quizás el mas absoluto de todos los monarcas de la tierra, pues prescribe á sus súbditos hasta el tiempo en que pueden entregarse á sus diversiones y placeres. Algunos soberanos de Guinea y el de Gingiro en el África Oriental ejercen sobre sus súbditos un poder muy absoluto; pues para satisfacer su codicia envian sus satelites á robar hombres en las habitaciones que mejor les place, y entregan luego aquellos desventurados á los mercaderes en cambio de los objetos que quieren comprar. Los pueblos de la Abisinia, los Ovas, los Antancayos, los Sekalavos y otros de raza malaya, en Madagascar, sufren el doble yugo del despotismo y del régimen feudal. En aquella isla, como en la Polinesia, el derecho de matar á ciertos animales y de comer ciertos manjares es exclusivo de las clases superiores. Por último, recordaremos tambien que los Guanchos de las Canarias estaban antiguamente oprimidos por un gobierno feudal sumamente tiránico; pues sus *archimenceys* ó nobles eran los únicos que tenian derecho á poseer tierras. El sultan de Mobba ó Saley en la Nigricia Central, y el de Anjouan en el archipiélago de Madagascar, gozan de una autoridad muy limitada. En el Bambouk y en muchos parages á lo largo de las costas de Guinea, los principales caudillos de los pueblos forman, al lado del monarca electivo, aristocracias turbulentas y desastrosas. El poderoso reino de Achanti ofrece una monarquia mixta con aristocracia, cuyo poder supremo está en manos de un rey, de cuatro caudillos y de la asamblea de los capitanes. El gobierno de Sennaar, ántes de los últimos acontecimientos, era absoluto; pero un consejo de los grandes del estado tenia el derecho de destronar al rey, y hasta de condenarle á muerte. El gobierno de los Mandingos de la mesa de la Senegambia es republicano, mientras que en sus colonias es aristocrático, y en los paises conquistados monárquico moderado por un consejo de ancianos. Los sousous forman una especie de confederacion republicana, notable por el *pourrah*, asociacion secreta semejante al tribunal vémico de la edad media, y destinada á mantener el órden y la justicia: institucion singular, que se parece mucho al *b lli-paaro* de los Sokkos. Las florecientes ciudades de Cavally y de Labou, en la costa de Marfil, la de Bonny en la costa de los Esclavos y el pais de los Camerones, son repúblicas oligárquicas. La grande familia de los pueblos cafres se rije generalmente por un gobierno monárquico moderado, teniendo por lo comun cada tribu su caudillo hereditario. Muchas tribus de los Chillan y Kabaïls (Qobayls), que viven en el imperio de Marruecos y en la Argelia, se gobiernan por caudillos cuya autoridad es muy limitada. El gobierno de las diferentes tribus que andan errantes en la Troglodítica es patriarcal, como el de los árabes beduinos y la mayor parte de las tribus moras del desierto; y don Antonio Badia, ilustre viajero español, halló á orillas del mar Rojo y entre los nómadas de las cercanías de Tadjoura, unas formas de gobierno muy parecidas á las tribus y curias de la antigua Roma. El Borgou forma una especie de confederacion de reyezuelos, cuyo caudillo principal es el de Boussa; sin que por eso dejen algunas veces de hacerse mútuamente la guerra. Los Antavarts, los Bestimesseras, los Antaximos, los Ambanivoules y otros pueblos de la isla de Madagascar forman una especie de repúblicas, en que la autoridad suprema reside en las *cabaras* ó asambleas públicas; pero las conquistas de Radama modificaron despues esta forma en los paises que agregó á su reino. Los Estados Berberiscos presentaban hasta hace poco todas las variedades del despotismo y de la anarquía militar. Los *Quaquas*, que habitan al este del cabo Lahou en Guinea, se hallan divididos en castas como los indios y los antiguos egipcios: y los árabes de Egipto están tambien muy apegados á la distincion de clases transmitida por sus antepasados. Al contrario, los turcos no aprecian mas que las calidades personales, lo mismo que los mamelucos que el virrey de Egipto destruyó algunos años atrás: igual contraste se halla tambien entre los moros y otros pueblos que no admiten ninguna distincion fundada en el nacimiento, y los Abisinios, los Malayos de Madagascar y otras naciones, entre los cuales el nacimiento da á ciertas clases exorbitantes privilegios. Todos los principales pueblos de la Nigricia Meridional tienen un gobierno monárquico, mas ó ménos notable por sus formas. El soberano gobierna, conforme á las leyes establecidas, á las cuales él está tambien sujeto, porque los grandes del estado pueden convocar al pueblo en asamblea general para deponerlo si las quebranta. Entre los Dembos, y entre otros pueblos de aquella parte del África, la nobleza es la recompensa de determinadas acciones. La corona es hereditaria; pero si se prueba que el heredero ha cometido alguna accion que le haga indigno de gobernar, los dos primeros nobles, que tienen el título de censores, y cuyo poder es muy grande, pueden convocar al pueblo en asamblea general, y ésta juzga el negocio por mayoría de votos, y si queda probado el delito, pronuncia la destitucion y escoge tambien á pluralidad un nuevo sucesor, que lo es de ordinario el individuo cuyo mérito es mas sobresaliente. En dicho estado y en muchos otros paga el pueblo un tributo tan sumamente módico, que apenas basta para atender á la subsistencia de la familia y corte del soberano; de manera que muchas mugeres de éste se ven obligadas á confundirse con el resto del pueblo para cultivar algun rincon de tierra. Por otra parte las de los nobles trabajan para mantener á sus maridos, quienes con su título de nobleza no han adquirido, como dice M. Douville, ni el derecho de vejar al pueblo, ni la posesion de las tierras que pertenecen al soberano, el cual las distribuye á cada uno á proporcion de lo que puede cultivar. En el gobierno de la mayor parte de aquellos paises el derecho de eleccion pertenece al pueblo; y casi en todos la soberanía reside en aquel que ha sido reconocido por mas digno.

EGIPTO.

¿Pero qué se ha hecho el Egipto? ¿Se lo podrá reconocer en la pintura que hoy nos hacen los viajeros? Éstos le representan despoblado, esterilizado, sus ciudades construidas de ruinas, sus magníficos edificios convertidos en miserables cabañas: su suelo cubierto de escombros esparcidos por la tierra, semejantes a los huesos descarnados y secos que se ven en los parages destinados para sepulturas. ¿Cómo un pais que en otro tiempo mantenia veinte millones de habitantes, y todavía alimentaba á los extranjeros, apenas da hoy para la subsistencia de dos millones y ménos? Algunos autores recurren á decir que la naturaleza se ha gastado allí; pero ya haremos observar que no es la naturaleza la que se ha gastado, sino los hombres, que son los que con su industria y cultivo hacen fecunda la tierra. Hoy apenas corresponden los cultivadores á uno por diez que habia en otro tiempo. Los coptos son los que ahora se cree ser los descendientes de los antiguos egipcios; y su suerte, bajo el gobierno turco, es penosa y despreciada: tienen de cristiano el nombre, pero son muy ignorantes; la lengua de su liturgia se tiene por la antigua y vulgar de Egipto: sus sacerdotes la leen, pero no la entienden. Los otros habitadores de Egipto, y sobre todo los del alto, son los árabes, que viven en aduares como los de África, bajo el mando de un keik.

No creo que sea preocupacion ni calumnia atribuir la esterilidad de los campos, la ruina de las ciudades, y la miseria de los pueblos al gobierno otomano, que es todo militar, y absolutamente despótico con el pueblo. El bajá nombrado para este destino, el mas lucrativo del imperio, es como un arrendador de la Puerta, porque mediante la sumá estipulada que entrega todos los años al gran señor en provisiones, en comestibles, vestidos, aromas, joyas para el serrallo, presentes para las sultanas y ministros, y la paga de la milicia, todo lo demás es para él, sin tener

Digitized by Google

que dar cuenta. Es preciso que se enriquezca en tres años, que es el término ordinario de su poder; y aun se renuevan las patentes cada un año, para sacar así una contribucion anual añadida á los otros cargos, por lo cual todo lo vende. La peste, digámoslo así, es sus Indias; pues mientras dura, que con corta diferencia es por tres meses al año, está perpetuamente revendiendo, y pasando de mano en mano las tierras y los fondos, de lo cual saca cantidades prodigiosas, porque hay fondos de éstos que vuelven á su poder en poco tiempo tres ó cuatro veces por la muerte rápida de los poseedores.

Modera la autoridad del gobernador un *divan* ó consejo de veinte y cuatro beyes, que él nombra y quita cuando quiere, y así este freno no le incomoda; además de que es el consiste darle comisiones lucrativas, que es otro medio de tenerlos sujetos á su voluntad. En ninguna otra parte es la milicia turca tan insolente como en Egipto; porque como el bajá necesita de los genízaros para cobrar los impuestos, y algunas veces para oponerlos á los beyes, los trata con una condescendencia perjudicial á la seguridad de los habitadores. Los comerciantes extranjeros, así los europeos como los demas, tienen que sufrir daños imprevistos, y solamente los reparan á fuerza de dinero. Por estos obstáculos, aquel hermoso pais, que debiera ser el centro del comercio del mundo, ha caido en una inaccion ruinosa.

Los árabes no solo roban á los otros, sino que ni aun se perdonan a sí mismos. Los beyes hacen en las provincias lo que el bajá y sus ministros en las ciudades; en lugar de reprimir los ladrones, toman regalos de ellos. A Egipto va una afluencia de esclavos de todas las partes de África, que de ésta se distribuyen al Asia; y así es el mejor mercado de hombres que hay en el mundo. Las artes, que en otro tiempo florecieron, han degenerado absolutamente; pero todavía conservan los egipcios algo de la pasion de sus mayores en cuanto á los sepulcros. Los antiguos los hacian grandes y magníficos, y los modernos los hacen agradables, adornándolos con pabellones y con inscripciones pomposas. Se observa distincion en los que sirven para hombres, para mugeres y para esclavos. No hay que hablar de ciencias en Egipto: ya despues de los califas se ha borrado por causa de los mamelucos el gusto de los conocimientos, que pereció bajo el dominio de los turcos.

Solamente en tres ó cuatro plazas conservan guarnicion. En el Cairo, donde está el bajá, y es el teatro de su grandeza y del lujo de los beyes: aseguran que la magnificencia de su divan es mayor que la del gran señor. Aunque el castillo está bien guarnecido de cañones, es de poca defensa; porque está dominado: solamente es fuerte contra la ciudad, la que por contener mucha gente, y sobre todo numeroso populacho, necesita de freno. Es ciudad mal situada entre arenales, y mal construida; sus calles son tortuosas y sucias, es la escala entre el mar Rojo para Alejandría y Roseta. La primera no conserva mas que ruinas de su antiguo esplendor; pero la segunda es alegre y bien situada. Suez, de donde parte el mar Rojo la línea del comercio que remata en los puertos del Mediterráneo, está en la mas ingrata situacion sobre una costa árida y arenosa, sin agua ni víveres; pero todo está abundante, porque el comercio la vivifica. Todavía se ve á dos leguas de esta ciudad un profundo foso, y se cree ser el principio del canal que los reyes de Egipto y los emperadores romanos han proyectado varias veces para juntar los dos mares.

La Iglesia copta se compone de un patriarca que eligen en el Cairo; pero reside en Alejandría, que es la metrópoli de ciento y cuarenta obispos sus sufragáneos, que existen en Egipto, Siria, Nubia y Abisinia. Entre los coptos hay todos los grados de gerarquía que hay en las iglesias griega y católica romana. Los coptos siguen la heregía de Eutiques, que consiste en no admitir en Cristo las dos naturalezas. Han adoptado muchas ceremonias de los judíos, y las observan con tanta ó mayor exactitud que lo mas esencial del cristianismo. Buen testimonio tenemos en su circuncision y su bautismo, pues la primera la miran como tan necesaria, que circuncidan los dos sexos. A los varones no los bautizan hasta pasados los cuarenta dias, y á las niñas hasta los ochenta, en lo que observan el tiempo que prescribe la ley de Moisés para la purificacion de las madres. Un célebre doctor católico prueba, que creen la presencia real en la Eucaristía: practican la confesion, pero como simple acusacion y sin reflexion alguna, y siempre les dán la absolucion. Los matrimonios se hacen por ministerio y en presencia del sacerdote: son grandes ayunadores, y tienen una cuaresma de cincuenta dias ántes de Pascua: otra de cuarenta y tres ántes de la Natividad, y muchas vigilias de fiestas con ayuno. Aun en los largos ayunos no comen pescado, huevos, carne, manteca ni aceite: no beben mas que agua: hacen una sola comida poco ántes de ponerse el sol, y obligan á ayunar á los enfermos, y á los muchachos de diez años arriba. Entre ellos no es indisoluble el matrimonio, porque conocen el divorcio, y por una costumbre que les es particular pueden las mugeres provocarlo. En Egipto es muy numerosa la Iglesia griega aunque no tan favorecida de los turcos como la copta; pero una y otra se aborrecen de corazon. Los misioneros católicos procuran reconciliarlos convirtiéndolos, pero adelantan poco.

Del Cairo sale la famosa caravana de la Meca. En esta ciudad se junta grande multitud de peregrinos de la Turquía europea de Asia y de África: no cuentan ménos de cuarenta mil al tiempo de la partida. Cien dias tardan en este viaje, para el cual necesitan llevar todas sus provisiones, y los ricos ayudan á los pobres. *El emir hadge*, ó gefe de los peregrinos, es por lo regular un bey á quien el bajá favorece con este empleo, que es muy lucrativo. Tiene tropas á sus órdenes para escolta, y derecho de vida y de muerte mientras dura el viaje. La salida del Cairo se hace con fiestas y regocijos. En el camino se juntan muchas caravanas menores con la grande; de modo, que algunas veces ya es doble cuando llegan á la Meca. Dos suertes de hombres componen esta multitud, los devotos que van peregrinando por celo de religion, y los comerciantes que se aprovechan de la ocasion para su negocio; pero unos y otros cuando vuelven se honran igualmente con el título de *hadge ó peregrino*, usándolo ántes del nombre, como Hadge Mahomet, Hadge Mustafá etc., y gozan de los privilegios honoríficos y útiles vinculados á este título, como son sentarse los primeros en las ceremonias, y estar exentos de los castigos corporales, tan comunes en África como en Asia.

El Egipto salió del poder de los emperadores griegos en el reinado de Heraclio, y entró en el dominio de los califas de Bagdad, ó *Califas Abasidas*; aunque éstos tenian allí poco poder. Los gefes de las tropas, á quienes la fuerza y el derecho de la guerra daban autoridad, aparentaban que lo tenian por concesion de los califas Abasidas, á quienes deferian la honra de ser nombrados en las oraciones públicas, lo que indicaba una especie de soberanía. Por este tiempo se levantaba en África un califato rival del de los Abasidas, con el nombre de Fatimita, y los príncipes que tomaron este título introdujeron su poder hasta en España. El cuarto de estos, que se llamaba Moez, sabiendo la desunion de los príncipes que se habian repartido el Egipto, envió un poderoso ejército con un buen general llamado Granhar, que le sujetó este hermoso reino, al cual trasladó todos sus tesoros, y aun las cenizas de sus mayores, para manifestar que renunciaba para siempre á las posesiones de África.

Apenas se vió Moez en el trono, cuando hizo borrar de las oraciones públicas al califa de Bagdad, poniendo en vez del nombre de éste el suyo propio. Con esto perdió el Abasida la poca influencia que tenia en Egipto; y aunque no dejó de reclamar, siempre fué sin fruto. Se alaba la magnificencia de estos nuevos califas, que creció en razon de sus inmensas riquezas; y así construyeron soberbios edificios, mezquitas, hospitales y colegios, prefiriendo levantar nuevos edificios

Digitized by Google

mas bien que conservar los antiguos, lo que pudiera darles la misma honra. Estos califas se presentaban gustosos á sus vasallos, no solo en las grandes ceremonias, sino para administrar justicia todos los dias en persona. La toma de la posesion siempre fué muy pomposa en los sucesores de Moez. La cabalgata con que iban á la mezquita á dar gracias, y rendir homenage de su corona al Ser Supremo, los acompañaba tambien al sepulcro de sus mayores, en donde, con cierta ceremonia, les traian á la memoria que todo pasa en la vida: así como en Roma, á presencia del nuevo Papa, queman un poco de estopa para advertirle la fragilidad de las cosas humanas. Murió este Moez á los veinte y un años de su reinado en Africa y á los cuarenta del reino que fundó en el Cairo. Sobre su descendencia de Fátima por Alí, ni por consiguiente sobre su derecho al califato, no tenia él opinion tan firme como la que procuraba inspirar á los otros, y así no queria en este punto disputas ni esplicaciones. Hallándose un dia á la cabeza de sus tropas pasando la revista, un particular, que tal vez seria un Abasida, le preguntó, para dejarle cortado, de qué familia era y él respondió, señalando á sus tropas, y la espada que llevaba; «Éstas son mi casta, y mi geneologia.»

Le sucedió su hijo Aziz, y gobernó con tanta benignidad, que se hizo generalmente amable; pero esta calidad fué tal vez la causa de los alborotos que estallaron en su corte, porque, como no sabia castigar, abusaban de su clemencia. Se habia casado con una cristiana; y á lo que parece miraba con indiferencia que fuesen de cualquiera religion sus ministros, porque su secretario era cristiano, y su tesorero judío. Tuvo este califa muchas guerras que no fueron felices, ni las hacia por sí mismo. Granhar, el conquistador de Egipto, por haber sido vencido en Siria, se vió desgraciado como otro Belisario, y privado de sus riquezas. Reinó Aziz veinte y un años, y vivió cuarenta y tres.

Ya hemos contado muchas acciones de sus sucesores, y puede traerse á la memoria el libertinage de Alakem, y su aborrecimiento al mahometismo, con los esfuerzos que hizo para abolirle, y substituir una religion cuya sensualidad no conocia freno alguno. Su odio contra las mugeres era tal que, no solamente queria impedirlas salir de sus casas, sino tambien el uso de sus piés, prohibiendo que les hiciesen calzado; pero su hermana vengó su sexo agraviado haciéndole asesinar. Taber su hijo fué contraste, porque era muy prudente. Mostancer tuvo un reinado largo y pacífico, y estos dos príncipes son celebrados por su amor á la poesía, en la cual eran escelentes. La corta edad de Amet, hijo de este último, dió ocasion para que uno de sus tios concibiese la idea de usurparle el trono; y el gran visir Azdal se le conservó, pero para su propia desgracia: pues este príncipe, en vez de serle agradecido, le privó de su favor, y le hizo esperimentar ignominiosos tratamientos. Era Amet disimulado, cruel, orgulloso, entregado á las torpezas, apasionado al juego y de muy poca religion. Tenia sin embargo el talento de gobierno: gustaba de las ciencias, y las cultivó con felicidad.

En tiempo de Hafedh, gobernado por su gran visir Bahram, gozaron los cristianos de tanta estimacion, que escitó la envidia de los musulmanes, y resultó una guerra civil, de la cual el califa no fué mas que espectador entre su visir y Reavan su rival. Triunfaron las dos religiones alternativamente; concluyó Hafedh poniendo el equilibrio entre las dos, ó sirviéndose de los hombres hábiles que hallaba en la una y en la otra. El choque, que en tiempo de Hafedh habia empezado entre los pretendientes al visiriato, con detrimento de la autoridad del califa, continuó en los reinados de Dhaser y sus sucesores, y en gran parte fué causa de la revolucion que sucedió despues en Egipto. Dhaser fué asesinado por su visir con pretesto de vengarse de una injuria; pero á la verdad para gobernar bajo el nombre de Al-Fayez, hijo del califa, y todavía niño. Las crueldades ejecutadas con sus tios, como reos de la muerte de su hermano, de las cuales el bárbaro visir hizo testigo al jóven príncipe, turbaron á éste la razon, y murió á los once años, sucediéndole Al-Aded, su tio segundo, que fué el undécimo y último califa Fatimita. En tiempo de estos dos últimos lograron los cruzados victorias en Egipto.

Reinando Al-Aded se disputaron la autoridad dos visires no teniendo el califa mas que la sombra de monarca. Se quedó el poder en manos de Shaver con título de rey, con quien aquellos Fatimitas en los últimos tiempos cometieron la torpeza de entregarlo á su primer ministro. Shaver fué destronado por Dargan; y el visir despojado pidió auxilio á Nuroddin, emir de Damasco, el cual se lo concedió con mucho gusto: porque, como mahometano fino, sentia los progresos que los cruzados hacian con los alborotos de Egipto. Dargan, temiendo verse abandonado, no solo quitó los empleos á los oficiales que creia interesados por su rival, sino tambien á muchos la vida: y esto debilitó considerablemente el reino. A pesar de precauciones tan crueles, tuvo que rendirse Dargan. Envió Nuroddin á Shaver un cuerpo de tropas á las órdenes de Asadoddino, que le restableció en su lugar. Cuando debió pagarse el servicio, se olvidó el visir del favor, y temiendo el resentimiento del emir de Siria, se valió contra sus amenazas de la alianza de los cruzados. Nuroddin envió su general á acometer á los francos y al ingrato visir. Tenia Asadoddino en esta espedicion á su sobrino Saladino, á quien hizo gobernador de Alejandría despues que la tomó. Este guerrero jóven se la entregó á los cruzados en virtud de un tratado que su tio habia hecho con ellos. Libres éstos del temor de los siros, adelantaron en Egipto sus conquistas de un modo tan asombroso, que Shaver, en vísperas de perderlo todo, y encerrado en el Cairo, tuvo que recurrir otra vez al emir de Damasco. Entónces volvió á presentarse el general Asadoddino con Saladino, y levantando el sitio, se desembarazó de las emboscadas que le armaba Shaver, el cual pagó con la muerte su tergiversacion y sus ingratitudes. El débil Al-Aded nombró por gran visir al siro: murió dos meses despues por un esceso de torpeza, segun dicen algunos historiadores; y el califa puso en su lugar á su sobrino Saladino.

Necesitó Saladino de singular destreza en los primeros años de su poder para sostenerse contra Nuroddino, emir de Damasco, á quien fué preciso persuadir que, á pesar del alto grado de poder á que habia llegado, siempre era vasallo suyo: y contra los emires de Egipto que llevaban mal su fortuna. Consiguió asegurarse en el trono, conciliándose la estimacion y amor del pueblo con un gobierno justo y moderado, y ganó el afecto de las tropas con su generosidad y victorias repetidas. Continuó por algun tiempo Nuroddino hablándole como su señor, y le envió órdenes que Saladino debia ejecutar. Una fué mandarle reconocer al califa de Bagdad, y borrar en las oraciones públicas el nombre del califa Fatimita. No se sabe si habia muerto el califa Al-Aded cuando sucedió esta mutacion; pero á lo ménos sobrevivió muy poco. Se apoderó Saladino de sus riquezas, y le sirvieron para las espediciones contra los cruzados. Murió tambien el emir de Damasco; y Saladino, que habia sido vasallo de esta monarquía Siria, dominó despues en ella. Se apoderó de Nubia, y, siendo el fundador de su propia monarquía, la dejó mas floreciente que estuvo en tiempo de sus sucesores. Las cruzadas le han hecho célebre en la historia de Europa, que suple por el silencio de ésta acerca de sus hazañas guerreras, y las de los sultanes de Egipto de la misma época.

La dinastía de Saladino, que apenas duró mas de ochenta años, se llamaba Ayubita por el nombre de Ayub, padre de este príncipe. Estos reyes de Egipto tomaron el nombre de sultanes, que habia adoptado Saladino cuando borró el título de califas. Al-Afdal, su hijo mayor, no tuvo alguna de las calidades de su padre, porque no se supo conciliar el amor ni el temor. Al-Aziz, su hermano, le quitó el cetro de Egipto, y le envió á vivir en Siria, de donde, muerto Al-Aziz, volvió para ser tutor de Al-Mansur, su sobrino. Viéndose regente de un reino en que habia sido señor, procuraba bajo mano suplantar

Digitized by Google

á su sobrino á tiempo que le previno y ganó por la mano su tio Al-Adel, hermano de Saladino, el cual al principio se portó como tutor de Al-Mansur; pero cuando se vió asegurado del voto de los grandes por los regalos que les hacia, tomó abiertamiente el título de sultan; y aunque tuvo contradicciones, las venció. En su reinado tomaron los cruzados á Damieta é hicieron grandes progresos en Egipto. Habia dejado Al-Adel el gobierno á su hijo Al-Camel, y vivia tranquilo en el trono de Damasco. Murió en edad avanzada, dueño de la Mesopotamia y de la Arabia Feliz, que le habia conquistado un nieto suyo.

Al-Camel, fijándose en Egipto, perdió los estados de Siria. Los príncipes de Balk y de Edemesa le quitaron su capital Damasco: la volvió á tomar, y durante su reinado estuvo combatiendo con desigual fortuna contra los que querian invadir lo restante. No tuvo ménos embarazos en Egipto, ya atormentado de las querellas entre los cristianos de su reino, jacobitas y griegos, que causaron grandes alborotos: ya por la oposicion de sus hermanos y parientes, y mas aun por las rebeliones de los emires; pero de todos sus enemigos triunfaron su valor y su prudencia. Gustaba de los literatos, los atraia con sus liberalidades, y le agradaba su conversacion. Cuando murió estaba su hijo mayor Nojmoddino haciendo la guerra en Siria. Los emires proclamaron sultan á Al-Adel, el segundo, pero acudió el primogénito; y como volvia con fuerza armada, los mismos emires que habian dado á su hermano la corona, la transfirieron al mas poderoso.

Reflexionando Nojmoddino sobre esta inconstancia de los grandes, creyó que podria procurarse una estabilidad independiente de sus caprichos, aumentando los mamelucos. Eran éstos un cuerpo compuesto de esclavos circasianos, de vagos y de bandidos, sin patria ni parientes, que no conocian otro señor que el que les pagaba. Los antecesores de Nojmoddino, empezando por Saladino, habian mantenido varios de estos cuerpos, á quienes llegaron á confiar la guardia de sus personas. Los multiplicó el sultan, les puso en sus fortalezas, y con ellos contuvo á los emires en el debido respeto durante su reinado; pero despues esta misma milicia fué bien funesta para su hijo Al-Malek (1250).

Aunque estaba muy distante cuando murió su padre, no dejaron de reconocerle sultan, por la habilidad de una concubina de su padre, llamada Shajr-Al-Dor, tan recomendable por su ingenio y valor, como por su hermosura. Ésta se aprovechó de las mismas divisiones de los emires, haciéndoles conocer que el reino necesitaba de una sola cabeza, y sobre todo, entónces que le amenazaban las armas victoriosas de Luis IX, rey de Francia, que iban avanzando hácia la capital. Proclamaron pues á Al-Malek en medio de los alborotos y las intrigas. La victoria que logró contra Luis IX, que debiera asegurarle en el trono, le perdió; porque los mamelucos, soberbios de ver que eran tantos y tan victoriosos, quisieron imponer leyes al sultan con motivo del rescate del prisionero, y cayó en la imprudencia de descubrirles ciertas señales de la intencion que tenia de destruir aquella milicia insolente. Los emires, gefes de los mamelucos, penetraron que Al-Malek pensaba hacer la paz con el rey de Francia, poniendo por condicion que este príncipe con las escelentes y aguerridas tropas que aun tenia le habia de ayudar á sujetar aquel cuerpo rebelde. Dieron parte de su descubrimiento á los soldados, y estalló al punto la rebelion. Se presentó el príncipe jóven para sosegarla, y fué herido por Rocnoddino, uno de los emires. Se puso el sultan en salvo en una torre de madera á la orilla del Nilo: la soldadesca, que ya estaba furiosa, le persiguió en aquel asilo, y le puso fuego. Se arrojó el sultan al Nilo para libertarse nadando: pero en el mismo rio le penetraron con sus flechas.

Ya despues empezó la confusion sobre quién habia de suceder en el trono. Los rebeldes colocaron al principio la misma concubina que habia preparado la corona para Al-Malek; y despues, avergonzados de que los mandase una muger y muger esclava, proclamaron á Al-Moez, uno de sus principales emires. Descontentó éste á los mamelucos; y escrupulizaron de haber escluido de su herencia la dinastía de los ayubitas; por lo cual buscaron un príncipe de esta familia, que, teniendo solos seis años, les era muy del caso, porque así los emires gobernaban en su nombre. Le dieron por tutor y regente á Azzoddino, el cual se contentó por poco tiempo con estos títulos; y por la destreza con que se manejó Shajr-Al-Dor se casó con ella: y se colocó en el trono. Éste fué el fundador de la dinastía de los sultanes mamelucos, los cuales fueron vencidos por los turcos, y con el tiempo se hicieron otra vez dueños del Egipto: tolerados porque pagaban al gran señor las contribuciones, entregándolas al gobernador que éste enviaba.

Esa comarca, tan poderosa en tiempo de los Faraones, tan rica bajo los Tolomeos, y todavía tan importante bajo los conceptos histórico y arqueológico, ha adquirido nuevo interés en nuestros dias por las grandes reformas que ha introducido Mehemet-Alí, y que han hecho ya entrar esa cuna de la civilizacion antigua en la esfera de la civilizacion moderna. Segun indicamos ántes, el Egipto es el núcleo de un vasto estado vasallo y tributario del imperio otomano, hereditario en la familia de aquel hombre extraordinario, y al mismo tiempo es tambien la parte mas importante del África Otomana. Hace algun tiempo que el Egipto propiamente dicho se halla dividido en siete *moudirliks*, ó intendencias, subdivididas en varias *maimourliks* ó departamentos, y estos últimos en *nadirliks*, ó partidos. El *Cairo*, *Alejandría*, *Roseta* y *Damieta* son administrados separadamente. Á continuacion indicamos sus principales poblaciones, las cuales son casi todas capitales de provincia ó departamento.

En el *Bajo Egipto*, el Cairo, cerca de la márgen derecha del Nilo, es la ciudad mas considerable y mas poblada de toda el África, pues, no obstante las grandes pérdidas que la causaron últimamente el cólera y la peste, cuenta todavía 300,000 habitantes. Distínguese sobre todas por su industria variada, y por su extenso comercio, por sus vastas mezquitas y demas monumentos de arquitectura, por sus célebres escuelas mahometanas y por sus bibliotecas: y llaman tambien la atencion su ciudadela, por los grandes establecimientos militares que encierra, y el hospital de *Casr-el-Ain*, al cual se ha reunido despues la famosa escuela de medicina que habia en Abou-Zabel, que es el mejor establecimiento de este género que existe en África, y se halla organizada con arreglo al plan de los institutos análogos de Europa; los europeos establecidos allí han fundado asimismo una sociedad científica, con un gabinete de lectura y un museo. El Cairo es seguramente la capital de todos los paises sometidos á Mehemet-Alí. En sus inmediaciones y á pocas millas de distancia, se hallan, *Boulag* y el *Viejo Cairo*, sobre la márgen derecha del Nilo, que son en cierto modo los puertos de aquella ciudad inmensa: Boulag tendrá como 18,000 habitantes, está llena de fábricas y posee la primera imprenta del Egipto, y seguramente del África. *Choubra*, lugarejo notable por la magnífica casa de recreo donde pasa Mehemet-Alí una parte del verano. *Djyzeh*, en la márgen izquierda del Nilo, es ciudad pequeña, pero industriosa y cabeza de un departamento, á la cual han dado grande celebridad sus pirámides y una brillante victoria de Napoleon: la pirámide de Cheops es la mayor construccion de este género que se conoce. Hace poco que estas pirámides fueron exploradas; halláronse otra vez las momias de los Faraones, y por medio del alfabeto de M Champollion leyéronse los nombres inscritos en sus sarcófagos, y vióse que eran los mismos que Herodoto nos ha conservado tradicionalmente. *Sakkara*, otra aldea situada á la izquierda del Nilo, es notable por estar cerca de las ruinas de la antigua *Menfis*, segunda residencia de los Faraones, y por las pirámides que llevan su nombre, las cuales, segun los cálculos de Champollion, son seguramente la construccion mas antigua que se conoce en todo el globo. *Rahmanyeh*, junto á la antigua boca del canal de Alejandría ó de Cleopatra. *Demanhour*, ciudad entre Alejandría y Rahmanyeh, de suma

Digitized by Google

importancia estratégica. *Fouah*, en el embocadero del canal que conduce las aguas del Nilo á Alejandria. *Mehallet-el-Kebyr*, ciudad de fábricas y comercio. *Mansourah*, célebre por la batalla de este nombre. *Belbeys* y *Selehyeh*, puntos militares por la parte del este, lo mismo que el fuerte de *El-Arisch*, en la comarca del Desierto. Además citaremos tambien en esta parte á *Mataryeh*, villorrio notable porque ocupa el solar de la antigua *On* ú *Hon*, que los griegos llamaron mas tarde *Heliópolis*, famosa en toda la antigüedad por su magnífico templo dedicado al Sol, y por su colegio, especie de universidad donde los sacerdotes enseñaban las ciencias superiores, y donde aprendieron Herodoto, Platon y Eudoxio: suena tambien mucho en las relaciones de la Biblia. *Tantah*, situada casi en medio del delta, es bastante famosa por un célebre santuario mahometano que da lugar á tres ferias anuales á donde concurren muchísimos mercaderes. *Roseta*, situada sobre la boca del Nilo llamada Bolbitina por los antiguos, aunque muy desmejorada, florece aun por su comercio, y se la cuentan unos 15,000 habitantes: aumenta su importancia la famosa *lápida de Roseta*, cuya inscripcion, grabada en tres caracteres diferentes, tanto ha dado que pensar á los arqueólogos. *Damieta*, poco ántes de desprenderse el ramal del Nilo que lleva su nombre, es una de las mas florecientes ciudades del Egipto, no obstante de hallarse muy decaida y no exceder su poblacion de 29,000 almas. *San* es una aldea habitada por pescadores cuyas chozas se levantan en medio de las ruinas de la antigua *Zoan* de la Biblia y *Tanis* de los griegos, corte de los Faraones de la 21.ª y 23.ª dinastía: en ella, segun algunos sabios, nació Moisés, y en ella se verificaron los prodigios que obró aquel profeta para libertar á los judíos de la esclavitud. *Alejandría*, plaza fuerte, situada sobre una lengua de tierra que tiene al este el puerto nuevo y al oeste el antiguo, al cual va á parar el canal de Mahmoudyeh que la pone en comunicacion con el Cairo. Esa magnífica residencia de los Tolomeos, capital del Egipto durante la dominacion de los romanos, y que en tiempo de Augusto llegó á contar mas de 700,000 habitantes, hallábase reducida á principios de este siglo á una ciudad insignificante, cuya poblacion llegaba apenas á 12,000 almas. Pocos años han bastado á Mehemet-Alí para convertirla en uno de los primeros puertos mercantiles del Mediterráneo, y en el segundo establecimiento de la marina militar del imperio Otomano: es ahora, por decirlo así, una ciudad europea, sobretodo en la parte habitada por los francos. Merecen en ella particular mencion el hermoso palacio que habita el virey, el magnífico y vasto arsenal, y el nuevo dique de construccion. Alejandría, no obstante las pérdidas que la causaron el cólera y la peste, cuenta todavía unos 50,000 habitantes; es además una de las principales estaciones de la navegacion por vapor en el Mediterráneo y en ella se halla establecido el despacho central de las comunicaciones rápidas entre Lóndres y Bombay por el Cairo y Suez. En el *Egipto medio* haremos mencion de *Medynet-el-Fayoum*, cabeza de la prefectura del Fayoum, comarca de admirable fertilidad, que es una de las ciudades mas pobladas y florecientes de aquella parte del Egipto, por mas que no se la supongan sino de 10 á 12,000 habitantes: en sus alrededores se hallan el célebre lago *Moeris* y el famoso laberinto, que es la obra de su género mas antigua y magnífica de que nos hace mérito la historia. *Benysouef*, situada en la márgen occidental, es importante bajo el aspecto estratégico, y por estar tan cerca de Fayoum. *Minyeh*, importante por su comercio. *Melaouy*, cerca de la embocadura del canal de José. En el *Alto Egipto*, se hallan, bajando el Nilo: *Assouan*, á la derecha del rio, ciudad pequeña, pero notable por su comercio y por estar cerca de la antigua Syena, tan célebre en tiempo de los Faraones, y floreciente aun y populosa durante la edad media. *Lougsor*, á la derecha, y *Gournah* á la izquierda del Nilo, aldeas miserables, que junto con otras ocupan el solar de la antigua *Tebas*, cuyo poderío y riquezas, cantadas por Homero, llenaron el mundo con su fama; es la *Diospolis magna* de los griegos, capital de la monarquía egipcia durante los Faraones de las 18.ª, 19.ª y 20.ª dinastías, que Champollion el jóven pone entre los 1822 y 1300 años ántes de J-C., época en que aquella ciudad inmensa era quizás la mas grande y mas rica del mundo: en ella residia Sesostris el Grande, y sus vastas ruinas son las mas magníficas que nos ha legado la antigüedad. *Kedeh*, ciudad de unos 10,000 habitantes, en la cual hacen escala las caravanas que pasando por Qosseir van á la Meca: es famosa en todo el Egipto por su fábrica de alcarrazas y pipas. En sus inmediaciones se halla *Denderah*, miserable aldea, célebre entre los arqueólogos por su famoso zodiaco, y por un planisferio que de algunos años á esta parte adorna la biblioteca Real de Paris: la prodigiosa antigüedad que se atribuia á ese monumento ha desaparecido delante de los hechos positivos debidos á las profundas investigaciones de Champollion el jóven, Richarsond y otros sabios. *Syout*, aunque muy decaida, es importante todavía por su comercio con el Sennaar y el Kordofan, por sus caravanas y por su poblacion que asciende aun de 15 á 20,000 almas. *Girgeh*, capital del Alto Egipto, ciudad rica y poblada. *Esné*, célebre por su templo y los zodiacos que se hallan en él. Por último, *Edfou*, capital de departamento donde se vé un templo magnífico, que es el mejor conservado de todos los monumentos de la Tebaida.

Es menester distinguir entre las dependencias al oeste y dependencias al este del Egipto. En las primeras se hallan: *Syouah*, capital del oasis de su nombre, que pertenece geográficamente á la region del Sahara-Atlas: corresponde á la *Ammonium* de los antiguos, tan célebre por su oráculo, por su gobierno teocrático, y por sus magníficos templos que visitó Alejandro el Grande, á quien no se avergozaron aquellos sacerdotes de saludar por hijo de Júpiter. *Audjelah*, es tambien otro oasis del oeste y todavía mas importante. En las dependencias al este se hallan *Qoseyr*, pueblo de 1200 almas donde se reunen las caravanas de Kous y Keneh, con un pequeño puerto. *Suez*, situada en el fondo del golfo á que da nombre, es una ciudad pequeña aunque de bastante comercio, con un pequeño puerto, un astillero y un millar de habitantes, pero de suma importancia bajo el aspecto comercial, político y militar, sobretodo desde que ha llegado á ser una de las principales escalas de los buques de vapor destinados á mantener una correspondencia regular entre Inglaterra y las Indias Orientales. Hoy dia viajan ya por el desierto, que la separa del delta, carruajes de diversas formas con tiros de cuatro y seis caballos, y se han establecido ya casas de postas y paradores en medio de aquellos áridos arenales.

ISLAS DE AFRICA.

Las islas del mar Rojo pueden pasar por anejas al Egipto. Hablaremos de todas las del Océano que están al rededor del África hasta el estrecho de Gibraltar.

Bab-El-Mandel divide en dos la entrada del mar Rojo, que domina. En otro tiempo fué el motivo de las grandes guerras entre abisinios y árabes; pero ahora que los turcos son dueños de los dos lados, importa muy poco, porque es un montecito de arena de dos ó tres leguas de bojeo, que no produce frutas, granos, legumbres ni yerbas, y no tiene otros habitadores que unos pescadores pobres y pocos. La isla de Suachem, cerca del mar Rojo, es mayor, pero no es mejor. Barbora, enfrente del reino de Adel, está habitada de negros muy comerciantes, y tiene buenos pastos.

Zocotora, cerca del cabo Gardafui tiene cincuenta leguas de bojeo, y dos buenas radas: es fértil y poblada; la gobierna un príncipe tributario de la Puerta, y produce aloe, incienso, ambar gris, arroz, dátiles y coral. Los habitadores se llaman árabes, y son fieles en el comercio. En ella es el aire muy cálido, pero le templan los rocios: y los vestidos de los hombres y las mugeres, que son muy ligeros, mas les sirven para el adorno que para

cubrirse. Se saludan encorvando la espalda á la moda de los antiguos árabes. Son mahometanos, ignoran las artes y las ciencias, y se tienen por muy hábiles en sabiendo lo suficiente para su comercio.

Sin embargo, dicen algunos viajeros que esta ignorancia es propia de una casta particular de aquellos habitantes, que llaman zocotorinos, de los cuales cuentan que andan errantes y viven como bestias. De éstos, que en árabe se llaman beduinos, hay beduinos y cuarto beduinos, segun se acercan mas ó ménos á la civilizacion de los árabes. Si los viajeros no se han engañado, ó no nos engañan, tienen los zocotorinos dos costumbres muy singulares relativas al nacimiento y á la muerte. Sabiendo un padre que su muger está para parir, enciende una hoguera á la puerta de su cabaña, y declara en alta voz, que da el niño que ha de nacer á un tal para que sea su padre adoptivo: sin duda debe nombrar á quien le pueda mantener. Llevan el niño al adoptante apenas ha nacido, y le cria con la ternura de verdadero padre; bien que esto no será tan general. A estos niños llaman los hijos del humo, y por este medio un hombre de buen natural que no tiene sucesor, puede cargarse de una multitud de hijos. Lo que hace mayor la estravagancia es que el que se deshace de sus propios hijos suele adoptar otros, pagando el afecto que profesan á los suyos con el que él tiene á los que adopta. Dicen que las mugeres tienen el mismo privilegio de declarar ántes de parir á quien dan el niño que ha de nacer; ¿pero esto será siempre gratificacion ó alguna vez restitucion?

Otra estravagancia, pero muy cruel, es que los zocotorinos no distinguen entre un muerto y un moribundo. Cuando una enfermedad les parece desesperada, sin aguardar al recurso de los esfuerzos que suele hacer la naturaleza en una crisis, entierran al moribundo ántes de dar el último aliento, diciendo que es inhumanidad dejarle padecer. Cuando un padre de familias se ve en este estado, llama á los hijos, á las mugeres y á los parientes, á los domésticos, y á todos aquellos con quien tiene alguna relacion, y les exhorta á no abandonar las costumbres de sus mayores, á no hacer alianza con los extranjeros, á vengarse de los que los ultrajan, y á no dejar padecer á un padre cuando pueden aliviarle con la muerte. Esta última parte de la exhortacion la cumplen al punto con él, y regularmente la ejecutan haciéndole tragar un licor blanco que destila cierto árbol, y que es un veneno de efecto pronto é indefectible. La parte de la exhortacion, que toca la venganza, se practica con la misma fidelidad, y así hay pocos paises en donde el homicidio sea mas frecuente que en Zocotora.

Algunos viajeros creyeron hallar en las costumbres religiosas de ciertos parages de la isla vestigios del cristianismo, porque tienen sacerdotes y cruces, hacen procesiones, y tienen nombres de santos; pero mirado de cerca se ha visto que las cruces no son objeto religioso, y que sus sacerdotes son unos ignorantes sin cristianismo, que enseñan á sus prosélitos á hacer procesiones para honrar la luna, objeto principal de su culto. En cuanto á los nombres de santos son tan diferentes de los que nosotros conocemos, que solo creyendo encontrar cristianismo en Zocotora, puede dárseles alguna semejanza. Es verdad que entre ellos es comun la palabra Maria; pero en su lengua significa muger. Sin embargo, como á esta isla la poblaron griegos por mandado de Alejandro, y á solicitud de Aristóteles, con el fin de apoderarse del comercio del aloe, bien puede ser que entrase en ella el cristianismo cuando se estendió por toda Grecia. Los zocotorinos son tan afectos á la circuncision, que cortan un dedo á aquellos á quienes los padres por descuido no circuncidaron, y á los que no la quieren admitir. Son guerreros y bien armados; pero aunque viven en una isla, ignoran absolutamente la navegacion, y no tienen mas que miserables horquillas para pescar. Seria cosa de mucha admiracion que á lo ménos no tuviesen algunos barcos, aunque no fuese sino imitando los que llegan á su isla para el comercio.

MADAGASCAR.

Ésta es la isla mayor del mundo, y la acompañan á diferentes distancias otras islas. Ya hemos hablado de la de Borbon y de la isla de Francia. Santa Maria es muy fértil, y la que mas se acerca á la isla grande. La isla Rodrigo es la mas distante en el Océano. Está situada Madagascar á lo largo, enfrente de la costa de Africa, y la dan ochocientas leguas de bojeo. El estrecho entre el continente y esta isla se llama el canal de *Mozambique*, y es el camino mas corto para la India, y el que ordinariamente se toma, á no ser por alguna tempestad que retire el navío. Tiene buenas radas y fondeaderos. Entre los europeos son los franceses los primeros que formaron establecimientos en Madagascar. Aunque otros han abordado, ninguno hasta ahora ha penetrado tan adentro como ellos. En esta isla hay hierro, plata, oro, piedras preciosas, azufre, fuentes saladas, aguas minerales, y otras que están cargadas de una especie de pez que nada en la superficie. Rios muy numerosos riegan este pais fecundo en pastos, y sus riberas son tierras muy propias para el cultivo. En sus colinas y montes se crian árboles frutales, y maderas para toda especie de construccion.

Sus habitantes son parte blancos y parte negros; los primeros parecen descendientes de los árabes; los segundos se dividen en cuatro clases; y la principal, que mas tira al color de cobre que al negro, no tiene como los demas negros el cabello ni el rostro, porque su cabello es laso y largo, y éstos se cree que son los mas antiguos habitadores. Las otras clases tienen mas ó ménos del color negro segun las mezclas. Se divide la isla en provincias, y algunas están tan pobladas que pueden armar hasta cien mil hombres. Las costumbres entre tantas poblaciones, y en una estension tan grande, no pueden ser uniformes: y así dizemos lo que es mas general, y lo que por alguna singularidad merece mas atencion. En cuanto á las producciones naturales en el reino vegetal y mineral, son tan variadas, que solo la nomenclatura admira. Puede ser que no haya pais, que además de las que son comunes con el resto del mundo, lleve tantas producciones propias y particularmente suyas; vino, aceite, miel de seis suertes diferentes, goma, cañas de azúcar, pimienta, arroz, combustibles, raices alimenticias, gengibre, coco, azafran, betél, plantas venenosas, odoríferas, y otras con fibra propia para hacer telas. Todos nuestros cuadrúpedos, así bravíos como domésticos, se hallan allí con otros muchos que no conocemos; y lo mismo sucede con los insectos, aves y pescados, de que están llenos los rios y las costas.

La provincia de Matotane es el centro de la supersticion, aunque no tiene templos ni mezquitas; pero sus sacerdotes son á un mismo tiempo médicos, astrólogos y adivinos, que por regalos ó dinero dan billeticos con caracteres árabes y con otros no conocidos. Los que los reciben los meten en una bolsita de cuero muy adornada, y la llevan al cuello, creyendo que con esto no se atreven á ellos la lluvia, los vientos, los truenos, ni la muerte misma. Con esto desafian la fuerza de los venenos, y creen que sus enemigos no los pueden herir con las flechas, ni saquear sus casas, ni quemar sus lugares, como que en su concepto son aquellas cédulas preservativo universal. Los sacerdotes de Matotane, muy nombrados por estos amuletos, se los venden á otras provincias.

Los pueblos de la bahia de Antongil y sus vecinos, se llaman con un nombre que significa descendientes de Abraham: observan el sábado y la circuncision; pero no se ven en ellos otras prácticas judaicas; bien que se habrán perdido ó confundido, pues se les cree realmente originarios de judios. Son muy alegres, y manifiestan este carácter los hombres y las mugeres hasta en sus trabajos. Sus mugeres se distinguen de otras de la isla por su prudencia y reserva.

No lejos de su pais hay dos curiosidades naturales que

Digitized by Google

merecen atencion : el anramático, planta grande, cuyas flores tienen la figura de un vaso con su tapa, están llenas de agua, y contienen como un azumbre. El fono, especie de puerco espin y del tamaño de un gato, es buen manjar, pare veinte hijos de un parto, y se oculta en la tierra de un modo estraordinario : porque primero socava como dos piés todo derecho, despues va socavando otros dos ó tres al soslayo, y vuelve á subir hasta medio pié de la superficie. Alli hace su habitacion, y en ella permanece sin alimento cinco ó seis meses, y sale tan gordo como entró. Los golosos buscan mucho su carne.

En Madagascar son muy variadas las especies de monos y entre estos animales se cuentan unos entes desnudos, barbudos y erizados, que habitan en los mas espesos bosques, y huyendo del comercio con los insulares viven de pescados, caza, raices, miel y langostas, sin idea alguna de agricultura. Otros, como les oyen una especie de gerga, y ven que ambos sexos cubren las partes naturales, los colocan en la clase humana.

La costumbre de los viajeros en dar carácter nacional á los pueblos, les ha hecho decir que los isleños de Madagascar son vengativos, traidores y sobre todo crueles, y en prueba de esta última propiedad alegan el modo de tratar á los prisioneros de guerra. Tienen el bárbaro placer de despedazar los niños, y abrir el vientre á las mugeres preñadas, dejándolas asi hasta que espiran. No falta mas que el que los coman; y aun esto dicen que sucede en algunos territorios de la isla, en donde ofrecen á sus gefes las manos como el manjar mas delicado.

Solo gustan de cantar y bailar, porque la conversacion y el pasear les parecen insípidos, y como todos los pueblos del mediodia tratan de locura el paseo, porque volviendo siempre por el mismo camino, se fatigan sin tener objeto ni intencion. No les faltan algunos de los oficios necesarios á la vida; pero los ejercitan distintamente que nosotros en la forma y materia de sus vestidos, utensilios y muebles. Sus artífices, como los de la India, trabajan tanto con los piés como con las manos; porque á los que maniobran en hierro, oro, plata ó madera les sirven los piés para sujetar las piezas; á los alfareros de rueda, á los tejedores, hilanderas y costureras, de medios para apresurar y perfeccionar sus obras. En este afortunado pais no es penosa la agricultura, porque los campos se cubren de un año á otro de espesas yerbas que seca el sol, ellos las ponen fuego, remueven las cenizas, y allí depositan sus granos, los cuales prevalecen prontamente y fructifican con abundancia. No les cuestan trabajo la pesca ni la caza; y como fácilmente se sustentan, se convidan á menudo, entrando siempre en el convite los cánticos y danzas. Su cantar no carece de armonía, ni su danza de arreglo en los movimientos.

Estofas de hilo, de cortezas ó de plantas, tejidas con oro y plata, ó bordadas y aplicadas de diferentes modos al cuerpo, cadenas, brazaletes, pendientes y collares, son los trages y adornos de ambos sexos. La poligamia está permitida en toda su estension, tomando cada hombre las mugeres que quiere y puede mantener. Las mugeres por su parte no se contentan con un marido: siempre tienen dos ó tres galanes, y dejan al esposo por el amante, en lo cual no degeneran las hijas de sus madres. Con esta promiscuidad tan autorizada debe admirarse que haya matrimonios : pero se celebran con tan simple ceremonia, que apenas queda memoria de ella; y si se celebraran con mas solemnidad, pudiera contribuir á la fidelidad recíproca. Entra la danza en los funerales; y empezando los hombres, parientes y amigos á lamentarse los primeros cerca del muerto rodeado de luces, danzan entre tanto gravemente las mugeres y las doncellas; pero éstas cuando las toca van á llorar, y preguntan al difunto, porqué dejó la vida, sino se hallaba bien en ella, si no tenia bastante oro, plata y esclavos. Vuelven despues á danzar; y entre tanto que los hombres hacen sus preguntas, vuelven y van danzando hasta que llevan el cadáver á la sepultura. Hacen allí sacrificios y destinan la mayor parte al diablo, porque le tienen mas miedo que respeto á Dios. Renuevan de tiempo en tiempo estas ofrendas, principalmente en sus apuros, y entónces el que ofrece se acerca al sepulcro, y dice: «Tú que estás ahora con Dios, dame consejo en este conflicto.» De lo que se infiere que creen en la inmortalidad, ó á lo ménos en la supervivencia del alma.

En toda la isla se habla la misma lengua; pero la diferente pronunciacion tiene un aire de dialecto distinto cuando no se oye con mucha atencion; y la basa de esta lengua es el árabe mezclado con el griego. Escriben de la derecha á la izquierda : el papel es hermoso, y le hacen como nosotros, pero de cortezas machacadas y amoldadas. El comercio se hace por cambio, sirviéndose del oro y la plata; pero no están hechos moneda, sino que le cortan con proporcion á lo que quieren comprar y rara vez se engañan. La guerra se hace por sorpresas: marchan por sendas desconocidas; van arrastrando para ocultarse; dan sobre la presa como bestias feroces; y semejantes á éstas todo lo arruinan, matan y destruyen, añadiendo el incendio á la crueldad. Tienen de toda especie de armas, y aun en la guerra hace la danza su papel: pues mientras los hombres están en campaña, danzan de dia y de noche las mugeres, y ni comen ni duermen en sus casas: pero aun las mas inclinadas á la concupiscencia no se permiten por entónces la menor libertad, por la idea de que sin duda seria su marido muerto ó herido si le agraviaran.

Creen estos isleños que hay un Dios que crió el cielo y la tierra : y que hay un diablo autor de todo lo malo, el cual tiene muchos compañeros, pero como le temen mas que á Dios, siempre le anteponen en sus súplicas. Si creemos á algunos viajeros, diremos que los de Madagascar conocen muchas ideas de nuestra religion, pues refieren que en la conversacion de sus sacerdotes han oido hablar del pecado de Adan, del diluvio, de la virginidad de María, y de la muerte de Jesucristo; con la diferencia de que todo está mezclado de fábulas; entre las cuales es preciso andar buscando la verdad; pero á mí me parece lo contrario, es decir que el fundamento de su creencia son las fábulas, y que la imaginacion de los viajeros es la que cree hallar entre ellas las verdades, porque, penetrados de los principios de nuestra santa religion, creyeron que las hallaban en algunas tradiciones ambiguas, ó en algunos ritos y ceremonias que tienen distante analogía con lo que se practica en la religion cristiana. Yo me persuado á que estos isleños tendrán mas de judíos, atendiendo al respeto que tienen á la circuncision, la cual se hace en toda la isla en el mismo dia y con el mayor aparato. Hay entre ellos muchos mahometanos; pero de cualquiera religion que sean, los madagascares creen mucho en adivinos, hechiceros y en sus amuletos. Todavía les faltaria una supersticion si les faltase la de que hay dias aciagos y dias venturosos.

ISLAS ESPARCIDAS.

Las islas Comoras, que están á la entrada del canal de Mozambique, son cinco, segun las mejores relaciones. Son desiguales en la estension, desde diez á cuarenta ó cincuenta leguas de bojeo, y semejantes en la fertilidad. Pondremos por mayor lo mas particular de sus producciones y costumbres, sin especificar exactamente á cual de estas islas pertenecen. Su arroz toma un color de violeta cuando se cuece. Los habitadores de Auzgaya no permiten á los extranjeros que vean á sus mugeres sin permiso del sultan. El gobierno es aristocrático, y en él tienen su parte las mugeres. Los de Juani son negros : conocen la hospitalidad, son tambien sencillos, francos, sin ambicion, y muy indolentes, pues mientras todo lo trabajan las mugeres, se están ellos fumando y masticando el betel. Los reyes viven familiarmente con sus vasallos, sin gravedad ni distincion, esceptuando la de administrar justicia. Queman al diablo en estatua por no poder

Digitized by Google

hacer mas. El sitio en donde ha muerto un hombre es para ellos un lugar de horror, y así huyen de él.

Entre el continente y Madagascar hay muchas isletas desiertas, que adoptan el nombre de los animales que crian, como la isla de los conejos, la isla de los gamos, la isla de las ovejas. Tienen éstas una cola tan particular, que hay algunas de nueve pulgadas de diámetro, y de treinta libras de peso; y la isla en donde se crian estas ovejas tan gordas es arenosa, solo produce malezas, y no tiene agua dulce. No faltan viajeros que lo afirman.

Santa Elena en medio del Océano estuvo desierta. *La Ascension* es estéril sin yerba ni agua, pero tiene un buen puerto, y abundancia de tortugas y pescados. En sus rocas hay un lugar que le llaman *el correo de posta*, porque los que allí llegan, dejan una carta en una botella tapada, y los que despues sobrevienen, rompen la botella para sacar el papel, y ponen otra. *San Mateo* es isla desierta, pero presenta un terreno propio para el cultivo.

Mas cerca del continente están las islas de *Annobon*, fértiles y bastante pobladas; se las dieron los portugueses á los españoles, y en ellas tienen su gefe los negros. *La Trinidad* está en el golfo Etiópico; sus habitadores son pequeños, y dicen que los viajeros que allí llegan en edad y disposicion de crecer, no crecen mas. Allí es el aire malsano, y cargado muchas veces de nieblas, cuya malignidad solo se evita encerrándose. Tienen dobles las cosechas de frutos; pero pagan bien este beneficio con las enfermedades crueles que los atormentan. Este llano, que tiene unas doce leguas de circúito, produce el buen azucar que los negros fabrican. Los portugueses, que hacen parte de la poblacion, se tienen por cristianos católicos, y lo son en cuanto lo permite su supersticion y su ignorancia. El gobernador tenia el soberbio título de virey cuando los holandeses tomaron este puerto importantísimo para el comercio. Los habitadores de *Cacombo* no dan mas señas de hombres que articular y andar en dos piés: y sus mugeres no conocen el pudor mas que las bestias: esto es todo lo que se sabe. En la *isla del príncipe*, á escepcion del gefe y las mugeres, todos los isleños van desnudos. Las mugeres llevan por adorno una corona de flores en la cabeza, una cruz al cuello, y van con sable corvo en la mano como las amazonas. Los habitadores de *Fernan Lopez* son salvages: los tiene por traidores, feroces y bárbaros, tal vez porque desconfian mucho de los europeos, y no los dejan abordar sino con grandes precauciones.

ISLAS DE CABO-VERDE.

Las islas de Cabo-Verde, así llamadas porque caen entre Cabo-Blanco y Cabo-Verde de África, aunque mas cerca de éste, estaban desiertas cuando las descubrieron los portugueses. Puede ser que no siempre lo estuvieran, pero al fin ellos las poblaron. *Mayo* tiene una escelente salina natural, porque, entrando el agua como por una esclusa entre dos rocas, se hace allí la sal por sí misma. Su terreno es seco, con tres pequeñas ciudades, y su aire es sano, por lo que se goza salud. La misma esterilidad de la isla obliga á vivir con sobriedad, mas no por esto son sus habitadores ménos corpulentos y vigorosos. Allí hay un gobernador negro, que recibe su comision del gobernador portugués. El mar abunda en pescados, principalmente de los que llaman doradas. El flamingo, ave gruesa que habita en las lagunas, y es de largo vuelo, hace su nido de barro en figura cónica; pone los huevos en la punta, y solo con la cola los cubre, porque á cubrirlos con el cuerpo, los reventaria. La isla de *Buena-Vista*, es llamada así por la bella vista que hace mirada desde el mar. *Sal*, manifiesta en su nombre su naturaleza y propiedad. La de *San Nicolás*, tiene dos puertos, y buenas aguas. *San Vicente*, es de difícil abordage, y en ella se cargan cueros, despojos de los bueyes bravíos. *Santa Lucía*, es alta, llena de montes y cuestas. *San Antonio*, tiene una montaña que puede compararse por su altura al pico de Tenerife, y en ella los negros hacen de sus frutos un comercio útil con los navíos que van de paso. *La isla del Fuego* toma este nombre de su volcan, hay en ella viñas. *Brava*, es casi desierta. Ciérrase la cuenta de estas islas con la de *Santiago*, que es una de las mayores de Cabo-Verde, y tendrá treinta leguas de bojeo; pero es la que merece mas estimacion, y la que está mas cultivada. En ella hay un gobernador, un obispo, y una ciudad bastante grande, llamada Praya, con un buen fuerte para defensa del puerto. Tiene otra ciudad mas considerable, llamada Santiago como la isla, y es la capital. Es abundante, hace grande comercio de algodon: y además de esto es muy fértil en todo, y sus caballos se estiman mucho. En todas estas islas tienen los curas el cuidado de dirigir las almas y sanar los cuerpos, por no haber otros médicos ni cirujanos.

ISLAS CANARIAS.

El placer que se siente respirando el aire fresco de un anochecer agradable, despues de un dia abrasado, es el que esperimentan los viajeros cuando pasan de los hornos de las islas de África, que estan mas allá de Cabo-Verde, al temple delicioso de las islas Canarias, que llamaron afortunadas los antiguos. Se dice que el nombre de Canarias les vino de los cananeos que traficaron en ellas, y encontraron, como nosotros ahora, escelentes frutos y ganados para refrescarse despues de una larga navegacion. No se sabe si ya tenian el arroz, que al presente dan con abundancia. Tienen tambien brea para los navíos, y aquellos lindos pájaros llamados canarios, que las muchachas domestican en su soledad.

En estas islas se establecieron los portugueses á los principios del siglo XV, y hallaron unos habitadores, cuyo origen se ignora, y cuya lengua, que han conservado, á ninguna otra se parece. Sus costumbres, usos y religion, eran casi las mismas en las diferentes islas: el número de habitantes de la gran Canaria llegaba á treinta mil, y en Tenerife á quince mil. Dicen que era gente bárbara; pero con toda su ferocidad no daban á los españoles que prendian mas riguroso castigo que el de ponerlos á guardar sus ganados. Se llamaban, y aun se llaman, guanchos: eran de muy alta talla, y diestros en arrojar piedras con tanta velocidad, como una bala de mosquete: pero esta destreza se ha disminuido por no ejercitarla. Las demas armas eran fuertes palos, aguzados en punta, endurecidos al fuego, ó guarnecidos de una pezuña. Era permitida la poligamia, y tenian por grande honor para el esposo y la esposa, que el que hacia de gefe se dignase de usar del derecho que aquel tenia á la virginidad. En cada renovacion de gefe, por muerte del anterior, se sacrificaban cierto número de jóvenes de uno y otro sexo, con el objeto de hacer feliz su reinado; y el monarca recompensaba el sacrificio de estas víctimas con los favores que dispensaba á su familia. Los guanchos son vivos, de mucha actividad, naturalmente guerreros, y tan ágiles que saltan de roca en roca á grande distancia, y con el auxilio de un baston se mantienen en la extremidad mas alta de las puntas de la roca, con solo que puedan poner en ella el artejo del pié. No hay seguridad con ellos aunque se les encierre en las torres, porque saben escalar lo interior, balancearse por fuera, y remueven los obstáculos. Hablan muy aprisa su lengua natural, y la pronuncian con solo los dientes y los labios. Los pocos que han quedado de esta nacion ya son cristianos.

Palma tiene con corta diferencia veinte y seis leguas de bojeo, y hay en ella un volcan, cuyas irrupciones son de ordinario precedidas de un temblor de tierra. Tiene una bonita ciudad, da buen vino, y exquisita malvasía. La isla del Hierro, por donde mandó Luis XIV contar el primer meridiano, así como los holandeses le cuentan desde Tenerife, con no tener fuentes, pozos ni rios, y no llevar el agua de otra parte, está habitada por ocho

Digitized by Google

mil almas, y tienen éstos suficiente provision de agua para mas de once mil cuadrúpedos, porque todos los dias un árbol, semejante á una encina, que se cria en medio de la isla, se corona de una nube, y destila por las hojas y las ramas una agua muy clara, que cae en un grande estanque de piedra, hasta veinte toneladas. Este fenómeno, que es único, le aseguran los viajeros, y algunos dicen haberle visto: solamente le contradice uno, del cual dicen los autores que no tiene mas de filósofo que el ser incrédulo. El hecho es pasmoso; pero no es imposible, y todo lo que no es imposible se puede creer, cuando gentes prudentes y de juicio certifican su verdad. Es cierto que serian mas dignos de crédito los viajeros si en lugar de un árbol y un reservatorio hubieran puesto muchos.

La isla Gomera produce cañas de azúcar y vino. Entre sus isleños, cuando eran gentiles, aunque cada uno tenia su muger propia, pasaba por descortesia no prestarla como otra cualquiera alhaja; por lo que el que heredaba era el hijo de la hermana. *Tenerife*, célebre por su pico y montaña, que se ve desde el mar á mas de treinta leguas, tiene un volcan que despide cenizas, piedras, y lava inflamada. Su boca es llamada por los españoles la caldera del diablo, y los guanchos decian que allí estaba su infierno. En Tenerife se halla la mayor parte de la descendencia de los que sobrevivieron á la destruccion de los naturales; y hay una poblacion habitada de solos ellos, en la que se puede oir su lengua, que es un poco análoga á la de los moros de Berberia. Por sus tradiciones se sabe que tenian rey, que le juraban fidelidad, que sus leyes eran pocas, y que á excepcion de los delitos, no señalaban mas castigo que la vergüenza, sentimiento penoso y tormento inseparable del que ejecuta lo malo. Sus monarcas no tenian otros palacios que los que la naturaleza ha dispuesto en el seno de las rocas en las cuales todavia se distinguen las cavernas regias. Para casarse bastaba el mutuo consentimiento, y para divorciarse la repugnancia y el disgusto. El respeto á las mugeres era una ley fundamental que jamás se quebrantaba so pena de muerte. Tenian una especie de bautismo, y éste le administraba una doncella de la vecindad echando al recien nacido agua en la cabeza. La educacion de los jóvenes toda era de ejercitar las fuerzas. Embalsamaban los difuntos, y este arte y su ejercicio eran reservados á los sacerdotes y sacerdotisas, cada uno para su sexo. Sus ropas, visten, ocultan y adornan. No debe extrañarse que fuese Tenerife la principal habitacion de los guanchos, pues por sus frutos, bosques y ambiente aromático es la habitacion mas deliciosa del universo. La gran Canaria se llama tambien Palma por su capital; y compite con Tenerife en la fertilidad y en lo delicioso. *Fuerte-Ventura*, *Lanzarote*, son dos islas bastante grandes, y las acompañan cuatro mas pequeñas: *Santa Clara*, *Graciosa*, *Roca* y *Agranza*.

MADERA Y LAS AZORES.

Madera y *Puerto Santo* están casi enfrente del estrecho de Gibraltar, pero á grande distancia en el Océano. La primera tiene como cuarenta leguas de bojeo, y es famosa por su vino y el sabor de sus frutas, de las cuales con azúcar se hacen las mejores confituras del mundo. Cuando en una familia hay muchas hijas las lleva la madre delante de dos en dos, cubiertas con un gran velo, y con la espalda y el cuello descubiertos. A su lado va con mucha gravedad un viejo escudero con su espada, daga y rosario; pero á pesar de esta formidable escolta hacen sus señas y dan sus ojeadas. A esta pintura la dan la última mano los autores, diciendo que en esta isla reinan todos los vicios, y mas que todos el de la incontinencia en toda especie de gentes. En ninguna otra parte son mas vanos los portugueses; porque el menor criado va siempre de ceremonia con espada y daga, y cuando sirve á la mesa lleva al lado una larga espada. La multitud de asilos ó sagrados son causa de muchos homicidios, pues basta que un asesino toque la pared de alguna capilla para que el sagrado le valga. *Puerto-Santo* viene á estar enfrente del reino de Marruecos, y es la isla en donde los navios portugueses viniendo de la India toman sus refrescos.

Aun no está decidido si las *Azores* pertenecen al Africa, á la América, ó á la Europa; porque están á casi igual distancia de estas tres partes del mundo en el Océano Atlántico, pero son de mucha comodidad para los portugueses en sus viajes al Brasil. El aire en estas islas es muy sano, y no puede vivir en ellas animal nocivo ni venenoso; y aun dicen que los marineros se hallan entrando en ellas libres de toda laceria. El pico, que es igual al de Tenerife, se ve desde muy lejos. *San Miguel* seria muy deliciosa si á cada paso no estuvieran temblando verla sepultada por algun terremoto. *Santa María*, rodeada de rocas, parece un fuerte castillo, y es en lo interior muy fértil. *Tercera* tambien está por naturaleza fortificada; tiene raices alimenticias, fuentes termales de agua hirviendo y una que petrifica: lleva víveres en abundancia. El mar en sus cercanías es tempestuoso; y se anuncia la tempestad cuando la cumbre del mas alto monte se cubre de una nube; se oye en el aire una especie de bramido, se inquietan los cuadrúpedos, y se esconden las aves, se agita el mar, y es preciso abandonar aquella costa peligrosa cuanto ántes. *Angra* es la capital de la Tercera y de todas las Azores, es la residencia del gobernador, y de un obispo sufragáneo de Lisboa. Hay almacenes inmensos de áncoras, cables, y velámen para que puedan remudar los navios. *Praya*, lugar de comercio, es la rada mas segura de la isla. *Fagel* se llama así por las muchas hayas que la cubren; pero no la faltan cedros y otras maderas estimadas. *Corco* sustenta muchos cuervos. *Graciosa* y *Flores* indican con sus mismos nombres los ricos presentes de la naturaleza risueña, derramados con profusion en el espacio de cinco ó seis leguas en medio de la cansada uniformidad del Océano.

ABISINIA.

El continente del África, al que volvemos nuestra atencion despues de haber hablado de las islas, presenta en sus costas muchos pequeños estados, y pocos grandes imperios de los que se entran por la tierra adentro; pero el mas considerable es la Abisinia. Se cree ser el antiguo reino de Sabá, que tal vez seria gobernado por mugeres: á lo ménos se conocen en él dos muy celebradas. La primera fué á visitar á Salomon, y llevó á sus estados la religion judaica: la segunda, llamada Candace, recibió la religion cristiana por medio de un eunuco suyo, instruido y bautizado por el apóstol San Felipe. Todavia es la religion dominante, pero con la mezcla de algunos ritos judaicos; y así el cristianismo de los abisinios es el de los coptos. El patriarca de Alejandría en Egipto es la cabeza de su iglesia, y confirma sus obispos admitiéndolos á su comunion. El emperador de Abisinia debe de ordinario hacerse sacerdote, ántes de su coronacion, y ejerce los ministerios sacerdotales en los dias de mas lucimiento, por lo que tal vez le han llamado los europeos el *Preste Juan* pues no se conoce otro origen de este título, ni se le dan los abisinios.

Ha perdido este imperio veinte y ocho provincias que le han quitado sus vecinos, y todavia es de grande extension; pero estas pérdidas indican la grande debilidad del centro, mucha negligencia é incapacidad en los emperadores, y poca habilidad en manejar los recursos de tan bello imperio. Sus principales enemigos son los gallos ó gallanos, que le acosan por tres lados. Los de Europa dicen que descienden éstos de los judios que Salmanasar trasladó á Siria, ó que Nabucodonosor llevó á Babilonia, ó de los que echados por Tito y Vespasiano fuéron á Etiopia. Practican la circuncision, y ésta es la prueba

Digitized by Google

principal que se alega de su judaismo. Los abisinios creen que fuéron de las costas orientales del mar Rojo, de donde los expulsarian los árabes. Bien pudo ser este cuerpo en su origen alguna tribu de celtas ó gaulas, que mezclados con los cafres y otros pueblos del Africa adoptasen su ferocidad, degenerando las estimables calidades de sus mayores, y conservando su valor. Tambien pueden ser descendientes de aquellos antiguos etiopes, celebrados por su valor y sus irrupciones. La historia, que nos deja un vacío de muchos siglos entre los etiopes conquistadores, de quienes ya hemos hablado con ocasion de la Judea, y entre los abisinios, que segun parece ocupan su lugar, nos permite reconocer en estos gallanos una nacion generosa, que sin perder el valor, vuelve siempre á buscar las posesiones que la han quitado.

Profesan el conocimiento de un Ser Supremo, gobernador del mundo, mas no se les ve darle culto. No manifiestan amor á los hijos, porque los dejan andar entre ellos errantes. Estos niños aprenden por si mismos lo que siempre han de practicar, esto es, el manejo de las armas. No los admiten á contarse entre los hombres, cortándose el cabello, hasta que han muerto alguna fiera ó algun enemigo; y esto se observa con la mas severa atencion. Su choque en la guerra es terrible, y ni pueden dar cuartel ni pedirle. No tienen gefe general, porque cada tribu tiene el suyo, y le eligen cada ocho años: el nombre que les dan á los generales es el de *Lubos*. Su primera operacion debe ser una irrupcion en el imperio abisinio, que es como la palestra y lugar de su ejercicio. Mucho tiempo ha que lo hubieran absolutamente destruido, á no ser por las frecuentes guerras civiles, que á ellos los debilitan, y dejan respirar á los abisinios.

Todo este imperio está bajo la zona tórrida; pero con las grandes lluvias, bosques, montes y rios, hay territorios tan templados como España y Portugal: mas las tierras bajas y areniscas reflejan un calor insoportable para todos los que no sean abisinios. Allí los vientos son impetuosos, espantosos los truenos, y las lluvias arroyos: la estacion de estos meteoros es malsana, y produce muchas enfermedades. La humedad y el calor, medio precioso de fecundidad, hacen que en sus prados nazcan continuamente las yerbas, y que sus árboles lleven al mismo tiempo flores y frutos. Tambien hace brotar de la tierra sin trabajo alguno unos pequeños granos que llaman *teff*, de los que hacen muy buen pan que es su principal alimento. La naturaleza ya que dió á los abisinios monstruosas serpientes, tambien les ha hecho el presente de una planta cuyo contacto, y aun solo el olor, las entorpece. Estos mónstruos abren una larga y ancha boca: respiran grande cantidad de aire: le retienen, y despues le arrojan con tanta fuerza y abundancia, que á muchos pasos derriban y envenenan.

La Abisinia tiene todos nuestros cuadrúpedos con alguna variedad: los bueyes, por ejemplo, son de tan prodigioso tamaño, que en sus cuernos caben mas de diez azumbres: otros los tienen tan flexibles y blandos, que los llevan colgando como brazos rotos. Los caballos son muy hermosos: en los viajes llevan mulas y caballos; y hay una especie de éstos que son grandes como un elefante, pero de hechura mas fina y delicada: por debajo del vientre pasa un hombre de pié. Los abisinios no domestican los elefantes, y asi siempre son fieros y destructores. Los rinocerontes, los leones y los tigres les asolan sus campos. El cocodrilo, el hipopótamo están en el Nilo, que es el rio mas grande de la Abisinia, como en su propio imperio. De esos dos anfibios solo el primero se conoce, porque el segundo es casi inaccesible, y apenas se descubre mas que por sus destrozos: es un animal casi tan grueso como un elefánte, y tiene sus dos dientes; y aunque le llaman caballo marino, mas tiene de buey que de caballo. Por su pesadez es mas temible que en tierra en el agua, en donde muchas veces trastorna las barcas. Come y desgarra, no tanto por devorar, cuanto por hartarse de sangre. Cuando brama dicen que tiembla la tierra: cuando está fuera del rio teme al hombre, y huye de su vista; pero la hembra es muy peligrosa cuando tiene hijos. El macho no tiene una sola hembra, y se presenta entre muchas como un gallo entre sus gallinas. Se le advierte zeloso y atento como que no sufre competidor.

La torpila es en Abisinia muy comun, y sirve en la medicina, aplicada cuando hay calentura, como remedio anodino ó que adormece. El *pipí*, pájaro singular, se aficiona al cazador, y no le deja hasta que le indica la caza, porque él vive de los desechos; pero el que haya de seguirle debe ir bien armado, pues asi le va llevando, tanto á un animal venenoso, serpiente ó tigre, como á una presa útil. Otro pájaro llamado *moroco*, sirve para descubrir la miel que ciertas abejas fabrican debajo de tierra. La abisinia se ve asolada muchas veces por nublados de langostas, que, devorando las plantas, ocasionan el hambre, y por no poder quemar y enterrar sus cadáveres, causan la peste. Las comen frescas, ó secadas, ó reducidas á polvo, que despues se hace una pasta; pero no es buena comida.

La religion cristiana, con la mezcla que hemos dicho, domina en Abisinia; pero hay muchos mahometanos, judios y gentiles, y es muy poco lo que se sabe de la idolatria de éstos: ántes parece que mas consiste en ritos supersticiosos que en adoracion de idolos. La lengua de la corte es un compuesto de casi todas las del imperio, y no carece de expresion ni de abundancia. El antiguo etiope conserva su dignidad, y así le usan en las letras patentes del emperador, en los registros públicos, y en los divinos oficios.

Los abisinios, muy diferentes de aquellos etiopes que con su fealdad asustaron á Roma en tiempo de Augusto, son bien formados, de talla alta y magestuosa, mas morenos que blancos, los ojos vivos y brillantes, de buena nariz y no aplastada, de labios pequeños y de dientes blancos. Su inclinacion los lleva á lo bueno, y tienen un candor y sencillez natural, que son señales de su poca malicia. Rara vez se querellan, y entónces se aquietan con la decision del primer árbitro: la justicia entre ellos no es larga ni complicada. Son afectuosos en sus modales, y curiosos en el adorno. Sus mugeres pueden visitar á sus parientes: las de distincion no se mortifican en sus inclinaciones; y los hombres de inferior clase, que caen en la locura de casarse con ellas, no llevan bien este privilegio; pero los padres les precisan á tener paciencia. Las de clase comun hacen todos los penosos oficios de la casa; porque hay algunos que los mismos esclavos no quieren hacer, como es moler el grano, tarea de todos los dias. Para que un matrimonio sea firme y estable debe hacerse en la iglesia; tienen tambien sus grados prohibidos; permiten el divorcio; mas, para que éste no cause inquietud, cuando se descasan, cada uno conserva sus posesiones. Castigan á la muger adúltera rapándola el cabello, quitándola sus bienes, arrojándola mal vestida de la casa de su marido con una aguja para ganar la vida. Lo particular es que tambien castigan á la muger por el libertinage de su esposo, bien que con solo una multa ligera, suponiendo que de la falta de aquel fué causa su muger, pues á ella la toca saber agradarle.

Sus manjares son buenos y variados: su bebida no es cidra ni vino, aunque pudieran hacerle en abundancia, sino la hidromiel, cuya basa es la miel fermentada: y no beben hasta el fin de la comida, porque su máxima es que primero es plantar que regar. Sus muebles son escasos, mas ó ménos magnificos segun la riqueza de cada uno. La pieza mas extravagante es la almohada de su cama, si puede darse este nombre á una especie de horquilla, en la que no apoyan la cabeza, sino el cuello, por no descomponer los cabellos que dejan colgando: los hombres los atan de diferentes modos: las mugeres los dejan sueltos, pero entretejen en ellos adornos de oro y pedreria. Solo el emperador puede llevar gorro en la cabeza. No ha mucho tiempo que conocen los instrumentos de diferentes oficios: de éstos y del arte de edificar recibieron el conocimiento por los jesuitas; y ántes no sabian mas que sentar irregularmente piedra so-

Digitized by Google

bre piedra, ni habian imaginado escaleras ni diferentes altos, que ellos llaman *casa sobre casa*. No obstante la escasez de instrumentos tenian telas y estofas bien hechas, y joyas de delicado trabajo. El comercio se las va á buscar, porque ellos rara vez viajan; y aun cuando quisieran se lo impiden los turcos, los gallanos, y otros pueblos que tienen como bloqueadas sus fronteras. Ellos mismos no sufren que se abra la entrada de su pais, y así dependen de los factores para los cambios, los que nunca se hacen con ventaja de los abisinios; por lo que la Abisinia, con un caudal de producciones inagotables, como son cueros, miel, cera, oro, marfil, y cantidad de géneros supérfluos, es en estremo pobre. Las mugeres no necesitan de comadre, porque paren con singular facilidad, y dan de mamar á los niños sin estorbo ni trabajo.

La fecundidad animal es igual á la vegetal, y no es inferior la mineral, porque tienen oro, no tanta plata, y mucho plomo y hierro; pero no se dice si hay cobre ni estaño. La sal, sacada de las minas, extraida de las fuentes saladas, y acostrada en las vastas llanuras, aunque muy comun, se trata como cosa de gran precio. Cada uno lleva un pedacito en una bolsa pendiente en la cintura; y cuando se encuentran dos amigos, saca cada uno su pedacito de sal, y se le dan de lamer el uno al otro: y omitir esta espresion seria una grande falta de cortesía. Dicen que el calor que seca la boca es el que ha dado ocasion á una costumbre tan extraña; pero bien pudieran humedecerse la boca, y quedar mas expeditos para hablar, sacando su pedacito de sal sin tener que lamer el del otro. Este modo particular de saludarse nos trae á la memoria otro mas singular de recibir á los extranjeros, que refiere un misionero introducido en el palacio del Lubo, ó pequeño príncipe gallano. «Estaba éste, dice, sentado en medio de una cabaña, y estaban al rededor sus cortesanos cada uno con una vara en la mano: me dejaron entrar, y al punto se levantaron, y la acogida fueron muchos golpes: eché á huir; y cuando llegaba á la puerta, que es la señal que tienen, me hicieron los cumplimientos. Si les preguntan porqué usan de semejante ceremonial con los amigos esperados y aun deseados, responden que es para que sepan los que los visitan, que son gente valerosa, y nacion mas valiente que la suya, y que solo humillándose se deben presentar á ellos.

Las curiosidades naturales de la Abisinia son unas montañas enormes, cuyas rocas presentan murallas, torres y ciudades, y otras de una superficie tan lisa y bruñida, que se pueden mirar en ella; algunas están huecas naturalmente, y en estas han formado á pico salas, iglesias y palacios. Al pié de éstas montañas hay precipicios profundos, en que los caudalosos arroyos arrojan con espantoso ruido grandes piedras que vienen dando vueltas. En las cumbres de los montes están las llanuras, que por inaccesibles se convirtieron en cárceles, en las cuales en otro tiempo se iban consumiendo los hijos de los reyes cuando habia recelo de que aspiraban á la corona. De estos montes bajan los bellos rios que riegan la Abisinia. El Nilo es un riachuelo hasta que se junta con el rio Gema, mucho mas caudaloso y rápido que él: y con este aumento corre por el espacio de doce leguas, atravesando el lago de Dambea sin mezclar con él sus aguas. Desde que sale de este lago es rio ancho y magestuoso; pero no empieza á ser celebrado hasta que sale de aquel pais.

El gobierno de los monarcas abisinios siempre ha sido despótico, sin que jamás se haya estrechado su poder con leyes escritas, ni con la autoridad de tribunal alguno: y solamente los eclesiásticos se han opuesto algunas veces á las arbitrariedades de los emperadores. Se tienen éstos por descendientes de Salomon y de la reina de Sabá, y aun presentan una lista de sus sucesores que no tiene interrupcion especial. Los llaman Naghus, que significa *Rey de Reyes*; y el sello que usan es un leon con una cruz en una mano con este lema: *Venció el leon de la tribu de Judá*. No se esconden como los reyes orientales: se presentan muy gustosos á sus vasallos, y éstos se acercan á ellos con unas ceremonias que tienen algo de adoracion. Mas habitan en las tiendas que en el palacio; pero sus tiendas son unos palacios suntuosos; su guardia un verdadero ejército, y su corte el cortejo mas pomposo y brillante. Éste se aumenta con las mugeres en las expediciones militares. El levantar de este campo, y el paso de una parte á otra es una verdadera calamidad para los pueblos por donde pasan, aunque sea en tiempo de paz; porque es preciso que los caminos estén limpios, y que los vecinos lleven la provision de víveres, por lo que todos se van sucesivamente arruinando en Abisinia. Pasma el ver un campo dividido en parroquias con su cura cada una, y con sus diáconos, y otros eclesiásticos que le asisten para los oficios divinos y la instruccion de la juventud.

La corona es hereditaria; pero no pasa precisamente al primogénito, sino que elige el emperador el hijo á quien quiere agraciar, y por esto han sucedido frecuentes guerras civiles. Para evitarlas se habia pensado en confinar á todos los príncipes que pueden aspirar á la corona en uno de los montes inaccesibles, en donde los guardaban con toda severidad. Se abolió esta costumbre en consecuencia de una indirecta reprehension de un muchacho. Amaba mucho el emperador á este hijo, siendo aun de ocho ó nueve años; pero un dia que estaba con él se acercó un consejero, y dijo: «Este niño ya va siendo grande.» El príncipe al oir estas palabras miró tiernamente á su padre, y le dijo: «¡Qué! ¿no he crecido yo sino para que me envien al monte?» Esta sencilla reprehension enterneció al padre; y aboliendo tan cruel costumbre, hizo jurar á su consejo no restablecerla jamás.

La ceremonia de la coronacion es magnífica: y en ella tienen mucha parte los ritos eclesiásticos, pues se cantan salmos, y se leen las liturgias. El capellan mayor anuncia al pueblo el monarca escogido para gobernarle, y éste hace juramento de cumplir su obligacion con moderacion y justicia. Le pone el metropolitano la corona y el manto real, y le da una cruz por cetro; pero la cruz no es insignia particular del emperador, porque todos los sacerdotes la llevan.

Los emperadores abisinios toman muchas mugeres, como Salomon, de cuya descendencia se precian, y son á su imitacion de muchas diferentes religiones. Para asemejarse mas á él las permiten el ejercicio de la religion de cada una, por lo que no es cosa rara ver al rededor del palacio ó tienda real mezquitas y templos de ídolos al lado de las iglesias. En los casamientos del emperador, que son frecuentes, como en los de sus vasallos, es preciso que cuanto se sirve á la mesa se consuma por los convidados eclesiásticos ú otros; de modo que todos se retiran titubeando cuando ménos; pero las ceremonias siempre empiezan por el rito religioso. De todas sus mugeres escoje el príncipe una, la hace proclamar emperatriz, y ésta goza de grandes privilegios. El Nagus, ó Preste Juan, recibe las órdenes sagradas, mas no siempre el sacerdocio; regularmente se queda en el diaconado con el fin de gozar de los privilegios del clero, entrar en el santuario, dar á besar la cruz, y tener autoridad en el cuerpo de eclesiásticos. En este mismo estado inician á los hijos de los grandes, aun de pecho.

Á excepcion de la disciplina de la Iglesia, con la cual se conforma el emperador exactamente, goza en todo lo demás de autoridad absoluta. Es costumbre extravagante la de que ninguno le vea comer. En la corte y en el ejército se venden todos los empleos, de lo que se puede inferir como va el gobierno de las tropas y la administracion de la justicia. Allí no hay abogados ni procuradores: se oye públicamente á las dos partes: consulta el juez á la asamblea, y pronuncia la sentencia: pero no precisamente sigue el parecer general; porque, como compra el empleo, se resiente muchas veces la sentencia de la necesidad de pagar, pues ni teme incurrir en castigo alguno, ni allí es deshonra el ser injusto. Está establecida la pena del talion: entregan el delincuente á los parientes del muerto, costumbre que anima á la crueldad, y multiplica las venganzas. Los abisinios

serian capaces de hacer felizmente la guerra, si estuvieran mas bien disciplinados, y con gefes mas hábiles. No están mal armados; pero es demasiada su flojedad, y muy poco el ejercicio de campaña: por lo que á vista del enemigo se encuentran sin experiencia, y fáciles de romper. Por otra parte siempre es el ejército menor del que se necesita para la defensa de un imperio tan grande, y perpetuamente amenazado de vecinos inquietos y belicosos. Esto consiste en que por vicio del gobierno es el gran Nagus uno de los príncipes ménos ricos de la tierra, y nó porque sus rentas no serian muy considerables si fielmente llegasen al tesoro; pero pasan por tantas manos, y son tantas las exenciones y privilegios, que es poco lo que le queda.

Los anales abisinios contienen la relacion del viaje de la reina de Sabá á Jerusalen; y aunque algunas circunstancias se acercan mas á la fábula que á la verdad, hay lo suficiente para inclinar á creerlo en el fondo. En cuanto á la conversion de la reina Candaces por su eunuco, á quien instruyó el apóstol San Felipe, se conforma la relacion con lo que leemos en el evangelio de san Lucas. Sin embargo, hasta la mitad del IV siglo no llegó á ser el cristianismo la religion dominante. El grande san Atanasio, patriarca de Alejandría, envió á los abisinios un obispo, cuyo sucesor es el *Abuna*, que es el único que allí ejerce las funciones pontificales. Es rigurosa costumbre, y ha pasado á ser ley, que nunca este abuna puede ser abisinio, y es el medio mas seguro para que los alejandrinos conserven la supremacía; pero éstos abusan de ella, porque ordinariamente no envian mas que ignorantes que compran este empleo con dinero, y tal vez han enviado los que aun no eran sacerdotes; pero así como ellos compran, así venden tambien las plazas lucrativas de la iglesia.

En la iglesia abisinia hay todos los grados: los de depcerasó chantres, sacerdotes, los komos, especie de arciprestes. Éstos se casan; pero hacen el oficio divino con decente esterioridad: tienen el canto de los salmos: en cada iglesia hay una sola misa, y ésta cantada: y allí no hay imágenes de bulto. Sus dogmas son los de la iglesia de Alejandría, que consiste en la heregía de no conocer en Jesucristo mas que una naturaleza y una sola voluntad. Creen en la presencia real, y dan la uncion á los enfermos; practican la confesion pública; pero no se da la absolucion sin reñir al penitente, y darle con la vara golpes ó azotes en la espalda. Hay de toda especie de monges, unos viven en los monasterios, otros están esparcidos por las cavernas y los montes, y éstos viven en el celibato. Preguntaron á un secretario del emperador, que habia sido monge, si entre ellos se hacian votos, principalmente el de castidad; y respondió el apóstata: «Es cierto que prometen, postrados en tierra, en alta voz al superior guardar la castidad, pero muy bajito dicen, como tú la guardas.» Entre los abisinios no es la circuncision mas que una institucion política, y lo mismo sucede con la prohibicion de algunas viandas. Reciben hasta los tres primeros concilios: admiten los libros del antiguo y nuevo Testamento: invocan la Vírgen, los Santos y los Ángeles: ruegan por los difuntos, y administran el bautismo. Todo esto en ellos es seguir el camino de sus mayores; pero no tienen ciencia, porque allí no hay universidades ni escuelas públicas para formar los jóvenes en los conocimientos útiles y en la religion. Hasta su misma lengua no tiene términos para esplicar estos establecimientos.

Solo de cuatrocientos años á esta parte hay cronología seguida de los grandes nagus ó emperadores abisinios; pero han quedado algunos hechos de los príncipes descendientes de Salomon, que reinaron ántes, como aquel ejemplo singular de tres hermanos que se convinieron amigablemente en reinar juntos para evitar toda disputa, y dividiendo el dia y la noche en tres partes, reinaba cada uno ocho horas; y dicen los anales, que tuvo este espediente el mejor suceso. Por los años de novecientos usurpó el trono una muger, y lo conservó su posteridad trescientos años. Volvió de nuevo á la descendencia de Salomon el año de mil y trescientos; pero sobre esta dinastía solo hay algunas nociones dispuestas en estilo imperfecto de cronología, desde que entraron en Abisinia los portugueses en tiempo del grande Alfonso de Alburquerque.

Emprendió Alburquerque asegurar el comercio de su nacion en el mar Rojo, y poniendo los ojos en el emperador de Abisinia, que podia protegerle, le envió un embajador que supo introducirse con la emperatriz Elena, abuela y tutora del jóven monarca David; y la inspiró el deseo de hacer alianza con el rey de Portugal, para que la enviase socorros contra los mahometanos, que infestaban las fronteras. Persuadió el diestro negociador á la abuela y al nieto, que el socorro seria mas seguro si abrazaban la religion católica. Elena le favoreció públicamente, y David siguió sus pisadas. Esto separó del rey á todo el clero abisinio; y á la guerra estranjera que contaban impedir, se juntó la guerra intestina. Es verdad que fuéron los portugueses al socorro; pero tan pocos, que no pudieron lograr triunfos decisivos, y despues de veinte años de combates, en los cuales parece que el emperador tenia contra sí gran parte de su reino, se vió precisado á retirarse con muy pocos criados fieles á lo alto de una roca árida é inaccesible. Bloqueado por sus enemigos, abandonado y aborrecido de sus vasallos, aunque valiente y de buenas prendas, murió oprimido de pesadumbres y de infortunios en aquel horrible asilo á los cuarenta y dos años de edad, y treinta y tres de reinado (1553).

Su hijo Claudio, que le sucedió, tomando diferente camino que su padre, se aplicó á ganar las voluntades del clero abisinio; pero se vió cortado por los portugueses, que ya tenian grande ascendiente en la corte, principalmente con las mugeres, entregadas al catolicismo. Claudio se manejó diestramente con las dos creencias: permitió un patriarca católico, pero sin abandonar al abuna; y de este modo pudo siempre servirse de los portugueses que el virey de Goa reclutaba de tiempo en tiempo. Algunas veces se hallaron éstos tan fuertes, que exigian del monarca favores contrarios á la neutralidad que se habia propuesto, y desagradables al clero abisinio. Por entónces cedió Claudio; pero al fin, con pretestos que nunca faltan, separó á los portugueses, y los dispersó por parages distantes los unos de los otros para no temer que se reuniesen, y le impusiesen la ley. Á este príncipe, calificado de discreto y valiente, le mataron en una batalla contra Novo, general del rey de Adel, príncipe mahometano, en las riberas del mar Rojo. Se habrá observado que la balanza política de Claudio, entre las dos creencias, solo se inclinó á los católicos en cuanto á la proteccion, porque él profesaba altamente la de sus antepasados (1559).

No dejó hijos legítimos, y así le sucedió su hermano Minas. Este príncipe no guardó con los portugueses ni con los misioneros las atenciones que Claudio: se declaró abiertamente con ellos; mandó cerrar las iglesias, y persiguió á los que se habian convertido. Los autores portugueses atribuyen esta conducta de Minas á su genio feroz, y á la educacion que habia recibido entre los moros; pero otros dicen que fué cruel en los católicos, porque le pareció que favorecian á dos sobrinos suyos, que se sublevaron sucesivamente contra él, y que provocaban la rebelion de estos príncipes, siendo así que su nacimiento ilegítimo los separaba del trono. Al fin triunfó Minas, y no tomó contra los portugueses y sus misioneros el partido cruel de matarlos ni el de echarlos de su reino, sino el de encerrarlos en él, de modo que no pudiesen enviar fuera noticias, ni pedir auxilio. Los escluyó de sus tropas, les quitó los bienes que les habian dado, y los dejó caer en la pobreza, que siempre envilece. No se sabe si este príncipe, que siempre estuvo en guerra durante su corto reinado, murió en una batalla; ó si, despues de una derrota que sufrió de parte de los turcos, se vió precisado á ocultarse en las montañas, pasando una vida errante y penosa.

Á pesar de sus desgracias heredó su hijo Malak la co-

Digitized by Google

rona, y reinó con bastante felicidad, aunque continuamente estuvo en guerra, ya con sus vasallos amotinados, ya con los antiguos enemigos de su imperio los gallanos y los mahometanos. Apenas tuvo tiempo ni tal vez inclinacion para volver á la persecucion que empezó su padre contra los misioneros y los convertidos. Los dejó pues vivir tranquilos, y no les hizo bien ni mal. Tuvo alguna conexion con el virey de Goa, y le suplicó le enviase fabricantes para fundir cañones y otras bocas de fuego, y para hacer pólvora, espadas y otras armas: pero nada se habla de tropas auxiliares. Sus variaciones en la eleccion de sucesor causaron muchos alborotos despues de su muerte.

Por algun tiempo habia puesto los ojos en Zadenghel, hijo de su hermano, para nombrarle sucesor: despues concibió tanto amor á Jacob, su hijo natural, que apenas habia salido de la infancia, que le hizo reconocer por los grandes; y por último, cerca de su muerte mudó de parecer, y movido, segun dijo á los señores congregados, del amor á su país, y por lo que se interesaba en su conservacion, ratificó la eleccion que ántes habia hecho en su sobrino, como mas proporcionado en las circunstancias para ocupar el trono, al cual le llamaban su edad, su valor y otras prendas. Pero éstas mismas calidades movieron á una parte de los principales del estado á dar la corona á Jacob, de edad de siete años, porque ellos esperaban gobernar en su nombre. Se apoderaron pues de Zadenghel, y le pusieron en una prision, de la cual le sacaron los del otro partido. Se hizo éste dueño de Jacob, y en lugar de tratarle inhumanamente cortándole la nariz y las orejas para dejarle incapaz de reinar, como se lo aconsejaban, se contentó con desterrarle á un parage agradable del reino, bajo la inspeccion de un gobernador que no le perdia de vista.

Se mostró Zadenghel digno de la eleccion de su tio: se puso á la cabeza de su ejército contra los gallanos. Derrotadas en una batalla sus dos alas, y empezando á desordenarse el ejército para huir, llegaron sus oficiales á suplicarle que se retirase ántes de que los enemigos le estrechasen mas; pero el intrépido jóven, pues no tenia mas que veinte y cuatro años, en vez de seguir su consejo, se apeó del caballo con la espada en una mano, y en la otra el escudo, diciendo: «Yo estoy resuelto á morir aquí: vosotros bien podreis huir del hierro del enemigo, pero no de la infamia de haber abandonado á un emperador á quien todos acabais de proclamar.» A estas palabras, sus soldados, que iban á huir como un tímido rebaño, se arrojaron sobre los gallanos como leones, y lograron una victoria completa, á la cual se siguieron otras muchas. Despues de esta ventaja, que le concilió la estimacion de sus vasallos, hubiera reinado tranquilamente si no hubiera suscitado el odio de los mismos con su declarada prediteccion á la religion católica. Se exasperó mucho el clero abisinio, despertó la faccion que habia elegido á Jacob; y acudiendo de ambas partes á las armas, fué vencido Zadenghel, y le mataron ántes de concluir el segundo año de su reinado.

No obstante, no fué el partido de Jacob el que triunfó. Cuando Malak murió, y le reemplazó Zadenghel, se habia presentado otro sobrino suyo llamado Susneo; pero se vió precisado á huir y ocultarse. Sabiendo éste en su retiro la muerte de su hermano, volvió á presentarse, y se apoderó del trono. Pereció Jacob disputándole, ó mientras le disputaban en su nombre, pues era muy jóven todavía para hacer valer sus derechos por sí mismo. Susneo, victorioso, se portó con mucha moderacion con los partidarios de su sobrino, y los ganó por el camino de la benignidad (1605).

Todavía no se sabe por qué razones políticas pudo determinarse Susneo á declararse en favor de la religion cristiana, hasta el punto de perseguir la suya propia, y poner la Abisinia á riesgo de arruinarse; y no se halla otra sino el deseo de quitarse las trabas que le imponia su clero demasiado poderoso; pero él mismo se echó otras cadenas no ménos pesadas, si no queria ser católico. Un misionero, que habia entónces en Abisinia, llamado el padre Lepais, ganó la confianza del emperador, y le dijo: «Que bien podria conseguir refrenar la autoridad de los grandes que limitaban la suya, pues favoreciendo á la religion Católica Romana no le faltarian las tropas portuguesas;» como en efecto llegó un cuerpo considerable de portugueses.

La primera conversion ruidosa que hizo este misionero fué la de Celia-Cristos, hermano del emperador, que abjuró públicamente la creencia abisinia, y abrazó la fé católica. Muchas fueron las circunstancias que hicieron conocer al emperador que sus vasallos no aprobaban la mudanza de religion que premeditaba. Otro nuevo Jacob, que se presentó con las armas en la mano, se sostuvo con el favor del clero abisinio por mas tiempo que pudiera con solo el auxilio de sus partidarios. Otros misioneros recien llegados habian sufrido en su camino sordas vejaciones, que ya indicaban disposiciones malignas. El emperador, pues, creyéndose desembarazado de sublevaciones, y apoyado por su hermano Celia-Cristos, resolvió dar un gran golpe, y despues de algunas conferencias formales entre católicos y abisinios, mandó Susneo por un edicto, con penas rigurosas, que en adelante ninguno se atreviese á decir la proposicion herética é impía de que en *Cristo no hay mas que una naturaleza*. Para dar este golpe de autoridad se habian aprovechado de la ausencia del abuna: acudió éste; y favorecido de *Emana Cristos*, otro hermano de Susneo, levantó el estandarte y escomulgó á los católicos. Se juntaron, con Emana Cristos, Eulos, yerno del emperador, y Caño, gefe de su casa, conspirando todos tres contra la vida del príncipe. Habiendo errado el golpe llegaron á las armas; y Eulos, demasiado presuntuoso, creyendo que por yerno del emperador estaba libre de toda violencia, atravesó con soberbia el ejército de su suegro, y llegó hasta su tienda; pero, viéndole resuelto á entrar con disposiciones poco pacíficas, le mataron, y se disipó su partido. El abuna tambien fué muerto en esta ocasion. Entónces Susneo espidió un edicto prohibiendo la práctica de los ritos abisinios, con lo que resonaron reclamaciones generales, y rompieron nuevos alborotos. Á las primeras se opuso el emperador con reprension y exhortaciones, y á los segundos con las armas, que bajo de su comandancia fueron victoriosas. Por último abjuró él la creencia abisinia y abrazó la fé católica.

Se esperaba de Lisboa un patriarca que debia consolidar la conversion al catolicismo. Éste se llamaba Mendez y llegó acompañado de diez y nueve eclesiásticos, dos de ellos consagrados obispos para reemplazarle en caso necesario. Fueron recibidos con las demostraciones mas espresivas de afecto y respeto. No puede darse ceremonia mas solemne que aquella en que se declaró la reunion de la iglesia abisinia, y la sumision del emperador y toda su corte á la iglesia Católica Romana. Se hallaban presentes llamados á este fin Basilides, primogénito del emperador, sus padres, los gobernadores, los vireyes y los grandes. Se arrodilló Susneo delante del patriarca; é hizo el juramento siguiente:

«Nos el Sultan Susneo, emperador de Etiopia, creemos y confesamos que san Pedro, príncipe de los Apóstoles, fué establecido por nuestro Señor Jesucristo cabeza de toda la Iglesia cristiana, y que le dió el principado en todo el mundo cuando le dijo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia: yo te daré las llaves del reino de los cielos; y cuando en otra ocasion le dijo: Apacienta mis ovejas. Creemos tambien que el papa legítimamente electo es el sucesor de san Pedro, y tiene el mismo poder y autoridad en toda la Iglesia Cristiana, y prometemos á nuestro santo padre Urbano VIII y á sus sucesores verdadera y sincera obediencia, sujetando á sus piés nuestra persona y el imperio. Así nos ayude Dios y sus santos Evangelios.»

Ya se ve lo completo de esta fórmula: todos los asistentes la juraron como el emperador. Celia-Cristos ántes de jurar hizo un discurso, trayendo á la memoria la desobediencia de algunos á las disposiciones del emperador, y teniendo en la mano la espada desnuda, dijo: «Lo

Digitized by Google

pasado, pasado; pero los que no hagan su deber, serán juzgados por esta espada.» En la misma junta hizo el emperador reconocer por sucesor suyo á su hijo Basilides y prestarle el juramento de fidelidad. Celia-Cristos, siempre arrebatado de su zelo, añadió á la fórmula acostumbrada estas palabras: «Juro obedecerle como fiel vasallo siempre que defienda y favorezca la santa Iglesia Católica; de lo contrario, yo seré el primero y el mayor enemigo suyo.» Mandó el emperador que el dia siguiente todas las señoras de la corte prestasen el mismo juramento, y así lo hicieron.

No halló en el clero ni en el pueblo la misma docilidad; porque ni las amenazas, ni los castigos, ni las promesas fueron poderosas para que se sujetasen á los diferentes edictos que se publicaron para abrogar sus antiguos ritos y creencia. No les gustaban muchos de los usos que se pretendia introducir; porque los abisinios no se arrodillaban en la iglesia, no tenian altares fijos, ni imágenes de bulto ni de relieve, no conocian la confesion auricular de los católicos, ni otras prácticas. Al mismo tiempo que aturdidos con el susto muchos monges dejaban los monasterios, huyendo á los montes, estaba el emperador edificando un magnífico palacio para el patriarca y sus compañeros. Tambien hizo construir una soberbia catedral, y como los abisinios estaban acostumbrados á templos de figura redonda, estrañaban la forma de cruz del nuevo. En la corte y sus cercanías tenian como atadas las manos: pero se vengaban en los lugares distantes; allí mortificaban ellos á los católicos, y habia gobernadores que favorecian su odio. Se sublevó un tal *Tecla*, yerno del emperador y virey de Tigré; su suegro le persiguió, le prendió, y le hizo ahorcar á presencia de su ejército: castigo infame que tambien dió á la hermana de aquel infeliz. Jamás se habia oido que se hubiese sentenciado á horca á una muger, y mucho ménos á una muger de su esfera, pero fué un espectáculo que irritó á las mugeres; y á éstas no debe mirárselas con indiferencia cuando se habla de religion. Se hizo asunto de la mayor seriedad lo que aconteció con una hija del emperador. Tenia esta princesa galante dos maridos, y vivia públicamente con un amante, con quien pretendia casarse. Pidió dispensa al patriarca, y éste no se conformó con la condescendencia de los abunas: se picó la princesa, lisonjeó á su padre, escitó á las otras mugeres y todas fuéron á reconvenir al emperador, cedió éste á sus instancias, y mitigó el rigor de sus edictos contra los ritos abisinios. Le reprendió agriamente el patriarca, pero no tuvo tiempo el emperador para reconocer el derecho de sus reprensiones, porque se vió en la precision de marchar contra los rebeldes, los cuales le vencieron muchas veces, y le hicieron huir. Entónces juntó ejército mas numeroso, y los venció.

Despues del combate la mayor parte de los oficiales que iban con aire triste acompañándole y recorriendo el campo de batalla, le hicieron este discurso: «Ya veis, señor, tantos millares de muertos, y que no son mahometanos ni gentiles, sino vasallos, parientes y sangre nuestra, por lo que ó vencido ó vencedor siempre meteis la espada en vuestro pecho; los que os hacen la guerra, solamente toman las armas por defender su antigua creencia, que pretendeis la dejen por fuerza. ¡Cuánta sangre ha derramado esta infeliz mutacion, y cuánta se habrá de verter si no permitis á vuestros vasallos que sigan en la creencia que aprendieron de sus padres! De lo contrario ni ellos tendrán descanso, ni vos reino ni vasallos.» Esta exhortacion patética á vista de los muertos y moribundos, hizo la mas viva impresion en el príncipe, y la apoyaron la emperatriz con las demás mugeres, y Basilides su hijo. Consiguieron pues un edicto, en que Susneo permitia la libertad de conciencia.

Con esto se sosegaron, volvieron los eclesiásticos abisinios á oficiar á su modo, practicando la circuncision, y dando la comunion, en las dos especies. Se cantaron en las iglesias cánticos de accion de gracias, que concluian con estas palabras: «Alegraos, y cantad aleluya, porque ya las ovejas de Etiopia se han librado de los lobos de Occidente.» Fuese por la pesadumbre ó por el decaimiento de fuerzas, efecto de los sentimientos y fatigas que durante su reinado le habian dado las guerras, inquietudes y alborotos, ó fuese veneno, como otros lo han creido, cayó Susneo enfermo. El patriarca Mendez hizo cuanto pudo porque se revocase el edicto de tolerancia; pero el moribundo, conociendo bien, como siempre sucede en aquella estremidad, que todo se le iba de las manos, dijo: «¿Qué puedo hacer yo, si ya no tengo ni imperio ni autoridad?» Murió á los sesenta y un años, y veinte y cuatro de su reinado (1632).

Así como un árbol que se dobla y oprime por fuerza, si le sueltan resalta repentinamente en sentido contrario, así los que habian estado mas prontos para sujetarse á la Iglesia Católica, fueron los primeros y los mas eficaces en dejarla, y borrar las señales de haber desertado de su falsa creencia con las demostraciones de zelo. Éstos fueron los mas ardientes perseguidores de los católicos, y el patriarca Mendez, que reclamó con el nuevo emperador Basilides las promesas y juramentos de seguir la verdadera Iglesia, no logró mas respuesta que mandarle salir con sus compañeros y todos los sacerdotes católicos. Los que se ocultaron y se quedaron despues de esta órden perdieron la vida; y despues acá todas las diferentes tentativas que se han hecho para restablecer esta mision, han sido infructuosas, y solo han conseguido que se cierre con tal exactitud el imperio abisinio que desde aquel tiempo se ignora lo que ha pasado en él. Lo único que se sabe es que el odio á los católicos se ha estendido contra todos los europeos, de cualquiera nacion y religion que sean, porque á todos los confunden con el nombre de francos, y no le pronuncian sin añadir contra ellos alguna maldicion.

COSTAS DEL MAR ROJO Y DEL OCÉANO.

La inspeccion del mapa de los paises vecinos á la Abisinia me ofrece la siguiente reflexion. Cuando los geógrafos se ven embarazados acerca de algun espacio que toman por noticia de los viajeros, le llenan de provincias que ellos crean y las erigen en reinos: levantan montañas, plantan bosques, cavan nuevas madres de rios, esparcen cabañas ó tiendas por el campo, ó le pueblan de ciudades y habitadores. Entran despues los historiadores y dando á estas naciones costumbres, usos y alguna religion, concluyen diciendo, que todas aquellas cosas son poco conocidas. Esto, con corta diferencia, es lo que sucede respecto de las costas del mar Rojo, á lo largo de la Abisinia, y pasado el estrecho de Bab-el-Mandel con las costas del Océano, hasta el Zangüebar inclusivamente.

Barnagasb es un reino pequeño y pobre, última provincia de la Abisinia, cuyo rey ó gobernador vive miserablemente: ¿cómo lo pasará el pueblo? Balu ó Bali, pueblo de mahometanos, y enemigo de los abisinios, se enriquece con el pillage. Dekin y Dankali, en la costa de Abek, aliados de los abisinios, son como sus factores, y por su puerto Belyur llegaban principalmente los europeos que llamaba el Negus. Ajan, despues del cabo de Guardafui, contiene en su espacio estrecho, pero muy prolongado, el reino de Adel, cuyos habitadores son blancos, y se van obscureciendo en el color al paso que se avanza hácia el sur. Hay en él muchos negros, y tierra adentro están los árabes beduinos, todos mahometanos enemigos mortales de los abisinios, y que tienen interés en serlo, porque se enriquecen de lo que les roban. No son ménos enemigos de los europeos, á quienes cierran cuidadosamente la entrada en la Abisinia, temiendo que este imperio apele á los extranjeros para defenderse de sus irrupciones; y así su objeto no es tenerlos á cubierto, sino asegurarse de disfrutar á salvo la presa.

El rey de Adel está bajo la proteccion del gran señor pero sin ser tributario. En su reino, que en otro tiempo era de grande estension, hay muchas ciudades. Se dice

Digitized by Google

que el que lo fundó fué un abisinio de la sangre real, que huyó de la prision, y se hizo mahometano para sostenerse. Renegado y perseguido, tuvo dos motivos para aborrecer cordialmente á sus antiguos compatriotas; y su odio, heredado por sus descendientes, es formidable á proporcion que les es útil. Magadojo confina con Adel, y su capital está situada en una bahía que forma un rio, que todos los años sale de madre. Es una ciudad muy comerciante: sus habitadores son mahometanos, cuyo valor es el azote de sus vecinos; porque se sirven de flechas envenenadas. El Ajan contiene tambien una república, que se llama *Brava*. Siete hermanos, fugitivos de la tiranía de un rey de la Arabia Feliz, cuyos vasallos eran, hallaron en esta punta de tierra un asilo que trasmitieron a sus descendientes. Los portugueses en sus primeras espediciones asolaron todas estas costas, y dejaron en ellas un terror que todavía dura.

El Zangüebar, que es el que se sigue, contiene treinta y ocho reinos, y cerca de la costa veinte y una islas. Se dice que en su estension, mas bien que regado, se halla cortado de lagos y bosques, que hacen el aire malsano. Los habitadores son feroces, atrevidos, ignorantes, y van desnudos ó cubiertos de pieles. La mayor parte son cafres ó negros: desconfian mucho de los extranjeros y así es muy imperfecto el conocimiento que tenemos de aquellos treinta y ocho reinos, pues aun de la existencia, del número y de sus propiedades nadie hay que responda. De los estados siguientes tenemos nociones mas claras.

MELINDA.

Melinda está bajo la línea equinoccial, y no tiene arroz ni trigo, sino patatas, frutas, plantas, mucha yerba, y ganados en abundancia. La capital, que se llama como el reino, bien situada y bien edificada, comercia en oro, cobre, mercurio y marfil, dando estas drogas por telas ó por trigo. Los habitadores son de todos colores y toda suerte de religion. Se circuncidan y andan desnudos. La corte familiar del rey se compone de mugeres que le rodean, y van cantando, y embalsamando con perfumes que él respira. Sus acciones civiles y domésticas, como las resoluciones de paz y de guerra, están sujetas al oráculo de los labis ó adivinos, que fingen ver lo venidero en las entrañas de un gamo, consultándolas en presencia del monarca; y para no quedar muy responsables de los sucesos, procuran sin duda que ántes se les prescriba lo que han de pronosticar. Ninguno está exento de parecer en justicia; hasta á los grandes señores se les puede acusar impunemente. El rey oye, sentado en su trono, pronuncia la sentencia, y pasa con el culpado á una cámara vecina. Allí se le obliga á confesar su delito en la postura mas humilde, y de su sinceridad pende el rigor ó moderacion del castigo. Le quitan el vestido, le tienden en el suelo, y el mismo monarca le da con su baston de justicia los golpes que le parece. Se levanta, se viste y da las gracias al rey; y en habiéndole besado los piés, todo se olvida, vuelve á entrar en la sala con gran serenidad, le despide el rey amigablemente en presencia de toda la corte, le vuelve á enviar á su reino, encomendándole que haga justicia exacta, y manda que le lleven con los honores acostumbrados. Estos príncipes, despues de haber sido muy maltratados de los portugueses, viven actualmente con ellos en buena inteligencia. Los gefes de Lamo, Pemba, Zancibar, Quirimba, Anfia, Anisa, y los de otros muchos paises, que algunas veces no tienen de circunferencia mas que cinco ó seis leguas, toman el título de reyes, y algunos son tributarios de Portugal.

MOMBAZA Y QUILOA.

La capital del reino de Mombaza está en una isla, y sus casas están edificadas á la italiana, con azoteas que se tocan una con otra, y por ellas se va de un cabo á otro de la ciudad. Los portugueses la acometieron por la comodidad del puerto, la poseyeron, y cometieron varias vejaciones; pero los han espelido, ó por lo ménos han perdido la fortaleza; lo que sin embargo sufren, y viven allí como los otros pueblos que el comercio atrae. En aquella grande diversidad de moros, cafres, blancos, pajizos, mahometanos é idólatras, sería difícil adivinar cual es la nacion primitiva. Este reino ha estado espuesto á las correrías de los imbis, pueblos selváticos de lo interior del África, que se mantienen de rapiñas, comen sus prisioneros, y aun á sus mismos padres, asesinándolos cuando los ven enfermos, para regalarse. Su bebida favorita es la sangre humana, sirviéndoles de copas los cráneos ó parte de la calavera. Cuando están para llegar á las manos hacen que vayan delante rebaños seguidos de hombres que llevan fuego, y en esto quieren decir que los prisioneros deben espetar verse asados y devorados. No hay suerte mas terrible que la de los que caen en manos de estos bárbaros, y la del pais por donde pasan, y así al ver que se acercan todos huyen ó todos se esconden. Los mahometanos han intentado convertirlos para amansarlos ó destruirlos; pero ni uno ni otro han conseguido: y lo mas que han podido hacer es alejarlos; pero todavía vuelven algunas veces á presentarse. Estos mónstruos adoran á sus espantosos monarcas como dioses: toman el nombre de emperadores de toda la tierra, y desafian al mismo cielo. Cuando la lluvia ó el sol les incomoda, templan su arco, y despiden contra el sol y el firmamento sus inútiles flechas y maldiciones.

Quiloa está en una isla, y tan agradablemente edificada como Mombaza, poblada de la misma variedad de naciones, rica por las mismas producciones, y vivificada por el comercio. Ésta se ha resentido mas de los tristes efectos de la imperiosa gravedad de los portugueses, los cuales hallaron en ella reyes, cuya historia se conservaba, y cuya sucesion era conocida. Aquellos príncipes se desdeñaron de dejarse sujetar por unos extranjeros, que iban con su artillería á vomitar el terror y la desolacion en sus costas. Hicieron resistencia, pero no fueron los mas fuertes; y su capital, despues de haber sido saqueada, fué consumida de las llamas, á pesar de las ofertas que hizo el rey de hacerse tributario de Portugal, si querian dejar libre su ciudad. Almeida, general de la armada, era el que podia salvarla; y el monarca pidió prendas de seguridad para conferenciar con él. Le ofreció el soberbio portugués un guante; y viendo que no le queria, le ofreció su capacete. No le parecieron al rey prendas suficientes; y estando los soldados portugueses con las hachas encendidas en las manos, les dió Almeida la señal, las arrojaron, y quedó consumida la ciudad. Volvieron á edificarla, y está al presente bien poblada. Con mas frecuencia han estado Mombaza y Quiloa en poder de un mismo monarca, que separadas una de otra.

MOZAMBIQUE.

Es Mozambique una pequeña isla: pero muy útil á los portugueses para su descanso cuando hacen el viaje de la India, porque hallan en ella toda especie de refrescos, socorro que sacan de la tierra firme, la cual los produce en grande abundancia, pues la isla nada lleva. Se dice tambien que solo tiene dos tiros de mosquete de ancho y seis de largo; por consiguiente casi toda la cubre la fortaleza importante que allí tienen los portugueses para defender el puerto, y mantener en sujecion á los pequeños reyes del continente, de donde sacan hasta el agua, pues en la isla no hay mas que un manantial insuficiente. El principal comercio con la costa es de oro y de esclavos, el cual solo indirectamente hacen los portugueses, porque los negros no se fian de ellos, y así los factores moros son los que hacen los cambios. Las cosas mas preciosas para los pueblos del interior, casi salva-

Digitized by Google

ges, son las sonajas, cuchillos, tijeras, y toda especie de quincalla; y ha sucedido dar quince vacas por una navaja de afeitar. Ya se sabe que entre aquellos negros no hay humanidad alguna, pues los padres venden á sus hijos, y los hijos venden á sus padres, madres y hermanas. Se hacen perpetua guerra, y comen los prisioneros, por lo cual no temen mucho la esclavitud. Con algunos braceletes y algunos rollitos de oro puestos debajo del labio inferior y sobre el superior, para tenerlos mas gordos y mas prominentes, y con rayas rojas tiradas por el cuerpo, están ya adornados un negro y una negra.

COSTA DE SOFALA.

Sofala fué tambien uno de los dominios portugueses, cuya capital está situada en una isla, y tiene como Mozambique la utilidad de poder comerciar con el continente: pero es un comercio muy precioso, pues se cree que por la grande cantidad de oro que dá es hoy Sofala el antiguo *Ofir* de Salomon. Cuando la descubrió Anaga, almirante portugués, la gobernaba un rey mahometano viejo y ciego, que se llamaba Jucef. Le pidieron permiso para edificar un fuerte, diciendo que le serviria de mucho á aquel príncipe. Jucef fingió que así lo creia: pero su yerno Musaf, viendo que el fuerte se iba adelantando, fué á hacerle presente el riesgo que habia en permitir que aquellos extranjeros se hiciesen fuertes en sus estados; y el ciego le respondió: «¿Quieres que yo pelee ahora con estos advenedizos, cuando acaban de llegar muy sanos y bien provistos? Déjalos por algun tiempo, hasta que con el calor de un clima á que no están acostumbrados, unos mueran y otros enfermen, y entónces acometeremos nosotros con ventaja, y tomaremos para nosotros el fuerte que hayan construido.» No esperó la impaciencia del yerno á seguir el plan del ciego, y le precisó á atacar el fuerte. Los portugueses, aunque eran pocos, estaban todavía vigorosos, y no solo se defendieron, sino que persiguieron á Jucef hasta su palacio, y le quitaron la vida. Desde entónces han conservado en su poder el fuerte, y aquellos reyes son sus tributarios. Aun se cree que el último rey era un portugués, sin duda algun fidalgo mestizo, que no se desdeñó de poner una corona africana en su escudo y blason. En este reino hay algunos vestigios de policía, pues llega la severidad contra el adulterio hasta castigar con la muerte al hombre que hallan sentado en el mismo sofá ó en la misma alfombra con una muger casada: respetan mucho la memoria de sus padres, y custodian sus huesos con veneracion. Allí se vé toda suerte de religiones: los primitivos habitadores son negros.

MONOMOTAPA.

El vasto imperio de Monomotapa, que en muchos puntos se compara con el de los abisinios, se dice que tiene setecientas ú ochocientas leguas de circúito. Allí es el aire por lo regular muy bueno, y la tierra fértil. Se abrasan en unas partes y en otras hiela, porque la nieve cubre las montañas al mismo tiempo que el sol está tostando las llanuras. Se nota con admiracion que estando estos pueblos lejos del trópico son sus habitadores enteramente negros, y al mismo tiempo que en territorio de la Libia y de la América, que tienen el sol en el zenit, los que los habitan no tienen el color negro ni el cabello crespo. Los jóvenes de uno y otro sexo, á escepcion de las precauciones de honestidad, están desnudos del todo, y los otros solo lo están hasta la cintura. Está en uso la poligamia, bien que la primera muger con quien se casan es la señora, y sus hijos los herederos. Ni en la corte se permiten estofas de fábrica extranjera, temiendo que se introduzca la aficion: y esta ley política está apoyada con sus supersticiones, sin duda para que mejor se observe.

La corte familiar del emperador es magnífica, y cuando sale en ceremonía lleva pendiente de su costado una pequeña azada, emblema de la industria del cultivo; y en cada mano una flecha: indicio la una del castigo, y la otra de proteccion. El gobierno es muy suave, y en él no hay impuestos, porque el emperador no saca de sus vasallos mas que el trabajo de algunos dias; y aun cuida de dar víveres á los trabajadores, aunque no tiene obligacion, y por eso cada uno va muy contento á los trabajos en lugar de huir. Los hijos de los príncipes tributarios, ó de los principales oficiales, se crian en la corte: allí les inspiran la fidelidad al soberano, y sirven de prendas para asegurar la de sus padres. Todos los años el dia del monarca un oficial va á cada provincia: y cuando éste llega se apaga en todas partes el fuego, para recibir otro nuevo de su mano; no querer conformarse con esta costumbre, es declararse rebelde; por lo que viene á ser esta ceremonia como juramento de fidelidad. Son estos monarcas muy amados de su pueblo, y procuran conservar su afecto con señales de benevolencia. Cuando bebe y cuando estornuda ó tose, uno de los grandes, si está presente, dice en alta voz: «Rogad por la salud y prosperidad del emperador:» todos de uno en otro lo repiten, y así llega la invitacion hasta los límites del imperio. La justicia es pronta y severa. Hay una bebida de purificacion, como lo era el agua amarga de los hebreos; y basta que no haga mal al reo, para declararle por inocente. La capital es hermosa, y en ella hay una emperatriz y nueve reinas, cada una con su corte y son protectoras una de los portugueses, otra de los moros; las demas tienen cada una su intendencia. La cosecha es tiempo festivo: no falta á ella el emperador; pero si se lo impiden la guerra ú otros negocios, preside la emperatriz á la fiesta. Siempre se procura que sigan la corte bailarines, músicos y bufones para divertir al pueblo; y los que hacen de gefes con esta gente son personas de importancia. Hay alternativamente en pié ejércitos reglados. Dicen que hay una provincia de amazonas: lo cierto es que tambien hay regimiento de mugeres en el ejército. Sus armas son la flecha, el sable, el dardo, la espada ancha, el puñal, y hachas cortantes, y ligeras, que manejan con mucha destreza por estar ejercitadas desde la infancia. El emperador prefiere la guardia de estas mugeres para su persona. Tambien tiene doscientos perros, y no los considera por ménos fieles para su seguridad.

Entre las dignidades de su corte son las principales la de gobernador del reino, y la de gefe de la casa real, que tiene el privilegio singular de nombrar emperatriz cuando muere la que habia, bien que para ello se entiende con el emperador. El capitan de los músicos, el gefe de los adivinos, el que guarda la botica, aceite, utensilios, ingredientes que sirven al primer adivino, el portero, dos gefes de la cocina, que son ordinariamente príncipes de la sangre, y los cocineros, todos son gente distinguida. No sirven mas que hasta la edad de veinte años, suponiendo que hasta entónces no han conocido mugeres, y si en esto engañaran, serian severamente castigados. Nunca ven al emperador comer. La religion antigua parece haber sido la pagana; pero sin politeismo ni idolatría; ó por mejor decir una especie de ateismo mezclado con nociones vagas de cristianismo, y con supersticiones, pero no inhumanas. Se castiga el sortilegio, y conocen un supremo Ser, que llaman el Criador y Gobernador del mundo. Hacen muchos honores á una Virgen; tienen templos y conventos edificados á su honra y gloria, y en ellos dedican las hijas al celibato, como sucede entre los católicos, los griegos y los abisinios. Se cree que por largo tiempo tuvieron comercio con estos últimos, y puede ser que los dos imperios, aunque tan distante el uno del otro, estuvieron reunidos. Uno de sus emperadores se hizo bautizar por un misionero; pero le abandonó la fé cuando fué preciso llegar al punto de renunciar á la pluralidad de mugeres. Los portu-

Digitized by Google

gueses poseen minas de oro, protegidos de las fortalezas que les permiten; el oro se halla tambien á flor de tierra en las arenas: no hay pais que mas abunde en elefantes: y en él hay avestruces tan grandes como pequeños bueyes.

La historia del último emperador conocido es ésta. Hubo una guerra cruel entre los hijos de Famigar-Bachi, que á los cuarenta y siete años dejó sesenta y cuatro hijos, y todos se mataron á excepcion de tres. Se convinieron dos de ellos en reinar juntos, cada uno seis meses; pero el primero que ocupó el trono se deshizo del segundo, y á él le quitó la vida un tio suyo llamado Nahi. El tercero se habia puesto en salvo en un reino muy distante, en donde habia comprado un campo que cultivaba con sus manos, y vivia desconocido: allí se casó y tuvo un hijo llamado Alfondi. Fué creciendo este príncipe, y haciéndose amar y admirar por su modestia y dulce genio de cuantos le trataban, manifestó con el tiempo su valor é intrepidez en la caza de elefantes, leones, tigres y otras fieras.

Habiendo oido hablar de una guerra encendida en el Monomotapa entre Nahi su tio, á quien él no conocia por tal, y un rey vecino, se previno de armas y caballo, y fué á ofrecer sus servicios al emperador á la cabeza de una tropa escogida. Presto se señaló Alfondi con hazañas que le merecieron la atencion de todo el ejército, y principalmente la de su tio, el cual le dió el mando de un cuerpo de tropas, con el que se portó tan bien, que Nahi creyó no podia hacer mejor cosa que ponerle á la cabeza del ejército. En seis meses ganó tantas batallas el jóven general, que redujo al enemigo á pedir la paz. El emperador para premiar sus servicios le dió por esposa á la princesa su hija, siempre sin la menor sospecha de su verdadero nacimiento. Alfondi, aunque en este punto ignorante, por un sentimiento natural llamó á su padre para que fuese testigo de su buena fortuna: y el anciano monarca Nahi reconoció á su sobrino en el padre de su yerno, cuyo trono ocupaba él, y le cedió gustoso la corona. El nuevo rey la transfirió á su hijo, y fué con su esposa coronado entre las aclamaciones de todo el pueblo, cuya estimacion y amor no cesó de merecer con su justicia y beneficios. Añadiendo á esta historia algunas bellezas y adornos, no seria difícil convertirla en una novela interesante.

EL MONOEMUGI.

Facilmente se van contando imperios en los vastos desiertos que están detrás de las costas. El Monoemugi es uno de aquellos reinos que la imaginacion estiende cuanto quiere, sin que la detengan límites ciertos, hasta que desciende hácia el mar, donde el Monomotapa y los demas paises, de que ya hemos hablado, ponen término al Monoemugi. No se sabe de él sino por las naciones intermedias, y así las nociones de este reino pasan de boca en boca á los europeos curiosos, como sus riquezas pasan de mano en mano: pero ni las unas ni las otras llegan sin alteraciones. Se sabe que es monarquía, y monarquía absoluta, en la cual hay idólatras, mahometanos y cafres, nombre por el que entendemos infieles y gentes sin religion. Por cafres tambien entienden los europeos los negros que hacen la parte mas fuerte de la poblacion de Monoemugi.

Aquí tambien se encuentran con el nombre de giagas los imbis, aquellos mismos pueblos salvages, asoladores de Mombaza y de Quiloa, y tal vez serán lo mismo que los gallanos, que hacen temblar la Abisinia. En el centro de la ardiente África pululan esos mónstruos como los leones y tigres, igualmente sedientos de sangre. Con poco honor se sirve de estos bárbaros el emperador de Monoemugi contra una república de amazonas que hace frecuentes correrías por las fronteras meridionales de sus estados. Contiene á estas mugeres guerreras en respeto por medio de los giagas, y no porque temen su valor, sino porque tiemblan de ser por su barbarie asadas vivas por esa maldita casta: de suerte, que cuando llegan á las manos, es un combate de muerte, y sin cuartel por una ni otra parte. Esto podia servir de episodio en la novela de Alfondi.

CAFRERIA.

No hay pais alguno que se llame propiamente Cafreria: pero como esta palabra significa *pais de infieles*, pueden llamarse así con justo título las vastas regiones que hay desde los hotentotes hasta la línea equinoccial y mas allá, á vista de que los que las habitan son idólatras, y mucho mas que otra nacion del mundo, entregados á las supersticiones mas inhumanas y estrañas, y á los sortilegios. La crueldad y ferocidad de aquellos salvages, juntas con el calor escesivo y el mal aire de aquellos climas, han quitado á los misioneros el valor de aventurar sus vidas y sus trabajos. Muy pocos son los que han penetrado muy adelante tierra adentro, y de éstos, unos han muerto á poco tiempo por lo malsano del clima, el nocivo alimento, y las horribles fatigas: los otros no han tenido valor para quedarse entre aquellos salvages, viendo el poco fruto que lograban, y los que han vuelto han hecho unas relaciones tan espantosas de su mision, que ya no envian á nadie, y de aquí proviene que sea tan poco lo que conocemos de los vastos paises interiores.

HOTENTOTES.

La punta del África está habitada por los hotentotes, nacion indígena, que no debe confundirse con los cafres, por ser pueblo diferente, que ni tiene el mismo color ni las mismas costumbres. Á lo que parece no carecen del todo de noticias del diluvio; y si se quiere, puede suponerse que son descendientes de los antiguos trogloditas que provienen de Abrahan por su muger Cetura. El lenguage de éstos es un compuesto de sonidos estraordinarios, parecido al gorgeo de los pavos cuando riñen, mezclado con los chillidos de una picaza, y á los quejidos de los bubos, porque no se advierte que articulen, y así es su idioma una especie de mónstruo entre los demas, pues su pronunciacion depende de ciertos choques de la lengua contra el paladar, y de ciertas vibraciones tan estrañas, que es imposible ejecutarlas sin acostumbrarse desde la infancia. Tambien es para los hotentotes muy difícil aprender nuestras lenguas, y jamás las hablan bien. Su pais es montuoso, pero con bellas praderas en las gargantas, y aun en las cimas de los montes: le riegan riachuelos que tienen las mejores aguas del mundo, y el mar tiene muchos pescados. Nadan los hotentotes de pié como si fueran andando, sirviéndose de sus brazos como de balancero: y á la verdad que esta singularidad que les es propia debiéramos procurar imitarla.

Esta nacion, que es muy considerable, se compone de tribus todas errantes, como debe suceder á un pueblo pastor; pero son errantes en un espacio determinado: quiero decir, que los hotentotes, despues de haber agotado un territorio, trasladan sus cabañas á otro, y luego vuelven al primero, porque en poco tiempo le hallan cubierto de nuevas yerbas: y de este modo no se confunden las tribus. Se hacen la guerra entre sí; pero sus querellas se concluyen interviniendo los vecinos. Se socorren mútuamente contra el comun enemigo; y los holandeses han esperimentado algunas veces la fuerza de estas ligas, con grande daño suyo.

Cuando nace un niño le frotan con estiercol de vacas, y le lavan con leche de higueras, dejan que ésta se seque al sol, y le untan con grasa sola, ó grasa con manteca de vacas: el padre ó la madre le ponen el nombre del animal que mas quieren, y en destetandole le enseñan á fumar. Los hotentotes son altos, derechos, bien formados;

su estatura es de cinco y medio á seis piés. Las mugeres son mas pequeñas, y de color de aceituna. Ellos tienen la cabeza grande, los ojos vivos, la nariz chata, los labios gordos, los dientes blancos como el marfil, el pelo como el de los negros, pero muy negro, los piés grandes y anchos. Las mugeres los tienen pequeños y delicados. Dicen algunos viajeros que la naturaleza, como atendiendo al pudor de estas mugeres, las ha dado en el empeine una piel dura que les cuelga en forma de un pequeño delantal: esto seria una singularidad de la casta hotentota. Ya se sabe que fué una ilusion de los viajeros.

No hay en el mundo criatura mas perezosa que el hotentote; pues dice que pensar es trabajar, y que trabajar es el azote de la vida: y así pasan la mayor parte de ella en una ociosidad y estupidez que pasma: pero si se ofrece la ocasion no dejan de ser activos. Corren mas que un caballo, manejan el arco con mucha destreza, y arrojan con fuerza y tino la azagaya, y los racumes ó bastones; se distinguen en el afecto de unos con otros, en la hospitalidad y en la compasion de los infelices y los extranjeros; pero esta natural bondad la desconocen bárbaramente para con los viejos decrépitos; aunque sean sus padres: tal es la fuerza de las preocupaciones. Cuando alguno llega á decrépito, el hijo ó el pariente mas cercano junta los hombres del aduar ó del lugar, les hace presente el infeliz estado del anciano, y pide que le secuestren: esto jamás se lo niegan. Le ponen caballero en un buey de montar y siguiéndole la mayor parte de los habitadores, se le lleva á una cabaña, hecha á propósito en lugar separado. Le dejan algunas provisiones, de modo que pueda alcanzarlas, y así le abandonan á perecer de vejez y de hambre, si ántes no le devoran las fieras. De dos gemelos que les nazcan, siempre matan uno. Otra costumbre no ménos estraña es que un hotentote, cuando le reciben en la clase de los hombres, tiene que golpear á su madre para que vea que ya no es niño.

El vestido consiste en una capa que llaman conosa, hecha de pieles de fieras, y no les importa que esté untada de estiercol ó manteca de vacas, ó bien de grasa fresca ó rancia. Generalmente se puede decir que esta untura es un verdadero adorno, pues no hay ceremonia en que no se apliquen como gala esas mantecas, haciendo surcos en su cuerpo con ellas, y dándoles color con lapiz, ó un polvo encarnado llamado *buchú*. Los hombres nada llevan en la cabeza: las mugeres gastan una especie de tocas: y les parece que es vistosa gala la de las vegigas llenas de aire, que cuelgan de sus cabellos. Su calzado, en que tambien se distinguen de los hombres, consiste en tripas frescas de animales, que se atan al rededor de la pierna, á modo de borceguíes. Tambien es adorno de héroe colgarle al cuello los intestinos sangrientos de la bestia feroz que él ha muerto, hasta que se pudren, y así huele desde una legua. Un rasgo de su aseo es llevar siempre en la mano una cola de gato montés ó de zorra, que les sirve de pañuelo. No comen mas que carne, pero el puerco, los pescados sin escama, las liebres y los conejos están prohibidos á los varones por su misma tradicion. Las mugeres pueden comer conejos y liebres, y ambos sexos comen los cueros rancios, echándolos primero en agua y pelándolos: tostados de este modo sobre las ascuas son para ellos un lindo manjar. No gastan sal ni especies, y su bebida ordinaria es el agua, con la leche de vacas para los hombres, y la de las ovejas para las mugeres. Solo cuando se celebran las bodas come con ellas el hombre; pero ambos sexos son muy apasionados al aguardiente y al tabaco.

Los aduares se llaman kraales, y cada uno tiene su gefe hereditario, además del gefe natural de la tribu, al que llaman el Konco. Éste es el que manda el ejército, dirige las negociaciones, preside en el consejo, y juzga las causas civiles y criminales que les vienen de los kraales por apelacion. Las cabañas son de estera de junco muy apretada, fabricada por las mugeres: los hombres son los que las construyen, y hacen los utensilios del menage y tambien las armas, cuando quieren trabajar. Manejan con destreza los metales, y son buenos alfareros: pero sobre todo muy espertos en cuidar de sus ganados. En el kraal la calidad de médico de esos preciosos animales es una dignidad, y otra dignidad la de la comadrona, que es elegida por las mugeres. La tercera y mas súblime que las dos, es la de maestro de ceremonias religiosas, que solemniza los casamientos y funerales, y hace la operacion de cortar á los muchachos un testículo, porque todos, pena de la vida, pasan por esta ley cruel y singular entre los ocho y nueve años. Ellos dicen que deben su grande agilidad en la carrera al corte del testículo izquierdo; pero se juzga que fué alguna ceremonia religiosa, mal comprendida de los viajeros.

Es difícil espresar la estravagante ceremonia de sus casamientos, funerales, y de las acciones principales de su vida, como la de ser recibido en el número de los hombres, ó declarado por héroe. Para las ceremonias de las bodas forman los hombres un círculo en cuclillas, y á distancia están las mugeres en la misma postura. Entra el *suri*, ó sacerdote, en el círculo que hacen los hombres, y dirige su orina al futuro esposo, y lo mismo hace con la esposa, yendo y viniendo hasta tres veces, mientras no le falta la vegiga, y en estas rociadas va rezando esta fórmula: «Deseo que vivais juntos y felizmente largo tiempo, que tengais un niño ántes de un año, que este hijo sea vuestro consejo en la vejez, y que salga hombre valeroso y gran cazador.» En los funerales son los viejos los que dan las rociadas, el uno al circo de los varones, y el otro al de las hembras. Para recibir un muchacho en la clase de los hombres se necesita el examen y consentimiento del kraal: en teniendo su aprobacion, le aspergea un viejo en medio de los hombres, y le dice: «Todos tus pensamientos, palabras y acciones deben de hoy mas oler á hombre hecho; la buena fortuna te acompañe por mucho tiempo; crece y multiplica. Deseo que te salga presto la barba: evita la compañía de tu madre, sopena de ser desterrado de la sociedad de los varones.» Hasta este punto solo con las mugeres habia vivido el jóven, porque ellas son las que enseñan todas las costumbres, leyes, ceremonias, prácticas y tradiciones de la nacion, como que son las depositarias de ellas. Por último, para acreditar el valor de un hombre y elevarle á la dignidad *de valiente caballero*, es necesario tambien la aspersion, dada por un guapo condecorado con la insignia heroica. Todos los aspergeados no solamente reciben para ellos la santa inundacion con recogimiento y respeto, sino que se frotan con ella muy aprisa, y hacen surcos en la grasa con las uñas para que el agua llegue á la piel, deseando que no se pierda gota.

Se conoce muy poco la religion de los hotentotes, porque en este punto guardan un obstinado silencio si son preguntados, y en las dificultades y argumentos que se les proponen, no responden sí, ni nó. Ninguno está tan encaprichado como ellos de sus costumbres y tradiciones. Es imposible convertir uno: se sabe solo que creen en un Ser Supremo, á quien llaman el Dios de los dioses, y no le ofrecen dones ni víctimas; pero hacen sacrificios á la luna, honrándola como divinidad inferior, y sensible imagen de un Dios invisible. Adoran con profunda veneracion á un insecto ó escarabajo particular de su país, que tiene el lomo verde, y el vientre del mismo color, con manchas blancas y rojas, dos alas, y dos cuernos en la cabeza. Cuando le perciben, todo el lugar se cubre de *buchú*, despues cántan, danzan, y resuena el grande y pequeño gom-gom, que es un instrumento compuesto de una pluma, y una calabaza que sube y baja enfilada en una cuerda, y da un sonido sordo y ronco. Dichoso y mil veces dichoso aquel sobre quien se pone el benéfico insecto, pues queda hecho objeto del culto, y una especie de ídolo.

Creen en la inmortalidad del alma, y que ésta se está paseando al rededor de sus antiguos despojos, por lo que dejan enteros la cabaña del difunto, su vestido, muebles y armas. Desde el punto en que un hombre ó una muger mueren en algun parage, levantan de allí el campo, y ofrecen sacrificios á una divinidad maléfica lla-

Digitized by Google

mada *Tonqua*, esto á lo que salga, y sin saber si la tienen ofendida; porque creyendo que la tal deidad trata de ofensa lo que lo parece, toman sus precauciones. Ántes de entrar en el agua para pasar un rio echan agua por todo su cuerpo; y ántes de empezar alguna accion aventurada y difícil se ponen graves, serios y cogitabundos. Para que en todo sean singulares, no hay ceremonia en que no entre el cántico y la danza, á escepcion de los casamientos. Entre ellos es permitida la poligamia, pero no es frecuente: adoptan el divorcio y castigan el adulterio. Tienen tradiciones que conservan con mucho cuidado: una es que sus primeros padres ofendieron tan gravemente al Dios supremo, que los maldijo á ellos y á su posteridad, y que él endurece su corazon; otra es que cuando Dios los envió á su pais, entraron en él por una ventana. El nombre del varon era Noh: el de la hembra Hinguoh.

Los holandeses compraron á los hotentotes el terreno que poseian en el Cabo, le pagaron con fidelidad, y han cumplido con exactitud todas las condiciones que arreglaban los límites y derechos de los pueblos: es verdad que algunas por mal entendidas han causado hostilidades; pero sintiéndolas mucho una y otra parte, han vuelto á la paz, y aun parece que establecida ésta sobre las basas de la confianza y atenciones recíprocas, será por consiguiente durable. Los colonos se estienden á distancia por las tierras, y rivalizan con los naturales, no solo en el cuidado de los ganados, sino en el de las producciones de la agricultura, la que por último han aprendido á no despreciar los hotentotes. Los ingleses han ocupado recientemente casi todo lo que poseian los holandeses en el Cabo.

BENGÜELA.

Ya hemos entrado; pero vamos á avanzar mucho mas por el pais de los mónstruos. ¡Infeliz naturaleza humana, á qué esceso de brutalidad puede llegar tu abandono! El reino de Bengüela, que es el que sigue despues de los hotentotes, es uno de los mas malsanos del mundo; porque en él son fétidas las aguas, estancadas en un suelo que el sol abrasa; y la misma tierra inficiona sus producciones. Es preciso confesar que no toda la costa tiene sobre sí esta maldicion; pero los que habitan los paises que á ella afligen, tienen que hacer venir de otras partes lo que comen y lo que beben. Á pesar de esta precaucion, el corto número de los que se libertan de la malignidad del clima, mas parecen espectros que hombres vivientes. Tienen la voz tan cascada que parece que retienen entre los dientes el aliento; y como si no fueran suficientes las plagas, emplean estos negros la poca industria que hay en ellos en aumentar sus males. Además de la violencia, no hay astucia que no inventen para sorprender á sus compatriotas, con el fin de venderlos por esclavos. Sus mismas mugeres, cómplices del robo, atraen con caricias los galanes, y haciendo de modo que sus maridos las cojan en el adulterio y las prendan, pasan despues desde sus brazos á las cadenas las víctimas de su torpeza. Son embusteros, asesinos, ladrones, sin religion ni costumbres, y no tienen prenda buena en contraste de tantos vicios: tanto que con repugnancia se compadece un hombre de los estragos que en ellos hacen los *giagas*.

Estos giagas, que tambien se llaman jaga, si atendemos á su ferocidad son verosimilmente los mismos que los imbis ó gallanos. De sus costumbres nos informa un testigo de vista, que vivió con ellos muchos meses. El nombre de la dignidad del gefe es el gran giaga. Éste tenia veinte mil hombres, que gobernaba por medio de doce capitanes; y nada emprende sin haber ántes consultado al diablo, que se llama el Moquiso. Dura esta ceremonia un dia entero, con la asistencia de cincuenta mugeres, y dos hechiceros que andan al rededor del giaga, haciendo gestos, y diciendo palabras mágicas: despues le tiñen la frente, las sienes y el vientre con polvos que ellos consagran con palabras en una grande hoguera, le ponen en la mano su casingola ó su hacha, y le dicen: *Vé y marcha contra los enemigos: con ninguno te ahorres, porque tu Moquiso está contigo.* La primera hazaña es hendir la cabeza de un jóven que le traen: á esto se sigue matar dos hombres de cuatro que le presentan, y mandar quitar la vida á los otros dos fuera del campo. Es otra despues el regalarse haciendo grandes convites, en los cuales no falta la carne humana. No tienen ídolos; pero dicen que ellos adoran con frecuencia á su Moquiso.

El adorno del gran giaga es éste. Lleva el cabello largo, hecho un nudo, sembrado de conchitas, un ceñidor de huevos de avestruz, y un simple taparabo de tela de palma. Su cuerpo, señalado con diversas figuras, se unta todos los dias con grasa de carne humana: en la nariz y en las orejas lleva unos pedazos de cobre de dos pulgadas de largo. Los giagas, como los habitadores de Bengüela, estiman mas el cobre que el oro, y algunas mugeres llevan collares que pesan diez y siete libras. La guardia del gran giaga se compone de mugeres; y éstas cuando él bebe se arrodillan, dan palmadas y cantan. Todos los dias hace una exhortacion á sus tropas: el que vuelve la espalda es condenado á muerte, y comido de sus camaradas. Por penosa que haya sido su marcha, en donde plantan su campo le fortifican, cortando árboles y con estacas secas, para lo cual tienen destinado un cuerpo de hombres robustos. Sus cabañas se colocan regularmente muy cerca una de otra: ponen á la puerta sus arcos, dardos y flechas, de suerte que á la menor señal todos se ven al punto armados.

Los giagas no permiten á sus mugeres criar los hijos: los entierran asi que nacen, y no se sabe el motivo de semejante costumbre. ¿Será por ventura con el fin de desterrar todo afecto natural, y para que las mismas mugeres, tan guerreras como los hombres, se acostumbren á no conocer sentimiento alguno de compasion? Reclutan jóvenes de los que roban en sus correrias, les ponen un collar por señal de su servidumbre, y tienen que llevarle hasta que traigan la cabeza de algun enemigo. Nada tiene tanto poder sobre sus corazones como la esperanza de verse libres de aquella marca de esclavitud, y asi desafian aquellos jóvenes con valor intrépido toda suerte de peligros por conseguir esta honra. Cuando muere un hombre distinguido entierran con él dos de sus mugeres las mas queridas, y se las ponen á sus dos lados, rompiéndolas primero los brazos. Si no las sofoca la tierra que echan sobre la sepultura, espiran las infelices en este largo suplicio.

Estos bárbaros solamente hacen la guerra por saquear: solamente se paran para consumir lo robado, y despues vuelven á empezar. Lo peor es que cuanto no pueden llevar consigo lo echan á perder, lo abrasan, y lo destruyen, hasta no dejar, por donde pasan, mas que un desierto, á no ser que fatigados de sus correrias y cansados de matar, les venga la gana de fijarse, como lo han hecho, en las llanuras ménos estériles de Bengüela. Ya se deja conocer el triste papel que hacen los habitadores del pais con semejantes huéspedes, y asi apenas se habla de ellos, y solo se sabe que tenian algun gobierno, y que su estado es ahora monárquico.

CONGO.

Siguiendo la costa se entra en el Congo, y parece que se halla en la Europa, porque allí hay condados, marquesados y ducados, si no mienten los viajeros. Solo ha quedado una parte, que es en corta diferencia la mitad de aquel imperio, por haberse separado las provincias que al presente son reconocidas por reinos. El título del rey es Mani, que significa señor, y asi Manicongo quiere decir el señor de Congo. Además de las provincias que ha perdido al rededor, las que le han quedado mas cerca del centro con denominaciones europeas le dan frecuentes pruebas de independencia.

El Congo es uno de los paises mas fértiles del mundo.

Allí crece y se espesa tanto la yerba, que sirve á las fieras para ocultarse con peligro del hombre. Nunca el pasajero va sin el miedo de que se levante á su lado algun leon, tigre ú otra bestia carnicera, además de las serpientes y los insectos venenosos que se ocultan entre aquella yerba. Las gentes del pais no han hallado otro medio de librarse sino ponerla fuego cuando está bien seca: pero los animales echados de sus asilos con las llamas, se enfurecen, y se arrojan sobre todos cuantos encuentran, aunque sean muchos. Los viajeros, que desde lejos advierten el incendio, no tienen mas recurso que el de subir prontamente á los árboles, en lo que los negros son muy diestros; pero los europeos, como ménos ejercitados, tienen que llevar escalas de cuerda, y sus negros se las atan á los árboles. Hay dos cosechas en el año, y no obstante sobrevienen hambres por el descuido, y ninguna esperiencia de aquellos pueblos, que jamás han podido acostumbrarse á guardar de una estacion para otra. Tienen granos y raices alimenticias, cuya conservacion les costaria poco trabajo; pero como se hallan en una especie de paraiso terrenal, segun la hermosura de las flores, lo sabroso de las frutas, la abundancia de la pesca, y la multiplicacion de los ganados, solo piensan en gozar. El ardor de su clima abrasado no les da pena ni les atormenta, por estar ya acostumbrados.

El Congo, con ser tanta la multitud de esclavos que salen de él todos los años, está prodigiosamente poblado, porque las mugeres son en estremo fecundas. Se cree que á no ser por esta perpetua emigracion, por las guerras, y por la mortandad de las epidemias y de las hambres, se veria tan cargado de habitadores que se comerian unos á otros. Allí no hay que buscar comercio por mayor, sino cuando mas algunos cambios entre negros para las necesidades mas urgentes de la vida. Si, como ellos suponen con vanagloria, tienen minas de oro, plata y cobre, no las disfrutan. Su moneda son unas conchitas de caracoles de mar, llamadas cembis, que se pescan en el Bamba, y circulan no solo en el Congo, sino tambien en los reinos vecinos.

Es cosa bien graciosa oir los discursos de un negro del Congo sentado en su estera, fumando su pipa, cubierto de cuatro andrajos, y abrasado de un sol perpendicular, cuando dice: «Los otros paises son obra de los ángeles; pero el mio es obra del mismo Dios. Mi rey es el mas rico, el mas sabio y el mas poderoso de todos. Mis compatriotas son los mas nobles y felices del universo. ¿Qué me hablais, ó qué hablais, de la magnificencia de vuestros monarcas de Europa y de Asia, de sus inmensas rentas, de la grandeza de sus palacios, de la opulencia y felicidad de sus vasallos, y de los grandes progresos que han hecho en las ciencias, artes y manufacturas? Todo eso, si es verdad, es muy inferior á la dignidad y esplendor de mi rey y de su reino. No puede haber mas que un Congo en el mundo, y todo el resto se ha criado para la gloria de nuestro monarca y la felicidad de sus vasallos.»

«El mar nos paga el continuo tributo de cembis, mientras los otros se ven precisados á socavar las montañas y romper las rocas para sacar el oro y la plata, que son los escrementos de la tierra. ¿Qué es lo que os obliga á pasar los mares, y esponeros á tantos peligros y trabajos para venir a traficar con nosotros, sino la pobreza y esterilidad de vuestro pais? ¿Para qué necesito yo de vuestras telas y los demas productos de vuestras manufacturas? Á vosotros os ha costado el fabricarlas muchas fatigas, mientras yo vivo con descanso. Me paso sin vuestros zapatos, porque la arena no me abrasa, ni las piedras me hieren mis piés ya endurecidos. ¿Para qué vuestros sombreros, si en mi el pelo hace impenetrable mi cabeza á los rayos del sol? ¿Para qué los colchones y las alfombras, si todo este equipage no sirve mas que para recalentarme? Yo duermo tranquilamente sobre la desnuda tierra; y cuando se levanta algun zéfiro benéfico, el obstáculo de una pared ó de alguna tela tendida, me sirve de tienda, y no me priva de este beneficio de la naturaleza. Si me mojo con la lluvia, presto me enjugo con solo sacudirme. Mis mugeres me dan esclavos, y vendiéndolos, compro lo que no me produce mi pequeño campo, cultivado con las manos de mis mugeres, y compro tambien los utensilios para el gobierno de mi casa aun cuando yo no sepa hacerlos. Me divierto, y el precio de mis hijos me provee de ropas, de tabaco, del aguardiente, que me alegra el corazon, y de otras mugeres que me paren mas esclavos, y me enriquecen.»

Un dia vieron los capuchinos entrar en su iglesia de san Salvador, capital del pais, un negro que daba muchos gritos y patadas, y se retorcia los brazos como un desesperado: acudieron para saber la causa de tan amargo dolor, y dijo: «¡Ay de mi, que tenia yo hermanos, una hermana, padre, madre, muger ó hijos, y todo lo he vendido!; ¡Infeliz de mi, ya no me resta ninguno de mi familia que vender para hacer dinero!» Los buenos religiosos, estrañamente sorprendidos, le reconvinieron sobre la ofensa que hacia á la razon y á la naturaleza con semejante inhumanidad; y él les respondió: «Yo no he hecho cosa que no se haya practicado siempre en esta tierra. ¿Qué delito he cometido en venderlos, sino haberme anticipado para que ellos no me vendieran á mi?» Con efecto, aunque el cristianismo que se estableció en el Congo á fines del siglo XV, ha debilitado esta bárbara costumbre, todavia está distante de haberla estirpado. Los europeos tranquilizan su conciencia sobre este horrible comercio con decir, que si ellos no los compraran, los venderian á otros; pero á lo ménos estos otros no los sacarian de su patria para sujetarlos en la América á un género de vida contrario al que tenian desde la infancia, siendo asi que en su pais, aunque esclavos, se aprovecharian de la indolencia que en él es general. Solamente pues se compran sin remordimiento los prisioneros de guerra de los giagas, ó de otros mónstruos, porque asi se les libra de una muerte cruel; pero éstos son los ménos. Además de esto, es inhumanidad digna de castigo la de ciertos colonos que si sacan á esos infelices de la carniceria de los giagas, es para exigir de ellos tan escesivos y continuados trabajos, que hagan su vida peor que la muerte.

Ántes de la introduccion del cristianismo, era la religion del Congo un monstruoso compuesto de idolatria, supersticiones, ceremonias y costumbres absurdas y detestables. Reconocian un Supremo Ser, criador de su pais, pero que abandonaba las cosas de este bajo mundo al gobierno de gran número de dioses inferiores, de los cuales unos presidian al aire, otros al fuego, al mar, á la tierra, á la sequedad, á la lluvia, al calor, al frio, á los hombres, á las mugeres, á la escasez y á la miseria: en una palabra, á todos los bienes y males. Los gangas ó sacerdotes especificaban á sus prosélitos el dominio de cada uno de estos dioses, á fin de dirigir sus ofrendas, pero no fijaban su figura; y asi uno tomaba por dios un animal, otro un árbol, una piedra, ó algun mono que fabricaba groseramente. El culto consistia en genuflexiones, humillaciones, y siempre con ofrendas de que se aprovechaban los gangas. Éstos traian la fertilidad, alejaban las tempestades, curaban las enfermedades, y sobre todo conocian quien habia causado la muerte, suponiendo que nadie muere naturalmente, sino que solo salen de este mundo en virtud del maleficio de algun enemigo. El ganga indicaba sin duda quien era el hechicero; lo que es un escelente medio de vengarse, cuando están mal con alguno, y de limpiar la tierra de los que no les creen: creencia abominable que es un perpetuo manantial de discordias y muertes. El gefe de los gangas se llama Chalombo, y es tanta su autoridad, que el gobernador de la provincia en donde reside se ve precisado á comprar su amistad y proteccion para que le reciban y le dejen vivir tranquilo. En su casa no se entra sin su permiso, no sea que algun imprudente manche el sagrado fuego que en ella conserva. Cuando se ausenta por algun tiempo, es en los negros delito capital tener comercio con sus mugeres y concubinas, hasta su vuelta. Goza ampliamente de todas las dulzuras de la vida, comodidades y placeres; pero siempre está como Damo-

Digitized by Google

cies, viendo la espada suspensa sobre su cabeza, pues no debe morir de muerte natural, porque esta desgracia causaria la ruina del mundo, y para prevenir esta catástrofe, en estando enfermo ó demasiado viejo, le asesinan ó le ahorcan.

La mayor parte de los cristianos del Congo no lo son mas que en el nombre, pues se ve que enteramente ignoran los dogmas y los preceptos del Evangelio; otros los respetan tan poco, que no se detienen en mantener gran número de concubinas, además de sus legítimas mugeres. Muchos de ellos, aunque esteriormente llevan rosarios y cruces, tienen debajo del vestido sus encantos y amuletos; bien que desórdenes tan anticristianos provienen del mal ejemplo que les dan los portugueses, y de la falta de instruccion; pues en todo el imperio no hay colegio alguno ni seminario; los pocos sacerdotes que van de Portugal no son los suficientes para enseñarlos, y los del país son demasiadamente ignorantes. No hay mas que un obispo, y las iglesias están mal construidas y sin aseo: las ceremonias rara vez se hacen acompañadas de la augusta pompa que las hace tan venerables en los templos católicos. Su cristianismo, pues, ha bastardeado, y la misma esterioridad no es suficiente para prevalecer sobre las supersticiones antiguas.

Todas las tierras del Congo son del rey, y así saca los tributos y los aumenta mudando frecuentemente de mano, que es la ruina de la agricultura. Los cembis, las multas y los regalos del gobernador que cargan sobre los pueblos, son todas sus rentas. Las de las tierras las perciben los duques, y las pasan á la corte: no entregarlas con fidelidad, ó negarlas del todo, es muchas veces la causa de las guerras. Nunca se elige por rey al que no es de la familia real; pero no se repara en que sea de la rama mas próxima ó de la mas distante. Regularmente se unen los votos á favor del que procura llevar mas tropas adonde se hace la eleccion, ó ganar de antemano con presentes á los electores. Luego que se ven de acuerdo convocan á todos los grandes del reino á un sitio cerca de la capital, y desde allí van á la catedral, en donde hay dos sillas, una para el obispo y otra para el gefe de los electores. Este se ve rodeado de los pretendientes, que, ignorando todavía sobre quien cayó la eleccion, esperan con impaciencia á que le nombren.

El señor elector no se apresura, hace un largo discurso sobre las obligaciones de un rey, y le concluye nombrando al electo. Deja su silla, le toma por la mano, le presenta al obispo, ante quien se pone de rodillas. Le arenga tambien el prelado, y le exhorta sobre todo á que sea zeloso defensor de la Iglesia Católica, le hace prestar el juramento, le conduce al trono, y le pone la corona en la cabeza. Al punto resuena el aire con las aclamaciones del pueblo y el ruido de los instrumentos. Algunos dias despues hace el monarca dos ceremonias importantes: la primera consiste en bendecir solemnemente al pueblo; la segunda en dar á los grandes la investidura de las principales dignidades y de los feudos de sus estados.

Para la bendicion se levanta un trono en el parage mas elevado de algun vasto sitio, desde donde el príncipe pueda ser visto, y verlo todo: si entre sus ministros y nobles hay alguno que haya incurrido en su desgracia, con una mirada ó con un gesto le echa fuera, como indigno de su bendicion; y á la verdad que es un modo muy acomodado de deshacerse de los que le disgustan porque no tiene que esplicarse ni oir disculpas. El pueblo se arroja al desgraciado, le saca con tal violencia y tan maltratado, que por lo comun no se libra de sus manos. Cuando toda la asamblea es de vasallos fieles, estiende el monarca sus manos, y les desea todo género de felicidades, y ellos le manifiestan su contento y agradecimiento con grandes gritos y palmoteo: con la misma pompa se hace la distribucion de los feudos. Los que no consiguen las dignidades que desean, no serian mas bien admitidos á espresar su descontento en presencia del pueblo, que aquellos que en la bendicion se atrevieran á asistir sin tener seguridad de estar en la gracia del príncipe. No solo en estas ceremonias, sino en todas las ocasiones, se presentan los reyes del Congo con una brillante comitiva. Una particularidad es la que hace numerosa su corte, y es que son muy pocos, aun entre los grandes, los que saben leer ni escribir, y así por poco complicadas que sean las órdenes, tienen que recibirlas en persona; por lo que siempre hay grande concurrencia, y con las inclinaciones, genuflexiones y prosternaciones que se usan en el país, parece concurrencia de esclavos.

La reina es la única muger legítima, y se llama la Mani-Bombaba: y como señora de las mugeres tiene siempre al rededor muchas damas jóvenes, cuya vida no es muy mortificada, como no lo es la de su ama. Entre ellas halla el rey la satisfaccion de sus gustos. Tambien suele tener públicamente concubinas á pesar de las reconvenciones de su confesor y las reprehensiones de los misioneros.

En la revista general, que se verifica todos los años en el dia de Santiago, se hace una descripcion singular de sus tropas: todos los príncipes y señores de su corte asisten, y cada soldado procura presentarse lo mejor que le parece. Los unos con arcos y flechas de diferentes tamaños: los otros con espadas anchas, dagas y cuchillas: algunos no llevan mas vestido ni otras armas que sus largos escudos: éstos van cubiertos con pieles de diferentes animales, desde la cintura hasta la rodilla; aquellos llevan el cuerpo y el rostro pintados con diferentes figuras, y cuanto mas monstruosas son, se tienen por mas guerreros. Los que no pueden conseguir una espada ancha de acero, la llevan de madera muy dura. Sus banderas por lo comun son andrajos sucios y desgarrados: sus armas de hierro ó acero roidas del orin, y las de madera mal hechas y mal pintadas. Á esto se añade que los inválidos, así mozos como viejos, los ciegos y los inhábiles tienen precision de concurrir, y así se ven unos sin armas, otros sin brazos ó sin piernas, y de todos modos contrahechos. Todos se adornan la cabeza con plumas de diferentes colores, cada uno á su modo. Además de las armas van ordinariamente con algun instrumento que indique su oficio. Los señores van recorriendo las filas, y exhortando á todos á cumplir con su obligacion en las ocasiones, y á pelear con valentía, bajo las banderas de su poderoso monarca. Dice uno: «¿Se hallará otro semejante debajo del cielo?» Y esclama una tropa: «¿Quién se le podrá comparar?» Y responde la inmediata: «Viva para siempre.» Despues dicen todos juntos: «Sea exaltado su trono sobre el sol y las estrellas, confúndanse sus enemigos, y véanse pisados de nuestros piés como el polvo.» Á estos clamores se juntan el retintín de las armas, el ruido de los instrumentos, y toda aquella confusion remata por un combate fingido y un gran convite. Yo no dudo que se hace eleccion entre esta tropa de los que han de presentarse al enemigo; pero con todo este aparato no hay ejército ménos temible que el de los reyes del Congo; porque en él no hay órden en las marchas, ni disciplina en el campo. El soldado carga con furor; pero en llegando á las manos, ya no oye lo que le mandan, por lo que uno solo que huya arrastra todo el ejército: la misma falta de subordinacion tienen cuando vencen y saquean: es imposible arrancarlos del botin.

Ántes del cristianismo enterraban con el rey á lo ménos doce de sus concubinas favoritas; pero todas aspiraban á esta honra, y peleaban entre sí por conseguirla. Se abolió esta bárbara costumbre; pero se conserva la de las lamentaciones fúnebres, que en los entierros de los grandes dura ocho dias, y el uso de cargar en los aniversarios las mesas de manjares y embriagarse. Siguense despues las ceremonias de la Iglesia con una pompa proporcionada á la dignidad de la persona. El nicho real está pintado de negro, y esta pintura se renueva todos los años, á pesar del mal olor que el sitio exhala, por lo ménos mientras dura el cadáver sentado en medio del nicho y en una silla hermosa.

Las precauciones para administrar justicia son prudentes; pero un negro que no se deje sobornar, es una es-

Digitized by Google

pecie de milagro. El acreedor puede hacer al deudor esclavo. Hay tres delitos capitales, el asesinato, la rebelion y el sortilegio, y este último se castiga con el fuego. Estafar y hurtar ocultamente es una maldad digna de castigo; pero tomar lo que otro tiene con atrevimiento, y arrancárselo con violencia, es una accion noble y heróica en su concepto, á proporcion que el robo es mas considerable.

Los del Congo no tienen ninguna de aquellas industrias que en las otras naciones alivian el trabajo; todo lo hacen á fuerza de fatiga, supliendo ésta por el arte y la destreza: y así no tejen, sino que van pasando los hilos entremetiéndolos uno por uno. Un pedazo de madera dura, ó una piedra que tienen entre los piés, les sirve de yunque. Dan en el hierro con un martillo mal formado, y no saben pulirle ni afilarle. No trabajan mas bien la madera y el barro para sus utensilios: pero en las comodidades personales son escelentes. Poca opulencia es la de un negro, cuando no tiene dos esclavos que le lleven tendido á la larga en una hamaca. No hay que temer que el que tiene que ir á pié lleve peso alguno, porque su muger es la que carga con el saco de las provisiones, llevándole á cuestas atado con una correa bien apretada al rededor de la frente, y algunas veces va con un niño al pecho, y llevando otro de la mano. El marido se está fumando con gravedad su pipa al lado de su muger, sin ofrecerse nunca á aliviarla; y esta penosa tarea se renueva muchas veces, porque el negro, como le es fácil llevarlo todo consigo, gusta de mudar de lugares. No obstante, debiera detenerle la dificultad y el peligro de viajar por un pais infestado de fieras, sin puentes, ni mas caminos que los que van de un pueblo á otro, y por bosques obstruidos de malezas, y en los cuales la yerba sube por encima de la cabeza: pero todos estos obstáculos no han podido curar á los negros de la mania de hacer viajes.

Entre la plebe, cuando los padres de una doncella creen que ya la pueden casar, se retira ella por un mes á una tienda particular, en la cual recibe á todos los pretendientes, y los regalos que la llevan; y pasado el término da la mano al que mas la gusta. Entre los grandes, ántes de empeñarse para toda la vida, piensan en conocerse bien y despacio, y despues de haberse tratado, y aceptadas las condiciones por la doncella y sus padres, la llevan con el menor ruido posible á la casa de su futuro esposo, y comunmente es la novia la que insta para que se haga el matrimonio, porque el marido tiene poco empeño en imponerse la sujecion, y muchas veces lo que le determina es el deseo de tomar la dote. El matrimonio se celebra en presencia del sacerdote, cuando le hay, porque aquí vamos hablando de los que son católicos; y en estas ocasiones no se detienen en gastos para tratar bien á los convidados. Los pobres venderian uno ó dos hijos para comprar una vaca, ó vino de Portugal y aguardiente. Dura el convite mientras no falta que comer, y se están cantando ó bailando hasta que los convidados se quedan dormidos allí mismo.

Sus ruidosos cánticos, sus gritos y carcajadas asustan á un europeo; pero los negros se rien de nuestros modos de cantar. Tienen instrumentos de cuerda y de boca: pero los mas bien tocados hacen tristes conciertos. Las danzas solo les parecen primorosas á proporcion que son mas inmodestas. Uno y otro sexo se suele conmover de modo que, cayendo en una especie de frenesí, olvidan todas las reglas de la decencia, y entónces es tal la confusion que escede á la libertad de las mas desenfrenadas bacanales. Á estos escesos, que son frecuentes, se atribuye gran parte de sus enfermedades: además de que la manteca, con que casi siempre van untados, tapa los poros, y ellos los cierran mas arrojándose á la frialdad del agua cuando van goteando con el sudor de movimientos tan violentos. Aunque las enfermedades de que aquí resultan son comunísimas, no saben sus médicos curar y así mueren los mas. Las viruelas hacen grandes estragos, y no es ménos terrible la plaga del mal venéreo. No dicen que éste se le llevaron los europeos. Las lluvias en aquel clima cálido y húmedo casi todas son mortales. Entre ellos es opinion, que generalmente se ha esparcido, que ayudar á morir prontamente al que está agonizando es hacerle beneficio. Los ménos crueles son los que le apresuran la muerte, aturdiéndole con gritos y aullidos, ó ahogándole con sus caricias. Se cuenta de los habitadores de la provincia de Matamba, que, cuando uno de sus parientes está en la agonia, le cogen por los brazos y las piernas, y le levantan en el aire lo mas alto que pueden, y le dejan caer en el suelo. Despues de haberle considerado por algun tiempo muerto ó espirante, se arrojan sobre él, le besan, le aprietan contra el pecho con tales sentimientos y sollozos, que moverian á compasion á los que no conociesen la indiferencia y la falta de afecto natural que reina en todas las familias, como que se venden unos á otros.

La historia del Congo, ántes de la llegada de los portugueses, no es mas que un agregado de tradiciones inciertas, porque, como no habia escritura, son pocos los hechos que se han conservado, y todavía son ménos las datas. Hablan de un monarca que se llamó Luqueni, que, reuniendo muchos estados, formó el grande imperio del Congo. Ya habia decaido mucho este reino cuando llegaron los portugueses, bajo el mando de Sousa en 1484. Es admirable la facilidad con que redujeron al monarca que entónces reinaba á que abrazase el cristianismo, porque todo fué obra de algunas cartas exhortatorias del rey de Portugal, y de un viaje de un tio del rey del Congo, que se hizo instruir, y se convirtió en Lisboa. Volvió á su pais, y catequizó á su sobrino con el auxilio de algunos misioneros que enviaron en su compañía. El Mani-Congo se hizo bautizar, tomó el nombre de Juan, y la reina el de Leonora, en obsequio del rey y reina de Portugal. Los imitó su corte, y á ésta como es regular la imitó el pueblo. No obstante, estuvo este príncipe vacilando en su religion; pero Alfonso, su hijo y sucesor, se mantuvo muy firme, y segun el zelo con que hizo que fuésen misioneros á su reino para instruir á sus vasallos, se le puede considerar como el apóstol del Congo.

Envió á su hijo á Lisboa, para que le diesen educacion cristiana. Este príncipe, que colocado en el trono se llamó don Pedro, imitó el zelo y piedad de su padre. No degeneró de ella su hijo don Francisco, que tuvo la corona dos años, y la dejó por su muerte á don Diego su primo. Muriendo éste sin hijos, los portugueses, poderosos en el reino, pretendieron abrogarse el derecho de dar rey. Los príncipes de la sangre, los gobernadores de la provincia y la nobleza se levantaron contra esta pretension, y, llegando á las manos con los portugueses, los maltrataron. Fué elevado al trono don Enrique, del que se cree haber sido hijo bastardo de don Diego. Cuando tomó la corona se vió empeñado en una guerra, y la pérdida de una batalla le costó la vida. Pusieron en su lugar á don Álvaro I, su hijo, el cual creyó que debia disculparse en Lisboa sobre la violencia hecha á los portugueses, cuando quisieron oponerse á la eleccion de su padre. Su disculpa fué oida; pero resultó de ella entre las dos cortes una frialdad y tibieza, que perjudicó á la religion, pues por mas instancias que hizo el rey, no pudo conseguir que le enviasen misioneros. Sufrió este príncipe una irrupcion de los giagas, de la que resultó el hambre y la peste. Los portugueses no le socorrieron, sin duda porque querian obligarle con la necesidad á descubrir las minas de oro de su reino, que era á lo que siempre se habia negado su antecesor; y aun su confesor, con ser portugués, le aconsejaba que no confiase á los extranjeros un secreto tan importante para su reino. Don Álvaro II, obligado de las circunstancias, tuvo que ceder en este punto, y recobrando la gracia de la corte de Lisboa, le envió ésta los misioneros que tanto necesitaba la religion. El buen rey los ayudó lo mejor que pudo, y tuvo el gusto de dejar con el cetro á su hijo el cristianismo bastante bien establecido (1614).

Digitized by Google

Su hijo se llamaba don Bernardo, y la noticia que corrió fué que le mató en desafío su hermano don Álvaro III; pero si éste consiguió la corona con un fratricidio, borró lo odioso de este delito en el espíritu de sus vasallos con su conducta llena de humanidad, religion y justicia; por lo que su reinado pareció á todos demasiado breve; y á la verdad solo duró siete años. Los reyes que le sucedieron: á saber, don Pedro II, don García I, don Ambrosio, don Álvaro IV y don Álvaro V, no reinaron entre todos mas que quince años. El último bien mereció la desgracia que en la flor de su edad le precipitó del trono al sepulcro. Concibió sospechas mal fundadas contra el duque de Bomba y el marqués de Quiona su hermano, y los puso en la precision de levantar tropas para defenderse. No teniendo el rey buen éxito en esta guerra, le hicieron prisionero los dos hermanos; pero muy lejos de abusar de su victoria, trataron al monarca con mucho respeto, le llevaron á la capital, y se la restituyeron. Avergonzado de deber la corona y la vida á sus vasallos, no bien se vió libre el feroz monarca, cuando levantó un ejército, y marchó contra los dos hermanos; pero mas desgraciado fué todavía en esta espedicion que en la primera, pues perdió la vida. Proclamaron al duque de Bomba, con el nombre de Álvaro VI; y casi inmediatamente le asesinó el marqués de Quiona su hermano, y se llamó don García II (1638).

Don García, aunque subió al trono por un crimen, dió desde luego grandes esperanzas con su capacidad en el gobierno, su justicia y su zelo por la religion; pero todas estas virtudes desaparecieron entrando la ambicion. Se propuso la idea de procurar la corona para su hijo mayor don Alonso, sin eleccion y contra las leyes. Para esto era preciso destruir á los príncipes de la sangre, que ántes que el duque de Bomba y él tenian derecho á la diadema, que la victoria de los dos hermanos habia hecho pasar á una familia estraña, ó á una rama muy distante de la reinante. No perdonó don García á ninguno de los desgraciados príncipes que pudo descubrir; y, aunque los príncipes católicos le reconvinieron, él se agregó al partido de los adivinos, hechiceros y mágicos, que habian vuelto á tomar fuerzas mientras los portugueses tuvieron privado de misioneros el reino del Congo. Lisonjearón pues á don García, que era de espíritu crédulo y supersticioso, y, advirtiendo que don Alonso, su hijo mayor, muy afecto al cristianismo, no gustaba de sus ritos idólatras, consiguieron aquellos embusteros inspirar sospechas á su padre. Éste, que por favorecer á don Alonso habia cometido tantas crueldades, le acusó él mismo ante los estados congregados de haber querido envenenarle, y consiguió que le declarasen indigno del trono, y coronasen en su presencia á don Antonio su hijo segundo (1658).

La primera accion de don Antonio, cuando sucedió á su padre, fué quitar la vida á su hermano mayor, para lo que habia recibido la órden de don García al morir, como tambien la de no perdonar á ninguno de los príncipes de la sangre real que encontrase; y lo ejecutó fielmente hasta deshacerse de su hermano menor. La mayor parte de los príncipes, que huyeron del puñal de don García, se habian salvado en el reino de Angola. Hizo don García la mas exacta pesquisa de los que se habian ocultado en el suyo, á todos los mató, y se acostumbró tanto á la sangre en estas espediciones, que la derramaba con la misma facilidad que si hubiera nacido entre los caníbales, que se comen á los hombres. Llegó el tirano á tal esceso de crueldad que apenas hallaba quien le sirviese. Los sacerdotes católicos le reconvinieron no solo sobre estas crueldades, sino tambien sobre el matrimonio incestuoso que habia contraido con una parienta; pero él se indignó tanto, que quitó al clero todos los bienes, espidió edictos contra la religion, y declaró que su indignacion habia de caer sobre todos los portugueses. Se pusieron éstos en defensa, empezando por apoderarse de las minas de oro: pero levantó don Antonio contra ellos un ejército, segun dicen, de quinientos mil hombres. Le aseguraron sus adivinos la victoria, y que habia de entrar triunfante, llevado de los principales señores portugueses, en san Pablo de Loanda, capital del reino de Angola, al que habia llevado sus tropas. Cuando se vieron los dos ejércitos, se retiró con mucha prudencia don Antonio á una eminencia desde donde pudiese ver el combate. Los portugueses, que no pasaban de cuatro mil, disiparon muy presto toda aquella multitud; y partiendo un destacamento derecho á la eminencia, la guardia no resistió, quitaron la vida á don Antonio, y llevaron su cabeza en la punta de una pica á Loanda; entrada solemne, pero muy diferente de la que le habian pronosticado sus adivinos. Lo que se sabe de don Álvaro VII y de don Álvaro VIII, que le sucedieron, no merece lugar en la historia; y si despues pasaron algunos sucesos importantes, absolutamente se ignoran.

ANGOLA.

El reino de Angola es una desmembracion del del Congo. Los portugueses tuvieron la mayor parte bajo de su dominio, que se ha estendido con la religion que allí plantaron; pero esta santa religion no es en Angola ni mas bien conocida, ni mejor practicada que en el Congo; bien que las festividades se celebran con mas pompa y magnificencia. No ejerce el rey de Angola en sus provincias toda la autoridad que quisiera, y algunas veces tiene que valerse de la fuerza para hacer respetar sus órdenes. En ocasiones semejantes le dan ejércitos de quinientos ó seiscientos mil hombres aguerridos á la manera que en el Congo. El general arregla los movimientos, y da sus órdenes al son de instrumentos varios. Atacan sus soldados al enemigo con grandes gritos, y al parecer con mucha furia; pero si algun susto ú otro accidente los pone en derrota, ni el general ni todos sus instrumentos son capaces de recogerlos. Todos los tambores y trompetas del África no se oirian con los horribles gritos que da un ejército de éstos cuando huye. En estas ocasiones se coge el gran número de esclavos en que este reino trafica, y muchas veces solo para esto se emprenden las guerras.

El primer gobernador que sacudió el yugo del Congo se llamaba Angola; y dió este nombre á su reino, que ántes tenia el de Dango. Por mucho tiempo estuvo enviando al rey del Congo el tributo que le debia como gobernador; pero, viéndole ocupado en una guerrra extranjera, salió de esta sujecion. El Mani-Congo, en lugar de acometerle para hacerle entrar en su obligacion, se tuvo por muy dichoso con que le diese socorro contra sus enemigos: y despues vivieron en buena inteligencia. Llegó Angola á una estrema vejez, respetado y amado de sus pueblos. Viéndose cercano á la muerte y sin hijos varones, deseaba que pasase el cetro á su hija mayor Zunda Riangola, y manifestó este deseo á su primer ministro, á quien del infeliz estado de esclavo habia levantado á esta dignidad. Aparentó el ambicioso que aprobaba su proyecto, y al mismo tiempo resolvió trabajar para sí. Estando un dia el anciano rey solo en su palacio, hizo el ministro tocar con mucha prisa una llamada, y publicó que estaba el enemigo á las puertas: el monarca le suplicó asustado que le sacase del peligro, y como era jóven y robusto tomó en sus hombros á Angola, le llevó á lo interior de un bosque, y viéndose sin testigos le pasó con un cuchillo el corazon. Volvió como desesperado por la muerte del rey, diciendo que le habian muerto sin poderle socorrer. La princesa destinada al trono tuvo que disimular, y tolerar que éste hubiese asesinado á su padre; pero fuese naturalmente, ó porque le dieron algun veneno, murió de repente poco despues el asesino.

Zunda-Riangola se ciñó la diadema, pero no quiso casarse por no tener compañero ni censor de sus acciones, y llamó, para que estuviese á su lado, á Tuma-Riangola, su hermana, que tenia dos hijos. Estaba la reina rezelosa del mayor; el cual se llevaba las atenciones del pue-

Digitized by Google

bio, que ponia en él sus esperanzas, y lo hizo asesinar. La madre afligida levantó un ejército contra la homicida y se vieron las dos hermanas á la cabeza de dos ejércitos contrarios. Quedaron vencidos los de la reina, y la prendieron. Tuma-Riangola se arrojó como una desesperada á su hermana, y la traspasó con su puñal; pero ni ella ni su marido quisieron aceptar la corona, y se la cedieron á Angola-Chilvañi, que era el hijo segundo.

Tuvo este príncipe muchas mugeres, y gran número de hijos, á los que puso en diferentes gobiernos: le sucedió en su muerte Dambi-Angola, que era el hijo mas querido; y rezelando que sus hermanos se coligasen para quitarle la corona, recurrió al ordinario espediente de quitar la vida á los mas que pudo. Fué Dambi un monstruo de avaricia y crueldad, y así murió detestado de todos; pero le hicieron funerales magníficos, segun el maldito gusto del pais, cubriendo su sepultura con una montaña de cuerpos humanos degollados en honra suya. Su sucesor, Angola-Chilvañi II, fué un guerrero intrépido, muy liberal, y tan vano que, persuadiéndole los aduladores que era uno de los dioses del pais, exigió que le tributasen honores divinos. Ninga-Angola, que no era su hijo, pero le sucedió, manifestó un cárácter inhumano, y ejecutó las mayores crueldades: murió despues de un reinado muy breve: y para que su muerte fuese semejante á su vida, le enterraron con un hecatombe, el mas solemne, de los infelices á quienes degollaron.

Bandi-Angola fué tan cruel que le desampararon sus vasallos, y mas quisieron caer en manos de los giagas, que permanecer en la suya. Llegaron estos caníbales á socorrer á sus vecinos, como quien va á un banquete espléndido. El rey del Congo y los portugueses creyeron que la mejor politica era no permitir que oprimiesen al rey de Angola aquellos bárbaros, que podrian dar sobre ellos, y enviaron tropas á Bandi. Los que le hicieron mayores servicios fueron los portugueses, y él en agradecimiento meditó el modo de matarlos. La princesa, hija del rey, que estaba enamorada del valiente general portugués, advirtió á éste que habia conjuracion: se puso él en salvo, dejó á sus compatriotas en el Congo con toda seguridad, partió á Portugal, y volvió con un refuerzo que hizo temblar al traidor Bandi. Los portugueses entraron en su reino á sangre y fuego: pero en lo que hicieron á este monarca mayor daño fué en apoyar una conjuracion formada contra su vida. Se valieron los conspiradores de una astucia que nos da á entender que á este príncipe le servian muy mal sus espias. Fuéron á decirle que un rebelde recorriendo las campiñas hacia en ellas grandes estragos, y Bandi les permitió levantar tropas. Aparentaron que iban á buscar un enemigo que no existia; y fingiendo que ya estaba vencido, instaron al rey á que saliese al campo para gozar de un triunfo. Salió muy confiado, y rodeándole los cómplices le mataron.

Dejó un hijo y tres hijas, y todos de una esclava. Segun las leyes del pais ninguno de ellos debia subir al trono por el servil estado de su madre; pero no obstante el hijo Nigola-Bandi supo manejarse, y le reconocieron por rey. Debió principalmente su fortuna á sus hermanas, las cuales con sus bellas prendas, y las liberalidades empleadas oportunamente, habian ganado la estimacion de los grandes, y el afecto del pueblo. La mayor se llamaba Zinda-Bandi, y las otras dos Cambi y Fungi. El primer cuidado del rey fué tratar de paz con los portugueses, y encargó la negociacion á su hermana Zinga: ésta puedo ser la misma que ántes de la muerte de su padre habia dado aviso al general portugués de la intencion que tenian los suyos de deshacerse de él y de los de su nacion. No podia el monarca escoger mejor embajatriz.

Llegó esta princesa á la presencia del virey portugués con una comitiva digna de su clase, y fué recibida con las espresiones mas grandes de distincion. Advirtió al entrar en la sala de la audiencia que habia una magnifica silla destinada para el virey, y enfrente, pero en el suelo, una soberbia alfombra y dos almohadas. No la agradó el ceremonial, y, sin manifestar que le estrañaba, hizo con los ojos una seña á una de las damas de su comitiva, la cual al punto se arrodilló en la alfombra; y apoyándose en los codos, presentó su espalda á su señora Zinga, que se sentó en ella, y así estuvo durante la conferencia. Pedia el portugués, entre otras condiciones, que el rey de Angola se reconociese vasallo de Portugal, y pagase un tributo anual. La soberbia princesa despreció con altivez la pretension, diciendo: «Que semejantes proposiciones solo eran buenas para hacerlas á los pueblos subyugados con la fuerza de las armas, y no á un rey poderoso, que por solo su gusto solicitaba la amistad de los portugueses.» Consiguió Zinga lo que deseaba; y cuando salian á despedirla le dijo el virey que advirtiese, que la dama sobre quien se habia sentado permanencia en la misma postura, y suplicándola que la mandase levantar, respondió ella: «No es decente para la embajatriz de un gran rey servirse dos veces de una misma silla: ahí os la dejo.»

Agradó tanto á la princesa la cortesía de los portugueses, las honras que la hacian, que permaneció por algun tiempo en Loanda su capital, fijando su atencion en las tropas, y admirándose de las armas, del buen órden y de la disciplina. Fuese por politica ó fuese por gusto, ella se dejó instruir en la religion cristiana, y recibió el bautismo; y restituyéndose á la corte de su hermano, le empeñó en que se catequizase y llamase misioneros; pero cuando éstos llegaron no quiso el rey oirlos. Dilató tambien la ratificacion del tratado concluido por su hermana, y estas tergiversaciones hicieron empezar de nuevo la guerra. Se puede conjeturar que Zinga, picada de este proceder de su hermano, si no abrazó el partido de los portugueses, á lo ménos no se declaró por el rey. Éste, desconfiando de ella y de la incierta suerte de la guerra, entregó su hijo único á un gefe de los giagas su vecino, para substraerle en todo acontecimiento de la crueldad de su hermana. No favoreció la fortuna á este príncipe, porque los portugueses derrotaron su ejército, y á él le encerraron en una pequeña isla, en donde habia de morir de hambre, ó devorado de las fieras; pero uno y otro le evitó su hermana, pues se cree que le hizo envenenar.

Subió Zinga al trono perjudicando á su sobrino, y verificó el rezelo de su hermano, pues, habiendo atraido al jóven príncipe á su presencia con fingidas caricias, le mató á puñaladas con su propia mano. Esta resolucion manifestó lo que habia de ser esta princesa: presto advirtieron los portugueses que tenian en ella un enemigo temible. Poseian éstos lo mejor del reino de Angola, usurpacion que no pensaba ella sufrir, y mucho ménos verse confinada en la provincia de Matamba, única posesion que parecia quererla dejar con el título de reino. No tardó Zinga en declararles la guerra mas tiempo que el necesario para los preparativos, y para fortificarse haciendo alianza con los giagas y otros príncipes idólatras. Hizo tratados con el rey del Congo, y aun con los holandeses los cuales entónces estaban en guerra con los portugueses. Á éstos los acometió valerosamente la princesa, y logró algunas ventajas; pero en medio de sus felicidades, la faltaron sus aliados. Los holandeses se vieron precisados á retirarse, y el rey del Congo llamó sus tropas. Se sucedieron tan repetidas las desgracias, que, abandonada hasta de sus vasallos, tuvo que dejar sus estados, y refugiarse en los desiertos. Ya creian los portugueses que podian obligarla á ceder, y la enviaron á ofrecer la paz, con la condicion de un tributo, y otras que, como le decian, no rehusaban sus vasallos; pero ella respondió: «Sufran mis vasallos los grillos, si de cobardes se los dejan poner; pero yo jamás dependeré de una potencia estranjera.» Ya presumian en algun modo esta resolucion, y en consecuencia nombraron un rey de Angola entre los príncipes de la familia real, haciéndole profesar el cristianismo. En el bautismo le dieron el nombre de Juan, vivió poco, y le reemplazó,

Digitized by Google

con las mismas condiciones, otro que se llamó Felipo.

Zinga, enfurecida de verse despojada de sus mas bellas provincias y con un intruso en su lugar, se puso desesperada en manos de los giagas, renunció altamente la religion cristiana, y adoptó la de los idólatras con sus supersticiones y sacrificios inhumanos. La eligieron ellos por gefe, y ella se hizo mas feroz que sus singilos ó bárbaros sacerdotes. Renovó Zinga la costumbre de los giagas, cuyas mugeres asi que parian, debian cesar de ser madres; las obligó á quitar la vida á los hijos de ménos de siete años; restableció todas las ceremonias diabólicas de aquellos mónstruos, y se presentó á su cabeza con las armas en la mano. Tan hábil y vigorosa en templar el arco y arrojar el dardo, como el soldado mas valiente, se esponia la primera á los mayores peligros: se adquirió tal crédito entre aquellos canibales, acomodandose á su modo de vivir, y escediendo su crueldad, que á la menor señal la seguian con prontitud á las mas peligrosas empresas. Con aquella confusa multitud formó Zinga un ejército temible, y entró en las provincias sujetas á los portugueses. No se detenia en atacar las plazas; porque sus tropas no eran á propósito para esto: pero iba asolando el pais llano con el furor de una fiera: mataba, robaba, abrasaba, destruia, y se retiraba cargada de despojos; y cuando ya creian que estaba muy distante, se volvia á presentar.

Duró esta guerra muchos años, y sufrió Zinga algunos reveses; pero supo repararlos con su valor y discrecion. Procuraron disminuir su autoridad esparciendo entre los giagas la noticia de que era cristiana, y de que estaba para volverse á la religion católica; pero ella para borrar esta opinion funesta á su poder, se unió mas que nunca con los singilos, y se entregó con mas ardor á todas las abominaciones que podian asegurarla la aficion de los soldados. Tenia entre ellos muchos espias, que la comunicaban los pensamientos y las palabras, y valiéndose oportunamente de sus descubrimientos, habia conseguido que la mirasen como á una divinidad. Sus palabras eran oráculos, y una mirada ó gesto suyo era muchas veces una sentencia de muerte, que hacia temblar á los mas intrépidos.

No hallaron los portugueses otro medio para detener su impetuosa carrera que el de oponerla otro gefe de los giagas, y mientras peleaba con éste, gozaron los europeos de alguna tranquilidad; pero temieron que, viéndose repetidas veces aquellos bárbaros se uniesen unos á otros, y con esto fuese mas infeliz de lo que ya era la suerte de sus provincias. Probaron pues si podrian reducir á Zinga á disposiciones pacíficas, y la enviaron un embajador con pretexto de mediar entre ella y su enemigo. No creyendo que estuviese absolutamente retirada del cristianismo, dieron á un embajador llamado don Gaspar de Borja por acompañado un sacerdote llamado don Antonio Coello, el cual mientras el primero tratase los intereses políticos, debia procurar animar en ella las centellas de religion que no creian del todo apagadas.

Ambos desempeñaron su comision con eficacia y prudencia: pero logró tan poco el uno como el otro. Al primero le respondió que tendria á grande honra ser aliada de su rey, mas nó vasalla; y que en cuanto á la secta de los giagas, en la cual habia muchos años vivia porque así tenia numerosos soldados, su honor y su interés pedian que la mantuviese y protegiese. Al segundo le dijo que tenia muy presente que habia abrazado el cristianismo, y se habia bautizado: pero que aquel tiempo no era á propósito para hablar de mutacion, y que bien pudieran acordarse de que ellos mismos habian dado ocasion para que ella se separase de la religion cristiana. Se retiraron pues los negociadores, á la verdad sin conseguir, pero no sin esperanza.

Con efecto, sobrevinieron nuevos motivos para renovar las tentativas. Zinga tuvo pesadumbres y reveses; y don Salvador Correa, virey muy modesto y prudente, creyó que era el momento favorable de reducir con atenciones y ofrecimientos aquel genio insuperable por la fuerza. La envió pues dos misioneros capuchinos; varones discretos; con el encargo de darla gracias por algunas que habia hecho á los cristianos de sus estados, y de solicitar otras nuevas. Ella los recibió muy bien, y les concedió lo que pedian. De aquí tomaron los dos religiosos ocasion para hacerla presente el gran delito de su apostasía, y el peligro en que estaba si insistia en ella.

La reina se sintió conmovida, y arrojando un profundo suspiro les habló así: «¡Oh padres mios! Dios tenga misericordia de una princesa ofendida en lo que mas estimaba; por la culpa de otro me hallo reducida al estado en que me veis: no estaria yo en él, ni viviria con las interiores penas que no puedo esplicar, si no me hubieran despojado de mis derechos: compadeceos de mí, pues me han quitado mis estados, y me hacen perder el alma. Bien conozco que voy estraviada; pero tengo que seguir asi si no quiero verme objeto del desprecio de mis vasallos; yo me veo en la precision de proseguir hasta que los usurpadores me restituyan cuanto me han quitado. Bien podeis considerar mi desgracia en pasar toda mi vida entre el tumulto de las armas y la continua carniceria. Rogad por mí á Dios para que se digne de romper las cadenas que me sujetan, porque yo soy muy flaca para romperlas por mí misma. Si llega este caso, prometo á la divina Magestad daros todos cuantos poderes necesiteis para emplearos en la conversion de mis pueblos, y os ayudaré con todas mis fuerzas.» La conclusion de este discurso, acompañada con lágrimas, persuadió á los misioneros que jamás se abatiria aquella altiva cabeza, mientras pretendiesen sujetarla al yugo del tributo y homenage que la querian imponer. Lo mismo entendió el virey cuando le hicieron relacion del caso; y contra el parecer de su consejo, desistió de sus pretensiones, trató con Zinga de buena fé, la restituyó algunas provincias, y la reconoció como aliada, nó como vasalla, de Portugal. Este proceder franco y generoso gustó á la reina, y así cedió por su parte, concediendo á las atenciones lo que jamás la hubieran quitado con la fuerza; y solo pensó en reparar el mal que habia hecho, sobre todo en el punto de la religion.

La quedaba ya poco tiempo para esto, porque tenia setenta y cinco años: pero se aplicó con todo el ardor de una jóven neófita ó recien convertida: entró de buena fé en el seno de la iglesia, y exhortó á sus pueblos á imitarla. Estaba tan respetada y temida, que nadie hizo movimiento alguno por la novedad de su mutacion; rabiaban los singilos ó falsos sacerdotes; pero no se atrevieron á alborotar. Primero se valió de la suavidad, y despues publicó severos edictos contra los idólatras. Para honrar el matrimonio se sujetó á sus lazos, y lo mismo hicieron sus hermanas Fungi y Cambi, que eran ya casi tan ancianas como ella. Prohibió la poligamia, y mandó que en adelante no se atreviesen las madres á esponer sus hijos ni á deshacerse de ellos por ningun motivo. Entre las señales de su verdadera conversion pudiéramos poner las iglesias que construyó y las riquezas con que las dotó: pero éstas deben ceder á las pruebas nada equivocas que dió de su piedad sincera, y al cuidado con que procuró se administrase justicia, y se diese alivio á los pueblos, instruyéndolos por sí misma como su catequista y madre.

Murió Zinga en estas nobles ocupaciones, casi á los ochenta años de su edad, y mandó que no hiciesen en su muerte los sacrificios inhumanos que estaban en uso entre los giagas; pero las damas del palacio, mas temerosas de que se practicaria la costumbre antigua, que aseguradas con la prohibicion, huyeron todas cuando se trató de sepultarla, y no volvieron á parecer hasta que ya el cadáver estaba cubierto con la tierra. Entónces, así ellas como todo el pueblo, se entregaron á los sollozos y gemidos; y como éstos se fundaban en la estimacion, salieron todos del corazon: no hubo quien se negase al sentimiento: porque aun los que no llevaban á bien que hubiese mudado de religion, la perdonaban por sus grandes calidades. Con ella se acabó su imperio, porque su hermana no sostuvo el cetro mas que un año con una mano debilitada por la edad. Los reyes nombrados

Digitized by Google

por los portugueses, ó estos mismos en nombre de los príncipes, unieron á sus dominios las provincias que Zinga poseia; y por último, cansados de mantener aquellos fantasmas de reyes, hicieron del reino de Angola una de las mas útiles colonias, bajo el mando de un virey.

LOANGO.

Tambien Loango es un destacamento del imperio del Congo; pero, recorriendo las provincias, se hallan en ellas algunos usos estravagantes, que no son comunes á todo el reino. En la de Camma, por ejemplo, son los maridos tan poco zelosos, que ofrecen sus mugeres á sus amigos y á los extranjeros, y cuando éstos las reciben, son por lo mismo mas estimadas. Lo propio sucede cuando las castigan mucho sus esposos, porque esto pasa por una señal de la conyugal ternura. En Gobbi un misionero vió que, habiendo los habitadores invocado inútilmente á su Dios en tiempo de peste, le quemaron, diciendo: «Si en una calamidad como ésta no sirve de nada, ¿qué socorro podemos esperar en otras?» Cuando los misioneros entran en una casa, tienen que prohibir á las mugeres la entrada en su cuarto; y esta prohibicion se ha hecho porque ellas se creen obligadas á cohabitar dos noches con los que las visitan.

Los habitadores de Loango se llaman barmas, y son grandes, vigorosos, bien formados y civilizados, aunque en otro tiempo comian carne humana. Entre ellos se permite la poligamia, y, al contrario de lo que hemos dicho de los de Camma, reinan los zelos generalmente en esta nacion. Los ricos tienen diez ó doce mugeres legítimas, las que no por esto dejan de ser tan esclavas como las otras, y tan cargadas de cuanto hay penoso en el gobierno de la casa. Nunca comen con su esposo, viven de sus sobras, le hablan siempre de rodillas con la mayor sumision. Los hijos siguen la constitucion de la madre, en cuanto á nacer esclavos ó libres. No heredan ellos de su padre, sino el hermano ó la hermana mayor. Algunas veces de un padre y una madre, ambos negros, nacen hijos blancos con ojos azules y cabellos rubios ó rojos. Á primera vista parecen europeos; pero bien mirado de cerca tienen un blanco de cadáver: son de vista débil y no ven bien sino á la claridad de la luna, y se dice que estos son incapaces de engendrar. Cuando nacen algunos de ellos los presentan al rey, y éste los hace hechiceros ó adivinos, y algunas veces consejeros. Los portugueses y los españoles los llaman albinos.

Cada uno tiene su divinidad; y la llaman mokiso ó fetiche. Las casas están cubiertas con toda suerte de figuras, hombres, mugeres, pájaros, árboles, etc. Los mas devotos llevan su mokiso al cuello en una cajita. Para el servicio público de estos dioses solo llaman hombres de bastante edad: y el que los consagra con ridículas ceremonias es el enganga mokiso: pero esto da grande autoridad á los consagrados, porque, como en el Congo en donde no tienen la muerte por natural, adivinan quién es el que la ha causado: indicacion que produce á los ridículos sacerdotes las mismas ventajas, y á la nacion las mismas desgracias que en el reino precedente.

Creen en la metempsicosis ó paso de las almas de unos cuerpos á otros en la familia real; pero en las demas colocan las almas de los muertos entre los dioses domésticos, y los hacen tutelares, destinándoles habitaciones muy graciosas, que son una especie de capillas, y en todo les ofrecen las primicias, de modo que no tocarán un alimento ni una bebida sin que la haya gustado el mokiso. Muchos hay que levantan las almas al cielo, y otros que las destinan para debajo de la tierra, segun los méritos que hicieron unidas á los cuerpos. Por último hay otros que están persuadidos á que mueren con los cuerpos, si á fuerza de conjuros no las conservan vivas; y aqui tienen los hechiceros un mayorazgo. Los reyes han conseguido persuadir á sus pueblos que ellos son mokisos, causas del bien y del mal, de la abundancia, felicidad y paz; que están contentos con la guerra, hambre y calamidades, si el pueblo no cumple con su obligacion. Cada persona elevada á alguna dignidad goza de esta prerrogativa en el espíritu del pueblo á proporcion. Entierran con los muertos muchas cosas, y los lloran segun su graduacion, por horas ó dias, aunque no pasa de tres; pero mientras duran es preciso lamentarse con una especie de abullido. Á los extranjeros no los entierran en el pais, pues juzgan que sus cadáveres causarian desgracias; y así los echan á los rios ó al mar.

Los europeos tienen que sacar licencia del rey para traficar, y unas veces la compran mas cara, otras mas barata. Los vasallos le dan el título de samba-ponge, que quiere decir dios, y van consiguientes, pues creen que todos los sucesos penden de él en calidad de mokiso. Los primeros oficiales del reino son muy estimados: todo hombre nace soldado, y es preciso que asista á las revistas, y vaya á la guerra; ¡pero qué tropas! Las leyes, como no sea en delito de lesa magestad, no son muy severas; no obstante, una muger del rey cogida en adulterio seria quemada viva. Las hijas, hermanas y otras parientas que el rey da por esposas á los grandes del reino, usan de una entera libertad, y aun si las parece abusan; pero el esposo no tiene el mismo privilegio. El rey come en una sala, y bebe en otra; y pena de la vida, no se permite verle comer ni beber. Su grande ocupacion es la administracion de justicia, en la cual emplea casi todo el dia. Cuando se presenta en público es con mucha pompa, y una ruidosa confusion de aclamaciones y de instrumentos. Á su comitiva se juntan los albinos, y los enanos ó pigmeos. Esta casta de hombres se halla en la frontera, á distancia de un mes de camino hasta la capital. Se ocupan en la caza de los elefantes, los que sin duda desprecian su pequeñez; mas como no hay enemigo pequeño, hacen estos pigmeos grande destruccion de aquellos enormes cuadrúpedos. Es un gran favor poder poner las manos sobre las rodillas del rey, y reclinar la cabeza sobre su pecho; entónces se revuelcan en la arena de contento y de placer. La sucesion á la corona no pasa á los hijos del monarca, sino al hermano mayor, ó á los hijos de las hermanas: los reyes son aliados y no parecen dependientes de Portugal. El cristianismo no está aqui tan adelantado como en el Congo y Angola.

Muchas veces han infestado las giagas á estos tres reinos, y lo notable es que una muger arrebatada de una especie de fanatismo, junta con la ferocidad de estos mónstruos, fué quien hizo mas activa y peligrosa la barbarie de los giagas. Se llamaba Têm-Bam-Dumba, y era hija de Dongig, capitan de uno de aquellos aduares errantes que recorren los desiertos del África, y de Musasa su muger. Las costas, como mas pobladas, y propias para apagar su sed de sangre humana, eran muchas veces presa de la crueldad de estos canibales. Bebian con el cráneo ó calavera, y para hacer mas tierna la carne de sus infelices víctimas, las hacian sufrir los mas crueles tormentos. Quizuba, uno de estos gefes, hizo empedrar una plazuela delante de su casa con los huesos de los que habia devorado. Cuando murió Dongig, su esposa Musasa, muger intrépida, se hizo comandante; y como se habia criado desde niña en medio de la carnicería era siempre la primera en la pelea, y la última en la retirada. Afectaba presentarse vestida y armada de hombre, y las inclinaciones guerreras que advirtió en su hija la hicieron vestirla como ella, y llevarla consigo á las espediciones. Tem-Bam-Dumba aprovechó tanto bajo de la direccion de su madre, que ésta no dudó ponerla á la cabeza de sus tropas. Ella en la licencia de los acampamentos se entregó sin reserva á sus inclinaciones lascivas: tuvo amantes sin número: y cuando se cansaba de ellos los hacia matar secretamente. La reprendió su madre estos escesos, y ella se sublevó abiertamente contra su madre, sobornando al ejército. Por sus hazañas la miraban sus soldados, no solo como muger estraordinaria, sino como una divinidad. Ella misma se vendia

por persona inspirada, y destinada á echar los cimientos de un imperio que eternizase su memoria. Vestida y armada como hombre, se presentó á la cabeza de sus tropas, y las dijo: «Yo quiero renovar las leyes y ceremonias de los antiguos giagas, antepasados vuestros y mios, por ser el medio infalible de haceros ricos y felices; y el ejemplo que voy á daros es digno de vuestro valor. Si no le imitais, creeré que habeis degenerado de una casta tan ilustre.»

Despues de este preámbulo, que fijó sobre ella la atencion de los soldados, hizo que la llevasen su hijo único; y la megera ó furia le echó en un mortero, y le majó con su propia mano. Reducido á pasta, le puso en una marmita al fuego, y con polvos de raices y aceite hizo un ungüento; se despojó de sus vestidos, y se hizo frotar con él por todo su cuerpo á vista del pueblo.» Todos, dijo, los que se unten como yo serán invulnerables, y vivirán seguros de salir bien en todas sus empresas.» Añadió á esto, que para que el ungüento fuese mas eficaz debia hacerse de la carne de los niños de las familias mas distinguidas, y cuyos padres los ofreciesen voluntariamente. Este modo de iniciarse, además de la capacidad militar, daba, á su parecer, la prudencia y sabiduría de los consejos. Hizo leyes; pero todas dirigidas á inspirar la ferocidad. Los hijos varones eran escluidos del *kilombo* ó campo, hasta tener cierta edad, so pena de muerte si alguno se hallaba en él. Prohibió que las mugeres pariesen en el campo de los soldados, pena de devorar sus hijos ó morir ellas. Mandó que los disformes y los contrahechos fuesen echados á los perros. Á estas leyes dió Tem-Bam-Dumba el nombre de tigilas, que quiere decir inviolables. Concluia este horrible código mandando que todos prefiriesen para su alimento la carne humana. Se habla de un discípulo, digno de esta furia, que todos los dias mandaba matar una muchacha para su mesa. De este modo el estremo de las dos pasiones, venganza y ambicion, hizo dos mónstruos de dos mugeres, que, en otras circunstancias y educacion, pudieran haber sido dos heroinas; bien que á Zinga arrepentida debe distinguírsela de Tem-Bam-Dumba, tranquila en sus delitos, y abriéndose el sepulcro con una continuacion de atrocidades.

Despues de haber sacrificado gran número de amantes para ocultar sus torpezas, se enamoró tanto de un simple soldado llamado Culemba, que se casó con él. Éste se hizo de rogar para condescender con sus deseos, y ya que se rindió resolvió interiormente prevenirla cuando advirtiese que se cansaba de él. Examinó tan cuidadosamente á su esposa, que á pesar de sus afectaciones conoció el tiempo en que ya la era indiferente; y como de esta disposicion hasta el odio no hay mucho camino, el esposo no la dió lugar para andarlo, y con el auxilio del veneno fué su sucesor. En lugar de esta furia tomó Culemba una amable concubina que suavizando sus costumbres le hizo dejar la guerra por el sosiego. Chingurig, que fué el que le sucedió, y cuyo nombre significa *Leon*, era, como el rey de los animales, sediento de sangre y de rapiña: á éste le mataron en una batalla. Caluximbo, su sucesor, aunque gran guerrero, era sensible y humano; quiso suavizar algunas leyes de Tem-Bam-Dumba: desagradó á sus vasallos la tentativa, y le mataron diciendo: «Que asi intentaban aplacar los manes de esta fiera.» Despues de éste, hasta el año 1657, se halla una serie de gefes de esos giagas muximbos, y muy larga, porque no hacian mas que presentarse en el trono ensangrentado. El protegido mataba á su bienhechor, y el hijo quitaba la vida á su padre; y otros pedian á Dios que todos sus soldados imitasen á sus capitanes para esterminar tan detestable casta.

Los reinos de Anciko, Fungeno, Biafar y Calbaria, mas ó ménos distantes de Loango, hácia lo interior, vomitan tambien los mismos mónstruos sobre las mismas costas. De los ancikanos se dice, que saben despedir veinte y ocho flechas, ántes que la primera caiga en tierra. En sus mugeres es adorno la falta de dos dientes de arriba y dos de abajo: no se los sacan hasta que están en edad de casarse; pero las que no quisiesen este género de gracia, quedarian deshonradas. Cuando hacen prisioneros los atan á un poste, y hacen pruebas de su valor, tirando á ellos como al blanco; pero de modo que las flechas no hagan sino pasar cerca de ellos. Á los que manifiestan miedo los matan y los comen. Á los que son intrépidos los adoptan para completar sus ejércitos: los acostumbran á la carne humana, y á poco tiempo los hacen tan bárbaros como ellos.

GUINEA.

Volviendo de lo interior de las tierras en donde viven los mónstruos que acabamos de retratar, se halla la Guinea, en la cual el aire es malsano por los vapores y exhalaciones perniciosas que el grande calor levanta de las lagunas; y son muy incómodos los mosquitos ó insectos, cuyas picaduras son tan dolorosas y malignas, que inflaman la parte y causan úlceras. No es fácil abordar á la costa, porque la rodea una especie de arrecife ó banco de arena y rocas. Apenas se pueden aventurar los navíos mas que hasta la embocadura de los rios, y es necesario hacer el trato de negros en tiempo determinado. Si éste pasa, se pone el comerciante á peligro de detenerse por una estacion entera, y perder el provecho de su viaje. El pais está regalado de muchos riachuelos; es muy fértil, y con agradables bosques.

BENIN.

El reino de Benin tiene una capital del mismo nombre, de muy buena construccion, respecto del pais. La plaza del mercado no es para encantar á los europeos; porque en ella se vende carne de perro, que gusta mucho á los negros, micos y monas asadas, murciélagos, ratas y lagartos. Nadie se acerca al rey sino tres ministros que le dan cuenta de lo que esponen sus vasallos, y refieren á éstos sus respuestas; y bien podrá creerse que los tales señores darán las que á ellos les convengan. Cuando el monarca cree que está próxima su muerte, llama al primero de los tres, y le dice en secreto cuál de los hijos quiere que sea su sucesor, y á solo éste debe comunicar la noticia; por lo que en él consiste nombrar el príncipe que le parezca entre los muchos que hay por lo comun. Todos hacen la corte al confidente, y se podrá discurrir con cuanto gusto, supuesto que á todos se quita la vida ménos al predestinado. En los funerales del monarca echan el cadáver en un hoyo muy profundo, y de boca estrecha: detrás de él arrojan vivos todos los cortesanos, mugeres y oficiales que le servian, y tapan la entrada. Al dia siguiente la descubren, y preguntan si han encontrado al rey: y esto mismo se repite muchas veces consecutivas, hasta que ya no se oyen lamentos ni suspiros. Entónces hacen juicio de que han ido con el príncipe á servirle en el otro mundo. La siguiente noche se esparcen por las calles los sacerdotes de los ídolos, y van matándo sin distincion á cuantos encuentran, enviándolos á que ayuden á los que ya están allá.

Sin embargo de esta bárbara costumbre, pasan los habitadores de Benin por hombres humanos y enemigos de violencias. Son en estremo dados á mugeres, pero con todo eso evitan en sus conversaciones las torpes obscenidades de esos negros, aunque no aborrecen los equívocos, ántes bien los que saben proferir con palabras decentes las ideas poco honestas, son tenidos por ingeniosos. Es general la poligamia, y la circuncision de los dos sexos: son muy rezelosos respecto de los otros negros; pero nó para con los europeos, porque, ¿cómo es posible, dicen, que nuestras negras tengan tan mal gusto, que se enamoren de los blancos? En Benin se visitan, conversan y comen juntos; prueba de una sociabilidad que es muy rara entre los negros. Practican las pruebas

que en otro tiempo estaban en uso en la Europa, como la del hierro ardiendo, la de la inmersion, y la de ciertas bebidas administradas por los sacerdotes de la supersticion. Tienen miedo de su sombra, y con razon, porque imaginan que es un ser real, que algun dia será testigo de lo bien ó mal que hayan vivido. ¡Ridícula persuasion, pero que puede valer por muchas leyes! Los magistrados llevan por señal de su dignidad un collar de coral, y les va la vida en perderle ó dejársele quitar. En la costa de los esclavos están los reinos de Cano y de Popo: el comercio que en ellos se hace le indica el mismo nombre de la costa.

JUIDA.

Todos los europeos que han estado en Juida, hablan con admiracion de este pais, como uno de los mas deliciosos del universo. No puede imaginarse cosa mas agradable ni mas encantadora que el verdor de sus campiñas y la fertilidad de sus campos. Todo el reino es como un jardin cerrado, por una parte del mar, por otra de altas montañas. Algunos viajeros no le dan mas circúito que el de diez y seis leguas, y en un espacio tan pequeño, es tan prodigiosa la poblacion, que en un solo lugar tiene mas gente que algunos reyes de la costa. Las casas de varios pueblos casi se tocan, pues la mayor distancia entre unos y otros no llega á un tiro de fusil. En un mismo campo están sembrando, cultivando y segando. De un mismo árbol se respira el olor de la flor y se coge la fruta madura. Los hombres son los que lo venden todo en los mercados y en las ferias, á escepcion del pan y las bebidas, cuya distribucion está reservada á las mugeres, mercaderas diestras, y calculadoras prontas y escelentes.

Entre los habitadores de Juida y los de la China hay mucha semejanza: el mismo amor al trabajo, la misma industria, las mismas cortesías ceremoniosas, la misma ternura zelosa para con sus mugeres, las mismas astucias para engañar en el comercio, y la misma política esterior con los extranjeros. Si cien veces en un dia encontrasen á algun europeo, otras tantas se pondrian de rodillas, besarian la tierra, y no se levantarian hasta que les hiciera seña aquel á quien saludasen. Lo mismo hacen unos con otros; de suerte, que algunas veces al ver centenares de personas arrodilladas, parece que es un acto público de devocion, siendo una aprension de cortesía. Las mugeres tienen á su cargo los trabajos penosos, sobre todos los de la agricultura. Hay peligro de la vida en encontrarse con las del rey, por lo que éstas van gritando de lejos que se retiren. Al monarca solo le sirven las de su palacio, y las doncellas no gustan de que las admitan en él, porque si el rey no las favorece con alguna mirada, están condenadas á perpetuo celibato. Una hermosura, que por fuerza llevaban al rey, se huyó, y se arrojó á un pozo. Se cuentan á millares las mugeres que hay en el palacio, el cual es como un parque, desde donde sacan ya diez, ya veinte para venderlas; pero al punto se ven reemplazadas por las que le regalan los grandes para merecer su gracia, y á éstas las hacen trabajar los campos en cuadrillas, como las demas. Son estas negras muy fecundas, y los hombres vigorosos, tanto que un virey se formó un ejército de dos mil hombres con solos sus hijos y sus nietos. Un capitan, que no era viejo, se quejaba de que no tenia mas que setenta hijos vivos, pero se le habian muerto otros tantos: porque allí no son cosa rara familias de ciento y cincuenta hijos. Tengo por superfluo decir que allí está en uso la poligamia; pero en ninguna parte se verifica que el hombre tenga mas mugeres, ni que sea al mismo tiempo mas zeloso.

Estos negros son diestrísimos ladrones. Cuando hay queja, manda el rey buscar al culpado y castigarle; pero le ocultan los hijos del rey y otros parientes, porque regularmente perciben su parte del robo. Si una muchacha ántes de casarse ha dado señales de fecundidad, entónces es mas pretendida por la seguridad de que tendrá hijos. Se divorcian dando á los padres el doble de lo que costó la fiesta de la boda, la que nunca es cara, porque se reduce á un carnero ó cosa semejante. La circuncision se usa para ambos sexos. Las mugeres tienen casas retiradas para habitar en ellas, cuando la naturaleza en sus reglas lo ordena, de concierto con la ley del pais. Las mugeres, á los ojos de sus esposos, no son mas que esclavas, y así las venden sin pesadumbre; pero se quedan con los hijos varones, y los aman tiernamente. Éstos tienen el mayor respeto á sus padres y al hermano mayor, que es el único que hereda. En algunas de sus costumbres parece que se ven vestigios del judaismo. Dos plagas reinan aquí, el aire malsano, y la pasion al juego, pues aunque la de la música y el baile es tambien violenta, no tan peligrosa; y entre los bailarines y los cantores se observa exactitud y armonía. Delante del rey, dice un viajero, guárdense de pronunciar la palabra muerte, porque en ello va la vida; y aunque no es tanto el riesgo con los otros, siempre miran con malos ojos al indiscreto que profiere esta palabra. Esto no obstante levantan mausoleos á sus padres, y van á visitarlos.

Si los antiguos paganos se gloriaban de tener treinta mil ídolos, los de Juida veneran cuatro veces mas. Los llaman fetiches, y dicen que son los que gobiernan el universo, porque Dios es demasiado grande para mezclarse en el gobierno de una cosa tan poco considerable como el mundo y el hombre. Oigamos á un juidano esplicarse sobre la mitología: «El número de nuestros dioses es infinito, y cuando alguno de los nuestros emprende alguna cosa importante, busca desde luego á un dios que le ayude á salir con su intencion. Sale de casa con este pensamiento, y toma por dios lo primero que encuentra, no solamente un perro, un gato, ó algun otro animal, sino tambien las cosas inanimadas, como una piedra ó un trozo de madera. Al punto presenta sus ofrendas á lo que ha escogido por su dios, y le promete que si logra el buen éxito, le tendrá por dios, y le honrará como á tal. Si sale con felicidad de su empresa, ya tiene allí un nuevo dios, y le ofrece alguna cosa todos los dias; pero si no sale bien, le desprecia, y arroja como cosa inútil.»

Con todo eso reconocen tres dioses principales: el mar, los árboles muy grandes, y la serpiente. La serpiente que invocan tiene la cabeza gruesa y casi redonda, los ojos muy abiertos, y de un mirar suave. Su lengua es bastante corta, aguzada como un dardo; pero solo tiene el movimiento muy vivo cuando acomete á una serpiente venenosa. La cola es delgada, y remata en punta. La piel es muy hermosa, porque sobre un fondo blanco tiene rayas en ondas, en las que se ven agradablemente mezclados el pajizo, el azul y el moreno. Esta especie de serpiente es familiar y mansa, tanto que se deja manejar. Las mayores son de una braza de largo, y tan gruesas como un brazo de un hombre: miran á las serpientes venenosas como enemigos mortales, las acometen en donde las encuentran: parece que han tomado por su cuenta librar de su veneno á los hombres. Tal vez por esta utilidad las han honrado con el culto que las tributan. El padre de todas estas serpientes dicen que vino de Adra, que todavia vive en un templo, y que está rodeado de sacerdotes dedicados á su servicio. Allí reciben inmensos presentes en riqueza y comestibles.

El primero que da ejemplo de esta devocion es el rey: bien que dicen que lo hace por interés, y porque entra á la parte de los provechos. Las doncellas tocadas de la serpiente entran en una especie de furor, que solo se cura en los cuartos retirados, en donde las guardan y defienden por algun tiempo los sacerdotes, sustentándolas á costa de sus padres. Este furor, sin saber porque, les entra en público, y entónces las sacan y llevan unas mugeres ancianas, que tienen á su cargo este cuidado. En el tiempo del viajero que cuenta estos hechos no se libró de este frenesí la hija del rey; pero la sujetaron á la curacion como las otras. Por todas partes se introducen estas serpientes, y por todas partes las respetan: guárdese cada uno de hacerlas mal por incó-

Digitized by Google

modas que sean, pues unos ingleses quitaron á una la vida hallándola en sus aduares, é ignorando que era inviolable, pero á todos los mataron. No solamente tiene sacerdotes la gran serpiente, sino tambien sacerdotisas. Éstas son algunas viudas ó doncellas ya ancianas. Se reclutan sacando de su casa por quince noches en todo el reino las doncellas jóvenes que encuentran, y la maestra enseña á sus discipulas todas las finuras de la galanteria: vende su favor, y le encarece; pero entra á la parte del precio, y si contemplan que no hay ganancia que esperar, son las guardias mas vigilantes del honor de las doncellas, no tanto por principio de virtud, cuanto por desprecio y envidia.

En Juida el gobierno es monárquico, y rara vez se castiga con la muerte. Si un grande cae en algun delito, destaca el rey cuatrocientas ó quinientas mugeres de las suyas para que vayan á saquear su casa: no es larga la ejecucion, porque nadie se atreve á resistir. Cuando hay deudas va el acreedor y se apodera del primer esclavo que encuentra, sin preguntar quien era su dueño: éste, si quiere recobrar su esclavo, tiene que pagar, y despues repite contra el deudor porque le pague á él. Por esto siempre procuran apoderarse del esclavo de algun hombre rico. El reino es hereditario: el hijo sucede al padre; pero con la condescendencia de los grandes. El heredero de la corona se cria como un simple particular de la plebe, sin que sea permitido decirle de que familia es, y asi cuando su padre vive largo tiempo se envejece en la ignorancia de sus derechos y en la de los negocios; por lo que de su incapacidad cuando sube al trono se aprovechan los grandes, y gobiernan. El que corona al rey de Juida es un señor del reino de Ardra: van á buscarle con gran pompa, y cuando se acerca al principe le hace una profunda reverencia y un breve discurso, le quita el morrion de la cabeza, y teniéndole entre sus brazos, se vuelve al pueblo, y dice en alta voz: «Éste es vuestro rey, sedle fieles, y el rey de Ardra, mi señor, oirá vuestras súplicas.» Esta fórmula da á entender una especie de vasallage en el rey de Juida respeto del de Ardra; pero no pasa de las palabras.

Las rentas del rey consisten en los derechos sobre las mercancias, en las multas y confiscaciones; pero la riqueza principal es el producto de sus tierras, cultivándolas los vasallos por obradas; está el monarca viendo el trabajo, los grandes son los que le gobiernan, y se tocan varios instrumentos, moviéndose los útiles y los brazos en cadencia; por lo que aquellos esclavos, que trabajan muchas veces con la mayor repugnancia, parecen el pueblo mas feliz del universo. Ninguno se acerca al rey, sino con tales demostraciones de respeto, que tienen algo de adoracion. No es permitido verle beber, y si se pregunta á los que deben saberlo, ¿dónde se acuesta el rey? responde con esta otra pregunta, ¿dónde se acuesta Dios?

Por la ceremonia de la coronacion de los reyes de Juida se hace juicio de que habia grande correspondencia con los de Ardra. Este último reino, gobernado por un principe de poca habilidad, irritó contra sí las armas de Trudo Audati, rey de Dahomé, que desde lo interior del África habia ido adelantando sus conquistas hasta Ardra, en donde pensaba detenerse; pero, sabiendo que habia alborotos en la corte, y que con el favor de algun partido no le seria imposible apoderarse de aquel hermoso pais, fué allá con unas tropas ya victoriosas en otros pueblos. Á toda prisa pidió el rey de Ardra auxilio al de Juida, haciéndole presente cuanto le importaba no permitir que le destruyese un enemigo que despues podia volverse contra él. Por estos recelos el rey de Juida, no solo se comprometió en una guerra en que nada iba con él sino que se esplicó en términos que desagradaron á Trudo Audati. Éste, pues, vencido el rey de Ardra, mandó cortarle la cabeza, y entró en el reino de Juida sin hallar resistencia y sin combate: y se halló, como si le hubieran llevado, en *Sabea ó Javier* su capital.

Esta facilidad la debió al estado en que el reino se hallaba. Ya por muchos reinados habian vivido los reyes en una indolencia casi estúpida: el regalo y el lujo, que son efecto de las grandes riquezas, se habian introducido poco á poco entre sus habitadores, que ántes eran muy laboriosos: la prosperidad los tenia soberbios, y los placeres subyugados. No tuvo mas que presentarse Dahomé con sus canibales para que huyese aquel tímido rebaño. Los gobernadores de las fronteras, no siendo alentados ni socorridos, hicieron la paz con las condiciones ménos malas que pudieron. Llegó Trudi Audati al rio, única defensa de la ciudad, saqueando, asolando, y llevándose por delante una inmensa multitud sobrecogida del terror. No esperaba que dejasen de disputarle el paso, y se acampó para que sus tropas tomasen aliento, y reflexionar sobre el plan de ataque; pero en lugar de defensa y preparativos militares no vió mas que venir por tarde y por mañana los sacerdotes, que, seguidos de un tropel de gentes, iban á ofrecer en la ribera del rio un sacrificio á la gran serpiente, y se volvian dando muy grandes gritos.

Durante estas ceremonias ridiculas manda Dahomé buscar algun vado, y le hallaron. Pasaron doscientos soldados, y marcharon sin detenerse á la ciudad, con banderas desplegadas, y al son de instrumentos. Se apoderaron del palacio, de donde huyó el rey con dificultad, y el fuego del incendio advirtió á Trudo que habia sido feliz el suceso: atravesó pues el rio con su ejército, y lo que no pudiera creer si no lo viera, halló que sin dar un golpe todos los hombres habian abandonado al enemigo libertad, bienes, mugeres, hijos y dioses, y éstos fueron las primeras victimas de los soldados de Dahomé. Saqueando las casas hicieron una gran matanza. Los principales juidanos se salvaron con su rey en una isla desierta y estéril; y desde allí hicieron algunas inútiles tentativas para recobrar el trono. El vencedor, que ya era dueño del reino de Ardra, puso el de Juida bajo el gobierno de un virey, concediendo á los habitadores que dejó en sus hogares el ejercicio libre de su antigua religion, sus leyes y sus costumbres. Esto sucedió en 1630.

Trudo Audati jamás habia visto blanco alguno, y al primero que le presentaron, que era un capitan inglés hallado en la ciudad, le estuvo considerando con una especie de admiracion: al fin se fué familiarizando con el color, y ya le gustó la conversacion con él. Las primeras preguntas trataban del comercio, porque no tenia de él idea alguna; pero, despues que le esplicaron los medios y la utilidad, manifestó buenas disposiciones para practicarle. El inglés, como buen mercader, le pidió alguna rebaja sobre los derechos de entrada, diciendo: «Que pues era principe mas considerable y grande que el rey de Juida, esperaba que le trataria con mas benignidad.» Dahomé, aquel bárbaro, que parecia incapaz de atenciones y de cortesía, le respondió: «Yo como mayor principe pudiera con razon exigir derechos mas fuertes: mas ya que tú eres el primer capitan inglés que he visto, quiero tratarte como á una novia, á la cual al principio nada se niega.» Un portugués mestizo, y mucho mas negro que blanco, que iba en la comitiva del principe, contó al inglés muchas hazañas de Trudo, las cuales denotan que en la guerra era tan astuto como valiente: le hizo un elogio de su benignidad y humanidad, y dijo: «Que si permitia comer carne humana, era por no oponerse al gusto de su nacion; pero que él jamás la habia probado.» Se vendia la carne humana públicamente en su campo, y el inglés la vió colgada en las carnicerias, espectaculo bien horrible, con el que á los infelices se les erizaban los cabellos, y les penetraba el susto hasta la médula de los huesos.

ARDRA.

El reino de Ardra es mucho mayor que el de Juida su confinante: pero le falta mucho para estar á proporcion tan poblado. La razon que dan para esto es que los jóvenes de ambos sexos se casan muy temprano, y el libertinage allí no tiene freno. Los grandes saben la lengua

zed by Google

portuguesa, la leen y la escriben. Las gentes del comun, que no saben uno ni otro, llevan unos cordelitos en los cuales hacen ciertos nudos que tienen su significacion, y con ellos se comunican los pensamientos á grande distancia. Es cosa que pasma la facilidad con que retienen y combinan las ideas representadas en cada nudo; pero es preciso estar ántes prevenido del valor que tienen, y así un tercero nada entiende. Nuestros descifradores diplomáticos se verian muy embarazados con semejantes escrituras. Los ardranos, por lujo, gustan de cargarse vestidos, en las ceremonias. De ordinario van desnudos de medio cuerpo arriba, y los dos sexos hasta los doce ó trece años no gastan vestido alguno. En los casamientos no se cuenta con el nacimiento ni la fortuna, y así el hombre de mas baja condicion puede pretender las mugeres de mas alta calidad. La principal muger del rey, que es siempre la que parió el primer hijo varon, tiene el título de reina, y el estraño privilegio de vender las otras concubinas del monarca para sus necesidades, si el esposo no da otra providencia. La que pare dos gemelos es deshonrada, como si fuera imposible tenerlos de un mismo hombre. La agricultura es muy estimada y muy activa; pero no se sirven de animales; ellos cultivan la tierra con sus propias manos, y sin arado, mas no por eso deja de dar mucho.

El gran sacerdote se llama el *morabuto*, es segundo en clase, y es primer ministro. Sus dioses son fetiches, muy respetados, muy consultados, y muy cargados de regalos, porque los sacerdotes dicen que los estiman. Aunque creen en un Dios superior no forman de él idea bien distinta, como tampoco de la naturaleza del alma, diciendo que muere con el cuerpo, ó que todas pasan á otros diferentes. El gran sacerdote pronostica lo por venir, conversando primero con la estatua del tamaño de un jóven, colocada en la sala de audiencia: esta estatua es blanca, y representa al diablo. En cada ciudad hay una casa destinada á la educacion de las mugeres, bajo la inspeccion del morabuto, y cada señor tiene obligacion de enviar su muger á pasar allí algun tiempo: la educacion consiste en aprender bailes. Los hijos del rey aprenden toda suerte de oficios, y principalmente el comercio. Cuando abrazan la carrera militar nunca los ascienden á comandantes; pero sean de la profesion que fueren, siempre los mira el pueblo con mucho respeto. Entre las leyes de policía se nota la pena de muerte impuesta al que ocupa la casa por donde empieza un incendio, y así éstos rara vez se verifican. Ya hemos visto que los habitadores de Ardra se dejaron subyugar de Dahomé; y ya ántes se habian visto en el mismo riesgo por un pueblo del interior, á quien solo detuvo la supersticion. Esta nacion terrible es la de los yoes, que tienen al mar por fetiche nacional, y les está prohibido por sus sacerdotes acercarse á él, ni verle: por lo cual los de Ardra se libraron de una total invasion retirándose á las costas.

ESTABLECIMIENTOS EUROPEOS EN AFRICA.

Toda la costa de los esclavos está sembrada de establecimientos y fuertes, que corresponden á portugueses, franceses, ingleses, holandeses, dinamarqueses y otros. Bien pudiera decirse que estaban cimentados con sangre, segun la que se ha derramado por parte de los negros sublevados contra las usurpaciones, y por la de los blancos armados unos contra otros por la envidia del comercio. No parece sino que los europeos, en llegando á estos parages, se revisten de la ferocidad del pais, segun las pocas atenciones que observan entre sí, y la ninguna consideracion con los infelices negros. No solamente se acostumbran á comprarlos y venderlos como si fueran bestias, sino tambien á imprimirles con su mano la marca de un hierro ardiendo, á separar el hijo de la madre, la jóven esposa de su esposo, y sin compadecerse de sus gritos, en que se desgarran, á amontonarlos en los navíos atados con una cadena al banco que les sirve de cama, condenados á respirar un aire infestado con sus respiraciones; á escepcion de algunas horas en el dia, ó tal vez un dia sí y otro nó, en que se les permite salir de los tenebrosos calabozos del navío para ver el sol por una ó dos horas. Los europeos ménos endurecidos, aquellos principalmente que solo han hecho el primer viaje, confiesan que no han podido ménos de enternecerse y llorar cuando las infelices víctimas de la codicia europea dejan la ribera que los vió nacer, porque sus gemidos, sollozos, despedidas y sentimientos penetran el alma. Crece su desesperacion, y es mas violenta, porque la mayor parte creen que los llevan para matarlos y comerlos. Mas ¡ay, infelices, que la muerte es menor mal que la suerte que les espera en algunas colonias! ¿Es imposible que no se haya hallado medio de pasarse sin este comercio infame?

La desavenencia de los europeos y sus querellas, seguidas de guerras sangrientas, han vengado y vengan aun á los africanos de los malos tratamientos que los blancos les hacen sufrir, porque en llegando á aquellas riberas parece que se asaltan entre sí con perfidias y crueldades. No es necesario que en Europa estén en guerra para armarse lazos, y acometerse en África, porque la concurrencia de intereses es suficiente motivo de su furor. Avivan el de los negros contra sus rivales en la industria, é inventan recursos de malicia, ignorados de aquellos pueblos bárbaros. ¡Qué es lo que no puede la indómita codicia del oro, para quitárselo á los que como ellos le desean con ansia! Nacion contra nacion, portugueses contra franceses, ingleses contra holandeses, sublevan á los infelices negros, instrumentos de su codicia, y con calumnias, ó muertes si es menester, los hacen inconciliables con sus rivales. El inglés vé que el holandés establece una correspondencia ventajosa con una nacion rica en oro y en marfil, asesina algunas mugeres de aquella nacion, y echa diestramente la culpa de la atrocidad á los holandeses: rompe con ellos la nacion, demasiado crédula, y el inglés se aprovecha del rompimiento. Allí es donde se ven aquellos odios reflexionados que calculan escrupulosamente que es lo que puede producir la ruina ó la muerte de un comerciante rival, y sofocan todos los sentimientos de la humanidad. Allí los ingleses se hallan en una pequeña embarcacion que peligra por el mal tiempo á la vista de un navío holandés, que puede resistir mejor á la tempestad, y si piden socorro responde con frialdad el capitan holandés: «¿Creeis acaso que sentimos nosotros mucho vuestra situacion?» «Pero ya veis que vamos á perecer.» «Pereced enhorabuena, y Dios tenga piedad de vuestras almas.»

Los franceses se glorian de haber sido los primeros que descubrieron la costa de Guinea. Los primeros géneros que trajeron se trabajaron en Dieppe. Fabricaron los habitantes con su marfil muchas obras y alhajitas, que les dieron una reputacion de que aun gozan. Los portugueses disputan á los franceses la primacía, y ambas naciones, á lo que parece, llegaron á esta costa, en épocas poco diferentes, como á la mitad del siglo XV. Los holandeses llegaron ciento y cincuenta años despues á fines del siglo XVI, y los ingleses en el mismo tiempo con corta diferencia. Esta costa tiene suficiente estension para que los europeos pudiesen repartírsela, sin entrar unos con otros en rivalidades destructivas; pero el comercio es como la ambicion, jamás dice que basta. Esta concurrencia ha sido muy útil á los negros, porque los ha instruido en el precio de las mercaderías europeas, que siempre hubieran ignorado, y han sacado de ellas un cambio, que si no los enriquece, les da por lo ménos alguna comodidad.

Es sin duda honrar demasiado á aquellos pequeños paises llamarlos reinos, y á sus gefes reyes: no obstante muchos son los que toman este título, y así se dice el reino de Axin, pero tambien se dice el país de Asite; los reinos de

Digitized by Google

Comendo, de Fetin, y el pais de Saboe, el reino de Funti, el de Acoamboe, y otros muchos: sus reyes tienen por soberbio adorno, cuando dan audiencia á los europeos, echarse sobre sus carnes desnudas algun vestido colorado, que recibieron por presente, y llevar sobre la lana, que es su pelo natural, algun sombrero bordado. Se habla de una reina de Angona, pais que gobernaban las mugeres. Esta princesa tenia una alma noble y grande, con mucho valor y conducta; no queria casarse por no comunicar su autoridad, pero tenia un esclavo jóven bien dispuesto, y obligado pena de la vida á vivir con sola ella; le mudaba; pero con mucha cautela, para que nunca se verificase tener mas que uno. Se dice que la Europa saca todos los años de la Guinea mas de siete mil marcos de oro. Aunque los portugueses no tienen allí ya establecimientos, siempre prosiguen traficando. Los de los franceses son muy inferiores á los de los ingleses y holandeses; pero son suficientes para proveerse de los esclavos que necesitan en sus islas.

PARTICULARIDADES DE LA COSTA DEL ORO

Los habitadores de la costa del Oro, si se ha de creer á los viajeros, tienen todos los vicios, porque son falsos, artificiosos, disimulados, lisonjeros, ladrones, glotones, dados á la embriaguez, avaros, y con esceso incontinentes. Son mas peligrosos con todas estas malas calidades, porque tienen mucho talento, conciben con prontitud, y su memoria es escelente; y todo pudiera temerse de este conjunto si no le mitigaran su indolencia, su pereza, y la pasion de cantar y bailar. Son hombres que si cuando están divirtiéndose les dijesen que se abrasaba su tierra, responderian, que se abrase enhorabuena. Las personas de ambos sexos son hermosas y bien dispuestas: las mugeres no han tenido la curiosidad del adorno hasta que las han frecuentado los europeos. Son galantes y agasajadoras, y rara vez pierden su trabajo, además de que sus maridos las animan con vergonzosa tolerancia, como que hallan en ellas su provecho. No obstante, castigan el adulterio unos con otros. Todos los negros se lavan á menudo, y son en estremo aseados. La costa abunda infelizmente en mestizos, fruto del libertinage de los blancos con los negros, y son en cuanto á los vicios la espuma de las dos castas. Su color equívoco, que tira á amarillo, con manchas de blanco y negro, los hace horribles cuando envejecen. El negro vive con poco, porque todo su alimento ordinario son las patatas, pescado revenido, y algunos puñados de maiz, reducidos á pasta con el aceite de palma. En las ocasiones de solemnidad matan la vaca, el carnero y algunas aves; pero comen poco, y beben mucho vino de palma y aguardiente. Las mugeres, á quienes gusta como á los hombres, acostumbran á sus hijos á lo mismo: las ocasiones de solemnidad son los casamientos, aunque por otra parte muy sencillos. Cuando una doncella agrada la piden, y aunque no quiera su padre la da. Se celebra la boda, la dan vestido nuevo, y entra con las demas mugeres, que siempre son muchas á proporcion de las facultades.

Entre los ricos hay dos mugeres exentas del trabajo: la primera segun parece, es la mas antigua, ó la madre del primogénito; la segunda, á la que llaman *bosum*, es la consagrada al ídolo doméstico. Además del privilegio de no hacer nada, es mirada con particular atencion de su marido, pero puede ponerla en la clase de las otras por vejez ó por capricho. Las doncellas son en estremo libres, y los muchachos muy petulantes, apenas salen de la infancia. Á pesar de esta facilidad, hay en cada lugar una ó muchas *abelecras*, que quiere decir mugeres públicas, y si éstas faltan van los jóvenes á pedir á los ancianos que busquen otras. Las matronas son las que las instruyen, y las miran como un bien público mas precioso que las riquezas. Los europeos robados se han llevado algunas veces las abelecras, para que les sirviesen de prenda, pero en estos casos se subleva el lugar entero, y se restituye el robo. Respetan mucho á las preñadas, y éstas paren con gran facilidad, porque el clima no necesita de las precauciones que son necesarias en el nuestro. Practican la circuncision; y al principio solo ponen al niño tres nombres, el del dia en que ha nacido, el del padre ó el de la madre, y el del abuelo ó el de la abuela, segun el sexo; pero á esta nomenclatura van añadiendo otros por sus acciones ó sus prendas, hasta que forman una lista de sobrenombres que no cabe en la memoria. Como sus sucesiones no son directas, les parecen á los europeos tan embrolladas que no pueden entenderlas, pero los negros las distinguen maravillosamente. Tambien seria para nosotros dificil estudio aprender las ceremonias con que se saludan siempre que se encuentran ó se visitan. Los grandes no llegan á verse sin que hayan precedido dos horas de idas y venidas, y mensages de sus gentes, y lo mismo hacen despues de separarse, porque no cesan los mensages hasta haberse perdido de vista. No hay cosa mas alegre que sus mercados y ferias; solo con que se oiga un instrumento, ni los negocios ni el comercio los contienen para dejar de escucharle: las mugeres escuchan tan atentas, que por los ojos centellea su placer: los hombres escitados con el tono esperimentan movimientos, y á poco tiempo todos cuantos se hallan juntos forman una conmocion incesante. Todos los dias al ponerse el sol hay en cada lugar un baile rústico: á la primera vista parece su danza una simple trepidacion, acompañada de contorsiones, un grave murmullo y gritos. Avanzan en dos filas, se mezclan, se retiran, dan patadas, bajan la cabeza, y pronuncian algunas palabras de paso, el uno despues del otro. Sus movimientos ya son vivos, ya lentos: son un desórden, pero con método, porque todo se repite con exacta imitacion. Sus zancadas les gustan á ellos mucho; pero no quieren ejecutarlas delante de los extranjeros.

Por lo que toca á los sacerdotes feticheros, su autoridad sobre los negros, así enfermos como sanos, sus astucias, y el modo de arraigar la supersticion para enriquecerse á costa de los crédulos, y por lo que pertenece á los mismos fetiches, al poder que se les atribuye, al respeto con que los miran, y á los ritos religiosos, todo se parece tanto á lo que ya hemos dicho, que no merece detenernos en esto. Unos no creen sino en un Dios; pero otros creen en dios y en el diablo; los primeros no adoran á Dios, porque dicen que nada ha hecho por ellos, supuesto que tienen precision de cultivar la tierra para coger maiz y patatas, de plantar árboles si quieren tener frutas y hacer redes si quieren comer pescado, cuando los europeos logran todo esto sin trabajo alguno. Aun hay mas: piensan que los blancos se encuentran hechos los instrumentos y las chucherías que les llevan, que nacen en la Europa, y que no hay mas que cogerlas en el campo. «Adoren á Dios los europeos, dicen, pues es tan bueno para ellos; pero nosotros solo al diablo ofrecemos presentes, porque nos puede hacer mal.» No obstante, hay algunos parages en donde no temen ofender al diablo, y le echan de sus lugares con mucho ruido; los ocho dias que preceden á esta espulsion se permite la sátira, y así hombres como mugeres tienen libertad para cantar cuanto malo saben unos y otros, y para descubrir los fraudes y las picardías. Las que temen que éstas se revelen, que regularmente son los ricos y los poderosos, no tienen otro medio de impedirlo que darles bien de beber: pues entónces las invectivas se convierten en panegíricos.

El rey gobierna todo el reino, y con su autoridad tiene cada pueblo un gefe, llamado Cabocenos, á cuyo cargo está mantener el buen órden, prevenir las querellas, sosegarlas, y hacer observar la policía. Entre los ricos se forma una clase que pudiera considerarse como nobles del pais; éstos á fuerza de liberalidades, de comidas y regalos que hacen al pueblo, consiguen el derecho de llevar delante de sí muchos trompeteros, tener dos

escudos, y que por toda la ciudad los paseen en triunfo al son de instrumentos, precedidos de sus mugeres que van cantando, bailando y dando gritos de contento. Estos nobles tienen entre si una especie de confraternidad; se juntan en tiempos determinados á sus convites; y pasados estos dias de ceremonia vuelven á entrar en la clase del pueblo, de la que no están muy distantes los mismos reyes, pues se van muy gustosos á la plaza pública en conversacion con sus vasallos, echan vino de palma ó aguardiente, y le presentan en una calabacita: en bebiendo todos se tratan con mucha familiaridad, pero, como en todas partes, tal cual es esta dignidad, se pelea por ella.

COSTA DEL MARFIL.

Los habitadores de la *costa del Marfil* no tienen la hospitalidad de los de la *costa del Oro* pues desconfian mucho de los extranjeros; pero tambien éstos los temen como engañosos y feroces, y aun se cree que son caníbales, ó comedores de carne humana. Cuando una cosa les gusta, y no se la dan ni se la dejan tomar, manifiestan su mal humor. Es cosa que admira que todavia no sepamos exactamente si solo por muerte del elefante se logran sus dientes, ó si los muda todos los años, ó de tarde en tarde, como el ciervo deja caer sus dos ramos. Esto es lo mas verosimil, porque muchas veces se encuentran dientes de elefantes en aquellos parages que esos animales frecuentan, sin que en las cercanias se vea señal de cadáver. Además de esto, ¿cuántos seria necesario que muriesen para dar tanto marfil como se saca de esta costa, cuando por la abundancia la llaman tambien la costa de los Dientes? Se supone haberse vendido en un solo dia hasta diez mil libras, bien que esto seria para todo el año.

Los negros, como que están vecinos á un mar profundo y tempestuoso, son buenos nadadores, y escelentes buzos. En este pais se conoce el reino de Guiomera, que en 1723 gobernaba una reina llamada Afamuchon. Un caballero, cuyo nombre era Damon, la obsequió con la galanteria francesa, y ella la admitió tan grata que escitó la envidia de los ingleses. Hay en esta tierra serpientes de treinta y seis piés de largo, que se tragan enteros á los hombres. Se esperimentan furiosas tempestades, truenos que asustan, lluvias que caen en masa, vientos que todo lo hacen temblar, y despues se sigue un tiempo en calma y sereno. Si se pudiera hacer comparacion entre diferentes géneros, diriamos que el carácter de los habitadores es semejante á su clima: ahora benignos y pacificos, y un momento despues iracundos, y prontos para matar á todos con el menor motivo. Tambien se hallan contrariedades en sus costumbres, por lo que unos viajeros alaban su pureza, y otros dicen que son sin freno ni pudor, y para que nada falte al contraste, las mugeres, se asegura, que, á escepcion del color, que es un negro de azabache, pasarian en Europa por hermosuras, como que son de facciones regulares, llenas de fuego, y delicado talle, al mismo tiempo que los hombres son poco vivos, macizos y gruesos. Es verdad que hay pocas naciones en aquellos parages sobre cuyas propiedades no estén discordes los viajeros.

Los negros son grandes admiradores de nuestras curiosidades, como las bujerias, las cerraduras, y sobre todo las muestras de reloj, y aun mas de que hagamos hablar al papel, como ellos dicen, pues tienen por prodigio una carta. Siempre que se les envia con algun billete, y se les dice lo contenido por mas que lo esperimentan, no acaban de creer que aquellas figuras estrañas puedan enseñar al que lee el pensamiento de una persona ausente, y así le preguntan irónicamente por ver si le cogen en falta, y cuando se les dice lo que contiene el papel, es inesplicable su pasmo. No pueden formarse idea de lo que es escritura, imaginan que los blancos tienen un demonio familiar que los instruye en semejantes ocasiones. Esta opinion, cotejada con la de los habitadores de la costa del Oro, que creen que las obras del arte que llevan los europeos nacen por sí mismas sin trabajo ni cuidado, asemeja los negros á nuestros niños, ó á ciertos hombres de cuya credulidad abusan otros en nuestras grandes ciudades.

COSTA MALAGUETA.

Llaman Malagueta á una especia de pimienta inferior á la de Asia, que en cierto tiempo tuvo estimacion; pero en la actualidad es poco buscada. En esta costa comerciaron al principio los franceses, y todavia hay vestigios de su estancia en el sobrenombre de un pueblo llamado por ellos Paris, y aun mas en la memoria de los habitadores, que conservan apellidos franceses hereditarios en sus familias de mas de un siglo á esta parte. Tambien aprendieron de ellos á ponerse nombres de santos, como el de *Pedro*, *Pablo*, *Juan* y *Andres*. Los viajeros nos hacen una descripcion bien dilatada de sus costumbres; pero no se sabe muy bien como pudieron adquirir nociones tan circunstanciadas, pues confiesan que no saben su lengua, y que es imposible aprenderla. Contentémonos pues con lo que se ve. Son altos, bien dispuestos, y mas desnudos que los de otras partes de aquellas costas. Gustan mucho de regalos, los llaman datis, y los piden con importunidad. Sus sacerdotes se llaman morabutos, la muger principal se entierra con su marido: hay entre ellos mulatos originarios de Portugal, que hacen por aquellas tierras un rico comercio, y le harian mas considerable si estuvieran servidos con mejor método de mercaderias de Europa. El rey tiene su habitacion á la orilla del rio Cestos, adonde abordan los navios.

SIERRA LEONA.

El pais de Sierra Leona fué así llamado por los portugueses, á causa de que sus montañas están llenas de leones. En él se encuentran todas las bellezas y comodidades que dan los bosques, selvas y cascadas en un pais cálido. No desmerecen tan bella estancia los habitadores, porque son dulces, sociables, atentos, poco interesados y laboriosos. Las mugeres gustan de hacer la feticha: esto es, de presentarse adornadas, y como consagradas á llevarse las miradas de los hombres. Su ornamento principal es entónces una raya al rededor de la frente, de barniz blanco, encarnado ó pajizo muy delicado. Tambien se pintan circulos al rededor de los brazos y del cuerpo: estravagancia en que los negros hallan mucha gracia. Ya que hablamos del adorno, no debemos olvidar el de los abogados ó defensores de los pleitos. Éstos llevan máscara en el rostro, castañetas en la mano, y cascabeles en las piernas, y esto es para despertar, si es necesario, la atencion de los jueces: me parece que esta moda no seria inútil en Europa. Las mugeres llevan tambien en los piés cascabelillos de cobre ó azufar, con los que hacen armonia bastante agradable cuando bailan. Como son apasionadas á este ejercicio, imitan con placer los bailes europeos. Por otra parte son mas reservadas y modestas que las otras mugeres de aquellos paises. En cuanto á los maridos, unos dicen que son celozos, otros nos alaban su condescendencia. No ha sido allí desconocido el cristianismo, mas ya parecen haberle olvidado, pues todos los negros, empezando por los reyes, llevan consigo fetiches ó idolillos, con otras libreas de la superstición.

Digitized by Google

MONU, QUOJA, HONDO, MANDINGO, FUL, JALOZ, ETC.

Todavia hay en Guinea otras muchas naciones, unas retiradas tierra adentro sin comercio directo con la costa, otras que rematan en el mar por solo una lengua de tierra, y son por consiguiente poco conocidas de los europeos. Las relaciones obscuras que hemos podido encontrar acerca de los negros de estas naciones; nos han enseñado nombres de reinos cuya posicion y estension son muy inciertas. Tales son el del imperio de Monú, los reinos de Quoja, Hondo, Mandingo, Ful, Jaloz y otros. Estos mismos negros han contado sobre sus usos y costumbres muchas cosas que convienen con las que ya sabemos: pero lo particular, si es verdad, es lo que se dice sobre que son sociables; pues el retrato siguiente hace honor á estos pueblos, demasiado degradados por la preocupacion:

Se dice que son mas moderados y benignos que los negros que tienen á sus lados, y parece que tienen en medio, entre éstos y los de Dahome, los jagas, y otros feroces habitadores del centro, y que no gustan de derramar sangre humana, ni se enciende la guerra entre ellos por la ambicion; y solamente la emprenden por la necesidad de defenderse. Viven entre sí con la mas perfecta union; siempre están prontos á socorrerse unos á otros, á dar á sus amigos en la necesidad parte de sus vestidos y provisiones, y aun á prevenir sus necesidades con presentes voluntarios. En este retrato, dicen los autores, que sin duda pretenden los viajeros pintarnos una nueva *Utopia*, y con esta reflexion ponen en invencible duda estas perfecciones, haciendo que las tengamos por imaginarias. Lo que suponen de su circunspeccion en emprender la guerra se contradice, pues confiesan que entre ellos hay conquistadores que envian á vender muchos esclavos en la costa, que una nacion es dependiente de la otra, y que en ellas mismas no es libre el comercio. Todo esto solo puede conseguirse con la fuerza, y por consiguiente con guerras de ambicion y de interés.

Allí no son las costumbres las mas puras, pues hombres y mugeres igualmente se entregan á los placeres de los sentidos, y las mugeres dan á sus maridos bebidas y yerbas amorosas para atraerlos. Á estas provocaciones libidinosas se dirige la educacion que se da entre los quojas á los muchachos y doncellas en las escuelas establecidas á propósito. Á la verdad, se les enseña á los jóvenes la caza, la pesca, el manejo de las armas; pero principalmente unos bailes de inmodestas posturas, y una cancion toda compuesta de espresiones acomodadas á los gestos. La instruccion de las hijas tambien está llena de obscenidad. Aquellos y aquellas que han recibido esta educacion forman una confraternidad muy poderosa, cuya cabeza es el rey. El sacerdote principal hace una composicion y se la muestra al pueblo como sagrada; la llaman belli, y no tiene figura fija. El bellismo, ó principal sacerdote, la da la que quiere; pero á la tal forma hay obligacion de manifestarla el mayor respeto: el belli castigaria terriblemente á los que faltasen, y no obstante necesita el tal belli del consentimiento del rey para ejercer sus castigos, pues sin él no tiene poder alguno. Restriccion política bastante notable.

Los mismos quojas respetan infinitamente á los jananinos, que son las almas de sus padres difuntos. Creen que siempre andan al rededor de ellos y que en las ocasiones importantes dan señales sensibles de su presencia. Cuando acusa un marido á su muger de adulterio, y no tiene testigos, se la declara por inocente sobre su juramento; pero si hecho el juramento se alegan pruebas, la lleva su marido al anochecer á la plaza pública, en donde se congrega el consejo para juzgarla: se invocan primero los jananinos, y la vendan los ojos para que no vea los espíritus prontos para llevársela. Dejándola así por algun tiempo en la aprension de su suerte, la reconviene un anciano del consejo con lo vergonzoso de su desacierto, y la amenaza con severos castigos. Si despues de la reconvencion se muestra arrepentida, la aturden con el confuso ruido de muchas voces, y ella cree que son de los jananinos que la declaran que aunque su delito merecia castigo riguroso, se le perdonan por ser aquella la primera vez, pero con las mismas voces la imponen algunos ayunos y mortificaciones. La encargan mucho que viva con tal modestia, que ni tome niño varon en sus manos, ni toque la ropa de hombre alguno. Si reincide, y se prueba el nuevo delito, el sacerdote principal, acompañado de la confraternidad de belli, la va á prender en casa de su marido con mucho ruido y la dan una vuelta por la plaza con silbidos. De allí la lleva con escolta al bosque consagrado á los jananinos, y no se habla mas de ella. Para que las mugeres continuen en el miedo al poder de los jananinos es necesario, sin duda, que las retiren del consejo en que fingen la presencia de estos espíritus, y así debe darse por supuesto que solamente asiste á él la confraternidad masculina de belli.

NEGROS DE LO INTERIOR DEL AFRICA.

El vestido de estos negros es una especie de roquete ó camisa ancha, hablo de los ricos, porque los demas van casi desnudos. No comen mas que una vez al dia, y al anochecer: no tanto por sobriedad, cuanto por salud, y por perjudicarles los alimentos con el calor. Regularmente beben agua ó un poco de vino de palma; les gusta mucho el aguardiente. En unas partes va el novio á buscar su futura esposa con pompa, en otras es preciso que la vaya á robar furtivamente. Unos quieren hallarla doncella, y á otros no les importa esto. En un territorio la reciben en casa con mucho afecto y atencion, en otro la manda el esposo con dureza que vaya por agua y otras cosas para casa, para acostumbrarla á la sujecion. Jamás come la muger con su marido, ni aun la que se llama *la muger de la mano*, por estar siempre con él, y ser la señora de las otras; mas no se sabe como consigue esta superioridad. Estas negras son precoces ó tempranas en parir; pero lo dejan poco despues que empiezan las europeas. Tienen á su cargo todo el gobierno de la casa en lo penoso: y así esclavitud por esclavitud, tanto y mas quieren esponerse á ser vendidas favoreciendo á un amante, como vivir con un esposo á quien no aman. Con éstas tienen los blancos grandes privilegios, y los maridos lo permiten. Son muy amantes de sus hijos, y dejan á los varones hacer lo que quieren, como destinados á la ociosidad; pero á las hijas, como destinadas al trabajo, desde luego las acostrumbran á él. Los funerales se celebran como en otras partes con gritos y sollozos: las mugeres, que algunas veces no tienen lugar de estar tristes, se distinguen allí; pero en semejantes ocasiones se come y se bebe mucho.

En todo entra el bailar y cantar, aun en las visitas: los músicos y los poetas cantan y dicen de repente, pero cantan como los nuestros las alabanzas de los que pagan; los de estos oficios se llaman *guriotes*, y todos los grandes los tienen. Los idiomas de los negros son sueltos y corrientes, y proporcionados para la armonía; mas no son enérgicos ni abundantes. La lengua del comercio, la cual se entiende desde las costas del Océano hasta lo interior del África y aun hasta la India, es un portugués corrupto; prueba sin disputa del imperio que tenia esta nacion en aquella inmensa estension de países. Hácia los rios Gambia y Senegal empieza ya á hablarse el árabe; ésta es la lengua sabia y de gente de educacion, así como su religion es el mahometismo. Tienen toda suerte de artífices, malos ó buenos; el mejor y mas lucrativo oficio es el de *zapatero*, por ser el que hace los grisgris y las cajitas para guardarlos: son los grisgris una especie de amuletos, que consisten en algunos dijes consagrados con palabras del Alcoran, y no se repara en el precio, porque seria no estimar lo respetable del encanto. Edifican por un estilo irregular, y

Digitized by Google

sin gusto á nuestro modo de pensar; pero aquel modo les viene á ellos bien, porque les gustan las revueltas y escondites. Muchas veces deja asolados sus campos la langosta, y esta plaga, junta con su holgazaneria, que es otro azote mas terrible, causa las mas horribles hambres.

Los ejércitos de los negros no tienen el embarazo que en los nuestros ocasiona el aparato de víveres y municiones; porque cada soldado lleva su provision, y muchas veces para todo el tiempo que la espedicion ha de durar. Sus armas son arcos, flechas, picas, fusiles y escudos. Manejan los caballos con admirable destreza; pero esta se les acaba enteramente en el campo de batalla; y si les sirve de algo es para huir con mas ligereza. Son por lo general malos soldados y malos mahometanos, pues á esta falsa religion y á las prácticas musulmanas añaden otras muchas supersticiones, como la de los grisgris, y la de pasages del Alcoran escritos en pergaminos, y metidos en otras cajitas que llevan al cuello, en el cabello, en las orejas y en los brazos, y por todas aquellas partes en que, segun la indicacion del morabuto, creen que les pueden servir.

Los morabutos, de los que ya hemos hablado, forman entre los negros un cuerpo numeroso, que se distingue del pueblo, no por el vestido, sino por el modo de vivir. Afectan mucha gravedad y moderacion, tienen pueblos y tierras particulares de su tribu, en los que no admiten á otros negros que sus esclavos: todas sus alianzas las contraen entre sí, y todos los hijos varones los crian para la patria. En muchos puntos siguen la ley del Levítico, que despues del Alcoran es el libro que mas estiman; pero todos dicen que sus usos son un profundo misterio para el pueblo. Un viajero, que se sospecha estuvo muy preocupado á su favor, dice que los morabutos son fieles observadores de las leyes musulmanas, y sobre todo en punto de la templanza; que se abstienen del vino y de los licores, y que son por lo comun de buena fé en el comercio y los negocios; que se miran entre sí con mucha caridad, y que no sufren que sea vendido ninguno de ellos, á no ser que lo merezca por algun delito.

Tienen escuelas abiertas para todos los muchachos que quieren aprender á leer y escribir; pero tienen otras particulares para sus propios hijos. Además de escribir los instruyen en el Alcoran. Les enseñan tambien en qué consiste la sociedad de los morabutos, y su conexion con el estado, aunque hacen cuerpo aparte. Se les inspira un afecto inviolable á los intereses de la confraternidad, se les encarga el secreto y la reserva en la conducta y en las palabras, y se le instruye en los principios de una moral respectiva, en lo que interesa á la sociedad, y en cuanto puede grangear el respeto de los pueblos. En todo esto no pierden los morabutos el tiempo; pues les precede, sigue y acompaña la veneracion hasta en los palacios de los reyes. En ninguna parte se les contradice, ni se les niega cosa alguna, y en las guerras mas sangrientas tienen la libertad de pasarse de un pais á otro. Entónces lo recorren todo libremente con sus familias, y con los libros que les sirven para enseñar la religion y la sabiduría: las leyes están escritas en una lengua particular y diferente de la del vulgo, que ellos solos conocen. Cuando viajan, unos dicen que viven de limosnas, otros del comercio, y de la venta de los grisgris, y tal vez se valen de todos estos medios de subsistir. No se asegura que tengan gefe ni gerarquía: pero seria difícil que existiese un cuerpo sin un gobierno, ni gobierno sin graduacion de potestades.

GAMBIA, GOREA, SENEGAL, ZAARA, BILEDURGERID.

Gambia y Senegal son dos rios, cuyo curso es muy largo. El Senegal es lo mismo que el rio Negro, y los europeos han subido por su corriente hasta cuanto han podido, así para conocer las naciones que habitan sus riberas, como para encontrar las minas de oro, que se supone estar en los montes de donde estos rios traen su origen. Gorea es una isla, entre la embocadura de estos dos rios, ventajosamente situada para el comercio que por ellos se hace, y sirve como de emporio para las mercancías que se sacan de lo interior del África, ó se llevan allá. Por último, Zaara es un desierto cuyos estremos están habitados por naciones de moros, que se entran por él en caravanas, y así se comunican los negros de Guinea y los estados de Marruecos. Biledurgerid se estiende hasta muy lejos, y da vuelta por detrás de Tunez y Trípoli.

En las riberas del Gambia hay muchos portugueses mestizos, de quienes ya hemos hablado, y un factor francés dice pintándolos: «Haciéndoles yo una visita en ceremonia, todos estaban vestidos de negro, con hachas y grandes capas, que sus largas espadas levantaban por detrás: todos tenian puñales, un grande y largo rosario en la mano izquierda, apoyada sobre el puño de la espada: grandes sombreros chambergos, y los bigotes muy crecidos.» La gravedad del cumplimiento no desmentía la de su serio continente. Nota el tal cumplimentado, que las mugeres tenian llena la boca de agua, y le dijeron que era para no retardar el trabajo con la parlería. El principal comercio de estos dos rios, además del oro, marfil y esclavos, es la goma, tan necesaria en las manufacturas, sobre todo en las de la seda. Los franceses sacan mucha por el Senegal: son dueños de la isla de Gorea, y tienen sobre los dos rios útiles establecimientos. Los ingleses y los holandeses no son allí ménos poderosos; pero todos tienen la pérfida política de mantener la guerra entre los reyes de aquellas riberas, con el fin de que sus ferias estén mas provistas de esclavos. Una parte del desierto de Zaara la habitan aduares ambulantes, y entre ellos hay tres familias ó tribus moras, que no conocen soberanos: el mas rico y estimado, es reconocido por gefe de la república. Son unos mahometanos valientes, y hechos á la fatiga; pero ninguno les haria emprender el viaje de la Meca, porque en él no hay que ganar; siendo así que no se detienen en penetrar hasta el centro del África en donde hallan el oro. Seguramente nunca harán viajes inútiles, porque si llevan sal, estofas ó instrumentos de hierro, y no hallan el oro, el marfil, el ambar, la piedra vernal, y las plumas de avestruz que buscan, roban los mismos negros con quienes iban á tratar, y los venden á los europeos, ó á los moros de Fez y de Marruecos. Son tan grandes cazadores, que ver los leones, los tigres y los mas feroces animales no les espanta. Con sus caballos bárbaros fatigan al avestruz, cuya ligereza al principio saca ventaja á los caballos; pero al fin se cansa, y hasta tanto no le pueden dar alcance los ginetes: lleva el avestruz la cabeza tan alta como el mayor caballo; tiende las alas al viento, y cuando las mantiene inmobles le sirven de velas, por decirlo así, y de remos cuando las mueve.

No está decidido que estos pueblos sean moros ó árabes; pero se puede decir que vienen de unos y de otros, y por la costumbre de estar juntos, el moro se ha hecho árabe, y el árabe moro, tanto que se confunden sus usos y costumbres. Hay una casta, que llaman berberiscos, y se cree que son en aquel pais mas antiguos que los moros: allí ya empiezan las mugeres á ser reservadas y modestas, y no se presentan sino con el velo sobre el rostro: allí no hay desnudez: todos van vestidos, y aun demasiado cargados de ropa para un clima tan caliente. Los habitadores están repartidos en aduares, en una especie de campamentos que no permanecen en un mismo sitio por mucho tiempo. Cuando mudan de lugar encierran sus granos en una especie de pozos cavados en la roca, cuya entrada es estrecha, y se va despues ensanchando: en España se llaman silos, pero ellos los llaman *matamoros*: segun los van llenando van echando paja hácia las paredes, y así se conserva el grano mucho tiempo. En tapando la entrada, cultivan y siembran encima. Las madres son tan tiernas para con sus hijos, que no solo están cuidadosas, sino que son demasiado crédulas

sobre lo que les puede dañar, y así no admiten á toda especie de personas, creyendo que hay gentes cuyas miradas son tan perniciosas que enflaquecen ó matan los niños en quienes fijan con malicia los ojos. Como que son pastores ó andan viajando, conocen muy bien el cielo; en todo lo demás son ignorantes: son escelentes para una carrera ó un ataque; pero malos soldados en cuerpo de ejército. Sus desiertos están espuestos á aquellos terribles huracanes, que, levantando las arenas, sepultan los hombres; pero conocen las estaciones y temporales, y asi no se esponen.

Tambien hay islas cerca del rio Gambia, y la de Biso presenta las siguientes particularidades. Los habitadores, así hombres como mugeres, llevan dos gruesas sortijas de hierro con una plancha del mismo metal en lugar de pedrería; y así les sirven en tocándolas para que los entiendan aquellos á quienes pretenden comunicar alguna razon, sin que la comprendan los que no están iniciados en este modo de esplicarse: ya tenemos aqui un lenguaje para las orejas, así como la disposicion y colocacion de las flores es en los serrallos un lenguaje para los ojos. En la misma isla se enriquece el rey fácilmente, porque un particular regala al monarca la casa de su vecino, y el vecino no deja de hacer lo mismo con el que regaló primero: las toma el rey, y es preciso rescatarlas ó edificar otras. Cuando aquel príncipe muere le llevan en ceremonia cuatro señores principales, y en lugar de sepultarle cuando llegan al término, hacen saltar las andas y las vuelven á retener, hasta que, despues de muchos saltos, dejan caer el ataud sobre los grandes que están postrados en tierra: y aquel á quien toca la caja, si no lo revienta, es reconocido por rey.

Biledurgerid quiere decir país *de los dátiles*, y los da con abundancia. Consta de un conjunto de desiertos contiguos unos con otros. La mayor parte de los habitadores tienen de la naturaleza del suelo el ser flacos, secos y morenos, bien que siendo el clima todavía mas caliente que el de los etiopes, no son negros. Apenas hay otros sitios habitualmente poblados sino las riberas de los rios grandes, y algunas montañas de donde corren arroyuelos que muy presto se pierden en las arenas. Aquellas llanuras no tienen agua, y hay parages en donde no se hallan pozos sino de treinta en treinta leguas, y allí se gobiernan por las estrellas ó por la brújula. Ya la esperiencia ha enseñado que ciertas aves vuelan hasta la distancia determinada de tal á tal punto, y se guian por su presencia ó su ausencia. Los antiguos conocieron las fronteras de Biledurgerid por el lado de Trípoli: llamábanla Mauritania, y todavía se ven monumentos de algunos restos de las ciudades que allí habian edificado. Por el lado opuesto se estiende inmensamente el Biledurgerid hácia la Nigricia, y es la patria de los Garamantas, que eran los antepasados de aquellos numidas que por largo tiempo sostuvieron el honor de África contra los romanos.

BERBERÍA.

Toda la costa del Mediterráneo desde Egipto hasta pasado el estrecho de Gibraltar, contando mas ó ménos profundidad hácia lo interior, se llama Berbería. Verosimilmente por la palabra *bar*, que significa *desierto*, y de aqui dieron á los primeros habitadores el nombre de berberiscos, que todavía mantienen. El calor es escesivo y casi continuo en los territorios vecinos al Egipto. El frio es áspero por el lado del monte Atlas: los paises entre estos dos puntos son de un temple mas moderado, y así es la tierra mas fértil. La ventajosa situacion de Berbería empeñó á los romanos, á los griegos, á los sarracenos, á los vándalos, y á los árabes y moros en hacerse sucesivamente dueños de ella. Al presente se puede decir que el gran señor la domina, no tanto á título de posesion cuanto de proteccion por un ligero tributo. La milicia turca ejerce imperio tan absoluto sobre los habitadores, que tiemblan de solo ver un soldado turco. Moros, árabes, berberiscos, todos llevan este yugo con una sumision que pasma; se ven precisados á ocultar sus riquezas si las tienen, viviendo pobremente, y aun no saben si su misma obscuridad los librará de las violencias de sus tiranos. Los berberiscos, sobre todo, son un modelo de paciencia, la que en ellos debe ser originaria, porque en su lengua no tienen palabra que signifique rebeldía ni murmuracion, ó bien les viene de la resignacion, pues no dejan de acordarse de encargarla á los cautivos cristianos, cuando les oyen prorrumpir desesperados en quejas y maldiciones.

Los dueños mas temibles para estos infelices son los renegados que abjuraron de la fé por interés ó por romper sus cadenas. Éstos para que los tengan por bien convertidos, afectan portarse cruelmente con los cautivos cristianos, aunque sean de su nacion, tratándolos muchas veces peor que á los otros; pero por mas que hagan, los que han precipitado á estos renegados en la apostasía, los aborrecen, desprecian y desconfian de ellos. No obstante, como por lo regular son gente de mucho espíritu, ó se enriquecen en el comercio, ó se adelantan en la milicia, sentando plaza en las embarcaciones corsarias; y se han visto algunos que se han hecho famosos en la piratería, y han llegado á los primeros puestos del ejército y del estado. Concluyen los autores el retrato general de los berberiscos, diciendo, que reunen todos los vicios de los africanos; y la historia nos ha dado demasiadas pruebas de que son embusteros, pérfidos, ladrones, dados á la torpeza y á los mas infames desórdenes, y de que si hay alguna diferencia entre ellos y los otros africanos, es que en todo género de vicios son peores que los demas, y que les esceden en la pereza, ignorancia y supersticion. La religion mas comun es la musulmana; pero del modo que la puede practicar semejante gente, y muchas veces les sirve de pretesto para las vejaciones con que tratan á los cautivos cristianos. Á los judíos no los mortifican tanto, y á los demas los dejan idólatras ó sin religion, y absolutamente libres.

Á principios del siglo XII, por los años de 1107, el gefe de una tribu mora, llamado Techifrian, reunió bajo su mando otras tribus, con ellas venció á los árabes que dominaban en África, y formó un poderoso imperio en las cercanías del monte Atlas. Su hijo Juzeph, tan valiente y afortunado como él, sostuvo este imperio, le aumentó y echó los cimientos para la ciudad de Marruecos. Á peticion de los príncipes moros, establecidos en España, le vió ésta por dos veces á la cabeza de poderosos ejércitos, y allí murió en una batalla su hijo y sucesor Alí. Brahen, coronado despues de él, vivió en una indolencia que dió lugar á un entusiasta y gefe de secta, muy hábil y diestro, llamado Abdalla, para apoderarse del trono. Murió éste, y su principal general, llamado Abdelumnen, fué proclamado reuniendo los votos de los demas. Irritado contra Marruecos por haber reconocido á su hijo de Brahen, la sitió: se defendieron los habitadores vigorosamente, pero él juró no levantar el sitio hasta tomarla y *pasarla por un cribo*. Para cumplir su juramento hizo derribar los edificios, machacar las piedras y reducirlas á polvo, hasta acribarlas. Construyó otros palacios y mezquitas con su nombre, pero tuvo el descontento de ver que, viviendo él, todos estos edificios recobraron los nombres de los reyes que ántes tenian.

Pasó á España á hacer la guerra como sus predecesores, y le imitaron Juzeph II, su hijo, y su nieto el célebre Almanzor, que quiere decir el conquistador. Sujetó este príncipe la Numidia, y todo el país que se estiende hasta Trípoli, comprendidos Marruecos, Fez y Tunez, hasta llegar á los desiertos de la Libia. Los moros de España le reconocieron por soberano; hizo contra los cristianos conquistas, y fué el mas poderoso rey que desde los califas árabes habia reinado en África: acabó de un modo singular. Mientras estaba en España pretendió el gobernador de Marruecos apoderarse del imperio de África; volvió Almanzor, y no pudo ganar su capital, sino prometiendo con juramento al rebelde el perdon; pero cuando éste se le presentó no pudo detener su có-

Digitized by Google

lera, y le hizo cortar la cabeza. Al dia siguiente desapareció Almanzor, y le buscaron inútilmente; pero dicen que una de sus mugeres, que le amaba tiernamente, le halló fugitivo en Alejandría, y en donde el monarca se habia hecho panadero para espiar su perjurio, y que jamás quiso volver. Pusieron los emires en su lugar á su hijo, que sufrió en España grandes reveses, y murió de pena. Con la noticia de su muerte se sublevaron contra su hijo, que todavia era niño, todos los gobernadores de provincia; y aquel grande imperio se dividió á mediados del siglo XIII en los reinos ó repúblicas que se conocen con el nombre de *Estados Berberiscos*.

MARRUECOS.

Marruecos, Fez y Suez son un mismo imperio, y se estiende hácia el Sur hasta el rio Negro; pero pasado Suez, ya es una comarca estéril, casi desierta, y habitada por la mayor parte de árabes errantes, que no conocen mas soberanos que sus cherifes. El aire caliente de aquel clima se templa con los vientos de Occidente que soplan del Océano Atlántico, y por los de la parte del monte Atlas, siempre cubierto de nieve. El pais es generalmente bien regado, y si le cultivaran á proporcion daria dos ó tres cosechas al año; pero, á escepcion de algunas leguas al rededor de las poblaciones grandes, está erial ó saqueado de los árabes. Los pastos del Atlas crian aquellos escelentes caballos que llaman bárbaros, los dromedarios estimados por su ligereza, y los camellos tan útiles para sus largos viajes por desiertos áridos y arenosos. Son los mejores del mundo; porque caminan diez dias sin beber ni comer, sustentándose de lo que van gastando de sus mismos cuerpos, y en semejantes ocasiones lo primero que se va disminuyendo es la corcoba, despues el vientre y los cuartos traseros, hasta que se ponen tan flacos que se rinden al peso de cien libras los que ántes llevaban ochocientas ó novecientas en los viajes mas largos, si los mantenian bien.

Los habitadores son los berberiscos que dicen ser los mas antiguos, y conservan sus costumbres y lenguage. Comen pobremente, viven en cabañas y en los altos montes, que todavia no están enteramente subyugados. Los árabes andan errantes, siembran y apacientan sus ganados, pagan algun impuesto al emperador de Marruecos, pero realmente no obedecen sino á los cherifes de su eleccion, y aun hay tribus que viven de robar: habitan en los lugares inaccesibles, y bajan de allí á saquear. Los viajeros, pagando, toman un seguro para ir de tribu en tribu. Esta señal de seguro la lleva un árabe en la punta de una pica, y es una salvaguardia que todos respetan. Los moros descienden de aquellos que fueron echados de España. Son muy numerosos en las costas, pero no tienen naves propias, ni hacen comercio directo con los extranjeros. Pasan por avaros, supersticiosos, falsos, envidiosos, vengativos y traidores: en estas bellas propiedades solamente los esceden los judios, que son tambien de los que fueron espulsados de España y de Portugal. Por ser los mercaderes, factores y banqueros del reino, les imponen escesivas contribuciones, que ellos alivian con el fraude. Los renegados, que hacen clase aparte, son tan aborrecidos de los demas habitadores como de los cristianos; los emplean en los servicios mas penosos y viles. Cuando los llevan al ejército los ponen en la primera fila, y los despedazan sin misericordia por poco que retrocedan.

En ninguna parte son los esclavos tratados tan cruelmente como en Marruecos: todos son del rey, y no se les concede en el trabajo el menor descanso. No les dan otro alimento que una libra de pan frito en aceite. Sucede muchas veces que, mientras lo llevan á la boca con una mano, están con la otra trabajando en alguna cosa sucia con fatiga, pero siempre los va siguiendo un cómitre desapiadado, que los azota sin cesar si ve que quieren reposar un poco. No es cosa rara verlos rendirse al cansancio, y morir entre los golpes. Por la noche los encierran en un calabozo ó subterráneo, adondo bajan por una escalera de cuerda, la que despues sacan, y dejan caer sobre el agujero una trampa de hierro. No les dan mas vestido que una ropa de lana burda con su capucha, que les sirve de sombrero, camisa y calzon, porque allí no se habla de medias ni de zapatos. Á los casados y á las mugeres los reservan de los trabajos fuertes, para que les nazcan nuevos esclavos, mas los infelices no se ven mejor vestidos, ni mas bien alimentados que sus compañeros. No se toman el cuidado de que renieguen de la fé cristiana, porque si lo hiciesen quedan libres. Hay en Marruecos una casta de moros distinguidos, que ocupa los primeros empleos, y hace un gran papel; pero esto mismo los espone mas á la avaricia, á los recelos y á la crueldad del soberano, que es por constitucion despótico, y así pagan cien veces cara la distincion. Por último, hay en el monte Atlas unos salvages que no viven de otra cosa que de frutas y de caza; estos habitan en las cavernas de las peñas. De este modo la poblacion del imperio de Marruecos se compone de hombres de todas castas y religiones, de todas figuras y colores, pues no faltan en él negros, como que están tan vecinos.

En el imperio de Marruecos se hallan todas las bellezas que la naturaleza liberal derrama prodigiosamente en los paises mas favorecidos: grandes llanuras, cuestas agradables, magestuosos montes, bosques y selvas, rios que serpenteando mansamente inundan despues las campiñas y las fertilizan, y otros que apresuran en torrentes sus espumosas olas, ó cayendo de lo alto, se precipitan en cascadas. El modo de pasar de una ribera á la opuesta en estas cascadas es tan singular como peligroso. Se meten en una especie de cesta, tan ancha que caben hasta diez personas, la hacen correr con una polea por una maroma que está atada por los dos cabos á las poleas fijas en la roca, y los que están en el lado opuesto tiran de la cesta. Si la máquina falta por alguna parte, como suele suceder caen, los pasageros al rio desde la altura de quinientas brazas.

Las ciudades principales del imperio de Marruecos son, la capital del mismo nombre, Fez, Salé, Tetuan y Tafilete: todas tienen bellos edificios, pero separados de las chozas en donde habita el pueblo, y de este modo se vé siempre la miseria al lado del lujo, mezcla muy ordinaria en donde el monarca es despótico. Los portugueses tienen un plaza, y los españoles otra, que es Ceuta, que son como dos puntos de apoyo para contener á los berberiscos, y para limpiar sus propios paises de los vasallos malos enviándolos allá. Por lo que parece destino del África poblarse con el desecho de las otras naciones.

El rey de Marruecos, que tiene el título de emperador, toma tambien el nombre de *cherif*; esto es, gefe de la religion. Él es el que nombra los *alfaquis*, que son los ministros de ésta, y con las decisiones, que éstos resuelven como él quiere, hace sagradas sus ordenanzas; por lo que no hay en el mundo gobierno que sea mas absoluto y tiránico. Un gesto ó una mirada del príncipe es muchas veces una sentencia de muerte. Cada vasallo se apresura á obedecerle, y creen que los que mueren en la demanda van derechos al paraiso. Precisados los emperadores á tener entre tantas naciones alguna que les cobre afecto, han elegido á los negros de algun tiempo á esta parte: á éstos confian la guardia de sus personas, tesoros y concubinas, y los elevan á las primeras dignidades del imperio. Van á Guinea á buscar los jóvenes, y solamente les enseñan el manejo de las armas, y una obediencia ciega á las órdenes del emperador. En las cosas espirituales dan á entender que ceden alguna superioridad al mufti: pero éste ántes de decidir, ya sabe lo que quiere el príncipe. Éste es el heredero de todos los bienes de sus vasallos, y no tienen los hijos mas que lo que les quieren dejar de las riquezas de sus padres.

Sus rentas consisten, lo primero en estas herencias, y además en la venta de los empleos, las frecuentes multas que exigen de los que los poseen: el derecho sobre los

Digitized by Google

corsarios, que llega á una décima parte en limpio de las presas, además del de comprar todos los esclavos por cincuenta escudos cada pieza, vendiéndolos algunas veces al céntuplo; pero ordinariamente los conservan para trabajar en utilidad suya, lo cual es un ramo de sus rentas. Tambien tienen el diezmo de todos los ganados, pero esta cobranza es costosa, porque les obliga á enviar tropas, que no siempre son bien recibidas de los árabes, moros y berberiscos que viven en los campos. Los judios y los cristianos pagan una capitacion por la libertad de comerciar. Por último, los estados cristianos les dan tributos con el nombre de presentes para que contengan sus corsarios, y solo dejen salir cierto número de ellos. La misma naturaleza ha puesto el freno á la codicia de los marroquíes; porque no tienen buenos puertos: el de Salé, con ser el mejor, se queda en seco en la baja mar, y por otra parte está obstruido por una barra peligrosa; de modo, que solo pueden salir navíos de fuerzas medianas, y por esto la marina del estado es de poca importancia. Las tropas de tierra no tienen aprecio en tiempo de paz: comunmente llegarán á cuarenta mil hombres. La infantería está mal armada y mal disciplinada: la caballería está en mejor disposicion: pero el cuerpo mas temible es el de los negros, que acompañan al emperador en número de cuatro ó cinco mil hombres entre infantería y caballería, sin contar los que hay en las provincias. Cada gobernador procura tener una escolta, así para agradar al emperador, como para su propia seguridad. De estas guardias destacadas pasan los negros á la del emperador, y este paso es objeto de emulacion y de premio.

El gusto de las ciencias, que en otro tiempo reinó en África, está hoy enteramente perdido. La famosa universidad de Fez no enseña mas que á leer, escribir y el Alcoran. Un muchacho que sepa de memoria algunos capítulos es un prodigio, y sus camaradas le llevan en triunfo por la ciudad. Tambien la aritmética entra en la educacion, aprenden la astrología judiciaria, confian mucho en encantos, sortilegios y amuletos. Son rígidos observadores del mahometismo; pero tambien lo son de algunas prácticas que le son estrañas; llevan víveres á los sepulcros: se juntan todos los viernes en gran número, y no faltan en esta junta las mugeres, como que es una de sus recreaciones. Los morabutos que tienen cerca sus celdas, se encaminan allá con pasos lentos, y con su aire de mortificados, y llevando sus grandes rosarios murmullan allí sus oraciones. Á los muchachos los crian en el odio á los cristianos, y así jamás hablan de ellos sin añadir alguna imprecacion: los mismos embajadores no están libres de los insultos del populacho.

Los marroquíes miran con singular respeto á los que han vuelto de la Meca, y los llaman Hadcid ó santos: hasta las caballerías respetan; pues las conservan sin trabajar, y las entierran con ceremonia. Un hombre convencido de no haber ido á la mezquita en ocho dias, queda por la primera vez inhábil para ser testigo en justicia: por la segunda le imponen una multa: y por la tercera le queman vivo. Allí no se admiten mugeres, porque pudieran causar distracciones en los buenos musulmanes: quédense, dicen, para propagar la especie, pues para esto han nacido: á lo que parece, creen que las mugeres no tienen que esperar ni que temer despues de esta vida. Un cristiano ó un judío, si entra en una mezquita, tiene que hacerse musulman, ó le empalan ó queman vivo. Es permitido faltar á la palabra dada á los infieles, que es como llaman á los que no son mahometanos, y mortificarlos de todos modos. Todos, hasta el mismo emperador y sus ministros, son muy codiciosos de regalos, y muy importunos para conseguirlos, porque entre ellos es proverbio comun: *Que el vinagre regalado, es mas dulce que la miel comprada.* En ninguna parte se observa con mas exactitud su ramadan ó cuaresma: hasta á los muchachos obliga, y aun los corsarios en sus navíos no cometen la mas leve infraccion. En Marruecos horrorizan los castigos, porque allí es uso aserrar al través y á lo largo ó en cruz, á unos empalan, á otros los queman á fuego lento.

El arábigo, ó árabe moderno que hablan los berberiscos, es una de las lenguas mas estendidas: se habla en todos los estados del gran señor, en las cuales se propaga y se sostiene por la peregrinacion de la Meca. No se puede admirar bastantemente el respeto que tienen al nombre de Dios, y el horror á los juramentos, con los cuales dan en rostro, y con razon, á los cristianos por esta maldita costumbre. En su lengua ni aun tienen palabra para pronunciar una blasfemia. Jamás las querellas paran en muerte: tal vez será porque no hay perdon aunque sea involuntaria. Allí no va acompañando al suplicio un tropel de gente curiosa: si encuentran al delincuente, le miran de paso con aire de compasion; y no acaban de comprender porque se apresuran en nuestras ciudades á ver semejantes espectáculos. Allí están severamente prohibidos los juegos de azar; y así se pasman de ver nuestras concurrencias al juego tan activas y turbulentas. Sus visitas no duran mas tiempo que el que necesita el negocio de que se va á tratar, y no conocen las conversaciones vagas, ni las que versan sobre los asuntos de otro, ó los del estado. En las visitas presentan sorbete, café, pipa y tabaco: beben ó fuman en silencio y se retiran. El vino y los licores fuertes están rigorosamente prohibidos, y los señores mas grandes y poderosos no los usan, como no sea á escondidas. Dos máximas políticas lleva el emperador de Marruecos: la primera, conservar y proteger en sus puertos á los cónsules de las naciones cristianas, estando con ellas en guerra, con el fin de sostener el comercio; la segunda, vivir en paz con las repúblicas de Tunez, de Argel y de Trípoli, para no atravesarse en la piratería, ni hacerse daño unos á otros.

Ya hemos visto que, muerto el nieto de Almanzor, á principios del siglo XVI, se dividió el imperio entre los gobernadores ó vireyes que se hicieron independientes. Pasó la suprema potestad de mano en mano á muchas tribus, hasta la de Otaces, que fijó el trono en Fez, y enviaba gobernadores á Marruecos. Vivia en la provincia de Darhá un hombre llamado Hasan, que se decia Cherif, esto es, descendiente de Mahoma, y se habia hecho muy recomendable con la fama de virtud y de piedad. Éste crió en sus principios tres hijos, Abdel-Quivir, Hamet y Mahomet, y para acreditarlos, entre los devotos, los envió á hacer el viaje de la Meca: y en él consiguieron tal reputacion, que á su vuelta acudian los pueblos en tropel por donde pasaban para besarles la ropa. Hasan y sus hijos fingieron éxtasis, y afectaron estraordinario zelo por el mahometismo, tanto que los miraban como enviados del cielo para defenderle. El Cherif viejo envió los dos hijos mas jóvenes á Fez, y se introdujeron tanto en el corazon del rey, que dió á Hamet una cátedra de profesor en el famoso colegio de Fez, y á Mahomet, que era el último, le nombró preceptor de sus hijos.

Supieron aprovecharse del favor, y desde el colegio pasaron á los gobiernos de Suz, Marruecos, Hoa, Tremecen y Duquela. Les concedieron esta potestad, á pesar de las representaciones de Muley-Nacer, ministro de Otaces, que no cesaba de clamar, que no habia que fiarse de aquellos hipócritas. No bien llegaron á las provincias de su gobierno cuando levantaron el estandarte de Mahoma contra los portugueses, que poseian alguna plaza. Al mismo tiempo que mostraban grande zelo por el mahometismo, zelo que les procuraba muchos soldados musulmanes, sostenian su crédito en la corte, sujetando las ciudades de aquellas provincias que no la eran muy aficionadas; de suerte, que con sus victorias triunfaba el rey de Fez, y se alegraba por la eleccion que habia hecho de los Cherifes, por mas que le dijese el sospechoso Muley-Nacer. Sin duda las representaciones de éste escitaron la reflexion, cuando Mahomet, despues de haberse hecho el que lo podia todo en su gobierno, edificó un magnífico palacio en la capital de la provincia, y tomó el título de príncipe de Hoa: se apoderó despues de Marruecos, de donde echó fuera al príncipe de una pequeña tribu, reducida al territorio de esta ciudad, y

Digitized by Google

le dió veneno. Se juntó Hamet con su hermano Mahomet: su padre Hasan habia muerto, y á su hermano mayor, Abdel-Quivir, le habian quitado la vida en un encuentro. Entónces eran conocidos por el nombre de los Cherifes, y proclamados entre los musulmanes, como los mas firmes apoyos de la religion mahometana. Cuando se vieron en este grado de poder, renunciaron abiertamente á la dependencia del rey de Fez.

Murió este príncipe de pesadumbre; y el hijo, discípulo de Mahomet, creyó ganar á su preceptor, enviándole á decir, que para confirmarle en sus dignidades y poder, se contentaria con que le pagase un corto tributo anual; pero Mahomet respondió: «que, siendo él descendiente del gran profeta, no era justo ni correspondia á su dignidad pagar á nadie tributo;» y añadió: «Si quereis tratarme como amigo, siempre conservaré agradecido la memoria de los favores que he recibido de vuestro padre y de vos; pero si os atravesais en la guerra que estoy haciendo á los cristianos, debeis esperar el castigo de Dios y de mi profeta.» Dada esta respuesta, tomó Mahomet el título de rey, que tenia su hermano Hamet. Éste, descontento por ver que su hermano menor usurpaba una dignidad que á él le pertenecia esclusivamente, declaró á Mahomet la guerra; pero fué vencido y hecho prisionero, aunque despues le dieron la libertad. Los grandes repartieron entre sí las provincias: Hamet no se dió por contento: se armó de nuevo: volvieron á prenderle y no le dieron mas castigo que confinarle con su familia á la ciudad de Tafilete. Mahomet le prometió que le restableceria de nuevo si permanecia quieto por algun tiempo. Declaró despues la guerra al rey de Fez, y siempre afortunado, aprisionó tambien á este príncipe.

Acordándose el preceptor de su antiguo estado, hizo á su discípulo una recomendacion pedantesca ó pueril. Le hizo presentes las lecciones que en otro tiempo le habia dado: le reprendió por no haberse aprovechado de ellas, y haber dejado entrar los delitos y las abominaciones en su capital, antiguamente celebrada porque florecian en ella las ciencias y el mahometismo. «Si en castigo de esta negligencia os veis hoy despojado de la regalía, no penseis, decia el santon, que soy el autor de vuestra desgracia, sino el mismo Dios, que ha peleado por mí. Todo esto es obra únicamente suya.» Al concluir se dignó de asegurarle que dentro de poco tiempo se veria restablecido en sus estados. El prisionero, despues de un corto cumplimiento por la promesa que le hacia, respondió: «Con dificultad me persuado á que habeis tomado las armas contra mí, únicamente por darme esta leccion. Confesaré de buena fé que pueden introducirse en un estado muchos abusos y desórdenes que un rey no puede prever ni remediar; pero, suponiendo que los que me atribuis sean los mas enormes, y que haya sido negligencia mia no detenerlos en su curso, ¿tocaba á vos el encargo de castigar mi error, cuando por mis súplicas os elevó mi padre de la baja condicion de maestro de escuela al alto punto de poder adonde habeis llegado? ¿Es razon que habiéndoos yo colmado de beneficios, me agueis hoy con una ingratitud, y esto con el hermoso pretesto de virtud y religion?» Aquí, haciendo pausa tanto por la indignacion, cuanto por el dolor de sus heridas, á las que no le dejaba atender el celo de Mahomet por reformar á su discípulo, añadió: «Por evitar lo que pudiera enfadaros, descubriendo vuestro profundo disimulo á los que nos oyen, añadiré solamente que la Providencia me ha puesto en vuestras manos para ver el uso que haceis de vuestra victoria; y pues vos habeis emprendido traerme aquí á la memoria mi obligacion, veamos si cumplis con la vuestra, y si sois capaz de advertir hasta que punto la inconstancia de la fortuna pudo hacer que necesitemos el uno del otro.»

El astuto Cherif se sonrió malignamente: trató á su prisionero con bastante atencion; pero, cuando llegó el punto de conformarse los dos, no quiso el generoso vencedor ponerle en libertad sino con la dura condicion de que el rey de Fez le entregaría la capital siempre que se la pidiese. En esta peticion habia unas miras que no tardaron en descubrirse. Su hermano Hamet, que no estaba contento con su suerte, formó juicio por su descontento del que tendria el rey de Fez, y así le propuso una liga contra el comun tirano. Mahomet, ántes del rompimiento, y sin saber si éste llegaria, se presentó delante de Fez y envió á decir al rey que la entregase. Éste se disculpó con los habitadores, diciendo, que no querian mudar de señor; pero ya Mahomet habia ganado á la mayor parte, y le abrieron las puertas. El rey, que se habia refugiado precipitadamente en la fortaleza, sin víveres ni provisiones, tuvo que entregarse con la sola gracia de vivir como un particular en donde el vencedor dispusiese; y así envió á decir al desgraciado príncipe que se retirase con su familia á Marruecos, para tenerle siempre debajo de su mano. Á su hermano Hamet le desterró al desierto para que no se hablase mas de él. Salió no obstante este príncipe de sus arenales, y volvió á inquietar á su hermano: cayó de nuevo en su poder, y le envió con todos sus hijos á Marruecos, que era su prision. Ya no estaba allí el rey de Fez, porque el tirano le habia mandado matar con dos hijos suyos por simples sospechas. En su vejez esperimentó el Cherif pesadumbres que exasperaron su carácter. Perdió en la guerra el hijo mas querido, en quien ponia toda su confianza: sus armas no fueron ya tan felices: siempre tenia sublevaciones y traiciones, lo que le hacia espantadizo y cruel; pero no pudo evitar su mala suerte. Mientras él conquistaba el imperio de Marruecos, Barbaroja se habia apoderado del reino de Argel. Se respetaban estos dos guerreros; y cuando murió Barbaroja, sabiendo su hijo Hasan que Mahomet hacia preparativos contra él, recelando que no podria resistir á tan terrible enemigo, destacó un asesino que le quitó la vida en medio de su campo. Así que llegó á Marruecos la noticia de su muerte, temiendo Budcar, que era el gobernador, que Hamet que estaba á su cuidado hallase medio de escitar alguna sedicion, le mandó matar con siete hijos ó nietos suyos. De este modo los dos hermanos, que por tanto tiempo se habian disputado el imperio, murieron casi al mismo tiempo con muerte violenta.

Á Mahomet le sucedió su hijo Abdalla, y dió á Budcar el premio que merecia su oficiosa crueldad. En la matanza de los hijos de Hamet habian caido dos príncipes jóvenes hijos de Sidan, que era el hijo mayor de Hamet, y de Lelamarien, hermana de Abdalla. Desesperada esta princesa resolvió vengarse del homicida de sus hijos, y este punto le manejó con destreza. Á Budcar le habian nombrado gran visir, y la princesa procuró inspirar contra él sospechas á su hermano, que la amaba mas de lo que debe amarse á una hermana; principalmente hizo por insinuarle que el visir, en muriendo él, haria lo posible por poner en el trono al hermano del emperador en perjuicio de su hijo. Nada queria Abdalla creer; pero Lelamarien le propuso que se convenciese por sí mismo de los pensamientos del visir.

Todo lo tenia concertado con su hermano. Estaba éste enfermo, y su hermana no permitia que nadie entrase á verle. El visir, como le negaron la entrada, sospechó que el príncipe habia muerto y se lo ocultaban, y dijo imperiosamente que queria entrar: Lelamarien confesó como por fuerza que su hermano habia muerto: admitió al visir, quien vió al príncipe tendido é inmoble con un velo sobre el rostro. Le propuso entónces la princesa que hiciese proclamar al hijo del difunto, y respondió el visir: «Que era demasiado jóven, y era preciso que le sucediese otro, capaz de gobernar el estado, de castigar los delitos que habia tolerado Abdalla, de premiar los vasallos buenos que estaban olvidados, y que para esto no habia otro que pudiese ocupar el trono como el hermano del rey, y que, no obstante lo mucho que debia al difunto, él seria el primero que se opondria á que su hijo le sucediese. Mas hubiera dicho si Abdalla, no pudiendo ya sufrir, no hubiese arrojado el velo y empezado á reconvenir á Budcar sobre lo que no entendió hasta el fin. Se aturdió, se vistió de muger, salió de la ciudad; y

Digitized by Google

mientras llegaban los caballos que habia pedido se sentó debajo de un olivo. Unos cazadores que iban de paso se le acercaron á hablarle creyendo que fuese una muger que buscaba fortuna: le quitan el velo y le reconocen. ¡Un gran visir, y con semejante disfraz! Sospecharon, le aseguraron, y le llevaron al emperador, el cual estando todavía en el calor de la cólera, mandó cortarle la cabeza.

Su hijo Muley Mahamet le sucedió, pero le quitó el trono Moluch su tio, que fué el que ganó la famosa batalla en que no pareció mas el rey de Portugal don Sebastian. Estaba el rey moro enfermo y para espirar, metido en su litera, cuando se empezó el combate. Esto no obstante dió las órdenes, y vió que se inclinaba la victoria á su favor, y murió ántes de verla decidida. Su hermano Muley Hamet se hizo proclamar en medio de sus trofeos, y su reinado correspondió á la felicidad de su principio; porque fué largo y dichoso. El de Sidan su hijo, aunque se atravesaron las sublevaciones de sus hermanos, y de otros parientes que sujetó, fué por muchos años un reinado muy tranquilo. Á su hijo Muley Abdelmelek, perdido por las torpezas, cruel y detestado de sus vasallos, le asesinó un tártaro cristiano, á quien queria hacer eunuco, y le reemplazó su hermano Muley Elvali, el cual estuvo para perder los ojos por órden del bárbaro Abdelmelek cuando éste subió al trono. Muley Hamet II, su hermano y sucesor, fué generalmente despreciado por su desordenada pasion á las mugeres, las cuales siempre le tuvieron ocioso en el serrallo, pero pagó la pena de su indolencia, porque le sorprendieron en Marruecos los alarabes, tribu de los árabes del desierto, y le mataron. Estos mismos pusieron en su lugar á su rey Crumel Hack, el cual por no ser de la dinastía no es contado entre los sucesores legítimos. Se habian éstos retirado al reino de Tafilete, en donde reinó Muley Cherif, que era uno de ellos. Sidi-Omar, pequeño príncipe de Illech, ganó contra él una batalla, y le puso en una estrecha prision, en donde vivió mucho tiempo. Le envió Omar una negra muy fea, y tuvo de ella dos hijos, Muley Archi y Muley Ismaél.

Muley Archi, el hijo mayor de la negra, llegó á ser rey de Tafilete por muerte de su padre, restituido al trono y libre de su cautividad. Mientras él reinaba, Muley Ismaél, hijo menor, vivia como particular en Mequinez, sitio el mas agradable y fértil de Berbería, que entónces era un castillo, y se ocupaba en el comercio y la agricultura. Murió su hermano de un accidente; y de labrador y negociante que era Ismaél, se convirtió desde luego en el tirano mas bárbaro que jamás se vió en el trono. Su primer sistema fué ocupar de tal modo á sus pueblos, que no tuviesen tiempo para pensar en la opresion que les hacia sufrir, y así decia: «Si yo tengo una cesta llena de ratones, la romperán para salir, á no ser que los ocupe en un perpetuo movimiento.» En consecuencia de esta máxima siempre los traia abrumados con nuevos trabajos é impuestos, estando los espíritus como suspensos por sus nuevas órdenes y ejecuciones crueles. Su avaricia era igual á su ferocidad. Añadia tesoros á tesoros, sin gastar nada para su casa ni para las tropas.

Mandó un dia que fuése un ejército á sitiar á Marruecos, porque un hijo suyo se habia apoderado de la ciudad. «¿Y el dinero, preguntaron los oficiales?» «¿Qué es eso de dinero? respondió con ira Ismaél, ¿no veis, perros moros, como las mulas, camellos y otros animales de mi imperio nada me piden para sustentarse, sino que ellos se lo hallan sin importunarme? Haced lo mismo vosotros, y marchad apriesa.» Esto era decirles: robad, saquead cuanto encontreis por el camino. No dejaron de hacerlo así. El príncipe contra quien les enviaba era Muley Mahomet, el mas querido de sus hijos; pero las intrigas de una madrastra envidiosa, y lo asustadizo de su padre, le precisaron á la sublevacion.

Tenia Muley por rival de favor á su hermano Sidan, hijo de la negra Layla Ajacha, cuya alma era tan negra como el cuerpo; no degeneraba el hijo de su madre; y á la malicia y falsedad añadia una torpeza y crueldad que le hacian aborrecido de cuantos lo conocian. Muley, por el contrario, era de tan amables prendas que todos generalmente le estimaban. Fuese capricho ó resolucion de deshacerse de los dos, envió Ismaél á la misma ciudad, y lejos de donde él estaba, estos dos hermanos tan contrarios para vivir juntos: pelearon entre sí: y el padre, llamándolos á su presencia, y no pudiendo conciliarlos, tuvo el gusto, que es único en este género, de mandar que peleasen de nuevo á su vista. Les quitaron los sables, y les dieron fuertes bastones. Riñeron con tanto furor que á poco tiempo estaban cubiertos de sangre. Se hubiera verificado la muerte de Sidan si no hubiera mandado el padre que se separasen. No obedeció tan prontamente Mahomet; y tomando Ismaél un baston le dió algunos golpes, pero á pocos instantes sintió despertarse su ternura, y por una especie de satisfaccion le dió á escoger un gobierno.

Á vista de este favor conoció Layla Ajacha que sus astucias no habian despegado á Ismaél de su hijo, y que podia temer que destinase para él la corona: redobló pues la perfidia: mandó al príncipe ejecutar un asesinato, con que le hubiera perdido para con su padre á no haber tenido á la mano la prueba de que su madrastra con el sello de su marido le habia mandado el homicidio. Ismaél, aunque tan cruel con las mugeres, que por una simple sospecha las mandaba ahorcar en el serrallo á docenas, perdonó á esta furia: y el príncipe, viéndose espuesto á nuevas traiciones, levantó en fin el estandarte de la sublevacion. El emperador envió contra él á su hermano Sidan, que en parte por la fuerza y en parte con astucia le hizo prisionero. Aquí se esplica enteramente el carácter de Ismaél. Mandó desde luego que le trajesen á Marruecos aquel desgraciado hijo; pero, instándole el deseo de satisfacer su venganza, salió él hasta Mequinez á encontrarle. Entró en la ciudad, precedido de cuarenta esclavos cristianos que llevaban una grande caldera, un quintal de brea, y otro tanto de cebo y de aceite. Le iban siguiendo seis carniceros con el cuchillo en la mano, y una carreta cargada de leña. Tan espantoso aparato asustó en Mequinez, porque ya habian visto otros castigos de la invencion de Ismaél, y así estaban todos consternados. La hija de Mahomet daba espantosos gritos con sus compañeras; la misma negra sultana, disimulando su odio, se juntó con las demas á pedir perdon: el emperador respondió friamente, que el castigo que queria dar á su hijo no era mas que echarle encima un poco de aceite hirviendo.

Habia ido el príncipe delante á una pequeña ciudad mas allá de Mequinez. Un dia entero estuvo el padre sin hablarle. ¡Oh, que horrible esperar! Ya por último le llevaron á la presencia del bárbaro, y el hijo se le postró. Mirándole el padre, con unos ojos que echaban llamas, le puso en silencio la lanza con ira en el estómago, y despues, como si se arrepintiera de darle tan dulce muerte, mandó que le metiesen en la caldera en donde estaba el aceite hirviendo: mandó á un carnicero que se subiese, que le cogiese el brazo derecho en el borde de la caldera, y se le cortase. No quiso el infeliz ejecutarlo, y dijo que ántes perderia la vida que derramar la sangre del hijo de su rey. Se irritó éste, le cortó la cabeza, y mandó á otro la ejecucion, y que tambien le cortase el pié. Entónces dijo el rey á su hijo, como quien hacia de él escarnio: «Ea, infeliz, ¿conoces ahora á tu padre?» Al punto tomó un fusil, y mató al carnicero que habia cortado á su hijo el pié y la mano. Todavía tuvo el príncipe valor para decir: «Véase su fiereza, pues mata al ejecutor de sus órdenes, y al que no quiso ejecutarlas.» Metieron la pierna y el resto del brazo en la caldera de aceite para detener la sangre, y en el mismo dia llevaron al príncipe á Mequinez, en donde entró en una mula con el brazo terciado y la pierna en una especie de caja. Desesperado de verse tratar así, no permitió que le curasen; se quitó las vendas, sobrevino la gangrena, y murió á los trece dias.

Es imposible espresar los dolorosos gritos y alaridos en que resonaba el serrallo con la noticia del suplicio del desgraciado Cherif. Fué preciso que el rey para sosegar

Digitized by Google

á las mugeres amenazase con la muerte á las que oyese gritar; y para que creyesen que hablaba de veras, hizo ahorcar hasta cuatro que no pudieron contenerse. La única que tuvo libertad para llorar y gemir fué la hija de Mahomet, y su mismo abuelo la animaba. Á vista de esto suceso por demás seria decir que Ismaél era un mónstruo de crueldad; pero al mismo tiempo parecia muy pio y devoto musulman, y muy exacto en los ejercicios mahometanos, de oracion, ayunos y lavatorios. No pueden atribuirse á la embriaguez sus bárbaras acciones, porque jamás bebia vino ni licores fuertes. Nada emprendia sin haberse ántes postrado por largo tiempo y pedido al cielo luces. Á la verdad que hay cabezas en que acomodan, sin saberse cómo, los contrastes mas opuestos.

Llegó el tiempo de que se hiciese sospechoso á su padre aquel Sidan, que fué causa de la funesta tragedia de Mahomet. Intentó el emperador atraerle á su corte, y aun se valió para esto de la negra su madre, que, segun parece, procuró seriamente que fuése; pero fueron inútiles las astucias y los esfuerzos, porque se resistió Sidan; pero, como por sus violencias y embriagueces era detestado de sus mismas mugeres, que vivian en continuo susto de perecer todas sucesivamente por los escesos de su furor, las ganó Ismaél; y un dia en que estaba sobrecogido del vino le ahogaron en su propio lecho. Como principalmente en la vejez no está un tirano ni por un instante sin sospechas, las concibió muy fuertes contra su hijo mayor Abdelmalek: tambien le llamó: y no consiguiendo que fuése á la corte, nombró por despecho á Muley Debi para que le sucediese, aunque tenia dos años ménos que el otro. Al fin murió en una edad muy avanzada: y puede decirse que reinó por el terror, pues jamás perdonó á nadie, y para él era un juguete la vida de los hombres. ¡Dichosos los que no morian entre crueles suplicios! No obstante pasa por grande político, y dió al reino de Marruecos el esplendor que por mucho tiempo habia perdido.

Los hijos de este príncipe se disputaron el trono, y mucho mas la gloria de esceder á su padre en crueldad, si fuese posible. Muley Debi se sepultó en los escesos de la torpeza, por lo que el pueblo maldijo á su padre por haber elegido para sucesor al hijo mas vicioso. Este odio general dió muchas ventajas á Abdelmalek, que habia tomado las armas. Con efecto, venció á su hermano, le hizo prisionero, y quiso sacarle los ojos. Se opuso á esto la milicia, mirándole como único recurso en caso de descontentarse con el nuevo emperador: y esto no tardó en suceder, porque al ver que Abdelmalek, que habia pasado por benigno y arreglado en la opresion, viéndose dueño del imperio se manifestó cruel y disoluto: el cuerpo de negros, al cual no supo tratar bien, dió la corona á Debi. Éste volvió á sus escesos, y de ellos murió; pero ántes hizo ahogar con un cordel á su hermano. Dejaba un hijo, á quien desde luego reconocieron; pero una de las viudas de Ismaél supo intrigar de modo que hizo colocar en el trono á Abdalla su hijo, habido del viejo emperador.

No degeneró de la ferocidad de su padre. Gustaba este mónstruo un bárbaro placer en ensangrentarse; le destronaron, y le dieron de nuevo el trono: le quitaron otra vez la corona, y segunda vez volvió á ceñirla. En esta alternativa ya tenia en su favor, ya contra sí el cuerpo de negros, que siempre se vendia al que mas daba. Habiendo hecho prisionero á un general, le atravesó el mismo con la lanza, y pidió un vaso para beber su sangre. Le detuvo su gran visir, diciendo: «Esta accion es indigna de V. M: mas lo que no conviene á un rey, puede convenir á un vasallo:» tomó el vaso y se tragó la sangre. Aunque no fuera conocido el príncipe, se le podria graduar por semejante ministro. Su madre, desolada con las crueldades de su hijo en la toma de Fez, cuyos habitadores casi todos perdieron inhumanamente la vida, aventuró algunas reconvenciones, y él la respondió: «Mis vasallos no tienen mas derecho á la vida que el que yo les dejo, y yo no tengo mayor gusto que el de matarlos con mi propia mano.» Su misma madre no tuvo otro medio de huir de sus furores que el de emprender la peregrinacion á la Meca. Desde Abdalla el imperio de Marruecos, cuando le disputan los competidores, le dá difinitivamente la milicia; bien que elige entre los príncipes de la sangre real, todos cherifes. Por lo que el fanatismo de su falsa religion se ha perpetuado juntamente con la crueldad en el trono. El emperador Muley Abderraman, reinante en 1848, subió al trono en 1822, sucediendo á su tio Muley Soliman. Desde que los franceses han ido formando y extendiendo su posesion de la Argelia, han sufrido una grande transformacion las condiciones vitales del imperio de Marruecos. Aunque enteramente independiente de los turcos, encuentrase en el dia ceñido de una parte por los presidios españoles, y de otra amenazado por la colonisacion francesa. Á esta influencia quiso resistir en 1844, pero con la pérdida de la batalla de Isly se vió precisado Abderraman á marcar la línea divisoria de su imperio y de la Argelia francesa. Sus poblaciones de Tanger y de Mogador fueron bombardeadas al mismo tiempo que era derrotado su ejército. Las rentas del imperio se calculan en diez millones de florines. Su ejército le forman doce mil caballos, y en caso de guerra puede llamar á las armas hasta cien mil hombres. La marina del estado la componen 24 buques.

ARGEL.

El terreno y clima de Argel son favorables para todas las producciones; sus habitadores son tan mezclados como en el reino de Marruecos. Los moros de las campiñas son allí mas infelices que en otras partes, porque sus aduares no tienen aseo alguno, y sus muebles son los mas pobres que pueden encontrarse, pues toda su riqueza se reduce á un molino portatil, á una olla para cocer el arroz, y algunas cantarillas y esteras. Todos se acuestan juntos, padres, madres, hijos, asnos, caballos, vacas, cabras, gallinas, perros, y gatos, y algunas veces muchas familias á la vez. Pagaban la contribucion al dey de Argel, y el keik era responsable por todo el lugar. Su principal guisado es el de aceite y vinagre, en donde mojan su mal pan de cebada: de aquí se puede juzgar del resto del alimento. Los hombres cultivan la tierra; las mugeres y los hijos guardan los ganados. El vestido de los dos sexos es un pedazo de lana tosca, que ellos se acomodan como quieren. Las mugeres todavia hallan modo de disponerla con cierta galantería: son morenas, alegres y vivas. Á los siete ó á los ocho años dan á sus hijos algunos andrajos para cubrir su desnudez. Los matrimonios son muy tempranos, y se ven madres á los nueve ó diez años de edad.

Cuando ya está tratado el casamiento el esposo de futuro lleva en ganados á la tienda del padre el presente que destina á la novia; y es fórmula que le pregunten, qué es lo que le cuesta la esposa, y que responda él, que una muger prudente y laboriosa nunca es cara. La pasean por el lugar con grandes gritos de alegría en un caballo de su marido, y en llegando á su tienda, la presentan un brebage compuesto de leche y miel. Mientras ella bebe estan las compañeras bailando y cantando al rededor, diciendo, que desean á los nuevos casados la prosperidad en todo. Despues fija la novia en la tierra lo mas profundo que puede un baston que le dan sus compañeras, y la dicen: «Así como este baston no puede salir de ahí, si no le quitan, así no debes dejar á tu marido, si él no te despide.» Este uso da á entender que se permite el divorcio; pero hay poligamia. Ponen á la novia en posesion del ganado, y la lleva ó hace que le lleva á pacer: el resto del dia se pasa en diversiones. Las mugeres no se mezclan sino en el gobierno de la casa, y nunca en los asuntos públicos, que estan esclusivamente reservados á los hombres y si sobre esto no guardasen sus maridos el secreto, no los estimarian. Por lo comun sus negocios públicos no son mas que las medidas que se toman para robar á los que pasan por su territorio; porque dicen: «El pais es nuestro, y nos lo han usurpado, y así podemos tomar

Digitized by Google

cuanto hallamos en él, supuesto que nos tratan con la crueldad de dejarnos en una horrible miseria.»

Los argelinos, que son allí los señores, no pueden reconvenirles por el robo, pues ellos sin derecho, ni aun tan aparente como el de aquellos infelices, no tienen otro oficio que el de robar á todas las naciones, como que son los corsarios mas peligrosos, atrevidos y crueles de toda el África. Aunque conservan el título de reino, el gobierno es del todo republicano, y está en manos de la milicia. Enviaba el gran señor un bajá con la autoridad de virey; pero vieron los argelinos que estos bajaes solo pensaban en llenar su tesoro, y en despojar al pueblo con exorbitantes exacciones, y ni aun pagaban á los genízaros empleados en mantener el pais dependiente de Constantinopla. Mataron pues á algunos bajaes, y representaron á la Puerta, que la mala conducta de aquellos ministros podia ser perjudicial á la soberanía del gran señor, que la milicia se iba debilitando de dia en dia por falta de paga, y que si continuaba el desórden, se verian muy presto los árabes y moros en estado de sacudir el yugo de los otomanos.

Propusieron elegir de entre ellos mismos un dey, que se encargase del cuidado de las rentas del pais y de emplearlas en pagar las tropas que siempre debian estar completas, y en proveer á las necesidades del estado, para que éste no fuese carga de la corte Otomana, obligandose con este arreglo á reconocer siempre por su soberano al gran señor. Agradó á la Puerta este proyecto, y desde entónces la milicia fué la que tuvo todo el poder por el derecho de elegir dey de su mismo cuerpo. Se estableció un divan ó consejo general, que al principio constaba de ochocientos oficiales, sin los cuales nada podia decidir el dey de Argel: y en las ocasiones importantes tenia obligacion de juntar toda la milicia, la cual llegaba algunas veces al número de quince mil hombres. Á medida que los deys, que vienen á ser como los stathouders de Holanda, se han hecho mas poderosos, han reducido insensiblemente el divan á treinta *chiak-bajá*, y llamaban cuando les parecia al mufti y al kadi; pero ya ántes que el divan se juntase estaba regularmente arreglado todo entre los favoritos del dey. Las órdenes, no obstante, dimanaban de toda la junta, la cual se intitulaba: *Los miembros grandes y pequeños de la poderosa é invencible milicia de Argel*, *y de todo el reino.*

Todos los que componen la milicia, hasta el menor soldado, tienen derecho para pretender la dignidad de dey, de suerte, que un soldado, atrevido y emprendedor, se puede considerar como heredero presuntivo de la soberanía. No es necesario que la plaza esté vacante por muerte natural del que la ocupa, pues basta quitar la vida al príncipe reinante; y si tiene maña y valor, la misma cimitarra, que tiñó en la sangre del dey, le hará conseguir su plaza; por lo que era una especie de prodigio ver morir de muerte natural á un dey en esta dignidad, y casi á todos los han muerto ó precisado á huir. Rara vez se hacia sin alborotos y muertes la eleccion, que debia ser á pluralidad de votos. Así que el gran señor tenia la noticia enviaba las patentes de virey al elegido; pero algunas veces, cuando éstas llegaban, ya no era el mismo.

El oficial mas poderoso, despues del dey, era el agá de la milicia. Este cargo fué del soldado mas antiguo; pero despues ha pasado á los chiak-bajá. Este agá es el que tiene las llaves de las puertas y goza de grande autoridad. Síguese el secretario de estado, que es como el primer ministro; y por último los consejeros en número de treinta. De este cuerpo se compone el divan, y todos estan sentados; pero otros miembros inferiores que asisten, llamados soldados viejos, oficiales veteranos y otros, están en pié, con los brazos cruzados, y en cuanto es posible inmobles. No se permite entrar allí con armas, el dey ó el agá que preside propone la cuestion, y la repiten cuatro oficiales. Despues cada miembro del divan la repite á su vecino; pero esto, cuando no agrada la proposicion, es con gestos, contorsiones estraordinarias y horroroso ruido; de suerte, que sin llegar á los votos puede prever el presidente cual será la conclusion. Como todos los que componen el divan son soldados antiguos, gente brutal y sin letras, siempre es muy grande el tumulto, pero de ordinario el dey electo toma la precaucion de ahorcar á los oficiales del divan que se opusieron á su eleccion. (Lo dicho aquí y lo que sigue hasta fin de la página 695 se escribió ántes de la conquista de Argel.)

Todas las actas se escriben en lengua turca. La de los naturales es una mezcla de árabe y de morisco, y segun se cree de la antigua lengua de los fenicios. La del comercio es la lengua franca, que es una especie de gerga compuesta del español, del portugués, del francés y del italiano; ésta se usa en todo el levante. Cada corsario de Argel forma una pequeña república aparte. El arraez ó capitan es el bajá, y compone con sus oficiales una especie de divan que arregla todo lo perteneciente al navío. La nacion solo se diferencia de la de los turcos en que los argelinos son mucho mas supersticiosos, aunque muy relajados en la práctica. El gefe es el mufti, ó el gran sacerdote. El kadi es el que juzga las causas eclesiásticas y civiles. El gran morabuto, ó cabeza de los morabutos, especie de ermitaños, aunque sin jurisdiccion, tiene grande crédito en el estado. Estos tres hombres se sientan en el divan á la derecha del dey. Todos hacen grande mérito de las abluciones y ayunos, creyendo que estos son los medios eficaces de borrar los pecados.

Los pecados que mas aborrecen son llevar el Alcoran mas abajo de la cintura; dejar caer en el vestido una gota de la orina; escribir con una pluma en lugar de pincel: tener libros impresos ó estampas, sean las que fuesen, de hombres ó de bestias: servirse de campanas: dejar entrar los cristianos, sobre todo las mugeres en sus mezquitas: cambiar un turco por un cristiano; tomar dinero y ocuparse en cosa alguna, ni aun en curar una llaga, antes de haber hecho la oracion matutina: dar una patada en el suelo jugando á la pelota, sin duda por señal de impaciencia: comer caracoles, porque los tienen por sagrados, y tal vez será porque es una comida mala y malsana: castigar á sus hijos, como no sea en las plantas de los piés, y cerrar su cuarto de noche. Todo esto es bien ridículo, como lo es tener por santos á los locos, á los imbéciles y lunáticos: pero lo horroroso es preconizar como virtud el pecado contra la naturaleza y entregarse á él comunmente.

Los hombres y las mugeres tienen vestidos largos y muy semejantes; pero ellas llevan unos velos bastante claros para ver por ellos, y gozar de alguna libertad. Los esclavos tienen un gorro que los distingue; y solo el dey y los principales del divan pueden ir á caballo. Las rentas legítimas del dey son de poca consideracion, pero las estorsiones, multas y robos las hacen subir mucho. La justicia es pronta, y muy dura; pero no para los turcos, pues, como todos son soldados, se los sobrelleva. Los suplicios horrorizan; pero dicen que han abolido el de arrojar los delincuentes sobre garfios de hierro colocados en lo bajo de los muros de la ciudad, y en los cuales vivian mucho tiempo. Una muger no va sola á que la hagan justicia, sino que, alborotando á las vecinas, van todas á gritar á la puerta del divan, y tienen precision de oirlas. Cada nacion se hace sus magistrados, y en los negocios particulares se la juzga segun sus leyes. Solamente los infelices y esclavos cristianos están siempre sin recurso ni proteccion bajo el baston ó el sable de sus desapiadados dueños. Las mugeres ricas tienen, como en otras partes, una vida muy ociosa. Si las quieren vírgenes es necesario que puedan producirse las pruebas públicamente. Los enfermos son servidos por personas de su sexo: allí poco cuesta ser médico; pues basta conocer algunos simples y saber algunas recetas. El que tiene secretos, como encantos y sortilegios, presto se pone rico. El luto por los muertos es muy ligero. No hay mayor insolencia que la de la milicia, porque el menor soldado turco se tiene allí por superior á los mas distinguidos ricos de las otras naciones; y todos procuran cederle el paso, ó él hace que se le cedan. Estos turcos tan soberbios son al mismo tiempo los hombres mas avaros, y los que mas se abaten por el dinero. De aquí viene aquel proverbio, que

Digitized by Google

es comun en Argel: *Da dinero al turco con una mano, y te permitirá que le saques los ojos con la otra.*

Los estados de Argel estaban repartidos en tres gobiernos, el de Levante, el de Poniente y el de Mediodia: el primero es el mas considerable por su riqueza: en él hay muchas antiguas ciudades que contienen todavía restos de monumentos que dan testimonio de su celebridad, sin contar las que solamente ofrecen ruinas, como Hipona, en donde han edificado á Bona, que disputa el título de capital á Constantina. Este gobierno confina con el desierto, y sus habitadores, por lo general, son soberbios y belicosos. El de Poniente disputa tambien al de Levante el triste honor de estar cubierto de augustas ruinas. La capital fué por mucho tiempo Oran, la que los españoles tomaron, perdieron, la volvieron á tomar, y la poseyeron, hasta que en nuestros dias se arruinó absolutamente con un terremoto. El gobierno del Mediodia no tiene ciudades, y sus pobladores, los árabes, que viven en tiendas de campaña, son vasallos muy poco seguros. Si el dey los atormenta por su corto tributo entierran el trigo y los efectos preciosos en parages que solo ellos conocen, y se retiran á los desiertos ó los lugares inaccesibles, y el infeliz cobrador todo lo pierde.

Argel, que es la capital de todo el reino, presenta, mirada desde el mar, la mas bella vista, porque se ve la ciudad toda en anfiteatro. Las casas son blancas, y adornadas con terrazas é intercolumnios ó peristilos, puestas unas columnas sobre otras; pero, entrando en ella, tiene unas calles muy estrechas, sucias y tortuosas, siempre llenas de multitud de pueblo y bestias de carga; por lo cual se visitan por los terrados. Por ellos se puede ir de un cabo á otro de la ciudad, porque cuando las casas no son de igual altura hay escaleras para subir y para bajar. No obstante esta facilidad de entrarse en las casas, no hay ladrones; porque si en alguna se encuentra algun desconocido, se le castiga con la muerte. La campiña al rededor de Argel es magnífica, con hermosas casas de campo, que son mas necesarias por no haber en la ciudad plazas ni jardines: al rededor hay baños calientes, y esta comodidad no es rara en aquella parte del África, de la que podemos creer que está sobre volcanes, segun lo frecuentes que allí son los terremotos.

Ya hemos visto que los romanos, los griegos, los vándalos y los árabes fueron sucesivamente dueños de toda aquella costa: la dividieron entre sí las tribus de estos últimos, y formaron diferentes estados pequeños, entre los cuales hubo algunas veces ciudades independientes. De éstas era una Argel, plaza al principio de poca consideracion; pero despues creció mucho con el asilo que dió á los moros echados de España en tiempo de los reyes católicos. Estos desterrados salian de Argel, como desesperados por su espulsion, y procuraban resarcirse con la piratería por mar, y con el robo por tierra haciendo desembarcos. Los españoles, para poner freno á sus estragos, entraron en África á principios del siglo XIV, tomaron á Oran, y por ser Argel el principal refugio de los corsarios, la sitiaron. Apelaron los argelinos al socorro de Selim Eutemy, capitan árabe, que á pesar de sus esfuerzos no pudo impedir el desembarco de los españoles cerca de Argel. Se sujetó la ciudad á un tributo, y tuvo que sufrir por fuerza que los españoles construyesen en la isla, que está enfrente de la ciudad, un fuerte con buena artillería y numerosa guarnicion.

Los argelinos, impacientes de este yugo, concertaron con Eutemy, su aliado, que se llamase para librarlos al corsario Barbaroja, del que se dice que se habia hecho temible en los mares desde la edad de trece años. Vino con su hermano Haradino, muy contento porque se le ofrecia ocasion de tener habitacion fija, y un buen puerto á donde retirar sus presas, pero no manifestó esta intencion á los argelinos, y como entraba en calidad de auxiliar y de aliado, salió toda la ciudad á recibirle llevando al príncipe Eutemy delante. Le recibieron pues con todas las señales de distincion; se apresuraron á alojar sus tropas en la ciudad, y le convidó el árabe con espresiones de afecto con el palacio que él ocupaba. Se aprovechó Barbaroja de tan buena acogida para examinarlo todo, y disponer su empresa. Dió parte de ésta á sus principales oficiales, y hallándolos dispuestos á servirle, se encargó de la primera ejecucion. Tenia Eutemy la costumbre de tomar el baño ántes de la oracion del mediodía; y sorprendiéndole Barbaroja solo, desnudo y sin armas, le ahorcó con una servilleta. Salióse al punto y volvió á entrar acompañado, como quien iba á bañarse. La sorpresa y novedad que afectó, viendo muerto á aquel príncipe, no engañó á todos; pero ya sus soldados se habian hecho temer lo bastante para que ninguno se esplicase acerca de sus sospechas. Unos abandonaron la ciudad, otros se encerraron en sus casas, y aprovechándose Barbaroja de la consternacion general, pone guardias, toma los principales puestos, y en un momento, con solo una maldad, se halló dueño de Argel.

Reinó con el terror, bien que espuesto á conspiraciones, que disipó con destreza, ó castigó con crueldad; pero á un mismo tiempo dió á su reino el esplendor que nunca habia tenido, y se hizo reconocer de sus vecinos y de los extranjeros. Sus tropas se componian principalmente de turcos, y en las hazañas marítimas siempre habia triunfado con la bandera de la media luna. Conservó estrecha amistad con la Puerta, pero con independencia. De este modo sacaba reclutas, y enviaba regalos. Le mataron en un encuentro con los españoles, despues de haber subyugado á los árabes, vecinos de Argel, y cuando ya tenia su reino, con corta diferencia, una estension y poder considerables.

Le sucedió Haradino; y bien por no tener la capacidad de su hermano, ó bien porque las conspiraciones contra él fueron mas poderosas, despues de haber probado por dos años si podria sostenerse solo, tuvo por conveniente interesar á la Puerta á que mantuviese su autoridad, y ofreció ceder la soberanía contentándose con que le reconociesen bajá ó virey del sultan. Con esta condicion le envió Selim un poderoso refuerzo de genízaros, y de este modo cayó Argel bajo la dominacion de los turcos. Se ha visto que con el tiempo ha degenerado allí la autoridad de la corte otomana, y se ha reducido á una simple influencia en el nombramiento del dey, y despues en el puro honor de dar provisiones que no podia negar. Siempre mantenia un bajá, como sucesor de Barbaroja y sus descendientes; pero ya éste ha desaparecido, y lo ha eclipsado enteramente el dey. Se hizo, pues, Argel una potencia del todo independiente y soberana, mas bien aliada que vasalla de los turcos, pues no conservó con ellos mas atenciones que una union fundada en la identidad de religion.

Lo que pasó en la república de Argel, desde que la fundó Barbaroja, se reduce á envidias, intrigas para suplantarse unos á otros, crueldades, deposiciones y catástrofes, con otros hechos de la misma naturaleza. Si se hubiera de presentar la pintura de estos sucesos, sería una sucesion no interrumpida de las tiranías mas horribles, de asesinatos entre los grandes, de miseria y opresion entre los pequeños, de ejemplares de la mas inhumana venganza contra los parientes y partidarios del príncipe asesinado, de persecuciones, confiscaciones y encarcelamientos, hasta que al fin de un mes, ó tal vez de una semana, el que entró á reinar sufrió la misma suerte, y vuelve la nueva revolucion á abrir las mismas escenas de furor y crueldad. Esto y los corsos de sus navegantes, haria la principal parte de la historia de cada reinado. En cuanto á su corso no podian cesar las piraterías mientras subsistiese este nido de piratas, y estas violencias eran muy regulares, porque como decia con toda claridad uno de sus deyes: «*Los argelinos son ladrones, y yo soy su capitan*; por lo que todos los que se esponen al mar, deben prepararse para sus ataques.» Cuando les daban en rostro con tan vergonzosa piratería, respondian con aquel proverbio: «Ninguno debe dejar de sembrar por miedo de gorriones.» Los franceses lograron espantarlos con el famoso bombardeo de 1682, en el cual quedaron arruinados enteramente los edificios públicos, y casi todas las casas: entregaron to-

Digitized by Google

dos los cautivos; prosiguió el bombardeo; y preguntando qué mas pretendia la Francia, tuvieron que entregar el dinero que habian costado las bombas, y el llevar allá la escuadra. Al fin pidieron la paz, y prometieron respetar el pabellon y las costas; pero guardaban su palabra como un animal maligno y feroz, ya castigado, que se abstiene de hacer mal cuando le miran. En el siglo décimo octavo se ejercitaron principalmente sus piratas contra la marina española, por cuyos motivos sufrieron distintos bombardeos en 1775 y los años siguientes hasta que se humillaron á pedir la paz. En 1816 volvieron á bombardearla los ingleses. Por último en 1830 una injuria hecha por el bey Hussein al cónsul de Francia, fué causa de que esta nacion declarase la guerra á la regencia argelina. Envió contra ella una expedicion compuesta de 38,000 infantes, 4000 caballos, y 70 piezas de artilleria de grueso calibre. La escuadra expedicionaria, entre buques de guerra y transportes, constaba de 644 velas: desembarcó el ejército, arrolló á los argelinos, los acorraló en la ciudad de Argel, y acometida ésta y bombardeada se rindió. Cuarenta y ocho millones de francos en dinero, y mil quinientos cañones, y la destruccion de aquella famosa cueva de ladrones, fueron el fruto de la victoria. En su lugar crearon los franceses una colonia que, en lucha perpetua con los árabes, va ensanchando su dominacion y afirmándola cada dia. Abd-el-Kader, gefe de los árabes, ha sido hasta el dia su enemigo mas temible, pues ha hecho á los franceses una guerra encarnizada por espacio de 16 años; pero en 1847, reducido al último extremo, cayó en su poder y le llevaron preso á Francia. Con esto aquella parte del África ha cambiado casi enteramente sus divisiones politicas. La porcion considerable de terreno ocupado por la Francia, se llama Maghreb francés ó Argelia.

TUNEZ.

Tunez es muy semejante á Argel: la misma religion mahometana, las mismas costumbres, y el mismo gobierno: por los mismos sucesos pasó del dominio de los árabes al de los turcos: en ella se ha debilitado la autoridad de éstos; y por último, ya Tunez nombra sus dueños con el titulo de beyes, bien que sin despreciar la influencia turca. Hasta el principio del siglo XVII nombraba el gran señor deyes muy diferentes de los de Argel, pues eran unos meros representantes sin potestad. Los beyes se pusieron en armas con el auxilio de una milicia compuesta de moros, de árabes, y sobre todo de renegados. Dejó la Puerta de enviar deyes, y ya los beyes tienen un divan ó consejo en el cual dominan, y no están sujetos á las órdenes del gran señor.

Por mas que se diga que los tunecinos son semejantes á los argelinos, se observa cierta media tinta á favor de los primeros, porque son mas civiles para con los extranjeros, y ménos fieros y soberbios. Es verdad que ejercen la pirateria, pero mucho mas el comercio: el pueblo mas bien se inclina á las artes que á la milicia, y aun ésta no es en Tunez tan insolente como en Argel. Sin embargo que no son tan duros con los esclavos cristianos, ya ha sucedido maltratar con el baston á un caballero de Malta que hicieron prisionero; pero tambien el gran maestre hizo apalear á los tunecinos que tenia en las cadenas. Por medio de esta reciproca cortesia consiguieron unos y otros guardarse aquellas atenciones con que siempre se debian haber mirado.

El reino ó república de Tunez está dividido en la parte de invierno y en la parte de verano, y ambas las visita el bey en persona todos los años para que le paguen los impuestos. Si aquellos beyes fueran sensibles á las mudanzas que la mano destructiva del tiempo y la de los bárbaros han causado en toda aquella tierra, la verian con dolor impresa en los monumentos soberbios que decorabansus ciudades. La célebre Cartago, cuya situacion solamente se conoce por un trozo de las murallas y por las ruinas del acueducto, ya no tiene sino vestigios de los anfiteatros, arcos triunfales, pavimentos de mosaico, templos, altares y restos de las antiguas columnas, con algunos miembros y troncos de estátuas. Pocos sitios háy en sus territorios que no estén dando testimonio de que allí estuvieron las artes que ahora se ven ausentes. En cuanto á la naturaleza, como ésta no se muda, todavia precipita rios de lo alto de las mismas rocas: da aguas termales ó baños calientes, y sacude, como en otro tiempo, la tierra, asustando á sus habitadores; pero, constante en sus beneficios, da pródigamente cosechas abundantes en las llanuras, tiene separadas las montañas para que á trechos soplen por sus gargantas los zéfiros frescos, y cubre de verdor sus cerros. En muchos parages es aquel pais una especie de paraiso terrestre; pero no sucede así en las cercanias de Tunez, cuyo terreno es ingrato y arenisco, y nada produce sino á fuerza de agua sacada de profundos pozos, sin dar al jardinero el gusto de apagar la sed con ella, por ser salada ó salobre; bien que todo lo lleva allí el comercio, y así viven contentos.

Á Tunez le sucedió como á Argel, ser presa de un Barbaroja que se introdujo allí tambien con una pérfida astucia. Reinaba en esta ciudad Hasan, de la sangre de los reyes árabes, el que subiendo al trono quitó la vida á sus hermanos, ménos á Arrashid, el cual se ausentó y, juntando un partido, aunque no tan poderoso que pudiese arruinar á Hasan, fué á suplicar á Barbaroja que le ayudase. Éste le llevó á Constantinopla con el pretesto de que le haria conseguir tropas auxiliares de la Puerta; pero el traidor dijo al divan: «Que si ponian en sus manos las tropas destinadas á su protegido, él se haria dueño de Tunez, rendiria homenaje al sultan, y solo reinaria como su teniente.» Aceptóse la condicion, y partió con una bella escuadra, publicando que iba en sus navios Arrashid, á quien entretanto retenian en Constantinopla. Los tunecinos, no contentos con Hasan, aspiraban á variar de principe; y, creyendo que Barbaroja traia á Arrashid en la armada, abrieron las puertas. Quedaron sorprendidos al ver que no le traia; pero ya hecho el desatino les fué preciso someterse.

Su credulidad les fué tanto mas perjudicial por la circunstancia de que teniendo en Tunez á Barbaroja llamaron contra sí las fuerzas de Carlos V, que en donde quiera perseguia á este pirata. Á pesar de los esfuerzos del usurpador, tomó el emperador á Tunez, y dió el trono á Hasan. No tenia este principe el don de hacerse querer de sus vasallos, y así favorecieron éstos á Hamida su hijo, que se habia rebelado contra él. Fué este Hamida un mónstruo de impureza y crueldad: y viéndose dueño de Tunez, deshonró públicamente, como otro Absalon, á las mugeres mas queridas de su padre; cuando le tuvo en sus manos, sin dignarse de verlo por mas que su padre le suplicaba, le envió los verdugos con la eleccion de morir ó quedar ciego: prefirió el último partido, y le metieron por los ojos una lanceta encendida.

Para no dejar en el alma la impresion dolorosa de rasgo tan horrible, procuraré hacer diversion con la leccion utilísima que dió Mahomet, bey de Tunez, á Hibrain, bey de Argel. Pasaba Mahomet por hombre muy rico, y corria con reputacion de entender la quimica, y de haber hallado la piedra filosofal; pero, con toda esta ciencia, que se le suponia, desagradó á sus vasallos, y le destronaron. Recurrió pues á Hibrain para recobrar su trono, y éste le obligó con la condicion de que Mahomet le habia de comunicar su secreto. Viéndose el tunecino reintegrado en su reino, y pidiéndole el argelino le cumpliese la palabra, Mahomet en ejecucion de su promesa le envió azadas y rejas de arado, diciendo que ésta era la verdadera magia que produce las sólidas riquezas, y todo lo convierte en oro.

TRIPOLI.

El reno de Tripoli, tributario del gran señor, está dividido entre el pais maritimo y el pais interior; pero los habitadores del uno no tienen que echar en rostro á los del

otro; porque, si los primeros viven de piraterías, los segundos viven de robos. No obstante hacen algun comercio, y el poco que hacen y el corso son los que proveen á la ciudad, porque esta ni tiene pan ni agua, por ser las tierras muy áridas, y no producir mas que palmas y agua de pozos salobre. Todas las ciudades de la costa de Trípoli han venido á parar en aldeas ó lugares, que, si son marítimos, los habitan pescadores; y si son del interior, los habitan unos pobres hortelanos ó labradores tan ignorantes que se ensoberbecen por las nobles ruinas que ven al rededor. Por fortuna están persuadidos á que si las tocaran les habia de suceder alguna desgracia grande. Esta supersticion nos ha conservado bellos restos.

La Puerta envia á Trípoli un bajá, que no hace mas que enriquecerse; y como el bey le llene el bolsillo y pague el tributo, le deja hacer cuanto quiere. Estas sanguijuelas arruinan á cual mas puede el pais, que está en un estado deplorable. Trípoli, despues de los vándalos, tuvo reyes sacados de su mismo seno: despues cayó en manos de los árabes, que, viniendo de Egipto, se llevaron muchos esclavos así del reino como de la capital. Allí tuvieron cetro unos piratas ó aventureros: la tomaron los españoles, y la cedieron á los caballeros de san Juan, cuando perdieron á Rodas. Salha-Arraez, Sinan-Dasat y Dragut, tres famosos corsarios, se la quitaron con las tropas que les dió el gran señor. Se quedó en Trípoli Dragut, como gobernador, y estableció la autoridad de los turcos; pero fué tan pesado su yugo que hubo muchos alborotos, hasta que se formó el gobierno misto, que en la apariencia todavía existe; aunque realmente es absoluto y despótico. El bey, elegido por la milicia, parece cabeza de republicanos: pero no manda mas que á esclavos, y solo recurre al divan ó consejo en las circunstancias dificultosas.

Tal fué aquella en que se vió Trípoli cuando por los robos de sus piratas atrajo sobre sí las armas de Luis XIV en 1685. El terrible bombardeo mandado por el mariscal de Estrees, forzó á los tripolinos á pedir con sumision la paz. El divan, ó senado de Trípoli, fué el que hizo las proposiciones, firmó el tratado, y envió embajadores á Francia. Como iban suplicando, no esperaban sino pesadumbres de parte de un vencedor irritado; pero quedaron agradablemente sorprendidos por la cortesía y atencion con que en todas partes los recibieron. Entre todo lo que admiraron nada les sorprendió tanto como la ópera. La música, las actrices, los actores, los vestidos, las decoraciones, las máquinas, les parecieron una serie de encantamientos y un conjunto de gracias irresistibles. El gefe de la embajada, que era un corsario viejo, se conmovió de modo con el espectáculo, que esclamó: «De cualquiera enemigo que nos acometiese nos defenderiamos; pero si éste fuera la opera rendiríamos las armas.»

A la estremidad de la costa está el desierto de Barca, en el cual se hunde la arena debajo de los piés, la reverberacion quema los ojos, y si el viento levanta las arenas, sepultan al pasagero, y no hay mas que pocos pozos y de agua mala. Sin embargo, se pasa por este desierto gobernándose por la brújula, y aunque la soledad asusta, lo mas ventajoso para los viajeros es no encontrar persona alguna, porque las que se ven son árabes bandidos, y los mas atrevidos y feroces. Son unos hombres flacos, miserables, cubiertos con los vestidos que han robado, hasta que los dejan podrirse en su cuerpo y hacerse andrajos. Estas bandadas de árabes son unas gentes que asustan con solo su aspecto, y mucho mas si se considera que al que cae en sus manos le atormentan por saber si ha tragado el oro para ocultarle. Si no tienen con que sustentarle le matan; y cuando ménos mal, le llevan á un cautiverio eterno, persuadidos á que tratan favorablemente á sus esclavos, repartiendo con ellos su hambre y su desnudez.

MALTA.

En de Malta (dicen los poetas) habitó la ninfa Calipso, y aunque no dista de Sicilia, mas que quince leguas, la colocan, sin bastante razon, en el Africa, de la cual dista cincuenta. Tiene como veinte de bojeo: su terreno es estéril; como que es parte arenisco, y parte montuoso y lleno de rocas, la poca tierra que allí hay toda es pedregosa, y nada á propósito para llevar trigo ni otros granos; pero da higos, melones, naranjas y miel. Al nordeste está la isla de Gozo, separada por un canal de legua y media, y tiene ocho leguas de bojeo. En el mismo canal están las dos isletas de Comin y de Comino, la primera de una legua de circúito, y la otra de ménos. La de Lampedusa, á veinte y cinco ó treinta leguas de mar, y con cinco ó seis leguas de circúito, es desierta.

La costa meridional de Malta no tiene cala ni puerto: al levante hay unos buenos embarcaderos, y al norte un escelente puerto, dividido en dos partes dominadas por el fuerte san Telmo. Cuando tomaron posesion de esta isla los caballeros, no habia mas que una ciudad, algunos lugares, y como doce mil habitantes, y al presente tiene cuatro ciudades muradas, las aldeas se han hecho lugares, y los lugares villas grandes. Allí es el aire muy sano, siempre refrescado con los vientos de mar: no hay rios, pero sí fuentes de escelente agua, y cisternas para recogerla. No hay embarcadero ni puerto pequeño por donde pudieran entrar los enemigos, que no esté fortificado y bien guardado. Las ciudades tambien están bien defendidas, y edificadas con gusto y elegancia. Tiene bellas iglesias, hospitales grandes y cómodos, dos arsenales bien provistos, y en una palabra, nada falta de cuanto se necesita en paz y en guerra. Lo que se dice de las maltesas es que son agasajadoras, pero sus maridos son zelosos, y aunque ántes del matrimonio afectan darlas mucha libertad, una vez que estén casados las guardan mucho, y los que las quieren galantear, aunque sean caballeros, se esponen á la daga y al puñal. Son los malteses robustos, sanos, hombres de viveza y valor, y muy aguerridos. La señal de tres cañonazos puede poner en una hora veinte y cinco mil hombres bien armados, y distribuidos en el mismo instante en sus puestos correspondientes, porque saben cuales son. Se dice que son árabes de origen, y aun hablan esta lengua; pero la mas comun en las ciudades es la italiana. Los malteses subsisten del cultivo y del comercio; mas lo que hizo su isla floreciente es el dominio de los caballeros de san Juan de Jerusalen, que por haberse fijado en esta isla se llaman caballeros de Malta.

Si un mahometano escribiera la historia del órden de Malta, diria que era una asociacion de hombres, enemigos declarados de la religion musulmana, que hacen la guerra mas tenaz á los moros y turcos, y con sus navíos van á asolar sus costas, reduciéndolos á la esclavitud, y que son tan zelosos de la fé cristiana que no hacen paz ni tregua con los mahometanos; despues diria, que este zelo era indiscreto y escesivo. Pero nosotros que sabemos cómo se formó el instituto de estos caballeros, cuál es el objeto que se propusieron, y porqué se vieron en las circunstancias de mantenerse siempre en guerra, hablaremos de su instituto con circunspeccion, pues tal vez es necesario acometer para defenderse. Los cristianos, llenos de veneracion y respeto á los lugares en donde el Señor obró los misterios de nuestra redencion, siempre han mirado como por obligacion ir á visitarlos. Como estos santos lugares y Jerusalen, que es la capital, cayeron en poder de los sarracenos, esperimentaron los peregrinos de parte de estos bárbaros vejaciones que hacian el viaje penoso y arriesgado. Unos negociantes italianos, á los cuales llaman nobles de Amalfi, en el reino de Nápoles, se aprovecharon por los años de 1048 de la entrada que con motivo del comercio tenian en la corte del soldan de Egipto, para pedir que se les permitiese edificar en Jerusalen, y cerca del Santo Sepulcro, un hospicio para que en él pudiesen los peregrinos descansar de sus fatigas, y construyeron tambien una capilla con el título de

Digitized by Google

san Juan el limosnero. Subsistió el establecimiento con las limosnas que se recogian en Italia y otras partes; y á poco tiempo pudieron fundar otro hospicio para las mugeres. Tan débiles principios tuvo el órden de san Juan de Malta, que despues ha sido el baluarte de la cristiandad.

En aquel hospicio eran recibidos los cristianos sin distincion de clases ni naciones, sin escluir los peregrinos, bien que estaban con separacion. Allí vestian á los que los ladrones habian despojado, cuidaban de los enfermos con esmero, y toda especie de miseria hallaba en la caridad de los hospitalarios una nueva especie de misericordia. El que gobernaba á los hombres era un francés provenzal llamado Gerardo. Las mugeres estaban al cuidado de una señora romana, llamada Inés. Ya tuvieron el consuelo de ver recompensada su caridad por los grandes donativos y las grandes rentas, que les proveyeron de medios para aumentar y multiplicar su beneficencia. Creció considerablemente el número de los hospitalarios de ambos sexos: y entonces Gerardo ó Inés propusieron á los hermanos y hermanas, que renunciando al siglo tomasen un hábito religioso. Les dieron unas reglas sencillas todas relativas á la utilidad de los pobres y peregrinos que se recibian en aquel grande hospicio; y el papa las confirmó.

Á Gerardo sucedió Raimundo, de una casa ilustre del Delfinado, y su zelo escedió mucho al de Gerardo, al ver con dolor el triste estado de los cristianos de la Palestina; á cuantos riesgos y miserias estaban espuestos; y que los peregrinos corrian grande peligro por los bandoleros que infestaban los caminos, y que las mas veces llegaban al hospicio despojados y maltratados. Raimundo pues, hallándose á la cabeza de grande número de hospitalarios, tomó la resolucion de hacerlos útiles al cristianismo, no solo por el medio de la hospitalidad, sino tambien por el de las armas, limpiando de ladrones los caminos, y marchando contra los infieles siempre que los llamaban sus superiores; sin que estas nuevas ocupaciones dispensasen de los votos religiosos y otras obligaciones de su estado.

Fué adoptado este proyecto con gran gusto de todos por ser muchos entre los hospitalarios los guerreros que habian servido en la primera cruzada. Dejaron la vida sedentaria á que les habia reducido la devocion despues de la guerra; viendo que podian juntar el tumulto de sus antiguas ocupaciones con las obligaciones pacíficas. Volvieron pues á las armas; pero con la condicion de no emplearlas sino contra los infieles. Los dividió Raimundo en tres clases, colocó en la primera á los que por su nacimiento y por el grado que ántes habian tenido en los ejércitos, eran mas proporcionados para las armas. La segunda clase la formó de los sacerdotes, que, además de sus ordinarios ejercicios en la iglesia y en la asistencia á los enfermos, deberian ser por su turno los capellanes en la guerra. La tercera clase se componia de los que no eran eclesiásticos ni de casa ilustre, y á estos los llamaban hermanos sirvientes, cuya obligacion era servir en lo que los empleasen los caballeros, bien fuese cuidando de los enfermos, ó siguiendo los ejércitos.

Fijó Raimundo el hábito y las señales de distincion para las diferentes clases: arregló tambien la disciplina de la órden en cuanto á las elecciones, admision al noviciado, profesion y votos, los cuales se espresan en estos términos: «Hago voto y prometo á Dios Todopoderoso, á la bienaventurada Vírgen María y á San Juan Bautista, verdadera y sincera obediencia al superior que Dios me ponga, y que sea legítimamente electo: renuncio á toda propiedad, y prometo guardar castidad perpetua.» El que hace los oficios de superior, dice: Os recibimos y reconocemos por siervo de los pobres y de los enfermos, y por consagrado á la defensa de la Iglesia Católica.» El nuevo caballero responde: «Por tal me reconozco.» Y en esta ceremonia juran el estado de religioso con la espada.

Ya en tiempo de Raimundo tenia la órden suficiente número de caballeros para dividirlos en ocho naciones, que llaman *lenguas*. Poco ha variado la primera distribucion, y á cada lengua está afecta una de las primeras plazas de la órden. Raimundo fué el primer gran maestre. El buen empleo que hacian de sus bienes aquellos religiosos soldados escitó la liberalidad de los monarcas, y así les dieron fondos en sus reinos. Los grandes señores y personas pías les hicieron varios legados en todos los paises de Europa. Todas las rentas debian llevarse al hospital de San Juan, y el gran maestre y el capítulo las destinaban desde luego para la subsistencia del hospital y la de los caballeros, capellanes, hermanos sirvientes, peregrinos que iban á visitar los santos lugares, enfermos, heridos y estropeados; y en una palabra para los gastos de la iglesia, del hospital y de los hermanos. Despues se aplicaban á comprar armas, pagar tropas tomadas á sueldo, juntar municiones, y cuanto se necesita para la guerra, guardar los caminos, escoltar los peregrinos, y hacer otros servicios de la religion.

Para recoger estos bienes y gobernarlos fué preciso enviar oficiales sacados del cuerpo de la órden; y á los caballeros encargados de este cuidado los llamaron comendadores por el título de su comision, que era *comendamos ó os encomendamos*. Este título no era de por vida, sino por el tiempo que el capítulo quisiese, y mientras le desempeñaba. Sobre los comendadores vigilaban los priores, que visitaban las encomiendas: y respondian de la aplicacion de los recibidores, por lo que las contribuciones enviadas al lugar que hacia cabeza se llamaron *responsiones*. Los bailíos eran comendadores subalternos, ó como arregladores de las encomiendas, que las hacian valer á los comendadores mediante una retribucion. Éstos algunas veces se hicieron arrendadores; pero en esta clase no se comprendian los grandes bailíos, pues éstos eran superiores á los mismos comendadores. El tiempo ha ocasionado algunas mudanzas en aquellas dignidades fiscales, que han venido á hacerse muy lucrativas.

La historia de Malta está llena de grandes hechos de armas, así generales como particulares; y debiera leerlos la juventud para no ceñir á las reglas ordinarias el ejercicio del valor que hoy está demasiado metódico. En cuanto á lo que ha pasado en lo interior, rivalidad, zelos y envidia de gobierno, astucia para adelantarse sobre los otros, á pesar de la franqueza militar que ostentan los caballeros, son verdaderas intrigas, que no merecen contarse cuando no han producido algun notable suceso, ó influido en la constitucion de la órden

Gilberto Asali, cuarto gran maestre inglés, empleó las armas de la órden en favor del rey de Inglaterra, no siendo *guerra santa*, y le obligaron á desistir. La primera posesion de la órden fué el castillo de Margat, en los confines de la Palestina. Á este castillo se retiraron cuando Saladino tomó á Jerusalen, y en él fijaron su principal residencia, hasta el año 1192 que adquirieron otra mas segura en la ciudad de San Juan de Acre, cuya toma fué en gran parte obra suya. Entónces les dieron el nombre de caballeros de san Juan de Acre. Alfonso de Portugal, que fué el undécimo gran maestre, quiso reformar el lujo y los demas desórdenes que se habian introducido, pero nada consiguió. Renunció en el año 1208, y empezó en la órden la anarquía. Batallaron entre sí los hospitalarios y los templarios, que era otra órden militar de la cual hablaremos despues; pero la necesidad de resistir á los sarracenos los reunió, y se restableció la regla de los hospitalarios. Entónces empezó la abundancia de bienes con que los favorecieron los príncipes por sus servicios en la Palestina, y los honoríficos privilegios con que los honraron los pontífices. El gran maestre XVI estendió los dominios en Palestina; fortificó en ella muchos castillos, que fueron en aquel pais puntos de apoyo para los cristianos, y jamás tomaron plaza los sarracenos sin pasar sobre los ensangrentados cadáveres de los caballeros que la defendian, perdiendo todos la vida.

Despues que los infieles tomaron la ciudad de Acre á fines del siglo XII, Juan de Villers, gran maestre XXI, y natural de Francia, recogió su órden en la isla de Chipre, y aunque ofrecian todos en Italia y en otras partes refugio para los caballeros, nunca quisieron alejar-

Digitized by Google

se mucho de la Tierra Santa, en la cual pensaban volver á entrar. Entre tanto armaron embarcaciones para comboyar á los peregrinos que iban á visitar los santos lugares, y volvian con presas considerables tomadas á los corsarios infieles que cruzaban por aquellos mares para cautivar á los peregrinos. De este modo empezó el corso, que en aquel tiempo fué el recurso principal de los caballeros, porque, perdida la Tierra Santa, muchos príncipes, mirándolos como inútiles, les detenian las rentas en su reino. Por esto se quejaban los caballeros del gran maestre, cuando no era muy activo para este género de guerra que les aseguraba la ganancia.

En 1308 Fulquier de Villaret, francés, y gran maestre XXIV, consiguió gran socorro de los príncipes cristianos por lo mucho que le estimaban, y, sacando su órden de la isla de Chipre, cuyo rey le tenia sujeto, la colocó en la isla de Rodas que habia conquistado, y desde entónces se llamaron los *caballeros de Rodas*. Las pequeñas islas que rodean la principal formaban como un reino, y éste se hizo mas poderoso con las reliquias de la riqueza de los templarios que Villaret se aplicó en parte á sí mismo, y vivió como soberano con cierto aire de potencia absoluta. Le depuso la órden, le restableció el papa, y despues de haber logrado esta honra, renunció por sí mismo, y murió tranquilamente en su patria. En tiempo de su sucesor se hizo la constitucion que declaró incapaces de toda dignidad á los que no hubiesen residido en Rodas cierto número de años, y durante esta residencia no hubiesen servido en las guerras y en los navios de la religion.

En su tiempo sucedió la aventura del caballero Gozon, que mató una monstruosa serpiente que hacia horribles estragos en la isla. Ya muchos caballeros habian hallado la muerte por acometerla, y así estaba prohibido que ninguno se espusiese; pero Gozon, caballero provenzal, se determinó á tentar la aventura; y despues de haber examinado de lejos la figura del dragon, hizo formar otro muy semejante, con el que acostumbró á dos valientes perros á no espantarse, y arrojarse á la figura del mónstruo, cogiéndole por debajo del vientre en donde no tenia conchas, entre tanto que él, armado de piés á cabeza, le acometia. Venció pues Gozon al dragon, y no sin gran peligro le mató. El gran maestre, fiel observador de la disciplina, le despojó del hábito de la órden; pero despues se lo volvió con solemnidad, y le hizo su teniente general. El mismo Gozon le sucedió por una arrogancia que tal vez á ninguno sino á él ha salido bien.

Se hallaba muy discorde el capítulo en la eleccion, porque los ancianos querian un hombre grave y religioso; los jóvenes un guerrero que los llevase á la ganancia y á la gloria de las armas. Llegó el instante en que Gozon tenia que dar su voto, y dijo: «Cuando entré en esta asamblea hice solemne juramento de no proponer otro caballero que el que me pareciese digno de tan eminente puesto. Habiendo considerado el estado en que se halla la cristiandad, las guerras que continuamente tenemos que sostener con los infieles, y la constancia y vigor que se necesita para impedir la relajacion de la disciplina, declaro, que no hallo persona mas capaz de gobernar bien nuestra religion, que yo mismo; y viendo que todos callaban, repitió: *Yo mismo*: ya vosotros habeis esperimentado mi gobierno, sabeis lo que podeis esperar de mí, y no creo que sin injusticia me negueis los votos.» Es preciso tener una conciencia irreprensible para aventurar semejante proposicion en una asamblea de rivales. Gozon, único ejemplar, reunió á su favor los votos, y realizó las esperanzas que se habia atrevido a proponer.

Heredia, gran maestre XXXI, electo en 1376, dió á los caballeros una leccion de magnanimidad. Le habian hecho prisionero los turcos: ofreció la órden por su rescate la restitucion del castillo de Patrás en la Morea, una gran suma de dinero, y que tres de los empleados en las primeras dignidades de la órden, quedarian en rehenes hasta estinguir la deuda. Cuando los rehenes llegaron con muchos caballeros adonde él estaba, les dijo: «Queridos hermanos, dejad que muera entre cadenas un viejo inútil como yo, que no puede vivir mucho tiempo, y vosotros que sois jóvenes reservaos para servir á la religion.» No quiso que se sacase su rescate del tesoro de la órden, diciendo: «Si se ha de pagar el rescate, mi familia ha recibido de mí muchos bienes, y los suficientes para que me dé esta prueba de su agradecimiento.» Permaneció por tres años en duro cautiverio, y le rescató su familia.

Los grandes maestres se vieron precisados á fines del siglo XIV y en el siglo XV á dejar á Rodas para ir á la corte de Roma, porque los papas tomaban mucha parte en los negocios de la órden. Por estas frecuentes ausencias se relajaba en Rodas la disciplina; y por otra parte gustaban los religiosos mucho del corso, durante el cual se podian eximir sin escándalo del rigor de la regla: eran bien recibidos entre los príncipes cristianos, y tomados muchas veces por árbitros en los negocios, á causa de su grande esperiencia. Negociaban por su propia cuenta, y la órden, en tiempo de Filiberto de Nallat, gran maestre XXXII, compró la Morea; pero no quisieron los habitadores entrar bajo de su dominio. Mantuvieron este gran maestre y sus sucesores una guerra activa por todas aquellas costas y las de Egipto. Los sarracenos y los turcos, en cuantas espediciones emprendian, siempre hallaban la oposicion de los caballeros. Las porfiadas agresiones y resistencias fueron causa de que los musulmanes se resolviesen desde el año 1428 á tomar á Rodas, y arrojar de sus mares unos enemigos tan incómodos. Las tentativas de este proyecto se realizaron en 1480, siendo gran maestre Pedro de Aubuson, que fué el XXXVIII.

El gran visir Paleologo, renegado griego, y de la casa imperial, fué á quien encargó el sitio Mahomet el conquistador de Constantinopla. Desembarcó, y puso en tierra un grande ejército con todo lo necesario para empresa tan importante. No escaseó el renegado la sangre de sus soldados, ni sus tesoros, ni aun las traiciones. Quiso que diesen veneno ó asesinasen al gran maestre, y faltó poco para que lo consiguiese. Puso los medios para ganar á los habitadores con promesas ó intimidarlos con amenazas. Los asaltos se sucedieron rápidamente siempre; pero fueron rechazados por el valor inalterable de los caballeros, y el de los soldados traidos de todas las partes de Europa, que parecian invencibles con tales capitanes. Probó á atraer al gran maestre á una capitulacion, haciéndole presente el triste estado de una plaza, con las murallas arrasadas, las torres arruinadas, y los fosos cegados. «La ciudad, respondió el intrépido Aubuson, tiene la fuerza suficiente mientras la defienden los caballeros, porque nosotros todos tenemos un mismo corazon, un mismo espíritu, y un mismo objeto, que es la defensa de la fé, y el honor y gloria de nuestra órden: hombres que no temen la muerte, son mas fuertes que los bastiones y murallas.»

No obstante, algunos caballeros viendo la pintura que el enviado de Paleologo supo hacer de los horrores que se cometen en una plaza tomada por asalto, los robos, las muertes, los incendios, y la violencia con que deshonrarian á las mugeres y á las doncellas, se inclinaban á capitular; pero sabiendo Aubuson estas disposiciones de sus ánimos, los llamó, y como si ya no fuesen sus hermanos, les dijo: «Señores, si alguno de vosotros no está seguro en la plaza, ahí está el puerto, cuyo bloqueo no es tan estrecho que no halle yo medio para proporcionarle la salida.» Despues de una breve pausa, prosiguió con aire de autoridad y de indignacion: «Pero si quereis quedaros con nosotros no se hable de composicion, ó mandaré quitar á todos la vida.» Estas terminantes palabras cubrieron de vergüenza y confusion á los caballeros, los cuales arrojándose á sus piés le prometieron espiar con su sangre aquel movimiento de flaqueza. El gran maestre les daba ejemplo; siempre ocupaba el puesto mas peligroso. Encargó el visir á doce de los mas valientes, que al tiempo de dar un asalto penetrasen hácia donde estaba Aubuson, y le matasen. Le dieron cinco golpes que no fueron mortales, y su sangre misma animó á los caballeros, tanto, que precipitaron á los

extremidad de la Calabria y la Sicilia, que forma la comunicacion del mar Jónico con el de la Sicilia, los Dardanelos, ó el estrecho de los Dardanelos, y el de Constantinopla, formados ambos por la costa de la antigua Tracia y la opuesta del Asia Menor, y de los cuales el primero junta el Archipiélago con el mar de Mármara, y el segundo este mar con el Negro: y el paso de Calés entre la Francia y la Inglaterra, que abre comunicacion entre el océano atlántico y el mar del norte.

Los principales cabos de la Europa son: el de Gelania en la extremidad septentrional de la Nueva Zembla; el cabo norte en la isla de Mageroe en el Finmark; el Nord-Kyn, llamado tambien Noss-Künn, en el Finmark, que forma la extremidad septentrional del continente europeo: los dos últimos miran al océano ártico. En el océano atlántico y sus brazos se encuentran: el cabo Skagen, al norte del Jutland; el de la Hogue, en Francia, departamento de la Mancha; el Land's End (Finisterre), condado de Cornualles en Inglaterra; el de Finisterre, Galicia en España, y el de Roca, en la Estremadura portuguesa, que es el mas occidental de todo el continente europeo. En el Mediterráneo y sus brazos citaremos; el cabo de San Martin en España; el Spartivento en Italia; el Faro en Sicilia; y el de Matapan en el nuevo reino de Grecia.

Las muchas sinuosidades del continente europeo, formadas por el océano y sus brazos, dibujan un número considerable de penínsulas. Cuatro sobretodo se distinguen por sus grandes dimensiones, las cuales, esceptuando la Italiana, hace muy poco que los geógrafos han resuelto clasificarlas entre las tierras peninsulares de esta parte del mundo. Esas cuatro penínsulas son: la Septentrional ó escandinávica formada por la reunion de la Noruega, de la Suecia y de la Laponia; la occidental ó hispánica, que comprende la España, el Portugal y la república de Andorra, y es la mayor de las tres grandes penínsulas de la Europa meridional; la Media ó Italiana, tan notable por su figura extraña, pues parece una bota; y la oriental, ó esclavona-turco-helénica, no ménos notable por sus cortaduras, que forman varias penínsulas secundarias, entre las cuales citaremos, el Peloponeso ó la Morea, tan célebre en la historia antigua, y cuyo interés ha vuelto á despertarse en nuestro siglo, y la península Chalcídica con sus tres penínsulas de tercer órden, de las cuales la oriental forma el célebre Monte-Athos. Por fin, nombraremos la Crimea en la Rusia meridional, y el Judland en la monarquía dinamarquesa.

Todos los rios de la Europa desaguan en el Caspio, en el océano atlántico, en el ártico glacial, ó en los brazos de estos últimos, formando las grandes regiones hidrográficas ya mencionadas. Vamos a citar los rios de mas largo curso, distinguiéndolos por los puntos en que desembocan. *Al Caspio pertenecen:* el Oral, que traza los lindes entre la Europa y el Asia: el Volga, que recorre la mayor parte de la Rusia europea, y es el rio mas considerable de esta parte del mundo. El Kouma, ó Kuma, notable porque separa la Europa del Asia segun el sistema propuesto por Malte-Brun y adoptado por muchos geógrafos; y el Tereck: todos estos rios corren por el imperio ruso. *Al Mediterráneo y sus brazos pertenecen:* el Don, que desemboca en el mar de Azov: el Dnieper, el Dnister y el Danubio, que desaguan en el mar Negro, y de los cuales el tercero solo cede en extension al Volga, y atraviesa toda la Alemania meridional, la Hungria, y la Turquía, separando á ésta del imperio ruso; el Maritzá y el Vardar en la Turquía europea, con sus desembocaderos en el Archipiélago; el Pó y el Adigio en Italia, que se encaminan al Adriático, y son los dos mas crecidos rios de la península italiana; el Tiber ó Tibre, tan célebre en la historia, pero cuyo curso es tan limitado que solo baña una parte de la Toscana y de los estados pontificios; el Ródano, que atraviesa el suroeste de la confederacion suiza, y el sureste de la Francia; y el Ebro en España: los tres últimos desembocan en el Mediterráneo propiamente tal. *Al océano atlántico y sus brazos pertenecen:* el Guadalquivir, el Guadiana, el Tajo y el Duero, rios que atraviesan la España, y de los cuales los tres últimos tienen sus desembocaderos en Portugal; el Garona, y el Loira, que van á parar al atlántico, y el Sena, que entra en la Mancha, y bañan la Francia: el Escalda, el Mosa y el Rin, cuyas aguas se confunden, el Weser, y el Elba, entran en el mar del Norte, los tres primeros despues de haber atravesado la Francia, los Paises-Bajos y la Alemania, y los dos últimos despues de haber recorrido gran parte de la Alemañia Septentrional; el Glommen, que es el rio mas caudaloso de la Noruega, y el Gothelbe, que atraviesa la Suecia, entran el primero en el Skager-Rack y el segundo en el Cattegat; el Támesis y el Humber, en Inglaterra, desaguan en el mar del norte ó de la Alemania. *El mar Báltico y sus brazos reciben:* el Dala, el Indals ó Ragunda, el Angerman, el Umba y el Lule'a en la Suecia; el Tornea en este estado y en la Rusia; el Neva, el Duna y el Niemen en la Rusia; el Vistula, cuyo curso está dividido entre el imperio del Austria, el nuevo reino de Polonia, la república de Cracovia, y la monarquía prusiana; y el Oder que casi enteramente pertenece á la Prusia. En el *océano ártico glacial* desagua el Tana, en el Finmark comprendido en la Suecia. El *mar blanco recibe*: el Onega, el Divina, y el Mezen que atraviesan la parte septentrional de la Rusia. El mar de *Tchescaia Vaigatz*, que baña la costa nordeste del gobierno de Arcangel, recibe el Petczora, que recorre el mismo gobierno.

Ántes que otro ningun lago debemos citar el Ladoga que es el mayor de la Europa; el vasto sistema de canales que hace comunicar entre sí los principales rios de la Rusia, y los mares en que desaguan, aumenta su importancia por lo mucho que favorece el comercio interior de aquel imperio; los lagos Onega, Saima-Lappawesi, Ilmen, etc. pertenecen á la grande region que ocupa la parte principal del pais, y á la cual hace algunos años que los geógrafos rusos dan el nombre de region de los lagos: abraza los gobiernos de San Petersburgo y de Olonez, una parte de los de Riga, de Pskov, de Novogord y de Arcangel, y todo el gran ducado de Finlandia. Vienen en seguida los vastos depósitos de agua de la Suecia, situados entre Estocolmo y Gothemburgo, siendo entre ellos dignos de mencionarse el Wenern ó Wener, y el Wettern ó Weter. Éstos y algunos otros forman los lagos incomparablemente mayores de la Europa. Entre los restantes de esta parte del mundo, aunque en escala mucho mas reducida, está en primera línea el de Ginebra, y luego el de Constanza que casi le iguala en extension. El primero baña el canton suizo de su mismo nombre, los de Vaud y del Valés, y la Saboya; el segundo, los cantones de San-Gallo y de Thurgovia, el gran ducado de Bade, los reinos de Wurtemberg y de Baviera, y el círculo austriaco de Vorarlberg en la confederacion germánica, cuyo principal lago forma; en tercera línea viene el lago de Balaton, el mayor de la Hungria. Además, son todavía dignos de atencion los siguientes: en Italia el lago de Garda, el mayor de los de su clase, está situado en el reino Lombardo Veneto: el lago Mayor y el de Como en la Lombardía, tan justamente celebrados por la belleza encantadora de sus orillas y de sus cercanías; y en fin el lago Celano en el reino de Nápoles, que de mucho tiempo á esta parte tiene nombradía, por los grandes trabajos hidráulicos que en él se han llevado á cabo para evitar su desbordamiento. En la monarquía prusiana, notable por los muchos lagos que presenta su parte oriental, merece mencion especial el lago de Spirding por ser el de mas extension. En la parte septentrional de la confederacion germánica, citaremos el de Schwerin, situado en el Mecklemburgo, y el de Ratzbourg que se encuentra en el Holstein. En la Turquía europea donde son numerosos, y algunos de ellos notables por la grande elevacion del nivel de sus aguas, tomaremos nota del lago de Scútari en la Albania, que nos parece ser el mayor; del de Ochrida, en la misma comarca, pero en una grande elevacion ó altitud; y del lago de Janina, á quien da nombre esta ciudad populosa. En el Reino-Unido, llamaran nuestra atencion el lago Lomond en Esco-

cia, y el lago Erne en Irlanda, que son los mayores del archipiélago Británico. En la confederacion suiza ó helvetica, no nos será lícito pasar en silencio, á causa de su grande celebridad histórica, el lago de Neufchatel, el de Zurich, ni ménos el de Lucerna, llamado tambien de los cuatro cantones porque baña los de Lucerna, de Schwitz, de Uri y de Unterwalden. No olvidaremos tampoco en el reino de los Paises-Bajos el supuesto mar de Harlem que dentro de poco estará en seco y será reemplazado por el gran canal en el que hace algun tiempo se trabaja. Entre las muchas *lagunas* europeas, á que la rutina da un nombre diferente, no vacilamos en contar la parte interior de muchos *fiords* de la Escandinavia y Finlandia, ni mas ni ménos que los *limans* de la Rusia Meridional. Además de estas mencionaremos las lagunas de Cristiania y de Droutheim en la Noruega; la de Estocolmo, al este de la capital de la Suecia, que no debe confundirse con el lago Melarn situado al oeste de la misma; la laguna de Viborg en la Finlandia; el liman ó la laguna de Oczakov, en el desembocadero del Dnieper, y la de Akerman, en el Dniester, etc. etc. situadas en el imperio ruso. La monarquia prusiana posee tres grandes lagunas notables por su extension, á saber, la de Kurisch-Haff en el desembocadero del Niemen, la de Frisc-Haff en los del Pregel y del Vístula, y la de Stettiner-Haff en el del Hoder. El reino de Dinamarca tiene la de Liimfior en el Jutland. La Francia y la Península Hispánica, que tienen tan pocos lagos, propiamente hablando, y ninguno de una extension notable, ofrecen en cambio muchas lagunas de grandes dimensiones. La Francia cuenta el estanque de Thau en el Herault, el de Berre en las Bocas-del-Ródano, y la bella laguna de Arcachon en la Gironda. La España nos brinda con su famosa Albufera, situada al sur de Valencia; y con su Mar-Menor, al nordeste de Cartagena. El Portugal presenta las lagunas de Aveiro y de Setubal. En la Italia, nos paramos ante las célebres lagunas de Venecia en el reino Lombardo-Veneto, ante la de Commacchio en los estados del Papa, y la del pequeño mar de Tarento en el reino de Nápoles. En la isla de Cerdeña llaman nuestra atencion las lagunas de Sassu y de Cabras en las cercanías de Oristano, y la de Cagliari situada junto á la capital de la isla. En la Turquia europea indicaremos por lo ménos la laguna de Rossein, situada al sur del Delta del Danubio, en el pais de los turcos, y Dubrudjis al este de Rabadag. Por fin, en el nuevo reino de la Grecia, no podremos pasar en silencio las lagunas de Missolonghi, que le han valido á esta ciudad el renombre de *Pequeña-Venecia*, por su semejanza con las lagunas en medio de las cuales se levanta la Palmira marítima.

Entre las islas que deben mirarse como dependencia de Europa, y diviéndolas con respecto á los mares en que se encuentran, se nos ofrecerán las cuatro clases siguientes: 1.a *Islas y archipiélagos en el océano atlántico y sus brazos.* A esta clase pertenecen: el archipiélago Británico, que comprende la Gran-Bretaña y la Irlanda, que son las mayores islas europeas, y otras mucho mas pequeñas, cuyo conjunto forma el Reino-Unido, núcleo de la gigantesca monarquia inglesa. Vienen despues las de Vigeren é Hitteren, en el archipiélago norvingiense, el pequeño archipiélago de Færoe, dependiente de la monarquía dinamarquesa; las islas de Valkeren y Zuid-Beveland en el archipiélago holandés; las de Jersey y Guernesey en la Normandía y la Bretaña, pero dependientes de la Inglaterra; las de Oleron y de Ré, que caen frente del departamento del Charenta-Inferior, el archipiélago de las Azores, dependencias del reino de Portugal, cuyas islas mas importantes son las de Terceira y San Miguel. 2.a *Islas y archipiélagos en el Mediterráneo y sus brazos.* Comprende esta clase, las islas Baleares, dependencias de la España, de las cuales es la mayor Mallorca; la Córcega, la Cerdeña, la Sicilia, el grupo de Malta, y la isla de Elba, que pertenecen á la Italia, si bien son dependencias de distintos reinos, contándose las tres primeras entre las mas grandes de la Europa; las islas Jónicas, la de Corfú y Cefalonia, notables por su extension; y la de Zante por su importancia; Candia, una de las mas vastas de esta parte del mundo, las muchas que forman el archipiélago propiamente dicho, y entre las cuales es forzoso distinguir las que corresponden al Asia, y las que tocan á la Europa, siendo entre estas últimas dignas de mencion las de Negroponto, Naxos, Andros, Lemnos ó Stalimenes, Tasso, por su magnitud, y las de Syra, Hydra, Spezzia y Egina por su importancia, y en fin, en el mar Adriático, el archipiélago Dálmato entre la Istria y las bocas de Cattaro, dependientes del imperio de Austria, cuyas islas son Lesina, Curzola, Brazza, Veglia y Cherso. 3.a *Islas y archipiélagos en el mar Báltico.* Esta clase ofrece primero el archipiélago Danés, en donde se encuentran las islas de Seeland y de Teonia que separan el Báltico del Cattegat; en seguida las islas de Laland, Falster, y otras menores; la de Bornholm, dependencia de la Dinamarca; las de Oland y Gotland que corresponden á la Suecia; y el archipiélago de Aland, y las islas de Dago y Esel, que entran en el dominio de la Rusia. 4.a *Islas y archipiélagos en el océano ártico glacial y sus senos.* Vienen comprendidas en esta serie: el grupo de Lofodden-Mageroe en la estremidad septentrional del archipiélago norvingiense, distinguiéndose en él la isla de Œstvaage, punto central de la rica pesca que se hace en las costas de la Noruega, la de Hindoen, por ser la mayor del grupo, y la de Mageroe, celebrada por el cabo Norte que en él se encuentra; el grupo de la Nueva Zembla, en donde se encuentran las dos grandes islas que por mucho tiempo se ha creido que formaban una sola, y la de Vaigats, que forma una de las costas del estrecho de este nombre; viene por remate el archipiélago de Spitzberg, contado por algunos sin motivo entre las islas de la América: miranle los rusos como una dependencia de su imperio, mas no por eso los navegantes ingleses, dinamarqueses, hamburgueses y noruegos dejan de recorrer sus costas, por el número considerable de ballenas, osos blancos, narvales y otros grandes mamíferos que en ellas se encuentran. El Spitzberg propiamente dicho, ó la Nueva-Frieslandia de los mapas mas recientes, es la mas extensa porcion de tierra de ese archipiélago compuesto de tres islas principales, y de muchas otras mas pequeñas: en su costa oriental, punto de Smeerenberg, hace tiempo que una compañía de comerciantes de Arcangel, sostiene una partida de cazadores que anualmente se relevan. Este débil establecimiento temporal puede mirarse como el punto habitado mas boreal del globo. Cerca de la costa septentrional de la isla Nordeste se encuentra el grupo de las Siete-Islas ó las Siete Hermanas, que se consideran como las tierras conocidas mas boreales de la Europa.

Sin mentar los montes, ó para hablar mas exactamente los vertientes fluviales que dominan las vastas llanuras sarmáticas del imperio ruso, todas las montañas de la Europa pueden comprenderse en los 12 sistemas siguientes, 8 de ellos continentales, y 4 insulares. Los 6 primeros están dentro de los límites de esta parte del mundo, y los dos restantes sistemas continentales, á saber, el Caucásico y el Orálico, pertenecen en comun á la Europa y al Asia. He aquí los sistemas continentales enteramente europeos: 1.° Sistema hespérico. Llámase así porque abraza todas las montañas y las mesas de la antigua Hesperia, que corresponde á los reinos de España y Portugal, y á él pertenecen todas las montañas de la Francia situadas al sur del Garona y del canal del Mediodía. Debe cuando ménos dividirse en tres cordilleras principales, á saber. *La cordillera septentrional ó Pirenaica*, que se extiende desde el cabo de Creus en Cataluña, bañado por el Mediterráneo, hasta el de Finisterre en Galicia; su parte oriental separa la Francia de la España, y domina la Cataluña, el Aragon y Navarra, formando los Pirineos propiamente dichos; su parte occidental atraviesa las provincias Vascongadas, Castilla la Vieja, Asturias y Galicia. Su punto culminante es el monte Maldito, Mont-Maladetta, en los Pirineos propiamente dichos, cuya altitud es de 1746 toesas. El Canigú, que por mucho tiempo habia sido reputado por el mas alto pico de los Pi-

Digitized by Google

rineos, no tiene mas que 1127 toesas. *La cordillera central ó Celtibérica*, así llamada por su situacion relativamente á las demás, y porque atraviesa el pais de los Celtiberos, el mas célebre de los pueblos de la España antigua. Su rama principal la forman las montañas situadas entre el Duero y el Tajo, y las que corren del noroeste al sureste, desde el nacimiento del Ebro hasta el cabo de Palos en el reino de Murcia. En su larga direccion va tomando diferentes denominaciones, tales como la de Serra d'Estrella en Portugal, y Sierra de Gredos, de Guadarrama, de Molina en España. Su mas alta cumbre en la Sierra de Gredos tiene la altitud de 1650 toesas. El punto culminante de la Serra d'Estrella no tiene mas que 1077 toesas de altitud. *La cordillera meridional ó Bética*, llámase tambien Sierra Nevada, y propiamente su parte mas alta no es mas que un ramal de la cordillera del centro; sus últimas avanzadas van á formar la célebre montaña de Gibraltar. El cerro de Mulhacen en la provincia de Granada es su punto culminante, y la mas alta cima de todo el sistema hespérico, pues su altitud asciende á 1824 toesas 2.º SISTEMA GALO-FRÁNCICO. Comprende todas las montañas de la Francia que se extienden al norte del Garona y del canal del Mediodía, al oeste del Ródano, del Saona, del Daubs y del Rin; he aquí sus cordilleras principales: *Las Cevenas*, que se extienden por los departamentos del Lozere, del Alto-Loira, del Cantal, del Puy-de-Dome, etc. En este último departamento, el Puy de Sancy, cuya altitud es de 973 toesas, forma el punto mas culminante, no solo de las Cevenas, sino tambien de todo el sistema. *Los Vosges*, que separan la Alsacia de la Lorena, y se extienden por el circulo Bávaro del Rin. El pico (Ballon) de Guebwiller, en el departamento del Alto-Rin, es el punto mas culminante: su altitud llega á 734 toesas. 3.º SISTEMA ÁLPICO. Es el mas vasto de la Europa, pues comprende todas las montañas situadas al este del Ródano y del Daubs, á la derecha del Danubio, y al oeste del Unna, afluente del Saba. Los Alpes propiamente dichos, que dan nombre al sistema, ofrecen los puntos culminantes del continente europeo y de las tierras insulares que de él dependen. Entre las numerosas cordilleras que le componen, debemos mencionar las siguientes: *La cordillera principal*, ó los *Alpes* propiamente dichos. Muda muchas veces de direccion, y toma muchas denominaciones, extendiéndose desde la division de Génova en el reino Sardo hasta las cercanías de Viena en la Baja-Austria, separando en este largo espacio la Francia, la Saboya y la Suiza, de la Italia, y atravesando el Tirol, el Saltzburgo, la Styria, la Carintia y el Austria. Las cordilleras principales que de él dependen son: *La septentrional*, ó los Alpes Berneses, que separa el canton del Valés, del de Berna. *La del Vorarlberg*, que desde el Vorarlberg, parte del Tirol á que da nombre, se extiende por la Suabia, ó Suebia, y por la Baviera. *La cordillera del Jura*, que atraviesa la Suiza occidental y la parte de la Francia limítrofe. *Los Alpes Carnianos* y los *Alpes Julianos* que completan el límite nordeste de la Italia, separando esta region geográfica de la Carintia, y de la parte de la Carniola que queda fuera de sus lindes naturales. *La cordillera del Apenino*, que atraviesa toda la península itálica del noroeste, desde el punto donde se separa de los Alpes en el reino de Cerdeña, hasta el estrecho de Messina, mas allá del cual vuelve á asomar en la Sicilia, y la recorre en todas direcciones formando el Apenino insular. Durante esta larga direccion atraviesa la parte oriental del reino de Cerdeña, los ducados de Parma, de Módena y de Luca, el gran ducado de Toscana, los estados del Papa y el reino de las Dos-Sicilias. El Monte Blanco tiene una altitud de 2400 toesas.

4.º SISTEMA ESCLAVON-HELÉNICO, ó de los Alpes-Orientales, así llamado porque recorre la provincia que lleva aquel nombre, y porque está situado al este del anterior. Abraza todas las montañas de esta region que están al sur del Danubio en el imperio otomano, y las de la Dalmacia y de la Croacia en el de Austria: ofrece dos cordilleras principales á las que daremos los nombres de occidental y oriental. *La cordillera occidental*, que tambien podria llamarse *Esclavona-Arinaut-Helénica*, recorre la Croacia y la Dalmacia, la Bosnia, la Servia, la Herzegovina, el Montenegro, la Albania ó pais de Arnaut, separa este último de la Macedonia y de la Tesalia, y penetrando en el nuevo reino de Grecia va á fenecer en el cabo Matapan de la Morea. Sus puntos culminantes son: el Monte-Olimpo, en la Tesalia, cuya altitud es de 1525 toesas, y domina todo el sistema; el Schar, en la Albania, no tiene mas que 1350 toesas; el Dormitor, en los confines de la Bosnia, de Herzegovina y del Montenegro baja á 1333 toesas; el Liancura (el célebre Parnaso de los antiguos) en el reino de Grecia, solo tiene ya una altitud de 1262 toesas. Entre las cordilleras insulares pertenecientes á la cordillera occidental citaremos la Cretense que recorre la grande isla de Candía, en medio de la cual se levanta el Monte-Psiloriti (el Ida de los antiguos) con la altitud de 1220 toesas. *La cordillera oriental*, que tambien puede llamarse Meso-Traciana, atraviesa la Macedonia, la Tracia, una parte de la Alta-Mesia, y la Bulgaria ó la Mesia Inferior. Sus puntos culminantes son: el Rilodagh que corresponde al Rodopo de los antiguos cuya altitud de 1300 toesas forma la mas alta cima de toda la cordillera; el Gran Balkan, punto culminante del Hemus de los antiguos, solo tiene 875 toesas, y el famoso Athos, llamado en el dia Monte Santo, no pasa de 993 toesas. 5.º SISTEMA HERCINIO CARPACIANO: abraza todas las montañas y las alturas comprendidas entre el Rin, el Dnieper, el Danubio, las llanuras de la Alemania septentrional y las de la Polonia occidental. La cordillera principal, llamada *Hercinio Carpaciana*, toma otros nombres segun los paises que atraviesa; montes Carpacios ó Krapacks la llaman entre la Transilvania y la Hungria de una parte, y la Moldavia y la Galitzia de otra; Montes Sudecios ó montes gigantes, entre la Bohemia y la Silesia; Erzgerbirre, entre la Bohemia y el reino de Sajonia; Montes Hercinianos propiamente, y tambien Rauhe-Alp, Jura-Aleman, y Schwarzwald (Selva Negra) en el reino de Wurtemberg y del gran ducado de Bade. De la cordillera principal se desprenden otras muchas secundarias, ó van á juntarse con ella en diferentes direcciones. Entre ellas citaremos; el Bohmerwald, que separa la Bohemia de la Baviera, el Thuringerwal (Selva del Thuringe) en los ducados de Sajonia, parte del Hesse-Electoral, el principado de Schwarzburg-Rudolstadt, el Harz, capitanato de las Montañas, en el reino de Hanover, en el ducado de Brunswich, y en el gobierno prusiano de Merseburgo.

6.º SISTEMA ESCANDINÁVICO. Comprende todas las montañas de la Noruega, de la Suecia, de la Laponia, y las alturas que recorren la Finlandia, el gobierno de Olonetz y la extremidad occidental del de Arcangel. La cordillera que al parecer es la principal, y á la que por lo mismo hemos llamado Escandinávica, ofrece en verdad grandes interrupciones indicadas recientemente por sabios viajeros y geólogos; arranca en el cabo Lindesnoes hàcia la extremidad meridional de la Noruega, recorre este reino, le separa en seguida del de la Suecia, atraviesa el Finmark, y va á perderse en el Nordkyn, promontorio el mas septentrional del continente europeo. Esta larga cordillera toma el nombre de *Montes Thulianos* en Noruega de *Dofrinianos* en la misma comarca, de *Kiol ó Kelen*, entre la Suecia y la Noruega en el Finmark. Sus picos mas altos se encuentran en la Noruega. El Skagstlos Tind, en los Dofrinianos, cuya altitud es de 1313 toesas, forma el punto culminante de todo el sistema. En segundo lugar viene el Snechatten, tambien en los Dofrinianos, con la altitud de 1270 toesas. LOS SISTEMAS INSULARES de la Europa son mucho mas notables por la altura de sus montañas que por la prolongacion de sus cordilleras.

La Europa cuenta un gran número de mesas y altos valles y la mayor parte de una vasta extension; pero, exceptuando las mesas de la Turquía Europea, de la Hungria, de la Transilvania, de la Finlandia, y algunas otras, pertenecen las mas á su parte occidental.

Digitized by Google

El Vesubio, cerca de Nápoles, es propiamente el único volcan que pertenece al continente europeo; pero, las islas de esta parte del mundo nos ofrecen algunos. Los principales son: el Etna, ó Mont-Gibel, en Sicilia, que es el mas activo, el mas antiguo, y al mismo tiempo el mas elevado de cuantos pertenecen á la Europa; en segundo órden vienen los tres volcanes de las islas de Vulcano, Vulcanelto, y Strongoli en el pequeño archipiélago de Lipari; el gran volcan del Pico, y el de san Jorge en las islas de este nombre en el archipiélago de las Azores; y el volcan de Saritcheff en la grande isla septentrional del grupo de la Nueva Zembla; es el mas boreal de los volcanes conocidos. Cuenta asimismo la Europa muchos volcanes sub-marinos, entre los cuales citaremos los que se perciben cerca de la isla de Santorin, en el Archipiélago propiamente dicho, y junto á las islas de San Miguel, de Terceira, y de San Jorge en el archipiélago de las Azores; ni debemos pasar en silencio el que en las aguas de la Sicilia meridional produjo en los años de 1832 á 1833 la isla Fernandina, que desapareció despues de algunos meses de existencia.

Los paises montañosos de la Europa nos ofrecen muchos *valles*, entre los cuales los mas célebres por su belleza son los de la Suiza, de la Saboya, del Piamonte, y del Tirol; sin embargo, muchas comarcas presentan otros no ménos vastos y pintorescos. Nos contentaremos con citar los de la Noruega y de la Suecia; los de la Escocia, del norte de la Inglaterra, y del Pais de Gales en la Gran Bretaña; los de la Hungría septentrional, de la Galitzia, de la Transilvania, de Saltzburgo, de la Stiria, del Bressan, del Bergamasco, del Vicentino, etc., en el imperio de Austria: los de la Francia meridional en los Alpes y en los Pirineos, y de la Francia central en las Cevenas; de la Navarra, de Aragon, de Cataluña y de Asturias en la España del Norte, y en las Andalucias de la España del Sur; de las provincias de Beira y de Tras-os-Montes en Portugal; de la Albania, de la Macedonia y de la Bosnia, etc., en el imperio Turco, etc. etc. Apesar de que las *llanadas* de la Europa son pequeñas en comparacion de las del Asia, del África y de la América, con todo, no dejan de tener una extension inmensa; por ejemplo la grande llanada Sarmato-Rusa abraza casi toda la Rusia europea, y no tiene mas límites que el Báltico y el mar Blanco al norte, el mar Negro y el Caspio al sur, el Oral al este, y los últimos ramales del Sistema Hercinio—Carpaciano al oeste: en todo ese espacio vastísimo no hay propiamente mas que pliegues y colinas que forman la separacion de las aguas. El Popova-Gora, que es el punto culminante de las supuestas montañas de Waldi, no tiene mas que 145 toesas de altitud; y Moscou, situada en medio de la supuesta mesa de la Rusia central apenas llega á 65 toesas. Y de paso diremos que los geógrafos han formado con esas humildes colinas de Waldi el nucleo de su imaginario *Sistema Sarmatico* que mas bien podria llamarse *esclarónico*, si se quiere hacer una concesion absurda á la rutina. Solo en la extremidad meridional de la llanada *Sármato-Rusa*, y propiamente en la Crimea, es donde se encuentran verdaderas montañas que son dependencias geográficas del sistema caucásico. Con aquella llanada van á juntarse las otras dos mas grandes de la Europa, que pueden llamarse sus hijuelas. En su parte media se junta con la grande *llanada Germánica* que comienza en Francia, frontero á la Mancha, y se extiende hasta el Niemen; en su parte meridional se enlaza con la vasta *llanada Danubiana*, que desde Pesth, en la Hungria donde tiene su mayor anchura, va á perderse en el Mar Negro. Tambien mencionaremos las llanadas del Loira, del Sena y Gironda, en Francia: del Po y del Adigio en Italia; del Tajo en España y Portugal, etc.

La Europa no tiene ningun desierto, propiamente dicho, de una extension considerable; pero en cambio tiene muchos *landes* ó eriales llamados *estepas* en Rusia, *putrens* en la Hungria, y *parameras* en España. Las mas vastas estepas se encuentran en el imperio ruso: la de *Ryn*, entre el Volga y el Oral, la del Volga entre este rio y el Don, y las de la Crimea, del Petchora, etc. son las mas extensas. En segunda línea vienen los grandes landes de la Suecia, sobre todo en el Nordland, en la Laponia y en la Gotia occidental. El imperio de Austria posee muchos, sobretodo en la Hungría donde son muy extensos. El reino de Hanover los tiene considerables en las cercanias de Stade, de Hanover, de Luneburgo y de Zell. Conocida es la estepa de Hamburgo, ni mas ni ménos que las de la Nueva Marca y de la Pomerania en la Prusia. La mayor parte de los departamentos de los *Landes* y del *Gironda* está ocupada por landes. El reino de Nápoles los tiene bastante grandes en la provincia de la tierra de Bari. España tiene *parameras* notables en Ávila y en la provincia de Soria.

La Europa posee muchos canales y en este punto, como en otros varios, deja muy en zaga á las demas partes del mundo. En la reseña que vamos á trazar solo indicaremos los canales que son muy notables por su extension, por su coste, ó por su importancia: principiaremos por la Francia pues hace tiempo que disfruta de celebridad por sus grandes y magníficos obras de esta clase. En Francia. El mar del norte, la Mancha, el océano atlántico y el Mediterráneo, esos cuatro mares que bañan las partes tan desiguales de las costas de ese reino, y que son tan importantes para su comercio, se comunican entre sí por medio de las grandes líneas de navegacion interior formadas por el curso de los rios y por el de los canales que enlazan en varios puntos sus regiones respectivas. Entre los 75 que en el año de 1840 poseia la Francia, debemos citar los siguientes: el de *Briare* que sale del Loira, y prolongado por el Loing, afluente del Sena, va á parar en este rio, junto á Moret, siendo en su género uno de los mas antiguos de Europa; el del *Mediodia*, ó del *Languedoc*, llamado tambien de los Dos-Mares, la mas grande obra hidráulica ejecutada en esta parte del mundo hasta fines del siglo XVII, pues comienza en Tolosa, sobre el Garona, y va á parar junto á Agda en el Mediterráneo; el de *San-Quintin*, que junta mútuamente el Escalda, el Soma y el Oise, afluente del Sena; el del *Centro* que desde Digoin sobre el Loira va por Blanz y Chalons á juntarse con el Saona, afluente del Ródano; el de *Borgoña*, que principiando en Roche por el Yonne afluente del Sena, va por Tonnerre, Montbard y Dijon á parar junto á San-Juan-de-Losne en el Saona; el del *Ródano* ó del *Rin*, que por el Doubs, afluente del Saona, y por el Ill, afluente del Rin, enlaza los dos rios que le dan nombre; el *lateral del Loira*, notable por sus grandes trabajos artísticos; el de *Bretaña*, llamado tambien de Nantes, que va de esta ciudad á Brets, atravesando el pais cuyo nombre lleva. Á éstos debemos añadir dos grandes canales que actualmente se están construyendo; el del *Marne* al *Rin*, que, partiendo de Vitri sobre el Marne, afluente del Sena, se enlazará en Strasburgo con el Ill, afluente del Rin, pasando por Nancy; y el *canal lateral con el Garona*, que debe pasar por Agen. Inglaterra. Los cuatro principales rios de la Inglaterra, el Támesis, el Humber, el Mersey y el Severnio, en los cuales se encuentran los cuatro grandes puertos de Londres, Hull, Liverpool, y Bristol, se comunican por medio de canales navegables por escala. Casi en el centro de ese vasto sistema de canalizacion se encuentra la ciudad de Birmingham, y mas al norte la de Manchester. Cada uno de esos dos focos inmensos de la industria inglesa, es el centro de un sistema de canales destinados á dar mutua comunicacion á las ciudades mas industriosas del reino. Entre los numerosos canales de la Inglaterra, cuyo conjunto forma el mas magnífico tejido de este género que se haya construido jamás, citaremos: el *Tronco-Grande*, que enlaza el Trent con el Mersey, el *canal de Leeds* en *Liverpool*, y el *Grand-Jonction*, que abre comunicacion entre Londres y Oxford. Tambien ofrece la Escocia muchos canales notables, entre los cuales son dignos de mencion el de *Forth-et-Clyde*, que junta los dos mares, abriendo comunicacion entre los dos puntos cuyo nombre lleva, y el *canal caledónico*, que abre nueva comunicacion entre los mismos mares, atravesando cinco lagos navegables. Este último comienza en

Digitized by Google

Inverness, y espira en Fort-William, siendo la mas soberbia obra de su clase de todo el Reino-Unido, y una de las mas vastas de Europa; pueden navegar en él buques de mil toneladas, y fragatas de guerra de 32 cañones. La IRLANDA tiene asimismo su *Gran Canal* que enlaza Dublin con Banagher sobre el Shannon; es la obra de este género que ha sido mas costosa, y cuya utilidad es mas limitada por su plan defectuoso; lo mismo puede decirse del *Canal Real*, que abre nueva comunicacion entre Dublin y el Shannon, donde desemboca junto á Tarmonbarry. EL IMPERIO RUSO ofrece las mas grandes líneas de navegacion interior existentes en Europa, apesar de no tener todavía ningun canal que por su estension y sus dimensiones pueda compararse con las grandes construcciones análogas de la Francia, de la Inglaterra, de la Alemania, de la Suecia y de la Holanda. El *canal de Ladoga*, que orilla la costa meridional del vasto lago de este nombre, es el mayor del imperio y el mas importante de sus canales, porque forma el punto de reunion de tres sistemas, los cuales por San Petersburgo abren otras tantas comunicaciones entre el mar Báltico y el Caspio separados por un inmenso espacio. He aquí estos tres sistemas, el de *Vishni-Volotchok* que entra en el Volga por junto á Tever: el de *Tikhvina*, que termina en el mismo rio junto á Mologda, y el de *María* que remata en Rybinsk, asimismo sobre el Volga. Otros canales abren comunicacion entre San Petersburgo y los lagos Ilmen y Onega, y aun con Arcángel, primer puerto del mar Blanco. Dos canales mas abren comunicacion directa entre el mar Blanco y el Caspio, uno de ellos por el Kama, afluente del Volga, y por el Vitchegda, tributario del Dvina, y el otro por el sistema de María, y por el Souckhona, ramal del Dvina. Tres pequeños canales, aunque no por esto ménos importantes, abren todavía otras tantas comunicaciones entre el Báltico y el mar Negro, los dos primeros por el Oulla, tributario de Dvina Meridional, por el Beresina, y por el Prypec, tributario del Dnieper, y el tercero por el Bug, tributario del Vistula y del Prypec. Otros importantes canales, que actualmente se construyen, estan destinados á reunir directamente en la parte inferior de su curso el Volga con el Don, el Niemen con los puertos de Liebau y de Windau sobre el Báltico y además á juntar las regiones del Dvina meridional, del Niemen y del Vistula. La SUECIA posee en su *canal de Gotha* ó de *Gothia* uno de los mas grandes y mas hermosos canales europeos: enlaza esta construccion el puerto de Gothemburgo, sobre el Cattegat, con el de Soder Koping, sobre el Báltico, abrazando el curso del Gothaelf y atravesando los grandes lagos de Wenern, Wetern y otros mas pequeños. La DINAMARCA, apesar de la corta extension de su territorio, ofrece una magnífica obra en su *Canal del norte y del Báltico* á donde va á fenecer en Kiel, y en el del *Steckitz* que enlaza el Elba con el mismo mar, y es uno de los mas antiguos de Europa pues se terminó en 1398. Los reinos de la BÉLGICA y de los PAÍSES-BAJOS, no solo cuentan con gran número de canales, sino que poseen algunos que deben colocarse entre los mas bellos trabajos de esta clase; citaremos entre otros el magnífico canal que corre entre Gante y Ostende por una parte, y entre Gante y Terneuse de otra, como asimismo el que desde Charleroi se dirige por Bruselas á Amberes. En los PAÍSES-BAJOS citaremos al ménos el célebre *canal del Norte*, que corre del puerto de Amsterdam al de Niew-Diep para evitar los escollos del Zuydersé, el de *Zuid-Willems-Waats* que va desde Bois-le-Duc hasta Maestricht y el otro *canal* que reemplazará al supuesto mar de Harlem, cuyo desagüe se efectua. EL IMPERIO DE AUSTRIA posee varios canales navegables y de riego, sobretodo en sus provincias italianas, entre los cuales haremos mencion de los siguientes: el *Franz-Canal*, ó canal de Francisco, que junta el Danubio con el Theiss, atravesando el condado húngaro de Bacs; el *canal de Viena*, que abre comunicacion entre Neustadt y la capital del imperio, el *de Pavia* que desde Milan corre hasta Pavia ladeando el Tesino, tributario del Po, abriendo así comunicacion entre la capital de la Lombardía y los puertos de Gero, de Chioggia, y de Venecia, situados en el Adriático; y por fin, el canal *del Brenta*, notable por ser segun se dice el primero en el que se aplicaron las esclusas construidas por el estilo que todavía está en uso; abre camino entre Venecia y Padua. La MONARQUÍA PRUSIANA poseia hace algunos años 201 millas de canales: el mas largo, sin embargo, el de *Klotnitz*, solo recorria 28 millas: apesar de esto los canales de la Prusia tienen grande importancia porque reunen los principales rios y sus tributarios que atraviesan el territorio prusiano, por ejemplo el Elba con el Havel y el Sprea, el Oder con el Warta y el Netxe, y el Vistula con el Brahe. La CONFEDERACION GERMÁNICA, que no ofrece todavía mas que cortos canales, disfrutará en breve de las ventajas de uno grandioso que podrá contarse entre los mas importantes. Hablamos del *Ludwik-Canal* (Canal de Luis), destinado á abrir una comunicacion directa entre el *mar Negro* y el del *Norte*, al través del continente europeo, enlazando el Rednitz, tributario del Mein, con el Altmubl, que lo es del Danubio, union que se efectuará en el reino de Baviera. Para formarse una idea de su importancia comercial, bastará decir que solo la línea principal del trecho de navegacion fluvial que va á abrirse sin interrupcion, recorre trece estados diferentes, á saber: los tres imperios, austríaco, ruso y otomano, los tres principados vasallos de este último, la Servia, la Valaquia y la Moldavia, el reino de Baviera, el gran ducado de Hesse-Darmstadt la Hesse Electoral, la república de Francfort, el ducado de Nassau, la parte occidental de la monarquía prusiana, y la monarquía holandesa, y el número de éstos seria aun mas considerable si se tomasen en cuenta los paises comprendidos en las regiones de aquellos dos grandes rios y á las que por los canales se comunican con éstos. Además de estos grandes canales en los Paises-Bajos y en la Bélgica (cuyas principales ciudades tienen entre sí canales de comunicacion mútua), el Piamonte, el reino Lombardo-Veneto, la Cataluña, Valencia, Aragon, Murcia, Granada y otras comarcas de Europa poseen numerosos canales de riego, algunos de ellos tambien navegables. Entre aquellos merece mencion el *Naviglio Grande* que en Tornavento sale del Tessino y va hasta Milan donde por el nuevo canal de Pavia se reune otra vez con aquel rio. Abrióse en 1176 con el nombre de *Tirinello* y por lo mismo se reputa ser el primer canal construido en Europa despues del renacimiento de la civilizacion con el doble objeto de servir para la navegacion y para el riego. Y no pasaremos en silencio la *Muzza*, canal que sale del Adda en Cassano y que se abrió en 1220 para riego del Lodesano; es reputado el mayor canal de riego que se conoce, á causa del inmenso volúmen de agua que lleva. LA ESPAÑA, ese vasto pais donde tantas útiles empresas pueden llevarse á cabo para elevarle al mas alto grado de prosperidad, merece que nos detengamos copiando al Sr. Verdejo Paez en la enumeracion de los pocos canales que por ahora cuenta: El primero es el *Canal de Castilla*, empezado en 1753, y cuyo objeto primitivo fué establecer comunicacion entre Reinosa y Palencia, Valladolid y Segovia, para facilitar la salida de los frutos de Castilla y Leon por el puerto de Santander, toma aguas del Pisuerga, cerca de Alar del rey, y sigue hasta Carrion con el nombre de *Canal del Norte*. Continua al sur hasta el punto del Serron, donde se divide en dos ramales. El uno, que se inclina hácia el Oeste, y se llama *canal de Campos*, terminando en Paredes de la Nava, y debia seguirse hácia Rio-Seco. El otro trozo, dicho *canal del Sur*, tiene dos leguas, y llega hasta cerca de Dueñas, debiéndose continuar con direccion á Valladolid: los tres están ejecutados con solidez é inteligencia, pudiendo sostener barcos de 1000 y 1200 quintales. Si se prosiguiese este canal se esportarian fácilmente los inmensos frutos de Leon y Castilla, además de las incalculables ventajas que procurarian el regalio á la agricultura, y el curso de sus aguas á los molinos y manufacturas. *El canal de Aragon ó imperial*, recibió este nombre porque con la mira de procurar riego á las co-

Digitized by Google

marcas vecinas se empezó á construir de órden del emperador Carlos V en 1528, pero en el reinado del señor don Carlos III se habilitó para barcos, siendo su objeto establecer la navegacion del Ebro desde Tudela al Mediterráneo. Toma aguas en el Bocal, á una legua escasa de dicha ciudad, y corre hasta mas abajo de Zaragoza, debiéndose continuar aun hasta Sástago, en cuyo punto se uniria con el Ebro, que desde aquí puede hacerse ya navegable á poca costa hasta su desembocadero. Si á las prodigiosas utilidades de esta comunicacion se agregan las del riego de mas de 42,000 cahizadas que producirá cuando esté concluido, regando en la actualidad sobre 30,000, se tendrá una idea de la grande utilidad de este canal, construido con toda magnificencia y acierto, y capaz de soportar barcos de 2000 quintales. Á la empresa del canal de Aragon se considera unida la Acequia Real de Tauste, que es un canal de regadio de ocho leguas. El producto de los dos no baja en la actualidad de 1,500,000 reales, á que debe añadirse otro millon que pagan los aragoneses para su continuacion. *El canal de Guadarrama y el de Manzanares*, empezados en tiempo del señor don Carlos III, debian establecer reunidos la comunicacion entre aquella sierra y el Tajo en Aranjuez. El de *Guadarrama* tomaba sus aguas en Torrelodones, al norte de Madrid. Habia ya hechas doce millas de escavacion, y una presa la cual reventó ántes de servir, por lo que se suspendió esta obra. El de *Manzanares*, que debia ser continuacion de aquel, empieza al sur de Madrid, cerca del puente de Toledo, sacando sus escasas aguas del Manzanares. Su poco curso y la desacertada direccion que se le dió hubieran obligado á abandonarle, si la inmediacion á la corte, lo delicioso de sus paseos y los magníficos edificios con que se le ha adornado en estos últimos años no le hicieran mirar como un lugar de recreo. Tiene siete millas y media, y debe unirse con el Jarama cerca de Vaciamadrid. Desde aquí seguirá la navegacion á lo largo de este rio hasta Aranjuez: pero ofrece bastantes dificultades este último trozo. Del citado Jarama tomaba origen otro ramal, que procuraba regadío á una extensa comarca, cuya agricultura prosperó con este motivo extraordinariamente; mas en el dia está muy descuidado. *El canal Fernandino* es una cortadura hecha en la isla menor en el Guadalquivir de 2000 varas de largo, y por la cual se ahorran nueve millas de navegacion llena de retornos y bajos. No es esta sola la ventaja que trae dicha obra, sino además la de haber procurado á esta isla, ántes desierta, el hallarse en el dia destinada á un cultivo floreciente con gran número de casas. Este canal hace parte del proyecto de navegacion del Guadalquivir desde Córdoba hasta el océano, con el cual, además de la fácil comunicacion, se aseguraria riego á un terreno inmenso, que yace por su falta inculto, con notable perjuicio de la poblacion y de la prosperidad de estas provincias. Su extension ha de ser de unas 73 millas y media, y está calculado su coste próximamente en 73 millones, cantidad bien corta si se compara con los inmensos productos que da de sí. *El Canal de Murcia*, apenas empezado, toma aguas del rio Guardal en una de sus fuentes, á 12 millas al norte de la ciudad de Baza. Se destinaba al doble objeto de navegacion y riego, para lo que debia reunir las aguas de varios rios, con las que fertilizaria los campos de Huesca, Lorca, Totana, Murcia y Cartagena donde debia terminar, uniéndose con el Mediterráneo. Su longitud está calculada en unas 129 millas, de las que solo hay hechas hasta el dia 15. Es bien sabida la fatal sequedad á que está sujeta la provincia de Murcia, cuyo suelo de los mas feraces del mundo, rinde cosechas estraordinarias en los años lluviosos, que por desgracia son pocos. Las aguas del citado canal, supliendo esta falta, convertirian la parte central y meridional de esta provincia en un pais tan ameno y productivo como la huerta de Valencia, procurando riego á mas de 450,000 fanegas, que rendirian en pocos años los 100 millones en que está tasada la obra. Otros varios canales, ó mas bien acequias de regadío, hay en Murcia, entre las que merece citarse la que se abrió en Albacete con el fin de desaguar las lagunas de sus inmediaciones, y que se extiende por unas seis leguas, que ameniza con sus aguas. *Canal de Urgel.* Dos canales que se emprendieron en esta parte yacen abandonados. El primero se destinaba á navegacion y riego; pero la mala direccion que se le dió, los grandes obstáculos que se presentaron y la falta de medios impidieron su prosecucion. El segundo, destinado á regadío, y dicho el *subsidiario*, se continuó algo mas; pero, no estando mejor dirigido que el otro, tuvo igual resultado, habiendo sucedido lo mismo que el que se construyó en Asturias para hacer navegable el Nalon, y que se rompió ántes de concluido. Son muchos los canales que hay proyectados para establecer comunicaciones de unas provincias á otras, y unir las aguas opuestas del Ebro, Duero, Tajo, Guadiana, Guadalquivir, etc.; todas empresas utilísimas, pero muy costosas y delicadas. Además de estos canales hay otros muchos destinados al riego solamente, de los que hay algunos ejecutados en Aragon, Valencia, Murcia y Granada, y otros en proyecto, como el de Tamarite que debe tomar aguas del Cinca; el de Segura, que ha de pasar por Cieza y Calasparra; los de Torremolinos y de Guadaljorce en la provincia de Málaga; el de Farser en la de Granada, el que debe conducir el Jarama á Madrid para amenizar las cercanías de la capital, etc. Los proyectos, dice el célebre Antillon, de navegacion de rios y abertura de canales, cundieron principalmente en España, en tiempo de Carlos I y Felipe II; época inoportuna porque el reino carecia aun de caminos, y por falta de ellos estaba en decadencia y ruina el cultivo de muchas provincias. Entónces hicieron tanto ruido las empresas de la *acequia imperial*, hoy canal de Aragon, de las navegaciones del Guadalquivir y del Tajo, de los canales de Jarama y Manzanares, y otras semejantes. En el año 1524 se trató eficazmente de hacer navegable el Guadalquivir hasta Córdoba, y sobre las utilidades de verificarlo, leyó públicamente un discurso en el Ayuntamiento el maestro Fernan Perez de Oliva, que se halla en sus obras impresas por Morales. Consultado el proyecto por Felipe II se encontró practicable, y aun se mandó practicarlo, concluidos que fuesen otros mas difíciles, de que entónces se trataba. Promovióse despues la misma idea en 1628, en la privanza del Conde-Duque, «quien envió á Córdoba «personas peritas, que tanteadas las dificultades y ven«cidas con el arte muchas, dieron principio á navegar «ó hacer navegable el rio.» Hácia el primer tercio del mismo siglo XVI, se pensó juntar por medio de un canal el Guadalquivir con el Guadalete. Estuvo tasada la obra en 400,000 ducados, pero se abandonó. Otro de los proyectos del reinado de Felipe II, fué la union de los rios Oria y Yrumea á fin de poner corriente la navegacion desde San Sebastian hasta Tolosa. Los péritos valuaron las obras hidráulicas que para ello eran menester en 12,000 ducados: mas no se ha llevado á efecto hasta el dia á pesar de haberse propuesto de nuevo en la junta general de Guipuzcoa de 1772. En el año de 1794 se estaban levantando planos y haciendo reconocimientos en Asturias, para poner corriente la navegacion del Nalon desde *Lariana* al sur de Pola, hasta la ria de Pravia. El proyecto de comunicar el Miño con el océano ni es nuevo ni imposible. Sobre él trabajaba la sociedad económica de Santiago, y en 1791 el capitan de navío don Eustaquio Giannini manifestó por menor en una memoria sus ventajas y los medios de realizarlo. El Ebro era navegable, en tiempo de Plinio, hasta Logroño, á 65 leguas del mar. En el siglo XII de órden del emperador don Alonso y para reprimir los moros se echaron en Zaragoza galeras y *buzas*. Zurita refiere que en el XV vino embarcado por Ebro el rey don Juan de Navarra. Junto el reino de Aragon en Córtes en tiempo de Carlos II se trató detenidamente de hacer el Ebro navegable, se mandaron practicar visuras y levantar planos, enviando ingenieros: mas por falta de caudales no se efectuó el proyecto que éstos hallaron asequible. En 1738 se hizo nuevo reconocimiento del rio desde Zaragoza al mar, sin consecuencia alguna. En 1778 trataba del asunto la Sociedad Aragonesa, auto-

Digitized by Google

rizada por el gobierno. Emprendida despues la grande obra del *canal*, de que se habló ántes, quedaron cifradas en su conclusion todas las ideas que ántes se referian á la difícil navegacion del Ebro por su alveo natural. La navegacion desde Lisboa á Alcántara por el Tajo se abrió en 1588. Aprobado despues el proyecto de Antonelli, célebre ingeniero, continuaron las obras para hacer navegable el rio hasta Toledo; y en efecto, ya lo estaba en 1588. En el reinado de Felipe III cesó la navegacion entablada, aunque se promovió el pensamiento de restablecerla; en 1640, desde Toledo á Alcántara; en tiempo de Carlos II entre estos dos mismos puntos abriendo despues canales de Madrid á Aranjuez, y de Aranjuez á Alcala: y en 1755 desde Toledo á Talavera, y aun mas arriba hasta sierra de Cuenca: nada se puso en planta: y los reconocimientos de los ingenieros enviados en las tres épocas, con los planos que levantaron, han quedado solo para ilustracion de la topografía física de una parte de España, y para mayor demostracion de ser muy asequible la comunicacion por agua desde la Mancha al Atlántico.

Toda la Europa occidental, si esceptuamos las penínsulas Escandinávica é Hispánica, y algunas otras fracciones considerables, ofrece el mas hermoso y magnífico tejido de caminos de todo el globo. En él se encuentran los de las admirables vias militares, que, partiendo en Roma de la *coluna miliar* iban á parar á los últimos confines del mundo conocido: algunos trozos todavía sirven. Allí, y en medio de los mas altos colosos de los Alpes, admíranse las obras maestras de este género en los soberbios caminos del *Simplon* y del *Montcenis*, construidos por Napoleon: y los del Splugen y del Stelvio, obra de Francisco II. El Reino-Unido, la Confederacion Germánica, la Italia Septentrional y la Francia son las grandes regiones que se distinguen en esta parte; pero existen comarcas ménos extensas, y que sin embargo dejan en zaga á aquellas por la belleza y la largura de sus caminos. Así que, despues de los grandes trabajos empezados bajo el régimen imperial y continuados con gastos enormes por el gobierno actual, el reino Lombardo-Veneto debe ponerse en primera línea, aun ántes que la Bélgica, la Inglaterra y la Sajonia por lo tocante á sus numerosos y bellos caminos que nada dejan que desear. Desde 1830 la Francia ha mejorado mucho y extendido su vias de comunicacion, sobre todo en los departamentos del Oeste, donde ha abierto caminos estratégicos, en los del Sena, Sena-y-Oisa, del Norte, etc. etc. En la monarquía prusiana, las provincias que mas se distinguen en esta parte son la del Rin y la de Sajonia. En el imperio de Austria, despues del reino Lombardo-Veneto, hay que hacer mencion de la Bohemia y de la Moravia. No debemos olvidar el reino de los Paises-Bajos y la confederacion Suiza, muy notables por sus calzadas. No asi la Europa Oriental, y particularmente la península Helénico-Esclavónica, donde el atraso es grande en este punto. Pero es fuerza confesar que el emperador Nicolás ha hecho mucho para abrir grandes comunicaciones entre su corte y los puntos mas distantes de su vasto imperio: desde 1834 se trataba con la mayor actividad en la construccion de seis grandes calzadas que parten de San Petersburgo; la que enlaza esta metrópoli con Nijni Novgorod, pasando por Moscou y Wladimir, está ya terminada, y tambien está á punto de concluirse la otra, no ménos importante, que desde la misma capital va á Riga, Dunaburgo y Cowno; otros caminos abren comunicacion entre Varsovia, Brzesk-Littewsky, Kowno y Kalisch, y se trabaja activamente en los caminos del Oral, del Caucaso y de la Rusia Meridional. Debe observarse aquí que la falta de buenos caminos entre las ciudades secundarias de la Escandinavia y de la Rusia Septentrional y Media, está hasta cierto punto compensada por el rigor de los largos inviernos de estas regiones, pues durante muchos meses el hielo y la nieve abren sin gastos líneas inmensas de comunicaciones tan seguras como fáciles. Además, hablando de los canales, hemos indicado ya la extension vasta de la navegacion interior de ambos paises, extension que suple en parte tambien la falta de caminos. No menores esfuerzos se hacen en España, á pesar de los disturbios que por tanto tiempo han traido revuelto el pais, para abrir carreteras reales que partiendo de distintos puntos vengan á cruzar en Madrid: debemos decir que por efecto de aquellas circunstancias, no todas las carreteras reales se conservan como se debiera, y además que los caminos transversales ó secundarios son casi nulos ó estan en pésimo estado.

Los caminos de hierro, á pesar de su reciente introduccion, forman un poderoso medio de trasporte que se halla ya establecido en muchos puntos, y se propaga con asombrosa rapidez por todos los estados de la Europa, si hasta el presente se esceptuan las tres grandes penínsulas Escandinávica, Hispánica y Helénico-Esclavónica. Los gobiernos no se han mostrado indiferentes ante esas grandes y útiles empresas: el de la Bélgica, entre los estados secundarios, y el del imperio de Austria, entre las grandes potencias, penetrados de la importancia política, general y estratégica de este nuevo medio de transportes, fueron los primeros, no solo en trazarlos sino tambien en emprender su ejecucion por sistemas completos y bien coordinados. Varios otros estados siguieron su ejemplo, entre ellos las monarquías francesa y prusiana, el reino de Baviera, el gran ducado de Bade, etc., etc. El Reino-Unido, la Bélgica, la Confederacion Germánica y la Francia son los estados que ofrecen mayor número de caminos de hierro: pero, donde ha tomado mas grande desarrollo es en Inglaterra, en Bélgica, en la Baja-Austria, en la Moravia, en Sajonia, en la provincia de Brandeburgo, y en los departamentos del Sena, del Sena-y-Oisa, de Gard y del Alto-Rin. He aquí los mas notables, bien sea por la época de su construccion, por los trabajos artísticos á que han dado márgen, ó por su extension.

La Francia dentro de poco verá su floreciente capital ser el centro de grandes líneas que enlazarán todas las plazas industriales y comerciales de la monarquía, que darán á Paris comunicacion rápida con la frontera Belga por Lila y Valenciennes, con la Mancha por Cáles y Bolonia, con el Mediterráneo por Chalons, Dijon, Lion y Marsella, con el océano atlántico por Orleans, Tours y Nantes, con el mismo punto por Burdeos y Bayona, y en fin con las fronteras de Alemania por Nancy y Estrasburgo: esta última línea es de la mas alta importancia bajo el respeto estratégico, y rivaliza con las de Paris al Havre, y á Marsella bajo el respeto comercial.

El imperio de Austria posee el camino septentrional del emperador Fernando, que va de Viena á Bochnia en la Galitzia, pasando por Lundemburgo, Prerau, Freystadt y Oswieczim, del cual parten tres ramales que van á Stockerau, á Brunn y á Olmutz. Estos caminos tendrán una inmensa importancia comercial, política y militar cuando en Oswieczim se enlazarán con él el camino prusiano de la Silesia y el ruso de la Polonia: en la actualidad es el camino de hierro mas estenso de toda la Europa, y mas si se tiene en cuenta que la seccion de Viena á Neustadt, perteneciente al camino Austriaco-Húngaro de Viena á Raab, viene á ser una prolongacion del mismo: este último es el mas frecuentado de todos los caminos comprendidos en los límites de la confederacion Germánica. La magnífica línea que debe unir las dos capitales del reino Lombardo-Veneto, Venecia y Milán, está empezada ya, y dentro de poco se abrirá para el público y será el mas grande camino de hierro de la Italia, que arrancará de Venecia por medio de un puente inmenso que ha de atravesar su laguna. En la Alta-Austria, merece citarse el camino de Budweis en la Bohemia (aunque no está destinado para uso de locomotivas) porque tiene cien millas de extension y es el primer camino de hierro de grandes dimensiones abierto en el continente europeo. Por último añadiremos que el gobierno austriaco á sus costas está activando las cuatro grandes líneas que juntarán Viena con Dresde por Brun, Olmutz, y Praga, con Trieste por Neustadt, Bruck, Gratz

Digitized by Google

y Cilly, con la frontera bávara por Linz, y con el reino Lombardo-Veneto, formando la seccion principal de este la linea de Venecia á Milan que dejamos anotada.

De la confederacion germánica y de Prusia, cuyos estados reunimos aqui porque sus lineas de caminos de hierro se cruzan, de suerte que algunos son costeados en comun por distintos gobiernos, diremos ante todo que Berlin es el centro de donde parten cinco lineas, de las cuales cuatro atraviesan la Prusia, partiendo de la costa del mar y dirigiéndose á los grandes caminos de los estados limitrofes. Tales son: la de Berlin á Hamburgo, la de Berlin a Stettin, la de Berlin á Oppeln por Francfort, Glogau y Breslau, que debe prolongarse para reunirse en Oswieczim con el gran camino austriaco del emperador Fernando, y por fin la de Berlin á Kotten por Luckenwald, Wittemberg y Dessau, la cual en Kottem se enlaza con la grande linea Pruso-Sajónica. Á la verdad que todas estas lineas solo estan principiadas, á escepcion de la última que hace algun tiempo está abierta á la circulacion, ni mas ni ménos que la de Berlin á Postdam, la primera en su clase construida en la monarquia prusiana. Viene en seguida la linea Pruso-Sajónica, una de las mas hermosas de Europa, y de la mas alta importancia, bajo el respecto comercial, político y estratégico; va de Dresde á Magdeburgo por Oschatz, Leipzig, Halle y Schoemberg, debiendo enlazarse con la grande linea austriaca de Viena á Praga. Las ciudades de Leipzig, Halle, Kothen y Magdeburgo son cuatro núcleos de la mas alta importancia. En Leipzig terminará la linea Bávaro-Sajónica que, partiendo de Nuremberg en la Baviera, pasará por Bamberg, Hof, Plauen y Altenburgo, un ramal partirá de Nuremberg en busca de la linea de Ausburgo que llega ya hasta Munich, floreciente capital de la Baviera. En Halle empezará la linea que podriamos llamar Pruso-Hesica, de la cual será Casal el centro, y Francfort-sobre-el-Mein el remate, desde cuyo punto hay ya una linea abierta que va á Wiesvaden y á Maguncia, y otra se correrá hasta Lipstadt en la Westfalia. Ya hemos dicho que en Kothen remataba uno de los cuatro grandes caminos que parten de Berlin. Por fin, pasará por Magdeburgo la linea Prúsico-Hanoveriana, cuyo centro será Hanover, y la cual por Brunswick irá á parar á Minden sobre el Weser, donde rematarán asimismo las lineas pertenecientes á la Prusia del Rin y á la Bélgica. Otras dos lineas partirán de Hanover, una hasta Broma por Verden, y otra hasta Boitzenburg por Zelle y Luneburgo, prolongándose por Schwerin hasta Wismar que cae sobre el Báltico. Las lineas de Dusseldorf á Elberfeld, y de Colonia a Aix-la-Chapelle, en la Prusia Riniana, serán por decirlo así el núcleo de la grande linea que podrá llamarse Riniano-Westfaliana, la cual partiendo de Minden (que cae sobre el Weser) se dirigirá á la frontera belga, hasta el punto de Verviers, pasando por Bielefeld, Lippstadt, Dortmund, Barmen, Elberfeld, Colonia, Aix-la-Chapelle y Eupen. Tampoco podemos pasar en silencio la linea de Bade, que atravesará de norte á sur el gran ducado de este nombre, dirigiéndose desde Manheim á Bale por Heildelerg, Bruchsal, Carlsruhe, y por junto a Freiburg: la seccion de Manwheim á Heidelberg está habilitada ya. Añadiremos por fin que el Holstein, dependiente de Dinamarca, tendrá dentro poco una linea que correrá desde Altona, que cae sobre el Elba, hasta Kiel, á orillas del Báltico.

En el vasto imperio ruso solo nombraremos la grande linea, muy adelantada ya, que debe enlazar Varsovia con Oswieczim, que cae en el camino septentrional del emperador Fernando (imperio de Austria), pasando por Rawa, Tomasrow y Czenstochau, y la otra mucho mas considerable, ya decretada, que correrá desde San Petersburgo á Moscou.

En los Paises-Bajos encontramos la linea que va de Amsterdam á Rotterdam, pasando por Harlem, Leyde, la Haya y Delft, cuyas dos primeras secciones, de Amsterdam á Harlem y Leide se han abierto ya á la circulacion; la linea de Amsterdam á Arnheim-sobre-el-Rin, está mucho ménos adelantada.

La Italia no tiene todavía mas que tres caminos de hierro terminados, y entre ellos es el mas notable el que va de Nápoles á Castellamare por Pórtici, pero dentro de poco tendrá muchos que podrán rivalizar con las mas bellas construcciones de esta clase. Hemos mencionado ya los de la Italia-Austriaca, y aqui nos resta solo citar la linea de Florencia á Liorna, por Pisa, ya principiada, con un ramal hácia Luca; la de Nápoles á Roma por Terracina, que se va á emprender muy pronto; y la de Génova á Turin, por Alejandria, que por una parte se correrá hasta Arona, que está junto al lago Mayor, y por otra irá hasta Pavia y Milan, cuyos trabajos segun se dice van á empezar muy luego.

Pero en Bélgica y en Inglaterra es donde debemos buscar un sistema completo de este género de comunicaciones, no ya en proyecto, ó en principio de realizacion, sino casi enteramente rematado, de suerte que unas lineas sábiamente combinadas enlazan mútuamente las principales ciudades de entrambos reinos. *Malines* es el centro del tejido de los caminos de hierro de la Bélgica, y por medio de ellos comunica al norte con Amberes, al oeste con Ostende por Termonde, Gante y Bruges, al sudeste con Verbiers por Louvain y Lieja, y al sur con Bruselas, cuyo último ramal debe prolongarse por Halle y Mons hasta Quiverain, para entrar en Valenciennes (Francia): otro ramal se correrá de Gante á Tournai por un lado, y por el otro hasta Lila (Francia). El brazo del sudeste, ó de Verviers, cuya construccion ha exigido inmensos trabajos artísticos, es de la mas alta importancia estratégica y comercial, pues viene á unirse con la grande linea Riniano-Westfaliana que va á parar á Berlin.

La Gran-Bretaña, y particularmente la Inglaterra, posee el mas hermoso y admirable sistema de caminos de hierro construido hasta ahora, y algunos de ellos ofrecen trabajos artísticos inmensos, bellísimos, y que han costado cantidades enormes. Entre sus numerosas y soberbias lineas, citaremos las siguientes: la que de Douvres va á Lancaster, atravesando toda la Inglaterra del sudeste al noroeste, pasando por Cantorbery, Chatam, Lóndres, Rugby, Birmingham, Newton y Preston; es por decirlo así la grande arteria en la que se concentran los demas ramales, y lleva diferentes nombres entre las ciudades principales; su mas notable seccion es la de Lóndres á Birmingham. En su largo transcurso pasa por dos de los cuatro grandes centros de los caminos de hierro, cuyas ramificaciones abrazan la Inglaterra entera: tales son los de Lóndres y de Birmingham en la parte meridional; en la parte septentrional pasa por Newton la magnífica linea de Liverpool á Manchester, la que apesar de su corta extension, pues no llega á 28 millas, es admirable por sus construcciones, y por haber sido la primera de esta clase que en grandes dimensiones se ha abierto en Inglaterra desde 1830. Lóndres es el centro de donde parten siete caminos de hierro, á saber: los de *Douvres* y de *Birmingham* que segun acabamos de ver forman parte de la grande linea que va del sudeste al noroeste; el *General Castern Counties*, que va de Lóndres á Yarmouth por Colchester, Ipswich y Norwich; el que va de Lóndres á Cambridge; el que enlaza Lóndres con Bristol por Reading y Bath, debiendo prolongarse hasta Exeter y Plimouth; y en fin los de Lóndres á Southampton y de Lóndres á Brighton: éste, y el de Lóndres á Douvres ofrecen las comunicaciones mas cortas entre Inglaterra y Francia, habiendo buques de vapor que continuamente transportan viajeros de Brighton á Dieppe, y de Douvres á Calés. Birmingham, poblacion colocada casi en medio de la Inglaterra, es el segundo grande centro de donde parten cuatro caminos de hierro que van á Lóndres, á Warrington, á Bristol y á Derby; este último, por Sheffield se enlaza con otro grande centro, el de Leeds, de cuyo punto tambien parten otros cuatro caminos en direccion á Manchester, á Sheffield, á Selby y á York. No podremos pasar en silencio la linea que abre nueva comunicacion entre los dos mares, corriéndose de Newcastle á Carlisle. En Escocia solo citaremos la linea que

Digitized by Google

corre de Edimburgo y Ayr, pasando por Glasgow y Paisley; y en Irlanda la que de Dublin va á parar á Kilkenny por Athy y Carlow. Los mas costosos y admirables caminos de hierro de la Gran Bretaña son sin disputa los de Lóndres á Birmingham, á Bristol, y el de Manchester á Leeds.

Tocante á la España debemos decir que las mismas causas que han impedido la abertura de nuevos caminos, y la conservacion de los que ya están abiertos, ha sido obstáculo para que se pensase siquiera en la creacion de caminos de hierro. Sin embargo en 23 de agosto de 1843 autorizó el gobierno la creacion de una compañía que ha abierto un camino de hierro de Barcelona á Mataró en Cataluña, linea que es la primera en su clase en España, y que promete resultados provechosos para la industria y el tráfico del país. El coste total ha sido de 20 millones de reales, capital dividido en 10 mil acciones de á 2 mil reales cada una. La distancia que media entre aquellas dos ciudades es de 12 millas.

Puede decirse que toda la Europa, considerada en su generalidad, es un pais industrial, salvas algunas escepciones, pues apesar del crédito que se ha dado á ciertas fábulas tocante á la ignorancia de varias poblaciones de la Europa Meridional y Oriental por lo respectivo á la agricultura, á las artes y á la fabricacion, puede sin embargo afirmarse que ningun pais comprendido en la gran familia europea deja de poseer algunos ramos de industria mas ó ménos perfeccionada. La feliz aplicacion de las ciencias exactas a todas las artes sociales, que en estos últimos años se ha manifestado, sobretodo en los prodigios de la mecánica, multiplicando hasta el infinito las fuerzas del hombre, ha aumentado en la misma proporcion los artefactos, y disminuido su precio en Europa, de manera que despues de haber provisto á las necesidades de sus numerosos habitantes, envia el sobrante á los demas paises, y además innumerables objetos de lujo. La industria inglesa, por ejemplo, descansa exclusivamente en la existencia de las grandes fábricas, en la extension dada á las artes mecánicas, y en la aplicacion especial de las máquinas de vapor, circunstancias que han contribuido poderosamente á colocarla en primera linea entre todas las naciones de la tierra.

Si desde luego pasamos á considerar cuales son las grandes divisiones políticas de la Europa que mas se distinguen bajo este respecto, despues de la Gran Bretaña, encontraremos la Francia, y en seguida la confederacion Germánica, la Prusia, el Austria, etc. Pero si, haciendo abstraccion de las divisiones políticas, nos paramos á examinar cuáles son los paises que se distinguen eminentemente por su industria, entónces deberiamos ante todo nombrar tambien la Inglaterra y la parte meridional de la Escocia, algunos departamentos del norte y del este de la Francia, casi todo el reino de Bélgica y el de Sajonia, las provincias Rinianas, casi toda la Silesia en la monarquía prusiana, la mayor parte de la Bohemia, de la Moravia, del archiducado de Austria, el Vorarlberg y algunas de las provincias italianas en el imperio de Austria, y los cantones suizos de Zurich, Bale, Ginebra, San Gallo, Neufchatel, el Appenzell-Exterior, y el de Argovia. Á continuacion deberiamos por lo ménos citar en los estados italianos las provincias de Génova, Turin, Chambery, el *compartimento* de Florencia, la delegacion de Bolonia, la provincia de Nápoles; en España, la Cataluña, el reino de Valencia, la Galicia, la Vizcaya, etc.; y en el imperio ruso los gobiernos ó distritos de Moscou, de Wladimir, de Kostroma, de San Petersburgo, etc. Y si todavia quisiésemos descender á mayores especialidades, entónces indagariamos las poblaciones que tienen en algun modo la exclusiva en ciertos ramos: así, por ejemplo, la industria algodonera domina en Manchester (Inglaterra), en Mulhausen (Francia), en Elberfeld (Prusia), en Chemnitz (Sajonia), en Barcelona (España), y en Chonia ó Ivanovo (Rusia): la ferreria, la quincalleria, la armeria en Birmingham (Ing.), Lieja (Bélg.), en Saint Etienne (Francia), en Steyer (Austria), en Pavlovo (Rusia), en Eibar y en Ripoll, si este pueblo logra revivir de sus cenizas (España); la sederia en Lion (Francia), en Spitalfields (Ing.), en Crefeld (Prusia), etc. Notaremos de paso que las capitales de los estados, y sobre todo las de las grandes potencias, como asimismo otras grandes ciudades, por efecto del aumento de poblacion, y de las riquezas y lujo que la acompañan, son asiento de grande y varia industria. Así es que no hay ninguna que no esté representada en los productos de la capital de la Francia, cuya mayor parte son conocidos en el comercio con el nombre de artículos de Paris: lo mismo puede decirse de Lóndres y con algunas restricciones, de Viena, Berlin, San Petersburgo, Bruselas, Nápoles, Turin y otras grandes ciudades.

No podremos formarnos una idea cabal de la industria europea sin tener en cuenta ciertos productos de la caza, de la pesca, del cultivo y corta consiguiente de los bosques, y de la explotacion de las minas, que son ramos importantísimos de la industria, y que experimentan grandes modificaciones por mano del hombre civilizado. Las vastas comarcas de la Rusia Europea, á las cuales un largo y rigoroso invierno reusa los beneficios de la agricultura, nos procuran por medio de la caza un número considerable de pieles, que, bien preparadas, forman un grande artículo en el cuadro industrial de aquel imperio. Cuando la pesca se hace por mayor, y entran sus productos en el comercio modificados por el trabajo, forma tambien un ramo principal de la industria europea: tales son la del arenque, del bacalao y de la ballena que hacen los ingleses, los escandinavos, los holandeses, los franceses y otras naciones marítimas; la del atun, de la sardina, del coral, que en algunos puntos de la Europa meridional hacen los franceses, los españoles, los italianos, etc. La agricultura, la primera de las artes, entra tambien en el dominio de la industria, cuando es llevada á la perfeccion que admiramos en muchos condados de Inglaterra, en la Bélgica, en varios departamentos de Francia, en la Lombardía, en algunas otras partes de la Italia, y en varios cantones de la confederacion Germánica. Lo que aquí decimos se aplica mas particularmente á algunos de sus productos inmediatos, como los caldos, el azúcar, la seda, las lanas etc. Para que el lector pueda formarse una idea de su importancia bastará decir que el valor de los vinos y aguardientes de Francia no la iguala ningun ramo de artefactos en particular: que el de la cerveza y del aguardiente del Reino Unido casi iguala el valor de la mas vasta de sus industrias, el algodon; que la cria de los gusanos de seda vale á la sola Italia Austriaca mas de ochenta millones de francos al año por la seda puramente hilada. La explotacion de las minas de la Europa, por medio de los difíciles y variados trabajos artísticos que reclama, pertenece eminentemente á la industria; así es que para unos pueblos ménos industriosos fuera imposible el laboreo de ciertas minas que rinden beneficios considerables.

Desde que los europeos salvaron la valla que por tantos siglos habia detenido á los navegantes, y que el océano entero se ha convertido en un vasto camino surcado en todos sentidos, el comercio de la Europa no tiene otros límites que los del mundo conocido. Los pabellones de las potencias marítimas flotan en todas las latitudes, en las aguas del Asia, de la América y del África, y en las que se estrellan en las costas de la Australia, y de las innumerables islas de la Polinesia. La situacion de una parte de los paises europeos sobre el océano y los mares interiores que de él dependen; el número considerable de rios navegables que atraviesan la Europa en todas direcciones, haciendo participar de los beneficios de la navegacion á las tierras centrales, todo ha debido ejercer una grande influencia para el prodigioso desarrollo que ha tomado el comercio interior de esta parte del mundo. Las artes humanas aumentan todavia los felices efectos de esa configuracion física, abriendo canales de un rio á otro, por medio de los caminos de hierro que transportan los artefactos, etc. con la mas asombrosa rapidez. Recientemente, merced á la aplicacion del vapor á la navegacion, se han establecido comunicaciones regulares

y no ménos rápidas á lo largo de todas las costas marítimas de la Europa, animadas de suyo por una inmensa navegacion velera, y los rios y lagos interiores son recorridos por numerosos piróscafos.

Á los grandes descubrimientos geográficos de fines del siglo XV es debido en gran parte el vuelo extraordinario que ha tomado el comercio exterior europeo. El sistema de colonizacion, que fué su consecuencia, aumentó el círculo de su actividad, abriendo comunicaciones con los puntos mas distantes del globo, comunicaciones que se han acrescentado desde que la emancipacion de la mayor parte de las colonias trans-atlánticas ha hecho cesar los grandes monopolios. La superioridad de la marina europea facilita mas y mas esas relaciones lejanas y no existe ningun punto de la tierra, por distante que este, que no sea accesible para el tráfico. Tambien en esta parte la aplicacion del vapor ha obrado prodigios, habiendo probado la experiencia que las grandes dimensiones de los buques no eran obstáculo para el empleo de aquella fuerza motriz. Asi es que las Indias Orientales se dan la mano con la metrópoli inglesa por el océano indio, el mar Rojo y el Egipto, en cuyo último punto se concentra parte de la navegacion por vapor de la Europa Occidental y de la Meridional que surca en todas direcciones el Mediterráneo y los ramales que de él dependen. Por otra parte hanse establecido comunicaciones regulares entre el archipiélago Británico y los puertos de la América Inglesa del Norte y los de la confederacion Anglo-Americana. Y muy en breve los grandes piróscafos que se construyen en dicha confederacion, en Francia y en los Paises-Bajos, van á emprender una navegacion mucho mas atrevida, enlazando los principales focos del comercio marítimo de sus costas, no solo con los de las opuestas orillas de la América del Norte sino tambien con las principales plazas marítimas del Mediterráneo Colombiano, con las de la América del Sur, con los principales puertos de las magníficas regiones del Asia Meridional y de la Malesia, y hasta con Sidney en la Australia, y con la lejana colonia que se acaba de fundar en la Nueva Zelandia: una parte de esas grandes comunicaciones está abierta ya.

Pero, el inmenso desarrollo del comercio europeo, único que puede llamarse verdaderamente universal, no es debido solamente á la superioridad de la marina de los europeos y de los descendientes de éstos establecidos en otras partes del mundo, sino tambien al aumento progresivo de la industria, de ese lazo que aumenta diariamente las relaciones de unos pueblos con otros. La Europa, con su lujo y sus necesidades, recorre todos los puertos en busca de los productos del suelo y del trabajo, dando en cambio los de una industria perfeccionada. De esta suerte la industria y el comercio se afianzan mútuamente, y ambas causas reunidas contribuyen poderosamente á dar á todas las clases de la gran familia europea esos hábitos de comodidades y de lujo que les son característicos. Los productos de los paises mas distantes no son ya un objeto de curiosidad: en las moradas de la opulencia, y en las habitaciones mas modestas, se encuentran las especias de la Malesia, el café de las Antillas, el té de la China, el azúcar del Brasil, y tantas otras producciones que nos vienen de las mas distantes costas.

Si despues de estas reflexiones nos paramos á clasificar los estados de la Europa, segun la importancia de su comercio, en primera línea pondremos á la monarquía inglesa, en segunda á la Francia, y vendrán en pos los paises alemanes comprendidos en la grande *Liga de Aduanas* formada en nuestros dias bajo la influencia de la Prusia, liga que abraza, además del territorio de la monarquía prusiana, todos los estados de la Confederacion Germánica, exceptuando solo los grandes ducados de Mecklemburgo, de Oldenbourg, del reino de Hanover, de tres ciudades Anseáticas, y de los paises comprendidos en el imperio de Austria y de Rusia. Pero entre los demás estados europeos no podremos pasar en silencio algunos que, si bien que muy inferiores á los ya nombrados por su extension y por su poblacion, rivalizan con ellos por su importancia comercial. Tales son entre otros el reino de los Paises-Bajos, el de Cerdeña y el de la Bélgica; ésta sobretodo, aunque sin colonias, y reducida á límites muy estrechos, ofrece un movimiento comercial cuyo valor no solo escede al de la vasta monarquía Sueco-Norvingiense, y al del imperio otomano, sino que casi iguala al del inmenso imperio ruso; parécenos además que en la misma categoría podria colocarse la pequeña república de Hamburgo, cuyo puerto es el primero de todo el continente europeo por el valor de sus importaciones y exportaciones cuyas sumas reunidas dejan muy en zaga á iguales sumas respectivas del imperio ruso.

La superficie de la Europa está caulculada en 2,793,000 millas cuadradas.

Su poblacion absoluta es de 229,200,000 habitantes. y su poblacion relativa de 82 habitantes por milla cuadrada.

El cristianismo en sus diversas formas domina en casi toda la Europa.

La Iglesia Católica extiende su imperio por casi toda la Francia y la Bélgica, por toda la Italia, la España, el Portugal, y las cuatro quintas partes de la Irlanda, por los principados de Hohenzollern, y de Lichtenstein, por gran parte del imperio de Austria, sobretodo en los paises comprendidos en la confederacion Germánica y en la Italia; asimismo reina en casi la mitad de la monarquía prusiana, sobretodo en las provincias del Rin, de Posen, de Westfalia y de la Silesia; en la mayor parte del reino de Baviera y del gran ducado de Bade, en casi la mitad del ducado de Nassau, en mas de un tercio del reino de los Paises-Bajos y en otro tanto de los reinos de Wurtemberg y del gran ducado de Oldenburgo; profésanla asimismo considerables fracciones de la poblacion de los estados protestantes comprendidos en la confederacion Germánica. Varios cantones suizos son tambien enteramente católicos romanos. La poblacion de la república de Cracovia lo es en su mayoría, lo mismo la de Polonia, y la del grupo de Malta: lo es tambien una fraccion considerable de la Gran-Bretaña, y del imperio otomano. Los soberanos que profesan la religion católica son: el papa, que es el gefe supremo de la misma, el emperador de Austria, los reyes de Francia, España, Portugal, Baviera, Sajonia y Grecia, todos los soberanos de Italia, y los príncipes de Hohenzollern y Lichtenstein. Los que profesan la religion luterana son: los reyes de Suecia, de Dinamarca, de Wurtemberg, los grandes duques de Hesse-Darmstad y de Oldenbourg, los dos de Mecklenburgo, los tres de Sajonia, el de Brunswick, los tres príncipes de Reuss y los dos de Schwarzburgo. Profesan la religion llamada Evangélica el rey de Prusia, el gran duque de Bade, el elector de Hesse, los duques de Nassau, de Sajonia-Altemburgo, de Anhalt-Dessru y Bernbourg, el príncipe de Waldech, y el del langravato de Hesse-Homburgo. Siguen el Calvinismo el reino de los Paises-Bajos, el duque de Hanhált Kœthen, y los príncipes de Lippe-Delmold y de Lippe Schauenbourg. Los reyes de Inglaterra y de Hanover profesan la religion llamada episcopal ó anglicana. El emperador de Rusia, y los príncipes de la Servia, de la Valaquia y de la Moldavia son sectarios de la iglesia griega ú oriental.

Puede decirse con bastante exactitud que tres iglesias principales forman en Europa tres grandes divisiones religiosas y geográficas: la Católica, que domina en las comarcas meridionales, la Protestante en las septentrionales, y la Griega en las orientales. Además de esas tres grandes divisiones eclesiásticas de la Europa cristiana, existen algunas pequeñas asociaciones religiosas separadas de la masa general: la de los Metodistas en Inglaterra; la de los Mennonitas ó Anabaptistas en Inglaterra, Prusia, Paises-Bajos, Rusia y Confederacion Germánica; la de los Socinianos en la Transilvania; la de los Cuakeros en Inglaterra y los Paises-Bajos, la de los Armenios en Turquía, Rusia, etc.

La poblacion no cristiana de la Europa se divide en las cuatro religiones siguientes: el islamismo, dominante en el imperio otomano, y profesado por casi todos los pueblos, de origen turco, conquistados por la Rusia; el Judaismo lo profesan los judios esparcidos por casi todos los estados de la Europa, y son mas numerosos en las provincias que formaban el antiguo reino de Polonia, asi como en la Turquía y en la confederacion Germánica; el lamismo es la religion profesada por las hordas de Calmucos errantes por la Rusia Europea. Pero solo en la parte europea de la region del Cáucaso, hácia el Oral, y en las soledades del gobierno de Arcángel en el imperio ruso, es donde existen todavía idólatras entre los Mitsdjegi y los Osetes, pues son ya muy escasos entre los Samoyedos, los Mordsa y los Tschonwaches. Todos los lapones han renunciado ya á la idolatria, y son luteranos ó griegos, segun que el territorio que habitan está sometido á la Suecia ó á la Rusia.

La Europa en sus diferentes Estados ofrece casi todas las formas posibles de gobierno, desde el mas absoluto hasta el mas democrático. Si queremos clasificarlos, deberemos ántes observar que la mayor parte ofrecen diferencias notables en unas formas de gobierno que parecen á primera vista idénticas. Hay Estados que nos presentan en una misma línea todas las graduaciones de los gobiernos monárquicos, mientras otros parecen con matices tan delicados que con razon podriamos colocarlos en una como en otra serie.

Combinando las reparticiones políticas de la Europa con sus grandes regiones geográficas puede dividirse en la forma siguiente: Parte occidental: subdividese en la *Central* que comprende la Francia, la Prusia, la Holanda, la Bélgica, el Austria y las confederaciones Germánica y Suiza; en la *Austral* que incluye la España, Portugal, Andorra y los diez Estados de la Italia: y en la parte *Boreal* que abraza la Inglaterra, la Suecia y la Dinamarca. Parte oriental: comprende la Rusia, la Turquia, la Grecia, Cracovia, las islas Jónicas, y los principados de la Servia, la Valaquia y la Moldavia.

Si atendemos solo á las reparticiones políticas veremos que los geógrafos y los economistas dividen la Europa en estados de primero, segundo y tercer órden, fundándose en sus fuerzas y en sus recursos, cosa vaga que de un momento á otro es incierta, y además no presenta demarcaciones fijas. Á lo mas nos parece exacta la calificacion de grandes-potencias dada á la Inglaterra, Francia, Rusia, Austria y Prusia, si bien esta última queda muy en zaga atendida su poblacion, sus rentas y sus recursos. En último resultado existen actualmente en Europa 83 Estados soberanos y 9 semi-soberanos ó dependientes: entre los primeros cuéntanse tres imperios, 1 monarquia electiva eclesiástica, 17 reinos, 7 grandes-ducados, 1 electorado, 11 ducados, 11 principados, 1 landgravato y 32 repúblicas; y entre los segundos 4 principados, 1 señorio y 4 repúblicas.

La Europa es la mas pequeña de las cinco grandes divisiones geograficas del globo, y bajo muchos respetos les es tambien fisicamente inferior: sin embargo, es la mas considerable de todas por su accion y por sus invasiones sobre las demas, pues toda la superficie de la tierra experimenta el influjo de la superioridad de las naciones europeas. En los destellos de la inteligencia, en las ciencias, en las artes, en la literatura, y en fin en todo cuanto eleva el alma y engrandece su horizonte moral, desde muchos siglos han sucedido los pueblos de la Europa á las antiguas naciones del Asia y las han dejado muy en zaga. Nuestra civilizacion, aunque muchas veces ha acortado el paso, no se ha parado nunca, ántes ha hecho progresos inmensos desde que las ciencias, en vez de perderse en vanas especulaciones, fueron aplicadas á mejorar la condicion social del hombre, aprovechando cuanto nos habian legado cuarenta siglos de experiencia, y los grandes y útiles descubrimientos que, sobretodo en nuestros dias, se han sucedido con asombrosa rapidez. Con igual éxito se dedicó la ciencia á la exploracion del planeta que habitamos: el océano entero ha venido á ser el dominio exclusivo de los europeos y de sus descendientes en las colonias: los europeos son los que con una mirada abrazan toda la redondez de la tierra, mientras que las naciones para quienes son desconocidos nuestros adelantos no tienen mas conocimientos geográficos que los encerrados en el reducido círculo de sus conocimientos. Nuestras formas de gobierno, distantes á la vez de la licencia y de los abusos del poder, ofrecen á la seguridad personal y á la propiedad unas garantías que buscariamos en vano en los Estados indígenas de las demas partes del mundo que no nos ofrecen mas que anarquias turbulentas ó numerosas poblaciones sometidas á los caprichos de un hombre.

Las fuerzas militares de Europa han sido elevadas á tal punto que ninguna potencia de las demas partes del mundo se halla en el caso de poder contrarrestarlas; y por el contrario se ha visto con asombro del orbe á un puñado de europeos sojuzgar vastos imperios, y á las escuadras europeas recorrer triunfantes todos los mares. Bien es verdad que solo nuestros Estados pueden ofrecer recursos capaces de sostener el desarrollo de unas tan considerables fuerzas marítimas y terrestres. En pié de paz los ejércitos europeos cuestan á la industria y á la agricultura un hombre por cada 92 habitantes, viniendo á formar una masa de 2,500,000 soldados, en la cual contribuyen los principales Estados en la proporcion siguiente: en Dinamarca hay un soldado por cada 51 habitantes: en Rusia uno por cada 57; en Suiza uno por cada 60; en Prusia uno por cada 76; en Suiza y Noruega uno por cada 85; en la Turquia uno por cada 92; en la Baviera uno por cada 113; en Sajonia uno por cada 116; en Wurtemberg uno por cada 117; en Austria uno por cada 118; en los Paises-Bajos uno por cada 119; en Francia uno por cada 139; en Portugal uno por cada 139; en las repúblicas alemanas uno por cada 145; en los principados alemanes uno por cada 148; en el reino de Cerdeña uno por cada 165; en Inglaterra uno por cada 229; en los principados italianos uno por cada 242; en el reino de Nápoles uno por cada 247; en España uno por cada 278; en la Toscana uno por cada 318; y en los Estados pontificios uno por cada 431.

He aquí la proporcion en que contribuye cada habitante en los gastos del Estado en algunos de los principales paises de Europa, por cálculo aproximativo: en Inglaterra cada habitante unos con otros paga 250 rs; en Francia 127; en las repúblicas alemanas 102; en los Paises-Bajos 98; en Dinamarca 80; en los principados alemanes 78; en Sajonia 76; en Prusia 67; en Portugal y en Cerdeña 60; en los Estados Pontificios 43; en Nápoles 42; en Austria 40; en España 30, en 1828, ahora 70; en Rusia 24; y en Suiza 20. Es fácil ver por estos resultados que las comarcas medias de la Europa, Inglaterra, Francia, los Paises-Bajos y la Alemania occidental son mucho mas industriosas que las extremas del Norte y del Mediodia, puesto que aquellas soportan cargas mas pesadas; y que los paises en que están ya arraigadas las formas representativas tienen mas considerable reparticion de pechos que los sometidos á un gobierno arbitrario.

Hace algun tiempo que la extension del territorio, una numerosa poblacion y unas rentas considerables, hermanado todo con otras circunstancias favorables al equilibrio general de las naciones, dieron á cinco de los Estados de la Europa una preponderancia decidida sobre los demas, y pusieron en sus manos los destinos políticos, no solo de esta parte del mundo, sino tambien de las demas. Resulta de esta supremacía el sistema de contrapeso, conocido con el nombre de equilibro europeo, cuya influencia está marcada en todas las grandes transacciones. Londres, Paris, Viena, San Petersburgo y Berlin, como capitales de aquellas potencias preponderantes, son las principales poblaciones del mundo civilizado, en donde se trata de los mas vitales intereses de la tierra entera. La mitad del Asia al norte, y su mas rica península al oeste, no son mas que una continuacion de dos Estados Europeos. La península del In-

Digitized by Google

dostan y su numerosa poblacion, las islas del archipiélago Malayo, las mas preciosas seguramente por sus productos, son otras tantas dependencias de ciertos gobiernos europeos. La Australia no tiene mas poblaciones aglomeradas que las colonias europeas. Los archipiélagos de la Polinesia, incesantemente recorridos por buques europeos, reciben los géneros de la Europa, los dogmas religiosos de la Europa, las artes de nuestras capitales, nuestras leyes y hasta nuestros vicios. Derrámanse las colonias europeas por casi todas las costas del África, que ciñen por todas partes, y en donde comienzan á formar Estados poderosos. Las naciones de Europa, que solo ha tres siglos que descubrieron el Nuevo Mundo, puéblanle ya del norte al sur, forman en él grandes potencias, y casi acaban de desposeer á sus antiguos habitantes. Y, fuerza es confesarlo, las cinco grandes potencias son las que en todas partes hacen sentir el peso de su poder, las que tienen encadenada el Asia, desde el Egipto al Tauro y desde los confines de la Persia hasta la gran muralla de la China, las que en África persiguen á las hordas indígenas hasta en las mismas arenas del desierto, y las que son respetadas, en fin, por las nuevas é inquietas naciones americanas. De esta suerte la tierra, considerada como morada del hombre, tiene por centro de accion la Europa, la que en todas partes preside por su superioridad moral y política. Oleadas de habitantes salen de su seno incesantemente para establecerse en las demás partes del mundo, y atónitas el Asia, el África, la América y la Oceanía, apesar de su extension inmensa, y de la poblacion considerable de la primera, acatan á la Europa como á metrópoli comun, y á la legisladora del linage humano.

Las fuerzas navales de los estados europeos dejan muy en zaga á las de las demas partes del mundo. En esta parte la navegacion por vapor, y la invencion de la artillería á la Paixhans han hecho una revolucion completa. Ya no hay que temer la fuerza contraria de los vientos; puede maniobrarse por mar como por tierra; el éxito de las grandes batallas navales, que hasta el dia habia dependido en gran parte de la casualidad ó de un arrojo temerario, admite ya las grandes combinaciones de una sabia estrategia: sin aumentar extraordinariamente el volumen de las piezas se ha duplicado su calibre; los fuegos curvos se han trocado por otros rectos que envian con furia irresistible globos preñados que revientan con estruendo horrible, despues de haber perforado las mas fuertes vallas, y despiden entónces una humareda negra y fétida que sofoca á los defensores. Los castillos de San Juan de Ulloa, en la república Mejicana, y de San Juan de Acre en el Asia, tomado el primero por los franceses, y el segundo por los ingleses, ambos en pocas horas, prueban que las acometidas de la marina actual son irresistibles: tanto ha progresado el hombre en inventar medios para su destruccion y su ruina.

Para conocer verdaderamente el estado de la marina de guerra europea convendria no solo enumerar sus buques, distinguir los mayores de los menores, contar los cañones, y ademas especificar el calibre de cada uno de éstos, sino tambien decir con certeza la edad que tiene cada uno de los buques: sin esta última circunstancia, que han olvidado casi todos los geógrafos y estadistas, no será posible calcular nunca la verdadera preponderancia marítima de las naciones. Y es que el secreto de tener una marina respetable no consiste en crearla, sino en conservarla: para lo primero un rey poderoso, ó un gobierno cualquiera pueden hacer un esfuerzo, pero para lo segundo se necesita hacer esfuerzos repetidos, costosos, y se ha de prever ántes si reportarán ventajas que resarzan con usura el gasto con que se carga. Apesar de sus grandes medios y recursos, todavia está calculando el Austria si le convendrá ó nó crearse una marina de guerra, y cargar con el peso de su conservacion. La edad de un buque varia segun su construccion, y los materiales que en la misma se emplearon. Mientras que los buques de guerra españoles y portugueses viven de 25 a 30 años, los de la Rusia, en sentir de Schnitzler, solo duran de 6 á 8 años: luego la Rusia tiene que hacer triple esfuerzo y gasto que aquellos solo para poseer una marina al igual suyo. En Francia un navio dura de 10 á 20 años: si se repara en parte, dura seis años mas: y si completamente 10. La magnífica marina militar española que en 1808 constaba todavia de 283 buques, entre ellos 42 navíos y 30 fragatas, estaba reducida en 1815 á unos 60 buques, la mayor parte inútiles. Algunos años de estada en los puertos ingleses bastaron para destruir casi enteramente la importante y hermosa escuadra dinamarquesa de que se apoderaron los ingleses trás su bárbaro bombardeo de Copenhague en 1807. En opinion del Capitan Trant, la actual escuadra otomana, aunque numerosa, está muy mal conservada; es pues una escuadra nula: por el contrario la del virey de Egipto, quien la hace reparar y conservar con el mayor esmero. De los datos que hemos podido reunir sobre la duracion de los buques, resulta, que para poseer una escuadra de cien buques, cada año deben renovarse ó construirse 6, 8, 10 y aun 12 segun las maderas que se empleen. De los mismos se desprende que nada es mas inconstante que los estados que muchos se afanan en presentar de la marina de las distintas naciones, pues de un año para otro no sirven. Sin embargo se observa de muchos años á esta parte una graduacion marcada relativamente á la supremacía de unas naciones con respecto á otras, graduacion que puede fijarse por medio de cifras. Así pues la Inglaterra nos ofrecerá un total de 606 buques de guerra, los 200 mayores: la Francia uno de 323, los 110 mayores; la Suecia 261, los 23 mayores: la Turquía con el Egipto 171, los 50 mayores; la Rusia 164, los 58 mayores; la Holanda 101, los 43 mayores; el Austria 72, los 11 mayores: Portugal 47, Dinamarca 25, Nápoles 17, Cerdeña 12, siendo mayores entre estas cuatro sumas las de 10, 11, 7 y 5. Tocante á la actual marina de guerra española nos bastará citar las tristes palabras del ministro de Marina don José Filiberto Portillo en su esposicion publicada en 21 de enero de 1844. «Un navío en estado de servicio y dos que necesitan fuerte carena, cuatro fragatas armadas y dos desarmadas, dos corbetas, nueve bergantines, tres vapores de guerra y otros tres de poca importancia, quince goletas de mediano porte, y nueve embarcaciones de fuerzas sútiles forman el poder marítimo de la monarquía. Algunos otros buques carcomidos y desmoronados, restos venerables de grandes escuadras, son la reserva que, dentro de los arsenales, espera, en vez de aumentar la fuerza de aquél, sumergir en las ondas el postrer monumento de glorias que pasaron, y que no es dado renovar sin lanzarse por sendero que, abandonado ha muchos años, se ha llegado á obstruir con grande copia de dificultad y obstáculos.» Componese, actualmente la marina española de 3 navíos, 6 fragatas, 2 corbetas, 9 bergantines, 6 vapores, 15 goletas y 9 barcos sútiles, total 50 buques, los 11 mayores.

Hemos visto que son cinco la Potencias Preponderantes de la Europa. Sin embargo, otras hay que, aunque colocadas en segunda línea, merecen mencion especial tratándose de la importancia política de las naciones, pues bajo ciertos respetos no solo igualan sino que tambien superan á algunas de las Potencias Preponderantes. Los Paises-Bajos, por sus florecientes posesiones en la Oceanía, donde son la potencia preponderante, se colocan inmediatamente despues de la Inglaterra, y forman la segunda potencia colonial del globo. Luego despues como á potencia colonial y por las islas Filipinas, de tan alta importancia bajo el triple aspecto de los productos, del comercio y de la posicion militar, debe colocarse la España, potencia de grande importancia ademàs por el vasto y fértil territorio que ocupa en Europa y por sus dilatadas costas en que posee puertos envidiados. Bajo el punto de vista de la marina mercante se nos presentan como potencias preponderantes el mismo reino de los Paises-Bajos, el de España, la monarquía Sueco Noruega, el reino de Cerdeña, y el de las Dos-Sicilias, cuyas marinas mercantes rivalizan separadamente con las del imperio de Austria y de la monarquía Prusiana, y

Digitized by Google

son considerablemente superiores á la del imperio Ruso. La de este coloso territorial es inferior por su porte á la del mismo reino de la Grecia cuya poblacion es inferior de mucho á la de la sola ciudad de Paris. Y si de esos Estados descendemos á otras fracciones políticas mas pequeñas, se nos presentarán otros hechos que vendrán en apoyo de los principios que acabamos de sentar. Las repúblicas de Hamburgo, de Brema y de Lubeck, restos magníficos de la famosa liga Anseatica, apesar de lo reducido de su territorio y de su corta poblacion, ofrecen en su conjunto un movimiento comercial doble del del imperio de Rusia, muy poco inferior al de la Francia, y que pasa de los dos quintos del de la monarquía inglesa. ¿Quién no conoce la industria y el comercio de algunos de los pequeños Estados que componen la confederacion Suiza, los cuales, aunque distantes del mar, y faltos de marina mercante, disputan á la Inglaterra la supremacía en los mercados del Asia, del África y del Nuevo Mundo? ¿Quién no oyó hablar de Ginebra, la Atenas de la Suiza francesa, cuyos relojes y cajas armónicas, ni mas ni ménos que las de Neufchatel, gozan de una celebridad tan merecida? de Bale, de Zurich, esa otra Atenas de la Suiza Alemana, que rivalizan por sus sederías con las mas acreditadas fábricas francesas? de Neufchatel, de Appenzell, de San Gallo, de Argovia y de Zurich, cuyos algodones, aunque escluidos de los mercados europeos, sostienen ventajosamente la concurrencia con otros productos equivalentes de los paises mas industriosos de la Europa? ¿Quién ignora que Bale y Ginebra deben contarse entre las principales plazas de Europa por lo tocante al comercio de los fondos públicos, y que bajo el mismo respeto la ciudad de Francfort, capital de una república cuya superficie es apenas triple de la del recinto de Paris, debe contarse como la primera plaza de toda la Alemania, y aun como una de las primeras del globo, por la circunstancia de poseer uno de los principales establecimientos de una casa, la de Rostschild, cuya influencia se extiende á todas las metrópolis financieras de los dos hemisferios?

Pasemos á otro órden de ideas, y todavía encontraremos varios Estados que, aunque muy pequeños, son muy importantes. Los dos principados de Hohenzollern, cuya superficie reunida ni aun llega á la mitad de la del departamento del Ródano, que es el mas pequeño de la monarquía francesa, despues del del Sena, tienen soberanos cuya familia es el tronco de la que ocupa el trono de la monarquía Prusiana. El gran ducado de Oldemburgo, cuya superficie es inferior á la del departamento del Paso de Calés, y cuya poblacion es de mucho inferior á la del distrito de Lila, está sometida á un príncipe cuya familia es el tronco de la reinante en el imperio ruso, en la monarquía dinamarquesa, y de la que hasta 1809 reinó en Suecia. El ducado de Sajonia-Coburgo-Gotha, cuyo actual territorio ni siquiera iguala á la mitad del del Alto Rin, uno de los mas pequeños departamentos de Francia, dió un rey á la Bélgica, otro al reino de Portugal, y un esposo á la reina de Inglaterra, cuyos hijos ocuparán el trono del imperio Británico. Los ducados de Brunswick y de Nassau, cuyas superficies reunidas son inferiores á la del departamento del Dordoña, y cuyas poblaciones reunidas apenas igualan á las de Viena y de Berlin en conjunto, están regidos por las ramas principales de las familias de Orange y de Hanover, que hace algun tiempo reinan en las monarquías Neerlandesa é Inglesa. Estas relaciones tienen para los Estados mas importancia de la que á primera vista parece. Tócanos aquí mencior asimismo un Estado, que, aunque colocado en una escala inferior si se le compara bajo muchos respetos con otros cuerpos políticos, ejerce no obstante una influencia moral inmensa, pues su capital es Roma, residencia del Soberano Pontífice de una religion esparcida por todas las partes del mundo, y que cuenta entre sus creyentes mas de una quinta parte de todo el género humano.

Semejantes hechos, por mas extraordinarios que puedan parecer, no asombrarán á un espíritu filosófico y familiarizado con la historia, porque en la antigüedad, ni mas ni ménos que en tiempos ménos remotos, verá pesar en la balanza del orbe á varios Estados de reducido territorio. Atenas, Esparta, Tebas, cuya fama llenó los ámbitos de la tierra, no eran mas que unas fracciones del pequeño territorio del reino de la Grecia actual, y contaban mucho menor número de habitantes, no solo que Londres y Paris, sino que San Petersburgo, Viena, Nápoles y Madrid. Roma, ántes de que pensase en conquistar el mundo occidental, no fué por mucho tiempo mas que un Estado muy pequeño. Las repúblicas que durante la edad media florecieron en el mediodia de la Europa, Venecia, Génova y Pisa, esas ricas y poderosas ciudades que por largo espacio de tiempo fueron los Estados marítimos preponderantes del Mediterráneo, y que, en union con Florencia, ejercieron tan grande influencia en beneficio de la civilizacion, de la industria y del comercio, en los dias de su esplendor mas brillante solo poseian unos reducidos territorios.

Por fin, no olvidemos jamás que las épocas cambian para los pueblos, y que entre los estados que hoy son secundarios, se encuentran algunos que en diferentes épocas han sido potencias preponderantes. El imperio otomano, en los siglos XV y XVI, bajo los reinados de Bayaceto ó Bajazeto, de Mahomet II y de Soliman el Grande, fué terror de la Europa y del Asia. El reino de Portugal, cuyo territorio europeo no llega á la quinta parte del de la Francia, ha enviado intrépidos marinos á recorrer todas las costas del África bañadas por el océano, ha extendido sus conquistas por una gran parte del continente africano, por todo el Brasil, por casi todas las costas del Asia Meridional, y llevado su triunfante pabellon hasta las lejanas playas de la Australia. La España, durante la dominacion de la casa de Austria, y los memorables reinados de Carlos V y de Felipe II, casi realizó la monarquía universal, y por sus conquistas en el Nuevo Mundo, y despues por su reunion con la monarquía Portuguesa, fué por mucho tiempo el mas vasto imperio que haya existido jamás; la misma potencia se levantó como por encanto del abatimiento en que la habia postrado la guerra de sucesion, y medio siglo ha era una de las grandes potencias preponderantes, y la tercera por sus fuerzas navales, ocupando la línea que ahora toca á la Rusia. La Suecia, bajo los reinados de Gustavo Adolfo, de Cristina, y de Carlos XII, llegó al apogeo de su poder, y tuvo grande peso en la balanza de las transacciones políticas de la Europa. Las siete Provincias-Unidas, que forman en el dia el reino de los Paises-Bajos, y cuya superficie es inferior sobremanera á la de cuatro departamentos franceses reunidos, despues de haber conquistado su pais, arrancándole de manos del Océano y de la de los extranjeros, levantáronse arrogantes en el siglo XVII para quitar á los españoles y á los portugueses el cetro de los mares en el Oriente, y para disputarle á la Inglaterra en los del Occidente, y hasta en las mismas aguas del Támesis.

Tales son algunos de los numerosos pensamientos que inspira la descripcion de la Europa, y que se desprenden de la que hemos presentado.

FRANCIA.

Si ha de creerse á los autores, ocupados en averiguar la genealogía de las naciones, la de los celtas, procedente de los escitas, es la madre de los pueblos que inundaron las Galias en la decadencia del imperio romano con los nombres de salianos, alóbroges, tectósagos y visogodos. Éstos disputaron á los romanos la Francia por mucho tiempo. El imperio romano habia tenido que luchar por muchos siglos contra la vigorosa inclinacion á la libertad, que fué natural en los gaulas. Por los años 260 salió una nueva multitud de bárbaros de los bosques de la Germania, mandada por Faramundo, y con el nombre de francos penetraron por las Galias; pero en lugar de fijar su habitacion se contentó el gefe con llevar diver-

sas veces á su campo los despojos de su rico pais. Clodion, Meroveo y Childerico, sus sucesores, tambien hicieron acometimientos momentáneos, y poseyeron en la Francia poco terreno. Clodoveo fué el primero que, juntando con una guerra feliz una política profunda, y muchas veces bárbara, se estableció sólidamente en estas tierras á fines del quinto siglo; y fué el tronco de la primera rama de los reyes de Francia, llamada Merovingia.

Á la grandeza de Clodoveo contribuyeron dos cosas muy contrarias, la religion y la crueldad. Haciéndose cristiano ganó á los obispos y al clero, que tenian grande ascendiente sobre los pueblos; y á éstos les dejó sus leyes y costumbres. Al mismo tiempo se deshizo, con la astucia ó con la fuerza, de los pequeños príncipes que tenia al rededor, y se apoderó de sus estados. Hizo asesinar á Sigeberto, rey de Colonia, por medio de Clodorico, su propio hijo: y despues castigó á éste por mano de sus propios criados. Entónces se presentó en la frontera, como para vengar aquellas muertes; y los vasallos, que no sospechaban que hubiese tenido parte en ellas, se sometieron al vengador. Cararico, rey de los morinos, y el gefe de éste, fueron ordenados sacerdotes por disposicion de Clodoveo; mas, temiendo que procurasen conseguir la corona, aunque les privaba de ella el sacerdocio, los hizo asesinar. Mató con su propia mano á Renacario, rey de Cambray, y á su hermano Riciario, que le entregaron sus oficiales; y á éstos les pagó en cobre dorado en vez de oro, diciendo irónicamente que aquella era la moneda propia para traidores. Despues de tantos delitos y trabajos para fundar un reino grande, en 511, hizo al morir cuatro pequeños, dividiendo sus estados entre sus hijos, con los títulos de rey de Metz, de Orleans, de Paris y de Soisons.

Clotilde, su viuda, fué tutora de los mas jóvenes: era hija de Childerico, rey de Borgoña, á quien Gundevaldo su hermano habia hecho matar para apoderarse de sus estados. Clotilde, que habia convertido á su esposo Clodoveo, armó á sus hijos contra su tio y los hijos de éste. Clodomiro, que era el mayor de los hijos de Clotilde, ayudando en la venganza á su madre, se apoderó de sus primos, y los hizo echar en un pozo. Los hijos de este bárbaro fueron muertos por Clotario su tio, á la vista de su abuela Clotilde, madre del asesino. En aquellos tiempos ninguno bajaba del trono, sino para un monasterio ó para la sepultura.

Entre los hijos y nietos de Clodoveo se nota que solo Teobaldo ó Tibaldo, rey de Metz, creyó que no eran los talentos militares las únicas virtudes de los reyes; así se aplicó á gobernar bien, y dió prudentes leyes á sus pueblos. Á él se le atribuye el siguiente apólogo, que espuso á sus ministros congregados: «Un hombre tenia escelente vino en una vasija muy ancha, y de cuello estrecho: dejándole abierto se introdujo por él una serpiente, que bebió tanto que no podia salir. El dueño del vino, viendo que la serpiente se mataba de todos modos por salir, dijo: miserable animal, para salir por un cuello tan estrecho no hay otro medio que vomitar.» No gustó mucho el apologo a aquellos ministros del siglo VI.

Por este tiempo se vieron las dos famosas rivales, Brunequilda y Fredegunda, la primera era española, y se habia casado en 565 con Sigeberto, rey de Austrasia. La segunda, hija de un paisano de Picardia, fué primero amiga y despues esposa de Childerico, rey de Soisons: y llegó á tan alta fortuna, consiguiendo de su amante la muerte de Galsvinta, hermana de Brunequilda, que se habia casado con Childerico; por lo que nació un odio irreconciliable entre estas dos mugeres. En una y otra no podemos ménos de reconocer mucho talento, y la misma inclinacion á la galanteria, y aun la misma facilidad en aprovecharse del favor para salir con sus empresas.

Sigeberto y Childerico eran hermanos: sus mugeres los enemistaron, y los armaron uno contra otro. Fredegunda, viendo que su esposo Childerico no era el mas fuerte, hizo asesinar á Sigeberto, y tomó tan bien sus medidas, que se apoderó de Brunequilda su cuñada, y la tuvo prisionera en Paris, desde donde la envió Childerico á Ruan, para que la tuviesen en buena custodia. Tenia este príncipe un hijo, llamado Meroveo, que marchando á una espedicion pasó por Ruan, y tocándole la cautiva al corazon, la dió la mano en presencia de Pretestato, obispo de aquella ciudad. Fredegunda, irritada por el triunfo de su rival, llevó á Childerico á Ruan. Separaron á los dos esposos, y enviaron á Brunequilda á Austrasia como desterrada; pero allí tuvo modo de sublevar á los señores austrasios contra su suegro, y les persuadió que al punto que Meroveo su esposo los viese en campaña se presentaria por gefe como mal contento de su padre. Á la verdad se preparaba á esta espedicion de vuelta de la de Poitou; pero le asesinaron. Fredegunda ya habia hecho sus pruebas contra Sigeberto su cuñado. No se dudó de que mano salió el golpe que previno las intenciones de su yerno.

Tenia este príncipe otro hermano, llamado Clodoveo, hijo de Andobera, muger de Childerico, que aun vivia, pero muger desgraciada y desterrada. La vista de este Clodoveo era molesta para Fredegunda, que acababa de perder por enfermedad tres hijos que habia tenido de Childerico, cuando apenas habian salido de la cuna; y no podia sin despecho considerar que aquel príncipe habia de ocupar el trono que ella tenia destinado para sus hijos. Tanto se dió á entender la envidiosa pesadumbre de Fredegunda, y lo que deseaba, que uno de aquellos malvados, que rara vez faltan en las cortes depravadas, acusó á Clodoveo de que habia dado veneno á los tres hijos de la reina. Pusieron al príncipe en prisiones, le hicieron una especie de proceso, y entre tanto que le instruian, le hallaron muerto con un puñal á su lado, para que se creyese que él mismo se habia quitado la vida. Temiendo que la reina Andovera fuese llamada por Childerico, que habia dado algunas veces á entender que no la tenia enteramente olvidada, y recelando que sobre estas desgracias viese algunas luces, tambien la quitaron la vida. De este modo se halló Childerico á discrecion de una muger cruel y ambiciosa que habia sido causa de que pereciese toda su familia. Al mismo Childerico le asesinaron volviendo de caza; y tambien se atribuye esta maldad á Fredegunda. Dicen que la cometió para no ser castigada, por los amores con otro, que ya su esposo habia advertido.

Ya se creeria que estaba perdida esta muger, poco amada de los vasallos de su esposo, espuesta al resentimiento de Brunequilda (que se habia hecho muy poderosa en Austrasia) y sin mas defensa que un niño de cuatro meses, último fruto de su union con Childerico. En este infeliz estado se puso en manos de Gontrano, rey de Orleans, tio y padrino de Clotario su hijo. Éste tomó á los dos bajo de su proteccion; y aunque puso en angustias á la madre con motivo de la muerte de Childerico, cuyos autores pretendió descubrir, se evadió con habilidad, haciendo sospechoso á un señor que habia sido su favorito, y que se habia separado de ella, creyéndola sin remedio por haber muerto á su marido. De este modo logró Fredegunda á un mismo tiempo el placer de que la declarasen inocente y el de vengarse. No obstante Gontrano mortificó á esta ambiciosa por donde mas sentia, pues nombró un consejo para el jóven Clotario; é irritada la madre con este golpe dado á su autoridad, se retiró al castillo de Verneuil.

Desde aquella soledad Fredegunda, que nada olvidaba, maquinó la muerte de Pretestato, el obispo de Ruan, que habia casado á Brunequilda con Meroveo. Tambien, aunque de lejos, armó emboscadas á Childeberto I, rey de Austrasia, y á la que era su rival. Por último sacó Gontrano á Fredegunda de aquel retiro, en que por despecho habitaba, y la llevó al lado de Clotario su hijo; y con motivo de haber acometido á este príncipe una peligrosa enfermedad, fueron tantos los votos que por su salud hizo su madre, y tan grandes las dádivas á las iglesias, que para con algunos historiadores se hizo recomendable su reputacion.

Murieron los dos reyes, Gontrano de Orleans y Childe-

Digitized by Google

berto de Austrasia; y las dos rivales, que dominaban cada una en su corte como madre y abuela, se vieron en proporcion de acometerse personalmente. Levantaron pues ejércitos, y ántes de llegar á las manos iba Fredegunda llevando á su hija de fila en fila, con lo que inspiró tanto valór á sus soldados que lograron una completa victoria, la cual sin duda hubiera tenido funestas consecuencias contra Brunequilda; pero murió poco despues Fredegunda, y dejó la escena de los delitos ocupada por su rival.

Era abuela ésta de Teodoberto y de Tierri, reyes de Metz y de Borgoña, y para que no se la opusiesen en el gobierno, no solamente les permitia las diversiones, sino que ella misma se las proporcionaba, fuesen lícitas ó ilícitas. Dejó que se casase Teodoberto, rey de Metz, con una criada, creyendo que así aseguraria mandar al marido por medio de su muger; pero la esposa, temiendo las astucias de la suegra, hizo que la separasen de la corte. Habiendo llegado Brunequilda á Borgoña, ya resentida del casamiento del rey de Metz, hizo cuanto pudo para que el de Borgoña no se casase: mas los señores con las representaciones mas vivas le hicieron resolverse á tomar esposa. Sobre haber tenido ya tres hijos naturales, que no es el mejor agüero para la felicidad en el matrimonio, eran tan conocidos el genio y el modo de pensar de la suegra, que el rey de los visogodos, si dió su hija á Tierri, fué con la condicion de que jurase que aquella princesa jamás habia de caer de la clase de reina; pero no llegó á serlo, porque Brunequilda consiguió que su nieto no gustase de la futura esposa; no se celebraron las bodas; y pasado un año en desagradables dilaciones restituyeron á España la princesa. Todas estas intrigas son nada si se comparan con otros manejos de Brunequilda. Ésta, para conservar la autoridad esclusivamente suscitó guerras entre sus nietos, y envenenó ó dispuso dar muerte violenta á los generales que no la agradaban. Durante las hostilidades cayó Teodoberto en manos de Tierri, y éste le entregó á su suegra la que, acordándose de que la habia separado de su corte por complacer á su muger, le hizo cortar el cabello, inutilizándole así para conservar el cetro; pero, reflexionando despues que para quitar toda pretension no hay mejor medio que la muerte, dió veneno al desgraciado Teodoberto, y aun se cree que le tenia preparado tambien para Tierri, con el fin de ser señora de los dos reinos; pero una disenteria que le sobrevino y le quitó la vida escusó á su abuela este delito.

Entónces no se veian grandes mudanzas en el reino por la muerte del rey, porque en aquel tiempo de los reyes Merovingios estaban los gefes de palacio con el ejercicio de toda la autoridad. Aunque oficiales domésticos, por la indolencia de los monarcas, solo les faltaba para reyes el título; y aun solian dar en su nombre disposiciones que los monarcas no se atrevian á repugnar. Presidian á la administracion de la justicia, decidian de la guerra y de la paz; y mientras los ociosos monarcas se entorpecian con el regalo, los gefes del palacio llevaban á los franceses al combate. Garnier, gefe del palacio de Austrasia, continuó, muerto Tierri, la guerra que este príncipe hacia á su primo Clotario, rey de Borgoña.

Brunequilda, á quien no pareció Garnier bastante dócil, escribió á uno de sus oficiales para que le quitase la vida: leyó el oficial la carta, y la hizo pedazos, pero juntándolos, y colocando cada uno en su lugar se llevaron á Garnier. Dió parte de la intencion de Brunequilda á los otros señores de Austrasia, y todos convinieron en entregar la reina á Clotario, como se ejecutó.

Este príncipe, heredero del odio de Fredegunda su madre contra Brunequilda, despues de vivas reconvenciones con que dió en rostro á esta princesa con todos sus delitos, la entregó á los verdugos. Montada en un camello la pasearon por todo el campo, diciéndola los soldados mil injurias, y por último la ataron por el cabello y por un pié, y una mano á la cola de un caballo cerril, que arrastrándola á golpe la despedazó. Bien merecia otro tanto Fredegunda, que habia muerto en su cama; pero á falta de suplicio lleva su memoria entre los mejores historiadores el sello del oprobio, cuando la reputacion de Brunequilda ha pasado á la posteridad con alguna estimacion: pues entre otras obras dignas de una gran reina, se cuentan los caminos de los romanos que restableció, y otros nuevos que construyó, y aun conservan el nombre de *calzadas de Brunequilda* (1).

Clotario II reunió bajo su cetro, en 613, todos los estados de Clodoveo; multiplicó los gefes de palacio, y los puso en Austrasia, en Borgoña, en Neustria y en Aquitania. Tuvo parlamentos ambulantes, y cayó como Clodoveo en el error de repartir sus estados entre sus dos hijos Dagoberto y Chariberto; pero la fortuna corrigió su imprudencia con la muerte de este último. Se apoderó Dagoberto de cuanto poseia, y quitó la vida á Childerico su sobrino, para gozarlo con seguridad. La corte de este príncipe fué de una magnificencia que hubiera pasmado, á no saberse que entraban con afluencia en Francia las riquezas del Oriente por las relaciones con Constantinopla, y las de Italia, y por las irrupciones de los franceses en aquellos paises opulentos, de los cuales, aun espelidos, siempre regresaban cargados de despojos.

Con la riqueza vino la corrupcion de las costumbres: públicamente se casó Dagoberto con tres mugeres, sin contar las concubinas. Al fausto acompañaba el orgullo. Habian hecho correrias algunos esclavones por las tierras de Francia, y Dagoberto representó sus quejas por medio de un embajador, el cual, soberbio por el poder de su monarca, habló con grande altivez. Samon, que de comerciante francés habia llegado á ser rey de aquellos pueblos, respondió con humildad, y prometió tomar bien las medidas para mantener la amistad entre las dos naciones. «¡La amistad! replicó groseramente el enviado, ¿acaso puede haberla entre los cristianos siervos del verdadero Dios, y unos perros paganos como vosotros?» «Pues si somos perros, replicó Samon, os haremos ver

---

(1) Concluye el autor haciendo alguna justicia al mérito de la española Brunequilda; pero admira sin embargo que escritor tan juicioso, en nuestros dias y á pesar de lo que ha progresado la buena crítica, al tratar los sucesos de esta gran reina, haya abandonado su delicada pluma á los fabulistas de su nacion. No debe hacerse agravio á su sinceridad, cuando lo poco que dice á favor de Brunequilda persuade que si mas hubiera hallado no lo habria omitido; pero debe sentirse la desgracia de que solo tuviese á la vista escritos indignos de fé para todo crítico. Prescindiendo de los diligentísimos investigadores de las antigüedades francesas, Estéban Pasquier y los padres Le Cointe y Cordemoi, franceses todos, en San Gregorio Magno y San Gregorio Turonense hubiera hallado repetidos testimonios del apreciable concepto que se habia merecido Brunequilda. Estos dos respetables escritores contemporáneos de aquella reina, francés el uno, y ambos tan notoriamente sabios, no es posible que el uno en el solio pontificio, y el otro en la silla episcopal de Tours, hubiesen dejado de advertir, en caso de haber sido ciertas, las maldades que se la imputan; y uno y otro por su santidad y demás prendas fueron incapaces de canonizar escesos. No permite la estrechez de una nota que se inserte la nerviosa apología de esta española reina tan desgraciada en Francia; pero los amantes de la verdad de cualquiera nacion que fueren, la leerán con satisfaccion en el tomo 6.° del Teatro crítico del ilustrísimo y reverendísimo Feijoo, discurso 2.°, párrafo 6.° No se estrañe, sin embargo, que entre tanto se haya procurado aquí rectificar á prevencion, en lo posible, las falsas ideas que puede haber hecho formar á los lectores el autor francés por uno de aquellos descuidos, ó llámense azares, de que no se libran algunos de los mas diligentes escritores, y que parece se han hecho inevitables á los extranjeros cuando intentan hablar de los españoles.

Digitized by Google

que tenemos dientes.» Tanto se lo dieron á conocer, que el monarca francés se arrepintió de haberlos ultrajado.

Dagoberto cayó en el mismo error que su padre, dividiendo el reino entre sus dos hijos Sigeberto y Clodoveo II. Con estos dos príncipes y sus sucesores se puede decir, que mas bien reinaron los gefes del palacio que los monarcas. Por los años de 680 se disputaron dos de estos gefes el poder: trastornaron las cortes: invirtieron las sucesiones de los príncipes, y se dieron entre sí batallas. Una rara casualidad los redujo al estado monacal, y así se vieron, á pesar suyo, con el hábito religioso en la abadía de Lugeuil, en la cual vivieron por algun tiempo como puede juzgarse de semejantes rivales. Con ardides que les salieron bien, volvieron del claustro al palacio de donde los habian echado, y continuaron en perseguirse. Ebroin, que vino á ser el mas fuerte, hizo sacar los ojos á Liger; pero tambien él fué luego asesinado.

Este fué el tiempo de los reyes llamados ociosos, porque lo fueron mas que sus predecesores, aunque á éstos no les faltó indolencia. En 690, Pipino de Eristel gobernó toda la Francia, siendo un simple gefe do palacio; pero era mas rey que los cuatro monarcas que vió sucesivamente en el trono, y en cuyos nombres reinó. Estuvo su poder para aniquilarse con su muerte, porque solo dejaba un hijo legítimo muy jóven, bajo la tutela de su viuda; pero tenia otro de mas edad, llamado Carlos Martel, nacido de una concubina, y éste sostuvo las pretensiones de su padre. Halló un contrario digno de su valor en Childerico II, que no le quiso recibir por gefe del palacio, y que emprendió sacudir el yugo de tan imperiosos ministros. No debemos por lo mismo colocar á este príncipe entre los reyes ociosos, pues mas bien le faltó la fortuna que la resolucion. No le favorecieron los señores franceses, que querian mas un gefe de palacio, á quien miraban como igual, que un monarca, á quien no podian ménos de reconocer como superior.

Carlos Martel señaló su gobierno con victorias contra los vecinos de la Francia y los extranjeros que pretendieron invadirla. En 732, derrotó á los sarracenos en los campos de Poitiers. Muerto un Tierri, por sobrenombre de Chelles, abadía en donde casi siempre habitaba, no atreviéndose Carlos Martel á tomar la corona por temor de los obstáculos que podria hallar en la envidia de los señores franceses, no permitió tampoco que pasase á otra cabeza, y continuó en gobernar como soberano, aunque sin el título de rey. Pipino, su hijo, por sobrenombre el Breve, por su pequeña estatura, observando en los franceses demasiado afecto á la familia de Clodoveo, colocó en el trono en 743 á Childerico III, descendiente de este rey; pero, viéndose bien asegurado de su poder con la prueba de siete años, y no teniendo ya que recelar del afecto de los pueblos, porque la incapacidad de Childerico le habia desterrado de los corazones, encerró en un monasterio al infeliz monarca y á su hijo, todavía muy jóven. Éste se crió en la obscuridad, y debió vivir muy poco, pues no se ha oido despues hablar de él. En 750 se acabó la familia de los Merovingios, que habia durado 270 años.

Pipino era hombre de admirable vigor, sin embargo de su pequeña estatura de cuatro piés y medio. Supo que algunos señores se burlaban de su talla; pero en el espectáculo de un combate que se dió en presencia de toda la corte entre un leon y un toro, cuando habia aquella fiera derribado á éste, y ya iba a degollarle: «Quién de vosotros, dijo Pipino á sus cortesanos, va á libertar al toro?» Todos callaron, y advirtiéndolo el rey, continuó: «Será preciso que yo vaya;» y al mismo tiempo bajó á la plaza, cortó de un tajo la cabeza del leon, y luego de un revés la del toro.

Sin duda este rasgo de valor y fuerza fué el que, haciendo impresion en aquella nobleza belicosa, le adquirió la estimacion; pero el poder de Pipino se aseguró mas con su discreta conducta. Manifestó mucha sumision á la autoridad de los papas, y este ejemplo fué muy útil para los grandes, pues viendo que el rey se conformaba con las decisiones del pontífice, no se atrevian ellos a contradecirlas. Cuando quiso usurpar la corona al débil Childerico, propuso este político problema: ¿Conviene juntar el poder con el título de rey, ó agregar el título de rey al poder? La respuesta fué como él la deseaba, y arreglada á la razon, suponiendo que el poder no se haya separado del título por astucia ó por fuerza; pero en los pueblos no se ven las cosas tan de cerca, cuando se suponen persuadidos.

Pipino supo ganarlos con demostraciones de confianza: celebró frecuentes juntas de la nacion: comunicaba en ellas sus intenciones de un modo conforme á sus fines: y oida la decision se tomaba como obligacion de su dignidad el encargo de ejecutarla, dejando á la junta el honor de haber formado y arreglado los proyectos. De este modo era en la apariencia ministro ejecutor de la voluntad del pueblo, haciendo siempre la suya, y tenia continuamente á la Francia en actividad con estas asambleas ó con las guerras que emprendia. Mientras tanto sujetaba la Aquitania y la Baviera, vencia á los sajones, hacia respetar el nombre frances en Italia y dictaba sus leyes á la misma Roma. Viendo sus vasallos el espectáculo de un papa que imploraba su proteccion, no tenian tiempo para pensar en conspiraciones, ni para urdir tramas contra su autoridad y su vida. Si á Pepino le quieren dar el nombre de usurpador, él fué el que vivió mas tranquilamente hasta que murió de enfermedad á los cincuenta y cuatro años. Para ilustrar su memoria no necesitó del epitafio que pusieron sobre su sepulcro: *Aquí yace Pipino, padre de Carlo Magno.*

Este príncipe era tan alto de estatura como su padre pequeño, pues dicen que sobre siete piés de alto, su constitucion era robusta, su aire magestuoso, alegre y afable al mismo tiempo. Sus estados se dilataron desde el mar Báltico hasta los Pirineos, y desde el canal de la Mancha al Mediterráneo comprendiendo la Italia. Pasaba rápidamente de un estremo á otro, y no se ve que fuese su residencia fija, porque tenia palacios en el centro, al norte y al mediodía, y vivia en ellos segun la necesidad: método útil para los pueblos, pues de este modo esperimentan sucesivamente las riquezas de la corte, y son ménos vejados si vela el príncipe sobre los subalternos que gobiernan. El gran talento de Carlo Magno era saber escoger sus ministros y generales, y dirigirlos en el consejo y en campaña. Igualmente recomendable, como legislador y como guerrero, promulgó leyes cuya prudencia se admira, y resonó en todo el universo el ruido de sus armas victoriosas.

Se llaman estas leyes capitulares por estar repartidas por capítulos: se hacian en las juntas generales con el parecer y consentimiento de los señores y de los prelados que se hallaban presentes. La ocupacion de las juntas eran los negocios y los placeres, pues para entónces estaba reservado el lujo; pero fuera de estas ocasiones era el monarca tan sóbrio en la mesa, como modesto en los vestidos. Puede formarse juicio de esto por las leyes suntuarias, conservadas en las capitulares. Carlo Magno en la sancion de una ley juntaba el ejemplo con la reconvencion. Habia advertido que sus cortesanos se iban acostumbrando á gastar vestidos de seda con pieles de grande precio; y viéndolos adornado así un dia, propuso una cacería, en que los hizo correr por los campos y los bosques con grandes vientos y lluvias. Á la vuelta no permitió que mudasen de vestido: cada uno se presentó al fuego; pero sin atreverse á acercarse demasiado para no esponer á su actividad perniciosa la seda ni las pieles. «Amigos, muy mal estais, dijo el emperador, muy traspasados de frio, al mismo tiempo que yo con este manto de piel de carnero que vuelvo, segun viene el aire, conservo mi vestido tan hermoso como cuando salí, y á la vuelta me caliento á mi gusto. Avergonzaos, y aprended á vestiros como hombres. Dejad la seda y esquisitos adornos para las mugeres, ó guardadlos para los dias de ceremonia, cuando se llevan esos vestidos por solo ostentacion, y no para el uso cotidiano.»

Todo el tiempo de su reinado estuvo Carlo Magno en guerra: sujetó en varias veces la Aquitania; y cuando

ya creía ser absoluto dueño de ella, salió un duque, ya viejo, á pelear con él, despues de veinte y cinco años de monasterio, mas le hizo volver de nuevo al claustro. Recorrió dos veces la Italia como vencedor: recibió en Roma la corona imperial: destronó á Didier, rey de Lombardía, y le envió con su familia á Francia á morir en una prision. No fueron tan felices los franceses en España bajo sus órdenes, pues con bastante trabajo pudo retirar su ejército, casi destruido en Roncesvalles, por mas esfuerzos que hicieron el famoso Rolando, llamado por los españoles Roldan, y otros paladines que le acompañaban. Tasillon, duque de Baviera, á quien habia perdonado en otra ocasion por haberse sometido al homenaje, volvió de nuevo á la carga; pero fué confinado á un monasterio con toda su familia. Éste era el menor castigo que daba Carlo Magno á los reyes vencidos; y el silencio que la historia guarda sobre los que encerró en esta especie de sepulcros, nos hace creer que Carlo Magno no les dejaba hacer larga penitencia.

Este príncipe, con todas las virtudes que decoran su memoria, no sé como podrá llamarse clemente, pues estremecen sus ejecuciones sanguinarias contra los sajones, de los cuales, además de los que morian en las batallas, hizo degollar hasta cuatro mil y quinientos despues de una victoria. La muerte ó el bautismo era lo que proponia á aquellos idólatras, y así no se convertian sino por no perder la vida, y cuando veian distante al vencedor se volvian á sus dioses. Á fuerza de matar ó de desterrar estableció este emperador el cristianismo en las tierras de Sajonia. Las victorias de Carlo Magno, el ruido de su reputacion, y la felicidad de sus armas no impidieron que los moravos, los dinamarqueses y los normandos entrasen algunas veces por sus fronteras; pero siempre los rechazó, y los retiró á sus paises, reduciéndolos á mantenerse en la defensiva.

Estas tumultuarias ocupaciones todavia le dejaban tiempo para otras mas sosegadas, aunque no ménos penosas, cuales son las del gobierno, porque un gran talento todo lo abraza, y aun multiplica las horas. Examinaba Carlo Magno las leyes de los pueblos que conquistaba, ántes de permitirles el uso de ellas. Su cuidado particular era el respectivo á la religion: el clero adoptó por su parecer el canto romano en los divinos oficios: estableció en los cabildos y en los grandes monasterios escuelas de gramática, de aritmética, y de todas las ciencias que entónces se conocian. En su palacio se juntaba una especie de academia, en la cual cada miembro tomó el nombre de algun célebre antiguo, como el de Platon, Aristóteles, Ciceron, Agustino, Horacio; pero Carlo Magno eligió para sí el de David. Esta idea, que nuestro siglo abundante en ciencias tratará de puerilidad, podia servir para animar en aquel tiempo, en que se necesitaban medios estraordinarios para sacudir la estupidez de los entendimientos.

Se ha visto con admiracion un órgano que de Constantinopla enviaron á Pipino, y sin duda no se admiró ménos un reloj que llevaron á Carlo Magno los embajadores de Persia. Concibió este príncipe el proyecto de juntar el Rin con el Danubio, estableciendo así la comunicacion del Océano con el mar Negro; y aunque no lo consiguió por falta de máquinas y otros medios que aun no estaban inventados para la ejecucion de tan grandes obras, es preciso reconocer por lo ménos que era un príncipe que se interesaba verdaderamente en la felicidad del género humano. Ningun trabajo útil se escapaba de su atencion, y así se lee con placer que entraba en las menores circunstancias de las ocupaciones de la agricultura, que conocia sus tierras de renta, su producto y el número de sus ganados, que las mugeres de sus palacios manejaban el huso como la aguja, y que él se complacia en adornarse con tareas de su muger ó de sus hijas. Tuvo sucesivamente cinco esposas legítimas; y como en sus amores era indulgente, no fué severo con los de los otros. Era hombre accesible, afable, y que sabia disfrutar las dulzuras de la vida privada sin ofensa de su dignidad. Vivió Carlo Magno setenta y un años, y reinó cuarenta y siete.

Habia asociado al imperio á su hijo Luis, por sobrenombre el *Débil*. Este príncipe fué enviado á Aquitania para ensayarse en el gobierno, y se portó tan bien, que su padre, sabiendo su buena conducta, no pudo ménos de decir: «Doy gracias á Dios, y alegrémonos de que este jóven es todavia mas prudente y mas hábil que nos.» No se realizaron tan bellas esperanzas en otra administracion mayor, pues la historia de Luis el *Débil* apenas es otra que la de sus defectos, y entre éstos puede colocarse el estrépito que hizo con motivo de la conducta de sus hermanas, con las cuales habia sido Carlo Magno demasiado indulgente. Luis, que necesitaba de perdon, pues se le conoce un hijo bastardo, hizo arrastrar públicamente á los amantes de estas princesas, y á ellas las encerró en conventos, en donde pasaron sus tristes dias como penitentes. Este castigo hizo ruidosamente notoria al pueblo la deshonra de la familia imperial.

Sostuvo este carácter con rigor cruel en la ocurrencia con Bernardo, rey de Italia. Era este príncipe hijo de Pipino, primogénito de Carlo Magno, que le dió el reino de Italia. Murió Pipino ántes que su padre. Empeñó Luis al emperador para que diese la corona de Italia á Bernardo, hijo de un hermano: pero llevó á mal este príncipe, cuando murió su abuelo Carlo Magno, que no hubiese trasladado á él la corona imperial, siendo hijo de su primogénito, y ántes bien se la hubiese dado á Luis, hermano menor de su padre. Significó á su tio sus pretensiones, y se armó para sostenerlas. Aquí se nota que tenia á su favor los principales ministros de su abuelo, y entre otros á Teodulfo, obispo de Orleans. No se rindió Bernardo porque le faltase el mayor número de los señores, ántes viéndose abandonado fué á implorar la clemencia de sus tios. Luis le dió en rostro con su ingratitud y le remitió para ser juzgado á la asamblea general: ésta le condenó á muerte igualmente que á sus cómplices. Luis el *Débil* redujo el castigo de la mayor parte de los obispos á la deposicion; pero hizo sacar los ojos á los legos. Bernardo murió tres dias despues, y sus tres hermanos fuéron encerrados en monasterios.

Haciendo justicia á Luis el *Débil*, siempre le estuvo remordiendo esta ejecucion, pues así lo manifestó en muchas ocasiones, y principalmente en sus desgracias: mas no se ve que rehabilitase á los hermanos de Bernardo; bien que dió señales manifiestas de arrepentimiento por haber castigado con la deposicion y otras penas corporales á los obispos, abades y otros magnates del clero, como cómplices de Bernardo. En una junta de obispos, convocada en Artiñi, les pidió perdon y penitencia. Además de esto llamó á su lado á aquellos clérigos sospechosos; á aquellos enemigos reconciliados los admitió en su consejo, y entre otros á Vala, célebre abad de Corbia; pero de aquí le provinieron todos sus infortunios.

Hermengarda su muger, le dejó al morir tres hijos en edad perfecta; y Luis, sin saberse por qué, y sin prever que podria casarse y tener hijos que con el tiempo pidiesen su parte, repartió sus estados, dando á Pipino la Aquitania, á Luis la Baviera, y asociando al imperio al primogénito Lotario. Llegó el caso que debió haber previsto: se casó con Judit, princesa alemana, muy hermosa y tan galante como él era devoto. Ésta tuvo un hijo, llamado Cárlos, que dió grande inquietud á los tres del anterior matrimonio, y no sin razon, porque Judit procuró que á su hijo se le señalase parte en los bienes de su padre. Los que habian tocado á Pipino y á Luis eran pocos para quitarles porcion alguna; y así puso la mira en los de Lotario, y á fuerza de instancias le hizo consentir en un desmembramiento que daba al jóven Cárlos, en el corazon de la Francia, una estension considerable, redondeándose desde el rio Loire hasta el Mosa. Todavia le quedaba á Lotario buena parte cuando sucediese á su padre, á saber, casi toda la Alemania, comprendida tambien la Italia y la Lorena. Para asegurarse mejor de sus estados tuvo la precaucion de no alenerse á solo el nombramiento de emperador, y en vida de su padre se hizo consagrar en Roma.

Las intrigas de Judit introdujeron el desórden en la

Digitized by Google

corte de Luis. Habia llamado como ministro á Bernardo, conde de Barcelona, y como era hermoso, jóven y bien formado, suponian que ocupaba otra plaza. Lotario, noticioso de estas murmuraciones, se creyó con derecho de arreglar la casa de su padre, y así se presentó con un ejército. Le acompañaban sus hermanos con la esperanza de conseguir una nueva distribucion, que con perjuicio de Cárlos, el hermano menor, fuese mas ventajosa para ellos. No se halló el emperador en estado de hacer gran resistencia, y se abandonó á sus hijos. Se retiraron los hermanos menores, y dejaron á Lotario, que era el mayor, el cuidado de dar complemento á sus proyectos.

Ver á Luis el *Débil*, sometido á pública penitencia en Attigni, daba esperanzas de que su repugnancia haria dimision, pues solamente su muger era la que podia empeñarle en mantenerle firme. Tuvo Lotario la fortuna de que ésta cayese en sus manos con su hijo; y así la declaró que no podia evitar la muerte sino tomando el velo, y consiguiendo de su esposo que cortándose el cabello se retirase á un convento por el resto de sus dias; y con estas condiciones la puso en libertad.

No se cree que cumplió exactamente con su comision para con su esposo; pero efectuó la mitad tomando el velo; y creyó Lotario que todo lo demás por sí mismo se arreglaria. Convocó pues una gran junta en Compiegne, en la cual se presentó Luis, su padre, muy consternado, confesó las faltas en que habia incurrido, protestó la rectitud de sus intenciones; pero cuando esperaban que concluiria tan humilde confesion con la renuncia del trono, dijo, con gran sorpresa de Lotario, que en adelante gobernaria con mas circunspeccion y prudencia, y la asamblea, con gran sorpresa del hijo, suplicó al padre, que habia hablado de pié á un lado del trono, que volviese á ocuparle. El hijo no tuvo mas recurso que el de reconciliarse, lo que con respecto á Luis el *Débil* no fué dificil; pero Lotario, ménos sincero, se valió de la reconciliacion para una nueva ofensa. Encerró á su padre en un monasterio; pero un monge, llamado Gonbaldo, le proporcionó medio de ponerse en salvo, y juntó á favor del emperador un poderoso partido de señores, que, celebrado dieta en Nimoga, le rehabilitaron. Entró de nuevo en la posesion de sus estados del centro, y llamó á su muger, bien que no la admitió hasta haberla hecho jurar que estaba inocente de los delitos que la imputaban, y haberse conseguido la dispensacion por haber tomado el velo.

No dejó Judit de llamar á su ministro Bernardo; y aquí fueron los nuevos clamores y nuevos alborotos. Pipino de Aquitania dejó malcontento la corte de su padre, adonde habia ido á pasar algun tiempo: se armó con el tan usado pretesto de querer reformar los abusos: el emperador le declaró rebelde, y dió sus estados al hijo de Judit. Con este castigo temieron los otros dos, Lotario y Luis de Baviera, que su madrasta, la cual mandaba á su anciano esposo, los despojase al uno despues del otro: por lo que se unieron entre sí, y dieron con todas sus fuerzas sobre el emperador. Sobornaron á las tropas de este, y en una junta, celebrada con precipitacion, depusieron á su padre, enviaron al príncipe Cárlos á un convento, y á la emperatriz á otro. Se retiraron Pipino y Luis de Baviera, dejando todo lo demas á su hermano Lotario, como mas interesado que ellos en quitar á su padre hasta el título de emperador. Convocó Lotario una solemne junta en una iglesia de Compiegne, en la que su padre se presentó como delincuente. Le leyeron una memoria que contenia varios capítulos de acusacion; y sin oirle las respuestas, le despojaron de los ornamentos imperiales con todas las ceremonias de humillacion que se usaban en las degradaciones: le vistieron con hábito de penitencia: arrojó con su propia mano la espada al pié del altar en señal de renuncia: le encerró su hijo en la abadía de san Medardo de Soisons, rodeándole de monges, encargados de darle, por modo de conversion, ideas que le quitasen toda esperanza, para que así tomase el partido de abrazar la vida monástica, diciéndole, que la emperatriz se habia hecho religiosa, y despues que ya habia muerto; y últimamente, que habian cortado el cabello á su hijo Cárlos, y le habian precisado á hacerse monge.

Pero entre aquellos religiosos no faltó alguno que le consolase en secreto; y que desengañándole contra mentiras tan tristes, le inspirase valor para no dejarse sorprender. La paciencia, la resignacion y humildad del recluso causaron compasion á los buenos monges del monasterio, y ésta se comunicó á los grandes, los cuales, mortificados de haber concurrido con su inaccion y silencio á tan grande injusticia, se coligaron y levantaron un ejército. Acudió Lotario desde Italia; mas viendo que no tenia las mayores fuerzas, y temiendo que se le adelantasen sus hermanos, fué en persona á sacar á su padre de Soisons: le llevó á San Dionisio, y allí le dejó libre con su hijo Cárlos. Se le juntó de nuevo Judit; le absolvió una junta de obispos, restituyéndole públicamente la espada y la corona; y por no parecerles esto suficiente, en otra junta mas considerable, celebrada en Tionville, se declaró por nulo todo lo obrado en Compiegne.

Lotario le pidió perdon y le consiguió. Judit, aprovechándose de aquel instante de calma, y de la especie de prosperidad en que se hallaba su esposo, consiguió una nueva reparticion de sus estados: dió pues el monarca á Lotario la Italia, con título de emperador, á Pipino la Aquitania, á Luis la Germania y la Sajonia, á Cárlos la Francia, propiamente así llamada, con la Borgoña. Ya se advierte que este último no fué tratado mal; pero todavía le sobrevino al padre otro disgusto. Pipino, mal contento de estas disposiciones, se sublevó, y murió en su rebelion. El soberano quitó en castigo la Aquitania á los dos hijos de Pipino, y la añadió á las posesiones de Cárlos. Luis de Baviera, en lugar de abrazar el partido de sus sobrinos contra un abuelo demasiado condescendiente con su muger, pensó en apropiarse sus despojos, y cercenó de la Aquitania lo que pudo para aumentar lo de Baviera. Lo sufria el emperador, y su paciencia dió tantos alientos á Luis, que amenazaba en persona á los estados de su padre. Ya estaba en las riberas del Rin: se puso el emperador á la cabeza de sus tropas, y salió al encuentro á su hijo sublevado.

Sentia aquel piadoso monarca ponerse en campaña en cuaresma, tiempo que ordinariamente consagraba al ayuno, á la oracion y al retiro: no obstante se determinó; y aunque su salud estaba quebrantada, dejó su corte en Aix-la-Chapelle, y se adelantó para pasar el Rin; pero aumentándose su enfermedad se detuvo en una isla, en donde vió sin temor que se acercaba la muerte: hizo un testamento, en que destinó para los pobres y para las iglesias parte de las joyas, y separó alguna para Lotario y para Cárlos. Observó un obispo que se olvidaba de Luis el de Baviera, y que tal vez podia provenir esta omision de algun resentimiento contra él, debiendo perdonarle como cristiano. Respondió el moribundo: «Yo le perdono de todo corazon; pero advertidle que él debe pensar en pedir á Dios perdon, y en acordarse de que ha hecho que mis canas bajen con dolor al sepulcro.» ¡Tierna reflexion, y digna de que la sepan los padres y los hijos!

Luis el *Débil*, muy digno de este nombre, si por debilidad entendemos la costumbre de dejarse gobernar, murió á los sesenta y dos años. Debiera haber reservado para sus hijos parte de la rigidez con que trató á su sobrino Bernardo: debiera haber castigado la culpa de Pipino de Aquitania con el despojo de sus hijos, el mayor de los cuales se llamaba Pipino como su padre. En Luis el *Débil* se hallaban todas las virtudes sociales: se dice que era muy aplicado á la astronomía; y á vista de las desgracias que le sucedieron sobre la tierra, se le pudiera comparar con aquel astrónomo que cayó en un pozo por ir mirando y considerando el cielo.

Imaginando Lotario que los títulos de primogénito y de emperador le daban algun derecho sobre sus dos hermanos Luis el de Baviera y Cárlos, afectó una superioridad que llegó á desagradarles. Dió á su gravedad el co-

Digitized by Google

lorido de que debia proteger á sus sobrinos, hijos de Pipino, rey de Aquitania. Los dos hermanos por una parte, y el tio y los sobrinos por otra, se dieron en los campos de Fontenai una batalla de las mas memorables que se cuentan en la historia: perecieron en ella cien mil hombres: y despues de tanta sangre derramada, se compusieron entre sí los hermanos, como pudieran haberlo hecho ántes; porque Lotario conservó la Italia con el título de emperador, Luis la Germania, por lo que le llamaron Germánico: y Cárlos, los estados del centro, como ántes los tenia con la Neustria. Abandonó Lotario los intereses de sus sobrinos, habiendo servido éstos de pretesto para la guerra. Emprendieron ellos la defensa de Aquitania, su patrimonio; y Cárlos, haciéndolos prisioneros, los encerró en un monasterio, y se apoderó de su reino.

Acompañó la fortuna á este príncipe en todas las empresas contra su familia; se aprovechó de la discordia de sus sobrinos para tomar de sus estados cuanto le acomodaba; y de este modo llegó á ser el mas poderoso de los descendientes de Carlo Magno, y á tomar como él el título de emperador. Durante su reinado entraron los normandos en Francia en mayor número, y con mas frecuencia que nunca. Á sus inundaciones opuso diques de plata; porque la primera vez les dió el peso de siete mil libras, y cinco mil la segunda; pero esto no era rechazarlos sino empeñarlos á que volviesen á ver si habia quedado mas cantidad de tan precioso lastre para sus navios, y así no dejaron de acudir en su tiempo y en los de sus sucesores.

Vivia entónces Roberto el *Fuerte*, señor distinguido, que tenia suficientes estados para hacerse temible: por una mala política se los aumentó Cárlos en el centro de sus dominios, y para separarle de los intereses de Salomon, duque de Bretaña, le dió el ducado de Francia, ó como otros lo entienden, el gobierno, sino fué la soberanía, del pais que está entre el Sena y el Loire. No preveia que semejante generosidad habia de ser algun dia perjudicial á su familia.

Cárlos el *Calvo* murió á los cincuenta y cuatro años: celebró frecuentemente concilios, ó por mejor decir asambleas mistas, en las que se hacian reglamentos útiles, conocidos tambien con el nombre de capitulares. El uso de trasladar á los obispos de una catedral á otra le hizo mas dueño de ellos que á sus predecesores, porque de él dependia pasar de un obispado á otro mas opulento y distinguido. No sé si seria falta de política ó vicio del tiempo, el que fué causa de que sus hijos no fuesen mas obedientes que lo habian sido para Luis el *Débil* sus hermanos. Cárlos, el hijo menor, al cual habia hecho rey de Aquitania, no obstante que murió jóven, vivió lo suficiente para manifestar su desobediencia. Otro, llamado Carloman, puso á su padre con sus frecuentes rebeldías en la precision de encarcelarle y privarle de la vista. Judit, su hija, no observó la mejor conducta para su reputacion, pues habiendo enviudado de un rey de Inglaterra, se casó con el hijo mayor de su marido con escándalo de todo el mundo cristiano; y habiéndole enterrado, volvió á Francia todavía jóven, siempre galante, y se dejó robar de Balduino, conde de Flandes, consintiéndolo Luis su hermano mayor. Se vió Cárlos precisado á perdonar estos desaciertos, y aun á sufrirlos en Riquilda, su segunda muger; y tal vez estas intrigas fueron las que le apresuraron la muerte. Se dice que le dió veneno un médico judío llamado Sedecias: y no solamente se dice, sino que se afirma; como si á un médico, por ignorante que sea, fuera fácil probarle que él es el que dió el veneno. Sedecias ni fué castigado ni aun buscado.

Al Calvo sucedió el *Tartamudo* su hijo, llamado Luis. Parece inútil dar el motivo de estos sobrenombres. El nuevo rey, con el fin de asegurar su tranquilidad, dió con profusion gobiernos, obispados, abadías, y otros empleos útiles y honoríficos, á todos los grandes que al principio se le presentaron. Los que llegaron despues murmuraban, y nó de la prodigalidad, sino porque no eran partícipes, y así enojados, se negaron á reconocerle. Pero reflexionando mejor se sujetaron con la condicion de que les distribuyese lo restante. Esto es cuanto se puede decir de un reinado de tres años.

De Luis III y de Carloman, sus dos hijos, el primero murió de enfermedad, y el segundo de accidente. Éste dejó á su muger en cinta. Carlos el *Gordo*, primo hermano de los dos, ya rey de Alemania, y reconocido emperador, fué admitido por los señores franceses, segun unos, como rey y segun otros, como tutor del póstumo Carlos, que nació de la viuda de Carloman. De cualquiera suerte, Cárlos el Gordo se mostró muy inferior á lo que de él se esperaba: pues era visionario, melancólico, valetudinario, devoto, dado á las mugeres, debil de cabeza, sin valor ni resolucion. Durante su gobierno sitiaron los normandos á Paris, y los retiró á fuerza de dinero. Tuvo que dejar la Francia por el desprecio que hacian de él sin disimulo. Volviendo á Alemania cayó enfermo, y lo que jamás se ha visto, le abandonaron de modo que le faltó lo necesario. Todos sus criados lo dejaron, siendo su muger, que suponia permanecer virgen, la primera que dió el ejemplo de desampararle. Si el arzobispo de Maguncia no hubiera sabido casualmente su enfermedad, hubiera muerto de hambre. Arnaldo, rey de Baviera, señaló á este emperador la renta de tres ó cuatro pueblos para que pudiese vivir.

Hasta que el hijo póstumo de Carloman llegase á competente edad, dieron los señores la corona á Eudeo, hijo de Roberto el *Fuerte*, que se habia distinguido en el sitio de Paris; y, ya colocado en el trono, no le quiso ceder al póstumo Cárlos III el *Simple*, pero éste le ocupó por muerte de Eupo, y cedió á los normandos la Neustria, llamada por esto Normandía. Cárlos el Simple tuvo un hijo, que fué Luis IV, llamado de Ultramar, porque su madre se salvó con él en Inglaterra, por evitar la triste suerte que acababa de esperimentar su marido. Cárlos el Simple, que no carecia absolutamente de energía, habia sostenido valerosamente su corona contra Roberto, que quiso quitársela muerto su hermano Eudo. Carlos le venció, y despues por un terror pánico lo abandonó sus estados, y se puso en manos de Heberto, conde del Vermandés, el cual le tuvo en la cárcel hasta que murió.

Entre tanto, Hugo el Grande, de la familia de Eudo, tuvo las riendas del gobierno, y para ganar á los señores les dió muchos dominios con la carga de homenage y reconocimiento. Desde esta época empieza la creacion de los feudos en Francia. Hugo el grande, ó por no dignarse, ó por no atreverse á hacerse rey, dejó á Raul su pariente tomar el cetro. Volvió Luis de Inglaterra á disputar á éste la corona, y Hugo el Grande sostuvo el fantasma de rey que habia creado, porque él se titulaba duque de Francia y de Borgoña, conde de Paris y Orleans, en lo cual se vé cuan reducido era el reino que Luis pedia á Raul, y en el cual entró, á pesar de los esfuerzos de Hugo el Grande, dejándolo despues á Lotario su hijo, y éste á Luis V, llamado el *Ocioso*, que no reinó mas que un año. Murió envenenado por su muger, y lo mismo dicen que sucederia á su padre. En éstos acabó la familia de los Carlovingios, que duró 237 años.

Todo estaba dispuesto para cuando murió Luis V, en tales términos, que Hugo Capeto, hijo de Hugo el Grande, y biznieto de Roberto el Fuerte, no tuvo que hacer mas que presentarse para ser proclamado. La feliz concurrencia de las circunstancias que le colocaron en el trono, no fué todavía suficiente para que se dijese que habia tenido parte en la muerte precipitada de su antecesor. Vivia entónces un hijo de Luis el de Ultramar, llamado Cárlos, duque de Lorena, á quien pertenecia la corona: la reclamó, y sostuvo su derecho; pero sus fuerzas no eran iguales á las de Hugo Capeto, el cual, ántes de ser rey, ya era duque de Francia, conde de Orleans y de Paris, y cuñado de los duques de Borgoña y de Normandía. Carlos fué hecho prisionero, y murió siéndolo. Dicen que un hijo suyo le sucedió en Lorena; pero la opinion mas recibida es que no dejó posteridad.

Gobernó Hugo Capeto con mucha prudencia rodeado de grandes señores, envidiosos los unos de los otros, y

Digitized by Google

él los dejaba pelear sin mezclarse en sus querellas. De este modo se debilitaban, y la autoridad real iba tomando á proporcion nuevas fuerzas. Determinó este monarca hacerse consagrar; y tomó la misma precaucion para con Roberto su hijo. No reinó Hugo Capeto mas que nueve años, y dejó el reino tan pacífico como si su familia le hubiera gobernado largo tiempo. Por genio era político, y valiente en la ocasion. Se cree que le llamaron Capeto porque tenia muy gorda la cabeza, y sus descendientes se quedaron con este sobrenombre.

Roberto su hijo nos ofrece en el trono un fenómeno singular, porque en las leyendas le vemos tratar como á santo, al mismo tiempo vemos que le escomulgaron, y en términos que los prelados, señores y toda su corte huian de él como de un apestado, porque no queria despedir á Berta, viuda, con quien se habia casado, habiendo sido padrino de un hijo suyo en el bautismo, impedimento que por falta de dispensacion hacia nulo el matrimonio. No era Berta jóven ni hermosa: pero por su buen carácter convenia á Roberto, que en su casa era piadoso y amante de la paz. La escomunion le proporcionó para muger á Constanza, que era hermosísima, pero soberbia, caprichosa, y tan altiva, que el desgraciado marido no tuvo con ella un momento de sosiego.

Ella quiso gobernar, y gobernó por mas esfuerzos que hizo Roberto para que no le dominase. Como su padre, Hugo Capeto, hizo consagrar y reconocer por rey á un hijo suyo, viviendo él, precaucion que parece era un secreto de familia, que los Capetos heredaron unos de otros. La imperiosa Constanza se alegró mucho de que su esposo admitiese en la autoridad un rival, á quien ella pudiese manejar, si Roberto resistia á su voluntad. Empezó pues á doctrinar á su hijo, escitándole á que atrajese á sí el poder de que pensaba aprovecharse: mas no hallando en el jóven la docilidad que esperaba, le atormentó, le maltrató, le precisó á dejar la corte, y aun á tomar las armas. El padre, en lugar de valerse de la fuerza contra su hijo, sabiendo la causa de su rebeldía, le buscó, le redujo y le trató tan bien, que le convirtió en un amigo que le ayudase en el gobierno.

Murió por desgracia este hijo, y empezaron las nuevas pretensiones de la madre. Queria que no le sucediese Enrique, sino Roberto, que era el menor, porque esperaba acomodarle mas fácilmente á sus ideas, pero el padre se mantuvo firme, é hizo coronar á Enrique. Trabajó Constanza lo posible por suscitar á Roberto contra su hermano, pero no consiguió desunirlos. Viendo frustrada esta esperanza concibió un odio mortal contra los dos: y á fuerza de malos tratamientos, les obligó á dejar la corte. Volvió el padre á buscarlos, los redujo, y todo lo puso en paz, en cuanto era posible con muger semejante. Sin duda se santificó el buen Roberto en el ejercicio de la paciencia; y en esta virtud se le puede poner por modelo á muchos maridos. Era muy exacto en el oficio de la Iglesia, y todavia se cantan en ella himnos de su composicion. Asistió con la reina Constanza al suplicio de los hereges maniqueos, cuando los quemaron vivos en Orleans. No quiso recibir la corona imperial, ni el reino de Italia: murió á los sesenta años con sentimiento universal; y los que asistian á su funeral decian llorando: «Hemos perdido nuestro padre que nos gobernaba en paz, y bajo de su mando estaban seguros nuestros bienes.» Lo que decian los asistentes lo repetia toda la nacion desde lejos, porque jamás ha habido príncipe mas alabado, ni que lo fuese mas universalmente.

No habia agotado Constanza toda su malicia con su marido: alguna le quedaba para su hijo Enrique I. Como no esperaba que éste se dejase gobernar, suscitó contra él á Roberto su hermano, y tuvo el gusto de ver como los dos buscaban alianzas para pelear entre sí; pero tambien tuvo el despecho de ver que se reconciliaron. Para conseguirlo cedió Enrique á su hermano el ducado de Borgoña. Tambien fué comprendida la reina madre en aquella composicion; y no teniendo ya esta muger que enredar, murió.

Imitó Enrique á su padre y abuelo en la política de dejar que los señores se arruinasen con guerras, y así se mezcló poco en las quejas de unos con otros. No obstante, viéndose mas fuerte que Hugo Capeto y Roberto, se atrevió á castigar á algunos indóciles, empezando por los mas débiles. De su tiempo es el primer ejemplar que se halla del castigo del crimen de felonía con la confiscacion de las tierras del vasallo, y su reunion á la corona. Tambien dicen que traen origen de su tiempo las largas guerras que se han verificado entre los reyes de Francia y los duques de Normandía, de donde se han seguido casi siempre despues con Inglaterra.

En la que Constanza suscitó á su hijo Enrique, imploró éste el auxilio *de Roberto el Diablo*, duque de Normandía, llamado así en Francia por los estragos que hizo en ella. Creyó, segun la opinion de aquel tiempo, espiar sus crueldades con una peregrinacion á la Tierra Santa, y cuando partió encomendó al rey de Francia, á quien habia hecho servicios, su hijo Guillelmo; pero Enrique, en lugar de sostener al hijo de su amigo contra las empresas de los señores normandos, dicen que fomentó á los malcontentos, y suscitó al jóven Guillelmo grandes dificultades, de lo cual provino entre los dos príncipes el odio en que despues se interesaron las naciones. Procuró Enrique dejar consagrado rey á su hijo, auque de poca edad, y murió á los cincuenta años por haber tomado sin precaucion una medicina: á éste se debe *la tregua del Señor*, ó la ley que prohibia los desafíos desde el jueves hasta el domingo, por respeto á los misterios que en estos dias obró Jesucristo. Esto es todo lo que por entónces pudieron hacer reunidas la autoridad civil y eclesiástica contra la manía de los duelos, tanto jurídicos como voluntarios.

Felipe I no pasaba de ocho años, y así le puso su padre bajo la tutela de Balduino, su cuñado, y conde de Flandes, que le crió con mucho cuidado. Á lo que parece no faltaba á Felipe entendimiento; pero era mal arreglado, y de poca delicadeza en la probidad, porque toda su vida se valió de astucias, alabándose con grande satisfaccion de su habilidad en ellas cuando le salian bien; y por el contrario se confundia, y caia de ánimo cuando le salian mal. Este carácter le hizo despreciable á sus vasallos, y odioso á los príncipes vecinos. Pudo costarle cara una insolente burla. Estaba perpetuamente en guerra ó en negociaciones de paz con Guillelmo, duque de Normandía, el que conquistó la Inglaterra; y cuando le ponia en alguna dificultad, principalmente dando auxilio con fraude á los hijos rebeldes del normando, triunfaba el francés gloriándose de su astucia; pero al punto que Guillelmo, sabiendo sus maniobras, le amenazaba con la venganza, le aplacaba Felipe con sumisiones, aunque con ánimo de volver á darle que sentir.

Guillelmo, que era hombre muy grueso, se hallaba en cierta ocasion en cama por una indisposicion, y tardaba en salir á campaña. Dijo Felipe á sus cortesanos por modo de chiste: «¿Cuándo parirá este hombre preñado?» El duque, á quien contaron este dicho, dijo, aludiendo á la ceremonia de las mugeres, que cuando salian á misa llevaban una vela á la Iglesia: «Presto me levantaré del sobreparto, y será tanta la luminaria que presentaré al rey de Francia, que se arrepentirá mucho de su chiste.» Esta luminaria no fué ménos que el incendio de Nantes, ciudad que pagó la insulsa chanza de su rey: y fué fortuna, que el duque, que tenia un buen ejército, sobreviviese poco á su cruel venganza. Con su muerte se abrió el camino á las intrigas del genio cauteloso de Felipe. Tuvo el gusto de enredar unos contra otros á los príncipes normandos, sembrando entre los hermanos la cizaña. Estas desavenencias le proporcionaban, bien manejadas, el medio de que le concediesen algunas plazas al reconciliarlos; pero muchas veces, despues de hacer la paz, le quitaban á él mas en castigo de sus intrigas, cuando las descubrian.

Por los hechos siguientes se conocerá mejor lo poco escrupuloso que era Felipe I. Hacia mucho tiempo que estaba casado con Berta, y tenia de ella muchos hijos ya grandes. Se cansó de la reina y se separó con protesto

Digitized by Google

del parentesco : le propusieron la hija del conde Rugero, que era muy rico : lisonjeado éste del honor de colocar á su hija en el trono de Francia, la envió á su futuro esposo con un tren magnífico, y gran suma de dinero: se apoderó Felipe de las alhajas y del dinero, y volvió á enviar la condesa á su padre. Historiadores hay que aseguran, que solamente la llamó por lograr sus despojos. Despues de esta accion, que en estilo familiar pudiera llamarse una estafa, no nos admiraremos de verle en otra accion de hombre sin honra: bien que, si entónces habia gentes que pensasen, como los que ahora llamamos hombres de mundo, les pareceria admirable el hecho que reprendemos, como contrario á la probidad, porque fué una sorpresa hecha á un marido desagradable.

El conde de Monfort tenia una hija, llamada Bertrada, que pasaba por la persona mas hermosa de Francia, y por esta reputacion, Fouiques, conde de Anjou, que por su mal humor fué llamado el *Requin*, la pidió por esposa, y la consiguió. Bertrada se habia prestado á esta alianza con la mayor repugnancia, y solo por atencion á su familia. Además su esposo no supo despues agradarla. Con la noticia de que Felipe se habia separado de Berta, sedujo á Bertrada el atractivo de una corona: tomó secretamente sus disposiciones con el rey de Francia; pasó éste á visitar al conde de Anjou en política amistad: fué bien recibido por el conde; y el rey, en reconocimiento, le quitó la muger. Aquí habia dos dificultades que vencer para vivir tranquilo con ella: era preciso que la Iglesia aprobase su divorcio con Berta, y el de Bertrada y el conde de Anjou. Aunque duraron largo tiempo las negociaciones, vivian los dos amantes como esposos, pero escomulgados. La muerte de Berta quitó luego una de las dificultades. Llegó el caso de reducir al conde de Anjou, y éste cedió, y aun volvió á ver al infiel amigo sin acreditar mucho su mal humor.

Entónces ya pudo el monarca pasar ocioso el resto de sus dias á los piés de su Onfala; y no por eso se cree que fué un Hércules, ántes bien tan lejos estaba de manifestar que era propio para los trabajos que hicieron ilustre al héroe fabuloso, que abandonó todos los cuidados del gobierno en manos de su hijo, conocido despues con el nombre de Luis el Gordo. Todavía pudiéramos sacar de la vida de Hércules otro paralelo, diciendo que Luis el Gordo, fué como aquel el blanco del odio de su madrastra. Bertrada, imperiosa y zelosa como Juno, persiguió á su hijastro, y aun quiso quitarle la vida con veneno para que cayese la corona en sus propios hijos: pero por no haber sido suficiente la dósis, le sanó un médico hábil, que le administró en tiempo el contraveneno. Perdonó Luis á su madrastra, y ésta vivió con él con tan buena correspondencia, que se creyó haber sido verdadero el arrepentimiento que mostró. Desde entónces se mezcló muy poco Felipe en los negocios de su propio reino, y ménos en los de sus vecinos. Murió á los cincuenta años esclavo sumiso de Bertrada (1103).

Á Luis VI, el Gordo, le habia asociado su padre al trono, consagrándole; pero Luis se hizo coronar segunda vez, y se aplicó, como cuando era heredero de la corona, á hacer que reconociesen los derechos de su cetro los señores que le rodeaban; entre los cuales se cuentan los condes de Corbello, de Nantes, de Couci, de Monfort, y otros cuyos feudos, ó estaban situados en la estension del dominio real, ó la atravesaban. Este dominio se reducia entónces á Paris, Estampes, Orleans, Compiegne, Melun, Burges, y algunas ciudades de poca consideracion en estos territorios. Contemplando lo estrecho de estos límites causa admiracion ver que iba Luis el Gordo á la cabeza de doscientos mil hombres contra el emperador Enrique V, el cual traia contra la Francia todas las fuerzas de Alemania, y sin duda en las ocasiones importantes se reunian al rey de Francia los principales vasallos, como los duques de Borgoña y de Aquitania, los condes de Champaña y de Flandes y otros semejantes. Entónces podria decirse verdaderamente que un rey de Francia era un gran monarca. Los duques de Normandía no eran ya del número de sus defensores, ni conservadores de la integridad del reino; porque, como llegaron á ser reyes de Inglaterra, solo pensaban en estrechar al de Francia estendiéndose por el continente. Les oponia Luis poderosos obstáculos: tenia por ministros cuatro hermanos llamados los Garlandas, pero ningun favorito; porque «un rey, decia él, no debe tener otro que su pueblo:» en solo este dicho se contiene su elogio; de modo que es inútil decir que fué un monarca escelente. Vivió Luis el Gordo sesenta años.

Se habia criado en la abadía de san Dionisio, y en ella hizo educar á su hijo Luis VII, llamado el *Jóven* para diferenciarle de su padre. Eran aquellos grandes monasterios las escuelas de la noble juventud; y se hallaban en ellos hombres de eminente mérito, que eran la honra de su siglo. Un Súgero, abad de san Dionisio, profundo político, ministro prudente, consejero de los reyes y amigo suyo; un san Bernardo, abad de Claraval, ingenio brillante, dotado de una elocuencia dulce y llena de calor, que, como el Demóstenes Gaula, tenia los oidos de sus oyentes pendientes de su lengua con cadenas de oro. Entónces vivia aquel Abelardo, castigado por sus amores y sus escritos: y que, estraviado por la metafísica, y por el laberinto de una dialéctica abstracta, cayó en la heregía, y hubo de sufrir la humillacion de retractarse públicamente.

San Bernardo predicó la cruzada, y la persuadió. No llevan fundamento los que desacreditan la buena fé de aquellos reyes, diciendo, que animaban tales peregrinaciones para debilitar á los vasallos con los gastos que tenian que hacer, y establecer de este modo la autoridad real sobre su ruina; porque en esta primera cruzada no se halla razon política; pero si el entusiasmo con que toda la corte y todo el reino tomó la cruz, como por una repentina inspiracion. La misma reina se cruzó con las principales damas de la corte. El dote que Leonora habia llevado á Luis, fué el ducado de Guyena con el condado de Poitou. Partió á la Tierra Santa, tal vez mas por curiosidad y diversion que por zelo; y llegando á Antioquía, halló Leonora en el soberano de esta ciudad un cristiano que le agradó, y en un jóven sultan de Egipto, un mahometano que la interesó. Su marido, que no gustaba de tanta afabilidad, la sacó de Antioquía para que cumpliese en Jerusalen con sus devociones, y volviendo á Francia la repudió: pero la restituyó las hermosas provincias que habia llevado en dote. Seis semanas despues se las dió con su mano á Enrique, conde de Anjou, duque de Normandía, y heredero del reino de Inglaterra. Cuando subió á este trono se halló aquel príncipe en posesion de los ducados de Normandía y de Guyena, de los condados de Anjou, Poitou, Turena y Mayne, y tan poderoso en Francia como el mismo rey. Luis VII pasa por un rey piadoso y casto; y á la verdad, si hubiera sido ménos escrupuloso, hubiera hallado modo de deshacerse de su muger, sin dejar salir de sus manos un dote tan considerable. Murió á los sesenta años (1180).

Tuvo de su tercera muger á Felipe II, por sobrenombre *Augusto*, que le sucedió. La historia de este príncipe conquistador, pudiera ser larga; pero ya he dicho que todas estas historias de guerras se parecen unas á otras, y se reducen á destruccion y desolaciones, á paces y treguas para tomar aliento, y volver á empezar la miseria de los pueblos. No obstante, pueden tener escusa las guerras de este monarca por no haber tenido otro fin que sujetar á su corona las porciones que le habian quitado, y así volvió á reunir la Normandía, que trescientos años ántes se habia separado, el Anjou, Mayne, Poitou, la Aubernia, el Vermandes, el Artois, y muchas ciudades intermedias.

Aunque fué príncipe prudente, se dejó llevar del genio de aquel siglo, y así hizo el viaje á la Tierra Santa; pero no estuvo allá mas que el tiempo preciso para que viesen que habia cumplido su promesa. Tuvo, como su padre, el capricho de divorciarse de su muger Ingerberga, y estuvo por tres ó cuatro años escomulgado: pero viendo que se tomaba en su reino con seriedad este punto, y que

Digitized by Google

ya los pueblos empezaban á murmurar de verle tranquilo entre los rayos de la Iglesia, pidió que se juzgase su divorcio en una junta de obispos. Mientras éstos se dividian en opiniones, bien fuese por temor de no agradarle, bien fuese por remordimientos de la conciencia del príncipe por no haber tratado bien á una esposa devota, y paciente, que se habia merecido la estimacion general, envió Felipe á decir á los obispos que ya él habia resuelto sobre el punto; y llevándose á Isgerberga á su palacio, siempre vivió bien con ella. Á este príncipe puedo llamársele el padre de las ciudades: porque las dió privilegios, leyes de policía, y, en cuanto permitian las artes, que entónces estaban en su infancia, las adornó. Coronó sus hazañas militares con la victoria de Bovinos, en la cual derrotó con peligro de su vida al emperador Oton que tenia fuerzas superiores. En los años que se siguieron á este triunfo, siempre se ejercitó Felipe en las virtudes pacíficas y útiles á sus pueblos, los cuales le temian, amaban y respetaban. Despues de su muerte, que fué á los setenta años de su edad, le dió la pública voz el sobrenombre de *Augusto*, cuando ya calla la lisonja.

Á Luis VIII, su hijo, le llamaron el Leon, para dar á entender su grande ardor en los combates. La prueba principal que dió fué contra los albigenses, hereges crueles y libertinos: no carecian de estos vicios los que combatian con ellos, á excepcion de Luis, que fué un modelo de pureza en sus costumbres, y de exactitud en las obligaciones de la religion. Murió á los treinta y nueve años, dejando un hijo de doce bajo de la tutela de la insigne reina doña Blanca de Castilla, su madre.

La regencia de esta princesa hizo mucho honor á su espíritu: fué muger fuerte y política: dirigia los sucesos como superior a ellos: contuvo en su deber, y no sin trabajo, á los señores, los cuales creian que bajo del gobierno de una muger volverian fácilmente á su antigua autoridad; pero reprimió á unos con la fuerza, y á otros los ganó con la mansedumbre. Aunque intentaron escitar sospechas de galantería cuando ya tenia cuarenta años, nada perdió su opinion; porque generalmente cuanto reprendieron en su conducta no fué mas que una prueba de la ligereza y perversidad, que presiden en los juicios que se forman de los soberanos en sus propias cortes. La acompañaba mucho Tibaldo, conde de Champaña, que la queria; pero la reina Blanca le sufrió, porque seria peligroso chocar con él: ¿luego le amaba? Daba á entender que deferia á los consejos de un legado del papa, y le admitia frecuentemente: ¿luego le tenia pasion? Mas la reina dejaba hablar y obraba. No ha habido otra que tan indiferente se mostrase á las habilillas del público; pero los sucesos la justificaron mucho mas que cuantas medidas pudiera haber tomado para que cesasen. Pretendian desacreditar todas sus acciones con maligna calumnia. Educaba Blanca á su hijo con grande piedad, y en los preceptos de la mas exacta virtud; y, solo por esto decian que pretendia mas bien criar un mongo que un monarca para continuar gobernando en su nombre. Cuando San Luis se casó era muy jóven: y temiendo que los escesos le debilitasen, templaba la reina el comercio de los dos esposos, y esto lo atribuian á que recelaba la madre que la jóven reina llegase á tener demasiado imperio en el corazon de su esposo; pero las malas interpretaciones que se dieron á las prudentes precauciones de la madre, no consiguieron separar de ella á su hijo; porque le habia inspirado con la felicidad de su gobierno una estimacion y ternura que jamás flaquearon.

Esta educacion, que llamaban monacal, no dió al monarca debilidad ni esceso en la administracion del reino, porque era devoto sin ser supersticioso: respetaba la autoridad de los sumos pontífices; pero sabia distinguir entre el sacerdocio y el imperio. Trataba con atencion al clero, pero le tenia bien arreglado: no saqueaba los bienes de la Iglesia, pero sostenia con su socorro el estado. Todo el efecto del rigor con que le criaron en los principios religiosos, fué hacerle inflexible en los principios de la justicia: la hacia al estilo de los patriarcas, debajo de una encina, cuya sombra abrigaba á los clientes á la puerta de su palacio. Aun en los pleitos en que se interesaba su patrimonio no habia que temer en tomarle por juez á él mismo. Los señores ingleses, en la causa mas importante, en que se trataba de decidir entre ellos y su rey, tomaron por árbitro á San Luis, y pasaron por su decision.

Aun en las dos cruzadas se le debe escusar, porque sobre ser la manía de su siglo, procedió en ellas con todas las precauciones y preparativos para lograr buen éxito; y aunque se desgraciaron por la peste que sobrevino á los soldados, y él cayó en poder de los infieles, entre las mismas cadenas se mostró grande y constante, é hizo respetable su virtud. Murió de peste á los cincuenta y seis años en su espedicion contra Tunez.

Si pensare alguno que la devocion apocó su espíritu, lea los establecimientos de San Luis, y hallará en ellos todas las instituciones civiles que han hecho floreciente el reino. Sus instrucciones á Felipe su hijo son un modelo de lo que debe saber un príncipe. Fué guerrero infatigable, valiente sin alteracion, buen hijo, buen esposo, buen padre, monarca justo y compasivo. Con estas calidades sobraba el título de santo, si éste no significara que Luis IX poseia todas las virtudes en cuanto pueden juntarse en la flaqueza humana.

Felipe III, su hijo, fué llamado el *Atrevido*; porque entre los sarracenos, estando prisionero con su padre, tuvo valor para castigar á un soldado insolente que le faltaba al respeto. Siguió los pasos del autor de sus dias: y en la carrera militar logró muchos aciertos para contener á sus vasallos y á sus enemigos. Se le censura el favor que dió á Brosse, á quien desde el estado de barbero elevó á la dignidad de mayordomo mayor; pero tambien se censura en la reina el suplicio de este privado, á quien hizo ahorcar, y á lo que se cree, mas por venganza que por justicia. No estimaban á Brosse; pero ninguno aprobó que le castigasen por un delito, de que no hubo mas prueba que la revelacion de una falsa beata. En tiempo de este Felipe sucedió la horrible matanza, llamada *las Vísperas Sicilianas*; y sin embargo de llamársele el atrevido, no la vengó. No le disgustaba el dinero; pero fué muy detenido en la imposicion de tributos, y muy moderado y justo en su cobranza. Murió á los cuarenta y un años de edad.

En su reinado cesaron las cruzadas, y empezó á perder algo de su esplendor la *caballería*, que tenia entónces tales ceremonias que parecia una institucion religiosa. Un caballero era entónces un noble á quien desde la infancia le inspiraban dos obligaciones bien opuestas, á saber: el amor de Dios y el de las damas; y tenia que guardar la misma fidelidad al uno que á las otras. Cuando llegaba á la edad de poder llevar el morrion y el escudo, y despues de haber pasado por los grados de *garzon*, *page*, *doncel*, nombres casi sinónimos, que indicaban el primer aprendizage de las armas, se le admitia al grado de escudero, el cual le autorizaba para intentar hazañas que le mereciesen el grado de caballero.

Cuando le juzgaban digno de este título se juntaban los caballeros del territorio, y durante la noche que precedia á la ceremonia, el candidato, que habia estado ayunando todo el dia, oia con devocion el oficio, y esto se llamaba *velar las armas*. Le bañaban, y se confesaba para limpiarse de toda mancha, así interior como esterior. El caballero mas antiguo, ó el mas distinguido por su mérito, le daba el espaldarazo, esto es, un golpe con la espada en las espaldas, y le abrazaba, diciendo: *Yo te hago caballero*. La dama mas respetable le ceñia la espada: las mas jóvenes le calzaban las espuelas, y le ponian el talabarte, que regularmente habian ellas bordado por su propia mano.

Entónces podia el caballero salir á correr el mundo, y desafiar con la lanza á cuantos encontraba de su órden, y pelear hasta matarlos, sino querian confesar que la dama del acometedor *era la mas hermosa de todas las hermosas*, aunque jamás la hubiesen visto. Todos los caballeros eran bien recibidos en los castillos, aun cuando no fuesen conocidos; y si llegaban con heridas cuidaban

Digitized by Google

de ellos las damas y doncellas, las cuales se preciaban de saber remedios y recetas propias para semejantes circunstancias. Á la compasion que causaba el herido sucedia muchas veces la ternura; pero siempre observaban la mas pura conducta, á pesar de la intimidad que causa el trato. Con ser las prácticas respetuosas de la caballería tan distintas de nuestras costumbres, no hay cosa mas conforme á la verdad que la noticia que nos conservan las antiguas novelas. Los torneos sostenian la institucion de la caballería, porque proporcionaban lides y destreza en ellas, y ponian á los grandes señores en la ocasion de desplegar su magnificencia.

La belleza del rostro, y lo agraciado de la persona, dieron á Felipe IV de Francia el título de Hermoso. Era cauteloso en sus tratados, y poco fiel en su palabra: esto le suscitó muchas guerras, y fué causa de la desavenencia entre él y Bonifacio VIII, la cual llegó á tales términos que no dejó de escandalizar: porque escribiendo el pontífice al monarca que solo un insensato dudaria del derecho con que le podia pedir cuenta de su conducta y corregirle, le respondió con el mayor desprecio. Con motivo de no estar conformes los cardenales en la eleccion del sucesor que habian de dar á Bonifacio VIII, y de haberla remitido á tres prelados, uno de los cuales era Beltran de Got, arzobispo de Burdeos, se abocó el rey con él y le prometió los votos de los otros dos electores; pero con varias condiciones que esplicó, añadiendo otra que reservaba en su pecho, y que se cree haber sido la destruccion *de los templarios*. Poseian éstos inmensas riquezas, y aun se recela que éste fué su principal delito.

No puede negarse que con la libertad militar pudieron introducirse vicios entre estos caballeros, y aun abusos reprensibles. Es muy posible que una juventud petulante imaginase en los accesos de su alegría algunas prácticas absurdas y ridículas; pero, no parece creible que todo el cuerpo de los templarios, así viejos como jóvenes, las consagrasen como leyes, ni que á los pretendientes los recibiesen en su órden con ritos anticristianos y abominables.

No obstante, la mayor parte se vieron acusados de estos delitos, inclusos el gran maestre y los principales oficiales, que eran personas de mucha gravedad. Los pusieron á cuestion de tormento: les prometieron la vida si confesaban: confesaron en efecto, y fueron quemados vivos hasta cincuenta de ellos. Confiscaron sus bienes; el rey y el papa se llevaron lo mejor; y distribuyeron lo restante á los caballeros, que despues se han llamado de Malta. Al pié de la hoguera emplazaron los infelices á sus enemigos para que compareciesen en el tribunal de Dios, el papa á los dos meses, y el rey á los cuatro: y á esta época fija comparecieron los dos en el tribunal divino. Si las maldades atribuidas á los templarios no se probaron con evidencia, fué ese Felipe IV un juez inicuo. Murió á los cuarenta y seis años, deshonrado en su misma familia; porque las mugeres de sus tres hijos fueron acusadas de adulterio, y el castigo que sufrieron sus amantes supone que eran culpables (1314).

Luis X, llamado *Hutin*, que quiere decir el amotinado, debió ser muy tenaz en sus caprichos, de lo que puede darse esta prueba. Se amotinó contra su corte, y contra toda la nacion en el asunto de Enguerando de Mariñi. Era éste un ministro, encargado de la hacienda, que incurrió en el odio de Cárlos de Valois, tio del rey, porque no queria prestarse á las dilapidaciones de este príncipe. Le acusaron pues de infidelidad en su ministerio; pero las faltas de que le convencieron, inevitables en aquel empleo, apenas merecian alguna reprension. No obstante, por la autoridad que el tio tenia para con su sobrino, le condenaron á muerte, y por mas que todo el mundo suplicó por él, como que le tenian por inocente, se ejecutó la sentencia. Á Cárlos le sobrevinieron grandes remordimientos; y en su última enfermedad dió, aunque tarde, muestras muy sinceras de estar arrepentido. Murió Luis X á los veinte y cuatro años, no sin sospechas de veneno.

Del mismo género de muerte dicen que pereció su sucesor Felipe el *Largo*. Estaba por entónces muy acreditada la opinion de que se daban venenos; y acusaron á los judíos de que habian emponzoñado los pozos, las fuentes, y hasta los rios; y por fatal consecuencia de esta persuasion los quemaron y mataron por millares. Á los químicos pertenece resolver si puede hallarse veneno tan activo y permanente, que pueda hacer mortíferas aun las aguas corrientes.

Le sucedió Cárlos el *Hermoso*, aunque no murieron sin sucesion Luis Hutin y Felipe el Largo; pero solamente dejaron hijas, y se decidió en una junta de los estados, que el reino de Francia, como *feudo sálico*, no podia caer en hembra. Siempre se vieron estos tres príncipes en grande estrechez en punto de hacienda, y así no hubo medio que no imaginasen por adelantarla. Precisaban á los judíos á comprar el derecho de poseer tierras, y á los ricos pecheros los empeñaban en comprar la nobleza, con la que adquirian privilegios: alteraron y bajaron el precio de las monedas. Por último, Cárlos el Hermoso hizo que los usureros vomitasen el dinero. Eran éstos casi todos lombardos, que, saqueando al pueblo, habian juntado riquezas inmensas: «pero el rey, dice Maiceray, los envió á Italia tan desnudos como habian salido,» que es el mayor castigo para tales pícaros. Murió Cárlos á los treinta y cuatro años, y dejó á la reina en cinta.

Mientras se esperaba el parto hubo grandes debates por la regencia entre Felipe de Valois y Eduardo, rey de Inglaterra, que se lisonjeaban con la esperanza de que el que la consiguiese lograria el trono si la reina paria niña. Eduardo era pariente mas cercano como sobrino del difunto rey, aunque por hembra, como hijo de una hermana. Felipe no era mas que primo; pero su parentesco venia por varon, como hijo que era de Cárlos de Valois, el perseguidor de Enguerando, hermano de Felipe el Hermoso. Le adjudicó el parlamento la regencia: parió la reina una hija: y de este modo consiguió la corona, empezando en él á reinar la rama de los Valois. Le llamaron el Afortunado, por haber llegado desde tan lejos al trono, aunque por otra parte su reinado no fué favorecido de la fortuna.

Tres guerras bien funestas tuvo que sostener Felipe de Valois, y la una en Bretaña. Esta provincia sirvió á los reyes de Francia y de Inglaterra de palestra, en que se ensayaron para darse despues golpes de otra entidad en liza de mayor estension. Otra guerra se sostuvo en Flandes, donde un simple fabricante de aguardiente, llamado Jacobo de Artebele, gobernaba casi como soberano en la menor edad del duque. Ganó Felipe contra los flamencos una gran victoria, y les impuso un tributo considerable, que prometieron con juramento pagar al rey de Francia.

No se habia conformado Eduardo con la sentencia que daba el cetro de Francia á Felipe de Valois, y así pretendia tener derecho para reclamar esta corona. Artebele, para descargar á sus compatriotas del tributo prometido, sin que pareciese faltar al juramento, aconsejó al rey de Inglaterra que tomase el título de rey de Francia. Este nuevo rey perdonó á los flamencos su deuda, y se declararon en favor suyo. No declaraba Eduardo esta pretension al principio sin bastante timidez; pero la sostuvo con audacia cuando emprendió la guerra, que fué la tercera que afligió el reinado de Felipe. Tomó ésta el aspecto mas fatal con la famosa derrota de Cresi, que fué el manantial de todos los males que inundaron la Francia en tiempo de los sucesores del poco afortunado Valois. No obstante, tuvo la felicidad de añadir el Delfinado á la corona, con la condicion de que el primogénito de los reyes de Francia se hubiese de llamar Delfin, y esto es lo que despues se ha practicado. Hallándose viudo Felipe, y habiendo enviudado Juan, su hijo mayor, pidió para este príncipe á Blanca, hermana de Cárlos rey de Navarra. Cuando ésta llegó le pareció al monarca tan hermosa, y se prendó tanto de ella, que aunque tenia ya cincuenta y seis años, no se detuvo en casarse con una princesa de diez y siete; murió un año despues (1350).

Tenia Juan cuando subió al trono el título de duque de

Digitized by Google

Normandía, y casi cuarenta años de edad. Le habia empleado su padre en los negocios, y muchas veces mandó los ejércitos con felicidad, por lo que se esperaban grandes ventajas de su gobierno: pero no hubo reinado de mas desgracias. Empezaron éstas en la batalla de Poitiers, que perdió por su culpa. El príncipe de Gales, hijo del rey de Inglaterra, llamado el Negro por el color de sus armas, logró una victoria completa: hizo prisionero al rey de Francia, y de esto se siguieron alborotos y desórdenes, que pusieron el reino en términos casi de perderse.

Se halló el gobierno en manos del hijo mayor del rey Cárlos, entónces delfin, y despues Cárlos V, príncipe de quince años. Además de los partidos contrarios que le rodeaban, era el blanco de la perversidad de *Cárlos el Malo*, rey de Navarra, que era su cuñado, y le envidiaba la regencia. Juntaba el navarro grandes talentos con la mas profunda malicia: ganó el favor de los partidarios con su elocuencia rápida y vehemente, lisonjeando la vanidad de los populares con la esperanza de hacerlos depositarios de todo el poder. La junta de los estados generales, que se habian congregado al principio de buena fé, se convirtió en intrigas, y se formó un partido que proyectó la mudanza del gobierno, poniendo el poder supremo en manos del estado general, y dejando al rey un título vano; pero esta proposicion, hecha por los parisienses á las provincias, no fué bien admitida.

Por dos años estuvo la capital en horrible confusion: ya dominaba Cárlos el Malo, y ya le espelian. Con estas fluctuaciones sucedian recíprocas muertes. Las cárceles llenas de los que encerraba en ellas el partido contrario, ó hechas asilo de los que iban á refugiarse en ellas, fueron forzadas ó inundadas de sangre. Un tal Marcelo, preboste de los mercaderes de Paris, se levantó con todo el poder, y ninguno tenia su vida segura si no enarbolaba el color de su divisa: tuvo la audacia de quitar la vida á dos mariscales de Francia, al lado y á vista del delfin: «¿Me quereis matar á mí, esclamó el príncipe?» «Nó, respondió Marcelo, y así tomad mi sombrero para vuestra seguridad.» Diciendo esto le recibió el delfin con mucha docilidad, teniéndose por dichoso, pues con aquella divisa tutelar podia librarse del furor del pueblo. Cárlos el Malo se habia casado con la hermana del delfin, y no se libró éste de la perfidia de su cuñado sin quedar con señales de ella, pues se dice que el navarro le dió veneno, que con la violencia de la ponzoña se le cayó el cabello y las uñas, y que sin duda hubiera muerto, á no haber dado con un médico muy hábil que le salvó la vida: pero siempre quedó con una grande debilidad de temperamento.

De la capital se estendió el desórden por las provincias, y tomaron los paisanos las armas por todas partes. Muchos motivos concurrieron para la sublevacion: el despecho de ver triunfar á los ingleses, siendo una nacion rival: la indignacion contra los grandes, porque dejaban en las prisiones al rey Juan, á quien amaban; y mas que todo el deseo de vengarse de los malos tratamientos que sufrian de la nobleza. Ésta saqueaba á los labradores sin respeto alguno para sostener su fausto y magnificencia, añadiendo la burla á la opresion, porque entre sí llamaban al paisano, *Santiago el buen hombre*: pero *los buenos hombres* se cansaron de sufrir y de verse humillados; se armaron con las horcas de cargar, con palos y cuanto les vino á la mano; saquearon los castillos, y degollaron las familias nobles que pudieron sorprender. Á esta especie de milicia la llamaron *la jaquería*; y por ser general el peligro se armaron los nobles para la comun defensa, y castigaron cruelmente á aquella multitud sin disciplina. Ésta se fué disipando con las derrotas que pudiéramos llamar matanzas.

El delfin, aunque en edad tan jóven, tomó con su prudencia mucho ascendiente: abrió los ojos al pueblo: redujo los espíritus á la moderacion, y aun supo inspirarsela á su cuñado. Trató de paz con los ingleses en Bretaña; y aunque á la verdad no fué muy ventajosa, no logró poco en solo hacer las paces. Volvió el rey Juan, quedando dos hijos suyos en rehenes con los ingleses hasta la entera ejecucion del tratado.

Considerando la conducta de este monarca desde que volvió á gobernar, se cree que fué mayor la indiferencia con que miró su reino, que el contento de verse libre. Estaba interiormente resentido del poco interés que habian manifestado los grandes acerca de su persona durante la prision. En los estados generales pensaron mas en aprovecharse de la ocasion para restringir su autoridad que en restablecerle en el trono. Hallando los negocios bien manejados por su hijo, los dejó en manos de éste, y apenas se presentaba sino en las ocasiones de lucimiento. Dudoso en sus resoluciones ó irresoluto sobre lo que debia hacer, quisiera borrar con alguna hazaña ruidosa la vergüenza de su prision. Con este fin tomó la cruz: pero tambien señalan motivo de utilitud á su devocion.

Despues de la paz los soldados despedidos se reunieron bajo de algunos gefes de su eleccion, y cometieron mil desórdenes: ellos mismos se pusieron el nombre de *tarderinisteis*, dando á entender que solo habian llegado á espigar despues de la rica cosecha que otros habian recogido. Uno de sus capitanes se llamaba *el amigo de Dios y enemigo de todo el mundo*, que son dos títulos difíciles de conciliar. Cuando los gefes se vieron ricos se retiraron á disfrutar sus riquezas: dejaron sus compañías, y ya éstas no formaban cuerpo; pero quedaron muchos soldados errantes los mas perversos de toda Europa.

La intencion del rey Juan, cuando tomó la cruz, fué juntarlos todos, y llevarlos como generalísimo de los ejércitos cristianos, á donde pudiesen ejercitar su valor y saciar su codicia, haciendo presa en los estraños en lugar de desolar la cristiandad; pero este proyecto bien imaginado no llegó á ejecucion, porque uno de los hijos del rey, que se habia quedado en rehenes en Inglaterra, huyó ántes de haberse cumplido las condiciones del tratado: quiso su padre que se volviese: resistió y creyó Juan que debia ir él á ponerse en su lugar. De este modo murió en Inglaterra á la edad de cincuenta y seis años. Dicen que volvieron á llamarle; pero es verisímil que un hombre de su edad y de su carácter cediese al impulso mas noble, cual es la fidelidad á su palabra. Así debe pensarse de un príncipe que decia: «Que si la buena fé se perdiera en el mundo, debiera encontrarse en el corazon de los reyes.» Le dieron el sobrenombre de *Bueno*, y es razon dejársele, á pesar de sus imprudencias y desgracias.

Su hijo Cárlos V mereció el nombre de *Prudente*, y la simple indicacion de sus principales acciones probará que le mereció con justicia. Éste ejecutó lo que, prevenido su padre por la muerte, no pudo hacer. Libró la Francia de salteadores, que la desolaban con el nombre de *malandrines* ó *grandes compañías*. Así como el viento arroja al mar las langostas de las llanuras del África, así Cárlos V echó á España todos aquellos ladrones bajo el mando del célebre Guesclin.

Tomaron el camino por Aviñon: se asustó el papa, y les envió á preguntar por un cardenal: «¿Quiénes sois vosotros, y adónde vais?» Á lo que respondió Guesclin: «Somos treinta mil cruzados, que vamos á hacer guerra á los infieles: pedimos la absolucion de nuestros pecados y doscientas mil pesetas para el viaje.» La absolucion se les concedió sin dificultad; en cuanto al dinero se regateó bastante. Por último se determinó el papa á imponer una contribucion á los aviñoneses, y llevaron el producto á Guesclin. «No es eso, dijo, como yo lo entiendo, ni hemos venido aquí á saquear á la gente pobre, sino á tomar alguna contribucion de los ricos. Vuélvase ese dinero á los que le han dado, y el papa y los cardenales nos den lo que hemos pedido.» Fué preciso pasar por todo, y despues recibieron la absolucion con mucha humildad.

Ganó Cárlos en esta emigracion: lo primero librar su reino del robo, y de gente sin disciplina para poder restablecer la policía y las costumbres: lo segundo hacerse de Enrique, conde de Trastamara, á quien Guesclin

Digitized by Google

puso en el trono, un aliado fiel, que envió para socorrerle contra los ingleses una poderosa armada. Todo el tiempo de su reinado estuvo en guerra con esta nacion. Hasta cinco cuerpos de tropas se vieron en campaña: reconquistó sus provincias, unas enteramente y otras en parte, con muchas importantes ciudades. Entre sus escelentes generales debe contarse Guesclin, á quien hizo condestable, porque él rara vez se presentaba á la cabeza de los ejércitos: solia decir Eduardo por él, que aunque no habia rey que ménos se armase, ninguno le habia dado mas que hacer. Consultaba gustoso públicamente; pero decidia solo en su gabinete secreto, diciendo, que en los asuntos de estado bien pueden ser las razones conocidas como las decisiones sean secretas.

En su reinado se vieron la condesa de Monfort y la de Pentievre, que se disputaron la Bretaña durante la prision, y aun despues de la muerte de sus maridos, bajo de los estandartes de los reyes de Francia y los de Inglaterra. Tambien se habla de otras muchas guerreras que atacaban y defendian las ciudades: una de ellas detuvo todas las fuerzas del condestable delante de Fontenay-Le-comte, esponiéndose como un soldado. Era hermosa y jóven, por lo que cuando llegó á capitular dijo Guesclin con galanteria, que dejaba en su mano las condiciones.

Este grande hombre no sabia leer, ignorancia que era comun en su siglo; pero un gefe de la Rochela se aprovechó de ella diestramente. Tenian los ingleses la ciudadela, y el gefe, aunque francés de inclinacion, se correspondia bien con el comandante. Le convidó un dia á comer en la ciudad, y al sentarse á la mesa llegó una carta del rey de Inglaterra para el comandante. La examinó, reconoció el sello, y quedó persuadido á que la carta era de su rey; pero como no sabia leer suplicó al gefe de la Rochela que le dijese el contenido. El astuto paisano, que habia preparado al mensagero con una carta antigua y esperaba semejante súplica, leyó, nó el contenido, sino una órden supuesta del rey de Inglaterra, para que sacase la guarnicion del castillo con el fin de hacer la revista. Obedeció el comandante; y el gefe, viendo fuera las tropas, se apoderó de la ciudadela.

Cárlos V hizo cuanto pudo por desterrar de su reino la ignorancia, é introducir el gusto de la literatura, dando mucha estimacion á los que la cultivaban, los cuales en aquellos tiempos se llamaban *clérigos*. Murmuraban algunos de las distinciones que les concedia; pero respondia Cárlos: «Los clérigos ó la sabiduria nunca se honrarán con esceso, porque mientras la sabiduria sea honrada en este reino continuará la prosperidad; pero si ésta se desprecia vendrá á caer.» Con efecto, la Francia ha adquirido cierta especie de dominio sobre el universo, tanto por las ciencias como por las armas. Á Cárlos V se le debe considerar como fundador de la inmensa biblioteca, de que Paris se gloria con razon. Le habia dejado Juan su padre, como unos veinte volúmenes, á los que él añadió novecientos: enorme cantidad para aquel tiempo, en que no se habia inventado el arte de la imprenta. El regalo mas de su gusto que le podian hacer era un libro: gustaba de conversar en materias de ciencias, y éste era su único descanso.

La debilidad de su temperamento no le permitia los ejercicios violentos que practicaban sus predecesores y así permanecia muy gustoso en su palacio; pero en él era accesible á todo el mundo. Aunque grave por su carácter, no era enemigo de la alegria templada. En su vestir era modesto, y no obstante gustaba del aseo en su corte, y de la magnificencia en las ocasiones de lucir. Era muy fiel en las prácticas de la religion, muy arreglado en la vida privada; y, siempre igual, despachaba en las desgracias sus órdenes con la misma serenidad que en las ocasiones prósperas. Logró en Juana de Borbon una esposa digna de su persona, prudente, piadosa, limosnera, ejemplo de buenas costumbres, y vivo modelo de virtudes para las hijas de los grandes señores, que, en aquellos tiempos, se criaban en la corte.

Murió Cárlos V á los cuarenta y cuatro años. El reino estaba tranquilo, las tropas bien disciplinadas, la hacienda en el mejor estado: y el tesoro lleno, siendo el mas liberal de los monarcas; pero su generosidad era una especie de comercio con los pueblos. Por ejemplo, daba tierras al condestable, éste las vendia y gastaba el dinero en premiar la tropa, en animar los paises arruinados con la guerra, en mantener las familias nobles y los edificios útiles. Todo esto lo sabia el rey; y cuando se habia consumido el precio de aquellas tierras, daba otras y lo mismo hacia con sus ministros. Por este medio lograba que circulase el dinero, aumentaba la industria, y podian los pueblos pagar las contribuciones. Con haber sido tan deseoso de moderarlas, tuvo al morir escrúpulo de las que habia impuesto, y encomendó á su sucesor que las disminuyese. Mejor seria que ninguno retardase para la hora de la muerte el arrepentimiento.

Aun en los tronos se observa cierto contraste, porque suele suceder un loco á un hombre prudente. Cárlos VI no tenia mas que doce años; se apoderó de la regencia el duque de Anjou, tio suyo, y con esta autoridad se aprovechó de los derechos que le habia dado Juana, reina de Nápoles, adoptándole por hijo. Tomó los tesoros del difunto rey, que subian á muchos millones, y los duques de Borgoña y de Berri, otros dos tios del monarca por parte de padre, robaron lo que pudieron. Solo el duque de Borbon procedió como convenia á su clase, aplicándose á la educacion del jóven rey; pero todas sus buenas intenciones fueron inútiles porque el duque de Borgoña, su compañero en el cuidado de educar al nuevo rey, acomodándose al genio de su pupilo, favoreció la desenfrenada inclinacion que manifestaba á los placeres.

El duque de Anjou juntó el mas bello ejército que jamás salió de Francia para Italia, y todos le vieron partir con el mismo placer que se ve ausentarse un ladron, aunque se lleve el robo. Tomó el duque de Borgoña la autoridad, y persuadió á su sobrino á que hiciese la guerra en Flandes, aunque sus habitadores no tenian mas delito que no poder sufrir las exacciones de su soberano, suegro del duque de Borgoña. De este modo salió tambien de Francia otro ejército por unos intereses absolutamente estraños. Tambien fué preciso enviar tropas al Languedoc, cuyo gobierno se habia dado al duque de Berri, á quien no queria recibir la provincia, porque viviendo el difunto rey habia esperimentado sus vejaciones. Aquel prudente príncipe, cediendo á los deseos de sus pueblos, habia llamado á su hijo; pero el sobrino le envió armado y mas temible. La desgracia de Cárlos VI era verse en la precision de ser el instrumento de la codicia de sus tios.

Á la edad de diez años se casó con la princesa Isabel de Baviera, y su hermano el duque de Orleans con Valentina, hija del duque de Milan. Entónces pensó el rey en salir de la tutela de sus tios, y para ello no hizo mas que juntar un consejo, y declarar en él que en adelante queria gobernar por sí mismo. Cayó la autoridad de todos: llamó á los ministros de su padre, y mudaron de aspecto los negocios. Se aplicó el jóven monarca al alivio de sus pueblos: disminuyó los gastos necesarios, cercenó los supérfluos, y tomó á su cuidado el reparo de los agravios. Era afable, y familiar con decencia, y gustaba de hablar con la mayor cortesanía, por lo que los pueblos, encantados de sus bellas calidades, le dieron el nombre de muy amado. Los proyectos de guerras que algunas veces le advertian, y de guerras caballerescas, como el de ir á pelear con los turcos, y á sosegar los partidos diferentes que tenian al papa fuera de Roma, daban motivo para temer que se entregase á esta pasion con grande detrimento de su reino, pero le contenian sus ministros. No pudieron sin embargo oponerse á la justa venganza de un asesinato infame, cometido casi á vista suya.

En una corte compuesta de principes ambiciosos, que, habiendo caido de su autoridad, aspiraban á tomarla de

Digitized by Google

nuevo, y de mugeres galantes, autorizadas con el ejemplo de sus maridos, y zelosas entre sí, ¿qué habia que esperar sino intrigas particulares, precursores de los generales alborotos? El duque de Orleans, poco arreglado en su conducta, procuraba ocultar de su jóven esposa sus desórdenes; pero ésta, que llegó á saberlos, reconvino á su marido, y habiéndola hecho confesar éste que debia las noticias á Pedro Craon, su favorito, le echó de su corte. Era Pedro Craon uno de aquellos hombres peligrosos al lado de los príncipes jóvenes, pródigo, audaz, y sin costumbres ni principios. Oliverio Clison, condestable, hombre grave y arreglado, habia procurado separar del duque aquel escandaloso, y no pudo conseguirlo. No ignoraba Craon sus diligencias, y creyendo que pudiesen haber contribuido á su desgracia las anteriores tentativas de Clison, por sola esta sospecha le acometió en Paris á la cabeza de muchos asesinos, le dejó por muerto, y huyó á Bretaña, en donde el duque, enemigo de Clison, le recibió gustoso.

Irritado el rey con semejante atentado, pidió que le entregasen el asesino: se resistió el duque, y Cárlos, poniéndose á la cabeza de sus tropas, se preparó para obligarle á obedecer. Tenia el duque de Bretaña un fuerte partido en la corte, y entre otros le favorecian los duques de Borgoña y de Berri, que procuraban apartar á su sobrino de esta guerra, no obstante que le seguian. Llegando al Mans le acometió calentura, sus tios le aconsejaban que se detuviese, pero él continuó en su marcha. Estando en tan mala disposicion su salud, y despues de haber marchado muchas horas en un dia de los mas abrasados de agosto, el príncipe, que iba como soñoliento en su caballo, advirtió con sobresalto que le despertaban, y que saliendo de detrás de un árbol un hombre de mala traza, cubierto de andrajos, se agarró de la brida del caballo, y le gritó con voz terrible: *Detente rey, adonde vas?: traicion te han hecho*; y al punto desapareció.

Desde luego pudiera creerse que los tios y los que no querian esta guerra, habian apostado aquella fantasma; pero sin duda no previeron las funestas consecuencias de su estratagema. Habiendo pasado el primer susto de aquella vision continuaron la marcha. Un page que llevaba una lanza se durmió sobre el caballo y la dejó caer de modo que dió en el capacete de otro page que iba detras del rey. Al oir el sonido agudo volvió la cabeza; y viendo aquella lanza como en ristre contra él, se arrojó con ímpetu sobre el page, le mató, y fué como un loco corriendo por todas partes, hiriendo á diestro y siniestro hasta que pudieron sujetarle. Volvieron á llevarle á Mans en donde estuvo dos dias aletargado sin poder conjeturarse en qué pararia accidente tan estraño. Entre tanto los duques de Berri y de Borgoña volvieron á tomar la autoridad con perjuicio del duque de Orleans, pretestando que era muy jóven. Ocultaban al rey todos los asuntos, y los gobernaban sin él por tener su entendimiento debilitado, y sujeto á continuos eclipses, y esto mismo servia de razon para multiplicarle los placeres, con el objeto de disiparle la melancolía, que le tenia muchas veces oprimido.

En una de las fiestas que dieron con este fin, dispusieron una máscara de seis sátiros, que para señalar la desnudez no tenian mas que la tela exactamente aplicada sobre la piel, y un baño de pez para retener la lana que figuraba el pelo: era el rey uno de ellos, y todos estaban unidos por una cadena. El duque de Orleans acercó imprudente una hacha encendida á uno de ellos para reconocerle. Le pegó fuego á su vestido, y se comunicó a los demas, tan rápidamente que se abrasaron hasta cuatro, y murieron á los dos dias: otro tuvo la fortuna de encontrar una cuba llena de agua, y se arrojó dentro: y al rey, cuando ya el fuego le iba alcanzando, le libertó la duquesa de Berri, que apagó la llama con sus ropas, envolviéndole en ellas. Desde aquel momento hasta su muerte siempre tuvo este príncipe tres ó cuatro ataques cada año, que le duraban unos mas que otros con síntomas diferentes. La víspera del insulto estaba pesado ó inquieto: al despertar por la mañana, ó se ponia furioso ó lelo, ya se sentia violento y ardiente, y ya triste y melancólico: entónces lloraba, y algunas veces jugaba y retozaba como un niño. Cuando estaba así á nadie conocia, sino á la duquesa de Orleans su cuñada, ni queria tomar cosa alguna como no fuese de su mano. Se dijo por entónces que ésta habia envenenado á su cuñado para que pasase su autoridad á su marido; otros dijeron que debia esta preferencia á condescendencias delincuentes: como si pudiera saberse la causa de las manias de un loco. La reina y las tias de Berri y de Borgoña se mostraron envidiosas de la predileccion con que el rey distinguia á su cuñada: y sus esposos tomaron por su cuenta las querellas de sus mugeres, de lo que procedieron los odios que causaron tantos alborotos en el reino. Conocido el principio, ninguno debe admirarse de los estraños sucesos que señalaron aquel infeliz reinado.

El duque de Orleans, con el ascendiente de su muger, se hizo declarar en uno de los buenos intervalos del rey teniente general y gobernador del reino, en las recaidas de su hermano. Se opuso á este edicto el duque de Borgoña, y se prepararon los rivales para hacer sus hostilidades, bien que las tuvo suspensas el duque de Borbon mientras duró la mayor fuerza de la locura del rey. Restituido éste á su mediana salud, dió por nulo cuanto habia hecho á favor de su hermano, y concedió toda la autoridad á su tio. Se aprovechó el duque de Orleans de otro acceso que sobrevino á su hermano para que le restableciese en su empleo, ayudándole su cuñada la reina. La correspondencia entre estas dos personas, mantenia, nó sin escándalo, su autoridad, y las daba para robar al pueblo una especie de derecho de que no dejaban de aprovecharse.

Murió el duque de Borgoña, y dejó sus estados á Juan, llamado *Sin miedo*, quien era tan ambicioso como su padre y aspiró á tener su parte en el gobierno; pero la reina y el duque de Orleans querian escluirle de él. Los dos cuñados se portaban con la mayor imprudencia, no omitiendo bajezas ni vejaciones para atesorar dinero, y aun decian que la reina le enviaba á Alemania para retirarse allá, y vivir espléndidamente si el rey llegase á morir. El duque de Orleans compraba tierras, no pagaba las deudas, tenia una corte muy lucida, al mismo tiempo que muchas veces faltaba lo necesario en la del rey y la de sus hijos. El infeliz monarca, que en un lúcido intervalo se vió instruido de aquellas maniobras, creó un consejo que gobernase el estado durante *la ausencia del rey*. Así llamaban por decencia los accesos de su locura.

Esta precaucion no sosegó los alborotos ni impuso silencio á los atrevimientos, y así el nuevo duque de Borgoña, por venganza y por rivalidad de amor y de poder, hizo asesinar á su primo el duque de Orleans. Confesó públicamente su delito: pretendió justificarle, y consiguió que le absolviese el rey, á quien mantuvo en Paris, despues de haber hecho salir á la reina y á los hijos de Orleans con todos sus partidarios. Volvieron todas estas personas á la capital, en la cual eran los mas fuertes, y así la corte, intimidada porque los parisienses favorecian al duque de Borgoña, se retiró á Tours. Facilitó una composicion la muerte de la heredera presuntiva de Orleans; dió Juan algunas escusas al nuevo duque de Orleans su primo; y la reina, que al principio se habia irritado con el castigo de Montaigu, á quien habia quitado la vida el duque de Borgoña por su afecto á esta princesa, se sosegó, dándola el duque parte de la confiscacion de los bienes del difunto. Consiguió el duque de Borgoña que le confiasen la educacion del delfin en perjuicio del duque de Berri: y éste, para vengarse, renovó las quejas del asesinato del duque de Orleans: pidió justicia, y al mismo tiempo levantó tropas, y avanzó hácia Paris. Volvió otro lúcido intervalo del rey á calmar la tempestad que iba á hacer ya su estrago: retiró de la corte los rivales: quitó al duque de Berri su tio el gobierno de Paris dándoselo al conde de San Paul como pedian los habita-

Digitized by Google

dores. Á este capitan se le habia quitado el gobierno de Génova, y habia sido reintegrado. Se decia que los genoveses no gustaban de él, porque era muy del gusto de sus mugeres. No tomó las medidas correspondientes de benignidad para establecerse con solidez en su nuevo gobierno; y no contando con la obediencia de los paisanos, que manifestaban afecto al duque de Borgoña, formó un cuerpo militar de quinientos verdugos, que, apenas se vieron con las armas en la mano, hicieron temblar á toda la ciudad, la cual se dividió en tres facciones. La del duque de Orleans, llamada los armañacs, por el nombre de Armañac, suegro del duque, llevaba una banda con la cruz de San Jorge; la de los borgoñones banda roja, y cruz de san Andrés; y la tercera de los cabochianos, así llamados por su gefe Caboche. Á esta faccion volante la temian y la llamaban alternativamente las otras dos. Sedienta de sangre y de robos, designaba las muertes y latrocinios, los ordenaba, los ejecutaba, y hacia dominante la faccion á que se juntaba.

El duque de Borgoña casó á su hija con el delfin Luis, que ya empezaba á mezclarse en los negocios. Viendo que los duques de Berri y de Orleans se acercaban á Paris, en donde los armañacs, bajo el gobierno del conde de san Paul, eran muy poderosos, apeló á su suegro para que sostuviese su causa. Fué el Borgoñon con un cuerpo considerable de ingleses: pero Juan *Sin miedo* no hizo mas que presentarse, porque le llamó á Flandes una sublevacion de los flamencos; y mientras ésta esponia á Paris á ser presa de los armañacs, despertó el rey de su demencia, juntó un ejército, ahuyentó á su tio y á su sobrino, hasta que se refugiaron en Burges, en donde los sitió. Aunque oprimidos, y con pocas fuerzas, no ofrecieron proposicion alguna de paz, porque esperaban un cuerpo de seis mil ingleses, á los cuales tambien habian ellos llamado por su parte: y de este modo cada faccion, igualmente traidora á la patria, se detenia poco en entregarla á sus enemigos, como éstos la ayudasen para destruir á su rival. El temor de aquellos auxiliares precisó al rey á que recibiese en su gracia á los duques de Berri y de Orleans: pero los ingleses, que ya habian llegado, viendo que no los pagaban, se desquitaron robando.

Recayó el rey en su locura; tomó el delfin las riendas del gobierno: y, aunque yerno del duque de Borgoña, que habia vuelto á Paris, resolvió sustraerse de su dominio, y le pidió que tuviese á bien poner por comandande en la Bastilla á Desesarts, hombre de su confianza. El maligno borgoñon, muy lejos de oponerse, firmó la patente del gobierno, mas no bien habia entrado Desesarts en la fortaleza, cuando se vió embestida por una multitud de gentes que se habian juntado bajo el mando de Caboche y de Juan de Troyes, otro gefe intimo partidario del duque de Borgoña. El delfin empeñó á su suegro en que retirase aquellos sediciosos: consintió éste: pero al delfin le fué preciso entregar á Desesarts, á quien degollaron para que sirviese de escarmiento á los que se atreviesen á tomar resoluciones desagradables al duque. Se esparcieron despues por la ciudad los cabochianos, y mataron á todos los que el borgoñon y sus amigos indicaban como sospechosos. El delfin y el duque de Berri se vieron en la precision de tomar la banda roja para ponerse en seguridad. Los vecinos de Paris despertaron con estas violencias del letargo que los tenia sobrecogidos, y echaron fuera á los cabochianos no sin mucha efusion de sangre. El resto de estos malvados se retiró á Flandes con el duque de Borgoña.

Entónces se declaró Paris absolutamente contra él; pero amenazados con su vuelta los parisienses tomaron las armas, y se sujetaron á las funciones militares. Con efecto, llegó el borgoñon hasta las murallas, y se presentó delante de las puertas; pero viendo, contra lo que él esperaba, que ninguno se movia en su favor, se retiró. El rey volvió en sí: le persiguió; y despues le concedió la paz, porque importaba defenderse de los ingleses, que habian desembarcado en Francia con grandes fuerzas. El ejército del rey, que les salió al encuentro, era muy superior; pero por tener malos comandantes fué totalmente puesto en fuga en Azincourt. Esta derrota fué por las circunstancias mayor desastre que los de Cresi y Poitiers. Se aprovechó el borgoñon de la desgracia para volver al favor del rey, y restituirse á la corte, protegido de su yerno el delfin Luis. Pero este príncipe murió en la flor de su edad, dicen unos que envenenado, otros que asesinado, y otros que por sus muchos escesos, á pesar de su temperamento fuerte y vigoroso. Los armañacs adquirieron entónces la preponderancia; pero les duró poco tiempo. El borgoñon se apoderó del corazon del nuevo delfin Juan, el cual murió de un absceso en la cabeza, y demasiado temprano para dar vigor á la faccion borgoñona en Paris, bien que las intrigas de la corte la dieron nueva fuerza.

Al delfin Juan sucedió Cárlos, que despues ocupó el trono. Dió este príncipe su confianza al condestable de Armañac; y este, por la estrema escasez en que se hallaba el reino, amenazado de nuevo por los ingleses, aconsejó al delfin que se apoderase, como lo hizo, del tesoro de su madre Isabela, el cual era muy considerable. Lo sintió ésta mucho, y dejando á su esposo con su hijo se retiró á Vincennes; en donde tenia una corte lucida y galante. En uno de los lúcidos intérvalos del rey, le hizo ver el condestable que no debia tolerar lo que pasaba. Fué el marido á Vincennes, hizo arrestar y quitar la vida á un hombre, de quien decian ser amante de su muger, y la desterró á Tours con Catalina su hija menor. Despechada con esta afrenta, en la cual creyó cómplice á su hijo, aunque todavia podia llamarse niño, apeló Isabela al auxilio de Juan *Sin miedo*. Éste la estrajo de su destierro, y la aconsejó que hiciese revivir cierta órden, por la cual el rey, en otro tiempo la habia declarado regenta del reino. Tomó pues Isabela el título y autoridad de regenta: fijó su residencia en Troyes: creó un canciller y un parlamento, nombrando por condestable al duque de Lorena en lugar de Armañac.

Por esta potestad, rival de la del rey, y acompañada de todas las autoridades que podian hacerla respetable, se temió un cisma político en el estado. El legado del papa se mezcló en la negociacion de la paz; y mientras ésta se conseguia se introdujeron por sorpresa en Paris hasta ochocientos borgoñones, con quienes se juntó el populacho; y, forzando las cárceles, mataron á cuantos en ellas se habian refugiado: quitaron la vida al condestable de Armañac, y apenas se salvó el delfin. Con esta noticia no tardaron la reina y el duque de Borgoña en ir á la capital: pero tampoco tardaron en verse bien estrechados del espíritu de sedicion que en ella reinaba. Todo rico era un armañac, á quien mataban sin misericordia. La canalla desenfrenada se habia entregado á toda suerte de escesos: el verdugo iba delante, y tuvo desvergüenza para tocar la mano del duque de Borgoña, y éste se vió precisado á sufrírselo. Entre tanto mandaron entrar algunas tropas en la ciudad: las cuales restituyeron el buen órden. Se retiró el delfin á Poitieu, en donde estableció un parlamento formado de los consejeros que se habian ausentado de Paris: nombró cancilleres, y se declaró regente por el tiempo que durase la demencia de su padre.

Durante este tiempo, la reina Isabela, siempre irritada contra su hijo, trataba con Enrique rey de Inglaterra, que habia avanzado hasta Nantes; y para que la socorriese y restableciese en la autoridad absoluta le ofreció la mano de su hija Catalina, con muy ventajosas condiciones. Aun no le parecieron éstas suficientes al inglés: el duque de Borgoña tenia la balanza entre los contratantes: no le halló Enrique en la disposicion que él quisiera para favorecer sus pretensiones, las cuales no se dirigian á ménos que conseguir la corona de Francia con la mano de Catalina. Creyendo que no necesitaba al borgoñon, le despreció; y Juan *Sin miedo*, picado de este desden, dió oidos á las solicitaciones del delfin, que se ofrecia á la reconciliacion. Sentados los preliminares, se citaron los dos príncipes á Montereau para convenir en los últimos artículos; y á la vista del delfin fué asesi-

Digitized by Google

nado en la conferencia el duque de Borgoña. Negó el príncipe haber tenido parte en esta muerte, protestando que se habia cometido sin su consentimiento; pero por mas que lo negase, Paris y á su ejemplo toda la Francia se sublevaron contra aquella perfidia, y en un momento se adelantaron los negocios del rey de Inglaterra mas de lo que habria conseguido con las mayores victorias. Se concluyó un tratado, por el cual se convino en que Enrique IV se casaria con Catalina, que gobernaria el reino de Francia como regente mientras viviese Cárlos, y despues de su muerte le sucederia en el trono. Aprobaron este tratado, como por un entusiasmo general, el parlamento, todos los cuerpos y las principales ciudades del reino; accedió á él el nuevo duque de Borgoña Cárlos *el Temerario*. Los otros príncipes de la sangre habian ido prisioneros á Inglaterra despues de la batalla de Azincourt. El delfin fué declarado enemigo de la patria, é incapaz de suceder en la corona.

Empezó la guerra entre el delfin, que tenia muy pocos partidarios con algunas provincias de la parte meridional, y entre Enrique, apoyado de las fuerzas de Inglaterra, de los auxilios del duque de Borgoña, del voto de Paris, el de las ciudades principales de todo el reino, y el odio que la reina madre tenia á su hijo. ¿Quién no hubiera contado ser cierta la perdicion del delfin, y por seguro el triunfo del inglés? Pero murió Enrique IV á los treinta y seis años de su edad, dejando de Catalina un niño de nueve meses, á quien llamaron Enrique V. Dos meses despues murió de cincuenta y cuatro años el desgraciado Cárlos VI, que á fuerza de recaidas se habia quedado lelo. Su fortuna fué no conocer las desgracias de su reino. Se dió la regencia en la menor edad de Enrique V al duque de Besfort, hermano de Enrique IV, porque no quiso admitirla el duque de Borgoña. Cárlos de Valois, que era el delfin, se hizo proclamar rey en sus provincias, y fué reconocido en su pequeña corte, tan reducida, que le llamaban por burla *el rey de Villorios*.

Desde este estado al de un monarca, que no conoce en su reino otros límites que los antiguos, hay mucha distancia; y así Cárlos VII, llamado el *Victorioso*, tardó quince años en llegar al término. Tambien le llamaron *el bien servido*, y á la verdad lo era porque premiaba noblemente. No pasaba de la edad de veinte años; y aunque pocos señores siguieron al principio su fortuna, éstos eran valientes, fieles y zelosos; y por otra parte le llegaron socorros extranjeros, pues el rey de Escocia le envió seis mil hombres, y el duque de Milan seiscientas lanzas, y un cuerpo de ballesteros. Con estos auxiliares, y los franceses voluntarios que pudo reunir, sostuvo la campaña. Eran tan cortos sus caudales, que al principio no tuvo mas soldados que los que se contentaron con las esperanzas, y el deseo de adquirir gloria.

El carácter de Cárlos VII era muy propio para las circunstancias: franco, cariñoso y de genio igual. Aunque inclinado á la diversion, no temia el trabajo; y con tanto gusto se ocupaba en los preparativos de un combate como en las disposiciones para una fiesta. En una circunstancias de las mas crítica, despues de una pérdida importante, hacia á uno de sus generales la descripcion de una diversion que pensaba dar á su amiga Inés Sorel: «¿Qué te parece, preguntó al guerrero anciano?» y este respondió: «Me parece que nadie puede perder su reino mas alegremente.»

Suponen que debió mucho á esa favorita, porque, contento él con la parte del reino que los ingleses le dejaban, hubiera vivido en la indolencia á no haberle Inés sacado de ella, despidiéndose de él un dia, y diciendolo: «Yo estoy destinada para un rey; pero pues vos os conformais con dejar de serlo, voy á buscar un monarca en otra parte.» Esta amenaza, hecha oportunamente, le dió aquella energía que le habia faltado muchas veces. Como era moderado y tranquilo, necesitaba de que le escitasen; pero en las ocasiones importantes ninguno de sus guerreros le podia disputar la palma del honor. Mas de una vez le vieron el mas avanzado en las filas de los enemigos, y el primero en la brecha; pero mitigaba su ardor la grande superioridad de los ingleses. Estando para perder á Orleans, que los ingleses sitiaban y era la única plaza que le ofrecia un punto de apoyo en el centro del reino, se veia espuesto á verse reducido á la mayor estremidad, y tal vez sin otro asilo que las montañas del Delfinado, que era su mayorazgo ántes de ser rey. En situacion tan crítica solo un milagro, si hemos de creer á algunos historiadores, ó una singular y feliz estratagema, segun otros, salvó á Orleans, y aseguró el trono á Cárlos VII.

No se sabe la causa, el objeto, si fué inspiracion, astucia, política, íntima conviccion ó seduccion extranjera lo que escitó á cierta heroina. El hecho contado con la mayor sencillez, fué éste: Una aldeana jóven, que no llegaba á los veinte años, llamada Juana, natural de Arc, aldea de Lorena, se presentó al gobernador de Domremi, suplicándole que la enviase al rey, porque Dios la habia revelado, que mandando ella las tropas reales harian levantar el sitio de Orleans. La despidió el gobernador; volvió á instarle: y vencido de sus instancias la envió al rey, bajo la guardia de dos caballeros. Era muy peligroso el viaje por un pais enteramente ocupado de los ingleses, pero ella prometió que seria feliz, y así sucedió. Llegando á la corte, la llamó el rey á su presencia despues de haber consultado á su consejo. Estaba el rey vestido con sencillez, y se confundia entre la comitiva de cortesanos: pero ella le distinguió, y dirigiéndole la palabra, dijo: «Que se lo habian encargado solamente dos cosas; hacer levantar el sitio de Orleans, y llevar el monarca á Reims para ser allí consagrado.» Sufrió sobre su mision el examen de los doctores ó teólogos, cuyo parecer la fué favorable. Pusieron un grande convoy á sus órdenes: le introdujo en Orleans, é hizo tantas salidas y con tales ventajas, que los ingleses levantaron el sitio. Por este triunfo la llamaron *la doncella de Orleans*.

Iba á caballo vestida de hombre, y á la frente de las tropas cargaba sobre los enemigos con mucha intrepidez. Mostraba por otra parte grande piedad, mucha modestia, y tal juicio y continencia que jamás se sospechó de ella la menor libertad. Conseguida esta victoria propuso la doncella el viaje de Reims: se opuso la mayor parte de los capitanes, pareciéndoles un paso imposible; respondió ella del suceso: superó todos los obstáculos, dispersó las tropas enemigas, mandó abrir las puertas de las ciudades *de parte de Dios*, entró en Reims, hizo consagrar al rey, y pidió permiso para retirarse por haber concluido su mision. Creyendo sin embargo que su presencia era necesaria la detuvieron, y solo con grande sentimiento permaneció allí presagiando un éxito funesto. Así sucedió: la prendieron los ingleses, la formaron proceso suponiéndola hechicera, y la quemaron viva en Ruan. Sufrió la infeliz tan bárbaro suplicio con gran valor, sosteniendo hasta el fin que no era culpada de lo que la imputaban. Debe contarse esta doncella entre las víctimas inocentes sacrificadas al resentimiento ó á las razones políticas. ¿Es posible que ignoró Cárlos la horrible suerte que se preparaba á esta heroina? y si la supo, ¿cómo no la provino con amenazas de usar de represalias con los prisioneros que él tenia en su poder?

Desde que Cárlos VII se consagró, fue su reinado una serie de victorias: echó á los ingleses fuera de la Francia; y tuvo la satisfaccion de introducir en su reino la policía. Á los soldados, que con la guerra civil se habian hecho ladrones, los envió á cultivar las tierras, ó á emplearse cada uno en sus artes. De este modo, sin echarlos de la Francia, como se habia ejecutado con los malandrines y las grandes compañías, se libró de ellos haciéndolos útiles al mismo tiempo. Examinando el órden con que dispuso todos los ramos de administracion, la hacienda, la policía y la disciplina, es preciso decir que fué un gran rey.

Le sucedió lo contrario que á otros monarcas, porque su trono no fué invadido en los principios de su reinado, cuando todavía temblaba, sino cuando parecia estar mas asegurado; pues, pasados diez y siete años de victorias,

Digitized by Google

se vió asaltado por una peligrosa faccion, llamada la *praguería*, palabra cuyo origen se ignora. La principal fuerza la tomó de haberse agregado á ella Luis el delfin, hijo de Cárlos. Le sujetó su padre, y le perdonó como á casi todos los cómplices.

Cárlos fué infeliz como padre y como hijo. Habiendo nacido de Isabela de Baviera fué aborrecido, detestado, y aun despojado si hubiera podido ser, por esta madrastra; y así ninguno puede reprenderle por la indiferencia en la muerte de una muger, acompañada hasta el sepulcro del público desprecio y odio. Fué infeliz como padre, pues su hijo se puso en el caso de necesitar del perdon, lo que para un padre es muy doloroso. Pero lo mas horrible para este príncipe fué creer que aquel hijo pretendia darle veneno; y tan profundamente ocupaba esta persuasion su espíritu, que de miedo se estuvo sin comer muchos dias. Cuando vencido de las instancias de sus domésticos consintió en tomar algun alimento, ya fué tarde, porque el estómago no podia ejercer sus funciones, y así murió á los sesenta años. (1461.)

Luis XI, aquel hijo que llenó de amargura los últimos años de su padre, aunque acostumbrado á disimular, no pudo ocultar el contento cuando supo la muerte del rey. Se hallaba fuera del reino con el pretesto de temer alguna violencia de parte de su padre; pero éste tenia mas justo motivo de recelar de él. Entró pues en Francia: se fué derecho á Reims, en donde se hizo consagrar. Le tienen en reputacion de gran político; pero es tan equívoca la significacion de este término, que no es fácil fijarla á idea cierta. Si por esta voz entendemos un príncipe, que siempre va por tortuosas sendas, que toma el disimulo por basa de su conducta, se aplica á armar emboscadas, aunque tal vez sea cogido en sus propios lazos, le conviene el término de político á Luis XI, y aun se le puede añadir la inclinacion al odio, el arte de preparar sus venganzas para hacerlas crueles, y entónces tendremos el retrato de este príncipe muy parecido al original.

Se acercaba á los cuarenta años, que era poco mas ó ménos la edad de Tiberio cuando subió al trono; y así como el romano, habia estado el francés tascando con impaciencia el freno, esperando el supremo poder. Del primero se cree que dió veneno á Augusto; pero el segundo quitó á su padre la vida á pesadumbres. Despidió todos los ministros: llamó á los que Cárlos habia desterrado, y afectó un gobierno en todo diferente. Debia grandes obligaciones á Juan, duque de Borgoña: le habia recibido este príncipe con la mayor atencion cuando creyó que se veia en la precision de huir para evitar la ira de su padre; y en reconocimiento de tan buena acogida, se unió con el heredero de Borgoña, conde de Charolois, llamado despues Cárlos el *Temerario*, que era tan mal hijo como él. Colocado en el trono de Francia continuó sus correspondencias con este Cárlos, mientras creyó mantener las desavenencias entre padre é hijo; y cuando vió que se reconciliaban, se hizo enemigo de los dos.

Todo le parecia bien para llegar á sus fines. Le habia hecho el duque de Saboya buenos servicios entre tanto que sublevaba al delfin contra su padre; y Luis, agradecido, se empeñó en que se casase con la heredera de Bretaña: pero no pudiendo conseguirlo del breton por medio de las insinuaciones, le llamó á su corte con cierto pretesto; y mientras detenia al padre en la corte tomó las medidas para robar la hija, y por poco no lo consiguió. Este mismo duque de Saboya, reñido con su hijo, suplicó á Luis que interpusiese su mediacion; convidó el monarca al hijo á que fuése á esplicarse con su padre, empeñando su palabra por salvo conducto: le oyó, y le hizo encerrar. Siempre igualmente inclinado á la traicion habia tomado sus medidas para prender, habiendo paces, al duque de Borgoña y al duque de Charolois, mas no le salieron tan bien por imprudencia de uno de los encargados de la ejecucion.

Esta conducta oblicua, y capaz de inspirar recelo no solo á los extranjeros sino tambien á los grandes del reino, ocasionó la guerra, que llamaron *del bien público*, ó la de aquellos que procuraban empeñar al pueblo con pretesto de procurarle sus ventajas, para que sirviese á su ambicion ó resentimientos. Se hallaban á la cabeza los duques de Borgoña y de Bretaña con casi todos los señores de la corte anterior. Se dió cerca de Paris una batalla, seguida de una composicion, y nunca se habian visto tantos tratados juntos, porque los hizo con cada uno de los gefes, que habia con arte separado; concedió el rey á cada uno lo que queria; pero lo que concedia á uno era contrario á lo que habia concedido al otro; y de este modo se halló Luis con las razones que necesitaba para ejecutar lo que queria. En cuanto al bien público manifestó grande deseo de procurarle, y nombró con ostentacion los comisionados que debian reformar los abusos. Esto le sirvió como de inquisicion particular contra los señores sublevados; y citándolos á todos, como culpados en las vejaciones, cubrió su venganza con capa de justicia.

Para mayor seguridad convocó los estados generales para confirmar en ellos cuanto habia hecho, encomendando con cuidado que se hiciesen reglamentos para el bien público á favor de los pueblos. En esta asamblea quedó la Normandia reunida irrevocablemente á la Francia. Como ordinariamente le salia bien al rey todo lo que manejaba por sí mismo, y esto le daba grande idea de su capacidad, tuvo la vanidad de abocarse con el conde de Charolois, ya duque de Borgoña, para arreglar un convenio que pedia astucia y destreza. No hay duda en que pensaba engañar á Cárlos el Temerario, y así le propuso que se viesen, lo cual se verificó en Perona, que estaba en los estados de Borgoña; y para inspirar mas confianza, se presentó Luis sin guardias.

Mientras conferenciaban, los de Lieja, ganados por el rey, y á quienes parece que éste no habia señalado el preciso momento de romper, se sublevaron, é hicieron trizas la guarnicion borgoñona. El duque, instruido del mal proceder del rey, le hizo arrestar, y le tuvo tres dias preso en la torre del castillo. Se sujetó Luis á toda especie de bajezas por salir del mal paso en que se habia metido, y no salió sino á fuerza de sacrificios, y obligándose á ir con el duque á Lieja, no solo para ser testigo del castigo de sus protegidos, sino para cooperar por sí mismo con sus propias tropas, y toda su vida sufrió la confusion de esta imprudencia. Los parisienses, pueblo burlon, enseñaron á sus pegas ó cotorras á repetir, *Perona*, *Perona*, hasta que sofocado el monarca, hizo matar en todas partes aquellas aves habladoras.

Era justo que un príncipe, que tanto gustaba de engañar fuese tambien engañado. Pudiéramos citar muchos ministros que le fueron infieles. Uno de los mas notables fué su último confidente, el cardenal de la Balúe, que mantenia correspondencia con el duque de Borgoña; la descubrió el rey, y le hizo encerrar en el castillo de Loche, en una jaula de hierro de ocho piés en cuadro, castigo que fué de la aprobacion de todos por haberle inventado el cardenal, y haberle hecho sufrir á otros. Once años estuvo allí.

La muerte libró á Luis XI de los príncipes que mas le estorbaban, de su hermano que se cree haber sido envenenado, y de Cárlos el Temerario, que pereció en una batalla en Lorena. Se cree que el rey habia intentado deshacerse de él con veneno, y que el duque le habia pagado en la misma moneda: sospechas muy honoríficas para aquellos príncipes. El duque de Borgoña no dejó mas que una hija, de cuya menor edad se aprovechó el rey para invadir lo mejor de sus estados, queriendo mas deberlo á la astucia y á las armas, que al casamiento que pudiera haber contraido el delfin su hijo con esa heredera.

Buscando el motivo de esta preferencia se cree que se halla en el carácter de Luis, el cual temia que, viviendo él, se hiciese su hijo muy poderoso con aquella alianza. Desde que llegó á hacerse dueño de sus negocios, tuvo á los señores y á todos los de la corte en la mayor sujecion. Una mirada suya hacia temblar á aquellos en quienes la fijaba: y buen ejemplar es de su carácter cruel y vengativo el suplicio de Jacobo de Armañac, duque de

Digitized by Google

Namur, hombre á la verdad cargado de delitos, pero que hubiera quedado sin castigo si el rey no se le hubiera dado por algunas ofensas personales. Hizo degollarle, y mandó que estuviesen sus hijos en el cadalso, para que cayese sobre ellos la sangre de su padre. ¡Rasgo de la inhumanidad mas atroz!

La vida doméstica de Luis era severa y triste. Dice su historiador, que era naturalmente amigo de gentes del estado medio, pero su favorito principal era Olivier, llamado el Gamo, que habia sido su barbero. Con estas gentes gastaba mas familiaridad de la que conviene: y si por ello le reconvenian respondia con una máxima verdadera, pero cuya aplicacion no entendia bien; *Cuando el orgullo va delante, cerca vienen caminando la perdicion y la vergüenza*. Se vestia y se presentaba de un modo que no causaba respeto; pero inspiraba temor, que era lo que él pretendia. Poco tenian que hacer sus ministros, porque decia, «que él en su cabeza llevaba todo su consejo.» Se dice que era muy fácil en hablar de todos, ménos de aquellos que le eran temibles, porque era de carácter harto medroso. De esta pusilanimidad procedia su supersticion, y ningun rey la manifestó con mas señales esteriores de devocion, ni practicó mas menudencias. Prometia y juraba cuanto querian; pero nunca quiso jurar sobre la *cruz de san Lo*, por estar persuadido á que morian dentro del año los que faltaban á este juramento, y como siempre estaba dispuesto á no cumplir su palabra, no queria esponerse. Pero juraba gustoso sobre una pequeña imágen de la Virgen, y de plomo, que llevaba en el sombrero. En su última enfermedad se rodeó todo de reliquias, haciéndolas llevar de todas partes, hasta la santa Ampolleta que sacó de Reims. Corria entónces en Calabria la reputacion merecida de santo á favor de san Francisco de Paula; y como en la opinion de Luis, todo santo debia hacer milagros, le llamó para que le diese la salud; pero no se contentó con que el santo le dijese, que solo podia rogar á Dios que le sanase, porque este enfermo no pedia oraciones. Murió á los sesenta y un años de edad.

Fué, como hemos visto, mal hijo y mal marido, pues no tuvo para Carlota de Saboya, ni aun aquellas atenciones esteriores que la pudieran hacer sufrir con paciencia sus infidelidades y caprichos. Para con su hijo fué padre indiferente, pues le hizo criar lejos de sí, y raras veces le veia. Algunos dias ántes de su muerte le llamó, y le dió estos consejos dignos de un monarca prudente y virtuoso: «que amase la paz: que viviese en buena inteligencia con sus vecinos, y que tratase á sus vasallos con equidad y dulzura.» Fué Luis XI favorecido de las casualidades, porque, cuantos podian hacerle frente, y contener su ambicion y codicia, murieron ántes que él. Se apropió sus despojos con los diferentes pretestos de homenage, herencias, hipotecas, y aun reversiones á la corona, soldándolo todo como queria. Es cosa particular, dice un historiador, que diese realce á la autoridad real, al mismo tiempo que su modo de vivir, su carácter, y todo su esterior parecia que debieran envilecerla. Reunió bajo de su cetro el Anjou, el Maine, el Barois, la Provenza, casi todo el Artois, muchas ciudades de Picardia, el Rosellon, la Cerdania, y el condado de Bolonia (1483).

Como Cárlos VIII era mayor de edad, no hubo regencia propiamente tal; y segun las disposiciones de Luis XI, fué puesta la autoridad en manos de Ana de Baujeu su hija, hermana del nuevo rey. Luis, duque de Orleans, y el duque de Borbon, príncipes de la sangre los mas cercanos, quisieron disputar esta especie de tutela á madama de Baujeu; pero ella apeló á los estados generales, y la confirmaron en su autoridad: decision que hace honor á la eleccion de Luis XI, y al objeto de ella. Á la verdad gobernó con mucha prudencia.

Se creyó que debia darse satisfaccion á la impaciencia pública con el castigo de tres insolentes favoritos. Á Olivier, el Gamo, que de barbero habia llegado á conde de Melun, le ahorcaron por adúltero y homicida. Á Juan Doyac, que tambien habia subido de baja estraccion á una dignidad en el parlamento, y se habia llenado de riquezas, despues de haberle azotado por las calles de Paris, le cortaron la lengua y una oreja, y le llevaron á Auvernia, en donde habia sido gobernador. Le cortaron la otra oreja en Montferand su patria, y le volvieron á azotar; pero tan bien habia ocultado sus tesoros, que no pudieron descubrirlos. El tercero era un médico llamado Jacobo Coctier, á quien Luis XI no se atrevia á negar cosa alguna, ni á castigar su insolencia. «Bien sé yo, decia descaradamente al débil príncipe, que algun dia me tratareis como á los otros, que me hareis poner en la cárcel, ó me quitareis la vida; pero tampoco vivireis tres dias despues de mi muerte.» Se contentaron con desterrarle, rescatando él sus riquezas con una fuerte multa. Buenos avisos para los intrigantes que se introducen en las cortes.

No estuvo por mucho tiempo el duque de Orleans sujeto á la decision de los estados; hizo cuanto pudó por apoderarse de la autoridad, y aun levantó algunas tropas. Lo que mas molestaba á madama de Beaujeu era que este príncipe afable, condescendiente, y dotado de amables prendas, lograba mucho crédito con el jóven rey. No obstante consiguió separarle, y él se retiró á Bretaña empeñando al duque en adoptar sus querellas. Hubo una batalla: la perdió el duque de Orleans, y le hicieron prisionero. Tres años despues fué el rey en persona á sacarle de la torre de Bourges, en donde le tenian encerrado, y le encargó que negociase su casamiento con Ana, heredera de Bretaña.

Era muy pretendida esta princesa; y el pretendiente mas bien recibido habia sido el mismo duque de Orleans: pero no obstante por la tranquilidad de la Francia y la Bretaña, tuvo la generosidad de persuadirla á que se casase con Cárlos VIII. Este jóven monarca, lleno de buenas intenciones, se dejaba fácilmente llevar de falsos proyectos. Le persuadieron la conquista del reino de Nápoles, en el concepto de que le pertenecia por heredero de la casa de Anjou, diciéndole por otra parte que era un objeto de gloria conveniente á un príncipe jóven, en quien seria vergonzoso no hacer alguna ilustre hazaña. Se llenó Cárlos de ideas gigantescas: juntó un ejército, atravesó la Italia sin oposicion, entró en Roma como vencedor y señor, subyugó el reino de Nápoles á escepcion de una ciudad; y aunque á la vuelta le acometió un formidable ejército de príncipes coligados de Italia, le derrotó, y entró en Francia triunfante, pero arruinado. No escarmentado con esta prueba, meditaba una nueva espedicion contra el mismo reino de Nápoles, del cual habian echado á sus soldados sin dejar uno; pero murió de accidente á los veinte y ocho años de su edad con el nombre de afable y civil (1498).

Luis XII, duque de Orleans, amenazado por las intrigas de la corte, temia la prision ó la desgracia cuando la muerte de Cárlos VIII, que no dejó hijo varon, le abrió el camino al trono. Era nieto del duque de Orleans, y hermano de Cárlos VI, el asesinado por el duque de Borgoña. Al ver á Luis XII en medio de la corte de su predecesor, parecia que siempre habia sido suya, porque no hizo mutacion alguna, y se quedó con los mismos ministros. Los que habian tratado mal á Luis ántes de ser rey, no esperimentaron venganza ni disfavor: porque decia: «No pertenece al rey de Francia castigar las injurias hechas al duque de Orleans:» y así todos conservaron sus bienes y sus empleos: últimamente, nada desapareció sino la persona de Cárlos VIII. Su viuda Ana de Bretaña, pasado un año por el bien parecer y las formalidades necesarias para separar á Juana, hija de Luis XI, con quien, siendo duque de Orleans, se habia casado contra su gusto, volvió al trono y al lecho del nuevo rey. Hasta en la guerra se pareció á su antecesor, pues la introdujo en Italia, y nó como rey de Nápoles, pues abjuró el supuesto derecho de heredero de la casa de Anjou, sino como representante de su abuela Valentina de Milan, heredera legítima de este ducado.

Se hizo Luis XII formidable á las dos repúblicas de Génova y Venecia. La primera, humillada y sometida, reci-

Digitized by Google

bió severas leyes; la segunda, soberbia por sus riquezas, no solo se vió abandonada de sus aliados, sino tambien acometida por una liga, cuya cabeza y agente era el rey de Francia. Evitó Venecia su ruina á costa de sacrificios y humillaciones. En esta guerra hicieron gran papel los papas Alejandro VI y Julio II. Pero Luis XII, ya enemigo, y ya reconciliado, no usó de todo su poder contra ellos por complacer á su esposa Ana de Bretaña, que era muy temerosa de Dios, y asi con mucha condescendencia perdió en Italia las conquistas que habian costado tanta sangre y dinero á la Francia.

Esta es la única falta que pudo reprenderse en este príncipe afable, accesivo y compasivo. Ningun monarca respetó mas la libertad de sus vasallos. Debiéramos desear que los que tienen autoridad para condenar á cárcel, hubiesen ántes esperimentado, como este rey, las inquietudes de un preso, sus disgustos é impaciencias. Tambien se estrañó su casamiento á los cincuenta años de su edad con María, hija de Enrique VIII, rey de Inglaterra, que no pasaba de los diez y siete; pero no se le retardó mucho tiempo la pena de esta culpa; porque le hizo mudar todo su modo de vivir. Acostumbrado á comer á las ocho, le era preciso comer al mediodia: y cuando ántes solia acostarse á las seis de la tarde, tenia muchas veces que acostarse á media noche. Estas condescendencias con la esposa jóven, le llevaron al sepulcro dos meses y medio despues de su casamiento. Era demasiado económico, y los cortesanos codiciosos le hicieron sobre este punto sátiras, y aun le representaron en el teatro: pero lejos de enojarse por ello dijo: «Mas quiero que mis vasallos se rian de mi economía, que el que lloren de ver que los despojo.» Con efecto, disminuyó los impuestos en mas de la mitad, y no volvió á crear alguno. Por último, la murmuracion de la crítica, si alguna mereció, quedó sepultada con esta proclamacion del pregonero público cuando anunció su muerte: *Rogad á Dios por el buen rey Luis, padre del pueblo.* No puede hacerse mejor oracion fúnebre (1515).

Su sucesor Francisco I, que venia del mismo tronco, el duque de Orleans y Valentina de Milan, distaba de la corona un grado mas que Luis XII, que no dejó hijo varon. Era de carácter caballeresco, quiero decir, apasionado por las armas: ponia su gloria en desafiar los peligros, y esponerse á las aventuras sin detenerse en los riesgos, ni preveer las consecuencias. Casi al subir al trono se le ofreció ocasion de ejercitar su valor contra los suizos. Habian hecho estos pueblos, en tiempo de Luis una irrupcion en Francia, de la cual salieron bajo de la promesa de darles cierta suma de dinero. Vió Francisco que no se la habian pagado, y por consiguiente los halló muy descontentos cuando pasó los Alpes para ir á tomar el Milanesado. Hubo en Mariñan una batalla sangrienta que duró dos dias; y aunque fué mas ventajosa para los franceses que para los suizos, en ella aprendieron las dos naciones á mirarse con estimacion, y desde entónces siempre tuvo Francisco I compañías suizas en sus tropas. Se aseguró pues del Milanesado, y dejando guarniciones volvió triunfante.

Jóven, ambicioso, y ya vencedor, hizo su pretension á la corona imperial: pero la obtuvo Cárlos V, que sabia negociar mejor. Este fué el orígen del odio que se profesaron estos dos príncipes, iguales con corta diferencia en la edad y en el poder, y por las constantes felicidades del emperador, se vió cuánto puede mas la prudencia que el valor destituido de consejos. Cárlos se hizo dueño, por decirlo así, de los sucesos; y todo le venia bien para dar que hacer á su enemigo. Mas de una vez quitó á Francisco I los aliados, que por su mismo interes debieran serle fieles, y uno de éstos fué Enrique VIII, rey de Inglaterra. El francés y el inglés se habian jurado amistad sincera en una entrevista, cuya magnificencia fué célebre por entónces. El lugar de la concurrencia se llamó *el campo de la tela de oro*, pero los juramentos de Enrique VIII, no obstante su estimacion y afecto á Francisco I, casi nunca se sostuvieron contra las diestras solicitaciones de Cárlos V.

Una de las mayores desgracias de Francisco I, y que causó otras muchas, fué la desercion del condestable de Borbon. Dicen que á este señor le puso en la necesidad de dejar la Francia madama de Angulema, madre del rey. Le habia gustado mucho en un viaje que hizo á la corte, en tiempo de Luis XI; y cuando ella se consideró en cierto modo sentada en el trono con su hijo, se imaginó que no dudaría Borbon aceptar su mano; pero, no solamente no quiso admitirla, sino que, lo que nunca es disculpable, dió para negarse motivos que ofendian al carácter y hermosura de la princesa: la cual, aunque nada jóven, no dejó de sentir la crítica de sus gracias, por lo que se convirtió su amor en el odio mas violento. Incurrió el rey su hijo en la flaqueza de no reprimir los efectos de este odio, que no se dirigian ménos que á arruinar al condestable con una acusacion injusta.

Se pasó Borbon al servicio del emperador, y Francisco I sintió perder tan gran capitan, cuando se hallaba en guerra con Cárlos V. Avanzó el rey felizmente á Italia, y puso sitio á Pavía; no tenian los generales del emperador suficientes tropas para salvar la ciudad, que estaba ya para rendirse, y el condestable les llevó doce mil alemanes levantados á sus espensas. La prudencia dictaba al rey que se retirase; pero él hizo punto de honor la toma de la ciudad. «Señor, le decia Mr. de la Trimouille, en la guerra el verdadero honor es el salir bien, y no hay razon que pueda jamás justificar una derrota.» Por no oir con docilidad una reconvencion tan discreta, esperó Francisco I al enemigo, que le venció y le hizo prisionero.

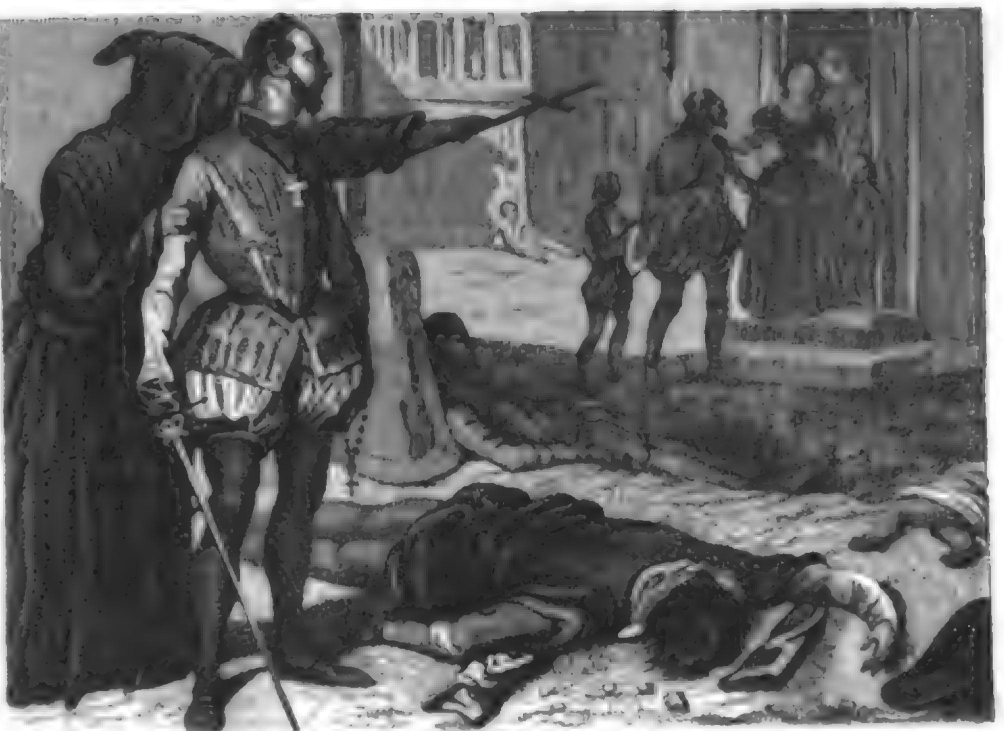
Cárlos V no fué tan generoso que no pidiese por su libertad mas promesas que las que debiera creer que el rey habia de cumplir en viéndose libre. Las infracciones de este tratado fueron entre los dos causa de nuevas guerras, bravatas, y desafíos insultantes. Estos procedimientos, que son reprensibles aun entre particulares, no impidieron que Cárlos V se fiase de la palabra de Francisco I, á quien habia insultado, para pasar por la Francia con solo un salvo conducto de este príncipe, ni que fuese magníficamente recibido y amigablemente tratado. Faltó el emperador á la promesa de dar la investidura del ducado de Milan al hijo segundo del rey, por lo que se encendió una nueva guerra: mas, como se iba apagando la actividad de los dos rivales, tambien se apagó la guerra; y Francisco I, que ni un dia de su reinado habia estado en paz, se halló en ella cuando murió á la edad de cincuenta y tres años. Fué un rey noble, generoso y magnífico, que mereció el glorioso título *de padre y restaurador de las letras* (1547).

Tenia Enrique II veinte y nueve años cuando subió al trono; y Ana de Poitiers, duquesa de Valentinois, su amiga, tenia cuarenta y siete. Esta supo fijar su corazon hasta la muerte con gran disgusto de su esposa Catalina de Médicis, herida de la doble pesadumbre de verse privada del amor de su marido, y de mirar el dominio en manos de otra. Trece años de reinado fueron trece años de guerras esteriores, al mismo tiempo que duró en lo interior de la Francia una paz constante, á pesar de las intrigas de corte, y de que fué preciso perseguir á los protestantes. Francisco I, que dió el ejemplo en esto, se arrepintió, pero Enrique II no se negó al horrible espectáculo de quemar vivos á muchos de estos sectarios; y aunque le conmovieron los gritos de aquellos infelices, no por eso dejó de espedir contra ellos edictos fulminantes, con lo que se iban fomentando el odio y el furor, que despues hicieron tan encarnizadas y crueles las guerras civiles. Salió herido en un ojo Enrique II de una lanzada en un torneo, y murió de esta herida á los cuarenta años de su edad. Si hubiéramos de dar á este príncipe algun carácter, sería el de haber sido poco constante en sus proyectos políticos, haber permitido variaciones perniciosas en los negocios, y haber adoptado con demasiada facilidad las ideas del último que le hablaba. Por otra parte era afable, cortés, valiente como su padre, y caballero leal.

Con él acabó aquella institucion que dió los Pothon, los

Digitized by Google

Digitized by Google



Degüello en la noche de San Bartolomé.

Digitized by Google

Lahire, los Bayard, y otros muchos caballeros, llamados como este último, *Caballero sin miedo y sin defecto*, dos palabras que ellas solas designan las prendas que constituyen al verdadero caballero, á saber: el valor y el conjunto de todas las virtudes sociales. Ya queda notado que en la recepcion de los caballeros se usaban unas ceremonias religiosas y otras galantes, que habia entre ellas confraternidad, y que practicaban la hospitalidad con gran gusto y esmero. La llegada de un caballero al castillo de otro era una fiesta, y los *Trovadores* con los *Ministriles* (poetas y músicos ambulantes) ponian en verso, y cantaban los grandes hechos de armas de aquellos valientes, y encendian en los caballeros jóvenes el deseo de imitarlos. No tanto fué la muerte de Enrique II, por la herida que recibió en el torneo, lo que destruyó esta sociedad, como el uso de las armas de fuego, con el cual se ha mudado el ataque, la defensa particular y el órden de los combates.

Todo el reinado de Enrique II fué una conspiracion. Tenia diez y seis años; y los Guisas, segundos de la casa de Lorena, casándole con Maria Estuardo su sobrina, se tomaron toda la autoridad. Antonio, rey de Navarra, y Condé, príncipe de Borbon, procuraron tener en ella alguna parte, y ayudados de Coligni y otros mal contentos, proyectaron apoderarse del rey, que estaba en el castillo de Amboise, para gobernar en su nombre. Se descubrió la conjuracion: tres de los cabezas fueron castigados en presencia de la reina madre y de las damas de la corte: y hasta mil y doscientos fueron ahorcados, anegados ó degollados. Corria la sangre por las calles de Amboise.

Hicieron proceso al príncipe de Condé y al rey de Navarra: al primero le condenaron á muerte; pero no resultó cargo alguno contra el segundo. Iban á ejecutar la sentencia contra Condé, y por falta de pruebas, trataban de asesinar al de Navarra, cuando murió de repente Enrique II á los diez y ocho años de edad, de un absceso en la cabeza. La conjuracion de Amboise fué el primer suceso de la guerra civil, que abrasó á la Francia por espacio de cuarenta y cinco años; y fué la que puso una línea de demarcacion entre los católicos y los reformados, llamados protestantes ó hugonotes. Entónces hubo en la corte dos facciones bien declaradas, y dos partidos bien distinguidos en el reino (1560).

La muerte precipitada de Enrique II mudó en un instante el aspecto de la corte. La reina madre, despreciada de los Guisas durante su autoridad, fué buscada de éstos, porque conocian su imperio sobre Cárlos IX, que no tenia mas que diez años; pero no se dejó prender de sus lazos y fué separando, por medio de insinuaciones y con dulzura, las cabezas de partido, logrando así gobernar con bastante tranquilidad. No agradaba esta calma á Francisco de Guisa, que se hizo gefe de los católicos; y como necesitaba de la guerra, la empezó quitando la vida á los protestantes mientras oian el sermon en Vassi. Aceptaron sus rivales esta especie de desafío, hicieron con furor la guerra, y mataron á Antonio, rey de Navarra, que estaba sitiando á Ruan. Á Guisa le asesinaron al pié de las murallas de Orleans cuando la tenia en grande estrecho. El príncipe de Condé habia quedado herido, y fué hecho prisionero en la batalla de Dreux. La muerte de dos cabezas, y la prision de la otra, proporcionaron la conclusion de la paz, manejada por Catalina, y se hizo con condiciones equitativas; pero no duró, porque Condé no adelantaba con ella, y así intentó con *Coligni* sorprender la corte en Monceaux; bien que ésta se puso en salvo en Paris. Pelearon en la llanura de san Dionisio, pero no fué decisiva la batalla. El condestable de *Montmorenci*, comandante del ejército católico contra su sobrino Coligni, que era con el príncipe de Condé general de la protestante, perdió la vida. Se hizo de nuevo la paz, pero no fué mas estable que otras veces. Se dió una batalla en Jarnac; y el príncipe de Condé, herido en el campo, fué asesinado á sangre fria. Salvó *Coligni* las reliquias del ejército protestante: volvió á presentarse en Montcontour, en donde fué derrotado; pero se retiró como vencedor. En estas dos ocasiones mandaban á los católicos Enrique, duque de Anjou, hermano menor de Cárlos IX, que fué despues rey con el nombre de Enrique III, y Enrique, príncipe de Bearne, hijo de Antonio y de Juana de Navarra, que tambien fué rey luego con el nombre de Enrique IV. Éste hacia entónces sus primeros ensayos en las armas á vista de *Coligni*. Sin embargo de las victorias que lograron los católicos, todavía consiguieron los reformados una paz honorífica.

Viéndolos indestructibles con la fuerza, resolvieron Catalina y su consejo deshacerse de ellos de otro modo. Atrajeron las principales cabezas de los reformados á la corte, á pretesto del casamiento del jóven príncipe de Bearne con la princesa Margarita, hermana de Cárlos IX. La reina Juana, que llevó en persona á su hijo, murió casi de repente; y si fué con veneno, lo disimularon de modo que los señores protestantes nada recelaron por este suceso. Se dejaron todos ellos sorprender en Paris, como en una red, y perecieron asesinados en la noche de san Bartolomé del año de 1572 en la capital y en todo el reino, con las mas bárbaras circunstancias.

Cárlos IX pronunció contra el jóven rey de Navarra su cuñado, y contra el príncipe de Condé, hijo del que mataron en Jarnac, esta terrible sentencia en tres palabras: *Misa, muerte ó bastilla*. Doblaron todos la cerviz, y creyó el rey que teniendo sujetas las cabezas habia esterminado su partido; pero éste se sostuvo en las provincias, y bien presto halló protectores en la corte, de donde habian salido el de Navarra y Condé. Francisco, duque de Alenzon, último de los hermanos del rey, con el apoyo de los reformados, quiso exigir de él algunas gracias; y los rebeldes, que Cárlos IX creyó destruir bañándose en su sangre, volvieron á presentarse como espantosos espectros cerca de su sepulcro. Se habian juntado en la Normandía; y para no caer en sus manos se vió precisado á huir del castillo de san German, en donde esperaba la muerte en su última enfermedad. Murió pues entre grandes y crueles dolores á los veinte y cuatro años de edad.

Enrique III se hallaba en Polonia, cuya corona le habian dado con grande satisfaccion de su hermano Cárlos IX, que se alegró mucho de ver distante de sí este objeto de su recelo. Á los veinte y tres años puso la corona de Francia en su cabeza, adornada ya con los laureles de muchas victorias. Su madre, mientras le esperaba, gobernó con habilidad y destreza. Cuando llegó Enrique dió buena idea de su administracion por una aparente neutralidad entre los partidos, su firmeza en las resoluciones y su aplicacion á los negocios; pero no duraron mucho tan bellas disposiciones.

Tenian contra él los reformados presunciones bien fundadas, como que le consideraban cómplice en la matanza de *San Bartolomé*, y no se fiaban de sus demostraciones de neutralidad, ni de su fidelidad en cumplir sus palabras, porque le conocian inconstante, variable y muy espuesto á ser engañado. Á la verdad, la reina madre, cuyo fin era gobernar, consiguió que se cansase de los penosos cuidados del reino, y le presentó placeres fáciles con que adormecerle en la indolencia de la sensualidad, favoreciendo y aun escitando sus pasiones con una condescendencia, no solamente indigna de una madre, sino tambien de una muger honrada. Llegaron á creer que ultrajaba en sus escesos á la naturaleza; y si la respetó, sus desórdenes llegaron á ser tan licenciosos, que públicamente llamaban galanes á sus favoritos.

Pensó Enrique en ganar ó conservar la estimacion de los católicos con demostraciones afectadas. Con este fin estableció hermandades de penitencia y asociaciones familiares, distinguidas entre sí con los colores blanco, azul y negro. Le vieron asistir descalzo á sus procesiones con un saco y un capucho, en que se escondia la cabeza; pero los gefes católicos le quitaron el fruto de su ridícula afectacion descubriendo su torpeza. Tambien hacian sospechosa la religion en Enrique, publicando que la tranquilidad con que dejaba vivir á los protes-

Digitized by Google

tantes, no tanto era temor de su poder como afecto que les tenia.

Estos gefes católicos eran los dos hijos del duque de Guisa, asesinado en Orleans, uno cardenal, muy atrevido en los consejos, otro guerrero é intrépido en la ejecucion: el tercero, llamado el duque de Mayena, era todavia muy jóven para hacer figura. Observando la indolencia del rey, con la sospecha de que por sus escesos no tendria sucesion, y viendo que no habia á su lado sino el duque de Alenzon, soltero y de genio mezquino, no se duda que el duque de Guisa pensó procurarse la corona con el apoyo de los católicos, en perjuicio del rey de Navarra, heredero presuntivo y que habia vuelto al partido protestante. Enrique III favoreció sin querer esta pretension con su imprudente conducta.

Se dejó quitar de los protestantes algunas plazas fuertes, como necesarias para su seguridad contra las empresas de los católicos: éstos tambien dijeron que necesitaban de asilos; y habiéndoselos negado, creyeron que estaban en el caso de unirse entre sí con juramento para defender su religion, que parecia abandonada por el rey. De aquí nació la *liga* ó *la santa union*. Permitió Enrique III, en lugar de reprimirla, que se estableciese, y cuando la vió ya fuerte, creyó que el mejor medio de destruir su proyecto era hacerse cabeza de la liga; porque así penetraria los secretos, y moderaria los movimientos; pero los Guisas no le dejaron mas que una autoridad aparente, reducida á lo que en rigor era necesaria para dar con su nombre á la liga el aire de legitimidad.

Bien quisiera Enrique III mantener en balanza las dos ligas: porque tambien llamaba liga á los reformados que tenian sus plazas fuertes, sus gefes y sus tropas; pero jamás los católicos le permitieron la libertad de hacer la paz, y á pesar suyo le arrastraron á la guerra. Como no la hacia con el vigor que quisieran los coligados, dieron éstos toda su confianza á los Guisas, y precisaron al rey á salir de la capital. Estando para ser depuesto en los estados de Blois, ó para esperimentar suerte mas funesta, si hay alguna peor para un monarca, los hizo asesinar.

Estaba la liga tan bien cimentada, y el pueblo tan bien persuadido y declarado por ella, que aquellas muertes, muy lejos de restituir su poder á Enrique III, le pusieron en el mayor peligro. En una sublevacion general de los católicos, se halló el rey casi solo, perseguido de éstos, y abandonado de los protestantes. Despertó en él con la desgracia su antiguo valor. El duque de Mayena, reconocido por gefe del partido de los Guisas en lugar de sus hermanos, perseguia de cerca á Enrique III, precisado á huir, y le encerró, por decirlo así, en los arrabales de Tours. Como un animal furioso se vuelve contra los cazadores que le estrechan, salió contra los de la liga: les obligó á retirarse, y dejarle libre el paso para juntarse con el rey de Navarra.

Ya mucho tiempo que le persuadia este príncipe á que no se fiase de la liga, y le ofrecia sus servicios. Acometido con furor de los coligados bajo las banderas de Enrique III, los habia derrotado en Contras; pero despues de la victoria se estaba incierto é indeciso en los paises montuosos de la Francia, mas acomodados para sostener una guerra defensiva, esperando con ansia saber qué resoluciones eran las de la liga contra él. No podia dudar que los Guisas dirigian sus tiros contra su persona desde que la muerte del duque de Alenzon le hacia heredero del trono. Supo con mucha alegria interior que habia muerto este rival suyo; pero tuvo la modestia de no manifestar su alborozo, contentándose con ofrecerse de nuevo á Enrique III. Este príncipe estaba irresoluto con el temor de que si se juntaba con los reformados confirmaria la noticia que se habia esparcido de ser inclinado á su secta; pero, viéndose reducido á un corto número de vasallos fieles, se determinó á llamar al rey de Navarra. Llegó éste á buen tiempo para ayudarle á retirar los coligados de los muros de Tours.

Vamos á Paris, le dijo el príncipe lleno de valor y entusiasmo, y al punto marcharon. Gobernaban esta capital los diez y seis: esto es se hallaba dividida en diez y seis cuarteles; los que eran cabeza del consejo de cada uno se juntaban; y bajo la influencia de los gefes de la liga formaban sus decisiones, y las adoptaban todos los cuarteles. Sostenian al pueblo en sus ideas los oradores, que en un partido católico serian naturalmente los predicadores. Se esparcian muchos escritos á gusto del partido, pero no se permitian otros. Era grande el furor y la rabia contra Enrique III en esta grande ciudad; y con la noticia de la muerte del duque de Guisa, declararon haber caido del trono su asesino, y borraron su nombre de las oraciones públicas. Decian generalmente que seria accion meritoria quitarle la vida, y no faltó quien, por complacer á la duquesa de Mompensier, hermana de los Guisas, tomó á su cargo este delito, y le ejecutó. Herido del cuchillo de este asesino murió Enrique III en la edad de treinta y nueve años, cerca de Paris. Tenia las bellas prendas de valiente, elocuente y popular; y á no haber ocupado el trono le juzgarian digno de reinar (1589).

No hubo dificultades sobre el derecho de Enrique IV á la corona, sin embargo de haber mediado 333 años entre él y Roberto, sesto hijo de San Luis, y señor de la baronía de Borbon, de quien descendia; aunque muchos señores católicos tuvieron por razon suficiente para abandonarle el ser protestante. La desercion de éstos le forzó á levantar el campo delante de Paris, persiguiéndole el duque de Mayena á Normandia, adonde se retiraba para ir á Inglaterra si le estrechaban mucho; pero ántes aventuró una batalla en Arque, y la ganó. Esta victoria le dió confianza para volver á Paris; le opuso Mayena otro nuevo ejército en las llanuras de Ivry, y tambien éste fué vencido. Se acampó Enrique delante de Paris, y hubiera podido tomarla por hambre si hubiera negado el paso á una multitud de viejos, mugeres y niños, que su gobernador, el duque de Nemurs, obligó á salir para economizar los víveres. Los generales del rey no llevaron á bien esta indulgencia; pero dicen los historiadores que mas bien se espondria Enrique á la censura de todo el mundo que á las reconvenciones de su corazon.

Sabemos por esperiencia cuán presto pierde su fuerza el fermento de las guerras civiles cuando los estranjeros no acuden á fomentarle. Los reformados habian apelado á los alemanes, y los coligados á los españoles. Felipe II, su rey, previendo que la liga se veria aniquilada si tomaban á Paris, envió á su socorro al príncipe de Parma que hizo levantar el sitio. Se retiró Enrique IV, y dejó el curso libre á las intrigas que consternaban la capital. Dominaban en ella los Diezyseis: pero con tal despotismo é insolencia que irritaban al duque de Mayena. Habian hecho ahorcar por sospechosos á dos magistrados respetables; y Mayena en despique, mandó ahorcar á cuatro de los Diezyseis, con lo que se disiparon los otros, y quedó Paris en una especie de calma siendo diversion el espectáculo de los estados que suponian haberse congregado allí. No aspiraba á ménos el rey de España Felipe II que á hacer declarar reina de Francia á la infanta su hija; pero no halló al duque de Mayena dócil á sus deseos, y Enrique IV desconcertó los partidos volviendo á la religion católica, de la cual hizo pública profesion.

No bastó sin embargo esta novedad para ponerle desde luego en posesion de la totalidad de su reino; y se vió precisado á vencer con la fuerza algunas provincias: pero otras le reconocieron voluntariamente. Los reformados, descontentos por su conversion, se aplacaron con un edicto dado en Nantes. Los mas difíciles de contentar fueron los señores que le habian seguido en su desamparo: éstos nunca se tenian por suficientemente recompensados, y así murmuraban y amenazaban. Se vió el rey en la precision de hacer un ejemplar con el mas peligroso, y Biron pagó con su cabeza el haber tomado mal sus medidas.

Digitized by Google

Tuvo Enrique IV cuatro amigas conocidas, cada una de las cuales le dió hijos; y no se cuentan las ocultas. Es muy notorio que cuando murió iba á poner en combustion á toda Europa por un galanteo. Sin embargo de tener ya blanca gran parte de la barba, se apasionó de la jóven Montmorenci, esposa de su primo el príncipe de Condé. Sacó éste á su muger de la corte, y los dos hallaron asilo entre los españoles. Se dió Enrique por insultado con esta proteccion, y empezó con ardor los preparativos de una guerra formidable, aunque se cree que para ella dió muy distintos pretestos. Estas flaquezas le harian despreciable en la posteridad, sino las compensara con las prendas que constituyen un gran rey, cuales son los talentos militares, el deseo y el arte de hacer felices á sus pueblos, y el discernimiento en la eleccion de ministros. Con este motivo se acordarán todos de Sully, que tantas veces ha sido citado por modelo de buena administracion. Era Enrique IV bueno, franco, familiar, y con todo esto, lo acometió el cuchillo de dos asesinos; y á los cincuenta y ocho años de su vida murió herido por otro tercero. Es una mancha en la reputacion de su amiga Enriqueta de Barsac, y en la de su muger, Maria de Médicis, que se dude entre las dos cual fué la que armó el brazo del delincuente. Dan por cómplices á algunos señores, á quienes este príncipe llenó de beneficios; pero, aunque otros dicen que le vino el golpe de la corte de España, bien pudo suceder que el asesino fuese un malvado melancólico, fanático, sin cómplices ni consejeros, como él lo dió á entender. Á Enrique IV le llaman Enrique el Grande, y todos han aprobado generalmente este verso que puede servirle de epitafio: *Fué padre y vencedor de sus vasallos*. (1610)

El reinado de Luis XIII su hijo, puede distribuirse en tres épocas: la de Maria de Médicis su madre, la del condestable de Luynes, y la del cardenal Richelieu.

Maria de Médicis solo reinó bajo de la direccion ó al arbitrio de Concini y Leonor de Galigaye. El primero fué un caballero pobre de Florencia, que pasó á Francia con la reina para hacer fortuna, y lo consiguió casándose con Leonor, hija de un artesano de Florencia, la cual, habiendo ido con Maria de Médicis en calidad de criada de baja clase, llegó á ser su favorita. Cuatro años tuvo la reina la regencia de su hijo, el cual subió al trono á la edad de nueve. Entrado en la mayor edad continuó sin embargo su madre con las riendas del gobierno, rodeado de cabalas é intrigas.

Estaban á la cabeza de una multitud de mal contentos los príncipes de Condé y de Soissons; arrestaron al primero, y despues le dieron libertad. Levantaron tropas pero los mal contentos no contaban tanto con la fuerza de las armas, cuanto con los negociadores secretos que tenian al lado del rey. Persuadieron éstos al jóven príncipe que la discordia solo provenia de la obstinacion de su madre en sostener un favorito indigno de sus bondades; y se convino en que fuese Concini sacrificado. Habia éste conseguido que le diesen el baston de mariscal de Francia, sin ningun servicio militar, y únicamente porque le convenia. Despues se le dieron, á Vitri, capitan de guardias, por haberle asesinado. Á la reina la enviaron prisionera al castillo de Blois; y á Leonor la llevaron al suplicio como hechicera. Todos sus bienes se dieron á Luynes, que habia sido el alma de la intriga.

Tenia éste dos hermanos, Brantes y Cadenet, que cuando mas eran nobles provenzales, y de guardias del rey, consiguieron su favor con juegos pueriles; por lo que ni la reina ni su favorito desconfiaron de ellos, y los dejaron tomar imperio sobre el corazon del jóven Luis. Al principio de la revolucion que aseguró á Luynes la autoridad, hormigueaba la corte en intrigas: éste era el camino de la fortuna, mas no todos llegaban á ella. Un tal Gignier se propuso fingir una conspiracion: fué á descubrirla á Luynes, esperando que le premiaria; pero examinado á fondo el asunto se reconoció la falsedad. Estrechando al delator á que manifestase el motivo de su delacion, respondió de buena fé: «Viendo yo que las intrigas son de moda, formé una para adelantar, y por desgracia no me ha salido bien.» Esto á Gignier le pareció solo una burla pesada, pero la pagó con su cabeza.

Conservó la reina madre en su destierro tantos mas partidarios, á proporcion que Luynes suscitó contra sí la envidia por su poder y sus riquezas. Se apoyó con el casamiento de la hija de uno de los principales señores de la corte, y sus hermanos contrajeron otros tambien útiles pero los malcontentos sacaron á la reina de su prision, y tuvieron poder para darla un ejército. Luynes, que era de un carácter dulce y pacificador, se concertó con ella; volvió Maria de Médicis á la compañía de su hijo, y á tomar influjo en los negocios. Con el fin de cortar el curso de estas intrigas, y tener ocupado á Luis, que manifestaba gusto á la guerra, dió Luynes, aunque amigo de la paz, algunos sentimientos á los reformados, hasta que tomaron las armas. Entró el jóven monarca con ardor en el nuevo camino que se le abria, y se distinguió en él. Ganó en esto Luynes la espada de condestable, sin derecho mas legítimo que el de Concini y Vitri al baston de mariscales. Á su dignidad juntó el condestable los sellos, de suerte que todo el poder se hallaba reunido en él: pero no le duró mucho porque murió cuando, elevado á la cumbre de los honores y de la potestad, iba á ser precipitado por haber perdido ya el favor.

Maria de Médicis se hizo árbitra del consejo, introduciendo en él á Richelieu, obispo de Luzon, que habia contribuido á reconciliarla con su hijo y con Luynes. El prelado, que era un Argos en política, examinó la conducta de sus compañeros: vió que solo trabajaban por suplantarse en la confianza del rey: los dejó arruinarse unos á otros; y cuando los vió debilitados en número y en fuerza, los echó del consejo, poniéndose en su lugar, y rodeando la basa de su poder con algunos débiles puntalillos, de los cuales pudiera deshacerse si le estorbasen. Es verdad que á este ascendiente que tomó le dan otros origen mas laudable que las astucias de corte, pues dicen que se apoderó de Luis XIII por el camino de la estimacion, conociendo en él este príncipe la exactitud de su juicio, un sistema de gobierno bien seguido, miras prudentes y medios proporcionados. Le esplicaba las causas y los motivos; y lo que todavia es mas eficaz, le procuraba los aciertos.

De este modo hizo al monarca dueño de los protestantes de la Francia: sofocó la semilla de las guerras civiles con la toma de la Rochela. Se pasmó el mar de verse contenido por un dique, y recibió un freno que no habia sentido desde el tiempo de Alejandro. Á los ingleses, que querian oponerse á sus esfuerzos los hizo llamar á su isla con los alborotos que fomentó en ella. Llevó á Luis á Italia, haciendo que le acompañase la victoria en aquel pais tan estéril de laureles para los franceses despues de las guerras de Nápoles y Milan. En Flandes y en Alemania, la casa de Austria, que hasta entónces habia sido siempre agresora, se vió precisada á mantenerse sobre la defensiva. Empezó el comercio á florecer, la potestad real tomó fuerzas y se hizo respetar, los pueblos se vieron libres de la tiranía de los señores, y los castillos de éstos fueron demolidos. Las ciencias, despreciadas durante la confusion de guerras civiles se cultivaron con esplendor sirviéndolas de asilo y de santuario soberbios edificios. En una palabra, la Francia, esqueleto descarnado, agotada de hombres y de dinero, volvió á su vigor y robustez.

Tenia la reina madre en su mano gozar de todas estas ventajas en la corte de su hijo con todos los gustos que Richelieu solo pensaba en proporcionarla. Pero los envidiosos del crédito de su antiguo protegido la preocuparon contra él. La persuadieron á que un hombre que la debia su poder tenia obligacion de obedecer cuanto ella dispusiese, bueno ó malo: y á que la menor resistencia, aunque acompañada de todas las atenciones que pueden suavizar una negativa, era una ingratitud y una afrenta. La dijeron sus aduladores, que en su

poder estaba derribar aquel coloso que habia ella misma levantado. De lo mismo se lisongeaba ella; y aun blasonaba, diciéndose á sí misma: «El ídolo que yo he formado yo le sabré destruir.» Empezó María á intrigar, y se propuso arruinar al cardenal en el espíritu de su hijo.

Se trataba de crédito, de autoridad, de perder todo su poder; y Richilieu no conocia lenitivos. Por el ascendiente que logran las almas fuertes sobre las débiles, despues de un ligero eclipse, volvió á tomar mas imperio que nunca en el corazon de Luis. Le mandó hacer los sacrificios que tuvo por necesarios para sostener su propio poder. Arrestaron á la reina madre; pero ésta, en lugar de ceder, y entrar en composicion, huyó á Alemania, en donde se consumió en la pobreza; las súplicas mas humildes no bastaron para mover al inexorable ministro, ni conseguir de él el permiso de volver á Francia. Murió en el destierro y la miseria. Hicieron sospechosa á la reina jóven, que se habia prestado á los designios de su suegra. La miró su esposo siempre con frialdad; y si llegó a ser madre, lo debió á alguna casual sorpresa de la indiferencia con que la miraba su esposo.

Gaston, hermano del rey, por demasiado condescendiente con los enemigos del ministro, se vió esclavo en medio de la corte; y si huyó de sus cadenas y tomó las armas, fué para desacreditarse sin recurso en el espíritu de su hermano, y no volver á su gracia sino por mediacion del prelado, siéndole preciso deber esta obligacion á su enemigo. El conde de Soissons, príncipe altivo, firme en sus resoluciones y contrario peligroso, se vió impelido á rebelarse; y si logró feliz suceso, se precavieron las consecuencias con su muerte, efecto de la casualidad, ó procurada en el campo de batalla. Solo Condé supo no solo preservarse de la desgracia, sino aumentar su casa en autoridad y riquezas por medio de alianzas con el imperioso cardenal.

No perdonó éste á señor alguno de los que le eran contrarios, ó tuvo por tales. Puylaurent, favorito de Gaston, á quien el prelado habia dado una sobrina en casamiento, fué puesto en una cárcel por sospechas de no ser enteramente afecto á su tio, y allí murió. Montmorenci tomó las armas en favor de Gaston: en esto á la verdad era culpable; pero tambien habia salvado la vida á Richelieu, en una ocasion en que ya estaba el puñal levantado contra él; sin embargo no pudo conseguir gracia, y murió en un cadalso. Culpas, que apenas merecian una multa, sirvieron de pretesto para condenar al mariscal de Marillac; pero su verdadero delito fué que en una junta de enemigos del prelado, en la cual se deliberaba sobre el modo de deshacerse del ministro, habia opinado que se le pusiese en tela de juicio; persuadido á que en una administracion grande no podria faltar algun gran yerro, para condenarle á muerte. Richelieu le castigó con la pena del talion.

Por último, arrancó del corazon del rey cuanto afecto y bondades dispensaba al jóven Cinq Mars, su favorito, mas atolondrado que perverso; pero aspiraba á ser rival en la estimacion con Richelieu; y siendo este el mayor delito que podia cometer, le cortaron la cabeza á los veinte y dos años de edad; y lo mismo le sucedió á su amigo Dethou, aunque no se le pudo probar delito. Nadie dudó en atribuir estas muertes al cardenal; pues así que murió éste mandó el rey poner en libertad á todos los infelices que esperaban la sentencia, y llamó á los desterrados: probando claramente con esto que hasta entónces habia reinado el ministro. No le sobrevivió Luis XIII medio año, y murió á los cuarenta y dos de edad. Le llamaron el justo y el severo; y aunque pueden ir juntos estos dos epítetos, si se le hace responsable de la impía dureza del ministro, todos confesarán que le conviene mas el de severo que el de justo (1643).

Nació Luis XIV despues de veinte y tres años de un matrimonio estéril, y no tenia mas que cinco cuando sucedió á su padre. Declararon los parlamentarios á la reina por regente; pero con admiracion de toda la Francia, Ana de Austria, tan ofendida del cardenal de Richelieu, tomó por ministro al cardenal Mazarino, hechura de su perseguidor. Dijo un poeta: *El mundo es una obra escénica;* y siguiendo esta idea hemos visto en el reinado de Luis XIII la tragedia llena de catástrofes y brotando sangre. En tiempo de Mazarino veremos el juego de las pasiones ménos violentas por los autores de la *honda*. La mayor parte del reinado de Luis XIV puede pintarse como un espectáculo de grandes máquinas, dispuesto para sorprender, pero en que al fin solo quedan las ruinas de aquella magestad teatral, y se desvanece la ilusion.

Cuando cesó el miedo, inspirado por el terrible Richelieu, y empezó á aclararse la triste sombra que el severo Luis XIII habia estendido sobre su corte, las personas que habian sido perseguidas por afectas á la reina, ó á quienes habia tocado parte de sus persecuciones, se llenaron de pretensiones y esperanzas. Á éstos llamaron *los importantes*; porque así hombres como mugeres se imaginaban con derecho para mezclarse en los negocios, creyendo que debia deferirse á su parecer. Ellos se protegieron altamente y desgraciaron; pero la reina se cansó de su *importancia*, y enviando á las mugeres á sus tierras, se libró de los hombres con algunos meses de prision.

Se impacientó Ana de Austria por las representaciones del parlamento con motivo de algunos impuestos; y este tribunal, soberbio por haberle dado la regencia, tomó como promesa inviolable la urbanidad con que la reina ofreció á las cámaras del parlamento, que se gobernaria por sus consejos. Poco seguidos éstos por la reina, los elevaron ellos á sentencias que la regente anuló, dando ocasion á murmuraciones. Entró el pueblo en el mismo descontento de los magistrados, y manifestó disposiciones para sostenerlos. El duque de Anguien, héroe de veinte y dos años, y coronado de los laureles recogidos en Rocroi, se presentó para reprimir al paisanage indómito. Llenos de orgullo por haber sido útiles á la reina, el príncipe y los oficiales jóvenes que le rodeaban, tomaron cierto aire de altivez, por lo que los llamaron *Señoritos*.

No solamente disgustaron sus servicios á la reina, sino que castigó su atrevida presuncion con la desgracia. Atribuyeron ellos la fortaleza de la regente á los consejos de Mazarino; y todos los partidos se declararon contra él, ya reunidos y ya separados, siendo como el blanco á quien se dirigian los tiros de los mal contentos. Á la faccion que le era mas contraria la llamaron la *honda*, y y ésta se dividió en grande y pequeña. Todas las facciones, durante estos alborotos, aunque conservaban los nombres, mudaron muchas veces de interés, porque tambien hubo una *honda* favorable á Mazarino.

Entre tanto que duraban estas intrigas domésticas, se hacia la guerra con felicidad contra los españoles en las fronteras. Daba el jóven monarca mayores esperanzas al paso que iba creciendo, y lo interior del reino estaba tranquilo y muy bien gobernado. Evitaba Mazarino con destreza los ataques de los envidiosos; pero tenia uno con quien no podia hacer paces ni treguas, por ser un rival que aspiraba á derribarle y colocarse en su lugar. Este era el famoso Gondi, coadjutor de su tio, obispo de París, y despues cardenal de Retz; y él era el alma de todas las intrigas contra Mazarino.

Éste suministró inconsideradamente el pretesto á las malas intenciones de sus enemigos; porque hizo venir de Italia una hermana, una cuñada y un tropel de sobrinos; y desde luego se creyó que no habia llamado á aquella familia sino para enriquecerla. Se la representó en los papeles como una carga del estado, al mismo tiempo que la corte pedia nuevos impuestos. Se negó el parlamento á registrar estos edictos: se obstinó la corte: porfió el parlamento, y declaró al cardenal perturbador de la pública tranquilidad y enemigo del estado. La corte dejó á París y le puso sitio.

No obstante, se hizo la paz. Condé y sus hermanos, que habian tenido á su cargo el sitio, pusieron precio muy alto al servicio que habian hecho en aquellas circunstancias. Los hizo Mazarino arrestar, y no cabian de gozo los parisienses viendo en prision á los que los habian si-

Digitized by Google

tiado; pero tomó la *honda* nuevas fuerzas, y se vió precisado el cardenal á ir á romper los grillos de los que habia encarcelado, y á dejar el reino. En Paris se hicieron fiestas suntuosas por el regreso de los principes. Consiguió Mazarino una composicion que le permitió volver; pero se descompusieron otra vez. Se halló la corte espuesta á verse encerrada en la capital; pero se puso en salvo. Mazarino fué proscrito, se puso precio á su cabeza, con grande aplauso de los parisienses, y salió del reino segunda vez. La corte anduvo errante por las provincias, juntó en ellas un ejército: y tambien Mazarino envió de Alemania un buen cuerpo de tropas. El parlamento, para sostener sus resoluciones contra el prelado, hizo por su parte reclutas, de suerte que bajo de los muros de Paris habia cuatro ejércitos. No obstante, solo hubo un combate, y muy funesto para Condé, enemigo irreconciliable de Mazarino; y en él hubiera perecido este principe á no haberle salvado de lástima los parisienses, recibiéndole en sus muros; aunque le obligaron á salir del reino. Volvió á entrar Mazarino triunfante de todos los partidos: le recibieron los parisienses con grandes demostraciones de júbilo; le felicitó el parlamento formado, y le hizo los mas pomposos elogios. Pusieron preso al cardenal de Retz: huyó de la prision: perdió el obispado de Paris, y fué á pasar una vida obscura en una pequeña ciudad de Lorena. Desde entónces fué un perfecto triunfo la vida de Mazarino. La concluyó en 1659 con el tratado de los Pirineos, y dió la paz á la Europa ántes de morir.

Es preciso ser francés, y colocarse en las circunstancias, para formar concepto del entusiasmo de la nacion en aquellos años brillantes del reinado de Luis XIV. Éste, principe jóven, rodeado de gracias, servido de las artes, y seguido de la victoria, parecia haber nacido para dar leyes al universo. Él precisó á la España á ceder el paso á sus embajadores. Se atrevió Roma á resistir á sus altivas pretensiones, y él la impuso condiciones humillantes. Á peticion suya, equivalente á una órden, se quitó la guardia de corsos; y una columna, levantada en el palacio de los Césares, testificó la superioridad de la *Francia*. Intimó Luis á la España unos derechos, que á la verdad pudieran haberse disputado; pero sus ejércitos, que siguieron volando á los negociadores, abreviaron la discusion, y en 1668 legitimaron sus pretensiones con el tratado de Aix-la-Chapelle.

Acostumbrado á vencer á los reyes se indignó de que le resistiese una república. La Holanda sufrió la pena de la audacia, y se vió muy á riesgo de su ruina; pero la sostuvo Inglaterra; la Alemania entera se levantó á su favor; y la España, aunque abatida, hizo tambien sus esfuerzos. Casi toda la Europa se coligó contra una potencia acometedora, de la cual se ignoraba el objeto y el término que se habria propuesto en sus miras. Luis XIV se opuso á todos sus enemigos, y dictó en 1678 las condiciones de la paz de Nimega, tambien brillante, pero ménos imperiosa que la de Aix-la-Chapelle. Las fuerzas que mantuvo en pié, previendo ó meditando una nueva guerra, le sirvieron para humillar á Argel y á Génova. Clamaba en vano Argel debajo de sus ruinas, con súplicas que no fueron atendidas, hasta que rompió las cadenas de los franceses, y prometió no volver á esclavizarlos. Génova, maltratada ya con las bombas, detuvo las que bajaban para acabarla, á costa de enviar á su *Dux* á Versalles para disculparse humildemente.

Volvió á empezar la guerra; quedó asolado el Palatinado; y los fuegos que abrasaban este infeliz pais fueron una señal para reunir á toda la Europa contra los franceses, cuyo nombre causaba horror. Se sostuvo Luis XIV; pero esperimentó pérdidas, quedó su marina destruida en la *Hogue*, y se vieron infestadas las costas. Hicieron los ingleses desembarcos; y sus bombas, cuyo uso en el mar habian enseñado los franceses, arruinaron el Havre, é hicieron cenizas á Dieppe. Entre tanto no abandonó la victoria á Luis en la tierra. Fleurus y Stenkerque, campos de sus triunfos, Mons y Namur, trofeos de su gloria, dieron testimonio de su superiodad; pero los numerosos ejércitos que levantaba desplomaban el reino, y causaban el hambre; y en medio de la grandeza del lujo de su corte, sentia Luis XIV que se acercaba la carestia. Ya los pueblos empezaron á no admirarle, y murmuraban. Esta triste situacion le costó sacrificios en Risvik en 1697.

Se hicieron éstos por la necesidad de prepararse para la guerra de sucesion al trono de España. Poco importaba á los franceses que le ocupase un Borbon; pero Luis XIV y su consejo, en vez de hacer una division pacifica, prefirieron aceptar el testamento de Carlos II, que daba la España al duque de Anjou, y recibir con presente tan funesto la despoblacion, el hambre y otras plagas que afligieron á los reinos de Alemania y Flandes, que, habiendo sido teatros de los triunfos de los franceses, se convirtieron en sepulcro suyo. Tallard, con cuerpos enteros de tropas, fué hecho prisionero en Hochster en las mismas llanuras, en donde Villars habia derrotado á los enemigos. Perdió Villeroi un ejército entero en Ramilliers, y los campos españoles se encharcaron con la sangre francesa. Para que á la Francia no la faltase calamidad alguna, desplegó la guerra civil sus furores: se rebelaron los protestantes por la imprudencia de haber revocado Luis XIV en tales circunstancias el edicto de Nantes. Sostuvo con valor la adversidad, y con su constancia se cansó la resistencia de sus enemigos, desarmando su odio con sus desgracias. Villars, vencedor en Denain, hizo concluir la paz de Utrecht en 1713 y 1714; y este mismo con el principe Eugenio, su digno antagonista, aseguró en Rastadt la paz de Europa.

Despues de verse en las mas crueles extremidades, precisado á abandonar á su nieto, y casi reducido á la triste promesa de dar tropas y dinero para destronarle, vió en la cabeza de este principe asegurada la corona de España. Su propio reino, cercenado por las conquistas de sus enemigos, volvió á su integridad, pero debilitado y desnudo. No obstante, si se reprenden con razon en Luis XIV la ambicion escesiva que tantas desgracias causó á la Francia, su pasion á la guerra que hizo derramar tanta sangre, el lujo y magnificos edificios que sepultaron tantos tesoros sacados de los pueblos con impuestos; no se le puede negar la estimacion por otras grandes calidades que le distinguen entre los soberanos.

La firmeza de su gobierno disipó las conspiraciones, y no volvieron á verse mas. Supo elegir ministros, y dar á cada uno de ellos los destinos que mas les convenian. En su reinado florecieron las ciencias y las artes: le merecieron su atencion el comercio interior y esterior, los grandes caminos, y la comunicacion por medio de canales. Creó la marina militar: sostuvo las colonias: limpió puertos, fortificó las fronteras, reformó la leyes, y estableció la policia. En su reinado llegó á su perfeccion la poesia, como la elocuencia en el púlpito y en los tribunales. Animó las investigaciones históricas, y los viajes propios para dilatar la esfera de los conocimientos. En su mismo palacio se reunian bajo de su proteccion los sabios de todas clases, y los mantenia noblemente. Por último, en su reinado se enriqueció la Francia en primores, y llegó á ser para las demas naciones la escuela de la urbanidad, del gusto, y de todos los talentos útiles y agradables.

Luis XIV era uno de los hombres mas hermosos de su reino. Le amaban, y él amaba tambien; pero no se picaba de fidelidad, ni con las mas queridas. Su esposa Maria Teresa de Austria merecia por su virtud y sus gracias conservar su afecto y ternura; pero ya que la privó de este derecho legítimo, procuró observar con ella las atenciones que la hiciesen ménos penosa la inconstancia de su esposo. Luchó con los parlamentos, y los sujetó con el terror; pero la desgracia era que habian de levantarse luego que cesase la opresion. Su reinado fué el mas dilatado que vió la monarquia, y el mas glorioso despues del de Carlo Magno, si es que no le igualó ó escedió. Murió á los setenta y siete años (1715).

Se nota comunmente que el principio de un reinado es el contraste, y como la critica de los fines del ante-

Digitized by Google

rior. Subiendo Luis XV al trono, todo se mudó, costumbres, opiniones y relaciones políticas. Nó porque las antiguas desagradasen al nuevo rey, pues siendo niño de seis años, no tenia por consiguiente influjo preponderante; sino porque cayó la autoridad en el duque de Orleans, sobrino de Luis XIV, que nunca le miró bien; y el regente, correspondiendo con igual amor á su tio, tuvo el gusto de mudar cuanto habia hecho el anciano monarca.

Dió pues un aspecto diferente á la corte, y en lugar del esterior grave y austero, que dominaba en ella, no se vió mas que ligereza y disipacion. De la religion, tan escrupulosamente practicada, solo quedó lo que absolutamente no se podia cercenar por atencion al público. Nunca habia tenido Luis XIV mas conexiones con los ingleses que las que eran indispensables, como que los tenia por rivales naturales de la Francia, y desconfiaba de ellos. El regente se entregó del todo á los ingleses, y se dejó guiar por sus consejos para asegurarse su proteccion, si el nuevo rey, que era de poca salud, llegase á faltar.

No puede dudarse que en este caso pensaba el regente sentarse en el trono en perjuicio de la rama española, pero es calumnia decir que intentó dar veneno á su pupilo; porque, aunque poco escrupuloso, y muy indiferente en punto de costumbres, no era capaz de accion tan abominable: y la prueba de que no la pensó es que no la ejecutó. Pudo ser, cuando mas, que intentasen esta maldad las gentes perversas que le acompañaban, porque se lisongearian de llegar á ser despóticos en la Francia, con un rey enemigo de la sujecion al trabajo; pues tenian la esperiencia de que, siendo mas capaz que ellos, les dejaba gobernar por solo tomarse mas tiempo para las diversiones.

Murió repentinamente este duque de Orleans, y le reemplazó el duque de Borbon Condé. Este príncipe, como un particular codicioso, pretendió enriquecerse con lo restante, ó con lo que no habia destruido el anterior sistema en los particulares. No tenia familiaridad, popularidad, ni aquella especie de hombría de bien, que habian hecho tolerables los defectos del regente. Murmuró el pueblo de sus depredaciones, pero él no hizo caso, creyendo que el rey le sostendria en su mayor edad, teniéndose por necesario para un príncipe á quien procuraba diversiones; pero Condé se vió burlado por un muchacho de diez y siete años, y un viejo de setenta y tres. Quitó Luis á su pariente el ministerio, y le envió á su casa sin decir por qué, como se despide á un criado; y lo mismo hizo despues con sus ministros. Fleuri, su preceptor, ocupó el lugar del desgraciado Borbon Condé sin preliminar alguno, y como si fuera su antiguo destino.

Á este cardenal se le mira con razon como á un niño privilegiado de la naturaleza. Dice un historiador: «Que hasta los setenta y tres años pasó por el hombre mas amable y de la mas deliciosa sociedad; y cuando en esta edad, en que tantos ancianos se retiran del mundo, tomó en su mano el gobierno, le tuvieron todos por un hombre de los mas prudentes, y conservó hasta cerca de los noventa años una cabeza sana, libre y capaz de los negocios.» Á lo que parece tomó por basa del sistema de su gobierno la paz interior y esterior, proyecto laudable, porque con la paz todo se tiene, pero no siempre se eligen bien los medios aun con las mejores intenciones.

Persuadido á que solo los ingleses eran capaces de turbar por fuera la tranquilidad de que él queria gozar, manifestó demasiado el temor de descontentarlos; ellos, viéndose temidos, empezaron á pedir, y Fleuri condescendió hasta el estremo de arreglar á sus pretensiones, algunas veces imperiosas, las fuerzas de la marina. Por otra parte en el ahorro de gastos, que serian consiguientes á este objeto, satisfacia él á su natural economía. De este modo vivió tranquilo en esta parte; pero cuando las circunstancias suscitaron la guerra, la marina decrépita que habia quedado, y la que añadió, no pudieron resistir á la de los ingleses, que estaba en todo su vigor.

Tambien se engañó Fleuri en la esperanza que habia concebido sobre la paz interior por las medidas que habia tomado. La turbaban los eclesiásticos, porque una parte del clero de Francia era opuesta á la opinion que el ministro queria prevaleciese. Pretendió subyugar á sus contrarios con la autoridad; y como si el rigor pudiera prevalecer en punto de opiniones, desterró, encerró y proscribió. Las plazas se dieron á solos aquellos que aceptaron ó firmaron las fórmulas prescritas. Como era mas fácil mostrar esta sumision que estudiar y arreglar la conducta, la juventud eligió el camino ménos costoso. Insensiblemente se relajó la decencia esterior que atrae el respeto, y se introdujeron en los claustros los modales del mundo. Á los estudios penosos y profundos sucedieron los conocimientos vagos, tomados en compendios superficiales, y se multiplicaron los diccionarios. Permitió el cardenal muchos obispos en la corte, y las asambleas del clero dieron ocasion á algunos de mostrar talento para el gobierno y administracion de la hacienda, por lo que los llamaron despues *obispos administradores*. Decayó la religion, nó por Fleuri, que todavía libraba con su poder la seguridad del santuario de los golpes de sus enemigos: pero, no tomando bien las medidas, contribuyó involuntariamente á dejarla destituida de sus mejores defensas, que son la ciencia, la vida reglada de los ministros, y la estimacion de los pueblos.

Algunas reflexiones podiamos hacer sobre su conducta para con los parlamentos, marcada con el sello de su ordinaria timidez. Sufrió que estos cuerpos diesen á sus representaciones, muchas veces bien fundadas, una publicidad peligrosa, que acostumbró á los pueblos á tomar conocimiento del gobierno, y á que no respetasen la autoridad, cuyos resortes se descubrian, perdiendo muchas veces su fuerza por manifestarlos al vulgo. Cuando Fleuri empezó su ministerio habia dado grande idea de sus conocimientos diplomáticos y de su destreza para negociar, reuniendo á la Francia la Lorena, objeto que fué intentado inutilmente por muchos siglos. Con el mismo arte eludió muchas insinuaciones de guerra, á la cual procuraban dar ocasion varios intrigantes de la corte, pero al fin no pudo evitar este azote, y cuando murió se hallaba la Francia empeñada en esas empresas hostiles, que él miraba con repugnancia.

Se distinguió Luis XV por un valor, que le mereció la estimacion de los franceses, que apenas se le habian conocido hasta que llegó la ocasion. Despues de las hazañas militares, dignas de elogio en la Flandes, cuando iba á buscar á los enemigos, que penetraban hasta la Francia por el lado de Alemania, cayó enfermo en Metz. No es fácil de contar la consternacion de todo el reino; pero aun es mas difícil espresar las demostraciones de alegría que por todas partes hicieron con la noticia de su convalescencia. «Tal es, dice un historiador, el pueblo francés; porque en sus afectos siempre procede con entusiasmo: escesivo es en el amor como en el odio.» Dió la aclamacion general á este rey el nombre de *muy amado*. Entónces era ocasion de haberse muerto.

Sobrevivió Luis XV para gobernar, como él decia; mas no hizo sino mudar de ministros como de amigas. Por lo comun no entraban al manejo de los negocios por sus talentos ni por sus aciertos, sino por la mayor ó menor condescendencia con los gustos del monarca. El ministro que le parecia mas capaz era aquel, que, librándole de cuidados é inquietudes, le facilitaba seguir su inclinacion á la indolencia y los placeres. Dicen que conocia la miseria de los pueblos, que la compadecia, y que quisiera poner el remedio: pero no podia creer conseguirlo por sí mismo, y se imaginaba que no le rodeaban gentes honradas que le ayudasen á intentarlo. Tenia la desgracia de no creer probidad en nadie: pero ¿seria esto midiéndola por su propia conciencia, ó por haberle muchas veces engañado? Llegó á temer el ocuparse en los negocios, y hasta los mismos placeres le cansaban si no los avivaba alguna variedad difícil de inventar. Dejó á su nieto una corte entregada al fausto devorador; la hacienda en desórden, y el reino ocultamente alborotado con sordos descontentos. La murmuracion y general inquietud anunciaban tempestades, y, aflojándose los lazos que estrechan al pueblo con el soberano, hacian temible la disolucion

Digitized by Google

Digitized by Google

total del estado. Preveia el monarca, segun dicen, estas desgracias: pero en vez de trabajar para precaverlas, temiendo las tareas, y entregándose á sus recreos, parecia que estaba diciendo á la revolucion: *Espera á que yo haya muerto.* Tenia este principe tan buenos principios de religion, que su inclinacion á los placeres, ni el imperio que tomó sobre él esta inclinacion jamás se los borraron. Rodeado del resplandor de las ciencias, que tanto brillo habian adquirido en el reinado de Luis XIV, no se dejó deslumbrar, las favoreció, pero con discernimiento. Multiplicados, como ahora, los escritores de todas clases, no lograron con él la mayor acogida; pero protegia noblemente las empresas literarias, y los proyectos cuya utilidad le demostrasen. Hizo felizmente la guerra en tierra, pero en el mar le fué casi siempre funesta porque los ingleses con sus armadas consiguieron tratados ventajosos. Murió Luis *el muy amado* en 1774 á los sesenta y cuatro años de edad. No habia tenido mas que un hijo, llamado Luis, delfin de Francia, de grandes esperanzas, el cual murió ántes que el padre, dejando tres hijos y una hija.

Luis XVI, hijo mayor del difunto delfin Luis, sucedió al abuelo: pero recibió la corona en bien fatales circunstancias. Un funesto accidente, que causó la muerte á gran número de personas en una de las fiestas que se hicieron con motivo de su matrimonio con María Antonia de Lorena, hija de la emperatriz reina de Hungría, dió motivo á las funestas conjeturas de los propensos á presagiar sobre todo.

El rey sin embargo dió principio á su gobierno con un rasgo de prudencia, capaz de desvanecer la idea de tales pronósticos. Reflexionando que le habian criado en absoluta ignorancia de los negocios, y viéndose en edad de veinte años, conoció que necesitaba de un conductor que le guiase por el laberinto del gobierno en que iba á entrar, y le tomó.

Uno de los mas árduos negocios del largo reinado de Luis XV habia sido su continua lucha con los parlamentos. Le habian éstos frecuentemente molestado y fatigado con representaciones ejecutivas, interrupciones en su servicio, y coaliciones conminatorias; Luis XV les habia correspondido humillándolos, anulando sus providencias, desterrándolos; y puede decirse que estaban bajo del anatema cuando murió este príncipe.

Habria sido quizá buena política aprovechar esta ocasion para poner freno á la autoridad de estos cuerpos, ya fuese consolidando variaciones introducidas en su régimen por Luis XV, ó ya no restituyéndoles el poder sin restricciones que le debilitasen cuanto convenia; pero Luis XVI, haciendo mas caso de la opinion pública que del interés de su propia autoridad, decretó el regreso del parlamento, que fué una de las primeras providencias de su reinado.

Agradó mucho al pueblo, y especialmente al pueblo de Paris sumamente afecto á estos magistrados. El rey habia hecho que á esta gracia precediese la exencion de los derechos llamados *del suceso alegre*, que habian llenado su tesorería. Éste fué su primer edicto; y por otro hizo libres á los siervos de las tierras dominiales, aboliendo al mismo tiempo la rigorosa ley que agravaba con mancomunidad á los pecheros para el pago de los impuestos: suprimió las corbeas, y abolió la llamada cuestion preparatoria ó tortura. Estos testimonios de beneficencia con que empezó á darse á conocer el monarca, hicieron concebir esperanzas de un buen gobierno.

Habia Luis XV sostenido severamente la prohibicion de libros opuestos á la religion, sin permitir que sus autores residiesen en Francia por mas celebridad que les prodigasen algunas obras suyas; pero empeñaron á Luis XVI para que alzase estas proscripciones; y el gefe de estos perniciosos escritores volvió á Francia acogido con entusiasmo por muchos que creian acreditarse de sabios abrazando sus estravagantes opiniones.

Éstas se hicieron el asunto ordinario de las conversaciones. Era comun y continua la discusion sobre los derechos que atribuyen al pueblo tales obras, cuyos principios en nada son favorables á los soberanos, y la insurreccion de la América inglesa, de un pueblo que se armó contra su metrópoli por la libertad, y á quien auxiliaron los franceses, estendió y acreditó los principios republicanos, que dieron motivo á esta guerra en que tuvo tanta parte la Francia.

Esta nacion la hizo ántes que el rey, voluntariamente, y con la intervencion de algunos particulares. Una juventud ansiosa de gloria dejó la corte y ejércitos por ir á enseñar disciplina militar, y preparar para la victoria á los batallones anglo-americanos. Algunos negociantes, escitados con el cebo de las ganancias, surtieron á los mismos de municiones, y de las mercaderías que el rompimiento con su metrópoli hacia muy lucrativas para los que las llevasen á aquellas colonias. Los que censuran como error grande en Luis XVI su condescendencia con la efervescencia militar y con la codicia mercantil de sus vasallos no pueden negar sin embargo, que, continuando los ingleses en vejar tanto secreta como abiertamente á los franceses en las dos Indias y en todos los mares, autorizaron para las represalias.

De aquí se siguieron entre las dos naciones desabrimientos, que en 1778 terminaron con formal declaracion de guerra, que produjo á los franceses las ventajas de privar á sus antiguos rivales de una gran parte de su poder, y procurarse una alianza sólida y durable con un estado irreconciliable ya con la Gran Bretaña. De esto resultó en los ingleses un vivo resentimiento y un ardiente deseo de vengarse del perjuicio que se quiso hacerles.

Luis XVI se determinó en 1783 á una paz poco ventajosa, por el desórden de su real hacienda. La habia recibido de su predecesor en muy mal estado; y su primer objeto cuando subió al trono habia sido restablecerla. En su edicto para la exencion del derecho, llamado *del suceso alegre*, se esplicó así: «Entre los diferentes gastos que sufre el tesoro público, hay algunos necesarios, que deben conciliarse con la seguridad de nuestros dominios; otros que derivan de liberalidades, susceptibles acaso de moderacion, pero que han adquirido derechos en el órden de la justicia por una dilatada posesion, y que por otra parte solo ofrecen economías parciales; y hay por último algunos que corresponden á nuestra persona, y á la magnificencia de nuestra corte. Sobre estos últimos podremos seguir mas prontamente los movimientos de nuestro corazon...»

Reducciones graduales hubieran disminuido insensiblemente la desproporcion que resultaba entre las rentas y el gasto, cubriendo el *déficit*, que le atormentaba, y que ha causado todas sus desgracias. Los ministros, á quienes sucesivamente encargó el manejo de su real hacienda, empezaron todos por insinuar la necesidad de estas reformas, y los medios mas oportunos para igualar el gasto con las rentas; y para salir de este conflicto convocó el rey en 1787 una asamblea de notables, compuesta de los príncipes y de diputados escogidos en la primera nobleza, en el clero superior, en los parlamentos y en las provincias. Se creia que estas personas, ricas por sus empleos, pensiones, y sobre todo por sus propiedades territoriales, interesadas mas que nadie en el alivio del tesoro público, de que dependia la seguridad de todos los manantiales de su opulencia, no se detendrian en sacrificar aquellos privilegios de que hacia mucho tiempo que se quejaba el pueblo sobrecargado con estas exenciones. Se propuso en esta asamblea un impuesto territorial, que se cargaria con proporcion á los bienes de los contribuyentes, sin escepcion alguna á favor de la nobleza ni del clero. Esta proposicion produjo grandes altercaciones, que concluyeron con una negativa general. Bien agenos estaban los notables entónces de que la negativa de una pequeña parte pudiera arrastrarlos á perderlo todo.

Disuelta sin haber producido fruto alguno la asamblea de los notables, y creyendo el ministro lograr mejor

Digitized by Google

partido con el parlamento, dispuso y se le remitieron edictos sobre el impuesto territorial, y aumentando el derecho llamado *timbre*, y el rey hizo registrarlos en su presencia, pero el parlamento los reclamó y adelantó públicamente la opinion que tan graves consecuencias ha tenido, de que en Francia el derecho de establecer nuevos impuestos era privativo de los estados generales, cuya convocacion pidieron.

Este voto vino á ser por aclamacion el de la nacion entera; y el rey ofreció solemnemente la convocacion de los estados. Los juntó en 1789 con la mira de obtener de los dos primeros órdenes lo que habian negado los notables; y para estrecharlos á esto se resolvió, contra el dictámen de congregar otra asamblea de notables, dar al estado llano una fuerza capaz de contrabalancear la de los otros dos, lo que se creyó lograr poniendo en esta última clase un número de diputados que igualase al de las dos primeras.

Pero, como lo habian previsto los que querian humillar á los dos primeros órdenes, duró bien poco la igualdad de votos, llevándose muy pronto la pluralidad el estado llano, al cual se unieron inmediatamente varios miembros del clero inferior poco obligados por el superior, y luego una porcion escogida de nobles de las provincias, hombres de talento, y de otros nobles de corazon ambicioso ó malcontentos.

Entónces los estados generales tomaron el nombre de *asamblea nacional*: variacion de nombre que no era indiferente, porque, sabiéndose por la historia hasta donde se estendian los derechos de los estados generales, podian hallar obstáculos las innovaciones que se meditaban; al paso que una asamblea nacional, instituto del todo nuevo, podia autorizarse á su placer con todo el poder que la pareciese necesario.

La primera tarea que abrazó la asamblea nacional fué la confeccion de una constitucion, con cuyo motivo tomó el nombre de *asamblea constituyente*, sirviendo de pretesto para esta empresa la suposicion de que un imperio que contaba mil y cien años de existencia carecia de constitucion. Se dividió entónces la asamblea en varias facciones. Á los que sostenian la prerogativa real los llamaron impropiamente *aristócratas* ó amigos del gobierno de los grandes; los que aspiraban á reducirla, *demócratas* ó amigos del gobierno popular; y de aquí nacieron las violencias contra los nobles, los incendios de los castillos, los tumultos en las ciudades y campos, y otros muchos escesos.

Nada mas singular en este género que el armamento de todo el reino en un solo dia, y casi en un instante. Mientras tronaba el cañon contra la Bastilla, corrieron por todas las calles tropas de descamisados que aparecian en todas las plazas gritando *á las armas*, y anunciando que los salteadores iban á robarlo todo. Por este medio, á vista de los magistrados que no hicieran oposicion y de las tropas todavia fieles, que ningun movimiento hicieron, se sublevó el populacho, formó cuerpos de bandidos y asesinos, y encontró gefes que los capitaneasen y animasen para todos los delitos.

Buscando el principio de estos movimientos, y como es que pudieron organizarse, se cree que el principio fué la venganza del duque de Orleans, descontento de la corte, por el maligno placer que hallaba en incomodarla, y acaso con la esperanza que concibió de arrojar del trono á su pariente que le ocupaba, y de sentarse en su lugar. Dicen que dedicó al logro de este proyecto la mayor parte de sus bienes, que eran inmensos: se duda tambien si le ayudó con dinero la Inglaterra para pagar al populacho: pero esta duda pasa á evidencia cuando nos acordamos de que al principio de nuestras inquietudes el ministro Pitt pidió, y le concedió el parlamento, un millon de esterlinas, de cuya inversion no habia de obligársele á dar cuenta.

Esto hecho nos recuerda otro de Temistocles. Pidió en cierta ocasion á los atenienses una suma considerable para una espedicion muy ventajosa, pero que se malograria si se divulgase. Respondieron que no se detendrian en dársela si la espedicion fuese justa; y mandaron á Temistocles la confiase solo á Aristides para que éste juzgase de su equidad. Informado Aristides, se presentó al pueblo y dijo: «Lo que propone Temistocles puede sernos muy útil, pero es injusto.» Esto bastó para que á una voz se negase el dinero. El parlamento de Inglaterra no piensa con esta delicadeza; pero su nacion, arrastrada á una guerra fatal para toda Europa, ¿es mas feliz acaso con nuestras inquietudes?

Despues de la toma de la Bastilla, en 14 de julio de 1789, acompañada de crueldades, de que no se hubiera creido capaz al pueblo tres meses ántes, pasó á Versalles, en la noche del 5 al 6 de octubre, una multitud armada con designio de llevar al rey á Paris, y retenerle aquí como un salvo conducto contra las empresas hostiles de que se decia estar amenazada la capital. Satisfecho el rey de su buena conciencia, y superior á los temores que su familia le hizo presentes con la mayor vehemencia, se confió al pueblo, fué bien recibido en Paris, y por última vez oyó de los franceses el alegre grito, el grito lisonjero de *viva el rey*.

En una sesion real habia dado este monarca un edicto de que se prometia el mejor suceso, pues en él habia principalmente limitado los derechos ejercidos hasta entónces por el poder soberano en órden á los impuestos, y habia ofrecido congregar los estados en determinadas épocas; pero con gran dolor vió desechado este medio conciliatorio: disgusto que le hizo prever otros mayores que no se retardaron; y como los escritos seductores de la opinion pública se desencadenaban abiertamente contra los hermanos del rey, este les permitió salir de Francia. Partieron con ellos varios señores y magistrados, que eran ó temian ser sospechosos al pueblo; y éste fué el principio de la emigracion que vino á hacerse moda.

Continuaban las tareas para forjar la constitucion; pero cada artículo, cuya aprobacion se pretendia, costaba las mayores angustias al monarca, ya dudando, ya difiriendo la sancion, ó ya rehusándola. Los gefes de las facciones vivian sobresaltados, viéndole en Versalles de donde podia huirse fácilmente, internarse en las provincias, juntar en ellas un ejército, y regresar con éste á disolver los estados generales, por lo cual tomaron la resolucion de encerrarle en Paris.

Sus guardias, en una fiesta que se graduó de borrachera, se arrojaron, acaso imprudentemente, á públicas protestas de su amor y fidelidad al soberano, lo cual sirvió de pretesto para suponer algun proyecto contra la asamblea; y algunos regimientos llamados á Versalles, sirvieron de alarma. De la capital se arrojó al camino de aquel real sitio una tropa de furiosos, blandiendo toda clase de armas; y sus horribles gritos y alaridos anunciaron su llegada. Insultaron aquel palacio, se repartieron por todas sus estancias, y mataron á cuantos guardias intentaron defender las puertas. Luchaba desde algunos dias ántes la asamblea con el monarca, sobre la sancion de artículos; pero se la arrancaron con el cuchillo de aquellos verdugos que degollaban á sus guardias; y aun se le prescribió al mismo tiempo que regresase á Paris con su familia. Partió á la capital, acompañado de tan terrible escolta, ó hizo su entrada bajo de una bóveda de picas, horcas y de cuantos instrumentos de muerte hizo inventar la rabia. Fué sin embargo muy bien recibido en la casa consistorial de la ciudad, y conducido desde ella con testimonio de amor, ó acaso de compasion, á las Tullerías, donde fijó su residencia con su familia, y donde despues se estableció tambien la asamblea.

En pocos dias se consumó la destruccion de la nobleza, aboliendo sus títulos, privilegios y distinciones de sus clases; y se arruinó tambien al clero, declarando que sus bienes quedaban á disposicion de la nacion. Se señalaron éstos como hipoteca de un papel-moneda que llamaron *asignados*, los cuales distribuyeron con profusion al público, y han sido el instrumento principal de la revolucion.

El real aparato que rodeaba el palacio de las Tullerías no bastaba á alejar los recelos y funestos pesares que afli-

Digitized by Google

gian al príncipe que le habitaba. Cada dia le asaltaban nuevas inquietudes, siendo las principales la emigracion y la guerra extranjera.

Se habian esparcido los emigrados por todas las cortes, y en ellas ponian en movimiento cuantos resortes se les proporcionaban para que se armasen contra la Francia. Acompañaban sus esfuerzos con amenazas contra los rebeldes, que decian ellos tener preso al rey: y sus instancias, como las apariencias con que lisonjeaban contra la facilidad de la empresa, determinaron á algunas potencias á coaliarse para una invasion en Francia, en favor del monarca preso, el cual entretanto padecia la repercusion de estas medidas. Se le imputaron como delito propio las amenazas de los emigrados, suponiendo que éstos procedian en todo con órdenes suyas; y aunque fué bien notorio que el rey deseó evitar la guerra extranjera, persuadieron al pueblo que si los enemigos entraban en Francia era á instancia del rey, ó cuando ménos con su aprobacion. Los primeros triunfos de los coaliados irritaron á los franceses, á quienes la necesidad de defenderse inspiró una energía á que debieron asombrosas victorias; pero éstas mismas dieron una fuerza irresistible á la faccion enemiga del trono, y acaso fueron ellas las que alentaron á sus gefes para escesos, á que sin ellas no se hubieran atrevido.

Las representaciones que en 1791 hacian al rey, dirigidas todas á limitar su autoridad, mas desagradables y atrevidas aun de lo que él mismo habia previsto, le determinaron á evadirse de ellas con la fuga que logró emprender despues de varias tentativas inútiles. Su designio era llegar á una frontera, en la cual se proponia tal vez juntar un ejército para volver con él á la capital, disipar la asamblea y recobrar toda la autoridad que le habian hecho abandonar; pero fué detenido en el camino, conducido á Paris con ignominia, y solo pudo evitar la pérdida de todos sus derechos, en que iban á declararle incurso, aceptando la constitucion, y ratificándola en todas sus partes en presencia de los diputados de toda la Francia, que concurrieron á esta ceremonia. Ésta fué la obra última de la *asamblea constituyente*, la cual fué reemplazada por la *legislativa* el 1 de octubre. No fué para el rey ésta ménos embarazosa que la otra. La primera le habia dado muchos pesares forjando la constitucion; pero no le dió ménos la segunda continuando en su ejecucion.

Al tiempo de la apertura de los estados generales se habian formado sociedades compuestas de diputados, principalmente del estado llano, que se llamaron *clubs* y se reunian para discutir de antemano las proposiciones que habian de hacerse luego en la asamblea. Continuaron estas sociedades en Paris despues que la asamblea se transfirió á Versalles. Los diputados, que al principio las componian solos, franquearon luego la entrada en ellas á la multitud de intrigantes que deseau darse á conocer en las revoluciones. La de los *Jacobinos*, que tomó este nombre por el lugar donde se congregaba, absorvió insensiblemente todas las demas. Por el número, el entusiasmo, y tal vez los talentos de algunos de sus miembros, como por la reunion de los clubs erigidos á su ejemplo en las provincias, la sociedad madre vino á ser tan poderosa que imponia á la asamblea leyes de que no se atrevia á desentenderse.

De aquí nació el entorpecimiento que deshonró á la asamblea legislativa, haciéndola sufrir á su vista asesinatos continuados por tres dias en las prisiones, la carnicería hecha en los traidos de Orleans, á quienes habia tomado bajo de su proteccion, y en fin, tantas atrocidades cometidas en varias partes con órdenes de los jacobinos, y conocidas con los nombre de anegaciones, fusilaciones y metralladas, que espresan con harta claridad los géneros de muerte que hicieron sufrir á una multitud de desgraciados: pues la guillotina, instrumento de muerte inventado para abreviar los suplicios, no era sin embargo bastante espedita para satisfacer á la impaciencia de hombres tan sedientos de sangre.

Se distinguieron entre ellos los llamados *sansculottes* ó *sin calzones*, la hez del populacho, honrándose con los andrajos de la miseria y con nombre tan despreciable, como hicieron los holandeses con el de *gueux* ó *mendigos* al principio de su revolucion. Los gueux se adornaron las cabezas con un gorro pardo: los *sans-culottes* se las cubrieron con uno encarnado, que vino á ser el signo distintivo de los mas acalorados patriotas; y era muy arriesgado no enarbolar este, que ellos llamaban signo de patriotismo, asi como el no imitar el trage asqueroso, y el grosero lenguage de estos frenéticos demagogos.

Su aborrecimiento á cuanto estaba fuera de sus conocimientos y costumbres, se manifestó en los estragos que hicieron, y que conservarán por mucho tiempo la memoria de sus furores. Depósitos de las ciencias y de las artes, monumentos de gusto y magnificencia consagrados por el respeto religioso, el amor filial, y aun por el voto de la nacion, nada perdonaron. Tropas de ignorantes fanáticos, que con la hacha, el hierro, y la llama en la mano se esparcieron por todo el reino, derribaron, destruyeron y abrasaron cuanto creyeron que representaba, ó era capaz de perpetuar las insignias de la nobleza y del clero qne querian aniquilar. Si la capital ha podido indemnizarse de estas pérdidas con las riquezas de los paises conquistados que se han trasladado á ella, las provincias despojadas llorarán siempre la pérdida de aquellas obras maestras que adornaban sus casas, paseos, plazas y templos igualmente devastados.

Se verificaron estos horrores en el modo que van referidos á la vista y durante el entorpecimiento de la asamblea legislativa. Los jacobinos hacian que por medio de ésta se pidiese al rey la sancion de las penas que ellos determinaban contra los emigrados y contra los eclesiásticos, á quienes llamaba refractarios, por haberse negado á prestar un juramento repugnante á su conciencia.

Manifestaba el rey que todo esto escedia los términos de la ley, á los cuales deseaba ceñirse; pero, resueltos los jacobinos á arrancar por fuerza lo que no podian obtener de otro modo, se aliaron con la municipalidad de Paris que los protegia, reunieron á los mas revoltosos del populacho de los arrabales, y mezclando con ellos aquellas mugeres que eran el desecho de los mercados y del libertinage, unos y otros se armaron de guadañas, hachas y tridentes. Llevaba consigo esta numerosa gavilla doce piezas de cañon, y el 21 de junio de 1792 marcharon con alaridos hácia las Tullerías; y aunque nada de esto podia haberse previsto, mandó el rey abrirles las puertas.

Le pidieron con osadía cierta sancion: pero el rey se la negó con afabilidad, haciéndoles ver con tanta bondad y dulzura las razones, que se aplacaron aquellos furiosos, y los sosegó del todo aceptando el gorro encarnado que le presentaron: en términos que los que habian ido con intenciones amenazadoras, se retiraron apaciguados y casi arrepentidos.

Si los directores ó *meneurs*, como los llamaban, habian formado el proyecto de arrastrar al rey por este medio á alguna violencia, de que pudieran luego forjarle un crímen, les burló el suceso; pero no tardaron en procurarse el completo logro de sus inicuas miras. Persuadidos á que el malogro de su empresa habia consistido en no haber puesto á la cabeza del populacho un cuerpo de tropas regladas que inspirase audacia á aquella inesperta gavilla, y que sufriese el primer fuego si se llegaba á este estremo, enmendaron este defecto en otra espedicion que aplazaron para el 10 de agosto, dia fatal que debia decidir de la ruina del trono, y por consecuencia de la vida del monarca.

Al mediodia de la Francia se habian formado cuadrillas de hombres acostumbrados á robos y homicidios; pero que eran al mismo tiempo soldados intrépidos, conocidos con el nombre de *marselleses*; y á éstos llamaron á Paris para que llevasen la vanguardia en el ataque meditado contra el palacio de las Tullerías. Se hallaba instruida de este proyecto la corte, y prevenida por su parte con varias compañías de suizos, cuyas filas se engrosaron notablemente con militares nobles, y otros que acudieron para este momento decisivo.

Digitized by Google

Á las cinco de la mañana bajó el rey, señaló los puestos, y pasó revista á los suizos. La infantería y caballería de la guardia nacional ocupaba la plaza y sus avenidas, dudando sobre el partido que debería tomar; y se dice tambien que el mayor número se inclinaba al del rey. Es constante que á saberse que esta multitud había de volverse contra el palacio, hubiera sido la mayor de las temeridades intentar resistirla. Así se le hizo presente al rey; pero la creyó fiel, y sin tiempo para sondear mejor la disposicion de los ánimos, se retiró á la asamblea.

Como si su presencia hubiera sido un dique para el furor del pueblo, no bien se había retirado cuando empezó el fuego de cañon y fusilería; pero de un modo bien desigual para los desgraciados suizos. Como se hallaban éstos sin órdenes ni gefes, se replegaron en las estancias del palacio donde fueron perseguidos con encarnizamiento, hasta que les fué preciso huir arrojando las armas; y por mas que pedían gracia fueron inhumanamente asesinados por un populacho feroz, que se distribuyó y llevó en triunfo los miembros palpitantes de aquellos infelices.

El rey y su familia acudieron inmediatamente á la asamblea, la cual quedó por algun tiempo en silencio; pero los hicieron retirarse para deliberar; y en aquel dia se dió aquel tan famoso como deplorable decreto, cuyos dos primeros artículos fueron concebidos en estos términos: «Primero: Se convida al pueblo francés para que forme una convencion nacional: Segundo: El gefe del poder ejecutivo queda provisionalmente suspenso de sus funciones hasta que la convencion nacional haya determinado las medidas que crea deber adoptar para la soberanía del pueblo, y el reinado de la libertad y de la igualdad.» Siguen algunas leyes de policía para el ejercicio del gobierno durante la suspension de la autoridad real. Se estableció tambien que el rey y su familia habitasen el palacio del Luxemburgo; pero, habiendo hecho presente la municipalidad, encargada de custodiarlos, que eran muchas las salidas de este palacio para que ella pudiese responder de un depósito de tanta consideracion, se les encerró en las torres del Temple.

Los departamentos se adhirieron á los sucesos del 10 de agosto, y el ejército, aunque realista constitucional, estaba dispuesto con la mayor parte de sus generales, como Dumouriez, Custine, Kellerman, etc., á someterse á la opinion dominante. Sin embargo Lafayette, gefe del partido constitucional, y amante de cumplir hasta la muerte todos sus juramentos, formó aun el proyecto de realzar el trono y defender una constitucion que había dejado de existir, teniendo puestas sus miras solamente en lo pasado, en la ley, en los juramentos comunes; y sin tener en cuenta la situacion verdaderamente extraordinaria en que se hallaba la Francia. Frustáronse sus esperanzas, abandonàronle los hombres con quienes contaba para llevar á cabo su plan, y hubo de separarse de su ejército. Pasando por entre los destacamentos enemigos pudo llegar hasta Holandaf, para trasladarse desde allí á los Estados Unidos, que eran su segunda patria; pero fué descubierto y arrestado con sus compañeros. Violando el derecho de gentes, se le trató como prisionero de guerra, encerrósele en los calabozos de Magdeburgo y luego los austríacos lo trasladaron á Olmutz. En vano el parlamento inglés intercedió por él, pues no pudo conseguir su libertad, hasta que la reclamó Bonaparte en el tratado de Campo-Formio. Durante cuatro años del mas duro cautiverio, víctima de todas las privaciones, ignorando la suerte de la libertad y de su patria, y sin tener otra perspectiva que el porvenir desconsolador de un prisionero, mostró siempre un valor heróico: ofreciéronle su libertad con tal que hiciese algunas retractaciones; pero prefirió quedar sepultado en su calabozo á abandonar en lo mas mínimo la causa que había abrazado.

Pocas vidas en nuestros tiempos han sido mas puras que la de Lafayette, y pocas popularidades mas duraderas y mejor adquiridas. Despues de haber defendido la libertad en América al lado de Washington, hubiera querido establecerla del mismo modo en su patria: pero esto era imposible en aquel país. Cuando un pueblo lucha por su libertad, sin disensiones intestinas, y no tiene otros enemigos que á los extranjeros, es fácil que halle un libertador, un Guillermo Tell en Suiza, un Washington en América; pero cuando quiere alcanzarla, en medio de las discordias civiles y contra los ataques de los extraños, no puede producir mas que un Cromwell y un Bonaparte, que se hacen dictadores de las revoluciones, despues de las luchas y el aniquilamiento de los partidos. Lafayette, autor de la primera época de la crisis, se declaró con entusiasmo por sus resultados; fué el general de la clase media, ora á la cabeza de la guardia nacional durante la constituyente, ora al frente del ejército en tiempo de la legislativa. La clase media era la que lo había ensalzado, y con ella debió sucumbir. Aunque cometiese algunas faltas, debe decirse en su alabanza que no tuvo nunca mas que un objeto, la libertad; y que para conseguirlo no se sirvió de otro medio que la ley. Su gloriosa carrera y su invariable constancia le honrarán en la posteridad.

Despues del diez de agosto la situacion de los partidos era manifiesta; la division los iba minando. Los hombres audaces, extremados, revolucionarios por esencia, iban adelantando siempre, mientras los de ideas mas fijas y sentadas iban quedando rezagados. Así es como las revoluciones marchan y fenecen por el aislamiento de sus mas fogosos partidarios. El partido audaz se había apoderado de la municipalidad; por ella quería dominar en Paris; por Paris, en la asamblea; y por ésta en la Francia entera. Danton, el revolucionario gigante, el Mirabeau del populacho, era su gefe. Cuando se supo en Paris que los prusianos habían invadido el reino, que el 23 de agosto había capitulado Longwy, y que el 30 acometían los enemigos á Verdun, exclamó Danton: «Soy de parecer que hagamos *miedo* á los realistas.» Y cuando en la noche del 1.° al dos de setiembre llegó la noticia de la toma de Verdun el tribuno apostrofó así á la asamblea: «El cañon que ois no es el de alarma, nó: es el paso de carga contra nuestros enemigos. ¿Qué se necesita para vencerlos, para anonadarlos? audacia, mas audacia, siempre audacia.» Entónces se oyó tocar á rebato, y principió la matanza.

El hombre que no ha visto este cuadro de la mas horrible carnicería, reproducido casi instantáneamente en muchas otras ciudades de Francia, no puede formarse de él una idea. Dejemos hablar, pues, á un testigo ocular, y por una escena dramática, calculemos el resto.

«Mis conductores, á quienes probablemente se había encargado el silencio, me dejaron en el primer postigo de la casa de la *Fuerza*, en poder del alcaide, y se fuéron luego que se les dió el recibo de su entrega. Entónces, alumbrando con dos antorchas ahumadas, un llavero con su gorro de pelo, escoltado de dos perros enormes, me hizo atravesar un corredor largo, estrecho y torcido, y me condujo á un patiecillo, encima del cual estaban los segundos encierros. Pasó trabajosamente por las puertas de hierrro, por las cuales no se puede entrar sino á gatas. Despues de pasadas nueve, me dejó en un calabozo, sobre un mal piso de madera apolillada: con un jergon lleno á medias de paja menuda, y una manta hecha pedazos. Mi huésped con voz ronca y tono áspero me dió las buenas noches, y me encargó tuviese buen ánimo, y luego, llamando á sus perros, cerró la maciza puerta con tres cerraduras y otros tantos cerrojos.

«Repito que abrevio, para llegar á lo que mas nos interesa. Como mi ardid para manifestar á Luis que no le habian desamparado todos sus amigos suponia alguna travesura, me pusieron sin comunicacion. Seguí así hasta el 3 de setiembre, esto es, veinte y un dia privado de hablar con otro que con mi carcelero, alimentado con sopa malísima y con habichuelas á medio cocer; pero con mas zozobra por la suerte de la familia destronada, que por mi propia desventura.

Digitized by Google



Digitized by Google

«Los primeros dias de setiembre serán de execracion eterna, por los delitos públicos que los mancharon. Cuando la historia ejecute este cuadro, pintará con colores sangrientos á los asesinos, sentados sobre sus víctimas, mandando desde este horroroso trono nuevos homicidios. No es mi ánimo extenderme en su funesta narrativa, sino contentarme con lo que mira á mi persona.

«Un escaso rayo de luz entraba en mi calabozo por los barrones de una lumbrera, á la cual solia arrimar mi vista. El espectáculo de los presos que se paseaban por un patio anchuroso, y el grato verdor de un plantel de arbolillos regocijaban mi vista, aliviaban mi tristeza, y disminuian al parecer la lobreguez de mi sepulcro.

«En la mañana del 2 de setiembre advertí en la fisonomía de los mas de los encarcelados un mortal desasosiego. Veia que puestos en corrillos conferenciaban, y que despues los principales entre ellos se paseaban, dándose palmadas en la frente, mientras otros permanecian mudos, pálidos y sin movimiento. Cerca del mediodia un oficial general entró en el patio rodeado del alcaide, de su muger y como de una docena de porteros, carceleros y llaveros. Todos los presos le cercaron, y me pareció que les hablaba. Acabado el razonamiento, salió; cada cual volvió á su cuarto, los guardas cerraron las puertas, y el patio quedó despoblado. Todas estas disposiciones y el ademan asombradizo de los carceleros me infundian el mayor sobresalto.

«Se aumentó todavia mas al oir unos alaridos lejanos, interrumpidos y sofocados de improviso. Entre estos gemidos dolorosos me pareció distinguir algunos clamores violentos y como un ruido de armas. Cinco ó seis toques de rebato redoblaron mi susto; y nada encuentro comparable al terror que me infundió el silencio que se siguió despues.

«Luego fué interrumpido por la llegada de un portero, que con una voz en extremo lúgubre llamó uno por uno á varios individuos. Los veo salir á unos con precipitacion y como fuera de sí, y á otros pausadamente, cubiertos de palidez. Por espacio de mas de cuatro horas se fueron desocupando los cuartos, y los presos pasaban al gran retrete del centro, de donde ninguno volvia.

«Estamos en la boca de un volcan: huyamos de este suelo mortífero, que acaba con cuantos lo habitan. El hervor revolucionario ha levantado la espuma que va á mancharlo y anegarlo todo. En los desiertos abrasados del Africa hay tigres hambrientos que destrozan y devoran á los viajeros; pero aquí son hombres los que sacian con la carne de otros hombres su apetito desenfrenado. La sangre que están derramando por dos dias consecutivos irrita aun mas su sed homicida; sus brazos, cansados de degollar, cobran un nuevo vigor con los mismos asesinatos, y se hallan, por decirlo de una vez, engolfados en un piélago de delitos. Acaban de asesinar á la interesante Lamballe.... He visto su hermosa cabeza separada de su cuerpo ultrajado, y que la llevaban al extremo de una lanza ensangrentada. He visto á un irracional arrancarle el corazon palpitante, exprimir su sangre en un vaso, y deleitarse en satisfacer su inhumana sed con esta bebida execrable. Ya creeremos los horribles y trágicos banquetes de la antigüedad, pues todos los delitos de la fábula se hallan comprendidos en los hechos de la historia.»

Desde este instante se multiplicaron los sucesos con tanta rapidez, que apenas puede igualarse en su relacion. La convencion, decretada el 10 de agosto, se hallaba ya en ejercicio el 21 de setiembre. En su primera sesion abolió la monarquía, y proclamó la república. En el 6 de diciembre determinó que se formase proceso al rey, y éste fué conducido el 11 á la barra. Ignoraba los cargos que iban á hacerle; pero satisfizo sin embargo á todos con mucha claridad y discernimiento, y sobre todo con la mayor serenidad y sosiego. El 26 del mismo mes, despues de haber oido la defensa que hizo su abogado, el mayor número de miembros manifestó inclinarse á que se suspendiese la causa, y á decretar que bastaba tomar medidas de precaucion hasta que la nacion hubiese manifestado sus intenciones sobre la suerte de Luis; pero los mas osados jacobinos se arrojaron al tribunal, amenazando y aun usando de violencia, hasta que lograron decreto para que, con suspension de cualesquiera otros negocios, se continuase la causa hasta la decision definitiva.

El 20 de enero de 1793 fué condenado á muerte Luis XVI por una muy escasa pluralidad de votos; y aunque por medio de sus abogados interpuso apelacion al pueblo, la convencion la declaró nula, y mandó ejecutar la sentencia.

El 21, dia fatal, despues de un sueño que parecia no haberle turbado inquietud alguna, el rey, á quien habian intimado su sentencia la víspera, se levantó á las seis de la mañana: oyó misa, comulgó, encargó á su ayuda de cámara su última despedida para su augusta esposa y familia; y con muestras de una envidiable calma interior, ocupándose solo en sus oraciones, anduvo todo el camino desde su prision al cadalso, al cual subió á la vista de un inmenso pueblo y de una formidable guardia, destinada á contener cualesquiera movimientos si se hiciesen en su favor. Se adelantó á la estremidad del tablado, quiso hablar; pero un redoble de tambores impidió que le oyesen. Se volvió, se abandonó á sus verdugos, cayó su cabeza, y todo aquel gentío se dispersó con estraordinario silencio.

Luis XVI se hallaba en la edad de treinta y ocho años, y habia reinado diez y ocho. La posteridad no le juzgará por el testimonio de los escritos que abortan las facciones en los tiempos de revolucion, ni confirmará los odiosos nombres que tales escritos le han prodigado. Era bueno, humano, deseaba y procuraba sinceramente la felicidad de su reino. Fué buen esposo, buen padre y escelente amo: poseia conocimientos, amaba la lectura.

Luis XVI, hijo segundo de Luis, delfin de Francia, y de María Josefa de Sajonia, nació en Versalles el dia 23 de agosto de 1754. Los que se entretienen en pronosticar lo pasado, dirán: que el propio que llevaba la noticia de su nacimiento á Choisy, donde se encontraba á la sazon la corte, murió de una caida de caballo sin poder cumplir su comision; que, cuando espiró el delfin su padre en 1765, el jóven Luis se puso á llorar amargamente oyendo como gritaban á su tránsito: — Paso para el delfin—; que, en 1770, las fiestas de su casamiento con María Antonieta costaron la vida á muchísimos espectadores; que el dia de su coronacion en Rheims, al tocar sus sienes la diadema, exclamó: — Me comprime. — Pero ¡la fatalidad de su reinado no estriba en esos livianos detalles; venia ya rodando de mas lejos: desprendíase de las circunstancias políticas del anterior reinado, y de las desgracias de los últimos años del de Luis XIV; la fatalidad no era hija del acaso, sino de una serie de hechos providenciales que unos á otros se iban sucediendo como las consecuencias de sus premisas. El carácter de Luis XVI en medio de esa ilacion incesante proclamó una verdad tristísima, á saber, que las virtudes de un rey, si bien sirven para llenar una hermosa página biográfica, con todo no escusan las faltas que tiene que archivar la historia inflexible.

Y esto que ningun príncipe convenia mas por la rectitud de sus intenciones á su época, que Luis XVI. La arbitrariedad era insoportable, y Luis estaba dispuesto á abandonarla; el libertinaje dispendioso de la corte y del gobierno, llenaba de indignacion á los vasallos, y Luis era hombre de costumbres puras, poco onerosas por tanto; la opinion reclamaba reformas, y Luis, conociendo por instinto humanitario que existian necesidades públicas, cada dia mas imperiosas, anhelaba vivamente satisfacerlas. Pero era tan difícil tomar un buen sendero como continuar en el malo, porque era necesario tener la suficiente energía para someter los privilegios á las reformas, ó bien la nacion á los abusos: y Luis no era regenerador, ni déspota. Faltábale aquella voluntad soberana,

Digitized by Google

única que es capaz de llevar á cabo grandes reformas en las naciones, voluntad tan necesaria á los príncipes, que quieren limitar su poder, como á los que quieren extenderle. Dotado Luis de un espíritu justo y de un corazon recto y bondadoso, carecía de energía de carácter, y de perseverancia en sus ideas y principios. Así es que sus proyectos de reforma encontraron obstáculos que él no habia previsto, y que no supo vencer: por lo mismo sucumbió por reformador, ni mas ni ménos que otro hubiera sucumbido por enemigo de innovaciones. Hasta la época de los estados generales no fué su reinado mas que una no interrumpida sucesion de ensayos de mejoras sin resultado.

En la época de su entronizamiento, la eleccion que hizo de Maurepas para primer ministro, contribuyó en gran parte á dar á su gobierno el carácter de irresolucion que le distingue. Jóven Luis, conociendo todo el lleno de sus deberes, y estando además penetrado de su propia insuficiencia, recurrió á un anciano de setenta y tres años, creyendo encontrar en él la sabiduría, el tacto y la esperiencia que en sí echaba de ménos; pero en vez de hallar un sabio, dió con un cortesano cuya funesta influencia dejó impreso en su posterior conducta un sello fatal. Maurepas procuró conservarse en gracia del monarca, mas no se curó de su gloria ni del bien de la monarquía. Mantuvo vacilante el ánimo del rey, é irresoluto su carácter; lo habituó al sistema de tira y afloja, á las medias medidas, á las mudanzas inconsideradas de sistemas, á las inconsecuencias del poder, y á la necesidad desastrosa de no saber dar un paso sin andadores.

Á Maurepas sucedió la reina en el favoritismo del monarca. Cuando la tumba se abrió para el viejo cortesano, fué violento el tránsito de un favorito á otro. Obedeciendo al impulso que le daba Maurepas, nombró Luis algunos ministros populares é hizo ensayos de reformas; pero, siguiendo el camino que le indicó la reina, los ministros que nombró fueron cortesanos, y los ensayos que hizo fueron de autoridad y de mando; no obstante, ni aquellas reformas pudieron realizarse, ni surtieron ningun efecto las voces de mando. Despues de haber recurrido inútilmente á los cortesanos, demandándoles economías, á los parlamentos pidiéndoles tributos, y á los capitalistas proponiéndoles empréstitos, probó por último á buscar una nueva clase de contribuyentes en las personas de los privilegiados. Llamó á las puertas de los notables, á saber de la nobleza y del clero, pidiéndoles que tomasen sobre sus hombros una participacion en las cargas del estado, y tanto el clero como la nobleza se negaron. La Providencia fué justa, pues, cuando les envió por castigo la plaga de la revolucion, que parecian estar llamando á voces, y que se cebó en ellos atrozmente. Entónces no le quedó á Luis otro camino que dirigirse á la Francia entera, y convocó los estados generales. Trató primero con los miembros, uno por uno, ántes de tratar con el cuerpo de la nacion en masa, y solo en el postrer apuro, cuando aquellos se le negaron, apeló á una potencia cuya intervencion y apoyo le arredraban. Preferia por instinto las asambleas particulares, porque por su propio aislamiento debian permanecer siempre en segunda línea, en vez de que una asamblea general, por lo mismo que representaba los intereses de todos, debia tambien reasumir todo el poder. Hasta la época del llamamiento hecho por Luis á la nacion entera, anualmente iban subiendo de punto las necesidades de su gobierno, y á medida de ese acrecentamiento iba ensanchándose el círculo de la oposicion. Ésta pasó de los parlamentos á la nobleza, de la nobleza al clero, y de éste al pueblo; á medida que cada una de estas clases entraba en la participacion del poder, daba principio á su resistencia, hasta que todas ellas reunidas debieron confundirse de bueno ó mal grado en el caos de la oposicion de la Francia toda.

Los actos que mas popularidad dieron á Luis fueron: la supresion de algunos pechos que recordaban los privilegios odiosos del feudalismo; y la abolicion de las leyes relativas al tormento, que tantas veces arrancó mentidas confesiones de crímenes supuestos, sistema de una barbarie salvaje y feroz, inspiracion acaso del mas estúpido y cobarde de los hombres, pues castigaba al azar con penas mil veces mas temibles que la muerte, ántes de descubrir al culpable, y hacia que presenciasen los jueces hasta las últimas convulsiones de las víctimas. Pero esa popularidad fué efímera, porque esas reformas descorrian el velo que encubria otras muchas úlceras que corroian el seno del país.

Un año ántes de que estallase la revolucion, cuando el rigoroso invierno de 1778 sumió en la indigencia á tantas familias, Luis, animado del amor mas puro y sincero en favor de la humanidad, se hizo acreedor á que la gratitud nacional le erigiese una estatua como al hombre mas compasivo.

Los socorros en su mayor parte iba á distribuirlos en persona, y así se aseguraba de que no eran estériles. Casi siempre alejaba para ello á su comitiva, y se despojaba de todo el fausto de la grandeza que tan vivo contraste forma con los hárapos de la miseria. Transformábase en un labriego, en un vecino acomodado de algun pueblo, y allí estaba en su elemento, allí su fisonomía respiraba contentamiento y dulzura, porque Luis hubiera sido el modelo de los vasallos y de los hombres probos. Y si por acaso era reconocido en alguna de sus excursiones caritativas, lo sentia vivamente, y se quejaba de no poder hacer de las suyas sin que alguno le anduviese á la zaga.

Durante uno de esos viajes, el intendente de palacio mandó reparar una sala pequeña y algo obscura, reparacion que costó treinta mil francos. Á su vuelta se puso furioso Luis, y deshaciéndose en gritos y quejas contra el intendente «con estos treinta mil francos, dijo, hubiera hecho felices mas de treinta familias.»

¡Y al cabo de cuatro años estaba escrito que en nombre del pueblo debia ser condenado á muerte ese rey bondadoso que hubiera derramado hasta la última gota de su sangre para acallar la voz del mas recóndito infortunio de sus vasallos!...

La revolucion de Inglaterra habia conducido al cadalso á un rey: la de Francia en pos del rey hizo decapitar á la reina; una prueba mas de que la última ni aun supo detenerse despues de consumado el crímen político cuya necesidad proclamaba, y espoleando al bruto indómito se arrojó ciega á las mas nefandas abominaciones.

Hija del emperador Francisco I, y de María Teresa, la grande, María Antonieta nació en Viena el 2 de noviembre de 1755, dia de luto para Lisboa, víctima en él de un espantoso terremoto. Era la jóven hermana de Leopoldo II, y de José II, y la cuarta de las archiduquesas austriacas, en cuyo número se contaba la famosa Carolina. Las últimas miradas de su moribundo padre se clavaron con ternura en esa niña que prometia dejar en zaga á sus hermanas, no solo en hermosura, si que tambien en la gracia y amabilidad del carácter. María Teresa, cansada de la guerra, como la mayor parte de los soberanos en el declive de su carrera, puso todas sus esperanzas en las combinaciones políticas, y aspiró á ejercer influencia en Europa, no ya poniéndose á la cabeza de numerosos ejércitos, sino casando á sus hijas. Parma y Nápoles habian recibido ya dos princesas destinadas á dominar la Italia, en provecho del Austria. Faltaba una influencia en Francia, y María Antonieta fué destinada por esposa del nieto de Luis XV. La negociacion fué llevada á cabo por el duque de Choiseul, la señora de Pompadour y el conde de Mercy. Alegre por el feliz éxito, María Teresa colmó de presentes á la Pompadour, y la honró con el título de «cara prima.»

En Francia nunca fueron populares los enlaces con la casa de Austria, y desde el momento que se supo la negociacion, formóse intriga contra la futura delfina, poniéndose al frente de ella las hijas de Luis XV, tias del delfin. No pasó mucho tiempo sin que lograsen hacer penetrar en el ánimo apocado de ese príncipe sus fatales prevenciones.

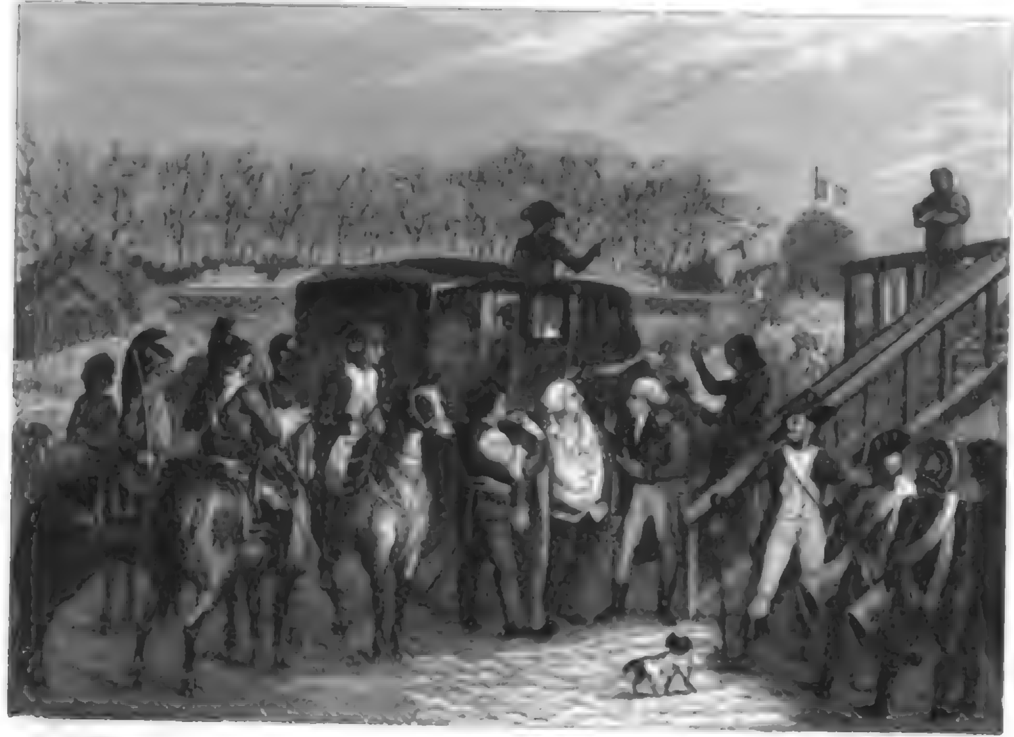
Necesitaba la delfina un maestro que la enseñase el

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google



Luis XVI subiendo al cadalso.

Digitized by Google

idioma francés, y la preparase á las usanzas de la corte de que iba á formar parte. El abate Vermond, propuesto por Brienne, arzobispo de Tolosa, recibió órden de Luis XV para trasladarse al efecto á Viena. Esta eleccion fué funesta para el presente y para el porvenir: presumido, cauteloso, superficial y aun venal, Vermond se convirtió en agente de Maria Teresa, y trabajó á cuenta de ésta, y nó en bien de su discípula. Mas adelante, creyendo deber pagar una deuda de gratitud á Brienne, influyó para que subiese al ministerio en descrédito de la reina y para mal de la monarquia.

El reinado de Maria Teresa, agitado sobremanera, no permitió que esta princesa pudiese ocuparse como debia en la educacion de sus hijas. La de Maria Antonieta fué confiada al azar, que la sirvió en parte, dándola para maestro de italiano al poeta favorito de su madre, al célebre Metastasio. Aunque dotada por la naturaleza de una disposicion feliz, casi nada sabia la futura delfina; aunque hablaba con facilidad el francés, le escribia muy incorrectamente, y aunque apasionada por la música, no tocaba medianamente ningun instrumento. He aquí los talentos que iba á llevar en dote á la Francia, en una época de crisis, y en unas circunstancias que hacian mas imperdonable el olvido de Maria Teresa. ¡Qué de males no hubieran ahorrado á la Francia unos principios luminosos sembrados en la inteligencia de la jóven delfina! Porque ella era naturalmente despejada para recibir y fecundar esas semillas, y para hacerlas tomar en su ánimo el desarrollo conveniente. Así es que, aunque adicta por hábito á las antiguas preocupaciones, dió muestras en varias ocasiones de un instinto innovador y de un vivo deseo de reformas que la acarrearon enemistades crueles. Sacudióse el yugo de la etiqueta, y fué llamada en los salones el Martin Lutero de la moda; y aun la acusaron de revolucionaria porque honraba con su amistad a una familia que no podia presentar ¡ó miseria! mas que dos cuarteles de nobleza. Si su educacion hubiese sido mas sólida, mas estensa, en vez de ser reformadora en los salones, ¿no hubiera llevado á mas alto punto sus miras, y ejercido su instinto en un campo mas vasto y mas digno? ¿No hubiera influido en el ánimo de su esposo, para dar afianzamiento á su vacilante voluntad, en vez de agitarlo mas y mas, y para preparar sabiamente el porvenir nacional, en vez de resistirse á él y de provocar aquella lucha terrible trás de la que las lágrimas regaron tantas ruinas?

Cuando Maria Antonieta llegó a Francia, ya no existia la señora de Pompadour, y habia caido en desgracia al duque de Choiseul: se encontró pues sin protectores, y casi sin amigos. Los mas funestos presagios turbaron las fiestas de su casamiento. En Versalles, el 16 de mayo de 1770, estalló una tempestad espantosa en el momento mismo en que se celebraba la ceremonia nupcial: en Paris, el descuido de la policía dió márgen á que los grupos que acudian alegres á disfrutar del contentamiento general, chocasen, sofocándose, estrujándose, y sepultándose en los escombros de la calle Real, cuyos edificios se estaban entónces construyendo. La camarilla formada de antemano contra la delfina, no descuidó coyuntura que pudiese redundar en su daño: á fuerza de astucia y de audacia alcanzó de golpe su primordial objeto, es decir, convirtió el himeneo de derecho en un divorcio de hecho.

La noche misma de las bodas, Luis XV dijo chanceándose al delfin que cenaba con el mejor apetito del mundo: — no es bueno cargarse el estómago esta noche.— ¿Porque nó? respondió con serenidad el delfin: acostumbro á dormir mucho mejor despues de bien cenado.

Terminada la cena acompañó el delfin á su jóven esposa hasta la puerta de su retrete, y saludándola cortesmente la deseó buenas noches.

—Presumo, la dijo á la mañana siguiente despues del desayuno, que habreis dormido bien.

—Mucho que sí, respondió Maria Antonieta, pues nadie me lo ha impedido.

Y por espacio de siete años, todas las mañanas hubiera podido dar la princesa la misma respuesta. Parecia que el jóven principe no tenia ojos ni sentidos para mantenerse frio ante las gracias de una belleza que estasiaba al mismo Luis XV, aunque preso en las redes de la Dubarri. La voz de los enemigos de la delfina era mas poderosa que sus gracias, y sus detractores se valian para el ataque de unos medios que ella no podia emplear para la defensa. «Una indiferencia tenaz, dicen las memorias de la señora de Campan, una frialdad que á veces degeneraba en impolítica, eran los únicos sentimientos que la demostraba el jóven principe. Todos los encantos de la hija de Maria Teresa no habian avivado los sentidos del nieto de Luis XV; y para colmo de desprecio acostábase el jóven con la delfina, y dormíase sin haberla dirigido siquiera una palabra.» Tanto podian en el ánimo del delfin los consejos de su preceptor. La voz pública acusaba al duque de Lavauguyon de ser la causa del desvío de los dos esposos.

Este largo é increible ultrage, incesantemente repetido por el delfin, exponia á Maria Antonieta á los rumores injuriosos del pueblo. Éste jamás perdona á las reinas la esterilidad, y no tarda en unir sus maldiciones á las del cielo, pues toma por tal la incapacidad de reproducirse. ¡Cuánto no tuvo que sufrir la interesante delfina! Su cuñada, la condesa de Artois, habia dado ya á la Francia dos vástagos de la familia real, y Maria Antonieta ni aun tenia la esperanza de poder llegar á ser madre. Algunas veces aun en vida de Luis XV se trató de convertir en divorcio legal el que lo era de hecho.

«Por último (son las propias palabras de la señora de Campan), hácia fines de 1777, la reina, estando sola en sus gabinetes, nos mandó á llamar á mi padre político y á mi, y dándonos á besar su mano, y mirándonos uno despues de otro como personas á quienes consideraba interesadas en su felicidad, nos dijo que queria que la felicitásemos, porque en fin, podia llamarse ya reina de Francia, y confiaba en Dios que pronto tendria hijos; que hasta aquel dia habia sabido ocultar sus sinsabores, pero que en el secreto de su gabinete habia derramado abundantes lágrimas. Ántes de un año de habernos hecho esta confidencia dió la reina á luz una princesa. Desde aquel dia feliz el cariño del rey para con la reina tomó el carácter de un verdadero y apasionado amor.»

Cuando los pueblos están quejosos de sus reyes, en los gobiernos absolutos, casi siempre comienzan por zaherir á las reinas, como si el instinto les enseñase á herirlos de una manera mas sensible y profunda. Las quejas contra Cárlos I de Inglaterra se manifestaron al principio por medio de susurros contra su esposa. Una especie de fatalidad parecia andar siguiendo los pasos de Maria Antonieta, y la acosaba en sus favores, en sus amistades, y hasta en sus mas leves caprichos. Sin duda cometió faltas, hijas de una imprudente ligereza, pero ¡cuánto no las abultó la calumnia, que bajaba de la camarilla, se esparcia á lo lejos, se derramaba hasta el fondo de las masas, y volvia á subir mas fuerte y mas terrible! En el siglo XVIII, que expiraba cansado de intrigas y extenuado por los placeres, ni mas ni ménos que el siglo anterior habia muerto de tristeza y de misticidad, la moral se echaba de ménos en todas partes, y mas que en ninguna en la corte. Y si Luis XVI era una escepcion de la regla, ¿habia motivo para creer que la reina lo seria tambien? comparando al esposo con la esposa ¿no pudieron creer los cortesanos que uno no habia nacido para la otra, y que para caer en gracia de ésta se necesitaba ser mas amable, mas galante y mas seductor que aquél? Hé aquí lo que esplica una circunstancia que en otro tiempo hubiera parecido abominable: hé aquí porque los Bezenval, los Lauzan y otros presumieron qué sus pretensiones sacrílegas estaban apoyadas en el derecho procedente de aquel raciocinio; hé aquí porque osaron dirigirse con tierna y profana solicitud á la magestad de su reina, y sufrieron el mas cruel y digno desengaño. Humillados por su derrota la juraron venganza, y la calumniaron. Ni perdonó su ira á las amigas de la reina, á la princesa de Lamballe, de virtuosa memoria, y á la señora de Po-

Digitized by Google

lignac. Pero entretanto la idea de solicitar á María Antonieta pasó á ser una manía, un verdadero contagio. El ejemplo del cardenal príncipe de Rohan enseñó el tránsito de ese sentimiento de ternura al de despecho, y al paso que se iban tocando desengaños, iba aumentando el número de los airados y de los enemigos. Si María Antonieta los tuvo en tan gran número, esto prueba su severidad en medio de unos cortesanos corrompidos.

Si la revolucion de Francia llegó imprevista para alguno, fué sin duda para ella, que, limitada á su perspectiva del Trianon en Versalles, donde pasaba dulcemente la vida, en su círculo compuesto de su familia y de sus amigas, representando comedias, concurriendo al baile de máscaras, dando y recibiendo fiestas, y esforzándose para olvidar que era reina, no podia concebir que tan pronto se lo recordasen cruelmente.

Por último, cuando se dió principio al drama grande y sombrío, María Antonieta no le comprendió, como tampoco le habia previsto. Hasta la muerte de Maurepas permaneció extraña á la marcha de los negocios, mas entónces los que se llamaban sus amigos la impelieron á tomar parte en ellos. Este paso fué cruel para ella, y la hizo llorar amargamente.

—¡Ah! exclamó cierto dia: se acabó la felicidad para mí, desde que me han convertido en intrigante.

Su preocupacion natural, la ligereza de su espíritu, y sus intimidades, todo la hizo dar impulso á los negocios en un sentido que debia ser fatal á la Francia, al rey y á ella misma: los que la aconsejaron á seguir el mal sendero fueron los primeros en abandonarla: el conde de Artois huyó al solo rumor de las primeras conmociones; la señora de Polignac salió para el extranjero el dia mismo de la toma de la Bastilla, y la reina quedó sola, hecha responsable de los consejos de otros.

La revolucion, en vez de limitarse á hacer la guerra á los abusos, viéndose contrariada en su marcha mostróse sañuda contra las personas, y la reina fué una de las primeras que aspiró á inmolar. Pero la hija de María Teresa dió muestras de un valor sublime en los peligros, si bien no habia desplegado ántes aquella sagacidad que los calcula, que los previene, y los conjura.

La Francia no olvidará jamás aquella declaracion de su generosa reina, cuando en circunstancias críticas, en que sus palabras podian haber sido otras tantas sentencias de muerte, prefirió decir, aparentando un candor sublime:

—Todo lo he visto, todo lo he sabido, y todo lo tengo olvidado.

No la olvidó la revolucion, nó, en su frenesí.

Los pasos que dió el gabinete de Madrid para salvar al desgraciado Monarca fueron nobles y dignos de ser atendidos, llegando á proponerse á la república que si se salvaba la vida á Luis XVI no se entraria en alianza con los demás príncipes de Europa para declararla la guerra. Desoyeron los franceses la reclamacion, y en consecuencia fué ya imposible que el conde de Aranda se mantuviese en el poder. En el Rin y en la Bélgica fueron batidos los franceses, y los aliados se adelantaron hácia el interior de Francia, hasta Valenciennes y Arras por una parte y hasta Landaw, por otra. Todavía se mantenian firmes los girondinos en el seno de la convencion nacional, y como los montañeses no pudieron dominarles, recurrieron á la violencia, hicieron que se levantase en masa la poblacion dirigida por el ayuntamiento, atacaron á la misma convencion, y de esta suerte consiguieron prender ó desterrar á la mayor parte de los girondinos. Entónces se formó el triunvirato de Marat, Danton, y Robespierre, cuyo fruto fué la proscripcion y la muerte. Encontrábase á cada paso una guillotina, y apenas habia bastantes brazos para ser verdugos. Recurrióse á medios que la historia recordará siempre con horror y con vilipendio. Reuníanse innumerables víctimas, atábaselas de dos en dos, se las embarcaba y luego despues las iban ahogando en los ríos. Otras veces se deshacian á metralladas de tres ó cuatrocientos desgraciados á la vez. Matábase solo por matar; bastaba haber sido amigo de un ajusticiado para que se temiese que conspirase contra la república, y para que se le hiciese seguir la misma suerte que á su amigo. Hombres infames habia que se gozaban en ver padecer á sus semejantes los mas atroces tormentos; ataban á un vivo con un cadáver, y le dejaban de esta suerte perecer de hambre y de la desesperacion mas horrorosa. Pero la convencion dominaba ya por la montaña, y queria vencer á los enemigos interiores por medio de la tiranía mas atroz, y á los esteriores por medio de un armamento colosal. La junta de salud pública decretó un armamento de un millon y doscientos mil hombres, y envió tropas armadas á todas partes para hacer frente á toda la Europa. Al propio tiempo tenia que combatir á los que se habian sublevado en varias ciudades como Burdeos, Tolosa y Marsella, y solo la quedaba para resistir dentro de la misma Francia la ciudad de Tolon, cuando ésta se entregó á los aliados. Éstos fueron vencidos en las líneas del Sambra y del Mosa por el general Hoche, y solo en la parte del Rosellon alcanzó algunas ventajas el general Ricardo haciéndose dueño de Bellegarde, ganando la batalla de Truillas, y tomándoles á los franceses varias plazas. En la parte del Bidasoa no fué la fortuna tan favorable al general Caro, que mandaba en aquel punto el ejército español. Tolon era el blanco del ataque de los franceses, porque deseaban vengarse de una ciudad que se habia entregado á los ingleses, y porque se hallaba mandando la artillería del sitio el jóven Bonaparte, que tantos dias de gloria debia dar despues á su patria. En vano se defendieron con el mayor teson ocho mil españoles que guarnecian la ciudad, pues habiéndose alejado la escuadra inglesa á causa del bien dirigido fuego de la artillería francesa, fué ya imposible resistir mas tiempo. La alegría que dió á los franceses la toma de Tolon fué estraordinaria, y se aplicaron con mas ahinco los demagogos a hacer pesar sobre el pueblo unas desgracias y una devastacion horrorosa. Todos los gefes de los anteriores partidos fueron sacrificados, y trás de la reina María Antonieta, que pereció en el cadalso, fué guillotinado tambien el mismo duque de Orleans, que segun fama habia atizado la revolucion en sus principios para sacar partido de ella.

Aunque la anterior campaña no habia sido favorable á los aliados, hicieron sin embargo estraordinarios preparativos para acometer de nuevo á la Francia, trabajada por discordias intestinas. Habia llegado la época en que Robespierre debia pagar á la vez todos sus crímenes, porque cansada la Francia dió un grito de indignacion contra sus verdugos, y el 27 de julio de 1794 Robespierre fué decapitado con la mayor parte de la municipalidad de París. No pudo efectuarse sin mucho derramamiento de sangre, y sin que tuviese lugar una de aquellas crísis peligrosas, que tantas veces habian puesto á la Francia al borde del precipicio; pero tiempo era ya de decidirse entre ver convertida á la nacion en un desierto y en un lago de sangre, ó en atender á su salvacion por medio de un esfuerzo estraordinario. Entónces empezó á contenerse la anarquía feroz, que cada dia se iba ensañando mas en los mismos súbditos á quienes debia proteger. Volvieron triunfantes al seno de la convencion los setenta y tres diputados girondinos que habian sido desterrados por la montaña. Cinco eran los principales campos de batalla en que los franceses tenian que hacer frente á los aliados, la Bélgica, la frontera del Rin, la frontera de los Alpes, la de Cataluña y la de Guipuzcoa. Pichegru mandaba el primer ejército y Jourdan el segundo; los dos consiguieron ventajas considerables. Pichegru batió en Clairfait á los austriacos, se apoderó de toda la Bélgica, aprovechóse de la circunstancia de hallarse helados los ríos y conquistó la Holanda, cosa que no habia podido lograr Luis XIV. Jourdan derrotó tambien á los aliados en la batalla de Fleurus, los arrojó al otro lado del Rin, y se apoderó de Coblenza. Ninguna de las partes beligerantes habia puesto empeño en hacer en la frontera de los Alpes la guerra de un modo decisivo, y así fué como allí tuvieron solo lugar encuentros parciales. Se vió el gobierno español precisado á hacer la

Digitized by Google



Bonaparte en el desierto.

Digitized by Google

paz con la Francia, casi al mismo tiempo que la hacia tambien la Prusia, separándose de la alianza.

Habia entretanto Pichegru creado en Holanda la república Batava, que se reconoció aliada de la Francia: pero, al volver aquel general [illegible]

[illegible] territorio hasta las márgenes del Rin. El emperador de Austria quedó indemnizado con los estados de la república veneciana, que quedó estinguida. Pero la Inglaterra no queria la paz.

La fama del general Bonaparte era inmensa entónces en Francia y en Europa, y el directorio francés procuró en 1798 alejarle del continente, porque su nombradía le hacia sombra. Destinóle pues para la espedicion de Egipto, espedicion que Bonaparte aceptó con gusto, porque preveia un nuevo campo abierto á sus ideas de dominacion y de conquista. Partió pues para el Egipto, desde donde habia formado el plan [illegible] hasta las
u brazo
lera es-
olo con
aquella
Tamas-
s do va-
; se in-
flamada
es opu-
eran al-
e no los
nacidad
, con el
or mar
presen-
france-
s de la
agitaron
a la so-
ar á la
s de las

a sobre
llante y
ue tan-
a y en
o en la
ia, fué
cedióle
varow
Gou-
y la vi-
a con-
iduque
obre la
s el ge-
Asi que
do con
as der-
ow, lo
a hacer
es mo-
aparte
ther el
cuan-
públi-
habia
el de-
a glo-
favor,
ara si
só por
orio y
es la
l pue-
ra ro-

ia, y
des en
abian
Bona-
onci-
ingun
[illegible]. Reunió sus fuerzas sin hacer grandes preparativos, pasó los Alpes entre la nieve y el frio, cayó á retaguardia de los austriacos, dióles la famosa batalla de Marengo, en la que se peleó durante todo el dia, y por resultado de esta batalla arrojó de nuevo á los austriacos de toda la Italia. No era ménos afortunado Moreau en el mando del ejército del Rin: pues arrojó á los austriacos de la Suavia y de la Baviera, los humilló en varias batallas, y últimamente en la de Koben-



Digitized by Google

paz con la Francia, casi al mismo tiempo que la hacia tambien la Prusia, separándose de la alianza.

Habia entretanto Pichegru creado en Holanda la república Batava, que se reconoció aliada de la Francia: pero, al volver aquel general al ejército del Rin, cuyo mando se le habia confiado, fué derrotado en la batalla de Heydelbergh y tuvo que levantar el sitio de Maguncia. En el interior de la Francia la convencion andaba luchando con los anarquistas, y trabajaba con teson para que fuese adoptada en Francia la constitucion directorial. Pero, como la reaccion contra los jacobinos habia sido tan fuerte general y juzgaron los realistas que habia llegado la época de volver á recobrar todo cuanto se habia perdido, y de restaurar la monarquía. Armáronse en las secciones de Paris, reunieron una multitud de gente, y acometieron con ardor á la convencion. Ésta solo contaba para defenderse con cinco mil hombres; pero éstos al mando de Bonaparte, aquel comandante de artillería á quien casi esclusivamente se debia la toma de Tolon. Reunió cuanta artillería fué posible, rechazó con vigor el ataque de los agresores, y al fin los acosó y arrolló en todas direcciones. Despues de esta conmocion memorable (1795) cesó en sus funciones la convencion nacional, cuyo recuerdo estará mezclado en la historia con las atrocidades mas inauditas y la energía mas estraordinaria. Instigadas por sus atrocidades se declararon contra ella la Prusia, la Holanda la Inglaterra, el Austria y hasta la Rusia se aliaba con sus enemigos.

La Francia, despues de haberse librado de la Prusia y de España, continuó en 1796 la guerra contra el resto de la Europa. El general Moreau pasó el Rin, y se adelantó hasta el corazon de la Alemania; pero, privado de los socorros con que habia contado, hizo una retirada admirable, en que siempre anduvo venciendo al enemigo. Este año, perdieron la Córcega los ingleses que se habian apoderado de ella. Pero los prodigios de esta campaña deben buscarse en Italia. El jóven Bonaparte pasó los Alpes á la cabeza de treinta mil hombres, derrotó en Montenotte, Milessino y Dego á los austriacos y sardos; obligó al rey de Cerdeña á que hiciese la paz; persiguió despues tenazmente á los austriacos, y los derrotó en la famosa batalla de Lodi. En vano enviaron contra él nuevos ejércitos los austriacos: porque sucesivamente derrotó á tres generales, les hizo un increible número de prisioneros, entró en el castillo de Milan, sofocó una revolucion popular en Pavía, impuso leyes al papa y á toda la Italia, se adelantó hasta Verona, se apoderó de Mantua, y consternó con repetidas derrotas á sus enemigos. Todo fué maravilloso en esta campaña; no solo era irresistible el general en el ataque, sino que en la defensa burlaba los planes mas bien combinados, y caia con la rapidez del rayo sobre sus enemigos en los momentos de crisis: de esta suerte principiaba su carrera de general el hombre que estaba destinado á dar leyes á la Europa.

Solo un general se conoció apto en Europa en 1797 para oponerse á Bonaparte; tal era el archiduque Cárlos que habia dado muestras de táctica y de genio en la anterior campaña contra el general Jourdan. Pero sufrió la misma suerte que en el año anterior habian sufrido los generales Beaulieu, el valiente Wurmser y Alvinci. Los bien combinados movimientos del jóven Bonaparte obligaron al archiduque Cárlos á replegarse; marchaba aquel sobre Viena asombrada cuando el emperador de Austria pidió la paz. En consecuencia se ajustaron los preliminares de Leoven, y poco despues se firmó la paz de Campo Formio, en virtud de la cual adquirió la república la Bélgica y mucha parte de territorio hasta las márgenes del Rin. El emperador de Austria quedó indemnizado con los estados de la república veneciana, que quedó estinguida. Pero la Inglaterra no queria la paz.

La fama del general Bonaparte era inmensa entónces en Francia y en Europa, y el directorio francés procuró en 1798 alejarle del continente, porque su nombradía le hacia sombra. Destinóle pues para la espedicion de Egipto, espedicion que Bonaparte aceptó con gusto, porque preveia un nuevo campo abierto á sus ideas de dominacion y de conquista. Partió pues para el Egipto, desde donde habia formado el plan gigantesco de estenderse hasta las Indias; tal vez lo hubiera logrado; tal vez con un brazo se hubiera apoderado de Constantinopla, y hubiera estendido el otro hasta las márgenes del Indo, solo con que le hubiese favorecido muy poca parte de aquella fortuna que siempre fué propicia á Alejandro y á Tamas-Kouli-kan. Los franceses hicieron unos prodigios de valor que la posteridad reputará algun dia fabulosos; se internaron en los desiertos entre remolinos de inflamada arena, arrollaron á todos cuantos enemigos se les opusieron, adquirieron una gloria inmortal, y hubieran alcanzado los resultados que esperaban, si la peste no los hubiese diezmado, y si no hubiese sido por la tenacidad de los ingleses en defender, junto con los moros, con el mayor encarnizamiento á San Juan de Acre. Por mar triunfaban los ingleses, y las aguas de Aboukir presenciaron la destruccion de casi toda una escuadra francesa. En el continente se apoderaron los ejércitos de la república de casi todos los estados de Italia, y agitaron el ánimo de los austriacos para que accediesen á la segunda alianza, que estaba destinada á abrumar á la Francia por medio de los mas poderosos ejércitos de las naciones europeas.

La alianza formada en 1799 contra la Francia era sobre manera poderosa. Reforzó á los austriacos un brillante y aguerrido ejército ruso mandado por Suvarow, que tanta celebridad habia adquirido peleando en Polonia y en Turquía. El general francés Jourdan fué derrotado en la ribera del Rin. Fischerer, que mandaba en Italia, fué derrotado en Magnan por los austro-rusos. Sucedióle Moreau, y fué tambien batido dos veces por Suvarow Despues se nombró general del ejército de Italia á Goubert, y en las llanuras de Novi perdió una batalla y la vida: la república perdió en Italia todo cuanto habia conquistado Bonaparte. Proyectaron entónces el archiduque Cárlos y el general Suvarow caer de mancomun sobre la Suiza y penetrar en Francia. Distinguióse entónces el general Massena que mandaba en la línea del Rin. Así que conoció que el archiduque Cárlos se habia separado con parte de sus fuerzas, cayó sobre las restantes, las derrotó completamente, voló al encuentro de Suvarow, le derrotó y arrojó al Tirol, y revolviendo despues para hacer frente al archiduque Cárlos, le contuvo con hábiles movimientos y con la preponderancia adquirida. Bonaparte volvió en esto á Paris, dejando al valiente Kleber el mando del ejército de Egipto, y llegó precisamente cuando un nuevo cambio se preparaba en los negocios públicos. La debilidad con que gobernaba el directorio habia dado márgen á nuevas intrigas y conspiraciones; el desórden habia llegado á su colmo. Bonaparte, cuya gloria militar era propia para seducir los ánimos á su favor, atrajo las miradas de un partido poderoso. Ganó para sí la mayoría del consejo de los ancianos, dispersó por la fuerza al de los quinientos, anuló el directorio y se hizo nombrar cónsul. Esta nueva revolucion es la que se llama del diez y ocho brumario, en el cual puede decirse que concluyó definitivamente la primera revolucion de Francia.

Mientras que los partidos se agitaban en Francia, y mientras ganaba Napoleon la batalla de las Pirámides en Egipto, los austriacos auxiliados por los rusos se habian apoderado de casi toda la Italia. Necesitaba pues Bonaparte hacerse de nuevo ilustre con la victoria, y concibió el proyecto mas atrevido y gigantesco que ningun general haya podido meditar. Reunió sus fuerzas sin hacer grandes preparativos, pasó los Alpes entre la nieve y el frio, cayó á retaguardia de los austriacos, dióles la famosa batalla de Marengo, en la que se peleó durante todo el dia, y por resultado de esta batalla arrojó de nuevo á los austriacos de toda la Italia. No era ménos afortunado Moreau en el mando del ejército del Rin: pues arrojó á los austriacos de la Suavia y de la Baviera, los humilló en varias batallas, y últimamente en la de Kohen-

linden, y dió el último golpe para obligar al Austria á pensar seriamente en la paz y á que enviase plenipotenciarios para que se tratase de ella en Luneville. Esta campaña mudó la faz de la Europa, porque se desarrolló en ella mas y mas el genio estraordinario del heroe del siglo; y así como hasta entónces todos los esfuerzos de la Europa se habian dirigido contra el gobierno republicano, desde este momento tomaron por blanco hacer la guerra á un hombre solo. Mucho debia costar, porque ese hombre era el organizador general á quien seguia entusiasmada una nacion cuyos habitantes se habian convertido en otros tantos soldados.

En tanto se firmó la paz de Luneville, por la cual se confirmó la de Campo-Formio, con algunas cesiones mas por parte del Austria: y celebró la Francia un tratado de paz con la Rusia y otro con la Turquía, poco despues de haber sido evacuado el Egipto. Subió á poco al trono de los Moscovitas, por muerte del emperador Pablo, su hijo Alejandro I, que debia algunos años despues tomar una parte tan activa en las contiendas de Europa. Los franceses habian procurado tener de su parte al rey de Dinamarca, y Napoleon le habia empeñado á que reuniese su escuadra con la de los franceses; pero no bien lo supo el gabinete británico cuando dió órden al almirante Nelson para que pasase al mar Báltico, y éste derrotó completamente á la escuadra dinamarquesa.

Concluyóse en 1802 el tratado de Amiens entre la Francia y la Inglaterra, y la Europa gozó de una paz general, que solo debia durar diez y ocho meses. Durante este corto intérvalo de reposo vió la Francia aumentarse su prosperidad interior. Pusiéronse en planta varias reformas preparadas por la convencion y por el directorio. Creábanse escuelas centrales, reorganizábase la instruccion pública en los liceos, y se trabajaba en la obra inmensa del código civil. Bajo la administracion de Bonaparte desarrolláronse todos los elementos de prosperidad nacional en Francia, y daban márgen á que el reconocimiento público se dirigiese en favor del que se desvelaba por el bien general.

Mas esta perspectiva halagüeña habia de durar poco, porque la Inglaterra no podia sufrir que una potencia rival suya como la Francia se elevase á un grado de esplendor estraordinario. Así que el 16 de mayo de 1803 se declaró la guerra entre ambas potencias, y en todos los dominios de la Gran Bretaña se arrestó á cuantos franceses se hallaban en ellos. El gabinete inglés envió al momento órdenes positivas para que en las Indias cayesen sus tropas sobre las posesiones holandesas, y efectivamente lograron apoderarse de la mayor parte. Entónces peleaba en aquellas apartadas regiones el general inglés sir Arturo Wellesley que tanta gloria debia adquirir despues en la Península, capitaneando las tropas españolas é inglesas: el 23 de setiembre derrotaba completamente á los maratas y se adelantaba hácia Agra y Dehli que debian caer en su poder. Así adquiria nombradía ese general, cuyo destino se parecia tanto en algunos puntos al de Bonaparte. Nació como él en 1769; mientras Bonaparte se hacia célebre en Egipto, destronaba él en las Indias á Tippo-Zaib: y al fin, despues de sus largas guerras en Europa, debian un dia decidir los dos en una batalla la suerte que la esperaba. No intentamos con esto establecer un punto de comparacion entre los dos gefes, porque el héroe de la Córcega era infinitamente superior al inglés en talento creador y en genio: solo sí queremos que se noten los puntos de contacto de su mutuo destino.

Adoptaba en Paris el cuerpo legislativo, apesar de la guerra, un nuevo código civil llamado despues código Napoleon; apoderábanse los franceses de la isla de Gorea y casi al mismo tiempo se descubria en Paris una conspiracion tramada contra el primer cónsul por los generales Moreau, Pichegru y Jorge Cadoudal. El primero fué desterrado de Francia, el segundo se suicidó en la cárcel, y el tercero pereció en un cadalso. No habia transcurrido mucho tiempo cuando creyendo Napoleon que una medida enérgica podia hacerle respetar en Francia, hizo aprisionar y fusilar al descendiente de los príncipes de Condé: lo que es una mancha indeleble para el primer cónsul. Para manifestar entónces el senado cuanto se interesaban los franceses en la suerte de su primer cónsul declaró á éste emperador de los franceses. Esta declaracion fué aprobada por el tribunado, y solo una voz digna de los mas hermosos dias de la Grecia se atrevió á declararse en contra de semejante proyecto. Pero en Francia se habian aletargado ya aquellas ideas primitivas de libertad y de república, y ya se hablaba solo de la gloria militar adquirida en tantos combates y contra tan encarnizados enemigos. Así pues, solo resonó un grito de admiracion y de entusiasmo al saberse que el dia 18 de mayo debia Bonaparte ser proclamado emperador de los franceses: preparaba éste una de aquellas espediciones gigantescas que tienen muy pocos ejemplos en los siglos: tal era el armamento del campo de Boloña, destinado á caer sobre la Gran Bretaña y abrumarla con un ejército de ciento sesenta mil hombres, el mas disciplinado y aguerrido que acaso se haya conocido.

Pero el Austria estaba interesada en que no sucumbiese la Inglaterra, con cuya potencia se habia aliado y la cual le enviaba cuantiosos subsidios para armar nuevos ejércitos. Su primer paso en 1805 fué convenir en la nueva alianza formada para caer contra la Francia con un numeroso ejército austriaco y otro ruso, que debia adelantarse con el mismo emperador Alejandro I. Con aquella actividad y decision inspirada únicamente por el genio tomó Napoleon su partido. Da órden para que las tropas del acampamento de Boloña marchen á Alemania; sale de Paris para dirigirlas, atraviesa el Rin, colócase á espaldas de los austriacos, los bate en Vertingen, en Gunzbourg, en Ausburgo y en Munich, les hace seis mil prisioneros; derrótalos en Elchingen, en Langenau y en Ulma, obliga al general austriaco Mack á capitular con treinta mil hombres; otro general capituló tambien con diez mil, y Napoleon se hace dueño de casi toda la Alemania. Adelantábase el ejército ruso para socorrer al emperador de Austria; reúnese un numeroso ejército en Austerlitz para hacer frente al emperador francés, mas éste con fuerzas inferiores lo derrota completamente y acaba con la nueva alianza; pues el Austria se vió precisada á firmar la paz de Presburgo por la cual perdió los estados de Venecia y otra gran parte de territorio. Los ingleses vengaron en parte la derrota del Austria destruyendo en Trafalgar las escuadras española y francesa.

La victoria de Marengo y la paz de Luneville habian sancionado el consulado: la victoria de Austerlitz y la paz de Presburgo consagraron el imperio. Abandonáronse los últimos restos de la revolucion. El 1.° de enero de 1806, se cambió definitivamente el calendario republicano por el gregoriano, despues de catorce años de existencia. Pero el emperador mantúvose sobre todo firme en extender su dominio en el continente. Habiendo el rey de Nápoles, Fernando, violado durante la última guerra el tratado de paz con la Francia, fueron invadidos sus estados; y el 30 de marzo, José Bonaparte fué declarado rey de las Dos Sicilias. Poco despues, el 5 de junio, la Holanda fué convertida en reino, y recibió por monarca á otro hermano del emperador, Luis Bonaparte. Ya no existia ninguna de las repúblicas creadas por la convencion ó por el directorio. Napoleon, que nombraba reyes secundarios, restableció el régimen militar jerárquico y los títulos de la edad media. Erigió en ducados grandes feudos del imperio á la Dalmacia, la Istria, el Friul, Cadora, Bellune, Vicenza, Padua y Rovigo. El mariscal Berthier fué declarado príncipe de Neufchatel; el ministro Talleyrand, de Benevento; el príncipe Borgese y su esposa, de Guastalla; Murat recibió el gran ducado de Cleves y de Berg. Napoleon, que no se habia atrevido á destruir la república suiza, se declaró *su mediador*; y acabó la organizacion de su imperio militar, poniendo bajo su dependencia el antiguo cuerpo germánico. El 12 de julio, catorce príncipes del mediodía y del oeste de Alemania reuniéronse en confederacion del Rin, y reconocieron por protector á Napoleon. El 1.° de agosto notifi-

Digitized by Google

caron á la dieta de Ratisbona su separacion del cuerpo germánico, dejó de existir el imperio de Alemania, y Francisco II, en una proclama, abdicó su título. Por un convenio firmado en Viena el 15 de diciembre, la Prusia cedió el pais de Anspach, Cleves y Neufchatel, por el electorado de Hanover.

Napoleon tuvo el Occidente bajo su poder. Dueño absoluto de la Francia y de la Italia, como *emperador* y *rey*, éralo tambien de la España por la subordinacion de aquella corte; de Nápoles y de Holanda por medio de sus dos hermanos; de la Suiza por el acta de mediacion; y en Alemania disponia de los reyes de Baviera, de Wurtemberg y de la confederacion del Rin, contra el Austria y la Prusia. Despues de la paz de Amiens, manteniendo la libertad, hubiera podido hacerse el protector de la Francia, y el moderador de la Europa; pero habiendo buscado su gloria en el dominio, y su vida en las conquistas, condenóse á una larga lucha, que debia acabar ó con la dependencia del continente ó con su propia ruina.

Este sistema invasor ocasionó la cuarta confederacion. La Prusia que habia permanecido neutral desde la paz de Basilea, poco faltó, en la última campaña, para que se reuniese á los confederados; solo la habia contenido la rapidez de las victorias del emperador; pero, espantada ahora con el acrecentamiento del imperio, y alentada por el buen estado en que se hallaban sus tropas, se alió con la Rusia para echar de Alemania á los franceses. El gabinete de Berlin, so pena de guerra, exigió que las tropas repasasen el Rin; y al mismo tiempo quiso formar en el norte de Alemania una liga contra la confederacion del mediodia. El emperador, que se hallaba entónces en la época mas brillante de su fortuna, de la robustez y juventud de su poder, y de la adhesion nacional, marchó contra la Prusia, lejos de someterse á su ultimatum.

Abrióse la campaña á principios de octubre. Napoleon, segun su costumbre, aterró á la confederacion con la prontitud de su marcha y el vigor de sus golpes. El 14 de octubre destruyó en Jena la monarquia militar de la Prusia, con una victoria decisiva en la cual los prusianos tuvieron 20 mil muertos ó heridos, 30 mil prisioneros, y dejaron en poder de los franceses 45 banderas, 300 cañones é inmensos almacenes de víveres. Su rey huyó al través de los campos, á la cabeza de un regimiento de caballería: los demas cuerpos prusianos, acosados de cerca, buscaron su salvacion en la fuga, vagando sin direccion ó metiéndose en las plazas fuertes que capitularon al momento.

El 16, catorce mil prusianos rindieron las armas en Erfurth; el 25, el ejército francés entró en Berlin, y empleó los últimos dias de este año en tomar fortalezas, y en marchar á Polonia contra el ejército ruso.

Por tercera vez la Rusia quiso medir sus fuerzas con la Francia. Vencida en Zurich, vencida en Austerlitz, lo fué tambien en Eylau y en Friedland.

Al amanecer del dia 8 de febrero de 1807 el ejército ruso, compuesto de ochenta mil hombres, apareció formado en columna á medio tiro de cañon de Eylau, teniendo á su frente una artillería formidable.

Para responder á su terrible fuego, dirigióse el emperador á la posicion de la iglesia de Eylau; hizo adelantar, independientemente de la artillería de los dos cuerpos de los mariscales Soult y Augereau, toda la artillería de su guardia, en número de sesenta piezas, y mandó al gran duque de Berg que se pusiese á la cabeza de las divisiones Michaud, Klein, Grouchy y Hautpoult, y, sostenido por el mariscal Bessieres, á la cabeza de la caballería, cayese sobre el flanco del ejército enemigo. Ejecutóse esta maniobra con tanta audacia como precision, y la infantería rusa, cargada impetuosamente, fué arrollada y perdió parte de la artillería que tenia á su frente.

Eran las cuatro de la tarde cuando se vió llegar á la extrema izquierda del ejército francés, hácia el pueblo de Althoff, á la division prusiana del general Lestorg, perseguida á la bayoneta por la vanguardia del mariscal Ney; su cabeza, compuesta de granaderos, viendo que las columnas rusas se replegaban hácia Kœnigsberg, corrió á paso de carga á sostenerlas, y quiso tomar posicion en el pueblo de Schomoditen, para dar tiempo de desfilar á los heridos y á la artillería: pero la vanguardia del mariscal Ney le ocupaba ya.

Llegaron en breve seis batallones de granaderos para entrar en el pueblo, pero fueron recibidos con mortífera descarga á boca de jarro por el 6.º de infantería ligera y por el 30 de línea.

La noche puso fin á la persecucion del enemigo, que dejó en el campo de batalla una parte de su artillería y muchísimos heridos

Esta victoria habia desbaratado todos los proyectos formados por los rusos contra el Bajo Vistula. Sin embargo el 5 de junio el ejército ruso se puso otra vez en movimiento. El 13 todos los cuerpos del grande ejército se dirigieron hácia los alrededores de Friedland.

El 14 los rusos desfilaron sobre el puente, y á las tres de la mañana se oyó un vivísimo cañoneo: «¡Éste es un dia de gloria, dijo el emperador; es el aniversario de Marengo!» Alucinados los rusos en vista de los movimientos del emperador, y creyendo que no tendrian que luchar mas que contra unos 15,000 hombres, continuaron su movimiento sobre Kœnigsberg; pero á las cinco de la tarde los diferentes cuerpos del ejército francés ocupaban sus respectivas posiciones. Napoleon reconoció las del enemigo, y decidió atacar la poblacion de Friedland: Ney dió principio al movimiento. Una batería de 30 cañones colocado en el centro hizo un destrozo horrible entre los rusos. La guardia imperial de Alejandro, que se habia emboscada á corta distancia de Friedland, salió al campo con intrepidez, é hizo una descarga sobre la izquierda de Ney, á la cual hizo titubear por un momento; pero la division de Dupont marchó contra el enemigo y le arrolló con espantosa carnicería; en vano los refuerzos enemigos se lanzaron obstinadamente contra el centro de los franceses, pues Lannes estaba allí con sus valientes, y los rechazó. Por otra parte Mortier, que durante toda la jornada habia demostrado su ordinaria calma, hizo movimiento contra los rusos, y derrotó cuanto se le opuso por delante. El campo de batalla ofreció un aspecto horroroso: los rusos dejaron en él unos 18,000 hombres, siendo así que los franceses no habian perdido 5000: 120 cañones, 20,000 prisioneros y un sinnúmero de banderas quedaron en poder de éstos, siendo destruida la valerosa guardia rusa, el grande ejército del emperador Alejandro y los últimos restos del ejercito del rey de Prusia.

Despues de estas memorables jornadas, el emperador Alejandro entró en negociaciones, y en 21 de junio de 1807 concluyó en Tilsitt un armisticio, al cual, el 7 de julio, siguió un tratado definitivo.

La paz de Tilsitt extendió por el continente la dominacion francesa, y con ella quedó la Prusia reducida á la mitad.

Napoleon en el mediodia de Alemania instituyó los dos reinos de Baviera y de Wurtemberg contra el Austria, mas hácia el norte creó los dos reinos feudatarios de Sajonia y de Westfalia contra la Prusia. El de Sajonia se formó del electorado de este nombre, y de la Polonia prusiana, erigida en gran ducado de Varsovia; el de Westfalia comprendió los estados de Hesse-Casel, de Brunswick, de Fuld, de Padeborn y la mayor parte del Hanover, y se dió á Gerónimo Napoleon. El emperador Alejandro, que asistió á todos estos arreglos, evacuó la Moldavia y la Valaquia. Con todo, la Rusia fué la única potencia que permaneció intacta, aunque vencida. Napoleon iba cada dia siguiendo mas las huellas de Carlomagno; el dia de su consagracion, mandó que le trajesen la corona, la espada y el cetro del rey franco; un papa habia pasado los Alpes para consagrar su dinastía, y arreglaba sus estados conforme al modelo del vasto imperio de aquel conquistador. La revolucion habia querido restablecer la libertad antigua; Napoleon restauró

Digitized by Google

la jerarquía militar de la edad media; aquella habia hecho ciudadanos, él hizo vasallos; ella convirtiera la Europa en repúblicas, él la transformó en feudos. Como era grande y fuerte, como habia sobrevenido trás un sacudimiento que fatigara al mundo despues de ponerle en accion, pudo arreglarlo pasajeramente segun sus ideas. Elevóse en el interior el *grande imperio* con su sistema de administracion, que reemplazó al gobierno de las asambleas; sus tribunales especiales; sus colegios, en donde se substituyó la educacion militar á la republicana de las escuelas centrales; su nobleza hereditaria, que en 1808 completó el restablecimiento de la desigualdad; su disciplina civil, que hizo á la Francia entera obediente á la órden del dia, como un ejército; al exterior, con sus reinos secundarios, sus estados confederados, sus grandes feudos y su supremo gefe. No hallando ya resistencia en parte alguna, pudo Napoleon correr y mandar del uno al otro extremo del continente.

En esta época, toda la atencion del emperador se dirigia á la Inglaterra, única potencia que se libertara de sus golpes. Hacia un año que Pitt habia muerto, pero el gabinete británico continuó con mucho ardor y obstinacion sus planes con respecto á la Francia. Despues de haber formado en vano una tercera y cuarta confederacion, no depuso las armas; pues era una guerra á muerte la que se hacia, y habiendo la Gran Bretaña declarado á la Francia en estado de *bloqueo*, proporcionó al emperador el medio de colocarla á ella misma fuera de las relaciones europeas, por medio de una medida semejante. El *bloqueo continental* fué el segundo periodo del sistema de Bonaparte. Para llegar á una supremacía universal, no disputada de nadie, valióse de las armas en el continente, y de la paralizacion del comercio contra la Inglaterra. Pero, al prohibir á los estados de Tierra-firme toda comunicacion con la Gran Bretaña, preparóse nuevas dificultades; y á las enemistades de opinion que excitaba su despotismo, á los odios de estado que le acarreaba su dominacion conquistadora, pronto hubo de añadir el desenfreno de los intereses particulares, y los menoscabos comerciales ocasionados por el bloqueo.

Todas las potencias, sin embargo, parecian unidas con el mismo designio, y la Inglaterra quedó desterrada de la Europa hasta la paz general. Declaráronse contra ella la Rusia y Dinamarca en los mares del Norte; y la Francia, la España y la Holanda, en el Mediterráneo y el Océano. Este fué el momento del máximum del poder imperial. Empleó Napoleon toda su actividad y todo su genio en crear recursos marítimos capaces de contrabalancear las fuerzas de la Inglaterra, que entónces tenia mil y cien buques de guerra de toda especie. Hizo abrir puertos, fortificar costas, construir embarcaciones, y todo lo dispuso para combatir, dentro de algunos años, sobre este nuevo campo de batalla; pero ántes que llegase este momento, quiso asegurarse de la península española, y colocar en ella su dinastía para introducir allí una política mas firme y personal. La expedicion de Portugal y la invasion de la España dieron principio para él y para la Europa á un nuevo órden de acontecimientos.

Era Portugal desde largo tiempo una verdadera colonia inglesa. El emperador, de acuerdo con los Borbones de Madrid, por el tratado de Fontainebleau del 27 de octubre de 1807, decidió que la casa de Braganza habia cesado de reinar. Un ejército francés, al mando de Junot, entró en Portugal, cuyo príncipe regente se embarcó para el Brasil, y los franceses ocuparon á Lisboa el 30 de noviembre de 1807.

La invasion de Portugal solo fué una preparacion para la de España. La mas escandalosa anarquía reinaba entre la familia real; el pueblo maldecia al favorito Godoy, y el príncipe de Asturias, Fernando, conspiraba contra el poder del favorito de su padre. Aunque semejante gobierno poco debiese dar que temer al emperador, sin embargo habiale alarmado un armamento indiscreto mandado por Godoy, cuando la guerra de Prusia. Sin duda fué entonces cuando proyectó poner á uno de sus hermanos en el trono de España; creyó abatir fácilmente una familia desunida, una monarquía moribunda, y obtener el asentimiento de un pueblo al cual llamaria á la civilizacion. So pretesto de la guerra marítima y del bloqueo, penetraron sus tropas en la Península; ocuparon sus costas, sus principales plazas, y se apostaron cerca de Madrid. Entónces insinuóse á la familia real que se retirase á Méjico á ejemplo de la de Braganza; pero el pueblo se sublevó contra esta partida. Godoy, objeto del público rencor, corrió los mayores riesgos para salir con vida, y el príncipe de Asturias fué proclamado rey bajo el nombre de Fernando VII. Aprovechóse el emperador de esta revolucion de corte para verificar la suya. Los franceses entraron en Madrid, y él pasó á Bayona, á donde llamó á los príncipes españoles. Fernando restituyó la corona á su padre, que á su vez la abdicó á favor de Napoleon; y éste hizo que una junta suprema, el consejo de Castilla y la municipalidad de Madrid la ofreciesen á su hermano José. Fernando fué arrestado en el castillo de Valencey, y Cárlos IV fué á habitar en Compiegne. Napoleon colocó á su cuñado Murat, gran duque de Berg, en el trono de Nápoles, en reemplazo de José.

En esta época empezó la primera oposicion contra la dominacion del emperador y el sistema continental. Declaróse la reaccion en tres paises, hasta entónces aliados de la Francia, y provocó la quinta confederacion. La corte de Roma estaba descontenta; la España herida en su orgullo nacional por la imposicion de un rey extranjero, y en sus costumbres por la supresion de los conventos, y de la grandeza; la Holanda se resentia del bloqueo en sus relaciones comerciales, y el Austria sufria con impaciencia sus pérdidas y su posicion subordinada. La Inglaterra, que acechaba todas las ocasiones de reanimar la lucha sobre el continente, provocó la resistencia de Roma, de la España y del gabinete de Viena. El papa mantenia frias relaciones con la Francia desde 1805; habia esperado que, en pago de su complacencia pontificia para la consagracion de Napoleon, volverian al dominio eclesiástico las provincias que el directorio reuniera á la república cisalpina. Al ver burladas sus esperanzas, volvió á entrar en la oposicion europea contrarevolucionaria, y desde 1807 hasta 1808 los estados romanos fueron el punto de reunion de los emisarios ingleses. Trás algunas vivas representaciones, el emperador dió al general Miollis la órden de ocupar á Roma; amenazóle el papa con excomulgarle, y Napoleon le quitó las legaciones de Ancona, de Urbino, de Macerata, y de Camerino, que pasaron á hacer parte del reino italiano. Salió de Paris el legado á 3 de abril de este año, y por intereses materiales trabóse la deplorable lucha religiosa con el gefe de la Iglesia.

Mas séria fué todavía la guerra con la Península, pues los españoles reconocieron por rey á Fernando VII, en una junta provisional celebrada en Sevilla el 27 de mayo de 1808, y tomaron las armas en todas las provincias que no ocupaban las tropas francesas. Los portugueses dieron tambien el grito de insurreccion el 16 de junio en Oporto. Estos dos levantamientos fueron muy felices en sus principios, y en poco tiempo hicieron rápidos progresos. Importantísimas ventajas conseguidas acrecentaron el entusiasmo y la esperanza de los españoles. El Bruc, Bailen, Zaragoza y Gerona son nombres que recuerdan otras tantas glorias militares de los españoles.

Con la guerra de la Península habíase Napoleon empeñado en una empresa larga, peligrosa, para la cual poco podia su sistema de guerra. No consistia allí la victoria en la derrota de un ejército y en la posesion de una capital, sino en la entera ocupacion del territorio, y, lo que es mas difícil todavía, en la sumision de los ánimos. En vano Napoleon penetró en la Península, ganó en ella victorias y se hizo abrir las puertas de Madrid. La España no se rindió como se habian rendido el Austria, la Germania y la Prusia. Napoleon iba acaso á ver marchitarse sus laureles en un nuevo género de guerra, cuando la quinta confederacion le llamó á Alemania en 1809.

Habíase el Austria aprovechado de su ausencia y de sus tropas; hizo un poderoso esfuerzo, levantó ciento

cincuenta mil hombres, comprendiendo en ellos los landwher, y entró en campaña por la primavera de 1809. Sublevóse el Tirol, los westfalianos echaron al rey Gerónimo; vacilaba la Italia, y la Prusia solo esperaba una derrota de Napoleon para tomar las armas; pero el emperador se hallaba todavía en toda la fuerza de su poder y de su fortuna. Acudió desde Madrid, hizo prevenir en principios de febrero á los miembros de su confederacion que le tuviesen sus contingentes preparados, y saliendo de París el 12 de abril, pasó el Rin, se internó en Alemania, y ganó las victorias de Echmühl y de Esling, en la cual pereció su buen amigo el mariscal Lannes, que cayó herido de muerte en el momento en que daba á sus tropas el ejemplo de una firmeza y de un valor sublime. No espiró en el instante mismo, sino que ántes tuvo que sufrir una doble amputacion.

«Ese pobre Lannes, decia el emperador, habia pasado en Viena la noche que precedió á la batalla de Esling. Presentóse en el campo de batalla sin haber comido, y se batió todo el dia. El médico decia que este concurso de circunstancias habia causado su muerte..... Á cada instante el desgraciado preguntaba por el emperador, incorporábase hácia mi con todo el resto de su vida, solo á mi me queria, y no pensaba mas que en mi. ¡Especie de instinto! observaba Napoleon. Seguramente que amaba mas á su muger y á sus hijos, y sin embargo no hablaba de ellos, nada esperaba de ellos, porque él los protegia, mientras que por el contrario era yo su protector, para él era yo un no se qué de vago, de superior..... su providencia. Lannes me adoraba, y era seguramente uno de los hombres en quien podia contar mas. Acaso en su humor fogoso hubiera podido pronunciar algunas palabras contra mi; pero era hombre para romper la cabeza del que las hubiese oido.»

Napoleon hizo trasladar á Paris el cuerpo de su amigo, y mandó que se hiciesen los mas grandes honores fúnebres al fiel y desgraciado compañero de su gloria.

Ocupó luego por segunda vez á Viena el 13 de mayo, y con la batalla de Wagram desconcertó la nueva confederacion trás cuatro meses de campaña.

Habíase sublevado el Wurtemberg, y el archiduque Cárlos iba reuniendo cuantas tropas le era dable para presentar en batalla un ejército formidable. Logrólo al fin el 6 de junio de 1809, y se dió la memorable batalla de Wagram, batalla decisiva y para siempre célebre, en que maniobraron cerca de cuatrocientos mil hombres y de 1500 piezas de artillería, para decidir grandes intereses, sobre un campo estudiado, meditado, y fortificado por el enemigo algunos meses ántes.

El dia de la batalla maniobró Macdonald con mucha habilidad y mereció los elogios de Napoleon: pero lo que decidió la victoria fué la mudanza de frente, la conversion del ala izquierda á retaguardia, ejecutada por las órdenes del príncipe Eugenio: el fuego de la batería de cien cañones de la guardia dirigido por el general Lauriston, edecan de Napoleon; y el movimiento del cuerpo del mariscal Davoust, el que rodeó el ala izquierda del enemigo. De resultas de esta memorable victoria se concluyó un armisticio en Znaim.

Mientras Napoleon perseguia á los austriacos, los ingleses hicieron un desembarco en la isla Walcheren y se presentaron delante de Amberes, pero bastó un levantamiento de guardias nacionales para impedirles su expedicion en el Escalda. Con la paz de Viena del 14 de octubre de 1809, perdió la casa de Austria algunas provincias mas, y entró en el sistema continental.

Seguian entretanto los españoles en su porfiada resistencia, y con su indomable constancia desbarataron los planes de los aventajados generales que Napoleon dejara en la Peninsula.

Ninguna derrota bastaba á disminuir el entusiasmo de los españoles, que con su heroica resistencia desconcertaban los planes de Napoleon, acostumbrado á que todo se doblegase ante su voluntad incontrastable. Cuando éste volvió de la guerra de Austria, que para él tuvo tan feliz remate, anunció al senado francés «que se presentaria á la otra parte de los Pirineos, y que el leopardo aterrado huiria hácia el mar, procurando evitar su afrenta y su aniquilamiento.» No se cumplió este pronóstico contra los ingleses, ni tampoco se verificó el indicado viaje, persuadido quizá Napoleon de que la guerra peninsular, como guerra de nacion, no se terminaria con una ni dos batallas: único caso en que hubiera podido empeñar con esperanza de gloria su militar nombradía.

Ocupábanle tambien por entónces asuntos domésticos que queria acomodar á la razon de estado; y la aficion que tenia á su esposa la emperatriz Josefina, y las buenas prendas que á esta adornaban, cedieron al deseo de tener heredero directo, y al concepto tal vez de que enlazándose con algunas de las antiguas estirpes de Europa, afianzaria la de los Bonapartes, á cuyo trono faltaba la sólida base del tiempo. Resolvió, pues, separarse de aquella su primera esposa, y á mediados de diciembre publicó solemnemente su divorcio, dejando á Josefina el título y los honores de emperatriz coronada, para casarse con María Luisa, archiduquesa de Austria. Fué esto una verdadera falta, pues dejó su posicion y su papel de monarca advenedizo y revolucionario, que obraba en Europa contra las antiguas cortes, como la república contra los antiguos gobiernos; y se colocó en mala situacion respecto del Austria, á quien era preciso, ó destruir trás la victoria de Wagram, ó restablecer en sus posesiones trás el matrimonio con la archiduquesa. Las alianzas sólidas solo descansan sobre intereses efectivos, y Napoleon no supo quitar al gabinete de Viena ni el deseo, ni el poder de combatirle de nuevo.

El enlace de Napoleon con María Luisa cambió el carácter del imperio, y lo separó mucho mas de los intereses populares; el emperador buscó las antiguas familias para decorar con ellas su corte, é hizo los esfuerzos posibles para mezclar la antigua y la nueva nobleza, del mismo modo que mezclaba las dinastías. Austerlitz habia consagrado el imperio plebeyo; despues de Wagram se estableció el imperio noble.

Prosiguióse en 1810 con vigor la guerra de España, pues el territorio de la Peninsula era defendido á palmos, y los franceses tenian que tomar las ciudades por asalto.

Con algunos triunfos, aunque caramente comprados, iba estableciéndose paulatinamente en la Peninsula la dominacion de Napoleon, el cual, hallándose á la sazon en paz con las demas potencias de Europa, podia dedicar todas sus fuerzas á la pronta conclusion de esta guerra. Por este tiempo tambien, vió el emperador colmadas sus esperanzas, y cumplidos los fines que se habia propuesto al repudiar á Josefina y enlazarse con la archiduquesa María Luisa.

El nacimiento de un hijo, quien recibió el título de *rey de Roma*, asegurándole un sucesor, pareció consolidar el poder de Napoleon. Pero acercábase la nueva lucha en que éste debia sucumbir.

Mientras continuaba la guerra en la Peninsula con ventaja, pero sin un resultado decisivo, preparábase en el Norte una nueva campaña. Veia la Rusia acercársele el imperio de Napoleon. Estrechada en sus propios límites, quedaba sin influjo y sin adquisicion, sufriendo las incomodidades del bloqueo, sin sacar ninguna ventaja de la guerra. Este gabinete, por otra parte, soportaba con impaciencia una supremacía á que aspiraba él mismo, y á que se dirigia con lentitud y sin interrupcion desde el reinado de Pedro I. Á fines de 1810 aumentó sus ejércitos, renovó sus relaciones comerciales con la Gran-Bretaña, y no pareció distar de un rompimiento. Pasóse todo el año 1811 en negociaciones, que nada produjeron, y de una y otra parte se prepararon para la guerra. El emperador, cuyos ejércitos se hallaban entónces delante de Cádiz, y que contaba con la cooperacion del Occidente y del Norte contra la Rusia, hizo con ardor los preparativos de una empresa que debia someter la única potencia que no habia tocado todavía, y llevar hasta Moscou sus águilas victoriosas.

El pais de Oldenburgo acababa de ser reunido á la Francia. Los departamentos franceses se extendian en 1812

Digitized by Google

desde Roma hasta Hamburgo, y la Europa entera obedecia á Napoleon, escepto la Inglaterra.

Pero una potencia que habia sido vencida tres veces, y que por último se habia mostrado adicta á la Francia, pugnaba para reconquistar su independencia, y no hacia caso de los tratados que habia celebrado con el emperador: tal era la Rusia, confiada en su inmenso territorio, en sus 50 millones de habitantes, y en las nubes de cosacos que podia levantar así que diese la órden para ello. Napoleon, cuyos pensamientos eran grandes y vastos como el mundo que le obedecia, no pudo sufrir que otro monarca pudiese oponer la menor resistencia á su voluntad; deseaba que en toda la redondez de la tierra fuese respetado el nombre del imperio francés, y que fuesen sojuzgados todos cuantos desconociesen su poder ó se atreviesen á desafiarle. Resolvió por lo mismo castigar á la Rusia por haber roto el bloqueo continental.

Hablando el emperador de la guerra de Rusia, decia:

«Hacia algun tiempo que se habian elevado motivos de queja entre la Francia y la Rusia.

«La Francia echaba en cara á la Rusia la violacion del sistema continental.

«La Rusia exigia una indemnizacion por el ducado de Oldenburgo, y elevaba al propio tiempo otras pretensiones.

«Acercábanse tropas rusas á Varsovia, y se formaba un ejército francés en el norte de Alemania. Sin embargo estaba lejos de haberse decidido la guerra, cuando de repente un nuevo ejército ruso se pone en marcha hácia el ducado, envia el czar una nota á Paris como ultimatum, y su embajador en la corte de Francia amenaza salir de la capital si dentro de ocho dias no se le ha dado una contestacion afirmativa.

«Creí entónces declarada la guerra: hacia tiempo que no estaba acostumbrado yo á semejante tono. No queria dejarme prevenir por nadie; podia marchar contra la Rusia á la cabeza de la mitad de la Europa: la empresa era popular; la causa europea; era el último esfuerzo que le quedaba por hacer á la Francia; sus destinos, los del nuevo sistema europeo, dependian de la lucha. La Rusia era el último recurso de la Inglaterra, la paz del globo estaba en Rusia, y el éxito no podia ser dudoso. Partí, pues. Sin embargo, cuando llegué á la frontera, á pesar de que la Rusia me habia declarado la guerra retirando su embajador, creí deber enviar el mio al emperador Alejandro en Wilna; pero no se le admitió, y se dió principio á la guerra.»

Apenas se habia abierto la campaña, cuando la arrogancia rusa tuvo que humillarse. Al cabo de 3, ó 4 dias Alejandro envió á decir al emperador francés que si volvia á pasar el Niemen, trataria con él. Pero á su vez Napoleon se negó á tratar, le pareció que aquello era una astucia, que solo se trataba de ganar tiempo, y además las primeras ventajas obtenidas le habian animado para acabar de destruir al ejército moscovita. No detiene, pues, ni un momento la marcha triunfal de sus veteranos; los rusos son vencidos en todas partes, y el ejército francés se adelanta hasta Smolensko. Descontentos los rusos de su general, claman por otro que les lleve al campo de batalla para defenderse en él con gloria; múdase el general en gefe ruso; pero si ántes eran vencidos en detall, ahora lo son en grande, sucédense unos á otros los desastres que amenazan la destruccion total del imperio moscovita, y por fin el capitan del siglo se adelanta hasta la antigua capital del inmenso imperio.

Hasta entónces el sistema adoptado por los rusos consistia en irse retirando siempre, quemando las mieses, destruyendo los víveres, é incendiando todo cuanto podia dar abrigo á los franceses; pero el pueblo clamaba contra este sistema de destruccion que se decia no ser necesario, y fué preciso arriesgar batallas campales

El 6 de setiembre se avistaron los dos ejércitos en las llanuras y posiciones del rio Moscova.

El emperador pasó la noche dando órdenes, y al despuntar los primeros rayos del sol llamó á Caulaincourt. Corriendo despues el cortinage de su tienda se presentó en medio de los dos centinelas y se adelantó hácia sus oficiales que estaban reunidos en gran número. «Empieza á sentirse el frio; dijo, pero el sol está hermoso: es el sol de Austerlitz.» Todos responden con entusiasmo al oir este feliz presagio.

A las 5 de la mañana monta el emperador á caballo y recorre á galope su derecha. Toda la guardia se pone en movimiento para seguirle.

El total de los hombres presentes que mandaban los franceses era de 120,000, dirigidos por el mismo Napoleon en persona.

El del ejército ruso, mandado por Kutusoff, era de unos 134,000.

Combatióse con un encarnizamiento inaudito de una y otra parte. Kutusoff habia fortificado unas posiciones admirables, pero á las cuatro de la tarde se habian apoderado de ellas los franceses. Napoleon queria perseguir al enemigo en derrota; pero los gefes franceses habian de fatigas, y en verdad que las tropas no pueden sostenerse en pié. Además seria preciso emplear la guardia, y el emperador no juzga por conveniente comprar á este precio una última ventaja. La artillería dirigida por gefes distinguidos, arroja sobre el ejército ruso un sinnúmero de balas y metralla. Solo al cerrar la noche cesó enteramente el fuego. La pérdida del ejército francés fué considerable, pero la de los rusos inmensa. Napoleon evaluó la pérdida de los primeros en 23,000 hombres: los 9000 muertos y los demas heridos, y la de los rusos en 50,000.

Un historiador ruso no desmiente esta evaluacion, pues dice que tuvo el ejército ruso 15,000 muertos, 30,000 heridos y 2000 prisioneros: añade que fué preciso reorganizar el cuerpo que pudo escapar de la matanza de Borodino.

Al cabo de siete dias de la batalla del Moscova, entró el ejército francés en Moscou. Creian los soldados que al fin habian llegado al término de su padecimiento, y que en la antigua capital rusa gozarian con seguridad de sus triunfos. Alucinamiento fatal. El 15 de setiembre llegó el emperador al famoso Kremlin, y por la noche ardia ya toda la capital, y al otro dia el mismo palacio de los czares. El fanatismo de los incendiarios salvó al imperio ruso. Napoleon contemplaba esta poblacion convertida en una inmensa hoguera, y á pesar de que quiso ocultarlo á sus tropas, un presentimiento profundo le decia que aquellas llamas consumirian, nó su gloria, porque no perecerá jamás, sino su fortuna, la que siempre se le habia mostrado propicia. Creyó sin embargo que el emperador Alejandro accederia al fin á la paz, viendo ocupada la mitad de su imperio, pero solo logró perder un tiempo preciosísimo, que despues no fué ya posible recobrar.

Empieza á sentirse el frio mas riguroso y prematuro que haya enviado el cielo á las regiones moscovitas. Emprende entónces Napoleon la retirada tan fatal al imperio francés, la mas desastrosa quizás de que haga mencion la historia. El hombre que habia llegado á la cumbre de la prosperidad debia sumergirse en lo mas profundo de la adversidad; el general mas famoso de los tiempos antiguos y modernos debia ser tambien el mas desgraciado.

«El frio, las privaciones, dice un testigo de vista, llegaban al extremo: la hora de los desastres habia llegado ya. Encontramos por el camino muertos á nuestros heridos, y á los rusos que nos esperaban en Wiasma. Á vista del enemigo, recobra el soldado un resto de energia, cae sobre los moscovitas y los derrota. Pero á cada paso volvian nuevas columnas de enemigos á la carga, teniamos que tomar nuevas posiciones, combatir y detenernos en un terreno devastado que hubiera sido preciso atravesar con la mayor rapidez. La temperatura, el hambre, los cosacos, todo se declaraba contra nosotros. Abrumaba á los soldados el peso de las armas: su camino estaba diseñado por cadáveres, y seguramente no podrá imaginarse jamás con verdad lo que sufrimos. ¡Cuántos generales enfermos ó heridos encontré en esta terri-

Digitized by Google

ble retirada, y á los cuales no creia volver á ver! Contábase entre éstos al general Frian, cuyas heridas estaban abiertas todavía; al general Durosnel, que efectuó el tránsito con una fiebre nerviosa, casi siempre en delirio, y al valiente general Belliard, que habia sido herido en la batalla de la Moscova. Habia en otro tiempo penetrado hasta la Etiopia; habia dirigido los colores nacionales mas lejos que las águilas romanas; debia encontrar diferencia entre los dos climas.»

El 8 de noviembre arreció el frio de un modo espantoso; el 9 morian ya á millares los caballos, y en medio de este conflicto llegó el emperador á Smolensko. Á poco de haber evacuado esta ciudad, el termómetro estaba á 20 grados bajo cero. Retirándose, y combatiendo siempre, pasó el ejército el Dnieper y llegó el 22 del mismo mes á las márgenes del Beresina. Dióse aquí una batalla de tres dias, batalla sostenida por los franceses con el mayor heroismo, pero que en cierto modo dió principio á su dispersion general, porque el que los sostenia con su presencia, el que los animaba con su voz, juzgó necesario partir repentinamente para Paris, dejando el mando á Murat. Durante su ausencia de la capital de su imperio por poco la conspiracion republicana, y sobremanera audaz, del general Mallet no muda enteramente la forma de gobierno. Desbaratóse empero la trama, y Mallet fué condenado á muerte.

Solo Napoleon podia salvar el pais: solo él podia reparar los desastres del grande ejército. Por lo mismo no fué indiferente la Francia á la voz de su gefe, y probó á cuanto alcanza un ardiente patriotismo.

El emperador iba á abrir su nueva campaña. Contaba todavía en 1813 bajo su mando 250 mil hombres, de los cuales 50 mil eran los contingentes de la confederacion del Rin, y se componian de sajones, westfalienses, bávaros y demás. Los 200 mil eran reclutas, sobre todo los de caballería, excepto la guardia, los polacos, dos ó tres regimientos de caballería ligera, y cuatro ó cinco de la pesada.

Los franceses tenian un puente sobre el Elba en Dresde, y otros en Meissen, Torgau, Wittemberg, Magdeburgo y Lamburgo.

No se engañaba Napoleon respecto á las crisis que amenazaba á la Francia; por esto estaba decidido á probarlo todo, y en caso necesario á imponer sacrificios á su vasto sistema de política, si no le era próspera la suerte de las armas como un dia lo fué para él en Italia.

Abrió la campaña de Sajonia en 2 de mayo, ganando la victoria de Lutzen, victoria sorprendente y de honor inmortal. El general de Marengo no habia perdido nada de su genio; muy bien lo conoce la valerosa juventud á la que dirige, pues improvisa su oficio llenando de admiracion á los militares de Italia y de Egipto. Sin caballería, se hubiera visto á las masas de infantería adelantarse en cuadros flanqueados por una inmensa artillería, á manera de fortalezas móviles. Ochenta y un mil infantes y cuatro mil caballos baten á ciento y siete mil prusianos ó rusos, entre ellos 20,000 caballos. Alejandro y el rey de Prusia estaban presentes, y su vieja guardia, tan vana y orgullosa, no pudo sostener el choque de los reclutas franceses.

La batalla de Lutzen costó á los aliados de 18 á 20 mil hombres, pero los franceses perdieron 12 mil. Se hubiera podido sacar partido de la victoria si se hubiese tenido mas caballería para perseguir al enemigo: entónces la batalla de Lutzen hubiera tenido el mismo resultado que la de Austerlitz.

Con todo esto fué inmenso el efecto producido por esta primera victoria; los soldados franceses recobraron su sentimiento de superioridad, y el poder de la opinion se declaró por el emperador: los aliados se retiraron sin atreverse á arriesgar nueva batalla.

La victoria de Lutzen fué para Napoleon un dia de luto, pues perdió al valiente Bessieres, duque de Istria, que le era sinceramente adicto. El digno rey de Sajonia le ha hecho elevar un monumento en el mismo parage donde cayó muerto no muy lejos de la tumba de Gustavo-Adolfo.

Despues de la batalla de Lutzen entró Napoleon en Dresde, y envió el príncipe Eugenio á Milan para secundar sus planes.

El 27 de agosto tuvo lugar la batalla de Dresde en que por un momento el formidable ejército de los aliados estuvo á punto de ser destruido. Alejandro fué testigo del desastre de sus tropas. Una de las primeras balas disparadas por la guardia imperial francesa se llevó las dos piernas del general Moreau, quien sucumbió con la mengua de combatir contra su patria; este augurio parecia favorable á la gloria de Napoleon. Pero, si do quiera donde él estaba salia vencedor, en cambio experimentaba reveses allí donde no podia por sí mismo dirigir las operaciones. En Berlin y en Bohemia fueron derrotados sus generales; Blucher fué superior á los franceses, y á Bernadotte le favoreció mas la fortuna que á Moreau.

El 16 y el 18 de octubre se dió la famosa batalla de Leipsick, jornadas á las cuales dará la historia el nombre de gigantescas; los aliados, en número de 400 mil hombres contra 160 mil franceses, perdieron en ellas 150 mil hombres de sus mas escogidas tropas, entre ellos 50,000 muertos; los franceses perdieron 50,000 hombres, se pasaron al enemigo 20 mil bávaros, mas apesar de esto quedaron dueños del campo: pero, como su inferioridad numérica no les permitia soportar tan grandes pérdidas, debieron efectuar su retirada.

El 19 de noviembre y los dias siguientes, un mes despues de la batalla de Leipsick, el ejército francés efectuó su retirada.

Presentóse el mariscal Poniatowski para recibir órdenes. —Príncipe, le dijo Napoleon, defendereis el arrabal del mediodía. —¡Señor, tengo muy poca gente!.. —¡Pues bien! ¡con la que tengais! —¡Ay! ¡señor, nos defenderemos! Todos estamos prontos á morir por vuestra majestad.» Estas palabras conmovieron vivamente al emperador, y sin embargo estaba lejos de prever que fuesen el último adios de Poniatowski.

De órden suya pasa el duque de Bassano á tranquilizar al rey de Sajonia, pues se ha recibido la noticia de que Blucher ha sido rechazado en dos ataques dirigidos contra uno de los arrabales, que la retaguardia del duque de Ragusa se sostiene todavía firme, que el general Regnier es dueño de otro arrabal, y que en fin el mariscal Ney defiende con la misma obstinacion otros dos puntos atacados por los rusos, por los prusianos y por el ejército sueco, mandado por el príncipe Bernadotte, traidor á su pais, y cuya memoria abominaba la Francia. Participase tambien al rey de Sajonia que el duque de Tarento, el general de Lauriston y el príncipe Poniatoswki defienden con no ménos constancia los arrabales del mediodía, de manera que el enemigo no puede avanzar por ningun lado.

En semejante situacion, el puente grande de Elster era un punto esencial para asegurar la retirada, y el emperador llama la atencion de todos los ingenieros y de la artillería para que á toda costa defiendan este importante punto. Manda hacer volar el puente así que se hayan retirado de la ciudad los últimos batallones. Los zapadores empiezan ya á minarle.

Despues de haber dado sus últimas órdenes, cansado el emperador, se durmió profundamente, á pesar del ruido de los soldados y de los carros que desfilaban por el camino, y del estruendo de los cañonazos que resuenan en todos los arrabales de la poblacion.

De repente se oye una explosion espantosa; auméntase el tumulto, y el rey de Nápoles y el duque de Conegliano acuden, suben al cuarto del emperador y le despiertan participándole lo que acababa de suceder.

El gran puente de Elster ha sido volado y sin embargo están aun dentro de la ciudad las tropas del duque de Tarento, las del general Lauriston, las de Reguier y del príncipe Poniatowski, con mas de doscientos cañones. No queda retirada; y el desastre no puede ser mas completo. ¿Quién habrá sido la causa? ¿Quién habia dado órden de pegar fuego á la mina? ¿Cómo explicar esta increible

Digitized by Google

precipitacion? Todos se pierden en vanas conjeturas. Forzoso será dejarse arrastrar por el gentío que ha huido de la ciudad en desórden. Síguese maquinalmente el camino real de Erfurt.

Napoleon vuelve á ver los campos de Lutzen, pero no le rodea ya el ejército victorioso. Poco tardaron en presentársele algunos oficiales que pudieron huir de Leipsick, entre ellos un edecan de Poniatowski: éste participa al emperador la deplorable muerte del ilustre mariscal. Queriendo pasar el Elster á nado, se habia precipitado en un abismo.

Despues de la desastrosa retirada de Leipsick recibió Napoleon noticias positivas del ejército austro-bávaro, que á marchas dobles habia llegado al Mein; forzoso era salirle al encuentro.

El 30 de octubre lo encontró alineado en batalla delante de Hanau, interceptando el camino de Francfort. Era fuerte este ejército y ocupaba hermosas posiciones; pero á pesar de esto fué arrollado, puesto en completa derrota, y desalojado de Hanau. El ejército francés continuó su movimiento de retirada detrás del Rin, cuyo rio pasó el 2 de noviembre.

Aquí termina la campaña de Sajonia.

En la península hispánica el grande acontecimiento de 1813 fué la batalla de Vitoria ganada por los ingleses y los españoles contra los franceses, y que obligó á éstos á repasar el Pirineo.

El ejército ruso y el prusiano de Silesia habian pasado el Rin, el primero de 1814, componiéndose de cuatro divisiones que presentaban un total de setenta mil hombres. El duque de Ragusa tuvo que replegarse á vista de estas fuerzas.

El 10 de febrero Napoleon se adelantó hácia Champ-Aubert, donde acometió á los enemigos, arrojó dos mil contra un lago en donde quedaron ahogados, y les tomó treinta cañones, doscientos carros, varios generales, coroneles y muchos prisioneros.

El dia siguiente se puso el emperador á la vista de Montmirail. El general Nansouti estaba en posicion con la caballería de la guardia, conteniendo á un nuevo ejército enemigo que habia acudido durante la noche. Á las once los aliados se formaron en batalla, al mismo tiempo que iban llegando las divisiones del ejército francés. Napoleon hubiera querido esperar á que llegaran todas sus fuerzas, pero á las tres de la tarde, acercándose ya la noche, mandó al duque de Trevisa que hiciese movimiento sobre Montmirail. El general Priant, con cuatro batallones de la guardia, recibió órden de atacar una quinta de cuya posesion dependia el éxito de la jornada, y que por lo mismo fué defendida por los aliados con cuarenta cañones. Para hacer mas fácil el ataque, mandó Napoleon al general Nansouti que se extendiese sobre la derecha para obligar á los aliados a debilitar su centro. Con el mismo objeto cedió algun terreno, y casi al mismo tiempo mandó acometer á las tropas rusas y prusianas por la vieja guardia, dirigida por el mariscal Ney, al paso de carga. Los tiradores se retiraron llenos de espanto sobre las masas; no pudo jugar entónces la artillería, pero el fuego de fusil se hizo espantoso; la batalla estaba indecisa todavía, cuando los lanceros, los dragones y los viejos granaderos de la guardia cayeron sobre las masas de infantería del enemigo, las rompieron, las pusieron en desórden, y acabaron con todo cuanto no cayó prisionero. El duque de Trevisa se apoderó del pueblo de Fontenelle, y, en ménos de un cuarto de hora, sucedió al mas vivo fuego el mas profundo silencio. Los aliados no buscaban ya su salvacion mas que en la fuga, y esta jornada les costó ocho mil hombres entre muertos y prisioneros.

El imperio estaba invadido por distintos puntos. Los austriacos avanzaban hácia Italia; los ingleses, hechos dueños de la Península entera, durante los dos últimos años, habian pasado el Bidasoa á las órdenes del general Wellington y asomaban en los Pirineos; tres ejércitos acosaban á la Francia, al este y al norte. El grande ejército aliado, fuerte de ciento cincuenta mil hombres, á las órdenes de Schwartzemberg, desembocó por la Suiza; el de Silesia, de ciento treinta mil, al mando de Blucher, entró por Francfort; y el del norte, de cien mil hombres, mandados por Bernadotte, habia invadido la Holanda y penetraba en la Bélgica. Los enemigos despreciaban á su vez las plazas fuertes, y amaestrados á la guerra en grande por su vencedor, marchaban sobre la capital. En el momento en que Napoleon salió de Paris, los ejércitos de Schwartzemberg y de Blucher iban á efectuar su reunion en la Champaña. Privado del apoyo del pueblo, que permanecia en observacion, Napoleon quedaba solo contra el mundo entero con un puñado de veteranos y su genio, que nada habia perdido de su audacia y de su vigor. ¡Cuán admirable es en este momento, nó ya oprimiendo ni conquistando, si defendiendo palmo á palmo con nuevas victorias el suelo patrio, y á un tiempo su imperio y su fama!

Sale para Champaña contra los grandes ejércitos enemigos. El general Maison debia contener á Bernadotte en Bélgica; Augereau á los austriacos en Lóon, y Soult á los ingleses en la frontera de España. El príncipe Eugenio estaba encargado de defender la Italia. El imperio, si bien que invadido en el centro, extendia todavía sus dilatados brazos hasta el fondo de Alemania, por medio de sus guarniciones de la otra parte del Rin. Todavía confiaba Napoleon en rechazar por medio de una poderosa reaccion militar á ese hervidero de enemigos fuera de la Francia, y llevar la guerra sobre el territorio extranjero. Colocóse hábilmente entre Blucher, que bajaba por el Marne, y Schwartzemberg, que lo hacia por el Sena; lanzándose de uno á otro contra entrambos ejércitos, que arrolló sucesivamente. Blucher fué derrotado en Champ-Aubert, en Montmirail, en Chateau-Tierry y en Vauchamps; y cuando estuvo destruido su ejército, volvió el emperador sobre el Sena, arrolló á los austriacos en Montereau y les obligó á replegarse. Sus combinaciones fueron tan fuertes, su actividad tan extraordinaria y sus golpes tan seguros, que estuvo á punto de lograr la desorganizacion entera de esos dos ejércitos formidables, y acabar de este modo con la alianza.

Pero si era vencedor do quiera que se hallaba, el enemigo ganaba terreno donde él faltaba. Los ingleses habian entrado en Burdeos, donde se pronunció un partido por la familia de los Borbones; los austriacos ocupaban á Lyon, y el ejército de Bélgica se habia reunido á los restos del de Blucher, que hostigaba de nuevo la retaguardia de Napoleon. Introdújose la desercion en su familia, y Murat renovó en Italia la conducta de Bernadotte, accediendo á la alianza. Servíanle todavía pero flojamente los grandes oficiales del imperio, y solo en los generales inferiores y en sus infatigables soldados hallaba un ardor y una lealtad á toda prueba. Napoleon marchó de nuevo contra Blucher, pero por tres veces se le escapó: á la izquierda del Marne, á causa de una helada que endureció los pantanos donde se habian metido los prusianos y donde debian perecer: sobre el Aisna por la desercion de Soisons, que les abrió un paso cuando ninguno les quedaba ya para salvarse; y en Craona por la falta del duque de Ragusa que impidió se diese una batalla decisiva, dejándose sorprender de noche. Despues de tantas fatalidades, que desconcertaban sus proyectos y sus planes mas seguros, mal sostenido Napoleon por sus generales y abrumado por la alianza, concibió el atrevido designio de situarse en Saint Dizier, para cerrar al enemigo la salida de Francia. Esta marcha audaz y llena de genio, hizo vacilar por un momento á los generales aliados, á quienes debia cortar toda retirada; pero, instigados por secretos agentes, sin alarmarse de lo que pasaba á retaguardia, se adelantaron hácia Paris.

Esta ciudad populosa, única capital del continente que no habia sido invadida, vió desfilar por sus llanuras las tropas de toda la Europa, y estuvo á punto de sufrir la humillacion comun. Estaba abandonada á sí misma; la emperatriz, nombrada regente pocos meses ántes, acababa de partir con direccion á Blois; Napoleon estaba distante. Faltaba aquella desesperacion, aquel arranque

Digitized by Google

por la libertad, únicos que animan para la resistencia: la guerra no se hacia ya á las naciones, sino á los gobiernos, porque Napoleon hizo depender de su persona la salvacion del estado, y solo contaba por medios de defensa las tropas mecánicas. El cansancio era extraordinario: solo un sentimiento de orgullo, de justísimo orgullo, hacia dolorosa la presencia de los extranjeros, y comprimia á los corazones franceses ver hollado el suelo patrio por ejércitos por tanto tiempo vencidos: pero este sentimiento no era bastante fuerte para levantar la masa de la poblacion contra el enemigo, en tanto que el partido realista, á cuya cabeza se hallaba el príncipe de Benevento, le llamaba á la capital. Apesar de esto, hubo el 30 de marzo una refriega á las puertas de Paris; pero el 31 los confederados entraron por capitulacion. El senado consumó la grande desercion imperial, abandonando á su antiguo dueño: dirijiale Talleyrand, que hacia poco se hallaba en desgracia del emperador y acababa de declararse contra él como lo habia hecho con todos los partidos moribundos. Hombre de una profunda indiferencia en política, presentia de lejos con sagacidad prodigiosa la caida de un gobierno, y sabia retirarse con tiempo, llegado que era el momento de abatirlo. Ponia en ello todos sus medios, toda su influencia, todo su nombre y autoridad, que procuraba siempre no perder completamente. Partidario de la revolucion bajo la constituyente; del directorio en el 18 fructidor; del consulado en el 18 brumario; y del imperio en 1804, lo fué de la restauracion de la familia real en 1814. Parecia el gran maestro de ceremonias del poder, pues hacia treinta años que despedia é instalaba gobiernos. Bajo su influencia nombró el senado un gobierno provisional, declarando á Napoleon destituido del trono, abolido el derecho hereditario de su familia, y libre al pueblo y al ejército francés del juramento de fidelidad que le habian prestado. En fin, proclamó tirano á aquel cuyo despotismo facilitó con eterna adulacion.

Entretanto Napoleon, instado á que socorriese la capital, habia abandonado su marcha sobre Saint Dizier, y acudia á la cabeza de cincuenta mil hombres esperando impedir todavía la entrada al enemigo. Pero el 1°. de abril supo la capitulacion, y se concentró en Fontainebleau donde conoció el proceder del senado y su destitucion. Entónces, viendo que por su mala suerte le abandonaban á la vez el pueblo, el senado, los generales y los cortesanos, abdicó en favor de su hijo. Envió al duque de Vicenza, al príncipe de la Moscowa y al duque de Tarento como plenipotenciarios entre los confederados; por el camino debian juntarse con el duque de Ragusa, que cubria el punto de Fontainebleau con un cuerpo de ejército.

Napoleon, con sus cincuenta mil hombres y su fuerte posicion militar, podia imponer todavía á la alianza la coronacion de su hijo. Pero el duque de Ragusa abandonó su posicion, trató con el enemigo, y dejó en descubierto á Fontainebleau. Vióse con esto reducido á admitir las condiciones de los aliados, cuyas pretensiones aumentaban con sus adelantos. En Praga le cedian el imperio con los límites de los Alpes y del Rin; despues de la invasion de Francia le ofrecian únicamente el Chatillon, y las posesiones de la antigua monarquía: poco despues se negaban á tratar con él para hacerlo solo en favor de su hijo: pero hoy dia, decididos á destruir hasta el menor resto de la revolucion con respecto á Europa, sus conquistas y su dinastía, obligaron á Napoleon á una abdicacion absoluta. El 11 de abril renunció por él y sus hijos á los tronos de Francia y de Italia, y recibió en cambio de su vasta soberanía, cuyos límites se extendian desde el estrecho de Gibraltar hasta el mar Báltico, la pequeña isla de Elba.

El 20, al mediodia, los coches de viaje están preparados. La guardia imperial se forma en línea; á la una sale Napoleon a la calle, encuentra formados en derredor suyo los restos de la mas numerosa y brillante corte de Europa; el duque de Bassano, el general Belliard, el coronel de Bussy, el coronel Montesquieu, y otros varios gefes distinguidos.

Napoleon tiende la mano á cada uno; baja vivamente la escalera, y dejando atrás los coches, se adelanta hácia la guardia. Hace una señal de que va á hablar; reina un profundo silencio, y dice el emperador:

«Soldados de mi vieja guardia, me despido de vosotros. Por espacio de veinte años os he encontrado constantemente en el camino del honor y de la gloria. En estos últimos tiempos, como en los de nuestra prosperidad, no habeis cesado de ser modelos de valor y fidelidad. Con hombres tales como vosotros, no estaba perdida nuestra causa; pero la guerra se hubiera hecho interminable; amenazaba una guerra civil, y la Francia hubiera sido mas desgraciada. He sacrificado, pues, todos nuestros intereses á los de la patria; parto: vosotros, amigos mios, continuad sirviendo á la Francia. Su felicidad era mi único pensamiento, y será siempre el objeto de mis votos. No me compadezcais, pues. Si he consentido en sobrevivirme, ha sido para servir aun á vuestra gloria. Quiero escribir las grandes cosas que juntos hemos llevado á cabo!.... Adios, hijos mios, quisiera apretaros á todos contra mi corazon; pero, que al ménos abrazo vuestra bandera!....»

Al oir estas palabras se adelanta el general Petit cogiendo el águila. Napoleon recibe al general en sus brazos y besa el estandarte. El silencio de admiracion, impuesto por tan grande escena, solo es interrumpido por los sollozos de los soldados. Napoleon, cuya emocion es visible, hace un esfuerzo y continua con voz mas firme: «Adios, por última vez, mis viejos compañeros, que este último beso llegue á vuestros corazones!»

El 3 de mayo de 1814 el emperador desembarcó en la isla de Elba donde le habia conducido una fragata inglesa.

El ejercicio de su gobierno no fué para Napoleon mas que una administracion de familia durante los diez meses que ejerció su nueva soberanía. Estendió el trabajo de las minas, hizo plantios, y derramó beneficios por todas partes. Su madre y su hermana la princesa Paulina vinieron á suavizar la amargura de su destierro.

En esto las esperanzas de la Francia humillada se dirigian constantemente hácia la isla de Elba. Sabiéndolo el congreso de Viena, se ocupaba ya de los medios de sorprender á Napoleon y de transportarle á Santa Helena. Instruyéronle de este peligro, que le amenazaba, Murat y dos nobles ingleses: al mismo tiempo un sujeto conocedor le informó del verdadero estado de la Francia, dándole los detalles mas precisos. En fin el emperador determinó presentarse en Francia.

Se habian comprado municiones de guerra en Nápoles, armas en Argel y transportes en Génova. Todo estuvo dispuesto para la marcha: una division de mil hombres, entre ellos seiscientos de la guardia, y además cien polacos de caballería ligera, recibieron órden el 26 de febrero de 1815 para embarcarse. Napoleon eligió este dia en que el comandante de la escuadra inglesa habia partido para Liorna: y, á fin de alejar toda sospecha, daba él mismo una fiesta cuyos honores hacian su madre y su hermana Paulina. La suerte está decidida, dijo embarcándose en el bergantin llamado el Inconstante. Este buque armado de veinte y seis cañones, llevaba cuatrocientos granaderos: otros seis buques ligeros componian toda la escuadra imperial. Pronto se perdió de vista la isla. Escepto los generales Bertrand y Drouot, nadie sabia qué direccion tomarian. Sin embargo, la opinion comun era de que Napoleon desembarcaria en Italia: «Granaderos, dijo éste, vamos á Francia, vamos á Paris.» Los gritos de ¡viva la Francia, viva Napoleon! resonaron en la embarcacion, y una alegría patriótica animó la frente de los viejos guerreros de Fontainebleau.

De esta suerte las aguas del Mediterráneo iban á conducir de nuevo á Francia, para destronar la familia real, al mismo que quince años ántes habian conducido de Egipto para derribar al directorio.

En fin, el primero de marzo, mes favorito del emperador en sus prosperidades, vió las orillas de su nacion, y desembarcó en el golfo Juan. Los habitantes no le vota-

ron, como lo habian hecho los de Calais á Luis XVIII, una placa de bronce que llevase impresa la señal del pié que habia puesto en Francia despues de tan larga ausencia, pero en cambio los labriegos le hicieron una favorable acogida. Establecióse el campamento en un olivar: «¡buen presagio, esclama Napoleon, quiera el cielo que se realize!» Entre los habitantes que llegaron, hubo uno que habia servido, y como reconociese á Napoleon, no quiso abandonarle.» «¡Bertrand, dijo el emperador al gran mariscal, ya nos ha llegado un refuerzo!»

El 6 Napoleon partió de Gap para Grenoble. Por el camino, Cambronne, que formaba la vanguardia con cuarenta granaderos, se halló detenido por una columna enviada de Grenoble.

No vaciló un momento y se adelantó solo, cien granaderos le seguian á alguna distancia con las armas bajas: la vista del emperador, su sombrero: su levita parda, hicieron un efecto mágico sobre los soldados que permanecieron inmóviles: detúvose á algunos pasos de distancia, desabrochóse e pecho, y esclamó: «Si entre vosotros hay alguno, uno solo que quiera matar á su general, á su emperador, puede hacerlo; aqui le tiene. Pronto se oyeron á lo lejos numerosas aclamaciones: era el séptimo de linea, mandado por el desgraciado Labedoiere, que venia á reunirse con Napoleon. Este momento fué decisivo. Las dos divisiones, impacientes por reunirse, rompieron sus lineas y corrieron á abrazarse dando gritos de ¡viva Napoleon! ¡viva la guardia! ¡viva el séptimo! El impulso estaba dado ya; y la cuestion decidida.

En Grenoble, el general Marchand habia tomado medidas de defensa: las puertas de la ciudad estaban cerradas, la guarnicion y la poblacion entera sobre las murallas. Napoleon se adelantaba con su cuerpo de ejército dando los gritos de ¡viva Grenoble! ¡viva la Francia! ¡viva el emperador! Resuenan en las murallas de Grenoble las mismas aclamaciones, y de repente se abren las puertas de la ciudad destrozadas por los habitantes. «Á falta de las llaves de la ciudad, dijeron éstos á Napoleon, ahí tienes las puertas.»—Todo está decidido ya, dijo éste á sus oficiales: vamos á Paris.

El dia siguiente 8 de marzo fué reconocido y cumplimentado solemnemente como emperador por todas las autoridades civiles, judiciales, militares, y eclesiásticas. De repente vuelve á convertirse en el hombre de los soldados y del pueblo, cuya milagrosa vuelta habia entusiasmado á la nacion.

Despues de haber pasado revista á la guarnicion se puso en marcha hácia Lyon con unos seis mil hombres.

Hacia siete dias que esta milagrosa revolucion continuaba su curso cuando el Monitor dió la noticia de la llegada de Napoleon por medio de un decreto que le ponia fuera de la ley y de una proclama que convocaba las dos cámaras. Mientras se propalaba la noticia de su derrota, Napoleon reunia bajo sus banderas todo un ejército enviado contra él, y hacia en Lyon una entrada triunfante.

El resto de su viaje pasó en medio de un entusiasmo del cual hasta entónces no habia habido ejemplo; el 20 de marzo entró en Paris: éste es uno de los dias mas memorables de la historia de Francia.

Pocas horas ántes Luis XVIII habia abandonado las Tullerias en medio del asombro de sus partidarios que no podian calcular como obligaba á tal extremo la tentativa de Napoleon, que, segun decian los partes oficiales, no era mas que un aventurero que corria á buscar fortuna á la cabeza de algunos centenares de traidores. La fuga hácia Gante tuvo lugar en la noche del 19 al 20 de marzo. Por la mañana del 20 fué un espectáculo curioso el que ofreció Paris: nadie mandaba; y sin embargo no hubo ni un desórden. Por último resonaron en los aires las aclamaciones al emperador.

Cuando Napoleon se decidió á abandonar la isla de Elba, contaba con las buenas disposiciones de los franceses y con la cooperacion de los que le habian permanecido fieles. La audacia de su proyecto fué reputada sublime, y se adelantó llevando por vanguardia los intereses de la revolucion y del prestigio que acompaña siempre á las empresas extraordinarias. El ejército, acostumbrado á serle fiel, reconoció su voz, el pueblo vió en él al hombre idólatra de la Francia y protector de sus intereses; todos cuentan con el César y su fortuna.

Los primeros cuidados de Napoleon se dirigieron á la organizacion del ejército, porque el emperador habia atraido sobre si la cólera de los extranjeros que acababan apenas de salir de Francia.

Hizo principiar las fortificaciones de Paris y de muchas ciudades de Champaña: revistaba sus tropas y daba libre campo á la opinion. La guardia nacional se mostraba decidida y ardiente. Solo las cámaras le hacian oposicion, con estraños elementos que dominaban en su seno.

El 13 de junio Napoleon habia salido de la capital para ponerse á la cabeza de su ejército, y al momento todos los franceses anhelaban saber el porvenir de su patria; la suerte de ésta dependia de una batalla.

El primer plan de Napoleon fué hacer en Francia una guerra defensiva, pero á instancias de muchos militares le varió enteramente, y pensó en concentrar sus tropas y caer sobre los acantonamientos enemigos, movimiento que debia hacer el mismo dia en que Wellington y demás gefes de los ejércitos aliados asistian á un baile en Bruselas. Con efecto, el emperador habia reunido su guardia y gran parte de sus tropas al otro lado de una selva, sin que nadie pudiese presumir sus designios Bourmont habia abandonado aquella misma noche el ejército imperial. Sabido es que á él se debe la destruccion del ejército francés, pues por todo su tránsito anduvo advirtiendo á los generales enemigos, y fué imposible ya ejecutar el golpe grande meditado.

Con todo esto, los prusianos sufrieron dos grandes derrotas, y su cuerpo de ejército, tan brillante pocos dias ántes, quedaba reducido á poco mas de la mitad. El 18 de junio avistó Napoleon al ejército inglés todavia intacto en las llanuras de Waterloo. La tarde anterior se habia destacado del ejército imperial al general Grouchi, con 30,000, hombres para que completase la destruccion de los prusianos y les impidiese venir al auxilio de los ingleses.

En la noche que precedió á la batalla de Waterloo se recibió un parte de Grouchi en que decia que los prusianos se retiraban y que él los seguia. Dispertaron á Napoleon y éste dijo que nada habia que responder, pues Grouchi tenia ya sus instrucciones.

Los ingleses presentaban en batalla 90,000 hombres, y los franceses solo 60,000. El centro del ejército inglés ocupaba el monte San Juan. La lluvia que caia á torrentes impedia que los movimientos pudiesen ejecutarse con presteza, y solo á las once de la mañana principió el ataque contra la linea inglesa. Al cabo de una hora estaba todavia indecisa la victoria, cuando á la izquierda del ejército inglés desfilaron 30,000 prusianos que al estruendo de los cañonazos acudieron á su socorro. Tuvieron que destacarse fuerzas del reducido ejército francés para hacer frente á este nuevo enemigo. De esta suerte poco mas de 50,000 franceses tenian ya que resistir á noventa mil ingleses: con todo esto continuó sosteniéndose el ataque con nuevo brio. Los ingleses resistieron con valor heróico, pero la impetuosidad francesa triunfó. Retirábanse ya los ingleses sobre Bruselas; pero en este momento decisivo los 10,000 hombres enviados contra los 30,000 prusianos perdieron terreno. Acudióse á su socorro y los treinta mil prusianos fueron de nuevo contenidos. Volvióse á principiar el ataque en toda la linea y de nuevo tuvieron ventaja los franceses. De esta batalla puede decirse como la de Anibal delante de Cartago: Napoleon mereció y debió vencer, pero fué vencido. En estos momentos de crisis se supo que llegaban por otro punto otros treinta mil prusianos sin que compareciese el general Grouchi que debia seguirlos; 60,000 hombres no podian resistir á ciento cincuenta mil, la batalla se perdió, con gloria para los vencidos. Los veteranos de la guardia murieron como unos héroes, todos dando la cara al enemigo, y respondiendo á las intimas de los ingleses,

Digitized by Google



Napoleon en Vaterloo

Digitized by Google

que la vieja guardia perecia, mas no se rendia. Napoleon quiso morir en este dia de desgracia, y permaneció en el último cuadro de su vieja guardia; pero sus generales y las mismas tropas le instaron vivamente, y aun le arrancaron del campo de batalla.

Las pérdidas de los franceses en esta corta y desgraciada campaña fueron grandes; 19,000 muertos, siete mil prisioneros y la mayor parte del material del ejército; pero los aliados apesar de sus victorias tuvieron treinta y cinco mil hombres fuera de combate.

Aun hubiera podido reunirse un nuevo ejército y defenderse el suelo francés; pero la cámara de diputados se mostró mas hostil que nunca á Napoleon, y éste tuvo que abdicar segunda vez en la persona de su hijo. Volvieron los aliados á ocupar la Francia en número de 500,000 hombres; la segunda restauracion estaba consumada, y el genio de las batallas fué conducido á Santa Helena.

Los últimos momentos de Napoleon fueron tan grandes como las mas gloriosas épocas de su existencia. Harto seguro de su muerte tenia lástima de los que procuraban disuadirle de semejante idea. El 15 de abril de 1821 firmó su testamento en el cual no olvidó á nadie, á los que le siguieron, á los que habia dejado en Francia, á los que hacia mucho tiempo que no existian, ni á los perversos que le fueron traidores. En seguida volvió á conversar tranquilamente con sus amigos. El doctor Arnold, cirujano inglés, entró en este momento.

«Acabóse, le dijo Napoleon, está dado ya el golpe; mi fin se acerca y voy á restituir mi cuerpo á la tierra. Acercaos, Bertrand, traducid al señor lo que vais á oir sin que omitais una palabra....—Vine á sentarme en los hogares del pueblo británico, pidiendo una leal hospitalidad, y. contra todos los derechos de la tierra, se me presentaron cadenas. Mejor hubiera sido recibido de Alejandro, del emperador Francisco, del rey de Prusia. Pero tocaba á la Inglaterra sorprender á los reyes, hacerles entrar en sus cálculos, y dar al mundo el espectáculo inaudito de cuatro grandes potencias encarnizadas contra un hombre solo. Vuestro ministerio es el que ha escogido un espantoso peñasco, donde se consume en ménos de tres años la existencia de los europeos, para acabar la mia con un asesinato. Y ¿cómo me habeis tratado desde que estoy en este escollo? No hay indignidad con la cual no me hayais abrumado. Me negasteis las mas sencillas comunicaciones de familia, aquellas que á nadie se prohibieron jamás... mi muger, mi hijo, no viven ya para mí: durante seis años me habeis mantenido en la mas atroz incomunicacion. En esta isla inhospitalaria me habeis dado por morada el parage ménos propio para ser habitado, aquel en que mas se hace sentir el clima mortífero del trópico: ha sido preciso encerrar entre cuatro paredes al que recorria á caballo la Europa entera. Me habeis asesinado inicuamente, con premeditacion, y el infame Hudson-Lowe ha sido el ejecutor de la alta mision de vuestros ministros... Acabareis como la soberbia república de Venecia; desde aquí, muriendo sobre este horrible pico, falto de todo, lego el oprobio de mi muerte á la casa reinante de Inglaterra.» Tal fué el manifiesto testamentario de Napoleon.

El 24 tuvo el emperador bastante fuerza para añadir cuatro codicilos á su testamento. El 28 encargó á Antomarchi que hiciese autopsia de su cuerpo, que comunicase á su hijo sus observaciones, y que conservando su corazon le enviase á su querida María Luisa: «Ireis á Roma, doctor, y direis que Napoleon el grande ha muerto sobre este triste peñasco en el estado mas deplorable, falto de todo, abandonado á sí mismo y á la gloria.» Manifestó deseos de ser sepultado en las orillas del Sena ó en la catedral de Ajaccio, y en caso de ser proscrito tambien su cadáver, en Santa Helena, junto á la fuente Hutsgate. El 2 de mayo, en un acceso de delirio, se creia á la cabeza del ejército de Italia, y exclamaba: «Dessaix, Massena . ¡acudid, pronto, cargad sobre ellos, que ya son nuestros!»

El 3 de mayo conoció Napoleon que se acercaba su última hora, y, dirigiéndose á sus ejecutores testamentarios, los generales Bertrand y Montholon, les dijo: «Vais á volver á Europa, y os debo algunos consejos sobre la conducta que debeis observar. Habeis tomado parte en mi destierro, sereis fieles á mi memoria, y nada hareis que pueda mancharla. He sancionado todos los principios, los cuales están de manifiesto en mis leyes y en mis actos; ninguno queda que no haya yo consagrado. Desgraciadamente las circunstancias serán graves; me he visto obligado á ser severo, y, como han sobrevenido los reveses, no he podido consumar la obra, y la Francia ha quedado privada de las instituciones liberales que yo la destinaba. Ella me juzga con indulgencia, toma en cuenta mis intenciones, y mi nombre y mis victorias son para ella cosas estimables. Imitadla; sed fieles á las opiniones que hemos defendido y á la gloria que hemos adquirido: fuera de esto solo hay baldon y mengua.»

El dia 4 una tempestad espantosa arrancó de raiz hasta el último árbol que habia dado sombra á Napoleon. A las cinco y media de la tarde el emperador no interrumpió su sueño letárgico sino para pronunciar estas dos palabras: «Cabeza del ejército!...» Fueron las últimas que pronunció el vencedor de la Europa. Su última mirada se clavó en el busto de su hijo que un mes ántes habia hecho colocar en frente de su cama. Veinte minutos despues esas manos que habian empuñado y repartido tantos cetros, que habian elevado tantos monumentos y destruido tantos atrincheramientos, se helaron al tiempo mismo en que las besaban é inundaban de lágrimas los hijos del general Bertrand.

María Luisa, archiduquesa de Austria é hija del emperador Francisco I, se vió, por su casamiento celebrado en 1809 con el emperador, asociada al inmenso poder de aquel dueño del continente. Si hubiera tenido alguna de las cualidades morales de su abuela María Teresa, hubiera podido representar un gran papel en la historia, puesto que los destinos del imperio francés estuvieron momentáneamente en sus manos, cuando Napoleon la encargó la regencia al partir en 1812 para la campaña de Rusia, y despues para la de Francia; pero la naturaleza y la educacion se habian concertado para hacer de María Luisa un ser puramente pasivo, sin elevacion y sin energía. Jamás apareció orgullosa por hallarse unida al hombre mas grande de su tiempo.

Cuando los acontecimientos de 1814 la separaron de Napoleon fué convertida en juguete y dócil instrumento de la maquiavélica política del gabinete austriaco. Desde los últimos meses del mismo año de 1814, el general austriaco Nyeperg, obedeciendo á las instrucciones de Mr. de Metternich, que le habia colocado cerca de ella, habia logrado introducirse en su corazon y en su lecho. La vergonzosa facilidad con que cedió á esta intriga inmoral, indigna hasta á los mas encarnizados enemigos de Napoleon.

Este, sin embargo, que ignoraba el envilecimiento de su muger, procuró á su vuelta de la isla de Elba atraerla á sí por medio de una fuga que ella hubiera podido precipitar por lo ménos, á despecho de la vigilancia de la corte de Viena. La presencia de la hija del emperador de Austria en las Tullerías hubiera modificado ciertamente la posicion de Napoleon con respecto á la Europa, y acaso hubiera restablecido su fortuna; pero María Luisa no quiso prestarse á ejecutar ninguno de los medios que los agentes secretos de Napoleon le proponian para escaparse de Viena, y llevó su vileza hasta el estremo de asociarse en su calidad de duquesa de Parma á la declaracion de las potencias contra él. Entónces fué cuando la famosa reina Carolina de Nápoles la dijo en un momento de indignacion: «Yo he manifestado bastante mi «ódio á Napoleon: pero si fuera esposa de un hombre «como él, amarraria, si preciso fuera, mis sábanas á la «ventana para salvarme y reunirme á él.» Estos pormenores bastan para conocer moralmente á María Luisa. Cuando murió Napoleon, se legitimó por el matrimonio su union con Nyeperg, y despues de la muerte de éste, la archiduquesa eligió uno que le reemplazase en el es-

Digitized by Google

tado mayor del ejército austriaco. Los hijos de María Luisa y de monsieur de Nyeperg se han ligado casi todos por matrimonios á familias italianas. Murió María Luisa en 17 de diciembre de 1847. Su hijo, el rey de Roma, habido en Napoleon, habia muerto en 1832, de consuncion, de modo que no ha quedado descendencia de aquel hombre grande.

Cuando Napoleon faltó á la Francia, pareció que todos los instintos bélicos habian quedado aletargados. Aquella nacion, que del colmo de la gloria habia bajado á ser esclava del extranjero, quedó sumida en una especie de estupor que solo podia disiparse al oir nuevamente el son del clarin.

Este llamamiento se hizo oir en el decennio de 1820 á 1830. Tres fueron los acontecimientos memorables de esa época; la guerra de España, la de Grecia y la conquista de Argel. En España peleó la Francia como protectora del absolutismo; en Grecia como protectora de la libertad; en Argel como adalid de la civilizacion contra la barbarie. Esta última campaña fué la que le valió mas gloria, y reputacion mas duradera.

Entre la revolucion de Inglaterra y la de Francia existian ya asombrosas analogías; pues en ambos pueblos habia seguido la restauracion al asesinato jurídico de un rey, y á la caida del gobierno fundado por el talento de un hombre. Luis XVI recordaba á Carlos I: Napoleon tenia alguna semejanza con Cromwell, y Luis XVIII habia sido reinstalado como Carlos II en el solio de sus mayores. Faltaba solamente que Carlos X fuese destronado como Jacobo II, para completar la terrible semejanza entre ambas dinastías. Esto hizo la revolucion de julio, para que la rama primogénita de los Borbones nada tuviese que envidiar á la desgraciada familia de los Estuardos.

Desacertado seria el buscar en los sucesos de la víspera la causa de los acontecimientos de hoy: y así no comprenderian mas que á medias la verdad los que pensasen que en Francia sucumbió la dinastía de Carlos X, porque un solo personage quiso escalar y conservar el ministerio; pues este personage no era mas que el hombre fatal de una situacion aun mas fatal que él mismo. La restauracion nunca cesó de tratar como enemiga á la revolucion, y por consiguiente era inevitable que entre ambas partes se trabase al cabo una batalla decisiva. Los partidarios del absolutismo así lo habian provisto, lo habian deseado y lo habian promovido, como si hubiesen tenido una completa seguridad de su victoria: para ellos toda la dificultad consistia en escoger el momento y en hallar un caudillo. Durante quince años estuvieron desviviéndose por conseguirlo, repitiendo marchas y contramarchas; y en sus frecuentes derrotas firmaron tratados y aceptaron capitulaciones, dando por resultado la carta que no era á sus ojos mas que un cómodo formulario. Mudando cada dia de generales, hallaron muchos bastante diestros para la guerra de observacion y de sorpresa, pero ninguno bastante osado que quisiese empeñar abiertamente la batalla.

Por último los restauradores dieron el grito de alarma, y se gloriaron de que iban á exterminar la revolucion. Por este tiempo se habian ya separado de ellos todos los hombres ilustrados y prudentes, y el gefe que estaban aguardando desde tanto tiempo, el hombre fatal, el personage audaz, halló libre el paso, presentóse, y fué proclamado con entusiasmo.

La fecha de su advenimiento al poder quedará grabada con caracteres indelebles. Hacia diez y nueve meses que la Francia, confiada á la débil autoridad del ministerio Martignac, descansaba de los seis años de fraude y violencia del triunvirato Villele, Corbiere y Peironnet. Dos leyes, que aseguraban la libertad de imprenta y los derechos electorales, habian sido la única indemnizacion que se habia dado al pais. Habíase prometido una ley de ayuntamientos, y esta ley que debia salvarlo ó perderlo todo, y que con su adopcion ó repulsa debia unir ó separar para siempre el pueblo y la monarquía, fué retirada por el ministerio: la corte quiso ver en las enmiendas propuestas en la cámara de diputados la invasion de la democracia. Perseguido, pues, por los clamores de la nobleza, el ministerio Martignac cayó, y los hombres á quienes se acusaba de haber comprometido la monarquía, cedieron su puesto á los que tenian la mision de derribarla.

Dia de asombro habia sido para París el 9 de agosto de 1829. El Monitor revelaba á sus innumerables lectores la formacion de un nuevo ministerio. Un periodista, constituyéndose órgano de la opinion pública, decia en un célebre diario: *¡Desdichado rey, desventurada Francia!* Otro orló con una faja negra las colunas en que disparaba, contra los nuevos hombres de estado, la metralla de sus epigramas; otro, por último, mas grave, resumia en estas pocas palabras su juicio sobre el ministerio: «*O es una necedad, ó es un atentado.*» El ministerio consiguió justificar sucesivamente toda la profecía.

El príncipe de Polignac fué nombrado ministro de negocios extranjeros; el conde de Labourdonnaye, del interior, el conde de Bourmont, de la guerra; de Courvoisier de justicia; de Montbel, de cultos é instruccion pública; y Chabrol de Crousel, de hacienda. Por último, dábase al ilustre almirante de Rigny el ministerio de marina.

Luego de organizado el ministerio, su primer deber era el obrar; pues ya que aparentemente para algo habia sido nombrado, claro era que estaba en la obligacion de hacerlo todo: el terror de sus nombres constituia su fuerza; y su interés estaba en aprovecharlo. Desgraciadamente este terror que habia inspirado al principio, obró luego de rechazo contra él mismo, en términos de constituirlo en una completa inaccion. En la deshecha tormenta de indignacion nacional que levantó por todas partes, en vez de aumentar su audacia, y de amedrentar con su actitud, no pensó mas que en cortar sus mástiles, replegar sus velas y abandonarse al viento: desde entónces quedó juzgado, y la Francia le escarneció. Á la divisa de los ministros: *no mas concesiones*, opuso el pais esta otra no ménos enérgica: *no mas dinero*; formáronse asociaciones en todos los puntos del reino, y organizàronse resistencias legales contra la recaudacion ilegal de las contribuciones. En vano se citaba ante los tribunales á los periodistas que publicaban el prospecto; pues como era imposible que el golpe alcanzase á los suscritores, el número de estos iba aumentándose cada dia. Transcurrian semanas y meses, y el ministerio, atacado sin cesar, reproducia siempre los mismos argumentos. Cuando se le interpelaba sobre los planes que le atribuian sus órganos, respondia: *Nada hemos hecho todavía*, y cuando se discutia el mérito y la capacidad de sus individuos, escudábase con la prerogativa del rey.

Empero no siempre podia durar ese estado de incertidumbre, pues importaba decidir si se gobernaria con las cámaras ó sin ellas, y en el primer caso, de que modo podria conseguirse una mayoría. Suscitóse sobre esto un empeñado debate entre M. de Polignac y M. de Labourdonnaye, pues, exagerándose el uno sus talentos y su influencia, queria ensayar el gobierno legal, sin perjuicio de abandonarlo luego si no daba buen resultado; al paso que el otro, conociendo que tarde ó temprano seria necesario valerse de golpes de estado, era de dictámen que se principiase por aquí desde luego. M. de Labourdonnaye tenia de su lado la razon; pero M. de Polignac contaba con el monarca. Salió, pues, el primero del consejo, y el segundo fué nombrado presidente, á 17 de noviembre de 1829. Aprovechando esta coyuntura, M. de Montbel entró en el ministerio del interior, y en reemplazo de éste fué nombrado ministro de instruccion pública M. Guernon de Barville. Con esto se halló aun el ministerio en peor disposicion para presentarse ante las cámaras, al paso que entónces habló mas que nunca de verificarlo.

Entretanto corrian de cuando en cuando siniestros rumores; tratábase tan pronto de una nueva ley constitutiva, como de una acta adicional. Á últimos de diciembre asegurábase que se habia celebrado un consejo, en que se habia discutido la triple reforma de los electo-

Digitized by Google

res, de la imprenta y de los tribunales; añadiéndose que solo la oposicion del delfin habia sido causa de que se aplazase para mas adelante la ejecucion de aquellos proyectos.

Desvaneciéronse sin embargo todos estos rumores con la ordenanza real de 6 de enero de 1830, que convocaba las cámaras para el 2 de marzo siguiente. Entretanto seguian y se multiplicaban los procesos intentados contra la prensa; hallábanse procesados dos periódicos, *el Globo* y *el Nacional*, y entre los cargos que se les hacian vióse figurar el de provocacion al asesinato. Los periódicos de la faccion contraria se expresaban con un furor que iba cada dia en aumento, exhortando sin embozo ni escrúpulo al poder absoluto á que *montase á caballo*, que era á la sazon la frase favorita.

Reuniéronse las cámaras en el dia señalado, y el discurso del trono terminaba con estas palabras, dignas de ser conservadas literalmente, pues que fueron las primeras con que se abrió la terrible lucha. «Pares de Francia, diputados de los departamentos, no dudo que me ayudareis á labrar el bien que yo deseo, y que rechazareis con desprecio los pérfidos rumores que la malevolencia se complace en propagar; si algunas tramas culpables promoviesen á mi gobierno obstáculos, que no puedo ni quiero prever, cuento para vencerlos con mi firme resolucion de conservar la paz pública, con la justa confianza de los franceses, y con el amor que éstos han profesado siempre á su rey.»

Luego de constituidas las cámaras, la de los pares contestó al discurso del trono en términos asaz templados y con bastante reserva; al paso que la de los diputados lo hizo con mas firmeza. «Señor, dijo ésta al rey por boca de su presidente, la carta que debemos á vuestro predecesor, y cuyos beneficios V. M. quiere consolidar, consagra como un derecho la intervencion del pais en la deliberacion de los intereses públicos. Esta intervencion debe ser y es efectivamente indirecta, sabiamente combinada, y circunscrita dentro de límites trazados con exactitud, y que nosotros no podemos permitir que sean traspasados; pero es positiva en su resultado, pues hace que la armonía permanente entre las miras políticas de vuestro gobierno y los votos de vuestro pueblo forme la condicion indispensable de la marcha regular de los negocios públicos. Sin embargo, Señor, nuestra lealtad y el afecto que os profesamos nos obligan á manifestaros que esta buena armonía ha dejado de existir.

«Una injusta desconfianza de los sentimientos de los franceses es hoy dia el pensamiento fundamental del gobierno. Vuestro pueblo se conduele por ello, porque lo cree una injuria; y se desasosiega, porque ve amenazadas sus libertades.» Despues de haber escuchado este discurso, el rey contestó, que sentia vivamente el que los diputados le declarasen que por su parte habia dejado de existir la buena armonía con que él contaba, pero que de todos modos *sus resoluciones eran inmutables*.

Esto daba á entender que habian cesado ya las dudas de M. de Polignac, y que por fin habia comprendido la necesidad de adoptar desde luego medidas extremas. Sin embargo, persistiendo en su sistema de no emplear el absolutismo sino como remedio heroico, el presidente del consejo quiso tantear aun los medios legales, y las cámaras fueron prorogadas hasta el 1.° de setiembre; por mas que este aplazamiento no debiese considerarse ya para la cámara de diputados sino como el preámbulo de una disolucion definitiva, que desde entónces podia considerarse ya como cierta. En el intérvalo del primero al segundo de estos actos, propúsose por el ministerio y adoptó el trono un plan de conducta definitivo: resolvióse hacer un nuevo llamamiento al pais, valiéndose de todos los medios de influencia, y apoyándose además en un manifiesto real y en una expedicion militar cuyos triunfos debian coincidir con las elecciones. Si el pais resistia aun á tantas combinaciones, suya seria la culpa, y no podria quejarse si se procuraba someterlo por medio de la fuerza.

El ministerio, ó mejor *el pensamiento del 8 de agosto*, habia sufrido ya importantes modificaciones, aunque nó las últimas que debiese experimentar. M. de Bourmont, que conocia cuán necesario le era rejuvenecer su gloria, hizo momentáneamente dejacion del ministerio, para encargarse del mando del ejército de África. La cámara de diputados fué disuelta el dia 26 de mayo de 1830, y tres despues M. Chautelruze reemplazó á M. Courvoisier en el ministerio de justicia, y en el del interior M. de Peyronnet sucedió á M. de Montbel, quien pasó al de hacienda por haber sido destituido M. de Chabrol. Sobre las ruinas de la direccion de puentes y calzadas, que quedaba suprimida, creóse un nuevo ministerio de obras públicas, confiado á M. Capelle. Fundóse además una escuela diplomática, semejante al instituto de jóvenes legistas que Jacobo II destinaba desde su destierro á estudiar sus prerogativas. El dia 27 de mayo la escuadra se habia dado á la vela para Árgel, y el 13 de junio apareció el manifiesto real, no ménos impotente como exhortacion, que como amenaza. Empezaron por fin las elecciones al resplandor de los incendios que desde algunos meses estaban asolando algunas provincias de Francia, como la Normandía, la Bretaña y la Picardía. El decreto de disolucion habia fijado el dia 23 de junio para la reunion de los colegios de departamento. Las reclamaciones de muchísimos electores, que, habiendo descuidado el hacerse inscribir en 1829, querian ser inscritos ahora en 1830, y los fallos de los tribunales que acogieron aquellas reclamaciones, dieron nuevos motivos de sobresalto á los íntimos del ministerio; y así es que las elecciones fueron aplazadas para el dia 12 y 15 de julio en veinte departamentos, entre ellos en el del Sena. Los partidarios de la constitucion obtuvieron en todas partes una notable mayoría, y la reeleccion de los ciento veinte y un diputados que habian votado el mensaje, adoptada por punto de partida, fué practicada por do quiera; ningun escándalo turbó las sesiones de los colegios electorales; ningun motin comprometió tampoco la seguridad; y ninguna noticia verdadera ó falsa pudo alterar las resoluciones de los partidos, ni aun la de la toma de Argel, sabida en Paris el 10 de junio. Algunos dias mas adelante, la publicacion del resúmen general de las elecciones dió la estadística siguiente: dos cientos cuarenta y un diputados constitucionales, diez y siete dudosos, y ciento veinte y siete ministeriales. El pais habia hablado claramente; y el ministerio no podia ya apelar de esta segunda sentencia: tampoco podia presentarse á las cámaras, donde se hubiera fulminado contra él la mas terrible acusacion. Aun suponiéndole bastante fuerte contra las cámaras, ¿cómo hubiera podido defenderse contra la prensa? Habian sido presos una multitud de incendiarios; su presentacion ante los tribunales debia producir terribles revelaciones, y uno de los ministros, sino todo el ministerio, tenia el mayor interés en ahogarla. Sin embargo, nada parecia anunciar aun ningun proyecto hostil contra las instituciones tantas veces juradas. Habíase señalado el 3 de agosto para la apertura de las sesiones, y cuando se supo que los pares de Francia y muchísimos diputados habian recibido sus cartas convocatorias, creyóse generalmente que las cosas seguirian su curso regular, y que el ministerio aguardaria el primer choque de las cámaras para disolverlas ó para retirarse.

Otras eran las ideas de los ministros. Las cartas convocatorias no eran mas que un armadijo, á no ser que se suponga que la última determinacion que causó la ruina del ministerio y del trono, fué desechada y adoptada en un mismo dia.

El lunes 26 de julio empezó la lucha; el Monitor publicaba una exposicion al rey y seis decretos. La exposicion, escrita en términos afectadamente templados, era un compendio y resumen de todas las censuras fulminadas contra la imprenta periódica. Porque ésta era hostil al ministerio, el redactor de la exposicion concluia que era funesta á la sociedad.

«La experiencia, Señor, decian los ministros al rey, habla mas alto que las teorías. Algunos hombres, ilus-

Digitized by Google

trados sin duda, y cuya buena fé no puede por otra parte ser sospechosa, seducidos por el ejemplo mal aplicado de un pueblo vecino, habrán podido creer que las ventajas de la prensa periódica equilibraban sus inconvenientes, y que sus excesos se neutralizarian por otros excesos contrarios. Desgraciadamente no ha sido así: la prueba es decisiva, y la cuestion ha sido ya fallada por el buen sentido público.

«*Efectivamente, la prensa periódica no ha sido nunca ni puede ser por su naturaleza mas que un instrumento de discordia y de sedicion.*»

«No nos hallamos ya, decia la exposicion, en las condiciones ordinarias del gobierno representativo.... Una democracia turbulenta, que ha invadido hasta nuestras leyes, trata de substituir el poder legítimo, disponer de la mayoría de las elecciones por medio de sus diarios, y con la ayuda de numerosas asociaciones ha paralizado en cuanto ha podido el ejercicio regular de la prerogativa mas esencial de la corona, la de disolver la cámara electiva. Por esto está bamboleando la constitucion del estado, y solo V. M. conserva la fuerza necesaria para afianzarla de nuevo sobre sus bases.

«Asi el derecho como el deber mandan asegurar su conservacion como un atributo inseparable de la soberanía: ningun gobierno del mundo pudiera subsistir sino tuviese el derecho de atender á su seguridad. Este poder es preexistente á las leyes, porque está en la naturaleza misma de las cosas. Estas, Señor, son máximas que tienen á su favor la sancion del tiempo y el dictámen de todos los publicistas de Europa.

«Además, esas máximas tienen otra sancion aun mas positiva, la de la misma carta. El artículo 14 da á V. M. poder suficiente, sino para cambiar nuestras instituciones, á lo ménos para consolidarlas y hacerlas mas inmutables.

«Imperiosas necesidades no permiten diferir por mas tiempo ese ejercicio del poder supremo. Ha llegado el momento de recurrir á medidas que, *aunque conformes con el espíritu de la carta, se hallan fuera del órden legal*, cuyos recursos han sido agotados en vano.

«Estas medidas, Señor, vuestros ministros, que deben asegurar su buen óxito, no vacilan en proponéroslas *convencidos como están de que triunfará la justicia.*»

En consecuencia, un primer decreto destruia la libertad de la prensa, prometida por la carta y consagrada por las leyes; otro disolvia la cámara de diputados, ántes de haberse reunido, y el último trastornaba el sistema electoral, que habia sido ordenado por las leyes.

En cuanto á los otros actos de la voluntad real ó ministerial, el uno marcaba la época de la reunion de los colegios electorales y de la nueva cámara, el otro daba entrada en el consejo de estado, como miembros ordinarios ó extraordinarios, á hombres que habian perdido el concepto público durante los últimos diez y seis años.

Faltan palabras para expresar lo que sintió toda la poblacion de Paris al leer aquellos decretos; los sucesos nos lo darán á conocer mejor. Á un profundo estupor sucedieron la indignacion y el desprecio; durante todo el dia reinó una continua agitacion; los fondos públicos sufrieron una baja considerable; todos los habitantes se preparaban para algo, sin saber para que, y cada uno visitaba á sus amigos, como si tuviese el presentimiento de que era posible que no los volviese á ver. Sin embargo, la poblacion permaneció tranquila y sosegada, pero con aquella calma que anuncia la tempestad.

En cuanto al ministerio, contábase tambien seguro, y no se hallaba ménos confiado que el pueblo. Habia previsto ya que estallaria algun alboroto, y se complacia en ello, porque preveia la gloria de una represion fácil. Las cabezas estaban ya señaladas desde mucho ántes; faltaba un pretesto para derribarlas, y la jornada del dia siguiente debia suministrarlo.

Algunos grupos que se formaron en el Palacio Real, algunos oradores improvisados, y algunas sillas que servian de tribunas, fueron los únicos movimientos de aquella tarde. Como á las diez de la noche algunos pelotones de soldados marcharon contra ciudadanos inermes, armada la bayoneta; pero, acosados desde luego, tuvieron que desistir de su propósito.—*Hasta mañana*, dijo para sí el pueblo;—*Hasta mañana* repitieron tambien los ministros.

Al amanecer del martes, la alarma habia pasado ya de boca en boca hasta los arrabales mas apartados: levantóse un inmenso murmullo, y la ciudad se preparó para la lucha. No sucedió entónces como en las asonadas ordinarias, en que una turba de agitadores recorre la ciudad, exaltando por un momento a los curiosos que halla al paso, hasta que quedan luego frios é indiferentes, sino que hubo un sacudimiento universal, particular en ca la cuartel, segun la naturaleza de su situacion, y permanente en cada calle; una insurreccion de todos los parientes y vecinos en la puerta de cada casa, un incendio que era imposible ya apagar porque tenia doscientos mil focos. La cólera y la agitacion partian desde el centro hasta los arrabales, y volvian con el mayor ímpetu de los arrabales al centro. Aun ántes de la prueba, reinaba ya mútua confianza en la unidad de sentimientos, y fraternidad en los actos exteriores: extraños ayer los unos á los otros, amigos hoy, los ciudadanos, se prometian con firme continente un mútuo apoyo. Las calles estaban mas concurridas y animadas que de ordinario, al paso que no se oian los gritos de los voceadores ni los chirridos de los carruages. Como la mayor parte de los periódicos no se habian aun publicado, andaban todos en busca de noticias, y los diarios, que podian distribuirse secretamente, aumentaban la indignacion de cada uno, llamando á todos los parisienses á la defensa de la causa pública.

Desde las 9 de la mañana habíase reunido en el Palacio Real una muchedumbre de todas clases, que iba creciendo por momentos. En los corros discutíanse en alta voz las cuestiones mas graves, y tanto allí como en los cafés y círculos literarios, estallaban contra el ministerio las mas violentas imprecaciones, sin temor, sin restriccion y sin disfraz. Veinte Camilos Desmoulins estaban arengando á los ciudadanos, encaramados en algunas sillas, leyendo á la multitud los periódicos: y los gritos de: ¡Viva la carta! profetizaban ya el órden con que debia llevarse á cabo aquella asombrosa revolucion. Fué acogida con bravos y aclamaciones una carta de M. Dunoyer, fechada del dia anterior, en que juraba por su honor y su vida que no pagaria las contribuciones hasta tanto que hubiesen sido retirados los decretos. Un guarda del jardin quiso arrebatar un diario de manos de un repartidor, pero tuvo que meterse en una tienda para librarse del furor popular. Una patrulla de la guardia real, que habia salido para restablecer el órden, fué silvada é insultada, y tuvo que guarecerse apresuradamente en el cuerpo de guardia. La fuerza armada trató luego de echar á la multitud de las Tullerías y del Palacio Real; la autoridad mandó cerrar los cafés y los gabinetes de lectura; quedó apenas una que otra tienda; mas no por esto el pueblo quiso retirarse. Circulaban lentamente numerosas patrullas de gendarmería de á pié y de á caballo. Paris tomaba un aspecto sombrío y siniestro: no habia llegado aun la hora de obrar; pero sin embargo se echaba de ver que aquella quietud y aquel silencio eran forzados y violentos.

Habíanse publicado ya los periódicos, fueron distribuidos, y venian llenos de artículos enérgicos y amenazadores, protestando contra la ilegalidad de los decretos, y jurando no obedecerlos. El poder, cuya debilidad imprevisora estaban atestiguando aquellas publicaciones, quiso poner en ejecucion sus medidas: á las once fué invadida la oficina del *Nacional*, y los comisarios de policía mandaron romper las puertas. En la oficina del *Tiempo* la escena fué mas grave y solemne; hé aquí en que términos lo contaron los directores del periódico. «Á medio dia se han presentado en virtud de decretos ilegales, para allanar la habitacion de un ciudadano protegido por las leyes del estado, algunos hombres á quienes no conocemos, pálidos, macilentos y desencajados, llevando ya en su semblante la mancha del crímen que iban á perpe-

trar, han cometido un robo con fractura. Verdad es que uno de ellos llevaba la insignia de magistrado; pero no podia ser mas que una impostura, porque un magistrado no se presenta ni obra sino en nombre de la ley. Otros hombres vestidos con un traje respetable, el de soldado francés, han asistido mas bien que tomado parte en una operacion nueva para ellos, que al parecer les era tan repugnante como á nosotros mismos. En ayunas desde la mañana, les daban menor pena sus privaciones que su ministerio, y les debemos la justicia de decir, que, durante una visita que les parecia sobrado larga, han guardado una dignidad que su uniforme les impone siempre, pero que en semejante ocasion era no solamente un deber sino una necesidad. Los agentes de tamaña violencia han empleado siete horas en tantear todos los medios para penetrar en nuestra morada; simples jornaleros han enseñado á los magistrados el respeto debido á la ley, y uno de ellos, maestro cerrajero, al paso que se ha descubierto en señal de acatamiento al leer un artículo del código, se ha negado á concurrir al atentado que exigia de él un hombre con insignias de autoridad. Otro mas jóven, con el mismo valor ó igual sencillez, ha resistido legalmente á todas las persuaciones y á todos los medios de que se han valido durante dos horas para seducirle e intimidarle. Por último, no ha sido posible hallar en todo el cuartel un solo operario que quisiese allanar un domicilio y hacerse cómplice de un robo. Entónces han acudido al magistrado que tiene el encargo de defender la propiedad, al prefecto de policía, para que diese los medios de violarla, y éste ha enviado para forzar nuestras puertas al mismo operario que tiene el encargo de remachar los grillos de los presidarios: ¡ digno instrumento de semejante mision! ¡ digno emblema del tratamiento que los rebeldes del 26 de julio destinan para los ciudadanos! Hé aquí porque manos ha sido consumado el crimen.»

Luego que se hicieron públicas estas violencias, llegó á su colmo la indignacion general; á cada hora era mas numerosa y mas animada la concurrencia de la poblacion en las calles; reinaba en la bolsa extremada agitacion, y la baja de los fondos públicos era espantosa. Reuníanse los diputados en casa de M. Casimiro Perier para tratar de los peligros de la situacion, y lord Stuart, embajador de Inglaterra, extranjero mas previsor que los ministros, no se cansaba de enviar correos al rey para suplicarle que retirase los decretos.

Sin embargo, la autoridad que habia levantado la tormenta, no sabia resistir á ella; tímida, al paso que pertinaz, retrocedia ante las medidas extremas que habia juzgado necesarias, y perseveraba en cometer infracciones de ley que ella misma tenia por arriesgadas. Así es que no se atrevió á publicar un decreto, en virtud del cual quedaban instituidos tribunales prevostales, con la mision de absolver ó condenar á muerte, y cuyos fallos habian de ser ejecutados sobre la marcha; ni se atrevió tampoco á hacer uso de una lista de proscripcion que se habia formado contra algunos pares, diputados y escritores, al paso que no tuvo inconveniente en disponer el empleo de la fuerza armada, en mandar cargas de caballería, descargas de fusilería y cañonazos, cuando el sable de los ginetes y los piés de los caballos no fuesen suficientes. En vez de tomar consejo de una política astuta, solo inventaba la matanza para conservarse.

Como á las tres de la tarde corrió la primera sangre. En todos los puntos de Paris á la vez la gendarmería y la caballería de la guardia arremetieron contra la multitud. En los arrabales de San Jaime y San Antonio, al rededor del Palacio Real, los grupos fueron acuchillados sin piedad. El pueblo estaba desarmado y no resistia aun, pero su actitud era ya amenazadora; iba acostumbrándose á los sablazos, como mas adelante se acostumbró al estampido del cañon; cuando se veia acosado, se dispersaba gritando: *¡ Viva la carta!* y se replegaba luego dando otra vez el mismo grito. Al ver de que modo huian aquellos hombres desarmados, conocíase ya que mas adelante, cuando tuviesen armas, ahuyentarian ellos á sus acometedores: pues echábase de ver, en su retirada, su orgullo y la confianza que tenian en la victoria. Algunas muertes heroicas habian dado el ejemplo. En la calle de San Antonio algunos jornaleros habian enarbolado la primera bandera tricolor á los ojos de los coraceros; dispersados por una carga de caballería, se habian refugiado en las escaleras del templo de los protestantes: pero el que llevaba el estandarte conoció que no le era permitido huir bajo tan nobles colores: inmóvil, erguida la cabeza, serena la frente, radiantes los ojos, y empuñando la gloriosa enseña, aguardó, firme en medio de la calle, aguardó á los coraceros, y le estaban ya pisoteando los caballos, cuando gritaba todavía: *¡Viva la carta!*

Como la parte mas exaltada y activa de la poblacion se habia dirigido hácia el centro de la ciudad, bastó el sable para contener á la multitud en las extremidades; pero en el corazon habíase empeñado ya la batalla de Paris. Una multitud de estudiantes, de jóvenes de todas profesiones, y algunos centenares de jornaleros estaban sitiando la plaza del Palacio Real, ocupada por destacamentos de gendarmería de á pié y de á caballo, de la guardia real y de lanceros. Oíanse algunos gritos de *¡ Viva la libertad!* otros de *¡Viva Napoleon II!* otros mas numerosos de *¡ abajo Polignac! ¡ abajo Carlos X!* pero dominaba sobre todos el grito legal de *¡Viva la carta!* La caballería podia á duras penas rechazar al pueblo en las calles de Richelieu, San Honorato, Chartres, Santo Tomás del Louvre, Fromenteau, etc. Menudeaban las cargas, volaban ya algunas piedras, resistíase con palos á los sablazos, y la multitud iba aumentándose por instantes.

Á las cinco de la tarde se rompió el fuego y silbaron las primeras balas. Este mortífero ruido pudo helar de dolor y de espanto el corazon de las mugeres y niños encerrados en sus casas, pero en la plaza lanzó la multitud un grito terrible: *¡Á las armas! ¡Venganza!* Contestaron luego algunos pistoletazos al nutrido fuego de los soldados; trazáronse algunas barricadas imperfectas, y colocáronse ómnibus y coches para barrer la calle de San Honorato. *¡ Á las armas, á las armas!* repetian todos con mayor furor, cada vez que una nueva descarga causaba nuevas víctimas. Piedras, ladrillos, pedazos de plomo, todo servia de artillería al pueblo, que armado con pértigas, maderos, mangos de escoba, palos y cuchillos, rechazaba con sus manos valerosas á la caballería armada con sus lanzas y tremendos sables. Cada calle de Paris habia enviado, por decirlo así, su diputado á esta primera matanza, como anuncio y promesa de un levantamiento general para el dia siguiente.

Durante seis horas continuó vivo el fuego en la plaza del Palacio Real y en las calles inmediatas; y los soldados, fieles ejecutores de las órdenes del príncipe de Polignac, tiraban *á donde podian, á donde querian*, siendo muchas veces víctimas ciudadanos pacíficos retirados en sus habitaciones. Al pasar por delante de cada calle los soldados disparaban al azar algunos tiros, y una de aquellas balas alcanzó y dió muerte á una muger que se hallaba, algunos dicen que vestida de hombre, entre los combatientes, mientras otros afirman que casualmente pasaba por la calle. Cogióla entónces un mancebo panadero, llevósela, y fué á deponerla en la plaza de las victorias al pié de la estatua de Luis XVI. Arengó allí á la multitud que la rodeaba, y tiñendo todos sus manos en la sangre de aquella muger, juraron vengarla. El jóven volvió á tomar entónces su lúgubre carga, y la echó á los soldados del 5.º de línea que guardaban el barco. — Hé aquí, les dijo, como tratan vuestros camaradas á nuestras mugeres; ¿hareis vosotros lo mismo? — Pálidos, consternados, juraron los soldados que no harian el oficio de verdugos. Su oficial dejó escapar algunas lágrimas, y pidió que le fusilasen. Durante toda la noche, los jornaleros pasearon silenciosamente por las calles de Paris, llevando antorchas en la mano y enarbolada una bandera negra, aquel cadáver elocuente, sobre el cual tendian las manos los transeuntes.

Una escena semejante y no ménos característica tenia

Digitized by Google

lugar al mismo tiempo en la plaza de la Bolsa. Allí tambien el pueblo hacia sobre un cadáver juramentos de venganza. Á las diez era presa de las llamas el cuerpo de guardia de los gendarmes, y fueron desarmados los bomberos que habian acudido para apagarle, porque la multitud no quiso que fuese perturbada su fiesta. Oíanse de vez en cuando algunos tiros y un grito claro y distinto de *¡ Viva la carta!*, á lo lejos un sordo murmullo y las descargas del Palacio Real, y luego sucediase un profundo y lúgubre silencio en todas aquellas calles, que habian quedado á oscuras por haber sido rotos los reverberos. Los parisienses pasaron las primeras horas de la noche buscando armas, mandando abrir de su grado ó por fuerza los almacenes y tiendas de los armeros, y recomponer fusiles viejos, y sables, y picas mohosas. Cada casa quedó convertida en un arsenal, cada hombre en el seno de su familia se preparó para el combate de la mañana, hasta que por fin toda la poblacion, confiada, se entregó al sueño, aguardando que sonase la hora del combate.

Entretanto la autoridad triunfaba, dando á la matanza el nombre de victoria: aquella indignacion profunda de los ciudadanos no era segun ella mas que un arrebato de cólera ya sosegado; aquellas primeras tentativas de resistencia habian sido los últimos esfuerzos de un pueblo desalentado; y por otra parte el imponente aparato de las tropas podia dar una completa seguridad. Aquella misma noche agolpáronse los cortesanos en los salones de palacio, y los ministros, salpicados de sangre francesa, recibieron las felicitaciones de sus palaciegos. Sin embargo era preciso llevar á cabo rigores saludables y recoger el fruto de la victoria. Un real decreto declaró en estado de sitio á la primera ciudad del mundo, y el general Marmont, duque de Ragusa, que en 25 de julio habia sido nombrado gobernador de la primera division militar, quedó encargado del mando de todas las tropas. Por lo demás, no se tomó ninguna medida, ninguna precaucion, ninguna disposicion preventiva; reduciéndose todos los medios de gobierno á sables, fusiles y cañones. Pensaba el ministerio que solo tendria que castigar, y el pueblo se preparaba para combatir.

Al alborear del dia 28, el pueblo estaba aun desarmado, pero las armas estaban prontas; su actitud era grave y resuelta, y traslucíanse en su semblante el entusiasmo y la tristeza. Quiso Paris ante todo cumplir un acto de independencia, rompió el pacto con su rey, rasgó el escudo real, y desaparecieron de la ciudad todos los vestigios y todas las insignias de la monarquía. Los escudos de armas de los Borbones y los emblemas de las flores de lis fueron todos arrancados, rotos, pisoteados, atados á las ruedas de los carruajes, colgados de las cuerdas que sostenian los reverberos, y acribillados de balas. Apareció la bandera tricolor, y era imponente y curioso ver el ardoroso afan con que aquellos destructores de imágenes cumplian la obra de que se habian encargado. Haciase la ejecucion con órden y regularidad; iban delante algunos exploradores para tomar nota de todos los rótulos y emblemas sospechosos, y para intimar á los mercaderes que los quitasen. En los primeros pisos los albañiles y pintores destruian los blasones.

Por lo visto, la noche habia dado mayor exaltacion y fuerza á las ideas, y el pueblo queria ya todo lo que podia. La cuestion de personas se habia convertido en cuestion de cosas: ya nadie se paraba en los efectos, sino en destruir el poder capaz de imponer al pais hombres de tan mala voluntad. Aquella resolucion extremada era una consecuencia precisa de la longanimidad con que la nacion habia sobrellevado quince años de vejaciones. Habia querido tomarse tiempo suficiente para convencerse con pruebas repetidas de que la dinastía era hostil al pais, ántes de sacar la consecuencia de que era necesario cambiarla, para que con ella desapareciesen todos los males de que era causa. Así discurría el pueblo, el pueblo de las tiendas, el pueblo de los talleres; y esas ideas dominantes, quizás oscuras y vagas en los individuos, pero claras y fijas en la masa, combinadas en la inteligencia y la virtud nacional, dieron á las jornadas de julio su fisonomía tranquila, noble y majestuosa. Ellas fueron las que produjeron aquel órden, aquella regularidad, aquella armonía, y aquella tendencia comun de todos los movimientos y operaciones, que parecieron un prodigio. Bajo la influencia de una idea abstracta, la multitud sin gefes y sin direccion física, obró simultánea y unánimemente, como si hubiera sido dirigida por una sola voluntad poderosa y hábil. Procurarse armas para pelear, pelear hasta vencer, vencer para derribar á Cárlos X y su raza, hé aquí el objeto de la revolucion: el pueblo trabajó sin tregua y sin desviarse para conseguirlo, y se desdeñó de aplastar al paso á sus pequeños enemigos. Algunos quisieron quizás satisfacer sus pasiones privadas y sus particulares intereses; pero viéronse arrastrados á pesar suyo en el movimiento general: no hubo ninguna venganza particular, ninguna agresion aislada, ninguna tentativa contra los individuos; ni siquiera fueron atacados los ministerios; y si los hombres, á quienes perseguia el odio público, temblaron en su morada, fué sin ningun motivo y solamente por hábito.

Sin vocería, sin furor, cada ciudadano salió con las armas que habia podido proporcionarse. Fusiles, escopetas, pistolas, espadas, sables, picas, hachas, palos, piedras; jóvenes, viejos, niños, mugeres; banqueros: legistas, artesanos, estudiantes, jornaleros; ricos, pobres; vestidos suntuosos, harapos, uniformes: viejas banderas tricolores, otras nuevas; Lafayette deseado, gefes prometidos, la guardia nacional esperada; una idea fija, una resolucion incontrastable, un valor á toda prueba, brazos vigorosos, una inteligencia estimulada, una impaciencia de pelear y la certeza de vencer, tal era el ejército ciudadano diseminado en mil pelotones.

Los ministros, que empezaban á presentir la gravedad de las circunstancias, habian simplificado su posicion resignando todos sus derechos y deberes relativamente á Paris, y habian mandado retirar sus agentes. Paris no era ya para ellos una ciudad que debiesen administrar ni gobernar, sino una ciudad enemiga, una poblacion que debia ser ametrallada.

Pusiéronse pues en marcha las tropas en número de diez y ocho mil hombres, entre ellos mil ochocientos de caballería, con veinte y cuatro piezas de artillería, llevando á su frente al mariscal de Ragusa; pero no todas aquellas tropas se hallaban animadas de un mismo espíritu, pues los suizos, los gendarmes y los lanceros eran los únicos que mostraban ardor y decision. Las demas tropas de la guardia andaban tristes y silenciosas y en las de línea echábase de ver cuánto les repugnaba el servicio que se exigia de ellas; ya en el dia anterior algunas compañías del 5.° regimiento se habian negado á hacer fuego.

La insuficiencia del ejército, debilitado aun por las fuerzas que debia dejar en los cuarteles y en los cuerpos de guardia, se hizo evidente luego que la resistencia general obligó á concertar un plan de operaciones. Reconociendo entónces el duque de Ragusa la imposibilidad de ocupar militarmente toda la ciudad, hubo de prescindir de los arrabales y de los cuarteles distantes, para agolpar todas sus fuerzas contra el centro de la poblacion, y estableció un cordon de tropas alrededor de toda la parte de la ciudad comprendida entre los baluartes interiores, la calle de San Antonio, los pretiles de la márgen derecha, el Louvre, las Tullerías y la plaza de Luis XV. El cuartel general y la reserva se establecieron en el Carrousel; algunos destacamentos de suizos, de la guardia real y de granaderos de á caballo recorrian los pretiles para mantenerlos libres: los coraceros barrian los baluartes desde la Bastilla hasta la puerta de San Dionisio, y desde esta puerta hasta la calle de la paz circulaban lentamente los regimientos de línea entre la multitud, en medio de los gritos de *¡ Viva la carta! ¡viva la tropa de línea!* y de patrióticas y vehementes alocuciones. Su fidelidad veíase á cada paso comprometida, pues el 5.° regimiento habia fraternizado ya con el pueblo. Por último, algunos batallones de la guardia y dos



Digitized by Google

lugar al mismo t
bien el pueblo
venganza. A
de guardia
bomberos
multitud
se de vez
tinto de
las desca
fundo y
habian q
beros. L
noche b
por fuer
compon
casa qu
el seno
mañana
se entr
combat

Entre
za el n
da de l
rebato
tivas d
de un p
te apar
dad. Aq
los sal
sangre
laciego
saludab
to decla
do, y el
julio ha
vision
tropas.
ningun
duciénd
les y c
que cas

Al alb
do, per
y resue
mo y la
do inde
escudo
tigios y
de arm
lis fuer
las rue
sosteni
ció la b
ardoro
nes cu
ciase l
alguno
los y c
cadere
bañiles

Por
fuerza
dia. L
tion d
destru
tan n
una c
la nac
Habia
cerse
til al
co
do
el
ide
du

Digitized by Google



Revolucion de 1830.

Digitized by Google

piezas de artillería cubrian el ministerio de negocios extranjeros. Con semejantes disposiciones el duque de Ragusa mantenia en respeto á los arrabales; pero dejábales al mismo tiempo entera libertad para que organizasen su insurreccion, y se exponia á quedar cogido entre dos fuegos. Ni aun los cuarteles en que se habia establecido el cordon, quedadan mejor vigilados; pues las numerosas patrullas que de cuando en cuando atravesaban las principales calles, ni siquiera podian interrumpir los preparativos de defensa y ataque, en que los ciudadanos se estaban ocupando con afan. Aun ántes de empezar el combate aquellos diez y ocho mil hombres parecian ya perdidos en el seno de la vasta ciudad.

Á las nueve de la mañana estaban formándose las masas en todos los cuarteles. La casualidad, ó algunas relaciones de amistad, de vecindad ó de profesion, reunian á los individuos en torno de algun anciano militar, de algun jóven de cabeza entusiasta ó de alguna bandera tricolor. Esos batallones, casi sin armas, y que contaban apenas doscientos hombres cada uno, pusiéronse luego en movimiento sin direccion fija, sin objeto determinado: yendo, como quien dice, á la ventura: rendian alguna vez á las partidas de tropa poco numerosas que hallaban al paso, quitaban á los soldados sus armas y municiones, y marchaban luego con mayor fuerza y ardor en busca de una nueva conquista. Asi fué como ciento y cincuenta jornaleros inermes, pero llenos de energía moral y de vigor, desembocaron en la plaza del Chatelet, se apoderaron en un instante del cuerpo de guardia de los gendarmes, repartiéronse sus fusiles, y se dirigieron en seguida á la Casa de la Ciudad y se apoderaron de ella.

El duque de Ragusa conoció luego cuán importante era recobrar una posicion tan fuerte y desvanecer de golpe la confianza y exaltacion públicas, por lo que hizo marchar contra la Casa de la Ciudad algunos regimientos suizos, de la guardia y de la gendarmería, un escuadron de coraceros y lanceros y cuatro piezas de artillería, mientras que un regimiento de línea desfilaba por los pretiles de la ribera izquierda, para cubrir los flancos de la columna de ataque, que hubiera podido ser molestada por los insurgentes de los arrabales.

Entretanto acudia el pueblo en tropel á la Casa de la Ciudad y fortificaba la plaza; emboscábanse tiradores en las calles y en las casas, cuyas ventanas se parapetaban; improvisábanse barricadas móviles; llegaban municiones de boca y guerra, y organizábase la defensa con un ardor, inteligencia y método asombrosos.

Al ver la acogida que se le daba, y de qué modo aquellos hombres, que no habian sentido nunca el olor de la pólvora, recibian las balas, la guardia hubiera podido creer que bajo cada uno de aquellos vestidos de paisano, habia un veterano de Austerlitz ó de Marengo; y efectivamente el fuego que hacian aquellos ciudadanos, podia rivalizar por lo regular y bien sostenido con el de las mejores tropas de Europa. Al oir de lejos las descargas, difícil era adivinar de qué parte salian: eran dos ejércitos hábiles y valerosos que trababan la pelea segun los principios del arte y en toda regla.

De improviso vióse tremolar en las torres de Nuestra Señora una bandera tricolor, y la lúgubre campana, mezclando su voz al estampido del cañon, llamaba á los ciudadanos á la defensa de la Casa de la Ciudad. Llegaban á cada instante refuerzos á los patriotas por las calles y á las tropas por los pretiles, pues poco á poco se iba generalizando la batalla por todo lo largo del Sena.

Los arrabales de la márgen izquierda, que habian quedado abandonados á sí mismos, se habian tambien insurreccionado; y la guardia nacional que habia podido organizarse allí con mayor afan y regularidad que en ningun otro punto, las escuelas de derecho y de medicina, y la escuela politécnica, licenciada imprudentemente, habian reunido bajo sus banderas á los jornaleros y artesanos. Apoderáronse de la Abadía, del cuartel de los gendarmes de la calle de Tournon, del Museo de artillería, de la plaza de Santo Tomás de Aquino, y de todos los puestos de poca fuerza, con cuyos despojos armaron á los patriotas. No quedándoles ya que hacer en los arrabales, desembocaron en los pretiles, y desde la Greve hasta las Tullerías una línea de fuego indicó el curso del Sena.

Algunos disparos de artillería y cargas de caballería barrian el puente Nuevo y el de Nuestra Señora; pero la posesion del puente colgante de la Greve fué disputada con encarnizamiento. Repetidas veces las tropas reales y los ciudadanos se embistieron en él á la bayoneta. Asi duró el combate hasta las diez de la noche sin interrupcion en toda la longitud de los pretiles. La plaza de la Greve y la Casa de la Ciudad, que fueron tomadas y recobradas infinitas veces, fueron testigo de heróicas proezas.

La calle de S. Antonio formaba una serie de desfiladero formidables, semejantes á los que la naturaleza nos ofrece en las montañas. Mas lejos, hácia los baluartes, habia tambien algunas escaramuzas. Estimulados por los cañonazos y el toque de rebato, los ciudadanos, impacientes por la inaccion de las tropas, arremetian contra los destacamentos con que tropezaban. Á la bayoneta, con sable ó con palos, no tenian reparo en cargar á los coraceros, los cuales fueron muchas veces rotos y dispersados, y entónces los vencedores, montando en sus caballos, formaban una caballería extraña y de terrible aspecto. Las puertas de San Dionisio y San Martin parecian fortalezas de la edad media, pues en su cima, adornada con los tres colores, veíanse amontonados proyectiles de todas clases. Causaba espanto el ver todos aquellos pedruzcos y maderos, que, arrastrados á fuerza de brazos y puestos en equilibrio, estaban amenazando á cincuenta pasos alrededor.

Los cuarteles del interior se conservaban aun pacíficos, pero aguardaban el momento oportuno, y se estaban preparando para una resistencia desesperada: entretanto poníanse en estado de defensa las calles y casas, salian algunos guardias nacionales armados y con su uniforme, y la multitud los recibia con aplausos, gritando: ¡Viva la carta! ¡Viva la guardia nacional!

Á eso de las dos el duque de Ragusa, á quien se echaba en cara su larga inaccion, estaba ordenando un ataque general. Segun la direccion que tomaron los diferentes cuerpos parecíó que el plan del mariscal fué el probar un esfuerzo decisivo contra la Casa de la Ciudad, restableciendo su línea de operaciones cortadas en diferentes puntos de los baluartes y de la calle de San Antonio, y en la plaza de la Greve. Algunos centenares de suizos salieron del Louvre y se metieron en las calles de Fossés-Saint-Germain y de Roule; otro destacamento siguió la calle de San Honorato hácia el mercado de los Inocentes y la calle de los Lombardos: el general Wall, á la cabeza de un cuerpo numeroso, ocupó la plaza de las Victorias, destacando fuertes patrullas por las calles de Montmartre, Montorgueil y Coquillere, y por último el general Saint-Chamans condujo una fuerte columna hácia los baluartes; pero todos estos ataques simultáneos tuvieron el mismo resultado desgraciado.

La victoria de los parisienses fué completa, pues al terminar esta jornada las tropas reales no conservaban mas que el Louvre, el Palacio Real, las Tullerías, la plaza de Vendoma, el baluarte de la Magdalena y el arrabal de San Honorato; y maniobraban ya para cubrir á Saint-Cloud. Hasta media noche millares de tiradores las molestaron en sus posiciones, y hasta la misma hora la campana de todas las parroquias llamó á las armas para el dia siguiente.

Entretanto Carlos X estaba jugando en Saint-Cloud una partida de whist.

Al alborear del dia 29 de julio, presentáronse otra vez los tiradores alrededor del Louvre, de las Tullerías y del Palacio Real; tronó de nuevo el cañon y oyóse otra vez la campana. Poco á poco los suizos que ocupaban las inmediaciones del Louvre fueron rechazados hasta dentro del palacio, y habiendo tomado una fuerte posicion detrás de las colunas y ventanas, principiaron un mortífero tiroteo. Sin embargo los parisienses embistieron la

Digitized by Google

En el interior supo grangearse la estimacion de los generales de mas talento y de mas prestigio entre el ejército. Si Lannes, si Lasalle, y los demas generales del imperio viviesen todavía, serian sus amigos. En la marina creó la dignidad de almirante, y elevó á ella al intrépido Duperré, y á Truguet. El primero habia mandado las escuadras de la restauracion, y habia contribuido mas que nadie á la toma de Argel. El segundo habia prestado á la marina francesa los mas brillantes servicios, sabiendo impedir en 1814 y en 1815 que los ingleses, ávidos de destruccion, se cebasen en ella y la anonadasen. Para adelantar en el ejército y en la marina, los méritos contraidos ante la gloria de la Francia fueron lo único valedero, ya sea que datasen del imperio ó de la restauracion. El ejército se mantuvo adicto á las banderas de la Francia, sin que en él pudiesen abrir brecha las sujestiones de los partidos; así conservó su unidad indispensable, y por él se salvó la revolucion, y se afianzó la nueva dinastía. Y si á esto se añade el sacrificio de su misma sangre hecho por Luis Felipe á la Francia, enviando sus hijos á los peligros de la guerra en el suelo africano, y á los de los elementos en medio de los mares, se concebirá fácilmente el entusiasmo de que él y su familia fueron desde luego objeto entre la milicia francesa. La ocupacion de Ancona, y la toma de Amberes, rehabilitaron el honor francés en Italia, y en las márgenes del Rin; la fuerza pública perteneció al monarca, y el gobierno quedó robustecido. En vano se agitaron entónces los partidos extremos para revolver el reino; en vano la Vendea dió el grito de alarma, tan pronto oido como sofocado; en vano la democracia pura sublevó á Lyon, y ensangrentó las calles de la capital, para probar su impotencia; en vano por último el despecho recurrió al regicidio por medio del asesinato: el retroceso fué vencido, la anarquía domada, y la Providencia salvó muchas veces casi milagrosamente del plomo homicida al que en sus inescrutables decretos habia elegido para probar que puede ser regida pacífica y liberalmente la nacion mas belicosa y mas inconstante.

En el exterior fué obra suya la alianza que separó á la Inglaterra de las tres grandes potencias del continente. Sin esta separacion, la revolucion de 1830 hubiera sucumbido. Aquella alianza dió por resultado inmediato la creacion del reino de Bélgica, antemural precioso para la Francia.

La restauracion habia legado á Luis Felipe la conquista de Argel, casi reducida al casco de aquella antigua guarida de piratas. Por el honor de la Francia era preciso no abandonar una conquista que daba aliciente al ardor guerrero, facilitaba el adelanto en la milicia, y hacia, aunque remotamente, presagiar el establecimiento de una útil colonia. La guerra se sostuvo, pues, con vario suceso, porque la Francia halló en Abd-el-Kader un contrario digno de ella: pero, apesar de los esfuerzos del héroe del desierto, la Francia de julio ha ido ensanchando la conquista de la restauracion, y puede decirse que posee los principales graneros de Roma en los dias de su mayor pujanza.

En 1836, los campos africanos fueron testigos de una accion de guerra memorable que llevó la consternacion en medio de las filas de los árabes. Tal fué el combate del Sickak en que un general francés, Bugeaud, supo alucinar á Abd-el-Kader y derrotarle completamente, cuando él le creia ya en su poder. Desde entónces ha continuado ilustrándose cada dia mas Bugeaud por la constancia con que ha sabido seguir el sistema de guerra que adoptó, desplegando distintas veces en su ejecucion los recursos que solo al genio le es dado encontrar.

El 18 de octubre de 1837 fué ganada por asalto Constantina, dirigiendo en persona las columnas de ataque el duque de Nemours. La defensa fué obstinada: el fanatismo africano habia llegado á su colmo; sabian los árabes que recientemente habia muerto en el campo de batalla el general Damremont, gobernador de la Argelia, y creian que algunas horas mas de resistencia obligarian á los franceses á levantar el sitio. Sin embargo, los mismos obstáculos enardecieron el valor del príncipe de Nemours y de sus tropas, y palmo á palmo fué ganada la segunda poblacion de la Argelia.

Hacia tiempo que la Francia reclamaba del gobierno mejicano varias satisfacciones por una multitud de violencias de que habian sido víctimas los franceses residentes en aquella naciente república. Por último en 1838 envió allá Luis Felipe una escuadra compuesta de tres fragatas, dos bombardas, y una corbeta mandada por el tercero de sus mismos hijos, el príncipe de Joinville. El 27 de noviembre embistió la escuadra el fuerte de San Juan de Ulloa, hasta entónces reputado inespugnable, y en ménos de ocho horas de un fuego mortífero y destructor, que hizo volar todos los repuestos de pólvora de aquella fortaleza, capituló la guarnicion, y á poco la plaza de Veracruz. La Europa quedó absorta al oir esta novedad. La marina francesa se llenó de entusiasmo, y el príncipe real, que habia asistido y tomado parte gloriosa en la lid, se hizo desde aquel dia el ídolo de los franceses.

No bien los hijos de Luis Felipe completaban su educacion en los colegios, cuando iban ya á recibir el bautismo de sangre en la lid contra los enemigos de la Francia. En 1840 le recibió otro de los príncipes, el duque de Aumale, en Affroum. Pasó á África como ayudante del duque de Orleans, su hermano mayor, y en una acometida contra los árabes no pudo contener su ardor, y poniéndose á la cabeza de su regimiento dió una carga brillantísima que desordenó y puso en precipitada fuga á los enemigos.

En 1840 acabó de popularizar en Francia á Luis Felipe el haber dado sepultura en los Inválidos á los restos de Napoleon.

Pero, así como los astros al llegar al punto mas alto de su órbita, dan principio á su descenso, del mismo modo el año de 1840 fué para Luis Felipe el complemento de su fortuna, y el principio de su desgracia. Por no querer adoptar los planes atrevidos del ministro inglés lord Palmerston, respecto á una intervencion anglo-francesa para arreglar las diferencias entre el sultan de Constantinopla y el bajá de Egipto, amostazado aquel diplomático con la negativa entró en convenio con Austria, Rusia y Prusia para poner fin á aquella contienda: de repente pues supo la Francia que la habian eliminado de los consejos europeos, y que ya no la contaban entre las grandes potencias. Luis Felipe pudo disimular el insulto; pero el pueblo francés sintió vivamente la afrenta. En vano Guizot, que subió al ministerio, se esforzó en reanudar la alianza rota con la Inglaterra: el espíritu público llamaba á este sistema de contemporizacion el de las bajezas. En vano recobró en 1843 la influencia perdida en España; en vano en 1844 impuso imperiosamente la paz al imperio de Marruecos; en vano obtuvo de la misma reina de Inglaterra que visitase al monarca francés en uno de sus palacios: la opinion se declaraba cada dia con mas fuerza contra un sistema de gobierno que no habia sabido hacerse respetar de las demas potencias, impidiendo el ultraje de 1840. La desgraciada muerte del duque de Orleans acaecida en 1842 habia además rodeado á la corona de todos los temores á que la esponia el peligro inminente de una próxima regencia. Pensó Luis Felipe que daria mas estabilidad á su dinastía por medio del matrimonio de uno de sus hijos con la infanta de España; pero los franceses creyeron ver en este enlace los intereses de la raza, y nó los de la nacion; y, uniéndose á estas circunstancias la acusacion contra el ministerio, de que tendia á contrariar el movimiento reformador que se declaraba en Italia, resultó que la oposicion anduvo creciendo en fuerza y en audacia, á medida que iba aumentándose el general descontento; y por fin estalló un rompimiento. «El ministerio francés, dice un autor contemporaneo, condenando en 1848 con sobras de aspereza los banquetes públicos, hirió en lo mas vivo el pundonor de los mas famosos diputados de la oposicion, que á ellos habian asistido. Tendremos un banquete en Paris, dicen. No tal,

Digitized by Google



Revolucion de 1848.

Digitized by Google

os lo prohibo, responde el ministerio. Y por tan leve cosa se juegan los destinos de la Francia. La oposicion abandona el parlamento y se hace fuerte en las calles. Tres dias duró tambien la batalla, como en el año 30. En el primero, dia 22 de febrero, obtiene ventajas el poder. En el segundo, dia 23, bambolea; crecen sus contrarios en número, en obstinacion, y en audacia; la guardia nacional

un presidente elegido por sufragio universal. Pero, si no llegase en las elecciones á obtener ningun candidato por lo ménos dos millones de votos, entónces la asamblea elegirá el presidente de entre los cinco que hayan obtenido mayor número de votos. En general el espiritu de moderacion preside á los actos de la nueva república.

primeras las que res. Los s Napo- do Luis lolanda. nanecer ieue al- los me-

lividida lda lue- do de- riegos, ita que partes le tras- stos se ue re- algu- choque n puso lucha la una, ménos iacion npera- le una

Pipino, á Ber- l pri- impe- de su Aso- ue se dero- na, ni

Luis enos, lo de uta- ania, pro- ilado elec- ó de uese l rey narlo obe- del , le y de ante

ca. dida logró se lo, los part

blevaron la mayor parte de los barrios de Paris, y sostuvieron por espacio de cuatro dias una sangrienta batalla contra el general Cavaignac en quien la asamblea habia concentrado el poder ejecutivo para comprimirlos. Durante cuatro meses fué preciso apelar al estado de sitio para contener á los comunistas, mientras la asamblea discutia la nueva constitucion que iba á dar á la Francia. Ésta consagra el principio de una sola cámara, y de

un interregno que se siguió, por la muerte de los dos competidores, viéndose muchos señores sin dueño, se apropiaron sus gobiernos, y se mantuvieron en ellos con el auxilio de los sarracenos, con quienes la mayor parte hizo alianza para resistir á Cárlos el *Gordo*, heredero de Luis el de Alemania su tio, y de Carloman su padre. Este príncipe, llamado tambien al trono de Francia, reunió bajo su cetro todos los estados de Carlo Magno, y los

Digitized by Google



se lo prohibe, responde el ministerio. Y por tan leve cosa se juegan los destinos de la Francia. La oposicion abandona el parlamento y se hace fuerte en las calles. Tres dias duró tambien la batalla, como en el año 30. En el primero, dia 22 de febrero, obtiene ventajas el poder. En el segundo, dia 23, bambolea; crecen sus contrarios en número, en obstinacion, y en audacia; la guardia nacional no obedece; el ejército vacila, dudando si se batirá por un banquete mas ó ménos; el ministerio dimite sus carteras pusilánime en lo mas empeñado de la lid, y la Francia queda sin gobierno; va á nombrarse un nuevo gabinete: la oposicion triunfa. En la noche del 23, regocijadas las masas, llevando banderas tricolores, recorrian las calles de aquella ciudad inmensa, que á sus clamores aparecian repentinamente iluminadas. Un grupo de unos 300 hombres acertó á desembocar la esquina de la calle de «Capucines» en donde está situado el palacio del ministerio de negocios extranjeros, guardado entónces por una respetable fuerza del ejército. Su comandante, al ver aquel grupo que se adelantaba con bandera desplegada, y al oir su confusa y amenazadora griteria, parecióle ser aquello una agresion hostil contra la morada que debia proteger, y mandó disparar sobre el pueblo. Estudiad, filósofos, las causas de las ruinas de los imperios: buscad documentos, inquirid noticias, investigad lecturas; ¿qué encontrareis? ilusiones, y un nada; de la firmeza en una sola piedra depende acaso la conservacion de un inmenso edificio, algunas varas de un dique salvan la Holanda de una inundacion completa. Estudiad, pues, porque se desploman los palacios, y porque las civilizaciones se levantan y se abisman. Aquella descarga imprudente derriba una monarquía. Veinte personas del grupo cayeron bañadas en sangre; los demas huyeron, dando alaridos de furor y de venganza, y sembrando por todas partes la exaltacion y el encono. Aquella noticia fatal cunde y se propaga con la rapidez del relámpago, abultada, exajerada, pintada como una emboscada traidora contra el pueblo dispuesta. Los mas pacíficos ciudadanos salen á la calle armados, se expresan con calor y vehemencia, se emplean en formar barricadas, y juran defenderlas hasta obtener justicia. Al amanecer del dia 24 el aspecto de Paris presagiaba una espantosa tormenta. Abandónanse las barricadas para tomar la ofensiva. En vano corre la voz de que el rey ha elegido un gabinete popular: la regia morada es acometida, tomada y devastada. En vano el monarca abdica en favor de su nieto el conde de Paris, á quien su animosa madre lleva de la mano hasta el seno de la representacion nacional; la cámara de los diputados es invadida por el pueblo triunfante. La dinastía fugitiva ha de ir á mendigar un asilo al suelo extranjero. La revolucion, pasando por encima de los diputados y de la guardia nacional, que la habian promovido, dejólos trás de sí á una distancia inmensa; de suerte que al querer apellidar victoria se sintieron anulados, y á viva fuerza impelidos por una corriente irresistible. Algunos de ellos, hombres de grande aliento, dando á su voz y á su exaltacion unas proporciones colosales, consiguieron sacar del cataclismo un gobierno provisional.

Éste proclamó la república, y tomando por base la eleccion por sufragio universal, convocó una asamblea que en 4 de mayo aclamó por unanimidad aquel régimen de gobierno. Esta nueva revolucion, tan trascendental para la Europa, ha tenido que sostener ya luchas interiores encarnizadas. Á los diez dias fué invadida la asamblea por los comunistas, y á duras penas logro ser restablecido el órden. En los ultimos dias de julio, los partidarios del comunismo ó república social, sublevaron la mayor parte de los barrios de Paris, y sostuvieron por espacio de cuatro dias una sangrienta batalla contra el general Cavaignac en quien la asamblea habia concentrado el poder ejecutivo para comprimirlos. Durante cuatro meses fué preciso apelar al estado de sitio para contener á los comunistas, mientras la asamblea discutia la nueva constitucion que iba á dar á la Francia. Ésta consagra el principio de una sola cámara, y de un presidente elegido por sufragio universal. Pero, si no llegase en las elecciones á obtener ningun candidato por lo ménos dos millones de votos, entónces la asamblea elegirá al presidente de entre los cinco que hayan obtenido mayor número de votos. En general el espíritu de moderacion preside á los actos de la nueva república. En 10 de diciembre de 1848 tuvieron lugar las primeras elecciones para presidente de la república, en las que tomaron parte siete millones y medio de electores. Los cinco millones y medio votaron en favor de Luis Napoleon Bonaparte, sobrino del emperador, é hijo de Luis Bonaparte que desde 1806 hasta 1810 fué rey de Holanda. Fué instalado, pues, en la presidencia para permanecer en ella hasta mayo de 1852, si interin no sobreviene algun acontecimiento de los muchos que trastornan los mejores cálculos humanos.

ITALIA.

La Italia, que en los tiempos remotos estuvo dividida en diferentes estados cuyo origen se ignora, reunida luego por los romanos en un cuerpo de imperio, cuando decayó éste, la dividieron entre sí los emperadores griegos, los lombardos, los francos y otros pueblos, hasta que Carlo Magno, reuniendo bajo de su cetro aquellas partes incoherentes, formó como los romanos un todo que trasmitió á sus descendientes. Por la debilidad de éstos se reprodujo la semilla de la desmembracion, de que resultaron principados, reinos y repúblicas. Decian algunos filósofos, que, al salir el mundo del caos, el choque de los elementos fué el que despues de la confusion puso cada parte en su lugar; y de este modo en Italia la lucha de las potencias confundió todos los derechos; y cada una, segun era mas fuerte ó mas diestra, se hizo mas ó ménos independiente. Compusieron luego todas una asociacion bajo de una cabeza, á la cual dieron el título de emperador; pero mientras pudieron no la dejaron mas que una autoridad precaria y muy limitada.

Carlo Magno hizo reconocer por rey de Italia á Pipino, su hijo mayor, en 787, y despues de su muerte á Bernardo, hijo de Pipino. Este príncipe, como hijo del primogénito, aspiró, muerto su abuelo, á la corona imperial. Luis el *Débil*, que la poseia por el testamento de su padre, venció á su sobrino, y le hizo sacar los ojos. Asoció en vida al imperio á su hijo mayor Lotario, que se coronó en Roma. Los papas, aunque ya ricos y poderosos, no usaban del derecho de soberanía, ni en Roma, ni en sus posesiones.

Hizo Lotario coronar rey de Lombardía á su hijo Luis en 844. Por entónces saqueaban la Italia los sarracenos, venidos de España por los Alpes. Tuvo Luis el título de emperador; y muerto éste sin hijos varones se disputaron este título sus dos sobrinos, Luis, rey de Alemania, y Cárlos el *Calvo*, rey de Francia. Venció éste con la proteccion de Gregorio IV; y el pontífice, aunque solicitado por los señores italianos á concurrir con ellos en la eleccion del emperador, y para que fuese uno de éstos, ó de su pais, quiso mas, si habia de tener señor, que fuese un príncipe distante, y manejó los votos á favor del rey de Francia, con lo cual consiguió de Cárlos, al coronarle en 876, derechos en Roma, que se acercaban al de soberanía; pero con las trabas de un senado dependiente del emperador. Á Cárlos el *Calvo*, á pesar de su título, le disputó la autoridad en Italia Carloman su primo, rey de Baviera, y hermano de Luis el de Alemania. Durante un interregno que se siguió, por la muerte de los dos competidores, viéndose muchos señores sin dueño, se apropiaron sus gobiernos, y se mantuvieron en ellos con el auxilio de los sarracenos, con quienes la mayor parte hizo alianza para resistir á Cárlos el *Gordo*, heredero de Luis el de Alemania su tio, y de Carloman su padre. Este príncipe, llamado tambien al trono de Francia, reunió bajo su cetro todos los estados de Carlo Magno, y los

Digitized by Google

perdió por su incapacidad. En él cesó la dominacion masculina de Carlo Magno en Italia.

Tenian los italianos entre ellos dos príncipes descendientes de Carlo Magno por hembra, Guido, duque de Espoleto, y Berenguer, duque de Frioul. Apenas puede verse vida mas contrariada que la de este último. Berenguer desde luego fué reconocido único rey de Italia: porque Guido, su competidor, segun un convenio que hicieron entre sí, debia procurarse con su auxilio la corona de Francia; pero, no habiéndola conseguido, volvió contra Berenguer, le destronó, y fué coronado por Estéfano V; y para sostenerse contra Berenguer, que no abandonaba el partido, llamó en su socorro á Arnaldo, rey de Alemania, y murió en el transcurso de estos sucesos. Arnaldo, de auxiliar que era, se convirtió en competidor de Berenguer, se hizo consagrar emperador; pero cayó enfermo, y volvió á Alemania. Esta desercion dió la ventaja á Berenguer, y volvió á tomar la superioridad. Los señores italianos, que le habian abandonado por temor de que los castigase, le opusieron á Luis, rey de Arlés, que arrojó de Italia á Berenguer; pero volvió éste, venció á su rival, y le hizo sacar los ojos. Éste fué el único acto de crueldad con que se le pudo dar en rostro. Al fin le coronaron emperador en 916. Los señores italianos le suscitaron un enemigo nuevo en la persona de Rodulfo, rey de Borgoña, el cual derrotó á Berenguer; pero éste se desquitó. Despues de tantas vicisitudes, se veia en vísperas de alejar para siempre á su competidor, y de gozar algun reposo, cuando le asesinó un perverso, á quien acababa de perdonar un delito.

Se sublevó la Italia contra Rodulfo, y llamó á Hugo, conde de Provenza: pero el borgoñon y el provenzal se concordaron, quedando la Italia de este último, á pesar de una irrupcion de Arnaldo duque de Baviera, llamado tambien por los italianos malcontentos. Se declaró pretendiente Berenguer, nieto del emperador de este nombre, y queriendo Hugo hacerle asesinar, huyó de la emboscada; pero no se libró de la suerte de las armas, que le fué contraria. Viéndose vencido se salvó en la corte de su pariente Othon, rey de Alemania, llamado el *Grande*, y volvió á Italia con algunas tropas que el aleman le dió. La abandonó Hugo, y se retiró á su provincia. Dejó este un hijo llamado Lotario II, á quien dieron la corona los italianos; pero no vivió este príncipe mas que dos años, y se dice que Berenguer le dió veneno. Con el fin de reunir todos los derechos en su favor, quiso obligar á Adelaida, viuda de Lotario, á que diese la mano á Adalberto su hijo; y resistiéndose la princesa la pusieron en prision, pero se salvó en la corte de Othon el *Grande*. Éste la hizo casar con su hijo, declarándole rey de Italia, con el permiso, medio voluntario y medio forzado, de Berenguer, el cual asistió á la coronacion. Por entónces estaba aquel infeliz pais saqueado por los húngaros, y era objeto de todas las asolaciones de las guerras civiles, causadas por los que concurrian con todos estos competidores.

Roma Religiosa

EL PAPA COMO SEÑOR TEMPORAL.—Á los últimos del siglo X ya habia en Roma dos dominaciones muy distintas, la de los emperadores, que titubeaba, y la de los papas, que se iban asegurando en el dominio temporal en concepto de soberanos de Roma, sustituida en ellos la autoridad de los exarcos de Ravena, tenientes de los emperadores griegos, y la de los reyes de Lombardía.

Othon dió al papa Juan XII varios dominios cuando se coronó: retuvo el derecho de remediar los desórdenes que pudiesen suceder en Roma si el papa no los corregia; pero, aunque hubo algunos pontífices descuidados, envió siempre la Providencia papas, cuyas virtudes consolaron á la Iglesia, é hicieron respetar en ellos la autoridad temporal que tenian. Hubo diferencias muy pesadas entre el emperador Othon y Juan XIII. Se rebelaron los romanos contra Juan XIV, y Othon protegió al sumo pontífice. Una conspiracion encerró á Benedicto VII en el castillo de San Angelo, y el partido que pretendia restablecer la antigua república, le quitó allí la vida. Entre tanto el partido contrario habia elegido al anti-papa Bonifacio, el cual, como no podia sostenerse contra Juan XIV, tomó de los tesoros de la Iglesia cuanto pudo, y se pasó á Constantinopla. Con estas riquezas se adquirió el anti-papa amigos que le proporcionaron volver á Roma cuando ya habia muerto Juan XIV, y se vengó en Juan XV, verdadero sucesor en la silla de san Pedro, encerrándole y matándole de hambre. Durante estas mutaciones, ya el trono imperial habia pasado de Othon I á Othon II su hijo, y aun á Othon III su nieto. Á Gregorio V, sucesor de Juan XV, le opusieron un anti-papa, que por algunas veces le han citado como verdadero papa con el nombre de Juan XVI; y ha dado ocasion para que se confundan en la cronología del órden y clase en que deben contarse los Juanes que se siguieron. Á Gregorio V le siguió Silvestre II. Siendo éste pontífice murió Othon III, príncipe muy devoto, que se firmaba, *servidor de los Apóstoles*; por lo cual los romanos reconocieron al emperador por defensor de la Iglesia; y Benedicto VIII, quinto sucesor de Silvestre, despues de Juan XVII, Juan XVIII y Sergio IV, consiguió que Enrique, sucesor y pariente de Othon, jurase sin dificultad que seria el defensor de la corte de Roma, fiel al papa y á sus sucesores. Este Enrique está en el catálogo de los santos. Éste era el estado de los papas, respecto de los emperadores, por los años de 985 hasta 1012.

Murieron el papa y el emperador casi á un mismo tiempo. Al pontífice sucedió Juan XIX. Los italianos, que quisieran sacudir el yugo aleman, no pudieron ponerse de acuerdo en la eleccion de un emperador de su pais, y vinieron á someterse á Conrado II, llamado el *Germánico*, de la casa de Franconia, que dió cuatro emperadores. Continuaron en llamarse emperadores romanos, aunque apenas poseian en Roma sino el derecho de recibir allí la corona, y así la puso Juan XIX en la cabeza de Conrado. Hizo este príncipe muchos viajes á Italia, y siempre con ejércitos, en lo que le imitaron sus sucesores; y esto persuade que la sumision de los italianos no era muy voluntaria.

Enrique III, llamado el *Negro*, se vió, como su padre Conrado, precisado á sugetarlos á la obediencia. Durante su reinado hubo papas que se retiraron por sí mismos, y otros á quienes hicieron retirar: pero vino despues Leon IX, cuyas virtudes ilustraron la Iglesia romana, y la restituyeron la hermosura obscurecida con la confusion anterior. Este pontífice hizo un viaje á Alemania con el fin de conseguir socorro contra los normandos que infestaban la Italia. Derrotaron los normandos, por mal disciplinado, el ejército que le habian dado los alemanes. Durante su camino, por no haberle admitido en una ciudad donde queria refugiarse, se entregó Leon á los vencedores, y le recibieron y trataron con respeto. Se firmó la paz; y aunque, atendiendo á la fuerza de las armas, mas la necesitaba él que los normandos, la tuvieron éstos por un acto de beneficencia. Les hizo con este motivo la gracia de recibirlos en el número de los vasallos de san Pedro, y de erigir en feudo, dependiente de la Iglesia romana, todo lo que ya poseian, y las conquistas que pudiesen hacer en Calabria y en Sicilia.

Como en las elecciones de los obispos, nombrados por el clero y el pueblo, y en los que presentan los príncipes, suele mezclarse la simonía, que hace inhábil al simoníaco, para gozar la dignidad, Ildebrando, que despues se llamó Gregorio VII, declaró que no eran legítimos obispos aquellos que no tuviesen la aprobacion del papa. De aquí provienen las bulas de los sumos pontífices, que absuelven á los obispos nuevamente electos de los impedimentos ó abusos que pudo haber en su eleccion; bien que nada de esto se observa en la eleccion del nuevo pontífice, como que es cabeza visible de la Iglesia, y no reconoce quien pueda declarar sobre la legitimidad de su eleccion. Pero, de esta misma circunstancia abusaron

Digitized by Google

los ministros del emperador Enrique IV, y asi lo aconsejaron que le negase su consentimiento; lo cual no tuvo efecto alguno. Aunque Gregorio VII se reconoció cabeza de la Iglesia é independiente, no fué, dicen los historiadores desinteresados, por miras de ambicion, sino por el grande deseo de purificar la Iglesia de los vicios que en su tiempo la infestaban. Se habia criado en la mas regular disciplina monástica, y se habia distinguido en sus estudios; no se le conocia vicio alguno, sino lo era la fortaleza en defender los derehos de la Iglesia. Es verdad que depuso á Enrique IV por inobediente, y que absolvió á sus vasallos del juramento, pero, como dicen los mejores historiadores eclesiásticos, solo hubo error en el hecho porque en su tiempo todos juzgaban por los mismos principios que él, y asi era general preocupacion no distinguir entre la potestad temporal y la espiritual: de no distinguirlas provino la persuasion de que podia deponer á los príncipes refractarios á sus órdenes. Envió Gregorio VII á España un legado con el encargo de reformar los abusos, y de pedir que todos los paises que fuesen conquistados á los moros fuesen tenidos por feudos de la Iglesia romana, alegando para esto que ántes de la invasion de los infieles se habia hecho la España tributaria de la Iglesia. Pretendió que los príncipes le ayudasen contra todos los que se atreviesen á las regalías de san Pedro. Halló contradiccion en Alemania por la oposicion que habia entre Gregorio VII y Enrique IV, y la principal causa de sus querellas era el derecho de investidura; esto es, el de poner á los prelados en posesion de sus temporalidades, lo que se hacia con una ceremonia, en la cual el emperador daba á los abades, obispos y otros prelados, el báculo y el anillo, y ellos hacian homenage de las tierras afectas á su prelatura. El papa pretendia que esto en el emperador era arrogarse la potestad espiritual. El emperador sostenia que él no hacia otra cosa que conceder al nuevo prelado el uso del bien temporal. Sobre esto se derramó mucha sangre, y la discordia encendió su fuego en los padres contra los hijos.

Quien favoreció mucho al zeloso defensor de la Iglesia Gregorio VII fué la condesa Matilde, y en prueba de su zelo, esta princesa, que poseia casi todo el centro de la Italia, dió muchas de sus tierras á la Iglesia romana, y la hizo homenage de todo lo demás. Se quejaba el emperador de que en esto se le perjudicaba, porque muerta esta señora debian volver sus feudos al imperio; pero aqui debe advertirse que cuanto murmuran los hereges y otros historiadores malignos en las acciones de la condesa Matilde, no tiene el menor fundamento, y supone en ellos poco conocimiento de lo que puede la piedad en una señora entregada á la devocion.

Victor y Urbano, sucesores de Gregorio, sostuvieron las diferencias sobre las investiduras. Pascual II partió la diferencia, y convinieron el emperador y el pontífice en que el príncipe no volveria á dar el báculo ni el anillo, por ser tipos ó figuras de la autoridad espiritual, sino que los prelados harian homenages de sus tierras. Aunque sintieron esto los romanos, el emperador impuso la ley á los que querian estorbar al papa que ratificase el tratado; y de este modo satisfizo Pascual II á su obligacion, y coronó a Enrique V.

Cuando se vieron los romanos sin el emperador, citaron al papa delante de un concilio, que se juntó en la Iglesia de san Juan de Letran en 1112, y de grado ó por fuerza dijo: «Que le habian precisado á conceder á Enrique lo que estaba por escrito,» y ofreció hacer dimision si le parecia al concilio; y, á la verdad, mejor hubiera sido esta resolucion que la de escomulgar al emperador; pues de este modo le sucedió lo que á aquellos hombres que ni agradan á un partido ni á otro. Enrique V conquistó amigos en la nobleza de Roma; nombró un anti-papa, que fué Burdino, arzobispo de Braga; se coronó segunda vez, y se apoderó de los estados de la condesa Matilde despues de su muerte. El pontífice Pascual II anduvo por algun tiempo fugitivo y errante, y el emperador atacó en persona á los rebeldes de Roma, y murió por haberse sofocado con este motivo.

No permitiendo tardanza las circunstancias de aquel tiempo, eligieron á Gelasio II. Mucho sintió el emperador eleccion tan apresurada, porque quisiera colocar á su anti-papa Burdino, y no renunció á este proyecto á pesar de la legítima eleccion. Tomó pues Burdino el nombre de Gregorio VII; se escomulgaron los dos rivales, y el anti-papa se mantuvo en Italia protegido del emperador. Gelasio se refugió en Francia: murió allí, y los mismos cardenales eligieron á Guido, arzobispo de Viena, con el nombre de Calisto II. Era éste un hombre naturalmente moderado, y no obstante hubo querellas entre él y el emperador. La de las investiduras se debia terminar en un concilio que se celebraba en Reims. Supo el papa que iba Enrique á sostener su proyecto con treinta mil hombres, y le escomulgó. Quedó el asunto indeciso; pero se concluyó la paz entre el sacerdocio y el imperio en el concilio de Bown, en presencia de tres cardenales legados enviados por Calisto.

Se obligó el emperador por escrito á renunciar la investidura con respecto al báculo, y al anillo, ó conceder á todas las Iglesias del imperio las elecciones canónicas, y á restituir todos los dominios usurpados. Tambien se conformó el papa por escrito á que las elecciones de los obispos y abades de Alemania se hiciesen en presencia del emperador ó de sus comisionados; y que en caso de diferencia daria su consentimiento y proteccion, segun el juicio del metropolitano, y entraria el electo en el goce de lo temporal, tocando el cetro que el emperador le presentaria, y haciendo homenage. El desgraciado Burdino, desamparado con esta composicion, fué el sacrificado. Le pasearon ignominiosamente sobre un asno por las calles de Roma, y le encerraron en un monasterio para toda su vida. Murieron Calisto y Enrique uno despues del otro, con un año de diferencia. Á Calisto sucedió Honorio II, que poseyó la silla de san Pedro pacíficamente.

Hubo en la Iglesia un cisma en el pontificado de Inocencio II, que reemplazó á Honorio, y tambien le hubo en el estado reinando Lotario II, sucesor de Enrique V. El primer cisma se acabó muriendo el anti-papa Anacleto, á quien sostenia el rey de Sicilia; y el segundo por una composicion entre Lotario y Conrado III, cabeza de la casa imperial de Suabia. El concilio de Letran decretó muchas reglas de disciplina en tiempo de Inocencio, y condenó á Arnaldo de Brescia, que se levantó contra las riquezas de la Iglesia, y entre otros errores sostenia que los clérigos debian vivir de ofrendas, y no obstante, les dejaba los diezmos. Este herege era discípulo de Abelardo, cuyas heregías eran precisamente contra el dogma. Abelardo se reconoció, y le permitieron morir tranquilamente en Cluni. Á Arnaldo de Brescia le quemaron vivo. Inocencio vió á Rugerio rey de Sicilia postrado á sus piés, haciendo homenage de su reino, y obligándose á un tributo. Los romanos, por el contrario, pretendieron sustraerse de su autoridad, y restablecer la del senado. En vano hicieron sus esfuerzos Celestino II y Lucio II para impedir que sacudiesen el yugo. Lucio II murió herido, al pié de los muros del Capitolio.

No pudo Eugenio reducir á los romanos á la sumision, y, cansado de sufrir sus alborotos, se fué á Francia, en donde encontró unos hereges, discípulos de Pedro de Bruins, cuyos errores son muy notables. Publicaban que era cosa inútil tener iglesias, que no debian ser los niños bautizados, que no se habia de adorar la cruz, ni venerar las imágenes ni las reliquias, que era burlarse de Dios rezar en voz alta y cantar las oraciones; y por último que no estaba el cuerpo de Jesucristo en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Estos hereges, que se habian juntado en grande número en Tolosa y en el Languedoc, se disiparon á fuerza de las rigorosas penas que se pusieron en ejecucion contra ellos. Volvió Eugenio á Italia, en donde vivió poco, y siempre molestado por los romanos. Tomó la tiara Anastasio IV, y solo la tuvo un año. Le sucedió Adriano IV: y entre éste y Federico Barbaroja hubo cierta diferencia, en la que cediendo el emperador le dió el pontífice la corona imperial. Con

Digitized by Google

motivo de esta ceremonia creyó Adriano que solo los pontífices daban el imperio, y manifestó esta opinion en una carta que se leyó en plena dieta. Chocó esto mucho á los alemanes, y mas cuando dijo uno de los legados: «¿De quién tiene el imperio sino del papa?» Este se vió precisado á suavizar con esplicaciones su pretension: pero Federico exigió en Italia mas importantes retractaciones sobre la autoridad que en este punto creia tener el papa. La muerte le escusó la humillacion de verse desengañado.

Al principio se halló Alejandro III en la dificultad de sostenerse contra un anti-papa llamado Victor, que el emperador le habia suscitado, y aun le habian reconocido en Italia. Alejandro III, que se veia obedecido de la Francia, pasó allá: pero todavia vió dos anti-papas, Pascual y Calisto, bien que la muerte de ambos le dejó libre de ellos. Pocos pontífices han sido tan dichosos. Dos veces fué el emperador á Italia á donde habia vuelto Alejandro; y aunque iba el monarca á sujetarla dos veces se vió en la precision de salir con vergüenza, ya derrotado y ya engañado de su ejército, y aun de los alemanes. Todas estas ventajas se deben á la estimacion y crédito del pontífice Alejandro III. Con motivo de la muerte de santo Tomás Cantuariense, exigió del rey de Inglaterra que entrase en la cruzada, y consiguió del rey de Francia y del emperador Federico, con quien ya se habia reconciliado, que enviasen prontos socorros al Oriente. Respetaban mucho los emperadores griegos al papa Alejandro y puede presumirse que si hubiera vivido no se habrian visto en esta cruzada los desastres que la hicieron inútil.

Halló Lucio III á los romanos poco dóciles á sus preceptos, y los hizo mas atrevidos la venida de Federico á la Italia: pero el papa se negó á coronar á Enrique, hijo de Federico. El fondo de la disputa entre el emperador y Lucio III eran los bienes de la condesa Matilde, cuya sucesion todavía no estaba arreglada despues de tanto tiempo. Tenian la mayor parte de ellos los pontífices, y se los envidiaban los emperadores. Bajo Clemente VIII, sucesor de Gregorio VIII, que solo duró dos meses, se verificó la composicion entre el papa y el senado romano que volvió á tomar alguna autoridad, mediando el emperador. Por último en 1183 se arreglaron definitivamente los derechos que en adelante pudieran pretender los emperadores en las ciudades de Italia, y se convinieron en que las gobernasen vicarios y condes, dejándolas gozar de sus derechos de policía interior, de sus costumbres y su libertad, reservando á los emperadores el supremo dominio y las apelaciones.

En las cruzadas tenian los papas el supremo mando por medio de sus legados. Celestino III é Inocencio III hacian con sus exhortaciones que se cruzasen los príncipes, ó diesen dinero para las cruzadas. Llegaron á escomulgar á un rey de Leon, á un duque de Austria, á un rey de Francia, á un rey de romanos, y á otros príncipes de diferentes grados; y debemos confesar que el temor de la escomunion no dejaba de contener á muchos de aquellos príncipes, cuyas costumbres no eran muy puras; pero si hubieran sido mas detenidos en esto, habrian sin duda contenido la propagacion de las heregías de los valdenses, catarinos, albigenses, y otros hereges que salieron por entónces. Federico II, que debiera recibir la corona de Inocencio II, segun costumbre, viendo las dificultades que se le oponian de parte del soberano pontífice, se hizo coronar por el arzobispo de Maguncia en Aix-la-Chapelle; pero, entrando en composicion con Honorio III, sucesor de Inocencio, recibió de su mano la corona en Roma. Tuvieron frecuentes conferencias Federico II y Honorio III: en ellas convenian sobre algunos artículos; pero despues de separados solian no guardarlos todos; mas Gregorio IX dió al universo el espectáculo de un emperador escomulgado, sin embargo de haberse armado muchas veces para favorecer á la religion. Se embarcó Federico en Brindis con cuarenta mil de los cruzados, le volvió la tempestad al puerto, desembarcó, y el papa, mal informado, le escomulgó por haber faltado al voto de ir á la Tierra Santa. El emperador no se detuvo por esto, é hizo celebrar solemnemente el oficio divino en su presencia. Dicen que el papa no sintió tanto la indiferencia de Federico, como el que este príncipe le hubiese hecho salir de Roma. Se reconcilió el emperador con el papa, volvió éste á su capital, y Federico á Alemania. Nunca fueron buenos amigos; y, habiendo convocado Gregorio IX un concilio general, el emperador impidió la asistencia de cuantos obispos pudo detener, y echó de sus estados á los frailes menores y á los dominicos. Cuando pasaban todas estas diferencias, tenia el pontífice cerca de cien años, y aun conservaba firme la cabeza para entender en todas.

Colocaron despues en la santa silla á Celestino IV, papa de las mejores disposiciones; pero murió á los diez y ocho dias. Estuvo la silla vacante por veinte meses: volvió Federico á Italia, y apresuró cuanto pudo la eleccion; pero halló en Inocencio IV un terrible antagonista. Se abocaron el papa y el emperador, y no pudieron concordar entre sí. No creyendo el papa que estaba seguro en Roma, porque allí tenia el emperador muchos partidarios, dejó aquella capital, y se fué á Francia. Juntó en Leon un concilio, publicó una cruzada contra Federico: declaró rey de romanos á Enrique landgravo de Turingia; penso el emperador en concordarse con el pontífice; pero no tuvo efecto la composicion. Aun despues de muerto Federico no quiso Inocencio IV reconocer á Conrado III, su hijo, por emperador. Ofreció esta dignidad, entre otros, á Haguino, rey de Noruega, que habia tomado la cruz, y éste le respondió que no se habia armado contra los enemigos del papa sino contra los de la Iglesia.

Dejó Conrado un hijo llamado Conradino. Se opuso el nuevo pontífice Alejandro IV á que ocupase el trono de su padre. Salieron muchos pretendientes, y ocasionaron una guerra civil en Alemania. Ofreció Urbano IV, sucesor de Alejandro IV, el cetro de Nápoles y de Sicilia al duque de Anjou, y repugnó mucho San Luis que le aceptase su hermano, porque siempre Manfredo mantuvo con firmeza el reino de Nápoles y de Sicilia; aunque por último permitió que le aceptase.

Murió Manfredo; y Clemente IV coronó en Roma rey de Nápoles á Cárlos de Anjou. Vió el pontífice declarada la fortuna de su protegido contra el desgraciado Conradino. Este príncipe reunió, lleno de valor, bajo de sus banderas, un ejército de Alemania, y fué á desafiar á su enemigo en las llanuras de la Apulia; pero fué derrotado, y, cayendo en manos del feroz Carlos de Anjou, éste le hizo cortar la cabeza en la plaza mayor de Nápoles á vista de todo el pueblo. En toda la Europa resonaron gritos de horror; pero si no fueron afortunados los esfuerzos de Conradino, á lo ménos se llevó, aunque malogrado en la flor de su edad, los sentimientos de su siglo, y la estimacion de la posteridad.

Se hallaba la Alemania en una confusion, cuyos desórdenes solo podian ser iguales á los de Italia. Cansados de la anarquía que sobrevino, estinguida la casa de Suabia, y estrechados por Gregorio X, sucesor de Alejandro, el cual amenazaba con que nombraria él un emperador si no determinaban elegirle, proclamaron los electores á Rodulfo, conde de Aspurg. El papa y sus sucesores, que en trece años fueron en número de seis, vieron gustosos en el trono imperial á un príncipe, que para establecerse sólidamente en Alemania se apartaria contento de los derechos que sus antecesores pretendian tener á la Italia. Con efecto, se dieron á Nicolás III el exarcado de Ravena, la Marca de Ancona, el ducado de Spoleto, las tierras de la condesa Matilde, y muchos feudos. En esto solo se le dió de nuevo lo honorífico, porque habia mucho tiempo que en estos paises era ninguna la utilidad para los emperadores.

Llamado Rodulfo á Italia, por Honorio IV para recibir la corona, conoció que sin un ejército no haria papel de importancia; pero, no pudiendo hacer estos gastos, prometió presentarse, y envió delante á su canciller para que las ciudades le prestasen juramento de fide-

Digitized by Google

lidad. No quisieron prestarle la mayor parte de ellas por haberse constituido independientes; y el emperador, haciendo poco caso de una autoridad en paises tan distantes, ó mirando tal vez imposible el recobrarla, mandó á su canciller que confirmase por dinero todos los privilegios que le pidiesen, y de este modo se hicieron libres Luca, Florencia, Pisa, Bolonia, Génova y otras muchas. Ésta es la época en que debe fijarse la independencia de la Italia, desde cuyo tiempo no conservaron sobre ella los emperadores de Alemania sino una sombra de autoridad.

Por entónces luchaban en Roma contra los pontífices algunas familias romanas. Las principales eran la de los Colonas, y la de los Ursinos, que habian tenido pontífices de sus casas, y de ordinario eran rivales. Los príncipes, que tenian alguna diferencia con la santa Sede, siempre hallaban dispuesta una ú otra familia de estas para inquietar al pontífice, y siempre mantenian en el senado dos partidos contrarios. Muerto Nicolás IV hicieron que estuviese vacante por dos años el trono pontificio. Algunas veces se observa, que los que componen un cuerpo se dejan llevar de cierto entusiasmo como los particulares. No pudiendo concordar en la eleccion de algun hombre brillante, dió el colegio de cardenales, como por inspiracion, todos sus votos á Pedro Moron, que era un santo, pero muy sencillo. Tomó el nombre de Celestino V, y empezó á gobernar; pero despues renunció voluntariamente.

Eligieron á Benedicto Cayetano, que tomó el nombre de Bonifacio VIII. Casi al mismo tiempo de tomar la tiara se enemistó con los Colonas. Prohibió que el clero de Francia, en tiempo de Felipe el Hermoso, pagase cierta tasa impuesta por este rey, y aun á él mismo le amenazó con que si insistia, declararia pertenecer su reino á la santa Sede. Con esto suscitó contra sí á los Colonas; y éstos, con un capitan francés, hicieron prisionero al papa, y le trataron con tanto desprecio, que murió de pesadumbre. Benedicto XI, que le sucedió, reconcilió la santa Sede con la Francia.

Quedó en el sacro colegio cierta semilla de divisiones, queriendo unos elegir un papa que pensase como Bonifacio VIII, y otros uno favorable á la Francia. No pudiendo concordarse hicieron un compromiso, por el cual los que habian de nombrar al papa debian de ser tres, que los cardenales eligiesen. Dieron sus votos á tres hombres, enemigos declarados de Felipe el Hermoso; entre ellos estaba Beltran de Got, arzobispo de Viena, conocido por su enemistad declarada contra el rey de Francia; pero siempre la ambicion oprime todos los demas sentimientos. Procuró Felipe hacer una visita á Beltran, y le probó que estaba en su mano hacerle papa, porque él tenia á su disposicion los otros dos cólegas; pero que su eleccion dependia de tres condiciones que le propuso. Las aceptó el arzobispo de Viena, y pasó de esta silla á la de Roma con el nombre de Clemente V; aunque sin ir allá, porque fijó su residencia en Aviñon, y así puede decirse que casi nada le toca de cuanto pasó en la capital del mundo durante su pontificado.

Á su muerte juntó el rey de Francia el mayor número de cardenales que pudo, pues como éstos vivian distantes de Roma, que era el centro comun, estaban dispersos; y quedó electo Juan XXII. Con motivo de algunas ideas místicas, que aventuró en punto de la vision beatífica que gozan los santos en la otra vida, tuvo que sentir, porque no eran admitidas de los demas teólogos. Tambien hubo entre él y el emperador Luis de Baviera altercaciones de importancia. Le hizo este príncipe deponer en Roma, y colocar en su lugar un antipapa; pero como se hallaba en Francia no hacia aprecio del enojo del emperador. Le valieron inmensos caudales las anatas, el derecho de prevencion, y las gracias espectativas; prevencion llamaban los derechos con que el sumo pontífice daba el beneficio cuando sabia la vacante antes que le presentasen los que debian conferirlo.

Benedicto XII, que le sucedió, era monge del Císter, y le llamaban el cardenal Blanco, porque llevaba el hábito de su órden. Aunque el sacro colegio no hacia de él mucho caso, por divina disposicion no le faltó voto alguno: y él se admiró tanto, que dijo: «Habeis elegido un asno,» dando en esto á entender, que nada sabia para manejar los negocios de la corte pontificia; pero éste fué, no obstante, el que sin renunciar á las pretensiones de la santa Sede, hizo la paz con el emperador y los otros potentados.

Su sucesor Clemente VI residia en Francia, y adquirió en ella residencia fija, comprando á Aviñon. Otros dicen que adquirió esta ciudad por cesion que con apariencia de venta hizo en él Juana, reina de Nápoles y condesa de Provenza, acusada de cómplice en la muerte de su esposo.

Roma, sin la presencia del papa, se hallaba dividida en las facciones que formaban los grandes. Su desunion dió fuerzas á un partido popular, que, mandado por Gravini de Rienci, se apoderó del gobierno. Era Gravini hijo de un molinero y de una lavandera, llegó á ser notario, y fué enviado á Aviñon á suplicar al papa que fuese á residir en Roma. Satisfizo tanto la buena cuenta que dió de su viaje cuando regresó, que por aclamacion le eligieron tribuno del pueblo. Puesto en posesion del capitolio con plena autoridad, echó de Roma á los Colonas, á los Ursinos y otras familias de la primera nobleza, debilitadas con sus mismas divisiones. Envió el tribuno diputados á todas las ciudades de Italia, para que dijesen que los romanos acababan de recobrar su libertad, y que él las exhortaba por su parte á imitar á la capital y á socorrerla. Muchas ciudades prometieron juntarse con él, y aun algunos príncipes extranjeros pretendieron la alianza de Rienci.

Cuando todo le salia bien, él mismo puso límites con su estravagancia á su fortuna. El hijo de un molinero y de una lavandera tomó aquel aire arrogante que habia reprendido en la nobleza, y se hizo armar caballero en presencia de todo el pueblo romano. Debia proceder á esta ceremonia el baño, y le tomó en donde se creia por tradicion que se habia bautizado Constantino. Se titulaba Rienci en sus cartas *caballero candidato de Santi-Spiritus, severo y clemente, restaurador de Roma, zelador de la Italia, amante del universo y tribuno augusto.* Como si todo el que dominase en Roma debiera aspirar á estravagantes pretensiones, citó á su tribunal al duque de Baviera Luis, al rey de Bohemia Cárlos, y á todos los electores para que fuesen á dar cuenta de su conducta. Esto fué lo que arruinó todo su crédito: porque el papa le trató de loco y de fanático, la nobleza recobró sus derechos, y Rienci, precisado á huir, acudió al rey de Hungria, despues al de Bohemia, y éste le entregó al papa. Conservaba no obstante alguna estimacion en Roma; y los cardenales, que tenian en ella su residencia, creyeron que les pudiera servir para restablecer la autoridad del pontífice. Le volvió el papa á enviar con los títulos de caballero, senador de Roma, y tribuno del pueblo; pero él incurrió en nuevas locuras. Se cansó el pueblo, le acometió, le persiguió en el capitolio, y allí le dió cruel muerte. Ejemplo notable, dicen los historiadores, de la fantasía de la fortuna, y de lo instable que es todo cuanto tiene su principio en una fermentacion popular.

Inocencio VI, sucesor de Clemente VI, tranquilo en Aviñon durante su pontificado, dejaba que la Italia, y sobre todo Roma, se despedazase entre diversas facciones cuando su presencia pudiera calmar el furor; pero se contentó con enviar legados con el título de gobernadores. Uno de éstos coronó en Roma al emperador Cárlos IV, y este príncipe no fue mas eficaz que Inocencio en corregir los desórdenes de Italia. Urbano V, que le reemplazó, fué á Roma, pero nó para residir en ella. Recibió dos emperadores, al de Occidente, á quien coronó por su mano, y al de Oriente, Miguel Paleologo, que habia ido á pedir socorro contra los turcos. Urbano V le dió cartas de recomendacion para los venecianos y los genoveses, y esto fué todo lo que consiguió con su viaje.

Digitized by Google

El sucesor de Urbano V, Gregorio XI, recibió una respuesta poco agradable de Valdemaro, rey de Dinamarca. Se habian sublevado los habitadores de Jutlandia, y escribieron al papa para disculpar su rebelion; pero se reducian sus escusas á quejarse amargamente de su rey. Gregorio XI, que dió crédito á los sublevados, escribió á Valdemaro, amenazándole con la escomunion si no hacia justicia á sus vasallos agraviados, pero le respondió el monarca: «De Dios he recibido la vida, de mis mayores los bienes, y de vuestros predecesores la fé, y ésta os la restituyo por la presente carta.» No tenia la fé muy arraigada el que la renunciaba con tanta facilidad. Dejó Gregorio XI á Aviñon, y fué á Roma, con intencion de fijarse allí á instancia de los romanos; y no hallando ni la sumision ni las satisfacciones que le prometian, murió de pesadumbre.

Le habian pronosticado que su vuelta á Roma, ni á él ni á sus sucesores seria muy útil, y este pronóstico se verificó demasiado. Los cardenales franceses, que eran las tres cuartas partes del sacro colegio, entraron en conclave, y se vieron al punto rodeados de un tropel de gente que gritaba con todo el esceso del furor: *Un papa romano, italiano, ó la muerte:* y eligieron á Bartolomé Prignago, originario de Nápoles, que tomó el nombre de Urbano VI. Á escepcion de cuatro cardenales, todos los demas á los tres meses volvieron á la eleccion, declarando forzada y violenta la de Bartolomé, y nombraron á Roberto, natural de Ginebra, que tomó el nombre de Clemente VII, y entónces se formó el que llaman grande cisma de Occidente. La Alemania, la Hungría, la Inglaterra, con Bohemia, Polonia, Dinamarca, Suecia, Flandes, y casi toda la Italia, obedecian á Urbano VI. Francia, España, Escocia, Nápoles y Chipre, se declararon por Clemente VII. Otros se mantuvieron neutrales hasta la decision del concilio general que todos pedian. Se escomulgaron recíprocamente los rivales; y los pueblos adoptaron sus odios con un furor invencible, que causó general calamidad en Europa. Mucho padeció la religion; y las heregías, que por entónces vomitó el infierno en grande número, se valieron de tan funesta ocasion; siendo consecuencia triste el envilecerse el clero, cuyas desgracias siempre empiezan por la discordia entre sus miembros.

Muchas veces por quejas particulares negaban la obediencia al mismo á quien se la habian prometido, y los que ántes eran venerados como papas, se veian tratar con el detestable nombre de anti-papas. Aquí se ha de notar que algunos príncipes mostraban afecto determinadamente á un pontífice por la utilidad que les resultaba, como le sucedió al duque de Anjou, regente de Francia, durante la menor edad de Cárlos VI.

Se retiró Clemente VII á Aviñon: Urbano VI se fué á Nápoles, y trataba aquel reino como dominacion suya, y nó como asilo, por lo que sobrevino la desavenencia con Cárlos, que tenia el cetro. Este príncipe le sitió en el castillo de Nocera: cuatro veces al dia se asomaba á la ventana de la fortaleza, y escomulgaba á los que le tenian sitiado. Halló modo de huir; pero nunca puso en libertad á seis cardenales, que decia le habian querido dar veneno. Ya estaba para quedarse solo el papa Clemente VII por muerte de Urbano VI; pero los cardenales de Italia, llamados Urbanistas, hicieron á toda prisa una eleccion, á pesar de las reconvenciones de los que se llamaban Clementinos, y pedian que se dilatase. Nombraron á un napolitano, que tomó el nombre de Bonifacio IX, y le recibió Roma; pero los alborotos que en ella reinaban no le permitieron estar allí mucho tiempo. La muerte de Clemente VII le inspiró que hiciese con los cardenales Clementinos la misma tentativa que éstos habian hecho con los Urbanistas: pero el éxito fué igual porque se juntaron los Clementinos en Aviñon, y á pesar de las representaciones de la Francia, eligieron á Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII. Se convidaron recíprocamente estos dos papas á ceder; pero tambien se amenazaron y se escomulgaron. Los pueblos que obedecian al uno y los que obedecian al otro, llegaron á declarar que á ambos renunciarian si no se acordaban entre sí.

El único medio que parecia propio para concordarse, era la cesion del uno y del otro, y en esto estaban conformes; pero no queria Bonifacio renunciar primero que Benedicto, ni Benedicto primero que Bonifacio, rezelando que en renunciando el uno pretenderia retener el otro la tiara, como que quedaba solo con el título de papa. Lo que ganó Benedicto XIII con sus tergiversaciones, fué que la Francia renunció á su obediencia sin reconocer al otro, y quedándose neutral. Benedicto amenazado, se salvó en Aviñon, en donde, viéndose casi abandonado, envió á Bonifacio IX embajadores con proposiciones bastante equitativas; pero éste murió despues de la primera audiencia, y los Urbanistas sus partidarios, con la misma apresuracion que la de los Clementinos en iguales circunstancias, eligieron en Roma, adonde habia vuelto Bonifacio, un napolitano, que tomó le nombre de Inocencio VII.

Benedicto XIII, fiel á sus intenciones pacíficas, ó queriendo parecerlo, declaró su intencion de ir á Italia, y abocarse con su concurrente. Inocencio VII, á quien este deseo no le pareció sincero, le negó el salvoconducto; pero murió, y con este motivo suspendió Benedicto dar este paso conciliativo, sin que á nadie pareciese mal. Los cardenales de Inocencio eligieron con precipitacion un veneciano, que se llamó Gregorio XII; pero juraron en pleno consistorio, que aquel que saliese electo habia de renunciar el pontificado, en caso que hiciese lo mismo el anti-papa, y aun Gregorio confirmó su juramento despues de la eleccion. Empezaron despues á procurar que los dos papas renunciasen, y hallándolos igualmente distantes de condescender, se juntaron los cardenales de las dos obediencias en el concilio de Pisa, celebrado en 1409, y eligieron un cardenal, natural de Candia, que tomó el nombre de Alejandro V. Este nuevo papa murió en Bolonia, adonde le habia atraido Baltasar Cossa, caminando á Roma, de donde Gregorio XII se habia visto en precision de salir. Era Baltasar de costumbres mas que sospechosas, y muy poderoso en Bolonia: ganó pues á los cardenales, que acompañaban á Alejandro V, y se hizo elegir. Éste es conocido con el nombre de Juan XXIII. Ya tenemos un papa mas, porque Benedicto y Gregorio, que apenas se habian atrevido á oponerse á la eleccion de Alejandro V, como hecha en pleno concilio, se declararon abiertamente contra la de Juan, que era simoniaca y violenta. Así para este asunto como para reprimir la heregía de Juan de Hús y de Gerónimo de Praga, se convocó el concilio de Constanza, en el cual fueron juzgados los dos heresiarcas, y entregados al emperador Segismundo, que los hizo quemar vivos, aunque habian logrado un salvoconducto. De las centellas, que quedaron en las cenizas de estos dos hombres, nació el incendio que despues abrazó á la Europa. En este concilio depusieron á Juan XXIII, por delitos demasiadamente probados: renunció Gregorio XII por procurador, y le conservaron los honores que merecia su moderacion. Eligieron á Othon Colona, el cual se llamó Martino V; pero nunca quiso ceder Benedicto XIII. Desde el pequeño castillo de Peníscola, frontera de Aragon, se tomaba la satisfaccion de lanzar todos los dias rayos contra la cristiandad que le habia abandonado. Los dos cardenales, únicos que le habian quedado, precisados por el rey de Aragon, procedieron á la eleccion de un sucesor, que se llamó Clemente VIII, y no tuvo fin el cisma hasta el año de 1429, con la dimision y renunciacion absoluta de este pontífice efímero.

Á Martino V sucedió Eugenio IV, veneciano. Se debia presumir que, por ser sucesor de un papa, elegido en un concilio, ocuparia inmoble su trono; pero sufrió, no obstante, vaivenes, y le faltó poco para caer. Con motivo de que los husitas pedian un concilio para volverse al seno de la Iglesia, no pudo ménos de juntarlo Eugenio IV, y le convocó en Basilea, aunque preveia que se habian de suscitar cuestiones nada convenientes á la corte romana; y con efecto las opiniones del heresiarca Juan

Digitized by Google

de Hús, sobre la autoridad espiritual de los papas, dieron ocasion á dificultades sobre la potestad temporal, y despues de muchas aserciones, argumentos y disputas, salió la reprobacion de muchos derechos impugnados por los husitas; y aunque el concilio en sus esplicaciones pretendió atraer á estos hereges, no quiso dar su aprobacion el papa Eugenio IV; pero viendo la insistencia creyó detener el daño, transfiriendo el concilio á Ferrara. No obedecieron los padres al pontífice: se estuvieron firmes en Basilea, y le suscitaron en Amadeo, duque de Saboya, un contrario, que se llamó Felix V.

Entre tanto dejaron muchos prelados á Basilea, diciendo que se trataba al papa con demasiada dureza, y se fuéron sucesivamente á Ferrara. De allí los transfirió el papa á Florencia, en donde el concilio se hizo muy respetable; porque se juntaron con él los griegos, y la esperanza de la reunion que se propuso de las dos Iglesias, dió al concilio de Florencia un resplandor, que confundió enteramente al de Basilea y su papa Felix. Aunque éste conservó alguna esterioridad del pontificado, lo esencial estaba en Eugenio, como lo pronunció casi toda toda la Iglesia, y sobre todo Roma, en donde murió.

Á pocos meses de cardenal se vió pontífice Nicolás V. Éste consiguió la renuncia de Felix V, y que le reconociesen los prelados, que de Basilea se habian transferido á Lausana. Nicolás, para formar una cruzada contra los turcos, tuvo proyectos, que sin efecto pretendió realizar su sucesor Calisto III. Esta honra estaba reservada para Pio II, el cual consiguió de muchos príncipes que diesen dinero y enviasen tropas; y el zelo con que animaba los preparativos hubiera podido lograr consecuencias ventajosas, si no le hubiera sobrevenido la muerte. Pensaba en ponerse á la cabeza del ejército y embarcarse, nó por ardor imprudente y ambicioso, sino porque esperaba que, sacrificándose de este modo, acudirian todos los príncipes cristianos para oponerse á los turcos que amenazaban á la Italia. Á Pio II se le puede colocar entre aquellos príncipes, cuya fama no se aumentó con la dignidad; porque, ántes de adornarle la tiara, era ya conocido entre los sabios con el nombre de Eneas Silvio. En el concilio de Basilea se mostró contrario á las pretensiones ultramontanas; pero siendo ya papa las preconizó en sus escritos, y las sostuvo en sus bulas. Estableció en Roma una academia, que su sucesor destruyó como peligrosa por disputarse en ella sobre la inmortalidad del alma, y sobre otras materias abstractas.

Su sucesor, Paulo II, era enemigo de disputas sutiles, porque decia que de ellas nacian las heregías: estableció el color rojo para el hábito de los cardenales, y en el manejo de negocios era de gran penetracion y tino justo; por lo que muchas veces le tomaron los príncipes por árbitro en sus querellas.

Francisco de la Robera, que le sucedió, con el nombre de Sisto IV, era hijo de un pescador; y cuando subió este Franciscano á palacio no pudo estrañar la estimacion, porque cuando solo tenia la capilla le respetaban ya como á sabio. Favoreció Sisto en Florencia á los enemigos de los Médicis. Se le debe mirar como uno de los principales bienhechores de la biblioteca del Vaticano, porque la enriqueció con los rarísimos manuscritos que buscó por todo el mundo, fundó plazas de bibliotecarios para las lenguas ménos conocidas, y asignó rentas para comprar libros. Hermoseó á Roma, y todavía se conservan muchos edificios suyos, útiles y suntuosos.

No decayeron en tiempo de Inocencio VIII las bellas artes y las ciencias, porque eran muy de su gusto. Fué bastante pacífico: y si alguna tacha se puede poner en la reputacion de un príncipe tan justo y generoso, es el haberse obligado con Bayaceto, emperador de los turcos, á conservar á Cicin su hermano. Pero esto seria nada respecto de lo que se dice de don Rodrigo Borja, que en el pontificado se llamó Alejandro VI, sucesor de Inocencio, si fuese verdad que, no pudiendo conservarle en la prision porque le pedia el rey de Francia con instancias imperiosas, le hizo dar veneno ántes de entregarle. Pio III, que le sucedió, reinó veinte y seis dias, y fué reemplazado por Julio II, sobrino de Sisto IV.

Todos vieron con gusto colocado en el trono á Leon X, que era de la familia de los Médicis. No pasaba de treinta y siete años: era liberal, atento, y de costumbres irreprensibles: como príncipe, protegia el mérito y las letras. En su pontificado florecieron tanto las ciencias, que dieron nombre á su siglo con los progresos y adelantamientos de los conocimientos humanos; y así se dijo del siglo de Leon X lo que del siglo de Carlo Magno, y despues del de Luis XIV; pero este mismo pontífice, en esta parte tan glorioso, tuvo la pena de ver en su tiempo nacer las heregías, que despues han separado de la santa Sede una parte de la Europa. Tenian los dominicos á su cargo en Sajonia predicar la indulgencia de la bula; pero la limosna que daban por ella estaba destinada para concluir la grande obra de la iglesia de san Pedro, que es sin comparacion el templo mas suntuoso de la cristiandad. Lutero, envidioso de que no se hubiese dado á los suyos el cargo de predicar las indulgencias, siendo profesor de teología en la universidad de Witemberg, suscitó disputas públicas sobre la eficacia de las indulgencias, pretendiendo hacerlas sospechosas. Era Lutero hombre sudaz, de una elocuencia mas ardiente que culta, que es la que mejor triunfa del pueblo ignorante. Leon X por algun tiempo despreció la disputa, porque le parecia de poca importancia; pero, sabiendo despues que las opiniones de Lutero en algunos puntos del dogma, y contra la autoridad de la Iglesia, lograban favor, no solo con los pueblos sino tambien con los príncipes, espidió una bula contra el doctor de Witemberg. Murió este pontífice en la firme persuasion de que contra los alborotos de Lutero habia tomado las medidas suficientes, y de que el pleito estaba concluido.

Á la verdad faltaba mucho. Sucedió á Leon X Adriano VI, que tenia la estimacion de Cárlos V, y disponia de su poder; pero aunque se valió de él contra el enemigo de las indulgencias no le intimidó; porque ya Lutero se habia hecho cabeza de un terrible partido, y habia mezclado con destreza entre los objetos de la disputa muchas cuestiones que lisonjeaban la independencia de los príncipes alemanes, y la inclinacion del clero inferior á sacudir el yugo de los prelados. De este modo le sostenian los príncipes, y la mayor parte del clero; y aplaudiendo en secreto las opiniones del heresiarca, le ayudaban á propagarlas en el pueblo. Las bulas de Adriano VI, los edictos que obtuvo del emperador, y la convocacion de las dietas, me parece que fué lo que mas contribuyó para que se esparciese el luteranismo contra la buena intencion del pontífice, pues así en lugar de contenerle logró mayor publicidad. Viendo abierta la carrera de la disputa, se apresuraron los atletas á presentarse, y así Zuinglio dogmatizó en la Suiza al mismo tiempo que Lutero en Alemania, aunque discrepaban el uno del otro en algunos puntos de doctrina. Socino y otros muchos cercenaron, por decirlo así, la fé católica quitando algunos artículos fundamentales: negando los unos un misterio y los otros otro, como si fuera posible que los conocimientos humanos, que suben hasta la divinidad, pudiesen empezar de otro modo que por algun misterio incomprensible.

Dejó Adriano VI la nave de la Iglesia á Clemente VII en medio de estas tormentas. No ha habido papa que se viese entre mayores dificultades. Se halló en el conflicto de los intereses de Cárlos V y Francisco I, sin saber frecuentemente con cual de los dos debia acomodarse, y teniendo que pasar de un partido á otro segun las circunstancias. El emperador, mas hábil y afortunado que su rival, dió que sentir al papa; pero conservándole siempre el respeto debido al que es cabeza de la Iglesia. Para que no se creyese que lo que padecia en Roma el santo Padre dimanaba de sus órdenes, al mismo tiempo que Borbon le tenia preso en Roma con sus tropas, mandaba hacer en España rogativas por su libertad. Ya salió Clemente de esta desgracia, y se presentó mediador entre los dos monarcas, procurando ponerlos en paz. Enrique VIII,

Digitized by Google

rey de Inglaterra, le puso en las mas crueles angustias, pretendiendo divorciarse de Catalina, tia de Cárlos V. Prescindiendo del ningun derecho de Enrique VIII, precisamente se habia de hallar perplejo el pontífice entre los dos príncipes, pues tenia que desagradar al emperador si consentia en la disolucion del matrimonio, y se esponia resistiendo á los escándalos del rey de Inglaterra, soberbio y altivo. Mezclando dilaciones con manejos impidió Clemente que viviendo él rompiese el rey de Inglaterra por los últimos escesos.

Murió pues cuando acaso tenia que dar, á instancias de Cárlos V, el golpe que separó la Inglaterra de la Iglesia católica en los dias de Paulo III. El cisma y las heregías tomaron tanta fuerza en Alemania que se creyó la autoridad de los papas poco suficiente para restablecer el órden, y que se necesitaba de un concilio general. No se apartaba Paulo III de este espediente, y daba á entender que estaba dispuesto á convocarlo; pero queria que se celebrase en Italia. Los protestantes, nombre que se daba á los disidentes de la Iglesia católica, creyeron que la intencion del papa, juntando el concilio en Italia, era disponer en él como dueño; y pidieron que, pues en Alemania estaba el centro de los alborotos, allí se habia de llevar el socorro que apagase el fuego de la division. Despues de muchas dilaciones y espedientes, ya por último fué convocado el concilio en la ciudad de Trento, que está en los confines de Alemania é Italia. Se hizo la abertura con mucha solemnidad en 1545, y por las enfermedades contagiosas que sobrevinieron en Trento le trasladó el papa despues de ocho sesiones á Bolonia. Aquí solo se tuvo una sesion, y hasta que murió Paulo III todo permaneció sin actividad.

La primera operacion de Julio III que le sucedió, fué volver á juntar el concilio en Trento. En este punto quedaron los protestantes satisfechos; pero no llevaban bien que pretendiese presidirle por sí mismo ó por legados. Ya los inclinaron á que espusiesen en Trento sus agravios, lo que seria una especie de conformidad á lo que se decidiese: pero cuando se trató de que fuésen en persona á defender sus opiniones, dijeron: Que no eran suficientes los salvoconductos, y por esta dificultad se suspendió el concilio en la sesion diez y seis, y no volvió á juntarse durante la vida de Julio III. Marcelo II apenas ocupó la silla mas de un mes, porque se le llevó una apoplegía. Mientras reinó Paulo IV su sucesor no se habló de concilio pero procedió la inquisicion con todo rigor. Era un pontífice de austeras costumbres aunque en las ocasiones de importancia magnífico. Fué amante de la justicia, y tuvo valor para deshacerse de sus sobrinos y privarlos de su gracia, porque abusaban de su crédito.

Pio IV renovó el concilio de Trento ó le continuó, porque estas dos espresiones de continuacion ó de renovacion fueron muy disputadas; porque continuar daba á los decretos ya hechos una autoridad que los protestantes no querian reconocer para conformarse. El papa abrazó la palabra *continuar*, y ésta fué la que pasó. Se apresuró á congregar el concilio; porque la Francia, en donde todo estaba mas alborotado que en Alemania, amenazaba con un concilio nacional. Volvió á tomar el de Trento mas esplendor que nunca habia tenido. Se declararon los obispos de Francia contra las pretensiones ultramontanas; recurrió el papa á la reina Catalina de Médicis, que todo lo podia en la corte de su hijo Cárlos, y esta reina consiguió que los prelados franceses condescendiesen con lo que el papa queria. Se finalizó el concilio en 1563: Pio V recibió con grande satisfaccion la noticia de haberse concluido; y habiéndole confirmado dió sus órdenes para las reformaciones que en él estaban prescritas.

Este concilio fijó exactamente los artículos de la fé católica. Los protestantes quitan muchos sacramentos y sagrados ritos, que aun, atendiendo á solas las luces de la razon, pueden conservarse no solamente sin riesgo sino tambien con toda la autoridad. Empezando por el bautismo, todas las religiones, aunque sean falsas, siempre tienen un primer acto de inclinacion acompañado de ceremonias que le hagan respetable, y esta ventaja se ve en la de los católicos. La confirmacion trae á la memoria principios de moral, señalando el celestial orígen que persuade su práctica, y hace temible la infraccion. El culto de las imágenes adorna los templos, y nos presenta los ejemplares de virtud, sobre ser las imágenes los libros de los ignorantes, que siempre componen el mayor número. La práctica de la confesion nos ofrece á los afligidos pecadores buen consejo y un consolador, además de la satisfaccion. La Estremauncion llama la esperanza al corazon del moribundo. No hay duda que juntándose al matrimonio el acto de religion, no puede ménos de imprimir mas respeto á un contrato, del cual depende la felicidad de la vida. El rogar á Dios por los difuntos es un homenage muy útil para que se crea la inmortalidad del alma. Por último, la idea de la presencia real de Jesucristo en el Sacramento es la que da sustancia á las magníficas ceremonias de la Iglesia católica, y las hace tan penetrantes para mover el corazon, como son graves y augustas. Si en estas santas prácticas se habian introducido algunos abusos, pedirian reforma, pero nó destruccion.

El celibato de los clérigos y su consagracion los hace en el estado un cuerpo distinguido. Dispuso este concilio que las órdenes religiosas se sujetasen á una de las cuatro reglas de san Agustin, de san Benito, de san Bernardo ó de san Francisco. Hasta el siglo XII estaban confiadas las funciones eclesiásticas, la instruccion de los pueblos y la celebracion de los misterios esclusivamente á los clérigos que gobernaban las parroquias de los lugares, ó á los que vivian juntos en colegios de canónigos reglares ó seculares al cuidado de los obispos. Aunque los monges pululaban entónces en Europa, estaban destinados á la vida ascética y laboriosa, cumpliendo con ambos empleos, edificando á los pueblos con vida arreglada, y dándoles ejemplo del trabajo con el cultivo de las tierras. Entró despues el gusto de las letras en los grandes monasterios, y la alta nobleza y aun los príncipes buscaban en ellos la instruccion. En Francia muchas aldeas, lugares y aun ciudades deben su orígen á la concurrencia que al rededor de las abadías ocasionaba la celebridad de las fiestas.

No deben confundirse los monges con aquellos religiosos que tuvieron principio en el siglo XII: porque éstos, no limitándose solo á la vida contemplativa y al trabajo de manos, entraron en el ministerio sagrado, y fueron como tropas auxiliares del clero en la predicacion y administracion de los Sacramentos. La regularidad, sobriedad y desinterés de los discípulos de san Francisco merecieron la veneracion de los pueblos, el talento de los Domínicos para las cátedras les adquirió mucha estimacion, y salieron de los dos órdenes doctores célebres, y muchos fueron admitidos en el sacro colegio, y condecorados con la tiara. Al concluirse el concilio de Trento, se hallaron en él siete generales de órden, cada uno con muchos religiosos, que se distinguieron por su sabiduría y elocuencia.

Aunque posteriormente los Jesuitas han sido perseguidos, lograban en aquel tiempo grande estimacion, y eran muchas las causas que contribuian á su incremento. La instruccion de la juventud les proporcionaba sugetos útiles, porque, conociéndolos desde la infancia, escogian á los que estaban dotados de entendimiento apto para las ciencias, ó de otros talentos particulares y propios para acreditar su órden. Las bellas letras, en las cuales se distinguieron, les grangearon la estimacion general. Con sus misiones se hicieron conocidos en todo el universo. Llegaron á ser un coloso, y todo coloso amenaza ruina; porque en llegando las cosas humanas á su mayor altura están cerca de su decadencia.

Pio V, sucesor de Pio IV, creó por su atoridad gran duque de Toscana á Cosme de Médicis, no obstante las protestas del emperador; animó á los príncipes católicos, y formó una liga contra los turcos, cuyas fuerzas quebranto, y tuvo el placer de saber que habian sido venci-

dos en la famosa batalla de Lepanto. Este santo pontifice, además de su arreglada y santa vida, mereció la estimacion general, porque no conoció la avaricia ni el sórdido interés, ni pensó jamás en enriquecer su familia.

Su sucesor Gregorio XIII procuró animar de nuevo la guerra contra los turcos; se mostró muy zeloso enemigo de esta nacion: favoreció la guerra contra los protestantes en los Paises Bajos, en lo cual obraba como hombre público, obligado por su empleo á estas demostraciones; pero como hombre particular era benigno, humano y amigo de la paz.

La historia de Sisto V nos enseña cuanto puede prometerse un hombre de mérito cuando se juntan muchos á elegir. Era hijo de un pobre y tan pobre, que su padre, por no poder criarle, se vió en la necesidad de ponerle á servir con un hombre de su pueblo para que le guardase los carneros. Andaba errante por los campos con su rebaño: pasó por allí un religioso de san Francisco, y le preguntó por el camino de una villa vecina. El muchacho, no solamente se le señaló, sino que se empeñó en acompañarle y seguirle á pesar de las reflexiones que le hizo el religioso. En el camino se admiró éste tanto de la viveza de sus respuestas, que se le presentó al guardian del convento como un sugeto digno de conservarse. Allí se crió sirviendo, y le dieron el hábito de hermano converso: pero, no contento con los ejercicios de su estado, se introdujo en las aulas, y manifestó tanta inclinacion al estudio que le aplicaron á las ciencias.

Ya llegó á ser profesor, doctor, predicador: pasó sucesivamente por todas las dignidades de su órden, y no sin contradiciones: pero sus talentos le merecieron amigos poderosos fuera del claustro. Paulo IV, hombre austero, que gustaba de la severidad, le hizo inquisidor general en Venecia. Desempeñó este empleo, pero con tal dureza, que el senado le quiso reprimir, y se vió precisado á la fuga. Pio V, que tambien le habia protegido cuando era cardenal, llegó á ser papa, y le hizo general de su órden, obispo y cardenal, dándole una grande pension para mantener su dignidad.

Tomó el nombre de cardenal de Montalto, que era el de un castillo de la Marca de Ancona, cerca del lugarcito de *Las grutas*, en donde habia nacido. Ya revestido de la púrpura se ocultó en la obscuridad y se sepultó en el retiro, y parecia tan decaido y tan enfermo, que daba lástima á los que le veian.

En el cónclave que se celebró por la muerte de Gregorio XIII, no quiso hacer partido con ninguno, y á los que daban algunos pasos por él les decia: «Yo aceptaré, pero con la condicion de que vosotros goberneis por mí.» Mientras se hacia el escrutinio tosia y lloraba en su rincon como si le hubiese sucedido alguna desgracia; pero al mismo tiempo estaba contando los votos; y, viéndose con mas de la mitad á su favor, salió de su silla, arrojó el baston, y se presentó muy fuerte como que no tenia mas que setenta y cuatro años. Se admiraron los cardenales, esclamó el decano, que habia error en el escrutinio; «Eso nó, dijo en mas alto tono de voz el electo, el escrutinio es bueno.» Entonó el *Te Deum* haciendo resonar la bóveda, y tomó el nombre de Sisto V.

Cuando ya el papa iba á la Iglesia de san Pedro á ocupar la santa Sede, el pueblo, no ménos admirado que los cardenales de no ver en él aquel Montalto decrépito y enfermo, gritaba, segun costumbre: «Santo Padre, abundancia y justicia;» y él respondió: «La abundancia pedidsela á Dios, la justicia yo os la daré:» y cumplió su palabra, porque ningun papa, como él, se portó con la severidad que Roma necesitaba. En el estado eclesiástico habia grande relajacion, y Sisto V publicó rigorosas leyes, que hizo observar exactamente. En lugar de dar libertad en su coronacion á los delincuentes que estaban en la cárcel, segun costumbre de sus predecesores, hizo quitar la vida á cuatro de los mas culpados, y solo esto consternó á los malhechores. Las cercanias de Roma estaban infestadas de bandidos: les prometió Sisto V el perdon, si iban á rendirse en el espacio de tres meses; pero pasados éstos no tenian que esperarle. Prometió tambien quinientos escudos á todo aquel que entregase á alguno de sus cómplices, y al mismo tiempo prohibió á toda suerte de personas, sin escepcion, que tuviesen la menor correspondencia con ellos, que pudiesen venderles ó darles víveres, ó el simple cubierto, sopena de galeras ó de la horca. En ménos de seis meses quedaron presos todos los ladrones que no habian desaparecido.

Es preciso alabar en Sisto V lo bien que desempeñó el soberano poder, porque reprimió la mendiguez de los holgazanes, quitó los privilegios nocivos al buen órden, hermoseó la ciudad, fabricó fuentes, levantó obeliscos, construyó iglesias, puentes, palacios y hospitales; y enriqueció suntuosamente la famosa biblioteca del Vaticano. Tuvo tropas bien disciplinadas, fortificó las plazas fronterizas, sabia el secreto de todos los gabinetes por medio de espias, y no se dejó gobernar por los que querian que criase á sus sobrinos en estado mas alto que el que merecian.

En dos años ocuparon la silla de san Pedro cuatro pontífices: Urbano VII, que no llegó á coronarse, Gregorio XIV, que reinó diez meses; pero en favor de la liga de Francia gastó casi todo el tesoro de Sisto V. Inocencio XI ocupó la silla pocos meses: Clemente VIII, que tambien se declaró por la liga, fué el que dió la absolucion á Enrique IV, y pronunció la disolucion de su matrimonio con Margarita de Valois. Clemente VIII vió empezar las disputas sobre la gracia y libre alvedrio, y se mostró poco favorable á los Jesuitas, porque sostenian la doctrina de Molina. Siempre estas disputas, acerca de la gracia y libre albedrio, deben traer perjuicio en pasando de los términos con que san Pablo enseñó el dogma de la divina gracia; porque siendo ésta, como es, un misterio, lleva consigo el ser incomprensible; y es una especie de soberbia salir de los límites que señalaron nuestros mayores. Muerto Leon XI, que sucedió á Clemente, y reinó veinte dias, eligieron por todos los votos al cardenal Borgese, que tomó el nombre de Paulo V. El pontificado de éste es famoso por las diferencias que hubo entre él y la república de Venecia cuando la escomulgó, pero, mediando Enrique IV, levantó el papa las censuras. Volvieron á empezar las disputas teológicas sobre el punto de la gracia reinando Paulo V; pero éste impuso silencio hasta su decision, y ésta no se vió jamás. En tiempo de este pontífice y en el de Gregorio XV su sucesor, gozaron sus vasallos la felicidad de vivir tranquilos.

Urbano VIII, sucesor de Gregorio, añadió á su mucha ciencia el gusto de la literatura agradable. Pasaba por uno de los mejores poetas italianos y latinos de su tiempo: pero siempre se ejercitó su musa en asuntos de piedad. El reinado de Inocencio X se pasó entre los cuidados domésticos ó de su propia familia.

El cardenal de Rens dice de Alejandro VII, que, ántes de ser pontífice, ya habia manifestado mucha austeridad, y la conservó por mucho tiempo durante su pontificado. Clemente IX, aunque era muy capaz de gobernar por sí mismo, se entregó al cardenal Ceigi, que habia sido su grande amigo. No tuvo la tiara mas que dos años: era piadoso y limosnero.

Le remplazó Clemente X, que reinó seis años; y éste, aunque le gobernaba tambien otro cardenal de su confianza, no siempre sufria su dependencia, y se lo dió á entender, aunque un poco tarde, á su ministro. Instándole éste en su última enfermedad á que hiciese una cosa que no era de su gusto, le respondió: «Bien pudierais contentaros con haber sido papa seis años, ahora dejadme que yo lo sea por seis horas.» Inocencio XI, su sucesor, era modesto, retirado, económico en estremo: la mediocridad de su tren hizo desaparecer de su corte el esplendor, y retiró los señores romanos del lucimiento. En su tiempo se vió la heregía de Molinos, que consiste en un género de espiritualidad el mas peligroso, porque de su modo de pensar se pueden sacar las consecuencias que llevan al corazon el mayor desenfreno y libertinage; porque, cautivar su espíritu mirando á la divinidad, de modo que, absorto en sus reflexiones abstractas, no cui-

de de reprimir los movimientos que sobrevienen en la carne, es declarar que este falso devoto queda inocente en las sensualidades, y así se anima á permitirlas. En las obras de Molinos no se esplican claramente estas licenciosidades, ni estas consecuencias, pero se siguen necesariamente de sus principios. Por la confusion de su doctrina hubo su dificultad en condenarle; pero si su sistema halló algunos defensores, y muchos los escusan por la buena intencion, lo cierto es que esta heregia debió sus progresos á la inclinacion que tiene el un sexo al otro, de modo que siempre halla amigos en las pasiones del corazon que se pretende conquistar.

Alejandro VIII no reinó mas que dos años: Inocencio XII se declaró contra el nepotismo, y espidió una bula, señalando una moderada cantidad que pudiesen los papas mas indiferentes conceder á sus sobrinos. La heregia de Molinos le dió tambien mucho que hacer, porque se presentó con el escudo de un respetable prelado de la Francia. La docilidad de Fenelon, y su sumision á la bula, que condenó su libro *de las máximas de los santos*, hizo desaparecer un sistema de falsa devocion, que pudiera engañar á las almas tiernas y piadosas.

Por tres dias estuvo rehusando la tiara Clemente XI, y solamente cedió por las fuertes instancias del sacro colegio. Su pontificado es famoso por la condenacion de las ceremonias chinescas, y por la del padre Quesnel. Nunca debieran haberse disputado en las escuelas aquellas cuestiones abstractas que las han dividido en pareceres, estorbando los adelantos de la teologia en puntos mas importantes. Estas cuestiones son: de que modo, y hasta que punto es eficaz la gracia. Si es eficaz por sí misma ó por las circunstancias. Si Dios predestina en virtud del mérito previsto. Cómo el hombre, supuesta la eficacia de la gracia, obra con libertad. Lo cierto es, que el dictamen de su conciencia le dice al hombre que obra libremente, y así no puede ménos de conocerlo; y por otra parte, supuesto que su operacion fuese sobrenatural, no puede ménos de venir del principio sobrenatural, que es la gracia, así llamada, porque nos viene de la misericordia de Dios. Jamás se acabarán las disputas que tienen por objeto un misterio superior á nuestra capacidad.

No obstante, estas cuestiones interminables ocuparon las mejores cabezas de la Europa en el reinado de Clemente XI, y en el de sus sucesores Inocencio XIII, Benedicto XIII, Clemente XII, y Benedicto XIV, el cual trabajó cuanto pudo con algunos príncipes tan bien intencionados como él: pero inútilmente, porque siempre prevaleció la obstinacion contra las medidas de la prudencia de este pontífice.

Clemente XIII sostuvo la compañía de Jesus cuando la perseguian de todas las partes del mundo, pero Clemente XIV la estinguió con su bula de 21 de enero de 1773. Este pontífice pasó de la celda de un pobre religioso franciscano al palacio de los sumos pontífices, y conservó en el trono el espíritu que le distinguia en el claustro, porque era poco amigo de la comunicacion, y de un genio triste, pero los que lograban tratarle sentian mucho que un sujeto de su talento, muy delicado, no se entregase mas á la sociedad.

Pio VI, que subió á la santa sede en un tiempo muy delicado, empleó todo su reinado en defender el precioso patrimonio de la Iglesia, y nó por el medio de las escomuniones ni anatemas, sino por el de negociaciones pacíficas, condescendencias bien manejadas, y dulces insinuaciones, que algunas veces lograron su efecto; pero se vió espuesto á las desgracias de la guerra que asoló la Italia; y en su tiempo abjuró Roma á la potestad papal, y se hizo república.

Se vió privado Pio VI de sus dominios temporales, y precisado á salir de Roma el 20 de febrero de 1798. Fué llevado á Sena, de allí á Florencia, luego á Parma, pasándole despues por Plasencia y Turin sin detenerse hasta Brianzon, desde donde trasladado á Valencia del Droma el 14 de julio de 1799, enfermó gravemente á pocos dias, y falleció el 29 de agosto á los ochenta y ocho años y ocho meses de edad, veinte y cuatro años y mas de seis meses de pontificado, llorado y admirado como dechado de virtud, aun por aquellos mismos que no reconocian su autoridad. Los reyes de España don Cárlos IV y doña María Luisa de Borbon, su esposa, ningun medio practicable habian omitido para conservar á Pio VI en tranquila posesion de la santa Sede, y para que en el tiempo de sus peregrinaciones y trabajos tuviese en todas partes á su lado ministros suyos, que le facilitasen cuantos auxilios pudiesen aliviar sus dolencias y aflicciones; siendo estos monarcas los únicos que, sin contentarse con una compasion estéril, cuidaron de darle consuelos efectivos.

Á pesar de las críticas circunstancias en que ocurrió esta desgracia, pudieron juntarse los cardenales en Venecia: y en 14 de marzo de 1800 eligieron sumo pontífice al cardenal Gregorio Bernabé Chiaramonti, que tomó el nombre de Pio VII; y, mejorando sucesivamente de aspecto las ocurrencias políticas de Europa, pudo pasar á Roma, recobrar el dominio temporal, aunque con ménos estension de territorio, y ocupar tranquilamente su silla. Uno de sus primeros cuidados y satisfacciones, fué el restablecimiento de la religion católica en Francia, por medio de un concordato ajustado en Paris á 15 de julio, y confirmado y ratificado por el papa en 15 de agosto de 1801, por medio de una bula en que brillan la piedad, el carácter pacificador y otras bellas prendas del pontífice. Pero su armonía con Napoleon duró muy poco.

El primer cónsul francés habia obtenido del pontífice que asistiese á su coronacion en Paris en el año de 1804. Hízolo Pio VII porque le pareció que sin desdoro le era dado mostrarse hasta cierto punto deferente con el que habia hecho recobrar al culto católico todo su esplendor en Francia. Mas nunca pudo Napoleon recabar de él en ninguna manera, ni bajo ningun pretexto, concesiones incompatibles con la dignidad y el reposo de la Iglesia. Esta lucha entre una voluntad imperiosa, y una resistencia pasiva é inflexible duró por espacio de cinco años, y dió por resultado un decreto, firmado en Viena por el emperador triunfante, por el que quedaban unidos á la Francia los estados pontificios (1809.)

Pio VII contestó con una bula de escomunion; y en la noche del 6 de julio de dicho año fué arrebatado del palacio Quirinal, en donde se habia refugiado, y fué trasladado á Florencia, en seguida á Alejandría, á Grenoble, á Aviñon, y por último á Savona, en donde permaneció hasta el año de 1812, sin que en nada quisiese doblarse ante las exigencias del monarca francés. Cuando acaecieron los terribles desastres de Rusia, Pio VII fué trasladado á Fontainebleau. Con la caida de Napoleon recobró su libertad, se restituyó á Roma, y en el goce pacífico de sus prerrogativas y del poder temporal pontificio acabó sus dias en 1823.

Á su largo pontificado, lleno de agitaciones, sucedió el corto y tranquilo de su sucesor Leon XII; llamábase éste Aníbal della Genga; fué uno de los pontífices mas protectores de las letras. Su muerte fué generalmente sentida en 1829 pues su carácter conciliador le habia cautivado muchos corazones.

Subió despues de él al solio pontificio Francisco Javier Castiglione que tomó el nombre de Pio VIII. Tenia 60 años cuando fué elegido, y no llevó la tiara mas que veinte meses, desde el 31 de marzo de 1829 hasta el 30 de noviembre de 1830 en que murió. El único acto de alguna consecuencia de su pontificado fué el reconocimiento de la dinastía de Orleans así que hubo subido al trono de Francia.

Su sucesor Gregorio XVI ocupó la silla de San Pedro por espacio de diez y seis años. Las revoluciones de Portugal y de España acibararon los dias de su pontificado. Inflexible en sus propósitos no se apartaba un ápice de la línea de conducta que se habia trazado. Negóse constantemente á reconocer á la hija de Fernando VII como reina de España, á pesar de cuantos resortes tocó el monarca francés para hacerle mudar de resolucion. La influencia austriaca era la que dominaba en sus conse-

jos, lo mismo que en los de las demas potencias italianas. Sin embargo, tuvo entereza para descartarse de esa influencia cuando levantó el grito de su indignacion contra el emperador de Rusia por los martirios que habia hecho sufrir á muchas religiosas establecidas en sus dominios. Murió en 1846, generalmente apreciado por su probidad y entereza.

Mastai Ferretti, nacido en Sinigaglia en 13 de mayo de 1792, le sucedió en 16 de junio de 1846, tomando el nombre de Pio IX. Varios eran los pareceres acerca de este hombre extraordinario. Mientras unos le ponian á las nubes, llamándole el apóstol de la ilustracion en el Vaticano, creian otros que la marcha que adoptó para los asuntos de Estado era peligrosa y podia conducirle á un derrumbadero. Sin embargo, unos y otros han modificado su opinion en vista de los graves acontecimientos de que la península itálica ha sido recientemente teatro. Los primeros actos del pontificado de Pio IX hicieron concebir a los reformadores políticos la esperanza de que tendrian un gefe de la iglesia á la cabeza de sus legiones, dócil hasta para con sus menores caprichos. Preparábanle á cada paso ovaciones estrepitosas, creyendo desvanecerle con el humo del incienso popular. El pontífice recibia las señales de estimacion pública con amabilidad y ternura, é iba haciendo á sus súbditos concesiones que á su parecer debian procurarles la felicidad que anhelaban. Ni las amenazas del Austria, ni las sugestiones de la Francia detenian á Pio IX. Dictábale su conciencia un deber, y le cumplia; y el pueblo romano parecia pagarle con amor entusiasta. De repente los acontecimientos políticos de 1848 vienen á turbar la paz del mundo. Francia proclama la república; la Lombardia se subleva contra la dominacion austriaca; el Piamonte da la mano á la Lombardía y declara la guerra al Austria. La Italia entera resuena con los gritos de imprecacion contra los enemigos de su independencia. El pueblo romano, arrebatado en ira, quiere que el pontífice, haciéndose el eco del furor popular, declare tambien la guerra al Austria. Entónces pudo conocerse la grandeza de alma de Pio IX. El incienso de la plebe no le habia ofuscado ni un momento. Habíase trazado una linea de conducta, y nadie le pudo desviar de ella. «Lo mismo, dijo, soy padre de los austriacos que de los italianos: á nadie declararé la guerra. Todos los beneficios que los súbditos pueden esperar de un principe, de mí los recibirán los romanos; pero nadie espere obtener que el gefe de Iglesia, desconociendo la santidad de su mision sobre la tierra, convierta en una tea incendiaria la antorcha pura que de Dios ha recibido para dar luz al mundo.» Palabras magníficas que la historia ha de conservar archivadas para gloria del que las pronunció. He aquí porque los que habian saludado á Pio IX con entusiasmo, en la época de su advenimiento, enmudecieron despues; he aquí porque los que al principio se le mostraron desafectos, le aclamaron despues: pero es probable que unos y otros vuelvan á su entusiasmo, á su desvio, y acaso de nuevo á su desengaño, porque Pio IX parece dispuesto á hacerse superior al espíritu de partido.

Habia ya nombrado un ministerio reformador, aunque nó democrático, cuando en 15 de noviembre de 1838 unos asesinos mataron á su ministro Rossi, y á él mismo le acometieron en el Vaticano. Esta alevosia le obligó á huir de Roma en la noche del 24 de dicho mes, y se refugió por el pronto en Gaeta, poblacion del reino de Nápoles, para ponerse bajo la proteccion de los príncipes cristianos, á fin de ser reintegrado en su poder, con escarmiento de los degenerados descendientes de la antigua Roma que no vacilaron en insultar al pontífice que mas ha hecho en favor del pueblo.

CERDEÑA, PIAMONTE Y SABOYA.

La Saboya es una tierra erizada de montañas, poco fecunda en granos, pero de pastos escelentes. Algunas cumbres de sus montes conservan perpetuamente la nieve y el hielo. La caza es escelente, y el pescado de agua dulce abundante. En Saboya varia tanto la naturaleza, que alivia el cansancio del pasagero por la uniformidad de las grandes llanuras del Piamonte. Pero la fertilidad de este último pais compensa con ventaja el placer que se siente al ver las estrañas y pintorescas bellezas del otro. De todo se encuentra en los estados del duque de Saboya, bosques, lagos, fuentes, cascadas, rios, arroyos, grutas, rocas cortadas á pico, y cuestas suaves y cubiertas de yerba. La parte mas agradable es el condado de Niza sobre el Mediterráneo; allí no se sienten los rigores del invierno: se goza un aire puro, un cielo sereno, y una primavera cuasi continua. El saboyano es laborioso, gusta de su pais, y solamente le deja para poner en contribucion con su trabajo los paises vecinos: pero se vuelve al suyo con una alegria siempre nueva. Es famoso por el afecto á sus príncipes. Mantiene el Piamonte una cantidad considerable de bueyes y hacen sus habitadores grande comercio de seda, por ser la mejor de la Italia.

La Cerdeña da al duque de Saboya el título de rey. En tiempo de los romanos pasaba el aire de esta isla por mal sano, y asi desterraban á ella los que querian que no viviesen mucho. No obstante, bien sea por el cultivo ó por otras físicas razones, ahora no se advierte aquella insalubridad. Los habitadores son mezcla, ó por mejor decir, residuos de las naciones que habitaron esta isla: cartagineses, romanos, vándalos, moros y posteriormente pisanos y genoveses. Se advertirá que los reyes de Cerdeña, cuyos estados eran los ménos estendidos de cuantos poseen los principes coronados, tenian tres capitales: Caller en Cerdeña, Chamberí en Saboya, y Turin en el Piamonte: bien que ésta ha sido la residencia ordinaria.

Los principales habitadores de la Saboya eran conocidos en tiempo de los romanos por el nombre de alorogores, y ocupaban la parte de los Alpes, que llamaban los mismos romanos el Alcazar de Italia, por ser la mejor muralla que tenian contra los pueblos occidentales, y sobre todo contra las invasiones de los gaulas. Como el mar con su flujo y reflujo deja charcos de agua en las concavidades, y las abandona despues de llenarlas: á este modo, el flujo y reflujo de las naciones, que atravesaban la enorme cadena de rocas que desde la costa de Génova llega hasta el golfo de Venecia, debió dejar en los valles algunas poblaciones, que se quedaron allí pasada la tempestad que arruinó el imperio romano.

Casi nada se sabe de lo que pasó entre aquellas rocas hasta la mitad del 8º siglo; pero en los años 750 vemos un conde de Mauriana, que estendió su dominacion sobre los pequeños estados que las rodean. No habla la historia en trescientos años poco mas ó menos, hasta que nos muestra en el siglo X un Amadeo, conde de Saboya, pariente del emperador Othon III, y se cree que este sajon es el tronco de la familia que ha gobernado el cetro de los Alpes. Pasaba este Amadeo en su tiempo por el soberano mas benigno, generoso y digno de ser cabeza de una estirpe régia, entre cuantas han ceñido corona; se distinguió por las virtudes benéficas sin despreciar las militares. Por entónces tenian el título de condes de Mauriana, despues el de condes de Saboya, y por último el de duques.

Se cuentan hazañas fabulosas de Berondo, hijo de Amadeo; pero empiezan los anales á tomar cierto aire de verisimilitud en tiempo de Humberto I su hijo y gran guerrero, que murió por los años de 1048. Le dió su padre el ejemplo de las fundaciones piadosas, y le transmitió á sus descendientes con mucho respeto á los dogmas y prácticas de la religion: hasta entónces no tenian otro título que el de condes. Amadeo, primer hijo de Humberto, famoso por su valor y magnificencia, murió sin hijos, y dejó á su hermano Othon el condado: éste añadió al primer título el de marqués de Italia. Mas afortunado con el casamiento que sus antecesores con las armas

Digitized by Google

llevó en dote de Adelaida, heredera de Susa, el ducado de Turin, el valle de Oste, y muchas tierras y castillos en la costa de Génova.

Amadeo II su hijo, gozó pacíficamente con su madre de los bellos dominios que añadió ésta á la Saboya. Murió él ántes que esta señora; su nieto Humberto II, muerta su abuelo, tuvo que defender sus derechos contra sus cuñados, que pretendian entrar á la parte de la sucesion: pero ésta, á escepcion de algunas asignaciones, se adjudicó enteramente á Humberto en virtud de la ley sálica que era la que regia en Saboya; aunque con la escepcion de que á falta de varones podian suceder las hembras. Dejó Humberto un hijo en menor edad llamado Amadeo III, bajo la tutela de su madre, y ésta volvió á casar con el marqués de Monferrato. Cuando llegó á la edad competente se alistó en la cruzada con su padrastro, y el príncipe jóven contrajo con las fatigas de la espedicion una enfermedad, de que murió á la vuelta. Dejó éste un hijo llamado Humberto III, que, permaneciendo siempre en sus dominios haciendo felices sus pueblos, administrando justicia, no tomando las armas sino forzado, dejándolas cuando podia reducir á sus enemigos á condiciones equitativas, y cumpliendo ejemplarmente con las obligaciones de la religion, mereció el título de Santo. Mas gustoso llevaba el hábito de monge del Cister que las insignias de su soberanía, bien que entónces no parecia estraordinaria esta devocion. Se le cuentan sucesivamente cuatro mugeres, pero solo la última le dió sucesion.

Tomás, que quedó en menor edad, estuvo bajo de la tutela de Bonifacio, marqués de Monferrato, pariente suyo. Este Tomás vió empezar las guerras de la Saboya con el Delfinado. Aunque era buen guerrero no aumentaron tanto sus estados las armas como la docilidad de su genio y su destreza en hacerse amigos en las cortes de los emperadores; y así le concedieron mucho en el Piamonte, y por el lado de Génova y la Provenza. Se aprovechó su hijo mayor Amadeo IV de los talentos lucrativos de su padre, y logró grande preponderancia en Italia. La sostuvo con su mucho valor su hijo Bonifacio; pero delante de los muros de Turin, que se habia sublevado, le abandonó la fortuna; y en una salida que hizo la guarnicion le prendieron. Desesperado de verse cautivo de sus vasallos, obstinados en no darle libertad, murió de pena. Le sucedió Pedro, tio suyo, hijo de Tomás I; y la venganza que tomó de la muerte de su antecesor, se redujo á sujetar á Turin, sin dar severos castigos á los habitadores. Pretendia Pedro derechos de propiedad sobre Ginebra: mas se contentó con el homenage de conde de esta ciudad. Á este príncipe le llaman los historiadores sabio, prudente discreto, circunspecto: habia vivido en su juventud retirado, y dado al estudio; no le estorbó el gusto de las letras para mostrar en el trono las virtudes de mayor resplandor.

Habia empezado su hermano Felipe por una vida tambien retirada, ocupada en las obligaciones de eclesiástico, cuya profesion habia abrazado; pero cuando se vió en el caso de suceder á su hermano, se casó. Fué un buen príncipe, y aunque sus vecinos creian lograr mucho por su poca esperiencia, no los dejó entrar un paso en sus posesiones, é hizo felices á sus pueblos. Pero no tuvo hijos, y llamó para el trono, despues de sus dias, á su sobrino Amadeo V, llamado el Grande, por su valor y sus victorias, y á la verdad lo fué, así en el mando de los ejércitos como en el timon del gobierno. Aseguró el poder de su casa, adelantó las fronteras de sus estados, y fué el mediador y el árbitro de sus vecinos. Respetado en la cristiandad, fué temido de los infieles por sus victorias contra los moros y los sarracenos. Á Eduardo su hijo le llamaron el Liberal, y las guerras que sostuvo con valor, mas no con la prudencia y fortuna de su padre, cambiaron la próspera situacion de la Saboya, y así la dejó ménos fuerte y ménos floreciente á su hijo Aymon. El sobrenombre de Pacífico que éste mereció indica su virtud dominante, aunque nó por ella huyó de la guerra cuando la exigia el interés de sus estados. El soberano del Delfinado, émulo perpétuo del de Saboya, esperimentó la fuerza de sus armas. Á Aymon le censuran de haber sido muy dado á las mugeres, y ésta es la vez primera que la historia reprende algun defecto en los condes de Saboya; nó porque no los tuviesen, cuando no hay hombre que este exento de alguno, sino porque sin duda no se ha conservado la memoria de ellos en unos príncipes que los disimularon con sus muchas prendas estimables.

Su hijo Amadeo VI fué llamado el conde Verde, porque le merecia la preferencia este color por haber llevado la palma en un famoso torneo con vestido verde. Tuvo el sentimiento de ver pasar el Delfinado á manos del rey de Francia, teniendo así un vecino mas peligroso que los delfines. En vano intentó que dispusiese en su favor el delfin Humberto, cuando viéndose éste sin hijos andaba buscando, por decirlo así, dueño para sus estados; pero entre las casas del Delfinado y la Saboya hubo siempre una rivalidad que fué la causa de que Amadeo no fuese el preferido: siendo ésta la única empresa que no le salió bien; aunque ninguno de sus antecesores habia adquirido tanta gloria. Los historiadores le llaman protector de la santa Sede, defensor de la Iglesia, el apoyo mas inespugnable de la potestad imperial, el amigo y vengador de los príncipes desgraciados, el consejero y mediador de los soberanos y monarcas: títulos mucho mas gloriosos, porque nada costaron á sus pueblos, pues aunque siempre estuvo en guerra, sus estados siempre vivieron en paz. Adelantó considerablemente sus fronteras por el lado del Valés y el del Piamonte. Para colmo de su gloria socorrió á los emperadores de Constantinopla, como habia sostenido á los de Alemania, y sus poderosas armas levantaron de nuevo los tronos abatidos así en Asia como en Europa (1382).

No es poco mérito en un hijo haber adquirido reputacion despues de un padre tan grande. Buscaron á Amadeo VII los príncipes vecinos y los distantes. Fué belicoso sin servir de carga á sus estados, y la dulzura y moderacion de su gobierno le grangearon el valle de Barceloneta, Niza y Ventimilla, que se le entregaron voluntariamente. Le llamaban el conde Rojo, por el color de su cabello. Dejó un hijo de ocho años, y la regencia escitó diferencias grandes entre de Bono de Berri, abuelo de Amadeo VIII, y Bona de Borbon su madre, pero venció ésta, y gobernó con mucha utilidad de su pueblo. Este príncipe aumentó sus estados con el condado de Ginebra, y muchas tierras en la Bresa y el Bagey; y tuvo parte en todos los asuntos grandes de su tiempo. Se nota que en medio de las ocupaciones del gobierno, para el cual era muy capaz, valiente guerrero, hábil negociador, profundo político, príncipe justo y vigilante, se estaba preparando un retiro, no solo para descansar de los cuidados de la soberanía, sino tambien para olvidarlos, y sustraerse del esplendor y trabajo de su misma grandeza. El lugar de su retiro, adonde no habian de llegar obras penosas, fausto ni sujecion, es el valle delicioso de Ripalla, que está cerca de Tonon, capital de Chavalés. Concibió Amadeo el proyecto estraño de gobernar sus estados dejando la soberanía; pero reservándose la superintendencia. La muerte de su muger le proporcionó la egecucion de su plan, á pesar de la juventud de su hijo, que él no creyó servirle de estorbo, pues debia conservar la vigilancia sobre todo. Tomando bien sus medidas, instituyó Amadeo un órden de caballería, bajo la invocacion de san Mauricio, patron de la Saboya; la compuso de seis caballeros que habian envejecido en el mando de los ejércitos y en el manejo de los negocios: y de éstos se hizo cabeza con el nombre de Decano. Cada uno de ellos debia tener su habitacion separada cerca del convento de los hermitaños de san Agustin, fundacion suya: su hábito era una ropa larga de paño pardo con una capilla de lo mismo, y llevaban barba y cabello largo, con un baston nudoso, un bordon y una cruz de oro al cuello. En cada semana habia de haber sus dias consagrados á la soledad, y otros á los negocios de estado. El decano y los seis caballeros, aunque sin voto, estaban reduci-

dos á la mas exacta continencia. Cuando ya todo estaba pronto, convocó Amadeo á Ripalla una junta de prelados, y principales señores de sus dominios, y pronunciando un discurso lleno de sabias instrucciones, creó caballero á su hijo, le declaró príncipe del Piamonte, y puso en sus manos la superintendencia general del gobierno.

Este hombre, tan desprendido de las grandezas y tan enemigo de estorbos, aceptó no obstante el pontificado con el nombre de Felix, en un tiempo en que no podia ménos de ser grande carga á causa del cisma que despedazaba la Iglesia, y no le abandonó sino con condiciones: que denotaban que todavía no dejaba del todo el esplendor y el poder. No se ve que renunciase absolutamente á la soberanía de sus estados, ni al título de duque de Saboya: lo que solamente parece es que se mezcló poco en el gobierno. La data del reinado de Luis su hijo, empieza desde que murió su padre, el cual ántes habia hecho algunos viages á Ripalla, cuyo humilde retiro dejó por el lustre de pontificado. Algunos autores malignos suponen que el decano y sus caballeros no se ocupaban en obras de piedad y por esta opinion se dice todavía en francés: hacer Ripalla, para decir, regalarse. Á Amadeo VIII le llamaron el Salomon de su siglo; pero si se le confirma esta denominacion, sera preciso convenir en que los mas sabios tienen sus momentos de locura.

Luis su hijo esperimentó incomodidades domésticas, y su condescendencia con un favorito le suscitó malcontentos, entre los que se puso á ser cabeza de partido uno de sus hijos; pero el padre se desembarazó con el auxilio y artificios de Luis XI rey de Francia. Este monarca se habia casado con una hija de Luis de Saboya; el francés, solicitado por su suegro, llamó al cuñado á su corte y le hizo encerrar en el castillo de Loche. Su descontento provenia del ascendiente que dejó tomar á Ana de Chipre su segunda esposa, que le habia traido en dote un reino: era la princesa mas hermosa de su tiempo; y muger de mucho talento.

Á Amadeo IX, su hijo y sucesor, le llamaron el Bienaventurado, título que entenderian de la otra vida y no de ésta; porque ¿cómo podian llamar bienaventurado en este mundo á un príncipe que padecia ataques tan crueles de epilepsia, que le tuvieron por incapaz de gobernar? Se disputó la regencia entre sus tres hermanos y su esposa Yolanda de Francia, hermana de Luis IX, con cuya proteccion la logró ésta. Tenia Amadeo IX todas las virtudes que hacen amable á un particular, benignidad, afabilidad, y grande caridad sobre todo. No solamente fundó hospitales: tambien en un tiempo de carestía vendió hasta el collar de su órden. «Advierto, le dijo un dia el duque de Milan, que no teneis perros de caza; y respondió Amadeo: «Ya los verás:» y le llevó á cierto parage de su palacio, todo ocupado de los pobres ancianos que mantenia. Era uno de los hombres mas hermosos de sus estados; y así Yolanda le quiso mucho, y tuvo de él nueve hijos.

Cuando murió debiera haber conservado Yolanda la regencia; porque Filiberto I, que era el primogénito, no pasaba de siete años; pero se habian mudado los intereses, desconfiaba el monarca francés del afecto que suponia en su hermana hácia el partido del duque de Borgoña, su enemigo, y así no la protegió mas que lo preciso para que sus cuñados no la suplantasen, y de modo que quedase en su dependencia. Algunas veces fué esta proteccion de tan poco valor, que vió la regente á sus cuñados quitarla su hijo, y aun hacerla prisionera. La puso en libertad Luis XI cuando le importaba que saliese del cautiverio, y volvió á ponerla en posesion de su autoridad con condiciones que la dejaban dependiente de su voluntad. Murió Yolanda, y entónces el monarca francés se apoderó abiertamente de la regencia que tanto codiciaba. Durante estas intrigas, toda la ocupacion del jóven Filiberto eran las diversiones y torneos, que le dieron el sobrenombre de *Cazador*. Los ejercicios violentos á que se entregaba, con los escesos de su poca edad, le abreviaron los dias de la vida, y murió sin hijos á los diez y siete años.

Aunque su hermano Cárlos I no pasaba de los catorce años, gobernó con tanta habilidad las riendas del estado, que no se conocia que las manejaba un muchacho. En la edad mas falta de esperiencia la mostraba consumada, grande afabilidad, y fortaleza sin altivez, propia para desengañar á los príncipes vecinos, que ya contaban con aprovecharse de su juventud. Gustaba mucho de la lectura, y de la conversacion con sabios: la lengua griega y la latina le eran familiares: era su corte escuela de buenas costumbres y de virtudes. Bastaria para hacer su elogio decir que allí se formó Bayardo, llamado *el caballero sin tacha y sin miedo*. El temperamento débil aceleró su temprana muerte, y le robó á las esperanzas de sus vasallos á los veinte y un años de edad. Dejó un hijo de nueve meses; y disputaron á su madre Blanca de Monferrato la regencia; pero la obtuvo, y mostró que la merecia, sin embargo de su corta edad; pero por un accidente perdió á los ocho años á su hijo, el cual se llamaba Cárlos Juan Amadeo (1489).

Felipe II, conde de Bresa, que era su tio, le sucedió. Fué hijo éste del duque Luis, y el mismo á quien Luis XI encerró en el castillo de Loches por haberse sublevado contra su padre. En esta prision se le fué apagando su carácter violento y fogoso. Amadeo, el Bienaventurado, hermano suyo, le habia procurado su libertad, y siempre alabó la fidelidad que observó con él; pero nunca perdia ocasion Felipe de vengarse de Luis XI. Se juntó con los malcontentos de Francia, y tomó las armas contra el rey; pero despues fué general de este monarca, el cual empleaba la habilidad en cualquiera que la hallaba. El conde de Bresa apeteció la regencia en la infancia de su sobrino Felipe I y Cárlos II: pero jamás pensó en invadir el trono, y cuando la muerte del último le permitió sentarse en él, ya llevaba la reputacion, que justamente merecia, de valor y capacidad en la guerra. Tambien campeó la generosidad de su carácter en el modo de tratar á los grandes que le habian sido contrarios, porque, no solamente los perdonó, sino que esperimentaron indistintamente sus favores siempre que los merecieron. No pudo manifestar por mucho tiempo estas prendas estimables, porque le arrebató la muerte al segundo año de su reinado. Filiberto II, su hijo y sucesor, reinó siete años, y murió de haberse fatigado con esceso en la caza: le llamaban el *Hermoso*, y no dejó hijos.

Cárlos III, su hermano y sucesor, fué llamado el *Bueno*, y vivió en tiempos infelices oprimido como en una prensa, entre Cárlos V y Francisco I. Por mas que empleó todos los recursos de la negociacion para vivir en paz, no le permitieron los dos príncipes permanecer neutral, invadiendo alternativamente sus estados: y cuando murió no le habia quedado mas que el valle de Aosta, los condados de Ostia y de Niza y algunas ciudades. Todos dicen que las pesadumbres le precipitaron en el sepulcro arrastrando consigo á su esposa Beatriz de Portugal.

El principal defecto de Cárlos fue vacilar entre los dos partidos, aplicándose ya al uno, ya al otro. Manuel Filiberto, su hijo, tuvo una conducta opuesta, y la observó constantemente, por lo que le llamaron *Cabeza de Hierro*. Á la edad de diez años dió una prueba de fortaleza, que anunciaba lo que habia de ser algun dia. Queria el papa Paulo III apoderarse del castillo de Niza: estaba allí Manuel con su gobernador: se manifestaba éste irresoluto, y la guarnicion cedia. Dijo pues el jóven príncipe en un tono firme: «No hay para que deliberar. Ni al papa ni á otro soberano se ha de permitir que entre en la fortaleza donde yo estoy.» Siguieron su parecer, y se retiraron los furrieles del papa que estaban ya señalando los alojamientos.

Todo el resto de su vida fué igualmente constante y decisivo: algunas veces estuvo para ser víctima de su firmeza en las alianzas. Se habia agregado al partido de Cárlos V: hizo éste la paz; y como monarca muy superior á un duque de Saboya, se olvidó de Manuel quitándole de este modo toda esperanza de recobrar sus

estados; pero no cayó de ánimo con tan sensible contratiempo: triunfó de todos los obstáculos, y se vió por último reintegrado en sus estados en la paz de Cható-Cambresis, en la que le dieron por esposa á Margarita de Francia, hija de Enrique II.

Se aplicó Manuel á reparar con su prudente administracion los males que la guerra habia hecho en sus estados. Intentó apoderarse de Ginebra para restablecer en ella la religion católica, y publicó este objeto; pero no logró la empresa. Temia Manuel singularmente las divisiones que la nueva doctrina podia introducir en sus estados: se armó contra los sectarios; pero no egecutó en ellos los atroces castigos que la Francia. Con ser este príncipe tan pequeño en comparacion del emperador y del rey de Francia, se puso en estado de que le buscasen, y en el de enviar socorros importantes contra sus vasallos desunidos. Tambien ayudó á los venecianos contra los turcos.

Este duque fué el primero que estableció en sus estados una milicia nacional; dispuso la buena administracion de la justicia: arregló la hacienda, y murió lleno de gloria. Era el hombre mas hermoso de su tiempo y por la calidad de sus amigas, que eran todas de alta clase, se juzga que el amor lo gobernaba en la eleccion. No tuvo mas que un hijo de su esposa Margarita de Francia: «La musa décima, la madre del donaire, la flor de las Margaritas, la perla de los franceses, y el corazon de las gracias.» Estos eran los nombres que en su entusiasmo la daban los poetas; pero la historia, ménos hinchada en su estilo, dirá sencillamente que era muy hermosa, que la eran familiares las lenguas francesa, latina, griega, española é italiana, y que con su esposo comunicaba el gusto de las artes, ciencias y bellas letras. Los amores pasageros de su marido no debilitaron la constante pasion que la tenia.

La primera operacion de Cárlos Manuel, su hijo, fué una nueva empresa para la conquista de Ginebra, que tambien se desgració: la segunda la invasion del marquesado de Saluces, que se logró por los alborotos de Francia. Se aprovechó el duque de Saboya de las circunstancias funestas en que se hallaba el reino para introducirse en Provenza, en la que se hizo reconocer soberano en una junta celebrada en Aix; pero la habilidad de Lesdigueres impidió que fuese constante y decisivo el suceso, y aun consiguió este general verle temblar por la pérdida del Piamonte. En el desamparo en que se hallaba Enrique IV pudiera Cárlos Manuel haber asegurado la posesion del marquesado de Saluces, ó sacar otras condiciones ventajosas; pero por no haber tenido esta precaucion, así que el monarca francés venció á la liga, exigió restituciones del saboyano.

Cárlos Manuel, despues de haber defendido vigorosamente sus usurpaciones con las armas, sintiendo sus pocas fuerzas, se resolvió á la negociacion, lisonjeándose de que infaliblemente tendria buen éxito, gobernándola él en persona. Le recibió Enrique IV con mucho agrado en su corte, le hizo mil honras, pero sin ceder un punto en lo que podia, y le fué preciso someterse. Nada consiguió el duque en su viaje, sino el triste placer de dejar al rey un manantial de inquietudes en una conspiracion que él animaba; pero Biron fué la víctima. Volviendo á Saboya descargó el duque su mal humor contra Ginebra, queriendo sorprenderla; pero de nuevo erró el golpe con humillantes circunstancias, porque castigaron como á ladrones á los oficiales suyos que quedaron prisioneros en el ataque. No se desalentó por esta desgracia: hizo tercera tentativa, tambien inútil, y aun cuarta, que no le salió mejor que las otras.

Siempre ocupado en proyectos de engrandecerse mas, mantenia Cárlos Manuel secretas inteligencias en Chipre, con la esperanza de realizar el vano título de rey de aquella isla; pero sus intrigas no consiguieron otra cosa que la ruina de sus partidarios, y la muerte de los principales por órden de los turcos. Un relámpago de esperanza de apoderarse del Monferrato, que habia codiciado por mucho tiempo, le hizo volver á empezar las hostilidades, en que tomaron parte el imperio y la Italia. Despues de derramada mucha sangre, las partes beligerantes hicieron un tratado con el cual volvieron al mismo estado en que se hallaban al principio de la guerra.

Á Cárlos Manuel le llamaron *el Padre de los soldados*, epíteto muy justo en el sentido, de que por tener siempre las armas en la mano abrazaron muchos esta profesion. Tambien se servia frecuentemente de la pluma, como lo acreditan los varios tratados que escribió. No disimulaba qué habia poco que contar con su palabra. Se le quejaba un dia el embajador de España de su facilidad en variar de partido, y no le dió el duque otra respuesta que mostrarle el vestido, advirtiéndole que hacia á dos caras. Por las ambigüedades, y sentido obscuro en las espresiones de sus tratados, se le debe tener mas por astuto que por político, y así vino á caer en sus propias redes. Ponia la mira Cárlos Manuel en toda especie de gloria, aun en la de ser autor: tres obras suyas tenemos: los *Paralelos*, que son cotejos de tres príncipes y princesas de siglos diferentes, cuyas vidas tienen semejanzas muy notables. *El Gran Heraldo* ó Rey de armas, que es una coleccion de blasones de los reyes y señores mas ilustres: la *Iconoscomia*, que habia de ser una enciclopedia histórica con retratos; pero no hizo mas que empezarla. Tambien proyectaba escribir su vida por el estilo de los Comentarios de César, pero no hizo mas que los títulos.

Cuando Víctor Amadeo, su hijo, se sentó al timon del gobierno se hallaba en guerra con Francia, no obstante que estaba casado con Cristina, hermana de Luis XIII: pero esta princesa consiguió hacer las paces entre su esposo y su hermano. La muerte demasiado pronta de Víctor llenó la Saboya de disensiones, durante la menor edad de sus dos hijos, Francisco Jacinto, que no hizo mas que probar la corona, y Cárlos Manuel, que la recibió en la edad de cuatro años. Era su madre Cristina muger prudente y de mucha inteligencia; pero por desgracia se halló hecha el blanco de la policía imperiosa de Richelieu, que pretendió dominarla, y ni sus condescendencias ni sus evasiones consiguieron cosa alguna con el inexorable cardenal, empeñado en que por miedo ó inclinacion se le sujetasen todos. Disputaban á Cristina la regencia sus dos cuñados protegidos por los españoles, y la conducta del ministro francés en esta ocasion parece haberse formado en el molde mismo que la de Luis XI para con su hermana Yolanda en iguales circunstancias. Con la intencion de tomar en Saboya todo el mando, y despues de haber puesto á la tutora en desavenencias con sus cuñados, no quiso Luis XIII socorrerla sino recibia en sus plazas guarnicion francesa. El buen éxito que habia procurado á favor de los cuñados, no oponiéndose como pudiera, sirvió de motivo para la estraña pretension, que no se dirigia ménos que á despojar al príncipe de toda autoridad en sus mas bellas posesiones.

Murió Richelieu; y Mazarino, su sucesor, aunque no la favoreció mas, á pesar de su genio cauteloso, no se sirvió á lo ménos de las tergiversaciones de su antecesor, y en la competencia se declaró abiertamente á favor de los cuñados. Duró la posicion hasta la mayor edad de Cárlos Manuel; y cuando esperaban los príncipes que no estando el duque bajo la tutela de su madre serian ellos como una especie de curadores y participantes de la autoridad, la prudente Cristina, señora del corazon de su hijo, nada perdió de su poder. Formó esta señora un consejo tan juiciosamente dispuesto, que impuso silencio á la ambicion y á la envidia. Su constancia, su magnanimidad, su rara actividad é inteligencia restituyeron á la Saboya el antiguo esplendor, que se habia deslustrado con las desgracias de la guerra. Sostuvo Cárlos Manuel la obra de su madre, y fué un príncipe justo, pio, discreto y modesto; pero tambien dejó despues de sí otra menor edad (1675).

Ha sido la Saboya afortunada en duquesas regentes; porque Juana de Saboya Nemours, madre del jóven

Digitized by Google

Victor Amadeo, hizo memorable su tutela con la paz que conservó en los estados de su hijo. Despues se halló este príncipe en la turbulencia de las guerras, que en los últimos dias del reinado de Luis XIV asolaron la Europa por el reino de Nápoles y de Sicilia, que en el trastorno de los tronos habian dado al duque de Saboya; y al fin de la guerra le obligó la balanza política de Europa á aceptar la corona de Cerdeña: cambio bien desigual; pero la paz valia mas que todo, pues no hay cosa que por ella no deba sacrificarse. Empleó Victor Amadeo los años de su descanso en los cuidados del gobierno, que se le hicieron muy dulces con la prosperidad de sus pueblos; pero, aunque logró la agradable recompensa de sus trabajos, llegó á cansarse, y cedió á su hijo la corona. Todavia se estima el código de leyes que publicó.

Lo que sucedió á este monarca despues que se retiró puede escarmentar á los príncipes que desean renunciar la corona á favor de otro. Victor Amadeo II, fatigado con las impertinencias y la sujecion del gobierno, concibió la idea de abdicar en favor de su hijo Cárlos Manuel III, y de pasar una vida deliciosa en un retiro agradable con amigos de su eleccion, y en compañía de una muger, renuevo de los gustos de la primera juventud, viuda fresca todavia, alegre y divertida. Ésta era madama de San Sebastian, á quien dió Victor Amadeo el nombre de condesa de Somatriva, y con la cual se casó sin darla noticia de que pensaba en renunciar, lo que ejecutó quince dias despues.

El hijo visitaba á menudo á su padre en su retiro; pero, habiéndo sobrevenido al anciano una enfermedad que exigia soledad y reposo, un ministro, en quien el nuevo rey, contra el gusto de su padre, habia puesto la confianza, se aprovechó de la ocasion para resfriar el corazon del monarca, temiendo que su padre á fuerza de solicitar consiguiese su desgracia; y para esto procuró rodear á Cárlos Manuel III de calumniadores que le hiciesen sospechar de su padre. No solamente se decia que éste echaba de ménos el trono, y pretendia volver á ocuparle, sino tambien que tenia siniestras intenciones. Se hablaba de secretas tramas para ganar las tropas, de que ya estaban dadas las órdenes, y de conversaciones é intimidades con los médicos y boticarios, hombres que algunas veces son temibles para los que no están enfermos.

Cárlos Manuel III, demasiado crédulo, se asustó y consintió que á su padre se le pusiese en estado de no poderle hacer daño, dejando el medio á la disposicion de su ministro. Á media noche se arrojaron las tropas á la casa donde estaba Victor Amadeo II: entraron con armas, y derribaron con hachas la puerta de su aposento, el cual se llenó de soldados. Le intimaron la órden de su hijo para trasladarle á otra parte: no quiso obedecer; pero, arrancándole de su cama y de entre los brazos de su esposa, le llevaron á una casa con rejas de hierro como una verdadera prision. Á su esposa la condujeron á una fortaleza, en donde solamente solian encerrar á las mugeres de irregular conducta; y aunque algunos meses despues se la restituyeron, nunca gozó de la libertad. Esta pesadumbre alteró su salud ya debilitada; y estando para morir pidió que se dejase ver su hijo, prometiéndole que no le haria reconvencion alguna; pero el ministro, temiendo que se descubriese la maldad, logró empeñar á Cárlos Manuel III en que no diese este consuelo á su padre, y así murió en la prision en 1732. Aquí debe observarse, que siempre habia tratado á este hijo con escesiva dureza, y no mudó de conducta aun cuando le vió en el trono. ¿Podrá ya ninguno lisonjearse de que se hará amable con un beneficio, si toda su vida ha procurado hacerse temible? No obstante, no disculpan al hijo los procederes del padre. Aquí seria preciso concluir una serie de soberanos dignos de estimacion, con este procedimiento que tan poco honor hace al último; pero es preciso decir tambien que Cárlos Manuel estaba dotado de las virtudes y prendas pacíficas, que hacen la felicidad de una familia y de un reino. Murió Cárlos Manuel III en 1773, habiendo tomado parte en los trascendentales acontecimientos que tuvieron lugar en Italia á mediados del siglo XVIII. La ambicion de la segunda esposa del rey de España, Felipe V, ensangrentó aquella península para arrebatar parte de ella de manos de la dominacion austriaca; y Cárlos Manuel III, poniéndose de parte de la España y de Francia aspiró á redondear sus estados con los despojos del Austria. Débele el pais un código de leyes, ó mejor una recopilacion de las que hasta entónces habian regido esparcidas en una multitud de actos y decretos. Su sucesor Victor Amadeo III fué llamado á reinar en dias calamitosos. Vió desplomarse la monarquía francesa en medio de las mas terribles convulsiones sociales. Dió acogida en su corte á los príncipes franceses y á otras nobles víctimas de la revolucion de 1789. Aquella grande catástrofe llenó su alma de un dolor profundo; y mas, viendo que los esfuerzos de la Europa para hacer frente á aquel desbordamiento solo servian para dar mas pujanza al torrente devastador. Pereció en 1796 siendo testigo de los primeros destellos de la gloria de Bonaparte que le hicieron creer que el reino á tanta costa fundado por sus mayores tocaba á su término. En efecto, no dejó al morir mas que una sombra de su monarquía. Su hijo Cárlos Manuel IV vió pasar en algun modo por encima de su patrimonio la dominacion francesa, obligándole á atacarla; vió despues adelantarse triunfantes los ejércitos austriacos y recobrar la perdida influencia; y por último aparecer de nuevo como un meteóro espantoso el genio de Bonaparte y reconquistar con una sola batalla, la de Marengo, la Italia entera: é imposible el piamontés estaba destinado á hacer el repugnante papel de adulador del que quedaba victorioso, apesar de que á tirones le iba arrebatando sus estados. Cansado en 1802, abdicó en favor de su hermano Victor-Manuel IV, y retirándose á la vida privada murió en Roma, año de 1810. Bonaparte acababa de declarar el Piamonte provincia francesa. No le quedaba, pues, á Victor-Manuel IV mas que la isla de Cerdeña, y la necesidad de seguir á remolque á la Inglaterra en su lucha contra la Francia. Pero de esta necesidad supo sacar un partido ventajoso cuando la fortuna se cansó de proteger al emperador Napoleon. En 1813, en virtud de los tratados de Viena, no solo recobró Victor-Manuel el reino de sus mayores sino que le vió aumentado con las fértiles provincias que habian formado la república de Génova. Doblemente satisfecho con este resultado, y educado en la escuela del infortunio, dedicábase benévolo á labrar la dicha de sus vasallos cuando vino á acibarar su contento la revolucion política que, nacida en España en 1820, invadió la Italia, y dió vigor á los gérmenes que en ella habia sembrado la dominacion francesa. Victor Manuel, incapaz de la doblez política, de que le daba en aquella época ejemplo el monarca español, y viéndose de una parte apremiado por los clamores de sus súbditos, y amenazado por el Austria si no apagaba el foco de revolucion en sus estados, abdicó en 1821, y murió tranquilo 3 años adelante. Su hermano Cárlos Felix tomó las riendas del poder. Condénanle algunos por haber sofocado con sobras de irritacion las turbulencias en medio de las cuales entró á reinar, mientras otros le alaban por haberse dedicado á poner en órden la hacienda pública, á proteger la marina mercante, poner en buen estado la de guerra, y en un pié respetable el ejército. Murió en 1831 dejando el trono á Cárlos Alberto. Treinta y dos años tenia este príncipe al ceñirse la corona, y desde luego se mostró capaz de llevarla. Superior en marina de guerra al Austria, á Nápoles y á la España misma, podia proteger eficazmente en el Mediterraneo á su marina mercante. Teniendo en brillante estado un ejército de cincuenta mil hombres, encontrábase en actitud de hacer respetar su territorio, y de pesar por algo en la balanza política europea, siempre que la marcha de los acontecimientos lo reclamase. Cuando la eleccion de Pio IX para el pontificado dió sueltas á la voz de reforma en Italia, Cárlos Alberto pensó en volver contra el Austria el grito de reforma. Así, al atreverse esta potencia á hacer un alarde en Ferrara contra

Digitized by Google

los estados pontificios, no vaciló aquel monarca en brindar á Roma con su auxilio siempre que amenazase el Austria la integridad de su territorio. Dió entrada en su reino á la reforma política, admitiendo la intervencion de los súbditos en el gobierno por medio de asambleas. La Italia le saludó como á gefe de la regeneracion en la Península, mientras se preparaba á nombrarle su campeon. Al oirse en Italia el estampido de la revolucion de Paris en 1848, la Lombardía se sublevó contra el Austria; y Cárlos Alberto, para dar un desahogo al entusiasmo político de sus propios súbditos, no vió mejor camino que proteger con audacia la insurreccion del reino lombardo veneto. Púsose con sus hijos á la cabeza de su ejército; derrotó á los austriacos en varios encuentros; les tomó la fuerte plaza de Peschiera, los alejó del Mincio, y los persiguió hasta las orillas del Adigio. La fortuna se le habia mostrado risueña; todos los pueblos de la Italia le aclamaban su libertador; Parma, Plasencia, Luca, Módena, Venecia y la Lombardía le acataban como soberano. Pero el Austria no podia darse por vencida. Reconcentraba fuerzas en Verona, y cuando tuvo reunidos cien mil hombres al mando del mariscal Radetzky, hizo éste un amago sobre Ferrara; acuden los piamonteses, dividiendo imprudentemente su ejército, y los austriacos rompen sus líneas, las desbaratan, y ponen en retirada. En tres dias recobraron los austriacos lo que habian perdido en tres meses, escepto Venecia que continuó resistiéndose. Milan abrió de nuevo las puertas á sus antiguos señores. El rey de Cerdeña no decayó de ánimo en la desgracia. Pero fué para él una fortuna que la Inglaterra y Francia ofreciesen su mediacion para poner término á la lucha, firmándose entretanto entre las partes beligerantes un armisticio.

GÉNOVA.

En las monarquías, la corte y los grandes son el móvil de todo; pero en las repúblicas es el pueblo. Por esto nos ofrece la historia de los primeros una seria de hechos, importantes por la clase y dignidades de las personas, siendo así que en la de las repúblicas se hallan movimientos distantes unos de otros. Es verdad que tambien se hallan algunos rasgos de heroismo, y se puede hacer la coleccion de algunos; pero la mayor parte se pierden en el mismo tropel en que nacieron. Como los actores salieron de repente de la obscuridad por un momento, vuelven á caer en ella pasándose el instante. No hay pues que esperar en la historia de las repúblicas el enlace de las acciones ni de los personages: será suficiente mostrar el genio de los pueblos con las causas de los alborotos: estraer las circunstancias mas notables de la revoluciones, segun se van presentando, divididas algunas veces por siglos de calma, ó de agitaciones de poca importancia; y poner en claro aquellos agentes, que por su nacimiento parecian destinados á las tinieblas y al olvido, de donde ruidosamente los sacaron sus hechos buenos ó malos; por último, trazar el diseño de las relaciones políticas, guerreras ó comerciales que algunas veces dan á las repúblicas entre las potencias algun lugar mas distinguido de lo que podia esperarse de sus pocos medios, y de lo reducido de su territorio.

Sin contar las ciudades anseáticas é imperiales, que interiormente se gobiernan como repúblicas, pero que no tienen las principales circunstancias, cuales son la entera soberanía, el derecho de paz y de guerra, y la independencia absoluta: hay en Europa pocas repúblicas, dos grandes, por haber faltado la de Venecia, y son la Francia y la Suiza: tres pequeñas, Andorra, Mónaco y San Martin, y hubo una mediana, la de Génova. La capital de ésta, famosa por la magnificencia de sus edificios, que la han dado el nombre de *Soberbia*, fué el centro del estado, y á poca distancia la rodean escarpados montes que la sirven de fortaleza. Ocupa el estado de Génova una parte de la antigua Liguria, y se estiende, por la parte del Golfo con los nombres de *Ribera de Levante y Ribera de Poniente*. Hay en estas costas puertos que no son tan grandes ni tan seguros como el de Génova, radas y ciudades muy inferiores á la capital, con castillos fuertes, así por su situacion como por las obras del arte. La principal riqueza territorial es el acéite y los mármoles esquisitos y muy nombrados; pero la mas segura es el comercio. Los nobles, á ejemplo de sus antiguos, conservan el buen espíritu de no desdeñarse de comerciar, y por este medio sostienen la opulencia de sus familias. La religion dominante es la católica, y se admiran con razon las iglesias por ser á proporcion las mas magníficas, las mas adornadas, y las mas ricas del mundo cristiano. Los palacios todos son de mármol: y por levantarse la ciudad en forma de anfiteatro, presentan, vistos desde el mar, el mas suntuoso espectáculo.

El Primer título de antigüedad de Génova es muy deplorable, como que es el hecho de haberla abrasado los cartagineses porque hacia sombra á su comercio. La sacaron de sus cenizas los romanos, y recibieron á los genoveses en el número de sus protegidos. Se nota cierta afectacion de superioridad en una sentencia que dieron los magistrados romanos ciento ochenta y seis años ántes de nuestra era entre los genoveses y sus vecinos sobre los límites del territorio.

Siguió Génova sin duda la suerte de la antigua Liguria, colocada al paso de los bárbaros del Norte, hácia la Italia, y fué sucesivamente la presa de los hunos, de los gépidas, godos, hérulos y lombardos. La subyugó Carlo Magno, y Pipino la dió condes; cuando la familia de Carlo Magno dejó de ser poderosa en Italia, se hizo Génova república por los años de 888. Sus primeros magistrados, destruidos los condes, fueron cónsules, y el número de éstos no era fijo, porque los tenia en todas las administraciones; cónsules del comun, cónsules de los pleitos y otros.

Génova república, no renunció á las conquistas, pues habia hecho la de Córcega y la sostuvo. Juntándose con los de Pisa, que tambien eran republicanos, sujetó la Cerdeña; pero mientras llevaba sus fuerzas á otros países la sorprendieron, saquearon y quemaron los sarracenos. Se establecieron los bárbaros en Cerdeña; uniéndose las dos repúblicas los echaron de allí; pero no permanecieron amigas por mucho tiempo, siendo causa de su desunion la Cerdeña, su común conquista; porque en ella se disputaron posesiones, que su recíproca codicia hacia litigiosas. Echaron naves al mar, cruzando las unas contra las otras para interceptar los socorros. De rey á rey son ménos crueles las guerras, porque rara vez sucede qu los ejércitos enteros se penetren de la animosidad de sus soberanos; pero las de pueblo son desapiadadas y terribles, porque le parece á cada soldado que está viendo en cada contrario un enemigo personal. Tal es el carácter de las guerras que se hicieron las repúblicas de Italia, desde el siglo XI hasta el XV pues muchas veces terminaron con la destruccion de sus contrarios.

Grandes recursos hallaron los genoveses en las cruzadas para enriquecerse, porque proveian de navíos para pasar los cruzados al Asia, y se hacian pagar bien el flete. En sola una cruzada equiparon en su servicio hasta siete diferentes armadas, y alguna fué de setenta galeras. Fueron muy útiles en estas espediciones, por sus ingenieros y hábiles artífices en la invencion y construccion de máquinas de guerra. De la manía que precipitaba el Occidente contra el Oriente, sacaron honra y provecho, pues además de la inutilidad pasagera, procuraron la permanente de los mejores establecimientos de comercio, y de las posesiones debidas á su valor y al reconocimiento de los príncipes, especialmente el de Balduino rey de Jerusalen, á quien ayudaron mucho en la toma de la ciudad santa.

Al fin del siglo XI vivian bajo el gobierno consular; y aunque se ignora la forma, se sabe que sus cónsules

eran anuales. Entónces dilataron los genoveses grandemente sus dominios al rededor de la capital. Se sostenia la guerra con los de Pisa; y por mas que los papas y los emperadores hicieron para reconciliarlos, solo conseguian suspenderla por cortos intervalos. El fundamento de su querella fué siempre la Cerdeña, y se ignora que especie de poder egercian las dos repúblicas en esta isla, pues hallamos en ella unos reyes tributarios de los de Pisa y otros de los genoveses.

Uno de aquellos pequeños monarcas, llamado Barason, y de la dependencia de los genoveses, les ofreció una grande suma de dinero, si querian ayudarlo á hacerse soberano de toda la isla. Consintieron ellos, así por el interés como por dar que sentir á los de Pisa; pero, cuando conseguido el intento de Barason fué preciso pagar, se halló este rey en grande apuro, y tomó prestado de los genoveses ricos para satisfacer á la repúblicas. Cumplido el plazo se vió el monarca en nuevo aprietos pues habia ido á Génova á tratar con sus acreedores, y éstos, sin respetar su dignidad, le hicieron poner preso. Así estuvo ocho años, y se desapareció si saberse si le dejaron en libertad por haber pagado, ó por verle imposibilitado de pagar. Desde este tiempo se hallan ya los Espinolas y los Dorias distinguidos entre los nobles genoveses: y por algunas noticias se juzga que el gobierno de Génova era aristocrático, como el de los patricios en Roma, presididos por cónsules; y del mismo modo que en Roma reinaba la division entre los grandes y el pueblo.

Fomentaban esta division los Castelis y los Avocatis, dos familias que arrastraron otras muchas á su partido. Rompió su odio con la ocasion de los honores, porque cada uno pretendia ser de los primeros en la entrada solemne que en 1170 dispuso el senado hiciese el rey Barason. Las diligencias de los senadores por reconciliarlos no hicieron efecto alguno; y no sabiendo el senado cómo reunirlos, ordenó, segun el uso de aquel tiempo, un combate de tres contra tres entre las dos familias. Ya estaban los campeones en la lid á presencia del pueblo, llamado á ver el espectáculo, cuando el arzobispo Hugo,, prelado respetado generalmente, con un discurso lleno de piedad y de elocuencia, consiguió que se les cayesen las armas de las manos y se abrazasen. No se estuvieron tranquilos los Castelis, y se desavinieron con los Cortés. Los Voltas y los Ventos abrazaron sus querellas, y desterraron á muchos nobles y plebeyos partidarios suyos. Arruinaron algunas casas en señal de agravio, y aun las torres que las defendian, como fortalezas formidables al pueblo.

Las divisiones intestinas fueron causa de mudarse la forma del gobierno en 1190. Estaba Génova rodeada de repúblicas; Verona, Lodi, Milan, Cremona, Florencia, Como, Siena, Luca, Pavia, Parma, Plasencia Bolonia, Padua, Pisa, y otras mas ó ménos considerables. Cansadas éstas de la ambicion de sus ciudadanos nobles, que aspiraban á las primeras plazas, habian tomado las mas el partido de elegir un gefe en alguna ciudad distinta con el nombre de dux, que equivale al de duque, ó resolvieron vivir bajo el dominio del podestá, del pretor y aun del abad. Los genoveses, atormentados con las mismas intrigas, determinaron esperimentar aquel gobierno estravagante; y en 1190 se entregaron á un podestá, que debia siempre ser extranjero, y egercer el empleo por un año con el auxilio de un consejo de seis ciudadanos, tomados de entre los nobles.

Un *Casteli*, que habia tenido en la república grandes empleos, no se sujetó á aquel nuevo dominio sino con repugnancia y cediendo á la fuerza. Se procuró que admitiese con gusto la mutacion sobre gobierno; y para que su actividad no fuese tan peligrosa la empleó la república dándole embajadas fuera, ó el mando de las tropas de tierra y de mar; y, en una palabra, aquellas comisiones que pedian capacidad y podian satisfacer á un hombre deseoso de honras. En todo cumplió con el mayor lucimiento, y, pasados quince años, no obstante que la ley escluia á los ciudadanos, bien por ser estimado de éstos, ó por violencia del interesado, le nombraron podestá. Su administracion, aunque la habian temido, fué pacífica en lo interior, y feliz fuera de su patria. Entónces parecia que se multiplicaban prodigiosamente los genoveses; porque, además de la guerra de Pisa, siempre subsistente en Cerdeña, hacian irrupciones en África contra los moros ó sarracenos, y desembarcos en Cerdeña y Córcega. Llevaron sus armas á Sicilia y á Chipre en donde se encontraron con los venecianos; y desde esta época empieza la rivalidad ó la enemistad de las dos repúblicas, que pudieran bien compararse á las de Roma y Cartago.

Despues de Casteli volvieron las podestás extranjeros y en 1217, cansada Génova igualmente de los cónsules y de los podestás, se sujetó á dos doctores ó jurisconsultos tambien extranjeros; pero no duraron mas que un año, y volvió á mandar el podestá. No hay motivo para admirarse de ver los publicistas á la cabeza del gobierno, porque Génova por entónces estaba ocupada en tratados y espediciones militares. Los tratados de paz, treguas y convenciones comerciales se hacian con Pisa, Venecia, Marsella, y con turcos, griegos y serracenos, y hasta con un rey de Armenia; pero siempre las cruzadas mantenian su marina. Por lo comun era el legista podestá; pero hubo sin embargo algunos á propósito para las armas, que supieron hacer respetar su autoridad en la ciudad y en las villas adyacentes, á cuyos paisanos llamaban los genoveses vasallos suyos. Tal fué un *Martinengo*; pero de ordinario no les encargaban las funciones militares. En 1228, un ciudadano de ilustre familia, llamado Delmare, empleado por el podestá en contener otras familias que se querian apoderar de la autoridad, viendo en su mano las fuerzas de la república, se dejó arrebatar de la ambicion que debiera reprimir: buen ejemplo de los riesgos que se pueden temer de los mismos partidarios en tiempo de facciones. Por entónces eran estas en Génova muy activas: una de ellas fué la de los rampinis, afectos al papa; otra la de los enmascarados, sacrificada á los emperadores, las mismas que con otros nombres se llamaron güelfos y gibelinos, bajo cuyos estandartes se reunian los odios particulares. En Génova los seguian entre otras familias la de Porco y la de Grillo. Á vista de estos nombres que indican un origen inferior al comun, no desesperen los mas desconocidos de llegar á ser famosos con el favor de las facciones. Á los Porcos, Grillos y sus partidarios los echó el podestá de la ciudad con motivo de una sedicion: les confiscaron los bienes y demolieron sus casas.

Estas divisiones favorecieron á las empresas del emperador Federico contra los genoveses. Les bloqueó el puerto, y los redujo á la mas triste estremidad. Los desterrados aumentaron las desgracias de la patria haciendo correrias en su territorio. Los llamaban sus enemigos bandidos y salteadores; y de una parte y de otra se ponian nombres infames, hasta que cansados hicieron la paz y recibieron en su ciudad á los desterrados; pero no pudieron entrar en ella sin esperimentar el mas vivo dolor á vista de la desolacion de sus haciendas, y sin llevar consigo la semilla de nuevos alborotos. Empezaba el pueblo á sufrir con impaciencia aquel estado de guerra intestina, y á irritarse contra los nobles á quienes miraba como autores de la discordia que alteraba repetidas veces su tranquilidad. Al descontento se siguió la murmuracion, y de la murmuracion llegaron al rompimiento.

Con todo, no se ve que atormentasen ni vejasen al pueblo; pero tal vez no son ménos pesadas las cadenas por no ser visibles. Se quejó tan altamente, que, no pudiendo los nobles resolverse á repartir con él la autoridad, le permitieren á lo ménos un protector, á quien dieron el nombre de capitan. El primero que eligieron se llamaba Boca-negra, hombre que por no ser proporcionado para la grandeza, se deslumbró con su resplandor, y abusó de ella usando un tren como de príncipe, y no reduciendo su fausto á los debidos límites. Logró que le aumentasen la renta; trasladó su habitacion á un

palacio, y le hizo adornar magnificamente á costa de la república. Hicieron los nobles que reparase el pueblo en su conducta: ésta le desagradó: y al cabo de un año abolió el empleo de su capitan, y volvió á sujetarse á un podestá.

Todo quiere empezar. El buen éxito que habia logrado el pueblo cuando pretendió tener un capitan, le abrió los ojos sobre su poder. Halló en su mismo seno familias, que por el mérito y la riqueza podian rivalizar con los nobles: de suerte, que hubo en la república dos partidos bien señalados, el noble y el popular. Con el auxilio del segundo pensó Uberto Spinola en hacerse dueño de Génova; encerró al podestá en su casa, y sus partidarios durante la noche corrian por la ciudad gritando, *Uberto Spinola, Señor y capitan de Génova:* pero no estaban bien tomadas las medidas: y cuando el pueblo se juntó al amanecer, se vió que no tenia Spinola en él toda la influencia que pensaba; y aun fué fortuna suya que se contentasen con la renuncia de sus pretensiones. En lugar del podestá, que se habia puesto en salvo durante el tumulto, eligieron dos gobernadores, Doria y otro Spinola, por solo cuatro meses que le restaban para cumplir al podestá huido: y despues de este término eligieron otro tambien extranjero.

Un año despues volvió á la carga Uberto Spinola con mas acierto; para asegurar mejor su empresa se asoció con Doria, y haciéndose los dos elegir *capitanes de la libertad genovesa*, se apoderaron de la autoridad, dejando una sombra de ésta á un magistrado popular, que ellos llamaron *abad* ó *rector* del pueblo. Le dieron pródigamente honores, grande renta, bello palacio, guardias, y la preferencia y primer asiento en todo. Estas distinciones lisonjearon infinitamente al pueblo, encantado de verse con un gefe sacado de su cuerpo. Los capitanes volvieron á poner un podestá; se apoderaron de la autoridad del senado y armados con este poder, espelieron, proscribieron y saquearon á los que no eran de su partido, y entre otros á los Fiesco y á los Grimaldi. Recurrieron los desterrados á las potencias extranjeras; tomó por su cuenta sus intereses Cárlos de Anjou, rey de Sicilia, y declaró á la república una guerra, que se hizo con grande carniceria. Una feliz circunstancia sosegó las disensiones, y fué que eligieron papa á un Fiesco, y éste reconcilió su familia con sus enemigos, é hizo recibir en la ciudad á sus partidarios, que habian sido echados de ella. Entónces eligieron dos capitanes, Spinola y Doria.

No pudieron aquellas familias acostumbrarse á vivir sujetas á los capitanes: volvieron á alborotar y las desterraron: los capitanes anuales se hicieron declarar trienales: desagradó esta prolongacion del poder, y les hicieron presente que la permanencia de su autoridad era la que mantenia las inquietudes, y que las familias rivales nunca cederian: y así renunciaron por el bien de la paz, y nombraron en su lugar un solo capitan extranjero. Es preciso confesar que nunca estuvieron tan florecientes los negocios de la república como en el gobierno de los capitanes. Entre otros golpes dieron uno que fué mortal para el poder de los de Pisa, ganándoles una completa victoria en el mar, desde la cual no se vieron estos antiguos enemigos de Génova en estado de medir las fuerzas con sus contrarios. El gobierno de los capitanes fué suave y equitativo en cuanto no se interesaba su autoridad. Reinó la paz durante esta administracion, aunque comprada con homicidios, robos y violencias, que es preciso permitir al pueblo cuando se pretende servirse de él. Pocos ejemplares se hallarán en la historia de dos hombres que por veinte años gobernasen con igual autoridad y con tal armonía, que parecian salir todas las órdenes de un sola voluntad. Lo mas notable fué que hicieron juntos la renuncia.

Fué felicidad de los genoveses el verse desembarazados de los de Pisa: porque entónces quedaron los grandes golpes para entre ellos y los venecianos. Habia mucho tiempo que estos republicanos ejercitaban sus fuerzas los unos contra los otros; pero eran unas pruebas que solo sirvieron para agriar los ánimos, hasta que rompieron en desafios insultantes, y combates mas sangrientos que decisivos. Estaba Génova, durante estas hostilidades, inquieta con nuevas turbulencias; y, como el capitan extranjero no se hallaba en estado de mantener la balanza entre las facciones, desterraron á los Fiesco y sus partidarios. No se halló otro medio para conseguir alguna tranquilidad sino el de poner dos capitanes nacionales, y eligieron á los hijos de los que habian hecho dimision.

Eran éstos de la faccion gibelina; y asegurada ésta, dejaron el empleo á ejemplo de sus padres. Pusieron otra vez un podestá extranjero; volvieron los güelfos, y tuvieron medio de sembrar la discordia entre los gibelinos, separando de ellos á los Dorias, á escepcion de uno solo llamado Bernabé Doria, que siempre permaneció constante con Obizzo Spinola, cabeza de los gibelinos. Estos dos hombres echaron fuera á los güelfos, consiguieron ser electos capitanes, volvieron á poner el podestá y un abad del pueblo, y creyendo que ya estaban asegurados, dejaron entrar á los güelfos.

Sostenidos éstos por la familia de los Doria, encendieron la discordia entre los dos colegas, inspirando vivos zelos á Bernabé Doria. Obizzo Spinola, no esperando los efectos, hizo arrestar y deponer á Doria, quedándose él solo á la cabeza del gobierno. Huyó Doria de la prision, volvió á unirse con su familia y con los güelfos, juntó un ejército, presentó el combate á Spinola y le venció. Recibidos los güelfos en la ciudad con aclamaciones del pueblo descargaron su odio contra Spinola y sus partidarios: saquearon, quemaron y proscribieron, autorizándolo todo un gobierno provisional de diez y seis personas, al cual sucedió otro poder mas estable de un consejo de doce miembros, seis de la nobleza y del pueblo; pero siempre con un abad de éste para lisonjear á la multitud. En cuanto á los principales de la faccion dominante, parecia que no tomaban parte alguna en la administracion aunque todo lo dirigian en secreto, diciendo que se contentaban con ser útiles á la patria, rechazando los esfuerzos de los gibelinos que querian volver á ella; pero al fin los admitieron escluyendo á Spinola su gefe.

Todo estaba tranquilo cuando pasó por Génova el emperador Enrique IV, que era principe afable, y lisonjeó de tal modo á los genoveses, que de repente aquel pueblo, tan zeloso de su libertad, creyó que solo podia ser feliz con el imperio de un señor, y se entregó á él por veinte años. Habia traido este principe consigo á Obizzo Spinola, y favorecia secretamente á la faccion gibelina. Cuando partió la dejó fuerzas suficientes para que tomase ascendientes sobre los güelfos; y así los arrojó de nuevo fuera, y estableció un consejo de veinte y cuatro doce nobles y doce plebeyos, presididos por un podestá extranjero. La guerra que era entre faccion y faccion vino á ser entre familia y familia. Por veinte y cuatro dias estuvieron batiéndose en la ciudad Doria y Spinola, haciendo que el pueblo enarbolase por fuerza sus colores y siguiese sus banderas á costa de arroyos de sangre. Echaron fuera los Spinolas, los güelfos sus antiguos contrarios, como que se habian hecho enemigos de los Dorias, hicieron entrar secretamente á los vencidos: huyeron sucesivamente los dorias; y hallando los güelfos libre el campo, hicieron capitanes y rectores del pueblo á Cárlos de Fiesco y á Gaspar Grimaldi, conservando no obstante un podestá extranjero.

Génova es un vivo ejemplar de las desgracias inevitables para el pueblo durante las fluctuaciones de un gobierno que anda buscando la estabilidad. Los rectores echaron fuera á los gibelinos: éstos sitiaron la ciudad; y Roberto, rey de Napoles, que vino á socorrerla, hizo levantar el sitio. En el furor de su alegria arruinó el pueblo y redujo á cenizas los soberbios palacios de los sitiadores; maltrató y proscribió todo cuanto les pertenecia, y en el esceso de su gratitud proclamó soberano suyo á Roberto. Dejó este principe en la ciudad un vicario; volvieron los gibelinos á sitiar la ciudad; se cometió por ambas partes cuanto se puede imaginar de horrores, muertes, incendios y ruinas, hasta que rechazaron á los

gibelinos. Llegó á tan alto punto en Génova el desenfreno del populacho, que los buenos ciudadanos se vieron precisados á coligarse contra los malhechores. Tenian decemviros encargados de la policía; duraba el sitio siempre con todos sus furores: volvió á levantarle Roberto, entró en persona en la ciudad y lo proclamó el pueblo de nuevo por su soberano; pero á esto se opusieron los nobles. No obstante, consintieron luego en probar por seis años: este acuerdo obró una reconciliacion que juraron en manos del vicario de Roberto, en presencia del abad del pueblo y de doce magistrados, los seis güelfos, y los otros seis gibelinos.

Las dos facciones habian cedido á las circunstancias, pero no estaban mas que adormecidas; y despertando se volvieron a animar con mas viveza, pues el vicario de Roberto, hombre muy diestro, mantenia entre ellas la discordia con el fin de que se destruyesen entre sí; pero le salió mal esta política: porque sin ruido ni tumulto le despidieron de la ciudad con los güelfos, á quienes era aficionado. Eligieron los gefes gibelinos dos capitanes, Rafael Doria y Galeoti Spinola, con un abad del pueblo, un podestá extranjero, los asesores, los consejeros y tenientes. Este aparato de gobierno, á pesar de su complicacion, duró tres años; porque los capitanes se hicieron continuar. Daban grande autoridad á la nobleza, la cual por esta razon se acomodaba bien con su poder. No sucedia lo mismo con el pueblo, descontento con la altivez de los capitanes, y con que solo le dejasen la fórmula de la eleccion de su abad, siendo los nobles los que realmente le nombraban; y recayó este desabrimiento sobre los nobles (1331).

Rompió la sublevacion por la insurreccion de los marineros genoveses. Habian enviado los genoveses al rey de Francia una armada para ayudarle á sujetar á los flamencos revelados. Los que tripulaban aquellas embarcaciones, acometidos del espíritu de libertad de los mismos á quienes acababan de combatir, se hicieron murmuradores y quejosos, y afectaron la independencia. Castigaron los comandantes á algunos, y despidieron á los demas; pero éstos volvieron con el espíritu de insubordinacion á Sabona, en donde desembarcaron; y las tropas, sacadas del paisanage de Génova, y enviadas para que los hiciesen volver á su obligacion, adoptaron por el contrario sus ideas, y volvieron á la ciudad á encender el pueblo en deseos de salir de la servidumbre de los nobles. Pidió pues aquel la eleccion libre de su abad, y la pidió con tanto imperio que no se atrevieron los capitanes á negarla. No querian los plebeyos un rector ó abad con la misma autoridad, sino con otra de mayor estension, y para esto escogieron veinte personas que hiciesen la eleccion.

Mientras los electores procuraban conciliarse entre sí, y el pueblo murmuraba impaciente de ver su lentitud, dijo un pobre artesano esforzando la voz: «¿Qué necesidad tenemos de tanta detencion? ¿Porqué no elegis por vuestro abad á Simon Bocanegra que se halla aquí presente?» Y todos gritaron con alegría: «Sea Bocanegra nuestro abad.» Le pusieron en la mano la espada desnuda, y le colocaron entre los dos capitanes. Bocanegra, ó por estar prevenido, ó por conocer de repente el partido que en las circunstancias debia abrazar, entregó la espada y dijo: «Ciudadanos, agradezco mucho el honor que me quereis hacer; pero dispensadme de admitirle: que, pues ninguno de mi familia ha sido abad del pueblo, no quiero yo ser el primero que introduzca en ella este título, con el cual podeis dignaros de honrar á otro.» En esto daba á entender que, siendo de la familia del primer capitan Bocanegra, no queria ser ménos que su abuelo. Comprendieron todos lo que les queria decir, y se oyó una voz fuerte que esclamó: «Sea pues Bocanegra el señor de Génova.»

«Acepto, respondió, pero ¿cómo señor ó cómo abad?» «Señor, gritó la multitud, señor, y nó abad.» «Sin duda, replicó el electo, quereis decir que debo repartir la autoridad con los capitanes.» «Nó, nó, dijeron todos á una voz, gobernad solo y sed nuestro *dux*. Viva el dux, viva el pueblo.» Los nobles que se hallaban presentes, asustados con este golpe, nada se atrevieron á decir: el pueblo, embriagado con el gozo, los insultó y robó sus casas. El primer uso que hizo el dux de su autoridad fué sosegar lo mejor que pudo aquel frenesí, tomando las medidas moderadas, bien fuese por humanidad ó bien por conciliarse el amor de la nobleza; pero ésta no se fió de la tranquilidad aparente que consiguió el dux, y los mas salieron de Génova como indignados. Al siguiente dia se hizo proclamar Bocanegra con la mayor solemnidad, y formó un consejo todo popular; y, quedando los nobles escluidos del gobierno, pasó la autoridad á las manos del pueblo.

Es preciso meditar bien la historia de Génova en tiempo de los dux, para entender cómo sabe la ambicion desafiar los peligros: cómo los que están poseidos de esta pasion, si huyen de los mayores riesgos, se esponen con nueva intrepidez; y cómo no les intimida ni asusta el ejemplo de sus semejantes, sacrificados al furor del pueblo. Tambien instruye esta historia, y advierte, que aquellos de quienes ménos se esperaba son muchas veces los mas poderosos, y que una palabra presentada á la imaginacion del pueblo, aunque sea una palabra sin sentido, revistiéndola de la significacion que pide la necesidad, basta para conmover á la multitud. Por último, allí se ven los medios de que en todo tiempo se ha valido la república para escitar el furor, para graduarle y convertirle metódicamente á favor de una faccion.

Pensó Bocanegra en dar lucimiento á su administracion con algunas hazañas. Salió pues de la ciudad gobernando sus falanges populares, quitó á los malcontentos algunos castillos, dió caza á los nobles que se introducian ya en el territorio, arruinó su marina acabada de formar y humilló á algunos señores vecinos. El pueblo, con el cual ordinariamente no se cuenta en los triunfos, quedó encantado al ver que figuraba en ellos como parte principal. El afecto al dux no era ya simple pasion, sino adoracion y respeto religioso. Pero, cuando empezó á dar oidos á la prudencia, fatigado de los esfuerzos de los nobles, y de vivir siempre cauteléndose contra el asesinato y el veneno, pensó en oir las proposiciones razonables que, dando algun poder á la nobleza, podrian restituir la paz. Ya el Dios del pueblo y criatura de éste fué mirado como un ser perjudicial y peligroso, convirtiéndose el amor en odio; pero Bocanegra, muy esperimentado en el uso de esta arma terrible, que habia manejado muchas veces, renunció, pasados cinco años de una próspera magistratura, y se retiró á Pisa (1344).

Para hacer su renuncia escogió el momento en que un ejército de nobles estaba delante de la ciudad. El dux que le sucedió se llamaba Murta, y éste hizo proposiciones de paz, que los sitiadores no admitieron, aunque favorecidos de los nobles que se habian quedado en Génova; y á pesar de que éstos procuraban la composicion, teniéndolos por sospechosos el partido popular, persuadido á que secretamente se entendian con los que estaban fuera, registró sus casas, los desarmó, y no teniendo que temer ya por esta parte se arrojó el pueblo con furor sobre los sitiadores, y los retiró lejos de sus muros. Era Murta benigno, pacífico, y poseia todas las virtudes civiles. Nada mudó en su ordinario modo de vivir: se dedicó á conciliar los partidos opuestos: los vecinos de los genoveses, que ya sentian en su casa las conmociones de su espíritu turbulento, se aplicaban tambien á unirlos por alguna composicion; y de estos esfuerzos resultó un tratado, en virtud del cual conservaron á los nobles que se habian quedado en la ciudad, y permitieron que volviesen á ella algunos de los desterrados; pero los que habian hecho de gefes quedaron desterrados para siempre. Entraron estos desgraciados en Francia, y casi todos perecieron en la infeliz jornada de Creci; porque los mismos franceses que los habian recibido los miraron muy mal. Por este tiempo era Génova dichosa con el gobierno de Murta, y la hacia victoriosa el célebre Viñoso, tan hábil general co-

Digitized by Google

mo hombre justo y compasivo. Entre otras ventajas conquistó para su patria la isla de Chio. La bondad de su genio se advierte en este pasage de su vida. Convencido de que por buenas que sean las intenciones de un general, es imposible dejar de hacer infelices á muchos sin quererlo; y, deseoso de reparar el daño hecho ó tolerado, en cuanto estuviese de su parte, dejó al morir una cantidad considerable para casar doncellas pobres en Chio.

Á Murta sucedió Valentini, y no se sabe porqué se cansaron los genoveses de tener dux en su gobierno tan glorioso, supuesto que la república ganó contra los venecianos señaladas victorias. Renunció Valentini sin dificultad, y se sujetaron los genoveses al dominio de Juan Visconti, arzobispo de Milan. Segun se apresuraban, parecia que dejaban una pesada carga, poniendo en manos agenas las riendas del gobierno; y así no pensaron mas que en la guerra, y la hicieron á los venecianos con las mas ruidosas victorias, siendo su comandante Pagano Doria, tan recomendable por sus virtudes civiles como por su valor y talentos militares. Murió este grande hombre sin dejar para los gastos del entierro, pero los hizo la república á sus espensas y le erigió un mausoleo magnífico.

Murió el arzobispo Visconti, y los genoveses pretendieron no someterse á sus sobrinos; pero éstos sentian mucho abandonar tan bella herencia, y sobre esto se ofrecieron esplicaciones bastante tumultuosas. Acudió Bocanegra desde Pisa por ver si podia aprovecharse del alboroto: y con efecto armó al pueblo, á los nobles y á los milaneses; y haciendo que peleasen unos contra otros, consiguió que le reeligiesen dux. Llegando el valiente Bocanegra al objeto que pretendia, se vengó cruelmente de su primera desgracia, creyendo que habia provenido de los nobles. Les privó de toda autoridad, les cargó de contribuciones, los proscribió; y tanto hizo que le dieron veneno. Para elegir su sucesor observaron el órden que despues se ha observado siempre. Nombraba el pueblo veinte electores: éstos nombraban á sesenta, y estos sesenta á veinte y uno: de ellos escogian diez, que eran los que nombraban al dux. Puede creerse que esta complicacion, aunque parece que lo da todo á la casualidad, no es mas que un trabajo de inútiles combinaciones, que no impide las secretas pretensiones ni sus efectos (1361).

Cayó la eleccion en Gabriel Adorno; y apenas le eligieron cuando se vió acometido en la ciudad, y forzado á un compromiso por la faccion milanesa á cuya cabeza estaba el genovés Montalto. Se obligó Adorno por este tratado á dar á los milaneses una grande suma, y Montalto á dejar por dos años la ciudad. Halló el dux auxiliares, que le servian de estorbo, en sus dos tenientes, á quienes llamaron decemviros, y era preciso que recibiese los que le daban. Debieran éstos ayudarle á aplacar las quejas del pueblo, descontento por algunos tributos; pero Fregoso, que era uno de ellos, encendió contra él, con artificiosos discursos, el odio del populacho. Creyó Adorno que lo mas prudente era ponerse en salvo; y, aunque no hizo dimision, eligieron en su lugar á Fregoso, el cual se vió depuesto á los ocho años; porque una falsa alarma, dada á propósito al pueblo, fué suficiente para esta revolucion. Antonio Adorno y Nicolás Guarco, pretendientes del ducato, hicieron correr la noticia de que los venecianos y milaneses estaban cerca de Génova. Acudieron todos á las armas; y viéndose los dos ambiciosos rodeados de buenas tropas, dieron sobre el dux, que habia ido á rechazar el enemigo, y le pusieron en una prision. Al punto la faccion eligió á Adorno; pero casi en el mismo instante cedió su plaza á Guarco, bien fuese necesidad, ó bien concierto entre los dos competidores.

En tiempo de este dux, aunque no era guerrero, se hallan los sucesos mas ruidosos, y las victorias de los genoveses contra los venecianos. Bloquearon á Venecia, lo que hasta entónces jamás habia sucedido, y precisaron á esta altiva república á humillarse delante de su orgullo. No se sabe lo que hubiera sucedido de resultas de esta lucha, bien desigual por parte de los venecianos, á no haberse visto Guarco precisado por los nuevos alborotos á llamar á Génova las tropas para oponerse á los malcontentos. No debe sorprender que en ellas se viese á Antonio Adorno, que habia renunciado con tanto gusto. Aun no habia llegado el momento de sujetarse Guarco á la dimision: se negoció por uno y otro partido, y convinieron en que se quedase dux con ocho mentores ó ayos, llamados proveedores, cuatro de los cuales eran mercaderes, y cuatro artesanos. Montalto, de quien ya hemos hablado, se hizo nombrar entre los proveedores artesanos, aunque jurisconsulto de profesion; pero en tiempo de alborotos todo es bueno.

No tardó en presentarse de nuevo la discordia: acudió Adorno deseando aprovecharse de ella; y con grande admiracion suya eligieron á Montalto, que vivió poco y cuya muerte sintieron los genoveses. Volvió Adorno, y consiguió los votos, teniéndose por seguro, como que habia hallado medio de prevenir las dificultades que pudiera oponerle Guarco, haciendo encerrar á éste en un castillo. Su desgracia habia de nacer de él mismo, y de la grande timidez que mostró en las nuevas inquietudes, que pudiera haber sosegado con un poco de fortaleza; pero abandonó el campo, se puso en salvo, y desapareció. Á todos admiró y chocó esta evasion; pero no corrieron trás él, y pusieron en su lugar á Jacobo Fregoso.

Unas discordias que hacian derramar tanta sangre eran para los competidores asunto de diversion: semejantes á los jugadores, que mientras dura la partida se encarnizan, pero concluida se hacen amigos. Se arrepintió Adorno de haber huido; volvió á entrar en Génova con el mismo secreto que habia salido; y sorprendiendo á Fregoso en su palacio cuando iba á sentarse á la mesa: «Habeis mandado, le dijo, para vos la comida, y es justo que vengais á comer conmigo, y que despues os volvais temprano á vuestra antigua habitacion para ponerla en buen órden.» Bueno hubiera sido que Adorno hubiese recibido siempre los acontecimientos humanos sin enojo ni pasion; pero bien fuese por hacerse temer, ó por tomar satisfaccion de sus agravios, se vengó de cuantos le habian sido contrarios. Destierros, multas, suplicios y tormentos, de todo se sirvió; pero con él hicieron lo mismo en cuanto fué posible con ataques directos ó indirectos, con varias conspiraciones y hostilidades, así dentro como fuera; hasta que no pudiendo resistir, manifestó deseo de retirarse; pero, sublevado el pueblo, le persiguió hasta un convento en donde se ocultó, y del cual salió por la noche (1393).

Andaba el populacho errante sin saber adonde iba: todo resonaba en maldiciones, y se precipitaba á toda especie de escesos. En el caos de aquel tumultuario ruido se oyó el nombre de Montalto, nombre muy amado del antiguo dux, y nombre de su hijo, jóven de veinte y tres años, de agradable figura, y ya conocido por sus amables prendas. Preséntase pues: él será el dux: ya todos abren la boca para proclamarle: le llevan al palacio, y al dia siguiente emplearon en su eleccion las fórmulas requeridas con general aplauso. No tuvieron que arrepentirse; porque la eleccion, aunque precipitada, fué escelente. Era este Montalto un hombre sin hiel franco, generoso, sin sospechas, y dotado de todo el candor de su juventud. Sin embargo, se presentaron contra él dos partidos, el de Adorno, que todavía volvió á cargar, y el de los hijos de Guarco, á quienes Adorno favorecia despues de haber puesto á su padre en la cárcel. Además de estas dos facciones apareció otra tercera de los partidarios de Bocanegra. Montalto añadió á su gente la de Fregoso y otros afectos á éste; por lo que hubo una verdadera guerra civil, en la que derribaban con hachas las puertas, las aplicaban hachas encendidas y llovian las tejas de los tejados.

¿Qué medio para sosegar un furor convertido en rabia, que amenazaba la total destruccion de la ciudad? Algunas personas, mas bien intencionadas que hábiles en política, creyeron cortar el nudo de la dificultad, nom-

Digitized by Google

brando un dux que no fuese de ninguno de aquellos partidos, persuadidas á que éste los dominaria á todos. Eligieron pues á un tal Justiniani, hombre moderado y tan prudente, que, viendo que no podia reconciliar los espíritus, renunció poco despues. Continuaron sus competencias Adorno, Fregoso, Guarco, Bocanegra y Montalto; y este conflicto hizo que, tomando una de aquellas resoluciones, desesperadas que alguna vez consiguen el acierto: declarasen dux perpetuo á Montalto.

Así como el viento cuando se levanta disipa las nubes que obscurecian el horizonte, así el dictador perpetuo dispersó á sus rivales con su soplo, por decirlo así: solo Bocanegra se quedó atrás, se dejó prender, y fué condenado á muerte. Ya estaba en el cadalso y levantada el hacha sobre su cabeza; Montalto, rodeado de su consejo, estaba mirando desde una ventana, segun costumbre, y vió que el infeliz, deshecho en lágrimas, pedia la vida: la juventud es muy sensible, y ya abria sus labios el dux para pronunciar la gracia, cuando un consejero viejo, tratando de flaqueza esta compasion, iba á apresurarle el suplicio; pero Montalto le detuvo, hizo la señal del perdon, y Bocanegra salvó la vida.

La bondad del jóven dux, de la cual hemos referido solo un rasgo entre otros muchos, no detuvo la actividad de las facciones. No renació la calma; y Montalto, cansado de una dignidad que era el tormento de su vida, se entró en una galera; hizo vela hácia Gavi, y abandonó á su infeliz suerte un pueblo igualmente incapaz de dejarse gobernar así con el rigor como con la clemencia. Así que partió colocaron en su lugar otro llamado Zoaglio; volvió á presentarse Adorno á la puerta de la ciudad, suplicando y pidiendo que le recibiesen, y ofreciendo que viviria como ciudadano pacífico, sin mezclarse en el gobierno. No se sabe si Zoaglio le creyó, ó tuvo precision de dar á entender que lo creia; pero así que Adorno fué admitido, hizo entrar tambien á los Fregosos y á los Guarcos, y volvieron á empezar los alborotos. Zoaglio, que era hombre sin ambicion, se sacrificó gustoso, y renunció. Fregoso y Guarco echaron suertes sobre quién habia de ser el dux, y se declaró la suerte por Guarco.

Fuese que los genoveses le volvieron á llamar porque le echaban ménos, ó fuese porque es natural volver á los honores, que difícilmente olvidan los que les han tomado el gusto, volvió Montalto á entrar en Génova con soldados, y se juntó á él uno de los Fiescos bien armado. No estaba ménos acompañado Adorno: y Fregoso, que se hallaba á la cabeza de una buena tropa, favorecia al dux Guarco. Éste se rindió, renunció, y huyó: á Adorno le hizo Montalto prisionero; y lo que debia ser su perdicion fué la ocasion de su fortuna. Desde luego consiguió la libertad; y despues se agregó á Montalto, que por su franqueza natural podia ser fácilmente engañado.

Hechos sus convenios juntaron el pueblo, ya instruido de su reconciliacion: habló el primero Adorno, y con su elocuencia persuasiva deploró los males de Génova; manifestó grande arrepentimiento de los escesos á que le habia arrastrado la ambicion; pidió perdon en cierto modo de su pasada conducta; publicó el magnífico proyecto que él y Montalto habian formado de renunciar á sus derechos; y exhortó por consiguiente á que se eligiese un sujeto benigno, pacífico y capaz de hacer feliz la patria. Habló despues Montalto, pero sin énfasis ni adornos, y con la sencillez propia de la franqueza.

Adorno arrepentido era una cosa bien estraordinaria; pero, fuese su desinterés fingido ó verdadero, se aprovecharon de él, y escogieron noventa personas de entre las principales de la asamblea para proceder á la eleccion del dux. Apenas habian cerrado las puertas, cuando oyeron un espantoso ruido de la parte de afuera: subieron á las ventanas, resonó el aire en clamores de espantosas amenazas sino era elegido Adorno; temblaron los electores; cedieron á la violencia, y le proclamaron. Montalto, que se vió engañado, salió de la asamblea hirviendo en cólera, y juró vengarse.

Hizo compañeros de su resentimiento á cuantos enemigos de Adorno pudo hallar: eran éstos muchos, principalmente entre la nobleza. Volvieron á empezar las hostilidades mas crueles que nunca: no fueron felices para los confederados, rechazándolos Adorno; pero ántes que sujetarse á este dux resolvieron someter su ciudad á una potencia extranjera. Ya tenian los franceses un pié en el estado por las empresas de Cárlos VI en Italia: entablaron los nobles una negociacion con ellos: tuvo Adorno noticia; y viendo que le preparaban un enemigo, de quien con mucho trabajo se defenderia, eligió el partido de entregar su patria á los franceses, para hacer de este modo mérito con ellos, y esperar que se lo agradeciesen (1396).

Tenia el dux las riendas del gobierno y las fuerzas del estado: aseguraba la voluntad del pueblo por la preocupacion de éste y la confianza en su dignidad: era en los franceses mas prudencia recibir de él, ya conquistada, una autoridad, que los enemigos de Adorno les ofrecian por conquistar, y así trataron con él por preferencia. En una junta general, espresamente convocada, ponderó tanto las ventajas que podrian resultar á Génova de su sumision á la Francia, que quedó resuelta entre aclamaciones de todo el pueblo. Se entregaron los genoveses á los mas vivos escesos de contento y alegría, como si aquel dia fuese el mas bello y el mas feliz de la república. El gobierno popular, hecho monárquico, ya se habia verificado en Roberto, rey de Nápoles, y en Visconti, arzobispo de Milan: Cárlos VI fué el tercero.

Reflexionando en lo que habia pasado y en el carácter de los genoveses, no podia esperarse que el dominio de un soberano extranjero consiguiese la tranquilidad. Los nobles, á cuya cabeza estaban Montalto y Guarco, apoyados por el duque de Milan, que aspiraba á la soberanía, no pudieron ver sin grande sentimiento que ésta cayese en manos de un monarca, que no les debia obligacion alguna. Los nobles de Adorno exaltaban públicamente el gobierno monárquico, mirándole como muy ventajoso para la nobleza, y sostenian con todas sus fuerzas la revolucion. Las desgracias de Montalto y Guarco, que fueron hechos prisioneros, y puestos en libertad por el interés comun, unieron por algun tiempo las dos facciones de nobles, pero en el fondo subsistieron igualmente contrarias bajo el nombre de güelfos y gibelinos, que volvieron á tomar con una especie de entusiasmo. La llegada del gobernador francés, y el perdon general que concedió, obraron una tregua cuya eficacia duró hasta que murió el intrigante Adorno.

Todo iba bien, hasta que el gobernador francés, desconfiando de algunas juntas secretas y creyendo que el podestá, juez criminal ordinario, no era suficiente para buscar á los conspiradores y sus cómplices, instituyó otro juez con el nombre de capitan de justicia, dándole un poder absoluto sin límites ni apelacion. Este tribunal de sangre alborotó á los genoveses á proporcion del susto que les inspiró, é hicieron promesas y votos por los gibelinos nobles que asolaban los campos. Suprimió el gobernador su capitan de justicia; pero al mismo tiempo descontentó á los güelfos, sus amigos, con los favores que hizo á los gibelinos con el fin de ganarlos: pues tenia grande interés en no perder á los gibelinos, por estar unida con ellos la faccion popular, siempre formidable.

No tuvieron buen éxito estas contemplaciones; pues las dos facciones, así balanceadas, nada omitieron para ejercitar su rabia una contra otra: en ménos de quince dias se dieron entre sí seis combates dentro de la ciudad, y no seria fácil describir con cuánto furor: las piedras, los mármoles y los bronces no estuvieron exentos de los efectos de su ira: arruinaron enteramente los edificios públicos, ornamentos de Génova: por las calles no se pisaban sino cadáveres: ya estaban infestadas las casas, y entró la peste á colmar las desgracias del hambre y de la guerra. Cesaron estas plagas, mas por cansancio que por autoridad, pues ésta no la habia en Génova. Se habia retirado el gobernador, y parecia que el consejo de Francia habia tomado el partido de dejar que aquellos furiosos se debilitasen con sus pérdidas para gobernarlos

despues mas fácilmente, asi como se deja á los maniáticos hasta que se debilitan con sus propios esfuerzos.

Todavia corria por sus venas una sangre demasiado caliente y abundante. Les enviaron otro gobernador, que no los halló muy sosegados, siéndole preciso adoptar un medio que no agradaba á la nobleza, pero que él tuvo por necesario, y fué, permitir que se creasen doce magistrados populares, tomados del cuerpo de los artesanos con el nombre de *priores*. Tampoco produjo este espediente buen efecto. Á proporcion del entusiasmo con que habian abrazado los genoveses el honor de verse franceses, fué la detestacion con que cuatro años despues miraban este título. El solo nombre de gobernador les era odioso, y creyó aquel comandante que debia ceder á su preocupacion, dejándoles gobernarse por un ministro intermedio, á quien dieron el nombre de *capitan de la guardia del rey*. Le tomaron entre los genoveses; y Bocanegra, el mismo que Montalto habia arrancado del suplicio, fué el primero que tuvo esta dignidad estravagante pero no pudo mantenerla, é hizo su dimision. Diéronle por sucesor otro genovés llamado Luzardo, que tambien renunció: volvió á tomar su plaza, y la volvió á dejar. Esto se hacia como con licencia del gobernador, pero á pesar del mismo. Por último, resolvió el consejo de Francia hacer un poderoso esfuerzo contra aquel pueblo amotinado, y ver si se le podia gobernar, ó si se debia abandonarle.

Esta prueba se confió á la capacidad de Juan Le-Maingre, señor de Boncicaut, mariscal de Francia, enviándole con un escolta que equivalia á un ejército. Ya en Génova tenia Boncicaut reputacion bien merecida de valiente, desinteresentado y equitativo; pero tambien de severo, inflexible é inexorable. Asustó su entrada, porque le acompañaban mil infantes y mil caballos con un feroz silencio como el de su gefe, mirando con indignacion á toda la multitud que los rodeaba. Se redoblaba el espanto con la vista de Boncicaut: su fisonomia, sus miradas, su estatura y grave continente, todo componia un esterior tremendo; bien que suavizaba la esterior ferocidad en el trato particular con su mucha cortesia, estremada afabilidad, dulzura en la espresion, y un conjunto de todas las virtudes sociales. De suerte que Boncicaut en el público, y Boncicaut en el trato particular, eran dos hombres absolutamente diferentes.

Dió principio á su administracion con un hecho severo de justicia y de politica. Ya hemos visto que Bocanegra y Luzardo, bajo el nombre de capitanes de la guardia del rey, se habian tomado la autoridad en perjuicio de la del gobernador. Boncicaut pues los hizo arrestar y condenar á muerte sin forma de proceso. Por mas que alegaron que los habia forzado un populacho sublevado, y que solamente habian aceptado la plaza, *salva la obediencia que se debe al rey*, no por eso dejó el gobernador de enviarlos al cadalso. Mientras Bocanegra, fuerte y vigoroso, resistia á los satélites, y disputaba su cabeza al ejecutor, saltó Luzardo en medio de la multitud: ésta le rodeó, y le hizo pasar hasta los últimos, los cuales le ocultaron. Primero se salvó en una iglesia, despues fuera de la ciudad, y luego llegó á ser el enemigo mas peligroso de Boncicaut. Irritado el gobernador por la fuga de Luzardo, mandó cortar sobre la marcha la cabeza al oficial genovés que mandaba la guardia.

Apenas habia medio de contener á un pueblo tan amotinado sino con el rigor, y poniendo á la multitud en estado de no poder alborotar. Nada se le olvidó á Boncicaut: desarmó á los habitadores de la campiña, ordinarios auxiliares de los malcontentos de la ciudad: mandó que los ciudadanos llevasen las armas á una fortaleza, que él fortificó con fosos y baluartes para que no pudiesen asaltaria: suprimió los capitanes del cuartel, confaloneros: síndicos y toda especie de oficiales: prohibió con rigorosas penas las conferencias y juntas públicas y diarias: desterró los nombres de güelfos y gibelinos, y las insignias propias de estas dos facciones: quitó los cónsules á los artesanos, mandando que no eligiesen otros: nada se hizo despues sino por órden ó permiso del gobernador: hasta las cofradias, en pais tan aplicado á los actos religiosos, no volvieron á juntarse sin su consentimiento. Si algunos genoveses echaban de ménos las antiguas instituciones civiles y la forma popular de su gobierno, otros aprobaron las reformas de Boncicaut, viendo la paz y tranquilidad que gozaba Génova con la superintendencia de un solo señor. Al beneficio de su policia añadió el de sostener la reputacion de los genoveses por fuera defendiendo sus posesiones y animando su comercio. En su gobierno estableció el banco de san Jorge, depósito abierto para todos los que querian poner fondos bajo las fianzas del estado.

Este banco fué el modelo de todos cuantos se han formado para el público. El terror sostuvo la administracion de Boncicaut: y él conoció tan claramente la necesidad de este medio, que era inflexible en la menor cosa que atentase contra su autoridad. Tal vez se escedió en la precaucion, no permitiendo las reflexiones sobre su gobierno, y castigando como delitos de lesa magestad las observaciones y discursos sobre este particular: y hasta los pensamientos hubiera querido prohibir; pero esta conducta tiránica solo sirvió para reconcentrar el descontento y darle mas actividad. Á pesar de las trabas que puso á la mútua confianza, se comunicaron las quejas y sentimientos; y por algunos castigos, mas que severos, pasaron los genoveses de las quejas a la murmuracion; y Luzardo, que siempre andaba vagando en la campiña de Génova, ya preso y ya huido, soplaba sin cesar la indignacion contra el gobernador. Hubiera tal vez triunfado Boncicaut de sus astucias y esfuerzos, si los negocios generales de Italia, y la necesidad de sostener á los franceses en el ducado de Milan, no le hubiesen sacado de la ciudad.

Se reunieron los principes italianos para inpedir que los franceses se fortificasen en Italia, en donde ya eran muy temibles con la posesion de Génova. Sitiaron pues esta ciudad para librarla del yugo francés, y hallaron que ya los habitadores lo habian sacudido desde que habia salido Boncicaut; pero no se hizo la revolucion sin efusion de sangre, y horribles estragos contra los franceses que habia dejado el mariscal para sostener su autoridad. Cuando los principes confederados se presentaron delante de la ciudad con los nobles del partido gibelino que los acompañaban, llevando por capitan al marqués de Monferrato los del partido güelfo que estaban dentro, depues de haber deliberado, abrieron las puertas con ciertas condiciones, siendo la principal que al marqués de Monferrato se le habia de reconocer por capitan general de la república; y así lo fué con aclamaciones del pueblo que enloquecia de gozo.

Al marqués de Monferrato, capitan general, le señalaron un consejo de doce, la mitad nobles, y la mitad plebeyos: unos güelfos y otros gibelinos. Esta mezcla hizo la peor amalgama: porque los gibelinos, que tenian por gefe á Lucas Fiesco, espelieron á los güelfos y éstos procuraron volver á entrar. El capitan general no era afecto á los gibelinos; y creyendo que le importaba volviesen los güelfos, los favoreció: y aun se creyó que habia disimulado el asesinato de un Fregoso, y cargo de cadenas á un Adorno; pero todo esto nada le sirvió para conservarse en el principado de Génova. Crearon un consejo de ocho magistrados: éstos convocaron una junta de trescientos ciudadanos de los mas distinguidos, y determinaron, y aun hicieron pasar por ley, que en lo sucesivo los plebeyos y los nobles fuesen igualmente capaces de todas las dignidades. Adorno, á quien el marqués de Monferrato puso en libertad con la esperanza de que su presencia suscitaria el alboroto, lo hizo tan al contrario que fué el punto de reunion de las facciones nobles y populares, y le hicieron dux asi que le vieron en la ciudad (1413).

En su tiempo se emprendió el importante trabajo de hacer leyes para reformar las costumbres y prevenir las conspiraciones. Dieron este encargo á doce antiguos magistrados, los cuales establecieron que para ser dux seria circunstancia precisa ser genoves del cuerpo del co-

Digitized by Google

mercio, y tener á lo menos cincuenta años. Ya puede suponer el lector los reglamentos sobre las costumbres; porque éstos en todas partes son semejantes, y se egecutan del mismo modo. Gobernaba Adorno con bastante tranquilidad; pero le pareció á Isnard Guarco que ya le duraba mucho tiempo el gobierno, pretendió suplantarle, y él fué espelido. Un Montalto, tambien grande emprendedor, llegó á conseguir que dejase Adorno su dignidad; pero no la dejó para él, pues pasó á Bernabé Guarco, jurisconsulto, hombre distinguido por sus frecuentes discursos al pueblo sobre la paz; mas á las cabezas de las casas populares les pareció que era demasiado premio para la elocuencia de un abogado; y así le precisaron á renunciar, y eligieron á Tomas Fregoso.

Era éste un hombre liberal, alentado, infatigable; á todo atendia; no despreciaba parte alguna de la administracion, y gustaba mucho de verse amado. Restableció la tranquilidad en lo interior; sosegó los alborotos esteriores: sujetó á los corsos que se habian sublevado; disminuyó los impuestos, y empleó parte de su patrimonio, tanto en construir, como en reparar obras mas de utilidad que de lujo, entre las cuales puede contarse la limpieza del puerto de Génova, que estaba sucio y lleno de escombros. Apenas se conocen en Tomás Fregoso mas que bellas calidades, y así le acometió la envidia, insecto roedor de la virtud. Los Guarcos, los Spínolas, los Montaltos, los Adornos y otros descontentos, no tanto de la persona del dux cuanto de no ocupar su plaza, no pudiendo destruirle por sí solos, suscitaron contra él á Felipe María Visconti, duque de Milan, vecino peligroso de Génova, que no buscaba sino la ocasion de escitar en ella alborotos con la esperanza de recobrar la autoridad que allí habian tenido sus mayores.

Empezó la guerra, y siguió con la alternativa de felicidades y reveses. Habian atraido los confederados con Visconti casi toda la Italia contra Génova, y se sostuvo Fregoso por algun tiempo con las solas fuerzas de la república; pero creció la tempestad tan espantosamente que prefirió mas bien renunciar en favor de Visconti, que esponerse con su resistencia á ser causa de la ruina de su patria. La partida de Fregoso fué un triunfo, porque le acompañaron sus paisanos hasta la galera con las señales mas espresivas de dolor y de respeto. Se retiró á Sarsano, y le dió la república su territorio en propiedad, en señal de estimacion y para reintegrarle de los daños que habia padecido su patrimonio por su generosidad para con la patria. De este modo volvió Génova al dominio de los milaneses, sujetándose á un señor á quien no amaba ni estimaba; y éste recibió unos vasallos descontentos por las desolaciones que les habia causado durante la guerra, pero el pueblo siempre mostró la misma alegría.

Segun el plan de Visconti para sujetar á los genoveses puede formarse la idea de que pensó en llevarlos á las guerras contra Aragon, Venecia y Florencia, siendo así que solo para él era el beneficio; y en favorecer con afectacion á unos ciudadanos en perjuicio de otros, pues dió las fortalezas y ciudades á sus amigos á título de gobierno, desmembrando así el estado. Tambien pensó en no perseguir á los desterrados; ántes bien se lastimaba, y les permitia restablecerse, dando de este modo nuevas fuerzas á los odios particulares, y teniendo siempre al populacho en accion con noticias divulgadas diestramente, y á los gefes sin resolucion entre temores y esperanzas. Con esta conducta faltó muy poco para que Visconti adormeciese á los genoveses con un sueño de muerte.

Pero la venganza es vigilante. Tomás Fregoso, que con tanta violencia habia renunciado á la dignidad de dux, que habia desempeñado bien, abrió desde su retiro los ojos á sus paisanos para que viesen su infeliz estado. Fué grande el número de los malcontentos que con sus diligencias se le juntaron: se unió con él la faccion de Adorno, capitaneada por Bernabé; y unos y otros tomaron fuerzas con la capacidad de un hábil general llamado Spínola. Estaba el pueblo furioso contra el duque de Milan, que habia cerrado á proposito los ojos, sobre el proceder atroz de Pilcini, comandante de sus tropas. Despues de haber éste ganado una victoria contra los malcontentos, con el auxilio de los genoveses, fué tan bárbaro y cruel, que mandó matar á sangre fria los prisioneros, por mas que pedian gracia de rodillas, y que los genoveses de su ejército intercedian por los infelices sus paisanos y parientes.

No contento con un castigo, que no se habia visto en mucho tiempo en los estados cristianos, Pilcini, sin atender á sexo, edad ni profesion, hizo vender públicamente todos los que habian huido de la amenaza. No castigar semejantes atrocidades es condescender: por lo ménos así lo creyeron los genoveses, y conservaron en su pecho el resentimiento; pero luego que conocieron que podian hacer frente á la guarnicion milanesa esparcida por la ciudad, se sublevaron, y fué la primera operacion elegir seis personas principales, á quienes encargaron el gobierno bajo el nombre de *defensores de la patria*. Éstos consiguieron encerrar á los milaneses en el castillo, le conquistaron, y los espelieron. Envió el duque de Milan al terrible Pilcini; pero éste no hizo estragos sino en las cercanias de la ciudad; y siempre fué Génova la que se hizo á sí misma los mayores males.

Los defensores, á quienes dieron este título en un momento de alboroto, no sabian bien la conducta que debian observar con el pueblo; y como que ignoraban la estension y los límites de su potestad, temiendo escederse, se estaban en una especie de inaccion y de pasmo, que fué muy favorable á los pícaros y malhechores, cuyas compañías llenaban toda la ciudad. Muy cómoda era esta inaccion para las cabezas de las facciones, porque de este modo lograban mayor facilidad para urdir sus tramas. Los Adornos y los Fregosos ocupaban el primer lugar entre las familias populares; los demas y los mismos nobles no se avergonzaban de declararse sus clientes. Solamente los Montaltos y los Guarcos pudieran oponerles competidores temibles: habian tomado el partido de volver al gobierno de su dux, y eligieron á Isnard Guarco, que se hallaba en la ciudad, sin duda por anticiparse á las pretensiones de Tomás Fregoso; pero á los siete dias acudió éste bien acompañado: hizo presente que, habiendo dejado de ser dux para ceder la administracion al duque de Milan, segun lo deseaba el pueblo, supuesto que se repudiaba la autoridad de aquel duque, era justo que le restituyesen á una dignidad que solo por condescendencia habia dejado. Era Fregoso muy amado y estimado, que es lo que muchas veces vale mas que la razon; y así le reeligieron, ó por mejor decir le restituyeron su dignidad con el consentimiento del nuevo dux (1440).

No se sostuvo quieto el milanés espulsado; y, entre otras maniobras, suscitó contra Tomás Fregoso á un hermano suyo: y tomado el punto con seriedad se armaron los dos, y llegaron á las manos. Bautista Fregoso quedó hecho prisionero, mas le perdonó su hermano y toda la familia se reunió. Llenó el dux de beneficios á todos sus parientes, dándoles las dignidades y el mando de las tropas, y esta preferencia tan clara escitó la envidia. Empezaron por decir de Tomás Fregoso que ya habia tenido demasiado tiempo la dignidad, y que era preciso que cada uno la gozase por su turno. Juan Antonio de Fiesco no se anduvo en discursos; y á instancias del duque de Milan se mostró con armas en la costa de Génova. Atraia los nobles á su partido, y no dejaba de animar con sus palabras la envidia contra el dux. «¿Con qué por obedecer á las leyes de un plebeyo, les decia, habeis sacudido el yugo de un príncipe extranjero? Para elegir un dueño que os mande con imperio en un Fregoso, ¿habeis sacudido el yugo del duque de Milan?» Hacia mayor efecto este discurso, porque el mismo Fregoso abria la puerta á la envidia con su inclinacion al fausto y magnificencia. Abandonándose á una perfecta

Digitized by Google

seguridad descuidaba de observar las acciones de Fiesco; y éste, aprovechándose de su descuido, se introdujo en la ciudad, y repentinamente se halló abandonado el dux con grande admiracion suya, contando por felicidad poder restituirse por capitulacion á su antiguo retiro de Sarsano.

Eligieron ocho capitanes de la libertad genovesa, que no duraron mas que un mes, y sucedió á esta octocracia un dux llamado Rafael Adorno, á quien pusieron cuatro consejeros para que no abusasen de su autoridad. Esta precaucion era poco necesaria, respecto de Rafael, hombre de tan poca ambicion, y tan modesto, que su familia, viendo que nada ganaba con su elevacion y moderacion escesiva, le empeñó en que hiciese la dimision, y procuró la plaza para Bernabé Adorno, de quien esperaba lo que no la habia dado Rafael. Pero en una noche obscura Jano Fregoso, hermano del dux Tomás, entró en el puerto con sola una galera, desembarcó sin ruido su gente, que consistia en ochenta hombres valientes, determinados á vencer ó morir con él, y marchó al palacio del dux. Halló resistencia; pero Bernabé se vió precisado á huir, y al dia siguiente eligieron á Jano en su lugar.

Murió al cabo de un año, y fué muy sentida su muerte. La estimacion en que le tenian reunió los votos en favor de su hermano Luis Fregoso, aunque ausente. Era hombre sin vicios ni virtudes; y hallándole incapaz de la dignidad, la ofrecieron á Tomás el de Sarsano, pero éste prefirió la tranquilidad de su retiro; por lo cual eligieron á su sobrino Pedro Fregoso, hombre intrépido, guerrero escelente, que, como habia sido rebelde y proscrito, sabia como se habia de portar para contener á los amotinados, siendo sus principales medios el temor y el terror; con lo cual dió á Génova un nuevo ejemplo de severidad. Cierto noble, llamado Galeoto, se propasó en algunas conversaciones contra el dux; y éste, que por otra parte no le queria bien, le hizo ahorcar con su ropa de senador, poniendo á sus piés estas palabras: *Este hombre ha dicho lo que no debia decir.*

Génova sostuvo la guerra, ya contra la Francia, ya contra don Fernando, rey de Aragon, porque la guerra entre los Fregosos y Adornos habia llamado las armas extranjeras contra su patria. Habian contribuido los Fregosos á que la Francia perdiese la soberanía de Génova; pero en política todo se olvida, y así el dux Fregoso, estrechado por los Adornos, que habian recurrido á los aragoneses para apoderarse de la primera dignidad, no dudó apelar al auxilio de los franceses. Aun hizo mas, porque, viendo que los Adornos le quitaban la plaza de dux, dijo: «Ya que yo no puedo mandar en Génova, quede ésta sujeta y obedezca á un soberano extranjero: yo no dominaré en mi patria, pero tampoco dominarán los Adornos: yo tendré que obedecer, pero tambien ellos tendrán un señor, y no será el mio ningun Adorno.» Con estos pensamientos propuso la soberanía á Cárlos VII: éste la aceptó con las mismas condiciones que su padre, y se estipularon los reintegros en dinero para el dux.

El rey de Aragon, incitado por los Adornos y sus partidarios, acudió á Génova, y la estrechó muy de cerca. El hambre, consecuencia de la guerra, y su compañera la peste, empezaban á sentirse en la ciudad cuando la muerte del rey de Aragon hizo levantar el sitio. Pedro Fregoso, que no tenia ya que temer al rey de Aragon, ni á las dos cabezas de la familia de Adorno, Rafael y Bernabé, porque les faltaba el apoyo, pensó ya de otro modo, diciendo: «Que seria caer en grande falta dejar á la Francia la soberanía, y no volver él á tomar la autoridad.» ¿Pero cómo habia de ser esto, si los franceses tenian en Génova una buena guarnicion, y era difícil echarla fuera?

Fregoso pues le pidió la cantidad prometida como precio de su renuncia, y le enviaron á la casa de la república que se hallaba vacía. Empezó á murmurar y á quejarse Fregoso: le espelieron de la ciudad con todos sus partidarios; pero esto es lo que él queria. Fué á verse con el duque de Milan; y éste, no pudiendo socorrerle con fuerzas, le dirigió al nuevo rey de Aragon con eficaces recomendaciones. Ganó Fregoso á los Fiescos, se reconcilió con cuantos pudo de sus antiguos enemigos, y se presentó delante de Génova. Arrebatado de furor contra los franceses no se tomó tiempo para reunir todas las fuerzas que le prometian: dió el asalto, y escaló el primer muro. Detenido en la segunda cerca, halló, buscando por todas partes, un portillo mal guardado, y se arrojó á la ciudad creyendo que le seguian. Fué penetrando el imprudente, recorrió muchas calles á caballo, y siempre peleando. Corrió de una á otra parte, y, perseguido de los tiros y piedras que llovian, buscó salida, pero no la halló; y herido en la cabeza con un palo calzado de hierro, cayó y murió.

Se disiparon sus tropas, y Génova logró algunos meses de calma bajo la dominacion francesa. En este intervalo se habló de proveer á los gastos urgentes de la república; pero estaba el tesoro agotado: se trató de llenarle, y el pueblo decia: que esta carga no la debia llevar él, pues estaba privado de las honras y dignidades. Los nobles se escusaban; y mientras deliberaban esclamó con mucho calor un jóven: «¿Para qué son tantas palabras? ¿Por ventura no tenemos armas para conseguir que se nos haga justicia? Á las armas ciudadanos, á las armas;» y al punto se sublevó toda la ciudad. Como decian que nada querian con los franceses, se interpuso el gobernador para mediar, y ya estaba para lograr su objeto, cuando Pablo Fregoso, arzobispo de Génova, y hermano del difunto dux Pedro, entró con Próspero Adorno en la ciudad, y Fregoso dejó por via de convencion que fuese Adorno elegido dux. Las dos familias asociaron su odio contra los franceses que se habian retirado á la ciudadela; y aunque habia sido muy moderado su gobierno, el pueblo los sitió como si tuviera de que quejarse. Duró mucho el sitio por las diferencias entre el dux y el arzobispo. Se reconciliaron por las diligencias que hizo el dux de Milan, empeñado en concordarlos, aunque ménos por el amor de la paz, que por su enemistad contra los franceses (1461).

Dificultad costaria decir cual de estos dos hombres era el mas perverso: el uno aconsejaba el mal, y el otro lo egecutaba. Entendia maravillosamente el arzobispo de imaginar medios para cargar contribuciones, y el dux de llevarlos á efecto. Temible seria tal concordia si pudiera durar entre dos malos. Con motivo de una victoria que ganó el arzobispo á los franceses, que iban á librar á sus compatriotas, encerrados en la ciudadela, negó el dux al prelado la entrada en la ciudad, recelando que le hiciese demasiado poderoso la gloria que acababa de adquirir. Se levantaron contra esta proscripcion los partidarios del arzobispo, pretendiendo que se le abriesen las puertas; pero Adorno se obstinó en tenerlas cerradas. Pelearon dentro de la ciudad á vista de los sitiadores y de los auxiliares milaneses, tranquilos espectadores del combate, cuya terminacion fué que el dux se vió precisado á dejar la ciudad. Eligieron en su lugar á Luis Fregoso, y el prelado desposeyó á su pariente, y se hizo nombrar á sí mismo; pero apenas le revistieron de esta dignidad, cuando desagradó al pueblo, y se la dieron á Luis, aunque pocos dias despues volvió á ser del arzobispo Pablo. Durante estas mutaciones, cansado Luis XI de una soberanía tan precaria como la de Génova, la dejó, y dicen que le enviaron diputados los genoveses para que no los abandonase. Dijeron éstos: «Nosotros nos entregamos á V. M. sinceramente.» «Pues yo, respondió muy enojado, os doy al diablo.»

Á la verdad lo mismo hubiera sido caer en su poder, que en el de Pablo Fregoso. Este prelado, acompañado de bandidos y homicidas, recorria de dia y de noche las calles de Génova, robando, saqueando, matando, y cometiendo los mayores desórdenes. Contra este tirano, bien servido de sus satélites, imploraron los infelices genoveses la proteccion de Francisco Esforcia, duque de Milan. Hizo este príncipe con el papa tentativas amigables para que quedase la ciudad tranquila: no surtieron

Digitized by Google

efecto, y fue necesario valerse de la fuerza. Procuró el arzobispo apoderarse de la ciudadela para hacerse fuerte: echado de ella, fué á la marina, se apoderó de cuatro embarcaciones mercantiles que habia en el puerto, embarcó sus pícaros, y empezó con ellos á egercer la piratería. Los genoveses, perseguidos y sin poder defenderse á sí mismos, como habian esperimentado los buenos oficios del duque de Milan, se le entregaron, y él los libró de las vejaciones del arzobispo dux, y restableció el buen órden en la ciudad, gobernándola benignamente.

Juan Galeazo, hijo de Francisco Esforcia, no los trató como su padre. En lugar de respetar aquella sombra de autoridad que se habian reservado los genoveses cuando se entregaron, manifestó un impaciente deseo de subyugarlos enteramente. No omitió astucia ni violencia alguna por conseguir sus fines, con la poca política de hacer ver á los genoveses que ni los queria ni los estimaba; pero los genoveses le correspondieron. El pueblo principalmente era el objeto de sus altiveces, y las de sus oficiales: éstos le trataban como á un rebaño vil, nó con el cayado de pastor que atiende á conservarlo, sino con el azote de mercenario interesado que mira con indiferencia sus aflicciones. Lo contrario hacia el duque de Milan con la nobleza, que por su parte preferia la corte de un soberano, en donde conseguia distinciones y empleos, cuales no podia darlos una república en donde se veia confundida con la plebe.

Se oian quejas de todos, porque los nobles y plebeyos sufrian iguales vejaciones con los impuestos y órdenes tiránicas, y les chocaba el gobierno arbitrario. Cuando el duque advirtió que empezaba el descontento, tuvo por conveniente aumentar las fortificaciones de la ciudadela, y para esto se proponia derribar muchos y grandes edificios. Cuando vieron estender la cuerda fatal para tirar las líneas, la estuvieron mirando los ciudadadanos con aquel asombro que causa el desaliento. Lázaro Doria la cortó indignado á vista de los ingenieros milaneses y de sus defensores. El gobernador, viendo el contento que el pueblo manifestaba por tan arrojada accion, no se determinó á castigarla; y advirtiendo la plebe que la temian, se hizo mas atrevida y tomó las armas. Algunos ciudadanos procuraron sosegarla, y fueron los órganos de un tratado en virtud del cual consentia el pueblo en sufrir sus cadenas, pero con la condicion de que se las aligerasen. No le gustó á Juan Galeazo este convenio, que limitaba su autoridad, y así levantaba tropas para hacer á los genoveses entrar debajo del yugo, cuando le quitaron la vida en Milan, en donde era tan odiosa como en Génova su tiranía.

La muerte de Galeazo despertó la ambicion de las cabezas de partido Adorno, Fiesco, Fregoso, Guarco y otros á quienes los milaneses habian desterrado. El primero que intentó introducirse en Génova fué Guarco; pero la viuda de Galeazo, tutora de su hijo, habia tomado, cuando murió su marido, algunas medidas bastante justas, para que esta primera empresa se desgraciase. Otras se consiguieron, á pesar de la vigilancia y los esfuerzos del gobernador milanés; éste se vió precisado á retirarse á la ciudadela, abandonando la ciudad, en donde ya habian entrado los Fiescos, y habian hecho elegir seis capitanes de la libertad genovesa: cuatro del pueblo, y dos de las familias nobles, Justiniani y Doria.

Esta palabra *libertad*, tan bien recibida del pueblo, fué siempre fatal á los genoveses. Apenas entregaron esta especie de ídolo á la guardia de los capitanes, cuando acudieron los partidarios para hacerse dueño de él, con el fin de que sirviese de *paladion* á su partido. Unos entraron en el ejército milanés enviado contra Génova, otros se introdujeron en la ciudad para defenderla; sonó el cañon del castillo, arruinó las casas con estruendo, volaron en pedazos los techos y los muros, se quedaron al descubierto los infelices habitadores, y no sabian adonde ir á buscar asilo. Despues de derramada mucha sangre, y de imaginar sesgos diferentes para que á tantos ambiciosos se les cayesen las armas de las manos, si posible fuera, hallaron el espediente de constituir gobernador de Génova á un Adorno, bajo la autoridad del duque de Milan.

Próspero Adorno, revestido del poder, pero con un título precario, no tuvo por conveniente egercerlo mucho tiempo en favor de los milaneses. Penetraron éstos su intencion, le pusieron en la cárcel, y le dieron libertad con motivo de un trastorno de ministros que hubo en la corte de Milan. Este movimiento le sirvió para librarse de toda dependencia. Ya habia hecho que el pueblo abrazase sus intereses por medio de la falsa confianza de una carta supuesta de la duquesa de Milan, que decia haberla interceptado, y que en ella prometia esta princesa á su ejército el saqueo de Génova. El pueblo, sin detenerse á examinar si era carta supuesta ó verdadera, renunció, todos á una voz, á la autoridad milanesa, y nombró á Adorno por gefe ó rector de Génova sin dependencia de Milan. Para romper todos los lazos hizo el rector alianza con el rey de Nápoles, que estaba en guerra con Milan, y obtuvo de él socorros. La regenta de Milan, indignada con la desercion de Adorno, le opuso por contrario á Obleto de Fiesco, á quien ella detenia en su corte como hombre peligroso. Esta misma cualidad, que ántes se temia en él, se miró como recurso; pero no lograron ventaja los milaneses. Se vió que Obleto era una alma venal, que se dejó ganar de unos y de otros, ya por el dux pirata Pablo Fregoso, ya por Milan contra Adorno, ya por Adorno contra los milaneses, y por último, por Juan Bautista Fregoso contra éstos. Era éste hijo de Pedro, aquel antiguo dux, á quien mataron en las calles de Génova por querer sujetarla.

Todo se dirigia á la entera destruccion de la autoridad milanesa en Génova; el pueblo ni aun queria oir hablar de ella: la nobleza titubeaba, pero detestaba á Próspero Adorno; porque sin duda no estaba tan sacrificado á los nobles como ellos querian. Se juntaron éstos con Juan Bautista Fregoso, aunque le miraban con desconfianza, y le ayudaron á desembarazarse de Adorno. Éste se creia muy seguro del tal Fregoso, que se le habia vendido muy caro, y á quien otros compradores habian hecho suyo. No lo advirtió Adorno hasta que Fregoso le acometió casi en su mismo palacio. Tuvo que huir, y le costó buen trabajo ganar la ribera del mar, perseguido de los silvos del populacho, y por entre una granizada de piedras. Estaban á la vista del puerto algunas galeras de Nápoles, las hicieron señal, y como no se acercasen tan pronto se arrojó el rector al mar; llegó á ellas nadando, y se largó prontamente.

Entraron en deliberacion sobre el gobierno que habia de darse á Génova. Juan Bautista Fregoso daba á sus conciudadanos la satisfaccion de que pareciese que los consultaba, porque ya estaba resuelto entre las cabezas de partido Fiesco y Fregoso, y aun con el rey de Nápoles; conviniendo todos en que no se hablaria mas de la autoridad milanesa, sino que volverian á tener dux. Eligieron á Juan Bautista Fregoso, que tambien se habia hecho pagar de todos los partidos, y le revistieron del poder absoluto con el contrapeso de un consejo de ocho magistrados elegidos por el pueblo. Para consolar á la nobleza de que se hubiesen hecho sin ella muchos arreglos, tuvo el pueblo la condescendencia de sacar de la clase noble las dos terceras partes de sus magistrados (1483).

Se supone que Juan Bautista Fregoso no entró por su gusto en todas estas intrigas, sino que cedia á los deseos de su familia; porque su inclinacion era el estudio, las bellas letras, y el sosiego, que es el mejor estado para gozar de sus encantos. No obstante, como el sabio se presta á las circunstancias, se sujetó á la carga del gobierno y cumplió con exactitud sus penosas obligaciones, aunque no pasaba de aquí, y así ni su familia ni los que eran cabezas de otras casas, sacaban provecho alguno de su dignidad, por lo cual aquellos ambiciosos no gustaban de su moderacion. Le dijeron un dia que Pablo Fregoso, su tio, aquel arzobispo de Génova de quien tanto hemos hablado, y que era ya cardenal, queria tener conversa-

cion con él en su palacio. Fué el dux sin guardia ni precauciones, y halló una junta de personas, que ya á primera vista no le parecieron muy bien intencionadas. Con efecto, le dieron á entender con bastante claridad que los genoveses estaban cansados de obedecerle y que era preciso que cediese la plaza sobre la marcha por el bien del público. Á esta propuesta no esperada, herido el dux de una especie de aturdimiento, dijo con voz balbuciente algunas palabras, renunció, y se retiró y el arzobispo fué electo dux por la tercera vez.

Sus vicios, que él jamás habia reprimido, continuaron en dejarse ver al descubierto, y la sola prenda de capacidad militar que habia mostrado se eclipsó. Vió con tranquilidad vencidos por los florentinos á sus compatriotas y súbditos, y no los consoló en sus reveses, ni con la paz interior, que sus desórdenes siempre turbaron. No obstante, en lugar de quitarle toda la autoridad, se contentaron con ponerle freno, asociándole diez de los principales ciudadanos como consejeros con el nombre de *decemviros*.

Temió Fregoso que esto fuese ir abriendo el camino á su destitucion, y procuró asegurarse la proteccion de Milan. Atrajo á esta corte con el casamiento de Fregosino, su hijo natural, con Clara, que tambien era hija natural del difunto duque Juan Galeazo. Esta precaucion advirtió á los genoveses lo que debian temer y se realizó lo que recelaban. Procuró Pablo Fregoso toda la autoridad que pudo para los milaneses en Génova; pero el dia ántes de quedar totalmente sujetos, se ofrecieron los genoveses de nuevo á la Francia: aceptó Cárlos VIII, y les prometió socorros; mas como éstos tardasen, la república, por miedo de otra cosa peor, recibió un gobernador de mano de los milaneses, y fué éste un Adorno, que reconoció no tener el gobierno mas que para diez años, en nombre del duque Ludovico Esforcia, llamado el Moro.

Pudiera formarse una idea bastante exacta del estado político de Génova, comparando su pueblo á un enfermo que, padeciendo mucho, busca la salud, entregándose indistintamente á los buenos médicos, y á los empíricos ó curanderos que le prometen el alivio; y sus nobles á hombres de temperamento vigoroso, que, estando sanos y fuertes, no creen la enfermedad de los otros, y exigen de ellos los mismos servicios que si estuvieran robustos; y por último á las potencias vecinas, semejantes á los charlatanes, que miran con indiferencia el buen ó mal éxito de sus consejos y drogas como ellos saquen provecho. Ludovico el Moro prometia á los genoveses prosperidad, paz y justicia; y cuando ya los tuvo ganados y sujetos á su dominacion los empeñó en guerras, emprendidas por su propio provecho. Sintió el pueblo febricitante la enfermedad de los impuestos: la nobleza, con poca disposicion para tomar parte de la carga, supuso que se quejaba sin razon, y despreciada la enfermedad se fué agravando. Al abatimiento de las fuerzas sucedieron los arrebatos de furor; y si éstos no fueron mortales á la república, causaron por lo ménos mucha falta de fuerzas.

Abusaron los Adornos de la autoridad que les confiaron para vengarse de sus enemigos y cometer impunemente los mayores desórdenes. Hubiera roto el descontento con funestas consecuencias para los unos y los otros, á no haber sido por la prudencia de Curandola-Estanga, á quien Ludovico el Moro mantenia residente en Génova. Muchas veces suspendió éste la animosidad de los partidos cuando iban á llegar á las manos. Gobernó tambien con igual destreza el afecto de los genoveses hácia Ludovico, por lo cual, cuando este príncipe se descompuso con Cárlos VIII, á quien él mismo habia llamado á Italia, dieron los genoveses al milanés toda especie de socorros. Pero cuando la fortuna empezó á volver la espalda á Ludovico, y, desplegando los franceses grandes fuerzas, anunciaban sucesos brillantes, se declararon los genoveses por los mas felices, y previnieron al vencedor sometiéndose á él. Luis XII, sucesor de Cárlos VIII, aceptó su homenage prometiendo sostenerlos contra Ludovico.

Como este socorro tardaba, temieron los genoveses que el duque de Milan, que todavía no se veia desamparado, volviese sobre ellos, y se vengase de su desercion. Crearon pues un consejo de doce magistrados, dándole poder para que tomase las medidas necesarias para la defensa de la ciudad; y, empezando á gustar la dulzura de arreglar por sí mismos sus asuntos, ya se sintieron con ménos disposicion para dejarse mandar de una potencia extranjera.

No les desagradaba el dominio de Luis XII, príncipe afable, lleno de bondad; y así no hubo pruebas de buen afecto que no le diesen en los tres meses que residió en Génova. Los mismos testimonios de estimacion y respeto dieron ocasion á la primera disension que rompió entre los nobles y los plebeyos, disputando entre sí cuales habian de llevar el palio en la entrada del monarca; y aunque éste decidió por los plebeyos, este favor fué de puro cumplimiento, porque las dignidades y las gracias se quedaron para los nobles, aun durante la residencia del rey, y mucho mas despues de su partida. Los gobernadores que envió la Francia escogidos entre la nobleza, además de la inclinacion que su origen les inspiraba, pensaron en sostener á la nobleza como apoyo del gobierno monárquico. Indispuso al pueblo esta parcialidad, y mucho mas porque, abusando los nobles de la superioridad que les daban, y no deteniéndose en desagradarle, encendian su odio con toda suerte de tratamientos injuriosos, sin disimular siquiera el desprecio que hacian de todo cuanto se llama pueblo.

Tanta arrogancia indignó á la multitud, cansada de sufrir continuamente los insultos de una juventud desvanecida con su casamiento y sus riquezas. Despues de muchas provocaciones y riñas públicas, que indicaban las disposiciones del corazon, declaró por último el pueblo sus pretensiones. Quiso y significó con aquel calor que siempre se advierte en sus pretensiones y deseos, que en adelante se repartiesen los empleos entre los principales cuerpos del estado, que eran los nobles, los artesanos y los mercaderes. Ésta era una nueva division, de la cual ni aun querian los nobles que se hablase, teniéndola por ridícula, diciendo que los dos cuerpos de mercaderes y artesaños no hacian mas que uno, y advirtiendo que si al pueblo se le concedia esta peticion, poseeria él solo dos tercios de los empleos. El pueblo replicaba, que, no siendo los nobles un tercio de los ciudadanos, no debian entrar por mitad con él en los cargos y dignidades. Algunos nobles, y sin duda de los mas juiciosos, no tenian por desarreglada la pretension del pueblo. Instaban los plebeyos por la decision, y la nobleza les oponia varias dificultades esperando el beneficio del tiempo, hasta que impaciente el pueblo, quitando los estorbos del modo que ordinariamente le habia salido bien, acudió á las armas. Todo se lo concedió el gobernador, y se crearon dos magistrados populares con el bello nombre de pacificadores. Escribieron al rey, y aprobó el consejo esta resolucion; pero en ménos tiempo que el necesario para llegar desde Paris á Génova, se rompió la pacificacion.

El rompimiento aun que vino de parte del pueblo y de los nobles; éstos, como mas débiles, siempre que se levantan los plebeyos en masa, quedaron expulsados. Hicieron grandes esclamaciones, y resonaron sus quejas en la misma corte de Francia: la cual llevó á mal que el pueblo no hubiese esperado la ratificacion de sus pretensiones, siendo ésta en su favor, y que cuando la supo no le hubiese merecido el justo respeto. Envió pues Luis XII un gobernador bien acompañado, que hizo su entrada con aparato formidable y con aire sombrío y pensativo como Boncicaut; pero no tenia el talento ni la fortaleza de éste. Dejó que el pueblo crease ocho tribunos sacados de su cuerpo; y el acto de eleccion les dió una autoridad absoluta, que aniquilaba la de todos los magistrados.

No agradaba esta disposicion ni aun á los primeros del pueblo, y con razon, porque los tribunos, por conservar su poder pasagero, solicitaban con afectacion el favor

Digitized by Google

del populacho, y los bandidos y malhechores, de que estaba llena la ciudad, seguros de su proteccion se entregaban impunemente á los mayores desórdenes. Llegaron á tal estremo, que á los tribunos les fué preciso consentir que entrasen tropas regladas para contener á los malvados. El deseo de establecer alguna policía dictó el proyecto de formar un consejo de treinta y seis ciudadanos populares, suprimiendo toda otra magistratura. Despues volvieron á un corto número de cabezas, inferior todavía al de los tribunos. Eran ocho los gefes y cuatro los regentes que se crearon. Indignado el gobernador por las afrentas que sin cesar sufria, ya porque abiertamente se oponian á sus órdenes, y ya porque indirectamente las quebrantaban, dejó la ciudad y abandonó á los genoveses á sí mismos. Entónces volvieron á parecer los tribunos, no haciendo ya misterio de la intencion de sacudir el yugo francés, y en este punto á nadie permitian ser indiferente: los principales plebeyos y aquellos nobles, que no tomaban parte en estos movimientos, se vieron atormentados como sospechosos de inclinacion al gobierno francés, y de que le favorecian. Los mas prudentes no desesperaban de reducir al pueblo á los caminos de la reconciliacion; pero los oradores, con sus arengas vehementes, le mantuvieron en su efervescencia. Amenazado pues del enojo de Luis XII le sugirieron que invocase el auxilio del emperador; y el pueblo, persuadido, quitó la bandera de Francia, sustituyendo la del imperio, y eligió en su misma clase un dux, llamado Paulo de Novi, que era tintorero. Con este hombre, á quien no faltaba entendimiento ni valor, ganaron los genoveses ventajas contra sus nobles, que, favorecidos de algunas tropas francesas, se veian al rededor de la ciudad, y, soberbio el pueblo con estos sucesos felices, puso sitio á la ciudadela.

Luis XII, que por mucho tiempo habia estado dudoso, se habia por último determinado á marchar contra Génova. Iba avanzando y acercándose, y esto esparció la consternacion en toda la ciudad. Ya el pueblo no era aquel tan alentado y zeloso de defender su libertad otras veces: el populacho, con sus tribunos que le habian seducido, los amotinados y las cabezas de motin, olvidaron el soberbio estilo que hasta entónces habian usado; callaban sin saber lo que hacian ni lo que debian hacer. No obstante, pasado el primer abatimiento, volvieron un poco sobre sí y tomaron algunas precauciones para su defensa. Repartieron entre los paisanos, que trémulos se habian retirado á la ciudad, las casas de los nobles que habian desertado; cerraron las puertas: interceptaron las calles poniendo cadenas de hierro ó maderos, y de este modo se quedó cada uno atrincherado en su casa; llenáronse, en fin, las casas de armas, de piedras y de vigas, como si en ellas tuviera que sufrir un sitio cada particular.

Estaban los habitantes muy lejos de convenir en un mismo parecer sobre la defensa: el mayor número, los mas ricos y sensatos opinaban por la sumision; pero los tribunos y los oradores no cesaban de animar al populacho, hasta que aterrado con las sucesivas derrotas empezó con el susto á mudar de opinion. Los tribunos, los oradores y el dux, temiendo que sus mismos cómplices, por efecto de la mutacion, los prendiesen para conseguir el perdon, se pusieron por la noche en salvo; y los magistrados y ciudadanos principales, libres de esta tiranía, solo pensaron en pedir gracia. Génova se rindió á discrecion: no tuvo por qué arrepentirse de la confianza en la benignidad de Luis XII, aunque se presentó con el aparato de una severidad, que asustaba, sentado en su trono, y rodeado de soldados que anunciaban terribles amenazas. Los genoveses convocados estaban trémulos y postrados, esperando en silencio la sentencia: se veian horcas preparadas en la plaza y en muchos cuarteles, en las que colgaron á algunas cabezas de motin, y á los malhechores reos de muchos delitos. Se leyeron los nombres de unos sesenta con la sentencia de destierro, y á todos los demas se les concedió la amnistía ó perdon general, con lo cual resonó el aire en bendiciones y acciones de gracias. Advirtieron algunos que Luis llevaba en la cota de malla un emblema, que en medio de la general consternacion les daba esperanzas, pues era una abeja con estas palabras: *Esta no se sirve del aguijon*.

Quedó la ciudad despojada de sus privilegios: quemaron los diplomas: edificó Luis una ciudadela, que se llamó el fuerte de la linterna, é impuso una contribucion por los gastos de la guerra. Pasado el primer ruido buscaron despacio á los autores de la rebelion. Á Demetrio Justiniani, á quien un zelo inconsiderado por la libertad habia mezclado en todas las intrigas, hombre por otra parte de buenas prendas y muy estimado, le condenaron á cortarle la cabeza: leccion para los hombres honrados aun en tiempo de facciones. En éstas se habian mezclado los milaneses, los venecianos, el rey de Nápoles y todos los pequeños príncipes de Italia habian contribuido, y principalmente Pisa, adonde se habian refugiado el dux Paulo de Novi, algunos censores y sus adherentes. Le prendieron pues, y llevándolo á Génova con ellos le quitaron la vida en el lugar de su triunfo. Dejó Luis XII un gobernador con buenas instrucciones y órdenes severas; pero la rabia de las conspiraciones superó su precaucion y su prudencia.

De Lanoi, primer gobernador, hombre discreto y moderado, no pudo sostenerse contra las intrigas, y suplicó que le llamasen á París. Su sucesor desagradó por su mayor teson, y los infelices genoveses, atormentados y atormentadores, eran el juguete de las pasiones de los vecinos que tenian al rededor y de los intrigantes que vivian en medio de ellos. Ya eran franceces, y así se vieron espuestos á los esfuerzos de la liga formada contra la Francia por el papa, los venecianos y los suizos, y aun cayó toda entera sobre ellos, con el tropel de los nobles que estaban descontentos. Se vió la ciudad amenazada muchas veces, ya de un sitio bien arreglado, y ya de una sorpresa (1512).

Se hizo nombrar dux Pedro Fregoso, y le sucedió Jano Fregoso. No pudiendo el gobernador francés impedir estas elecciones se retiró al fuerte de la linterna, y los genoveses formaron su bloqueo. Los Adornos, rivales de los Fregosos, se declararon dentro de la ciudad por los sitiados. Los hermanos del dux asesinaron á Gerónimo de Fiesco; y reunidos los Fiescos y los Adornos echaron de Génova al dux Jano y su familia, y Antonio Adorno fué reconocido gobernador por los franceses; éste se sostuvo mientras los franceses prosperaron, pero despues de la derrota de éstos en Navarra volvieron los Fregosos á la ciudad, y espulsaron á los Fiescos y los Adornos. Eligieron dux á Octaviano Fregoso, y éste arrojó á los franceses del fuerte de la linterna. Las victorias de Francisco I inclinaron al dux á una composicion, y se convino en ser gobernador de Génova por el rey de Francia, como lo habia sido Adorno (1527).

Sufrió Francisco I en Pavía un funesto revés de la fortuna, y Génova se vió arrastrada á sus desgracias; por lo que, á pesar de los esfuerzos que hizo el dux Octaviano Fregoso, la tomó por asalto el ejército imperial, y la saqueó. Murió de pesadumbre el dux prisionero; y los Adornos, con la proteccion de los imperiales, se hallaron dueños de la ciudad, y fué electo dux Antonio Adorno. Ya los franceses recobraron la superioridad, y convidaron á Adorno á que se uniese con ellos, prometiendo dejarle la autoridad con el título de gobernador como lo habian hecho con los Fregosos. Adorno no admitió la condicion, y emprendió la defensa de Génova contra el ejército francés; pero, escediendo sus esperanzas á las fuerzas, se vió Génova precisada á rendirse; bien que consiguió partido favorable. Entraron los franceses pacíficamente, y no cometieron estrago alguno, á escepcion del saqueo de palacio por no poder impedirle. Debió Génova su conservacion á Andrés Doria, que estimado igualmente de los dos partidos procuró á los franceses la ventaja de hacerse dueños de la ciudad; pero sin hacer daño á sus compatriotas. Hasta entónces Doria, gran marino y habilísimo general, habia sido muy útil á la Francia. Las intrigas de corte le pusieron mal con Francis-

Digitized by Google

co I: y Cárlos V, que estaba vigilante para aprovecharse de los yerros de su rival, atrajo al almirante genovés, esperando quitar al rey de Francia el dominio de Génova, aunque él no le consiguiese.

Como lo habia esperado el emperador, proyectó Doria quitar á los franceses la ciudad de Génova, y se aprovechó de una funesta circunstancia favorable á sus miras. Ésta fué que la peste la asolaba. Ya habian salido los principales habitantes, y Doria, que era sospechoso á los franceses desde que no estaba bien con su corte, aunque tuvo precision de salir de Génova, mantenia en ella correspondencia. Tribulcio, gobernador por los franceses, inquieto por algunos movimientos que no pudieron ocultarse á su vigilancia, se mantenia en la ciudad no obstante la peste, pero con las solas fuerzas que permitia la debilidad de los franceses en Italia, esto es, con algunas compañías de milicias y cien suizos de guardia. Es verdad que habia enviado algunas tropas que la peste tenia retiradas.

No las dió Doria tiempo para llegar, y se presentó en el puerto con pabellon imperial. Salieron diputados á suplicarle que no renovase en la ciudad los horrores de la guerra civil, y que se retirase. Les descubrió el almirante sus intenciones, capaces de asegurarlos, y desembarcó con solos quinientos hombres. Esparcidos estos soldados por las calles, hacen resonar en ellas los gritos de *San Jorge*, *libertad*. Gritos muy agradables para los genoveses, como que hacia mucho tiempo que no los oian, y así correspondieron con alegría escesiva. Tribulcio, abandonado hasta de su guardia suiza, se puso en salvo en el castillo, y así se dispararon muy pocos tiros. Esta revolucion, la mas útil que habia esperimentado la república, fué obra de pocos instantes, y solo costó algunas gotas de sangre.

En el mismo dia, en una asamblea tumultuaria, dieron á Doria el nombre de padre y libertador de la patria. Al dia siguiente hubo otra junta mas tranquila, á la cual acudieron de fuera los ciudadanos mas considerables que se hallaban en proporcion de asistir: se renovó el nombramiento hecho en el año antecedente de doce comisarios encargados de trabajar en las reforma del gobierno. Rehusó Doria modestamente ser uno de ellos para no hacer sombra á sus conciudadanos, y resultó un plan de gobierno que llegó á ser la basa de la constitucion de la república como se halló despues á escepcion de algunas ligeras variaciones que ocasionaron el tiempo y las circunstancias.

Para precaver las crueles disensiones que dieron principio á los bandos de *güelfos* y *gibelinos*, de los nobles y populares, de los comerciantes y los artesanos, se dedicó á que se hiciese un estado de todas las familias, asi nobles como plebeyas, que tuviesen seis casas en Génova, y que estas familias fuesen como las matrices de la nobleza, y las que no las tuviesen se agregarian á las familias madres, con el nombre de las cuales serian como otras tantas ramas. No pusieron en la lista á los Fregosos, Adornos, Montaltos, Guarcos y otras antiguas, reconocidas como nobles de derecho, y de aqui provino la de antiguos y nuevos nobles. Solamente se hallaron veinte y ocho familias que efectivamente poseyesen seis casas, y fueron declaradas por nobles, y del mismo modo todas las que entónces se agregaron á ellas. Ademas de esto se permitió agregar cada año diez personas mas, y se decidió, que en adelante el dux y los magistrados se eligirian de aquellas veinte y seis familias y sus anejas. En virtud de este arreglo, conveniente á nobles y ricos, los que no estaban comprendidos en esta especie de catastro, como solo formaban el populacho y la parte ménos considerada en la nacion, estaban escluidos del gobierno.

La dignidad de dux quedó limitada á dos años, y el poder de éste se redujo, dándole con pretesto de ayudantes un consejo de ocho gobernadores, sin cuyo parecer nada podia determinar. Esto es lo que se llamó la *señoría*. «Le añadieron, dice un contemporáneo, ocho magistrados inferiores, llamados procuradores. El consejo grande, que se junta para los asuntos de mayor importancia, se compone de cuatrocientos ciudadanos: el pequeño, que se saca del grande, es de ciento; y éste, despues de muchas votaciones, propone para la dignidad de dux cuatro sujetos al consejo grande, que es el único que puede elegirlo á pluralidad de votos; pero ha de ser uno de los cuatro candidatos propuestos. Por último el senado es el que habitualmente dirige los negocios generales.

«Hay multitud de magistrados para la policía, el gobierno del banco de san Jorge, y el juzgado de las causas civiles y criminales. La cabeza de estos últimos se llama podestá, y debe ser un extranjero; pero el mas importante de estos tribunales es el de cinco censores, cuyo ejercicio dura cuatro años, de modo que cada ocho meses sale uno. Su empleo es examinar la conducta de aquellos que dejan el empleo de su cargo, y hasta la del mismo dux examinan y dan cuenta.» No quiso Andrés Doria admitir mas dignidad que la de censor; y por un privilegio especial, que no ha tenido ejemplar en otro alguno, se la continuaron para toda su vida. Dieron el mando de las tropas á su sobrino Filipino Doria. Mandó la república levantar dos estatuas á su libertador, y le hizo un magnífico palacio. Con sus consejos conservó Génova la benevolencia del emperador, se reconcilió con los franceses, los cuales habian hecho varias tentativas por restablecerse, y resistió á los ataques de muchos ciudadanos, artífices de nuevos alborotos (1547).

Á la sombra de los laureles de Doria, y al amparo de la libertad que este hombre dió á Génova, respiraba ésta, despues de tantas fatigas, violentas conmociones y tempestades civiles como la habian repetidas veces agitado. Un jóven ambicioso, llamado Juan Luis de Fiesco, conde de Lavagno, intentó perturbar el reposo, y sojuzgar á su patria. Dicen que tenia las mas amables prendas, juntas con mucho ardor de espíritu, franqueza en su porte, gusto en lo esterior para los placeres, y un disimulo profundo, que ocultaba en la máscara del desinterés; á esto se añadia una imaginacion propia para conseguir un plan, un juicio capaz de ordenar las circunstancias, y no le faltaba audacia para la ejecucion. Todo lo necesitaba para atacar á Andrés Doria, hombre octogenario, y entorpecido con la edad; pero, rodeado como de una fortaleza de su misma reputacion, la cual, aunque bien merecida, le suscitaba envidiosos. Supo Fiesco descubrirlos, y á unos abrió francamente los designios de su corazon, á otros, como hábil conspirador, ocultó sus miras; pero los llevó con el pretesto del bien público á resoluciones favorables á sus proyectos.

Todo estaba ya dispuesto, y solo le quedaba á Fiesco una dificultad que vencer, y era separarse de una esposa adorada que á las gracias de la persona añadia un espíritu sólido, y á quien no habia comunicado su proyecto. Mientras le vió distante no manifestó el susto; pero en el momento de la ejecucion, la representó su ternura toda la estension del peligro; mas Fiesco la habló con un esterior de seguridad, y la dijo: «Voy, señora, á poner á vuestros piés la república de Génova: no volvereis á ver á vuestro esposo como no sea vencedor.» Al oir estas palabras se arrojó á sus brazos vertiendo un torrente de lágrimas: hizo esfuerzos para detenerle, pero él permaneció inflexible; y conociendo el grande corazon de su esposa, aquel fué el momento en que se lisonjeó de haber animado su valor, informándola de los medios empleados para el buen éxito, y la necesidad de proseguir en una empresa tan adelantada. Le escuchó ella entre sollozos; y vertiendo abundantes lágrimas por tan cruel necesidad, al fin cedió á las instancias de su esposo; y se retiraba con la mas tierna despedida; pero, al dejarle, no obstante su fortaleza, cayó desmayada. Fiesco entónces se ausentó, y fué volando adonde le esperaban sus amigos.

Dióse la seña, y en medio de la noche se repartieron los conjurados por las calles, gritando: *Fiesco*, *Fiesco*, nombre amado de la multitud por las bellas prendas y beneficios del conde de Lavagno. Rápidamente ocuparon los puestos señalados, sonó el rebato por todos lados; asus-

Digitized by Google

tados los senadores, fuéron tumultuariamente al palacio y enviaron diputados para tratar con Fiesco, pues los clamores daban á entender que era el gefe de la empresa. Le buscaron; le llamaron igualmente amigos y enemigos, pero no respondió. Á todos espantó aquel silencio. Verina, uno de los conjurados y el mas querido de sus confidentes, que tenia á su cargo apoderarse del puerto, tuvo noticia de que se habia roto una tabla que conducia á una galera. Temió alguna desgracia: procuró buscar el sitio, y halló el cuerpo de su infeliz amigo: sin duda se habia roto la tabla debajo de sus piés, y con el peso de la armadura no habia podido salir del todo en donde habia caido.

La novedad de tan terrible catástrofe voló de boca en boca; se les cayeron á los confederados las armas de las manos, y solo pensaron en ponerse en salvo: por lo que en el mismo instante se halló Génova sujeta y libre. Andrés Doria estuvo á peligro de perder la vida en el tumulto, peró se retiró en buen tiempo fuera de la ciudad, y su regreso fué una especie de triunfo. Se reprende en él que persiguiese luego á los conjurados con tal encarnizamiento que parecia venganza personal; y esto chocó mas, porque Fiesco no era cruel, y tenia tomadas las medidas posibles para evitar los robos y la efusion de sangre.

Murió Doria coronado de famr en una edad muy avanzada en el año 1560, y habia contribuido á una composicion entre los nuevos y antiguos nobles; pero no pudo arrancar de la república todas las raices de la discordia. Se creyó refrenar el carácter inquieto de la nacion, dando poderes muy amplios á los censores, cuyos ojos debian siempre estar abiertos para ver aun lo que pasa en lo interior de las habitaciones; pero no ha podido su vigilancia algunas veces impedir las intrigas que han puesto á riesgo de perderse la república. No obstante, estas disensiones pasageras no han tocado en lo esencial del gobierno, ni merecen contarse por menor; bastará pues indicar los proyectos mal concebidos, peor seguidos ó desgraciados de algunos alborotadores que de tiempo en tiempo han inquietado, y describir brevemente los sucesos tumultuarios ocasionados por la posicion de Génova, y sus necesarias conexiones con las potencias que la rodean.

Si Fiesco hubiera tenido un poco de paciencia tal vez habria conseguido sin conjuracion la mudanza que deseaba en el gobierno, porque entre los antiguos y nuevos nobles rompió una disension que pudiera haberle servido para llegar á sus fines. No se mezcló en ella el pueblo, y se terminó con un reglamento. Propuso Cárlos V á los genoveses edificarse una ciudadela, y darles para su guardia una guarnicion pagada por él, de la cual debia él ser el dueño. Ellos dieron gracias discretamente al generoso emperador por su buena voluntad. El pretesto de Cárlos V era que se observaba en muchos genoveses una secreta aficion á la Francia que se descubria de tiempo en tiempo, y que siempre favorecian los partidarios de los franceses las hazañas de esta república en Córcega, que se habia hecho un teatro de guerra entre ella y los imperiales.

En 1574 se renovaron las disputas entre los antiguos y nuevos nobles, y en ellas tomó el pueblo partido á favor de los últimos. Reclamaron los antiguos la proteccion del Imperio y de la España, y resultaron tres facciones: la de los nobles antiguos, que se llamaban *nobles del pórtico de san Lucas!* la de los nuevos, distinguidos con el nombre de *nobles del pórtico de san Pedro*; y la de los *ciudadanos ó populares*, que no estaban agregados á las veinte y ocho familias. Éstos hacian causa comun con la de los nuevos nobles, y reforzaban considerablemente su partido. Los antiguos, para igualarse en fuerzas, pidieron tropas al embajador de España, pero éstas no tuvieron bastante fortaleza para mantenerlos, y la mayor parte salió de la ciudad y se retiró á las tierras de España. El papa y otras potencias de Italia se apresuraban á sosegar los alborotos como que temian el contagio; pero los nuevos nobles y los ciudadanos, soberbios con la intervencion de la Francia, que les ofreció socorro, no quisieron admitir mediadores.

Entretanto no se atrevian los ciudadanos ricos á declararse contra España; porque esta monarquia, conociendo el flanco de aquel pueblo opulento y comerciante, habia contraido grandes empréstitos, en los que pagaba hasta el diez y ocho por ciento de intereses; y creia que el miedo de perder sus capitales era mayor freno para contener á los genoveses, que todas las fortalezas y ciudadelas del mundo: y con efecto, en esta consideracion aceptaron árbitros. Se hizo la paz despues de cuatro años de discordia, en los cuales estaban mirándose con sus propios ojos, pero sin herirse, así como dos atletas que se amenazan y temen. Se creó un magistrado conservador de las leyes, encargado de la observancia de las antiguas, y de impedir que se hiciesen otras nuevas. La república, ya tranquila, empezó á prosperar, y en 1581 tomó el dux el título de *serenísimo* como el de Venecia; admitió Génova en su seno la inquisicion eclesiástica; pero mucho mas terrible tribunal es el de los inquisidores de estado, nombrados en 1625. Éstos tienen á su cargo la policía interior, y deben estar con ojos vigilantes sobre todo cuanto pasa en Génova, aun en lo interior de las familias, para prevenir las conspiraciones contra el estado.

La vigilancia siempre es útil en una república; pero se hace necesaria cuando ésta llega á las manos con vecinos de poder y envidiosos. Tal era la situacion de Génova en 1628 atacada por el duque de Saboya. Este peligroso vecino dió muchos sustos á la república, unas veces persiguiéndola por fuera, otras veces fomentando los alborotos interiores, y favoreciendo á los que los podian causar. Con esta intencion acaloró el duque el resentimiento de Vaquero, plebeyo rico, insultado por los nobles. Los auxilios que el duque de Saboya hizo esperar á este genovés descontento, le dieron audacia para formar el proyecto de vengarse de toda la nobleza y mudar el gobierno de su patria. Estaban bien tomadas las medidas; pero una confianza mal empleada perdió la conspiracion, y á pesar de los esfuerzos del duque de Saboya por librarle, le degollaron con tres de sus cómplices. El deseo de adelantar contra Génova, siempre ha tenido á los duques de Saboya prontos para favorecer á los aventureros capaces de entrar en sus miras.

Tal era Rafael de la Torre, hijo de un jurisconsulto genovés y el mas determinado intrigante que se ha visto, Salió de entre los pages del gran duque de Toscana, y á los veinte y cinco años ya habia recorrido la mayor parte de las cortes de Italia buscando fortuna, pareciéndole buenos todos los medios para procurársela. Luego que volvió á su patria juntó una tropa de bandidos, se embarcó con ellos en un bergantin, y se apoderó en el mar de Génova de una rica falua destinada para Liorna. Á pesar de las precauciones de máscaras y disfraces con que procuraron ocultarse los conocieron; y hecho el proceso por queja de los interesados, y justificado el delito, condenaron en rebeldía á Rafael de la Torre á ser ahorcado. Estrañado de su patria por esta sentencia, se propuso volver á entrar como pudiese, y vengarse. Se presentó en la corte de Saboya, fué bien recibido en ella, consiguió una compañía de coraceros, y descubrió al duque un proyecto bastante bien pensado para apoderarse de Savona, y por consiguiente de Génova. Como necesitaba tener en esta última ciudad algun agente, se valió de Vico, hombre de bajo nacimiento, enredador como él, y que como tal le hizo traicion, y reveló el secreto. Á éste le premiaron, y ofrecieron precio por la cabeza de Torre. El duque, en suposicion del enredo, habia hecho preparativos, y para que no fuesen infructuosos, declaró la guerra. No duró esta mas que un año, con varios acontecimientos, y se acabaron las hostilidades con una paz, que fué el golpe mortal del crédito de Torre en la corte de Saboya (1672).

Procuró no obstante sostenerse, ofreciendo al duque apoderarse en alta mar de dos grandes navíos que volvian de las Indias ricamente cargados. Despreciada esta

Digitized by Google

proposicion, y oido con enojo por el duque, pensó en consumar por sí solo su venganza contra los genoveses. Su intencion no era ménos que hacer volar la sala y el consejo junto, con un cajon de fuego artificial que habia de colocarse debajo del palacio. Por fortuna detuvieron la máquina en la frontera, y ya Rafael de la Torre habia empleado semejante invencion para vengarse de Vico, el cual tambien se libró felizmente de la esplosion.

Dió Torre en la profesion de la alquimia y en las ilusiones de la magia, y como la mayor parte de los enredadores, engañó, y le engañaron; recorrió muchas cortes, y sembró escritos llenos de proyectos. Desatendido ó despreciado, apeló á reputacion de valiente: tomó partido en España, en la guerra de Alemania, y con efecto se distinguió por su valor. Cansado del oficio de héroe pasó á Holanda, y compró en Amsterdam el derecho de naturalizacion para llegar á los empleos. Jugó, perdió, se retiró á Venecia, país de enmascarados y de intrigas, y le asesinaron á los treinta y seis años de su edad.

Si hubiéramos de seguir las vicisitudes de Génova, nos pasmarian sus variaciones en épocas de muy poca distancia. Amiga y enemiga de Francia, España, el Imperio y la Saboya, y en una palabra, mezclada de grado ó por fuerza en todas las guerras; acariciada de los que la necesitaban, y castigada despues de los que la habian lisonjeado ó desamparado, se vió, frustradas las mayores promesas, á discrecion del enemigo que la habian suscitado. Esto fué lo que esperimentó de los príncipes coligados contra Luis XIV. La precisaron á declararse contra él, y cuando consiguieron cuanto deseaban, la abandonaron, y el monarca irritado cubrió de navíos el mar de Génova. Seignelay, ministro imperioso, la hizo saber, á bordo de su embarcacion, las órdenes de su rey, que exigia resoluciones humillantes, y solo concedia cinco horas para que se le diese satisfaccion. Espirado este término, llovieron bombas sobre la ciudad, se arruinaron los palacios, y rompió por todas partes el incendio. Huyó el pueblo consternado buscando abrigo en los parages mas distantes del puerto; envió el senado diputados con proposiciones: pero Seignelay permaneció inflexible, é insistió siempre en las mismas condiciones. El pueblo, ménos pundonoroso que el senado, precisó á éste á que consintiese; y en consecuencia de una convencion manejada por el papa, el dux, acompañado de cuatro senadores, fué á Francia á dar al rey sus disculpas. El monarca empleó toda su dignidad en esta ceremonia, y al mismo tiempo todas las gracias que podian endulzar la amargura de la sumision. Hizo que á los diputados se les hiciesen, y él mismo los hizo en persona, todos los honores que podian lisonjearlos, pero los ministros no se mostraron tan afables, ni les hicieron tan buena acogida, y así dijo el dux: «El rey nos ha quitado la libertad, cautivando nuestros corazones, pero los ministros nos la vuelven con su altivez.»

En la guerra sobre la sucesion de España, los genoveses, dudosos y vacilantes, fueron muchas veces castigados por una y otra parte; casi siempre esperimentaron la misma suerte en las querellas de la Francia con la casa de Austria. Su opulencia era un cebo atractivo para los húsares, panduros, croacios y otras tropas irregulares de que se componia el ejército de la reina de Hungría cuando invadió la Italia.

Génova, despues de haber visto sus campos asolados, tuvo que rendirse al marqués de Botta, general austriaco, el cual tomó posesion pacíficamente, puso guarnicion, é inmediatamente impuso una contribucion de veinte y cuatro millones pagaderos en un mes. No la esperaban tan fuerte, y mucho ménos las peticiones que se siguieron; v. gr. que los genoveses vistiesen treinta mil soldados: diesen á la reina sus diamantes: se estinguiesen los fuertes empréstitos que esta habia tomado, y por consiguiente perdiesen los capitales, como tambien que proveyesen sin interés, de tiendas de campaña, leñas, forrages y víveres; y lo que no daban por bien lo tomaban los imperiales por fuerza (1746).

Sufrió el pueblo con un triste silencio: disposicion que siempre es peligrosa. No deteniéndose Botta en abusar de su poder contra el tenor de la misma capitulacion, pidió al senado la artillería gruesa: no se atrevió á negársela, y los alemanes la llevaban como en triunfo, atravesando la ciudad; pero en una calle estrecha se rompió la cureña de un cañon, y el oficial aleman, enfadado porque los genoveses no acudian á levantarla, dió con el baston á uno de los que lo estaban viendo; y éste le correspondió con una cuchillada. Quisieron los alemanes vengarse del enemigo, y el pueblo, interesándose, por sus compatriotas, se armó con cuanto hallaba; se apoderó de algunas piezas de artillería, y las volvió contra los alemanes. Se retiraron éstos á sus puestos, é hicieron alguna resistencia, pero los echaron de ellos, y poco despues de todo el estado de Génova. En 1797 hubo nuevos alborotos en esta república, acompañados, como es regular, de destierros, proscripciones y efusion de sangre; pero era imposible que un pueblo tan amante de novedades no tuviese su parte en la revolucion que ha mudado los gobiernos de la Italia. El tiempo nos dirá lo que ha de suceder; pero siendo, como es, opulenta, no faltarán pretestos á sus enemigos, pues se sabe que puede pagar á los vencedores y reintegrar á los vencidos. Las victorias de Bonaparte crearon en el Genovesado la república Liguriana, y poco despues le convirtieron en provincia del imperio francés. En 1814 fué incorporado con el Piamonte y desde entónces forma parte del reino de Cerdeña.

CÓRCEGA.

La Córcega puede tener ochenta leguas de circúito; el aire en ella es suave, ménos cálido que en Provenza, porque continuamente le refrescan los vientos del mar. Tiene esta isla buenos puertos, en cuyas inmediaciones se han edificado cuatro ó cinco ciudades importantes: la capital está en el centro en el parage donde se cruzan dos cadenas de montañas que atraviesan la isla, y por su situacion es muy fuerte. Las montañas tienen muchos árboles, y en sus cimas hay lagos, mantenidos con las nieves que allí se detienen, y unas aguas que tal vez serán las mas limpias del mundo. En estos lagos, y en el mar que rodea la isla, hay pescados escelentes. Se hallan algunos minerales y por consiguiente metales, como son, cobre, plata y aun oro, azogue, hierro muy ductil, alumbre, azufre y calamina. Tampoco son raros los mármoles, granitos, jaspes y pórfidos. Allí se encuentran el amianto y algunas turquesas. El terreno es propio para todo: da trigo para el consumo, y produciria mas si le cultivaran; los castaños, con cuyo fruto abundante se mantienen hasta los caballos, cogiéndole sin trabajo, hacen á los hombres perezosos; la miel es acre, porque las plantas son demasiado fuertes: se coge mucho vino bueno; y aunque los pastos son raros, se pudieran hacer formándose prados artificiales: hay mucha caza, y suponen que carece de todo animal venenoso. Las noches se ven adornadas de insectos fosfóricos mas luminosos que nuestros gusanos de luz, pues cinco ó seis juntos dan luz suficiente para leer. Los actuales habitantes son originarios de tantas naciones; que es difícil señalarles carácter propio; y así Strabon los hacia brutales, estúpidos y perezosos; y Plinio por el contrario, humanos, generosos, equitativos y valientes. Un historiador moderno los pinta feroces y sediciosos; otros compasivos y propensos á ejercer la hospitalidad; y dice que solamente se inquietan cuando se ven atormentados. De todo esto resulta que se hallan gentes de todos los caracteres. Al presente estan distribuidos por parroquias, y generalmente los curas, los sacerdotes y los religiosos tienen entre ellos gran poder.

Al principio debieron poblar la Córcega los italianos, los ligurianos y etruscos. La conquistaron los cartagineses, y se portaron como tiranos. Cayó bajo la potestad

Digitized by Google

de los romanos, y no logró mas que mudar de opresores; pero los vándalos, godos, lombardos y sarracenos consiguieron que la Córcega echase ménos á sus primeros dueños. Por los años 727 pusieron el pié los franceses en Córcega, gobernados por Cárlos Martel; y por los años de 800 se hizo soberana de esta isla la familia de Colona. Ésta se dividió en muchas ramas, cuyas pretensiones produjeron alborotos seguidos de una anarquía que estaba en su vigor por los años de 1000. Reclamando la autoridad de los pontífices para lograr la paz, creyeron éstos remediar el desórden declarándose soberanos de la Córcega; y despues de varios sucesos, Bonifacio VIII hizo de toda la isla un regalo á los reyes de Aragon.

La primera junta que sabemos haber celebrado los corsos, como cuerpo de nacion, fué la del año 1359, con motivo de los males que padecian, tanto por las irrupciones de los extranjeros, que se disputaban la conquista de su pais, cuanto por el despotismo con que algunos señores dominaban en ciertos distritos. De estos ya hemos visto en la historia de Génova que tomaron el nombre de reyes. Por entónces los genoveses se hallaban en la mayor altura de su poder, y poseian gran parte de la Córcega. Aconsejados los corsos por Sambuccio, famoso por su valor y sus hazañas, propusieron á los genoveses que los tomasen por compañeros de su soberanía, con la condicion de que les ayudasen á echar á los pisanos y á los aragoneses y á librarse de los pequeños señores que los asolaban. Las cláusulas de este tratado, cuya infraccion por ambas partes fué causa por mas de cuatro años de las desgracias de la Córcega, son muy notables; porque los corsos admitieron á los genoveses al gobierno de su isla con las siguientes condiciones: «Tendrán en ella los genoveses un gobernador ó representante. Se formará un consejo en el que los nacionales de las mas ilustres familias tendrán asiento y voto deliberativo con los genoveses en todas las juntas. Éstos nada podrán innovar sin el consentimiento de los primeros, y no se pondrá contribucion alguna sin participárselo. En cualesquiera circunstancias, por ningun pretesto pasará el impuesto de veinte sueldos por cada hogar. Los títulos de condes, marqueses y barones, y otras prerogativas que gozan los corsos de tiempo inmemorial, les serán conservados; y no dejarán de estar bajo la proteccion de la santa Sede.» La felicidad que nació de esta administracion duró pocos años; pues ya en 1380 intentaron los corsos sacudir el yugo que se habian impuesto. Se juntaron clandestinamente los principales; eligieron por gefes á Enrique de la Roca, y quitaron muchas guarniciones genovesas; pero murió Roca en una accion en medio de sus triunfos, y volvieron los corsos á recibir el yugo. Por mucho tiempo siguieron la suerte de Génova que los dominaba, y fueron, como ella, ya de los franceses, ya de los milaneses, ya de los napolitanos. Por último, se entregaron á los señores de Piombino, que por los años de 1500 los vendieron al banco de san Jorge.

Ya que los corsos fueron el precio del mercado, quisieron, como era razon, entrar con ciertas condiciones; y por consiguiente empezaron nuevas estipulaciones. Éstas fueron: «Que no se impondrian mas que veinte sueldos por cada hogar: que se venderia la sal á un precio moderado: que se arreglasen las aduanas: que las chancillerías y tribunales pertenecerian solo á los corsos: que todos los años elegirian doce personas de su nacion encargadas de vigilar en la conservacion de sus privilegios: que no se podria hacer innovacion alguna en la isla sin el consentimiento de los doce, *llamados los doce nobles*: que las causas serian juzgadas por el podestá establecido en cada parroquia; y por último, que la conducta de los oficiales del banco de san Jorge que hubiesen tenido el gobierno de la isla, se sujetaria cuando saliesen del empleo al exámen de un tribunal llamado el *sindicato*, compuesto de doce síndicos, seis de ellos genoveses y seis corsos, tres de la nobleza y tres del pueblo, con igual derecho en el voto, y con la misma autoridad.»

Parece que este tratado, por el cual quedaba sujeta una nacion entera á la secretaría del Banco, desagradó por reflexion á los corsos, que en él fueron tan humillados como ensoberbecidos los banqueros. En las guerras que se siguieron se advierte, por una parte, el despecho de la servidumbre, y por otra el maligno placer de triunfar de la sujecion. Esto no es combate de la tiranía contra la libertad, sino lucha del amor propio herido contra el orgullo imperioso. Es cosa bien estraordinaria que estas pasiones se mostraron tan activas entónces de pueblo á pueblo, como suelen verse de particular á particular.

Si ha de creerse á los historiadores corsos, los genoveses cuando se apoderaron ó hicieron dueños de los principales puestos, trataron á sus vasallos con una injusticia atroz. Los enviados á gobernar la isla en nombre del Banco, en el cual se hallaban interesados los principales de la república genovesa, tenian en sus instrucciones órden de impedir que directa ni indirectamente se engrandeciesen las familias, y ántes bien de sembrar entre ellas divisiones para destruir á las unas contra las otras, ó á lo ménos estorbar su reunion, humillar á los nobles, y reducir los negociantes á simples comisionados. Viendo que se oponian á sus vejaciones, creyeron, como tiranos, hacer mas dóciles á los infelices con la crueldad, y así se valieron del fuego y el hierro, quemando diez y ocho parroquias, y destruyendo mas de cien lugares. Parecia que los gobernadores iban á cuál habia de ser mas bárbaro. Uno de ellos convocó á un consejo á los principales de la isla, les dió un gran convite, los hizo beber con esceso, y al fin de la comida mandó que entrasen los soldados y los degollasen sin dejar uno: y de este inicuo modo se deshizo de las cabezas de las familias mas ilustres. Desertaron mas de cuatro mil, y los genoveses dieron sus heredades á los mas pobres de sus compatriotas que quisieron ir á establecerse en la isla.

Tantos horrores inflamaron los corazones con el mas vivo resentimiento; y por mas precauciones que se tomaron para abatir á los gefes corsos, todavía los halló el pueblo, aprendió el servicio con los guerreros que fuéron al socorro de su patria y con su llegada encendieron el fuego de la guerra civil. Los franceses, que entónces eran enemigos de los genoveses, ayudaron á los corsos á romper sus cadenas, y se hizo la guerra con la mas rara ferocidad. Corsos y genoveses no se daban cuartel; porque los que escapaban del hierro eran vendidos como esclavos á los corsarios turcos, que al rededor de la isla esperaban su mercancía como los europeos en las costas de Guinea. Si los franceses no conservaron sus conquistas, como lo deseaban los corsos, á lo ménos no las entregaron sino con unas condiciones que hubieran suavizado la suerte de sus protegidos si se observaran; pero unas fueron eludidas, y otras abiertamente violadas.

Temian los opresores al noble corso Sampietro de Ornano, estimado de los franceses, con quienes habia aprendido el oficio de la guerra, y amado de sus compatriotas, que le miraban como su recurso. Tenia este por esposa una genovesa llamada Vannina, á la cual amaba tiernamente. Estaba ésta en Marsella como en un asilo, entre tanto que Sampietro habia ido, lleno de indignacion contra los perseguidores de su patria, á solicitar en Constantinopla el auxilio de la Puerta Otomana. Pensaron los genoveses que si tuviesen entre sus manos á Vannina suspenderian el furor de su esposo; y enviaron traidores á persuadirla que se dejase conducir á Génova con la lisonjera esperanza de que podria reconciliar á su marido con la república.

Ya estaba pronta á partir cuando llegó Sampietro, el cual, á pesar de la pureza de las intenciones de su esposa, la tuvo por culpable en haber preferido su patria á su mismo esposo, y la declaró que su delito era digno de muerte. Por mas que se arrojó á sus piés solo la dió un cuarto de hora para disponerse. La desgraciada Vannina se resignó con fortaleza, y dijo: «Ya no os pido la vida; porque vuestras sospechas, renaciendo sin

Digitized by Google

por tan largo tiempo disputada, pasó en 1789 al dominio francés como una parte del reino. Dichosa si los franceses son los últimos que la dominen.

PARMA Y PLASENCIA.

La república romana, aquel edifició colosal, cuando se arruinó, dejó la Italia llena de materiales, que han servido para construir otros semejantes en diferentes proporciones. Es razon presentar estos pequeños estados cuya existencia política ofrece mudanzas, que no dejan de interesar la curiosidad de los lectores. El autor de la naturaleza no es ménos admirable en el mosquito que en el elefante.

Parma y Plasencia, dos estados reunidos, contienen en una pequeña superficie un suelo fértil y de escelentes pastos, en que se crian numerosos ganados; porque colocado en la falda del Apenino es un pais bien regado y con varias salinas y minerales. Hay en Parma curiosos monumentos, y entre otros pasa su teatro por el mas bello de Italia: las iglesias son capaces y bien decoradas: el pueblo, aunque tiene fama de indolente, gusta de las artes. El *Parmesano* y el *Corregio* han ilustrado á Parma con su pincel. Plasencia toma el nombre de lo agradable de su situacion; y á este favor de la naturaleza se añaden las piezas maestras del arte, que pueden dar satisfaccion á los ojos de los curiosos: tales son el palacio ducal, en el que hay infinidad de cosas raras, y dos estatuas de bronce de los príncipes Farnesios, admiradas de los que saben distinguir el mérito.

Parma y Plasencia fueron parte del exarcado de Ravena, reinando los longobardos, y despues en el imperio de Carlo Magno y de sus sucesores. En 1180 se hicieron repúblicas que se gobernaban con magistrados llamados *cónsules*. La administracion de justicia estaba confiada á un podestá, que algunas veces se mezcló en el gobierno, bien que con el fin de que no tuviese en él tanta influencia era extranjero siempre. Esta pequeña república estuvo muchas veces en guerra con sus vecinos: porque los intereses mercantiles, y las querellas de las familias bastaban para ponerles las armas en la mano; y aunque los combates eran entre tropas poco numerosas, no por eso eran ménos crueles.

En Parma y Plasencia ejercieron su furor los partidos de *güelfos* y *gibelinos*, ó *imperiales* y *papales*, hasta que el emperador Federico hizo dominante el suyo, y desterró todas las familias que no eran de su faccion. Á todos los que halló despues de la espulsion, ó que tenia por sospechosos, les hacia cortar una mano y un pié, y así los despachaba mutilados. Á principios del tercer siglo se apoderó de la autoridad un podestá, noble parmesano, llamado Giberto, que la mantuvo seis años; hizo feliz al pueblo los dos primeros, y abusó de su poder en los otros cuatro. Recurrieron á un podestá extranjero, y ocupaba esta plaza Frandelata, sacado de Pistoya durante la manía de los flagelantes. Éste se hizo respetar y tuvo mucho poder: porque era hombre que se iba disciplinando cruelmente por las calles; y el pueblo, que le admiraba ó imitaba, jamás se detuvo en cumplir las órdenes de hombre que le parecia tan santo.

En 1263 causó en Parma una guerra civil la rivalidad de dos podestás, cuya eleccion se habia complicado. Pelearon encarnizadamente, y durante el tumulto se pegó fuego á las casas, destruyendo las llamas una parte de la ciudad; y el pueblo volviendo, sobre sí á los tres dias de crueles hostilidades, hizo justicia de los que le habian alborotado; y echando de su ciudad á los dos competidores, se apoderó del gobierno y estableció nuevo órden de magistrados sacados de los principales plebeyos.

Prosperó este gobierno: se halló la república en estado de hacer gloriosamente la paz y la guerra: reinando la buena inteligencia entre los ciudadanos floreció el comercio; y Parma y Plasencia hicieron gran papel en la liga de Lombardía, formada por los años de 1282 para disminuir el poder de los emperadores en Italia. Como los papas tenian grande interés en esto, lisonjearon á los parmesanos y plasentinos que le daban grandes socorros; y ellos por su parte se aficionaron tanto á los pontífices, y pusieron en ellos su confianza de modo que llegaron á recibir de su mano el podestá, bien que sin renunciar al gobierno popular. Tenian un capitan para las tropas; pero algunas veces se encargó del mando el podestá.

Á principios del siglo XIV, un tal Peregrino, que debia ser del pueblo, reunió en sí los dos títulos con mucho descontento de los nobles; pero el capitan podestá, desconfiado de sus intenciones, mandó arruinar las torres y fortificaciones. Esto no lo sufrieron con paciencia: hubo resistencia; pero triunfó el comun de Parma: desterró á los nobles, y al obispo el primero. Esta espulsion dió lugar á hostilidades por fuera, y á conspiraciones por dentro: se restableció la paz con la admision de los nobles ménos peligrosos, y la reintegracion en sus casas y sus bienes; pero quedó dominante el Comun.

Los parmesanos y plasentinos, que estaban tan unidos, se desavinieron hácia el medio del siglo XIV: y Parma, recelosa de los esfuerzos de los florentinos, reunió todo el poder en la cabeza de Giberto Corregio, muy amigo de los nobles, si él no era uno de ellos. De este modo el miedo les dió Señor; y Corregio, en lugar de combatir contra Plasencia, fué tan diestro, que ganó á la nobleza, y se hizo nombrar protector. Tuvo contradicciones su autoridad; y en una de estas circunstancias dejó Corregio el protectorato, y tomó el título popular de *preboste de los mercaderes*, pero así que pudo cesar de ser modesto, se decoró de nuevo con el sonoro nombre de *protector*. Así él como sus sucesores gozaron por el tiempo de un siglo de la autoridad absoluta en Parma y Plasencia, bajo de las diferentes denominaciones de podestá, capitanes, cónsules y otras semejantes, hasta que á las dos ciudades ni aun el nombre las quedó de república.

Por último, en 1510 el papa Julio II quiso probar á Maximiliano, abuelo de Carlos V, que Carlo Magno habia dado la ciudad de Plasencia á la Santa Sede, y que además de esto era una desmembracion de los estados de la condesa Matilde, concedidos por ella misma á la silla apostólica. El emperador reconoció desde luego á Julio por propietario de Plasencia, y se adjudicó por convenio la ciudad de Parma. Paulo III, que se halló con estas dos propiedades en la mano, las pasó á Luis Farnesio su sobrino.

Este príncipe fué asesinado, y dejó á su hijo Octavio esos sus pequeños estados, ménos Plasencia; porque, habiéndola tomado el emperador, por mas instancias que se le hicieron no quiso entregársela aunque era yerno suyo. Octavio solamente es conocido por haber sido padre de Alejandro Farnesio, célebre por sus hazañas en Flandes. Por reconocimiento á sus servicios en los Paises-Bajos, el rey de España Felipe II le restituyó la ciudad de Plasencia. Ésta y Parma gozaron de tranquilidad bajo del dominio de su hijo Ranucio I; pero bajo del de Odoardo esperimentaron ambas ciudades la suerte de los estados pequeños, á los cuales los hacen entrar por fuerza en las querellas de los grandes.

Á Odoardo le pareció que debia seguir el partido de los franceses, y los españoles asolaron su territorio. Este príncipe, viéndose libre de ellos, en virtud de un tratado, tuvo guerra con el papa, y nó sobre la posesion de un reino, sino sobre la propiedad de algunos lugares; pero no obstante se manejó la negociacion sobre este punto con todas las astucias de la mas profunda política. Ranucio, hijo de Odoardo, representó un papel distinguido en un teatro pequeño: fué un gran príncipe, pues enriqueció á sus vasallos, y supo hacerlos felices. Viéndose Francisco su hijo sin hijos varones, casó su hija con su hermano Antonio; y éste, que por la muerte de su hermano se hallaba en posesion de Parma y Plasencia, fué triste testigo de las disposiciones funerales que precedieron á su muerte: pues las potencias mayores

hicieron un arreglo, en virtud del cual adjudicaban sus estados, muerto él, á la rama española de Borbon. Tomó posesion de ellos don Cárlos, hijo de Felipe V, en 1731, y los cedió á su hermano don Felipe en 1749, al cual sucedió su hijo don Fernando en 1765.

Parma quedó incorporada al reino de Francia en 1802. En el año de 1814 el congreso de Viena nombró duquesa de Parma á la archiduquesa María Luisa, esposa de Napoleon, con condicion de que muerta ella pasase el ducado á la duquesa de Luca, y á sus descendientes, como se ha efectuado.

FERRARA, MÓDENA, REGIO.

De Ferrara, Módena y Regio hay mucho y hay muy poco que decir; segun se mire la historia de estas ciudades. Consideradas con el analista curioso de hechos raros ó importantes, no hay cosa mas estéril, pero el genealogista hallará con que satisfacerse en la sucesion no interrumpida de la casa de Este, que ha poseido estos estados desde Azon, tronco de la familia, cuya muerte corresponde al año 970. La mayor parte de estos príncipes han vivido como buenos particulares, poniendo su felicidad en la de sus vasallos. Algunos de los segundos de la casa de Este, por los pocos bienes de fortuna, han ido á hacerse famosos en la guerra, y han conseguido brillantes estados entre los extranjeros. Lo que puede decirse á favor de los príncipes de Este es que cuando los papas han emprendido la reivindicacion de sus estados como feudos y posesiones de la Iglesia, los ferrareses y modeneses, con los de Regio, Calvi y la Mirándola, y todos los de aquellos territorios, siempre se han opuesto á las pretensiones de los pontífices, prefiriendo quedarse bajo de la dominacion de sus antiguos señores.

La familia de Este, que segun unos vino de Alemania, y segun otros desciende de una casa ilustre ya en Italia en el siglo X, no nos ofrece exacta y seguida descendencia hasta Azon VI, calificado marqués de Este en 1198. Su buena inteligencia con los emperadores y los papas le valió de parte de estas dos potencias un aumento de estados en la Marca de Ancona, de los cuales dejó en posesion pacífica á su hijo Aldobrandino I, de quien, por no haber tenido mas que una hija, pasaron á Azon el jóven, su hermano, que esperimentó rebeliones, fué echado de Ferrara, y volvió á entrar en ella. Por no tener hijos éste, le sucedió su sobrino Obison II; y dos de sus hermanos, llamados Francisco y Aldobrandino, que quisieron repartirse sus estados, y renunciaron luego á sus pretensiones por una composicion, que sin duda no sosegó el resentimiento de Azon, pues, no teniendo hijos legítimos, dió sus estados á Foulques, su nieto, por medio de un hijo bastardo, y á quien, viviendo él, puso en posesion.

Los sobrinos Reinaldo y Obison, hijos de Aldobrandino, no llevaron á bien esta preferencia, y se armaron, favoreciéndoles alternativamente los papas y los venecianos. Por último, vencieron al bastardo: sobrevivió Obison á su hermano, y dejó una numerosa posteridad de su amiga, que llegó á ser su legítima muger. Le sucedió Aldobandino II, su hijo mayor; y aunque éste dejó un heredero, llamado Obison, Nicolás, tio del príncipe jóven é hijo de Obison III, se apoderó de los estados de su hermano en perjuicio de su sobrino y le imitó su hermano Liberío. En su tiempo hicieron los señores algunas tentativas á favor de Obison; pero con tan poco efecto, que pudo dejar sus dominios en 1393 á Nicolás III, niño de nueve años, cuya menor edad fué pacífica con la proteccion de los venecianos. Tuvo este príncipe gran parte en las guerras, que en su tiempo inquietaron la Italia. Le estimaban mucho los príncipes vecinos. En 1425 hizo cortar la cabeza á su segunda muger Parasina de Malatesta y á Hugo su hijo natural, convencidos de torpe comercio. Por ser todavia niños dos hijos legítimos cuando él murió, dejó en 1441 sus estados á Lionel, uno de los cuatro hijos naturales que tenia.

Á Lionel sucedió otro hijo natural de Nicolás, llamado Borso, que obtuvo de Sixto IV el título de ducado para los marquesados de Ferrara, Módena y Regio. Despues de él vuelve á tomar su lugar la línea legítima de la persona de Hércules, hijo de Nicolás, á quien sucedió su hijo Alfonso, que tuvo que disputar sus estados con Julio II, Leon X y Clemente VII. Muerto Leon X acuñó medalla, en la cual se veia un hombre que sacaba un cordero de las garras de un leon, con estas palabras en el exergo: *De manu leonis*. Tuvo tres hijos de Lucrecia de Borja, y le sucedió el mayor Hércules II en 1534. Defendió por largo tiempo la soberanía de sus estados, sin dependencia alguna, contra las pretensiones de los papas; pero al fin se sujetó á poseerlos en virtud de la investidura dada por Alejandro VI á los príncipes de su casa, y renovada á su favor por Paulo III en 1539. Su hijo, Alfonso II, hizo encerrar al Tasso en el hospital de los locos, sin duda porque dejó traslucir demasiado que agradaba á Leonor, hermana del príncipe, y no se habia corregido con el ejemplo de Ovidio, á quien el Tasso, como poeta, debia conocer.

César, nieto de Alfonso I, á quien el difunto habia legado sus estados, sufrió contradiccion de Clemente VIII, que los suponia devueltos á la santa Sede por haber faltado la línea recta. Entónces tuvo César que ceder la ciudad de Ferrara á la Iglesia; y el duque, despojado, se retiró á vivir en Módena. Alfonso III, su hijo, no era capaz de reivindicar el Ferrarés de que habia sido despojado su padre; pues él cedió tambien el Modenés, y se hizo capuchino. Fué un religioso de mucho fervor, y murió en el curso de una mision. Debe notarse que su hijo Francisco I, en las largas y frecuentes guerras á que le arrastraron sus alianzas, ya con los españoles, y ya con los franceses, siempre respetó las cosas sagradas y los lugares santos, castigando severamente á los que faltaban á la debida veneracion.

Los dos príncipes siguientes, Alfonso IV y Francisco II, hijo el uno, y nieto el otro de Francisco I, murieron jóvenes ambos, y ambos de gota. El último no dejó hijos; y pasaron sus estados á Reinaldo (1761) su tio, hijo de Francisco I. Este príncipe, y Francisco María, su hijo, casi siempre fueron el juguete de las potencias que rodeaban sus estados. El uno y el otro eran echados de ellos, se retiraban entre los vecinos, y volvian á entrar en su capital, ya por tratados, y ya sin condiciones, como quien venia de un viaje, así que la paz lo permitia. Sus pueblos nunca parecieron muy afectos á estos príncipes, bien que ellos por su parte lo miraban con indiferencia. La casa de Este, señora de Módena, se extinguió en 1803. El archiduque Fernando, esposo de Beatriz, hija del último duque de la casa de Este, ha fundado una nueva rama de duques de Módena. Su hijo Francisco IV, nacido en 1779, le sucedió en 1814.

BOLONIA.

Bolonia, llamada en otro tiempo la *sustanciosa*, epíteto que indica la fertilidad del territorio, fué edificada por los toscanos: los echaron de allí los gaulas ó galos, y éstos esperimentaron la misma suerte de parte de los romanos, que colocaron en ella una colonia. Hacia parte del exarcado de Ravena: en ella puso Carlo Magno condes y marqueses; y por los años de 962 se hizo ciudad libre, gobernada por un senado, repartido en tres consejos, el especial, el general y el de creencia, escogiendo los senadores entre los ciudadanos mas hábiles y respetables, por lo cual esta forma de gobierno era aristocrática.

El gefe ó presidente de estos consejos se llamaba *Pretor*. En 1192 logró tánta estimacion el obispo Gerardo que le confirieron dos autoridades: mas, no bien lo habian hecho, cuando los nobles se arrepintieron,


BIBLIOTECA DE ... BC

vieron que se inclinaba el prelado á dar poder al pueblo, por lo cual lo desterraron y eligieron un pretor extranjero. Éste no les convino mas que el obispo, y así se deshicieron de él, pero con mas violencia; pues convencido de que se habia dejado ganar, á lo que parecia, con el regalo y los convites, ántes de desterrarlo le sacaron todos los dientes.

Por mucho tiempo no hubo justicia ni órden en Bolonia; y no se conocia otro modo de librarse de las vejaciones que el de hacer cada uno de su casa una fortaleza, rodeándola de torres; pero la muger de un boloñés, llamada Galisenda, halló otro medio mejor mientras su esposo estaba ausente y desterrado de Bolonia por una faccion enemiga. Su esposo desde su destierro la enviaba dinero para fortificar su casa: concluido el tiempo de su destierro, creia que iba á entrar en su casa como en un castillo; mas, no viendo las fortificaciones que habia mandado levantar, empezó á reprender la negligencia de su esposa. Galisenda lo tomó de la mano y le llevó á un espacioso patio, en donde encontró una multitud de ciudadanos que ella habia ganado con sus liberalidades: «Ahí tienes, le dijo, los mejores medios de defensa, aprovéchate.» Los empleó tan bien, que consiguió arrojar de la ciudad á los enemigos que le habian desterrado.

Del poder de un pretor pasó Bolonia á un podestá. Difícil debia ser la policía de una ciudad en donde se contaban diez mil estudiantes legistas atraidos de la reputacion de los catedráticos; pues Bolonia, hallando su utilidad en aquella multitud de consumidores, pagaba bien á sus maestros, y así tenia los mejores y mas nombrados de otras universidades. No se ve sin embargo que, siendo tanta esta juventud, perjudicase á su tranquilidad, porque la contenian con prudencia. De cuando en cuando se veia Bolonia espuesta á varias revoluciones de gobierno; pero todas se hacian sin tumulto. En 1228 nombraron, además del pretor, veinte y cuatro asesores con el nombre de *ancianos*, ó instituyeron dos consejos. El primero compuesto de estos mismos ancianos, de los cónsules del comercio, de los maestros de platería y armería, que sin duda eran los oficios mas importantes de la ciudad y los confaloneros del pueblo y sus consejeros. El segundo se llamaba el *Grande*, porque en él se admitia á casi todo el pueblo. Entónces tomaron los boloñeses el título republicano *de la comunidad y el pueblo de Bolonia*.

Así como Parma se dejó dominar de un flagelante, tambien Bolonia se dejó entusiasmar de un predicador, llamado Juan de Vicencio. No es de admirar que éste tomase mucho ascendiente sobre el pueblo; pero sorprende el prestigio que se abrogó sobre el poder y los magistrados. Fué tanto, que llegó á ser dueño absoluto del gobierno. Dió libertad á todos los que estaban en la cárcel por deudas, y las dió por pagadas: revisaba las leyes, y hacia en ellas mutaciones á su arbitrio. Predicó un dia con tanta vehemencia contra la usura, que, arrebatado el pueblo de su celo, fué á saquear la casa de un usurero de la vecindad. Mejor hubiera sido, aunque mas difícil, que el fruto del discurso hubiesen sido la conversion del usurero, y una entera restitucion.

En 1235 crearon un capitan del pueblo, á lo que parece para oponerlo al podestá enteramente sacrificado á la nobleza. De este modo quedó el gobierno por mitad aristocrático y democrático, y sin duda el dulce genio de los boloñeses contribuía para esta mezcla, porque vivian en una paz admirada de sus vecinos. Su equidad inspiraba tal confianza, que los pueblos cercanos los eligieron muchas veces por árbitros. Un ciudadano, llamado Bentivoglio, quiso forjar cadenas para sujetarlos; y haciendo de su casa un castillo empezó á gobernar despóticamente. No duró su soberanía mas que dos dias, porque le asesinaron, y demolieron su fortaleza.

No toda dominacion desagradaba á los boloñeses; pero la querian suave y aceptada sin violencia, como lo es la de los papas, á quienes estan sujetos desde el año 1378; y aunque algunas veces la han repudiado, siempre han vuelto á ella. Todavía viven bajo de aquellas leyes, que procuran los pontífices hacer agradables. Éstos siempre han conservado á los boloñeses su senado y sus privilegios, y con especial cuidado envian por gobernadores los prelados mas capaces de conservar el afecto y estimacion de aquel pueblo á la santa Sede; y de este modo, sin ser enteramente libre, goza los principales frutos de la libertad, que son la seguridad y la paz.

MILANESADO.

Entre todos los paises de la Italia es el Milanesado el mas agradable en cuanto á las comodidades de la vida; porque el clima, suave y templado, ni está sujeto á los grandes frios ni á los grandes calores. Aunque su situacion, en el centro de la Italia, es causa de que ninguno de aquellos paises haya padecido tanto en las desolaciones de la guerra, es tan grande la fertilidad del suelo, que con una paz de corta duracion vuelve á gozar las ventajas de la abundancia. La industria del pueblo equivale á la generosidad de la naturaleza y hace inclinar la balanza del comercio en favor de los milaneses. Milan es célebre por su poblacion, sus hermosos edificios, y sobre todo el *Domo*, que es la catedral: la biblioteca ambrosiana, rica en manuscritos, y adornada con una coleccion de pinturas de los principales maestros, con un gabinete de medallas, un observatorio, un jardin de plantas y curiosidades físicas: este soberbio establecimiento se debe al cardenal Federico Borromeo. La nobleza de Milan es generosa, magnífica y cortes: el pueblo es benigno y afable; pero conviene no disgustarle con grosero trato, ni con esceso de contribuciones; pues la falta de precaucion en estos puntos ha causado muchas veces alborotos.

De la escuela de Milan, llamada *la escuela Lombardía*, han salido pintores escelentes. Allí se cultivan las bellas letras y las ciencias mas altas con felicidad. Allí florece el comercio, y es muy considerable en seda cruda y trabajada, en galones, bordados, encages y otros objetos de lujo. Generalmente es tal la fertilidad del suelo en frutas, legumbres, granos y carnes, que, despues de hacer sus provisiones, todavía hallan los milaneses mucho que esportar. Las ciudades principales del estado de Milan son Pavía, precavida contra la ignorancia y la violencia por su universidad y su ciudadela: Lodi, que da quesos esquisitos; Cremona, Como, Novara, Vigevano, Mortara, Cortona y Bobio. En todas estas ciudades ninguna hay que carezca de algun objeto de celebridad para los curiosos y los golosos. Alejandría tiene el nombre, no en memoria del conquistador del Asia, sino del papa Alejandro III que contribuyó á su fundacion. La de Milan sube hasta la mas remota antigüedad: ya era capital de la Insubria, y ciudad considerable en la irrupcion de Breno y Boloveso, primeros gaulas que se hicieron temibles en Italia. Los romanos trataban mal á los milaneses, cuya amistad les era sospechosa; y los milaneses en desquite dieron la mano á Aníbal cuando ganó su primera batalla en las riberas del Tesino, que están vecinas; y así fueron castigados por su afecto á los cartagineses. Su pais fué de los primeros que se vieron reducidos á provincia romana; pero nunca los romanos le sujetaron bien porque el menor pretesto les servia para sacudir el yugo en las guerras civiles, y en tiempo de los emperadores. Desde el año 60 de Jesucristo se presentó allí la religion cristiana, estuvo lánguida por mucho tiempo: pero despues produjo aquella Iglesia hombres grandes; y san Ambrosio, arzobispo de Milan, es el mas célebre por la eminencia de sus virtudes y sabiduría.

Á fines del siglo V tomó á Milan Odoacro, rey de los hérulos, á quien se la quitó Teodorico, rey de los ostrogodos, que puso en ella su corte; mas no por esto dejaron los borgoñones de apoderarse de ella en una irrupcion que hicieron en Italia. Suponiendo Teodorico que

los milaneses y los de otras ciudades se habian defendido mal, les quitó sus privilegios; pero se los restituyó á súplicas de los obispos, que la historia nos presenta como unos prelados piadosos y benéficos que empleaban sus bienes en el alivio de los diocesanos; y en esta ocasion rescataron con su propio dinero los prisioneros que habian hecho los borgoñones.

Teodorico ilustró su estancia en Milan con un acto de severa justicia. Fué á quejarse una viuda de que en tres años no habia podido conseguir la decision de un pleito que tenia contra un magistrado. Juntó el monarca el tribunal, y dijo: «Si mañana no juzgais este punto, yo sabré hacer justicia por mí mismo.» Se congregaron los magistrados, y dieron al dia siguiente la sentencia. Mandó Teodorico que se volviesen á presentar los jueces, y les dijo: «¿Porqué habeis prolongado por tres años un negocio, que acaba de costaros un momento?» Y, dada esta reprension, mandó cortarles la cabeza.

Descontentos los milaneses con el gobierno de Witiges, uno de los sucesores de Teodorico, suplicaron á Belisario que los ayudase á espeler á los godos, y con efecto los espelieron; pero volvieron á entrar con nueva fuerza, y mataron á todos los habitantes en número, segun dicen, de trescientos mil, no quedando de Milan mas que un monton de ruinas: pero Narses ó Narsetes, sucesor de Belisario, sacó la ciudad de sus mismos escombros en 559. Volviendo á florecer, se sujetó á los reyes longobardos, despues á Grimoaldo, duque de Benevento, y luego volvió á los longobardos, hasta que Carlo Magno estinguió su monarquía. La soberanía de Milan cayó en manos de los arzobispos; pero el gobierno estaba en la de dos cónsules que nombraban los prelados, y los mismos presentaban la espada de la justicia á estos magistrados con grande ceremonia. No obstante, á fines del siglo X ya parece que no carecia de autoridad el pueblo de Milan, y que se indignaba de la dependencia: pues la simple amenaza de edificar una ciudadela que sirviese de freno a esta ciudad, costó la vida al duque de Suabia, enviado por el emperador para recobrar su antiguo poder.

El arzobispo siempre queria dominar; y aunque tenia de su parte á los nobles, retiraba el pueblo el báculo pastoral para que no les oprimiese. En 991 se vió por la primera vez en la ciudad un combate, y de resultas echaron fuera al prelado y la nobleza. Ya el pueblo se apaciguó, y tuvo á bien recibirlos; se toleraron por algun tiempo; pero en materias combustibles basta la menor centella para levantar un incendio. Un noble dió un golpe á un ciudadano; el pueblo fué volando á socorrerle, y se obligó con juramento á permanecer siempre unido. La misma liga hicieron los nobles: mas, no siendo los mas fuertes en la ciudad, precisados á salir de ella, la sitiaron y duró el bloqueo tres años. El fin fué una pacificacion como aquellas que se hacen entre personas que se temen mas que se aman.

Ademas de la altivez desordenada de la nobleza, una de las causas principales del descontento del pueblo era la depravacion de las costumbres del clero de la catedral: y dos diáconos de vida edificativa, llamados Landulfo y Artaldo, combatieron vivamente contra esta disolucion escandalosa. No les faltaba elocuencia; pero juzgaron del caso valerse de medios comunes contra los que pretendian reformar. Alegando un simoniaco á Landulfo mala razon, este diácono se despojó, y se dió una cruel disciplina; y la vista de su cuerpo rasgado hizo mas efecto en el pueblo que las mejores respuestas. Luitprando, que era un sacerdote asociado a los dos diaconos con las mismas piadosas intenciones, declamando con ardor contra la incontinencia de un clerigo, y viéndose escaso de pruebas, dijo: «Que se enciendan dos hogueras;» y cuando estaban bien inflamadas dicen que pasó entre ellas sin recibir daño alguno; pero ni él ni los compañeros de su zelo entusiástico eran invulnerables; y asi es que á Luitprando le sorprendieron dos emisarios de los clérigos, y le cortaron las narices y las orejas: Artaldo fué asesinado, y Landulfo murió de las contusiones y heridas de su flagelacion; pero por grado ó por fuerza el clero se libró de aquellos sobre quienes recaian las principales reprensiones.

Milan fué la primera ciudad que en Italia conquistó su libertad en 1106. Anuló los oficiales imperiales: creó dos cónsules, y eligió muchos oficiales para la administracion de la justicia, de la guerra y de la hacienda. De este modo estableció el gobierno republicano. El emperador Federico Barbaroja, muy irritado con el ejemplar de independencia que daba esta ciudad, volvió contra ella todas sus fuerzas. Los alemanes abatieron los árboles, arrancaron las cepas, asolaron los campos cercanos, y cerraron á larga distancia todas las salidas. Una ciudad populosa, estrechada de este modo, no puede resistir por largo tiempo, y asi se rindió Milan por hambre. Las condiciones fueron duras: la privó el emperador de todos sus privilegios, y sobre esto exigió que el arzobispo y el clero, con las reliquias, los cónsules y la nobleza, en trage de ceremonia, descalzos, con las espadas sobre el cuello, y el pueblo con la soga tambien al cuello, fuesen á su campo á pedirle perdon. Para hacer la penitencia mas penosa los esperó á distancia de legua y media, y mandó que los suplicantes pasasen por entre los soldados y por debajo de las armas.

Sin duda el resentimiento de su castigo, que tanto humilló á los milaneses, quedó profundamente grabado en sus corazones; y asi cuando se creyeron con fuerzas se vengaron, no solo sacudiendo el yugo, sino echando de la ciudad á la emperatriz, montada en un asno, y con el rostro vuelto hácia la cola. Juró el emperador que semejante espectáculo no volveria á verse en Milan; y para cumplir su palabra, habiendo tomado la ciudad, la destruyó hasta los cimientos: hizo pasar el arado, y sembró de sal sus ruinas. No obstante, hay motivos para creer que la cólera del príncipe se desahogó solamente con las murallas, pues todavia hay en Milan monumentos anteriores á este suceso. Los habitantes, viéndose sin los antiguos muros, hicieron mas grande la cerca; y de este modo llegó á ser Milan mas considerable contra la intencion de Federico.

Recobró tambien una parte de los señoríos y jurisdicciones que habia poseido, haciendo entrar bajo de su dominacion muchas ciudades. La administracion de aquel estado necesitaba de empleos honoríficos, que al mismo tiempo eran lucrativos; se los tomaba todos la nobleza: mas los plebeyos pretendian entrar á la parte, y éste fué el primer motivo de disputa. Una antigua ley lombarda daba á los nobles el privilegio de cumplir con una multa cuando habian quitado la vida á un hombre del pueblo: segundo motivo de querella, por querer los nobles que se redujese á una multa el castigo de cierto homicida noble cuando el pueblo exigia la pena capital. Quiso el pueblo apoderarse del culpado: lo defendió la nobleza, y llegaron á las armas. Eligió el pueblo por capitan á Martin Turiani, ó de la Torre, que echó fuera de la ciudad á toda la faccion de los nobles, y al arzobispo que la sostenia. Murió el prelado en su destierro. Turriani y el clero creyeron que tenia derecho para nombrar el sucesor. Nombró cada uno el suyo: ya estaba para prevalecer el del capitan; pero, temiendo un legado del Papa que allí se hallaba que la autoridad del capitan fuese demasiado preponderante con la influencia de un arzobispo que le diese su elevacion, exhortó al pueblo á apoderarse de la eleccion, y nombró á Othon Visconti.

Habia éste nacido en Invori, lugar pequeño, cerca del lago Mayor, de familia honrada, aunque no rica. Desde su juventud siguió Visconti la corte de Roma, en donde se hizo estimar por sus gracias y sólido entendimiento. Le emplearon en asuntos graves; y, vacando el arzobispado de Milan, le consideraron á propósito para sostener la balanza entre los partidos de Turriani y Sepri, que hacian los dos bandos de la ciudad.

Turriani era enemigo declarado de la nobleza, y la hizo todo el mal que pudo: Felipe, su hermano, que le sucedió, la dejó respirar: pero el odio contra ella se reprodujo bajo Napi ó Napoleon, sucesor de Felipe. Visconti, por su inclinacion á la mansedumbre, y siguiendo

las reglas de la política, se declaró por los oprimidos. Ofendió á Napi esta predileccion, y precisó al arzobispo á dejar la ciudad con los mas distinguidos que protegia, cuando ya el prelado se habia hecho muchos partidarios en el pueblo con su beneficencia y otras bellas prendas. Esta inclinacion no impidió, sin embargo, que este mismo pueblo, bajo el yugo de Napi, se dejase poner las armas en la mano contra Visconti, al mismo tiempo que interiormente rogaba por él á Dios (1265).

Napi, dueño de todas las fuerzas del Milanesado, siempre fué victorioso; mas, no creyéndose seguro mientras le era forzoso resistir á la intrepidez y recursos de Visconti, publicó premio por su cabeza. Esta barbarie escitó murmuraciones en Milan, y el capitan advirtió que iba perdiendo la confianza de los ciudadanos. Estando para salir de la ciudad contra Visconti, que se presentaba á la cabeza de un ejército compuesto de los desterrados, dejó una fuerte guarnicion para contener al pueblo. Todavía le favoreció la fortuna, y él usó cruelmente de su victoria; pues habiendo preso á treinta y cuatro nobles con las armas en la mano, entre los cuales se hallaba un sobrino de Visconti, mandó Napi degollarlos, y envió sus cadáveres á Milan para que los enterrasen en el sepulcro de sus mayores. Se enterneció el pueblo con el fúnebre convoy, y se hubiera sublevado contra el verdugo á no haberle reprimido con el miedo su hermano, á quien habia dejado en la ciudad. Este mismo llenaba las cárceles de los que tenia por sospechosos, y no habia dia que no se señalase con sangrientas ejecuciones. Visconti, sabiendo estas atrocidades, dijo: «Ya no dudo que los Turrianis, en castigo de su barbarie, han de sufrir en lo venidero un fatal revés de la fortuna.»

Con efecto, dejó ésta de ser contraria á Visconti, no porque algunas veces no abandonase sus banderas; pero él nunca decayó de ánimo. Falto de dinero y privado muchas veces de sus amigos y partidarios por la suerte de las armas, su mérito y su reputacion le traian otros nuevos que acudian á distinguirse bajo de sus estandartes. Se admiraba en él á los setenta años de su edad un grande vigor de espíritu y de cuerpo, constancia inalterable en las desgracias, el aspecto de general y de hombre de estado, y en fin la habilidad en proporcionar las circunstancias y aprovecharse de las ocasiones. Era imposible que un dia no prevaleciesen tan singulares talentos contra la valentia feroz de Napi, y con mayor razon porque á ésta no se ve que la acompañase aquella vigilancia tan necesaria en un gefe. Se dejó sorprender en una diversion, y quedó prisionero. Le hicieron gracia de la vida, si fue gracia encerrarle en una jaula de hierro, sin esperanza de salir de allí. Murió en ella á los dos años. Continuó la guerra bajo las órdenes de su hijo Casoni, que, aunque buen general, sufrió multiplicadas pérdidas, que acabaron por una batalla decisiva, en que perdió la vida.

En este tiempo habian recibido á Visconti en Milan con aclamacion. Le acusan de no haber reprimido su resentimiento contra los Turrianis, y de haber desacreditado su triunfo con suplicios; pero su rigor, en lugar de destruir el partido de Turriani, le dió nuevas fuerzas por la compasion que ordinariamente inspiran los infelices. No obstante, no se atrevió á levantar la cabeza mientras vivió el arzobispo; pero disputó con felicidad la autoridad á Mateo Visconti, su sobrino, á quien el prelado habia revestido de su poder.

Los Turrianis le echaron de Milan, y se refugió con el emperador Henrique VII, que creyó hallar en las ofertas la mejor ocasion para que en Milan reconociesen los derechos imperiales. Pasó allá con un ejército bastante fuerte para hacer respetar sus órdenes, y afectó Henrique deseos de reconciliar los dos partidos tratándolos con igualdad; pero se inclinaron á Visconti, como lo merecia por sus respetuosas condescendencias, al mismo tiempo que los Turrianis tenian en sus modales aquella violencia que llevaba consigo la certidumbre de no agradar. El fin de esta especie de lucha entre los rivales, fué como debia de ser; porque el diestro Mateo, prestándose á recibir del emperador el gobierno de Milan, consiguió tropas para sostener este título, y de este modo logró un ascendiente completo sobre Turriani. Cinco hijos que tenia, todos de las mas bellas prendas, le ayudaron á fomentar su poder; y cuando murió se le dejó á Galeazo I, que era el mayor, príncipe tan prudente como guerrero (1322).

No obstante, aventuró éste su fortuna por falta de vigilancia. Las fuerzas alemanas, que el emperador habia dejado para la guardia y defensa del duque gobernador, eran unas tropas vendibles, que no resistieron al cebo del oro de que pródigamente se servia el partido contrario; y mientras Galeazo, teniéndose por seguro, ni aun imaginaba que le faltasen en caso de necesidad, se levantó en la ciudad un rumor, y todos acudieron á las armas. Publicaron los Turrianis que iban á restablecer el gobierno popular; se agregó á ellos el pueblo seducido: los alemanes no sostuvieron á Galeazo, y éste se vió precisado á huir. No se sosegó el alboroto con su partida: cada uno queria dominar, así güelfos como gibelinos: nadie se entendia; ni era posible convenir en un gobierno. En esta confusion resolvieron todos unánimes volver á llamar al gobernador, y darle toda su autoridad. Galeazo se sintió mas honrado con el favor de sus conciudadanos cuanto mas le habia humillado ántes el buen éxito del manejo de sus enemigos; pero le esperaba un golpe mas sensible por parte de su familia. Tenia un hermano, llamado Marco Visconti, á quien los malcontentos juzgaron á propósito para inquietar á su hermano escitándole zelos que le hacian fácilmente impresion. Á la primera noticia que tuvo el duque de las maniobras de los enredadores, y de la inclinacion de Marco á favorecerlos, procuró reducirlos con su reconvencion. «¡Cuando mi hermano me hiere, le dijo, no advierte que se hiere á sí mismo!» «Un hermano, respondió Marco, no le tiene cuando éste solo quiere el poder para sí mismo.»

Ya no tenia la corona imperial Federico, porque habia pasado á la cabeza del emperador Luis. Fué pues Marco á presentarse á él como acusador de su hermano Galeazo, diciendo: «Que queria hacerse independiente.» Creyó el consejo del emperador la calumnia de la faccion contraria al duque, cuyo órgano era Marco, quien la sostenia con mucho dinero, que era el medio escelente de persuadir. Á Galeazo, que fué sin precaucion á justificarse, le arrestaron con toda su familia, á escepcion de Marco. Nueve meses sufrió de prision; y aunque se reconoció su inocencia, contrajo en el cautiverio una enfermedad que le llevó á la sepultura, privado del gobierno de Milan.

Bien fuese que el odio de Marco quedó sepultado con su hermano, ó bien que no prevaleciese contra el deseo de elevar á su familia, intercedió de modo con el emperador, que logró el gobierno para su sobrino Azon. Él, que entre tanto lo habia tenido, por la desgracia de Galeazo, tenia veinte y cuatro consejeros que le observaban, tomados de las diferentes clases de los ciudadanos, y estos se llamaban *la regencia de Milan*. Era Marco Visconti, hombre impetuoso, ardiente, arrebatado, sin freno en sus pasiones; y la tomó tan violenta á una dama hermosa y noble, que se la quitó á su marido de las manos: despues, suponiéndose engañado, la ahogó él mismo: y, perseguido de los remordimientos, cayó en una profunda melancolía. No le impidió su negra tristeza pensar en suplantar á su sobrino; porque la ambicion tal vez es el descanso de otros vicios. Informaron de ello á Azon; juntó su familia, dedujeron sus pruebas; y, pareciendo éstas suficientes, sin ruido ni rumor ahorcaron á Marco en su cama. Arrojaron el cadaver por la ventana; publicaron que se habia precipitado en un acceso de locura, y le hicieron un entierro magnífico (1339).

Tenia Azon otros dos tios, Luchini y Juan; y por no haber dejado hijos, le sucedió Luchini, que estaba acribillado de heridas, y arruinado con las fatigas de la guerra. En tal estado no se detuvo en casarse con una gene-

Digitized by Google

vesa, llamada Fusca, de muchas gracias y talento, y de la casa de los Fiescos. Mucho egercitó su paciencia; y de concierto con Galeazo, sobrino de su marido, introdujo en su casa cuatro hijos; y para no ser castigada dió á Luchini veneno. Confesó sus delitos al morir; y era tan notoria la prostitucion de Fusca, que ,muerto Luchini, no se presentó para sucederle ninguno de sus hijos putativos, por lo que cayó el gobierno en su hermano Juan, que era al mismo tiempo arzobispo (1349).

Este prelado es famoso en los anales de Génova; y por la fama de su capacidad le llamó esta república para pacificar sus alborotos: le honraron con la dignidad de dux. Tenia Juan tres sobrinos, hijos de su hermano Estevan, del que no ha quedado otra noticia que el haber perpetuado su familia: se llamaban Mateo, Bernardo ó Bernabé, y Galeazo y habiéndoles repartido Juan el Milanesado, no quiso Mateo, muerto su tio, dar su parte á los otros hermanos: se cree que le dieron veneno, y por lo ménos es muy cierto que Valentina, su madre, no cesó en toda su vida de acusarlos de este delito (1354).

Dos hermanos, igualmente activos y ambiciosos, que reparten entre sí la herencia en paz y sin querellas, son en la historia un fenómeno muy raro, que se verificó en Galeazo II, y Bernabé, sucesor de Mateo. Galeazo, pues era el mayor, se quedó con Milan, y ayudó á Bernabé á aumentar su parte, haciendo á espensas comunes invasiones en los estados de Bolonia y Mantua, quedándose con algunas porciones sin subyugarlos enteramente. En estas espediciones comunmente tenian á los papas por contrarios, porque siempre llevaban la bandera de los emperadores, cuyos vicarios fueron varias veces en Italia los Viscontis.

La Francia y la Inglaterra buscaron la alianza de Galeazo, el cual casó una hija con el hijo del monarca inglés, y por los regalos de la boda se puede juzgar hasta donde habian subido las artes, la industria y el comercio en Milan; pues fueron éstos setenta caballos de los mas hermosos, con jaeces adornados de bordadura de plata, oro, seda y planchas de plata con relieves, muchas piezas macizas tambien de plata perfectamente trabajadas, alcones, perros estraños, dardos, espadas, cotas de malla, corazas, escudos, y capacetes de esquisito trabajo, bandas bordadas de perlas, y un surtido prodigioso de vestidos y muebles cargados de pedrería de inmenso valor. La comida fué tan espléndida y suntuosa que los residuos fueron mas que suficientes para dar de comer á diez mil hombres.

En los edificios que construyó Galeazo mostró un lujo y magnificencia estraordinarios, hermoseó á Milan con puentes, plazas y pórticos, y la fortificó con una ciudadela soberbia. Al mismo tiempo que se admiró el palacio que mandó edificar en Pavia, adornándole con las mas raras pinturas, es preciso culparle por la cerca de quince leguas con que le rodeó para el placer, porque incluyó posesiones de familias sin haberlas indemnizado suficientemente. Un hombre, que por esta tiranía tuvo que renunciar á la herencia de sus padres, se vengó con una puñalada que recibió el príncipe en su armadura. Galeazo gustaba de las bellas letras; estaba muy contento en compañía de los sabios, y sentia amargamente el poco cuidado que habian tenido de él cuando era jóven, dándole una educacion puramente militar, por lo que cuidó exactamente de la de su hijo, formando en él un gran príncipe.

Á Juan Galeazo le criaron en un colegio como si fuera hijo de un simple paisano, viviendo en todo igual con sus compañeros, con lo que su temperamento tomó fuerzas, y en esta vida arreglada adquirió un hábito de órden y de exactitud, que jamás se desmintió en él. Fijando sus gastos, y teniendo un estado exacto de las rentas, cuyo manejo le fueron dejando poco á poco, adquirió la mas rara capacidad en el exámen de las cuentas. En este punto bastaba una ojeada suya; y el conocimiento que todos tenian de su habilidad, detenia á los que pudieran pensar engañarle. No se olvidaron en su educacion de los ejercicios corporales, ni de la política y estudios de un hombre que ha de gobernar. Si estas lecciones se olvidaron de recomendarle el disimulo, proveyó á esta instruccion la naturaleza, y se lo hicieron necesario las circunstancias (1378).

Á Bernabé su tio, que habia vivido tan conforme con su hermano, apenas le vió muerto cuando la ambicion de su muger, el ardor de sus hijos, y sobre todo las necesidades que padecia su corte por su escesiva prodigalidad, la hicieron codiciar los estados de su sobrino. Galeazo, avisado de que su fortuna y su vida corrian peligro, aparentó un grande amor al retiro, y no menor disgusto de la grandeza; y, diciendo que solo aspiraba á pasar una vida solitaria y consagrada enteramente á la piedad, admitia poquísimas personas á su conversacion, y ménos á su mesa. Solia decir que se habia impuesto aquel género de vida hasta haber cumplido el voto de religion, dando á entender que ya estaba determinado á dejar el mundo, y abrazar la vida religiosa; y además comunicaba con su tio todos los asuntos, consultándole con docilidad y sumision.

¿Quién no caeria en el lazo? Una de sus devociones principales era la Virgen del Monte de Varecio, en el camino de Verceli. Hizo correr la voz de que queria hacer un viaje á aquel santuario, pero que no admitia compañía de persona alguna. Suplicáronle Bernabé y sus hijos que les admitiese para conducirle á lo ménos hasta la puerta de la ciudad á fin de despedirse allí. Consintió Galeazo, fuéron caminando en conversacion, y estando para separarse se abrazaron. Apenas se apartaron el tio y el sobrino, cuando á una señal que este hizo, sorprendieron á Bernabé y á sus hijos, y los encerraron en una prision, que aquel habia hecho construir. Las tropas, que ya tenian órden, se apoderaron de los principales puestos sin la menor violencia ni efusion de sangre; y en un minuto se vió Galeazo dueño de Milan, en donde ántes solamente ejercia una autoridad incierta y tímida. Sola una persona permaneció fiel á Bernabé en su desgracia, y fué Doninia Porta, su amiga, que pidió la encerrasen con él; pero todas las precauciones de ésta no le libraron del veneno, que siete meses despues de su prision le quitó la vida entre los brazos de Doninia. Galeazo no recelando tanto de sus primos, los puso en libertad; pero los desterró. Aquí debe notarse que, aunque en esta sublevacion no hubo efusion de sangre, no se evitó el pillage: pues el príncipe, dió libertad á sus soldados para saquear las casas de los que sabia ser adictos á su tio. Hicieron correr la noticia de que aquel desórden era obra de Bernabé; y, sin embargo de hallarse éste cautivo y sin poder, el pueblo la creyó. Además de cinco hijos legítimos dejó este príncipe otros cinco naturales; que despues hicieron su papel.

Galeazo llegó á tal punto de prosperidad, que ya no se contenia en el título modesto de gobernador de Milan con que se habian contentado sus padres, aunque gozaban del poder absoluto; y consiguió de Venceslao el de duque, enviándole este emperador un cetro y una corona, insignias de poca importancia, si á ellas no se hubiera agregado el poder. Se estendió el de Galeazo casi sobre toda la Italia; y sus tropas eran las mas bien armadas, las mejor pagadas y bien disciplinadas de la Europa. Con su política y generosidad atrajo á su servicio los generales de mas reputacion, y hasta príncipes pelearon bajo de sus banderas. Desposeyó á los Escaligeros de Verona: volvió á tomar á Pavia: redujo á su obediencia á Treviso, Trento y los paises montuosos de las cercanias. Los habitantes de Asis y de Perusa prefirieron su dominacion á la del papa, y lo mismo hicieron los de Luca, Bolonia y Pisa. Los florentinos fueron los únicos que intentaron resistirle; pero los redujo á temer la desgracia de su ciudad, y les concedió la paz á la cabeza de un ejército de treinta mil hombres prontos á sujetarlos (1385).

No puede disimularse que Juan Galeazo gobernó mas temido que amado, pues tenia siempre un grande ejército aun en tiempo de paz. Le debe Milan su catedral, y Pavia su magnífica cartuja. Fue padre de Valentina Visconti, la cual llevó al duque de Orleans su esposo los

Digitized by Google

derechos al ducado de Milan, que despues pusieron en vivo fuego la Italia. Guiado de una mala política dividió sus estados entre sus dos hijos, Juan María y Felipe María segregando de ellos un mayorazgo para Gabriel, hijo natural; y á otro, llamado Antonio, que no entró en la reparticion por ser muy niño, le dejó recomendado en su testamento á los otros hijos (1402).

En este mismo testamento creó un consejo de Regencia y nombró tutores para dos hijos, el mayor de los cuales no tenia trece años; pero un hombre de bajo nacimiento, llamado Barbavaria, se apoderó de la autoridad con el auxilio de los hijos de Bernabó, Francisco y Antonio Visconti, á quienes llamó de su destierro: quitó el consejo y los tutores, con lo que todo fué en decadencia. Los príncipes sometidos por Juan Galeazo trabajaron para hacerse independientes, y lo consiguieron, con lo cual reinaba en todas las ciudades del Milanesado una espantosa anarquía. Ya no se preguntaba si era delincuente un hombre presentado al tribunal, sino la pena que le impondrian: porque, siendo sospechoso á la faccion dominante, sin mas motivo era reo; y así se dice que á uno de estos desgraciados le dijo francamente un juez: «Tú me diste motivo para arrestarte, y á mí me pertenece hallar que este motivo es digno de muerte.»

Lo que llevó la desgracia del Milanesado á su colmo fué que los príncipes jóvenes, que debieran ser su esperanza, solo manifestaban disposiciones para los vicios y delitos. De Juan María cuentan que se complacia en ver desgarrar á los hombres por los dientes de los perros, y aun no se sabe que se limitase esto con los delincuentes. En la menor edad de los dos príncipes se disputaron la tutela y autoridad sobre Milan Cárlos Malatesta, señor de Rimini, y Facino Escalígero, señor de Verona, que fué el vencedor, y se hizo dueño absoluto del Milanesado. Fijó su habitacion en la ciudadela de Pavía, que por su situacion era una de las mas fuertes y agradables plazas del mundo; y en ella juntó inmensos tesoros de los cuales daba una parte moderada á Juan y Felipe sus pupilos, dejándoles libertad para sumergirse en toda suerte de torpezas. Juan se dejó llevar de esta licencia hasta hacerse odioso á sus vasallos, que le miraban como un enemigo suyo, y un mónstruo de quien se debia desear que se limpiase la tierra. Al fin, un jóven, cuyo padre habia sido devorado por sus alanos, le mató de una puñalada, y se hubiera quedado su cadáver sin sepultura, y tal vez abandonado á los perros, como merecia, si no hubiera sido por una cortesana querida suya. Dejó á su hermano Felipe sus estados; pero sin muchas ciudades, que ya se habian desmembrado (1412).

Felipe María entró con dificultad en la herencia de su hermano, porque se la disputó su primo Hector Visconti, hijo de Bernabó. Por este mismo tiempo murió su mas firme apoyo Facino; y por casualidad le fué muy útil esta pérdida, porque dejaba Facino tesoros inmensos, un ejército mandado por escelentes oficiales, y una viuda llamada Beatriz, señora de todos sus bienes, que, aunque tenia ella veinte y ocho años y Felipe solos veinte, logró persuadirla casarse con él, y recibió en dote soldados y dinero. Con este socorro arrojó de Milan á su competidor, aunque apoderado de esta capital, y le recibieron con aclamacion por el afecto que conservaban los milaneses á la rama principal de los Viscontis, sin embargo de los horribles vicios de este último.

Restableciendo Felipe en el centro de sus estados, pensó reunir las estremidades que se habian separado; y entre sus conquistas es notable la de Cremona, no tanto por su importancia cuanto por un pasage singular de Gabrino Funduli, uno de aquellos aventureros que se apoderaron de las ciudades de Italia, á quienes llamaban tiranos. Éste recibió en Cremona al papa y al emperador: tuvieron los dos príncipes la curiosidad de ver el bello espectáculo que se gozaba desde lo alto de la torre; subió Gabrino con ellos; y hallándose con ambos en la plataforma entre un anciano y un hombre que no le igualaba en fuerzas, le vino al pensamiento que era ocasion de inmortalizarse precipitándolos. Por fortuna se le pasó esta fantasía; pero la tenia Gabrino tan grabada en su corazon, que, habiéndole algun tiempo despues condenado á muerte por sus muchas maldades, las últimas palabras que dijo en el cadalso fueron: «Que no llevaba sentimiento de ninguna accion de su vida sino de no haber ejecutado ésta.»

Restableció Felipe la autoridad de los Viscontis en Génova; le abrió Plasencia sus puertas; se apoderó de Bergamasco. Debió todas estas felicidades en el principio á su esposa Beatriz, y despues á Carmañolo su general, natural de Saboya: pero veamos el premio que les dió. Desde el momento en que no necesitó de la duquesa, empezó á tratarla del modo que debe prometerse una muger que cayó en la flaqueza de contraer un matrimonio muy desproporcionado en la edad; sufrió con paciencia sus desprecios: pero no se quedó en ellos la mala correspondencia de Felipe. La aborrecia, y quiso deshacerse de ella, acusándola de comercio criminal, de hechicería, y de haber intentado quitarle la vida. Se supone que la pusieron en el tormento para arrancar de ella la confesion de estos delitos, que constantemente negó: pero, vencido con la violencia del tormento el cómplice que la suponian, dijo cuanto necesitaban. La dió en rostro Beatriz con su flaqueza, culpándose á sí misma de haber creido á los que la persuadieron tan infeliz casamiento; hizo presentes los muchos servicios que habia hecho á su ingrato esposo, pero á pesar de todo murió protestando su inocencia, que nunca se ha puesto en duda.

Respecto á Carmañolo, su general, despues de haberse aprovechado Felipe María de su capacidad y sus victorias, la envidia que le era natural le hizo dar oidos á las insinuaciones de sus favoritos, que se veian obscurecidos con el mérito de hombre tan valiente. Le hizo mil injusticias Felipe, sin que ni aun tuviese libertad para quejarse; y así dejó el servicio de un señor tan poco reconocido, y se pasó á los venecianos, que, estando en guerra, le dieron el mando de sus tropas contra el duque de Milan. Temiendo este príncipe su habilidad, de que tenia sobradas y felices esperiencias, le hizo dar un veneno de que no murió; pero no siempre se libró de las infames astucias de Felipe.

La guerra contra los venecianos les parecia á los milaneses indispensable para la seguridad de su comercio; y persuadidos á que ya se cansaba Felipe con las victorias de Carmañolo, le ofrecieron dinero para continuarla; pero tomó el dinero, é hizo la paz sin atender á los intereses de sus vasallos; y entónces pensó en venganse de Carmañolo. Habia tenido éste la desgracia de perder una batalla; y Felipe insinuó á los venecianos que su general se habia dejado vencer por traicion: se sirvió de pruebas falsas que con su dinero, repartido con profusion en el senado, hizo pasar por buenas. Consistian las pruebas en ofertas graciosas que habia hecho él á Carmañolo para llamarle á su corte, y siendo así que nunca habia respondido afirmativamente, y tal vez se le habian hecho para preparar la calumnia, condenaron al infeliz general sin citarle á juicio de modo que ignorando su sentencia de muerte vivia familiarmente, como ántes, con el dux y los senadores que ya le habian condenado. Duró esta seguridad muchos meses; pero cuando ménos lo pensaba le sacaron de su casa, le leyeron rápidamente las informaciones y piezas que se suponian ser pruebas, y por mas que reclamó y negó en el tormento, confirmaron la condenacion, y ejecutaron la sentencia. Este triunfo fué tan ignominioso para Felipe como para el sobornado tribunal, su cómplice.

Fué Felipe afortunado en generales, y tuvo á su sueldo los gefes mas hábiles de aquellas tropas de aventureros que andaban entónces por la Italia vendiéndose á los que mejor pagaban: tales fueron Braccio, Picciniano, y sobre todo Esforcia, cuyo nombre ha llegado á ser ilustre en los fastos de Milan. Mientras le ganaban éstos las victorias, él se entregaba al regalo, reti-

Digitized by Google

rado á lo interior de su palacio, separado de su corte y encerrado con los objetos de su libertinage y torpeza, que algunos historiadores dicen haber sido de naturaleza infame. El cuidado de los negocios estaba abandonado á gentes sin estimacion: mas, no obstante, fuese por el favor de las circunstancias, ó porque los milaneses habian perdido el vigor, vivió tranquilo y sin grandes alborotos.

Sus mas constantes enemigos fueron los venecianos Por culpa suya vió pasar á servirlos su propio general Carmañolo, y á costa suya los vió tambien reforzados con el valor de Esforcia, á quien él debia muchas victorias. Este gefe de aventureros era bien formado, generoso, dotado de todas las prendas civiles y militares: amaba á Blanca, hija natural de Felipe, y ella le correspondia; pero tuvo Esforcia que dejarla por la desconfianza que le inspiraba la mala fé del duque de Milan, y se pasó á los venecianos, los cuales le dieron el mando de sus ejércitos, y les fué muy bien con él. Por el deseo de recobrar tan gran soldado resolvió Felipe ofrecerle la mano de Blanca su hija: se concluyó el casamiento con la paz, y dispuso Esforcia las condiciones de modo que no formaron queja los venecianos.

No mudó mucho el casamiento la conducta del suegro para con su yerno; pues, aunque le estimaba, no le perdonaba el que su mérito le hubiese precisado á darle la hija. Cuando el sentimiento de estimacion dominaba, le encantaba ver como el esposo de Blanca adquiria la mas brillante reputacion; pero, cuando sobrevenia el despecho de la envidia, no le pesaba de verle esperimentar reveses de la fortuna y, por decirlo así, convidaba á la desgracia contra una felicidad constante que mortificaba su soberbia y su envidia. De este modo, temiendo alguna sorpresa, de que tal vez no le librara el escudo del matrimonio, se vió Esforcia en la precision de retirarse otra vez con los venecianos, volviendo á tomar el mando de sus tropas. No solamente envió Felipe contra su yerno los mas valientes generales, sino tambien ayudó al papa y á los enemigos de Esforcia á apoderarse de sus posesiones; bien que se advierte, que, cuando el suegro veia al yerno muy oprimido, disminuia las fuerzas de sus generales, para que sus victorias no llegasen á ser tan decisivas que causasen irreparables pérdidas al esposo de su hija. Conducta estraña, que apenas puede concebir sino el que esté acostumbrado á reflexionar sobre las estravagancias del corazon humano.

A pesar de estas variedades siempre vencian en Felipe la estimacion de su yerno y el amor á su hija, y no teniendo hijos legítimos, nombró por su sucesor al marido de Blanca, y murió ántes de retractar este beneficio en otro testamento que meditaba. La corona que dejó á Esforcia no carecia de espinas; y el fruto que sacó de su proceder para con su yerno fué que los venecianos se hubiesen apoderado de la mayor parte del estado de Milan. La ciudad estaba dividida en bandos, los cuales vinieron á unirse con la resolucion de aprovecharse de las circunstancias para tomar un gobierno republicano.

Se guardó bien Esforcia de mostrar oposicion á este pensamiento, por lo cual avanzó á Milan con las pocas tropas que le habia dejado el suegro, y ofreció su brazo y sus soldados á la república para que tomase las provincias que los venecianos habian invadido. Aceptaron los milaneses sus proposiciones, le pagaron sus tropas, y le proveyeron de otras nuevas. Arrojó él á los venecianos de sus usurpaciones, y se presentó delante de Milan, pero, no disimulando la intencion de hacerse dueño, le cerraron las puertas. Puso sitio, redujo los habitantes á grande escasez, y al mismo tiempo les mostró el medio de librarse de ella. La idea de abundancia les hizo perder la de la libertad; y el pueblo, que era el que mas padecia, amenazó impaciente. El senado, temiendo una sedicion, trató de paz; y Esforcia, que era bastardo y esposo de una muger bastarda, fué reconocido duque de Milan (1447).

Tambien la fortuna de su padre habia sido pasmosa. Se llamaba Atténdula, y era un simple paisano de Cotignol en la Romania. Labrando un dia su campo, vió que pasaba un regimiento napolitano, y por una especie de inspiracion desató las correas del arado, y las arrojó á un árbol, diciendo: «Si caen al suelo, toda mi vida he de ser labrador: y si se quedan allá, iré siguiendo á estos soldados.» Se quedaron entre las ramas, se alistó el paisano, y pasó por todos los grados de la milicia. Siempre temido por sus fuerzas, y estimado por su conducta, llegó á ser general de las tropas del pais. Adquirió tierras, le llamaron el conde de Cotignol, y fué buscado por todos los señores de Italia, que se disputaban su alianza. Casó sucesivamente con tres mugeres de la mas alta nobleza: todas le dieron hijos, de los cuales nada se dice: pero Lucila de Tresano, con el simple título de amiga, siempre llevó la preferencia en su corazon, y fué madre de Francisco y de Alejandro Esforcia: apellido que dieron á Atténdula, porque cuando era soldado hablaba solo de saquear, robar y tomar por fuerza. En los grados superiores siempre conservó este apellido guerrero que le habian dado sus camaradas, y le transmitió á su familia.

Francisco Esforcia, heredero de las tierras de su padre, que eran de mucha importancia, y duque de Milan por Blanca, que no era mas legítima que él, aseguró mas su fortuna con las grandes alianzas. Casó á Galeazo María, su primogénito, con Bona, hija del duque de Saboya; y al segundo, conocido con el nombre de *Moro* ó *Etíope*, con Beatriz de Este: el tercero se casó con una princesa de Aragon. Tambien consiguió introducir una hija suya en esta casa real, y otra en la de Monferrato. Como tenia motivos para temer á la Francia, si pensaba en hacer valer los derechos del duque de Orleans, hijo de Valentina Visconti, que era hija de Juan Galeazo, hizo su corte á Luis XI, de quien sabia que no era muy afecto á sus parientes; y este monarca, á pesar de las reclamaciones de la casa de Orleans, se empeñó en sostener á Esforcia en el ducado de Milan, y aun puso en sus manos la soberanía de Génova que le habian presentado. Se ha dicho ya lo que respondió este monarca á los que se la ofrecieron; pero Esforcia la admitió sin reparar en aquel desprecio. Sosegó del todo el espíritu de libertad que por un instante despertó en Milan, y dejó esta ciudad muy sumisa á su hijo Galeazo María (1466).

Era éste un príncipe flojo y pusilánime; solo tenia valor contra las mugeres que resistian á sus instancias: muchas veces se valió de la violencia para obligarlas; pero al fin ya les faltó la paciencia á los maridos, y le mataron á puñaladas á los diez años de un reinado tiránico. Cayó el ducado en Juan Galeazo María, su hijo, bajo la tutela de su tio Ludovico, á quien se la habian negado temiendo sus perniciosas intenciones; mas por último la consiguió, y tuvo á su desgraciado sobrino en un duro cautiverio, que acabó con el veneno. Entónces Ludovico, á quien se dice que llamaron el *Moro* ó el *Etíope*, por tener el cuerpo tan negro como el alma, tomó para sí el ducado en perjuicio de un hijo de cuatro años que dejó Juan Galeazo, y que no tuvo inquieto á su tio mucho tiempo, porque éste tenia especial habilidad para deshacerse de los que le daban sujecion (1494).

No desterró con la misma facilidad los temores que le causaba Luis XII, descendiente de Valentina Visconti: y para lograr un defensor contra este monarca, si pensaba en hacer valer sus derechos, consiguió que el emperador Maximiliano le diese la investidura del ducado de Milan, y ya con este título se creyó superior á todas las pretensiones. No por eso abandonó las suyas Luis XII: y para seguirlas con ardor entró en Italia; se presentó delante de Milan, y le recibieron como á príncipe á quien precedia su conocida bondad. Habia Ludovico acudido al emperador, y éste le dió un ejército mal pagado. Los suizos, que componian la mayor parte, viendo que Luis XII los pagaba mejor, entregaron á Ludovico á los generales franceses; y, trasladado á Francia, le encerraron en una jaula de hierro, en la cual vivió diez años.

Luis XII, para poner el último sello á la legitimidad de su conquista, pidió la investidura al emperador Maximi-

Digitized by Google

liano; aunque no temia que este príncipe le inquietase en su posesion, porque miraba con indiferencia los negocios de Italia. Tocaban éstos muy de cerca al papa, y asustado Julio II con el poder que los franceses, dueños del Milanesado, podian asegurar en su vecindad, formó contra ellos una liga, de la cual era él la cabeza y los suizos los brazos. El emperador, favoreciendo los esfuerzos del pontífice, dió la investidura de duque de Milan á Maximiliano Esforcia, hijo de Ludovico el Moro, que habia acudido á la corte cuando hicieron prisionero á su padre. Despues de haber poseido el ducado tres años, persiguiéndole siempre Francisco I, sucesor de Luis XII, trató con el rey de Francia, y le cedió todos sus derechos al Milanesado mediante una pension que fué á disfrutar en Paris, en donde murió sin hijos (1515).

Cárlos V, siempre pronto á contradecir á Francisco I, reclamó contra esta donacion, y se apoderó de casi todo el ducado de Milan; pero los franceses se quedaron por largo tiempo dueños de la ciudad, como que tenian la ciudadela. Acusan á los gobernadores de vejaciones, y á los franceses en general de una altivez petulante y despreciadora, que los hizo detestables entre los italianos. Los milaneses se lisonjearon por un momento de verse mas felices con un señor que habia nacido entre ellos; porque Cárlos V dió el ducado de Milan á Francisco Esforcia, hijo de Ludovico el Moro; pero, con tan onerosas condiciones, que no pudo dar á sus vasallos la felicidad que se prometian.

Murió sin sucesion Francisco Esforcia en Milan en 1535; Cárlos V habia prometido dar la investidura del ducado al duque de Orleans, hijo de Francisco I; sin embargo se apoderó de este ducado como de un feudo del imperio, y le comprendió en los estados que cedió á Felipe II su hijo. Los descendientes de éste, que ocupaban el trono de España, poseyeron el ducado de Milan como anejo á su corona; y por los tratados que se hicieron despues de la guerra sobre la sucesion de España, dieron el ducado de Milan á la casa de Austria en 1714, y se le aseguraron de nuevo por el tratado de Viena en 1736. Estaba la administracion en manos de un vice-director, un ministro de estado, un senado, y los oficiales encargados de la policía. Se componia el senado de un presidente y diez senadores; cuatro milaneses y cuatro toscanos. Las otras dos plazas las ocupaban los gobernadores de Cremona y de Pavia. El senado juzgaba sin apelacion y en última sentencia las causas civiles y criminales. Por último, los franceses hicieron á Milan capital de una república bajo la proteccion de la Francia. Despues Napoleon la convirtió en reino el cual volvió á caer bajo la dominacion del Austria en 1815. Desde entónces Milan era considerada como la segunda capital del imperio austriaco. En 1848, al resonar en Italia el eco de la revolucion francesa, se sublevó Milan, arrojó de su suelo á los austriacos, y se entregó al rey de Cerdeña Cárlos Alberto. Mientras éste fué afortunado en la guerra, Milan se entregó al júbilo; pero los austriacos, vencedores del rey sardo, volvieron á tomar posesion de la capital de la Lombardía.

EL MANTUANO.

Mantua, capital del Mantuano, está situada en un lago, ó por mejor decir, en una laguna que hace mal sano el aire. Se va á ella por unas calzadas de buenas fortificaciones; y, aunque en otro tiempo contaba hasta cincuenta mil habitantes, en el dia no pasan de veinte mil. La data de sus hermosos palacios, magníficas iglesias, pinturas y otras obras del arte que la adornan, debe referirse al tiempo de su grande poblacion. Su terreno, igual y bien regado, es fértil en toda especie de producciones.

Ponen la fundacion de Mantua tres años ántes de la de Roma. Tres naciones, á saber, los tebanos, los toscanos y los venecianos, que se retiraron como en un asilo á este lugar pantanoso, para librarse de los salteadores, contribuyeron á poblarla. Vivian cada una segun sus leyes, y tenian una casa comun en donde se juntaban para arreglar los negocios públicos: y de este modo Mantua fué república en su origen; pero cayó en poder de los romanos, aquellos republicanos tan enemigos de la libertad de los demas. Arrastrada á las guerras civiles, pagó bien caro su afecto á Antonio, pues Augusto abandonó el territorio á sus veteranos. Siguió despues la suerte de todo el resto de Italia bajo el dominio de los godos, vándalos y otras naciones que la invadieron. Como su situacion es fuerte, mas veces se ha rendido que la han tomado; y por la misma razon no ha sufrido incendios ni trastornos.

En 1220 se halla un Señor que la dió el emperador Federico II, y que se mantuvo á pesar de los habitantes. Despues se disputaron largo tiempo su dominio los hermanos, tios, hijos y sobrinos de este primer señor. Nos los representa la historia como tiranos crueles. Se llamaban *Passerinos*. En tiempo del último de ellos se estableció en Mantua Luis Gonzaga, originario de Alemania, y protegido del emperador. Tenia éste una muger muy hermosa, y sus gracias no se ocultaron á los ojos libertinos de Passerino, que procuró seducirla, y la amenazaba con la violencia; pero ella se lo dijo á su esposo, y éste, en una lucha, sin duda de cuerpo á cuerpo, mató á Passerino de una puñada en la sien: y echando luego á sus hijos y partidarios, se apoderó del ducado en 1328.

Aumentó este príncipe sus estados, así por las armas como por el favor del emperador Cárlos IV, que en 1354 le confirmó en el ducado de Mantua para sí y sus descendientes. Le sucedió su hijo mayor, ya hombre de edad, que tenia tres hijos; y éstos, viviendo él, se disputaban la autoridad. Los dos hijos menores armaron emboscadas al mayor, y le quitaron la vida: Luis, que era el segundo, se deshizo del tercero para no tener repartido con él mucho tiempo el dominio; pero se dice que, viéndose culpado de estos dos fratricidios, procuró borrar la memoria de sus delitos con la suavidad de su gobierno. Acusaron á su hijo Francisco de haber dado veneno á su muger, que era de la familia Visconti. Por este crímen se armaron contra él los príncipes vecinos y le suscitaron continuas guerras, de las que salió con ventajas (1407).

Juan Francisco su hijo, tan buen soldado como su padre, consiguió del emperador Segismundo, á quien recibió con magnificencia, el título de marqués de Mantua, y tomó por pretesto de guerra el haber dejado su padre algunas tierras á su hermano menor. Le estimaban todos por sus talentos militares; y los venecianos le confiaron el mando de sus tropas de tierra. Lo contrario sucedió con su hijo Federico, pues hizo guerra á los venecianos; y Juan Francisco, hijo de éste, despues de haber sido general por Venecia como su abuelo, volvió contra ella sus armas como su padre; y los venecianos, haciéndole prisionero, le tuvieron en la capital hasta que le dieron libertad á instancias de Julio II, el cual le confirió la dignidad de confalonero de la Iglesia.

Leon X hizo capitan general de las tropas de la Iglesia á Federico II; y Cárlos V, á quien el mismo Federico recibió honoríficamente en 1530, le confirió el título de duque de Mantua. En las guerras del rey de Francia contra el emperador se mostró afecto á éste, el cual le premió dándole el Monferrato. Se ahogó su hijo primogénito siendo niño; y le sucedió Guillermo su hermano, el cual era de mala conformacion, pero suplia este defecto con las prendas del espíritu. En Vicente su hijo se alaba la mucha piedad y religion, gusto en las ciencias y amor á la justicia. Este tuvo tres hijos que le sucedieron (1612).

Francisco III, el primogénito, no sobrevivió á su padre mas que nueve meses, y dejó una hija llamada María. Los otros dos ya eran cardenales, y se casaron dejando esta dignidad; pero, ni el primero, Fernando, ni Vicente el segundo, tuvieron hijos legítimos. Vicente tuvo in-

tencion de anular su matrimonio con Isabel Gonzaga su parienta, que era estéril, para casarse con su sobrina la princesa María; pero sus enfermedades le redujeron á abrazar otra resolucion mas razonable, y la dió por esposa á Cárlos, nieto de Federico II, cuyo padre vivia.

Á este Cárlos le cuentan entre los duques de Mantua, por el primero de este nombre, aunque apenas vivió allí, manteniéndose con tranquilidad en Francia, en donde tenia muchos bienes. Á su hijo Cárlos II, esposo de María, lo auxiliaron los franceses contra el emperador para ponerle en posesion de su principado, que le fué asegurado por el tratado de Quierasco en 1631, y despues le dejó á su hijo Cárlos III bajo la tutela de su madre María. Cárlos IV, hijo de éste, se hallaba en la menor edad, como habia sucedido á su padre, cuando entró á ser duque de Mantua. Se declaró á favor de la Francia durante la guerra sobre la sucesion de España, y se apoderaron de sus estados los imperiales en 1708. Se puso en salvo en Venecia; y murió en Padua al año siguiente sin dejar hijos de dos matrimonios que contrajo. Se preparaban los duques de Lorena y el de Guastala, herederos legítimos, para disputarse esta sucesion; pero no les dió tiempo el emperador, porque se apoderó del estado de Mantua, y estuvo en la casa de Austria hasta que los franceses la conquistaron en nuestro tiempo. Los tratados de 1815 devolvieron el estado de Mantua al Austria.

VENECIA

Un pueblo, que, reconocido en cuerpo de nacion, cuenta 1100 años de antigüedad, bien pudiera llegar á los tiempos de la guerra de Troya, como suponen de Venecia algunos de sus analistas, aunque esta época es muy anterior al tiempo en que viniendo de la Tierra Firme empezaron algunos á poblar las lagunas del Adriático; pero lo cierto es que, sean algunos siglos mas ó ménos, no pasan de mil años despues de Jesucristo. En el séptimo del tiempo de la república romana, ciertos hombres establecidos en la ciudad de *Adria* subsistian de su pesca; las hordas ó sean los pueblos de estas lagunas tenian cada uno su gefe llamado el *Tribuno*; despues se unieron para defenderse mútuamente, y eligieron un dux ó duque, y un consejo general ó senado. Desde entónces han sido la base fundamental del gobierno estas dos incontrastables columnas, y todas las magistraturas que las acompañaban no eran mas que apoyos subsidiarios; pues las circunstancias las creaban, destruian y restablecian; y así estas mutaciones, obra de la intriga ó de los alborotos, hacen la parte principal de la historia política de tan celebrada república.

Venecia, ciudad situada dentro del golfo Adriático, y en las lagunas, especie de estanques, en donde forman islas los canales, se levanta magestuosamente en medio de las aguas. Si éstas fueran sobrado profundas, darian entrada á los grandes navíos. Si con las inmundicias se disminuyeran, llegarian á desaparecer y se hallaria Venecia unida á la Tierra Firme; y en ambos casos se veria espuesta á una invasion. Por esto los venecianos trabajan tanto para que las aguas no los abandonen, como los holandeses para no ser sumergidos. Cavan con cuidado sus canales, y aun han hecho grandes trabajos para estraviar los rios, que con el cieno y arena pudieran cegarlos. Contiene Venecia muchos hermosos palacios; pero no es lo mas admirable esta magnificencia: y así dijo un poeta comparándola con la capital del mundo: «Cese ya Roma de ensoberbecerse por sus magníficos monumentos; pues comparada con Venecia parece que á Roma la edificaron los hombres, y á Venecia la fundaron los dioses.»

Los estados de Venecia, cuando entraron en poder del emperador de Alemania en 1800, se estendian por el Trebisano, el Paduano, el Friuli, la Istria, la Dalmacia, y algunas islas del Archipiélago. La opinion que debe elegirse es que los venecianos empezaron á habitar las lagunas huyendo del furor de los godos mandados por Alarico, en 421, ó de los hunos, bajo el mando de Atila, por los años 452. Se conjetura que la primera isleta que poblaron fué Rialto, que hoy es el montecillo mas considerable entre los que salieron del seno del mar y se ven cargados de palacios, cuando ántes no tenian mas que chozas con cobertizos de cañas. Los habitantes, aplicados á un tráfico moderado, y ocupados en la pesca, no conociendo el lujo ni la ambicion, eran recomendables por sus costumbres puras y sencillas, su zelo del bien público, y la piedad y union que entre ellos reinaba. Á fines del siglo V todavía era su marina muy imperfecta, y apenas se atrevian á salir de sus lagunas. Lo que principalmente procuraban era la conservacion de las salinas: «Éstas, les dijo un ministro del rey de los godos, éstas son vuestros campos y vuestras casas: la sal es para vosotros la mas preciosa moneda, pues ella os surte de todas vuestras subsistencias.» Siempre ha sido riqueza, y la mas segura, lo que sirve para socorrer las necesidades.

La primera guerra de los venecianos, cuya exacta data se ignora, fué la que tuvieron contra los piratas á principios del siglo VI: en ella se hicieron aguerridos y se pusieron en estado de que los buscasen los generales del imperio griego. El célebre Narses ó Narsetes admiró su situacion, y se interesó en reconciliarlos con los habitadores de Padua, recelosos de su prosperidad. Ya hemos dicho que Rialto era el centro de aquellas isletas, de cuyo conjunto resultó la ciudad de Venecia. Tal vez afectaba ya su gefe un dominio que los otros le disputaban; pero todos igualmente, habiendo degenerado de la virtud de sus mayores, dieron motivo para quejarse de su administracion. Aquellas pequeñas poblaciones, observadas por los lombardos, para aprovecharse de sus divisiones, no hallaron mejor partido que tomar que el de nombrar un general ó dux que fuese cabeza subordinada del consejo de la nacion; pero se estableció qne no habia de ser hereditario.

El primer dux, elegido á fines del siglo VII, era un ciudadano de Heraclea, llamado Juan Lucas Anafesto, generalmente estimado por su prudencia y probidad, de la cual no degeneró en el trono. Así puede llamarse la silla ducal en la república de la importancia de Venecia, en donde el primer magistrado se decoraba con todos los atributos de la soberanía. Su diadema era un gorro, que por su forma se llamó el cuerno ducal.

Marcelo, sucesor inmediato de Anafesto, imitó sus virtudes; pero Urso, tercer dux, olvidado de que gobernaba una república, afectó la absoluta autoridad, y sublevándose los venecianos, le mataron cuando trabajaba para sosegar el motin. Mudaron de gobierno; y en lugar del dux eligieron un magistrado anual con el nombre de *Maestro de la milicia*. De éstos hubo tres, porque al tercero lo depusieron y le sacaron los ojos ántes de haber acabado su año. Volvieron á elegir dux, siendo el electo Teodato, hijo de Urso el asesinado, que tal vez se pudo contar por mas infeliz que su padre, pues los conspiradores, que le conservaron la vida, le dejaron sin ojos. Le reemplazaron con un tal Galla, que apenas hizo mas que pasar; y despues con Monegario, que era un hombre duro y absoluto, pero le pusieron dos tribunos que le moderasen; y no haciendo caso el de sus consejos, vino á parar en el mismo suplicio que Urso. Mas afortunados fueron los venecianos en la eleccion de Mauricio Galbayo. Éste se hizo amar y estimade tal modo, que no le pudieron negar la gracia de asociarle su hijo Juan, el cual consiguió el mismo favor para su hijo Mauricio; pero ambos degeneraron en cuanto á la virtud, el uno de su padre, y el otro de su abuelo. Fué su reinado el de dos tiranos desenfrenados y crueles, y acabó por la repentina eleccion de los otros dos que ocuparon su lugar, y fueron Obelerio y Beat (804).

Casi todos los gefes que hemos nombrado vivieron en Malamanco, isla muy próxima á Rialto; y por ser la que está mas adentro del mar, los primeros esfuerzos de

Digitized by Google

Carlo Magno cayeron sobre ella en una guerra con los venecianos, quedando arruinados casi todos sus edificios. Cuando ya la paz dejó tiempo á estos isleños para pensar en sus negocios, se acordaron de que hasta entónces la eleccion de sus gefes casi siempre habia sido tumultuaria, y se resolvieron á hacer otra que fuese mas regular. Dieron sus votos á Angelo Participacio; y trasladando éste la silla de Malamanco á Rialto, se llamó *Venecia* la poblacion. No se atrevia la república á tenerse por independiente de los dos imperios de Oriente y de Occidente; pero, en la necesidad de sujetarse al uno ú al otro, prefirió el de Oriente. Aunque el dux Participacio mereció la confianza de sus conciudadanos, le agregaron dos tribunos para precaver el abuso de la autoridad; y á pesar de la ley que prohibia que la dignidad de dux fuese hereditaria, le sucedieron sus dos hijos Justiniano y Juan. El reinado de Juan fué disputado por Obelerio, uno de los dos dux electos tumultuariamente ántes de Participacio; pero no le permitió Juan recobrar su plaza, y, sorprendiéndole hizo degollarle: pero tambien él, víctima de otra intriga, cayó en manos de los conjurados, los cuales, cortándole la barba y el cabello, le aplicaron á los servicios menores de la Iglesia y murió en el tiempo de las turbulencias. Tradonico, su sucesor, hizo la guerra á los sarracenos, y retiró á los piratas. Dominaban entónces en la ciudad seis familias principales; y procurando evitar el dux declararse mas por una que por otra, desagradó á todas, y le asesinaron. Sin embargo del gran poder de las familias culpadas, pidió el pueblo que se castigase el delito, y nombraron tres magistrados que hiciesen pesquisa de los delincuentes. Condenaron estos triunviros á algunos de ellos á muerte, pero el pueblo, sin dejarlos llegar al cadalso, los hizo pedazos en el camino (854).

Restituida la calma, procedieron á la eleccion de nuevo dux: cayó ésta en Urso Participacio, cuya familia habia dado hasta tres; y éste se distinguió por su prudencia, piedad y gobierno moderado. Venció á los sarracenos y piratas: socorrió contra los esclavones á los de Istria, que aun no pertenecian al dominio de la república. Ya en este tiempo poseian los venecianos el arte de fundir, y enviaron á los griegos las primeras campanas que éstos tuvieron. El reinado de Juan Participacio, hijo de Urso, fué, digámoslo asi, intermitente, porque dejó por su poca salud el trono ducal, y se le cedió á su hermano Pedro. Murió éste, y volvió á ocuparle en compañía de otro hermano suyo llamado Urso. Uno y otro le dejaron voluntariamente por cesion hecha á Pedro Candiano, que á los seis meses perdió la vida en una batalla contra los piratas. Todavía empeñaron á Juan Participacio á que volviese á tomar las riendas del gobierno; mas á los seis meses las puso en manos de Pedro Tribuno. Éste fué el que, con cadenas y estacadas que dispuso en las lagunas, puso la ciudad á cubierto de las irrupciones de los piratas. Tambien hizo retirar á los húngaros que asolaban la Italia; y murió despues de un reinado de veinte y tres años. Urso Participacio, que le reemplazó, puso un intérvalo entre la muerte y los penosos trabajos del gobierno, porque le renunció en su vejez, y acabó en un monasterio sus dias (932).

El nombre de Pedro Candiano, su sucesor, hijo de aquel cuya vida abrevió una gloriosa muerte en un combate, tiene cierta conexion con una fiesta que se celebró por largo tiempo. Era costumbre celebrar los casamientos de los ciudadanos principales en la víspera de la Candelaria, y en una iglesia adonde tenian que ir por las lagunas. Los piratas, que sabian esta costumbre, y estaban espiando la marcha de la comitiva, dieron de golpe sobre ésta, y robaron los esposos con todas sus alhajas. En el instante juntó el dux todos cuantos hombres pudo, se entró en un navío, persiguió á los salteadores, los sorprendió repartiendo los despojos, hizo en ellos una grande matanza, y volvió á Venecia con los cautivos y sus tesoros, por lo que instituyeron una festividad, y la llamaron la fiesta de los *casados*.

Pedro Badoer era de la familia de los Participacios, y su rama habia tomado este sobrenombre desde su ante-predecesor el dux Urso, que fué el primero que le usó. Como en su administracion no hay cosa notable, se infiere que fué tranquila. Pedro Candiano III impuso un tributo á los norentinos, piratas hasta entónces indisciplinables. Á su tiempo, con corta diferencia, corresponde la data de las primeras monedas venecianas. Su hijo, llamado como él, y sujeto á la autoridad de su padre, se rebeló; pero se indignaron con su ingratitud el clero y el pueblo en tanto grado que se empeñaron con juramento en no reconocerle jamás por dux ántes ni despues de la muerte de su padre. Esta proscripcion no asustó tanto al rebelde, que no se aplicase con mayor actividad á hacer la guerra á su patria.

Murió el padre de pesadumbre: pero al hijo le salió bien su tenacidad, pues á pesar de los juramentos de escluirle para siempre del empleo de su padre, él fué su sucesor, y se llamó Pedro Candiano IV. Habia sido mal hijo, y fué mal esposo y mal padre; porque, cansado de su muger, la repudió y obligó á hacerse religiosa; y á un hijo, cuyo mérito le hacia sombra, le precisó á abrazar el estado eclesiástico. Soltó despues la rienda á todos los vicios: aspiró a la tiranía, y tomó una guardia de extranjeros; pero esta precaucion, muy lejos de intimidar al pueblo, le hizo ver por el contrario cuanto debia temer la pérdida de su libertad. Fué pues en tropel al palacio, y no pudiendo forzar las puertas, las puso fuego: creció el incendio; y el dux, que se iba huyendo por diferentes sitios, llegó por último á un parage en donde se vió entre las llamas y el pueblo enfurecido. Pidió gracia á lo menos para su hijo de poca edad, que tenia en los brazos; mas el pueblo, esclamando con el acento de la rabia: *muera el tirano*, degolló a padre é hijo, y arrojó sus cadáveres á las aves de rapiña (976).

Habian hecho una escelente eleccion en la persona de Pedro Urseolo, hombre justo, generoso y arreglado en sus costumbres; pero una devocion mal entendida dejó á los venecianos sin el fruto de tan buenas prendas. Llegó del Rosellon á Venecia un abad de monges á visitar el cuerpo de San Hilario, que se veneraba en san Marcos, é inspiró al dux el horror al mundo y el amor al retiro, con tal eficacia, que despues de haber empleado un año en meditar su resolucion y en tomar todas sus medidas para que su abdicacion no fuese tan perjudicial á sus súbditos, desapareció una noche, y fué á encerrarse en un monasterio sin haber dicho cosa alguna á su muger, sus hijos, ni criados; y vivió en su retiro diez y nueve años. Tambien Vital Candiano, su sucesor, tomó el hábito monástico; pero fue con motivo de una enfermedad, y murió luego. La misma enfermedad padeció Tribuno, y se hizo monge; pero de éste se sospecha que le precisaron, por no tener los talentos necesarios para restablecer la paz en la ciudad.

Se hallaba ésta por entónces alborotada con las pretensiones y rivalidad de muchas familias, entre las cuales se distinguian las de Caloprini y Morosini. En Urseolo II hallaron el hombre que buscaban, así para contener en lo interior las facciones, como para hacer floreciente por defuera la república. Éste estendió el comercio de Venecia por toda la Grecia, Siria y Egipto, y consiguió, así de los emperadores como de los soldanes, los privilegios y exenciones que los negociantes necesitan. Urseolo agregó al dominio de los venecianos la Istria y la Dalmacia: sujetó los norentinos, é introdujo en los estados de Tierra Firme el género de gobierno que despues se practicó. Su mérito le dió la estimacion de los extranjeros; y el emperador Othon le hizo una visita de amistad. Quiso el dux que le asociasen su hijo Juan; pero, aunque se lo concedieron los venecianos, murió este jóven ántes que su padre (1009).

Le sucedió otro hijo llamado Othon, con los felices auspicios de perpetuar las virtudes de su padre; pero entre tanto que realizaba estas esperanzas, se apoderaron de su persona los conspiradores, le cortaron la barba y le desterraron á Constantinopla. Centranico, que se

llamó tambien Barbalano, fué el electo; pero otra faccion mas poderosa le hizo quitar el cabello y le encerró en un monasterio. Pidieron á Constantinopla que les enviasen á Othon Urseolo; pero ya habia muerto. Creyó Domingo Urseolo, pariente suyo, que le bastaba tener este apellido para suceder en el dogato; y se apoderó en esta dignidad; pero, perseguido por la faccion que habia puesto en el trono á Centranico, se vió precisado á huir. Cuando desterraron á Constantinopla á Othon Urseolo, se lisonjeaba Dominio Flabanico de que él seria quien le reemplazase: y no erró el golpe despues de la desgracia de Centranico y la espulsion de Domingo Urseolo. Á lo que parece tenia un odio irreconciliable á esta familia, que era de las mas ilustres de la ciudad, pues la hizo desterrar y que se la declarase haber para siempre decaido de sus honores, derechos y preeminencias; habiendo llevado hasta nuestros dias este oprobio, á pesar de los servicios que hizo al estado Pedro Urseolo. No obstante, debia haber muchas ramas de Urseolo, y no á todas alcanzó esta ignominia. En tiempo de Flabanico se determinó abolir para siempre el uso peligroso de asociar al dux los hijos y hermanos ó parientes: y este decreto llegó á ser ley fundamental del estado (1043).

Reinando Domingo Contareno, su sucesor, se terminó la diferencia entre los patriarcas de Aquiley, y de Grado, que muchas veces habian inquietado la república. Este último quedó libre de la dependencia del primero, y se llamó despues *patriarca de Venecia*. Domingo Silvio, elegido despues de Contareno, fué infeliz contra los normandos que rondaban hasta lo interior del Mediterráneo. Vital Falier, aprovechándose de la desgracia que los reveses de la fortuna causaron para con el pueblo á Domingo Silvio, logró que le depusiesen y le confiriesen á él su dignidad. En tiempo de Vital Michieli, que le sucedió, empezaron los grandes armamentos de los venecianos con motivo de las cruzadas, y lograron sobre las costas de Asia los bellos establecimientos, que fueron el fruto y premio de sus armadas, sin contar la ganancia inmensa de los fletes, y el lucro del comercio; y aun se les vió desplegar sus banderas por fuera, y vencer á los pisanos y ferrareses. Á estos rivales reprimidos añadió Ordelafo Falier los paduanos; pero no fué tan feliz contra los húngaros, que habian entrado en Dalmacia; bien que si no llevó la palma de la victoria, un honorífico cipres hace sombra á su sepulcro por haber muerto en el campo de batalla (1117).

Domingo Michieli pasó en persona al Oriente, y no fué su viaje estéril, ni en cuanto á la gloria ni en cuanto al provecho de los venecianos, porque consiguió grandes privilegios en Jerusalen, y la propiedad de la tercera parte de Ascalon. Llevó este dux sus armas victoriosas á Rodas, Chio, Samos y otras islas griegas sobre la costa de la Morea, en donde se hizo fuerte; y Pedro Polani, su yerno continuó sus hazañas. Siendo dux éste humillaron los venecianos á los de Padua, y tuvieron la honra de dar socorro á los emperadores griegos que habian sido sus señores. Duró esta alianza reinando Domingo Morosini; pero ya la prosperidad de los venecianos y la estension de su comercio en Asia, hacia sombra al emperador Manuel Comneno durante el reinado de Vital Michieli II. Se valió el griego de astucias para engañar al veneciano, que de buena fé se entregaba á sus insidiosas proposiciones de paz; y así es que tuvo el dux el dolor de ver perecer, por la astucia de Comneno, una de las mas bellas flotas que los venecianos habian equipado jamas. No le perdonaron sus republicanos que se hubiese dejado engañar; pues á su regreso le llenó de injurias el pueblo, y le quitaron la vida en el tumulto.

Este atentado, de que ya habia otros ejemplares, dió ocasion á los hombres prudentes para pensar en reprimir la estremada licencia del pueblo, dejándole ménos influencia en los negocios. En Venecia no habia mas tribunal estable que el que llamaban la *Cuarantía*, porque se componia de cuarenta personas. Cuando murió Michieli tomo provisionalmente este tribunal las riendas del gobierno y estableció un gran consejo de ciudadanos escogidos, que sustituyó en lugar de las juntas generales, haciendo ver al pueblo que éstas eran demasiado tumultuarias. Á este gran consejo se le conservó el nombre de *Pregadi*, que era el que tenian las juntas generales. Tambien creó la forma ordinaria de la eleccion de dux. Se nombraron seis consejeros que observasen la conducta de éste: y bajo de estas condiciones eligieron á Sebastian Ziani. Muerto éste, se mudó otra vez la forma de eleccion que á la verdad solo se habia anunciado como provisional y se dió el gorro ducal á Orso Malipier, que no habia querido admitirle ántes de la eleccion de Ziani. Como solo pretendia la felicidad de la república, concurrió gustoso al establecimiento de los nuevos magistrados de policía, propios para consolidar el buen órden y la tranquilidad. Renunció Orso; abrazó el estado monástico, y le profesó hasta morir. Por este tiempo, con corta diferencia, se dió el nombre de *Señoría* al cuerpo del gobierno (1192).

Entre los hombres de mérito que podian pretender la dignidad de dux, era uno Enrique Dandolo; pero estaba ciego. Á la verdad, la causa de su ceguera debió ser particular recomendacion para con los electores; pues le habia privado de la vista la pérfida crueldad del emperador Manuel, cuando se hallaba en Constantinopla de embajador de su república. La penetracion de su entendimiento suplia con ventajas la falta de los ojos; y así nunca hizo la república papel mas brillante que en el tiempo de su administracion. Tuvo el placer de entrar como vencedor y conquistador en aquella capital del imperio griego, en donde habia sufrido tratamiento tan bárbaro. No quiso admitir la misma corona; pero se aprovechó del ascendiente, que por su mérito y servicios lograba entre los príncipes armados, para procurar grandes ventajas á la república.

Muerto este dux crearon una magistratura muy útil, cuyos miembros, en número de seis, y con el título de *correctores*, tenian á su cargo examinar los abusos que podian haberse introducido durante el gobierno de cada último dux, y dar cuenta al senado para que éste los corrigiese. Siempre tuvo lugar esta magistratura durante los interregnos. El que siguió, por muerte de Dandolo, acabó por la eleccion de Pedro Ziani, que puso á los venecianos en posesion de las islas de Candia y de Corfú, y de parte de Negroponto. Candia dió bien que hacer á sus vencedores por haberse levantado en ella muchos alborotos; y no les dieron ménos en que entender los genoveses y paduanos; pero Venecia triunfó de sus rivales sin que Ziani, mas propio para las negociaciones que para la guerra, contribuyese mucho á sus victorias. Lo mismo sucedió con Jacobo Tiepolo su sucesor. Ambos renunciaron por disfrutar algun reposo; pero uno y otro le gozaron pocos meses (1229).

Mientras tuvieron la dignidad de dux Marin, Morosini y Renario Zeno, tuvo la república guerra con Ezzelino, tirano de la Lombardía, que hizo teatros de horror las ciudades de Padua, Verona y Vicencia: pero su mayor irritacion era contra los paduanos; pues á cuantos caian en su poder les mandaba cortar los piés y las manos: mas los cremoneses y mantuanos reunidos le hicieron prisionero, y le dejaron morir en un calabozo sin darle otro castigo. En tiempo de estos dos dux midieron sus fuerzas los genoveses con los venecianos; porque éstos, segun parece, querian ser únicos en el comercio de Levante; pero los genoveses por composicion lograron que se repartiese entre las dos repúblicas. Laurencio Tiepolo, sucesor de Romeo, era faustuoso, ó tal vez solamente deseaba asegurar su poder. Casó un hijo suyo con una princesa, y él se casó con otra. Con esta ocasion el senado prohibió por una ley que se casase el dux, ó casase á sus hijos con extranjera. Otra ley cerró en tiempo de Contarini á los hijos legítimos la entrada en el gran consejo. Renunció Contarini, á causa de su mucha edad, y le reemplazó Juan Dandolo. Ambos tuvieron los talentos que pide el gobierno civil, y el último reformó las magistraturas, que tenian á su cargo las subsistencias y las costumbres (1279).

Digitized by Google

El mismo dia de las exequias de Dandolo se levantó en el pueblo un gran tumulto, pretendiendo que volviesen á ponerle en posesion del derecho de elegir dux; pues se le habian quitado, y no queria admitir á Pedro Gradenigo, á quien los nobles pusieron en la dignidad de dux. Mil voces confusas resonaban en invectivas contra la nobleza, y proclamaban á Jacobo Liepolo. Era éste un hombre tímido que por miedo de desagradar á los nobles si aceptaba el trono, ó al pueblo si no lo admitia, se escondió y de este modo dejó el campo libre á Pedro Gradeningo, hombre de firmeza y resolucion (1289).

Conservó este dux resentimiento contra el pueblo por la eleccion de Tiepolo, teniéndola por afrenta, aunque no se efectuó, y resolvió quitar á los populares la poca influencia que les quedaba en la eleccion de dux; y lo consiguió introduciendo mutaciones en la formacion del gran consejo. Estas mutaciones llevaban al principio la apariencia de algunos respetos á los derechos del pueblo, pero cuando Gradenigo advirtió que conseguia sus fines, se desembarazó de toda sujecion, y promulgó una ordenanza estableciendo que todos aquellos que componian por entónces el gran consejo le compondrian perpetuamente ellos y sus descendientes sin eleccion ni sorteo; y como no habia otros en el consejo que los nobles, logró que el gobierno quedase puramente aristocrático.

Por esta ley hubo una sublevacion del pueblo y de algunas familias nobles que no se hallaban entónces en el gran consejo. Contuvo Gradenigo al pueblo con su firmeza, y sosegó las familias nobles dejándolas con la esperanza de ser admitidas en caso de tener que suplir, mas no todas se deslumbraron con estas promesas. Los Quirini, los Badoer, los Baroci y algunas otras se unieron para restablecer el gobierno antiguo. Barjamont Tiepolo, hijo de Jacobo, á quien Gradenigo habia quitado la dignidad de dux, se declaró cabeza de esta pretension, pero se descubrió la empresa; y llamando Gradenigo tropas pelearon en la ciudad encarnizadamente, quedando vencida la faccion de Tiepolo, cuyo gefe fué muerto en el campo de batalla. Cortaron la cabeza á tres nobles cómplices, y colgaron sus cadáveres. Con este motivo se instituyó el terrible tribunal de los Diez, que ha sido el mas firme apoyo de la aristocracia en Venecia. Se cree que dieron veneno á Gradenigo (1310).

Á este dux sucedió Marin Georgi, el cual murió de vejez á los diez meses de su reinado, que empezó á mas de los ochenta de su edad, y dejó la memoria de religiosas virtudes. Juan Soranzo, su sucesor, sostuvo gloriosamente la reputacion de las armas venecianas en los paises orientales, manejadas por Justiniano Justiniani, que hizo temblar á Constantinopla. Francisco Dandolo, que reemplazó á Soranzo, protegió en el Asia menor el comercio de Venecia contra la oposicion de los turcos, á quienes tomó muchos navíos en su tiempo Pedro Zeno, general de la república. Este ahorcaba á todos los turcos que caian en sus manos, como á piratas y bandoleros. Entónces empezó la Señoría á tener generales extranjeros para las fuerzas de tierra, observados por los llamados proveedores que les agregaba. Una gran carestía de víveres suscitó murmuraciones contra el gobierno de Bartolomé Gradenigo su sucesor. Andrés Dandolo recobró para el comercio de los venecianos en especería y telas de Indias la ruta ventajosa de Egipto que los turcos habian interceptado. Para esto le fué preciso hacer un tratado con los infieles, lo cual entónces se miraba como una prevaricacion y estaba muy prohibida, pero el papa dispensó por cinco años. Envió la Señoría un cónsul residente en Alejandría; y las riquezas que por este medio sacó Venecia, la proporcionaron los medios de sostener contra Génova, en los mares de Constantinopla, una guerra, cuyas variaciones causaron grande alteracion en las dos repúblicas, y principalmente en Génova, que sufrió pérdidas muy importantes.

La aristocracia de Venecia se vió en gran peligro, siendo dux Marin Falier, que, en odio de los nobles, de quienes habia recibido algunos disgustos, formó el proyecto de restituir el poder al pueblo; pero uno de los cómplices hizo traicion cuando ya estaba para ejecutarse. Tomaron los nobles las armas, y sin forma de proceso ahorcaron á diez y seis cabezas de los paisanos; pero al dux se le hicieron con toda formalidad; y habiendo confesado su delito le depusieron públicamente y le degollaron en la sala del consejo. En el órden de los retratos de los que habian tenido la dignidad de dux, pusieron una pintura con un trono vacío, cubierto de terciopelo, y debajo estas palabras: *Este es lugar de Marin Falier, degollado por sus delitos* (1354).

Juan Gradenigo, que le sucedió, murió á los seis meses: Juan Delfino á los cinco años de reinado; y Laurencio Celsi á los cuatro. Durante la administracion de este último, hubo un grande alboroto en Candia, que continuó y se finalizó siendo dux Marco Conaro, que reinó solos dos años. Por entónces enviaba Venecia flotas al Oriente á cargarse de sus tesoros, á combatir con sus envidiosos, y á sostener y aumentar su comercio. La hacian temible á sus vecinos, y la adquirian nuevos estados, sus ejércitos de tierra; pero mientras imprudente enviaba sus fuerzas del centro á las estremidades se presentaron los genoveses delante de las lagunas: las acometieron y penetraron en términos que estuvo Venecia en gran peligro, y ésta fué la primera vez que tembló. Pasados algunos dias de consternacion renació el valor con las exhortaciones patéticas del dux Andrés Contarini: se armaron todos con su ejemplo: sacaron de la prision al valiente Pisani, á quien la ingrata república tenia castigado por una pérdida, y le restituyeron su empleo de generalísimo de mar. Olvidó este grande hombre los agravios de su patria, la salvó y murió. En este riesgo mostró el dux tanta prudencia como valor, porque supo emplear á propósito todos los recursos del estado, el cual le debió en gran parte su salud. Por los servicios importantes que habia hecho mereció estraordinarias demostraciones al reconocimiento de sus conciudadanos en la distincion honorífica de haberse encargado á un noble que le hiciese públicamente la oracion fúnebre. Miguel Morosini, su sucesor, no tuvo tiempo para realizar las esperanzas que todos habian concebido de su talento, porque le arrebató la peste a los cuatro años de su reinado (1385).

Antonio Vernier, distinguido por sus bellas calidades, estaba gobernando en Candia cuando le eligieron. Este hizo publicar un reglamento por el cual se prohibió á todo extranjero formar establecimiento en Venecia, ni adquirir en ella rentas sin licencia especial; y para conseguir derechos y privilegio de ciudadano se declaró necesaria la residencia de quince años. Por entónces era la posesion de Padua, ó su conquista, el objeto de la ambicion de los venecianos, y lo consiguieron despues de haber derramado mucha sangre reinando Miguel Steno. Esta ciudad, Verona y algunas otras vecinas habian pasado de los Lescalas, familia ilustre, á los Carraras, no ménos distinguidos, y éstos defendian sus dominios con valor; pero les faltaron las fuerzas. Hicieron prisioneros á Lescala el padre, y á dos hijos suyos; y para cortar de raiz toda pretension y reclamacion los hizo degollar la Señoría. Este rigor republicano encendió en ira á todos los príncipes de Europa á quienes llegó la noticia. Padua, como lo deseaban los venecianos, entró en el dominio de la república, que no perdia ocasion de engrandecerse; pero su poder nada añadia al del dux, ántes bien parecia complacerse en humillarle. Resistió Miguel Steno algunos ataques desagradables, y por esto decidieron despues de su muerte que los abogados pudiesen citar al dux á juicio, y que él jamás contradijese á sus conclusiones. Tambien abolieron la costumbre de juntar el pueblo para que aprobase la eleccion del nuevo dux, contentándose con proclamarle; y de este modo perdió el pueblo enteramente lo poco que le quedaba en los negocios del estado (1400).

Las inmensas ganancias que adquirian los venecianos por el comercio, los pusieron en el reinado de Tomas



Marino Faliero depuesto

Digitized by Google

Mocenigo en estado de emplear, segun la ocasion ó la necesidad, los dos medios mas poderosos de engrandecerse, que son la fuerza y el dinero. Del primero se valieron con felicidad contra los turcos en la Morea, y contra muchos señores, cuyos estados invadieron en la Dalmacia y el Friul. Ya habian comprado á Patras y Zara, y tambien compraron á Corinto. El dux Mocenigo, en un discurso que hizo al senado, nos ha dejado una idea del estado floreciente de la república en aquel tiempo de prosperidad. «Por la atencion, dice, que nos ha merecido el comercio, envia Venecia todos los años al extranjero un fondo de diez millones de ducados. Ganamos en solo el flete dos millones, y otros tantos en el tráfico de las mercaderías. Tenemos tres mil navíos, desde diez hasta doscientas toneladas, que emplean diez y siete mil marineros; trescientos navíos grandes, que ocupan á ocho mil; y cuarenta y cinco galeras, en las que hay hasta once mil. Todos los años enviamos quinientos mil ducados á Tierra Firme, é igual cantidad á los otros lugares marítimos. El esceso se queda en Venecia como pura ganancia. De Florencia estraemos anualmente diez y seis mil piezas de finísimos paños, que vendemos en Nápoles, en Sicilia, y en todas las escalas de Levante. Nuestro cambio entre Florencia es de trescientos mil ducados por año. En una palabra, todo el universo contribuye á nuestra utilidad.»

En tiempo de Francisco Fóscari compraron tambien á Tesalónica, y esta compra ocasionó contra los turcos, que decian ser los legítimos dueños, una guerra muy fatal para esta infeliz ciudad. La saquearon y la arruinaron los bárbaros, para que no fuese ni suya ni de los compradores. El dux hizo poco papel en las guerras que por entónces tuvieron los venecianos con Milan, Florencia, Génova, ó por mejor decir, con toda la Italia. Aliados y enemigos alternativamente de todas las potencias, pusieron por comandantes de sus fuerzas de tierra generales extranjeros, con la mira de que ningun noble, viéndose á la cabeza de un ejército, adquiriese una autoridad peligrosa; pero les daban el mando en el mar, porque es mas difícil hacer circular proyectos de sublevacion de un navío á otro, que ganar los batallones, á quienes a cada paso se arenga. Siempre tuvieron buenos almirantes, y escogieron los generales de tierra entre los mas hábiles capitanes, que no eran pocos en Italia.

Los venecianos pagaban bien; pero no carecia de riesgo el servicio en una república espantadiza. En una guerra, que tenia entónces en movimiento á toda la Italia, creyeron haberles hecho traicion el célebre Carmañolo; y se la hizo en efecto, si así puede llamarse, cuando un general no se aprovecha de todas sus ventajas contra el enemigo. Este, á lo que parece, fué el mayor delito con que reconvinieron al infeliz capitan. En su causa hubo una pérfida intriga confesada por el mismo duque de Milan su enemigo. Le hicieron con el mayor secreto el proceso; y aun se dice que ni le preguntaron ni le oyeron, y le llevaron al suplicio con una mordaza, imputándole, sin determinar ninguna, *haber cometido diversas traiciones contra la república, y maquinar otras nuevas.* De sus muchos bienes no dieron mas que una pequeña parte a su muger y á sus hijos. No se libró de sospechas el dux Fóscari, implicado en los reveses que esperimentaron las armas venecianas; y atendiendo á su carácter virtuoso, se puede presumir que el color de injusticia que se advierte en el proceso de Carmañolo, ofendió su delicada conciencia; y por no ver los venecianos a un hombre, que era su viva censura y reprension, procuraron deponerle; pero él desarmó su malicia ofreciendo sujetarse á juicio y renunciar. Agradó tanto esta dócil correspondencia, que no solo no aceptaron su renuncia, sino que le obligaron á jurar que jamas la haria.

Gobernó pues Fóscari con tranquilidad, y aun con elogios, treinta y cuatro años; y al cabo de este término le poseyó tan gran melancolía por un fatal suceso que sobrevino á su hijo, el cual murió en un destierro, que jamás volvió á presentarse en ningun consejo, ni aun salió de su aposento. Era costumbre, que en caso de ausencia ó enfermedad del dux presidiese el consejero mas antiguo en calidad de vice-dux. En un tiempo de paz, como era aquel, pudieran haberse contentado con esta especie de gobierno, y dejar que gozase de los honores de su plaza un anciano octogenario, que estaba para bajar á la sepultura, y era benemérito de la república; pero el consejo de los Diez se puso sobre todos estos respetos, y congregó una junta de veinte y cinco senadores, que, habiendo estado deliberando ocho dias, resolvió que seis consejeros pasasen al palacio del dux, y le empeñasen en hacer la renuncia; pues ya una vez la habia ofrecido, y muchas manifestado deseo de hacerla.

Pero cuanto mas anciano es el hombre, ménos sufre que le adviertan la humana flaqueza. Respondió Fóscari, que él se atenia al juramento que habia hecho de no renunciar jamás, y pidió la convocacion del gran consejo. La junta, previendo sin duda que pudiera la multitud moverse á compasion y serle favorable, decidió absolutamente que se le relevase de su juramento, que hiciese dimision, que se procediese al punto á la eleccion de sucesor, y se le señalase una pension y honores. Para todo esto no le dieron mas que tres dias; pero no necesitaba tantos, porque respondió tranquilamente: *Obedeceré gustoso al escelentísimo consejo de los Diez.* Entregó el anillo ó sello ducal, que allí mismo rompieron en su presencia; dejó el gorro de la dignidad y se puso otro regular. Dió órden para el transporte de sus efectos; y hecho todo con el mayor sosiego, salió de su palacio (1457).

La forzada renuncia de Fóscari escitó una murmuracion general, reprendiendo todos los ciudadanos el insulto hecho á un anciano que habia servido bien á la patria cuando debieran esperar á que muriese, pues no podia tardar. Abiertamente espresaban su modo de pensar; pero el consejo de los Diez prohibió, imponiendo pena, que se hablase del asunto; y encargó á los magistrados que le informasen contra los temerarios que osasen contravenir á su prohibicion. Con esto callaron todos: se juntó el gran consejo, nombró electores, y éstos dieron su voto á Pascual Malipier. Cuando Fóscari oyó tocar las campanas de la ciudad para anunciar la eleccion, sintió una conmocion repentina que le puso en el sepulcro. «Fué mas benemérito de la república, dice un historiador, que ninguno de sus predecesores, y le trataron con ménos atencion que á ninguno de ellos. Es preciso decir, añade, que los venecianos tienen el corazon hecho de diferente modo que los demas hombres, pues á vista de semejantes rasgos de ingratitud se conserva en ellos el amor á la patria.» Pero yo pregunto: «¿El desear los puestos lucrativos y honoríficos proviene del amor á la patria?»

En tiempo de Cristóbal Moro, sucesor de Malipier, tuvieron los venecianos guerra en Morea contra los turcos; y aunque los ayudó una cruzada no por eso fué feliz esta campaña; pero entónces empezaron los venecianos á concebir esperanzas de adquirir el reino de Chipre y le lograron los sucesores de Moro. El primero fué Nicolás Treno, que no hizo mas que pasar: le reemplazó Nicolás Marcelo, cuyo reinado no fué mucho mas largo y á éste sucedió Pedro Mocenigo, famoso guerrero, y no ménos hábil político (1474).

Siendo almirante de la república habia ido á recibir las disposiciones de Jacobo Lusiñan, rey de Chipre, casado con una veneciana de la familia *Cornaro.* Habia adoptado la república á esta princesa, é hizo el papel de madre en su casamiento. La dejó Lusiñan en cinta, y ordenó en su testamento que si paria varon fuese para éste todo el reino, y que si paria hembra se dividiese entre la niña y la madre, siendo ésta la tutora con Andrés Cornaro su tio. Dió á luz un hijo, y Pedro Mocenigo sostuvo á la madre y al niño contra muchas facciones que se levantaron en Chipre, mirándolos como pupilos de la república.

Digitized by Google

La principal la fomentaba Alfonso, rey de Aragon, que habia prometido su hijo á una hija natural del difunto rey Lusiñan, con el fin de adquirir derecho al reino de Chipre en caso de morir niño este príncipe. Entónces Andrés Vendramino, sucesor de Pedro Mocenigo, para quitar á la reina todo motivo de inquietud, hizo transportar á Venecia la prometida al hijo de Alfonso. Gozaba esta princesa en Venecia de alguna libertad; pero tuvo noticia el senado de que el rey de Aragon enviaba en un navío cargado de frutos un corto número de hombres determinados á robarla, y al punto el consejo de los Diez dispuso que la pasasen á la ciudadela de Padua, y publicaron que habia muerto de enfermedad. Sobre el género de enfermedad nadie se engañó; porque la reputacion de los venecianos en punto de buena fé y de religion, no era la mas escelente. Los escomulgó el papa por haber hecho una alianza con Bayaceto II. Sostuvieron soberbiamente esta desgracia; y á fuerza de victorias en Italia, se hicieron absolver. Adquirieron tambien con el dinero islas y ciudades; inquietaron á Nápoles, y abusaron de sus fuerzas contra la pequeña república de Ragusa, que no tuvo otro medio de conseguir que la hiciesen justicia, sino amenazar con que si no la trataban mejor se entregaria á los turcos. Juan Mocenigo, que habia sucedido á Vendramino, era el alma de todos estos negocios; y con su muerte perdió la república un gran general y un gran político (1478).

Dos Barbarigos tuvieron el cetro ducal; Marcos, que apenas hizo mas que tocarlo; y Agustin, que lo mantuvo por largo tiempo, y en cuyo reinado se mejoró el asunto de Chipre. La Señoría, madre adoptiva de la reina Catalina Cornaro, hacia quince años que solo dejaba á esta señora los honores de reina, reteniéndose toda la autoridad. Temian los tutores que, cansándose su pupila de la sujecion, tomase algun esposo que la pusiese en libertad; y para evitar este golpe resolvieron sacar de sus estados á la reina de Chipre llevándola á Venecia: y dejaron al cuidado de su hermano Cornaro el modo de conseguir que la agradase la proposicion. Se sorprendió Catalina al oirla, y no quiso acceder. ¿Cómo habia de dejar un reino rico, en el cual gozaba los honores de su dignidad, para confinarse en un lugar en donde no habia de tener clase ni estado? «Basta, respondió, que la república posea mi reino despues de mi muerte.» Insistió Cornaro, y la hizo presente que si perseveraba en su negativa le culparian á él de no haber empleado para con su hermana todos los medios convenientes, y que entónces le esponia á él y á toda su familia al resentimiento del senado. «Bien está, dijo anegada en lágrimas la desconsolada princesa, si á ti te parece bien la proposicion, á mi tambien me lo parece, ó por lo ménos procuraré vencer la repugnancia para que me lo parezca; pero la república de ti mas que de mi recibirá mi reino.»

Partió de Chipre la reina con la muerte en el corazon. La hizo Venecia un recibimiento magnífico, dándola un bello palacio en el Trevisano, una gran suma de dinero contante, y una buena pension. Durante este tiempo tremolaba el estandarte de san Marcos en Famagusta, y se enarbolaba en toda la isla que quedó aneja al dominio de la república; y á la verdad solamente la faltaba una corona para tener en la asociacion de los príncipes un rango igual con los otros potentados. Tenia Venecia el poder por sus riquezas; y como era tambien el centro de las negociaciones, enviaban allá los reyes y los príncipes sus embajadores; los cuales con su augusto senado formaban una especie de congreso perpetuo. Allí se concluyeron las ligas, y de allí salieron las resoluciones tan fatales para los franceses en las guerras de Italia del siglo XV.

Muerto Agustin Barbarigo tuvieron los venecianos un breve interregno para crear nueva magistratura, que a unos parece admirable, y á otros monstruosa. Hablo de los inquisidores de estado, que tenian á su cargo dar movimiento á los espías, oir las delaciones, y sacrificar las víctimas que les parecian útiles ó necesarias á la pública seguridad. No eran mas que tres jueces elegidos entre los senadores de mas integridad; pero eran inexorables, y á nadie tenian que dar cuenta. Sus sentencias debian tener todos los tres votos conformes; cada uno de los jueces debia ser de diferente familia, y solamente ocupaban su plaza por tiempo determinado. Por estas precauciones suponen que su poder solamente era peligroso para los malos; y los mismos venecianos aseguran que los inquisidores de estado no han prevaricado jamas; pero supuesto que á nadie daban cuenta de sus juicios, ¿quién lo puede saber? Estos magistrados renunciaban sin duda á toda especie de sociedad, ó todos huian de tratarlos; porque ¿quién ha de querer esponerse á los penetrantes ojos, ó á los atentos oidos de un hombre que tiene levantada el hacha á su voluntad sobre mi cabeza?

Leonardo Loredano, sucesor de Agustin Barbarigo, vió en su reinado combatida la república de una violenta tempestad, siendo el motivo de una casi general sublevacion su propia soberbia. Se coligaron para abatirla el papa, los franceses y los príncipes de Italia: repartieron entre sí los estados de Tierra Firme ántes de conquistarlos, y pensaban en no dejarles mas que su ciudad con algunos paises pequeños confinantes con los turcos, y algunas islas; porque todo cuanto correspondia á la Italia se habia de repartir entre los coligados. La Señoría, no creyéndose con fuerzas suficientes para defender la Tierra Firme, resolvió al principio abandonarla, esperando que con este sacrificio evitaria el golpe que la amenazaba: pero volviendo sobre sí de su primera consternacion, recobró nuevo valor. Algunas sumisiones, empleadas á tiempo, aplacaron al papa: las victorias dieron á la república algunos aliados: y las intrigas manejadas con destreza, introdujeron la discordia entre los confederados. Lo que mas tenian que temer era la furia francesa, y aun Luis XII, que conocia su nacion, preveia bien los efectos de su impetuosidad. Quisieron ponerle miedo con la prudencia, política y sagacidad del senado, y respondió: «Yo les daré tantos locos que gobernar, que con toda su sagacidad no puedan avenirse con ellos.» Á la verdad todo cedió desde luego á la nobleza jóven, valiente y aturdida que hacia la mayor fuerza del ejército francés; pero la flema veneciana fué amortiguando el choque, y despues de diez años de guerra se vieron las potencias beligerantes casi en el mismo estado en que se hallaban en el principio, bien que muy gastados; y mas que todas la república, cuya estrema desolacion se prueba porque tuvo que vender las magistraturas. No obstante, como la firmeza de Loredano habia contribuido para hacer ménos desastrados los sucesos de la guerra, restableció su discrecion el buen órden en el gobierno.

Veia Venecia sobre sus fronteras á Cárlos V y á Francisco I, que disputaron sus favores, y cada uno logró su parte; pero, dispensados como los de las cortesanas que ella permite en su seno, esto es, nó segun los deseos de los rivales, sino conforme á sus propios intereses, y á semejanza de aquellas mugeres venales, no se preciaba la república de ser constante. No fué cosa rara en las guerras del siglo XVI ver al leon de san Marcos seguir al águila del Imperio ó agarrarse á las lises de Francia con igual indiferencia. Del conflicto de las pretensiones de las partes beligerantes nació por aquel tiempo la ciencia diplomática que el genio italiano refinó. El conocimiento de los derechos respectivos, puesto en sistema, fué muy útil á los venecianos, que tenian siempre por gobernadores hombres familiarizados con el arte de la negociacion por la madurez de su edad, y la circunspeccion republicana (1521).

Los sucesores de Leonardo Loredano se pueden comparar con las antiguas Sibilas, así por la vejez como por las sentencias. Antonio Grimani tenia ochenta y siete años cuando le hicieron dux, y Andrés Gritti ochenta. Viendo éste que en un tratado concluido en Cambray entre Cárlos V y Francisco I se habian despreciado los intereses de Venecia, no obstante las promesas que les habian hecho ambos príncipes para hacerlos de

su partido, dijo estas palabras notables: «La ciudad de Cambray es el purgatorio de los venecianos, y el emperador y el rey les hacen espiar en él la culpa de haberse unido con ellos.» En solos veinte años se ensayaron, por decirlo asi, á llevar el gorro ducal, Pedro Lando, Francisco Donato, Marco Antonio Trevisani, Francisco Vernier, Lorenzo y Gerónimo Priuli. Estos dos últimos eran hermanos; y en una república zelosa y con leyes, que parecia reprobaban semejante sucesion, es buen testimonio de su mérito esta especie de herencia. Tambien permitió la república que en favor de Lorenzo Priuli se suspendiese la prohibicion observada por mas de cien años, de coronar a la esposa del dux; y Zilia Sendolo, su muger, recibió este honor acompañado de una pompa magestuosa. Por entónces habia llegado el lujo á un punto, que despertó la atencion del senado, y dió motivo á que se hiciesen leyes represivas para contenerle.

Muerto Gerónimo Priuli costó á los electores gran trabajo estraer de la urna el nombre de su sucesor, pues en ello ocuparon trece dias. Ya por último salió Pedro Loredano, hombre de ochenta y cinco años, que jamás habia tenido la ambicion de ser dux, y pensaba tan poco en esto, que al salir del senado se volvia con gran tranquilidad á su casa, y fué preciso despacharle un secretario que le hiciese memoria de que acababa de ser electo dux. Si la edad no le hacia indiferente á los sucesos debió sentir las desgracias que amenazaban á la república, pues estaba para perder la isla de Chipre, que era la mas bella joya de su corona. Los venecianos se habian hecho dueños de esta isla con la astucia; los turcos la tomaron con la fuerza, y se han quedado con ella; bien que esta pérdida no se verificó enteramente hasta el tiempo de Luis Mocenigo, sucesor de Loredano. Además de los turcos tenia por enemigos á los uscoques, resto de los albanos, corsarios emprendedores y activos, retirados á la estremidad del golfo Carnero cuyo fondo de poca agua, junto con las rocas, les servian de asilo y de defensa. Se veia la república precisada á mantener siempre navios de observacion cruzando contra ellos. Muchas veces forzó á estos piratas á restituir sus robos; pero rara vez dejaban de quedarse con alguna parte (1570).

En el año que reinó Sebastian Vernier vió dos sucesos importantes, el uno útil y funesto el otro. El primero fué el restablecimiento de la hacienda de la república con la reduccion de los intereses que habian subido á catorce por ciento, y con el ahorro de gastos. El segundo fué el incendio del palacio ducal; y éste es notable, porque en el perecieron muchos monumentos de las artes y pinturas escelentes que representaban los mas bellos pasages de la historia de la república. Esta pérdida irreparable entristeció tanto á Sebastian Vernier que murió de pesadumbre (1577).

Su sucesor Nicolás de Ponté, habia enseñado la filosofía y las bellas letras, y habia pasado sucesivamente por todas las dignidades. Este ejemplo de fortuna, que solo se halla en los estados electivos, anima mucho á los que se aplican á las ciencias. Sin duda no pretendieron mas que honrar su sepulcro, pues ya tenia ochenta y ocho años cuando le eligieron; pero todavia fué otros siete años por el camino de los honores, que le habia allanado su mérito (1585).

Su sucesor Pascual Cigoña, vió establecerse en su tiempo el Banco de Venecia, depósito abierto para los que quieren poner su dinero con seguridad y con intereses, afianzándolo el estado; la fidelidad de la paga promete la perpetuidad. Entónces tambien se empezó el puente de Rialto de un solo arco sobre el canal grande, que divide á Venecia en figura de una *S*. En él se da todos los años un combate figurado entre los dos cuarteles opuestos, y nunca se concluye sin alguna desgracia. Por el mismo tiempo se adornó la plaza de san Pedro, que presenta habitualmente dos contrastes á la reflexion: por una parte las dos temibles columnas, entre las cuales caian con la hacha de la república las cabezas culpadas ó sospechosas, y se veian tambien las bocas infernales siempre abiertas á las delaciones que ellas devoraban y entregaban á los inquisidores de estado. Por otra parte están los cómicos, bailarines, charlatanes, tocadores de instrumentos, danzas, cortesanas agasajadoras, y todo el esterior de alegria libre, con máscaras ó á cara descubierta, y muchas órdenes de tiendas provistas de cuanto puede lisonjear á la vista y á los ojos. En un parage separado y privilegiado, que hace sombra á esta pintura, se paseaban los nobles y los senadores con sus ropas negras y el aire pensativo de hombres de estado que tienen á su cargo los intereses del universo. El pueblo, en la eleccion de Marin Grimani, sucesor de Cigogna, se entregó á escesos de alegria por la afabilidad y benignidad de carácter de este dux. En su tiempo se suscitaron entre Venecia y la Santa Sede las querellas que con ventaja de la república se concluyeron en tiempo de su sucesor Leonardo Donato (1606).

Reinando Marco Antonio Memo, y despues Juan Bembo, se renovó la guerra de los uscoques, y se continuó con atroces escesos de estos bandidos. Se terminó en tiempo de este último dux, con la destrucion de las barcas de los piratas, la ruina de sus asilos, y la dispersion de los gefes, cuyo nombre está ya casi olvidado. Otras guerras en el Mantuano y el Friul ocuparon las armas de la república, é introdujeron entre ella y los españoles una indiferencia que parecia odio. Continuó ésta en el tiempo de Nicolás Donato, que llegó á la dignidad de dux á los ochenta años, y la poseyó solo un mes; pero en tiempo de su sucesor Antonio Priuli rompió la animosidad de unos contra otros por una conjuracion que se ha hecho famosa en manos de un escritor elegante. La conspiracion se tramó entre el duque de Osuna, virey de Nápoles por el rey de España, y el marqués de Bedmar, embajador de esta corona en Venecia. No se trataba ménos que dn apoderarse de Venecia, y arruinarla. Estaban tan bien tomadas las medidas, qne solo pudieron desconcertarlas accidentes que era imposible prever Fueron presos los ejecutores subalternos, y castigados con la muerte; pero los dos cabezas negaron. Las pruebas del delito, que puede calificarse de traicion por haberse cometido en tiempo de paz, eran evidentes; pero se contentaron los venecianos con remitir al embajador á la justicia de España. Á éste no le sucedió desgracia alguna, y aunque Osuna murió en prision, fué por otra causa.

Á Francisco Contarini, que sucedió á Priuli, le reemplazó á los dos años Juan Cornaro. Este pasó el dolor de ver á su primogénito, reo de un asesinato, desterrado para siempre, y borrado su nombre del libro de oro, á pesar de la dignidad de su padre. Tal vez para consolarle se declaró que la dignidad de cardenal, que acababan de conferir al otro hijo, no debia tenerse por dignidad estranjera, ni por prohibida á los nobles venecianos; pero el haber condenado al hijo del dux el consejo de los *Diez* á perpetuo destierro, suscitó una fuerte tempestad contra aquel tribunal. Les pareció muy duro á los jóvenes patricios estar espuestos á semejantes procedimientos secretos y rigurosos; pero en una junta que se tuvo con este motivo prevaleció el parecer de los mas ancianos, probando que el secreto y la prontitud de aquel tribunal eran los únicos medios de contener una juventud ardiente, y muchas veces de poca reflexion. Quedó el tribunal confirmado en sus funciones y en su modo de obrar (1624).

Nicolás Contarini ayudó mucho á los cuidados de los senadores en aliviar á los venecianos invadidos de la peste que de Lombardia habia pasado á su ciudad. En tiempo de Francisco Erizzo, su sucesor, estuvo el senado empleado en tratar de la distincion de vestidos, del privilegio de poder llevar una ropa de mangas grandes, del vestido encarnado, y de la estrella y cinturon de oro, con tanta gravedad como se interesaria en alguna moda nueva un consejo de mugeres. No hay duda que las distinciones de honor y las insignias son útiles asi en las repúblicas como en los reinos, tanto para escitar la emulacion como para imprimir respeto en los inferiores; pero

Digitized by Google

está la puerilidad en el modo afectado de muchos que por verse condecorados se desvanecen. Era Francisco Erizzo mas capaz de otra cosa que de arreglar un ceremonial. Aunque de edad de ochenta años le tuvo el consejo por útil para mandar, con el título de capitan general, las tropas que enviaba la república á socorrer la isla de Candia, atacada por los turcos. Cuando nombraron á este valiente anciano se vió brillar en sus ojos un generoso ardor, y dijo: «Estoy pronto á consagrar al servicio de la república los últimos momentos de una vida que la ha estado siempre sacrificada. Partiré con mucho gozo, porque estoy previendo que tendré el honor de morir por la patria.» Consiguió este honor, aunque nó con las armas en la mano, sido consumido con los trabajos, que le rindieron al disponer los preparativos (1646).

Durante esta guerra desastrada se vieron los venecianos reducidos á solas sus fuerzas contra las de un grande imperio. No tuvo Francisco Molino, como su antecesor, el cargo de capitan general con la dignidad de dux. Se quedó en Venecia para el consejo, mientras los almirantes se distinguian con gloriosas hazañas. Nunca los venecianos habian mostrado mas habilidad en la marina, mas intrepidez en los combates, mas moderacion en la victoria, ni mas constancia en las desgracias. Si hubiesen dado con enemigos ménos encarnizados, y ménos resueltos á no abandonar la empresa comenzada, hubieran los venecianos conservado con sus negociaciones y ofertas razonables una parte á lo ménos de la isla, y á esto tendia Cárlos Contarini, sucesor de Molino, pues no puede decirse cuales eran las miras de sus sucesor Francisco Cornaro, porque no vivió mas que un mes. Le reemplazó Bertucio Valier, cuyo consejo era que aceptasen la paz que ofrecian los turcos, con la condicion de que se les diese la isla entera. «Mejor será, decia el dux, hacer una paz, que á la verdad es poco ventajosa, pero con la cual los laureles de que se han coronado los generales de la república ocultarán nuestra vergüenza, que continuar una guerra que, despues de catorce años de duracion, acabaria de arruinar el estado.»

De contrario parecer fué Juan Pesaro, que ya muchas veces habia hecho valer su oposicion, y tuvo mayor proporcion para sostener su pensamiento por haber muerto Valier, á quien él reemplazó; mas no vivió dos años.

La pérdida de Candia se verificó en tiempo de su sucesor Domingo Contarini; bien que puede decirse que los venecianos no fueron vencidos, sino oprimidos por los otomanos, cuyas fuerzas se renovaban continuamente. Cuando la capital, que da nombre á la isla, se rindió por último, no era ya mas que un monton de ruinas. Allí perdieron la vida mas de treinta mil turcos: los sitiados hicieron volar cuatrocientas ochenta y cuatro minas: sostuvieron veinte asaltos, é hicieron diez y seis salidas. La hacienda de la república estaba por lo ménos en tan mal estado como la isla que cedia: se asegura que al fin de esta guerra se hallaba Venecia empeñada en mas de sesenta y cuatro millones.

Descansó la república siendo dux Nicolás Sagredo, y despues Luis Contarini. En este tiempo sufrió algunas infracciones de sus tratados; porque los turcos, soberbios con sus fuerzas, no los observaban. Dormia el leon de san Marcos, pero despertó reinando Marco Antonio Justiniani, al ruido de una liga que se formó contra los turcos entre el emperador y el rey de Polonia, á la cual accedieron gustosos los venecianos, y ayudaron á los aliados, no solamente con sus fuerzas, sino tambien con la capacidad de Francisco Morosini. Este hombre grande, casi siempre vencedor de los turcos en la guerra de Candia, tenia tan bien sentada su reputacion, que cuando murió el dux Justiniani no se presentaron candidatos ó pretendientes; y este mismo silencio estaba indicando que seria para Morosini la dignidad. Estaba en la armada teatro ordinario de sus triunfos; y el senado, por no privarse de sus talentos militares, no le llamó á la capital, y le envió el anillo y el gorro ducal, que él recibió entre los marineros y soldados, testigos y compañeros de sus hazañas.

Despues de su elevacion ya la victoria no siguió con tanta felicidad sus banderas, aunque no las abandonó del todo. Dos enfermedades peligrosas le precisaron á dejar la comandancia; y despues de haber ganado tanta gloria Morosini á la cabeza de las tropas, sentado en el timon de los negocios, mostró la habilidad de un sabio administrador. Las pérdidas que esperimentaron las armas de la república, trajeron á la memoria las felicidades del dux: y creyendo la Señoría que solo de él las podia esperar, le nombró capitan general por la cuarta vez. Una campaña de gran trabajo y fatiga alteró su salud, y apresuró su muerte. El senado hizo colocar su busto en la sala del escrutinio con esta inscripcion: *Á Francisco Morosini el Peloponesiaco.*

Duró la guerra con mucha tenacidad siendo dux Silvestre Valier; y aunque las victorias de los venecianos se multiplicaban, no equivalian á sus pérdidas, por lo cual no debe estrañarse que suscribiesen á una paz con el turco, ménos ventajosa de la que al parecer podrian prometerse. Se mantuvieron neutrales durante la guerra sobre la sucesion de España. La vió empezar Mocenigo, y fueron necesarias toda su flema, y la paciencia de aquel senado, para no ceder á los ataques indirectos que hacian las potencias beligerantes por sacar á Venecia de la indiferencia política que se habia prescrito. En tiempo de Juan Cornaro se promulgó una ley arreglando el vestido de las damas venecianas así nobles como plebeyas. Por ella se prohibió llevar perlas, diamantes, galones de oro y de plata, ni bordado alguno en la ciudad, y se las proscribió el color negro; por lo cual no pueden manifestar, sino en la forma, el talento de adornarse. Juan Cornaro vió renacer la guerra entre la república y los turcos; y su sucesor, Sebastian Mocenigo, la concluyó con un tratado que le valió la dignidad de dux. Muerto Cornaro reemplazó á Mocenigo Carlos Razzini, que murió á los ochenta y un años, y le sucedió Luis Pisani. Á éste se siguieron Pedro Grimaldi, Francisco Loredano, Marcos Foscarini, Luis Mocenigo, Pablo Renier, y finalmente Luis Manin, que fué el último dux.

Era tan complicado el juego de las ruedas en la máquina del gobierno veneciano, que quien no estuviese acostumbrado á él desde niño, necesitaba estudiar mucho para comprenderle.

El gran consejo se componia de todos los nobles que habian cumplido los veinte y cinco años; se juntaban todos los domingos y dias de fiesta; y nombraban todos los empleados, á escepcion de algunos que correspondian al senado.

El colegio le formaban el dux, seis consejeros sin los cuales nada podia hacer, la cuarentia criminal, cinco grandes sabios de Tierra Firme, cinco de las órdenes, y seis grandes sabios, sin ponderacion. Daba el colegio audiencia á los embajadores, á los generales ó diputados de las ciudades, y convocaba al senado.

El senado ó predagi era la junta de trescientos nobles entre los cuales apenas habia ciento veinte senadores, porque para completar el número de los trescientos se sacaban de los otros tribunales los restantes. El senado decidia de la paz y de la guerra: establecia los impuestos, fijaba el valor de las monedas, disponia de los altos empleos, y nombraba los embajadores. *El consejo de los diez* juzgaba de todos los delitos de estado, y ejercia suprema autoridad aun sobre el mismo dux.

Los inquisidores de estado, que eran tres, se tomaban de este último consejo, y eran los mas temibles, porque tenian autoridad hasta sobre los otros miembros del consejo de los Diez; y cuando todos tres eran de un mismo parecer, sentenciaban sin dar cuenta. Por todas partes tenian espias, y visitaban de noche el palacio de san Marcos, habitacion del dux, adondo entraban y salian por puertas secretas, cuya llave tenian ellos. En sus espediciones tanto riesgo habia en verlos como en ser visto de ellos. Á los que arrestaba el consejo de los Diez hacia el interrogatorio uno de los inquisidores de estado; y comunicadas las respuestas se les juzgaba sin concederles defensa de su causa, sin permitirles abo-

Digitized by Google

gado, ni ver á sus parientes ó recibir cartas. Si estaban manifiestamente convencidos, se hacia la ejecucion en público; sino en la misma cárcel. El castigo mas comun era ahogarlos. Se dice que este tribunal tenia por máxima, que mas vale perder á veinte inocentes que salvar á un solo culpado. Parece que en esto hay ponderacion; pero es cierto que este tribunal se inclinaba al estremo de la severidad, y que en él era irremisible la menor falta en materia de estado.

Los abogados tenian á su cargo en cada tribunal provocar la ejecucion de las leyes. Los censores que eran dos velaban sobre las costumbres de los particulares, y sobre los asuntos de éstos juzgaban la cuarentia criminal y la civil. Su denominacion indica el número y el empleo. Los procuradores de san Marcos tenian la superintendencia de los hospitales, bibliotecas y limosnas públicas. Tambien velaban en mantener el buen órden y la quietud de las familias.

El cancelario debia ser siempre un paisano ó ciudadano; y, segun parece, se le daban el ejercicio y la honra por desquite y reintegro del poder, que el pueblo de quien era representante habia perdido. Llevaba el sello del estado: tenia el título de escelencia, y asiento preeminente sobre los senadores y magistrados, á escepcion de los consejeros de la Señoría, que pasaban por un solo cuerpo con el dux. La dignidad de canciller era de por vida: gozaba de todos los pivilegios de la nobleza: asistia, pero sin voz deliberativa, á todos los consejos, á escepcion del de los Diez. Cuando le elegian hacia su entrada pública, y cuando moria recibia los mismos honores que el dux.

Tenia el dux toda la esterioridad de la soberanía; pero casi sin realidad alguna. Vivia en una perpetua sujecion, que resaltaba ó se estendia aun á su familia. No podia ausentarse sin licencia, ni hacer funcion alguna de esplendor sino como comisario de la república. No solo sus acciones, hasta sus palabras, eran observadas; y si en algo faltaba, se esponia á duras reconvenciones. Su palacio estaba lleno de espías; pero aunque se cansara de esta sujecion, le estaba prohibido renunciar; y con todo eso se hallaban para esta dignidad hombres que no necesitaban de la fortuna. La iglesia de san Marcos era del dux, y nombraba todos los canónigos: tambien era superior de un célebre monasterio, en donde solo se admitian doncellas nobles las cuales gozaban de mucha libertad bajo de su gobierno. El resto del clero estaba sujeto á la inspeccion del senado.

La república tenia en mas estimacion el servicio de mar que el de tierra, y siempre mantenia en los navíos y galeras cierto número de jóvenes nobles para que se instruyesen en la marina. Además de esto ordenaba á los negociantes de sus estados, que echaban navíos al mar, que recibiesen y conservasen á su costa dos ó tres caballeros pobres, los cuales tenian el privilegio de cargar para sí una pacotilla franca. Esta costumbre mantenia en la nobleza el gusto del comercio; y aunque no podia hacerle en su nombre, se interesaba en él con los ciudadanos; y esta necesidad recíproca tenia enlazados los órdenes, y contribuia á la tranquilidad. Las tropas de tierra en tiempo de paz se componian de miserables paisanos, y de toda la canalla de la Tierra Firme. Solamente se daba paga á los capitanes y sargentos; los demas se contentaban con el uniforme y algunas gratificaciones en las revistas; pero en tiempo de guerra tomaba la república extranjeros á su sueldo.

Los venecianos son muy sobrios y rara vez tienen convites: la nobleza vive con mucha circunspeccion y ceremonia, y rara vez sucede que se case mas que un hermano. Ordinariamente viven juntos por economía, ó por gozar de la sociedad de la cuñada, segun las calumnias que sobre esto les levantan. La vida de las mugeres en la ciudad era triste, pues ni les permitian, como ya hemos visto, los adornos que quisieran; pero se desquitaban bien cuando pasaban á sus posesiones de Tierra Firme; allí es donde se veia á la nobleza veneciana en su esplendor. En la ciudad se llevaban todo el tiempo los negocios, los consejos y las elecciones, y el que restaba era para el juego, cuyos escesos sufria la Señoría en los lugares destinados. Jugaban enmascarados y con silencio, y todo en general se hacia con esta precaucion; mas no engañaban con el disfraz á los espías que eran muchos. Los mas ordinarios y mas afectos á la república eran los gondoleros; y como es imposible pasarse sin ellos en una ciudad, atravesada de canales, sabian todos los pasos, todas las horas de entrada y salida, las visitas, las citas, y en donde se juntaban, y de todo daban una cuenta fiel; y así el estado manejaba á esta clase del pueblo con cuidado particular. Otra especie de espías eran las cortesanas, en cuyas casas aun los hombres honrados se juntaban mas bien que entre las mugeres de honor, á quienes las costumbres, ó tal vez los zelos, tenian sujetas á su familia.

Si para concluir quiere alguno conocer las precauciones que se habian imaginado para prevenir ó desconcertar las intrigas en las elecciones, por las que empleaban en la eleccion del dux puede formarse idea de todas las demas. El gran consejo, que se componia, como queda dicho, de todos los nobles que habian cumplido los veinte y cinco años, se juntaba y sacaba cada uno su bolita de una urna. Treinta doradas daban derecho á los que las tenian de sacar nueve. Los nueve sacaban cuarenta, los cuarenta doce, los doce veinte y cinco, los veinte y cinco nueve, los nueve cuarenta y cinco, los cuarenta y cinco once, siempre por bolas doradas; y por último, los once cuarenta y uno, que eran los verdaderos electores. Á éstos se les encerraba; y despues de muchas precauciones y menudencias entre unos y otros, el dichoso mortal que juntaba á su favor veinte y cinco votos, llegaba á ser el esclavo coronado de la república.

Me ha parecido qne convenia describir el mecanismo del gobierno veneciano ahora que debemos presumir que esta máquina, que ha durado mas de mil años, está al presente rota para siempre. Con la toma de Venecia, conquistada por los franceses con toda la Tierra Firme, huyó el dux Luis Manin, que puede contarse por el último. Por algunos meses estuvo suspensa la suerte de esta antigua república; y últimamente, por el artículo 6 del tratado de paz firmado en Campo-Fornio, cerca de Udina, en 17 de octubre de 1797, entre el general Bonaparte y los plenipotenciarios del emperador, quedó Venecia cedida á éste, el cual desde 1814 ha incorporado á sus estados esta posesion, importante por su situacion, pues le hace potencia marítima.

Es innegable que con la dominacion austriaca no ha perdido nada Venecia del esplendor de los últimos tiempos de su república. Su comercio habia ya decaido, y para reanimarle era necesario poner la ciudad mas en contacto con la Tierra Firme, pues de otro modo el tráfico mercantil preferia el puerto de Trieste desde el cual directamente eran transportadas las mercaderías al interior del Austria. Conociólo esta potencia, y conviniéndole que Venecia cobrase fuerzas hizo abrir un camino de hierro el cual, por medio de un famoso puente de media milla de largo, unió aquella ciudad con el continente. Por lo demás respetaba el nuevo gobierno las costumbres populares de la antigua reina del Adriático; y si un viajero hubiese asistido al carnaval de Venecia, ántes y despues de la estincion de la república, acaso mas animacion y bullicio hubiera observado en los últimos tiempos que en los anteriores.

Los acontecimientos políticos de 1848, conmoviendo profundamente todo el reino Lombardo-Veneto, debian necesariamente ocasionar en aquella ciudad un sacudimiento popular. No bien se supo en ella que Milan se habia sublevado, imitó Venecia su ejemplo, y proclamó nuevamente la república. Mas despues, volviendo sobre su acuerdo se adhirió á la liga italiana que queria ensanchar los dominios del rey de Cerdeña con los despojos del Austria. Mientras la fortuna se mostró propicia á Cárlos Alberto, Venecia permaneció tranquila; pero, cuando la suerte de las armas se volvió ceñuda contra

Digitized by Google

aquel príncipe, Venecia quedó abandonada á sus propias fuerzas, esperándolo todo de la mediacion de la Inglaterra y de la Francia. Es muy probable que esta mediacion no pueda producir para Venecia el afianzamiento de su independencia, pues si bien el Austria, podria sacrificar una parte de sus derechos sobre la Lombardía, en beneficio de la paz general, nunca podrá avenirse á abandonar su litoral en el Mediterráneo, y á renunciar enteramente á tener marina, precisamente cuando habia comenzado á disfrutar de los beneficios que de ella se reportan.

RAGUSA.

Ragusa, pequeña república, situada en la Dalmacia, puede considerarse como aneja á la de Venecia, pues estaba bajo de su proteccion, y la pagaba tributo; pero tambien el turco la protegió bajo la misma condicion; y muchas veces cuando las dos potencias se hacian la guerra era reconocida por neutral. Su territorio es corto; pero goza de un buen puerto, que hace muy floreciente su comercio. Todo su gobierno consiste en un senado. Son los raguseos belicosos, buenos marinos, y á lo que se ve buenos políticos, pues saben sacrificar á tiempo su dinero para mantenerse libres, teniendo por vecinos un déspota y unos comerciantes, no mas escrupulosos éstos que el otro para invadir todo cuanto les acomoda.

TOSCANA.

El gran ducado de Toscana, despues reino de Etruria, si estuviera mas bien cultivado, seria uno de los mas fértiles paises de la Italia. Como que está situado al pié del Apenino tiene el riego suficiente, y produce granos, vino, aceite, miel, maná, limones, naranjas, y otras frutas de la mejor calidad. Por estar variado de montañas y llanuras goza de todas las comodidades de los climas mas felices. No obstante, no es tan poblado como prometen todas estas ventajas, aunque se ignora la causa. Allí hay minas de hierro, azufre, mercurio y aun plata, alabastro, jaspe, bellos mármoles, lapizlázuli, ametistas, cornerinas, alumbre y borax, aunque tantas riquezas están por la mayor parte sepultadas por falta de brazos y de industria. Las salinas se mantienen bien, y producen mucho: aguas termales ó calientes ofrecen saludable remedio para muchas enfermedades. Aunque no contiene Toscana todos los paises de la antigua Etruria, su príncipe es de los mas poderosos de Italia. En caso de necesidad se dice que pudiera armar treinta mil hombres, y poner en el mar veinte navios y doce galeras.

Florencia, así llamada por estar situada en una posicion deliciosa y en una campiña muy florida, es la capital de Toscana, y la ciudad que, despues de Roma, merece en la Italia ser visitada: pues en ella se admira el célebre palacio de los Médicis, que han formado la mejor coleccion de esculturas, pinturas, joyas antiguas y modernas, y curiosidades de la naturaleza y del arte. Tambien pudiéramos citar los nobles, que no se avergüenzan de tener allí tienda: pues tan poderosa es la opinion honorífica y la estimacion que se ha conciliado el comercio con el ejemplo de los antiguos soberanos.

Pisa, que es la segunda ciudad, fué una república rival de Florencia, algunas veces victoriosa, mas al fin subyugada. La misma suerte corrió Siena, en la cual ha sentado su residencia mucha nobleza por el buen aire que en ella se respira, y de esta concurrencia ha resultado que allí se habla la lengua italiana en la mayor pureza. Liorna es un puerto franco, en donde hacen los judíos la mayor parte del comercio, y componen, con corta diferencia, la mitad de los habitantes. Se cuentan además de éstas otras doce ciudades en el ducado, que antiguamente han sido célebres. Los toscanos tienen un gusto delicado y hereditario en punto de literatura, como le tenian los antiguos etruscos, á quienes debieron los romanos la religion, las ciencias y la policía. Despues del renacimiento de las artes ha sido Florencia como la patria de éstas; y aun puede decirse que no debe ménos la Europa moderna á los florentinos, que la antigua Roma á los etruscos.

La Toscana siguió la suerte del resto de la Italia, pasando en la decadencia del imperio de una potencia á otra hasta Carlo Magno, de quien se cree que la dió sus primeros condes, marqueses ó gobernadores. Sin duda los términos y límites que señaló al fin del séptimo siglo formaron la Toscana; y se hace juicio de que estos límites fueron de mayor ó menor estension, segun el mas y ménos de ambicion y fuerzas en los que allí presidian. Regularmente la daban los emperadores á sus parientes ó á los grandes señores de su corte. Se hallan en la historia al mismo tiempo muchos duques de Toscana, sin duda porque los emperadores gustaban de multiplicar sus gracias con el repartimiento de ella. Algunos de aquellos señores hallaron en diferentes tiempos el medio de hacer hereditaria en sus familias la parte que les dieron; pero casi siempre rendian homenage á los emperadores, de quienes parece recibian la investidura. Se conserva una serie bastante exacta de estos príncipes desde el año 828 hasta 1115, siendo emperador Enrique V, y por el espacio de casi trescientos años.

En el de 1115 murió la célebre condesa Matilde, que en 1077 habia hecho donacion de la Toscana á la Santa Sede. El emperador Enrique V, que entónces vivia, y sus sucesores, han reclamado contra esta donacion, diciendo ser hecha en perjuicio suyo; pues, habiendo muerto sin hijos la última condesa, por derecho de devolucion debia entrar la Toscana en su poder como feudo del imperio; y por esto nombraron gobernadores de aquellos estados con el título de presidentes ó marqueses de Toscana.

No entraron los papas con facilidad en posesion del legado de Matilde, porque los presidentes defendieron, en nombre de los emperadores, los derechos que cedian en su propia utilidad: pero, como la autoridad de los emperadores fué declinando en Italia, resultó la misma debilidad en los presidentes de Toscana; y los papas se aprovecharon de la ocasion, ayudándoles poderosamente las facciones que se levantaron en Italia á principios del siglo XIII, y sobre todas las de los güelfos y gibelinos, que duraron tanto tiempo, é hicieron grandes estragos.

El nombre y la fama de estas dos facciones empezó por los años 1198, con motivo de la rivalidad de Felipe de Suavia, y de Oton IV, competidores del imperio. El primero, que descendia de la antigua casa de los gibelinos, tenia contra sí al papa, el cual favorecia á Oton, descendiente de la casa de los güelfos. Pulularon en Toscana las dos facciones con la ocasion de las pretensiones de los papas y de los emperadores, representados en sus presidentes. Las ciudades, que aspiraban á la libertad, se entregaban á los papas con la esperanza de que los ayudarian, y tomaban el nombre de güelfos; pero los nobles, que poseian feudos, seguian al emperador con el nombre de gibelinos. Duró esta lucha todo el siglo XII y parte del XIII; y en este intervalo se formaron las repúblicas, que por largo tiempo fueron en Italia el gobierno mas general.

No ha habido suerte de disposiciones que no esperimentase Florencia ántes de hallar un asiento firme y asegurado. La historia de los esfuerzos que hizo para establecerse un gobierno empieza en el siglo XIII: porque hasta entónces habian obedecido los florentinos á los emperadores con bastante docilidad. Federico II, que llegó al imperio en 1198, abusó de su autoridad en Flo-

Digitized by Google

rencia; y para que nadie le estorbase en su administracion tiránica, indispuso á la nobleza con el pueblo. Éste espelió á los nobles; pero, escarmentado con las exacciones del emperador, volvió á llamar á los que habia espelido. Eligieron de concierto doce magistrados estrayendo dos de cada una de las seis tribus que componian la ciudad; y los llamaron los ancianos. Prosperaron los florentinos con este gobierno casi paternal, y llegaron á ser como los legisladores de sus vecinos, los cuales recurrian á ellos en sus diferencias, pero les duró poco este feliz estado, pues ellos mismo esperimentaron las inquietudes que sosegaban entre los otros.

Algunas familias poderosas, entre las que cuentan á la de Uberti que dió gefes á los gibelinos, quisieron dominar. Los desterraron, pero los mismos desterrados acometieron á su patria; y entrando con mano armada, cometieron tales desórdenes que volvieron á desterrarlos. Se prolongaban estas guerras porque los dos partidos opuestos de güelfos y gibelinos recurrian unos á los emperadoras y otros á los papas para que les enviasen socorro y el resultado eran el estrago y la ruina. Ya en 1266 se convinieron entre si los florentinos, cansados el pueblo y la nobleza de pelear contra sus conciudadanos. Repartieron la ciudad en cuerpos de oficios, y para cada uno de estos cuerpos nombraron un magistrado; pero todos reunidos conocian de las diferencias de los particulares; y manejaban los negocios públicos. No se ve que presidente dieron á este tribunal; aunque parece que la presidencia fué causa de desunion en el mismo cuerpo político. Los ménos poderosos abandonaron con los de su partido la ciudad; y aunque despues pidieron entrar en ella, no los quisieron recibir. Medió el papa Nicolás III, y los puso en paz; porque en 1267 envió un hábil reconciliador, que hizo se abrazasen güelfos y gibelinos. Crearon una magistratura de catorce personas, siete de cada partido, y al papa por su derecho de árbitro le dieron algunos castillos.

En 1282 reformaron los florentinos sus catorce magistrados, y nombraron presidentes de los cuerpos de oficios, cuyo número se aumentaba y disminuia segun las circunstancias. Tres presidian alternativamente á los otros; y mientras duraba esta superioridad, que era de dos meses, no les era permitido mezclarse en otro negocio, ni aun ir á su casa, porque estaban como aprisionados en la casa comun, siempre prontos á responder á todos. Con esta administracion cultivaron los florentinos con utilidad las artes amigas de la paz. Podian los nobles entrar á la parte, pero era preciso que se inscribiesen en la lista de los oficios.

Esta sujecion desagradó á mucho miembros de la nobleza, siendo así que habian adquirido con el comercio las riquezas que ocasionaban su orgullo; pero su opulencia les hacia sufrir con impaciencia estar suejetos á gentes á quienes miraban como viles artesanos. Algunos insultaron á estos ciudadanos, y despreciaban su autoridad, porque no la veian apoyada con la fuerza; pero los oficios dieron á su administracion lo que le faltaba, creando en 1288 un gefe militar, que llamaron Confalonero de Justicia, cuyo empleo consistia en llamar el pueblo al menor alboroto; bajo su *confalon* ó estandarte. Se señalaron cuatro consejeros y dos coroneles: mandaba por dos meses, y debia ser hombre del pueblo: y sus soldados: que eran mil, tambien debian ser del pueblo, sin que hubiese entre ellos un solo noble. La nobleza manifestó su descontento por esta esclusion, tan humillante como arriesgada para ella. De las murmuraciones llegó á las quejas, de las quejas á las armas; y despues de mucha sangre derramada, á una composicion que se hizo en 1300, y que acaso llegó á tener consistencia, porque mudó de objeto la discordia.

Ya la disension no era entre el pueblo y la nobleza sino que egercitó sus furores en la clase superior; pues, desunidos los nobles por intereses de familia, se dividieron en *blancos y negros*, y se hicieron en la ciudad una guerra de robos y asesinatos. Los miraba el pueblo con bastante indiferencia, porque le importaba poco la preponderancia de los unos ó de los otros; y aun el conflicto de ellos le desembarazaba de los que miraba como á sus enemigos naturales. No se sabe si con este motivo, ó por restringir la autoridad de algun confalonero que abusó, confirieron gran parte de ella en 1306 á un magistrado con el nombre de *Ejecutor de la justicia;* y para asegurarse mas de su imparcialidad establecieron que no fuese florentin ni aun toscano.

Todas estas variaciones vinieron á parar en sujetarse á un señor; y en 1313 se entregaron los florentinos al dominio de Roberto, rey de Nápoles; pero advirtiendo despues el error en que habian incurrido sometiéndose á un principe que les empeñó en sus querellas y los llevó á una guerra extranjera, eligieron en 1321 doce ciudadanos encargados de moderar el poder que el rey de Nápoles daba á sus agentes en Florencia. Habian desterrado los napolitanos una parte de la nobleza, como mas capaz de oponerse á sus intenciones: la llamó el pueblo para reforzarse; y en 1325 nombraron magistrados, cuya eleccion se confió á los gefes de las tribus, y á los señores y consejos, en esta forma: Debian poner los electores en una urna los nombres de los que creyesen ser mas propios para los cargos, y sacarlos por suerte. Toda persona de cualquiera condicion podia entrar en urna, pero es muy probable que los electores, cabezas de tribus, los señores y consejos, y por consiguiente los primeros de la ciudad, se entendian entre si para que no saliesen de la urna otros nombres que los que con corta diferencia eran de su clase. Pero este gobierno civil no impedia que Florencia reconociese siempre la soberania de los napolitanos.

No se libró de su dominacion Florencia hasta el año 1329, cansada de las exacciones, y de ver salir las inmensas contribuciones que se llevaban. Con esto motivo hicieron una nueva constitucion formando dos consejos: uno de ciudadanos, sacados únicamente del pueblo; y otro, que se componia de los nobles y de los ciudadanos notables. Estos notables distinguidos del pueblo hicieron como un tercer estado, y los dos consejos dos cámaras. Dicen que hubo una conjuracion contra este establecimiento; pero el modo con que nos la representan en la escena da motivo para creer que la supuso el gobierno mismo con el objeto de deshacerse de algunos ciudadanos sospechosos; ardid que no carece de ejemplares en las repúblicas.

Las continuas mutaciones en la administracion eran causa de sentimientos en unos y de esperanzas en otros; y así mantenian la inquietud en los espíritus, y la disposicion á los alborotos. El gobierno de los dos consejos, el uno todo del pueblo, y el otro noble y plebeyo, desagradaba al mismo pueblo, aunque tenia mas de democracia que de aristocracia. Se aprovecharon los consejos de una guerra contra Luca para persuadir al pueblo que no podia hallarse en su clase un general esperimentado, y que si éste se tomaba de los nobles seria sospechoso: por consiguiente era necesario nombrar un extranjero. Hicieron que cayese la eleccion en un aventurero de Lombardia llamado Gautier, que se titulaba duque de Calabria, imaginándose losinobles que pues les tenia obligacion les favoreceria. Cuando se vió en el empleo empezó á hacer la corte al pueblo, consintiéndolo la nobleza porque la daba á entender que solo tendia á adquirir autoridad para repartirla con los nobles; pero lo mismo fué sentirse con fuerzas suficientes en 1343, que invadir la soberanía.

Á la verdad no la conservó por mucho tiempo; pero esto mas fué por su culpa que por la constancia de los florentinos, porque los trató Gautier tan tiránicamente que el pueblo, tercer estado y nobleza, todos se rebelaron igualmente, y le espelieron. Como todo lo habia destruido con pretesto de reforma, todo se halló en confusion: por lo que eligieron catorce personas que diesen forma al gobierno. Nombraron pues ocho ancianos ó señores, cuatro de la nobleza y cuatro del pueblo, y los revistieron de un poder casi absoluto. Al pueblo, que era mas numeroso, lo chocó esta igualdad: se enfure-

Digitized by Google

ció, y peleó con la nobleza; quedaron vencidos los nobles; y aquellos populares del tercer estado, llamados tambien *notables*, confirieron los primeros puestos del gobierno á los que entre ellos brillaban ménos en sus gastos, y cuyo mérito no parecia muy temible. Bajo de este gobierno, puramente democrático, consiguieron los florentinos varias victorias en las guerras contra sus vecinos, y restablecieron la hacienda. Por hallarse muy adeudados crearon sobre el estado obligaciones á favor de sus acreedores: y estas obligaciones podian negociarse, traspasarse, y segun iban los negocios del estado subian ó bajaban. De este modo entraron en el comercio los fondos de la república, y se vendian ó compraban como otras mercaderías; y este origen tuvieron sin duda los papeles ó vales de crédito, que empezaron á ponerse en circulacion por los años de 1346.

Se hallaban tan bien los florentinos con su gobierno democrático, que, recelosos de que padeciese alguna mutacion por la influencia de dos familias poderosas, los Albici y los Ricci, establecieron en 1374, que ninguno que fuese de estas familias pudiese ser promovido á los empleos públicos; pero se escedieron en esta precaucion, queriendo que se declarase que los hijos de los nobles, que en otro tiempo habian sido proscriptos, serian inhábiles para poseer toda magistratura. Reclamaron los nobles, y entraron en su partido los *ancianos* ó *señores*, los cuales trataron con un poco de dureza á la plebe: venció ésta, y creó confalonero á un cardador llamado Miguel Lando.

Éste supo acreditar que era hombre de talento y resolucion. Los que le habian elegido le pidieron con tono dominante algunas cosas que le parecieron injustas, y se las negó. El populacho furioso eligió tumultuariamente magistrados, y enviaron al confalonero diputados, que le hablaron con insolencia. Tiró Lando de la espada, y cruzando la cara á aquellos impertinentes representantes, hirió á uno, echó de sí á los demas, y tomando con una mano la espada, y con la otra el estandarte, llamó á que le siguiesen los que tuviesen amor á la patria. Se le unieron algunos ciudadanos valientes, y avanzó con valor hácia donde estaban los magistrados que acababan de nombrar: halló la plaza desierta, porque los amotinados iban por otro camino á palacio; Lando los siguió, dió sobre ellos, y á todos los dispersó. Mandó hacer otra eleccion, en la cual los nobles tuvieron la ventaja; y despues de haber humillado al pueblo volvieron por consejo del confalonero á hacer otra nueva disposicion que les satisfizo, porque los cuerpos de oficio fueron divididos en grandes y pequeños; y por ser éstos mas numerosos, se les dieron cinco señores ó magistrados, y cuatro á los otros. De este modo quedaron los florentinos naturalmente clasificados en notables, que eran los mas ricos; y en populares, que eran los mas pobres.

Parecian ya olvidados los nombres de nobles y de plebeyos; pero por los años 1380 se renovó la animosidad entre las dos clases por varias calumnias que se esparcieron contra algunos nobles. Los acusaron de que querian entregar la ciudad á Cárlos de Duran, pretendiente al trono de Nápoles. Entró el pueblo en furor; y los nobles acusados, como que no les argüia su conciencia, se presentaron libremente al tribunal para ser juzgados. Los magistrados, despues de un maduro exámen, los declararon inocentes; pero el pueblo rodeó á los jueces, y los hubiera despedazado si no hubieran vuelto á tomar el proceso y condenar á los acusados. Se puso la sentencia en ejecucion.

Volvió el pueblo de su frenesí; y se avergonzó tanto, que se dejó poner el freno que la nobleza le presentó. Ésta llamó á todos los desterrados: quitó al cuerpo de los oficios ciertos privilegios; solamente se dejó al pueblo la tercera parte de los cargos ó empleos, privándole de los de mas importancia, y del derecho de tener confalonero de su cuerpo. La nobleza, que se vió mas venturosa de lo que debia esperar, no pudo moderarse, y fueron maltratados todos los notables que habian estado á favor de la última constitucion favorable al pueblo. Los grandes servicios que Miguel Lando habia hecho á su patria no le libraron de la proscripcion, estendiéndola los nobles aun sobre aquellos que no habian mostrado á su satisfaccion el suficiente ardor para defender los privilegios de su órden. En medio de las pasiones que agitaban á las familias, hubo una de éstas que siempre se habia distinguido por su exacta imparcialidad. Era ésta la familia de los Médicis, llamados á Florencia por la pública estimacion, y que ántes habitaban en un territorio vecino adonde iban los florentinos á consultarles en las circunstancias dudosas. Los llevaron á su ciudad en 1250, y desde entónces los habian igualmente respetado la nobleza y el pueblo, confiriéndoles indistintamente los cargos pertenecientes á los dos partidos. En cuanto podian se mantenian neutrales; pero algunas veces los precisaban á declararse, por lo que muchas veces se vieron espuestos á violencias.

En 1424 fué preciso aumentar las contribuciones por los reveses de una guerra contra el duque de Milan. Se exigieron de modo que los ricos sufriesen la mayor parte: éstos no se contentaron con el repartimiento: y como le sostenia el pueblo, interesado en aquella proporcion, se juntaron los nobles que tenian los cargos principales para pensar en los medios de hacer un nuevo catastro, y precisar al pueblo á admitirle. Los mas juiciosos y de mayor penetracion dijeron que seria imposible conseguirlo sin el consentimiento de Juan de Médicis, que por entónces no habia querido asistir á la junta. Todos convinieron en que era preciso procurar ganarle; pero él respondió á los que le enviaron: Que nunca influiria por su parte en lo que quisiesen emprender con perjuicio del pueblo; pero al mismo tiempo consiguió que éste se prestase á ceder algo en favor de la nobleza. De este modo se acercaron entre sí los dos partidos, y la prudencia de un solo hombre calmó la tempestad que amenazaba, tanto mas peligrosa, cuanto se trataba de dinero, causa ordinaria de las pasiones que turban la razon del pueblo, y le precipitan á los mayores escesos.

Murió Juan de Médicis en 1428, y de él se hace el elogio de que despues de *Atico* no ha habido hombre que supiese gobernarse con tanta habilidad entre las facciones opuestas, ni poseer tantos bienes, sin que nadie tuviese que decir. En las riquezas tenia una ventaja comun con la de los demas nobles, que las adquirian inmensas con comercio; pero lo particular en Juan de Médicis fué la generosidad sin límites, y una caridad, que nunca se retardaba por detenerse á examinar. Jamás se informaba de las personas, sino de las necesidades; y lo mismo era llegar á su noticia, que socorrerlas. Nunca pretendió los cargos del estado; pero se los conferian casi contra su voluntad. La benignidad de su carácter no le permitia la venganza, y solamente le inclinaba á lastimarse de los que le ofendian. Desinteresado y sin ambicion murió generalmente querido; y por un ejemplo, muy raro en un estado popular, no debió su estimacion á su elocuencia, que no pasaba de mediana, sino á una rara prudencia. Su hijo Cosme heredó su crédito y sus bienes; y tal vez hubiera vivido tan tranquilo como su padre, sin haber aspirado á mayor poder, si la envidia de sus enemigos no le hubiese precisado, por decirlo así, á hacerse dueño de la república sin título aparente.

Se gobernó Cosme, segun la máxima de su padre y de sus mayores, que era la de no declararse por ningun partido, obligando igualmente á todos, ganando los corazones con la liberalidad, y la estimacion con las virtudes. No obstante, no pudo persuadir, como su padre, que sus beneficios salian de un manantial tan puro como los de sus abuelos, y llegaron á sospechar que tenia miras ambiciosas. En Atenas le hubieran desterrado por el ostracismo, por ser tan temible por sus riquezas como por sus bellas calidades; pero en Florencia abusó la envidia, y dirigió contra él saetas mas peligrosas. Un ciudadano, llamado Reinaldo de Albici, que se vendia por franco republicano, se declaró abiertamente contra él: empezó á intrigar, y consiguió que eligiesen un confalonero de su gusto; y luego que tomó éste posesion,

le empeñó en que citase á su tribunal á Cosme de Médicis. Compareció éste, y al punto le arrestaron: presentóse Albici armado, é hizo nombrar un consejo de doscientos que reformase el estado, é hiciese el proceso á Cosme.

El prisionero oia desde la torre, en donde estaba encerrado, que aquel pueblo, que ántes le era tan afecto, gritaba tumultuariamente en la plaza, diciendo unos que era preciso desterrarle, y otros que se le debia quitar la vida. Temia por otra parte el veneno, y se estuvo cuatro dias temblando, sin comer mas que el pan preciso para no morir de hambre. Desde el retiro de su prision halló medio de distribuir dinero al pueblo, y se contentaron con desterrarle. En 1434 se retiró á Venecia y fué muy bien recibido. En el espacio de un año que duró su ausencia trabajaron sus amigos con tanta eficacia, que mudó el pueblo de opinion, y volvió á llamarle. Su vuelta pareció un triunfo, y entónces tuvieron Albici y sus partidarios que cederle el campo de batalla. Se hizo Médicis crear confalonero; y los destierros, las confiscaciones, las multas, la prision y la misma muerte, fueron el premio de los que le habian perseguido.

Perdonó á aquellos nobles y notables que no se le habian mostrado muy encarnizados enemigos: á algunos los dejó en la ciudad; pero los puso en la clase del pueblo; y distribuyó entre sus hechuras los bienes de los desterrados. En las elecciones no entraban en el escrutinio aquellos de quienes no habia seguridad. Los magistrados criminales se tomaron entre las cabezas del partido en número de siete, con poder de vida ó muerte sin apelacion. Como, segun las antiguas leyes, el destierro debia ser por tiempo determinado, se estableció que los desterrados, en espirando su término, no podrian volver á entrar en el estado, sin que treinta y cuatro miembros de los treinta y siete que componian el colegio de los señores, diesen su consentimiento. Se prohibió toda correspondencia con los desterrados, y no se necesitaba mas que una palabra, un gesto, una señal, á la que se pudiese dar sentido equívoco, para ser tratado un hombre como sospechoso, y desterrado ó encerrado. No se ve que sujetasen á las mugeres con este rigor. En una palabra, se emplearon todos los medios imaginables para asegurar el gobierno, hasta hacer liga con el papa y los venecianos para defenderle contra los esfuerzos de los malévolos, y de este modo duró diez años sin inquietudes. Pasado este tiempo hubo un movimiento en 1444; pero se sosegó con la espulsion de los malcontentos, y el partido dominante se consolidó.

Quince años despues hicieron otro esfuerzo para derribar el edificio de Cosme; pero este grande hombre, asegurado de su solidez, dejó á los ambiciosos é intrigantes que hiciesen cuanto podian contra su obra, persuadido á que volverian á sus reglamentos, y al gobierno que él habia trazado. Para disminuir su autoridad hicieron sus enemigos que se determinase un nuevo modo de elegir los magistrados; pero Médicis habia tomado tan bien las médidas, que no se hallaron elegibles mas que sus amigos. Los mismos envidiosos, frustrada su esperanza, imaginaron restituir al pueblo su antiguo poder. Apenas se vió éste con la potestad, cuando abusó de ella; y los mismos que se la habian procurado, fueron á suplicar á Cosme que le hiciese entrar en la obligacion. Consintió en hacer de su parte lo posible, como fuese sin violencia, y lo consiguió. Por entónces era confalonero Lucas Pitti, hombre vano, de mucho fausto y poca riqueza. Á éste le daba Médicis con profusion con que satisfacer sus gustos, y sobre todo la pasion de hacer edificios, pues levantó dos soberbios palacios, uno dentro de la ciudad y otro fuera. Este último se llamó el palacio *Pitti* que es de los mas soberbios de la Europa, y en el que despues siempre han vivido los grandes duques de Toscana, llevándose todavia la admiracion de los extranjeros.

Murió Cosme de Médicis de setenta y cinco años, sin título en la república á la hora de su muerte; pero en el sepulcro le honraron con el de padre de la patria, al cual la posteridad añadió el sobrenombre de Grande, por las muchas riquezas que acumularon él y su familia. Se presume que los Médicis tenian conocimiento de algunos canales secretos para el comercio de las Indias, y que se les inutilizaron con el descubrimiento del paso por el Cabo de Buena Esperanza. Ninguno de los reyes y príncipes de su siglo, y lo mismo pudiera decirse de los siguientes, ha gastado tanto como él y sus sucesores en edificios magníficos, en generosidades, en obras de caridad, y en animar las ciencias y las artes. Prestaba grandes cantidades al estado, y nunca le pidió el reembolso. Apenas habia ciudadano en Florencia á quien no adelantase sin ser suplicado. Sus fundaciones religiosas tienen un no sé que de admirable, aunque en nada era beato, y ántes bien solia decir: «Que á los hombres no se les gobierna con solo el rosario.» Además de su palacio de Florencia tenia otros cuatro en diferentes sitios, que escedian á los de los monarcas. En medio de este lujo, digno de un rey, era Cosme modesto, y sin afectacion en su persona ni en sus costumbres. Siempre pareció un simple ciudadano. Casó sus hijas y sus nietas con los mas dignos entre sus compatriotas. No era hombre literato; mas no por esto dejó de ser el mayor protector de los sabios. Á él se le debe el renacimiento de las artes en la Italia. No tenia mas pasion que la de hacer á su patria poderosa y magnífica.

Pedro su hijo, que entró en los derechos de su padre, se dejó engañar de un falso amigo, que era realmente enemigo secreto de su familia. Viéndole algo embarazado en sus negocios le persuadió que pidiese á la república y á los particulares las cantidades cuyos recibos habia hallado entre los papeles de su padre. Esto, que no se esperaba, hizo muchos malcontentos: sobrevinieron considerables quiebras, y echaron la culpa á Médicis. Los malévolos imaginaron hacer contra él un libelo, que corriese entre sus partidarios, para conseguir las firmas ó signaturas; pero Médicis, que hizo correr otro opuesto, halló que muchos de los mismos nombres se hallaron en las dos protestaciones contrarias.

La eleccion de los magistrados era ordinariamente el momento en que se renovaban las cábalas. En 1466 se descubrió una que tendida á abatir el gobierno y abolir el consejo estraordinario que Cosme hábia establecido como solo provisional, cuyo término ya espiraba. Pedro, aunque enfermo, y debilitado con sus males habituales, se gobernó en esta ocasion con mucha fortaleza. Sostuvo el establecimiento de su padre: fueron desterrados sus contrarios, entre los cuales se hallaba Agnolo Acciaioli, que habia sido afecto á los Médicis. Cansado éste de su destierro, escribió á Pedro, haciéndole presente su antigua conexion, y los servicios que su familia habia hecho á la patria; y diciendo tambien que si le habia sido contrario, no fué su ánimo hacerle daño, ni tuvo otra mira que la ventaja de la república. Pedro le respondió con fiereza: «Jamás persuadirás á ninguno que haya tenido Florencia mas señales de buen afecto de parte de los Acciaioli que de los Médicis. Vive, pues, en donde estás, con oprobio, pues no quisiste vivir aquí con honor.»

Esta misma fortaleza de Pedro para con sus enemigos la esperimentaban igualmente sus mismos partidarios cuando abusaban de su confianza y de su nombre para cometer injusticias. Los hizo comparecer delante de la cama á que le tenia sujeto su enfermedad, y les reconvino por su ambicion y rapacidad; por haber repartido entre sí los despojos de los desterrados, apoderándose de las rentas del estado; y en fin por haber oprimido á los inocentes, vendiendo la justicia. «Si continuais, les dijo, yo me tendré que arrepentir de mi eleccion; pero tambien haré que os arrepintais de haber abusado de mi confianza.» Se dice, que, viendo que sus reconvenciones eran inútiles, pensaba en llamar á los desterrados para reprimir la insolencia de los que gobernaban cuando murió en 1472. Dejó dos hijos, Laurencio y Juliano, demasiado jóvenes para entrar en los negocios de estado; pero Tomás Soderini, amigo de su padre, los presentó

Digitized by Google

á la asamblea del pueblo, como hijos de la república, y ésta los recibió con aclamacion.

Aunque Cosmo y Pedro de Médicis habian sido tan poderosos, no eran con todo eso gefes del estado por título que les diese autoridad legítima; porque los tribunales, consejos, confalonero y cabezas de los gremios existian como de ordinario, aunque todos eran del partido de los Médicis, y recibian de ellos tal influencia, que las otras familias, en donde no faltaban sujetos considerables, no tenian crédito, ó le tenian por sola tolerancia y proteccion de la familia dominante. Los Pazzi eran entre éstos la familia mas importante, y resolvieron sacudir el yugo que llevaban con impaciencia, deshaciéndose de los dos Médicis, que aunque jóvenes eran mirados como cabezas de su familia.

Se supone que el amigo hizo gran papel en la conspiracion de los Pazzi contra la vida de los dos hermanos. Julian de Medicis y uno de los Pazzi hacian la corte á una misma dama; y como Julian fuese preferido, agregó á la venganza de sus parientes su odio personal contra su rival en el amor. Siempre el puñal de la envidia hirió con mas seguridad que el de la ambicion. Solo Julian cayó bajo el hierro de los asesinos, y el horror de muerte tan atroz se aumentó con una circunstancia que enternece. Mientras todos huian de la iglesia, en donde acababa de cometerse el homicidio, una muger, que seria el objeto de los zelos de Pazzi, atravesó por la multitud: se arrojó sobre el cuerpo ensangrentado, lo regó con sus lágrimas, llamó á Dios por testigo de que era su esposa, y que el niño que llevaba en su seno era fruto de su legítima union. No era necesario mas que este espectáculo para irritar la indignacion: persiguieron á los asesinos, los aseguraron y los ahorcaron de las ventanas de las casas adonde se habian refugiado. Ordenaron que á Laurencio se le diese guardia, y asi esta conjuracion, dirigida á aniquilar á los Médicis, les allanó el camino á la soberanía; bien que ésta solo fué pasagera. Debe notarse que, para asegurar este gran político su autoridad, se sirvió con sumo cuidado de un medio que casi siempre ha surtido buen efecto en el pueblo, y es el de no permitirle jamás que su atencion descanse. Tuvo casi continuas guerras, cuyos sucesos, por ser varios, distraian de los asuntos del gobierno los pensamientos. Mientras duraban las hostilidades no hubiera sido prudencia tratar de la administracion; esto lo conocia el pueblo; y entre tanto que su inquietud estaba enteramente ocupada en lo que sucedia fuera, no advertia las cadenas que le forjaban dentro.

Otro motivo de distraccion y escelente para el pueblo son los espectáculos y diversiones. Se hablaba de una fiesta, cuyos preparativos duraron cinco meses, y acudia á Florencia toda la Italia; porque las riquezas de aquella capital la hacian el centro de todas las gentes deseosas de divertirse. Fueron allá el duque y la duquesa de Milan, y los recibieron magnificamente. Ya la opulencia y la ociosidad habian afeminado á los florentinos, cuya juventud principalmente daba en los mayores escesos de lujo, y se aumentó mas con la presencia de una corte galante cuyos recreos se procuraban. Habia emulacion de desórdenes entre los milaneses y florentinos. Ya llegaron á preciarse de quebrantar las leyes de la cuaresma en sus convites, lo que jamás habia sucedido, y todo se sufria porque en esto tenian interés los Médicis. Por otra parte debe hacérseles la justicia de que nunca habia estado Florencia tan poderosa y tan magnífica como en el tiempo de su administracion; pues Laurencio hizo florecer las artes y las ciencias sobre todo cuanto se habia visto en ningun pueblo, à escepcion de los atenienses. Murió honrado con el título de *padre de las musas;* y todos los príncipes de Italia enviaron sus embajadores á hacer á la república los cumplimientos del *pésame*.

Su hijo se llamaba Pedro, y empezó su administracion con infelices auspicios, si asi puede llamarse la simple preponderancia en una república. Por entónces hacia Carlos VIII su invasion su Italia; y, creyendo Pedro de Médicis que con la proteccion de este jóven conquistador aseguraba su poder, fué, sin ser autorizado para ello, á concluir en 1494 un tratado, por el cual entregaba al monarca algunas fortalezas que le abrian el camino de Florencia: pero cuando volvió para hacer que se ratificase este tratado, le recibieron mal, y se vió precisado á ponerse en salvo. No por eso dejó Cárlos de avanzar hácia la ciudad, y fué necesario dejarle entrar; mas no hizo en ella todo lo que queria. Habia introducido soldados: se habian puesto los florentinos sobre las armas, y se disputaba acerca de las condiciones, pues Cárlos pretendia dejar en la ciudad al salir de ella ciertos agentes con jurisdiccion, y con el título de *ministros de ropa larga*. Pedro Caponi, uno de los magistrados de Florencia, pareciéndole demasiado duras las proposiciones que le leian como última resolucion, arrancó el papel de las manos del secretario, le hizo pedazos; levantó la voz y dijo: «Ahora bien, mandad tocar el tambor, que nosotros tocaremos las campanas.» Creyeron los franceses que tanto atrevimiento estaba sostenido de fuerzas no conocidas para ellos, y se contuvieron. Por el tratado que despues se hizo se levantó la confiscacion de los bienes, se revocó el decreto de destierro publicado contra Pedro y sus hermanos; pero bajo la tácita condicion de que no habian de acercarse á la ciudad á treinta leguas de distancia.

Desde este punto se creyó libre Florencia, y solo pensó en disponer un gobierno. Antonio Soderini propuso este plan: «Que hubiese una junta: que todos los oficiales y magistrados fuesen nombrados por esta asamblea permanente; y que la misma eligiese magistrados particulares, los cuales hiciesen nuevas leyes, y arreglasen los negocios principales del estado, cuales son la paz y la guerra: y todo esto con independencia del consejo general, por ser puntos que piden frecuentemente las luces superiores, actividad y secreto que regularmente no se hallarian en una asamblea general.» Á éste llamaba Soderini gobierno democrático ó popular; pero Vespucci probó que era una verdadera aristocracia, en la cual solo faltaba un dux; y que por otra parte era un plan quimérico impracticable y que no podia acomodarse al carácter florentin; que Florencia con un gobierno popular, en caso que lo fuese el de Soderini, no haria mas que pasar del estremo de la tiranía de los grandes al de la libertad desenfrenada, que es la peor de las tiranías.» Vespucci citaba pruebas de la historia de Atenas y de Roma: no queria dejar al pueblo mas que la eleccion de los magistrados en su asamblea general; quedando la disposicion de los negocios para los magistrados elegidos por escrutinio, y solo por tiempo limitado, para que de este modo, concluida la eleccion, quedase el pueblo despojado de toda autoridad.

Mientras se ventilaban las dos cuestiones de si el pueblo despues de la eleccion, habia de ser algo ó nada, cortó la dificultad Gerónimo Savonarola, religioso fanático que con sus predicaciones habia adquirido grande reputacion en la ciudad, y para muchos pasaba por profeta. Éste declaró era la voluntad de Dios que Florencia fuese gobernada por el pueblo. Adoptó el populacho tan generalmente el oráculo, que nadie se atrevió á contradecir; y se convino en que todos los ciudadanos tuviesen derecho al gobierno. No obstante, á fuerza de esplicaciones, privaron del voto en la asamblea general á algunas clases á las cuales por su pobreza, ó por otras razones, escluian las antiguas leyes; y para que el pueblo, despues de sus elecciones, no perdiese toda influencia, se estableció que solo á él perteneciese aprobar las leyes dispuestas por los magistrados.

Savonarola, ídolo del pueblo, triunfó por algun tiempo, con el poder que habia procurado al pueblo mismo, pero el abuso que hizo de su crédito, inspirando al populacho para que se atreviese á luchar contra los magistrados, hizo tomar la resolucion de destruirle, oponiéndole otro semejante predicador, que con su entusiasmo le quitó la mitad del séquito. Se desafiaron los dos

rivales: prometieron los partidarios de Savonarola un milagro, y no lo hicieron: con lo cual decayó su crédito sensiblemente, sucediendo el odio del pueblo á la adoracion. Los magistrados, que solo pretendian desembarazarse de él, deseaban que se pusiese en salvo; pero él no quiso. Le arrestaron, le pusieron á cuestion de tormento para hallarle delitos, y dicen que declaró haber abusado de las confesiones; y el pueblo desengañado, ó mas engañado que ántes, vió con gran sosiego ahorcar y quemar á su favorito.

El gobierno popular, como lo habian bien previsto, no se contuvo en los límites que el establecimiento prescribia; porque el consejo general puso hombres sin talento á la cabeza de los negocios, y éstos fueron perdiendo en sus manos. En 1498 hubo una gran carestía de víveres; y á vista de ésta y otras desgracias, empezaron á echar de ménos el gobierno de los Médicis, y hubo á su favor una conjuracion que no tuvo efecto, no tanto por la oposicion del pueblo, cuanto por la de algunas familias ilustres, que temieron verse eclipsadas con la presencia de ellos. Cuatro personas distinguidas, que se habian declarado por los Médicis, fueron castigados con la muerte, pero esta catástrofe no espantó á los partidarios, ántes volvieron á cargar con mas fuerza en 1515. Desde 1494, en que Pedro habia sido echado de Florencia, andaba al rededor de esta ciudad, y no volvió á entrar en ella por haberse ahogado en el rio Garillan. Tenia dos hermanos todavía muy jóvenes: Juan, que ya era cardenal, y fué despues Leon X, y Julian. Por entónces se gobernaba la ciudad por el consejo general y un confalonero llamado Soderini; pero Juan conservaba con sus liberalidades el partido de su familia.

Soderini habia dejado tomar á los franceses la ciudad de Prato, despues de una pérdida que no le permitió defenderla. Esto, que no era mas que una desgracia y efecto de la inconstancia de la fortuna, se pintó como una traicion. Murmuró el pueblo, y mostró su indisposicion contra el confalonero. Todo estaba preparado para aprovecharse del primer movimiento de indignacion. Tres caballeros jóvenes, Veltori, Albici y Valori, amigos de los Médicis, se presentaron á la puerta del palacio, entraron sin oposicion, fuéron derechos al cuarto del confalonero, le amenazaron con la muerte si al punto no salia de la ciudad, y le ofrecieron la vida si obedecia. Soderini cedió y partió. Los conjurados juntaron á los magistrados, instándoles á que depusiesen con toda formalidad al confalonero; y, aunque á su pesar, lo cumplieron. Hicieron entrar al cardenal de Médicis, que estaba á las puertas: y él pidió solamente que su familia y los que habian seguido su suerte fuesen recibidos en su patria como simples particulares, y que se les permitiese recobrar en un tiempo estipulado los bienes que habia enagenado el fisco, reembolsando ellos á los compradores el principal y gastos.

La peticion era demasiado moderada para que se la negasen. « Dame, decia Arquímedes, un punto de apoyo, y yo levantaré el globo de la tierra. » Lo mismo podemos decir: « Dejad que un ambicioso ponga el pié, y vereis cuán pronto vence todos los obstáculos. » Previendo los florentinos lo que podia suceder con el regreso de los Médicis, se armaron de precauciones contra los proyectos opresivos de esta familia. Habia un consejo de ochenta, que arreglaba los principales asuntos, y se renovaba cada seis meses. Se estableció que jamás fuesen recibidos en él sino los que hubiesen pasado por los cargos mas elevados, para que de este modo siempre se compusiese de sujetos de esperiencia y versados en los negocios de estado. Se añadió que el confalonero, que en el primer momento del entusiasmo habia sido declarado perpetuo, se eligiese todos los años.

Estas disposiciones de ningun modo convenian á las miras de los Médicis; pero el cardenal, y Julian su hermano, á quien él dirigia, cuidaron muy bien de no hacer oposicion perceptible, dedicándose á ganar insensiblemente al pueblo con afabilidad y liberalidades, y á captarse la aficion de los jóvenes nobles facciosos, necesitados y apasionados al lujo, que vivian ociosamente en Florencia. Introdujeron secretamente soldados españoles: hicieron convocar con algun pretesto la asamblea general, y, mientras el pueblo deliberaba, se vió de repente acometido. Exigieron de él que nombrase quince personas en cuyas manos pusiese el pueblo todos sus poderes; y estaban ya tomadas las medidas para que todas quince fuesen amigas de los Médicis. Se calificaron éstas con el nombre de *consejo supremo*, y restablecieron el gobierno segun estaba antes de la espulsion de los Médicis. Tomaron éstos su asiento antiguo, gobernaron con mas imperio que nunca, y se les concedió tambien una guardia perpetua.

Fué Juan nombrado papa en 1513, y tuvo que ceder toda su autoridad en Florencia á Julian II, el cual se propuso por modelo de su conducta la de su padre Laurencio, y con sus virtudes conquistó el corazon de sus conciudadanos. Murió jóven, y no dejó mas que un hijo llamado Hipólito, cuya legitimidad no estaba bien reconocida; y Leon X, por esta razon, ó por algun otro defecto, dispuso que reemplazase á Julian el hijo de su hermano mayor, Pedro el desterrado, que ya estaba en edad de gobernar. Á este príncipe, llamado Laurencio el Jóven, le dieron el sobrenombre de *Magnífico*. Este epíteto pinta en una palabra lo que se debe pensar de su reinado, que fué no obstante indolente. Murió en 1519 sin hijo legítimo; pero reconoció como suyo al hijo de una esclava, con la cual dicen habia tenido comercio como otros muchos. Se llamaba este hijo Alejandro.

Era entónces arzobispo de Florencia y cardenal Julio de Médicis, hijo natural de Laurencio I. Éste reunió en su persona, con la autoridad espiritual, la temporal, y la conservó hasta que le eligieron papa en 1523, con el nombre de Clemente VII; y entónces envió por sus tenientes á Hipólito, que ya era cardenal, y á Alejandro, hijo natural de Laurencio II. Lo llevaron á mal los nobles y en 1527 hubo entre ellos una violenta conmocion, en la cual tomó parte el pueblo. Negociaron Hipólito y Alejandro; y con sacrificios oportunamente manejados, apaciguaron á los envidiosos de su familia, y la hicieron recobrar la altiva disposicion que observaba cuando se vió en la precision de dejarla; pero volvieron á ceder con motivo de haber el condestable Borbon con su ejército encerrado á Clemente VII en el castillo de San Angelo.

Pero todavía se les preparaba otro golpe mas funesto por el entusiasmo y poca destreza de una muger de su familia. Claricia de Médicis, muger de Felipe Strozzi, tia de Alejandro y de Hipólito, se dejó arrebatar del bello proyecto de restituir la libertad á su patria. Habia tomado grande ascendiente sobre su marido, que era muy bueno y demasiado dócil; y asegurada por esta parte, fué á verse con sus dos sobrinos, exhortándolos á que hiciesen á su patria el sacrificio de una autoridad que era injusta. No se duda que procedia de acuerdo en este paso con los cabezas de una faccion poderosa, que se valieron de ella para que Strozzi, comandante de las fuerzas de Florencia, no les estorbase en sus designios. Era Claricia de buena fé; y, no habiéndose propuesto otras miras que la libertad de su patria, no advertia que mientras ella estaba persuadiendo á sus sobrinos, les hacia perder un tiempo precioso, de que se aprovecharon sus enemigos. Con efecto, entre tanto que estos príncipes consultaban y trataban con ella y con su esposo, se juntó el consejo general, y anuló todo cuanto se habia hecho desde que llamados los Médicis, á peticion del cardenal, despues Leon X, se habia creado el consejo general, y restituyó á la república la forma de administracion que ántes tenia, esto es, un gobierno popular. Se declaró que podrian libremente permanecer en Florencia los sobrinos del papa, y aun con privilegios; pero ellos, creyendo que no estaban allí seguros, no se aprovecharon de esta condescendencia, y por consejo de Strozzi dejaron la ciudad. Al pueblo no le pareció bien que no los hubiese detenido su tio; y como, viéndose fuera, se apoderaron de

Digitized by Google

algunas fortalezas, empezó á decirse que habia connivencia ó inteligencia entre el tio y los sobrinos, y fué fortuna que Strozzi, objeto del furor popular, se pusiese en salvo. Á Claricia, que tanto habia hecho por la libertad, y queria seguir á su marido, la detuvieron como en rehenes con su sobrina Catalina, que despues fué reina de Francia. La sacaron de su palacio, temiendo que éste sirviese de lugar de concurrencias; y de este modo Strozzi y su muger, primeros agentes de la revolucion, fueron sus primeras víctimas.

Estaban los florentinos como embriagados de júbilo: no habia ventajas que no se prometiesen por haber vuelto á su libertad: decian que por último iban á ser dueños de su casa, y los árbitros de Italia, como lo habian sido: que ya no habria mas impuestos que los que ellos quisiesen admitir, cuando los Médicis les habian costado mas de quinientos mil ducados, espendidos en guerras, que no tenian por objeto á la república. De este modo llegó á los últimos términos el encono contra los que miraban como á enemigos de la patria. Insultaban públicamente á cuantos creian de este partido: quitaron sus escudos de armas, y aun hubieran puesto fuego á sus palacios á no haber temido que se propagase el incendio á las otras casas.

Eligió el pueblo por confalonero á Nicolás Capponi, hijo de aquel que habia despedazado en presencia del rey de Francia el papel que contenia las orgullosas pretensiones del monarca. Era hombre prudente, que no incurria en los escesos del pueblo, al cual quiso reconvenir manifestando que no era razon dejarse arrebatar de un momento de prosperidad, y espuso que seria muy acertado no ofender al papa en la persona de sus parientes; siendo muy posible que el pontífice se concordase con el emperador y volviese sobre ellos; pero «¡sustos vanos! esclamaron todos, y temores pusilánimes de un hombre, que tal vez aconseja estas precauciones para encubrir proyectos de traicion ya premeditados.» Se hizo Capponi sospechoso; y, conociendo lo poco que debe confiarse de un pueblo ligero, turbulento ó incapaz como aquel de renunciar á sus primeras ideas por mas razones que le propusiesen, se puso de parte de los nobles. El mayor número de éstos habia entrado en la revolucion por envidia contra los Médicis; pero, viendo que nada ganaban con ella, y que el pueblo, en vez de estimar su condescendencia los miraba siempre como á enemigos, se arrepintieron de su infructuosa connivencia con el pueblo, y Capponi los halló muy inclinados á unirse con él cuando sondeó sus disposiciones.

Habia pues en Florencia tres partidos bien declarados: el de los Capponi y los nobles, que llamaban los *Optimatos*, el de los populares, y el de los neutrales, que era el de aquellos ciudadanos juiciosos y moderados que desaprobaban los escesos de los otros dos, y no queriendo alistarse en uno ni otro, sufrian algunas veces el dolor de verse detestados de ambos. Los *Optimatos*, débiles todavia, no se atrevian á hacer frente á los empeños de los populares: pero censuraban las resoluciones y ponian los obstáculos posibles á la ejecucion sin esponerse. El pueblo, detenido en su marcha, tomaba, por decirlo así, impulso, y se arrojaba mas allá de los límites que tal vez se hubiera prescrito si no le contradijeran. Todo era desórden y confusion en la administracion de los negocios; de una parte y de otra con ninguno estaban contentos; y los reglamentos mas propios para exasperar los espíritus se adoptaban con mas entusiasmo.

Se habia establecido que se olvidase todo lo pasado. El pueblo se levantó contra este acuerdo, y nombró síndicos que descubriesen los fraudes cometidos en el manejo de los caudales públicos. Estas pesquisas caian sobre los ricos, y se hicieron con un rigor que no estaba exento de injusticia. Encargaron la cobranza de nuevos impuestos á otros síndicos, y éstos se portaron con mucha dureza. Se dió órden para la venta de la décima parte de los diezmos de la iglesia y otros lugares de piedad; se mudaban continuamente los magistrados de diferentes tribunales y sus cargos. Llamaron á los embajadores que tenia la república en diferentes potencias, porque eran, ó porque se sospechaba fuesen del partido de los Médicis. Se hicieron leyes rigurosas sobre la administracion de justicia, y nunca estuvo peor administrada. Con pretesto de libertad se toleró el desenfreno en las costumbres, y contaban por principio recibido los estravios de la imaginacion. Fueron tiranizadas las conciencias; y en una palabra, hicieron todo cuanto se necesitaba para eternizar las disensiones en lo interior y retirar el favor de las otras potencias.

Entónces, como lo habia previsto Capponi, se estaba concertando el papa con el emperador, el cual no puso dificultad en favorecer al pontífice, como que tenia interés en ganar su volutad para echar enteramente de Italia á los franceses. Ya los florentinos se habian privado del apoyo de éstos, agregándose á la liga del emperador y los venecianos contra ellos; de suerte que se hallaron en la mayor confusion cuando vieron que, reconciliado el papa con el emperador, podrian ser abandonados del uno, y víctimas del resentimiento del otro. No obstante, observaron buen continente: reforzaron sus tropas, continuaron en juntarlas con las del emperador, como si contaran mucho con él; y al mismo tiempo trabajaban en las fortificaciones de su ciudad, en la cual reinaban siempre alborotos.

Capponi, que se habia hecho sospechoso porque no se sacrificaba ciegamente á la animosidad del pueblo contra los Médicis, ofreció en pública asamblea resignar su cargo de confalonero. No fué aceptada su dimision; pero á pocos dias le imputaron sus enemigos una carta de colusion entre él y los Médicis. Con bastante dificultad salió del peligro en que le puso esta calumnia. Le llevaron á una cárcel, y, despues de haberle tenido tres horas debajo del cuchillo, fué reconocida su inocencia, y le condujeron á su casa con honor; pero no estuvo en ella mas tiempo que el necesario para preparar su retiro en el campo. En éste se encerró con su muger y un solo criado, con absoluta separacion aun de sus amigos, para que no le afligiesen con la relacion de los males que amenazaban á su infeliz patria. Al principio de 1528 esperimentaron los florentinos lo que un estado desunido debe esperar de sus aliados. El duque de Ferrara, de quien esperaban por momentos el socorro que habian pagado, guardó su dinero, y no les envió tropas. Los venecianos les enviaron en lugar de soldados exhortaciones para que lejos de desalentarse se preparasen á la defensa, pues no los abandonarian en la necesidad. El emperador les habló con mas claridad, haciéndoles entender que él miraba á Florencia como un feudo del imperio, de que podia disponer; y no les disimuló sino con frialdad que esta disposicion podria ser á favor de los Médicis. Ya no les quedaba que elegir sino uno de estos dos partidos, ó sufrir las cadenas de los Médicis, ó aventurarlo todo para quedar libres. Los florentinos en su despecho contra el papa, que los sujetaba en sus lazos, habian llegado á los últimos términos; y el papa no cedia en su enojo. Unos y otros, en la guerra á que se preparaban, se disputaban el famoso capitan Malatesta; pero le hicieron los florentinos proposiciones tan ventajosas, que le llevaron á sus banderas, dándole el mando de sus tropas. Con semejante general no habia felicidades que no esperasen; pero fueron derrotados; perdieron á Perusa, Arezzo, y Cortona, y vieron con dolor y aturdimiento volver á entrar en sus muros las reliquias de sus batallones, quedando precisados á defender ellos mismos su ciudad, tomando Malatesta el mando.

No tardaron en presentarse el papa, el emperador y otros confederados: y se empezó el sitio, aunque no se hizo con actividad. Segun parece querian dar tiempo á las negociaciones, y dejar madurar el cansancio de los florentinos; pues en medio de las hostilidades se introdujeron proposiciones. Malatesta las oia, y parecia

Digitized by Google

que todo lo comunicaba á los florentinos. Cuando los veia alborotados contra condiciones demasiado duras, se acomodaba con su modo de sentir, hacia cantar misas, y exigia del pueblo y de las tropas el juramento de defenderse hasta morir. Cuando el pueblo cedia, se dejaba arrastrar de sus ideas, y se presentaba á no despreciar los medios indirectos de nuevas proposiciones; pero siempre las recibia mal el consejo del emperador, manteniéndose éste en la resolucion ya anunciada de disponer de Florencia como de un feudo, sin esplicar cómo ni para quien. El papa respondia que nunca habia tenido intencion de oprimir la libertad de los florentinos; y que al contrario, á no haber él solicitado suspender los esfuerzos del emperador, ya la habrian perdido, pero que nunca consentiria en que tuviesen un gobierno sin fé, lleno de pasiones, que enarbolaba el estandarte de la proscripcion, y solo se sostenia con asesinatos: que ellos habian declarado por rebeldes á escelentes ciudadanos, á quienes habian maltratado de todos modos; y que á él mismo le habian insultado horriblemente, derribando sus efigies, y ahorcándole en estatua.

Los florentinos, negociando siempre, se iban quedando sin las fortalezas de Pistoya, Pietra Santa y Prato, y todas estas pérdidas con un comandante como el valiente Malatesta. Este general, que á la verdad era conocido por interesado, tenia su muger, sus hijos y todos sus bienes en poder de los enemigos de Florencia, pero decian sus amigos en la ciudad, que era tan lleno de honor, tan delicado y valiente, y de pensamientos tan heroicos, que sospechar traicion en él seria hacerse injuria á si mismo. Cuando Malatesta hablaba al pueblo no tenia mas palabra en la boca que la de *libertad*, y la llevaba escrita en la birretina. Si le proponian acciones de vigor ó de salidas, recibia el proyecto con entusiasmo, le seguia con calor, en todo queria hallarse, y no sufria que se disparase sin él un fusilazo. Las órdenes se daban maravillosamente; pero se ejecutaban mal, unas veces por demasiado ardor en las tropas, otras por error en los gefes, y otras por contratiempos que seria imposible preveer.

El principe de Orange, que mandaba el sitio, sacó de las lineas la mayor parte de su ejército para interceptar un socorro que les venia á los florentinos. Los capitanes de éstos exhortaron á Malatesta á que diese sobre las lineas mientras se hallaban sin aquella parte de su guarnicion. Despreció con aspereza tan imprudente proposicion, pero cuando supo que el campo habia estado por largo tiempo debilitado, se arrepintió amargamente de haber perdido tan bella ocasion: «¿Pero quién habia de creer, añadia suspirando, que un general tan hábil habia de desguarnecer sus lineas hasta esponerlas al riesgo de ser derrotadas?» El principe acometió y dispersó el socorro: impidió la entrada de los viveres; pero le mataron, y dicen que le hallaron una carta de Malatesta, en que éste le decia que dejase sin temor su campo, pues le prometia no atacar á los que dejase en las lineas.

Se iban consumiendo los florentinos con la pérdida de las tropas, con la falta de viveres y municiones, y la disipacion del dinero con que todo esto se adquiere. Suplieron el *déficit* con una loteria de los bienes de los rebeldes, que produjo una grande suma. El gran consejo, despues de haber sido de diferentes opiniones por once veces, determinó que se llevase á la casa de la moneda todo el oro y plata que se hallase entre los ciudadanos; y, á escepcion de los vasos rigurosamente necesarios al servicio divino, cuanto hubiese en los lugares sagrados. Se vendió la pedreria de las reliquias: todo lo sacrificaban con gusto los florentinos en defensa de su libertad, como que era su divisa, *pobres y libres*, y ésta estaba escrita con grandes caractéres sobre las puertas de las casas, y sin duda profundamente grabada en los corazones. ¿Pero qué remedio hay contra la fuerza favorecida de la perfidia?

Por último, abrieron los florentinos los ojos sobre las traiciones de Malatesta; quisieron despedirle, y tomaron la ocasion de que se obstinaba en una composicion que no les parecia ventajosa, y se negaba á hacer una salida que todos deseaban. El estilo con que le despidieron, aunque tan honorifico cuanto fue posible, no le agradó; y abrasado en una cólera fingida ó verdadera, cuando le intimaron la despedida, se arrojó con el puñal en la mano á uno de los comisarios, y le hizo muchas heridas. Los soldados, aunque pagados por los ciudadanos, conociendo mejor que ellos á su general, se colocaron al rededor de éste: salieron de sus lineas al mismo tiempo los sitiadores, tremolaron sus banderas, y amenazaron con el asalto. Toda la ciudad se halló en confusion, las mugeres se refugiaron aturdidas en las iglesias, y pidieron á gritos que se hiciese la capitulacion. Gran parte de ciudadanos quisieron que se hiciese una salida contra los enemigos y morir con las armas en la mano; pero en el horrible desórden en que estaba la ciudad, hubiera sido su ruina seguir esta resolucion. Los magistrados, los ancianos, y la gente de mas moderacion consiguieron que se acomodasen á la razon, principalmente la nobleza, que era la mas irritada. Consintieron pues en una composicion, y no fué menos dificil concluirla. Si la ciudad se rendia, todo lo recibian bien los sitiadores, como que estaban seguros de que despues cumplirian con lo que les pareciese; y así no se negaron á que se pusiese por cabeza del tratado la garantia de la libertad en estos términos: «La forma del gobierno de Florencia será restablecida por S. M. imperial en el espacio de cuatro meses, salva siempre la conservacion de la libertad de los ciudadanos.» Los otros artículos eran de conveniencia ó de policia, y fueron ejecutados segun las circunstancias.

En el delirio de la guerra, el bello nombre de libertad era como una venda que tapaba los ojos á aquellos republicanos para no ver toda la estension de sus males; pero ahora, que todo lo habian perdido sin remedio, se veian abrumados con el peso de sus desgracias. Ésta es la pintura que de su situacion hacen sus mismos historiadores: «Echaban de ménos, dicen, los caudales gastados en sostener una guerra larga y penosa que tan triste fin habia tenido; y veian la aniquilacion de su fortuna, el desórden de su comercio, sus rentas arruinadas, sus casas demolidas, la muerte de sus hijos y sus amigos, las locas discordias que los habian dividido, los escesos cometidos contra sus conciudadanos, la vergüenza que era lo que les habia quedado, el desprecio y burlas con que trataba á los nobles la mas vil de la plebe viendo que todo les faltaba y acusándolos de la pública calamidad. En los ricos, el ver que lo poco que habian salvado era presa de un vencedor avaro y soberbio: en los pobres, el temor de morir de hambre: y en todos la vista de la presente miseria, y la perspectiva casi cierta de que habia de ser mas espantosa, los sumergian en la consternacion y desesperacion. Pálidos y trémulos, con un aire triste y sospechoso, con el rostro inclinado hácia la tierra, no se atrevian á mirarse unos á otros.»

Tal era la triste conquista que acababa de hacerse por la perfidia de Malatesta. Clemente VII no llevó á bien que el tratado dejase á Florencia á disposicion del emperador; y Malatesta, que pedia con exorbitancia, y se tenia por mal recompensado porque no se lo daban todo, se retiró con la vergüenza sola de su traicion. El gobernador que el emperador envió á Florencia, entre tanto que llegaba el gobierno prometido por el tratado, dió uno provisional y enteramente militar. Desarmaron rigurosamente á los habitantes, les impusieron grandes contribuciones; pero desde luego se advirtió que en la reparticion de éstas se favorecia con especialidad á los partidarios de los Médicis.

Aunque se habia prometido perdon general, se recibieron órdenes secretas de perseguir sin compasion á los que se habian declarado por el gobierno popular. Á seis de los principales los degollaron, á otros los encerraron en los calabozos de las fortalezas, y ciento veinte y ocho fueron desterrados. Presentaban los florentinos al emperador memorial sobre memorial, para que les qui-

Digitized by Google

tase aquel gobierno tiránico y les diese el que les habia prometido. Lo estuvieron pretendiendo tres años; y todo este tiempo se empleó en tomar medidas con el papa para que recayese la soberanía de Florencia en aquel de sus sobrinos á quien el mismo papa quisiese favorecer. Tenia dos, como se ha dicho, Hipolito, hijo de Juliano, y Alejandro, hijo de Laurencio. El primero tenia mas edad, y sin duda mas espíritu y talento, pero el preferido fué Alejandro. En 1531 le declaró Cárlos V duque de Florencia, y tuvo fin con esto la república.

En poco estuvo que no se restableciese luego al punto. No tenia Alejandro mas que veinte y dos años cuando llegó á la soberanía, con la falta de experiencia de esta edad, sus propias pasiones, y los pensamientos de su tio. Este indicó á Alejandro los que habia de separar y proscribir, y él atormentó de todos modos á los ciudadanos á quienes la mansedumbre y el hábito retenia en la tierra de su nacimiento sin embargo de las vejaciones, y así se halló espuesto á conspiraciones; pero no fueron éstas la ocasion de su muerte, sino la imprudencia de ir de noche sin precaucion á una cita de galantería. Le dieron de puñalados á los veinte y siete años de su edad en 1536.

Por haber sido su muerte improvisa y repentina hubo desde luego una horrible confusion, que paró en deliberar si volverian a formar la república, ó si nombrarian señor, y cuál habia de ser. Hubo vigorosos pareceres por la república, pero por haber pasado el tiempo de esta opinion, oyeron con mas gusto á un hombre que hizo presente que no interesaba á la patria que la restituyesen una libertad peligrosa, por ser una carga que Florencia no podia llevar. «El pueblo, decia, está demasiado indispuesto contra la nobleza para sufrir que esta se ponga á la cabeza de los negocios: y el gobierno popular ha puesto muchas veces á Florencia á dos dedos de su perdicion, pues por ser mas mercantil que guerrera, siempre debe temer la ambicion de muchos grandes príncipes; y así en la imposibilidad de tener el gobierno en manos de los nobles, de los cuales se podria esperar mas moderacion y prudencia que del pueblo, será mejor elegir un soberano, que, reprimiendo en el pais los diversos partidos, velara fuera sobre la seguridad del estado; que no entregarse al capricho y á la tiranía de la multitud.» Prevaleció esta opinion; y entre los Médicis de diferentes ramas, que hormigueaban en Florencia, eligieron á Cosme, que no era de raza bastarda como sus antecesores, sino descendiente legítimamente por su padre Juan, llamado el *Invencible*, de Laurencio, hermano menor de Cosme el Antiguo.

No tenia mas que diez y ocho años, y desde sus principios manifestó un juicio y prudencia superiores á su edad. Para dar alguna satisfaccion á los que tenian la autoridad demasiado absoluta, se determinó que Cosme no tuviese otro nombre que el de *cabeza de la república;* y se le nombró un consejo de ocho ciudadanos, cuyo poder, en caso de necesidad, pudiese contener el suyo; pero gobernó con tanto acierto, que este freno fué del todo inútil. Siguió respecto de los desterrados un sistema contrario al de su antecesor: pues no hubo medios dulces ni amorosos, buen tratamiento y favor que no practicase para procurar ganarlos, y lo hubiera conseguido si aquellos infelices, por confiar demasiado en las promesas de los príncipes, á cuyas cortes se habian retirado, teniendo estos interes en mantener los alborotos de Florencia, no se hubieran lisonjeado de volver por fuerza, despreciando los caminos de conciliacion. Muchos de estos desgraciados tuvieron, por su infeliz suerte, que repartirse en los ejércitos franceses, imperiales, españoles, venecianos y papales, á pelear unos con otros. De este modo se destruyeron y confundieron lejos de su patria, retenidos por su obstinacion en la dolorosa necesidad de suspirar inútilmente por aquella patria que los hubiera recibido en su seno con toda voluntad.

Durante este tiempo reinó Cosme gloriosamente, y hasta haber pacificado sus estados no incurrió en la ambicion de aumentarlos; pero lo consiguió sin consumir á su pueblo con la guerra, pues con mas gusto compraba que combatia. No obstante, siempre tenia sus tropas en un pie respetable, y no hubo príncipe mas estimado ni buscado de los otros. Feliz hubiera sido si hubiese gozado de la paz en lo interior de su familia; pero turbó su felicidad un accidente funesto, que le privó de sus dos hijos don García y don Juan.

Fuese envidia ó antipatía natural, continuamente estaban desavenidos estos hermanos; y en una disension que tuvieron en la casa, don García, que era el mas violento de los dos, mató á don Juan de una puñalada. La mansedumbre grande del difunto, el candor de su alma, y lo arreglado de sus costumbres, pues era en todo esto verdadero contraste de don García, le habian hecho muy querido de su padre. Cosme en la desesperacion de verse privado de un hijo, á quien tiernamente amaba, hizo llevar su cadáver á palacio, y le presentó al agresor. Negaba éste al principio; pero saltando del cadaver algunas gotas de sangre, le causaron tal confusion, que confesó su delito. Se arrojó á los pies de su padre: pero el inexorable Cosme dijo: «Muere infeliz;» y arrancándole el puñal con que habia muerto á su hermano, se le metió en el corazon. Se dice que este Cosme hizo dar veneno á su hija María, que se habia enamorado de un page; y á otra llamada Lucrecia, casada con el duque de Ferrara, la mató su marido descontento de su conducta.

Estas desgracias domésticas no impidieron que Cosme II fuese reputado por un gran príncipe. Tomó á Cosme I por modelo, y no le fué inferior en la magnificencia, generosidad, amor á las bellas artes, y gloria de protegerlas. Los soberbios edificios y magníficos monumentos con que adornó la capital y sus cercanías, dan testimonio de su gusto y su grandeza. Este fué el fundador de la hermosa galería, que contiene la coleccion mas rica y numerosa de estatuas, bronces, medallas preciosas y antiguas pinturas, que sus sucesores han aumentado á cual mas. Cedió sus estados á su hijo en 1565; pero le dirigia en el gobierno; y murió en 1574.

Á Francisco María, tercer duque de Florencia, le confirió el emperador el título de *Gran Duque* que se le habia disputado á su padre. Recibió una alma tranquila, amante de la paz, sin ambicion y sin pasiones violentas: se dice no obstante que le arrebató el corazon una hermosa veneciana, hija de Capello, y pinta la historia esta pasion con unos sucesos que pudieran formar una novela. Se insinuó el duque con todas las atenciones y demostraciones de ternura que pueden hacer impresion en una persona delicada y sensible. Con las continuadas visitas triunfó de un amante favorecido, por quien ella habia abandonado su patria; y, muerta Juana de Austria su esposa, la entregó la mano. Se cree que Fernando su hermano, indignado por este casamiento, que miraba como indigna alianza, les dió veneno en 1588. Pero si Fernando subió al trono por medio de este délito doble, le espió; y si fuera posible le hubiera hecho olvidar su acertado gobierno. Le sucedió Cosme III su hijo en 1609. Era éste de comprension débil; pero no le estorbó para que en un reinado corto se hiciese recomendable por su prudencia, por su amor á las bellas artes, y por haberlas animado mucho.

Como ya estaba decidido que los conocimientos humanos habian de deber su aumento á los Médicis, lograron la física, la química y la historia natural un esplendor hasta entónces no conocido, con Fernando II, que sucedió á su padre Cosme III en 1621. Estableció una academia en donde se cultivaban todas las ciencias, como que el mismo gran duque las practicaba y alentaba, siguiendole en esto la gran duquesa su esposa, hija de Gaston, duque de Orleans; pero estos dos esposos no concordaban en otros muchos puntos, y así se separaron. Fue la gran duquesa á vivir en Francia, y el gran duque se entregó á la devocion; bien que se dice que ésta por escesiva habia sido causa de su divorcio. Viviendo su muger recibió los sagrados órdenes por dispensa particular del papa.

En el arreglo de costumbres fué muy mal reemplazado por su hijo Juan Gaston, que le sucedió en 1670. Este príncipe pasó una vida muelle y oculta en lo interior de su palacio; y, viviendo él, previendo España, Francia y el Imperio que no tendria hijos, dispusieron, sin consultarle, de sus estados, los cuales pasaron por muchas manos segun los intereses de estas potencias. En 1737 quedó el gran ducado de Toscana definitivamente anejo á la casa de Austria; y para que no padeciese detrimento por la ausencia del soberano, se gastasen en él las rentas y le vivificasen, se hizo como un mayorazgo de los segundos de la casa imperial.

El primero de estos príncipes de la casa de Austria de Lorena fué Francisco, á quien siguió su hermano Pedro Leopoldo José, y á éste sucedió su hijo Fernando José Juan. Los dos primeros dejaron el gran ducado por el imperio; mas no sin sentimiento de ausentarse del delicioso pais de la Toscana. Por el tratado de Luneville de 8 de febrero de 1801, recayó con el título de *reino de Etruria* en Luis, hijo de Fernando, duque de Parma, Plasencia y Guastala; y por su temprana muerte fué rey de Etruria su hijo Cárlos Luis, por cuya menor edad, y como reina regente, gobernó María Luisa, su madre, hija de los reyes de España, Cárlos IV y María Luisa de Borbon.

La madre de aquel príncipe cedió la Toscana al imperio francés en 1807. Pero en 1814 el archiduque Fernando III entró en posesion de aquella comarca, que fué erigida en gran ducado. Incorporóse con él el principado de Piombino, y luego despues la isla de Elba con sus dependencias. Su gobierno era monárquico absoluto. El pais carecia de constitucion y de franquicias. Las rentas del estado eran estimadas en cinco millones y ochocientos mil florines. El ducado estaba dividido en tres provincias, Florencia, Pisa y Siena. La ciudad de Florencia es la capital, pero la poblacion mas importante por su comercio es Liorna, plaza marítima, y una de las que mas frecuentan los navegantes en Italia. Hasta la época del pontificado de Pio IX se habia resentido muy poco la Toscana de los vaivenes políticos de la Europa; pero entónces comenzó para el gran ducado la era de los disturbios. Siendo eco de las conmociones de las demas comarcas de la península itálica, sus habitantes pidieron franquicias y garantías públicas, á imitacion de los de Roma, Nápoles y Turin; y, segun los azares de la guerra acrecentaban el entusiasmo ó le disminuian, mostrábanse aquellos envalentonados ó sumisos. Liorna fué donde los disturbios tomaron un carácter mas serio por el deseo íntimo que tienen sus moradores de que su ciudad sea preferida á la de Florencia para corte del gran duque.

PISA.

Pisa sita á una legua del mar, contiene en su territorio el puerto de Liorna, y desde la mas remota antigüedad se hizo famosa por sus hazañas marítimas. Ponen su poblacion despues de la toma de Troya por las árcades que salieron de Pisa, ciudad griega, y aun antiguamente por Pélope, hijo de Tántalo. De cualquiera modo que se señale su fundacion, y los progresos de su aumento, Pisa ya era una ciudad estimada en tiempo de los romanos; pues la contaron en el número de sus municipalidades amigas. Despues de la decadencia del imperio, no se quedó en comerciante, sino que llegó a ser conquistadora; pues en 1005 se apoderaron los pisanos de Córcega y Cerdeña; en 1030 tomaron á Cartago, gobernada por un rey, al cual enviaron al papa para que le bautizase. Siempre fueron los pisanos muy afectos á los soberanos pontífices, y no solo rechazaron de sus costas á los sarracenos, sino que fueron á atacarlos en Sicilia; y de los despojos que llevaron edificaron su magnífica catedral. El cautiverio de un rey de Mallorca, á quien acometieron en su isla, es prueba de su valor; y la libertad que le restituyeron lo es de su generosidad. En 1318, y en tiempo de don Francisco, su arzobispo, enviaron socorros á los cruzados de Palestina; y el prelado, á su vuelta, en lugar de las riquezas del Oriente, cargó sus embarcaciones de tierra de Jerusalen, y llenó de ésta un cementerio de nueve piés de profundidad, que se llamó *el campo santo;* le cerró de pórticos, y le adornó con mármoles y pinturas, que le hacen un monumento curioso.

Se ignora que especie de república era la suya. En 1282 tenian un conde, de quien se deshicieron como de un tirano; y aunque por la desgracia de éste no se asustaron otros que sucesivamente se apoderaron del gobierno, la república recobró su autoridad. Hizo guerra á los genoveses, y se apoderó de Luca, pero la guerra principal de los pisanos siempre fué con los florentinos. Se habian jurado estos dos pueblos el odio de vecinos; y las burlas, los insultos y desafios, entre gentes que se conocian, llevaron en unos y otros el encarnizamiento á los últimos escesos.

La suerte de las armas abrió á los florentinos el camino de Pisa, y la sitiaron en 1406. Algunas ventajas que los pisanos lograron los ensoberbecieron tanto, que habiendo quitado la vida á un soldado florentin, ataron el cadáver á la cola de un asno, y le arrastraron ignominiosamente por las calles; pero los compañeros del muerto mataron á todos los prisioneros para vengarle. De aquí nació una especie de rabia entre sitiados y sitiadores. Los primeros echaron de la ciudad, ya acosados del hambre, la bocas inútiles: el general de los florentinos mandó rechazarlos, entregándolos al furor del soldado á presencia de sus conciudadanos, que los estaban mirando desde las murallas. Á unos los ahorcaron, á otros los pusieron en unas barcas podridas, y las abandonaron sin remos ni gobierno á la corriente del Po. Se cuenta como moderacion y benignidad que se contentasen al fin los florentinos con marcar á los hombres con un hierro ardiendo, y enviarlos con las mugeres á la ciudad; pero ántes las cortaron las vestiduras hasta las caderas. Por último, les fué preciso á los pisanos rendirse despues de una porfiada resistencia. La sumision desarmó el furor, y no tuvieron los vencidos motivo para quejarse de los vencedores, como no lo sea el haberse apoderado del gobierno; pero los pisanos volvieron á conseguir su libertad en 1494 con la proteccion de los genoveses.

No abandonaron los florentinos el proyecto de sujetar á Pisa; y para esto se valieron de la fuerza, la astucia y el dinero; y con este último estuvieron ya para conseguirlo. Cárlos VIII, que siempre estaba atrasado en la hacienda durante la espedicion de Italia, daba oidos á las insinuaciones de los florentinos, que le ofrecian una grande cantidad si les queria ayudar á recobrar su autoridad sobre Pisa. Entre tanto que resolvia el monarca, llegó á su campamento una multitud de pisanos, viejos, mugeres y niños que arrojados á sus plantas le suplicaron con grandes clamores, y derramando abundantes lágrimas, que no los entregase á los florentinos: hasta los mismos florentinos, que componian parte del ejército de Cárlos VIII, se compadecieron. Los oficiales desataron sus cadenas de oro, y se las ofrecieron al rey si necesitaba dinero. Una oferta tan generosa, de la cual no abusó el monarca, libró á los pisanos por entónces; pero su servidumbre se verificó pasados algunos años porque los florentinos hicieron que otros los asaltasen, y ellos tambien los asaltaron. Hasta tres sitios sufrió Pisa, y al fin se rindió en 1509 con unas condiciones que mas parecian alianzas que sujecion. Desde entónces la gobernaron con estimacion los vencedores, hasta que unos y otros cayeron en el dominio de los grandes duques de Toscana.

No obstante, muchos de sus habitantes, cuando se habian de entregar, y principalmente los nobles, prefirieron las desgracias del destierro á la humillacion de vivir dependientes de Florencia, y se fijaron en Sicilia, Roma, Génova, Venecia y en otras partes; y con esta

Digitized by Google

desercion se disminuyeron mucho la poblacion y el comercio. Tambien padecieron uno y otro gran pérdida con la inútil tentativa de los de Pisa en 1609 para sustraerse de la dominacion de los grandes duques; pues aquel desgraciado esfuerzo les costó sus privilegios, y los tiene reducidos á unos treinta mil habitantes, entre los que se cuentan siete mil judíos muy envilecidos, como en todas partes, los cuales se consuelan del desprecio con la opulencia. No hay ciudad en donde se hayan juntado tantos mármoles extranjeros y preciosos: todos son fruto de las conquistas de los pisanos, los cuales cuando volvian de sus espediciones cargaban los navios de estatuas y columnas para adornar su ciudad. No solamente en los edificios públicos, sino en las casas particulares, se ven inscripciones, relieves y cornisas de aquel esquisito mármol griego, tan estimado por su finura y pulimento. Es muy creible que este gusto por las antigüedades haya hecho creer á los pisanos que un combate que con maza y á puño cerrado se repite todos los años en un puente y entre los ciudadanos que el rio separa, es una imitacion de los juegos Olímpicos: pero nada se parece ménos á aquel magnífico espectáculo de la antigua Grecia que los tumultuarios asaltos del populacho de Pisa. Mejor pudieron los pisanos presumir de alguna afinidad con aquella tierra por el buen gusto y el de las artes, y por el trage elegante de las mugeres de sus campos. Éstas adornan sus cabellos con flores naturales y artificiales, y los reparten en trenzas de un gusto muy singular: en todos sus atavíos se nota cierto toque despejado, que da realce á sus gracias, y hace á estas aldeanas muy atractivas.

LUCA.

Entre Florencia, Pisa y Luca hay la diferencia de que las dos primeras fueron repúblicas por muchos siglos y al fin perdieron la libertad, y Luca, despues de haber pasado por muchas dominaciones, ha llegado á ser y permanece libre. Está situada á cuatro leguas de Pisa; se ignora su origen; pero la estimaron mucho Roma república y los emperadores, y fué de una clase distinguida entre las ciudades de Italia. Sostuvo un sitio de siete meses contra Narsetes, á quien se rindió en 553. Entónces dicen que dejó de ser república, y estuvo sujeta á condes y marqueses, hasta que en 1113 recobró su libertad: pero se la quitó á principios del siglo XIV un hombre, á quien la suerte estravagante señaló su propio lugar entre las clases mas humildes, y subió por su capacidad á las primeras.

Entre las familias nobles de Luca se contó por muchos años como una de las principales la de *Castracani*. Ésta en 1320 estaba casi estinguida, y solo habia quedado un buen eclesiástico, que vivia en su patria de la renta de un canonicato, con Dianova su hermana, viuda de mucha edad. Pertenecia á su habitacion un pequeño jardin, y, paseando una mañana la buena viuda, oyó lastimosos llantos. Se acercó á una cepa, de donde le pareció que salian los gemidos, apartó el follage de las vides, y vió un niño recien nacido envuelto en unos andrajos tan aterido de frio, que pedia el mas pronto socorro. Compadecida Dianova se lo llevó á su hermano: resolvieron criarle, y le hicieron bautizar dándole el nombre de Castruccio, que era el del padre de los dos hermanos.

Toda su complacencia la tenia el canónigo en el niño; y, destinándole para su canonicato, le daba los correspondientes estudios y maestros. Se mostró Castruccio dócil hasta la edad de catorce años, pero entónces, cansado de maestros y de libros, lo dejó todo, sin dar á conocer otra aficion que la de las armas; y buscando á los muchachos que manifestaban la misma inclinacion, los acompañaba en sus ejercicios y sus juegos, aventajando á todos en fuerza y destreza. Grande era el desconsuelo del canónigo viendo que su protegido preferia un estado incierto y peligoso á la fortuna sin riesgos que él le preparaba; pero, aunque le reprendia continuamente, el jóven militar no hacia caso, y seguia adonde le arrastraba la inclinacion.

Habia en Luca un noble llamado Cuinigi, que despues de haber servido con distincion entre los extranjeros, se habia retirado á su patria, en donde, ya que no hacia la guerra, procuraba á lo ménos las apariencias egercitando algunos jóvenes compatriotas escogidos. Las disposiciones que mostraba Catruccio hicieron que lo desease Cuinigi; y el buen canónigo, aunque á su pesar, hubo de entregárselo; pero le consolaba de su sacrificio la reputacion que su discípulo iba todos los dias adquiriendo; pues en los torneos escedia en fuerza y en destreza á los caballeros mas famosos, y por su dulzura, amabilidad y modestia era tan querido en la sociedad como estimado de los militares. Encargó el duque de Milan á Cuinigi una operacion importante de guerra: llevó consigo á Castruccio, y se distinguió el guerrero novel con acciones tan brillantes, que de él solamente se hablaba. Al fin de la guerra murió Cuinigi sin dejar otro heredero que un hijo de trece años; y confió á Castruccio la tutela con el manejo de sus bienes, que eran muchos.

El lucimiento que le daban las riquezas de su pupilo escitó la envidia de muchos nobles, y principalmente la de Jorge de Opizi. Éste, por ser de la faccion de los güelfos, se habia declarado abiertamente contra los gibelinos, y habia obligado á gran número de ellos á salir de la ciudad. Se refugiaron éstos en Pisa con Huguccion, que de general de la república se habia hecho soberano. Castruccio, viendo cuanto le molestaba Opizi, fué á buscar á los oprimidos, y les hizo presente la posibilidad de volver á su patria si Huguccion quisiese darles auxilio. Se le ofreció el pisano con las esperanzas que los de Luca le daban de reconocer su autoridad en llegando á tomar la ciudad. Todo salió como lo habian proyectado; perdió Opizi la vida, y echaron de Luca á los güelfos. Huguccion, que se vió dueño, dió á su conquista un gobierno en el cual se tomó la mejor parte; pero cedió á Castruccio lo suficiente para que no se arrepintiese de haber sugerido y facilitado la empresa.

Los güelfos, arrojados de Luca, se retiraron á Florencia, y movieron á esta república contra el tirano de Luca; porque Florencia envió contra él un ejército. Durante las hostilidades enfermó Huguccion, y se vió precisado á confiar el mando de las tropas á Castruccio. Éste ganó una ruidosa victoria en ausencia del enfermo; y los luqueses, reconociendo que la debian á la habilidad y valor de su compatriota, le hicieron los honores de una entrada triunfante. Envidioso Huguccion, así de la gloria de su teniente general como de la autoridad que podria lograr en su ciudad, despues de haber dado á su hijo la soberanía de Luca, le escribió que prendiese á Castruccio y le quitase la vida; pero no ejecutó el hijo enteramente las órdenes de su padre, y solo le puso preso. El padre, conociendo las consecuencias de este paso, corrió á Luca á ejecutar su perversa intencion. Cometió la imprudencia de entrar sin precaucion en la ciudad; y los luqueses pusieron en libertad á Castruccio, y le nombraron general de su república, poco despues príncipe, y por último soberano de Pisa, donde no habia podido Huguccion hacerse reconocer por tal. Le desterraron de Luca, y fué á morir obscuramente en Verona.

Hemos visto la parte mas bella de la vida de Castruccio. Parece que, vista la inconstancia de la fortuna, pretendió fijarla con el terror. Durante su ausencia se habia sublevado la familia Poggio, una de las mas poderosas de Luca. Ya habia quitado la vida á su teniente, y se preparaba para hacer lo mismo con sus partidarios. Esteban Poggio, anciano respetable, corrió a verse con los conjurados, sosegó su furor, los desarmó; y cuando llegó Castruccio fué á visitarle, y á pe-

Digitized by Google

dir el perdon para los culpados. Castruccio, con su su semblante afable, dijo que todo lo olvidaba, y que se alegraba de tener ocasion de manifestar su clemencia natural. Á vista de tan buen recibimiento todos creyeron que no habia peligro, y fuéron á dar las gracias á tan benigno soberano conducidos por Esteban Poggio, pero Castruccio mandó arrestarlos y entregarlos al suplicio, sin esceptuar al escesivamente confiado Esteban. Á este tirano de Luca se le reprende de haber engañado á dos amigos hasta el término de hacer que se asesinase uno á otro; pero con esta infernal estratagema añadió la soberanía de Pistoya á las de Luca y Pisa. La fama de Castruccio es que jamás perdonó, y que hizo correr arroyos de sangre. Sin embargo, murió en su cama, y dejó todos sus bienes á Cuinigi, hijo de su bienhechor.

Su muerte, en lugar de dejar en libertad á los luqueses, los puso en manos de una tropa de alemanes, á quienes el emperador abandonó la ciudad en pago del sueldo que les debia. Ellos la vendieron á los florentinos, á quienes despues la tomaron los de Pisa. Á éstos se la quitó Cuinigi en 1429; y estrechándole los florentinos, invocó el auxilio del duque de Milan, á pesar de los luqueses. Resentidos éstos de que hubiese dado tal paso, le entregaron ellos mismos al duque de Milan, el cual le quitó la vida, se apoderó de la soberanía, y se la vendió á los florentinos, pero no pudo entregársela, porque tuvo un sitio que por su mucha duracion fué causa de un tratado entre las dos repúblicas, en virtud del cual volvieron ambas en el año 1465 al estado en que ántes se hallaban, sin otra diferencia que la de haberse empobrecido. En 1508 estrecharon mas los luqueses y los florentinos los lazos de su alianza; pero Luca, no fiándose de los tratados, se puso bajo la proteccion de los emperadores Maximiliano y Cárlos V por los años de 1525. Desde esta época ha conservado sus privilegios; y aunque mirada como feudo del imperio, se ha mantenido en la independencia.

El gobierno de Luca es aristocrático, y ménos complicado que era el de Venecia. Tiene un confalonero que ocupa la plaza de dux, y es llamado al escrutinio cada dos meses. El podestá, juez civil y criminal, debe ser siempre extranjero; pero los asesores son de la ciudad. Allí es muy exacta la policía; el puerto está bien defendido; el senado vigila sobre la felicidad del pueblo: previene sus necesidades, paga y mantiene los medios, no permite mendigos ni vagos, y provee de fondos á los ciudadanos honrados é industriosos que los piden. No se ha introducido el lujo, ni éste altera las costumbres, ni choca con la igualdad republicana. Los nobles van vestidos de negro, y solo el confalonero puede llevar oro en sus ropas; pero las mugeres tienen sobre esto una absoluta libertad; bien que ellas no abusan. El territorio de Luca es fértil, y produce vino, aceite, trigo, castaña y toda especie de grano menudo: es abundante de pesca; y la multitud de moreras mantiene florecientes las manufacturas de seda. En esta comarca, por último, se cultivan las artes y las ciencias.

Así florecia Luca á últimos del siglo XVIII cuando la revolucion francesa de 1789, que parecia deber convertir el mundo en una reunion de repúblicas, dió por el contrario la señal de la estincion de las pequeñas repúblicas italianas. En 1805 fué erigida por Napoleon en principado para su cuñado Felix Bacchiochi. En 1815 el congreso de Viena cambió el nombre de principado por el de ducado, y le confirió á María Luisa, infanta de España y reina de Etruria, cuyo hijo Carlos-Luis la sucedió en 1824.

SENA.

Tambien Sena fué república, si para merecer este título basta tener senado y su gefe electivo. No lo es si su estado pierde esta denominacion desde que reconoce alguna autoridad superior á la de sus magistrados. Dicen haber sido colonia de los gaulas senoneses cuando hicieron la primera irrupcion en Italia, y despues colonia romana. Sin duda se gloriaba de esto, pues llevaba por blason una loba que daba de mamar á dos niños. Algunas nociones esparcidas en la historia nos enseñan que en la edad media, es decir, en la decadencia del imperio romano, fué Sena celebrada por su grande poblacion, su comercio, y sobre todo por su amor á la libertad.

Este amor, espantadizo y zeloso, fué muchas veces la causa de las desgracias de los seneses, armándolos á unos contra otros. Pobres y ricos, nobles y plebeyos, hermanos y rivales, ensangrentaron muchas veces el seno de su madre, principalmente á mediados del siglo XII. Ellos fueron los que dieron ejemplo, que despues imitaron diferentes ciudades, de llamar á un extranjero para que fuese con el nombre de podestá el juez civil y criminal. Los florentinos quisieron por los años de 1163 privar de la libertad á los seneses, y renovaron esta empresa muchas veces no obstante la noble y vigorosa defensa de la ciudad acometida. Se gobernó por el *Consejo de los Nueve*, y no se sabe cuánto duró éste, ni hasta qué punto era favorable á la libertad; pero al fin del siglo XV ya no existia.

Pandolfo Petrucci, hombre diestro y ambicioso, procuró restablecerle: lo consiguió en 1501, y se hizo nombrar uno de los Nueve. Á poco tiempo se descartó de los ocho colegas; y los que hicieron ménos resistencia salieron solamente desterrados; pero los que se manifestaron mas tenaces fueron muertos, y él aseguró su poder por los medios mas violentos. Vivia Pandolfo en aquel tiempo en que los florentinos, los milaneses, los venecianos, y aun los papas, se disputaban la Italia. Ya se acogia á los unos, ya á los otros, y nunca guardaba mas fidelidad en sus empeños que la que convenia á su particular interés. Se le vió dejar á Sena para sosegar la envidia de los otros; pero sin despojarse de su autoridad, porque se la mantenia una buena guarnicion; y así volvió á entrar triunfante en tiempo mas oportuno. Muerto Pandolfo aparecieron Rafael, Francisco y Fabio Petrucci, todos mirando á Sena como á la presa que perseguian. Se la disputaron entre sí un papa y un duque de Urbino; y el pueblo y la regencia, poco acordes, hacian el juego á los competidores, hasta que mas políticos los Médicis, le ganaron, y á título de grandes duques de Toscana la incorporaron con sus posesiones en 1557; bien que los emperadores les daban la investidura.

Tiene Sena un senado, compuesto de un capitan del pueblo y de ocho senadores, llamados *Priores de la ciudad* pero nada pueden decidir sin el consentimiento del gobernador del gran duque. Los seneses son ingeniosos, finos y célebres en el talento de improvisar, pues en esto son los mas sobresalientes de Italia. Tienen varias academias con nombres contrarios á los que debieran tener, v. gr. la de los *Embotados*, la de los *Groseros*, y otros títulos semejantes. La academia de física da de cuando en cuando memorias muy estimadas. El comercio, que en otro tiempo era tan brillante, está reducido al de paños y otras telas de lanas que allí se manufacturan. Desde 1801 la ciudad de Sena, como todas las que componian el gran ducado, tenian que estar á las disposiciones del nuevo rey de Etruria.

Los tratados de 1815 convirtieron simplemente la república de Sena en una provincia de la Toscana, haciendo desaparecer los últimos vestigios del senado sienés. No por esto ha disminuido la aficion de los habitantes á las ciencias y las artes, y su gravedad. El comercio ha menguado, y si no le sostuviese algun tanto la reducida industria del pais, ni restos quedarian del que antiguamente hizo á Sena famosa.

Digitized by Google

SAN MARIN.

San Marin es una república que está en el estado eclesiástico y en un monte que muchas veces se cubre de nieve. No tiene fuentes ni pozos; y la falda de la montaña es de tal calidad, que solo á fuerza de un trabajo no interrumpido, se ha conseguido de ella la fertilidad. La ciudad, aunque la dan dos leguas de diámetro, tendrá como seis mil habitantes. Esto es lo que llaman *la República de San Marin*, y la que ya cuenta mil y trescientos años de paz y felicidad. Sola esta observacion pudiera suplir por una historia; pero todos querrán saber cómo se fundó y por qué medios se perpetua este sosiego.

Un albañil, natural de Dalmacia, llamado Marin, cansado del trabajo, y deseoso de ocuparse en el asunto importante de su salvacion, buscó un asilo, y le halló en este monte, edificando en él una choza. Esto se dice que sucedió en el tercer siglo. La devota vida del ermitaño llamó la atencion de los pueblos vecinos, que iban á encomendarse á sus oraciones; y, viendo que sanaban algunos enfermos por este medio, lo atribuian á milagro. De este modo se fué estendiendo su reputacion de unos en otros, y una princesa que era señora de aquel monte, se le cedió en propiedad. El concurso que cuando él vivia ya era grande, se aumentó despues de muerto venerando su sepulcro. Empezaron á edificar algunas casas, que al principio formaban una aldea, despues un lugar, y últimamente una ciudad. Ésta se dió á sí misma leyes, y se erigió en república.

Edificaron dos fortalezas pequeñas, en donde principia lo escarpado de la montaña, comprando el terreno: la primera fué construida el año de 1000, y la otra el de 1170. Solamente tuvo un momento de ambicion cuando quiso estenderse hasta la mitad de otra montaña vecina; pero lo que habia conquistado, y pudiera conservar, lo restituyó sin violencia. Solamente hay una senda para llegar á la ciudad, y está prohibido con rigorosas penas buscar otro camino. Si algun enemigo del reposo de esta ciudad pensara en acometerla, hallaria una juventud bien armada, ejercitada desde la infancia en las maniobras militares, y sobre todo inflamada en el amor á la libertad que le han dejado sus padres.

El gran consejo, que solamente se junta para los asuntos estraordinarios, se compone de un representante de cada casa. Todos tienen que concurrir so pena de una multa, porque allí no se permite indiferencia sobre la suerte de la república. Los puntos regulares y diarios se controviertan en el consejo llamado de los *Sesenta*, aunque no son mas que cuarenta, la mitad nobles y la otra mitad plebeyos, porque aun allí se halla esta distincion; bien que estas dos clases por otra parte tan opuestas, se hermanan bien en San Marin. Para que prevalezca una opinion se necesitan las dos partes de los votos. El consejo de los Sesenta elige dos magistrados con el nombre de capitanes, y éstos son en pequeño lo que los cónsules en la antigua Roma. El tercer oficial es el comisario, y éste con los capitanes juzga las causas civiles y las criminales: debe ser extranjero, doctor en leyes, y solo dura por tres años. Igual término se le prescribe al médico: debe tener á lo ménos la edad de treinta y cinco años; y aunque sea escelente y se merezca la confianza de toda la ciudad, concluido el tiempo le despiden sin escepcion alguna; porque así se previene en las leyes fundamentales del estado. La eleccion de maestro de escuela es negocio de entidad en esta república; pues debe ser hombre de buena fama y costumbres, de buen genio y conocimientos. Sin duda estas calidades ventajosas son desde muy antiguo propiedad inseparable de sus doctores, si hemos de formar el juicio por los discípulos, pues por lo general son hombres de justicia, humanidad, hospitalidad y aun generosos.

Generosos se entiende segun sus medios, que son bien cortos; pues leyéndose en el volúmen de los estatutos que cuando la república envie un ministro á algun pais extranjero le dará veinte y cuatro sueldos por dia para su subsistencia, no pueden darse embajadas ménos dispendiosas. Cuando la república de San Marin escribia á la de Venecia, ponia este sobrescrito: *á nuestra querida hermana la serenísima república de Venecia*; y sin duda la república grande debia recibir de la pequeña esta salutacion con aquella sonrisa indulgente de una persona de alta talla cuando algun gracioso niño se empina por igualarla. ¡Dios queria que esta montaña permanezca eternamente inaccesible á las tormentas que han producido las calamidades, que llenan los anales de los otros pueblos!

Ghozzi y Giangi eran capitanes regentes de la república en 1843. Su pequeño estado continua conservando costumbres patriarcales.

MÓNACO.

Despues de haber hecho la descripcion de la república mas pequeña, hablaré de la menor soberania, cual es el principado de Mónaco. Ésta es una ciudad en el estado de Génova, situada en una roca que domina al mar, y tiene abajo un buen puerto. Sus poseedores suben por una serie no interrumpida hasta los principios del siglo XIII. Grimaldi, de quien se dice haber sido ya el décimocuarto, fué en 1218 almirante de una armada de cruzados; y serán raros los anales de algun pueblo de Europa y aun del Norte, pero principalmente en el Mediodia, en que desde aquel tiempo no se halle algun Grimaldi general de sus ejércitos, que se haya distinguido por sus hazañas. Tambien fueron muy fecundos; por lo que el nombre de Grimaldi se ha esparcido por todas las cortes: pues siendo muy escaso el patrimonio de sus padres, no tenian los hijos segundos otro recurso que el de ir á buscar su establecimiento en otras partes. Por quinientos y trece años se ha perpetuado la familia Grimaldi por la linea masculina, esto es, desde 1218 hasta 1731. En este año Luisa Hipólita, hijo mayor de Antonio Grimaldi, que no tenia hijos varones, sucedió á su padre en la soberania de los estados de Mónaco. Se habia casado en 1715 con Jacobo Francisco, cabeza del nombre y armas de la antigua casa de Goyon Motignon en Bretaña, con la condicion, espresa en el contrato matrimonial, de tomar el nombre y armas de Grimaldi. De este matrimonio nació Honorato Camilo, que en 1731 sucedió a su madre en los estados de Mónaco.

La debilidad de este principado le esponia á ser invadido de la Francia ó de la España al menor movimiento de guerra entre estas dos potencias; por lo cual Honorato II tuvo por conveniente asociarse para siempre con la Francia, poniéndose bajo de su proteccion; y en consecuencia de un acuerdo hecho con Luis XII echó de su ciudad la guarnicion española, y recibió la francesa Desde entónces siempre habian ocupado los franceses la ciudadela; pero sin derecho á la soberania, la cual conservaban los principes. Desde 1814 no la ocupan.

El principado de Mónaco, como la república de San Marin, existe todavia casi con la misma fisonomia de los tiempos primitivos. Los Grimaldi continuan siendo señores de Mónaco desde el año 980. Florestan Grimaldi, nacido en el año de 1785 sucedió en el mando á su hermano Honorato V en el año de 1843.

NÁPOLES Y SICILIA.

Lo que actualmente compone los reinos de Nápoles y Sicilia está sembrado de ciudades, que por sí solas ó reunidas, formaban repúblicas, unas de mas estension, y otras de ménos. Los romanos las recibieron, por decirlo así, de manos de la naturaleza, y continuaron á

unas los privilegios de gobernarse por si, y á otras enviaron magistrados con el nombre de *pretores*, *propretores* y *procónsules*, condecorando á varias con el título de colonias ó de aliadas: honor que perdian por la menor falta contra la república grande, la cual las reducia entónces á la clase de sometidas. En la decadencia del imperio recobraron aquellas ciudades lo que pudieron de su antiguo esplendor; pero se lo obscurecieron los godos, los lombardos y los sarracenos, apropiándose gran número de estas ciudades á pesar de los griegos, cuyos emperadores sostuvieron hasta el siglo IX en aquellos lugares asolados los derechos de un trono mal seguro.

Los gobernadores y oficiales lombardos, en los últimos tiempos de su monarquía, tomaron nombres honoríficos que llegaron á ser títulos de soberanía en las ciudades cuya defensa tenian á su cargo; y asi se vieron los condes de Amalfi, los duques de Nápoles y los príncipes de Salerno. En 1002 poseia este último principado el lombardo Guimar, el cual procuraba defenderse, aunque con dificultad, contra los sarracenos, que tenian gran parte de Sicilia, y desde allí se estendian por la Apulla y la Calabria, arrasando inhumanamente estas provincias.

Cuando Guimar estaba para ceder á sus esfuerzos, le llegó un socorro no esperado, con haber arribado á sus costas los normandos que volvian de Tierra Santa, acaudillados por un caballero francés llamado Drogon. Hallaron á Guimar tratando con los sarracenos, ofreciéndoles gran suma de dinero porque se alejasen de Salerno; pero cuando estaba ya para concluir el ajuste, los normandos, gratamente acogidos por Guimar, se opusieron; y dando sobre los sarracenos, hicieron en ellos grande carniceria, se apoderaron del botin de aquellos ladrones, y se retiraron á su patria cargados de sus riquezas y de los presentes de Guimar. El ver tantos bienes, que pudieran tentar la codicia aun de los que no fuesen normandos, y la relacion de las esperanzas que ofrecia la opulencia de aquellos paises, la benignidad del clima, comparada con el temperamento frio y nebuloso de la Normandía, movieron á otros normandos, y estos se alistaron bajo del mando de otro caballero llamado Drengot, para ir á probar fortuna.

Entraron á servir á varios príncipes griegos y lombardos; los cuales, despues de sus hazañas militares, les dieron en recompensa establecimientos. Aversa la normanda se edificó por entónces, y la dió el título de *condado* el duque de Nápoles, que fué el que cedió el terreno. Se fueron multiplicando las colonias normandas; y en 1018, Raoul, caballero normando, ayudó al pontífice á limpiar el dominio de la Iglesia de los griegos que se habian entrado en él. En 1036, tres hijos del primer matrimonio de Tancredo, señor de Hauteville, cerca de Coutances, se agregaron á los príncipes de Capua y de Salerno. Estos tres valientes, llamados Guillermo *Brazo de Hierro*, Drogon y Humfroi, se señalaron con tales hazañas, que el emperador de Constantinopla, contra quien peleaban, hecha la paz con los príncipes de Capua y de Salerno, quiso que le sirviesen; y logró fácilmente de estos príncipes el permiso, como que se hallaban ellos en gran conflicto para recompensarlos.

Los envió el emperador á Sicilia para que echasen de aquella isla á los sarracenos; pero cuando habian conseguido los griegos por el valor de los normandos las ventajas que pretendian, no solo les negaron el premio sino que les quitaron su botin furtivamente. Á los normandos de aquel tiempo con dificultad los ganaria otro en astucia, y asi no se quejaron, pidiendo solamente que los restituyesen á Tierra Firme, de donde los habian sacado; pero, mientras los griegos aseguraban su dominio en Sicilia, los normandos en desquite se apoderaron de las hermosas llanuras de la Apulla, y se fijaron en ellas. Guillermo, *Brazo de Hierro*, tomó el título de conde de la Apulla en 1043, y de cinco de sus hermanos menores que le acompañaron, Roberto Guiscard que era el mayor, y Rugero, que era el mas jóven, se distinguieron sobre todos.

Guillermo repartió la Apulla, como cuanto poseia en la Calabria, entre sus hermanos Drogon y Humfroi, y entre los otros gefes normandos que le habian ayudado en su conquista; y cada uno de ellos fué soberano en su dominio. La ciudad de Amalfi quedó en comun para celebrar en ella las dietas generales, cuando exigiesen su convocacion las necesidades del estado. De este modo la constitucion de aquellos normandos era una república aristocrática como la de Polonia, con corta diferencia, y Guillermo era la cabeza. En esta dignidad le sucedió Drogon su hermano, que en 1047 recibió del emperador Enrique II la investidura del ducado de la Apulla. Los originarios de aquellas provincias pretendieron sacudir el yugo normando, y formaron una conspiracion para asesinar á cierta señal á todos los normandos, aunque solo consiguieron matar á Drogon; pero Humfroi su hermano le reemplazó y vengó. Por su muerte Roberto Guiscard su sobrino sucedió en 1054 en los estados de su padre y de sus dos tios, y tomó el título de duque de la Apulla.

Con el fin de conseguir el favor del papa para la conquista de la Sicilia que premeditaba, se hizo feudatario de la Santa Sede en 1059. Á Roberto le ayudó en su espedicion de Sicilia su hermano Rugero, á quien dió en aquella isla una buena parte con el título de conde de Sicilia, no sin habérsela disputado y haberle hecho la guerra; pero se reconciliaron por su interés. Roberto, despues de añadir á sus estados los principados de Salerno, Benevento y otras tierras, despojos de los primeros señores normandos, murió en 1085. Le sucedió Rugero Bursa su hijo, y cedió su lugar en 1112 á su hijo Guillermo, que murió sin hijos en 1127. Á Rugero, conde de Sicilia, que murió en 1101, le sucedió Simon su hijo primogénito, que solo reinó un año, y fué reemplazado por su hermano Rugero, el cual reunió en 1127 los estados de la rama principal, que se estinguió por entónces; y en 1130 se hizo coronar rey de Sicilia, Apulla y Calabria.

Por este medio el nieto de un simple caballero normando llegó á formar una monarquía poderosa, y á sentarse entre los reyes. Casi al subir al trono estuvo para verle derribado por el emperador Lotario. Su desavenencia tenia por fundamento ó por pretesto la diferencia de opiniones con respecto á Inocencio II y el antipapa Anacleto. Sostenia Rugero á este último porque de él alcanzaba cuantos privilegios queria para su nuevo reino, en el cual no estaba del todo destruida la forma aristocrática introducida por Guillermo, *Brazo de Hierro*. Todavia duraban, con el título de *Barones*, los descendientes de los primeros compartícipes en las conquistas, y éstos favorecian á Lotario, porque Rugero con los privilegios que lograba del antipapa, les vulneraba su autoridad. Su separacion le costó á Rugero el primer año mas de la mitad de su reino; pero reparó sus pérdidas, pues Lotario, emperador de Alemania, precisado á cuidar continuamente de sus estados, no era mas que enemigo pasagero, y para retirarle fué suficiente ganarle algunas victorias. Con los barones, enemigos interiores y mas temibles, se valió Rugero de las armas y de la negociacion. Se le sometieron con diferentes condiciones, que, por no ser iguales ni bien esplicadas, fueron en el tiempo de sus sucesores la semilla de nuevos alborotos.

Se reconcilió este príncipe con los papas legítimos; y para no tener que hablar mas de los privilegios, será suficiente decir que los reyes de Nápoles y de Sicilia se condecoraron con el título de legados apostólicos en todo su reino; y aunque esto no parecia mas que una distincion honorífica, con el tiempo establecieron los monarcas sicilianos un tribunal de legacía ó consejo, por el que tenian que pasar las bulas apostólicas.

Viéndose Rugero libre de la guerra doméstica, llevó sus armas al África contra los sarracenos, antiguos enemigos de sus estados, é hizo varias conquistas: sacó mucha riqueza, y algunos príncipes le pagaban tributo. Tambien fué contra los emperadores de Constantinopla,

Digitized by Google

y logró varias felicidades, aunque mezcladas con desgracias; pero borró la vergüenza y deshonra de éstas con el honor que le resultó de haber salvado á Luis el jóven, rey de Francia, de las manos de los griegos, que estaban para hacerle prisionero cuando volvia de la Tierra Santa: ventaja muy lisonjera para el nieto de un caballero francés; bien que Rugero mostraba grande afecto á sus antiguos compatriotas.

Le tachan de haber sido en estremo deseoso de guerras y conquistas, vengativo, aficionado al dinero, cruel, implacable, y de que se escedia en la justicia hasta en los términos del rigor. Á un príncipe de Barri, reo de varios crímenes, le hizo juzgar, y que sus mismos cómplices le colgasen de la horca, mandando despues cortar las orejas á unos, y sacar á otros los ojos. En el trato particular era Rugero tan afable y dulce, cuanto parecia duro y áspero en el público. Gustaba de los literatos, y se atrajo con mucha complacencia todos los sabios y artistas que pasaban par escelentes en su género. Estableció el buen órden en su reino, hizo sabias leyes é instituyó los cargos de los principales oficiales de la corona, condestable, almirante, canciller, todo á imitacion de la Francia. Habia tenido este monarca un hijo, llamado tambien Rugero, y lo hizo reconocer por rey; pero este príncipe, la mas dulce esperanza de su padre, murió, y no dejó mas que un hijo, á quien se le disputó la legitimidad. Su esposa, muerto su marido, dió á luz una princesa que se llamó Constanza.

Pasó pues la corona á Guillermo, hijo segundo de Rugero. Tuvo, como su padre, desavenencias con los papas y á éstos se agregaron los barones de la Apulia, siempre prontos á aprovechar la ocasion de disminuir la autoridad de sus soberanos; pero en esta especie de guerras solo ganaba el pontífice; pues siempre obtenia algunos derechos en las condiciones de la paz al paso que los barones, despues de haber declarado con altivez sus pretensiones, podian contar por felicidad quedarse como estaban.

El suceso mas sobresaliente del reinado de Guillermo es la conjuracion de Mayon, hijo de un tratante en aceite y natural de Barri. Es preciso notar esta circunstancia de su nacimiento, porque se aumenta la admiracion al ver que un hombre de tan baja esfera concibió el proyecto de hacerse rey de Sicilia, y estuvo para conseguir su intento. Pareciéndole á Rugero que tenia este sujeto verdadero mérito, le ascendió desde secretario del consejo á vicecanciller, y despues á canciller. Reinando Guillermo llegó á ser almirante, primer ministro, y en una palabra, era los ojos, los oidos y el único confidente de su señor. Por estos medios vino Mayon á apoderarse del monarca, en tales términos, que separaba de él á cuantos pudieran instruirle en los negocios, y le tenia rodeado de extranjeros aduladores, y cobardes esclavos, sujetos á sus órdenes, sepultándole así en la pereza, displicencia y absoluto desvio de todo lo concerniente al gobierno.

Al mismo tiempo abrumaba Mayon al pueblo con impuestos: cometia ó hacia cometer en nombre del rey mil vejaciones é injusticias, para que, resaltando el descontento contra el monarca, todos lo abandonasen cuando el pérfido ministro diese el golpe que premeditaba. Se habia asociado en su proyecto con el arzobispo de Palermo, llamado Hugo, que no le cedia en ambicion; pero no le habia revelado mas que la mitad del secreto, á saber: que era preciso asesinar á un rey afeminado é indigno del trono, y colocar en este á su hijo Rugero, tomando ellos, durante su menor edad, la tutela y la regencia, que prometia repartir con el prelado. No le habia confiado Mayon que su intencion era deshacerse de padre é hijo para sentarse él mismo en el trono.

Los malvados no son por mucho tiempo amigos. Éstos opinaron diversamente acerca de la regencia, y el arzobispo empezó á hacer separadamente su partido, para el cual ganó á Mateo Bonelo, jóven de distinguido nacimiento. Tambien Mayon procuró atraerle con honores, y la promesa de darle su hija por esposa. No sin razon desconfiaban los traidores uno de otro; pues mientras el arzobispo hacia sus preparativos para que asesinasen á Mayon, ya éste le habia dado á él veneno. No murió al punto el prelado; porque el efecto que hizo la ponzoña fué solo presentar síntomas de enfermedad. Acudió Mayon á visitarle y como si se interesase mucho en su salud le proponia remedios, que tal vez serian una dósis mayor. Hugo le dió afectuosamente las gracias, compitiéndose ambos en cortesanías; y mientras el prelado entretuvo con ellas á Mayon avisó á Bonelo, advirtiéndole que Mayon estaba con él sin defensa. Fué allá Bonelo sin detenerse, le mató á puñaladas; y al dia siguiente murió el arzobispo con el consuelo de que ántes habia muerto su cómplice.

Se irritó mucho el rey con la muerte de su favorito, y no se sosegó hasta que le mostraron las insignias reales que Mayon tenia preparadas, ó que tal vez supusieron. Todavia no se enmendó el rey con esta leccion; y continuó viviendo en su indolencia, y conservando un secreto resentimiento contra Bonelo y los que le habian ayudado. No le disimuló tanto que no lo advirtiesen: pensaron pues en destronar á un príncipe que ya habia bastardeado, y á quien miraban como indigno de la corona, y encerrarle por el resto de sus dias, poniendo en el trono al hijo. Todo estaba bien dispuesto, y entraban en el plan un tio y dos hermanos naturales del rey.

Los primeros esfuerzos debian salir de las prisiones que estaban en el palacio, en las cuales se hallaban varios señores arrestados como sospechosos, despues de la muerte de Mayon. Solo se esperaba á que volviese Bonelo de una espedicion á que habia ido á la Apulia; pero la indiscrecion de uno de los conjurados precipitó la ejecucion, y se hizo tumultuariamente con la mayor confusion. Prendieron al rey, y le pusieron en un cuarto con buena guardia; pero, contra la intencion de los cabezas, se entregaron los subalternos á los mayores escesos: saquearon, degollaron, y en la embriaguez de sus escesos no perdonaron á las damas y mugeres que servian á la reina. Bonelo, aunque le llamaron con reiterados mensages, no llegó hasta el tercero dia de estos desórdenes. Ya habian paseado á Rugero, el hijo mayor de Guillermo, en un caballo blanco por las calles de Palermo, y le habian saludado rey de Sicilia. Le recibió el pueblo con las aclamaciones ordinarias, pero el triste silencio de los principales daba á entender que la conspiracion no lograba la aprobacion general.

Bien fuese por esto, ó bien por compasion de Bonelo hacia su soberano, á quien halló temblando, y ofreciendo hacer la dimision, porque sin duda entónces no se mostraria muy avaro de promesas, indignado el mismo Bonelo con los escesos cometidos en su ausencia, se reconcilió con el rey, y le restituyó á su trono. La mayor parte de los conjurados, no fiándose del perdon de Guillermo, ni de las gracias que les hacia, se retiraron á Grecia; y Bonelo, por ménos prudente, llevó todo el peso de la venganza; pues con pretesto de otra nueva conspiracion le hizo el rey sacar los ojos, cortar los nervios de los piés, y encerrarle en un subterráneo, en donde vivió muy poco. ¡Triste ejemplo de los que se mezclan en conjuraciones! La desgracia es que no sean muchos los que escarmienten. Todavia rompió otra conspiracion de los que estaban presos. Llegaron á tiempo los soldados, y los quisieron entrar otra vez en las cárceles; pero ellos se defendieron con el mayor valor, y todos quedaron en el sitio; prefiriendo la muerte á las cadenas y á estar esperando el suplicio. Libre Guillermo de estos peligros, continuó á pesar de sus promesas, en abandonarse á la ociosidad y á la indolencia: á la cual añadió la avaricia, la crueldad y otros vicios, que le dieron el sobrenombre del *Malo*. En un acceso de envidia mató de una patada en el estómago al jóven Rugero, su hijo mayor, porque le veia amado de los sicilianos.

Digitized by Google

Heredó la corona (1166) Guillermo II, que era el mayor de los dos hermanos que quedaron, y reinó bajo la tutela de su madre Margarita de Navarra. No se dejó de sospechar de esta princesa en la pretension de Mayon; y asi la acusan algunos autores de haber conocido, favorecido y apoyado el proyecto de asesinar á su marido, y casarse con el asesino; pero si la hemos de juzgar con imparcialidad, mas parece haber sido una muger débil que mala. Era crédula, dócil con esceso, indolente, susceptible de recibir las impresiones de los que la rodeaban, é incapaz de remediar los desórdenes de una corte. La de Sicilia, cuando murió su marido, ofrecia un espectáculo de desolacion; ministros codiciosos, injustos opresores de los pueblos, privados ambiciosos, cortesanos torpes, pérfidos, sin honor, ocupados solamente en engrandecerse; prelados sin reserva; hombres sin vergüenza en sus desórdenes, vanos, ambiciosos, y en fin, víctimas de cuantos vicios deshonran y envilecen á los que por su clase y nacimiento debieran ser los primeros modelos de virtud para los pueblos.

La menor edad de Guillermo II fué una continua agitacion de alborotos, y perpetua mutacion de ministros. Solo uno tuvo la regenta bueno, que era francés. Se llamaba Estéban de Rostrou: su padre era el conde de Perche. No tenia otro defecto para que no le pudiesen ver los sicilianos sino el ser extranjero. Hizo la reina cuanto pudo por defenderle de las persecuciones; pero se vió precisada á abandonarle, y al fin él se retiró, sin llevar consigo mas que la estimacion. Tampoco pudo defender otra eleccion suya, que no la hacia tanto honor. Era ésta la de un eunuco, llamado Pedro, á quien elevó á la clase de ministro: pero cuando depuesto partió precisado por una faccion contraria, fué cargado de oro á gastarle entre los sarracenos, á quienes tenia muy obligados, porque durante su ministerio los habia favorecido á costa de la Sicilia.

Todo mudó de aspecto cuando tomó Guillermo II las riendas del gobierno. Admira mucho ver que un príncipe jóven, criado en una corte corrompida, y teniendo á la vista tantos y tan perversos ejemplos, pudiese resistir al torrente del vicio, y llegar á ser un modelo de virtud. Sus vasallos le llamaron el *Bueno*, epíteto que por habérsele dado libremente, y despues de haberle esperimentado, vale por todos los elogios. Una sola falta le notan, y es la de política, que verdaderamente es muy grave, pues por sola ella envolvió á la Sicilia en guerras dilatadas y ruinosas. Todo consistió en haber casado á Constanza, su tia, con Enrique, rey de romanos, que fué despues emperador. Tenia esta princesa treinta y dos años, y la alternativa de su casamiento ó de su celibato era materia digna de deliberacion muy importante: porque el buen Guillermo no tenia esperanzas de tener hijos á causa de la esterilidad de su muger, y era un príncipe nieto del rey Rugero y sobrino de Constanza, aunque de mas edad que ésta, la cual no dejaria de presentarse para heredar el trono.

Asi fué; porque Tancredo, hijo del príncipe Rugero, cuya muerte tanto sintió el rey Rugero, su padre, suponia que se habia celebrado matrimonio entre aquel príncipe y la hija del conde de Lech, su madre, y que por consiguiente era legítimo, y como á tal le pertenecia el trono por representar á su padre, hermano mayor de Constanza; pero Guillermo habia puesto obstáculo á sus deseos, haciendo reconocer á Constanza su tia por heredera cuando la casó con Enrique.

Al punto que el sepulcro encerró las virtudes de Guillermo el Bueno, y no el sentimiento de sus vasallos, empezó á declararse la disputa sobre quien le habia de suceder. Los principales barones, viendo que entre ellos y el trono no habia mas que una muger y un ilegítimo, todos aspiraban á la corona. Con dificultad reunió Tancredo á su favor los suficientes. Muchos por altivez, desdeñándose de sujetarse á un príncipe de nacimiento equívoco; ó porque preferian obedecer á un príncipe que tenia lejos de allí su residencia, se declararon por Enrique: otros se quedaron neutrales. Se vió Tancredo reducido á resistir con fuerzas muy inferiores á casi todas las de Alemania, que cayeron sobre él. Tenia á su favor el deseo de los pueblos, y el voto de los hombres de bien, que habia ganado con sus bellas prendas. Se puso la victoria de parte de sus banderas constantemente, y él jamas abusó. Teniendo en su poder la suerte de su tia Constanza, porque se la entregaron los habitantes de Salerno, y siendo esta señora la única concurrente que podia temer, se la remitió al emperador su esposo colmada de honores y regalos.

No se duda que hubiera asegurado su corona, y la hubiera transmitido á su posteridad, si no le hubiese arrebatado una muerte temprana. Le consumió la tristeza de haber perdido en su primogénito un jóven de gran valor y nobles prendas, al fin hijo digno de su padre. Éste le habia coronado, y le perdió en la flor de su edad. Tuvo Tancredo tres hijas y un hijo; pero aunque usó la precaucion de poner en cabeza del hijo la corona, era demasiado jóven para sostener el peso (1194).

El emperador Enrique se declaró rey de Sicilia por el derecho de su esposa Constanza, y no tuvo quien le hiciese oposicion sino un rey en su menor edad, bajo la tutela de la reina su madre. Militaban en favor de Enrique y contra Guillermo la infidelidad de los barones, la inercia de los pueblos, y alemanes aguerridos, con los recursos de la astucia y la mala fé. Mas le valieron al emperador estos dos medios que la fuerza. Ganados los grandes con promesas se vió la reina con su familia encerrada en un castillo, en donde pudiera haberse sostenido mucho tiempo; pero el artificioso Enrique la sacó de aquel asilo, ofreciéndola el principado de Otranto para el rey su hijo, si éste renunciaba el trono: y á ella la propuso darla tierras, dinero de contado para casar su hija, y pensiones. En el estado de desesperacion en que la reina se hallaba, eran éstas unas condiciones ventajosas. Fué el jóven monarca llorando á poner su corona á los piés del vencedor, y á éste nada le movieron las lágrimas de su sobrino. Asi este reino, fundado por los descendientes de *Tancredo de Hauteville*, de las manos de los normandos, que le poseyeron como ciento y veinte años, pasó á los príncipes de Alemania de la casa de Suabia en 1195.

En un solo año manchó Enrique su reinado con cuantas crueldades pudieran cometerse en tiempo muy dilatado, porque faltó á todas las palabras dadas á la familia de Tancredo. Á madre, á hijas, á hijo, y á todos los hizo llevar á una prision de Alemania. Al hijo apenas llegó á la adolescencia le sacaron los ojos, le hicieron eunuco, y murió en el mismo año. El castigo mas del gusto de Enrique eran estas dos crueldades juntas. Se las hizo sufrir á hombres ya hechos; y no contento con esto se complacia en dar otros tormentos como el de arrastrarlos atados á la cola de un caballo, y el de colgarlos cabeza abajo. En tan bárbaro tormento vivió dos dias un cuñado de Tancredo. Hizo el emperador desenterrar los cadáveres de Tancredo y de su hijo Rugero, para arrancarles las coronas, y las hizo clavar en las cabezas de dos zelosos partidarios de estos príncipes. Por estas horribles acciones le llamaron el *Neron de Sicilia*. Allí murió generalmente detestado, y se cree que le aceleraron la muerte con veneno; y la historia no deja de indicar alguna sospecha contra su esposa Constanza (1197).

Poco le sobrevivió esta princesa; pero al morir declaró tutor de su hijo Federico y regente del reino al papa, señalando para esto la cantidad que se debia dar todos los años al pontífice, que era á la sazon Inocencio III, el cual cuidó bien de lo perteneciente al pupilo, y manejó su casamiento con Constanza hija de Alfonso II, rey de Aragon, con la condicion de que este monarca habia de asistirle con todas sus fuerzas contra sus enemigos, y la de que si moria Federico sin tener hijos de Constanza, la corona de Sicilia seria de Fernando, hermano de esta princesa.

Pero durante la vida de Inocencio le pareció á éste

muy terrible el poder de Fernando, que ya era emperador, y le instó para que entregase el reino de Sicilia á su hijo Enrique, á quien habia hecho coronar, aunque sin haber abandonado él su autoridad. La desavenencia entre el Sacerdocio y el Imperio se hizo negocio de la mayor seriedad en tiempo de Gregorio IX. Hizo Federico algunos sacrificios para que el pontífice no procediese contra él; y aunque le escomulgó, tomó la cruz, y fué al viaje de Tierra Santa para cumplir el voto que tenia hecho, no obstante las contradicciones que le habian suscitado. Tan temida era la escomunion, que entre los prelados que le acompañaban no hubo uno que se atreviese á ponerle en la cabeza la corona de Jerusalen, y le fué preciso tomarla de sobre el altar y coronarse á sí mismo.

Se reconcilió Federico con el papa Gregorio, y despues se desavino con Inocencio IV, que le depuso en el concilio de Leon de Francia, y murió en la escomunion. Además de seis mugeres legítimas, tuvo muchas concubinas, y en sus espediciones militares llevaba consigo un serrallo de mugeres sarracenas. Le habian gustado mucho los viajes de Levante por el lujo y delicias asiáticas. Por otra parte le agradaban los sabios, y era liberal, valiente, generoso y condescendiente con los enemigos que cedian; pero con los otros era soberbio, altivo y furioso. Le atribuyeron esta blasfemia: «Si el rey de los Judíos hubiese visto el reino de Nápoles, no hubiera ponderado tanto la tierra de promision.» Fundó Federico varias academias, y la famosa escuela de medicina en Salermo; hermoseó la ciudad de Nápoles, que los príncipes de la casa de Suabia habian elegido para capital de los dos reinos, y de tantas mugeres no dejó mas hijos legítimos que Conrado y Enrique. Murió este último poco despues que su padre; y éste para el caso de que los príncipes no tuviesen sucesion ó faltase su posteridad, habia llamado a Manfredo que le nació de una dama mas querida que las otras.

En los cuatro años que vivió y reinó Conrado, Manfredo, su hermano natural, tuvo el mas duro aprendizage de docilidad, porque aquel no le escaseaba disgustos, ni aun las afrentas. Todo lo sufria Manfredo con una paciencia que admiraba y le conciliaba los corazones. Tenia mas edad que Conrado, el cual murió de enfermedad á los veinte y seis años. Ya habia tenido grandes debates con los papas, y dejó un hijo en la menor edad, al que vulgarmente llamaban Conradino. Cuanto se habia hecho bueno en los reinos de Nápoles y Sicilia, era obra de Manfredo, y así Conrado, á pesar de su envidia, no pudo menos de emplearle en la guerra y en los negocios por lo cual cuando murió el padre de Conradino estaban todos tan a favor de Manfredo que los estados le declararon tutor del príncipe (1254).

Tuvo Conradino un contrario terrible en Inocencio IV, el cual sin detenerse en regencias ni tutelas, declaró que los dos reinos eran de la Santa Sede, alegando en cuanto á la Sicilia la escomunion en que habian incurrido Conrado y Federico su padre; y en cuanto á la Apulia y la Calabria, que acababan de hacer juramento de fidelidad en manos de su legado, que se habia presentado con armas. Es verdad que el mismo Manfredo se habia prestado al homenage por no poder mas; pero luego que se vió con tropas hizo una valerosa resistencia, y ganó algunas victorias. Como Inocencio IV hacia creido que ya era señor de los dos reinos, sintió tanto aquellos reveses de la fortuna, que murió de pesadumbre. Sostuvo Manfredo, y aun aumentó sus ventajas en el pontificado de Alejandro VI.

Hasta entónces habia peleado Manfredo como regente, y para librar la corona de caer en manos del pontífice. En 1258 se esparció la noticia de que Conradino habia muerto en Alemania, adonde le habia llevado su madre la princesa de Baviera. Manfredo sin detenerse á mas exámen, tuvo por cierta la noticia, de la cual no falta quien le suponga autor, y se hizo declarar rey de Nápoles y de Sicilia en virtud del testamento de Federico. La viuda de Conrado envió á decirle que su hijo estaba vivo, y que así dejase el cetro que tenia usurpado; pero Manfredo respondió que el reino le pertenecia legítimamente; pues le habia costado tanto quitárselo á los enemigos, que de lo contrario lo tendrian todavía; pero que sin embargo podria la reina enviar á Nápoles a Conradino, para que estando á su lado se diese á conocer en el pais, y se fuese haciendo á sus usos y costumbres. Hizo muy bien la reina en no aceptar el convite, si es cierto que Manfredo habia asesinado á los embajadores que le dirigió, y á los que enviaba al papa.

Con este motivo declaró Inocencio á Manfredo privado del reino, nó como injusto detentor de la corona de su sobrino, sino como usurpador de unos estados que pertenecian á la Iglesia. Dejó esta pretension en manos de Urbano IX su sucesor; y éste, conociendo que Manfredo no se aterraria con la escomunion, pensó en tomar otro camino. Sus antecesores habian ofrecido la corona de Nápoles y Sicilia á varios príncipes persuadiéndose que la conquistarian. ¡Estraña preocupacion la de aquellos tiempos, pues daban estimacion á un regalo semejante! Ya el rey de Francia no lo habia admitido, y Enrique III de Inglaterra tampoco quiso recibirle para su hermano ni para su segundo hijo, Cárlos, conde de Anjou, no se hizo de rogar y le aceptó.

En 1265 se concluyó el tratado entre Urbano y este conde, estipulando la renuncia del futuro rey á la soberanía de todos los dominios poseidos por la Santa Sede en ambos reinos, y reversion de la corona á la corte romana en caso de faltar heredero legítimo. Cada tres años debia dar en homenage á la Santa Sede cierta cantidad considerable, y una hacanea blanca, presentada por el condestable del reino. En cada nuevo reinado habia de hacer juramento de fidelidad el rey, en Roma y por sí mismo, si esto se exigiese; y á estas condiciones se seguian cláusulas de socorros de dinero y de tropas en caso de necesidad, asegurando que no se tocaria á las inmunidades eclesiásticas. Por último se concluia exigiendo de Cárlos la promesa de reconocer y jurar él y los señores que le acompañaban, en la mas auténtica forma, conquistado que fuese el reino, que le tenia y sus sucesores lo tendrian por liberalidad y gracia de la Santa Sede.

Firmadas estas condiciones, hizo Cárlos al punto sus preparativos: se le juntó una multitud de señores franceses, creyendo que iban á ganar el cielo; porque habia publicado Urbano una cruzada contra Manfredo; bien que el papa, además de esto, procuró manejar para su protegido ciertas inteligencias en el mismo reino que habia de conquistarse. Le coronó pues en Roma, y le envió con algunos batallones á poner guerra á un rey bien establecido, cuyas tropas hasta entónces siempre habian triunfado. Pero nada resistió á la furia francesa.

Animados todos por la religion y el deseo de fama arruinaron las ciudadelas y escalaron las plazas; y aun se dice que en las que se rindieron no procedieron como buenos cristianos, y desagradaron mucho al papa. Ya por último se pusieron los dos ejércitos á la vista uno de otro. Manfredo, por ser inferior en fuerzas, no debiera dar la batalla, pues ya empezaban á faltar los víveres al enemigo; pero creyó que si se detenia mas su ejército, compuesto de sarracenos, sicilianos, pisanos, lombardos y alemanes, tropas mercenarias, se iria disipando; y se determinó á presentar el combate. El éxito fué muy funesto, pues pereció el, despues de haber hecho esfuerzos heroicos, y se halló su cadaver sobre un monton de muertos. Cárlos le trató indignamente, y le privó de los honores de la sepultura como escomulgado.

Vemos que los príncipes de aquellos tiempos se valian de las escomuniones para rebajar en los ánimos de los pueblos la opinion de sus rivales, y éste fué un medio poderoso de que se sirvió Cárlos de Anjou contra otro competidor, que era temible por sus derechos, su valor, y el favor de los pueblos debido á las gracias de su juventud. Mientras Manfredo disputaba su reino con el protegido del papa, iba creciendo Conradino en el palacio de Oton de Baviera, su abuelo materno, y daba esperanzas de que algun dia se le veria restablecer la gloria de la casa de Suabia. Los napolitanos, tratados con du-

reza por el feroz Anjou, empezaron á desear el renuevo de una familia cuyo gobierno, por moderado, echaban ménos, y suspiraban por verle en el trono. Isabel, su madre, asustada con los riesgos á que su hijo habria de esponerse, hizo cuanto pudo para detenerle.

Conradino, mas sensible á los gritos de la fama, que á las lágrimas de su madre, se arrancó de las delicias de la corte de su tio á los diez y seis años con Federico de Austria, su amigo, y de la misma edad; y fué con intrepidez á acometer al vencedor de su tio Manfredo hasta en el centro de sus estados. Se puso en marcha con un ejército de seis mil caballos, y con la esperanza de que al punto que pusiese el pié fuera de Alemania se aumentaria su ejército con gran número de malcontentos. Aunque halló una bula en que el papa le escomulgaba si ponia el pié en Italia, no se detuvo el jóven príncipe; pero muchos de sus soldados se asustaron y le dejaron. Prosiguió Conradino con los que le habian quedado, proporcionándole su misma perseverancia nuevos soldados, y con algunas ventajas que logró acudieron otros á sus banderas. Engruesado su ejército atravesó como vencedor la Lombardía, la Toscana, y fué recibido en Roma. El papa, que se habia retirado á Viterbo, viendo pasar al jóven príncipe por delante de los muros de esta ciudad dijo por presentimiento: «Ahí va una oveja que llevan al matadero.»

No obstante, si se hubiera de juzgar por lo que parecia entónces, debiera haberse profetizado en favor de Conradino; porque el valor, la humanidad, la afabilidad de la persona y gracias del jóven príncipe, con sus prendas sólidas y brillantes, tenian interesada en su favor á toda la Italia. Su ejército, lleno de ardor, era al doble mas numeroso que el de su rival. Cárlos, poco seguro de sus vasallos, apenas podia contar mas que con los franceses que le habian ayudado á triunfar de Manfredo; pero se habian disminuido mucho; mas sin embargo de su inferioridad, buscó la accion con ansia.

Se dió la batalla en 1268, víspera de san Bartolomé. Al principio huyeron por todas partes las tropas de Cárlos; y los alemanes, creyendo tener ganada la victoria, perseguian confusamente á los fugitivos, ó se ocupaban en despojar á los muertos. Conradino, Federico y los gefes principales se desarmaron; y, sentándose sobre la yerba en un vallado, contemplaban desde allí muy gozosos á sus soldados que se apresuraban á gozar del fruto de la victoria. De repente vieron que los mismos soldados refluian vivamente perseguidos hácia donde ellos estaban, porque unos escuadrones enemigos, ocultos detrás de un cerro, los habian sorprendido desordenados con la alegría, y los llevaban por delante. En vano procuraron los príncipes juntar y ordenar sus tropas; inútiles fueron sus esfuerzos, pues tambien fueron arrastrados con ellas; y dispersado el ejército fué general la carnicería. Conrado y Federico, despues de haber andado errantes algunos dias, cayeron en manos de Cárlos.

No era la clemencia la virtud favorita de este príncipe: en todas las ciudades se levantaron por órden suya cadalsos, y todos los partidarios de Conradino de quienes pudo apoderarse pasaron por los filos del cuchillo de los verdugos. Un año se estuvieron consumiendo los dos príncipes jóvenes encerrados en un castillo y reservados para el último acto de la tragedia. Todos los reyes de la Europa se interesaron en su suerte. Isabel, madre de Conradino, ofreció á Cárlos cantidades de dinero que pudieran haber reducido á un monarca que estaba en continuas urgencias por la falta de caudales; pero él permaneció inflexible, é hizo condenar á muerte á los prisioneros como reos de lesa magestad, perturbadores del reposo público y enemigos rebeldes de la Iglesia.

No pasaban estos príncipes de diez y siete años; les mandaron confesar igualmente que á otros muchos señores destinados á morir con ellos; les hicieron asistir al oficio y misa de difuntos en una capilla vestida de negro; estuvieron oyendo una larga predicacion llena de invectivas y anatemas; y los llevaron á la plaza del mercado de Nápoles. Cuando se vió Conradino en el cadalso habló al pueblo demostrando la injusticia de la sentencia que le quitaba la vida, y el reino que le pertenecia. En señal de la cesion que hacia de sus derechos tiró á la plaza el guante para que le levantase aquel que le quisiese vengar; y volviéndose á su amigo Federico le pidió perdon de haberle admitido á ser compañero de su desgracia. El amigo no le dió mas respuesta que arrojarse á sus brazos abrazándole tiernamente. Puso Conradino con valor la cabeza al tajo: cayó ésta; la tomó Federico en sus manos, la besó, la regó con sus lágrimas, y presentó la suya al verdugo, que se la cortó al primer golpe.

Sus últimas palabras fueron éstas: *¡Ay madre mia! ¡Ay qué pesadumbre será la de mi madre por mi muerte!* La infeliz Isabel no desesperando de mover el corazon de Cárlos se habia embarcado con grande suma de dinero, capaz de haber tentado su avaricia; pero supo en el camino que ya era tarde. Se mudaron por su órden pabellones y velas, empavesando todo el navío de negro y con tan lúgubre aparato llegó á Nápoles. Suplicó al rey que la permitiese levantar á su hijo un mausoleo, y aun este triste consuelo la negó: pues Cárlos habia determinado que su cadáver y los de los dos compañeros de su suplicio careciesen de sepultura en tierra bendita, alegando que habian muerto escomulgados. Á fuerza de empeños se consiguió que los sepultasen cerca del mar, en un sitio en que despues edificó el hijo de Cárlos un convento para espiar la crueldad de su padre. Así acabó la ilustre casa de Suabia. Esta catástrofe funesta puede mirarse como un castigo de las crueldades de la familia de Suabia contra la de Tancredo; pero está la desgracia en que el castigo cayó sobre un inocente

Esta sangrienta egecucion aseguró el reino á Cárlos, el cual tomó el título de *defensor de la Iglesia;* y con efecto reconcilió con Roma á sus vasallos, á quienes habia separado Manfredo; mas no por esto los hizo por su parte mas felices. Horrible es la pintura que de su reinado hacen los historiadores; pues dicen que los pueblos estaban cargados de impuestos, y pisados del rey y de sus ministros; que, hechos el blanco de la tiranía y las exacciones, gemian bajo del mas pesado yugo; que, al mismo tiempo que la codicia de una multitud de extranjeros favorecidos del monarca los despojaba de sus bienes, y con su insolencia los ultrajaba en las personas y en la honra, se cometia impunemente toda especie de injusticias; que corrian arroyos de sangre; y que en la mayor parte de las ciudades y villas estaban preparadas las horcas y cadalsos. Cada familia, consternada y cubierta de luto, temia, entregada al dolor, cuando daria alguna víctima á los verdugos.

Por estos escesos dieron el epíteto de *tirano de las dos Sicilias* al que se llamaba el *defensor de la Iglesia.* Siempre, como sucede á los tiranos, andaba pálido, con el miedo de la venganza de los oprimidos, y no daba un paso sin ir acompañado de los ejecutores de sus voluntades, interesados en la conservacion de su persona. El menor movimiento se prevenia con el rigor de los suplicios. De este modo esperimentaron los pueblos de las dos Sicilias, bajo la dominacion de los franceses, el justo castigo de la inconstancia con que habian abandonado la casa de Suabia; pero tambien los franceses, fueron á su tiempo castigados por sus exacciones; y Cárlos, que los introdujo en aquel pais que empapó en sangre, fué el primero que sufrió la pena de su barbarie en las desgracias que llenaron su corazon de amargura en los últimos años de su vida.

En su reinado se aumentó la ciudad de Nápoles: despreció la Sicilia y Palermo, que habia sido la corte mas favorecida de sus predecesores; y los sicilianos, que por estar mas distantes no eran observados en su conducta como los napolitanos, se atrevieron á una accion, que, aunque no es única en la historia, no por esto es ménos terrible. Juan, señor de la pequeña isla de Prócida, y zeloso partidario de la casa de Suabia, se abrasaba en deseos de vengarla. Se conocia su

Digitized by Google

intencion, y Cárlos hizo que espiasen todos sus pasos; pero Juan engañó su vigilancia, y se libró del hierro de los asesinos. Recorrió, disfrazado de religioso, la Sicilia; fomentó el descontento, y encendió en todas partes el fuego de la sedicion y el espíritu de venganza contra los franceses. Para que Roma, tan poderosa en aquel reino, no se opusiese á sus designios, supo ponderar varias faltas del monarca, en términos que el papa se mantuvo neutral. Fué á buscar enemigos contra Cárlos en Constantinopla y en Aragon. Pedro, su rey, se habia casado con Constanza, hija de Manfredo, y éste fué un título para levantarse contra Cárlos. Conradino, primo de Constanza, cuando tiró el guante á la plaza desde el cadalso, habia nombrado á Pedro, y á este se le entregó un caballero aragonés, que fué el que le recogió: circunstancia de que se sirvió Juan hábilmente para encender al rey don Pedro en el noble deseo de vengar al desgraciado pariente de su esposa.

Asegurado con estos ausilios extranjeros para apoyar los esfuerzos interiores, todo lo fué disponiendo con el mayor secreto. El dia de Pascua de 1282, al toque de las campanas que llamaban á los fieles á vísperas, se sublevó el pueblo, fué corriendo por las calles y derribando las puertas de las casas entró degollando á los franceses, sin perdonar á los niños, ni aun á las mugeres casadas con los tales extranjeros y embarazadas de ellos. Igual carnicería se ejecutó en las demas ciudades al oir la misma señal, y por esto se dió á esta matanza general el nombre de *Vísperas Sicilianas*. Un francés, llamado Guillermo de Porcelet, gobernador de una pequeña ciudad, fué el único esceptuado en consideracion á su virtud y probidad generalmente reconocida. A este le dieron una embarcacion para que se restituyese con su familia á su patria, pero todos los demas quedaron sacrificados al odio y á la venganza de los sicilianos. Se dice que escedió de ocho mil el número de las víctimas.

Estaba todo tan exactamente concertado, que dos dias despues de esta sangrienta ejecucion llegó con tropas don Pedro, rey de Aragon. El tiempo fué el mas oportuno, porque los sicilianos empezaban á asustarse de su propio atrevimiento, y hablaban ya de recurrir á la clemencia de Cárlos, que era el mas desapiadado de los hombres. Recibido el monarca aragonés con las mas alegres aclamaciones, se hizo coronar en la catedral de Palermo, y en aquel punto quedó el reino de Sicilia separado del de Napoles, viviendo todavia el que los habia unido bajo de su cetro. Desde esta época tambien es la data del principio de las largas guerras, que costaron á la Francia tanto dinero y tanta sangre. Desde este tiempo fueron los pueblos de Nápoles y Sicilia el juguete de la ambicion de los príncipes, dándolos ó quitándolos segun por entónces convenia á su interés; y de aqui provenia que, trocados mas como esclavos que como vasallos, no se aficionaban sinceramente a ningun soberano, ni habrá tal vez habido pais alguno en donde las revoluciones y alborotos hayan sido tan frecuentes. Un escritor que compuso la historia de sus sublevaciones, puso este título á su obra: *Historia de las treinta y cinco sublevaciones del fidelísimo pueblo de Nápoles.*

Cuando Cárlos supo la horrible carnicería de Sicilia, la mas impetuosa y violenta que los hombres han visto, estuvo por algun tiempo sin poder pronunciar una palabra: ¡tan embargado le tenia la cólera! Mordia con movimientos convulsivos el baston que de ordinario llevaba, y se volvia hácia todas partes con espantosas miradas. Al punto hizo que se diese á la vela una escuadra, que habia destinado para Constantinopla. Desembarcaron sus tropas delante de Mesina; pero sus esfuerzos fueron infelices. Cayó en manos de sus enemigos su hijo, el príncipe de Palermo, despues de una derrota casi total. Le llevó el almirante aragonés delante de Nápoles, y amenazaba con que iba á cortarle la cabeza si no le entregaban la princesa Beatriz, hija de Manfredo, á la cual despues de la muerte de su padre habian tenido encerrada en un castillo con su madre y un hermano todavia niño. Ya la madre y el hijo habian muerto de hambre ó de veneno: pero Beatriz, que les sobrevivió, entró en el navío victorioso, que llevaba cautivo al hijo del perseguidor de su familia. A ése le encerraron en un fuerte castillo; pero debió la vida á la reina Constanza, que le libró de la rabia de los sicilianos, los cuales le pedian para darle la muerte. Cárlos, en los tres años que pasaron desde la separacion de la Sicilia hasta que murió, no esperimentó mas que desgracias. Oprimido de pesadumbres y disgustos, rendido al peso de sus infortunios y á la desesperacion que interiormente le roia, al fin de algunos dias de enfermedad espiró entre la cruel incertidumbre de la suerte de su familia de la cual el príncipe estaba en una prision. Algunos dicen que Cárlos de Anjou se ahorcó: digno fin de un tirano.

Estaba en una carcel Cárlos II, llamado *el Cojo*, y gobernaban el reino de Nápoles los regentes, que su padre habia nombrado, todo el tiempo que duró su cautiverio que fueron cuatro años. Salió de la prision casándose con una hija del rey de Aragon, y renunciando con toda formalidad el derecho á Sicilia en favor de un cuñado suyo. Murió la aragonesa, y Cárlos II casó con una princesa de Hungría, ocupándose únicamente en procurar la felicidad de los pueblos de Nápoles y de la Provenza, mayorazgo de la casa de Anjou. Viviendo él vacó el trono de Hungría, y Cárlos Martel, primogénito de Cárlos, fué llamado á éste por el derecho de su madre. Murió, dejando un hijo llamado Charoberto, al cual pasó la corona. Viendo Cárlos II que ya aquel hijo tenia cetro, dejó en su testamento el de Nápoles á Roberto, duque de Calabria, que era el hijo segundo de Cárlos Martel (1309).

Aunque no agradó á Charoberto esta division, no se atrevió á significar con demasiada claridad sus pretensiones durante la vida de su tio. Reinó Roberto gloriosamente: se hizo poderoso en Italia: llegó á ser el soberano de Génova; pero no le salieron bien muchas tentativas que hizo contra Sicilia, la mas rica joya arrancada de su corona, y poseida por Federico, hermano de don Jaime, rey de Aragon. El comandante en aquellas espediciones era el duque de Calabria su hijo, que aunque no gustaba de guerra la hacia con valor. Era hombre que no podia ver sin afliccion los estragos que arrastra la comitiva de los héroes, aun los ménos sanguinarios. Su padre descansaba en él de los cuidados mas penosos del gobierno. Supo establecer con tanto acierto la paz en todas las provincias, arreglando intereses que parecian hasta entónces incompatibles, que en el monumento que le erigieron le representaron con un grande vaso á sus piés, bebiendo juntos en él un lobo y un cordero. La muerte de este hijo, tan querido y tan amable, fué para el corazon sensible de Roberto un golpe cruel. A este monarca le llamaron *el Bueno* y *el Prudente*.

Habia dejado el duque de Calabria una niña llamada Juana; y su abuelo, que no tenia otro hijo, procuró darla una educacion digna de sus altos destinos. Con el fin de impedir las guerras que pudieran sobrevenir por las pretensiones de la rama de Hungría, resolvió unir los derechos, y envió una embajada á Charoberto su sobrino, pidiéndole su hijo segundo Andrés para esposo de su nieta.

Se desposaron los dos niños á los siete años de edad; y aunque se criaron juntos, no creció con ellos el amor. A Andrés le gobernaba un religioso llamado Fray Roberto, que su padre le habia dado por preceptor; pero era tan rústico que le hizo conservar los modales húngaros, incompatibles con los de la corte de Nápoles, en donde brillaba la galantería francesa, afinada con la delicadeza italiana. Cárlos el Bueno, y demasiado bueno, toleró esta educacion tan contraria á la de su nieta. Aunque desde luego se advirtió la indiferencia entre los dos, se procedió al matrimonio como que le consideraban de necesidad política. Se celebró el himeneo con magnificencia y grandes demostraciones de alegría.



Las vísperas sicilianas.

Digitized by Google

pero el rey estaba interiormente afligido por haber tenido tan mala eleccion, y por haber sido el que unió el corazon y la suerte de una nieta, que daba las mas bellas esperanzas, con un hombre tan grosero y sin mérito. Llevó consigo á la sepultura esta pena y el temor de las disensiones que habian de suscitarse despues de su muerte, por mas precauciones que habia tomado; habiendo sido una de éstas que solamente su nieta fuese reconocida por reina. Para esto la nombró un consejo compuesto de los principes de su sangre y de las personas mas instruidas en la ciencia de gobernar y mas afectas á su familia, con la condicion espresa en su testamento de que su esposo, aunque llamado entónces duque de Calabria, no tendria parte en la autoridad.

Juana I, heredera de Nápoles, de Sicilia, de los estados de la casa de Anjou en Provenza, y con el título de reina de Jerusalen, asi que subió al trono hizo que se sentase en él contra la disposicion de su abuelo su esposo Andrés. Á pocos dias se hallaron con todo el poder fray Roberto y los húngaros. No obstante, como solamente habian coronado á la reina, pretendieron que tambien debia ponerse la corona en la cabeza de Andrés, como que era heredero por su abuelo Cárlos Martel. Tal vez la reina, por ser mas inclinada á los placeres que á los negocios, se hubiera empeñado ménos en gobernar por sí sola si hubiese tenido un esposo cuyo genio simpatizase mas con el suyo; pero, mientras ella se hacia amable por sus gracias, y estimable por su penetracion, todos aborrecian y despreciaban á su marido por sus modales groseros, por la pesadez de su limitado entendimiento, y por su vida ocupada en bagatelas, ó en diversiones que le envilecian (1344).

Luis de Hungria, hermano de Andrés, solicitaba vivamente con el papa (porque entónces se creia que sin él nada se podia) que permitiese coronar al marido de Juana. Sabiendo los señores napolitanos que llegaba la bula, y temiendo que la coronacion diese una autoridad absoluta á un principe á quien tenian por indigno, resolvieron prevenirse. La conjuracion tramada parece haberse ejecutado por personas afectas á la reina, ó por Filipina, una de sus damas, el hijo de ésta, una nieta suya, y dos caballeros calabreses. Le dijeron al principe Andrés, que estaba en el cuarto de su esposa, que fray Roberto le esperaba para un asunto que urgia. Salió pues, y en medio de una galeria, que era preciso atravesar, le echaron un lazo al cuello, y le ahogaron, arrojando el cadáver por una ventana.

Fray Roberto y sus húngaros estaban temblando que les quitasen la vida; pero se contentaron con despedirlos. Al ver el susto de la reina, que no tenia mas que diez y ocho años, y la incertidumbre de sus medidas, aunque el delito fué de sus criados, se hace juicio que no fué cómplice; y lo mas que se puede decir es que con la demostracion, demasiado clara, de su aversion al marido, se animaron los que la servian de cerca á una maldad que les pareció debia agradarla. El rey de Hungria, á quien Juana despachó embajadores para justificar su conducta, no formó tan buena opinion de su inocencia; por mas que su cuñada, lejos de oponerse á que se buscasen los culpados, hubiese hecho poner en la cárcel á los sospechosos y empezar el proceso. Declaró Luis altamente que habia de vengar la muerte de su hermano, y empezó á prepararse para efectuar su amenaza. Creyendo Juana que no podria resistir por sí sola á la tempestad, se casó, pasado un año, con Luis, principe de Tarento, su pariente, que estaba como ella en la flor de su edad, y lleno de actividad y zelo; pero poco acreditado con los grandes y barones, que por sus feudos, y por el género de gobierno, tenian en su mano las principales fuerzas. Cuando llegó pues la tempestad, viéndose Juana y su marido casi solos, y creyendo que no podrian resistir, cediendo á las circunstancias se retiraron á la Provenza.

Luis, rey de Hungria, entró en el reino de Nápoles como monarca irritado, y todo se rendia á su presencia. Recibió con mucha sequedad á los grandes, que le salieron al encuentro, y miró con desden al pueblo que se le postraba. Acercándose á la capital llevaba en la vanguardia de su ejército un estandarte negro, en que estaba representada la muerte trágica de su hermano. Entró en la ciudad con el capacete en la cabeza; mandó quitar la vida á los señores convencidos de alguna condescendencia, y que espirasen los homicidas en los suplicios; justo rigor á que habia faltado la reina Juana.

Esta señora tenia muy en su corazon el deseo de justificarse; y asi fué á Aviñon, en donde estaba el sacro colegio, y suplicó á su Santidad que la diese audiencia en consistorio pública, y abogó por su causa con elocuencia. Era jóven, hermosa y desgraciada; y asi se compadeció aquel tribunal de ancianos. Lo cierto es que no se vió prueba alguna contra ella. La sentencia declaratoria de su inocencia hizo impresion en su reino; y habiéndose retirado de él Luis de Hungria, despues de haberle castigado, llamaron los deseos generales á Juana. Hizo el papa las paces entre ella y su cuñado, y éste la dejó gozar tranquilamente de su reino con el esposo que habia elegido.

Los quince años que pasó Juana con el principe de Tarento, á quien ella habia hecho rey, fueron los mas felices de su vida. Floreció el reino de Nápoles con su gobierno, y pudo hacer por la reunion de la Sicilia algunas tentativas, que, aunque fueron infructuosas, siempre dejaban señalados los derechos y las esperanzas. Quedó viuda de treinta y seis años de edad, sin hijos que la sobreviviesen, y celebró el tercer himeneo con el infante de Mallorca, principe jóven, y cuyo valor igualaba á su mucha gracia. Poco tiempo estuvo con ella: fué á socorrer á su padre, porque el rey de Aragon acometia á su isla: le hicieron prisionero; la reina le rescató; volvió á la guerra; le repudió su esposa; y se cree que murió en la misma guerra (1370).

Entónces, no sintiendo ya deseos de casarse, adoptó Juana, y declaró por heredero de los estados de Nápoles á Cárlos de Duras, esposo de Margarita, que era hija de su hermana Maria; pero, fuese por haberse desavenido con este principe, ó porque reflexionó que en la edad de cuarenta y cinco años todavia pudiera ver su posteridad, se casó de cuartas nupcias con Oton, duque de Brunsvik, de la linea imperial, y de edad proporcionada á la suya. Para no asustar á Cárlos de Duras ni á su sobrina, á quienes habia adoptado y declarado sus herederos, puso por condicion que el nuevo esposo no tomaria el título de rey, contentándose con el de principe de Tarento.

Pero no agradó al hijo adoptivo un matrimonio que, si no paraba en darle rivales directos, podria por lo menos disminuir el afecto de su madre, y aquella parte de autoridad con que le habia lisonjeado. Esta fué la primera causa de entibiarse; y los favores de toda especie, los grandes bienes, y el total poder que dió á su esposo, fueron el segundo motivo de descontento. El rey de Hungria, á quien roia el corazon un antiguo rencor contra Juana, escitaba los zelos de Duras; y le ofreció tropas para que se hiciese confirmar irrevocablemente en los derechos que creia le habia de quitar la reina. De esplicaciones, reputadas por amigables, llegaron á otras mas agrias, y por último á las armas. Cayó Juana en la imprudencia de dejarse encerrar en el castillo del Huevo; ó intentando Oton ponerla en libertad fué hecho prisionero (1381).

Los provenzales, fieles á su soberana, se embarcaron para socorrerla; pero llegaron demasiado tarde, y cuando ya la tenian presa. Ofreció Duras restituirla á la libertad, si queria declararle heredero, no solamente de Nápoles sino tambien de sus estados de Provenza. Fingió Juana que consentia en la proposicion para hacer una visita y conferenciar con los capitanes de sus galeras. En la conferencia retractó la adopcion de Duras: declaró á su pariente Luis, duque de Anjou, heredero de Nápoles y de Provenza, mandando que le reconociesen, y diciendo: «Id pues á alistaros bajo de sus órdenes, pues de este modo me dareis pruebas de que

estais agradecidos á los buenos oficios que siempre he hecho por vosotros, y de que os compadeceis del deplorable estado á que me veo reducida.»

Al fin de la conversacion entró Cárlos en la sala, y en el continente que observó en la reina y sus vasallos adivinó sus disposiciones, si es que no la estuvo escuchando secretamente. Hizo pues llevar á Juana á un castillo y allí la mandó ahogar con un género de muerte semejante á la del infeliz Andrés, y aconsejado por el rey de Hungría. Juana I es el ejemplar de las funestas consecuencias de su primer yerro. Desde la muerte de Andrés, á la que no contribuyó, aunque tal vez la deseó, no pudo volver á ganar la estimacion de sus vasallos, que es el escudo principal de la soberanía. Su vida, mientras se gobernó por sí misma, fué una cadena de inconsecuencias; sus frecuentes casamientos imprimieron en su reputacion cierta mancha de incontinencia; y sus variaciones, respecto de Cárlos de Duras, la nota de genio inconsecuente. Su carácter principal fué la inconstancia; y la última prueba que dió, revocando la adopcion de Duras, cuando este príncipe la tenia bajo de su llave, mereció la catástrofe en que acabó sus dias; pero no disculpa á este príncipe del delito de ingratitud.

No fué esta la última crueldad que Cárlos cometió, pues hizo degollar á su suegra María, hermana de Juana, á quien pertenecia la corona, y retuvo á Oton en un duro cautiverio. Las contribuciones de dinero que impuso á la nobleza dieron á esta clase espantadiza temores de vivir sujeta á un rey exactor. Tambien se desavino Cárlos con el papa, aunque le habia ayudado mucho á poner la corona en su cabeza. Cuando el nuevo rey de Nápoles se hallaba en estas circunstancias, se presentó Luis I, duque de Anjou, en las fronteras del reino para sostener el derecho de adopcion que él tenia de Juana I. Le protegia el papa, bien que parece que no intentaba tanto hacerle triunfar como conseguir mas ventajas del rey amenazado (1382).

Con efecto, luego que dió Cárlos al papa Urbano el principado de Padua, Caserta, Nocera y otros dominios, se puso el papa de su parte; pero, aunque amenazó á Luis con la escomunion, si proseguia en su empresa, siempre iba Luis adelantándose. La muerte le detuvo sin embargo en el curso de sus victorias, y tal vez impidió que hubiera destronado á su rival. En consecuencia ya no se detuvo Cárlos en desavenirse de nuevo con el papa Urbano; pero tuvo éste la fortuna de huirse de una ciudadela, en la cual le tenia sitiado Cárlos, poco escrupuloso y poco condescendiente.

Ya hemos visto que Cárlos estaba muy unido con Luis, rey de Hungría. Dejó este príncipe al morir, por no tener hijo varon, la corona á María su hija mayor, bajo la tutela de su madre Isabel de Bohemia; y los húngaros, temiendo por indecoroso obedecer á dos mugeres, llamaron á ocupar su trono á Cárlos, rey de Nápoles, á quien conocian; y este, sintiendo cierto rubor de faltar abiertamente á la gratitud que debia á su difunto amigo, quitando el trono á su hija, se presentó desde luego como gobernador del reino. Duró poco el disimulo, y así preparó una sublevacion, cuyo resultado fué pedirle por su rey el pueblo y la nobleza. Dijo pues á las dos reinas que él no apetecia la dignidad; pero que, llamándole toda la nacion, podia ser muy peligroso resistir á aquel general deseo.

La princesa jóven declaró con toda firmeza que nunca cederia una corona que habia heredado de su padre. La madre, mas prudente, aplacó á su hija; ambas fuéron á llevar la diadema al usurpador; y éste se la ciñó delante de ellas para que su coronacion fuese mas auténtica. ¡Estraño efecto de la inconstancia del pueblo! Cuando los húngaros vieron humilladas sus reinas, y precisadas á honrar con su presencia el triunfo del opresor, se apoderó de toda aquella junta una silenciosa tristeza. A las preguntas, reiteradas por tres veces, segun la fórmula, de si reconocian á Cárlos por su rey, ninguno respondió. Ya esto era mucho; pero lo que despues se siguió debiera dar que pensar al usurpador para que tomase todas sus precauciones. Todos le miraban mal; todos huian de él; y por el contrario la multitud del pueblo, apresurándose al rededor de las reinas, cuanto mas groseramente las habian abandonado mas deseaban manifestarlas su sentimiento. El mas seguro testimonio del arrepentimiento hubiera sido restituirlas al trono, de donde se las habia hecho bajar; pero esto no podia ser sino precipitando al usurpador. Despues de alguna dilacion se resolvieron; y el homicida de Juana, su bienhechora, el ingrato opresor de la familia de su amigo, Cárlos de Duras, fue herido de un golpe mortal en la habitacion de las dos reinas (1386).

Le sucedió en el reino de Nápoles Ladislao su hijo bajo la tutela de su madre Margarita. Esta le casó con una princesa amable, llamada Constanza de Clermont. Se divorciaron por razones políticas. Volvia entonces Luis de Anjou á Italia, reclamando los derechos heredados de su padre, y el papa prometió á Ladislao lanzar sus rayos contra su competidor. Ladislao, aunque dejó á Constanza, no la quiso hacer infeliz, y así la casó con un señor jóven, á quien se la suponia inclinada; pero aunque esta inclinacion quedase satisfecha, no quiso Constanza que ignorase el monarca el vivo resentimiento que conservaba por la afrenta que la hacia; y al dar su mano al nuevo esposo, le dijo: «Andrés de Capua, bien puedes contar que eres el caballero mas dichoso del reino, pues vas á tener por concubina la legítima esposa del rey Ladislao, tu señor.»

A Luis de Anjou le sostenia el papa, que tenia su silla en Aviñon: mas á pesar de esto se vió precisado á abandonar sus proyectos sobre el reino de Nápoles, y solo quedó soberano de la Provenza. Reinó gloriosamente Ladislao: fué llamado á la corona de Hungría, no hizo, por decirlo así, mas que probarsela: pero conservó el título, y lo transmitió á sus sucesores. En el conflicto que causó entre los papas el grande cisma, se apoderó Ladislao por tres veces de Roma con las armas en la mano. Sin embargo, mas le ocupaba Venus que Marte, pues hay pocos ejemplares de príncipes tan entregados como él á los placeres del amor, á no ser Juana II su hermana, que le sucedió. A los treinta y ocho años la dejó el trono su hermano; y para esplicar la enfermedad de consuncion, que quitó á éste la vida, basta su incontinencia desenfrenada, sin recurrir á cierta composicion con que dicen se frotó una de sus damas con la esperanza de que aquel misto amatorio le haria inseparable de ella; y se asegura haberla proporcionado uno de los enemigos que querian deshacerse del rey aquel específico envenenado, que con el placer introdujo la muerte en las venas del rey.

A ser de inferior clase Juana II, seria su vida la de una despreciable ramera. Subió al trono, ya viuda, mas no sin un favorito declarado, llamado Pandolfo, su mayordomo mayor, y con otro ménos público, que se llamaba Esforcia. Se desavinieron los dos rivales; pero se reconciliaron presto, teniendo por conveniente no hacerse daño por unos favores que podian repartirse entre los dos. Pensaba no obstante Juana en el matrimonio, porque le juzgaba necesario para mantener su autoridad; y se casó con Jacobo, conde de la Marca, de la casa de Francia, aunque conservando sus galanes. Halló el marido medio de deshacerse de ellos, y dispuso que observase la conducta de su muger un escudero frances anciano, que no la perdia de vista. Para aprovecharse de este especie de entredicho impuesto á la reina, y hacerse dueño absoluto, hubiera sido necesario tener ganados á los napolitanos, porque no llegaba á aborrecimiento el desprecio que hacian de Juana: pero hizo Jacobo el desacierto de desagradar á los italianos, repartiendo pródigamente las gracias á los franceses. El interés despertó la condescendencia en el corazon de los vasallos, y estos sacaron á su reina de la sujecion en que estaba (1414). Auxiliada de un nuevo favorito, llamado Serciani, á quien hizo su senescal mayor, puso ella tambien con buena guardia á su esposo; y este no

consiguió la libertad sino con la condicion de volverse á Francia. Partió con efecto, y no volvió á verla.

Todo el resto de la vida de esta princesa es un conjunto de inconsecuencias, desórdenes y caprichos que no merecian recopilarse, á no haber tenido influjo en la suerte de una monarquía. El que nombró para que supliese por Serciani, que estaba ocupado en una comision distante, llamó á Luis de Anjou, nieto del enemigo de Carlos de Duras. La intencion de este favorito era conseguir apoyo contra Serciani, que ya volvia; pero éste á su vuelta tomó mayor ascendiente, porque la misma ausencia habia hecho que la reina sintiese el aprecio y estimacion en que le tenia. La aconsejó pues que á Luis le opusiese á Alfonso rey de Aragon y de Sicilia (1435).

Adoptó pues á este príncipe; y viendo que el adoptado queria adelantar su autoridad mas allá de los límites que Juana prescribia, revocó la adopcion. Dejó Alfonso á la reina, y se restituyó á Sicilia, de donde le habian llamado. Perseguida por Luis de Anjou, se valió contra él de las armas de la adopcion; pero se desavinieron, y sumergida por su mala conducta en nuevas dificultades, renovó la adopcion de Alfonso. Volvió otra vez á Luis; y por último murió, habiéndola precedido á la sepultura Serciani, de quien tambien se habia disgustado, y á quien luego que se supo su desgracia habian quitado la vida.

Luis III, contando como título seguro la adopcion de la reina, y muriendo ántes que ella, habia legado este derecho á su hermano Renato de Anjou, y Juana confirmó esta disposicion en su testamento; por lo que en su muerte salieron tres competidores, á saber, este Renato, Alfonso y el papa Eugenio IV. Pretendia este que por la estincion de la posteridad de Carlos de Duras y en virtud de lo tratado con este príncipe, pertenecia el reino de Nápoles á la Santa Sede; pero, como los barones no hicieron aprecio de un derecho arrancado por la necesidad, se dividieron unos por Alfonso y otros por Renato. Por un efecto de las guerras que los principales vasallos se hacian en Francia, se hallaba Renato prisionero del duque de Borgoña cuando el mayor número de los señores napolitanos fué á Francia á ofrecerle la corona. Isabela su esposa se embarcó en el instante para ir á sostener el derecho de su marido; mas el tiempo que se perdió mientras se negociaba la libertad de Renato, proporcionó á Alfonso los medios de fortificarse; y así se hizo dueño de Nápoles y de la mayor parte del reino; y aun estuvo en muy poco que no hiciese prisionero al de Anjou. Éste, cediendo á su desgracia, se restituyó á Francia, y llevó á Provenza su benignidad, su bondad, su aficion á las letras, y otras amables prendas de que se aprovecharon los provenzales; y aun las han celebrado por largo tiempo conservando en sus canciones la memoria de las virtudes del buen rey Renato.

En el reinado de Alfonso se unió la Sicilia á Nápoles, habiendo estado separado por mas de ciento sesenta años. Ya hemos visto que Pedro, rey de Aragon, juntando los derechos de su esposa Constanza, hija de Manfredo, con los de Conradino, sacrificado por la ferocidad de Carlos de Duras, habia entrado en Sicilia en 1282 sobre los cadáveres de los franceses, muertos en las Vísperas Sicilianas. Se sostuvo contra Carlos y contra las fuerzas de la Francia llamadas en su socorros. Le sucedió su hijo Jayme en 1285. Por las disposiciones políticas habia puesto la Sicilia otra vez bajo el yugo de Nápoles; y los señores sicilianos, temiendo la pesadez de este yugo, ofrecieron la corona en 1296 á Federico II, hermano de Jayme, y la aceptó: pero tuvo que combatir, no solo contra el rey de Nápoles, sino tambien contra su mismo hermano Jayme de Aragon, que tomó las armas para sostener la cesion que habia hecho.

Cuarenta años de guerra entre estos príncipes, guerras de familia, como los pleitos entre parientes, fueron interrumpidas con tratados de paz, cuyo fundamento eran las circunstancias mas que la justicia; y así se cumplieron mal. Por un tratado de éstos, y el mas célebre, se permitió á Federico que pudiese tomar el nombre de rey de Trinacria, y que con este título poseyese la Sicilia hasta que el rey de Nápoles pudiese procurarle la Cerdeña, el reino de Chipre y otros estados: pues Federico en este caso deberia dejar la Sicilia, y ésta por ningun acontecimiento podia pertenecer á sus hijos. No obstante, contra el tenor espreso del tratado, la dejó en 1337 á su hijo Pedro, príncipe de limitado entendimiento. Dos insolentes favoritos, llamados los *Palizas*, abusaron de su corto talento para alejar del rey á los que podian darle buenos consejos; pero este mismo defecto fué para ellos funestísimo cuando necesitaron la proteccion del monarca para librarse del furor del pueblo indignado con su arrogancia: pues el rey le abandonó: y Juan, hermano del rey, á quien habian querido perder, los salvó. Tomó éste la tutela de su sobrino Luis, el cual en 1342 sucedió á su padre.

Lo que resta que decir de los príncipes de Aragon, como soberanos de Sicilia, apenas es mas que una crónica. Luis, todavía muy niño, fué reconocido por rey y todo fué bien mientras vivió Juan su tio; pero muerto éste, sucedió al buen órden una general anarquía. Se vieron tan embarazados para reemplazar el tutor, que fueron á buscar una abadesa, hermana de éste, y la entregaron las riendas del gobierno. Pasó el primer entusiasmo de estimacion que les habia hecho buscar la monja, y se burlaban de ella. Volvióse á su convento, y la sacaron otra vez, nombrándola en 1355 tutora de Federico, sucesor de su hermano Luis, que murió sin dejar hijos á los diez y siete años. Federico, despues de un reinado tempestuoso, en el cual fue envilecida la magestad real, murió en 1367, y no dejó mas que una hija llamada María.

Los que se interesaban por ella, tuvieron por conveniente transportarla á España para sustraerla de los peligros que la amenazaban en su isla, llena de facciones y cábalas. Se casó en España con Martin, príncipe de Aragon: y, regresados los esposos á Sicilia, murieron allí despues de un corto reinado. El rey de Aragon heredó de su hijo Martin la Sicilia en 1409; pero le duró el cetro solo un año: pasando por su muerte á Fernando de Castilla su sobrino y heredero, y despues á Alfonso su hijo mayor, á quien la adopcion de Juan II hacia ya rey de Nápoles. De este modo la guadaña de la muerte hizo desaparecer á todos los competidores á fuerza de abatir cabezas, y dejando solo una, en la cual se colocó la corona de los dos reinos. Pocos príncipes han sido tan dignos de llevarla como Alfonso I, llamado el *Magnánimo*. Á un valor distinguido reunia un fondo de humanidad capaz de inmortalizar su memoria, por ser un deseo habitual hacer felices á todos los hombres. Para esto daba con mucho agrado, y negaba con pena y sentimiento, y no pasó dia en que no hiciese algun bien. Gustaba este príncipe de las ciencias, y por consiguiente protegia á los sabios. Le reprenden la pasion que tuvo á Lucrecia de Alagno, muger tan ambiciosa como bella; pero merece observarse que su amor, con ser tan vivo, no pudo vencerle á que condescendiese en repudiar á la reina, siendo así que para con ésta se hallaba mas que indiferente. Lucrecia suponia que, no pudiendo conseguir casarse con su amante, habia hecho con él siempre el papel de la famosa romana, cuyo nombre tenia. De otra dama tuvo Alfonso un hijo, llamado Fernando, al cual hizo criar á su vista, legitimó, y dejó en su testamento la corona de Nápoles (1458).

Sostuvo este príncipe con valor y firmeza los asaltos que dieron á su trono Renato y Juan de Anjou, que pretendieron resucitar con mano armada los derechos de su casa. Las primeras victorias no dejaron de inquietar á Fernando; pero despues se hizo superior á ellos, puso en fuga á los dos competidores, y aterró al partido francés. Habia dejado Alfonso el gobierno á su hermano Juan, que vivió hasta los ochenta años, y murió en el de 1479.

Por todo este tiempo dejaba Fernando II reinar en

Digitized by Google

Nápoles mas que él á Alfonso su hijo, con todos sus vicios; porque, como al padre no le faltaban, condescendia con el hijo. Provocaron con sus desórdenes una conspiracion; y los conjurados, haciendo justicia en medio de su odio, creyeron que no debian comprender en el castigo á toda la familia, y así ofrecieron la corona á Federico, hijo segundo de Fernando, príncipe moderado, afable y arreglado en las costumbres: pero despreció la oferta con indignacion, persuadido á que le hacian una afrenta en creerle capaz de faltar á su padre y á su hermano. Con esto se agriaron los corazones de los malcontentos, y tomaron las armas; pero las dejaron á instancias de Fernando que les hizo las mas bellas promesas. Cuando él se vió mas fuerte, ninguna cumplió, y mandó quitar la vida á los conspiradores. Gobernaba por entónces la Sicilia un virey, bajo las órdenes de Fernando II rey de Castilla.

No fué Alfonso en el trono mas moderado que su padre, ni mas circunspecto en sus desórdenes: pero tenia grande interés en ganar la estimacion de sus vasallos, porque se le iba obscureciendo el horizonte, y por la parte de Francia le amenazaba una gran tempestad. El buen rey Renato de Anjou, transfiriendo al morir sus derechos al conde de Mayno, su sobrino, los hizo pasar á Luis IX por una serie continuada de la familia. Á la verdad este monarca no tomó empeño en hacerlos valer; pero Cárlos VIII su hijo no los miró con la misma indiferencia. Era jóven, deseoso de gloria, y pasó los Alpes; sus banderas, acompañadas de la victoria, tremolaban soberbiamente en Roma, y llegaron hasta los muros de Nápoles. El vicio, por lo comun, es cobarde; y aunque no estaba destituido de todo recurso, viendo tan cerca al enemigo, renunció en favor de su hijo Fernando. Este príncipe sufrió la pena de las culpas de su padre, porque no halló en sus vasallos mas que indiferencia y frialdad. Sin embargo los desórdenes de los franceses en su conquista, la partida de Cárlos VIII á Francia, y su muerte, dieron alguna energía al partido de Fernando; pero este príncipe murió cuando empezaba á concebir justas esperanzas, y dejó la corona á su tio Federico, el mismo á quien los malcontentos habian querido en otro tiempo colocar en el trono en perjuicio de su padre y de su hermano (1496).

El no haber querido aceptar la corona habia dado de él una idea poco ventajosa, y radicado contra él mismo un desprecio, que no pudo vencer por mas que hizo. El afecto de sus vasallos se repartió entre los reyes de Francia y de España, Luis XII y Fernando rey de Aragon. Estos monarcas hacian subir sus derechos hasta las variaciones de la inconstante Juana II, que habia sucesivamente adoptado las casas de Anjou y de Aragon. Sostenian aquellos príncipes, así el uno como el otro, que Federico, descendiente de Fernando, hijo legítimo de Alfonso, no tenia derecho alguno á las coronas, que eran de ellos. El desgraciado Federico, viéndose casi abandonado, se puso en manos de Luis XII, por parecerle el mas generoso entre sus competidores; y éste, admitiéndole en Francia con su esposa y sus hijos, les concedió una fortuna que pudiese satisfacerlos, si es que haya algo capaz de consolar de la pérdida de un reino.

El francés y el español se repartieron los estados de Federico en 1505; y Fernando, que era el mas sagaz, suponiendo que en el repartimiento habia dado mucho mas á Luis, pidió que en resarcimiento se le confiase la custodia de la viuda y de los hijos de Federico, que murió poco despues. Luis XII, cuya debilidad no admite escusa, exhortó á la viuda á que pasase á España, diciéndola, que segun lo convenido entre él y Fernando, no la daria cosa alguna para su subsistencia si no lo hacia. No la pareció á esta princesa que debia confiar sus hijos á Fernando, cuya política estaba interesada en deshacerse de ellos; y así se retiró á Ferrara, en donde vivió pobremente.

Por el tratado entre los dos reyes, se vieron los napolitanos y los sicilianos como las ovejas encerradas en un redil; pero los pastores, siguiendo la comparacion, mudaron varias veces los límites de la cerca de sus dominios, y por último se vió que Fernando tenia mejor parte. Debió todas sus victorias á Gonzalo Fernandez de Córdoba, el *gran Capitan*, á quien este príncipe poco guerrero, habia enviado, no solo para que defendiese sus posesiones contra los franceses, sino tambien para que las adelantase en perjuicio de éstos. Lo ejecutó tan felizmente, aun ántes de la muerte de Luis XII, que fué muy poco lo que les dejó en aquel reino; por lo cual Fernando tomó casi sin contradiccion el título de *rey de Nápoles y de Sicilia* (1516).

Gobernó los dos reinos por medio de vireyes, y lo mismo hicieron sus sucesores. Regularmente se elegian estos vireyes de los principales señores de España, y necesitaban de grande habilidad para gobernar estados tan incoherentes: porque la nobleza napolitana y la siciliana, iguales en clase, riqueza y orgullo á los vireyes, siempre estaban dispuestas para medir su obediencia, y para exasperarse con las órdenes que las parecia atentaban ó derogaban sus privilegios, ó que se les intimaban sin los miramientos debidos. En casi todas las ciudades habia cuerpos municipales revestidos de alguna autoridad, y aun algunos con honores de senado. El pueblo, compuesto de franceses, italianos, españoles y alemanes, que tenian por tan largo tiempo inundado aquel infeliz pais, no conocian entre sí principio alguno de confraternidad; y como eran hijos de soldados, conservaban la propension al robo y la ociosidad; por lo cual las rebeliones eran frecuentes, se propagaban rápidamente, y rompian con escesos que jamás se contenian sino con la fuerza y los castigos. Cárlos V gobernó á los napolitanos y sicilianos con un teson que ya parecia escesivo, porque en nada condescendia con los deseos de los pueblos y los grandes. Sostuvo vireyes conocidamente duros, codiciosos y aun desarreglados; y por negarse á retirarlos fué causa de las sediciones que tuvo que castigar severamente. No obstante, no pudo introducirse la Inquisicion, que despues estableció Felipe II, porque se sublevó el pueblo con tal furor, que el emperador no sosegó el tumulto hasta que envió una carta satisfactoria, cuyo sobrescrito decia: *Al fidelísimo pueblo de Nápoles.*

Como los reyes de España, que despues tuvieron el cetro de Nápoles, no hacian mas que mostrarle desde lejos á aquellos vasallos, la historia debe ocuparse mas en los representantes que en los representados; y así indicaremos los primeros. En tiempo de Felipe II obtuvo el duque de Alba la dignidad de virey en ocasion muy delicada; porque Paulo IV queria entregar Nápoles á la Francia, y el duque conservó para la España este reino mereciéndose el título de *libertador de la patria*. La prudencia, vigilancia y discrecion, caracterizan el gobierno del duque de Alcalá su sucesor, el cual protegió el comercio, é hizo construir caminos reales, puentes y otras obras magníficas y preciosas. Granvela, con ser cardenal, no siempre aprobó los derechos que alegaba la corte de Roma; y luchó valerosamente contra ella en favor de la autoridad real, de que era depositario. El marques de Mondejar hacia beneficios, pero de un modo que no se los agradecian; y aunque le tributaban estimacion, nunca llegó á ser amado. De don Juan de Zúñiga se conserva en memoria el rasgo de humanidad con que estableció enfermerías en las cárceles. Despues de su vireinato, que no se daba hasta entónces por limitado tiempo, se redujo á tres años. Las agudezas del duque de Osuna resuenan todavía en la boca de los napolitanos, porque tuvieron en él un protector incorruptible; pero no le amaban los grandes de aquel reino. Ningun otro despachó los negocios con mas prontitud, sagacidad y dicernimiento. El conde de Miranda, gran justiciero, limpió el reino de malhechores. Al conde de Olivares llamaron los españoles el *Papelista;* porque siempre estaba rodeado de cartas y memoriales, y no cesaba de revolver papeles. Era de carácter austero, y suprimió las fiestas y diversiones que sus predecesores concedian al pueblo; pero daba audiencia á todas horas. Don García de Toledo fué demasiado tarde al socorro de Malta por

espresa órden del rey Felipe; fué castigada su lentitud por aquel mismo que la habia ordenado; pero ninguno se engañó: y así la vergüenza de la tardanza vino á recaer sobre el monarca. Palermo debe al marques de Pescara una academia de bellas artes.

Don Fernando Ruiz de Castro, conde de Lemus, disipó en el reinado de Felipe III una conjuracion peligrosa, tramada en 1600 por Tomás Campanela, que, vendiéndose por astrólogo, sembraba principios de insubordinacion. Estaban el pueblo y los nobles generalmente descontentos con los impuestos escesivos, y juntó Campanela hasta mil ochocientos bandidos, á los cuales habia de favorecer un bajá turco, comandante de muchas galeras cargadas de tropas. Se descubrió la conjuracion; y tuvo Campanela tal destreza que pasó por loco, y solo le condenaron á prision; pero huyó de la cárcel. Dió el conde de Lemus mucho lustre á la universidad de Nápoles, levantando magníficos edificios, y arreglándolo todo con la mejor disposicion para el adelantamiento de las ciencias. El segundo duque de Osuna forjó en Nápoles las cadenas con que pretendia sujetar á Venecia; y habiéndose malogrado la conjuracion, fué desaprobada, aunque no castigada, su conducta.

En tiempo del segundo duque de Alba y del duque de Alcalá, los reinos que gobernaban como vireyes á nombre de Felipe IV, fueron asolados con temblores de tierra, y con multitud de impuestos, no ménos terribles que las plagas de la naturaleza. El conde de Monterey y sus sucesores, don Ramiro y don Alfonso Enriquez, estuvieron continuamente ocupados en mantener la balanza entre las exacciones de la corte y las facultades de los contribuyentes. El duque de Arcos, que les sucedió en 1647, viéndose igualmente apurado para satisfacer al fisco español, cargó un impuesto sobre las legumbres y las frutas, alimento principal del pueblo de Nápoles. Empezó á murmurar éste, y se juntaron los magistrados en el palacio del virey; pero, mientras conferenciaban sobre el modo de sustituir otra contribucion y suprimir aquella, se sublevó el pueblo, y eligió de la clase mas baja un gefe llamado Tomás Anielo. Éste subió á un cadalso haciendo que le sirviese de trono. Llevaba una espada en lugar de cetro; y, rodeado de cincuenta mil hombres, enviaba desde la plaza del mercado destacamentos que fuésen por las calles despojando y robando. Hizo significar al virey cuales eran sus pretensiones, y todas se las concedió; pero, soberbio con el buen éxito, redobló su arrogancia hasta cansar con su jactancia y sus caprichos á los mismos que le habian elegido. Como el pueblo no se detiene en los medios, y Anielo no le agradaba, le quitó la vida: clavaron su cabeza en un poste, y parecia que el pueblo se estaba saciando placentero con aquel espectáculo: pero al dia siguiente le hizo magníficos funerales.

No se sosegaban los amotinados: pidieron al virey que les entregase los castillos; y negada esta peticion, se prepararon á sitiarlos. Se ofreció á dirigir sus operaciones el príncipe de Masa, que estaba secretamente de acuerdo con el virey; pero, como suspendia con diversos pretestos el ataque, sospecharon de su inteligencia, y le asesinaron, eligiendo en su lugar á Genaro Aneso, hombre de bajo nacimiento, pero criado en la profesion de las armas y conocido por sujeto diestro y atrevido. Noticioso de aquellos movimientos el rey de España, envió tropas mandadas por su hijo natural don Juan de Austria. Se colocaron éstas en los puestos principales y empezó á tronar la artillería sobre la ciudad. Ya se iba apoderando del pueblo el terror, cuando, advirtiendo los sediciosos que faltaba la pólvora, volvieron á tomar aliento. Abatió el pueblo las banderas del rey, pisó su retrato, saqueó las casas de los que tenia por afectos al gobierno, y proclamó dos edictos. Por el primero abolia las gabelas; por el segundo prohibia que los barones y señores de título se hallasen muchos juntos, y puso precio á algunas cabezas.

En estas circunstancias Enrique, duque de Guisa, que se hallaba en Roma, y era muy á proposito para aventuras, creyó que podia aprovecharse de este estado de crisis para conseguir la corona de las dos Sicilias, á que creia tener derecho como descendiente de la casa de Anjou. Hizo que hablasen á Aneso y le dijesen que no podria sostener su empresa sin un socorro extranjero, prometiéndole el de Francia como si le tuviera seguro. Aceptaron la oferta, y entró el de Guisa en Nápoles como caballero aventurero y esforzado, llevándole en una barca, y atravesando la escuadra española; pero procedió como hombre mas arrojado que prudente. Tomó el título de duque de Nápoles entre tanto que lograba el de rey, cuya pretension daba á entender; y presentándose con esplendor en las ceremonias públicas, eclipsó á Aneso, le dió zelos y se desavino con él. Llegaron los franceses; pero sin ponerse de acuerdo con el de Guisa, porque no le queria bien Mazarino. Entró la discordia entre auxiliares y rebeldes cuando solo pudieran haberse salvado con la union. Se retiraron los franceses casi sin haber hecho tentativa; Aneso hizo la paz y entregó los castillos. El de Guisa, abandonado del pueblo y de la nobleza, cansados todos de aquellos alborotos, pretendió fugarse; pero le arrestaron, y espió su atrevimiento con muchos años de prision. Despues sucedió lo que es regular en tales casos, pues se prometió el perdon y hubo castigos; se obligaron los napolitanos á ser fieles y luego que pudieron faltaron á su palabra.

Parecia que entre Sicilia y Nápoles habia emulacion sobre rebelarse; porque cuando cesaba la sublevacion en Nápoles empezaba en Sicilia. Las rebeliones eran intermitentes como las erupciones del Vesubio y el Etna ó Mongibelo, volcanes que causan terremotos en los dos reinos, y los cubren de fuego y de cenizas. En tiempo de Cárlos II, año de 1672, se sublevaron los de Mesina, inducidos á la sedicion por la malicia de su gobernador, que, reprimido en sus manejos de hacienda por el senado, creyó destruirle por medio del pueblo, al cual se lisonjeaba de dominar á su arbitrio. Para lograr su objeto causó el hambre en Mesina, cargando la culpa á los senadores. El pueblo quitó á muchos de éstos la vida en el primer movimiento de su furor; pero abrió al fin los ojos, reconocieron los mesineses las traiciones de su gobernador, é irritados de ver que los habian inducido á tan cruel error, se ofrecieron á Luis XIV. Los recibió éste manifestando que los admitia, nó porque pretendiese estender sus dominios ni adquirir nuevos vasallos, sino por compasion y con el fin desinteresado de que sacudiesen el odioso yugo de los españoles. No obstante no rehusaba el gusto de añadir á este beneficio el de darles un nuevo soberano, que, como descendiente de sus antiguos reyes, se acomodaria á sus usos y costumbres, y levantaria entre ellos el trono que sus mayores habian visto con dolor trasladar á Aragon y á Castilla. No espresaba Luis quien era el Salvador que le prometia, pero puede creerse que seria Felipe, hijo segundo del delfin, y el mismo que por una feliz concurrencia de circunstancias llegó á ser rey de España, y por consiguiente de Nápoles y Sicilia.

Es verdad que no disfrutó sus derechos sin oposicion; porque la casa de Austria, que disputó á la de Borbon la corona de España, le envidiaba al mismo tiempo la de Nápoles y Sicilia. Halló partidarios, y se formó una conjuracion que puso á Nápoles en manos de Cárlos, hijo del emperador Leopoldo, competidor de Felipe. Por las condiciones de la paz general se le dió Nápoles á Felipe, y separándose la Sicilia, fué entregada al duque de Saboya; pero este monarca por sus miras políticas quiso mas la corona de Cerdeña; y en 1719 cedió la Sicilia al emperador Carlos VI, que se habia apoderado de Nápoles, y que reinó allí hasta el año 1734, en el cual don Cárlos hijo de Felipe V de España, por los derechos de su padre, que aun vivia, conquistó los dos reinos, y se estableció en ellos.

Hacia dos siglos que los soberanos residentes á mucha distancia tenian agotados de hombres y de dinero estos dos reinos, hasta que la presencia de un rey tan benigno y económico como lo fué don Cárlos llevó á ellos

Digitized by Google

la prosperidad; pues con reformas útiles dió vigor á las manufacturas, reanimó el comercio de Levante, que estaba casi abolido; estableció una policía exacta; y puso la justicia y la hacienda en un órden no conocido en aquellos paises. Con tan sabias instituciones mudó la faz de los reinos de Nápoles y Sicilia; y en 1759 los dejó muy florecientes á su hijo Fernando IV cuando él, por muerte de su hermano Fernando VI, rey de España, partió á tomar posesion del trono español. Fué en aquella monarquía (esto es, en la española) el tercer rey de su nombre: y mereciendo el amor de sus vasallos, dejó la mas grata memoria.

Los historiadores que cuentan á los soberanos de Nápoles y Sicilia con numeracion distinta desde el entronizamiento de la rama borbónica, llaman á Fernando IV el I, lo que es necesario tener presente al leer la historia de aquellos reinos para evitar confusion. Dicho monarca fué todo bondad, y como un niño se dejaba gobernar por su esposa y su ministro Acton. Los primeros años de su reinado los pasó en tutela, pues habia nacido en 1751; pero, llegado á la edad viril, no hizo mas que traspasar la administracion del reino de manos de sus tutores á la de su muger María Carolina-Luisa.

En la época de la primera revolucion francesa, Fernando hizo causa comun con la Europa y se declaró contra la Francia. La famosa campaña de Bonaparte en 1796 le obligó á firmar la paz, y á entregar á aquel general ocho millones de francos y gran número de municiones de boca y guerra. No por esto abandonó la causa que desde el principio de la revolucion habia abrazado; y, protegido por la Inglaterra que envió á las costas de su reino al victorioso almirante Nelson con una escuadra, volvió al cabo de dos años á declararse contra la Francia. Mientras la fortuna favoreció las armas de los austriacos, el rey de Nápoles permaneció tranquilo; pero, segun eran contrarias las oscilaciones de la guerra, se veia precisado Fernando á abandonar su capital, á ver proclamarse en ella la república, á volver á ella al paso de carga en medio de los ingleses, y á ser en una palabra el vaiven de la suerte. La paz que siguió á la victoria de Marengo, alcanzada por Bonaparte en Italia, dió algunos dias de respiro al empobrecido reino de Nápoles.

Fernando, ó, por mejor decir, sus tutores, conociendo que la guerra contra Napoleon era ya de vida ó muerte para su dinastía, y, por otra parte, no pudiendo conservar la neutralidad ante la proteccion amenazadora de la Inglaterra, entraron en una nueva alianza contra los franceses. Asi que, ganada la victoria de Austerlitz, se vengó Napoleon decretando que la rama borbónica de Nápoles habia cesado de reinar, y nombrando rey de aquel pais á su hermano José Bonaparte. Fernando se retiró á Sicilia en donde las escuadras inglesas le pusieron á salvo del furor de su enemigo. Aun hicieron mas los ingleses; efectuaron un desembarco en la Calabria, derrotaron en Maida á los franceses, ya dueños de Nápoles, y por unos dias pusieron á José en conflicto. Rehaciéronle luego los socorros que le enviaba su hermano, y por algunos años el reino de Nápoles apareció enteramente dividido del de Sicilia. El faro de Mesina separaba á los dos príncipes, que sin embargo continuaban denominándose reyes de las dos coronas. En 1808, Napoleon llamó á José para ocupar el trono de España, y en su lugar envió á Nápoles á su cuñado Murat. Todo el afan de éste se encaminó á la conquista de la Sicilia. Para ello reunió fuerzas considerables; pero se estrelló contra el poder de la marina británica que era señora del Mediterráneo.

Devoraba al rey Murat una fiebre ardiente de ambicion y envidiaba en silencio la buena suerte de su cuñado, que brillaba entónces en el apogeo de su pujanza. Despues de los desastres de Rusia, le pareció que la estrella del conquistador iba á eclipsarse; y queriendo conservar la corona de Nápoles, como Bernardotte la de Suecia, entró en 1814 en la alianza contra la Francia. Habia ya alcanzado su objeto, y era el único miembro de la familia imperial que, en medio del general naufragio, habia conservado un cetro, cuando en 1815, volviendo sobre su anterior acuerdo, se declaró en favor de Napoleon así que supo que habia vuelto de la isla de Elba. Púsose Murat á la cabeza de un ejército, acorraló á los austriacos en las orillas del Po, los arrojó de Florencia, y penetró en Francia con un cuerpo auxiliar. Pero, muy luego, los imperiales, recibidos numerosos refuerzos, se adelantaron por Ferrara, y entraron en Nápoles con el auxilio de una escuadra inglesa. Fernando volvió á ocupar el trono. Murat, depuesto, fugitivo, fué á buscar un asilo en las montañas de Córcega; y, creyendo poder imitar á Napoleon, fletó algunos buques y desembarcó en la Calabria á la cabeza de treinta hombres. Cara le costó esta ridícula tentativa. Ningun pueblo se levantó en su favor. Perseguido incesantemente, vió caer muertos á sus compañeros, y el mismo fué hecho prisionero y fusilado en el castillo de Pizzo, dia 13 de octubre de 1815.

Fernando reinó ya sin obstáculos. Pero, á las agitaciones venidas del exterior sucedieron los sacudimientos populares de que fué teatro la península italiana en 1820. Sublevado el pueblo pidió y obtuvo la proclamacion de la Constitucion política española. Fernando carecia de energía para hacerse respetar, y de voluntad para entrar de buen grado en el camino de las reformas. Los austriacos, que en el cargo de tutores suyos habian sucedido á los ingleses, se encargaron de sujetar á los napolitanos, y en pocos dias lo consiguieron. La isla de Sicilia fué la que mas fuertemente defendió sus libertades, y aun amenazó separarse de Nápoles si no obtenia una constitucion; pero, faltóla el auxilio de la Inglaterra que la habia hecho invulnerable contra Napoleon, y tuvo que sucumbir ante una numerosa expedicion salida de Nápoles. El débil rey Fernando murió en 1825.

Su hijo Francisco I solo reinó cinco años. Su carácter apacible y bondadoso merecia un reinado tranquilo, y le disfrutó. Á su vuelta de España, á donde habia ido para acompañar á su hija Cristina, á la que casó con el rey de España, murió en 1830 dejando el cetro á su hijo Fernando el V, y de la rama borbónica el II.

Apenas tenia este príncipe veinte años cuando comenzó á reinar. Pasó en calma los primeros años de su dominacion. El pueblo italiano parecia sumergido en un letargo político del que nada le dispertaba. Pero en 1846, el advenimiento de Pio IX al pontificado avivó unas esperanzas que parecian muertas. Fernando no supo ó no quiso tomar la iniciativa como el rey de Cerdeña, y tuvo que aparecer en lucha contra los deseos de su pueblo. Esperó á conceder franquicias cuando una sublevacion popular se las impuso. Por debajo de cuerda trató despues de recobrar el terreno perdido, y lo logró en parte de una manera calamitosa. Las calles de Nápoles fueron en 1848 regadas con sangre. La tropa suiza y los lazaroni acometieron á los guardias nacionales sublevados, los arrollaron, los persiguieron hasta en sus casas, y entregaron muchas de ellas al saqueo. Entretanto la isla de Sicilia era teatro de no ménos sangrientas luchas. Habianse sublevado en masa sus habitantes y arrojado del pais á los napolitanos que solo conservaron una guarnicion en la ciudadela de Mesina. Esta ciudad, aunque incesantemente amenazada por aquella fortaleza que la domina, se proclamaba independiente, y buscaba entre los príncipes de Europa uno á quien ofreciese la corona de Sicilia. Pero el rey de Nápoles no podia abandonar la mejor joya de la suya. Reunió una fuerte expedicion, y, cayendo sobre Mesina, la redujo y ocupó despues de un bombardeo horroroso. Mas no pudo sujetar el resto de la isla. La Francia y la Inglaterra interpusieron su mediacion para hacer recobrar á los dos reinos la paz perdida.

Digitized by Google

SUIZA Ó HELVECIA

La Helvecia, pais de lagos y montañas, fué, á lo que parece, poblada por los habitantes de las Galias y la Alemania, que, costeando el Ródano y el Rhin, subieron hasta las cumbres en que tienen sus principios estos y otros rios. Algunos sabios laboriosos dan en sus memorias eruditas origen griego á los indígenas, creyendo que los hubo ántes de las colonias alemanas ó de los gaulas; y se fundan en que en los restos de ciudades antiguas se han hallado inscripciones griegas, y en que muchas palabras de la lengua antigua helvética tienen carácter griego. Pero es muy posible que estos fragmentos del idioma los llevasen á aquellas cumbres los que fuéron allá de Marsella ó del golfo Adriático, y en este caso no descenderian los helvecios de los griegos inmediatamente, sino que la nacion primitiva recibiria en su seno algunos griegos. Sea lo que fuere de aquellos principios obscuros, ya desde el tiempo en que los romanos penetraron por las Galias tenian los helvecios una numerosa poblacion.

La primera irrupcion algo conocida la cuenta César, que fué el que detuvo sus esfuerzos. Cansados de la aspereza de sus montañas y de la esterilidad de su pais, se reunieron muchos pueblos con intencion de establecerse en las Galias, cuya fertilidad los convidaba. Destruyeron pues sus ciudades, los lugares y las casas esparcidas por el campo: mataron los ganados que no podian llevar: se cargaron con el trigo y toda suerte de provisiones, y partieron como trescientos sesenta y ocho mil entre los cuales habia noventa y dos mil combatientes. Noticioso César, los esperó bien atrincherado en el desfiladero de sus gargantas. Fué violento el asalto que le dieron; titubearon las legiones romanas; pero al fin rompieron aquella formidable masa, la dividieron, y persiguieron á las asombradas colonias. Despues de haberlas hecho pedir humildemente la paz, las abrió el vencedor el camino de su patria y volvieron á entrar en ella hasta ciento y diez mil helvecios. El pais de donde habian salido, que era parte de la Helvecia, se llamó la Galia Céltica.

Por el retrato ó pintura que de los antiguos helvecios hacen los historiadores, se parecen bastante á los actuales suizos: pues dicen que eran de grande talla, robustos, laboriosos, hombres de buena fé, adheridos á sus antiguas costumbres, decentes en su sencillez, castos en sus casamientos, nada sobrios en sus convites, y que éstos tenian para ellos un atractivo invencible. No conocen otras riquezas que el producto de sus tierras y ganados. Aunque son flemáticos y frios, es fácil ponerlos en movimiento. Nada estiman tanto como la libertad; y sin embargo dejan gustosos su pais, en donde ésta reina, por muy pocas ventajas que hallen en otros mas felices; pero jamás estinguen en su corazon el amor á la patria. No ha habido pueblo mas belicoso: su comercio y su industria ha sido la guerra.

Desde que se hace mencion de los suizos en la historia, ya se les ve repartidos en cantones ó territorios, presididos por justicieros, capitanes con diferentes nombres, segun el tiempo y las circunstancias. Estos gefes estaban subordinados á la nacion congregada, siendo ésta el verdadero soberano. El que se atrevia á tocar en la libertad, ídolo el mas querido de la nacion, era condenado al hierro sin remision alguna como sacrilego. Pero aunque tan vigilantes contra los esfuerzos intentados por sus compatriotas para sujetarlos, no fueron tan precavidos ó tan poderosos contra las empresas de los príncipes vecinos. Los reyes de Francia, de la primera y segunda línea, les dieron gobernadores; y los primeros emperadores de Alemania ejercieron igualmente este poder supremo. Aquellos gobernadores, llamados duques, condes y marqueses, llegaron á ser hereditarios cuando el imperio de Alemania se hizo electivo. Alternativa necesaria; pues á proporcion que el principal poder se debilita crecen las fuerzas de los otros.

Esta forma de gobierno dió grande autoridad á la nobleza. En 1204 se contaban en Helvecia no ménos que cincuenta familias condecoradas con el título de condes: ciento cincuenta barones; mil caballeros; y una multitud de nobles ambiciosos, independientes y opresores, repartian con el clero todos los bienes del campo: de suerte, que apenas habian quedado al pueblo mas que algunas propiedades en las villas.

En esta situacion no era difícil para un ambicioso, el que, afectando compasion de la miseria de los oprimidos, lograse atraerlos y servirse de ellos para facilitar sus proyectos. Apenas podemos dudar que esta maniobra fué la política de Rodulfo, conde de Haspurg, señor de un castillo y algunas tierras al rededor en la alta Alemania, que á fines del siglo X se hizo famoso por su valor, por su capacidad, y su espíritu de conciliacion.

Se habian establecido en el pueblo el compatriotismo, y en la nobleza la confraternidad, que, siendo dos confederaciones rivales, prueban que habia en la Helvecia una levadura pronta á fermentar. Tenian á los emperadores por soberanos; pero la autoridad de éstos era poco respetada de una nobleza indómita y altiva. Favorecieron pues los emperadores á los del compatriotismo, y les abrieron un asilo en las ciudades que llamaron imperiales, y á las cuales dieron varios privilegios. En ellas se sostenian el comercio y la industria; pero, como estos putativos soberanos, aunque ponian gobernadores, no les daban tropas suficientes para reprimir las vejaciones, las confraternidades nobles, á pesar de los rescriptos imperiales, ejercian toda especie de robo contra los vasallos y usurpaban impunemente las posesiones que les parecian convenientes. En tan molesta situacion estaban prontos los helvecios á entregarse al que quisiese y pudiese protegerlos. En algunas circunstancias los cantones de Uri, Underwal y Schwifts habian recibido asistencia de Rodulfo contra los nobles, y estaban enamorados de su justicia y popularidad: En 1277 le tomaron por cabeza, y casi al mismo tiempo, por haberle elegido emperador, pudo estender á toda la Helvecia sus miras, reducidas hasta entónces á los tres cantones. El nombre de Suiza, que se da á todo el pais, viene del de Schwifts.

Si de las intenciones de Rodulfo ha de juzgarse por las de su hijo Alberto, se creerá que, á la sombra de la popularidad, tuvo el padre contra la libertad de los suizos el proyecto que el hijo quiso realizar con la fuerza. Alberto pues, fundador de la casa de Austria, pidió que los cantones, que habian proclamado á Rodulfo por cabeza, se reconociesen vasallos suyos. Á los comisarios que les envió, respondieron, mostrando un rollo de diplomas y cartas, diciendo: «Ved aquí nuestros bienes y la sagrada herencia que tenemos de nuestros padres; depósito inajenable que nos entregaron nuestros mayores, del cual hemos de dar cuenta á nuestros hijos, y éstos á las generaciones futuras. Estos decretos y diplomas aseguran y confirman nuestros privilegios y nuestra libertad. No somos siervos ni vasallos de príncipe alguno particular. Somos ciudadanos del imperio y miembros del cuerpo augusto, que reconoce al emperador por su gefe. Con este gefe estamos unidos, y seria en nosotros bajeza reconocer y rendir homenage á otro. Nos despreciariamos nosotros mismos si por temor ó debilidad nos envileciésemos hasta renunciar unas prerrogativas que nos son tan amables como el honor y aun mas que la vida.»

Tan altiva y valerosa respuesta inflamó la cólera de Alberto. Tenia éste como emperador el derecho de enviar á los cantones jueces, con el nombre de *baillos*, y hasta entónces se habian dado estos empleos á condes del imperio, tan distinguidos por su probidad como por su nacimiento. Alberto hizo lo contrario; eligió tres nobles, conocidos por su perversidad en todo, desacreditados por sus malas costumbres, hombres sin honor y cargados de deudas. Éstos fueron Landemberg, Griszler y Wolfenschiese, á cada uno de los cuales señaló su habitacion en castillos muy fuertes, con buenas guarniciones, y si-

Digitized by Google

tuados en los cantones que debian sujetar de todos modos á la voluntad del ambicioso Alberto.

Imagínese lo que pueden hacer tres malvados con autoridad: robos, vejaciones, violencias contra la libertad de los hombres y contra el honor de las mugeres, y todavía no se formará idea suficiente de los horrores de que están llenos los anales helvéticos de aquel tiempo. Solas dos atrocidades, que dieron movimiento á la revolucion, nos harán juzgar de todas las otras. Enrique Meltchal, anciano respetable, estaba trabajando en su campo: llegó uno de los satelites de Landemberg á quitarle sus bueyes: se quejó, y respondió el brutal: «Un rústico como tú ha nacido para tirar del arado por sí mismo.» El hijo del buen viejo, que presenció la violencia, se arrojó al insolente, le hirió, le puso en fuga, y él se huyó. Hizo el bailío que arrastrasen con Meltchal á su fortaleza, y le amenazó con que le sacaria los ojos si no decia en dónde estaba el hijo. Lo ignoraba el anciano; y aun cuando verisimilmente lo supiese se hubiera guardado bien de descubrirle; pero el tirano, irritado con su silencio, le hizo sacar los ojos. Supo la horrible barbarie el hijo, que estaba en casa de un amigo llamado Furts, se sintió consternado, y concertó con su amigo los medios de vengarse.

Amaba Furts á su patria; y mientras los dos desgraciados gemian, uno por las calamidades públicas, otro por sus propias desgracias, llegó otro tercero, cuya paternal ternura acababa de esponerse á la prueba mas cruel. El feroz Griszler, que era uno de aquellos hombres que no se contienen con la autoridad sino irritan y exasperan la paciencia, habia mandado poner en la plaza de Altorf su sombrero colgado de una percha, ordenando que cuantos pasasen le saludasen y doblasen la rodilla. Guillermo Tell, hombre altivo, atrevido, é indignado por semejante órden, pasó y repasó delante del sombrero sin la menor señal de sumision. Le hizo Griszler traer á su presencia, y le preguntó: «¿Por qué no has obedecido á mis órdenes?» Y Tell respondió: «Porque yo soy libre, y tus órdenes son para esclavos, como tus mandatos son de tirano.» «Traigan aquí á su hijo, replicó el bailío:» y colocando al muchacho á grande distancia, mandó á Tell, que pasaba por el mas hábil flechador de toda aquella tierra, que derribase con una saeta una manzana que puso sobre la cabeza del hijo, sin herir á éste. Toda la altivez helvética se abatió con este mandato. Se arrojó Tell á los piés de Griszler, y le suplicó que le dispensase de tan horrible esperiencia. El bailío inexorable le amenazó con que si no obedecia moririan él y su hijo en los suplicios. El triste padre tomó dos flechas: guardó una debajo de la ropa y otra en la cuerda del arco, disparó y derribó la manzana sin tocar á su hijo. Advirtió Griszler que llevaba otra flecha, y, preguntándole para quién la destinaba: «Para ti, mónstruo, le dijo Tell, y te hubiera pasado el corazon si hubiese tenido la desgracia de matar á mi hijo.» Mandó el bailío prenderle, y que atado le pusiesen en un barco para llevarle él mismo por el lago de Altorf á su fortaleza, en donde esperaba que pagase su atrevimiento con el cautiverio ó la muerte.

Apenas habia pasado la mitad del camino, cuando una furiosa tempestad sublevó las olas del lago. Se turbaron los marineros, abandonaron la maniobra, y ya iba el barco á despedazarse contra las rocas cuando Griszler, tan abatido en el peligro como habia sido arrogante cuando no tenia que temer, suplicó á Tell, que pasaba tambien por el barquero mas hábil del canton, que le librase: y le desató por sí mismo. Se puso Tell al timon, dirigió el barco hácia una roca, se arrojó á ella, y, rechazando con el mismo movimiento el barco hácia el lago, huyó y se ocultó.

Calmó entre tanto la tempestad: abordó Griszler, y llegó tan cerca de su fortaleza, que Tell, que habia tomado un rodeo, le disparó una flecha cuando ya iba á entrar en ella, le pasó el corazon, y fué á buscar á Meltchal y Furst. Entre las meditaciones de su rústico retiro, proyectaron estos tres hombres librar á su patria de la servidumbre; y fuéron cada uno á descubrir su intencion á sus amigos. En el dia señalado tomaron las tres fortalezas en que habitaban los bailíos. Ya á Griszler, como hemos visto, le habia quitado la vida Guillermo Tell; Wolfenschiese habia caido bajo un marido á cuya muger acababa de deshonrar. Landemberg, que parecia ménos malo, pero que en el fondo era tan malvado como los otros, fué conducido á la frontera sin hacerle mal alguno, por respeto al emperador. Los conjurados, considerando que no tenian que esperar gracia de Alberto, se preparaban para la defensa, cuando fué asesinado este príncipe, y con su muerte se levantó un cisma en el imperio. Al abrigo de aquellas divisiones los tres cantones de Uri, Underwal y Schwifts tremolaron la bandera de la libertad en 1308.

Tomando Federico el cetro del imperio, se valió contra los que él llamaba rebeldes de dos armas muy temidas; los borró de la lista del imperio, hizo que el papa los escomulgase; y lo peor de todo fué que al mismo tiempo envió contra ellos tropas mandadas por su hermano Leopoldo, encargándole que entrase en el pais llevándolo todo á fuego y sangre. No podia penetrar sino por un desfiladero llamado Morgartin: se encargaron mil y trescientos suizos de su defensa contra el nublado de Alemania: se apostaron en las montañas, y desde allí echaban á rodar trozos de rocas, que destruyeron con mucho estrépito la caballería enemiga. Bajaron impetuosamente: dispersaron la infantería, y Leopoldo huyó asustado, dejando multitud de muertos en el campo de batalla, sin mas pérdida de los cantones que catorce hombres. Ganaron los suizos esta victoria en 1315; y por haber pasado la accion en canton de Schwifts, y haberse señalado sus habitantes entre los de los otros, la confederacion que despues se formó tomó el nombre de *Suiza*.

Nada mas sencillo que las condiciones que sirvieron de basa para la asociacion de los tres primeros cantones, y fueron estas. «Se auxiliarán recíprocamente en caso de ataque. No reconocerán otra dominacion, proteccion ó señorío que el del imperio. No contraerán alianza con alguno sin el permiso de los otros. No reconocerán los estados juez que no sea su conciudadano. Siempre que haya diferencia entre los cantones, se arreglarán por árbitros; y el que no se conforme con la sentencia, será obligado por los otros dos á conformarse. Por último los malhechores, los incendiarios, los ladrones ú otros delincuentes, una vez juzgados y condenados en un canton, se tendrán por juzgados y condenados en los otros, y no será permitido darles asilo.» Éste es el fundamento de una de las mas sabias y felices repúblicas que ha habido. Segun vayan uniéndose las demas partes del todo que hoy forma esta república, las iremos dando á conocer, por el órden del tiempo en que cada una se ha unido. Los tres cantones de Uri, Underwal y Schwifts están limítrofes, y rodeados por los de Berna, Lucerna, Zug, Glaris y algunos bailíages italianos, y muy zelosos católicos. El pais de Uri hace una vista estraña por los horrores de sus montañas, y la hermosura de los caminos construidos en parages que parecia haber hecho la naturaleza inpracticables para siempre. Allí está el monte de san Gotardo, que es el paso de Italia á Alemania, cuyo derecho de peazgo produce una renta considerable. Los otros dos cantones tambien están erizados de montañas, cortados de arroyos, rios y lagos, y presentan asimismo sus horrores y sus bellezas. Las riquezas principales son los ganados y su producto: sus caballos, sobre todo, son vigorosos, y propios al mismo tiempo para la carga y la guerra.

Un viajero, que quiera admirarse con el contraste de las costumbres, debe visitar estos cantones: pues en ellos hallará la sobriedad de los antiguos espartanos su educacion militar, el gusto y la costumbre de trabajar, el respeto á los ancianos, la fidelidad en los matrimonios, la rectitud en los tratados, la sencillez en el

Digitized by Google

trato, la confianza de la confraternidad, y un grande amor á la patria. Allí el soberano es el pueblo; y las juntas se tienen en campo abierto, estando en el centro los magistrados á caballo, presididos de un gefe llamado *Land-Amman*, con la espada en la mano. Su dignidad no dura mas que dos años, y un jóven á la edad de diez y siete años tiene derecho de votar, pero ordinariamente da el voto que le mandan sus padres. No hay ejemplar de que la juventud haya causado alboroto en estas respetables asambleas, en las cuales no se arenga, sino que espuesta la proposicion en términos claros levanta cada uno la mano, ó la tiene oculta. Si se duda de la pluralidad, fijan dos lanzas, que en la parte superior se tocan por el hierro. El número mas grande de esta parte ó de la otra de dichas lanzas es el que determina la decision. En las elecciones no hay partidos; los empleos de administracion y sus ejercicios se aceptan para ser útiles á la patria; porque como no hay sueldo no se solicitan: siendo la estimacion y el respeto los únicos emolumentos. Allí no hay ni escribanos ni notarios; por consiguiente apenas hay pleitos; y los que ocurren se despachan sin gastos, siendo las mismas partes las que alegan. En la menor riña se hace magistrado todo ciudadano, y su órden basta para cerrar la boca abierta para las injurias, y suspender la mano pronta para el golpe. La desobediencia se castiga con dos multas, una para el fisco por haber despreciado la ley, otra para el ciudadano por el agravio de no escucharle cuando ejercia oficio de magistrado. La igualdad, y la inocencia su compañera, se mantienen en estos tres cantones, porque no se conoce el lujo. Dichosos pueblos si nunca entrase en ellos.

La firme asociacion de los tres cantones, los aseguraba contra las pretensiones, siempre subsistentes, de los hijos y herederos de Alberto de Austria que no perdian la esperanza de sujetar aquella república en sus principios, pero, no atreviéndose á dirigir contra ella abiertamente sus tentativas, procuraban envolverla en trabajos para que pereciese por sí misma. Á las ciudades vecinas, que todavía sufrian el yugo austriaco, las prohibieron el comercio con los cantones; lo cual fué causa de una hambre que sobrellevaron por su sobriedad y constancia; pero esto mismo desagradó á los que cumplian la ley contra su voluntad. Le pareció mal á la ciudad de Lucerna que la mortificasen en su comunicacion con los cantones, y se quejó á los príncipes austriacos, herederos del insaciable Alberto, de los cuales se vió vasalla casi sin saberlo, como que su sujecion fué efecto de un convenio con el emperador que cedió el canton de Lucerna á la casa de Austria.

Este tratado es muy conocido por el discurso de Gautier Malter, magistrado de Lucerna, á sus conciudadanos: « dos avaros mercaderes, dijo, el uno vendedor y el otro comprador, han traficado sin vergüenza sobre esta ciudad, sobre nuestros templos, murallas, senado y derecho de ciudadanos: sobre nuestras personas y bienes; y para la última humillacion sobre nuestros privilegios y libertad. Estos dos mercaderes convinieron en el precio: hicieron y firmaron un contrato sin noticia nuestra; y cuando ménos lo esperábamos, se nos vino á decir que habiamos mudado de señor. » La conclusion de Malter fué que no habia otro medio de redimirse de la infamia, sino juntarse con los tres cantones, y hacer con ellos causa comun contra la casa de Austria. Aceptaron todos á una voz la proposicion. Solicitó Lucerna vivamente la alianza, y la consiguió con facilidad; obligandose á las condiciones que formaban el lazo de los tres cantones primeros. Se añadió tambien que en el caso en que los tres estados fuesen de diferente parecer, Lucerna se agregaria al lado de la pluralidad. Entró en la liga en 133», y los tres cantones la cedieron el primer asiento, sin que se pueda dar para esto otra razon que las atenciones de urbanidad y deferencia.

El canton de Lucerna confina con Berna, Seleure, Basilea, Zurich, Zug y Schwilts. Es catolico, y su territorio tendrá quince leguas de largo y siete de ancho. La ciudad se levanta en anfiteatro, y está en las primeras montañas de los Alpes; tiene al pié el lago de su nombre, que lleva muchos peces y es uno de los mas grandes de la Suiza. Debe Lucerna su origen á un monasterio, filiacion de la célebre abadia de Murbach en Alsacia. Su gobierno es aristocrático, y solas las casas nobles ó patricias tienen entrada en el senado, que consta de cien senadores, y se llama el gran Consejo. Los asuntos particulares se despachan en el pequeño Consejo, compuesto de treinte y seis miembros: pero cuando se trata de asuntos generales, como alianzas, impuestos, compras y ventas de los bienes públicos, ó declaracion de guerra, tienen voto todos los ciudadanos; y en estos casos es el gobierno aristo-democrático.

Las vejaciones continuas de la casa de Austria, acostumbrada entónces á imponer pesado yugo á los que reconocian su dominio, dieron un nuevo aliado á los cuatro cantones. Ya Zurich habia salido en gran parte del yugo por la reforma del gobierno; y un caballero, llamado Roberto Braun, le hizo democrático, á pesar de los nobles, á los cuales dejó escluidos. Debe notarse que al mismo tiempo introdujo un panadero el mismo gobierno en Strasburgo. Los zuriqueses nobles imploraron la proteccion de la casa de Austria; y ésta no se negó á enviar socorros que pudiesen aumentar su poder en aquellos paises que echaba de ménos. El nuevo senado de Zurich, asustado con los preparativos, recurrió á la liga helvética; fué recibido en ella en 1350; y como si fuera prerogativa haber llegado los últimos, dieron el primer lugar á los zuriqueses. Por ser su ciudad la chanchillería de la república, acuden á ella en los asuntos comunes á todo el cuerpo, y los comunica á los demas cantones. Cuando se celebra la dieta en lugar perteneciente á todos ellos, presiden los diputados de Zurich; pero cuando se convoca en alguna dependencia esclusiva de un canton, el representante de éste es el que preside. Zurich convoca á las juntas generales, recibe los embajadores y los ministros extranjeros.

Está Zurich entre el Turgaw, Schwits, Zug, los bayliages y el Rhin. Es una de las ciudades mas opulentas y comerciantes de la Suiza, situada en un pais fértil y agradable á las orillas de un gran lago, tiene muchas manufacturas, y una academia en donde se cultivan felizmente las bellas letras; por último, tiene vastos arsenales con toda especie de armas. Rara vez sirven los zuriqueses á los extranjeros, pues aprenden la guerra entre sí y para sí. El territorio es de veinte leguas de ancho, y otras tantas de largo. La religion protestante es la única que allí se profesa.

En este canton, el mas poblado de la confederacion helvética, es el gobierno aristo-democrático en esta forma: Cuando falta un magistrado se juntan por curias los ciudadanos, y eligen otro: en este punto es soberano el pueblo, pero estos magistrados son perpetuos, y ejercen absoluto poder; y en este sentido viene á ser una aristocracia. La forma de la eleccion es como sigue: El gefe de la tribu ordena á uno de los miembros, sin haberle ántes prevenido, que nombre el sujeto que tiene por capaz de desempeñar la plaza: éste hace lo mismo con otros cuatro, y á los cinco propuestos debe dar otra tribu su voto por escrutinio. Los asuntos diarios se deciden en un pequeño consejo, compuesto de cincuenta y ocho, sacados del cuerpo del senado; pero solo con que dos miembros juzguen que es asunto de gravedad, se remite sin mas examen al gran consejo.

Sin embargo de la ventaja que lograban los zuriqueses con su alianza con los cuatro cantones libres, por la molestia de una guerra ruinosa, aceptaron una mediacion para terminar sus diferencias con la casa de Austria. Cortaron los árbitros por una cosa que no se habia sujetado á su juicio, decidiendo en general que ningun pueblo de la alta Alemania pudiese en adelante hacer alianza con los vasallos de la casa de Austria. Justamente eran los pueblos de la alta Alemania los cantones que se habian hecho libres; y por consiguiente se prohibia á la re-

pública, compuesta de cuatro cantones, que pudiese aumentar el número con la alianza de otros estados. Despreciaron pues con indignacion esta ley prohibitiva, y no contentos con despreciarla, obraron directamente contra ella.

Cerca de los estados de Schwifts y Uri, está el pequeño canton de Glaris, situado en medio de los Alpes. El único pais habitable que tiene es un delicioso valle de nueve leguas de largo, muy estrecho: le limita un lago, y está rodeado de altas montañas cubiertas de perpetuo hielo. Los exactores austriacos no cesaban de ejercer en él las mismas vejaciones que habian causado la desmembracion de los cantones republicanos. Éstos, viendo que Glaris era la mejor muralla contra las invasiones alemanas, levantaron allí el estandarte de la libertad, y los pueblos maltratados le siguieron con entusiasmo y suma gratitud. De este modo en 1351, año en que la república helvética se enriqueció con la opulenta ciudad de Zurich, se fortificó con el sesto canton de las rocas de Glaris. La ciudad es una de las mas grandes y mas bellas de la Suiza: su comercio en ganados, queso y telas es seguro y considerable. Su gobierno es democrático en la misma forma que el de los tres cantones primeros. Allí se profesan igualmente la religion católica y la protestante; pero ésta tiene un tercio mas de secuaces. Unos y otros hacen los oficios en las mismas iglesias, sin que la diversidad del culto cause la menor disputa. Los tribunales se componen de católicos y protestantes por mitad: no se permiten controversias en Glaris, porque en la sociedad se prescinde de ser católico ó protestante, y los habitantes no tienen mas nombre que el de conciudadanos.

En 1352 se aumentó la liga helvética con el canton de Zug, que fué el séptimo, debiendo los otros seis estos nuevos aliados al despecho de verlos muy afectos á la casa de Austria. Por ser tan decidida esta inclinacion resolvieron los republicanos la invasion de este pais, temiendo que la casa de Austria se sirviese de su afecto para penetrar por los demas cantones. Pusieron sitio á la ciudad, se defendieron los habitantes con valor; y viéndose estrechados, pidieron, ántes de rendirse, que se les concediese la gracia de ir á esponer su infeliz estado al soberano, y de ver si tenia intencion y poder para auxiliarlos. Alberto de Austria oyó á los diputados con tanta indiferencia y frialdad que, indignados los habitantes de Zug, se rindieron con la condicion precisa de ser admitidos en la confederacion, y se les concedió. Este pequeño canton, situado parte en los Alpes y parte en una llanura entre Zurich, Lucerna y Schwifts, es fértil en trigo y vino. Sus habitantes son católicos: su gobierno ni es democrático ni aristocrático: es una confusion de leyes, costumbres y abusos tan estravagantes, como mal entendidos. Entre ellos hay comunidades soberanas; las hay sujetas, y todo esto se armoniza.

El indiferente Alberto, no bien habia perdido á Zug, por su culpa, cuando se enojó en estremo, y envió sus ejércitos contra los zuriqueses para tomar venganza. Pusieron sitio á su ciudad; pero las hostilidades se convirtieron en negociaciones, que terminaron en un tratado, al cual faltó el duque de Austria en todos los puntos. Se habia figurado que con sus intrigas conseguiria disminuir la república de los suizos; y sucedió tan al contrario, que ésta se redondeó con otro estado mas, que es el canton octavo.

Los estados de Berna se habian formado en aquella parte de los Alpes que ocupaban en forma de república, y era por sí sola mas poderosa que la mitad de los siete cantones reunidos. Á los principios hacia oposicion á esta ciudad una liga de los señores vecinos de algunas ciudades envidiosas y del mismo emperador. Viéndose Berna acometida recurrió á la confederacion helvética, y ésta la envió tropas; pero el ejército de Berna, á pesar de este socorro, se hallaba muy inferior en número al de los coligados. Los berneses, estrechados de cerca, habian elegido un dictador, llamado Rodulfo de Erlach, el cual, aunque tenia menos fuerzas, resolvió dar la batalla; y en el momento de llegar á las manos, hizo á sus soldados la siguiente arenga báquica y militar.

«Amigos y camaradas: todos los que aquí estamos nos hemos hallado muchas veces en la alegría de los convites, diversiones y bailes, y podemos darnos mútuos testimonios de que siempre hemos quedado como valientes. Hoy se trata de un asunto algo mas serio; pero si me creeis, lo manejaremos con la misma alegría. No hay duda que en este juego envidamos lo mas amable que tienen los hombres, esto es, la honra, la libertad y los bienes: el punto está en asegurar la suerte con el valor. Solo se trata de repartir muchos golpes y no temerlos; y de ser mas honrados que este nublado de buitres, que solo se han juntado aquí para proporcionarnos mas despojos y mas gloria. Yo tomo sobre mí todos los riesgos de la aventura: ésta es la sesta vez que me hallo en semejante apuro, y siempre, gracias á Dios, he salido victorioso, aunque mas por la buena voluntad que por el gran número de mis auxiliares. Espero, pues, generosos conciudadanos, que en este dia dareis á conocer que los berneses no cuentan sus enemigos ántes de la batalla; y yo por mi parte os haré ver que soy digno de mandar á los berneses.» Dicho esto, el arcipreste Teobaldo, que tenia en una mano el Santísimo Sacramento, y en otra la espada, les dió la bendicion. Tocaron al ataque; dieron sobre los enemigos; y la victoria mas completa coronó las esperanzas del valiente Erlach.

Dió esta victoria á Berna algunos territorios que se pusieron bajo su proteccion. Tenian éstos por vecinos otros protegidos por la confederacion helvética. Hubo entre los habitantes diferencias que interesaron á las dos repúblicas en sus querellas, que estaban ya para degenerar en hostilidades; pero conocieron que mas valia tratar que pelear, y que la union seria el medio de procurar una paz pronta y constante á aquellos pueblos limítrofes, los cuales, no teniendo quien los auxiliase en sus pequeñas disensiones, ellos mismos se concordarian. Estas consideraciones determinaron á los de Berna para desear que la liga helvética los admitiese, y á ésta para recibirlos.

El aumento de este octavo canton, tan considerable, dió mucho incremento al poder de la confederacion; y todavía se distinguen estas ocho repúblicas con el nombre de los ocho antiguos cantones. Aunque Berna fué el último que se agregó, le cedieron el paso seis de los otros, colocándose por este órden: Zurich, Berna, Lucerna, Schwifts, Uri, Underval, Zug y Glaris, que son los que por ciento veinte y cinco años formaron el cuerpo helvético. Éstos hicieron juntos muchas conquistas: se les ofrecieron asuntos comunes y negocios que unian tan frecuentemente sus intereses, que creyeron deberse juntar en dieta por medio de diputados en tiempos fijos. Los príncipes, que han tenido que hacerles algunas proposiciones, se han habituado á enviar sus ministros á estas juntas, que por costumbre han llegado á ser el centro de las negociaciones.

El territorio de Berna contiene, con corta diferencia, una tercera parte de la Suiza entre Lucerna, Uri, Underval, señorío de Basilea, Franco Condado, Neufchatel, los estados de Austria, Soleure, la Saboya, Ginebra y el Valés. Por estos puntos de contacto se advierte la influencia que puede tener la determinacion de Berna, cuando se tratan intereses de la Saboya, la Italia, la Francia y la Alemania. El canton de Berna es muy fértil, bien poblado y con ricas ciudades. No permite otra religion que la calvinista; pero sus habitantes son muy tratables, opulentos sin fausto, poderosos sin soberbia, y nobles sin presuncion. Los primeros maestros de sus hijos son los mismos padres, y lo primero que les enseñan es el amor á la patria y la sobriedad: pues allí se estima tanto la economía, que el ciudadano pródigo que disipase su patrimonio, se espondria á que el senado le castigase con el destierro; y al hombre tan vil que es mal padre de familia, se le mira como mal ciudadano. Tiene Berna una academia, ricos hospitales bien administrados, arsenal bien provisto, y suntuosos edificios.

Todas las fachadas de las casas pertenecen á la república; y uniformemente están decoradas con arcos y soportales, que en todo tiempo ofrecen abrigo contra la lluvia y los ardientes rayos del sol.

El gobierno es aristocrático: y hay una lista de blasones de las familias patricias, que son las únicas que tienen derecho á la entrada en el senado ó gran consejo; cuerpo que no debe tener ménos que doscientos miembros, ni mas de trescientos. Se juntan dos veces á la semana, y deciden los asuntos grandes; porque los otros corresponden á un tribunal de veinte y siete, sacados del gran consejo, que se congregan todos los dias á escepcion de los domingos. Cesan estas autoridades los tres dias últimos de la Semana Santa. Entónces se establece un consejo de cuatro bannereros de la república y diez y seis comisarios, que examinan la conducta de los miembros del consejo de los doscientos, y deben escluir á los que les parecen indignos; pero se dice que solamente se deshonra de este modo por desórdenes demasiado notorios, y que muchas veces prevalecen las consideraciones personales ó de familia sobre el rigor republicano. Además de los tribunales establecidos para los diversos géneros de negocios, hay en Berna un magistrado encargado de velar sobre las costumbres, que propone las leyes suntuarias, y hace ejecutarlas. Éste es la cabeza del consejo, llamado de Reformacion, que se ocupa sin cesar en el cuidado de oponerse á la introduccion de la frivolidad de las modas, de los adornos escesivamente vanos, de los grandes gastos de la mesa, y de los juegos de envite. Es famoso el senado de Berna por el secreto de sus deliberaciones, y la prontitud de la ejecucion.

Cincuenta años se pasaron en combates y treguas con la casa de Austria: porque, segun parece, no se dignaba de honrar á la liga helvética con una paz constante, ni con una guerra sostenida. No se pasó este tiempo sin intrigas, que al fin llevaron al cadalso á algunos traidores á la patria, que se dejaron seducir con promesas ó dinero. Merece notarse en el año 1370 la primera lucha de los suizos con los franceses. Empezó con motivo de que Enguerrando de Couci, entrando en los derechos de su madre, nieta del emperador Alberto, reclamaba algunas tierras invadidas, como él decia, por los suizos en tiempo de su abuelo. Defendieron los suizos con felicidad sus posesiones; y despues de una sangrienta batalla, echaron de su territorio á los auxiliares de Couci.

De estas alternativas de paz y de guerra sacaron los suizos la ventaja de tomar en todo sus precauciones, y se impusieron una disciplina militar, digna de los espartanos. La ordenanza de 1393 les prohibe con pena de muerte que en ninguna de las circunstancias en que se hallen en la guerra se atreven á violar la santidad de las iglesias ó atentar al honor de las mugeres. Tambien les manda defenderse unos á otros, y socorrerse como hermanos, aun cuando anteriormente hayan tenido entre sí alguna contienda, y por grande que sea el riesgo á que los esponga este auxilio recíproco. Nunca dejarán sus filas en los combates por ningun pretesto, aun cuando se sientan heridos mortalmente. Jamás el suizo saqueará para sí solo, y se le manda llevar á la masa comun el fruto de la victoria. Por último, se obligaron los cantones á no emprender guerra alguna, que ántes no se hubiese propuesto en deliberacion en una Dieta general, y resuelto por consentimiento comun. Para evitar las sorpresas establecieron señales de montaña en montaña, que en un instante ponen en armas toda la república, y llaman á todos los hombres á los puestos indicados de antemano, á los cuales llegan con las armas y provisiones necesarias, y sobre todo familiarizados con los ejercicios militares, y abrasados de puro amor á la patria.

Los intervalos de descanso, ó suspension de hostilidades con la casa de Austria, sirvieron tambien á los cantones para fortificarse, nó con la agregacion de nuevos estados á su liga, sino con la proteccion que concedieron á los estados vecinos dándoles el derecho de compatriotas. Este derecho los aficionaba á la liga helvética, la cual los protegia sin otra dependencia que la deferencia y respeto de parte de los protegidos: pero sin abatimiento de sumision: tales fueron los valles de Appenzel, vasallos, pero vasallos oprimidos de la abadía de san Gallo.

El territorio de esta abadía se estiende entre Zurich, Schafusa, el lago de Constanza y el Rhin. Su fundacion se retira hasta fin del siglo X. Un buen escocés edificó una hermita en este canton, y fué creciendo por la reputacion de su virtud y la de los solitarios que se le juntaron. Sigeberto, rey de Austrasia, se habia casado con una muger impertinente y pendenciera: creyó su esposo, ó fingió creer, que estaba energúmena, y la hizo llevar á san Gallo para que se librase del espíritu inquieto que la poseia. Sea cual fuere el medio de que se sirvieron los monges para esta curacion, restituyeron la reina ya benigna y condescendiente. Tuvo Sigeberto aquella mutacion por un gran milagro, y les dió una estension de terreno considerable al rededor de su ermita, siendo los valles de Appenzel la parte mas rica de esta donacion. Los monges no supieron conducirse bien con los habitantes: se sublevaron éstos, y con el auxilio de los suizos se hicieron libres en 1418; pero no fué reconocida su independencia absoluta hasta mas de cincuenta años despues.

Friburgo entró con el mismo título de proteccion y confraternidad en la alianza de los cantones; pero éstos adquirieron, con título de soberanía, la baronía de Ostranges, que compraron en 1410. Por este mismo tiempo se pusieron los estados de Neufchatel bajo la proteccion inmediata de Berna. Este principado, que está al pié del monte Jura, en la orilla del hermoso lago de su nombre, confina con Basilea, el Franco-Condado, y los cantones de Berna y Friburgo: tendrá seis leguas de ancho por doce de largo, y está poblado de habitadores diestros, industriosos y cultos.

No hay constitucion semejante á la de Neufchatel, porque es al mismo tiempo principado y república; y aunque la república se dice estar sujeta, realmente no tiene en ella el príncipe autoridad alguna, pues solo le deja los honores con algunas demostraciones de poca importancia. Ella es la que envia sus embajadores: trata de igual con los soberanos, y se gobierna por un consejo compuesto de cuatro nobles, cuatro alcaldes del campo y cuatro del pueblo. Este consejo está subordinado al senado, que se llama los tres Estados. El gobernador, que represente al príncipe, asiste cubierta la cabeza; pero allí no tiene derecho de opinar. Este principado pertenece al rey de Prusia, y de este modo el monarca mas absoluto de Alemania tiene por vasallos los ciudadanos libres y soberanos de Neufchatel, cuya constitucion y leyes debe respetar. Allí solamente se habla el francés, y á escepcion de la baronía de Landeron, no se permite otra religion que el calvinismo.

El Valés se unió tambien con los suizos en 1421, ó por mejor decir, se hizo filiacion del canton de Berna. Dicen los valesianos que, despues de haber sido libres, reconocidos por tales aun en tiempo de los romanos, y gobernados al principio por el obispo de Sion, que es su capital, se dejaron, con el transcurso del tiempo, dominar como vasallos; y, aumentándose el poder temporal con la fuerza que le añadia el poder espiritual, se hubieran visto oprimidos á no haberlo estorbado los barones de Razen, casa la mas considerable del país. Por desgracia llegó á ser obispo de Sion el hijo de un baron de Razen; persuadió á su padre que le dejase libre el curso de sus pretensiones, y entónces se vieron los valesianos espuestos á perder la poca libertad que les quedaba.

Habia entre ellos una costumbre particular. Cuando algun habitante se habia hecho enemigo, ó muchos ciudadanos le tenian por pernicioso, ó culpado contra la patria, presentaban en cada casa una masa en que, los que tenian á tal ciudadano por digno de proscripcion,

Digitized by Google

fijaban un clavo, y la masa guarnecida de clavos suficientes la ponian delante de la puerta del proscrito. Esta señal valia por una sentencia; y advirtiendo por ella el valesiano que le restaba poco tiempo para arreglar sus negocios, se ausentaba cuanto ántes del pais. Si tardaba, los mismos que habian fijado los clavos se juntaban, tomaban las armas, y arruinaban la casa; cuando no les parecia mejor venderla al que mas diese y repartirse el precio.

No atreviéndose los valesianos al que hacia cabeza de la casa de Razen ni al obispo, fueron poniendo sucesivamente la masa delante de las puertas de los partidarios de aquella familia: y cuando ya vieron éstos disminuido su poder con los destierros forzados, hallándose como aislado el obispo, tambien huyó; y animados con el buen éxito pusieron los valesianos la masa delante de un asilo, en donde la viuda del baron de Razen, y madre del obispo, se habia retirado á vivir tranquilamente con sus hijos sin mezclarse en los negocios. Esta madre, asustada, fué á dar sus quejas en Berna, en donde su difunto marido se habia hecho compatriota, y á vista de una persecucion tan injusta y porfiada se irritó la indignacion de los berneses. Entraron de mano armada en el Valés, y lo llevaron todo á fuego y sangre. Otros cantones protegieron á los valesianos, á los cuales resultó una ventaja que no habian previsto, pues llegaron á formar una república, que sin ser uno de los miembros constituyentes del cuerpo helvético, tiene no obstante con él la union mas estrecha.

Su territorio consiste en un valle de treinta leguas de largo sobre una anchura muy mediana, entre el canton de Uri, la Saboya, el Milanesado y el canton de Berna. Le atraviesa por toda su longitud el Ródano, y le coronan altas montañas cubiertas de nieve, de las cuales nace este rio. En las faldas de este monte en donde cesa aquel invierno perpetuo, hay deliciosas frutas, abundantes cosechas y vino de superior calidad que consumen los habitadores. Gustan de una vida acomodada, no tienen comercio ni industria, y profesan la religion católica. El gobierno es democrático; pero el obispo de Sion, que es el primer magistrado con el nombre de conde ó prefecto del Valés, recibe todos los honores como el dux de Venecia, aunque tan sin autoridad como éste. Le elige el pueblo, cuyos diputados forman un consejo supremo, que ejerce el poder legislativo y decide en los negocios públicos y en las causas particulares.

Los cantones, despues de haber ayudado á los valles de Appenzel á sacudir el yugo de la abadía de san Gallo, recibieron en su alianza, por los años de 1450, á la misma ciudad de san Gallo. Ya entónces vivia poco sujeto á la abadía, y tenia un gobierno aristo-democrático, ó compuesto de los nobles, con un gefe llamado *el Burgo-maestre*, que se muda todos los años. El territorio de esta república solo es de seis leguas colocadas en las tierras de la abadía. Este monasterio es magnífico: eligen los monges el abad, y de este modo el que ántes era un simple religioso, se ve repentinamente hecho un soberano opulento. Habita en un palacio, y tiene una corte espléndida de caballeros que tienen empleos en su palacio. Los monges que logran alguna dignidad, como son los secretarios, tesoreros y otros, participan de la suntuosidad, aunque unos mas que otros; y habrá como ochenta religiosos del órden de san Benito. La república, que consiste únicamente en la ciudad, es respetable por la prudencia de su constitucion, la autoridad de su policía, la vigilancia sobre las costumbres, la escelencia de las leyes suntuarias severamente observadas, siendo así que su comercio la da hombres millonarios. Sus diputados en las dietas helvéticas tienen la segunda clase entre los estados coligados de la Suiza. El abad se sienta inmediatamente despues del canton décimotercio.

En 1453, y en tiempo de Cárlos VII, se halla el primer tratado de los suizos con la Francia, el cual ha servido de basa á cuantos despues se han seguido. Se obliga el monarca á no serles jamás contrario por sí ni por sus vasallos, y á no dar auxilio, socorro ni consejo á los que intenten molestarlos. Los habitadores y demas personas, de cualquiera calidad que sean, podrán siempre pasar por toda la Francia con sus equipages, bagages y demas, sin que se les impida ni perturbe, y comerciar en ella libremente. Luis XI se sirvió oportunamente del crédito que le daba este tratado entre los suizos para ponerlos en armas contra Felipe el *Atrevido*, duque de Borgoña, y deshacerse de este enemigo terrible. Debieron los suizos á su buena disciplina las tres victorias que consiguieron contra este príncipe. En la batalla de Grandson en 1476 resistió su firmeza, sin que pudiesen desordenarla los esfuerzos de un formidable cuerpo de caballería que pretendió romper sus filas. En Morat, y en el mismo año, atacaron los suizos de firme á un ejército mas fuerte que el suyo, marchando á paso muy sosegado por un terreno, que con motivo de una fuerte lluvia estaba muy resvaladizo, sin apartarse un punto por los ataques que sobre sus flancos hacian los cuerpos de tropas apostados. Por último, pereció el de Borgoña, enemigo irreconciliable, en el año de 1477 en la batalla de Nanci, en la cual los suizos no eran mas que auxiliares, pero mas numerosos que los soldados del duque de Lorena.

Luis XI pagó estos servicios indirectos con grandes privilegios á los suizos militares y á sus viudas, y con exenciones de toda contribucion ó impuesto. Por entónces gozaban los suizos de la mayor estimacion, y se presentaban en sus dietas los embajadores de los papas y de los emperadores de la casa de Austria, que habia renunciado á poder llamarlos vasallos suyos. Ellos eran los que dictaban los tratados é imponian la ley; pero tambien empezaron entónces á mostrarse codiciosos del dinero; las potencias que mas les daban contaban con mayor seguridad con ver aumentarse sus ejércitos; y su fidelidad á los soberanos, que les daban sueldo, era proporcionada á la exactitud con la paga estipulada.

En el tiempo de sus victorias se habia reforzado la liga helvética con dos cantones católicos, el de Friburg y el de Soleure: el primero de los cuales está entre el pais de Vaud, Neufchatel, Berna y Sion; y el segundo confina con el Franco Condado por las gargantas de Porentrui, con Basilea, Lucerna, Berna y Neufchatel. Se efectuó esta admision en 1480, por medio de un ermitaño nombrado el hermano Nicolás. Le llamaron á que decidiese sobre la legitimidad de una alianza entre Friburg, Soleure y el canton de Berna. El hermano Nicolás rompió el tratado, y sentenció que Friburg y Soleure, en lugar de ser aliados de Berna, debian ser recibidos como partes integrantes del cuerpo helvético. Se puso en ejecucion su sentencia, y entraron como noveno y décimo canton, con las mismas condiciones de union é intereses en paz y guerra que los ocho primeros, y conservaron su gobierno particular, como casi todos los otros, de aristocracia y de democracia.

La flema alemana es la que con grande admiracion nuestra hace substituir sin alborotos esta mezcla entre todos los cantones; bien que á pesar de esta buena inteligencia, que parece sobrenatural, se han visto algunas veces los efectos de la antipatía inestinguible entre los dos gobiernos; porque los cantones, en donde dominaba la aristocracia, han manifestado para con los monarcas que los solicitaban una inclinacion que sobresaltaba á los demócratas. Sin division interior han tomado partido, segun sus pasiones, en las guerras estranjeras hasta el año 1499, en el que advirtió la liga helvética que no debia pelear sino por su pais y su libertad; y así la guerra, llamada de Suabia, escitada por Maximiliano de Austria, fué la última que los suizos sostuvieron fuera de sus límites en cuerpo de ejército.

En 1501 formaron Basilea y Schafusa los cantones once y doce, ambos protestantes. El primero confina en Schafussa, Lucerna, Soleure y la Alsacia, corriendo el Rhin entre los dos. El segundo es limítrofe de Zurich,

Digitized by Google

estando por medio la Tergobia, principado soberano, que se han sorbido insensiblemente los dos cantones que le tenian en medio. Lo mismo ha sucedido con otros pequeños estados, los cuales se han tenido por felices en verse aliados ó compatriotas de esta república cuando ántes eran vasallos de algunos príncipes. Cuatro años ántes los valles de Appenzel, que solo tenian la proteccion, se habian asociado á la liga, y formaron el último canton.

La resolucion tomada por la confederacion helvética de no mezclarse en guerras estrangeras, solo miraba al cuerpo de la república; y cada canton era libre en permitir que sus suizos se alistasen en otras banderas, ó que juntasen sus estandantes con los de las potencias beligerantes que mas les conviniese. Las guerras de Italia entre los franceses, los venecianos, los papas, los emperadores, los milaneses, los genoveses y otros, abrieron una gran puerta á esta libertad de los suizos de vender su valor, y consiguieron en aquellas espediciones inmortal renombre. Siempre será famosa la batalla de Marignan, sostenida por dos dias enteros entre ellos y los franceses. El resultado fué, en 1516, un tratado de alianza perpetua, cual debe concluirse entre naciones que se estiman. No obstante, debe notarse que todas las cláusulas útiles son á favor de los suizos, los cuales nunca han dejado de aprovecharse de sus ventajas.

Es muy del caso pintar el cuerpo helvético como se hallaba á los principios del siglo XVI, y la naturaleza de los lagos que unian las diferentes partes; porque la constitucion que entónces tenia se ha conservado hasta nuestros tiempos. Se compone desde luego de trece cantones; y además de asociados, de confederados, de los que gozan privilegio de compatriotismo, que no todos gozan del mismo grado de consideracion en el cuerpo principal. Á algunos no los consultan en los asuntos generales: otros son llamados á las dietas, se sientan y deliberan. Entre éstos los de mayor importancia son los grisones, los cuales ocupan el pais, conocido antiguamente por el nombre de Rhetia, entre Glaris, el Tirol, el estado de Venecia y el de Milan. Éstos forman una república poderosa por sí misma, la que dividida en dos partes, sin que se mande una á otra, y con dos gobiernos diferentes, conserva una union inalterable. La liga de los grisones está unida por lazos de conveniencia y amistad con la liga valesiana, que como los grisones se divide en dos asociaciones bajo una cabeza elegible que la representa en las dietas. Mulhausen, Viena y Ginebra, de villas imperiales han llegado á ser aliadas de los suizos. Neufchatel, no obstante la soberanía del rey de Prusia, goza tambien de este privilegio, y no sin utilidad suya. Otros pequeños paises se mantienen por diferentes eslabones unidos á la liga helvética, que es la diosa tutelar de su libertad.

Los movimientos que mortificaron á la Europa en el siglo XVI se sintieron tambien en la Suiza. En él se levantó el herege Lutero, y cuando ostentaba algun bien al género humano, librándole de los que él llamaba errores, causó mucho mayor mal, haciendo con su heregía degollarse los hombres; ántes le habia precedido Zuinglio: cura de Zurich, con el pretesto de las indulgencias se escitó su indignacion y quiso persuadir que el dogma de fé era erróneo. De aquí se empezaron las dudas sobre el poder de los sumos pontífices que las promulgaban; y despues se siguieron las disputas de disciplina, principalmente sobre la naturaleza y obligacion de los votos. Las primeras discípulas, prosélitas de Zuinglio, fueron unas religiosas de Zurich, que en testimonio de su confianza en la doctrina de este predicador de novedades, salieron de su convento, y las mas jóvenes se casaron. Zuinglio, aunque sacerdote, y hombre de bastante edad, ó incomodado con el yugo del celibato, ó por animar con su ejemplo, se casó tambien.

Estas novedades, que ya tocaban en la policía, merecieron la atencion del magistrado. Los de Zurich aprobaron la conducta de su cura y sus discípulos, y no solamente les pareció bien que sus opiniones se esparciesen en su territorio, sino que miraban mal á los de los otros cantones que con leyes prohibitivas retardaban los progresos de lo que ellos llamaban *reformacion*. Tomaron el recomendable nombre de *Evangélicos*, porque suponian que entre ellos se hallaba la pura doctrina del Evangelio. Ya desde el año 1523 habian ganado los zuriqueses á los grisones, y á muchos particulares, en los cantones vecinos. Los de los católicos, adonde no habia penetrado la supuesta reformacion, creyeron que se debian tomar vigorosas medidas contra el contagio que les amenazaba. Como eran mas numerosos declararon por escluidos del cuerpo helvético á los cantones que profesaban ó en adelante profesasen la nueva religion. Caía este anatema sobre Zurich, Berna, Basilea, Schafusa y Appenzel, en los cuales ya se hallaban muchos *de los no conformistas*.

Con razon se les podia llamar así, porque acometiendo sucesivamente aquellos reformadores los puntos de la verdadera doctrina y de la disciplina eclesiástica, á medida que les iban desagradando, ni se conformaban entre sí sobre los principios, ni en el modo de probar y defender, porque Lutero no estaba de acuerdo en muchos artículos con Zuinglio; pero el reformador de Alemania rindió su carácter fogoso y activo por conseguir de los suizos alguna condescendencia en las proposiciones en que se diferenciaban; y Zuinglio, siempre tenaz, por creerse justamente persuadido, así como Lutero lo era por orgullo, nunca quiso convenirse con él. Las dos nuevas iglesias siempre se quedaron divididas en un punto esencial, enseñando Lutero la presencia de Jesucristo real y permanente en la Eucaristía: y no admitiendo Zuinglio mas que una presencia de opinion y momentánea, que él llamaba *Sacramental*. Con esta palabra eludia todo argumento sobre una presencia, que realmente no seria presencia.

Por otra parte tuvieron estas dos sectas el cuidado de no atormentarse mucho; y cada una desde su pais dirigió los esfuerzos principales contra la Iglesia romana, enemiga comun de las heregías. Sobresaltados los suizos al ver la discordia que nacia entre ellos por la diversidad de opiniones, tuvieron la bondad de creer que la conferencia entre los doctores de los dos partidos les restituiria la paz. Por el contrario, como si los que comienzan por disputas acabaran por aborrecerse, éste solo fué el fruto de la conferencia de Marpourg en 1530, y del congreso de Bangrarten. Mientras disputaban los doctores se estaban amenazando con los ojos los discípulos, y prometiéndose convencer con las armas á los porfiados que no querian ceder á lo que miraban como evidencia presentada por sus maestros; y con efecto no tardaron mucho en llegar á las manos. Hubo en Cappel una batalla sangrienta de berneses y zuriqueses contra cinco cantones, y murió en el combate Zuinglio. Sus partidarios, puestos en fuga, dejaron muchos muertos en el campo.

Éste fué el único acto de violencia que la diversidad de religion ocasionó entre los suizos: y, como avergonzados de semejante irritacion entre hermanos, volvieron de repente á sus sentimientos pacíficos, y casi en el instante que dejaron el campo de batalla, hicieron un reglamento que nunca han violado. Establecieron pues que los cantones católicos y los protestantes jamás se mezclarian de modo alguno en lo que pasase entre unos y otros en punto de religion: que en los cantones en donde hubiese las dos religiones vivirian juntos con buena inteligencia; que tendrian los reformados su templo, y no perturbarian á los católicos en sus fiestas y ceremonias. Los ministros reformados y los católicos se abstendrian de ponerse nombres injuriosos. Por último, todo aquel que por causa de religion insultase á otro con palabras ó con hechos, seria puesto en la cárcel á pan y agua por tres dias y tres noches, pagando una multa; y los que no pudiesen pagarla estarian seis dias. Las mugeres cumplirian con la mitad del castigo. No dudo que el ayuno á pan y agua, tan eficaz entre los suizos, pudiera serlo tambien en otros paises.

Digitized by Google

Ha habido pocas diferencias entre las coronas en los siglos XVI y XVII y hasta nuestros dias en que no se hayan hallado los suizos, nó como partes principales, sino como auxiliares y aliados reclamados por las potencias beligerantes. Ninguna de éstas deja de desear tener en sus ejércitos batallones suizos, aunque los paga caros, y por esto los acusan de que trafican con su vida y venden su sangre; pero injustamente es reprendida una nacion, que por su constitucion prudente, su situacion y la naturaleza del pais, jamás ve en él mas que la sombra de la guerra; y para estar acostumbrada, en caso de realidad, va á aprenderla en los otros pueblos. La nacion helvética es una de las mas felices del mundo: gracias á su valor, á la sabiduría de sus leyes, á su amor á la libertad, y gracias sobre todo á su moderacion. Como están fortificados los suizos por sus rocas, lagos y desfiladeros, acostumbrados á las armas, y son de carácter guerrero, si se vieran acometidos, pudieran defenderse contra todas las fuerzas reunidas de la Europa. Solo deben temer un enemigo, desconocido y despreciado en los pasados siglos, del cual se dice que ya empieza á contagiarlos con sus funestas influencias. Este peligroso enemigo es el lujo, que aseguran haberse introducido en los cantones; y, en llegando á corromper las costumbres, causará la ruina de la república, si los suizos dejan de oponerle su antigua sencillez, prudencia y moderacion.

La Suiza, bajo la influencia de los franceses, iba dando una nueva forma á su gobierno el cual cesaba de ser federativo sin perder nada de la esencia republicana.

Los acontecimientos memorables que han tenido lugar en Europa desde 1789 han modificado la existencia de la república helvética. El directorio francés, en guerra con la Europa entera, se dedicó á crearse en Suiza un partido que pusiese mas adelante en sus manos los negocios de la confederacion. Á fines de 1797 publicó un decreto en virtud del cual declaraba estar bajo la salvaguardia de la república francesa cuantos suizos reclamasen su auxilio contra las ciudades de Friburgo ó de Berna. En vano quisieron unirse los cantones suizos, declarándose contra semejante intervencion en los negocios interiores de su república; en vano convocaron en Arrau una asamblea para poner á cubierto las libertades patrias: la fuerza triunfó del derecho, y en 1798 los franceses penetraron en Lausana. Algunos cantones disidentes auxiliaron al extranjero, y el levantamiento en masa de los restantes solo sirvió para demostrar mas claramente su impotencia. Berna sucumbió. El Austria entonces y la Rusia, en guerra con la Francia, á cuyos ejércitos habian arrojado de la Lombardía y del Piamonte, se declararon en favor de la nacionalidad suiza; pero en Zurich fueron completamente derrotados por los franceses.

Con la paz de Luneville pareció que renacia la Helvecia; pero, muy luego, la discordia volvió á introducirse entre los varios cantones, y, no pudiendo convenirse, apelaron en 1803 á Bonaparte, quien se constituyó en mediador de la confederacion á la que dividió en 19 cantones. En 7 de agosto de 1815 substituyó á aquella acta de mediacion el pacto federal en virtud del cual se admitieron en la confederacion tres cantones mas, á saber, el Valés, Neuchatel, y Ginebra.

Demasiada estabilidad habria en las humanas obras si nadie aspirába á reformarlas. Poco tardó en introducirse en Suiza y cobrar fuerzas la opinion de que el pacto federal debia reformarse. Intentóse inútilmente en 1832. Posteriormente ha habido tambien serios disturbios ocasionados por la tendencia de querer convertir la república de federativa en unitaria, dando á la dieta mas autoridad de la que tenia para entrometerse en los asuntos peculiares de cada canton. Algunos han protestado contra aquella tendencia; pero, acudiendo á las armas, la suerte ha sido favorable á la dieta. Á tenor de la constitucion de 1815 la Suiza es una confederacion de 22 estados llamados cantones. La direccion suprema de los negocios pertenece á la dieta, á la cual cada canton envia un diputado. Las cuestiones poco importantes se resuelven por mayoría absoluta, pero las mas transcendentales necesitan para ser ejecutivas las dos terceras partes de sufragios, y la ratificacion de los cantones. Á la dieta incumbe hacer la paz, declarar la guerra, firmar alianzas, nombrar legados, cónsules generales, intendentes militares ó inspectores de aduanas. Alternativamente por dos años reside en Zurich, Berna y Lucerna. Cada canton tiene su administracion, su constitucion y su legislacion particular. Contribuyen todos ellos á la confederacion con un contingente en tropas y en dinero.

GINEBRA.

La república de Ginebra es una sola ciudad con muy corto territorio. Está situada en un promontorio en donde el Ródano sale del lago Leman. Su historia ha dado provision á muchos volúmenes, pero cercenando lo que no puede importar sino á solos los ciudadanos, se reduce á intrigas interiores y á querellas con los vecinos de las cuales estraeré los hechos que por su singularidad ó por otros motivos interesan y merecen la atencion.

Ginebra existia ántes de Julio César, y era ya célebre y rica por ser frecuentada de los gaulas al ir á Italia. De los vándalos y otros invasores del bajo imperio pasó á los borgoñones. En 620 la dió Clotario cierta forma de gobierno, y á fines del siglo VIII celebró en ella Carlo Magno una junta de todos sus estados. Por entónces tenia condes y obispos, y los primeros no eran mas que condes del territorio, y así se intitulaban condes del Ginebrino. Gobernaba un senado la ciudad, y éste se valió muchas veces de la intervencion del obispo contra las empresas de los condes, lo cual dió á los obispos tal poder en sus consejos que llegaron á convertirse en potestad. La sucesion de los obispos es conocida desde el siglo XI, y muchas veces se verificó contra ellos la reaccion de los condes, oponiéndolos el senado á los prelados cuando éstos se propasaban á empresas. Algunas veces dieron los duques de Saboya la investidura de estos condes á sus hijos segundos. Vivian éstos príncipes en la ciudad con mas honor que poder, y con solo esto se contentaban.

Senado, duques, condes, obispos: un gobierno tan repartido y complicado no pudo ménos de producir muchos alborotos en el transcurso de los siglos; pero ninguno omitió el historiador de Ginebra. Éste, si se le consulta, dirá que cuando empezó la religion protestante á apuntar en Ginebra, hubo partidos opuestos que se dieron nombres de facciones. Los católicos, sacrificados á la Saboya, fueron llamados *mamelucos*, sin duda por alusion á la antigua soldadesca egipcia, que siendo libre en su orígen se habia hecho esclava de los sultanes. Los protestantes se llamaron *einots*, palabra alemana que significa confederados por juramento, y de ella se formó el nombre de *hugonotes*; y así esta denominacion, que se ha esparcido en toda la Europa, viene de una mediana ciudad situada al pié de los Alpes. El mismo historiador habla de los *caballeros de la cuchara*, asociacion de algunos mal contentos, que, sorprendidos por los genoveses en un dia de campo, comiendo la sopa con cucharas de palo, y burlados por ellos, juraron que habian de precisar á los burladores á que hiciesen lo mismo, y llevaban una cuchara al cuello en señal de confraternidad. El duque de Saboya los llevó á su partido despues de los mamelucos; pero no tuvo consecuencia aquella especie de caballería.

Un motivo de mas peligrosos disgustos circulaba entre los ginebrinos. Su situacion entre la Suiza y la Francia ha hecho que las nuevas heregías, esparcidas en los dos estados, se hayan detenido entre ellos al paso, fijando allí su domicilio, en términos que ya se llamaba Ginebra la capital de la reforma. Conservan precisamente los nombres de sus primeros apóstoles, Guillermo Farel y Antonio Saunier, que se introdujeron en Ginebra por intervencion de los berneses, zelosísimos reforma-

Digitized by Google

dores, y Antonio Floment, hombre jóven y divertido, que con el pretesto de enseñar á leer y escribir logró la introduccion en las casas, y tenia talento particular para insinuarse con las casadas y las doncellas.

Fingian los magistrados no estar contentos con tales maestros; pero se sonreian de ver sus adelantamientos, y asi los desterraban y los dejaban volver. No estaba el clero contento con una conducta tan equivoca; armó á los mas zelosos, y ya estaba para llegar á las manos: pero con la mediacion de los magistrados todo se apaciguó. El convenio que hicieron favorecia mas á los reformados pues no los echaron de la ciudad; y no cerrar la puerta á los introductores de novedades es lo mismo que abrirla y convidarlos. Acudieron en tropel, principalmente de la Francia, en donde los perseguian. Se hicieron en Ginebra tan poderosos, que viéndose el obispo de la ciudad, casi sin ovejas, la dejó, y se llevó el cabildo á Gex. Éste fué el pretesto del duque de Saboya para querer sorprender á Ginebra y apoderarse de ella; pero sin otra intencion, decia, que la de restablecer al prelado. Despues se ha conocido que estos principes en sus tentativas trabajaban mas por sí que por la religion. Los obispos trasladaron su silla á Anneci, en donde todavía permanecen.

Entre los predicantes, que fuéron de Francia, se hallaba el famoso Juan Calvino: y apenas llegó cuando dió á conocer su carácter dominante. Las disputas que tuvo con sus cohermanos dieron nueva energía á los católicos; y cansados los magistrados de las contiendas de sus nuevos doctores, se volvian á la antigua religion, y espelieron á todos los introductores de novedades indistintamente. Se retiró Calvino á Strasburgo, en donde juntó una pequeña iglesia muy sumisa admiradora de sus opiniones; y asi sintió dejarla cuando, mudada la faz de los negocios en Ginebra, le volvieron á llamar en 1539. Tomó en aquella ciudad absoluto imperio, y llegó á ser como dictador de la república. Nada se hacia sin consultarle; y con su severa disciplina cerró las tabernas, suspendió los juegos, interrumpió los bailes, y prohibió los espectáculos. Si solo se le considerara como politico seria preciso alabarle; pues, manteniendo correspondencia con los protestantes mas distinguidos de Europa, por la estimacion que le daban estas conexiones, atrajo á Ginebra las mas útiles manufacturas, los artistas mas industriosos, y aumentó considerablemente el comercio de la ciudad.

Tambien pudiera mirarse por el lado de la politica la intolerancia de Calvino; porque su pensamiento fué, que una república tan estrecha, y de tan poco poder por si misma, no podria mantenerse mientras conservase en su seno la semilla de la disension en la diferencia de religiones; y así le pareció que no habia otro medio para estirpar estas raices sino el estremo rigor. No obstante, en el castigo de Miguel Cerbet, aquel catalan que fué quemado como ateista, se reconoce la influencia del carácter de Calvino, que le tenia duro, tenaz é inflexible, como le tienen ordinariamente los hipócritas. Este patriarca del calvinismo murió en Ginebra en 1564, habiéndola hecho centro de su falsa religion, y erigido en ella el famoso colegio de ciencias, en donde fué profesor él mismo.

Desde el fin del siglo XVI han sido frecuentes las empresas de los duques de Saboya sobre Ginebra, ya por medio de conspiraciones tramadas en secreto, y ya con fuerza abierta. De las primeras se libraron los ginebrinos con una exacta vigilancia, y de la fuerza con el auxilio de la Suiza y la Francia. Algunas veces tuvieron bastante con sus propias fuerzas, y castigaron severamente los atentados contra su libertad. En 1602 intentó el duque de Saboya escalar á Ginebra y no la consiguió por una especie de prodigio. Ahorcaron los genoveses sin misericordia, como á ladrones, á todos los soldados y oficiales de quienes pudieron apoderarse, y entre ellos hubo muchos hombres distinguidos. Este fin han tenido hasta ahora todas sus tentativas.

La constitucion de Ginebra ha sufrido infinitas variaciones. Sobre este punto se ha escrito mas de lo que se necesitaria para gobernar una grande monarquia. Se puede decir que su gobierno es aristocrático y al mismo tiempo democrático y aristocrático, porque gobiernan dos consejos compuestos de familias privilegiadas; y es democratico por ser el pueblo el que elige y nombra los consejeros. El último reglamento que ha fijado la forma de las elecciones, y los limites del poder de todas las magistraturas, es el de 1768, bajo la garantia de la Francia y del cuerpo helvético.

El ginebrino es activo, ingenioso, propio para las ciencias y las artes: obrero, industrioso, médico, económico, y muy sutil para todo género de ganancias. El génio republicano sigue á los ginebrinos en todos los estados y en todos los periodos de su vida. De aqui es que le inspiran á cuantos tratan con frecuencia, y si llegan á tener empleo de gobierno en algun reino, procuran hacer que domine este mismo espiritu. Nacen compatriotas como los judios, se socorren unos á otros en todas partes, vuelven muchas veces como ellos los ojos á su Jerusalen, y la ven con mucho gusto; pero van á disfrutarla á otras partes. Los ginebrinos por lo general, aunque están colocados entre los franceses, los italianos y los suizos, nada toman de estas tres naciones, porque hacen otra aparte; y esta misma singularidad fué tal vez una de las principales causas de la duracion de su república. Napoleon la incorporó con la Francia, y formó parte de ella con título de *Departamento*. Pero en 1815 entró á componer parte de la confederacion helvética, conforme dijimos al tratar de la Suiza.

ALEMANIA.

Entre todas las regiones de Europa es la Alemania la que ofrece las mas interesantes variedades, y aun las mas complicadas, especialmente en lo político. Se diferencia estraordinariamente de lo que fué en la antigüedad. Estaba cubierta de bosques, y no tenia mas que cabañas dispersas y cierta especie de madrigueras, en las cuales vivian mezclados habitantes y animales; pero al presente abunda de ciudades opulentas, llenas de pueblo numeroso y civilizado.

En Alemania se hallan todos los climas, todas las producciones de la naturaleza y sus variedades. Son los alemanes, por lo general, vigorosos, de alta estatura, sencillos, laboriosos, fieles, valientes, propios para la guerra; pero al mismo tiempo se dice que son mercenarios y dados al pillage. Son firmes en la religion que abrazan, lentos en los consejos y constantes en la amistad: disimulados en sus enemistades, desconfiados, sospechosos, apasionados por los placeres de la mesa, y mas indiferentes á los del amor. Las mugeres son tan naturalmente castas, como si lo fuesen mas por hábito que por virtud.

Los alemanes adelantan en las ciencias, tanto por su aplicacion como por su ingenio: son poco vivos, de mucha paciencia y compiladores infatigables. No les es estraño objeto alguno de los humanos conocimientos. Tienen universidades, academias, sociedades, y la medicina, botánica, cirugia y metalurgia les deben muchos descubrimientos y progresos.

En las artes útiles perfeccionan muy bien, pero inventan poco: son trabajadores tan aplicados, que no les asustan ni detienen las tareas mas penosas y de la mayor duracion. No les faltan las artes agradables, como la pintura y la escultura: su música lleno estimacion. La situacion de la Alemania en el centro de la Europa, y los rios que la atraviesan, llaman á ella el comercio: pero algunas veces se entibia por la variedad de lenguas, y los muchos estados pequeños, cuyos intereses se oponen.

Á la Alemania llaman el imperio por escelencia: el imperio romano, aunque Roma no pertenece á el; y por último el imperio germánico. Despues de la conmocion

Digitized by Google

que padeció la Europa en la disolucion del imperio romano, no se consolidó el de Alemania, no tuvo límites fijos, ni dió regularidad á su gobierno hasta principios del siglo VI. Hasta entónces habia estado en forma de monarquía en manos de los descendientes de Carlo Magno, y despues ha quedado una república federativa de soberanos; y entre los muchos estados que la componen, unos son mas poderosos que otros. Algunos hay casi imperceptibles que se confunden en la multitud, y no existen libres sino por la proteccion; mas por ser ménos conocidos no son ménos felices. La religion es mista, la católica y la protestante dominan; pero se hallan allí todas las sectas. En los estados católicos, la Iglesia y la nobleza son casi los únicos propietarios, y los paisanos son siervos, ó se ven obligados á unas ocupaciones que se acercan á la servidumbre; y por consecuencia de este abatimiento de los pueblos los nobles son imperiosos, zelosos de sus prerogativas, infatuados con su nacimiento, grandes genealogistas, infatigables cazadores, é inexorables en el castigo de los que sin permiso se atreven á disfrutar este placer, porque lo miran como privilegio esclusivo de su órden.

Desde el año 919 es electiva la corona; pero ha habido mucha variedad en la forma de la eleccion. Ésta pertenece actualmente á nueve electores con esclusion de los otros príncipes. La dieta de eleccion se celebra en Francfort, y la coronacion, si se puede, en Aquisgran. Si el emperador no tuviera soberanía en propiedad, seria su poder muy poco; porque no solo los electores, sino casi todos los príncipes, gozan en su casa de los derechos de soberanos sin apelacion. Entre ellos el emperador no es mas que como un magistrado supremo, conservador de las leyes. Sus chancillerías son los depósitos de ellas, y las dietas y cámaras imperiales; pero los órganos son los consejos áulicos. Se presentan en ellos los negocios con formalidades tan simétricas, que hacen las decisiones en estremo lentas. Si este coloso cayera en masa sobre los estados vecinos, pudiera oprimirlos á todos; pero es difícil que las partes que componen este grande cuerpo se reunan con toda prontitud; por lo que se le puede oponer una resistencia suficiente y rechazarle á sus límites.

Los reyes de Francia, sucesores de Carlo Magno, conservaron el derecho de sucesion hasta la muerte de Luis IV en 912, y entónces salió el imperio de la casa de Francia por la debilidad de Cárlos el *Gordo*, que reducido á un corto dominio no pudo hacer valer sus derechos sobre la Germania. Juntándose pues los príncipes y nobles alemanes en Worms, dieron la corona á Oton, duque de Sajonia: este no la admitió á causa de su mucha edad; y por una generosidad, que no es comun, propuso con recomendacion á Conrado, duque de Franconia y de Hesse, con quien estaba desavenido, pero á quien miraba como á un príncipe de mérito; y el voto de Oton ganó todos los otros para Conrado. Su reinado padeció inquietudes por la desobediencia de algunos señores, á quienes sujetó, y por las pretensiones de Enrique, hijo del duque de Sajonia, su bienhechor. Sin embargo de sus desavenencias no dejó Conrado de reconocer el mérito de este príncipe, así como respecto de él lo habia hecho Oton. Estando para morir le recomendó á los príncipes y estados congregados, como la persona mas propia para sucederle. Aprobaron su eleccion; y Conrado ántes de morir envió, por medio de su hermano, á Enrique la corona, el cetro, la lanza, la espada y los ornamentos imperiales.

Á este Enrique le llamaron el *Pajarero*, porque gustaba mucho de la caza de volatería; pero mejor hubiera sido darle un sobrenombre que indicase su moderacion y su talento para conciliar los espíritus. Por su moderacion no quiso recibir la honra que el papa le ofrecia de coronarle en Roma. Para sujetar los pueblos de Italia, si no rebeldes á lo ménos poco dóciles, necesitaba enviar allá grandes fuerzas; pero tuvo por mas acertado emplearlas en restablecer su autoridad en Alemania. Su talento de conciliacion se vió en que se valió mas de la persuasion que de las armas. Se portó tan bien que los grandes le prometieron que, muerto él, pondrian en el trono á su hijo Oton, y le cumplieron la palabra; pero este hijo no les dió motivo para arrepentirse. Siendo ya las circunstancias mas favorables, fué á coronarse en Roma, é hizo respetar su autoridad, no solo en aquella capital del pueblo cristiano, sino tambien de toda Italia. No le faltaron á Oton I pesadumbres domésticas; pues por instigacion de malos consejeros se sublevaron su hermano Enrique, y Ladolfo su hijo menor, á quienes venció y perdonó. Ántes de su muerte tuvo influjo para hacer que nombrasen para el imperio y coronasen á su hijo mayor Oton II (973).

Al padre de Oton le habian llamado el *Grande*; pero á él le dieron el nombre de *Sanguinario*, porque jamás economizaba la sangre cuando se creia autorizado para derramarla. Hizo correr con abundancia la de los beneventinos y romanos, que le abandonaron en una empresa contra los sarracenos, porque trató de traicion su desercion, y la castigó cruelmente. Su reinado se pasó en guerras contra los esclavones, los dinamarqueses, los polacos, los suecos y los húngaros, naciones apostadas á las fronteras, como los combatientes, que en las barreras de la palestra estan prontos para entrar así que se abre. Contuvo sus asaltos Oton, y los rechazó. En esto le imitó Oton III su hijo, llamado el *Niño*, porque subió al trono á los doce años de su edad. Éste tuvo una muger libertina, que, picada por haberla despreciado un señor, á quien solicitaba, le acusó en despique de haber atentado contra su honor. El marido, por falta de exámen, condenó precipitadamente al galan á muerte; pero, habiendo reconocido su error, hizo quemar viva á la calumniadora. Quedó viudo, y faltó sin embargo á la palabra dada á una viuda, a quien habia seducido con promesa de matrimonio. Ella se mató con veneno, y él murió jóven sin sucesion.

Por voto de los electores le sucedió Enrique, duque de Baviera, en cuyo tiempo se vió el primer ejemplar de príncipes borrados de la lista del imperio, por no haber obedecido á los decretos de la dieta Germánica. Las guerras que le fué preciso sostener le cansaron de tal modo, que por dos veces quiso renunciar el imperio. En la primera continuó á solicitud de sus vasallos; pero en la segunda llevó mas adelante su proyecto de abnegacion, y determinó hacerse monge. El abad á quien se dirigió, manifestó prestarse á su deseo, y le recibió en calidad de hermano lego, con la condicion de que le obedeceria en todo: lo prometió así el emperador, y entónces dijo el abad: «Ahora bien: yo os mando que continueis en manejar las riendas del gobierno del imperio.» Acerca de la emperatriz, su esposa, merecen notarse dos cosas: la primera, que la tuvo por sospechosa de infidelidad, y ella se purificó por la prueba del fuego: la segunda, que, estando el emperador para morir, llamó á los parientes de la princesa, y les dijo: «Virgen me la entregasteis, y virgen os la vuelvo.» Si por tan buena conducta mereció el nombre de Santo, tambien se le debe este título por la piedad con que donó á la Iglesia muchas riquezas (1024).

Sucedió por eleccion Conrado, duque de Franconia, y le llamaron el *Sálico* por haber nacido en las riberas del rio *Sala*. Habiéndose hecho coronar en Roma para conservar el cetro imperial en su casa, se coronó tambien en Aquisgran su hijo Enrique III, por sobrenombre el *Negro*. Éste, muerto ya su padre, ejerció la autoridad soberana en Roma; pero allí se vió reducida á estrechos límites por la destreza de san Gregorio VII, en cuyo tiempo era corriente la opinion de que al papa debian estar sujetos los tronos.

Tuvo Enrique IV una juventud desarreglada y fogosa; y habiendo perdido la estimacion pública en sus primeros pasos, no pudo recobrarla despues en edad mas avanzada, sin embargo de haber sido valiente, buen general, y versado en los negocios.

Cuando ya se habian vinculado en las prelacías fundos de tierra, los titulados que llegaban á verse tales por eleccion ó de otro modo, puestos en posesion del ejer-

cicio de sus funciones espirituales por la potestad eclesiástica, para gozar de los bienes de su título, necesitaban la investidura de lo temporal, dada por la potestad civil, y la costumbre era poner á los arzobispos, obispos ó abades en posesion de sus propiedades, con la entrega del báculo pastoral y el anillo. Se presentaba pues el electo, y en audiencia pública se lo entregaban estas señales características de su dignidad, que significaban el pleno goce de sus emolumentos y derechos útiles. Esto es lo que se llamaba *dar y recibir la investidura.*

Pareciéndoles á algunos prelados que, presentarse para esta ceremonia á los emperadores era profanar su carácter, no quisieron conformarse con el uso; y los emperadores lo miraron como prerogativa de su corona. Se suscitaron por esta causa muchos debates en Italia; pero mas en Alemania. Todos terminaban regularmente en perjuicio de los prelados, porque los condenaban á alguna multa para el fisco, ó ellos para entrar pacíficamente en la posesion útil hacian presentes al emperador y sus ministros; y por estas retribuciones eran muchas veces acusados de simonía, tanto los prelados que las daban como los príncipes que las recibian.

San Gregorio VII, con motivo de las quejas de algunos prelados, cuyos bienes permanecian en manos del emperador Enrique IV, porque no se habian sujetado á esta ceremonia, mandó que Enrique los entregase al electo, sin darle la investidura, prohibiendo al mismo tiempo á los prelados que la pidiesen. Reclamó el emperador contra este decreto, amenazando que sostendria su reclamacion con las armas: le escomulgó el sumo pontífice: rompió el fuego de la guerra en toda la Alemania con el furor que es regular en estos casos: y empezó á titubear la fidelidad de los pueblos con la esplosion del rayo. Ya se vió Enrique á punto de ser abandonado; y creyó que no podria impedir la eleccion de otro emperador si no daba algun paso de humillacion. Convocó pues á los señores en Oppenhin, y en asamblea pública confesó las irregularidades de su juventud, pidiendo á los asistentes que las olvidasen, y prometió portarse mejor en adelante; pero, insistiendo siempre en dar las investiduras, san Gregogio VII reagravó la escomunion. Enrique, para deponer á san Gregorio VII, puso en su lugar un anti-papa; pero con este escándalo le abandonaron de tal modo sus vasallos, que se vió precisado á ceder al pontífice, y pedirle personalmente perdon en el castillo de Canosa con las ceremonias de la antigua penitencia pública.

¡Estraña es la inconstancia de los pueblos: Los mismos que le habian abandonado, porque no se sujetaba al papa, y hasta los mismos italianos se alborotaron por su humillacion, y no pudo ganar sus corazones sino revocando, por decirlo así, su arrepentimiento. Entónces san Gregorio hizo elegir emperador á Rodulfo duque de Suabia. Este Rodulfo murió en una batalla: echaron de Roma á san Gregorio, y murió fuera de su capital. No por esto fué Enrique mas venturoso; porque aunque derrotaron á Herman, conde de Luxemburgo, á quien favorecian los afectos al pontífice, no faltó quien suscitase contra Enrique á Conrado, su propio hijo; pero el emperador creyó dar un gran golpe de política, oponiendo á aquel hijo ingrato á Enrique su hijo segundo, y haciéndole elegir rey de romanos. Este hijo menor, mas peligroso que Conrado, que ya habia muerto, se entregó á los enemigos de su padre, é instigado por ellos tomó el gobierno con título de rey de Romanos, con el pretesto de la opinion que entónces corria de que los pueblos podian negar la obediencia á su rey escomulgado, y que el imperio estaba espuesto á caer en confusion por la anarquía.

Muchos señores no adoptaron estas razones de tranquilidad pública, que el hijo procuraba esforzar para reinar en lugar de su padre, y se unieron con el emperador. Viéndose con pocas fuerzas el rey de romanos fué á Coblentza á pedir perdon á su padre, y éste se le concedió; pero él tuvo ardid para persuadir al crédulo Enrique que despidiese su ejército; y viéndose el pérfido con superiores fuerzas, hizo arrestar á su padre, y le puso con buena guardia en el castillo de Berguenhein, cerca de Maguncia. Mientras le tenia preso congregó una dieta de sus partidarios, y mandó declarar solemnemente la deposicion de su padre. Los arzobispos de Maguncia y de Colonia fueron diputados para ir á notificarle la sentencia y pedirle la corona y demás ornamentos imperiales.

Sorprendido el anciano emperador preguntó porqué le trataban así; pero además de recordarle su mala conducta, empezando por su juventud, le dieron en rostro con que habia introducido un cisma en la Iglesia, eligiendo un anti-papa, y con la simonía de haber puesto en venta los obispados: «¿Yo, dijo el emperador, he puesto los obispados en venta? decidme ¿que es lo que yo os he pedido por las dignidades que ahora gozais, con ser los mejores beneficios que estaban á mi disposicion? Bien sabeis que poniéndolos en venta pudiera haber llenado mis cofres; pero os los di gratúitamente. ¿Así correspondeis á mis beneficios? ¿Quereis ser del número de aquellos ingratos que levantan sus manos contra su señor natural, con desprecio del agradecimiento que le deben? Ay de mi, que empiezo á rendirme al peso de los años y del dolor. Ya estoy para concluir mi carrera mortal; dejadme acabar en paz el poco camino que me resta, y no terminen la vergüenza y la miseria una vida en otro tiempo tan gloriosa.»

Los prelados, constantes en su resolucion, insistieron en que el emperador les dejase cumplir con su comision en todas sus partes. Se revistió pues de los ornamentos imperiales: tomó asiento en una silla ostentosa, y les habló así: «Ved aquí las insignias de la soberanía que recibí de Dios y de los príncipes del imperio. Si provocais la indignacion del cielo, y la eterna censura de los hombres, hasta el término de atreveros á poner las manos en vuestro soberano, podreis despojarme violentamente de estos ornamentos porque me hallo sin fuerzas para rechazar este insulto.» Los obispos le quitaron la corona y el cetro, le hicieron bajar de su silla, y le despojaron de las vestiduras reales.

Durante esta escena de abatimiento esclamó el emperdor, bañados sus ojos en lágrimas: «Gran Dios, tú eres el Dios de las venganzas, y castigarás este ultraje. Confieso que he pecado, y que he merecido esta vergüenza por los estravios de mi juventud: pero no dejarás de castigar tanta ingratitud é insolencia.» No contento el jóven Enrique con esta renuncia forzada, hizo que su padre compareciese en una junta de príncipes adictos á sus intereses para exigir él una resignacion que pareciese voluntaria, y que hizo por no ser posible dejar de hacerla. Confesó sus culpas como otras veces, concedió que le hacian descender del trono justamente, pidió perdon á los asistentes, y arrojándose á los piés del legado apostólico, le suplicó que le absolviese y le relevase de la escomunion. El legado respondió: «que no tenia potestad para ello, por ser este derecho reservado al sumo pontífice.» Alcanzando á ver entre las gentes á Gerardo, á quien acababa de nombrar obispo de Spira, le suplicó Enrique que para su subsistencia le concediese un canonicato en su catedral. Aquella catedral la habian edificado y dotado sus mayores, y no obstante dijo Gerardo: «No os le puedo conceder hasta tener permiso del pontífice.» Á esta respuesta empezaron á caer de sus ojos abundantes lágrimas, y dijo á los circunstantes: «Ay de mi, queridos amigos, compadeceos de mi, que me hallo herido de la mano de Dios (1106).»

Para colmo de su desgracia le mantuvo preso el nuevo emperador: se huyó de la prision, y pasó á Flandes, en donde pudo levantar un ejército; pero, ántes de conseguir algun suceso decisivo, murió en Lieja en el mismo año de su deposicion y fué enterrado magnificamente en la catedral. Su hijo, fiel á sus principios, le hizo desenterrar porque estaba escomulgado, y depositarle por gracia en una pequeña capilla. Era este príncipe inclinado á la clemencia: y, aunque de carácter vivo, fué en sus desgracias un modelo de paciencia y resignacion: y per-

Digitized by Google

dida una vez la estimacion de sus vasallos, nunca pudo recobrarla. Ejemplar terrible de la influencia que sobre toda la vida tienen algunas veces las culpas de la juventud.

En sus primeros años se portó bien Enrique V con el clero; pero sin ceder en el punto de las investiduras, que fueron motivo de la disputa entre él y Pascual II. Procuró atraer al papa á una conferencia en que todo se arreglase; pero temiendo el pontífice que le armasen algun lazo se puso bajo la proteccion de la Francia, adonde se retiró; y con las seguridades convenientes volvió á Italia. Le siguió Enrique allá, precediendo una magnífica embajada, que ofrecia al soberano pontífice un concordato ventajoso. Le recibió el papa en Roma, y se acomodó á la voluntad de Enrique; pero los prelados italianos sublevaron al pueblo. El emperador, que habia entrado en Roma casi solo, llamó su ejército, prendió al papa y á los cardenales, y despues empezaron á tratar. Se ratificó el concordato en una misa solemne, y en señal de reconciliacion el papa dividió la hostia en dos partes, y consumiendo la una, comulgó á Enrique con la otra. De este modo consiguió el emperador cuanto deseaba sobre las investiduras; y como habia privado á su padre de los honores de sepultura eclesiástica, por lo mismo que él habia disputado, pasó por Lieja, y dispuso hacerle magníficos funerales. Aunque despues en Roma los cardenales y obispos dieron por nulo el tratado que concedia al emperador las investiduras, el papa Pascual no quiso firmar esta resolucion. Volvió Enrique á Italia, creó anti-papa á Burdino, arzobispo de Praga, y se hizo coronar emperador por sus manos; pero llamándole á Alemania algunos alborotos, dejó al infeliz intruso á discrecion de Calisto, sucesor del pontífice Pascual, que le hizo encerrar.

Por último cansados ya todos de estas disputas entre el Sacerdocio y el Imperio, llegaron á una seria composicion, y quedó arreglado que en adelante diesen los emperadores la investidura de lo temporal, nó por medio de la cruz, el báculo pastoral y el anillo, sino presentando al provisto su cetro, y tocándole y besándole éste respetuosamente. De este modo tuvo fin esta discordia, que pudiera muy bien haberse cortado así ántes de inundar de sangre la Italia y la Alemania. Enrique V no sobrevivió mas que tres años á esta composicion. No puede negarse que era gran político; y á no ser por la conducta que observó con su padre, conducta desnaturalizada y falta de toda piedad, de que dicen se arrepintió despues, se le pudiera poner en la clase de los emperadores que honraron la diadema (1125).

Escogieron los electores, despues de él, á Lotario, duque de Sajonia, el cual tuvo por concurrentes á dos sobrinos del difunto emperador, á quienes él obligó á abandonar sus pretensiones. Reconquistó Lotario los dominios de Italia, que se habian sustraido del imperio, y fué coronado en Roma. Reinando Conrado, su sucesor, se halla el orígen de las palabras Guelfo y Gibelino, tan famosas en la Italia y la Alemania. Si no se supiera que muchas veces pelean y se matan los hombres mas por las palabras que por las cosas, no podria ménos de admirarse el mundo de las muertes y estragos que estas dos palabras causaron. Güelfo, hermano de un duque de Baviera, que estaba en guerra con el emperador, sitiado en el castillo de Weinsberg, dió por palabra de órden á sus soldados su propio nombre *Güelfo*. Federico, duque de Suabia, general del emperador y hermano de éste, dió a los suyos la palabra *Gibelino*, nombre de un lugar de Suabia, en donde le habian criado. De este modo la casualidad llegó á destinar estas dos palabras á ser el distintivo de dos poderosas facciones muy enconadas, y cuyo encono duró mas de dos siglos. Regularmente los güelfos seguian al pontífice, y los gibelinos al emperador; pero muchas veces sucedió, que sin afecto particular al papa ni al emperador, los señores que estaban en guerra contra otros, tomaron estos mismos nombres para aumentar sus tropas, juntándose con uno los gibelinos, y con otro los güelfos, siempre prontos á combatirse.

En el castillo de Weinsberg se defendió Güelfo hasta el estremo; y cuando ya no pudo mas, envió diputados al emperador. Este príncipe le perdonó, como tambien á sus partidarios, encerrados con él; pero mandó que no saliese del castillo cosa alguna preciosa, sino solamente lo que las mugeres pudiesen llevar. Aunque por la capitulacion se habia concedido á los hombres la vida, sabiendo que el emperador estaba muy irritado contra ellos, y temiendo algunas siniestras interpretaciones, cargaron las mugeres con sus maridos sobre sus hombros, y salieron agoviadas con tan honrosa carga. El emperador, enternecido con aquel espectáculo, trató benignamente así a las tiernas esposas, como á los esposos que habian sabido hacerse amar tanto. Tan peregrino suceso hizo famoso en aquel tiempo el nombre de Güelfo, y tal vez esta celebridad dió la fama tambien al de Gibelino, por ser el opuesto suyo. Verdad es que no podemos ménos de reconocer que hay mucha incertidumbre por otra parte sobre el orígen y aplicacion de estos dos nombres; y no deberá admirarse si en Italia y en Alemania hubieran tenido muy diversa acepcion.

Conrado, cuando murió, recomendó á Federico, duque de Suabia, su sobrino, el cual fué electo, y es el tronco de la casa de Suabia en el trono imperial. Este príncipe célebre, con el nombre de Barbaroja, merecia ser mas conocido *por el de padre de su país*, porque mostró mucho afecto á su patria, y un deseo invariable de la gloria del imperio; pero tuvo muchas diferencias con los papas; se convino con éstos; se desavinieron de nuevo, y volvieron á hacer la paz. En estos intermedios visitó Federico amigablemente al pontífice, y se hizo coronar en Roma.

Por entónces ocupaba la silla de san Pedro Alejandro III; y por mas que Federico le oponia anti-papas y favorecia los cismas, venció Alejandro con sus escomuniones. Por último, se reconciliaron con bastante sinceridad. Para atender cual podia ser la causa de tantas disensiones, debe tenerse presente que en aquel tiempo en todo entraba la religion, dispensas, casamientos, elecciones legas y eclesiásticas, deposiciones, castigos, y hasta en la legitimidad de la injusticia de las guerras. En todo se mezclaba la jurisdiccion eclesiástica: los papas y los obispos estaban persuadidos á que tenian derecho de juzgar en todo, y para escomulgar á los refractarios á sus juicios. Tambien se desavino Federico con los sucesores de Alejandro; aunque no tanto, pues se advierte que en tiempo de éstos volvió el emperador á tomar los derechos de soberanía en el patrimonio de san Pedro.

No obstante, cedió en tiempo de Gregorio VIII en una conferencia que tuvieron los dos en Venecia. No se sabe si por penitencia que el papa le impuso, ó si por zelo, Federico se empeñó en una cruzada á los setenta años, y dispuso los preparativos con buen órden, resuelto á mandarla en persona; y por haber sido mas perniciosa que útil en otras empresas de esta especie la multitud, prohibió que se alistase ninguno que no pudiese gastar tres marcos de plata. Empezó el emperador su espedicion con principios tan brillantes que derrotó á los turcos en muchas batallas, y daban sus victorias grandes esperanzas á los cristianos; pero el rio Cydo, que por poco no fué fatal á Alejandro el Grande, lo fué realmente para Federico, pues bañándose en él le arrebató la rapidez de las aguas, y se ahogó. Tal vez muy á buen tiempo para no esperimentar los contratiempos, que despues de sus victorias sufrieron los príncipes que entraron en la funesta carrera de las Cruzadas.

Antes de su partida (1190), la provision de Federico dejó arreglada su sucesion en Alemania, haciendo coronar rey de romanos á su hijo Enrique, de suerte que heredó de derecho la corona. Un competidor, que fué Enrique *el Leon*, duque de Sajonia, le incomodó algo; pero él le sujetó con la fuerza, y fué á coronarse en Roma con su esposa la emperatriz Constanza. Armado con el derecho de esta princesa, heredera de las coronas de Nápoles y Sicilia, hizo la guerra á Tancredo que se habia apoderado de ellas. Constanza se hizo embarazada

Digitized by Google

á la edad de casi cincuenta años; y para quitar toda sospecha de impostura, parió un niño en una tienda de campaña, y en un campo, cerca de Palermo, á presencia de una multitud de pueblo. Este príncipe, llamado Federico como su abuelo, nació con los mas felices auspicios, destinado al salir á luz para el reino de Nápoles, y creado desde la cuna rey de romanos en una junta de príncipes que Enrique convocó. Esforzó este emperador las razones para probar que el único medio de evitar las guerras que en las elecciones causaban era hacer hereditario el imperio en su familia. Dieron á entender que estaban persuadidos; pero en el fondo se acomodaron á su sistema mas por miedo que por conviccion. Enrique mucho mas que á los asuntos de Alemania se dedicó á los de Italia, en donde habia adquirido tan apreciable corona. Censuraron á este príncipe de avaricia; y en prueba de esto dicen que repartió con el duque de Austria el rescate de Ricardo, rey de Inglaterra, á quien el duque habia hecho arrestar cuando pasaba este monarca para Austria de vuelta de una cruzada. Dicen tambien que Enrique VI era cruel por los rigurosos castigos que dió á los partidarios de Tancredo, por lo cual, suavizando los historiadores de Alemania el sobrenombre, le llamaron *Severo;* pero los de Nápoles le conservan el de *Cruel.* Por otra parte era prudente, penetrativo, elocuente, valiente y activo (1193).

Nombró al morir por tutor de su hijo á Felipe su hermano; pero Inocencio III, que no era afecto á la casa de Suabia, hizo elegir rey de romanos á Oton, duque de Sajonia. El partido de Suabia, para dar mas autoridad al tutor del jóven Federico, dió esta dignidad al mismo Felipe, y de este modo se vieron al mismo tiempo tres reyes de romanos. El primero, que fué Federico, nombrado en la cuna, no fué por largo tiempo mas que una sombra. Oton, el protegido del papa, hizo su papel con la proteccion de su tio Ricardo, rey de Inglaterra; pero ya que un rey de Inglaterra sostenia un concurrente, se hacia preciso que el rey de Francia favoreciese á otro, y éste era Felipe el tutor, que sacaba por otra parte grandes socorros de la Italia, en donde todo lo podia por el niño Federico su pupilo, y rey de Nápoles. Aunque el papa escomulgó á Felipe, no por eso dejó de ganar éste á muchos señores, ni de hacerse coronar en Aquisgran. Cedió Oton el terreno, y se refugió á Inglaterra. Felipe, cuando estaba pronto á reconciliarse con el papa, fué asesinado. Oton, que entónces habia vuelto de Inglaterra, y levantado de nuevo el estandarte contra Felipe, no tuvo en el asesinato la menor parte; y así los amigos del difunto, conociendo su inocencia, se reunieron gustosos con él. Para conciliar los intereses en cuanto era posible, se casó con la hija de Felipe su rival, y fué coronado en Roma.

Pero se levantó otro competidor, que fué Federico, el príncipe coronado en la cuna; y apenas habia salido de las fajas de la infancia, aspiró al cetro que habia tenido su padre. Los príncipes alemanes, amigos de la fortuna como de la juventud, le prefirieron á Oton, que era ya viejo y devoto. Poco fué lo que éste luchó contra una proteccion declarada, y así se retiró á Brunswich, en donde todavía vivió cuatro años, consagrando sus dias á las obligaciones de la religion. Ambos rivales, Felipe y Oton, tuvieron cada uno sus virtudes: en Oton sobresalia la piedad, obscureciendo todas las otras; pero esta misma piedad en Felipe dejaba advertir que era prudente, afable, elocuente, liberal é intrépido.

Federico II, sobrino de Felipe, halló bellos modelos en su familia, y se propuso principalmente el de su abuelo Federico I. Muchas veces le escomulgaron los papas, y se reconcilió con la Iglesia. Creó anti-papas, y los sostuvo; pero despues los abandonó, y de esto modo fué coronado en Aquisgran y en Roma. Por último, tomó la cruz, y emprendió el viaje ultramarino; mas no parece que fué sinceramente, pues estando ya en la ribera del mar dilataba su embarque con diversos pretestos. No obstante, amenazado del pontífice, desplegó sus velas: casi á la vista del puerto le sobrevino una tempestad, y le sirvió de motivo para regresar. Volvió el papa á escomulgarle, y entónces se hizo de buena fe á la vela; pero como no le habian alzado la escomunion, los cruzados de la Tierra Santa no quisieron reconocerle por gefe ni obedecerle. Se veia obligado á que sus órdenes pasasen por medio de los tenientes, como no emanadas de él, y así no permaneció allí largo tiempo. Con motivo de algunas ventajas que tuvieron los sarracenos concluyó con ellos una tregua, y se volvió á sus estados.

Demasiado pronto llegó á ellos para encontrar pesadumbres domésticas. Enrique su primogénito, convencido de sublevacion, fué encerrado en una prision y allí murió. Hizo elegir rey de romanos á Conrado su hijo II; é Inocencio IV, descontento por la conducta del emperador en Tierra Santa, anuló esta eleccion en 1195, é hizo sustituir á Enrique landgrave de Turingia, deponiendo en la misma asamblea al emperador. Este príncipe no habia asistido en persona; y cuando supo la novedad, se apretó la corona como queriendo asegurarla sobre su cabeza, y dijo: «Yo ántes de esta disposicion era obediente al papa y á las leyes de la Iglesia; pero ahora que sobre este artículo me ha dispensado de mi obligacion, permaneceré emperador á pesar suyo.»

Con efecto, sostuvo su dignidad contra el landgrave de Turingia, y contra Guillermo conde de Holanda, á quien el papa habia dado la corona de rey de romanos por muerte del landgrave Enrique. Luchó Federico constantemente contra todos los obstáculos que le oponian, hasta que cansado de salir de uno para entrar en otro partió de Alemania, y se retiró á su reino de Nápoles dejando la madeja para que la desenredase su hijo Conrado. Murió Federico de calentura, y se cree que á no haber sido por la guerra y las intrigas hubiera sido muy útil á la Alemania. No obstante, en cuanto pudo estableció en ella sabias leyes, pues era muy capaz, y tenia grande talento para la administracion. Sabia Federico seis lenguas, y poseia las ciencias de un soberano como conviene saberlas. Á su mucho valor y fuerza de espíritu juntaba por desgracia demasiada violencia, y la crueldad en las venganzas. El escesivo amor á las mugeres deslustró su reputacion; pero llevaba por máxima fundamental de su conducta no dejar para el dia siguiente lo que podia hacer en el mismo dia.

Despues de su desercion se apoderó de la Alemania un horroroso alboroto, y se siguió á su muerte un dilatado interregno. Durante su vida hubo cuatro reyes de romanos: Conrado su hijo, Enrique landgrave de Turingia, Guillermo conde de Holanda, y Ricardo duque de Cornwallis. Este último fué electo emperador en Francfort, y coronado en Aquisgran; pero fué muy poco el ascendiente que estas dos ceremonias le dieron sobre sus rivales. Despues de algunos combates, todos, unos por muerte y otros por dimision, cedieron el campo de batalla á Alfonso el *Grande*, rey de Castilla, el cual nunca llegó á Alemania, y á quien la vanidad de que le llamasen emperador, hizo desear la corona del imperio, aunque no la llevó mas que en España (1250).

Por entónces no presentaba todo el imperio mas que una escena de muertes, de confusion y de anarquía. Cada uno de los señores estaba en guerra con su vecino: los parientes mas cercanos, sin respetar los lazos de la sangre, se quemaban unos á otros los castillos; saqueaban á sus vasallos y destruian sus familias. El pueblo estaba oprimido de los nobles, los soldados cometian los mayores escesos; y como los gefes no podian pagar las tropas, se veian precisados á condescender con aquellas violencias. Durante este interregno sufrió el imperio las calamidades de un pais sacrificado á todas las plagas. En vano convocaban los príncipes á junta para remediar los males: porque como no habia autoridad soberana que fijase el objeto de las deliberaciones entre unos convocados que se miraban como iguales en el mérito, y lo eran en el nacimiento y el

Digitized by Google

poder, se consumian las dietas en debates inútiles, y algunas veces paraban en sangrientas batallas.

Este interregno fué bueno para muchas ciudades asi de Italia como de Alemania, que se erigieron en repúblicas, y tomaron el título de ciudades libres, porque se gobernaban por sí mismas. La mayor parte se quedaron aisladas sin dependencia ni conexion entre sí; y esto fué lo que produjo las repúblicas de Italia, reducidas á un territorio de mas ó ménos estension; pero en el norte de la Alemania se formó una asociacion de ciudades, que por la palabra *hanse*, que significa union, fueron llamadas ciudades *Hanseáticas*. Los fines principales de su coligacion fueron el comercio, la seguridad, y la libertad de los caminos y vecinos mares. Tenian un consejo comun para tratar estos puntos, tesoro, tropas y embarcaciones al servicio de la liga. Entraron en ésta setenta ú ochenta ciudades de Alemania, del Norte y de los Paises Bajos, que reconocian por capitales á Lubec, Brunswick, Danzick y Colonia.

La Hansa teutónica llamada así, no gozó del esplendor y poder que la hizo célebre, basta el año de 1370, casi cien años despues que tuvo principio. Les vino á propósito á estas ciudades el interregno de que hablamos para formar su establecimiento, pues si hubieran tenido sobre sí la vigilancia de los emperadores, no les habria sido posible conseguir la solidez necesaria. Cuando estos príncipes recobraron su autoridad, pretendieron examinar los privilegios que se habian dado á sí mismas las ciudades anseáticas, y aun hicieron cara á querer revocarlos, pero ofrecieron ellas dinero, y este metal, que todo lo rectifica, apartó de la vista de los emperadores el peligro de la asociacion. Del mismo espediente se valieron las ciudades de Italia: llegaron los mismos emperadores á ofrecerlas que las dejarian libres por dinero, y muchas veces no se peleó sino por el cuanto mas ó ménos. Rodulfo, que dió fin al interregno, abrió sobre esto público mercado, y envió su canciller á Italia para concluir la venta y recoger el precio.

Diez y siete años estuvo el imperio sin cabeza, contando desde la renuncia de Ricardo de Cornwal, que conservó seis años el título de emperador; pero contando la realidad de la anarquía duró veinte y tres años. Entónces Gregorio X, compadecido de los males de Alemania, amenazó á los príncipes diciendo: «Que si cuanto ántes no elegian emperador, él proveeria por sí mismo. Juntáronse pues en dieta en Francfort; y á pesar de los peligros que rodeaban la corona, todavia su resplandor escitó partidos. Entre los pretendientes unos ostentaban sus riquezas, otros sus vastos dominios y el poder anejo á ellos, diciendo que era el medio mas eficaz para restituir al imperio su antiguo esplendor; pero mas prudentes los electores juzgaron que un príncipe juicioso, valiente y esperimentado podria desempeñar sus miras mejor que otro cuya recomendacion principal fuesen su opulencia y poder. Con este fin y con esta esperanza eligieron á Rodulfo conde de Hapsbour (1273).

Criado éste en la corte de Federico II, se habia hecho tan recomendable con sus grandes calidades, que llegó á dar zelos; y así se retiró á la corte de Bohemia, en la cual tuvo varios cargos, y despues á la alta Alemania, en donde estaban sus bienes patrimoniales, ejerciendo una especie de policía sobre los señores cuya mayor parte usurpaban una autoridad tiránica en los territorios que hoy ocupan los suizos; y consiguió la reputacion merecida de justo y valiente. Gozaba allí Rodulfo del imperio de las virtudes cuando le llamaron al de toda Alemania. Inmediatamente fué á Francfort, y de allí á Aquisgran, en donde recibió la corona imperial.

Su primer cuidado fué impedir las rapiñas, hurtos y muertes que por tanto tiempo se habian cometido con impunidad. En solo la Turingia destruyó sesenta castillos que servian de guarida á los bandidos, y en poco tiempo se vieron restablecidas por todas partes la seguridad y la paz. Correspondiendo á las esperanzas que de él habian concebido, no sufrió que la magestad del imperio fuese violada con la desobediencia, no solo por los vasallos, pero ni por los mismos príncipes, que eran miembros, aunque llevasen corona. Otocaro, rey de Bohemia, que le habia dado asilo, rehusaba rendir homenage á un hombre que en otro tiempo habia sido oficial en su corte: Rodulfo exigia esta señal de sujecion, y contra el deseo de Otocaro procuró que fuese pública. Se redujo el rey de Bohemia á pedir que le permitiese rendir el homenage en un pabellon cerrado; pero en el momento de la ceremonia cayeron de repente las cortinas del pabellon, y dejaron ver al monarca á los pies de su soberano.

Con los sumos pontífices se sirvió de la mayor política viviendo con ellos sin indiferencia y sin intimidad. En una visita que hizo a Gregorio X, prometió cruzarse, y recibir en Roma la corona imperial; pero ganó tanto al pontífice con los honores que le hizo, que pudo sin riesgo dispensarse de cumplir en ambos puntos su palabra. Sin embargo de las atenciones con que trataba al pontífice, no se olvidó de sus derechos sobre la Italia. Envió allá como hemos dicho, á su canciller, para tratar con las ciudades sobre su libertad, y se la vendió lo mas cara que pudo, queriendo mas bien exigirlas el dinero que hacerles la guerra. Tuvo este príncipe, entre otros hijos, seis bellas princesas, con las cuales contrajo alianzas, que procuraron á su posteridad grandes estados y reinos. En él empezó la felicidad de la casa de Austria, de la cual fué cabeza, y por esa felicidad dijo un poeta de la casa de Austria: «Deja Austria la guerra para otros, que tu felicidad pende de los casamientos.» Venturoso en las demas empresas, murió con el dolor de no haber conseguido de los electores que nombrasen para el imperio á Alberto su hijo mayor, duque de Austria. Era Rodulfo alegre, franco, amable, sencillo en su trage, y se prestaba con mucho gusto á la chanza.

Á pesar de las solicitudes de Alberto, despues de la muerte de su padre, se llevó los votos Astolfo, conde de Nassau, pero mostró que no los merecia mucho, pues acometió intempestivamente á los príncipes del imperio. Le desacreditaron sus desgraciados sucesos, y por otra parte observaba una conducta muy reprensible. Le dieron en rostro en pública dieta con que habia envilecido el imperio, dejando perder sus derechos; y con que daba sus órdenes con arrogancia como una ley suprema, robando codiciosamente á los grandes y al pueblo, violando sus promesas, condescendiendo á los robos, y participando de ellos. Le acusaban tambien de vergonzosos escesos, mezclados de barbarie; de haber arrebatado doncellas, casadas, viudas, y hasta religiosas, y de haberlas quitado la vida despues de satisfecha su brutalidad. No hubo en la dieta quien se atreviese ó se dignase defenderle. Le depusieron, y eligieron á Alberto. Se pusieron en campaña los dos rivales; se buscaron, se encontraron presto; pelearon en medio de sus soldados como en un campo cerrado, y Astolfo fué vencido y muerto (1298).

Un príncipe desgraciado aparece siempre delincuente. Ya Astolfo habia muerto, y fué castigada su memoria. No quiso permitir su sucesor Alberto que le enterrasen en la sepultura de los emperadores; pero él se hizo elegir segunda vez, y que le coronasen en Aquisgran. Pidió para esta ceremonia, y con grandes súplicas, la condescendencia de Bonifacio VIII, reduciéndose á cuanto pidió el pontífice aquel Alberto, á quien llamaron el *Triunfante*. Á ejemplo de muchos grandes que se desquitan con los inferiores de las humillaciones que han sufrido, tambien el austriaco hizo sentir á sus vasallos el peso de su altivez. Sus modales imperiosos, su inflexibilidad en las resoluciones y la dureza de su carácter le hicieron perder la confianza de los helvecios, cuya amistad tenia tan ganada su padre, y prepararon la revolucion que quitó la Suiza á la casa de Austria.

Además de tres hijas tenia Alberto seis hijos que colocar. ¡Poderoso estímulo para invadir todo cuanto le pareciese! La hacienda de sus parientes mas cercanos no estaba libre de su codicia; y al fin le costó la vida este vicio. Hallándose tutor de Juan, sobrino suyo, hijo de su

hermano Astolfo, duque de Suabia, se habia apoderado de algunos castillos que le acomodaban; y aunque el sobrino los reclamó por ser de su patrimonio daba el tio tan evasivas respuestas que manifestaban su intencion de no restituirlos. Juan lo tomó por dicho, se unió con otros tres cómplices, sorprendió á Alberto y le quitaron la vida. Á uno de los asesinos, preso inmediatamente, le castigaron con la muerte; Juan y otro pasaron una vida larga y humillada en un monasterio; el cuarto, oculto en trage de pastor, vivió en un lugar treinta y cinco años ocupado en guardar ganados, y no se descubrió hasta la hora de la muerte. ¡Qué vida ésta para un cortesano criado entre las delicias! ¡y á cuánto no obliga el miedo de la muerte! Se dice que Alberto era brutal, y que solo su aspecto imprimia terror. Este defecto no es incompatible con las calidades que le atribuyen de mucho valor, destreza en la negociacion, escelente juicio, y amor á la verdad. Pero una avaricia estremada y una codicia insaciable contrabalancearon demasiado todas las demas prendas. Aborrecia la lisonja y la murmuracion, y decia que tres suertes de personas le merecian particular respeto: las mugeres de honor, los hombres de valor, y los eclesiásticos buenos y piadosos (1308).

No debe sorprender que el hijo mayor de Alberto diese pasos por conseguir el trono. No le salieron bien, porque se declaró pretendiente Felipe el *Hermoso*, rey de Francia; y aunque no adelantó cosa alguna, su concurrencia apresuró la eleccion de otro. Iba el monarca á Aviñon para suplicar á Clemente V que le proporcionase los votos; reflexionó el pontífice, que un rey de Francia, hecho emperador, podria hacer valer las pretensiones de sus mayores á la Italia, y asi escribió á los electores que cortasen la disputa de los concurrentes. Para que éstos no se quejasen de la preferencia, salió electo Enrique, duque de Luxemburgo, que se hallaba en Aquisgran, y le coronaron inmediatamente.

Su reinado no fué mas que una especie de paseo en Italia, adonde fué á peticion del papa, el cual creyó que asi podria restablecerse en Roma la autoridad papal, oprimida por la residencia de los pontífices en Aviñon. Hizo Enrique pomposas entradas en las ciudades grandes, y sacó de ellas dinero; dando á entender que le importaba poco ejercer allí autoridad permanente. En la misma Roma, admitido en la mitad de la ciudad, no procuró que le recibiesen en la otra, la cual estaba dominada por la faccion de los Güelfos, opuesta entónces á los emperadores; y así no pudiendo llegar á la Iglesia de san Pedro, se hizo coronar en san Juan de Letran fuera de los muros: pero no habiendo hecho á los romanos las liberalidades ordinarias, se vió espuesto á sus burlas, y con este motivo hubo una especie de alboroto, en el cual los alemanes no fueron los mas fuertes. Murió Enrique VII de enfermedad en Italia. Era justo y afable, y gustaba de la representacion (1314).

Se verificaron despues de su muerte disputas, semejantes á las que habian precedido al nombramiento de Enrique VII, entre dos primos hermanos, Luis de Baviera y Federico de Austria, nietos ambos de Rodulfo de Apsbourg. Uno y otro rival fueron electos y tomaron la corona; pero despues de muchos combates se quedó Luis con ella. Con este motivo recobró muchos dominios el papa Juan XXII; pero Luis, pasando por encima de las amenazas y anatemas, juró que él era quien tenia la razon.

Marchó á Roma, creó en ella un anti-papa, y se hizo coronar de su mano. Á Juan XXII, que se habia puesto en salvo, le hizo el emperador degradar y condenar á muerte como herege y desertor de su rebaño, como si las ovejas de san Pedro no se hallasen por todo el mundo. Escomulgó Juan al anti-papa, y dispuso tan bien las cosas, que precisó al emperador á dejar la Italia. Despues se levantaron muchos príncipes alemanes que depusieron al emperador Luis, y eligieron á Cárlos de Luxembourg. Ya estaba dispuesto Luis para vengar esta injuria cuando murió de una caida de caballo. Gustaba mucho de los torneos; era de carácter alegre, y de modales muy cultos; pero lo particular es que estando cargado de escomuniones, le dieron el sobrenombre de *Cristianísimo*.

Se atravesó de nuevo la casa de Luxembourg á la de Austria acerca del trono imperial. Cárlos IV era nieto de Enrique VII, y por su madre rey de Bohemia. Se habia criado en la corte de Cárlos el *Hermoso*, rey de Francia, y siempre mostró mucho mas afecto á la Bohemia que al imperio. Á pesar de los derechos que le daban la disposicion y muerte de Luis y su propia eleccion, se le presentaron dos competidores. No los ahuyentó Cárlos, como sus antecesores, con las armas, sino á fuerza de dinero, empeñándolos con grandes sumas á desistir de sus pretensiones. Tambien se diferenció de otros emperadores, en que se concilió la amistad de los pontífices con algunas condescendencias de que murmuraron los alemanes, delicados sobre el honor del imperio. Hasta los mismos italianos le manifestaron mas que indiferencia en un viaje que hizo á Italia. Entró públicamente en Roma, pero á favor de una procesion que hizo desde su campo, en donde dejó sus tropas, á la ciudad, en la cual le coronaron. En otra circunstancia no se le permitió ostentar en Roma la pompa imperial, entrando *de incognito* acompañado de algunos señores: porque en la Semana Santa se le concedió que visitase las iglesias para ganar las indulgencias. Sin duda sentiria Cárlos esta mortificacion, porque gustaba mucho de las ceremonias. En 1356 presentó é hizo aceptar en la dieta de Nuremberg la famosa bula de oro, que arregla el número, la clase, las funciones de los electores, y la forma que siempre se ha seguido despues en las elecciones de los emperadores, salvas algunas escepciones por las circunstancias. Tuvo Cárlos el gusto de hacer que se ejecutase á su vista el ceremonial que él acababa de prescribir.

Se hizo coronar con la emperatriz durante la misa solemne, segun los nuevos ritos, en una junta general convocada en Metz. En medio de la plaza del mercado se levantaba un magnífico aparador cargado de los preparativos de un suntuoso convite. Se presentó Cárlos con su esposa: iban desfilando por delante con gravedad, montados en sus hacaneas, los arzobispos de Maguncia, Tréveris y Colonia, archicancilleres de Alemania, de las Galias y de Italia, con el sello pendiente sobre el pecho, y una carta en la mano. Del fondo de la plaza corrió á galope el duque de Sajonia, archimariscal con una medida de avena. Como tambien tenia el cargo de arreglar las clases, echó pié á tierra para colocar á cada uno en su lugar. El marqués de Brandembourg, gran maestre de palacio, dió agua manos al emperador y á la emperatriz. El conde Palatino, caballerizo mayor, puso los platos sobre la mesa; y en lugar del rey de Bohemia, copero mayor, el duque de Luxembourg, que le representaba, echó de beber á sus magestades. El marques de Misne y el conde de Schwartzembourg, cazadores mayores, dieron durante el convite, al son de la corneta, el espectáculo de la muerte de un ciervo y de un oso, y se terminó la fiesta con magníficos presentes distribuidos por el emperador á los convidados.

Á escepcion de esta famosa bula, y de algunos prudentes reglamentos, por los cuales es justo hacer honor á Cárlos IV, no podemos ménos de reconocer que no se interesaba mucho en las cosas del imperio; y así los grandes, convocados para el bautismo de su hijo, juzgaron conveniente hacerle reconvenciones por su negligencia, representándole que debiera haber juntado dietas, y visitar las provincias para restablecer en ellas el buen órden; pero él les respondió francamente: «¿Pensais vosotros que yo debo gastar las rentas de Bohemia en el cultivo de vuestro imperio, y en adelantar el esplendor de la dignidad imperial?» Ésto era lo mismo que decirles, que si querian un gefe mas aplicado y mas aficionado, era preciso señalarle con que poder tratarse mejor. En efecto, lo que la dieta de Alemania contribuye al emperador es tan poco, que á no tener el re-

curso de propiedades personales, le seria imposible sostener su dignidad.

Pero Cárlos sabia bien desquitarse, porque privilegios de ciudades, derechos de ciudadanos, libertades, honores, gracias y empleos, todo lo vendia. Es verdad que daba del mismo modo que recibia. Principalmente fué liberal en dominios con los papas: y en atencion á las grandes sumas que dió á sus competidores para que renunciasen á sus pretensiones, se dijo: «Que habia comprado el imperio por mayor, y lo habia vuelto á vender por menor, y con pérdida.» Si embargo de esta conducta, consiguió que eligiesen rey de romanos á su hijo Wenceslao. Hizo Cárlos, poco ántes de morir, un viaje á Francia por solo el gusto de volver á ver un reino que siempre le habia gustado, y en donde lo habian dado la mejor educacion. Hablaba cinco lenguas y era un príncipe, ó muy afortunado ó muy hábil, porque todo le salió bien. Trayendo á la memoria sus negocios y ventas para conseguir el imperio, puede decirse, que los medios de que se valia no eran siempre los mas nobles; pero tampoco se le puede dar en rostro que emplease los crueles y odiosos (1370).

Wenceslao su hijo le imitó en su descuido acerca del imperio; porque aunque residió por algun tiempo en Aquisgran, con motivo de la peste que asolaba la Bohemia, luego que cesó esta plaga pasó allá y fijó en ella su corte. Durante su ausencia estaba perturbado el imperio con una infinidad de desórdenes á que él mismo contribuia, escediendo mucho á su padre en la venta de toda suerte de privilegios, hasta dar patentes en blanco firmadas y selladas para que las llenasen á su placer los corredores. Los electores y otros príncipes, imaginando que si consiguiesen tenerle en medio de ellos lograrian corregirle de esta perniciosa codicia, le enviaron una embajada á Praga suplicándole que fuese á residir en el imperio: pero él respondió: «Amados embajadores, todo el mundo sabe que aquí está el emperador: si hay alguno en Alemania que desee verle, puede venir á Bohemia, en donde le daremos audiencia con mucho gusto.» Regresaron con esta respuesta, que tiene cierto aire de ironía, y que les hizo tomar el partido de gobernarse por sí mismos. Puede decirse que estuvo el imperio sin cabeza veinte y dos años.

¿Y qué hacia Venceslao en este intérvalo? Pasó por todas las pruebas que puede hacer sufrir una suerte inconstante y estraordinaria. Dos veces le dieron veneno sin que pueda señalarse otra causa por estos delitos que el miedo que inspiraban sus vicios y sus malas disposiciones demasiado conocidas. Le salvaron los remedios pero le dejaron un calor y una sequedad que le era preciso aplacarla bebiendo frecuentemente. Contrajo con este motivo el hábito de la embriaguez, y algunas veces le inflamaba de furor ésta hasta tal punto, que era peligroso hallarse á su lado. Es preciso que en sus desórdenes hubiese algun principio que le hiciese digno de compasion: respecto que halló amigos y protectores aun entre los príncipes, sin embargo de los vergonzosos escesos con que se envilecia, y los actos de horribles crueldades. Entre otras le acusan de haber hecho asar vivo á un cocinero porque le habia hecho un guisado malo; haber condenado á muerte al confesor de su muger, san Juan Nepomuceno, porque no le quiso revelar la confesion de esta princesa; y haber degollado en un dia, sin forma de proceso, á los magistrados del primer tribunal de Praga.

Sufrieron por algun tiempo estas locuras, pero se cansó la paciencia, y los señores de Bohemia, con el permiso de Segismundo su hermano y rey de Hungría, encerraron á Wenceslao. Despues de muchos meses de una prision bastante rigorosa, consiguió el infeliz príncipe licencia para que le llevasen al rio á bañarse, y llegando á ver una barca, se entró en ella con una muger, que era la compañera que le habian dejado. Abordaron desnudos al otro lado del rio, y á una fortaleza que á prevencion habia edificado para que le sirviese de asilo en caso necesario. Desde allí parlamentó con sus vasallos, y éstos le dejaron volver á tomar las riendas del gobierno; pero á pesar de sus promesas las manejaba tan mal, que su hermano Segismundo tuvo que ir allá desde Hungría, llamado por todos los otros, le declararon regente, y encerraron á Wenceslao en un castillo.

Todavía se huyó: y en tan favorables circunstancias, que recobró su autoridad, y aun hizo despues un papel importante en los asuntos generales; asistió á muchas dietas del imperio; y trabajó no sin discrecion en la estincion del gran cisma de Occidente. Wenceslao en un viaje á Francia mereció el aplauso de esta nacion lo cual es muy notable, porque el voto de ella no se adquiere fácilmente á favor de un príncipe extranjero. Continuando sin embargo en venderlo todo en Alemania, y trastornarlo todo con su mala conducta, fué depuesto, y esclamó: «Doy gracias á la Providencia, pues así tendré mas lugar de gobernar mi reino de Bohemia.» Con efecto, como ya la edad habia amortiguado sus pasiones, se portó en él con bastante prudencia (1400).

Le habian dado por sucesor en el imperio á Federico, duque de Brunswick, que inmediatamente fué asesinado por un enemigo secreto y reemplazado por Roberto conde Palatino. Algunas ciudades permanecian fieles á Wenceslao, y Aquisgran se dejo borrar de la lista del imperio, ántes que recibir á su rival dentro de sus muros. Los ciudadanos de Nuremberg supieron acomodar su interés con su conciencia, pues Wenceslao, por un buen regalo de vino, les alzó el juramento de fidelidad, y le prestaron á Roberto. Tuvo el nuevo emperador que combatir con las instancias de los grandes de Hungría, y de Bohemia, y las del rey de Francia, en favor del emperador depuesto, bien que los esfuerzos de todos no pasaron los términos de reconvencion.

El reinado de Roberto es mas notable por la justicia y la clemencia que por las belicosas hazañas. Tenia mucha penetracion y gustaba de las letras. No se halla en su carácter otra tacha que el escesivo amor al dinero. Despues de su muerte fué electo con regularidad José, marqués de Morabia, pero su promocion fué competida por la de Segismundo, rey de Hungría, hermano de Wenceslao. Tres meses despues de haber sido coronado murió José, que habia sido reconocido en pocos lugares (1410).

Cuando Segismundo subió al trono del imperio ya habia adquirido la esperiencia en el de Hungría, que le habia venido por su muger. Esperimentó en éste una y otra fortuna; se vió precisado á huir de su reino, y le volvieron á llamar: le tuvieron preso por demasiado rigoroso en sus venganzas, y le restituyeron la libertad; usó de ella con tanto acierto en el reino de Hungría, que necesitando los estados del imperio de gefe hábil, le eligieron. Mucho le dieron que hacer los alborotos en punto de religion; y deseoso de sosegarlos, concurrió con el pontífice Juan XXII á la convocacion del concilio de Constanza. En éste se trataron dos grandes asuntos; los medios que se debian tomar para terminar difinitivamente el gran cisma, y para detener los progresos de la heregía de los husitas.

El heresiarca Juan Hus, era profesor de la universidad de Praga, y esparció en ella una doctrina errónea, bebida en los escritos de Wiclef, principal del colegio de Oxford. Este inglés, desdeñándose de dar asenso á algunas partes de la creencia católica, combatió á bulto la infalibilidad y primacía del papa, el poder temporal y las riquezas del clero, las órdenes mendicantes, la confesion auricular, el misterio de la Eucaristía, sin omitir dar de paso sus golpes contra los sacramentos y los artículos de fé. Anduvo Juan Hus escogiendo entre las heregías de Wiclef, y fué inspirando las que le agradaron á muchas personas de su universidad. Gerónimo de Praga, maestro de artes, y discípulo ardiente, propagaba con zelo las sentencias de su maestro. Fueron llamados los dos á Constanza, y llegaron allá armados con el salvo conducto de Segismundo, creyendo que iban á esplicar su doctrina; pero los padres del concilio dijeron que no

Digitized by Google

debian disputar sino someterse á la doctrina católica. No quisieron retractarse; y á pesar de su salvo conducto fueron condenados á ser quemados vivos, como se ejecutó. El punto del cisma se juzgó con todo rigor diciendo que hiciese dimision Juan XXII, como medio el mas útil para el bien de la Iglesia, y mas propio para restablecer la paz. Renunció Juan XXII la tiara; pero las llamas de la hoguera de Juan de Hus y de Gerónimo de Praga encendieron en Bohemia tan grande incendio, que Segismundo, ya rey de aquel pais por muerte de Wenceslao su hermano, tuvo mucho que hacer para apagarlo.

De las heregías de Juan Hus y sus adherentes adoptaba el pueblo lo que agradaba á sus ojos, y los grandes lo que les parecia útil; y así éstos tuvieron por escelente doctrina la que les autorizaba para apoderarse de los bienes del clero. El pueblo, movido de la esterioridad, se acomodó tanto á la comunion en ambas especies, que cuando se quiso impedir en Praga los progresos del uso del cáliz, que se iban estendiendo, se alborotó por sola esta razon el populacho, y quitó la vida á los magistrados. Se aumentó el número de inquietos con la agregacion de las gentes del campo, llamadas á la ciudad; y por mas esfuerzos que se hicieron para disiparlas, se formaron en bandos, y se reunieron en cuerpo de ejército, bajo el mando de un hábil general, llamado Juan Zisca.

En la primera batalla que ganó contra Segismundo, la única estratagema que merece notarse es la siguiente. Colocó sus tropas detrás de unas alamedas, de modo que la caballería del emperador, que era la mayor fuerza de su ejército, no pudiese obrar sin apearse de los caballos. Las mugeres, que eran muchísimas las que habian concurrido, salieron, segun las órdenes de Zisca, de aquella especie de atrincheramiento, con unos paquetes de lienzos que parecian niños envueltos; y dando á entender que le ofrecian como en rehenes por sus maridos, las dejaron acercarse avanzando para empezar el ataque; pero ellas, mezclándose con la caballería, desplegaron las fajas, y empezaron á voltearlas, de modo que las enredaban tan bien en las espuelas, que aquellos soldados caian sin poder desprenderse, ni hacer uso de sus armas. Saliendo entónces de repente Zisca destrozó una porcion: puso á los otros en fuga, y logró una victoria completa, la cual sin embargo no fué mas que un preludio de otras muchas que ganó al mismo emperador; y no hay duda en que si Zisca hubiera querido sentarse en el trono lo hubiera conseguido. La peste libró á Segismundo de tan peligroso enemigo; pero los husitas hicieron de su piel un tambor, cuyo sonido parecia renovar en ellos á cada instante el valor de su gefe. Fuéron asolando como furiosos, no solamente la Bohemia y su propio pais, sino la Hungría, la Polonia y el Austria, con los nombres de *Taboritas y Huérfanos*. El primero le tomaron del monte Tabor, cerca de Praga, que por largo tiempo les sirvió de fortaleza. El nombre de huérfanos aludia á haber perdido á Zisca á quien miraban como á padre.

Otro segundo padre hallaron en *Procopio Tonsurado* recomendado por Zisca, que les pareció igual á éste en valor, capacidad, crueldad, entusiasmo y fortuna. Se publicó contra estos furiosos una cruzada, y cayendo sobre ellos toda la fuerza del imperio, esperimentaron terribles pérdidas, y se introdujo la division entre los gefes, uno de los cuales se llamaba *Procopio el Pequeño*, para distinguirse del *Tonsurado*. Habia entre ellos un partido llamado los *calistinos*, porque eran mucho mas entusiasmados que los otros sobre el uso del cáliz en la comunion. Á éstos los ganaron primero concediéndoles lo que pedian, y sirvieron para derrotar á los taboritas y los huérfanos. Éstos, no teniendo ya gefes, porque se los habian muerto, se rindieron: y el emperador alistó el resto de aquellas valientes tropas, empleándolas con felicidad contra los turcos.

Se cree que á Segismundo le dieron veneno á la edad de setenta años. Su enfermedad fué bastante larga para dar lugar á las intrigas en que la emperatriz, llamada Bárbara, se vió enredada. No se dice, sin embargo, que esta señora contribuyese á envenenarlo, aunque por el temperamento que se le conoce no habria motivo de admirar que buscase modo de salirse de un marido anciano. Muerto su esposo, y rodeada de cortesanos jóvenes, que la servian en sus placeres, la llamaron la *Mesalina del Norte*. Se chanceaba con las personas de su sexo, y principalmente con las religiosas, diciendo: «Que á su parecer era ridículo el pudor que sujeta al freno de la continencia.» Una señora la hizo presente el ejemplar de la tórtola, que cuando pierde el compañero jamás vuelve á tomar otro; pero ella respondió: «¿Y porqué no me citas las palomas y gorriones, cuyos placeres no tienen interrupcion?» Tenia Segismundo un aire magestuoso, era generoso y liberal; y como sabio, versado en muchos conocimientos, protegia á los hombres de letras y les manifestaba particular estimacion. Se hallaba á su lado, como hay muchos en las cortes, un hombre que, desvanecido por su nacimiento y la calidad de caballero, faltó á ciertos respetos á otro muy recomendable por su ciencia; pero Segismundo le dijo: «Ten presente que yo puedo crear mil caballeros en un dia, y no puedo crear un sabio en mil años.» Este emperador era mas feliz en el gabinete que á la cabeza de los ejércitos, sin embargo de no faltarle valor ni habilidad militar (1438).

Despues de su muerte volvió el imperio á la casa de Austria por Alberto su yerno. En el mismo año recibió este príncipe tres coronas, la de Hungría, la de Bohemia y la de Alemania; y al año siguiente, todas tres cubiertas de fúnebre luto, fueron encerradas con él en la sepultura. Alberto, de un temperamento vigoroso, en la flor de la edad, y por sus bellas calidades digno de mas larga vida, murió de una indigestion de frutas refrescantes, que en los grandes calores comió con esceso. Le llamaron el *Grave* y el *Magnánimo* (1440).

Le sucedió su primo hermano Federico de Austria; y en los cincuenta y dos años que duró su reinado no fué el instrumento, pero sí el centro de los movimientos del imperio. Todos los príncipes se alborotaban al rededor de su corte; y fuese por indolencia ó por negligencia, él conservaba la tranquilidad en medio de aquel torbellino. No obstante se advierte que algunas veces salió de su inaccion, cuando llegó á creer que podia serle útil alguna actividad, y así no se debe conjeturar sino que la indiferencia, acerca de los sucesos, no era en él tan esclusivamente dominante, que no oyese al mismo tiempo la voz del interés; pero mas ejemplares hay de sus sueños políticos que de sus desvelos.

Los bohemios, alborotados entre sí despues que murió el emperador Alberto, ya tomaron reyes, ya administradores; y Federico, llamado repetidas veces por mediador de sus querellas, los dió muy buenos consejos, que no siguieron, por lo cual los abandonó el emperador á su tenacidad. Sin que las divisiones le moviesen á aprovecharse de ellas, propuso, durante el concilio de Basilea, los medios de reconciliacion entre Eugenio y Felix. Papas y concilios no admitieron sus proposiciones, y Federico, sin tomar partido alguno, les dejó concertarse como les pareciese. No se manifestaba mas vengativo que ambicioso. Alberto su hermano, y duque de Austria, no contento con la parte que le habia tocado, levantó tropas y empezó la guerra. Á éste le llamaban el *Pródigo*, que quiere decir que se le pudiera reducir á dejar las armas dándole dinero para satisfacer á su pasion. Federico le dió dineros y le añadió dominios; pero él se quedó arruinado, y desentendiéndose de ello, decia: *que el olvido era el remedio mejor para los males irreparables*: máxima bien funesta para los pueblos maltratados.

Que el rey de Dinamarca y el duque de Holstein se desaviniesen: que la Polonia se diese á sí misma un rey: que la Hungría tomase gobernadores sin consultarle: que un simple caballero se apoderase de la corona de Bohemia: que dos pretendientes se disputasen peleando los reinos de Suecia y de Noruega, siendo así que todo esto pasaba al rededor y en los límites del imperio, le importaba muy poco al descuidado Federico

Digitized by Google

Pero hubo alborotos en Italia; al punto vió que podria recobrar en ella algunos estados, y hacer reconocer los derechos del imperio; y lisonjeándole esta perspectiva se puso en marcha, entró en Roma, y se hizo coronar allí con su esposa la emperatriz. Este fué el fruto de su viaje, y el haberle negado las sumisiones, lo cual el no castigó. No ménos indulgente con los habitantes de Viena, les perdonó una sublevacion, en que él habia corrido peligro de perder la vida.

Ninguno, ni aun Luis XI, rey de Francia, conoció mejor los defectos de Cárlos *el Temerario*, duque de Borgoña, y ninguno supo mas bien aprovecharse de ellos. Lisonjeó la vanidad de este príncipe, prometiéndole hacer reino su ducado, y recibido el homenage, que debia ser el precio de aquella ereccion de monarquía, con pretesto de algun negocio urgente partió en el mismo dia destinado á la ceremonia, pero seguia con la vista los movimientos del *Temerario*. Vió que se iba debilitando en una guerra contra sus vasallos: le vió chocar con la Francia, acometer á los suizos, perecer en una batalla, no dejando mas que una hija, María de Borgoña, que era la heredera mas rica de la Europa. Ésta era la circunstancia mas á propósito para el diestro Federico. Ganó á los flamencos, y consiguió que le diesen su duquesa para esposa de Maximiliano su hijo, á quien hizo tambien crear rey de romanos.

Desde este punto encargó á este príncipe los cuidados del imperio; aunque si se ha de juzgar por la conducta de Federico, no habian sido para él un grande peso. Murió a los setenta y nueve años, y en esta edad se sujetó al dolor de la amputacion de una pierna ulcerada. ¿Qué es lo que no hace sufrir el deseo de prolongar la vida? Durante la calentura, que se siguió á la operacion, y le llevó al sepulcro, dijo esta sentencia: *Que un paisano con salud vale mas que un emperador enfermo.* Lo llamaron el *Político*. No se detenia mucho en formar una queja; pero cuando advertia que podia parar en guerra todavía se detenia ménos en proponer la paz. Abria tambien fácilmente dietas y conferencias, y siempre tenia pronta una razon para cerrarlas cuando preveia que no saldria la decision como él deseaba. Por esto le acusan de haber sido un príncipe sin resolucion. Mas por ventura, ¿es falta de resolucion saber ocultarla? Tambien se ha dicho que no tenia basa política, valor, ni generosidad; pero á la verdad su política sin ser ruidosa era sólida. Tampoco buscaba las contingencias de los combates; pero sin huirlos sabia presentarlos á tiempo. Si es verdad que en sus liberalidades atendia tambien al ahorro, ése es un mérito mas. Tambien le censuran de que rara vez pedia consejo, y era porque sabia pasarse sin él. Las riquezas y el poder que dejó á la casa de Austria manifiestan que no necesitaba consejo de nadie para saber gobernarse. La sobriedad de Federico fué tanta, que dicen haber sido su vida un ayuno continuo. Era de un aspecto agradable, y de un continente magestuoso, sencillo en sus vestidos, moderado en sus pasiones, y enemigo de toda especie de escesos (1493).

Si hubiera de atenderse siempre al juicio de la propia familia, pudiera con razon la posteridad formar una opinion poco ventajosa de la rectitud de Maximiliano I. No se fiaba de él su hijo Felipe, y le miraba como un hombre, cuyo disimulo se acercaba á la perfidia. Lo odioso de esta opinion no se salva con el nombre de hábil político que consiguió Maximiliano. Ya su hijo Felipe poseia la Flandes por su madre María de Borgoña, que murió jóven, y todavía le procuró la corona de España, casándole con la princesa doña Juana, sucesora de aquel reino; y de este matrimonio nació Cárlos V, cuya tutela no quiso confiar Felipe á su padre cuando murió, como tampoco la educacion. Por otra parte los flamencos, poco prevenidos en favor del emperador, no hubieran consentido en reconocer su autoridad.

Al ver la multitud de tratados que hizo Maximiliano, así en el interior como en el esterior de la Alemania, se cree que, a ejemplo de su padre Federico, contaba por lo ménos tanto con la negociacion como con las armas. Tuvo el singular proyecto de hacer que le eligiesen papa, idea que pareció bien estravagante; mas no carecia de fundamento, pues tal vez hubiera sido el medio mas fácil y mas corto de que volviesen á la dominacion imperial todas las posesiones que se la habian separado en Italia; ni tampoco es un absurdo decir que tenia estas miras el disimulado Maximiliano.

El modo con que dió parte de este proyecto á su hija Margarita, gobernadora de los Paises Bajos, tiene cierto aire de chanza; pero algunas veces se suele hablar en tono de burla con los amigos sobre proyectos quiméricos, que se conocen tales; y sin embargo no deja de proseguirse á todo trance en las diligencias para su logro. Parece que la princesa le aconsejaba que volviese á casarse, pues la respondió: «Hemos resuelto en nuestra deliberacion y voluntad no ver ya otra muger, y enviamos á decir al papa que vea como puede tomarnos por coadjutor, para que muerto él podamos asegurarnos el pontificado, hacernos sacerdotes, y despues ser santo, para que despues de mi muerte me adores, de lo que yo me alegraré mucho.» Sus tentativas fueron serias, pero inútiles. Era Maximiliano valiente, y tan modesto, que nunca le vieron sus gentes sino cubiertas suficientemente sus carnes. Nunca se le olvidó el nombre de las personas que habia visto, ó de quienes habia oido hablar. Su imaginacion era viva; gustaba de la poesía: era escelente ginete y cazador infatigable. Algunas veces sucedió que en las montañas del Tirol fué preciso sacarle de los precipicios con cuerdas, y medio muerto de hambre.

No hay esfuerzos que no hiciese Maximiliano por lograr para su nieto Cárlos la admision en el colegio electoral, como archiduque de Austria, y con el título de rey de romanos; mas no lo consiguió. Despues de la muerte de su abuelo se declaró Cárlos pretendiente del imperio: se halló al frente con Francisco I, rey de Francia: pero él le obtuvo. De esta rivalidad provino el odio entre los dos concurrentes. Hizo Cárlos el aprendizage del gobierno en la administracion de la Flandes, cuya posesion habia recaido en él por muerte de su padre; y tambien se ensayó en España, en donde por la demencia de su madre Juana tuvo que tomar las riendas ántes que ella muriese. Llegó pues al trono del imperio con toda aquella esperiencia que los alborotos de Alemania, escitados por puntos de religion, pedian en él como necesaria (1519).

Hubo momentos en que el emperador se lisonjeó de mantener la balanza entre los católicos y los luteranos; pero sus diplomas de neutralidad, como los de la confesion de Ausburg, no produjeron efecto, ni tampoco los congresos, las conferencias, los rigores, el perdon y los otros medios de conciliacion que pudo imaginar. Era violento el calor que abrasaba á los contrarios: de suerte que además de la guerra perpetua contra Francisco I, que en todas las fronteras le suscitaba dificultades, se veia en la precision de mantener otra muy animada en lo interior del imperio. Francisco I que hacia quemar á los herejes en Francia, los protegia en Alemania contra su rival; y Cárlos, que los combatia en Alemania, no los perseguia en Francia.

Pocos príncipes de los que han llevado la diadema han contado mas prosperidades ni mas ruidosas. La fortuna le puso en sus manos á Francisco I, y Cárlos disimulaba afectando compasion hacia el monarca preso, prohibiendo que se hiciesen fiestas ó regocijos, diciendo: «Las victorias sobre los cristianos, nuestros hermanos, mas deben causarnos tristeza que alegría.» En las duras condiciones que pidió por su libertad, logró toda la ventaja posible. Cuando su ejército, mandado por el condestable de Borbon, tomó a Roma, y la saqueó, sabiendo que habia puesto preso al pontífice, se afligió mucho y ordenó rogativas públicas por su libertad.

La ocasion en que no pudo disimular fué cuando le fué presentado en el campo de batalla Juan Federico, elector de Sajonia, precisado á rendirse despues de la derrota de su ejército. Habia este príncipe renunciado públi-

Digitized by Google

camente á la obediencia del emperador, é intentado que le depusiesen. Al llegar á la presencia de su vencedor, le dió Juan Federico el título de magestad imperial, y Cárlos le dijo en tono irónico: «¿Con que ya me conoceis por vuestro emperador? Yo os trataré como mereceis:» y con efecto, á escepcion de la muerte, no hubo castigo sensible para un príncipe que no le hiciese sufrir. Le detuvo en una estrecha prision, y dió á Mauricio de Sajonia, primo hermano de Juan Federico, los estados de éste; no atreviéndose á privar de aquellas posesiones patrimoniales á la familia.

Se vengó de Felipe, landgrave de Hesse, compañero en armas y en sublevacion de Federico. Habia pedido el landgrave salvoconducto para ir á tratar de paz con el emperador, y éste cuando llegó le mandó arrestar. Reclamó que el salvoconducto decia que no le pondrian en prision alguna; pero en aleman, la palabra alguna, mudando una letra sola, significa perpetua, y en el salvoconducto se hallaba esta mutacion. Por mas que le instaron á que arrestase á Lutero, que habia ido á la dieta de Wormes con salvoconducto, le dejó retirar libremente; siendo así que la detencion de Lutero hubiera sido muy ventajosa para la religion católica. Por esto muchos cuentan el haber perdido esta ocasion entre las faltas políticas de Cárlos V. Las demas faltas son una espedicion infructuosa que hizo al África, contra el parecer de los ancianos, en el rigor del invierno, cuando aquellos mares están mas desenfrenados, y así fué una jornada muy ruinosa: el no haber por lo ménos conservado á Tunez, y defendido la goleta, como á pesar de su desastre lo pudiera haber ejecutado: el haber elevado en Italia el poder de la casa de Médicis, que tan pernicioso fué á la de Austria: el haber firmado condiciones poco honoríficas, con el fin de conseguir la mano de María reina de Inglaterra, para Felipe su hijo; pero si este casamiento hubiera producido las ventajas, que razonablemente debieran esperarse, nunca hubiera sido muy costoso: el haber elegido rey de romanos á su hermano Fernando en lugar de su hijo Felipe, bien que éste tenia ya demasiados estados: haberse espuesto á atravesar la Francia sobre la palabra de Francisco I, á quien él habia tratado mal, aunque no le sucedió daño alguno; y así los que llaman hombres de estado juzgaron que en aquella ocasion fué Francisco I ménos político que él. La última falta suponen que fué haber renunciado todas sus coronas.

Pero ántes de condenarle sobre este artículo convendria pensar sus causas. El mismo las espuso á la crítica del universo en la ceremonia solemne de su renuncia. Hecha esta ruidosamente, siendo Alemania el teatro, partió á España con una compañía escogida; y al entrar en este reino, se postró, y besó la tierra, esclamando: «Oh tierra, y tierra muy amada! El cielo derrame sobre tí abundantes bendiciones: aquí salí desnudo del seno de mi madre, y quiero volver desnudo á tí, pues te miro como una segunda madre. Yo te consagro mi carne y mis huesos, que es lo único que en el dia puedo ofrecerte.» Retirado al monasterio de Yuste vivió en él como cualquiera otro religioso. Si se supieran las reflexiones que le ocupaban entre las bayetas fúnebres cuando sobre ellas bajó vivo al sepulcro, tal vez se juzgaría que en un anciano no era estravagancia ni falta de política haber adelantado por algunos momentos el abandono de un cetro que iba a huirse de sus manos: la caida de una corona, que ya estaba temblando; y que, volviendo sobre sí, harto de honras, cansado de su grandeza y de su nada, debe permitirse á un monarca reservar algunos dias para sentir los trabajos que se ha tomado por gobernar á los hombres, que tan poco lo agradecen. Gustaba Cárlos V de la lectura; era sencillo en el vestir, y familiar con sus domésticos. Usaba con gusto particular de espresiones equívocas; mostraba paciencia grande en sus audiencias, y era en sus acciones circunspecto. Aunque no le desagradaban las mugeres, ocultaba con cuidado esta pasion como debilidad y flaqueza, por no autorizarla con su ejemplo (1558).

Cuando Fernando subió al trono imperial, no era príncipe pobre ni necesitado; porque llevaba los dominios de la casa de Austria en Alemania, que Cárlos su hermano le habia cedido, y adornó las dos cabezas de la águila imperial con las coronas de Bohemia y de Hungría. Tardó el papa en reconocerle; porque así la dimision de Cárlos como la exaltacion de Fernando, se habian hecho sin su anuencia; pero esta indiferencia del pontífice no tuvo consecuencias funestas. Se hizo estimar Fernando en los ocho años que gobernó por renuncia de su hermano, así por su prudencia como por su justicia, y se hizo amable por su clemencia y liberalidad. No estuvo en su mano que el concilio de Trento se concluyese con mas ventajas para la religion. Deseaba Fernando que el clero de Alemania se reformase á sí mismo, pareciéndole eficaz medio éste para reducir á los hereges á la razon. Se preciaba de la mayor fidelidad en cumplir su palabra, y aun pudiéramos decir que se escedió en esta exactitud, dando cierto premio á un oficial, que despues de la promesa le habia desmerecido: «Yo debo atender mas, dijo, á mi palabra, que al mérito de aquel á quien la he dado.» Pero con este principio, recompensados el vicio ó el delito, pueden tomar atrevimiento.

Maximiliano, hijo de Fernando, habia sido ya electo rey de romanos en vida de su padre, y se interesó como él con ilustrado zelo en la paz de la Iglesia; pero el papa juzgó que sus máximas de tolerar á los hereges, favorecian demasiado á los protestantes. No por esto las dejó Maximiliano, y así concedió libertad de conciencia á sus estados heréticos; porque le pareció que estos asuntos no podian concluirse bien con la espada. Prefirió siempre los caminos de la benignidad á los medios de la violencia, mirando como enemigos de la paz, y peligrosos para la tranquilidad pública, á los que eran de opinion contraria; aunque no por esto dejó de ser sinceramente católico. Inútilmente se buscarian vicios en este buen príncipe, pues jamás se quejó alguno de haberle oido una palabra dura, ni de haber salido descontento de su audiencia. Cada accion de su vida tenia una hora fija: despues de comer podia llegar hasta él el menor de sus vasallos, y presentarle su memorial. Padre tierno, esposo fiel, amigo de la verdad, casto, y enemigo de los desórdenes: sus virtudes influyeron visiblemente en las costumbres de Alemania, la cual nunca estuvo mas tranquila que durante su reinado (1576).

Habia tenido la precaucion, que llegó á ser comun en la casa de Austria, de que eligiesen rey de romanos á su hijo Rodulfo. Tuvo este príncipe mucho de la benignidad de su padre; pero poco de sus talentos para el gobierno. No obstante, como ya Maximiliano habia dado el impulso hácia la concordia en el imperio, subsistió la paz interior reinando Rodulfo, con tanta mas razon respecto que el interés comun de contener las empresas de los turcos reunia los espíritus. Éste fué el principal asunto de su reinado, aunque debe añadirse las diferencias que tuvo con su hermano Matías; pero estas las sosegó concediendo á la ambicion de este hermano ya una cosa y ya otra. Á no ser por un poco de envidia, vicio ordinario de las almas pequeñas, viendose Rodulfo sin hijos, hubiera tal vez cedido el imperio á Matías, que abiertamente le deseaba. El gusto mas decidido que se conocia al emperador, era por las joyas, la química, la mecánica y los caballos. Aborrecia la ostentacion; huia de la multitud, y no gustaba de ser visto. Pasaba dias enteros con los artífices, contemplando las joyas que trabajaban, de las cuales dejó una rica coleccion á su sucesor.

Todos los siguientes emperadores de la casa de Austria han tenido el sistema uniforme de engrandecer su casa, y han sido tan felizmente servidos por las circunstancias que ha criado para ellos la fortuna escelentes generales, y ministros de rara capacidad. Ella ha estinguido familias antiguas dejando sus tronos vacantes, y se ha apoderado de ellos. Añadiendo á la fortuna su industria, hacian los príncipes de Austria hereditarias las coronas que se les habian conferido á título de eleccion, y que recayesen en ellos sucesiones muy distantes, legitimando, en caso de necesidad, los derechos con las armas.

Digitized by Google

se declaró abiertamente contra Napoleon. Tambien la suerte de las armas le fué contraria. El afortunado emperador francés, apesar de los grandes talentos militares del archiduque Cárlos, desbarató los ejércitos austriacos, y entró triunfante en Viena. Francisco se vió precisado á dar su hija en matrimonio á su mas mortal enemigo, y el Austria quedó atada al carro de la Francia por espacio de cuatro años. La desastrosa campaña de Rusia en 1812 cambió despues enteramente la faz política de la Europa. Francisco y sus consejeros, siempre en atalaya, acechando una ocasion favorable para derribar á su contrario, tomaron resueltamente su partido, y en union con la Prusia, la Rusia, y la Inglaterra, abrumaron á Napoleon con fuerzas quintuples de las suyas, le arrojaron de la Alemania, le acosaron en el corazon mismo de la Francia, y le obligaron á abdicar. Grande fué la preponderancia adquirida desde 1815 por el Austria. La posesion del reino Lombardo Veneto le daba una influencia decisiva en Italia. Valióse de ella en 1820 y en 1821 para sofocar en Cerdeña y en Nápoles las ideas reformadoras. Francisco I, juguete de las mas grandes vicisitudes de la fortuna, murió en 1835.

Sucedióle su hijo Fernando I. No apartó de sus consejos al príncipe de Meternich, hábil diplomático que, desde principios del siglo, dirigia los de su padre. Su reinado fué pacífico por espacio de trece años. Introducia en su reino las mejoras materiales que los adelantos de la civilizacion reclamaban; pero, en punto á innovaciones políticas, habia adoptado el sistema de negarse á toda clase de concesiones. Por otra parte, ninguna conmocion vino á turbar en sus estados el público reposo, si esceptuamos algunos síntomas de desasosiego manifestados en Milan en 1847 con motivo del espíritu de reforma político que se hacia sentir en Italia. Mas á poco el eco de la revolucion francesa de 1848 exaltó los ánimos de las grandes capitales de Prusia, de Italia, de la Alemania, y escitó en Viena fuertes alteraciones ante las cuales Fernando I tuvo que abandonar su sistema político y apartar de su lado al príncipe de Meternich. Al mismo tiempo se sublevó el reino Lombardo Veneto, llamando en su auxilio al Piamonte. La Hungría reclamó una constitucion política, y pareció por unos meses que el imperio de Austria iba á desmoronarse para siempre. Toda la Alemania estaba conmovida. Los estados que componen el imperio habian enviado representantes á Francfort para discutir un código de libertades públicas. Fernando tuvo que convocar una dieta en Viena. La dieta queria mandar, y Fernando no queria ser mandado. La atmósfera de Viena le parecia cargada é insufrible, pues allí donde él habia dado leyes no podia avenirse á que se las impusiesen. Huyó, pues, con direccion á Inspruck. Enfermizo y melancólico este monarca, y acostumbrado ademas á una dominacion pacífica, no queria acomodarse al tiempo, y le repugnaba recurrir á la fuerza para recobrar su autoridad perdida. Algunos pasos amistosos, y las victorias obtenidas por sus ejércitos en Italia le determinaron á volver á Viena. Pensó entónces en enviar grandes fuerzas á Hungría para ocuparla militarmente como habia hecho con la Lombardía. Los vieneses se opusieron á la marcha de las tropas, y una turba feroz asesinó al ministro de la guerra y ahorcó ignominiosamente su cadáver. Fernando volvió á abandonar la ciudad imperial, pero esta vez con ira y deseos de venganza. Dirigióse á Olmutz, llamó contra Viena sus mejores tropas, y la capital del imperio fué tomada á viva fuerza y cruelmente castigada. Entre los individuos, complicados en la sublevacion, y condenados á muerte, contábase un miembro de la asamblea central de la Alemania establecida en Francfort, y se han originado de aquí reclamaciones transcendentales. Pasados los momentos de cólera, sintió vivamente Fernando haber triunfado con derramamiento de sangre; y disgustado de un trono, que tan espinoso era ya para él, abdicó en 2 de diciembre de 1848. Tambien renunció la corona su hermano Francisco Cárlos José á quien tocaba de derecho, y entró á sucederle el hijo de éste, con el nombre de Francisco José I. El nuevo emperador, jóven de diez y ocho años, por su talento precoz hizo columbrar que sabria dominar ó dirigir la difícil situacion en que entraba á reinar, agitados sus pueblos con discordias intestinas, y despedazada la Hungría con la guerra civil.

Aunque la Hungría no es el cuerpo germánico, puede mirársela en algun modo como un anejo del imperio por la influencia que recibe de los emperadores; y así pondremos aquí su historia ántes que la de los estado que componen la confederacion del imperio de Alemania.

HUNGRÍA.

La Hungría fué poblada por los hunnos, que Carlo Magno destruyó ó sujetó. Esta era su ordinaria alternativa. Abunda este pais de todo lo necesario para vivir: tiene minas y bosques, y sobre todo vinos, entre los cuales el mas nombrado es el de Tokai. La caza es tanta, que para que no haga estragos, no solo se permite cazar por todas partes, sino que aun se estimula á que cazen. Los húngaros son de buena talla, y conservan el valor de los hunnos, de quienes descienden. A sus soldados de caballería los llaman *húsares*, y los de infantería *heyduques*. La nobleza es altiva y vengativa, pero fiel y generosa. Casi todos los húngaros, hasta los paisanos, hablan dos lenguas, la esclavona y la alemana. La religion católica es la mas comun. No tienen carácter distintivo, á no estimarse como tal la severidad en los principios y costumbres.

Hicieron los húngaros en diferentes tiempos irrupciones fatales á la Italia y á la Alemania, porque las asolaban, incendiaban y saqueaban. No se sabe qué leyes, qué costumbres y qué gobierno tenian por entónces. Sus costumbres debian ser feroces, su código el de los bárbaros, y sus reyes unos gefes de aduares sin disciplina. El primero de estos príncipes, que profesó el cristianismo, se llamaba Gysa, y le pone la historia por los años 989. Los vasallos paganos no gustaron de esta mutacion de religion, y se le sublevaron; pero si no los convirtió, por lo ménos les precisó á que permitiesen iglesias, monasterios, obispos y sacerdotes; esperimentó la rebeldía de aquella parte de sus vasallos que se habia quedado pagana: pero aunque llamaron en auxilio de sus ídolos á un tio de su rey, príncipe de Transilvania, le venció Esteban, y redujo á los vasallos á su deber. Tambien libertó á la Hungría de una invasion de los búlgaros.

Pedro su hijo incurrió en el odio de los húngaros por su aficion declarada á los alemanes que llamó á su corte. Le depusieron los señores, colocando en su lugar á Aba, que era uno de ellos. Viéndose éste asegurado en el trono, procedió con tanta crueldad, que se hizo odioso. Volvieron á llamar á Pedro, y quitaron la vida á Aba; pero Pedro, que no habia escarmentado con su desgracia, empezó de nuevo á favorecer á los alemanes; y porque murmuraban, desterró y proscribió, sin esceptuar á los principales señores. Uno de éstos, llamado Andrés, y que era de la familia real, volvió con su hermano Bela, y, destronando á Pedro, hicieron sacarle los ojos. Murió de resultas de este tormento; y se desavinieron los dos hermanos porque Andrés declaró único sucesor á la corona á su hijo Salomon. De esta desavenencia resultó una guerra en que mataron á Andrés; y Bela murió por la casualidad de haber caido sobre él una pared.

Habia dejado Andrés dos hijos, Geysa y Ladislao, los cuales disputaron la diadema á Salomon; y despues de haber peleado, se reconciliaron, repartiendo entre sí el reino. Murió Geysa, y se apoderó su hermano Ladislao de la parte que les era comun, aunque Geysa dejó dos hijos, Colomano y Almo; y éstos, bien fuese de acuerdo con el tio, ó por haber éste muerto, reinaron por su turno; pero el primero hizo sacar los ojos al segundo. En tiempo de estos dos príncipes, en el de su tio Ladislao y de su padre Geysa, los chunos, nacion pagana, habita-

Digitized by Google

dora de la Valaquia, hicieron grandes estragos en Hungría: los alemanes y rusos se derramaron por ella: infestaron los normandos las costas de la Dalmacia; y al mismo tiempo se hacian guerra interior la religion pagana y la cristiana. Venció esta última en términos que salió de Hungría un enjambre de cruzados; y durante la menor edad de Esteban, hijo de Colomano, se veian los obispos empleados con los nobles en el gobierno del reino. Su pupilo al principio se aprovechó poco de las lecciones, y no se manifestó muy penetrado de las máximas benignas del cristianismo. Fué duro y severo; pero tambien fué guerrero esforzado, que llevó el terror de sus armas á Bohemia y á Rusia, y se hizo temer del gobernador de Constantinopla. Le llamaron el *Trasquilado*, porque cuando murió envolvió todos sus laureles en un hábito religioso. Sus virtudes, y este acto de humildad, le merecieron el título de *Santo*, no ménos que su piedad y generosidad para con la Iglesia (1131).

No teniendo hijos Esteban, nombró por sucesor á su primo Bela, hijo de Almo. Éste, despues de haber esperimentado sublevaciones, y vencido á los alemanes, que habian avanzado hasta su capital, dejó su reino sosegado á su hijo Geysa III, que por no tener hijos fué reemplazado por Esteban III su hermano el cual nombró por sucesor á otro hermano Bela III, por haber muerto sin sucesion. Á sus predecesores les habian hecho la guerra los venecianos por la posesion de la Dalmacia, y esta guerra se renovó en su tiempo con ventajas de su parte, pues aquella provincia quedó reunida á la Hungría. Tuvo dos hijos, Emerico y Andrés. El menor pensó en invadir el trono del mayor, y levantó tropas; pero cuando ya estaban los dos ejércitos uno en frente de otro, y para llegar á las manos, dejó Emerico su armadura, entró por los batallones de su hermano, y les dijo: «Soldados, ¿cuál de vosotros se atreverá á manchar sus manos con la sangre de su rey? ¿Cuál de vosotros os hará violar en mi presencia la dignidad de san Esteban? Yo soy su sucesor y vuestro rey por unánime consentimiento de los estados; aceptad el perdon que aqui os ofrezco, y reconoced á vuestro monarca.» Le salió bien este arrojo, porque á los rebeldes se les cayeron las armas de las manos, y no vió despues en sus vasallos sino obediencia y sumision. Por su muerte colocaron en el trono á su hijo Ladislao, á quien arrebató una enfermedad á los seis meses (1203).

Este Andrés, que habia querido arrancar la diadema á su hermano Emerico, la recibió sin violencia por muerte de su sobrino Ladislao, y se puso al frente de una cruzada; dejando por su ausencia el cuidado del reino en manos de un señor llamado Banchano. La reina Gertrudis, que era alemana, se quedó en Hungría. Fué á verla un hermano suyo, y se dejó llevar de una violenta pasion á la muger de Banchano. Gertrudis le ayudó á satisfacerla violentamente; y Banchano, que por su misma esposa supo la afrenta que le habian hecho, quitó la vida á la reina, salió del palacio humeando todavía la espada, publicó su accion, y dijo que iba á Constantinopla á ponerse en manos del rey para que le castigase si lo merecia. Partió con efecto; y Andrés, que estaba contento con lo hecho por Banchano, no quiso oirle; le volvió á enviar para que continuase en su administracion, diciéndole que le juzgaria en donde habia cometido la accion. Volvió pues á Hungría, examinó el punto, declaró que la reina era culpada, perdonó al homicida, y le premió espléndidamente por su buen gobierno. La confianza de Banchano en la justicia del rey es lo que mas honra á este príncipe. Volvió de la Tierra Santa mas cargado de reliquias que de laureles.

En el reinado de Bela su hijo, persiguieron los tártaros á los cumanos, nacion sármata, y éstos se entraron en Hungría. Les concedió el rey tierras; pero no agradó á sus vasallos esta condescendencia, y con razon; porque los nuevos habitantes, en lugar de servir de barrera á los antiguos contra los tártaros, se unieron con éstos, y asolaron en comun la Hungría. Bien fuese en castigo de esta falta de administracion, funesta para sus pueblos, ó bien por otros motivos, desterraron á Bela de su reino, y sufrió todas las desgracias del destierro, porque anduvo errante, arrojado de un pais á otro, y aun puesto en prision por el soberano de Austria, adonde se habia refugiado. Huyó de sus cadenas; y despues de muchas aventuras le restablecieron en su trono los caballeros de Rodas. Resistió con mucho honor a Otocaro, rey de Bohemia, que le habia declarado la guerra; se vengó del cautiverio que habia sufrido en Austria, y empleó los últimos años de su vida en sacar á su reino del triste estado á que los bárbaros le habian reducido. Su hijo Esteban peleó tambien felizmente contra el rey de Bohemia, y á Ladislao, hijo y sucesor de Esteban, estaba reservado librar la Hungría de este enemigo; pues murió Otocaro en la batalla. Pero á los estragos de los bohemos se siguieron los de los cumanos; porque, de suplicantes que eran en el reinado de Bela, se habian convertido, como ya se habia previsto, en temibles huéspedes reinando Ladislao. Tenia tal reputacion de torpeza este príncipe, que el papa y el emperador su cuñado tuvieron por conveniente hacerle reconvenciones, y darle algunos consejos, bien que fueron inútiles. Segun parece en uno de los intérvalos de treguas dió á entender á algunas mugeres de los cumanos sus deseos; y despreciándolos éstas, usó de la violencia; pero ellas le mataron á puñaladas en su propia tienda (1290).

Como no dejase hijos se vió la Hungría objeto de la ambicion de muchos pretendientes. Rodulfo, emperador de Alemania, la reclamó como feudo del imperio. Cárlos, rey de Nápoles, se presentó con los derechos de su esposa María, hermana de Ladislao, y sin esperar la decision, hizo proclamar y coronar en Nápoles á su hijo Cárlos Martel. El papa se unió con el napolitano, que se llamaba soberano de Hungría, y ordenó al emperador que renunciase á sus pretensiones. En medio de estos debates, indignados los húngaros de que otros se abrogasen el derecho de darles rey, eligieron al nieto de Andrés II, que habia nacido póstumo en Venecia, llamado tambien Andrés y por sobrenombre el *Veneciano*; pero á éste, durante su reinado, se le opuso el napolitano Cárlos. Murieron los dos competidores casi al mismo tiempo: el veneciano no tuvo hijos; y el napolitano dejó uno, llamado Cárlos Roberto, de cuyos dos nombres salió el de Caroberto. Durante su menor edad fueron los húngaros á Bohemia á buscar rey; y Wenceslao les dió por soberano á Ladislao su hijo; pero les privó de este príncipe jóven, y le retiró cuando supo los alborotos que agitaban á Hungría. Dieron su corona á Oton, duque de Baviera, el cual pasó su reinado en procesiones y fiestas de Iglesia, hasta que renunció. Ya el jóven Caroberto, hijo del napolitano, se hallaba en edad competente para mandar, y empuñó el cetro; pero, convidado con el de Nápoles, escogió y prefirió éste, dejando por rey de los húngaros á su hijo Luis (1342).

Fué Luis un príncipe valeroso, que sujetó la Transilvania rebelada, socorrió al rey de Polonia contra los lituanos, y rechazó á los tártaros, los croatos y los sármatas, enjambres de bárbaros encarnizados contra la Hungría. Llenó Luis del terror de sus armas á Nápoles, en donde vengó la muerte de su hermano Andrés, asesinado por su esposa Juana, y se hizo temible en toda la Italia. Á sus prendas belicosas añadia la prudencia, la generosidad, el amor á las letras, y las hizo florecientes en su reino. Á éste le llamaron el *Grande*; y reconocidos los húngaros, no dudaron, muerto él, en proclamar á María su hija, con el título de reina. Deseaba ella que asociasen á su esposo Segismundo en su potestad soberana; y en parte á fuerza y parte por voluntad, se lo concedieron: pero muerta María y habiendo esperimentado Segismundo una gran derrota de parte de los turcos, llamaron los húngaros á Ladislao, príncipe de la rama napolitana. Segismundo se levantó de su caida tan felizmente, que llegó á ser emperador y rey de Bohemia. Temeroso de su poder Ladislao, renunció; y fué tanto el imperio que tomó Segismundo sobre la nacion, que consiguió la corona para su yerno Alberto de Austria.

Digitized by Google

Reinó poco este principe; y su muger, á quien habia dejado en cinta, dió á luz un hijo, que se llamó Ladislao; y fué coronado á los cuatro meses. Agitados los húngaros con alborotos civiles y religiosos, ofrecieron su corona á Ladislao rey de Polonia; y aunque la tomó con el título de protector, tambien admitió el de rey, y manifestó que le merecia, pues sacrificó su vida contra los turcos en defensa del pueblo que le habia puesto á su frente. Se habia criado el jóven Ladislao en Alemania, adonde le habia llevado su madre, por librarle de los peligros que rodeaban su trono. Le pidieron de nuevo los húngaros al emperador Federico, y volvió á enviársele. Durante su menor edad, el célebre Corvino, húngaro noble, hizo felizmente la guerra contra los turcos, y preparó la fortuna de su hijo Matias. Murió Ladislao en el vigor de la edad, arrebatado de un cólico violento.

El emperador se suponia rey de Hungria, porque poseia la corona de san Esteban, que la madre de Ladislao habia llevado á Alemania cuando fué allá con su hijo: pero este titulo no le detuvo á Matias, hijo de Corvino, elegido por los estados. No obstante, creyó que en una nacion supersticiosa no debia despreciar aquella preocupacion; y habiendo ganado muchas victorias al emperador, exigió la restitucion de esta reliquia, y se hizo coronar con ella. Reinó gloriosamente, siendo recomendable por sus talentos militares y por su amor á las letras. Juan Corvino, su hijo natural, que se presentó á reemplazar á su padre, no fué recibido de los húngaros, los cuales prefirieron á Ladislao rey de Bohemia, que dejó su corona á Luis, su hijo único, príncipe jóven que pereció en la funestísima batalla de Mohats contra los turcos (1516).

For la muerte sin sucesion de este principe se presentaron los concurrentes, Fernando, archiduque de Austria, y Juan Zapolski, señor húngaro. Combatieron por algun tiempo, y se concordaron por último, con la condicion de que el húngaro mantuviese, durante su vida, una parte del reino que habia conquistado, la cual despues de su muerte, volveria al Austria. Pretendia él que le pertenecia la corona de derecho por haberse casado con Ana, hermana del desgraciado Luis; pero sin embargo, le pareció necesario añadir á este derecho el de una eleccion que procuró conseguir (1563).

Maximiliano su hijo se hizo coronar solemnemente en Presburg, y procedió en todo como si esta ceremonia supliese por la eleccion. Lo mismo hicieron sus dos hijos y sucesores, Rodulfo y Matias; pero no sin reclamaciones, acompañadas muchas veces de una resistencia armada de los húngaros. Estas reclamaciones eran mas ó ménos peligrosas para la casa de Austria, segun los gefes que los malcontentos escogian. Fernando, puesto en posesion de la corona de Hungria por la cesion que en el hizo Matias su primo, que no tenia hijos, se halló con la oposicion de Bethleem-Gabor, príncipe de Transilvania. Su hijo, llamado tambien Fernando, tuvo que defenderse contra Jorge Ragostski, principe tambien de Transilvania; y ambos fueron poderosamente favorecidos por los protestantes. Á pesar de las fuerzas de Alemania, de las cuales disponian estos dos Fernandos como emperadores, el segundo tuvo que hacer con los malcontentos una paz poco ventajosa. Á costa de algunos sacrificios dejó la Hungria bastante sosegada á su hijo, otro Fernando, que gozó pacificamente de la corona (1665).

Por falta de hijos pasó el cetro á manos de Leopoldo Ignacio su sobrino, hijo de Fernando III, el cual consiguió que la corona de Hungría se declarase hereditaria en la casa de Austria el año de 1687, y la puso sobre la cabeza de su hijo el archiduque José, que llegó á ser emperador. Murió éste sin hijos varones, y dejó una viuda con poca capacidad para sostener los derechos de sus hijas, de suerte que se entregó la corona al emperador Cárlos de Austria, por una composicion entre la viuda y los malcontentos presididos por Ragostski.

En 1723, y en una dieta solemne celebrada en Presburg, hizo Cárlos declarar hereditaria la corona en favor de su descendencia, comprendidas las hembras á falta de varon. En virtud de este decreto, Maria Teresa su hija, entró por muerte de su padre en posesion del trono de Hungria sin oposicion alguna; y por su afabilidad, dulce trato, y otras escelentes prendas, supo ganar el corazon de los húngaros, y sacar de ellos abundantes socorros así en dinero como en hombres para las guerras, que duraron gran parte de su reinado, y que siempre sostuvo gloriosamente. Hoy goza de esta corona su posteridad, con la ventaja de hallar á los húngaros, como Maria Teresa, prontos á dar, en caso de necesidad, muestras de su fidelidad y de su afecto.

Entre las naciones bárbaras, que por larga serie de siglos inundaron este pais, parece haberse conservado en la nobleza la casta indígena y propia de los antiguos húngaros y esclavones, con la rústica virtud de aquellas naciones belicosas. El pueblo es un compuesto de cumanos, rascianos, judíos, rusos, valacos, griegos, turcos; soldados valientes, pero difíciles de disciplinar. Éstos son los que de ordinario van delante de los ejércitos imperiales; y por su feroz esterior inspiran desde lejos el susto y el terror. En 1848 fué la Hungría teatro de grandes alteraciones, con motivo del espíritu de reforma dominante, y fueron necesarios grandes esfuerzos del Austria para sosegarlas.

ESTADOS DEL IMPERIO.

El cuerpo del imperio se compone de electorados eclesiásticos y seculares. Los primeros eran tres, el de Tréveris, el de Maguncia, y el de Colonia: los segundos seis: los reinos de Bohemia y Brandembourg, el palatinado del Rhin, la Sajonia, la Baviera y el ducado de Hannóver. Son tambien del cuerpo Germánico otros muchos estados, obispados, abadías, ciudades, ducados, condados y principados, y algunos, como el archiducado de Austria, son muy considerables. Aunque la mayor parte de estos estados, en sacándoles de la línea del interés general, ofrecen pocos hechos importantes, conviene darles algun lugar en la historia para que nada falte á su continuidad.

Al norte, son confines de la confederacion germánica el mar de Alemania ó del Norte, la monarquía Dinamarquesa y el mar Báltico. Al este, los paises de la monarquía prusiana y del imperio de Austria que no están comprendidos en la confederacion, el reino actual de Polonia, y la república de Cracovia. Al sur, los paises del imperio de Austria que no pertenecen á la confederacion, el mar Adriático y la confederacion suiza. Al oeste, la Francia, y los reinos de Bélgica y de los Paises Bajos.

La confederacion germánica es una de las comarcas europeas mas abundantemente regadas. De los rios que la atraviesan desaguan: —1.° En el Mar Negro, el *Danubio*, cuyos principales afluentes á la derecha son el *Iller*, el *Lech* que pasa junto á Ausburgo, el *Isar* que pasa por Munich, y el *Inn*, y á la izquierda el *Wernitz*, el *Altmuhl*, el *Nab*, el *Regen* y otros. — 2.° El Mar del Norte recibe: el *Rin* que viene de la confederacion suiza, atraviesa el lago de Constanza, separa el gran ducado de Bade de la Francia y del círculo bávaro del Palatinado, atraviesa el gran ducado de Hesse Darmstadt, divide el ducado de Nassau de la provincia prusiana del Rin; riega del Sur al Norte esta misma provincia, y entra en el reino de los Paises-Bajos, de donde va á parar al mar del Norte; sus principales afluentes á la derecha son el *Necker* y el *Mein*, y á la izquierda el *Nahe*, el *Mosela* y otros. El *Ems*, rio que nace en la provincia prusiana de la Westfalia, es otro de los que van á parar al mar del Norte. En el mismo desembocan el Weser y el Elba, no tan célebres como el Rin, pero no ménos útiles para los paises que corren. —3.° El Mar Báltico recibe: el *Trave*, el *Warnow* y el *Regknitz*. El *Oder*, el *Rega* y el *Persante* que desembocan en el mismo punto

Digitized by Google

pertenecen á la parte germánica y á la monarquia prusiana. La parte superior del Oder toca al imperio de Austria.

La actual confederacion formaba en otro tiempo el imperio germánico que ántes de las guerras de la revolucion francesa estaba dividido en nueve circulos: los de Austria, Baviera y la Suabia al sur, los de Franconia, del Alto-Rin y del Bajo-Rin en el centro; de Westfalia, de la Alta Sajonia y de la Baja Sajonia al norte. Habia además varios paises que formaban parte del imperio sin pertenecer á ningun circulo, y los principales eran el reino de Bohemia, la Silesia, la Moravia y la Lusacia. Los Paises Bajos austriacos, que habian formado el circulo de la Borgoña, no eran desde mucho tiempo reputados como parte del imperio. Los nueve circulos contenian una multitud de estados seculares y eclesiásticos de diferente extension y sometidos á varios principes independientes entre si, y ademas 51 ciudades imperiales que formaban otras tantas repúblicas. Todos esos varios estados, cuyo número ascendia á unos 300, estaban reunidos por intereses generales bajo la direccion de un gefe electivo que llevaba el titulo de emperador de Alemania, dignidad que por mucho tiempo estuvo radicada como hereditaria en la casa de Austria. La confederacion germánica, que ha sucedido á la del Rin, disuelta en 1814, se compone de 40 estados unidos entre si por el acta federal de 1815, con el objeto de mantener la seguridad interior y exterior de la Alemania, y la independencia ó inviolabilidad de los estados confederados. Ofrece todos los matices de los gobiernos, desde la democracia hasta la monarquia moderada. Los negocios de los estados confederados se discuten en la dieta, que se reune en Francfort sobre el Mein, habiendo previamente elegido cada estado su representante: el que tiene este carácter por parte del Austria es el presidente de la dieta. Luxemburgo, en el gran ducado de este nombre, Maguncia en el del Hesse-Darmstadt, y Landau y Germesheim en el reino de Baviera son las cuatro fortalezas federales. La ciudad de Rastadt, en el gran ducado de Baden, y la de Ulm en el reino de Wurtemberg, que van á ser fortificadas, se colocarán en la misma categoria. Añádese á esto que cada miembro de la confederacion debe presentar su contingente para la formacion del ejército federal, el cual, á tenor de la matricula de guerra, debe ascender á 303,484 hombres.

La ciudad de Francfort sobre el Mein, capital de la república del mismo nombre, es reputada tambien sede de la confederacion, porque en ella reside la dieta, ni mas ni ménos que los embajadores de las potencias extranjeras que rodean á esta asamblea representante del gran cuerpo Germánico.

Como acabamos de decir, son 40 los estados que forman la confederacion germánica. Solo debemos presentarlos en un cuadro clasificados segun las tres grandes divisiones geográficas, añadiendo la capital de cada uno de ellos, y la poblacion de ésta, á fin de evitar repeticiones inútiles y conducir como por la mano al lector para que abraze el conjunto de las principales divisiones de aquella parte importante de la Europa. Observaremos ántes que la parte septentrional del reino de Baviera que hemos anotado en la region meridional, otra parte considerable del territorio prusiano continuado en la region septentrional, asi como otra parte del austriaco, referido en la meridional, pertenecen á la region media.

« *Los estados de la Region septentrional* son:

Prusia, monarquia; las provincias de Brandeburgo, de la Pomerania, de la Silesia, de la Sajonia, de la Westfalia, y del Rin, que abrazan los vertientes del Oder, del Elba, del Weser, del Ems, y del Rin: la capital es *Berlin*, que cuenta 300,000 habitantes.

Dinamarca, monarquia; los ducados de Holstein y de Lavenburgo, en los vertientes del Eyder y del Elba: capital *Gluckstadt* con 6000 habitantes.

Lubeck, república; en el vertiente del Trave: capital *Lubeck* con 27,000 habitantes.

Hamburgo, república; en el vertiente del Elba: capital *Hamburgo*, con 134,000 habitantes.

Mecklembourg-Schwerin, gran ducado; vertientes del Elba, del Warnow y del Recknitz: capital *Strelitz*, con 6000 habitantes.

Hanover, reino; vertientes del Elba, del Weser y del Ems: capital *Hanover*, con 30,000 habitantes.

Oldenburgo, gran ducado; vertientes del Weser, del Jahde, del Ems y del Mosela: capital *Oldenburgo*, con 8000 habitantes.

Kniphausen, señorio; vertientes del Jahde; capital *Kniphausen*, con 50,000 habitantes.

Brema, república; vertientes del Weser: capital *Brema*, con 43,000 almas.

Brunswick, ducado; vertientes del Weser y del Elba: capital *Brunswick*, con 37,000 habitantes.

Lippe Detmold, principado; vertientes del Rin y del Weser; capital *Detmold*, 3000 habitantes.

Schauenburgo Lippe, principado; vertientes del Weser; capital *Buckebourg*, 2400 habitantes.

Anhalt Dessau, principado; vertientes del Elba: capital *Dessau*, 12,000 almas.

Anhalt Bernbourg, principado; vertientes del Elba: capital *Bernbourg*, con 6000 habitantes.

Anhalt Koethen, principado, vertientes del Elba: capital *Kœthen*, 6000 almas.

Los estados de la Region intermedia son:

Luxemburgo, gran ducado; vertientes del Mosela: capital *Luxemburgo*, con 11,000 habitantes.

Nassau, ducado; vertientes del Mein y del Lahn: capital *Wiesbaden*, con 12000 habitantes.

Hesse Darmstadt, gran ducado; vertientes del Rin: capital *Darmstadt*, con 21,000 habitantes.

Hesse Cassal ó Electoral, gran ducado; vertientes del Weser y del Rin: capital *Cassal*, con 34,000 habitantes.

Hesse Hombourg, landgravato; vertientes del Nahe y Mehin: capital *Hombourg*, 3600 almas.

Francfort, república; vertientes del Mein: capital *Francfort*, 55,000 almas.

Waldeck, principado; vertientes del Fulda: capital *Corbach*, 2,300 almas.

Sajonia Weimar, gran ducado; vertientes del Saale y del Verra: capital *Weimar*, 11,000 habitantes.

Sajonia Altenbourg, ducado; vertientes del Mulde y Saale, capital *Altenbourg*, 14,000 habitantes.

Sajonia Meiningen Hildbourghausen, ducado; vertientes del Werra y del Saale; *Meiningen*, con 6000 habitantes.

Sajonia Coburgo Gotha, ducado; vertientes del Mein y del Werra: capital *Coburgo*, 9000 habitantes.

Schwarzbourg Sondershausen; principado; vertientes del Saale: *Sondershausen*, 3800 habitantes.

Schwarzbourg Rudolstad, principado; vertientes del Saale: capital Rudolstad, con 4500 almas.

Reuss Greiz, principado; vertientes del Mulde: capital *Greiz*; 6500 habitantes.

Reuss Schleiz, principado; vertientes del Saale y del Mulde: capital *Schleiz* 4800 habitantes.

Reuss Lobenstein Ebersdorf, principado; vertientes del Saale y del Mulde; capital Ebersdorf; 1200 habitantes.

Sajonia, reino; vertientes del Elba y del Oder, capital Dresde; 70,000 habitantes.

Los estados de la Region meridional son:

Austria, imperio; el archiducado de Austria; los ducados de Salzburgo, de Estiria, de Carintia, de Carniola; el Frioul austriaco; el litoral aleman, ó territorio de Trieste; el condado del Tirol con el Vorarlberg; el reino de Bohemia: el margravato de Moravia; y la Silesia austriaca: vertientes del Elba, del Oder, del Vistula, del Danubio, del Rin, del Adigio, del Brenta y del Lisonzo: capital Viena, con 350,000 habitantes.

Baviera, reino; vertientes del Danubio y del Rin: capital Munich, 100,000 habitantes.

Wurtemberg, reino; vertientes del Rin y del Danubio: capital Stuttgart, con 39,000 habitantes.

Digitized by Google

Hohenzollern Sigmaringen, principado, vertientes del Danubio: capital Sigmaringen, 1600 habitantes.

Hohenzollern Hechingen, principado; vertientes del Necker: capital Hechingen, 3000 habitantes.

Baden, gran ducado; vertientes del Rin y del Danubio: capital Kalsruhe, con 20,000 habitantes.

Liechtenstein, principado entre la Suiza y el Tirol; vertientes del Rin: capital Liechtestein; 700 habitantes.

Pasemos ahora á los estados de mas importancia cuya *totalidad de territorio* está comprendida en los límites de la confederacion germánica.

BOHEMIA.

La Bohemia, situada en medio de la Alemania, pertenece á la confederacion imperial por ser electorado; pero no depende de ella con respeto á su gobierno. Es un reino rodeado por todas partes de montañas y dilatados bosques, que, son un resto de la célebre selva de Hercinia, y la forman resguardos naturales. Su terreno es fecundo en todas las cosas, y se hallan en él hasta diamantes, que, aunque son muy inferiores á los de Asia, tienen su mérito. Conserva su lengua particular, y en ella, como en el resto de la Alemania, el paisano puede decirse que casi es esclavo, y el noble casi soberano. Los hombres son de alta estatura: las mugeres de una fuerza, que sin embargo no carece de gracia. Generalmente los bohemios hacen poco caso de las letras: están reducidos á su comercio interior, y son buenos pastores y buenos cultivadores.

La tradicion nos dice que hasta Carlo Magno habitaron este pais los boyanos, gaulas de origen: se introdujeron despues los marcomanos, y la invadieron los esclavones, colonia sármata, que hicieron dominar allí su lengua y costumbres, parecidas á las de los scitas errantes. El primer gefe que se conoce, llamado Ezequias, no tomó mas título que el modesto de gobernador; pero juntó los pueblos esparcidos y les dió leyes, á las cuales dió estabilidad Croco, su sucesor por eleccion. Muerto éste, confirieron los bohemios la potestad á Lybusa, la mas jóven de sus hijas, la cual, instada á casarse, eligió por esposo un labrador jóven llamado Primislao, que fué un gobernador escelente. Éste sacó de su choza el calzado y vestido rústico, y los colocó en un lugar oportuno de su palacio, para tener sin cesar presente su primer estado. Estando para morir dispuso que se colocasen estos despojos en un lugar sagrado, de donde los sacasen para esponerlos á los ojos del público en cada eleccion que se hiciese. Aun en tiempo de sus reyes se observó por muchos años esta costumbre.

Siete gobernadores, cuyos nombres se han conservado en los anales, nos llevan hasta Botziboy en 890. Tuvo el título de duque, y fué el primer soberano que abrazó el cristianismo. Ya en aquellos remotos tiempos se nota el deseo que manifestaron los bohemios de que entre ellos se celebrase el oficio divino en lengua vulgar; y no dejaron de lamentarse cuando mandaron los sumos pontífices que se celebrase en latin, aunque prevaleció esta resolucion. Renunció Botziboy por devocion, y consiguió que diesen la sucesion á su hijo Spiligneo, el cual murió á los dos años, dejando dos hijos bajo la tutela de Drahomira su madre la cual era enemiga de la religion cristiana, siendo así que su esposo había sido muy cristiano. Wenceslao, su hijo mayor, lo imitó y fué muy fervoroso en las prácticas religiosas. Su madre, enojada con esta devocion, llevó á bien que Boleslao, el hijo menor, asesinase al primogénito; pero convirtiéndose Boleslao al cristianismo procuró borrar la memoria de su delito, y que todos olvidasen el sobrenombre de *Cruel*, que le quedó sin embargo. Su hijo tambien Boleslao, fué llamado el *Piadoso*; y su nieto, del mismo nombre, tuvo por renombre el *Ciego*, aunque no se sabe si lo era de cuerpo ó de espíritu. Haya sido la que fuese su ceguera, se declaró incapaz de gobernar y renunció. Jaromiro su hijo fué suplantado por su tio Udalrico: y á los dos sucedió Bresislao, y á este Spiligneo, cuya madre era alemana. Sin duda había introducido ésta en la corte muchos de sus compatriotas que causaban alborotos, pues á todos los espelió Spiligneo, sin escetuar á su madre (1061).

Wratislao, su hijo, tomó parte en las desavenencias de los emperadores Enrique III y Enrique IV. Vencedor de su padre el hijo, reconocido á los servicios que el duque de Bohemia le había hecho, y en recompensa de las grandes cantidades que le había prestado, le condecoró con el título de rey en 1086. Su hijo mayor Boleslao, desterrado del reino por desobediente, se hallaba presente á la muerte de su padre, pero la corona fué dada al hijo menor Conrado, el cual no la tuvo mas que siete meses. Muerto él volvió Boleslao á entrar en sus derechos y tomó el cetro que transmitió á su hermano Botziboy; éste se vió en la precision de abandonarlo á Suantapluc su primo; y por su muerte, que fué violenta, á los dos años de su reinado, cayó la corona en Uladislao, hijo tercero de Wratislao, el cual se vió precisado á dividir la autoridad con Sobreslao I su hermano menor.

Á Uladislao sucedió Sobreslao II, no su hermano que ya tenia una parte del reino, sino su propio hijo. Este último tuvo por sucesor á su sobrino Uladislao II. Los conciertos secretos, la fuerza y la proteccion de los emperadores de Alemania pusieron en el trono de Bohemia, y por cincuenta años hicieron bajar de él á varios tios, hermanos, hijos, sobrinos, hasta que cansados los bohemios de estas alternativas dieron su cetro á un buen obispo de la familia de su príncipe, llamado Enrique. Los gobernó con mucha prudencia, y ántes de morir puso la corona en manos de los Estados. Éstos la entregaron á Uladislao, que habia procurado quitársela á Enrique su pariente: pero sus esfuerzos le habian privado de la libertad. De la prision en donde le tenian le hicieron los bohemios pasar al trono. Con esta noticia acudió Primislao su hermano mayor, á quien la miseria, ó tal vez la necesidad de ocultarse, tenia reducido al estado de peon de albañil en la ciudad de Ratisbona. Por composicion entre los dos hermanos se contentó Uladislao con la Moravia, y Primislao se quedó con la Bohemia. Éste hizo coronar en vida suya á su hijo Wenceslao, á quien dió el sobrenombre de *Otocaro ó Victorioso*, y le traspasó á Primislao su hijo. Este príncipe fué rey de Polonia, y no quiso la corona de Hungría, que hizo pasar á la frente de Wenceslao IV su hijo; pero éste quiso mas la de Bohemia. Se sabe que fué asesinado; pero la historia no dice la causa, ni nombra el reo de este delito. Wenceslao V fué el último de los descendientes directos de Primislao, cuya posteridad reinó unos quinientos años (1305).

Procuraron los bohemios perpetuar en su trono esta familia, que apreciaban, y dieron la corona á Enrique duque de Carintia, casado con la hermana del último rey. Se la disputó Rodulfo, hijo del primer emperador de este nombre, y tronco de la casa de Austria, y á quien muchos señores habian elegido, pero murió; y aunque dejó vacante el trono á Enrique, no supo este monarca mantenerse en él, pues por sus desórdenes se le quitaron: pero los bohemios, fieles siempre á la sangre de sus antiguos llamaron para su trono á otro cuñado de Wenceslao, llamado Juan, de la casa de Luxembourg. Éste poseia bastantes y muy buenos estados en Alemania, y éstos le ocuparon mas que la Bohemia. Tenia por otra parte un genio aventurero, que apenas le permitia fijarse en cosa alguna. Para entregarse mas libremente á sus intrigas y correrias, fió el cuidado de la Bohemia á Cárlos su hijo, que no pasaba de los diez y seis años; bien que este jóven lo desempeñó tan perfectamente que zeloso su padre volvió á tomar el gobierno. Despues se le entregó á Cárlos; y fué tanto lo que trabajó él mismo con los príncipes alemanes, entre los cuales vivia siempre, que consiguió que eligiesen rey de romanos á este mismo hijo; y el,

Digitized by Google

arrastrado de su aficion á las aventuras, fué á buscar la guerra en Francia, y murió en la batalla de Créci.

Añadió Cárlos la corona de Bohemia á la imperial, y debe ser amable para los bohemios su memoria; porque, al contrario de su padre, prefirió su reino á los demas estados. En él tuvo su residencia, y allí consolidó cuantos establecimientos útiles pudo, y dió principio á otros que dejó encomendados á Wenceslao su hijo para que los continuase. Pero este príncipe, siempre ocupado en sus diversiones, cuidó muy poco de cumplir con las intenciones de su padre; y su vida, como lo hemos visto en la historia del imperio, fué un conjunto de sucesos estravagantes. Dos veces le pusieron en una prision sus vasallos por no poder sufrir sus desórdenes: dos veces se huyó, y no solo subió de nuevo al trono de Bohemia, sino que fué elevado tambien al del imperio. Le derribaron de éste y no lo sintió mucho; porque así quedaba con mas libertad para abandonarse al lujo y otros escesos. En estas miserables ocupaciones le sorprendió la muerte.

Le sucedió su hermano Segismundo, que ya era rey de Hungría, y fué tambien emperador, pero le costó trabajo asegurar en su cabeza la corona de Bohemia, porque temiendo su religioso zelo los discípulos de Juan de Hus y de Gerónimo de Praga, le opusieron muchos competidores, de los cuales le desembarazaron las armas y el dinero. En cuanto al pueblo, que era sectario, habiéndole abandonado los gefes, se hizo en él una horrible carnicería. Por este rasgo se podrá formar juicio de las crueldades que con ellos se ejecutaron. Atrajeron muchos á una granja con pretesto de una conferencia en la cual se habia de tratar del asunto; y cuando los vieron juntos, pusieron fuego á la granja.

Estas crueldades, en vez de destruir á los husitas parecia que los multiplicaban; y así dieron bien que hacer al sucesor de Segismundo, que fué Alberto de Austria, su yerno. Este príncipe, consumido con las fatigas y los placeres, no duró mas que dos años. Le sucedió Ladislao, que nació póstumo, y tuvo por tutores á dos ministros, uno católico y otro husita. Prometia un reinado feliz, pero un esceso de intemperancia en la comida le arrebató en la flor de su edad, y con su muerte se abrió la palestra á la concurrencia de muchos príncipes. Se presentaron dos austriacos, un sajon, un rey de Polonia, y un hijo de Francia; pero á todos los desecharon los bohemios, y saludaron rey á Jorge Podiebrado, de su nacion, el cual sostuvo con valor la eleccion de sus compatriotas contra los competidores y de las facciones internas.

Por su muerte volvieron los bohemios á dar el cetro á un extranjero, y llamaron á Uladislao, hijo de Casimiro, rey de Polonia. Tenia ya la Corona de Hungría; y ausentándose muchas veces de Bohemia, fué acostumbrando á estos vasallos á sufrir la regencia de gobernadores. Sucedió á este príncipe su hijo Luis, que murió por desgracia en la batalla de Mohats, que presentó imprudentemente á los turcos: y los bohemios dieron la corona á Fernando archiduque de Austria, y despues emperador, que se habia casado con Ana hermana única de Luis. Desde este tiempo ya el reino de Bohemia no ha salido de la casa de Austria, como tampoco el de Hungría, á título de hereditarios, y han tenido los mismos monarcas.

AUSTRIA.

Aunque el Austria no hace parte del imperio como electorado, me ha parecido colocarla aquí, despues de la Bohemia precedida de la Hungría, para que se vean seguidas las principales posesiones de la casa de Austria en Alemania. Despues de la estincion de una familia, que gobernó al Austria desde 928 hasta 1240, cayó en manos del emperador Rodulfo, como feudo del imperio, y se la dió á uno de sus hijos. Por consiguiente la casa de Apsbourg dejó su nombre y tomó el de Austria, que ha conservado siempre. En 1477 dió Federico al Austria el título de archiducado.

En el Austria se hallan granos, vino, escelentes frutas, abundancia de pastos, agradables sitios, y aires saludables. Los habitantes son generalmente de talento, cultos, y aficionados á las artes y ciencias. Siempre han sido felices bajo el mando de sus soberanos; y estos príncipes, por afecto á este estado patrimonial y hereditario, han procurado que refluyan á él las ventajas que sacan del imperio y de otros dominios: de suerte, que, conservada el Austria con cuidado, y preservada de irrupciones, en cuanto ha sido posible, se halla rica, y se conocen poco los vestigios de las plagas consiguientes á la guerra. La historia de sus príncipes se incluye en los anales generales de Alemania, de que ya hemos hablado.

BRANDEMBOURG.

Brandembourg es el título de un electorado, que los reyes de Prusia han adornado con una corona. Los gobernadores que Enrique I, rey de Germanía, puso en 926 para rechazar á los bárbaros del Norte que infestaban sus fronteras, se hicieron hereditarios con el nombre de Margraves; pero por mucho tiempo necesitaron el consentimiento de los emperadores, los cuales se negaron varias veces y nombraron á señores de sus cortes, ó á aquellos príncipes á quienes querian gratificar.

El Margraviato de Brandembourg fué incorporado al imperio por los años de 1142 como principado, y en 1298 como electorado. En 1415 el emperador Segismundo, atrasado en la hacienda, vendió este electorado á Federico, Burgrave de Nuremberg, que es el tronco de la casa reinante. Desde principios del siglo X hasta Federico III, que en 1701 añadió al electorado la dignidad de rey de Prusia, se cuentan cuarenta y un margraves, todos guerreros, y muy atentos á aumentar sus primitivas posesiones, añadiendo á ellas las vecinas que las parecen convenientes. Este es el título con que cayó en sus manos la Prusia; pero sucesivamente y por partes, como con un trabajo constante de muchos siglos, en los cuales han tenido el título de marqueses, condes y duques, ya de una y ya de las dos Prusias.

PRUSIA.

La Prusia, en una situacion ventajosa para el comercio, produce mucho trigo: tiene un terreno ligero y propio para las hortalizas. En él crecen con abundancia los árboles frutales, y en otro tiempo eran el objeto de un comercio útil; pero se van disminuyendo los grandes bosques, y aumentándose á proporcion los prados llenos de una multitud de vacadas: no son raros los caballos y la caza: se coge allí cera, pez, miel y cáñamo. El mar con los vientos de Oriente y de Norte, arroja á las costas mucho ambar. Por largo tiempo se ha ignorado la naturaleza de esta sustancia; pero se ha llegado á descubrir, que es el producto de una espuma biliosa que arroja el cachalote, pez semejante á la ballena.

Los prusianos fueron idólatras hasta el siglo XI, en el cual empezó á introducirse entre ellos la religion cristiana; pero á paso muy lento. Por entónces no tenian forma de gobierno; comian la carne cruda; bebian la sangre de los animales; adoraban las culebras, los árboles, principalmente la encina, los meteóros, vientos y tempestades, y sacrificaban los prisioneros. Permitian la poligamia; quemaban los adúlteros, y mataban por piedad á los enfermos, de cuya vida perdian las esperanzas.

Despues de mucho tiempo se dividió la Prusia en Real y Ducal. La primera estaba bajo la proteccion del rey y no de la república polaca, sin dependencia, y como un estado libre, que pretende probar su gratitud con demostraciones de deferencia y una ligera contribucion. La

Prusia Ducal, entregada á los caballeros del órden Teutónico, con el fin de que en ella floreciese la religion cristiana, llegó á ser dominio y posesion de los mismos.

Cuando en el siglo XII emprendió Federico Barbaroja una cruzada para ir á librar la Tierra Santa del poder de los infieles, llevó consigo gran número de caballeros alemanes. Murió en el Oriente, y aquellos voluntarios eligieron por su gefe á Federico duque de Suabia, distinguiéndose tanto con este general, que considerándolos el rey de Jerusalen y el patriarca como muy útiles y aun necesarios para conservar los santos lugares, pensaron en unirlos con un lazo que los hiciese inseparables; y de esto modo se formaron en órden militar con el nombre de *Santa María*. Los religiosos de este órden debian ser todos caballeros alemanes ó *teutones*, que así se llamaban en aquel tiempo.

Eligieron su primer gran maestre en 1190, y se obligaron, como los caballeros de san Juan, á defender y conservar la Tierra Santa. Á pesar de su valor no pudieron librarse de ser lanzados de aquel pais, como los de san Juan sus émulos; pero así como éstos hallaron asilo en Rodas, y despues en Malta, á los teutónicos los recibió un duque de Moravia, el cual les ofreció la Prusia, que aun era pagana, si querian retirarse á ella.

No les pareció que mudaban de instituto: pues pelear contra los sarracenos ó contra los idólatras prusianos, todo era trabajar por la estension de la religion cristiana. Entraron con su armada mision por aquellos paises bárbaros, y se hicieron soberanos de lo que ahora se llama Prusia Ducal. No fué el zelo siempre religioso el que les puso las armas en la mano, pues tuvieron muchas guerras contra suecos, dinamarqueses y polacos, y aun acometieron á los alemanes tan cristianos como ellos. Desde esta parte de la Prusia que se les habia cedido, ya se habian adelantado por la que se llama Real, y no querian rendir homenage á la Polonia. Alberto de Brandembourg, su gran maestre, ántes que someterse á esta ceremonia, quiso mas bien renunciar y abandonar todas las posesiones de su órden en esta provincia; y el rey de Polonia, en recompensa, le dió en propiedad la Prusia Ducal. Cabe la sospecha de que esta pretendida delicadeza de Alberto sobre el punto de honor con respecto del homenage, fuese tal vez un arbitrio concertado entre el rey de Polonia y él para hacerse propietario de la Prusia Ducal. Desde que se vió en posesion no quiso ya sufrir compañeros de su soberanía, y se dedicó á escluir los caballeros. Éstos se retiraron á Franconia, y despues se dispersaron. Tuvo fin el gobierno teutónico de Prusia por los años de 1500; pero todavía subsiste en muchos territorios, así de Alemania como de Italia, en donde hay en el dia encomiendas con el título de Bayliages. Hay unos comendadores católicos, y otros protestantes: los católicos están obligados á cierto rezo y al celibato. Se elige el gran maestre en capítulo de la órden, y recibe la investidura del emperador. Cárlos Alejandro de Lorena, condecorado con este título por el emperador en 1769, hizo elegir por coadjutor al archiduque Maximiliano

---

PRUSIA MODERNA.

La Prusia moderna es un reino hecho á mano, que se ha ido formando sucesivamente de las partes que se estienden irregularmente desde la Polonia al Rhin, con el cual toca por el ducado de Cleves. Pocos estados de consideracion hay en Alemania, con que el elector de Brandembourg y rey de Prusia no confine por algunos puntos: y esta circunstancia la hace muy importante respecto de la mayor parte de príncipes alemanes, de los cuales teme y es temido. Poblaron estos paises los suevos, los venetos, los sajones y los vándalos, y por consiguiente estuvieron por largo tiempo sin costumbres uniformes. Al presente han adoptado en general las de los alemanes. Los habitantes son libres en su creencia; pero la corte profesa el calvinismo y el luteranismo. Hay allí colonias de franceses refugiados, que hacen florecer las artes. Aunque viven sujetos á un gobierno militar y absoluto, son bastante felices.

La casa de Brandembourg es la que ocupa el trono, que ella misma se ha construido y consolidado. Se llama esta familia Hohenzollen, y su origen se pierde en la antigüedad; pues desde el año 800 se halla un Hohenzollen, conde de Brandembourg, por sobrenombre *Tasillon* cuyos descendientes se señalaron en todas las guerras de Alemania. Á mediados del siglo XIV fueron redondeando sus estados estos príncipes, cosiendo los retazos que quitaban á los paises vecinos. Las piezas de mas importancia son las dos Prusias, que los caballeros del órden Teutónico adquirieron para la religion cristiana, y sujetaron á su dominio. Á fuerza de ir cercenando han llegado los príncipes de Brandembourg á quitárselas enteramente á este órden militar, del cual ya se habian hecho grandes maestres, y por último le destruyeron para aprovecharse de sus dominios. En 1415, como ya hemos dicho, la dignidad electoral se confirió á los marqueses y margraves de Brandembourg.

El primero que tuvo esta dignidad se llamaba Federico, grande político y guerrero; pero le escedió en ambos talentos su hijo Federico II, llamado *Diente de hierro* por sus muchas fuerzas, y mas honoríficamente el *Magnánimo*, porque no quiso las coronas de Polonia y de Bohemia, por no poder apropiárselas sino con injusticias. Muchos sucesores de éste tuvieron sobrenombres que pintan en una sola palabra su carácter, como Alberto *Aquíles*, Juan el *Ciceron*, Joaquin el *Nestor*: todos se fueron engrandeciendo, unos por conquistas, otros por alianzas ó por venturas políticas. Joaquin II fué el que introdujo en sus estados la religion luterana: su hijo Juan Jorge fué amante de la paz: á Joaquin Federico le llamaron el *Prudente*. Juan Segismundo aumentó sus estados con los ducados de Cleves y de Juliers. Jorge Guillermo su hijo se vió, á pesar suyo, empeñado en las guerras de sus vecinos, que eran mas fuertes que él, y así sus estados fueron perpetuamente asolados por los ejércitos imperiales y los suecos; por lo cual los dejó disminuidos, descantillados y debilitados á Federico Guillermo, llamado el *Grande Elector*.

Éste tomó posesion de los estados de su padre á los veinte años de su edad; y el valor y prudencia que entónces manifestó no se desmintieron en todo el discurso de su vida. Era prudente, advertido, insensible á los engaños del amor, reducido á sola su esposa, agradable en la sociedad, buen convidado, vivo y pronto; pero fácilmente se sosegaba. Era al mismo tiempo benigno y humano, y solo por necesidad hizo la guerra. Se le mira como restaurador del poder de su casa, y fundador de su gloria: le dieron el nombre de *Grande*.

Viéndose su hijo Federico III con una autoridad bien establecida, asegurada con buenas tropas, y apoyada con abundante hacienda, emprendió colocar una corona sobre la insignia electoral, y lo consiguió, porque en 1701 le concedió el título de rey el emperador Leopoldo, el cual nada añadió á su poder, y no hizo mas que contentar su vanidad, y satisfacerle en su gusto por las ceremonias.

Sofía Carlota de Hanover, su esposa, se distinguió no ménos por su mérito literario que por las virtudes de su sexo. Ésta llevó á Prusia el espíritu de sociedad, la verdadera cultura, y el amor á las ciencias y á las artes. Á esta debe su fundacion la Academia de Berlin, para la que llamó muchos sabios, y entre otros á Leibnitz. Con ser tan metafísico le cortó muchas veces Sofía con sus cuestiones y preguntas. Él la solia decir: «Señora, no hay medio para contentaros, quereis saber el por qué del por qué.» En su última enfermedad no quiso recibir un ministro de su religion, sin duda porque no se hubiera conformado con el; y á las instancias que le hacian respondió: «Dejadme morir sin disputar.» Á una de sus damas de honor, que lloraba junto á su cama, la dijo: «No me llores, porque ahora voy á satisfacer mi curiosidad sobre los principios de las cosas que Leibnitz no me



Federico II. de Prusia

Digitized by Google

ha podido esplicar acerca del espacio, el infinito, el ser y la nada. Tambien preparo al rey mi esposo el espectáculo de una pompa fúnebre, en el que se le ofrece la ocasion de desplegar su magnificencia.» Con efecto, fueron soberbios los funerales que la hizo. Este principio, tan cuidadoso en aparentar, era muy contrahecho y la

[illegible]

c

rando hacia el cadalso. Le dejó su padre por algun tiempo en la prision, y le hizo trabajar en las secretarias de guerra y hacienda, sin distinguirle de los otros empleados. No le concedió libertad alguna hasta que estuvo casado, y aun no tomó sobre si el yugo de himeneo por su gusto sino por la voluntad de aquel padre inflexible y absoluto.

En el retiro de ocho años que se siguió á su casamiento, empleó el tiempo Federico en profundas meditaciones sobre todos los asuntos del gobierno, y principalmente sobre la guerra, mirándola como esencial para mantener su reino. Viéndose cercado de vecinos poderosos y envidiosos, bien fuese por entretener su ejército, ó bien por hacerle aguerrido, se vendia ya al uno, ya al otro, y de este modo balanceaba la mala voluntad de todos. Por este medio se puso en estado de resistirles, cuando cansados de sus variaciones, que ellos llamaban sus infidelidades, se reunieron para oprimirlo. Pasmó á sus enemigos el rey de Prusia [illegible] bia y nueva,
de sus ór-
citos enteros
toria en una
despues á la
la frontera
sigue el que
erado hasta
ico II se le
del poeta:
cer ó morir
cuando ya
a al sosiego
e conservan
su tienda la
ninguna de
paña, ni de
ento.
Sans-Soucis,
, asi como
á la poste-
adables. Los
bourg, tra-
el Código
de sus le-
idos de un
trelo; y sus
s de César,
n verso en
ceptos que
ngua favo-
que afec-
Sintió mu-
Quiso Fe-
ta impru-
ia batallo-
desgracias;
superior,
tratan de
sobre todo
esidad de
ola con tal
ar con el
npio poeta

uatro años
otra mu-
mo á una
vicios en
que llegó
spues del
ica, en la

la que la
saban por
ierno y en
encia suya;
[illegible] idad dolorosa de su última enfermedad, que fué una hidropesia. «Conservaba, dice un testigo ocular, un aire sereno y tranquilo, sin hablar de su mal ni de la muerte. Nos trataba, prosigue, del modo mas razonable y cordial: siempre la conversacion era de los asuntos del dia, de literatura, de historia antigua y moderna, como que las poseia muy bien; pero mas principalmente hablaba del cultivo de los campos y del de las huertas, como que no cesaba de favorecerle.»

Los objetos principales de sus reflexiones eran el gobierno de su reino, el alivio de los pueblos fatigados con las guerras; de esto trataba en sus últimos dias. No cesó de ser rey hasta que dejó de ser hombre. Era Federico



Digitized by Google

ha podido esplicar acerca del espacio, el infinito, el ser y la nada. Tambien preparo al rey mi esposo el espectáculo de una pompa fúnebre, en el que se le ofrece la ocasion de desplegar su magnificencia.» Con efecto, fueron soberbios los funerales que la hizo. Este principe, tan cuidadoso en aparentar, era muy contrahecho, y la reina le llamaba su *Esopo*. De él se decia que era grande en las cosas pequeñas, y pequeño en las grandes; pero tuvo la habilidad de conservar en paz sus estados, mientras á los vecinos los asolaba la guerra, lo cual es mas que mediano mérito. Tiene la desgracia de verse colocado en la historia entre un padre y un hijo, cuyos superiores talentos le han eclipsado.

Este hijo fué Federico Guillermo, segundo rey de Prusia, que subió al trono en 1713, á los veinte y cinco años de su edad. Llegaba ya á su fin la famosa guerra sobre la sucesion de España; y la paz que tardó poco, le proporcionó á Federico la facilidad de ocuparse con acierto en la prosperidad de su reino. En su vida privada tomó un método contrario al de su padre, siendo de gran parsimonia, y tan enemigo del fausto, cuanto el otro habia sido amigo del lujo y de gastos. En su corte era austero: su muger y sus hijos esperimentaron algunos rasgos de severidad, que en un particular se hubieran justamente reprendido. No se le conoció liberalidad sino respecto de sus tropas: en este punto era pródigo, y empleó grandes cantidades en formar un regimiento de hombres de talla desmesurada, ésta era su manía. Pero si en esto fué reprensible, tambien se le debe alabar por haber dado á la Europa el ejemplo de aquella disciplina, y de aquella manutencion que provee á todas las necesidades del soldado, pero que nada le perdona.

Para que no importunase al paisano la estancia del ejército le distribuia por las ciudades, y de cuando en cuando los juntaba en el campo para hacer las evoluciones generales, y que con estas asambleas se les hiciesen mas familiares las maniobras. Pudieran debilitar á los pueblos las levas ó quintas numerosas, y por esto tenia órden cada capitan de reclutar los que pudiese en el imperio; bien que cada prusiano nace soldado como en la Suiza. Federico Guillermo favoreció al comercio, á las manufacturas y á las artes, alentándolas con premios. La hidropesía, que le atormentó por seis años, no le impidió ocuparse en los negocios del gobierno hasta el último instante de su vida. Examinaba como físico los progresos de su enfermedad y señaló sin asustarse el término. Cuando murió dejó un ejército de setenta mil hombres, manteniéndolos con su economía, sin gravar á los pueblos; y además de esto tenia lleno su tesoro, y habia establecido un órden maravilloso en todos los puntos.

Federico II su hijo subió al trono á los veinte y ocho años de su edad. Aunque se habia criado como cualquiera particular, y sin ser iniciado en ciencia alguna, fué tal la fuerza de su ingenio, que todas las aprendió, cultivándolas como rey, sin que este gusto le dominase tanto, que le quitase un momento de los que tenia destinados á su obligacion. Por haber querido sustraerse del imperio despótico de su padre, corrió peligro su vida, y no se libró absolutamente del suplicio, pues le obligaron á presenciar el de un jóven su amigo, compañero de su fuga y de su desobediencia, y cuando el hacha fatal iba á caer sobre el cuello de aquel desgraciado, estaban cuatro granaderos teniendo la cabeza del principe mirando hácia el cadalso. Le dejó su padre por algun tiempo en la prision, y le hizo trabajar en las secretarías de guerra y hacienda, sin distinguirle de los otros empleados. No le concedió libertad alguna hasta que estuvo casado, y aun no tomó sobre sí el yugo de himeneo por su gusto sino por la voluntad de aquel padre inflexible y absoluto.

En el retiro de ocho años que se siguió á su casamiento, empleó el tiempo Federico en profundas meditaciones sobre todos los asuntos del gobierno, y principalmente sobre la guerra, mirándola como esencial para mantener su reino. Viéndose cercado de vecinos poderosos y envidiosos, bien fuese por entretener su ejército, ó bien por hacerle aguerrido, se vendia ya al uno, ya al otro, y de este modo balanceaba la mala voluntad de todos. Por este medio se puso en estado de resistirles, cuando cansados de sus variaciones, que ellos llamaban sus infidelidades, se reunieron para oprimirle. Pasmó á sus enemigos el rey de Prusia con una táctica sabia y nueva, y con la presteza de sus movimientos. Bajo de sus órdenes parecia, nó que marchaban los ejércitos enteros sino que volaban. El mismo, ganada una victoria en una frontera de sus estados, aparecia dos dias despues á la cabeza de otro ejército, y ganaba otra en la frontera opuesta. Tenia por principio que solo consigue el que porfía, y así se le vió dar á un campo atrincherado hasta siete asaltos en un dia y ganarle. Á Federico II se lo podia aplicar aquel dicho casi intraducible del poeta: *Deliberata morte ferocior*. Determinado á vencer ó morir inspiraba terrible valor á sus soldados; pero cuando ya estaban hechos los preparativos, se restituia al sosiego de un hombre libre de todo cuidado. De él se conservan cartas y piezas en verso, compuestas en su tienda la noche que precedia á una batalla decisiva, y ninguna de ellas se resiente de la turbacion de la campaña, ni de las inquietudes indispensables en aquel momento.

Los trabajos literarios del filósofo de Sans-Soucis, que es el nombre de su palacio de descanso, así como son motivo de admiracion ahora, pasmarán á la posteridad; porque los hay útiles y los hoy agradables. Los útiles son una historia de la casa de Brandembourg, trazada en grande como de la mano de un rey; el Código-Federico, notable por la imperiosa brevedad de sus leyes; sus principios de gobierno, consignados de un modo que le hace honor en su *Contra Maquiavelo*; y sus propios anales, que pueden compararse con los de César, á quien llevaba la ventaja de haber puesto en verso en un poema *sobre el arte de la guerra* los preceptos que practicaba. Los dió en francés, que era su lengua favorita; pero no obstante la pureza y correccion que afectaba, se le deslizaron algunos germanismos. Sintió mucho la censura de estos pequeños defectos. Quiso Federico luchar con el impío Volter: y este poeta imprudente por no haber querido ceder á quien tenia batallones á su disposicion, esperimentó algunas desgracias; fuera de que el principe le era infinitamente superior, porque le escede mucho siempre que los dos tratan de materias políticas ó intereses de principes, y sobre todo de la religion. Si el monarca trata de la necesidad de arreglar las opiniones de sus pueblos, habla con tal moderacion que hace un contraste singular con el amargo zelo y el odio entusiástico de aquel impío poeta y mal filósofo.

Murió Federico II en 1786, á los setenta y cuatro años de su edad. No dejó hijos ni de su esposa ni de otra muger alguna, bien que á su esposa la trataba como á una simple conocida. Los calumniadores hallaron vicios en esta indiferencia con el otro sexo; pero hasta que llegó á una edad avanzada, toda su diversion, despues del trato con los hombres de letras, era la música, en la cual era escelente.

No seria fácil hallar otra vida mas ocupada que la suya; porque todos los asuntos y negocios pasaban por su mano. Desde las cinco de la mañana en invierno y en verano iban sus secretarios al trabajo en presencia suya; y continuó sus ocupaciones hasta en la penalidad dolorosa de su última enfermedad, que fué una hidropesía. «Conservaba, dice un testigo ocular, un aire sereno y tranquilo, sin hablar de su mal ni de la muerte. Nos trataba, prosigue, del modo mas razonable y cordial: siempre la conversacion era de los asuntos del dia, de literatura, de historia antigua y moderna, como que las poseia muy bien; pero mas principalmente hablaba del cultivo de los campos y del de las huertas, como que no cesaba de favorecerle.»

Los objetos principales de sus reflexiones eran el gobierno de su reino, el alivio de los pueblos fatigados con las guerras; de esto trataba en sus últimos dias. No cesó de ser rey hasta que dejó de ser hombre. Era Federico

Digitized by Google

el Nestor de los monarcas de su siglo. Aunque habia nacido débil, llegó con la fatiga y el trabajo á formarse un temperamento robusto. Lo que en él censuran es el despotismo; y algunas acciones de dura severidad, que le son consiguientes. Indiferente, como hemos dicho, para el mirto de Venus, mereció los laureles de Apolo y Marte; y dejó al hijo de su hermano un reino floreciente, con fuerzas capaces de hacerle el árbitro de la Europa.

Entró á reinar con el nombre de Federico Guillermo II. Esperábanle amargos dias de prueba. La revolucion francesa, dando á las alianzas europeas y á las transacciones internacionales una nueva direccion, alarmó á todos los gobiernos. El rey de Prusia no pudo ver con indiferencia que el monarca francés gimiese en una prision en la que le habian encerrado sus vasallos. En 1792 penetró, pues, en Francia á la cabeza de un numeroso ejército. Al principio fué feliz, pero muy luego las enfermedades se cebaron en sus tropas, y, sufriendo éstas algunas derrotas, se vió Federico Guillermo obligado á entrar en trato con los republicanos. En 1793 se alió con la Rusia contra la Polonia, se apoderó de Dantzick, de Thorn, y de Cracovia; mas no pudo penetrar en Varsovia. Un año despues la Inglaterra se empeñó á entregarle cincuenta millones de francos con la condicion de que pusiese en campaña sesenta y dos mil hombres contra la Francia. Hízolo; pero, gastado el estipendio, firmó con los republicanos en 1795 la paz de Basilea, y murió en 1797.

Sucedióle su hijo Federico Guillermo III. No se mostraba dispuesto este príncipe á tomar parte en las grandes disensiones que traian revuelto al continente. Cansado de la guerra su pais, á ejemplo de la España, deseaba permanecer pasivo espectador de aquellas sangrientas lides. Ni el oro de la Inglaterra, ni las sugestiones del Austria, ni las intimaciones casi amenazadoras de la Rusia pudieron obligar á Federico Guillermo III á que abandonase su pacífico sistema. Parecia que el estampido del cañon no tenia fuerza para despertar á los sucesores de Federico el Grande. Pero, al fin, viendo que Napoleon tenia ya casi postrada á sus piés al Austria, pensó que era llegado el caso de oponerse al engrandecimiento de aquel coloso. Hízolo en 1806. Fuéle sin embargo contraria la suerte de las armas en Jena y en Averstaedt: ocupó Napoleon las principales ciudades de su reino, entró triunfante en Berlin, y arrebató á la Prusia la mitad de su territorio. Atada la nacion al yugo del monarca francés, devoró en silencio por espacio de seis años la afrenta que sigue á una completa derrota. Pero, á fines de 1812, con la noticia de que medio millon de hombres, mandados por Napoleon, habian encontrado un sepulcro en los hielos de la Rusia, se levantó la Prusia entera, conociendo que era llegada la hora de recobrar los estandartes perdidos en Jena. Con efecto, contribuyeron poderosamente sus habitantes á devolver á la Francia las humillaciones que habia hecho sufrir á los demás pueblos. Los que habian entrado triunfantes en Berlin tuvieron que recibir en Paris como vencederos á los vencidos de otros dias. Cuando Napoleon volvió de la isla de Elba, los prusianos al mando de su general Blucher, aunque vencidos en muchos encuentros, volviendo al campo de batalla, en vez de retirarse decidieron la victoria de Waterloo, en donde la fortuna de Napoleon dió el último suspiro. Desde entónces la Prusia disfrutó de una paz completa, en cuyo seno murió Federico Guillermo III año de 1840.

Su sucesor Federico Guillermo IV entró á reinar á la edad de cuarenta y cinco años. Viendo que el monarca francés Luis Felipe gobernaba su reino tranquilamente, apesar de regir en Francia el sistema representativo, pensó en ganarse el título de regenerador político de la Prusia. La gloria que ambicionó no estaba exenta de peligros. Grangeóse la oposicion de los enemigos de reformas, sin captarse la benevolencia de los partidarios de las mismas. Debia ser el blanco de la ingratitud de sus vasallos, como en su época lo fué tambien el pontífice Pio IX. Al saberse en Berlin en 1848 que los parisienses habian proclamado la república, sublevóse el pueblo, lidió contra la tropa, la venció, obligó al rey á saludar mientras pasaban por debajo de los balcones de su palacio los cadáveres descubiertos de los paisanos que habian sucumbido en la lucha, y exigió de él la convocacion de una asamblea constituyente. Pero, comunmente, lo que á la fuerza se gana, por la fuerza se pierde. Pareciendo que cedia, ganó tiempo el rey para dar un golpe de estado, apoyándose en el ejército, y disolviendo la asamblea cuya mayoría le era contraria. Sin embargo para tener de su parte la opinion pública, al mismo tiempo que disolvia la constituyente, otorgaba á sus súbditos una constitucion acaso mas generosa de la que de los constituyentes hubieran obtenido.

SAJONIA.

La Sajonia, repartida en muchos círculos, contiene una multitud de principados. Es fértil en toda especie de producciones, y famosa por sus minas. Por atravesarla muchos rios grandes, y rematar en las riberas del Báltico, está en ella en su vigor el comercio. El elector de Sajonia posee tambien la Misnia. Los sajones son altos, robustos, sociables, y gustan de la buena mesa. La nobleza no sufre casamientos desiguales; y para castigarlos no se contenta á veces con el desprecio y la esclusion de su cuerpo, pues ha habido familias que han perseguido hasta la muerte á los delincuentes en esto. No es estraño que allí sea el luteranismo la religion dominante, siendo un pais que vió nacer á Lutero, y le vió igualmente favorecido por el duque de Sajonia en la propagacion de su secta. En ninguna parte se habla la lengua alemana con mas gracia y pureza.

Por el valor hereditario de los sajones se ha creido que descienden de los macedonios, y otros, por sus nombres los juzgan originarios de los saxos, tribu de escitas. En los tiempos mas remotos los gobernaban doce campeones, al parecer los mas ilustres de sus guerreros. Carlo Magno se dice que hizo infelizmente famosos á los sajones, quitando la vida á los que no se convertian. Esta nacion se estendia entónces hasta las riberas del Rhin y su gefe Witikind peleó por mucho tiempo, aunque al fin se sometió. Los soberanos de Sajonia siempre se han tenido por descendientes de aquel hombre ilustre, y la casa que hoy reina se precia de tener este origen. Cuenta muchos hombres grandes con los sobrenombres de *el Grave*, *el Pacífico*, *el Constante*, *el Piadoso*, *el Magnánimo*. Algunos tuvieron coronas, y otros no quisieron admitirlas. Desde la mitad del siglo IX en que empieza la serie de los duques de Sajonia, se cuentan hasta treinta y seis, casi sin interrupcion alguna, por lo cual se ve que la mayor parte de estos príncipes llegaron á una edad muy avanzada, no obstante que la mayor parte de ellos vivieron en medio de las guerras. Federico Augusto, que murió en 1763, tuvo de su esposa, María Josefa de Austria, once hijos vivos, por medio de los cuales se enlazó con las primeras casas de Europa, casándose las hijas con los príncipes, y los hijos con las princesas. Napoleon erigió en reino en 1806 la Sajonia electoral, pero en 1814 por decision del congreso de Viena, fué incorporada con la Prusia.

BAVIERA.

En otro tiempo tuvo Baviera el título de reino, y sus límites se estendian mucho mas que los actuales. La moderna contiene ciudades considerables, y algunas, á título de imperiales, están exentas de la jurisdiccion del Elector. En el siglo XIII un duque de Baviera, llamado Luis II, que habia reunido todas las posesiones de sus mayores, las repartió entre sus hijos Rodulfo y

Luis: al primero le dió el Palatinado del Rhin, al segundo la Baviera, y hubo entre estas dos ramas un pacto de familia para asegurarse las sucesiones y reversiones recíprocas. Estos mismos estados, despues de haber pasado varias veces de una rama á otra, se reunieron en 1777 en Cárlos Teodoro, elector Palatino; y el electorado de Baviera quedó suprimido despues de haber contado desde el siglo X cuarenta y dos duques. La religion dominante de Baviera es la católica. Napoleon, ganada la batalla de Austerlitz, erigió la Baviera en reino á favor de su aliado Maximiliano quien murió en 1825. Sucedióle Luis Cárlos Augusto famoso por sus amores con la bailarina Lola Montes, que á la ligereza de sus piernas debió el poder de un salto pasar desde el proscenio á las gradas del trono. Disgustado el monarca en vista de la impopularidad que se habia grangeado abdicó en 1848.

PALATINADO.

El nombre de Palatinado viene de los condes de Palacio, á quienes los reyes de Alemania confiaron la administracion de diferentes provincias. Eran originariamente los primeros oficiales de los palacios de aquellos príncipes, y así hubo condes palatinos de Franconia, de Suabia, de Sajonia, de Baviera y de otras partes de Alemania, en la decadencia del imperio de Carlo Magno. Difícil seria individualizar los pueblos de cada Palatinado, esto es, indicar su respectivo orígen. La confusion de lenguas que reinaba en aquellos paises es una prueba de la confusion de las naciones. Los gaulas, los romanos y los germanos de todas castas y denominaciones se acercaron, y se separaron de las riberas del Rhin en perpetuo flujo y reflujo. Por la necesidad de entenderse tuvieron que adoptar recíprocamente unos de otros palabras, que se han hecho comunes entre ellos, de las cuales se ha formado la lengua *romance*, que se usa en el norte de la Francia, y se llama así porque su basa es la lengua latina; pero ya el tudesco, ó antiguo aleman, ha sobresalido, y se ha conservado hasta nuestros dias entre los alemanes que están á los dos lados del Rhin, aunque ménos pura que en el centro de Alemania.

Segun parece fueron abolidos los Palatinados á fines del siglo X, no quedando otro que sea notable sino el del Rhin, que tenia su silla en el palacio de Aquisgran, en donde guardaba el palatino los ornamentos imperiales, por lo que se ha creido que en caso de vacante tenia el vicariato del imperio. Se conserva una lista de aquellos oficiales ó príncipes palatinos, desde 993 hasta 1214, en que el Palatinado cayó en la casa de Baviera, la cual ha tenido muchas dinastías. La primera se llamaba Rodulfina; la segunda que fué la Robertina, acabó en 1410: la tercera llamada Electoral de Heydelberg, duró hasta 1559: la cuarta que era la de Simmeren, se estinguió en 1585. Federico III, de esta misma rama, aunque lo llamaron el *Piadoso*, estableció el calvinismo en sus estados. Á esta rama sucedió la quinta de los príncipes de Neubourg, que subsistió hasta el año 1772, en que Cárlos Teodoro, de la rama de Sultzaback, elector ya de Baviera, unió á ésta el Palatinado, y por su muerte pasó, segun las antiguas convenciones, á la rama de *Dos Puentes*.

En los paises por donde corre el Rhin, ó en los inmediatos, es difícil hallar castillos ó fortalezas, cuyos bastiones medio abiertos no indiquen esfuerzos facinerosos, ni ciudades que no se hayan fundado sobre las cenizas de sus antiguos edificios, ni campos que no hayan sido regados con sangre humana. Recientemente, en el reinado de Luis XIV, esperimentó el Palatinado todos los horrores de la devastacion. Parece que este infeliz pais en todos tiempos ha sido sacrificado á la carnicería y los incendios. En 1462, y en el gobierno de Federico II, uno de sus príncipes, fué cruelmente saqueado por diez y ocho príncipes vecinos que se habian coligado contra él; pero los venció. Cayeron en sus manos una multitud de nobles y tres príncipes. Á estos ilustres prisioneros dió Federico en su castillo de Heydelberg un magnífico convite, en que sirviéndose todo con abundancia, faltó el pan, y pidiéndole los convidados, respondió el príncipe: «Es justo que los que venis á asolar las campiñas, á destruir las cosechas, á quemar las granjas y graneros, á arruinar los molinos, y reducir los inocentes labradores á la mendicidad, sepais lo que es la falta del pan.» Desde el principio del siglo X hasta ahora se cuentan treinta y ocho príncipes Palatinos, que se cruzan y confunden con los de Baviera. En 1777, extinguida la antigua rama de Baviera, el Palatinado se incorporó con aquella.

BRUNSWICK-HANNÓVER.

La casa de Brunswick, que posee el electorado de Hannóver y la casa de Este, que posee los estados de Este en Italia, reconocen por tronco comun al marqués Azzan, soberano de Génova, Milan y muchos paises de la Lombardía, á fines del siglo X. Cunegunda, heredera de los Güelfos, que era entónces la casa mas poderosa en el centro de Alemania, lo llevó á los dominios de su familia en Germania y en Baviera.

De Azzan procedieron dos ramas florecientes, que han poseido vastos estados en Alemania y en Italia, y se ve que la rama de Lunebourg tomó á principios del siglo XIII el nombre de Brunswick. Debe advertirse que el príncipe Guillermo, tronco de esta rama, nació por una casualidad, bien singular, en el siglo XII, de una inglesa y en Inglaterra, habiendo de tener sus descendientes la corona de este reino seis siglos despues. Otra particularidad fué que á fines del siglo XVI, viéndose la rama de Lunebourg cargada con siete hermanos convinieron entre sí en que para no debilitar el poder de su casa esponiéndose á dejar demasiados herederos con derecho á que se repartiesen los estados, solamente se casaria uno. El electorado de Hannóver es el mas moderno de todos. Creado en 1708 para Jorge I, está en la rama de Brunswick Lunebourg, que ha añadido á sus estados la corona de Inglaterra; pero ya ántes de ser electorado reconocia aquel pais desde los últimos años del siglo X treinta y cuatro príncipes. El último de éstos fué Jorge Guillermo III, que sucedió en 1760 á Augusto I, hijo del primer elector. Napoleon le arrebató á la rama reinante; pero á él se lo arrebató despues tambien el congreso de Viena, erigiéndole en 1814 en reino á favor de los príncipes de Inglaterra á quienes pertenece y le gobiernan por medio de un virey.

MAGUNCIA, TRÉVERIS Y COLONIA.

Todo cuanto pudiéramos decir de los tres electorados eclesiásticos, Maguncia, Tréveris y Colonia, interesaria muy poco á los que no son de aquellos paises. La Alemania está llena de principados, obispados, abadías, así de hombres como de mugeres, que gozan de soberanía. Las familias poderosas, y casi todas enlazadas entre sí, poseen los estados que podemos llamar *legos*, con el título de *duques*, *condes*, *marqueses*, *margraves*, *landgraves*, *burgraves*, *ringraves*, y otros nombres mas ó menos conocidos. Todos han tenido famosos guerreros ó sugetos estimables por otras calidades. En un pais de esclavitud se llaman humanos y benignos los príncipes que no agravan demasiado el yugo de la servidumbre el cual es mucho mas suave en los territorios sujetos á los eclesiásticos.

Todos estos príncipes, grandes y pequeños, eclesiásticos y legos, gozan de todos los derechos de soberanía, acuñan moneda, y levantan tropas: y esta diversidad

de monedas, por el nombre y la calidad tan diferentes, causan mucho estorbo para el comercio. El derecho de peazgo sobre pasar de un dominio á otro, pone igualmente trabas. Tiempo hubo en que estos príncipes mandados por los diplomas imperiales, llevaban en persona sus vasallos á la guerra; y así se vieron obispos, abades y aun abadesas, que, dejando el báculo pastoral tomaban los bastones de comandantes. De estas tropas, y de las ciudades imperiales, las cuales no envian los ciudadanos mas ricos ni mas valientes, se compone lo que llaman el *contingente del imperio*; el cual se junta con tanta lentitud, se presenta en campaña tan tarde, y la deja tan temprano.

El gobierno de las ciudades grandes es generalmente aristocrático, mezclado con mas ó ménos democracia, y está espuesto á muchos alborotos. Se prestan mútuamente el servicio de enviar tropas para sosegar las inquietudes que nacen en su propio seno, y algunas veces el emperador y los propios vecinos se interesan en sus debates, ó porque los llaman ó porque quieren. Pero estas intervenciones, aunque con mano armada, en nada perjudican la soberanía de las ciudades auxiliadas, porque si esos protectores pensasen en aprovecharse de la ocasion para restablecer su dominio, se reunirian todas contra el opresor. En estos casos se arreglan los medios, á lo que se llama *derecho público de Alemania*, que es una ciencia muy complicada, y pide mucho estudio, y así los doctores que la poseen están con ella muy ufanos. Debe confesarse no obstante que estas leyes, aunque estimables en el fondo, siempre se parecen á las demás, que ingeniosamente se comparan á la tela de araña, *porque detienen á las moscas pequeñas, y dejan pasar á los moscardones.*

HOLANDA.

El nombre de Paises-Bajos que dan á la Flandes denota su situacion hácia donde corren las aguas de Alemania. Las tierras de la parte Septentrional, estrechadas por el mar que rechaza los rios, siempre parece que amenazan una inundacion general, en la que van á quedar sumergidas, ó por las espumosas olas del vasto mar que algunas veces dan contra los diques con furor, ó por las olas mas pacíficas de los rios, que, robando sordamente aquellos terrenos, se van introduciendo y formando cavernas. Por esto á toda aquella parte del pais se le da el nombre de Holanda, que quiere decir tierra hueca. Á veces presenta esta tierra el mas lastimoso espectáculo, pues á pesar de los diques quedan inundados los campos y fugitivos sus habitantes se ven precisados á ir sobre barcas á buscar en los pisos mas altos de sus casas lo que las aguas no hayan arrebatado.

Aquellas tierras, poco levantadas sobre el nivel del agua que las cerca y las empapa, bañadas con densos rocíos, se cubren de un verdor, que rara vez se marchita con los ardores del sol, porque los debilita una atmósfera espesa. En aquellos abundantes pastos andan lentamente errantes numerosos rebaños, que con el jugo y abundancia de sustentos están pesados, y por lo mismo son tambien muy fecundos. Esta es la riqueza natural, á la cual la industria añade la opulencia de un comercio activo de grande estension. Los holandeses son tenidos por poco escrupulosos en punto de ganancias, y así se dice por chiste: «Que en su pais el demonio del oro está coronado de tabaco, y sentado sobre un trono de queso.»

Entre los diversos pueblos que habitaron aquellas lagunas en los remotos tiempos, fueron los mas famosos los bátavos. La historia nos enseña que, aunque acometidos muchas veces por los romanos, nunca éstos los vencieron, pero llegando á ser sus amigos, les merecieron estimacion, así por su valor como por su probidad. Los emperadores mantenian un cuerpo de bátavos para su guardia. No han degenerado de sus mayores los modernos; pues la sangre que corre por sus venas ha hervido siempre con el valor mas noble cuando se ha atentado á su libertad. El nombre de patria, que algunas veces parece haber hecho milagros, es muy poderoso entre los holandeses en todos los órdenes del estado, y es el que hace respetar las leyes, y soportar las cargas sin murmurar.

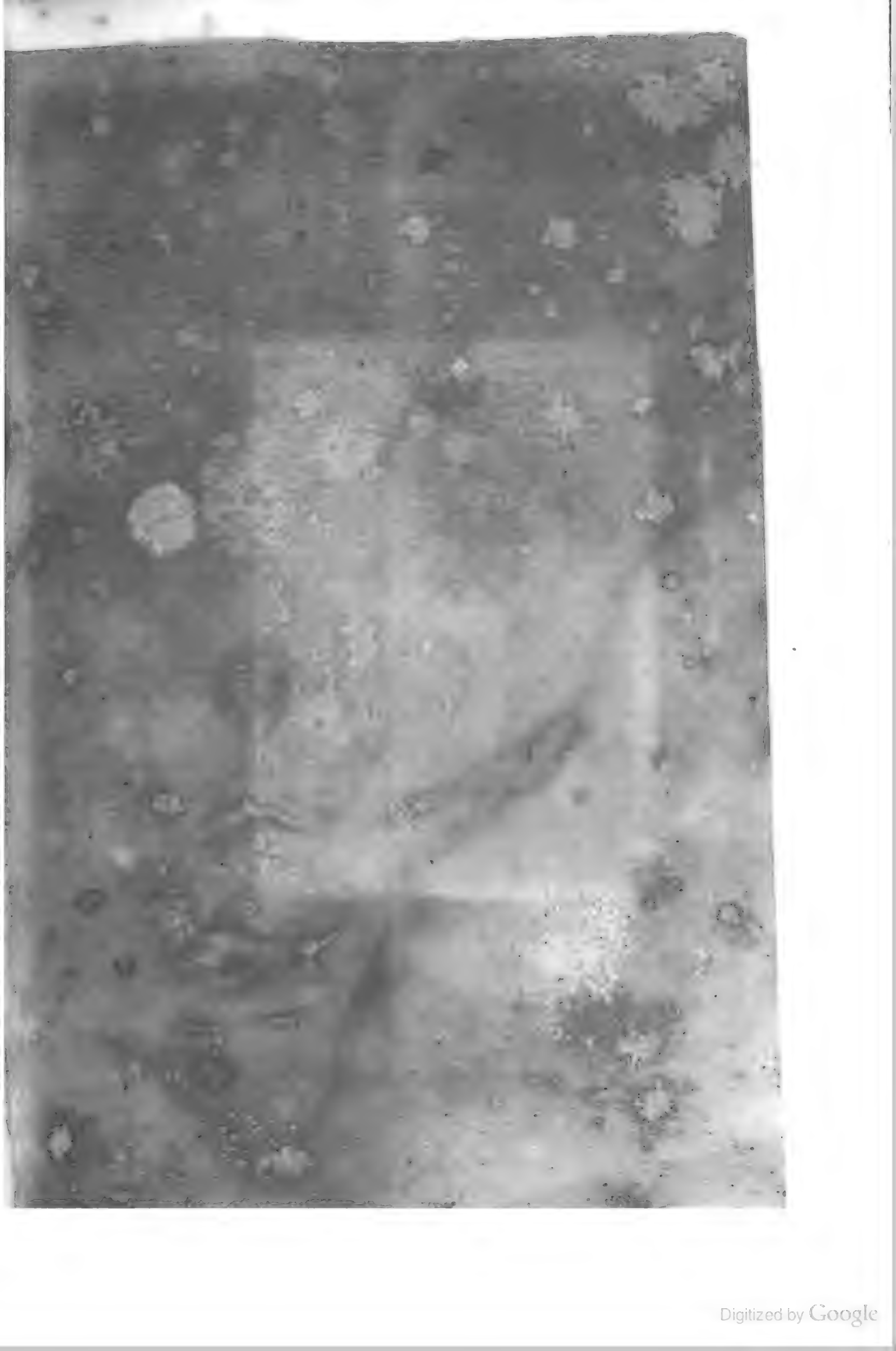
No puede contarse la liberalidad entre las virtudes de los holandeses, pues su economía degenera muchas veces en avaricia. Gustan de cubrir las paredes de sus casas con mármoles y loza fina, y adornarlas con espejos sobre preciosas tapicerías, y pinturas de los principales maestros, y de pisar soberbias alfombras y esteras finas, cargando sus bufetes de pirámides de la mas preciosa china, y gustan de contemplar esta magnificencia. Sus mugeres lo disponen todo para que haga buena vista; pero rara vez presentan estas cosas en la mesa, pues por costumbre en esta se observa la mas estrecha frugalidad. Rara vez ofrecerá un holandés algunas de aquellas superfluidades, por las cuales mendiga en cierto modo nuestra admiracion, cifrando todo su gusto en que nos pasmemos de verlas.

El aseo de los holandeses pasa por manía; pero es una juiciosa precaucion que el aire húmedo en que viven hace necesaria. Á lo ménos una vez cada semana lavan las casas de arriba abajo: cada dia se limpian fuertemente las maderas, y las repintan muy á menudo, y por estos medios consiguen que no se propaguen con la humedad los insectos. En el menage de un holandés están muy brillantes los utensilios de cocina; y los vasos que sirven para las maniobras de la leche, limpios y relucientes. Comunmente cuidan las mugeres ménos de su persona que de sus muebles. Son imperiosas y castas. Las doncellas se permiten algunas galanterías; pero se abstienen de ellas severamente en casándose. En la república se ha conservado la nobleza; pero como no tiene privilegios figura poco. El populacho de mar es brutal; el de las ciudades grosero y sórdidamente codicioso. El ciudadano holandés es el hombre mas flemático, triste hasta en los mismos placeres.

Los romanos llamaban Bélgica á los paises situados al norte de los gaulas, y reconocian dos, contiguas. La primera contenia lo que hoy se llama Brabante y sus anejos: la segunda consistia en las provincias mas cercanas al mar, y son las que hoy componen la Holanda. Á lo que parece se gobernaron desde luego estos paises por reyes mas ó ménos poderosos; y uno de ellos, llamado Civil, ganó muchas victorias á Cereal, general romano. El carácter soberbio y belicoso de estos pueblos puso á los emperadores en precision de mantener grandes guarniciones en las riberas del Rhin. Despues de verse envueltos en los alborotos del imperio, cayeron los bátavos bajo la dominacion de Carlo Magno y sus descendientes; y cuando se estinguió esta familia, esperando aquellas provincias un gobierno estable, esperimentaron revoluciones interiores. Algunas veces se separaron, y estuvieron independientes las unas de las otras: en otros tiempos formaron un solo estado bajo una cabeza ó se dividieron en ducados ó condados. La Frisa fué reino; Brabante y la Güeldres, ducado; Flandes y Holanda, condado. Los obispos de Utrech, como algunos de sus vecinos, fueron soberanos, y unos prelados, que mas veces manejaron la espada que el báculo pastoral.

Todos aquellos príncipes reclamaban con frecuencia en sus rivalidades la intervencion de los reyes de Francia, y éstos por otra parte miraban aquellas provincias con cierto sentimiento, porque antes habian estado sujetas á su imperio. Trataban á los flamencos como vasallos; y exigian de ellos tributos, segun las circunstancias les permitian estender, ó les obligaban á reducir sus pretensiones. La historia hace mencion de dos batallas memorables ganadas contra los flamencos por Felipe y Carlos el *Hermoso*. Por su situacion tomaron necesariamente partido estos pueblos en las disensiones de la Francia y de la Inglaterra.

Digitized by Google



Digitized by Google

de mo
tes , c
cho de
igualm
manda
sona s
abadé
toral
tropas
vian l
pone l
junta
tarde ,
El g
aristo
está e
te el
tudes
empe
bates
tas in
perju
que
la o
toda
medi
que
tudi
muy
yes
rec
á la
y de

El
ta s
Las
ma
una
me
alg
las
me
ma
se
hu
pe
los
sa
tos
tad

ag
ro
co
ra
m
a
s
la
n
p
s
e
q

g



Las inundaciones de Holanda.

Digitized by Google



Establecimiento de la Inquisicion en Flandes.

Digitized by Google

La guerra, este azote destructor por todas las demás partes, no pudo impedir que la Flandes floreciese. Estaba prodigiosamente poblada respecto de su estension, y cubierta de opulentas ciudades. Ya era célebre por su comercio y su industria cuando saliendo de la primera casa de Borgoña, descendiente del rey Roberto, que ya se habia estinguido, cayó á principios del siglo XV en

[illegible]

[illegible] de la inquisicion. No pudieron los flamencos ver estos preparativos sin espresar su horror. Asustada la gobernadora con los movimientos que ya se manifestaban, advirtió á su hermano que corria peligro de una sublevacion general, y el respondió: «Que mas queria no tener vasallos que reinar sobre hereges.» No obstante llamó al cardenal, y suavizó los edictos á representacion del conde de Egmond, señor flamenco, muy querido y respetado, á quien habia enviado la duquesa á España para que hiciese presentes los deseos del pueblo.

Pero á la sombra de la fingida mitigacion de la ley continuaba el tribunal en sus ejecuciones. Conoció el pueblo que le engañaban: se sublevaron los habitantes de muchas ciudades; violentaron las cárceles, y arrancaron á los reos de mano de los verdugos. En 1560 se formó una confederacion, que se empeñó y obligó á no sufrir [illegible] le las formas
lo por via de
de prisiones
obligacion la
itud de ca-
artesanos y
enviaron di-
taba prepa-
nto benigni-
mpo un for-
es soldados
los de espe-
a. El carac-
el espanto y

órdenes; y
nas que una
ro. Se apo-
la Inquisi-
ejo de doce
ltimos albo-
echosos en
. *el tribunal*
mitigacion
s magistra-
ntas de los
s. Cayeron
cabeza del
culpa que
os pueblos
pero eran
iento mu-
a su tribu-
que pro-
s mugeres
rincipe de
tiró á Ale-

hos lados,
aunque lo-
ban á pro-
alentarlas,
cuerpo; y
nguno dió
a una bar-
empezó á
como te-
el cono-
de que lo
retirados:
e guerra;
os solda-
en Fran-
to es un
ió pues al
este prin-
taron los

riamente
sus quejas á la gobernadora, se presentaron mal vestidos, por lo cual los cortesanos los llamaron *mendigos*; pero ellos, lejos de sentir que les diesen este nombre, quisieron honrarse con él, y tomaron por divisa una cucharita de palo que llevaban al pecho. Prohibió el duque de Alba esta señal de union, y empezó á perseguir á los que se obstinaban en llevarla. Muchos tuvieron que abandonar el pais para evitar la crueldad; y los mas pobres y desesperados se retiraron á los bosques, y se acostumbraron á vivir de rapiñas. Al primer ataque que dió el principe de Orange salieron de sus retiros, se

Digitized by Google

La guerra, este azote destructor por todas las demás partes, no pudo impedir que la Flandes floreciese. Estaba prodigiosamente poblada respecto de su estension, y cubierta de opulentas ciudades. Ya era célebre por su comercio y su industria cuando saliendo de la primera casa de Borgoña, descendiente del rey Roberto, que ya se habia estinguido, cayó á principios del siglo XV en la segunda, cuya cabeza fue Felipe, hijo del rey Juan. Gobernaron estos príncipes con suavidad. Observando atencion con la nobleza, y respetando los privilegios de las ciudades, vivieron esplendidamente en medio de sus pueblos, sin cargarlos de impuestos ni contribuciones. Si la Flandes habia sostenido su esplendor, aunque algunas veces y á su pesar hubo de entrar en el torbellino de intrigas y de guerras de los primeros duques, ¿qué floreciente no estaria con un gobierno pacífico y casi paternal? Así se vió en aquel tiempo que su industria, la variedad de las manufacturas, la elegancia de las obras en oro, lana y plata que de allí salieron, pusieron en contribucion al lujo de los otros paises, y amontonaron inmensas riquezas en su patria.

Un matrimonio dió á la casa de Austria estas opulentas provincias. El emperador Maximiliano casó con María de Borgoña, hija y única heredera de Carlos *el Temerario*, último duque de esta casa. Fue esta princesa madre de Felipe *el Hermoso*, el cual por su casamiento con doña Juana, princesa de Castilla, llegó á ceñir aquella corona. Murió jóven, y dejó todos sus estados á su hijo Cárlos V. Cuando este se presentó, muchas provincias de las que ahora componen la Holanda reclamaron una especie de independencia; pero el poder de Carlos y sus recursos políticos las hicieron volver presto á la obediencia.

Felipe II, hijo de Cárlos V, recibió la Flandes por renuncia de su padre, y se persuadió demasiado á que, pues aquellos pueblos habian dado algunos disgustos á Carlos V, eran amotinados y asustadizos; y en vez de procurar ganarlos con la suavidad, tuvo por mejor hacer mas pesado el yugo de su gobierno. Los flamencos, tratados con dureza, y mirados siempre con austera gravedad, se persuadieron á que Felipe no les tenia amor, y desconfiaron tanto de sus intenciones, que todas las acciones de este reverian para ellos sospechosas. Siempre estuvieron observandole como á un enemigo; y estas disposiciones de una y otra parte pueden considerarse como el principio de la revolucion, que arrancó las Provincias Unidas del imperio de la casa de Austria.

Las relaciones comerciales de los flamencos con la Francia y Alemania habian introducido entre ellos la heregia de Lutero y la de Calvino. Publicó Carlos V edictos rigurosos contra los sectarios de las nuevas heregias en todos sus dominios, y quiso hacerlos ejecutar en Flandes. Su hermana Margarita, reina de Hungría, á quien él mismo habia puesto por gobernadora de los Paises Bajos, suavizó, con anuencia de su hermano, la severidad de sus órdenes; pero Felipe II su sobrino, cuando se vió dueño de aquellas provincias, se mostró inflexible; y resolvió establecer allí la Inquisicion para que velase mas de cerca sobre los reformados, y detener sus progresos. Partiendo para España, en donde habia resuelto fijar su residencia, nombró por gobernadora de los Paises Bajos á María, duquesa de Parma, su hermana natural; pero con subordinacion, por no decir sumision entera, á las órdenes del cardenal de Grandvela, que sabia el secreto del rey.

Aplicó este ministro los primeros cuidados al establecimiento del tribunal de la Inquisicion. No pudieron los flamencos ver estos preparativos sin espresar su horror. Asustada la gobernadora con los movimientos que ya se manifestaban, advirtió á su hermano que corria peligro de una sublevacion general, y él respondió: «Que mas queria no tener vasallos que reinar sobre hereges.» No obstante llamó al cardenal, y suavizó los edictos á representacion del conde de Egmond, señor flamenco, muy querido y respetado, á quien habia enviado la duquesa á España para que hiciese presentes los deseos del pueblo.

Pero á la sombra de la fingida mitigacion de la ley continuaba el tribunal en sus ejecuciones. Conoció el pueblo que lo engañaban: se sublevaron los habitantes de muchas ciudades; violentaron las cárceles, y arrancaron á los reos de mano de los verdugos. En 1560 se formó una confederacion, que se empeñó y obligó á no sufrir jamas aquel tribunal en ninguna de las formas que quisiesen darle, bien fuese procediendo por via de denunciaciones, de visitas domiciliarias, de prisiones clandestinas, ó por juzgados públicos. Esta obligacion la firmaron todos los protestantes, y una multitud de católicos, nobles, ciudadanos, negociantes, artesanos y habitantes de los campos. Al mismo tiempo enviaron diputados á Madrid, y como Felipe II no estaba preparado, oyó las representaciones con bastante benignidad; pero estaba disponiendo al mismo tiempo un formidable ejército compuesto de los mejores soldados alemanes, italianos y españoles, con oficiales de esperiencia, al mando del famoso duque de Alba. El caracter activo y cruel de este general esparció el espanto y el terror.

Llegó á principios de 1567: mostró sus órdenes; y viendo la gobernadora que no la dejaban mas que una sombra de autoridad muy precaria, se retiró. Se apoderó el duque de todas las fortalezas: dió á la Inquisicion un poder sin límites: estableció un consejo de doce personas encargadas de conocer sobre los últimos alborotos, y de castigar rigurosamente á los sospechosos en punto de religion. Llamaban á este tribunal: *el tribunal de la sangre*. Á todos los que habian pedido la mitigacion de los edictos se les trató como traidores. Los magistrados, que por fuerza habian tolerado las juntas de los protestantes, fueron castigados como hereges. Cayeron bajo la cuchilla del cruel duque de Alba la cabeza del conde de Egmond y la del de Horn, sin mas culpa que la de haberse compadecido de la miseria de los pueblos sin haberse prestado á sublevacion alguna; pero eran temidos, y así para que sirviesen de escarmiento murieron en un cadahalso. Citó el gobernador á su tribunal otros señores principales flamencos: bien que procuraron huir para evitar sus pesquisas. Ni las mugeres se salvaron de su furor. Felipe de Nassau, príncipe de Orange, noble de los mas distinguidos, se retiró á Alemania, y levantó tropas sobre su crédito.

En 1568 las hizo entrar en Flandes por muchos lados, con el fin de dividir las fuerzas españolas; y aunque lograron algunos felices sucesos, que empezaban á prometer seguridad á las gentes del pais y á alentarlas, juntó las suyas el duque de Alba en un solo cuerpo; y derrotando á las del príncipe de Orange, á ninguno dió cuartel, y el de Orange logró huir casi solo en una barca. De las reliquias del ejercito formó otro, y empezó á inquietar con él al del general de Felipe II; y como tenia á su favor el afecto de sus compatriotas, el conocimiento de aquellos parages, la certidumbre de que le servirian en los ataques y protegerian en las retiradas: todo le salia bien á Nassau en este genero de guerra; mas la falta de dinero le precisó á despedir á los soldados. En aquel mismo tiempo hacia igual guerra en Francia el almirante Coligni, y decia: «Un ejercito es un monstruo que se forma por el vientre:» aconsejó pues al príncipe de Orange que pusiese en práctica este principio; y algunas felices circunstancias le facilitaron los medios.

Los primeros que hicieron presente tumultuariamente sus quejas á la gobernadora, se presentaron mal vestidos, por lo cual los cortesanos los llamaron *mendigos*; pero ellos, lejos de sentir que les diesen este nombre, quisieron honrarse con él, y tomaron por divisa una cucharita de palo que llevaban al pecho. Prohibió el duque de Alba esta señal de union, y empezó á perseguir á los que se obstinaban en llevarla. Muchos tuvieron que abandonar el pais para evitar la crueldad; y los mas pobres y desesperados se retiraron á los bosques, y se acostumbraron á vivir de rapiñas. Al primer ataque que dió el príncipe de Orange salieron de sus retiros, se

Digitized by Google

juntaron con él; y como conocian los desfiladeros, los vados, y los pasos por aquellas lagunas, causaron increible daño á los españoles. Fabricaban barcas, y de los canales en donde estaban ocultos salian contra las embarcaciones enemigas, apresando muchas asi al desembarco como en alta mar, adonde avanzaban atrevidos. Con esta especie de pirateria juntaron un rico botin; y el principe de Orange, por consejo de Coligni, les dió un comandante que los disciplinase. Las cantidades que le prestó esta compañia de piratas le sirvieron para pagar las demas tropas, y de este modo puede decirse que los mendigos fueron como los fundadores de la república de Holanda.

En otro sentido puede decirse que al duque de Alba se le debe mirar como causa de la libertad de los holandeses, pues parece que se empeñó en emplear todos los medios posibles para escitarlos á sacudir el yugo español. Á todos los prisioneros quitaba la vida con hierro, agua ó fuego, añadiendo á estos horrores el orgullo de triunfar á la vista de los que eran infelices víctimas de su crueldad. En la ciudadela que construyó en Amberes, mandó erigir una estatua suya, pisando las figuras que representaban á los magistrados del pueblo en una postura humilde. Á estos emblemas añadió las tristes realidades, cargando á los flamencos de contribuciones por mas recursos que hicieron los estados. No obstante, se las pagaban mal; y todo lo contrario sucedia con las que el principe de Orange pedia por medio de sus agentes secretos: porque como éstas eran voluntarias se cobraban con facilidad, y contribuian con abundancia.

Presto tomaron forma legal estas contribuciones subrepticias; porque los estados, en vez de juntarse en la Haya como el duque de Alba lo habia mandado, se convocaron, á pesar suyo, en Dordect, en donde hicieron reglamentos de disciplina y de hacienda. Declararon al principe de Orange general de la confederacion: determinaron que sin su consentimiento no se hiciese cosa de importancia, y que no pudiese el principe hacer la paz con el rey ni con sus gobernadores sin el permiso de los estados: y se asignaron despues fondos para mantener el ejército, empeñándose cada provincia en contribuir segun sus fuerzas. Entónces, es decir en 1571, se hizo una especie de demarcacion entre los estados que quedaron sujetos á la monarquia española y los que se separaron. Empezaron estos últimos desde la Zelanda, estendiéndose hasta la Güeldres inclusivamente, y prolongándose por el Ems hasta la Ostfrisia, que es lo que todavia, con algunas adiciones por la parte de Lieja, se contiene en las siete Provincias Unidas, llamadas *los Estados generales*.

Pero este repartimiento no adquirió de una vez su consistencia, pues de Bruselas, en donde habia empezado la libertad, ha avanzado ó retrogadado segun las circunstancias, hasta tanto que invariablemente se fijó en las provincias en donde hoy habita. Sus pasos han sido sangrientos. ¡Cuántas convulsiones dolorosas padecieron los holandeses ántes de llegar al estado en que hoy se hallan! Como un enfermo impaciente anda mudando de médico, así ellos, ya se gobernaban por sí mismos, ya se sujetaban al gobierno español: despues sacudieron este yugo, y reconocieron principes extranjeros, hasta tanto que la circunscripcion natural de sus provincias, la policía de las ciudades, independientes unas de otras, la necesidad de socorrerse y ayudarse las fué llevando á la union federativa.

La corte de España, convencida de que las crueldades del duque de Alba no habian conseguido mas[1] que ulcerar los corazones y agriar los espiritus, le llamó con todas las apariencias de desgracia, y puso en su lugar a don Juan Luis de Requessens. El nuevo gobernador derribó la estatua de la ciudadela de Amberes, monumento del orgullo y la insolencia del duque. Se mostró popular, y procuró sosegar á los malcontentos con una amnistía ó perdon general; pero como ésto era condicional y limitado no produjo efecto alguno. El principe de Orange, que no se incluia en él, continuó sus operaciones militares con felicidades y pérdidas, y estas alternativas produjeron lo que se llamó *la paz de Gante*. Ésta fué una confederacion de todas las provincias para espeler á los soldados extranjeros, restablecer en la junta de los estados la antigua forma de gobierno, sujetar los asuntos de religion al exámen y á las leyes de cada provincia, y reunir para siempre en intereses comunes las quince provincias de Flandes á la Holanda y Zelanda, proclamando por gobernador al principe de Orange.

Para sostener estas decisiones, que no podian agradar al rey de España, solicitaron los flamencos la proteccion y auxilio de Isabel, reina de Inglaterra. Don Juan de Austria, que sucedió á Requessens en 1576, tuvo por mas prudente poner la paz de Gante bajo la autoridad inmediata del rey de España, que bajo la garantía de una potencia extranjera. La firmó pues con el nombre de edicto perpetuo, y empezó su cumplimiento licenciando las tropas españolas.

Se ha sospechado que este principe tenia intencion de hacerse grato á los flamencos con esta condescendencia para llegar á ser soberano de Flandes; pero no tomó bien las medidas, porque las gracias concedidas á los españoles que componian su corte, daban que recelar á los flamencos. Por otra parte su blandura en la ejecucion de algunas órdenes rigurosas dió que sospechar á la corte de España, y se congetura que murió envenenado.

Un historiador representó la Holanda en esta época como una novia rica, cuya alianza envidiaban muchos rivales. El principe de Orange, como mas diestro que todos, ofrecia este casamiento á los otros principes, y le reservaba para sí. Se creyó que habia contribuido mucho con sus malignas observaciones para que advirtiesen los defectos que apartaron de don Juan de Austria los corazones de los holandeses. Libre ya de este pretendiente propuso el principe de Orange al archiduque Matias, hijo del emperador; y no hallándole dócil ni agradecido, le hizo despedir.

Mientras la soberania de la Flandes era el cebo que atraia protectores al principe de Orange, los diputados de los estados de Holanda, Zelanda, Utrecht, Frisia, Groninga, Over-Issel y Güeldres, se juntaron en Utrecht con motivo de algunas infracciones contra la paz de Gante, y se unieron con unas condiciones que hacian su lazo indisoluble. En 1581 se abrieron paso, declarando haber caido Felipe II, rey de España, de la soberania sobre los Paises-Bajos; y por consejo del principe de Orange la dieron á Francisco, duque de Alenzon, hermano de Enrique III, rey de Francia. Le reconocieron solemnemente por duque de Brabante en 1582. No hubo hombre de mas lisonjeras esperanzas: los flamencos le recibieron con entusiasmo: la reina Isabel le envió socorros desde Inglaterra, y no solo le lisongeó con la esperanza de conseguir su mano, sino que aun le dió algunas prendas.

Entre tanto se hacia la guerra con variedad de sucesos; pero si alguien hubiera podido restituir á Felipe II la soberania de las Provincias Unidas lo habria conseguido Alejandro Farnesio, duque de Parma, que sucedió á don Juan de Austria en el gobierno; con el talento de gran general, juntaba la capacidad de hombre de estado, la benignidad, afabilidad, y el amor á la justicia. Estas prendas contribuyeron á mantener las demas provincias bajo el dominio español; pero sus aciertos, aunque públicos y bien sostenidos por muchos años, apenas pudieron hacer efecto en las siete Provincias Unidas.

Instantes hubo en que creyó Alejandro que la discordia entre los aliados le daria lo que no conseguia con las armas. Se introdujo entre ellos por sí misma, ó la introdujeron maliciosamente los agentes de España, valiéndose de la ocasion de las contribuciones que cada provincia tenia que poner en la caja de la confederacion. Volvieron a la buena inteligencia por interesarse



Las guerras de Flandes. un guerrero mata á su enemi-
go y reconoce en él á su hijo.

Digitized by Google

el príncipe de Orange, y por respeto á los buenos servicios; pero una vez que llegó á romperse la paz entre este príncipe y el duque de Alenzon, que ya lo era de Brabante, no pudo jamás restablecerse. Le habian inspirado al francés recelos contra el flamenco; y no solamente cesó de seguir los consejos del de Orange, sino que se atrevió á empresas sin él y contra sus espresadas intenciones. Enrique III, hermano de Alenzon, la reina Isabel, y todos los interesados en disminuir el poder español, y por consiguiente en la libertad de Flandes, procuraron concordarlos; pero sus diligencias fueron inútiles.

Queriendo el duque de Alenzon salir, como él decia, de la tutela en que le tenia el príncipe de Orange, intentó apoderarse de las principales ciudades á viva fuerza. Los paisanos, escitados por Guillermo, tomaron las armas, y echaron ó mataron las guarniciones francesas. El duque de Brabante, alcanzándole las desgracias de sus tropas, volvió lleno de vergüenza á Francia, y murió en 1585. Se creyó que el príncipe de Orange, muy lejos de sentir la poca destreza de este príncipe, le habia animado en sus desaciertos para sucederle en el goce de la potestad de duque de Brabante; y tal vez hubiera conseguido, no solo el título sino la realidad, á lo ménos respecto de las siete provincias: pero el hierro de un asesino abrevió sus dias en 1584.

Federico Guillermo se llevó al sepulcro la estimacion y el sentimiento de los pueblos de la confederacion. Le habian reconocido por Stadhouder de Holanda y de Zelanda; y esta dignidad, que hasta entónces tenia sus límites en la autoridad civil, se estendió para él á la comandancia de los ejércitos de mar y tierra. Dejaba tres hijos, Felipe Guillermo, Mauricio, y Federico Enrique. El mayor se hallaba prisionero en España; y aunque Mauricio no tenia mas que diez y ocho años, le confirieron los estados el título de padre; pero como su edad, aunque él daba grandes esperanzas, no permitia contar con sus talentos, ofreció la confederacion la soberanía á la reina Isabel. Ésta no la admitió; pero á peticion de los estados nombró un gobernador que tuviese el timon de los negocios, hasta que Mauricio pudiese gobernar por sí mismo. Éste fué el conde de Leicester que pasaba por su favorito, y con efecto procedia como hombre que tenia bien asegurado su empleo: es decir, que prorumpió en golpes de autoridad y resoluciones arbitrarias, que solamente se le toleraron por atencion á la reina. Le llamó ésta en 1587, y cayó el peso de la administracion sobre el jóven Mauricio.

Manifestó éste una capacidad que le mereció la confianza; y las felices circunstancias le pusieron en estado de hacer frente á los españoles. Las operaciones del duque de Parma, á quien regularmente no hubiera podido Mauricio resistir, se inutilizaron porque Alejandro Farnesio recibió órden de ir desde los Paises Bajos á levantar el sitio de Paris, que Enrique IV estrechaba muy de cerca. Se aprovechó Mauricio de su ausencia, y se apoderó de muchas ciudades de importancia. Farnesio volvió, y todavia hizo un campaña gloriosa; pero las enfermedades que contrajo con la fatiga de su espedicion á Francia le obligaron á renunciar el mando, y dejó los Paises Bajos despues de haber merecido la reputacion de administrador prudente y general consumado. En una de las acciones que dió contra los flamencos, refiérese que uno de sus soldados mató al enemigo mas encarnizado que tenia delante: pero luego se arrojó sobre su cadáver dando gritos de dolor, pues en él habia reconocido á su hijo único, nacido en Flandes, y que peleaba en favor de la independencia flamenca.

Envió despues Felipe II al Archiduque Ernesto su primo, esperando que un príncipe aleman sería mas grato á los flamencos, que un español ó un italiano; pero Ernesto no pudo conseguir que le amasen, y se retiró en 1595. Le dió la corte de España por sucesor al conde Mansfeld, aunque solo como interino. Habia concebido Felipe II para sosegar la Flandes un sistema, de que esperaba el buen éxito. Era éste separar los Paises Bajos de la corona de España, y darlos en dote á la infanta Isabel su hija, pensando casarla con el archiduque Alberto su pariente, y así envió de antemano á este príncipe á gobernar las provincias que le destinaba. Se lisonjeaba Felipe II con que el nacimiento y los modales de Alberto, aleman de origen, el carácter afable de Isabel, y la presencia de los esposos, contribuiria mas bien para vencer la tenacidad de sus vasallos, que el rigor que habia usado al principio. Con efecto, éste fué el medio de que las diez provincias no se uniesen con las otras siete, y se conservasen para la casa de Austria.

Se celebró el casamiento en 1595, y continuó Alberto la guerra contra las siete provincias, cuyas tropas mandaba Mauricio con inteligencia y valor. Se dieron sangrientos combates: las ciudades eran tomadas y saqueadas: las campiñas destruidas esperimentaban todos los horrores de una cruel asolacion. La toma de Ostende costó muchos años de esfuerzos, de fatigas, y pérdidas incalculables. Los pueblos, aun los reformados, en los cuales empezaba el entusiasmo á entibiarse, suspiraban por la paz; y este deseo hacia escuchar proposiciones, y tener conferencias en medio de las hostilidades. Por último Alberto y su esposa, contentos con sus diez provincias, creyeron que no les convenia fatigarse mas, ni privarse de las dulzuras de una vida tranquila, porfiando en volver al yugo unos pueblos que habian jurado sacudirle ó morir. Bastante y aun demasiada sangre se habia derramado. Se determinaron pues los esposos á tratar con los holandeses como con un pueblo libre, condicion la mas importante, y casi la única que pedian. Alberto concluyó con ellos en esta suposicion una tregua de doce años en 1609, á pesar del dictamen contrario de muchos señores flamencos, que con la paz sentian verse privados de sus comandancias, y de otras ventajas que les proporcionaba la guerra. Tambien Mauricio proponia grandes dificultades, temiendo que con la paz se disminuiria su poder: pero Barnevelt, gran pensionario de Holanda, las allanó todas, y consiguió que los estados firmasen la tregua.

No perdonó él stadhouder al pensionario el ascendiente que habia tomado en esta negociacion: por otra parte sospechaba que Barnevelt era interiormente enemigo de la casa de Orange, y como le daba tanto poder la dignidad de pensionario, que es como primer ministro de los estados, conocia que tenia los suficientes medios para oponerse al engrandecimiento de su casa. Probó pues si podria ganarle; pero no consiguiéndolo resolvió perderle: y las disputas de religion favorecieron su proyecto.

Habia en Leyden un profesor llamado Arminio, que fué juntando discípulos con opiniones atrevidas, en las que se descartaba de todos los misterios de la religion cristiana, acercándola mucho al puro deismo. Contra él se declaró otro profesor llamado Gomar, y de estos dos antagonistas tomaron el nombre los gomaristas y los arminianos. Contaba Arminio entre sus sectarios á muchos literatos de Holanda y de Alemania, y Gomar casi á todo el pueblo muy afecto á la doctrina de Calvino, y así los gomaristas eran los mas numerosos. Por esta razon, y porque el gran pensionario se declaraba arminiano, se manifestó el stadhouder gomarista, con lo cual los intereses opuestos levantaron las disputas de escuela á la dignidad de facciones y partidos.

Acaloraron al pueblo; y aunque no hay cosa que ménos se parezca al catolicismo que la secta de los arminianos, echaron la voz de que estaban coligados con los jesuitas, y que trabajaban de concierto para sujetar la Holanda á la casa de Austria. El zelo que Barnevelt habia mostrado por la conclusion de la tregua, contribuia á hacer verosímil la calumnia. Aparentó Mauricio que estaba convencido del peligro de la república: hizo obrar á todos sus partidarios, y éstos amotinaron al pueblo contra Barnevelt. Acusaron al gran pensionario ante los estados, cuyo órgano solia ser él: le acusaron como á Sócrates de impiedad: le condenaron á muerte como á él, y tuvo la misma suerte que aquel filósofo, sufriéndola con la misma constancia.

Digitized by Google

Este homicidio político es una mancha en la vida de Mauricio, el cual por otra parte es recomendable por muchas prendas eminentes. Le miran como el mayor hombre de estado, y el mejor guerrero de su siglo: tenia gusto para las bellas artes: era escelente en las matemáticas y en el arte de fortificacion, siendo su campo la escuela de los oficiales que aspiraban á distinguirse. Se dijo por el que algunas veces obscureció la ambicion su mérito, pero jamás le ocultó del todo, y semejante á una nube que pasa por delante del sol, templaba pero no borraba el resplandor de su gloria.

Sucedió el príncipe Enrique á su hermano en todos sus títulos y empleos. En tiempo de su gobierno tomó vuelo la potencia de Holanda, y se dió á conocer en el mundo político. De suplicante de la Francia llegó á ser su auxiliar. Las fuerzas que desplegaba por fuera, la venian de sus hazañas marítimas. Ya hemos visto que empezaron por las piraterías en sus propias costas: pero ya las ricas presas que consiguieron en Asia contra españoles y portugueses, les proveyeron para grandes armamentos. Se presentaron los holandeses como conquistadores en aquellos mares distantes, y se apoderaron de los establecimientos mas ventajosos. Si no quitaron del todo á sus enemigos el comercio de aquellos opulentos paises, se fortificaron de tal modo en ellos que todos presagiaban la preponderancia que habian de tener. Esta misma preponderancia la hicieron esclusiva, apoderándose de las islas en donde se crian las especerías, cuyo comercio han convertido en monopolio. El prudente y moderado gobierno del príncipe Enrique contribuyó mucho á esta felicidad. Los mismos arminianos se resintieron de su benignidad: y siendo una secta, que podia mirar como enemiga, la contuvo sin perseguirla. Siempre ha subsistido esta secta como un partido opuesto á la casa de Orange, y tal vez ha sido políticamente útil á la república una faccion, cuyos recelos tienen continuamente abiertos los ojos sobre los pasos que dan los que pudieran atentar a la libertad de la patria.

El stadhouderato del príncipe Enrique se señaló con rasgos muy brillantes, porque hizo desear á la Francia y la Inglaterra la alianza de la Holanda; concluyó la que se hizo con la Suecia; dominó en el mar por los talentos del célebre almirante Tromp, y en la tierra por los suyos propios. Su salud se fué consumiendo de un modo pasmoso en los últimos años de su vida, y lo que le hace honor es que esta debilidad se atribuyó á la continuacion, actividad y solicitud con que velaba sobre los intereses de la república. Todavía le dan otro elogio no ménos notable, y es el de que aborrecia toda impostura, y estaba distante de la doblez que comunmente se censura en los hombres de estado, sin que por esto dejen de tenerle por un profundo político. Gustaba de las virtudes morales, acariciaba las ciencias, recompensaba el mérito, mantenia la armonía entre las provincias, y daba á los soldados ejemplos de valor y de paciencia. Por último, cumplia al mismo tiempo con las obligaciones de general, de magistrado, de amigo, de patriota y de padre de familias; pero es preciso confesar, que no se le parece este retrato en los últimos años de su vida, cuando las enfermedades agudas cambiaron su humor y alteraron su carácter; aunque, como dicen los historiadores, el respeto debido á la memoria de hombre tan grande, nos obliga á correr la cortina sobre sus defectos, que fueron ménos suyos que de la humana flaqueza (1647).

Le reemplazó dignamente Guillermo II su hijo, que manifestaba grandes prendas. Le habia casado Enrique con la hija de Carlos I, rey de Inglaterra, y tal vez fue esta alianza la que le inspiró deseos ambiciosos y peligrosos en una república; bien que el hecho no se ha probado todavía; pero si tuvo intenciones contrarias á la libertad de la patria, se desbarataron sus proyectos con la muerte trágica del suegro, y por haber él muerto de viruelas á los veinte y cuatro años de edad.

La princesa de Inglaterra, entre mil penas y sentimientos, por haber muerto su padre en un cadalso, por las desgracias de su familia, y la pérdida de su esposo, parió ocho dias despues un hijo, á quien llamó Guillermo Enrique. Este nacimiento causó alegría universal, y aunque la ambicion que se sospechaba en su padre podia dar algun recelo, no por eso fué menor el contento de ver un príncipe, en quien se prometian la continuacion de la familia de los fundadores de la república. Manifestaron los estados tan tierna aficion al niño, que le dieron el título de Stadhouder, y todas las dignidades de que era susceptible su edad, bajo la tutela de su madre, asistida de un consejo de regencia.

Guillermo III no tuvo parte en cuanto sucedió durante su juventud. Empeñado Cromwel en privar de todo recurso á la desgraciada familia de Stuard, exigió con imperio que se le quitase al nieto de Carlos el título de stadhouder; y lo hicieron así los holandeses, obligándose á no conferírsele jamás. Á pesar de esta condescendencia se desavino el protector de Inglaterra con la Holanda sobre los honores del pabellon y algunos intereses de comercio. Necesitaba Cromwel divertir al pueblo para que no atendiese á su modo de gobernar, y se persuadió á que una guerra de honor y de intereses, por lisonjear igualmente el orgullo y codicia de su nacion, daria á su administracion tanto lustre, que ninguno pensaria en sus defectos; y á la verdad no se engañó. Por entónces se vieron los dos almirantes holandeses, Tromp y Ruiter, que balancearon el poder de los ingleses con inferiores fuerzas. Hicieron las dos naciones la paz, como rivales que se estiman, aunque con alguna ventaja hácia la Inglaterra.

La destitucion del stadhouder, mandada por Cromwel, no habia desagradado á la clase de los mas ardientes republicanos. Decian éstos que era una laguna en las pretensiones de la casa de Orange, interrupcion que se figuraban podia ser muy útil á la república, creyendo que importaba mucho sostener esta especie de suspension. Guillermo, por el contrario, cuando llegó á la edad de veinte años con toda la ambicion de su padre, se abrasaba en deseos de conseguir el título de stadhouder, y las otras dignidades que habian tenido sus mayores. Procuró ganar al pueblo: y lo consiguió, pero así como su tio Guillermo I se halló cortado en sus proyectos ambiciosos por el gran pensionario Barnevelt, así tambien Guillermo III tuvo que vencer los obstáculos que le oponian los dos hermanos, Juan y Cornelio de *Wit*, de quienes se desembarazó casi del mismo modo que su tio se habia deshecho de Barnevelt.

Acababa Luis XIV de declarar guerra á la Holanda, y avanzaba con paso rápido en su conquista. Se esparció la voz de que sus victorias eran fruto de la inteligencia de los dos hermanos Wit, que le habian vendido la libertad de su patria, y se decia que no habia medio de salvar la república como conferir el gobierno á Guillermo con todas las prerogativas de sus mayores. Juan, uno de los dos hermanos, era gran pensionario de la Holanda, y á Cornelio le miraban con mucho respeto. Viendo éstos la locura del pueblo temieron que en el ardor de su zelo, á favor del príncipe, le hiciese el pueblo á Guillermo señor de su libertad, y le diese indiscretamente un poder de que pudiese abusar. Se negaron, pues, estos patriotas ilustrados á firmar el acto, que le restituia la dignidad de stadhouder con el mando de mar y tierra.

Los emisarios de Guillermo dijeron y persuadieron á la multitud, que si no querian firmar, era por favorecer á los progresos de Luis XIV. Con esto fué inesplicable la rabia del populacho: derribó las estatuas levantadas en honor de los Wit, que habian sido sus ídolos: saqueó sus casas: persiguió sus personas; y Juan, que habia resignado el oficio de pensionario, acometido en una calle pública por algunos perversos, quedó por muerto. Un hombre de los mas despreciables del pueblo acusó á Cornelio, de que le habia ofrecido una cantidad considerable por atentar á la vida del príncipe de Orange. La acusacion era absurda: pero el pueblo quiso que fuese oida, y que el acusado fuese sentenciado, y sentenciado á muerte. Intimidados los magistrados con las amenazas, y creyendo salvar la vida de Cornelio con otro género

Digitized by Google

de suplicio, le condenaron al tormento: á éste se habia de seguir la confiscacion de sus bienes y el destierro perpetuo. Penetró Juan en la prision mientras atormentaban á su hermano: se estuvo á su lado todo el tiempo que duró la tortura: le consolaba, le enjugaba sus lágrimas y le alentaba en los tormentos. Ya estaba determinado á seguirle en su destierro; pero irritado el populacho de que dejasen á los dos hermanos con la vida, rompió las puertas de la carcel, se arrojó sobre ellos, los mató, arrastró ignominiosamente sus cuerpos por las calles, é hizo bárbara subasta de sus miembros.

Guillermo IV es famoso por su profunda política, por su capacidad militar, aunque muchas veces fué desgraciado, y por la revolucion de Inglaterra, que el escitó, ó de que á lo ménos se aprovecho hábilmente para colocarse en el trono de su suegro. Por su muerte nombraron los estados generales stadhouder á su sobrino Guillermo Enrique, que fué el que hizo hereditaria en su familia esta dignidad; pero dejó á sus sucesores grande dificultad que vencer para llegar á ser soberanos, que es el blanco á que siempre habia mirado esta familia (1711).

Los estados generales se componian de las siete provincias por este órden: la Güeldres, Holanda, Zelanda, Utrecht, Frisia, Over-Isel y Groninga. Todas eran independientes entre sí; pero ninguna podia hacer alianzas con los extranjeros, ni declarar la guerra, ni hacer la paz sin que las otras concurriesen. Cada ciudad era, respecto de su provincia, lo que está respecto de todo el cuerpo de la república, esto es, absoluta en su gobierno particular, y s lo dependiente del consejo de provincia en los intereses comunes.

La soberania residia en los estados generales, formados de los diputados de cada provincia que se juntaban en la Haya. Se nombraban estos diputados de entre la nobleza, llamada *el Orden Ecuestre*, y de entre los ciudadanos. Á los estados generales se les daba el título de *altos y poderosos señores*, ó el de *Alti Potencias*; y á los estados particulares de cada provincia el de *Nobles y grandes Potencias*. Cada provincia presidia por su turno, y proponia el gran pensionario la cuestion, examinando el *pro* y el *contra*, en lo que se ve cuanta influencia podia tener su opinion. Cuando un diputado creia no tener la suficiente autoridad por su provincia para la decision de algun punto, era preciso que fuése á comunicarlo con ella, y que recibiese nuevos poderes, lo cual era causa de mucha lentitud en las operaciones. Además de los estados generales habia un consejo de estado, compuesto de doce diputados, que presidian por semanas. Éste se ocupaba en los negocios interiores, principalmente en los subsidios, administracion de hacienda, y otros objetos de policía; se juntaba todos los dias en la Haya y era responsable á los estados generales.

El stadhouder velaba sobre el ejercicio de la policía, y en la conservacion del poder, privilegios y derechos de cada provincia: daba auxilio á la ley, y afianzaba la religion dominante. Ésta era y es la reformada; pero se cree que habrá como la tercera parte de católicos con corta diferencia. El stadhouder era el único que tenia el derecho de mandar los ejércitos de mar y tierra, y poder asistir á la asamblea de los estados para proponer en ella: y aunque las gracias se concedian en su nombre, siempre era con el consentimiento de los estados. El stadhouder debia ser mayor de diez y ocho años. Esta dignidad se hizo hereditaria en los varones y en las hembras, y aun en los colaterales, desde 1747, y advertian los historiadores que esto podia dar lugar á grandes pretensiones: pero todas ellas se estrellaron contra el poder francés que hizo mudar la forma de la república holandesa.

El comercio de los holandeses abraza el mundo entero. Los llaman los factores, y con nombre ménos honorífico, los arrieros del universo, porque llevan de una parte á otra lo que encargan otras potencias. Tenian tres célebres compañías de comercio, que eran como unas repúblicas particulares, dentro de la república, pues hacia cada una sus leyes, gozaba de sus rentas, nombraba oficiales, tenia su marina y sus fuerzas de tierra. Entre estas compañías, la ménos considerable era la de Surinam; pero comerciaba por todas partes, y la ciudad de Amsterdam era su centro. La de las Indias Occidentales estaba reducida á la América y al África. La de las Indias Orientales abrazaba toda el Asia, y pudiera por sí sola formar una potencia formidable. En la India se veian sus representantes con todo el fausto oriental. No hay otros que los holandeses, que despues de haberse visto en estado tan brillante, puedan regresar sin conservar pretension alguna, y confundirse en Europa con sus conciudadanos en el estado de simples particulares. Unos atribuyen á virtud nacional esta moderacion, y otros al hábito que han hecho, y se censura á aquella nacion de no conocer complacencia mas que en las riquezas.

Guillermo V fué blanco de las vicisitudes de la fortuna. Durante su menor edad gobernaron la Holanda la viuda de Guillermo IV y el duque de Brunswick, y la Inglaterra sacó partido de los errores y flaquezas de entrambos para someter en 1762 los buques holandeses al derecho de visita. Cuando llegaron á Holanda las primeras noticias de la sublevacion de las colonias inglesas en América, los comerciantes holandeses fueron los primeros en enviar pertrechos de guerra á los sublevados. Esto ocasionó un rompimiento con la Inglaterra. Siguióse á esta guerra nacional otra civil, por cuanto los gobernantes deseaban el establecimiento de una monarquía, y los súbditos querian volver á las primitivas formas de su república. Guillermo V fué depuesto en 1785 y restablecido dos años despues. Formó alianza con el Austria y la Inglaterra contra la Francia, y en 1795 vió ocupados sus estados por los ejércitos de esta nacion y establecida en ellos la república democrática y luego la llamada *bátava*. Consumido por el pesar murió Guillermo V en 1806, casi al mismo tiempo en que Napoleon, sobre las ruinas de la república batava creaba un reino cuyo cetro conferia á su hermano Luis Bonaparte.

Ocupó éste el trono de Holanda hasta el año de 1810, época en que Napoleon decretó que aquel reino quedaba incorporado al imperio francés. El rey Luis se habia mostrado harto amigo de los intereses comerciales de sus súbditos para ser del agrado de Napoleon, que solo atendia á los intereses de la Francia.

El congreso de Viena hizo renacer la nacionalidad holandesa, creando en 1815 el reino llamado de los Paises-Bajos, cuyo primer monarca fué Guillermo I, príncipe de Orange Nasau. Pero, pasados quince años, la revolucion de 1830 le arrebató la mitad de sus estados creando el nuevo reino de Bélgica. Existian en este pais antiguos odios entre holandeses y belgas que dieron lugar á algunos choques entre unos y otros. La tormenta revolucionaria, comprimida por mucho tiempo, estalló por fin en Bruselas á 25 de agosto de 1830: á 3 de setiembre manifestóse el deseo de una completa separacion de la Holanda, deseo que despues de empeñada y mortífera lucha contra los holandeses, pudo ser llevado á cabo mediante la intervencion francesa. El congreso nacional abierto en Bruselas á 10 de noviembre, declaró á la casa de Orange excluida para siempre del trono de Bélgica (24 de noviembre); una conferencia de embajadores de las cinco grandes potencias en Londres, dió por resultado un armisticio, y á 12 de diciembre quedó reconocida la independencia del nuevo estado. Á 4 de junio de 1831, el congreso dió la corona de Bélgica al príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo, el cual aceptó á 21 de junio. La guerra que estalló entónces contra la Holanda fué muy desastrosa para los belgas que fueron derrotados repetidas veces por los holandeses; y sin el ejército francés que pasó á Bélgica á las órdenes del mariscal Gerard, este nuevo reino hubiese muerto ya al nacer. Últimamente la Bélgica, cuya independencia no habian reconocido aun todas las potencias, se halló en 1832 mas estrechamente enlazada con la Francia por el matrimonio de Leopoldo con la hija mayor del rey de los franceses.

Digitized by Google

Felizmente para la paz del mundo, cuando las tropas francesas, en número de 40,000 hombres, entraban en Bélgica, apoderandose de la ciudadela de Amberes despues de veinte y cuatro dias de tener abierta la trinchera (23 de diciembre de 1832), estaban en desacuerdo las grandes potencias. Las protestas de la Holanda de nada sirvieron ante un hecho consumado. Guillermo primero abdicó en 1840 y acabó sus dias en 1844.

Sucedióle Guillermo II, príncipe de la casa de Orango Nassau, gran duque de Luxemburgo y duque de Limburgo.

BÉLGICA.

En 1830, á la revolucion de Paris, se siguió muy luego un sacudimiento popular en Bruselas, que tenia por objeto emancipar la Bélgica de la Holanda, y crear con aquella un nuevo reino. Mediando la intervencion de las grandes potencias, consumóse la separacion de la Bélgica, siendo su rey Leopoldo I. Describamos el pais que forma sus estados, y así conoceremos las bellas joyas que en nuestros dias ha perdido la Holanda. El reino en masa, cuya separacion de la Neerlandia, ó reino de los Paises-Bajos, data del año de 1830, está dividido en nueve provincias; cada provincia está á su vez subdivida en distritos, y cada uno de estos en cantones. La capital del reino es *Bruselas* (Brussel) situada en las márgenes del Senne, en otro tiempo capital de los Paises-Bajos austriacos, despues cabeza del Brabante, y desde la revolucion de 1830 capital del reino. Está fundada sobre un terreno desigual; su parte baja, la ménos sana y la mas irregular, contiene muchas casas por el gusto gótico, pero el cuartel contiguo al parque, ofrece calle anchas, tiradas á cordel, y casas elegantemente construidas. La plaza real, cuyo recinto cuadrangular presenta muchos bellos edificios, y la de San Miguel, notable por la misma circunstancia; sus muchas y hermosas fuentes, y sus frondosos paseos, todo parece una imitacion bastante viva de la ciudad de Paris. De algunos años á esta parte se ha aumentado la poblacion de Bruselas, y muchos edificios públicos han sido añadidos á los que ántes ya la adornaban. Los mas notables que posee en la actualidad son los siguientes; el Palacio real de construccion reciente, que tiene una fachada soberbia; el del príncipe Real; el de los estados: la nueva sala de espectáculo ó sea el Teatro real; las Casas consistoriales, monumento dominado por una altísima torre gótica coronada por la estatua colosal de San Miguel, que da vueltas al soplo del mas ligero viento; el antiguo palacio del gobierno austriaco, en el cual se encuentran el museo y la biblioteca; el magnífico tribunal, ó Palacio de justicia, cuya puerta fué construida por el estilo de la de Agripa en Roma, y que fué incendiado durante la revolucion de 1830. Bruselas es una de las ciudades mas industriosas y comerciales de la Europa Central, y su tráfico se aumenta diariamente desde que los caminos de hierro surcan en todas direcciones su pais fértil. Además su universidad célebre, sus grandes establecimientos literarios, la actividad de sus prensas y una poblacion, que sin tomar en cuenta la de los arrabales asciende á 107,000 almas, la señalan un lugar distinguido entre las principales poblaciones de esta parte del mundo. En sus cercanias inmediatas y en un radio de ménos de 11 millas se encuentran dos poblaciones notables, y un sitio que no lo es ménos por sus recuerdos históricos. La primera de aquellas es *Laeken*, linda aldea en que se admiran el magnífico palacio donde el rey va á pasar el verano, y muchísimas quintas deliciosas de los mas ricos habitantes de Bruselas. La segunda es *Loven*, poblacion de unas 24,000 almas dedicadas al tráfico y á la fabricacion, y donde hay un soberbio edificio de las casas consistoriales, y una universidad organizada recientemente por los prelados del reino que la han tomado bajo su proteccion. El sitio notable es *Waterlóo*, aldea junto á la cual se decidieron los destinos de la Francia, y acaso los del mundo, en 1815. Para conservar la memoria de este acontecimiento extraordinario que eclipsó la estrella del vencedor de la Europa se ha levantado en el mismo campo de batalla un monumento que transmite la gran catástrofe á las naciones venideras; es una colina artificial, en forma de un cono, cuya circunferencia es de 2060 piés holandeses y su altura de 200; una doble escalera de caracol conduce á la cumbre, sobre la cual se descubre un leon colosal de hierro que sostiene una coluna monumental tambien de hierro, cuya altura es de 60 piés.

Amberes, grande y hermosa ciudad, cabeza de la provincia de su nombre, está situada junto al Escalda, por el cual vienen del mar los buques de mayor porte, cargados con toda especie de mercaderias. Es plaza fuerte muy importante, cuyas obras se han aumentado mucho por los holandeses, y aun bajo la dominacion francesa. ¿quién no ha oido hablar de la bella defensa que hizo su célebre ciudadela en 1832? Aunque es todavía muy industriosa y comercial, sin embargo, no puede compararse con aquella Amberes del siglo XVI, cuando contenia su puerto millares de buques de todas las naciones, cuando contaba mas de 200,000 habitantes, y veia por decirlo así aglomerados en su seno todos los tesoros del universo. Apenas, dice Schreiber, podria creerse lo que se cuenta de las riquezas inmensas de sus negociantes, si no lo confirmasen testigos dignos de todo crédito. Quinientos buques entraban diariamente en su puerto, y mas de otros tantos carros llegaban por tierra cargados de géneros. Calcúlase en 500 millones de florines lo que anualmente ponia Amberes en circulacion, y no bajaban de dos millones de florines los tributos que pagaba cada año. Su industria habia llegado al mas alto grado de prosperidad, y era celebrada sobretodo por sus terciopelos, sus damascos y sus rasos. Sus bordados en oro y seda eran buscados en toda la Europa. Al mismo tiempo era uno de los principales focos de las ciencias y de las artes. El principio de la decadencia de semejante prosperidad data del memorable sitio que en 1585 sostuvo contra el célebre Alejandro Farnesio. Cuando de resultas de la paz de Westfalia, en 1648, quedó enteramente cerrado el Escalda, recibió un golpe mortal el comercio de Amberes, golpe que redundó en beneficio de Amsterdam. En la época de la dominacion de Napoleon, la abertura del Escalda para los transportes reanimó otra vez á aquella poblacion; pero con detrimento de ésta. En el dia la abertura de las líneas de caminos de hierro que van á abrirse á la circulacion, es regular que dé por resultado el devolverla, sino toda, alménos gran parte de su antigua prosperidad, aunque la navegacion por el Escalda no llegue jamás á ser enteramente libre, ó aunque estén sometidos al pago de enormes derechos los buques que por él suben á Amberes. Entre los numerosos edificios que á esta ciudad adornan, debemos nombrar ante todo la iglesia de Nuestra Señora, uno de los mas hermosos monumentos de la arquitectura gótica en Europa, y uno de los mas vastos templos que existen: su construccion duró 84 años. Recientemente, habiendo sido medida con toda exactitud su torre piramidal, se vió que excedia de algunos piés á la catedral de Estrasburgo siendo de consiguiente el edificio mas alto de Europa. Su interior está adornado con magníficos cuadros de Rubens. Deben mencionarse despues las iglesias de S. Jaime, de S. Andrés, de S. Cárlos Borromeo, el edificio de las Casas Consistoriales celebrado por su arquitectura, sus bajos relieves y su soberbio frontispicio, la Lonja y otros. Su poblacion asciende á 79,000 almas; su arsenal marítimo tiene nombradía; apesar de la decadencia de esta ciudad, es el primer puerto comercial del reino, y uno de los principales de la Europa Central. En sus cercanias se encuentra el pueblo de San Nicolás, cuya poblacion no baja de 18,000 almas, situado en el Waesland, uno de los cantones mejor cultivados de esta parte del mundo, y centro de una grande industria. *Malines* (Mecheln), ciudad de 23,000 almas, comercial é industriosa, con una magnífica

Digitized by Google

catedral, residencia del arzobispo primado del reino, es al mismo tiempo del punto central el tejido de caminos de hierro que enlaza las ciudades principales, y mas industriosas del reino.

Lieja, en la confluencia del Ourta con el Mosa, es ciudad episcopal cuya poblacion no baja de 66,500 almas: es cabeza de provincia; tiene universidad, una fuerte ciudadela, é inagotables minas de carbon de piedra: su industria la ha valido el renombre de la *Birmingham Belga*, sobre todo por la inmensa fabricacion de armas de fuego á que se dedica. No es posible pasar en silencio los inmensos trabajos ejecutados para abrir el camino de hierro en sus cercanias, y los del valle de Wesdre, entre Lieja y Verviers, pues son acaso los mas notables de su género hechos en el continente. En sus cercanias inmediatas encuéntrase *Seraing*, con unos 4,000 habitantes, y una mina de carbon de piedra: es el mas grande establecimiento metalúrgico del continente europeo. *Verviers*, poblacion de 19,000 habitantes, es uno de los mas grandes centros de la Europa para la fabricacion de paños, de casimires y otros tejidos de lana. *Spa*, aldea de 3600 habitantes es celebrada por sus aguas minerales, y por sus trabajos de ebanisteria. *Mons* (Bergen), en las márgenes del Trulla, es cabeza del Hainaut, y ciudad industriosa y comercial de 21,000 habitantes, centro de la mas grande explotacion de carbon de piedra que existe en el continente europeo, y una de las mas formidables fortalezas del mismo. *Charleroi*, en las márgenes del Sambra, es otra plaza fuerte é industrial, de unos 6000 habitantes, centro de la mas grande explotacion de hierro del continente europeo, y asimismo de una inmensa explotacion de carbon de piedra. *Tournai* (Doornik), en las márgenes del Escalda, es plaza fuerte, episcopal y comercial, floreciente por sus numerosas fábricas. *Namur* (Namen) es otra cabeza de provincia, ciudad episcopal, fuerte, industriosa y comercial, de 21,000 almas, situada en la confluencia del Sambra con el Mosa. *Brujas*, ciudad episcopal é industriosa de 43,000 habitantes, es cabeza de la Flandes occidental, y tiene hermosos canales y caminos de hierro que la enlazan con Gante y con Ostende, favoreciendo sobremanera su comercio floreciente. En la edad media tuvo mucha celebridad por la industria de sus tejedores, y llegó á ser el mas rico depósito de las ciudades Anseáticas. *Ostende*, ciudad fuerte y comercial, tiene un puerto en el Mar Negro, y 12,000 habitantes. *Curtray* (Kortryk) es ciudad industriosa de 19,000 almas. En la confluencia del Lis con el Escalda se encuentra Gante (Gent) cabeza de la Flandes oriental, y sede de un obispado; las aguas de aquellos dos rios, y además las del Lievo y del Mocre la dividen en muchas islas reunidas por un gran número de puentes. Unas plazas vastas, unos malecones ó andenes magníficos, y muchos hermosos edificios, la colocan en el número de las mas hermosas ciudades de los Paises-Bajos, entre las cuales lleva justamente la palma, aunque su poblacion no pasa de 97,000 almas. En tiempo de Carlos V escedia á Paris en superficie. La Catedral, las Casas Consistoriales, el Palacio de la universidad y la casa de Correccion son sus edificios mas notables. Debemos mencionar en ella los grandes trabajos hidráulicos antiguos y modernos que en nuestros dias han contribuido á su acrecentamiento y á su prosperidad: tales son, el soberbio canal que de Gante va á Ostende por Bruges, el otro acaso mas considerable todavia que de Gante va á Terneuse (en las márgenes del Escalda occidental) por Sas-de-Gante, y el magnífico puerto que se acaba de abrir en el mismo centro de la ciudad, capaz de contener mas de 400 buques aunque llegue su porte á 900 toneladas: tiene comunicacion con el mar por el canal de Terneuse. No es posible pasar en silencio la ciudadela de Gante cuya construccion ha costado 7 millones de francos. Ántes de la revolucion de 1830, durante la cual esta ciudad ha sufrido mucho, podia con razon llamarse la Manchester de la Bélgica, que tan grande era y tan general la industria de sus habitantes y de los de sus cercanias. Setenta y cinco fábricas con máquinas de vapor de gran modelo, y 60,000 trabajadores empleados en los tejidos de algodon, forman de ella un centro inmenso de industria, centro favorecido por los canales navegables, y recientemente además por los caminos de hierro que recorren la Bélgica en todas direcciones. La universidad y los demas establecimientos literarios de Gante aumentan su importancia. Á algunas millas hácia el este se encuentra Lokeren, ciudad de 16,000 almas, llena de fábricas de cutis, simesas y otros tejidos.

DINAMARCA.

Con la Dinamarca, compuesta de muchas islas en el mar Báltico y una península que confina con la Alemania, se contaba el reino de Noruega, y una isla grande, que es la Islanda. La capital de Dinamarca está en otra isla bañada por la aguas del estrecho de Sund, que es el mas famoso de la Europa, por donde el año pasan y repasan del Océano al Báltico de cinco á seis mil navios; el derecho que éstos pagan, es una de las principales rentas del rey de Dinamarca.

El suelo en general, aunque no es rico, provee de suficientes víveres á sus habitantes. El clima es áspero y frio, pero no llega su rigor al de la Noruega, que estaba aneja á la corona de Dinamarca. Allí el invierno es cruel, como que sus montañas están siempre cubiertas de nieve. Las riberas son escarpadas, y por todas partes son tantos los escollos y pequeñas islas que hacen peligrosa la navegacion; pero tambien ofrecen varios abrigos á las embarcaciones. En aquellos mares andan jugueteando las ballenas, y se encuentran muchas juntas. Los observadores sensatos piensan que el krakrin, que dicen haberse visto, y que tiene una legua ó mas de largo, es un pescado fabuloso: y para concordar con lo verisímil algunas relaciones, que parecen bien fundadas, se conjetura que lo que les pareció un pescado solo seria una bandada de ballenas ó de otros mostruosos peces, que nadaban unos á la cola de otros; que como seria peligroso acercarse á tan enorme masa que causa grande movimiento en el mar, nunca los han visto sino á grande distancia; y que el miedo y el espíritu de anunciar prodigios, serán los que de esta multitud de pescados habrán hecho uno solo.

Cerca de la isla de Moskoe hay una famosa corriente ú olla, que en el tiempo de flujo y reflujo describe con su rapidez un circulo muy notable. Entónces se levantan las aguas, hacen espuma, y hierven con un ruido espantoso. Allí se ven arrebatados los navios desde muy lejos si no toman las precauciones necesarias, y tragados en los remolinos que se forman como conos huecos. Otra olla semejante se ve cerca de Islandia, que tambien corresponde á Dinamarca.

Esta isla, llena de montañas, es como un monton de hielos colocados sobre la bóveda de un horno, y el principal respiradero de sus volcanes es el Hekla, de donde saltan fuentes de agua hirviendo. Arroja piedras y fuegos, y sus convulsiones causan frecuentemente terremotos en la isla. Este pais rústico é irregular presenta al observador los mas curiosos objetos, como precipicios sobre los montes, terrenos que tiemblan, y fuentes intermitentes. Los mayores dias del año son allí de veinte horas; y cuando menguan corresponde igual duracion á las noches. En sus pastos miserables engordan los renos, una especie de ciervos, que sirven para la carrera y la carga, y son la riqueza del pais. Descubren debajo de la nieve por el olfato y á mucha profundidad una especie de musgo con que se alimentan en la necesidad. Los renos, uncidos á los trenos, que son el carruage del pais, llevan al caminante como volando sobre la nieve. Los aplican á todos los trabajos, beben su leche, comen su carne.

En Dinamarca se halla caza en grande cantidad. Los dinamarqueses, por lo general, gastan ménos pan que pescado, así salado como fresco, queso y legumbres. La industria está reducida á lo que es necesario. Allí no se

hallan ricas minas, y pudieran aplicarse, con especialidad á las partes septentrionales, aquellos versos de un célebre poeta:

Naturaleza, madrastra
De climas tan espantosos,
Solo soldados y hierro
Produce allí en lugar de oro.

Con efecto, son los dinamarqueses por lo comun valientes, de alta y robusta talla; pero esta corpulencia, que es hermosa en los hombres, desagrada en las mugeres, las cuales son desairadas, y no saben corregir este defecto con las gracias del vestido. Beben sin mas moderacion que los hombres aguardiente y licores fuertes, y muchas veces con esceso. La sobriedad no conoce allí mas reglas que los medios de cada uno, y la gente del pueblo rara vez deja desocupar la mesa de viandas cuando puede. La nobleza vive con delicadeza, es generosa y afable; las ciencias no están despreciadas la religion es la luterana. El gobierno despues de muchas variaciones, ha parado en una monarquía absoluta. La aficion de los dinamarqueses á la guerra, se ve consagrada en la historia, pues son muy pocos los paises adonde no hayan llevado sus armas. Todavía las potencias de la Europa los llaman para sus ejércitos, y la caballería danesa, sobre todo, es muy estimada.

No es posible dejar de sorprenderse á vista de que un pais, como el que acabamos de pintar, poco cultivado y ménos civilizado, ha conservado suficientes tradiciones para que su historia suba hasta mas de mil años ántes de nuestra era comun. Dicen que su primer rey, llamado Dan, vivia 1038 años ántes de Jesucristo; y que llegó al trono porque sus grandes prendas determinaron al pueblo á suplicarle que se encargase del gobierno. El mejor de sus hijos le sucedió y fué derribado del trono por un hermano suyo, que llegó á hacerse un tirano; pero el pueblo, á quien la opresion no habia quitado toda la energía, le desterró, recobró sus derechos, y dió la corona á su hijo Skioldo. En un tiempo, en que la fuerza del cuerpo era título recomendable, se adquirió mucha reputacion este príncipe, matando un enorme jabalí, y triunfando de dos famosos luchadores; bien que adquirió mas estimable fama cultivando las artes, castigando el vicio, y animando la industria, de tal modo, que el nombre de Skioldo llegó á ser en Dinamarca el sobrenombre de los buenos reyes.

Á su hijo Gram le mató un rey de Suecia en la guerra y no pudiendo sufrir los dinamarqueses que su hijo Guthorm se sujetase á un tributo por conservar la diadema, mostraron tanto desprecio al desgraciado monarca que murió de pesadumbre. Hoddign lavó en la sangre del monarca sueco la mancha du su padre. Á éste le seguia en los combates Harpinga, guerrera danesa, que participaba de sus fatigas y peligros. Modelo Harpinga de aquellas amazonas que no han sido raras en los reinos del Norte, acompañó en el trono tambien á su amante pasando á ser su esposa.

En tiempo de Frotho, su hijo, hicieron los dinamarqueses la primera salida mas allá de sus mares 771 años ántes de Jesucristo; desembarcaron en Inglaterra, y se apoderaron de la capital, á la cual los historiadores llaman Londres. Esta salida, como la mayor parte de las que despues hicieron, no debia tener mas objeto que el botin, pues volvió Frotho á su reino sin que se hable de establecimiento en la Bretaña. Haldan su hijo quitó la vida á sus hermanos, temiendo tener compañeros en el trono. Lo contrario hizo su hijo Roë, el cual no quiso ocuparlo por muerte de Haldan, sin que se sentase con él su hermano Helgo. Roë fué legislador, y murió jóven. Aprobó Helgo las instituciones de su hermano; pero no le imitó en la práctica, pues violentó su propia hija, aunque no pudiendo sufrir los remordimientos de su conciencia se mató de sentimiento, y le sucedió Rolfo, hijo que tuvo de ella. Son tantos los elogios que los escritores dan á Rolfo por su valor, generosidad, justicia y magnificencia, y tantas las virtudes que le atribuyen, que se sospecha haberle pintado al gusto de la imaginacion: no dejó mas que una hija, y los dinamarqueses la buscaron esposo de su familia. Éste fué Holber su pariente, criado en la corte de Dinamarca; y le dieron la mano de la princesa; prefiriéndole á Balder, príncipe del Norte, que la pretendia. Le desafió su rival: aceptó, perdió la vida, y dejó á su viuda jóven, y madre de un hijo que reinó despues. El nieto de este último se espuso tambien á un desafío; pero fué mas feliz. Muchas veces practicaron los monarcas de este reino el mismo modo de poner fin á las guerras, sin que lo padeciesen los pueblos.

La historia de Dinamarca, que hasta el principio de la Era vulgar está reducida á la sequedad de las crónicas, reinando Fridleff, que vivia en aquel tiempo, toma un carácter heróico ó romanesco, que poco mas ó ménos viene á ser lo mismo. Este príncipe halla gigantes en Noruega: combate contra ellos, y los mata; pero se observa que en las antiguas historias siempre son esos mónstruos los vencidos; bien que para no ser así no se tomarian el trabajo de fingirlos.

Frotho V, uno de los sucesores de Fridleff, mata á su hermano que reinaba con él, y persigue á sus dos sobrinos: los oculta un señor de su corte, los cria en un subterráneo, los descubre el rey cuando ya eran grandes, y manda quitarles la vida: piden los dos hermanos por gracia que se les permita matarse uno á otro con sus propias armas; manda Frotho que les den espadas, y ellos las vuelven contra el tio cruel, y le traspasan.

Sigar pasó por un príncipe indolente, que entregó el ejercicio del gobierno á Alfo su sucesor. Éste se propuso conseguir la mano de Abilda, princesa de Gocia; pero no se lograba su corazon por el mismo medio que los de otras, pues esta princesa varonil tenia gusto particular por las armas, y se divertia en ir en sus navios dedicada enteramente á la piratería. Intentó Alfo la conquista de esta amazona por el único modo que podia asegurarle el triunfo. Acometió, duró dos dias el combate, y las pruebas de valor que allí dió, le hicieron dueño de la valerosa Abilda. No tuvo Alfo la misma fortuna contra tres hermanos irlandeses, que tambien recorrian los mares; pues aunque quitó la vida á dos, perdió la suya á manos de Hagaberto, que era el mas jóven.

Habia oido hablar Hagaberto de la belleza de Signa, hija del rey de Dinamarca; pero la victoria que acababa de ganar contra Alfo, y sobre todo su muerte, le quitaron al parecer toda esperanza de obtener á la princesa por los medios comunes. Se disfrazó pues de muger, y consiguió como Aquiles que la princesa le recibiese en calidad de dama de honor. Algunas señales demasiado ciertas hicieron bien presto conocer que aquella nueva Deidamia no habia sido insensible á tanto esceso de amor, y mirando Signa como intolerable afrenta la accion de Hagaberto, le hizo ahorcar sin forma de proceso; y poniendo fuego al palacio que ella habitaba, se quitó desesperada la vida.

Los anales de Dinamarca ofrecen todavía otros rasgos singulares en aquellos tiempos remotos. Un Haldan, por sobrenombre el *Fuerte*, que quitó la vida á doce hombres de los mas intrépidos que hacian la guardia á Gurith, princesa de Dinamarca, heredera del trono, y que le ofrecia con su mano al que venciese aquella guardia. Olo ú Olao II mataba solo con mirar, como el basilisco. En tiempo de Omundo se ve una doncella guerrera llamada Rafla, que habia quitado el trono de Noruega al rey su hermano. Llamado Omundo por este infeliz rey, fué vencido; y para no esponerse de nuevo á la afrenta de que la venciese una doncella, se valió del oro para separar de ella á los noruegos, los cuales la abandonaron; y cayendo en manos de Omundo, éste la entregó á su hermano, el cual la quitó la vida. Para que nada falte á la historia de Dinamarca, Broder, hijo del rey de Jarmeria, fué acusado por su madrastra, de que la tenia torpe pasion; pero, á diferencia de la aventura de Teseo y de Hipólita, aquí el marido, escesivamente confiado en la Fedra, fué el rendido, pues le mató su hijo; pero hizo tambien que todos reconociesen su inocencia.

Veamos ahora la causa singular de la primera emigracion de los dinamarqueses á Alemania. Hácia el año de 389 sobrevino una grande hambre en este reino. Haggo y Ebbo, dos nobles, propusieron sin escrúpulo que se quitase la vida á los ancianos y niños para salvar el resto. Entró en el consejo Magga, madre del rey; y haciendo presente la barbarie de semejante propuesta, dijo: «Mas digna resolucion será de la generosidad de los dinamarqueses enviar vuestra juventud á espediciones fuera del pais, para que la edad inocente y la mas débil tenga mas parte en las provisiones públicas.» Adoptaron este medio; y sacando uno de nueve, entre los que podian llevar las armas, formaron un ejército suficiente, el cual, acaudillado por Haggo y Ebbo, fué á establecer una colonia en la costa del Báltico en frente de Dinamarca, entre el rio Elba y el Oder.

Á esta primera emigracion siguieron otras muchas en un espacio de mil años, y éste es el tiempo de los gigantes, hechiceros y magos, que mandaban á los vientos, alborotaban las olas, obscurecian el cielo en lo mejor del dia, y hacian brillar el sol en las tinieblas de la noche. Ellos eran los que del fondo del mar sacaban fantasmas, que llevaban las naves dinamarquesas á las playas enemigas, y protegian los desembarcos. Despedazadas las barcas, incendiadas ó sumergidas, al punto hacian que se hallasen otras cerca de la costa para transportar el botin y los prisioneros de Alemania. Sin duda les pareció mejor á los cronistas dinamarqueses atribuir las hazañas de sus compatriotas á estas causas sobrenaturales, que á su prudencia, prevision y valor. Ya, por los tiempos de Carlo Magno, las luces de la religion cristiana hicieron desaparecer aquellos prodigios. Penetró este príncipe por aquellos paises persiguiendo á los sajones, y halló un competidor digno de él en Godrik, capaz, segun dicen, de disputar á tan gran monarca el imperio del mundo, si en lo mejor de su edad no le hubiera quitado la vida un asesino.

Se introdujo el cristianismo en tiempo de Regner, que fué el rey cincuenta y seis, y se le cree contemporáneo de Luis el *Débil*. Reconquistó este príncipe su reino contra Froe, rey de Suecia, que tambien habia usurpado la Noruega, y que cuando la tomó habia hecho prisioneras la muger y las hijas del rey, esponiéndolas á los mas viles ultrajes, como á todas las doncellas jóvenes que cayeron en sus manos. Lutgarda, una de estas doncellas que huyó de la prision, viéndose en el ejército de Regner, se entró por las filas del enemigo, acometió á Froe en persona, y le hizo caer á sus piés.

Esta accion la valió la mano de Regner: pero sea porque no siempre una heroina tiene las prendas de buena esposa, ó por desenfrenada pasion de Regner, de quien se dice que se espuso al combate contra dos toros furiosos por conseguir una princesa de Suecia de quien se habia enamorado, repudió á Lutgarda: agravio de que se vengó ella de un modo digno de su generosidad. Viendo á su infiel esposo empeñado en una guerra peligrosa contra los cimbros, equipó una armada de ciento veinte velas, y fué á socorrerle. «Si mis gracias, dijo á su atónito marido, se han marchitado para vuestros ojos, yo supliré esta pérdida con otras prendas mas útiles para vuestra gloria, y el bien de vuestro reino.» No se dice si con esto, á falta del corazon, que rara vez vuelve á ganar una muger desgraciada, recobró la clase en que habia estado.

Regner era capaz de acciones estraordinarias. Acababa de perder un hijo muy querido por un cobarde asesinato: desgracia que le puso en tal desesperacion que se acercaba á un furioso frenesí. Mas sosegado luego se armó contra un monarca, calificado rey del Helesponto, y haciéndole prisionero, le dió con desprecio la libertad diciendo: «Vé, y disfruta una vida que no es digno sacrificio para ofrecerle a los manes de mi hijo, y sea tu verdugo tu misma conciencia.» De este Regner, á quien hacen vencedor del Helesponto, se dice que subyugó á la Inglaterra.

Erico usurpador, pero contado por el rey sesenta, dió en 858 estabilidad al cristianismo, fundando iglesias, y enriqueciéndolas; pero Gemon, monarca sesenta y cinco, persiguió la religion cuando ya estaba floreciente, demolió las iglesias, y desterró los clérigos. El emperador Enrique I, llamado el *Pajarero* por su aficion á la caza de volatería, hizo reparar estos perjuicios, y llamar á los desterrados.

Haraldo, que reinó en 930, juntó las calidades de monarca justo y pio con los títulos de conquistador de Inglaterra, y príncipe muy vigilante. Estableció obispados, fundó y dotó monasterios, hizo bautizar á Swen ó Suenon, y criarle en la religion cristiana. Sin duda el zelo de Haraldo descontentó á los que eran afectos á los ídolos. Suenon, jóven ambicioso, se les mostró favorable; y haciéndose muchos partidarios entre los paganos se sublevó contra su padre. Llegaron á las manos; y despues de un combate largo é indeciso, los mas prudentes de los dos partidos propusieron una composicion. Estaban ya aceptadas las condiciones cuando asesinaron á Haraldo; pero ninguno imputa esta maldad á su hijo (981).

Suenon, por complacer á sus partidarios, volvió á levantar los ídolos, pero sin abjurar la religion cristiana. Le hicieron prisionero los vándalos, y no rescató con menor precio su libertad que con el doble peso de su cuerpo con toda su armadura completa, en oro puro, y para completar su rescate vendieron las señoras dinamarquesas voluntariamente sus joyas: generosidad que él reconoció concediéndolas ciertas ventajas en los pactos matrimoniales. Tambien fué vencido Suenon por el rey de Suecia, y huyó á Escocia. Le restableció el monarca que allí reinaba; y reintegrado en su reino, atribuyó sus desgracias á la especie de apostasía en que habia incurrido desterrando el clero, y violentando el ejercicio de la religion. Reparó en cuanto pudo esta culpa, confesándola públicamente, y exhortando á los dinamarqueses á que volviesen á la religion, que por su mal ejemplo habian abandonado. No solamente consiguió Suenon en su vejez borrar el oprobio de sus desgracias; sino que se cubrió de gloria conquistando una parte de Inglaterra, y allanando el camino á las victorias de su hijo Canuto, por sobrenombre el *Grande*. Se conoce cuanto fué el poder de este último príncipe por el repartimiento que hizo de sus estados entre los tres hijos; pues dió á Haraldo la Inglaterra, á Hardi-Canuto la Dinamarca, y á Suenon, que era el último, la Noruega.

De las manos de Hardi-Canuto cayó el cetro de Dinamarca, por convenio que siguió á las guerras, en las de *Magno*, príncipe de Noruega, y llamado el *Bueno*, epíteto que vale por una larga historia.

Suenon II (1048) hijo de Magno, tuvo cinco hijos, y por un pacto que hizo firmar á los señores dinamarqueses, del cual no hay ejemplar en la historia, estipuló que irian subiendo sucesivamente al trono, y le cumplieron esta condicion. Por los sobrenombres que dieron á estos cinco príncipes, se puede formar idea de lo que fueron. Á Haraldo le llamaron el *Sencillo*: á Canuto el *Piadoso*, y pudieran haberle dado los nombres de *Casto*, *Justo* y *Amigo de los sabios*: á Olao le llamaron el *Hambriento*, y nó porque lo fuese, sino porque habiéndose declarado una grande hambre en su reino, murió de pena por no poder aliviar la miseria de su pueblo: á Erico, como á Magno su abuelo, le apellidaron el *Bueno*.

En la corte de éste se presentó un músico de tan singular talento, que con la fuerza de su armonía hacia pasar los oyentes de la calma al furor. Quiso esperimentarlo Erico; y en la fuerza del frenesí, que le causó el músico, mató á cuatro de sus guardias. Fué calmando el acceso mudando el músico de tono; y sintió tanto las muertes que habia hecho, que para espiar su culpa votó una peregrinacion á la Tierra Santa. Partió pues, á pesar de las representaciones de sus vasallos, que le amaban mucho, y murió en la isla de Chipre. Tenia dos hijos, Haraldo y Canuto, y dejó al mayor gobernando su reino durante su ausencia. Parecia que la muerte de

Digitized by Google

su padre le colocaria naturalmente en el trono; pero aun vivia Nicolás, uno de los cinco hijos de Suenon, que estaba prisionero en Flandes. Cumplieron los dinamarqueses con tanta fidelidad la estipulacion hecha con Suenon, de que reinarian sucesivamente sus cinco hijos, que pagaron el rescate de Nicolás, y le pusieron la corona en la cabeza.

Su reinado fué una cadena de alborotos, y no los causaba Haraldo, que vivió poco, sino Canuto, otro sobrino, hijo de Erico. Vió con mucho sentimiento que, habiéndosele caido de las manos el cetro de su padre, pasó á su tio. Para suavizar su pesadumbre le confirió Nicolás el gobierno del ducado de Sleswick: en él se dió á sí mismo Haraldo los honores de la soberanía. Una irrupcion de los vándalos y de los esclavones en Dinamarca le presentó ocasion de manifestar su prudencia y valor, retirando á los primeros con una negociacion pacífica, y rechazando á los segundos con la fuerza. Estos servicios, junto con otras estimables prendas, hicieron á Haraldo amable á los dinamarqueses, principalmente porque sus calidades hacian singular contraste con la altivez y la indolencia de Nicolás. Tenia este monarca un hijo llamado Magno, que tomó zelos de su primo Canuto, y se dividió la corte entre los dos rivales. Tenia Canuto en favor suyo á la reina, esposa de Nicolás, que sin duda no era la madre de Magno, y éste contaba entre sus partidarios los propios hijos de su primo, hombre de madura edad. De este modo estaban divididas las familias; pero el pueblo seguia enteramente á Canuto, y tenia por amigos empeñados y activos á Haraldo y Erico, los que se cree haber sido sus hermanos naturales.

El indolente Nicolás, aunque descontento con el imperio que tomaba su sobrino, lo hubiera sufrido tal vez si no le hubieran escitado contra este príncipe. No omitieron medio alguno de perderle en su concepto: conjeturas, calumnias, siniestras interpretaciones de sus acciones, nada se olvidó. Por desgracia dió Canuto lugar á estas funestas preocupaciones en un viaje que hizo Nicolás á Sleswick. Se vió allí el sobrino en un trono igual al del monarca; y aunque dió algunas escusas de su imprudencia, siempre le quedó al tio en el corazon la saeta, y la manifestó en todos los proyectos que intentaron contra su sobrino. Se aprovechó Magno de aquellas circunstancias; y con fingidas caricias atrajo á Erico su sobrino á la corte, en donde habia formado contra él una conspiracion, en que el rey mismo entraba. Erico, aunque advertido, se aventuró, y cayó en el lazo.

La noticia de su muerte causó un sentimiento general. El pueblo inconsolable cargó de maldiciones al que le habia quitado la vida, y sus amigos pidieron licencia para hacerle públicos funerales. Eludió Nicolás con prudencia esta pretension, temiendo las consecuencias que podria producir el espectáculo de un cadáver cubierto de sangrientas heridas; pero no consiguió mas que dilatar al efecto. Tenia Canuto una esposa jóven, que despues de la muerte de su marido dió a luz un hijo, á quien llamó Valdemaro. Le señalaron por tutores á sus dos tios Haraldo y Erico, los cuales presentaron su pupilo en la cuna á una junta que se tuvo en el ducado de Sleswick. Allí deploraron la muerte funesta del príncipe: hicieron memoria de sus bellas prendas, espusieron á la vista su manto ensangrentado, rasgado con las puñaladas, é imploraron la venganza del pueblo y su proteccion para el desgraciado renuevo del príncipe que lloraban.

Esta escena patética escitó una sublevacion, que desde allí se comunicó al resto del reino, y acudieron á las armas. No halló Nicolás otro medio de sosegar aquel movimiento sino desterrar á su hijo Magno con los cómplices mas notables; pero volviéndolos á llamar, pasado algun tiempo, se renovó con su vuelta la fermentacion. Erico y Araldo juntaron el pueblo, hicieron declarar á Nicolás privado del trono, y á su hijo Magno indigno para siempre de la corona. En los combates que se siguieron estuvo en poco que Erico no hiciese prisionero á Nicolás; pero mató con su propia mano á Magno, y entónces, no viendo ya heredero de Nicolás, descendiendo él de Erico III, aunque por nacimiento ilegítimo, no reparando en los derechos de Valdemaro su pupilo, ó con pretesto de defenderle mejor, tomó el título de rey. Nicolás, irritado con esta audacia, y prefiriendo ver su corona en la cabeza de cualquiera otro enemigo mas bien que en la de Erico, presentó el cetro á Haraldo, hermano de éste, y le declaró su heredero. Esta fué su última accion; pero tuvo la imprudencia de entrarse en una ciudad en donde era muy amado el nombre de Canuto Sleswick. Habia formado en ella este príncipe una asociacion, que entre otras condiciones se obligó con juramento á proseguir la venganza contra cualquiera que ofendiese á alguno de los miembros que la componian. Se hallaba Nicolás en el caso, por ser á lo menos cómplice en la muerte de Canuto. Aunque rey no creyeron los habitantes que era exento de la ley que habian jurado: acudieron pues á las armas, cerraron las puertas, y no hallando Nicolás salida alguna, le mataron en medio de sus guardias (1135).

Se hallaba Haraldo muy embarazado con el cetro que le habia dejado Nicolás: conocia el carácter de su hermano, y sabia que era peligrosa la competencia con él: ¿pero qué no puede el atractivo de una corona? Buscó auxilio en Noruega, cuyo rey, llamado Magno, le estimaba, y volvió con un ejército. Á la primera noticia de su regreso hizo Erico quitar la vida á cinco hijos de los seis que Haraldo tenia, y solo pudo librarse uno llamado Olao. Poco tiempo despues cayó Haraldo bajo el hierro de un asesino, por las pérfidas disposiciones de su hermano. Apoyó Erico una sublevacion contra Magno, rey de Noruega, y los sublevados entregaron a este príncipe infeliz al cruel Erico, el cual le hizo pagar muy caro el socorro concedido á su hermano; pues, no contento con tenerle aprisionado en un monasterio, le hizo sacar los ojos y privar de las señales de su sexo. Entre tanto se formaron diferentes facciones contra este bárbaro; y aborrecido igualmente del pueblo y de la nobleza, le mataron á puñaladas en el mismo tribunal en donde estaba administrando justicia, sin que su muerte causase el menor movimiento (1139).

No era facil fijar la sucesion al trono, pues era dudosa entre Sueno, hijo natural de Erico, último poseedor; Canuto, hijo de Magno, declarado indigno de la corona por la muerte de su primo, duque de Sleswick; y Valdemaro, hijo póstumo de aquel príncipe amado. Su madre, Ingoburga, presentó su hijo á la asamblea, que era la que habia de escoger entre los pretendientes. Logró los votos; pero no quiso aceptar la diadema para este hijo, sino con la condicion de que se le nombrase un tutor que gozase de la autoridad soberana; y así nombraron á Erico V, de la familia real, el mismo que al parecer deseaba esta princesa. Á la verdad no se engañó en su deseo; porque Erico V, por sobrenombre el *Cordero* á causa de su benignidad, conservó el trono como en depósito, y le defendió contra Olao, aquel hijo de Haraldo, que se libró del cuchillo asesino de su tio Erico IV. Le mataron en una batalla; pero esceptuando este acto de constancia, vivió Erico el *Cordero* en la mayor indolencia (1148).

La poca precaucion que tomó al morir dió atrevimiento á Swen, bastardo de Erico IV, y á Canuto el proscripto, hijo de Magno, para disputar el trono al jóven Valdemaro; pero mas que con él disputaban entre sí la corona. Valdemaro se acomodaba ya al uno, ya al otro; recibia provincias, las tomaba por sí mismo, y las volvia entre guerras y negociaciones. Por nueve años que duró este conflicto tuvo que intervenir en estas diferencias el emperador de Alemania, dando sentencias á su arbitrio sin que los competidores que la solicitaban se sometiesen sino cuando eran de su gusto. Los sajones y los vándalos, llamados para componerlos, las dieron mas decisivas con la punta de su espada. En la mayor parte de este tiempo, Valdemaro, por no ser el mas

Digitized by Google

fuerte, se acomodaba á las circunstancias, y dejaba á los rivales pelear uno contra otro. El mas terrible era Sueno, que reinó con esplendor, y aun conquistó la corona de Suecia. Se vió Valdemaro reducido á recibir de su mano algunas provincias como por gracia; pero fué insensiblemente adquiriendo fuerzas hasta que pudo pelear con su competidor, y le venció. Á Sueno le mataron en el campo de batalla, y Valdemaro se concordó con Canuto, tomando su hija por esposa; y de este modo se halló dueño único del reino de Dinamarca (1177).

Dió Valdemaro principio á su reinado con muchos actos de clemencia, pues no castigó entre sus enemigos sino á aquellos que en cualquiera otra circunstancia hubieran merecido el suplicio. Su educacion, comun con los otros niños de su edad, le habia proporcionado muchos amigos; pero él supo discernir el mérito de cada uno. Absalon, su compañero en los estudios, consiguió su confianza: le dió un eminente ministerio eclesiástico; y este prelado fué siempre como su primer ministro. Tambien consiguió Valdemaro por esta educacion comun el hábito de vivir sin fausto con los hombres, aunque los mandaba, y examinar con ellos los negocios, lo que le dió grande influencia en el senado. El de Dinamarca se componia sin duda de los mas grandes señores. Por último, la turbulenta situacion en que Valdemaro habia tenido que vivir desde que nació, las hostilidades y las negociaciones le hicieron desde su juventud tan valiente guerrero como buen político. Subió con estas cualidades al trono, é hizo que conociesen sus talentos militares los vándalos, que saliendo de Juthlandia infestaban las costas de Dinamarca. Su habilidad en el gobierno se vió en las buenas leyes que dió á sus vasallos, y en sus negociaciones con los extranjeros.

Venció Valdemaro á los vándalos en varios reencuentros: perdió su rey la vida, y pidieron la paz. Por haberle faltado al respeto un obispo de genio altivo, se valió de esta ocasion para quitar al prelado las plazas fuertes y su tesoro, disminuyendo de este modo el poder secular del clero. Los de Noruega, descontentos con su rey y llenos de estimacion á Valdemaro por sus virtudes, le ofrecieron la corona: él la aceptó; pero dispuso para el monarca destronado un destino en que vivió contento. Los dinamarqueses estaban tan satisfechos de su gobierno, que ellos mismos le propusieron que asociase al trono á su hijo Canuto, niño de cuatro años. Este afecto general no impidió el descontento de algunos particulares, y así se vió espuesto Valdemaro á dos conspiraciones, bien que las descubrió, y previno sus efectos. La bondad con que se portó con los primeros conjurados fué tal vez la que dió atrevimiento á los segundos. No obstante, no cansaron sus delitos la bondad del rey, pero no hizo mas que mudar de asesino, pues murió de una droga que le administró un empírico (1182).

Aunque su hijo Canuto VI casi desde que nació fué compañero de su padre en el trono, se le disputaron algunos malcontentos, pero erraron la empresa. Habia encargado su padre á este príncipe algunas operaciones militares, que desempeñó con honor: pero, viéndose rey, dejó los honores y fatigas de la guerra á su hermano Valdemaro, reservándose el cuidado de un gobierno moderado y justo. Convocó un sínodo nacional, en el cual se dió á todo el reino la misma liturgia. Murió sin sucesion, y entró á reinar su hermano Valdemaro con general aplauso (1202).

La hazañas bélicas de Valdemaro II daban grandes esperanzas, y las aumentaron los sabios reglamentos que hizo en la asamblea congregada para su coronacion; y á la verdad no se engañaron, pues fortificó las fronteras: estendió sus cuidados á las ciudades anseáticas sus vecinas: aumentó á Hambourgo: reparó á Lubeck incendiada: edificó á Stralsund: subyugó á la Pomerania: fueron felices sus espediciones en la baja Sajonia, en la Livonia, y aun en Rusia, por lo que le dieron el nombre de *Victorioso*. Puso ademas en buen órden la hacienda, entónces mal cuidada. Con ella, por sus sabias disposiciones, aun que pareciera cosa exhorbitante, podian mantenerse cuatrocientos bajeles para la guerra, entre pequeños y grandes, y se podia dar sueldo á ciento sesenta y nueve mil y cuatrocientos combatientes.

En este estado de opulencia y de grandeza sobrevino á Valdemaro una catástrofe de bastante abatimiento; porque en la ribera del mar le sorprendió en una diversion Enrique, conde Palatino: se le llevó en un navío; y llegando á Alemania, le encerró en un castillo, y solo pudo conseguir su libertad á fuerza de súplicas, de grandes sumas, y sacrificando muchos de los paises ántes conquistados. No queria el prisionero sujetarse á estas condiciones, prefiriendo sus cadenas á un tratado oneroso y de poco honor para su reino; le suplicaron sus vasallos que consintiese, y volvió á Dinamarca ménos rico, pero mucho mas amado de sus vasallos.

Creyó este monarca que les hacia un gran servicio en arreglar su sucesion entre sus hijos: y así nombró á Erico, que era el mayor, por heredero de Dinamarca: dió el ducado de Juthlandia a Abel, que era el segundo, y á Cristobal, el tercero, el de Bleking, con prerrogativas que casi hacian soberanos á los dos príncipes. Celebró tambien Valdemaro una dieta general, en la cual quedaron arreglados los derechos del monarca y de la nacion, con todos los casos criminales, los civiles y eclesiásticos. En esta época empezó la constitucion, que se conservó en su vigor por mas de cuatrocientos años (1240).

La precaucion que tomó Valdemaro distribuyendo los estados á los tres hijos con intencion de asegurar á su pueblo la tranquilidad, fué la causa de los alborotos que inquietaron el reinado de Erico VI. Aspiraron sus hermanos á la independencia; él pretendió sujetarlos, y de aquí nacieron muchas guerras. Abel era el hermano que se portaba con mas atencion; pero, segun parece, la empleaba para disfrazar mejor su ambicion, de lo que dió prueba bien cruel á su infeliz hermano. Habia ido Erico á hacerle una visita de amistad; y recibiéndole con mucho agrado en lo esterior, le hizo Abel llevar en un barco, y cuando le tenian lejos de la ribera le mataron á puñaladas, y arrojaron su cuerpo al mar. Echaron la voz de que su muerte era efecto de una casualidad, y de una quimera entre los marineros; pero nadie lo creyó. No obstante, como en el estado en que se hallaba el reino por la repentina muerte del rey era difícil darle sucesor que no fuese este príncipe, que era muy poderoso y no sufria á otro alguno, le confirieron el trono, haciéndole primero jurar que no habia tenido parte en la muerte trágica de Erico (1250).

Aunque Abel era capaz de engañar á otros, no podia engañarse á sí mismo: continuamente los remordimientos de su conciencia le ponian delante su delito. Éstos se redoblaron cuando, reconociendo los papeles de su hermano, vió que el que acababa de asesinar habia resuelto retirarse á un monasterio, nombrándole á él por sucesor, y destinándole un legado particular en prueba de su sincero afecto. Este descubrimiento le rasgaba el corazon; pero reinó gloriosamente; y recibiendo el placer de hacer felices á otros, tambien á él le resultaba la felicidad en cuanto puede sentirla el hombre que se vé atormentado sin cesar con la reprension y el espantoso grito de su conciencia. Pereció con muerte violenta en una accion contra unos sublevados, y la mancha que no pudieron imprimirle viviendo, cayó sobre su hijo Valdemaro, pues los estados le desecharon como fruto peligroso de una venenosa planta, y dieron el trono á Cristobal su tio, tercer hijo de Valdemaro II. Tuvo este príncipe guerras con sus vecinos, de las cuales salió felizmente, y algunas diferencias con el clero que le causaron bastantes inquietudes. Su muerte le sobrecogió en el mas fuerte de los alborotos consiguientes á estas discordias: y fué tan repentina, que no la tuvieron por natural (1257).

Dejó un hijo en la menor edad, llamado Erico, bajo la regencia de su madre: y á la tutora y al pupilo les opusieron grandes contradicciones la nobleza y el clero, de suerte que se vieron precisados a huir á una provincia remota. Á su regreso, que sin duda no debió manejarse con la mayor prudencia, pusieron en una prision á la

Digitized by Google

reina y su hijo. La primera que logró libertad fué la tutora, y despues el rey. Mientras vivió la madre, ésta fué su consejo y su ministro. Con su prudencia prosperaron los negocios; pero despues de su muerte cargó el rey al pueblo de impuestos, y se abandonó á los escesos de la torpeza, por lo que irritando á la nobleza y al clero le asesinaron en la flor de su edad (1259).

Á Erico VII su hijo le dieron el sobrenombre de *Piadoso*, en lo que se conoce que no se pareció á su padre. Se nota que tuvo un tutor bajo la autoridad del senado. Á este piadoso monarca le escomulgó el pontífice con motivo de las inmunidades eclesiásticas. Tuvo que sufrir toda especie de desgracias, siendo la primera sus disputas con el clero que retiraban de él al pueblo; la segunda el disgusto de verse en precision de desagradar á una parte de la nobleza, castigando á los asesinos de su padre: y despues de éstas los reveses de fortuna en las guerras con sus vecinos, las altercaciones con Cristobal su hermano, que fué preciso poner en la consideracion de los estados, las conspiraciones, y las sublevaciones; por último, para colmo de su desgracia, de catorce hijos no le quedó uno vivo. Fué muy ajustado y religioso, y todos convienen en que si no hacia la guerra con felicidad, siempre la concluia con tratados ventajosos y honoríficos (1320).

Sin duda por entónces tenia la Dinamarca el derecho de eleccion, pues tuvo que pasar por ella Cristobal II, y salió en su favor por los grandes presentes que hizo al clero y á la nobleza, y el abatimiento de sus súplicas al pueblo. Le hicieron jurar artículos, que restringian considerablemente la autoridad real: á todo se sujetó; pero cuando creyó que tenia bien asegurado el trono, asociando á él á su hijo Erico, volvió sobre sí faltando á sus promesas. Se armaron los señores dinamarqueses para obligarle á cumplirlas: sobre esto hubo una batalla, en la que se halló; pero su hijo Erico, que la presentó, fué hecho prisionero. Con esta novedad empaquetó Cristobal sus tesoros, y se salvó en Alemania; pero los señores, para quitar al fugitivo la esperanza de la corona, se la dieron á su pariente Valdemaro, duque de Sleswick. No por esto desesperó Cristobal, ántes bien puso en movimiento á los graves alemanes; y con el auxilio de las inteligencias que mantenia en su reino, se apoderó de las principales ciudades arrasando las campiñas. No pasaba Valdemaro de doce años, y estaba bajo la tutela de Gerardo su tio. Reflexionaron pues los dinamarqueses que les convenia mas obedecer á un rey esperimentado, y á su hijo, que ya estaba en edad perfecta, que a un niño y á su tutor. Pusieron pues en libertad á Erico, y restablecieron en el trono á Cristobal con condiciones todavia mas duras que las primeras; pero las aceptó con la misma intencion, pues renunciando Valdemaro, correspondió Cristobal con la misma infidelidad á las segundas promesas. Le acometieron de nuevo los grandes, y haciéndole á él mismo prisionero, no se pudo librar de las cadenas sino sacrificando todo cuanto le habia quedado de la autoridad real, por lo cual murió de pesadumbre.

Sin duda Erico su hijo le habia precedido á la sepultura; pues habiendo llevado la corona con su padre, es muy creible que la hubiera conservado, principalmente cuando no se mostró indigno de reinar. Dejaba Cristobal otros dos hijos, Valdemaro y Oton: el primero estaba en la corte de Brandembourg, patria de su madre: el segundo apenas habia salido de la infancia. Se presentó Valdemaro de Sleswick, y reclamó contra su misma renuncia. Gerardo su tio trabajaba para sí mismo con pretesto de ayudarle; y las miras que llevaba este infiel tutor prolongaron una especie de interregno que duró siete ú ocho años.

Noceris, dinamarqués, persuadiéndose á que el mejor medio y el mas corto camino de restituir la tranquilidad á su pais era deshacerse de aquel artífice de alborotos, se resolvió á sacrificarse. Observó los pasos de Gerardo, le mató en su propia tienda en medio de su ejército, y logró la fortuna de huir. De este modo quedó todo arreglado: pues Enrique, hijo de Gerardo, reunia los derechos que de cuando en cuando alegaba su padre para conservar la autoridad. Valdemaro de Sleswick se retiró de sus pretensiones, dándole dinero y tierras, y por el casamiento de su hermana con Valdemaro, hijo mayor de Cristobal. Dispuso este príncipe para Oton, su menor hermano, un mayorazgo á su satisfaccion; y él tomó el cetro con el consentimiento general, pues con su coronacion cesó la anarquía que asolaba al reino.

Á Valdemaro III le dieron por sobrenombre una palabra danesa, que significa *tiempo hay*; porque en efecto nunca se apresuraba, y siempre lograba su intencion. Se hizo amar del pueblo, asegurándole privilegios, y tuvo talento para agradar tanto al clero, que cada iglesia le ofreció un presente. Pensó despues en recobrar las tierras de la corona, enagenadas durante los últimos alborotos, y en sujetar á su dominacion las provincias que se habian separado. Se ocupaba despues principalmente en fundaciones pias y proyectos de cruzadas contra los paganos que habia al rededor de Dinamarca, ó en alianzas con los caballeros teutónicos contra aquellos idólatras; y todo esto terminó con una peregrinacion á Jerusalen. Murmuró el pueblo; pero regresó el rey, y supo ganarle la confianza. Ménos por gusto que tuviese de intrigas, que por una política bien entendida, y deseo de ocupar el espíritu turbulento de los dinamarqueses, se determinó Valdemaro á tomar partido con bastante actividad en los asuntos de Alemania: pero no consiguió lo que deseaba, porque sus vasallos no vivieron mas tranquilos dentro por tenerlos empleados fuera; y así se vieron en su reinado muchas sublevaciones.

Aunque este príncipe fué loable en estos puntos, no por eso fija la estimacion su conducta general, porque le notan de inconstancia y ligereza. Una imaginacion caliente, unas pasiones fogosas, y unas preocupaciones violentas, pervertian muchas veces su juicio. Era un compuesto estravagante del libertinage é hipocresía de sobriedad y de intemperancia. En la pasion á las mugeres fué estremado, ménos con la suya. La Dinamarca, la Suecia y la Noruega deben su mejor princesa á la inconstancia de Valdemaro, y á su deseo de mudar. Por sospechas mal fundadas habia encerrado á la reina en un castillo; y la resolucion de pasar la noche con una de sus damas, de quien estaba enamorado, le llevó a aquel lugar de destierro. Fiel la dama á la reina su señora, la puso entre los brazos de su esposo sin que él lo advirtiese, y de este modo el amor dió á este himeneo la celebre Margarita, que reunió en su trono las tres coronas del Norte.

Gustaba Valdemaro de viajar, de visitar, y le agradaban los recibimientos y ceremonias. En la guerra parece que lo que principalmente pretendia era cambiar de lugar, segun los muchos parages adonde mudaba el teatro. La hizo casi toda su vida, y por algunos aciertos que tuvo pasó por hombre grande; pero varias de sus acciones debieron con mas razon darle la fama de hombre singular; y si nó ¿qué diremos por ejemplo de las que se siguen? Se formó una liga formidable entre los príncipes vecinos y algunos señores dinamarqueses: se juntaron los ejércitos, y estaban para entrar en campaña cuando Valdemaro, en lugar de prepararse á la defensa, publicando que tenia hecho voto de ir á Roma, partió con efecto, y dejó al senado el encargo de retirar la tempestad, lo que consiguió con algunos sacrificios. Estaba el rey en la corte del emperador esperando el fin de la tormenta; y así que tuvo la noticia, renunció al viaje de Roma en donde tal vez le hubieran recibido mal, pues parece que no estaba el papa muy satisfecho de su conducta. Con efecto, cuando ya habia vuelto á su reino le escribió el pontífice con reconvenciones bastantes firmes; y Valdemaro, no agradandole el sermon, respondió con poca religion: «Yo he recibido de Dios la vida, de mis vasallos la corona, y de vuestros antecesores la ley; pero si la vendeis muy cara, ahí os la vuelvo por estos presentes.» La oferta de semejante restitucion descubre demasiado cual era la religion de Valdemaro (1375).

No dejó hijo varon: Margarita su hija, que lo era del amor, y aun se puede llamar de la fortuna, habia estado casada con el rey de Noruega, se hallaba ya viuda, y con un hijo llamado Olao. Tuvo esta reina habilidad para que eligiesen rey de Dinamarca á este hijo, en perjuicio de su sobrino Alberto, que lo era tambien de Suecia, hijo de Indelburga, su hermana mayor. Aunque tutora de su hijo gobernó Margarita los dos reinos, como si en ambos fuera soberana: y no tardó mucho en serlo por la muerte del jóven Olao, cuyo mérito principal fué haber sabido obedecer á una madre tan hábil para el mando (1387).

Viéndola sus vasallos con las dos coronas de Dinamarca y de Noruega la instaban á que volviese á casarse. Recibió esta proposicion con frialdad, mas por no descontentarlos del todo, consintió en nombrarse un sucesor; bien que le eligió tan jóven, que no la quedase en recelo de haber de defender contra él su autoridad si aspiraba á tener parte en ella. Le escogió pues en una rama de la familia Meklembourg, con la cual estaba aliada, é hizo que el jóven príncipe se mudase el nombre de Enrique, y tomase el de Erico, por ser mas agradable á los dinamarqueses.

Alberto, el sobrino de Margarita, no dejó de vindicar los derechos que tenia á Dinamarca por parte de su madre, hermana mayor de Margarita. Como estaba tan resentido de que no le hubiese elegido por sucesor, tomó la satisfaccion de mezclar su queja personal con los motivos de sus manifiestos; y porque el abad de Sorce entraba mucho en palacio á título de director de la reina, empezó Alberto á publicar chistes que picaron á la reina en lo vivo: procuró hacer que se arrepintiese de su imprudencia, y no la fué muy difícil.

Alberto llegando á ser rey de Suecia, se gobernó mal; porque cargaba al pueblo de impuestos sin el consentimiento del senado: trataba con altivez á la nobleza, y hacia al clero varias vejaciones. Esta conducta tenia sublevados los espíritus de todos, y Margarita aumentó el descontento por medio de sus emisarios. Tuvo maña para ganar á los dalecarlianos, obreros y poseedores de las minas, que son la principal riqueza de la Suecia: en términos que Alberto, por la retirada que hicieron sus vasallos, puede decirse que habia perdido el reino ántes que se le quitasen; y así una sola batalla decidió de su suerte. Cayeron en manos de Margarita el rey y su hijo con sus principales partidarios. Los encerró en las fortalezas de Dinamarca, se entró por la Suecia como conquistadora, y fué recibida como soberana.

Este título la dieron todos los órdenes del estado; pero no le tuvo bien asegurado hasta que se celebró la célebre junta, que se tuvo en Calmar en 1397; y el tratado que allí se hizo se llamó *la union de Calmar*. Se reducia éste á tres condiciones principales: primera, que los tres reinos de Dinamarca, Noruega y Suecia no tendrian en adelante mas que un solo rey; segunda, que el monarca distribuiria igualmente su residencia entre las tres coronas: y la hacienda de la una no pasaria á la otra: tercera, que cada reino conservaria sus leyes, sus costumbres y su senado, y los vasallos del uno no serian elevados en otro á los cargos ni dignidades. Estas condiciones parecen á primera vista dictadas por la misma sabiduría; pero la esperiencia, que es la que imprime el sello de la estimacion en las resoluciones de los hombres, manifestó los vicios de este convenio; pues fué para los tres reinos un manantial de guerras, que duraron un siglo.

Habia mudado Margarita, á favor de Erico, el título de su sucesor en el de rey con ella, así en Noruega como en Dinamarca; y lo mismo hizo despues en Suecia, en donde estaba tan asegurada su autoridad que no temia dar libertad á su sobrino. Alberto, que habia perdido su hijo durante su prision, no sintió perder una corona, que no podia traspasar á sus sucesores directos, y así aceptó las ventajas que le proporcionó Margarita para vivir como simple particular.

Se aplicó esta princesa sin descansar al gobierno de sus tres reinos, y á todos los hizo igualmente florecer; porque comercio, hacienda, ejército, marina, leyes civiles y criminales, en fin, en todos los puntos de administracion dispuso utilísimos reglamentos. La llamaron la Semíramis del Norte; y si creemos á algunos historiadores, pudiera entenderse este nombre no ménos como sátira que como elogio; porque si Margarita igualó á la Semíramis de Oriente en ingenio y poder, tambien la imitó en gustar de favoritos, y en entregarse al placer. Las grandes reinas deben esperar aquellas sombras que sirven á los ojos envidiosos para sufrir el resplandor de su gloria. Decia de ella Valdemaro su pariente: «Que la naturaleza se habia equivocado en hacerla muger, pues su intencion habia sido hacerla hombre.»

Erico, ya monarca, ocupó solo el trono por muerte de su bienhechora. No hubo príncipe que subiese con mayores aplausos: ¿quién podria pensar que ántes de morir habia de descender con vergüenza y confusion? Con la misma imprudencia se portó con los dinamarqueses que con los suecos; y trató desde luego á la Noruega como un reino pequeño, de cuyo resentimiento tenia poco que temer; pero á Suecia y Dinamarca no las manifestó al principio los proyectos qua habia formado contra su libertad, y se fué entrando poco á poco hácia el despotismo (1411).

Por demás seria advertir que Erico tenia ministros ambiciosos y codiciosos, pues la tiranía nunca va sin estos instrumentos. Los dejaba engordar con la sustancia de los pueblos, y los sostenia á pesar de las murmuraciones y quejas. Brillaba este príncipe mucho mas en las juntas y dietas, en donde basta hablar, que á la cabeza de los ejércitos, en donde es necesario obrar. Tan fácilmente prometia como se retractaba, y para él era lo mismo dar palabras que no cumplirlas. Las esperanzas con que se lisonjea á los pueblos suelen adormecerlos; pero cuando despiertan son terribles.

Dinamarqueses y suecos, igualmente descontentos de su indolencia en el gobierno, de verle encaprichado hácia sus favoritos, y de la indiferencia despreciadora de sus representaciones, resolvieron renunciar á su obediencia y poner otro rey en su lugar. Entre tanto que se tramaba la conspiracion, y no muy secretamente, vivia Erico con tranquilidad en la isla de Gothland, en donde habia construido para sí una deliciosa habitacion, y no se dignó de asistir á la dieta en que iban á decidir de su suerte. Á los veinte años de su reinado le dijeron que ya no era rey; y no mostró sentir esta afrenta sino enviando de tiempo en tiempo desde su isla los corsarios que habia tomado á su sueldo para que saqueasen los navíos dinamarqueses y suecos que pasasen por allí; pero dejó que los tres reinos arreglasen á su gusto los negocios, y eligiesen el rey que les pareciese (1439).

Eligieron pues á Cristobal, hijo de su hermana y duque de Baviera. Permitió el sobrino la confusion de su tio en un decreto del senado de Dinamarca, que públicamente le daba en rostro con las faltas que habian dado motivo para su degradacion. No hay duda que este diploma era muy del caso para la confirmacion de Cristobal, que por su parte trató á Erico con el mayor respeto. Es verdad que armó contra él, que desembarcó con tropas en la isla de Gothland; pero cuando todos pensaban que el tio y el sobrino habian llegado á las manos, estaban pasando el tiempo juntos y muy gustosamente.

Cristobal dejó vivir al destronado rey en las delicias en su nueva *caprea*, bien que sin los desórdenes que se reprenden en *Tiberio*. Aseguró este duque de Baviera su trono de Dinamarca con el sacrificio que hizo al pueblo y al senado de parte de su autoridad, por lo que los historiadores dinamarqueses le pintan como un prodigio de moderacion; pero los suecos le retratan con los colores de un déspota orgulloso, y de un tirano, sin duda porque no le pareció del caso portarse con ellos con las mismas atenciones: de lo cual podemos inferir, que no tenia otras virtudes sino las que convenian á sus intereses. Murió jóven, sin dejar hijos de su esposa Dorotea de Brandembourg, princesa amable (1447).

Digitized by Google

Se inclinaban los dinamarqueses á dar la corona á Dorotea; pero se recelaban de su juventud, y del marido que podria elegir. Los sosegó la viuda, prometiendo que no aceptaria sino el que ellos la diesen. Los estados pusieron los ojos en el conde de Oldembourg, que tenia una floreciente posteridad, y éste les dijo francamente: «Yo tengo tres hijos de calidades muy opuestas. El uno es en estremo apasionado por las mugeres. El otro no respira mas que guerra, sin atender á la justicia de la causa: el tercero es mas moderado, y prefiere la paz á la gloria de las armas; pero nadie compite con él en valor, generosidad y grandeza de alma.» Se declaró el senado en favor de este principe á quien el padre retrataba con tan buenos colores: y bajo de estos felices auspicios, empezó la grandeza de la casa de Oldembourg, que todavia ocupa el trono de Dinamarca.

No creyeron los suecos que por la eleccion de los dinamarqueses estaban obligados á reconocer á Cristierno: ántes suponiendo que esta eleccion era contraria al tratado de Calmar, dieron la corona á Cárlos Canutson su compatriota. La guerra que se levantó entre los dos rivales llenó de alborotos los dos reinos mientras ellos vivieron. Se quitaron uno á otro el cetro: le dejaron, y le volvieron á tomar; pero estas alternativas fuéron muy costosas para los dos pueblos. Habian empezado los suecos las hostilidades, y cayeron éstos sobre el infeliz Erico, á quien quisieron arrojar de su isla de Gothland, suponiéndola perteneciente á Suecia. En vano procuró el desgraciado monarca á mover á compasion á sus antiguos vasallos: «Vosotros, les decia, me habeis hecho amarga la vida con vuestras frecuentes sublevaciones: vosotros me habeis depuesto, y todavia quereis arrojarme de este infeliz pedazo de tierra aislada en medio del mar, y asilo en que yo me prometia acabar mis dias en paz: no me priveis de esta esperanza.» Esta reconvencion sirvió únicamente para que le permitiesen retirarse á una pequeña ciudad de Dinamarca. Luego que lo supo Cristierno le envió embajadores, y le suplicó, en nombre de la nacion, que se fijase en su antiguo reino. Agradeció mucho este paso Erico, como que basta con tan poco para consolar á un desgraciado. Estuvo dudoso; pero al fin se resolvió á pasar á Pomerania. Los diputados dinamarqueses le obsequiaron, y acompañaron por respeto hasta las fronteras.

Este rasgo de justicia y de bondad de Cristierno merece que no nos admiremos de que en Suecia se levantase á su favor un partido considerable. Era Canutson soberbio, activo, absoluto, no seguia en su gobierno otra voluntad que la suya, atropellaba sin distincion los privilegios de todos, y se declaró principalmente contra el clero. Este cuerpo, al cual Margarita habia favorecido mucho, conservaba una secreta pasion por los monarcas dinamarqueses; y fué tanto lo que influyó con la nobleza y el pueblo, que depusieron á Canutson, y llamaron á Cristierno en 1458; pero no le duró esta fortuna mas que seis años, porque no supo fijarla. Dió lugar á quejas bien fundadas, porque contra el tenor del tratado con los suecos se iba á gastar en Dinamarca las riquezas que exigia de Suecia. Además se desavino con el clero, ó por lo ménos con el arzobispo de Upsal, que le gobernaba á su voluntad. Prendió Cristierno al prelado, y le envió prisionero á Dinamarca. Katil, obispo de Liwkoping su sobrino, reclamó su tio; y Canutson, que vagaba por las fronteras, aprovechándose de esta desavenencia, se presentó, y le restituyeron el trono en 1464.

Todo esto fué un relámpago de fortuna; porque se reconcilió Cristierno con el arzobispo, y le dió libertad con la condicion de que le restableceria en el trono de Suecia. Cumplió el prelado su palabra; y en el siguiente año, peleó en persona contra Canutson, bajo los muros de Stockolmo: le encerró en la ciudad, y le precisó á rendirse á discrecion, y á renunciar la corona. Sobrevivió poco este principe á su dimision, y reconocieron de nuevo por rey á Cristierno con mayor seguridad de retener este título, porque con hábil política dejaba toda la autoridad al senado. Su condescendencia y sus atenciones merecieron que se celebrase un congreso entre los tres reinos, los cuales renovaron la union de *Calmar*. Los dinamarqueses hicieron estipular que en muriendo Cristierno elegirian á su hijo Juan, á quien ya ellos habian reconocido. Estas prosperidades, y el placer de ver que á su hijo, casado con Cristina, princesa de Sajonia, le habia nacido un príncipe, coronaron el sepulcro de Cristierno. Murió á los treinta y tres años de reinado con la reputacion de que pocos monarcas le igualaron en justicia, valor, magnificencia y grandeza de alma.

Á pesar del convenio hecho con Cristierno, la Suecia no reconoció por de pronto el derecho de Juan, ántes bien creó un administrador llamado *Steen-Sturo*; pero no por esto el dinamarqués se creyó escluido del trono, y despues de algunos debates entre él y el administrador, consintió éste en reconocerle por rey, y aun asistió á su coronacion. Á la ceremonia se siguió un gran convite, al cual fué llamada la principal nobleza, y Juan con el gozo de su felicidad, mirando al general aleman, que habia contribuido mucho á sus victorias, le dijo: «¿Qué te parece que falta á esta ceremonia para hacerla completa?» «Faltan, respondió el rústico aleman, las cabezas de algunos de esos nobles para que otros aprendan á ser mas fieles.» Júzguese ahora la inquietud que se pintó en todos los semblantes. Ninguno pensaria sino que la pregunta se habia hecho para proceder á una matanza general; pero Juan, pasado un instante de silencio, que pareceria demasiado largo á los convidados, mirando al aleman con indignacion, le dijo: «Mejor quisiera yo ver pendientes de una horca á los que dan tan malos consejos, que manchar mi fama con una accion tan bárbara: Dios me guarde de oprimir la libertad, ni de impedir que un pueblo libre disfrute el derecho de elegir sus gobernadores.»

Se aprovecharon los suecos de esta buena voluntad del monarca, y continuaron en mantener un administrador. Era difícil fijar los límites entre estas dos potencias, y así unas veces estaban de acuerdo, otras veces opuestas, de lo que resultaba alternativamente la paz y la guerra. En un encuentro hicieron prisionera á la reina de Dinamarca, y la dieron libertad con gran gusto de ambos pueblos, á los cuales reconcilió esta princesa igualmente amada y estimada. Esperimentó Juan algunas desazones en Noruega, y se vió precisado á llevar allá sus armas. La guerra mas porfiada fué la que sostuvo contra los habitantes de Lubeck, los cuales auxiliados de otras ciudades anseáticas le resistieron valerosamente, y solo cedieron con ventajosas condiciones.

Por lo demás se alabó la moderacion de este principe, su amor á los pueblos, su amabilidad en la sociedad, su paciencia y su prudencia grande. Parece que sabia apreciar las grandezas humanas. Pasando un brazo de mar con la reina, su hijo y toda su corte, le sorprendió una tempestad que le arrojó á la costa. Las aguas que habian salido de madre le tuvieron en aquel lugar incómodo mas de lo que él quisiera. Paseándose en la ribera con su compañía, se paró; y mirando al mar, dijo: «Bien se conoce que es obra del rey de los reyes; pues no necesita de ejércitos, cañones ni máquinas de guerra para tenernos bloqueados: este elemento le basta; y ya que nunca hemos doblado la rodilla á ninguna potestad de la tierra, postrémonos humildemente delante del Señor del cielo, á quien obedecen la tierra y el mar.» La academia de Copenhague reconoce por su bienhechor á Juan I, el cual empleaba con gusto á los sabios en los negocios públicos; y á la verdad son los mas útiles, salvo el espíritu de sistema que muchas veces contradice á la esperiencia (1481).

Le sucedió por eleccion Cristierno II su hijo; y así como la clemencia del padre ganó el corazon de los vasallos, una injusticia horrible, acompañada de crueldad, empezó á retirar del hijo los ánimos de los dinamarqueses. Aunque casado con Isabela, princesa de Austria, alianza de que debia esperar grandes socorros, mantenia una dama llamada Columbula. Esta murió jóven, y

Digitized by Google

se cree que con veneno. No hay razon para creer que la que no era fiel á la virtud lo fuese al monarca, y así no se duda que gustaba de la galantería; pero sospechó Cristierno que un caballero llamado Torberne habia disfrutado sus favores, y en la alegría de un convite, instándole el rey á que confesase el hecho, respondió: «Es verdad que he querido á Columbula, y deseado sus favores, mas nunca pude conseguir alguno.» ¡Atreverse á levantar los ojos á la favorita de su señor! ¡Osar solicitarla! ¡Oh qué audacia! y por solo esto le citó delante del senado. Los jueces le declararon absuelto por la sola razon de que la ley no señala castigo por una simple concupiscencia. Descontento el rey con esta decision, hizo que se juntase de nuevo el senado; le rodeó de un populacho armado, que con sus gritos llenó de terror las almas de los senadores, y pronunciaron éstos: «Nosotros no juzgamos á Torberne, pero sus palabras le condenan.» «Pues le condenan, dijo el rey, morirá;» y así se ejecutó.

Esta atrocidad asombró á todos, y mucho mas sabiendo que Cristierno se dejaba absolutamente gobernar por Sigebrita, madre de Columbula, furia insolente, intrigante, desapiadada con los pobres, desatenta con los ricos, sin respeto á las leyes, como que no conocia otras que las pasiones del monarca á las cuales favorecia con tanta destreza, como desvergüenza. Ella mandaba despóticamente, disponia de los empleos, tenia al senado en sujecion, imponia contribuciones, y las hacia exigir con dureza. Se vendian públicamente los muebles, y aun los andrajos de los que no pagaban, y el pueblo, sobrecogido de asombro, no proferia una queja.

Pero Sigebrita se propuso irritar á unos pobres estudiantes que, viviendo de la caridad pública, acostumbraban á solicitarla por las casas, y para ser conocidos llevaban un trage particular. Sigebrita les quitó este trage: mandó que no pidiesen limosna, y que no se la diesen. Se resintió todo el mundo contra esta resolucion arbitraria; y con este motivo se acordaron de que el rey en algunas circunstancias habia mostrado inclinacion al luteranismo. Se enardeció el clero, y abrazó el partido de los estudiantes. Aunque por entónces se sosegó, siempre quedaron sospechas contra Cristierno sobre su inclinacion á la nueva secta, y esto mismo dió aliento al luteranismo, y le propagó. La tolerancia, muy agradable á los luteranos, mortificó mucho á los católicos, y de esta diversidad se formaron los dos partidos; pero la mala conducta de Cristierno en Suecia los reunió contra él, y no permitió que se sirviese del uno contra el otro.

Parte por las negociaciones y parte por los sucesos militares habia conseguido que le reconociesen y coronasen en este reino, bien que con restricciones que dejaban al senado alguna autoridad. Le persuadieron sus ministros, y Sigebrita principalmente, que nunca se veria allí en posesion tranquila y libre de sublevaciones si no abolia el senado. «Es preciso, añadian, humillar tambien la nobleza, y mostrar afecto á los paisanos y artesanos, clase de hombres mas fáciles de ganar con donativos de poca consideracion, y la ménos interesada en oponerse á la voluntad del soberano. En consecuencia de este plan de gobierno convidó Cristierno á una grande funcion á los senadores y nobles principales; y viéndolos juntos, los hizo arrestar.

Parecia al principio que su ánimo era proceder contra ellos en juicio arreglado, pues eligió un tribunal de comisionados dinamarqueses; pero, pareciéndole demasiado largas estas formalidades, los hizo caminar al suplicio. Erico Vasa, cuyo hijo subió despues al trono, iba el primero, y los otros le seguian en una larga fila. Mas de noventa fueron sacrificados en el mismo dia. No hizo distincion el atroz monarca entre los que se habian declarado enemigos suyos, y los que no tenian mas culpa que poder llegar á serlo; y de este modo fué castigada la cobarde condescendencia de los que con su inaccion habian contribuido á la esclavitud de su patria. Los iban á buscar en sus asilos, y hasta las
mugeres y muchach ... así el me-
infancia, no fuero ... os feudos
sangre de tantas p ... abia te-
verdugos mucho ... muy
danos, que hab ... se
secreta alegria, ... is-
do, cuyos pri ... el
El grito de
tambien e
fué mayor
tigre, que ha
puede pasar sin ella,
Dinamarca, sin que el mis
rores. La impaciencia y el cans
último que el pueblo pasase de la
sistencia, y de la resistencia á la agresion
surreccion tan general, que no veia Cristierno
dor de sí mas que enemigos y espadas levantadas sob
su cabeza.

Por otra parte los suecos, que ya habian vuelto de su pasmo, acudieron á las armas. Por mas que haga un tirano, siempre quedan algunos vengadores de las víctimas de su furor. Gustavo Vasa, hijo de Erico, jóven intrépido, firme contra la desgracia, que habia estado por algun tiempo como fugitivo en las minas de la Delecarlia, de los compañeros de sus trabajos hizo soldados. En lugar de sus instrumentos les dió espadas, y salió capitaneándolos de las cuevas tenebrosas. La primera luz que les dió en los ojos ilustró sus aciertos. Asustado el cobarde Cristierno envió á decir á Gustavo, que si no dejaba las armas, quitaria la vida á su madre y á su hermana, pues las tenia en sus cadenas. Á esta amenaza se detuvo el jóven, y dudó; pero bien fuese arrebatado por la fuerza de las circunstancias, ó porque no creyó que el monarca llegase á tanto esceso de barbarie, continuó en combatir y vencer. Hizo el cruel Cristierno ahogar á las dos princesas; pero éste fué el término de su brutalidad. Por todas partes se sublevaron sus reinos, le acometieron y persiguieron. Los dinamarqueses, aunque los ménos maltratados, le depusieron, é hicieron intimarle el acto en persona. Pidió algun tiempo; y despues de promesas, súplicas y lágrimas, pero de las que la adversidad arranca á la arrogancia humillada, renunció. No creyendo que habia para él recurso ni asilo, equipó una armada: juntó en ella sus tesoros, las joyas de la corona, las memorias, cartas, actos públicos del gobierno, con sus hijos, su esposa, y la odiosa Sigebrita, y se hizo á la vela en alta mar.

Creia que en llegando adonde mandaba el emperador su suegro, veria armarse toda la Alemania en su favor; pero no halló mas que indiferencia y frialdad. Por todas partes donde se presentaba arrastraba la soga del oprobio de su conducta, que le habia dado el sobrenombre de *Neron del Norte*. No obstante, no estaba tan destituido de valor que no aventurase algunas tentativas, y se presentó en Dinamarca; pero no halló mas que un calabozo en que gimió por veinte y siete años. En los últimos se le concedió algun alivio, mas no dejaba de ser un cautiverio, y demasiado enseña la esperiencia que una prision es siempre un suplicio (1523).

La renuncia de Cristierno allanó el camino del trono á su tio Federico de Holstein, príncipe que molestado de su sobrino no reconoció la obligacion de socorrerle; y como en los alborotos habia permanecido tranquilo, recogió el fruto de su neutralidad. Proclamaron sin dificultad rey de Dinamarca á Federico; y aunque esta corona le traia á la memoria la de Suecia, ya se la habia llevado un hombre que podia defenderla; y por otra parte Federico, á quien llamaron *el Pacífico*, no mostró afan por conquistar un reino que miraba como perdido. Recibió con mucha atencion las proposiciones de Gustavo, y le respondió, enviándole con honor los prisioneros suecos que Cristierno habia distribuido por las fortalezas de Dinamarca; y en consecuencia hicieron alianza los dos reyes.

La tranquilidad que resultó de aquí sugerió á Fede-

Se inevimiento de cambiar en su reino la religion; rotestándose luterano, hizo que la Dieta general dequecada uno en libertad de profesar la religion católica ó la protestante. Desde la tolerancia de cultos, estaba autorizada, se propasaron muchas ciudades prohibir la Misa, á despedazar las imágenes, y á borrar en las iglesias cuanto podia perpetuar la idea de la verdadera religion. Tradujeron la Escritura en lengua vulgar, y dieron las cátedras de teología, nuevamente fundadas, á doctores protestantes. Se quejaron los obispos, y el rey los sosegó, prometiendo diariamente juntas que arreglasen con mas particularidad los asuntos de la religion. Murió á los diez años de su reinado, dejando en incertidumbre al clero; y á la sombra de esta fué tomando fuerzas, y creciendo el protestantismo.

La grande obra del reinado de Cristierno III se redujo á consolidar el error de los protestantes. Bastante dificultad hubo en darle la corona; porque un partido poderoso la destinaba para su hermano Juan por ser católico. Otro, aunque de ménos fuerzas, trabajaba en favor de Cristierno II, aunque se hallaba preso; y no era despreciable este partido, porque se decia que le habia de apoyar la casa de Austria con todo su poder; pero consiguió el hijo de Federico desembarazarse de estos dos conquistadores, dando á Juan por estados el Holstein en comun con su hermano Astolfo, y suavizando las cadenas de Cristierno II, aunque sin romperlas. Despues de algunas pretensiones que propuso al rey de Suecia, acabaron los dos príncipes por una composicion.

Cristierno III, libre ya de estos estorbos, y sostenido por el senado y la nobleza, que habian contribuido mucho á poner la corona sobre su cabeza, pensó en destruir el poder temporal de los obispos y del clero, que se habian esforzado para impedir su eleccion; y juntando una Dieta, con protesto de arreglar la disciplina, halló los motivos buenos ó malos para abolir el obispado, y mandó arrestar á todos los obispos, sin dejarles otro arbitrio que someterse á la voluntad del rey, significada con el título de *Leyes reglamentarias*, ó de ser depuestos. Muchos no quisieron sujetarse á esta familia, y murieron en las cadenas. Dispusieron despues una profesion de fé, y la presentaron con la misma alternativa á los eclesiásticos. Muchos de éstos quisieron mas salir del reino que admitir la falsa religion, y como los pueblos se vieron sin sus pastores, fueron abrazando la doctrina que les presentaban. Tambien influyó para ganarlos el que les daban alguna parte de los despojos del clero; pero tierras, ciudades, lugares, fortalezas, y los bienes mas importantes, todo se entregó á la corona.

Trató Cristierno al clero con tanto rigor, que el mismo Lutero le reconvino, y presentó al rey por escrito la observacion política, de que aboliendo enteramente el poder de la Iglesia, privaba á la corona del apoyo de sus prerogativas; porque quitando con el poder de los obispos el equilibrio del gobierno, resultaria una preponderancia en favor de los nobles, perjudicial á la felicidad de los pueblos. Con efecto, se ha verificado que despues se han visto los ciudadanos y paisanos sujetos á unos señores altivos, y reducidos á un estado mas servil que cuando les hacia contrapeso el poder eclesiástico: pues ántes si queria elevarse demasiado, fácilmente le reprimia con el auxilio de la nobleza; pero cuando ésta se vió con el dominio absoluto, solo una revolucion en el gobierno pudo librar al pueblo del tirano yugo de los nobles. Los efectos de la imprudencia de Cristierno III se vieron mucho despues, porque él tuvo paz en lo interior de su reino, y la transmitió á su hijo.

Á éste, llamado Federico II (1558), le da la historia el mismo carácter de su padre. Las circunstancias en que se hallaron son semejantes, á escepcion de que el hijo completó lo que su padre habia empezado. No brilló por los talentos militares; pero supo escoger escelentes almirantes, y buenos generales de tierra; y tuvo sus reveses y sus fortunas en la guerra con la Suecia que duró casi todo su reinado. No obstante, se dice que en su tiempo fueron felices los dinamarqueses, ó porque los horrores de la guerra se detuvieron en las fronteras ó porque el mar fué con efecto el teatro de casi todos los combates. Tuvieron en esta guerra gran parte las ciudades anseáticas, reclamadas por las dos naciones. La ciudad de Lubeck conservaba todavía mucho de su antiguo poder. Se cuenta que en los bellos dias de su gloria se lisongeó de la conquista de Dinamarca: pero lo que mas admira es que vendió este reino á un rey de Inglaterra, dándole éste á cuenta otro. Federico mantuvo la balanza entre estas ciudades comerciantes, y tomó tal ascendiente, que éste le dió influencia en los negocios de Europa, y sus respetos á los privilegios y propiedades de los vasallos le aseguraron su afecto y estimacion (1588).

Once años de edad tenia su hijo Cristierno IV, y le nombraron cuatro regentes, que no solamente se aplicaron á hacer el gobierno útil á la monarquía, sino que se picaron de una noble emulacion entre sí sobre dar educacion al pupilo, en lo cual nada se omitió, porque de todas partes llamaron los maestros mas capaces de formarle el espíritu y el cuerpo. El suceso escedió á sus esperanzas, pues á la edad en que un príncipe apenas sabe seguir un discurso, ya se hallaba en estado de dictar ó describir las instrucciones á sus ministros, y de responder á los embajadores en sus idiomas; y en los ejercicios corporales habia adquirido gran destreza, de la cual daba con mucho gusto pruebas en público.

Le provocó el rey de Suecia, pero por fortuna ocupaban los dos tronos príncipes que se estimaban. Se vieron pues, se esplicaron, y arrojaron las armas. Hubiera sido el reinado de Cristierno uno de los mas pacíficos sino se hubiera mezclado en los asuntos de la Alemania; pero el vivo interés que tomó en ellos causó poco ántes de morir un rompimiento con la Suecia; y aunque se finalizó con una paz, que no carecia absolutamente de ventajas, fueron las hostilidades muy perniciosas para Dinamarca, pues debilitaron su marina y arruinaron su hacienda.

Para su restablecimiento habia formado Cristierno un proyecto que pareció quimérico por ser muy vasto. Consistia éste en trasladar á Dinamarca el comercio de Levante, y sobre todo el de Persia por los rios que desembocan en el Báltico. Se trataba de abrir un canal atravesando una legua de tierra del Holstein para no pasar el estrecho de Sund, é impedir que los extranjeros inquietasen este comercio. Le puso Cristierno por obra; pero era éste uno de aquellos proyectos que solo tienen buen éxito á largo tiempo, y es fortuna cuando del todo no se arruinan. Ya hemos visto mudar el comercio su curso por medios menos costosos. Por lo demás podia esperarse mucho de la actividad de Cristierno, y de su constancia en las resoluciones una vez tomadas. Conservó hasta una edad avanzada el ardor y vehemencia de su juventud, y por desgracia estaba sujeto tambien á las mismas pasiones. La que tenia á las mugeres ha marchitado un poco su reputacion; pero no puede negársele la gloria de haber sido un monarca constante, guerrero, intrépido, y un príncipe de grande ingenio, generoso y magnánimo (1648).

Federico III, digno hijo de Cristierno IV, mostró igual habilidad en el gobierno y en la guerra. Dos rasgos principales de su reinado acreditan su talento en ambos géneros. Tuvo que pelear con un monarca, cuyas hazañas por sí solas podian hacer famoso á su competidor. Este monarca era Carlos Gustavo, rey de Suecia, que enseñó á sus soldados á desafiar los elementos, á convertir en campo de batalla un sumidero cubierto con el hielo, y á hacer que las estaciones y sus meteoros sirviesen á la ejecucion de sus proyectos. Estaba esperando navíos de transporte para atravesar el estrecho que le separaba de Dinamarca: sobrevino una helada fuerte, y á la cabeza de sus tropas avanzó sobre el mar que se habia puesto sólido: atacó á los navíos dinamarqueses que estaban presos por el mismo hielo; éste se abrió, y se tragó el mar tres regimientos. Poco importó esta pérdida á aquel conquistador; pues los demas pasaron y llegaron con él delante de Copenhague.

Allí esperaba Federico á Cárlos Gustavo, dotado de ingenio y valor propios para aquellas circunstancias. Sin precipitacion ni demora, siempre pronto á obrar por sí mismo, velaba sobre las medidas que debian tomarse para preparar los sucesos y aprovecharse de ellos; tenia arte para que fuésen corriendo á los peligros los que por su profesion estaban separados de estos, para hacer que sufriesen con alegría las fatigas, y para inflamar los espíritus en un zelo patriótico. De este modo hizo soldados intrépidos á los ciudadanos de Copenhague, y combatieron éstos á pié firme en simples barcas contra los navíos de los sitiadores, arrojándose al medio de los fuegos. Sus mugeres y sus hijos animaban su ardor con el ejemplo de la reina, que con su presencia les daba aliento. Con afectuosa ternura la veian seguir á su esposo sobre la brecha, y proveer igualmente á las necesidades de los combatientes y de los heridos. Apenas hay género de heroismo, de que no nos diese ejemplares aquel memorable sitio. El rey, despues que se retiraron los suecos, premió el valor y fidelidad de los ciudadanos con privilegios bien merecidos.

El estado en que se halló el reino por la paz que se hizo de resultas de este sitio, abrió los ojos para ver los vicios del gobierno y buscar los modos de remediarlos. Se habia realizado lo que dijo Lutero cuando el rey quitó los obispos, pues la nobleza habia llegado á conseguir un poder pernicioso para el pueblo. Por todas partes habia tomado á renta los bienes del clero, sujetos al dominio real, y de rentera se habia hecho insensiblemente como propietaria. Con el pretesto de sus antiguas prerogativas se negaba á pagar los impuestos con que en otro tiempo estaban gravados aquellos bienes, y así venia á recaer sobre el pueblo toda la carga: es verdad que todavía se conservaba una especie de obispos y de clero; pero, como estaban despojados de sus riquezas las prelacías, no las pretendian los nobles, y así recaian en ciudadanos, de cuya influencia se desdeñaban los nobles. No obstante un ciudadano, obispo de Copenhague, llamado Juan Snano, se propuso abatir el coloso heráldico ó la nobleza, y se unió para ello con Juan Nausen, negociante, y cabeza del órden de los ciudadanos, que era hombre capaz de formar una grande empresa y de ejecutarla.

Estos dos hombres, con muchos de su clase que se les asociaron, meditaron el modo de precisar á la nobleza á soportar con la debida proporcion las cargas del estado; y observando que si se la señalaba impuesto no dejaria de exentarla el senado, como que se componia de nobles, concluyeron que era preciso empezar por debilitar el senado. Mas ¿cómo habia de ser esto? Pensaron pues que se conseguiria dando estension á la prerogativa real, y sentándola sobre bases tan sólidas que no tuviese que temer movimiento alguno.

Las circunstancias eran favorables, porque se hallaba la dieta congregada en Copenhague, y los habitantes estaban enteramente entregados al rey y á la reina, cuyas grandes prendas admiraban, y acababan de esperimentar su bondad durante el sitio. Habia una semilla de discordia entre los ciudadanos y la nobleza. Estaba ésta muy zelosa de los privilegios concedidos á los ciudadanos; y éstos, acostumbrados á las armas, y orgullosos con sus victorias, no podian ver que les envidiasen las gracias que tanto habian merecido.

A la primera sesion de los estados, pusieron los confederados en la secretaría un memorial que sostenia su sentir sobre los medios de ocurrir á las necesidades del reino con un impuesto general. La nobleza pretendió al principio exentarse; despues convino en sujetarse con ciertas restricciones, y solamente por dos años.

Persuadida á que habia hecho suficientes sacrificios, y que no podian pedirla mas, dispuso por su parte un memorial de quejas, en el que insertó algunos rasgos picantes contra los populares, pero los dos órdenes iban obrando mientras ellos gastaban el tiempo en sus apasionados escritos, y se declaró que las contribuciones, segun se habian propuesto, aunque las admitiese la nobleza sin restriccion, no eran suficientes, y así el mejor medio era dar á renta al que ofreciese mas los feudos y dominios de la corona, que hasta entónces habia tenido esclusivamente la nobleza con retribuciones muy moderadas. La nobleza, herida en lo mas sensible, se quejó, vivamente: hubo personalidades aun en la misma sala de los Estados; y fuera se miraban muy mal los diputados de los diferentes órdenes. Encontrando un noble á un ciudadano notable que salia del palacio del rey, le dijo descortesmente: «¿Qué ha tenido vmd. que hacer ahí?» y mostrándole con el dedo, sin esperar la respuesta, la torre que servia de prision de estado, añadió: «¿Conoce vmd. aquel lugar, y para lo que está destinado?» El ciudadano sin contestarle le mostró la torre de la Iglesia principal, en donde estaba la campana con que tocaban al arma, y con cuyo sonido se podia juntar en un instante el paisanage contra la nobleza.

Mientras estaba todo en fermentacion esperaba Federico los sucesos, ó por mejor decir, los dirigia muy sosegado en su palacio. No hay duda en que se hallaba bien instruido en el proyecto de los dos órdenes, y ménos en que le agradaba, pues se trataba de darle un poder absoluto, y declarar la corona hereditaria en su familia; pero como el paso era resbaladizo, caminaba el rey con la mayor precaucion, y ni aun dejó que se propusiese la cuestion en la sala de los comunes, hasta que las cabezas le hicieron ver que ya estaban en estado de que todo se decidiese á su gusto; y con efecto se adoptó unánimemente la proposicion.

Sin dejar que se entibiase este primer calor, se encaminaron los dos órdenes hácia el lugar de las sesiones de la nobleza, acompañadas de un tropel inmenso de pueblo que con sus aclamaciones manifestaba el contento. En un discurso sucinto, pero enérgico, hizo Nausen la pintura de los males del estado, añadiendo lo mucho que debia éste al rey; y representando que solo el que lo habia salvado era el que podia conservarle: concluyó con espresiones de reconocimiento, y de la necesidad de hacer hereditaria la corona en la familia de Federico. Aseguró que éste era el deseo de los dos órdenes y su voto: presentó esta resolucion firmada de todo los miembros á la nobleza, y así la empeñó en concurrir con su consentimiento.

El órden Ecuestre, que no esperaba resolucion tan pronta y decisiva, respondió como vacilando: «Que no se negaba á hacer tan buen presente al rey y á su posteridad, pero que deseaba se mirase obra tan grande con prudencia y madurez para evitar cuanto pudiese dar á esta determinacion el aire de una revolucion hecha con violencia.» Los nobles, entre tanto que detenian á los otros dos órdenes con sus discursos, enviaron á sondear el pensamiento del rey, y á saber si se contentaria con que la corona fuese hereditaria en la línea masculina, pues con esta condicion estaban prontos á acceder al voto de los dos órdenes. Respondió el príncipe: «Que estimaba sus buenas disposiciones, y que esperaba que nunca le pesaria á la nacion de lo proyectado a favor de su familia; pero que no podia ménos de decir que lo que ellos querian hacer no seria de su gusto, sino se estendia á las mugeres el derecho de suceder en el trono.» Durante este secreto mensage estrechaban los dos órdenes á la nobleza, y por último declaró Nausen, que pues los órdenes habian tomado su resolucion, si no queria la nobleza ceder, iban á ver al rey, que los estaba esperando; y fuéron con efecto.

Los recibió el monarca muy afable; y agradeciendo su buena voluntad, dijo: «Que no rehusaba la oferta, pero que era preciso el unánime consentimiento y el de la nobleza, que era condicion necesaria: que nunca olvidaria el zelo y afecto que manifestaban, y que así continuasen sus juntas hasta que sus intentos llegasen á una feliz conclusion con la reunion de los tres órdenes.»

Sabia muy bien el rey que tenia en su mano los medios de acelerar el asunto; porque los ciudadanos de Copenhague, aguerridos durante el sitio, todos estaban

Digitized by Google

por él, y entre los nobles y senadores habia sugetos con quienes podia contar. Entre tanto que se detenia y deliberaba el mayor número de los nobles, y en el momento en que asistian juntos á la ceremonia de los funerales de uno de ellos, les fuéron á decir que habian cerrado las puertas de la ciudad, y no se permitia salir á nadie. Con esta noticia se llenó la asamblea de pasmo y de terror, y envió diputados al rey para saber el motivo de aquella novedad; pero él les respondió: «Que se habia dado aquella órden con motivo de la evasion furtiva de algunos de ellos, y recelando que los imitasen otros para romper los Estados; pero que podian continuar con seguridad en sus deliberaciones.»

Éstas no fueron largas. Despues de una breve consulta enviaron los nobles á decir, así al rey como á los otros órdenes, que estaban prontos á ejecutar lo que se les habia propuesto, y á suscribir en todo á la voluntad de S. M. Desde aquel punto se ocuparon en el cuidado de dar á la revolucion todas las señales y caracteres que la podian hacer solemne y durante; y porque el rey en adelante habia de ser absoluto, rompieron las actas que restringian su autoridad, aunque en otro tiempo las habia jurado. Le prestaron nuevo juramento de fidelidad, y él, despues de cierta ciencia y pleno poder, sin el concurso de otro alguno, arregló todas las partes del gobierno, principalmente la forma de sucesion, y dió lo que se ha llamado *La Ley Régia*.

Desde 1660, que es la época de este suceso, se mira la ley Régia como el código de la nacion, en cuanto á la sucesion y poder del monarca. Añadió Federico unas ordenanzas, cuya prudencia y moderacion son tales, que ninguno ha tenido de qué quejarse. Ya tenia la estimacion de la nobleza; pero la ganó el afecto, así como poseia el de los otros órdenes. El mayor elogio que jamás ha merecido un rey, es tal vez la reunion de los votos en iguales circunstancias: y para concluir diré: «Que fué un príncipe que con las virtudes morales juntó los talentos políticos. Así que se vió con el poder absoluto, moderó la pasion de gloria y fama que habia manifestado ántes emprendiendo algunas pequeñas guerras, y se aplicó á restablecer con su ejemplo en la modestia los adornos, y la frugalidad de la mesa; á poner en buen órden la hacienda, y alentar el mérito, el comercio y la industria; á premiar á los que le habian servido fielmente, á corregir los abusos, proteger los oprimidos, y aliviar á los necesitados; y por último á mostrarse padre de sus vasallos y amigo del género humano.»

La posteridad de Federico ha seguido sus pisadas. Su hijo Cristierno pasa en la historia por uno de los mejores monarcas de Europa; valeroso, prudente y afable, solo le tachan de demasiadamente desconfiado de sus talentos y de haber dado mucho poder á sus ministros; pero cuando abusaban de él, los castigaba rigorosamente. Sabia la mayor parte de las lenguas modernas: le agradaban las ciencias, habia hecho progresos grandes en la parte militar de las matemáticas: y los descubrimientos que en este punto hacian otros, hallaban en él acogida favorable.

Federico IV, su hijo, fué por mar y tierra mas afortunado que ninguno de sus antecesores; pero su prosperidad le hacia emprendedor y fácil á escuchar los proyectos exagerados de sus cortesanos, á quienes distribuia mas que generosamente el dinero del público (1699).

Su hijo Cristierno VI, aunque ha pasado por avaro, muy léjos de establecer nuevos impuestos, suprimió algunos de los antiguos. Habia uno bien oneroso sobre el aguardiente; y los tratantes, advirtiendo que el rey queria abolirlo, imaginando tal vez que lo hacia porque no producia bastante, ofrecieron aumentar la renta; pero respondió Cristierno: «Demasiado produce ya, pues mi pueblo se queja de las exacciones que ocasiona;» y le suprimió (1730).

Al subir al trono Federico V, sucesor de Cristierno, resolvió pagar las deudas de la corona: los principales acreedores del estado quisieron separarle de esta intencion, y ofrecieron disminuir el interés si éste le parecia demasiado. Respondió el rey: «El dinero que yo pudiera guardar en mis cofres no traeria al público utilidad alguna; pero si yo le entrego me harán grande servicio mis vasallos en tomarle prestado con muy corto interés, y los veré estender su comercio y conservar sus manufacturas.» Fué este príncipe benigno y pacífico, dos veces casado, y tuvo de su primera muger, Luisa de Inglaterra, un hijo y tres hijas. De la segunda, María de Brunswick, á la cual dejó jóven, tuvo un hijo llamado Federico. Aun vivia Sofía de Brandembourg su madre cuando él murió (1766).

Cristierno VII que le sucedió se hallaba en los diez y siete años de su edad. Encantaba con las gracias naturales de su figura, é interesaba con las de una elocucion fácil, limpia y corriente. Su afabilidad, prenda ordinaria de la juventud, y la esperanza que siempre inspira un reinado nuevo, llamaron á la corte las diversiones que habia retirado de ella la austeridad del rey difunto, y se aumentaron mas con la llegada de la princesa Carolina Matilde, hermana del rey de Inglaterra, con quien se casó Cristierno en el mismo año que subió al trono. Se hallaba esta señora en la edad de diez y seis años; y á unas facciones regulares juntaba una blancura que deslumbraba. No obstante, la trataba con frialdad su esposo; y reprendiéndole por esto su abuela, la reina Sofía, la respondió: «Que no era del buen tono manifestar amor á su muger:» respuesta que le habrian sin duda inspirado los jóvenes aturdidos y libertinos como quiones habitualmente se acompañaba. De noche y de dia se entregaba con ellos, aun en las calles de la capital, á turbulentos placeres, que muchas veces le pusieron en riesgos.

Para romper si fuese posible estas inclinaciones, le empeñaron en viajar; y dos años despues de su casamiento dejó á su esposa, que acababa de darle un hijo, y partió á Inglaterra. Se detuvo allí poco, no hizo mas que pasar por la Holanda, y se entró en Francia. Su llegada á Paris escitó una especie de entusiasmo, y se llevó las atenciones de la corte y de la ciudad. Todos estaban pasmados, dice un escritor de aquel tiempo, de ver en una monarca del norte un aire delicado, un talle suelto y modales casi finos.

Cuando se disponia para ir á Italia recibió noticias que le hicieron volver de repente á su reino. Creyeron unos que le llamaron razones políticas, otros que las desavenencias entre las tres reinas. Lo que parece es, que la reina viuda María de Brunswick, madrastra del rey, que hasta entónces se habia mostrado tímida y reservada, y solo cuidadosa de la educacion de su hijo, era en el fondo resuelta, emprendedora, y capaz de aventurarlo todo por dominar. La jóven reina Carolina abusaba tal vez de las distinciones de su clase con un rival que no habia tenido tiempo todavía para olvidarse de las suyas. La reina Sofía se hallaba algunas veces sin saber qué hacerse entre las dos; pero la llegada del rey puso en su lugar las pretensiones de todas, y pareció que se habian concordado.

Habia llevado el rey en sus viajes, y traia consigo un médico llamado Struenzee, á quien trataba como favorito. La reina, desechada de su marido en los primeros momentos de su union, le recibia casi siempre con indiferencia, y dominada por un temperamento de fuego buscaba alguno que la vengase de sus desdenes. El palacio de su marido no la ofrecia señor alguno propio para este esceso de osadía, porque seria muy fácil de penetrar el secreto de su intimidad con ella. Imaginó pues que la profesion de Struenzee, que le daba el privilegio de ser admitido á todas horas, podria ocultar á los cortesanos un amoroso comercio.

Estaba Struenzee en la flor de su edad, y era bien formado, hermoso, galan y de talento. El amor hizo á Carolina olvidar la distancia que habia entre una soberana y un médico. Le manifestó deseos, que él fué cultivando y aumentando por aquellos medios que nunca

Digitized by Google

faltan á un jóven voluptuoso con una muger apasionada. Tanto se supieron las circunstancias, que se dice hasta el tiempo de la poco disputada victoria de este médico.

Habiendo llegado los dos amantes á este estremo, ya no observaron precauciones, y todos los lugares y momentos eran buenos. Procuró no obstante Struenzee inspirar alguna prudencia á la reina : pero todas sus persuasiones se perdieron, y aun él se dejó arrebatar de la pasion. Para ocultar su trato resolvieron retirar, así de hombres como de mugeres, á todos aquellos cuya curiosidad pudiera inquietarlos. Todavía duraba el favor de Struenzee para con el rey; y se valió de él con una audacia que pasma. Procuraron los cortesanos investigar las causas de un favor tan imperioso, que todavía cuidaba de animar mas la reina; empezaron las sospechas; y comunicándoselas unos á otros pasaron á persuasion.

Cayó Struenzee en la imprudencia de chocar con los ministros, haciéndoles difícil la entrada para ver al rey, en la de descontentar á la guardia de infantería, y en la de dar la plaza de gefe de la guardaropa á un amigo suyo llamado Brandt, hombre obscuro, y únicamente conocido por haber ocupado un empleo de subalterno en los espectáculos. Entre las personas cuya entrada en palacio le incomodaba, tenia particular aversion á un oficial llamado Keller, que se hallaba estrechamente unido con el conde de Rantzan, uno de los principales del reino, y era muy estimado de la reina María. Á éste maltrataba ya con el gesto ya con las palabras. Tenia por otra parte esta señora muchos motivos de queja por el modo de portarse la reina jóven, que á fuerza de malos tratamientos hubiera querido que esta continua observadora se determinase á dejar la corte. La reina Sofía, que con sus acertados consejos y la autoridad de sus años pudiera prevenir ó cortar los desórdenes de la esposa de su nieto, murió cuando esta princesa dió á luz una niña.

No tuvo el rey de la legitimidad de la niña las mismas ideas que el público; y continuaba divertido en los mismos entretenimientos pueriles que le ocupaban ántes de su viaje; pero otros tenian por él las sospechas : y el deseo de vengar el ultrage hecho al honor del monarca los movió á lo que emprendieron.

No se sabe cuales fueron las preparativos secretos para una accion tan arrojada, y lo que únicamente se sabe es que habia muchos malcontentos, aunque no se ven otros agentes directos en la empresa que la reina María, el conde de Rantzan y Keller.

En 17 de febrero de 1772 hubo un baile de máscara en la corte; y fuese casualidad, ó bien que le tocaba por su turno, estaba de guardia el regimiento de Keller. Salieron el rey y la reina del baile; y cuando les pareció que ya estaban acostados, juntó Keller sus oficiales, y les dijo: «Que tenia orden de arrestar á la reina Carolina, á Struenzee, á Brandt y sus amigos. Creyeron aquellos oficiales á su gefe sobre su palabra, y no les ocurrió pedir que les manifestase la órden. Mandaron tomar las armas, y los soldados siguieron á Keller al cuarto de la reina María, en donde estaba el conde de Rantzan. Fueron todos tres al cuarto del rey, le despertó la reina, y le presentó para que le firmase la órden de poner preso á Struenzee y sus cómplices. Se detuvo el rey, mas al fin se determinó, y firmó. Al punto le pidieron otra órden para arrestar á la reina; pero á esto resistia con calor, hasta que le asustaron tanto con una supuesta conspiracion que le dijeron iba ya á romper, que cedió, y escribió toda la órden de su mano, como para su seguridad lo pedian todos tres.

Al instante se puso en ejecucion. Á Struenzee, á su hermano, á Brandt y otros personages mas obscuros, sorprendidos y sin defensa los llevaron á la ciudadela de Copenhague. La reina Carolina, despertada con sobresalto, manifestó mas sentimiento por su amante que por sí misma. Fue corriendo casi desnuda á su habitacion, le llamaba á gritos; se desesperaba; y á no haberla detenido, se hubiera arrojado por una ventana. Como se defendia con violencia, y se aseguraba de Keller sin dejarle, mandó que entrasen los soldados, se la llevasen á un coche que tenian preparado, y la transportasen al castillo de Cronembourg.

El medio de que se habia valido la reina Carolina para que su esposo nunca fuese instruido de su conducta, habia sido rodearle, en cuanto pudo, de personas que estuviesen de su parte; pero lo mismo hizo luego la reina María para asegurarse del rey : que no solo retiró todos aquellos y aquellas que pudieron hablarle en favor de su esposa, sino que le tenia en una especie de cautiverio, sin que él mismo lo advirtiese; porque sus carceleros, si se me permite esta espresion, le dejaban sus ordinarias diversiones. Temiendo sin embargo que Cristierno, atendido su carácter, cayese en algun sentimiento de indulgencia para con su esposa, resolvieron separarlos para siempre con un divorcio.

El proceso ni fué largo ni difícil, porque habia demasiadas pruebas, y por otra parte Carolina convino en todo así que le leyeron la confesion de Struenzee. Á éste le castigaron con el último suplicio, y lo mismo á Brandt, aunque no se le podia acusar sino de no haber revelado el secreto de su amigo, que se le habia confiado una sola vez. Declarado el divorcio ofreció el rey de Inglaterra asilo á su hermana en los estados de Hannóver, en lo cual consintió la corte de Dinamarca. Pasó Carolina en un castillo aislado, en medio de los bosques, una vida triste, hasta que se la quitó una calentura maligna á los veinte y cinco años de su edad, cuando tal vez estaba para volver á la gracia de su marido, pues se comunicaba con él por cartas, sin que la reina María lograse saber del rey, aunque en todo lo demás le dominaba, quien era el agente de aquella misteriosa correspondencia que habia sorprendido ella misma. El descubrimiento de este secreto, por coincidir con la muerte de la reina Carolina, ha hecho creer que la dieron veneno.

Debe observarse que ningun reino ha sido mas feliz en reyes que Dinamarca. No contando con que arruinaron la verdadera religion por enriquecer la corona con los bienes de la Iglesia, admira que entre tantos monarcas hayan sido pocos los que no han merecido el trono. Los que opinan que para los mejores reyes son preferibles las monarquías electivas, observen que desde que la corona de Dinamarca es hereditaria, la han tenido los mejores príncipes sin mezcla de malos. Tan grande es la diferencia entre mirar el reino como patrimonio para sus hijos, ó considerarse como únicamente usufructuario y sin esperanza para su familia.

El príncipe real Federico VI tomó en sus manos la administracion de la Dinamarca en 1784, pero no obtuvo el título de rey hasta despues de la muerte de su padre, acaecida en 1808. Por mas esfuerzos que hizo la diplomacia inglesa para obtener de aquel príncipe que entrase en las alianzas hechas contra la revolucion francesa, no pudo conseguir nada. Federico quiso siempre conservar la neutralidad armada. Entónces fué cuando la Inglaterra manifestó sus pretensiones injustas de obligar á los buques de todas las naciones á sufrir el derecho de visita. La Dinamarca se opuso á él. Una escuadra inglesa bombardeó muy luego la capital de aquel reino, Copenhague, que fué casi reducida á cenizas. La hermosa escuadra dinamarquesa, objeto de la codicia del inglés, cayó en poder de éste. Aliada ya íntimamente la Dinamarca con la Francia, debia seguir la suerte de esta potencia en la lucha que la misma sostenia contra la Europa. En 1812 los rusos y los suecos se echaron sobre la Noruega, que ántes pertenecia á la Dinamarca, y la declararon incorporada con la Suecia. Los tratados que pusieron fin en 1815 á las guerras del imperio, sancionaron la separacion de la Noruega, y en cambio concedieron á la Dinamarca la restitucion de sus colonias, que la Inglaterra retenia, y además añadieron á sus estados el ducado del Luxemburgo. Federico VI murió en 1839, á la edad de 71 años.

Su sucesor Cristierno VIII ha tenido que sostener una

Digitized by Google

guerra contra la Prusia en defensa de la integridad del territorio que aquellos tratados habian asegurado á la Dinamarca, y lo ha hecho con el teson que acompaña á una justa causa. Naturalmente debia triunfar su enemigo, incomparablemente mas fuerte: pero, interponiéndose las grande potencias mediadoras, la diplomacia ha dado a la reyerta una solucion pacífica.

SUECIA.

La Suecia apenas ofrece mas que dos estaciones, la de invierno y la de verano. La primera dura los dos tercios del año, pero en ellos el cielo está hermoso, porque el aire puro, la luna, la nieve y los crepúsculos hacen las noches ménos largas y mas claras. El verano es muy caluroso, pero goza de la misma serenidad. El suelo está como sembrado de lagos, bosques y montañas, que ocultan minas de hierro, de cobre, y aun de plata y oro. La que entre éstas merece mas la curiosidad es la de Sala. Se baja á ella en un medio tonel, pendiente de una maroma; y en subir se tarda como media hora. En esta especie de tonel se va en compañía de un hombre ennegrecido con el humo, que lleva una antorcha de opaca luz, y va entonando de cuando en cuando una cancion con voz lúgubre. En el camino se esperimenta un grande frio, y al rededor corren arroyos, cuyos ecos multiplican el ruido de su caida. Se llega por fin á un grande subterráneo, en el cual se ven casas dispuestas en línea, como en una ciudad: allí hay una Iglesia, un riachuelo de agua dulce; y la bóveda, sostenida por columnas, que parecen incrustadas de plata, y reflejan hácia todas partes una luz resplandeciente. Ésta es la pintura que de esta caverna subterránea nos hacen los viajeros. ¿Si habrán hecho lisonjero el retrato para que no les den en rostro por haberse tomado tanto trabajo para ver una cosa de poca importancia?

La Laponia, provincia de Suecia, presenta un horrible aspecto. Allí dura el invierno diez meses, aunque en los otros dos el sol apenas se pone, y toda la tierra se cubre de plantas y de flores como de repente; pero al mismo tiempo se levantan nublados de crueles moscas que ponen á los lapones en precision de llevar al rededor de sí un humo espeso. Viajan en trineos, de los cuales tiran los renos, especie de ciervos, que algunas veces corren en un dia treinta leguas.

La Suecia es monarquía con alguna sujecion á los estados, que todos los años se congregan, y en ellos suponen algo los paisanos, como que forman un órden. Hay un senado siempre subsistente: la economía del gobierno está bien arreglada: las leyes son sabias: y así citaremos una sola, que es la perteneciente al duelo ó desafio. Éste se castiga con la muerte del que sobrevive, y los dos quedan deshonrados. Si no muere ninguno, á ambos los encierran, y los tienen por dos años á pan y agua. Por esto si se dá queja en los tribunales condenan al agresor á una satisfaccion pública: freno muy útil en una nacion irascible y demasiado delicada.

Los anales suecos se remontan mas allá de nuestra Era comun, pero hasta que se estableció el cristianismo á mediados del siglo IX, apenas contiene sino fábulas mas ó ménos absurdas; y aunque hay una serie de reyes, no se hallan datas fijas ni sucesion cierta. Tan exageradas están en la historia sus bellas cualidades como sus vicios. Como siempre los hombres han gustado de lo maravilloso, de aquí proviene que en vez de atribuir los grandes hechos de sus monarcas al valor ó la capacidad, nos los presentan los analistas suecos como resultados de operaciones mágicas.

Sus primeros reyes casi todos se nos describen como hechiceros, y así cuando no podian sus soldados pasar por una montaña la quitaban de delante: si los detenia un rio, con solo estender la mano le secaban ó le hacian volver atrás: con un soplo derribaban los árboles de los bosques; y si necesitaban de una calma ó de una tempestad, en hablando obedecian á su voz los elementos. Estos mismos hechiceros en muriendo se convertian en dioses. Los motivos de sus guerras rara vez eran los de conquistar paises; porque en aquellos climas helados eran pocos los atractivos, y sobraban las tierras. La guerra se hacia por un tesoro que habia juntado un rey avariento, ó por la mano de alguna bella princesa prometida al mas valiente. Parece que la caballería nació en aquellos paises salvages; á lo ménos es preciso reconocer que en ellos eran comunes los escesos de esta asociacion estravagante, como provocaciones, buscar las aventuras, hacer hermandad de armas, y los pactos de amistad á muerte ó á vida.

Tal es el de Hunding con Hading, rey de Dinamarca. Despues de muchos combates inútiles, en que derramaron arroyos de sangre, y agotaron el tesoro de las dos naciones, abjuraron los dos príncipes el odio con que se miraban, y se prometieron una amistad eterna, en la cual fué condicion principal que cuando alguno de los dos tuviese noticia de la muerte del otro, se habia de matar á sí mismo. Mientras el rey de Suecia estaba en su corte disfrutando las dulzuras de una vida tranquila, despues de la fatiga de sus hazañas, le dijeron que ya el rey de Dinamarca no vivia. Hunding, sin examinar la verdad de la noticia, juntó su corte: dió un gran convite y al fin se arrojó á un tonel de hidromiel, y se ahogó allí. Hading supo con dolor la muerte de su amigo; y aunque pudiera regatear sobre los motivos del suicidio, que debieran pesarse mas, solo miró á la obligacion del pundonor en cumplir la palabra de no sobrevivir á su amigo: juntó su corte, dió un gran convite, y se ahorcó á presencia de todos.

En 853 se convertian á la religion en tropas los suecos: el monge Anschairo, enviado por Luis el *Afable*, los bautizaba á centenares; pero su fé estaba un poco pendiente de las circunstancias. Sucedió una hambre que desolaba el reino cuando estaban en el fervor de la conversion; y persuadido el pueblo á que aquel azote podia venir del enojo de sus antiguos dioses, irritados por el abandono de su culto, quiso precisar á Olao su rey á que se los ofreciesen de nuevo sacrificios, y rehusándolo el monarca le quitaron la vida. En aquellos tiempos todo eran escesos; y si un rey era muy piadoso, su sucesor era hechicero: el uno respetaba á los misioneros hasta adorarlos: el otro los mataba: mientras en un territorio despojaban las iglesias, en otros las hacian dones exorbitantes. Los eclesiásticos que envió Ethelredo, rey de la Gran Bretaña, juntaron una ofrenda de seiscientos marcos de plata en solo una misa; y así no debe admirarse que el clero de Suecia llegase á ser tan opulento, y por consecuencia necesaria tan poderoso. No siempre fué voluntaria la sujecion á la religion; pues se hallan persecuciones contra los que no querian abrazarla, y vengadas estas persecuciones con la muerte de los reyes que las autorizaban. Por estas alternativas en la historia eclesiástica de Suecia se ve tanta confusion como en la civil. Para poner en una y otra algun órden, empezaremos por la época que igualmente conviene á las dos.

En 1141 reinaba Erico, por sobrenombre el *Santo*. Fundó muchos monasterios, publicó admirables leyes, y las hizo observar exactamente. Pero como nada se libra de la mordacidad de los críticos, suponen algunos que en su reinado degeneró la religion en supersticion, la justicia en rigor, y aun en crueldad. Poseia Erico el trono por un compromiso con Cárlos, hijo de un rey que le habia precedido, y era yerno del rey, antecesor de éste. Sus virtudes le dieron la preferencia, bien que con la condicion de que en muriendo recaeria en Cárlos la corona.

Muerto Erico tuvo Cárlos que vencer algunas dificultades para ocupar el trono que le pertenecia por la estipulacion, y provinieron éstas de haberse sospechado que habia contribuido á la muerte de Erico cuando le mataron en una batalla. Quisieron que sucediese a Erico su hijo Canuto Ericson. No obstante se llevó Cárlos la corona; y Canuto, por temor de su resentimiento, se

salvó en Noruega. Era Cárlos muy afecto á la Santa Sede, que le habia ayudado á sentarse en el trono; y en reconocimiento concedió al sumo pontífice toda la herencia de los suecos que no dejasen hijos, y parte de los que los dejaban (1168).

Viéndose Cárlos bien establecido en el trono no temió la competencia de Canuto; y así le convidó á que volviese, prometiéndole el título de heredero presuntivo de la corona; pero el fiero Ericson despreció el presente de mano de aquel á quien miraba como asesino de su padre. Volvió á Suecia, pero capitaneando un ejército que habia levantado en Noruega. Hizo prisionero á Cárlos, y lo condenó á muerte; pero no se sabe si este juicio fué obra de la justicia ó de la ambicion; pues no está libre Canuto de la presuncion de dejarse dominar de esta pasion, y de que no era muy escrupuloso en los medios de satisfacerla. Por lo demás pasa por un gran rey, y hace una honrada figura en los anales suecos (1191).

Le sucedió su hijo Suercher, con la condicion de que por su muerte habia de pasar el cetro á Erico, hijo de Cárlos; y para confirmar esta disposicion se casó Erico con la hija de Suercher, y nombró por heredero, sin duda por no tener hijos, á su cuñado Juan, hijo de Suercher, y á éste le sucedió el hijo de Erico X, que fué Erico XI (1216).

Á éste, y á poco tiempo de haber subido al trono, le atacó una parálisis que le dejó sin uso un brazo y una pierna: le tocó en la lengua, y le puso tartamudo, que fué el sobrenombre con que le distinguieron: y quedó con una especie de aparente inutilidad que no permitia formar de él alta idea: pero en realidad conservó claro su entendimiento, de lo cual dió pruebas en los casos bien difíciles.

Habia en Suecia una familia poderosa, llamada los Falkenger; esperando interesar la ambicion de esta familia con su bondad, dió sus hermanas á dos de ellos, y se casó él con una de sus hijas. Esto no obstante, el primogénito, llamado Canuto, que estaba dotado de una elocuencia seductora, y en esto era muy superior al tartamudo Erico, se hizo proclamar rey; pero no le ganaba en la capacidad ni el valor, pues Erico le hizo prisionero, y mandó cortarle la cabeza. Tenia otro cuñado llamado Birger-Jerl, y se sirvió de él útilmente en la guerra. Cuando el rey murió eligieron á Valdemaro, hijo de Birger, y á éste le declararon regente.

La familia Falkenger competia con la de Flockenger, no ménos poderosa y ambiciosa. Birger, declarado contra esta última, sorprendió á todos los de la familia y los degolló, á escepcion de uno llamado Cárlos. El regente conservó en cuanto pudo su autoridad, y no la cedió á Valdemaro hasta que murió. Segun parece habia dado parte de ella á otro hijo llamado Magno. Vivian los dos hermanos tan unidos, que, partiendo Valdemaro en peregrinacion á Roma y á Jerusalen, confió el gobierno de su reino á Magno, y éste á su vuelta se lo entregó con la mayor fidelidad. Se introdujo entre ellos la discordia, y no hallaron los suecos otro medio que repartir la Suecia entre los dos: mal espediente, y que causó una guerra civil. Perdió Valdemaro la corona: Magno se la llevó gloriosamente; y la retuvo con tal firmeza, que la trasladó á su hijo Birger por mas esfuerzos que hizo Magno por recobrarla (1290).

Tenia Birger once años, y le dió su padre por tutor y regente á Forkel-Canutson. Con la edad manifestó Birger buenos talentos, y con ellos se iban descubriendo fuertes zelos contra sus dos hermanos Valdemaro y Erico. Habia caido Magno en la falta de haber dado á estos unos mayorazgos, que los hacian tan poderosos, que pudieran declarar guerra al rey su hermano. No puede decirse bien de qué parte estaba el agravio; pero la suerte favoreció á los hermanos, pues hicieron al monarca prisionero, y no le dieron libertad hasta exigir de él tales privilegios, que convirtieron en soberanías verdaderas las tierras de sus mayorazgos.

Puesto ya Birger en libertad, pensó no solamente en recobrar su autoridad, sino en estender su venganza contra las mismas personas de sus hermanos. Siete años conservó esta perversa intencion con el mayor secreto, y no hubo en todo este tiempo caricia ni muestra de confianza que no emplease con ellos. De este modo fué retirando diestramente de sus corazones toda sospecha, hasta que los atrajo á una fortaleza en donde él residia: los recibió el pérfido con las demostraciones mas amigables; pero aquella noche, cuando dormian el primer sueño, entró en el cuarto con una tropa de satélites. Al punto se apoderaron de Valdemaro: quiso Erico defenderse, y le hirieron en muchas partes. Birger los llenó de injurias, de burlas y desprecios: los hizo cargar de hierro y ponerlos en un calabozo. En él murió Erico por no curarle las heridas y Valdemaro de hambre.

Esta atrocidad sublevó toda la Suecia, y no pudo resistir Birger á la conjuracion general. Fué á ponerse en salvo en Dinamarca por estar casado con una hija de aquel rey. La acogida que allí encontró, aunque demasiado buena todavía para un malvado, se redujo á frialdad é indiferencia. Habia dejado en Suecia un hijo llamado Magno; y era tal la indignacion contra el padre, que recayó sobre el hijo; pues aunque pareció á la Dieta que estaba inocente, le condenó en odio del padre á perder la vida (1320).

Pusieron en el trono á Magno, hijo del desgraciado Erico, aunque no pasaba de tres años, y le dieron por tutor, con el título de protector del reino, á Kettlemunson, amigo de los dos hermanos asesinados. En su gobierno fué la administracion prudente, constante y política; pero llegó á ser caprichosa en el de Magno, el cual se dejó guiar de sus favoritos, y entregándose á una juventud inconsiderada, empezó á manifestar á la Dinamarca pretensiones altivas, que á nada ménos se dirigian que á la soberanía absoluta. Malogradas sus demandas, se volvió contra los rusos, haciéndoles una guerra desgraciada. Al mismo tiempo cargaba al pueblo de impuestos, empleando pródigamente el dinero en enriquecer á sus cortesanos, y entre otros á un jóven, al cual creó duque de Halland, al mismo tiempo que la reina le dispensaba otros favores que no deshonraban ménos al rey.

El pueblo, resentido de esta mezcla de debilidad y tiranía, pasó del desprecio al odio. Los grandes, conociendo la incapacidad del rey, le propusieron que se redujese á vivir como particular, y diese sus dos coronas á sus hijos, á Erico que era el mayor, la de Suecia, y á Hacquin, que era el segundo, la de Noruega. La reina, que tenia sobre su corazon mucho imperio, no le dejó entrar en este proyecto; pero le obligaron, y Erico fué elegido.

Se encendió la guerra entre padre é hijo, y se concluyó con la reparticion del reino entre los dos; pero descontenta la reina por no tener ya mas que la mitad de su autoridad, dió veneno á su hijo. Entónces recobró Magno su poder todo entero; pero, conociendo su debilidad, y pasando de estremo en estremo, se entregó al rey de Dinamarca, á quien habia querido despojar, y le dió una de las mas bellas provincias de la Suecia, con la condicion de que le auxiliase en caso de necesidad. Esto indignó á los estados; y para evitar los efectos de la cólera de sus vasallos, se refugió Magno en Noruega, cuya corona habia cedido á su hijo Hacquin. Representaron los suecos á este príncipe las vivas quejas que tenian de la conducta de su padre, y le suplicaron que no le dejasen volver á Suecia. Hacquin, para no enojarlos, y temiendo cerrarse á sí mismo el camino para el trono de Suecia, convino en retener á su padre, y en romper toda conexion con Valdemaro, rey de Dinamarca, cuya ambicion y nuevas maniobras temian los suecos; pero el mismo Hacquin, infiel á su palabra, se casó con la célebre Margarita, hija de Valdemaro. Irritados los suecos depusieron al padre, y declararon nulos todos los derechos del hijo á la corona de Suecia, dándosela á Alberto, duque de Mekembourg (1365).

Se portó tan mal Alberto, y los alemanes que componian su corte y ejército cometieron tantos desórdenes y robos, que los suecos, aunque detestaban el yugo dinamarqués,

Digitized by Google

quisieron mas sujetarse á ésta, que sufrir el de los alemanes. Margarita, todavía jóven, habia perdido á su marido Hacquin, que solo habia dejado un hijo llamado Olao, que murió jóven. Continuó su madre gobernando la Noruega con tal prudencia, que cuando murió su padre Valdemaro contaron los dinamarqueses por fortuna que recayese su cetro en la hija; además de que la pertenecia por haber muerto los otros hijos de Valdemaro. Mostró Margarita la misma capacidad en la administracion de este segundo reino; y teniéndola los suecos por capaz de gobernar otro mas, la ofrecieron su corona; pero ésta no fué solamente adorno de su cabeza, ántes bien se valió como soberana de todos los derechos que la daba, y por renuncia de Alberto unió los tres reinos, segun el tratado de Calmar. Aunque se obligó á no preferir en sus cuidados un reino á otro, no pudo ménos de mostrar su prediteccion al de Dinrmarca por ser herencia suya. Esta parcialidad se advierte en el consejo que al morir dió á Erico, pariente distante, á quien nombró por sucesor: «La Suecia, le dijo, os debe sustentar, y la Noruega vestir; pero á Dinamarca es preciso tratarla como almacen de vuestros recursos en caso de necesidad.»

No hay pais que haya sido mas infeliz que la Suecia, por las mismas causas con que pensaban hacerle dichoso. De tiempo inmemorial estaba en guerra con la Dinamarca: ya habian corrido arroyos de sangre, y las paces no habian sido otra cosa que desgraciadas treguas para tomar aliento, y darse despues golpes mas mortales. Cansados los suecos se prestaron á la union de Calmar, mirándola como el medio mas propio para procurar para sí y para sus hijos el descanso que no habian gozado sus padres. Creyeron hallar en los reyes protectores las ventajas de un gobierno libre; pero desde el reinado de Margarita sintieron las estrecheces de la opresion, y en el de Erico, haciendo esfuerzos para romper sus cadenas, solo consiguieron hacer mas sensibles sus contusiones. Apenas son creibles los males que oprimieron á la Suecia en el reinado de este príncipe indolente, y los escesos con que trataron á los suecos los insolentes gobernadores que enviaba. Ellos arruinaban la nobleza, obligándola á servir á su costa en las guerras de los dinamarqueses en el continente, y á rescatarse con su dinero cuando caian en manos de sus enemigos: ellos introdujeron á los dinamarqueses en las prelacías de Suecia, y repartian con los intrusos lo que robaban al clero. Uno de estos gobernadores, llamado Erikson de Westerans, se declaró enemigo jurado de los paisanos, de esta clase de hombres inocentes y laboriosos. Los hacia degollar por divertirse y los ponia en crueles tormentos: á unos los hacia ahogar con humo: á otros los salaba vivos, y los asaba. Se complacia en uncir las mugeres al arado, y picarlas como á bueyes.

No hay que estrañar que semejantes violencias, aunque reducidas á un territorio, escitasen una sublevacion general. El senado, con el cual guardaban mas atencion, dudó por algun tiempo sustraerse de la dominacion de Erico, principalmente porque veia, que no el deseo del bien público, sino la ambicion de colocarse en un trono casi desamparado, era lo que empeñaba á los grandes señores en pretender una revolucion. Á la cabeza de los competidores estaba Cárlos Canutson, gran mariscal de la corona; mas no le faltaron rivales y entre otros su cuñado Nicolás Stenon. Se aprovechó de este conflicto el rey Erico; y despues de haberlo depuesto solemnemente le restablecieron, suscribiendo á ciertas condiciones segun se las propuso el senado. Se aseguró lo bastante para traspasar su corona de Suecia á Cristobal, que era su sucesor en Dinamarca. Este Cristobal gobernó á los suecos con el cetro de hierro, y ya iban á deponerle cuando murió. Se congregaron en una dieta; y mientras pensaban en el partido que se habia de tomar sobre hacer rey, nombraron por regentes á dos hermanos, Bengt y Nils Jonson (1447).

Canutson en estas circunstancias no se olvidó de lisonjear tanto á los regentes que consiguió le nombrasen por rey, y al mismo tiempo ciñó su frente con la corona de Noruega que le ofrecieron, y esta doble felicidad despertó el deseo en él de conseguir tambien la de Dinamarca; pero mejor lo hubiera sido pensar bien en asegurar las dos primeras. Hizo lo contrario, y además de la guerra desgraciada que emprendió contra la Dinamarca, se desavino con su clero, y el arzobispo de Upsal se declaró contra él abiertamente. En un manifiesto leido y fijado á la puerta de su catedral, le acusó de haber oprimido al clero y al pueblo, de que era herege, y de que daba todas las plazas á sus infames jóvenes favoritos.

Hecha esta proclamacion se entró el prelado en su iglesia: dejó los ornamentos pontificales, vistió una cota de malla, se puso la corona, y juró no volver á tomar el traje de eclesiástico hasta ver feliz á su reino: entendiendo por esta felicidad la espulsion de Canutson, que habia concertado con Cristierno I, rey de Dinamarca; y trabajó con tal eficacia, que fué fortuna de Canutson, encerrado en Stockolmo, poder huir con su tesoro, y pasarse á Danteizk, y entónces dieron la Corona á Cristierno (1458).

No tardó el arzobispo en recibir el castigo de su venganza; porque Cristierno, no hallando en él la docilidad que esperaba, le mandó arrestar y transportar á Dinamarca. Esta violencia le quitó al monarca la proteccion del clero, por lo cual hizo Cristierno entónces la corte al arzobispo su prisionero; y volvió á enviarle á Suecia aplacado y lisonjeado con la promesa de poner en sus manos toda la autoridad régia si él le conseguia el título. El prelado con esta esperanza hizo tanto, que despues de una sangrienta batalla se vió precisado Canutson, no solo á retirarse como ántes, sino tambien á jurar no volver á tomar el cetro aun cuando se le ofrecieran.

Juramento de ambicioso, pues murió el arzobispo, y se olvidó Canutson del juramento. Recibió otra vez la diadema, y no tardó mucho en morir condecorado con esta insignia, que tan costosa fué para sus vasallos, pues la habian comprado con veinte y siete años de trabajos y desgracias. Nada ganó Cristierno con su muerte: porque la Suecia, cansada del yugo dinamarqués, eligió un administrador ó protector de una de las principales familias llamado Steen-Sture. Su gobierno, que duró casi veinte años, fué muy agitado; pues aunque tenia de su parte al pueblo, el senado no estaba en su favor. Le acusaron, le depusieron, y le volvieron á restablecer en su dignidad. Tuvo el gusto de ver que los estados se sustrajeron de la autoridad del rey Cristierno; pero tuvo muy presto la pesadumbre de verlos reconocer de nuevo en el rey Juan un monarca dinamarqués, á quien hubo de sujetarse tambien el protector renunciando á su dignidad (1483).

Asistió Steen-Sture á la coronacion de este príncipe; y entónces se le advirtieron ciertas señales de su despecho, que daban á entender que no tardaria mucho en hacer los esfuerzos posibles por recobrar su autoridad y el asiento que le habian quitado. Así fué, porque valiéndose de los desaciertos de Juan supo manejar y fomentar á los malcontentos, en términos que volvieron á nombrarle administrador. Poseia esta dignidad cuando murió en 1504, y se la confirieron á Steen-Sture, descendiente como él de la familia que en otro tiempo habia llevado la corona; y muerto éste en 1512 eligieron en su lugar al hijo de Steen-Sture, jóven de muy buenas prendas.

Cristierno II invadió la Suecia, favoreciéndole Gustavo Trollo, aquel arzobispo de Upsal que habia competido con Sture en la pretension al protectorato. Él por sí mismo proclamó al dinamarqués; y en una disposicion provisional consiguió Cristierno llevar en rehenes algunos miembros de los mas distinguidos de la nobleza, y entre ellos á Gustavo Vasa, que pasó con los demas á Dinamarca. No desconfió el administrador por la superioridad que daba al monarca dinamarqués el haberse llevado tantas personas de importancia; ántes bien sostuvo los derechos de la patria con valor; peleó, cayó, le sacaron los suyos de la batalla, y murió de las heridas; pero esta muerte proporcionó á Cristierno la eje-

Digitized by Google

cucion del horrible proyecto que formó de oprimir la Suecia.

La política cruel de los tiranos es semejante al feroz instinto de aquellas bestias, que para devorar el rebaño acometen y matan primero á los pastores. Cristierno quitó la vida por mano del verdugo á los primeros de la nacion. Todo el senado fué llevado al suplicio á vista de los ciudadanos de Stockolmo, mirando todos la matanza sin manifestar la menor lástima. Los habitantes de los lugares no miraban en este suceso sino el castigo de la nobleza por las vejaciones con que habia reducido la monarquía á una especie de aristocracia, y se lisonjeaban con la esperanza de ser mas felices con el gobierno de uno solo; pero estas esperanzas se desvanecieron, porque Cristierno, viéndose dueño absoluto, sin freno y sin temor, saqueó á toda clase de personas: levantó cadalsos y horcas, y fue paseando por las cabezas la guadaña de la muerte. No le bastaba matar, sino que se complacia en prolongar el instante del suplicio con la vista de los preparativos que ántes habian de preceder, queriendo, por decirlo así, que deseasen la muerte. Entre otras barbaries se cuenta la de hacer que las mismas mugeres, á quienes mandaba echar al mar, se cosiesen los sacos en que las metian para ahogarlas.

El jóven Gustavo Vasa, descendiente de una familia emparentada con la antigua casa real, encerrado como uno de los rehenes en Dinamarca, manifestaba unas prendas que se llevaron la atencion peligrosa de Cristierno; y despues de haber el tirano pretendido inútilmente atraerle, mandó quitarle la vida. Erico Banner, caballero dinamarqués, fué á quien dió tan odiosa comision; pero éste, en lugar de ejecutar la órden, consiguió que se revocase, y aun dió esperanzas de reducir al jóven á favorecer al gobierno dinamarqués. Se encargó de su custodia con la condicion de pagar treinta y seis mil libras si se le huyese.

No estuvo Gustavo Vasa mucho tiempo en la casa de Banner sin grangearse la estimacion y amistad de su familia; por lo cual le concedieron una honrada libertad aun para divertirse en la caza, y otros alivios que pudieran mitigar el sentimiento á poderse olvidar de que era prisionero. Se le hizo muy molesta la sujecion, y mas irresistible el deseo de ponerse en salvo cuando supo la matanza de Stockolmo, en la cual habia sido comprendido su padre. Desde entónces se consideró encargado del destino de su patria; y tomando un caballo con pretesto de ir á caza, se entró por un bosque, tomó un vestido de paisano, y despues de haber marchado dos dias atravesando las montañas por sendas impracticables, llegó á la última ciudad de Dinamarca, en la cual no podia entrar sin pasaporte. Por fortuna estaban allí en una feria de ganados: se presentó Gustavo como uno de los compradores al gobernador; y no conociéndole pasó á Lubeck. Banner, que le seguia los pasos, le alcanzó, y le reprendió de que hubiese abusado de su amistad. Se escusó el fugitivo alegando las circunstancias: aplacó á su huesped prometiendo darle las treinta y seis mil libras de su rescate; y sin detenerse marchó á Suecia, aunque sabia que en todas partes tenian órden de arrestarle.

La primera ciudad en donde se dió á conocer pertenecia al administrador difunto: vivia en ella la viuda con sus hijos, y una guarnicion alemana. Estos soldados extranjeros hacian mercado con los emisarios de Cristierno, y no esperaban mas que el aumento de las ofertas que les hiciesen para entregar la plaza. Entró Gustavo en conversacion con ellos, y recurrió con elocuencia á los lugares comunes de la gloria de vengar la sangre inocente, y de hacer que el tirano se arrepintiese de sus violencias. Le preguntaron qué recursos, qué ejércitos, y qué tesoros tenia. Entónces se quedó como si fuera mudo: le tuvieron por loco, y creyeron que le hacian mucha gracia en no arrestarle.

Estas diligencias de Gustavo no estuvieron tan secretas que no tuviesen los dinamarqueses alguna noticia: le buscaban sus guarniciones, y se veia casi perdido. Estaban ya para prenderle cuando se huyó escondido en un carro de heno, y se refugió en un territorio retirado en donde habia un antiguo castillo de su familia. Escribió desde allí á todos los suecos valientes que conocia interesados en el honor de su pais; pero el espanto que habia causado la matanza de Stockolmo tenia como en grillos sus alientos, y el pasmo general habia sobrecogido á los habitantes de todos aquellos campos, bien fuese abatimiento ó bien indiferencia. Se esparcia Gustavo con ellos, recorria las villas, se hallaba en sus asambleas y convites, escitándolos con sus discursos á sacudir el yugo del rey de Dinamarca; pero ellos respondian: «Bajo de su gobierno tenemos arenques y sal; y salga como saliere una revolucion, nosotros no podemos salir de pobres: somos aldeanos, y sea nuestro rey el que fuere, siempre hemos de quedar aldeanos.»

Viendo que allí no hacian caso, y que no estaba seguro en aquel dominio de sus mayores, resolvió Gustavo pasar á la Dalecarlia, en donde, si no conseguia sublevar á los habitantes, esperaba á lo ménos estar oculto y vivir seguro en los asilos de las montañas y espesos bosques que cubren esta provincia. Volvió á tomar su vestido de paisano: y acompañado de solo un hombre, que tomó para que le enseñase el camino, atravesó un pais áspero y de malos pasos. Ya estaba cerca cuando el guia le robó, le desamparó, y él se halló sin dinero y sin conocer á nadie. Estrechándole el hambre, tuvo que refugiarse en la mina, y ganar con su trabajo la subsistencia. Advirtió una muger que debajo de aquel vestido rústico llevaba una camisa fina bien labrada, y sospechó que podia ser algun hombre de distincion, que perseguido buscaba asilo en aquellas cuevas. Comunicó su descubrimiento á un caballero vecino, y la curiosidad le llevó á la mina con el fin de ofrecer su proteccion al desgraciado. Así que llegó conoció á Gustavo, como que habia estudiado con él en la universidad de Upsal. Disimuló prudente su sorpresa; y haciéndole una seña, le fué siguiendo el jornalero de la mina hasta su casa.

¿Qué alegría hay tan dulce como el traer á la memoria con su compañero de la primera edad los inocentes placeres de aquel tiempo? ¡Pero cuán agradable movimiento escita el poder juntar con esta memoria los tiernos desahogos con los objetos amados: la prision de sus parientes y amigos: su sangrienta muerte, y la suspension en que su suerte tiene á los que sobreviven, sin saber el que así se desahoga lo que le sucederá! De todo esto hablaba el buen dalecarliano con entusiasmo, y citaba con fuego y complacencia los rasgos de valor de sus compatriotas, lo mucho que aborrecian á los dinamarqueses, su afecto á la familia de sus antiguos señores, y los medios de ataque y de defensa que ofrecian la naturaleza del pais, y el valor de sus habitantes. Le escuchaba Gustavo como estático, y le palpitaba el corazon de gozo. Concebia las mayores esperanzas; pero cuando habló de poner en práctica todos aquellos medios, la idea de esponer su muger y sus hijos, de abandonar su casa, aquel delicioso sitio, y aquellos jardines que él habia plantado, y la dulce satisfaccion en que pasaba sus dichosos dias, entibiaron el ardor del dalecarliano. No era capaz de hacer traicion á Gustavo; pero no se sentia con valor para ayudarle. Advirtió el fugitivo Gustavo que su presencia no podia servir mas que para perturbar el reposo de un hombre que habia nacido para la vida tranquila, y así le dejó asegurado de su discrecion; y confiándose á la buena fortuna sin guia y por entre las selvas y montañas, llegó á la casa de un caballero llamado Peterson, á quien habia conocido en el ejército.

Le reconoció Peterson, se arrojó á sus brazos, escuchó con embeleso la relacion de sus desgracias, y parecia sentirlas mas que el mismo príncipe. Clamó contra la tiranía de los dinamarqueses, entró en todos los proyectos de Gustavo, y le nombró los caballeros y paisanos vecinos que él podia emplear. Encantado Gustavo Vasa de haber encontrado por último un sueco valiente, de sus mismos pensamientos, y dispuesto á ser compañero de su suerte, le descubrió todos sus planes y el

Digitized by Google

modo de ejecutarlos. El traidor Peterson, bien informado, fué á buscar un oficial dinamarques; y con la esperanza de alguna grande recompensa, vendió á Gustavo y sus proyectos. Embistió el dinamarqués la casa; pero la compasion, ó tal vez algun sentimiento mas tierno, velaba sobre la vida del fugitivo; porque la muger de Peterson le advirtió á tiempo la traicion de su marido para que se pusiese en salvo, y le procuró un retiro en casa de un eclesiastico de la vecindad.

Era éste uno de aquellos que algunas veces se encuentran en los pueblos, que, ocupado en estudiar á los hombres, y sin preocupacion por ningun partido, podia dar consejos escelentes. Recibió á Gustavo con respeto y amor; y muy lejos de asustarse con el proyecto que tenia el príncipe jóven de desafiar el poder dinamarqués, le señaló el camino para el acierto. «No debeis, le dijo, tentar la nobleza, porque esta, contenta con su seguridad, y en la independencia que goza en nuestras montañas, se interesa poco en las revoluciones de corte; y así con dificultad resolverá armar sus vasallos, pues consisten sus riquezas en el trabajo de éstos, el cual cesa con la guerra. Es preciso pues que los vasallos se armen por sí mismos.»

Para esto se encargó de echar la voz de que los dinamarqueses venian á la provincia á establecer con violencia nuevas contribuciones, y se valió de sus parientes y amigos para acreditar la noticia. Cuando ya la opinion habia prevalecido, aconsejó á Gustavo que se presentase en una pequeña ciudad, y en una fiesta, en que todos los años se juntaban los paisanos del territorio. Nunca, decia él, están mas dispuestos para sublevarse que en estos concursos, porque cuentan la fuerza por la multitud.» Se presentó el héroe jóven: ya estaban preparados los espíritus, y su aire de resolucion y de intrepidez, templado con la mezcla de tristeza por la muerte de su padre y de los demas senadores, conmovió á los concurrentes. Habló de aquella horrible matanza, del estado deplorable del reino, de las persecuciones que sufria, y de las que amenazaban. Le interrumpieron los gritos de furor contra los dinamarqueses; y aprovechándose Gustavo de aquel momento de ardor, llevó consigo á los mas determinados, y se precipitó con ellos á la fortaleza en donde residia el gobernador, bien distante de esperar semejante ataque. La tomó por asalto, y pasó á cuchillo al comandante con todos sus dinamarqueses.

Desde este punto ya no es la vida de Gustavo mas que una serie no interrumpida de triunfos. Á la cabeza de sus dalecarlianos aventuró las acciones de guerra mas peligrosas, y siempre acudió la victoria á coronar sus esfuerzos. La hazaña mas pasmosa fué el asalto que dió á pié firme en plena mar á la escuadra dinamarquesa. Estaba sitiando á Stockolmo, y estrechaba vivamente á la guarnicion. Acudieron los dinamarqueses al socorro; pero una fuerte helada sobrecogió sus navios, y los tenia presos lejos del puerto. Resolvió Gustavo aventurarse á ir á quemar la armada; avanzaron sus soldados sobre el hielo con la espada en una mano y el fuego en la otra: intentaron escalar los navios: tronó la artillería; y sus fuegos, unidos á la claridad de las hachas abrasadoras, presentaban un terrible espectáculo. Se incendiaron muchos navios á pesar de la diligencia de los dinamarqueses. Los estallidos del hielo que se quebraba, los gritos de los heridos, los aullidos de los que perecian en las llamas, y la misma obscuridad de la noche llenaban de terror el alma de los dinamarqueses. Libraron del incendio la mayor parte de los navios; pero ninguno hubieran salvado si la blandura que sobrevino no hubiera estorbado el ataque que Gustavo meditaba para el siguiente dia. Esta victoria, conseguida á vista de la capital, determinó en su favor aun á los indiferentes; y en la dieta que se congregó para deliberar si nombrarian un rey, el pueblo, á pesar de que los senadores querian un administrador, pidió un monarca: decidióse que éste fuese Gustavo, y lo fué con efecto.

Desde la union de Calmar habia sido la guerra continua, y siempre bárbara, porque en aquellos tiempos de frenesí se prohibia muchas veces hacer prisioneros: se mataban sin piedad: desmantelaban las ciudades, asolaban los campos, y reducian los lugares á cenizas. La Suecia no presentaba mas que un espectáculo de horror; y sobre á quien se habia de favorecer se cometian tantas barbaries. Con la reunion en favor de Gustavo cesaron aquellas sangrientas disputas: aunque se suscitaron otras con motivo de religion, porque se aconsejó este príncipe con la política, y por algunos resentimientos que tenia contra el clero introdujo en sus estados el luteranismo; pero ya que desterró en muchos la religion verdadera, puso con prudencia humana la falsa, procurando que en la revolucion de los dogmas no produjese las violentas convulsiones que suele. Asistia á las disputas, descubria las malas intenciones de la codicia, distinguia el falso zelo perseguidor; pero nó sin muchos tormentos suyos y de otros: ¡infelices aquellos que tienen que esperimentar los males de una revolucion!

Aunque Gustavo introdujo la heregía, y no dejó intactas las propiedades, no perdió el amor de sus vasallos. Gustaba de las ciencias, y al valor del soldado añadia el talento de general y el de estadista. Su esterior era noble, y su continente amable y magestuoso. La elocuencia, que tan útil le habia sido en sus desgracias, le sirvió tambien en el tiempo de su prosperidad. Recibia al pueblo con afabilidad, á los grandes con atencion, y á los sabios con tal gracia, que no tanto veian en él un protector, como un amigo. Fué insensiblemente suavisando los modales selváticos de la nacion, y atrayendo á la corte la nobleza que vivia en sus castillos muy altiva, y era peligrosa por su independencia, la dió empleos y diversiones. La justicia se administraba con rectitud, y las artes y el comercio florecieron en sus estados.

Reconocida la nacion, y agradecidos los estados, nombraron para sucederle á Erico su hijo mayor, de edad de once años, y declararon la corona hereditaria en la posteridad de Gustavo. Á otros tres hijos, Juan, Magno y Cárlos, les dió estados, en cuanto á la renta, grandes, pero cargados del homenage á favor del rey su hermano, y sin derecho alguno de soberanía. Murió ántes de la vejez entre los de su familia, y le lloraron los vasallos como los hijos lloran á un amado padre (1560).

Muerto Gustavo hubo muchas inquietudes sobre el sucesor. Era Erico, sobre haber tenido muy buena educacion, elocuente en su propia lengua, y hablaba las estranjeras; su esterior era agraciado y de mucha magestad al mismo tiempo: todo lo hacia con fuego, pero tambien se dejaba llevar de la fogosidad de sus pasiones; y cuando se dejaba arrebatar del enojo era con tal violencia, que se ponia como furioso, y parecia haber perdido la razon. Su padre, que le conocia, habia pensado en que pasase la corona á su hermano el duque Juan, que era el hijo segundo, y no lo ejecutó así por temor de alguna guerra civil: pero si lo hubiera dispuesto como lo pensó habria prevenido muchas desgracias. Lo que al amor de un padre parecia un furor pasagero, se debe contar, segun las acciones de su vida, por una verdadera locura, y locura acompañada de presuncion, crueldad y perfidia y amores viles. No le faltó estravio alguno: pero, pues mostró arepentimiento, pueden perdonársele sus escesos, acusándole con decir que los cometió por los malos consejos de sus infames privados; bien que los pagó muy caros.

Habia pedido Gustavo para Erico la mano de Isabel reina de Inglaterra; y dilatándose demasiado al parecer del monarca jóven el consentimiento, creyó que podria apresurarle con su presencia, y equipó una armada de tanta fuerza como galantería; y cargándola de regalos hizo vela hácia Inglaterra. Dispersó una tempestad sus navios, y á él le rechazó á sus mismas costas, en las cuales padeció naufragio. El mismo tiempo que le causó esta desgracia le apagó el fuego de su pasion. Se dirigieron sus deseos á María Stuard, reina de Escocia: volvió á Isabel: pretendió al mismo tiempo conseguir una sobrina del emperador, hizo sus amorosos rendimientos á

Digitized by Google

la hija del landgravo de Hesse-Casel, y envió por delante doce navíos de guerra ántes de saber su consentimiento; y todo paró en casarse con una aldeana llamada Catalina. Ésta le habia agradado desde niña por su hermosura, y la habia hecho dar una distinguida educacion. Tal vez no pensaria en colocarla en el trono, pero ella lo consiguió por su destreza.

El duque Juan, hermano del rey, que era mas prudente y político, logró la mano de Catalina, hija de Segismundo, rey de Polonia, cuya proteccion era gran recurso en las circunstancias difíciles que le hacia prever la estravagancia de su hermano.

Con efecto, bien fuese por su malicia ó por los malos consejos, concibió Erico una furiosa envidia contra el duque Juan, á quien con levísimo pretesto mandó encerrar en la ciudadela de Stockolmo. La duquesa se hizo compañera de su esposo en la prision, y en las aflicciones que pasó en los cuatro años de su duracion. Ántes de entrar en ella le habian ya condenado los estados á muerte, sin mas causa de ser ellos incapaces de resistir á las órdenes del tirano, y así su vida estaba pendiente á cada intante del capricho de un hombre sin juicio y rodeado de pérfidos consejeros. Se dice que Erico fué muchas veces á la prision de su hermano con intencion de mandarle quitar la vida; pero que al punto que le veia se apoderaba de su corazon la lástima. En aquellos instantes de arrepentimiento le confesaba con lágrimas en los ojos la intencion sanguinaria con que habia ido, y le decia: «Yo sé que está destinada para tí la corona de Suecia, y te suplico que cuando estés en el trono perdones mis faltas.» Este presentimiento tardó demasiado en cumplirse para su honor, y la dilacion le dió tiempo para incurrir en aquellos delitos que han hecho odiosa su memoria.

Le habian inspirado un odio mortal contra la familia Sture, ilustre y descendiente de los antiguos administradores, y escitado por un infame favorito llamado Peerson, exigió del senado, al cual miraban todos con indignacion como lisonjero vil del tirano, una sentencia de muerte contra veinte y seis desgraciados señores, suponiéndolos cómplices de una conspiracion que se les imputaba. El objeto particular del odio del rey era uno de los Sture, creyendo que la reina le miraba con inclinacion. Fué el mismo Erico à la cárcel, hirió á este jóven con un puñal, dejando el hierro en la herida, y el infeliz le sacó, le besó y se lo presentó al rey, el cual sin enternecerse, mandó que le acabasen sus satélites. Éste fué el primer acto de crueldad que proyectó el malvado Peerson, y despues quitaron la vida á los que estaban ya sentenciados.

Apenas habia cometido Erico este jurídico asesinato, cuando, como si le persiguieran las furias vengadoras, se fué á los bosques, y vivió en ellos por muchos meses como un salvage, vestido de paisano, y no volvió sino á fuerza de instancias de su esposa Catalina. Desde este punto hizo un papel muy diferente. Se presentaba magnificamente vestido: daba el oro y la plata pródigamente á los parientes de los que habia muerto, culpando en todo á Peerson, y así le entregó á los verdugos. Para borrar las malas impresiones de su pasada conducta, dió libertad al duque Juan y á su esposa.

Todavía le quedaban desconfianzas por la alianza que este príncipe habia contraido con la Polonia en su casamiento; y pensó Erico en asegurarse por medio de una contra alianza con la Moscovia. Habia querido el Czar á la princesa de Polonia, esposa de duque Juan: no se la habian dado, aunque la pidió, y por esta negativa conservaba un vivo resentimiento. Con poco escrúpulo de uno y otro pidió el ruso que le entregasen la princesa, y el sueco se empeñó en ello. Poco ántes de la ejecucion se descubrió el concierto de los dos, y el duque Juan dejó la corte con toda su familia, y con su hermano Cárlos, que siempre le fué inseparable aun en la prision. Dicen que Magno habia muerto de pena por haber firmado la sentencia que condenaba á su hermano Juan.

Levantaron los fugitivos el estandarte contra Erico, y lo infame de su último proyecto inspiró tal horror, que se declararon por el duque una multitud de partidarios. Éstos sitiaron al rey en Stockolmo: les abrieron por la noche las puertas: y cuando Erico iba á huir cayó en sus manos. Le pusieron en las de los parientes de los Sture, como mas interesados en guardarle bien. El senado, tan infiel en la desgracia de Erico, como cobarde y condescente en el tiempo próspero, retractó el juramento de fidelidad. Lo mismo hicieron los estados juntos, y declararon unánimes rey de Suecia al duque Juan. Á pesar de su catástrofe no fué en todo despreciable el reinado de Erico, pues era éste valiente; y bajo de su mando se distinguieron muchas veces las tropas suecas contra las de Dinamarca; siendo de presumir que no hubiera sufrido las duras condiciones que los dinamarqueses impusieron á su sucesor (1568).

No hay duda que Juan III se vió en las circunstancias mas difíciles, porque al mismo tiempo tenia contra sí á los dinamarqueses, enemigos natos de la Suecia, y á los moscovitas, cuyo czar, irritado con el mal éxito de su empresa, le hizo premeditados insultos. Isabel, que no estaba olvidada de que Erico la habia pretendido, mostraba alguna lástima de su desgracia; y la Alemania protestante, viendo la demasiado clara inclinacion de Juan á la religion católica, le amenazaba con el rompimiento. Por último, el mismo Cárlos, que se le habia mostrado tan constante durante su prision, le manifestaba mas que indiferencia sin embargo de haberle dado el rey un considerable mayorazgo, en donde vivia como monarca. Todas estas dificultades se aumentaron por haberse declarado Juan por el catolicismo á instancias de su esposa. Al czar le aplacó dejándole algunas provincias. Á la Dinamarca la satisfizo renunciando á toda pretension sobre Noruega, y de este modo padeció la Suecia considerables desmembraciones.

Erico, aunque preso, inquietaba tambien á su hermano. Se dispuso que compareciese este infeliz príncipe en dieta plena para sufrir la vergüenza de una acusacion pública, y la de su deposicion. Mostró mas firmeza que esperaban, y escitó compasion en algunos de aquella numerosa junta. Juan tuvo la dureza de no sacarle de las manos de los Sture, y éstos le trataron con inhumanidad hasta darle golpes, y hacerle pasar hambre y frio. Por último, como era costosa su custodia, en el tiempo de los esfuerzos del rey por introducir la religion católica, y despues de diez años de cárcel, le dieron veneno. Si esto fué órden de Juan no era verdadero su zelo por la religion, sino fanatismo.

Tambien veremos que Cárlos era de esta misma errada opinion sobre las licencias sanguinarias que suponen concede la política; y así es que ninguno de los hijos del gran Gustavo tuvo las francas y generosas virtudes de su padre.

Siguió el rey Juan para destruir el luteranismo los mismos pasos que su padre para arruinar la verdadera religion, exhortando, teniendo conferencias y coloquios; pero persiguió á los hereges, y de este modo confirmó en la religion católica á los que titubeaban, y atrajo á otros á la creencia de sus mayores. Así llegó á igualar de algun modo una y otra profesion; bien que creyó preparar cierta preponderancia á la verdadera religion, criando á Segismundo su hijo en los principios del catolicismo. Su zelo fué causa de la division entre el rey y su hermano: pero no puede dudarse que Cárlos, disimulado y ambicioso, se alegraba en su corazon de ver que su hermano se declaraba mas por los católicos, porque así podrian resultar alborotos, y él aprovecharse de la ocasion. Con efecto, se declaró altamente protector de los protestantes: recibió en sus pequeños estados á los que iban huyendo del zelo de su hermano: se tomó la libertad de hacerle reconvenciones y amenazas, y aun de solicitarlas de parte de los estados, principalmente sobre la educacion católica, que habia dispuesto dar á su hijo Segismundo.

Ya este príncipe se hallaba rey de Polonia despues de eleccion muy reñida que se habia fijado con las fuerzas

Digitized by Google

de la Suecia. Cárlos su tio favoreció los esfuerzos del rey con los estados para que á su sobrino le diesen socorros. Puede conjeturarse, sin riesgo de equivocacion, que el astuto Cárlos se complacia en ver á Segismundo con una corona que la religion hacia incompatible con la que él esperaba de su padre. Era preciso que la una perjudicase á la otra, y esperaba Cárlos ver disensiones de que él pudiese aprovecharse. Con efecto, aun viviendo Juan, hubo en el senado disputas sobre si debia permitirse al príncipe el ejercicio esterior del catolicismo. En estas disputas se halló comprometido Cárlos, y no parece que procuró sosegarlas, y así se remitió la decision al tiempo en que Segismundo heredase el cetro. Murió de repente Juan, mas estimado que amado. Era hombre de entereza, y firme en sus resoluciones; su muger le habia interesado mucho en restablecer la religion verdadera que ya espiraba; y aunque dió algun respiro al catolicismo, no pudo conseguir su resurreccion perfecta (1592).

Se hallaba Segismundo en Polonia, y le costó bastante trabajo conseguir de los polacos libertad para pasar á Suecia. Tardó en lograrlo algunos meses; y entre tanto gobernó en su nombre la Suecia el duque Cárlos. Éste dejó tomar imperio al senado; juntó una dieta, y se manejó de modo que cuando llegó su sobrino halló tomada ya la resolucion de reducir á estrechos límites el culto católico, como tambien al rey en el ejercicio público de su religion, y en el número de sacerdotes y prelados que podria retener consigo. Se habia encargado su tio de disponer que en este artículo diese satisfaccion á los estados; hubo entre ellos una escena violenta; y como á Segismundo le estrechaban para que regresase á Polonia, lo cedió todo. No obstante se dice, que indignado de ver que Cárlos habia tramado tan malignamente ponerle en precision de ceder, quiso hacer que le asesinasen. Se erró el golpe; y por una inconsecuencia bastante comun en los tiempos tempestuosos, cuando partió Segismundo tuvo que dejar la regencia á aquel mismo tio, de quien no habia podido deshacerse.

Juntó el tio los estados, y consiguió que en ellos se decidiesen artículos poco análogos a las miras de su sobrino; pero, no habiendo podido conseguir que se adoptasen todas sus ideas, se dió por sentido de esto, y dijo: que pues le pagaban con aquella ingratitud el trabajo que se habia tomado en la administracion del reino, la renunciaba. Se aprovechó el rey de este despecho, y confió el gobierno al senado. Entónces fué cuando rompieron entre sí el tio y el sobrino. Volvió Segismundo á Suecia con un ejército aleman y polaco, y obligó á Cárlos á someterse. Se ausentó nuevamente despues de esta victoria; y se manejó Cárlos con tal destreza, que haciendo se juntasen de nuevo los estados, tomó en ellos el mas declarado ascendiente. La conducta mudable de Segismundo, sus ausencias, y el no poder sufrir que pusiesen restriccion á su culto, fueron la causa de que se tomase contra él una resolucion estremada. Le depusieron públicamente los estados; á él y á su hijo Uladislao los declararon incapaces del trono para siempre, y se le dieron á Cárlos y á sus descendientes (1604).

Mucha política y destreza mostró Cárlos en la revolucion que le colocó en el trono. En público era su conducta franca, ingenua y moderada; en secreto fomentaba la division en los estados; y para satisfacer á su ambicion se valia de todos los medios útiles para no esponer su reputacion. Por último indispuso los ánimos en tales términos que su eleccion pareció ser obra de la necesidad por la mala administracion de su sobrino. Determinaron los estados que si faltaba la línea masculina, volviese la corona á la posteridad de Juan, y despues á los hijos de las hijas del gran Gustavo casadas en Alemania. Se decretó tambien que ningun príncipe hereditario podria aceptar corona estranjera ni casarse el rey en otra parte sino con muger de familia protestante. Además de esto se hicieron todas las rigurosas leyes, que son regulares en tiempo de revolucion. Se obligaron á seguirlas pero sin juramento de sostenerlas; proscribieron a cuantos se mostraban contrarios: bastaba ser católico para hacerse sospechoso, los católicos sufrieron todas las trabas y triunfaron los luteranos.

Segismundo no hizo sino un ligerísimo esfuerzo para recobrar su corona de Suecia; y la fortuna de Cárlos estuvo en que, distraido aquel príncipe con otros negocios, no siguió sus primeras victorias. Era el nuevo rey hábil en el gabinete, y era valeroso, aunque desgraciado, en el ejército. Le tenia por otra parte debilitado un ataque de apoplegía, y desde luego entregó las armas á Gustavo Adolfo, su hijo, contentándose él con darles ejemplos de gobierno con aquella especie de justicia que puede practicarse cuando se hace empeño de violentar las conciencias, y mandar á los hombres con sus mismas ideas. Dicen que Cárlos era fiel á sus promesas; pero no lo fué con el duque Juan su hermano, ni con su sobrino Segismundo. Era severo en castigar delitos, y liberal en premiar el mérito. Fué protector de las artes, de las ciencias, del comercio y de la agricultura. Fué violento y colérico, pero los enojos le duraban poco (1611).

Un héroe jóven, á cuya frente ceñida con la corona ántes de los doce años de su edad hacen sombra los laureles de la victoria, causa una justa admiracion; pero ésta crece al ver que un sabio senado confía ya entónces al hijo de Cárlos la autoridad suprema. Por último, llega la sorpresa á su colmo oyendo que el monarca jóven gobierna con toda la prudencia de la edad madura. Es verdad que tuvo Gustavo buenos consejeros; pero siempre es gran mérito de un rey oirlos, y saber conservarlos á pesar de las intrigas de las cortes.

Entre estos hombres preciosos se cuenta un hermano de Segismundo, primo de Adolfo, que tenia derecho al trono, y le sacrificó á las esperanzas que concibió de las grandes prendas de Gustavo para el bien de la patria. Otro consejero, cuyo nombre permacece en los fastos de los hombres grandes, es el célebre canciller Oxenstierno, que á unas costumbres estóicas, reunia superior habilidad en los negocios, mucha rectitud, un mirar filosófico, y el gusto y práctica de las ciencias. Con éstos y otros hombres ilustrados hizo el jóven rey útiles mutaciones en su reino, tanto en la hacienda como en la justicia. Tomó á su cargo las operaciones militares, y continuó la guerra con Dinamarca en términos que hizo una paz ventajosa. Lo mismo le sucedió con los moscovitas; pero las hostilidades con su primo Segismundo duraron por mas tiempo, y fueron ocasion de los sucesos que dieron á Gustavo Adolfo un lugar muy distinguido entre los mas famosos guerreros.

No podia el rey de Polonia olvidar la corona de Suecia que la naturaleza le habia dado, y sin la cual se veia por la poca política de su padre Juan y por su propia culpa. Armó á Gustavo, á quien trataba de usurpador, muchos lazos que este eludió con habilidad: le acometió á mano armada, pero con poco efecto; y aunque no hubo victorias decisivas, bien puede decirse que llevó Gustavo la ventaja, pues quedó en posesion de la corona. La guerra que le fué forzoso sostener muchos años le sirvió para hacer buenos soldados á los suecos, y formar aquellos capitanes intrépidos que tuvieron en suspension á la Europa, y balancearon la suerte de los príncipes.

Tenia Segismundo en su favor á los católicos de Alemania, y sobre todo á la casa de Austria, que, sentada en el trono imperial, movia aquel vasto cuerpo, acostumbrado á obedecer á sus impulsos, y amenazaba con que le haria caer con todo su peso sobre la Suecia. No esperó Gustavo el terrible golpe, y en 1631 entró en Alemania como un rayo. Querian los estados oponerse á esta invasion, temiendo las consecuencias; pero respondió el monarca: «Los que voy a acometer son ricos y afeminados: mis soldados tienen valor, y mis capitanes inteligencia; enarbolaran mis estandartes en el pais de mis enemigos, y éstos pagarán nuestras tropas.»

Tenia sesenta mil hombres, los mejores soldados del universo, penetrados de estimacion para con su gefe: sus generales, de capacidad esperimentada, los habia

Digitized by Google

atraido con su generosidad de todos los paises á sus banderas; pero tambien tenia contra sí útiles capitanes, como un Walstein, un Mansfield, un Tilli, nombres famosos en los anales de Marte; pero á todos los arrastró Gustavo, como un caudaloso torrente. Él obligó al elector de Brandembourg á juntar sus tropas con los batallones suecos, é invadió la Sajonia que queria permanecer neutral. Le esperaban los imperiales en las llanuras de Leipsick: pero allí los acometió, los puso en fuga, entró en Baviera y exigió contribuciones en las opulentas tierras de Alemania, donde alojó sus tropas en buenos cuarteles; pero tenia tan acostumbrados sus soldados á los trabajos y fatigas militares, que lejos de desear el reposo de las poblaciones, no podian sufrir el de los campamentos.

La suerte de la guerra, llevó á Gustavo siempre victorioso á los campos de Lutzen, cerca de Leipsich. Se trataba de la suerte del imperio, defendido ya segunda vez por tropas y generales escogidos. Cayó la infanteria sueca con ímpetu sobre los imperiales; rompió su línea, se apoderó de la artillería, y el enemigo huyó. Resonaron en la llanura gritos de victoria, llamaron al rey, le buscaron, y le hallaron tendido entre los muertos. Por haber sido muy ventajoso para la casa de Austria suceso tan funesto, dijeron, pero sin prueba alguna, que se habia valido de un asesino. Harto poseido estaba el emperador de la confianza, pues cuando salió Gustavo de entre los hielos de la Suecia, dijo: «Este es un rey de nieve que se derretirá en los paises templados.»

Los triunfante ejércitos de Gustavo mantuvieron su reputacion bajo el mando de Horn, Bannier, Weimar y Tortenson, generales dignos de llevar contra el enemigo los soldados del heroe difunto. En la guerra de Alemania llamaron á estos batallones por muchos años varios príncipes, teniendo por segura la victoria cuando juntaban á sus estandartes las banderas suecas. Muchos de aquellos formidables cuerpos se deshicieron insensiblemente gastados con sus propias hazañas. Los que volvieron á su patria llevaron á ella el espíritu militar; y aquel deseo de gloria que les habia comunicado Gustavo le trasmitieron á sus descendientes. Aquel valor hereditario, puesto en accion por uno de sus sucesores, destronó á un rey de Polonia, é hizo titubear á un emperador de Rusia.

Con la guerra extranjera, que tenia ocupados los espíritus, se mantuvo la tranquilidad en Suecia durante la menor edad de Cristina, que tenia solos cinco años cuando sucedió á su padre Gustavo. El hábil Oxenstierno, siguiendo los planes del padre, conservó para la hija la preponderancia que tenia el gabinete de Suecia en los negocios de Alemania. Desde luego mostró esta princesa prendas estimables; pero mezcladas de alguna estravagancia. La causaba vergüenza su sexo, y despecho el verse muger. Deseó con ambicion la gloria conveniente á una reina, esto es, el gusto de las ciencias y las artes, y la proteccion de los sabios, teniéndolos al rededor de sí; pero en el trato de las gentes no tenia gracias ni afabilidad; ántes bien lo varonil de su alma se pintaba demasiado en su rostro y acciones. Tuvo Cristina mucho entendimiento y juicio sólido, y así gobernó con estimacion de los extranjeros, y aplauso de sus vasallos hasta el momento en que renunció.

El primer deseo de dejar el gobierno le manifestó á los veinte y dos años de su edad. Todos se admiraban de ver que no la agradaba el matrimonio, y ella dió claramente al senado la razon, diciendo: «No me agrada este estado, porque hay en él obligaciones que me repugnan.» No se sabe si éstas serian las complacencias que llevan á la maternidad, ó la sujecion á la voluntad de otro; pues no habiéndose esplicado Cristina mas, quedó en ella su secreto. Determinada á no partir su autoridad, creyó conveniente á lo ménos no dejar á su reino la triste perspectiva de guerras y alborotos para cuando ella muriese. En 1650 se nombró, con el consentimiento de los estados, un sucesor, y fué su primo Cárlos Gustavo, conde Palatino.

Se cree que en esto quiso hacer prueba del carácter de este príncipe ántes de darle su mano, y con mas razon, porque á lo que parecia le miraba con mas que estimacion. Cárlos por su parte observó con ella una conducta, que podria asegurar al ánimo mas espantadizo. Hacia su corte como hombre mas atraido por el amor de su prima, que deseoso de su dignidad, y así no se mezclaba en los negocios de estado sino cuando le llamaban y como violentado. No obstante, fuese que la desagradaban los negocios, que la molestaba el gobierno, ó por deseo de inmortalizarse con una singularidad, que es casi única en su especie, á los veinte y ocho años, que es la edad de la ambicion, congregó Cristina los estados, subió al trono, y llamó á su primo; y despues de un discurso elocuente, dicho con serenidad, bajó del trono, dió á Cárlos el cetro, y se quedó para siempre confundida en la multitud de los vasallos.

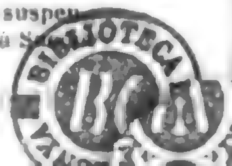
No parece haberse arrepentido de este paso mientras vivió su primo, el cual á pesar de la pobreza del reino siempre habia procurado pagarla sus pensiones, y cumplir con todas las obligaciones que la debia. No lo hizo así su sucesor, por lo que nadie se debe admirar de que escuchase Cristina á algunos malcontentos, y que á su instancia manifestase algun deseo de volver al trono, bien que esto no pasó de una veleidad sin esfuerzos ni resultas. Se habia retirado Cristina á Roma, centro de las ciencias y las artes, á las cuales miraba con pasion: allí abrazó la religion católica, y sin mas fundamento que éste, tomaron ocasion los escritores protestantes para denigrar su reputacion de muchos modos.

Quiso ver la Francia y presentarse en ella; y los franceses, principalmente las francesas, muy hábiles en hallar que ridiculizar, ó en calificar de ridículo todo cuanto no es conforme á sus usos y modas, no vieron en la reina del Norte sino modales demasiado libres, la conversacion con hombres, un descuido afectado á costa del aseo, y un genio áspero y rústico sin delicadeza: pero Cristina las pagaba con el tanto, censurándolas de ignorancia, frivolidad y pasion desenfrenada por los adornos y placeres.

Hubiera salido victoriosa de esta especie de lucha, y con renombre, á la verdad, de persona singular, pero estimable, si no se hubiese advertido que con su filosofía y despego aparente de los placeres, acaso se dejaba arrastrar demasiado de sus pasiones. Tenia un escudero llamado Monadelschi, hombre hermoso, de salud florida y que lograba mucho favor con ella. Sin que hasta ahora se sepa el motivo, le mandó llamar á una galería del palacio de Fontainebleau en donde ella habitaba. Le mostraron unas cartas; se le mudó el color; vió espadas que amenazaban á su pecho; pidió perdon y le dijeron que era preciso morir. Cristina, en un aposento separado, mandó que le hiriesen para precisarle á confesar. Él fué arastrando, y echando sangre hácia la puerta de donde salian órdenes tan crueles: gritó ella que le acabasen, y allí le asesinaron, por lo que se sospechó que esto habia sido venganza de infidelidad ó de secreto revelado. La corte de Francia envió á decir á Cristina que saliese del reino, por lo cual se volvió á Roma, y allí murió en 1689.

El reinado de Cárlos Gustavo fué todo militar; y habiendo caido del trono de Suecia, en consecuencia de las guerras entre él y el hijo de Segismundo, se vió dueño del de Polonia, y pronto á entrar en la capital de Dinamarca. Ésta se salvó porque la casa de Austria sublevó contra él toda la Alemania, bien que la hizo frente, y se desembarazó con habilidad de los enemigos que le suscitaron. Era Cárlos Gustavo valiente, atrevido, inaccesible al miedo, activo, y muy propio para sostener los esfuerzos de sus conjurados enemigos. Cuando despues de una defensiva gloriosa estaba pronto á llevar la guerra al centro de las posesiones de sus contrarios, murió de una enfermedad epidémica, dejando por sucesor un hijo de poca edad (1660).

Esta menor edad, durante la cual fué preciso suspender los proyectos bélicos, dió algun descanso á S...


BIBLIOTECA

pero éste no duró mas que hasta que Cárlos XI se vió en edad de seguir los pasos de su padre. Él invadió el Brandembourg, y volvió á empezar con Dinamarca una guerra que fué igualmente ruinosa para ambos reinos, y terminó con una paz que dejó tiempo á Cárlos para dar al gobierno sus cuidados. Publicó leyes de justicia y de policía; arregló la hacienda; declaró religion dominante al luteranismo; prohibió el ejercicio de todos los demas cultos, bien que con una tolerancia secreta del calvinismo, y de las demas sectas que ocultan el odioso nombre de heregias con el de reformas.

Para aumentar Carlos XI la prerogativa real se aprovechó de una disputa que se levantó, ó que él mismo suscitó entre los estados y el senado. Suponian los senadores ser ellos mediadores entre el rey y el pueblo, encargados de hacer presente á uno y otro sus recíprocas obligaciones, y de precisarlos á cumplirlas. En esto se atribuian un gran poder; pero Carlos persuadió con destreza á los estados, que era un poder contrario á los derechos del pueblo que ellos representaban. Se examinó con calor la cuestion en aquella junta, y ella dió esta decision sugerida por el rey: «Que el monarca gobernaria, segun el parecer del senado; pero que solo al rey pertenecia juzgar si era negocio que se debia comunicar al senado y solo él podria hacer mutaciones en la constitucion.» De este modo se hizo despótico el gobierno en Suecia. Murió Cárlos XI con la reputacion de príncipe muy hábil, dejando á su hijo un reino libre de enemigos, y el ejército y la armada en un pié respetable. Este hijo fué Cárlos XII (1697).

Lo que han visto nuestros padres, y lo que nos han dejado escrito de este príncipe, hace probable, aun para los incrédulos, lo que las historias refieren de aquellos héroes destructores que inspiraron a los hombres las pasiones que á ellos les dominaban, y que ciegos con el fanatismo de adquirir fama los arrastraron á aquellos escesos que causan la desgracia de los pueblos y la ruina de las naciones. El carácter dominante de Cárlos XII era la obstinacion. No tenia mas de quince años cuando subió al trono, y por las leyes no podia gobernar hasta los diez y ocho: pero casi al instante se desembarazó de la tutela de su abuela, se puso á la frente de los negocios y manifestó en su conducta tal firmeza y resolucion, que se le aficionaron invariablemente sus ministros y generales.

Con la esperanza en la poca esperiencia de un rey tan jóven, se unieron el de Polonia, el de Dinamarca y el Czar para quitarle las provincias que habian cedido por fuerza á sus dos antecesores. Empezó el de Dinamarca las hostilidades; y viéndose Cárlos provocado, sacó la espada para no volverla á la vaina. Dejó su capital para siempre, se embarcó; y puesto á la vista de Copenhague sorprendió al dinamarqués, que no esperaba aquella repentina espedicion; le hizo pedir la paz y volvió al sitio de donde habia partido; siendo á los diez y ocho años el terror y admiracion de la Europa.

Entónces toda la nacion, con el ejemplo del monarca jóven, se arrebató de un entusiasmo que no dejaba lugar á la reflexion. Si para la guerra se necesitaban impuestos todos los ofrecian con grande prontitud; parecian las contribuciones un tributo de honor; y cada familia queria tener algun soldado. Habituó sus tropas á no conocer estaciones ni necesidades, y todo cuanto pedia un sueco se reducia á pan, agua y armas. Acostumbró su ejército á jugar, por decirlo así, con el peligro. Le matan un caballo, y monta en otro: á éste le lleva la cabeza una bala; y al subir el tercero, dice alegremente: «Esta gente parece que se divierte en hacerme empezar cada instante el ejercicio.»

Tenia Carlos aquella firmeza que inspira la confianza y prepara los aciertos. Como marchase hacia Rusia, despues de haber puesto grillos á la Dinamarca, y le dijesen que el número de las tropas enemigas escedia formidablemente á las suyas, respondió: «Y qué, ¿dudais que el rey de Suecia pueda vencer con ocho mil hombres al czar de Moscovia con sus ochenta mil?» Con efecto, no necesitó mas que aquellos ocho mil hombres para arredrar al ejército enemigo delante de Nerba, y hacerle rendir las armas. Con esta ocasion el czar Pedro, aquel hombre tan singular que, siendo bárbaro civilizó una nacion de salvages, dijo: «Yo espero que mi hermano Cárlos con sus victorias ha de enseñarnos á vencerle.»

La intencion del rey de Suecia era rechazar á los rusos á sus desiertos, ó interceptar el socorro de la Polonia, de la cual sacaba el czar los soldados, que iban disciplinando á los suyos, y así le pareció que era lo mejor acometer á la misma Polonia. Antes de la batalla de Nerba escribió al gobernador de una ciudad que estaba en el camino por donde habia de pasar: «Voy á vencer á los moscovitas: tenme dispuestos almacenes en esta plaza, porque pasaré por ahí para ir á vencer á los polacos y sajones.»

Era rey de Polonia el elector de Sajonia Augusto. Se habia unido con el czar para sujetar con las fuerzas rusas á la Polonia en donde la autoridad que le habia dado la eleccion no le parecia tan absoluta como lo deseaba. Esta alianza le precisaba á llegar á las manos con el rey de Suecia, que se consideraba ofendido con sus provocaciones. Á la sazon habia alborotos en la Polonia: supo Carlos ganar de tal modo á los malcontentos, que cuando entró en este reino, halló un partido pronto á seguirle; éste le facilitó la toma de Varsovia, y entró el héroe sueco en ella como conquistador. Huyó Augusto á Sajonia; pero no le dejó Cárlos descansar hasta que hubo firmado su renuncia, y se procedió á otra eleccion. Bien pudiera el vencedor procurar los votos, pero, declarando que él no tenia pretension alguna, hizo elegir á un señor polaco llamado Estanislao.

Algunos dias despues de la destitucion de Augusto, hallándose Cárlos á cuatro leguas de Dresde, en donde estaba el rey depuesto, dejó su ejército, y acompañado de solos cinco oficiales, fué al palacio, como si entre él y el sajon no se hubiera tratado mas que de una leve disputa, terminada amigablemente. Llegó al cuarto del elector: conversó familiarmente: bebió, comió con sosiego, y se marchó. Retirándose á galope con sus cinco caballeros, dijo: «Ahora vereis como se queda deliberando sobre lo que debian haber hecho.»

Lo que habia predicho el czar, vencido en la batalla del Nerba, se verificó en la de Pultava: porque Cárlos, precisado á pelear con sus tropas cansadas, y continuamente perseguidas por los rusos en un camino largo, fué derrotado enteramente. Mostró en la batalla el valor y habilidad que siempre habia caracterizado sus acciones guerreras. Por hallarse herido de resultas de una accion anterior le llevaban en unas angarillas para dar las órdenes: dos veces se trastornaron las angarillas, y en la segunda se rompieron. Cuando ya se habia concluido la derrota le pusieron con trabajo en un caballo: se le unieron quinientos caballeros, y le sirvieron de escolta hasta la primera ciudad turca, distante todavía treinta leguas.

Todo el resto del ejército sueco quedó muerto ó prisionero. Envió el czar muchos de aquellos prisioneros á la Siberia y á otros parages: la necesidad les hizo industriosos, y cada uno ejercitó las artes y oficios en que tenia algun conocimiento. Entónces se vieron desterradas todas las distinciones que la fortuna pone entre los hombres; porque el oficial que no entendia de profesion alguna, se vió reducido á rajar y llevar madera al soldado carpintero, ó servir al sastre, al ensamblador, al albañil ó al platero. Otros se hicieron pintores, arquitectos, ó establecieron escuelas públicas, siendo en las artes maestros de sus vencedores. De este modo Pedro el Grande, con la victoria de Pultava, no solo fundó el poder y seguridad de su imperio, sino estableció en él la industria y las ciencias que allí no se conocian.

Cárlos XII fué recibido con toda atencion y respecto en los estados del gran señor. Fijó su habitacion en Bender, ciudad de Besaravia, poco distante de la fronteras de Polonia; y entre el regalo asiático, cuyas delicias le ofrecian pródigamente, siempre vivió como soldado. Era



Carlos XII de Suecia.

Digitized by Google

para los turcos un objeto de admiracion, y asi iban en tropel à ver un principe tan célebre por sus victorias, tan igual en las adversidades, y tan singular en el modo de vivir. Le ofreció el divan dinero, y todos los medios de volver á sus estados, sin que nadie le inquietase; y aun pudiera haber vuelto sin pasaportes, admitiendo las oferta que le hizo la Francia de embarcarle en el Mediterraneo para que entrase en su pais por el Océano.

Pero no era esta su idea. Habia resuelto no presentarse en sus estados à no ser à la frente de un ejército: queria que se le diese la Puerta otomana, y poco faltó para que se verificase este proyecto. Como era principe tan generoso, todo cuanto dinero le daban le prodigaba inmediatamente en los que componian el divan, à quienes ya tenia cautivados la admiracion que los inspiraba; pero se agotaron sus recursos; y el tesoro del czar por el contrario, aumentado con los despojos de la Polonia y la Sajonia, que halló en Pultava, y que repartió con profusion en el serrallo, mudó la disposicion de los ánimos. El refugiado de Bender halló medio sin embargo, para deshacer el partido que le era contrario en el serrallo, para que cayese en desgracia el divan y para que el gran visir fuese desterrado.

El que le sucedió, examinadas por los gefes de la religion las proposiciones de Cárlos contra el czar, dijo al gran señor: «La ley te prohibe acometer al czar porque no te ha ofendido, pero la misma ley te ordena socorrer al rey de Suecia por ser un desgraciado que se ha acogido á tu casa. En consecuencia de esta obligacion, envió el emperador otomano á su huesped una gran cantidad de dinero para su viaje. Acompañó el gran visir este presente con una carta que le aconsejaba con el mayor respeto que se volviese tranquilamente á sus estados por la Alemania, en donde hallaria toda comodidad y seguridad: pero esto era volver al espediente de los pasaportes para atravesar como fugitivo por paises que ántes habia conquistado: espediente ya desechado; y Cárlos se obstinó en su primera resolucion de no partir, y de precisar obstinadamente á la Puerta á que entrase en sus miras.

Una mutacion de ministerio dió nuevas esperanzas al rey de Suecia. Se resolvió en Constantinopla la guerra contra el czar; y se le hizo con tal actividad, que puso su corona en peligro. Reducido en las riberas del Pruth, como Cárlos en Pultava, á pelear con mucha desproporcion de fuerzas, se libró de aquel peligro por la destreza de Catalina, que no era aun emperatriz; y á fuerza de liberalidades ganó al gran visir y á su consejo. Llegó el rey de Suecia al campo de los musulmanes al dia siguiente del tratado. Como conocia los lugares, y la posicion de los ejércitos, creia que no habia que hacer mas que recibir la espada de su enemigo, si existia, y que iba á disponer de su corona.

¡Qué admiracion fué la suya cuado supo que se le habia huido la presa! Alli vomitó contra el gran visir todas las injurias y baldones que pueden sugerir la rabia y el despecho contra un cobarde y un traidor. El ministro, persuadido á que el monarca nada omitiria para perderle, se previno contra sus empresas. Dispuso espias que interceptasen las cartas y memoriales que dirigiese el principe al divan y al gran señor; pero Cárlos sin embargo, consiguó pasar algunas cartas. Creyendo el gran visir sujetarle por hambre, le cercenó la pension; pero Cárlos afectaba hacer mayores gastos. Le instaron à que partiese, amenazándole con la fuerza; pero él dijo que se defenderia. Le propuso el gran señor una escolta de cuatro mil turcos, la cual por las medidas tomadas con la Polonia, seria respetada: pero el fugitivo siempre insistia en pedir un ejército.

Por último, fatigado el sultan al ver inutilizadas sus tentativas, juntó su divan, y dijo: «Yo casi no he conocido el rey de Suecia mas que por la derrota de Pultava, y por la súplica que me hizo de darle asilo en mi imperio. No me parece que tengo necesidad de él, ni motivo para aborrecerle ni para temerle; y con todo eso no he dejado de derramar sobre él el rocio de mis favores. Tres años y medio he estado colmándole de regalos, como á sus ministros, oficiales y soldados. Me ha pedido dinero para pagar sus gastos; y aunque yo los he hecho todos, le he enviado mas que me pedia. Le he ofrecido una escolta de cuatro mil turcos, y con el pretesto de que no es suficiente no quiere partir, porque necesita un ejército. ¿Será ya violar los derechos de la hospitalidad mandar salir de mis dominios á este principe y valerme de la fuerza sino hay otro medio?»

Esta sencilla esposicion fué la condenacion de Cárlos, y todos á una voz resolvieron, que en caso necesario se recurriese á la fuerza. Encomendaron al gobernador de Bender que hiciese presente al rey la decision del divan, y la pusiese en ejecucion. En premio de la suavidad y respeto que este gobernador observó en su comision, oyó esta brutal respuesta: «Obedece à tu señor, si te atreves, y retírate de mi presencia.» Inmediatamente fué embestida la casa sin fosos ni baluartes que habitaba el rey de Suecia. Se montaron los cañones, se dispusieron los morteros, se retiró la guardia de honor que tenia de genizaros, y solo se quedó con trescientos suecos. Se arrojaron á sus piés los oficiales, le descubrieron el pecho abierto de heridas, y él respondió: «Bien sé que hemos peleado juntos con valor: hasta ahora habeis cumplido con vuestra obligacion; haced tambien hoy lo mismo.» Su capellan se atrevió á representarle el peligro y él le dijo: «Te he traido para que reces, y no para que me des consejos.» Distribuyó por si mismo los suecos, señalándoles los puestos; y se cree que interiormente se estaba lisonjeando con el honor de resistir con trescientos hombres al esfuerzo de veinte mil turcos.

Antes de llegar á la última violencia se le presentaron sesenta genizaros ancianos, respetables por sus barbas canas, y que le eran apasionados, llevando un baston blanco en la mano, y le suplicaron que se entregase á ellos, pues le servirian de guardia y le llevarian con honor y seguridad á la presencia del gran señor, para que alli esplicase los agravios de que se quejaba; pero él les mandó que se retirasen, y les amenazó con que si no obedecian les haria cortar la barba: afrenta la mayor que puede hacerse à un oriental. Ya habia amenazado al mismo bajá con que le ahorcaria si reiteraba sus instancias. Los genizaros le dejaron, y decian á voces: «Anda, cabeza de hierro, pues quiere morir, que muera.»

Dieron la señal para el asalto, disparó Cárlos, y mandó disparar sin piedad contra los turcos, los cuales no tiraban à matarle. No obstante, entraron, y le fuéron persiguiendo de sala en sala: él les oponia puertas atrancadas con los muebles: porque todo le servia de armas: les arrojaba toneles de pólvora con mechas encendidas; pero entre tanto, retrocediendo para poner entre sí y ellos la última puerta, cayó porque se le enredaron las espuelas. Se arrojaron á él, le asieron por las piernas y los brazos como á un frenético peligroso, y le llevaron al bajá; el cual, segun las órdenes que tenia, le hizo partir á Demótica, ciudad pequeña á diez leguas de Andrinópoli, en donde estaba el gran señor con su corte.

Apenas llegó cuando el sistema otomano varió por la deposicion del visir. Su sucesor, poco favorable á los rusos, envió á decir á Cárlos que se viese con él para conferir sobre las medidas que debian tomarse para la renovacion de la guerra. Picado el monarca por esta familiaridad, y temiendo al mismo tiempo desagradar al ministro con la negativa, pretestó una enfermedad y se estuvo diez meses en cama, tratado y cuidado como verdadero enfermo. Por último, se cansó de una vida tan poco conforme con su genio activo, y tomó la resolucion de partir.

Pidió escolta y dinero. Los pasaportes estaban despachados para los estados del imperio, con órden á todos los gobernadores de que observasen con él las atenciones debidas á su clase; pero no queria Cárlos que toda la Alemania viese al prisionero de Bender, y así llegando á la frontera, despidió la escolta turca, y dijo á los suyos: «No os dé pena por mi, sino poneos cuanto ántes os sea posible en Stralsund.» Solo se llevó consigo un coronel

Digitized by Google

jóven, muy querido suyo; y disfrazado con el uniforme de un general aleman, corrió la posta. Á la tercer jornada tuvo que detenerse el coronel imposibilitado con la fatiga; pero el rey continuó su ruta por la Hungría, la Moravia, Austria, Baviera, Witemberg, el Palatinado, la Westfalia y el Meklemburg, y llegó á los diez y siete dias á las puertas de Stralsund á media noche. No queria el centinela avisar al gobernador, y le amenazó con que lo ahorcaria al dia siguiente. Le abrió pues: y entrando á ver al gobernador, éste, que estaba medio dormido, le preguntó si traia noticias del rey, pues corrian voces de su próxima llegada: «Qué es esto Duckher, respondió Cárlos, ¿es posible que me han olvidado mis fieles criados?» El gobernador le reconoció, y se arrojó á sus piés. Al punto se estendió la noticia de su llegada por toda la ciudad al toque de campanas y ruido de la artilleria, y todos se levantaron, dándose la enhorabuena, y abrazándose. El viajero se echó en una cama, como que no se acostaba: durmió algunas horas; se levantó, y pasó revista á la guarnicion.

Mientras el rey de Suecia estaba perdiendo el tiempo en Bender y en Demótica, asaltaban sus enemigos por todas partes á su abandonado reino. Los dinamarqueses hicieron valer sus antiguas pretensiones: los moscovitas se apoderaron de provincias enteras: Brandembourg y Hannóver aumentaron los estados á su costa: Augusto habia quitado la corona de Polonia á Estanislao. Los senadores de Stockolmo no sabian como oponerse á estas invasiones; porque si proponian que se tratase de composicion, les preguntaban que confianza se podria tener en un senado tan esclavizado, que en una ocasion en que intentaron una representacion contra lo que Cárlos mandaba, habia escrito éste: «Si resisten, les enviaré una de mis botas para que les presida.» No se atrevian pues á tomar medidas algunas, porque sabian que ni por las mejores razones, ni por las mas urgentes circunstancias, se conseguiria que este príncipe aceptase ó ratificase condiciones que no fueran de su gusto. En Bender, cuando nada podia, ni esperaba recursos, y le habian recibido como por gracia, habia respondido á Estanislao, el cual no pedia mas que renunciar la corona para vivir tranquilo: «Si no quieres ser rey de Polonia, elegiré á otro.» Sabiendo que este mismo príncipe iba á Bender á solo suplicarle que consintiese en su dimision, respondió al enviado que Estanislao dispuso llegase ántes: «Querido Fabricio, vuelve corriendo, y dile, que jamás haga paces con Augusto: asegúrale que presto mudarán de faz nuestros negocios.»

Éste era Cárlos XII en su mayor miseria: ¡Con cuanta mas razon se redoblaria su tenacidad cuando vió algun relámpago de esperanza! El descanso que tuvo en Stralsund fué hacer los preparativos de una guerra mas viva que nunca: despachó correos á sus estados por todas partes, mandando y apresurando las levas y reclutas, y así se hicieron con la mayor actividad, y se completaron en poco tiempo, porque el frenesí de la gloria sacaba de sí á los suecos, y todos los jóvenes corrian á las banderas, no quedando para la agricultura sino los enfermos y ancianos, incapaces de libertar á la Suecia del hambre que la amenazaba.

En el instante supieron los enemigos la llegada de Cárlos á Stralsund, y dirigieron todos sus esfuerzos contra esta fortaleza, esperando que allí moriria el rey, le harian prisionero, ó le obligarian á hacer la paz. Cárlos sostuvo el sitio en persona. Los reyes de Dinamarca y de Prusia le atacaron por sí mismos por mar y por tierra: le observaban con la mayor atencion, y dieron á sus generales las órdenes mas estrechas de no dejarle escapar. Hizo, como siempre, prodigios de valor, y dejó á Stralsund cuando ya no era mas que un monton de cenizas, confiando al gobernador el cuidado de salvar el resto de la guarnicion capitulando.

Se habia mudado en este momento el sistema de Cárlos, porque el baron de Gortz, ministro activo y lleno de recursos, acababa de hacerle adoptar un plan de guerra diferente del antiguo. Penetraba muy bien las dos pasiones dominantes del rey, la tenacidad y la venganza. La primera le escitaba á restituir á Estanislao el trono de Polonia; la segunda le adelantaba á castigar á Guillermo, rey de Inglaterra, elector de Hannóver, por haberse declarado contra él en su desgracia sin mas motivo que el de apoderarse de sus despojos.

Le hizo presente Gortz que no pondria á su protegido otra vez en el trono de Polonia, mientras tuviese por contrario al czar, y se reconcilió con el moscovita. Por otra parte le representó el ministro que era poca venganza morder los estados de Hannóver, y aun invadirlos todos, y que así era preciso quitar á Guillermo la corona de Inglaterra, y dársela á su suegro Jacobo II. Para conseguirlo hizo Gortz que se aliase la Suecia con la España, interviniendo Alberoni, un italiano tan activo y emprendedor como el sueco.

Estos dos hombres, mediante otras alianzas secundarias, y la impetuosidad de Cárlos XII, iban á trastornar toda la Europa. Mientras se completaban los preparativos de la grande empresa, le pareció del caso al rey de Suecia pasar á Noruega, y que quitada su posesion á Dinamarca seria buen desquite de las provincias que cedia al czar. Á pesar de la cadena de montañas escarpadas que separan los dos estados, y en el mes de Octubre, cuando la tierra está cubierta de nieve y de hielo, penetró Cárlos hasta el centro, y puso sitio á Frederichal, plaza bien fortificada, y en la que consistia la suerte de Noruega.

El rigor del frio hacia como imposible abrir la trinchera: pero Cárlos se obstinó: le obedecian los soldados con ardor, y les costaba tanto trabajo como si ahondaran en una piedra. Los animaba el rey con su presencia; nunca habia conocido el peligro, pero aquí se espuso tanto como si pretendiera desafiar á la muerte. No se ha sabido la razon que tuvo para estarse, como lo hizo, delante de la trinchera, y en el mismo parage adonde el cañon de la plaza disparaba á metralla, como no fué tal vez el gusto de resistir á las instancias que le hacian para que se retirase. El último mensagero que enviaron los generales, á quienes tenia puestos á distancia, le halló muerto y tendido sobre el parapeto con la mano sobre el puño de la espada por un movimiento natural. Le habia penetrado la cabeza una bala, y así murió á los treinta y seis años, cuatro ménos que la edad de Alejandro á quien se habia propuesto por modelo. No habia sido casado, ni se le conoció concubina: y si tal vez, como se supone, se permitió alguna libertad en este asunto, seria como la de un soldado particular, pasagera y poco escrupulosa (1719).

Dieron la corona á su hermana Ulrica Eleonora, casada con Federico, príncipe de Hesse, y no hubo eleccion porque tomó el cetro como hereditario; bien que el senado puso unas condiciones que le sacaban de la sujecion en que le habia tenido Cárlos XII. Aunque por las soberbias vejaciones no se quejaba tanto del rey como de su ministro Gortz, tan altivo con los vasallos como condescendiente con el príncipe, tuvieron oculta su venganza los senadores mientras vivió Cárlos: pero luego que murió pagó Gortz con su cabeza el favor que habia logrado, y el uso arbitrario é imperioso que habia hecho. Eleonora, aceptando las condiciones que ponian algun equilibrio en el gobierno, agradó á la nacion, y consiguió la asociacion de su esposo en el trono.

El estado en que nos pintan la Suecia cuando empezaron á reinar estos soberanos estremece y hace deplorar la suerte de los reinos gobernados por príncipes poseidos por la pasion de la guerra. Ya habian muerto ó estaban prisioneros todos los soldados viejos, que son la fuerza de un ejército, y no quedaba mas que una juventud nueva en el oficio de las armas, que no tenia el tino y ejemplo de Cárlos para aguerrirse. Gemia el pueblo con el peso de las contribuciones opresivas, no habia crédito ni dinero, el comercio estaba arruinado, la industria sin actividad, y la marina destruida. Provincias enteras se veian cubiertas de ruinas. Quinientas aldeas y veinte y ocho parroquias quemaron los rusos en una irrupcion por solo conseguir del gobierno las

Digitized by Google

condiciones que deseaban; pero tuvo su efecto este gracioso convite, porque Federico cedió lo que quiso el czar, y logró la paz. Lo mismo le sucedió con las demas potencias beligerantes. Él y su esposa empezaron como hábiles médicos á restablecer la salud del estado con remedios suaves, y adaptados á las circunstancias; pero habia un vicio interno y una fuerza rebelde y resistente que se oponia á la curacion. El senado, soberbio con el poder que habia reconquistado, casi siempre se mostraba opuesto á la voluntad del rey. Fué precisa toda la prudencia y moderacion de Federico, principalmente despues de la muerte de su esposa Ulrica, muy amada de la nacion, para sostener su autoridad, y hacer arreglar la sucesion sin alborotos. Nombraron príncipe hereditario á Adolfo Federico, de la casa de Holstein, y pariente cercano de la difunta reina (1734).

Los largos reinados de Federico II y de Adolfo Federico, aunque tranquilos en cuanto era posible, no fueron esentos de alborotos. Se formaron facciones, cuyos nombres vulgares llegaron á ser contraseñas de union en todo el pueblo. Se llamaron estas facciones *los sombreros y los gorros*. Los *sombreros* eran los aficionados á la prerogativa real, y querian restablecer la administracion de Cárlos IX, Gustavo Adolfo, y Cárlos Gustavo; y sabiendo que los favorecia el rey y su consejo, se agregaron á ellos la nobleza y el clero. Los *gorros* eran de pensamientos absolutamente contrarios, y muy afectos á los privilegios del senado: con éstos se reunian los ciudadanos principales, y lo mas distinguido del órden de los populares. Habia tambien allí gorros cazadores, los cuales habian salido de todas las clases, y andaban revoloteando entre las dos facciones; y segun que se juntaban á ellas ó se separaban, daban ó quitaban la preponderancia al uno ú al otro partido.

El senado, poco contenido por Federico II, y ménos reprimido aun por Adolfo Federico, habia tomado un imperio que muchas veces mortificaba á los monarcas. Á fuerza de reconvenciones y de resistencia á su voluntad en materias que parecian interesar á la felicidad del pueblo, habian conseguido un crédito que hacia dominantes *á los gorros*. Estos monarcas se habian visto obligados á abandonar á la justicia ó la venganza popular generales estimables y ministros zelosos, solo porque habian desagradado con su deseo de mantener la autoridad real. No habia podido Adolfo conservar algunos de ellos sino amenazando con que si continuaban en atormentarle renunciaria la corona; y si lo hubiera efectuado, se quedaba el reino en una horrible confusion. El senado aplacó al rey con algunas concesiones políticas; pero no supieron *los sombreros* aprovecharse del ascendiente que tomó el monarca en una dieta general que convocó. En éstas fueron los *sombreros* los mas fuertes; pero como no tenian plan fijo, y la opinion de hoy no era la de mañana, no produjo al rey utilidad alguna esta asamblea. Este príncipe, lleno de candor, cuya bondad de alma hace todavia amable su memoria, cedió con su muerte la corona á su hijo Gustavo, que habia sentido ya sus espinas (1769).

Viajaba á la sazon este príncipe no tanto por curiosidad cuanto por retirarse de los disgustos que daban á su padre: disgustos que con la viveza de la edad no hubiera podido sufrir con paciencia. Le dieron en Francia la noticia de la muerte de su padre, y partió al punto, atravesando á grandes jornadas la Alemania, sin que se supiese su llegada á Stockolmo hasta que se presentó; pero le recibieron con grandes aclamaciones. Presto le mereció el amor del pueblo su conducta: daba audiencia dos veces á la semana, y oia al menor de los vasallos con la dignidad de soberano y la ternura de padre. No se le oyó espresion de la cual pudiese sospecharse que tenia designio alguno contra la constitucion; pero se dudaba, porque á pesar de la imparcialidad que afectaba, todos sus favoritos eran de la faccion de los *sombreros*. Trabajaban los *gorros* por reforzarse en la dieta que se abrió al principio de su reinado, y tomaron sus medidas tan bien que fueron en ella los dueños, y esta grande preponderancia les escitó á dar pasos que descubrieron el proyecto de los principales, que no se dirigia á ménos que perpetuarse en las plazas de senadores, asegurándolas en algunas familias, y tal vez á reducir la monarquía á aristocracia pura.

Se asustaron los señores, que no eran del número de los privilegiados, y uno de ellos se fué á ver con el monarca, y le dijo: «Todo está perdido, si no tomais las mas eficaces medidas para destruir la tiranía que nos amenaza.» Estas medidas se arreglaron en un consejo entre pocos. Lo primero que se acordó fué agitar al pueblo y ocuparle escitando movimiento en algunas provincias. Sobrevino una escasez estraordinaria, y se imputó la culpa á la negligencia del senado. Resonaron en todo el reino las murmuraciones y las quejas, y decian los emisarios á los malcontentos: recurrid á Gustavo, que él os consolará. Bien conocian los senadores que los *gorros* eran los que volvian contra ellos las quejas del público; y la disencion entre el rey y el senado, aunque no rompia abiertamente, se manifestaba en unos preparativos que sobresaltaban. El rey tenia una guardia de ciento y cincuenta hombres valientes que nunca le dejaban. El senado se habia apoderado de los parages fuertes de Stockolmo, habia nombrado en ellos un gobernador de su devocion, habia procurado tambien que los principales gefes del ejército fuesen de los *gorros*; y sin quitar los que les eran sospechosos de afecto al rey, los retiró de su cuerpo con pretesto de diferentes comisiones: de suerte, que podia lisongearse de reunir á su favor los regimientos siempre que lo mandase.

Pero un capitan llamado Heliquio fingió que se sublevaba, y se apoderó de Cristianstbadt, fortaleza la mas importante del reino, y esta razon pretestó el rey para juntar cinco regimientos, á cuya frente puso á Cárlos su hermano dando á entender que le tenia muy afligido esta rebelion, y abrazando al mismo tiempo todas las medidas imaginadas por el senado para prevenir sus consecuencias. Con el motivo de una sorda fermentacion que habia en la capital recorria Gustavo con su escolta las calles, y se mostraba al pueblo en lo esterior del modo mas capaz de seducir, halagando y acariciando á todos. Acompañaba á las patrullas, y en poco tiempo aquellos hombres armados por el senado se convirtieron en partidarios los mas fieles del monarca. El senado, testigo de esta seduccion, y temiendo las consecuencias, envió por regimientos, resuelto á mandar arrestar al rey cuando llegasen.

Gustavo, informado de que habian de entrar en Stockolmo en 19 de agosto de 1772, tomó por su parte la resolucion de recobrar su autoridad ó morir en la demanda. Por la mañana llamó á todos los *sombreros* que tenia por afectos á su persona, y ántes de las diez estaba á caballo, y pasó revista al regimiento de artillería. Recorrió las calles mostrándose mas afable que nunca. Volviendo á entrar en su palacio hizo subir á los oficiales y sus subalternos del cuerpo de guardia: se encerró con ellos, y declaró en un enérgico discurso, que su vida y el estado estaban en peligro. «Si pensais en serme fieles, les dijo, como á Gustavo Vasa y á Gustavo Adolfo, yo aventuraré mi vida por vuestro bien y el de la patria.» Reinaba un triste silencio en la asamblea: ¡Qué, ninguno me responde! esclamó sorprendido: «Si, dijo un oficial jóven, nosotros os seguiremos. ¿Habia de haber entre nosotros ninguno tan vil y tan cobarde que abandonase á su rey?» Estas palabras fueron decisivas, y cada uno de los presentes se apresuró á asegurar al monarca de su fidelidad.

Se dió órden á los oficiales de juntar los soldados: fué Gustavo adelantándose hácia la tropa sin dar á entender la menor inquietud, la dijo lo mismo que á los oficiales, y halló la misma resolucion. Habia tenido la precaucion de colocar un destacamento á la puerta del edificio en donde estaban congregados los senadores para que ninguno saliese ni diesen órdenes. Entretanto publicaban los emisarios del senado que el rey estaba arrestado. Esta voz llevó hacia el castillo grande multitud

del pueblo; y todos, viendo que el rey estaba libre, acreditaron su alegria con reiteradas aclamaciones.

Los senadores, estrañando aquel ruido, y viendo desde las ventanas aquel tumulto, quisieron enviar á algunos de ellos mismos para que se informasen; pero treinta granaderos con bayoneta calada los hicieron saber que la voluntad del rey era que no saliesen, y para mayor seguridad los cerraron con llave. Fué Gustavo atravesando la calle, y por todas partes le recibian con aplauso. Hizo cerrar las puertas de la ciudad; y á las tropas que venian avanzando, y estaban á una legua de distancia, las envió órden de parte del senado para que se volviesen á sus anteriores destinos. Como los comandantes ignoraban lo que estaba pasando en la ciudad, creyeron que la órden era del senado, y regresaron. Con la misma facilidad se apoderó el rey de todos los puestos, y el pueblo le prestó de nuevo juramento de fidelidad.

Al dia siguiente fué al senado despues de haberle tenido encerrado toda la noche, y leyó una constitucion que ya tenia prevenida. Todos los miembros, hasta los *gorros* mas zelosos, se dieron prisa á firmarla. Daba ésta al rey el derecho de convocar, prorogar y disolver los estados á su voluntad; confiaba á solo el rey la comandancia del ejército y la marina, el manejo de la hacienda, y el nombramiento de los empleos civiles y militares. No estaba establecido positivamente que el rey tendria derecho para imponer tributos, sino que los existentes se perpetuarian; que en caso de invasion del enemigo, ó por otra necesidad urgente, seria dueño el monarca de aumentarlos hasta que le fuese posible juntar los estados; y que éstos no podrian deliberar por si mismos sino en los puntos presentados por el rey.

Se envió esta constitucion á las provincias, y en todas las recibieron sin queja ni oposicion. De este modo un rey de veinte y seis años, con su intrepidez y prudencia, hizo en una hora y sin derramar gota de sangre, la misma revolucion que habia costado tantas penas y cuidados á Gustavo Vasa y á Cárlos IX.

Este reinado, que habia tenido unos principios tan brillantes, tuvo un fin prematuro y trágico. Aquellos nobles, que contra su voluntad se veian privados de la parte que habian tenido en el gobierno, no perdonaron á Gustavo. Constantemente se le opusieron en los ejércitos y en las dietas que le era preciso juntar para pedir subsidios. Despues de una victoria contra la Rusia, y cuando Gustavo podia avanzar hasta Petersburgo, no quisieron sus principales oficiales seguir su valor; y por haber sido leve el castigo de este delito, la blandura del rey dió atrevimiento á los malcontentos para resoluciones mas osadas.

Se formó entre ellos una faccion resuelta á atreverse á todo para estorbar y hacer que se le desgraciasen al rey todos sus proyectos; pero se malograron sus esfuerzos. En una dieta reunida en Gefla en enero de 1792 logró el rey cuanto quiso por la preponderancia del órden de ciudadanos y del de los paisanos, que hacian justicia á las buenas intenciones del monarca, aunque estuvo neutral el clero.

En la faccion de la nobleza, irritada con los buenos sucesos del rey, en aquella faccion ardiente y rabiosa, si así puedo llamársela, habia jóvenes arrojados que, con el ímpetu de su edad, creian que se tardaba demasiado en poner límites á los proyectos del rey, y que detenerse en los medios era arriesgarse á verle aumentar sus pretensiones. Se juntaron pues y convinieron en quitarle la vida. Echaron suertes entre tres sobre quién habia de dar el golpe, y dice el historiador: «La fortuna, que tenia indicado á Anckarstroem para ser el asesino del rey, le oprimió con favor tan abominable.»

Por algun tiempo anduvo buscando ocasion sin poder encontrarla. Ya por último le pareció favorable la de un baile que habia de haber en 15 de marzo de 1792. Gustaba mucho el rey de esta especie de diversiones. Cuando iba al baile recibió un billete que entregaron á uno de sus pages por mano desconocida; su contenido era éste: «Todavia soy amigo vuestro, aunque tengo motivos para no serlo. No vayais esta noche al baile, porque os importa la vida.» Mostró el príncipe el escrito á un señor que le acompañaba, y éste le instaba sobre que no fuese ó que á lo ménos se precaviese con una cota de malla. «Vamos, dijo, y veremos si se atreven á asesinarme.» Entró en la sala, le rodeó una turba confusa, se oyó un pistoletazo, cuya esplosion fué como ahogada, y cayó el rey diciendo: «*Me han herido.*» La herida era mortal, y ni su buena constitucion, ni los socorros del arte pudieron librarle.

Así murió Gustavo III á los cuarenta y seis años de edad con reputacion de valiente guerrero, de prudente administrador y de gran político. Se cree que iba á entrar en las inquietudes de la Europa como parte activa. Era apasionado de las bellas artes, alegre, afable y atento. Tantas buenas prendas no consiguieron que los conspiradores le perdonasen, porque creian que en él vengaban á la patria que ellos suponian oprimida. El asesino Anckarstroem tenia además resentimiento por un agravio personal; no era mas que teniente de guardias; pero no hay enemigo pequeño. Le castigaron con el último suplicio, y desterraron á los otros dos: tal vez porque alguno de ellos seria probablemente el que obligado de sus remordimientos escribió al rey el billete que debió haber impedido que se espusiese al riesgo de que le avisaba. Por muy bueno que sea un soberano no puede lisonjearse de no tener enemigos; y la desgracia de Gustavo es un ejemplar, sobre otros muchos que hallamos en la historia, de cuanto arriesgan, si por seguridad ó intrepidez desprecian los indicios de conspiracion ó de atentado, sea el que fuere el conducto por donde les viniere el aviso.

Gustavo IV, sucesor de Gustavo III tuvo la desgracia de descontentar con sus irresoluciones á todos los órdenes del estado. Sin embargo, el sistema de neutralidad que se habia propuesto, á imitacion del rey de Dinamarca, hizo disfrutar á los suecos algunos años de paz mientras la Europa ardia en guerras deplorables. Pero, en 1807, se apartó de la neutralidad para aliarse con la Rusia contra la Francia, y á poco declaró la guerra á la misma potencia con quien se habia aliado, y dió márgen á que los rusos se apoderasen de la Finlandia. Sobremanera descontentos sus súbditos, tomó contra Gustavo tal fuerza la opinion pública que se vió precisado á abdicar.

La dieta sueca en el año de 1809 nombró para sucederle á su tio, el duque de Sudermania, Cárlos XIII, y en calidad de príncipe real y sucesor á la corona al príncipe de Augustenburg. Y como éste muriese casi repentinamente, proclamó la dieta por heredero del trono al general Bernardotte, uno de los buenos mariscales del ejército francés. Accedió Bonaparte, mas luego tuvo que arrepentirse. Bernardotte se olvidó de que habia nacido francés, y solo atendió á defender los intereses de su nueva patria. Alióse con la Rusia y la Inglaterra, y acaso fué el gefe que mas contribuyó á la caida de Napoleon, pues, conociendo su táctica, tendian sus movimientos á inutilizarla. La alianza Europea se mostró con él agradecida. La Suecia adquirió la Noruega, en cambio de la Finlandia, y Bernardotte, muerto Cárlos XIII, entró á reinar en 1818, y ocupó pacífica y sabiamente el trono hasta el dia de su muerte acaecida en 1844: uno de los raros ejemplos de quien, empezando por soldado voluntario, alcanzó el cetro, y reinó con justicia.

Y no solo reinó, sino que ha dejado la corona á su descendencia. Su hijo entró á reinar con el nombre de Oscar I, haciendo desde luego columbrar que gobernaria con equidad y cordura, como su padre.

RUSIA.

Contiene la Rusia la mitad mas de terreno que el imperio romano, el cual era diez veces mayor que el reino mas grande de Europa. No corresponde la poblacion á la

estension; porque una grande porcion de este imperio está llena de desiertos, lagos y selvas inmensas. Le habitan una multitud de naciones diferentes, entre las cuales se hallan tambien salvajes. Puede contarse allí con un tercio por lo ménos de las lenguas que se hablan en la superficie del globo, y con gran número que son desconocidas aun á los sabios. Las ciudades están separadas á gran distancia unas de otras, la mayor parte mal edificadas y de madera, tales que no se contarian entre nosotros sino por miserables aldeas. Se divide la Rusia en Europea y Asiática. El clima, las producciones y las costumbres es imposible que sean las mismas en sus vastas provincias, por lo que nos contentaremos con indicar en estos puntos las particularidades morales y físicas, que son mas dignas de notarse.

En el fondo del golfo de Finlandia, y en un parage en donde por los años de 1703 no se veian mas que barracas de pescadores, se levanta la corte de Petersburgo edificada por Pedro el *Grande*. La adornan magníficos palacios, bellas iglesias, grandes edificios públicos, y se hallan en ella almacenes provistos de las mercancías de Asia y de Europa. Hay una escuela de cadetes, una célebre academia, salas de justicia; y cuanto puede hacer considerable una ciudad. Por ser la habitacion del soberano se la mira como capital del imperio, en perjuicio de Moscou, que lo fué en otro tiempo y que siempre es ciudad muy grande, aunque la ausencia del monarca ha disminuido su poblacion. Á poca distancia de Petersburgo está el puerto de Cronstat, en donde se arman los navíos rusos, que en nuestros dias hemos visto atravesar el Océano, recorrer el Mediterráneo, y hacer temblar los Dardanelos.

Entre los habitantes de este vasto imperio señalaremos algunos que merecen atencion particular. Á los lapones los conocieron los antiguos con los nombres de troglodítas y de pigmeos, denominaciones que indican su pequeña estatura, que rara vez llega á cuatro piés, y nunca pasa, y la costumbre de vivir en los agujeros que hacen debajo de tierra. Sus manos y sus piés son de una pequeñez estraordinaria, y parecen estar formados á propósito para trepar por las rocas de que la Laponia está erizada. Es tal el apego de estos pueblos á su pais, que les es casi imposible vivir en otras partes. Tienen muy pocas ideas, y por consiguiente su lengua está reducida a pocas palabras; y no conocen el *tuyo ni el mio*, pues se dice que hasta las mugeres propias se las ofrecen á los extranjeros con la esperanza de hermosear su casta, como si una nacion entera creyera ser toda fea. Su religion es un culto ceremonioso, pero sin dogmas: viven largo tiempo, padecen pocas enfermedades, y en aquel helado clima no beben mas que agua.

Á lo largo del mar Glacial, estendiéndose á lugares que no han podido conocerse todavía, viven los samoyedos, muy pobres, muy simples, de corta estatura como los lapones; pero que se diferencian de ellos en que son de carrillos abultados: tienen los ojos prolongados y casi cerrados: su tez es cetrina; y sus mugeres por una singularidad bien notable tienen el pecho negro. Adoran estatuas de madera de ma'a escultura; y reconocen dos principios. Aquellos á quienes los moscovitas han hablado de Jesucristo, le colocan entre otros dioses que tienen, y á esto se reduce todo su cristianismo. Consisten sus riquezas en sus cabachas, en tener mas ó ménos renos (especie de ciervos), en los vestidos que para verano hacen de pieles de pescados, y en invierno de pieles de animales terrestres, las cuales son las mejores del mundo. Las bestias, que les proveen de vestidos, les sirven tambien de alimento juntamente con algunas legumbres, pero no conocen el pan. Entre ellos está en uso la poligamia; y cuando llegan á viejos, los anegan sus hijos para ahorrarles los trabajos de la vida. La magia y hechicería, esto es, la descarada ignorancia de algunos charlatanes, tiene estimacion entre ellos. Por meses enteros ven continuamente el sol, y por meses enteros se les desaparece; pero en estas largas noches la reverberacion de la nieve y la luz de la luna, que no deja su horizonte, dan suficiente claridad para sus viajes, que ellos hacen en trineos tirados por renos. Los rusos han tenido la ambicion de subyugar á estos infelices, y de dominar en sus desiertos.

En los cosacos hallaron los rusos guerreros mas dignos de su valor; porque son una casta de hombres altos, bien formados, vigorosos y valientes, endurecidos con la fatiga, inconstantes, alegres, y de mucha viveza. Son nacion poderosa. Consisten sus fuerzas en la caballería, y están repartidos en muchas tribus ó familias, bajo de una cabeza que ellos llaman hetman. Su lengua parece tener un tronco primitivo, en el que han injertado locuciones rusas, suecas y polacas, segun la proximidad con estas naciones.

Se distinguen los cosacos por los territorios en que habitan, y así se llaman cosacos del Don, del Jaik y del Nieper, porque viven en las riberas de estos rios. Tambien hay cosacos zaparoges, cuyo origen se ignora. Éstos eran una numerosa nacion, que habitaba en las islas que forma el rio Nieper, y por haberse declarado á favor de Cárlos XII, Pedro el *Grande* envió contra ella un fuerte destacamento con órden de pasarlo todo á cuchillo. Puede llamarse amazonas á los zaparoges, si es aplicable á hombres este término, pues se dice que no sufrian muger alguna en sus ordinarias habitaciones; pero iban á buscarlas á las islas destinadas para ellas, y no era caso raro que el hermano se encontrase con la hermana, el padre con la hija, y el hijo con la madre. No obstante, decian ellos que eran cristianos; bien que en el fondo no conocian mas que sus costumbres, y éstas no tenian otra regla que las necesidades de la naturaleza y de la vida. Además de la matanza que hicieron las tropas del czar, hizo este transportar muchos á las riberas ménos pobladas del mar Báltico: pero, á pesar de sus esfuerzos para estirpar esta nacion belicosa, no lo consiguió enteramente: y así todavía se han quedado en sus islas en las cuales han conservado alguna cosa de la singularidad de sus costumbres.

En la Rusia Asiática ó Tartaria Rusa, está la Circasia parte de la cual pertenece al czar. Las mugeres son famosas por su hermosura, y las llaman las tártaras francesas porque gustan mucho de las modas. Tambien los hombres visten con mucha gala; y respeto de sus vecinos están civilizados. Practican la circuncision, y esto es todo lo que tienen del mahometismo, al que añaden paganismo y cristianismo.

Los tártaros cubren en el imperio ruso una inmensa estension del pais; por lo general son feos, pero recios, gruesos y muy vigorosos. Sus caballos tienen alguna analogía con sus dueños por la fuerza y el ardor. Seria necesario estudio particular para solo retener la simple nomenclatura de estos pueblos. Están divididos en infinidad de familias, las cuales, esparcidas por los campos que habitan con preferencia, miran á las ciudades como prisiones; y así no hay pais en el mundo donde se hallen ménos ciudades que en la Rusia Tártara; pero no siempre estuvo tan sin ellas, pues existen montones de ruinas, que no pudieron ménos de ser ciudades, y muy considerables. Algunas esculturas que hay en ellas han surtido de monedas griegas, siriacas, árabes y romanas á los curiosos.

Los mismos vestigios de antiguas habitaciones se hallan en la Silberia, pais inmenso, ó por mejor decir, horrible desierto, que ahora sirve de destierro á los moscovitas. Se cree que de aquellas selvas salieron los hunnos, que trastornaron el imperio romano, y ántes habian ido del Norte de la China. Les sucedieron los tártaros usbekes, y á éstos los han reemplazado los rusos. De este modo se estuvieron degollando los hombres siglos enteros por uno de los peores paises de la tierra. Allí es el frio muy largo y tan riguroso, que se han quedado los hombres helados en sus caballos; pero se abrigan con pieles que entre ellos son muy comunes, como que la caza es el ejercicio mas ordinario de los habitantes. Abunda el pais en toda especie de minerales, y aun se hallan huesos fósiles, que son restos ó de grandes elefantes, cosa

Digitized by Google

muy estraordinaria en país tan frio, ó de otra especie de animales que se ha perdido. Los naturalistas no están acordes sobre este punto; algunos han dicho que los huesos enterrados que llegan á petrificarse, crecen enormemente con el tiempo.

Los actuales habitantes de Siberia, mas bien puede decirse que viven en aduares esparcidos que en poblaciones regulares. Cada aduar tiene sus costumbres, gobierno y religion, si así pueden llamarse algunas prácticas esteriores, y las fórmulas que aprendieron en la infancia, repetidas sin reflexion, y que se reducen á las que pudieron aprender de los mas ignorantes rusos, que son á los que tienen por vecinos. Estos habitan solo la Siberia para el comercio, ó por mejor decir, no hacen mas que recorrerla hasta enriquecerse, y van á disfrutar de sus caudales en otra parte. Sale un ruso de Moscou, va de feria en feria; allí se deshace en parte de sus mercaderías europeas, y guarda otras para los chinos, que sabe que ha de encontrar en tiempo señalado en los confines de los dos reinos. Hechos los cambios vuelve el ruso á las ferias de Siberia, en donde se provee, se completa y pasa á Moscou á los cinco años cargado de riquezas bien merecidas.

Á la Siberia no la sujetaron con la benignidad, pues en una ciudad pequeña, llamada Tara, hizo Pedro el *Grande* empalar en un solo dia setecientos habitantes, que suponia ser rebeldes, para inspirar terror á los demas. En las cercanías de esta ciudad desgraciada hay una especie de junquillo, que mezclado en la bebida hace un efecto en los que la usan bien estraordinario. Todo se aumenta á su vista, de modo que una paja les parece una viga, algunas gotas de agua les parece que forman un lago, y un agujerito se les representa como un precipicio. Supuesto que los infelices habitantes de Tara tenian un preservativo tan bueno, ¿porque no enviaron algunos toneles de vino ó de aguardiente con esta mezcla á los moscovitas que los amenazaban?

En la parte mas retirada del hemisferio oriental está Kamtschatka, península bastante bien habitada. Desde allí salen los navíos rusos que van hácia la América a adelantar sus descubrimientos, de los cuales, hasta ahora, no nos han dado noticia; pero tal vez nos esplicarán algun dia, que por esta parte fueron á poblar el nuevo mundo.

En una estremidad del imperio de Rusia es la hora de mediodia cuando va á ser la de media noche en el estremo opuesto. En tan vasta estension el sol, el clima y las producciones son muy diferentes, variando tanto las costumbres que es imposible esplicarlo; y así nos contentaremos con presentar las de la nacion por mayor, tomándolas en las ciudades ó en los parages mas habitados.

Se dividen los rusos en tres clases; los nobles caballeros de título, llamados *knees*; los simples nobles, llamados *dilorninos*, los cuales están obligados al servicio militar; y los paisanos. No se habla de comerciantes ni artesanos, porque no hacen clase aparte, y se confunden en las otras.

Los paisanos son como una especie de bestias aplicadas al campo, y le cultivan en utilidad de los otros dos órdenes. Los venden y cambian por mercancías y muebles. No tienen nada propio sino algunos malos utensilios de menage de casa en miserables cobertizos. Como verdaderos esclavos, son la riqueza de los dueños de la tierra que cultivan. Un paisano ruso se tiene por feliz cuando puede llegar á ser soldado, porque no siempre se lo permite. La vida laboriosa y endurecida al trabajo, la obediencia pasiva, la incomodidad á que están acostumbrados aquellos paisanos, y la indiferencia conque miran una vida tan poco gustosa, los hacen tropas escelentes. El gobierno es despótico; pues aunque hay un senado no se le puede considerar sino como el consejo del príncipe escogido por éste y sujeto á su voluntad. Pedro el *Grande* introdujo en su corte todos los medios de administracion que se ven en los estados mas civilizados.

Los rusos profesan la religion griega, y su respeto á las imágenes casi no se queda en veneracion. Sus ayunos son frecuentes y rigurosos; los observa el pueblo exactamente; y los grandes, que generalmente sacrifican bastante á la opinion pública, los observan á lo ménos en la apariencia. Hay entre ellos sectas diferentes como en otras partes, y se habla de una que renovaba los errores y torpezas de los gnósticos. Pedro el *Grande* intentó destruirlos violentamente; pero ellos mas bien que abjurar se encerraban en sus casas, en las cuales se quemaban con sus familias; y se consiguió el fin despreciándolos. El clero fué en otro tiempo muy poderoso, pues el patriarca era admirado como igual con el emperador, si no se creia superior, y á proporcion se portaban los demas prelados: pero Pedro el *Grande* destruyó el poder del Clero, quitándole las riquezas. Allí son muy numerosos los conventos, así de hombres como de mugeres. Los que los habitan son muy ignorantes, y generalmente los ministros del culto, mas se precian de exactos en las prácticas esteriores que de sabios.

El bautismo se da en la iglesia: mas para el de los adultos que se convierten se elige algun lugar separado en el remanso de un rio, en donde los sumergen hasta cubrir la cabeza, haga el tiempo que hiciere, aun en el frio mas riguroso. Las ceremonias del casamiento son muy solemnes á proporcion de los medios de cada uno: los esposos no se ven sino el dia de las bodas: los adornan delante de un espejo comun á los dos, y pueden acercar á éste las mejillas; pero siempre hay entre ellos una tela. Tienen en estos casos cabalgatas, cánticos, convites, danzas; pero siempre las mugeres están separadas de los hombres, y por conclusion todo cuanto se hace es una emblema de la fecundidad. El lecho se estiende sobre haces de la cosecha, y se ponen las hachas en barriles de cebada y avena. Cuando avisa un criado haberle dicho el marido que la novia es ya su muger, resuenan los tambores y las trompetas; pero á todo esto ha precedido el consentimiento dado en la iglesia. Los entierros son muy suntuosos; ántes de poner el cuerpo en la sepultura abren la caja, y van los parientes acercando su rostro al del muerto, y diciéndole la última despedida. Esta costumbre tiene por lo ménos la ventaja de que no se precipite el entierro, y se sepa con certidumbre que está muerto. Todos los años bendicen los rios; y aunque se haga esta ceremonia en las estaciones, mas ásperas, hombres y mugeres se precipitan en tropel vestidos ó desnudos. Ya esta devocion, como tambien las costumbres que acabamos de pintar, han perdido mucho desde que Pedro el *Grande* se declaró por los usos europeos, que van venciendo á los suyos.

No son los rusos inhábiles para las ciencias ni las artes ántes bien si se aplican las cultivan con fruto. Se dice de ellos que son desconfiados y querellosos; pero se sujetan mucho a las órdenes de sus superiores. Los grandes gustan del fausto, y el pueblo es muy apasionado á los licores fuertes; sus vestidos son anchos y ricos. En otro tiempo las mugeres se animaban la tez pintándose de encarnado; y tambien las han atribuido el deseo de que sus maridos las golpeasen en señal de amor. Los hombres estimaban mucho la barba, y hacian ostentacion de tener gran vientre, pero Pedro el *Grande* hizo hundir los vientres y rapar las barbas; bien que la repugnancia en este artículo llegó hasta la sublevacion. ¿Quien procedió menos cuerdo en esto, el principe ó los vasallos?

Las casas, aun en las ciudades principales, son casi todas de madera, y como es muy comun la embriaguez son muy frecuentes los incendios, pero el pueblo se repara muy presto de esta pérdida, porque los muebles son de valor tan corto, que por poco dinero que hayan salvado, hallan casas de uno ó de mas altos que se venden y no hay mas que sentarlas en donde quieran.

Apénas hay género de industria que no se practique en este imperio; pero no son tantas ni tan activas las manufacturas que puedan pasarse sin las extranjeras. Ademas del comercio interior tienen el esterior, y el principal es el de la China. No quieren los rusos que otros ten-

Digitized by Google

gan parte en él; y si algunas veces sufren á los ingleses es con muchas precauciones contra los planes engañosos de este pueblo dominador. De los rusos se dice, que son tan diestros y hábiles en el comercio, que los judíos apenas hallan que respigar por donde ellos han pasado, por lo cual en la Rusia hay pocos judíos.

No hay monarca mas absoluto que el czar; pero debe advertirse que no le hay ménos seguro en su trono. En la ceremonia de la coronacion hay una fórmula que supone el consentimiento del pueblo; pero no hay título contra la fuerza. La hacienda, el ejército y la marina todo está sujeto á reglamentos muy prudentes: la justicia es muy rigurosa, y los castigos horribles. Los deudores incurren en prision, en penas aflictivas, y por último en esclavitud. Los premios del czar, son dinero ó tierras, que se estiman mas ó ménos por el número de paisanos ó vasallos, y los títulos de honor. Hay dos órdenes de caballería, uno para hombres y otro para mugeres. No hay mayor suntuosidad que la del palacio del príncipe: todos los dias, dicen que se ponen ciento y cincuenta mesas, en las que se sirven mil y ochocientos platos.

Puede considerarse á los rusos como aquellas familias que por antiguas ignoran de donde traen su orígen, y apenas saben mas que el nombre de los que empezaron á hacerlas famosas. Á la verdad seria bien difícil buscar sus padres entre los escitas, los hunnos, los cimbros, getas, sármatas, y otros antiguos habitantes de los paises que hoy están reunidos en los dominios del czar. Hasta la mitad del siglo XV no se ven en toda aquella estension mas que aduares de salvages, que avanzan, retroceden, pelean, se echan de sus tierras, y vuelven á ellas, hasta que sobreviene algun gefe emprendedor y mas afortunado que reune las familias dispersas, las forma en cuerpo de nacion, y al morir las reparte entre sus hijos. Estos vuelven á empezar la confusion, hasta que llega otro que vuelve á tomar el imperio, y le vuelve á perder por desmembrarle entre los suyos. De este modo la Rusia, espuesta continuamente á las fatales variedades de los soberanos y de las guerras intestinas, oprimida por los debates sangrientos de sus príncipes desunidos, fué muchas veces una conquista fácil para los polacos y los tártaros.

En medio de esta confusion, y en el siglo XV, se presentó Juan Basiliowitz, á quien cuentan por fundador del imperio ruso, no obstante que sucedió á los que, aunque con interrupciones, habian reinado anteriormente. Habia tenido el trono Basilio su padre, y un usurpador llamado Demetrio, no contento con quitarle la corona, le hizo sacar los ojos. Los rusos, indignados á vista de esta barbarie, aunque al principio le recibieron bien, le arrojaron del trono, y restablecieron á Basilio. Su hijo Juan halló tan degradada la corona, que el gran duque de Moscovia, único título que entónces se daba á aquel soberano, pedia con humildad audiencia á los ministros que el emperador de Tartaria mantenia en la capital de los rusos. Sofía, esposa de Juan, se empeñó en que su esposo sacudiese un yugo tan infame; y no solo le sacudió sino que llegó á ser monarca de aquellos mismos tártaros que le tenian sujeto, ciñendo la corona de éstos en Casan.

No se debieron todas sus conquistas al valor, pues aunque no le acusan de cobarde, todos le suponen mas política que talentos militares. Hay historiadores que dicen, que una sola vez se puso á la frente de sus ejércitos; pero que los aciertos de sus generales se debieron por la mayor parte á sus instrucciones. Otros aseguran que hacia la guerra por sí mismo, y que fué el que estableció la disciplina entre aquellos hombres que jamás habian conocido regla alguna de ataque ni de defensa. Tenia Juan un aire imperioso, estatura gigantesca, prodigiosas fuerzas, un mirar fiero y terrible. Castigaba severamente la embriaguez en los otros, y la perdonaba en sí mismo, pues rara vez pasaba dia en que al comer no se embriagase. Le adormecia el esceso de la bebida, pero despertaba alegre, y sin embargo de que tenia otros defectos, le dieron el sobrenombre de *Grande* (1505).

Debia pertenecer la corona á Demetrio, su hijo menor, y de otra muger, pero Sofía hizo que recayese en Basilio, que habia nacido de ella. Demetrio, separado con las astucias de su madrastra, y á lo que parece encerrado en una prision, murió de hambre ó de veneno. Tenia el padre guerra con los polacos, y el hijo la continuó. Sublevaron éstos á los tártaros, y acometieron juntos á la Rusia. Los de Crimea penetraron hasta Moscou, y se la entregó Basilio, pero se la dejaron mediante un tributo, que él redimió con las armas venciendo á los tártaros.

Dicen los analistas que cuando determinó casarse le presentaron por lo ménos diez y seis mil doncellas para que escogiese: y sin duda seria un fénix en hermosura y en toda suerte de prendas la preferida. Se llamaba Salomea, y vivió con ella veinte años, sin que le diese sucesion. Cansado por su esterelidad ó por otros motivos, la repudió y la encerró en un convento. Apenas habia entrado en él cuando corrió la voz de que estaba en cinta. Envió el czar mugeres que se certificasen del hecho, y dijeron ser verdad; le pareció al emperador cosa estraña; pero Salomea protestó que no habia conocido á otro hombre. Basilio no habló mas sobre este punto, y la dejó que pariese sin estorbo: dió á luz un hijo, y le ocultó. El emperador se casó con otra llamada Elena, cuyo hijo, llamado Juan, fué colocado en el trono en la edad de cinco años.

La madre, viviendo su marido, habia conseguido un renombre poco honrado; pero el buen príncipe, bien porque lo ignorase, ó porque le mereció poco cuidado, no por eso la miró mal. Los tutores del monarca niño no fueron tan indulgentes; y como continuasen sus desórdenes, la encerraron en un convento, y asaron vivo al galan. Apenas puede creerse que hubiesen llegado á tal esceso, si Elena, y tal vez su amante, no hubiesen sobre su mala conducta, tenido la intencion ambiciosa de apoderarse del gobierno (1533).

Tenia Juan Basiliowitz II grandes deseos de civilizar su pueblo, y envió por dos veces á Alemania á pedir sabios, artistas, arquitectos y trabajadores. La primera colonia fué detenida por los habitantes de Lubeck, escitados por las ciudades anseáticas, y confesaron francamente que su objeto era impedir que los rusos se diesen á las artes: y estableciendo manufacturas perjudicasen á su comercio. No por esto se detuvo el czar, y así envió de nuevo á Alemania, suplicando que con los artistas le enviasen hombres capaces de formarle un regimiento de caballería y otro de infantería, prometiendo que se valdria de ellos contra los turcos y no contra los cristianos. No se dejó alucinar el emperador de Alemania con la obligacion que hacia el moscovita, y temiendo los adelantamientos que podrian hacer disciplinados aquellos salvages, no les envió artistas ni oficiales.

Á Juan no le hacia falta la táctica Europea contra los tártaros, que la ignoraban como él, y así les ganó grandes victorias, é hizo prisioneros dos de sus reyes. Tambien fué feliz contra los suecos y los dinamarqueses. Se cree que debió en gran parte sus progresos á la disciplina alemana, y que por no ser los príncipes germanos tan políticos como el emperador, dejaron pasar á Rusia soldados que formaron á los moscovitas, ó bien sin que ellos lo supiesen, los llevó Juan, y con su auxilio venció á los mismos alemanes. Llevaba un dia un general de esta nacion atado al carro de su triunfo, y dos reyes tártaros prisioneros, testigos del espectáculo, le escupieron en el rostro al general, y le dijeron: «Bien merecido lo teneis, perros alemanes, por haber puesto en manos de los moscovitas el azote que sirve para castigaros.»

No se contentó el czar con lo que podia servirle en la tierra, y así envió tambien á pedir á la reina Isabel de Inglaterra marineros y constructores de navíos, y aun asilo en sus estados para él y su familia, en caso de que se sublevasen sus vasallos y le quitasen el reino. Con efecto, las novedades que procuraba introducir en las costumbres; causaron descontento, y cansado de que se opusiesen á sus buenas intenciones propuso renunciar; pero arrepentidos sus vasallos le retuvieron en el trono prometiendo ser mas dóciles.

Digitized by Google

No debia estrañar que su pueblo sintiese repugnancia en dejar sus feroces costumbres, pues él, con todos sus esfuerzos que es preciso alabar, no pudo reprimir en si mismo algunos rasgos de quel carácter selvático que no habia vencido la reflexion. Se dice que habiendo confiado á un señor ruso la administracion del reino durante una espedicion distante, quiso el despositario aprovecharse de su ausencia para hacerse propietario; y que cuando regresado el emperador hizo arrestarle, mandó que le revistiesen con el manto real, obligándole á sentarse así en el trono, y le hizo un cumplimiento irónico sobre la felicidad de haber conseguido lo que tanto deseaba, pero, acercándose despues al infeliz, le atravesó con un puñal, y le entregó á sus guardias, los cuales le hicieron pedazos. Procuran escusar esta crueldad diciendo, que segun las leyes de Rusia debia el emperador ejecutar por sí mismo su sentencia; ¡ pero que escusa admite el preliminar!

En su propia familia dió una prueba del imperio que la bárbara costumbre conservaba en sus pasiones. Tenia un hijo digno de la mayor estimacion; las tropas, enamoradas de aquel jóven, le pidieron por general para una guerra proyectada. Imaginó Juan que su hijo les habia inspirado esta proposicion; y aunque el principe se presentó para justificarse, su padre no le quiso oir. Tenia en la mano un baston herrado; y haciendo un gesto como para apartar á su hijo, le dió tal golpe en la cabeza con el baston, que cayó el principe sin movimiento á sus piés. Del estremo de la cólera pasó de repente el padre al estremo del dolor: se arrojó sobre su hijo, le tomó en sus brazos, y lo estrechó á su pecho con las espresiones de la ternura mas afectuosa. Vivió todavia aquel jóven el tiempo suficiente para justificarse, y dejar clavada en el corazon de su padre la saeta que con la certidumbre de su inocencia se le estuvo rasgando siempre.

Fuera de estos dos pasages fué Juan Basiliowitz un gran principe, igualmente politico y guerrero. Estuvo siempre en guerra con los tártaros, polacos, suecos, dinamarqueses y turcos: muchas veces los venció, y nunca en sus derrotas perdió las esperanzas: siempre ganaba alguna cosa en los tratados, cuando no los hacia del todo ventajosos. Era para aquellos tiempos muy instruido: aborrecia á los perezosos como gangrena de los estados, y detestaba á los que se embriagaban como capaces de las mas horribles acciones. Á los que contraian deudas sin poder satisfacer, los miraba como perniciosos á la sociedad: los notaba de infamia, y los desterraba. Siempre que tenia que nombrar sugetos para las plazas de oficios escogia los mas capaces. Apenas se ha visto principe mas amigo de la justicia y buen órden. Se casó siete veces, y tuvo muchas concubinas. Los casos de torpeza que de él cuentan los historiadores, dehonrarian su memoria; pero la gloria de un monarca se acredita mas que con su conducta particular con el bien que hace á sus pueblos (1584).

Dejó dos hijos, á Teodoro de edad de veinte años, y á Demetrio, niño cuya tutela encargó al caballero Bagdam Bieliski. Pensó este tutor colocar en el trono á su pupilo, en perjuicio del hermano mayor, el cual por su simplicidad y poco ingenio no prometia proporcion alguna para llevar el peso de la corona. Los grandes sin embargo libertaron á Teodoro de las empresas de Bieliski; mas como era inepto para gobernar por sí mismo, dejó que toda la autoridad cayese en manos del knees Boriz Gadonow, con cuya hermana estaba casado. No puede dudarse que desde entónces habia formado Boriz el proyecto de ocupar el trono de su cuñado en llegando el momento de emprenderlo, porque entre tanto se aplicó á ir allanando el camino. El principal obstáculo era el jóven Demetrio; pero envió quien le asesinase: y para borrar las señales de su delito quitó por sí mismo la vida al asesino.

Unos dicen que el asesinado fué el verdadero Demetrio; otros que su madre tuvo aviso, y substituyó por él un muchacho, la verdad se ha quedado en problema; pero del delito no hay duda. Los rusos, que sobre la intencion no podian engañarse, miraron con horror al culpado. Boriz, para divertir la atencion del pueblo que siempre le estaba asustando, hizo poner fuego á Moscou, y como el incendio estaba bien preparado se hizo presto general. Boriz iba por todas partes aparentando compasion: y al dia siguiente, llamando á su presencia á los infelices, á unos les dió dinero, á otros les prometió restablecer sus casas, y á todos les despidió maravillados de su buen corazon y su generosidad (1597).

Se sospecha, y no sin razon, que cansado de ver reinar á su cuñado mas de lo que él esperaba, le dió un veneno lento; y creyendo la emperatriz que era delito de su hermano aquella enfermedad no le quiso ver ni hablar mientras su marido estuvo enfermo. Tal vez el mismo Teodoro llegó á sospecharlo; pues no teniendo heredero parecia regular que dejase el cetro á aquel cuñado que siempre habia gobernado la mano del que le llevaba; pero no fué así, pues Teodoro, conociendo que se moria, le presentó á un primo suyo llamado Teodoro Romanow, el cual no le quiso; y aun otros dos no le admitieron. El cuarto le tomó solamente para ofrecerle á un knees que no quiso aceptarle. Teodoro, cuando el cetro llegó á él, por no quererle los demás, le arrojó sobre el tablado diciendo: «El que le alzare sea emperador,» y le tomó Boriz con mucho descontento de una gran parte de la nacion.

No le pareció suficiente título para apropiarse la corona lo que habia pasado con la muerte de su cuñado; y acabado el tiempo del gran luto, juntó la nobleza y los principales habitantes de Moscou. «Os restituyo, dijo, el cetro del último czar, porque hecha la esperiencia, no me puedo resolver á llevar el peso de una corona, y así dejo el trono para que le ocupe el que vosotros quisiereis.» Dichas estas palabras se retiró á un monasterio que estaba á distancia de una legua, dejando á la asamblea indecisa sobre lo que debia hacer. Despues de algunos debates le nombraron, y él continuó en resistir esparciendo la voz de que iba á tomar el hábito de monge. Publicaban á un mismo tiempo sus emisarios que venia el kan de los tártaros con tropas innumerables á invadir la Rusia, sabiendo que no tenia soberano. Con esta noticia acudieron los rusos en tropel al convento; y desmelenado el cabello golpeaban sus pechos como desesperados, jurando que no se apartarian de allí hasta que Boriz les diese palabra de ser su czar. Hizo como que aceptaba la corona por fuerza, y dijo: «Yo, ¡ ay de mí! seré vuestro principe, pues la providencia lo ordena.»

Mandó pues que la nobleza y los soldados acudiesen al parage que les señaló en la frontera, y se juntaron hasta quinientos mil hombres para rechazar á los tártaros, cuando éstos no pensaban en cometer la menor hostilidad, y ántes bien vino un embajador con un mediano tren á proponer la alianza. Boriz fingió que se admiraba: dió al embajador el espectáculo de su ejército formado en batalla: el de aparentar un combate, el de una fiesta militar, y le despidió con muchos regalos. Á la nobleza y á los soldados hizo grandes dones, que le valieron un nuevo juramento de fidelidad: y por seis dias consecutivos convidó á diez mil hombres escogidos, sirviéndolos en ricas tiendas esquisitos manjares con grande profusion.

Mientras se ocupaban en estas celebridades fuéron á Moscou hombres de confianza, que envió él mismo, y dijeron, que, intimidados los tártaros, con la prudencia y los preparativos del nuevo czar, no se habian atrevido á pasar adelante. Creyó el pueblo la noticia, salió al encuentro al vencedor pacífico, le recibió en triunfo en Moscou, y allí se hizo coronar. En esta ceremonia el humano y compasivo Boriz hizo voto de no derramar sangre, y de no condenar á los delincuentes mas que á destierro. En consecuencia de este voto muchos nobles, que no eran de su partido, salieron al punto desterrados con diferentes pretestos. Á los que tenian alguna pretension á la corona les prohibió que se casasen; y á Teodoro Romanow, entre otros, á quien el último czar habia

Digitized by Google

ofrecido su cetro, le puso en una prision separado de su muger. Despues les obligaron á todos á entrar en conventos, á profesar y á mudar de nombre: Teodoro tomó el de Fidalete.

En medio de sus felicidades se veia Boriz devorado de pesadumbres. Sobrevino en Rusia una hambre, que tiene pocos ejemplares, pues en muchas familias mataban á los mas gruesos para que sirviesen de alimento á los otros, y comian los padres y madres á sus hijos. Cuenta un testigo ocular, que, juntándose algunas mugeres, y metiendo en una casa á un paisano, le mataron, y se le comieron á él y á su caballo. Á pesar de las providencias del emperador perecieron solo en la ciudad de Moscou quinientas mil personas.

Á este azote se juntó la inquietud que dió á Boriz la resurreccion de Demetrio, á quien habia mandado quitar la vida. Téngase presente, que segun una opinion acreditada, supuso la madre otro niño que entregó al asesino, y ocultó el suyo en un monasterio en donde le criaron. Fuese casualidad ó imprudencia, se esparció una voz de que vivia, y llegó á los oidos de Boriz, el cual no dejó piedra que no moviese por averiguar la verdad. Examinaron á muchos, y á otros les dieron tormento. Sin duda no se satisfizo con las respuestas de la madre, pues la desterró á un convento retirado. Todo cuanto pudo saber con sus pesquisas fué, que habian huido de un convento dos monges, que éstos estaban en Polonia, y que uno de ellos, llamado Griska Utropeya, por la edad y la figura, podia ser el que buscaban. Los hizo el czar seguir los pasos por sugetos encargados de prenderle ó de asesinarle. Por último, practicó muchas diligencias para hacer creer que no dejaba de estar persuadido á que pudiera muy bien haber sido otro que Demetrio el niño que mataron.

Por una concurrencia de circunstancias bien estrañas, el jóven Utropeya, á quien llamaremos Demetrio, ganó la confianza de un señor lituano: éste le dirigió al palatino de Sandomir, y el palatino tuvo las pruebas del proscripto por dignas de presentarse al rey y á la república de Polonia, que entónces celebraba una Dieta. Ésta las examinó: y hallándolas convincentes, le reconoció por heredero legítimo de la corona de Rusia: levantó un ejército encargado de colocarle en el trono de sus mayores. Entónces la existencia de Demetrio no solo causó á Boriz inquietud, sino que renovó éste sus tentativas por deshacerse de su contrario, pero Demetrio le atacó á fuerza abierta, y habiéndole ganado la batalla, se apoderó de Boriz tal pesadumbre que murió de melancolía.

Dejó un hijo de quince años llamado, Teodoro, el cual solo subió al trono para esperimentar los reveses de la fortuna, que al punto le precipitó (1605), y para ver toda la Rusia declarada por Demetrio. No fué la última la capital Moscou, la cual llamó al rival de Boriz; y Demetrio envió delante la órden de quitar la vida á Teodoro y á su madre, como se ejecutó. Todo le salió bien, y asi le coronaron con grande solemnidad y aplauso general. No obstante, se levantó contra él un partido, á cuya frente estaban tres hermanos de antigua nobleza, llamados Zuski; los cuales esparcieron contra la legitimidad de Demetrio sospechas, que empezaban ya á conmover. Mandó prenderlos el czar, condenó á los dos menores á destierro, y á Basilio, que era el mayor, á ser degollado. Se hicieron extraordinarios preparativos para la ejecucion, con el fin de que á vista del ejemplar se contuviesen en respeto los malcontentos. Estaba el delincuente de rodillas en el tablado esperando el golpe, y ya tenia el ejecutor levantado el brazo cuando Demetrio le envió el perdon, contentándose con desterrarle como á sus hermanos; pero hizo el gran desacierto de llamarle casi al punto, y aun el de concederle su favor.

El czar, que debia su fortuna á los polacos, guardaba con ellos atenciones que dieron zelos á los rusos: y el palatino de Sandomir, de protector que fué, llegó á ser su suegro. El casamiento de Demetrio con la princesa palatina introdujo las costumbres alemanas, á las que parecia inclinarse mas el esposo agradecido. Afectó tambien desprecio de las prácticas rusas, de sus frecuentes lavatorios, de la multitud de imágenes, y comia ternera, que allí se miraba como vianda impura. El ingrato Zuski, no solo hizo irreparables estas imprudencias, sino que fomentó y exasperó el descontento que causaban.

Demetrio, demasiado confiado, despreció los avisos que le dieron sobre las intenciones de los conjurados, y tanto que no tenia consigo mas de treinta guardias cuando Zuski se entró en el palacio á la frente de una multitud amotinada. Demetrio, viéndose acometido, saltó por una ventana con el sable en la mano, se rompió un muslo, y quedó inmóvil. Le llevaron á una sala adonde todos pudiesen entrar á verle; y esperaba Zuski hacerle confesar con amenazas la falsedad de haber supuesto su madre otro niño; pero él pretestaba la legitimidad de su nacimiento, citando el testimonio de su madre. No se la presentaron; pero le dijeron que su madre confesaba que el asesinado habia sido su verdadero hijo. Demetrio refutó con tan buenas razones esta confesion, supuesta ó arrancada con el miedo, que recelando que llegase á persuadir le asesinaron. Entregaron su cadáver á los insultos de la plebe, y le arrastraron por el lodo hasta el lugar en donde recibió Zuski el perdon cuando iban á degollarle. ¿Diremos que esto fué una condenacion indirecta de la demasiada bondad del infeliz, ó una reconvencion de la ingratitud del que mandó matarle? Cuantos polacos encontró el pueblo en su furor fueron pasados á cuchillo. No respetaron el honor de las damas de aquella nacion, y hasta la misma emperatriz, si evitó la última afrenta, fué porque una dama rusa la ocultó debajo de sus ropas.

Procuró Zuski publicar cuantas razones pudieran hacer creer que Demetrio era impostor; pero aun entónces parecieron insuficientes los testimonios con que las apoyaba, no sosteniéndose sus pruebas contra las que parece que la misma naturaleza dispuso para Demetrio. Cuando era niño habian notado que tenia una pierna mas corta que la otra, y una berruga debajo del ojo derecho, y Demetrio emperador tenia las mismas señales. Por otra parte ¿es creible que una poblacion tan sabia como la polaca se engañase en un punto que examinó con tanto cuidado? Y suponiendo que el deseo de ocupar la Rusia con alborotos pudiese hacer que los polacos favoreciesen la impostura, ¿cómo es creible que el palatino de Sandomir sacrificase su hija á un hombre, de cuyo estado y nacimiento tuviese la menor sospecha (1606)?

Hubo dificultad en declarar emperador á Zuski, porque la nobleza no estaba por él; pero lo consiguió con el favor del populacho. Si la memoria de Demetrio no le causó remordimientos, á lo ménos turbó su tranquilidad una sombra de este príncipe; porque asi puede llamarse una especie de fantasma de Demetrio que jamás se presentó. Dos señores malcontentos publicaron que existia, aunque no le hicieron ver: alistaron soldados bajo de sus banderas, combatieron contra Zuski y le vencieron; pero despues fueron vencidos ellos, los prendieron, y los degollaron.

Á la sombra sucedió otro ser real, que llamaron el tercer Demetrio. Éste era maestro de escuela en una pequeña ciudad de la Rusia polaca, el cual suponia que á pesar de su pierna rota cuando saltó por la ventana le habian recogido sus vasallos fieles, á favor de la confusion, y que le habian transportado á aquella ciudad retirada, en donde para subsistir habia resuelto enseñar niños. Si esta vez se engañaron los polacos fué porque quisieron, pues le faltaba mucho á este Demetrio en las señales caracteristicas del primero, á quien solamente se parecia en el rostro, en la edad y en la mucha audacia.

Le proveyeron los polacos de un ejército, con el cual puso sitio á Moscou. La viuda del primer Demetrio, y su padre el palatino, que se habian huido de las cadenas de Zuski, ayudaron á la ilusion de que este segundo Demetrio necesitaba. Por vengarse del que mató á su

Digitized by Google

marido, sufrió que el nuevo pretendiente al trono la tratase como esposa, aunque solo esteriormente segun dicen. La recibió con toda la pompa imaginable, y con un gozo que no parecia fingido; pero aunque ella por su parte correspondió á sus afectos, no debió ser con sinceridad ni con buen corazon, pues no le conservó la amistad ni el socorro de los polacos.

Como éstos no habian ayudado al impostor sino con el objeto de conseguir del emperador Zuski lo que querian, así que les dió satisfaccion, ayudaron ellos mismos al czar para rechazar al maestro de escuela, el cual se salvó en la Tartaria, en donde algun tiempo despues le asesinaron. Cansados de Zuski y de su gobierno los moscovitas, le imputaron las desgracias que los afligieron durante su reinado; y como éstas, entre las cuales se deben contar principalmente los horrores de la guerra, les venian de los polacos, creyeron los rusos reparar mas fácilmente las pérdidas pasadas y librarse de otras nuevas, tomando un emperador de aquella nacion. Depusieron á Zuski; y cortándole el cabello, le encerraron en un monasterio, en donde murió de pena, sino se envenenó él mismo (1610).

Ofrecieron la corona á Ladislao, hijo de Segismundo rey de Polonia, el cual en lugar de presentarse para recibirla envió delante un ejército de polacos, que cometieron toda especie de desórdenes. Se sublevó contra ellos Moscou, en donde los habian recibido bien; y abandonando la ciudad por no poder sostenerse en ella, la pusieron fuego, y segun dicen, consumió ciento y ochenta mil casas. En el reinado de Ladislao, que solo duró tres años, se presentó un cuarto Demetrio, á quien hicieron traicion los suyos, y murió ahorcado (1613).

Se hallaban los rusos sin saber que hacer de su corona. Muchos de ellos deseaban un príncipe extranjero, como ménos capaz de inclinarse á favorecer á tal ó tal familia; y otros, zelosos de la gloria de su nacion, pedian un príncipe del pais. En medio de las altercaciones que producia la diversidad de pareceres, habló alguno de Miguel Teodorowitz, hijo de Fidalete, aquel pariente á quien Teodoro al morir habia presentado el cetro, y á quien Boriz, dueño del trono, habia separado de su esposa y desterrado á un convento. Le habian transportado prisionero á Polonia, bien que condecorado con el título de obispo.

La madre, á quien habian dejado su hijo, le habia criado con mucho esmero, y se hallaba entónces en la edad de diez y siete años. Los señores rusos que le conocian, se le pintaban á los demas como capaz de restituir al imperio su antiguo esplendor; pero la junta quiso juzgar por sí misma, y así mandaron que la madre le enviase. Esta tierna madre recibió el mensage con un susto que se declaró por un torrente de lágrimas, pues creia que pedian á su querido hijo para que pasase por la suerte que los últimos czares acababan de esperimentar. No obstante, asegurada por las instancias de sus amigos, le dejó partir. Agradó Miguel á la asamblea; solamente se detuvieron algunos en su poca edad; pero la mayor parte esclamó: *Dios que le ha escogido le asistirá.*

Su primera accion fué llamar á su padre, cuya edad habia madurado en las aflicciones, y envejecido en las desgracias. En nada se habia mezclado de las turbulencias anteriores, y así no tenia venganza que satisfacer. Su hijo se impuso la ley de gobernarse por sus consejos, y siempre mostró una deferencia respetuosa á sus amigos.

Las sostenidas demostraciones de su piedad filial le ganaron el corazon de la nacion, y siempre mereció que le estimase su pueblo por su grande aplicacion á cuanto pudiese influir en su felicidad.

Se casó con la hija de un caballero que hallaron arando cuando le anunciaron la honra que hacia el czar á su familia. Eudosia, de tanta virtud como hermosura, se mostró digna de esta eleccion, ayudando á su esposo, segun sus fuerzas, y en la proporcion conveniente á su sexo, á llevar el peso del gobierno. Cuando Miguel perdió á su padre, era tan respetado por su justicia, piedad y prudencia, que además de la multitud que llevaba á la corte la veneracion de sus vasallos, siempre estaba condecorada con la presencia de los embajadores de los vecinos príncipes de Europa y Asia. Todos querian conservarse en la alianza de tan gran monarca; gloria pacífica, mas estimada que las de las conquistas. Tomó el nombre de czar, que significa emperador, y cuando murió dejó la corona á su hijo que tenia entónces diez y seis años (1645).

Alejo Teodorowitz no tuvo como su padre la felicidad de que le dirigiese en los primeros pasos de su carrera algun Mentor interesado en su felicidad y la del pueblo. Creyó Miguel que se le habia asegurado, dándole por primer ministro un tal Boriz Moroson, hombre estimado y de talento, pero por desgracia notado de ambicioso; y la primera prueba que de esto dió fué hacerse cuñado del czar, casándose con la hermana de la emperatriz. En Miloslauki su suegro encontró Moroson un hombre propio para favorecerle en sus proyectos; y asociándose ambos con Plescon, juez principal de la corte, formaron un triunvirato que se apoderó del gobierno mientras el jóven emperador se dormia en el seno de los placeres que le proporcionaban.

Ejercieron su autoridad con tal desvergüenza que irritaron al pueblo. Vendia Plescon la justicia, Miloslauki los empleos, y Moroson ostentaba su favor con una altivez y fausto que indignaban. Los habitantes de Moscou, acostumbrados al gobierno paternal de Miguel, los sufrieron por algun tiempo; pero acabándose la paciencia llegaron todos al esceso de una licencia desenfrenada, y nó contra el czar, porque le perdonaban su poca esperiencia, y le respetaban como á inocente, sino contra sus infieles ministros, y contra los agentes y cómplices de éstos, cuyas cabezas pedian; y con grande dificultad salvó Alejo la de su suegro sacrificando á los otros. Esta venganza popular fué para Moroson una advertencia que le hizo mas afable, justo y servicial, y para el czar fué una leccion que le enseñó á gobernar por sí mismo, y no fiarse todo á sus ministros. De este modo fué su reinado tranquilo, á escepcion de algunas guerras de poca duracion con los suecos, polacos y otros vecinos.

Durante su reinado se vieron dos impostores y un sublevado peligroso. Considerando las aventuras del primero, pasma el ver que la vida de un hombre fuese suficiente para tantos acontecimientos. Se llamaba éste Ankudina, y era hijo de un mercader de paños de Wologda. Advirtiendo en él su padre algo de estraordinario, le hizo aprender á leer y á escribir, con lo que era un gran personage entre sus compatriotas, hombres los mas ignorantes. Tenia una bella voz, cantaba con gracia en la iglesia los signos y cánticos. Enamorado el arzobispo de sus talentos le llevó á su casa, en donde se portó tan bien, que le casó el prelado con una nieta suya. Esta fortuna empezó á trastornarle la cabeza: tomó el título de Vayvoda ó gobernador de Wologda: se portaba como tal, y con escesivos gastos se arruinó. Fué á Moscou con su familia, y consiguió un empleo lucrativo, pero de mucha responsabilidad: y volvió á su tren y á sus placeres á costa de los que le prestaban por complacerle. Uno de los mas crédulos fué un amigo, á quien con pretesto de una ceremonia que debia practicarse con esplendor, pidió prestada la pedreria de su muger. Se divirtió como siempre; y cuando fué preciso restituirla, negó haberla recibido. Su esposa, la nieta del arzobispo, le reprendió su mala fé; por aquel mismo tiempo le pedia cuentas el fisco, y viéndose perseguido, é importunado con las reprensiones de su muger, la encerró en una estufa, puso fuego á la casa y se huyó.

Cuando creian que Ankudina habia perecido en el incendio, iba él caminando hácia Polonia, adonde el czar enviaba una embajada. Determinó el tramposo ir á verse con el general de los cosacos, hombre de grande autoridad en aquel reino. Se puso en sus manos como pariente cercano del difunto emperador Basilio Zuski; y

Digitized by Google

suponiendo que la embajada no tenia otro fin que reclamarle, pidió al general que le protegiese en pago de la confianza de ponerse en sus manos. Le prometió el cosaco su favor; pero como el nombre que habia tomado el ruso empezaba á hacerle famoso, con peligro de ser descubierto, creyó que no le era suficiente la proteccion del general. Dejó sin despedirse la Polonia· pasó á Constantinopla, se circuncidó, y abjuró la religion cristiana. Tambien allí contrajo deudas; huyó á Roma, y abrazó la religion católica.

De Roma fué Ankudina á Venecia, de allí á Transilvania, y no se sabe como consiguió del príncipe Ragoski cartas de recomendacion para la reina de Suecia. Llegando á Stockolmo públicamente se llamaba, nó ya pariente cercano, sino hijo de Basilio Zuski. Unos comerciantes moscovitas establecidos en Suecia dieron aviso á su corte: ésta acumuló pruebas de aquella impostura, y las envió á Suecia. Desengañada la reina mandó prenderle; pero huyó, se fué á Bruselas, y se introdujo con el archiduque Leopoldo. Sin duda, descontento del modo de recibirle, ó del poco remedio que esperaba, pasó á Leipsick, en donde se hizo luterano: de allí al ducado de Holstein, en donde por cartas del czar que tuvo el duque le puso preso, y le envió a Rusia.

Despues de haber estado tergiversando por algun tiempo en su prision, volvió Ankudina á sostener descaradamente que era hijo de Zuski. Compuso una novela en la cual el episodio de mas importancia era que el kan de Tartaria habia querido emplearle contra el czar á la cabeza de cien mil hombres; pero que era mucho su amor á la patria para que fuése á inquietarla, y que así le habia preservado Dios de aquel atentado. Entretanto le enviaron un hombre tan diestro que le hizo confesar su enredo aun por escrito; pero cuando le mostraron el papel para convencerle, y lograr de su boca una formal confesion, no quiso reconocer por suyo el escrito, obstinándose mas desde entónces en llamarse hijo de Zuski. Á pesar del testimonio de su madre, de sus parientes y de todos cuantos le habian conocido en sus empleos y diversiones, se mantuvo inconfeso aun en el tormento hasta que sufrió en Moscou el suplicio.

El otro impostor decia ser hijo de Demetrio y de la princesa hija del palatino de Sandomir. Llevaba en prueba de esto unos grabados en sus espaldas, que no eran conocidos de nadie, sino de un hombre, sin duda buscado á propósito, el cual en una junta pública en donde el embustero descubrió sus espaldas, leyó sin dificultad: *Demetrio, hijo de Demetrio*. Durante el reinado de Ladislao, necesitando este príncipe suscitar alborotos en Rusia, mostró afecto al falso Demetrio. Éste se coligó con Galga, príncipe de Tartaria, prisionero en Polonia, y verdadero heredero de la corona de los tártaros. Fatales casualidades privaron de esta proteccion al impostor. Se retiró á Holstein, escollo de sus semejantes, y así le entregó el duque, y murió en Moscou como el falso Zuski con el castigo de los reos de lesa magestad. Estos dos ejemplares prueban lo que pueden la audacia por una parte, y la credulidad por otra, en un pais entregado á la ignorancia.

El rebelde, de quien voy á hablar, no necesitó de imposturas para levantar un ejército contra el czar. Era Stenko-Razin, hermano de un hombre, á quien siendo gefe de los cosacos del Don habian quitado los rusos la vida por haber querido sostener los privilegios de su nacion. Decian los cosacos que ellos no eran vasallos, sino que estaban bajo la proteccion del imperio ruso. No tuvo que hacer Stenko-Razin sino levantar el estandarte de la libertad para ver á los cosacos acudir á sus banderas. Al principio dió á entender que no le animaban otros motivos que el amor á la patria, la gloria de su nacion y el deseo de vengarla; pero su ambicion se esplicó con las primeras felicidades.

Empezó por el pillage, que es el mejor medio de atraer á los soldados. Su crueldad aterraba, y no tenia resistencia. Por lo siguiente puede formarse juicio de su brutal ferocidad. Tenia prisionera a una princesa de Persia muy hermosa y agradable: y paseándose con ella por las riberas del Volga, en un momento de alegría y embriaguez, contando los ricos presentes que habia hecho á sus partidarios, se le puso en la cabeza este apóstrofe: «Y tú, ilustre rio, que me has servido para conducirme tanto oro, plata y efectos preciosos, tú mi defensor á quien debo mi fortuna y dignidad, nada te he dado hasta ahora; pero voy á darte la prueba de mi reconocimiento.» Acabando de decir estas palabras, asió á la princesa, la levantó entre sus brazos, y la precipitó al rio con todas las perlas, diamantes y ricos adornos que llevaba.

La política de Stenko-Razin, que le atrajo muchos soldados, era no pretender preeminencia entre los cosacos, fuera del momento de la accion, diciendo que era su igual, y que no tenia otro deseo que el hacer reinar la libertad. Les permitia todo desenfreno para hacerlos tan culpados como él; y así cuando fué vencido sucedió que por justa represalia cayó el castigo tambien sobre el pueblo cómplice de sus maldades.

Dolgoroski, general que venció á Stenko, levantó en Arsamas un tribunal tan severo, que las avenidas de esta ciudad representaban la horrorosa pintura que los poetas hicieron del Tártaro. Á un lado se veian montones de cuerpos muertos, degollados y cubiertos de sangre; al otro infelices empalados vivos, que daban espantosos gritos, y padecian á un mismo tiempo mil muertes. En el espacio de tres meses pasaron por las manos de los verdugos once mil personas condenadas jurídicamente.

Viéndose Stenko sin asilo, despues de una completa derrota, cayó en la simpleza de figurarse que le cumplirian la palabra de perdon, y así se rindió, y le hicieron creer que el czar estaba deseando ver á un hombre de su mérito, por lo cual era preciso llevarle á la corte, pero que en el camino veria como acudian los pueblos á honrarle. Con esto esperaba él un triunfo en llegando á Moscou; pero no encontró en vez de un carro triunfal sino una miserable carreta que enviaron para conducirle con una horca en medio: anuncio de su muerte, que no tardó, despues de haberle hecho sufrir el tormento.

Se cree que costó esta rebelion mas de cien mil hombres á la Rusia: esto se entiende de los que llevaron armas; pues dicen que fueron mas los que perecieron con las enfermedades y el hambre, que los que murieron en el campo de batalla. Tan terribles castigos repugnaban al buen corazon de Alejo, y sentia mucho verse reducido á la triste necesidad de quitar tantas vidas: pero los historiadores notan que hay circunstancias en que son indispensables semejantes ejecuciones para precaver mayores males. Se le debe á este príncipe la justicia de que no omitia medio alguno de gobernar con la benignidad posible. Aunque era valeroso, solamente hacia la guerra cuando no podia evitarla, y trabajaba infatigable por la felicidad de los pueblos. Toda su vida la empleó en reparar con una prudente administracion las faltas que en su juventud le habia hecho cometer u escesiva confianza en los ministros (1670).

Dejó Alejo de su primera muger á Teodoro, á Juan y la princesa Sofía, y de la segunda á Pedro y la princesa Natalia. Le sucedió Teodoro á los diez y nueve años de edad, y con todas las buenas prendas de su padre: tenia por desgracia un temperamento delicado que no prometia larga vida. Le fué preciso hacer á los turcos una guerra fuerte, pero no fué desgraciada. Á ésta se siguió la paz con aquella potencia y con todos sus vecinos; y con esta calma pudo ocuparse en el bien de su reino.

Á ejemplo de su padre aspiró Teodoro á civilizar la Rusia; y hacer en ella establecimientos útiles. Estaba persuadido á que no podian fundarse sólidamente sino sobre el mérito, y para él era una injusticia ó un absurdo que el nacimiento solo y sin talentos diese entrada á los empleos y dignidades, y abriese el camino a las honras. Dicen que mandó á los nobles que fuésen á verle con sus títulos; y que tomándolos en su mano, los arrojó al fuego, declarando que en adelante las prerogativas pecuniarias y honoríficas se darian á la capacidad y á la

Digitized by Google

virtud, y no al nacimiento. Este principio siguió el czar en la disposicion del trono estando para morir. Juan, que era el mayor de sus hermanos, se hallaba en edad competente; pero era de poco talento, de vista corta, y padecia de accidentes. Pedro solamente era hermano de padre; pero aunque era muy jóven, manifestaba gusto a las ciencias y conocimientos útiles, por lo que daba esperanzas de poder realizar los proyectos dirigidos al bien de la Rusia; y así Teodoro le nombró sucesor suyo.

No agradó esta preferencia a su hermana Sofía, que ambiciosa, y con deseo de gobernar, se hubiera acomodado mejor á la debilidad de Juan que a la juventud de Pedro, el cual manifestaba ya poca disposicion á la docilidad. Los emperadores rusos, como todos los despotas, se habian formado una guardia para sus personas, semejante á la de los genízaros del gran señor. Se llamaban éstos Strelitz. Supo Sofía disponerlos de modo que se mezclasen en el gobierno. Declararon que les parecia mal que el difunto emperador hubiese preferido al hijo menor, y que esto precisamente se lo habrian sugerido algunos traidores. Se esparció pues la voz de que Alejo habia sido precisado por una faccion, y que ésta, arrancándole por fuerza el nombramiento, le habia envenenado para que no se retractase.

Sofía dispuso una lista de cuarenta culpados, comprendiendo el primero á Von-Gaden, médico de Teodoro. Los demas eran grandes enemigos de los Strelitz, y por consiguiente los suponian enemigos del estado y dignos de muerte. Se introdujeron los furiosos en palacio, y fuéron buscando por la ciudad las víctimas señaladas: siendo la principal Von-Gaden. Encontraron con uno de los compañeros del médico, le asieron, y dijeron: «Tú eres médico, y si no has envenenado á nuestro rey Teodoro, has envenenado á otros, por lo que mereces la muerte.» No se libró Von-Gaden de su crueldad, y por mas que las damas de la corte pedian de rodillas el perdon, los alborotados erigieron un tribunal, entre cuyos miembros solo uno sabia escribir, y éstos le condenaron á muerte como á medico y como á hechicero, porque hallaron en su casa un sapo disecado y una gran serpiente. Los mismos jueces sentenciaron á los señores denunciados, y los mataron á sablazos.

Estas crueldades terminaron con proclamar á Juan y á Pedro soberanos juntamente de Rusia, asociándose á Sofía en el gobierno. Ésta aprobó á los homicidas Strelitz: les dió en recompensa las haciendas de los proscritos, permitiéndoles erigir una columna con los nombres de los muertos como traidores á la patria; y por último, les dió letras patentes en que les agradecia su zèlo y fidelidad.

Ocho años ejerció Sofía una autoridad mas absoluta que la de sus hermanos. Dió esposa á Juan; pero Pedro no quiso recibir de su mano la suya, como que estaba acompañado de una faccion contraria á la princesa. Como aquellos malcontentos la dificultaban sus disposiciones resolvió deshacerse de ellos y aun de su mismo hermano Pedro. Tambien llamó para la ejecucion á sus amigos los Strelitz; y aunque esta vez no los halló tan poderosos, y tan zelosos de servirla, casi llevó su conjuracion á efecto, pues Pedro se vió precisado á dejar tan precipitadamente la capital que á haberse detenido una hora hubiera sido destronado, y tal vez muerto, pero esta hora fué bastante para desconcertar las medidas de su hermana. Arrestaron á ésta, dispersaron ó castigaron á sus partidarios, y Sofía, confinada á un convento, privada de toda autoridad, estuvo sufriendo hasta su muerte un castigo, que parecerá suave en comparacion de sus crueldades, pero muy duro para una ambiciosa como ella. Volvió Pedro triunfante á la capital, y Juan, que no se habia mezclado en cosa alguna, le recibió con efecto á la puerta de palacio. Se abrazaron los dos hermanos, y desde este punto se debe mirar á Pedro como á único soberano. Desde el año 1690 hasta el de 96, en que murió Juan, vivió éste como un particular, sin hacer mas papel en la administracion que poner su nombre en las actas públicas.

Hay algunas cosas que para escitar la admiracion bastará escribirlas sin particular estilo ni adornos, y tales son las acciones del czar Pedro I. Para apreciarlas debidamente debe no olvidarse el estado de la Rusia cuando empezó él á gobernarla. Se hallaba aferrada a los antiguos usos, groseros y estúpidos por la mayor parte, pero tan apreciados de la nacion, que difícilmente podia esperarse su reforma. Puede juzgarse de la dificultad por este ejemplo. Habiéndose apoderado de algunas provincias de Rusia un rey de Polonia, quiso introducir mutaciones en las costumbres de ellas. Entre otras cosas le parecia mal que cuando un paisano habia cometido alguna culpa, el noble su señor le hiciese azotar con varas hasta derramar sangre; y pensando el polaco abolir aquel bárbaro castigo fuéron los paisanos á echarse á sus piés suplicándole que no hiciese novedad, porque habian esperimentado que toda innovacion era peligrosa. De este modo la obstinacion en sus preocupaciones, la ignorancia que la supersticion habia hecho sagrada, la complacencia en una vida ociosa, el orgullo con que miraban sus ceremonias de luto ó diversion, como preferibles en la pompa y magestad á cuanto observan las demas naciones, y la aversion á los usos y modales estranjeros, por mas útiles que los conociesen, fueron las preocupaciones que tuvo que estirpar el emperador Pedro, y las cabezas de la hidra que necesitaba destruir, y que renacian siempre.

Ya sus antecesores habian combatido contra esta hidra, pues hemos visto que uno de ellos habia buscado sabios, artistas, y maestros civiles y militares; pero consiguieron muy poco los cuidados de este principe y los de sus sucesores, á pesar de las exhortaciones, favores y liberalidades. Solo quedaba el medio del ejemplo, que cuando le da el soberano es tan poderoso para el pueblo. Determinó el emperador Pedro tentar este medio: y para ello partió mezclado en la comitiva de una embajada que enviaba á visitar muchas cortes, sin distinguirse entre los demas, aunque todos sabian quien era. Ya monarca, ya particular, entraba en conferencia con los profesores de las artes. Otros soberanos han viajado por curiosidad, y han manejado los instrumentos de los trabajadores por gusto y por diversion; pero solo Pedro intentó hacérselos familiares con la práctica, para poder formar juicio y guiar á los que enviase para la instruccion de su reino.

Mirado así este emperador, ¡qué espectáculo mas grande que verle dejar á los veinte y cinco años las delicias de su corte, condenarse á una vida laboriosa, y vencer con valor toda delicadeza y repugnancia! En consecuencia de un acidente que habia padecido cuando niño, tenia tal miedo al agua, que cuando era preciso pasar un arroyuelo le costaba sudor frio y convulsiones; ¿qué hizo pues? Se arrojó con resolucion al rio, y así venció los temores de la naturaleza, y el elemento que abominaba vino á ser uno de los principales teatros de sus triunfos.

Llegando á Holanda fué corriendo al astillero de Sardam y se alistó en el cuerpo de carpinteros de navio. Vestido y mantenido como ellos, trabajaba en las forjas, en los cables, y de la construccion de un barco subió á la de un navio de sesenta cañones, empezado por él, y acabado por sus manos ó á su presencia. Estas ocupaciones no le impedian tomar lecciones de anatomía y cirugía, mecánica y otros puntos de la filosofía usual de Holanda. Pasó á Inglaterra en donde se perfeccionó en la construccion, aplicando la teórica á la práctica. Nada se le ocultaba, ni la astronomía, ni la aritmética, ni la relogería, ni la hidráulica, como que pretendia llevar todos los talentos á su reino, y así envió un gran cargamento, si así puedo decirse, de hombres hábiles en todas las artes.

Habia tomado tan bien las medidas, que la Rusia estaba bien gobernada en su ausencia; y mientras el carpintero de Sardam manejaba la hacha y la sierra, estaban sus tropas ganando victorias en las fronteras. Él por sí mismo las habia formado, y su ejercicio y disciplina

Digitized by Google



Pedro el Grande.

Digitized by Google

fueron, por decirlo asi, los juegos de su niñez. Apenas podia llevar el fusil cuando juntaba los muchachos de su edad, y se iba con ellos acostumbrando á las maniobras; y los hacia pasar, como él mismo pasó, por todos los

..., y en parte ... que miraba como sacrilegios todas las innovaciones de este emperador. Bien puede creerse que Sofia desde su retiro, no se quedó indiferente, pues los revoltosos hablaban de ponerla en el trono en lugar de un príncipe, que con pretesto de civilizar su reino le tenia entregado á los extranjeros, poniéndolos á la frente en todas las administraciones. Ántes de ausentarse el czar habia dispersado los Strelitz por las fronteras, separándolos lejos unos de otros para que no se reuniesen con facilidad. No dudaban que el príncipe no les era afecto, y que tarde ó temprano habia de destruirlos. Con este recelo dejaron sus guarni-

ciones, se juntaron en número de diez mil, y avanzaron hácia Moscou diciendo: «Que querian asegurarse de si era verdadera la noticia de haber muerto el emperador;»

s, procuraban
sen; pero los
mpre avanzan-
o una accion
y entregaron

habia salido
con aquellos
laba su suble-
dos mil Stre-
los gefes los
las enterraron
iertas y sobre
ron la cabeza;
mas fuerte del
es. Á los que
suelo, tendi-
beza. Los que
avenidas de
del pueblo.
on con sus fa-
n los cosacos,
lgunos parti-
ró el empe-
laron tan en-
fué borrado,
ona al cuerpo

acia, y debe
por las in-
pidió al czar
y planes de
Suecia aso-
o con el Bál-
del rio Don
s rebaños sa-
manufactu-
minas de la
reros, fabri-
toda especie;
spitales. Por
de Moscou,
cho la corte

nde obra no
steril de sa-
guna, sino
del Báltico
levó fuerzas
dor, preten-
meter el di-
le Polonia al
la á resta-
estreza para
ra contra la
iese la di-
ubiera deja-
dencia co-
Pruth con-
o Cárlos en

Pedro debió la conservacion de su ejército, y aun la suya, á Catalina, que entónces era su dama. Esta muger, que llegó á ser tan ilustre, parece no haber conocido á su padre y apénas á su madre, ni el lugar de su nacimiento. Casada en la flor de la edad con un soldado sueco, cayó en manos de los rusos cuando tomaron la ciudad de Marienbourg en Livonia, que tal vez seria su patria. Pasó á las cocinas del general, y su talento y sus gracias hicieron que su primer dueño las advirtiese. Menzicoff, favorito del czar, la vió en la casa del general, la pidió y la consiguió; y Pedro la halló en casa de este. Era conocidamente la suerte de esta muger que no la

Digitized by Google



Digitized by Google

fueron, por decirlo asi, los juegos de su niñez. Apenas podia llevar el fusil cuando juntaba los muchachos de su edad, y se iba con ellos acostumbrando á las maniobras; y los hacia pasar, como él mismo pasó, por todos los grados militares. Fué aumentándose esta tropa, y llegó á ser un ejército valeroso, á cuyos soldados conocia uno por uno.

Al mismo tiempo que este emperador era sucesivamente tambor, sargento, teniente ó capitan, se daban las órdenes, y se ejecutaban mandando Lefort, un caballero piamontés, que le habia merecido su confianza. Como el czar, sin maestro ni aprendizage, se hizo general, tomó ciudades, y ganó batallas en tierra. Asimismo, y casi sin haber visto el mar, ganó victorias navales, bien que tambien fué pasando por todos los grados de la marina. Su ejemplo alentó mucho á la nobleza, y ésta no despreció los empleos inferiores de la milicia, viendo que el emperador, muy distante de desdeñarlos, se honraba con ellos. Despues de sus primeras victorias contra los turcos y los tártaros, con el fin de inspirar á los rusos el gusto de la gloria militar dispuso que entrase su ejército en Moscou por arcos triunfales, hermoseados de pomposas decoraciones, y acompañados de iluminaciones y fuegos de artificio. Iban los generales delante del soberano, y éste llevaba en la marcha el lugar correspondiente á su grado. Concluida la alegría de la ceremonia hubo premios para los valientes, y castigos para los cobardes.

Ya por las órdenes de este emperador habian dejado las tropas el vestido largo, llevándole corto, mas desembarazado, y mas propio para sus movimientos. Con el fin de connaturalizar, digámoslo asi, estas mutaciones entre sus vasallos, envió una multitud de nobles jóvenes á viajar como él á las cortes extranjeras para que tomasen sus costumbres. Persuadido tambien á que la cortesía y civilizacion no pueden introducirse ni subsistir sino con la concurrencia de los dos sexos, dispuso asambleas, y él mismo se hallaba en ellas, animando la emulacion del adorno, del baile, de un juego moderado, y de una decente familiaridad. De este modo fué insensiblemente mudando la costumbre rusa de aquellos vestidos anchos, que no dejaban distinguir la hermosura del talle de las mugeres, y desaparecieron las barbas largas. La antigua gravedad, que parecia tristeza, hizo lugar al despejo, precursor de la alegría. Sobre esto se formalizó el clero: pero Pedro el *Grande* le minoró las riquezas, abatió su poder, y suprimió la dignidad de patriarca, cuya autoridad competia con la de los emperadores. Desterró de los casamientos la ceremonia estravagante de no verse los novios hasta aquel punto en que ya no les quedaba arbitrio para no consentir en verse enlazados para toda su vida. Á pesar de la repugnancia de la iglesia griega cismática hizo que su nacion adoptase el calendario romano, é introdujo los números árabes en su chancillería, y en las secretarías de hacienda, y de ellas pasaron al comercio: pero la mayor parte de estas mutaciones no se verificaron hasta despues que el czar dejó la Holanda. Regresaba tranquilo á sus estados, lisonjeándose con la esperanza de hacer que en ellos floreciesen las útiles producciones de todos los géneros que consigo llevaba, y estaba ya en Viena cuando un suceso imprevisto le obligó á partir precipitadamente.

Rompió en sus estados una rebelion, causada en parte por los viejos *Boyardos*, estraordinariamente adheridos á los antiguos usos, y en parte por el clero, que miraba como sacrilegios todas las innovaciones de este emperador. Bien puede creerse que Sofía desde su retiro, no se quedó indiferente, pues los revoltosos hablaban de ponerla en el trono en lugar de un príncipe, que con pretesto de civilizar su reino le tenia entregado á los extranjeros, poniéndolos á la frente en todas las administraciones. Ántes de ausentarse el czar habia dispersado los Strelitz por las fronteras, separándolos lejos unos de otros para que no se reuniesen con facilidad. No dudaban que el príncipe no les era afecto, y que tarde ó temprano habia de destruirlos. Con este recelo dejaron sus guarniciones, se juntaron en número de diez mil, y avanzaron hácia Moscou diciendo: «Que querian asegurarse de si era verdadera la noticia de haber muerto el emperador:» y demostrándoles su falsedad los regentes, procuraban con amenazas y súplicas que se volviesen; pero los Strelitz prosiguieron en su resolucion siempre avanzando. Fué preciso llegar á las manos: hubo una accion sangrienta; fueron derrotados los Strelitz, y entregaron las armas.

Llegó Pedro aun ántes que se supiese que habia salido de Alemania, y llegó determinado á usar con aquellos infelices del derecho que para el rigor le daba su sublevacion. Llenáronse al punto las cárceles; dos mil Strelitz pasaron por la mano del verdugo: á los gefes los rompieron vivos; á las mugeres cómplices las enterraron vivas, y á los demas los ahorcaron á las puertas y sobre los muros de la ciudad. Á muchos les cortaron la cabeza; y como estos castigos se ejecutaron en lo mas fuerte del invierno, se helaron al punto sus cadáveres. Á los que habian cortado la cabeza los dejaron en el suelo, tendidos en fila, y al lado de cada uno su cabeza. Los que fueron ahorcados por las murallas, ó en las avenidas de la ciudad, pasaron allí el invierno á la vista del pueblo. Todos los que se libraron del suplicio salieron con sus familias desterrados, unos á la Siberia, otros con los cosacos, en donde se los distribuyeron tierras. Á algunos particulares de los ménos sospechosos los incorporó el emperador en otros regimientos. Los Strelitz quedaron tan enteramente destruidos, que hasta su nombre fué borrado, porque el czar confió la guardia de su persona al cuerpo de cadetes que habia creado y disciplinado.

Á estos sucesos siguió la guerra con la Suecia, y debe notarse que esta guerra, con ser tan temible por las intenciones y talentos de Cárlos XII, no le impidió al czar para trabajar como siempre en las empresas y planes de adelantar su reino. Entre tanto que el rey de Suecia asolaba y destruia, juntaba Pedro el mar Caspio con el Báltico y el Ponto Euxino con la comunicacion del rio Don y del Volga. Cubria sus campos de hermosos rebaños sacados de Sajonia con sus pastores; establecia manufacturas de paños, de telas y de papel: abria las minas de la Siberia: llamaba y protegia herreros, caldereros, fabricantes de armas, fundidores y artesanos de toda especie; ponia imprentas, escuelas, y levantaba hospitales. Por último, iba edificando á Petersburgo, rival de Moscou, y aun la presencia del soberano la ha hecho la corte principal.

Lo que le determinó á emprender esta grande obra no fué la manía de ser fundador, ni la gloria esteril de sacar una soberbia ciudad del cieno de una laguna, sino el proyecto sabio de abrir la comunicacion del Báltico y hacerse considerable en Alemania, y así llevó fuerzas terribles. Mientras el sueco, refugiado á Bender, pretendia dar leyes á los turcos en sus casas, y someter el divan á su voluntad, arrojaba Pedro del trono de Polonia al monarca que habia colocado Cárlos, y volvia á restablecer á Augusto. Entre tanto tuvo el sueco destreza para empeñar á la Puerta Otomana en una guerra contra la Moscovia, y fué fortuna de Pedro que no se diese la direccion de ella á su enemigo, pues no le hubiera dejado escapar cuando el ruso, con tanta imprudencia como su rival, se espuso en las riberas del Pruth contra un ejército muy superior al suyo, como Cárlos en Pultava.

Pedro debió la conservacion de su ejército, y aun la suya, a Catalina, que entónces era su dama. Esta muger, que llegó á ser tan ilustre, parece no haber conocido á su padre y apénas á su madre, ni el lugar de su nacimiento. Casada en la flor de la edad con un soldado sueco, cayó en manos de los rusos cuando tomaron la ciudad de Marienbourg en Livonia, que tal vez seria su patria. Pasó á las cocinas del general, y su talento y sus gracias hicieron que su primer dueño las advirtiese. Menzicoff, favorito del czar, la vió en la casa del general, la pidió y la consiguió; y Pedro la halló en casa de éste. Era conocidamente la suerte de esta muger que no la

Digitized by Google

mirasen con indiferencia. Gustó su espíritu al emperador; y acercándose á su persona comprendió maravillosamente su carácter, y se apoderó de su genio, de modo que lo sosegaba en sus iras, le consolaba en sus penas, y cuidaba de su salud. Él hallaba en Catalina los cuidados de una amiga, las complacencias de una dama, y el recurso de un escelente consejo.

Por fortuna la habia llevado consigo en su espedicion contra los turcos. Representémonos á este grande hombre aterrado con su desgracia, y á la vista de un ejército mucho mas numeroso, estando el suyo sin víveres ni medio de retirarse. Se abandonó solo en su tienda á sus dolorosas reflexiones, sin permitir que nadie entrase. Penetró Catalina adonde él estaba, sin embargo de que no habia órden, y consiguió que la diese una carta para el gran visir. Dispuso acompañar la carta con ricos presentes, sacrificando su pedrería; fué ella misma á tratar de composicion, y consiguió condiciones, duras á la verdad, pero muy ventajosas en aquellas circunstancias, pues libraban á Pedro y á su ejército del estado mas funesto.

Por una de las condiciones exigia el gran visir que le entregasen á Cantemir, príncipe de Valaquia, con sus cortesanos, por quejas que de ellos tenia la Puerta; pero Pedro, á pesar del peligro en que se hallaba, respondió: «Mas quisiera yo perder la mitad de mi imperio, pues me quedaba la esperanza de recobrarla; pero el honor, si una vez se pierde, es irreparable.» Premió este servicio de Catalina dándola la mano, y poniendo en su cabeza la corona imperial. No habia cosa mas comun en Rusia y en los reinos del Norte que estos casamientos entre los soberanos y las hijas de sus vasallos. Pero no se halla en los anales del universo otro ejemplar de una pobre extranjera, hallada en las ruinas de una ciudad entregada al saqueo, que llegase á ser soberana del imperio, en donde habia sido cautiva. Estaba reservado para Pedro el *Grande* reconciliar de un modo tan ruidoso el mérito con la fortuna.

No es pequeño motivo de elogio en Catalina, madrastra de Czarowitz, hijo de Pedro, no haber tenido parte alguna en la catástrofe que hizo descender al sepulcro á este príncipe todavía jóven. Su natural indolencia, lo irregular de su conducta y una declarada aversion á los extranjeros, dieron á su padre tan mala opinion de él, que decia: «Si no se corrige será preciso quitarle el cabello y encerrarle en un monasterio.» Quiso esperimentar el emperador si mudaba de costumbres con casarle, y le dió por esposa una princesa alemana, amable, benigna y dotada de las mejores prendas; pero el porte brutal de su esposo la causó pesadumbres, que despues de algunos abortos la quitaron la vida.

Viéndose libre de este freno se entregó sin reparo á sus desarregladas inclinaciones: se acompañó con lisonjeros, aduladores, y hombres de malos consejos aborrecidos de su padre. En la representacion que produjo Pedro, acusando á su hijo, dice que lo habia advertido, suplicado, y aun amenazado de desheredarle. Sin duda desagradaron al príncipe estas amenazas, y se aprovechó de un viaje que hizo su padre á Dinamarca para dejar la Rusia y salvarse en Alemania. Le recibió bien el emperador; pero le dió á entender que no queria por servirle esponerse á una guerra con el czar que le reclamaba. Despues de algunas negociaciones por las que es claro que el hijo se confesó culpado, pero nó que el padre le hubiese prometido el perdon, volvió el Czarowitz á Rusia.

Cuando llegó le entregó el emperador á un tribunal de justicia que creó espresamente. No le acusó de delito alguno directamente contra su persona; pero en el acto de desheredarle, insistió principalmente en la certidumbre de que habia de destruir cuanto el habia hecho para bien de su nacion, y arruinar todas sus instituciones civiles y militares, poniendo á su pueblo en peor estado que ántes; y en consecuencia de esto le declaró indigno del trono.

Los jueces pasaron mas adelante porque le condenaron á muerte. Solamente algunos dias sobrevivió el Czarowitz á la intimacion de esta sentencia, y hay historiadores que dicen haber perecido con hierro, lazo ó veneno; pero es mas verisimil que solo el miedo de la muerte, y las amargas reflexiones sobre su desgracia, le causaron una revolucion interior de que murió. Pidió que le dejasen ver á su padre, y el czar acudió apresurado: le perdonó, y le dió con ternura la bendicion paternal que pidió el hijo. Visita fué ésta bien dolorosa: y la hubiera sin duda evitado un padre con un hijo que hubiese podido reconvenirle con que moria víctima de su crueldad.

Siendo Pedro severo con su propia familia, en lo que pertenecia á mantener el órden establecido en su gobierno, no podia ser indulgente con los otros. Sus mas amados favoritos le hallaban siempre inflexible en lo tocante á la administracion. Los superiores respondian de los que ellos empleaban; y en caso de contravencion, los castigaba á proporcion del delito de su clase. No puede dudarse que la eleccion que hizo de Catalina para sucederle, no tanto fué efecto de su amor cuanto de su estimacion, y la persuasion en que estaba de su capacidad y propension á sostener sus instituciones.

Todas las acciones del czar se dirigian á asegurar en su nacion los usos que en ella habia introducido; y para consolidarlos se valia de lo cómico como de lo serio. Un dia convidó á los señores y damas de su corte á la boda de uno de sus bufones, y mandó que todos se vistiesen á la moda antigua. Sirvieron la comida como solian doscientos años ántes. Fuese supersticion ó estravagancia, era regla entónces que no se encendiese fuego en dia de bodas, aunque hiciesen los mayores frios; y mandó el czar que se observase escrupulosamente esta costumbre. En semejantes ocasiones no bebian vino los rusos sino solamente hidromiel y aguardiente, y por mas que los convidados se quejaron no permitió el emperador otros licores, diciéndoles: «Este fué el uso observado de vuestros mayores, y siempre son mejores las costumbres antiguas.» Semejantes escenas las ennoblece el fin; y si bien se reflexiona, tan grande parece el czar en aquella concurrencia del bufon, como cuando rodeado de sus soldados, adornados de coronas, recorria como triunfador por las calles de una nueva capital para escitar y perpetuar en sus pueblos el gusto de las artes y la emulacion de la gloria.

La vida de Pedro el *Grande* fué como se ha visto, una continuacion del trabajo útil aun en sus diversiones. Bien pudo ser curiosidad la visita de la Francia que no habia visto en sus primeros viajes; pero se advirtió que entre los objetos de su curiosidad principalmente fueron los que mas interesan, cuales son las artes, las ciencias y el comercio. Todavía se advirtió cierta rusticidad en su cortesanía, y no se dejó de traslucir que los franceses le parecian un poco frívolos. Los verdaderos sabios y los hombres de estado observaron en el un juicio sólido, mucha variedad de conocimientos, y una profunda política, ciencia que le sirvió tanto como las armas para la estension de su imperio, pues por ella se puede decir que tuvo el cetro de Asia y de Europa. Al contar sus acciones parecerá que vivió mas de un siglo; pero murió á los cincuenta y tres años (1725).

Compró Catalina los mas preciosos mármoles, y llevó de Italia los mas sobresalientes escultores para erigir un mausoleo digno de este héroe. Le adornó con emblemas, con inscripciones, y con un epitafio que comprendia toda esta historia; pero esta misma historia se ve representada en accion en una medalla que hizo grabar, y distribuyó con abundancia entre los embajadores extranjeros y los grandes de su imperio. Por un lado se ve el busto del emperador, y al reverso la emperatriz con la corona en la cabeza: á su lado una mesa con un globo y un cetro: delante una esfera, cartas de marear, planes, instrumentos de matemáticas, armas y un caduceo. En distancia se levanta un edificio en la ribera del mar. Allí se ve un arsenal y un navío á la vela. Pedro el *Grande*, entre nubes, llevadas por la inmortalidad, está

mostrando tantas riquezas á Catalina, y la dice: «Mira cuánto te he dejado.»

Si el legado era digno de Pedro, Catalina hizo ver que le merecia. Así el pueblo como los soldados asociaban con gusto estos dos nombres, y gritaban: «Si murió nuestro padre, todavía vive nuestra madre.» Esta señora habia tenido del emperador Pedro I muchos hijos: solas dos hijas Ana ó Isabel Petrowna, sobrevivieron, y ocupan su lugar en la historia. Debiera haber sucedido en la corona el hijo del desgraciado Alexiowitz; pero ni aun se pensó poner en duda el derecho que tenia Catalina por la suprema autoridad del difunto emperador su esposo. Al punto la prestaron juramento de fidelidad el senado y la milicia, y la obedecieron todos desde aquel instante como si hubiera tenido la corona.

Con decir que durante su administracion no se advirtió que el imperio habia mudado de cabeza, queda hecho en pocas palabras su elogio. Su zelo infatigable por el bien de sus vasallos y su agradecimiento le empeñaron en seguir escrupulosamente el plan de su difunto esposo para civilizar á su pueblo. Parecia que el genio de aquel gran príncipe se habia pasado á ella, dirigia el gobierno, y velaba sobre la gloria del imperio. Miró con particular cuidado por el hijo de Alexiowitz, que era el único príncipe que habia de la sangre de los czares; y para abrirle el camino al trono le declaró gran duque de Rusia. Siguiendo las intenciones que el difunto habia manifestado al morir, casó á su hija Ana Petrowna, que era la mayor, con el duque de Holstein. Debe escribirse en los anales de las letras que fué Catalina la que abrió la academia de Petersburgo, no habiendo tenido tiempo su esposo para darla la última mano, y que presidió á la primera sesion. Como si no tuviera ya que hacer mas con este acto solemne, que echaba el sello á la gloria de su difunto marido, murió á la edad de treinta y ocho años, y dos despues que él (1727).

Dejó el trono á Pedro II hijo de Alexiowitz, bajo de un consejo de regencia. Á la frente de éste puso al Menzicoff, ejemplar como ella de los caprichos de la fortuna; pues siendo muchacho pregonaba bollos por las calles de Moscou; y con una respuesta ingeniosa agradó al emperador, y le recibió en su comitiva. El jóven bollero manifestó proporcion para diferentes empleos, y subió de grado en grado hasta el de general, siempre con la confianza de su señor. En la casa de éste halló Pedro á Catalina, y siempre se acordó ella de haber sido suya; pero no se cree que conservase con él mas conexion que la del reconocimiento, y así lo acreditó confiándole la principal parte en la tutela de su sucesor. Dejó encomendado que casasen á éste con una de las hijas de Menzicoff; pero el príncipe jóven, por influjo de los enemigos del ministro, le despojó de todos sus bienes, y le desterró con toda su familia á las estremidades de la Siberia. Murió de viruelas Pedro II á los diez y seis años de su edad, un dia ántes de casarse con una de las primeras doncellas de Rusia (1730).

Habian quedado dos princesas, hijas del emperador Juan, hermano mayor de Pedro, á saber, Catalina Iwanouna, esposa del duque de Meklembourg, y Ana Iwanouna, hermana menor, y viuda del duque de Curlandia. Dió á ésta la preferencia el consejo congregado de los señores, porque podia volver á casarse con algun grande del pais, y dar al trono un heredero ruso. La prescribieron condiciones que limitaban mucho su autoridad; pero ella supo despues librarse de esta sujecion.

Fué la primera de las cuatro princesas que han ocupado sucesivamente el trono de Rusia. Como nunca falta malignidad en las cortes, se dijo, que tenia grande inclinacion á la galantería, aunque variada en grados diferentes; y por ser Ana de temperamento robusto y corpulento, se dice que no fué delicada en este punto.

Cuando se vió sólidamente establecida en el trono llamó de Curlandia á Ernesto Juan Biren, su favorito principal, que era nieto de un palafrenero; pero su padre, que, del mas bajo servicio de la caballeriza, llegó á ser caballerizo, dió buena educacion á tres hijos que tenia. Ernesto, que era el mayor, fué adelantando en la corte; y no contento con riquezas, aspiró á las dignidades; mas por ser demasiado conocido fué desechado por el cuerpo de la nobleza, con la cual pretendió alianza. Igualmente rechazado en la corte de Petersburgo, en donde probó fortuna, volvió á Curlandia y tuvo la felicidad de agradar á su soberana.

Viéndose con el favor de ésta se acordó de los desprecios que habia sufrido en Rusia y en su patria. Se vengó de los primeros, haciendo que muriesen en un cadalso, con pretesto de conjuracion, la mayor parte de los señores moscovitas que le habian sido contrarios. Á los segundos los castigó haciéndose nombrar duque de Curlandia, y soberano de los que le habian despreciado. Se mostró Biren muy capaz para los negocios, y los seguia con la mayor firmeza, con la cual hizo glorioso en los paises extranjeros el reinado de Ana Iwanouna; pero lo interior del suyo fué manchado con sangre humana, bajo una princesa naturalmente buena y enemiga de violencias. Biren supo determinarla á persecuciones y la dominó hasta el fin, tanto que al morir esta señora consiguió que dejasen algunas disposiciones, con las cuales contaba él para perpetuarse en la autoridad.

Ana, por una especie de restitucion, llamaba á sucederla á su sobrina Ana de Meklembourg, hija de aquella Catalina, hermana mayor, privada del trono de Rusia cuando se dió á Ana. La princesa de Meklembourg se habia casado con un príncipe de Brunswick, del cual tuvo un hijo llamado Ivan; y la emperatriz Ana declaró gran duquesa á su sobrina, y emperador al sobrino. Toda esta disposicion la inspiró Biren, el cual se hizo nombrar por testamento regente del imperio y tutor del jóven príncipe, con la esperanza de reinar en su nombre largo tiempo; pero la gran duquesa le suplantó: y haciéndole condenar á muerte, conmutó la sentencia en destierro á la Siberia.

Á esta princesa nos la pintan muy descuidada, y sin otra ocupacion que la sensualidad. Una favorita, llamada Julia Mengden, mereció su entera confianza, y la conservó unas condescendencias, que fueron objeto de crítica. Un conde de Linar, enviado de Polonia, entraba con tanta familiaridad que no le agradaba á su esposo el duque de Brunswick, y manifestó ésto su descontento; pero la favorita se casó con Linar para que tuviese en palacio entradas libres y exentas de sospecha. El público estuvo muy lejos de engañarse con esta astucia, pues la gran duquesa, enemiga de sujecion, cuando la contenian se abandonaba á su pasion sin respeto á lugares ni á circunstancias, y por una consecuencia de su descuido no puso la menor atencion, por mas que se lo advirtieron, en las intrigas que al rededor de ella se iban formando.

Tenia una tia llamada Isabel Petrowna, hija de Pedro el Grande y de Catalina, nombres siempre amables para los rusos. Bajo los descendientes del emperador Juan habia vivido la hija de Pedro, contenida en la obscuridad, pero estimada por su prudencia. Á ésta llamaron al trono los grandes, despreciando un gobierno sin vigor, y nó sin escándalo, y subió al trono sin efusion de sangre. No se habia visto revolucion mas tranquila, pues parecia que no habia tenido parte en ella la ambicion ni otras pasiones. La gran duquesa, su esposo, y el emperador su hijo, fueron sorprendidos en su cama. Se habia resuelto enviarlos á Alemania; pero deteniéndolos en las fronteras los encerraron en una fortaleza. Salieron de ella los dos esposos; y su hijo, nacido en la púrpura, vivió en duro cautiverio hasta la edad de veinte y cuatro años (1741).

De esta princesa dice el historiador de Rusia, que era de espíritu vivo, juguetón y penetrante, que solia decir á sus confidentas: «No estoy contenta sino cuando estoy enamorada.» Hablaba muchas lenguas, gustaba del buen órden y magnificencia, preferia todos los estilos franceses, y la repugnaba la crueldad. «Ninguno podia verla sin amarla, prosigue el historiador: se sonreian en ella el placer, las gracias y la felicidad. Cal-

maba el dolor al eco de su voz: con su presencia el secreto de los infelices irresistiblemente se ponia en sus labios; y parecia que al salir las lágrimas se pasaban al corazon de la reina, y ella las disminuia con su sensibilidad ántes de enjugarlas para siempre.»

Los talentos políticos de Isabel no fueron inferiores á sus prendas benéficas: á ella debió el gabinete de Petersburgo el ascendiente que tomó en los negocios de Asia y de Europa. Nombró por sucesor suyo á su sobrino Pedro de Holstein, y le dió por esposa á Sofía Augusta, princesa de Anhalt-Zerbs, la cual, iniciada en la religion griega cismática, en la ceremonia de su coronacion recibió el nombre de Catalina. Este nombre no fué ménos ilustre en la segunda que en la primera. Al casarse se la declaró grande duquesa de Rusia, y quedó arreglado que si sobrevivia á su esposo le sucederia en la corona.

No fué feliz este matrimonio. Tenia la princesa catorce años, y estaba el gran duque en la flor de su edad: en ambos se advertia á los principios grande deseo de estar juntos sin testigos importunos y curiosos: se retiraban de la corte muchas horas del dia, como si las noches no fueran suficientes para la vivacidad de sus afectos. Todo el imperio esperaba ver un heredero no creyendo que dos esposos jóvenes gastasen aquel tiempo en hacer el ejercicio militar con un fusil al hombro como sucedia. Contando estas menudencias, solia decir Catalina: «Me parece que yo seria buena para otro empleo:» y con efecto, la gran duquesa juntaba en su fisonomía y su presencia la magestad y la gracia. Dominaba no obstante la gravedad; pero sin escluir ciertas señales que anuncian el deseo de agradar. Todo lo contrario se veia en el gran duque, porque era feo y ridículo en todos sus modales. Afectaba el trage prusiano; pero era estremado en la forma que lo llevaba. Un disforme sombrero estravagantemente armado cubria su pequeño rostro, feo al mismo tiempo y maligno; y tenia el mal gusto de desfigurarse con gestos continuos á que se habia acostumbrado por diversion. No le faltaba espíritu, pero tenia poco juicio; y así decian de él, *que apreciaba lo grande con pequeñez*. Su héroe era el rey de Prusia, ó por mejor decir, era su divinidad; pues se le vió arrodillado delante del retrato de Federico, esclamando: «Hermano mio, nosotros conquistaremos juntos el universo.»

Pasaron muchos años sin que el afecto conyugal, mal cultivado, hubiese producido algun fruto. Unos dicen que, cansada Catalina de las estériles caricias de su esposo, se procuró la maternidad con un señor jóven de su corte; pero otros cuentan estos amores con unas circunstancias que les dan cierto aire de novela. Era preciso, dicen, un heredero del trono: le deseaba la política de la czarina Isabel para que olvidasen los moscovitas al príncipe Ivan, cuyos derechos á pesar de su cautiverio, tenian todavía partidarios. Sospechas de algun defecto natural del czar hacian perder las esperanzas de ver descendencia suya; y se resolvió en un consejo secreto hacer pruebas de la complacencia de la gran duquesa. Alentaron á un jóven cortesano, que era el conde de Soltikof, de bellísima figura, á cuyo favor parecia advertirse en la princesa cierta disposicion á que fuese su amante; pero como ésta no pasase de ciertos indicios de preferencia, la dieron á entender de parte de la emperatriz, su tia, la necesidad de asegurar el trono con el nacimiento de un heredero. Representó ella que era precaucion inútil; pues por la cláusula del contrato matrimonial, si llegaba su marido á morir, la pertenecia por derecho reemplazarlo. Pero si no dejaba heredero, la replicaron, ¿qué será del imperio? ¿Qué alborotos no le amenazaran? Tenia Catalina mucho amor á los pueblos sobre quienes debia reinar, para esponerlos á estas desgracias, y así dijo: «Ahora bien, que venga esta noche.» Lo mas singular en esta noticia, si es verdadera, es que el encargado de tan honorífica comision para con la princesa era el personage mas grave del estado, y nada ménos que el gran canciller de Rusia. La gran duquesa tuvo un hijo, y pudo lisonjearse Isabel, ántes de morir, de que su trono, por falta de heredero conocido, no quedaba espuesto á los movimientos que trastornan tal vez los imperios.

Cuando no se dudó que la gran duquesa estaba en cinta dieron á Soltikof una embajada, que afligió mucho á la princesa; pero se consoló con un amante de su eleccion, que fué el conde de Poniatowski, noble polaco, á quien habia llevado consigo á Rusia el embajador de Inglaterra. Era de buena disposicion y muy amable. Agradó á la gran duquesa en una visita secreta que le hizo disfrazada; y en ella resolvieron que para ponerse á cubierto de todo azar por el privilegio de inviolabilidad emanado del derecho de gentes, se retiraria Poniatowski á Polonia, y volveria con la dignidad de embajador. No fué inútil esta precaucion; pues le sorprendió el mismo gran duque al tiempo que iba entrándose al cuarto de la gran duquesa, y los derechos de su carácter le libraron del primer movimiento de furor. Se dice que tuvo Catalina valor de confesárselo todo á su marido, escusándose con que eran represalias merecidas por la conducta de un esposo que mantenia públicamente una dama. Prometió Catalina mirar por ella, y, lo que no habia hecho el gran duque, la señaló una pension. El mismo gran duque, á peticion de su dama, contentándose con que llamasen de Polonia á Poniatowski, le dejó que marchase.

Este golpe fué tan sensible para Catalina, que se dice que toda bañada en lágrimas se arrojó á los piés de la emperatriz para que no permitiese que la quitasen su amante; pero Isabel, aunque sus flaquezas la hacian compasiva de las agenas, no se atrevia á dejar en su familia un motivo de discordia, que podia tener funestas consecuencias; y se negó á este ruego.

Desde este punto empezó la gran duquesa á vivir en la corte como en un desierto, sin tener conexiones conocidas sino con mugeres jóvenes, que por las gracias de su figura no habian sido bien recibidas en la corte anterior. Se levantaba siempre ántes de amanecer, y estaba dias enteros entregada á la lectura de buenos libros franceses: frecuentemente estaba sola, y nunca por mucho tiempo en la mesa ni en el tocador; pero en este tiempo fundó toda su grandeza. Se la oyó muchas veces que cuanto sabia de intrigas lo habia aprendido de una de sus damas, que parecia la mas indolente y simple. Entónces aseguró amigos para los casos de necesidad; y todas las personas de importancia se lisonjearon de que segun las secretas conexiones que conservaba con ellas, llegarian con el tiempo á valer mas si ella gobernase; y que al fin, cubriendo algunas aventuras el velo de una pasion desgraciada, podrian varios lograr en su corte la plaza de favorito. En esta disposicion se hallaba cuando murió la emperatriz Isabel á 5 de enero de 1762.

El gran duque tomó el cetro con el nombre de Pedro III, y con este motivo se acercó á el su esposa. Ésta le dió buenos consejos, y al principio pareció que los admitia; pero fuese por malos influjos, ó por antiguos resentimientos, no tardó en manifestarla su mala voluntad. Casi negó al hijo, pues no le reconoció por sucesor; y dió á entender, que lo ménos que podia hacer con la madre era divorciarse, desterrarla ó encerrarla.

Empezó su reinado por mutaciones efectivas, y anuncios de proyectos, que asustaron é inquietaron á todos los órdenes del estado. Solo la nobleza, pudo consolarse con algunas concesiones de exenciones y privilegios; pero los quebrantó casi al mismo tiempo de concederlos. Advirtieron que pensaba en reformar el clero, quitarle los bienes, y de propietario que era reducirle á pensionista. El código prusiano, llamado de Federico, se publicó de su órden en sus estados, y obligó á su observancia: lo cual descontentó generalmente á los moscovitas, como tan adheridos á sus antiguas leyes. Tambien hizo el desacierto de irritar al regimiento de guardias, queriendo sujetarle al ejercicio prusiano, precisándole á seguirle á Alemania en una guerra inútil, que emprendió por solo el entusiasmo con que miraba al rey de Pru-

sia, cambiando el servicio tranquilo del palacio con los penosos trabajos de la campaña. Por último llamó á todos los desterrados de los reinados anteriores, sin advertir que rara vez el hombre que ha tomado el gusto á las intrigas, deja de volver á ellas luego que halla ocasion.

Entre tanto que el emperador suscitaba contra sí la indignacion y el desprecio con sus estravagancias, reformas intempestivas, y aversion a las costumbres de su pueblo, se iba conciliando la emperatriz el afecto y la estimacion con su afabilidad, igualdad de conducta, y gran cuidado en observar las prácticas civiles y religiosas del gusto de los moscovitas; bien que privadamente suavizaba el rigor de la etiqueta con las aventuras de que hemos hablado. Entre éstas puede darse el primer lugar á su amistad con Orlof, á quien distinguió á pesar de ser de una nobleza poco cierta; pero era tal vez el mas hermoso del imperio. Admitido con gran secreto por una camarera confidente, estuvo por mucho tiempo creyendo que servia á una muger de la primera distincion, pero nunca sospechó que fuese la emperatriz. En la pompa de una ceremonia reconoció en el trono á la que favorecia en secreto.

La inteligencia de los amantes, que con las señales en que se habian convenido se manifestaba para ellos en las acciones mas claras, siempre se ocultó á los curiosos, y aun á la princesa de Askoff, dama jóven, á quien Catalina confesaba que debia toda su ciencia en el arte de ocultar el corazon. Al mismo tiempo se vió, por un feliz concurso de circunstancias, que Orlof era igualmente proporcionado para los negocios; pero las miras que llevaban la confidente y el favorito, trabajando uno y otro por el buen éxito del proyecto que meditaban, eran absolutamente diversas. Orlof pretendia que su soberana tuviese una autoridad despótica, y la confidente que con preferencia gustaba de los embajadores de las repúblicas, no queria contribuir á escitar partidarios á favor de la emperatriz, sino con la esperanza de que viéndose sola en el trono pondria límites á su poder con algun consejo ó senado, y otras formalidades republicanas. La emperatriz la dejaba en esta misma esperanza, que la alentaba á ganar á los grandes señores con el cebo de ser admitidos á la participacion del gobierno. Orlof por su parte, como oficial de guardias, favorecido de dos hermanos que estaban en el mismo cuerpo, y con la caja de la artillería que la emperatriz habia hecho entregarle, iba ganando á los soldados con dinero, regalos y promesas. Los dos ocultos conciertos se encaminaban á un mismo punto, dirigiéndolos la emperatriz sin que la princesa de Askoff supiese que tenia compañero; y aun lo ignoró hasta que la necesidad de las circunstancias puso á Catalina en la precision de reunir sus esfuerzos mas al descubierto.

Estaba ya Pedro para partir al Holstein, en donde se reunia su ejército para juntarse con el rey de Prusia; pero se hablaba de que ántes de su partida habia de verificarse un gran suceso. Se decia que tenia intencion de declarar por sucesor suyo al príncipe Ivan; y era cierto que habia hecho traerle á una fortaleza de Petersbourg; que habia ido á visitarle; que queria desconocer por hijo al jóven gran duque; y á la verdad, habia hecho llamar de los paises extranjeros al conde Soltikoff, aquel primer amante que habian dado á la emperatriz, por la supuesta necesidad de asegurar la sucesion. La dama del emperador, que por una notable singularidad era amiga de la princesa de Askoff, afectaba esterioridades activas; y no ocultaba su ambicion. Añadian á esto que la intencion de Pedro era hacer divorciar en un mismo dia doce de las mas jóvenes y mas hermosas damas de su corte, que habia llevado á Oranienbaun, casa de placer, á doce leguas de Petersbourg. Por último, no habia noticias, por mas absurdas que fuesen, de las cuales no corriese voz, y todas eran creidas, porque todo lo hacia posible la inconsecuencia, estravagancia, é imprudencia de Pedro.

Entre los sustos con que afligian al pueblo, esparcieron diestramente el de que la emperatriz estaba en peligro. Se habia retirado ésta á Petershoff, palacio de campo á ocho leguas de Oranienbaun, para que su distancia de la capital previniese las sospechas que los pasos precisos suscitan algunas veces en el momento de la ejecucion de semejantes empresas. Con efecto, uno de los principales cómplices cometió una indiscrecion, que dió motivo á que le arrestasen. Con esto se tomó la resolucion definitiva, sobre que hasta entónces vacilaban.

El 8 de julio de 1762, á las nueve de la noche, envió á llamar la princesa de Ascoff al conde Panin, ayo del gran duque, y le propuso, que en el instante se empezase la revolucion. Á él le pareció que era mejor dejarla hasta que amaneciese, mientras se daba parte á la emperatriz. Como á la media noche, esta misma muger, jóven de diez y ocho años, se vistió de hombre, montó á caballo, y fué á apostarse en un puente, que sabia ser la concurrencia ordinaria de los conjurados. Allí se hallaba Orlof con sus hermanos y algunos otros. La novedad de la prision de su cómplice les causó una especie de estupor; pero al primer susto sucedió la repentina resolucion de poner al punto manos á la obra.

Señalaron los puestos, y quedaron prontos los principales cómplices que habian de obrar, grandes y pequeños. Uno de los Orlof fué volando á Petershorff, y por entradas secretas penetró al cuarto de la emperatriz, la despertó con sobresalto, y la dijo: *Venid señora, el tiempo urge*, y desapareció. Ella se vistió como pudo, volvió Orlof con un carruage que siempre tenian pronto en una casa vecina: entró en él Catalina con una camarera; ó iba él solo delante, y un soldado detrás sin mas escolta.

Orlof, el favorito, la salió al encuentro á alguna distancia de Petersbourg, y dijo á gritos: *Todo está pronto*, y volvió á correr delante. Llegaron al amanecer: reinaba en toda la ciudad el mayor sosiego, y era necesario atravesarla para llegar á las casernas. Creia la emperatriz ser recibida por el regimiento sobre las armas, y solo se presentaron unos treinta soldados, que apenas se habian vestido. Esta especie de soledad la asustó de modo que se quedó pálida, pero muy presto se presentaron en fila los soldados, á quienes sus gefes llamaron y despertaron. Consiguió que la hiciesen juramento de fidelidad sobre un crucifijo que llevó el capellan del regimiento. Acudieron los señores de la conjuracion, y ántes de las once de la mañana ya rodeaban la emperatriz mas de diez mil hombres, entre soldados y otros que gritaban *hourá*. Esta palabra no tiene precisa significacion, y sirve igualmente en todos los sucesos que inspiran alegría. En toda aquella multitud tal vez no pasaban de treinta personas las que sabian por qué la pronunciaban, ni si seria para proclamar emperador al gran duque, ó regente á su madre, ó para dar á ésta la enhorabuena de haberse librado del hierro asesino de su esposo, ó por alguna victoria, ó cualquier otro motivo de contento.

Tambien se esparció la voz de que el emperador habia muerto; y se vió en la plaza un convoy que la atravesó con lentitud, y se perdió entre la gente. Vieron despues á los gefes del clero ruso, todos ancianos venerables, que llevaban los ornamentos de la consagracion. Pasaron gravemente por entre el ejército, que por respeto guardaba profundo silencio, y subieron al palacio para consagrar á la emperatriz.

Á las ceremonias graves de la religion sucedió un tocador guerrero, por decirlo así. Se vistió Catalina el antiguo uniforme de guardias: tomó con mucha gala de los señores que la rodeaban, del uno la espada, del otro el sombrero, de otro las órdenes militares: se hizo servir una comida ligera; saludó con un vaso de vino al pueblo, que la estaba mirando, y que la correspondió con una larga aclamacion, le presentó su hijo, se hizo reconocer por los gefes del ejército, montó á caballo, y partió á su frente, acompañada de la princesa de Askoff, vestida de guardia. Á las seis de la tarde estaba todo sosegado en Petersbourg sin la menor señal de agitacion.

Iba á pelear contra su marido. Partió de Oranienbaun este príncipe el 20 de julio con su tropa de locos para Petershorff, y contaba con pasar allí algunos dias en di-

Digitized by Google

versiones ántes de presentarse á su ejército. Un espreso, despachado de aquel palacio, le dijo que la emperatriz habia desaparecido. Avanzó no obstante; y llegando al palacio un enviado, que á pesar de las precauciones para que ninguno saliese, se habia huido de Petersbourg, le dió imperfectas noticias de la revolucion, y se las confirmaron otras que sucesivamente fueron llegando. Supo que avanzaba la emperatriz al frente de un ejército: se apoderó de la tropa la consternacion, se turbó el emperador: ordenó, prohibió, pedia consejos, ya los adoptaba, ya los despreciaba. Solo uno convenia en aquellas circunstancias, y era el que daba el general Munick, de ir al punto á apoderarse de la division de la armada que habia en Cronstadt, y que ésta tranportase al czar á Revel, en donde estaba la otra division para pasar en sus navios al Holstein, en donde le esperaba su ejército, y volver á la frente de él para pelear contra su esposa sublevada.

Despues de disputas, que solo sirven para perder el tiempo, aprobó Pedro el consejo: puso toda su tropa en los yacks: bajó por el rio, y se puso delante de Cronstadt, pero ya era demasiado tarde, porque la guarnicion, ganada por un emisario mas activo que el emperador, no quiso recibirle, y le precisó á retirarse. Volvió Munick á aconsejar que fuésen á Revel: representó la tropa asustada, que no habia remeros suficientes; *¿y qué?* dijo, *nosotros mismos remaremos*. Pero no era resolucion conveniente para unos cortesanos jóvenes, que solo entendian las partidas de recreo. Tanto insistieron, que consiguieron del emperador que se echase pié á tierra con pretesto de defenderse en algunas malas fortificaciones del castillo de Oranienbaun, construidas en otro tiempo para diversiones militares. Apenas se vieron allí cuando les dijeron que estaba para llegar el ejército enemigo reforzado con muchos cuerpos de las tropas destinadas para el de Holstein. Viéndose Pedro tan estrechado escribió á su muger, pidiendo que le permitiese retirarse con su dama al Holstein; pero la contestacion de Catalina fué enviarle una fórmula de renuncia, mandando que la firmase. Munick le dijo indignado: «¿No sabreis morir como emperador á la frente de vuestras tropas? Si temeis las cuchilladas, tomad en la mano un crucifijo, y no se atreverán á tocaros, que yo me encargo del combate.» Inútil fué esta representacion: pues persuadido á que no habia otro recurso, se puso en camino para presentarse á Catalina en el castillo de Petershoff, de donde habia salido ella dos dias ántes fugitiva, y volvia á entrar triunfante.

Así que los soldados vieron al desgraciado príncipe, esclamaron unánimes: *Viva Catalina*. Fué pasando el emperador por medio del ejército con el despecho en el rostro y la rabia en el corazon. Al subir por la escalera del castillo separó los pocos cortesanos que le habian seguido, y le quitaron la dama. Le llevaron á un cuarto, y le dijeron con mucha sequedad: *Desnúdate*. El mismo se quitó el vestido, arrojó la espada, se despojó de las insignias de su dignidad, y se quedó en camisa hecho el objeto de las risotadas de los soldados. Despues de una escena de tanto abatimiento, le hicieron partir á Robschak, castillo á seis leguas de Petersbourg.

Dos dias despues, uno de los Orlof, y el mas vigoroso de los tres hermanos, fué allá con un compañero robusto y determinado como él. Dijeron al emperador que iban á comer á su mesa: y segun la costumbre de Rusia empezaron por un vaso de aguardiente, en que le dieron veneno. Lo advirtió el czar en el fuego que le devoraba las entrañas, y no quiso tomar otro vaso que le presentaron. Queriendo que por fuerza le tragase, se resistió cuanto pudo; pero los dos convidados le arrojaron al suelo, y le ahogaron con un cordel. Se volvió Orlof á palacio en donde estaba la emperatriz comiendo: se presentó desmelenado el cabello y desaliñado el vestido: hizo una seña á Catalina, ésta se levantó, pasó con él á un gabinete, en donde estuvo por un instante, y volvió con serenidad á la mesa. Al dia siguiente se publicó la muerte del emperador, como causada por un cólico hemorroidal.

Llevaron el cadáver á Petersbourg, en donde estuvo por tres dias espuesto á vista del pueblo. Tenia el rostro denegrido, y el cuello acardenalado; pero mas bien quisieron presentarle así con peligro de las sospechas y de lo que pudieran discurrir, que esponerse al riesgo de que por no haberle bien reconocido las gentes tomase su nombre algun aventurero, y escitase en el imperio alborotos, de que ya tenian ejemplares.

Los grandes, que habian contribuido á la revolucion, esperaban, como les habia dicho la princesa de Askoff y como ella lo creia, que Catalina en subiendo al trono estableceria un senado ó consejo que limitase su autoridad, y aun algunos se persuadian á que no tomaria mas título que el de regente. Pero Orlof, que tenia seguridad en las tropas, no quiso sufrir límites en el poder de su soberana, sobre lo cual se esplicó imperiosamente, y nadie se atrevió á contradecirle. La princesa de Askoff dió á entender descontento, y aun creyó poder censurar el hecho por la intimidad de la emperatriz con Orlof, y la familiaridad que descubrió con grande admiracion suya. No fueron bien recibidas sus observaciones, se cansó de esperimentar indiferencias de aquella misma de quien esperaba grande reconocimiento, y se retiró de la corte. Nunca olvidó la emperatriz sus servicios, y así la llamó á palacio, y para tener ocupado aquel espíritu altivo, la hizo, sin ejemplar, presidenta de la academia de Petersbourg.

En los primeros dias del reinado de Catalina se introdujo el general Munick entre los cortesanos, y viéndole la emperatriz, le dijo: «Tú has querido pelear contra mí;» y él respondió: «Sí señora; pero ya es de mi obligacion pelear á favor vuestro.» Le mostró Catalina tanta bondad y estimacion, que sinceramente se aficionó á ella. Á Orlof y sus hermanos los colmó de riquezas y dignidades dándoles el título de condes. El favorito de Catalina cesó de serlo, pero quedó como ministro de la emperatriz, y no se ofrecieron asuntos grandes en que no le emplease con distincion y confianza, hasta el momento ó despues de haber pretendido públicamente la mano de la emperatriz; pretension que le dictó su orgullo, pero que fué rechazada con indignacion por Catalina. Recibió una órden de viajar, y cien mil rublos de contado, con una pension de cincuenta mil, una magnífica vagilla de plata, y una tierra con seis mil paisanos.

El reinado de Catalina II, que empezó en 1762, duró treinta y cuatro años, y fué de los mas brillantes entre los que ilustraron á la Rusia. Nada era capaz de separarla de los designios que una vez habia concebido. Determinada á efectuar los proyectos de sus antecesores sobre la Polonia, colocó en el trono de ésta á su amante Poniatowski, y supo inspirarle entera seguridad cuando introdujo sus tropas en su reino, como si no tuviese otra intencion que la de dar fuerza á la autoridad del monarca contra la de la república. Cuando él advirtió que estaba cargado de cadenas, y quiso sacudirlas, las atenciones de la amante hicieron lugar á la severidad de la déspota y así le hizo sufrir el yugo, consentir y aun concurrir á la primera division de la Polonia, que dejó el reino mas que debilitado, y por último á la segunda que le aniquiló. Nada resistió á la política de Catalina ni á sus armas: pues con la primera consiguió una influencia preponderante en Alemania y en las otras cortes de la Europa; y con sus victorias se hizo temer de los chinos, respetar de los persas, y buscar de los tártaros. El sultan de los turcos, invadido hasta en el corazon de sus estados, temió perder su capital: y Catalina estuvo ya para substituir en Constantinopla el águila de Rusia en lugar de la media luna de los otomanos, y para resucitar el imperio griego. Sus armadas, saliendo del fondo del mar Báltico, vinieron recorriendo la inmensa estension del Océano y del Mediterráneo á desafiar á los Dardanelos; y unos navios construidos en los puertos que ella misma habia abierto ó reparado, desplegaron su pabellon en los mares que el zelo otomano les habia hasta entónces prohibido.

Gustaba esta princesa de las letras, y siempre se preció de protejerlas. En el código que casi sola ella com-

Digitized by Google

puso, hay un monumento de la estencion de sus conocimientos y prudencia. Hasta la edad avanzada conservó sus pasiones y sus gustos, y aun entónces se tomaba ménos sujecion que en la juventud. Su corte era magnífica, y Catalina, agradable en su trato privado, como lo son de ordinario las mugeres galantes, sabia juntar con esto la severidad y la magestad en el público. Se cree que era asustadiza en política, y á esto se atribuyen las desgracias, destierros y precauciones escesivas, tales como la muerte de su marido y la del príncipe jóven Ivan, que murió á puñaladas en una ciudadela, sin haberse hecho justicia de los asesinos; pero es desgracia de algunos soberanos verse rodeados de gentes, que siempre los están estudiando para aprovecharse de sus temores y deseos, y apresurándose á cargarse con los delitos, que no castigan los que cogen el fruto de ellos. Cuando murió Catalina II en 1796, dejó á su hijo Paulo I un imperio, tal vez tan dilatado como el de los romanos, si no es mayor, bien que se estiende por paises de temples contrarios, de ménos poblacion y cultivo. Pero un escritor, que acaba de darnos una vida de esta princesa, dice: «La desigualdad de los climas, la falta de poblacion, y la esterilidad de una parte del suelo, no impiden á sus estados ofrecer al comercio inmensos recursos; porque como están en la Europa y en el Asia pueden fácilmente los rusos traficar con el mundo entero. El mar Caspio les sirve para la comunicacion con la Persia y la India: el mar de Zabache y el mar Negro les proporcionan la venta de las producciones del Norte en el Mediterráneo, y llevar al Norte las de Levante. El Kamstschatka les abre por una parte camino á la América, y por otra á la China y el Japon. Por último, el mar Blanco y el Báltico los ponen en relacion con la mayor parte de las naciones de Europa, á las cuales se ha hecho indispensable ya su comercio.» ¿Quién pudiera pensar cuando Juan Basiliowitz juntó bajo de su cetro, en 1462, los aduares de scitas, hunnos, sármatas y otros pueblos, hasta entónces errantes y vagos, que en tres siglos habia de llegar este imperio á ser el mas vasto y temible del universo?

Pablo I, hijo de Catalina, sucedió en el trono á su madre, mas no siguió su política. Las sugestiones de la Inglaterra y del Austria le impelieron á declarar la guerra á la república francesa, enviando un ejército á las órdenes del general Suwarow que habia hecho ilustre su nombre en las guerras contra la Turquía. Sonrióle al principio la fortuna; pero muy luego le arrebató en Zurich el general francés Massena los laureles que habia ganado en Italia. Este descalabro impresionó á Pablo I hasta el punto de inclinarle á adoptar la política de su madre que en mal hora habia abandonado. Pero, cuando iba á variar el rumbo de su gobierno, una conspiracion atroz le sorprendió en su mismo palacio, y le dió muerte violenta en 1801, á los cinco años de su reinado.

El conde de Suwaroff (1) general en gefe de los ejércitos rusos, ha sido sin duda uno de los hombres mas estraordinarios de los reinados de Catalina y Pablo de Rusia. Si no hubiese poseido el don de inspirar una confianza sin límites, y si el suceso no hubiese siempre coronado sus empresas (porque sus famosas retiradas deben tambien contarse como triunfos), no se veria en él mas que un soldado temerario, impelido por un entusiasmo ciego y salvage. Es conocido principalmente en Occidente por sus victorias en Italia en una época en que la superioridad de la Francia comenzaba á amenazar la libertad de Europa, y con este título su nombre se liga á las ideas de independencia nacional; sin embargo, no podemos considerarle mas que como un instrumento poderoso en manos extranjeras, como un soldado sediento de sangre, indiferente á la que hace correr, y á la causa que defiende, pero ambicioso de gloria; el mismo en Ismail, en Varsovia, y en medio de los Alpes, y dejando por todas partes señalado su paso por innumerables víctimas.

Suwaroff reunia todas las grandes cualidades de un general: una ojeada pronta, una rara sagacidad, y una intrepidez superior á toda espresion. Su divisa era, *adelante*, y su ejemplo apoyaba sus principios: «El puesto de un general, decia, es á la cabeza y no á la cola de su ejército.» Así en un dia de batalla era menester buscarle en lo mas recio del combate, allí en donde la seguridad de su vida no tenia otra garantía que el afecto de sus soldados. Pródigo de la sangre de los suyos como de la de los enemigos, la dejaba correr como agua.

En la campaña de 1789, en la batalla de Rimnik, en que veinte y un mil rusos y austriacos, despues de once horas de una resistencia encarnizada, derrotaron completamente un ejército de cien mil turcos, el príncipe de Coburgo, viéndose á punto de ser envuelto, escribió á Suwaroff que se le reuniese sin dilacion. Suwaroff rasga un pedazo de la misma carta y garrapatea apresuradamente esta palabra: «Voy» y despacha al edecan á su general. Todo esto se hizo en un abrir y cerrar de ojos. Al punto se pone en marcha y se presenta en el mismo instante en que se iba á empeñar la accion. El príncipe de Coburgo le suplica que conceda algunos momentos de descanso á sus tropas: «Mis hombres, dice, no lo necesitan: san Nicolás delante de mí, yo detrás de él, mis soldados detrás de mí, y dejadme cargar al enemigo. ¡Adelante!»

La actividad de Suwaroff se parecia á un acceso de fiebre continua: su genio estaba siempre revolviendo algun proyecto; y cuando pareció en Italia, los franceses encontraron en él un general y un soldado, á la vez hombre de cabeza y de manos. La inflexibilidad era tambien un rasgo distintivo de su carácter. Cuando el emperador Pablo emprendió la mudanza del uniforme de sus tropas, ó introdujo el uso del cabello largo, Suwaroff rehusó suscribir á esta reforma. «Las coletas, decia para justificarse, no son lanzas, ni los bucles son cañones.»

Su cólera, que no podia dominar, le impelia unas veces á la insolencia, y otras á la crueldad. Sin embargo, no le disgustaba que le hablasen francamente; se cuenta que un dia, arrebatado por su irritabilidad natural, castigaba sin piedad á un soldado. Un oficial jóven que estaba junto á él, dijo en alta voz: «El feld-mariscal Suwaroff nos manda refrenar nuestra cólera. —Se debe obedecer al feld-mariscal Suwaroff, respondió él.» Y al punto cesó de castigar.

Sus costumbres anunciaban un entero olvido de sí mismo: dormia sobre la paja ó sobre el heno, aun en el tiempo de su mas alta fortuna. Se divertia en hacer pedazos los muebles que adornaban la habitacion que debia ocupar, y sobre todo los espejos. Algunas veces arrancaba las ventanas: «Suwaroff, decia, no teme al frio.» Otras veces las tomaba con las puertas que hacia arrancar. «Nadie, esclamaba con altivez, se atreverá á poner el pié en el cuarto de Suwaroff.» Tal era la singularidad de sus modales, que, apuntando en lo sublime, daban en lo grotesco.

Era devoto hasta la supersticion, ó á lo ménos lo ostentaba. Los domingos y dias de fiesta leia á su familia libros de religion. Nunca dejaba de rezar sus devociones, y si encontraba un fraile ó un clérigo, le besaba la mano y le pedia su bendicion. Jamás dió la señal de combate sin santiguarse, y sin besar la imágen de san Nicolás. Adoraba las reliquias, bebia el agua bendita y comia el pan bendito. Acompañaba estas prácticas con tantos dengues grotescos, que á los ojos de ciertas gentes todas estas grandes apariencias de piedad eran moneda falsa, y una farsa verdadera. Sea lo que fuere, él inspiraba á sus soldados una especie de fanatismo nacional, y les persuadia, que si morian sobre el campo de batalla, renacerian para ocupar en otra vida mejor los puestos que hubieren deseado en ésta, y que en adelante vivirian exentos de todas las miserias humanas.

En la conversacion era grosero, brusco y estravagante. Hacia las preguntas mas estrañas y mas imprevistas, y

(1) Anales de Ciencias t. V.

queria una respuesta pronta y positiva : «¿Cuántos peces hay en este estanque?» ó «¿cuántos árboles hay en este bosque?» Tales eran sus cuestiones favoritas, y un granizo de dicterios caia sobre el interlocutor que se atrevia á responderle aproximadamente.

Indiferente en general al brillo esterior, y poco afecto á los objetos de lujo, buscaba con furor los diamantes; así, á cada una de sus victorias, la emperatriz Catalina, para alhagar su pasion, acostumbraba enviarle algunos brillantes magníficos. Llevaba á la guerra su cofrecito, y preguntaba frecuentemente á sus edecanes: «¿habeis visto mis joyas? ¿cuánto pensais que valen? ¿cuantas tengo? ¿porqué me las ha dado nuestra madre?» Y á sus ojos era un crimen irremisible el no poder responder, sin titubear, á esta andanada de cuestiones pueriles.

Suwaroff tenia la palabra breve y enérgica. Se cita un gran número de dichos suyos que tienen este doble carácter. Algunas veces daba la órden del dia en malos versos, y aun tambien los usaba en sus oficios á la emperatriz, pues le parecia bien introducir en ellos la cadencia y el ritmo. Pero esto son miserias ó inocentes estravagancias; la naturaleza de sus relaciones con sus edecanes y sus generales, es un hecho mas grave; pasamos por encima por no descender á torpezas.

Los honores públicos hechos á Suwaroff son singulares como su carácter. Catalina le recompensó como los romanos, dándole el sobrenombre de Rimnitski; y Pablo, despues de Catalina, le creó príncipe con el título de Italinski, como antiguamente Escipion recibió el sobrenombre de *Africano* del teatro de sus victorias. Al mismo tiempo un ukase imperial le proclamaba el general mas grande de todos los tiempos. Á pesar de todos sus títulos, y de la brillantez de sus sucesos, Suwaroff no nos inspira ningun sentimiento que se parezca á la admiracion, porque la admiracion supone una cierta simpatía; fué un sangriento metéoro cuyo siniestro resplandor brilló para espantar al mundo.

El autor de Waverley pretende que bajo un esterior de bufonería feroz ocultaba un conocimiento perfecto del mundo y de los hombres. ¿Qué quiere decir esto? ¿Su vida, pues, fue una larga comedia durante la cual, no dejó ni un instante el papel que habia escogido, y sus caprichos estravagantes, no son mas que artificios jugados por un hábil impostor para conseguir el cumplimiento de sus proyectos? No podemos creerlo. Á nuestros ojos Suwaroff es un Átila de un órden subalterno, á quien no ha faltado para asolar la Europa mas que un poder sin límites sobre una nueva casta de hunnos. Su memoria permanecerá manchada por las carnicerías ejecutadas en Ismail y Varsovia, y su nombre queda escrito con letras de sangre en el libro de la historia.

Los asesinos de Pablo I fueron los primeros que sentaron en el trono, y acataron en él á su hijo Alejandro. La política rusa se encaminó de nuevo á favor de la Inglaterra. Así que, en 1805, el mismo Alejandro, á la cabeza de un ejército formidable, juntándose con otro austriaco, se dirijió contra la Francia. Fuéle contraria la fortuna en Austerlitz, y tuvo el dolor de ver destrozada á sus propios ojos su brillante guardia, que era la admiracion de amigos y enemigos.

De nuevo probó los azares de la suerte, aliándose con la Prusia en 1806. Pero las batallas desastrosas de Pultusk, de Eylau y de Friedland le obligaron á firmar en 1807 la paz de Tilsitt. Volvióse entónces contra los partidarios de la Inglaterra, que poco antes eran sus auxiliares, y arrebató á la Suecia la Finlandia, cuya posesion hacia tiempo que codiciaban los rusos.

Apesar de sus dos desgraciadas tentativas contra la Francia, no pudo Alejandro avenirse á doblarse ante los caprichos de Napoleon, singularmente los que hacian referencia al establecimiento del sistema continental. De ahi se originó la guerra declarada en 1812 entre la Rusia y la Francia. Napoleon se dirigió contra su enemigo con medio millon de soldados. Nada pudo resistirle. Los rusos iban replegándose hácia el corazon de su imperio, y los franceses los acosaban sin descanso. Hicieron frente los moscovitas en Smolensko, y junto al Moskowa: pero ambas veces fueron destrozados, y en la segunda batalla perdieron cincuenta mil hombres. Mas los rusos, á medida que se replegaban, iban devastando el pais, retirando los víveres, y dejando á los franceses la tierra desnuda, y las paredes de sus moradas. Así llegó Napoleon hasta Moscou. No bien habia entrado en esta ciudad cuando los rusos, llevando hasta el fin con increible heroismo su sistema entregaron á las llamas la ciudad mas antigua del imperio, para probar al mundo que era á muerte la guerra que contra Napoleon habian emprendido. Este acto de inimitable abnegacion y patriotismo dió principio á las adversidades del emperador francés. Al calor de aquellas llamas asoladoras sucedió el frio mas intenso que en las regiones moscovitas se hubiese sentido. Bajó el termómetro á veinte grados debajo de cero. Los caballos del vencedor morian á millares; sus viejos soldados caian y quedaban sepultados entre la nieve. Napoleon emprendió su retirada, que fué una no interrumpida serie de desgracias. Los esqueletos de los soldados franceses formaron un camino desde Moscou hasta las fronteras del imperio ruso.

Alejandro habia abandonado ya la defensiva. El Austria, la Prusia, la Alemania, la Suecia se levantaron en masa para auxiliarle. En vano en 1813 hizo Napoleon prodigios de valor en Lutzen, en Dresde y en Bautzen: las jornadas de Leipsick llevaron al mismo corazon de la Francia los campos de batalla. Admirablemente se defendió en ellos Bonaparte; pero, abandonado de sus mismos generales, le fué forzoso abdicar. Su vuelta de la isla de Elba, no fué mas que el último y brillante destello de un metéoro que iba á sepultarse en la nada. La influencia rusa en Europa estuvo entónces en su apogeo Diez años reinó aun pacíficamente Alejandro, y murió en 1825 sin dejar sucesion directa.

En la época en que el emperador Alejandro, viajando segun acostumbraba, llegó á Crimea, poco ántes de su muerte, acaecida en noviembre de 1825, disfrutaba de la mejor salud, y tuvo mucho placer en contemplar el magnífico espectáculo que le ofrecian las costas meridionales de aquella peninsula, que parece reservada á tan altos destinos, y en donde la poblacion crece en una proporcion mayor que en los Estados-Unidos (1). Se complacia tambien en ver á los tártaros, naturales del pais, á los cuales era muy aficionado. Un dia sentado en la solana de una casa tártara, rodeado de un ciento de habitantes indígenas en traje oriental, dirigiendo sobre ellos su catalejo, los miraba con una especie de ternura; y de pronto, con arrebato de admiracion, esclamó: «¡Qué hombres! ¡qué hermosa raza! Nó, no los echaran del pais.» Estas últimas palabras hacian alusion á los deseos manifestados por un gran número de rusos, que reclaman para hombres de su raza la posesion esclusiva de aquella comarca. El emperador al retirarse repartió algunas monedas á aquella buena gente, y les dejó besarle las manos y los piés; permiso de que se aprovecharon con entusiasmo. En esta tierna escena Alejandro parecia un padre en medio de sus hijos.

En Tangarog el emperador salia muy á menudo; ponia mucho empeño en examinar el pais, y en dar órdenes para la construccion de un gran jardin público, cuyos trabajos estaban dirijidos por un inglés, á quien habia hecho venir de San Petersburgo. Comia ordinariamente á las dos, y dormia en un catre de campo con una almohada de baqueta: sobre este mismo catre murió pocos dias despues. Desatendia todas las precauciones que comunmente se emplean para precaverse de enfermedades, y andaba por el lodo, aunque se le hundiesen los piés hasta el tobillo: por otra parte rehusaba la asistencia de los médicos, y manifestaba el mismo despego contra su arte, que su abuelo Pedro el Grande tenia contra el agua. Esta imprudencia y estos descuidos le esponian sin defensa á la accion de todas las causas de enfermo-

(1) Anales dichos, t. V.

dad. Por colmo de desdicha, una noticia imprevista vino á disipar una de sus ilusiones y á turbar la paz de su alma. Un correo que habia espedido á Alupka le trajo la noticia de una conspiracion urdida contra su gobierno y contra su vida. Aquella noche hizo llamar dos veces al general Diebitch, que habitaba en una casa vecina. Mientras le estaba esperando, parecia muy inquieto, y se paseaba á largos pasos por su cuarto; la conversacion entre el emperador y el general fué viva y prolongada; y en seguida de esta conferencia se despachó un correo al cuartel general de los conspiradores, cuya trama desengañaba cruelmente á Alejandro, haciéndole conocer que tenia enemigos entre sus súbditos.

Al siguiente dia de este descubrimiento no se notó alteracion alguna en el semblante del emperador: nadie sospechó las noticias que habia recibido, ni el peligro que amenazaba á su persona; pero se reparó en él, durante el viaje que hizo á Sebastópolis, una irritabilidad contraria á la dulzura habitual de su carácter. Se quejó de la lentitud de los caballos, del mal estado de los caminos; en fin, todo lo que le rodeaba le parecia importuno: el gérmen de su enfermedad se desarrollaba con actividad en su interior. La opinion que parece prevalecer en Europa sobre la muerte de Alejandro, no tiene ningun fundamento. Todas las circunstancias conocidas, y la autoridad irrecusable de muchos testigos de vista, prueban evidentemente que no ha sido envenenado. No se puede dudar racionalmente de que se le llevó la calentura que reina en aquel pais, y cuyo mortal riesgo despreció como por diversion, omitiendo en la estacion mas peligrosa las precauciones que recomienda la prudencia. Es menester añadir á estas causas de muerte la influencia del mal moral causado por el descubrimiento de una conspiracion, en un momento en que, seguro de sus intenciones, y fiado en sus beneficios, se creia con tantos derechos al amor de sus súbditos, como todos aquellos reyes ménos justos, ménos ilustrados y ménos generosos que él, á quienes veia rodeados de la estimacion y del respeto de sus pueblos. Todas estas causas reunidas bastan para esplicar su fin prematuro, sin que sea necesario recurrir á conjeturas siniestras.

El desden obstinado, y estoy por decir culpable, con que Alejandro rechazó los socorros de la medicina, debió necesariamente precipitar la marcha de su enfermedad. Ésta se manifestó al principio bajo la forma de un ligero catarro, seguido de una calentura intermitente que se declaró en Orieloff al principio del mes de noviembre de 1825. En pocos dias tomó un carácter mucho mas grave, y se transformó en una fuerte calentura remitente; enfermedad funesta, que durante el otoño precedente habia asolado la Crimea, y arrebatado muchos extranjeros. El 5 de noviembre Alejandro llegó á Tangarog: los accesos de la fiebre reaparecieron todos los dias hasta el 8, y como el emperador, en su fatal obstinacion, no queria someterse á ninguna cura, su médico sir James Wylie, viendo agigantarse los síntomas de dia en dia, llamó á consulta al doctor Stophregen, médico de la emperatriz. En este periodo de la enfermedad el emperador caia en frecuentes síncopes, pero el afecto cerebral no se declaró hasta algunos dias despues. El 13 de noviembre, sir James Wylie propuso sangrar al enfermo: pero él se opuso positivamente, y no hubo medio de vencer su obstinada resistencia: á la mañana siguiente los dos médicos volvieron á instarle, y ayudados por los ruegos de la emperatriz procuraron determinarle á que se dejase aplicar algunas sanguijuelas. Pero sus esfuerzos combinados tampoco tuvieron suceso; Alejandro los rechazó hasta con violencia. Cuando en su primera visita el doctor Stophregen dijo al emperador que sentia mucho verle tan enfermo, le interrumpió bruscamente diciéndole: «No habléis de mi indisposicion, sino de la salud de la emperatriz.» Ésta padecia entónces un mal de corazon de que murió algunos meses despues. El emperador añadió al punto: «sir James Wylie me cree enfermo, y en consecuencia reclama el auxilio de otro médico: como yo tengo siempre mucho gusto en veros, podeis venir; pero no me rompais la cabeza con vuestra medicina.

Durante el progreso de la enfermedad, el emperador, que continuó resistiendo á las instancias de los médicos y á los ruegos de la emperatriz, no quiso tomar mas que una simple dósis de calomel: así, por consecuencia de esta repugnancia, los síntomas se agravaron con una rapidez espantosa, y el dia 14 fué preciso pensar en llamar á un clérigo. En estas circunstancias la emperatriz hizo venir á sir James Wylie al cuarto del enfermo para advertirle el peligro en que se hallaba, y aconsejarle, que ya que rehusaba los socorros de la medicina, no descuidase los auxilios espirituales y se pusiese bien con Dios. El emperador no hizo ninguna objecion, y el dia 15 á las cinco de la mañana se confesó. Esta triste ceremonia hizo brillar la piedad que le animaba: rcomendó al clérigo que le confesase como á un simple particular: y no pensase en su cualidad de emperador. Despues recibió el Viático. El confesor, como hombre religioso, y sacerdote ilustrado, le instó vivamente á no rehusar por mas largo tiempo los socorros de la medicina, añadiendo que si no cedia sobre este punto, moriria sin haber cumplido todos los deberes de un cristiano. El augusto enfermó consintió entónces en que le aplicasen algunas sanguijuelas á la cabeza: pero era demasiado tarde, y al dia siguiente perdió todo sentido. No habia ya ninguna esperanza cuando el general Diebitch habló por casualidad á sir James Wylie de un tal Alejandrowitz, que, segun se decia, habia salvado á muchos tártaros atacados del mal que amenazaba la vida del emperador: se le hizo venir al punto; el anciano así que llegó, quedó como herido de un rayo al ver el estado desesperado del enfermo: obligado á hablar, respondió sin rodeos, que las curas que se le atribuian no tenian ninguna relacion con el caso presente, y que se veia obligado á confesar que no habia ningun remedio. Alejandro espiró algunos momentos despues. Sir James Wylie, testigo de esta muerte, no pudo ménos de decir, que si la desobediencia al príncipe podia alguna vez legitimarse, deberia ser en favor del médico que, oponiendo las leyes de su arte á los caprichos del monarca, obrase contra sus órdenes, y violentase su voluntad para salvarle la vida.

La autopsia de su cadáver hizo descubrir dos onzas de flúido en las cavidades del cérebro, y una obstruccion de las venas y de las arterias de la cabeza; tambien habia adhesion entre las membranas de la parte posterior del cérebro, pero ésta parecia que databa de una época muy anterior. Se observó además en el abdomen una blandura del bazo, alteracion que se observa comunmente en los enfermos que han sucumbido á las fiebres del pais. Este resultado hace pensar que se podia haber salvado la vida del emperador, puesto que ningun órgano noble estaba atacado. Pero Alejandro hizo todo lo que pudo para agravar su mal y hacerle incurable: de suerte que puede decirse que murió porque quiso morir. Durante el curso de su enfermedad, un dia pareció que queria comunicar un secreto importante á los que le rodeaban. Los reyes, esclamó, padecen mas que los demas hombres....; mi sistema nervioso está horriblemente alterado. Despues, deteniéndose repentinamente, se reclinó hácia atrás sobre su almohada, y se le oyó murmullar en voz baja estas palabras: «Han cometido una accion detestable.» Tal vez hacia relacion al casamiento de su hermano Constantino, que hubiera debido sucederle.

Durante las últimas horas que precedieron á la muerte de Alejandro, la emperatriz no se apartó de su cabecera: en el momento en que espiró, su dolor partia el corazon. Puesta de rodillas á los piés de su cama, los ojos fijos sobre los de su esposo moribundo, consideraba con espanto la gradual estincion de la vida, y cuando ya no quedó ninguna señal de ella, se levantó, cerró sus ojos ya sin luz, y le ató un pañuelo en la cabeza para impedir que las mandíbulas se separasen. Despues abrazó su cuerpo inanimado, besó sus manos frias, y poniéndose de rodillas al pié de la cama, quedó allí en oracion durante media hora. La emperatriz era una muger com-

Digitized by Google

pleta; es bien sabido que sobrevivió poco á su marido, y que murió de un mal de corazon, causado, segun se dice, por la pesadumbre que tuvo cuando Alejandro, aun jóven, la desdeñó para ofrecer sus obsequios y su amor á la bella condesa de Narishkin.

El cuerpo del emperador fué espuesto en la casa en que habia muerto: el féretro estaba elevado sobre un tablado; la sala colgada de negro, y el atahud tapado con un paño de oro; un gran número de hachas alumbraban la sala. Todos los asistentes, segun el uso de los funerales rusos, tenian en la mano una hacha encendida que habian recibido de uno de los oficiales de la servidumbre del emperador; un sacerdote colocado á la cabecera del féretro leia las oraciones. Á los dos lados vigilaba noche y dia un centinela con la espada desnuda; soldados de servicio guardaban las puertas y las escaleras. En la antecámara una muchedumbre de clérigos se revestian para celebrar el oficio ó la misa que se decia dos veces al dia. El oficio se hizo con la mayor pompa, y con todo el aparato de las ceremonias religiosas del rito griego, mucho mas imponentes aun que las del culto católico; pero esta pompa y esta solemnidad distraen el dolor y le hacen ménos vivo. Todos los esfuerzos que se hacen al rededor de los restos mortales de los grandes tienen casi siempre un efecto contrario del que se quiere causar. Los sencillos funerales del pobre producen impresiones mas tiernas y profundas, porque hacen sentir mejor nuestra nada.

Debia suceder á Alejandro su hermano Constantino; pero habia renunciado al trono cuando hizo un casamiento desigual, y en su lugar se sentó en él el tercer hermano Nicolás I. Los primeros dias de su coronacion fuéron sangrientos, pues estalló una conspiracion que solo pudo sofocarla sembrando de cadáveres las calles de San Petersburgo, y enviando muchas víctimas al cadalso. Afortunado Nicolás contra sus enemigos interiores, lo fué tambien contra los esteriores. Obligó á los persas á pedir la paz, y acorraló en 1829 los ejércitos turcos en las cercanías de Andrinópolis, precisando al Sultan á entrar con él en negociaciones. La Polonia se levantó en 1830 contra él, y por espacio de un año mantuvo en jaque á sus mejores generales: y solo enviando contra ella nuevos y aguerridos ejércitos, la sujetó al yugo. Los polacos se quejaban de las vejaciones de su virey, el gran duque Constantino, contra los derechos reconocidos á los polacos en 1815. Desde el mes de diciembre del año 1828 estabase tramando una vasta conspiracion; pero á pesar del gran número de conjurados, no estalló hasta el mes de noviembre del año 1830, en que se creyó que cualquier dilacion perjudicara al buen éxito. Al anochecer del dia 23 de noviembre empezó el ataque, dirigido por algunos militares, contra el palacio de Constantino y algunos cuarteles de Varsovia; y despues de una horrorosa carnicería, los polacos lograron el triunfo, obligando al gran duque y á los rusos á evacuar su capital. Establecióse luego un gobierno provisional, nombróse dictador al anciano general Chlopicki, fué convocada la dieta y declaróse todo el reino por la causa que habia triunfado en Varsovia. El dictador queria lograr la emancipacion de la Polonia y el resarcimiento de sus agravios por medios pacíficos; pero ni la Rusia lo quiso, ni los partidos exaltados lo permitieron, y á 18 de enero de 1831 tuvo que hacer dimision de la dictadura. El gobierno nacional, presidido por el príncipe Czartoryski y la dieta, declararon, á 25 de enero, la independencia de la nacion polaca y vacante su trono. Desde entónces fué imposible avanzar ó retroceder sin derramar torrentes de sangre. Los rusos fuéron acercándose entretanto á Varsovia, al mando de Diebitsch, pero, como eran aun poco numerosos, tuvieron que retroceder ante el heroismo sin ejemplo de los polacos, que se habian organizado con inauditos esfuerzos. Durante nueve meses la victoria se declaró á favor de los polacos; pero desde el mes de mayo de 1831, arrollados por el número, hubieron de tomar la defensiva y cubrir su capital. Los polacos esperaban recibir algun socorro de las demas potencias europeas, pero aquel socorro no llegó. Entretanto enconábanse mas y mas las facciones en Varsovia, y faltando así la union haciase mas imposible el triunfo y mas difícil la defensa. Por muerte de Diebitsch, encargóse del mando del ejército ruso el mariscal Paskewitsch, el cual pasó el Vístula á 17 de julio por cerca las fronteras de la Prusia, sin hallar ninguna resistencia. Finalmente, á 8 de setiembre del 1831 presentóse el ejército ruso delante de Varsovia, dió el asalto á la plaza, y se apoderó de ella por capitulacion, ó quizas tambien por traicion. Sin embargo, la pérdida de los rusos en el asalto demostró con cuánto valor pelearon los polacos, á pesar de verse privados de todos los medios de defensa. Habiendo sucumbido la capital, quedaron sin apoyo todos los cuerpos de ejército y todas las plazas de lo demás del reino: por tanto hubieron de ceder unos trás otros: el vencedor se ensañó contra los rebeldes, y mas de 40,000 hombres tuvieron que buscar un asilo en el extranjero. En el mes de marzo de 1832 cesó la existencia independiente de la Polonia como estado político; un ukase del autócrata la incorporó á la Rusia, y una diputacion polaca se vió obligada á presentarse en San Petersburgo para dar las gracias al emperador.

No ha sido tan feliz contra los circasianos, que, bajo el mando de su hábil gefe Schamil, por espacio de quince años han estado desafiando todo el poder del inmenso imperio ruso, y han obligado por último á Nicolás á reconocer la justicia de sus pretensiones. Es probable sin embargo que el hábil emperador ha querido dar treguas á aquella interminable guerra de montañas para encontrarse desembarazado y apercebido si las nuevas complicaciones europeas á que la revolucion francesa de 1848 ha dado comienzo, hacen necesaria otra intervencion moscovita en los negocios generales del continente civilizado.

POLONIA.

Polonia significa pais llano, y con efecto no tiene mas montañas que las que le separan de Hungria, pues las otras no son mas que montecillos. Allí hay selvas con escelente caza, lagunas, pocos rios, grandes llanuras de mucho trigo, y con todas las producciones de la naturaleza, minas y sobre todo una de sal, única en su especie, y que está habitada como una ciudad. Sin embargo de su abundancia tiene poco comercio por la soberbia de la nobleza y la indolencia del pueblo. Los judíos son los que lo hacen casi todo, y son tantos los que allí se han establecio, que la Polonia se llama el paraiso de los judíos. Los polacos son los únicos pueblos del universo, que con ley espresa han prohibido formar marina.

Pocas naciones hay que en tan alto grado gocen de la fuerza corporal y del vigor de la salud, lo cual puede atribuirse al temple del clima, á la sobriedad del pueblo y al continuo ejercicio; y tambien dicen que contribuye el uso de los baños frios. La nobleza es afable, liberal, hospitalaria, cortés con los extranjeros, dura con sus vasallos, delicada en el pundonor, vana y magnífica en sus vestidos y equipages. Desde la infancia la instruyen en las letras, y habla fácilmente un latin poco correcto. Apasionada por la libertad, se vende gustosa á las facciones y partidos; pero el pueblo es ignorante, pobre, esclavo en toda la fuerza de esta voz, porque le encarcelan, venden, truecan, le golpean, y aun le matan como quieren.

Si del gobierno se ha de formar juicio por los efectos, no le hay peor que el de Polonia: era un caos de reglamentos, que se contradecian, y engendraban una anarquía casi continua. No era soberano el rey ni lo era el senado, sino el primer noble que pronunciaba en la dieta *veto*: esto es *prohibo*. Esta sola palabra detenia todas las deliberaciones, y suspendia toda decision. Muchas veces no se conseguia retractarla sino á sablazos, y por esto

las dietas eran casi siempre tumultuarias, como debia suceder en una junta de hombres armados, en la cual las dignidades no tenian autoridad coactiva que refrenase: el último noble se tenia por tanto como el primero: allí la riqueza mandaba, y ejecutaba la codicia.

El mismo desórden habia en las tropas. Por cualquier rumor que se esparciese por las provincias relativo al gobierno, montaba á caballo toda la nobleza, se alistaba con el gefe que la agradaba, y formaba un ejército inmenso pero sin disciplina ni sumision, y casi siempre sin provisiones, porque los impuestos estaban mal arreglados y mal pagados. Si querian infantería era preciso traerla de los otros paises de Alemania, pues la nobleza polaca se guardaba muy bien de armar á sus paisanos para no hacerlos aguerridos ni apartarlos de sus trabajos, que constituian su principal riqueza. Igualmente se llamaba á este estado *el reino* ó la *república* de Polonia. Las rentas principales de la corona eran los impuestos sobre los judíos, y sobre las minas de sal que acaban de quitarla. Un rey de Polonia, que no fuese rico por sus propios fondos, seria el príncipe mas pobre de la tierra, viviendo entre los magnates mas opulentos y poderosos de cuantos se ven en otros paises. La ley que regia á los nobles era el sable, la que gobernaba á los paisanos era el baston de los señores, y dichosos aquellos que los encontraban equitativos ó indulgentes.

Hecha esta pintura sucinta del estado antiguo y moderno de Polonia, puede inferirse que su historia apenas puede interesar sino al polaco noble. En el espacio de ochocientos ó novecientos años, que es el tiempo conocido, no se leen sino guerras emprendidas sobre la eleccion de reyes. Éstos se tomaban de la nacion ó extranjeros: alguna vez voluntariamente, y muchas por fuerza, ya los espelian, ya volvian á llamarlos. En un tiempo eran los hijos del difunto, en otras circunstancias iba la nacion á buscar un noble desconocido, pues en esto no habia regla fija. Dichoso seria el gobierno que con esta libertad colocase al mérito en el trono: pero en Polonia la eleccion fué casi siempre obra de los partidos y facciones, y éstas rara vez son justas y bien intencionadas.

El noble polaco leia con ansia la coleccion de estos debates sangrientos, en que veia que sus mayores habian hecho figura; pero si el pueblo leyera ¡con cuánta indignacion hubiera conocido la opresion en que siempre habia gemido, y que arrojos no hubiera emprendido por quebrantar sus cadenas! Solamente pues la nobleza polaca es la que, como hemos dicho, puede interesarse en su historia; y así para no cansar con la relacion de las intrigas, que todas se parecen en sus violencias, y siempre tienen el mismo paradero, nos contentaremos con recoger, segun las datas de sus reyes, los hechos mas importantes.

La infancia de la Polonia no tiene aquellas ilusiones de la cuna de otros pueblos del Norte, esto es, los hechizos y la magia, que se conservan por tradicion de padres á hijos en las canciones de los Bardos, que deben mirarse como los analistas de aquellos helados climas. Á la Polonia se la ve de repente en su adolescencia; pues en 550, y en tiempo de Lech, el primer rey ó duque que se conoce, ya dicen los historiadores polacos que descendia por línea recta de Jafet, hijo de Noé. Dejó como Alejandro, su imperio al mas digno, y éste fué Viscimir, guerrero ilustre, que llevó sus armas por todos los paises vecinos. Muerto éste, la nacion oprimida con sus victorias, y arruinada con sus conquistas, quiso probar otro gobierno, y se entregó al de doce grandes señores, que llamó Palatinos ó Vayvodas. Se cansó de éstos, y volvió al gobierno ducal ó real.

Enamorados los polacos de las grandes prendas de Vanda, hija de uno de sus reyes, la dieron la corona. Esta princesa poseia en supremo grado los atractivos de su sexo, á los que daba realce un entendimiento superior y un aliento varonil. Era justa, templada, elocuente: y aseguraba con su afabilidad los corazones que cautivaba con su hermosura. Ritogar, príncipe teutónico, pretendió su mano, amenazando á la Polonia con todas las plagas de la guerra si se la negaba. El orgullo de Vanda, que pudiera haber cedido á las insinuaciones del amor, se irritó contra unos deseos significados tan imperiosamente. Aceptó el desafío. Venció á Ritogar en una batalla, y éste se quitó la vida de vergüenza ó desesperacion. Se dice que lo vió Vanda atravesarse con su espada; y que al advertir la noble figura y gracias del príncipe que estaba espirando, no quiso sobrevivirlo, se arrojó al rio Veser, y se anegó.

Despues tomaron los polacos el gobierno aristocrático, y los atormentaron y saquearon los húngaros y los moravos, porque sus gefes, que no se entendian entre sí, los defendieron mal. Se puso á la frente de ellos Premislao, un carretero, y mereció por sus victorias el trono. Fué un gran príncipe, afecto á los estados; y aunque debia su elevacion á la guerra, era amigo de la paz. Para elegir su sucesor se entregaron los polacos á una casualidad, prometiendo la corona al que espoleando su caballo llegase primero al término señalado. Uno de los competidores hizo sembrar la palestra de puntas de hierro, reservándose una senda para sí. El estratagema le salió bien en cuanto á la carrera; pero descubriéndole un jóven fué electo él en su lugar.

Éste tomó el nombre de Lech II, y en todas las ceremonias públicas hacia llevar delante de sí el vestido rústico de que habia usado cuando era particular; pero no lo hacia por ostentacion, sino porque siempre conservó la memoria de su anterior estado, y esta memoria le alentaba á todas las virtudes. Las transmitió á sus dos descendientes inmediatos; pero degeneró su biznieto Popielo; porque con su escesiva condescendencia para con su esposa, que era cruel y calumniadora, hizo dar veneno á tres tios suyos, escelentes príncipes, que habian sido sus tutores. Quedaron sus cadáveres espuestos á las injurias del aire, y salieron de ellos ratones que devoraron á Popielo, á su muger y á sus hijos. En 800 se acabó en él la primera estirpe de los duques ó reyes de Polonia.

El título de duque, que hasta entónces habia sido como alternativo con el de rey, cesó enteramente cuando Piasto sucedió á Popielo. Era Piasto constructor de carros como Premislao, y debió su elevacion á un milagro semejante al de la viuda de Sarepta. Habia recibido de Dios, como ella, una botijilla de aceite inagotable, que estuvo por bastante tiempo distribuyendo á los necesitados en una grande escasez, y la nacion agradecida le dió la corona. Fué en el trono el consolador de la viuda, el tutor de huérfanos, y el ángel tutelar del pobre y del infeliz. Ni era político ni guerrero, pero valian sus virtudes por muchos talentos. Sosegó muchas conmociones intestinas, y aunque la nobleza no estaba contenta con la eleccion de un plebeyo, temió sublevarse abiertamente contra un príncipe que en todo respiraba la felicidad de sus vasallos. Dió escelente educacion á Ciemovito su hijo, que no degeneró de sus virtudes, y pasaron éstas á los hijos de sus hijos. Ciemonislao, uno de éstos, que murió en 964, fué llamado el ojo de la cristiandad. Micislao, aunque gozó de todos lo atributos de la regalía, pensó que si no obtenia de la Santa Sede el título de rey, no debia admitirle; le solicitó inútilmente; pero el papa se le concedió á su hijo (999).

Boleslao es famoso por sus hazañas, porque se apoderó de la Bohemia y la Moravia: subyugó la Pomerania, la Sajonia, la Prusia y la Rusia; y cuando despues de muchas conquistas pensó en dejar las armas, se dedicó á que sus vasallos gozasen el fruto de sus victorias, haciendo feliz al pueblo que habia hecho poderoso. Todavía pretendieron los príncipes vencidos inquietar su vejez, y precisaron á este soberano respetable á cubrir sus canas con el capacete. En su última espedicion dió muestras de clemencia, poco comunes en aquellos tiempos. Entónces los prisioneros de guerra se hacian esclavos; pero él concedió la libertad á los que cautivó, y los envió sin rescate penetrados de estimacion por sus virtudes (1005).

En agradecimiento al padre llamaron al trono á Micislao su hijo; y aunque éste esperimentó contradicciones en su elevacion, las venció todas. La tranquilidad que despues gozó le dejó libertad para entregarse á los escesos que abreviaron sus dias, aunque éstos no los pasó sin gloria militar (1034).

Eligieron los polacos á su hijo Casimiro, todavia jóven, y nombraron por regente á su madre Richsa. Gobernaba ésta mal, y la estrañaron del reino; pero no salió con las manos vacias, porque ántes habia enviado á Alemania los tesoros que no habia disipado enteramente su esposo Micislao: y que eran el fruto de las conquistas de Boleslao. El jóven Casimiro, pagando las culpas de su madre, tuvo tambien que huir; se refugió á Francia, y por devocion ó por la situacion en que se hallaba, se hizo monge en la abadia de Cluni. Allí permaneció tan olvidado de todos, que cuando los polacos, cansados de la anarquía que los desolaba, le buscaron para colocarle segunda vez en el trono, le descubrieron con mucha dificultad. Le dispensó el papa los votos, y él hizo pagar á toda la Polonia la dispensa, estableciendo el dinero de San Pedro, que se pagaba todos los años á la Santa Sede. Desde el reinado de Casimiro se cuenta la data de la autoridad de los papas en Polonia. En su juventud habia frecuentado este principe las escuelas de la universidad de Paris; toda su vida conservó el gusto por las ciencias, y procuró esparcirlas por todo su reino. Ejerció con esplendor y buena fama las virtudes pacíficas, sin dejar de manifestar valor y constancia siempre que las circunstancias lo pedian (1058).

Dejó Casimiro tres hijos, y coronaron á Boleslao, que era el mayor. Éste hizo la guerra al rey de Bohemia, y venció á los húngaros; pero principalmente acometió á la Rusia, como que habia resuelto conquistarla. Regularmente una sola batalla decidia en aquellos tiempos la suerte de un reino, porque eran muy raras las plazas fuertes, que pudiesen detener como diques las inundaciones repentinas, y mucho ménos las irrupciones de la caballería polaca. Á Boleslao le detuvo la plaza de Kiobia; pero la sitió, y la tomó despues de una larga resistencia; y en lugar de castigar la tenacidad de los habitantes, como se acostumbraba en aquellos tiempos bárbaros, alabó su valor, y premió sus esfuerzos, librándola del saqueo, y de los insultos de su ejército. Era Kiobia la mas rica y voluptuosa entre las ciudades del Norte. Los polacos se infestaron del contagio de los placeres, y de este modo un ejército endurecido con la severidad de la disciplina, se convirtió en una multitud torpe y afeminada. El mismo Boleslao, que hasta entónces habia llevado la corona con toda dignidad, se abandonó á la mayor sensualidad: y así él como sus soldados se entregaron tanto á la vida muelle de aquella ciudad, que parecian haber olvidado todos la Polonia.

Siete años dicen que estuvo este ejército sin pensar en sus hogares. Las mugeres polacas, irritadas con la indiferencia de sus maridos, y con la preferencia que daban á las de Kiobia, determinaron tomar ruidosa venganza, y todas unánimes admitieron los esclavos á los derechos de sus esposos. Con la noticia de esta resolucion, que pasmó no ménos por la unanimidad que por el hecho, abandonaron los maridos al monarca, acusándole altamente de su deshonra, y se volvieron amenazando con que habian de lavar su afrenta en la sangre de las infieles esposas; pero éstas ya se habian prevenido, armando á sus amantes contra sus esposos. Hubo una batalla sangrienta, y las mugeres incitadas por la desesperacion, peleaban al lado de sus esclavos, y buscaban en el combate á sus maridos, creyendo borrar su delito, sepultando el hierro en el corazon de unos hombres tan interesados en castigarle.

Mientras estaban batallando llegó Boleslao al frente de un ejército levantado en Rusia, y empezó á herir indistintamente á las mugeres, á sus galanes, y á los soldados que habian abandonado sus banderas. Este ataque repentino reunió las mugeres, los maridos y los esclavos, y presentaron á su soberano muchos combates desesperados, con lo cual se vió Polonia inundada de la sangre de sus habitantes; y para colmo de la miseria se dividió en bandos con el cisma que entónces despedazaba la Iglesia; porque, escomulgando el papa á Boleslao, le abandonaron sus vasallos, y á poco tiempo no estuvo segura su vida en sus estados, y tuvo que huir á Hungría con su hijo Micislao. Dicen que se vió el infeliz monarca reducido á tanta miseria, que, bien por ocultarse, ó bien para ganar el sustento, tuvo que hacer de cocinero en un convento de la Carintia, en donde murió (1082).

Á Ladislao, hermano de Boleslao, no le dió el papa mas título que el de duque; y fué un príncipe que por su inaccion causó alborotos en su familia y en el estado, permitiendo que Sbigneo, su hijo natural, combatiese de poder á poder con Boleslao, que era su hijo legítimo. Éste venció en la competencia sobre la corona; pero casi todo su reino estuvo en movimiento é inquietud por los manejos del hermano. Á Boleslao III le presenta la historia como héroe, y le compara con Boleslao Crobri, llamado el *Grande*. Venció en cuarenta batallas, y por haber perdido una murió de pena. Repartió su ducado entre cuatro hijos (1139).

Tocó la mejor parte con el título de duque á Ladislao II, llamado el *Necio*, escesivamente dócil siempre á los consejos de su muger, la cual le indispuso con sus hermanos, le inspiró que les quitase su parte; y por querer tenerlo todo perdió lo que gozaba, y le depusieron; pero su sucesor Boleslao IV, le dejó como por condescendencia la Silesia. Vivió el nuevo duque en buena correspondencia con los otros dos hermanos Micislao y Casimiro; no les envidió la parte que su padre les habia dejado; y así le ayudaron á contener los esfuerzos que hizo Ladislao para recobrar el trono. Llegó Boleslao á creerse tan seguro que se puso en camino para la Tierra Santa; y esperimentando felicidades y reveses de la fortuna, tuvo que regresar á Polonia, en donde le acometió el emperador Barbaroja, escitado por su parienta, la muger de Ladislao. Micislao ayudó á su hermano Boleslao á rechazar á los alemanes, y en recompenza de este servicio cayó en sus manos el cetro cuando murió Boleslao. Se le disputaron los hijos de Ladislao; pero él le recibió por eleccion de mano de los estados (1173).

No pudieron éstos hacer cosa peor. Á este Micislao le llamaron el *Viejo*, porque subió ya anciano al trono. Fué pródigo, opresor y cruel; escediendo á los demas príncipes malos y atroces en que á falta de delincuentes en quienes ejercitar su ferocidad, hacia dar tormento á los animales. Le depusieron: castigo demasiado suave para semejante mónstruo. Casimiro, el último de los cuatro hermanos, era de genio en todo diferente; benigno, humano y virtuoso. Cuando le ofrecieron la corona, hizo escrúpulo de aceptarla, recelando violar la propiedad de su hermano; pero se convenció con este discurso que oyó en la junta de los estados: «La eleccion supone un contrato entre el rey y el pueblo; Micislao ha faltado á las condiciones que se le prescribieron cuando le dimos la preferencia sobre los hijos de su hermano, y por consiguiente ha sido legítimamente depuesto.»

Hizo Casimiro por su hermano cuanto pudo, dándole tierras y dominios; pero no quedó satisfecho Micislao; y Casimiro ofreció volverle la corona ántes que esponer la Polonia á una guerra civil. No quisieron los estados sujetarse á la dominacion de un príncipe á quien habian desechado, y se opusieron á la dimision de Casimiro. Continuó Micislao en atormentar á su hermano, ya con sus manejos secretos, ya con las armas; y el príncipe reinante, que no era ménos valeroso que indulgente, no cesó de vencerle, ni se cansó de perdonarle. Esta lucha se acabó con la muerte de Casimiro, que dejó la fama de soberano el mas benigno, justo, liberal y afable que habia tenido la Polonia (1194).

Volvió á empezar el combate con Lesko, hijo de Casimiro, por sobrenombre el *Hermoso*, Consiguió Micislao que su sobrino le cediese el trono; pero volvió á sentarse en

Digitized by Google

él con los mismos vicios que le habian derribado, y sin duda hubieran vuelto á deponerle, si la muerte, efecto de sus torpezas, no hubiera prevenido las diligencias de sus vasallos. Tenia por máxima que solo está obligado un soberano á observar su juramento mientras su seguridad ó su provecho no exigen que lo rompa. Dieron los polacos la corona á Lesko, que se vió siempre entre alborotos civiles y guerras extranjeras, las cuales en su reinado fueron infelices. Hicieron los tártaros una irrupcion tan terrible en Polonia, que ni la edad, ni el sexo, ni la nobleza hallaban compasion en aquellos salvajes. Abrasaron las provincias por donde pasaron, y quitaron la vida á los habitadores que no pudieron llevar cautivos. Huyeron los grandes á Hungria: el pueblo buscó su asilo en lo mas oculto de los bosques, ó en los lugares mas inaccesibles; Lesko fué asesinado sin saberse cómo ni porqué; y se presume que acaso cayó bajo del hierro de alguna faccion (1226).

Á pesar de los malcontentos le sucedió su hijo Boleslao, llamado el *Casto*. Halló un competidor en su tio Conrado, hijo de Casimiro, y unos temibles y porfiados en los caballeros teutónicos, los cuales ocupaban la Prusia, y codiciaban de la Polonia las provincias confinantes; pero de todas estas dificultades salió con su habilidad, y dejó la corona á un pariente suyo, á quien habia adoptado, llamado Lesko el *Negro*. La muerte de éste, despues de mil desgracias, que no le dieron lugar para hacer felices á sus pueblos, dejó la Polonia entregada á los sangrientos esfuerzos de muchos rivales (1279).

Enrique, por sobrenombre el *Honrado*, y de la antigua familia de los Piastas, subió al trono, reinó cinco años, y le dieron veneno. Le sucedió Primislao, á título de descendiente de los Piastas; pretendió establecerse con mas solidez, haciéndose coronar solemnemente, y tomando el título de rey, que ya estaba casi olvidado en Polonia; pero esta ceremonia, autorizada por el papa, no le libró de las empresas de un competidor llamado Ladislao, cuyo derecho á la corona estaba muy distante. Fuese por composicion ó por fuerza, se redujo cada uno de estos dos principes á una parte del reino; pero cuando Ladislao podia reunirlo todo bajo de su cetro, por la muerte violenta de Primislao, en que él no se mezcló, le depusieron los polacos por sus vicios, y llamaron á Wenceslao rey de Bohemia. Disgustados los polacos por la mala administracion de éste, y porque en todo preferia á los bohemios, se aprovechó Ladislao del descontento general, haciendo muchas promesas á sus vasallos, y aceptando condiciones de reforma. Volvió á subir al trono, y se portó en él con tal prudencia que se olvidaron todos de los estravios de su juventud (1333).

La estimacion que se habia merecido el padre sirvió de escala á Casimiro su hijo para subir al trono. Tambien éste halló enemigos en los caballeros teutónicos, de los cuales le habia dicho su padre que siempre desconfiase. Defendió contra ellos sus fronteras por el lado de la Prusia, y las adelantó por el de la Rusia. Este Casimiro, llamado el *Grande*, escribió leyes; pues los polacos ántes no conocian mas que tradiciones de padres á hijos. En los casos dificiles se escribia en el papel una fórmula de juramento, la ponian en manos de la parte que habia de pronunciarla, y si el lector se detenia ó se equivocaba era condenado; pero ambas partes pagaban la multa á beneficio de los jueces. Costó trabajo á Casimiro que admitiesen su código porque abolia esta costumbre estravagante, y otras lucrativas tambien para los señores.

Este principe fué para sus pueblos un modelo de integridad, de sabiduria y prudencia, si se esceptua su divorcio en el cual fué muy injusto con su esposa, recomendable por sus virtudes, para colocar en su lugar una concubina artificiosa y enredadora; pero ni una ni otra le dieron heredero. Deseando conservar en la sangre de los Piastas el trono de Polonia, tomó Casimiro sus medidas para que despues de él pasase á su sobrino Luis, rey de Hungria, hijo de hermana. Aunque el gobierno de éste, por demasiado parcial en favor de los húngaros, no agradó á los polacos, le sufrieron (1384).

Por su muerte eligieron á su hija Eduvigis, con la condicion de que no tomase esposo sino con anuencia de la nacion polaca. Muchos príncipes pretendieron su mano; y Guillermo de Austria, que fué en persona á obsequiarla, encantó á la princesa por su hermosura, galanteria y magnificencia. Tambien se presentó Jasellon, gran duque de Lituania, ofreciendo reunir para siempre sus dominios á la Polonia. En esta ocasion hicieron los estados lo que la mayor parte de los padres, que, tratando de colocar á una heredera rica, no piensan tanto en casarla conforme á su inclinacion, como en hacerla todavia mas rica. Á pesar de la declarada inclinacion de su jóven reina á favor del principe de Austria, la obligaron á dar la mano al lituano; y así como en algunos de los casamientos en que no se atiende al gusto, sucede tal vez que no por eso sean ménos felices los esposos, se verificó así en este matrimonio. Se hizo la reunion de la Lituania, añadiéndose para siempre á la corona este ducado, aunque de un modo independiente.

Una de las condiciones era que Jasellon abrazaria la religion cristiana, y la estableceria en Lituania: se bautizó pues, y tomó el nombre de Ladislao. Unos le cuentan por el cuarto rey, y otros por el quinto de este nombre, lo cual manifiesta mucha confusion en la cronologia de los principes antecesores. Eran los lituanos gentiles, y adoraban al fuego, á varios árboles, á serpientes y á otros animales de sus obscuros bosques, y aun se cree que sacrificaban victimas. Ladislao destruyó las guaridas de tan estravagantes divinidades; hizo predicar la fé por una clerecia instruida por él mismo, y edificó varias iglesias y monasterios.

No se vé que emplease la violencia ni la persecucion, y se sabe que era de genio benigno. Se mostró demasiado fácil y confiado, haciendo gobernador del ducado á su hermano Skirgelo, sin reparar en que podia darle pesadumbres; le acompañó con Swidrigelo, otro hermano, que fué segundo error, á que se siguió el tercero asociando en el mismo empleo á su sobrino Visawia para balancear la autoridad de los tres; pero con estos desaciertos se llenó la Lituania de alborotos, que pasaron á Polonia. Á favor de sus divisiones hicieron los caballeros teutónicos irrupciones con toda felicidad; pero por último los venció Ladislao, y aun pudiera haberlos destruido, ó dado por lo ménos un funesto golpe al órden, si se hubiera aprovechado de sus ventajas; pero en su corte se forjaron secretas intrigas que le determinaron á conceder la paz á los caballeros cuando mas la necesitaban. Era Ladislao hombre de discernimiento, penetracion y talento para gobernar. Los errores en que incurrió procedieron de la bondad de su corazon; y sus vasallos reconocieron estas estimables prendas, honrándolas en su muerte con el mas sincero sentimiento (1435).

Jamás habia tenido la Polonia mas asegurado su poder que en el reinado de Jasellon y de sus descendientes. Cuando le sucedió su hijo Ladislao no pasaba de la edad de nueve años. Una irrupcion que hizo en Hungría Amurates, emperador de los turcos, empeñó á la Polonia, por convenio, en una guerra contra este poderoso monarca; y Ladislao, autorizándole el senado, tomó en persona el mando del ejército aun ántes de la edad en que la constitucion le permitia manejar las riendas del gobierno. Apoyado con las victorias del valiente Huniado, precisó al turco á pedir la paz, y éste la juró solemnemente; por lo que los húngaros, encantados de ver el valor de un monarca tan jóven, le dieron la corona.

Al legado del papa, que en esta santa guerra acompañaba á Ladislao, le pareció que no se habia aprovechado lo bastante de aquella ocasion de humillar á los infieles; y pidiendo dispensa del juramento rompió el tratado, de lo que se siguió una guerra sangrienta, y la famosa batalla de Varne, en la cual murió el rey gloriosamente; pero con la vergüenza de haber faltado al juramento, y de no haber disfrutado de las dos coronas mas que las espinas. Junto á él mataron al legado, que era el verdadero perjuro, pues habia abusado de la

Digitized by Google

credulidad del jóven príncipe para que no estuviese á lo tratado (1445).

Eligieron á su hermano Casimiro IV, el cual, sin acometer directamente á los turcos, los ahuyentó lejos de Polonia, cubriendo sus fronteras con las guarniciones que puso en las provincias intermedias no sujetas. Tambien debilitó las fuerzas de los caballeros teutónicos, favoreciendo á los rebeldes de Prusia, y recibiéndolos bajo de su proteccion. Por último, logró la satisfaccion de ver llamado á la corona de Hungría á su hijo mayor Ladislao, que juntó con ésta la de Bohemia. En el reinado de Casimiro se presentaron por la primera vez en la dieta de la nacion diputados no nobles de las provincias; y aquellos estados se arrogaron el poder legislativo que hasta entónces habia pertenecido esclusivamente al rey y al senado. Este príncipe hizo comun la lengua latina con un edicto, en que mandó que la estudiasen los nobles, de cuya clase la guerra se habia llevado grande número, y aun estinguido familias enteras. Estaban el comercio y la industria en el estado mas deplorable; pero Casimiro, á pesar del senado, hizo útiles mutaciones en la administracion; y así murió mas estimado que sentido (1492).

Dejó cuatro hijos, y le sucedieron tres, nó segun el órden del nacimiento, sino en sentido inverso de la naturaleza. No se trató del primogénito Ladislao, porque le escluyeron los polacos, pareciéndoles demasiado temible con sus coronas de Hungría y de Bohemia. Segismundo, que le seguia en edad, se halló al frente con un duque de Mazobia, que formó un partido poderoso en la dieta de eleccion, la cual tomó el arbitrio de no elegir á uno ni otro, sino á Alberto, tercer hijo de Casimiro. Era éste de temperamento débil: vivió poco; y declarándose pretendiente Segismundo, prefirieron á Alejandro, que era el cuarto hermano; pero no habiéndole dado la naturaleza mas salud que á Alberto, pasó una vida valetudinaria. Procuraba alegrarla con las diversiones, y las pagaba con tanta profusion, que á los estados les pareció del caso poner para en adelante freno á los caprichos dispendiosos de su soberano; é hicieron una ley llamada *el estatuto de Alejandro*, en la cual se le prohibia al rey disponer de las rentas de la corona sin el consentimiento de los estados y de la dieta.

Le llegó por último su turno á Segismundo. Éste, mientras sus hermanos menores ocupaban el trono de Polonia, habia vivido como soberano en la Lituania, por lo que sus esfuerzos para conseguir la corona no habian sido vivos ni perjudiciales al reino. Cuando la consiguió fué su principal cuidado confirmar una ley de su hermano llamada *Statutum Alexandrinum*, que prohibia las donaciones perjudiciales al interés público. Le pareció necesaria esta ley contra la prodigalidad de los soberanos á favor de los sabios y artistas. «Éstos, decian, merecen que se les anime, pero este estímulo debe tener sus términos.» Confirmó pues Segismundo esta prohibicion económica. Á los caballeros teutónicos los habia precisado Casimiro á hacer homenage de la Prusia á la Polonia; y aunque el marqués de Brandembourg siendo gran maestre le negó al principio, despues se sujetó á él para conseguir la proteccion de Segismundo contra su órden, de la cual se habia separado, abrazando la doctrina de Lutero; y de este modo se debilitó el poder de estos caballeros con la division de sus dominios entre ellos y su gefe.

Segismundo fué uno de los grandes reyes que ocuparon el reino de Polonia; y su epitafio, en el cual no hay exageracion, le dá el título de vencedor de los rusos, de los válacos y de los prusianos, con otro título mas honorífico, cual es el de padre de la patria. Solamente tuvo el sentimiento de ver que la Hungría y la Silesia saliesen de la familia de los Jasellones, recayendo por casamiento en la casa de Austria, su rival. Este Segismundo, que por el vigor de su temperamento hizo contraste al de sus hermanos Alberto y Alejandro, vivió hasta ochenta años, y es conocido por sus estraordinarias fuerzas corporales (1548).

Habia tomado con tal acierto sus medidas para asegurarse sucesor, que Segismundo su hijo no tuvo necesidad de eleccion. Vivió este príncipe en un tiempo en que las otras monarquías se veian inquietas por los alborotos que introdujeron las nuevas sectas; pero él libró de ellas á su reino, no persiguiendo sino velando con toda atencion para que las nuevas opiniones no se esparciesen en él, pareciéndole que las falsas ilustraciones no merecian comprarse á costa de la sangre humana. No tuvo mas que una guerra, y ésta contra los moscovitas, á los cuales ofreció la paz aunque vencedor. Era genial en él hacer todos los sacrificios necesarios para la felicidad de su pueblo, lo que es el mayor elogio de los monarcas. Gobernó á la Polonia como á su familia: no habia cosa mas benigna que su administracion interior, y toda su vida hubiera sido irreprensible si cuando anciano y enfermo no se hubiera dejado dominar por una favorita, cuyos consejos le apartaron de las sendas de la virtud, y de los caminos de la sana política. En él tuvo fin la línea masculina de la familia de los Jasellones. La vida regalada á que se habia entregado no le dejó pensar en hacer á los polacos el servicio de arreglar la sucesion, hallándose sin hijos: precaucion que hubiera evitado las pretensiones de los extranjeros, con las cuales se hizo venal la dieta de la nacion (1574).

Para formarse una idea clara de lo que sucedió muerto Segismundo, debiéramos figurarnos la dieta de Polonia como una grande feria, adonde acudian los príncipes extranjeros y sus embajadores para comprar los votos. Por una parte manifestaban los pretendientes sus riquezas, provincias que unir á la Polonia, ventajosos casamientos, suntuosos presentes, y sobre todo buenos vinos y magníficos convites: poderosísimo cebo para la multitud de los nobles polacos, que en semejantes ocasiones se desquitan de aquella frugalidad que es habitual en ellos mas por necesidad que por virtud. No se juntaban ménos de treinta y seis mil; los gefes ostentaban su crédito y habilidad en reunir los votos de muchos territorios, y otros ponian precio á su voto personal. Las bellas armas, joyas, ricas estofas y finas pieles se mostraban en las tiendas ó se ofrecian en los tocadores. Se presentó la casa de Austria con toda su gravedad, lisonjeándose de que los polacos saldrian á recibir al archiduque, hijo del emperador Maximiliano, que era el que les indicaba; pero los polacos no le admitieron, porque no querian un señor tan soberbio y poderoso. Ofrecia el czar provincias enteras que añadir á la Polonia, y una perpetua paz entre los dos estados si le querian elegir; pero mas quisieron esponerse á los peligros de la guerra que entregarse á un déspota. El rey de Suecia se ofrecia; pero era protestante. El duque de Prusia, sobre ser demasiado jóven, mostraba por otra parte poco espíritu. El elector de Sajonia, príncipe de grande mérito, tambien era herege, y además de esto aleman lo que para los polacos de aquel tiempo era un pecado y una mancha indeleble. Un marqués de Amspach, y un vayvoda de Transilvania, se ayudaban bastante bien en la dieta, como otros pretendientes mayores, cuyos manejos ambiciosos se cruzaban, y solo servian para prolongar la asamblea con grande satisfaccion de los *Piastas* que se regalaban muy bien, y se enriquecian á costa de los pretendientes.

Entre tanto, como todo tiene su término, en el mayor calor de las solicitudes llegó de Francia Juan Crasoski, caballero polaco, tan grande de espíritu como pequeño de cuerpo. Habia sido bien admitido de la reina Catalina de Médicis, y festejado por Enrique, hermano del rey Cárlos IX, duque de Anjou, y por toda su corte. Volvia lleno de estimacion en favor de este pais y de las personas que le habian hecho su mansion tan agradable; y era un objeto de curiosidad el tal viajero, porque todos le rodeaban, y estaban escuchando con ansia lo que decia de la magnificencia de la corte de Francia, y de las perfecciones del duque de Anjou. Contaba como este príncipe era un jóven, que habia señalado su valor en los campos de Jarnac y de Moncontour, su grande aficion

á la religion católica, los golpes que habia dado á la heregía, y que si la malevolencia no detenia su brazo, él era capaz por si solo de cortar todas las cabezas de aquella maldita hidra que devoraba la Francia.

No se sabe si Crasoski llevaba encargo de hacer estos elogios, ó si por si mismo, y sin otras miras, seguia las inspiraciones de su zelo; pero fuese uno ú otro, él comunicó su entusiasmo á los demas, y muchos magnates, palatinos, vayvodas y starostes, creyeron que tan grande héroe seria una preciosa adquisicion para la Polonia. Enviaron á Crasoski á Francia para que dijese las disposiciones en que se hallaban; y los negociadores, encargados de que se lograsen las intenciones de la Francia, lejos de descuidarse ni hacerlos esperar mucho, accedieron á cuanto pedian los polacos, á saber: la seguridad de mantenerles sus leyes, pagar la Francia las deudas del rey difunto, gratificaciones á la nobleza y una armada en el Báltico para oponerse á los rusos: proponiendo además de esto que el jóven monarca se casaria con la princesa Ana, hermana de Segismundo. Esta era de edad crecida; y Enrique convino en todo, á escepcion del último artículo, cuya decision reservó para cuando llegase á Polonia.

Recibieron al nuevo rey con una espresion de alegria universal, y él encantó igualmente á todos sus vasallos con su aire magestuoso y las gracias de su juventud. Estaban enamorados de sus modales, de su elocuencia persuasiva, y de la elegancia con que se esplicaba en latin, lengua favorita de los polacos. Notaban con admiracion su talento en sostener la dignidad de su clase sin aquel aire de superioridad que hasta entónces habian afectado los monarcas del Norte. Miraban con complacencia los polacos en aquel agradable esterior el presagio de un reinado feliz. Mas apenas habia empuñado Enrique el cetro de los Jasellones, cuando se vió heredero del de la familia de Valois, y abandonó las bellas esperanzas que le daba la estimacion, afecto y confianza de sus vasallos adoptivos para ir á sumergirse entre los alborotos que agitaban á sus vasallos naturales, y que fueron el remolino en que pereció. Se consideraban los polacos como insultados en la preferencia que hacia de la Francia; y por mas que cuando salió de Polonia ofreció asistir á los dos reinos, ellos dijeron, que volviese inmediatamente, ó renunciase. Viendo que dilataba la renuncia pensaron en otra eleccion (1575).

Como los polacos acababan de esperimentar un príncipe extranjero que los dejó, parece que no debieran pensar en otra eleccion semejante; pero buscaron un rey en la casa de Austria, y eligieron al emperador Maximiliano. Viendo que tardaba éste en aprovecharse de su felicidad, un partido, al principio debil, puso los ojos en Esteban Batori, transilvano, cuyo mérito en su estado de particular hacia contrapeso al esplendor del nacimiento del príncipe austriaco. Recibió Esteban su primera educacion en un campo; y su valor, capacidad y prudencia le merecieron la estimacion de los soldados, y grande respeto en el pueblo. Habia vacado la soberania de Transilvania, y con general consentimiento nombraron á Batori sin haber pretendido este honor. Sus talentos y sus virtudes le allanaron asimismo el camino al trono de Polonia, que tampoco pretendió, pero no dejó pasar la ocasion: y mientras Maximiliano regateaba sobre ciertas condiciones, lo aceptó Batori todo: llegó, y se casó con la hermana de Segismundo, que tenia sesenta años. Verdad es que siempre se mantuvo apartado; pero asi empezó un reinado benigno y glorioso. Al principio tuvo que reprimir los esfuerzos de los moscovitas. No podia el czar perdonar á los polacos que habiendo él pretendido su corona se la hubiesen negado, y les hizo la guerra como bárbaro. No se contentaban sus soldados con quitar la vida, sino que atormentaban con mil suplicios; y fué tanto el miedo que inspiraron, que los habitadores de Wender, no pudiendo resistir á sus armas, ántes que entregarse á tan cruel enemigo, socavaron sus casas y los apoyos de sus paredes, enterrándose gloriosamente en las ruinas de su patria. Á los furores de los bárbaros opuso Batori sus victorias, y la humanidad para con los prisioneros.

Reconocen todos en él la gloria de haber disciplinado á los cosacos, civilizado y suavizado sus feroces costumbres. Los reunió en ciudades cuando ántes se desdeñaban de semejantes habitaciones; pero les dejó las costumbres que pudieran ser útiles, como el gusto á una vida dura, que no temia la intemperie de las estaciones, y su sobriedad mayor que la de los espartanos. Campañas enteras hacian sin otro alimento que una especie de bizcocho negro, que ellos comen con ajos. Son robustos, infatigables, y valientes soldados: de ordinario pelean á caballo, y no saben lo que es atrincherarse: su fortificacion son los carros, poniéndolos al rededor. De detrás de esta fortaleza ambulante salen con ímpetu, y si los rechazan vuelven á retirarse á ella, y se defienden con tenacidad. Entre estos hombres estableció Batori el comercio y las manufacturas cultivadas en Polonia. Al paso que las creaba entre los cosacos, las perfeccionaba en Polonia. Su conducta en los once años que reinó le mereció aquel epitafio singular, que, aunque escrito con antítesis, espresa la mas exacta verdad: «En el templo fué mas que sacerdote: en la república mas que rey: en el tribunal mas que jurisconsulto: en el ejército mas que general: en la accion mas que soldado: en la adversidad y perdon de las injurias mas que hombre; defensor de la libertad mas que un ciudadano: en los afectos de su corazon mas que amigo: en el comercio mas que sociable: en la caza contra fieras mas que un leon; y en toda su vida mas que un filósofo.» No obstante, no pudo este filósofo corregir la violencia de su genio, que algunas veces le arrastraba á escesos que se acercaban al frenesí; y aun se dice que uno de ellos al recibir una mala noticia le causó la muerte (1587).

La esperiencia de tan buen rey, escogido entre ellos mismos, no sanó á los polacos de la mania de buscarle en los extranjeros, y asi abrieron la palestra á los competidores, y por efecto de las intrigas que autorizaba su régimen, en lugar de un monarca, se hallaron con dos: Maximiliano, archiduque de Austria, y Segismundo, príncipe de Suecia. Maximiliano fué vencido y hecho prisionero en una guerra que duró tres años, al cabo de los cuales desistieron de sostener su eleccion sus partidarios, que habian gastado ya el dinero que les habia dado. Segismundo tuvo á su contrario por tan poco formidable, que se aventuró á darle libertad, sin exigirle rescate sino solamente la renuncia.

La Polonia padeció mucho en la competencia de los dos rivales, primera infelicidad. Sufrió tambien muchas calamidades cuando fué preciso socorrer á Segismundo, ya rey de Suecia, contra Cárlos su tio, que invadió aquel trono. Otra plaga para la Polonia fué el haberse propuesto Segismundo colocar un hijo suyo en el trono de los czares. Por último, fué desgracia de la Polonia el afecto de Segismundo á la casa de Austria, á la cual debiera mirar con indiferencia por la competencia del archiduque, pero que su zelo por la religion católica se la hacia amable, haciendo con ella una alianza agresiva, lo que le atrajo guerra con los turcos. Éstas fueron las ventajas que lograron los polacos por la eleccion de un príncipe extranjero, aunque en si mismo muy bueno, y cuyas prendas estimables escedian á sus defectos; pero le hicieron fatal á la tranquilidad de su pueblo sus preocupaciones, y la obstinacion en sus proyectos (1632).

Parecia que Ladislao, su hijo de primer matrimonio, debiera sucederle de derecho, bien que con la aprobacion de la dieta; pero su madrastra procuró ganar los votos en favor de Juan Casimiro, hijo suyo. Este príncipe, en vez de suplantar á su hermano, se puso á la frente del partido que se declaraba por él; y por otra parte Ladislao, ántes de sentarse en el trono, ya, por decirlo así, le habia conquistado en las victorias que ganó contra los turcos y rusos; pero dejó á su sucesor una guerra terrible contra los cosacos, ocasionada por la crueldad de un gobernador polaco. Para castigar éste á un gefe cosaco, llamado Kzmielnieski, por su soberbia y algunas pala-

Digitized by Google

bras picantes, le puso fuego á la casa con ánimo de abrasarle en el incendio. En éste perecieron la muger y un hijo del cosaco, pero el padre se libró, sublevó su nacion, y asoló la Polonia con la rabia de un furioso, que tenia prendas tan amables que vengar. Cuando murió Ladislao tenian aquellos bárbaros consternado todo el reino.

Le sucedió Casimiro, aunque con alguna repugnancia de parte de la nobleza, la cual no le creia a propósito en aquellas circunstancias. Segismundo su padre, y Ladislao su hermano, eran muy afectos á los Jesuitas: lo cierto es que éstos tuvieron en sus reinados grande autoridad. Casimiro se habia criado entre los Jesuitas, y habia tomado su hábito y profesado: de allí le sacó el papa, creándole cardenal; y esta profesion de un estado pacífico daba motivos para recelar que la eleccion no fuese aceptada cuando necesitaban de un guerrero. No obstante, le eligieron rey, y al punto la nobleza, cuyas tierras estaban mas espuestas á las asolaciones de los cosacos, propuso al monarca que saliese á campaña: respondió que no era tiempo de combatir, sino de tratar: que los polacos habian hecho una injusticia, y no debieron poner fuego á la casa de Kzmielnieski, y que así era preciso reparar aquel agravio. Por mas que le instó la nobleza permaneció inexorable, y ella resolvió salir sin él á campaña. Se juntó pues en cuerpo de ejército, la vencieron los cosacos, y fué fortuna suya tener entónces por mediador á Casimiro, que hizo la paz con los cosacos con condiciones equitativas; y nó porque temia la guerra, pues en otra ocasion habiéndole agraviado los cosacos, los acometió fieramente, y los precisó á volver al primer tratado.

Tambien venció Casimiro á los rusos que habian hecho una irrupcion en Polonia, pero no fué tan feliz con los suecos. Cárlos Gustavo su rey, que habia puesto la mira en la Polonia, mantenia un partido en ella. Descontenta casi toda la nobleza con que Casimiro no se prestase á su sistema de dominacion, tanto con respecto al pueblo como en el gobierno, le abandonó ó se volvió contra él cuando el sueco entró en el reino. Resistió Casimiro cuanto pudo; pero, viendo que la mayor parte de la nobleza se le habia declarado contraria, y que era imposible reducirla á su obligacion, porque le habian limitado mucho su autoridad: como hombre prudente que solo estimaba las dignidades por lo que valen cuando son tantos los cuidados que las acompañan, juntó una grande suma de dinero, la hizo pasar á Francia, y fué á gozar allá de la vida tranquila que le negaba su patria (1670).

Esta desercion puso en convulsion todo el reino, y la tuvieron no sin razon por renuncia. Se juntaron los nobles á la eleccion; y como no todos habian concurrido á los disgustos de Casimiro, se hicieron unos á otros reconvenciones, que se decidieron á sablazos. Restablecido el sosiego empezaron á examinar el mérito de los pretendientes, que todos eran extranjeros. El primero que se presentaba era el Czar para su hijo, al cual habia criado á la polaca. Hablaba este príncipe la lengua del pais, y habia adoptado sus modales y costumbres; prometia abrazar la religion católica, entregar cuatro millones en la caja de la república, restituir las plazas tomadas á la Polonia, y poner cuarenta mil hombres para que los otros pretendientes no turbasen la tranquilidad del reino. Esta última oferta no era ilusoria, pues podia realizarla inmediatamente, sacándolos de un ejército de ochenta mil que estaba en la frontera esperando la decision; pero justamente la proporcion de efectuar esta promesa era la que hacia temblar á los polacos en vez de lisonjearlos. No obstante, ¿cómo podian ménos de aceptarla en el desamparo en que se hallaba el reino, alborotado con las disenciones domésticas, é incapaz de defenderse contra una irrupcion, cuando los otros concurrentes, que eran los duques de Lorena, de Neuburg y de Condé, no ofrecian mas que mérito sin fuerza? En esta tribulacion creyeron que el Czar sentiria ménos la repulsa si se eligiese á un polaco.

Habia un caballero llamado Miguel Coribut, descendiente de Jasellon por línea colateral, de carácter benigno y sin ambicion, aunque por no ser rico no era de grande influjo. Se hallaba éste en la dieta entre la multitud de los electores; no faltó quien por casualidad pusiese en él la consideracion y, pronunciando su nombre, pasó éste de boca en boca, se multiplicaron los votos á su favor, y se vió electo rey de Polonia Coribut, con grande admiracion suya. Se sorprendió mas cuando le llevaron á un trono, que de repente levantaron en medio de la asamblea. Protestó su incapacidad; y con lágrimas suplicaba que no le colocasen en un puesto en que iba á ser el juguete de la nacion. Le prometieron ayudarle á llevar el peso de la corona, y cedió con estas seguridades; pero cuando fué preciso obrar contra los rusos desde luego, y despues contra los turcos y los tártaros, que, confiados en el desórden, acudian contra la Polonia como á presa segura, le negó la nobleza el servicio, ó sirvió mal. Se vió el rey precisado á hacer una paz nada ventajosa, de la cual le culparon en todo; y esta pesadumbre se dice que le llevó al sepulcro. Si hubiera vivido algunos dias mas podia haberse consolado con la noticia de una señalada victoria, que el gran general de la corona Juan Sobieski ganó á los turcos que habian renovado la guerra (1674).

No le pareció suficiente á Sobieski este triunfo para presentarse descubiertamente como uno de los pretendientes al trono. Habia aspirado á éste su ambicion cuando se retiró Casimiro, pero lo sobresaliente de los competidores no le permitió declarar entónces su proyecto; y en la vacante actual observó la misma conducta con mayor éxito. Se alistó alternativamente bajo los estandartes de los concurrentes; debilitó sus partidos destruyendo á los unos por medio de los otros; y declarándose en el momento oportuno, salió electo, no *tanto* porque la nobleza le diese con toda sinceridad sus votos, como porque el pueblo manifestó unánimemente su deseo. Apenas le nombraron cuando esplicó el designio de continuar la guerra contra los turcos, y se encargó de mantener á su costa mil hombres de infantería. Con este ejemplo se animaron los senadores, los nobles y los grandes á hacer los mismos esfuerzos, cada uno á proporcion de sus rentas; y ésta fué la primera vez que vió Polonia un cuerpo de infantería nacional. El deseo que tenia Sobieski de volver á las hostilidades le hizo dilatar su coronacion, y no aceptó los honores de esta solemne ceremonia hasta que con dos años de victorias aseguró la tranquilidad de la república, borrando la mancha del último tratado.

No hallaba Sobieski otro gusto que el ruido de las armas, y de esta inclinacion se valió el emperador Leopoldo para empeñarle en su socorro contra los turcos. Se cubrió de gloria cuando los hizo levantar el sitio de Viena; pero el agradecimiento del emperador fué muy tibio cuando se visitaron á consecuencia de accion tan memorable; bien que la estimacion general le desagravió ampliamente de la tibieza con que el austriaco disfrazó su despecho. Volvió Sobieski á su reino, y no halló la felicidad ni el gusto que debiera prometerse. Con sus cuidados habia restablecido la policía, las leyes habian vuelto á su vigor, y esto mismo era lo mas desagradable para la nobleza, que no gustaba de ver reducida su dominacion tiránica á los límites de la justicia, y así no perdia ocasion de dar á entender su descontento.

Bien lo esperimentó este príncipe cuando quiso asociar á su hijo al trono; y así murió con la pena de contar casi por seguro que no permaneceria en su familia el cetro que él habia ganado. Le censuran de avaricia, sin duda porque no era pródigo con los cortesanos; y le imputaron este defecto, aunque su tesoro estuvo abierto siempre para las necesidades del reino. En los últimos años de su vida era con esceso condescendiente con los consejos de la reina, francesa, muger de talento, pero atrevida, inconsiguiente y apasionada. En esta conducta de Sobieski no habia tanta debilidad cuanto cansancio del gobierno, y disgusto que le causaban las contradicciones. Era hombre que no procuraba ocultar su re-

Digitized by Google

sentimiento, y á los grandes que no eran de su gusto se lo manifestaba demasiado; pero, aunque en esto no era político, en todo lo demas se lo reconocia por tal. Además de la lengua materna entendia el latin, el francés, el italiano, el aleman y muchos dialectos turcos; y tanto se admiró su elocuencia en el senado, como su valor en el campo de Marte. Con justo título se le cuenta por uno de los monarcas mas completos que reinaron en Polonia.

La predileccion de la reina por su hijo segundo, y sus esfuerzos para adquirirle la pluralidad de votos en perjuicio del primogénito, perjudicaron á los dos: pues con esta conducta perdió casi toda la influencia en la dieta celebrada para la eleccion. Se fué insensiblemente reduciendo el número de los competidores, y de seis que ántes eran entre naturales y extranjeros, al cabo de un año de intrigas, solo quedaron dos, Federico Augusto, elector de Sajonia, y el príncipe de Conti. Reducido el asunto á estos términos, se juntaron los nobles en número de cien mil en la llanura de Varsovia. Estaba cada palatinado repartido por compañías bajo de sus propios estandartes, y todos los electores á caballo armados de lanzas. El aire y continente anunciaban lo importante que se consideraba cada uno: como que no hay cosa que inspire mas altanería que la facultad para hacer un rey y proporcion para venir á serlo, y no puede dudarse que entre los cien mil no habia uno que no tuviera este derecho, y no pudiera concebir esta esperanza (1696).

Se colocaron pues los senadores cada uno en su division, y empezaron sus arengas. Aun estaba hablando el obispo de Ploko cuando la nobleza de su Palatinado esclamó, *Viva Conti*. Pasó este nombre de boca en boca, é iba á concluirse la eleccion cuando el Palatino de Culm solo con la palabra *veto*, se opuso al torrente con peligro de su vida. Quisieron pasar adelante, y dijo á gritos: que se violaban las leyes. La eficacia de sus reclamaciones, y las razones con que las sostenia, hicieron dejar la eleccion para el dia siguiente. No fué muy tranquila aquella noche: se visitaron unos á otros, y mas fué lo que se bebió que lo que durmieron.

Al amanecer se presentaron los dos partidos casi iguales en fuerza: unos proclamaron á Conti, otros á Federico, y fué tal la confusion que no podian recogerse los votos. No obstante parecia que la preponderancia estaba por Conti. Se dividieron abiertamente; y proclamando cada uno á su candidato, hizo que el representante del electo prestase el juramento. Uno y otro partido mandaron cantar el *Te Deum*: publicaron manifiestos: cada uno se proclamaba observador de las reglas, y acusaba á su contrario de haber faltado á ellas. Á la guerra de pluma sucedió la de la espada; pero, como el sajon estaba cerca con un ejército y dinero, superó con facilidad á Conti, que no habia llevado mas que algunas cantidades de corta consideracion que juntó de los caudales de sus amigos. De este modo quedó Federico electo: pero su ambicion, como se dice de los que iban á tratar con las cortesanas de Corinto, compró bien caro el arrepentimiento.

No hemos señalado la época en que Polonia pasó de monarquía á ser república, y seria difícil fijarla. Se fué insensiblemente introduciendo el gobierno republicano por medio de las condiciones coartivas que sucesivamente impusieron á los competidores á la corona; y á estas condiciones llamaron *pacta conventa*. Eran los diplomas de su libertad, y el pueblo siempre estaba dispuesto á darla estension. Así se formó la lucha, que ha tenido en continuas turbulencias á la Polonia.

Los mismos partidarios de Federico, cuando ratificaron la eleccion, le fijaron el número de tropas que habia de tener, y las circunstancias que le podrian autorizar para llamar á sus sajones. Pero no eran tan precisos los términos de esta convencion, ni los sucesos tan previstos, que con protestos diferentes no pudiese apresurar la marcha de un ejército, escediendo las fuerzas estipuladas, para que se apoderase de las fortalezas, ó tomase situaciones capaces de causar cuidado á la república.

Todo esto sucedió con el nuevo rey: le rodearon sus sajones, de quienes por ser sus vasallos naturales se fiaba mas que de los polacos; y para aficionarlos mas los colmó de favores. De esto se recelaron los polacos, y viendo atentados en esta conducta contra sus privilegios, formaron asociaciones para mantenerlos. ¿De qué sirven, decian, tantas tropas en tiempo de paz, sino para sujetarnos? Federico Augusto, para eludir la fuerza de este argumento, y tener á los polacos ocupados, declaró sin fundamento la guerra á la Suecia; pero en lugar de contribuir á asegurar su autoridad esta guerra injusta, le precipitó en un abismo de males, pues se halló al frente del famoso Cárlos XII, en quien de ordinario se celebra solo el valor, siendo preciso reconocer tambien su política. Éste fomentó á los descontentos, sus victorias dieron fuerza á los manifiestos de los polacos confederados, y para con los pueblos acreditaron sus victorias estos mismos manifiestos. Mudaron de opinion acerca de Federico, porque fué desgraciado; y en una dieta convocada por el vencedor, le declararon enemigo de la patria, y le depusieron.

No cedió Federico sin resistencia; pero si no fué valiente á la frente de sus tropas, mostró mas que flaqueza en el gabinete. Siempre en él será reprensible el sacrificio de Patkul, vasallo de Cárlos XII, que, habiéndose enemistado con este príncipe, se puso en manos del sajon, y habiéndole servido bien le entregó cobarde al resentimiento de Cárlos, que le hizo quitar la vida entre tormentos. Bien puede un hombre caer noblemente del trono cuando una fuerza irresistible le derriba: pero besar humildemente la mano que le precipita es para un monarca la mayor ignominia (1704).

Dió Cárlos XII á Estanislao Lekzinski, noble polaco, la corona de Federico, imponiendo á éste la obligacion de escribir á su sucesor una carta de enhorabuena; monumento de su flaqueza que todavía se conserva. Se sabe que le estimaba en tan poco el jóven sueco, que fué como á desafiarlo en medio de su capital, y de una numerosa guarnicion; y estuvo comiendo y conversando familiarmente con él, sin que el destronado se atreviese a manifestar otra cosa que su sorpresa (1709).

Si Augusto no hubiera recobrado la corona cuando se lo facilitaban los desastres de Cárlos XII, pudiéramos creer que su enhorabuena á Entanislao procedia de laudable indiferencia respecto de unos pueblos que le habian despedido: pero luego que pudo volvió á empuñar el cetro: ¡tánto es el atractivo de la autoridad! Augusto Estanislao fué depuesto como el, renunció como él, y como él dió sus pasos hácia el trono abandonado; pero sus esfuerzas no tanto fuéron voluntarios, como mandados por la obstinacion de Cárlos XII; y sus prendas recibieron la recompensa en la fortuna de su hija, la cual, por circunstancias imprevistas, vino á ser esposa de Luis XV, rey de Francia. Dieron á Estanislao la Lorena, en donde pasó una vida tranquila en medio de las artes, á las cuales era muy apasionado, y gozaba de los honores sin los cargos de la soberanía.

Por el contrario, Federico Augusto II reinó rodeado de facciones y bandos; y esperimentó el furor de las conjuraciones desenfrenadas, no solo contra su poder, sino tambien contra su vida: siendo así que era príncipe humano, buen padre, buen marido, á escepcion de alguna falta de fidelidad, muy sociable y de costumbres convenientes para reinar en una repúbliba.

Murió en 1733; y era natural que Estanislao, su antiguo competidor, volviese al trono que le habia dejado vacante, pero aunque se declaró pretendiente, halló que le hacia frente el hijo del difunto; y aunque favorecido, bien que poco auxiliado, por la Francia, cuyo rey Luis XV se habia casado con su hija, le fué preciso abandonar la empresa; y por entre mil peligros huyó de los ejércitos rusos y sajones reunidos en favor de su contrario. Sin embargo, Federico Augusto III no fué reconocido universalmente, sino en una junta llamada la Dieta de pacificacion, celebrada en Varsovia en 1736. Pasado este primer movimiento fué su reinado sosegado y tranquilo. Por su muerte ocurrida en 5 de octubre

Digitized by Google

de 1763, su hijo, ya elector de Sajonia, pidió la corona que habia tenido su padre; pero hicieron frente á su pretension la czarina y el rey de Prusia, que se concertaron entre sí para que eligiesen un Piasta, esto es, un caballero polaco. No era difícil adivinar las miras de estas dos potencias. Deseaba el rey de Prusia que nombrasen un monarca, reducido á las solas fuerzas de la república, cuya debilidad no podria oponerse á las invasiones que premeditaba. Con el mismo objeto deseaba la czarina que saliese electo un Piasta: pero otro mas vivo, y sin duda entónces mas grato á su corazon, le hacia desear que hiciesen rey de Polonia al conde Estanislao Poniatowski; y así le recomendó eficazmente á la dieta: pues además del gusto de ver coronado á su favorito, preveia Catalina II la ventaja que podia resultarle de tener por vecino un monarca sacrificado á su voluntad, que podria auxiliarla en la guerra que tenia con los turcos, y así este pretendiente, llevado en hombros de las dos potencias, subió sin dificultad al trono de Polonia en 6 de setiembre de 1764.

Si hubo príncipe que hallase una corona espinosa y pesada, fué Estanislao Augusto II. Por recelo de que el partido monárquico superase al republicano en el gobierno misto de Polonia, habia mas de un siglo que las dietas siempre habian procurado reducir y estrechar la autoridad del rey, disminuyendo sus rentas, y debilitando el ejército de la corona; y así Poniatowski, cuando subió al trono, se halló casi sin dinero y sin tropas; y tuvo además de esto la afliccion de ver que la Rusia y la Prusia, sus protectoras, en vez de ayudarle á sosegar su reino alborotado con los antiguos partidos, parecia que solo procuraban en él nuevos alborotos.

Habia en Polonia una multitud de sectas, conocidas todas con el nombre de *Disidentes*; y la religion dominante se valia de todos los medios posibles para reprimirlas, al paso que ellas por su parte trabajaban sin cesar por estenderse. Era perpetua la lucha; y los católicos, como mas antiguos, mas numerosos, y apoyados con el favor de los magnates que poseian ó solicitaban sus ricas prelacías, hubieran por último vencido, si las potencias vecinas no se hubiesen mezclado en sus desavenencias.

La Prusia y la Rusia, á los quince dias de la coronacion de su protegido, hicieron que se le presentase un escrito imperioso á favor de los disidentes, pues no pedian ménos para éstos que una libertad de cultos sin límites, y todos los privilegios que podian igualarlos con los católicos. El rey, que se halló indeciso, despues de muchas negociaciones inútiles para una composicion razonable, remitió el asunto á la decision de una dieta que se celebró en Varsovia en 1768, entregando la pretension de los disidentes á la pluralidad de votos.

Como los disidentes se consideraban protegidos de las dos potencias no se tuvieron por vencidos, y ántes bien se confederaron en muchas provincias, pidieron nueva dieta, y se tuvo ésta el año siguiente tambien en Varsovia, bajo el cañon de los rusos, que usaron de la mayor violencia. Los obispos de Cracovia y de Kiobia, muchos senadores y muchos magnates fueron arrebatados, trasladados de allí, y encerrados en las fortalezas rusas, con lo que consiguieron los disidentes cuanto quisieron. En todas partes se opusieron los católicos. Éstos, viendo que los disidentes se habian confederado, formaron ellos tambien *la confederacion de Bar*, así llamada por el lugar en donde se juntaron. Cada uno se presentó con sus señales de distincion; á ninguno se le permitió ser indiferente, y así empezó en Polonia la guerra civil con el mayor furor.

En vano hizo el rey todos sus esfuerzos para que se reuniesen con él todos los confederados de Bar, y para empeñarlos en que tomasen las medidas que pudieran haber salvado la patria. Como algunas veces se habia visto precisado el rey á ceder y condescender en algo con los disidentes, tan poderosamente protegidos, se obstinaron los confederados de Bar en creer que Poniatowski estaba enteramente sacrificado á la Rusia; y así nunca quisieron fiarse de él, ántes bien resolvieron deshacerse de su persona; y aun se presumió que no tuvo otro objeto el atentado que cometieron algunos de ellos.

En 3 de setiembre de 1771, como á las nueve de la noche, entrando el príncipe en Varsovia poco acompañado, se vió rodeado de una tropa de asesinos. Le hicieron bajar del coche, y uno de ellos le puso la pistola al pecho; la apartó el rey, pero la bala le pasó el sombrero; otro le descargó un sablazo en la cabeza, y le hizo una grande herida. Le arrastraron entre sus caballos, y le obligaron á montar en uno que, vivamente picado, cayó, se rompió una pierna; y al rey, que cayó debajo de él, le sacaron con trabajo herido en un pié. Así continuaban en llevarle consigo á pesar de la dificultad que esperimentaba para andar, cuando á distancia oyeron que venia una patrulla rusa. Al punto se dispersaron, solo uno se quedó con el rey, movido de sus súplicas, y le puso en seguridad. Los principales de los confederados no confesaron esta accion, protestando que no habian tenido parte en ella; pero si se ha de formar juicio por las confesiones de los culpados, que casi todos fueron presos y castigados, no estaban inocentes en ella muchos de los gefes.

En ocho años que habian mediado desde que la Rusia y la Prusia alborotaron la Polonia, tuvieron estas dos potencias tiempo para ir madurando el proyecto que habian formado de invadir cada una las provincias que mas la convenian. Tal vez se hubiera opuesto el emperador á su empresa; pero para no tenerle contrario le propusieron tambien su parte. Cuando ya todo estaba arreglado entre las tres potencias, y cuando ménos se esperaba en el año de 1772 se las vió introducir en plena paz, cada una por su lado, un ejército en Polonia, bien que segun costumbre no dejaron de publicar su manifiesto.

Empezaba éste por una pintura demasiado verdadera de los males que afligian á la Polonia, de muertes, incendios, violencias de toda especie, fanatismos, y anarquía que destruian del todo la seguridad pública, arruinaban el comercio, y hacian notable perjuicio al cultivo de las tierras. Añadia el autor del manifiesto: «La natural conexion que tienen entre sí las potencias limítrofes hace que sus provincias vecinas á la Polonia esperimenten los tristes efectos de sus desórdenes, y ha muchos años que se ven en la precision de tomar las medidas mas costosas para asegurar la tranquilidad de sus fronteras. En circunstancias tan críticas temen las cortes de Viena, de Berlin y de san Petersbourg que de las disensiones domésticas de la Polonia resulten variaciones en el sistema político de Europa; y además, no queriendo abandonar á la suerte muchas provincias de la república, á las cuales fundan las tres potencias pretensiones *que justificarán á su tiempo y lugar*, despues de haberse comunicado sus derechos y pretensiones, y *haciendo causa comun*, declaran que quieren ponerse en posesion de ellas como un equivalente, que se arreglará despues entre la Polonia y las potencias vecinas con límites mas naturales que los señalados hasta ahora; y con este equivalente renuncian las tres potencias á toda demanda, pretension, repeticion de perjuicios ó intereses que por otros capítulos pudieran formar sobre las posesiones de la república.

Sobre estos títulos fundaron la invasion de muchas provincias que costaron á la Polonia mas de siete mil leguas cuadradas, y en que perdió mas de cinco millones de habitantes. Se convocó una dieta rodeada de las tropas de las tres potencias, y confirmó esta reparticion en 1773. Otra junta celebrada con las mismas precauciones en 1775, dió á la Polonia una constitucion que restablecia los antiguos abusos del gobierno, y entre otros *el liberum veto*, por el cual un solo noble podia detener todas las resoluciones de la asamblea nacional, que es el privilegio mas á propósito para que duren las facciones.

Habia protestado el rey contra la division, y no obstante se atrevieron muchos magnates á reconvenirle en términos poco comedidos; pero él les respondió vivamente: «Señores, estoy cansado ya de otros: la division de nues-

Digitized by Google

tro infeliz pais ha sido una consecuencia de vuestras ambiciones, y disensiones y eternas disputas: y asi á vosotros solamente debeis atribuir vuestras desgracias.» Á la verdad, con mas union hubiera podido la Polonia sostenerse contra la coalicion usurpadora, y tal vez reparar sus pérdidas, de lo cual se concibió alguna esperanza de resultas de una dieta que se congregó en 1788, y despues de dos años de debates hizo por último en 3 de mayo de 1791 una constitucion que corregia los vicios de la de 1775, y pudiera reparar las antiguas pérdidas restituyendo á la nacion su energía.

Las tres cortes se opusieron á esta constitucion, protestando que ellas eran garantes de la de 1775; y se formaron confederaciones en pro y en contra. Accedió el rey á la de Targovista, que se declaraba por una composicion con las tres potencias; pero éstas, aprovechándose del desorden general, dieron la última mano á su proyecto con una invasion completa. Sin embargo, en la dieta que se juntó en Grodno en abril de 1793, no hicieron mas que confirmar la reparticion en que se habian convenido, y declarar «que incorporarian en sus estados respectivos las provincias de Polonia, que tenian en su poder, para asegurarla contra los efectos destructivos de de los sistemas estravagantes que se pretendia introducir en ellas; y que esta resolucion y la ejecucion de ella eran firmes é irrevocables.»

El rey, sin poder alguno, y testigo de tan funesta desmembracion, renunció la corona por acto firmado en Grodno el 21 de noviembre de 1793. Trataron de cobardia su renuncia algunos zelosos polacos que se juntaron bajo la direccion de un valiente capitan llamado Kosciuski. Obligados éstos á pelear con numerosos ejércitos bien disciplinados y provistos, suplieron muchas veces con la desesperacion lo que les faltaba de fuerzas. Lograron muchas victorias, y los admiraron hasta sus enemigos; pero sus esfuerzos entre victorias y derrotas no sirvieron mas que para llenar la Polonia de sangre y de ruinas. Al fin fueron vencidos, se dispersaron, y entónces se llenaron las cárceles, se levantaron cadalsos, corrió la sangre, y por una acta comunicada á todas las potencias de Europa, y firmada en Petersbourg el 3 de enero de 1795, se asignó cada una de las tres potencias los límites que debian separarlas en el mismo seno de la Polonia que se apropiaron.

Desde aquel dia la Polonia, que por mas de mil años habia figurado en la Europa como potencia muchas veces temible, quedó privada de este título, y pasará por tan humilde suerte hasta que tal vez, entre los mismos partícipes, se levante alguno que espulse á los otros dos, y restituya á Polonia su esplendor antiguo.

Por otra acta firmada en Petersbourg en 6 de enero de 1797 se empeñaron las tres cortes en estinguir por diferentes medios las deudas de la Polonia, pagar las del rey, y asegurarle todos sus bienes, patrimoniales ó adquiridos, con una pension anual de doscientos mil ducados. Fijó este último rey su principal residencia en Grodno; y el czar, Paulo I, cuando subió, al trono convidó al desgraciado monarca á ir á Petersbourg. Sin duda no volvió á ver aquella corte sin acordarse de las aventuras de su juventud, que le prometian muy diversa suerte.

Este es el estado actual de un pueblo que siempre opuso un poderoso dique á las irrupciones de los otomanos, que habia triunfado de los rusos, y llevado sus victoriosos estandartes al mismo centro de Alemania, y hasta las riberas del Rhin. Reflexionando tan espantosa catástrofe pudiéramos aplicar á todos los estados espuestos á semejantes desgracias aquellos versos de un poeta:

Aprended almas vulgares
Á morir sin lamentaros.

Los polacos no se han contentado con lamentarse, sino que distintas veces con efusion de su propia sangre se han mostrado dispuestos á resucitar su antigua nacionalidad. Durante las guerras del imperio pelearon á favor de Bonaparte, esperando de él su emancipacion. Viendo desvanecidas sus postreras ilusiones se sublevaron en 1830, arrojaron de la mayor parte de la Polonia á los rusos, los vencieron en muchos encuentros, y solo cedieron ante quintuples fuerzas, despues de haber probado al mundo que eran dignos de vencer. La Polonia no es ya mas que una provincia rusa. El emperador Nicolás ha puesto empeño en borrar los hondos surcos que en ella habia dejado la nacionalidad polaca, y ha conseguido en parte sus designios. Ha mezclado las familias polacas con los rusas por medio de alianzas; ha logrado que muchos polacos enviasen sus hijos á la corte de San Petersburgo, y tuviesen sus intereses confiados en cierto modo á la buena fé de sus antiguos enemigos; en suma, ha hecho todo cuanto un conquistador podia hacer para llevar á cabo la asimilacion de los conquistados con los conquistadores. Á veces sin embargo la marcha de los acontecimientos deja burlados los mejores cálculos de la prevision humana; y tal vez la Polonia esté destinada todavia á recobrar el esplendor de otros tiempos; pero es fuerza confesar que ha de ser costosa esta resurreccion mientras conserve el imperio ruso la fuerza colosal que la ha dado ya preponderancia en los consejos europeos.

INGLATERRA.

Como á la mitad del siglo VI, los romanos, que habian invadido la Inglaterra, tuvieron que dejarla llamados para socorrer su imperio. Ya entónces la llamaban Bretaña. Despues de los romanos quedó espuesta á las correrias de los sajones, pueblos del continente en la orilla opuesta del mar, los cuales, haciendo un desembarco, avanzaron tierra adentro, y se llevaron por delante los infelices bretones, hasta que los redujeron á la estrechez de algunas provincias; y formando de sus conquistas siete reinos, los llamaron *Heptarquia*, ó el poder de siete. La subyugada Bretaña tomó el nombre de Inglaterra por los anglos, tribu de los sajones. Despues sufrieron estos vencedores la invasion de los dinamarqueses, y abandonaron á los nuevos huéspedes los territorios en que éstos se fortificaron ántes de concluirse el siglo VI.

Por aquel tiempo penetró el cristianismo en Inglaterra. Ethelberto, rey de Kent, uno de los principales de la Heptarquia, logró por esposa á Berta, hija de Cariberto, rey de Paris, con la condicion de dejarla el libre ejercicio de su religion. La conducta ejemplar de la esposa, y la de los obispos y sacerdotes que habia llevado consigo, dió al esposo tan favorable opinion de la doctrina cristiana que la abrazó, y le imitaron muchos de los vasallos. El papa Gregorio envió despues misioneros, siendo el principal un monge llamado Agustin. Se repartieron éstos por los otros reinos de la Heptarquia, é hicieron grandes progresos con el favor de las reinas, las cuales trabajaban con eficacia en la conversion de sus esposos, como que en la santidad de nuestra santa religion se destierra la poligamia, el divorcio, los amores vagos, y se miran como sagrados los derechos del matrimonio. Los reyes de Inglaterra manifestaron mucho afecto á la corte de Roma, y una obediencia respetuosa á sus mandatos; y así Oton, rey de Mergia, uno de los siete reinos, para espiar su delito, por haber cometido un asesinato, dió el diezmo de sus bienes á la Iglesia, y sujetó su reino á una contribucion anual para la fundacion y sustento de un colegio inglés en Roma; y cada año pagaban un sueldo las familias que tenian treinta de renta. Despues se estendió á los demas reinos esta contribucion, y la llamaban el *dinero de san Pedro* cuando destruida la Heptarquia, quedó la Inglaterra sujeta á un solo monarca.

Se verificó esta reunion á fines del siglo IX; pero no

se perfeccionó de una vez. Los perpetuos ataques de los dinamarqueses, por un efecto contrario á sus intenciones, contribuyeron á que se uniesen todos los ingleses, conociendo éstos la necesidad de hacerles una resistencia bien dirigida, que debia ser obra de una potencia única; pues los reyes de la Heptarquía, separándose unos de otros por envidia ó intereses particulares, no podian oponer sino fuerzas muy débiles. Se juntaron pues con las usurpaciones ó las alianzas muchos de los reinos pequeños; y venciendo el impulso de los dinamarqueses, cesó la Heptarquía; pero la potencia única sin division no se estableció hasta el reinado de *Alfredo el Grande* (891).

Este príncipe, tan famoso en las novelas como en la historia, es uno de los mejores monarcas que ocuparon el trono de la Inglaterra. Subió á él á los veinte y dos años, y ya se habia ejercitado contra los dinamarqueses á la vista de Ethelberto su hermano mayor, rey de Kent que murió por sus muchas fatigas. Alfredo tomó á su cargo una corona difícil de conservar, aunque conocia bien su enorme peso, y continuó contra los enemigos de sus padres una guerra que en los principios fué ventajosa; pues les presentó en un año ocho batallas, y en todas salió vencedor. Pero les llegaron á aquellos extranjeros nuevas colonias, se asustaron los ingleses al ver tanta multitud, y abandonaron á su jóven príncipe. Éste, despues de haber andado errante por algun tiempo con un solo criado, tuvo que despedirle, se vistió de pastor, y aun vivió en este ejercicio un año entero.

Las felicidades de los usurpadores los animaron á imponer un yugo mas pesado á los vencidos. Viéndose éstos oprimidos hicieron para defenderse algunas afortunadas tentativas; y sabiendo Alfredo en su retiro tan felices sucesos, fué á juntarse con sus ingleses. Solo su nombre fué bastante para que muchos de los desertores volviesen á alistarse en sus banderas; y aumentándose sus tropas se halló en estado de presentar batallas y tomar ciudades, y aun de obligar á los extranjeros á pedir la paz, y á recibirla con las condiciones de inferioridad. Para que no pudiesen restablecerse de este golpe, distribuyó por las costas navios destinados á cruzar é interceptar las armadas de Dinamarca que fuesen con refuerzos para sus compañeros; y así la marina inglesa debe su orígen á Alfredo. Otra obligacion no ménos importante le deben sus pueblos, y es el haberlos reformado y civilizado con sus instituciones y ejemplo.

Le habian educado con tal descuido, que á los doce años de edad no conocia las letras. El gusto de las ciencias se le inspiró su madre, que divertia el tiempo en leer los poemas sajones, única instruccion que habia en aquellos tiempos. El hijo pasó mas adelante, y estudió la lengua latina con mucha aplicacion, porque podia darle la llave para entrar en otros muchos conocimientos. Cuando se vió libre de la ocupacion de la guerra se dedicó á instruir á su pais, formó un cuerpo de leyes, y fundó la universidad de Oxford con grandes privilegios para atraer á ella á los sabios, que con efecto acudieron de muchas partes. Á los premios con que animaba añadió su mismo ejemplo, porque tenia una tintura de toda especie de conocimientos: gustaba de la música, y pasaba por uno de los mejores poetas de su siglo. Tradujo en lengua sajona, para instruccion de su pueblo, el pastoral de san Gregorio, los libros de Boecio de la consolacion, la historia Eclesiástica de Beda, y las fábulas de Esopo, por parecerle propias para introducir la moral en un pueblo que estaba en su infancia.

Alfredo hizo brillante su corte porque ostentaba á los ojos de sus vasallos las estofas preciosas, y las producciones de la industria oriental para inspirar deseos de imitarla. Animaba las manufacturas, recompensando á los autores de alguna invencion útil. El retrato que de él hicieron conviene á muy pocos hombres. Era Alfredo tan amable en su persona como completo en sus modales, y su vista inclinaba al amor como al respeto. Las prendas, que parecen incompatibles, se juntaban felizmente en su carácter, porque era moderado y emprendedor, constante sin ser inflexible: siendo benigno y modesto en la sociedad, era severo y valiente cuando mandaba: el cuidado de la ejecucion rigorosa de la justicia no impedia que se distinguiese en la clemencia, por lo que no debe admirar la especie de entusiasmo que la nacion ha conservado en su favor. Los historiadores le han hecho autor de todas las instituciones útiles, y los novelistas le han acumulado como instituciones de caballería tantos hechos heróicos que pudieran ilustrar á muchos monarcas (899).

La posteridad de Alfredo ocupó por mas de un siglo el trono de Inglaterra. Le sucedió su hijo Eduardo, y auxiliado por su hermana Ethelfrida, digna hija de Alfredo, gobernó con prudencia. Por ser muy jóven el hijo legítimo de Eduardo, cuando murió éste, dieron la corona á Atlestan, su hermano natural; y éste se la dejó á Edmundo, hijo legítimo, al cual sucedió Edredo su hermano, que era muy afecto á los monges, y les dió cierto ascendiente sobre el clero secular. Su sobrino Edwy, hijo de Edmundo, que sucedió á Edredo por ser demasiado jóven el hijo de este último, fué destronado, y murió infeliz (959).

Colocaron en su lugar á Edgardo su hermano. Éste robó una religiosa llamada Editha, y vivió con ella como marido; pero no le dieron por este sacrilegio otra penitencia sino que por siete años no llevase la corona en las ceremonias públicas. En otros dos matrimonios que contrajo se observan singulares circunstancias. Llegó por casualidad á un castillo: le agradó la hija de la señora, él la suplicó que llevase á bien que su hija pasase á su lado aquella noche: la madre substituyó una de sus doncellas; ésta le pareció al rey de su gusto cuando despertó, y la hizo pasar desde su lecho al trono.

Habiendo enviudado le alabaron mucho las gracias de Elfrida, hija de un conde muy rico, y envió á Atelvoldo, uno de sus favoritos, para ver si su hermosura correspondia á la idea que le habian dado. Viéndola el confidente se enamoró de ella, por lo cual se la pintó al rey como poco digna de su eleccion; y creyendo que no gustaria de ella el monarca la tomó él por esposa. Los zelos son muy activos en las cortes, y así pronto supo Edgardo que le habian engañado, y mandó matar al marido. La viuda se consoló fácilmente en la muerte del que le habia quitado el trono, y aceptó gustosa la mano que la colocaba en él. Hizo Edgardo á la Inglaterra un beneficio que todavía disfruta. Se propuso estinguir los lobos, y dió á sus vasallos el ejemplo de perseguir vigorosamente en la caza aquellos animales voraces. Recibia por los impuestos en lugar de dinero las cabezas de lobos que le llevaban; y de este modo estinguió la raza, en términos que no ha vuelto á parecer en aquella parte de la Gran Bretaña (975).

No pasaba de diez y seis años Eduardo su hijo, cuando su madrastra Elfrida le disputó el trono que le pertenecia; y no habiendo conseguido su intento hizo asesinar al jóven monarca. Sin duda intervino algun motivo religioso, pues le han calificado de mártir. Á su hermano y sucesor Ethelredo le dieron un nombre inglés, que significa *nunca pronto*: y él hizo ver cuán temibles son á veces los perezosos, pues en nada hallan dificultad con tal que no les dé que hacer. Los dinamarqueses, turbulentos con sus antecesores, no cesaban de atormentarle. Los que poseian por donacion algunas provincias pedian otras, y nunca tenian bastante: los que llegaban de nuevo no querian reembarcarse sino á fuerza de dinero. Pesó Ethelredo en su gabinete estos inconvenientes: se resolvió, y dió las órdenes. El 15 de noviembre de 1002, fiesta de san Bricio, en domingo, dia en que los dinamarqueses acostumbraban á tomar el baño, fueron acometidos y muertos por todo el reino, sin perdonar á los hijos que habian nacido de padre dinamarqués y madre inglesa, ó de padre inglés y de madre danesa; y aun la hermana del rey de Dinamarca, casada en Inglaterra, y cristiana, despues de haber visto degollar á sus hijos, pasó por la misma suerte, mandándolo espresamente Ethelredo.



Digitized by Google

Llegó esta noticia á Dinamarca, y ardian todos los corazones con el deseo de la venganza. Se embarcaron en tropel los dinamarqueses bajo la conducta de su rey, y el *jamás pronto*, que debiera proveer esta terrible invasion, se halló desprovenido, y despues de muchas pérdidas, recurrió al vergonzoso espediente de proponer que se comprase la paz. La nobleza inglesa, indignada de ver su cobardía, sacudió el yugo de la obediencia, y se sujetó á los dinamarqueses. Huyó Ethelredo á Normandía, dondo tambien dominaban gentes del Norte; pero eran rivales y poco amigas de los normandos de Inglaterra. Éstos abusaban tanto de sus victorias que los ingleses volvieron á llamar á Ethelredo, el cual reconquistó algunas provincias, y dejó su reino repartido á su hijo Edmundo.

Á este Edmundo llamaron *Costilla de hierro* por su mucho valor; pero esta prenda no impidió que lo hiciesen ratificar por fuerza la reparticion que habia hecho su padre con Canuto, rey de Dinamarca, el cual en el siguiente año, muriendo precipitada, aunque naturalmente, Edmundo, llegó á ser monarca de toda la Inglaterra. Este Canuto fué llamado el *Grande* por sus rápidas y constantes victorias. Sus cortesanos, admirados de sus triunfos, le lisonjearon hasta cansarlo; y habiéndole dicho repetidas veces: «Nada os imposible á vuestro poder:» fué á la ribera del mar á tiempo que subia la marea; y sentado en su trono, gritó con tono imperioso: «Olas, yo os mando que no os acerqueis, sino que retrocedais;» pero las olas siempre iban avanzando; y volviéndose él á sus cortesanos, dijo: «Ya veis hasta dónde llega mi poder. Reconoced bien que la potestad que me atribuis solo pertenece al Señor del universo, aquel que con un soplo puede trastornar los mas sólidos edificios de la ambicion y vanidad humana.»

Á Canuto le sucedió su hijo Haroldo, y no gozó tranquilamente del trono, inquietado por Hardi-Canuto su hermano, el cual por la muerte temprana de Haroldo, poseyó solo la corona. Á pesar de las desavenencias que entre sí tenian estos dos hermanos, se entendieron y conformaron para separar á dos competidores, Eduardo y Alfredo, descendientes de los reyes sajones, y por esto derecho muy peligrosos. Los habia llevado Ethelredo á Normandía cuando se vió precisado á buscar asilo, y se habian criado allí. Durante la disputa de los dinamarqueses se presentaron ambos en Inglaterra; pero habiendo perdido una batalla Alfredo, fué hecho prisionero. Haroldo le hizo sacar los ojos, y de resultas de esto castigó murió. Eduardo se volvió á su primer asilo de Normandía.

Á los hermanos dinamarqueses los ayudó poderosamente en esta guerra un señor inglés llamado Godvin, á quien las riquezas y crédito daban pretensiones á la corona. Por esta esperanza se resolvió á sostener á los extranjeros, que siempre serian mirados como usurpadores, mas bien que á príncipes de una familia que tenia en favor suyo el afecto de la nacion; pero con todos los esfuerzos de Godvin, muerto Hardi-Canuto, llamaron de Normandía á Eduardo, hermano del desgraciado Alfredo y le colocaron en el trono (1042).

Su reinado fué largo y bastante tranquilo. Era rey muy pio y virtuoso: su exactitud en las obligaciones religiosas le mereció el sobrenombre de *Santo Confesor*; y la parte mas señalada de su administracion fué la aplicacion al ejercicio de la justicia. Le daba cuidado la duda de quién le sucederia en el trono pues no tenia hijos, y no podia dudar que Haroldo, hijo de Godvin, aspiraria á su corona. Este señor iba ganando al pueblo con su afabilidad, y á los nobles con sus liberalidades. Eduardo, para frustar sus medidas, hizo venir de Hungría un sobrino suyo, hijo del infeliz Alfredo. Murió en el camino; pero habiendo dejado un hijo de pocos años llamado Edgardo, dispuso Eduardo del cetro en favor de éste bajo la tutela de Guillermo, duque de Normandía, hijo bastardo de Roberto, que le habia servido mucho en sus infortunios; y agradecido llamó al trono al tutor, hijo de su amigo, en caso de que el pupilo muriese (1066).

Cuando murió Eduardo tenia Haroldo tan bien tomadas sus medidas, que ni aun se habló de Edgardo, sobrino del difunto, como que este príncipe prometia poco y todos conocian la debilidad de su espíritu. Se colocó pues Haroldo en el trono con el consentimiento de la nobleza y el pueblo. Tenia un hermano llamado Tosti, intrigante, con quien siempre habia vivido mal, y á quien no estimaba la nacion; pero él no pudiendo escitar en ella una sublevacion contra su hermano, fué á buscarle enemigos en Dinamarca y Noruega, desembarcando á la frente de un ejército. Su fin era arrojar á su hermano del trono, ó que le repartiese con él. Hubo una sangrienta batalla; y aunque se declaró por Haroldo la victoria, perdió lo mas escogido de sus tropas.

Al mismo tiempo abordaba un competidor contra quien necesitaba de todas sus fuerzas. Guillermo, duque de Normandía, habia atravesado el mar para ponerse en posesion de la tutela que Eduardo le habia conferido; y suponiendo que Haroldo tenia oprimida la Inglaterra, le trataba de usurpador; añadiendo que él habia ido á instancias de los señores ingleses. Á la verdad muchos de éstos se desdeñaban de obedecer á un hombre que habia sido igual suyo. Luego que Guillermo puso pié en tierra volvió á enviar los navíos para que sus soldados viesen que no tenian mas recurso que la victoria. Creyó Haroldo seducirle con una gran cantidad de dinero; pero él la desechó con desprecio, y propuso á Haroldo que le cediese la corona, ó le rindiese homenage; y que si queria, fuese el papa árbitro entre los dos: «No hay mas árbitro, respondió Haroldo, que el Dios de las batallas: éste será el que decida.» Se empeñó el combate con furor en un sitio llamado Hastings: fué horrible la carnicería; hasta quince mil normandos cubrieron el campo de batalla, y aun fueron muchos mas los ingleses que allí quedaron. Haroldo, peleando valientemente, cayó penetrado de una flecha; y con su muerte dejó al vencedor la corona (1067).

En Guillermo I empezó en Inglaterra la dinastía de los reyes normandos, y le llamaron *el Conquistador*. En su gobierno se distinguen dos épocas notables. En la primera se hizo el objeto de la admiracion universal por su clemencia y justicia. Estas virtudes confirmaron en él la autoridad que le habia dado la fortuna de una batalla. Todos convienen en que si hubiera habido algun gefe inglés capaz de recoger las reliquias de la derrota, hubiera podido disputar con felicidad el trono á Guillermo; pero el terror le abrió las puertas de las ciudades mas considerables, y postró á sus piés los señores mas distinguidos. El conquistador los recibió bien, les confirmó sus títulos, dió á Edgardo, heredero de la antigua familia real, el condado de Oxford, y le trató con la mayor cordialidad; pero afectaba que no consideraba en él mas que al sobrino de Eduardo el *Confesor*, sin reconocerle con derecho al trono, y gloriábase de que él le poseia á título de conquista.

Arreglados como pudo los negocios, partió á Normandía con la precaucion de llevarse los principales señores ingleses á pretesto de que no podia pasar sin el gusto que le daba su sociedad; pero su intencion era honrarse con tan brillante corte, y tenerlos en rehenes. Procuró tambien poner en manos de sus compatriotas los empleos de mas importancia y de mas poder. Siempre atento á reservarse esclusivamente el derecho de la espada, que le habia allanado el camino al trono, desarmó á Londres, y las demas ciudades que por su poblacion pudieran darle cuidado, y puso en las principales fortalezas guarniciones normandas.

Pero de haberse llevado tantos señores le resultó mas perjuicio que utilidad. Si se hubieran quedado en su pais, y los hubiera atraido con sus buenos oficios, tal vez habrian contenido el descontento que algunos nobles ménos favorecidos propagaron en la nacion, y cuyo odio llegó á tal punto, que habian resuelto quitar la vida en todo el reino, y en un mismo dia, á los normandos, mientras Guillermo estaba ausente. Cuando iba á ejecutarse proyecto tan horrible le descubrieron los normandos, y se

Digitized by Google

previnieron. Corrió en los cadalsos la sangre de los principales cómplices ántes que volviese á Inglaterra el conquistador, que llegó despues con disposiciones muy diferentes de las que ántes tenia para con sus nuevos vasallos.

No habiendo conseguido aficionárselos con la suavidad, se propuso tenerlos refrenados con el temor, y sacar el partido posible de su conquista. En consecuencia de este pensamiento restableció y aumentó los antiguos impuestos que habia suprimido y moderado. Murmuraban y se quejaban, pero él los agravaba mas. Los normandos, fieles imitadores de su duque, seguros de que no le desagradaban atormentando á los ingleses, les hacian toda especie de vejaciones. La opresion escitó el odio, el odio sopló el deseo de la venganza; y si los normandos respetaban poco la vida de los ingleses, apenas se pasaba dia en que no hallasen normandos asesinados en los bosques y en los caminos reales. Aterrados y sobrecogidos del temor huian en tropas de una tierra cubierta de lazos y emboscadas, y hasta los mismos gobernadores pedian licencia á Guillermo para retirarse á Normandia.

Á vista de esta desercion se consideraba Guillermo en vísperas de quedar solo en las manos de los ingleses; y por este temor abrazó una resolucion desesperada. Este sistema de asesinatos se ejercia principalmente en las provincias del Norte: fué allá el conquistador con un ejército, dejando entregado al furor de los soldados los mas bellos paises. Arruinaban las casas, ó las reducian á cenizas: se llevaban los ganados, y despedazaban los instrumentos de agricultura: huyendo asustados los habitantes, aunque espuestos á morir de hambre y miseria, porque todo lo dejaban. El monarca irritado confiscó las posesiones de los nobles, y envió una parte de ellos á Normandia. Los que se quedaron en Inglaterra, restos de las familias antiguas y respetables, sentian el dolor de ver sus castillos ocupados, y sus tierras poseidas por unos normandos de la mas baja estraccion. Á las gentes del pueblo, que se atrevian á defenderse, les hacia cortar el feroz vencedor un brazo ó una pierna, ó sacarles un ojo, y en este estado les daban libertad, para que el aspecto de aquellos infelices, que iban arrastrándose por los territorios vecinos, inspirase el terror en ellos, y preparase la sumision de los otros.

Á vista de aquellas barbaridades, Edgardo, aunque siempre le habian tratado con distincion, temió que alcanzasen á él, y partió fugitivo á Córcega. El rey Malcolmo le recibió bien, y casó con su hermana mayor, de la cual tuvo una hija, cuya posteridad reunió despues las dos familias reales sajona y normanda. Pasado algun tiempo, y restablecido Edgardo de su susto, volvió á Inglaterra, y vivió en ella como un simple particular y sin ambicion. Halló mas pacífico su territorio por las últimas precauciones que Guillermo habia tomado. Cuando éste invadió la Inglaterra le favorecia el papa, y así tuvo á su favor á los obispos y los sacerdotes; pero no pudo el clero ver sin murmurar las nuevas vejaciones, y temiendo el conquistador las consecuencias de su descontento, se llevó los obispos ingleses prisioneros á Normandía, dejando en su lugar sacerdotes normandos, y substituyendo á sus compatriotas en las plazas sobresalientes del clero secular y regular. Este medio de mudar la opinion de un pueblo le correspondió bien á Guillermo, y aseguró á su posteridad la corona que habia conquistado.

Con ser príncipe tan temido se atrevió á sublevarse contra él su hijo mayor. Pedia que se le diese un dominio ó mayorazgo, y no queriendo dárselo su padre, rompió entre los dos la guerra, y se hizo con ardor. En uno de los reencuentros, que fueron frecuentes, se hallaron por casualidad el rey y el príncipe frente á frente por contrarios; y por tener echadas las viseras no se conocieron. Pelearon con furor, y despues de muchos asaltos, hirió el hijo á su padre en un brazo. Por el grito que dió Guillermo le reconoció Roberto; y arrojándose del caballo, y postrándose á sus piés, le pidió perdon. El padre, que por entónces no fué dueño de su resentimiento, le cargó de reconvenciones y maldiciones; pero despues le recibió en su gracia á ruegos de Matilde, madre del príncipe, con la cual vivió Guillermo treinta años en la union mas afectuosa.

Para establecer exacta proporcion en la paga de las contribuciones, dispuso Guillermo que se hiciese una descripcion de las tierras de Inglaterra, trazando por sí mismo el plan. Todo se tuvo presente, la estension, el valor, la diferencia de terrenos, prados, bosques, tierras de labor, los nombres de los propietarios, y hasta el número de esclavos y ganados. En medio del tumulto de las armas, y en un reino apenas bien asegurado de tan terribles movimientos, hizo Guillermo lo que en plena paz han intentado inútilmente otros reyes, gozando de autoridad absoluta y sin turbulencias.

En Guillermo se censura la pasion escesiva á la caza; pues por ella arruinó cerca de su palacio de Winchester, casi quince leguas de pais, para plantar allí un bosque en donde pudiese gozar de este placer. Arruinaron las casas, espelieron á los habitantes, y se acotó el lugar de esta diversion con penas tan rigorosas, que el que mataba alguna fiera, ciervo, javalí, y aun una liebre, pagaba con la pérdida de los ojos: al paso que la muerte de un hombre se podia rescatar con una cantidad moderada. ¡Tal es la estravagancia de las opiniones cuando las maneja la pasion! Al mismo tiempo que hacemos justicia á las grandes prendas de Guillermo, á su valor y habilidad en la guerra, y á su capacidad en el consejo, no puede disimularse que fué cruel, vengativo, implacable, y que jamás suspendió sus ambiciosos proyectos, ni por las leyes de la equidad, ni por las reglas del bien parecer; por lo cual fué mas temido que amado. Aunque dejó cuatro hijos, solo hicieron algun papel, *Roberto*, *Guillermo* y *Enrique*.

Fuese prediileccion hácia Guillermo su hijo segundo, ó fuese resentimiento por lo indócil de Roberto, que era el mayor, manifestó el conquistador de Inglaterra, unos dicen que por testamento, otros que de viva voz, que deseaba se diese el cetro á Guillermo: la Normandia á Roberto; y á Enrique que era el tercero le dejó una cantidad bastante moderada: pero el que fué ménos bien tratado logró despues lo mejor. Por la conducta de Roberto, así viviendo su padre como cuando ya habia muerto, se ve que era hombre turbulento, sin política, prudencia ni precauciones. Éste, cuando su padre estaba espirando, para asegurar su derecho dejó partir de Normandia á su hermano Guillermo sin hacer esfuerzo alguno para detenerle, y sin seguirle; pero cuando el hermano menor afianzó la corona con los tesoros que dejó su padre, con sus liberalidades y con las promesas que á todos hacia, declaró el mayor sus pretensiones, y desembarcó en Inglaterra con un ejército. Ántes que llegasen á las manos, proporcionaron los señores principales de ambos partidos un tratado entre los dos, cuya condicion principal era, que en caso de morir alguno de ellos sin hijos, los estados del difunto serian del que sobreviviese. Enrique, el tercer hermano, reclamó contra esta composicion; pero no se le oyó, y los otros dos no le dejaron otra cosa que el patrimonio que le habia señalado su padre, por lo cual se redujo á una vida de aventurero.

Volvióse Roberto á su Normandía. Que se dejase arrastrar de la manía de aquel siglo, que era la conquista de las Cruzadas, no es estraño; pero lo que acredita una imprudencia inescusable es, que por juntar un ejército numeroso, y brillar sobre todos los príncipes que iban á la Tierra Santa, ofreció á su hermano Guillermo empeñarle el ducado de Normandia por diez mil marcos de plata que se le pagasen de contado. No quiso el rey de Inglaterra perder la ocasion de comprar tan barato. El empeño era por cinco años, en los cuales debia Guillermo reembolsarse de la cantidad y de los intereses con las rentas de la provincia, y entregársela despues á su hermano. Pero conociendo el carácter de Roberto, podia lisongearse Guillermo de que este primer paso le llevaria á reunir las dos soberanías bajo de su cetro. Un suceso imprevisto cortó el hilo de su vida y de sus proyectos

ambiciosos. Mientras cazaba en aquel bosque, plantado sobre las ruinas de las habitaciones vecinas á Winchester, y en aquella tierra regada con la sangre de los vasallos del conquistador, su padre, un cortesano de su comitiva disparó una flecha, que, dando en el tronco de un árbol y resaltando, traspasó al rey el corazon (1110).

Si Roberto, cuando murió su hermano, hubiera estado en Normandía, es muy probable que por las estipulaciones hechas entre los dos hubiera subido sin dificultad al trono; pero, volviendo de Palestina, en donde habia conseguido mucha gloria, pasó por Italia, y allí se casó. Un año entero gastó en diversiones; y Enrique, aquel hermano desgraciado y errante, que nada tenia que perder, y á todo se aventuraba por ganar, sabiendo la muerte de Guillermo, fué volando á Inglaterra, se apoderó de los tesoros, y se hizo proclamar rey. Esta es la segunda vez en que Roberto queriendo recobrar la corona, halló á un hermano suyo en el trono; y fué mas desgraciado en sus esfuerzos que la vez primera. Enrique no solamente hizo que Roberto le cediese el reino de Inglaterra con las mismas condiciones pactadas con Guillermo, pero ni aun quiso dejar al desgraciado primogénito la Normandía. La conducta de este príncipe, mas inconsiderado que perverso, tenia descontentos á muchos. Enrique los oyó, los ayudó, y juntó sus banderas con las de los confederados. Por último, hizo á su hermano prisionero, le confinó á un castillo de Inglaterra, en donde el infeliz pasó la vida mas molesta por el espacio de veinte y ocho años: y de este modo se unió de nuevo la Normandía con la Inglaterra.

Tenia Roberto un hijo llamado Guillermo, y mientras gemia su padre en las cadenas, hizo varias tentativas para recobrar su patrimonio. Al principio le socorrió Luis el *Gordo*, rey de Francia; pero cuando á favor de esta diversion hubo conseguido que el inglés diese al francés las tierras que deseaba, hicieron las dos monarquías una paz, en la cual, como ordinariamente sucede, no se hizo caso de los intereses del protegido, y éste murió ocho años despues.

Enrique tampoco tenia mas que un hijo; pero dotado de las mas bellas prendas, y llamado tambien Guillermo como su primo. Si se han visto golpes funestos para un padre, y padre tierno y ambicioso, ninguno mas sensible que la desgracia que quitó á Enrique aquel hijo en la flor de su edad. Partió de Normandía este jóven príncipe en compañía de su padre, aunque en otro navío; y embriagados los marineros, dieron con el navío contra una roca en tales términos que se abrió la embarcacion, y se tragó el mar al príncipe con ciento y cuarenta señores jóvenes de las primeras familias de Inglaterra y Normandía, sin que se salvase del naufragio mas que un hombre, único que pudo llevar al rey la noticia cierta de su desgracia. Desde entónces se vió Enrique sumergido en la mas profunda tristeza; y murió en Normandía adonde habia vuelto. Su gusto á las letras y sus progresos le merecieron el nombre de *Sabio*. No se le censura de otro defecto notable sino de la escesiva pasion á las mugeres: pero tampoco puede perdonársele la crueldad con que dejó á su hermano consumirse en una obscura prision, ni la injusticia para con su sobrino, á quien por lo ménos debiera haber dejado la Normandía (1135).

Vivia una hija legítima de Enrique, llamada Matilde, viuda del emperador Enrique V, y que casada despues con Geoffre Plantageneto, hijo del conde de Anjou, tuvo muchos hijos. El mayor se llamaba Enrique como su abuelo, el cual, perdido aquel hijo sepultado en las olas, habia hecho que la nobleza de Inglaterra y Normandía reconociesen á su hija por heredera de todos sus estados; y murió con la confianza de que no tendria competidor, ni quien se se opusiera á que le sucediese en el trono; pero tenia tambien un sobrino llamado Esteban, hijo de su hermana Adela, condesa de Blois, que se creyó con tanto derecho al cetro como su prima. Se habia criado con mucho cuidado y aceptacion en la corte de su tio, en la cual tenia desde entónces muchos amigos. Parte con violencia y parte con astucia, se apoderó de los tesoros del difunto; repartió pródigamente gracias, liberalidades, exenciones de impuestos; y consiguió que le reconociesen rey de Inglaterra. Pero Matilde conservaba un partido considerable, y tan numeroso, que desembarcando en una isla con solos cuarenta caballeros, se halló presto con un ejército por la afluencia de los soldados que acudieron á sus banderas.

En el primer combate hicieron prisionero á Esteban; pero le fué muy favorable su desgracia, porque los grandes, por el recelo de que viéndose la reina sin contradiccion se hiciese muy poderosa, hicieron dar libertad á Esteban. Matilde, ó se retiró descontenta, ó se vió precisada á huir mas allá del mar. Tenia un hijo llamado Enrique, el cual sostuvo los derechos de su madre y los suyos con suficiente felicidad, para que Esteban se tuviese por dichoso con que por un compromiso le dejasen la corona durante su vida, con la condicion de que en muriendo él, sin embargo de que tenia un hijo llamado Guillermo, recayese en el príncipe Enrique; contentándose Guillermo con los condados de Boloña y de Blois, que eran patrimonio de su padre. Para quitar toda sospecha al rey, dejó la Inglaterra el hijo de Matilde, habiéndose hecho reconocer solemnemente heredero presuntivo de la corona. No tuvo que desearla por mucho tiempo, porque al año murió Esteban, ni manchado de vicios ni adornado de virtudes (1154).

Fué Enrique II tronco de la dinastía de los Plantagenetos, el príncipe mas rico de la Europa en paises fértiles, desgraciado en padres, é infeliz en muger. Era por su padre señor de Anjou, Turena y el Mayne: por su madre tenia la Normandía y la Inglaterra: casó con Eleonora, heredera de Aquitania, divorciada de Luis el *Jóven*, y por ésta tuvo la Guyena, el Poitú, Saintonge, la Aubernia, el Perigord, el pais de Angulema y el Limosin. Á su hijo tercero le casó casi niño con la heredera de Bretaña, por lo que le vino la posesion de esta provincia. Por último conquistó la Irlanda.

En estados de tanta estension no es creible que á un rey, cuyos cuidados debian repartirse en tantos objetos, le faltasen contradicciones. En Inglaterra principalmente habian introducido los alborotos de los últimos reinados una aristocracia destructiva de la autoridad suprema. Los grandes señores, aficionados á los hermanos y sobrinos rivales, que se disputaban la corona, fortificaron sus castillos con permiso de estos príncipes: de suerte que todo era fortalezas guardadas por los vasallos de aquellos señores, ó por salteadores alquilados, y llamados del continente. Aquellos propietarios titulados, se arrogaban el derecho de acuñar moneda, y de ejercer una jurisdiccion independiente del monarca. Hasta el clero habia fortificado sus posesiones en esta anarquía general, y pretendia derechos de regalía.

Determinado Enrique á reformar tantos desórdenes, creyó que lo mas fácil era empezar por el clero. Éste se creia tan esento de las leyes penales, que por mas delitos que cometiese un clérigo, aunque fuesen homicidios, no podian darle otro castigo que la degradacion; siendo así que la Iglesia cuando degrada á un clérigo, le entrega á la justicia secular, y entónces se le considera como lego. Por no sujetarse Enrique á estas ceremonias, sucedieron las diferencias que hubo entre santo Tomás, arzobispo de Cantórberi, y este monarca.

Por su muger Eleonora tuvo grandísimas pesadumbres; pero él las mereció, ó como de ordinario sucede, ambos eran culpados. Esta princesa viva y galante, se habia casado por inclinacion con Enrique cuando no era todavía mas que conde de Anjou, bien que con la espectativa cierta de la corona de Inglaterra. Creyó esta señora que sobre el derecho que al afecto de su esposo la daban sus gracias, podia contar además con él en reconocimiento de los bellos estados que llevaba en dote. Á la verdad la queria; pero ella deseaba que la estimase con amor esclusivo. Enrique repartió el suyo entre ella y la célebre Rosemunda de Elliford: se irritó la soberbia Eleonora con esta infidelidad: juró vengarse, y para esto sublevó á sus propios hijos contra el padre.

Ya el monarca habia hecho reconocer á su hijo mayor Enrique por sucesor al reino de Inglaterra, al ducado de Normandía, y á los condados de Anjou, de Maine y de Turena. Á Ricardo, que era el hijo segundo, habia asegurado el ducado de Guyena y el condado de Poitú: á Geoffre, que era el tercero, le habia señalado la Bretaña, casándole con la heredera: á Juan, el cuarto, le destinaba el reino de Irlanda, que acababa de conquistar, y estaba negociando su casamiento con Adelaida, hija única de Humberto, duque de Saboya y de Maurena, que debia llevar en dote dominios considerables en el Piamonte, la Saboya, Bresa y el Delfinado.

Pero aunque Enrique aseguraba á sus hijos la Inglaterra, y sus estados de Tierra Firme, no queria despojarse de ellos, y los hijos estimaban muy poco la esperanza sin el goce. Enrique, el mayor, con el apoyo del rey de Francia, con cuya hija estaba casado, se atrevió á proponer á su padre que le cediese la Inglaterra ó la Normandía. Esta pretension de Enrique imitaron muy presto sus dos hermanos Ricardo y Geoffre; y, á instancias de su madre, pidieron que su padre los pusiese en posesion de los dominios que les habia asignado, y como este no quisiese, se retiraron á la corte de Francia.

Habia resuelto Eleonora seguirlos, sin que la detuviese la vergüenza de ir á hacer papel de suplicante en un reino en donde habia sido soberana. Ya se habia vestido de hombre, pero la arrestaron, y la pusieron en lugar seguro. Entónces se vió el mejor padre, y el mas condescendiente, en disension declarada con sus hijos, y que la reina, su esposa, era la que los escitaba á la sublevacion. Tres príncipes jóvenes, que apenas habian llegado á los años de la pubertad, se atrevieron á proponer á su padre, monarca poderoso, que estaba en el vigor de la edad y en el mas alto grado de su gloria, que renunciase la corona. Por último, muchos soberanos, y entre otros el rey de Francia, hicieron liga para apoyar la rebelion de los hijos, dando al universo el mas escandaloso espectáculo.

Las posesiones que Enrique tenia en el continente fueron acometidas por el rey de Francia, los condes de Flandes y Bolonia, y los barones de Bretaña, con quienes se habian juntado los tres príncipes ingleses. Á esta confederacion resistió el monarca en términos que le pidieron una conferencia. Se celebró esta cerca de Gisors; y allí tuvo el padre la dolorosa mortificacion de ver á sus tres hijos al lado de sus enemigos; pero, aunque su prudencia no le permitió renunciar la corona ni sus soberanías, su ternura les concedió cuanto por otra parte deseaban en dominios y rentas.

Puede ser que en aquellas concesiones tuviese parte la política, porque Enrique se veia amenazado de una sublevacion en Inglaterra. Para sosegar á los pueblos, y evitar las funestas consecuencias, determinó ir en peregrinacion al sepulcro de santo Tomás Cantuariense, y sin duda no debia el monarca haber omitido este acto de devocion que el papa le habia intimado para que reparase la culpa del homicidio. Se postró Enrique delante de aquellas venerables reliquias: pasó junto á su sepulcro una noche y un dia orando y ayunando, y presentó sus espaldas desnudas á la disciplina. Á la mañana siguiente recibió la noticia de que su ejército habia ganado una victoria contra el rey de Escocia, y le habia hecho prisionero. Publicaban todos que Dios le habia concedido este triunfo en premio de su piedad; y presumiendo, como debe creerse, que la misma Providencia soberana que premia la virtud, castiga el delito, debió mirarse la muerte de Enrique y de Geoffre, que sucedió en este tiempo, como castigo de su sublevacion contra su padre.

Geoffre dejó en cinta á la duquesa de Bretaña su esposa, la cual parió un hijo, á quien dieron el nombre de Arturo. Los derechos de Enrique recayeron en Ricardo, ya hijo mayor, que no fué ménos ambicioso, ni mas moderado en sus pretensiones contra su padre; pero el indulgente Enrique, con la mira de proporcionarse algunos años de tranquilidad, se prestó á una composicion, en virtud de la cual prometia el perdon á todos los que hubiesen tenido parte en la sublevacion. Cuando le presentaron la lista se pasmó de ver en ella á su hijo Juan, siendo este al que mas tiernamente amaba.

El desventurado padre, sobrecargado de fatigas y pesadumbres, cuando se sintió herido de tan sensible golpe, se abandonó á los escesos de la desesperacion. Maldijo el dia en que habia nacido, y prorumpió contra sus hijos rebeldes en maldiciones que no pudieron hacerle retractar por mas que le suplicaron. Viéndose privado de los consuelos domésticos, tan necesarios cuando llega la edad de las enfermedades, destruyó su salud el profundo sentimiento de sus desgracias, y le acometió una calentura lenta, que le llevó á la sepultura á los cincuenta y ocho años de su edad y treinta y cinco de reinado.

En Enrique se reunian las prendas de gran guerrero y prudente administrador. Su fisonomía era animada y atractiva, su conversacion agradable, su locucion corriente y persuasiva. Los instantes que le dejaban los cuidados del gobierno los pasaba leyendo ó conversando con personas instruidas; y así los conocimientos que adquirió por estos medios le hicieron superior á todos los príncipes de su siglo. Las artes del lujo estaban muy informes en su tiempo. Ponderando la magnificencia de su canciller los escritores contemporáneos, y para persuadir que nadie le igualó en esmeros de delicadeza y suntuosidad, dicen: Diariamento, en invierno, estaban sus salas cubiertas de paja ó de heno muy limpio; y en verano de juncos y hojas para que los que iban á hacerle la corte no echasen á perder los vestidos, sentándose en bancos poco aseados (1189).

Lo primero que hizo su hijo Ricardo fué retirar de su favor á cuantos le habian inclinado á la sublevacion, y conceder su confianza á los fieles ministros de su padre, conservándolos en sus empleos. Le dieron el sobrenombre de *Corazon de leon* por su valor y magnanimidad. Se entregó con la mayor franqueza á los riesgos de la Cruzada, pero hubiera sido mas prudente procurando la tranquilidad de su reino, y confiando las cruzadas á su hermano Juan, pues de este modo le hubiera retirado de la seduccion y de la tentacion de apoderarse de la corona entre tanto que él estaba peleando con los infieles. Á la verdad se cubrió de gloria Ricardo en esta espedicion; pero le fué muy funesto el regreso.

Cuando volvia apresuradamente á sus estados, invadidos por Felipe Augusto en su ausencia, creyendo tomar el camino mas seguro, pasó por el Austria disfrazado de peregrino; pero le conocieron, y el archiduque Leopoldo, con quien habia tenido cierta diferencia en Palestina, le hizo arrestar y encerrar en un castillo retirado. Allí permaneció casi tres años ignorado de todos. Le buscaban sus fieles vasallos, y cierto presentimiento llevó á un trovador, músico y poeta de su corte, hácia la torre donde estaba consumiéndose. Le dijeron que estaba allí un prisionero, que algunas veces divertia sus penas tocando el arpa. Tocó el trovador en la suya una sonata que en otro tiempo habia compuesto Ricardo, y el prisionero le correspondió repitiéndola. De este modo se supo que existia, y se pudieron dar algunos pasos en su favor, tan eficaces que Leopoldo le dió la libertad mediante un considerable rescate.

Ya era tiempo de que tuviese fin el cautiverio de Ricardo. Juan, que era de un carácter fácil, y poco afecto á su hermano aunque le debia grandes beneficios, se dejó inducir á aprovecharse de su ausencia para apoderarse de sus estados. Corrió la voz de que Ricardo habia muerto; pero los regentes que habia establecido para el tiempo que durase su viaje, no creyendo la noticia, mantuvieron constantes la autoridad de Ricardo, á lo ménos en Inglaterra. En la Normandía y otros estados de Tierra Firme no pudieron impedir los regentes que el rey de Francia tomase algunos. Estas pequeñas conquistas, que fuéron bien disputadas, no le parecieron suficientes al monarca francés, el cual se lisonjeaba de lograr mejor partido con Juan poniéndole en el trono, que con Ricardo cuyo valor era bien conocido. Se concertó pues

Digitized by Google

con Juan, conviniendo éste en cederle parte de la Normandía si el francés le proveia de tropas. Además de esto Felipe Augusto debia ofrecer á Leopoldo pagarle de contado el rescate del prisionero. La intencion del monarca francés y de Juan era retener á Ricardo en perpetuo cautiverio; mas por fortuna acababan de poner en libertad á este príncipe. Dispuso Leopoldo que le persiguiesen hasta dar con él; pero estaba ya embarcado cuando llegaron los emisarios.

Fué recibido Ricardo con aclamaciones de alegría general; y aunque era de genio pronto, le perdonaban todas estas prontitudes, sabiendo que era franco y legal en sus procedimientos. Juan, por el contrario, no habia podido ganar los corazones con sus esterioridades de suavidad y moderacion, porque con este barniz cubria un carácter de falsedad, que se traslucia á pesar suyo. Viendo pues que su hermano era tan bien recibido, y pensando que tarde ó temprano habia de dominar este príncipe, no dudó en practicar todas las sumisiones propias para conseguir su gracia. Sin duda hizo mas que exigia el generoso Ricardo: pues el mismo dia en que dejaba el partido del rey de Francia, estando en Hebroux, convidó á comer á los oficiales de la guarnicion, los cuales ignoraban su mudanza, y mandando matarlos al fin del convite, con las manos teñidas en la sangre de aquellos infelices fué á llevar á su hermano las llaves de la ciudad. Debió Juan la reconciliacion á la mediacion de su madre Eleonora. «Yo le perdono, dijo Ricardo, y deseo olvidarme de sus ofensas tan fácilmente como él se ha determinado á pedirme perdon.» Viendo Juan que las cosas de su hermano prosperaban siempre, le fué fiel en adelante.

Murió Ricardo sin dejar hijos, y nombró sucesor en el trono á Juan, perjudicando á Arturo de Bretaña hijo de Geoffre. Á los cuarenta y dos años de su edad sobrevino la muerte á Ricardo de resultas de una herida mal curada que recibió en el sitio de una pequeña ciudad del Lemosin. Toda su ambicion tenia por objeto la gloria militar, por la que sacrificó en la cruzada sus mejores intereses. Tenia por otra parte las prendas caballerescas de valor, fiereza y galantería: le gustaba mucho la poesía, y se hallan sus versos entre los de los trovadores ó poetas provenzales (1199).

Á su hermano y sucesor Juan lo llamaron *Sin tierra*, porque en la particion de sus estados, que hizo Enrique II entre sus hijos, no le cupieron mas que esperanzas. Solo Geoffre fue el que de sus hermanos mayores dejó un hijo legítimo de la duquesa de Bretaña su esposa. Este fué Arturo, quien, como representante de su padre, era por derecho heredero de sus dos tios Enrique y Ricardo. Lo primero que hizo Juan fué ver si podia empeñar á su sobrino en la renuncia de sus derechos; pero se halló con un jóven, que, persuadido de su legitimidad, estaba resuelto á sostenerlos. Á Arturo le apoyaba el rey de Francia, el cual le protegia por vasallo, y porque le podia servir para dar que hacer al rey de Inglaterra; pero no fueron suficientes los socorros; y el ardor del príncipe jóven le arrostró á aventurar un combate, en el cual fué vencido, y cayó en manos de su tio, que le encerró en el castillo de Falaise.

Renovó el rey las instancias con su prisionero: le halló igualmente inflexible, y temiendo entonces el valor del jóven y la fuerza de espíritu que mostraba, no vió mejor medio de salir de sustos que deshacerse de él. Por dos veces envió asesinos al castillo de Falaise, y por dos veces no quiso el gobernador que se ejecutasen sus órdenes sanguinarias. Viendo Juan que no le obedecian resolvió quitarle la vida por sí mismo, y para esto mandó trasladar á Arturo al castillo de Roan, que está en una isla del rio Sena. Fué allá á media noche, é hizo que le llevasen el sobrino. El horror de la prision, y los riesgos en que se habia visto, tenian abatido el valor del desgraciado jóven, y advirtiendo no sé qué de siniestro en las miradas de su tio, se arrojó á sus piés, y le pidió perdon del modo mas digno de compasion, pero el bárbaro tio, sin querer oirle, le dió una puñalada con su propia mano mientras le tenia postrado, y, atando una piedra al cadáver le arrojó al Sena. Tuvo despues la imprudencia de pedir la administracion del ducado de Bretaña como tutor de Eleonora, hermana de Arturo, y la llevó á Inglaterra en donde la tuvo presa; pero, á pesar de la cautela con que quiso ocultar su delito, fué descubierta su maldad. Despreciaron los bretones con indignacion la pretension del rey; y la atrocidad de su hecho le hizo objeto del horror universal. Con el odio se juntó el desprecio que merecia su carácter vil y bajo, y su conducta nada noble, porque cuando le resistian era débil y pusilánime, y cuando se veia superior era fiero y arrogante. Con la misma facilidad descendia á las súplicas de humildes complacencias, y desafiaba é insultaba á los que no temia. Estas alternativas se le notaron tambien en las guerras con las potencias, y principalmente con la Francia, como igualmente en sus diferencias con el papa, con su clero, y con los grandes de sus estados.

El rey de Francia, que buscaba siempre ocasiones de recobrar su autoridad sobre un vasallo tan poderoso como el rey de Inglaterra, le citó ante los pares para que respondiese sobre el asesinato de su sobrino, pero no quiso comparecer. Entónces Felipe Augusto se apoderó de sus dominios, y con esto tuvo pretesto Juan para exigir dinero de sus pueblos. Recogió grandes cantidades, pasó con un ejército al continente, no ejecutó cosa notable, dijo que su ejército no tenia la fuerza suficiente, pidió mas dinero, le consiguió, y se volvió mas acompañado, pero sin haber logrado victoria alguna.

Ciertas derrotas, atribuidas á su cobardía ó á su ignorancia, le hicieron despreciable, y al mismo tiempo tuvo la imprudencia de desavenirse con el papa sobre la eleccion de un arzobispo de Cantórberi. Tenia en esta disputa de su parte al clero: y en vez de conservar su benevolencia con el buen modo, le cargó de impuestos, y confiscó los bienes de los refractarios; por lo que se hicieron del partido de Inocencio III cuando éste escomulgó al rey, y puso un entredicho, en el cual por todas partes se suspendió el oficio divino y la administracion de los sacramentos, á escepcion del bautismo. Descolgaron las campanas, las estatuas de los santos estaban tendidas en tierra, y cubiertas para que el contacto del aire, que se consideraba impuro, no las ensuciase: arrojaban los cadáveres en hoyos, ó los entregaban á las aves de rapiña, sin ceremonias ni cánticos funerales: se celebraban los matrimonios en los cementerios. Solo los sacerdotes podian oir misa, y la decian á puertas cerradas. El pueblo se veia sujeto al régimen de las penitencias públicas, como al ayuno, á la abstinencia, á la barba larga y á un esterior sin aseo. No era permitido entregarse á diversion alguna: nadie se visitaba, ni aun saludaba á los que veia por la calle. Con tan lúgubre aspecto se sentia el alma penetrada de horror, como sucede en las calamidades públicas mas desastrosas. Á estos sustos espirituales opuso Juan su autoridad temporal: atormentó al clero que obedeció al entredicho: desterró á los prelados: encerró á los monges en sus claustros sin poder salir; pero las censuras eclesiásticas eran mas respetadas del pueblo, que temidos los hechos coercitivos de la potestad civil; y mucho mas porque los espíritus estaban en mala disposicion para con el monarca; pues con sus vejaciones habia perdido el afecto de la nobleza. Todos conocian su mala fé, y ninguno se atrevia á fiarse de él: pues cuando á todo se allanaba para atraer, abandonaba despues torpemente á los que le habian ayudado, y así se retiraba de él cada uno.

En tan infeliz estado aumentó el papa la dificultad en que se hallaba el monarca, absolviendo á sus vasallos del juramento de fidelidad (en un tiempo en que todos opinaban que podia hacerlo así) y publicando contra él una Cruzada, dió á Felipe Augusto la comision de ejecutar su sentencia, destronando al refractario. Viéndose Juan abandonado de toda la nacion, tomó el partido de someterse al papa, é hizo su reino feudatario y tributario de la Santa Sede. Esta cesion estraña está concebida en estos términos: «Por mi propia y libre voluntad, con el consentimiento de mis barones, doy á la Iglesia Romana

al papa Inocencio III y á sus sucesores, el reino de Inglaterra; y todas las otras prerrogativas de mi corona; quiero desde ahora considerarme como vasallo del papa; y prometo pagarle un tributo de mil marcos de plata cada año.» Hizo el rey este juramento en presencia de gran número de espectadores, arrodillado á los piés del legado de su Santidad, y éste volvió á ponerle en la cabeza la corona que habia dejado.

Satisfecho el pontífice quiso separar á Felipe Augusto de la intencion de aprovecharse de la corona de Inglaterra; pero el monarca francés, que habia ya aprestado todos los preparativos, aspiró á no perder el fruto; bien que se le desgració la empresa por no haber ido derecho á Inglaterra, queriendo sujetar ántes á los flamencos, espedicion en que consumió sus fuerzas. Esta pérdida fué tan grande que inspiró á Juan el atrevimiento de publicar una irrupcion en Francia: pero se quedó en pensamiento porque no quisieron asistirle sus barones. Su gobierno, del cual se cuentan espantosos hechos de despotismo, estaba mas odiado que nunca. Se formó una confederacion para reformarle; y juntándose el clero con la nobleza propuso el arzobispo de Cantórberi un plan, que fué generalmente aprobado y presentado al rey para la ratificacion.

El rey, ántes de determinarse, pidió que se acudiese al papa, como á su soberano; pero, estrechado por todas partes, concedió en 1212 lo que se llamaba la Grande Carta, que siempre se ha considerado como el paladion de la libertad inglesa. Las condiciones que ésta contiene no son cadenas para el que manda, sino unas reglas de moderada oposicion en los que obedecen. Se observará que esta carta se dió solamente en favor del clero y la nobleza; pues para nada entran los intereses del pueblo; bien que introdujeron una cláusula, en virtud de la cual darian los barones á sus vasallos los mismos privilegios que acababa el rey de concederles á ellos. Á esta clase oprimida se la hizo la gracia de espresar algunas vejaciones, de que podria eximirsela. En la misma carta se hace al rey el honor de esta concesion, aunque no fué voluntaria: pero él no disimuló que se la habian arrancado con violencia, y así retractó su consentimiento, y apeló al papa. Éste, despues de algunas diligencias para conciliar los espíritus, creyó que no debia abandonar á un príncipe que le habia dado tan bellas prerrogativas, y publicó una bula, en que, anulando la carta, como injusta en sí misma, y arrancada por fuerza, prohibió á los barones que exigiesen su cumplimiento.

Aunque el rey, cuando prestó el juramento al papa, habia dicho que lo hacia con el consentimiento de los barones, estuvieron todos muy distantes de concordar, y lo afirmaron altamente en esta ocasion: pues renunciaron á la obediencia de Juan, y llamaron á Luis, hijo de Felipe Augusto, á quien este príncipe habia substituido en los derechos que el papa le habia dado cuando estaba contra Juan. Llegó Luis á Inglaterra con tropas, le colocaron en el trono, y pudiera haberse asegurado en él á no haber manifestado demasiada prediteccion á los franceses que llevó consigo, sin atender á los ingleses que le habian llamado. Esta conducta dió varios partidarios á Juan, y balanceaba ya la fortuna de su rival cuando las fatigas y pesadumbres le llevaron al sepulcro á los cuarenta y nueve años de su edad. Convienen los historiadores en que este rey fué el príncipe mas vicioso, mas odioso y despreciable de cuantos habian ocupado el trono de Inglaterra (1216).

Cuando murió Juan abrasaron la Inglaterra los fuegos de la guerra civil atizados por dos reyes. Habia dejado dos hijos de poca edad, Ricardo y Enrique: éste no pasaba de nueve años, y cayó la tutela en manos del conde de Pembroc, gran mariscal, y general estimado, á quien dieron el título de *Protector*. Hizo reconocer y coronar al jóven príncipe, y le ganó el favor del pueblo, no solo porque ratificó la gran carta, sino porque dió otra mas, llamada *la carta forastera*, que confirmaba y aumentaba las franquicias de la primera. De este modo hizo superior al partido del pueblo; y con una victoria que obtuvo dejó desconcertadas todas las ideas del príncipe francés; el cual pidió la paz, y habiéndosela concedido con ventajosas condiciones, dejó el reino.

El modo de portarse el protector con los partidarios del extranjero, despues que los dejó éste, anunciaba un gobierno constante y justo: mas por desgracia de Inglaterra y de Enrique, murió el protector sin haber podido consolidar la administracion, y se halló el rey solo, y cargado de un cetro que para él era muy pesado. Si los barones no mostraron desde luego la intencion de quitárselo, creyeron por lo ménos que tenian derecho para gobernar la mano que le llevaba. Esponia á este príncipe su menor edad á toda especie de atentados; y Huberto de Bruge, ministro hábil, que habia sucedido al protector, suplicó al papa, que para dar mas fuerza al gobierno declarase mayor de edad al rey. Se publicó la bula, que autorizaba al ministro para sujetar á los refractarios á la obediencia; y desagradó mucho la firmeza de Huberto, declarándose contra él un partido, á cuya frente suponian á Ricardo hermano del rey. Acusaron al ministro de que habia usado de sortilegios para cautivar á su favor el afecto de monarca, y de que habia enviado al príncipe de Gales, vasallo que se habia hecho rebelde, un diamante que le hacia invulnerable. Con estas calumnias, de la especie de aquellas que hacen al acusado tan delincuente como se quiere, pensó Huberto que habian resuelto perderle, y se retiró á una iglesia. Enrique mostró gran falta de resolucion en el conflicto de su virtuoso ministro, pues aunque le sostuvo algun tiempo, le abandonó despues: mandó que le sacasen del sagrado: revocó esta órden, y volvió á renovarla. Entre estas tergiversaciones tuvo Huberto tiempo de evadirse: dejó el reino; y pasado algun tiempo volvieron á llamarle. Se presentó en la corte: le manifestaron tanta estimacion y aprecio, que pudiera haberse restituido á su puesto; pero no quiso mezclarse mas en los negocios con príncipe tan débil.

Á la verdad, ¿qué confianza pudiera fundar en un príncipe que era del primeroque le hablaba? Tomó pues el rey un ministro de Poitou, y al punto los aventureros de aquel país inundaron la corte, se apropiaron los empleos y cargos, y se apoderaron de toda la autoridad. Decia el ministro poitivino que era indispensable este paso político para contrabalancear el poder demasiado independiete de la nobleza. Se casó Enrique con Eleonora, hija del conde de Provenza, y en el mismo instante se vió la emigracion de saboyanos y provenzales, á quienes dispensó el rey mil beneficios con la mas afectuosa preferencia. Llegó su madre, que era Isabela, condesa de la Marca, y he aquí que una nube de gascones se arrojó con ella á los tesoros de Inglaterra. El papa dió á Enrique el reino de Sicilia con la condicion de que le conquistase. Con este motivo se cargó de inmensas deudas; y cuando llegó el tiempo de la paga tenia que continuar en mantener la tropa famélica de poitivinos, provenzales, saboyanos y gascones. Á los señores ingleses no les pareció razon sustentar con su propia substancia la codicia de estos extranjeros, y no quisieron aprontar las contribuciones que el rey pedia. Viendo que por esta parte no habia esperanza, fué, por decirlo así, de puerta en puerta solicitando á los comerciantes ricos para que saliesen fiadores; y no siendo su pretension bien recibida, tuvo que recurrir al pueblo.

No se sabe precisamente cuando en el gobierno inglés empezó á contarse con el pueblo; pero bien fuese efecto de la gran carta, ó bien que las necesidades del rey le hicieron recurrir á este medio, convocó diputados de las ciudades y lugares principales para exigir dinero, con la precaucion de no llamar sino á los que creia en disposicion de concederle lo que les pedia. Esta junta, entónces, ó por este tiempo, se llamó parlamento; pero Enrique, aunque escogió los diputados, no consiguió lo que deseaba, porque los presentes no se atrevieron á empeñarse por los ausentes. No obstante se convirtió el asunto en negociacion, y consintió el parlamento en un impuesto con la condicion de que el rey confirmase las dos

grandes cartas, y jurase su observancia, como lo hizo. Este modo de contribucion es el que siempre se ha practicado despues. Hace el rey presentes sus necesidades, las examina la nacion, y concede proporcionalmente los subsidios, que muchas veces son el precio de nuevas concesiones, ó de la confirmacion de las antiguas, siempre con ventaja de la libertad del pueblo. De estas deliberaciones y sus resultados se ha ido formando el código público de Inglaterra.

Apenas tomó Enrique el dinero cuando se arrepintió de su condescendencia en sujetarse á la gran carta, y se advirtió que pretendia desembarazarse de aquel freno. Gobernaban siempre los extranjeros, y se distinguia entre todos Simon de Monfort, francés, que se habia casado con la hermana del rey, y conseguido con su mano el condado de Leicester. Este primero se vió en grande favor, despues desgraciado, y luego vuelto á llamar. Lugar tuvo de reconocer por sí mismo á vista de estas alternativas el carácter inconstante del rey como su incapacidad; y no se duda que pensó en sentarse en su trono.

Empezó, como todos los ambiciosos, por desacreditar el gobierno, y pidió la convocacion de un parlamento que se encargase de la reforma. No pudo negarse el rey á los deseos generales, y juntó un parlamento, al que llamaron *el Parlamento loco*; porque despues de haber hecho reglamentos muy prudentes, algunos de los cuales duran todavía en su vigor, hizo la locura de confiar su ejecucion á veinte y cuatro señores, cuya cabeza era el conde de Leicester. Cuando se vieron con el poder formaron una asociacion, ó hicieron juramento de sostenerse recíprocamente con peligro de su fortuna y de su vida: depusieron á los primeros oficiales de la corona, y se colocaron en sus plazas, ó se las dieron á hechuras suyas. Se apoderaron de la hacienda y del ramo militar, pusieron guarniciones de su confianza en las fortalezas principales, y de esta suerte tenian en sus manos toda la fuerza del estado. Abusaron de su autoridad hasta exigir de todos los ingleses juramento, por el cual se obligaron, so pena de ser declarados enemigos de la patria, á ejecutar todos los decretos conocidos y no conocidos, presentes y futuros, de los veinte y cuatro barones. De este modo se redujo a puro nombre el título de rey, se arruinó todo el edificio de la monarquía inglesa, y de sus ruinas se levantó una altiva aristocracia.

Duró ésta tres años, en los cuales los veinte y cuatro, creados únicamente para hacer reglamentos y reformar desórdenes, promulgaron de tiempo en tiempo leyes; pero siempre dejaban los abusos que les parecia con el fin de que se hiciese necesaria la continuacion de su ministerio. Advirtieron su astucia, y los mandaron acabar con su comision, que era lo que ellos temian, porque el termino de sus funciones legislativas sería el de su poder. Suplicó una gran parte de la nobleza al principe Eduardo, hijo del rey, que interviniese en este asunto: y aunque jóven de veinte y dos años, se portó con la mas prudente circunspeccion. Se habia discretamente abstenido de chocar directamente con la autoridad de los barones dando á entender que la respetaba como dimanada del pueblo; pero al mismo tiempo declaró que si tardaban en cumplir su obligacion, los precisaria al cumplimiento con peligro de su vida.

No por esto dejaron de continuar en sus dilaciones y lentitudes; y el principe, instado nuevamente de la nobleza, empeñó á su padre en convocar un parlamento. Los veinte y cuatro no querian reconocerle, diciendo: «Que le congregaba en perjuicio de los derechos de los pueblos, de los cuales eran ellos los depositarios.» Tenian á su favor la capital, y así empezó con mucho furor la guerra civil. Leicester, con el pretesto de una conferencia amigable, hizo prisionero al principe Eduardo, y ni él ni sus asociados quisieron darle libertad hasta conseguir la condicion de que el rey pusiese en sus manos los principales puestos de la administracion, y de que durase su autoridad, no solo en su reinado sino tambien en el de su hijo. Puesto el principe en libertad, reclamó tan odioso tratado, y despues de muchos debates para contener la guerra civil, que estaba para empezar de nuevo, convinieron en sujetarse al juicio que hiciese San Luis, rey de Francia, á quien los dos partidos tomaron por árbitro. Este monarca, justamente celebrado por su integridad, pesó las cosas en la balanza de la justicia, y dió su decision; pero como ésta restituia al rey la mayor parte de su autoridad, no agradó á los barones.

Volvió á empezarse la guerra civil, y fueron hechos prisioneros en una batalla el rey y su hermano Ricardo. Viéndose Enrique cautivo estaba dispuesto á conceder cuanto le pidiesen por salir de la cárcel; pero Leicester exigió que el principe Eduardo entrase en la prision como en rehenes y fiador de lo concedido á los confederados si se ponia á su padre en libertad, prefiriendo tener entre cadenas á este principe activo y ardiente, mejor que al anciano Enrique, que le era tan poco temible.

Con esto se hizo mas atrevido Leicester, y se entregó sin respeto alguno á los escesos de la mas desenfrenada codicia, por lo que, favoreciendo los robos, muertes y pirateria, ganó el favor del pueblo con su condescendencia en todos los desórdenes. Empezaron altamente las quejas, y se vió precisado á convocar un parlamento; pero á fin de ganar la preponderancia convocó á los diputados de los lugares y comunidades, que jamás habian tenido voz deliberativa en el consejo de la nacion. Esta convocacion se considera generalmente como la época de la creacion de la cámara de los Comunes en el parlamento de Inglaterra. Cuando Leicester concedió al pueblo esta prerogativa, no fué su intencion asegurar su libertad, sino gobernarle mas fácilmente. Conviene notar aquí que los ingleses deben á un francés el establecimiento de la cámara, encargada de mantener el equilibrio de su gobierno.

Leicester, dando esta satisfaccion al pueblo, descontentó á la nobleza. Empezó ésta á murmurar de que tuviese aprisionado al heredero del trono, y él le dió libertad con cierta especie de ostentacion, introduciéndole con grande pompa en el palacio de los reyes; pero, como hacia observarle de cerca, no tenia de libertad Eduardo mas que la apariencia. Halló medio de ponerse en salvo: levantó tropas, y presentó batalla al rebelde. Tenia éste al rey en su ejército, y le puso en las primeras filas para contener los ímpetus del enemigo. Fué herido el monarca, y estuvo espuesto á grandes riesgos en el tumulto: pero su hijo acudió, y le puso en libertad. Quedó Leicester muerto en el campo de batalla; y la espada que cortó el hilo de su vida, rompió tambien la trama de la sublevacion. Se separaron los veinte y cuatro, y tomaron las cosas aquel órden que era posible bajo el gobierno de un rey incapaz de firmeza y resolucion. Dió á entender que la tenia formada contra la capital por haber sido el centro de la rebelion, y decia; «que pensaba en destruir á Londres hasta los cimientos:» pero se sosegó á fuerza de súplicas y dinero, contentándose con hacer abrir sus muros, poner fuerte guarnicion en la torre, arrasar los demas fuertes, y confiscar los bienes de los cómplices ricos, privándolos de sus privilegios.

Estos alborotos duraron en su mayor fermentacion como trece años, y se sosegaron lo bastante para que Eduardo se aventurase á dejar á su padre abandonado á sus disposiciones: y él fué al viaje de Tierra Santa; conduciendo una cruzada, que se distinguió con honor en el Oriente. Volviendo de esta espedicion supo en Sicilia que habia muerto su padre. Tenia Enrique cincuenta y seis años, y fué su reinado el mas largo que presenta la historia de Inglaterra. La bondad y facilidad de este principe fueron causa de que esperimentasen sus vasallos los malos efectos de la anarquía; y si éstos por entónces le arrancaron leyes y privilegios, que constituyen la seguridad de sus hijos, bien caros los compraron con la guerra civil, y las calamidades que se la siguen. El gobierno de Enrique III nos ofrece prue-

bas evidentes de que la escesiva tolerancia de un príncipe es algunas veces tan funesta como el cetro de hierro de un tirano. Le sobrevivieron dos hijos, Eduardo, que le sucedió, y Edmundo, conde de Lancaster (1307).

Colocado Eduardo en el trono, hizo ver que si antes había guardado respeto á los grandes y al pueblo, había sido por verse precisado; y como si su ambicion debiera hacer que sus vasallos adoptasen sin reclamacion los proyectos que ésta le dictaba, emprendió guerras, y pretendió que le ayudasen con dinero y con tropas. No estaba seguro el que se negaba á seguirle en persona; y repugnando á este servicio un conde de Hereford, de los primeros señores del reino, le dijo muy airado el monarca: «Por Dios, señor conde, que os pondreis en camino, y de lo contrario os mandaré ahorcar.» «Por Dios, señor, replicó Hereford, ni me pondré en camino, ni me ahorcarán.» El conde y sus colegas le dejaron ir solo.

Tambien tuvo que ceder en otra circunstancia que era mas importante para la autoridad absoluta que afectaba. Con un respeto aparente á los privilegios de la gran carta, los debilitaba en cuanto podia, y las reconvenciones y quejas solo ponian ligeros y momentáneos estorbos á su plan de infraccion; porque el rey usurpaba, se retractaba, y siempre ganaba alguna cosa. Viéndole los barones embarazado en el continente en una espedicion contra la Francia, se apoderaron de su hijo, príncipe jóven, á quien él habia dejado en Inglaterra á la frente de los negocios, y le hicieron firmar la confirmacion de la carta con el aditamento importante de que el reino quedaria para siempre exento de toda imposicion que el parlamento no aprobase. Enviaron este reglamento al rey, que estaba en Flandes; contemporizó, tergiversó, y por último vino á firmar y ratificar.

Pasa Eduardo por un gran rey; y uno de los principales motivos para esta reputacion fué el haber añadido á su corona la Escocia y el pais de Gales. Las razones que tuvo para sus conquistas y su conducta, nos manifestarán si á la calificacion *de Grande* se debe añadir la de moderado y equitativo.

Desde el tiempo de la Heptarquia habia conservado el pais de Gales sus príncipes. Éstos eran soberanos é independientes, con un simple homenage que rendian al rey de Inglaterra. No quiso pagar este homenage Lewelyn, á quien nos pinta la historia inquieto y emprendedor: le atacó Eduardo; y despues de sus primeras victorias le persiguió con tenacidad en sus lagunas y montañas hasta que Lewelyn pereció en una accion. David su hermano le sucedió en sus derechos; pero pagó bien cara una soberanía de algunos meses. Defendia la libertad de su patria y su autoridad hereditaria, pero sin embargo, habiéndole hecho prisionero el rey de Inglaterra, mandó ahorcarle, arrastrarle y descuartizarle como á traidor y rebelde. Entre otras crueldades que ejecutó el conquistador de este infeliz pais, se nota la de haber quitado la vida á aquellos poetas cuyos versos y canciones perpetuaban la tradicion en la memoria de sus naturales, y contribuian para mantener en ellos el entusiasmo del honor y la libertad. Para vencer la estrema repugnancia que manifestaban á sujetarse á la nacion inglesa, les prometió Eduardo que les daria un príncipe particular, nacido en su tierra, y que hablase su lengua: pero este príncipe fué su propio hijo, que acababa de nacer en una pequeña ciudad del pais; y desde entónces á los primogénitos de los reyes de Inglaterra se les da el nombre de *Príncipes de Gales.*

Se hallaba á la sazon entre disensiones la Escocia porque se disputaban el trono vacante doce pretendientes. Se redujeron estos á dos, Juan Baliol y Roberto Brucio, los cuales de concierto con los estados de Escocia tomaron á Eduardo por árbitro, y les sucedió lo que á los dos pleiteantes sobre la propiedad de una ostra, que habiéndola puesto en manos del juez, éste se la comió y se acabó el pleito. Empezó Eduardo por pretender que la soberanía sobre Escocia pertenecia á los reyes de Inglaterra, cosa que jamás habian reconocido los escoceses; se la adjudicó, y despues dió á Baliol la corona y deshonra. Sobre esta soberanía llevó á Inglaterra las apelaciones en todos los negocios: y con pretestos de poca importancia citó al mismo rey á la barra de su parlamento. Indignado Baliol escitó á sus vasallos los escoceses á sacudir un yugo que cada dia iba haciéndose mas pesado. Se pusieron pues en estado de defensa contra los ataques de Eduardo; pero los señores, que al principio se mostraron muy zelosos, ó bien ganados, ó bien cansados de la guerra, se rindieron al inglés. Baliol, precisado á imitarlos, fué enviado prisionero á Londres, y de allí á los estados que Eduardo tenia en el continente. Viéndose dueño absoluto de Escocia, hizo buscar y destruir todas las actas y monumentos antiguos que pudieran traer á la memoria, y perpetuar en los corazones el amor á la independencia nacional. Su método, como se vió en lo que hizo con los de Gales, era atacar á los pueblos por la opinion.

Sin embargo, no le salió bien con los escoceses, porque éstos, inquietos en sus cadenas, las vinieron á quebrantar viviendo todavía Eduardo, y á pesar de las crueldades que ejecutó para intimidarlos, sin perdonar castigos, desolaciones é incendios. Roberto Brucio, hijo del que habia sido competidor de Baliol, estaba detenido en la corte de Inglaterra con atenciones de honor, pero realmente como en rehenes y prisionero. Desde aquel palacio ó aquella cárcel seguia con los ojos á los malcontentos de Escocia: y habiéndose formado en ésta un partido en su favor, huyó, llegó, y se hizo coronar. De nada sirvieron á Eduardo los esfuerzos, porque en pocas semanas perdió el fruto de las injusticias y barbaridades que habia hecho para sujetar un reino á que no tenia derecho alguno.

La maña y destreza era uno de los talentos de Eduardo y á la verdad no es el que ménos importa para gobernar, pero este talento le empleó en oprimir al clero, y así en su tiempo todos podian robar y causar impunemente vejaciones á los eclesiásticos, pues él no daba oidos á sus quejas, por lo cual era preciso comprar la justicia abandonando al rey todo cuanto exigia. Mas que la malicia con que trataba al clero desagradaron en este príncipe otras acciones, como aquellas en que fué cruel, imperioso y vengativo. Estaba dotado de fuerzas corporales estraordinarias, su persona era agradable, y de su política y entendimiento puede formarse juicio por los hechos.

La lectura de la historia escita algunas veces convulsiones de indignacion, ó náuseas de desprecio: y estas últimas se esperimentan leyendo la vida de Eduardo V. Desde su juventud manifestó inclinacion á dejarse gobernar; y en tanto grado le robó las atenciones un caballero gascon, llamado Gabeston, que el rey su padre creyó que por prudencia debia desterrar á aquel gascon favorito, y exhortó á su hijo á que no volviese á llamarle si llegaba á ser rey; pero lo primero que hizo el nuevo monarca fué enviar á buscarle. Le recibió con espresiones del afecto mas tierno, le casó ventajosamente, y le dió tierras, dignidades y bienes de toda especie.

El favorito, tan imprudente como el señor, se dejaba enriquecer, y siempre deseaba mas. Los grandes, sublevados por su codicia y su insolencia, pidieron al monarca que le desterrase: y no pudiendo resistir el rey á sus imperiosas instancias, le retiró; pero con el honorífico empleo de *Lord Teniente de Irlanda.* Durante su ausencia hizo Eduardo cuanto pudo con los barones, prometiendo y suplicando; y cuando ya le pareció que tenia ganados sus votos, mandó que volviese su querido favorito: pero se engañó, porque siempre el odio permanecia en ser, y el rey fué la víctima de éste: pues sin quitarle el título ni autoridad le privaron del derecho de servirse de ella, haciendo que la delegase en doce personas, que estrenaron su poder, desterrando de nuevo á Gabeston. Restableciendo Eduardo en sus funciones volvió á llamar al desterrado, á lo que se siguió la guerra civil, en la cual hicieron prisionero al infeliz proscrito, y le quitaron la vida.

Esta catástrofe deberia haber curado en Eduardo la pasion de crear favoritos; pero su infeliz estrella parece que lo tenia condenado, no solo á dar su favor, sino á tener mala eleccion, y á sufrir la pena de su reincidencia. La última tuvo vergonzosas y funestas consecuencias. Recibió Eduardo en su favor, en lugar de Gabeston, á un jóven inglés de familia noble, dotado de todas las prendas personales y de entendimiento. Su nombre era Spenser, cuyo padre, de edad de noventa años, siempre se habia grangeado el respeto por su integridad y prudencia: pero, sentado con su hijo en el carro de la fortuna, entregó las riendas al atrevido jóven, y se vió arrastrado con él al precipicio.

Los primeros obstáculos que los dos hallaron en su camino fueron los barones y grandes señores, que de ordinario desacreditan el favor, porque ellos no lo logran. Formaron una liga para hacer desterrar á los Spenser, y á la frente de todos estaba el duque de Lancaster, primo hermano del rey. Consiguieron que este separase de sí á los favoritos, é hicieron creer al pueblo que éstos tenian la culpa de todos los desórdenes del gobierno. Llegó Lancaster á ser el ídolo de la multitud: pero, tanto abusó de su poder, que ostigados sus mismos cómplices, que casi le tenian colocado en el trono, decian: «Señor por señor, mas queremos obedecer al rey.» Este príncipe, viendo la confusion que habia escitado la desavenencia, volvió á llamar á los Spenser, los cuales levantaron tropas, y Lancaster fue vencido y preso. Sin embargo de ser príncipe de la Sangre le condenó un consejo militar á ser decapitado; le llevaron á una eminencia, que estaba á la vista de su principal castillo, allí se ejecutó la sentencia; y el mismo pueblo, que ántes casi le adoraba, le fué insultando mientras le llevaban al suplicio.

Los Spenser se apoderaron de la mejor parte de los bienes de los proscritos, compañeros en la desgracia de Lancaster. Los favoritos, embriagados con su poder, desafiaron á sus rivales, y se atrevieron á la misma reina. No tuvieron la atencion de procurar con sus respetos que se les perdonase la afrenta de privarla de la confianza de su esposo. Esta princesa era Isabela, hija de Felipe el *Hermoso*, soberbia y galante, calidades ambas que hacian en ella insoportable la indiferencia de su marido. Esta señora halló pretesto para hacer un viaje á Francia, y llevarse á su hijo Eduardo, de trece años, que en la aurora de su edad prometia un hermoso dia.

Se habia refugiado á aquella corte Rugero Montimer, baron poderoso en las fronteras de Gales, y cómplice de Lancaster. Parece que la reina debiera haberle desechado, porque no habia recibido mas favores de los partidarios de Lancaster, que de los Spenser; pero su juventud, su buen rostro y su entendimiento le alcanzaron su gracia; y logró á poco tiempo tanto favor con la reina, que la malicia empezó á criticarle. Hecho el primer insulto á su esposo, ya Isabela no repugnó entrar en los proyectos de Mortimer, que la interesó en la alianza de los malcontentos de Inglaterra, reliquias de la faccion de Lancaster. Manifestó Isabela deseo de levantar tropas afectando que su único fin era separar del lado de su esposo á un favorito indigno. Se declararon inseparables de la fortuna de su princesa los caballeros franceses, valerosos y galanes; y partió Isabela con un ejército poco numeroso, que se aumentó luego que puso el pié en tierra. El rey se vió sin poder para resistir. Prendieron y ahorcaron á los Spenser, y en el castigo del hijo hubo una mutilacion imaginada para dar á su privanza causa ignominiosa. El monarca que huia de sus muger y de sus enemigos triunfantes, cayó en fin en sus manos, y le hicieron comparecer en un parlamento convocado en su nombre. Le declararon incapaz de gobernar, le precisaron á renunciar, y pusieron en el trono á su hijo con un consejo de regencia, del cual no fué miembro Mortimer, aunque con su influencia secreta le dominaba.

Al rey le tenian custodiado cruelmente en un castillo, y la reina afectaba compasion en público, lamentándose de la suerte infeliz de su esposo, pero estaba muy lejos de engañar con su hipocresía; porque en su persona, á pesar del disimulo, se veian pruebas de tener comercio íntimo con Mortimer, y á proporcion que el tiempo confirmaba las sospechas, se censuraba con mayor osadía su conducta. Ya el monarca destronado empezaba á inspirar interés, y se variaban y multiplicaban en su prision los malos tratamientos: pero ni la molestia ni las indignaciones le quitaban la vida. Receloso Mortimer, temiendo las consecuencias de la compasion que se iba manifestando, ordenó su muerte, encargando que no quedase en su cadáver indicio alguno de haber sido violenta. Los verdugos, obedeciendo al mandato pusieron estendido en una cama al desgraciado monarca. y sujetándole bien le introdujeron un cañon, y por ésto un hierro hecho ascua para abrasarle las entrañas. Esperaban ocultar su delito; pero descubrieron su atrocidad los gritos del moribundo, y confesaron su maldad estos hombres.

Los regentes establecidos durante la menor edad del hijo de Isabela no eran mas que unos ejecutores de la voluntad de Mortimer, que era el que gobernaba con imperio absoluto. El conde de Kent, hermano del último rey, creyendo que aun vivia, hacia vivas diligencias por descubrir su prision, y ponerle en libertad. Mortimer, temiendo las resultas que podian sobrevenir, dispuso acusarle de rebelion, condenarle, y darle la muerte ántes que el jóven rey pudiese intervenir en favor de su tio. Era el conde de Kent hombre benigno y de virtudes morales, por lo que su desgracia escitó compasion y una de las mayores insurrecciones contra el autor. Fué Mortimer sorprendido en su cuarto, que tenia comunicacion con el de la reina: le acusaron precipitamente en el parlamento, le condenaron, y murió en la horca. Bien conocido era el delito de la reina: pero en atencion á su dignidad se contentaron con encerarla en su palacio particular con una pension. Algunas veces iba el rey su hijo á verla; pero jamas la daba señal alguna de distincion que pudiera lisonjearla de alivio en su reclusion. Esto pasó en 1327.

Así que Eduardo pudo vestir la coraza, declaró la guerra á la Escocia, que era no ménos que la Francia el ordinario campo de batalla para los ingleses. El motivo contra la Escocia siempre fué pedir que rindiese homenage como un derecho reconocido; pero contra la Francia no pretendia ménos Eduardo que la posesion de este reino. Felipe el *Hermoso* no habia dejado mas que tres hijas. Era Eduardo hijo de la mayor, y no ignoraba que no podia el trono pertenecer á su madre Isabela por estar escluidas de él las hijas; pero como era varon se tenia por autorizado para reclamar ésta como el mas próximo heredero. No pensaron así los estados del reino, y se le dieron á Felipe de Valois, que á un grado mas distante descendia de varon. Eduardo, que entónces tenia quince años, disimuló, y parecia acomodarse á la decision: haciendo homenage al nuevo rey de su condado de Guyena: pero en su interior no renunció á la pretension.

Se presentaron ocasiones de hacerla valer; no las dejó Eduardo perder, y le favoreció poderosamente Juan de Artevile, cervecero de Gante, que le procuró el auxilio de los flamencos, de quienes disponia como de sus vasallos. Logró el rey de Inglaterra contra el rey de Francia muchas ventajas, y las coronó con la célebre victoria de Creci, en que Felipe de Valois perdió la flor de la caballería francesa. Eduardo, llamado *el Príncipe Negro* á causa del color de su armadura, hijo del rey de Inglaterra, tuvo por primer ensayo de armas aquella jornada y consiguió una gloria, que fué las primicias de la que despues habia de adornarle.

Mientras el feliz Eduardo recogia laureles en los campos de Creci, su esposa Filipina de Flandes hacia de ellos abundante cosecha en la Escocia, donde ganó una gran batalla. Fué á adornar con ellos la frente de su esposo, y llegó á tiempo de librarle de una accion cruel, que le hubiera cubierto de verguenza eterna. Despues de la victoria de Creci puso sitio á Calais, y los habitadores

Digitized by Google

hicieron tal resistencia que, encendiendo la cólera del vencedor, juró éste que los haria arrepentirse. Cuando forzados del hambre ofrecieron rendirse, no admitió composicion Eduardo, sino con la condicion de que le entregasen seis de los mas principales ciudadanos para disponer de ellos á su voluntad. Entre tanto que esta desolada ciudad se preparaba á consultar la suerte sobro la eleccion de las víctimas, se ofrecieron voluntariamente Eustaquio de San Pedro, y otros cinco, cuyos nombres debiera habernos conservado la historia. Caminaban con entereza á la muerte que el carácter inflexible de Eduardo les hacia mirar como inevitable; y estaba dada ya la sentencia, cuando la compasiva Filipina, abrazando las rodillas de su esposo, consiguió á fuerza de súplicas y lágrimas, que aquellos hombres magnánimos fuesen restituidos á su patria.

No solamente venció Filipina al rey de Escocia, sino que le hizo prisionero. Tambien el príncipe Negro llevó á Lóndres en triunfo al rey Juan, á quien en la jornada de Poitiers hizo prisionero. Tuvo el afortunado Eduardo la gloria de conceder la libertad á aquellos ilustres cautivos; pero tuvo tambien que llorar á una esposa y á un hijo ilustres que bajaron al sepulcro ántes que él. Hasta aquí llegó el término de su felicidad; porque en sus últimos dias le abandonó la fortuna, y sobre la pérdida de muchos dominios en Tierra Firme, vió disminuirse su autoridad en su isla, en donde perdió la pública estimacion por haber elevado á sucesora de la valerosa Filipina á una muger poco respetada. No obstante, su reinado es uno de los mas gloriosos que ilustran los anales de Inglaterra. Con el vigor de su administracion en aquellos tiempos brillantes, reprimió la escesiva libertad de sus vasallos, al mismo tiempo que su afabilidad y beneficencia le conciliaron su amor y estimacion. En sus empresas, y en el modo de seguirlas, hubo no sé qué de novelesco, y todas tenian aquel espíritu de caballería propio de su siglo. Murió á los sesenta y cinco años de edad.

Ricardo su nieto (1377), hijo del príncipe Negro, subió al trono cuando aun no tenia once años, y le dieron por tutores á tres tios hermanos de su padre, con la esperanza de que, balanceándose sus diferentes caracteres seria el gobierno mas feliz y mas firme. Era Lancaster hombre esperimentado y poco comunicable; York indolente y entero; Glocester turbulento, popular y ambicioso. El reinado de su sobrino fué una serie de desgracias. Esperimentó la rebelion de los pueblos arruinados en tiempo de sus abuelos con los impuestos y con la vejacion de la servidumbre personal. Fué esta rebelion terrible y sangrienta: pero el pueblo luego que se le hizo justicia se sosegó. No sucedió lo mismo en la insurreccion de los barones, provocada por la ambicion de sus gefes, pues por mas satisfaccion que les dió el jóven monarca de los agravios falsos ó verdaderos que alegaban, no pudo calmar su furor turbulento, y al fin fué víctima de sus alborotos.

Si su rebelion pudiera admitir escusa, la tendria en la imprudencia del rey, y en el afecto que éste mostraba, y de propósito con escándalo, á un simple caballero su favorito, llamado Roberto de Vere, á quien dió por esposa á su prima hermana, y permitió la insolencia de que la repudiase para casarse con otra muger, de quien estaba enamorado. Le hizo duque de Irlanda, dándole para toda su vida la soberanía de esta isla por una acta que el parlamento confirmó; pero este mismo parlamento le condenó á destierro, y fué Vere á pasar en Flandes una vida obscura. En este periodo los parlamentos, estos cuerpos representantes de la nacion, no fueron sino instrumentos de las conspiraciones; y así el individuo que se prestó con bajeza al ciego capricho de un rey jóven en favor de su privado, vemos que movido de una faccion contraria destruyó su propia obra.

El duque de Glocester, tio del rey, se desavino con él y se valió de otro parlamento para que se nombrasen con él trece personas encargadas del gobierno hasta que el rey fuese capaz de tomarlo, siendo así que ya tenia veinte y un años; y en uno solo que duró este poder mataron ó desterraron á todos los ministros ó partidarios del rey. Otro tercer parlamento restituyó al rey su autoridad, y fué arrestado el duque de Glocester, y ahogado entre unos colchones.

Sobrevino otra conspiracion conocida por la del duque de Lancaster, nó el tio el rey, pues ya habia muerto, sino el hijo de éste y primo de Ricardo. Era conocido por sus talentos militares y por su gran reputacion en punto de religion, lo que le daba notable crédito para con el pueblo, y sobre estas circunstancias estaba emparentado por su sangre y sus alianzas con las primeras familias del reino, y así era preciso saber contemplarle; pero el imprudente Ricardo, á quien se habia hecho sospechoso, le descontentó, desterrándole y privándole de la sucesion al mayorazgo de su padre. Despues de este golpe de autoridad, en lugar de quedarse en su reino, y observar de cerca los movimientos que podia escitar un enemigo tan temible, se embarcó para una espedicion en Irlanda, dejando el gobierno de Inglaterra al duque de Yorck su tio.

Luego que salió Ricardo volvió Lancaster sin mas acompañamiento que sesenta personas. No asustó á Yorck una escolta tan débil: Lancaster publicó que solo volvia para recobrar el patrimonio que le habian quitado; y pareciéndole á Yorck que el motivo era justo, recibió muy afectuoso al sobrino; pero, mientras escuchaba sus quejas, aquellas sesenta personas, que eran de las primeras familias y cada una tenia su inteligencia secreta, se pusieron en movimiento y juntaron un ejército. El gobernador del reino, viendo que no estaba seguro, formó otro; pero á éste le ganaron los rebeldes, y pasándose á ellos aumentó su partido. Acudió el rey, y entretanto que le divertian con ofertas y proposiciones, engañaron á sus tropas, y éstas le abandonaron. Se juntó el cuarto parlamento, le depuso, y mandó que le custodiasen en una fortaleza; pero muy presto se supo que habia muerto de hambre, ó asesinado con las alabardas. Tenia entónces treinta y cuatro años, y no dejó sucesion.

Se dijo que era incapaz de gobernar, y á la verdad era de un genio violento, escesivo en los gastos, en estremo aficionado á sus favoritos, que sin interrupcion hizo sucesores de Roberto de Vere, y era tambien muy apasionado al fausto. No obstante, se cuenta de él un rasgo que manifiesta que en tiempos mas sosegados se hubiera portado como digno del cetro. Le cercó en Londres una tropa de amotinados, cuyo gefe desafiaba al rey, y le amenazaba en los términos mas violentos. Se arrojaron los oficiales del príncipe sobre el insolente, y le quitaron la vida. Preparados sus compañeros á la venganza, tenian ya templados los arcos; y Ricardo, que entónces no pasaba de diez y seis años, se fué á ellos con aire intrépido, aunque afable, y les dijo: «¿Cuál es la causa de este desórden, querido pueblo mio? ¿Estais irritados por haber perdido vuestro gefe? Pues yo, que soy vuestro rey, me ofrezco á ser vuestra guia.» Poniéndose á su frente los fué sacando de la ciudad á un campo donde se disperparon por sí mismos, y se retiraron pacíficamente. Rara vez sucede desgracia al príncipe que tiene valor para mostrarse firme delante de una multitud.

Subió al trono Lancaster (1399), de quien sin calumnia puede decirse que quitó la vida á Ricardo; y tambien puede llamársele usurpador, porque la corona pertenecia á los descendientes del duque de Clarence, hermano menor del príncipe Negro, hijos ambos de Eduardo III; y Lancaster, llamado en el trono Enrique, estaba un grado mas distante. Pero no se declaró rey por sucesion, sino en virtud de una resignacion de Ricardo en su favor; y cuando le disputaban este título no se detenia en decir que él era el monarca por derecho de conquista; aunque de todos modos le legitimó el parlamento. No se sujetaron todos los barones á esta ratificacion; y los malcontentos, cuya cabeza era un duque de Northumberland, tomaron las armas. Hubo una batalla: mostraron el mayor valor los generales de ambos partidos; espuso Enrique su persona en lo mas fuerte de la pelea; y su hijo, que despues fué conquistador de la Francia, combatió á

su lado. Bien podia mirar el pueblo aquellas sangrientas acciones, como otras tantas ejecuciones judiciales que le libraban de sus tiranos; pues componiéndose aquellos ejércitos, en lo principal, de nobles, cuya mayor parte le oprimian en sus tierras, venia á ser el campo de batalla un cadalso en donde espiaban sus exacciones é injusticias. Fué vencido Northumberland, consiguió el perdon, reincidió y le degollaron.

El resto del reinado de Enrique fué tranquilo; pero le causó grandes pesadumbres la conducta de su hijo Enrique, príncipe que se abandonaba abiertamente á las torpezas, y siempre se acompañaba con una tropa de malos vasallos, que con una especie de emulacion se ejercitaban en los escesos mas abominables. Desafiaba al odio público, motivo de mortificacion para un padre que no tenia otro deseo sino el de ver amado de todos á su hijo. Habian pronosticado al monarca que moriria en Jerusalen; y aunque se habia obligado á una cruzada, no se apresuraba á partir por temor de la prediccion. La debilidad de su temperamento le traia espuesto á desmayos y en uno de estos accidentes le llevaron á una pieza que llamaban *Jerusalen*. Vuelto en sí preguntó adónde le habian llevado, y en dónde estaba; diciéndole que estaba en Jerusalen, replicó: «¡En Jerusalen! Yo soy muerto;» y no se levantó mas. No obstante, no era espíritu débil el de este rey, y todos alaban su discernimiento y penetracion. Tuvo remordimientos sobre su usurpacion; pero fueron como los de muchos penitentes, que se arrepienten sin restituir (1413).

Enrique, el desarreglado, subió al trono, y juntando los compañeros de sus desórdenes, les dijo: que renunciaba para siempre al libertinage; y exhortándoles á imitar su ejemplo, les prohibió que volviesen á su presencia hasta haber dado pruebas de mudanza de vida. Los ministros de su padre, que siempre habian reprendido sus extravagancias, se admiraron de ver que los recibió con todas las demostraciones del favor y de la confianza. Á un juez, que, reclamado por algunas personas insultadas, habia hecho llevar al príncipe á la cárcel, le alabó su valor, le recompensó, y le exhortó á que conservase la misma firmeza é imparcialidad en la ejecucion de las leyes. Esta victoria, que logró de sí mismo Enrique V, es á los ojos de la razon mas gloriosa que los trofeos militares que han consagrado la memoria de sus hazañas. Manifestó grande sentimiento por la suerte del infeliz Ricardo: hizo que se le celebrasen magníficas exequias, y colmó de gracias á los que le habian sido fieles. Dicen algunos historiadores, que siempre se mantenia entre los grandes una faccion descontenta de verle en el trono, y que este rey procuró suavizar su encono con su conducta indulgente; pero sea el principio de su benignidad el que fuese, siempre es muy digna de sus elogios.

Tambien se dice que emprendió por política la guerra de Francia, siguiendo el consejo del rey su padre, que le habia encargado que llevase sus vasallos á la guerra contra los extranjeros para tener ocupados sus espíritus turbulentos. Lo cierto es que el rompimiento se hizo con los pretestos mas débiles. No contaba Enrique cuando emprendió esta carrera con ir tan lejos; pero la victoria de Azincour abrió el mas vasto campo á sus esperanzas. Se reunieron las circunstancias mas favorables para allanarle el camino á un trono, que seguramente no se atrevia al principio ni á mirarle. Estas circunstancias fueron la demencia de Cárlos VI, el genio vengativo del duque de Borgoña, el odio de Isabel de Baviera á su hijo, la discordia entre los grandes y la conmocion general del reino.

Se aprovechó Enrique de los delitos de los otros sin cometer él ninguno. Le presentó una madrastra la corona de su hijo, y la mano de su hija: él aceptó y aseguró su fortuna, no tanto con sus hazañas bélicas, como con su afabilidad, su clemencia y el conjunto de virtudes sociales. No se interrumpieron sus felicidades con ningun revés de la fortuna; pero cuando por la edad y enfermedades de su suegro, estaba ya casi tocando la corona, y no le faltaba mas que dar un paso para ceñírsela, le sobrevino una enfermedad cruel, que le arrebató al sepulcro á los treinta y cuatro años de edad. Habia vivido como héroe, y murió como ellos, pues rara vez llegan á viejos los que el heroismo hace famosos.

De Isabel de Francia, hija de Cárlos VI, tuvo un hijo llamado tambien Enrique, á quien dejó su padre en la edad de nueve meses. La cuna de este niño fué condecorada con las coronas de Inglaterra y de Francia. Nombraron por protectores de los dos reinos á los duques de Glocester y de Bedfort sus tios. Este último se quedó en Francia para mantenerla en la obediencia de su sobrino, y deshonró su gobierno con el suplicio de la doncella de Orleans, aquella doncella admirable, cuyo entusiasmo despertó el valor de los franceses; y cuyos aciertos fueron los preludios de la espulsion de los ingleses. La ruina de éstos tardó en verificarse, pero siguió la proporcion con que los alborotos de la isla los fueron poniendo en estado de no poder sostenerse en el continente. Durante la primera tregua, que suspendió las hostilidades de las dos naciones, se casó Enrique con Margarita de Anjou, de la casa de Francia, cuyo padre no tenia mas que los títulos de rey de Nápoles, de Sicilia y de Jerusalen, y así no llevó mas dote que su mérito, el cual resplandeció en las catástrofes, tal vez las mas funestas que jamás esperimentó otra reina.

Enrique VI mostró desde luego mucha debilidad de espíritu, y segun se adelantaba en la edad se descubria su poco mérito, y daba esperanzas á los intrigantes y conspiradores. Se hallaba en su corte Ricardo, duque de Yorck, descendiente por su madre del duque de Clarence, hijo segundo de Eduardo III, por lo que estaba en el órden de la sucesion mas cercano al trono que el rey, pues éste descendia del duque de Lancaster, hijo tercero de aquel monarca. Era Yorck muy poderoso con la reunion de muchos mayorazgos: tenia alianza con la principal nobleza, mucho valor, prudente conducta, genio benigno, y la clase de primer príncipe de la sangre.

Se hizo sospechoso de ser el autor del descontento del pueblo, de las denunciaciones contra los ministros, y de los estorbos que retardaban la marcha del gobierno; pero daba á entender que en nada de esto influia.

En los tiempos de mas viva fermentacion se estaba él en sus castillos distantes; y cuando se apaciguaban las disensiones porque cedia el poder del rey, se presentaba el duque con aire y seguridad de inocente, y al mismo tiempo sembraban sus partidarios el gusto de disputar y discurrir sobre el derecho al trono, examinando cual de los dos le tenia mas legítimo, el rey ó el príncipe.

Con motivo de algunas pretensiones del pueblo tomó Yorck las armas, y las dejó cuando el pueblo consiguió lo que pedia. Esta moderacion le valió el título de protector en una enfermedad del rey, que aumentó tanto su natural debilidad que no se atrevian á presentarle en público. Cesó la enfermedad, y creyó Enrique que podia volver á su autoridad; pero Yorck no pensó así, y se armó para conservar el poder á que ya estaba acostumbrado. Logró una victoria sangrienta en los campos de san Albino en 1455, é hizo prisionero al rey. Ésta es la primera accion de aquella fatal disension que duró treinta años, en los cuales hubo doce batallas campales que costaron la vida á ochenta príncipes de la Sangre, y casi enteramente aniquilaron la antigua nobleza de Inglaterra que se habia alistado bajo los estandartes de las dos facciones de Lancaster y Yorck, que llevaban por divisas la *rosa blanca* y la *rosa encarnada*: la primera pintada en las banderas de Enrique, cabeza de la casa de Lancaster; la segunda en las de Ricardo, cabeza de la casa de Yorck.

Trató el duque á su prisionero con mucha atencion, pero se apoderó de la suprema autoridad. Si el débil é indolente Enrique no echaba ménos un poder cuyo ejercicio pide trabajo y alguna fatiga, no sucedia lo mismo á la reina Margarita, porque su natural activo no podia contentarse con la sombra de poder que le habia dejado el rival de su marido, y así empeñó al indiferente monarca en que recobrase la realidad. Hubo entre los ge-

Digitized by Google

fes una reconciliacion tan poco sincera, que inmediatamente volvieron de nuevo las hostilidades, y perdió Ricardo una batalla. Habian empeñado en sus intereses al conde de Warwik, señor poderoso en tierras y riquezas, valeroso, inteligente, y cuya opinion influia mucho en la nobleza. Este fue á socorrer á Ricardo, dió la batalla, é hizo prisionero al rey.

Hasta entónces no habia hecho Ricardo la guerra, sino para reformar el gobierno; pero teniendo al rey en su mano, separado de la reina, y privado de su consejo, publicó pretensiones mas altas. En un parlamento que convocó en nombre del rey, se hizo declarar heredero del trono, bien que dejó á Enrique ocupándole como una estatua. No vió Margarita con tranquilidad que el príncipe de Gales, su hijo, y todavía niño, fuese declarado inhábil para tan preciosa sucesion; y así se retiró á las fronteras de Escocia, levantó un ejército, y volvió contra el duque de Yorck. Murió este príncipe en una sangrienta batalla, en que peleó la reina á la frente de sus tropas, y dejó tres hijos, Eduardo, Jorge y Ricardo.

Eduardo, que era el mayor, tan valiente como su padre, y mas atrevido, dió la perfeccion á todos sus proyectos, y derrotó una parte del ejército de la reina, aunque otra parte del suyo sufrió una pérdida que puso al rey en manos de Margarita; pero cuando ésta se creia triunfante, se presentó el infatigable Warwik, la puso en fuga, y la reina se retiró á Escocia con su hijo y su esposo. Ya entónces no disimuló Eduardo, ni contemporizó, como lo habia hecho su padre, sino que se hizo proclamar rey de Inglaterra por consejo de Warwik (1461).

No por esto desmayó Margarita: juntó tropas, volvió á tentar la suerte de una batalla, la perdió, y se puso en salvo. Los auxiliares, que la dieron Francia y Escocia, fuéron á reforzar las tropas que la llevaron sus partidarios. Puso á su frente al infeliz Enrique, con la esperanza de que su presencia daria nuevo vigor á sus esfuerzos; pero aquella fantasma y sus defensores nada pudieron contra la fortuna de Eduardo. Éste los dispersó; y huyendo cada uno por su lado, iba fugitivo el rey de castillo en castillo, hasta que le hicieron en breve prisionero. Se entró la reina por un bosque, llevando consigo á su hijo de edad de ocho años: cayó en manos de una compañía de bandoleros que la quitaron sus joyas y la maltrataron. Mientras éstos disputaban entre sí la reparticion se huyó, anduvo errante en aquella horrible soledad un dia y noche, hasta que al fin se sentó, y con los ojos clavados tristemente en aquel niño, extenuado como ella de fatiga y de necesidad, no esperaba mas que la muerte. El ruido de uno que pasaba la llenó de alegría, miró, y vió un hombre de figura atroz, que se acercaba hácia ella con la espada desnuda; pero Margarita, presentando su hijo, le dijo: «Amigo, aquí teneis al hijo de vuestro rey, que yo pongo en vuestras manos, cuidad de él.» El bandolero no engañó su confianza: los ayudó á marchar, les buscó víveres, y por entre mil peligros los llevó á un pequeño puerto, en donde la madre y el hijo hallaron una barca que los transportó á Flandes.

Eduardo, ya vencedor, y creyéndose libre de todo fatal suceso, se dejó arrastrar sin medida de su inclinacion á los placeres. Warwik, tan político como guerrero, queria procurarle un casamiento que le diese alguna alianza útil; y mientras, con anuencia del príncipe, hacia sus diligencias en Francia, se casó con una inglesa, de quien se habia enamorado. Warwik, resentido de verse burlado despues de los pasos que habia dado en Francia, se abandonó á su indignacion contra Eduardo. Como él era quien le habia colocado en el trono, pensó que le seria fácil hacerle bajar. Volvió de su negociacion lleno de esta idea, y procuró ponerla en ejecucion, ofreciendo la corona al duque de Clarence, hermano del rey, contando con que le hallaria mas dócil á sus consejos: pero el rey, instruido de sus pensamientos, desterró al uno y al otro.

Se retiraron á Flandes, en donde hallaron á Margarita y á su hijo; y como igualmente infelices se acompañaron en la desgracia. El casamiento de la hija de Warwik con el hijo de Enrique, aunque por la poca edad no podian consumarle, vino á ser el lazo de su union. Se puso Warwik á la frente de un cuerpo de tropas flamencas y francesas, desembarcó en Inglaterra, se le juntó numerosa tropa de malcontentos, ganó una grande victoria contra Eduardo, que volvió á ocupar en Flandes la plaza de Enrique. Éste fué de nuevo colocado en el trono; pero mal recibido desde luego, halló Eduardo recursos en su asilo. El de Clarence, su hermano, con quien se habia reconciliado secretamente, facilitó su desembarco. Debilitado Warwik con la desercion de Clarence, aventuró no obstante una batalla, y murió en ella. Hicieron prisionero al rey Enrique, á su esposa Margarita y á su hijo Eduardo.

Se presentó el príncipe jóven con intrepidez delante del vencedor; y diciéndole Eduardo: «¿Cómo te has atrevido á venir á mi reino?» Respondió: «He venido á reclamar mi herencia.» El rústico Eduardo, incapaz de generosidad, le dió una bofetada; pero esto fué hacer señal para que el de Clarence y el de Glocester, hermanos de Eduardo, arrastrasen al infeliz, y le quitasen á sablazos la vida. El mismo Glocester entró en el parage en donde estaba Enrique custodiado, y le mató á puñaladas. Reservaron á la reina por un rescate que pagó el rey de Francia. Pasó Margarita á este reino, en donde acabó sus dias, harta de amarguras, y coronada de glorias.

No perdonó á ninguno de los que podian ser sospechosos á Eduardo; y á pesar de su reconciliacion con el de Clarence, que le habia facilitado la subida al trono, le hizo procesar, juzgar y condenar. Toda la gracia que le concedió fué que eligiese el género de muerte, y el de Clarence pidió que le ahogasen en un tonel de malvasía. Corrió la sangre mas noble de Inglaterra en grandes arroyos, y los que se libraron de la cuchilla de los verdugos pasaron una vida infeliz en tierras extranjeras. Un autor contemporáneo dice que vió á los duques de Somerset y de Degester seguir descalzos el equipage del duque de Borgoña, y servir en su casa para poder mantenerse.

Pasó Eduardo el resto de sus dias en escesos, que se los abreviaron; y muriendo á los cuarenta y dos años, dejó dos hijos varones, Eduardo, príncipe de Gales, de edad de trece años, Ricardo, duque de Yorck, de nueve, y una hija llamada Isabela. Era hombre muy hermoso y apasionado á los placeres. No se sabe si sus crueldades deben atribuirse á su genio, ó á los consejos violentos de su hermano el sanguinario duque de Glocester, uno de aquellos hombres persuadidos á que el poder usurpado nunca se asegura con solidez sino sobre montones de cadáveres. Eduardo, derribadas las cabezas mas distinguidas, usó despóticamente de la autoridad. Los miembros del parlamento no osaron negarse á ser ministros de sus violencias. La nobleza gemia oprimida; mas el pueblo, aunque pisado, llevaba sin murmurar un yugo, que todavía cargaba con mas peso sobre los grandes.

Aunque Eduardo debiera conocer el carácter de su hermano Ricardo, duque de Glocester, encargó á su muger Isabela Gray que se fiase de él enteramente, y ella le obedeció, aunque con precaucion, aconsejada de su hermano el conde de Ribers. Le pareció á Glocester que estaba de mas este consejero, le hizo acusar de traicion ante un tribunal que era venal; y habiéndolo condenado y quitado la vida, tomó el título de *Protector*. La autoridad aneja á la dignidad de protector le hacia dueño del rey jóven: supo tambien sacar de las manos de su madre al otro hijo de su hermano; y cuando se vió con los dos en su poder procuró que los declarasen ilegítimos, suponiendo que su hermano cuando se casó con Isabela Gray estaba empeñado en otro matrimonio. No le salió bien esta suposicion, y echó por otro camino aun mas estraño.

Vivia su propia madre, y gozaba de una reputacion intacta; pero él tuvo desvergüenza para hacer que se es-



Los hijos de Eduardo.

Digitized by Google

pareciese la falsa noticia de que sus dos hermanos mayores, Eduardo y Clarence, eran fruto de sus galanterías, y que solamente él era hijo legítimo del duque de Yorck, como lo probaba el ser parecido á aquel príncipe. No saliéndole bien esta odiosa calumnia, tomó el medio mas breve. Tenia á los dos jóvenes encerrados en la torre de Londres con pretesto de mirar por su seguridad, y les hizo quitar allí la vida. Sin tomarse el cuidado de preve-

le retenia el duque en una prision honrada; pero, aunque en cierto estado de cautiverio, hacia Richemond sombra al rey de Inglaterra; y así envió á pedirle con tanto mayores instancias como que advertia que sus perfidias y crueldades sublevaba contra él á los grandes, y se iba formando un partido poderoso, el cual veia con gusto á este príncipe á su frente. Ya el duque de Bretaña, intimidado ó ganado, le habia entregado á los comisionados

las cosas,
tinado al
cadenas,
s france-

le: llega-
e los dos
ron acer-
ezaban á
ó Riche-
leó hasta
tud cayó
un modo
mónstruo.
ninguno
ror ni de
5).
nd, colo-
la fortu-
ancaster,
en la per-
casó pues
blanca y
s costaron
eros de la
dalsos. En
, que ha-
tante, ha-
el nombre
espues del
dinastía de
o, llevan-
le la union
que el es-
ente en las
se aprove-
kin.
mpre inte-
stumbrado
sacerdote
sucitar los
entando al
. Al jóven
n la torre.
el, y le ha-
e á las gra-
stro y sutil.
r la impos-
imon teatro
es crédulos
antasma en
la casa de
orecer todo
con efecto
imnel, des-
nda, se vió
nglaterra, y
avoreció la
reso con su
muchos se-
presentaron el

mano teñida todavía con la sangre de sus hermanos. Su madre Isabela Gray la aceptó creyendo mejorar su suerte; pero la princesa la retiró con horror. Estaba destinada ésta para poner término á las guerras civiles con la reunion de las dos casas de Yorck y de Lancaster (1483).

De esta última vivia un príncipe refugiado en Bretaña con el nombre de Richemond. Por comision de Ricardo

verdadero Warwik en una pública procesion en Londres, y concluida la ceremonia volvieron á encerrarle en la torre; al sacerdote le condenaron á prision, ayuno y disciplina; y al jóven Simnel le hicieron marmiton en las cocinas de palacio, para que viviese espuesto á la vista y burla del pueblo, hasta que despues le dieron el oficio de alconero.

Digitized by Google



Digitized by Google

pareciese la falsa noticia de que sus dos hermanos mayores, Eduardo y Clarence, eran fruto de sus galanterías, y que solamente él era hijo legítimo del duque de Yorck, como lo probaba el ser parecido á aquel príncipe. No saliéndole bien esta odiosa calumnia, tomó el medio mas breve. Tenia á los dos jóvenes encerrados en la torre de Londres con pretesto de mirar por su seguridad, y les hizo quitar allí la vida. Sin tomarse el cuidado de prevenir las sospechas, ni de retirarlas con algunos paliativos, se contentó con decir que habian muerto, y tomó la diadema. En los fastos de Inglaterra se vió al mayor de estos dos infelices con el nombre de Eduardo V.

Si todavía se necesitaban pruebas para juzgar cuan á sangre fria cometia Ricardo los delitos, se hallarian en la relacion del suceso siguiente. En el momento en que hacia quitar la vida al conde de Ribers, habia juntado en la torre de Londres un consejo en que asistian los partidarios principales de este señor. Cerca del protector estaba el lord Hastings, muy afecto á la familia real, á quien habia privado Ricardo del gobierno de aquella fortaleza, cuando pensaba quitar la vida á sus sobrinos; y acababa de restituirle este empleo, sin duda para hacerle caer en el lazo. Habia pasado Hastings por amante favorecido de Juana Shore, dama de Eduardo V, cuyo poder y crédito desagradaban mucho á Glocester, y Hastings continuaba concurriendo á visitarla despues de la muerte del monarca.

Este caballero, viéndose de nuevo agraciado con el gobierno de la torre, no dudaba de su favor, y se tenia por muy seguro. El protector, que hasta este momento habia conservado un semblante risueño, salió del consejo como para despachar una ocurrencia, y á poco tiempo volvió muy alterado: «Señores, esclamó, ¿qué castigo merecen los pérfidos que han atentado á mi vida?» Á esta pregunta no esperada quedó asombrado el consejo: pero Hastings tomó la palabra, y dijo: «Esos deben ser castigados como traidores.» «Los traidores, replicó Ricardo, los traidores son ciertos hechiceros, la viuda de mi hermano, Juana Shore, su dama, y otros asociados. Mirad aquí, añadió, á que estado me han reducido sus encantos y sortilegios.» Al mismo tiempo descubrió un brazo todo arrugado y consumido; pero se sabia que desde niño tenia aquella enfermedad.

Se miraban unos á otros los consejeros pasmados, y dijo Hastings: «Si son culpados merecen el castigo mas severo;» y «tú, replicó el furibundo Ricardo, con ellos y *otros mas*, eres el principal que animas á ese miserable Shore. Tú tienes la culpa, y juro por san Pablo que no comeré hasta que me traigan tu cabeza.» Dió al mismo tiempo en el bufete un golpe, y al punto se llenó de hombres armanos la sala. El mismo asió de Hastings, y lo entregó á los soldados: éstos le sacaron, le cortaron la cabeza, y se la presentaron al tirano. Huyó cada consejero, no sabiendo si conservaria la suya. Hizo Ricardo cuanto pudo por probar los sortilegios de Juana Shore; mas no se halló contra ella prueba alguna jurídica. Confiscó sus bienes, que eran inmensos; y para que no se creyese que únicamente queria sus riquezas, la hizo citar ante un tribunal eclesiástico, que la condenó por delito de incontinencia á una penitencia pública. La sufrió con todas las circunstancias de abatimiento, y sobrevivió cuarenta años á su infamia. Pasó despues una vida obscura y pobre, sin que en su miseria la aliviase ninguno de los infinitos á quienes habia ayudado con su crédito y sus riquezas en el tiempo de su fortuna.

Por la muerte violenta de los dos sobrinos de Ricardo habia recaido el derecho á la corona en Isabela, hermana de los mismos; y el asesino, para legitimar su usurpacion, resolvió casarse con su sobrina, y así la ofreció su mano teñida todavía con la sangre de sus hermanos. Su madre Isabela Gray la aceptó creyendo mejorar su suerte; pero la princesa la retiró con horror. Estaba destinada ésta para poner término á las guerras civiles con la reunion de las dos casas de Yorck y de Lancaster (1483).

De esta última vivia un príncipe refugiado en Bretaña con el nombre de Richemond. Por comision de Ricardo le retenia el duque en una prision honrada; pero, aunque en cierto estado de cautiverio, hacia Richemond sombra al rey de Inglaterra; y así envió á pedirle con tanto mayores instancias como que advertia que sus perfidias y crueldades sublevaba contra él á los grandes, y se iba formando un partido poderoso, el cual veia con gusto á este príncipe á su frente. Ya el duque de Bretaña, intimidado ó ganado, le habia entregado á los comisionados del rey: pero, llegando á su noticia el estado de las cosas, se le quitó á los enviados; y Richemond, destinado al principio á verse en Inglaterra cargado de cadenas, abordó á aquel reino en navíos llenos de tropas francesas y bretonas.

Halló una liga formidable pronta á favorecerle: llegaron los ejércitos á las manos: y reconociéndose los dos pretendientes en lo fuerte de la pelea, procuraron acercarse uno á otro. Ricardo, cuyas tropas empezaban á ceder, corrió furioso contra su rival: le esperó Richemond á sangre fria: rodearon á Ricardo, y él peleó hasta el último instante en que oprimido por la multitud cayó sobre un monton de cadáveres, muriendo de un modo mas honroso que el que convenia á semejante mónstruo. Tan familiarizado estaba con los delitos, que ninguno concebia que le pareciese capaz de inspirar horror ni de escitar remordimientos como le fuese útil (1485).

El primer cuidado de Enrique de Richemond, colocado en el trono por un inesperado favor de la fortuna, fué reunir con el derecho de la casa de Lancaster, que ya poseia, el de la casa de Yorck existente en la persona de Isabela, hermana de Eduardo V. Se casó pues con esta princesa, y desaparecieron las rosas blanca y roja, divisas de dos facciones, cuyas querellas costaron la vida á mas de cien mil hombres de los primeros de la nacion, muertos en los combates ó en los cadalsos. En Ricardo III espiró la dinastía de los *Plantagenetos*, que habia tenido el cetro por trescientos años. No obstante, habia un renuevo de esta familia, conocido con el nombre de Warwik, cuyos derechos al trono venian despues del de Isabela, con la cual empezó en Enrique la dinastía de los *Tudor*. Reconoció el nuevo monarca su reino, llevando consigo á la reina su esposa como prenda de la union y de la paz; pero esta precaucion no impidió que el espíritu de la discordia se sostuviese principalmente en las provincias del Norte; y de estas disposiciones se aprovecharon dos célebres impostores, Simnel y Pierkin.

La familia de los Plantagenetos inspiraba siempre interés á las que por tan largo tiempo se habian acostumbrado á respetarla en el trono. Este afecto inspiró á un sacerdote de Oxfort, llamado Ricardo Simon, la idea de resucitar los derechos ya distantes de aquella casa, presentando al público un descendiente de esta familia ilustre. Al jóven Warwk le habian encerrado por precaucion en la torre. Buscó Simon un jóven, capaz de hacer su papel, y le halló en Roberto Simnel, hijo de un panadero, que á las gracias de su figura añadia un entendimiento diestro y sutil.

Como hubiera sido fácil en Londres deshacer la impostura sacando el verdadero Warwik, hizo Simon teatro del drama á la Irlanda, en donde halló señores crédulos ó desafectos al rey. Habia paseado ántes su fantasma en Flandes, en donde vivia una princesa de la casa de Yorck, duquesa de Borgoña, dispuesta á favorecer todo cuanto pudiera inquietar á un Lancaster; y con efecto recibió Enrique susto, no sin razon; porque Simnel, despues de haber aumentado su partido en Irlanda, se vió con suficiente ejército para desembarcar en Inglaterra, y medir las fuerzas con su soberano; pero no favoreció la fortuna á su atrevimiento; y fué vencido y preso con su director Simon. Hizo el rey quitar la vida á muchos señores cuyo error no admitia escusa; presentaron el verdadero Warwik en una pública procesion en Londres, y concluida la ceremonia volvieron á encerrarlo en la torre; al sacerdote le condenaron á prision, ayuno y disciplina: y al jóven Simnel le hicieron marmiton en las cocinas de palacio, para que viviese espuesto á la vista y burla del pueblo, hasta que despues le dieron el oficio de alconero.

Digitized by Google

El papel de Pierkin fué mas largo y brillante. Éste no necesitó de que le instruyesen ni le animasen como Simnel. Concibió por sí mismo el proyecto de pasar por el duque de Yorck hijo segundo de Eduardo IV, á quien Ricardo III habia asesinado en la torre; y si el proyecto no fué suyo le siguió admirablemente. Pierkin era hijo de un judío convertido, llamado Orbec: su nombre era Pedro, y por eso le llamaron Pierkin. El ser tan parecido al difunto Eduardo IV hizo conjeturar que este monarca habia podido conocer en sus viajes á la muger de Orbec, y sin duda contribuyó esta suposicion á la buena acogida que halló en muchas cortes, queriendo honrar en él, sino al hijo legítimo, á lo ménos á un desgraciado niño de un monarca estimado.

Tenia un porte de príncipe, y unos modales distinguidos. Su padre verdadero ó putativo le habia llevado casi desde la infancia á sus viajes de comercio; y algunas aventuras aumentaron la docilidad y sagacidad de su ingenio, tanto que á la duquesa de Borgoña, cuando se le presentaron, le pareció muy á propósito para hacer el papel que él se habia propuesto. Se cree que aquella princesa procuró secretamente las noticias que necesitaba relativas á los derechos de su familia. Le recomendó á la corte de Francia, en donde fué bien admitido; y esto autorizó á la princesa para recibirle luego honoríficamente cuando volvió á Flandes. Le dió conexion y amistad con muchos ingleses refugiados en su corte, y estos desterrados le pusieron en correspondencia con sus familias que permanecian en Inglaterra. Se formó un poderoso partido contra la autoridad del rey, y como ésta no podia ser destruida mientras Enrique pudiese defenderla, resolvieron deshacerse de él.

El proyecto debia ejecutarse al mismo tiempo que Pierkin pusiese el pié en Inglaterra con las tropas que le habia dado la duquesa de Borgoña; pero, no creyendo el aventurero que tenia suficientes fuerzas, se contentó con presentarse á vista de la costa. Esto sirvió solamente para que fuesen conocidos sus cómplices, muchos de los cuales murieron en un cadalso. Él abordó á Escocia, cuyo rey, ó engañado, ó queriendo engañarse, le trató como á soberano. Las reliquias del partido de Pierkin buscaron en él su asilo; los que se quedaron en las provincias causaron en ellas una sublevacion, y tomaron el nombre de insurgentes, porque venia á ser una insurreccion contra Enrique, cuyo gobierno pintaba como tiránico é intolerable. Entre tanto que Enrique estaba ocupado en apagar el fuego, que se encendia por todas partes, penetró el rey de Escocia por la Inglaterra, y llegó hasta cerca de Londres talando y abrasando.

Á aquella gavilla de ladrones, que componian la mayor parte del ejército escocés, opuso Enrique su tropa reglada; los dispersó; y el rey de Escocia, rechazado hasta sus fronteras, pidió la paz, y la obtuvo. Pierkin, viéndose abandonado, se refugió en Flandes: su muger, que era una señora noble, con quien le habia casado la duquesa de Borgoña, cayó en manos del rey, y éste la trató con distincion. No perdiendo todavía Pierkin las esperanzas, pasó á Irlanda desde Flandes: y examinando las fuerzas de su partido, creyó que lo mas acertado seria servirse de la inquietud que todavía podia dar al rey para lograr mejor suerte y no querer nuevos peligros. La atencion con que aquel príncipe habia recibido á su muger, le daba esperanzas de que haria con él lo mismo, y así hizo sus proposiciones. Le concedió Enrique el perdon y las ventajas que pedia, con la sola condicion de confesar públicamente su impostura. Hecha esta confesion, bien fuese que se hubiesen convenido antes ó nó, le entregaron á una guardia, que no debia ser muy severa pues el se huyó. Volvieron á prenderle, y le encerraron en la torre de Londres. En ella encontró Pierkin á Warwik, y entre los dos tramaron quitar la vida al gobernador para huir; pero fueron descubiertos y degollados. Se ha conjeturado que procuró Enrique facilitar la amistad de estos dos hombres para tener pretesto plausible de deshacerse de ambos.

Esta sospecha se fundó en el astuto carácter de Enrique. Ningun rey de Inglaterra oprimió con mas destreza á los ingleses. Los cargaba de impuestos: se quejaban, les concedia rebaja, é iba por otros caminos á su fin. Siempre su justicia gastaba ostentacion de formalidades; pero en el fondo no se sujetaba á las estrechas reglas de la equidad, porque lo útil para con él era preferible á lo justo.

Habia casado á su hijo mayor Arturo, de edad de diez y seis años, con Catalina, infanta de Aragon, de edad de diez y ocho años: pero solo vivieron un año juntos: y murió Arturo. Se casó Enrique, su segundo hijo, con la misma, á la cual Arturo, por sus enfermedades continuas, no habia tocado ni conocido maridablemente. De este modo Enrique, cuya pasion dominante era la avaricia, no tuvo que restituir el dote al rey de Aragon. Hizo irrupciones en Francia sin proyecto determinado de guerra sostenida: pues la hacia solo para ocupar á la nacion, ó para exigirle impuestos de que se aprovechaba. Fuera de estas propiedades reconoce en él la historia prendas de un gran rey. Su carácter era alegre, franco y abierto; sus modales nobles, y en lo interior de su palacio vivia gustoso sin fausto. El fué el que puso fin á las guerras civiles, que por largo tiempo traian agitada la Inglaterra, y aniquiló el antiguo y exorbitante poder de la nobleza (1506).

Su hijo Enrique VIII subió al trono á los diez y ocho años de su edad, y al principio le respetó su pueblo por sus talentos naturales y adquiridos. La vanidad era su vicio dominante, y éste se partió en dos ramos, que despues se cargaron de amargos frutos. Estos dos ramos de su vanidad fueron la presuncion de esceder á todos en ciencia teológica, y el deseo pertinaz de sujetar los corazones como los entendimientos. De aquí provinieron el zelo perseguidor, que le colocó entre los príncipes mas crueles, y la envidia que, segun el carácter de esta maldita pasion, le hizo cometer acciones tan insensatas como bárbaras.

En la flor de su edad gustó Enrique VIII de brillar con lujo y magnificencia. La corte, que hasta entónces se habia cubierto de lúgubre luto por las guerras civiles, ó habia vivido en una fastidiosa uniformidad, vió resplandecer varias fiestas; y para divertir al pueblo, le dió tambien el placer de que viese caer las cabezas de muchos ministros, que en el reinado anterior habian logrado el favor, y levantarse en su lugar otros nuevos, aunque éstos no habian de hacerlo mas feliz. Hizo algunas espediciones á Escocia, cuyo buen éxito lisonjeó el orgullo de la nacion, y la prometia otras mas importantes contra la Francia, objeto perpetuo de los zelos de los ingleses. Se dice que envidiaba Enrique al rey de Francia el título de *Cristianísimo*; que el pontífice le habia prometido trasladársele; y que con esta esperanza se lisonjeaba mucho aquel monarca; mas, ya que no pudo conseguir aquel título, escribió un libro contra Lutero en defensa de la verdad de la Eucaristía, y le dió el papa el de *Protector de la fé*.

Como habia tenido un hermano mayor destinado al trono, le habia aplicado su padre á las ciencias eclesiásticas, á las cuales conservó un gusto, que en un príncipe parecia desenfrenado. Se tenia por hombre muy capaz en ellas, y esta orgullosa preocupacion le arrastró á abusar de ellas en un asunto personal, cuyas consecuencias causaron en el reino el mas lastimoso trastorno. Ya hemos visto que estaba casado con la viuda de su hermano; habia vivido bien con ella: tuvieron muchos hijos, que murieron en la niñez; y solo le habia quedado una hija llamada María. La muerte de los hijos varones despertó en él ciertos escrúpulos, y se le vino á la memoria haber leido entre las leyes de Moisés, que el que casase con la viuda de su hermano moriria sin posteridad. Creyó que se hallaba él en el caso de esta maldicion; y cuando no lo creyese compuso por sí mismo un escrito, que repartió gratúitamente y con profusion, en el cual se propuso persuadir que estos religiosos escrúpulos eran la causa principal del divorcio que premeditaba.

Digitized by Google

Lo que puede creerse es que aquellos escrúpulos, si los tuvo, nacieron de la declinacion de la hermosura de Catalina de Aragon, que tenia seis años mas que él, y de sus enfermedades, y mucho mas todavia de la pasion que concibió hácia Ana Bolena, dama de honor de esta reina. Enrique VIII, preciado de moralista muy hábil, decidió que era ilegítimo su matrimonio, y que debia hacerle anular. Se trataba de estender en forma esta decision, que habia hecho autorizar con la aprobacion de muchos doctores, y de que se declarase nulo su matrimonio, segun las formalidades eclesiásticas. Se sujetó Enrique á juicio, y escribió al papa. Se empezó el proceso ante el famoso cardenal Bolsey, su favorito y su ministro, nombrado por legado en este asunto; pero se prolongó el pleito, é impacientando la dilacion á Enrique VIII fingia que le atormentaba el escrúpulo de hallarse retenido en las cadenas del *anatema mosaico*. Atribuyó la retardacion á la política de Bolsey, enemigo de Ana Bolena, y le privó de su gracia. Apresuró el rey su asunto ante un nuevo tribunal, que erigió sin consentimiento del papa, y dictó él mismo á los jueces la sentencia de divorcio; pero no habia esperado á que ésta se pronunciase para contraer matrimonio con Ana. La nueva reina, pocos dias despues de su coronacion, dió á luz una princesa que se llamó Isabela.

Los escomulgó el papa: declaró Enrique por nulos sus anatemas; y haciendo cisma con la Iglesia Católica Romana, se proclamó á sí mismo cabeza de la religion en Inglaterra. Entónces empezaron las que podemos llamar locuras dogmáticas y amorosas de Enrique VIII. Colmó de favores á su nueva esposa: declaró por ilegítima á María, hija de Catalina, y por princesa de Gales, heredera de la corona, á Isabela, hija de Ana. Llegó á prohibir con edicto público, que ninguno discurriese ni hablase sobre esta disposicion de la sucesion al trono, ordenando que todo el que murmurase contra el rey, la reina Ana Bolena y sus hijos, fuese castigado, como lo seria el que teniendo noticia de traiciones contra el soberano no las revelase, ni diese cuenta de lo que sabia.

Inventó un código de religion, que ni bien era católico, ni bien luterano, ni bien calvinista, sino que tenia de todo. Prescribió juramentos, que todos debian prestar. Su supremacia, como cabeza de la iglesia, era punto tan principal que no sufria esplicacion ni restricciones. Tomás Moro, gran canciller de Inglaterra, célebre por su ciencia é integridad, y un obispo de Rochester, estimado por su mucha piedad, pagaron con su cabeza su afecto á los principios católicos y antiguos, y fueron las primeras víctimas de la bárbara política de Enrique, las cuales allanaron el camino del cadalso á una multitud de mártires. Levantó horcas, encendió hogueras, y muchas veces arrojaron á ellas juntos católicos y protestantes: á los primeros porque no querian reconocerle cabeza de la iglesia; y á los segundos porque rehusaban algunos dogmas de la verdadera iglesia, habiéndolo parecido á Enrique á propósito conservarlos. Abrió los monasterios; aplicó sus edificios á otros usos; destruyó las capillas y oratorios; y si algunos dejó, borró hasta los vestigios que podian conservar la idea de fundaciones pias, haciendo lo mismo con los colegios y los hospitales y dando parte de sus bienes á los señores de su corte, á las familias de los fundadores, ó á los habitantes de los lugares en donde estaban situados aquellos bienes; aunque reservando para sí lo mejor siempre. De este modo desapareció el catolicismo, y con él la autoridad del papa que ántes habia sido tan respetada en Inglaterra. En medio de las variaciones de Enrique VIII, tanto sobre el dogma como sobre el culto, no seria fácil definir la religion que substituyó este rey á la católica; pero de aquellos elementos inconexos, resultó la religion anglicana, que no tomó consistencia hasta el reinado de Isabel, hija de Ana Bolena.

Contribuyó esta princesa mucho á provocar el cisma de Enrique VIII, y á hacer que perseverase en él; porque era, digámoslo así, el *paladion* del divorcio en que se fundaba la legitimidad de su casamiento y el edificio de su persona; bien que la inconstancia de su esposo hizo titubear presto este edificio que sepultó en sus ruinas á la reina. Ana, hija de un simple caballero, como no se habia criado en la circunspeccion de la grandeza, no tenia aquella reserva que pedia su elevacion. Era escesivamente despejada y alegre; y la malicia, que ordinariamente reina en las cortes, interpretó acaso mal, como puede suceder, unos juguetes inocentes. Algunas chanzas, que aventuró delante del monarca espantadizo, escitaron en él sospechas, y llegaron sus terribles zelos á ser capaces de los últimos escesos, desde que puso los ojos en Juana Seimur, dama de honor de la reina, y estraordinariamente hermosa.

Cuando advirtieron que ya no le agradaba la reina, empezó la calumnia á hallar en ella culpas y delitos. La acusaron de familiaridad con cuatro señores jóvenes, y aun con su mismo hermano, pero no hubo cosa alguna mas mal probada. Todos los acusados insistieron en defender su inocencia y la de la reina, por mas que les ofrecieron la vida si se declaraban culpados con ella. Mas á pesar de sus protestas los condenaron á cortarles la cabeza, y se ejecutó. En cuanto á la reina y su hermano, el odioso parlamento, convertido en instrumento de los sangrientos caprichos de Enrique VIII, dejó en manos del rey la eleccion de degollarlos ó quemarlos vivos. Ana, aunque la amenazaron con el mas riguroso estremo de la sentencia, nada confesó que la pudiese deshonrar, sino solamente, que, ántes de su casamiento con el rey, existian impedimentos legítimos. La redujeron á esta confesion con el fin de hacer á su hija Isabel ilegítima é incapaz de suceder á la corona. De este modo puso Ana su cabeza, como su hermano, sobre el tajo, sin mostrar flaqueza; y al dia siguiente se casó Enrique con Juana Seimur. Este precipitado casamiento es tal vez la mejor justificacion de Ana Bolena. Juana Seimur le dió al rey un hijo, y á los dos dias murió de sobreparto.

Calmó Enrique el sentimiento de verse viudo, con una solemne disputa teológica contra un maestro de escuela llamado Lamberto, que negaba el dogma de la presencia real en la Eucaristía, habiéndolo conservado el rey. Reprendido Lamberto por su obispo sobre sus sentimientos heréticos, apeló á la cabeza de la iglesia, y Enrique aceptó la apelacion muy contento con un incidente que no solamente le daba ocasion para ejercer la supremacia, sino tambien para desplegar su ciencia teológica. Se publicó que el monarca habia resuelto entrar en disputa con el maestro de escuela, y se presentó en efecto sentado en su trono con todo el esplendor de la magestad, rodeado de los prelados, de los pares legos, y de los doctores de su corte. Abrió la disputa Granmer, arzobispo de Cantórberi, con Gradiner y otros obispos; pero no se intimidó Lamberto, y respondió con gran firmeza y sosiego, sin ceder en nada á sus contrarios, ni concederles cosa alguna. Tomó el rey la palabra, y como controversista práctico estrechaba á su antagonista con argumentos tomados de la Escritura, de los Padres y de los autores escolásticos. Aplaudió el auditorio la fuerza de los razonamientos del rey y su vasta erudicion, pero no se rindió el maestro de escuela. Por último, le instó el monarca con esta alternativa, que creyó que le daria la victoria, *sumision ó la muerte*. Lamberto, dotado de aquel valor que á todo resiste, respondió sin mudar de opinion: «Yo me entrego enteramente á la clemencia del rey.» Y esclamó Enrique: «No tengo yo clemencia para los hereges; y si esa es tu última respuesta, no tienes que esperar otra cosa sino espirar en las llamas.» Como Lamberto no replicase, pronunció la sentencia el canciller Cromwel, y se ejecutó, no precipitando al infeliz en el fuego, sino metiéndole poco á poco en la hoguera, empezando por las piernas. Castigo bien merecido de un infeliz maestro de escuela, por haberse atrevido á no dejarse convencer de los argumentos de su soberano.

Despues de esta pomposa disputa quiso Enrique tomarse el placer de una ceremonia de galantería. Viendose viu-

do estendió sus miradas desde su corte á las cortes que tenian princesas amables, creyendo que con solo presentar su mano todas se apresurarian á recibirla. No obstante, en la primera esperiencia no salió muy satisfecho, porque la hija mayor y heredera del duque de Longueville, la cual era uno de los ornamentos de la corte de Francia, que tenia entónces muchas bellezas, no quiso admitirla. Francisco I le ofreció la mano de la segunda, ó de otras damas á su eleccion; pero Enrique la quiso ver para no engañarse, y asi propuso al rey de Francia una conferencia, pretestando diferentes asuntos, y que llevase á ella el monarca francés las mas hermosas damas de su corte para que él escogiese. Esta proposicion le chocó á Francisco I, y respondió, que él tenia mucho respeto al bello sexo para llevar á las señoras de la primera distincion como caballos á la feria para que los tomase ó despreciase el comprador segun su capricho. No entendia Enrique de esta delicadeza, y asi insistió en su pensamiento; pero el rey de Francia se mantuvo firme, y no se verificó aquella especie de mercado. Presentó el canciller Cromwel á Enrique VIII un retrato de Ana, princesa de Cleves, é inmediatamente resolvió casarse con ella. Á la primera vista ya le pareció que el original no correspondia á la pintura. Todavia se le vió mas disgustado al dia siguiente de las bodas, y habló de divorcio. Cedió Ana á cuanto quiso el rey, y no hizo resistencia alguna; pero Enrique no perdonó al canciller, aunque era su favorito, el haberle embarcado en este golfo: y por ligeras faltas, casi inevitables en el manejo de una administracion, dispuso el rey que el mismo parlamento, que anuló su matrimonio, condenase al canciller á muerte. Hizo declarar divorcio por sola su ridicula asercion de que cuando se habia casado con la princesa no habia dado en su interior el consentimiento.

Se casó Enrique quinta vez con Catalina Howard, educada por una abuela que no habia sido muy vigilante en su conducta; y sin duda fueron poco exactas las informaciones, pues á haberse hecho con un poco de atencion se hubiera sabido que sus costumbres nada ménos eran que regulares. No las reformó esta señora por haberse casado, y continuó el intimo comercio con sus antiguos amantes. Se lo advirtieron á Enrique, y fué para él esta noticia un golpe de rayo. ¡Una muger á quien habia honrado con su mano vivir en semejantes estravios! Cayó enfermo, y su parlamento le envió una diputacion con el encargo de manifestarle la parte que tomaba en su pesadumbre, consolándole con que todos los hombres están espuestos á la misma desgracia. La culpada y sus cómplices fueron castigados con la muerte. Con esta ocasion publicó el parlamento dos leyes bien estraordinarias: la primera fué que el que conociese ó sospechase con fundamento una infidelidad de parte de la reina, la podria descubrir al rey ó á su consejo, sin temor de que, aun cuando se engañase, incurriese en la pena contra los calumniadores; bien que con la condicion de que el delator no hiciese público el delito, ni aun hablase de él al oido. La segunda ley decia que si el rey, creyendo casarse con una doncella, se casase con muger que no lo fuese, se juzgaria ser reo de alta traicion aquella esposa, y castigada como tal por no haber ántes confesado su falta.

El estatuto del parlamento sobre la virginidad, exigida de las que el rey honrase con su mano, hizo decir á los burlones que se veria reducido á casarse con una viuda; y asi sucedió, pues tomó por esposa á Catalina Par, muger virtuosa, hábil en las materias de religion, y aun controversista, que era para Enrique un talento agradable, mientras no le ostentasen mucho, ni hiciesen empeño de tener razon contra sus opiniones. En poco estuvo que á la reina la costase la vida el no haberse contenido sobre este punto en la raya señalada por el monarca. La traspasó Catalina en la disputa, y cometió la imprudencia de no parecer que estaba bien convencida con los argumentos del rey; y asi no evitó la suerte de Lamberto el maestro de escuela, aunque sin la crueldad del suplicio, sino reconociendo la alta capacidad de su esposo, y diciendo: que si habia defendido demasiado su opinion habia sido por ilustrarse é instruirse en una disputa en que ella se confesaba muy inferior. Esta confesion humilde la reconcilió con su esposo, el cual admiró su discrecion.

Á los furores de los zelos, tan terribles para una muger, al pedantismo tan desagradable con que hacia de teólogo, añadió Enrique en sus últimos dias el mal humor y la impaciencia, efécto de sus enfermedades. No se podia llegar á hablarle sin peligro; y era fortuna que su espíritu se ocupase en negocios grandes que hacian diversion á su zelo perseguidor. Fué su reinado brillante, y tuvo en su mano la balanza de la Europa; pues aquellos dos rivales tan encarnizados, Cárlos V y Francisco I, se envidiaban su alianza, y cada uno procuraba tenerle de su parte; bien que para ganarle era preciso presentarle su interés, que fué siempre la basa de sus acciones. Por la historia de sus casamientos se ha visto que no tenia mas objeto que su propia satisfaccion, y que á esta sacrificaba otras conveniencias. En Enrique VIII se hallan en contraste la estension del espíritu con los defectos de los ingenios pequeños: la arrogancia con la hipocresia, y la obstinacion con los caprichos. Á este contraste deben añadirse los vicios de los tiranos, cuales son, la violencia, la crueldad, el robo y la injusticia. En sus proyectos y vejaciones contaba para la ejecucion con el indefectible apoyo de su parlamento, el mas vil y mezquino que se ha visto, y digno sin duda del Neron de Inglaterra (1547).

Habia arreglado Enrique VIII el órden de la sucesion al trono, dejando primero la corona al príncipe Eduardo, hijo de Juana Seimur. Despues á las princesas María é Isabel, con la condicion de que no se casasen sin el consentimiento del consejo que habia nombrado para su hijo menor, el cual no pasaba de nueve años, pero anunciaba bellas disposiciones. Le criaron en la religion que su padre habia compuesto, cuyos polos eran dos; impedir toda relacion con el papa, y ser el rey cabeza de la iglesia. En tiempo de Eduardo se vió una liturgia, pero que no daba la solidez que debe tener un sistema religioso, sea el que fuere. Esta liturgia era obra del duque de Somerset, tio del rey, como hermano de su madre. Á Somerset le nombró protector el consejo de la regencia.

La historia del reinado de Eduardo es la de las querellas de los pretendientes á la autoridad. Tenia Somerset el proyecto útil á los dos reinos de casar á su pupilo con la jóven reina de Escocia María Stuart. Por desgracia de esta princesa la destinó su madre al delfin de Francia, y la quitó la corona de Inglaterra por la de Francia, que no hizo mas que pasar rápidamente sobre su cabeza. Gobernaba el protector con suavidad y prudencia; pero su hermano, el lord Seymur, hizo lo posible por suplantarle; y, contra el gusto de su hermano, casó con la reina viuda Catalina Par, la cual murió ántes que el lord Seymur sacase del casamiento las ventajas que esperaba. Desauciado por esta parte hizo la corte á la princesa Isabel; y mostró tal ambicion, que Somerset tomó justo sentimiento. Le exhortó, pues, le amenazó, y por último hizo cortarle la cabeza.

Á pesar de la prudencia de Somerset rompia por todas partes el descontento que estaba contenido con el terror que habia inspirado Enrique VIII. Empezaron provincias enteras á pedir la Misa, los sacerdotes y el culto: transigia el protector con unas; reprimia á otras; pero fué preciso llegar á las armas. Puso Somerset al frente de las tropas á Warwik, nombre famoso en las turbulencias de Inglaterra. Ganó victorias, y consiguió grande crédito por la estimacion que le daba el jóven rey; y Warwik con este apoyo despreció al protector, y muy presto le resistió abiertamente. Advirtió aunque tarde Somerset, que se le deslizaba la autoridad de entre las manos; pero cuando quiso recobrarla estaba ya ganado el consejo de regencia. Arrestaron al protector, le enviaron á la torre, y casi á un mismo tiempo le juzgaron y le degollaron. Entró en su empleo y en su autoridad Warwik, bajo el nombre de Nortumberland.

iba decayendo la salud de Eduardo, y se advertia fácilmente que no podia vivir mucho: por lo cual tomó sus medidas el nuevo protector para prolongar su autoridad aun despues de la vida del rey. Consiguió absoluto imperio sobre el corazon del jóven príncipe; y como éste tenia gran zelo por la religion que habia compuesto su padre, le hizo temer Nortumberland, que si se verificaba el órden de sucesion á la corona, establecido por Enrique VIII, cayendo en su hermana María, que profesaba abiertamente el catolicismo, podia ésta restablecerle. Le inspiró otras aprensiones acerca de Isabel, y le propuso que llamase al trono á Juana Gray, nieta por su madre de una hermana de Enrique VIII, y descendiente de una rama de su familia, cuyo afecto á la Iglesia anglicana era conocido. Habia casado el protector á esta princesa con su hijo el lord Guilfort. Agradó á Eduardo esta disposicion, y ordenó que la ratificase un parlamento sacrificado enteramente á Nortumberland. Murió el rey á los diez y seis años con una corta enfermedad. Era un prodigio de ciencia para tan tierna edad, y la benignidad de su carácter daba lisonjeras esperanzas de un reinado pacífico. Fué generalmente llorado, y dejó su cetro en disputa entre cuatro princesas: María, declarada ilegítima por sentencia del parlamento que no estaba revocada: Isabel, á quien á pesar de la misma tacha habian habilitado: María Stuart, reina de Escocia, que entónces estaba en Francia: y últimamente Juana Gray (1553).

No fué larga la disputa. Creia Nortumberland haber tomado bien sus medidas: tuvo oculta la muerte del rey, y escribió en su nombre á las dos princesas que fuésen prontamente, porque deseaba verlas ántes de morir. Teniendo en sus manos el timon le hubiera sido fácil colocar á su nuera en el trono; pero ellas lo supieron en tiempo, y se alejaron. Hizo entónces proclamar á Juana Gray; pero como le aborrecian, la proclamacion no pasó de Lóndres y sus cercanías. Se declararon las provincias por María con mayor gusto, porque prometió solemnemente no hacer mutacion en la religion que habia compuesto su padre, aunque para sí misma continuaria en el ejercicio de la católica. De este modo aficionaban sus promesas á los anglicanos, y su práctica á los católicos.

Por otra parte hacia las diligencias convenientes. Juana Gray no se movia; y mas bien puede decirse que se dejaba llevar al trono, que no que caminaba á él por sus pasos. Esta princesa no pasaba de diez y seis años; pero sus bellas calidades pudieran honrar la edad madura, pues la agradaba mucho el estudio, y estaba en las ciencias muy adelantada. Mientras sus compañeras se entregaban á las diversiones de su sexo y á los placeres de la corte, se retiraba ella á leer los buenos autores griegos y latinos en sus propias lenguas. Cuando su padre fué á darla la noticia de su elevacion, la recibió con un dolor igual á la sorpresa; y aun rehusó la corona, diciendo: «Que pues las dos princesas tenian un título superior al suyo, temia las consecuencias de aquella sorpresa; y que así, si á ella la oyesen, renunciaria.» Solamente se rindió Juana á las reiteradas instancias de su padre y de su esposo Guilfort, que tenia un año mas que ella.

Desde luego cumplió María su palabra: publicó perdon general: repartió su favor entre los profesores de las dos religiones: quitó algunos impuestos, y se hizo popular en cuanto le permitia su carácter melancólico. Fué su hermana Isabel á rendirla un homenage, que la pareció un poco tardío. Nortumberland, de repente, se vió casi generalmente abandonado. Sin embargo levantó algunas tropas; y, viendo que no podia defenderse, se rindió: pidió perdon, no pudo conseguirle, y le cortaron la cabeza. En la sentencia que le condenaba fueron comprendidos muchos de sus partidarios, como tambien el lord Guilfort, y su esposa Juana Gray, bien que se dilató la ejecucion de su sentencia, contentándose con retenerlos en la torre.

Viéndose María libre de temores por esta parte, se entregó á su humor triste y melancólico. Todos los que habian contribuido al divorcio de su madre cayeron bajo de la cuchilla del verdugo; y se pudieron llamar felices los que murieron con solo este castigo. El obispo Gardiner fué quemado vivo como reo de apostasía. Se encendieron hogueras, se levantaron horcas, se llenaron las cárceles de desdichados sacerdotes ó frailes que cediendo al miedo se habian casado, ó habian hecho el juramento de la supremacía. Con los que no eran católicos no cumplió la reina María sus promesas. Restableció los clérigos, dió á las ceremonias de la Iglesia católica la mayor publicidad, hasta forzar al parlamento á que recibiese en nombre del reino la absolucion de las censuras incurridas por haber mudado de religion.

Estas acciones de autoridad absoluta causaron sublevaciones en las provincias. Uno de los que se habian rebelado fué á Lóndres con cuatro mil hombres determinados, y pidió que le entregasen la torre; pero fué rechazada su tropa, y á él le hicieron prisionero. Por su interrogatorio se descubrió que su intencion y la de sus cómplices era sacar á Juana Gray de la torre para oponerla á María. Aunque la jóven princesa, ni con el hecho ni con la voluntad habia contribuido á la empresa, se decretó su muerte y la de su marido; y dada la sentencia, solamente la enviaron á decir que se preparase para morir dentro de tres dias. Recibió Juana la funesta noticia con una firmeza heróica: solo se quejó de la dilacion de los tres dias, y sin suplicar ni dar un paso para conseguir el perdon, los empleó en sus ocupaciones ordinarias. El dia de la ejecucion quiso su marido verla; pero ella le respondió, que la ternura de su vista seria demasiado viva para que ella la pudiese soportar, y añadió: «Decidle que nuestra separacion no durará mas que un instante, y que presto nos veremos unidos en un lugar en donde no serán confundidos nuestros afectos, ni las desgracias turbarán nuestra felicidad eterna.» Cuando iba al suplicio encontró el cadáver de su esposo que llevaban á enterrar: se detuvo, clavó los ojos en él sin manifestar conmocion: sacó el librito de memorias, y escribió algunas líneas. Despues se vió que habia escrito tres sentencias en griego, en latin y en francés, relativas al espectáculo de aquel cuerpo inanimado que habia herido sus ojos, y la esperanza de que Dios y la posteridad harian justicia á su inocencia.

Estando en el cadalso dijo á las gentes: «No es mi delito haberme apoderado de la corona, sino el no haberla desechado con suficiente firmeza. Mi culpa no consistió tanto en la ambicion, cuanto en la veneracion á mis padres, á quienes me enseñaron que rindiese respeto y obediencia. Recibo de buena gana la muerte, como única satisfaccion que puedo dar ahora al estado ultrajado. Si yo he quebrantado las leyes ha sido por violencia, y con mi sumision á la sentencia que me condena espero manifestar cuanto deseo espiar la desobediencia á que me arrastró la piedad filial.» Hizo seña á sus mugeres de que se retirasen; y sin apariencia de turbacion puso la cabeza bajo de la cuchilla del ejecutor.

Mucho ménos tranquila estaba María, porque la traian inquieta el amor, y el no poder tolerar á los hereges. El amor le manifestó en la impaciencia que se descubria, porque no llegaba el príncipe de España don Felipe, sucesor de Cárlos V en aquella corona, á quien habia elegido por esposo contra el gusto de una gran parte de la nacion. Á la edad de treinta y seis años no debia prometerse que sus gracias harian impresion favorable en aquel esposo jóven; pero sin embargo le esperaba como si á primera vista hubiese de subyugar su corazon. La causaba verdaderas ansias su tardanza: ya temia que los vientos le detuviesen, y ya que una armada francesa se le interceptase. Llegó por último, y la reina le recibió con una espresion de alegría muy notable; pero los ingleses con frialdad.

No tuvo aquel triste y taciturno príncipe la habilidad de moderar la repugnancia de los cortesanos, ántes bien los alejaba con su silencio. No sentia esto la reina; porque el dejarle solo la permitia muchas veces estar con su esposo, que era su único placer, tanto que las ausencias mas cortas la daban inquietud; y la menor urbanidad que usase con otra muger la penetraba de zelos. María, es-

Digitized by Google

tudiando el carácter de Felipe, advirtió que el medio mas seguro de conquistar su aficion era hacerle señor de Inglaterra, y empleó todo su poder para que le reconociesen rey, y muerta ella, heredero de la corona; pero se desgraciaron sus tentativas, y se opusieron todos abiertamente á su deseo. Creyó que aquella negativa era la causa de la tibieza que advertia en su marido; y concibiendo un odio implacable contra los herejes, los trató como á enemigos encarnizados del católico príncipe su esposo.

Sobrevino un vislumbre de esperanza de fijar la pasion de Felipe por haber creido María que se hallaba en cinta; pero su preñez no fué mas que un principio de hidropesía, con lo que, haciéndosele cada dia mas desagradable á Felipe la compañía de una muger enferma, la dejó, diciendo que le llamaban á Flandes varios asuntos de importancia. Todo el tiempo de su ausencia le empleó María en escribirle cartas muy afectuosas: le enviaba cuanto dinero pedia; pero con la pesadumbre de ver que no venia Felipe, se la aumentó el mal, hasta que una calentura lenta se la llevó á los cinco años de un infeliz reinado (1558).

Subió al trono su hermana Isabel instruida por la adversidad. Habia tenido mucho que sentir porque no profesaba la religion católica; y cuando murió su hermana se hallaba en desgracia, y desterrada de la corte. Con los reveses de la fortuna habia contraido el hábito de disimular á tiempo, y de gobernarse con prudencia y sagacidad. Al tomar la corona solo tuvo el disgusto de ver que la reclamaba María Stuart; bien que ésta se contentó con poner en su escudo las armas de Inglaterra con las de Francia y Escocia; pero nunca la perdonó Isabel esta pretension. La mancha mas notable de la vida de Isabel es haber quitado la vida á esta princesa, lo que se atribuye á la envidia, nó de su poder, sino de su hermosura, espíritu y gracia. Hizo cuanto pudo porque recayese en sus ministros esta maldad, desnuda de toda justicia. Cuando la dieron cuenta de haberse ejecutado la sentencia que ella misma habia hecho decretar, dijo á los comisionados. «Habeis cometido un gran delito quitando la vida á mi hermana, no siendo esa mi intencion, como bien claramente os lo tenia dicho.» Pero no procedió consiguiente, pues sin embargo de un delito tan grave ninguno de los jueces perdió su confianza ni su favor. Todo el castigo cayó sobre el secretario del consejo, á pesar de haber salido de sus manos la órden por espreso mandato de los ministros; pero todo el castigo se redujo á una prision momentánea y una multa, de que la reina procuró reintegrarle con liberalidades secretas.

El reinado de Isabel debe tenerse por uno de los mas afortunados de Inglaterra. Halló el reino inquieto con los alborotos de religion, que son los mas peligrosos, y consiguió sosegarlos; y aunque á la verdad con algun rigor, no puede compararse con las crueldades, barbaridad y horror de los castigos de Enrique VIII. En tiempo de Isabel sufrió la religion el tercer trastorno, y fué el último. Proscribió su padre el catolicismo; su hermana le restableció; Eduardo habia publicado una liturgia; y esta reina la corrigió, cercenó, añadió, y forjó una religion nacional en la conformidad que ahora existe. Estableció un órden permanente en todos los artículos de la administracion, estendió con felicidad sus cuidados á la marina y el comercio; y lo mucho que animó estos dos puntos produjo los célebres marinos Drake, Haukins, Forbisher, y otros valerosos navegantes que ilustraron su reinado.

En todas sus empresas fué tan afortunada Isabel, que la felicidad con que preservó la Inglaterra de la invasion de su cuñado el rey de España Felipe II, y de las tropas con que amenazaba á sus costas la armada, que éste llamó la invencible, mas que á la prudencia de sus medidas, debe atribuirse á la fortuna. Socorrió á Enrique IV y á los flamencos contra el mismo Felipe II, que no habiéndola conseguido por esposa queria hacerla precipitar del trono. Aunque en general las acciones de su vida pública son de reina, es preciso confesar que ocultamente pagaba el tributo algunas veces á la flaqueza de su sexo. En haber negado su mano á príncipes y reyes por no sujetarse, ni dar á otro parte de su autoridad, hizo lo que muchas grandes princesas; pero declarando esta resolucion se preciaba de un amor á la virginidad que nadie creia; porque respecto de algunos cortesanos, se notaron distinciones que escedian la medida del favor ordinario. El último, á quien parece haber amado con mas ternura, á quien colmó de gracias, y á quien dejó morir en un cadalso, fué el conde de Essex. Se acercaba Isabel á la decrepitud, cuando el conde tocaba en la flor de la edad y se distinguia por sus brillantes prendas. El favor de la reina le inspiró un orgullo que le suscitó muchos enemigos, y en lo mas fuerte de su presuncion no guardaba respetos ni con ella misma. Irritada, porque un dia se obstinó contra ella tanto que queria que prevaleciese su opinion en el consejo con poco respeto á su soberana, le dió ésta un bofeton, castigo mas propio en una amiga irritada que en una reina ofendida.

Muchas veces se desavenian, y volvian á conciliarse; y en una de estas alternativas le dió la reina una sortija, diciéndole, que si en alguna ocasion se hallaba en peligro, no tenia que hacer sino enviársela, pues aquella alhaja seria para él una prenda de seguridad. Llegó el fatal momento, porque, habiendo faltado Essex al respeto de la reina hasta tomar las armas contra ella, le condenaron á perder la cabeza; y, viéndose en tal estremo, remitió la sortija á la condesa de Nortingham para que se la presentase á Isabel; pero se engañó en su confianza; pues la condesa, por zelos, ó por dar á la reina esta pesadumbre, guardó la sortija. La esperaba Isabel con ansia, y sentia vivamente que el culpado prefiriese, como lo parecia, la muerte al placer de deberla la vida. Se detenia, tomaba la pluma para ratificar la sentencia, se le caia de la mano, y volvia á tomarla. Los ministros, que temian el crédito de Essex, se aprovecharon de un instante de despecho, la hicieron firmar, enviaron la órden, y al punto se ejecutó.

Poco tiempo despues cayó enferma la condesa; y estando para morir envió á decir á la reina que el conde de Essex la habia encargado que la restituyese una sortija, y que se la enviaba. Fué corriendo Isabel á casa de la condesa á saber la causa de aquella estraña omision; y despues de haberla oido, la dijo: «Dios puede perdonarte; pero yo nunca:» y se retiró afligida y consternada. Desde este punto no dió otras señales que las de un profundo dolor: no queria comer, guardaba un silencio triste, y solo le interrumpia con suspiros y sollozos. En este estado de desmayo y languidez murió á los setenta años. Con ningun soberano gozó la Inglaterra de tan larga tranquilidad, ni de prosperidad mas constante. Tuvo, como hemos dicho, las flaquezas de su sexo, los zelos del amor, la rivalidad de hermosura, y el deseo de ser admirada; pero tuvo tambien la vigilancia, la penetracion, la aplicacion al trabajo, energía y magnanimidad; aunque debe igualmente decirse, que no la faltó un poco de falsedad (1603).

Cuando murió dejó recomendado al hijo de la desgraciada María Stuart, rey de Escocia, á quien, por nieto de Enrique VII, pertenecia realmente la corona de Inglaterra. Dos cosas principalmente deben notarse en el reinado de este príncipe, porque influyeron en el siguiente. Hasta entónces habia pertenecido al canciller la policía del parlamento en cuanto á las elecciones: es decir, que él era el que decidia las disputas sobre este punto, en términos, que si habia dificultad respecto de un miembro elegido para la cámara de los Comunes, iban al canciller, y éste admitia ó escluia al diputado. Si alguna ciudad, pues, ó alguna villa nombrase algun hombre que no agradase á la corte, fácilmente hallaban en su nombramiento algun defecto, y le denunciaban al canciller. Como éste era el valido del rey, nunca le faltaban razones para escluir el miembro sospechoso, y para escluir ó llamar otro que fuese de

condescendencia ménos equívoca; y de este modo el soberano se hacia dueño de las opiniones. Le disputaron al canciller esta potestad, y pretendió el parlamento tener derecho para juzgar estas causas, y mediante algunos ligeros sacrificios se la arrancó á la prerogativa real.

Se habia introducido en la Iglesia anglicana una secta severa y de celo acre, cual es el que suelen producir los primeros momentos de fervor. Los discípulos de esta secta se llamaban Puritanos, porque se tenian por mas puros que los otros en sus doctrinas y costumbres. Éstos no querian gerarquía en la Iglesia, sino una perfecta igualdad entre los ministros del culto, quitando todos los obispos. Jacobo, por el contrario, miraba la graduacion y subordinacion de las potestades en la Iglesia, como muy útil á la autoridad real, y la sostuvo contra los puritanos; pero éstos, sin conseguir una victoria completa, consiguieron mucho ascendiente, y se multiplicaron lo bastante para llegar á ser muy peligrosos.

En tiempo de este rey sucedió la famosa conspiracion de la pólvora. Irritados algunos fanáticos porque no hallaron en el hijo de María Stuart la proteccion que esperaban, concibieron el espantoso proyecto de deshacerse de un golpe del rey, del parlamento y de cuanto habia grande en el reino. Al mismo tiempo que se ejecutase su odiosa intencion, pensaban en asesinar al príncipe de Gales, conservando solamente una jóven hermana suya, para instruirla en los principios de su religion. Estaba señalada la ejecucion para el dia de una sesion solemne del parlamento, á la que debian asistir el rey, la reina y los pares del reino.

Uno de los cómplices, sintiendo que un amigo suyo, que por su dignidad habia de concurrir á la asamblea, debiese perecer en la catástrofe general, le escribió que se abstuviese de ir allá, diciéndole, en su estilo entusiástico: «Dios y los hombres están de acuerdo para castigar la perversidad de estos infelices tiempos: aprovechaos de mi aviso; pues aunque no hay apariencia de alborotos, os aseguro que recibirá el parlamento un golpe terrible, y no verá de donde le viene.» Llevaron este billete al rey; y esponiéndolo al exámen del consejo, causó á todos grande embarazo. «¿No hay alborotos.... recibirá un terrible golpe.... y no verán de donde viene?» Los consejeros hacian mil conjeturas; pero el rey fué el primero que imaginó que tan terrible golpe, invisible en su principio, y por decirlo así, fulminante, no podia ser otra cosa que el efecto de una mina. Cavaron por debajo de la sala, y todo lo hallaron tan bien dispuesto, que á no haber recibido el aviso, era imposible que el proyecto no hubiese producido todo su efecto. Se prendió á algunos de los ejecutores, pero á pocos de los autores, porque tuvieron tiempo para ponerse en salvo.

Esta conspiracion era tanto mas odiosa cuanto Jacobo, aunque zeloso por la religion anglicana, no era cruel con los no conformistas; y sin embargo de vivir entregado á sus favoritos, nada influia esta debilidad en los negocios de estado. Era instruido; pero como gustaba de parecerlo, su ciencia tenia mezcla de pedantismo. De él se hizo este retrato opuesto: «Su liberalidad degeneraba en profusion, su genio pacífico en pusilanimidad, su prudencia en engaño, y su amistad en ternura pueril.» Jacobo I fué el que reunió los tres reinos de Inglaterra, Escocia é Irlanda en una sola monarquía con el nombre de la Gran Bretaña.

El que quiera conocer los pasos de las revoluciones, y los grados por donde éstas llegan á las últimas catástrofes, podrá instruirse en la vida de Cárlos I. Tenia éste veinte y cinco años cuando tomó el cetro (1625). Hasta entónces se habia dejado gobernar por el duque de Buckingham, y cuando se sentó al timon del estado abandonó en manos de este favorito las riendas del gobierno, que hubiera manejado mejor por sí mismo. Los subsidios que necesitó dieron principio al disgusto entre él y la nacion; y entónces resolvió el parlamento aprovecharse de la necesidad del rey, haciéndole comprar los subsidios á precio de concesiones perjudiciales á la autoridad real. El monarca por su parte se mantuvo firme contra este sistema, y se empeñó en el de conseguirlo todo sin conceder nada. De este modo se suscitó una lucha, en que cada uno cedia algo de cuando en cuando segun las circunstancias. Dió subsidios el parlamento aun sin haber logrado todas sus pretensiones, y el rey quedó contento, aunque no recibió todo el dinero que deseaba. Ya se cansó de hablar en tono de suplicante delante de sus vasallos, y anuló aquel poco accesible parlamento. No hubiera llegado á este estremo si el canciller hubiera podido, como ántes, escluir con varios pretestos los miembros peligrosos al tiempo de su formacion; y así aquel privilegio, que su padre dejó perder, fué tal vez la primera causa de las desgracias del hijo.

Para suplir por los impuestos que Cárlos no podia exigir por no haber parlamento, imaginó el ministro pedir á los ricos un empréstito general: pro este empréstito se vió por su naturaleza espuesto á disputas sobre el mas ó ménos, aun mas que si fuera un impuesto. Á los que no prestaban, y á los que no prestaban lo suficiente, los estrechaban con multas, prendas que les exigian, y aun con prision; y así este medio no ahorró la necesidad de recurrir á un parlamento. El rey convocó otro segundo, y éste quiso tomar conocimiento de las vejaciones con que se habia exigido el empréstito. Lo despidió Cárlos; pero tuvo que convocar otro tercero con motivo de la guerra que declaró á la Francia.

No podia haberse ideado cosa peor que una empresa que obligaba á exigir nuevos impuestos. Se cree que su principio fué la vanidad de Buckingham; resentido de que Richelieu, fastidiado del aire de hombre de importancia con que Buckingham se presentaba en la corte de Francia, siendo embajador, le habia hecho salir del reino, y mandado que no volviese á entrar, persuadió este privado al príncipe que aquella guerra seria el mejor medio de juntar caudal, porque como la nacion inglesa estaba siempre enconada contra la nacion rival, aprontaria cuanto el rey necesitase para humillarla. No previó Buckingham las consecuencias funestas de su error, y fué asesinado. Se vió precisado el rey á prorogar aquel parlamento, que tan favorable habia de ser para recoger dinero, esto es á suspender sus sesiones, porque iba tomando aire de faccion: y por último tuvo que disolverle resuelto á no convocarle mas. Tomó por ministros en lugar de Buckingham á Wenworth, conde de Strafford, y á Laud, obispo de Londres.

Los puritanos, á quienes Jacobo no habia reprimido bastante, cometiendo segundo error en ello, habian hecho tan grandes progresos, que era la secta mas peligrosa para la monarquía: porque, en donde habian establecido la anarquía religiosa, no habian dejado de introducir principios de resistencia á la potestad civil con el título de libertad. No hay duda que Laud, aunque sin intencion, fué la causa de que rompiesen aquellos principios, que ya fermentaban, por haber introducido en el rito inglés ciertas ceremonias que se parecian á las de los católicos. Esparcieron los puritanos la voz que el obispo intentaba reunir la Iglesia católica y la anglicana, y que la Santa Sede volvia á restablecer en el reino su autoridad antigua.

Hicieron tan fuerte impresion sus discursos que, temiendo muchos ingleses una mudanza, que no se haria sin alguna violenta conmocion, se retiraron á la América. Fué mucha la emigracion, y casi general el descontento: acabó el rey de perder el amor del pueblo, que ya con sus exacciones se habia entibiado. En Escocia, en donde se habian propuesto las innovaciones de Laud, degeneraron las murmuraciones en rebelion abierta. Se vió el rey precisado á pagar tropas, y para pagarlas á convocar, contra lo que habia resuelto, el cuarto parlamento.

Entraron en éste muchos puritanos, ó por lo ménos muchos miembros, que, unos mas y otros ménos, profesaban sus principios. La opinion mas esparcida en la cámara de los Comunes era que los derechos de regalía no eran en su fondo mas que usurpaciones, y que así era necesario restringirlos ó destruirlos. Presentaron al rey

Digitized by Google

un largo memorial sobre estos tres capítulos; *Privilegios del parlamento, propiedad de los vasallos, y religion.* Asustado Cárlos con este can-cerbero de tres cabezas, que se le presentaba á combate, anuló aquel parlamento; pero las desgracias de la guerra de Escocia, la necesidad de dinero, y el deseo de la nacion precisaron á convocar el quinto, que se llamó el parlamento largo, y empezó en 1641.

Desde la entrada habló el rey de dinero. Los Comunes, que no habian perdido de vista el plan de reforma de sus antecesores, respondieron con un acto de acusacion contra el conde de Strafford. Los agravios, que eran veinte y ocho, se reducian á uno solo, es á saber: que habia procurado por medios ilegales aumentar la autoridad real en perjuicio del pueblo. Se defendió Strafford con vigor y nobleza, probando que los principales abusos de la autoridad se habian cometido ántes de su ministerio. Era hombre de prudencia y probidad reconocidas; pero cometió la falta, inescusable en política, de creer que en tiempo de alborotos podia mantenerse neutral; y que sin abandonar la causa del rey conseguiria reducir los Comunes á moderacion. Estaban muy enardecidos los espíritus, y, como las facciones vienen a parar en sangre, lo condenaron á muerte.

Hizo el rey cuanto pudo por librarle: no quiso firmar la sentencia, se abatió á rogar, á enviar á la reina y al príncipe de Gales, su hijo, á suplicar que le permitiesen negar su órden para la ejecucion; pero el pueblo furioso pidió á gritos la muerte del sentenciado, amenazando con los últimos escesos al monarca y á su familia. Pidió Strafford al rey que no se espusiese por el, y Cárlos suspirando tomó la pluma fatal. De este modo se consumó la injusticia, cuyos remordimientos atormentaron á este príncipe hasta en el mismo cadalso. Despues acusaron á Laud, y se puso en salvo. Todos los ministros, y cuantos eran afectos á la persona del rey, fueron acusados en juicio, ó huyeron ó se dispersaron. Se quedó Cárlos sin consejo, solo, y espuesto á las empresas diarias de los Comunes, que con pretesto de suprimir los abusos trastornaron el gobierno.

Mientras el monarca no era mas que el triste espectador de los golpes que daban á su poder, sobrevino una nueva desgracia para aumentar sus trabajos. Creyendo los católicos de Irlanda que en estos alborotos habia llegado el momento de sacudir el yugo de la Inglaterra, tomaron en dia señalado las armas, y se arrojaron como furiosos sobre los ingleses. Estos, en lugar de unirse para su defensa, huyeron ó se encerraron en sus casas, y cayeron separadamente bajo del hierro de los irlandeses los cuales no perdonaron á clase ni sexo. Pidió Cárlos subsidios al parlamento para levantar tropas, pero se los concedieron tan cortos que no pudo oponerse á la rebelion; y despues de haberle negado los medios de reprimirla le atribuyeron á delito la continuacion de ella. De este modo se vió el desgraciado príncipe entre el furor de los irlandeses, resueltos á conseguir la libertad, entre los escoceses arrastrados de un zelo cruel de religion, y entre los ingleses que, aunque al parecer no eran tan vivos ni tan escesivos en sus pretensiones, eran mas metódicos y mas peligrosos.

Yá el espíritu republicano se presentaba sin disfraz en la cámara de los Comunes; y ésta, en lugar de reformar los abusos, pensaba en destruir la monarquía. Las cabezas de la oposicion al partido realista, que subsistia en la cámara de los Pares, empezaron su empresa por rebatir el obispado, mirándole como el baluarte mas fuerte del poder del rey. Esparcieron en el público contra esta dignidad una especie de manifiesto que contenia falsedades y verdades duras, injurias groseras, y malignas insinuaciones, y á este escrito le honraron con el título *de apelacion al pueblo.* Los Comunes le aplaudian dando a entender que del pueblo dimanaba toda la autoridad. Salió de las prensas una multitud de escritos semejantes, y resonaban los mismos principios en los púlpitos, ocupados por los predicantes, cuyo zelo habian procurado avivar.

Tal vez hubiera sido posible contener el torrente que iba creciendo si se hubiera opuesto Cárlos con una firmeza sostenida: mas lo que hizo puede llamarse una media tentativa. Le habian designado, como los mas peligrosos, á cinco miembros de la cámara de los Comunes. Entró en ella Cárlos dejando á la puerta doscientos hombres armados; y como no conocia quienes eran aquellos cinco, mandó que el orador se los mostrase: pero este se arrojó á sus piés, y respondió: «Que solo tenia ojos para ver, y lengua para hablar cuando la cámara se lo mandase.» La cámara nada dijo; y el rey, en vez de hacer que entrase su escolta, se retiró y fué á la ciudad á pedir familiarmente á uno de los magistrados del pueblo que le diese de comer. No le salió bien este paso popular: se aumentaron las murmuraciones; y, no teniéndose el monarca por seguro en Londres, dejó su capital; y se empezó la guerra civil.

Aborrecia Cárlos derramar sangre, aunque no temia verter la suya. Su conducta á la frente de sus tropas manifestaba su valor; pero gustaba de ahorrar la sangre de sus vasallos, y así, á la menor abertura de composicion, suspendia las hostilidades. Se aprovechaba el parlamento de aquel genio pacífico cuando le sucedia alguna pérdida; pero en el instante que la fortuna volvia á mostrar su rostro favorable, volvia tambien el parlamento á la misma altivez, y era preciso tentar de nuevo la suerte de las armas.

Se componia el ejército del rey de mal disciplinados reclutas, y casi todos sus soldados y capitanes titubeaban en la fidelidad. Muy al contrario nos pintan el ejército del parlamento, diciéndonos que en él dominaba el fanatismo, que los oficiales hacian los oficios de ministros de la religion, y que en el tiempo que no estaban ocupados en el ejercicio militar rezaban, predicaban y exhortaban á sus soldados. En lugar del estudio se valian de fingidos y repentinos arrebatamientos de espíritu, diciendo, que eran obra del espíritu que bajaba á sus corazones. Los simples soldados, preocupados del mismo entusiasmo, pasaban las horas desocupadas en las oraciones, en la lectura de libros adaptados á su disposicion, y en la Santa Escritura interpretada á su modo. Cuando marchaban al combate se mezclaban los himnos y los cánticos con el ruido del tambor y de los instrumentos bélicos. Estaban al frente de estas tropas Fairfax y Oliverio Cromwel. El primero era poco á propósito para intrigante ni enredador; y Cromwel, cuyo carácter nada tiene de problemático, no pasaba entónces sino por un fanático entusiasta.

Era de buena familia, aunque nó rica, y en su licenciosa juventud disipó la mayor parte de su corto patrimonio. Cuando se casó dejó la religion anglicana, y se declaró puritano. Era su casa la concurrencia de los eclesiásticos mas rígidos; y los gastos diarios que hacia con este motivo arruinaron sus intereses. Tomó una hacienda en arrendamiento; y se hizo labrador; pero las largas meditaciones y oraciones que hacia observar en su familia, empleando en ellas hasta los mozos de la labor, se llevaban el tiempo necesario al cultivo de las tierras, y tuvo que abandonarlas. Por entónces los mas recelosos puritanos salian á buscar asilo en América, y tambien se resolvió á pasar allá Cromwel: pero cuando habia de partir le detuvieron las prohibiciones que se publicaron para suspender la emigracion; y una feliz casualidad, ó sus intrigas, le proporcionaron la diputacion en el parlamento largo.

Se hallaba su fortuna muy arruinada, y parecia que no habia en él talento alguno que pudiera hacerle famoso, porque su persona era desagradable, desaseado en sus vestidos, de voz desentonada, de una esplicacion vulgar, prolija, obscura y sin fluidez. Muchas veces, instado de su fervor, se levantó en la asamblea para hablar, y nadie le escuchaba; y por esto convirtió sus miras á la carrera militar. En algunas comisiones que le encargaron logró reputacion en el ejército y pasaba por valiente y á propósito para el mando. Lo mismo que en el parlamento le habia perjudicado,

esto es aquel aire duro y chocante, aquel desaseo de su persona, sus discursos largos y tortuosos, aunque con frases vehementes, fué lo que le aprovechó para con los soldados. Puso su confianza en los votos de éstos, intentó mandarlos, y lo consiguió; pero en el parlamento se mantuvo confuso entre aquella multitud de miembros, sin distincion ni presidencia, aunque contento con no ignorar nada de lo que pasaba, y con prepararse para dirigir las operaciones con su influencia indirecta; por lo cual puede decirse, que cuanto despues sucedió en el ejército y en el parlamento fué todo obra de Cromwel.

Los reclutas del rey, nuevos y poco aguerridos, no pudieron resistir á los soldados del parlamento entusiasmados y fanáticos: y despues de repetidas pérdidas fueron totalmente derrotados. Se salvó Cárlos en Oxford; y las hostilidades que se habian empezado en Escocia, ántes que en Inglaterra, siempre continuaban. Unidos los dos parlamentos y los dos ejércitos perseguian al infeliz monarca hasta perderle. Eran los ingleses los que estaban mas cerca, y á los que mas temia el príncipe; y el horror de verse espuesto si le hacian prisionero á los ultrajes de una soldadesca frenética, que aborrecia su persona y el gobierno monárquico, le hizo tomar el partido de rendirse al ejército escocés, del cual esperaba mejor tratamiento.

¡Imprudente resolucion! como si en tiempo de facciones se pudiera contar con la compasion. Á los escoceses los habia llamado el parlamento á Inglaterra, y no les habian dado la paga; pero entónces les ofrecieron los sueldos devengados, y aun mas. Así se dejaron ganar, y entregaron el monarca que se habia fiado de ellos. Le encerraron en el castillo de Holmby, y le trataron con mucha dureza. Creyó el parlamento que preso el rey se habia concluido la guerra, y pensó en licenciar el ejército. Los oficiales, que por la mayor parte habian sido estraidos de las heces del pueblo, no teniendo otra perspectiva de aparentar, si abandonaban su grado, mas que volverse cada uno á su casa á consumirse en la obscuridad en que habia nacido, pidieron para sí y para sus soldados retiros y pensiones. Le parecieron al parlamento exhorbitantes sus peticiones, y los amenazó; pero el ejército, oponiendo poder á poder, formó otro parlamento. Los principales oficiales componian un consejo que representaba la cámara alta: eligieron los soldados dos hombres por compañía, que con el nombre de agentes componian la cámara de los Comunes. Cromwel, que era el inventor de este parlamento, facilmente consiguió ser uno de sus miembros, y comunicar á los malcontentos las ideas sediciosas que el fomentaba.

No tardaron en chocar entre sí los dos parlamentos, pues el civil acusó al militar de rebeldía; y decia éste, que el civil mantenia preso al rey para dominar en su nombre, y tiranizar á la nacion. Cromwel no se contentó con palabras; y, persuadido á que el dueño seria aquel parlamento que pudiese disponer de la suerte del rey, insinuó al ejército la resolucion de apoderarse de su persona. Joyce, que habia sido sastre, y era oficial general, fué con quinientos hombres de caballería, llegó á Holmby, se presentó al rey con una pistola en la mano, y le dijo que le siguiese. «¿Adonde?» preguntó Cárlos. «Al ejército,» le respondió. «¿Y porqué órden?» replicó el monarca. Entónces le mostró sus soldados, y dijo el rey al verlos: «La órden está escrita en caracteres bien legibles,» y se dejó llevar.

Sabiendo esto el parlamento concedió al ejército cuanto pedia; mas, al paso que mostraba mas timidez, le pedia mas el ejército, y así el parlamento militar pretendió tener derecho para fijar por sí solo la nueva forma de gobierno; exigió por preliminar de su poder la dimision de once miembros de los Comunes que tenia por sospechosos; y para que no les negasen la pretension marchó el ejército á Londres bajo el mando de Fairfax, á quien declaró generalísimo. Cromwel se mantuvo modestamente en una clase inferior; pero realmente presidia á las deliberaciones. Se abrieron conferencias entre los diputados del parlamento por una parte, y los agentes del ejército por otra. Entre tanto se apoderó Fairfax de la torre, y transportaron al rey al castillo de Hampton-Cour, y en donde le guardaban con tan poco cuidado, que se creo que Cromwel deseaba que huyese.

Lo intentó con efecto; pero habia tomado tan mal sus medidas, que se vió precisado á detenerse en la isla de Wight, en donde no gozaba mas libertad que en Hampton Cour por infidelidad del gobernador, á quien en otro tiempo habia favorecido. Le amaneció, no obstante, cierto vislumbre de esperanza, pues, viéndose el parlamento á riesgo de ser oprimido del ejército, quiso mas bien ceder á una autoridad legítima, y envió al rey proposiciones de composicion. Ya iba el tratado adelantándose; pero Cromwel, que de buena gana se hubiera prestado á la evasion del rey, temió una composicion, que pudiera reemplazar al soberano en el trono, y darle una autoridad, cuya primera víctima tal vez hubiera él sido. Sacó pues al rey de la isla de Wight, y le entregó á la guardia de cuatro mil puritanos, la flor del ejército, gentes feroces, sacrificadas á su gefe, y que en ejecutar lo que él mandaba eran incapaces de reflexiones y remordimientos.

Al mismo tiempo envió al coronel Pride, que habia sido carretero, á invadir la cámara de los Comunes, y encerró en una especie de calabozo, llamado el infierno, cuarenta y un miembros, escluyendo ciento cincuenta y nueve; y no conservando mas que sesenta de ellos, conocidos por presbiterianos furiosos. Estos hombres sanguinarios, puestos en la mano de Cromwel, llegaron á ser los instrumentos de su atrevida ambicion. Suscitaron una queja contra el rey, y nombraron una comision para hacerle el proceso, compuesta de ciento treinta y tres personas del cuerpo de oficiales del ejército, por la mayor parte del bajo pueblo; pero solamente setenta fueron los que siguieron la causa; y aceptó la presidencia de este tribunal un jurisconsulto llamado Bradshaw.

Bien pensaba Cárlos que no viviria mucho tiempo, porque le asesinarian ó le darian veneno; pero nunca temió que sufriria una sentencia revestida de las formalidades jurídicas, ni que habia de ofrecer su cuello á la cuchilla del verdugo. Llevado al tribunal no quiso reconocerle, y en este período de su vida procedió como constante y noble. Aun cuando le amenazaron que le condenarian no respondió; y cuando habló lo hizo con esfuerzo, presencia de espíritu y tranquilidad. Refutó victoriosamente los agravios del acto de acusacion aunque los multiplicaron, porque ninguno en particular era grave; pero llevaban ya la sentencia los jueces ántes de oirle. La escuchó con grande serenidad, y en los tres dias de dilacion que le concedieron no manifestó señal alguna de flaqueza.

Recibió con reconocimiento las espresiones de afecto de aquellos á quienes permitieron que se le acercasen. Cuatro de ellos, Richmond, Hertfort, Southampton, y Lindesey se presentaron al tribunal, y dijeron: «Nosotros somos consejeros del rey, y por nuestros consejos ha incurrido en las culpas que le atribuyen, y así pedimos morir en su lugar.» Este generoso esfuerzo fué para ellos muy glorioso; pero no les dieron oidos. Fué Cárlos á la muerte con intrépidos pasos, sin que su rostro perdiese su ordinaria serenidad; y, llegando al cadalso, justificó en pocas palabras su conducta: reconoció que merecia la muerte por haber permitido ejecutar la sentencia injustamente dada contra Strafford, puso valerosamente la cabeza sobre el tajo, y á la seña que hizo la separaron de su cuerpo al primer golpe. Los espectadores, testigos del trágico suceso, no se quedaron en triste silencio, ántes prorumpieron en continuados sollozos, que desde la capital resonaron en todo el reino.

Considerado Cárlos I como hombre particular, merece elogios: porque era buen esposo, buen padre y buen amigo. Como rey no puede ser reprendido de injusticias ni crueldades; pero se habrá observado que fue irresoluto, tímido, ó incapaz de tomar un partido decisivo. Era por último débil y contemporizador, defectos los mas

peligrosos en las circunstancias críticas en que se halló; pues rodeado de todo su poder no se atrevió á arrestar en el parlamento á cinco miembros desobedientes. Se vió Cromwel acometido de doscientos Levelleros, secta fanática, que decia no reconocer mas general que á Jesucristo. Les dió órden de que se separasen, y resistieron: dió sobre ellos, postró dos á sus piés, é hizo ahorcar sobre la marcha á los mas amotinados, enviando á los otros á la cárcel. De este modo subió Cromwel al trono, y Cárlos murió en un cadalso (1653).

Muchos malvados, despues de haber empapado en sangre las gradas del trono en que iban á sentarse, se resbalaron y precipitaron; pero Cromwel sentó con firmeza el pié, y se colocó con altivez, aunque al principio ocultó su proyecto. Los setenta miembros del parlamento, que habian hecho el proceso al rey, llamaron á los escluidos, pero con la condicion de firmar todo lo ejecutado. Nombraron un consejo de treinta y tres, encargado de preparar los asuntos que se habian de presentar á la asamblea. Prohibió este parlamento con pena de muerte reconocer por rey á Cárlos Stuart, y declaró que en adelante se gobernaria el estado en forma de república por los representantes del pueblo, sentados en la cámara de los Comunes, y se estinguió la cámara de los Pares. Erigieron una cámara de justicia; nombrando por presidente de ella á Bradshaw; las ejecuciones de este tribunal, llamado el tribunal de sangre, se redujeron á la condenacion de seis señores distinguidos, y acusados de haber tomado las armas contra el parlamento, no obstante que esto lo habian hecho en un tiempo en que todavía no estaba prohibido obedecer al rey.

Sabiendo Cárlos II la muerte de su padre en Holanda, adonde se habia refugiado, tomó desde luego el título de rey. No tenia mas que diez y ocho años, y se le juntaron los proscritos que le formaron un consejo, y mantenian inteligencias en Inglaterra. Resolvió entrar en su reino por Irlanda, como alguno de sus antecesores; y mientras hacia sus preparativos, creyendo los escoceses disminuir la mancha vergonzosa que habian contraido entregando al padre, presentaron al hijo proposiciones para entregarle la corona, y él las aceptó, aunque eran bien duras.

Bien caro compró el trono mal seguro en que le colocaron. Tenian los puritanos en aquel reino un imperio absoluto, y aun en el ejército dominaban sus ministros. Continuamente se hallaba cercado el jóven Cárlos, porque le obligaban á asistir á sus oraciones y sermones, en los cuales hablaban siempre contra la tiranía de su padre, y suponian la idolatría de su madre, que era católica y francesa. No le escaseaban tampoco las reconvenciones sobre sus propios defectos que le imputaban, como la ligereza, la indevocion, y las inclinaciones perversas y llenas de malicia, como ellos suponian. Le hacian observar los domingos con mas rigor que el sábado de los judíos. Hasta el menor gesto le notaban: y si sucedia sonreirse, ó dar á entender que le cansaban sus eternos ejercicios, le reprendian ásperamente. Para colmo de su afliccion de nada era dueño, ni en el consejo ni en el ejército. Aquellos ministros imprudentes, que decian estar inspirados del Espíritu Santo, se arrogaban el derecho de dirigir las operaciones militares, y precisaron á los generales de Cárlos á unas maniobras aventuradas, de que supo bien Cromwel aprovecharse. Este se habia hecho declarar generalísimo de las tropas del parlamento: y estrechó á los escoceses hasta obligarlos, cerca de Worchester, á una batalla, que ganó. Hizo en ella Cárlos prodigios de valor, siendo de los últimos que huyeron viéndolo todo desesperado, y sin saber adonde refugiarse.

Le dieron noticias de una casa aislada habitada por un francés llamado Penderel. Luego que llegó á ella se hizo cortar el cabello, se vistió de paisano, se entregó como otro cualquier criado á los trabajos del campo, durmiendo en la paja, y manteniéndose con groseros alimentos como los otros para no ser conocido. Su ocupacion principal era cortar leña en el bosque. Un dia vió que las tropas de Cromwel andaban por allí siguiéndole los pasos, y no tuvo otro recurso que el de subirse á una encina muy alta. Allí estuvo veinte y cuatro horas viendo pasar por debajo á los que le perseguian, y oyendo los fervorosos votos que hacian por encontrarle. Habiendo cesado el vigor de las pesquisas salió de aquel asilo, y fué acercándose al mar. Despues de muchas aventuras en todo género de disfraces, principalmente vestido de muger, que por su edad no le desdecia, sospechado de algunos, y reconocido de otros que le hicieron traicion, llegó en cuarenta dias de inquietudes y angustias á la ribera del mar, y se embarcó para Francia.

Las felicidades de Cromwel tenian sobresaltado al parlamento, y él supo que este cuerpo formaba contra él proyectos. Ya el ejército se habia acercado á Londres por su mandado, y halló medio para desavenirle con el parlamento, sugiriéndole peticiones que el parlamento no podia conceder. Las negó éste, como Cromwel lo habia previsto, y sin detenerse en nuevas instancias ni proposiciones, tomó la resolucion de ir al parlamento escoltado de sus principales oficiales; guarneció el atrio, la escalera y las puertas con soldados; entró en la cámara muy irritado, y tomó el primer lugar.

Al sentarse dijo en voz baja á uno de sus confidentes: «Me veo precisado á hacer una cosa que me hace erizar los cabellos, y es disolver el parlamento.» Le suplicó éste que lo reflexionase bien, porque era un punto peligroso. «Ya lo sé, respondió Cromwel; pero este es el momento oportuno.»

Sin duda examinaba el continente de aquellos miembros, y advirtiendo que al verse rodeados de tropa manifestaban mas susto que indignacion, se levantó, reprendió con vivas espresiones al parlamento su ambicion, sus robos y tiranías; al concluir dió una patada, á cuya señal entraron los soldados: «Vaya, vaya, gritó, marchad de aquí, dejad esos asientos para gente mas honrada; pues ya no sois el parlamento; no os necesita ya el Señor: ha elegido otros intrumentos para que trabajen en su nombre. *Tú*, dijo á uno de ellos, asiéndole por la corbata, *eres un torpe*; á otro, eres un *adúltero*:» al tercero le trató de borracho, y así sucesivamente conforme iban pasando delante de él, les iba apostrofando con los nombres *de tragones, de ladrones y de concusionarios*, como si vendieran los votos. Mandó á un soldado que tomase la maza del orador, que era la insignia de autoridad; cerró la puerta luego que salió el último, y guardó la llave en su faltriquera. Todos aquellos miembros del parlamento, que un momento antes eran soberanos, avergonzados ya y confusos se mezclaron entre el gentío que estaban esperando á las puertas, y se confundieron con él para no ser conocidos.

Desde entónces pudiera haberse condecorado Cromwel con el título del poder supremo, de que realmente gozaba; pero creyó que aun no era tiempo, que debia hacerse desear, y tomó para esto un buen medio. En un consejo de los principales oficiales hizo establecer, que para la administracion del estado se crease un parlamento compuesto de ciento cuarenta personas. Tomó á su cargo elegirlas, y escogió de entre los hombres del pueblo los mas ignorantes, los mas groseros y los mas fanáticos.

Su primer paso fué invocar la inspiracion de Dios por medio de la oracion, dando el encargo á diez de ellos verdaderamente *alucinados*. Estos llamaron al Espíritu Santo con tal felicidad, que segun decian ellos nunca se habia comunicado á los hombres tan visiblemente. Se pusieron á sí mismos nombres tomados del antiguo Testamento, ó compuestos de frases de la Escritura: como *Zorobabel*, *Habacuck*, *Mesopotamia*, *Aleluya*, *los huesos descubiertos*, y otros semejantes. Cuando les iban á hablar de negocios se admiraban todos de oir su lenguaje místico, sin entenderles nada. Reconocian los holandeses la república, y fuéron á este parlamento ó consejo para un tratado de alianza: «Vosotros, respondieron los consejeros, sois hombres carnales y mundanos, ocupados

únicamente en el comercio y la industria. Los santos, muy distantes de formar alianza con vosotros, debieran esterminaros.»

Extranjeros, regnícolas y todos se quejaron de un parlamento tan ridículo. El mismo Cromwel aparentó que le tenia avergonzado con sus disparates; y dispuso que á algunos de los que eran mas adictos les aconsejasen que disolviesen la junta. Ellos se convinieron en concurrir cierto dia en grande número; y ántes que llegasen los otros fuéron á resignar en Cromwel la autoridad que les habia dado. Los que no estaban prevenidos no aprobaron este paso, y continuaron en congregarse. Les envió Cromwel un coronel con tropa, y éste al entrar les dijo: «¿Qué haceis aqui?» «Aqui, respondieron ellos, buscamos al Señor;» y replicó el coronel: «Id á buscarle á otra parte, pues hace mucho tiempo que no está aqui.» Con esto se salieron sin resistencia. Destruido este simulacro de autoridad el ejército defirió por sí propio el soberano poder á Cromwel; y declarándole *Protector de la república de Inglaterra*, le dió el título de *Alteza*, y le hizo tomar solemnemente posesion de Withall, antiguo palacio de los reyes.

Por el protectorado pertenecia á Cromwel toda la potestad civil y militar; pero se la limitaron sin embargo con algunas restricciones que el protector sufrió, sin duda porque esperaba hallar medio de que no le estrechasen demasiado. Estableció un consejo supremo vitalicio de veinte y un miembros que nombró el mismo Cromwel, como prerogativa de su cargo, y tambien le concedieron el derecho de nombrar los que hubiesen de reemplazar á los que fuesen faltando. Cada tres años debia juntar un parlamento, cuya duracion se fijaba á cinco meses sin prorogacion ni cesacion. Por último, le concedieron un ejército de veinte mil infantes y diez mil caballos.

Viéndose con estas ventajas gobernó despóticamente, pero con gloria de la nacion inglesa. Su exacta y rígida equidad le concilió la estimacion del reino, y éste por él se vió victorioso de la Escocia y de la Irlanda. Hizo respetar su pabellon en los mares, estendió su comercio, todas las potencias buscaban á este protector, y él las dictaba las condiciones de su confianza. La familia real, oculta en diversos asilos, se tenia por dichosa de que á los príncipes que la habian recibido no les pidiese que la arrojasen de sus estados. Carlos II, recorriendo como fugitivo la Francia, la Holanda y la Alemania, solo dió por estos paises trémulos pasos, cuyas pisadas temia que descubriesen los emisarios del protector. Encomendaba á los partidarios que tenia en Inglaterra que ocultasen su afecto; mas, á pesar de sus exhortaciones, ellos se arrojaron á empresas que salieron mal, y atrajeron sobre los imprudentes los golpes de la indignacion del protector, la confiscacion de los bienes, el destierro, la deportacion, la prision y la muerte.

Cromwel, en la cumbre del poder, dudó sobre si dejaria el título de protector, y tomaria el de rey; pero prefirió y retuvo el primero por ser el de una potestad nueva, á la cual podria dar toda la fuerza y estension que necesitase, al paso que los derechos de la regalía eran conocidos, y restringidos muchas veces por unas leyes cuya violacion le seria difícil. Armado con esta autoridad indefinida, hizo en todas las administraciones las mudanzas que le convenian; bien que debe confesarse que casi siempre las hizo con ventajas de su república. Los límites que habian querido poner á su voluntad le detenian poco, porque sabia eludir las oposiciones cuando no podia vencerlas. Convocó hasta tres parlamentos, y uno de éstos se afanaba por conseguir cierta decision desagradable al protector. Éste llevaba despacio el asunto; y de cinco meses de sesiones, que no pudo reducir á ménos, faltaban solo cinco dias, en los cuales se lisonjeaba el parlamento de lograr lo que deseaba; pero Cromwel le disolvió cuando ménos lo esperaba, dando por razon que habian espirado los cinco meses, pues debian contarse los meses del parlamento como los de las tropas, que no tenian mas que veinte y ocho dias.

Estos subterfugios desagradaban tanto como los golpes de autoridad, y murmuraban de ellos. La tranquilidad que gozaba la Inglaterra era peligrosa para el protector, porque, no estando ocupados los entendimientos en los objetos esternos, se empleaban en pensar en el gobierno y se iba introduciendo el descontento en el ejército. Cuando Cromwel en otro tiempo meditaba sus atrevidas empresas solia hacer que durmiesen en su casa aquellos en quienes reconocia mayor influencia en los soldados, y éstos eran de ordinario los sargentos y cabos. Despues del rezo y las exhortaciones que les hacia, discurria con ellos sobre sus proyectos y los principios religiosos y políticos que se proponia inculcarles; pero logrado el fin de sus deseos empezó á despreciar á estos hombres, y aun quitó á algunos los empleos que les habia dado. Irritó á todos este proceder; y advirtió en ellos suficiente descontento para temer que le asesinasen.

No estaba seguro de parte de su familia, á quien habia inspirado el horror de la autoridad absoluta cuando aspiraba á quitársela al rey; pero ya hijas y yernos llevaban á mal que él, aunque con otro título, la tuviese; y le daban en rostro con que en cuanto habia hecho no habia llevado otra mira que la de satisfacer su ambicion. Algunas veces era tan amarga la censura que no se tenia por seguro entre los suyos, y así todas sus acciones llevaban la señal del terror que le perseguia. Apenas se atrevia á salir del palacio para dar un corto paseo: el aspecto de los extranjeros le ofuscaba: siempre llevaba debajo del vestido una cota de malla, y pistolas de faltriquera; cuando hacia algun viaje nunca volvia por el mismo camino; siempre se presentaba rodeado de guardia; nadie sabia en qué pieza se acostaba, porque no durmió tres noches seguidas en la misma; y de nadie se fiaba sino de sí mismo para el cuidado de cerrar las puertas y poner los centinelas. Considerémosle en lo mas interior de un cuarto retirado, con el mayor cuidado al menor ruido, deteniendo el aliento para oir mejor, dando inquietas miradas al rededor de sí, examinando las paredes, y sobresaltado de su sombra: ¿quién envidiará autoridad comprada á semejante precio? En su última enfermedad no admitió el consuelo de quejarse, diciendo que los médicos se engañaban, y que él estaba seguro de que sanaria de ella. Hasta el último suspiro estuvo mandando, y fué su última órden colocar en su lugar á su hijo Ricardo. Murió á los cincuenta y nueve años, y con el nombre de Protector habia reinado cinco.

Solo su grande influencia conservó por entónces en la nacion el órden que él habia establecido. Generalmente estaban cansados del estado precario, ó mal seguro, en que cada uno se hallaba: advertian que no podria durar, y deseaban que acabase cuanto ántes. Sin embargo, nombraron protector á Ricardo con aplauso de los tres reinos, y le proclamaron en Irlanda por medio de Enrique su hermano, que la gobernaba, y en Escocia por Monk, soldado de fortuna, estimado de Cromwel, que le habia hecho comandante. Ricardo, conforme á su obligacion, convocó un parlamento; pero tuvo la imprudencia de juntar en él sin necesidad los oficiales del ejército. Viéndose éstos reunidos empezaron á discurrir sobre la incapacidad de Ricardo, que jamás se habia puesto á su frente, y pidieron otro general. Supo por otra parte el protector que se le preparaban mas proposiciones no ménos desagradables; y como que lo disgustaban los negocios, porque temia las dificultades y las consecuencias, renunció el protectorado; pero este mismo hombre, á quien tanto censuraron, vivió en Inglaterra tranquilo, y, feliz con una mediana fortuna, llegó á una estrema vejez.

Estaba ya convocado el parlamento; y, esperando á que se pusiese en actividad, formaron un consejo de veinte y tres personas, llamado *la Junta de seguridad*. Empezó á obrar ésta como soberano, y no pretendia ménos que quedarse único dueño del gobierno; pero el pueblo pidió la instalacion del parlamento, y fué preciso darle esta satisfaccion. Le componian en gran parte los que habian

Digitized by Google

sido miembros del parlamento largo; y empezaron estos á gobernar y dar las órdenes. No por esto creyó la junta de seguridad que estaba privada de dar las suyas, y las daba tambien por su parte.

Muy favorable fue este conflicto para Monk, que habia levantado en Escocia un ejército, con el cual iba avanzando hácia Lóndres. Alli encontró tambien otro poder, que era el del consejo de la ciudad, el cual mantenia la balanza entre el parlamento y la junta de seguridad. No se sabe cuál era la intencion de Monk al principio, ni cuando empezó á inclinarse á la monarquía, porque fue hombre que jamás escribió y hablaba muy poco, y en todas sus acciones era misterioso. Ya trataba con el parlamento, y ya con la junta, sin que ni esta ni aquel pudiesen penetrar sus pensamientos. Tampoco abria su pecho á los negociadores que el rey jóven le enviaba.

No obstante, llegando cerca de Lóndres pareció que abrazaba con preferencia los intereses del parlamento. Con motivo de las quejas de este contra los magistrados de la ciudad, que eran refractarios, y al parecer pretendian rivalizar con el parlamento en poder, dió Monk sobre la ciudad, rompió las palizadas, quitó las puertas, la dejó sin defensa: pero al dia siguiente fue á dar sus escusas, culpando de estas violencias al parlamento, y al mismo tiempo fue á protestar ante el parlamento y la junta que estaba enteramente sacrificado á ellos.

Este proceder [illegible] y [illegible] tenia [illegible] á aquellos miembros que en el parlamento largo habian sido contrarios á Cárlos I. Temerosos de ver [illegible] en el trono al hijo, [illegible] de vengar las injurias hechas á su padre, dispusieron proponer secretamente á Monk que le procurarian un poder semejante al de Cromwell, pero él respondió que no podia [illegible] hasta que todo el parlamento estuviese [illegible], y por consiguiente volvieron á [illegible] á los ciento cincuenta y [illegible] que habia escluido Cromwell, [illegible] que se juntase un parlamento libre, esto es, que se pudiesen nombrar indiferentemente los que [illegible] las armas á favor del rey, ó aquellos cuyos padres hubiesen defendido al desgraciado monarca.

Se presentaron en [illegible] estos candidatos, y casi todos [illegible]. Entonces [illegible] el silencio el [illegible] Monk, y [illegible] á decir á Cárlos II. [illegible] que se [illegible] á Inglaterra. Pasó este [illegible] á Holanda, y [illegible] los espíritus [illegible], que [illegible] carta del rey [illegible]. [illegible] En la carta [illegible] perdon general, y [illegible] recibió el parlamento [illegible] desde ella á las provincias; y todos quisieron [illegible]. [illegible] Cárlos en Douvres, y le recibió Monk, á quien abrazó tiernamente. Toda esta [illegible] de siete meses. [illegible] el rey en Lóndres en [illegible] de todo el pueblo, y llamaron á este dia, dia de la restauracion.

Cárlos II [illegible] de veinte y nueve años, como habia [illegible] en [illegible] tuvo [illegible] de la [illegible] y [illegible] trono. [illegible]

[illegible]

mento. La obra de la religion anglicana pendia de él como á cabeza dicha la Iglesia. Se aplicó á concluirla, y restableció la prelatura, los ritos y las ceremonias, bien que con escepciones propias para no dejar fermentar la rabiosa bilis de los puritanos. Estas dos obras, que la humana prudencia de Cárlos llevó á cabo, prueban que tenia juicio. Se casó por política con Catalina, princesa de Portugal, por el gran dote en dinero, y la cesion de las fortalezas de Tanger y Bombay, que dieron á la Inglaterra dos buenos puertos en el Africa y en la India. Permitió al duque de York, su hermano, que se casase con lady Hyde, su dama, hija de su ministro Clarendon, que no habia sido cómplice en los amores de su hija; pero Clarendon prestó con repugnancia su consentimiento para este enlace, temiendo que, colocándola en clase demasiado elevada, escitaria contra él la envidia. En efecto, ella le persiguió, y le quitó la confianza del rey: á su pesar le mezclaron en varias intrigas, y para salvar su cabeza le fue preciso refugiarse en Francia, en donde pasó una vida oscura.

Aunque el rey era pacífico, se vió la nacion agitada de alborotos, que causaron efusion de sangre, y tuvo en ellos gran parte la religion, porque la perpetua lucha entre los católicos y [illegible] tes de otras sectas, tenia [illegible] en accion. Profesaba Cárlos [illegible] la religion [illegible], mas se le conocia la inclinacion al catolicismo, y aun se sospechó que le [illegible] en secreto; aunque no por esto [illegible] su [illegible] de toda especie y de todas [illegible]. De una de las mas [illegible] tuvo un hijo, á quien dió el título de duque de Monmouth. [illegible] y una faccion contraria á [illegible] duque de York, hermano del rey, quiso valerse [illegible] para escluir á Jacobo del trono; pero Cárlos [illegible] parlamento pleno, que [illegible] con la muerte de [illegible] el derecho de su hermano á la corona, y le [illegible] constantemente.

[illegible]

[illegible]

tivo persuadió al jóven duque de Montmouth, que debia aprovecharse de aquellas circunstancias. Reclamó con un manifiesto la corona de su padre, y levantó tropas; pero no se alistaron en sus banderas mas que algunos hombres del pueblo, y casi ninguna persona de distincion se le unió, por lo que muy presto fué dispersada su débil tropa: cayó él en manos de su tio; y aunque imploró su clemencia en nombre de su padre, á quien tanto debia Jacobo, mandó este degollarle. Fué muy murmurada esta severidad, porque se decia que Cárlos II habia pedido á su hermano, que si este jóven, á quien amaba aunque conocia su imprudencia, llegaba á rebelarse, se asegurase de él, pero le perdonase la vida.

Esta victoria dió nuevo aliento al monarca; y la condescendencia que halló en el parlamento sobre esta rebelion le persuadió que podia atreverse á todo, aunque fuese contra aquel respetable congreso. No temió descontentarle; y creyéndose mas asegurado en el trono por haberle nacido un hijo aspiró á mayores empresas. No tenia mas que dos hijas, que le habian nacido cuando solo era duque de Yorck: María, esposa de Guillermo, príncipe de Orange, stadhouder de Holanda, y Ana, á quien casó con el príncipe Jorge, hermano del rey de Dinamarca.

Guillermo, su primer yerno, viendo la falta de política de su suegro, se manejaba con él muy políticamente; y, con el disimulo conveniente para no verse reconvenido, mantenia secreto comercio con los malcontentos, y admitia como por atencion á los desgraciados, dándoles un asilo que parecia de pura benevolencia. Estas disposiciones consiguieron que deseasen verle en el trono del padre de su muger. El príncipe niño, que por decirlo así habia nacido en el trono, era el único que hacia estorbo; pero se esparció la voz de que aquel niño, que habia nacido tan á tiempo, era un hijo supuesto que el rey habia presentado para alejar á su yerno; cuya sagacidad conocia, y frustrarle el derecho de su esposa. Logró Guillermo que le convidasen á ejercer de antemano parte de aquel derecho, prestándose á escuchar los agravios de la nacion, y reparar las injusticias de su suegro. Le dieron á entender, ó él hizo que lo dijesen, que si no tomaba este cuidado podria venir otro que se encargase de él, perdiendo de este modo su esposa la corona, que pasaria á otras manos mas atrevidas.

Supuesta esta proposicion, que siempre se ha creido mendigada por Guillermo, partió de Holanda éste con un pequeño ejército; pero se aumentó con su desembarco. Decia en su manifiesto que le llamaba toda la nacion, y á la verdad la mayor parte de ella deseaba verse libre del gobierno despótico de Jacobo. Avanzó pues Guillermo, se le unieron todos los grandes sin que el rey pudiese poner en pié ni la apariencia de un ejército; y le abandonaron todos, inclusos Ana, su hija querida, y Jorge, su marido, que se retiraron al campo de su cuñado.

Reducido Jacobo á esta estremidad pidió una conferencia con su yerno Guillermo; y éste, en lugar de condescender, significó á su suegro que dejase á Lóndres, y fuése á un castillo que le señalaba poco distante del mar. Correspondió el suceso á la intencion con que Guillermo le indicó aquel sitio, pues se embarcó Jacobo, se refugió en Francia, y declaró el parlamento que por consiguiente habia renunciado la corona.

Dándosela á María, se trataba de decidir cual habia de ser el título de su esposo. La opinion de un numeroso partido era que se llamase regente; porque este título supondria que no pertenecia el cetro á su esposa, ó que no era capaz de llevarle; y por otra parte podia dejar pretensiones al infante, que desde que nació fué llamado príncipe de Gales. Guillermo, que no queria haberse espuesto por otro, declaró francamente en una representacion al parlamento que la plaza de regente se le presentaba rodeada de invencibles dificultades, y que así estaba resuelto á no aceptarla. Añadió: «Tambien os prevengo, que, aunque conozco el mérito de la princesa mi esposa, tampoco aceptaré la corona bajo de sus órdenes; y así, si no teneis otros proyectos no conteis con mi auxilio para restablecer en Inglaterra la tranquilidad. Yo me retiraré á mi casa, contento con haber hecho mis esfuerzos para restituir la libertad al pueblo inglés.» Logró el efecto de estas activas amenazas, porque le proclamaron rey con María su esposa (1689).

Guillermo, que habia subido al trono de un modo tan imperioso, se vió muchas veces precisado á abatir su misma altivez. De él se dijo que era rey de Holanda, y stadhouder de Inglaterra: calificaciones que esplicaban qué especie de autoridad ejerció en los dos paises. En Inglaterra contenian su autoridad las formalidades del gobierno, y Guillermo intentó en vano hacerlas ménos penosas. La Escocia le reconoció en los mismos términos que la Inglaterra; pero la Irlanda permaneció afecta á Jacobo. Pasó este príncipe allá con el auxilio de la Francia; y si hubiera moderado su ardiente zelo por el catolicismo, tal vez hubiera podido reunir bajo de sus banderas la generalidad de los irlandeses; pero nunca ocultó su repugnancia á los sectarios de las falsas religiones, y así los alejó de su persona. Por otra parte no hizo la invasion con la energía necesaria, siendo así que este género de espediciones es el que pide mas audacia. Por el contrario Guillermo desplegó sus conocidos talentos de política, y toda su habilidad militar, aunque ésta le habia sido muchas veces inútil, pues con ser general estimado, rara vez habia sido vencedor; pero en esta ocasion coronó su valor la fortuna.

Regresó Jacobo á Francia, en donde vivió hasta el año de 1700, con una pension que le daba Luis XIV, y algunas cantidades que sus hijas le enviaban, y le siguieron quince mil familias irlandesas. Contra Guillermo se formaron muchas conspiraciones, y no todas provinieron de los partidarios de Jacobo, pues le suscitó muchos enemigos su conducta cautelosa. En su reinado se ponia abiertamente en práctica el uso de comprar en el parlamento la pluralidad de votos: se fue comunicando el contagio al pueblo, y se apoderó de la nacion el espíritu mercenario. Con mas facilidad ganaba este príncipe los votos con dinero que con sus modales; pues era grave, adusto y tibio; solamente en el campo de batalla manifestaba la viveza; y no tuvo la Inglaterra rey ménos popular. Sospechaban de él los mas groseros placeres en los frecuentes viajes que hacia á la Holanda. Murió sin hijos á los cincuenta y dos años de edad, y trece de reinado.

Le sucedió Ana, hermana de su difunta esposa María. Tenia entónces treinta y ocho años, y se alaba en ella el grande afecto á su esposo, que fué delante al sepulcro, como tambien seis hijos que habian tenido. Su reinado en lo esterior fué glorioso para la Inglaterra; pero en lo interior le inquietaron los partidos de los Wigts y los Torys que reunieron todos los otros, y aun subsisten. Por los Torys se entiende de ordinario el partido de los ministros y de la corte: por los Wigts el del pueblo y de la oposicion en el parlamento. Bien que, por mudarse algunas veces los intereses, sucede que los Wigts estén á favor del ministerio, y los Torys al de la oposicion. En lo demás apenas pasan estos movimientos del recinto de la capital, y sucede comunmente estar las provincias muy tranquilas mientras fermentan las pasiones contrarias en la corte y en el parlamento. Combaten entre sí los ministros empleados, y los que pretenden ocupar sus plazas, y así hay una perpetua lucha entre los poseedores y los pretendientes. Se advierte que los odios, animosidades y provocaciones ambiciosas de los grandes, son para el pueblo una especie de salvaguardia; porque, como el partido opuesto observa su conducta con envidia, los que tienen el timon de los negocios se detienen en resolverse á acciones que pudieran dar lugar á acusaciones que son muchas veces capitales.

Ana se dejaba gobernar por sus favoritas. La que por largo tiempo mereció mas su aprecio fué la esposa del célebre Malborugh, á quien el crédito de su muger mantuvo á la frente de los ejércitos contra la Francia para gloria de Inglaterra. Se cree que tenia esta reina inten-

Digitized by Google

cion de hacer que pasase su corona á su hermano jóven, el príncipe de Gales, refugiado en Francia, y que estaba en vísperas de ejecutar su proyecto cuado murió. La llamaron *la buena reina Ana*, y es la última reina de Inglaterra, descendiente por línea de varon de la familia de los Stuarts, que para siempre será famosa por sus desgracias (1714).

Jorge I, hijo de Ernesto Augusto, primer elector de Hannóver, hijo de una nieta de Jacobo I, fué llamado al trono, despues de Ana, por una ley del rey Guillermo, que daba la corona á la línea protestante. El príncipe de Gales, á quien llamaron el *Pretendiente*, se escluyó á sí mismo, porque hacia profesion declarada de la religion católica. No obstante tenia á su favor un poderoso partido con el nombre de Jacobitas; y cuando éstos le llamaron le hubiera sido posible triunfar si hubiese tenido mas energía y vigor; pero se contentó con presentarse, y volvió á salir á la primera pérdida que tuvo; bien que los franceses no le favorecieron lo bastante: por lo cual dejó á sus partidarios hechos el objeto del odio nacional, y éste no los perdonó.

No tuvo en su reinado Jorge sino esta ligera inquietud. Repartió sus cuidados entre la Inglaterra y sus estados de Alemania, y aun éstos le merecieron mas atencion. Antes que los ingleses hubiesen tomado rey en el Continente, no tuvieron mas guerras que las voluntarias; pero éstas llegaron á ser como de necesidad en consecuencia de la parte en que sus soberanos se interesaron sobre lo que sucedia fuera de la isla. Por lo demás hasta ahora no han tenido motivo sino para alabar el carácter de éstos príncipes de la casa de Hannóver. El primero, que fué este Jorge, era mas familiar de lo que regularmente son los monarcas: conocia bien sus intereses, y toda su vida arregló sus pasos por los dictámenes de su prudencia. Subió al trono á los cincuenta y cinco años de su edad, y reinó trece (1727).

Su hijo Jorge II empezó su reinado á los cuarenta y tres años, y en su tiempo hubo en el parlamento grandes debates sobre los verdaderos intereses de la Inglaterra. Los ministros afectos al rey, soberano de Hannóver, presentaban como útiles para producir la seguridad de la Gran Bretaña las alianzas extranjeras, y los enlaces con los del Continente. El partido de la oposicion era contrario á los enlaces con el Continente, y se quejaba de que solo podian servir para hacer que la Inglaterra entrase en guerras inútiles, y para empobrecerla con los subsidios. Estaba á la cabeza de los ministros Roberto Walpole, caballero, pero de una mediana familia. En éste, entre otras calidades, debo advertirse que tenia la mas feliz insensibilidad para oir reconvenciones; y sin duda le fué preciso tener esta propiedad en sumo grado para no inquietarse con los sarcasmos ó burlas, que cara á cara le dijo un miembro del parlamento llamado Vyndham. Se disputaba vivamente en el parlamento la cuestion, de si seria conveniente juntarse cada tres años, como lo ordenaban las antiguas leyes, ó solo pasados siete, como algunas veces se hacia. Vyndham, sin duda enemigo de Walpole, tomó la palabra; y para manifestar el inconveniente de un parlamento de siete años de duracion, dijo: «Supongamos que un hombre que no fuese de grande nacimiento, que no tuviese muchos bienes, siendo por otra parte un sujeto sin fé y sin honor, se viese en la clase de primer ministro: supongamos que este hombre se enriqueciese con los despojos de la nacion, favoreciéndole un parlamento compuesto de miembros que hubiesen comprado las plazas, y que vendiesen su voto: supongamos que en este parlamento se hiciesen vanos esfuerzos para examinar la conducta de este ministro, y librar al reino de sus vejaciones: supongamos que en este caso defendiese al ministro el mayor número de hechuras suyas, á quienes todos los dias diese sueldo: supongamos que dominase con insolencia sobre todos los que tuviesen esperanza de conseguir las plazas. Como este hombre no conoceria la virtud, la tendria por ridícula en los otros: y haria todo lo posible para que no se presentase, ó para corromperla.

»Con semejante ministro y con tal parlamento supongamos que llegase el caso, que espero que nunca llegue: supongamos, digo, que ocupase el trono un príncipe sin talentos, ignorante, y sin conocimiento de los verdaderos intereses de su pueblo: débil, antojadizo, de una ambicion sin límites, y de una avaricia insaciable. Yo espero que esto no sucederá; pero es cosa posible que venga tiempo en que la nacion esté sujeta á un tal rey, que sea gobernada por un tal ministro, y que este ministro sea sostenido por un tal parlamento. Todos los cuidados de los hombres no pueden cambiar la naturaleza del género humano, ni un acto del parlamento es suficiente para que no se verifique la existencia de un tal rey y un tal ministro; pero pueden precaverse los abusos de un parlamento tal, poniendo mas reducidos límites á su duracion.» Hacia impresion este discurso: temió el ministro los efectos; y el rey quiso mas disolver el parlamento que esponerse á que le quitasen el derecho de prolongarle hasta los siete años cuando le conviniese.

Cárlos Eduardo, hijo del pretendiente, hizo en este reinado una escursion á Inglaterra, que este es el nombre que se puede dar á una empresa sin fruto, aunque tal vez mas por falta de medios que por mal dirijida. Se hizo á la vela este aventurero jóven desde las costas de Francia con solo una fragata, algun dinero y armas para dos mil hombres; abordó á Escocia; y el nombre de Stuart, amable para los escoceses del Norte, le produjo en un instante un ejército. Tuvo algun buen suceso, y convienen todos en que si hubiese ido derecho á Londres, de donde no distaba mas de treinta leguas, pudiera haber hecho una revolucion; pero mal aconsejado se divirtió en que se proclamase á su padre con ceremonias, que le hicieron perder el tiempo; y en lugar de contentarse con sus montañeses valientes y otros escoceses, que le habian ya servido para ganar las victorias, se estuvo esperando tropas de Francia, que tardaron demasiado, y llegaron en corto número. El valor de sus soldados cedió á la disciplina de las veteranas tropas inglesas: fué completamente derrotado el ejército de Cárlos, y dispersado enteramente. Él, habiéndose alejado del campo de batalla, mientras su caballo tuvo fuerzas, llegó á la estremidad de la Escocia. Se ocultaba en las cavernas y en las chozas; pasaba en las islas Híbridas de una á otra, en las pequeñas embarcaciones que podia encontrar, y muchas veces á la vista de los que le perseguian, animados por el premio prometido á cualquiera que le entregase vivo ó muerto. Por muchos dias caminó disfrazado de muger entre las mismas patrullas enemigas que le buscaban. Mas de cincuenta personas tuvieron en sus manos quitarle la vida; pero la veneracion por la desgraciada familia de los Stuarts pudo mas que la codicia y el cebo de la recompensa. Ya por último halló un navío, que le recibió cubierto de andrajos, pálido, desfigurado, estenuado con las fatigas, y le llevó á Francia. No encontró asilo allí ni aun hospitalidad, pues Luis XV no creyó que sacrificaba su honor obedeciendo á los ingleses, que imperiosamente exigieron que echase del reino á este príncipe. Acababan de lograr aquellos isleños victorias que les pusieron en estado de pedir lo que quisiesen. Murió Jorge II á los sesenta y siete años de edad y treinta de reinado, entre los triunfos de su nacion, que le lloró, aunque no tenia prenda alguna brillante (1760).

Jorge III, su hijo y sucesor, nos da motivo para creer que para gobernar con tranquilidad á la Inglaterra se necesita mas prudencia que audacia. Con efecto, las tempestades políticas que han agitado aquel imperio, nos hacen pensar que los talentos que necesita un rey de la Gran Bretaña son los que se requieren en un piloto cuando navega en mares tempestuosos: esto es, estar á la capa, ceder á la impetuosidad de los vientos, aprovecharse de las bonanzas, temer hasta las calmas, abordar siempre con la sonda en la mano, y sobre todo desconfiar de su equipage ó tripulacion (1).

---

(1) En lo que el autor dice sobre cuales son los talen-

Digitized by Google



Digitized by Google

cion de hacer que pasase su corona á su hermano jóven, el principe de Gales, refugiado en Francia, y que estaba en vísperas de ejecutar su proyecto cuado murió. La llamaron *la buena reina Ana*, y es la última reina de Inglaterra, descendiente por línea de varon de la familia de los Stuarts, que para siempre será famosa por sus desgracias (1714).

Jorge I, hijo de Ernesto
Hannóver
trono
que d
Gales
mismo
católic
con el
maron
mas en
y volvi
los fran
dejó á s
y éste n
No tuv
Repartió
Alemania
que los in
no tuviero
llegaron á
parte en q
sucedia fu
tenido moti
cipes de la
Jorge, era
monarcas: c
regló sus pa
bió al trono á
reinó trece
Su hijo Jorg
años, y en su
debates sobre
Los ministros
sentaban como
Gran Bretaña
los del Continen
rio á los enlaces
solo podian serv
en guerras inútil
dios. Estaba á la
le, caballero, pe
tre otras calidade
liz insensibilidad
fué preciso tener
inquietarse con los
le dijo un miembro
disputaba vivament
seria conveniente j
naban las antiguas l
gunas veces se hac
Walpole, tomó la pa
niento de un parlame
« Supongamos que u
nacimiento, que no t
otra parte un sujeto s
se de primer ministro
enriqueciese con los d
dole un parlamento c
biesen comprado las pl
pongamos que en este l
fuerzos para examinar
librar el reino de sus ve
caso defendiese al mini
ras suyas, á quienes to ... supon-
gamos que dominase con insolencia sobre todos los que tuviesen esperanza de conseguir las plazas. Como este hombre no conoceria la virtud, la tendria por ridícula en los otros: y haria todo lo posible para que no se presentase, ó para corromperla.

» Con semejante ministro y con tal parlamento supongamos que llegase el caso, que espero que nunca llegue: supongamos, digo, que ocupase el trono un principe sin talentos, ignorante, y sin conocimiento de los verdaderos intereses de su pueblo: débil, antojadizo ... n-
bicion sin límites ...

... esto es, estar
... á la impetuosidad de los vientos, aprovecharse de las bonanzas, temer hasta las calmas, abordar siempre con la sonda en la mano, y sobre todo desconfiar de su equipage ó tripulacion (1).

(1) En lo que el autor dice sobre cuales son los talen-

Digitized by Google



Eduardo Estuardo en los dias de infortunio.

Digitized by Google

Ventajosa habia sido para la Inglaterra la guerra marítima y colonial. La Francia habia celebrado en 1761 un tratado con todas las familias reinantes de la casa de Borbon, conocido por el nombre de *pacto de familia*; pero á pesar de este convenio, que hizo á la España enemiga de la Inglaterra, no dejó ésta de ser afortunada. Los ingleses se apoderaron de casi todas las islas y posesiones que los franceses tenian en América, en África y en Asia, y quitaron momentaneamente á los españoles la isla de Cuba y las Filipinas; sin embargo de que el principal triunfo lo alcanzaron delante de Quebec, donde el general Wolf compró con su vida la victoria que hizo perder á los franceses el Canadá. Además de esto, las flotas francesas fueron derrotadas por Boskawen cerca de la costa de Algarbe y por Hawka cerca de las de Bretaña. No fué tampoco de menor importancia la guerra en las Indias orientales. El imperio del Gran Mogol en Delhi habia caido en decadencia despues de Aurengzeb, por los ataques de los príncipes inferiores (Nababs y Subhas), por los de las tribus guerreras, como los seiks y los máratas, y por los del Shah-Nadir de Persia; de modo que los ingleses, holandeses y los franceses pudieron entónces extender sus establecimientos sobre aquellos paises. Desde el año 1600 tenian los primeros una compañía de las Indias orientales, que desde Cárlos II se hallaba ya en posesion de Bombay; otra compañía francesa de las Indias orientales, creada por Colbert, fundó á Pondicheri; Labourdonnaye conquistó tambien, en 1746, á Madrás sobre los ingleses, y Dupleix fué el primero que derrotó al Nabab de Kar-Natik, conquistando posesiones de mas de cien millas de extension en Coromandel, en Orixa y en el Bengala. Sin embargo, luego que Dupleix hubo abandonado aquel pais, quedaron postergados los intereses de la Francia en aquellas comarcas; el célebre almirante inglés Clive logró por la fuerza de las armas, y aprovechándose prudentemente de las contestaciones que tenian entre sí los príncipes de la India, recabar del shah Allum para la compañía inglesa de las Indias orientales, desde 1756, el Bengala, Bahar y Orixa, con 12 ó 15 millones de habitantes, y el gran Mogol hubo tambien de someterse á recibir una pension de la compañía. Varren Hastings continuó desde el año 1770 la obra comenzada por Clive, dirigiéndose ante todo contra el poderoso Hyder Aly de Mysore; pero solo en tiempo de Cornwallis (mientras que en Inglaterra se formaba causa á Hastings) se consiguió desmembrar enteramente el grande reino de Mysore, gobernado por Tippoo Saib, hijo de Aly, verificándose luego la conquista sangrienta de Seringapatam (á 3 de mayo de 1799), en la cual Tipoo Saib se sepultó bajo las ruinas del imperio. Desde entónces, habiendo quedado destruido el poder de las demas potencias europeas en las Indias orientales, los ingleses no tuvieron otros enemigos mas importantes que los máratas, los cuales al cabo han tenido tambien que sucumbir. Vemos, pues, que una compañía de comercio fué la que fundó un imperio que comprende hoy en dia mas de 45,000 millas cuadradas, y cuenta mas de 100,000,000 de habitantes. Casi al mismo tiempo que conquistaba inmensas posesiones en Asia, perdia la Inglaterra gran parte de sus colonias americanas. El verdadero establecimiento de éstos en la América del nordeste no empezó hasta despues del reinado de Isabel, con Valter Raleigh en la Virginia (1585), y en tiempo de Jacobo I en Jamestown (1620) y en el nuevo Plymouth. Los puritanos fueron los primeros que, para aprovecharse de la libertad de conciencia que se prometió á aquellos establecimientos, fundaron allí una multitud de colonias, como New-Ham-pshire, Massachusets, Rhode-Island y Connecticut.

Los católicos expulsados fundaron en 1634 Maryland; y los cuakeros ó tembladores, secta religiosa fundada en 1649 por el zapatero Jorge Fox, secta que cree en una revelacion inmediata de la divinidad, pues no presta ningun juramento, que no hace el servicio militar, y que tutea á todos, fundaron Nueva Jersey, Nueva York, y sobre todo la Pensilvania, donde el noble Guillermo Penn compró nuevamente á los indios con rara lealtad el territorio que le habia cedido ya la corona, y fundó en él la ciudad de Filadelfia (amor fraternal). En el norte de la Carolina se establecieron en 1710 algunos palatinos, y en el sur del mismo pais (en 1562) algunos hugonotes, y luego (en 1728) algunos puritanos; y últimamente, la Georgia fué poblada por irlandeses y escoceses expulsados de su pais. Desde aquel tiempo la opresion política ha dado origen á nuevos establecimientos en aquellas comarcas. En 1764 fué fundada Vermont, y en 1773 lo fué Kentuky; y sucesivamente el deseo de hallar la libertad civil y religiosa llevó poco á poco á aquel pais á cerca de dos millones de hombres. Allí quedaron destruidos los privilegios y preocupaciones del antiguo mundo: allí no hubo nobles ni plebeyos; el comercio, y sobre todo la agricultura, fueron el alma de aquellos pueblos nuevos. De cualquiera pais que fuesen los nuevos colonos, todos reconocian á los ingleses como á señores soberanos del territorio; los ingleses fueron tambien los que los defendieron, y á estos estuvo encargada la superior administracion del pais. Creyó entónces el ministerio inglés que podia imponer tributos á aquellas colonias tan costosas (á las cuales debieron añadirse la Floridas, el Canadá, la Nueva Escocia y el Cabo Breton) para resarcirse con tales pechos de los gastos que causaban, así como habian hecho ya un monopolio de la Inglaterra todo el comercio que se hacia con ellas. En 1765 algunas provincias se declararon abiertamene contra esas pretensiones, porque no se las concedia en el parlamento inglés ni poder para hacerse representar, ni el representar personalmente, y entónces se abolieron todos los tributos, conservándose solamente los derechos que pagaba el té.

Si anteriormente habian ya los colonos preferido no hacer ningun comercio con la madre patria, ahora se negaron abiertamente á comprar el té; y en Boston, capital de Massachusets, algunos hombres disfrazados de indios escalaron los buques ingleses, y arrojaron al mar 18,000 libras de aquella mercancía (26 de febrero de 1773). Luego que quedó cambiada la constitucion libre de Massachusets, bloqueado el puerto, y ocupada la ciudad de Boston por las tropas reales, formóse un congreso general en Filadelfia (1774), el cual se declaró, nó contra la corona, sino contra las decisiones del parlamento. Á pesar de la elocuencia de Burke y de Chatam la Inglaterra declaró rebeldes á aquellas provincias, y á 9 de abril del año 1775, cerca de Lexington, se derramó la primera sangre en defensa de la libertad. Naturalmente la guerra por parte de las colonias no podia ser mas que defensiva, pero felizmente tuvieron éstas un Vashington para dirigirla. No era menester un César ni un Fabio, no se necesitaban brillantes triunfos, sino penosos y continuados esfuerzos; necesitábase mucha perseverancia y todos la tuvieron: en ella consiste la grandeza heróica de Vashington, y á ella es debida la libertad de los ameri-

---

tos que necesita un rey de la Gran Bretaña, no comprendemos bien si se ha propuesto alabar ó censurar á los ministros del actual monarca; pero, prescindiendo de su intencion en esto, nunca podrá disimular un escritor español los recientes sucesos en que la Inglaterra, continuando el sistema invasor que ha seguido casi siempre, no ha tenido rubor de adoptar además la piratería, asaltando en plena paz las naves españolas para robar sus tesoros, que parece le son mucho mas apreciables que el buen nombre. La violacion del tratado de Amiens, las intrigas que ha puesto en uso, y los impropios medios de que se ha servido para corromper á los ministros de Austria y de Rusia, hasta arrastrar los ejércitos de estas potencias contra la Francia, son notorios á Europa, como lo es el funesto fruto que han producido á aquellos soberanos su credulidad y condescendencia; y quien tome á su cargo el elogio del reinado de Jorge III, no podrá negar su desgracia en la eleccion de ministros, ni justificar la tolerancia con que casi ha aprobado que comprometan su augusto nombre deshonrando el de su nacion. (*Nota del P. Vazquez.*)

Digitized by Google

canos del norte. En nuestros dias los griegos han trabajado tambien por emanciparse, y lo han logrado; pero los desgraciados polacos han luchado tambien en vano por su independencia, y su desunion y la poca lealtad de otros les han privado del triunfo.

Aunque la campaña contra el Canadá en tiempo de los generales Arnold y Montgommeri tuvo mal resultado, los ingleses, en tiempo de Howes, sucesor de Gages, se vieron ya obligados á evacuar á Boston; y á 4 de julio de 1776, trece provincias, á saber, New-Hampshire, Massachusets, Rhode-Island, Connecticut, Nueva Jersey, la Pensilvania, Delaware, Mariland, la Carolina del sur y la del norte, la Virginia y la Georgia se declararon independientes. Este paso decisivo, y la circunstancia de que Gates, general de las colonias, hiciese prisionero cerca de Saratoga (á 11 de octubre de 1777) al general inglés Bourgogne con 6000 hombres, y de que Clinton, sucesor de Howes, tuviese que retroceder desde Filadelfia, que acababa de ser reconquistada, á Nueva York (1778), tuvieron el feliz resultado de que fuese bien acogida la demanda de socorros que el célebre Benjamin Franklin hizo á la Francia, y de que se celebrase ya en 1778 un tratado de alianza y comercio entre la Francia y las colonias que se habian declarado independientes. La España y la Holanda tomaron tambien partido contra la Inglaterra, mientras que Dinamarca, la Prusia, el Austria y el Portugal se declararon por la neutralidad armada de Catalina, amenazando así con una nueva guerra general que hubiera tenido por motivo la dominacion del mar. Aunque la toma de Menorca tuvo á la sazon buen resultado, malogróse, no obstante, el sitio de Gibraltar (1779-1782), aunque se dirigieron contra la plaza trescientas piezas de artilleria, pues las 4000 balas rojas que tiró la fortaleza desmontaron é inutilizaron en gran parte las baterias de los sitiadores. Aunque en general los ingleses tuvieron la superioridad por mar y lograron quitar á sus enemigos una multitud de colonias, con todo la buena ó mala suerte de la América debia decidirse en el continente; y cuando así sucedió, no fué por cierto á favor de la Inglaterra. La causa de la libertad atrajo á una multitud de europeos, y además de Rochambeau y sus tropas, pelearon por ella Lafayette, Gates, Pulavsky, Kosciusco, Steuben, Kal, Leé, etc. Sin embargo, el principal honor de la victoria fué para Vashington, que logró acorralar al general inglés Cornwallis cerca de Yorktown con 7000 hombres, obligándole á capitular á 19 de octubre del año 1781. Los ingleses no tuvieron entónces un nuevo ejército para enviar á aquel pais, y un cambio de ministerio facilitó en Londres la celebracion de la paz, la cual fué firmada en Paris á tres de setiembre del año 1783: en virtud de ella fué reconocida la independencia de los Estados Unidos del norte de América; la España recobró la isla de Menorca, la Holanda cedió á la Inglaterra el establecimiento de Negapatam en las Indias orientales, y todo lo demás quedó casi como ántes de la guerra.

Algunos creyeron que de la época de la emancipacion de los Estados Unidos dataria el principio de la decadencia de la Inglaterra. Nada de esto. El poder colosal de esta potencia nunca apareció mas formidable que en sus guerras contra la república francesa y contra Bonaparte. Una trás otra iba formando su diplomacia alianzas contra la Francia, á medida que esta potencia desbarataba las anteriores. La serie de grandes hombres que produjo entónces la Inglaterra fué asombrosa. Algunos de ellos figuran en primera linea: Wellington, conquistador del Indostan á últimos del siglo XVIII, y famoso á principios del XIX por sus campañas de España y Portugal, y su victoria de Waterloo, es uno de los generales mas ilustres que se han conocido.

El célebre almirante inglés Horacio Nelson, muerto en la batalla naval de Trafalgar contra los españoles y los franceses, nació en Burnham-Torpe, en el condado de Norfolk, en 1758. Nombrado contra almirante en 1797, perdió el brazo derecho en una infructuosa expedicion contra la isla de Tenerife, y fué colmado de honores despues de la famosa batalla de Aboukir, en 1798, en la que humilló la arrogancia de la marina francesa. Pasó despues á Nápoles, donde trabajó en la restauracion de Fernando IV, pero mancilló su conducta con su vergonzosa pasion hácia lady Hamilton, y con las medidas sanguinarias empleadas contra los patriotas napolitanos. Encargado, con Parker, de conducir la escuadra inglesa al mar Báltico, para disolver la alianza hecha entre la Rusia, la Suecia y la Dinamarca, obtuvo él solo todo el honor de la victoria conseguida en el combate trabado con la escuadra dinamarquesa delante de Copenhague, por cuanto el almirante en gefe Parker no pudo tomar parte en él, á causa de su mala posicion, y esta victoria le valió el título de vizconde. Dirigió en 1801 un ataque infructuoso contra el armamento preparado en el puerto de Boulogne, pero, en cambio, la célebre victoria de Trafalgar puso el colmo á su gloria.

Guillermo (William) Pitt, otro célebre inglés de nuestros tiempos, fué orador y eminente hombre de estado. Nació en Hayes, en el condado de Kent, en 1759; estudió la jurisprudencia en la universidad de Cambridge; fué nombrado canciller del tesoro á la edad de veinte y tres años, cargo que dimitió en 1783, conociendo que le era forzoso ceder momentáneamente á la liga de Foy y de lord Nort; hizo una vigorosa oposicion al primero de éstos sus dos antagonistas, y apareció de nuevo en el ministerio en 1784, con el título de primer lord de la tesorería. La disolucion del parlamento, á que le obligó la actitud hostil de la mayoría, produjo en los ánimos una indecible exaltacion; pero el hábil ministro supo adormecer el odio de sus adversarios, y desde entónces, dueño absoluto del poder, desplegó una prodigiosa capacidad administrativa, llenó el tesoro ántes vacío, reprimió el contrabando, y aumentó las contribuciones sobre las ventanas y sobre varios objetos de lujo, logrando realizar, á fuerza de economías parciales y de impuestos adicionales, un fondo de un millon de libras esterlinas, que destinó á la compra progresiva de la deuda pública; y á la sabia medida de este fondo anual de amortizacion se siguió la del arreglo de los negocios de la India. Pitt, que habia heredado de su padre, el conde de Chatam, el profundo odio hácia la Francia, vió con secreto júbilo las turbulencias de este pais como preludio del cumplimiento de sus ardientes deseos; y al percibir el lejano rugido de la revolucion francesa, se apresuró á concluir la triple alianza en 1788, y no cesó de fomentar las turbaciones interiores de este pais, de desacreditar su hacienda y de prepararle, por medio de una guerra, obstáculos insuperables para otra nacion ménos poderosa que la Francia. Los triunfos de las armas francesas, la sublevacion de la Irlanda, la deuda enorme que agobiaba su pais, no fueron bastantes para atajarle en sus proyectos hasta que la paz de Luneville y la oposicion que halló en el rey acerca de la emancipacion de los católicos de Irlanda le determinaron á hacer dimision del ministerio. No tardó en entrar de nuevo en él, y formó contra la Francia una nueva coalicion, á la que Napoleon contestó con la célebre campaña de Austerlitz, victoria que dió á Pitt un golpe terrible del que no pudo reponerse. Sumido en un profundo pesar, agravado por los padecimientos físicos, que acrecentaba además el uso inmoderado del vino, bajó al sepulcro el 23 de enero de 1806. Entre las virtudes que adornaban á Pitt, descuella el mas noble desinterés, observado durante toda su carrera diplomática, el que le valió justamente el honroso renombre de *ministro sin tacha.*

Jorge Canning, célebre ministro inglés, diplomático y poeta, y otro de los ingleses eminentes de esta época, nació en Londres en 1770. Sentóse en la Cámara de los comunes en 1793, donde se hizo admirar por su extremada elocuencia; fué nombrado subsecretario de Estado por Pitt en 1796, y llegó á ser ministro de negocios extranjeros en 1807, siendo el primer acto de su poder la expedicion contra Copenhague. Cuando en 1814 los Estados Unidos hicieron con vigor la guerra á su antigua metrópoli, Canning no era ministro, y clamó contra los desaciertos que obligaron á la Inglaterra á firmar una paz

poco honrosa con sus antiguas colonias. Alejado de la silla ministerial despues de la muerte de Pitt, fué llamado otra vez al ministerio de negocios extranjeros en 1822, y obtuvo la cartera de primer ministro en 1826. Los cuatro principales actos de este renombrado ministro son: su separacion de la santa alianza, el reconocimiento de la independencia de los estados de la América meridional española, la intervencion en Portugal para sostener en este reino la carta otorgada por don Pedro, y el tratado de alianza entre la Inglaterra, la Rusia y la Francia á favor de la Grecia. Canning, en los últimos años de su vida, se habia mostrado mas favorable á las ideas liberales. Falleció en el 8 de agosto del año de 1826 llorado de sus compatricios por sus talentos é integridad.

La lucha entre la Francia y la Inglaterra fué encarnizada y sangrienta, dirigida, por parte de esta potencia, por los hombres famosos que hemos mencionado.

Sentada y tranquila en medio de los mares, circundada por las olas amigas del Océano, que servian de valla á la prepotencia de Bonaparte, la Inglaterra, sin dejar de resentirse de los estragos de la guerra ni afligirse por la ruina total del continente, desafiaba el poder inmenso de Napoleon, y aguardaba sin riesgo individual, pero no sin ansia, el momento de la libertad europea que debia llegar un dia, y á lo mas tarde cuando falleciese Napoleon. Los preparativos con que este soberano habia amenazado la Inglaterra en 1803, obligaron á esta potencia á hacer los mayores esfuerzos para asegurar sus costas, y afirmar la independencia del estado. Ciento y ochenta navios de linea, ciento setenta y cuatro fragatas, doscientas veinte y nueve chalupas, doscientos diez y ocho bergantines armados, cruzaban en los mares para hacer respetar el pabellon inglés, ó bloqueaban el continente para vigilar y descubrir sus designios, ó ceñian las islas Británicas para proteger sus playas, y garantizarlas de toda empresa extranjera. Á esta fuerza marítima, cual no la ha poseido ninguna potencia del mundo, deben agregarse doscientos veinte y nueve mil quinientos noventa y seis hombres de tropas regladas, setenta y siete mil de milicias regimentadas, y doscientos noventa y seis de milicias ordinarias, cuyo total asciende á seiscientos tres mil cuatrocientos veinte y nueve soldados, que respondian á la nacion y al gobierno de la tranquilidad y seguridad interior.

He aqui los dos poderes independientes que existian en Europa á principios de 1808: todos los demas estados del continente se hallaban sin escepcion alguna sujetos al tridente marítimo de la Inglaterra, ó á la espada de la Francia. La neutralidad no era tolerada ni aun en la apariencia ó en el nombre; era forzoso asociarse á los destinos de alguna de las dos rivales. Lisboa invadida por Junot, y Copenhague bombardeaba por Gambier anunciaban á la Europa el escarmiento de la neutralidad.

Merced á los esfuerzos increibles de los españoles, á los desastres de la campaña de Rusia, y al levantamiento de la Alemania entera en 1813 contra Napoleon, la Inglaterra triunfó de este enemigo terrible, que la habia jurado guerra á muerte. Jorge III, fenecido en 1820, tuvo la gloria de haber visto su reino subir al apogeo de la gloria, desde la orilla de un precipicio en que habia estado á punto de caer.

Su sucesor é hijo Jorge IV solo es célebre por el proceso escandaloso contra la reina su esposa, proceso que, la cámara de los lores, mas prudente que el monarca, supo cortar, pues no podia probarse el adulterio. La reina Carolina murió mientras se fallaba el proceso. En su tiempo sin embargo (1820 á 1830) el ministro Canning lució sus grandes facultades de hombre de estado, segun ya dijimos.

El acontecimiento principal del reinado de Guillermo IV (desde 1830 á 1837) hermano de Jorge IV, fué la parte que los gobernantes ingleses creyeron deber tomar en los disturbios de España y Portugal, favoreciendo en la Peninsula los principios liberales. De ahi nació la alianza con dichas potencias y con Francia para arrojar de aquellos reinos á los pretendientes D. Miguel y D. Carlos. Sin embargo los dos partidos sacaban armas y pertrechos de las islas británicas.

La reina Victoria I, subió al trono en 1837. Sus ministros han sabido obligar al Egipto á ofrecer paso por el istmo de Suez á las comunicaciones inglesas con la India, y á la China á abrir algunos de sus puertos á las mercaderias de la Gran Bretaña. Aspiraban tambien á convertir la España en colonia suya, como lo habian logrado con Portugel. Para ello debian procurar la caida del ministerio Narvaez. Recurrieron á la intriga, y les salió mal; á las conmociones populares, y no sacaron de ellas mejor provecho, ántes tuvieron el disgusto de que el embajador inglés en Madrid recibiese del gobierno español sus pasaportes, como mezclado en planes de conspiracion.

La España, el principe de Meternich y la Rusia intrigaron despues á su vez en Londres para lograr la caida del ministerio Wighs, y la subida al poder de un gabinete tory que dé la señal de una nueva alianza europea contra la república francesa para restablecer en este pais la monarquia.

El engradecimiento colosal de la Inglaterra en estos últimos tiempos ha producido en la opinion pública grandes estravios (1). Su inmenso comercio; sus incalculables producciones fabriles; su marina, superior á la reunida de todas las naciones europeas; sus progresos en las ciencias; sus maravillosas invenciones; la finura y perfeccion de sus manufacturas; sus grandes rentas; sus incoumensurables consumos, y su influencia en la politica esterna, la han hecho el objeto de la admiracion y de la envidia del universo. La Inglaterra ocupa de continuo las plumas de los escritores; la Inglaterra se cita sin cesar en las escuelas y en las sociedades domésticas; y la Inglaterra por último es el cuadro que continuamente se presenta á los gobiernos y á los pueblos para estudiar la ciencia de las riquezas y de la civilizacion.

No negamos nosotros los hechos en que se funda esta opinion. La Inglaterra es rica y poderosa, quizás sin igual. ¿Pero qué son los ingleses? Las gentes sencillas que oyen continuamente tantos prodigios, no pueden concebir que en un pais de ésta especie se conozca la desdicha, y se figuran á sus habitantes nadando en la abundancia y en los placeres. ¡Miserable ilusion! Ni hay en Europa un pueblo mas rico, ni tampoco otro en que la miseria haga mas terribles y numerosos estragos. Para cada hombre que vive en la profusion y en la abundancia hay ciento que tienen lo necesario, y otros ciento quizás luchando con las mas sensibles privaciones, y cuya vida y la de sus desgraciados hijos dependen de la necesidad en que se vé el gobierno de mantenerlos á costa de inmensos sacrificios, llamados *limosnas* con la mayor impropiedad.

No podemos nosotros ocuparnos en este momento del exámen de este fenómeno. Nos basta el hecho para conocer tres verdades de la mas alta importancia, á saber: Primera, que puede ser una nacion muy rica, y la mayoria de su poblacion muy miserable: Segunda, que puede ser una nacion pobre, y felices sus habitantes, como sucede comunmente en las colonias: y tercera, que no es la riqueza absoluta á la que debe aspirar un gobierno benéfico é ilustrado, sino á la relativa, ó sea á la equitativa distribucion de la riqueza existente entre las diferentes clases que componen la poblacion de un estado. En las llanuras de las dos Castillas, y los valles de la Suiza no se encuentran esos cresos que tanto ruido mueven con su fausto y su opulencia; pero los aldeanos y colonos de sus tierras, si no conocen la abundancia, no carecen de lo necesario para la vida y la crianza de sus hijos; nunca les falta el pan; y la carne, el tocino, el queso, la leche, y aun el vino, se encuentran frecuentemente en sus humildes mesas. Su trabajo es moderado, y la falta de sueño, el ódio al rico y la cavilacion

(1) Anales de ciencias, tomo II.

que produce la miseria, ni atormentan su espíritu, ni agotan sus fuerzas físicas.

No sucede así á las clases trabajoras de la soberbia Albion. Arrojadas de los campos por los carneros y por las vacas, que comen menos y producen mas á sus dueños; arrojadas de los talleres por el vapor y por las máquinas, que pueden mas y gastan menos: la maña de sus dedos y la fuerza de sus músculos, en que consiste todo su patrimonio, son objetos inútiles, que por consecuencia ni se buscan, ni se pagan. Amenazadas de muerte en medio de la abundancia, han redoblado sus esfuerzos y sus sacrificios, y en su desesperacion se han atrevido á disputar al carbon de piedra, al agua del Tamesis y á las máquinas, su inmensurable potencia. Los operarios ingleses no solamente se conformaron con una considerable disminucion en sus salarios, sino que aumentaron las horas de trabajo. Probaron á no dormir. ¡Desdichados! La luz que gastaban valia mas que el resultado de sus tareas. Entónces la apagaron, y durmieron desengañados.

El resultado de esta lucha desesperada no podia ser dudoso. Los pobres operarios han conocido que no tienen derecho a la riqueza en que se sumerge su propio pais, y huyen de el espantados á los desiertos vírgenes de la nueva Holanda para salvar sus vidas del hambre que los devora en el empóreo de la riqueza.

Impertinente sería que nos detuviésemos á demostrar los peligros de tan terrible situacion. La multitud hambrienta no puede concebir jamás que la miseria de que es víctima, y la opulencia del rico, proceden de causas naturales y necesarias. Cree que unos resultados, á su parecer tan monstruosos, son contrarios á las intenciones justas de la Providencia, y los atribuye á la perversidad y corrupcion de los hombres que la gobiernan. Mientras que la autoridad conserva su saludable prestigio, y mantiene las leyes en su vigor, esta clase, tan temible por su fuerza material, carece de los elementos necesarios para moverse por si misma, calla, sufre, y alimenta su ódio con su rencor. Pero la ambicion de los partidos no puede nada sin ella: por consecuencia, todos aspiran á su adquisicion. Y cuando uno, que ha calculado con exactitud su inercia, consigue moverla en su linea, ya esta hecha *la revolucion*.

La historia nos enseña esta verdad con multiplicados ejemplos. El perspicaz gobierno de la Gran Bretaña la reconoce en la actualidad por una esperiencia que puede ser funesta a sus leyes y a su prosperidad. Los terribles nublados de la Irlanda se han conjurado con la emancipacion católica, y los espantosos que en este momento amenazan a la Inglaterra se disipan momentáneamente con la adopcion de bills de reforma. Ambas medidas son hijas de la mas urgente necesidad.

ESCOCIA.

Á la Escocia la separan de la Inglaterra varios montes y rios. Habian cortado los romanos con un foso atrincherado el espacio que estos naturales límites dejaban entre si, y aun todavía se hallan vestigios. Los antiguos llamaban á este pais la Calidonia. Los que habitan las montañas son de áspero carácter, los de los valles son mas benignos. Reina en las ciudades el gusto de las artes y las ciencias: retozan en sus praderas numerosos rebaños, y cubren ricas mieses sus campos: no les falta la leña, y el mar en tres costas les presenta pescados con abundancia. Las islas, que son muchas las que ponen termino á la Escocia, parecen reliquias de tierra que el agua ha ido mordiendo; y como en ellas se rompen con violencia las olas, esta parte de Escocia surte de escelentes marineros y atrevidos navegantes. Todos los escoceses se han endurecido en la fatiga, y deben esta ventaja al temple de su pais frio, y muchas veces helado.

Seria difícil decir cuales fueron los antiguos habitantes de la Escocia: bien pudo irse poblando el pais por la Inglaterra de unos en otros, y entonces se cubriria de gaulas, pictos, germanos y otras naciones que la antigua Albion fué connaturalizando en su tierra. Tambien pudieron venir por las calas que cortan á trechos la Escocia, aun ántes de las irrupciones de los dinamarqueses y noruegos: pues los antiguos anales dicen, que éstos hallaron allí gigantes. En los habitantes de las montañas se han conservado vestigios de las antiguas costumbres.

Estaban, como ahora tambien están, divididos por tribus: eran muy afectos á sus gefes, cuyas pretensiones adoptaban sin examen, y les seguian ciegamente á la guerra. Por esto los alborotos de los señores fueron peligrosos y frecuentes. Á costa de mucho trabajo consiguieron los reyes que aquellas tierras recibiesen la idea de que podia deberse obediencia á otros que á los gefes de las tribus.

En cuanto á los usos, dice su historiador Buchanan, que la moderacion en el vivir y en el traje fué entre los escoceses virtud de todos los tiempos. Sus ordinarios manjares son el pescado y la caza: y ésta la cocian en la piel de las bestias que habian muerto: y algunas veces, mientras cazaban, apagaban la sed con la sangre de su presa. En los convites beben el caldo de la carne y la leche fermentada guardada por largo tiempo. Los vestidos de varios colores les gustan mas que los otros. Aunque en otro tiempo daban la prefencia al encarnado y al blanco, ahora son aficionados al color obscuro, y sobre todo al verdemar: la planta que da este color les sirve de mucho; porque hacen sus camas de sus hojas, no solo porque son blandas, sino porque creen que tienen la propiedad de absorver la transpiracion, de entonar los nervios, y vigorizar para todos los ejercicios.

Los vestidos esteriores son muy anchos y por la mayor parte son piezas de tela sin corte alguno, y se envuelven en ellas. Embozados en esta especie de capas en sus viajes ó en el ejército, duermen pacíficamente, aunque cargados algunas veces de nieve, y empapados en las lluvias glaciales de sus climas. Se complacen en el desaseo y desórden de sus muebles; y si les presentan una cama con almohadas y colchones, *la* levantan, y dormirán en el suelo para no perder, dicen ellos, la costumbre de la austeridad nacional.

Sus armas defensivas y ofensivas son un capacete de hierro, y una cota de malla que les llega á los talones: se sirven para el ataque del sable, el hacha, y unas flechas con dientes y una especie de barbas. No tienen tambores sino unas trompetas de hueso, que dan un sonido muy agudo. Generalmente gustan mucho de la música; y las cuerdas de una especie de lira, muy comun entre ellos, son de nervio ó de metal: las hacen resonar con el arco, ó las puntean con la uña que dejan crecer á propósito. En estos instrumentos se desplega su lujo, porque los adornan de oro, pedrería, y lo mas precioso que tienen; se acompañan con la voz, y cantan las hazañas de sus héroes, recogidas antiguamente por sus *Bardos*. Estas poesías, destituidas de gracia, estan llenas de palabras, y tal vez ofrecen sublimes ideas. Los escoceses, como que son pescadores, pastores y cazadores, son rústicos; pero francos en la amistad, fieles en sus matrimonios, religiosos segun sus escasas luces, y mas felices en sus bosques y sus cuevas que los habitantes de las ciudades en sus artesonados y canapés, en donde duermen entre la perfidia y el regalo.

Sobre la historia antigua de la Escocia hay noticias anteriores trescientos años á nuestra Era vulgar. Por entónces los habitantes, acometidos por los pictos y los germanos, no pudiendo acomodarse entre sí sobre la eleccion de un gefe, hicieron venir de Irlanda a *Fergo*: le nombraron por rey, y se obligaron á conservar este título en su posteridad. Bajo el dominio de este príncipe rechazaron los escoceses á los romanos, los cuales tan lejos estuvieron de poder subyugarlos, que se vieron en la precision de levantar una fortaleza contra ellos. Setecientos años despues de este primer Fergo, y por el año 400 de nuestra Era, otro monarca del mismo nombre limpió su reino del resto de aquellos conquistadores que se habian introducido en el. Estos dos Fergos, aunque

Digitized by Google

tan distantes uno de otro, pasan por fundadores del trono de Escocia; y Keneto, que reinaba en el siglo IX, como mil y cien años despues de la fundacion, pasa por el restaurador, porque restituyó á la corona su esplendor, que estaba ya obscurecido, así por las divisiones intestinas, como por las invasiones de los extranjeros; y le cuentan por el rey sesenta y nueve.

Á Keneto sucedieron seis príncipes buenos ó malos, felices, ó inquietados con las intrigas que ocasionaron querellas, venganzas, asesinatos y otros sucesos que se hallan en todas las historias (943). El último de estos reyes se hizo monge, siguiendo el ejemplo de algunos de sus predecesores. Advierte Buchanan, que en aquel tiempo no aspiraban los obispos mas que á la santidad y á la ciencia; y no teniendo lugar fijo predicaban indistintamente en todas partes. El objeto principal de su mision era la reforma de las costumbres en aquellos dias depravados; y queriendo Malcolmo I, rey setenta y seis, ayudarlos, fue asesinado despues de algunos años de un reinado bastante feliz. Indulfo, persiguiendo con demasiado ardor á los enemigos que habia vencido, cayó muerto herido de una flecha. Duffo, hijo de Malcolmo, volvió á continuar la sucesion interrumpida por Indulfo: era un escelente príncipe, y murió asesinado como su padre por haber querido reprimir las vejaciones de los nobles opresores del pueblo. Eligieron los estados á Culno, hijo de Indulfo, y vengó la muerte de Duffo; mas, habiendo empezado bien, se dejó llevar de los escesos que arruinaron su salud, le hicieron despreciable, y le trastornaron el juicio. Pensaron en quitarle la diadema, pero la muerte le ahorró esta deshonra. Unos dicen que fué violenta, otros que le sobrevino por una enfermedad de consuncion, justo castigo de sus desarreglos.

Acordándose de las virtudes de Duffo llamaron al trono á Keneto su hijo, el cual sostuvo casi en todo su reinado la guerra contra los dinamarqueses que se habian establecido en algunos territorios de la Escocia. En una batalla que se dió entre los dos pueblos huian con desórden los escoceses derrotados por los danoses; pero cerca del lugar del combate estaba un paisano, llamado Hayo, cultivando su campo con dos hijos suyos, fuertes y alentados como él; y al ver á sus compatriotas vivamente perseguidos, cogió el padre el yugo de sus bueyes, se armaron los hijos con lo que hallaron á la mano, y fueron todos tres á esperar á los fugitivos en un paso estrecho. Hicieron grandes esfuerzos por detenerlos, suplicando y amenazando; y por último, hiriendo á los mas adelantados, decian á gritos, que iban á ser peores que los daneses ó dinamarqueses contra los cobardes. Los mas tímidos, que iban precipitándose, se quedaron suspensos; los mas valientes, que se habian dejado arrastrar del tropel, se unieron á los tres labradores; y así como el miedo habia aumentado la aprension del peligro, la esperanza les hizo creer que conseguirian la victoria. Volvieron la cara los fugitivos, dieron con ímpetu sobre los que les perseguian, y se ganó la batalla.

Ofreció el rey al labrador y á sus hijos unos vestidos soberbios para la entrada triunfal que les destinaba; pero ellos no quisieron admitir aquellos vanos adornos, y se presentaron en sus vestidos ordinarios en medio de los señores que los cortejaban; haciéndose mas reparables con su sencillez que lo que hubieran lucido con la rica magnificencia. Llevaba Hayo su temible yugo al hombro: le dieron en premio el campo mas fértil de la Escocia, y le poseyeron por largo tiempo sus descendientes: les dieron tambien títulos de nobleza, y por armas tres escudos, emblemas de los tres defensores de la patria; pero se les pasó de la memoria el yugo, instrumento de la victoria, y figura de su honrada profesion.

Queda visto que no se fijaba la sucesion al trono en la línea recta, ántes bien parece que gustaban de cruzar las líneas colaterales. Por lo comun heredaba el hermano ó el sobrino en perjuicio del hijo: pero Keneto pensó en mudar esta costumbre; y para hallar ménos estorbos hizo dar veneno á un Malcolmo, su mas cercano pariente, de edad madura, y estimado generalmente, para que su hijo, que tenia pocos años, no hallase rival; practicando al mismo tiempo las diligencias posibles para que se estableciese una ley sobre el objeto de sus deseos, como lo consiguió. Hasta entónces habia sido irreprensible y pura la conducta de Keneto; pero despues la ambicion y el amor desordenado á su posteridad le hicieron manchar con un delito muchos años de virtudes; bien que se arrepintió, y los remordimientos le traian en una vida infeliz, que vino á acabarse en un asesinato.

Tampoco logró que pasase pacíficamente la soberanía á su hijo Malcolmo; porque Constantino, tio del príncipe, y Grimo, hijo de Duffo, se apoderaron cada uno de una parte de la Escocia, y fué muy poco lo que dejaron al hijo de Keneto. Llegado éste á la edad de los combates, hizo la guerra á sus contrarios con tan completas victorias que los dos competidores se vieron reducidos á cederle el trono y ausentarse; pero los partidarios de éstos le armaron emboscadas, y cayó bajo el hierro de los asesinos sin dejar hijos varones.

Cada una de sus dos hijas, casadas con grandes señores de Escocia, tenia un hijo; y Duncan, hijo de la mayor, sucedió á su abuelo. Era indolente y perezoso, defectos que son peligrosos siempre; pero mucho mas en tiempo de alborotos. Atormentado con las conspiraciones confió sus asuntos al cuidado de su primo Macabeto, el cual se manejó tan bien que triunfó de las facciones; pero con la victoria le vino el deseo de tomar para sí el fruto. Hizo pues Macabeto asesinar á su primo: se apoderó del trono, y procuró asegurar su usurpacion persiguiendo á los que pudieran disputársela (1030).

Se libraron no obstante de las pesquisas Malcolmo y Donaldo, hijos del muerto, y se pusieron en salvo en Inglaterra. Al principio mostró el usurpador prendas que pudieran honrar á un rey legítimo. Publicó acertadas leyes, las hizo observar, y se preció de hacer justicia á todos; pero ni esta estimable conducta pudo impedir que se descubriesen descontentos. La facilidad que habia hallado Macabeto en sublevar á los grandes contra su primo, le hizo recelar que tambien á él le tratasen del mismo modo, y ya que no podia quitarles el deseo de hacerle daño, tuvo por conveniente privarles de los medios, arruinándolos, apoderándose de sus castillos, oprimiéndolos con afrentas, y envileciéndolos á vista del pueblo para que no pudiesen formar partidos.

Macdufo, uno de los mas maltratados, despues de haberle sufrido por largo tiempo, se fué á Inglaterra; y encontrando allí al jóven Malcolmo, hijo del monarca difunto Duncan, le exhortó á vengar la muerte de su padre, y á tomar otra vez la corona de que se habia apoderado Macabeto: en fin, le mostró el camino al trono, señalado, por decirlo así, con los vicios que hacian odioso al usurpador. Ya el príncipe jóven se habia visto escitado por los emisarios secretos de su tio, los cuales con el cebo de la corona habian procurado atraerle á Escocia para entregarle al tirano; y queriendo esperimentar si tambien Macdufo era otro traidor que habia tomado á su cargo hacerle caer en el lazo, le respondió: «Para mí no es noticia nueva lo que me decís del usurpador; pero ya que me incitais á correr tras una corona, ¿me teneis bien conocido? Pues yo os debo confesar, que me siento dominado de las pasiones, que muchas veces han perdido á los reyes, y sobre todo del amor desenfrenado á las mugeres, y de la avaricia. Por ahora me oculto; pero cuando la autoridad soberana me permita entregarme á mis inclinaciones, recelo de mí que no podré contenerme; y en lugar de procurarme mis ventajas, como os lisonjeais, me precipitareis verdaderamente en el abismo.»

«Esa pasion desenfrenada á las mugeres de que me hablais, replicó Macdufo, podrá refrenarse, casándose con una princesa amable; y en cuanto á la avaricia, en cesando la necesidad, os corregirá la abundancia.» Es preciso decirlo todo, replicó el príncipe, yo no me siento con estimacion alguna en favor de la virtud, y como juzgo de los otros por mí mismo, de ninguno me

ño, ni me creo obligado á guardar palabra alguna.» Aqui esclamó Macdufo: «¡O mónstruo, ó mónstruo, y mónstruo digno de ser echado á los desiertos mas horribles!» Se retiraba despues de esta esclamacion; y deteniéndole Malcolmo, le dijo: «Que aquella indignacion tan claramente espresada, en vez de desagradarle, le hacia formar la mejor opinion: que con dificultad pondria su confianza en un hombre que él hubiese creido capaz de acomodarse á los vicios que le habiá manifestado; pero que su franqueza le infundia seguridad. Se esplicaron pues, y muy presto se conformaron. Se realizaron los medios de conseguir que presentaba Macdufo; y cuando Malcolmo se presentó al pueblo, éste, tan cansado como los grandes, abandonó á Macabeto, y fué corriendo con ansia á recibir al nuevo rey. Era natural que acabase trágicamente un tirano detestado de todos, y así la muerte de Macabeto se verificó con circunstancias tales, que atestiguan haber tenido parte en ella la justicia divina. Fueron, dice Buchanan, circunstancias espantosas y sobrenaturales, mas propias para figurarse en un teatro que para representarse en la historia. Se dice que le hirió un rayo, y espiró entre horribles dolores (1057).

Malcolmo, aunque subió al trono con el aplauso del mayor número, tuvo que sufrir inquietudes de parte de los malcontentos. Sabiendo que uno de éstos habia formado contra su vida una trama, que debia ejecutarse en una emboscada, llevó al culpado consigo con pretesto de paseo á un valle retirado, y teniéndole solo le hizo memoria amigablemente de sus beneficios: le reprendió sus funestas intenciones; y echando mano á la espada, le dijo: «Si quieres quitarme la vida, en vez de perseguirme como asesino, acomete como hombre de corazon, y consigue por el camino del valor la corona que pretendias quitarme por el de la traicion.» El conjurado se arrojó á sus piés sobrecogido de admiracion: le perdonó el monarca; y publicándose una accion tan generosa, volvieron los otros á entrar en su deber, del que jamás se apartaron.

Este príncipe, que reinó larga y gloriosamente, pereció por un esceso de confianza. Estaba sitiando una ciudad que los ingleses le habian tomado: y viéndose la guarnicion reducida á la última estremidad, no quiso entregar las llaves á otro que al rey en persona. Se acercó pues á la muralla, presentándose sin cautela para recibirlas. Un soldado, que estaba apostado, le traspasó con su lanza; Eduardo, su hijo mayor queriendo vengar la muerte de su padre, acometiendo á los traidores con mas ímpetu que prudencia, recibió tambien una herida mortal (1084).

Estas dos fatalidades alborotaron el reino. Todavia le quedaban al rey tres hijos legítimos, y un bastardo llamado Duncan; los primeros, llamados Edgardo, Alejandro y David, fueron tenidos por demasiado jóvenes para reemplazar á su padre. Se presentó Donaldo su tio, y hermano de Malcolmo: pero el bastardo Duncan espresó con bastante firmeza sus pretensiones, tanto que abandonaron al hermano de su padre. Entre tanto, temiendo la viuda de Malcolmo el peligro de sus hijos, se puso en salvo con ellos en Inglaterra. Por quince ó diez meses mantuvo Duncan el título de rey: pero una precaucion que tomó para asegurarle, fué precisamente la que le hizo perder la corona. Consistia esta precaucion en buscar la alianza del rey de Noruega, y la compró con ciertas condiciones que perjudicaban al honor de su reino. Descubrieron los grandes el vergonzoso tratado, y concibieron tal indignacion que renunciaron á la obediencia de Duncan (1085).

Fueron á buscar á Edgardo, que era el hijo mayor de Malcolmo, á su propio asilo, y volvió con sus hermanos. Duncan, que no se hallaba en estado de resistir, se retiró á Noruega. Reinó Edgardo en paz, y murió sin dejar hijos. Alejandro, sucesor de éste, dejó, por no tenerlos, el trono á David, su último hermano. El reinado de este fué largo y ventajoso á la Escocia. Nada varian los autores en las alabanzas que dan á la prudencia de estos tres hermanos, á su amor á la justicia, y á otras virtudes en que imitaban á su padre Malcolmo: y solo no están conformes en punto á su liberalidad para con el clero, pues unos se la alaban y otros se la reprenden escesivamente.

Tuvo David la desgracia de sobrevivir al hijo único, que por sus bellas calidades fué tan llorado de la Escocia, como de su mismo padre. Aunque oprimido éste con tan sensible golpe, en una junta general, convocada con este motivo, tomó el buen rey á su cargo el consolar á sus afligidos vasallos, y lo hizo en estos términos: «Lo que ha sucedido á mi hijo es la suerte comun: es la vida una prenda ó un empréstito, que es preciso restituir tarde ó temprano: ó importa poco el momento en que se exija la deuda. ¿Porqué nos hemos de afligir cuando vemos morirse un hombre de bien, si solamente nos deja para ir á su verdadera patria, adonde presto le hemos de seguir? Mi hijo, por haber hecho ántes este viaje, tiene la ventaja de ver primero que yo á mis virtuosos hermanos y otros parientes mios, y la de gozar desde ahora de su compañía. Dejemos pues de quejarnos y de lamentarnos, no sea que si continuamos en sentir parezca que mas nos mueve nuestra propia pérdida que lo que nos alegramos de la felicidad de mi hijo. Yo os doy gracias por él y por mí de vuestra amistad, y os la pido para sus hijos.»

Éstos eran tres, y el mayor, que era Malcolmo, fué el que sucedió á su abuelo. La buena educacion que habia recibido, y los frutos que ésta produjo, dieron grandes esperanzas, y no fueron ilusorias. No obstante sus virtudes civiles y religiosas le hicieron temer la guerra con algun esceso; y el candor que era en él característico le espuso á ser engañado por Enrique II, rey de Inglaterra. Le atrajo este monarca á su corte, con pretestos disfrazados con capa de amistad. Cuando le tuvo consigo lo llevó, á pesar suyo, á una espedicion contra la Francia, con el fin de que perdiese la amistad de los franceses, y de privarle de los socorros que pudiera sacar de aquel reino cuando él, como ya lo meditaba, quisiese acometerle. Esta condescendencia de Malcolmo, aunque forzada, le quitó por algun tiempo el afecto de sus vasallos, y los redujo á una rebelion, de la que se aprovechó Enrique, como lo esperaba. No obstante, abrieron los escoceses los ojos, se compadecieron de la flaqueza de su jóven rey, y aun manifestaron el deseo de verle asegurado en su trono con un casamiento que lé diese herederos. Con motivo de haberle hecho esta proposicion, declaró el piadoso Malcolmo que tenia hecho voto de virginidad, y que sin duda no desagradaba á Dios este voto, pues en el vigor de su juventud le habia concedido la gracia de no quebrantarle, y el favor de prepararle herederos. Murió en el estado del celibato á los veinte y cinco años (1157).

Los herederos, que decia Malcolmo, eran sus dos hermanos, de los cuales nombró para sucederle á Guillermo. Todavia le dió el rey de Inglaterra mas pesadumbres que á su hermano, y tambien le llevó por fuerza á una espedicion contra la Francia, pero restituido á su reino emprendió lo venganza de esta afrenta, y volver á tomar los territorios que el inglés habia invadido. Cayó en una emboscada, y le llevaron segunda vez á Francia en donde estaba Enrique. Este monarca puso en precio la libertad del escocés, y no se la concedió hasta que le hizo confirmar las usurpaciones que él habia hecho. Los alborotos que despues sobrevinieron en Inglaterra proporcionaron á su tiempo al rey de Escocia la ocasion de recobrar lo que habia abandonado al inglés y de este modo dejó algo restaurado su reino á su hijo Alejandro, que le sucedió. Con un tratado se arreglaron los derechos disputados entre las dos coronas, y esto proporcionó al nuevo monarca un reinado con aquella tranquilidad que era posible en un pais lleno de señores turbulentos (1213).

Las mismas inquietudes esperimentó su hijo llamado como él Alejandro. Habiendo tomado la corona á la edad de diez y seis años, fue mas venturoso que su padre

Digitized by Google

porque gobernaba entónces la Inglaterra un principe débil; y así restituyeron todas las posesiones que habian usurpado á sus mayores, y sus victorias contra el estranjero le aseguraron el dominio sobre sus vasallos. Su matrimonio con la hija del rey de Inglaterra, tuvo durante su vida calmados los disgustos entre las dos naciones. No faltaron á Alejandro sentimientos de parte del clero, y aun del papa, y al fin por conservar la paz les concedió cuanto pretendian. Publicó este principe muy acertadas leyes: tenia dividido su reino en cuatro partes, y residia en cada una tres meses cada un año, y entónces tenian los pobres la proporcion de recurrir á él y los escuchaba con mucha bondad. Le iban acompañando los grandes de una provincia con sus vasallos armados, hasta que entraba en la provincia vecina, y en ésta le recibian del mismo modo. Vivia entre sus vasallos sin serles gravoso, como que no gastaba lujo, y sintieron mucho su muerte cuando abrevió sus dias la funesta casualidad de abrírselo la cabeza cayendo del caballo.

Á la pesadumbre de haber perdido tan buen principe se añadió la inquietud en que dejaba el estado de Escocia, porque se habia estinguido la línea masculina de sus reyes, y no habia quedado mas que una niña, heredera legítima del trono, la cual estaba todavia en la cuna, y habia nacido de la hija de Alejandro, que murió casada con un rey de Noruega. Para estinguir hasta la menor centella de las que pudieran encender la guerra entre los dos reinos, pidió Eduardo, rey de Inglaterra, la pequeñita princesa para esposa de su hijo tambien niño como ella. Fué bien recibida la proposicion; pero los embajadores, enviados á Noruega para traer aquella prenda de la paz y de la union, hallaron que la muerte acababa de frustrar las esperanzas de los dos pueblos. Entónces se abrió largo campo á un tropel de pretendientes, y los principales eran Juan Bailleul y Roberto Brucio, descendientes ambos de una sobrina del rey difunto, y que ambos representaban sus derechos de tal modo que no sabian qué resolver los escoceses. Cada uno de los rivales tenia tantos partidarios, que despues de las disputas armadas, que duraron por muchos años, les pareció del caso á los estados dejar la decision del pleito al arbitrio de Eduardo, rey de Inglaterra.

Creyó este monarca que se le habia venido á las manos la ocasion favorable de efectuar la union de Inglaterra y Escocia en un mismo reino, que era lo que muchas veces habian intentado sus predecesores, pero inútilmente; y él lo deseaba con ansia. Empleó toda la astucia de una politica fraudulenta: introdujo la division entre los grandes: dió nueva fuerza á sus odios: los puso en estado de llegar unos contra otros á las manos, dilatando siempre la decision con diferentes pretestos; pero convencido de que por la repugnancia que veia en los espíritus jamás llegaria á conseguir su fin, ya que no pudo salir con todo, puso la mira en solo una parte, y redujo su pretension á un homenage y otros derechos útiles. Con estas condiciones ofreció la corona á Roberto Brucio, cuyo derecho parecia el mas dudoso, creyendo que no se detendria este señor en fijar la incertidumbre de sus esperanzas á tanta costa. Pero halló un principe magnánimo, que le respondió con resolucion: «No tengo tantos deseos de reinar, que me determine á sacrificar por esto la independencia de mi corona, y la libertad de mis pueblos.» No fué tan generoso Bailleul; ántes bien aceptó la proposicion de Eduardo, y éste le proclamó rey.

Con la mala fé de Eduardo, que así abusó de la confianza de los escoceses, sucedió lo que comunmente acontece en las grandes injusticias. De los señores convocados para la instalacion del nuevo rey, unos no quisieron firmar el convenio de Bailleul, otros, que no pudieron escusarlo, firmaron con visible violencia; y aun el mismo monarca se vió precisado á renunciar el empeño de su palabra por conseguir la estimacion del pueblo, y así envió á hacer saber al rey de Inglaterra su retractacion. Este acto de constancia encendió la guerra y fué desgraciada para Bailleul; pues cayendo en manos de Eduardo le confinó éste en sus estados de Francia en donde pasó una vida con poco honor, mientras algunos valientes escoceses, abandonados de la nobleza principal, se esforzaron á sacudir el yugo de Eduardo, que los grandes llevaban con vergonzosa paciencia.

El gefe de estos hombres alentados se llamaba Guillermo Vallacio, de buena familia á la verdad, pero de pocos bienes de fortuna. Le habian criado sus padres en el aborrecimiento á los ingleses, á los cuales la perfidia de su rey habia hecho odiosos á muchos patriotas. Juntó Vallacio suficiente número de los que estaban mas irritados, y estrechó de manera á las guarniciones inglesas, que las victorias que logró le hicieron nombrar virey. No le nombraron los grandes, pues éstos le tenian envidia, sino el pueblo. Tuvo Eduardo á ménos marchar en persona contra semejante gefe, y aunque envió generales, que no carecian de mérito, fueron no obstante derrotados. Éste, á quien él llamaba bandido, ganó en un dia tres victorias.

Viendo el rey de Inglaterra que la fuerza le era inútil, y que esta guerra iba tomando un aspecto que le inquietaba, recurrió á las ofertas, á las promesas, y á otros medios de seduccion. Se las presentó á Vallacio por medio de los primeros de la nacion, que habia atraido á su partido: y entre otros por medio de Roberto Brucio, hijo del otro Roberto, competidor de Bailleul. Habia Eduardo atraido á su corte á este jóven principe despues que murió su padre, y le tenia suspenso entre la esperanza de conseguir el cetro de Escocia, si se mostraba dócil á su voluntad, y el temor de perderle si manifestaba con escesiva claridad sus deseos. Para mantenerle en este estado de fluctuacion, que le hacia dependiente, le insinuaban los ministros ingleses que las pretensiones de Vallacio no se dirigian ménos que al trono.

Despues de una importante victoria que ganó este general, le pidió Brucio una conferencia, que se verificó á la frente de sus tropas, mediando entre los dos un arroyuelo. Le dió á entender el principe que estaba admirado de ver que con la frágil esperanza del favor popular viviese con tanta inquietud, y se espusiese á tantos peligros: «Porqué, añadió, aunque esterminarais á todos los ingleses, no teneis que lisonjearos de que jamás consientan los grandes de Escocia en reconoceros por su soberano.» Vallacio le respondió: «Nunca yo me propuse este premio por mis trabajos. Ni el cetro es el objeto de mis deseos, ni conviene á mi fortuna; pero viéndoos á vos, á quien el trono pertenece, abandonar cobardemente á nuestros conciudadanos, y dejarlos espuestos, nó á las cadenas, sino al hacha de un cruel enemigo, tomé á mi cargo su causa; y mientras me dure una respiracion de vida, pienso defender sus bienes y su libertad. Vos, que preferís la seguridad de una vergonzosa servidumbre á los peligros de una honrada libertad, seguid la fortuna supuesto que sola ésta merece vuestra estimacion: y yo moriré libre en mi patria con la gloria de haberla defendido hasta el estremo.»

No se realizó esta esperanza del desgraciado Vallacio; porque el rey de Inglaterra le rodeó de traidores, que le entregaron en sus manos, y en lugar de portarse generosamente con un hombre de tanto mérito, le hizo Eduardo azotar con varas como á un vil malhechor, y cortarle la cabeza en la plaza mayor de Londres. Para unir irrevocablemente la Escocia bajo de su cetro, y sujetarla para siempre, procuró borrar entre los escoceses hasta la memoria de lo que habian sido. Abolió las antiguas leyes: todo los juicios se formalizaban por las de Inglaterra: substituyó la liturgia inglesa en lugar de los ritos escoceses. Los diplomas, los tratados, y las actas mas respetables fueron sacadas de los archivos y destruidas. No dejó el usurpador subsistir un monumento ni aun una piedra en que pudiese conservarse la memoria de los hechos capaces de resucitar en los corazones la antigua magnanimidad (1303).

Creyó el tirano que de este modo habia destruido toda semilla de revolucion, y mucho mas porque habia hecho transportar á Inglaterra las familias principales, y las

Digitized by Google

tenia con guardias de vista. Roberto Brucio y los señores mas sospechosos estaban retenidos en la corte para observarles su conducta mas de cerca. Todas estas precauciones no impidieron que la mayor parte, fatigados con el yugo de la esclavitud que tanto pesaba sobre sus cabezas, se concertasen para sustraerse de la tiranía. Se aprovecharon de un dia de invierno, en que la nieve cubria la tierra; hicieron herrar sus caballos al revés, para que la señal de sus pisadas engañase á los que quisiese perseguirlos, y así llegaron sin desgracia á Escocia en donde se habia formado secretamente un partido dispuesto á recibirlos (1309).

Proclamaron rey á Roberto Brucio; pero si tenia muchos partidarios, tambien tenia una faccion contraria, que junta con los ingleses le redujo á los mas tristes apuros. No solo fueron desgraciados sus primeros esfuerzos, sino que parecia que todas las desgracias se habian unido contra el: pues tuvo el dolor de ver sus tropas dispersadas, sus amigos muertos, y aun él mismo se vió en la precision de librarse huyendo de retiro en retiro: y ya solo, ó ya sin mas comitiva que un compañero único, iba por los bosques escondiéndose en las cavernas sin tener seguridad sino cuando podia pasar por quien no era. Su corona, que mas le servia para señalar su cabeza á los asesinos que para atraerle respeto y proteccion, fué teñida con la sangre de cuatro hermanos suyos, y la de muchas personas de su familia, hombres, mugeres y niños, víctimas de la crueldad de los ingleses.

Ya por último halló asilo bajo el agreste techo de un caballero anciano, y se detuvo allí algunos meses. Como no se oia hablar de él le tuvieron por muerto, y los ingleses empezaron á olvidarle, y á proceder con la altivez é insolencia que son ordinarias compañeras de la seguridad. Volvió Roberto á presentarse, y aprovechándose de su descuido se entró por sorpresa en una ciudadela importante. Este ruidoso golpe despertó á sus partidarios, acudieron en tropel adonde estaba, y á poco tiempo se vió á la frente de una multitud de valientes resueltos á vencer ó quedar sepultados en las ruinas de su patria. Fueron derrotados los destacamentos que los ingleses enviaron contra él, y entónces se determinaron á entrar en Escocia con un ejército formidable por el número de soldados, y por la esperanza que dieron á estos de repartir entre ellos los bienes de los vencidos; pero Roberto les opuso otro no tan grande, pero que iba inflamado con aquel ardor que inspiraba la necesidad de defender sus hogares, y salvar lo que mas se quiere.

Cuando los ingleses entraron en Escocia se hallaba Roberto con una enfermedad, que se creyó mortal por algun tiempo; y no bien habia empezado á convalecer, cuando estaban ya enfrente uno del otro los dos ejércitos. El monarca estuvo tan lejos de huir el combate que sin intimidarse por los numerosos batallones, se presentó á sus tropas con frente serena, y con aire de seguridad: hizo que le montasen en el caballo: le iban sosteniendo dos soldados, y marchó á la frente de su ejército. Animados los escoceses con aquel espectáculo dieron impetuosos sobre el enemigo, y ganaron una victoria completa.

Desde este punto fué su vida una continuada sucesion de felicidades. Es preciso confesar que las mereció, y que si la fortuna le permaneció siempre fiel, fué porque él supo fijar su inconstancia con la buena conducta y la prudencia. Buchanan, de quien ninguno dirá que fué el panegirista de los reyes, hace de él este retrato: «Roberto Brucio se hizo famoso en todo género de virtudes: seria difícil hallar desde los tiempos heroicos un príncipe que se le pareciese; aunque valiente en la guerra, era en la paz un modelo de la moderacion y la justicia. Siendo así que sus felicidades no esperadas, despues que la fortuna, hartándose de sus desgracias, se cansó de perseguirle, le hacen un príncipe pasmoso, mas admirable es todavía en la adversidad que en la prosperidad: ¿qué fortaleza no necesitó para no rendirse á tantos males como le acometieron á un mismo tiempo? Su muger, cargada de prisiones; sus cuatro hermanos, príncipes muy valientes, arrebatados con una muerte cruel, casi todos sus amigos afligidos de toda especie de calamidades, desterrados y despojados de sus bienes los que se libraron de la muerte, y él despojado no solo de su rico patrimonio sino de su reino por el monarca mas hábil y poderoso de su siglo. No obstante que estaba sitiado de tantos males juntos, en medio de las sombras de la muerte, que en una enfermedad peligrosa rodeaban su cabeza, no perdió las esperanzas de recobrar su corona. Jamás dijo ni hizo cosa indigna de un rey: no se quitó la vida como Marco Bruto ni el último Caton: no se dejó dominar de la cólera como Mario, ni tomó cruel venganza de sus enemigos; ántes bien, despues de haber reconquistado su reino, se portó con los que le habian hecho mas males, nó como enemigo reconciliado, sino como rey.» Hasta su fin, y en las angustias de una enfermedad dolorosa que le llevó al sepulcro, era su única ocupacion la felicidad de sus pueblos.

Dejaba Roberto á un hijo de ocho años el reino, que tanto le habia costado. Esto daba motivo á reflexiones é inquietudes; pero las sosegó como pudo, nombrándole un tutor tan escogido, que despues de su muerte confirmaron los estados su disposicion, y aun determinaron, conformándose con su voluntad, que si aquel hijo moria sin sucesion pasase la corona á Roberto Stuart, hijo de su hija (1329).

Fué coronado David Brucio, como su padre deseaba, con el permiso del pontífice, á quien le pidieron con el fin de ser mas auténtica la ceremonia. No obstante esta precaucion disputaron el derecho del jóven monarca, así los ingleses, que mantenian en su corte los Baillеul, prontos á oponerse á los Brucios, como algunos escoceses malcontentos ó deseosos de sacar ventaja de los alborotos. Los fieles vasallos de David, creyendo que la presencia de un niño podia serles mas perjudicial que útil, le enviaron á Francia con su madre; y libres de este cuidado, pelearon con valor contra los ingleses y sus infieles compatriotas.

De cuando en cuando enviaban á visitar á su rey para averiguar por sí mismos qué esperanzas podrian concebir; y así que creyeron que se hallaba en estado, si no de favorecerles, á lo ménos de dar con su presencia preponderancia á su partido, le llamaron. Peleaba á la frente de su ejército con felicidad; pero en una batalla decisiva quedaron sus tropas enteramente destruidas por Filipina, reina de Inglaterra, entre tanto que el rey hacia la guerra en Francia. Eduardo, que fué afortunado en muger y dichoso en sus hijos, vió en sus cadenas á Juan, rey de Francia, llevado por Eduardo su hijo, á quien llamaban el *Príncipe Negro*, y á David rey de Escocia, prisionero de su muger. El cautiverio de David duró poco por razones políticas, y así volvió libre á su reino, y le gobernó prudentemente, aunque con dureza, porque las circunstancias pedian severidad. El genio inquieto de los grandes no se dejó domar sino con la estincion de muchas familias. Murió David á los cuarenta y siete años mas temido que amado, y con la reputacion de príncipe hábil, cuya fortuna hizo muchas veces traicion á su capacidad (1370).

No dejó hijos David, y segun las disposiciones de su padre, Roberto I, pasó el cetro á Roberto, hijo de su hermana, y con él subió al trono de Escocia la familia de los Stuart. Era este príncipe amigo de la paz, pero no siempre sus vasallos le permitieron seguir su inclinacion. Eran aquellos tiempos los de la caballería, y los nobles se tendrian por deshonrados si viviesen en la tranquila indolencia de sus castillos. Se provocaban pues unos á otros, y en ellos el deseo de gloria era el motivo principal de los combates; pero el verdadero aguijon de los vasallos, que arrastraban consigo, era el saqueo y el pillage. En todo su reinado se provocaron con vario suceso ingleses y escoceses, pues las leyes de la caballería estaban en la mas rigurosa observancia entre los nobles; y cualquiera que no cumpliese fielmente con las condiciones del cartel, ó que saliendo libre sobre su palabra no volviese á ponerse en manos del vencedor en el dia

Digitized by Google

señalado por este, hubiera sido despreciado y desterrado para siempre. De este modo la manía de la caballería tenia siempre la nacion en estado de perpetua guerra.

Sufria Stuart esta manía porque no podia impedirla, pero procuraba refrenarla con treguas que él manejaba entre los rivales mas ardientes. Con su cuidado se mantuvo en su reino alguna policía, á pesar de los obstáculos que oponia la locura de aquellos tiempos. Este monarca es celebrado por su constancia en las resoluciones, y por la fidelidad de su palabra. La alianza de los franceses, ya antigua y confirmada por su antecesor que se habia criado entre ellos, le sirvió para desterrar de Escocia casi enteramente á los ingleses; pero si le fué útil el valor de aquellos aliados, su carácter turbulento y el precio exagerado en que tasaban su servicio le causaron grandes inquietudes (1390).

Aunque su hijo se llamaba Juan le hicieron los estados tomar el nombre de Roberto, sin duda en señal de estimacion á los reyes de este nombre que los habian gobernado. Tenia las inclinaciones pacíficas de su padre, y así entregó los cuidados militares á su hermano, llamado tambien Roberto, y aun le dió el título de gobernador del reino. Se cree que el gobernador, á vista del carácter de su hermano, habia ya concebido el proyecto de apoderarse de la autoridad suprema, y la confianza escesiva le proporcionó los medios de ejecutarle: pero otra imprudencia del rey apresuró y facilitó el buen éxito de las intenciones de su hermano.

Á lo que parece el indolente y débil monarca no sabia revestirse de la autoridad conveniente á un padre y á un rey, aun con su familia. Todos se quejaban de los desórdenes de David, su hijo mayor. Mientras la reina, señora de mérito, habia vivido, se habia contenido en ciertos límites el príncipe jóven con los consejos y fortaleza de su madre; pero muerta ésta soltó la rienda á todas su pasiones. Seducciones, violencias, homicidios, por todo atropellaba para apoderarse de las mugeres y doncellas que le agradaban. Cansado el rey de las quejas que recibia de todas partes, y sin fuerzas para poner por sí mismo el remedio, escribió á su hermano que arrestase á su hijo, y le tuviese consigo hasta que pudiera contarse con alguna enmienda.

El gobernador, muy contento porque tenia tan bello pretesto para deshacerse de su sobrino, en lugar de procurar reformarle, le encerró en un castillo con la horrible resolucion de que allí muriese de hambre. Duró mucho el suplicio de este desventurado por la compasion de una jóven, hija del carcelero, y la de una muger, que era nodriza. La primera le sustentó por algun tiempo con galletas delgadas, que llevaba ocultas debajo del sombrero cuando iba á visitarle; y la segunda por una rendija de la pared, y por medio de una cañita, le suministraba la leche de sus pechos. Ambas fueron descubiertas y castigadas con la muerte; y el desgraciado príncipe, privado de estos auxilios, murió despues de haberse mordido los brazos de rabia y desesperacion.

Supo el rey la muerte de su hijo mayor, y aunque á la verdad le ocultaron sus lamentables circunstancias, no dejó de advertir lo suficiente para no dudar que habia sido por culpa de su hermano; y temiendo que Jacobo, su hijo menor, tuviese la misma suerte, le hizo partir á Francia. Le arrojó una tempestad á las costas de Inglaterra; y aunque por entónces no estaban los ingleses en guerra con la Escocia, se quedaron con el príncipe como prisionero. Herido de esta noticia como con un rayo, cayó desmayado el triste padre en los brazos de los que tenia al rededor, y á este primer accidente se siguió una enfermedad de consuncion, en la cual aborreció todo alimento. El marasmo ó falta de espíritu que le acometió le puso horrible, y le daba la figura de un cadáver aun ántes de morir: espectáculo que movia mucho mas á compasion, porque habia sido el hombre mas hermoso de su reino y uno de los mas honrados; y como rey fué mas que mediano (1424).

Confirmaron los estados al gobernador en la autoridad que gozaba. Se supondrá que no se apresuró á pedir su sobrino á los ingleses, y éstos por otra parte le conservaban con mucho gusto, como prenda de la paz, que necesitaban por estar en guerra abierta con la Francia. Por esta razon no hubo, durante la administracion del gobernador, mas que hostilidades pasageras y de poca importancia entre las dos naciones inglesa y escocesa. Se preció el rey de Inglaterra de dar una buena educacion al jóven prisionero, y así dispuso que á su vista hiciese la primera prueba de sus armas contra la Francia, y le trataba en su corte con mucha distincion.

Muerto el gobernador, que habia reinado quince años en nombre de su sobrino, reconocieron los estados á su hijo Morducio; pero, no hallando en él las calidades de monarca, ni aun la de padre de familias, se disgustaron los señores escoceses por su incapacidad y sus defectos, y se determinaron á pedir su rey. Hallaron á los ingleses dispuestos á entregarle con mucho gusto, porque creian haberle inspirado por medio de la educacion disposiciones favorables á la nacion inglesa, y con el fin de aficionarle con lazos mucho mas fuertes, le dieron por esposa una bella inglesa á quien amaba.

Volvió Jacobo á Escocia con su muger, despues de diez y ocho años de ausencia, y recibieron á los dos esposos coronándolos con las mayores espresiones de la alegría del pueblo, embriagado de contento por verse con un rey legítimo. Poco duró esta grande satisfaccion. En cuanto los ingleses habian hecho por el rey de Escocia, aparentando generosidad, habian tenido presentes siempre sus propios intereses. Habian precisado al monarca á que se obligase á pagar una gran suma de dinero, así por sus alimentos como por el rescate de prisionero; y para cumplir su obligacion tuvo que pedir contribuciones á sus pueblos. Concediéndole los impuestos se exigieron con dureza, de lo cual se siguieron sublevaciones, y los sublevados hallaron grandes que les apoyasen. Prendió Jacobo á los cabezas, corrió su sangre por los cadalsos y aun se le censura por haber añadido á los actos de severa justicia circunstancias bárbaras, como el haber enviado á su propia tia las cabezas ensangrentadas de su marido y de sus hijos. Pretendia por este medio, no solo castigarla de haber avivado en sus parientes el fuego de la rebelion, sino el lograr de que en el primer ímpetu de su furor profiriese aquella muger altiva algunas palabras que diesen nuevas luces sobre la conjuracion; pero se engañó, porque ella se contuvo, y solo dijo con una tranquilidad afectada: «Si eran culpados, el rey ha hecho justicia.»

Es verdad que los escesos de los cabezas de bando, de los conspiradores y de otros pedian tal vez y autorizaban los escesos de rigor. Uno de aquellos hombres feroces, impaciente con las quejas de una viuda á quien habia despojado de sus bienes, ó irritado porque le amenazaba continuamente con que iria á quejarse al rey, la hizo herrar como á un caballo las plantas de los piés, diciendo: «Que lo hacia así para que la hiciesen ménos daño las asperezas del camino.» Sanó esta muger, dió sus quejas al rey, y éste hizo traer al inhumano chistoso; y herrándole del mismo modo, mandó pasearle durante tres dias por las calles de la capital.

Tambien se valió el monarca contra aquellos malvados de un medio que ya su padre habia empleado con buen éxito, y que se reducia á deshacerse de los unos por medio de los otros. Como se reunian por familias, y robaban de concierto, el repartimiento del robo escitaba muchas veces entre ellos quejas que venian á parar en sangrientos odios. Envió Roberto negociadores á los territorios donde estaban, y en lugar de reconciliarlos llevaban el encargo de avivar sus odios con pretestos de pundonor. Fué tanto lo que se enardecieron que tuvieron por precision, indigna de su valor, la de juntarse en el mayor número posible, y acabar sus quejas en un campo cerrado, y en un combate á muerte ó á vida. La pelea se abrió en presencia del rey y de su corte, y hasta trescientos de cada lado dieron el espectáculo de una batalla, que el furor hizo degenerar en una especie de carnicería. Á los derribados y á los heridos no se les hacia gracia algu-

Digitized by Google

na, hasta que no quedaron vivos mas que uno de una parte y dos de la otra. Jacobo, hijo de Roberto, se sirvió de esta astucia de su padre con igual suceso; y aquella matanza jurídica, por decirlo así, trajo por algun tiempo la calma á los territorios que infestaban estos guerreros.

Hizo Roberto lo posible por suavizar las costumbres de sus vasallos, inspirándoles el amor á las ciencias. Procuró persuadir con su ejemplo que este gusto no era compatible con los ejercicios militares, única ocupacion de que por entónces hacian alardo los escoceses. Reformó los pesos, las medidas y la moneda, con lo que dió alguna actividad al comercio. Fué muy útil á la religion la emulacion de los estudios, que hizo reflorecer en el clero y en los monasterios. Como era un rey sóbrio y modesto se opuso al lujo y a los convites escesivamente suntuosos, que por moda se prolongaban hasta gran parte de la noche, con lo que impidió muchos desórdenes, aunque no consiguió reducir á sus vasallos á la moderacion antigua.

Estas reformas, aunque muy prudentes, escitaron murmuraciones; y un pariente suyo, que buscaba por largo tiempo el modo de usurpar el trono, creyó que habia llegado la ocasion, viendo á algunos tan descontentos; y tomó tan bien sus medidas, que á la frente de una tropa de conjurados pudo acometer al rey, que estaba desarmado, en el cuarto de la reina. Se arrojó esta princesa sin temor de los golpes que daban á su esposo, y recibió muchos; pero á pesar de sus esfuerzos traspasaron al rey con veinte y ocho heridas, y muchas de ellas tan mortales, que espiró debajo del puñal de los enemigos.

Los conjurados, que se habian lisonjeado de que todos aborrecian al rey, se pasmaron de ver la indignacion que rompió por todas partes. Se olvidaron de los defectos del monarca sus buenos vasallos, pensando solamente en sus grandes prendas y virtudes. Lloraron verdaderamente á este príncipe miserablemente muerto en la florida edad de cuarenta y cuatro años, y cuando la policía que sus cuidados y trabajos habian establecido en el reino empezaba á prometerle la tranquilidad futura. Los asesinos fueron castigados con el último suplicio; y el del gefe duró por tres dias con aquellas invenciones de crueldad que serian tolerables aunque estremecieran si sirviesen de freno á los delitos (1479).

Jacobo su hijo apenas llegaba á los siete años. Durante su menor edad repartieron la autoridad del gobierno entre dos personajes de las familias mas ilustres: Alejandro, á quien se confió la guerra con el título de virey, y Guillermo canciller, á quien dieron el cuidado de la policía, y además le encargaron la educacion del rey y la guardia de su persona. Sintió la reina que no contasen con ella en estas disposiciones: se introdujo con el canciller de un modo muy atento; pero cuando él ménos lo pensaba le quitó su hijo con anuencia del virey. Avergonzado el anciano ministro de verse engañado por una muger, se le robó despues, y contra la esperanza de los que tenian interés en que los gefes del gobierno estuviesen desunidos, se reconciliaron entre sí, y duró su administracion hasta que el rey pudo tomar el timon en sus manos. La reina madre los dejó dueños de su hijo y del reino, por haberse casado con un señor jóven que fijaba esclusivamente sus atenciones.

Se podrá formar juicio del modo de administrar la justicia por los dos hechos siguientes, uno del tutor y otro del rey. Habia un señor jóven, muy rico y acreditado, cuyos altivos modales daban á entender mucha ambicion, y como regularmente sucede los acompañaban acciones licenciosas, que dieron al ministro pretesto para llamarle á la corte. Fué allá, y se presentó con la seguridad propia de su edad. Le recibió bien el rey, y le admitió á su mesa: pero mientras se deleitaba el imprudente con una acogida tan lisonjera, mandó el canciller arrancarle del lado del monarca, llevarle á la cárcel, y degollarle sin forma de proceso. Como la juventud es inclinada á la compasion, se le escaparon á Jacobo algunas lágrimas sobre la suerte de aquel infeliz; pero el canciller le reprendió ágriamente su piedad, haciéndole presente que tratándose de un hombre que podia llegar á ser peligroso debia la humanidad dar lugar á la política. Demasiado se acordó Jacobo de esta leccion en una circunstancia con poca diferencia semejante. Instaba á un señor poderoso á que desistiese de la alianza que habia formado con otros para sostener algunas prerogativas. Resistia el confederado diciendo: «Que no le permitia el honor romper un tratado confirmado con su juramento.» «¡Con que no quereis! respondió el monarca irritado; pues yo le romperé por mi mismo;» y tan pronto como lo dijo le sepultó su puñal en el pecho, y le hizo caer muerto á sus piés.

Es verdad que fuera de este caso se le da á Jacobo II nobleza en los sentimientos, mucho valor contra los enemigos tenaces, y clemencia con los vencidos. Tal vez las guerras continuas de su reinado, y los duros principios que el canciller le imprimió en la educacion exacerbaron su genio. Murió de un balazo á los veinte y nueve años delante de una plaza que sitiaba. Llegaba al campo su esposa la reina al tiempo que sucedió esta fatalidad; y sin asustarse juntó los gefes del ejército, les presentó su hijo, que no pasaba de siete años, y le hizo proclamar. Si la guarnicion enemiga hubiera sabido la muerte del rey, que la ocultaron, hubiera tal vez continuado en defenderse; pero creyendo que se rendia al difunto, entregó las llaves al monarca niño (1480).

Conservó su madre la tutela hasta que se juntaron los estados, y éstos dieron la regencia á un consejo, compuesto de señores de todos los partidos que se habian declarado despues de la muerte del rey. Dejaron á la reina la educacion del monarca Jacobo, la de sus dos hermanos Alejandro y Juan, y la de sus dos hermanas; pero pasma que reinase la concordia en un consejo compuesto con tanta estravagancia. Á escepcion de algunos alborotos que se reprimieron muy presto, gozó la Escocia de perfecta tranquilidad por seis años. Llegó el rey á los trece, le persuadieron los lisonjeros que ya tenia edad para gobernar por sí mismo, y le empeñaron en hacer muchas cosas, no solo sin noticia, sino tambien á disgusto de los regentes. Le arrancaron de la vigilancia de los tutores, los cuales viéndose con ménos fuerzas se retiraron; pero los reemplazó una faccion dominante, la cual hizo que los estados, compuestos de partidarios suyos, promoviesen á la dignidad de virey al duque de Altona su gefe, con plena potestad, hasta que Jacobo llegase á los veinte y un años.

Los mismos artificios que habian entregado el jóven monarca á una faccion, le pusieron en manos de otra. Se habia apoderado el duque de Altona de Jacobo III por medio de la adulacion, y de una entera condescendencia á cuanto queria; pero cuando se vió dueño del espíritu del príncipe cesó de lisonjearle en sus pasiones y vicios. Persuadió al rey la faccion contraria, que el no ceder en todo á su voluntad era querer esclavizarle, con lo que hicieron odioso al pedagogo; y no solamente retiró el rey su favor del duque de Altona, su cuñado, sino que por divorcio le quitó su muger, de quien tenia dos hijos, Jacobo y Grecina: y la casó con un tal Amilton, de quien tambien tuvo dos hijos, Jacobo y Margarita; y él se casó con una hija del rey de Dinamarca.

Jacobo, corrompido con la adulacion, sufria con repugnancia que le contradijesen, y con mucha ménos paciencia que le censurasen, lo cual le infundia aversion á los grandes señores, que por su nacimiento y su clase se creian algunas veces autorizados para darle consejo; pero él los separó con sus duros modales, y ellos se retiraron muy desabridos por su conducta. Entónces vino á ser la corte como un mercado ó una feria, en que públicamente se vendian los empleos y dignidades, así civiles como eclesiásticas.

Entre las personas peligrosas que el rey acercó á su trono, admitió adivinos y falsas hechiceras, en quienes tenia grande confianza. Éstas le pronosticaron que habia de ser asesinado por sus vasallos; y creyéndolo él se hizo cruel y sospechoso, y dió en acompañarse de gentes de la mas baja esfera, como personas de quienes tenia ménos que temer. Un arquitecto llegó á ser su ministro, y

Digitized by Google

un cantor inglés á ser su favorito preferido, colmado de riquezas, y condecorado con las insignias de las órdenes.

Semejantes elecciones escitaron las murmuraciones mas violentas. Á Juan, hermano del rey, le pusieron en una prision, y le cortaron las venas por haber hablado con demasiada libertad. Alejandro, otro hermano suyo, encerrado en la ciudadela de Edimburgo, tal vez no hubiera evitado igual desgracia si no hubiese hallado modo de huirse; pero en su evasion le hace honor una circunstancia. Su ayuda de cámara, á quien envió delante para examinar la soga con que habia de bajar, halló que era demasiado corta, y se rompió al caer una pierna. Llegando el príncipe abajo, y temiendo que si hallaban allí al criado le castigasen la fidelidad con su amo, le tomó en sus hombros, y le llevó bastante trecho de camino hasta el navío que le recibió.

Ya llegaron tantas violencias á cansar la paciencia de los grandes, y una guerra contra los ingleses proporcionó la ocasion de juntarse en cuerpo de estados. Los indignos cortesanos, que tenian al rey como cautivo, mostraban temer vivamente las resultas de aquella junta, y no sin razon, porque los señores, viéndose con la fuerza, se apoderaron de aquellos favoritos, y los entregaron al pueblo. Éste, irritado con la alteracion de la moneda, lo caro de los víveres, y otras calamidades que le oprimian, hizo pronta justicia de los que creia ser los autores: pues á unos los mató á puñaladas, ahorcó á otros, y á todos los puso en fuga. Los grandes dieron libertad al rey bajo la promesa que hizo de mudar de conducta; pero él no les cumplió la palabra mas que á su hermano Alejandro. Este príncipe, socorrido de los ingleses, entre quienes se habia puesto en salvo, favorecido de muchos señores escoceses, cuya amistad le habian conciliado sus desgracias, se hallaba en proporcion de destronar á su hermano si quisiera; mas no usó de sus fuerzas, y le dejó generosamente la corona. El reconocimiento de Jacobo fué hacerle proceso, y ponerle en precision de huir segunda vez á Inglaterra, de donde pasó á Francia; y allí murió, dejando dos hijos, Alejandro y Juan.

Perdió el rey su muger, que segun la opinion pública contribuia á contenerle en algo; y él, viéndose sin este freno, se abandonó de nuevo á los lisonjeros y adivinos. Éstos, para hacerle odioso á la nobleza, le pronosticaban siempre empresas funestas de los nobles. Volvieron pues á empezar sus terrores, y con ellos sus crueldades, tanto que le hicieron tomar la resolucion de salir de una vez de todos sus miedos con una matanza general. Habia imaginado un pretesto para llamar los principales nobles á la ciudadela de Edimburgo en donde habitaba. Su intencion era hacer asesinarlos á todos, y se la comunicó á uno de ellos que tenia por afecto á su persona; pero éste, desconfiado de un príncipe de tan mal carácter, y temiendo que le comprendiese la matanza, descubrió el secreto á los demas.

Advertidos pues del lazo que estaba armado les fué fácil evitarle; y no contentos con mantenerse en la defensiva, se presentaron en estado de acometer. Para dar mas estimacion á su causa se llevaron al hijo del rey, y se pusieron en campaña bajo de sus banderas. El padre viendo que él no era el mas fuerte, hizo sus proposiciones; pero declararon los grandes francamente que no darian oidos á ninguna mientras el monarca no renunciase la corona y se la dejase á su hijo. No hubo arbitrio: llegaron á las manos, y murió Jacobo en la batalla. Dicen unos que por el hierro de los conjurados, otros que por mano de los asesinos de su mismo partido. No tenia mas que treinta y cinco años, y habia reinado diez y ocho (1488).

En el ejército que le venció quedó declarado por tirano. Los cabezas de la insurreccion tuvieron suficiente crédito para que se decidiese en los estados, congregados por su influencia, que los que habian levantado el estandarte contra él eran beneméritos de la patria: y que por esta accion nunca serian perseguidos. No agradó á toda la nobleza la decision, y de la diversidad de pareceres nacieron desavenencias que inquietaron la juventud de Jacobo IV. Habiendo éste llegado al trono á los quince años de su edad mostró mucha prudencia; y sin aprobar la rebelion contra su padre, parecia que se habia olvidado de que habia culpados en ella. En cuanto á sí mismo jamás se tuvo por inocente enteramente en haber favorecido á los rebeldes, aunque no fuese sino con su nombre: se obligó con una especie de voto á emprender cuando pudiese la peregrinacion á Jerusalen para espiar su culpa; y en prueba de que no la olvidaba llevó á raiz de la carne mientras vivió una cadena de hierro que cada año alargaba con un anillo mas.

La bella presencia de Jacobo IV, que en un príncipe no es ventaja despreciable, inclinaba desde luego los corazones en favor suyo, y su espíritu vivo y alegre los arrastraba. Todo le salia bien, y se llegó á decir que parecia que la fortuna estaba á sus órdenes; bien que la sujetaba con las bellas calidades de accesible, justo, severo con los malos, pero enemigo de los suplicios. Tan seguro de la pureza de las intenciones, que escuchaba sin conmocion las censuras de los que no le querian bien, y las reconvenciones de sus amigos, aunque fuesen amargas. No se le notó de otra cosa que de los modales demasiado populares, y de una familiaridad que hacia agravio á su dignidad.

La única falta de importancia que cometió ha sido bien castigada. Hacia guerra á los ingleses, lo que ya era costumbre entre los dos pueblos; y aunque se hallaba inferior en el número de soldados, creyó que supliria el valor de sus nobles, pues de éstos se componia casi todo su ejército. Viéndose en presencia del enemigo, á pesar de los consejos y súplicas de los gefes mas esperimentados, resolvió dar la batalla. Murió en ella, y pudieron ser causa de su muerte la vergüenza y los remordimientos que le sobrevinieron por su obstinacion. Tuvo el valor que ceder al número de los contrarios, como se lo habian pronosticado; y viendo su ejército en desórden se metió con ímpetu entre los batallones enemigos, y desapareció. Los escoceses, que le amaban, como no hallasen su cuerpo, se obstinaron por largo tiempo en creer que no habia muerto, y en que tal vez habria ido á cumplir su voto de Jerusalen, y volverian á verle algun dia. Cuando murió acababan de empeñarle sus grandes gastos, de mas fausto que utilidad, en impuestos estraordinarios, y tal vez murió muy al caso para conservar su gloria. No tenia mas que cuarenta años, y dejó de su esposa Margarita, hermana de Enrique VII, rey de Inglaterra, dos hijos, el mayor de los cuales no pasaba de de dos años.

En un testamento que hizo ántes de entrar en campaña habia nombrado por regente á la reina mientras no se casase. Con ser esto contra la constitucion del reino, por haber muerto tantos nobles en la última batalla, no hubo quien contradijese á esta última disposicion, y así dejaron á la reina en posesion de la autoridad (1513), mas no habia pasado un año cuando volvió á casarse. Bien quisiera haber conservado la regencia, pero hizo muy pocos esfuerzos; y sin manifestar sentimiento vió pasar la tutela á un tio segundo de sus hijos, al cual nombraron por virey. Éste llamó á la corte á un bastardo de Jacobo IV de mas edad que los hijos legítimos. Este príncipe es conocido por el nombre de conde de Murray, y célebre en los alborotos que agitaron el reino.

No duró mucho la indiferencia de la reina sobre la regencia; porque algunos consejeros interesados la persuadieron que no debia haber dejado la autoridad tan fácilmente, y la exhortaron á volver á tomarla; pero el virey, que lo supo á tiempo, se apoderó del jóven monarca, á quien habian dejado al cuidado de su madre, é hizo que llevasen con toda decencia esta princesa á Inglaterra al lado de su hermano Enrique VII. La regencia, objeto continuo de la envidia, era codiciada de todos los príncipes de la sangre, que eran muchos, y se creian igualmente dignos de ella; de suerte, que se puede considerar la menor edad de Jacobo V como un perpetuo conflicto entre parientes, y una discordia de la familia, en

Digitized by Google

que por fuerza tenian que interesarse los pueblos, aunque el éxito les era indiferente.

Todos estos parientes no se perdonaban unos á otros; y durante la menor edad, y aun cuando la edad proporcionó al rey para revestirse de la autoridad, fué la Escocia como un cadalso en que goteaba la sangre de la principal nobleza. Las puertas de las ciudades, las horcas del campo cargadas de cadáveres y de las cabezas de los proscritos presentaban un espectáculo horroroso. Sucedia que alguno arrancaba suspirando la cabeza de su hermano ó de su amigo del clavo en donde estaba enganchada, y colgaba en él con mucha rabia la de su enemigo, que arrastrado hasta el palo funesto, veia quitar la cabeza del lugar en donde iban á colocar la suya; y así no debe admirar que Jacobo V, criado en medio de tan sangrientas alternativas, contrajese el humor sombrío y melancólico que le atribuyen.

Hasta los veinte y seis años no pensó en casarse, y nó porque hubiese pasado sin muger, pues los que ya en su pubertad le acompañaban no reprimian sus deseos, y aun dicen que se los escitaban con el fin de tenerle con mas seguridad en su dependencia. Muy gustoso se hubiera acomodado Jacobo á esta vida si el bien de su reino no exigiese que le dejase legítimos herederos. Le proponia su tio Enrique VIII una de sus hijas, y pudiera este matrimonio reunir bajo de su mando los dos cetros de Inglaterra y de Escocia, porque amenazaba ruina la posteridad de Enrique VIII á pesar de todos sus matrimonios; mas no prevalecieron estas conveniencias sobre el temor de tener un dueño absoluto en un suegro como su tio Enrique VIII; y así no admitió á su prima, y se casó con Magdalena, hija de Francisco I. Fué en persona á buscarla en Francia; pero, reparando en María, hija del duque de Guisa, y viuda del duque de Longueville, de estraordinaria hermosura, desde luego se la destinó interiormente por esposa en caso que le faltase Magdalena, que era de muy poca salud. Murió con efecto á los dos meses, y se casó el rey de Escocia con María. Era ésta sobrina del famoso cardenal de Lorena, y de una familia que se preciaba de un afecto esclusivo á la verdadera religion católica. Aunque ésta ya habia algun tiempo que recibia en Escocia sus golpes, siempre era la religion dominante; en su seno se habia criado Jacobo; y se mostraba tan afecto á ella, que esto mismo habia sido una de las razones para no admitir el casamiento de Inglaterra, cuyo rey se habia separado de los antiguos principios.

Es muy probable que las exhortaciones del clero escocés contribuyesen á que prefiriese su rey el casamiento con la princesa de Lorena; pero lo sintió mucho Enrique VIII, y declaró la guerra á su sobrino, bien que con otros pretestos. Aceptó Jacobo el desafio, y se presentó con valor en las fronteras al frente de treinta mil hombres. Los ingleses, que no esperaban semejante esfuerzo, hicieron su retirada, y el rey de Escocia se aprestó para perseguirlos; ¿mas cuál fué su admiracion al ver que la nobleza no le quiso obedecer? Estaba ésta muy envidiosa del favor que concedia el monarca á su clero; mejor diré, estaba codiciosa de los bienes de la Iglesia: pues la mayor parte de los nobles habian ya abrazado las opiniones de los sectarios, y miraban las riquezas eclesiásticas como una presa, que contaban por segura mudando de religion, así como habia sucedido en Inglaterra.

Su desercion no solamente impidió que Jacobo se aprovechase de sus primeros sucesos, sino que le causó desgracias; y como era muy sentido, soberbio y tenaz, se apoderó de él la pesadumbre, de modo que la melancolía le causó una calentura, que daba pocas esperanzas de su vida. Mientras estaba luchando con la muerte le dijeron que su muger acababa de parir, y él preguntó con grande ansia si habia parido niño ó niña. Le respondieron que una niña, á lo que replicó con gran tristeza: «¡Con que una niña!» y dejándose caer en la cama, añadió: «La corona vino por una muger, y por una muger se retirará: muchas calamidades amenazan á este pobre reino: Enrique se la apropiará ó por armas ó por casamiento.»

Sobrevivió pocos dias á esta prediccion, y murió á los veinte y nueve años de edad, sin haber conocido del cetro mas que los trabajos; porque no disfrutó su esplendor ni su placer, si hay alguno. Desde su juventud anduvo errante, ó viviendo en fortalezas cerradas de murallas como cárceles, ó en palacios despojados tal vez de lo necesario por los robos de las diferentes facciones. Habian llegado á tomar los hombres, con el furor de las guerras civiles, cierto aire de atrocidad; y parecia que cuantos se acercaban al príncipe llegaban para pedirle venganzas. En su corte aquellos nobles altivos, divididos en facciones, se amenazaban en su presencia con los ojos y por su continente amenazador hacian temer funestos rompimientos. Estos eran los cortesanos que habian rodeado la cuna de la desgraciada María Stuart (1542).

Apenas pudo pasarse ésta sin los cuidados maternos mas precisos: la reina María, su madre, la envió á Francia para que allí se criase en la corte de Enrique II con Francisco, su hijo primogénito, destinado para ser su esposo. Por lo que ya hemos dicho de la menor edad de los reyes anteriores, se puede formar juicio de los alborotos que agitaron la de María Stuart. Disputaron entre sí los concurrentes la regencia como un privilegio de la sangre, ó un mayorazgo de familia: legítimos y bastardos todos la pretendian igualmente. La reina ya se valia de unos ya de otros, hasta que, cansada de ser el juguete y el pretesto de las diferentes facciones, abandonó el timon á quien quisiese tomarle por su cuenta. Á las tempestades movidas por la ambicion y la envidia se añadian las borrascas que escitaba la diferencia en punto de religion. Luchaba el catolicismo con la heregía; pero con desventaja conocida; y agitado el navío del estado con tantas tempestades, continuamente se veia en vísperas de hacerse pedazos.

Ésta era la situacion del reino cuando María Stuart, muerto Francisco II, su esposo, que la dejó viuda en la edad de diez y ocho años, fué á tomar el gobierno. Dejó la Francia con dolorosos presentimientos, presagios de sus desgracias. Iba esta jóven princesa adornada ya con dos coronas, y con justas pretensiones á otra tercera; pero Isabela, que tenia esta última, habia visto con despecho que su prima tomase, muerto Enrique VIII, el título de reina de Inglaterra. Jamás la perdonó esta ostentacion de sus derechos, ántes bien se propuso no dejar piedra por mover para que no la valiesen; y las disensiones que en punto de religion tenian dividida la Escocia, sirvieron oportunamente á su venganza, porque ganó el afecto de los protestantes, y les hizo sospechosa su reina. Como ésta habia nacido de la sangre de los Guisas, y sobrina del cardenal de Lorena, azote de los hereges, no fué difícil hacerla objeto asustadizo de los anti-católicos.

Los nuevos supuestos evangelistas, como sucede regularmente en el fervor de lo que llaman reforma, tomaban con afectacion una sombría austeridad á que no podia acomodarse una reina jóven, que era naturalmente alegre, y se habia criado en una corte idólatra de las diversiones. Reia la reina, y de cuando en cuando se indignaba de ver la severa afectacion en los modales: pero esta gravedad gustaba al pueblo, al mismo tiempo que el genio despejado de la reina, y su inocente ligereza, presentada á las luces nada favorables, eran para los hereges un escándalo, y de aquí nació la aversion declarada entre la soberana y sus vasallos. Para que cesaran las injustas murmuraciones pretestadas con el celibato de una princesa de aquella edad y carácter, la empeñó su consejo en que se casase, y contrajo matrimonio con su primo Darnley. Isabela, que se habia arrogado el derecho de mezclarse en todos los asuntos de Escocia, mostró descontento por aquel matrimonio; y por la poca justicia de sus quejas, se puede creer que no llevaba otra intencion que la de tener pretesto de enemistarse con su prima. No la podia perdonar que tuviese en Inglaterra un partido poderoso que procuraba hacerla declarar here-

Digitized by Google

dera presuntiva de la corona; y lo hubiera conseguido á pesar de las intrigas y mala voluntad de Isabela, si Maria Stuart no se hubiera desacreditado con sus partidarios por los injustos zelos de Darnley. Éste, siendo asi que era tan del gusto de la reina que repartia con él la autoridad, y le hizo dar el titulo de rey, llegó á figurarse que la reina no le estimaba ya tanto; y empezó á sospechar de un músico italiano llamado David Rizzio, de figura tan desagradable, que no podia dar motivo para hacerle objeto de una pasion delincuente. Sin embargo, el despecho del rey halló entre los grandes señores cómplices de la venganza que meditaba contra su esposa.

Estaba Maria en cinta de seis meses; y sin reparar en su estado entraron los conjurados como furiosos en la sala donde estaba Rizzio con otros muchos convidados, comiendo con la reina; y el rey, que manifestaba ir á la frente de los conjurados, asió á la reina, y la detuvo mientras los otros sepultaban sus puñales en el cuerpo de aquel infeliz. Una accion tan atroz pareció muy mal al público, á pesar de las preocupaciones de que le habian imbuido contra la reina; y su esposo no halló otro medio que procurar reconciliarse con ella; y echando la culpa á los cómplices se los entregó á su discrecion. Ella los castigó; y, á lo que se veia, la buena inteligencia volvió á restablecerse entre los dos esposos.

Parecia que un príncipe que la reina dió á luz debiera asegurar esta union; pero dicen que cuando se creia que estaban mas unidos, y cuando la reina daba personalmente sus cuidados á su marido enfermo, cuando le habia hecho trasladar á una casa aislada para que estuviese distante del ruido de la corte, toda la ciudad de Edimburgo se asustó á la media noche con un espantoso rumor. Se supo que habian volado la casa que habitaba el rey, y hallaron su cuerpo en un campo inmediato, pero sin contusion ni señal alguna de muerte violenta. Todos culparon al conde de Botbel, señor escocés; porque merecia grande confianza de la reina, no obstante que siendo un hombre casado, de mucha mas edad que ella, no es facil decidir que género de inclinacion podia tenerle; mas al fin llegó á casarse con él muerta su esposa, y este matrimonio hizo levantar el grito de la indignacion en todo el reino; por lo que se coligaron muchos señores para lavar en la sangre de Botbel la vergüenza de su soberana; pero él se huyó á Dinamarca en donde vivió diez años, y murió entre accesos de frenesí. Cayó la reina en manos de los confederados: éstos la pusieron en medio de su ejército, llevando delante de ella un estandarte en que estaba pintado su esposo, segun le habian hallado en el jardin, y si queria apartar los ojos la obligaban á que le mirase. Despues de esta marcha tan insultante la encerraron en una fortaleza, y la precisaron á renunciar la corona, resignándola en su hijo, que no tenia mas que dos años.

Al firmar este acto mojó el papel con sus lágrimas, lo que no era buen indicio de estar dispuesta para la ejecucion; y asi no se detuvo en retractarlo cuando la fué posible. Como las circunstancias cambian las inclinaciones, halló la reina partidarios entre los mismos que habian sido sus mayores contrarios, y con su auxilio levantó un ejército. Habian nombrado por regente á su bastardo tio el conde de Murray, de quien no se duda que viendo entre él y el trono solamente un niño de tres años y una muger desacreditada, aspiró á la corona. Acometió á las tropas de su sobrina, las derrotó, y esta derrota fué tan completa que la infeliz Maria, en la precision de entregarse á su tio ó ponerse en manos de Isabel, prefirió el asilo de Inglaterra.

Esta resolucion puso el colmo á su imprudencia, si es verdad que en los felices dias de su reinado en Escocia habia escrito á Isabel aquella carta irónica que refieren algunos autores, en contestacion á los consejos que su prima se habia adelantado á darla, y en que Maria la hablo de sus libertades en la vida privada, de su afectacion de virtud, y aun de las imperfecciones corporales, que son cosas en que nunca las mugeres perdonan. Á esto se añade que la reina Maria poseia en verdaderas gracias lo que Isabel no tenia mas que en deseos, que los derechos de Maria á la corona de Inglaterra eran claros por su nacimiento, y los de Isabel podian disputarse por su bastardía ¡Oh qué motivos éstos de odio y de envidia! ellos esplican el motivo de la conducta de la inglesa para con su prima.

No la permitió á Isabel su política manifestar desde luego la mala voluntad contra Maria, y asi mandó que se la recibiese en sus estados con todas las atenciones debidas á su clase; pero, pidiendo la refugiada permiso á su protectora para ir á visitarla, repugnó la delicadeza de la inglesa conceder á su parienta este favor ántes de que se justificase de la muerte de su marido. No salió bien la reina de Escocia de las conferencias que se determinaron para aclarar este hecho. Sus abogados, en lugar de responder directamente á las acusaciones como debian, viéndose estrechados eludieron diciendo, que siendo reina independiente no podia reconocer tribunal alguno: pero esta evasion sirvió á Isabel de pretesto para encerrar á su prima. Esta prision ilegal chocó á la soberbia escocesa, y aun los mismos ingleses se irritaron de ver tratar asi á la que debiera ocupar su trono, ó por lo ménos era su heredera presuntiva. Se formaron pues confederaciones para libertarla, y la prisionera se prestó á algunas de ellas; pero de otras no tuvo mas que un simple conocimiento, y aun de éste hubiera carecido á no ser por lo que oia al tiempo de acusarla. Cada averiguacion la servia á Isabel de nuevo pretesto para estrechar las prisiones de su prima: la trasladaba de una cárcel á otra, entre tanto que derramaba en los cadalsos la sangre de los cómplices verdaderos ó supuestos, con el fin de que el castigo del delito asegurase á la vista del pueblo su realidad y la complicidad de su parienta.

Por algun tiempo solia escribir Maria Stuart á su prima las cartas mas patéticas solicitando su piedad; pero, viendo que correspondia á sus súplicas con repuestas pedantescas y altivas, se dejó de ruegos, y se resignó á su suerte. Tambien se cansó Isabel de dar á las dos naciones el espectáculo de una reina acusada, no convencida, y detenida no obstante en sus prisiones, no tanto por el mal que hacia cuanto por el que podia hacer. Ya por último, al cabo de diez y nueve años de prision, se presentó una conjuracion, en la cual se reunieron toda especie de agravios; tentativas para sublevar el reino de Inglaterra; seduccion de muchos grandes señores; inteligencia con los principes estranjeros, sobre todo, con el rey de España y el pontífice, enemigos declarados de Isabel, y el haber atentado á la vida de esta princesa.

Para apoyar esta acusacion se produjeron muchas cartas y algunos testimonios. En cuanto á la conspiracion contra la tranquilidad del reino, respondió friamente Maria Stuart, que no habia podido impedir en los que la tenian buena voluntad que diesen pruebas de ella, procurando sacarla de cautiverio, y que el derecho natural la autorizaba para buscar los medios posibles de recobrar su libertad. En cuanto al proyecto contra la vida de Isabel le negó formalmente, y sostuvo que las cartas que presentaban sobre este punto eran falsas y no suyas; que los testimonios que producian eran supuestos, ó los habian arrancado de los testigos por medio del tormento; y asi pidió que se los presentasen, creyendo que no tendrian cara para sostener en su presencia sus deposiciones.

Se la respondió que en los delitos de alta traicion no permitia la ley conceder aquella peticion; y teniéndola por convencida, la condenaron á perder la cabeza: sentencia que firmó Isabel llorando. Sufrió la muerte Maria Stuart con valor. Dijo, y es muy creible que asi lo pensase, que para ella era un beneficio que la libraba de todas sus miserias. En los cuarenta y cinco años que vivió, á escepcion del tiempo de su infancia, y el que pasó en la corte de Paris, la mitad de su vida, y mas, fué muy infeliz. Ninguna princesa la escedió en gracias ni en delicadeza: y por un delito que no habia cometido fué castigada en el año de 1587.

Contamos el principio del reinado de Jacobo VI desde el momento en que su madre renunció, y le resignó la corona cuando no tenia mas que dos años. Le nombraron regentes los estados, y le dieron por tutor al conde de Murray, tio bastardo de su madre, el que en las diferentes catástrofes de su sobrina afectó contra ella el rigor de un censor severo; pero mostró mucha atencion para con su sobrino. Sus pasos oblicuos, y sobre todo su connivencia en dejar á María Stuart en la prision, cuando con un poco de fortaleza pudiera haberla librado, nos dan motivo para creer que no le disgustaba tener distante aquel estorbo, sabiendo que cuando quisiese podria retirar el que le hacia un niño; pero en medio de sus proyectos, si los formó, asesinaron á Murray por una queja particular. Salió Jacobo de sus manos, y pasó su menor edad en las de otros muchos, que se disputaron y alternativamente se quitaron la regencia.

Cuando llegó á la edad competente no fué mayor su independencia; porque las pretensiones de las familias, las del clero puritano, las intrigas de Isabel, y la autoridad que se habia tomado en todo género de administraciones, le mantenian en una perpetua servidumbre, de suerte que apenas se atrevió á quejarse del asesinato jurídico de su madre. Le respondió la reina de Inglaterra con una carta altiva y pedantesca, que contenia ménos escusas que consejos de portarse mejor con ella. El temor de ofender á una princesa despótica, que tenia su fortuna en sus manos, y podia darle la corona de Inglaterra ó quitarsela, le hizo sufrir esta afrenta con la mayor paciencia; porque despues de algunas murmuraciones que suscitó en los escoceses la primera noticia de la injusta muerte, los halló el rey con poca disposicion para favorecer los esfuerzos de su resentimiento.

Tuvo pues que rendirse á las arbitrariedades de Isabel, por cuya muerte vino á ser soberano, tanto en Escocia como en Inglaterra. Consiguió Jacobo esta corona sin dificultad como nieto de Margarita, hija mayor de Enrique VII. Se verificó este suceso en 1603, y puso bajo su cetro los dos reinos, que despues de este príncipe no hacen mas que uno. En esta reunion logró la Escocia dos ventajas, cuales son verse libre de las guerras perpetuas con Inglaterra, y de las civiles que los señores, tan poderosos que no podia el rey contenerlos, no cesaban de escitar en su propio seno con gran detrimento de los pueblos. La suerte de los príncipes de la casa de Stuart es un fenómeno tan singular en la historia, que no será fuera del caso reunir como en un cuadro las principales circunstancias, valiéndonos del pincel de un autor hábil en este particular.

El primer rey de los de Escocia, que tuvieron el nombre de Jacobo de la casa de Stuart, estuvo diez y ocho años prisionero en Inglaterra, y murió asesinado por sus vasallos. Jacobo II pereció en una batalla contra los ingleses á los veinte y nueve años de su edad. Á Jacobo III, á quien su pueblo puso en la cárcel, le mataron los revoltosos en una batalla. Jacobo IV desapareció en un combate en que sus tropas fueron derrotadas. Á María Stuart, su nieta, la degollaron en Inglaterra despues de haber estado consumiéndose diez y ocho años en una cárcel. Cárlos I, nieto de María, pereció en un cadalso, vendido por los escoceses, y sentenciado por los ingleses. Su hijo Jacobo, segundo rey de Inglaterra, y séptimo de Escocia, fué arrojado de sus reinos, y para colmo de su desgracia hasta el nacimiento le disputaron. No intentó este hijo volver al trono de sus padres sino para que los verdugos quitasen á sus amigos la vida, y así hemos visto que Cárlos Eduardo, en quien resucitó el valor de Juan Sobieski, su abuelo materno, ejecutó las hazañas y padeció las desgracias mas increibles. Una continua série de infortunios persiguió á la casa de Stuart por mas de cuatrocientos años.

IRLANDA.

La isla de Irlanda, á escepcion de sus irregularidades, presenta la figura de un huevo; pero sus mismas irregularidades proporcionan una multitud de escelentes puertos. Es tan grande como la mitad de Inglaterra. El terreno es muy fertil, y abunda en toda especie de producciones. Su principal riqueza son los pastos, aunque no faltan minerales, pues el hierro y el plomo se hallan fácilmente. Hay en ella grandes lagos, bellos rios, fuentes termales y petrificantes. Sus montañas poco elevadas tienen bastante leña. Hay lobos, pero no animales venenosos, y aun se dice que mueren allí de repente si los llevan.

Los irlandeses son corpulentos y robustos. Los anticuarios los hacen descendientes de los españoles, que abordaron á esta isla mil años ántes que Jesucristo, bajo un gefe llamado Milesio, por lo cual les dieron el nombre de *Milesianos*; pero ellos confiesan que ya habia allí otros habitantes muy idólatras, que, además del sol, la luna y otros astros adoraban los utensilios del menage y de la labor, en memoria sin duda de los que los inventaron. Sucedió á este culto la religion de los Druidas, y la llevaron sin duda los gaulas, transplantados á Irlanda. Tuvieron, como los escoceses, sus *Bardos*, cuyas poesías se cantaban. Celebraban los matrimonios en público y con ceremonias propias para inspirar respeto á esta union. Honraban mucho la música, y se disputaban el premio de ella en las fiestas públicas. Allí conseguia coronas la superioridad de los ejercicios militares; y suponen tener anales setecientos años ántes de Jesucristo, y que la nacion para disponerlos mantenia hombres recomendables por sus virtudes, y sustentados por el público, cuyas obras se sujetaban al examen de la junta general; y así nos presentan sus escritores ántes de nuestra era comun una serie de setenta y seis reyes, que nos citan con sus nombres y apellidos, cuyas genealogías esplican; pero muy confusas para que hallemos en ellas algunos hechos que merezcan lugar en la historia.

Por los años de setenta, cuando la tribu milesiana dominaba todavía, se suscitó una guerra civil entre los nobles y los plebeyos, diciendo los primeros que descendian de los gefes y soldados españoles que habian hecho la conquista. Tenian estos nobles, bajo un yugo de hierro, como á vasallos y esclavos al resto de la nacion, que se componia de artesanos y de obreros, descendientes de los primeros habitantes, ó de otras castas trabajadoras que se habian establecido sucesivamente en Irlanda. Como el número de éstas era mucho mayor, venció á los milesianos, y espelió al rey con sus nobles; pero nunca pudo convenir sobre el gobierno que elegiria. Pasados muchos años de alborotos volvieron los plebeyos á llamar á los descendientes de los nobles, y colocaron en el trono al heredero de su rey.

En un testamento del rey del siglo II se ve una enumeracion de legados, que manifiesta las artes de utilidad y de lujo que por entónces se cultivaban en Irlanda; porque deja á sus hijos, entre quienes dividia su reino, navios de carga, escudos en sus cajas guarnecidas con bordadura de oro y de plata, espadas con el puño de oro y de esquisito trabajo, carros con sus arcos, copas de oro, toneles de madera de tejo, cincuenta caballos píos con sus bridas y bocados de bronce, mesas de preciosa madera para jugar á las damas, al ajedrez y al chaque: todo esto cincelado, franjeado y dorado: cincuenta bolas de bronce con los tacos de la misma materia: y mesas para jugar, que todo seria para atletas, pues parece ser una especie de villar para lo que servian estos pesados instrumentos: sobretodos de diferentes estofas y de diferentes colores principalmente azafranados: banderas militares muy doradas: calderas de cobre: muchos caballos de regalo, todos enjaezados, y cien vacas con manchas blancas y sus terneras, uncidas de dos en dos, con su yugo de bronce. Se omiten los utensilios de menage y de agricultura, riquezas verdaderas, pero comunes á todos los tiempos y paises.

Digitized by Google

Si los reyes de Irlanda no hubieran repartido entre sus hijos mas que sus tesoros, su monarquía habria formado una unidad respetable; pero separaron sus provincias para hacer mayorazgos á sus hijos; bien que establecieron tal vez alguna subordinacion entre aquellos príncipes, y alguna dependencia respecto del mayor, ó del que poseia la parte principal; y aun parece que por largo tiempo se gobernó la Irlanda como la Alemania, siendo emperador el monarca que vivia en la capital, y como electores los otros. Habia sus juntas generales en que se trataban los asuntos comunes. Pretender seguir las series de estos príncipes seria lo mismo que emprender desembrollar el caos, y el referir las guerras que tuvieron entre sí esponerse á repeticiones continuas; pues por la mayor parte no fueron mas que irrupciones y robos. Los otros hechos de sus reinados no ofrecen objetos que sean muy importantes.

Entró el cristianismo en Irlanda desde el principio del II siglo, y nos le presentan tan floreciente, que salió gran número de santos, que se esparcieron en Inglaterra y aun en Francia. En pocos reinos hubo mas monasterios ni mas bien poblados; pero la multitud mas numerosa de monges se verificó á mediados del siglo V, y desde el tiempo de la predicacion del célebre san Patricio, Apóstol de los irlandeses. Se puede formar juicio del religioso zelo del pueblo por lo que sucedió á Ongo, uno de sus reyes. Estaba el obispo bautizándole; y durante la exhortacion se apoyó en su báculo pastoral que tenia una punta de hierro, é hirió con ella al rey en el pié. Permaneció inmoble el nuevo convertido, sin dar seña alguna de dolor; y cuando el obispo advirtió su mismo descuido, le dijo admirado: «¿Porqué no os quejasteis?» Respondió el rey: «Porque yo creia que eso era parte de la ceremonia.»

Á mediados del siglo IX hicieron los dinamarqueses en Irlanda una irrupcion, y se apoderaron de una parte del país. Turgesio su gefe puso para asegurar su conquista en cada provincia un rey, en cada territorio un capitan, en cada monasterio un abad, en cada lugar un sargento, en cada una de las principales casas un soldado, todos dinamarqueses. Malaquias que era uno de los príncipes de los territorios subyugados, tuvo que sujetarse como los otros á tan vergonzosa servidumbre, contando por fortuna que el extranjero le dejase gozar de su castillo, y que le honrase algunas veces con su presencia. En una de estas visitas pusó Turgesio los ojos en Melca, hija de Malaquias: se enamoró de ella, y comunicó claramente á su padre el deseo de lograrla por una de sus concubinas. El irlandés, que tal vez no la hubiera negado para un matrimonio legítimo, se horrorizó de oir la proposicion: disimuló por entónces, y pidió solamente al tirano que permitiese á su hija llevar consigo quince doncellas de su nacion que la acompañasen. No podia ménos de convenir esta disposicion á Turgesio, como que tenia quince capitanes á quien poder repartirlas. Concedida la condicion disfrazó Malaquias de doncellas á quince jóvenes sin pelo de barba, y los armó con puñales. Viéndose éstos introducidos entre los dinamarqueses, cada uno degolló el suyo; y uniéndose á Melca la libraron de los amorosos esfuerzos del infante Turgesio, y prendiéndole le pasearon con ignominia por los principales pueblos de su tiranía, y le arrojaron á un lago. Quitaron por todas partes la vida á los dinamarqueses; y Malaquias, cuya prudencia habia efectuado aquella revolucion, subió á sentarse en el trono, en el cual se sostuvo su familia hasta otro Malaquias á principio del siglo XI.

Mantenian los dinamarqueses siempre la guerra enviando reclutas á Irlanda, y este Malaquias II, por no tener talentos militares, les pareció á los irlandeses impropio para gobernarlos en un tiempo en que era preciso estar siempre con las armas en la mano contra los extranjeros. Le dijeron pues que se contentase con el pequeño reino paterno, sin pretender conservar la principal corona, que le daba una especie de derecho sobre los otros reyes. Consintió en lo que tal vez inutilmente hubiera resistido, y le nombraron pacificamente por sucesor á un tal Brieno. Celebró el nuevo rey una junta general para sancionar las sabias leyes que publicó; restableció las escuelas públicas antiguas, fundó otras nuevas, levantó fortalezas, construyó puentes y calzadas, se aplicó á hacer floreciente el comercio; y para quitar de las familias la confusion que causaba la identidad de los nombres, ordenó que los padres, hijos y parientes se distinguiesen con sobrenombres.

Entre tanto que empleaba sus cuidados en tan útiles instituciones formó contra él la imprudencia de un hijo suyo una coligacion de otros muchos reyes. Habia insultado este jóven á uno de ellos en el mismo palacio de su padre; y tal vez Brieno no tuvo valor para dar satisfaccion de la injuria. Tomaron los otros monarcas por su cuenta el desagravio del ofendido, y llegaron á las armas. Malaquias, el destronado, levantó tropas como los otros: avanzó hasta el campo de batalla, y se estuvo muy tranquilo durante la accion sin inclinarse á ninguno de los dos partidos; pero su neutralidad no fué indiferente, sino muy útil para los confederados, que ganaron la victoria. Poco sobrevivió Brieno á la vergüenza de su derrota; y los reyes irlandeses, reconciliándose con Malaquias por su inaccion, volvieron á colocarle en el trono principal, de donde le habian hecho descender. Conservó aquella corona con la reputacion de buen príncipe, hasta que murió en 1022; y despues de él no hubo en Irlanda monarca dominante sobre los otros, bien que los que han tenido la diadema en algunos territorios son conocidos por una palabra irlandesa, que significa *rey con oposicion*.

Esta costumbre no ha sido tan general que no se reconozca que á fines del siglo XII todavía hubo un rey dominante que se llamaba Roderik-O-Conor. Durante su reinado Derforguilla, hija del rey de Midia, dió por respeto á su padre la mano á Roinrko, rey de Befny; pero reservó su corazon para Dermod, hijo del rey de Lagenia. Llegando su amante á ser tambien rey, por muerte de su padre, se aprovechó ella de la ausencia de su marido, y dispuso que Dermod la arrebatase y la llevase á Lagenia. Roinrko se dirigió á Roderik para que le ayudase en la venganza de esta afrenta: éste juntó los otros reyes, y unidos todos dieron sobre el robador. Á Derforguilla la confinaron á un monasterio; y Dermod, privado de su reino, buscó asilo entre los ingleses. Hacia mucho tiempo que estos ambiciosos vecinos meditaban la conquista de la Irlanda, en la que ya tenian establecimientos. Ofreció Dermod á Enrique II, que entónces reinaba, homenage de sus estados, si le ayudaba á recobrarlos; y aceptando el inglés la proposicion envió tropas á Irlanda; pero desde que entró en ella manifestó que no se contentaria con el vasallage de un príncipe. Hizo proclamar dos bulas del papa, en que le encargaba la reforma de las costumbres de los irlandeses, y que sostuviese la religion cristiana, siendo así que estaba entre ellos mas floreciente que en Inglaterra, por lo que estas bulas se consiguieron para tener pretesto y medio de invadir la isla, y á Enrique le sirvieron mucho.

Se reunieron contra Dermod y contra él los régulos irlandeses bajo el mando de Roderik; pero Enrique los dividió con astutas proposiciones. Los que se sujetaban al homenage, tratados favorablemente, veian que sus estados gozaban de tranquilidad, al mismo tiempo que eran arruinados á fuego y sangre los de sus vecinos. Viéndolos ya cansados el rey de Inglaterra, les ofreció la salvaguardia de su proteccion, la cual compraban jurando homenage. Por algun tiempo se halló Roderik solo para sostener la independencia de la corona; pero al fin cedió como los otros, y con su sumision se hizo Enrique soberano señor de la Irlanda en 1172. No obstante trás largo tiempo, y al paso que se iban estinguiendo las familias reales, llegaron los ingleses á lograr la autoridad sin límites, mas no sin reclamaciones. Se sirvieron aquellos monarcas de todos los medios posibles para sujetar al yugo estas activas é impacientes cabezas; y á falta de reyes les dieron príncipes, duques, grandes

justicias, y por último un virey y un parlamento, como le tienen en el dia. Hasta de la persecucion y anarquia se valieron, y el sistema de algunos ministros ingleses fué no hacer justicia al ofendido, y salvar al culpado. Reprendiendo el rey á uno de ellos, que no habia castigado un asesinato execrable, le respondió: « Dejad que se degüellen los rebeldes: mientras ellos pelean entre si no os harán la guerra, eso mas gana vuestro tesoro. »

Si se hubiera de medir la sangre que derramó Isabel, la que corrió bajo la cuchilla de Cromwel, los arroyos que han derramado los católicos en defensa de su religion, y los partidarios de la casa de Stuart, siempre prontos á tomar las armas en favor de esta desgraciada familia, todos se pasmarian de ver que haya quedado sangre en las venas, y que no se haya acabado de raiz la nacion irlandesa, á pesar de los intereses civiles y comerciales que son comunes á los dos pueblos, entre los cuales ha quedado un odio nacional, que se esplica en las espresiones, y muchas veces hasta en el modo de mirarse. Este odio se acrecentó con la medida tomada á fines del siglo XVIII de disolver el parlamento irlandés, y obligar á las irlandeses á enviar sus diputados á Londres. Sin embargo la emancipacion de los católicos de Irlanda, proclamada en 23 de abril de 1829, y debida en gran parte á la elocuencia del famoso orador irlandés Daniel O-Connell, parecia destinada á volver la confianza á aquellos isleños. No ha sido asi, y solo á la fuerza obedecieron á los ingleses, esperando que llegue la hora de la venganza.

ESPAÑA.

La Situacion astronómica de España es como sigue. Latitud, entre 36°. y 44°. Longitud entre el 4°. oriental y el 12 occidental, si se adopta por primer meridiano el de Paris; pero, adoptando el de Madrid, será la longitud entre los 5° 31' 4" O. y los 7° 2' 46" E.

Sus Confines son. Al norte, el océano atlántico y los Pirineos que la separan de la Francia y de la pequeña república de Andorra. Al este el Mediterráneo. Al sur, el Mediterráneo, el Estrecho de Gibraltar, y el océano atlántico. Al oeste el Portugal y el océano atlántico.

Entre los muchos rios que riegan la España merecen especial mencion los siguientes, de los cuales desembocan unos en el Atlántico y otros en el Mediterráneo: El Atlantico recibe: El *Bidasoa*, que nace en los Pirineos, separa la Francia de la España, y baña Fuenterrabia. El *Nalon*, de curso muy limitado, pero que no deja de ser el rio principal de Asturias, y en cuyos vertientes está situada Oviedo. El *Miño*, que nace en la Sierra de Mondoñedo, atraviesa la mayor parte de Galicia, baña Lugo, Orense, Tuy, separa la España de Portugal, y desagua en el océano. El *Duero*, que nace en la sierra de Urbion, baña Soria, Aranda, Toro, Zamora, y entra en Portugal para desembocar en el océano: sus principales tributarios á la derecha son, el *Pisuerga* que pasa por Valladolid y recibe el *Arlanzon* que baña Burgos, el *Elsa* que pasa por Leon, y el *Tormes* que baña Salamanca. El *Tajo*, rio el mas caudaloso de la peninsula, nace en las montañas de Albarracin, baña Aranjuez, Toledo, Talavera de la Reina, Alcántara, atraviesa el Portugal, y entra en el océano: su principal tributario á la derecha es el *Jarama*, aumentado por el *Henares* que baña Guadalajara y Alcalá de Henares, y el *Manzanares* que pasa por Madrid. El *Guadiana*, que baña Calatrava, Badajoz, Olivenza y Aymonte. El *Guadalquivir*, enriquecido con los vertientes de las sierras que son confines de *Granada*, Murcia, y Jaen, baña Andujar, Córdoba, Sevilla y San Lucar de Barrameda, y recibe á la izquierda el *Jenil* que pasa por Granada y Écija.—El *Mediterráneo* recibe: El *Segura* que nace en la sierra Sagra, y baña Murcia y Orihuela. El *Jucar*, que nace en los vertientes occidentales de las montañas de Albarracin, y baña Teruel y Valencia. El *Ebro*, nace en el valle de Reinosa, y baña Miranda, Logroño, Tudela, Zaragoza y Tortosa; es el mas caudaloso de los rios de la Peninsula que desembocan en el Mediterráneo: son tributarios suyos, á la derecha, el *Jalon* que tiene por afluente al *Jiloca* y pasa por Calatayud, y á la izquierda el *Aragon* aumentado con la corriente del *Arga* que pasa por Pamplona, y el *Segre* que pasa por Puycerdá, Urgel y Lérida. El *Llobregat* y el Ter son unos rios pequeños de Cataluña, que merecen mencion porque el primero desemboca no muy lejos de Barcelona, porque el segundo pasa por Gerona, y porque entrambos dan vida y movimiento á muchas fábricas.

La Division eclesiástica de España ofrece: Arzobispados: 8, á saber, en Toledo, Sevilla, Granada, Valencia Zaragoza, Burgos, Santiago y Tarragona. Obispados: 54, á saber, en Barcelona, Cadiz, Cartagena, Córdoba, Málaga, Almeria, Avila, Badajoz, Cuenca, Gerona, Huesca, Jaen, Leon, id. de Santiago, Lugo, Mallorca, Oviedo, Orense, Pamplona, Palencia, Salamanca, Santander, Segovia, Tenerife, Teruel, Valladolid, Zamora, Astorga, Calahorra y la Calzada, Canarias, Coria, Guadix, Mondoñedo, Lérida, Orihuela, Osma, Plasencia, Sigüenza, Segorbe, Tarazona, Tuy, Albarracin, Barbastro, Ciudad Rodrigo, Ceuta, Ibiza, Jaca, Menorca, Solsona, Tudela, Vich, Urgel, y Uclés.

Forma la España con sus islas adyacentes catorce distritos militares: 1°. *Castilla la Nueva*, que comprende las provincias de Madrid, Guadalajara, Toledo, Ciudad Real y Cuenca. 2°. *Cataluña*: comprende las provincias de Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida. 3°. *Andalucía*, provincias de Sevilla, Cádiz, Huelva y Córdoba. 4°. *Valencia y Murcia*, provincias de Valencia, Albacete, Alicante, Castellon y Murcia. 5°. *Galicia*, provincias de Coruña, Orense, Lugo, y Pontevedra. 6°. *Aragon*, provincias de Zaragoza, Huesca y Teruel. 7°. *Granada*, provincias de Granada, Málaga, Jaen y Almeria. 8°. *Castilla la Vieja* provincias de Segovia, Logroño, Soria, Burgos, Santander, Oviedo, Salamanca, Ávila, Palencia, Valladolid, Leon y Zamora. 9°. *Extremadura*, provincias de Badajoz y Cáceres. 10°. *Navarra*, provincia de Navarra. 11°. *Burgos*, provincias de Burgos y Santander. 12°. *Provincias Vascongadas*, provincias de Vizcaya, Alava Guipúzcoa. 13°. *Islas Baleares*, provincia de las Islas Baleares. 14°. *Islas Canarias*. La capital ó residencia del Capitan General de cada distrito, es para cada uno de los distritos respectivamente: Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia, Coruña, Zaragoza, Granada, Valladolid, Badajoz, Pamplona, Burgos, Alava, Palma, y Santa Cruz de Tenerife. Á estos distritos se ha añadido recientemente el de los presidios africanos.

Desde 1833 está dividida la España en las 49 provincias siguientes, que tienen por capitales las que sus nombres indican, escepto seis que indicaremos entre paréntesis. Alava (cap. Vitoria). Albacete. Almeria. Ávila. Badajoz. Barcelona. Islas Baleares (cap. Palma.) Burgos. Cáceres Cadiz. Islas Canarias (cap. Santa Cruz de Tenerife). Castellon de la Plana. Ciudad Real. Córdoba. Coruña. Cuenca. Gerona. Granada. Guadalajara. Guipúzcoa (capital S. Sebastian). Huelva. Huesca. Jaen. Leon. Logroño. Lugo. Madrid. Málaga. Murcia. Navarra (cap. Pamplona). Orense. Oviedo. Palencia. Pontevedra. Salamanca. Santander. Segovia. Sevilla. Soria. Tarragona. Teruel. Toledo. Valencia. Valladolid. Vizcaya (cap. Bilbao). Zamora. Zaragoza.

España es la porcion de tierra mas occidental de Europa. Situada dentro de la Zona templada septentrional, forma una península bañada al Occidente por el mar Océano, de Mediodia á Oriente por el Mediterráneo, y lindando con la Francia por entre Oriente y Norte, donde fijó la naturaleza una dilatada cordillera de montes casi inaccesibles, que sirve de barrera á entrambos reinos. Se regula su ámbito ó circuito en quinientas ochenta y una leguas, y su mayor travesia en poco mas de doscientas, aunque sobre una y otra medida se nota gran variedad de opiniones. Aun es mucho mas difícil determinar quiénes fueron sus primeros pobladores, pues unos

Digitized by Google

hacen este honor á Tubal y á su familia, otros á Tarsis, y otros discurren de diverso modo; pero la verdad es que nada puede asegurarse con certidumbre sobre el particular, como tampoco sobre las leyes, costumbres y gobierno de estos primeros habitadores de la España, hasta que pasaron á ella las colonias fenicias (1).

La España, que en el dia va á buscar el oro y la plata por entre mil peligros á los estremos del globo, poseyó en otro tiempo ricas minas de uno y de otro metal, y actualmente conserva algunas bien copiosas de azogue, estaño, cobre y de toda especie de semimetales. Su suelo, muy fecundo por lo general, se halla regado por una multitud de rios mas ó ménos caudalosos; pero muy abundantes de pesca. Entre sus risueñas llanuras se elevan montañas cubiertas de árboles de toda especie, horadadas en algunas partes de cavernas, que horrorizan y asombran al curioso pasagero. No se encuentran en España los animales feroces del África y del Asia, sino los de los climas templados, como osos, lobos, etc. El cielo es puro y sereno: se respira un aire benigno; y aunque los calores en algunas provincias y en ciertas estaciones suelen ser algo incómodos, nunca llegan al término de escesivos ó insufribles; además de que la tierra misma suministra los medios de hacerlos mas tolerables, produciendo en abundancia naranjas, limones y otra multitud de frutas frescas y gustosas. La naturaleza no ha querido escasear á sus habitantes ni el trigo mas granado, ni los mas preciosos vinos, ni el aceite mas sustancioso, ni la mas delicada miel; y para restablecer mejor la recíproca sociedad ó comunicacion de las provincias entre sí, ha dispuesto con admirable economía que lo que falta en unas sea suplido ventajosamente por lo que sobra en otras.

Las lanas de esta península disfrutan de una reputacion justamente merecida; pero las mas finas las producen los ganados *trashumantes*, llamados así porque trashuman ó viajan constantemente para pasar el verano en las montañas, y el invierno en las dehesas de las provincias meridionales, observando entre sí los mayorales ó cabezas de estos rebaños cierta correspondencia para no encontrarse en el camino, ni perjudicarse en el disfrute de los pastos. Cuando se manufacturaban en España todas las lanas finas eran considerables las utilidades que se reportaban; pero éstas han bajado á proporcion de las ganancias de los extranjeros que compran en el dia una gran parte, y á quienes esta produccion, que benefician en su propia industria, ofrece un manantial inagotable de riquezas.

Lo que se llama caracter de una nacion suele ser el resultado de la educacion y del gobierno; pero hay ciertas señales constantes que parecen determinar la índole y genio nativo de los habitantes de cada pais; y los españoles son conocidos por su admirable constancia en medio de los infortunios, y por cierta superioridad de alma con que por no abatirse prefieren los mayores males. Son generalmente serios, circunspectos, sóbrios, opuestos á la embriaguez, agradecidos y fieles á sus amigos: deliberan despacio; pero una vez decididos ejecutan con teson. Suele tachárseles de *fanfarrones*, ó de que se jactan de su valor mas de lo justo; pero al ménos si se alaban de valientes, pueden hacerlo con razon. En el discurso de esta historia se citarán mil ocasiones en que han dado no solamente las mas señaladas sino incomparables pruebas de su esfuerzo y bizarría; y los romanos y cartagineses se disputaban á porfía la gloria de llevar entre sus

---

(1) En la edicion española que publicó el P. Vazquez de la obra de Anquetil en 1800 se lee la siguiente advertencia: *Á los lectores el redactor del siguiente compendio de la Historia de España.*

La historia de España, escrita por Mr. d' Anquetil, es en estremo diminuta, y se resiente demasiado de los defectos en que suelen incurrir los extranjeros cuando escriben la historia de nuestra nacion, para que no hubiese sido muy reparable en un español darla á luz sin purgarla de sus errores, sin rectificar los hechos que se presentan desfigurados, y ocultando bajo un silencio reprensible aquellos que serán perpetuos monumentos de nuestra gloria. Por lo mismo pensó desde luego el editor en sujetarla á una severa correcion. No fué mucha la que en su version castellana recibió de la religiosa, erudita y patriótica pluma del digno traductor de toda la obra de Anquetil; pero concluido este vasto trabajo, y á pesar de algunos ensayos posteriores para perfeccionarle, llegó á persuadirse de que no solo seria insuficiente repetirlos, sino de que para su objeto era inevitable una verdadera refundicion, y prefirió este medio desentendiéndose generosamente de los gastos hechos hasta entónces.

El favor que le he debido siempre, y la escesiva confianza con que honra mis cortos talentos, le determinaron á elegirme para una empresa de tal consideracion entre tantos sujetos como hay en la corte y fuera de ella sin duda mas capaces de desempeñarla con acierto; y aunque le hice presente mi limitada capacidad, la escasez de mis conocimientos, en una palabra, mi ninguna disposicion, tuvo la bondad de interpretar benignamente a modestia lo que en realidad solo era convencimiento de mi ineptitud. Hube pues de rendirme á sus instancias: y animado de la indulgencia con que el público ha recibido en alguna otra ocasion el fruto de mis tareas, tomé á mi cargo un empeño tan superior á mis fuerzas, y en el que así por esta razon, como por ser el primer ensayo en este género, desconfio mucho de haber llenado las ideas de los inteligentes.

El público echará ciertamente de ménos en este trabajo aquella gracia de estilo con que de una plumada describe Anquetil los hechos mas complicados, y que en vano he procurado imitar; pero me lisonjeo de que en cambio hallará bastante verdad y exactitud. Por lo ménos puedo asegurarle de que la he procurado, y aunque la precipitacion con que me he visto precisado á trabajar en esta obra por no dar motivo á que se suspendiese la publicacion de la Historia Universal no me ha permitido consultar los preciosos códices, documentos y memorias esparcidos por una multitud de archivos, he creido que nada aventuraba en circunscribirme á redactar lo que han dejado escrito historiadores recomendables, siempre que, comparándolos entre sí, y examinando los fundamentos de sus opiniones, acertase á proceder con alguna crítica. Si lo hubiese conseguido, éste será mi único mérito, y á la verdad no seria el ménos apreciable si tuviese la fortuna de que el público ilustrado quedase satisfecho.

No es esto decir que he prescindido absolutamente de la obra de Anquetil; lejos de eso se hallarán trozos enteros en que apenas he hecho mas que traducir aquel original; porque como en medio de todos sus descuidos se le advierte en ocasiones bastante conforme á nuestras historias, me ha parecido justo tributar este corto homenage al crédito de un escritor, bajo cuyo nombre ha salido á luz el resto de la obra.

Si la consideracion de que en la formacion de este compendio no he tenido otro objeto que complacer á un amigo, y emplearme de algun modo en utilidad de mi patria, puede merecer algun aprecio entre las personas sensatas para disculpar mi atrevimiento; conozco que no podria libertarme de la nota de imprudente, si tuviese la temeridad de manifestar sin necesidad mi nombre á la frente de un trabajo, que por tantas razones no debo ofrecer al público sin desconfianza. Esto es el motivo porque me he determinado á ocultarle; y si por dicha lograse aquel alguna aceptacion, la felicidad sola de haber llenado mi objeto será la mayor de las recompensas que pudieran lisonjearme.

Á esta nota debemos añadir que hemos aumentado el trabajo publicado por el P. Vazquez y su colaborador con la pintura de la España primitiva hasta la España goda por Duchesne, con correcciones varias, y la parte de Ortiz de la Vega desde la muerte de Cárlos III hasta el presente.

Digitized by Google

tropas soldados españoles. En efecto, siempre han sido éstos fuertes, denodados, y muy delicados en los puntos de honor; y la jactancia de que se les moteja quizá procede del carácter de su idioma, que es grave, sonoro, y á veces enfático. Las mugeres españolas han sido en todos tiempos recomendables por su pudor; y en cuanto á su hermosura sucede lo que en todo el mundo: en unas provincias son por lo comun mas agraciadas que en otras; pero en todas llevan siempre ventajas á las demas europeas en la viveza, despejo, talento, y en otras prendas, que, cultivadas por una buena educacion, las constituyen sin disputa el ornamento de su sexo.

El terreno de España parece de los mas proporcionados para influir en las ciencias, pues habiendo subyugado los romanos el mundo conocido entónces, de ninguna parte salieron tantos oradores y poetas célebres como de la nacion española; y los árabes, que la conquistaron despues, y en su país eran verdaderamente bárbaros, se afinaron en ella de tal modo que llevaron las artes, las humanidades, la medicina, la agricultura y las ciencias exactas hasta un grado que les hará honor perpetuamente.

Contentos con su suerte los primeros españoles, vivieron largo tiempo reducidos á la esfera de un pais tan apacible. Libres y gobernados por sus leyes propias y patricias, ni gemian bajo la dura opresion del yugo estraño, ni esperimentaban aquel diluvio de calamidades que siguen comunmente á las irrupciones de los bárbaros, cuando impelidos de la codicia salen á inundar las naciones extranjeras. Aquellos primeros conquistadores que la fabula conduce á las Españas, ó no fueron mas que conquistadores fabulosos, ó se contentaron con ser tempestades pasageras, que infestaban ya esta, ya aquella costa. Si tal vez llegaban á dominar en alguna parte, era á modo de aquellos árboles ménos robustos que á un golpe de viento se humillan ó se agobian, y pasada la rafaga, vuelven á erguir su copa levantada.

No sucedió así con la dominacion de los cartagineses y de los romanos. Era Cartago una ciudad sita en la costa de África, muy inmediata á Tunez, en aquel mismo sitio, que hoy con el nombre de Berzac conserva algunas reliquias de Cartago. Habiento dado los fenicios poblacion, el comercio riquezas, y las riquezas valor é independencia para erigirse en república. Extendíase su imperio á lo largo de África hasta las costas de Italia. Cubrian sus flotas el mar Mediterráneo, y era en él la potencia dominante. Cada dia salian de sus puertos escuadras enteras de navios mercantes, que, recogiendo las riquezas de las ciudades marítimas, las que habian salido escuadras, volvian á ellos flotas. Llegó á Cartago la noticia de España, y luego fué España el objeto de la ambicion y de la avaricia de Cartago.

Despues de algunas tentativas poco dichosas conocieron los cartagineses que no era facil apoderarse con violencia de un pais tan bien defendido, ni establecerse en él por la via de las armas: recurrieron pues como á medio mas oportuno, al artificio, á la insinuacion y al estratagema. Dejaronse ver en las costas de Cádiz con una flota cargada de géneros de levante y de mediodia, fingiéndose aliados y compañeros de los fenicios que comerciaban libremente en aquella costa. Quien oyese hablar á los tales engañosos huéspedes, creeria sin dificultad que abordaban como amigos y como buenos vecinos, sin otro fin que traer á España lo útil, lo dulce y deleitable, para sacar de ella lo superfluo.

El atractivo de un comercio, al parecer tan ventajoso y tan dulce, engañó el corazon de los incautos españoles, cuya sinceridad nativa estaba poco acostumbrada, y ménos prevenida contra los artificios púnicos. Nunca se contenta el hombre con lo que tiene, y siempre aspira á lo que no posee: mira con hastio el bien doméstico, y solo excitaria su apetito si fuese forastero, ó mas distante, ó ménos comun. Perdido el gusto á lo que es comun á todos, hace reputacion ó grandeza de gozar lo que poseen pocos. Esta vanidad abrió primero el corazon de los españoles, y despues la puerta de las Españas á los cartagineses. Comenzaron éstos ganando á los principales del pais con dádivas y presentes; pasaron despues á pedir que se les permitiese edificar en la costa algunas casas para la comodidad de sus personas, algunos almacenes para la seguridad de sus mercaderias, y algunos templos para el culto de sus dioses. Todo pareció á la sinceridad de los españoles que era muy puesto en razon; y todo se otorgó como se pedia. Esto fué caer en el lazo que les armaban, porque, con nombre de casas, de almacenes y de templos, edificaron fortalezas por lo largo de la costa Bética, que hoy llamamos Andalucia y Granada. Multiplicáronse en estos puertos por las numerosas colonias, que sucesivamente les enviaban desde el África.

El senado de Cartago nombró por su primer gobernador á Saphon. Siete años despues aportaron Himilcon y Hanon á las islas Baleares, conocidas hoy por los nombres de Mallorca, Menorca é Ibiza, antiguamente Pytiusa ó Ebusa. Allí con beneplácito de los naturales levantaron un fuerte, que llamaron *Jama*, y despues tomó el nombre de *Ciudadela*, y quizá fué la primera de donde se derivó á las que hoy son conocidas por el mismo nombre. Desde estas islas levantaron velas, y dirigieron la proa hácia Cádiz, ante cuyo puerto se presentaron con una escuadra de sesenta navios, y con treinta mil hombres de desembarco, que echaron á tierra en diferentes puertos de Andalucía. Ya no hablaban en tono de comerciantes que pedian licencia con modestia para traficar en España. Depuesta la máscara, aparecieron en trago de fieros conquistadores que levantaban la voz, daban la ley, afectaban soberania, y se apoderaban del pais, que se les rendia sin resistencia.

Atónitos los españoles al ver la rapidez de sus conquistas, abrieron los ojos finalmente; mas ya no veian en los fingidos amigos de Cartago sino unos verdaderos enemigos de su libertad, unos amigos codiciosos de sus riquezas, y unos mercaderes convertidos en soberanos que habian traidoramente abusado de la sinceridad española. Era ya muy tarde cuando descubrieron el engaño. En vano se armaron los pueblos de Andalucía y Granada en defensa de su patria: desarmólos Hamilcar, padre del Grande Anibal, y los redujo á la obediencia de Cartago. Hallándose sin fuerza para defenderse contra dos poderosos ejércitos, uno de tierra y otro de mar, rindieron la cerviz al yugo del vencedor, y se acostumbraron á sufrir unas cadenas que no podian romper.

Al año siguiente extendió Hamilcar sus conquistas á los reinos de Murcia, Valencia y Cataluña, edificando la famosa ciudad de Barcelona á quien dió el nombre de *Barcino*, que era el peculiar de su familia. Presentóse delante de Sagunto, ciudad sita en el reino de Valencia, donde al presente está Murviedro. Los saguntinos despreciaron igualmente las amenazas y las fuerzas del general cartaginés, induciendo á los pueblos comarcanos á que tomasen las armas en defensa de la libertad. Avanzóse Hamilcar contra los saguntinos: presentóles la batalla: aceptáronla, y perdió con la batalla la vida en un campo inmediato al sitio donde se edificó despues la ciudad de Zaragoza. Sucedió Asdrúbal á Hamilcar, y volvió por el honor de las armas de Cartago. Edificó el nuevo general la ciudad y el magnífico puerto de Cartagena de Murcia, cuya capacidad, seguridad y conveniencia eran asilo á las flotas da Cartago, y abrian puerta franca á lo interior del pais.

Luego que los cartagineses se vieron dueños de la mayor y mas rica parte de España, solo pensaron en aprovecharse de sus despojos. Ocultaba España inmensos tesoros en su seno: ricas minas de plata, oro y piedras preciosas: no lo ignoraban los naturales; pero ignoraban su valor, y no sabian aprovecharse de lo que tomaban. Haciales gran ruido en la admiracion ver á los cartagineses tan codiciosos de lo que ellos miraban ó con poca estimacion, ó con mucha indiferencia, y no acababan de comprender porque cambiaban los géneros mas esquisitos y las mercaderías mas preciosas por un metal bruto, ó por unas piedras toscas y sin lustre. No eran los africanos tan bisoños en el comercio como los españoles.

Digitized by Google

Aprovecháronse bien de su inocente simplicidad; y haciéndose dueños de sus tesoros, cada año despachaban á Cartago numerosas flotas cargadas con las riquezas de España. La república en cambio despachaba á España ejércitos numerosos, reclutados y mantenidos con lo que robaba á España misma, para asegurar las conquistas, y adelantar el comercio.

No se contentaba con esto la avaricia cartaginesa, y quiso que entrase la violencia á la parte de la negociacion. Tributos intolerables, exacciones enormes, saqueos y latrocinios, todo se ponia en planta para ayuda del comercio. El gobernador, el oficial, el soldado, el mercader, todos cuidaban de cargar en el libro de caja la partida de los robos á la cuenta de las ganancias. Estas violencias cansaron la tolerancia, irritaron el sufrimiento, y encendieron la indignacion de los españoles, disponiendo los ánimos á sacudir la opresion de tan injustos tiranos.

La soberanía mas afianzada y la autoridad mas seguramente establecida debe mirar con sobresalto y con susto cualquiera descontento general de los súbditos ó de los vasallos. Inclinados siempre, y siempre prontos á desembarazar la cerviz del yugo que los oprime con exceso, nunca les faltan medios para conseguirlo, ó en sus propias fuerzas, ó en los recursos de la desesperacion, franqueando siempre el de los príncipes confinantes, dispuestos generalmente á no malograr las ocasiones ni las inquietudes que observan en la casa del vecino. Esto esperimentaron los cartagineses por parte de los romanos.

Era ya Roma una república que hacia mucho ruido en el mundo, y émula de Cartago. Instruida de las riquezas que ésta disfrutaba en España, y enterada de la buena disposicion en que estaban los españoles para libertarse de la opresion de los cartagineses, pensó seriamente en entrar tambien á la parte, y aun en alzarse, si pudiese, con el todo, persuadida á que manteniéndose Cartago en la pacífica posesion de una porcion tan rica y tan dilatada de la Europa, estaba poco segura su dominacion, y debia temer las consecuencias mas fatales de esta superioridad. Conservábanse á la sazon en paz las dos repúblicas, y era menester algun pretexto para que la romana inquietase á su competidora, y se introdujese con alguna apariencia de justicia á disputarle el terreno. Los zelos de estado y la ambicion nunca tardan en hallarle. Porque no faltase á Roma ninguna razon aparente para mezclarse en los negocios de España, despachó sus embajadores á los pueblos que conservaban todavía su libertad, así para negociar tratados de alianza con ellos, como para sondear el corazon y los ánimos de los malcontentos. Costó poco á estos ministros el feliz suceso de su negociacion. Los primeros que firmaron la alianza que se les proponia fueron los indígenas, pueblos que habitaban el espacio que hay entre las faldas de los Pirineos y las márgenes del rio Tera. Siguiéronse los saguntinos, todo el reino de Valencia, y diferentes pueblos situados hácia el oriente del Ebro, accediendo todos con gusto á la confederacion, unos por libertarse de la tiránica dominacion de los cartagineses, y otros para no caer en ella.

Animada la república de Roma con el feliz suceso de este primer paso, despachó el senado una solemne embajada á Asdrúbal, gobernador y capitan general de todas las provincias de España, que obedecian á Cartago. La proposicion de los embajadores se reducia á suplicarle al gobernador que ciñese sus conquistas á las márgenes del Ebro, sin inquietar á los saguntinos, ni estenderlas á los pueblos que habitaban entre el Ebro y los montes Pirineos, absteniéndose de turbar á los otros aliados y amigos de los romanos. Súplicas hay que son amenazas en traje de ruegos: la del senado romano solo tenia el nombre de súplica, y era en la realidad declaracion de guerra en caso de repulsa. Bien lo comprehendió la perspicacia de Asdrúbal, y se llenó de una indignacion oculta á vista de un proceder tan injusto, que parecia desempeño de la amistad, y era artificio de la ambicion. Disimuló sin embargo su resentimiento, y dió á los embajadores muchas y buenas palabras, con ánimo de no cumplir alguna.

Mientras burlaba Asdrúbal un artificio con otro, engañando cautelosamente á Roma, se armaba poderosamente en España, para dar fin á la conquista de todo el reino, ántes que la Italia pudiese socorrer á sus confederados. En dos años estaban ya concluidas todas las prevenciones militares. Iba á abrir la campaña por el sitio de Sagunto, cuando fué alevosamente asesinado por un esclavo, á cuyo dueño habia mandado quitar la vida. Un enemigo personal y oculto siempre es formidable; el menor es capaz de la mayor alevosía

Á Asdrúbal sucedió en el gobierno el grande Aníbal, en cuyo tiempo hicieron grandes progresos los intereses de la república. Excedia mucho en manejo y en conducta á su predecesor: el genio mas animoso ó ménos detenido, la comprehension mas capaz y la inclinacion mas guerrera y mas marcial. Su oposicion con los romanos era tan genial ó tan nativa, que desde niño habia jurado á los dioses inmortales, que jamás haria con ellos paz ni tregua. Encontró, cuando se encargó del gobierno, inquietos y desazonados á los pueblos, y los corazones de los españoles mas desviados de los cartagineses que lo estaba España de Cartago. Aplicóse á hacerse dueño de ellos con la apacibilidad de su semblante, con la humildad de su trato, con las alianzas y conexiones que solicitó con las primeras familias de la nacion, con rebajar considerablemente las contribuciones, y sobre todo con poner fin á las vejaciones y á las violencias. Con esto conquistó los corazones de aquellos á quienes sus predecesores solo habian conquistado las tierras. El español acariciado, agasajado, atendido y tratado con estimacion, se dejó encantar de Aníbal, y olvidando sus pérdidas, sus miserias, sus trabajos, sus alianzas, y hasta su misma oposicion natural, se convirtió en cartaginés. Maravillosa transformacion, que hace visibles los milagros de que es capaz un buen ministro cuando sabe gobernar.

Encontró Aníbal vacía la caja militar, y halló el secreto de llenarla sin gravámen de los pueblos. Noticioso de las muchas y ricas minas de oro y plata que enriquecian á España, hizo abrir las entrañas á los montes, y sacó de ellas otros montes de oro, conservándose aun el dia de hoy aquellas concavidades con el nombre de *los pozos de Aníbal*. Luego que tuvo dinero, tuvo soldados, y halló quien le sirvió con fineza: penetró á lo interior del pais, y conquistó los reinos de Toledo y de Castilla. Desde allí dobló contra Sagunto, resuelto á formar el sitio de aquella ciudad rebelde. Los embajadores que el senado romano tenia en ella, salieron á protestarle que no podia sitiar á una ciudad amiga y confederada de Roma sin declarar la guerra á esta república. Tenia Aníbal muy previsto y premeditado este lance, y así les respondió que los cartagineses no eran de peor condicion que los romanos; y que si éstos habian vengado con las armas en los aliados de Cartago los insultos que habian hecho á los saguntinos; ¿porqué no podian ellos tomar satisfaccion en los saguntinos de los agravios hechos á los confederados de Cartago usando de represalias, que permitia á todos el derecho de las gentes?

Luego que despidió con esta seca y desabrida respuesta á los embajadores, fué á embestir sin perder tiempo á Sagunto con un ejército de ciento y cincuenta mil hombres. Para quitar á la plaza toda esperanza de ser socorrida con víveres y vituallas, se apoderó de todos los lugares de su jurisdiccion, y arrasó la campiña en cinco ó seis leguas al contorno. El ataque fué de los mas vivos: la defensa de las mas vigorosas: el sitio de los mas largos: los asaltos de los mas frecuentes, y aun al mismo tiempo tentados por muchas partes. Fue Aníbal herido peligrosamente: fue siempre valerosamente recibido: fué siempre ignominiosamente rechazado; y no pocas veces hasta las trincheras de su mismo campo. Hubiera levantado el sitio, si hubiera resistencia capaz de acobardar el ardimiento de Aníbal. Mas al fin debió á las vio-

Digitized by Google

lencias del hambre lo que nunca acabarian los esfuerzos de su valor. Sitiaba el hambre á la ciudad por adentro, mientras los cartagineses la atacaban por afuera; pero tan obstinados los defensores en sufrir las violencias de este segundo sitio, como valientes para rechazar los ataques del primero, las toleraron hasta dejar en proverbio á la admiracion y á los siglos *el hambre de Sagunto*. Mas al fin, consumidos todos los recursos y perdidas todas las esperanzas de tener víveres para defenderse de un enemigo tan porfiado y tan terrible, trataron de capitular, y consintieron en rendirse con honradas y decentes condiciones. Asegurado Aníbal de la presa, negó los oidos á toda composicion, obstinándose en que se rindiese Sagunto á discrecion; y a lo sumo se adelantó á conceder que saliese libre la guarnicion y los vecinos, sin llevar consigo mas que los vestidos necesarios para el abrigo y para la decencia.

Bramaron los valerosos sitiados al oir esta respuesta: y sin hacerse cargo de que en la infeliz situacion en que se hallaban, todas las cosas pendian del arbitrio del vencedor; que la razon y la necesidad les obligaban á dejarse en manos de su albedrío y voluntad; y en fin, que no les hacia poca gracia en concederles las vidas y los vestidos el que podia desnudarlos de éstos, y despojarlos de aquella: convirtieron el valor y el ardimiento en furiosa desesperacion. Resueltos á morir con libertad, amontonan de concierto en medio de la plaza materiales combustibles para una crecida hoguera; aplicanles fuego por todas partes: entregan á las llamas sus mas preciosas alhajas; y ellos mismos se precipitan en ellas, porfiando cada cual por abalanzarse el primero á ser mísero despojo del incendio. No bastaba aquella hoguera á contentar la desesperacion y la impaciencia de todos; y haciendo otra hoguera general de las casas y de los edificios, se arrojaron á competencia en manos de la voracidad.

Dieron noticia las llamas á los sitiadores de una ejecucion tan horrible, que fué menester palparla para creerla; así como fué preciso negar los oidos á los gritos de la razon y de la naturaleza para ejecutarla. Entraron en la ciudad por las brechas que quedaron sin defensa; pasaron á cuchillo los pocos que encontraron, porque les faltó tiempo y hoguera para ser ceniza; y solo perdonaron á tal cual que pedia de gracia la muerte, juzgándola mas tolerable que la esclavitud. Así pereció despues de ocho meses de sitio la célebre Sagunto, dejando al vencedor por despojo un monton de ceniza y un espantoso cadáver ó esqueleto de ciudad. El jóven animoso conquistador, á quien nada hacia resistencia despues de esta espedicion, lleno de gloria y de ardimiento, resolvió llevar la guerra hasta los muros de Roma para quitar á los romanos el trabajo y la gana de buscar en España al enemigo teniéndolo dentro de su casa.

Encendidos en cólera los romanos para vengar el desaire de sus embajadores, y por despicar á sus confederados, habian declarado la guerra á los cartagineses, y enviado poderosos socorros á Sagunto, que ya no era. Pero Aníbal, por su parte, alentado con aquellos felices progresos que abrian tan dilatado como dichoso campo á sus ideas, pasó los Pirineos á la frente de noventa mil hombres de tropas escogidas, la mayor parte españolas. Atravesó la Galia meridional, desatacándola sobre la marcha de la dominacion de los romanos. Ábrese el camino por los Alpes, y encontrando junto al Tesino al primer ejército que Roma opone á sus conquistas, le ataca, le destroza, y pone en libertad los pueblos de la alta Italia, por no dejar enemigos á las espaldas. Sálele al encuentro otro segundo ejército romano con intento, al parecer, de disputarle el paso del rio Trevia: acométele, y derrótale. El tercer ejército que se le opuso cerca del lago Tresimeno tuvo la misma suerte que los dos antecedentes. Abatido el orgullo de la soberbia romana con estas tres derrotas consecutivas, comenzó á temer ya por sí misma. Senadores, caballeros, ciudadanos y esclavos, todos toman las armas, y todos se arriesgan por salvarse todos. El héroe africano, semejante a un leon hambriento, cuando ve delante de sí un rebaño de corderos asustados con su vista, cae de improviso sobre este cuarto ejército, mas brillante que animoso, le atropella, le despedaza, le devora; y harto ya de sangre y de carnicería, grita fatigado á sus soldados: *hijos, dad cuartel á los rendidos*. Mató ó hizo prisioneros de guerra cuantos quiso. Llevaban los caballeros romanos un anillo de oro en el dedo por señal de la dignidad ecuestre; y haciendo recoger Aníbal todos los anillos de los caballeros muertos en el campo de batalla, envió á Cartago tres modios y medio de ellos, que son mas de media fanega de las nuestras; para dar á la ciudad una idea de su victoria. Fué tan completa, y Roma quedó tan consternada, que solo con ponerse á la vista de esta capital del mundo se hubiera hecho dueño de ella; pero quiso mas salvar a Roma, que concluir la guerra en que interesaba tanto su autoridad y su reputacion: pareciéndole mejor dominar en Italia, como rey, que vivir como particular en Cartago. Así sucede no pocas veces que los mayores generales perdonan al enemigo por hacer mas duradera su autoridad; y, reconociéndose necesarios á su patria, dan mejor lugar á los dictámenes de la ambicion que á los respetos del bien comun. Penetró Roma la política de Aníbal, y comenzó á respirar; y dejándole que como conquistador recorriese lo que le faltaba de Italia, ó como vencedor y sin enemigos se entregase á las delicias de Capua, ó adormecido entre el arrullo de los rendimientos, ó embelesado con el ruido de las aclamaciones, tuvo tiempo el senado romano para recobrar sus fuerzas, y para levantar dos ejércitos, uno para entretener á Aníbal en Italia, y otro para pasar á España con una poderosa armada. Penetraba muy bien aquel despejadísimo Senado, domicilio de la prudencia y del juicio, que no podria arrancar del corazon de Italia á los cartagineses, mientras éstos pudiesen conducir de España hombres y dinero; que en las desgracias de la república, Aníbal solo ponia el brazo, pero que España daba vigor al movimiento: y por eso determinó aplicar todas sus fuerzas á debilitar el orígen del impulso. Envió á España á Cneo y Publio Escipion, dos grandes capitanes. Desembarcaron en Ampurias al pié de los Pirineos, y á la parte oriental de Cataluña. En la primera campaña quitaron á Cartago todo el pais marítimo, que se estiende hasta Tarragona.

Son desgraciados los pueblos cuyo imperio es disputado por dos poderosos competidores. Necesariamente han de servir de infeliz despojo á la ambicion de uno ó de otro, y muchas veces de entrambos, segun el flujo y reflujo de los sucesos de la guerra. Fué España sangriento teatro de ella, haciendo ella misma casi toda la costa desde que los romanos adquirieron una porcion de su terreno.

Si los españoles hubieran sido prudentes, y, contentándose con mirar desde la talanquera una guerra que no se entendia directamente con ellos, hubieran dejado recíprocamente consumirse á las dos potencias competidoras, sin mezclarse en los intereses de la una ni de la otra, quizá hubieran recobrado su perdida libertad; pero estos dictámenes de la indiferencia no son practicables cuando se introduce en las provincias la parcialidad. De los mismos españoles, unos estaban por Roma, otros por Cartago, y poquísimos por España, sino que fuese algun puñado de gente retirada en los rincones ó montañas septentrionales del reino. Los demas querian hacer papel en aquellos sangrientos teatros de la mortandad ó de la esclavitud, afanándose ellos mismos por fabricarse las cadenas para recibirlas ó de Cartago ó de Roma, segun la devocion que profesaba cada uno.

No se descuidaban ni se divertian los dos competidores, mirando cada cual la suerte de España como el punto decisivo de su república. Cada uno se distinguia y señalaba por alguna gran batalla, seguida de la conquista y de la ruina de las provincias vecinas. Los dos Escipiones ganaron cinco, y perdieron la sexta y séptima con la vida. La primera que ganaron fue contra Hanon, general cartagines, cerca de Lérida en el año de 537 de la

Digitized by Google

fundacion de Roma. La segunda fué naval contra Hamilcar en el año siguiente. La tercera en Iberia á las márgenes del Ebro contra Asdrúbal en el año de 539. La cuarta junto á Tortosa contra Magon en el año de 540. La quinta á poco sobre el Segura contra los dos hermanos Magon y Asdrúbal en el mismo año de 540: perdieron una en Albarracin de Andalucía sobre el rio Segura, y otra junto á Ilorcis. Esta pérdida seria irreparable para Roma si no tuviera otro Escipion, capaz de llenar el hueco de los dos antecedentes. Este fué aquel grande hombre y aquel grande capitan Publio Cornelio Escipion, que hasta ahora dejó indecisa en la historia y en la crítica aquella famosa cuestion de cual fuese en él lo mayor, si lo soldado ó lo hombre. Sus virtudes morales pudieron llenar de vanidad al paganismo, y fueron la honra de nuestra naturaleza. Tan desinteresado que jamas tocó á los bienes de sus aliados, ni enriqueció su caja militar con el despojo de los enemigos. Tan justo que en su tribunal no habia distincion entre el español ni el romano, entre el aliado ni el enemigo, y entre el doméstico ni el estraño. Vivia segun la ley, y hablaba como ella. Cuanto usurpaban sus soldados al pais neutral ó amigo, tanto era al punto restituido, pero siempre duplicado. Tan sobrio y tan templado en su comida, que, ciñéndose puramente á lo preciso, se levantaba de la mesa con la misma agilidad de miembros, y con el mismo despejo de la razon con que se habia sentado. Tan continente y tan casto que se podia dudar si tenia á todas las mugeres por madres ó por hermanas suyas, segun el decoro con que trataba, y el respeto que profesaba á todas las de este sexo. Su primera conquista sobre los cartagineses fué la importante ciudad de Cartagena. Despues de la toma de esta plaza le presentaron una princesa jóven, dama de singular hermosura. Inclinóle las rodillas y cubierto el rostro de aquella modesta púrpura que dibuja el color de la vergüenza, le dijo: «Señor, imploro vuestra clemencia, y me contemplo segura en el sagrado de vuestros piés.» Levantóla Publio Escipion blandamente, y la respondió: «Estad sin susto, señora, que los romanos sabemos respetar el nacimiento, la belleza y la virtud;» con cuyas palabras le concedió su proteccion. ¡Rasgo de continencia admirable, que él solo basta á dar á conocer la elevacion de una grande alma! En cuanto á capitan era tan circunspecto en el consejo y tan prolijo en las medidas, con tanta prevencion de los lances que podian ocurrir en sus empresas, que solo fiaba á la contingencia lo que no dependia del general: en la accion tan animoso y tan intrépido, que solo negaba el ardimiento aquellos esfuerzos que eran imposibles al valor. De esta manera ganó todas las batallas que dió, y contó el número de las plazas conquistadas por los sitios que puso.

Tenia á la sazon Cartago tropas bien disciplinadas, y abundancia de grandes capitanes; pero no eran tan grandes como Escipion. Ganó consecutivamente tres grandes victorias á los Asdrúbales: la primera cerca de Úbeda el año de 545: la segunda junto á Cádiz en el de 546; y la tercera tambien en la misma Andalucía dos años adelante; haciéndoles perder terreno, y retirándolos hasta su último puesto. Exhausta la república de tropas y dinero, no quedaba otro recurso á su esperanza que el escogido y numeroso ejército, que Asdrúbal el barcinonense conducia á Italia para reforzar el de su hermano Aníbal, y para sitiar á Roma; la cual hubiera perecido si los dos ejércitos llegaran á juntarse. Pero ya se iba acercando el auxiliar, cuando fué atacado y hecho piezas por Claudio Neron sobre el Metauro, rio de poco nombre, que hoy se llama el *Metro*, y corre por el ducado de Urbino.

Debilitadas ó del todo consumidas las fuerzas de Cartago con golpes tan violentos, tan repetidos y tan inmediatos, tomó el partido de ceder á Escipion el campo y el terreno; y recogiendo en sus navíos las reliquias de la gente que habia quedado en España, dejó con su retirada á los romanos en quieta y pacífica posesion de todo el pais conquistado, catorce años despues de la famosa toma de Sagunto.

La afabilidad, la cortesanía, la prudencia, la equidad y el desinterés del grande Escipion tenian tan hechizados á los españoles, que se reputaban por dichosos en ser esclavos de los romanos, y respetaban como al redentor de su libertad al que verdaderamente se la tiranizaba. No se hubieran equivocado tanto en su pensamiento, si Escipion hubiera podido gobernar siempre en España; ó si fueran Escipiones todos los gobernadores que Roma enviaba á ella. Gran documento á los príncipes de lo mucho que les importa para asegurarse la fidelidad y el amor de los pueblos, confiar siempre su gobierno á personas de conocida bondad y de rectitud acreditada.

Porque Cartago podia pensar en recobrar su reputacion y sus conquistas volviendo á entrar en España: para atajarle este pensamiento, y quitarle el tiempo de poder ejecutarlo, resolvió el general romano meter la guerra dentro de la misma África. Hízolo el año siguiente pareciéndole que, viendo Aníbal amenazada la capital de su república, evacuaria la Italia para volar á socorrerla, y no le engañó su conjetura, porque Cartago llamó á Aníbal para oponerle á Escipion. Mucho tiempo estuvieron estos dos grandes héroes, coronados de laureles á vista el uno del otro, observándose, tanteándose, meditándose y temiéndose, sin perdonar á estratagema, medio ú artificio ni á cuanto les habia enseñado el arte y su consumada prudencia militar para sorprehenderse. Como recíprocamente se conocian y se estimaban, mútuamente se temian, recelando cada cual empeñarse en una accion decisiva. Deseosos de verse ántes de arrojarse al peligro de una batalla, concertaron una conferencia, en la cual nada concluyeron. Y como en ella preguntase amistosamente el capitan romano al cartaginés, «cuáles eran en su dictámen los tres mayores capitanes del mundo;» Aníbal le respondió: «Alejandro, Pyrro y yo.» Replicóle Escipion; «¿Y si acaso yo te venciese?» Entónces dijo el cartaginés: «Te contaré á ti el primero.»

No esperaba Aníbal el suceso que inmediatamente se siguió. Vinieron á las manos los dos ejércitos: el combate fué largo, vivo, sangriento, y por mucho tiempo muy dudoso; pero al fin tocó á Aníbal el honor de la batalla, y á Escipion el de la victoria, de la cual dependia la suerte de Cartago. Ganada la batalla, fué al punto sitiada esta capital; fué tomada, y no quedó en estado de pensar mas en España. Desde aquel tiempo gozó Roma de esta conquista en plena seguridad. Envió á ella regularmente sus gobernadores, y acabó de agotar sus minas de plata y oro. No estaban dichos gobernadores vaciados en el molde de Escipion. Su avaricia y sus extorsiones sublevaron repetidas veces las provincias, pero sin otro fruto que agravar mas el yugo de su esclavitud; hasta que el año 582 comenzaron las famosas guerras de Viriato, de Numancia y de Sertorio.

Despues que los romanos entraron en España, y despues del primer establecimiento que hicieron en ella el año de 537 hasta el de 582, solo pensaron en cimentar bien su conquista. Hallábase á la sazon en el mas alto grado de reputacion la prudencia y la equidad del Senado romano. No salian de su seno mas que decretos favorables, honoríficos y útiles á los pueblos que obedecian las leyes; mas no siempre correspondia la ejecucion á la generosidad y á la intencion del Senado. Los príncipes que gobiernan el mundo tienen el brazo largo, y la vista corta. Estiéndese su poder hasta los límites de la dominacion mas dilatada; pero sus ojos no alcanzan mas que á lo que tienen delante, y á los que están cerca de sus personas. De aquí nacen tantas injusticias y tantas vejaciones como se cometen, particularmente en las provincias retiradas de la corte, aun cuando dominan los mejores soberanos, porque la distancia las desvia de su noticia, á la cual solo llegan aquellas especies á que dan entrada la política, la adulacion ó el interes de los ministros que los rodean.

Los gobernadores que Roma enviaba á España, por punto general, solo miraban en la patente de su comision

un poder abierto, ó una carta blanca para enriquecerse. Eran sanguijelas de los pueblos, que les chupaban la sangre, y los ponian en términos de amotinarse con sus tiránicos latrocinios. Insensibles á los gemidos de aquellos infelices, solo aplicaban la atencion á cerrar el camino para que no llegasen á Roma los ecos de sus clamores. La Lusitania, hoy Portugal, sintió mas vivamente estas violencias, ó porque fué ménos sufrida, ó porque se vió mas ultrajada. Ardian en fuego de venganza los corazones, y estaban impacientes por reventar las llamas de la indignacion. Á un pueblo tan bravo y tan zeloso de su libertad, solo le faltaba una cabeza valerosa, intrépida y bien instruida en el arte de la guerra. Todo lo encontró en la persona de Viriato.

Hizo á Viriato el nacimiento portugués, la profesion pastor, bandolero la desesperacion, y el valor y la destreza capitan de bandoleros; pero fiel siempre, y siempre amante de su patria, respetaba religiosamente hasta al mas humilde paisano. Todos los golpes de su destreza y de su atrevimiento descargaban sobre los romanos, complaciéndose en robarles de una vez lo que ellos habian hurtado poco á poco, siendo ladron en grueso de los que eran ladrones en menudo. En este género de guerra vergonzosa y deslucida se habia instruido en disciplinar una tropa, en conducirla, en formar proyectos, y en ejecutarlos con tanta prudencia, como resolucion. No hay condicion tan humilde, ni empleo tan abatido, que no produzca genios elevados, que para darse á conocer solo echan ménos quien los distinga, y quien los emplee en teatro correspondiente. Á los que mandan y á los que gobiernan toca hacer este utilísimo discernimiento.

Pareció Viriato lo que era luego que se le vió en la elevacion que le correspondia, y su conducta acreditó honrosamente la eleccion acertada de su patria. Su primer ensayo fué atraer diestramente á los romanos, cerca de Tarifa, á un desfiladero en que tenia prevenida una emboscada: dieron en ella incautamente, y fueron hechos pedazos. En la campaña siguiente los sorprehendió: púsolos en confusion, y les mató cuatro mil hombres de sus mejores tropas. Avergonzados los romanos de verse vencidos por una tropa de vagamundos (así llamaban al ejército de Viriato) juntaron sus legiones, y recogiendo las tropas mas veteranas, presentaron la batalla con fuerzas muy superiores. Aceptóla Viriato, y recibiendo con valor la primera descarga, revolvió sobre el enemigo, rompió las líneas, desbarató los escuadrones, y cubrió el campo de batalla con las legiones romanas.

Estas tres victorias llevaron el terror de su nombre hasta las murallas de Roma. Fueron seguidas de otras tres, tan completas, que hicieron desmayar el ánimo de los romanos, cayéndoseles las armas de las manos. Aquella famosa Roma, tan fecunda en valerosos guerreros, ya no encontraba oficiales ni soldados que quisieran marchar contra Viriato. Encargose Metelo de conducir un nuevo ejército á España; pero en la realidad mas como embajador que venia á pedir la paz que como general destinado á continuar la guerra. Fué concluida la paz con las condiciones de que los lusitanos quedarian libres, y serian reconocidos por dueños absolutos de todo el pais conquistado, y por amigos y confederados del pueblo romano.

Firmado el tratado de paz por una y otra parte, se envió á Roma para que el senado le ratificase. Hacia vanidad Metelo de haber concluido tan felizmente una guerra que habia costado tanta sangre y tanto dinero; pero los padres conscriptos estaban muy distantes de aprobar la conducta, y mucho ménos de acompañar en el contento a su inadvertido pretor. Reconocian aquellos prudentísimos senadores que la ratificacion del tratado seria de mal ejemplo á las demas provincias de España, para que imitasen a la Lusitania, con esperanza del mismo feliz suceso; y que los mismos lusitanos, orgullosos con sus victorias, se valdrian de la primera ocasion para tomar las armas en favor de sus paisanos; de manera, que, sacrificándoles una parte de aquella conquista, esponian a peligro de perderse las otras tres. La conclusion fué desaprobar la conducta de su general, declarar nulo el tratado, y votar la continuacion de la guerra, hasta sujetar enteramente á aquellos rebeldes.

Á este efecto llamaron á Metelo, y substituyeron en su lugar á Quinto Pompeyo, uno de los mas hábiles capitanes que tenia la república; pero sin embargo, no se atrevió Pompeyo á medir sus armas con las de Viriato. Y para cortar los vuelos á la guerra resolvió concluir por el artificio y por la ruindad lo que no tuvo aliento para fiar del valor, echando mano del medio mas cobarde y mas indigno del nombre romano. Sobornó á los tres primeros oficiales del ejército enemigo para que se deshiciesen de su general, y aquellos tres pérfidos asesinos sacrificaron su gefe en obsequio de Pompeyo, desembarazando á Roma de un enemigo, que no habia podido vencer con las armas en la mano.

Faltó á la Lusitania, con la muerte de aquel héroe, al principio una cabeza, y despues todos los brazos. Volvió á entrar en la dominacion de los romanos aquella noble porcion de España casi cuando tocaba ya con las manos la perfecta restauracion de su perdida libertad. Si las demas provincias, en vez de estarse observando ociosamente el suceso de aquella guerra, hubieran ayudado los generosos esfuerzos del valiente Viriato, hubieran sacudido para siempre el yugo romano de las cervices españolas. Puédese discurrir lo que ejecutaria el aliento español unido por lo que hizo separado.

No fué Viriato el único soldado que enseñó á los romanos que el valor de España no conocia ventajas al de Roma. La célebre Numancia les hizo reconocer que encerraba dentro de su recinto casi tantos Viriatos como ciudadanos. Ya desde el año 582 se habia hecho formidable á la república esta invencible ciudad; y desengañada Roma de que eran inconquistables los numantinos, tomó el partido de admitir por aliados á los que no podia sujetar como enemigos. Religiosamente fieles á la amistad y alianza contraida, no habian dado socorro á Viriato; pero habian recibido dentro de su ciudad á los segedanos, que, habiendo seguido las banderas de este general, despues de su muerte, se habian retirado de la Lusitania. Calificó Pompeyo esta accion de la generosidad numantina por infraccion del tratado; y declarando la guerra á la ciudad, vino con su ejército á embestirla.

Era Numancia una populosa ciudad, situada hácia el nacimiento del Duero, como á dos mil pasos de distancia de la que hoy se llama Soria, abierta por todas partes. Sus ciudadanos por una idea verdaderamente original no habian querido fortificarse. Era máxima suya que una ciudad no debia tener mas murallas que los pechos de sus habitadores, ni mas defensa que sus espadas: que el poner pared en medio entre el defensor y el enemigo era invencion de la cobardia; porque los que tenian gana de pelear no se ocultaban. Este modo de defender una plaza era poco regular; pero el suceso acreditó que no era impracticable.

Habíase imaginado Pompeyo que lo mismo seria presentar sus estandartes delante de una ciudad abierta, que tomarla; pero engañóse mucho, porque no tenia bien conocido el valor de los numantinos. Las bocas-calles estaban cuidadosamente guardadas. Cada dia salian de Numancia gruesos batallones, que echándose furiosamente sobre los sitiadores con espada en mano, los iban retirando á cuchilladas hasta las trincheras de su campo, haciendo en ellos cruel carnicería. Mas parecia que los numantinos tenian sitiados á los romanos que los romanos a los numantinos. Un año de esta valerosa maniobra bastó para arruinar el ejército de Pompeyo, y para conseguir á Numancia un nuevo tratado, por el cual fué solemnemente reconocida pueblo libre, amigo y aliado del pueblo romano. El senado de Roma, que pocos años ántes habia anulado otro tratado semejante, concluido en la Lusitania, desaprobó por las mismas razones el de Numancia, y llamó á Roma a Pompeyo.

Al año siguiente el nuevo pretor Popilio volvió á emprender el sitio, y á tomar las armas contra los numantinos; y disponiendo estos con su acostumbrada valerosa

intrepidez una salida general en órden de batalla, acometieron á las legiones romanas con tanta bravura y ferocidad, que las llenaron de terror; y atropellandolas, confundiéndolas y despedazándolas, las metieron á cuchilladas en su campo. Otras dos batallas que les dieron, igualmente sangrientas, y no ménos ventajosas, desarmaron á Popilio, y le obligaron á ratificar el tratado de Pompeyo.

Inmóvil siempre el senado romano en su primer dictámen, desaprobó segunda vez este tratado, y mandó pasar á España á Decio Bruto, con órden de continuar el sitio de Numancia hasta rendir la ciudad. La fama y la reputacion de Bruto empeñó á la juventud de la nobleza romana á seguir sus estandartes. Apareció con un ejército descansado y formidable á cualquiera otro valor que al de los numantinos. Acometiéronle éstos con su ordinaria ferocidad: sin que el número tan superior les hiciese ruido ni en la admiracion ni en el cuidado. Estaban en el mayor ardor de la batalla, cuando dos destacamentos, que salieron muy oportunamente de Numancia, cogieron en flaco las dos alas del ejército enemigo, y lo pusieron en desórden. El combate se redujo á una horrible carnicería de los romanos. Llegó á Roma la noticia de esta derrota, y se llenó la ciudad de una general consternacion. No habia familia que no arrastrase luto, y donde no se llorase la pérdida ó del marido, ó del hijo ó del hermano. Nadie osaba apenas tomar en boca el nombre de Numancia. Aun en pleno senado solo se la conocia, y solamente se apellidaba *Terror Imperii*: dos palabras solas, que valen para Numancia un tomo entero de elogios.

Miéntras tanto se murmuraba alta y descubiertamente en Roma de la conducta del senado: tratábase de ciega obstinacion á su constancia: acusábase á los ministros del consejo de haber negado fuera de tiempo, y sin razon, la ratificacion de los tratados concluidos por los pretores; y se les preguntaba sin rebozo si pretendian hacer morir á todos los romanos por ganar una ciudad. Pero el prudentísimo senado, despreciando generosamente estos clamores que esforzaban el vulgo, la ligereza y el dolor, haciéndole ménos fuerza la pérdida de la gente que el menoscabo de la reputacion, y desatendiendo á la queja del erario por atender á las voces de la honra, se mantuvo inflexible en la resolucion de domar en todo caso el orgullo de Numancia. Decretó que pasase á España el cuarto ejército bajo la conducta de Emiliano Escipion, llamado despues el *numantino* y el *africano*. Este Publio Emiliano Escipion, hijo de Paulo Emiliano, no fué de la familia de los Escipiones. Adoptóle por hijo Escipion el grande, con cuya nieta habia casado. Llamóse despues el *numantino* y el *africano*, por haber destruido á Numancia y á Cartago.

Fuéron convidadas todas las legiones á servir en esta guerra; pero ninguna se ofreció. Mandóse que se sorteasen, y á las que cupo la suerte les fué preciso marchar.

Tomó Emiliano otras medidas muy distintas de las de sus antecesores. Viendo á los numantinos en posesion de derrotar los ejércitos de los romanos, juzgó que no seria prudencia venir á las manos con ellos, y que seria mas seguro quitarles las fuerzas para pelear, sitiándolos por hambre. Con esta idea mandó arrasar todo el pais á seis leguas al contorno de la ciudad. Hizo levantar líneas de circunvalacion y de contravalacion bien fortificadas, y se apostó en un campo muy atrincherado, de donde pudiese acudir con pronto y fácil socorro á los puestos que fuesen atacados por los numantinos. En esta disposicion esperó con paciencia y con sosiego que el tiempo y el hambre le pondrian en la mano una victoria que no podia esperar de la fuerza y de las armas. Su ejército era muy numeroso, y la historia solo concede á los numantinos, á lo mas, ocho mil hombres. Luego que aquellos esforzados corazones se vieron encerrados, reconocieron que los querian rendir con las armas de la necesidad. Redoblaron sus esfuerzos, y ejecutaron prodigios de valor. Muchas veces forzaron las líneas de los sitiadores; muchas se pusieron en órden de batalla, y no siendo mas que un puñado de gente, desafiaban á todo el ejército romano.

Pero Escipion, firme siempre en su dictamen, negaba los oidos á las bachillerías del pundonor, por concedérselos á las persuasiones de la seguridad y de la prudencia; y contentándose con defender sus trincheras, sin desampararlas, oponia diez sitiadores á cada uno de los sitiados. Esta prudente constancia desconcertó á los numantinos, y apretados por el hambre se rindieron á capitular; pero se les respondió, que era menester, ó rendirse á discrecion ó perecer. Escogieron lo segundo, y solo pensaron en vender caras sus vidas, en caso de no poder salvarlas, abriéndose paso con las armas en la mano por en medio del enemigo. Encontraron en la desesperacion las fuerzas que habian perdido con el hambre. Rompen las primeras y las segundas líneas: vencen las trincheras, y penetran hasta lo interior del campo, haciendo pedazos cuanto se les ponia delante. Allí perecieron los mas en el glorioso lecho del honor: los pocos que restaron volvieron á entrar en la ciudad, donde por algun tiempo se alimentaron de carne humana, sirviendo los cadáveres á sustentar el valor como alimento, cuando ya no podian sostenerle como defensa. Pero al fin, arrebatados de la desesperacion, y prefiriendo la muerte á la esclavitud, á ejemplo de los saguntinos, pusieron fuego á las habitaciones, y todos se entregaron á las llamas.

Tal fué la trágica catástrofe de la famosa Numancia, despues de quince meses de bloqueo. Jamás vió el mundo plaza defendida con mayor valor, que consumiese tantos ejércitos, ni que ganase tantas victorias. Enmudeció profundamente España con su caida, y toda ella sujetó la cerviz al yugo romano, excepto las provincias mas septentrionales que ó en su pobreza encontraron mas dilatado abrigo contra la avaricia, ó en su valor hallaron mas larga defensa contra la ambicion de los conquistadores. La valerosa resistencia de estos pueblos fué siempre la postrera en recibir el yugo extranjero, y la primera en sacudirle. Este suceso verificó á la letra el oráculo divino, pronunciado y anunciado en la escritura, conviene á saber, que los romanos se habian hecho dueños de las minas de plata y oro españolas, y dominaron á toda la nacion por su prudencia y por su tolerancia.

Á la ruina de Numancia se siguieron cuarenta años de una profunda paz. Pero habiendo tiranizado Sila á la república romana, y habiendo desterrado de ella á los parciales de Mario su competidor, Sertorio, que era uno de ellos, buscó en España su seguridad. Lo mismo fué llegar á ella que hacerse dueño de los corazones de todos. Españoles y romanos á competencia se alistaron bajo de sus banderas. No se le oia otra cosa sino que venia á restituirles en su antigua libertad, y para que las obras fuesen de acuerdo con las palabras moderó los tributos, y erigió en Lusitania una república al estilo de la de Roma.

Informado Sila de esta revolucion envió un ejército contra Sertorio; pero fué derrotado al pié de los Pirineos. La misma desgracia padeció el segundo ejército; y el tercero, habiendo avanzado hasta la Andalucía, fué todo él pasado á cuchillo. Hallábase Sertorio delante de Laurona, hoy Liria, cuando Cneo Pompeyo y Metelo se avanzaron con otro ejército para hacerle levantar el sitio. Presentóles la batalla: matóles diez mil hombres, y apoderóse de la plaza. Diéronse otras tres sangrientas batallas entre estos tres grandes capitanes: la primera á las márgenes del Júcar con igual pérdida de los dos ejércitos; la segunda á las orillas de Guadalaviar, que atraviesa el reino de Valencia, la que ganó Pompeyo: pero, con tanta sangre de los suyos, que levantó el sitio de Calahorra ántes que esponerse al peligro de la tercera; pero no pudo evitarla, porque Sertorio le atacó cerca de Denia. La accion fué larga, viva, y de las mas sangrientas. Ambos capitanes se retiraron á sus campos, sin que ninguno se creyese ni vencedor ni vencido, respetándose mútuamente, y sin gana de volver á la disputa. Ya se miraba en Roma como cosa desesperada la reduccion de

Digitized by Google

Sertorio, cuando Antonio y Perpena, sus tenientes generales, le quitaron á puñaladas la vida, hallándose en Huesca divertido en un festin, apoderándose los dos del mando del ejército, y siendo la ambicion la que dió impulso y aliento á tan vil alevosía.

Los españoles que hacian la mayor parte del ejército, y que amaban con ternura y con respeto á su general, quedaron inmobles entre la indignacion y el asombro con la noticia de tan aleve atentado: y abominando á los que habian sido artífices y ejecutores de la traicion, quisieron mas sujetarse á los romanos, que obedecer á dos asesinos. Abandonáronlos á su desgraciada suerte: Pompeyo los persiguió; y habiendo vencido á los dos en un combate, á entrambos les hizo pagar con la cabeza la infamia. Entónces todos los pueblos se apresuraron á rendir á Pompeyo la obediencia. Solas dos ciudades, Osma y Calahorra, se resistieron á seguir el ejemplo de las demas; pero fueron tomadas por asalto, arrasadas sus murallas, y pasados á cuchillo sus habitadores. Éstos fueron los postreros gritos ó los últimos alientos de la libertad española. Amaban tanto á Sertorio los españoles, que le aclamaban el Aníbal de los romanos, siendo la primera máxima de este gran soldado, que un general ántes de embarazarse en algun empeño debia poner la atencion en la salida. Y repetia con frecuencia á sus valerosos españoles, que serian invencibles todo el tiempo que se conservasen unidos; pero que hacia dificultosa esta union el ambicioso deseo que cada uno tenia de sobresalir, porque mientras todos aspirasen á mandar, ninguno se acomodaria á obedecer. Para hacerles concebir la necesidad de esta union los ponia presente la cola de un caballo; cuyas cerdas unidas burlaban la fuerza mas robusta, cuando separadas ó cogidas cada una de por sí, al menor impulso cedia sin resistencia. Gobernó Pompeyo á España en paz por mucho tiempo, siendo tres los tenientes generales que le ayudaban á mantenerla cuando Julio César su competidor entró en ella con las armas en la mano.

Habiendo tomado Julio César las armas contra su patria, se apoderó de Roma y de toda la Italia. Pasó á España precipitadamente, y delante de Lérida combatió y deshizo los tres generales de Pompeyo. Apoderado de las legiones romanas, y asegurado del pais, dió la vuelta á Italia con la misma aceleracion con que habia venido: no de otra manera que aquellas ráfagas de luz, que con el nombre de relámpagos, se forman en las nubes, tan prontas á dejarse ver, como á desaparecer. Al año siguiente ganó á Pompeyo la famosa batalla de Farsalia, persiguiéndole hasta las orillas de Egipto; pero al llegar á ellas se convirtió la emulacion en compasion y en asombro cuando se halló con la valerosa cabeza de su heróico competidor separada de su cuerpo, habiéndole hecho inhumanamente degollar Ptolomeo, rey de aquella tierra.

Retiráronse á España los dos hijos de Pompeyo, creyéndose mas seguros en un pais donde era dominante el partido de su padre. Pero Julio César, que lloró al padre difunto, y le temió vivo, creyó resucitado ó heredado su valor en los dos hijos, y revolvió contra ellos en España. Buscólos, y los alcanzó cerca de Munda, poblacion entónces de mayor sonido, y hoy de menor reputacion, situada sobre una colina en el reino de Granada entre Málaga y Almería, á la costa de la mar. Avistáronse los dos ejércitos; presentáronse mútuamente la batalla y recíprocamente la admitieron. Al principio del choque fué César roto y atropellado, tanto que ya se atrevió su corazon á tomar la resolucion, ó hacer el ofrecimiento de quitarse la vida por no sobrevivir á su desgracia. Pero haciendo lugar á la razon, tuvo por mas conveniente vender cara la vida que desperdiciarla. Rehizo las legiones, echó pié á tierra, púsose á la frente de sus tropas con espada en mano, y cargó sobre el enemigo tan desesperadamente, que introduciendo en su campo primero el miedo, despues el desórden, y al cabo la carnicería, dejó tendidos treinta mil cuerpos en el campo de batalla. Valióle á César esta victoria toda la España romana; pero duróle poco el fruto de su triunfo, porque al año siguiente un puñal le quitó en Roma la vida hallándose en pleno Senado.

Muerto Julio César, Octavio su sobrino, á quien despues se le dió el título de *Augusto*, repartió con Marco Antonio todo el imperio romano, reservando para sí la España en la distribucion de su repartimiento. Llegó á su noticia que aquellos pueblos, cansados de la dominacion extranjera, aspiraban á desembarazarse del yugo. Con efecto, las provincias de Cantabria, hoy Vizcaya, Asturias y Galicia, habian tomado ya las armas. Mal satisfechos de haberse sabido ellos conservar en la posesion de su libertad, aconsejaban, y aun casi forzaban á las demas provincias á su imitacion, queriendo introducir el ejemplo en trago de violencia, y no recatándose de mandar lo que era sobrado arrojo el persuadir. Temeroso Octavio de perder la mejor porcion, ó la piedra mas brillante de su imperial diadema, pasó á España con tanta apresuracion, que ántes llegó á ella su persona que la noticia de su marcha. Llevó consigo tan escaso número de legiones, que ménos parecia ejército que escolta; y supliendo el defecto de éstas con la milicia de las provincias que se conservaban en su devocion y fidelidad, dividió sus tropas en tres cuerpos, con las cuales embistió al mismo tiempo á Asturias, á Galicia y á Vizcaya. Aunque los cántabros y los asturianos fueron derrotados, no pudo forzarlos en los campos donde se habian atrincherado, siendo la aspereza del terreno fortificacion de la naturaleza, impenetrable al valor y al artificio, pero vencieron la paciencia, el tiempo y el hambre á los que estaban fuera de la jurisdiccion de otra violencia. La falta de víveres les puso en sus manos desmayados, domados y rendidos á los que no pudieron sujetar las armas. No así los gallegos, que, aunque sitiados tambien por hambre, quisieron ántes, ó fuese exceso de valor, ó desesperacion de la cobardía, tener el gusto de matarse unos á otros, que cometer la vileza de obedecer á los romanos, ó dar á estos la complacencia de que los despedazasen: resolucion en que pudo equivocarse la animosidad con el apocamiento. Quedó Galicia sin defensores, y entró dando leyes á los troncos, hasta que hubiese nuevos pobladores para obedecerlas. Así tuvo Octavio la gloria de acabar la conquista de toda España.

Ninguna nacion defendió ni con tan porfiada resistencia ni con tan valeroso ardimiento su amada libertad. Ninguna derrotó tantas veces y tantos poderosos ejércitos romanos. Para sujetarla enteramente fueron menester todas las fuerzas y todos los grandes capitanes que produjo Roma. Los cuatro Escipiones, Pompeyo el grande, Julio César y Augusto con todo el poder romano, y con sesenta y siete años de continuada guerra; y aun así quedaria desairado el valor, la ambicion y la porfía de Roma, si una parte de España no hubiera peleado contra la otra, siendo los españoles auxiliares de sí mismos para su propia destruccion.

Sucedió una profunda y larga paz á las perpetuas guerras que fatigaron á España desde que incurrió en la inadvertencia de conceder surgidero, y permitir establecerse en sus costas á los cartagineses. Gozaron los pueblos por gran espacio de tiempo los apacibles frutos de una paz tan dilatada, que, si padecieron algunos intervalos, mas pudieran llamarse paréntesis que interrupcion; y aun entónces las inquietudes de algunas provincias ménos merecian el nombre de guerra que de sedicion, pudiéndose, á lo mas, llamar quejas armadas contra la vejacion de los gobernadores: nubes pequeñas que alteraron algo, pero que no llegaron á turbar la serenidad hasta la entrada de los godos.

Mientras duró este siglo, á quien la infelicidad de los antecedentes pudo hacer que se llamase *afortunado*, toda España se romanizó. Recibió sin resistencia y aun con gozo diferentes colonias romanas que la poblaron, y diversas ciudades que la ennoblecieron. Zaragoza, Mérida, Badajoz y otras muchas entraron en este número. Con el tiempo tambien hizo suyo el idioma, las leyes, los ritos y las ceremonias de sus conquistadores. No dejó de tener parte en los honores y en las primeras dignidades del

Digitized by Google

imperio, como lo acreditaron los emperadores Trajano, Teodosio y el cónsul Balbo. De su seno, fecundo en hombres á todas luces grandes, salieron los dos Sénecas; Mela, padre de Lucano; el mismo Lucano; Marcial, Floro, Porcio Latro, y Pomponio Mela.

Gobernaba el imperio romano al principio del quinto siglo despues del nacimiento de Cristo el emperador Honorio, príncipe de poco espíritu, en quien la inaccion era naturaleza; y aprovechándose de ella las naciones bárbaras, se estendieron á manera de inundacion por todo su imperio, buscando en él climas ménos destemplados, ó mas fértiles que los que lograban en su pais. La mayor parte de estas naciones habian salido de los ángulos mas retirados del norte; y no habiendo aprendido otro modo de vivir que el de la guerra, se asalariaban á quien les pagaba mas. En varias ocasiones habian servido al imperio con fidelidad y con reputacion; y haciéndolos orgullosos la memoria de sus servicios y el conocimiento de sus fuerzas, pedian con las armas en la mano que se les señalasen algunas provincias para su establecimiento; modo de suplicar que mas provocaba á la indignacion que á la condescendencia, porque andaba la amenaza mal disimulada con el ruego. Esta representacion armada fué á tiempo en que la soberbia Roma iba decayendo, ó se iba precipitando hácia su ruina, sin conservar de su antigua magestad mas que la memoria y el orgullo, semejante á un héroe ya decrépito, á quien los años quitan el espíritu, dejándolo solamente con aquella parte de vigor que consiste en la fiereza. La insolencia de estas naciones bárbaras encendia su resentimiento con aquel género de llama floja, que es tan fácil á desvanecerse como a formarse, faltándole materia para su conservacion. Bien quisiera Roma castigar el atrevimiento, y reprimir el orgullo de aquellos bárbaros; pero le faltaba de fuerzas todo lo que le sobraba de cólera y de dolor. Concedió pues lo que no podia negar; ó dejó que le tomasen lo que no podia embarazar que le cogiesen, esforzándose á que la debilidad pareciese condescendencia. Mas para conjurar aquel nublado de Italia, ó aquella tempestad de pueblos armados, les hizo insinuar el emperador Honorio que podian escoger para su establecimiento algunas provincias colocadas á la otra parte de los Alpes. Con este género de permiso que arrancó la violencia y concedió la necesidad, se derramaron por las Galias, y se estendieron por España Hermenerico, rey de los suevos, Atacio, rey de los alanos, Gunderico, rey de los vándalos, y Ataulfo rey de los visogodos.

Dividiase entónces la España en citerior y en ulterior. La citerior comprehendia todo aquel pais que está situado al norte entre el Ebro y los Pirineos, incluyendo en su dominacion la Vizcaya y las Asturias. La ulterior abrazaba todo lo restante de España, repartido en tres gobiernos. El de la Bética, cuya jurisdiccion se dilataba desde Andalucía hasta todas las provincias de las dos Castillas. El de Lusitania, que se contenia, con poca diferencia, en los límites de lo que hoy llamamos Portugal y Galicia; y el Tarraconense, que comprehendia los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña. Los suevos se establecieron en los reinos de Galicia, de Leon y de Castilla la Vieja: los vándalos en la Bética, y los alanos en la Lusitania y en la provincia de Cartagena.

La historia de los españoles en los tiempos anteriores al siglo V, se ha compendiado ya cuando se ha hablado de los cartagineses y romanos, que se hicieron dueños de la España, notando los sucesos mas particulares correspondientes á esta nacion, y así al presente solo se tratará de ella desde el momento en que se erigió en monarquía independiente sobre las ruinas del romano poder. Reinaron pues en España, juntos ó separados, desde la mitad del siglo V hasta principios del VIII, príncipes godos, suevos y vándalos; y como unos eran arrianos y otros católicos, fué continua la agitacion de sus cortes por la diferencia de religion. Los obispos ejercieron en esta época una poderosa influencia, y fueron frecuentes los concilios en que igualmente se controvertian las materias civiles ó eclesiásticas, y de donde emanaron sabios reglamentos sobre las costumbres y la policía que contribuyeron infinito á dar esplendor al imperio de los godos y de los visigodos. Daremos principio por el órden de sucesion que se conoce de los reyes godos, pues fueron los que al fin llegaron á sujetar bajo su dominio todas las provincias de la nacion española.

La muerte repentina de Alarico en el año de 410, y la paz ajustada con Honorio, dejaron á los godos en la posesion de las Galias; pero Ataulfo, su gefe, bien fuese á ruegos de Placidia su muger y hermana de Honorio, ó bien llamado de los españoles, oprimidos con el dominio de Roma, y afligidos con las armas de los bárbaros del Norte, que como un torrente asolador habian inundado la península, abandonó de allí á poco la Galia narbonense, donde se habia establecido, pasó los Pirineos y se apoderó de una parte de Cataluña. Reinó sin embargo bien poco: las prendas que le adornaban no pudieron libertarle del puñal de un alevoso doméstico, y murió en Barcelona el año de 416, segundo de su reinado.

Pusieron los godos en su lugar á Sigerico, caudillo esforzado, y creido digno de ceñir la corona; pero apenas sentó el pié en el solio murió á manos de los suyos resentidos del afecto que manifestaba á los romanos.

Sucedióle Walia, hombre inquieto y belicoso, que pretendió apoderarse de la Mauritania, provincia reunida en aquellos tiempos á la España. Una deshecha tempestad que le sorprendió en el Estrecho, malogró la empresa y le precisó á tratar con el conde Constancio, general romano que dominaba la costa con gruesa armada. Fueron las condiciones del concierto que entregase á Placidia, viuda de Ataulfo, y prometida esposa de Constancio: y que los godos arrojasen de la España á los suevos, vándalos y alanos, que habian usurpado al imperio la Galicia, Lusitania y Andalucía. Cumpliólas religiosamente Walia: dió con su gente sobre los alanos, los derrotó en varios encuentros, y por los años de 419 los dejó tan oprimidos, que recibieron por gobernadores personas de la nacion de los godos: de suerte que escarmentados los vándalos y suevos se sujetaron á los romanos, en cuyo nombre se hacia la guerra, aunque todo el peligro, gasto y trabajo de ella era para los godos. Fenecida esta espedicion se retiró Walia á la Aquitania, provincia que le habia cedido Honorio en premio de sus hazañas, y murió de enfermedad en el mismo año de 419 ó al siguiente.

Con su muerte empezaron á reunirse las naciones bárbaras esparcidas por la España, singularmente por la Lusitania y Galicia, y formaron el proyecto de despojar á Honorio del imperio de toda la península. Eran muy débiles las fuerzas de Roma para resistirlas. Los vándalos, conducidos por su caudillo Gunderico, arrinconaron á los suevos, obligándolos á guarecerse entre las quiebras de los montes Ervasios, situados entre Leon y Oviedo: derrotaron las tropas romanas mandadas por Castino, pasaron á las islas Baleares, y cuantos intentaron defender su patria cayeron al filo de la espada del vencedor. Tres años despues, esto es, por los de 425, se apoderó Gunderico de la ciudad de Cartagena, y tomó la de Sevilla, pero su repentina muerte contuvo los progresos de su ambicion y crueldad, y dió la corona á su hermano Genserico en 426.

Pasó éste al África en socorro de Aecio; y los suevos, aprovechándose de su ausencia, se derramaron por España con tal furia que le obligaron á retroceder. Derrotólos sin embargo completamente cerca de Mérida, los confinó en la Galicia, y volvió al África cargado de ricos despojos. Pero no fueron tan desgraciados los esfuerzos de los suevos y alanos contra Roma. Quebrantaron la paz que tenian hecha con el imperio, derrotaron sus tropas cerca de Antequera, se apoderaron de Sevilla y demas pueblos de la costa hasta Cartagena, y en 441 acabaron con los bárbaros de aquellas provincias.

En aquella época rompió Atila con un formidable ejército por las provincias romanas: penetró en las Galias, quemó y asoló á Reims, y puso cerco á Orleans Teodoredo, rey de los godos, pariente y sucesor de Walia,

Digitized by Google

que en España poseia únicamente la Cataluña, y tenia la mayor parte de sus dominios espuestos à la furia de aquel feroz conquistador, trató de confederarse con los romanos para hacer frente al comun enemigo. Avistáronse los ejércitos en los campos Cataláunicos por los años de 451, y el valor de Teodoredo fué de grande importancia para humillar la soberbia de Atila, dirigiendo la batalla como esforzado capitan, y peleando en ella como valiente soldado, hasta que cayendo del caballo le atropellaron con la confusion.

Pusieron los soldados en su lugar á Turismundo, su hijo mayor, quien alcanzó despues sobre los hunnos otra completa victoria; de suerte que Atila avergonzado y perseguido del hambre, de la peste y desgracias repetidas, hubo de retirarse á su pais con pocos de los suyos donde á corto tiempo falleció. Tampoco fué mas dilatada la vida de su vencedor. Sus hermanos, Teodorico y Frigdario, cansados de sufrir su orgullo y altivez, armaron el brazo de un doméstico: y éste aprovechándose de una enfermedad que le tenia postrado en la cama, le asesinó en el año de 454, segundo ó tercero de su reinado.

Teodorico, que parecia un principe escogido para reinar, obscureció el honor que le grangeaban sus bellas prendas con el fratricidio, y debilidad de abrazar el arrianismo. Derrotó completamente a Reciario, rey de los suevos y de Galicia, y su reinado hubiera sido feliz y dilatado, á no haberle quitado la vida su hermano Eurico en el año de 466, décimosegundo de la muerte de Turismundo.

Quedó sin contradiccion el reino de los godos por Eurico, quien apenas tomó posesion concibió el vastisimo proyecto de despojar á los romanos y á los suevos de cuanto poseian en España, y de fijar los límites de su imperio en la Galia Narbonense. Rompió con esta idea por los Pirineos en el año de 471, y cayeron sin dificultad en su poder Aragon, Navarra y Valencia, con todo el resto de España, á escepcion de la Galicia, que permaneció sujeta á la dominacion de los suevos. Convirtió despues sus armas hácia la Galia, y ensanchó sus dominios hasta Marsella; pero cuando la fama de sus proezas iba haciendo respetable su nombre, le salió al encuentro la muerte en Arlés por los años de 483. La crueldad con que persiguió á los católicos hace odiosa su memoria; pero España le debe su libertad despues de setecientos años de opresion bajo el yugo romano, y la compilacion de las leyes de sus antecesores godos que unidas á las suyas componen la coleccion que se conoce bajo el nombre de *Fuero Juzgo*.

Por su muerte recayó la corona en su hijo Alarico, hombre todavia mas guerrero, y mas celoso arriano que su padre. Dicen algunos escritores que dió justas causas á Clodoveo para que le moviese guerra: pero el feroz rey de los francos, no pudiendo mirar sin temor el engrandecimiento de los godos sus vecinos, entró con un poderoso ejército por las tierras de Alarico: encontráronse los dos rivales en los campos de Vouglé no lejos de Potiers, y vinieron á las manos quedando derrotados los godos y Alarico muerto á manos del mismo Clodoveo en 506.

Cayeron de resultas en poder del vencedor las primeras ciudades del reino gótico en aquella parte de la Galia, y los pocos godos, que lograron escapar de la refriega, se refugiaron á Tolosa, donde aprovechándose de la menor edad de Amalarico, legítimo sucesor de Alarico, eligieron por rey á Gesalerico su hijo bastardo. Resintióse gravemente el ostrogodo Teodorico de una eleccion que atropellaba los derechos de su nieto usurpándole el trono de su padre; y envió contra Gesalerico un poderoso ejército á las órdenes de general Hibas. Hallábase el godo sin fuerzas suficientes para resistirle, y se retiró vergonzosamente al África á pedir socorro á Trasimundo rey de los vándalos, de suerte que Hibas logró sin dificultad reducir el reino gótico á la obediencia de Teodorico, y poner por su gobernador, en nombre de Amalarico, al ostrogodo Teudis. Vuelto del África Gesalerico pudo con las riquezas que le franqueó el vándalo formar un buen ejército que oponer á su competidor; pero le fué contraria la suerte; y despues de varias pérdidas tuvo que retirarse huyendo á Francia, donde segun unos murió á manos de los que le seguian, ó de enfermedad, segun otros, en Tarragona, año de 511.

Cuando Amalarico salió de su menor edad tomó las riendas del gobierno; y para cimentar mas su poder casó con la princesa Clotilde, hija de Clodoveo, y hermana de los reyes francos; pero una perfidia, hija de cierto espíritu de intolerancia, le privó de la corona y de la vida. Era católica aquella virtuosa princesa, y no se le concedió su mano á Amalarico sino bajo la espresa condicion de no molestarla en órden á la religion. El godo, sin embargo, arrastrado por un indiscreto zelo por su secta, se empeñó despues en que abrazase el arrianismo. Persuasiones, amenazas, desprecios, malos tratamientos, todo lo puso en práctica para seducirla: pero firme la princesa en las piadosas máximas que habia bebido en su educacion, todo lo sufria con paciencia. Apurado por fin el sufrimiento de esta princesa, y viendo que aun el pueblo ultrajaba su carácter y dignidad, dió parte á sus hermanos. Inmediatamente pasó á España con un grueso ejército Childerico rey de Francia: alcanzó á Amalarico cerca de Barcelona, le derrotó, y el godo, vencido y prófugo, queriendo acogerse á un templo católico, cayó herido de un bote de lanza en 531.

No dejó hijos, y los grandes del reino eligieron á Teudis, hombre ventajosamente establecido en España, y generalmente querido por el acierto y prudencia con que dirigió la menor edad de Amalarico. En su tiempo hicieron una irrupcion los francos por la parte de Navarra: tomaron á Pamplona y Calahorra, y llegaron á poner sitio á Zaragoza. No se sabe puntualmente el motivo de esta {espedicion, pero lo cierto es que, fuese temor ó prudencia, levantaron el sitio; y que, cuando trataban de volverse á Francia, les sorprendió Teudiselo, capitan de Teudis, en las gargantas de los Pirineos, y los deshizo completamente. El buen órden con que gobernaba este principe sus pueblos, y el amor con que éstos pagaban sus desvelos, le prometian al parecer la muerte de los hombres de bien: pero un malvado fingiéndose demente logró introducirse en su aposento, y le dió de puñaladas en el año de 548.

Sucedióle Teudiselo; ¡pero cuán diferentes eran sus costumbres de las de su antecesor! Avaricia, crueldad, lujuria: hé aquí sus pasiones favoritas. Ni el tálamo conyugal estaba libre de los insultos de su poder, ni segura la vida de un marido honrado cuando tenia la fortuna de poseer una esposa honesta. Poco debia durar tan abominable mónstruo. Conjuráronse ciertos nobles agraviados, le convidaron á un banquete hallándose en Sevilla, y en medio de la cena apagaron las luces, y lo asesinaron al año y medio de su reinado.

Muchos son infelices en los cargos públicos, que pudieran haber sido dichosos viviendo como particulares. Esto sucedió puntualmente á Agila, cuya ineptitud para el gobierno le derribó de la cabeza la corona. Pretendió sujetar por fuerza á su obediencia la ciudad de Córdoba que se le habia sublevado, y la sitió: pero en una salida que hicieron los sitiados le mataron un hijo y le quitaron sus riquezas. Aprovechóse Atanagildo del descrédito que le grangeó á Agila entre los godos tan desgraciada empresa; se rebeló contra él; y para asegurarse mejor en el trono, ofreció parte de España al emperador Justiniano; si lo ayudaba contra su rival. Aceptó el emperador y le envió tropas, avistáronse los dos ejércitos cerca de Sevilla: dióse la batalla, y vencido Agila fué muerto de allí á poco por los suyos en Mérida año de 554.

No tardó en conocer Atanagildo el riesgo á que le esponia su compromiso. Las mismas armas que le habian asegurado la corona, podrian fácilmente despojarle de ella. El poder de Roma habia cobrado nuevo vigor con sus victorias sobre los godos, francos y alemanes en Italia; y aun no se habia olvidado el imperio de que la España

habia estado sujeta á su dominacion. Temió pues Atanagildo que los romanos, que habia llamado en su auxilio, se aprovechasen de las circunstancias, y procuró contemporizar con ellos, hasta que por último, viendo que aspiraban á ir poco á poco engrandeciéndose, trató de echarlos de España, y tuvo para ello con los mismos varios encuentros con suerte ya próspera, ya adversa. En su tiempo se restableció en Galicia la religion católica, abrazándola su rey Teodomiro; quien procuró que los obispos celebrasen varios concilios para arreglar los asuntos de disciplina. Falleció por fin de enfermedad Atanagildo en Toledo el año de 567, décimo tercero de su reinado, profesando, á lo que dicen, el catolicismo, aunque secretamente, por temor de sus vasallos.

Dividiéronse los godos en facciones para la eleccion de sucesor; y solo despues de cinco meses de interregno pudieron convenirse en Liuva, virey que era de Atanagildo en Narbona. Su historia no ofrece otra cosa memorable sino que al segundo año de su reinado asoció á la corona á su hermano Leovigildo, encomendándole las provincias sujetas á los godos en España: que se retiró á la Galia gótica con el objeto de ponerla á cubierto de las invasiones de los reyes francos; y que falleció el año de 570, á la sazon en que Leovigildo habia quitado á los romanos cuanto poseian en Andalucía, y subyugado la Cantabria, que se habia declarado en rebelion.

Quedó pues por Leovigildo el trono de los godos; y deseoso de vincularle en su familia, se valió del mismo estratagema con que los emperadores romanos frustraban el derecho de eleccion del pueblo. Asoció á la corona á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo; pero como el primero era zelosísimo católico, y su padre profesaba obstinadamente el arrianismo, la misma diversidad de religion ocasionó entre ambos una guerra civil, cuyas consecuencias fueron demasiado funestas para Hermenegildo. Derrotado en varios encuentros, abandonado de los suyos, y vivamente perseguido, cayó en manos de su irritado padre, cuya ferocidad, despues de haberle sujetado á sufrir las mayores ignominias, hizo asesinarle, anticipándole por este medio el reino eterno en que le veneramos. Iguales turbulencias, aunque por motivos muy diversos, tenian por entónces en combustion el reino de los suevos. Apoderóse del trono un hombre poderoso llamado Andeca, y el niño Eborico, destituido de recursos para resistir á la violencia, se vió precisado á encerrarse en un monasterio, cediendo al usurpador el reino de su padre. Aprovechóse Leovigildo de estas circunstancias; y á pretesto de defender los derechos del infeliz oprimido, entró por la Galia á sangre y fuego; venció, é hizo prisionero al tirano, y con esto dió fin al imperio de los suevos agregándole á su corona. Murió por fin en el año 587, dejando reformado el código de Eurico y engrandecido el trono á su hijo Recaredo.

Declaróse éste por la religion católica, en lo que le siguieron la mayor parte de sus vasallos; pero inmediatamente se vió precisado á reprimir una multitud de conspiraciones, que tuvo la fortuna de descubrir en tiempo y disipar como el humo, castigando severamente á los cómplices. La mudanza de religion servia de pretesto á los ánimos ambiciosos para intentar despojarle de la corona: conociólo Recaredo, y para calmar estas inquietudes mandó congregar el tercer concilio toledano, célebre en todos tiempos por lo notable de algunos de sus cánones. Renació por este medio la paz interior; y cuando ya parecia que debia prometerse un reinado tranquilo, se vió acometido por los francos, deseosos de lavar la afrenta que recibieron en otra invasion anterior. Deshízolos no obstante en varios encuentros, siendo una de sus mas señaladas victorias la que logró en los campos de Carcasona con solos trescientos hombres escogidos á las órdenes del duque Claudio, sobre mas de sesenta mil combatientes. Murió en Toledo el año de 601 en el décimocuarto de su reinado.

Parece que la corona de los godos habia quedado pendiente de un hilo, que la iba pasando sucesivamente de cabeza en cabeza sin permitirlas el placer de disfrutarla mucho tiempo. Á Recaredo sucedió Liuva II, mozo de grandes esperanzas y de prendas tan recomendables, que los godos convinieron desde luego en su eleccion; pero apenas habia pisado el solio se conjuró contra él Witerico, general de sus armas; y ya que ántes no pudo despojar del trono y de la vida á Recaredo, como lo intentó varias veces, manchó despues sus traidoras manos con la inocente sangre de su hijo, y le arrebató el cetro en el año de 603.

Gozó sin embargo muy poco el fruto de su crimen: sus vicios, su tiranía ó impiedad escitaron bien pronto la indignacion de los godos; y en un convite le mataron á puñaladas, arrastrando despues ignominiosamente su mísero cadáver por las calles y plazas de Toledo.

Pusieron en su lugar á Gundemaro; pero su temprana muerte malogró las esperanzas que prometia, sin darle lugar sino para sosegar las rebeliones de Navarra.

La eleccion de Sisebuto pudo consolar algun tanto á los pueblos afligidos por aquella pérdida; pues era humano, generoso, protector de las ciencias, y amante de la paz, sin dejar por eso de ser esforzado guerrero. Desbarató en muchas refriegas á los romanos, y les despojó de las ciudades que aun poseian en la Andalucía; pero supo usar de la victoria con la magnanimidad de un héroe. Obscureció sin embargo tan recomendables cualidades con una imprudencia á que le condujo su zelo por la religion católica, ó mas bien las sugestiones de algunos cortesanos fanáticos. Mandó, bajo pena de muerte, que se bautizasen los innumerables judíos que poblaban sus dominios, de lo cual solamente pudieron resultar, como resultaron, conversiones aparentes, y efectivas emigraciones. Murió en el año de 621.

Apenas merece contarse entre los reyes godos su hijo Recaredo II, jóven de pocos años, que solo reinó tres meses.

La reputacion de capacidad y valor con que en el reinado de Sisebuto se habia distinguido Suintila, determinó á los grandes á ponerle en su lugar; y con efecto en los primeros años no desmintió el concepto que le habian grangeado sus buenas cualidades. Reformó las corruptelas que se habian introducido en las leyes y en las costumbres: acabó de arrojar á los romanos de la España, y sujetó á los vascones. Llevaron sin embargo muy á mal los godos que nombrase por compañero y sucesor á su hijo Rechimiro, privándolos por este medio del derecho de eleccion, y desde entónces se convirtió en odio todo el amor con que ántes habian hecho justicia á sus virtudes. Por otra parte la falta de enemigos para ejercitar su espíritu belicoso le fué sepultando en tal inercia, que vinieron á quedar enervados su valor y brio. Los pueblos, abandonados á la insaciable avaricia de su muger Teodora, y de su hermano Geila ó Agilan, gemian bajo el yugo de la mas tiránica opresion. Vino á ser general el descontento; y Sisenando, hombre de valor y rico, aprovechándose de las circunstancias, y auxiliado de Dagoberto, rey de Francia, puso en la dura precision á Suintila de cederle una corona, que no podia defender.

Sin embargo, no se creyó bastante seguro el usurpador; y deseando ponerse á cubierto de todo acontecimiento con una autoridad respetable, juntó el concilio toledano IV, en el que, de acuerdo de ambas potestades eclesiástica y secular, fué declarado Suintila indigno de la corona, se decretó que ninguno fuese admitido al trono sin ser reconocido por los grandes del reino, y que nadie aspirase á la corona presuntuosamente, moviese sedicion, ni atentase contra la vida de los reyes.

Nada tiene de particular que se estableciesen y confirmasen estos cánones por un rey que, acabando de destronar á otro, debiá recelar la misma suerte. Parece que en este concilio se arreglaron el *misal* y *breviario muzárabe*, de que usaron los católicos españoles cuando, perdida la España, vivian mezclados con los árabes; y que se recopilaron las leyes de Sisenando y sus predecesores, incorporándolas en el *Fuero Juzgo*.

Por muerte de Sisenando en 636 eligieron los godos á

Digitized by Google

daños Abderramen III, rey de Córdoba, entró á sangre y fuego por las tierras de Castilla; pero don Ramiro, avisado del peligro en que se hallaba el conde de Castilla Fernan Gonzalez, voló en su socorro: y unidas sus fuerzas desbarataron al enemigo cerca de Osma, tomándole infinitos prisioneros.

La felicidad de esta jornada le empeñó en otra no ménos gloriosa para sus armas. Supo que Zaragoza no tenia suficiente guarnicion, y se dirigió contra ella á marchas forzadas; pero su gobernador Abu-Jahia, fuese temor ó artificio, se rindió ántes de ser acometido, prestando vasallage al rey de Leon. Fióse éste de sus demostraciones mas de lo que debiera, y le entregó todas las fortalezas y castillos de la comarca para que los mantuviera en su nombre; mas apenas se retiró don Ramiro se reconcilió Abu-Jahia con Abderramen: juntaron sus fuerzas, y se arrojaron sobre Simancas con un poderoso ejército. Acudió el valiente Ramiro; los derrotó completamente, dejando muertos en el campo ochenta mil combatientes: siguióles el alcance hasta las riberas del Tormes; renovóse la matanza, y despues de la mas horrible carnicería, quedó por don Ramiro el campo.

Los condes de Castilla, que ya hacia tiempo sufrian con impaciencia el yugo de los reyes de Leon, pretendieron por entónces hacerse independientes armando mucha gente castellana para sostener su partido; pero logró Ramiro desconcertar este proyecto, aprisionando á los condes Fernan Gonzalez y Diego Nuñez; bien que luego no solamente los perdonó, sino que contrajo alianza con su sangre, casando á su hijo Ordoño con doña Urraca, hija del primero.

Desde entónces hasta su muerte, que acaeció en 950, solo hay de memorable la espedicion de Talavera, en que la pérdida de diez y nueve mil sarracenos, entre muertos y prisioneros, hizo ver á la España que la edad no habia disminuido el valor de Ramiro.

Apenas empuñó el cetro su primogénito Ordoño III, cuando se suscitó una rebelion por la parte que ménos debia esperarla. Trató de destronarle su hermano don Sancho, auxiliado del conde Fernan Gonzalez y de don García, rey de Navarra; y se puso sobre Leon con un respetable ejército; pero halló la ciudad tan bien fortificada, que los confederados, conociendo la dificultad de la empresa, se volvieron á sus casas. Entónces, fuese por resentimiento, ó por haberse apasionado de la hija de un señor gallego llamada doña Elvira, dicen que se casó con ella, repudiando á la castellana; pero esta noticia carece de fundamentos sólidos, y hay bastantes razones para creer que no hubo tal repudio, ó que duró muy poco.

Sosegada apenas la tempestad apareció otra nueva conmocion en la Galicia, aunque se ignora el motivo: apaciguóla inmediatamente don Ordoño; y hallándose con fuerzas suficientes para hacer alguna tentativa contra los sarracenos, se entró por la Lusitania talando y arrasando campiñas y poblaciones; y despues de saquear á Lisboa, se retiró á Leon cargado de un rico botin.

Esta victoria le hizo formidable á todos sus enemigos y rebeldes; y el conde su suegro, fuese temiendo su poder y venganza, ó por necesitar de su auxilio contra los moros que habian llegado hasta san Esteban de Gormaz, cubriendo la tierra de sangre y estragos, solicitó volver á su gracia. Acordósela el generoso Ordoño, lo envió el socorro necesario, y el moro quedó vencido. Falleció en el año siguiente de 955, quinto de su reinado.

Llegó por fin su hermano don Sancho, llamado por su gordura *el Craso*, á ocupar el solio que tanto apetecia; pero el segundo año de su reinado le derribó don Ordoño llamado *el Malo*, hijo de don Alonso *el Monge*, con el auxilio del conde Fernan Gonzalez. Vióse don Sancho en la necesidad de recurrir á la proteccion de su tio don García, rey de Navarra, quien á pretesto de que los médicos mahometanos hallarian algun remedio para disminuir la escesiva gordura que molestaba al sobrino, le envió con una solemne embajada á Córdoba, pidiendo á Abderramen auxilo para recobrar el reino que le habian usurpado. Pudo aprovecharse el moro de las diferencias que reinaban entre Castilla y Leon para estender sus conquistas, y vengarse de las pérdidas que habia sufrido; pero no solo tuvo la generosidad de hacer que sus médicos le curasen con el mayor esmero y acierto, sino que le prestó sus fuerzas. Don Ordoño, generalmente aborrecido por sus desórdenes y tiranía, no se creyó en disposicion de resistirle: huyó á las Asturias, no se juzgó seguro, y se acogió á Burgos, en casa de su suegro; pero en ninguna parte halló defensa. El conde Fernan Gonzalez, avergonzado de su cobardía, ó temiendo la justa indignacion del rey establecido, quitó á don Ordoño la muger y los hijos, y le espelió de sus dominios: de suerte, que, no encontrando asilo que le pusiese á cubierto del castigo de su crimen, se refugió entre los moros, y se sepultó en el olvido. Sospechan algunos escritores que en reconocimiento de este servicio se obligó don Sancho con los sarracenos á no estorbarles que se apoderasen del condado de Castilla; y efectivamente el resentimiento del rey de Leon contra el conde Fernan Gonzalez por haber auxiliado á su competidor, la complacencia con que naturalmente desearia ver humillado el orgullo de unos condes que insensiblemente caminaban á la independencia; y la conducta que observó don Sancho durante la irrupcion, justifican bastante aquella sospecha.

Lo que no tiene duda es que apenas se halló en pacífica posesion de su corona, se dejó caer el rey de Córdoba sobre los estados de Castilla con un formidable ejército, sin que el rey de Leon hiciese la menor demostracion de socorrerla. El conde, á pesar de la cortedad de sus fuerzas para sostener por sí solo el peso de la guerra, la mas crítica sin duda que hasta entónces pudo habérsele ofrecido, no se detuvo en atacar al rey de Córdoba, y presentarle el combate cerca de Hasiñas. Empeñóse vivamente la accion por ambas partes; pero últimamente, despues de tres dias consecutivos de estrago y carnicería, quedaron completamente derrotadas las lunas africanas.

No podia el rey de Leon mirar con indiferencia la prosperidad y la gloria del conde de Castilla; pero supo disimular, y le despachó una magnífica embajada para felicitarle, convidándole al mismo tiempo á la asistencia de unas córtes en que suponia habian de tratarse asuntos importantes para el reino. El conde, que no ignoraba su resentimiento, temió alguna asechanza; pero, no pudiendo escusarse decentemente, concurrió, aunque bien acompañado, de suerte que frustró por entónces las alevosas intenciones de don Sancho. Hallábase viudo el conde; y el rey de Leon, de inteligencia con el de Navarra don García, le propuso el matrimonio de su tia doña Sancha, infanta de Navarra: proposicion á que accedió inmediatamente, y que le hizo tomar de allí á poco la vuelta de Pamplona. Como no tenia el menor motivo para recelar de don García, y se trataba de un asunto de júbilo, solo llevó consigo una corte bizarra, que mas sirviese de ostentacion que de defensa en caso necesario. Aprovechóse el navarro de esta circunstancia, y aseguró el conde en una estrecha prision, de que solo pudo libertarle el amor de doña Sancha, en cuya compañía huyó hasta Burgos, donde se celebró un matrimonio en que ya el reconocimiento disputaba preferencias á la inclinacion y á la ternura.

Enfurecido don García de que se le hubiese huido de entre las manos la víctima que habia resuelto sacrificar á su envidia y á la del rey de Leon, añadiendo la injusticia á la alevosía, le declaró la guerra. Rompió con todas sus fuerzas por Castilla, presentó al conde la batalla, fué aceptada, y la perdió el navarro, quedando prisionero. Trece meses lloró entre los muros de una fortaleza su libertad perdida; y últimamente la debió á los ruegos de su hermana doña Sancha, y á la generosidad de su cuñado, superior á todas las impresiones de la venganza.

No desmayó por eso el rey de Leon; al contrario, mas empeñado que nunca juzgó que el disimulo con que habia urdido la trama anterior le aseguraba el golpe, y no se

Digitized by Google

engañó. Llamado nuevamente el conde á pretesto del bien comun, y desconfiando ménos de lo que debiera de un enemigo tanto mas temible cuanto mas pérfido, se halló por su imprudencia preso en las redes que se le habian tendido; y hubiera acabado sus dias en un obscuro calabozo, á no haber segunda vez volado en su socorro el amor conyugal. Doña Sancha, esta matrona varonil, ornamento de su siglo, sobreponiéndose á la debilidad de su sexo, y sin reparar en obstáculos cuando se trataba de su adorado conde, fingió una peregrinacion á Santiago de Galicia, pasó por Leon, obtuvo permiso del rey para ver a su esposo; y habiendo conseguido reducirle, no sin dificultad, á que trocase con ella los vestidos y la dejase en la prision, unos caballos preparados de antemano le pusieron inmediatamente fuera de los dominios leoneses. Sorprendido el rey de Leon, y luchando por largo tiempo entre los afectos de admiracion y de saña, dudó si castigaria la accion como atrevimiento contra la magestad, ó si la aplaudiria como invencion artificiosa del amor. Acordóse por último de que habia nacido caballero; y esforzándose a borrar con la generosidad la torpeza de su anterior conducta, no solo puso en libertad a la condesa, sino encareciendo con los mayores elogios su industria, su valor, y su amorosa pasion, la hizo conducir en triunfo hasta la corte de Burgos.

Mientras los reyes de Leon y Navarra hacian en el teatro de España papeles tan indecorosos, se ensayaban los moros y algunos descontentos para mas trágicas representaciones. En el mismo año en que salió de la prision el conde Fernan Gonzalez, entraron los moros por tierras de Leon, y tuvieron por largo tiempo sitiada la capital; pero fueron rechazados con bastante pérdida por el esfuerzo de sus habitantes. De allí á poco tiempo tuvo que pasar a Galicia el rey don Sancho para sosegar los disturbios promovidos por el conde don Gonzalo que gobernaba la parte superior del Duero. Apaciguólos brevemente, alcanzó en las riberas del rio al conde; pero éste confiando menos de sus fuerzas que de su perfidia, arrojó las armas, y pidió su perdon. Obtúvolo fácilmente de don Sancho, resuelto á sacrificar su justa indignacion á la tranquilidad de los pueblos; pero como no siempre es la clemencia el mejor medio de reducir á los delincuentes, aquel infame conde cometió la traidora bajeza de envenenar al rey con una manzana, de cuyas resultas falleció á pocos dias en el año de 967, dejando la corona al tierno don Ramiro III de este nombre.

Se señaló el primer año de su reinado con la segunda irrupcion de los normandos, que arribando á las costas de Galicia con una formidable escuadra, arrasaron toda la comarca hasta Cebreros, sin dejar aldea, campiña ni fortaleza exenta del pillaje y la devastacion. Reunióse toda la provincia bajo las banderas del conde don Gonzalo: salieron al encuentro de aquellos fieros esterminadores, y los acometieron con tal denuedo que fueron todos pasados á cuchillo, ó abrasados en el incendio de sus naves.

No gozaba Castilla de mayor tranquilidad. Penetraron en ella los sarracenos acaudillados por el señor de Alava don Vela, deseoso de vengarse del conde Fernan Gonzalez, usurpador de sus estados; y aunque no se sabe que llegase á recobrarlos, por lo ménos tuvo la bárbara complacencia de descargar sobre los inocentes pueblos los enconados golpes de su furor sanguinario, esponiendo nuevamente á su patria á gemir bajo el intolerable yugo sarraceno que empezaba á sacudir. Simancas, Dueñas, Sepúlveda, Gormaz, y otras muchas plazas, fueron presa de los árabes y asoladas con la mayor inhumanidad; y engreidos con estas prosperidades, olvidaron los tratados que tenian hechos con Leon, entraron por sus dominios con el mismo furor, sitiaron á Zamora, y la arrasaron hasta los cimientos. En vano intentó oponerse al torrente impetuoso el valeroso castellano. No eran ya capaces de contenerle sus débiles fuerzas, y asi estenuado por su edad, trabajos y disgustos falleció por los años de 970, dejando á Castilla la libertad ó independencia de Leon, que continuó sosteniendo con denuedo su hijo don Garcia Fernandez.

La prudencia y el órden dirigieron los primeros pasos de Ramiro, entregado en sus pueriles años á la tutela de su madre y tia, princesas cuyos raros talentos supieron contener á la ambiciosa nobleza sin exasperarla. Casaron a su pupilo; pero apenas se vió él emancipado por el himeneo, despreció sus consejos, empezó á gobernarse por solo su capricho, y la altivez y orgullo con que ultrajaba á los grandes, en quienes estribaba su defensa y recursos, le conciliaron su resentimiento, y le condujeron á la ruina. Los de Galicia, mas particularmente agraviados que ningunos otros, disimularon hasta que llegó el momento de su venganza; pero al punto que se presentó ocasion favorable se declararon contra el inesperto ó imprudente Ramiro; y eligieron á don Veremundo ó Bermudo, hijo natural de don Ordoño III.

Á novedad tan ruidosa despertó el rey de Leon de su letargo; y conociendo el daño cuando ya no era capaz de remediarle, marchó contra Galicia con un poderoso ejército resuelto á vengar la dignidad de su cetro menospreciado. Presentósele Bermudo cerca de Arenas: pelearon ambos competidores con el mayor denuedo y encarnizamiento; pero quedó indecisa la victoria, y cada cual se volvió á sus estados. Sin duda hubo entre los dos principes alguna transaccion; pues finalmente, por muerte de Ramiro en 982, se halló don Bermudo rey de Leon y de Galicia.

Parece que no empuñó éste el cetro sino para ser el blanco de la desgracia. Los moros, que no desperdiciaban ocasion de volver á conquistar los dominios de que con tanto trabajo habian sido espelidos, supieron aprovecharse de las guerras intestinas que habian puesto en combustion los estados de Leon y de Galicia; de las facciones que tenian dividida la Castilla entre las poderosas casas de Velazquez y de Gustio; y de la debilidad á que habian reducido á la Navarra las campañas anteriores. Ya no se contentaban con invadir las fronteras como habian hecho en otras ocasiones; sino que, acaudillados por el fiero Almanzor, entraron por las provincias cristianas á manera de un torrente impetuoso. Barcelona, Pamplona, Santiago y otros muchos pueblos volvieron á sufrir el yugo africano; y ni aun la misma corte de Leon se hubiera libertado de su ferocidad á no haberles salido al encuentro don Bermudo con sus leoneses. Fué derrotado sin embargo; pero la crecidísima pérdida que sufrió el moro obligó á éste por entónces á diferir sus proyectos de conquista hasta el año siguiente de 995, en que con nuevas fuerzas volvió sobre Leon. Habiase retirado á Oviedo don Bermudo, dejando por gobernador á un caballero gallego, llamado don Guillen Gonzalez, denodado caudillo, que, á pesar de hallarse postrado en la cama, supo sostener valerosamente cerca de un año de sitio, hasta que, viendo arruinados por todas partes los muros de la plaza, se hizo llevar en brazos donde era mayor el peligro, y murió gloriosamente con todos sus intrépidos soldados.

Reducida Leon á una inmensa mole de ruinas, se apoderaron los mahometanos de Astorga y Valencia de don Juan, con otros muchos pueblos. Convirtieron al año siguiente su furor contra las Asturias; pero, hallando bien defendidas sus plazas, se arrojaron sobre Castilla. Berlanga, Osma, Atienza y Alcocer vieron tremolar sobre sus muros las lunas africanas, y perdieron en esta espedicion á su conde don Garcia Fernandez, que quiso con sus gentes atajar los progresos de Almanzor. Dirigióse éste despues hácia la Lusitania y Galicia. Cayeron en sus manos Coimbra, Viseo, Lamego, Braga, Tuy, Montemayor, Porto, con otras muchas fortalezas y pueblos importantes. Á todas partes llevaba Almanzor la muerte, el cautiverio, el pillaje y la desolacion, y solamente la horrible disenteria que acometió á sus tropas pudo contener sus proyectos de esterminio. Sin embargo, apenas se hubo reparado, se puso en campaña con fuerzas capaces de sorberse todo el orbe. Puede decirse que ya no le quedaba por conquistar sino rocas escarpadas y montañas inaccesibles; y nada hubiera sido capaz de resistirle en España, si los principes españoles, desnudan-

Digitized by Google

dose de los odios hereditarios, origen de todas sus desgracias, no hubieran procurado reconciliarse, uniendo sus fuerzas para la defensa comun.

Confederados el rey de Leon, el conde de Castilla y el rey de Navarra, marcharon contra el moro. Avistáronle junto á Calatañazor en las fronteras de Leon y Castilla, y le derrotaron tan completamente, que despues de una horrible carniceria recobraron la mayor parte de las plazas que les habia usurpado. Avergonzado Almanzor de verse vencido, se dejó morir de hambre en Medinaceli dos años despues del fallecimiento de don Bermudo, que acabó sus dias en 999.

Sucedió á don Bermudo su hijo don Alonso V, niño, y confiado por tanto á la tutela de los condes de Galicia don Melendo Gonzalez y doña Mayor, cuya prudencia y fidelidad hicieron felices los años de su regencia.

Ocurrió en su tiempo la desmembracion del reino de Córdoba, que en 758 fundó Abderramen I; y desde aquella época empezó la decadencia del poder mahometano, pues no hay imperio, por sólidos que sean los fundamentos en que se apoye, capaz de resistir á la corrosiva caries de la discordia. Sublevóse contra Hissem, rey de Córdoba, un hijo de Almanzor llamado Abdelmelic: murió, y siguió sus huellas Abderramen su hermano; pero á poco tiempo se encontró abandonado de todos sus parciales. Mejor suerte logró otro moro mas osado y astuto llamado Mahomad Almahadi. Apoderóse de Hissem, sepultóle en cierta prision oculta; y suponiendo su muerte, empuñó el cetro sarraceno. Acudió del África, en defensa de Hissem, Zulema su pariente: ensangrentáronse ambos partidos; y cuando debia esperarse que los principes españoles se aprovechasen de estas disensiones para esterminar la raza mahometana, los vemos con disgusto tomar parte en ellas. Declaráronse por Zulema los castellanos: los condes de Urgel y de Barcelona por la faccion de Mahomad; y si bien se armaron sus diestras, no tanto por el deseo de favorecerlos como por la ambicion de estender sus dominios, nunca podrá justificarse en politica tan imprudente medio. Sin embargo, los disturbios crecieron á lo sumo: Hissem recobró el cetro, pero cuando su poder no era ya sombra de lo que habia sido; y todo el imperio mahometano de España se halló de pronto convertido en tantas pequeñas soberanias cuantas eran las ciudades principales de que habia logrado apoderarse cada competidor. Sevilla, Toledo, Valencia, Zaragoza, Orihuela, Murcia, Almeria y otros pueblos, reconocieron señores independientes; y como no era fácil que los nuevos soberanos resistiesen desunidos á los que estando coligados no habian podido contener: los principes cristianos, conociendo mejor sus intereses, y abandonando el espiritu de rivalidad, que pudiera haberlos conducido á su ruina, trataron de reunir sus fuerzas para acabar con el enemigo comun. Entraron á sangre y fuego por sus tierras; recobraron las plazas usurpadas, y fueron entregados al pillage los reinos de Córdoba y de Toledo.

Alonso V convirtió sus esfuerzos hácia la Lusitania como limitrofe de sus dominios: obligó á los sarracenos á repasar el Duero; y deseando arrojarlos de la otra parte del Tajo, se puso sobre Viseo; pero en el mismo sitio recibió un flechazo que le quitó la vida en el año de 1027, igualmente funesto para Leon que el anterior para Castilla.

Habia fallecido poco tiempo ántes el conde de Castilla don Sancho, dejando casada á una de sus hijas, llamada doña Mayor, ó doña Elvira, con don Sancho rey de Navarra. Las circunstancias exigian al parecer que se fuesen estrechando mas y mas los vinculos que debian unir á los principes mas poderosos de la España, asi para acabar de arrojar de la peninsula á los mahometanos, como para quitar todo motivo de rivalidad, funesta siempre, y entónces mas perjudicial que nunca. Asi pues la otra hija del conde, llamada doña Jimena, en vida de su padre ó despues de su muerte, casó con don Bermudo III, sucesor de Alonso V; y el nuevo conde de Castilla don Garcia trató de enlazarse con doña Sancha, hermana de don Bermudo. Señalóse la ciudad de Leon para celebrar con la mayor magnificencia estos desposorios; y deseoso don Garcia de ver cuanto ántes a su esposa, se adelantó á su numerosa comitiva dejándola en Sahagun, y se presentó en Leon acompañado únicamente de algunos hidalgos castellanos. No despreciaron esta coyuntura los enconados hijos de don Vela; y ansiosos por vengar los agravios que suponian haber recibido su padre del difunto conde, acometieron á su hijo don Garcia en los umbrales de un templo, y allí le asesinaron.

Por su muerte recayeron en doña Mayor su hermana todos los derechos al condado de Castilla, y hé aqui por este medio engrandecido el poder del rey de Navarra. Sin embargo, aun parece que no estaba satisfecha su ambicion. Carecia de hijos el rey de Leon don Bermudo, y como en el caso que falleciese sin sucesion era forzoso que recayese la corona en su hermana doña Sancha, los naturales, que temian hallarse en la precision de obedecer á un principe extranjero, pensaron en buscar un medio para evitar éste que miraban como un mal. Súpolo el rey de Navarra, y previendo que se le iba de entre las manos el cetro de Leon á que aspiraba, rompió por los dominios de Bermudo con crecidas fuerzas, y se apoderó sin resistencia de las regiones contenidas entre los rios Cea y Pisuerga. Arrinconado Bermudo en la Galicia, pero seguro del amor de sus vasallos, como de su poco afecto al navarro, se halló bien pronto en disposicion de medir con él sus armas. Mediaron sin embargo prelados respetables, y se transigieron aquellas diferencias casando á don Fernando, hijo segundo de don Sancho, con doña Sancha, hermana de don Bermudo, la misma que debia haberse unido con el desgraciado conde don Garcia, cediéndoles el navarro el condado de Castilla, permitiéndoles el leonés usar del titulo de reyes, y dándoles una parte de tierra de Campos, que acababa de conquistar don Sancho, para que sirviese de dote á la desposada.

Poco sobrevivió don Sancho á esta capitulacion; y dividiendo entre sus hijos sus dominios, falleció en 1035. Desembarazado don Bermudo de su poderoso rival, pensó en recobrar las posesiones cedidas en el tratado con la mayor repugnancia á su cuñado y hermana, y con efecto les despojó de algunos pueblos; pero no le permitió pasar muy adelante don Fernando. Las huestes castellanas y navarras unidas vinieron á las manos con las leonesas en el valle de Tamara, cerca de Carrion, año de 1037; y enardecido don Bermudo en lo mas recio del combate, rompió por los escuadrones enemigos buscando á los dos reyes hermanos, pero solo encontró la muerte en una lanza que le atravesó de parte á parte. Quedó el campo y el reino de Leon en un momento por don Fernando, como marido de doña Sancha; y de este modo se estinguió la segunda linea masculina de los reyes godos, que traia su origen de don Pelayo y de don Alonso el *Católico*; y que, habiendo trabajado incesantemente por espacio de mas de trescientos años en libertar á España del yugo sarraceno, apenas habia recobrado en tan dilatado tiempo la mitad de lo que en cinco años ocuparon los mahometanos.

Reyes de Castilla.

En don Fernando I empieza pues la dinastia de los reyes de Castilla, nombre que tomó sin duda esta hermosa provincia de los castillos que la poblaban, y sirvieron de asilo á varios señores españoles para resistir los esfuerzos de los mahometanos al tiempo de la invasion. Á aquellos mismos parece que deben atribuirse con algun fundamento los progresos de su conquista en tiempo de don Alonso el *Casto*, quien, aunque con ciertas señales de vasallage les permitió gobernarla con el titulo de condes, como lo hicieron por espacio de mas de dos siglos, estendiendo sus limites con las proezas de su valor. Llegaron con el tiempo á hacerse poderosos y temibles:

Digitized by Google

aspiraron á la independencia de la corte de Leon, y aunque no se sabe cuando lograron sacudir completamente el yugo, se mantuvieron muchos años en continua lucha, hasta que por último los vió Castilla transformados en soberanos absolutos, aunque sin el título de reyes. Sus enlaces con las principales testas coronadas, su poder y sus hazañas, les proporcionaron hacer un papel muy distinguido en las agitaciones de aquellos infelices tiempos; y la memoria de algunos se conservará eternamente con aprecio en los fastos de la historia.

Sentado Fernando en el trono de Castilla y de Leon, se dedicó ansiosamente á grangearse el amor de sus vasallos; y la suavidad y la prudencia que caracterizaron su gobierno le proporcionaron esta satisfaccion. Reformó las leyes godas, substituyendo otras nuevas mas conformes á las circunstancias: procuró dulcificar los ánimos exasperados de los grandes, poco adictos á su servicio; y creció de tal modo su poder, que escitó la envidia de su hermano don García, rey de Navarra. Pasó don Fernando á visitarle con motivo de haberle asaltado en Nágera una peligrosa enfermedad; y cuando era de esperar que tan cariñosa demostracion disipase los zelos del enfermo, apenas le vió éste en su poder resolvió aprisionarle, violentándole á un nuevo tratado de division y repartimiento de estados para reparar el perjuicio que suponia estar sufriendo. Llegó el proyecto á noticia de don Fernando; se huyó con disimulo; y don García, viendo malogrado el golpe, procuró calmar el justo resentimiento de su ofendido hermano con mil protestas de afectada inocencia. Supo que estaba enfermo, y con pretesto de pagarle la visita se presentó en Burgos para desvanecer sus recelos y recobrar su confianza; pero conociendo don Fernando la perfidia que ocultaban aquellas esterioridades, le hizo arrestar en el castillo de Cea, cuyas prisiones demasiado sensibles á la corrosiva lima del oro, le proporcionaron fácilmente la evasion. Ya entónces depuso todo miramiento. El furor y el deseo de venganza añadieron nuevo pábulo al odio reconcentrado en su pecho; y resuelto á lavar el agravio con la sangre de su mismo hermano, reunió todas las fuerzas de su reino, se enrobusteció con la alianza de los régulos de Zaragoza y Tudela, y á la manera de un toro agarrochado rompió por los dominios de Castilla, acampando en el valle de Atapuerca, donde ya le esperaba apercibido el ejército castellano. Sin embargo, el generoso corazon de don Fernando presentia con dolor las consecuencias de esta fogosidad, y con el deseo de evitarlas despachó varias personas recomendables al campo de su hermano ofreciéndole partidos razonables; pero don García, sordo á las voces de la razon, de la sangre y de la humanidad, se arrojó con furor sobre las huestes castellanas, arrolló, derrotó, é hizo pedazos cuanto se le oponia, y ya casi gustaba el funesto placer de la venganza cuando cayó atravesado de una lanza enemiga. Su muerte, ocurrida en el año de 1054, decidió de la victoria, quedando todo el reino de Navarra á merced del vencedor; pero el magnánimo Fernando, superior á todo resentimiento, y conociendo la injusticia de envolver á un inocente hijo en la ruina de un temerario padre, tuvo la complacencia de ceñir la corona al huérfano don Sancho.

Apenas se vió libre don Fernando de las emulaciones de Navarra, convirtió sus fuerzas contra los mahometanos, que segun parece intentaron una invasion en la Galicia, ó por lo ménos provocarian la guerra con algunas correrias por sus fronteras. Opúsoles Fernando sus valerosos tercios: entró por la Estremadura á sangre y fuego, y se apoderó de casi todas las plazas que ocupaban entre el Tajo y Duero, contribuyendo no poco á realzar sus triunfos la vigorosa resistencia que le opusieron las fortalezas de Cea, Viseo, Lamego y Coimbra. Noticioso de que los moros de la provincia de Cartagena y reino de Zaragoza infestaban con sus correrias las fronteras de Castilla, se puso inmediatamente en marcha para contenerlos. Nueva guerra, nuevos triunfos. Se hizo dueño de san Esteban de Gormaz, Vado del Rey, Berlanga, Aguilera, santa María, con otras muchas fortalezas; y asegurados los confines de su reino por aquella parte, dirigió sus armas victoriosas contra la provincia de Castilla la Nueva. Cayeron en su poder Talamanca, Uceda, Guadalajara, Alcalá de Henares y Madrid: y la misma suerte hubiera sufrido Toledo si su rey Almenon, conociendo la debilidad de sus fuerzas, no hubiese pedido con la mayor sumision la paz al vencedor, ofreciéndose á mantener el reino en feudo de Castilla. Admitió Fernando la proposicion; pero bien pronto halló motivos para arrepentirse de su confianza y benignidad.

Tan señaladas acciones le grangearon el título de *Emperador*, con que le aclamaron sus vasallos. Creyó esto un insulto hecho á su dignidad el emperador de Alemania Enrique II: y logrando hacer entrar en sus miras á la corte de Roma, fortalecido con los rayos del Vaticano, intimó al rey de Castilla que renunciase aquel dictado, y se reconociese feudatario suyo. Á tan injustas proposiciones respondió Fernando con un ejército de diez mil combatientes, que á las órdenes del famoso Cid Rui Diaz, pasó los Pirineos, y penetró hasta Tolosa, donde consiguieron detenerle un legado del papa, y los embajadores del imperio. Aquí se examinó jurídicamente la causa: se ventilaron los derechos de ambas potencias, y se declaró á la monarquía española exenta del vasallage de todo príncipe extranjero. Este hecho sin embargo no merece absoluto crédito.

Á favor de esta diversion parece que intentaron los sarracenos feudatarios sacudir el yugo. Declaróse independiente el rey moro de Toledo, y se previno á sostener su rebelion con crecidas fuerzas. Por otra parte los mahometanos de Zaragoza, Murcia, Valencia y Mancha entraron por sus tierras esparciendo el terror y la muerte. Las circunstancias del reino de Castilla eran demasiado críticas. Exhausto el erario con tan repetidas campañas, y recargados los vasallos con escesivas contribuciones, la resistencia parecia imposible; pero á todo ocurrió la heroicidad de doña Sancha. Sus joyas, sus pedrerías, y las rentas de sus propiedades, enagenadas las unas y empeñadas las otras, pusieron en pié un ejército florido y numeroso, que, conducido por Fernando, estendió sus dominios, y redujo á su deber á los vasallos sarracenos. Concluida esta espedicion le sorprendió una aguda enfermedad: conoció que se acercaba el fin de sus dias, y distribuyó entre sus hijos sus estados. Repugnaba la política esta desmembracion; pero era padre, y no podia mirar con indiferencia á sus hijos menores privados inocentemente de la herencia paterna, por la sola circunstancia de haber nacido mas tarde, que no estuvo en su mano evitar. Murió pues en 1065 habiendo adjudicado el reino de Castilla á Sancho su primogénito, el de Leon á Alfonso, y á García el de Galicia, dejando á Urraca por señora soberana de Zamora, y de Toro á Elvira con la misma soberanía. Vamos á ver las funestas consecuencias de esta division.

Apenas falleció la reina doña Sancha en 1067, empezó á manifestar abiertamente don Sancho su resistencia á la desmembracion dispuesta por su padre, que le privaba de una herencia que en su concepto le pertenecia esclusivamente como á primogénito. Resuelto pues á despojar de cualquier modo á sus hermanos, se puso inmediatamente en marcha contra los estados de Leon. Salió don Alonso á su defensa, y si en la batalla de Llantada le abandonó la fortuna, auxiliado de su hermano don García consiguió abatir en la de Volpejar el orgullo de don Sancho. Perdióle sin embargo su poca precaucion: las huestes castellanas, aprovechándose del descuido en que yacia su vencedor, le acometieron con denuedo al amanecer del dia siguiente; esparcieron el terror y el desórden por el campo; y el bravo don Alonso tuvo que retraerse á la iglesia de Carrion, donde fué preso y conducido á Burgos. Medió la infanta doña Urraca, y obtuvo el perdon de su infeliz hermano; pero bajo la condicion de que trocase la púrpura por la cogulla. No le permitia su situacion reclamar contra esta violencia: le fué preciso condescender, y aunque por fuerza retirarse por los años de 1071 al monasterio de Sahagun. Poco se detuvo en él;

y, á persuasion de doña Urraca, pasó á Toledo donde el rey Almenon se declaró protector suyo.

Ocupado el reino de Leon marchó don Sancho contra la Galicia, de que se apoderó sin resistencia. Huyó á Sevilla el destronado García, y propuso á su rey Abenhamet le auxiliase contra su hermano, ofreciendo conquistar para el moro el reino de Castilla. Pero éste le respondió: *Quien no ha sabido conservar su reino, mal podrá quitar á don Sancho los de Castilla y Leon*. Desauciado por esta parte, pasó don García á Portugal; y con un corto número de moros portugueses, y algunos vasallos que se le agregaron, se determinó á probar fortuna, emprendiendo la reconquista de algunas plazas fronterizas de su reino; pero acudió don Sancho con sus tropas, le acometió cerca de Santaren, y don García quedó vencido y preso.

Ya no le faltaba al ambicioso don Sancho para entrar en el goce de la vasta monarquía de su padre sino apoderarse de Zamora y Toro, reducido patrimonio de sus dos hermanas. Marchó contra Zamora, y la sitió; pero encontró una resistencia que no esperaba, y que mortificó bastante su amor propio. Encerrada dentro de sus muros la infanta doña Urraca, con un corto número de tropas escogidas, y las disposiciones acertadas de su gobernador Arias Gonzalo, sostuvo un empeñado sitio, que terminó con la funesta muerte del sitiador. Engañado astutamente por un supuesto desertor con la promesa de descubrirle el parage mas débil de la plaza, se alejó de los suyos con tan poca precaucion, que el supuesto fugitivo logró asesinarle, refugiándose en Zamora inmediatamente. Quizá no tuvo nadie parte en esta alevosía, mas sin embargo, retada de aleve la ciudad presentó, segun dicen, en la liza, tres caballeros esforzados, cuyo valor vindicó su inocencia.

Fué muerto don Sancho en el año de 1072; y noticioso don Alonso de lo que pasaba en Zamora, se despidió amistosamente de su huésped, y partió á reunirse con su hermana, que, libre ya del castellano, le esperaba ansiosamente para tomar las medidas oportunas en tan críticas circunstancias. Inmediatamente recobró don Alonso sus estados: le amaban sus vasallos con estremo, le habian llorado prófugo y desvalido, y le veian con júbilo reintegrado en todos sus derechos: pero Castilla, que por muerte de don Sancho recaia en su poder, se resistió, segun dicen, á reconocerle, á ménos que jurase no haber tenido parte en el asesinato de su rey. Delicadeza afectada y peligrosa, que solo podia tener por objeto manifestar el disgusto con que se sometia. Contemporizó sin embargo don Alonso, pasó á Burgos; y á presencia de toda la nobleza castellana, prestó por tres veces, en manos del famoso Cid, aquel solemne juramento, con lo cual quedó reconocido por soberano de Castilla y de Leon.

Como sucesor de don Sancho se creyó con derechos á la corona de Galicia, arrebatada á su hermano don García; pero como hijo de don Fernando parece que debió respetar su última disposicion. No obstante, el que poco antes reputaba usurpaciones las conquistas de don Sancho, cometió la inconsecuencia de apoyar en ellas mismas sus nuevas pretensiones; y si bien no dejó de esperimentar alguna oposicion por parte de los gallegos, al cabo la prision y la muerte de don García allanaron todos los obstáculos.

Desembarazado de competidores don Alonso, y pacífico poseedor de las tres mayores coronas de la España, empleó su robusto poder en la defensa del generoso Almenon, que se hallaba acometido por el rey de Córdoba. Habia encontrado don Alonso en su corte un asilo contra los reveses de la suerte: le habia Almenon colmado de favores, y franqueado sus tesoros cuando mas podia necesitar de auxilios; y mediaba entre ambos un tratado de alianza, que no podia olvidar el reconocido Alfonso: pero, muertos Almenon é Hissem su hijo, se consideró ya libre del empeño contraido; y fuese por su propio interes, ó á instancias de los toledanos, exasperados con la tiranía del nuevo soberano, formó la resolucion de conquistar un reino tan poderoso.

Inmediatamente se reunieron bajo de sus banderas infinitos guerreros, que, ansiosos por hallarse en esta memorable jornada, acudieron de Aragon, Navarra, Francia, Italia y Alemania. El hambre, la muerte y la desolacion fijaron por espacio de siete años su mansion horrible en los pueblos comarcanos de la capital, que despues de un obstinado asedio se rindió á discrecion del vencedor.

Á la toma de Toledo, se siguió la de diferentes plazas fuertes. Talavera, Maqueda, Santa Olalla, Arganza, Madrid, Guadalajara, Consuegra, con otras infinitas desde el Tajo hasta Guadiana, vieron tremolar sobre sus muros las banderas de Castilla.

No tardaron sin embargo en marchitarse tan floridos laureles. Alfonso era alentado y guerrero, pero nada político; y cuando no dirige la prudencia los ímpetus de un espíritu belicoso, es muy difícil conservar en todo su esplendor la gloria de los triunfos.

Muertas sin dejarle sucesion sus tres primeras mugeres, Inés, Constanza y Berta, casó de cuartas nupcias con Zayda, hija de Abenhabet, rey de Sevilla, cuyo enlace ensoberbeció de tal manera al moro que concibió el proyecto de apoderarse de toda la España sarracena. La empresa no aparecia difícil ni arriesgada en aquella sazon. Divididos los moros españoles en tantos reinos diferentes como ciudades considerables ocupaban, enflaquecidas con esta division sus fuerzas, y disminuido considerablemente su número en tantos años de continua guerra, solo débilmente podrian resistir el yugo que les quisiese imponer un poderoso vencedor. Empeñado Alfonso por las instancias de su muger Zayda, entró en las miras de su ambicioso suegro: se despachó una embajada á Jucef Tefin, rey de los almoravides africanos, pidiéndole un respetable ejército auxiliar; y aunque no se le ocultaban al príncipe castellano las consecuencias de tan imprudente paso, no estaba su corazon acostumbrado á defenderse de los encantos del bello sexo. Llegó efectivamente el socorro á las órdenes de Alí; juntáronse las fuerzas mahometanas; pero desavenidos en breve ambos caudillos, vinieron á las manos. Abenhabet perdió la vida en el combate; quedó por Alí cuanto poseian los moros en España, y envanecido con la prosperidad de este suceso, se erigió en señor independiente, y juzgó que le seria fácil subyugar á los cristianos. Entró por el reino de Toledo á fuego y sangre; las campiñas, las aldeas, las ciudades fueron abandonadas al saqueo y á la desolacion. Alfonso le salió al encuentro; pero, dos veces derrotado, solo con su constancia pudo conseguir arrojarle de todos sus estados, penetrar hasta Sevilla, sitiarle en su misma corte, y obligarle á reconocer el señorío de la corona de Castilla, satisfaciendo los gastos de la guerra.

Un nuevo acontecimiento, que era como consecuencia de su desacierto, le impidió gozar tranquilamente la gloria de sus triunfos. Irritado Tefin contra el rebelde Alí, desembarcó en España con un poderoso ejército, le sitió en Sevilla, le obligó á entregarse, y le hizo cortar la cabeza. Temió Alfonso que por último descargase aquella tempestad sobre sus pueblos; procuró apercibirse; y con el auxilio de varios príncipes obligó á Tefin á guarecerse en lo interior de sus estados, y finalmente á embarcarse para el África. Distinguiéronse principalmente en esta jornada Raymundo, conde de Tolosa, otro Raymundo que lo era de Borgoña, y su deudo Enrique cuyos servicios reconoció el rey de Castilla casando á los dos primeros con sus hijas Elvira, y Urraca, la cual llevó en dote el condado de Galicia; y dando al tercero la mano de doña Teresa, hija tambien suya, y el condado de Portugal en calidad de feudo de la corona de Castilla.

Las revoluciones que causó en Navarra la catastrofe de su rey don Sancho III, asesinado por dos hermanos suyos, empeñaron á don Alfonso en otra nueva guerra. Refugiaronse bajo su proteccion el hijo, los hermanos y parientes del difunto, huyendo del rigor de los fratricidas; y aunque fuese renunciando sus derechos a aquella corona, le suplicaron vengase la desgraciada muerte de

su rey. No se detuvo Alfonso; apenas pisó los límites del reino se le entregaron toda la Rioja, Alava, Vizcaya, Guipúzcoa, y parte de la Navarra. Creyéndose con derecho el rey de Aragon don Sancho I para tomar tambien lo que pudiese por su parte, empezó á dilatar los confines de su reino, se apoderó de varias plazas, y persiguiendo á los asesinos que se habian refugiado entre los moros, puso sitio á la ciudad de Huesca. Tan rápidos progresos escitaron los celos del rey de Castilla, que creia quitado á su corona cuanto el aragonés iba añadiendo á la suya; y a pretesto de auxiliar á su confederado el rey de Huesca, envió contra don Sancho un buen ejército, que hubo de retirarse con precipitacion sin poder socorrer la plaza, la cual últimamente cayó en poder del sitiador despues de un obstinado y sangriento bloqueo, en que pereció tambien el rey de Aragon.

Aun le estaba reservado sin embargo al de Castilla el golpe mas cruel y sensible. Parece que habia nacido para continuo juguete de la suerte; pues ora vencedor, ora vencido, su reinado fué un encadenamiento de inquietudes capaces de apurar el sufrimiento á un monarca ménos intrépido. Murió Jucef Tefin dejando la corona y los estados á su hijo Alí, el cual, aprovechándose de las revoluciones de los tiempos, desembarcó en España con un prodigioso ejército, que engrosaron todavia mas los moros españoles. La Castilla fué el sangriento teatro en que dos partidos rivales y enconados se disputaron obstinadamente el dominio y la libertad; y no permitiéndole á Alfonso sus achaques ponerse al frente de sus tropas, cometió el mando á su hijo único don Sancho, jóven de corta edad, acompañado de su ayo el conde don García de Cabra, y de otros seis condes, soldados de mucha reputacion. Caminaba victorioso el sarraceno por entre un monton de ruinas y cadáveres, precedido del espanto y de la muerte: avistó al castellano en las cercanías de Uclés, le embistió con furor, le arrolló, y quedaron tendidos en el campo de batalla el malogrado Sancho con los siete condes, y una multitud de cristianos. Alfonso, inconsolable por la muerte de su hijo, en quien fundaba todas las esperanzas, y enardecido en deseos de vengarla, sobreponiéndose á su ancianidad y dolencias, volvió á aparecer á la cabeza de un ejército no despreciable, y entrando por la Andalucía á sangre y fuego, persiguió á sus enemigos hasta las murallas de Sevilla, y se retiró cargado de riquísimos despojos. Borró la afrenta de la anterior jornada; pero no cerró la herida que recibió su corazon, la cual mas incurable cada dia le ocasionó una grave enfermedad, de que murió en Toledo año de 1109, dejando los estados de Castilla y de Leon á su hija doña Urraca, viuda ya del conde Raimundo de Borgoña. Á su tiempo se refieren las celebres victorias del Cid en los confines y reino de Valencia.

Así que falleció el rey de Castilla entró poderosamente por sus tierras don Alonso de Aragon con el designio de apoderarse de una corona, que suponia pertenecerle por derecho de sangre y su cualidad varonil. Sus fuerzas debieron ser muy grandes, ó muy débiles las castellanas, cuando no hubo otro recurso para desarmar su furia que efectuar su casamiento con la reina, á pesar de su inmediato parentesco, y de la repugnancia con que ésta y toda la nobleza entraban en el concierto. Restablecióse por este medio la quietud de los pueblos; pero no podian menos de ser peligrosas las consecuencias de tan violento enlace. La reina, afectando escrúpulos sobre su matrimonio, ó quizás mas bien huyendo de las amonestaciones y aun los castigos con que procuraba el de Aragon contener su conducta, que se dice no fué muy arreglada, abandonó el palacio y la corte de su marido, y se pasó a Castilla, donde se formó un considerable partido de los descontentos con el gobierno de un príncipe estraño. Fuese para atajar las consecuencias de este desórden, ó bien para sujetar á los gallegos, que por su parte habian proclamado rey al niño don Alonso Ramon, hijo de Urraca y de Raimundo, se presentó en Castilla el rey de Aragon con un ejército capaz de hacer temer y respetar su nombre á leoneses y castellanos: puso guarniciones aragonesas en todas las principales plazas y fortalezas: y por último, habiendo encontrado las huestes de la reina en los campos *de la Espina*, inmediatos á Sepúlveda, se trabó una sangrienta batalla, en que hubo de reconocer Castilla la superioridad del enemigo. Animado el Aragonés con la victoria pasó el Duero por tierra de Campos, y se entró por Leon á sangre y fuego, arrollando otro segundo ejército que intentó oponérsele al paso, y apoderándose de Nágera, Burgos, Palencia y Leon, con otras muchas plazas. Pero se cambió la suerte: los vencidos castellanos, apelando á los últimos esfuerzos, consiguieron derrotar en varios encuentros á su vencedor; y éste, advirtiendo la continua diminucion de sus fuerzas, trató de comprar la paz aun á costa de reconocer y confesar la nulidad de su matrimonio. Como por este medio quedó escluido del gobierno de Castilla, convirtió sus armas contra los sarracenos que infestaban las fronteras de sus dominios, y se coronó de laureles.

Fenecidos los disturbios entre los dos esposos, empezaron nuevas disensiones entre madre é hijo. Durante las revoluciones anteriores fué reconocido por rey de Leon y de Galicia el infante don Alonso; pero luego que doña Urraca se vió libre del aragonés, pretendió ejercer su autoridad absoluta aun en los dominios de su hijo. Resistióse la nobleza exasperada con la sospechosa privanza que con la reina disfrutaba don Pedro de Lara; y por espacio de seis años de enemistad y enconos, se vieron convertidos los reinos de Leon, Castilla y Galicia en sangriento teatro de robos, violencias, asesinatos, y de cuantas calamidades puede producir la discordia. La muerte de la reina acaecida en 1126, puso fin á todas ellas, quedando reunidas en la cabeza de su hijo don Alonso VII las tres coronas de Castilla, de Leon y de Galicia.

Aun tuvo que vencer algunos obstáculos el jóven rey de Castilla para acabar de desalojar á los aragoneses, que con diferentes pretestos continuaban ocupando algunas plazas; pero últimamente se pusieron de acuerdo ambas potencias, y quedó restablecida la paz y la amistad. Inmediatamente convirtió don Alonso sus armas contra los mahometanos; y los disturbios que reinaban en Córdoba le dieron motivo para entrar por las Andalucías. Conjurados los moros de Córdoba contra su régulo Zafaola, intentaron estirpar hasta su descendencia; pero se defendió como pudo, y últimamente se acogió bajo la proteccion del rey de Castilla, cediéndole todos sus dominios. Dióle éste en recompensa ricos estados en Toledo y Estremadura, envió sus tropas contra los cordobeses al mando de don Rodrigo Gonzalez, el cual volvió cargado de triunfos y despojos. Tegefin Abenhali, hijo del rey de Marruecos, se dirigió con fuerzas numerosas hácia Toledo; y avisado don Alonso por Zafaola, le obligó á retroceder, y á comprar la paz con la sumision y el vasallage.

No nos detendremos en referir por menor el número de victorias que don Alfonso obtuvo de los moros. Es bien sabido que entónces apenas se dejaban las armas de la mano, ni duraban las treguas por mas tiempo que el necesario para reforzarse y volver á la lid. Baste pues decir que el rey de Castilla hizo su nombre respetable á los sarracenos; que no solo traspasó las margenes del Guadalquivir, que, segun parece, ninguno de sus predecesores se habia atrevido á forzar, sino que adelantó sus conquistas hasta las costas de Granada, se apoderó de Córdoba y de las importantes plazas de Jaen, Guadix, Baeza y Almería; y en una palabra, á no haberse distraido con sus ambiciosas pretensiones á las coronas de Aragon y de Navarra, hubiera conseguido sí no subyugar completamente el poder mahometano, ensanchar por lo ménos á su costa los dominios castellanos. Falleció en el lugar de Fresneda por los años de 1157, volviendo de una espedicion contra los moros de Andujar, que rehusaban satisfacer los tributos que les habia impuesto.

Digitized by Google

Volvieron á verse desunidas á su muerte las coronas de Castilla y de Leon, ciñendo la primera su hijo don Sancho, llamado el *Deseado*, y don Fernando la segunda; division que produjo los mismos efectos que las antecedentes, á saber: desunion, debilidad en los príncipes cristianos, y ventajas de los sarracenos. En vano para atajar el mal se reunieron los dos hermanos por medio de una solemne confederacion; pues los subyugados infieles, no contentos con negar los tributos que debian satisfacer al rey don Sancho, arrojaron de sus ciudades los presidios que puso en ellas don Alonso VII; y en un momento perdió Castilla las villas feudatarias de Baeza, Andujar, Pedroches, Alarcos y otras muchas conquistadas por el difunto rey.

Aprovechándose de estas revoluciones don Sancho de Navarra se entró por la Castilla á pretesto de vengar ciertos agravios recibidos en otro tiempo de don Alonso: y no paró hasta Burgos, dejándolo todo arrasado con la mayor barbarie. El castellano, estrechado por dos partes, acudió adonde era mas urgente el peligro, enviando prontamente sus tropas contra el navarro á las órdenes de don Ponce, conde de Minerva, caballero catalan, aunque establecido en Leon, que por algunos agravios que habia recibido del monarca leonés se habia pasado al servicio de Castilla. Halló el conde á don Sancho en la llanura de Valpiedra cerca de Bañares, le acometió de sorpresa y le derrotó. Reforzados los navarros con un crecido cuerpo de franceses auxiliares, renovaron el combate; pero fueron vencidos otra vez, quedando prisioneros muchos nobles. Dióles don Ponce libertad diciendo: *Solo he venido á castigar la insolencia de vuestro rey; pero nó á derramar la sangre de vasallos fieles;* y obligó tanto al rey de Castilla el valor de este generoso caudillo, que medió con su hermano el de Leon para que le restituyese á su gracia.

Restablecida la paz con el escarmiento del navarro, procuró el rey de Castilla contener dentro de sus límites á los mahometanos andaluces, cuya insolencia habia llegado hasta apoderarse de varios pueblos y fortalezas de Castilla, y amenazaban á la importantísima plaza de Calatrava. Los caballeros Templarios, encargados de su defensa por el difunto don Alonso que la conquistó de los moros, miraban como imposible la resistencia; pero se presentaron al rey de Castilla dos monges cistercienses Fr. Raymundo, abad de Fitero, y Fr. Diego Velazquez, el cual habiendo sido en el siglo soldado valeroso conservaba en el claustro el espíritu que habia manifestado en la campaña, y se ofrecieron á tomar á su cargo la defensa. Aceptó el rey la proposicion; y para mas empeñarlos, les hizo dueños de Calatrava, si lograban mantenerla por Castilla. La energía de Fr. Raymundo congregó inmediatamente bajo de sus banderas mas de veinte mil hombres, monges la mayor parte, que, encerrados dentro de la plaza, y ligados con la regla del Cister, supieron contener el ímpetu de los mahometanos. En el año de 1168 obtuvieron de Alejandro III una bula confirmatoria de su regla y militar estatuto, haciendo con el tiempo importantísimos servicios á los príncipes cristianos en las guerras contra los sarracenos. Ésta parece la época del establecimiento de las Órdenes Militares: pues pocos años ántes, inflamados contra los moros por el ermitaño Armando, dos caballeros salamantinos llamados don Gomez y don Suero, fundaron de sus bienes un castillo muy fuerte inmediato á la ermita de san Julian del Pereiro, que fué la cuna de la órden militar de Alcántara, tan célebre en la dignamente obstinada empresa de la restauracion de España, y que en el tiempo de Julio I, y con su autoridad, quedó agregada á la monacal del Cister. No mucho despues, aunque ya en tiempo de Don Alonso VIII, apareció la ilustre caballería de Santiago. Las continuas correrías de los mahometanos, que infestaban los caminos de Compostela, é intimidaban á los devotos peregrinos que de todas las provincias de Europa acudian fervorosos á visitar el sepulcro de aquel Apóstol, movieron á los canónigos de san Eloy, á establecer de trechos en trechos ciertos hospicios que protegiesen la seguridad de los fieles, á cuya piadosa gratitud debieron las cuantiosas rentas que llegaron á poseer con el tiempo. Animados con su ejemplo algunos caballeros castellanos aguerridos, bien acomodados y zelosos por libertar á su patria del yugo sarraceno, determinaron reunir sus bienes y sus fuerzas á los canónigos de san Eloy, abrazaron su instituto, y obtuvieron la aprobacion de la Silla Apostólica, nombrando su primer maestre á don Pedro Fernandez de Fuente Enciada, caballero leonés.

Apenas duró un año el reinado de don Sancho, pues falleció en 1158, dejando un hijo de tres años espuesto á las resultas del encono con que dos facciones poderosas se disputaban su tutela para gobernar en su nombre. Pretendió el rey de Leon, don Fernando II, remover la causa de los zelos tomándola á su cargo; pero consiguieron los Laras apoderarse del niño don Alonso, arrancándole de entre los Castros á quienes estaba confiada su educacion: y retirándole de ciudad en ciudad, y de fortaleza en fortaleza, obligaron á don Fernando á desistir de su empeño, dejando á su sobrino en poder de don Manrique de Lara. Desembarazados ambos partidos de este tercer competidor, prosiguieron el empeño con todo el furor que sugieren la enemistad, la envidia y la ambicion. Encendióse una sangrienta guerra de poder á poder, y las ciudades, ya de los Castros, ya sucesivamente de los Laras exhaustas, yermas y asoladas, sufrian todos los males que puede producir la mas horrible anarquía. El rey de Navarra por su parte no se descuidaba en indemnizarse de las pasadas quiebras, invadiendo los estados de un desgraciado pupilo hecho juguete de la perfidia de sus ambiciosos tutores; y aun hubiera sido mas funesta la suerte de Castilla, si los moros andaluces, murcianos y valencianos hubieran sabido apagar el fuego de la division que hacia descuidar sus verdaderos intereses. Siete años duró la confusion y desórden sin ceder ninguno de los dos partidos, hasta que por fin don Alonso, declarado mayor de edad por el reino ántes de serlo, y enlazado con doña Leonor, hija de Enrique II de Inglaterra, restituyó á sus pueblos la calma de que tanto necesitaban. Su prudencia y la amabilidad de su carácter le grangearon en breve el amor de sus vasallos: las plazas usurpadas por sus inquietos vecinos sacudieron el yugo, y se restituyeron á porfía á la obediencia de su antiguo dueño, cuyo poder, creciendo de dia en dia, llegó con el tiempo á hacerse muy temible, y despertar la envidia y los recelos de los reyes de Leon, Aragon, Portugal y Navarra. Coligáronse todos contra don Alonso, pero le respetaron; y no atreviéndose á romper abiertamente con él quedó frustrado por entónces el objeto de la liga. No despreciaron sin embargo la ocasion de humillar á su contrario. Precisado don Alonso á hacer frente al miramamolin Jacob Aben-Jucef, que con un formidable ejército habia pasado el estrecho en socorro de los moros andaluces, y cubria toda la España de terror y espanto, contaba para la empresa con las fuerzas auxiliares que le podian prestar aquellos príncipes. El interés era comun: debia esperarse que, depuesta toda rivalidad y encono, acudiesen ansiosos á reunirse; pero una morosidad estudiada dejó á Alfonso vendido en medio del peligro: tuvo que arrostrar por sí solo el furor de una muchedumbre alentada; y á pesar de su valor, perdió una sangrienta batalla en que se vió empeñado junto á Alarcos. Impaciente por vengar la deshonra de su derrota, volvió á las armas inmediatamente que le fué posible; proclamó una cruzada contra los sarracenos; y reforzado su ejército con la multitud de religiosos militares que acudieron de todo el orbe cristiano, hizo conocer á sus enemigos en varios encuentros, que no se le vencia impunemente. Por desgracia las tropas auxiliares extranjeras, luego que ganaron las indulgencias, empezaron á resentirse de la falta de víveres, y del ardor del clima; y algunas serias, aunque inevitables contestaciones, contribuyeron no poco á avivar en ellas el deseo de regresar á los hogares patrios. La retirada de cuarenta mil cruzados dejó tan debilitado

el ejército, que ya no dudó Jacob Aben-Jucef en aventurar una accion decisiva. Le salió al encuentro don Alonso en las estrechuras de Losa; y confiado en la naturaleza del sitio, presentó la batalla. Quedaron en el campo doscientos mil sarracenos, y su gefe huyó precipitadamente á Andalucía, pasando á ocultar su vergüenza en los desiertos del África. Se refiere que un aldeano ó pastor contribuyó infinito á la victoria enseñando a los castellanos cierta senda desconocida, que les proporcionó una situacion muy ventajosa; y como no faltan personas afectas á todo lo maravilloso y extraordinario, unos le suponen ángel, y otros un santo enviado por Dios en aquel conflicto al socorro de sus siervos. Nadie podrá negarlo abiertamente sin temeridad; pero tampoco es repugnante creer que fuese efectivamente un pastor acostumbrado á apacentar sus ganados, y a cazar por aquellos contornos, como él mismo aseguraba sin rebozo, y práctico por consiguiente en el conocimiento del terreno; y cuando pueden esplicarse naturalmente los sucesos, parece que no hay necesidad de recurrir á medios sobrenaturales. Despues de esta memorable jornada, conocida en la historia por *la de las Navas de Tolosa*, continuaron haciendo felicísimos progresos las armas victoriosas de don Alonso VIII por la Andalucía, hasta que en el año de 1214 lo sorprendió la muerte en Garci Muñoz, pueblo inmediato á Arévalo. Bien sabida es la historia de los amores que se le suponen con cierta hermosa hebrea toledana: amores que, segun quiere persuadirse, le hicieron abandonar á su esposa, descuidar la administracion del reino, y mantenerse por espacio de siete años encerrado en la capital con el objeto de su pasion, hasta que conjurados ciertos nobles estinguieron con la muerte de la amada una llama tan funesta. El hecho podrá ser cierto; pero la dificultad de acomodar estos siete años de apatía en todo el largo reinado de un príncipe ocupado continuamente en recorrer sus dominios, ó en espediciones con los sarracenos, el crecido número de hijos que en proporcionados intervalos hubo de su muger, y otras circunstancias hacen casi increíble la narracion.

Poco mas de diez años tendria el heredero don Enrique I, cuando subió al trono de su padre bajo la tutela de su madre la reina doña Leonor; pero falleció ésta veinte y seis dias despues que su marido, y hubo de tomar la tutela á su cargo la infanta doña Berenguela hermana del niño rey. En breve se la obligaron á renunciar las intrigas de la casa de Lara, que, empeñada siempre en apoderarse del mando para triunfar de sus émulos, consiguió entónces poner á la frente del gobierno de Castilla á don Alvaro Nuñez, mayor de la familia: y al punto se renovaron los males que afligieron los principios del reinado anterior. Venganzas, tiranías, exacciones, dilapidaciones del real erario... En vano procuró atajar estos desórdenes con sus amonestaciones la infanta doña Berenguela, pues el insolente don Álvaro Nuñez de Lara lejos de darla oidos, cometió la injusticia de despojarla violentamente de los pueblos que la pertenecian, llegando su osadía hasta intimarla su salida de Castilla, y á no haberse encontrado sostenida por varios caballeros poderosos, se hubiera visto precisada á ceder á la fuerza. Desde entónces como si se irritase mas con la resistencia el furor vengativo del ambicioso Lara, se declaró abiertamente contra la infanta y todos sus defensores: aquellos pueblos que habian tenido bastante resolucion para desaprobar su despotismo, sufrieron todos los horrores de una guerra civil; y solo una imprevista desgracia pudo impedir que se consolidase el poder de este opresor. Hallábase con su pupilo hospedado en el palacio del obispo de Palencia; y estando cierto dia recreándose en el patio el jóven don Enrique con otros muchachos de su edad, se desprendió una teja del alero, y le dió un golpe tan fatal, que murió á los once dias, en 6 de junio de 1217.

Bien procuró don Álvaro mantener oculto este accidente: pero inmediatamente se difundió por todas partes la noticia, y llegó á oidos de doña Berenguela, sucesora del trono de Castilla. Habia estado casada esta señora con don Alonso IX rey de Leon; y de este matrimonio, declarado despues nulo á causa del inmediato parentesco de los dos esposos, hubieron un hijo llamado don Fernando, á quien la historia de Castilla reconoce con el sobrenombre del *Tercero* ó el *Santo*, y que á la sazon se hallaba en Toro al lado de su padre. Envióle á llamar la infanta bajo de un protesto especioso; y traspasando en él todos sus derechos, le hizo proclamar en Valladolid por toda la nobleza y el pueblo que le acompañaba. No tardaron en declararse por el nuevo rey varias plazas de las adictas á los Laras; y no pudieron otras resistir á los esfuerzos del jóven príncipe, que, puesto á la frente de un crecido número de vasallos fieles, procuraba hacerse reconocer y respetar; pero últimamente, prefiriendo el bien de los pueblos á las ventajas de una sangrienta guerra, se trató de concordia con don Álvaro. Negóse éste á todo partido: continuaron por ambas partes las hostilidades con el mayor teson; y cayó el rebelde en manos de don Fernando, el cual mas generoso que lo que permitian las circunstancias, le restituyó la libertad luego que cedió las plazas y fortalezas que mantenia á su devocion.

Duró poco la tranquilidad. Acostumbrados á dominar los Laras, no era fácil que se acomodasen á la dependencia; y aprovechándose de los zelos con que miraba el rey de Leon el engrandecimiento de su hijo, avivaron su resentimiento, y supieron pintarle como fácil la conquista de un reino que, en concepto de aquel rey, se le habia usurpado injustamente.

Nada mas se necesitó para encender una escandalosa guerra, en que, atropellándose las relaciones mas sagradas, hubieran venido á las manos padre é hijo, á no haber sabido éste desarmar la cólera de aquel con sus reverentes súplicas. Redújose pues la espedicion á algunas hostilidades cometidas por los leoneses en tierra de Campos, y á algunas correrías que por via de represalias hicieron los castellanos en los dominios de Leon; y restablecida la armonía entre los dos príncipes, la muerte de don Álvaro, y de las principales cabezas de su familia, restituyó la serenidad, calmando las agitaciones que habian escitado la intriga y la ambicion.

La espulsion de los sarracenos persuadida por la política, y aprobaba por la religion, era un punto que no podia perder de vista un príncipe tan zeloso defensor de la creencia de sus padres, como don Fernando; y así, apagadas las disensiones intestinas, y purgado el reino de bandidos y hereges, convirtió sus armas contra aquellos formidables conquistadores de la España, logrando en siete campañas casi continuadas debilitar su poder y facilitar para en adelante las reconquistas de Córdoba y de Sevilla, que han hecho tan célebre su nombre. Ocurrió entre tanto el fallecimiento de su padre don Alonso, dejando en su testamento por herederas de la corona de Leon á sus hijas doña Sancha y doña Dolce, habidas de su muger doña Teresa de Portugal; y un acontecimiento de esta naturaleza, que privaba á don Fernando de un derecho que legítimamente le pertenecia, alarmó á doña Berenguela. Es verdad que su matrimonio con don Alonso de Leon se habia declarado nulo; pero, dejando á los jurisconsultos que ventilen la célebre cuestion de si los hijos que nacen de un matrimonio ilegítimo contraido con buena fé son herederos legítimos de sus padres, quedando hábiles para todos los efectos favorables que les concede el derecho: lo que no tiene duda es que, segun la costumbre de aquellos tiempos, la ilegitimidad de un matrimonio de tales circunstancias no era suficiente razon para escluir á los hijos que procedian de él; pero al paso que Inocencio III declaró nulo el matrimonio de Alonso con Berenguela, dió por legítimo á Fernando, confirmando el tratado que hizo despues aquel con el rey de Castilla, reconociéndole por su legítimo sucesor; que si la nulidad del matrimonio con Berenguela hubiera podido ser obstáculo para don Fernando, no debian considerarse asistidas de mejor derecho las dos infantas instituidas, respecto á que tambien procedian de un enla-

Digitized by Google

ce vicioso, que igualmente se anuló; y por último que en igualdad de circunstancias parece no pudo justamente don Alonso anteponer dos hembras para la sucesion de unos estados, en que siempre la masculinidad se habia considerado como cualidad preferible. Fué pues indispensable que don Fernando suspendiese por entónces sus gloriosas espediciones, presentándose en Leon en compañía de su madre; y cuando creyeron tener que vencer infinitos obstáculos, encontraron tan favorables los ánimos de la principal nobleza, que sin dificultad fué don Fernando reconocido y jurado rey de Leon en la catedral. No faltaron sin embargo personas empeñadas en cumplir el testamento de don Alonso, colocando en su trono á las dos princesas: pero la mediacion de algunos respetables prelados, consiguió apagar en su principio estas desavenencias, haciendolas presentes los funestos efectos que han producido siempre, la importancia de su reunion para acabar de esterminar à los sarracenos, y que quedando, como quedaba, asegurada la decorosa manutencion de las princesas con el situado de treinta mil doblas anuales que les señalaba el rey de Castilla, nada mas podian apetecer. Reunidas de esta manera en las sienes de don Fernando III las dos coronas de Castilla y de Leon, lo quedaron ya para siempre. Continuaremos la relacion de los gloriosos hechos de este monarca luego que llenemos el vacío que se advierte en la historia de los reyes leoneses, desde la desmembracion acaecida en 1157 por muerte de don Alonso VII. Importa poco que se invierta el órden cronológico de los tiempos cuando se justifica esta inversion con la claridad que de ella resulta.

De los reyes de Leon.

Dejamos colocados en el trono de Leon al principe don Fernando II, cuyo genio sospechoso y desconfiado le enagenó los corazones de los nobles del reino. Alguno de ellos, el conde de Minerva don Ponce, injustamente despojado de sus bienes, se vió en la precision de acogerse huyendo de su opresor al abrigo del rey de Castilla. Sus señalados servicios en la guerra de Navarra empeñaron a don Sancho III en reconciliarle á toda costa con su hermano, como ya se ha dicho, haciendo que le restituyese sus estados.

Las revoluciones de Castilla con motivo de la minoridad de don Alonso VIII ofrecian una favorable coyuntura à don Fernando para alzarse con el gobierno à pretesto de apaciguarlas, tomando à su cargo, como tercero en discordia, la tutela del niño; pero era preciso vencer la vigorosa resistencia de los Laras y los Castros; y solamente un numeroso ejército podia facilitarlo. Corrian sus armas libremente por toda la Castilla, cuando don Alonso Enriquez, primer rey de Portugal, se entró por los dominios leoneses para tomar venganza de agravios recibidos, y se apoderó de Badajoz por los años de 1168. No pudo don Ferndndo mirar con indiferencia el riesgo que amenazaba á sus estados; y abandonando algunos proyectos que con dificultad podria ver realizados, se puso con sus tropas sobre la fortaleza de Alcantara, é intimidó al portugués en tales términos, que al salir de Badajoz en precipitada fuga tropezó con la puerta, se rompió una pierna, y fué hecho prisionero. Tratóle sin embargo don Fernando con la mayor cortesanía, hízole curar la fractura, y le puso en libertad; y la necesidad y el agradecimiento restablecieron entre ambos la armonia, quedando don Fernando en posesion de las plazas recobradas.

Aun no bien reparado el reino de Leon de los desastres de la guerra, se vió amenazado de otra igualmente peligrosa; pero cuyo éxito feliz coronó á Fernando de nuevos laureles. Acaudillados los moros andaluces por el formidable Aben-Jacob, entraron en Portugal, se apoderaron de la fortaleza de Torres-Novas; y precisados por don Alonso Enriquez á levantar el campo, se dejaron caer sobre los dominios leoneses. Marchó inmediatamente don Fernando al socorro de Ciudad Rodrigo, ahuyento á los mahometanos, y sin duda contribuyó infinito al éxito feliz de esta jornada algun manejo oculto de don Fernando Ruiz de Castro, que, fugitivo de Castilla por miedo de los Laras, habia hallado entre los moros favorable acogida. Desde esta época hasta la muerte del rey de Leon, acaecida en Benavente por los años de 1188, solo hay de memorable otra espedicion contra los sarracenos, en que, coligado don Fernando con los reyes de Castilla y Portugal, el arzobispo de Santiago y el obispo de Oporto, dió sobre los invasores con tal acierto y denuedo que dejó veinte mil en el campo. Su mismo caudillo cayó tres veces del caballo en el calor de la refriega, y á la tercera fué muerto, y atropellado por los fugitivos.

Dejo la corona don Fernando á su hijo don Alonso IX de este nombre; cuyo primer cuidado fué captarse la benevolencia de su primo don Alonso VIII de Castilla, concurriendo á las córtes que éste celebró en Carrion, y recibiendo en ellas de su mano el órden de caballeria; pero sin embargo tardó poco la envidia en malograr tan favorables disposiciones. No podian mirar sin zelos las testas coronadas españolas el engrandecimiento del príncipe castellano; pero muy cobardes, ó poco satisfechas de los fundamentos de su rivalidad, para acometerle sin rebozo conspiraron para prepararle secretamente su ruina. Reducido al último apuro con las armas esterminadoras del miramamolin Jacob Aben-Jucef, creyó poder contar con el auxilio de unos principes cuya religion, intereses y relaciones personales clamaban por la mas pronta reunion de sus fuerzas. Todos sin embargo cometieron la bajeza de abandonarle à la merced del vencedor; y esta conducta del leonés, respeto de una persona intimamente unida con los mas sagrados vínculos, no solamente grangeó la censura y el odio de sus contemporáneos, sino que el transcurso de los siglos posteriores no ha bastado á borrar este lunar que obscurece su memoria. Pero aun no fué lo peor esto. Cuando mas ocupado estaba el rey de Castilla en contener los rápidos progresos de aquel formidable enemigo, entró el rey de Leon por las fronteras castellanas, y le puso en la mayor consternacion. La oportuna retirada del sarraceno á las Andalucias le dejó en libertad para medir sus armas con este nuevo agresor: avistaronse los dos ejércitos, y hubieran venido á las manos à no haberse interpuesto algunos obispos, y aun la misma reina de Castilla doña Leonor. Restablecióse la tranquilidad, aunque con alguna repugnancia, sellándose la concordia con el matrimonio del rey de Leon, y la infanta de Castilla doña Berenguela, que se celebró á mediados de 1197. Mandólos separar al año siguiente el papa Inocencio III, por ser parientes en segundo con tercer grado de consanguinidad; pero las prendas recomendables que adornaban á la infanta, hacian tan sensible la separacion al leonés, que con diversos pretestos, escusas y diligencias consiguió diferirla siete años. Repetia entre tanto sus conminaciones el cardenal legado, y puso entredicho al reino de Leon; pero la legitimacion de los hijos de este matrimonio, la necesidad de restituir á Castilla los pueblos, ciudades y fortalezas que habia llevado en dote doña Berenguela, y mas que todo el tierno amor de los esposos, eran otras tantas dificultades que impedian se le obedeciese inmediatamente. No deja sin embargo de parecer algo estraño el empeño de aquel pontifice en negarse á dispensar el parentesco segun se le suplicaba, cuando pocos años ántes habia dispensado la silla romana en don Ramiro de Aragon el impedimento del órden sacro ó monastico; y no era mas estraordinaria la dispensa en el uno que en el otro. Llegó el momento de la cruel separacion en el año de 1204, quedando legítimos los hijos por la buena fé de los contrayentes, y en poder de don Alonso de Leon los pueblos y castillos que habia cedido en arras á su esposa. Levantóse el entredicho; pero ántes de restituirse a Castilla la infanta doña Berenguela, fué reconocido y jurado el principe don Fernando por heredero y sucesor en el trono de su padre. La muerte de don Enrique I de Castilla, y la cesion de doña Berenguela, le colocaron algunos años despues en el de este reino

Digitized by Google

y aunque parecia natural que don Alfonso mirase con particular satisfaccion esta corona en las sienes de un hijo de madre tan querida, hallamos irritada la envidia que abrigaba su pecho por las intrigas de los Laras. Los campos de Castilla vieron con dolor próximas á venir á las manos dos personas que habian nacido para amarse recíprocamente con la mayor ternura; pero habló don Fernando, y tanto la razon como el amor paterno recobraron todo el ascendiente que habian perdido sobre el corazon de don Alonso. Terminada felizmente tan odiosa como voluntaria guerra, movió el rey de Leon con mas acierto sus valerosas huestes contra los moros estremeños. Se apoderó de Cáceres, presentóse delante de Mérida, y cayó en su poder sin efusion de sangre. Deseando Aben-Hut, rey de Sevilla, reparar tan considerables pérdidas, se puso en marcha con un ejército de ochenta mil combatientes para sorprender á don Alonso en Mérida; pero éste le salió al encuentro con el reducido número de sus tropas: pasó de noche el Guadiana, que baña los muros de la plaza: descubrió al enemigo; y sin reparar en la desproporcion de sus fuerzas, le embistió y quedó vencedor. Desde el campo marchó contra Badajoz, la rindió, dejó guarniciones en algunas fortalezas abandonadas por los sarracenos, y regresó á Leon cargado de riquezas y trofeos; pero cuando animado con esta prosperidad pensaba volver á coronarse de nuevos laureles, le sorprendió la muerte en Villanueva de Sarria, pueblo de Galicia, por los años de 1230, dejando á su hijo don Fernando la gloria de acelerar con un terrible golpe la ruina del imperio mahometano.

Siguen los reyes de Castilla y Leon.

Efectivamente parece que la fortuna, de acuerdo con las intenciones de este digno príncipe, habia tomado á su cargo remover todos los obstáculos, y facilitar los medios de engrandecerle. Ella supo con la muerte de los principales Laras oponer un dique á las ambiciosas pretensiones de esta familia, y neutralizar las agitaciones que habian cubierto de ruinas y cadáveres las risueñas campiñas de Castilla. La imprudencia y la injusticia de su padre le pusieron á punto de perder la corona de Leon: la vió colocoda sobre unas cabezas imbéciles; previó las consecuencias; y aunque tenia bastante generosidad, y toda la virtud necesaria para renunciar sus legítimos derechos, no le permitió su buen corazon mirar con indiferencia la suerte que esperaba á los infelices pueblos. Reclamó los agravios de una disposicion viciosa: la fortuna preparó los ánimos de los leoneses, y reunió para siempre ambas coronas.

Retirados los moros en Córdoba y Sevilla como en sus últimos y mas inexpugnables atrincheramientos, habian sabido resistir por largo tiempo á los frecuentes esfuerzos de infinitos príncipes aguerridos. Córdoba y Sevilla eran los focos de donde se lanzaban los ardientes rayos que asolaban las provincias cristianas. Don Fernando se propuso acabar con estos terribles restos de los dominadores de la España, y la fortuna le facilitó un empresa tan aventurada, fomentando las divisiones intestinas de los mahometanos andaluces. La tiranía de los gobernadores de Córdoba habia escitado el descontento de los habitantes agraviados: aspiraban éstos á la venganza, y trataron con los cristianos que hostilizaban los contornos de entregarles el arrabal de la ciudad. Pusiéronse de acuerdo los adelantados de las fronteras, reunieron tropas escogidas; y protegidos de la obscuridad de la lluviosa noche del 8 de enero de 1236, llegaron hasta los muros del arrabal. El silencio y el descuido les permitieron arrimar sin dificultad las escalas; y disfrazados en trage africano subieron al muro algunos valientes españoles que sabian el árabe. Tropezaron con unos centinelas, se fingieron contrarondas, y los arrojaron desde la muralla con el auxilio de uno de ellos, que casualmente se descubrió ser de los conjurados. Corren todo el muro, asesinan en silencio á cuantos se les oponen, se apoderan de la puerta de Martos, y la franquean á la caballería cristiana. Los descuidados habitantes despiertan llenos de pavor y asombro: procuran ponerse en salvo desnudos ó á medio vestir, y caen bajo la cortadora cuchilla del enemigo. En breve se cubrieron las calles de cadáveres y moribundos: la guarnicion se alarma, acomete impetuosamente, hace retroceder por tres veces á los cristianos; pero últimamente, no pudiendo resistir á la firmeza y denuedo con que volvian á cargar, tuvo que guarecerse dentro de la ciudad, dejándolos dueños del arrabal.

La noticia del éxito feliz de esta primera tentativa llegó inmediatamente á los oidos del rey, que se hallaba en Benavente. Iba á sentarse á la mesa; pero sin detenerse mas que lo necesario para tomar de pié un bocado: *Caballeros*, dijo á los circunstantes, *quien sea mi amigo y buen vasallo sígame*. Montó al punto á caballo, y acompañado de muchos hidalgos y caballeros, que se le reunieron en el camino, se presentó delante de Córdoba. La estacion era lluviosa, pero sin embargo no sirvió de obstáculo para que, atravesando rios y barrancos sumamente crecidos, acudiesen los caballeros de las órdenes militares, é infinito número de gentes ansiosas por combatir al lado de su rey. Consternados los moros cordobeses con tan formidables preparativos, tuvieron por inevitable su ruina, é inmediatamente dieron aviso á Aben-Hut, que estaba en Ecija á la sazon; pero creyendo éste mas conveniente acudir al socorro de su amigo Zaen, rey de Valencia, contra el victorioso don Jaime de Aragon, que oponerse á don Fernando, débil enemigo en su concepto, partió para embarcarse en Almería, donde le ahogó en el baño Aben-Ramin, gobernador de aquella plaza. El motivo ó pretesto no se sabe; pero sea como quiera, este accidente y el incremento progresivo que iba tomando el ejército cristiano, infundieron tal desaliento en los sitiados, destituidos ya de la mas mínima esperanza de socorro, que capitularon la entrega de la ciudad con tal que se les concediese libertad para retirarse adonde mejor les pareciese.

La rendicion de Córdoba y la muerte de Haben-Hut debilitaron en tales términos las fuerzas de los mahometanos andaluces, que el rey don Fernando se confirmó mas y mas en la esperanza de realizar sus proyectos de reconquista. Dividido el reino de Sevilla en pequeños gobiernos ó partidos, apenas podia oponer una corta resistencia á la intrepidez de este animoso guerrero; y solo el de Granada parece que iba elevándose sobre las ruinas de los otros. Érale pues de la mayor importancia atajar los progresos de un imperio que podria malograr sus esperanzas con el tiempo; y creyendo que la conquista de Jaen facilitaria la de Granada, ó reduciria á este reino á una situacion precaria, nada temible, se puso sobre aquella plaza en el año de 1244. El buen estado en que se hallaba su defensa, y los esfuerzos de Ben-Alamar, rey de Granada, dilataron por algun tiempo su rendicion; pero últimamente, un plan de operaciones bien concertado, y no ménos bien dirigido, la puso el año siguiente en manos de los sitiadores. El mismo soberano granadino se presentó en los reales de don Fernando para prestarle vasallage, besando aquella mano que habia sabido vencerle.

Esta feliz combinacion de circunstancias indicaba ya al parecer la conquista de Sevilla, que no perdia de vista el príncipe castellano. La empresa era no obstante muy aventurada, pues no se habia descuidado en fortificarla competentemente su gobernador Jaraf; pero esto solo contribuyó á que hiciese don Fernando mayores preparativos. Pidió al rey de Granada los auxilios con que debia asistirle como feudatario, y no solamente se los envió, sino que los condujo él mismo, rompiendo con quinientos caballos por las tierras de Sevilla mientras se reunia su infantería, cubriendo de estragos la comarca, y reduciendo á cenizas mieses, árboles, casas y poblaciones. El ejército castellano, engrosado con los socorros que enviaban sucesivamente los obispos, órdenes militares, comunidades y consejos, transformaba

Digitized by Google

aquellas fértiles campiñas en áridos desiertos. Se apostaron trece naves á la boca del Guadalquivir, de suerte que, privada la ciudad por mar y tierra de todo humano socorro, era inevitable su entrega. Resueltos sin embargo sus valerosos defensores á sepultarse entre sus ruinas sufrian obstinadamente. No pudieron impedir que se interceptase la comunicacion de Triana con Sevilla cortando el puente que las une; pero supieron resistir y rechazar con denuedo los innumerables asaltos de los sitiadores. Se rindieron por último en 1248; pero solo trataron de capitular los habitantes cuando la ciudad llegó al estremo de hallarse abierta por todas partes al impulso de los arietes, y reducida al mayor apuro por falta de comestibles y municiones. Cuatrocientas mil personas de todas edades y sexos, sin contar infinitos judíos, salieron de Sevilla para pasar al África, temiendo persecuciones nuevas, ó para dispersarse por los pueblos mahometanos de la Andalucía, y quedó la ciudad casi desierta; pero el cuidado y vigilancia del conquistador consiguieron repoblarla muy en breve.

Dueño don Fernando de todas las principales plazas del reino de Sevilla desde el Guadalquivir hasta el estrecho; y creyéndose libre de los temores que pudiera infundirle algun poderoso enemigo doméstico, determinó pasar al Asia para unirse á los cruzados que combatian por la conquista de la Tierra Santa: piadoso, pero mal entendido proyecto en aquellas circunstancias. Dios sin duda, que parece velaba incesantemente sobre las acciones de este digno príncipe, no quiso permitir que tomase parte en las atrocidades con que frecuentemente se desfiguraba el carácter de la religion cristiana en aquellos mismos países que la habian visto nacer. Agravósele la hidropesía que ya hacia tiempo le aquejaba, y en 31 de mayo de 1252 murió como verdadero penitente, recibiendo de rodillas, sobre un lecho de ceniza, con una soga al cuello y despojado de todas las insignias reales, los últimos auxilios de la Iglesia. Por sus virtudes le vé España con la mayor satisfaccion y júbilo, y todos los católicos le veneramos colocado en el número de los Santos por el pontífice Clemente X.

Sucedióle su hijo don Alfonso X, conocido con el glorioso renombre del *Sabio*, que le grangearon su amor y aplicacion á las letras. Sus *tablas astronómicas*, el código de *las siete Partidas* que compuso para formar el sistema legislativo de sus dominios, la *crónica general de España desde su poblacion hasta los tiempos de don Ordoño II*, la que escribió desde *el principio y orígen de los godos hasta la muerte de su padre don Fernando*, con otras muchas obras, así en prosa como en verso, que han llegado hasta nuestros dias, prueban que si no mereció aquel concepto en todo el rigor del término, poseia al ménos una multitud de conocimientos muy superiores á la ilustracion de su siglo. En el discurso de su vida se encuentran á la verdad algunas acciones que desdicen de una gran sabiduría, pero en tiempos en que las ciencias política, económica y gubernativa no estaban muy adelantadas, tampoco deberán ser muy estraños los deslices de aquel hombre mismo que habia conseguido sobreponerse á la general ignorancia; ni deben estos lunares obscurecer la memoria de un príncipe tan digno por otros títulos del aprecio de la posteridad.

Los continuos alborotos de los moros valencianos, acaudillados por el sedicioso Alzadrach, movieron al célebre don Jaime de Aragon, llamado el *Conquistador*, á promulgar contra ellos un decreto de espulsion ó estrañamiento. Pudo muy bien hacerle ilusorio el respetable cuerpo de sesenta mil hombres armados que tenian los rebeldes; pero sin embargo, salieron del reino cuantos no quisieron abrazar el cristianismo, y pasaron á engrosar con sus familias el poder de los reyes de Granada y Murcia. Impacientes ya entónces estos príncipes de sufrir el yugo castellano se declararon en insurreccion; y auxiliados por el rey de Marruecos no solamente resolvieron sostener su independencia, sino apoderarse de toda la península, acabando primero con el rey de Castilla y toda su familia. Los preparativos necesarios para una empresa de esta naturaleza eran tan formidables que no pudieron ocultarse á don Alonso. Se retiró con disimulo de Sevilla, dejándola en el mejor estado de defensa; y pasándose á Córdoba, envió algunas tropas para contener á la morisma que se internaba por sus fronteras. El corto número de los castellanos, y la estacion del invierno, que se iba adelantando, dejaron á los sarracenos en proporcion de apoderarse de cerca de trescientos pueblos; y conociendo el rey de Castilla que sin un esfuerzo estraordinario no le seria fácil sujetarlos, imploró el auxilio de su suegro don Jaime de Aragon. Venida la siguiente primavera del año 1263, mientras se aprontaban las huestes aragonesas para arrojarse sobre Murcia, segun se habia concertado, entró don Alonso á sangre y fuego por los dominios de Granada. Salieron al encuentro los reyes coligados, vinieron á las manos, y quedaron vencidos; pero llegó del África un refuerzo tan considerable, que hubiera malogrado el éxito feliz de aquella empresa si hubiera sido mas prudente el granadino. La deferencia y el singular aprecio que empezó á manifestar á las tropas africanas, se caracterizaron de desaire por los principales moros andaluces; y creyéndose humillados con aquella preferencia, se rebelaron casi todos. Los gobernadores de Guadix, Málaga, Comares y otros se hicieron tributarios del rey de Castilla, le ofrecieron sus auxilios contra el de Granada, y no desperdició don Alonso esta feliz casualidad. Reducido al mayor apuro el granadino, habiendo de luchar al mismo tiempo con enemigos domésticos y con un poderoso estraño, no tuvo mas recurso que el de sujetarse nuevamente al vasallage de Castilla, obligándose á pagar anualmente doscientos cincuenta mil maravedis, y ofreciendo sus tropas á don Alonso contra el rey de Murcia, con tal que abandonase la alianza de los gobernadores rebeldes en tanto que se renovaba entre ellos la armonía. No eran en Murcia ménos felices los progresos de las armas aragonesas. El guerrero don Jaime, puesto á la frente de sus tropas, habia ya sujetado varios pueblos, y se disponia para la conquista de Murcia cuando se presentó en su ayuda don Alonso. Arreglaron el plan de sus operaciones para no embarazarse, y prestarse recíprocamente los auxilios necesarios; cayó Murcia, y su rey sufrió la misma suerte que el de Granada.

Tantos años de espediciones y de gloria habian contribuido sin duda infinito á hacer temible el nombre castellano; pero el erario se resentia escesivamente de dispendios tan crecidos como necesarios; y no atreviéndose don Alonso á recargar con nuevas imposiciones á sus vasallos, estenuados ya con anteriores desembolsos, creyó salir del apuro rebajando el valor intrínseco ó la ley de la moneda. Una determinacion tan opuesta á los principios económicos no podia ménos de producir consecuencias diametralmente contrarias á las que se prometia. Creció el precio de los géneros en proporcion á la pérdida del numerario: tomó la providencia de fijarle, y nadie quiso vender. La escasez general atrajo el descontento de los pueblos; y de él tomaron ocasion algunos grandes poderosos para declararse en rebelion, patrocinados por las armas del rey de Granada. Procuró don Alonso transigir aquellas diferencias con la mayor suavidad y moderacion: dió satisfaccion á las quejas, y cedió de su derecho cuanto sin comprometer su dignidad real le era permitido. Nada fué bastante para tranquilizar á aquellos revoltosos, que aspiraban á una absoluta dominacion; y por último, acaudillados de don Nuño Gonzalez de Haro, y del infante don Felipe, hermano del rey, se desnaturalizaron de Castilla, pasándose al servicio del enconado granadino. Propúsoles no obstante don Alonso varios partidos razonables; negáronse á todo, y amenazaron invadir los estados de Castilla. Ya no pudo desentenderse el rey de tales desacatos, y encargó su venganza á su hijo primogénito don Fernando de la Cerda, quien, pasando á Córdoba con un cuerpo de tropas escogidas, procuró ántes de llegar á las manos tentar nuevos medios de reconciliacion. Los rebeldes juraron sin embargo no rendirse sino bajo de

ciertas condiciones bastante inadmisibles; pero últimamente á todo se convino don Alonso, no tanto por el bien de la paz, como por quedar en libertad para convertir hácia otra parte su atencion.

Murió el emperador de Alemania Felipe II; y divididos los pareceres de los electores imperiales en el nombramiento de sucesor, resultó elegido el rey de Castilla don Alonso por dos votos mas contra tres que obtuvo Ricardo, conde de Cornwall. Pretendió hacer valer su derecho por medio de cartas y de embajadores. Su legítima eleccion y su inmediato parentesco con la casa imperial, como nieto del emperador Felipe, suegro de san Fernando, eran los fundamentos; pero su ausencia, la presencia y manejos de Ricardo, y mas que todo la proteccion de la corte de Roma, declarada abiertamente á favor de éste, arrebataron de sus sienes una corona que por todos títulos parecia pertenecerle. Jamás abandonó, á pesar de todo, sus pretensiones á ceñirla. Era preciso salir de España para que fuesen mejor escuchadas sus reclamaciones; pero se lo impedian las disensiones intestinas. Fué muerto entre tanto su competidor Ricardo: y deseando don Alonso aprovechar esta favorable coyuntura, se dió priesa á apaciguarlas de cualquier modo que fuese. La corte de Roma, que en aquellos tiempos se creia autorizada para disponer á su arbitrio de los tronos, se habia erigido en árbitra componedora de una diferencia que de lo contrario podia terminarse en su perjuicio. El imperio por otra parte se consideraba entónces como un feudo de la Silla romana; y ésta no podia olvidar nunca los males con que la habia afligido en el siglo precedente el emperador Federico Barbaroja. Don Alonso procedia de su familia; y asi es que ninguno de los papas Alejandro, Urbano y Clemente, todos cuartos de su respectivo nombre, habia favorecido su causa. Sucedióles Gregorio X, quien, siguiendo el espíritu de sus predecesores, á pesar de las reclamaciones del rey de Castilla y de las protestas de algunos príncipes del imperio, se declaró por Rodulfo, conde de Hapsbourg, y éste quedó electo. Insistió sin embargo don Alonso; pero solo obtuvo desengaños. La respuesta del papa fué constantemente que abandonase sus pretensiones, prometiéndole en recompensa las indulgencias que podria ganar combatiendo en la conquista de la Tierra Santa; pero sin duda no debió acomodarle este partido; pues, viendo que nada podia adelantar por los términos de la moderacion y la dulzura, determinó enviar algunas tropas á Italia, asi para sostener su causa vigorosamente, como para hacer frente á Cárlos de Anjou, que como feudatario del papa se habia propuesto perseguir á cuantos no eran de su partido. No dejó de hacer alguna impresion este movimiento en el ánimo de Gregorio: procuró avivar la rivalidad de Rodulfo, amonestándole repetidas veces que no se descuidase un momento en defenderse; y llegó á tanto su animosidad que, abusando de las censuras eclesiásticas, se arrojó á escomulgar á las repúblicas de Génova y Pavía, que se mantenian por don Alonso. Ya no pudo este mirar con indiferencia tan irregular procedimiento; pero cuando, segun el estado de las cosas, parecia lo mas natural que, abandonando infructuosas negociaciones, recurriese á los medios enérgicos propios de un hombre con razon y con poder, le vemos incurrir en la debilidad y la imprudencia de abandonar sus dominios en la situacion mas crítica, dejando por gobernador á don Fernando de la Cerda, por pasar á Francia con ánimo de avistarse con el papa. Viéronse con efecto en Belcayre; pero las resultas de sus conferencias fueron las que debian esperarse á vista del carácter firme de Gregorio. Tambien era tenaz Alfonso; pero acaso no tenia bastante resolucion ó tino para elegir los medios oportunos de conseguir su empeño; y se las habia por otra parte con un hombre de refinada política, ante quien don Alonso era en estado tan fácil de deslumbrar como un niño. Desengañóse finalmente; volvió á Castilla sumamente disgustado; y despues de diez y ocho años de pretension, tuvo que contentarse con usar del título de *Electo rey de romanos*, y con escribir á varios príncipes de Alemania é Italia *que no habia desistido, ni pensaba desistir de su derecho al Imperio*. Lo primero importaba bien poco, y lo segundo en sustancia solo eran vanas esperanzas, incapaces de realizarse en mucho tiempo atendida la situacion del reino, y con mucho trabajo aun cuando mejorase. Pero ni aun este desahogo le consintió Gregorio: pues asi que llegó á su noticia, espidió un breve al arzobispo de Sevilla, mandándole amonestase al rey que se abstuviese de turbar la paz de la cristiandad, usando de un título que no le pertenecia habiendo emperador legítimo ungido y coronado; que le escomulgase sino se conformaba; pero que le concediese en su nombre los diezmos eclesiásticos para continuar la guerra contra los moros en caso de que obedeciese. El rey, fuese temiendo los rayos del Vaticano, fuese por aprovecharse de un subsidio que le era muy oportuno en aquellas circunstancias, desistió de un empeño, que la prudencia caracterizaba ya de temerario, no pudiendo conservar la mas remota esperanza de su logro. De este modo quedaron á beneficio del real erario las que llamamos *tercias reales*, al principio durante la guerra contra los moros, y despues perpetuamente, por gracia de Inocencio VIII y otros pontífices.

Con dificultad podrá ciertamente justificarse esta tenacidad de don Alonso. Muy desde los principios debió conocer que, aunque la fama de sus prendas, ingenio, riquezas y poder, habia hecho en toda Europa respetable su nombre, la distancia le perjudicaba infinito para el logro de sus designios; que, habiendo de luchar con la asombrosa influencia de la silla romana en todos los gabinetes, le era preciso defender su causa, nó como quiera personalmente, sino á la frente de un vigoroso ejército; que no podia sostenerse en aquellas remotas regiones sin un nuevo gravámen de sus vasallos; que éstos no se hallaban ya en disposicion de soportarle; y por último, que aunque por esta parte no se le ofreciese el menor obstáculo, la prudencia no le permitia abandonar sus dominios al fuego de la sedicion que brotaba por todas partes, ni dejarlos espuestos al furor de tan indomable enemigo como el moro, pronto siempre á aprovecharse de toda favorable coyuntura para sacudir el yugo que sufria con impaciencia.

Y efectivamente, apenas volvió la espalda don Alonso, cuando, coligado el rey de Granada con el de Fez, y reconciliado con los rebeldes gobernadores de Guadix, Málaga y Baeza, se arrojó con un formidable ejército, dividido en dos cuerpos, sobre Écija y Jaen. Acudió inmediatamente á su socorro el adelantado de aquella frontera don Nuño de Lara; y á pesar de la desproporcion de sus fuerzas con las del enemigo, no dilató el medir con él sus armas. Sus fuertes, aunque reducidos escuadrones, rompieron con tal denuedo por las filas mahometanas, que temió su general una completa derrota; pero últimamente, oprimidos los cristianos por la multitud, tuvieron que ceder al campo despues de haber vendido á buen precio la victoria. Este funesto azar avivó los preparativos del príncipe don Fernando de la Cerda; y juntando arrebatadamente en Burgos la gente que pudo, se puso en marcha hácia la frontera despues de encargar á todos los consejos y mesnaderos que alistasen sus tropas y le siguiesen. Llegó hasta Ciudad-Real, donde, postrado á la violencia de una aguda enfermedad, falleció en breves dias por los años de 1275, recomendando muy encarecidamente sus hijos y muger á don Juan Nuñez de Lara, hijo y sucesor de don Nuño, y rogándole hiciese los mayores esfuerzos para que su hijo mayor don Alonso heredase la corona despues de los dias del rey su abuelo. Era tal en aquellos tiempos el poder de la casa de Lara, que no la hubiera sido imposible llevar á efecto los deseos del príncipe; pero apareció un poderoso competidor que desconcertó sus proyectos.

El infante don Sancho, hermano segundo del difunto don Fernando, caminaba desde Burgos á la frontera de Andalucía con la gente que habia conseguido reclutar cuando tuvo la noticia del fallecimiento de aquel. Aceleró su marcha hácia Ciudad-Real, y supo con tal arte

Digitized by Google

grangearse el afecto de los ricos hombres, que todos le reconocieron por inmediato sucesor al trono despues de los dias de su padre, con preferencia á los hijos del difunto primogénito don Fernando, que como nietos del rey distaban un grado mas. Atrajo á su partido al poderoso don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, que á la sazon habia concurrido con sus tropas para la defensa comun: y para captarse mas el amor de los vasallos hizo llamamiento de gentes para continuar la guerra, las mandó reunir en Córdoba, y asegurando á los pueblos de su inmediato socorro en todo trance, les encargó observasen los movimientos del enemigo, poniendo en salvo los ganados y demas efectos de consecuencia en caso de riesgo. Pasó á Sevilla, conoció que el mejor medio de terminar bien pronto aquella guerra era colocar en el estrecho una escuadra que interceptase los continuos socorros que llegaban del África: y temiendo el rey de Fez que le cortasen la retirada, se replegó hasta el puerto de Algeciras. La falta de víveres y municiones le obligaba de dia en dia á regresar á Marruecos; pero, como sus naves no podian sostener el choque con la escuadra castellana, se hallaba bastante embarazado discurriendo un medio de verificar la salida sin venir á las manos. Por su fortuna llegó de Francia á la sazon el rey don Alonso. Las derrotas que habian sufrido sus tropas en algunos anteriores encuentros, la muerte del príncipe don Fernando, y mas que todo el deplorable estado del erario real, llegaron finalmente á convencerle de que seria conveniente conceder algunas treguas á sus pueblos, faltos de gentes y dinero. Propuso al marroquí un armisticio de dos años, y éste no pudo ménos de aceptar una propuesta que le era tan favorable en aquellas circunstancias, aunque reservándose los puertos de Tarifa y Algeciras. Solo el granadino consideró esta tregua como un obstáculo á sus vastísimos proyectos; pero, no pudiendo solo resistir á los cristianos, no tuvo otro arbitrio que dejar tambien las armas por entónces.

Terminada de este modo la guerra, pasó á Toledo el príncipe don Sancho, solicitando de su padre que le declarase inmediato sucesor al trono con esclusion de los hijos del primogénito don Fernando y de su muger doña Blanca de Francia, hija de san Luis. Murió tambien á la sazon don Juan Nuñez de Lara, que los tenia en su poder y tutela, por cuya razon pasaron á la de su madre; pero receloso don Sancho de que la reina doña Violante abogaria por sus nietos, procuró ganar la voluntad del rey por medio de su amigo y confidente don Lope Diaz de Haro. Pintóle éste al rey con el mas brillante colorido los méritos que habia contraido don Sancho durante su ausencia, defendiendo con su pericia militar un reino próximo á su total ruina; hízole ver que la nobleza, el pueblo, todos admiraban sus apreciables cualidades; que tenian puestas en él todas sus esperanzas, y que solo deseaban que un príncipe tan digno ocupase con el tiempo el solio de sus mayores. Bien lo conocia don Alonso; pero, temiendo privar á sus nietos de aquel derecho que pudiesen tener, no se atrevió á resolver sin consultar á su consejo. Acababa el rey de componer el código de *las Partidas*, en el que, con arreglo á la jurisprudencia romana, á los hijos del príncipe que muriese ántes que su padre, se les declara la representacion de la persona de éste para entrar á la sucesion y herencia del abuelo. Los ministros consultados no se atrevieron á oponerse á unas opiniones que el rey acababa de proponer como mas seguras; y solamente el infante don Manuel, tio de don Sancho, fué de dictamen que la corona no debia hacer tránsito al nieto, sino pasar regularmente primero desde el rey que la ceñia al hijo mayor que le quedaba, como si éste hubiese sido el primogénito. Las leyes godas así lo determinaban, y efectivamente nadie tuvo dificultad en conformarse con el dictamen del infante, fundado en la legislacion de sus mayores, de suerte que en las cortes celebradas en Segovia al efecto, fué don Sancho jurado sucesor inmediato de su padre. No creyó la reina que don Sancho lograria tan fácilmente su designio, pero, viendo frustradas sus esperanzas, trató de poner la vida de sus nietos á cubierto de las asechanzas del tio. Llevólos secretamente á Aragon en compañía de su madre doña Blanca, desde donde, bajo la proteccion del rey don Pedro III, creyó la seria fácil desconcertar las intrigas del jurado príncipe heredero don Sancho.

Cuando en Francia se supo el fallecimiento del príncipe don Fernando de la Cerda, pasó á Castilla Juan de Brena, hijo del rey de Jerusalen, en calidad de embajador, á pedir á don Alonso en nombre del rey Cristianísimo el dote de doña Blanca, y su permiso para que así ella como sus hijos pudiesen volver á Francia, aunque despues de declarar heredero presuntivo de sus reinos al mayor de ellos. Don Alfonso habia ya respondido que el dote y arras de la princesa estaban asegurados en Castilla; que la sucesion de la corona pertenecia á su segundogénito don Sancho, y que por entónces no convenia saliesen de Castilla doña Blanca ni sus hijos. Picóle tanto la respuesta al rey de Francia, que desde luego se previno á romper con Castilla, emprendiendo una sangrienta guerra, que impidió por entónces la mediacion del papa. Contentóse pues con despachar en el año de 1277 nuevos embajadores reiterando las mismas peticiones; y don Alonso respondió lo mismo que anteriormente en órden á la sucesion del reino; y como en aquella época habian ya pasado á Aragon los infantes Cerdas, añadió; que así éstos como su madre doña Blanca se hallaban privados de cualquier derecho que pudieran haber tenido á la corona y rentas dotales, por haber salido de Castilla clandestinamente y sin su permiso. Esta nueva repulsa renovó la animosidad del francés: y declaró la guerra; pero medió tambien la corte de Roma y tampoco tuvo efecto.

Concluyóse el armisticio con los mahometanos, y don Alonso, que habia resuelto apoderarse de Algeciras, y tenia apostada en el estrecho una armada de cien velas para interceptar los víveres, municiones y cuantos socorros pudiesen enviar del África, convocó sus tropas en Sevilla, y bajo las órdenes de su hijo el infante don Pedro las destinó al bloqueo de la plaza. Tomaron con tal acierto los puntos de circunvalacion, que la ciudad, reducida al mayor apuro, solo diferia la rendicion por la esperanza del socorro que desde Tanger le habia prometido Aben-Jucef, quien solamente aguardaba una ocasion favorable para introducirle. Presentósele, y no la desperdició. El príncipe don Sancho, comandante de la escuadra, cometió la imprudencia de enviar á su madre los caudales destinados para mantenerla en el estrecho; y la tripulacion desnuda, hambrienta y enferma tuvo que saltar á tierra y alojarse en unas miserables chozas. Súpolo el marroquí; y armando catorce galeras que tenia en Tanger, dió sobre la flota cristiana; quemó, apresó, y echó á pique cuantas naves se le presentaron, y la plaza quedó socorrida. Ya entónces se consideró inútil la continuacion del sitio por tierra: las enfermedades y la desercion hacian por otra parte considerables estragos en el ejército, el cual tuvo que retirarse precipitadamente, dejando á la merced del enemigo las máquinas de guerra y otros pertrechos; de suerte que don Alonso, viéndose sin armada ni soldados, hizo treguas con Aben-Jucef, aunque para no perder su derecho á las tercias empezó á prepararse contra el granadino.

No se descuidaban entre tanto las negociaciones para que volviesen á Castilla la reina doña Violante y los infantes de la Cerda. Consiguióse la venida de aquella; pero el rey de Aragon no quiso entregar de ningun modo los infantes, y solamente se obligó á no dejarlos pasar con su madre á Francia. Aun no habia echado en olvido esta potencia sus pretensiones acerca de la sucesion de los infantes Cerdas. Las repetidas instancias de los papas eran infructuosas; pues decia sin rebozo que llevaria adelante aquel empeño con el mayor teson, y que mientras no se revocase la jura de don Sancho, o por lo ménos se dividiesen otra vez los reinos de Leon y Castilla, dando el uno al hijo mayor de don Fernando, te-

Digitized by Google

curriria á todos los arbitrios que podria proporcionarle su poder. Las cosas habian llegado á un estremo que ni por cartas ni por embajadores se podia adelantar cosa alguna. Determinaron avistarse los dos reyes, trataron del asunto con la mayor porfía, y por último ya se contentaba el francés con que don Alonso de la Cerda fuese reconocido rey de Jaen, feudatario de Castilla; pero el príncipe don Sancho supo manejarse de modo que, no consintiendo su padre en enagenar cosa alguna, quedaron las cosas como estaban. Retiróse el rey de Francia, vióse de paso con el de Aragon, y le encargó sobre manera que protegiese á los infantes Cerdas contra todos los insultos de Castilla; pero no necesitaba el aragonés de este encargo; porque le convenia mucho tener en su poder estos rehenes. El príncipe de Castilla, que ya se miraba al pié del solio, habia de procurar, por temor de que favoreciese la causa de los Cerdas, no romper la buena inteligencia que reinaba entre ambos; y el rey de Aragon, seguro de la alianza del príncipe castellano, tenia un poderoso enemigo que oponer á la Francia en caso de que, continuando las tiranías con que oprimia á la Sicilia, desconcertase las pretensiones del aragonés á aquel estado. Asi pues, no contento con poner á los infantes en el inespugnable castillo de Játiva, ajustó en 1281 con el rey de Castilla y el príncipe su hijo un tratado de alianza y confederacion *de amigo de amigo, y enemigo de enemigo* contra cualquiera del mundo, consolidando el pacto con la responsabilidad de veinte y cinco mil marcos de plata á que quedaba sujeto el primero que violase el concierto. Esto sonaba en público: pero secretamente trataron de reunir sus fuerzas contra la Navarra, partírsela entre sí Castilla y Aragon: y aun el príncipe don Sancho renunció á favor de su tio el rey de Aragon la parte que le cupiese, con la condicion de que despues de los dias de su padre le favoreciese en la sucesion al reino. No debemos pues estrañar que la causa de los desventurados Cerdas hiciese en adelante tan pocos progresos, y mucho ménos si paramos la consideracion en el encadenamiento de circunstancias que se declararon á favor de don Sancho.

No podia don Alonso borrar de su memoria la catástrofe de su ejército y armada en el sitio de Algeciras; reconocia en el príncipe su hijo el autor de tan irreparable daño; pero, no atreviéndose á descargar sobre él los efectos de su enojo, hizo prender al recaudador del dinero, que era un hebreo poderoso llamado don Zag de la Malea. Se le reconvino por haber entregado á don Sancho el caudal destinado para la espedicion, y porque, ya que á esto no se hubiera podido resistir, no habia avisado al rey con tiempo para remediar el mal. Bastante especiosos eran semejantes cargos: pero como el objeto era encontrar alguna víctima que poder inmolar impunemente al resentimiento de don Alonso, se graduó de enorme crimen lo que en realidad fué solo una inconsideracion, y se le condenó á muerte. El castigo no dejaba de ser con esto solo bastante desproporcionado; pero queriendo manifestar el rey que su enojo se estendia tambien contra quien tenia la mayor culpa del daño, mandó que fuese arrastrado el miserable por delante de la habitacion del príncipe hasta el lugar del suplicio. Intentó don Sancho bajar á libertarle; y ya que no pudo conseguirlo por habérselo estorbado sus hermanos, prorumpió en amargas quejas contra su padre: y juró vengar una muerte tan injuriosa á su persona. No podia presentársele ocasion mas favorable para quitarse la máscara con que hasta entónces habia disfrazado sus designios, que la que se le ofrecia á la sazon. Pertrechados los pueblos con sus fueros municipales, resistian el código de *las Partidas* que don Alonso tenia empeño en hacerles admitir. Seducida la nobleza con las palabras de don Sancho, solo veia en la desmembracion del reino de Murcia, que don Alonso habia resuelto ceder al infante de la Cerda una odiosa venganza, que podia ser funesta á Castilla, y origen interminable de guerras y disensiones. La sangre del infante don Felipe y la del señor de los Cameros, muertos en un suplicio sin saberse la causa, clamaban por una pública satisfaccion. Todos abandonaron á don Alonso; y el partido del príncipe se hacia de dia en dia mas respetable, asi con los nuevos parciales que se le agregaban, como con las alianzas de Aragon, Portugal y Granada, que procuró contraer y conservar. No ignoraba don Alonso todas estas tramas, y veia amenazada su autoridad; pero, no persuadiéndose á que las cosas llegarian al estremo, procuró componerlas pacíficamente. Solicitó avistarse con su hijo para satisfacer á sus quejas; pero éste, no contento con detener temerariamente á los embajadores de su padre, reunió en Valladolid sus partidarios, los cuales le reconocieron por su rey, y se obligaron á mantener en su nombre los castillos y fortalezas, y á contribuirle con las rentas reales. Repitió sin embargo don Alonso sus oficios de paz, ofreciéndole varios partidos; pero el príncipe solo queria reinar, y á nada se rindió. Con este desengaño debia esperar el rey verse destronado si no atajaba la insurreccion con una providencia vigorosa; pero, no hallándose con fuerzas para hacerse obedecer, imploró el auxilio del papa, el de Francia, el de Aragon, Portugal, Granada y Marruecos. Todos le desampararon á escepcion del papa y el marroquí, únicos á quienes debió algun socorro, al primero de censuras eclesiásticas, y al segundo de dinero y naves bien tripuladas; pero como en aquellos tiempos se miraba con desconfianza á todo el que no era cristiano, empezó á correr la voz de que el marroquí Aben-Jucef solo traia el designio de sacar partido de las disensiones de Castilla. Podria ser cierta la especie; pero no habia el menor motivo para darla asenso. Sea como quiera, el moro, resentido de que su generosidad fuese tan mal agradecida, repasó el estrecho con su gente, y privó á don Alonso de un socorro que podia haberle sido muy oportuno en aquellas circunstancias. Su retirada sin embargo no sirvió de obstáculo para que de dia en dia fuese creciendo el partido del rey. Las amonestaciones del papa y de los obispos que amenazaban con las penas espirituales á cuantos no guardasen á su rey la fidelidad que le habian jurado, redujeron muy en breve á su deber á los principales caudillos de la sedicion, y con ellos á una multitud de pueblos. El rey juntó sus cortes en Segovia, promulgó un solemne manifiesto patentizando al mundo las injurias que habia recibido de don Sancho su hijo, desheredándole, y fulminando contra él su temible maldicion; de suerte que, aterrado el príncipe, pensaba ya en los medios de implorar el perdon de todos sus desaciertos á los piés de su irritado padre, cuando éste falleció en Sevilla á 4 de abril de 1284. No se mostró insensible don Alonso á las muestras de arrepentimiento de don Sancho; y como el amor paterno pone fácilmente en olvido las ingratitudes de los hijos, hay quien dice que don Alonso reformó su testamento á la hora de la muerte, nombrando sucesor suyo á don Sancho. Lo que no tiene duda es que apenas murió don Alonso, fué aclamado generalmente por todos los pueblos, que desde dos años ántes gobernaba como absoluto; que le prestaron obediencia aun los que se habian mantenido por su padre; y que su hermano el infante don Juan tuvo que abandonar el proyecto que habia formado de quedarse con Sevilla y Badajoz, apoyado en la primera disposicion testamentaria del rey difunto.

Una respuesta muy descortés é intempestiva de don Sancho le concilió desde luego el resentimiento de un poderoso enemigo, á quien deberia haber tratado con alguna consideracion. Aben-Jucef no deseaba la guerra, pero tampoco la rehusaba; y viendo desairadas sus proposiciones de paz y amistad, pasó el estrecho con gruesa armada: sitió á Jerez, y cubrió de estragos y destrozos la comarca de Sevilla. Preparábase don Sancho á resistirle, cuando se le presentó un mensage del rey de Francia solicitando no auxiliase al de Aragon en la guerra que aquel le habia movido por despojarle de sus estados: pues habiéndole merecido sus pretensiones á la Sicilia la escomunion del papa, y hallándose adjudicados por él mismo sus dominios á Carlos de Valois, no podia evitar la nota de temerario cualquiera que le favoreciese. El temor á los Cerdas hacia á don Sancho mirar como

Digitized by Google

absolutamente necesaria su alianza con el aragonés; pero la guerra de Andalucía era un obstáculo para que pudiese distraer sus fuerzas en socorro de su confederado. Así pues, deseando contener un poco la tempestad, despidió con una respuesta equívoca á los embajadores, prometiendo enviar otros á Francia para ventilar este negocio. No pudo sin embargo deslumbrar al francés; y sin esperar éste la nueva embajada, rompió con un ejército de cien mil combatientes por el territorio aragonés. Presentóse delante de Gerona, y redujo la plaza á la mayor consternacion. No se hallaba el rey de Aragon con fuerzas suficientes para arrojar de sus dominios á tan formidable enemigo: pidió á Castilla los auxilios estipulados, y don Sancho se escusó con el sitio de Jerez, y correrías de los moros andaluces. No debió quedar muy satisfecho el aragonés; pero, disimulando su resentimiento hasta mejor ocasion, procuró resistir, aunque solo, á los esfuerzos de una multitud aguerrida. Murió poco despues, sucedióle don Alonso III su hijo; y temiendo el rey de Castilla que concluida la guerra de Francia vengase á su abandonado padre, apoyando las pretensiones de los Cerdas, le despachó una embajada pidiendo se los entregase, y asegurandole de sus deseos de continuar la alianza que ya hacia tiempo unia á las dos coronas. Desazonado con la respuesta que obtuvieron sus embajadores, conoció que se hallaba muy próximo un rompimiento. La amistad de la Francia le era en este caso muy importante; pero como el mero hecho de solicitarla era ya un paso decisivo contra el aragonés, y nada le interesaba tanto como tenerle de su parte, determinó celebrar cortes en Alfaro, donde á presencia de la nobleza, del clero y del pueblo se discutiese el punto, y se deliberase cual de las dos confederaciones podia serle mas útil. Quizás se eligió la peor, pues fué preferida la de Francia; pero á lo ménos tuvo don Sancho la satisfaccion de verse vengado en este congreso de los agravios de don Lope Diaz de Haro, cuya insolencia habia llegado hasta el estremo de tratar como país enemigo á los estados del rey su favorecedor. Este hombre desagradecido, que tantos motivos tenia para temer el resentimiento de su señor, se presentó en el congreso con el mayor descaro, empezó á abogar con calor por el aragonés contra el dictámen de la reina, de los prelados, y de todo el consejo real: y don Sancho, que le advirtió empeñado en la disputa, formando en aquel momento el designio de apoderarse de su persona, y obligarle por este medio á restituir el fruto de sus usurpaciones, se salió de la sala; tomó conocimiento del número de tropas que habia llevado don Lope; y apercibió su gente para cualquier lance. Volvió el rey á la sala, é intimó á don Lope que se entregase preso; la respuesta de don Lope fué gritar á los suyos, y arrojarse furiosamente con un cuchillo hácia la puerta en que estaba el rey; pero interponiéndose la guardia, le cortaron de un tajo la mano derecha, y cayó muerto al golpe de una maza. El infante don Juan, amigo de don Lope, y compañero en sus maldades, intentó igualmente abrirse paso con otro puñal, é hirió con efecto á algunos; pero hubiera tenido la misma suerte que su amigo á no haberse acogido al regazo de la reina. Fué no obstante preso y conducido á Burgos; y de este modo recobró don Sancho en breves dias los castillos y fortalezas que su hermano y don Lope le tenian usurpados.

No calmó sin embargo este acontecimiento las inquietudes de Castilla. La viuda de don Lope, á pesar de las protestas de don Sancho sobre no haber tenido parte en la muerte de su marido, hizo tomar las armas á su hijo don Diego Diaz de Haro; y juntando mucha gente se pasaron á Aragon, solicitando la libertad de los Cerdas. La consiguieron inmediatamente, porque el aragonés solo deseaba alguna coyuntura favorable para vengarse del castellano. Aclamaron rey de Castilla y Leon á don Alonso el mayor de los infantes Cerdas; y por influjo de don Diego contrajeron ambos Alfonsos la mas estrecha alianza: pero murió á poco don Diego, y se acabó el resentimiento.

Ocupado el rey de Aragon con la guerra de Francia y de Sicilia, y con ciertas revoluciones domésticas, lejos de poder emplear sus fuerzas en auxilio de nadie, solo debia pensar en defenderse, y como don Alonso de la Cerda no tenia otro apoyo, se halló convertido en un rey sin corte, estados ni tropas para sostener su dignidad. El infante reclamó sin embargo del aragonés el empeño que tenia contraido con él; hizole promesas no despreciables si *con sus armas le ponia en posesion de los reinos de Castilla y Leon, que su tio don Sancho le tenia usurpados;* de suerte que ya no pudo el aragonés desentenderse. Dióse priesa á apaciguar las divisiones intestinas, aumentó su ejército con mas de cien mil hombres; y se puso en marcha contra don Sancho, que con fuerzas respetables le esperaba en las fronteras. Todo anunciaba un combate general y decisivo, pero todo vino á parar en algunos retos de parte á parte, que no tuvieron efecto, y en algunas correrías y asaltos á la villa de Almazan.

Falleció poco despues don Alonso de Aragon; y aunque el infante de la Cerda procuró hacer entrar en sus intereses á su sucesor don Jayme II, las cosas habian ya mudado de semblante. Don Sancho, bienquisto de sus pueblos y amigo de la Francia, era ya un enemigo temible; y así el prudente don Jayme juzgó mas oportuno confederarse con el castellano que comprometer su reputacion al éxito dudoso de una guerra voluntaria. Don Sancho hizo saber al rey de Francia este nuevo tratado con el aragonés, procuró conciliar las dos potencias, y bajo de algunas condiciones y seguridades mútuas consiguió transigir, ó á lo ménos suspender, por entónces, unas disensiones que parecian interminables.

Toda la precaucion de que se valia don Sancho para manejar ciertos genios revoltosos, que hacian titubear sobre su cabeza una corona violentamente adquirida, no habia logrado estinguir el fuego de la sedicion, que, encubierto bajo de cenizas frias al parecer, se avivaba al mas ligero viento. El infante don Juan jamás abandonó sus pretensiones. Debia su libertad á su generoso hermano: pero, como su corazon no era accesible á nobles sentimientos, parece que solamente la habia recibido para abusar de ella torpemente. Al punto que se vió libre se unió á los descontentos Laras, y empezó á fomentar la insurreccion; pero don Sancho procuró atacarla en sus principios, y don Juan se vió en la precision de huir á Portugal. Una persona tan inquieta no podia ménos de ser peligrosa en cualquiera parte. El rey don Dionis le mandó salir de sus estados á ruegos de don Sancho; y habiéndose embarcado para Francia, un viento contrario le condujo á Tanger; pero, demasiado astuto para desconcertarse por este acontecimiento, solo trató de sacar partido de las circunstancias. Persuadió á Aben-Jucef á que venia en su servicio; y hallándose el marroquí meditando una espedicion contra Castilla, logró don Juan le diese el mando de cinco mil caballos con destino á la conquista de Tarifa. Presentóse con efecto delante de la plaza, que, defendida por don Alonso Perez de Guzman el bueno, rechazó con denuedo los repetidos y formidables asaltos de los sitiadores. Conoció el infante la dificultad de la empresa; pero, mas irritado con una resistencia que ofendia su amor propio, juró no abandonarla hasta conseguirla, sino con su valor por cualquiera medio. Supo que don Alonso, temiendo los peligros del bloqueo, habia sacado de Tarifa á su hijo único, niño de pocos años, y le habia trasladado á un pueblo cercano. Inmediatamente dispuso se le llevasen al campo; y participando á su padre que le tenia en su poder, le intimó luego que, si no rendia la plaza, pereceria el niño al filo de su espada. El noble don Alonso, haciéndose superior á los sentimientos de la naturaleza, no vaciló un momento: asomóse á la muralla, y aseguró al infante defender á Tarifa hasta exhalar sus últimos alientos. «No tengo mas que un hijo, añadió, pero le amo demasiado para consentir que su vida sea el premio de una vileza; y si como no es mas que uno fuesen muchos, á todos los sacrificaria gustoso por mi patria y por mi honor; y así, infante don Juan, si en ese campo falta cuchilla para inmolar la víctima, ahí está mi acero:» arrojó su espada al campo, y con la

Digitized by Google

tranquilidad mas heroica se retiró á comer. Percibióse de allí á poco una estraordinaria gritería en el campamento, corrió á los adarves don Alonso, y fué testigo de la escena mas horrible é inhumana, pues vió quitar la vida á su inocente hijo: pero, llevando hasta el estremo su heroismo: «No es nada, prorumpió regresando á los suyos; creí que era otra cosa: imagine que los enemigos escalaban el muro....» y se volvió á la mesa. Los mahometanos, conociendo por este rasgo que eran inútiles sus tentativas, levantaron el sitio y repasaron todos el Estrecho, escepto el infante que se retiró á Granada.

Entre tanto no cesaba el rey don Sancho de aumentar sus fuerzas de mar y tierra para el sitio de Algeciras; y conociendo Aben-Jucef que no bastarian las de la plaza para defenderla, advirtió á su gobernador que pues no era posible enviarle socorro alguno por entónces, la cediese al rey de Granada, encargándole de su defensa. De este modo, faltos los africanos de un puerto donde guarecerse, dejaron de infestar con sus piraterías las costas españolas. Á poco tiempo, en 26 de abril de 1295, falleció el rey don Sancho, nombrando por sucesor á su hijo don Fernando, á la sazon de nueve años, y encargando su tutela y el gobierno de sus reinos, durante la menor edad, á su muger la reina doña María de Molina. Si la grandeza de ánimo y la constancia con que supo llevar adelante sus empresas le grangearon el sobrenombre de *Bravo*, la desmedida ambicion que le hizo atropellar las obligaciones filiales le privó del de *Virtuoso*, á que debia haber aspirado con preferencia.

La madre del nuevo rey don Fernando IV era una de las princesas mas hábiles y virtuosas que han ocupado el trono; y para formar idea de su mérito basta considerar las críticas circunstancias en que se halló, y la prudencia y tino con que supo salir de estos apuros. Rodeada de príncipes y grandes turbulentos, que muchas veces consiguieron hacerla perder la confianza de su hijo, supo con su amor y ternura recobrarla de nuevo, grangeándose al mismo tiempo la estimacion de los pueblos por su bondad, equidad y acierto en el manejo de los negocios mas delicados. Don Fernando hubiera sido constantemente venturoso bajo de su direccion; pero despreció algunas veces sus consejos, y pagó siempre demasiado caro el desacierto de no seguirlos.

Apenas fué proclamado el nuevo rey, empezó desde Granada el ambicioso infante don Juan á apellidarse de palabra y por escrito rey de Castilla y Leon, amenazando apoderarse de la corona con un ejército de moros halagados con la esperanza del botin. Don Diego de Haro, caballero poderoso, se hizo al mismo tiempo dueño de una parte de Vizcaya, é infestaba con sus correrías las fronteras de Castilla. El remedio de todos estos males exigia un príncipe experto y valeroso: el que habia era muy niño, pero estaba á la sombra de una madre dotada de un estraordinario talento. Imploró la proteccion de don Juan y don Nuño de Lara, poderosos hermanos á quienes el difunto don Sancho habia encargado la custodia y amparo del príncipe y su madre. Ofreciéronse á partir contra don Diego; pero luego que hubieron percibido los caudales que la reina les franqueó para la empresa, cometieron la vileza de abandonarla uniéndose al rebelde.

Luego que llegaron á la corte estos rumores, concibió el infante don Enrique, tio del rey, el ambicioso proyecto de apoderarse de la tutela del sobrino y del gobierno de sus estados: logró seducir con sus promesas á una gran porcion de pueblos, y viendo la reina que se iba haciendo este partido cada vez mas temible, determinó llamar á córtes en Valladolid, á fin de que ratificasen la obediencia jurada al niño don Fernando. Procuró don Enrique impedir que las ciudades enviasen sus procuradores, pintóles á la reina sumamente irritada, y pronta á vengar sus ofensas con tiránicas imposiciones, sostenida por las numerosas huestes que la acompañaban; pero solo consiguió que se presentasen armados, y que intimidados los habitantes de Valladolid únicamente permitiesen la entrada al príncipe y á su madre. La reina conoció que en esta asamblea hubieran sido vanos todos sus esfuerzos contra las pretensiones del infante. Sola, y en medio de una porcion de vocales, la mayor parte adictos á aquel, era preciso que cediese: y si bien consiguió reservarse la crianza de su hijo, el gobierno de la corona con el título de tutor quedó encargado á don Enrique. Apenas habia salido de este apuro la llegaron mensajeros de los Laras, pidiendo la Vizcaya para don Diego de Haro, amenazando con que de lo contrario proclamarian á don Alonso de la Cerda, que estaba á la sazon en Navarra. Despachó la reina al maestre de Calatrava y algunos otros sujetos, para que procurasen reducirlos á un partido razonable; pero éstos se convinieron con los rebeldes y volvieron diciendo á la reina, que si se negaba á las pretensiones de los Laras y Haros, la abandonarian tambien ellos. La reina hubiera sin dificultad hecho este sacrificio en obsequio de la paz; pero se oponian los vizcainos á reconocer otro señor que al infante don Enrique, hijo de don Sancho, que murió poco despues; y así era preciso imaginar otros medios de conciliacion.

El infante don Juan, por otra parte, recorria entre tanto los pueblos de Estremadura y Leon, disponiéndolos á su favor; y aunque eran muy cortos ó ningunos sus progresos, protegia sus pretensiones el rey don Dionis de Portugal, y era de temer que las cartas que se esparcian á su nombre por las ciudades fronterizas, recomendando los supuestos derechos del infante, llegasen por último á indisponer los ánimos contra un gobierno combatido á la vez por tantas facciones poderosas. El nuevo tutor se encargó de desengañar al portugués, y de reducir al infante don Juan: la reina de transigir las diferencias de los Laras, y todo se consiguió felizmente. Contento el portugués con que se le cediesen algunas plazas que suponia pertenecerle, no solamente abandonó el partido de don Juan, sino que consintió en el matrimonio de su hija Constanza con el rey don Fernando, para cuando lo permitiese la edad de los esposos. El infante don Juan se convino á volver al servicio de su rey, con tal que se le restituyesen los estados que le pertenecian en el reino de Leon; y el carácter bullicioso de los Laras y Haros, manejado por la prudencia de la reina madre, prometió alguna tranquilidad despues de tantas borrascosas inquietudes.

Poco duró la paz. Los espíritus revoltosos están en ella fuera de su centro, y así es que no tardaron en reunirse para llevar adelante sus miras el infante don Juan, el partido de los Laras y don Alonso de la Cerda. Lograron seducir de nuevo al inconstante portugués; hallaron igualmente dispuestos contra Castilla á los reyes de Aragon y Granada; y parecia imposible resistir á un cuerpo tan formidable de aliados, que, lisonjeándose con la seguridad de la victoria, repartian entre sí los estados del miserable pupilo, aun ántes de haberlos conquistado. La razon principal que publicaron los rebeldes para declararse contra don Fernando, y procurar arrancarle de las sienes la corona, era que habiendo sido nulo por incestuoso el matrimonio de sus padres, era bastardo é incapaz de suceder. Rompió la guerra el ejército combinado, compuesto de cincuenta mil hombres, entrando por Monteagudo y Almazan á San Esteban de Gormaz, apoderándose de cuantos pueblos y fortalezas encontraban adictas á su legítimo rey y que no tomaban inmediatamente la voz de don Alonso de la Cerda. Reuniéronsele en el camino los parciales del infante don Juan, y de don Juan Nuñez de Lara, y todos juntos atravesaron la Castilla cubriéndola de estragos. Llegaron á Leon y no oponiendo la ciudad resistencia alguna aclamaron al infante rey de Galicia, Leon y Sevilla, y partieron á ocupar la Castilla en nombre de don Alonso de la Cerda. Proclamado éste en Sahagun rey de Castilla, Toledo, Córdoba y Jaen, trataron de averiguar si Jaen, Córdoba, Toledo y Castilla consentirian en reconocerle: esto es de acabar por donde deberian haber empezado; y como Burgos habia de dar el tono al resto de Castilla estrechaba don Alonso porque se sitiase y combatiese en caso de declararse contraria. Pero como al in-

Digitized by Google

fante don Juan nada le interesaba realmente la suerte de los Cerdas, y solo si consolidarse en un reino de que á la sazon solo podia contar por suya á la capital, se resistia á la conquista de Castilla que en su concepto debia dejarse para mucho despues. La priesa de los Cerdas no permitia estas demoras, y lo único que pudo conseguir el infante fué que se pusiese sitio á Mayerga, dejando para despues de rendida esta plaza la marcha contra Burgos. La reina madre, que no ignoraba los principios de desunion que reinaban en el campo coligado, su anticipó á poner la plaza en el mejor estado de defensa; y asi es que su guarnicion y vecindario supieron frustrar con la mayor bizarria los esfuerzos de los sitiadores. Las campiñas y pueblos comarcanos no quedaron, es verdad, exentos del pillage y la devastacion, y se apoderaron los aliados de Villagarcía, Tordesillas, Medina de Rioseco, la Mota y otros lugares; pero acometidos de un voraz contagio hubieron de abandonar la empresa con la mayor precipitacion, y la liga quedó disuelta por entónces. El rey de Portugal por otra parte se convino de nuevo con Castilla: y el de Aragon, distraido con sus espediciones á Italia, apenas podia corresponder con débiles auxilios á las eficaces solicitudes y profusas liberalidades de los Cerdas.

No por eso quedaron estinguidas las turbulencias de Castilla. Los Cerdas y el infante don Juan no desistian tan facilmente de sus empeños; y el infante don Enrique, lejos de mirar por los intereses de su pupilo, solamente procuraba sacar partido de las circunstancias para engrandecerse y satisfacer su ambicion, aunque disfrazándola con la especiosa máscara del bien general. La reina habia llegado á penetrar el fondo de su carácter, y ya en varias ocasiones habia logrado desconcertar con destreza sus pérfidos proyectos; pero temia su prepotencia, y en la crítica situacion en que se hallaba comprometida, era ménos malo tenerlo por amigo poco seguro, que por por declarado enemigo. La legitimacion de los hijos de don Sancho, y el matrimonio del rey don Fernando con doña Constanza de Portugal, la parecieron el espediente mas oportuno para poner fin á tantos males, y freno á las maquinaciones de tan sospechoso tutor; pero don Enrique procuró estorbarlo previendo la conclusion de su gobierno y tutela. Los esposos, parientes en grado muy inmediato, no podian llevar á efecto su matrimonio sin la dispensacion del pontífice; y así ésta como la legitimacion de don Fernando no podian obtenerse sin satisfacer los derechos de la Curia romana. El reino junto en las córtes celebradas en Valladolid en 1301, habia otorgado á la reina varios pedidos, pero una gran parte de ellos habia tenido que invertirse en la pacificacion del infante don Juan, que, desconfiando por entónces de poder sostener su fantástica corona, habia determinado renunciar á favor de su sobrino cualquier derecho que pudiese tener á los estados de Leon, volviendo al servicio del rey. Don Enrique se apoderó del resto so color de ocurrir á los gastos que exigia la fortificacion de las fronteras, mas sin embargo, la reina halló medio de obtener nuevos pedidos en las córtes de Burgos del año de 1302, sin comprometer á don Enrique. Llegaron las bulas de legitimacion y dispensa, se celebró el matrimonio, y se desvanecieron los pretestos de la rebelion.

La reputacion que habia adquirido la reina en medio de tales turbulencias, la ganó tambien el corazon de su hijo, quien, aunque emancipado, y en la edad de diez y siete años, todavia la permitia la mayor influencia en el gobierno. Sus consejos reglaban la conducta del jóven rey: pero el infante don Enrique, no pudiendo perdonarla jamás el haber sido mas diestra, ni mirar con indiferencia una union que descomponia sus proyectos para mas adelante, se propuso dividirlos; ya que la inesperiencia del jóven monarca le aseguraba de su triunfo. Convidóle á una partida de caza; y tomando ocasion de la limitada licencia que le habia concedido la reina para detenerse: «¿Hasta cuándo, dijo, ha de permitirse que el rey de Castilla y Leon viva sujeto á la voluntad agena? Temed, señor, las astucias de vuestra madre, cuya desmesurada ambicion no aspira ménos que á prolongar vuestra vergonzosa esclavitud para gobernar á su arbitrio. Vuestra edad y talento os aseguran del acierto con que sabreis manejar las riendas de la administracion pública; desechad cualquiera desconfianza que os inspire la modestia, y tened entendido, que si no sacudís el yugo, siempre sereis muchacho, pobre, y nada mas que una sombra de monarca.»

No podia haberse valido de resorte mas poderoso. Lisonjeada la vanidad del jóven, fácilmente se dejó seducir; y si bien le era harto conocida la virtud de su madre ¿qué aventuraba en detenerse en la compañía de un tio que se manifestaba tan zeloso protector de su decoro? Entregóse del todo en manos de don Enrique, y como éste nada deseaba tanto como arrancarle del lado de la reina y alejarle de ella todo lo posible, le persuadió pasase con el infante don Juan y don Juan Nuñez de Lara á recorrer los pueblos de Leon. Algunas distinciones, y cierta predileccion con que desde luego se mostró sensible á las lisonjas del Lara, despertaron los zelos de don Enrique; y para poder éste equilibrar la preponderancia que debia temer de este partido, se unió con don Diego de Haro, que, siguiendo el de la reina, publicaba que si los que se habian apoderado del rey intentaban la menor cosa contra su gobierno, Leon y Castilla se abrasarian en guerras civiles. La reina logró apaciguarlos, asegurando que nada intentarian mientras lo pudiese estorbar; pero el fuego de la discordia, reconcentrado en los cimientos del edificio político, apenas se sofocaba por una parte cuando en otra desplegaba su voracidad.

En el año de 1303 convocó don Fernando córtes de los leoneses en Medina del Campo; y los consejos casi todos al ver la convocatoria solo en nombre del rey, enviaron diputados á la reina, asegurándola que no concurririan si ella no lo mandaba. La misma villa de Medina del Campo se ofreció á cerrar las puertas al rey y á cuantos le acompañasen; pero la reina, que solo deseaba ver restablecida en el reino la tranquilidad que no lograba mucho tiempo hacia, no solo se opuso á toda novedad, sino que á ruegos de su hijo autorizó con su presencia la asamblea. Los consejos sin embargo no pudieron disimular el enojo que les causaba ver al rey en poder de Lara y del infante, cuyas maldades les habian hecho dignos de la execracion general, y propusieron á la reina que les permitiese retirarse á sus casas, obligándose á concurrir donde quiera que les mandase; pero mientras esta señora empleaba todos los medios que la sujeria su prudencia para detenerlos, el infante don Juan, y don Juan Nuñez de Lara, se valian de todos los recursos que les dictaba su perverso corazon para desconceptuarla con el rey su hijo, haciéndole creer que era la causa de todos los males que afligian á la monarquía, y que se habia propuesto casar á su hija doña Isabel con don Alonso de la Cerda, colocándolos en el trono de Castilla. No podia el rey persuadirse cupiesen en su madre maldades tan horribles, pues tenia sobradas pruebas de su generosidad; pero hechizado con los halagos de sus dos tiranos, no se atrevia tampoco á graduar de calumnia sus informes. Aprovecháronse pues de su debilidad: tuvieron ardid para apoderarse de los pedidos acordados por el reino en estas córtes y en las siguientes celebradas en Burgos; y no desconfiando de conseguir un triunfo decisivo, se propusieron llevar adelante su sistema. El infante don Enrique, conociendo que de ellos no podia esperar cosa favorable á sus intereses, propuso á la reina se confederasen ambos contra unos enemigos que tanto la aborrecian. La política se lo aconsejaba; pero su amor á su hijo y á la paz lo repugnaban. Sin embargo, convencida por último de que el medio mas oportuno quizá para arrancar al rey del poder de aquellos malos caballeros seria oponerles un partido poderoso, se determinó á contemporizar con don Enrique, y hé aquí una confirmacion de los cargos que se la habian imputado: hé aquí un nuevo motivo para alimentar la desconfianza de don Fernando respecto de su madre. El rey, intimidado por aquellos sediciosos, se prestó á una alianza

Digitized by Google

que le propusieron contra el partido de la reina; de suerte que todo amenazaba un rompimiento general. Ambos partidos procuraban con el mayor empeño hacer entrar en sus miras al rey de Aragon; y el de don Enrique, reforzado cada dia mas con el crecido número de pueblos que despreciaban y aborrecian á un rey tan abatido y obcecado contra la razon, se ofrecia, á pesar de la repugnancia de la reina, á colocar en el solio de Castilla á don Alonso de la Cerda. Por fortuna el infante don Juan, cansado de turbulencias, y desengañado finalmente de que la reina doña María frustaria siempre sus ideas, convino en comprometer al dictámen de árbitros los derechos que pudieran tener los infantes de la Cerda al reino de Castilla. Murió entre tanto don Enrique y se llevó á efecto el compromiso, en el que, si no obtuvo don Alonso de la Cerda todo el reino á que aspiraba, se le adjudicó por lo ménos un crecido número de pueblos y heredades, cuyas rentas deberian componer la suma de quinientos mil maravedis, quedando obligado el rey de Castilla á completarla en caso de que las asignadas no cubriesen la cantidad.

Pero no por eso se restableció en Castilla la tranquilidad. Los Laras y los Haros habian sido siempre rivales, y varios honores concedidos por el rey á éstos, en remuneracion de sus servicios, avivaron los zelos de aquellos. La esperiencia habia desengañado á don Fernando, rompiendo el velo que disfrazaba en ardiente zelo la desmesurada ambicion de sus mentidos amigos; y mas dócil á la razon y á la justicia buscaba en los consejos de su madre el norte que debia reglar su conducta. Por consiguiente habia decaido mucho el favor del infante y de don Juan de Lara; y éstos, que ántes habian aspirado al dominio absoluto por engrandecerse, mal podian acomodarse á una situacion precaria cuando necesitaban vengarse y oprimir á un partido que les hacia sombra. Intentaron persuadir al rey que el errado sistema gubernativo de los ministros conducia al reino precipitadamente á su inevitable ruina, y que era forzoso deponerlos y sustituir en su lugar otros capaces de reparar lo perdido; pero el rey conoció desde luego adonde se encaminaba tan falsa suposicion; y deseando evitar mayores daños, de acuerdo y consentimiento de su madre, puso en el ministerio al infante y á otras personas de su parcialidad. Consiguió atajar por entónces los funestos efectos de sus inquietudes; y aprovechándose de esta vislumbre de serenidad, determinó emprender la guerra de Granada, cuya conquista le presentaban como fácil las divisiones intestinas que tenian á este reino en una violenta agitacion.

El desgraciado Aben-Alamar, ciego, ó incapaz de resistir á las intrigas y ambicion de su cuñado Ferraen, habia pasado repentinamente desde el esplendor del solio el abatimiento y obscuridad de una clase subalterna: el arraez de Almería se habia alzado con el título de rey de esta ciudad, y casi todos los gobernadores y principales gefes mahometanos, aprovechándose de este desórden, solo trataban de repartirse los restos de la autoridad despedazada. Los reyes de Castilla y de Aragon unieron sus fuerzas; confiando demasiado en el éxito de la empresa, dieron principio á la guerra, el primero con el sitio de Algeciras, y el segundo con el de Almería, plazas que servian de abrigo á los africanos que pasaban á España, y de que era muy oportuno despojarles desde luego. Sin embargo, el aragonés, despues de dos años de señaladísimas victorias, se vió en la precision de levantar el sitio, obligado por el mal temporal, y por las turbulencias que habian empezado en Cataluña; y el rey de Castilla, abandonado de casi toda la mitad de su gente por las intrigas del perverso infante don Juan, hubo de acceder á las proposiciones de los habitantes, sin sacar mas fruto de esta jornada que la toma de Gibraltar: conquista demasiado costosa, por haber perdido en ella al célebre don Alonso Perez de Guzman el Bueno, que murió heroicamente combatiendo en el campo de la gloria. Al salir la guarnicion se llegó al rey un oficial sarraceno de los mas ancianos, y le dijo: «¿Cuál será, señor, la causa del empeño con que vuestra familia me persigue? Don Fernando, vuestro bisabuelo, me arrojó de Sevilla, de Jerez vuestro abuelo don Alonso, don Sancho vuestro padre de Tarifa, V. A. me hace salir de Gibraltar: no sé si en África, adonde paso ahora, hallaré un lugar seguro y retirado en que pueda acabar mis dias con tranquilidad.»

La traicion del infante habia irritado al rey en términos que estaba resuelto á castigarla con la última de las penas; pero no era empeño muy asequible sin el consentimiento y auxilio de don Juan Nuñez de Lara. Logróse sin embargo que éste se prestase á la voluntad del rey; y cuando se iba á descargar el golpe, llegó á traslucirlo el infante, á pesar del secreto con que se le preparaba el lazo, y procuró salvarse en Burgos á uña de caballo. Medió sin embargo la reina, mediaron algunos obispos, y se le concedió un indulto que no merecia.

Los grandes de Castilla, cansados de inquietudes que no les producian las ventajas que se prometieron, llegaron poco á poco á conformarse con cierto sistema de tranquilidad, que dejaba al rey en proporcion de continuar sus espediciones. Sin desanimarse por el desgraciado éxito de la anterior guerra de Granada, aprestó nuevo ejército, y se presentó en Andalucía. Hallábase en Martos cuando supo que estaban allí dos caballeros hermanos, llamados los Carvajales, gravemente indicados de haber cometido cierto asesinato á la puerta del palacio real de Palencia; y el rey, sin mas pruebas ni procesos, los hizo prender y los condenó á ser arrojados desde una elevadísima peña. Reclamaron los infelices su derecho á ser oidos en justicia; negóseles duramente este consuelo; sin que pueda concebirse la razon de semejante inhumanidad, atendido el carácter benigno y apacible de don Fernando; y los miserables hubieron de sufrir la pena protestando su inocencia y emplazando al rey para que dentro de treinta dias compareciese en el tribunal del Juez Eterno á responder de su injusticia. Al cumplirse el plazo, el rey, que ya anteriormente se sentia indispuesto, fué hallado muerto en su cama; y este notable suceso, que pudo ser efecto de una casualidad, confirmó en la opinion pública la inocencia de los dos hermanos, y dejó al rey don Fernando IV con el sobrenombre del *Emplazado*. Fué su fallecimiento en 7 de setiembre de 1312.

Al punto fué aclamado el niño don Alonso XI, cuya edad no pasaba á la sazon de poco mas de un año; y Castilla, no bien restablecida de los males ocasionados por las anteriores turbulencias, se vió de nuevo hecha teatro de las escandalosas escenas que caracterizan las menoredades del siglo XIV. Aparecieron en el momento dos partidos aspirantes á la tutela y gobierno: ambos poderosos y obstinados, y ambos demasiado orgullosos para sacrificar el mas mínimo de sus caprichos en beneficio de la pública tranquilidad. Casi todos los pueblos de la Andalucía seguian la faccion del infante don Pedro, tio del rey, que, unido con la reina abuela doña María, confederado con el rey don Jaime II de Aragon, y auxiliado por don Juan Alonso de Haro, señor de los Cameros, contaba con un ejército de doce mil combatientes para imponer silencio á su competidor el infante don Juan. Tenia éste á su devocion algunos pueblos de Castilla: engrosaban su partido los parciales de la reina viuda doña Constanza, los Cerdas, el infante don Felipe, tio tambien del rey, don Juan Nuñez de Lara, y otros personages de importancia; pero sus fuerzas eran inferiores á las de don Pedro, y no osaba don Juan esponerse á una accion decisiva. Apoderarse de la persona del rey niño era el medio mas seguro, y en su concepto mas fácil, para dar despues la ley y hacerse obedecer aun de las córtes; y como á los principios de las inquietudes lo habia retirado la reina á Ávila, poniéndole bajo de la custodia del obispo don Sancho, teniendo de su parte á la madre creyó que solo tardaria en conseguirlo lo que difiriese el emprenderlo. Encargóse de la ejecucion don Juan Nuñez de Lara; y nada hubiera retardado su logro si la reina doña María, conociendo la adhesion de su

Digitized by Google

nuera al partido del infante don Juan, no hubiese despachado con algunas tropas al infante don Pedro para hacerle retroceder hácia Burgos. Creíase que el único medio de restablecer la tranquilidad era convocar unas córtes, comprometiéndose los pretendientes á su determinacion, y se celebraron efectivamente en Palencia; pero como las ciudades estaban divididas, lo estaban tambien sus procuradores, y no les fué posible convenirse. El infante don Pedro y la reina doña María su madre, obtuvieron el voto de las ciudades afectas; y el infante don Juan y la reina doña Constanza obtuvieron el de las que seguian esta faccion.

La reina doña María, á pesar de su edad, y abandonando el reposo que la hacian tan necesario los afanes padecidos, no omitió medios para sosegar estos disturbios; pero ni su dulzura, ni su distinguido talento eran bastantes para reconciliar dos partidos tan enconados; y aunque por la muerte de su nuera decayó un poco el del infante don Juan, no tardó en agregársele un poderoso amigo en el adelantado de Murcia don Juan Manuel. El camino de las armas, por otra parte, solo podia conducir á exasperarlos, y hacerlos mas implacables enemigos: era preciso elegir un medio término: propuso la reina que se confiriese la tutela y gobierno á los dos infantes, para que cada uno desempeñase estos cargos por las ciudades que los habian elegido en Palencia; y las córtes de Burgos, celebradas en 1315, se prestaron gustosas á esta resolucion. La muerte del inquieto don Juan Nuñez de Lara contribuyó infinito á una pacificacion tanto mas urgente cuanto era preciso contener á los moros granadinos que asolaban impunemente las fronteras. El infante don Pedro se encargó de sujetarlos; juntó un ejército no despreciable; se presentó en la vega de Granada; y las primeras acciones de esta campaña quedaron señaladas con otras tantas victorias. Su prosperidad despertó de nuevo la inestinguible envidia del infante don Juan. Temió que don Pedro llegase á hacerse dueño de una gran parte del reino de Granada: que las ciudades de Leon y Castilla, que hasta entónces habia tenido de su parte, deslumbradas por la gloria de su rival, se hiciesen de su partido; y que don Pedro, á la sombra de esta favorable revolucion, se alzase con el gobierno absoluto y con la tutoria. Don Juan debia enviarle tropas y dinero para sostener la guerra; pero tomó el partido de desentenderse de la necesidad qne padecia de uno y otro auxilio, considerando que era el seguro medio de esponerle al malogro de las ventajas adquiridas hasta entónces, y por consiguiente á la pérdida de su reputacion. En vano reclamaba don Pedro; fué preciso que la política de la reina doña María, á quien no se ocultaba la causa de aquella desavenencia, empeñase al infante don Juan á tomar parte en la guerra, prometiéndole la mitad de las tercias eclesiásticas concedidas á don Pedro por el papa Juan XXII. Presentáronse los dos infantes en la frontera acaudillando sus respectivos tercios; tomaron por asalto varias plazas, y se pusieron con intrepidez á vista de Granada; pero viéndose ya dueños de un rico botin, y aquejados de los ardores del estío, trataron de retirarse. Acometieron entónces los moros con el mayor denuedo, trabóse un obstinadísimo combate, fueron arrollados los vencedores, y los dos gefes rendidos de la fatiga quedaron en la accion.

Fué muy sensible á la reina este funesto accidente. Habia quedado sola en la tutoría del rey su nieto y en el gobierno de su corona; y aunque á la verdad con la muerte del infante don Juan solo habia perdido Castilla un perpetuo enemigo de la tranquilidad pública, quedaban todavía otros no ménos inquietos; y la edad de aquella señora, cansada de luchar tan largo tiempo con tantos y tan díscolos genios, no se hallaba en disposicion de arrostrar las nuevas turbulencias que amenazaban. Desde luego se declaró pretendiente á la tutela don Juan Manuel; y á pretesto de que la reina sola no podria sustentar un cargo tan penoso, consiguió el voto de algunas ciudades. Llegó su insolencia hasta el estremo de abrir sello particular, despachando en él como tutor y gobernador absoluto, y prohibiendo que las causas, aun en grado de apelacion, pasasen á la chancillería del rey como era de costumbre. El infante don Felipe, hijo de la reina abuela, se propuso atajar su ambicion ó disputarle la tutoría. Dos ó tres veces estuvieron para venir á las manos; pero la reina, siempre cuidadosa de impedir toda efusion de sangre, consiguió hacerles deponer su enemistad, y que se aviniesen á repartir entre sí el gobierno y la tutela como lo habian hecho los infantes don Juan y don Pedro.

Pero he aquí que aparecen en la liza otros dos competidores no ménos poderosos. Don Juan el *Tuerto*, hijo del infante don Juan, se presenta en Burgos, obtiene de la ciudad y su consejo el nombramiento de tutor, y queda asegurada su eleccion con un solemne juramento. Llega despues don Fernando de la Cerda, solicita lo mismo, se le otorga, y un nuevo juramento sale tambien garante de su nombramiento. Reúnense despues estos dos facciosos, forman un respetable partido contra el de la reina y sus dos contutores, labran su sello de hermandad; y, dueños de Búrgos y de una gran parte de Castilla, resuelven no obedecer en cosa alguna las órdenes del soberano. Por otra parte las ciudades de Andalucía que habian elegido á don Juan le abandonaron repentinamente, y nombraron al infante don Felipe. Diariamente se mudaba de partido entre los cinco tutores; y por último, la muerte de la reina doña María puso el colmo á tantas desventuras. Esta virtuosa señora, rendida á las dolencias inherentes á su avanzada edad, que sin duda harian mas graves sus pesares y aflicciones, falleció en Valladolid en el año de 1321, encomendando la persona del rey su nieto á los caballeros, ricos-hombres, y consejo de aquella ciudad.

Si durante su vida, y á pesar de su infatigable zelo, no habia sido posible contener el fuego de la sedicion, puede inferirse la voracidad que cobraria despues de su muerte. Los desórdenes con efecto llegaron á lo sumo, y el desórden atrajo la confusion en el sistema gubernativo y la incertidumbre en la suerte de los pueblos. Los tutores solo trataban de despojarse mútuamente, y de sacrificar su resentimiento á cuantos no eran de su faccion. Como no eran tutores por nombramiento de las córtes, sino por el de algunas ciudades, éstas mudaban á su arbitrio de tutor á la menor sugestion de cualquiera de los competidores. Atacadas la seguridad y propiedad de los ciudadanos en el recinto de sus habitaciones y en los caminos públicos, era preciso recurrir á la fuerza para acudir á la violencia de una plaga de salteadores y asesinos que impunemente hacian mas calamitosa la situacion del reino; y ¡cuántas veces la imparcialidad y el encono echaron mano de estos foragidos para satisfacer sus deseos de venganza! Cuatro años se pasaron despues de la muerte de la reina en tan violenta agitacion: cumplió por fin el rey los catorce años de su edad, hizo declarar su mayoría, y los tutores se vieron precisados á renunciar solemnemente un cargo que enmascaraba su ambicion.

La prudencia del rey empezó á restablecer el órden: viéronse amenazados de un severo castigo los genios revoltosos; y don Juan Manuel y don Juan el *Tuerto*, que habian contribuido mas que ningunos otros á las pasadas inquietudes, y estaban por consiguiente mas espuestos al resentimiento de don Alonso, trataron de hacerse fuertes contra la tempestad que iba á descargar sobre sus cabezas. En Cigales, pueblo de don Juan el *Tuerto*, renovaron sus antiguas alianzas: un solemne juramento estrechó mas los vínculos formados por la intriga y el espíritu de partido; y la mano de doña Constanza, hija de don Juan Manuel, debia consolidar para siempre la union entre las dos familias. El rey previó las consecuencias de tan poderosa coalicion, y trató de prevenirlas; pero ya que ni la prudencia ni su situacion le permitian recurrir á la fuerza, la política le presentaba en el carácter de don Juan Manuel el mas seguro medio de fomentar entre ambos una implacable enemistad. Despachóle un mensage pidiéndole con el mayor secreto á su

Digitized by Google

hija por esposa; y este ambicioso, tan mal caballero como infiel amigo, lisonjeado con la fortuna de ver á su hija ocupar el trono de Castilla, y con la esperanza de tener una grande influencia en el gobierno del estado, abrazó ansiosamente la ventajosa propuesta, sin avergonzarse de faltar á todas sus palabras, promesas y juramentos. Celebróse con efecto el matrimonio, aunque nunca llegó á consumarse por la corta edad de la novia; y el burlado don Juan el *Tuerto*, lleno de cólera y de desconfianza, se acogió á la proteccion de don Jaime de Aragon, pidiéndole la mano de su nieta doña Blanca, despertó la amortiguada animosidad de don Alonso de la Cerda, y aun procuró confederarse con el rey de Portugal. Enrobustecido su gran poder con tales alianzas, amenazaba á Castilla con una nueva guerra civil, que, poniendo á cubierto su persona de cualquier insulto, le proporcionase la satisfaccion de vengar el agravio hecho á su amor y á su amistad. Debió temerle don Alonso; porque, mal restablecida la tranquilidad de sus estados, exhausto el erario por las dilapidaciones de los tutores, y con pocos recursos para exigir nuevos subsidios de los pueblos recargados, no se hallaba en disposicion de esponer su autoridad y corona al desventajoso choque de tan poderosos enemigos. Era preciso desarmar al rebelde; pero no era ménos necesaria la prudencia para conseguirlo. Hízole llamar á Toro so color de transigir sus diferencias, y combinar los planes de la guerra que se proyectaba contra los moros: sospechó don Juan que esto fuese un pretesto para deshacerse de él, y se escusó; pero el rey, poco seguro mientras se hallase este revoltoso en proporcion de llevar adelante sus tramas, resolvió valerse del engaño para conseguir lo que no habia logrado la política. Ciertas ofertas fingidas, y el salvoconducto que se le despachó, disiparon sus temores. Presentóse finalmente en Toro, y el agradable acogimiento del rey acabó de tranquilizarle; pero al dia siguiente fué muerto á puñaladas á la entrada del palacio con dos amigos que le acompañaban. Las maldades de don Juan le habian hecho sin duda acreedor á un severísimo castigo: la pública tranquilidad pedia su cabeza; pero un asesinato tan premeditado no está en el órden de la justicia, ni es digno de la magestad de un monarca que tenia empeñada su fé y su real palabra.

Apenas se esparció la noticia, don Juan Manuel, que no tenia ménos motivos para temer igual suerte que don Juan el *Tuerto*, y no se consideraba muy resguardado, á pesar del inmediato parentesco que le unia con el rey, abandonó el adelantamiento de la frontera de Andalucía, y se guareció en Chinchilla, plaza suya sumamente fuerte. La situacion era bastante crítica; porque el rey habia emprendido la guerra de Granada, y las fuerzas del adelantado podian hacerle suma falta. Envióle á llamar desde Sevilla para que concurriese con sus mesnadas; pero se negó á ello, y aun empezó á decirse que pensaba confederarse con el granadino. Su desobediencia justificaba estos temores, y el rey en castigo, ó mas bien porque el amor no habia tenido parte en este enlace, repudió á doña Constanza; y dando oidos á las ventajosas proposiciones del rey de Portugal, casó con su hija doña María. Don Juan Manuel despechado se desnaturalizó de Castilla; se confederó con los reyes de Aragon y Granada para que le ayudasen á vengar la afrenta de su casa; y fueron incalculables los daños que ocasionó con este motivo. Despachó el rey á su confidente Garcilaso de la Vega, justicia mayor de su casa, para que con algunos caballeros alistase en tierra de Soria algunas tropas, y las condujese á la frontera contra los moros y las gentes de don Juan Manuel. Los de Soria, ó seducidos por éste, ó temiendo iban á prender á algunas personas, tomaron las armas; y aprovechando el momento en que oian misa Garcilaso y sus compañeros, se arrojaron furiosamente sobre ellos, y solo se salvaron algunos pocos disfrazados en hábito de religiosos.

Resuelto don Alonso á vengar un esceso que atribuia á don Juan Manuel, se negó á toda composicion, sin embargo de que el papa procuraba por medio de sus legados reconciliar aquellos ánimos enconados. El rey asolaba los pueblos de don Juan; éste por su parte destruia los del rey; y se renovaron en Castilla las funestas escenas de horror, sangre y depredacion que tenian transformados los pueblos en tristes esqueletos descarnados. La insurreccion cundia por todas partes; Valladolid, Toro, Zamora y otras ciudades principales empezaron á declararse contra don Alonso; y como nunca faltan pretestos especiosos para cohonestar la conducta mas abominable, la privanza que disfrutaba el conde de Trastamara don Alonso Nuñez de Osorio sirvió en esta ocasion para justificar semejantes desacatos. El rey castigaba con el mayor rigor á los rebeldes que podia haber á las manos; pero quizá esta severidad, que aparecia necesaria en aquellas circunstancias, contribuyó infinito á hacer mas difícil la reduccion de los demas. Por último, la necesidad de convertir toda su atencion á la guerra de Granada, en que, si al principio habia conseguido algunas ventajas, se hallaba en la actualidad espuesto á sufrir considerables pérdidas, ya por haberse reforzado el ejército granadino con nuevas tropas despachadas en su auxilio por Albohacen, rey de Marruecos, ya por hallarse divididas sus fuerzas, habiendo de resistir al mismo tiempo á don Juan Manuel, le obligó á tentar algunos medios de reconciliacion; pero nada pudo conseguir. Tenia don Juan muy presente la alevosa muerte de don Juan el *Tuerto*, y en cada proposicion de don Alonso creia advertir un lazo armado contra su vida. La rebelion, por otra parte, además de asegurar su independencia, le ponia á cubierto del castigo que le amenazaba; y patrocinado por el granadino, y por don Juan Nuñez de Lara, hijo de don Fernando de la Cerda, ¿cómo habia de temer á un príncipe sujeto á luchar con las fermentaciones intestinas, y el formidable enemigo que asolaba casi impunemente las fronteras andaluzas?

En efecto, dueños los sarracenos de la importante plaza de Algeciras, se habian puesto sobre Gibraltar, cuya guarnicion hambrienta, desnuda, y desprovista de todo por traicion de su alcaide Vasco Perez de Meira, no era posible resistiese largo tiempo. Diariamente llegaban avisos de hallarse cada vez mas apurada: el rey prometia marchar inmediatamente á su socorro; pero no se atrevia á dejar á Castilla espuesta á los estragos con que la amenazaban don Juan Manuel y los demas rebeldes. Determinóse finalmente á partir; pero ya la plaza habia caido en manos de los sitiadores. Su reconquista no se presentaba fácil, porque los moros que la guarnecian aparecian resueltos á defenderla con el mayor denuedo; pero esta misma resistencia empeñó mas el valor de don Alonso, y se emprendió el asedio con el mayor ardor. Caian los muros al impulso de las máquinas: dábanse repetidos asaltos, que rechazaban los sitiados con valor, y la plaza abierta por várias partes hubiera tenido finalmente que rendirse, si el hambre y la desercion no hubieran puesto el campo castellano en el mayor conflicto. Por fortuna la proximidad del invierno, y mas que todo quizás las turbulencias que empezaban á agitar el reino de Granada, obligaron á los moros á hacer proposiciones de paz; y el rey de Castilla, noticioso tambien de los inmensos daños que durante su ausencia ocasionaban los sediciosos en su reino, hubo de aceptarlas, y abandonar un sitio que no podia continuar sin imprudencia. Presentóse en Castilla resuelto á acabar de una vez con la raza inquieta, que con mengua de su autoridad traia desde tanto tiempo divididos los pueblos: y aterrados los rebeldes con los ejemplares castigos que sufrian los sediciosos que podia haber á las manos, desamparados de sus mas poderosos parciales, prófugos delante de un príncipe irritado, que les iba despojando de las plazas y fortalezas que les servian de abrigo para ejercer impunemente sus iniquidades; sin asilo, y espuestos noche y dia á caer en su poder de un momento á otro, trataron de dejar las armas, y abandonando sus proyectos ambiciosos encomendarse á la bondad de don Alonso bajo las correspondientes seguridades. No les salieron fallidas sus esperanzas; el rey, desenten-

Digitized by Google

diéndose generosamente de los agravios recibidos cuando se le presentaba mas fácil la venganza, y aparentando creer arrepentimiento lo que solo era efecto de la fuerza, no solo oyó con gusto sus pacíficas proposiciones sino que concediendo un general indulto los recibió benignamente en su servicio.

Restablecida la tranquilidad interior de Castilla, así por la reduccion de estos rebeldes, como por la voluntaria renuncia que habia hecho anteriormente don Alonso de la Cerda de todos sus derechos á la corona, dirigió el rey sus armas contra las fronteras de Portugal para tomar satisfaccion de la guerra que le habia movido el portugués en el año anterior, tomando la demanda por los caballeros rebeldes. El saqueo de sus campiñas y de un sinnúmero de pueblos, y mas que todo la sangrienta batalla que en las aguas del océano ganó la armada castellana á las órdenes del almirante don Alonso Jofré Tenorio sobre la escuadra portuguesa, le dejaron tan escarmentado que hubo de solicitar un armisticio. Otorgólo don Alonso de Castilla por respetos del papa y del rey de Francia, que habian mediado con empeño en la reconciliacion; y como por otra parte corrian voces de que el rey de Marruecos prevenia á toda priesa una poderosa escuadra para renovar la guerra de Granada, era temeridad empeñarse tenazmente contra una potencia, cuya amistad podia serle muy útil en aquellas circunstancias.

En efecto, la paz ajustada en el sitio de Gibraltar era mas bien una tregua, que debia espirar á los cuatro años; y habiéndose concluido, Albohacen, que se habia propuesto nada ménos que reconquistar toda la España, hacia formidables aprestos de galeras y tropas, que pasando el Estrecho eran recibidas con el mayor júbilo por el moro granadino. Era muy oportuno interceptar esta comunicacion; y los reyes de Aragon y Castilla, que tenian igual interés en desconcertar los designios de su enemigo comun, reunieron sus escuadras, y las apostaron al paso. Quedaron por este medio como bloqueados los mahometanos que habian desembarcado, pues tenian á la frente un ejército de tierra inferior en número, pero formidable por el esfuerzo de los tercios que le componian. Empezáronse las hostilidades por pequeños combates, en que fueron siempre batidos los sarracenos; de suerte que Abomelic, hijo de Albohacen, y general encargado de la espedicion, creyó necesario hacer una salida que escarmentando á los cristianos les llenase de terror. Movió sus numerosas huestes hácia los campos de Jerez, amenazando apoderarse de Alcalá de los Gazules, y jurando no dejar en toda la frontera un solo cristiano. Supo que en la plaza de Lebrija habia un considerable acopio de víveres para abastecer al ejército enemigo, y resolvió desde luego apoderarse de ellos á viva fuerza, destinándolos á remediar la escasez á que la falta de comunicacion con el África, y el crecido número de gentes sobrevenidas habian reducido las plazas de Gibraltar, Algeciras y otras muchas fortalezas. Mil y quinientos caballos le parecieron fuerzas mas que suficientes para la empresa: los despachó, y contando con la victoria, determinó esperar su regreso, reduciendo sus marchas, y entreteniendo á sus tropas en el robo de las campiñas y alquerias comarcanas: pero luego que tuvo aviso del proyecto el alcaide de Tarifa don Fernando Perez Portocarrero, convocó las gentes y mesnadas de los adelantados de aquel distrito, y defendió la villa con tal denuedo, que los moros hubieron de retroceder vergonzosamente hácia Jerez, aunque llevándose de paso un crecido número de ganados. Ni aun esta ventaja quiso permitirles el valiente Portocarrero; y reforzada su pequeña tropa con nuevos tercios que á su voz acudieron de Utrera y de Sevilla, les siguió al alcance noche y dia, consiguió cortarlos, y los embistió con tal furia que quedaron casi todos tendidos en el campo.

Alentado con esta victoria el ejército castellano, resolvió medir sus fuerzas con el mismo Abomelic: se puso en marcha, y alcanzándole en la vega de Pagana, cerca del rio Paluto, sorprendió su campo al amanecer, acometió con denuedo, y se empeñó el combate con quinientos ginetes sarracenos, que despertaron á los gritos de *Santiago, Santiago*. No es posible adivinar la causa del descuido que reinaba en el cuartel de Abomelic: parecia natural que la griteria de los combatientes, el ruido de las armas, y los lamentos de los heridos hubiesen alarmado inmediatamente todo el campo; pero, en tanto que perecia aquel corto número de bravos guerreros, dormian los demas tranquilamente en los brazos de la confianza. Á breve tiempo quedaron hechos pedazos los moros que sostenian el combate, entraron los castellanos en el real enemigo sin la menor oposicion, mataron, destrozaron, redujeron á cenizas cuanto se les opuso; y mal despiertos los moros corrian aquí y allí despavoridos para encontrar con las lanzas y cuchillas de sus vencedores. Huyeron á Algeciras y montes comarcanos los que pudieron, y á poco tiempo se encontró Amobelic desamparado de todos los suyos, sin caballo para ponerse en salvo, y cubierto de heridas. La maleza de un arroyo vecino le ofreció un asilo contra la esclavitud y la muerte, que le rodeaban por todas partes: arrojóse en ella como muerto, pues la sangre y el polvo de que estaba cubierto aseguraban en cierto modo la ficcion; mas sin embargo, uno de los castellanos empeñados en el alcance de los fugitivos, se acercó por casualidad, y advirtiendo que respiraba el que parecia muerto, le atravesó con su lanza sin conocerle. Completóse la derrota con pérdida de diez mil sarracenos y los pocos que lograron librarse de la carniceria se creyeron muy dichosos en poder llevar á los suyos tan funesta nueva.

Inconsolable Albohacen por la muerte de su hijo y el desgraciado éxito de aquella jornada, determinó apresurar su partida con ánimo resuelto de tomar una venganza terrible. Procuró sin embargo ántes de todo reforzar las plazas de Gibraltar y de Algeciras con nuevas tropas de refresco, que supieron burlar la vigilancia de los almirantes españoles; y poco despues, noticioso de haberse retirado la escuadra aragonesa, por haber perdido á su gefe en una pequeña refriega, y seguro de que la castellana no estaba en disposicion de hacerle frente por haber acabado las enfermedades con la mayor parte de su tripulacion, se hizo á la vela para España con ciento cincuenta naves bien fuertes y equipadas, y al abrigo de la noche fondeó en Algeciras. Efectivamente, la armada castellana, compuesta de poco mas de veinte y siete velas, hubiera intentado vanamente disputarle el paso; y conservando la ventajosa posicion que ocupaba en el Estrecho, aguardaba resuelta á que la marroquí emprendiese pasar al Mediteráneo. Sin duda era éste el mejor partido que podia tomarse atendiendo á la desigualdad de las fuerzas; pero el almirante Jofré, vilmente calumniado ante el rey de haber dejado pasar la escuadra enemiga pudiendo impedirlo, se vió obligado á variar de plan, y á emprender una accion temeraria que aun á riesgo de su vida volviese por su mancillado honor.

Partió pues contra los bajeles enemigos, y seguido de algunos pocos suyos, acometió como un desesperado; pero las galeras castellanas, no pudiendo sostener por largo tiempo tan desigual combate, fueron abordadas ó echadas á pique, y á poco rato quedó la capitana luchando sola denodadamente contra cuatro marroquíes empeñadas en el abordage. Tres veces le intentaron, y otras tantas fueron rechazadas por el valiente Jofré y su animosa tropa, resuelta á vender bien cara su vida, hasta que por último, inmolados todos sobre la cubierta, se decidió la victoria á favor de los mahometanos.

La situacion del rey de Castilla era de las mas críticas: sin escuadra que impidiese el tránsito de los moros; sin proporcion para construirla en tan breve tiempo como era necesario; y sin gente apenas para resistir á mas de doscientos mil africanos que habian logrado desembarcar en España, era casi inevitable la pérdida de toda la península si los príncipes españoles no aceleraban la reunion de sus fuerzas para la defensa comun. Despachó

Digitized by Google

á todas partes mensageros pidiendo socorro; dióse prisa á reparar algunas naves que se habian librado del anterior desastre: y con el auxilio del rey de Portugal, del de Aragon, y quince galeras genovesas que tomó á sueldo, consiguió apostar en el estrecho una escuadra, si no muy numerosa, suficiente á lo ménos para impedir se hiciesen los moros cada vez mas fuertes.

Entre tanto se habian puesto sobre Tarifa con numerosas tropas Albohacen y el rey de Granada; y empezaron á combatirla con tal furor, que hubiera tenido finalmente que rendirse, si no hubieran partido en su socorro los reyes de Castilla y Portugal con un ejército de doce mil infantes y ocho mil caballos. Inmediatamente levantaron el sitio los sarracenos, y resueltos á esperar á los cristianos ocuparon un cerro inmediato, y previniéronse al combate desde tan ventajosa posicion. Corria entre los dos campos, separando los ejércitos, el pequeño rio del Salado, que era preciso vadear á no ocupar un puentecillo resguardado por un destacamento de dos mil y quinientos caballos. Embistiéronle animosos con ochocientos hombres dos caballeros hermanos llamados Lasos de la Vega; y despues de ponerle en fuga, franquearon el paso á las demas tropas, empezándose la pelea por ambas partes con el mayor encarnizamiento y porfía. Un pequeño destacamento de cristianos que se separó de la batalla, dando vuelta á unas colinas, se arrojó impetuosamente sobre el cuartel de Albohacen, y aterrados los moros que le custodiaban, huyeron precipitadamente hasta Tarifa. Salió á este tiempo la guarnicion de la plaza; los acometió con denuedo y quedaron hechos pedazos. El rey de Castilla, dejándose caer sobre el ala derecha de Albohacen y cogiéndola por el flanco, la desordenó; y los fugitivos, presurosos por guarecerse en los reales, cayeron bajo la cuchilla de los cristianos, que despues de haberlos ocupado bajaban por el cerro precedidos de la muerte, del espanto y horror. Transformóse la batalla en sangrienta carnicería de los mahometanos: doscientos mil quedaron en el puesto, y esclavos los demas ó fugitivos, abandonaron al vencedor el campo de batalla cubierto de cadáveres y de inmensas riquezas. Esta famosa batalla, comparable por muchas circunstancias con la de las Navas, y en que, segun se dice, solo perecieron quince ó veinte cristianos, se refiere al año de 1340, y á ella se siguó poco despues la conquista de varias fortalezas y plazas importantes, como Alcalá la Real, Priego, Benamegi y Algeciras.

Es memorable el sitio de esta última plaza, así por haberle precedido otra nueva victoria naval conseguida por la armada castellana, como porque durante él se introdujo el servicio de la *alcabala*, temporal en su principio, y que despues se ha radicado perpetuamente á favor de la corona de Castilla; por haberse advertido por primera vez el uso de la pólvora ó de cosa semejante á sus temibles efectos; y finalmente, por haber proporcionado á don Alonso una ventajosa tregua de diez y ocho años con los mahometanos, quedando obligado el granadino á satisfacer anualmente un tributo de doce mil doblas de oro.

Por algun tiempo disfrutó Castilla de los beneficios de la paz. Escarmentados los moros con las repetidas quiebras padecidas guardaban religiosamente la fé de sus tratados; y aunque no perdia de vista don Alonso la conquista de la plaza de Gibraltar que, siendo la llave del Estrecho, mantenia con el África una comunicacion muy peligrosa para España mientras permaneciese en poder de los sarracenos el reino de Granada: la guerra última, y sobre todo el obstinado sitio de Algeciras, habian dejado los pueblos tan exhaustos de caudales y soldados, que en vano se hubiera querido intentar empresa alguna. Presentóse no obstante una favorable coyuntura, y don Alonso resolvió no desperdiciarla. Por la sublevacion de uno de los hijos de Almohacen, precisado éste á defender sus derechos y su vida contra un poderoso partido, no podia prudentemente dividir sus fuerzas estenuadas por socorrer á su aliado el granadino. Don Alonso reunió las tropas y naves que le fué posible, y se presentó delante de Gibraltar, que, á pesar de lo bien pertrechada y abastecida que se hallaba, hubiera caido finalmente en sus manos, si el voraz contagio que se declaró en el campo castellano no hubiese malogrado las oportunas disposiciones adoptadas para conseguirlo. Persuadiéronle á que se retirase y levantase el sitio; pero el rey, superior al inminente riesgo que le rodeaba por todas partes, prefirió la muerte, que le sobrevino poco tiempo despues, al menoscabo de su reputacion: y el ejército castellano, casi del todo arruinado por la peste, hubo finalmente de levantar el campo y retirarse.

Murió el rey don Alonso en 27 de marzo de 1350; y es lástima que un principe tan digno hubiese obscurecido la brillante carrera de sus dias con una vergonzosa pasion, que solamente la muerte pudo desvanecer. Sorprendido su jóven y tierno corazon por la belleza de doña Leonor de Guzman, dama sevillana tan hermosa como noble, viuda en la edad de diez y ocho años de don Juan de Velasco, é indiferente don Alonso á las prudentes amonestaciones con que varias personas respetables procuraban atajar las consecuencias de un trato escandaloso, parecia que solo habia nacido y que solo existia para amar á su Leonor. Nueve hijos por lo ménos y una hija fueron el fruto de este amor de nueve años. Algunos de ellos murieron poco despues de ver la luz: otros fueron víctimas de la crueldad del rey don Pedro, salvándose únicamente el famoso don Enrique, conde de Trastamara, que con la muerte de don Pedro vengó despues las de sus hermanos, y se ciñó la corona de Castilla.

Como de su legítima muger doña María solo habia dejado don Alonso un hijo que á la sazon contaba quince años, éste fué inmediatamente reconocido y jurado por el reino. Llamábase don Pedro, único de este nombre entre los monarcas castellanos, y único tambien, segun parece, en la crueldad y tiranía. Bien quisiéramos ocultar bajo un velo impenetrable los horrores que ennegrecen la memoria de un principe harto desgraciado en no haber sabido conservar con el trono el aprecio de sus pueblos; pero, entregados á la execracion general por todos sus contemporáneos, escrita su historia con caracteres de sangre, y débilmente defendida su inocencia y justificacion por un cortísimo número de apologistas, ¿cómo podremos dejar de presentar el cuadro horrible de sangrientas escenas que tanto desfiguraron en el reinado de don Pedro los augustos atributos de la magestad? Nos queda sin embargo el consuelo de creer que la mayor parte de los hechos, aunque ciertos en el fondo, quizá se habrán pintado siempre con los mas feos colores por el resentimiento y el espíritu de partido, que todo lo exageran: y por lo mismo, imparciales en medio de las acriminaciones y las apologías, espondremos sencillamente los sucesos mas generalmente contestados, sin coartar la libertad de revestirlos del colorido que á cada uno le parezca mas propio.

En efecto, don Pedro subió al trono, y al momento empezó á hacerse temible. Los zelos y la ojeriza de la reina su madre señalaban la primera víctima, y la infeliz doña Leonor de Guzman, arrastrada indignamente de prision en prision, y de fortaleza en fortaleza, fué muerta en el alcázar de Talavera por haber amado á don Alonso. Sin duda habia previsto esta señora la suerte que la amenazaba; pues, creyendo ponerse á cubierto del odio de sus enemigos con una alianza poderosa, aceleró el tratado casamiento de su hijo don Enrique con doña Juana Manuel, hermana de don Fernando, señor de Villena: pero este enlace, repugnado por los reyes, solo sirvió para apresurar su desgraciado fin, y obligar á don Enrique á refugiarse en Asturias, huyendo de un pais en que no debia estar su vida muy segura. Se le buscaba con efecto para asesinarle; porque don Juan Alonso de Alburquerque, que de ayo habia pasado á gran privado del rey, procuraba servirse diestramente de la animosidad de madre é hijo para irse deshaciendo poco á poco de cuantos pudieran hacerle sombra, y la casa de don Fernando Manuel era bajo este respecto de las mas temibles.

Tan abominable conducta debió muy desde luego pro-

vocar el odio de las personas mas espuestas á los tiros del favorito. Los grandes del reino, demasiado ambiciosos de suyo para permitir que nadie ocupase el lugar distinguido á que ellos habian aspirado siempre, ¿cómo podrian sufrir con resignacion una privanza de que torpemente se abusaba en su perjuicio? don Juan Nuñez de Lara, señor de Vizcaya, fué el primero que manifestó públicamente su resentimiento retirándose á Castilla la Vieja, donde sus grandes propiedades le aseguraban la proporcion de hacerse fuerte y sublevar la tierra; pero murió al principio de sus preparativos, y el mal aconsejado rey, como si no hubiese otro medio de atajar las consecuencias de los abusos del poder, resolvió apoderarse de todos sus estados: resolucion que, aunque se quisiera graduar de castigo de la rebelion de Lara, no podrá evitar los caracteres de injusta y tiránica, habiendo de ir acompañada del asesinato de un niño de tres años, hijo de don Juan. Sin embargo se decretó su muerte, si bien la vigilancia y actividad de su nodriza, libertándole con una precipitada fuga del puñal asesino, salvó al niño la vida y al rey don Pedro de un crimen tan horrible: pero su carácter vengativo necesitaba una víctima inocente que inmolar á su furor. Garcilaso de la Vega, adelantado de Castilla, é hijo del otro asesinado en Soria, sin mas proceso ni mas delito quizá que aparecer afecto á don Juan Nuñez de Lara, fué muerto á mazadas en el mismo palacio real, y arrojado su cadáver á la calle pública. Corríanse toros á la sazon en Burgos, y el rey, como si no fuese bastante criminal una injusticia sin ir acompañada de un rasgo de barbarie, quiso disfrutar la horrible complacencia de ver hollados aquellos nobles y sangrientos despojos por el tropel de reses acosadas y por los caballos de sus lidiadores. Á poco tiempo falleció el hijo de don Juan, y el monarca, aprisionando á dos hermanas niñas que dejaba, y engañando á sus vasallos, logró apoderarse del señorío de Vizcaya y demás estados.

El ejemplar de don Juan de Nuñez de Lara hizo conocer á Alburquerque la disposicion en que se hallaban los ánimos de la nobleza, y cuan efímero seria su imperio si no lograba imposibilitarla de intentar cualquiera novedad. Su poder era grande; la demasiado independiente movilidad de los pueblos de Behetría le hacia todavía mas formidable; y era preciso descargar sobre este pueblo privilegiado un golpe terrible que, reduciéndole á situacion mas precaria, consolidase al mismo tiempo la arbitrariedad del favorito. Creyó éste conseguirlo aboliendo de una vez para siempre las behetrías; pero como era indispensable manejar este punto con la mayor delicadeza para que las córtes convocadas al intento en Valladolid por los años de 1351 entrasen sin repugnancia en el proyecto, se presentó el interés particular de Alburquerque mañosamente disfrazado con la máscara seductora de la quietud de los hijosdalgo y la tranquilidad de los pueblos. El punto se discutió sin embargo con el mayor calor: las behetrías no se abolieron, porque la mayoría de los miembros de la asamblea llegó á penetrar quizás las miras del valido: y solamente salió decretado el casamiento del rey con doña Blanca, hija segunda de don Pedro, duque de Borbon, enlazado con la esclarecida sangre real de Francia.

En tanto que los mensageros despachados á Paris con el objeto de pedir la mano de esta señora desempeñaban su honrosa comision, se avistó el rey en Ciudad-Rodrigo con su abuelo don Pedro de Portugal, á cuya proteccion se habia acogido don Enrique. Procuró el respetable monarca reconciliar á los dos hermanos, y lo consiguió; pero el agradecimiento de don Enrique fué retirarse al principado de Asturias, alistar gente de guerra, pertrechar algunas plazas y hacerse fuerte en Gijon. Don Pedro acudió inmediatamente con algunas tropas, y como nadie se atreviese á hacerle frente, consiguieron todos su perdon con su espontáneo rendimiento.

Acompañábale en esta jornada su favorecido Alburquerque, quien, para cautivar mejor su corazon con uno de los servicios que mas pueden lisonjear á un jóven, le presentó en Sahagun una doncella de su muger, llamada doña María, hija de don Diego García de Padilla, y de doña María Hinestrosa, señores de Villagera. La hermosura de esta dama dejó á don Pedro sin arbitrio para defenderse del atractivo de sus gracias. Conoció fácilmente que era amado; y enrobustecida su pasion con la correspondencia, se abandonó á ella sin respeto á las costumbres. Revocó, segun parece, los poderes dados á los embajadores despachados á Paris: hay quien dice que se casó ocultamente con el idolatrado objeto de sus amores; pero ó no hubo tal revocacion, ó no llegó á tiempo. Como quiera, los embajadores llegaron á Valladolid con la princesa á tiempo que el rey se hallaba en Torrijos todo entregado al placer de verse reproducido en una hija que acababa de dar á luz doña María de Padilla. Fácilmente se comprende el disgusto que le ocasionaria la noticia de la llegada de doña Blanca. No la amaba, ni el estado de su corazon le permitia escuchar con docilidad las persuaciones de la prudencia, y por otra parte no veia en la princesa sino un objeto importuno, que venia á perturbar la felicidad que disfrutaba en los brazos de su querida. Sin embargo, como los parientes de doña María empezaban á tener con el rey un valimiento imcompatible con la privanza de Alburquerque, la escena iba á cambiarse de un instante á otro, si el celoso favorito no entorpecia la accion de las causas que apresuraban la ruina de que se veia amenazado. No era doña María, como habia creido en algun tiempo, un móvil destinado únicamente á obedecer el impulso que le quisiera dar su ambicion; pero, como enagenándola el corazon del rey quedaban sus parientes sin apoyo, no podia haber llegado doña Blanca en una ocasion mas favorable para Alburquerque. Las consideraciones debidas á la princesa, la palabra real empeñada, el resentimiento que debia temerse de la Francia, y por último la pérdida de su riquísima dote, eran otras tantas razones, que manejadas diestramente seria casi imposible que no surtiesen buen efecto. Habló el privado; cedió el rey, y se celebró el matrimonio en Valladolid con la mayor solemnidad; pero como el amor no habia presidido este himeneo, don Pedro abandonó á doña Blanca á los dos dias; y voló á los brazos de su amada que habia quedado en el castillo de la Puebla de Montalvan. Los mismos parientes de doña María, no pudiendo ménos de afearle una resolucion tan chocante como injusta, consiguieron reducirle á que volviese á Valladolid, y no desairase tan pronto á su nueva esposa; pero como si no fuese posible vivir mas que dos dias al lado de ésta, la abandonó de nuevo, y resuelto á no verla jamás, mandó que fuese arrestada en Arévalo.

La ruina de don Juan Alonso de Alburquerque se completó por fin: fueron desposeidos todos sus hechuras de los respectivos empleos que ocupaban en la casa real, y reemplazados por los parientes de María de Padilla. Es preciso no obstante confesar, en honor de la razon y de la verdad, que estos favores, aunque lisonjeros á esta dama, lejos de ser solicitados eran quizá desaprobados en secreto por ella misma. Su corazon pacífico y benigno repugnaba la conducta violenta del rey; pero no supo ó no pudo contenerla siempre. Como quiera, don Juan Alonso de Alburquerque, desgraciado con el monarca, vivamente perseguido y prófugo de castillo en castillo, hubo de poner su vida á cubierto dentro de las fronteras de Portugal. El rey en despique se apoderó de algunos de sus pueblos; y no pudiendo vencer la obstinada resistencia de las fortalezas de Alburquerque y Cohdesera, dejó en Badajoz por fronteras contra dichas plazas á sus hermanos don Enrique y don Fadrique, y á don Juan de Padilla, hermano de doña María, con el competente número de tropas, y regresó á Castilla donde le llamaba otra nueva pasion.

El carácter duro y sanguinario de don Pedro, aunque suavizado algun tanto por el amor, no era posible depusiese toda su fiereza ni aun á los piés de su querida. Debieron mediar algunos desabrimientos; porque doña María, á pesar de todo su cariño, resolvió retirarse á un monasterio para acabar sus dias; y el rey, ó porque le

duraba todavía el resentimiento, ó porque la belleza de doña Juana de Castro habia entibiado su pasion, consintió sin repugnancia en una resolucion que le hubiera llenado de dolor en otros tiempos. Doña Juana, dama de ilustre sangre, y viuda de don Diego de Haro, señor que habia sido de Vizcaya, no podia admitir su amor sino con la calidad de su esposa. El matrimonio del rey con doña Blanca era un impedimento; y así era preciso ó romperle ó renunciar á la posesion de doña Juana mientras viviese la legítima esposa. El rey sin embargo halló un medio espedito para salir del embarazo, procurando persuadir á la dama que su matrimonio habia sido nulo como contrario á su voluntad; y declarándole tambien libre de aquel vínculo los obispos de Ávila y de Salamanca, ¿cómo podria prudentemente la alucinada señora resistir por mas tiempo á las pretensiones de un amante que la ofrecia con su mano el trono? Casáronse en efecto en la villa de Cuellar; pero, ó porque el fastidio sucedió inmediatamente á los transportes de la pasion, ó porque la presencia del rey era muy necesaria en otra parte, el matrimonio solo duró veinte y cuatro horas; y doña Juana, abandonada al dia siguiente, hubo de contentarse con la villa de Dueñas, que la cedió su fementido esposo, y con el vano dictado de reina de Castilla, de que á pesar del rey usó toda su vida.

Entre tanto, aprovechándose de la ausencia de don Pedro, se confederaron con don Juan Alonso de Alburquerque, don Enrique, don Fadrique, y los demas caballeros que habian quedado en Badajoz. Restablecer á doña Blanca en el estado correspondiente á su dignidad y virtudes, y resistir á las violencias del rey, eran los pretestos especiosos de la liga; pero los verdaderos objetos de este movimiento eran remover á los Padillas, dejándoles sin influjo, ocupar su lugar, y vengarse al mismo tiempo de algunos agravios recibidos. Súpolo el rey en el mismo dia de su matrimonio con doña Juana por don Juan de Padilla, que logró huirse de la prision en que le pusieron los confederados. Partió el rey inmediatamente á Toro; y para precaver cualquier acontecimiento, mandó trasladar á la reina desde Arévalo al alcazar de Toledo.

Los caballeros toledanos, compadecidos de esta desgraciada señora, quisieron suavizar en el modo posible los rigores de su suerte, haciendo que el alcázar destinado para su prision la ofreciese un seguro asilo que protegiese su inocencia; y llamando en su defensa á los infantes don Enrique, don Fadrique y don Tello; á los infantes de Aragon don Fernando y don Juan; al agraviado don Fernando de Castro, hermano de la burlada doña Juana; á don Juan de la Cerda, y á don Juan Alonso de Alburquerque. Las ciudades de Cuenca, Córdoba, Jaen, Talavera, Ubeda y Baeza tomaron inmediatamente la voz de Toledo para amparar á doña Blanca; y de las fuerzas reunidas de esta liga llegó á formarse un ejército de seis mil caballos, y un crecido número de peones, que, siendo muy superior al que podia presentar el rey, le obligó á refugiarse en la fortaleza de Tordesillas.

Probaron sin embargo á reducirle por medios suaves; y como la Padilla, lejos de llevar á efecto sus proyectos de retirarse á un claustro, habia recobrado el ascendiente que tenia sobre su corazon, le ofrecieron que si la alejaba de sí, si removia á todos sus parientes, y haciendo justicia al mérito de doña Blanca, la restablecia en el goce de los derechos que la conferia su calidad de reina y legítima consorte, todos aquellos caballeros, prontos á esgrimir sus aceros y derramar su sangre en la defensa de tan justa causa, depondrian inmediatamente sus armas y continuarian sirviéndole con la mayor fidelidad. La reina madre, creyéndoles de buena fé animados de las sanas intenciones que manifestaban, se declaró por su partido y los hizo dueños de la ciudad de Toro; pero el rey, que no se hallaba en disposicion de otorgar ni repugnar cosa alguna, procuraba entretenerlos con esperanzas, dando tiempo á que, entibiada con la dilacion su fogosidad, y debilitada la liga con la separacion de los que lisonjeaba con sus promesas seductoras, pudiese dar un golpe seguro y decisivo.

Debieron conocerlo finalmente; y para desconcertar sus proyectos, con pretesto de transigir mejor las diferencias, lograron hacerle pasar á Toro, donde con una accion precipitada é imprudente hicieron mas difícil la composicion. Todos los Padillas fueron desposeidos de sus empleos, y reemplazados por caballeros de la faccion opuesta: en presencia del rey mismo fueron ignominiosamente presos algunos criados de su confianza; y el monarca de Castilla, poco ménos que detenido en su posada, y rodeado de gentes que le eran sospechosas, apenas tenia proporcion para oir ni hablar á nadie. Cansóse por último de una prision tan vergonzosa; y aprovechándose de la libertad que le permitian para salir á caza, se huyó una mañana muy nublada con doscientos ginetes que pudieron seguirle, y tomó el camino de Segovia.

Inmediatamente se le reunieron los infantes de Aragon y aquellos caballeros que habia podido seducir con sus mercedes y promesas; y los demas que habian quedado en Toro, sobrecogidos con la noticia de los grandes preparativos que hacia don Pedro para sujetarlos, solamente pensaron en salvarse huyendo. Don Fadrique se retiró á Talavera que estaba á su devocion; don Tello pasó á Vizcaya; don Fernando de Castro se refugió á Galicia; y de toda aquella formidable coalicion solo quedaron unas miserables reliquias á las órdenes del conde don Enrique y de la reina madre. Rechazaron sin embargo con denuedo los ataques del irritado monarca; pero hubiera sido infructuosa su resistencia á no haber ocurrido un acontecimiento que llamó la atencion á don Pedro. Hervia en facciones la ciudad de Toledo, pues de los caballeros que la defendian habia algunos tan cobardes, que, temiendo la inminente venganza del rey, votaban por una espontánea rendicion; otros, que amaban á doña Blanca, y confiaban en su valor mas que en el perdon que pudiesen obtener, se hallaban resueltos á perecer en la demanda; y no faltaban algunos mas prudentes y ménos arrestados que opinaban por una capitulacion. Toledo en estas circunstancias era del primero que se presentase; y su ocupacion era tan importante, que no dudó don Pedro en abandonar á Toro por embestir á Toledo. El conde don Enrique, previendo el riesgo que amenazaba á su hermano don Fadrique refugiado con su gente en Talavera, partió inmediatamente á su socorro; unieron sus tercios, y aprovechándose de la detencion del rey en Torrijos, se presentaron delante de Toledo con ánimo de hacerse fuertes en esta plaza casi inespugnable. No se les permitió la entrada á pretesto de hallarse pendientes ciertas negociaciones de paz con el rey; pero, mal satisfechos de la escusa, dieron vuelta á la ciudad, entraron en ella por el puente de Alcántara guardado por parciales suyos, é hicieron una matanza horrible en los que se habian opuesto á su entrada. Presentóse el rey al dia siguiente por la parte opuesta: disputáronle el paso los dos hermanos con el mayor denuedo; pero últimamente, creyéndose mal seguros en una ciudad que el temor y su venganza sanguinaria habian hecho toda de su enemigo, tuvieron que ceder, y retirarse á Talavera por donde habian entrado.

Dueño de Toledo, empezó el rey á esgrimir su furor vengativo contra los que habian favorecido á los de la liga: perecieron muchas personas de todas clases; y su cólera llegó al estremo de ser insensible á los sentimientos de la naturaleza y de la humanidad. Á sus piés se arrojó un afligido jóven de diez y ocho años, hijo de un octogenario platero comprendido en el número de los proscritos; peligraba la vida de su anciano padre, cuyos breves dias le eran aun mas preciosos que los suyos propios: clamó, gimió, suplicó, é imploró la bondad del rey para obtener, nó el perdon de su infeliz padre, sino la gracia de morir en su lugar; y tan generoso rasgo de piedad filial, solo pudo interesarle para condescender en tan horrible trueque.

Digitized by Google

Restablecida en Toledo la tranquilidad por medio del terror, volvió el rey contra Toro, adonde se habian refugiado nuevamente sus hermanos. La oportuna combinacion de los planes de ataque redujo en breve tiempo la ciudad á tal apuro, que don Enrique, creyendo inevitable su rendicion, partió á Galicia bajo un pretesto especioso; pero en realidad, huyendo de caer en manos del rey, cuyo resentimiento habia provocado tantas veces. La escasez de vituallas hacia cada dia mas penosa la situacion de los habitantes; continuamente se pasaban muchos al cuartel de los sitiadores; y por último trataron secretamente algunos de abrir al rey las puertas de la ciudad. Don Fadrique tuvo la fortuna de saberlo con tiempo, y la precaucion de solicitar y obtener el perdon del vencedor, quien, dueño con efecto de Toro por medio de aquel tratado secreto, dejó en los ejemplares castigos que hizo ejecutar una memoria indeleble de crueldad y de dolor. La reina madre, no pudiendo soportar tantos horrores, se pasó á Portugal; y doña Juana Manuel, muger de don Enrique, sumergida en una estrecha prision, debió su libertad únicamente al favor y astucia de un caballero amigo de su marido.

No podia haber escogido el rey un medio mas eficaz que el terror para sujetar á los rebeldes. Las sangrientas ejecuciones de Toledo y Toro habian llenado de consternacion á todos: y el que no deponia las armas inmediatamente solicitaba con ansia el seguro del rey para volver á su servicio. Asi lo hizo don Tello desde Vizcaya donde se habia refugiado: y el rey, que nada deseaba tanto como ver reunidos bajo de su poder á todos los hermanos para deshacerse mas fácilmente de ellos, le concedió el seguro que solicitaba, sintiendo solo la demora que por la distancia era indispensable. Don Tello, sin embargo, conociendo ó sospechando por lo ménos la red que se le tendia, difirió todo lo que pudo el presentarse; pero solo un imprevisto accidente pudo libertar por el pronto á don Fadrique de la perfidia del rey su hermano.

Hallábase éste divertido con la pesca de los atunes en las almadrabas del puerto de Santa María, á tiempo que arribó para tomar refrescos una escuadra aragonesa destinada al socorro de la Francia contra la Inglaterra. Encontró surtos en la rada dos barcos placentinos cargados de aceite para Alejandria; y sin respetar la neutralidad del puerto, los apresó á pretesto de que asi ellos como su cargamento pertenecian á genoveses enemigos de Aragon. Reclamó el rey de Castilla esta violacion del derecho de gentes, mandó al almirante aragones que restituyese la presa; y por último le intimó, que, hallándose resuelto á no tolerar un insulto de esta naturaleza, ó se le daba una satisfaccion competente, ó la prision ó embargo de bienes seria la suerte de cuantos comerciantes catalanes hubiera á la sazon en Sevilla. El almirante, sin dar oidos á tan justas reclamaciones, se hizo á la vela para su destino: llevó á efecto su amenaza el ofendido castellano; y persuadido á que semejante desacato no podria haberse cometido sin consentimiento de su señor, le pidió una satisfaccion. Negóse á dársela el monarca aragonés, asi porque no tenia parte en el hecho de su almirante, como porque la tropelia cometida con unos súbditos suyos le conferia un derecho mas fundado quizá para exigirla; de suerte, que, de quejas en quejas, y de reconvenciones en reconvenciones, vinieron á un absoluto rompimiento. El aragonés se hallaba á la sazon empeñado en la guerra de Cerdeña, y por consiguiente con ménos proporcion para resistir al castellano; pero mas político y astuto que éste, procuró enrobustecer su ejército atrayendo á su servicio al conde don Enrique, y demas caballeros agraviados y fugitivos de Castilla, y dividir las fuerzas de su enemigo, suscitando rebeliones en varios puntos de sus estados. Á pesar de sus intrigas la guerra se empezó con tan mal suceso por su parte, que á no ser por la tregua ajustada á mediacion de un legado despachado por el papa, se hubiera quizá visto precisado á comprar la paz con poco ventajosas condiciones.

Entre tanto el rey de Castilla, lejos de aprovecharse de la tregua para apercibirse y continuar con mas ardor la guerra, parece que solo trataba de conciliarse el odio general de los pueblos, y debilitar el nervio de sus fuerzas asesinando á una multitud de caballeros, cuyo poder debia serle muy útil en aquellas circunstancias. Motivos tendria sin duda para mirar á todos con desconfianza, pero ni era aquella la ocasion oportuna de castigar sus desafueros, ni el modo de vengar los ultrages de su autoridad debia llevar impresos los caracteres de injusticia y de tiranía. Entre las miserables víctimas inmoladas á su resentimiento y encono, fueron los principales su hermano don Fadrique y el infante de Aragon don Juan. El primero, mas confiado de lo que debiera en la sospechosa amistad que el rey le manifestaba, y en los servicios que acababa de hacerle en la última guerra, fué muerto á mazadas en el mismo palacio de Sevilla. El segundo, hecho juguete de la supercheria de don Pedro y vilmente engañado con mentidas promesas, sufrió la misma suerte en Bilbao; y aun don Tello no se hubiera librado de su saña á no haber burlado su diligencia con una fuga sumamente precipitada.

De tan sangrientas ejecuciones solo pudo distraerle la noticia de haberse renovado las hostilidades. El conde don Enrique, sumamente irritado y ardiendo en deseos de vengar la desastrada muerte de su hermano, rompió furiosamente por la comarca de Soria; y el infante don Fernando de Aragon, que desde el principio de la guerra habia abandonado á don Pedro, y tampoco podia mirar con indiferencia el asesinato de su hermano don Juan, entró por el reino de Murcia con el mayor encarnizamiento. La guerra se emprendió nuevamente por mar y tierra con ardor, y con suceso vario por ambas partes: fueron infructuosas todas las negociaciones de un nuevo legado pontificio para restablecer la paz, porque ni don Pedro la deseaba, ni el aragonés se hallaba en situacion de admitirla con las irritantes condiciones que le proponia su competidor; pero últimamente, despues de una larga serie de escaramuzas, despojos y recíprocas hostilidades, sin que ninguna de las dos potencias se aventurase á una accion decisiva, la política del aragonés puso á don Pedro de Castilla en la precision de acomodarse á un partido razonable, obligándose á restituir las plazas conquistadas en el decurso de la guerra, con tal que su contrario despidiese de sus reinos al conde don Enrique, á don Tello y don Sancho, sus hermanos, y á los demas caballeros fugitivos de Castilla.

Hacia ya mucho tiempo que el imperio de los mahometanos españoles, despojado de toda la brillantez con que habia figurado en las revoluciones de la península, apenas dejaba percibir entre sus ruinas algunas miserables reliquias del poder que le habia hecho tan formidable. Debilitado con tantos años de continua y desventajosa lucha con unos indomables habitantes, á quienes en vano habia procurado sujetar enteramente, se vió por fin hecho jugete de la preponderancia de algunos moros ambiciosos, que, repartiendo entre sí los infelices restos de la soberanía despedazada, parece que solo se habian propuesto completar su destruccion. Al órden, á la regularidad uniforme, á la dulzura y equidad del sistema gubernativo, que en tiempos mas felices habian elevado esta monarquía al mas alto grado de esplendor, sucedieron el desórden, la confusion, la horrible anarquía, y nada mas comun en esta desgraciada época de su decadencia que las usurpaciones de la autoridad soberana en todos sus ramos, sostenidas por la opresion, la intriga, el soborno y las discordias intestinas. Mahomad Aben-Alamar, por sobrenombre el *Bermejo*, á la frente de una faccion poderosa consiguió sentarse sobre el trono granadino, arrojando de él á Mahomad Lago, legítimo soberano, que le ocupaba á la sazon. Las relaciones de alianza y amistad que unian al destronado Lago con el rey don Pedro de Castilla, hicieron temer al usurpador el empeño con que éste iba á tomar á su cargo la defensa de su amigo; y como en este caso necesitaba poner-

se al abrigo de una alianza poderosa contra don Pedro, de nadie podia esperar favor con mas seguridad que de su enemigo el rey de Aragon. Este con efecto le prometió su proteccion; pero como no podia asistirle por el pronto con ningun socorro, por necesitar de todas sus fuerzas para sostener la guerra de Cerdeña y la de Castilla, y por otra parte deseaba ansiosamente hallar un medio, que sin manifestar su debilidad pusiese fin á esta última, de la cual ninguna ventaja se prometia: persuadió astutamente á Aben-Alamar á que rompiese por las fronteras castellanas. Tuvo don Pedro noticia de las disposiciones del moro; y precisado á acudir adonde podian ser mayores los perjuicios, hubo de aceptar la paz que se le propuso, y deponer la arrogancia con que anteriormente la habia resistido.

Retiró pues sus tropas de las fronteras de Aragon, y las hizo replegar hácia Sevilla con ánimo de castigar la insolencia de Alamar, y restablecer al desposeido Lago; pero hubo de hacer treguas con su resentimiento para entregarse al mas acerbo dolor por la muerte de doña Maria de Padilla, acaecida en esta época. Su pasion, aun mas eterna que el objeto que la habia encendido, le hizo prorumpir en demostraciones del mas vivo pesar. De órden suya vistieron un luto general todos los pueblos; y doña Maria, á quien viva no se habia atrevido á considerar sino como una adorable amiga, fué despues de su fallecimiento elevada al rango de reina de Castilla, reconociéndola por su legítima consorte.

Este acontecimiento puso á don Pedro en una situacion bastante crítica. Libre ya del objeto de sus amores, solo una aversion declarada, y por lo mismo tanto mas indisculpable, podia mantenerle separado de doña Blanca. El reino todo, sensible á las desgracias y virtudes de esta infeliz señora, habia manifestado siempre deseos de su reunion; y en el dia ningun especioso pretesto pudiera deslumbrarle. Pero don Pedro la aborrecia; y esto era en su concepto suficiente motivo para no asentir al voto general de la nacion, y tomar una resolucion tiránica é injusta, que le desambarazase de un objeto que entónces habia llegado á serle mas incómodo que nunca. Determinó su muerte, y por medio de un criado de su médico, se la envió en un veneno á Medinasidonia, donde se hallaba detenida la princesa bajo la custodia de don Iñigo Ortiz de Zúñiga. Resistióse este noble caballero á intervenir en hecho tan detestable, ó hizo dimision de sus cargos á los piés del rey; pero éste, firme sin embargo en su abominable proyecto, comisionó á uno de sus ballesteros, que, ménos delicado y mas cruel, desempeñó sin repugnancia ministerio tan bárbaro.

Crecian entretanto los preparativos de Alamar; y don Pedro, reforzado con cuatrocientos caballos que pudo reunir su amigo Lago, creyó que no debia diferir por mas tiempo su venganza. Rompieron sin oposicion los dos reyes coligados por las comarcas granadinas. Algunas pequeñas derrotas, sufridas en varios encuentros, hicieron conocer á Alamar la dificultad de resistirles, y procuró ganar á don Pedro con aparentes demostraciones de generosidad. Restituyó la libertad á un gran número de caballeros distinguidos que habia hecho prisioneros: los devolvió á su soberano con un magnífico presente; y por último, viendo que no podia separarle del empeño de proteger á su enemigo, el mismo se presentó en la corte de Castilla, acompañado únicamente de la pequeña comitiva necesaria para la custodia de su persona, y convoyar los ricos dones con que deseaba comprar la paz. Fuese temor ó prudencia, sus proposiciones fueron bastante racionales, pues no exigia otra cosa de don Pedro, sino que, retirando sus tropas, dejase á los dos rivales en libertad para ventilar con las armas sus respectivos derechos; y que en caso de hallarse absolutamente empeñado en restablecer sobre el trono á Mahomad, le permitiese retirarse á Berbería. Su respuesta fué un crimen horrible: treinta y cinco caballeros moros, pérfidamente sorprendidos por su órden en un banquete, y vilmente despojados de sus magníficos trages, fueron degollados en un campo destinado para el suplicio de los malhechores; y el imprudente Alamar, despues de inicuamente ultrajado y escarnecido, pereció á las manos del mismo don Pedro, que quiso tener el bárbaro placer de completar con semejante bajeza la accion mas detestable.

Concluida por este medio la guerra de Granada, era casi indispensable que se renovase la de Aragon, suspendida por una paz que don Pedro consideraba como desventajosa, y que solamente la necesidad le habia precisado á admitir. La ausencia del aragonés, ocupado á la sazon en contener los latrocinios de una multitud de bandidos, que conocidos bajo el nombre de *compañías blancas* amenazaban al Rosellon, le permitia impunemente hacerse dueño de un número considerable de ciudades y plazas importantes; y despues de haber empeñado con un trato capcioso en su alianza al incauto rey de Navarra, se puso sobre Calatayud que hubo de entregarse á discrecion. Sorprendido el aragonés con tan inesperada noticia, y hallándose por el pronto sin fuerzas suficientes para resistirle, llamó apresuradamente en su defensa al conde don Enrique, á sus hermanos don Tello y don Sancho, y demas caballeros castellanos, retirados todos desde la paz en la Provenza; pero vivamente resentidos por la mala fé con que los abandonó el rey de Aragon en el tratado, le negaron constantemente sus auxilios, hasta que sus repetidas instancias, sus lisonjeras promesas, y mas que todo quizás el mismo interés de don Enrique, les determinaron á abandonar la resistencia.

En efecto, hacia ya mucho tiempo que el conde tenia puesta la mira en la corona de Castilla, que veia ceñir las sienes de un soberano generalmente aborrecido; pero arrancársela de la cabeza era empresa superior á sus fuerzas, y á pesar de su ambicion no era tan temerario que se aventurase á intentarlo sin el auxilio de una potencia interesada igualmente en la ruina de su competidor. Aragon necesitaba urgentemente de su socorro para arrojar de sus dominios al furioso castellano; pero Aragon no debia obtenerlo sin prestarse á favorecer sus proyectos; y asi es que solo bajo esta condicion, y un gran número de fianzas que respondiesen de su cumplimiento, y de la buena fé de los contratantes, se puso en marcha don Enrique con mil y quinientos caballos. Animado con los sucesos de la primera campaña, pasó á Francia, reclutó las *compañías blancas*, que vagaban entregadas al pillage; y á las órdenes de sus caudillos Beltran Claquin y Hugo de Caureley, pasaron á España una multitud de tropas aguerridas, y resueltas á colocarle en el trono de Castilla. Inmediatamente se reunió bajo sus banderas un gran número de caballeros poderosos aragoneses y castellanos, desafectos á don Pedro; y con un ejército tan formidable, rompió en Castilla por la villa de Alfaro, y se apoderó de Calahorra. Aquí fué reconocido y proclamado rey de Castilla por todos los que le seguian; y alentado con la inaccion de su hermano que, encerrado en Burgos, se dejaba despojar sin resistencia, tomó la resolucion de acometerle en la misma capital.

Don Pedro, acobardado con la proximidad de su victorioso enemigo, huyó á Sevilla precipitadamente; y la ciudad de Burgos, abandonada á la merced del conquistador, y absuelta por su mismo soberano del juramento de fidelidad, no solo franqueó espontáneamente las puertas á don Enrique, sino que fué con gran placer testigo de la ceremonia de su coronacion, celebrada en el monasterio de sus Huelgas en el año de 1366.

Toda Castilla la Vieja, á escepcion de un cortísimo número de pueblos, imitó inmediatamente á su capital. La ocupacion de Toledo, conseguida despues de una pequeña oposicion, dejó enfrenada á Castilla la Nueva; y las profusas liberalidades del nuevo soberano, conocido desde entónces por este motivo con el renombre de *don Enrique el de las Mercedes*, no solamente le aseguraron el afecto de sus antiguos parciales, sino que le grangearon

Digitized by Google

otros nuevos, y en breve se halló don Pedro despojado aun de aquellos que eran al parecer mas leales.

Ya solo restaba á don Enrique arrojar á su hermano de sus últimos atrincheramientos, obligándole á firmar una vergonzosa renuncia de todos sus derechos, y con este objeto se puso en marcha para Sevilla. Poco seguro don Pedro en una ciudad que le aborrecia, y profesaba demasiado afecto á don Enrique, solo pensó en poner en salvo su familia y sus tesoros, refugiándose por el mar en Portugal; pero la oposicion del portugués á recibirlo en sus dominios, y la pérdida del tesoro que su almirante Bocanegra apresó traidoramente, y puso en poder de don Enrique, le dejaron en el mayor conflicto. Acordóse por último de don Fernando de Castro, que, oculto todavía en el seno de Galicia, y olvidado de sus agravios, no habia querido tomar parte en unas revoluciones que le aseguraban la venganza; y eligiendo esta provincia para su asilo, partió sin mas comitiva que su desgraciada familia. Don Fernando le acogió favorablemente; con su auxilio y con el del arzobispo de Santiago logró poner en campaña un ejército de dos mil infantes y novecientos caballos, á cuya frente debia marchar don Pedro hácia Logroño, que se mantenia á su devocion; pero arredrado por el riesgo de la travesía, creyó mas seguro embarcarse para Bayona, é implorar la proteccion del rey de Inglaterra, que la poseia á la sazon.

Partió con efecto, dejando horrorizados á todos los gallegos con el infame asesinato cometido de su órden en la persona del mismo arzobispo, que tanto habia coadyuvado en su defensa, y no tenia mas delito que ser natural de Toledo. La conquista de la Andalucía completó el plan de don Enrique: y la ausencia de don Pedro, las paces ajustadas con el granadino, y la indiferencia con que los monarcas españoles miraban esta lucha de los dos hermanos, dejaron por algun tiempo al vencedor gustar de las delicias de un trono fácilmente adquirido. Pero le perdió su nimia confianza en el afecto de los pueblos, y en la imposibilidad en que creia ver á su competidor de intentar en mucho tiempo la menor empresa que pudiese darle cuidado. Las *compañías blancas* le habian servido con el mayor afecto; pero, verificado el objeto de su venida, parecia ya inútil y demasiado gravosa su manutencion, y eran muy difíciles de precaver los daños que causaba en el país su falta de subordinacion. Así pues las despidió colmadas de regalos, y generosamente recompensadas, quedándose únicamente con mil y quinientas lanzas á las órdenes de Beltran Claquin.

Entre tanto procuró don Pedro interesar en sus desgracias al rey de Inglaterra; y con efecto, sus ruegos y magníficas promesas le habian proporcionado un número crecido de tropas escogidas, que á las órdenes del príncipe de Gales se presentaron en las fronteras de Navarra. El rumor de estos preparativos habia ya difundido tal espanto por las provincias castellanas, que muchos pueblos y ciudades principales abandonaron á don Enrique con la misma precipitacion con que se habian declarado á su favor; pero la llegada de su irritado y vengativo soberano, aumentó la desercion en términos increibles. Don Enrique conoció, aunque tarde, su imprudencia. Su ruina parecia casi inevitable; pero sin embargo, el remedio mas oportuno para contenerle era ocultar sus temores, procurando que ni su semblante ni sus acciones indicasen la menor sombra de debilidad; y así, resuelto á vencer ó morir en la demanda, reunió las tropas que le fué posible, y á su frente partió en busca del ejército combinado. En las inmediaciones de Nágera, á las márgenes del Nagerilla, se encontraron los dos hermanos armados de la saña mas ardiente que puede sugerir el odio encarnizado, la rivalidad, el deseo de venganza y el temor de perder la reputacion. Las consecuencias fueron una sangrienta batalla, en que al valor y á la prudencia substituyeron la temeridad, el arrojo y el furor de la desesperacion. Don Pedro venció por fin. Abandonado don Enrique en el mayor ardor de la refriega de un gran número de los suyos, y traidoramente vendido por su hermano don Tello, que en lo mas urgente del peligro desamparó cobardemente el puesto que ocupaba, en vano procuró impedir su derrota. Su victorioso hermano quedó dueño del campo, del botin, de una multitud de prisioneros de consideracion, y por último, de casi todo el reino, que se le entregó sin resistencia; y él tuvo que refugiarse en Francia precipitadamente, donde el vengador de doña Blanca no podia ménos de encontrar asilo y medios para lavar la afrenta de su vencimiento.

No le engañaron sus esperanzas, pues el rey, el duque de Anjou, el conde de Fox, y otros muchos caballeros distinguidos, le franquearon á porfía abundantes caudales, por cuyo medio logró poner en campaña un ejército, si no muy numeroso, suficiente por lo ménos para salir con honor de las primeras tentativas; y solo deseaba una ocasion favorable, que segun todas las apariencias no podia estar muy remota, y que por último se presentó á poco tiempo.

La inhumanidad con que empezó don Pedro á usar de su victoria, ensangrentándose bárbaramente con todos los vencidos y parciales de su hermano, al paso que hizo mas intolerable su dominacion y reanimó el partido de don Enrique, llenó de indignacion al príncipe de Gales y preparó su desunion. La mala fé de sus promesas, la capciosidad de sus tratos y las supercherías con que procuraba demorar el pago de las tropas auxiliares, agriaron los ánimos, acelerando el rompimiento y su partida.

Don Enrique se aprovechó de este acontecimiento; se presentó en las fronteras, y al momento se declararon por él un gran número de ciudades principales. Alentado con tan favorables disposiciones, siguió sin detenerse hasta Calahorra; y apenas pisó los dominios castellanos, se arrojó del caballo, se postró de rodillas, y formando una cruz sobre la arena, juró solemnemente no volver á salir de Castilla, arrostrando intrépidamente en ella la suerte que pudiera sobrevenirle. Pasó á Burgos, donde fué recibido con el mayor júbilo por todos sus habitantes; y desde allí se derramó, precedido de la victoria, por Leon, Asturias y ambas Castillas, no hallando obstáculo hasta llegar á Toledo, que le opuso una obstinada resistencia. Reforzado nuevamente con quinientas lanzas, que á las órdenes de Beltran Claquin le envió su aliado el rey de Francia, se determinó á salir al encuentro á don Pedro, que, unido con el granadino, se dirigia en su busca, despues de haber combatido vanamente la ciudad de Córdoba y cubierto la Andalucía de estragos y desolacion. Sorprendióle descuidado en los campos de Montiel; le derrotó completamente y le obligó á encerrarse en un castillo inmediato, que rodeó al momento de paredes fuertes, y donde la falta de agua y bastimentos, la desercion y la ninguna esperanza de socorro, hacian diariamente mas inevitable su rendicion.

Don Pedro no podia sufrir la idea de haber de verse en poder de un enemigo que no habia de respetar mejor que él las relaciones fraternales; pero la fuga era imposible, á no ganar anticipadamente á alguno de los capitanes sitiadores, y creyó que no le seria difícil conseguirlo, valiéndose de la antigua amistad de su parcial Mendo Rodriguez de Sanabria con Beltran Claquin. Era el francés demasiado afecto á don Enrique para dejarse corromper, y muy astuto para lograr la ocasion que se le presentaba de hacerle un gran servicio; y á pretesto de reflexionar sobre las ventajas del partido que se le proponia, se tomó un breve plazo, que aprovechó, descubriendo á su señor toda la intriga que se meditaba. Don Enrique, sumamente reconocido á la lealtad de su aliado, le hizo las mismas mercedes que le prometia su hermano, y le propuso que engañase á Mendo Rodriguez con la esperanza de salvar á don Pedro, si éste se determinaba á pasar cierta noche hasta su tienda con pequeña escolta. Poco se necesitaba para que ambos cayesen en la red. Don Pedro no advirtió el engaño, ni el peligro á que imprudentemente se habia arrojado hasta que se apeó en la tienda de Claquin, y se vió sorprendido por

Digitized by Google

su hermano. Éste, que le habia desconocido, asegurado por los circunstantes de que aquel era don Pedro, le acometió furiosamente con la daga; y despues de herirle en el rostro, empezaron ambos una obstinada lucha, que terminó matando don Enrique al rey su hermano.

Parecia que este acontecimiento, acaecido en 23 de marzo de 1369, dejaba asegurado de una vez para siempre á don Enrique sobre el trono de Castilla; pero como si en castigo de su ambicion estuviese condenado á no probar jamás las dulzuras de un reinado pacífico, la muerte de don Pedro solo sirvió para suscitarle una multitud de competidores, determinados á arrancarle una diadema criminalmente adquirida. El reino casi todo, á la verdad, desentendiéndose del horrible fratricidio, se congratulaba interiormente de un suceso que le habia librado de un monarca aborrecido, y besaba con placer la ensangrentada mano de su libertador. Del corto número de pueblos que se habian mantenido fieles á su antiguo soberano, apenas habia alguno cuya resistencia á admitir al sucesor pudiese alterar en lo mas mínimo el órden de las cosas. Las profusas liberalidades de don Enrique, y las apreciables cualidades de su carácter, le presentaban á los ojos de todos sus nuevos vasallos como un príncipe nacido para reinar haciéndolos felices; pero don Enrique procedia de una union ilegítima, y aunque don Pedro no habia dejado descendencia legítima no faltaban personas que podian oponer títulos bien fundados á la corona usurpada. El primero que se presentó en la liza fue el portugués don Fernando, á quien realmente pertenecia, como descendiente legítimo de don Sancho IV por su hija doña Beatriz, casada con don Alfonso IV de Portugal, con el favor de las ciudades que se negaban á reconocer el nuevo soberano, empezó á titularse *Rey de Portugal y Castilla*; y se unió con el granadino, el aragonés y el navarro, que temian el resentimiento de don Enrique, aquel por su amistad con don Pedro, y éstos por la traicion con que lo habian despojado de algunos pueblos durante las pasadas revoluciones. El político Enrique tuvo destreza para desbaratar tan temible coalicion, negociando la paz con el granadino, contentando al navarro con la mano de su hija primogénita doña Leonor para el infante primogénito de aquel príncipe, y obligando al aragonés á solicitar humildemente su amistad; con lo que el portugués abandonado se vió en la precision de firmar la renuncia de todas sus pretensiones. Pero no tardó en parecer otro competidor. El duque de Alencastre hermano del príncipe de Gales, instigado secretamente por el rey de Aragon, se declaró protector de los derechos de su muger doña Constanza, hija del difunto don Pedro y doña María de Padilla. En el reino habia muy pocos persuadidos de la legitimidad del matrimonio de que procedia esta señora; pero sea como quiera, el rey don Pedro, en las Córtes de Sevilla del año de 1362, habia declarado solemnemente á doña María por su legítima consorte, y su descendencia legitimada en las Córtes en virtud de esta declaracion, habia adquirido un nuevo derecho al trono de Castilla en su última disposicion otorgada en el mismo año, en que nombró sus sucesoras á sus hijas doña Beatriz, doña Constanza y doña Isabel por órden sucesivo: el retiro de doña Beatriz á un monasterio habia transferido en doña Constanza todos los derechos que la pertenecian á aquella; y últimamente, aun cuando no hubiera existido semejante matrimonio, y los hijos habidos en él quedasen en la clase de naturales, bastardo por bastardo parecia mas justo que sucediese un hijo del rey que no su hermano. Á la sombra del nuevo pretendiente volvieron á levantar sus estandartes los reyes de Portugal y de Aragon; pero de ambos supo triunfar el valeroso Enrique, y el duque de Alencastre, casi desbaratado en la travesía por la armada de su enemigo el rey de Francia, hubo de abandonar una empresa que habia abrazado con poca reflexion.

Asegurado don Enrique en un trono adquirido con tantas fatigas, y desembarazado de todos sus rivales, dirigió su atencion á mejorar la suerte de sus vasallos con acertados reglamentos, y tuvo la satisfaccion de ver que el éxito correspondia á sus desvelos. El reino todo empezó muy desde luego á mudar de aspecto, y los miserables pueblos que habian pasado repentinamente de las zozobras é inquietudes de un gobierno cruel y sangriento á la paz y tranquilidad de uno humano y justo, y veian asegurado su honor, sus propiedades y su felicidad bajo los auspicios del suave dominio de un príncipe amable, dirigian al cielo fervientes y sinceros votos para su conservacion.

Por desgracia estaba demasiado cerca el término de su carrera. Agravado de la gota que padecia falleció en 30 de mayo de 1379, recomendando eficazmente á su hijo don Juan la amistad con la Francia, que tan bien le habia servido, y dándole saludables consejos acerca de la conducta que debia observar en lo sucesivo: «Si quieres reinar en paz, le dijo, no debes perder de vista que tu reino se compone de tres clases de gentes, á quienes es preciso manejar con mucho tino y prudencia; unos que siguieron constantemente mi partido; otros que con la misma constancia se declararon por don Pedro; y otros que se mantuvieron neutrales. Conserva á los primeros los empleos que obtienen y las mercedes que les he concedido; pero tén presente siempre su inconstancia y deslealtad. Confia sin reparo á los segundos los cargos de la mayor importancia; ellos permanecieron constantemente fieles á su soberano en su fortuna próspera ó adversa; y esta conducta, al paso que te asegura de su honradez, los empeñará á borrar con importantes servicios las ofensas anteriores. Para nada te acuerdes finalmente de los últimos, pues nada hay que esperar de unas personas que al bien comun han preferido siempre su particular interés.» Tachan á don Enrique de demasiado pródigo, y lo fué con efecto, pero las circunstancias de aquellos tiempos de inquietud disculpan algun tanto su prodigalidad. Necesitaba de amigos que sostuviesen su partido, y no podia adquirirlos sino á costa de grandes y escesivas mercedes; pero ya que la necesidad le obligó á estos sacrificios, procuró corregir el mal en lo posible, escluyendo en su testamento á los parientes transversales de la sucesion en la herencia de aquellos estados, que hubo de ceder con profusion, y admitiendo en ella solamente á los hijos y descendientes legítimos por línea recta. Oportuno remedio con que una gran porcion de pueblos, y bienes enagenados por sus donaciones en aquella época, han vuelto con el tiempo á incorporarse á la corona real.

La primera diligencia de don Juan I fué ratificar su alianza con la Francia, despachando en su socorro una escuadra que pudo serle muy útil para arrojar casi enteramente á los ingleses de la Aquitania, que tenian ocupada; mas avivó el resentimiento de éstos para hacer que el duque de Alencastre renovase sus pretensiones á la corona de Castilla. Con efecto, se supo que en su nombre un hermano del rey de Inglaterra se disponia para pasar á Portugal con dos mil hombres de desembarco: y que el portugués, infiel á sus tratados, no solamente se hallaba en ánimo de darle acogida, sino que apercebia numerosas tropas para favorecer la irrupcion que meditaba por las fronteras castellanas. Conoció don Juan cuan ventajoso le era anticiparse á sus enemigos, y haciendo salir su escuadra contra la portuguesa, logró desbaratarla casi enteramente, con pérdida de veinte galeras. Esta importante victoria, frustrando el desembarco del inglés, dejaba dueño absoluto del mar al castellano; pero el almirante vencedor tuvo la imprudencia de abandonar el crucero, retirándose á Sevilla, ufano con su presa, y los ingleses lograron entre tanto arribar á Lisboa sin la menor oposicion.

El rey don Juan se hallaba á la sazon empeñado en el sitio de Almeyda, plaza situada en las fronteras de Portugal; y apesar de la vigorosa resistencia de los defensores, procuró acelerar su rendicion para salir al encuentro al ejército coligado y precaver su invasion. Avistóle en Yelves resuelto á la batalla; pero no faltaron mediadores de uno y otro campo que lograron transigir estas diferencias, con la condicion de que el rey de Cas-

Digitized by Google

tilla restituyese las galeras apresadas, y franquease sus bajeles para el regreso de las tropas inglesas; cediendo por su parte el portugués la mano de su hija primogénita doña Beatriz para el infante don Fernando de Castilla, hijo segundo del rey, que apenas tenia un año. El partido, no hay duda, era poco ventajoso para don Juan, que ciertamente se hallaba en disposicion de dar ley mas bien que de recibirla: pero la debilidad de su complexion influia tanto en su espíritu, y le reducia á tal pusilanimidad, que por no aventurarse al éxito incierto de una accion decisiva, hubiera admitido condiciones todavía mas gravosas. Así es que los tratados se cumplieron religiosamente por su parte, si bien el matrimonio estipulado no llegó á verificarse, así por la edad del esposo, como por haber ocurrido al mismo tiempo un incidente que hizo mudar de aspecto el estado de las cosas.

El rey don Juan, que, de resultas del último concierto ajustado por su padre con el rey de Aragon, habia casado con la hija de éste, doña Leonor, perdió desgraciadamente á su muger, de resultas de un parto; como aun se hallaba en la flor de su edad, recibió un mensage del portugués, ofreciéndole por esposa á su hija doña Beatriz, ya que la edad del infante obligaba á diferir su enlace tanto tiempo, y nada podia ser mas perjudicial á los intereses de ambas potencias que semejante dilacion. Esto era así sin duda; y don Juan, que lo conocia, no se detuvo en admitir la propuesta, aunque á costa de renunciar el derecho que la calidad de marido de doña Beatriz pudiera conferirle al trono de Portugal despues de los dias de su padre. En efecto, la nacion portuguesa, rival siempre de la castellana, con dificultad habia de consentir en la reunion de ambas coronas sobre las sienes del príncipe que rigiese á Castilla; y así, para evitar los disturbios que en adelante pudieran sobrevenir con este motivo, fueron las condiciones del concierto: «Que muriendo sin hijo varon el rey de Portugal, heredaria el reino su hija primogénita doña Beatriz: permitiéndosele á su marido el rey de Castilla intitularse rey de Portugal; pero reservándose el gobierno del estado á la reina viuda doña Leonor, durante su vida, ó hasta que doña Beatriz y su marido tuviesen hijo ó hija de edad de catorce años en quien recaeria en este caso el gobierno y dictado de rey de Portugal, que deberian abandonar sus padres.» A pocos meses de este matrimonio falleció el rey de Portugal, y los acontecimientos ocurridos con este motivo, acreditaron suficientemente que aun no se habian previsto bastante en las capitulaciones los efectos de la animosidad portuguesa contra Castilla. Ésta llegó al estremo de atropellar los derechos que la sangre, la voluntad del rey difunto, y aun la misma nacion, asintiendo al anterior contrato, habian conferido á doña Beatriz, que no era castellana, y cuyo enlace con el rey de Castilla no la habia despojado de los legítimos títulos que la aseguraban la corona de sus mayores. La nacion sin embargo se negó unánimemente á reconocerla, y solo disentia en la eleccion de la persona que se habia de substituir. El infante don Juan, hermano natural del rey difunto, y el maestre de Ávis, fruto bastardo de la misma union que don Juan, eran, segun parece, los inmediatos sucesores en defecto de doña Beatriz, y ambos tenian sus parciales: pero la ausencia del primero, y su prision en los dominios castellanos, favorecian infinito al partido del maestre, quien finalmente, dueño de la voluntad general, y de las principales plazas, fué aclamado rey de Portugal.

Muy desde los principios conoció el rey don Juan las muchas dificultades que le habian de embarazar la posesion de la nueva herencia de su muger; y así determinó hacer su entrada en Portugal pacíficamente, aunque seguido para cualquiera acontecimiento de un ejército numeroso, que le hiciese respetable. Detenido en los preparativos indispensables que este partido exigia, no pudo impedir con tiempo la exaltacion del maestre, de suerte que llegó á las fronteras cuando ya apenas tenia nada en Portugal. La superioridad de sus fuerzas le allanó sin embargo el camino hasta Lisboa, encerró en ella al maestro, y éste hubiera tenido finalmente que rendirse implorando la merced de su agraviado vencedor, á no haberse declarado en el campo castellano una furiosa peste, que en breves dias le cubrió de cadáveres, y obligó al rey á levantar el sitio retirándose á Castilla.

Impaciente por sujetar á aquella nacion refractaria, volvió al año siguiente con un ejército de treinta mil hombres, arrasando el pais por donde transitaba: encontró á su enemigo cerca de Aljubarrota, y sin reparar en la ventajosa posicion que ocupaba, ni en el cansancio de los suyos, le embistió con denuedo; pero ni sus esfuerzos, ni el brio y superioridad de sus tropas, pudieron impedir su completa derrota. Quedaron en el campo diez mil valientes castellanos; pereció entre ellos la flor de la nobleza, y el rey debió su vida á la generosidad de su mayordomo Pedro Gonzalez de Mendoza, que cediéndole su caballo, se entregó á la muerte por proteger su fuga.

Ufano el portugués con tan señalada victoria, entró por Badajoz á sangre y fuego, despues de recobrar las plazas que le habian ocupado los castellanos, y envió relacion de la derrota al duque de Alencastre, instándole para que viniese á tomar posesion del reino de Castilla, que por su muger le pertenecia, y que en su concepto no estaba don Juan en disposicion de defender: y en efecto, no tardó en presentarse el duque en Portugal con tres mil hombres de tropas auxiliares, tan satisfecho del éxito feliz de esta jornada que no dudó en traer consigo á su muger y á sus tres hijas.

El castellano sin embargo no se hallaba desapercibido; y con el crecido número de tropas que habia podido juntar, y las que en su socorro la habian enviado de Francia, se creia bastante poderoso, no solo para hacer frente al ejército combinado, sino tambien para arrojar de España al de Alencastre, y abatir el orgullo del altivo portugués; pero en medio de estos marciales preparativos, el pacífico don Juan prefirió una composicion amigable á las ventajas que le prometian sus esperanzas. Sabido el objeto de las querellas del duque, conciliar en lo posible los intereses de la casa reinante en Castilla con los de la que se suponia agraviada, además de ser un rasgo fino de política moderada, ponia fin á unas inquietudes, que hubieran durado eternamente. Esto procuró don Juan, y esto lo consiguió por medio del matrimonio de su hijo primogénito don Enrique con doña Catalina, hija del duque y de su muger doña Constanza, y estos fueron los primeros príncipes que en Castilla empezaron á usar el dictado de *Príncipes de Asturias*. El portugués, abandonado de su amigo al mejor tiempo, hizo todos sus esfuerzos para continuar la guerra por sí solo; pero últimamente se vió en la precision de ajustar sus treguas por seis años.

De este modo consiguió don Juan aquella situacion tranquila, análoga a su carácter y que deseaba ansiosamente para aplicarse con ardor al gobierno de sus pueblos. Desconfiaba sin embargo de poder hacerlos tan felices como deseaba, y se le advirtió alguna vez casi resuelto á dejar la corona; pero el reino, que conocia y apreciaba sus bellas cualidades, se opuso constantemente á esta resolucion.

Bien pronto una imprevista desgracia le privó de su amable monarca. Presenciaba el rey las evoluciones que al modo africano hacian unos soldados á caballo; y queriendo imitarlos, dió de espuelas al suyo, que, enardecido con la fogosidad de los otros, le precipitó á los treinta y tres años de edad en 9 de octubre de 1390.

Poco mas de once años contaba a la sazon su hijo Enrique III cuando subió al trono, bajo la direccion y gobierno de una multitud de tutores nombrados por su padre en su última disposicion. Todos eran poderosos, todos querian ser absolutos; y esta circunstancia dá á conocer bastante que la menor edad del nuevo soberano no estuvo exenta de las agitaciones que han hecho siempre tan odiosas las regencias. En efecto, su escandaloso número, su rivalidad, y su ambicion desmesurada, produjeron tales desórdenes en el gobierno político del estado que mas de una vez se vió Castilla amenazada de

Digitized by Google

una sangrienta division, sin que bastasen los remedios paliativos que adoptaron las Córtes, ya para disminuir el número de aquellos pequeños déspotas, ya para establecer un sistema ménos tumultuoso de administracion. Llegó por fin Enrique á los catorce años; y deseando poner remedio á unos males que desde mucho tiempo traian afligido su corazon, pero que no habia estado en su arbitrio evitar, hizo declarar su mayoría en las Córtes de Burgos, celebradas en el año de 1393, manifestando que desde aquel punto cesaban las funciones de los que con la máscara de tutores y gobernadores solo habian procurado elevar sus propias fortunas y riquezas sobre la ruina y miseria de los pueblos. Entónces fué cuando el arzobispo de Santiago, uno de los contutores y gobernadores del reino, que quizá no habia contribuido ménos que sus compañeros á las turbulencias anteriores, se propuso convencer con una prolija arenga al jóven príncipe del infatigable zelo de los regentes en superar los obstáculos que las circunstancias les habian opuesto, exagerando con impudencia su trabajo y rectas intenciones, é indicándole sin mucha ambigüedad que para asegurar el acierto debia seguir indispensablemente sus mismas máximas, y no separarse de sus consejos; y entónces fué cuando Enrique, indignado de oir tan capcioso razonamiento, le respondió con entereza: «Mientras fuí pupilo obedecí vuestros preceptos: ahora que soy rey no dejaré de valerme de vuestras advertencias cuando fuere menester: pero tened entendido que conozco muy bien mis obligaciones.»

El primer cuidado de Enrique fué asegurar la paz á sus vasallos: y con su prudencia y moderacion, no solamente se concilió la amistad de los príncipes españoles, sino que obligó á dejar las armas á su mayores enemigos. Sin embargo, estuvo muy á pique de malograrse el fruto de sus pacíficas disposiciones por una necedad caballeresca. El maestre de Alcántara don Martin Yañez de la Barbuda, seducido por un fanático ermitaño llamado Juan Sago, creyó hacer un gran servicio á la religion y á su patria, defendiendo con las armas en la mano la santidad del cristianismo y sus ventajas respecto de la creencia musulmana; y formando para esto un pequeño cuerpo de imprudentes campeones, sin reparar en las treguas que mediaban entre Granada y Castilla, en el enojo que podria ocasionar á Enrique, ni en las consecuencias de tan temerario arrojo, envió un cartel de desafío lleno de insultos al soberano granadino, convidándole á un combate que se ofrecia á sostener con una mitad ménos de gente en proporcion á la que él acaudillase. Eran entónces muy frecuentes esta especie de retos, aunque por lo regular tenian por objeto alguna aventura galante, ó el patrocinio de las viudas, huérfanos y otros desvalidos que no podian tomar satisfaccion de sus agravios; pero no dejó tambien de mezclarse alguna vez en estas sangrientas escenas el imprudente zelo por una religion que detesta la violencia y no respira sino paz, caridad y dulzura. Como quiera, el rey hizo conocer á aquel caballero el disgusto con que miraba una empresa tan aventurada, tan intempestiva, tan contraria á sus miras políticas, y funesta quizá para su reino; pero alucinado con los halagüeños presagios del visionario Sago, respondió: «Que no podia abandonar sin mengua un empeño en que se hallaban comprometidas su piedad y reputacion, y en que tenia segura la proteccion del cielo confirmada con indudables vaticinios.» Partió con efecto llena de confianza aquella tropa de fervorosos guerreros, y precedida de una cruz se introdujo osadamente en la comarca de Granada: pero como los moros no se creian obligados á respetar esta insignia misteriosa, ni las predicciones del ermitaño, los acometieron con la satisfaccion que les daba la superioridad de sus fuerzas, y los hicieron pedazos sin que ninguno pudiese salvarse del estrago. Enrique sintió mucho esta desgracia; y como le era tan interesante conservar la buena inteligencia con el granadino, y aplacar su justo resentimiento, procuró darle una satisfaccion asegurándole de la ninguna parte que habia tenido en aquella empresa, no solo meditada sin su mandato, sino tambien llevada á efecto contra su voluntad.

Á pesar de la sinceridad de estas protestas no se vió libre Castilla de una imprevista irrupcion, que como por via de represalias hicieron los moros de Granada algunos años despues. Don Enrique no solo se propuso contenerlos, sino que concibió el vastísimo proyecto de arrojarlos de toda la península; pero sus dolencias habituales, que con el tiempo habian llegado á hacerse mas peligrosas, le obligaron á ceder esta gloria á sus sucesores, y le llevaron al sepulcro en 25 de diciembre de 1406, dejando por heredero á su hijo primogénito don Juan.

Las inquietudes de la menor edad de Enrique, y la severidad con que procuró reprimir las turbulencias que en los años siguientes suscitaron algunos grandes demasiado inquietos, han servido de fundamento á una anécdota que no merece mucho crédito sin embargo de que la refieren algunos escritores de nota. Cuentan que las dilapidaciones y rapacidad de los tutores y gobernadores redujeron á tan deplorable estado la real hacienda, que Enrique, á pesar de la frugalidad á que habia querido ceñirse por no gravar á sus vasallos, volviendo en una ocasion de caza se encontró sin tener que comer, sin dinero, sin prendas, y sin crédito para comprar las mas despreciables vituallas, al paso que los grandes del reino prodigaban recíprocamente sus riquezas en espléndidos banquetes: que tuvo que deshacerse de su capa para que se le pudiese preparar una escasa y grosera cena la noche misma en que tenian preparada aquellos señores en casa del arzobispo de Toledo una en que competian la delicadeza y la abundancia: que noticioso de ello Enrique, pero acostumbrado á no fiarse con facilidad de relaciones agenas, resolvió cerciorarse con sus propios ojos, para lo cual se introdujo disfrazado en la sala del festin, donde confundido entre la muchedumbre de sirvientes, pudo observar que nada le habian exagerado, y admirar la imprudencia con que los convidados hacian alarde de las riquezas que debian á sus rapiñas: que los hizo llamar al dia siguiente bajo un pretesto especioso, y luego que estuvieron reunidos se presentó con la espada desnuda, armado de todas armas, y dirigiéndose al arzobispo, le preguntó cuantos reyes habia alcanzado en España: «Señor, respondió el prelado, á vuestro abuelo, á vuestro padre y á vos. Pues yo, repuso el rey, siendo tan jóven he conocido veinte, y no debiendo haber mas que uno, ya es tiempo de que lo sea yo solo y de que perezcan todos los demas:» que hizo una seña, y al momento se descubrieron los soldados que tenia prevenidos, un verdugo, el tajo, la cuchilla y los cordeles de la muerte, á cuya vista llenos de terror los grandes, se arrojaron á sus piés implorando su clemencia, y poniendo á su disposicion sus personas y sus bienes: que les concedió la vida el generoso Enrique; pero exigiéndoles estrecha cuenta del erario público que habian manejado, obligándoles á restituir las cantidades en que eran alcanzados; á ceder en beneficio del patrimonio real las gruesas pensiones que durante la tutela y de propia autoridad habian osado consignarse, y precisándoles á entregar las fortalezas y castillos de que por fuerza ó artificio se habian apoderado; y por último, que solo alcanzaron su libertad despues de haberlo satisfecho puntualmente. Pudo ser cierto este suceso: pero, además de tener todas las señas de fabuloso, hay fundamentos bastante razonables para creer que sea una patraña forjada sesenta años despues.

Como aun no tenia veinte y dos meses el hijo heredero don Juan II cuando murió su padre, quedaron depositadas la autoridad real y la tutela en la reina viuda su madre, y en su tio el infante don Fernando, príncipe de raro talento, íntegro, amable, valiente, y el único sin duda á quien podia confiarse con seguridad un cargo tan espinoso en aquellas circunstancias. La generosidad con que renunció la corona de Castilla, que inmediatamente le ofrecieron algunos espíritus revoltosos, y su zelo, actividad y noble desinterés en conservar ileso á su inocente pupilo un patrimonio que intentaban hacer giras los mismos que debieran ser sus defensores, acreditan el acierto que tuvo Enrique en la eleccion.

Su prudencia y moderacion no le libertaron sin embargo de los tiros de la envidia y de la maledicencia. Desconceptuado con la reina madre por las cavilaciones é intrigas de los cortesanos, vió con dolor próxima á romperse la armonía que debería reinar entre los dos regentes; y previendo las peligrosas consecuencias de una completa desunion, apresuró la division y repartimiento del gobierno del reino prevenidos por el rey difunto, para que cada uno de los dos tutores gobernase su parte con absoluta independencia y separacion.

Los moros granadinos infestaban las fronteras con repetidas correrías, y era forzoso que partiese el infante á sujetarlos; y así, dejando al cuidado de la reina el gobierno de las provincias pertenecientes á Castilla la Nueva, se encargó del de Castilla la Vieja, en que se hallaban entónces comprendidas las provincias andaluzas. Presentóse en ellas á la frente de sus valerosos tercios; batió á los mahometanos en varios encuentros; los derrotó completamente en las aguas de Cádiz y en las campiñas de Archidona, se apoderó de la importante plaza de Antequera, y les obligó á pedir la paz. Llamado al trono de Aragon, que, muerto el rey don Martin le correspondia por derecho de sangre y legítima eleccion de aquellos reinos, hubo de abandonar á Castilla, aunque sin descuidar los intereses de su menor, en cuya proteccion continuó con la mayor legalidad; pero su muerte, acaecida demasiado pronto, dejó á don Juan II espuesto á las borrascas que se levantaron casi inmediatamente.

La tutela y gobierno recayeron en la reina madre, quien apenas los desempeñó dos años con bastante acierto, cuando murió tambien; y el rey, que ya contaba trece años, hubo de ponerse á la frente del gobierno bajo la direccion de don Álvaro de Luna, criado en su compañía desde su edad mas tierna, y que habia adquirido el mayor ascendiente sobre su corazon. Á la verdad necesitaba el rey de un ministro de su confianza, que con sus talentos y firmeza supliese su indolencia é irresolucion, y supiese poner la autoridad real á cubierto de los ataques de la ambicion y del poder. Don Álvaro poseia todos estos dotes; y el cariño que el rey le profesaba, nacido entre los juegos de la infancia y creciendo con los años, lo elevó á una intimidad y privanza de que ofrecen muy pocos ejemplos las historias.

Esto escitó la envidia y el encono de las personas que se habian lisonjeado de sacar el mayor partido de la debilidad del rey; y formaron una secreta conjuracion para perder al favorito, cuya perspicacia desconcertaba siempre sus proyectos ambiciosos. El primero que empezó á quitarse la máscara fué el infante don Enrique, maestre de Santiago é hijo del generoso don Fernando, difunto rey de Aragon; pero, demasiado astuto para descubrir todo su plan fuera de tiempo, emprendió una guerra oblicua contra don Álvaro, alejando diestramente de la corte á todas sus hechuras, substituyendo personas de su confianza, y confinando al rey en Tordesillas á pretesto de mantenerle en seguridad; pero realmente con el objeto de erigirse en dueño absoluto de su voluntad y de sus estados. Inmediatamente penetraron todos las miras del maestre, y no faltó quien intentase romper las cadenas que oprimian al infeliz don Juan; pero como esto no podia realizarse sin grandes conmociones, funestas siempre á los inocentes pueblos, el prudente don Álvaro prefirió por entónces el partido de la tolerancia, contemporizando en lo posible con su mayor enemigo. Sin embargo pensó que no debia desperdiciar las ocasiones favorables para arrancarle el prisionero; y á pretesto de una partida de caza logró pasarle al castillo de Montalvan, confiándolo á la custodia de algunos caballeros amigos. El maestre, luego que lo supo, se presentó delante del castillo con un crecido número de tropas; y sin dar oidos a los preceptos y amonestaciones del rey, sitió la fortaleza con todo el rigor de una guerra encarnizada, y la redujo al mayor apuro por falta de manutencion; pero, noticioso de las grandes fuerzas que venian en socorro de ella, hubo de retirarse apresuradamente á Ocaña, donde su genio díscolo le ofreció inmediatamente nuevos pretestos para continuar la discordia.

Habia casado el maestre con la infanta doña Catalina, hermana del rey, el cual en castigo de sus desacatos, y por algun otro motivo político, habia diferido hasta entónces ponerle en posesion del marquesado de Villena, asignado en dote á aquella señora; y últimamente revocó por inoficiosa la donacion. Exasperado don Enrique se apoderó por fuerza de aquel estado; pero el rey envió al momento sus tropas, le recobró, y revocó la gracia de que pasasen á los descendientes del infante las rentas del maestrazgo. Esta exhorbitante gracia la habia solicitado don Enrique durante la detencion del rey en Tordesillas y la obtuvo porque entónces le imponia la ley; pero libre ya el monarca de la opresion que le habia tiranizado, juzgó don Álvaro oportuno corregir aquella demasía, debilitando al mismo tiempo el poder del maestre. Como quiera, esta resolucion hubiera tenido consecuencias muy funestas á no mediar la reina viuda de Aragon, aplacando la cólera de su hijo, disuadiéndole del intento de marchar con todas sus fuerzas en busca del rey, como tenia resuelto, y reduciéndole á adoptar otros medios mas suaves y seguros de terminar aquellos desabrimientos. Enrique con efecto se presentó en la corte, procuró sincerarse, y aun hizo algunas propuestas; pero interceptaron por entónces unas cartas del condestable de Castilla Ruy Lope Dávalos, parcial de don Enrique, y se descubrió la horrible trama que forjaban ambos escitando al granadino para que rompiese poderosamente por Castilla, donde seria sostenido por ellos y todos sus amigos. En vano protestó el maestre su inocencia y la falsedad de semejantes cartas: cometióse el exámen del negocio al consejo del rey: pero entre tanto fué conducido preso al castillo de Mora; y el condestable, aunque debió su libertad á la precipitada fuga con que logró salvarse en el reino de Valencia, perdió todos sus cuantiosos bienes, los cuales fueron adjudicados por el rey á varios caballeros, cabiéndole á don Álvaro la dignidad de condestable.

Fueron tan repetidas las instancias del rey é infantes de Aragon para que se pusiese en libertad á don Enrique su hermano, que don Juan, á pesar de su repugnancia, tuvo finalmente que condescender. Bien preveia don Álvaro las fatales consecuencias de semejante condescendencia; pero desde las fronteras de Aragon amenazaba á Castilla un poderoso ejército; don Enrique tenia muchos parciales en ella: el éxito de tan peligrosa guerra era demasiado incierto, y por lo tanto parecia preciso ceder á la necesidad. Con efecto, la primera diligencia del infante fué unirse con su hermano don Juan, que acababa de subir al trono de Navarra, y que si al principio habia reprobado la conducta de aquel, ahora entró gustosamente en el proyecto de sojuzgar al rey de Castilla con la esperanza de mayores ventajas. El condestable don Álvaro oponia sin embargo un insuperable obstáculo mientras subsistiese á su lado: les era preciso removerle por cualquier medio, y no habia otro mas seguro que desconceptuarle con el rey y con el reino. Al momento empezaron á esparcirse las calumnias mas atroces, se le atribuyeron los delitos mas execrables, se le señalaba como la causa principal de las desgracias que afligian á Castilla, y se pedia con ansia su castigo. Estrechado el rey por todas partes, tuvo la debilidad de comprometer la decision de este negocio en cuatro parciales del infante don Enrique; y don Álvaro fué sentenciado á destierro de la corte con todas sus hechuras; pero indignado el rey de la ambicion con que sus enemigos se disputaban sus empleos y el gobierno del reino, revocó la sentencia de los compromisarios, llamó inmediatamente al condestable, y para precaver ulteriores disturbios, prohibió las asociaciones clandestinas y mandó que se retirasen de la corte todos los caballeros que le eran sospechosos.

El maestre y el navarro penetraron al punto que el golpe se dirigia principalmente contra ellos; y este nuevo triunfo del condestable, avivando el aborrecimiento y el encono que ambos le profesaban, fué el anuncio de

Digitized by Google

mayores inquietudes. Unidos con su hermano el rey de Aragon don Alonso V, que desde mucho tiempo solo esperaba una ocasion favorable para desmembrar impunemente una monarquia tan agitada, se presentaron a las fronteras con un grueso ejército, creyendo sorprender al castellano y darle bien pronto motivos para arrepentirse de su volubilidad. Pero como no perdia de vista el condestable los movimientos del aragonés, y por otra parte todo lo debia temer de una familia conjurada para arruinarle, se habia preparado con tiempo, y don Juan se halló al momento en disposicion, no solo de hacer una vigorosa resistencia, sino de imponerles temor. La mediacion del cardenal de Fox, legado pontificio en Aragon, y las persuasiones de la reina doña Leonor, viuda del generoso don Fernando, lograron impedir una sangrienta batalla que estaban para darse ambos ejércitos en las llanuras de Ariza. Procuraron con el mayor esfuerzo tranquilizar aquellos ánimos alterados y reducirlos á la paz; y don Juan, que solo habia emprendido aquella guerra por la necesidad de defender sus pueblos y su independencia, accedió inmediatamente, con tal que el rey de Aragon se separase de la alianza que habia prometido á sus hermanos.

Negóse el aragonés á tan razonable partido, y fué preciso recorrer á las armas. Entró el rey de Castilla por los dominios de Aragon, precedido del terror y la muerte, mientras sus adelantados de la frontera de Navarra entregaban al pillage, incendio y devastacion las ciudades, aldeas y campiñas de aquel miserable reino; y despues de haberse hecho temible, pasó á la Estremadura, donde se habian hecho fuertes el maestre y su hermano don Pedro. Don Álvaro de Luna, y el conde de Benavente don Rodrigo Pimentel habian ya conseguido arrojarlos de algunas plazas importantes, y bloquearlos en Alburquerque; pero el rey creyó necesaria su presencia, ya para animar á sus tropas, y ya por ver si conseguia restablecer la tranquilidad. Á este efecto hizo publicar bajo los muros de la plaza un general indulto para todos los culpados en aquellos movimientos, prometiendo recibir en su servicio á los infantes luego que se le entregasen y dejasen las armas; pero apercibiéndoles de que serian tratados con todo el rigor de la guerra, como rebeldes y reos de lesa magestad, si insistian en su temerario empeño. La respuesta fué una lluvia de flechas y de metralla. El rey, sumamente ofendido con este nuevo desacato, resolvió castigarle con la mayor severidad; pero bien persuadido por otra parte de la dificultad de rendir una plaza que se defendia desesperadamente, congregó sus Córtes en Medina del Campo, donde acusados los infantes de todas sus traiciones y delitos, fueron condenados á perder los estados que poseian en Castilla, adjudicados éstos á varios grandes y caballeros leales, y dado en administracion al condestable don Álvaro de Luna el maestrazgo de Santiago.

Éste era con efecto el medio mas seguro de dejar á los rebeldes sin arbitrio para continuar tan desastrada guerra; pues, despojados de unas cuantiosas rentas, que solo se invertian en la destruccion del reino, y por otra parte sin esperanza de socorro, cuando Aragon y Navarra, debilitados con repetidas pérdidas, desconfiaban de poder resistir á los temibles armamentos con que les amenazaba el castellano, casi no les quedaba otro recurso que pedir la paz. Pidiéronla con efecto; pidiéronla tambien los reyes coaligados, aunque con tanto orgullo y bajo unas condiciones tan duras, que hubieran sido inadmisibles para otro que la hubiera deseado ménos que don Juan, y quisiese prevalerse de las ventajas de su situacion política. Sin embargo, se firmó una tregua de cinco años, que rompieron inmediatamente los infantes don Enrique y don Pedro, auxiliados por el maestre de Alcántara don Juan de Sotomayor, y que solo pudo restablecerse con la prision de don Pedro, con la ocupacion de la fortaleza de Alcántara, y la deposicion del maestre Sotomayor.

Humillado don Enrique con tan repetidos golpes, destituido de recursos para continuar sus ambiciosas pretensiones, y temiendo la ruina que le amenazaba, imploró la mediacion del rey de Portugal para obtener su perdon y la libertad de su hermano. Fácilmente consiguió uno y otro del pacífico don Juan, aunque bajo la precisa condicion de restituir las plazas que hubiese ocupado en Estremadura y de dejar en paz á Castilla, retirándose á Aragon con el infante don Pedro, segun estaba acordado en las capitulaciones anteriores.

Apenas se habia desembarazado Castilla de estos irreconciliables enemigos de su tranquilidad, cuando sin dejar las armas, se vió comprometida en otra guerra, aunque ménos peligrosa. Mahomad el *Izquierdo*, que, arrojado del trono de Granada por otro Mahomad llamado el *Chico*, debió su restablecimiento á la compasion de don Juan, infiel á su deber y á su palabra, tuvo la ingratitud de negarse á continuar satisfaciendo el tributo estipulado, y de conjurar contra su protector todo el poder del rey de Tunez. Logró don Juan desbaratar con tiempo esta alianza, manifestando al tunecino la mala fé y peor correspondencia de su ahijado, y empeñando su honradez para no patrocinar una injusticia: entró en la Andalucía á sangre y fuego; dejó treinta mil hombres tendidos en la vega de Granada, y aun se hubiera apoderado quizá de este último atrincheramiento de los mahometanos, á habérselo permitido la estacion, y estar apercibido de víveres, municiones, máquinas y demas pertrechos necesarios (1431). Volvió no obstante á la siguiente primavera; derrotó a sus enemigos en varios encuentros; les quitó algunas plazas importantes, y auxiliando el partido de Jucef Abenalmao, competidor de Mahomad, dejó á éste sin la corona, que habia asegurado en su cabeza, retirándose á Castilla despues de haber castigado por este medio su ingratitud. La muerte de Jucef, el restablecimiento de Mahomad, y el furor que le animaba á la venganza, renovaron a poco tiempo, y con el mismo éxito, las sangrientas escenas de la campaña anterior. Batido casi siempre el granadino, arrasadas sus campiñas, asaltadas sus mas inexpugnables fortalezas, precisado á luchar al mismo tiempo con las intestinas divisiones que conmovian su trono, y reconociendo finalmente la superioridad de su enemigo, dejó las armas, y se concluyó la guerra.

Muy poco tiempo disfrutó Castilla del sosiego interior que la proporcionaron la retirada de los infantes y su ocupacion en la guerra que sostenia en Italia su hermano el rey de Aragon. Eran muchos los envidiosos de la privanza de don Álvaro; y aunque disimulaban mientras se conocian débiles, maquinaban en secreto su ruina con la mayor constancia; y todos se hallaban prontos á arrojar la máscara luego que algun osado ó poderoso desplegase el pendon de la discordia. En medio de esta aparente calma descubrió el condestable una conspiracion próxima á estallar sobre su cabeza, que, teniendo á su frente al adelantado Pedro Manrique, uno de sus mas irreconciliables enemigos, ó habia de conseguir una ruina, ó anegar á Castilla en la sangre de sus infelices habitantes. La prision de aquel gefe le pareció á don Álvaro, que al paso que intimidaria á los conjurados, desconcertaria su plan; y sin forma de proceso, ó alegando un pretesto especioso, fué asegurado en el castillo de Fuentidueña. Esta resolucion, que se creyó tan saludable, produjo sin embargo efectos absolutamente contrarios; pues el adelantado halló medio de evadirse de su prision, y al momento se pusieron sobre las armas todos sus parientes y amigos clamando contra la arbitrariedad del condestable, exhortando al rey á sacudir el yugo que le esclavizaba y tenia oprimidos á sus vasallos, y haciéndole responsable de los males que amenazaban á su reino si con una pronta é ignominiosa remocion de tan perjudicial favorito no impedia los abusos de su intolerable despotismo, daba satisfaccion á sus pueblos aquejados, y restituia la tranquilidad. La capciosidad de estas reclamaciones sedujo bien pronto los ánimos de la multitud; y engrosados los rebeldes con un crecido número de parciales que diariamente acudian á alistarse bajo de sus banderas,

Digitized by Google

patrocinados por el príncipe heredero don Enrique, que aborrecia á don Álvaro, y auxiliados por el maestre don Enrique y su hermano don Juan, rey de Navarra, que habian ya vuelto de su espedicion, se hallaron muy en breve en disposicion de dar la ley. En vano apuró el condestable todos los recursos de su ingenio para contener los progresos de la insurreccion: en vano recurrió á la fuerza para quebrantar el formidable poder de los rebeldes, y proteger sus estados invadidos con el mayor furor. Dueños sus enemigos de las principales ciudades y fortalezas del reino; y superiores á cuantos obstáculos pudieran oponérseles, triunfaron de la debilidad del rey, consiguiendo que hiciese salir desterrado al condestable por seis años á los pueblos que le señalaron, y quedando interceptada con el mayor rigor su comunicacion con el monarca.

Las miras de los rebeldes se estendian sin embargo mas allá de lo que prometian en la apariencia; y aunque la separacion del condestable se habia anunciado como el único medio de salvar los intereses del reino, solo era necesaria en realidad para los ambiciosos que deseaban reemplazarle. Pero éstos no podian ocupar todos á un mismo tiempo su lugar, ni á él podia arribarse sino por la tortuosa senda de la intriga, caminando sobre la ruina de todos los demas. La rivalidad, los zelos y la desconfianza, que eran consiguientes, no pudieron ménos de producir la desunion; y el condestable se hubiera visto vengado con las armas de sus mismos enemigos, si previniendo ellos las consecuencias de la discordia no se hubiesen convenido en renunciar el supremo favor, con tal que nadie le lograse. Para esto se creyó indispensable no perder al rey de vista, confinarlo en ciertos y determinados lugares, separarle de toda comunicacion, y no permitir á nadie, sin mucha precaucion, la entrada en su palacio. Se espiaban recíprocamente los pasos y las acciones: procuraban adivinarse los pensamientos; las espresiones mas indiferentes, proferidas al descuido, se examinaban por todos sus aspectos, y bastaba para alarmar á todos hablar al rey en secreto dos palabras. Á tal estremo redujeron al monarca de Castilla los mismos que calumniaban á don Álvaro con acusaciones injustas, y que se suponian animados únicamente por el deseo de salvar la magestad de una vergonzosa esclavitud; pero aun llegó á ser su prision mas rigurosa luego que sospecharon en el condestable algunos manejos ocultos para arrancarle de su poder. Con efecto, este hombre gravemente ofendido, pero superior á los reveses de su fortuna, y á los resentimientos que en otro hubiera escitado la instable conducta de don Juan, hacia ya mucho tiempo que meditaba desde su retiro el modo de romper sus cadenas, y solo esperaba un momento favorable cuando la desunion de sus mismos opresores se anticipó á sus deseos, y le facilitó la ejecucion.

El príncipe heredero don Enrique, que no pudo perdonar á su padre el tener un favorito, habia depositado su confianza toda en don Juan Pacheco, cuyo favor é influencia le constituian verdaderamente temible á aquellos envidiosos cortesanos, y le habian hecho por lo mismo el blanco de su zelosa desconfianza. Pacheco, aun cuando despreciase los simulados tiros que le dirigian por todas partes, no se creyó dispensado de vengarse; y rasgando el engañoso velo que ocultaba la ambicion de aquellos revoltosos, descubrió al jóven príncipe toda su inicua trama, que, disfrazada con la máscara del bien de los pueblos, solo habia tenido por objeto subyugar al rey en términos tan injuriosos como intolerables. Exasperado el príncipe, y resuelto á poner en libertad á su oprimido padre, solo faltaba discurrir los medios de conseguirlo, cuando con el mayor secreto recibió un aviso del condestable ofreciéndole auxilios para tan digna empresa, y doblar la cerviz á aquellos insolentes. Ya se creyó entónces supérflua la menor dilacion; se pusieron ambos de acuerdo, unieron sus fuerzas, y sostenidos por el crecido número de vasallos leales, que se disputaban la gloria de librar á su rey, se hallaron bien pronto en estado de poder medir las armas con sus enemigos. Estos, aunque desde luego se habian preparado alistando sus tercios, y redoblando las prisiones del rey, no pudieron evitar su evasion, y ménos la derrota que sufrieron bajo los muros de Olmedo, pereciendo de sus resultas el maestre don Enrique, y quedando prisionero el almirante de Castilla, uno de los principales corifeos de la rebelion (1445).

Se creyó que con esta victoria, mas memorable que sangrienta, iba á renacer en Castilla la serenidad; y con efecto, muerto el inquieto maestre, presos ó fugitivos los mas temibles cabezas de aquellos movimientos, y aplicados al fisco sus estados, era de esperar que los demas rebeldes por miedo, impotencia ó falta de apoyo, dejarian por algun tiempo descansar al reino de tantas inquietudes; pero inmediatamente aparecieron otras mas escandalosas y de mayor trascendencia, cuya causa no es muy difícil señalar. Habia recobrado el condestable todo su ascendiente sobre el corazon del rey, cuya mediacion le proporcionó el maestrazgo de Santiago, y cuyo afecto, declarado en repetidas honras y mercedes, hizo bien pronto conocer á Pacheco la inutilidad de sus esfuerzos para conservar en la corte, mientras aquel subsistiese en ella, el absoluto influjo que por medio del príncipe se habia lisongeado ejercer. Creyóse desairado en tanto que no lograse deshacerse de tal competidor; y nada mas seguro para conseguirlo que debilitar al protector y su partido, avivando en secreto el enconado rencor de los descontentos, y dejarle abandonado al éxito de una lucha desventajosa, que ciertamente habia de terminarse con mengua de la magestad. Éste era el momento mas favorable á Pacheco. El rey, avasallado por un poder á que no habria podido resistir, ó incapaz de sacudir el yugo que le oprimia, sufriria sin repugnancia, como en otras ocasiones, la ley que le dictase el partido vencedor, y era segura la remocion del condestable, á quien la revoltosa nobleza jamás perdonaria el favor que disfrutaba, ni el malogrado suceso de todos sus esfuerzos para derribarle. El príncipe, por otra parte, algo ambicioso, y dócil siempre á las insinuaciones de Pacheco, se prestaria fácilmente á cualquiera resolucion que le diese alguna superioridad respecto de su padre, y tratándose de abatir á un sujeto á quien miraba con envidia hacer el primer papel, coadyuvaria con gusto á cualquiera intriga para arruinarle. En efecto, habló el sagaz favorito desfigurando con el mas feo colorido la conducta del condestable; los castigos impuestos á los caballeros rebeldes se pintaron como otros tantos abusos del influjo que ejercia sobre un monarca débil; y, exhortándole a tomar bajo su proteccion aquella multitud de víctimas, que se decian inmoladas á la seguridad de un hombre vengativo, le convenció á huir precipitamente de una corte en que suponia reinar la arbitrariedad y la tiranía.

Á todos sorprendió su inesperada fuga; pero el condestable conoció bien pronto el principal resorte de este movimiento, comprendió toda la estension de la intriga, y previendo sus consecuencias, temió por la tranquilidad de Castilla y la seguridad de su persona. El rey, acongojado con la idea de nuevas inquietudes, y entónces demasiado débil para hacerse respetar, se creyó en la necesidad de precaverlas por cualquiera medio, pero el príncipe su hijo se negó á toda composicion mientras no se sobreseyese en el castigo de los descontentos, que decia sin rebozo haber tomado bajo su proteccion, y se remunerase á Pacheco largamente el buen servicio de haber contribuido á la libertad del rey. Esto era en cierto modo exigirle el precio de su rescate; pero aun cuando hubiese sido mas costoso todavia, en la dura alternativa de otorgar tan insolentes propuestas, ó de esponer el reino á los desastres de una escandalosa guerra, apenas le quedaba libertad para elegir partido ménos arriesgado y vergonzoso. Los rebeldes con efecto aseguraron su impunidad: don Juan Pacheco obtuvo el marquesado de Villena; y aun, para tenerlo mas grato, hizo el rey que los comendadores de Calatrava eligiesen maestre de la órden á su hermano don Pedro Giron.

En vano hubiera deseado el condestable hallar aun arbitrio para enfrenar á sus implacables enemigos y conservar ilosa la autoridad soberana: porque para salir con honor de tan críticas circunstancias, era indispensable contar con fuerzas muy respetables, y con un carácter mas firme y mas enérgico que el de don Juan II. Pero ya que no les pudo arrebatar este triunfo, por lo ménos se confirmó en la idea, que ya tenia concebida anteriormente, de buscar un apoyo que le preservase de la ruina que le amenazaba. No se le ocultó que este acontecimiento no habia sido mas que un ensayo, cuyo éxito feliz aseguraba á los rebeldes el buen éxito de ulteriores tentativas; que todo lo debia temer de la ojeriza de tan enconados rivales, y que tenia sobradas pruebas para desconfiar del favor de un monarca débil y pusilánime. El casamiento de don Juan, viudo entónces de doña María de Aragon, con doña Isabel de Portugal, le pareció que, al paso que conciliaba á Castilla una alianza poderosa, que no osarian menospreciar los insurgentes, le proporcionaba igualmente al lado del rey un influjo constante, que, manejándole á su arbitrio como se lisonjeaba, desconcertaria las intrigas de los envidiosos y le sostendria contra la inconstancia del monarca. Solo habia que vencer la repugnancia que á este enlace manifestaria don Juan, cuya aficion á Rodegunda, hija del rey de Francia, era demasiado notoria; pero no era este inconveniente capaz de arredrar á un hombre acostumbrado á disponer libremente de la voluntad del rey; además de que, ocultándole el proyecto hasta que ya se hallase concluida la negociacion, estaba bien seguro de que no le dejaria desairado cuando recibiese la noticia.

Con efecto, sucedió así puntualmente (1447). El rey, si bien manifestó al principio algun disgusto, admitió por fin sin repugnancia y aun con amor la esposa que le presentó su favorito; pero jamás pudo perdonarle un abuso tan intolerable del poder que habia adquirido á la sombra de su debilidad. La nueva reina fué el primer testigo de su resentimiento, pues muy desde luego la descubrió el monarca su resolucion de sacudir el yugo que vergonzosamente le tenia oprimido; pero que vacilaba en la eleccion de los medios de conseguirlo sin grande conmocion; y la princesa, sobrado interesada en no sufrir competidor sobre el corazon de su esposo, se anticipó á sus deseos, encargándose con gusto de la ejecucion de este proyecto. El disimulo se creyó sin embargo muy necesario hasta la ocasion oportuna; y esta no tardó en presentarse cuando ménos se esperaba, y por un medio que no era de imaginar.

La osadía con que el príncipe don Enrique se declaró en favor de la nobleza descontenta, y el temor de exasperarle cuando no podia refrenarle su padre, proporcionaron, como ya dijimos, la impunidad á los caballeros rebeldes. Obtuvieron con efecto su libertad los que se hallaban presos; y solo el conde de Alba, confundido á pesar de su lealtad entre los desleales, quedó por mucho tiempo todavía sepultado en una dura prision. Queriendo vengar este agravio su hijo don García de Toledo, tomó las armas, y desde su castillo de Piedrahita, en que se hizo fuerte, empezó á saquear los pueblos del distrito. Por consejo de don Álvaro determinó pasar el rey á sujetarle con algunas tropas; pero el conde de Plasencia don Pedro de Zuñiga, que se hallaba retirado en Bejar, creyó que esta espedicion era una estratagema del condestable, enemigo de los Zuñigas, para sorprenderle indefenso; y uniéndose con sus amigos y deudos, formó el arrojado proyecto de acometerle en su misma casa, prenderle, ó matarle si hiciese resistencia. En aquellos tiempos en que don Álvaro se hallaba sostenido por el cariño del monarca, hubiera sido imposible llevar á efecto esta resolucion; pero entónces habian mudado las cosas de semblante, y la reina, sobrado empeñada en la ruina del favorito que la habia puesto en el trono, aprovechó la ocasion. Inmediatamente que se presentaron en la corte aquellos caballeros, hallaron autorizado su designio con un despacho del rey, escrito de su puño, en que se decretaba la prision de don Álvaro de Luna. Nada mas fué necesario. Don Álvaro fué preso, entregado de órden del rey al juicio de un consejo formado precipitadamente de personas que quizá no le serian muy afectas, y condenado á perder la cabeza en un cadalso por tirano y usurpador de la autoridad real. Conducido al lugar de la ejecucion, y viendo allí inmediato al caballerizo del príncipe don Enrique, dicen que le dirigió estas palabras: «Dirás á tu señor que á sus leales servidores les premie de otro modo que el rey me premia á mí.» Examinó con tranquilidad la escarpia en que habia de estar colgada su cabeza, sacó del pecho una cinta que llevaba prevenida para que le atasen las manos; y despues de adorar un crucifijo que habia sobre el tablado, entregó al cuchillo su garganta. Así acabó en Valladolid, despues de tantas vicisitudes y reveses, este hombre singular, este mónstruo de la fortuna; siendo lo mas particular que fuese enterrado de limosna en el cementerio de los malhechores el mismo que habia llegado á la cumbre del poder y tenido á su disposicion los tesoros de la corona. Se ha pretendido obscurecer su memoria con acusaciones bien denigrativas; pero quizá su único defecto fué ser ministro hábil de un débil monarca; y lo que no tiene duda es que don Juan II de Castilla pagó muy mal á don Álvaro de Luna el zelo con que le habia servido, y la libertad que le debió en repetidas ocasiones, arrancándole ya del poder de los infantes de Aragon, ya del de sus mismos vasallos.

Así es que aquellos grandes de Castilla, que tanto habian inquietado, apenas se vieron desembarazados de este espíritu denodado y firme, empezaron á mostrarse mas insolentes y atrevidos; y aunque para abatirles el orgullo, quiso el rey valerse de las armas, y con las riquezas del condestable logró formar un cuerpo numeroso de tropas, tuvieron ellos demasiado poder y osadía para hacer ilusorios sus proyectos. Ni ¿cómo un príncipe débil, sin carácter, sin autoridad, sin fuerzas, y despreciable á los ojos de muchos de sus vasallos mismos, pudiera salir bien de una empresa superior aun á la constancia, á la política y fino talento de un don Álvaro de Luna? Empeñado en este objeto se hallaba sin embargo, cuando le acometieron unas cuartanas dobles y tenaces, que le condujeron al sepulcro en 21 de julio de 1454, á los cuarenta y nueve años de edad, cuarenta y siete de reinado, y trece meses de la muerte de su favorito. Dejó dos hijos de su segundo matrimonio: la muerte prematura del primero, llamado don Alonso, puso con el tiempo, como ya diremos, la corona de Castilla sobre las sienes de su hermana doña Isabel, conocida por el famoso renombre de la *Católica*. Se dice que don Juan era sumamente apasionado á la historia y á la poesía; y que á pesar de su limitado talento, las composiciones que en este último género han podido conservarse, no son del todo despreciables. Quizá esta seria la causa de que mirase con mortal aversion los negocios serios de la monarquía; y no deja de ser bastante reprensible en un príncipe, destinado á hacer la felicidad de sus pueblos, el no saber sacrificar sus inclinaciones particulares á este único y preferible objeto.

Enrique IV de este nombre, su hijo y sucesor, habia casado en vida de su padre con doña Blanca de Navarra, pero no habiendo podido lograr sucesion de esta señora en mas de doce años que vivieron juntos, solicitó y obtuvo de la Curia romana la rescision de un matrimonio, que consideraba nulo por impotencia respectiva. Quedaron por consiguiente ambos en libertad de unirse con quien mejor les pareciese; y restituida á Navarra la princesa, no trató don Enrique de pasar á segundas nupcias, hasta que colocado en el trono de su padre, pensó muy seriamente en borrar la nota de su impotencia, asegurando la sucesion de sus reinos. Habiéndole celebrado mucho la hermosura de doña Juana, infanta de Portugal, la pidió, se otorgaron las capitulaciones, y celebrado el desposorio por poderes, fué recibida en Castilla la nueva reina con el mayor aparato y obsequio. Era con efecto la novia muy hermosa; pero una de sus damas, llamada doña Guiomar de Castro,

Digitized by Google

aunque no lo era tanto, logró mas ascendiente sobre el corazon del rey.

Una de las torpezas que cometió don Enrique desde el momento en que empezó á reinar, fué exasperar á la grandeza, elevando á los primeros empleos á personas de baja estraccion, que no tenian otro medio que la recomendacion de sus favoritos. La nobleza necesitaba de muy poco para renovar las disensiones anteriores; pero ciertamente no es estraño llevase con impaciencia que los honoríficos cargos de canciller y condestable recayesen en un simple criado del marqués de Villena: que el maestrazgo de Alcántara se destinase para un pobre hidalgo de Cáceres: y que don Beltran de la Cueva pasase repentinamente de page de lanza del rey á ser su mayordomo mayor, y declarado favorito, cuando los principales ricos-hombres se creian desatendidos y humillados.

Los primeros que empezaron á manifestar su descontento fueron el arzobispo de Toledo, el almirante don Fadrique Enriquez, don Pedro Giron, maestre de Calatrava, el marqués de Santillana, los condes de Haro, Alba, Benavente, y otros muchos poderosos. Quejáronse altamente al rey de la malversacion de sus rentas en los profusos y disparatados festejos á que le inducian sus malos consejeros; de la impunidad con que se multiplicaban los delitos, hallando los delincuentes abrigo en quien debia castigarlos; de la licencia y desenfreno con que hasta en las clases mas ínfimas se burlaba el rigor de las leyes; y de la indolencia con que se miraba la felicidad del estado. Tantos y tan crecidos males indicaban en su concepto, como necesaria, la convocacion de unas córtes en que se proveyese de remedio; pero el principal motivo era que, como estaban seguros de la mayoría de los vocales, esperaban arreglarlo todo á su voluntad, arrojando de la corte al favorito y sus hechuras, y realizando el proyecto que habian ya propuesto al rey de hacer declarar príncipe heredero de la corona á su hermano el infante don Alonso. Era el pretesto la impotencia de don Enrique, que al parecer se confirmaba en su segundo matrimonio; pero el objeto seria sin duda poder formar, á la sombra de una persona autorizada, un partido de oposicion, que el rey no podria ménos de tratar con algun miramiento. Tenian un ejemplar en el mismo don Enrique, á quien habian visto, sostenido por la nobleza, dar la ley á su indolente padre en el reinado anterior; pero quizá esto mismo fué tambien la causa de que el rey, penetrando sus miras, ensordeciese á sus quejas, y desechó sus propuestas. Ocurrió á poco tiempo la novedad de dar á luz la reina una hija; y para quitarles toda esperanza de lograr sus intenciones, dispuso el rey inmediatamente que el reino la reconociese y jurase por princesa heredera del trono de Castilla.

Resistióse no obstante mucha parte de la grandeza á prestar el juramento, habiéndose esparcido ciertos rumores de que la recien nacida no era hija del rey. No faltaba quien sin rebozo la señalase por padre á don Beltran de la Cueva; y aun se añadia que éste no habia hecho otra cosa que acceder á las insinuaciones del mismo don Enrique. Todo lo hacian creible sus deseos de desmentir el concepto de impotente en que generalmente era tenido; y la reina quizá, por otra parte, no dejaria de dar motivos suficientes para que tales juicios, aunque vergonzosos, no fuesen infundados. Como quiera, desde entónces, empezó á fraguarse una formidable conspiracion que tenia por objeto no menos que destronar al rey y substituir en su lugar al infante don Alonso. Claro es que sus principales corifeos serian los caballeros descontentos; pero ahora se les habian agregado las mejores familias del reino y los prelados mas respetables, soplando el fuego de la sedicion el mismo marqués de Villena, que no podia perdonar á don Enrique el ensalzamiento de su rival don Beltran de la Cueva. Sostenidos al mismo tiempo por los reyes de Aragon, que deseaban el enlace de su hijo don Fernando con la infanta doña Isabel, y veian muy opuesto á don Enrique, se hallaron muy pronto en disposicion de atreverse a dirigir al rey, en nombre de los tres estados, un escrito formal, quejándose del ningun efecto que habian producido sus diferentes reclamaciones, para que procurase reformar la administracion de justicia y corregir los enormes escesos, que decian cometidos por el mismo rey, por los suyos, y particularmente por don Beltran de la Cueva, que le tenia oprimido y tiranizado, deshonrando su real persona y su casa, ocupando cosas debidas únicamente á la magestad, obligando á la grandeza y pueblo á jurar por primogénita y sucesora de los reinos á doña Juana, dandola el título de princesa, que sostenian no corresponderla, como constaba al rey y á don Beltran, apoderándose de los infantes don Alonso y doña Isabel sus hermanos, á la sazon presos en Segovia, y cuya muerte se procuraba con esfuerzo para que nadie disputase la sucesion á la Beltraneja: y protestaban por último, que si el rey no ponia freno á estos desórdenes, y sobre todo que si no declaraba un sucesor legítimo de la corona, procurarian ellos defender con las armas sus derechos.

Don Enrique conoció muy bien que los que así le hablaban podrian sostener lo que decian; pero creyó atajar el incendio, entregando al marqués de Villena el infante don Alonso para que fuese jurado su sucesor en la corona, con la condicion de haberse de casar con doña Juana luego que tuviese competente edad. Como al mismo tiempo se ponia en duda la legitimidad de la princesa, y esto cedia en oprobio suyo, tomó el ridículo partido de hacer una sumaria informacion de su potencia, comisionando para el caso á los obispos de Cartagena y Astorga, y estos respetables prelados se vieron ocupados en recibir declaraciones para averiguar si doña Juana era realmente hija del rey ó adulterina por algun engaño. En suma, las resultas fueron que hasta los doce años no se habia notado en don Enrique defecto alguno natural; que enervada sin embargo con el tiempo su potencia no habia podido lograr sucesion de doña Blanca, su primera muger; pero que habia tenido la fortuna de recobrarla despues. Cada uno podrá formar el juicio que le parezca, en órden á esta pérdida y recobro de potencia generativa; pero estas declaraciones tienen ciertamente muchos visos de haber sido forjadas á placer de quien mandaba recibirlas.

Impacientes los coligados de llevar al cabo su proyecto de arrojar del trono á don Enrique, apenas tuvieron en su poder al infante don Alonso, se reunieron junto á los muros de Ávila para representar una escena bien estraordinaria. Sobre un espacioso tablado, construido en una despejada llanura inmediata á la ciudad, erigieron un magnífico trono, en que colocaron una estatua de don Enrique revestida de las reales insignias; y á presencia de una prodigiosa multitud de nobles y plebeyos convocados al intento, se le formó una especie de juicio, condenándole á perder la corona en castigo de los crímenes, injusticias y notables escesos que pretendian habérsele justificado. La sentencia se leyó en voz alta á todos los circunstantes; y en su ejecucion fué inmediatamente despojada la efigie de los adornos de la magestad, arrojada con ignominia del trono, y reemplazada en él por el infante, á quien al punto aclamaron rey de Castilla.

Insulto semejante no era disimulable; y así inmediatamente juntó sus tropas don Enrique, marchó contra los sediciosos, y los derrotó bajo los muros de Olmedo; pero ni este contratiempo, ni la muerte del infante don Alonso, acaecida de allí á poco, bastaron para que abandonasen su intento. Enviaron una diputacion á la infanta doña Isabel, que se hallaba á la sazon en Ávila, ofreciéndola el trono de Castilla, que suponian perteneceria como inmediata sucesora en el derecho de don Alonso; pero la noble princesa desechó la proposicion con generosa constancia, y recordó á los malcontentos la fidelidad que debian á su legítimo soberano: contentándose con que se hiciese reconocer públicamente su derecho á la corona despues de los dias de su hermano don Enrique, con esclusion de doña Juana. Tan inespe-

Digitized by Google

rado rasgo de desinterés les dejó sorprendidos y les indicó su deber. Convinieron todos en dejar las armas, si bien no fué posible sosegar los ánimos hasta que admitió el rey las condiciones con que se ofrecieron á volver á su obediencia. Éstas se reducian á olvidar todo lo pasado, á restituir á cada cual lo que le pertenecia, y á declarar princesa heredera y sucesora en el reino á la infanta doña Isabel; y en efecto, á pesar de las protestas de la reina á nombre de su hija, y de sus apelaciones al papa, que quizá no era el juez mas competente en este asunto, fué jurada doña Isabel por los tres órdenes del estado, y declarado irrito por un legado pontificio, que se hallaba presente, el juramento prestado á doña Juana.

No duró á pesar de eso la tranquilidad sino hasta tanto que volvieron á chocarse los intereses de los cortesanos. Este reinado y el anterior pueden llamarse con particularidad los de los favorecidos y de los zelosos. Émulos unos de otros, todos aspiraban á destruirse mútuamente, y cada cual anhelaba por apoderarse del gobierno. El marqués de Villena habia recobrado todo su influjo, y constituido por la prodigalidad del rey y su propia política en una situacion que destruia el equilibrio del poder, hacia demasiada sombra á los de su clase para que le mirasen sin envidia. El arzobispo de Toledo particularmente se declaró su antagonista. Habia sido uno de los principales agentes en la anterior conmocion, y su genio altivo y dominante no le hacia soportable la idea de que otro le arrebatase el fruto de sus intrigas. Ambos se miraban con desconfianza, ambos se aborrecian, y no desperdiciaban la menor circunstancia que pudiese mortificar al otro. Favorecia el arzobispo las pretensiones del príncipe don Fernando de Aragon; y esto bastó para que Villena se propusiese contradecirlas, casando á la infanta doña Isabel con el rey de Portugal ó con el duque de Berri. La corte se dividió en bandos. Unos patrocinaban las ideas del arzobispo, otros sostenian las de Villena: unos y otros parciales eran poderosos y tenaces: pero los del arzobispo llevaban la ventaja de defender el gusto de la infanta. Á pesar de todo era tal el empeño de Villena por embarazar el matrimonio de esta señora con don Fernando de Aragon, que no se hubiera celebrado, á no ser por el desvelo del arzobispo. Él trazó el plan, dió las disposiciones, franqueó caudales, venció cuantos obstáculos se le opusieron, que no fueron pocos; y cuando ya estuvo todo preparado, partió disimuladamente la infanta del lugar de su retiro para reunirse con el arzobispo. Intentó Villena detenerla en el camino; y aquel salió inmediatamente á su defensa con trescientos caballos escogidos, que la fueron escoltando hasta Valladolid. Ya que no pudo Villena impedir esta reunion, despachó órdenes estrechas á las fronteras para que no permitiesen el paso á don Fernando. El príncipe, sin embargo, avisado por el arzobispo de cuán urgente era su entrada, se arrojó al peligro sin reparo, se introdujo disfrazado en Castilla, y con solas cuatro personas llegó sin obstáculo hasta Valladolid, donde se celebró el desposorio.

De este modo quedaron burladas las precauciones del marqués de Villena, y frustrados todos sus designios; pero desde luego convirtió su encono contra los príncipes, é intentó con el mayor esfuerzo privarles de la corona, haciendo revivir el derecho ya olvidado, y que él mismo habia combatido, de la desgraciada Beltraneja. Temia, y con razon, que si reinaban en Castilla estos príncipes, no solo perderia el marquesado de Villena y otros estados que habian sido del rey de Aragon, padre de don Fernando, sino la mayor parte de los que poseia en Castilla, arrancados con astucia al pródigo Enrique, á pretesto de remuneraciones por los servicios que habia hecho en favor de doña Juana. Procuró pues persuadir al rey á que ésta efectivamente era hija suya, y que no podia tolerarse que viviendo ella, y habiendo sido jurada princesa y sucesora suya, pretendiese usurparla el reino doña Isabel su hermana. El rey, que se hallaba por otra parte sumamente irritado por el matrimonio, quedó fácilmente persuadido: anuló la declaracion que habia hecho en favor de doña Isabel, y publicó otra en favor de doña Juana. Considerando Villena cuan útil le seria interesar en sus intrigas á alguna potencia extranjera, habia ofrecido la mano de doña Juana al rey de Portugal; pero despues, mas confiado quizá en las fuerzas de la Francia, no tuvo reparo, á pesar de su empeño con el portugués, en proteger la pretension del duque de Berri, que solicitaba el mismo enlace. Ésto fué por consecuencia el preferido, y se celebró su casamiento en el valle de Lozoya á presencia de una corte numerosa congregada al intento. En esta asamblea ocurrió lo que no tendrá quizá ejemplar. Los embajadores del duque, que no debian estar muy satisfechos de la legitimidad de la novia, exigieron juramento públicamente á la reina de que aquella señora era verdaderamente hija de su marido. Habiéndolo afirmado, pasaron á exigirlo al rey: y éste, que unas veces vacilaba, otras lo creia, y otras lo negaba abiertamente, tampoco tuvo dificultad en asegurar lo que no sabia ni podia saber.

Por desgracia murió el duque ántes que su esposa saliese de Castilla; y Villena, que no perdia de vista su plan, hubo de contentarse con la alianza que habia despreciado ántes, si bien el portugués se creyó, y con razon, bastante desairado para no admitir entónces la propuesta. Puso los ojos Villena en don Enrique Fortuna, hijo póstumo del infante don Enrique, hermano del rey de Aragon: y sin duda estuvieron muy adelantadas estas negociaciones. Debió sin embargo disgustarse muy en breve de su nuevo ahijado, pues no solo se le advirtió muy tibio en concluirlas, sino que, reconvenido por el rey, respondió: «Que su hija debia casar con un rey poderoso que supiese vindicar su derecho, pero que si á pesar de todo insistia en casarla con el infante, debia prevenir un ejército respetable, y veinte millones para pagarle.»

Los príncipes entre tanto, dedicados á ganar el afecto de los pueblos, hacian progresos que llenaban de temor á sus contrarios. Ya se habian declarado en su favor infinitas ciudades; su partido se engrosaba diariamente á costa del de doña Juana, y solo faltaba ganar el ánimo del rey para desconcertar absolutamente las intrigas de Villena. Valiéronse para ello de los marqueses de Moya, sumamente afectos á la princesa; y aunque al principio se presentaron bastantes dificultades, supieron éstos aprovechar la ocasion en que el rey, sumamente disgustado de su muger, empezaba á mirar con indiferencia los intereses de su hija, y á separar de su confianza al marqués de Villena. Redoblaron entónces sus esfuerzos; y al cabo consiguieron con sus buenos oficios, y los del cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza, que el rey se prestase á una reconciliacion, aunque bajo las competentes seguridades de no inquietar ni invadir sus estados, de permitirle gozar en paz de la corona mientras viviese, de ayudarle á recobrar los pueblos enagenados, y de no molestar en nada á los caballeros de su servicio. No podian los príncipes negarse á tan razonables condiciones; y para captar su confianza, pasaron á Segovia sin ninguna escolta. Allí los recibió el rey con demostraciones tan particulares de cariño, que él mismo se presentó en las calles de la ciudad, conduciendo por el diestro el caballo de la princesa. Todos creyeron que habia llegado el término de tantos disgustos é inquietudes. Villena, sin embargo, compareció en la corte; sedujo nuevamente al rey con sus astucias, y se mudó la escena. El débil Enrique asintió sin repugnancia al proyecto de apoderarse de los príncipes; y aunque éstos descubrieron con tiempo la conspiracion, quedaron bien convencidos de cuan poco debian esperar de su inconstancia. Con efecto, ni los esfuerzos del arzobispo de Toledo, ni los del cardenal de España, ni los de cuantas personas estaban interesadas en la reunion, pudieron adelantar cosa alguna mientras vivió Villena, y los dos meses que le sobrevivió el rey, apenas dieron lugar para pensar el modo de desimpresionarle.

Murió Enrique IV en 12 de diciembre de 1474; y aunque pasa en el concepto de piadoso, amante de la paz y enemigo de la crueldad, su inconstancia, debilidad é irresolucion obscurecieron cualesquiera prendas que pu-

Digitized by Google

diera tener. Su liberalidad, que puede mas propiamente llamarse prodigalidad indiscreta, enriqueció á sus favoritos; pero arruinó á sus vasallos y empobreció la corona. En una palabra, el juicio mas favorable que puede hacerse de este príncipe es que deseaba ser buen rey: pero que su genial indolencia le impidió acertar con los medios de conseguirlo.

Apenas falleció don Enrique se declaró el reino todo por los príncipes don Fernando y doña Isabel, cuyo infatigable zelo, y acertadas providencias para corregir el desórden y los abusos que habian reducido la monarquía á tan lamentable situacion, hicieron inmediatamente concebir las mas lisonjeras esperanzas. Toda su política, su moderacion y su equidad no fueron sin embargo bastantes á sofocar el gérmen de la discordia, y poner freno á la ambicion. La debilidad de sus antecesores habia dado ocasion á ejemplares muy perjudiciales, que los espíritus sediciosos se creian siempre con derecho de renovar; pero hallaron éstos en la firmeza de los nuevos monarcas una oposicion que no esperaban, é hicieron sufrir al reino el contragolpe.

El nuevo marqués de Villena, digno sucesor de su padre, no habiendo podido obtener el maestrazgo de Santiago, resucitó el partido de doña Juana, se puso á su frente, y para sostenerlo supo determinar al portugués á aceptar la mano de esta señora proponiendo ponerle en posesion de la corona de Castilla, que suponia injustamente detentada. Por otra parte el arzobispo de Toledo, sumamente picado de que los reyes no le recompensasen con una absoluta deferencia á sus ideas los desvelos y fatigas que habia sufrido por colocarlos en el trono, se retiró de la corte repentinamente; y á pesar de los esfuerzos que hicieron los reyes para aplacarle, no pudieron evitar que finalmente se adhiriese á la faccion de Villena. Éste y el arzobispo se figuraban que podian contar por suya á toda ó casi toda la principal grandeza; y no hay duda en que si esto hubiese sido cierto, con dificultad hubieran podido los reyes mantener la corona sobre su cabeza; pero se lisonjeaban demasiado, y la mayor parte de los grandes, que ellos creian amigos, los desampararon cuando llegó el caso.

Sea como quiera, el portugués se introdujo inmediatamente en Castilla á la frente de un ejército muy lucido; penetró sin oposicion hasta Plasencia: allí se desposó con doña Juana; y los mismos que ántes habian dudado de la legitimidad de esta señora, fueron los primeros que la aclamaron reina con las acostumbradas ceremonias. Pasaron despues á Arévalo: Zamora y Toro se les entregaron sin resistencia; pero aquí los sorprendió don Fernando con sus vigorosos tercios, y les obligó á hacerse fuertes dentro de la plaza. La precipitacion con que se vió forzado á acudir al peligro, y la esperanza de terminar la guerra con sola una batalla, le impidieron conducir un ejército bien abastecido, y para largo tiempo; pero, no habiendo podido empeñar al portugués en una accion decisiva, creyó conveniente abandonar un sitio largo y penoso, y partió al socorro de Burgos, oprimida por su gobernador y obispo á causa de su lealtad.

De esta retirada se aprovechó el portugués para internarse en Castilla, y llegó sin dificultad hasta Peñafiel; pero la reina pasó inmediatamente á Palencia con toda la gente que pudo reunir, y apostó varias partidas por los contornos de Peñafiel, ya para observar los movimientos del enemigo, ya para molestarle con repetidos encuentros y escaramuzas. El conde de Benavente, que acompañaba á la reina, fue uno de los caballeros que tomaron á su cargo esta empresa; y desde la villa de Valtanas, que ocupó con su mesnada, empezó á batir al portugués con tal viveza, que éste creyó necesario desalojarle. Valtanas era un pueblo abierto sin mas reparo ni fortificacion que el valor de sus defensores; pero á pesar de eso y de haberle embestido por ocho partes á un tiempo con el mayor ardor, fué dos veces rechazado por el valeroso conde. La superioridad de sus fuerzas, su teson, y mas que todo el cansancio de la poca gente que le quedaba al conde, despues de un obstinado combate de diez horas, le hicieron finalmente dueño de uno de los portillos de la villa. El conde sin embargo, resuelto á disputarle á palmos el terreno, le hizo frente en una de las calles, la cubrió de cadáveres enemigos, y sostuvo por largo espacio un choque bien sangriento, hasta que por último, cubierto de heridas, sin gente, y oprimido por la multitud, tuvo que renunciar á la esperanza de salvar la villa, y entregarse á la merced del vencedor. La mediacion de la condesa de Plasencia le restituyó la libertad, aunque bajo la condicion de no volver á servir á la reina de Castilla, y entregando en rehenes las fortalezas de Portillo, Villalba y Mayorga, y además su hijo primogénito don Alonso; pero tan leal como valiente se reunió inmediatamente á su soberana, ofreciéndola continuar sus servicios, aunque perdiese todos sus estados.

Entre tanto se introducian en Portugal á sangre y fuego don Alonso de Cáceres, que se decia maestre de Santiago, y el duque de Medinasidonia, causando cada uno por su parte inapreciables daños. El rey, despues de socorrer á Burgos, escarmentando á los traidores, se apoderó de Zamora; y el portugués, temiendo ser cortado, se replegó precipitadamente á Toro. Las pérdidas que infructuosamente habia sufrido en esta espedicion, y las ventajas que diariamente reportaba su enemigo, le pusieron en el caso de librar sus esperanzas en el éxito de una batalla, y el castellano, que por su parte no la rehusaba, luego que avistó á su competidor en las llanuras de *Pelayo Gonzalez*, le atacó denodado; y á pesar de la inferioridad de sus fuerzas, consiguió una victoria tan completa, que dejó al portugués imposibilitado de continuar la guerra.

Villena y los demas rebeldes, destituidos de apoyo, imploraron el perdon de los reyes, cuya generosidad y clemencia no fueron sin embargo bastantes á reducir al arzobispo de Toledo, que cada vez mas obstinado continuó escitando al portugués á que volviese á Castilla. Los reyes, que deseaban ganarle por medios pacíficos y suaves, disimularon mientras les fué posible; pero se vieron últimamente precisados á recurrir á la violencia para reprimir su audacia. Despacharon tropas en su busca, le hicieron secuestrar las rentas arzobispales, y ya entónces, sin arbitrios para sostener su porfía, se acogió á la piedad de unos monarcas, que sabian olvidar fácilmente sus agravios, y que vivieron en adelante satisfechos de su lealtad.

No fué tan sincera la reconciliacion de Villena y de algunos otros revoltosos, pues con un pretesto frívolo levantaron de nuevo el estandarte de la rebelion, y llamaron en su auxilio al portugués, que aun no bien escarmentado volvió á probar fortuna: pero en breve quedaron sujetos los rebeldes, y bastante destruido el rey de Portugal para pedir la paz, que solo obtuvo con la obligacion de abandonar todas sus pretensiones á la corona de Castilla, y la proteccion de doña Juana.

Esta desgraciada señora, miserable juguete de la fortuna, y víctima de la paz, no habiendo podido conseguir rehabilitacion de la dispensa para realizar su matrimonio, concedida por el papa y anulada despues, se retiró del mundo, que tanto la habia desairado, y tomó el hábito en el monasterio de santa Clara de Coimbra.

La muerte de don Juan II de Aragon, padre de don Fernando, ocurrida entónces, proporcionó la incorporacion de esta corona con la de Castilla, por lo que este lugar parece el mas propio para su particular historia.

ARAGON.

Aragon, situada en la falda de los Pirineos, recogió en sus montañas á los cristianos que los moros arrojaban de las provincias que iban sucesivamente conquistando. Allí se hicieron fuertes y se defendieron contra los esfuerzos de los sarracenos bajo el gobierno de los gefes que con el dictado de condes ó príncipes elegian ellos mis-

Digitized by Google

mos. Á principios del siglo XI se hizo dueño de una parte de Aragon don Sancho el *Mayor*, rey de Navarra; y dando estos estados á su hijo don Ramiro, los decoró con el título de reino.

Quizá no ha habido parte en España que haya sostenido guerras mas frecuentes y obstinadas. La lucha era perpetua entre los sarracenos, que aspiraban á estender sus límites, y los aragoneses que les oponian las invencibles barreras de sus rocas y de su valor. Don Ramiro, despues de acrecentar su nuevo reino con algunas conquistas en la demarcacion de Zaragoza, quiso apoderarse de Graus en el año de 1063; pero tuvo la desgracia de morir en la demanda en 8 de mayo de aquel año, quedando su ejército deshecho. Sucedióle su hijo don Sancho Ramirez, quien desde luego empezó con nuevas fuerzas á dilatar los confines de su reino, apoderándose de Bolea, Loharre, Tudela, Monzon y otras plazas y fortalezas hasta la comarca de Zaragoza, con incalculable destrozo de los sarracenos, si bien algunas de ellas volvieron á ser reconquistadas; y por último terminó el asedio de la fortísima ciudad de Huesca. Despues de haberla reducido al mayor apuro, salió un dia con algunos soldados á reconocer los muros de la plaza, buscando la parte que pudiese resistir ménos al impulso de las máquinas; y al tiempo de levantar el brazo para indicar donde le parecia, una flecha disparada de las murallas se le introdujo por debajo del brazo y le dejó mortal. No permitió sin embargo que se la estrajesen hasta haber recibido de sus hijos, grandes y prelados que le acompañaban, el juramento de no abandonar el sitio hasta rendir la ciudad, y murió en 4 de junio de 1094.

Su hijo primogénito y sucesor don Pedro I, cumpliendo con el juramento, continuó el bloqueo con el mayor ardor, redobló sus esfuerzos, se apercibió de nuevas tropas, y ya se disponia al asalto, cuando supo que en defensa de la plaza se acercaba un formidable ejército, conducido por algunos régulos ó gobernadores dependientes de Abderrámen, rey de Huesca. Lejos de desanimarse, determinó salirles al encuentro; y sin reparar en la desproporcion de sus fuerzas, les presentó la batalla, los desbarató, y dejó tendidos en el campo cuarenta mil hombres. La rendicion de la plaza completó la victoria; pues, amedrentados sus defensores, y viéndose Abderramen sin arbitrios para sostener el sitio, y sin esperanza de nuevo socorro, tuvo inmediatamente que rendirse. Poco gozó don Pedro de la corona y de sus triunfos; pues en 28 de setiembre de 1104 falleció con sentimiento general de sus pueblos; y no habiendo dejado hijo alguno, le sucedió su hermano don Alonso, llamado el *Batallador*.

Las primeras espediciones del nuevo rey fueron dirigidas contra Castilla, cuya corona suponia haber sido adjudicada á doña Urraca en perjuicio de sus derechos. Ya vimos en la historia de Castilla el éxito de sus pretensiones. Dió la ley en los principios; adquirió una esposa que no le amaba; se empeñó en dominar á unos vasallos que le aborrecian; y de aquí se siguieron disturbios que le empeñaron en una guerra demasiado sangrienta. Los castellanos consiguieron abatir su orgullo, y tuvo que abandonar la esposa, el reino y los pretendidos derechos.

Entónces convirtió sus armas contra los mahometanos, que hacian continuas irrupciones por las fronteras de su reino; y para quitarles de una vez la proporcion de repetirlas, determinó atacar a Zaragoza, corte de su soberano, y donde se hallaban reunidas las principales fuerzas sarracenas. La empresa por lo mismo era muy aventurada; pero Alfonso, acostumbrado á superar mayores dificultades, se presentó resuelto delante de la ciudad. Las primeras tentativas fueron sin embargo infructuosas, porque los sitiados supieron oponer una vigorosa resistencia al empeño de los sitiadores; bien que, persuadidos de la constancia de Alonso, se creyeron precisados a implorar el auxilio de los regulos comarcanos. Como la suerte de éstos pendia de la de Zaragoza, despacharon inmediatamente en su socorro un crecido número de tropas aguerridas; pero no pudieron llegar á su destino, porque don Alonso las salió al encuentro, y las desbarató completamente. La noticia de esta derrota consternó en tales términos á los moros zaragozanos, que rindieron al momento la ciudad.

Dueño el rey de Aragon, no solo de Zaragoza, sino de una multitud de plazas importantes, le fué ya bien fácil arrojar enteramente de todo la comarca á los sarracenos, haciéndolos retirar hasta los confines de Valencia, y dejar desembarazado casi todo el reino de Aragon. Apenas lo hubo conseguido, se dedicó á ensanchar sus límites con el mayor esfuerzo. Se apoderó de Mequinenza; y hubiera tomado á Fraga, á no haber sido acometido por un formidable ejército, que condujeron en su socorro los régulos de Lérida, Valencia y Murcia. La fortuna le abandonó en esta batalla; los aragoneses fueron hechos pedazos despues de hacer prodigios de valor; y el rey se salvó huyendo con la poca gente que pudo recoger; pero, atacado nuevamente en el camino, fué deshecho y muerto en la refriega. Vivió sesenta años; reinó treinta; y de veinte y nueve batallas campales que tuvo con los moros, solo perdió la última, de lo cual le provendria sin duda el renombre de *Batallador*. Falleció en 7 de setiembre de 1134; y no habiendo dejado hijos, hay quien dice que tuvo la estravagancia de nombrar á los caballeros Templarios por herederos de su reino.

Á pesar de esto los aragoneses colocaron en el trono á su hermano don Ramiro II, llamado el *Monge*, por haber sido abad de Sahagun, y obispo de Burgos y de Pamplona. Mediante una dispensacion que obtuvo del papa Inocencio II, casó con doña Ines de Potiers, hermana de don Guillen, conde de Aquitania, y tuvo una hija que fué llamada doña Petronila. Su genio, naturalmente pacífico, le hizo disgustarse muy en breve de la efervescencia de la corte y de las inquietudes que le ofrecia la corona; y anhelando por la tranquilidad de una vida privada, concertó el casamiento de su hija, que aun no pasaba de dos años, con don Ramon, conde de Barcelona; los declaró sus herederos; nombró administrador del reino al conde hasta que se casase con doña Petronila; y se retiró á Huesca, sin reservarse mas que el título de rey y el uso de su autoridad durante la menor edad de su hija.

Las memorias que nos han dejado los historiadores acerca de don Ramiro, son, además de escasas, poco gratas; pues ponderan su rudeza en el manejo de las armas, y su poco talento para el gobierno político; pero lo primero es muy difícil de conciliar con las costumbres de aquellos tiempos, en que los obispos eran los principales caudillos en los ejércitos, y lo segundo carece de prueba. Cedió su corona en el año de 1137, tercero de su reinado, y cincuenta y tres de su edad; pero aun vivió en su retiro hasta el de 1147.

Desde el reinado de don Sancho Ramirez se hallaba incorporada á la corona de Aragon una gran parte de la Navarra; pero ocurrido el fallecimiento de don Alonso, se erigió en independiente, nombrando por rey propio á don García Ramirez, nieto del conde don García de Nájera. Don Ramiro, que no se preciaba de guerrero ni de conquistador, miró con indiferencia esta desmembracion; pero su yerno el conde, apenas se vió condecorado con el título de rey, se coligó con don Alonso VII de Castilla para despojar al navarro y repartir entre ambos la conquista. Don García salió inmediatamente á la defensa de su pequeño reino, buscó al aragonés ántes que se reuniese con su aliado; y poniéndole en fuga, le hizo abandonar su proyecto. No depuso, á pesar de esto, don Ramon sus pretensiones, y las renovó á poco tiempo; pero escarmentado por el desgraciado éxito de la anterior jornada, y no creyéndose bastante poderoso para medir sus fuerzas con su vencedor, imploró el auxilio de su sobrino don Sancho III, entónces rey de Castilla, aunque fuese bajo la condicion de reconocerse feudatario suyo. Ofrecióle el castellano su asistencia con la generosidad de dejar libres sus tierras; contentándose con el feudo de que el príncipe heredero de Aragon asistiese

Digitized by Google

venenó, tuvo bastante destreza para hacer creer natural la muerte de su sobrino, y apropiarse los estados que le pertenecian en Italia. Estos eran Nápoles y Sicilia; estados que la corte de Roma consideraba como feudo de la Iglesia desde la donacion de Pipino rey de Francia, y que procuraba con el mayor esfuerzo arrancar de la familia de aquel Federico que tanto la habia hecho sufrir. Á este efecto convidó repetidas veces con su investidura á los reyes de Inglaterra; pero no hallándose éstos con fuerzas suficientes para despojar á sus actuales poseedores, hubieron de ceder el empeño á otro mas bravo. Las ruidosas hazañas de don Jayme de Aragon habian hecho tan célebre su nombre en toda Europa, que Manfredo temió no pusiese el papa en él los ojos; y siendo su poder tan grande, su triunfo era casi indubitable. Por lo mismo creyó importantísimo prevenirse con tiempo ganando su amistad; le ofreció en matrimonio su hija Constanza para su primogénito don Pedro; y á pesar de la intriga con que la corte romana procuró impedir este enlace y desconcertar esta alianza, no pudo conseguirlo. Dirigióse entónces el papa Clemente IV, á la sazon reinante, al santo Luis rey de Francia, haciéndole las mismas ofertas que á los ingleses, con tal que arrojase de Sicilia al tirano Manfredo; pero embebido todo en sus espediciones á la Tierra Santa, no quiso mezclarse en el asunto. Finalmente su hermano Cárlos de Anjou se encargó de la empresa; recibió la investidura por manos de un legado pontificio; y coronado en Roma por el mismo Clemente, marchó al punto contra Manfredo. Vinieron á las manos cerca de Benevento; perdió Manfredo la batalla y la vida, y Cárlos quedó dueño de sus estados. No era posible que don Jayme se mostrase indiferente á unos sucesos que privaban á su nuera Constanza de la corona que por herencia la correspondia y que por consiguiente habia de radicarse en su descendencia; pero se mantuvo pasivo hasta su muerte, sin que podamos adivinar la causa de su inaccion, y quizá no se hubiera movido tampoco su hijo don Pedro, siendo aun mas interesado, á no haber sido por las vivísimas y repetidas instancias de los sicilianos. La tiranía de Cárlos y el desenfreno de los suyos, habian hecho tan odioso en toda la isla el nombre francés, que sus oprimidos habitantes solo esperaban hallarse sostenidos para tomar las armas y apellidar libertad. Clamaban á don Pedro porque les ayudase á sacudir el yugo, tomando posesion de un reino propio de su muger doña Constanza, y que debia recaer en sus hijos como descendientes de la casa de Normandía, que lo habia redimido del poder de los bárbaros: le ofrecian armas, dinero y cuanto necesitase; y efectivamente, con su auxilio se halló el aragonés muy en breve en disposicion de fletar una numerosa escuadra, que salió de Tortosa, sin que pudiese nadie trascender su destino.

Seguros ya los sicilianos de tener un vengador, ejecutaron aquella horrible carnicería conocida en la historia con el nombre de *Vísperas sicilianas*. Conjurados con el mayor secreto los habitantes, degollaron en el mismo dia y a la misma hora á cuantos franceses habia en la isla, sin esceptuar de su enconada rabia sino á Guillermo de Porcelet, que siendo ántes gobernador se habia conducido con mucha probidad y justicia: aclamaron por su rey á don Pedro, y se dispusieron á hacer frente á Cárlos, en caso de que intentase castigar su atrevimiento. No fueron con efecto vanos sus rezelos, porque Cárlos se presentó en la isla con un poderoso ejército, que supo proporcionarle el papa Martino VII, y hubiera satisfecho su venganza á no haber aportado felizmente la escuadra aragonesa. Fué tal el espanto de Cárlos, que se retiró á Calabria poco ménos que huyendo; y finalmente, despues de muchas acciones indecisas, convinieron los dos reyes en terminar cuerpo á cuerpo sus desavenencias, ó en un combate de ciento contra ciento en la ciudad de Burdeos. Hallándose tan inmediatos, parece que hubieran podido señalar al momento su campo de batalla; pero Cárlos quiso valerse de este ardid para sacar de la isla á don Pedro, y arrojarse luego sobre ella con su gente. Sin embargo, don Pedro no fué tan imprudente que la dejase sin la correspondiente defensa espuesta á una invasion: partió, y en el mismo dia del plazo se presentó incógnito en la vega de Burdeos, acompañado de tres caballeros solamente. El rey de Inglaterra, cuya era la ciudad, habia de asegurar el campo por medio de su senescal; pero el papa lo habia prohibido por evitar el duelo; y don Pedro, cansado de esperar todo el dia á su competidor, y conociendo el peligro en que se hallaba su persona donde no se aseguraba el campo, se retiró satisfecho con un testimonio que exigió de su puntualidad, y dejando en poder del senescal las armas de que se habia de haber servido en el combate.

Entretanto no se descuidaba el papa en hacerle por su parte cuanta guerra podia. Á sus instancias penetró en Aragon el rey de Francia; taló, quemó, destruyó una porcion de pueblos, y se retiró despues de haber logrado la mezquina satisfaccion de hacer estos perjuicios á un enemigo indefenso. Aprovechándose el papa del terror que infundian las censuras eclesiásticas, le privó de las alianzas que podian serle ventajosas; fulminó contra él sentencia de privacion de sus reinos y señoríos, concediéndolos al príncipe cristiano que los conquistase; y no contento con esto, dió la investidura de ellos á Cárlos de Valois, hijo segundo del rey de Francia, con cierta sujecion y dependencia de la Silla romana. Apeló don Pedro de aquella sentencia, como dada por una de las partes, sin audiencia de la contraria; protestó la injusticia con que se pretendia despojarle de sus estados, sin mas delito que reclamar sus derechos; se allanó a producir sus escepciones y defensas contra los procesos, escomuniones y sentencias pronunciadas en perjuicio de su persona y reinos, siempre que se le concediese un lugar á propósito en que pudiese hacerlo libremente y con toda seguridad; pero últimamente, por si eran infructuosas todas estas gestiones, sobre lo cual parece que no debian quedarle muchas dudas, aprestó mayores fuerzas, y se dispuso á una vigorosa defensa de sus estados.

No tardó mucho tiempo en llegar á conocer la oportunidad de estos preparativos. El rey de Francia invadió el Rosellon con un ejército de cien mil hombres; y no hallando la menor oposicion en don Jayme rey de Mallorca, que mantenia por suyas las principales plazas, se apoderó sin dificultad de todo aquel condado. Pasó los Pirineos, y dueño del Ampurdan, se puso sobre Gerona, cuya guarnicion, despues de una esforzada resistencia, tuvo que capitular. Durante el sitio una escuadra catalana, que salió de Barcelona á observar la posicion y movimientos de la francesa apostada desde Collubre hasta San Feliu de Guixols, se encontró con veinte y cuatro galeras enemigas en la embocadura del Ter; y despues de un combate muy sangriento, las abordó, apresó quince, y puso en fuga las restantes. Á esta victoria se siguió otra no ménos señalada en el cabo de san Feliu, con pérdida de cuatro mil franceses, de trece galeras, de otros barcos menores, y de la caja militar, cuyos reveses, unidos al voracísimo contagio que empezó á padecerse en el ejército de tierra, obligaron al rey de Francia á levantar apresuradamente el campo, y restituirse á su casa. Siguió el alcance el de Aragon; ocupó las eminencias por donde tenia que repasar los Pirineos; y acometiendo á aquel ejército enfermo y casi fugitivo, le acabó de deshacer completamente.

Muy poco sobrevivió don Pedro á esta célebre campaña; le sorprendió la muerte en Villafranca, haciendo preparativos para vengar con la conquista de las Baleares la mala correspondencia de su hermano don Jaime, y falleció en 8 de noviembre de 1285, recomendando muy particularmente esta espedicion á su primogénito don Alonso, que la concluyó inmediatamente con toda felicidad. Terminó sus dias con el consuelo de ver asegurada la corona de Sicilia en la cabeza de su hijo segundo don Jayme, muerto su competidor, habiendo hecho prisionero á su hijo Cárlos de Salerno, y renun-

Digitized by Google

ciando éste á su favor cuantos derechos podian corresponderle.

Don Alonso III tuvo bastante energía para protestar al tiempo de coronarse que no recibia la diadema por autoridad de la Iglesia, ni en su contra, y que aun cuando aquella ceremonia se hacia en lugar sagrado, podia haberla hecho y pudieran hacerla en cualquier otra los reyes sucesores. Esta protesta, en unos tiempos en que nadie osaba disputar á la Santa Sede la facultad de disponer á su arbitrio de los cetros, avivó en tales términos el resentimiento del papa, que no fué posible conviniera en la paz que le propuso don Alonso. El rey de Inglaterra se constituyó finalmente mediador; se avistó con el aragonés en Oloron, y creyendo que la libertad de Cárlos de Salerno contribuiria infinito á disponer el ánimo del papa á una reconciliacion, procuró persuadir á don Alonso á que se la concediese. Este condescendió sin repugnancia; pero bajo la condicion de que su prisionero habia de conseguir de Roma, Francia y Cárlos de Valois tres años de tregua con Aragon y Sicilia; y cuando esto no fuese asequible, volveria á presentarse preso donde se le mandase, dejando ántes para seguridad sus tres hijos en rehenes, una gran suma de dinero, y el condado de Provenza.

El resultado sin embargo burló sus esperanzas. Verdad es que el rey de Francia procuró persuadir á su hermano á que abandonase sus pretensiones á los estados de Aragon; pero este no solo se negó abiertamente á ello, sino que contra todo derecho de gentes hizo prender en Narbona á unos embajadores que enviaba el aragonés al papa. Este por su parte, no contento con hacer tomar el título de rey de Sicilia á Cárlos de Salerno, le coronó solemnemente en Rieti, sin atender á las condiciones con que se le habia puesto en libertad; asegurándole que no estaba obligado al cumplimiento de sus promesas, y absolviéndole de todo en caso necesario. Á vista de un empeño semejante, nadie podrá estrañar que se cumpliese el plazo, y nada se hubiese adelantado hácia la paz. El rey de Inglaterra creyó haber desempeñado su encargo con alegar varias escusas y estrechar á Cárlos de Salerno para que compareciese ante el aragonés y diese cuenta de su persona; y éste, convencido de la indispensable necesidad de remitir la decision á las armas, se dispuso á la guerra con el mayor ardor. Por fin se allanó el papa á comprometer las pretensiones y derechos de cada una de las potencias beligerantes, en la sentencia de dos cardenales llegados á Francia con plenos poderes para proporcionar la concordia; y á presencia y con acuerdo de ciertos embajadores aragoneses y franceses, se concluyó en Tarascon un tratado de paz, cuyos principales capítulos eran dirigidos á asegurar al papa la posesion de la Sicilia, despojando á los descendientes de Manfredo. Nunca podrá disculparse á don Alonso de haber ratificado esta concordia, abandonando en situacion tan crítica los intereses de su madre y hermano: pues aunque sus enemigos eran muy poderosos, no estaba tan abatido que no hubiera podido obtener, á favor de su familia, capitulaciones mas ventajosas. Murió en 18 de junio de 1291, llevando al sepulcro el renombre de *Liberal*.

Le sucedió su hermano don Jayme II, á la sazon rey de Sicilia, cuya vacilante corona abandonó á su hermano Federico, siendo lo mas particular que despues de haber sostenido con la corte de Roma una obstinada lucha por conservarla sobre su cabeza, apenas se vió asegurado en el trono de Aragon, se declaró protector de las pretensiones del papa, y uniendose con Cárlos de Salerno, se presentó en Sicilia con una poderosa armada; pero el valor de Federico le obligó á renunciar para siempre una empresa, que le hacia tan poco honor, y á contentarse con la Córcega y la Cerdeña, que el papa le habia concedido para cuando las conquistase. No tardó mucho tiempo en asegurarse el fruto de esta concesion; y despues de ensanchar con esta conquista sus dominios, dejó las armas, dedicándose á hacer floreciente el comercio marítimo de sus vasallos. Su hijo mayor don Jayme tomó la asombrosa resolucion de no querer reinar jamás. En vano le persuadió su padre: en vano le instó para que mudase de parecer, pues á presencia del trono tomó el hábito de San Juan de Jerusalen, y en adelante hizo una vida de aventurero, sin ambicion ni pesar.

El menor, llamado Alonso IV de este nombre, fué pues elegido para suceder á don Jayme, que murió en 2 de noviembre de 1327. Don Alonso acababa de perder á su primera muger doña Teresa de Entenza; y sin embargo de tener asegurada la sucesion del reino en un hijo, que se llamó don Pedro, pasó á segundas nupcias con doña Leonor de Castilla; y el espíritu de discordia, que en semejantes casos suele perturbar las familias de los particulares, se insinuó tambien en la suya, escitando el descontento nacional. Ántes de su matrimonio habia hecho un estatuto, por el que se obligó con juramento á no enagenar cosa alguna del patrimonio real por espacio de diez años; pero infiel á su promesa, así que se verificó su enlace, quiso dar á la nueva esposa una muestra de su cariño, donándole la ciudad de Huesca con algunas villas y castillos. Los estados del reino reclamaron inmediatamente la donacion, pero el rey procuró deslumbrarlos declarando que no habia sido su ánimo comprender en el estatuto á su muger ni á sus hijos; y creyendo que semejante refugio habia dejado á todos satisfechos, apenas dió á luz la reina, señaló al recien nacido un pingüe patrimonio en la ciudad de Tortosa, y villas de Alicante, Orihuela, Guardamar y otras, que cedió á su favor. La reina, á quien no se ocultaba la poca seguridad de tan exhorbitantes donaciones mientras no quedasen sancionadas con el voto de la nacion, supo determinar al rey á que obligase á todos los ricos-hombres y caballeros á prestar pleito homenage de ayudar y defender al infante manteniéndole en posesion de ellas; pero no faltó un don Ot de Moncada, que, despreciando ruegos y amenazas, se negase abiertamente á un juramento tan perjudicial á los intereses del príncipe heredero. Su resistencia se graduó de temeraria, y fué ademas bien infructuosa; pues el rey, como si se hubiera propuesto únicamente enriquecer á un solo hijo á espensas del otro, continuó sus liberalidades en términos que el reino no pudo disimular. Contradijeron los tres estados tan escandalosa prodigalidad. Valencia se puso en arma para defender la integridad del patrimonio real, y todos se hallaban dispuestos á resistir con vigor á los oficiales reales que presumiesen valerse de la fuerza, y aun á allanar el palacio en caso necesario, y degollando á cuantos se les opusiesen. Creyendo el rey que su presencia pondria freno á los descontentos, y que nadie osaria contradecirle, se presentó en el consejo de Valencia, reconvino, instó y aun amenazó; pero Guillen de Vinatea, uno de los primeros magistrados, tuvo bastante entereza para manifestarle que ni debia haber hecho, ni permitido, unas donaciones tan diametralmente opuestas á los estatutos del reino, como perjudiciales á la corona. «Los del gobierno de esta ciudad, añadió, preferimos morir en defensa de las leyes, y nunca prestaremos nuestro consentimiento á tan exhorbitantes enagenaciones contra los derechos del príncipe. ¿Qué vigor, qué fuerza, qué autoridad tendrán las leyes, si hoy se establecen y mañana se quebrantan? Podremos morir, no hay duda; pero tampoco quedará nadie vivo en este palacio, y todos perecerán al furor del pueblo que nos aguarda fuera.» La firmeza con que profirió estas palabras hizo conocer al rey la disposicion en que se hallaban todos sus compañeros; y fuese prudencia ó temor, hubo de tomar el partido de remover las donaciones. Vivamente resentida la reina contra los que tanto se interesaban por el príncipe ó integridad de la corona, juró tomar una ejemplar venganza; y teniendo sobre su marido todo el dominio que ya deja conocerse, no la fue muy difícil conseguir que unos fuesen desterrados de la corte, procesados otros como reos de lesa magestad, citados personalmente algunos ante el rey para satisfacer á sus cargos, y muerto ignominiosamente el que tuvo la imprudencia de comparecer.

Digitized by Google

Esta persecucion la concilió el odio general, y particularmente el del príncipe don Pedro, que por estatuto de la nacion era gobernador del reino como príncipe heredero: si bien por entónces limitó su resentimiento á negarse con la mayor entereza á confirmar las donaciones hechas á su hermano.

Murió su padre en 24 de enero de 1336, y la reina, que no se consideraba segura en medio de un pueblo que la aborrecia, determinó salvarse en Castilla con todas las riquezas que debia á la prodigalidad de su difunto esposo. Allí imploró la proteccion de su hermano el rey don Alonso XI, como único recurso que la quedaba para mantener sus derechos y los de sus hijos en Aragon. El rey practicó en su favor algunos oficios; pero el aragonés supo evadirse con una respuesta especiosa, y procedió á secuestrar las inmensas rentas que percibia su madrastra en Aragon, Valencia y Cataluña. Picado de este desaire el castellano, entró á sangre y fuego por el reino de Valencia: don Pedro se preparó á la defensa; y á no haber mediado la autoridad del papa, el asunto se hubiera hecho muy serio. Conviniéronse por fin en comprometer sus intereses respectivos al parecer de árbitros; y las resultas de este compromiso fueron permitir á la reina viuda doña Leonor el disfrute vitalicio de los pueblos que la habia dejado su marido, quedando reservada á la corona la jurisdiccion.

Sosegadas estas diferencias concibió don Pedro el ambicioso proyecto de usurpar á su cuñado don Jayme II la corona de Mallorca; y para conseguirlo con alguna apariencia de justicia, no se detuvo en recurrir á los medios mas viles ó indecorosos. Era el reino de Mallorca una especie de feudo de Aragon, y estaban por lo mismo sus soberanos sujetos á cierta dependencia, que no podian sacudir sin hacerse reos de un delito enorme. Quizá no habia don Jayme dado el menor motivo para que se dudase de su fidelidad; pero don Pedro, sobre datos tan inverosímiles como inciertos, forjó una atroz calumnia, y con cierto aparato de juicio, le sentenció á perder la corona. Apeló el mallorquin á las armas, y tenia bastante valor para no dejarse atropellar impunemente; pero cobardemente abandonado de los suyos, tuvo que ceder á su ambicioso cuñado, el cual le despojó de sus estados con la mayor inhumanidad.

Don Pedro hubiera podido reinar tranquilamente en medio de sus vasallos, si su carácter arrebatado y caprichoso no le hubiera hecho cometer una imprudencia, que pudo serle muy funesta. Las leyes de Aragon escluian á las hembras de la sucesion en el reino; pero don Pedro, privado de descendencia masculina, y sin esperanza de tenerla en adelante, quiso hacer una escepcion á favor de su hija primogénita doña Constanza; y como la transgresion de las leyes fundamentales de un estado ha ido acompañada siempre de violentas conmociones, los aragoneses, fuertemente apegados á sus fueros y privilegios, formaron una liga, que llamaron la *Union*, y, tomando las armas, se opusieron con firmeza á la novedad. En vano hizo don Pedro los mayores esfuerzos para sujetar á los descontentos; porque, despues de derramar infinita sangre, prevalecia la Union á la manera de una hidra cuyas cabezas se reproducian amenazándole con nuevas desventuras. Á la sombra de estas inquietudes quiso tentar fortuna el destronado rey de Mallorca don Jayme; aprestó la gente que le fué posible; se confederó secretamente con los de la Union, y desembarcó en Mallorca, resuelto á sostenerse con denuedo; pero escesivamente confiado en el número de sus tropas, tuvo el arrojo de aventurar una batalla decisiva; la perdió, y fué muerto en ella. Don Pedro, sin embargo, al cabo de dos años de agitacion, carnicería y horrores, tuvo que declarar inmediatamente sucesor de la corona á su medio hermano don Fernando, el hijo de su madrastra doña Leonor, para en el caso de que falleciese sin hijos varones legítimos.

Otra imprudencia no ménos peligrosa y vituperable fué la de obstinarse en proteger á un almirante suyo, que tuvo la temeridad de violar la neutralidad de un puerto castellano, apresando unos barcos placentinos: pues por ella se vió empeñado en una sangrienta guerra con don Pedro de Castilla, que se continuó por diez años con el mayor teson. Una vez comprometido en ella, era natural que se valiese de todos los arbitrios imaginables para triunfar de su enemigo; y aprovechándose de la mala inteligencia que reinaba entre éste y sus hermanos don Enrique, don Fadrique y don Tello, hizo con ellos una liga muy peligrosa para el castellano. Hemos visto en su lugar los progresos y vicisitudes de esta confederacion, hemos visto el éxito de esta guerra tan favorable á don Enrique: y puede decirse que si no debió esclusivamente la corona de Castilla á don Pedro de Aragon, sus auxilios le allanaron infinitamente el camino del trono.

Finalmente, entre las acciones que obscurecen la conducta de don Pedro IV, puede contarse la vileza con que sacrificó al odio público á don Bernardo de Cabrera. Este caballero habia sido su general, su ministro y su favorito desde el principio de su reinado. En medio de las facciones que habian abrasado el reino se habia mostrado siempre fiel á su rey, quien le pagaba con una confianza absoluta; pero gozaba de grande autoridad, y esto bastó para que se le atribuyesen los desaciertos del monarca, y fuese el blanco de la envidia de sus émulos. Sea que el rey creyese justificarse á los ojos de sus vasallos inmolándole, sea que se hubiese hecho sospechoso con fundamento, don Pedro le hizo prender: suponiéndole reo de toda clase de delitos, sin prueba ni defensa fué condenado á muerte por un tribunal presidido por el duque de Gerona, hijo del rey, que parece debia su educacion á don Bernardo. Otros dicen que el rey mismo fué quien pronunció la sentencia, y que el de Gerona se encargó de la ejecucion; pero esto en suma no seria otra cosa que una atrocidad mas. Los historiadores convienen en que el gran crimen de Cabrera consistió en haber sido demasiado fiel criado de un amo poco agradecido.

Murió don Pedro en 5 de enero de 1387, dejando dos hijos varones habidos en su tercera muger doña Leonor de Sicilia, llamados don Juan y don Martin; y se le conoce con el renombre del *Ceremonioso*, por la aficion que se dice tuvo á las grandes asambleas.

Don Juan, que era el primogénito, fué por consiguiente su sucesor y el primero de este nombre. La reina su madrastra, que debia temer su resentimiento por el mal trato que le habia hecho sufrir en vida de su marido, huyó de Barcelona ántes que éste acabase de fallecer: pero alcanzada y presa en el camino, sufrió la cuestion rigorosa del tormento, para que confesase los crímenes que se la imputaban de haber hechizado al nuevo rey con una bebida que le habia alterado la salud, y de haber estraido del palacio real cuanto habia podido llevarse. Igual suerte sufrieron los caballeros que la acompañaban, de los cuales dos fueron degollados, otros castigados con prision perpetua, y la reina libertó su vida por la mediacion del célebre cardenal don Pedro de Luna.

El reinado de don Juan I fué sumamente corto; y su fin muy trágico. En 19 de mayo de 1395, habiéndose alejado de los suyos persiguiendo á una loba en una cacería, ya sea que tropezase su caballo, ya que cayese de él, como pudo suceder, cuando llegaron los monteros habia espirado, ó le faltaba poco. Quizá no tenia este monarca todos los dotes de un buen príncipe; pero no se le pueden negar algunas virtudes. Era de genio amable y complaciente; escuchaba con bondad las reconvenciones que le hacian, y lo que es aun mas raro, se anticipaba á ellas. De sus dos mugeres dejó únicamente dos hijas; pero como estaban las hembras escluidas de la corona, hubo de pasar ésta á su hermano don Martin, que á la sazon se hallaba rey de Sicilia. No faltó sin embargo quien se la disputase á pretesto de mejor derecho. El conde de Fox, casado con doña Juana, primogénita del rey, empezó á apellidarse rey de Aragon; y entrando por Cataluña, se hizo dueño de muchos pueblos y castillos. Don Martin se hallaba todavía ausente; pero la actividad y providencias de su

Digitized by Google

muger doña María de Luna, y el valor de los aragoneses consiguieron escarmentar al invasor, y obligarle á retirarse á Francia con pocos ánimos de volver á la empresa.

Al partir de Sicilia dejó don Martin aquella corona á su único hijo del mismo nombre; pero murió este príncipe en la flor de su edad, y su padre le siguió á poco tiempo. Su muerte, acaecida en 31 de mayo de 1410, puso en movimiento no solo el reino de Aragon sino los de Castilla, Nápoles, Francia y Sicilia; pues en todos ellos habia quien aspiraba al trono y creia pertenecerle esclusivamente. Seis eran los pretendientes: el infante de Castilla don Fernando, nieto de don Pedro IV de Aragon; el conde de Urgel don Jayme, biznieto por agnacion del rey don Alonso IV; don Alonso de Aragon, duque de Gandía, en calidad de hijo del infante don Pedro, hijo cuarto del rey don Jayme II; Luis de Anjou, nieto por su madre de don Juan I; don Fadrique de Sicilia, hijo natural de don Martin el *Jóven*, aunque legitimado por su padre; y el conde de Fox como marido de doña Juana de Aragon; hija del rey don Juan I. Sin embargo de que entre todos el infante don Fernando era el mas inmediato al último reinante, y á quien se habia inclinado mas poco ántes de su muerte, ninguno de los otros creia ménos robustos sus títulos; y el que tenia bastante moderacion, y no acudia á las armas para sostenerlos, no dejaba por eso de buscar en su apoyo el dictámen de los mas famosos letrados de aquel tiempo. El conde de Urgel, en el concepto de inmediato sucesor, se habia alzado con el gobierno del reino en vida y aun con repugnancia del rey difunto, y se prevalia de esta cualidad para oprimir á los que no eran de su partido; y aunque Aragon se resistia á reconocerle, ardia en facciones dividido entre las poderosas familias de los Heredias, Lunas y Urreas. Iguales inquietudes tenian conmovida á Valencia. Las casas de los Centelles y los Villaragut pusieron el reino en combustion; y Cataluña no se hubiera preservado de esta calamidad á no haber confiado muy desde los principios la regencia á un consejo ó parlamento compuesto de ministros de conocida probidad y prudencia.

No sin muchos trabajos, fatigas y desvelos consiguieron las principales personas de aquella corona, que los tres reinos se conviniesen en nombrar nueve sujetos, tres por parte de cada uno, para que, examinando á la manera de jueces el derecho de los competidores, y oyendo los fundamentos de su pretension, adjudicasen la corona con su acreditada ciencia, juicio é imparcialidad, á quien en justicia le correspondiese. Los pretendientes se allanaron á este medio; y quizá fué esta la vez primera que se vió comprometida en un tribunal de letrados la disputa sobre la pertenencia de un reino.

Se reunieron con efecto los compromisarios en el castillo de Caspe; convocaron á los interesados para que por medio de sus procuradores acudiesen á deducir su derecho; y despues de tres meses de sesiones, se declararon por el infante don Fernando. Esta sentencia fué un bálsamo saludable, que cicatrizando las heridas abiertas por la discordia, restableció en el reino la serenidad. Los mismos aspirantes á la corona se sometieron gustosamente á ella, prestando la obediencia al nuevo rey; y solo el conde de Urgel quiso llevar adelante su temeridad, manteniéndose armado contra don Fernando; pero éste, que no se creyó en disposicion de sufrir semejante osadia, marchó contra él, le sitió en la fortaleza de Balaguer, y le obligó á entregarse á discrecion. El vencedor le perdonó la vida con su acostumbrada generosidad, pero no pudo libertarle de la prision perpetua á que despues de un formal juicio le condenaron los estados del reino. Don Fernando era de un temperamento débil, y no reinó mas que cuatro años, falleciendo en Igualada en 2 de abril de 1416.

Su hijo don Alonso V fué uno de los mejores hombres de su siglo. Sumamente aficionado á las letras, gustaba de la compañía de los sabios, y desplegaba con ellos su liberalidad. Tenia por emblema un libro abierto, y solia decir que *un príncipe ignorante no es mas que un asno coronado*. Las facciones que agitaban en su tiempo el reino de Nápoles, obligaron á su reina Juana á llamarle en su socorro contra el duque de Anjou, que, sostenido por los principales napolitanos, la amenazaba con la pérdida de la corona. Para empeñarle mas en su defensa, le lisonjeó con la promesa de adoptarle por hijo é inmediato sucesor; y don Alonso, sin embargo de conocer que iba á empeñarse en una guerra larga, dispendiosa y escusada, cuando nada podia prometerse del carácter voluble de la reina, prestó inmediatamente sus armas para libertarla de sus enemigos. No tuvo mucha dificultad en ahuyentarlos, y la reina verificó su promesa solemnizando la adopcion de don Alonso; pero apenas se vió libre de los de Anjou, pensó, por un efecto de su natural inconstancia, en arrojar de Nápoles á sus libertadores. Desconfiando de sus propias fuerzas para conseguirlo, se confederó secretamente con el papa; procuró deshacerse pérfidamente de don Alonso, y ya que se malogró el golpe, revocó su adopcion, adoptando en su lugar al duque de Anjou, estrechamente unido con el papa. Por mediar don Alonso en las desavenencias que conmovian á Castilla con motivo de las parcialidades de su hermano el maestre don Enrique, suspendió algun tiempo su venganza; pero, habiendo vuelto despues con una gruesa armada, encontró tan mudadas las cosas, que la reina, sumamente disgustada del de Anjou, le convidó con la corona de Nápoles, ofreciéndose á revocar la adopcion del de Anjou y revalidando la suya, como lo ejecutó con el mayor secreto. Faltaba sin embargo sancionar esta resolucion con la aprobacion ó investidura del papa; y éste, que se daba por ofendido del de Anjou, se vendia por afecto á don Alonso, y le tenia prometidas una y otra, tan lejos estuvo de cumplir su palabra, que se confederó aun mas estrechamente con aquel. No sabemos el objeto ni el motivo de esta mudanza; pues en cambio de la investidura se habia ofrecido don Alonso á procurar de todos modos que el emperador de Alemania desistiese de la proteccion que dispensaba á los padres congregados en el concilio de Basilea, y que trataban de deponerle nombrando en su lugar otro papa. Como quiera, el resultado fué que el rey se puso de parte de los de Basilea hiriendo al papa por los mismos filos; pues no le quedaba duda en que una vez depuesto, fácilmente obtendria del concilio la investidura si no podia conseguir que la tiara recayese en uno de los suyos.

La muerte de la reina de Nápoles, y las circunstancias que la acompañaron, le obligaron despues á tomar otras medidas mas efectivas y vigorosas. Aquella soberana inconsecuente, que solo se habia propuesto sacar el partido posible de la honradez y buena fé de don Alonso, acabó de dar en su fallecimiento una prueba de que todos sus tratados y adopciones habian sido otras tantas supercherías; y ya que no pudo dejar la corona al duque de Anjou, que habia ya muerto, nombró universal heredero de sus reinos á Renato, hermano del difunto. La ciudad de Nápoles alzó inmediatamente sus pendones por el papa y por Renato, aclamándole rey; y cuantos actos se habian hecho á favor de don Alonso quedaron anulados. Entónces ya se hizo preciso recurrir á las armas. Don Alonso contaba con los muchos amigos que tenia en aquel reino; pero no se le ocultaba que, confederados el papa y Renato con los venecianos, genoveses, florentinos y el duque de Milan, y empeñados en arrojarle de Italia, harian los mayores esfuerzos; y asi, aprestando una poderosa escuadra, se presentó delante de Gaeta. La plaza estaba por los genoveses y el duque de Milan, y se defendió con valor; pero á pocos dias se hallaron los sitiados tan faltos de víveres, que tuvieron que arrojar fuera, como bocas inútiles, á todas las mugeres y niños. Los caudillos aragoneses querian obligar á estos infelices á volver á la ciudad; pero el generoso Alonso mandó que se les franquease el paso, sin hacerles la menor estorsion, «pues mas quiero, añadió, dejar de tomar la plaza, que dejar de cumplir con lo que debo á la humanidad afligida.»

El sitio sin embargo se terminó de un modo bien fu-

Digitized by Google

nesto para las armas aragonesas. Acudió al socorro de la plaza una flota genovesa despachada por el duque de Milan; batió é incendió á la aragonesa; desembarcó sus tropas, y arrolló al ejército de tierra. Quedaron prisioneros el rey don Alonso, sus hermanos el rey de Navarra y el infante don Enrique, el príncipe de Tarento, un gran número de caballeros aragoneses y napolitanos; en una palabra, todos los principales caudillos de la espedicion. El general vencedor tuvo la gloria de conducir en triunfo estos ilustres prisioneros; y el duque de Milan la gloria, aun mayor todavia, de restituirles la libertad haciéndolos sus amigos.

Este contratiempo, que al parecer debia haber arrojado para siempre de la Italia á don Alonso, le hizo mas poderoso que ántes: pues, confederado con el duque, que llegó a desconfiar de los proyectos de Renato, y volviendo con nuevas fuerzas a la empresa, consiguió apoderarse de Nápoles, obligó al papa a que le concediese la investidura; y con consentimiento de los naturales fué coronado rey y reconocido su hijo natural Fernando por legítimo sucesor en el trono.

Murió en 27 de junio de 1458, llevando al sepulcro el concepto de uno de los mayores príncipes que ciñeron la corona de Aragon. Aunque político, fino y astuto, nadie le creyó artificioso, y efectivamente era ésto uno de los defectos que miraba con mas horror. Toda su vida fué guerrero, nunca cruel, como lo acredita lo ocurrido en el bloqueo de Gaeta; pero con un gran número de virtudes, no dejó de tener bastantes vicios, si bien éstos influyeron mas en su vida privada, que en su conducta política.

No habiendo dejado don Alonso ningun hijo legítimo, hubo de sucederle en la corona su hermano don Juan II rey de Navarra. Los zelos que éste habia concebido contra su hijo don Cárlos, príncipe de Viana, alimentados por los siniestros informes de la reina, madrastra del príncipe, y por los temores que logró inspirar á su marido, anciano, y desconfiado por naturaleza, le redujeron á un estremo de tiranía, de que habrá muy pocos ejemplares en la historia. Nada hizo el desgraciado príncipe para merecer el odio de su padre sino reclamar con la mayor moderacion la corona de Navarra, que por su madre le correspondia de derecho, y le tenia aquel usurpada; pero esto solo bastó para sufrir la mas cruel persecucion. De su órden fué preso con la mayor perfidia; la Cataluña tomó las armas en su defensa; el reino todo empezó á declararse por la inocencia oprimida, y el rey se vió obligado á ponerle en libertad; pero don Cárlos, sensible y pacífico, no pudo acostumbrarse a la desconfianza que le manifestaba su padre, y murió de pesadumbre con sentimiento general. Su hermana doña Blanca, perseguida igualmente por la madrastra de ambos, murió emponzoñada; y no puede desconocerse la autora de estos crímenes, sabiendo el empeño de la reina por colocar sobre el trono de Aragon á su hijo don Fernando, con perjuicio de don Cárlos, habido en primeras nupcias, y en proporcionar á aquel hijo querido los derechos que correspondian á don Cárlos y á doña Blanca sobre la Navarra.

Con esto las inquietudes de Cataluña tomaron considerable aumento. La reina y su hijo fueron sitiados en Gerona por una multitud de gente sublevada apellidando libertad. Asesinaron á diferentes personages que les afeaban su rebeldía; comenzaron á batir la plaza con todo el rigor de la guerra; y á pesar de la vigorosa defensa de su guarnicion, lograron apoderarse de ella á viva fuerza. Vióse la reina precisada á retirarse con su hijo á una fortaleza antigua llamada la *Gironella*; pero aun allí se hallaron en sumo peligro, pues los sitiadores abrieron una mina, y por ella hubieran entrado igualmente á la fortaleza, si la reina no hubiese animado, con espíritu varonil, á los caballeros que la acompañaban á rechazarlos con pérdida de mucha gente, y á no haber acudido prontamente el rey en su socorro. Los insurgentes levantaron el sitio, pero se armó en masa toda la Cataluña, y despues de declararse con toda formalidad independiente, aventuró una accion que fué bastante sangrienta y en la que reportaron las armas del rey una completa victoria. Aun mas exasperados los ánimos con esta pérdida, convidaron los tres estamentos del principado con el señorío al rey de Castilla, quien admitió inmediatamente y rompió por Aragon con un poderoso ejército: pero, habiéndose convenido á poco tiempo con el aragonés, se vieron nuevamente los catalanes en la necesidad de elegir señor, y se reunieron los votos en favor del condestable de Portugal don Pedro. La suerte de los insurjentes no mejoró por esta eleccion; el ejército realista fué progresivamente apoderándose de las principales plazas y fortalezas bien defendidas, pero mal socorridas por don Pedro, hasta que por último avistó al de los rebeldes junto a un lugar llamado *los Prados del Rey* donde le atacó y le hizo pedazos: y el condestable, abandonando las insignias reales, hubo de salvar su vida con la fuga, y murió á poco tiempo consumido de pesar.

Aun con todos estos reveses no desmayó la Cataluña. Los representantes de los tres estados pusieron los ojos en Renato de Anjou; y ciertamente que en aquellas circunstancias no podian haber hecho eleccion mas atinada. Era Renato el mas formidable enemigo de la nueva casa real de Aragon: estaba sostenido por su sobrino el rey de Francia, y se creia injustamente despojado del reino de Nápoles por un hermano de don Juan. Su hijo el duque de Lorena se presentó inmediatamente en las fronteras con numeroso ejército, se apoderó de Rosas y de otras varias plazas, pasó a Barcelona, y en calidad de lugarteniente de su padre tomó posesion de aquel condado y señorío. El espíritu ardiente y belicoso de don Juan II sufria con impaciencia los progresos de sus enemigos; pero septuagenario y ciego por unas cataratas que le habian sobrevenido en ambos ojos, no pudo por su parte hacer otra cosa que confederarse con los enemigos de la casa de Anjou, abandonando á la bizarría de la reina, el cuidado de volver por la gloria de sus armas. La reina con efecto, al frente de sus tropas, y acompañada de su hijo Fernando, sitió á Rosas: la ganó por asalto; obligó al duque de Lorena á levantar el sitio de Gerona, y desalojó á los franceses de todo el Ampurdan. Murió la reina; pero el rey tuvo la fortuna de recobrar la vista, de que igualmente falleciese el duque, y de que la Francia no insistiese en proteger las pretensiones de Renato; y aumentadas sus fuerzas al paso que los rebeldes quedaban sin apoyo, pudo facilmente hacerse dueño de toda la Cataluña, á escepcion de Barcelona que se defendió obstinadamente por bastante tiempo.

Apaciguadas por este medio las domesticas inquietudes se empeñó don Juan en una nueva guerra por recobrar los condados del Rosellon y Cerdania, que al principio de las revoluciones de Cataluña habia cedido al rey de Francia en seguridad del pago de doscientos mil escudos anuales que se obligó a satisfacerle por el socorro de setecientas lanzas. En el discurso de estas revoluciones mudaron, como ya hemos visto, de semblante las cosas; y el rey de Francia, apenas eligieron los catalanes á Renato, no solo abandonó á su aliado, sino que se declaró su enemigo. Quiso pues don Juan tomar una satisfaccion de esta falta de legalidad; dió parte á los pueblos de aquellos condados de la resolucion en que se hallaba de rescatarlos del dominio francés, que al parecer los tenia muy oprimidos; y tomando éstos las armas por el rey de Aragon, se apoderaron de varias fortalezas, y hubieran pasado á cuchillo la guarnicion de Perpiñan á no haberse hecho fuerte en el castillo de la ciudad. Acudió inmediatamente el aragones a la defensa de los sublevados; encerróse en la plaza, y sostuvo con tal denuedo los esfuerzos de cuarenta mil franceses que le tenian bloqueado, que les obligó á levantar el sitio bien escarmentados y á ajustar un armisticio. Por haberse negado á ratificarle el rey de Francia, fué forzoso continuar la campaña, se presentó nuevo ejército delante de Perpiñan; tuvo la desgracia de sufrir igual suerte que el anterior; y hubieron de contentarse por entonces los franceses con talar los campos y saquear las aldeas indefensas, bien que aun en estas espediciones no dejaron

Digitized by Google

de padecer crecidos descalabros. Volvieron mas adelante con mayores fuerzas, y á pesar de hallarse la plaza desprovista de gentes, víveres y municiones, no lograron rendirla hasta que sus habitantes se vieron en la alternativa de capitular, ó devorarse unos á otros, como ya habian empezado. Por último, despues de repetidas acciones y sangrientas derrotas, tuvo el rey de Francia que avenirse á la paz, con el desconsuelo de haber perdido lo mejor de sus tropas y espendido infructuosamente caudales bien crecidos.

Éstas fueron las últimas hazañas de don Juan II. Al año siguiente de 1479 enfermó de ancianidad y fatigas; y en 19 de enero del mismo descansó en paz cubierto de la gloria de sus triunfos, á los ochenta y dos años de edad, dejando por heredero á su hijo don Fernando, á cuyos esfuerzos habia debido una gran parte de sus victorias. Es sensible no poder señalar en este monarca otras prendas que las mas funestas al género humano; ¡pero ojalá que tampoco pudieran señalarse sus vicios! No faltan sin embargo historiadores que le colman de alabanzas; pero ¿cómo se le borrarán las manchas indelebles de haber sido verdugo de don Cárlos y de doña Blanca?

Por el fallecimiento de don Juan II recayó la corona de Aragon en su hijo don Fernando marido de la reina propietaria de Castilla doña Isabel; y reunidas por este medio las dos coronas, como ya se dijo, en tan hábiles monarcas, se vieron muy en breve en la situacion mas floreciente. La perfecta armonía, que con el mayor cuidado procuraron guardar constantemente ambos esposos entre sí, produjo aquella íntima é indisoluble union, que subsistió mientras vivieron, y contribuyó notablemente á uniformar el sistema de administracion. Todo era comun á entrambos, escepto los derechos respectivos á los estados que cada uno poseia en propiedad. Éstos los separaron con mucho acuerdo para apartar de sus vasallos toda sospecha, recelo ó mala inteligencia que podia ocasionar el miedo de que se perdiese su monarquía confundiéndose una con otra. Cada uno gobernaba sus pueblos como mejor le parecia, circunscribiéndose el otro á ayudarle con los consejos ó con los socorros; supuesta esta separacion, aunque las órdenes, así para los proyectos como para la ejecucion, se espedian siempre á nombre de ambos, todo se dirigia con el mayor concierto y felicidad.

Una vez restablecida la tranquilidad interior, y consolidada con ventajosos tratados la amistad de las potencias extranjeras, concibieron el proyecto de arrojar enteramente de España á los sarracenos, que, atrincherados en el reino de Granada, defendidos por una multitud de plazas que poseian en el mejor terreno de la península, y sostenidos con los poderosos auxilios que les proporcionaba la inmediacion al África, habian frustrado siempre los esfuerzos de los príncipes españoles. Lo mas que habian podido adelantar estos hasta entonces, fué hacerlos feudatarios; pero aun este feudo no lo tributaban los reyes de Granada cuando se consideraban con fuerzas suficientes para resistirle como acababa de suceder.

Cuando fluctuaba el reino en medio de las agitaciones intestinas que le habian combatido anteriormente, requirieron los monarcas castellanos al rey moro de Granada con la satisfaccion de este tributo; y conociendo el sarraceno que en aquella ocasion podia negarle impunemente, respondió con orgullo: «Que en Granada no se labraba ya moneda para dar parias, sino lanzas y dardos para defenderla; que ya eran muertos los que solian pagarlas, y así que en adelante se pagarian á lanzadas.» Quedó por entonces sin castigo tan osada respuesta, y aun se otorgó una tregua de tres años, porque así lo exigian las circunstancias; pero pasó ya el tiempo del disimulo, y era preciso hacer al moro que se arrepintiese de su impertinente altanería. He aquí como lo proporcionó una casualidad.

Las treguas que de tantos años á aquella parte concertaban los reyes de Granada y Castilla eran de tal condicion, que podian unos y otros introducirse en las tierras enemigas, hacer alguna correría, y acometer cualquiera fortaleza, con tal que en tres dias la combatiesen y ocupasen sin acampar, sonar trompeta, ni llevar ningun apresto de guerra formal, sino solamente por sorpresa. Esto no quebrantaba la tregua, y se permitia para que los fronterizos viviesen siempre alerta, y nunca se descuidasen. Así habian recobrado los moros en el año anterior de 1481 la villa de Zahara; y queriendo usar de represalias el marqués de Cádiz y Diego de Merlo, asistente de Sevilla, proyectaron con el mayor secreto la conquista de Alhama, plaza fuerte mal defendida á la sazon, aunque solo distaba ocho leguas de la capital. Con cuatro mil infantes y tres mil caballos sorprendieron una noche á la descuidada guarnicion, siendo el primero que subió por las escalas aplicadas al muro, un soldado, que hasta entónces no se habia dado á conocer; y que despues cobró gran nombre, llamado Juan de Ortega. Él solo, con otros doce compañeros que le siguieron, mató á los centinelas y al alcaide; se apoderó de la fortaleza; y abriendo luego las puertas, franqueó la entrada á un grueso de infantería que conducian el marqués y el asistente. Inmediatamente se puso en arma toda la ciudad; y desesperados los habitantes opusieron tal resistencia, é hicieron tal destrozo en las calles y plazas, que sus invasores se vieron precisados á romper el muro para que entrase el resto de la tropa. El combate duró sin embargo todo el dia con la mayor obstinacion y últimamente solo se rindió la ciudad cuando apenas la quedaban defensores. La pérdida de Alhama fué en tanto grado sensible á los mahometanos, que para lamentarla compusieron unas endechas tan lúgubres que el rey de Granada se vió obligado á prohibirlas por evitar el desaliento de sus vasallos.

Animados los reyes de Castilla con tan feliz suceso, trataron de aprovechar el fruto de esta primera tentativa. Inmediatamente se publicó una espedicion contra Granada: la reina tomó á su cargo todas las prevenciones, y la de tener siempre el ejército bien abastecido; Fernando se puso al frente de sus tropas; y la nobleza y clero, haciéndose un honor de tener parte en la gloria de esta empresa, enrobustecieron el ejército real con el crecido número de guerreros que pusieron en campaña á sus espensas. Esta reunion de fuerzas anunciaba á los moros la destruccion de su imperio, que Fernando é Isabel prepararon con el mayor acierto y realizaron con igual felicidad.

En el año de 1482 se dió principio á la guerra con algunas hostilidades. En el siguiente perdió el rey de Granada una famosa batalla, cerca de Loja, quedando prisionero; y aunque rescató poco despues su libertad, se halló imposibilitado de mantener la campaña. Una trás de otra fueron sitiadas todas sus ciudades, mandando los sitios por lo regular ambos esposos con tal intrepidez que llenaban á sus tropas de entusiasmo. Nueve años emplearon sin embargo, y otras tantas campañas fueron necesarias para estrechar á los moros dentro de su misma capital, ocupando las plazas que les servian de barrera; pero últimamente dueños de Loja, Almería, Málaga, Velez, Guadix, Baza, Zahara, Cartama y de otras muchas ciudades, villas, pueblos y fortalezas al parecer inexpugnables, consiguieron cortar enteramente la comunicacion con el África; privando por consiguiente á los sarracenos de los medios de reforzarse y reparar sus pérdidas. Los moros, que sin embargo de defenderse con el mayor denuedo, veian su pérdida inmediata, solian pedir capitulaciones que Fernando concedia muy favorables. Muchos, aterrados por los presentimientos de la ruina que amenazaba á su patria, pedian permiso para retirarse al África; y los reyes les proporcionaron buques en que pudiesen transportar consigo sus efectos. Otros preferian quedarse en los estados de sus invasores y á estos se les suministraron casas, tierras y rentas para subsistir. En una palabra, estas conquistas iban acompañadas de la humanidad, de la clemencia y de la persuasion: medios mas eficaces siempre que la fuerza, y que hacen mas honor á los conquistadores.

Ya no quedaba á los moros mas que la capital, pero

Digitized by Google

estaba bien fortificada y defendida. La benignidad de su suelo, y la cultura de sus habitantes, habian atraido una multitud de africanos, que aumentaron su poder al paso que su poblacion. A la primera señal podia poner sobre las armas mas de cien mil guerreros todos valientes, todos arrestados, especialmente cuando se trataba de su esterminio; y á haber sabido sofocar la division que reinaba entre sus hijos en el momento mismo en que debian estar unidos para la defensa comun, Granada sola quizá hubiera triunfado de todo el poder castellano. Pero los granadinos, confiados quizá en sus propias fuerzas, y no bien persuadidos sin duda del inminente peligro de su patria, se abandonaban imprudentemente á sus particulares resentimientos, y ayudaban á sus mismos enemigos á completar la ruina de un imperio consolidado con la respetable antigüedad de cerca de ocho siglos.

Albohacen, rey de Granada, despues de irritar á los Abencerrages con el pérfido asesinato de algunos sugetos principales de esta valerosa tribu se habia hecho generalmente odioso á todos sus vasallos por el repudio de Aija, y por la inhumanidad con que hizo perecer á los hijos de ésta, por facilitar el trono á los que tenia de Zorayda, cristiana renegada, á quien amaba con pasion. Uno solo, Boabdil, primogénito de Aija, se libró de su crueldad y poniéndose al frente de los Abencerrages, marchó contra su padre, le arrojó de Granada, y se ciñó la corona. El destronado Albohacen pudo juntar en Baza algunos parciales; se introdujo en Granada á viva fuerza; se apoderó del Alhambra, é hizo una sangrienta carnicería; pero al fin prevaleció el partido de Boabdil, y tuvo que retirarse con Zorayda y sus hijos á una fortaleza inmediata. Boabdil cayó despues, como hemos dicho, en poder de los cristianos, y Albohacen volvió á ocupar el solio granadino. Recobró aquel su libertad; y la guerra civil, fomentada en secreto por los castellanos, prosiguió con igual encarnizamiento. En medio de estas agitaciones falleció Albohacen; y Albohardil su hermano tuvo destreza para formarse un partido, é intentó usurpar el trono á su sobrino. Algunas pequeñas victorias que logró sobre los castellanos, afianzaron su crédito y aumentaron por consiguiente sus fuerzas; pero vencido y desbaratado en varios encuentros por Boabdil, cometió la vileza de reunirse á los enemigos de su patria y de marchar en su auxilio contra la capital, solo con la esperanza de abatir por este medio á su competidor que la defendia en persona.

Boabdil, ó no habia previsto este caso abasteciéndola como debiera de todo lo necesario, ó la multitud de moros que abandonando los pueblos conquistados se habian guarecido en ella, aceleró el consumo de las vituallas: y Granada se vió á poco tiempo en el mayor apuro, sufriendo todos los horrores del hambre, y sin esperanza de socorro. Seria preciso carecer absolutamente de sentimientos de humanidad para no compadecer la suerte de los infelices restos de un pueblo que con tanto esplendor habia brillado en otros tiempos.

Cuando encerrados, ó por mejor decir hacinados, en Granada, vieron que no les quedaba ningun recurso, se apoderó de ellos una especie de frenesí; y tan pronto hacian salidas con una furia que les ocultaba el peligro, tan pronto como fieras cogidas en el lazo, caian en una estupidez muy parecida al desaliento; y cuando volvian en sí, se abandonaban á los mas vivos transportes del dolor y de la desesperacion. De sus ojos fluian copiosas lágrimas; le sofocaban los sollozos; estendian sus trémulas manos hácia el palacio de su príncipe, como si pudiera defenderles; y le llenaban de injurias, como si hubiese sido la causa de su infortunio. Entraban en sus mezquitas, despedian gemidos lamentables; corrian á los sepulcros de sus mayores, y los abrazaban: salian precipitadamente de sus casas deshechos en lágrimas, y volvian á entrar en ellas por tener á lo ménos el consuelo de tocar lo que no podian llevar consigo, y de ver otra vez aquellos amados lugares, testigos de su antigua felicidad.

Á los ocho meses de sitio faltaron enteramente los víveres en la plaza, y tuvo que capitular. Duró algun tiempo la disputa sobre los pactos; pero al fin se concluyeron y firmaron á principios de enero de 1492, y el dia 4 hicieron los reyes su entrada pública en la ciudad con pompa tan magnífica como religiosa. Individualizar las hazañas de los gefes, y aun de los simples soldados del ejército castellano, exigiria un tratado particular. En los escritores que los refieren con toda la estension debida á tantos y tan extraordinarios esfuerzos de valor, encontrará el curioso tales héroes, que su admiracion propia justificará la que la posteridad les tributa.

Los habitantes que quisieron permanecer en la ciudad fueron tratados muy benignamente, y Boabdil, que si no pudo defender á sus vasallos les procuró á lo ménos, por medio de la capitulacion, la suerte mas favorable que le fué posible, tuvo permiso para retirarse con los que quisieron seguirle á las Alpujarras, montañas inmediatas que no carecen de terrenos fértiles y parages amenos; pero no pudiendo ver con tranquilidad su reino en poder ageno, pasó al África, donde murió desgraciadamente privado de la vista.

Para quitar á los infieles toda esperanza de volver á España, pusieron los reyes buenas guarniciones en todas la plazas fuertes; é incorporaron á la corona el marquesado de Cádiz, que poseia don Rodrigo Ponce de Leon, á quien indemnizaron con el condado de Casares y el título de duque de Arcos. Permitieron por algunos años á los mahometanos de Granada el consuelo de practicar su religion; pero con motivo de ciertas inquietudes, les sujetaron á la alternativa de hacerse cristianos ó abandonar la ciudad, retirándose al África, y la mayor parte se sometió al bautismo. Igual suerte sufrieron los de las Alpujarras, que confiados en la aspereza del terreno, tomaron las armas, y emprendieron una guerra tan sangrienta como obstinada. Se bautizaron muchos; pero á los que prefirieron espatriarse, se les exigieron diez doblas por familia, y la suma parece que ascendió á ciento setenta mil.

En esta parte mejor libraron los judíos: Fernando é Isabel los arrojaron igualmente de sus estados: pero lejos de exigirles cosa alguna, les permitieron llevar consigo sus inmensas riquezas. Ochocientas mil personas de todas edades y sexos parece que salieron de España con este motivo: pero aun el sacrificio de tantos vasallos y tesoros no les pareció á los reyes muy costoso, á trueque de conservar en sus reinos la pureza de la fé y la tranquilidad.

Sin embargo, para no perder el fruto, confiaron al vigilante tribunal de la Inquisicion, que habian ya establecido, el cuidado de mantener en toda su pureza la religion de sus mayores. Á este fervoroso zelo debieron el glorioso renombre de *Católicos*, con que los distinguió la Silla apostólica en el año de 1496, estendiendo la gracia á sus sucesores, que han sabido corresponder á tan apreciable distincion con tal zelo, que parece haber querido cada uno merecerle por sí particularmente.

Habiendo fallecido el rey de Nápoles don Fernando II, los nobles del reino, que estaban resentidos de su crueldad é inclemencia, y al parecer tenian motivos para temer la dureza que habia empezado á manifestar su hijo y sucesor don Alonso, convidaron con aquella corona, unos, al rey Católico, y otros al de Francia Cárlos VIII. El pretesto era que no habiendo podido don Fernando como bastardo obtener aquel reino con justicia, debia quedar escluida su descendencia y ceder el derecho de que estaban revestidos los príncipes en quienes ponian la mira. El del francés, sin embargo, no era otro que el de la adopcion que hizo la reina Juana II de Luis de Anjou, de la segunda rama de esta familia. El del rey Católico era algo mas robusto; pues sobre la adopcion que de su tio don Alonso habia hecho tambien la misma reina, como ya dijimos, tenia á su favor el de la conquista que este príncipe hizo de aquellos estados con su propia espada; pero don Fernando no solo despreció la oferta, sino que se propuso sostener en aquel solio á su sobrino. El francés al contrario se presentó inmediata-

Digitized by Google

mente en Italia con un poderoso ejército, se apoderó de una gran parte, y principalmente de Nápoles, sin haber plantado una tienda, ni haber roto una lanza. Los principes italianos llegaron á temer su preponderancia y miras ambiciosas; y uniéndose para la defensa de sus estados, formaron la liga conocida con el sobrenombre de *Santísima*, que le hizo salir de Italia apresuradamente. Llegó á este tiempo á Mesina el valeroso Gonzalo de Córdoba, llamado el *Gran Capitan*, conduciendo los tercios españoles, y acabó de arrojar á los franceses: pero la muerte del rey de Nápoles don Alonso II, la de su hijo don Fernando, y mas que todo la desunion, que se empezó á advertir entre los coligados, favorecieron al rey de Francia para volver á Italia con mayores fuerzas.

Luis XII, sucesor de Cárlos VIII, rompió por el Piamonte y Monferrato con feliz suceso; se apoderó en breve tiempo de toda la Lombardía y el Genovesado, é hizo temer al rey Católico no aspirase tambien á la Calabria, y la Cerdeña. Para prevenir don Fernando este acaso, hizo liga con el emperador Maximiliano I, sirviendo de nudo á esta liga el matrimonio de doña Juana princesa de Castilla, que despues sucedió en el trono de España, con el archiduque don Felipe; pero Luis propuso la paz, repartiendo el reino de Nápoles con don Fernando, y renunciando á su favor cualquier derecho que pudiera tener á los condados del Rosellon y Cerdania, objeto de continuas discordias entre las dos potencias.

Mientras dilataban los reyes de Castilla sus estados por la parte de afuera, no se descuidaban afianzarlos tambien interiormente, reduciendo á la nobleza á un estado en que ya no pudiese alterar la tranquilidad pública. La inmensidad de sus riquezas, el gran número de sus vasallos, y su ambicion inmoderada, la habian hecho tan formidable al trono, que no pocas veces le hemos visto titubear entre la agitacion de las guerras civiles. Fernando é Isabel fueron retirando poco á poco de sus manos las tierras y las concesiones, que el miedo mas que la voluntad la habia facilitado; pusieron en práctica lo que ya estaba decretado por ley del reino sobre la apelacion de los jueces de los lugares de señorío á los tribunales del rey; y por estos medios, que tanto lisonjeaban á los pueblos, llegaron á impedir aquella especie de pillage, que por tanto tiempo habian tenido que sufrir varios reyes de España, bajo la tutela de algunos grandes ambiciosos.

Los que entre éstos se hacian aun mas temibles eran los tres grandes maestres de las órdenes militares de Calatrava, Alcántara y Santiago. La independencia con que gobernaban la multitud de villas, castillos y fortalezas que estaban á su órden; el número y la riqueza de las encomiendas de que disponian; los muchos caballeros que dependian de ellos, unos por la profesion, y otros por las esperanzas; y en fin el crecido número de tropas que militaba á su sueldo, les hacian representar en el reino el papel de pequeños soberanos. En las inquietudes intestinas daban ordinariamente el tono, y pocas veces á favor de la autoridad real. Esperaron los reyes la favorable coyuntura de la espulsion de los moros para pedir á la corte de Roma la administracion de los tres maestrazgos, y Roma lo consintió en el año de 1493. Con el tiempo adelantó la pretension Cárlos I, y obtuvo de la Silla apostólica que estos maestrazgos quedasen perpetuamente incorporados á la corona de Castilla; lo cual ha sido uno de los medios mas eficaces para conservar á la nobleza en la debida sujecion.

Dueños ya don Fernando y doña Isabel de casi toda España; dueños de las coronas de Nápoles, de Sicilia, de Cerdeña, y de la costa de Berbería, hasta donde llevaron igualmente sus armas victoriosas; mas poderosos dentro y fuera de España que cuantos reyes les habian precedido desde la fundacion de la monarquía goda, y cuando parecia que habian arribado á la cumbre del poder, les descubrió la providencia otro nuevo mundo, cuyo imperio destinaba para ellos y para sus augustos sucesores.

Cristóbal Colon, genovés, casado en Portugal, gran piloto y mayor matemático, se presentó en la corte de España con la primera noticia de la existencia de unos paises que, segun sus cálculos y conjeturas, debian precisamente existir al Occidente, y que él mismo se ofrecia á descubrir. La misma proposicion habia ya hecho anteriormente á las cortes de Inglaterra y Portugal; pero en ambas fué oido con universal desprecio, y tenido por fatuo ó mentecato. En Castilla se le trató con alguna mas consideracion, y se creyó que acaso podria no equivocarse; pero los reyes, empeñados entónces en la guerra de Granada, no se hallaban en estado de favorecer su solicitud; y Colon, luchando entre tanto con una tropa numerosa de émulos ó ignorantes, esperó con constancia la reduccion de aquella ciudad para redoblar sus instancias, y supo manejar tan diestramente sus pretensiones, que al fin se le concedieron tres buques.

En 3 de agosto de 1492 se hizo á la vela del puerto de Palos de Moguer, anció en las islas Canarias, que ya conocia, y desde allí atravesó los mares de Occidente en medio de las quejas, de las murmuraciones, y aun de las perpetuas sediciones de los marineros, que le tenian por cien veces mas loco que lo habia parecido á los ingleses y á los portugueses, y mas de una vez atentaron contra su vida. Tuvo la fortuna de verificar su pronóstico, descubriendo por el mes de octubre las Lucayas; y despues de asegurarse en ellas de la existencia de su Nuevo Mundo, cargó su flotilla de oro, plata y géneros preciosos, y dió la vuelta á España con la mayor felicidad. Cuando habia salido de este reino era problemático entre los españoles si Colon habia perdido el juicio; pero cuando volvió fué recibido como el primer hombre del mundo, el mayor genio de la tierra, y no se encontraban elogios para encarecerle: tan cierto es que los hombres solo aciertan á calificar por los sucesos. Premiáronle los reyes con el almirantazgo del Nuevo Mundo, le distinguieron con los mayores honores, y animados con el éxito de esta primera tentativa, dispusieron una segunda espedicion, mas numerosa y mejor equipada.

En este viaje descubrió Colon la isla de Cuba, la Española, la de Puerto Rico, y las costas de Tierra Firme, que corren de Norte á Sur: trazó un mapa, tomó posesion de todas ellas en nombre de los reyes Católicos, y se restituyó á España cargado de inmensas riquezas. Tan prósperos sucesos despertaron la envidia de Portugal; y con el pesar de que otro lograse las ventajas que habia estado en su arbitrio disfrutar primero, quiso prohibir á Castilla la continuacion de ulteriores descubrimientos, á pretesto de pertenecerle por bulas pontificias. De aquí se originaron varias contestaciones entre ambas cortes, las cuales terminaron en un compromiso á la decision del papa: y éste, tirando sobre el globo una línea divisoria de polo á polo por el meridiano de Canarias, contentó al portugués con el hemisferio oriental, que ya surcaban sus flotas, asignando á Castilla el de Occidente en plena propiedad.

Aprovecháronse ventajosamente los reyes Católicos del descubrimiento de éstas llamadas *Indias*, aplicando las grandes cantidades de oro y plata que sacaban de ellas al desempeño de los crecidos empréstitos á que les habian precisado tantas y tan gloriosas conquistas. Ambos soberanos se esforzaban á competencia en manifestar al Ser Supremo su reconocimiento por los señalados beneficios con que les habia favorecido siempre, ya erigiendo templos, ya estableciendo monasterios religiosos, ya finalmente dotando los establecidos. No contentos con reformar el estado y las iglesias de su real patrimonio, solicitaron igualmente la reforma de algunas órdenes peligrosas. Las familias mas santas están sujetas á la decadencia como los mayores imperios: el tiempo, que todo lo consume, y á todo se atreve, no perdona al primitivo fervor que los santos fundadores inspiraron á sus primeros discípulos, y si se atendiese solo á la flaqueza humana, pasmaria que la austeridad de tan recomendables institutos no hubiera padecido mayor relajacion.

Tanta felicidad no era posible que subsistiese sin mezcla de algunos sinsabores. Perdieron los reyes á su hijo único don Juan, príncipe de grandes esperanzas, here-

Digitized by Google

dero de todas sus coronas, y generalmente amado por las raras prendas de su entendimiento y corazon. Perdieron igualmente à su hija primogénita doña Isabel, casada con el rey de Portugal; y la archiduquesa de Austria doña Juana contrajo de resultas de un parto una especie de locura, que la precipitaba en mil estravagancias. El principal objeto de su demencia era su marido, a quien amaba con pasion, y de quien parece que no era muy bien correspondida, pues con la mayor frecuencia, y bajo los mas frívolos pretestos, solia ausentarse de ella, poniendo los mares por medio. La reina doña Isabel fué testigo del estravio del juicio de su hija; y este lamentable espectáculo, acrecentando el pesar que la causó la prematura muerte de su hijo, la sumergió en una languidez, que con el tiempo la condujo al sepulcro en 26 de noviembre de 1504. Instituyó por heredera universal de sus reinos à su hija doña Juana: y atendiendo a su incapacidad para el gobierno, y previendo el caso de su ausencia, de la del archiduque, y la repugnancia que este habia manifestado a permanecer en España, encargó la regencia del reino à su marido don Fernando, hasta que su nieto don Cárlos, à quien substituyó à la princesa, llegase à la edad de veinte años. Revocó en su testamento todas las gracias que habia hecho à su ingreso à la corona, como se hallasen contrarias al bien de la monarquia, añadiendo que la necesidad y no la inclinacion se las habia arrancado. Confirmó al rey don Fernando la administracion vitalicia de los tres grandes maestrazgos, le consignó veinte y cinco mil ducados anuales sobre las alcabalas de los mismos, y la mitad de las rentas de lo descubierto en el Nuevo Mundo. Su constante piedad, su prudencia, su aplicacion infatigable, y su destreza en el manejo de los negocios, la constituyen superior à las mas sobresalientes reinas de Castilla que la precedieron, y digna de ser colocada en lugar muy distinguido entre los mayores monarcas.

Apenas falleció la reina Católica, los cortesanos ambiciosos, mal hallados siempre con la tranquilidad y el órden, y esperanzados de sacar partido de las inquietudes, pusieron en ejercicio todos los resortes de su intriga y sagacidad para sembrar la discordia entre el rey don Fernando y su yerno el archiduque, ausente à la sazon con su muger en Flandes. Los unos lisonjeaban al rey Católico, proponiendole continuase en el trono de Castilla, que, supuesta la incapacidad de su hija y el genio distraido de su yerno, decian corresponderle por derecho de la sangre: ó que si esto no le pareciese justo, se reservase el gobierno del reino que segun el testamento de su muger le pertenecia, no solo en ausencia de sus hijos sino aun en su presencia, hasta que su nieto don Cárlos cumpliese veinte años, en caso de que doña Juana no pudiese o no quisiese gobernar. Otros persuadian à don Felipe que se encargase del gobierno del reino juntamente con su muger, haciendo lo que ella no pudiese, sin permitir que don Fernando conservase la mas pequeña autoridad, pues le era indecoroso llamarse rey, tener capacidad para regir sus pueblos con acierto, y someterse vergonzosamente a la direccion de otro, como pudiera someterse un niño. Ambos principes empezaron desde luego à mirarse con reciproca desconfianza, y don Fernando con la noticia de que el archiduque preparaba en Flandes una armada para presentarse en Castilla al frente de un poderoso ejercito, y conquistar el reino en caso de resistencia, aunque le era muy repugnante haber de llegar à las manos con el marido de su hija, creyó que no debia esponerse à un vergonzoso desaire, y puso sus fronteras en estado de defensa. De aqui tomaron ocasion los parciales de don Felipe para confirmarle en sus recelos, suponiendo al rey Católico resuelto à disputarle el reino a viva fuerza; y como en este caso ninguna alianza podia serle mas ventajosa que la del rey de Francia, se hallaban ya en el punto de concluirla, cuando don Fernando, mas político y sagaz que todos ellos, desconcertó los convenios con admirable destreza. Conociendo que el frances seria del que le ofreciese mejor partido, le pidió la mano de su sobrina Germana de Fox: y como por este medio quedaban no solo transigidas las diferencias que habian mediado entre ambos sobre la corona de Napoles, sino que se proporcionaba a una de las ramas de su familia la entrada en el floreciente reino de Aragon, condescendió gustosisimo, transfiriendo en su sobrina, en calidad de dote, el derecho à la parte del reino de Nàpoles, que se le habia adjudicado en la division hecha en los años anteriores, y renunciando en la misma y sus descendientes, en contemplacion de este matrimonio, el título de rey de Jerusalen y cualquier otro derecho que le compitiese.

Se verificó este enlace, que fué un golpe muy sensible para el archiduque; pues ademas de perder un aliado que podia serle muy útil, no pasando don Fernando de cincuenta y tres años, podia naturalmente prometerse sucesion: y si ésta fuese varonil, quedaban malogradas las esperanzas de don Felipe à los reinos de Aragon y de Napoles, debiendo esperar que aun el de Granada le seria disputado en todo ó en parte. Confiado sin embargo en los muchos amigos que tenia en Castilla, creyó que no debia diferir un momento su venida; pero su padre, mas cauto ó mas tímido, desaprobando una resolucion tan peligrosa, que ántes de convenirse con el suegro no podia producir sino infinitos males, se ofreció a mediar en el asunto. Condescendió, aunque aparentemente, don Felipe, en solicitar una composicion amigable, dirigió sus instrucciones à los embajadores que tenia en Castilla: y como don Fernando lo deseaba porque no pareciese que resistia la entrada à su hija, que era la reina propietaria, y al nieto don Cárlos, mirado ya como próximo sucesor en la corona, despues de varios debates quedó repartida la administracion del reino entre doña Juana como propietaria, don Felipe como su legítimo marido, y don Fernando como gobernador perpetuo; siendo reconocido el principe don Cárlos sucesor inmediato y heredero despues de los dias de su madre, y distribuyéndose las rentas de Castilla y del Nuevo Mundo por mitad entre el rey Católico y sus hijos.

Esta concordia se concluyó en Salamanca con alegria general del reino: pero en Flandes don Felipe y aquellos sus amigos, que repugnaban el restablecimiento de la armonía, tuvieron la concordia por muy desigual y poco ventajosa. Creyeron sin embargo que una vez puesto el pié en España, les seria facil obligar à don Fernando à que la rectificase, ó arrojarle de Castilla; y asi, reservando oculto su designio, hicieron en público algunas demostraciones de paz: y apresuraron su partida.

Apenas desembarcó el archiduque en la Coruña, acudieron a ofrecérsele un gran número de señores principales que no podian disimular à don Fernando la sujecion en que los habia tenido su reinado; y hallándoles aquel principe mas en su favor de lo que habia creido, con la esperanza de que se le reuniria inmediatamente toda ó la mayor parte de la grandeza castellana, empezó à quitarse la máscara, declarando publicamente que no pasaria por la concordia. Procuró don Fernando atajar los progresos de la discordia, ya ganando con promesas à los parciales de su yerno, ya persuadiendo à éste à que se prestase à una conferencia en que entre ambos acordasen el medio de poner fin à sus desavenencias; pero el archiduque se evadia mañosamente de este compromiso, aprestaba tropas en secreto, y procuraba aumentar el número de sus parciales, ya distribuyendo mercedes à los que podian hacerse mas visibles en su corte, ya poniendo en su consejo personas afectas a los caballeros enemigos del rey Católico, y que deseaban mudanzas en el gobierno; de suerte, que en breve mudaron de partido los pocos que seguian al suegro, y aun los prelados que le acompañaban se pasaron al yerno. Don Fernando, por el pronto, viendo que el archiduque caminaba al frente de un numeroso ejercito de flamencos, alemanes y españoles, con artilleria de campaña y demas pertrechos de guerra, resolvió ponerse en defensa, reforzando su gente so color de querer restituir la libertad à la reina su hija, presa, oprimida, o encerrada violentamente por el archiduque y sus privados; pero

Digitized by Google

últimamente, considerando la liviandad de los que le habian parecido leales, y la facilidad con que, depuesta la vergüenza, mudaban sus voluntades, hasta el interés; cuán lejos estaba de Aragon; que no habia prevenido al rey de Francia para que le enviase algun socorro; y por último, que no seria bien visto encender una sangrienta guerra por motivos que cada uno interpretaria á su antojo: hizo saber á su yerno que se hallaba en ánimo de pasar á verle donde quiera que estuviese.

Junto á unos robledales, en una casa de labor llamada el *Remesal*, se encontraron por primera vez don Felipe y su suegro, formando un contraste bien estraño. El rey Católico iba acompañado de muy pocos caballeros de su casa, todos de paz y muy comedidos: don Felipe por el contrario, con gran tren, mucho aparato y estruendo de armas de guerra. Aquel no llevaba, ni habia pedido otra seguridad que el respeto de mayor, de rey y de padre: éste suplia con ostentacion, precaria grandeza y varias esterioridades, lo que le faltaba de magestad y nombradía. El resultado sin embargo fué separarse entrambos poco satisfechos uno de otro, sin adelantar un punto en el objeto de aquella conferencia; y el rey Católico, viendo por una parte la frialdad y esquivez de su yerno y de la grandeza, y por otra la estrañeza con que le trataban en el reino, donde era reputado como extranjero, resolvió dejar desocupado el campo á sus enemigos á la sombra de cualquier convenio que ellos le propusiesen. En efecto, los parciales del archiduque forjaron la concordia que les pareció, y en 27 de junio de 1506 subscribió don Fernando a *dejar á sus hijos el gobierno de Castilla, y retirarse á Aragon, adonde se le contribuiria con la mitad de las rentas de América, y veinte y cinco mil ducados sobre las alcabalas de los maestrazgos, cuya administracion le quedaba reservada con la obligacion de proveer las encomiendas en naturales de Castilla.*

Á nuevo gobierno nuevo sistema. Las máximas del suegro eran muy contrarias á las de su yerno, y el genio de los dos era ménos parecido que sus máximas. Felipe era festivo, alegre, franco y abierto; Fernando serio, melancólico, artificioso, reservado y político; describiendo siempre un círculo para llegar al centro. Felipe, en la flor de su edad, amaba los placeres, las diversiones y los ejercicios del cuerpo, sin cuidarse de aprender el arte de reinar, abandonando en las ávidas manos de sus favoritos el gobierno de los pueblos y los tesoros de la corona: Fernando por el contrario, en edad madura, meditaba mucho y hablaba poco; se ocupaba en los negocios de Europa; y solo se divertia en cumplir con sus obligaciones. Tal era el ansia del archiduque por quedar solo en el mando, que aun su muger le incomodaba, á pesar de que jamás queria mezclarse en los negocios; y para desembarazarse de ella, su primera diligencia fué convocar córtes en Valladolid, con el pretesto de que en ellas se reconociese á los nuevos soberanos; pero en realidad con el objeto de influir para que la reina fuese declarada falta de juicio, é incapaz de gobernar sus reinos. No pudo conseguirlo sin embargo porque se lo opusieron vigorosamente los procuradores de las ciudades; y así hubo de contentarse por entónces con recluirla donde ménos le incomodase. Por fortuna su reclusion no pudo ser muy larga; pues ántes de cumplir veinte y nueve años don Felipe el *Hermoso*, y á los nueve meses de su entrada en España, se marchitó aquella flor por una aguda calentura en el corto espacio de seis dias. Esta pérdida acabó de obscurecer el uso de la razon á doña Juana; y solamente la quedaron ciertos lúcidos intervalos, demasiado raros para poder encargarse del gobierno. Por otra parte, toda entregada á la memoria de su marido, no era posible separarla de su cadáver, que á todas partes llevaba consigo; y por no distraerse de sus melancólicas ideas, aborrecia cuanto sonaba á reinar.

En tan críticas circunstancias era preciso y demasiado urgente buscar un medio para poner en órden el gobierno de la monarquía hasta que el príncipe don Cárlos cumpliese los veinte años. Así lo pensaron tambien algunos grandes; pero discordaban los pareceres en razon de sus deseos y temores. Los amantes de la paz proponian que se llamase al rey Católico, no dudando que sabria deponer su resentimiento por no abandonar á los vasallos de su hija en situacion tan lastimosa; pero los autores de la discordia entre suegro y yerno, sin embargo que éste era el mejor camino de conservar la tranquilidad pública, se oponian con todo esfuerzo á la venida de don Fernando, temiendo se vengase de los desaires y groserías que lo habian hecho sufrir. Acordes en esto, solo se hallaban asombrosamente divididos sobre lo mas interesante. Quienes decian debia llamarse al príncipe don Cárlos para que con su autoridad se gobernase el reino por medio de los gobernadores que eligiesen las córtes; quienes se decidian por el emperador de Alemania; quienes por el rey de Portugal; quienes por los reyes de Navarra; y quienes finalmente, descontentos de tal diversidad de opiniones, se proponian casar á la reina con don Alonso de Aragon, hijo del infante *Fortuna*, con don Fernando de Nápoles, con Gaston de Fox, hermano de la reina Germana, ó con Enrique VIII rey de Inglaterra. Todo sueños ó delirios de calenturientos ó locos, sin mas apoyo ni fundamento que la demencia de sus autores, y que, descubriendo desde luego la causa que los producia, hicieron poca fortuna, y enrobustecieron por lo mismo cada vez mas el partido del rey. En medio de esta fermentacion no faltaron algunos que intentasen aprovecharse de la imbecilidad de la reina para apoderarse del mando: pero ninguno con mas cautela y disimulo que el arzobispo de Toledo don fray Francisco Jimenez de Cisneros. La reina, sin embargo, en medio de su demencia, desconcertó sus designios á pretesto de la venida de su padre, que creia inmediata; y el arzobispo, como político y astuto, varió inmediatamente el plan, mostrándose abiertamente y sin rebozo parcial de don Fernando, é instándole con eficacia para que viniese á precaver la anarquía que amenazaba á Castilla. Descubrió y estorbó la audaz resolucion que habian tomado los enemigos del rey de casar al príncipe don Cárlos con la hija del rey de Inglaterra, para que éste viniese á gobernar á Castilla en nombre de su hija y yerno. Se apoderó en nombre de la reina, y á espensas propias, de las principales fortalezas del reino; pues todo era de temer de unos fanáticos, furiosos al ver malogradas sus esperanzas, é irritados contra la reina por el terrible golpe que acababa de dar á sus rentas, revocando todas las mercedes que capciosamente habian arrancado á su marido.

El rey don Fernando, finalmente, se rindió á los esfuerzos de la mas sana parte de la nobleza castellana, y con su venida mudaron de semblante todas las cosas. En breve consiguió sosegar los ánimos inquietos, restablecer la tranquilidad, el órden y el vigor de las leyes: y su gobierno, aunque absoluto, fué pacífico, fecundo en proyectos, en tratados y en guerras esteriores. Durante él se hicieron grandes conquistas en el África, á solicitud, á espensas, y aun bajo la direccion del gran cardenal arzobispo Jimenez de Cisneros. Entró en la famosa liga de Cambray con el papa, el emperador y la Francia contra los venecianos, que, orgullosos con el gran poder á que habian subido elevarse, se habian dejado caer sobre la Italia, despojando á aquellos monarcas de lo mejor que poseian en ella. Temió despues la prepotencia de la Francia, y se unió con el papa y con los venecianos, formándose por este medio una confederacion que llamaron la *Liga Santa*, y á cuyo favor volvieron á recobrar los venecianos casi todas las plazas que les habian tomado los franceses; pero el ejército español fué derrotado en Ravena por el de Luis XII, rey de Francia, y esta derrota hubiera producido fatales consecuencias para los coligados á no haber acudido por una parte el papa con veinte y cuatro mil hombres en socorro de la liga, y á no haber amenazado por otra los ingleses con un desembarco en Normandía. La corte de Francia retiró sus tropas de Italia; y los españoles arrojaron de las plazas las guarniciones francesas, lo

que dió lugar á una tregua entre Fernando y Luis XII. Durante el curso de esta guerra se apoderó de la Navarra don Fernando el *Católico*: hecho que acriminan mucho algunos escritores, aunque no es muy difícil justificarle; pero como quiera que sea, habiendo quedado desde entónces incorporada esta corona á las de Leon, Aragon y Castilla, quizá no será fuera de propósito suspender por un momento el curso de la historia de estas tres monarquías unidas, para dar una idea, aunque pequeña, del orígen de la Navarra y de su engrandecimiento, suministrando de paso algunas luces sobre los derechos y motivos que obligaron á don Fernando á despojar de la corona á sus propios sobrinos.

NAVARRA.

Los navarros, situados en buen clima, gozan de aire sano, y se hallan surtidos del trigo que necesitan, de frutos suculentos y de escelentes vinos. Son altos, bien formados, robustos, vivos y valientes. El reino de Navarra es de poca estension, pero cria suficiente número de ganados: sus aguas son claras: sus rios poco caudalosos, pero en gran número, suministran escelente pesca, y sus montañas están cubiertas de buenas maderas. La Navarra contiene en su recinto los Pirineos, cuyas cimas, que nunca han debido mancharse sino con la sangre de la caza de que abundan, y con la de las fieras, osos y lobos, que se abrigan en su espesura, se han visto por desgracia empapadas muchas veces de la de sus habitantes, ya en sus guerras domésticas, ya en las que han sostenido contra sus vecinos, y contra los moros.

Acerca del orígen de esta monarquía se hallan tan discordes los historiadores, que no es muy fácil determinarle sin recelo de incurrir en alguna equivocacion. Unos, gobernándose por las cartas y privilegios de los monasterios fundados en este pais, hablan de cierta asamblea de señores navarros, y de una multitud de pueblo, reunidos por los años de 758, con ocasion de las exequias de cierto ermitaño llamado Juan. En ella, dicen, que despues de haber cumplido con los deberes de la piedad, trataron de elegir un gefe que los defendiese contra las frecuentes irrupciones de los sarracenos; que recayó la eleccion en don García Jimenez, caballero español, el cual los gobernó por algun tiempo con el título de *Conde*, y bajo la dependencia de los reyes de Asturias; pero que últimamente se hizo independiente y tomó el título de *Rey*, que transmitió á su hijo mayor don Fortun García; que éste reinó con gloria muchos años, y concluyó sus dias en un monasterio que habia construido á sus espensas. Hablan de cierto don Sancho, que en 921 abandonó el de Leire, adonde se habia retirado, por favorecer á su hijo y sucesor contra Abderramen, rey de Córdoba; y finalmente, hacen mencion de una victoria que García el *Trémulo* reportó de Almanzor en 994, prolongando asombrosamente su reinado.

Otros, animados de cierta parcialidad nacional, fijan la época de la fundacion de la monarquía de Navarra en el siglo IX, resistiéndose á reconocer rey ninguno ántes de Iñigo Arista, conde de Bigorra, á quien quieren hacer de orígen francés, por atribuir á esta nacion la gloria de haber dado reyes á Navarra, y apoyar los derechos que han pretendido tener á esta corona los reyes de Francia. Nosotros prescindiremos de la animosidad de estos últimos; miraremos con el desprecio que se merecen los apócrifos documentos en que se apoyan los primeros; y para determinar, sino con certidumbre, con probabilidad al ménos, el orígen de la monarquía de Navarra y la serie cronológica de sus reyes hasta el siglo XII, que es hasta donde llega la obscuridad, seguiremos á uno de los escritores que modernamente han desenvuelto esta materia con mas juicio, con mas crítica y mas imparcialidad.

Los navarros sin duda permanecieron sujetos á los reyes de Asturias hasta el reinado de don Alonso II, llamado el *Casto*. En esta época, instigados por la Francia, que debia tener sus proyectos acerca de esta provincia, dos veces aspiraron á la independencia, manteniéndose rebeldes con la mayor obstinacion, hasta que por necesidad hubieron de ceder una y otra vez al conocido valor de su soberano y de sus fuertes guerreros. Alonso no logró sin embargo estinguir del todo el espíritu de insubordinacion. La insurreccion estallaba ya en uno, ya en otro punto, fomentada en secreto por Sancho Iñigo, conde de Bigorra, apellidado el *Arista*, que es como decir el *Roble* ó el *Fuerte*, caballero francés, pero descendiente de sangre castellana, el cual, pasando los Pirineos, y adelantándose hasta las llanuras de Pamplona, solia tambien tomar partido en las desavenencias de los navarros, como si fuera uno de ellos. Viendo por una parte don Alonso la aficion que profesaban estos españoles al guerrero francés, y considerando por otra que sostenidos por un hombre de tanto valimiento, á quien guardaba las espaldas el mismo rey de Francia, su pariente, le tenian siempre ocupado en guerras intestinas, y distraido de la de los moros, que era mucho mas importante á la religion y al estado: resolvió conciliar los intereses de todos, entregando la provincia al conde de Bigorra en calidad de feudo, segun acostumbraba la corte de Francia con sus condes; pero con la condicion de que le habia de dar en matrimonio una señora francesa, llamada Sumeña ó Jimena, parienta del mismo conde, á quien por este medio pensó tener mas sumiso y afecto.

La época de este tratado, segun lo mas probable, fué el año de 873, y el conde de Bigorra gobernó en Pamplona hasta el de 885, en que su hijo García Sanchez Iñiguez fué aclamado por los navarros, no ya conde como ántes, sino rey; sin que pudiese impedirlo el de Asturias por el poder que el mismo les habia dado, desmembrándolos de la corona, y entregándolos á señor estranjero, que naturalmente habia de sacudir el yugo en el momento en que se hallase con fuerzas para ejecutarlo. Don García tuvo la desgracia de morir juntamente con su muger en 891 á manos de los moros, que le sorprendieron en un pueblo del valle de Ayvar, que llamaban *Larumbe*; y así no pudo ocupar el trono sino seis años.

Su hijo Sancho Garcés, nacido despues de la muerte de su padre, ó poco ántes, tardó por su tierna edad en subir al trono, hasta que cumplió los catorce años, subsistiendo entre tanto depositado el mando en algunos caballeros principales, que sirvieron de regentes y de ayos del monarca. Se ciñó la corona en el año de 905, y dió bien pronto pruebas de que la merecia segun el carácter de aquellos tiempos. Estendió con mucha gloria sus dominios por toda la Navarra baja, y aun fuera de ella por tierras de Castilla y Aragon. Monjardin, Nájera, Vecaría, Calahorra, Tudela y Jaca fueron sus principales conquistas, y la de Vecaría en particular debió ser muy gloriosa, pues quiso hacerla memorable con la fundacion del célebre monasterio de Albelda en el último año de su vida. Aspiró á dominar aun en la Gascuña ó Navarra francesa, aunque no sabemos si llegó á conseguirlo; pero lo cierto es que estando á la otra parte de los Pirineos, supo que los mahometanos se acercaban á Pamplona; y mandando luego á sus soldados que calzasen abarcas de cuero crudo para trepar con mas facilidad por entre la nieve y los despeñaderos, se arrojó improvisamente sobre los sitiadores de la ciudad, é hizo en ellos tal matanza, que muy pocos pudieron llevar al rey de Córdoba la noticia de su propia desgracia. De esta accion le provino el renombre de *Abarca*, que tomaron despues los demas reyes por timbre y apellido glorioso. Reinó despues de la regencia veinte años no cumplidos, hasta los últimos meses del de 924 en que falleció.

Le sucedió su hijo García Sanchez, apellidado *Trémulo* ó *Temblador*, quien solo reinó hasta el año de 970. Le dieron aquel renombre, ó porque ántes de entrar en una batalla le sobrecogió, segun dicen, un temblor que le hubiera calificado de cobarde si despues de haber pagado

esta especie de tributo á la naturaleza, no hubiera desmentido aquel concepto haciéndose terrible en el combate; ó porque, y esto es lo mas creible, habria padecido alguna enfermedad, de cuyas resultas le quedase cierta convulsion en los nervios.

Por muerte de García el *Trémulo* ocupó el trono su hijo don Sancho II, el cual reunió la Castilla á la Navarra por medio de su matrimonio con doña Mayor ó Elvira, hija del conde don Sancho de Castilla; y en el largo reinado de sesenta y cuatro años dilató sus estados con el valor de su brazo por Francia, Leon, Vizcaya y Aragon; de suerte que por la grandeza de sus hazañas y estension de sus dominios, mereció el renombre de *Mayor*, y aun segun algunos el de *Emperador*, que á ningun rey se habia dado hasta entónces; pero despues de haber engrandecido por este medio su reino, le redujo á su primitiva medianía repartiéndole entre sus hijos, García Fernando y Ramiro; lo cual fué, aunque contra su intencion, hacerles un presente de la discordia y de la guerra.

Dejó al primero la Navarra; Castilla á don Fernando; y á Ramiro, que era el mayor, aunque ilegítimo, las conquistas que habia hecho en Aragon; pero éste, apenas falleció su padre en febrero de 1035, aprovechándose de la ausencia de su hermano García, que habia ido á visitar los santuarios de Roma, tomó contra él las armas á pretesto de recobrar el reino paterno, de que en su concepto habia sido injustamente despojado. Se confederó con los reyes árabes de Zaragoza, Huesca y Tudela: se introdujo en Navarra con un buen ejército de cristianos y moros, y acampó junto á Tafalla, esperando que su hermano volviese de su piadosa romería. Volvió con efecto inmediatamente; y juntando á toda priesa las fuerzas que pudo, le atacó con tanto brio y fortuna, que murieron en la accion la mayor parte de sus soldados; huyeron los demás á rienda suelta, dejando armas y equipages; y el mismo rey de Aragon hubo de huir con tanta priesa que montó descalzo y mal arropado en un caballo desenjaezado. Si es cierto, como asegura algun escritor, que el vencedor le persiguiese aun fuera de Navarra, y le ocupase sus estados de Aragon, sin duda harian luego las paces, y don Ramiro recobraria su reino; pues es constante que despues le poseyó pacíficamente.

Concluida esta guerra, emprendió don García otra bien injusta y desgraciada contra su hermano don Fernando, á quien miraba con envidia colocado en el trono de Castilla. En la historia de este don Fernando indicamos las causas, y vimos sus consecuencias. En el valle de Atapuerca, á 1.° de setiembre de 1054, se encontraron ambos hermanos; y en aquella batalla pagó don García con la vida la perfidia con que habia intentado despojar de la corona á don Fernando y la injusticia con que habia pretendido sostener el atentado.

Le sucedió su hijo don Sancho III, el cual hizo guerra al régulo de Zaragoza Ahmad-Abu-Giafar ó Almoctader; pero no sabemos de ella otra particularidad, que la de haberse convenido despues, mediante una concordia, por la que el moro se obligó á pagar anualmente cierto tributo, y el rey don Sancho á interceder con su autoridad para que don Sancho Ramirez, rey de Aragon, retirase de Huesca sus tropas; y á proteger y ayudar á Almoctader en caso que don Sancho Ramirez no condescendiese y fuese necesario recurrir á la fuerza. Despues de estas paces vivió don Sancho III otros tres años hasta junio de 1076, en que sus hermanos Raymundo y Ermesinda, le sorprendieron descuidado en una cacería, y le precipitaron desde la cumbre de un monte en Peñalen. Dejó, segun dicen, tres hijos; pero no pasó el reino á ninguno de ellos; pues se le repartieron entre sí el rey de Aragon, don Sancho Ramirez, apoderándose de la mayor parte de sus estados, y don Alonso VI de Castilla, que, á título de proteger á los hijos y sobrinos del difunto contra el fatricida, ocupó la Rioja y la Vizcaya.

Subsistió la Navarra incorporada á la corona de Aragon hasta el reinado de don Ramiro II, llamado el *Monge*, en que los navarros se hicieron independientes, eligiendo por rey á don García Ramirez. El sucesor de Ramiro don Ramon, conde de Barcelona, trató de vindicar sus derechos; y de aquí se originó una guerra entre el navarro, el aragonés y el castellano, como aliado de este último, en la que don García sostuvo con intrepidez su independencia. Murió en una montería de una caida de caballo en el año de 1150.

Su sucesor don Sancho V, contra quien pérfidamente se conjuraron el castellano y el aragonés, rompió á sangre y fuego por Aragon y Castilla; y á ambos reyes les puso en gran consternacion; pero reunieron sus fuerzas; dieron sobre el invasor; le derrotaron; y despues de haberse apoderado de varias plazas suyas, le concedieron la paz, que ya solicitaba con empeño. Reinó hasta el año de 1194: en que por su muerte le sucedió don Sancho VI, por sobrenombre el *Sabio*, el cual debió vivir poco y en paz, y fué reemplazado por su hijo don Sancho el *Fuerte*, el *Animoso*, ó el *Retraido*: nombre el último que se le dió porque al fin de sus dias, agoviado de achaques, y consumido por un cáncer, se encerró en el castillo de Tudela sin dejarse ver de nadie. Este príncipe pasó al África con el objeto, segun dicen, de contraer matrimonio con una hija de su amigo Jacob Aben-Jucef, rey de Marruecos; fué detenido contra la buena fé; y cuando logró huirse y volver á su reino, lo encontró invadido y desmembrado. En efecto, los reyes de Aragon y de Castilla se habian aprovechado de esta ausencia para ocuparle algunas plazas sin efusion de sangre. Alava, Vizcaya y Guipúzcoa cayeron en poder del castellano; Ayvar, y todo el valle de Roncal quedaron sugetos al aragonés; pero, segun parece, lo recobró don Sancho todo, y lo que no tiene duda es que despues reinó en paz, hasta que falleció en el año 1234. Este don Sancho es el que, como ya dijimos, adoptó á don Jayme el *Conquistador*, por no dejar la corona á su sobrino Teobaldo, conde de Champaña, en quien habia de recaer precisamente por no dejar sucesion don Sancho; pero los navarros se burlaron de esta adopcion, y pusieron en el trono á Teobaldo, sin que don Jayme se opusiese, ó á lo ménos no consta con seguridad. Como quiera que sea, habiéndose otorgado una solemne escritura, firmando, confirmando, y dando por buena la adopcion por la nobleza de Aragon y de Navarra, no puede quedar duda de que los reyes de Aragon adquirieron en virtud de este contrato un derecho incontestable á esta corona.

Teobaldo se cruzó para la guerra de la Tierra Santa, y dejando sus estados bajo la proteccion del papa, marchó contra Jerusalen con la gente que pudo reclutar. La espedicion fué muy desgraciada, y no tuvo otra ventaja que la de haber adquirido Teobaldo mas esperiencia en el gobierno, y escelentes frutos que naturalizó en Navarra. Hizo conocer á sus vasallos el cultivo de las viñas que se practicaba en Champaña; y así es que á su zelo deben los navarros sus esquisitos vinos que suelen rivalizar con los mejores de cualquiera parte. Se dice que Teobaldo era escelente músico y poeta, segun el gusto de su tiempo; que amaba las ciencias, y favorecia á los hombres instruidos, y que murió en 8 de julio de 1253, dejando el cetro á su hijo Teobaldo II, que á la sazon se hallaba en la menor edad.

Este príncipe quiso tomar parte en la cruzada que tenia dispuesta contra Tunez san Luis rey de Francia, su suegro. Los estraordinarios calores de aquel clima abrasador encendieron entre los europeos, acostumbrados á un temperamento mas benigno, una peste asoladora, de que murieron infinitos, y el mismo san Luis y su hijo; y últimamente, hubiera perecido infructuosamente toda la cruzada bajo los muros de Tunez, á no haber acudido á la necesidad el rey de Nápoles y Sicilia Carlos de Anjou, ajustando paces con los tunecinos, mediante una fuerte contribucion anual que les impuso. La escuadra tomó entonces el rumbo de Palestina; pero en Trapana, á 5 de diciembre de 1270, falleció el rey de Navarra; y las tropas hubieron de regresar sin caudillo á sus hoga-

Digitized by Google

lerse de todas sus fuerzas y pericia militar para sujetar á los rebeldes. Los condes de Fox por otra parte, impacientes por ocupar un solio que habian comprado á costa de un delito execrable, se echaron sobre la Navarra, y con el auxilio de los Beaumonteses, obligaron á don Juan á que les nombrase gobernadores del reino. No satisfecha con esto su ambicion desmesurada, intentaron repetidas veces ceñirse la corona; y el suegro, que jamás quiso desprenderse de ella, tuvo que apelar á las armas para conservarla sobre su cabeza. Murió por fin en 1480; y doña Leonor, que tanto habia anhelado verse reina de Navarra, le siguió al sepulcro á pocos dias de su coronacion.

Con este motivo recayó el reino en su nieto Francisco *Febo* hijo de su primogénito Gaston de Fox, muerto siete años ántes, y de Magdalena de Francia. Este príncipe, llamado asi por su estraordinaria hermosura, y que prometia grandes esperanzas, falleció tambien muy jóven, y no reinó sino dos años escasos. Hay vehementes sospechas de que fué envenenado, aunque se ignora el autor y el motivo de este crimen; pero hallándose el reino tan conmovido por las dos facciones de Agramonteses y Beaumonteses no será estraño que si Febo se inclinó mas á una que á otra, la desairada ó ménos favorecida procurase deshacerse de él.

Le sucedió su hermana doña Catalina, la cual casó con Juan de Labrit, conde de Perigord, contra todas las esperanzas del rey de Castilla don Fernando el *Católico*, que habia solicitado este enlace para su hijo primogénito, no tanto para agregar á sus vastos dominios esta rica porcion de la península, como sienten algunos escritores extranjeros, cuanto por asegurarse por aquella parte de las irrupciones de la Francia, que entónces le disputaba sus derechos al reino de Nápoles. La esperiencia acreditó despues que no eran infundados sus recelos; y habiendo advertido en su sobrina bastante deferencia hácia su enemigo, la estrechó en 1495 á que firmase un tratado de alianza por el cual los reyes de Navarra quedaron obligados á impedir con todo su poder que por su reino entrasen tropas francesas contra Aragon ó Castilla; á avisar á don Fernando ó á sus capitanes fronterizos, en caso de que sus fuerzas no bastasen para conseguirlo; y á reunirse inmediatamente con las tropas de Castilla para arrojar á los franceses de Navarra. Pero tres años despues la reina doña Catalina, pospuestas estas obligaciones, no solamente dió paso á un número bastante crecido de tropas francesas que llegaron hasta Pamplona, sino que para amedrentar á los reyes Católicos, hizo correr la voz de haberse convenido con Cárlos VIII en permutar el reino de Navarra por el ducado de Normandía. Don Fernando practicó aquellos oficios de paz y de amistad, que lo crítico de las circunstancias hacia preferibles á un rompimiento, y aun exigió seguridades nuevas; pero, aunque se le otorgaron, no le quedó duda de la mala fé de sus sobrinos, ya por la ciega aficion que continuaron manifestando á los franceses, ya por haber renovado ciertas pretensiones tan infundadas como intempestivas. Quizá en esta conducta influiria bastante el temor de que Luis XII, sucesor de Cárlos, pusiese en ejecucion el proyecto con que les intimidaba de resucitar el derecho de Juan de Fox, señor de Narbona, hijo segundo de doña Leonor, en la persona de su hijo Gaston, despojando de la corona de Navarra á Juan de Labrit y su muger; pero aun en este caso era bastante impolítico ofender a un vecino tan poderoso como don Fernando, que hubiera podido sostenerles sobre el trono, ó mala correspondencia á la generosidad con que el mismo rey Católico se habia negado a auxiliar á Luis en esta empresa.

Las usurpaciones de los venecianos en Italia obligaron á los príncipes del pais á tomar las armas en defensa de sus estados; y Fernando, por auxiliar al papa, entró, como ya dijimos, en la liga de Cambray; pero las vicisitudes de esta guerra, y la prepotencia que adquirieron los franceses, obligaron al papa y a don Fernando a declararse contra ellos, uniéndose con los venecianos y con los ingleses por medio de la *Liga Santa*. Para distraerles y ponerles en la precision de dividir sus fuerzas pensaron los confederados en invadir la Guiena; y siendo los ingleses particularmente interesados en su conquista, por haberles pertenecido esta provincia en otro tiempo, tomaron á su cargo la empresa de hacer en ella un desembarco en la ocasion misma en que el rey Católico deberia acometerla por tierra. Para esto era inevitable tener seguro y franco el paso por Navarra: le solicitó don Fernando; pero se le negaron obstinadamente Juan y Catalina. El papa les exhortó repetidas veces á que defendiesen y no persiguiesen á la Iglesia, dando favor á sus enemigos, y principalmente al rey de Francia, que era su corifeo; pero solo pudo obtener respuestas vagas ó ilusorias, de suerte que creyó necesario seguir el ejemplo de muchos de sus predecesores, escomulgando á Juan y á Catalina, privándoles de la dignidad real, absolviendo á sus vasallos del juramento de fidelidad y concediendo sus tierras y señoríos al primero que los conquistase, como ocupados en buena guerra.

Sin embargo de que en virtud de esta bula hubiera podido el rey Católico anticiparse desde luego á cualquiera otro, y apoderarse de Navarra con la autoridad pontificia, entónces inconcusa é indisputable en estas cosas, quiso todavía dar mas pruebas de su moderacion y sufrimiento, suspendiendo por tres meses la publicacion del Breve, y repitiendo con sus sobrinos los oficios de amistad para que le dejasen el paso franco á la Guiena, ó le asegurasen por lo ménos de que no socorrerian al rey de Francia; pues en todo evento él mismo queria obligarse á sostenerlos en el trono de Navarra contra cualquiera que los inquietase ú ofendiese. Pero tan inútiles fueron estas gestiones como las anteriores. Los reyes de Navarra, desentendiéndose de la generosidad de don Fernando, de los beneficios que le habian debido, de los peligros que les amenazaban, y por último de las censuras pontificias fulminadas contra ellos, no solamente se escusaron con frívolos pretestos, sino que se unieron mas estrechamente con su aliado.

Á vista de semejantes procederes ya no pudo el rey Católico diferir mas el rompimiento. Al punto hizo publicar la Bula y sentencia del papa contra Juan y Catalina, y en su virtud se previno para la conquista de aquel reino. Dia 21 de julio de 1512 puso el pié en Navarra el ejército castellano á las órdenes del duque de Alba don Fadrique de Toledo; y desde luego se dirigió á Pamplona donde se hallaba el rey don Juan con ánimo de defenderla. Algunos destacamentos que éste despachó al encuentro en un paso estrecho y escabroso, donde bastaban pocos para impedir la entrada á muchos, huyeron inmediatamente que divisaron á las tropas castellanas; y el mismo rey, no teniendo resolucion para esperarlas, se retiró á Lumbieres, y despues á Bearne. Dia 23 sentó el duque su campo á dos leguas de Pamplona, se apoderó del castillo de Garayon, y envió á la ciudad una proclama asegurando á los habitantes de que se les guardarian sus fueros, privilegios y exenciones, y serian respetadas sus personas y propiedades si desde luego deponian las armas; pero intimándoles que serian tratados con todo el rigor de la guerra, si oponian la mas pequeña resistencia. El 25 se rindió la ciudad é inmediatamente se fueron entregando las demas ciudades y pueblos; de suerte, que en cinco dias se halló dueño el rey Católico de toda la Navarra; y aunque el despojado Juan, auxiliado por la Francia, concibió esperanzas de recobrar su reino, y aun intentó el ataque de Pamplona, la vigorosa resistencia de la guarnicion castellana, y sobre todo la inaccion ó indiferencia de sus antiguos vasallos, le obligaron á repasar los Pirineos con pérdida bien considerable.

Esta derrota y alguna otra que sufrió despues le obligaron á renunciar para siempre á la conquista de su perdida corona, contentandose con la Navarra baja, que le dejó Fernando al otro lado de los Pirineos. Refierese que con este motivo oyó de su muger esta picante re-

convencion: «Á no haber sido yo Juan y vos Catalina, ambos hubiéramos permanecido reyes de Navarra.»

Su hijo Enrique, en quien se pretende continuar los derechos á esta corona, hubiera sido capaz de reconquistarla, á no haberse hallado en unas circunstancias en que la Francia, demasiado ocupada en otros objetos, no podia proporcionarle sino débiles socorros. Fué hecho prisionero con Francisco I en la batalla de Pavía: y á no haber hallado medio de ponerse en salvo, no se hubiera desprendido ciertamente Cárlos V de tan importante prisionero. Enrique, fortificando y enriqueciendo su pequeño estado, dió á conocer lo que hubiera podido hacer en uno mayor. Casó á su hija Juana con Antonio de Borbon, duque de Vandoma, y fué abuelo de Enrique IV de Francia, quien, elevado á aquel trono en 1589, reunió á esta corona aquel resto del reino de Navarra.

Los estrechos límites de un compendio no nos permiten entrar en una larga discusion para desagraviar á don Fernando de la injusticia con que algunos escritores extranjeros han tenido la malignidad de desacreditarle por esta ocupacion; pero la sencilla esposicion de estos hechos basta para que pueda comprender cualquiera, que aun cuando se prescinda de las razones políticas que pudieron mover al rey Católico á ocupar el reino de Navarra, su conquista, lejos de merecer el nombre de *usurpacion*, como se pretende, debe reconocerse únicamente recuperacion de unos derechos injustamente usurpados. Ello es indubitable que el rey don Juan II de Aragon, muerta su muger doña Blanca, no tenia la mas leve sombra de derecho, no solo á la propiedad, pero ni aun al usufructo ni al gobierno del reino de Navarra, cuando existia un legítimo heredero, capaz por su talento y por su edad de gobernarle con acierto, y una hermana de este heredero en quien por su muerte sin sucesion legítima habian de transferirse todos sus derechos. No siendo suyo el reino, nunca pudo don Juan tener accion para privar de él á estos dos hijos, aun cuando quiera suponerse que ellos hubiesen cometido los mayores delitos contra el padre; y mucho ménos cuando todos los crímenes de estos desgraciados se redujeron á defender sus justificados derechos contra las violencias y tiranías de un padre inflexible y de una madrastra ambiciosa. Resulta por consiguiente, que el tratado con el conde de Fox para desheredar al príncipe don Cárlos y á la infanta doña Blanca, fué injusto, tiránico é inicuo; y que aun cuando le hubiesen aprobado las córtes de Navarra, no por eso dejaria de ser igualmente injusta, é inicua esta aprobacion.

Finalmente, aun cuando quisiera considerarse á la condesa de Fox doña Leonor, hermana menor de doña Blanca, como su legítima heredera y sucesora de la corona, caso de que ésta hubiera fallecido de muerte natural, y sin sucesion de matrimonio legítimo; habiendo acabado sus dias con muerte violenta, intentada y ejecutada por la misma doña Leonor; ésta, sus hijos, herederos y sucesores perdieron, por el mismo hecho de haber perpetrado tan atroz delito, el derecho que pudieran tener á la corona, y á la herencia de la infanta doña Blanca, quedando incapaces de sucederla. En estos términos debe considerarse á la infanta como destituida de herederos forzosos, y consiguientemente árbitra para disponer de su corona y estados en favor de quien mejor le pareciese, fuese instituyendo heredero universal, fuese por via de renuncia, cesion ó donacion *inter vivos*, que fué el medio que eligió. Para hacerlo así la autorizaban las leyes de Navarra, sin ponerla otra limitacion de la que el sujeto escogido fuese persona que por su sangre, su autoridad, su poder y su respeto no desmereciese el cetro de aquel noble reino; y usando de su derecho la renunció, cedió y dió al rey de Castilla don Enrique IV, que habia sido su marido, y en quien ciertamente concurrian las circunstancias indispensables para ceñir la corona de Navarra. El infante don Fernando de Aragon fué despues, por su matrimonio con la infanta doña Isabel, legítimo sucesor y heredero de don Enrique en la corona de Castilla y derechos que le pertenecian, y no pudiéndose negar que la renuncia y cesion del reino de Navarra hecha por doña Blanca en favor de su primo el rey de Castilla, le dió por lo ménos á éste un gran derecho á aquel reino, es igualmente innegable que el mismo tuvo el rey Católico, puesto que su muger doña Isabel sucedió á don Enrique en todos sus estados y derechos.

Es verdad que doña Blanca en la protesta que dejó hecha en Roncesvalles espresamente escluia al infante de Aragon; pero esta esclusiva fué personal y sin ofrecérsela por entónces que el infante podia casar con la sucesora del rey de Castilla, en quien tres dias despues renunció y cedió todos sus estados; y así aun cuando quiera concederse que en virtud de la esclusiva en la infanta quedó incapaz don Fernando para sucederla en la corona de Navarra, *como infante ó como rey de Aragon*, no quedó incapaz de suceder como marido de la infanta doña Isabel, *legítima sucesora del rey de Castilla*, á quien la misma infanta declaró sucesor suyo. Quizá en atencion á este reparo, cuando el rey Católico hizo despues la conquista de Navarra, no la agregó, como fácilmente pudo, á sus estados de Aragon, sino á la corona de Castilla, reconociendo que el derecho que á ella tenia se fundaba precisamente en el que le daba su matrimonio.

Resulta por consiguiente que el rey Católico, conquistando la Navarra, no fué un usurpador, que despojó á sus mismos sobrinos de los estados que les correspondian, sino que la ocupó legítimamente. Y esto, á pesar de que no se haga mérito del derecho de conquista, ni de la bula del papa Julio II, que concedió aquel reino al primer príncipe católico que le ocupase; pues aun cuando desde luego convenimos en que las facultades de la Silla romana no pueden estenderse á tanto, ello no tiene duda que en aquellos tiempos se la consideraba revestida del poder necesario para privar de la corona á los enemigos de la Iglesia; y no tendria nada de repugnante que don Fernando se hubiese creido bastante autorizado en virtud de ella para hacer la conquista de Navarra. Pero volvamos á la historia de este príncipe.

La Italia era siempre aquel grande objeto que nunca perdian de vista el rey de Aragon ni el de Francia. Los italianos por su parte, igualmente enemigos de uno y otro, no perdian ocasion de contrabalancear al dominante, temiendo que les avasallase. Eran dueños de Italia los españoles cuando Francisco I subió al trono de los franceses; y lleno de corage el nuevo jóven monarca, resolvió hacer valer sus derechos al Milanesado, ocupado á la sazon por el duque Francisco Esforcia, á quien la *Liga Santa* habia puesto en posesion de aquel ducado para que hiciese oposicion á las pretensiones de la Francia. Pasó á Italia Francisco I á la frente de un florido y numeroso ejército, y no atreviéndose á esperarle don Ramon de Cardona, virey de Nápoles, y general de las tropas españolas, se retiró debajo del cañon de Plasencia contando poco con sus auxiliares para atreverse á arriesgar una batalla; pero despues supo batir al rey de Francia, recobró todo el Milanesado, y se retiró al reino de Nápoles.

Durante esta guerra asaltó la última enfermedad al rey Católico, y falleció en Madrigalejo en 23 de enero de 1516. Atendiendo á la incapacidad de doña Juana, nombró en su testamento por gobernador del reino á su nieto don Cárlos de Austria; pero encargó el gobierno, hasta que cumpliese los veinte años que prescribió su abuela, al cardenal de España el célebre Cisneros, y entre sus testamentarios dió el primer lugar á su muger doña Germana, de quien habia tenido un hijo, que murió á pocas horas de nacer. El nombre de Fernando es célebre con razon entre los de los grandes reyes de la tierra; y nadie, sin hacerle injusticia, podrá negarle los gloriosos títulos de *Libertador* del reino de Granada, de *Restaurador* del buen órden y de la tranquilidad pública, de *Conquistador*, de *Grande*..... pero al paso que es preciso confesar las eminentes prendas de que para el gobierno le dotó el cielo, no pueden disimulársele tampoco todos los defectos con que las obscureció en algun modo. La

Digitized by Google

nimia suspicacia de que adolecia; la suma desconfianza con que trataba aun á los que le servian con mayor fidelidad; el mal ejemplo que dejó á sus sucesores de la ninguna seguridad en la fé de los tratados; la indecente vanidad que hacia de burlarse de sus amigos ó de sus confederados; la pretension que tuvo, segun dicen algunos, de casarse con la desgraciada Beltraneja, sacándola del convento donde estaba retirada despues de tantos años, sin otra idea que la de hacer revivir sus derechos á la corona de Castilla, únicamente por vengarse de su yerno, olvidando enteramente lo que debia á su difunta muger, cuya reputacion iba á dejar manchada para siempre con las injustas pretensiones de tan estravagante casamiento, el que efectuó despues con doña Germana de Fox por el deseo de tener un hijo en quien recayese la corona de Aragon para que no la heredase el archiduque don Felipe: todos éstos son defectos que han contribuido no poco á hacer, cuando ménos problemático, el concepto que debe tributarle la posteridad.

Apenas se habia sabido en Flandes la dolencia del rey Católico, los miembros del consejo del príncipe enviaron á España á su preceptor Adriano, natural de Utrech y dean de Lovayna, con instrucciones secretas para impedir cualquiera intriga que pudiese perjudicar á los derechos de don Cárlos; y luego que falleció don Fernando hizo empeño Adriano de apoderarse del gobierno de la monarquía, en nombre de su alumno, hasta que pudiese venir en persona á encargarse de él. Como don Cárlos no tenia aun la edad que prescribia su abuela en su testamento; y por otra parte el abuelo en el suyo dejaba el gobierno al cardenal de España hasta que cumpliese los veinte años; éste se opuso con teson, y no pudieron evitarse algunas disensiones; pero luego se convinieron en gobernar de acuerdo, aunque sus genios absolutamente contrarios no eran los mas á propósito para el caso. No faltaron sin embargo algunos descontentos, particularmente entre la principal nobleza, que quisieron oponerse á la regencia del cardenal, y exigieron les manifestase los poderes con que gobernaba la monarquía. Cisneros procuró satisfacerles con la disposicion testamentaria del rey Católico; pero no dándose por satisfechos á pretesto de que siendo don Fernando un mero gobernador, no podia delegar sus facultades, les hizo asomarse á la ventana de su palacio, y señalándoles un cuerpo de dos mil hombres de tropas veteranas, formados en batalla con mechas encendidas y sostenidos por una numerosa artillería: «Hé aquí, pues, les dijo, los poderes con que gobernaré á la España hasta que venga el príncipe don Cárlos.» Es preciso confesar que hizo buen uso de ellos. Su gobierno firme, pero ilustrado y juicioso, lleno de atenciones para con los grandes, de oficiosos cuidados para con los pequeños, y de pruebas de aprecio hácia el mérito, es un modelo digno de proponerse á todos los ministros; pero no por eso pudo libertarse de los tiros de la envidia y de la maledicencia. Poco sensible no obstante á los libelos y demas viles recursos de sus émulos, respondió en cierta ocasion á uno de sus compañeros que se quejaba de esto mismo: «Pues nos dejan hacer, dejemos á los demas la libertad de hablar. Si es falso lo que dicen, merece risa, y si es cierto, debemos corregirnos.» Murió en Roa cuando pasaba á recibir á don Cárlos, que llegaba de los Paises-Bajos; y dicen fué envenenado, temiendo no suministrase al príncipe algunos avisos saludables, aunque perjudiciales á cierta clase de personas. Los elogios que á este grande hombre grangearon sus altos merecimientos, esceden los estrechos límites de un compendio. Ascendió por sus méritos á la Silla metropolitana de Toledo; procuró economizar todo lo posible el dispendio de las rentas de esta pingüe dignidad, á fin de poderlas invertir en algun objeto ventajoso al estado; y con este ahorro puso en campaña un ejército florido, que él mismo en persona condujo contra Oran. Tomó la plaza, y de este modo logró establecer una especie de barrera contra las irrupciones que hubieran podido intentar los moros en España.

Nadie mas modesto que Cisneros en su vida privada: cuando se hallaba en su mayor elevacion fué á visitar á sus parientes, que eran pobres, aunque honrados; les colmó de beneficios, pero no quiso sacarles de la condicion humilde en que habian nacido. Habiendo llegado á la puerta de una labradora, parienta suya muy inmediata, la sorprendió ocupada en amasar el pan para su familia, y queriendo ella ir á mudarse un vestido mas decente para recibirle: «Este vestido, la dijo, y esa ocupacion os sientan muy bien. No os inquieteis sino por vuestro pan, y cuidad de que no se os eche á perder.» Los que no desdeñen la sencillez de la vida rústica, se representarán con placer al gran Cisneros bajo el pajizo techo de una choza humilde conversando con aquellos inocentes labradores.

Jimenez de Cisneros fundó y dotó espléndidamente la universidad de Alcalá de Henares; y para que no llegase á perderse enteramente el rito muzárabe, fundó en la catedral de Toledo un cabildo de capellanes, con la obligacion de oficiar segun este rito. La Biblia complutense, la primera poliglota que se conoció, es una de las obras que harán inmortal su nombre, por las sumas inmensas que le costó la adquisicion de tantos preciosos manuscritos, y de los sabios que habian de trabajar en ella. La España le debe finalmente multitud de establecimientos de una magnificencia real, siendo lo mas particular de todo que estos gastos se hacian con la mitad de sus rentas, quedando la otra mitad destinada únicamente al socorro de los miserables bajo su inspeccion.

Los principales sucesos que hicieron célebre el reinado de Cárlos I fueron las comunidades de Castilla, las competencias con Francisco I y su prision, la aparicion de la secta luterana, y el retiro de aquel príncipe al monasterio de Yuste. Don Cárlos vivamente estrechado por los regentes y el consejo de Castilla para que viniese á España á tomar posesion de unos estados que habian de pertenecerle muy en breve, hubo de abandonar los Paises-Bajos, y desembarcó en Villaviciosa de Asturias en 19 de setiembre del año de 1517; pero apenas fué reconocido y jurado por las córtes del reino, la muerte de su abuelo, el emperador Maximiliano, le llamó al trono imperial y á la rica sucesion de los estados que poseia su casa en Alemania. Electo emperador por la mayor parte de los vocales que componian el cuerpo germánico, y precisado á partir de nuevo para coronarse en Aquisgran, determinó convocar las córtes del reino para dar á conocer por gobernador en su ausencia á su preceptor Adriano, entónces ya cardenal, y exigir algunas sumas para los gastos del viaje, de su coronacion y algunas otras necesidades que padecia el imperio; pero los castellanos que, contra lo dispuesto por un capítulo de las cortes de Burgos del año de 1511, veian ocupados por extranjeros los principales puestos y dignidades; que por otra parte tenian quizá bastantes motivos para resentirse de la avaricia y rapacidad flamenca; y sobre todo, que no podrian sufrir la idea de que se estrajese del reino cantidad alguna de numerario, empezaron á dar muestras del descontento que de algun tiempo encerraban en sus corazones. Ya se habian dejado percibir algunas centellas con motivo de haberse conferido á Guillelmo Croy, señor de Gevres, la dignidad primada arzobispal de Toledo; y aun se habian puesto sobre las armas con pretesto de prevenirse contra los moriscos que mantenian correspondencia oculta con los africanos; pero estos movimientos no se creyeron por entónces dignos de atencion, ni pasaron tampoco adelante, hasta que don Cárlos convocó las córtes en Santiago de Galicia.

Esta resolucion desagradó notablemente, no solo por el objeto, sino tambien por la novedad de celebrar en Galicia las córtes de Castilla y Leon, cosa nunca vista hasta entónces. Los procuradores de Toledo, Salamanca y otras ciudades, quisieron manifestar previamente á don Cárlos cuanto, segun las circunstancias, les parecia conducente al bien del estado y á la quietud de los pueblos; y le salieron al encuentro en Valladolid, donde se hallaba de paso para Santiago; pero informado privada-

Digitized by Google

mente de que querian se señalase otra ciudad para la celebracion de las córtes; que no se pidiese en ellas servicio alguno; que se prohibiese conferir á extranjeros los empleos públicos; estraer moneda del reino; y en una palabra, que se removiesen las causas del descontento general: se escusó de oirlos hasta Tordesillas, adonde pasaba para despedirse de su madre. Con este motivo se esparció la voz de que intentaba llevársela consigo á Alemania, y al punto se alborotó Valladolid. Mas de seis mil hombres armados se reunieron inmediatamente en la plaza á son de campana, gritando: *Vi a el rey y mueran sus malos consejeros*; y efectivamente, á no haberse puesto en salvo el señor de Gevres y los demas flamencos que le acompañaban, hubieran desahogado en ellos su ojeriza de un modo bien atroz. Algunos ligeros castigos intimidaron á los amotinados, y toda su furia se calmó inmediatamente; de suerte que don Carlos pudo continuar su viaje á Santiago sin la menor molestia ni inquietud.

Las córtes se abrieron con efecto á principios de abril de 1520; pero despues de repetidas sesiones nada pudo concluirse en ellas, porque los procuradores de Toledo, Salamanca, Sevilla, Córdoba, Toro, Zamora, Ávila y otras ciudades, se negaron á conceder el servicio, que era el objeto principal de esta asamblea. Vivamente irritado don Cárlos, trasladó las córtes á la Coruña, y á permitirselo las circunstancias hubiera esplicado su resentimiento con un castigo ejemplar de los procuradores; pero se contentó por entónces con desterrar al de Toledo, que fue el mas obstinado. Esto bastó para que Toledo se sublevase repentinamente, acaudillada por uno de sus principales habitantes, llamado Juan de Padilla, y por su muger doña María Pacheco; y las órdenes que espidió don Cárlos para prender á los principales cabezas del tumulto solo sirvieron para exasperar mas á los amotinados. El populacho irritado, no solo impidió la prision, sino que hubiera asesinado al corregidor, alcayde y alguacil mayor, á no haberse ellos puesto en fuga con anticipacion. Los *Comuneros* (nombre que tomaron los insurjentes) en número de veinte mil hombres, se apoderaron del alcázar y de las puertas de la ciudad; arrojaron de ella á los ministros y oficiales reales, y pusieron otros de su faccion; pero mediaron algunos eclesiásticos, y con sus persuasiones consiguieron aplacar algun tanto los ánimos; de suerte que habiendo podido hallar los amotinados al corregidor, cuando este infeliz esperaba la muerte, se contentaron con quitarle la vara; y volvérsela luego en nombre de la comunidad y del rey.

Las Córtes de la Coruña se concluyeron á principios de mayo; y á pesar de la oposicion de un gran número de ciudades, pudo conseguir don Cárlos un servicio de doscientos millones de maravedis en tres años; pero no dejaron de insistir los procuradores en sus pretensiones de que *á nadie se le permitiese, pena de la vida, estraer del reino numerario alguno: que los empleos y dignidades se confiriesen únicamente á naturales, despojando á los extranjeros de las que*, decian, *haber usurpado injustamente*; y añadieron, *que pues la escuadra estaba pronta para hacerse á la vela, procurase S. M. volver pronto de su viaje, aunque sin traer á su regreso gentes extranjeras: que pusiese su casa en el pié de economía en que la habian tenido sus predecesores, cercenando gastos inútiles y de mero lujo*: y por último, *que fuesen españoles los sugetos á quienes en su ausencia confiase el gobierno de la corona*.

Las cosas sin embargo quedaron en el mismo estado; y don Carlos á su partida, despues de exhortar á la paz á los tres brazos representantes del reino, declaró gobernador de Castilla y Leon al cardenal Adriano, asociado con el presidente y chanchillería de Valladolid; virey de Valencia á don Diego de Mendoza; justicia mayor de Aragon á don Juan de Lanuza; y capitan general de sus armas á don Antonio Fonseca. Representaron contra el nombramiento de gobernador; pero don Cárlos no dió oidos, y se hizo á la vela en 20 del mismo mes.

Á vista del poco fruto que habian producido las reclamaciones de los procuradores, y de la agitacion en que se hallaba el reino, nadie podia prometerse favorables consecuencias; y efectivamente, el furor de los comuneros creció hasta un estremo inaudito. Bajo la voz y divisa del bien de la patria, contra los extranjeros que venian á desangrarla, ahorcó el populacho de Segovia á varios alguaciles reales, al procurador de Córtes Rodrigo de Tordesillas, y á otras personas. Zamora, acaudillada por su obispo don Antonio de Acuña, cometió aun mayores atentados. Valladolid quiso ahorcar á sus procuradores por haber consentido el donativo de los doscientos millones. Los comuneros de Madrid se apoderaron del gobierno; le encomendaron á personas de su partido; y entregando el alcázar al licenciado Castillo, le nombraron alcalde de la villa. En una palabra, la insurreccion fué comunicándose de pueblo en pueblo con tal rapidez, que en un momento se vieron sublevadas las ciudades de Ávila, Guadalajara, Cuenca, Medina del Campo, Sigüenza, Jaen, Baeza, Alcalá, Leon, y otras innumerables. La gente que armaron, y los auxilios que enviaban los comuneros á cuantos los necesitaban contra los realistas, pusieron al cardenal y demas gobernadores en la mayor consternacion y apuro, sin saber que partido tomar. De esta inaccion se aprovecharon Padilla y otros comuneros poderosos para apoderarse de la reina madre doña Juana, á protesto de acaudillar la gente que Toledo, Segovia y Madrid enviaban para servirla en medio de aquellas turbulencias, y tomaron el nombre de la reina, decretaron la prision del presidente y oidores de la chancillería de Valladolid; pero estos ministros tuvieron la fortuna de recibir aviso: y pudieron salvarse bajo diferentes disfraces. El cardenal mismo llegó á temer algun desacato hácia su persona y se refugió disfrazado tambien á Rioseco, desde donde dió parte al príncipe don Cárlos del riesgo en que se hallaba la España y de cuan urgente era su venida. Tambien le escribieron por su parte los comuneros, dando á las cosas el aspecto que les era mas favorable: pero el príncipe, que se hallaba informado por los flamencos que se habian refugiado en su patria, huyendo del peligro, contestó con suavidad y blandura, prometiendo regresar en breve, y otorgar cuanto le suplicaban. Sin embargo, al mismo tiempo encargó separadamente á la nobleza que auxiliase á las justicias, y asoció al cardenal para el gobierno al almirante de Castilla don Fadrique Enriquez y al condestable don Iñigo de Velasco.

Estas cartas produjeron el deseado efecto, y algunas ciudades imitaron a Burgos, que fué la primera en deponer las armas. Por otra parte los nobles de Castilla y Leon se pusieron al frente de sus tropas, y con el refuerzo de los demas realistas pudieron juntar un ejército de diez mil y quinientos hombres que se acuarteló en Rioseco. El de los comuneros constaba ya de diez mil infantes, cuatrocientos hombres de armas, y novecientos caballos, cuando se les reunió el obispo de Zamora á la frente de novecientos hombres, clérigos la mayor parte, armados y furibundos, y se hizo fuerte en Tordesillas. Mediaron entre ambos ejércitos algunas proposiciones de convenio; pero los comuneros, lejos de avenirse á cosa alguna, se pusieron con todas sus fuerzas sobre Rioseco y presentaron batalla á los realistas. Éstos la rehusaron; pero supieron aprovecharse de su imprudencia para sorprenderlos y apoderarse de Tordesillas. En desquite Juan de Padilla, á quien eligieron por su gefe los comuneros, ocupó á Torre-Lobaton, villa propia del almirante; pero con noticia de que los realistas, á la órdenes de los condes de Haro y Oñate, pensaban atacarle en ella, trató de refugiarse á Toro, donde le era mas fácil oponer una defensa vigorosa. Tuvo la desgracia de ser alcanzado en el camino junto á Villalar, y acometido por el frente y flancos; y habiendo sobrevenido en medio de la refriega un recio temporal de viento y lluvia, que daba en los ojos á los comuneros, quedaron dueños del campo los realistas, haciendo prisioneros á los principales caudillos de los insurgentes. El valiente Padilla, herido en una pierna, cayó igualmente en poder de los vencedores, y al dia siguiente, 24 de abril

Digitized by Google

de 1521, sufrió con todos sus compañeros la pena capital.

Sobrecogida Valladolid con la noticia de este suceso, trató de reducirse implorando el perdon. Obtuvo con efecto un indulto general, y solo fueron castigadas diez y ocho personas de las mas inquietas; pero con tal disgusto del pueblo, que cuando entró despues en la ciudad el ejército real, permanecieron encerrados en sus casas todos los vecinos, y nadie, ni aun por curiosidad, quiso abrir una ventana. Á Valladolid siguieron Segovia, Salamanca, Medina del Campo, Zamora y demas pueblos sublevados, á escepcion de Toledo, que lejos de intimidarse con la muerte de Padilla, se encendió en mayor furor. Los realistas que habia en ella intentaron refrenar la demencia de los comuneros, abriendo las puertas al marques de Villena, pero la valerosa doña María Pacheco suplió de tal modo las veces de su difunto marido, que apoderándose del alcázar, no solo tuvo á raya á sus enemigos, sino que obligó al marques á retirarse. Bloqueada la ciudad despues por un destacamento de tropas realistas, los comuneros, animados por el espíritu varonil de aquella valiente amazona, digna de mejor causa, se defendieron con la mayor obstinacion. Faltos de víveres, de municiones y recursos, se precipitaban en el campo de los sitiadores con todo aquel furor que infunde la desesperacion; vencedores en algunos pequeños encuentros, repetian con doble esfuerzo estas sangrientas escenas; pero últimamente, habiendo perdido en una de ellas mas de mil y seiscientos hombres, se vieron precisados á capitular. La mediacion del clero les alcanzó el perdon, y todos depusieron las armas, á escepcion de doña María, que, temiendo no conseguirlo, é implacable por la muerte de su marido, se hizo fuerte en el alcázar, y jamás quiso rendirse. Los realistas la tuvieron mas de tres meses bloqueada, asaltaron la fortaleza repetidas veces, la entraron igualmente; pero doña María les disputó á palmos el terreno, y solo cuando ya se halló sin esperanzas de vencer, se puso en fuga con un hijo suyo, y disfrazados de aldeanos se refugiaron en Portugal. Toledo quedó por este medio sosegada, y la venida del emperador y su clemencia acabaron de restablecer la tranquilidad en todo el reino. Merece referirse la respuesta que dió en esta ocasion á uno de sus cortesanos, que le declaró donde se ocultaba cierto caballero de la faccion de los comuneros: «Mejor hubierais hecho, dijo el indulgente monarca al delator, en haber avisado á ese caballero que yo estaba aquí, que en avisarme á mí donde está él.»

Durante estas inquietudes domésticas, Enrique de Labrit, que no perdia un momento de vista la recuperacion del reino de sus padres, patrocinado por Francisco I, quiso aprovecharse de las circunstancias: y envió contra Navarra un poderoso ejército francés que penetró sin resistencia hasta el castillo de Pamplona, defendido valientemente por el bizarro don Ignacio de Loyola. Luego que una bala de cañon puso á este marcial jóven en estado de no poder pelear, abrió el castillo las puertas, y toda la Navarra quedó sujeta al vencedor en el año de 1521; pero el ejército francés, en vez de fortificarse en Navarra, como debiera, se introdujo en Castilla con objeto de dar calor á los malcontentos, y llegó hasta poner sitio á Logroño; pero encontró con lo que no esperaba. Mientras esta ciudad se defendia bizarramente, le atacó con sus valerosas tropas la nobleza castellana; le derrotó en las Navas de Esquiros, dejando mas de seis mil hombres tendidos en el campo, haciendo prisionero á su general, apoderándose de toda su artillería y bagages; y por último, despues de seguirle el alcance hasta Pamplona, le obligó á volver á pasar los Pirineos.

Habiendo vacado por este tiempo la Silla de san Pedro por muerte de Leon X, el emperador don Cárlos, que deseaba dar una prueba á su preceptor Adriano de cuan satisfecho se hallaba de sus servicios, empleó todo su influjo para que recayese en él la eleccion del consistorio. Era sin duda el cardenal muy digno de esta elevacion, pero no bastaba merecerla para conseguirla, y desde la cátedra de teología en la universidad de Lovayna hasta la cátedra de Roma, no dejaba de haber una distancia inmensa. Sin embargo, el camino no fué largo, y fué bien brillante para Adriano. En el año de 1523 se ciñó la tiara; y don Cárlos que todo lo esperaba de un pontífice que se lo debia todo, pidió y obtuvo el derecho de presentar todos los obispados de España, y la perpetua administracion de las órdenes militares; pero quiso la desgracia que aquel pontificado fuese de duracion muy corta y que Adriano muriese á poco mas de un año de su eleccion.

Desembarazado don Cárlos de las turbulencias interiores, y libre ya de la guerra de Navarra, se vió empeñado en otra nueva, suscitada tambien por el rey de Navarra. El poder de Cárlos V escitaba la envidia; y aun el temor de toda Europa; pero quien mas abiertamente se declaró desde luego su competidor, y el émulo de sus glorias, fué Francisco I, el cual no contento con haberle hecho oposicion, aspirando igualmente al cetro imperial, y con favorecer los proyectos de Enrique de Labrit contra Navarra, hizo revivir sus pretensiones al ducado de Milan, y despojó violentamente al duque Francisco de Esforcia. Cárlos, para espeler de Italia á los franceses, se unió con el pontífice, que á la sazon era Clemente VII, sucesor de Adriano, si bien ayudó muy poco el papa en las campañas que se siguieron. Las armas imperiales esperimentaron por lo general sucesos muy favorables en aquella porfiada guerra, la cual vino á terminarse gloriosamente para el emperador con una célebre batalla, dada en 1525, entre el ejército español y el francés, junto á los muros de Pavía, plaza que tenia sitiada Francisco, y defendia el animoso capitan Antonio de Leyva. Á pesar del superior número de los franceses, animados con la presencia de su mismo soberano, á quien no pueden negarse las prendas de esforzado y diestro guerrero, triunfaron completamente los españoles, haciendo prodigios de valor en aquel memorable dia, bajo la direccion y mando del marques de Pescara, que se distinguia entre los principales gefes por su espíritu y pericia militar. Quedó prisionero de guerra el rey Francisco con una porcion de señalados caudillos, entre ellos Enrique de Labrit; perdió mas de diez mil hombres, y las reliquias de su destrozado ejército huyeron de Italia apresuradamente.

Estremecióse la Italia toda al ver esta conquista, pues poseyendo Cárlos á Nápoles, Sicilia, Cerdeña y el Milanesado, podia considerársele dueño de la mayor y mejor parte de la Europa; y teniendo en su poder al rey de Francia, ya no quedaba quien lo contrarrestase, y podria sin dificultar apoderarse de ella apenas lo intentase. Por lo mismo, las potencias de Italia procuraron la libertad de Francisco, aun por los medios viles de la traicion y de la fuga; pero la fidelidad de don Pedro de Alarcon, que le tenia bajo su custodia, hizo ilusorias todas sus tentativas. Entónces se creyó necesario transportar á España al ilustre prisionero; y desde Pizzighitonne, donde se hallaba detenido, fué conducido á Madrid con la consideracion debida á su persona. Aquí le visitó el emperador con el mayor afecto: procuró consolarle en su desgracia, y por último le concedió la libertad bajo muchas condiciones, siendo la principal que habia de abandonar sus pretensiones á los estados de Milan, Génova, Nápoles, los Paises-Bajos y Borgoña. Fueron aceptadas todas ellas por el rey prisionero en una solemne concordia, firmada en Madrid con la cláusula de que si en el espacio de seis meses no quedaban cumplidas, se restituiria voluntariamente á la prision aquel soberano, para lo que empeñó su fé y palabra real. Á pesar de tan formales promesas no se verificó la observancia de aquellos pactos; ántes bien, negándose á ella el rey de Francia, envió á Cárlos V embajadores, haciéndole proposiciones muy diversas, y pretendiendo dar la ley el que la habia recibido.

Durante las negociaciones para el rescate de Francisco las potencias de Italia, que no pudiendo desechar el temor que les infundia el asombroso poder de Cárlos V, no habian podido conseguir tampoco la evasion de su ilustre competidor, tuvieron la poca delicadeza de recurrir

Digitized by Google

segunda vez á medios igualmente viles para suscitarle enemigos. El marques de Pescara, comandante de las armas imperiales, se hallaba algo descontento de Cárlos por ciertas etiquetas; y creyendo que no le seria difícil conseguir que abandonase los intereses del rey su amo, le hicieron indignas proposiciones para que convirtiese contra él sus armas, y aun llegaron hasta ofrecerle la corona de Nápoles; pero aquel leal y honrado vasallo, no solo se negó á partido tan indecoroso, sino que dió parte á su soberano del inicuo designio; y los tentadores de la fidelidad de Pescara, viéndose descubiertos, hubieron de recurrir á otros arbitrios mas decentes y ménos infructuosos.

Concertaron pues una liga, que llamaron *de la libertad de Italia*, y por otro nombre *Clementina*, por ser Clemente VII su principal corifeo, en la cual, además del pontífice, la república de Venecia y el mismo duque de Milan, á quien el emperador acababa de restablecer en la posesion de sus estados, entraron los franceses, los ingleses, los florentinos y casi todos los príncipes italianos. El emperador hizo todo lo posible por separar á Clemente de la liga. Le envió embajadores que le hiciesen conocer cuan imprudente y ageno de la cabeza de la Iglesia era fomentar una nueva guerra entre príncipes cristianos, al mismo tiempo que el turco, insolente con las recientes conquistas de Egipto y Rodas, amenazaba toda la cristiandad; pero últimamente, viendo que eran infructuosos estos prudentes oficios, encargó el mando de sus valerosos tercios al duque de Borbon, condestable de Francia, que por desabrimientos con su corte se habia pasado al servicio del emperador, y dado pruebas de esforzado guerrero en la batalla de Pavía y en otras empresas. Este animoso caudillo marchó derecho á Roma resuelto á tomarla por asalto; hizo aplicar las escalas; subió al muro de los primeros, y murió en la accion. Sucedióle en el mando el príncipe de Orange; entraron en la ciudad sus tropas; la saquearon y destruyeron con indecible furia por espacio de siete dias; y despues de hacer una matanza horrible en los coligados, obligaron á Clemente á refugiarse en el castillo de San-Ángelo, con algunos cardenales y otros parciales suyos. Allí le cerraron, le estrecharon por espacio de un mes, y por último, el papa, falto de víveres, de municiones y dinero, no tuvo mas recurso que rendir el castillo en junio de 1527 con obligacion de satisfacer cuatrocientos mil ducados; de entregar á Civitavechia, Parma, Plasencia, Módena y Tiferna; de no embarazar al emperador en los asuntos de Milan y de Nápoles; y finalmente de quedar preso por espacio de seis meses, dentro de los cuales habian de quedar cumplidas estas condiciones. Sin embargo, solo estuvo detenido en el castillo algunos dias y luego se le permitió volver al Vaticano; pero en una de las noches inmediatas al dia en que iba á cumplirse el plazo, se huyó disfrazado á Orbieto, ciudad fuerte, guarnecida por tropas de la liga.

Aunque tenia sobrada justicia Cárlos V para dejar castigada la mala correspondencia de Clemente á los particulares beneficios que le debia, lejos de aprobar los escesos y violencias que con tal desenfreno cometieron sus tropas en la capital del orbe cristiano, le fueron tan sensibles, que cuando recibió la noticia mandó suspender los regocijos públicos con que en Valladolid se celebraba el nacimiento de su primogénito don Felipe, que acababa de dar á luz la emperatriz doña Isabel, hermana del rey de Portugal don Juan III. Entre tanto, con pretesto de poner en libertad al pontífice, envió Francisco I á Italia nuevo ejército; el cual logró al principio no pocas ventajas, apoderándose con rapidez de Génova y Pavía, entrándose por el reino de Nápoles, y poniendo sitio á la misma capital. Sus defensores eran muy pocos; pero estaban acaudillados por los mejores capitanes de aquel tiempo, don Hugo de Moncada, don Pedro de Alarcon, el príncipe de Orange, el marques del Vasto y otros varios. Sin embargo, la escuadra francesa, que al mando de Filipin Doria tenia bloqueado el puerto, deshizo casi enteramente la española. Moncada murió en la refriega; murieron tambien otros caudillos; otros fueron hechos prisioneros; y la guarnicion, sensiblemente disminuida, esperaba el asalto de un momento á otro, cuando repentinamente se mudó la escena. Andrés Doria, célebre capitan de mar, que se hallaba al servicio de Francia con un gran número de galeras propias, resentido por cierto desaire que recibió del general francés, y además lisonjeado con mas ventajoso partido por el príncipe de Orange, se pasó al servicio del emperador, y mandó á Filipin su sobrino que separase sus galeras de las de su antiguo aliado, é introdujese en Nápoles un oportuno refuerzo de tropas, víveres y municiones. Este imprevisto acontecimiento, el prodigioso valor de los imperiales, y principalmente la pestilencial enfermedad que empezó á propagarse por las tropas francesas, las obligaron á levantar el campo, á retirarse con precipitacion, y á perder todo lo conquistado. En tales circunstancias, el papa que veia con dolor su corte dominada por extranjeros, y su partido ya muy débil; y el rey de Francia, que ya empezaba á cansarse de lidiar desventajosamente con un competidor tan poderoso y tan afortunado, trataron de restituir á la Italia la quietud de que por tanto tiempo habia carecido, y pidieron la paz. El emperador prestó generosamente oidos á sus súplicas; y despues de haberse reconciliado con Clemente bajo condiciones decorosas, se convino tambien con Francisco I en Cambray, año de 1529, bajo los mismos artículos, si bien algo reformados, de la concordia hecha en Madrid, restituyendo al rey de Francia, mediante la suma de dos millones de escudos de oro, las personas del delfin y de su hermano mayor, que habian sido entregadas en rehenes para la seguridad de aquel concierto. En esta paz fueron igualmente comprendidos el rey de Inglaterra, y todos los príncipes y repúblicas de Italia, ménos Florencia, que al principio se negó obstinadamente á todo partido; pero que por último tuvo que ponerse en manos del vencedor. Cárlos pasó luego á Bolonia, y allí recibió de mano del pontífice la corona imperial con la mayor solemnidad y pompa; tuvo bastante generosidad para olvidar la ingratitud de Francisco Esforcia y concederle nuevamente la investidura del ducado de Milan; y por último, dió á los florentinos por señor, con título de duque, á un sobrino del papa, llamado Alejandro de Médicis, á quien casó con Margarita de Austria, su hija natural. De Italia pasó el emperador á Alemania, en donde hizo coronar rey de romanos á su hermano el infante don Fernando, que además de poseer los estados hereditarios de la casa de Austria, reunia ya en su cabeza las coronas de Hungría y de Bohemia.

El emperador turco, Soliman, invadió por entónces estos dos reinos con un formidable ejército; pero Cárlos V, á la frente de sus tropas, le obligó á retirarse con gran pérdida y desaire: hazaña que no fué sin duda la menor de las suyas, tanto por las fuerzas que conducia el orgulloso enemigo, como por la gravedad de una empresa en que se trataba de la libertad ó de la destruccion de las potencias cristianas.

Volvió el emperador á España pasando por Italia; y entre tanto Haradin Barbaroja, atrevido pirata, que desde largo tiempo tenia infestadas las costas del Mediterráneo, despojó del reino de Tunez á Muley-Hacem, feudatario de los reyes de Castilla. Imploró éste el socorro de Cárlos, quien, recibiéndole bajo su proteccion, se presentó delante de la Goleta con una armada de cuatrocientas velas. Tuvo que apoderarse a viva fuerza de esta fortaleza casi inexpugnable, que defiende la entrada del puerto de Tunez, y se hallaba bien pertrechada por Barbaroja: puso en fuga á la guarnicion; y resuelto á castigar al pirata, marchó derecho á la plaza, sin arredrarle el asombroso número de sus defensores que llegaba, segun dicen, á ciento y cincuenta mil. Barbaroja le salió al encuentro en medio de aquellos ardientes arenales con noventa mil hombres, en la confianza de que el ardor del clima, la sed y la fatiga dejarian su cimitarra ociosa; pero los españoles por lo mismo le acometieron con mayor denuedo, y haciendo pedazos aquella muchedumbre

Digitized by Google

obligaron á su gefe á refugiarse dentro de los muros de Tunez. Corrido el africano al verse tan completamente deshecho por un puñado de gente, quiso tomar la infame venganza de mandar volar las mazmorras en que tenia encerrados mas de veinte mil cristianos; pero estos infelices por un efecto de desesperacion rompieron sus prisiones, y apoderándose de la fortaleza, abrieron las puertas al ejército imperial, que, despues de una matanza horrible, entró vencedor en Tunez, año de 1535. Barbaroja tuvo la fortuna de salvarse en Argel; pero Carlos, restituyendo generosamente á Muley-Hacem la corona perdida, aseguró los mares contra las piraterías que alentaba á ejecutar el abrigo del fuerte de la Goleta; bien que Barbaroja, auxiliado del turco, no dejó de molestar despues tambien á los cristianos.

El carácter de Carlos, ardiente, activo y belicoso, era sin duda el mas á propósito para las circunstancias en que se vió constituido. Casi todo su reinado fue una continuada serie de campañas; y aun cuando hubiese querido evitar algunas guerras, no le hubiera sido muy fácil, envidiándole su prosperidad tantos y tan poderosos enemigos. Murió el duque de Milan Francisco Esforcia, dejando en su testamento sus estados al emperador; y esto fue un nuevo motivo para que su enconado rival, el rey de Francia, resucitase sus pretensiones al Milanesado y volviese á inquietarle. Renovóse la guerra, y al principio no dejó de lograr Francisco I algunas ventajas en el Piamonte, que habia invadido con numeroso ejército; pero el emperador por su parte, no solo reprimió el ímpetu de los franceses, sino que recobró las plazas ocupadas; se introdujo en la Provenza; conquistó algunos pueblos, y puso cerco á Marsella. En una palabra, la Francia parecia amenazada de un terrible golpe: pero el éxito desmintió las conjeturas. Marsella se defendió muy bien, y la epidemia que sobrecogió al ejército imperial le redujo bien pronto á ménos de la mitad y obligó á Cárlos á levantar el sitio y replegarse á Niza. En el asalto de una torre inmediata á esta plaza murió el célebre Garcilaso de la Vega, que despues de haber ilustrado con su pluma las musas castellanas, seguia la carrera de las armas acreditando el valor que correspondia á su ilustre nacimiento, é indignado Carlos por la desgraciada muerte de aquel dulce poeta y noble soldado, mandó pasar á cuchillo á todos los que defendian la torre. Finalmente, por mediacion del papa Paulo III, sucesor de Clemente, concertó Cárlos V en Niza una tregua de diez años con el rey de Francia; y se restituyó á España, quedando reconciliados á lo menos por el pronto ambos soberanos.

Una lucha tan obstinada y continua no podia sostenerse sin crecidos dispendios; y agotado el erario fué preciso recurrir á nuevas imposiciones. Resintiéronse algunos pueblos; pero Gante principalmente se negó con descaro á acudir á las públicas urgencias, y tomó las armas para sostener el atentado. Amenazaba una sublevacion general en los Paises-Bajos, que clamaban por la presencia del emperador; y como en estas ocasiones nada importa tanto como la celeridad, para ir con mayor diligencia, Carlos escesivamente confiado en la buena fe y honradez de Francisco I, pidió paso libre por Francia, que le fué concedido sin ningun reparo. Francisco le recibió en Paris con las mayores muestras de afecto y cordialidad; le hospedó en su palacio mismo, y le trató con generosa magnificencia. Como la política del mundo se gobierna por cánones muy distintos que la que se funda en la honradez, fué problema entre los políticos de aquel tiempo. ¿cual de los dos príncipes se mostró mas necio en esta ocasion, si Carlos que fue á ponerse en manos de su enemigo capital, ó Francisco que no se apoderó de Carlos hasta el efectivo recobro de la Navarra y del Milanesado? Como quiera que sea, Cárlos salió libremente de Francia con mayor dicha que prudencia, y para colmo de felicidad su presencia sola calmó las inquietudes de los Paises-Bajos.

Á vista de tan generosa conducta hubiera creido cualquiera que la reconciliacion de Francisco con Cárlos era de las mas sinceras y cordiales; pero como las renuncias de aquel al derecho que juzgaba tener al ducado de Milan, solo habian sido aparentes, y jamás habia perdido ocasion de reiterar sus pretensiones, rompió la tregua apenas pasó un año con el especioso pretesto de vengar la muerte de dos embajadores suyos, que caminando á Constantinopla habian sido asesinados en Italia, imputando este atentado á secreta disposicion del gobierno español. Cárlos V acababa de padecer entónces una fatal derrota en Argel, á cuya conquista habia partido con poderosa escuadra, perdiendo la mayor parte de sus buques á la violencia de una furiosa tempestad; y pareciéndole á Francisco oportuna ocasion de acometer á su enemigo, empezó las hostilidades por varios puntos á un mismo tiempo. El Piamonte, el Brabante, el Luxemburgo y el Rosellon se vieron en un momento invadidos por otros tantos ejércitos aguerridos y numerosos. El delfin sitió á Perpiñan con cuarenta y cuatro mil hombres; pero halló tal resistencia en esta plaza, que levantó el cerco. El duque de Orleans en Luxemburgo, y el de Cleves en Brabante, lograron algunas ventajas, aunque los imperiales consiguieron al cabo resarcir muchas de sus pérdidas, obligando al de Cleves á pedir partido. En Piamonte hicieron los franceses mas rápidos progresos, y ganaron cerca de Cariñan una importante batalla; pero el emperador, aliado con el rey de Inglaterra Enrique VIII, penetró en Francia por la parte de Lorena, rindiendo cuanto se oponia á sus armas. No se llegó sin embargo á combate decisivo, porque Francisco, temiendo la superioridad de las fuerzas de Cárlos, que se acercaba á Paris precedido del espanto y la victoria, pidió la paz en 1544, ratificando la renuncia de sus derechos á Milan, Nápoles y otros paises; y sin duda debió quedar escarmentado ó bien persuadido de la constante fortuna de su competidor, pues desde entónces no llegó á molestarle.

No estaba el imperio menos necesitado de la paz que lo estaba la Francia, porque la heregía del pertinaz Lutero, que en 1517 apareció en Sajonia por primera vez, favorecida de varios príncipes alemanes, y particularmente del duque, elector de Sajonia y del landgrave de Hesse, habia llegado con el tiempo á hacer los mas rápidos progresos, sembrando por todas partes el fuego de la discordia y de la rebelion. Desde que Carlos ocupó el trono imperial habia trabajado inútilmente en apagar este incendio, valiéndose de todos los medios suaves que le parecieron propios para solicitar la paz y la concordia; pero últimamente, recelando el duque de Sajonia, el landgrave y demas príncipes luteranos que echase mano de las armas para reducirlos, se confederaron contra el. Luego que cesaron las funestas discordias entre España y Francia, tomó el emperador sus medidas para disipar esta liga, pero los *Protestantes*, nombre que tomaron los luteranos por haber protestado contra el concilio de Trento, que se celebró por entónces, se previnieron igualmente por su parte; y resueltos á hacerle frente, llegaron á poner sobre las armas un ejército de ciento y veinte mil hombres. Carlos, sin embargo, no se detuvo en atacarlos, y les ganó una importante victoria, en que hizo prisioneros al de Sajonia y al de Hesse, despues de una empeñada guerra en que no solo manifestó su esfuerzo, sino tambien su industria y sagacidad, dando tiempo á que se fuese debilitando el poder de sus enemigos. En efecto, siendo la liga de los protestantes un cuerpo compuesto de muchas cabezas, y no subsistiendo su ejército sino de las contribuciones de varias ciudades, habia de llegar el caso de que éstas se cansasen de tan insoportable gravámen. Apaciguáronse por entonces las revoluciones que la heregía causaba en Alemania, y las hubiera cortado para siempre el diligente zelo de Carlos V, si Enrique II, sucesor de Francisco I en la corona de Francia y en la rivalidad, no le hubiese distraido con una nueva guerra uniéndose á sus enemigos.

Cuando mas ocupado se hallaba Carlos en sacar de su victoria sobre los hereges todas la ventajas que podia prometerse, y en hacer frente al turco, que habia invadido la Alemania, el nuevo rey de Francia se apoderó repentinamente de la ciudad de Metz en Lorena, que per-

Digitized by Google

tenecia al imperio, y además introdujo la guerra en el Milanesado y en los Paises-Bajos. Vióse precisado el emperador á contemporanizar con los protestantes, y aun puso en libertad á sus principales corifeos, para separarlos de la alianza con la Francia; y juntando un ejército respetable, emprendió la conquista de Metz con el mayor empeño. La vigorosa defensa del duque de Guisa, que se encerró dentro de la plaza, el rigor de la estacion, y mas que todo las enfermedades epidémicas que se declararon en el campo, arruinaron el ejército imperial y pusieron al emperador en precision de levantar el sitio. Esta desgracia le fué todavia mas sensible que la que padeció delante de Marsella; y comenzó desde aquel tiempo á mirar con tedio ó con disgusto el ejercicio de la guerra. Dos años despues padeció su ejército otra derrota por las armas francesas junto á Renti en el pais de Artois, cuya noticia recibió como hombre desengañado del mundo y de sus glorias, diciendo: «¡Cómo se conoce que la fortuna es dama cortesana, que gusta de los mozos y se cansa de los viejos!» Fatigado al fin de las armas y molestado de achaques, especialmente de la gota, dió el mas público y singular testimonio de su desengaño, renunciando la corona de España en su hijo el príncipe don Felipe, y la del imperio en su hermano Fernando, ya rey de Romanos. Retiróse á vivir privada y pacíficamente en el monasterio de Yuste, órden de san Gerónimo, á siete leguas de Plasencia en Castilla la Vieja, donde permaneció desde el año de 1556, en que hizo la renuncia, hasta 21 de setiembre de 1558 en que falleció, empleado únicamente en ejercicios piadosos, y tan desentendido de los negocios públicos, como si le hubiesen sido absolutamente desconocidos. En 11 de abril de 1555 habia fallecido tambien su madre la reina doña Juana, que retirada y oculta en el palacio de Tordesillas, subsistió hasta la muerte sin alivio en la dolencia que habia trastornado su razon.

Algunos escritores prodigan los elogios en favor de Cárlos V, y otros deprimen hasta el estremo su mérito; pero lo mas prudente es creer que ni para lo uno ni para lo otro hay bastante razon. Le acusan de haber espendido sumas inmensas en guerras inútiles, y quizá algunas lo serian efectivamente; pero ¿porqué no se ha de confesar tambien que la rivalidad de sus enemigos le suscitó la mayor parte? Para la defensa de sus estados y aumento de la religion hizo nueve viajes á Alemania, seis á España, siete á Italia, diez á Flandes, cuatro á Francia, dos á Inglaterra, y otros dos al África, absorviendo en ellos, segun dicen sus émulos, las riquezas de todos sus estados: pero ¿porqué no hemos de creer que su presencia era necesaria en aquellos puntos, aun cuando no fuese mas que para infundir en sus soldados aquella confianza precursora de la victoria? Desapruébese enhorabuena el empeño con que aspiraba sin rebozo á la monarquía universal: desapruébese el error político con que se desprendió de la isla de Malta á favor de la religion de san Juan, siendo éste un punto tan importante para proteger la navegacion del Mediterráneo: desapruébense últimamente algunos otros defectos que se notaron; pero guárdese la imparcialidad propia de un historiador, y hónrese en lo demas la memoria de este héroe, que arrebató la admiracion de Europa.

En tiempo de Carlos V se empezó á dar á los reyes de España el título de *Magestad* en lugar del de *Alteza* que habian usado hasta entonces, y se estableció formalmente la dignidad de *Grande de España* en los que antes se llamaban *Ricos-hombres*. Dió nueva planta al consejo de Estado, é instituyó el de Indias, en cuyos negocios entendian desde el tiempo de los reyes Católicos algunos ministros escogidos de otros tribunales. Y finalmente en su reinado se hicieron las memorables conquistas de Mejico y del Perú.

Desde las atrevidas empresas de Cristóbal Colon no cesaron de hacer descubrimientos y conquistas en el Nuevo Mundo muchos insignes pilotos y caudillos españoles, entre los cuales se escuchan con admiracion los nombres de Alonso de Ojeda, Diego de Nicuesa, Vasco Nuñez de Balboa, Juan Ponce de Leon, Juan Diaz de Solis, Rodrigo de Bastida, Francisco Fernandez de Córdoba, Juan de Grijalva, y otros no menos dignos de memoria. En 1518 el portugués Fernando de Magallanes, descontento de su soberano, que no remuneraba sus servicios, vino á ofrecerlos á la corte de España. Partió de Sevilla con cinco navíos, y en 1519 descubrió, con nueva y peligrosa navegacion, el estrecho que desde entónces tomó su mismo nombre. Hernan Cortés, natural de Medellin en Estremadura, hombre de notable esfuerzo, penetracion y zelo patriótico, acabó en el año de 1521 de descubrir y conquistar felizmente el imperio de Mejico ó Nueva-España; bastando para muestra de su heróica intrepidez la resolucion que tomó de barrenar y echar á pique los bajeles que le habian conducido á aquellas desconocidas regiones, para quitar á sus soldados las esperanzas de retroceder, y empeñarlos mas en vencer ó morir. Á esta admirable conquista se siguió pocos años despues la del imperio del Perú, que Francisco Pizarro, otro animoso estremeño, venciendo increibles obstáculos, sujetó á la dominacion española.

Es tan fecundo en grandes sucesos el reinado de Felipe II, que con dificultad podrá averiguarse cuales sean los mas dignos de atencion. La monarquía española, con tantas y tan ricas conquistas, habia llegado á la cumbre de su engrandecimiento; si bien no puede negarse que las continuas guerras que habia tenido que sostener Carlos V, la dejaron escasa de caudales. Su poblacion se habia disminuido tambien considerablemente ya por esta causa, ya por las frecuentes emigraciones de muchos españoles que pasaban á la América, codiciosos de la fortuna que les presentaban tan fácil los nuevos descubrimientos. No hay duda que en lugar de aspirar á la adquisicion de nuevos dominios, hubiera sido mas prudente atender á la defensa, cultivo y felicidad de los conquistados; pero Felipe II quiso imitar á su padre en lo guerrero, y siendo ménos afortunado, esperimentó en su tiempo la nacion los principios de la decadencia que, segun iremos conociendo, se declaró mas en el reinado de su hijo Felipe III, creció en el de su nieto Felipe IV, y llegó al estremo en el de su biznieto Cárlos II, último de la dinastía austriaca.

Felipe II habia gobernado á España con igual acierto que prudencia todo el tiempo que duró la ausencia de su padre para sosegar las inquietudes de Alemania; y hallándose ya heredero de sus estados, heredó la guerra contra la Francia, si bien con la fortuna de hallarse al mismo tiempo con las mejores tropas de Europa y con los mas grandes capitanes para mantenerla con reputacion. Los ánimos de españoles y franceses habian quedado desde las anteriores discordias muy propensos á volver á las armas; y las tomaron con efecto, empezando los franceses por dar socorro á su amigo el papa Paulo IV que confederado con ellos intentó despojar á don Felipe de los estados que poseia en Italia. Fueron infructuosos los prudentes y amistosos oficios que éste pasó al sumo pontífice para que desistiese de tentativas tan escandalosas y que podian serle tan funestas como á su antecesor Clemente VII, y habiendo preso Paulo contra el derecho de gentes á unos embajadores de Felipe, ya no pudo éste diferir mas tiempo el tomar unas medidas vigorosas, y envió contra el estado romano un ejército de trece mil hombres, acaudillado por el duque de Alba don Fernando Alvarez de Toledo, virey de Nápoles á la sazon. Las armas españolas, despues de ganar el puerto de Ostia, se apoderaron muy en breve de cuantas plazas y pueblos hallaron al paso hasta dar vista á Roma, que hubiera sufrido la misma suerte que en tiempo de Carlos V, si intimidado el papa no hubiera aceptado la paz, con que á pesar de tan prósperos sucesos le estaba convidando España generosamente.

Entre tanto se habian ya visto los franceses precisados á acudir á la defensa de la provincia de Picardía, que habia invadido don Felipe, sitiando por último á San Quintin, plaza fuerte sobre el rio Soma. Manuel Filiberto, duque de Saboya, que mandaba los tercios españo-

Digitized by Google

les, saliendo al encuentro al ejército francés, que escoltaba un socorro destinado á la plaza, le atacó con el mayor denuedo, le hizo trizas, y consiguió un triunfo tan completo, que despues de dejar seis mil franceses tendidos en el campo, ganó cincuenta y dos banderas, diez y ocho estandartes, todo el bagage, toda la artillería, é hizo prisioneros á un gran número de caudillos y personas de distincion. El rey, que estaba en Flandes, pasó al campo cuatro dias despues de la victoria, y estrechando con todo esfuerzo el sitio de la plaza, despues de combatir por algunos dias sus muros, se apoderó de ella por asalto, pasando á cuchillo la mayor parte de su guarnicion. La misma suerte sufrieron las de Chatelet, Han y Noyon, y nada hubiera podido detenerle hasta Paris, que le esperaba llena de consternacion y asombro si por una conducta inesplicable no hubiera preferido una paz, que no podia ser permanente, á la seguridad de dejar abatido el orgullo de sus irreconciliables enemigos. Así es que aun Cárlos V, que en iguales circunstancias habia observado la misma conducta, cuando en su retiro recibió la noticia de estos sucesos con la relacion circunstanciada de la batalla, no pudo ménos de preguntar, ¿sino estaba ya en Paris el rey su hijo? La casualidad de haberse logrado la victoria de San Quintin en el dia de San Lorenzo, 10 de agosto de 1557, determinó á Felipe II á dedicar á este glorioso mártir español el suntuoso y celebrado templo que hizo construir en el Escorial, fundando tambien allí mismo un monasterio del órden de san Gerónimo, y dejando en tan admirable fábrica el mas insigne monumento de su piedad, de su munificencia, de su buen gusto en las nobles artes, y del esmero con que las honraba y protegia. Duró su construccion diez y nueve años, habiéndola empezado en 1563 el arquitecto Juan Bautista de Toledo, natural de Madrid, y concluyéndola en 1582 su discípulo el montañés Juan de Herrera.

En el año siguiente de 1558 se renovaron las hostilidades por una y otra parte con el mayor empeño; pero no fué ménos gloriosa esta campaña que la anterior. Derrotados completamente los franceses en la batalla de Gravelinas hubieron de reconocer la superioridad de los aguerridos y veteranos tercios españoles, que sin duda merecian entónces el concepto de la mejor infantería de Europa, y pidieron la paz. Ajustóse en 1559, bajo condiciones ventajosas á España; y para mayor firmeza del tratado, Felipe II, viudo en segundas nupcias de la reina de Inglaterra doña María, casó con madama Isabel, que por esto fué llamada *de la Paz*, hija de Enrique II de Francia.

Al retirarse el rey de los Paises-Bajos dió las providencias que juzgó convenientes para contener en la obediencia así á los pueblos como á los señores flamencos, y confió el gobierno de esta parte de sus estados á su hermana doña Margarita, hija natural de Cárlos V, duquesa de Parma, y princesa de estraordinarios talentos. El príncipe de Orange Guillelmo de Nassau, y los condes de Horn y de Egmond, que aspiraban igualmente á ejercer el mismo cargo, ofendidos de éste que llamaban desaire, y resueltos á tomar una memorable venganza, se valieron de la oportunidad que para ello les facilitaban las inquietudes de los flamencos, disgustados del rigor con que Margarita empezó á atajar los progresos de las nuevas opiniones de Lutero, que habiendo inficionado casi todas las provincias del Norte, fueron recibidas con entusiasmo en los Paises-Bajos. La nobleza y la plebe se rebelaron, pretestando quejas sobre los tributos que les exigia el ministerio español y sobre el establecimiento del tribunal de la Inquisicion. Pidieron que saliesen del pais las tropas extranjeras so color de ser muy gravosas á la nacion, y de que jamás se aquietarian los pueblos mientras no se las retirase. Les fué concedida esta demanda, y consiguieron por este medio dejar al gobierno desarmado. Insensiblemente fueron haciendo considerables progresos los tres principales caudillos de los malcontentos. Hasta cuatrocientos nobles del pais firmaron una especie de confederacion, por la cual se obligaron á mantenerse unidos y armados hasta conseguir se suprimiese la Inquisicion, y se revocasen los decretos publicados contra los protestantes; y enarbolado ya el estandarte de la rebelion, hicieron público ejercicio de la secta protestante: saquearon las iglesias; y con los socorros que recibieron de los hugonotes de Francia, se apoderaron de bastantes plazas.

La gobernadora, sin tropas para reprimirlos, pidió auxilio á Felipe II, quien, no considerando necesario acudir con su presencia y autoridad, como lo habia hecho su padre solamente para calmar el tumulto de Gante mucho ménos temible que el de todos los Paises-Bajos, se contentó con enviar un buen ejército al mando del duque de Alba don Bernardo Álvarez de Toledo, dándole absolutos poderes para sujetar á los malcontentos. Apenas entró en Flandes, un gran número de éstos, especialmente artesanos y comerciantes, se refugiaron en Alemania y estados vecinos; y los demas tomaron en la apariencia el partido de la sumision, dando tiempo á que volviese el príncipe de Orange con los socorros que habia ido á implorar de los príncipes protestantes. El duque de Alba, cuyo genio era incapaz de contemplaciones, prendió inmediatamente á los condes de Egmond y de Horn, y los hizo degollar públicamente en la plaza de Bruselas: otros innumerables fueron enrodados, empalados, quemados ó ahorcados, segun la gravedad de los delitos de que eran convencidos: demostraciones demasiado severas, que lejos de intimidar á los rebeldes, como se habia creido, solo sirvieron para irritar mas los ánimos, y agravar el mal haciéndole incurable. La política de Felipe II, grande ciertamente en la teórica, se vió en esta ocasion desmentida por la práctica, y aun cuando despues quiso aplicar remedios mas benignos, ó por mejor decir, se vió forzado á ello, los rebeldes, enconados hasta el último estremo, lo creyeron debilidad mas que clemencia verdadera, y rehusaron por consiguiente aceptar cuantos partidos les concedia el monarca.

El príncipe de Orange, favorecido de las potencias del Norte, y mas que todo de la Inglaterra y de la Francia, se presentó en los Paises-Bajos con un ejército de cincuenta y un mil hombres, que dividió en dos trozos, uno de quince mil que, acaudillado por su hermano Luis de Nassau, habia de invadir la Frisia, y otro de treinta y seis mil, que él mismo habia de conducir por la parte de Brabante. El del duque se hallaba á la sazon considerablemente desmembrado por las gruesas guarniciones que habia tenido que poner en las plazas fuertes; pero con todo, el denodado general, aprovechando la oportunidad de atacar á sus enemigos divididos, tomó la resolucion de marchar en diligencia contra Luis, y forzándole en su campo, pasó casi todas sus tropas á cuchillo, sin dejarle ni aun sombra de un solo regimiento. Revolvió despues hácia el Brabante muy á tiempo para recibir al de Orange; y sabiendo que este príncipe carecia de víveres y de dinero para mantener tan numeroso ejército, se contentó con irlo costeando por medio de algunos campos volantes, para ocuparle por todas partes las vituallas, molestándole tambien por la retaguardia, y arrojándose sobre ella al paso de los rios. En esta disposicion se fueron paseando ambos ejércitos por todo el Brabante, la provincia de Namur y la de Henao; pero al fin del paseo se halló el príncipe de Orange sin ejército, porque de sus soldados unos habian desertado por falta de víveres, y otros habian perecido al tiempo de buscarlos; de suerte que hubo de retirarse á Francia con solos trescientos hombres descalabrados, tristes despojos de los cincuenta y un mil con que habia entrado en Flandes. Cubierto de laureles el general español, regresó á Bruselas, continuando allí y en los demas pueblos su severidad, así contra los herejes como contra los rebeldes; y derrotando despues un nuevo ejército con que el de Orange volvió á penetrar en Flandes redujo todas las provincias rebeldes á la obediencia de España, á escepcion de las de Holanda y Zelanda, en que dominaba el de Orange como príncipe soberano. Pero como para sujetar estas dos provincias necesitaba

Digitized by Google

de una escuadra y de dinero para mantener á sus soldados hambrientos y desnudos, no pudiendo conseguir que de España le enviasen ni lo uno ni lo otro, pidió su dimision, y la obtuvo fácilmente de la corte, desengañada ya de que su genio era el ménos á propósito para aquella empresa en tan delicadas circunstancias.

Retirado el duque de Alba, se encargó sucesivamente el gobierno de los estados de Flandes á don Luis de Zuñiga y Requesens, comendador mayor de Castilla, y á don Juan de Austria, hijo natural de Cárlos V, ambos insignes capitanes y de tan apacible genio y modales tan gratos, cuanto tenian de ásperos los de su antecesor. Los rebeldes al verse en parte acariciados y en parte consentidos, atribuyeron esta conducta á cobardía, y divirtiendo á los gobernadores con inútiles conferencias y vanas esperanzas de mantenerse sumisos, procuraron secretamente fortificarse con robustas alianzas; conocieron finalmente los gobernadores que se les engañaba, y quisieron seguir las máximas del duque de Alba; pero ya era tarde. Los rebeldes se burlaron constantemente de su rigor como de su benignidad; y aunque perdieron algunas batallas, al cabo la principal parte de la Flandes sacudió el yugo de la dominacion española, negando la obediencia á Felipe II, rompiendo su real sello, y erigiéndose en república libre, soberana é independiente. La severidad y la clemencia son dos medios muy eficaces en el gobierno de los hombres; pero de nada sirven, y aun perjudican aplicados intempestivamente.

Á don Juan de Austria sucedió Alejandro Farnesio, duque de Parma, ó hijo de Margarita, cuando solo habian quedado dos provincias obedientes de las diez y siete que componian aquellos estados: pero este incomparable caudillo, ya por medio de la negociacion, ya á la frente de los esforzados tercios españoles, que á pesar del hambre, de la desnudez y de la fatiga, asombraron al mundo con los prodigios de su valor, consiguió reducir hasta ocho, y atemorizó á la Holanda. Asesinado de un pistoletazo en su misma casa el príncipe de Orange, autor de las inquietudes y el alma de la rebelion, y no pudiendo la nueva república conservarse por sí misma, solicitó, aunque inútilmente, un soberano capaz de defenderla; y sucesivamente se entregó al rey de Francia, á la reina de Inglaterra, al duque de Alenzon, al archiduque Matías, y finalmente, al duque de Leycester, favorito de la reina Isabel; pero todos la abandonaron á sus propios recursos: de suerte, que á vista de situacion tan crítica y del esfuerzo y constancia con que pelearon los españoles en la dilatada guerra de Flandes, acometiendo las mas árduas empresas, es creible que don Felipe hubiera conseguido reducir aquellos estados á la debida subordinacion, si no hubiese mirado su conservacion con la indiferencia mas indisculpable, y si no se hubiese visto obligado á distraer sus fuerzas á otras espediciones.

Una de ellas fué la guerra contra los moriscos ó cristianos nuevos de la ciudad y reinos de Granada. Por ciertas razones políticas se les prohibió, bajo severas penas, el uso de los trages moriscos, baños artificiales y algunas prácticas supersticiosas heredadas de sus padres los mahometanos; y se tomaron providencias para que se observasen con exactitud las leyes de la religion católica que acababan de abrazar, hablasen la lengua castellana, y vistiesen como los cristianos viejos. Estas novedades se hicieron demasiado duras y sensibles á aquella gente inquieta, como recien conquistada, y tenazmente adicta á las costumbres y usos de sus mayores, fortificados con la educacion; y por otra parte la tenacidad de Felipe II en no suavizar de modo alguno la severidad de la pragmática, la sirvieron de estímulo y aun de pretesto para confederarse con el mayor secreto y tomar las armas en 1568 sorprendiendo al gobierno desapercibido. Eligieron los moriscos por soberano á un hombre principal de entre ellos, llamado don Fernando de Valor que desde entónces tomó el nombre de Mahomet Aben-Humeya, dándole título de rey de Granada y de Córdoba; y empezaron á cometer inhumanas hostilidades contra los cristianos, que se hallaron entónces muy espuestos á perder aquel importante reino y ver restablecidas en él la dominacion y secta de los mahometanos. Pero al cabo de dos años de guerra, quedaron sujetos los rebeldes, á pesar de la obstinada resistencia que opusieron, fiados en los socorros que se les enviaban de África y en la fragosidad de los Alpujarras, de donde era muy difícil desalojarlos; y para quitarles la proporcion de hacer en lo sucesivo tan atrevidas y peligrosas tentativas, se los esparció por los pueblos de Castilla con bastante separacion unos de otros.

La guerra con el turco no dejó tambien de favorecer bastante á los esfuerzos de los rebeldes flamencos. Hacia ya algunos años que el imperio otomano, orgulloso con su temible poder, no cesaba de insultar con la mayor insolencia á todas las potencias europeas, sin que ninguna de ellas hubiese emprendido seriamente el castigo de semejante osadía. En 1558 llegó á Menorca una escuadra turca; y echando á tierra una porcion de tropas, se apoderó por asalto de una ciudad llamada Ciudadela, causó bastantes daños en aquella isla, y se retiró con un rico botin. Las piraterías del arraez Dragut, gobernador de Trípoli, que se habia apoderado de la isla de los Gerbes, obligaron á juntar una mediana escuadra, con que emprender la conquista de dicha isla; pero se malogró esta jornada, así por la vigorosa defensa que hizo Dragut, y por las enfermedades y escasez de víveres que padecieron los españoles, como porque acudiendo una escuadra turca ahuyentó á la castellana, que perdió la mayor parte de sus galeras y de su gente. Sitiaron despues los turcos á Mazalquivir y Oran, si bien fueron rechazados de ambos presidios por el valor de sus guarniciones. El Peñon de los Velez de Gomera en la costa de Berbería, conquistado por Fernando el Católico y recobrado por los musulmanes en tiempo de Cárlos V, se rindió en 1564 á las armas de Felipe II, mandadas por dos grandes generales don Sancho Martinez de Leyva y el marqués de Santa Cruz don Álvaro de Bazan. Sentido de esta pérdida Selim, emperador de los turcos, acometió á la isla de Malta; pero con el oportuno socorro que envió el rey don Felipe, huyeron escarmentados los infieles.

Últimamente, empeñado Selim en apoderarse de la isla de Chipre, poseida entónces por los venecianos, ocupó la ciudad de Nicosia, y poco despues la de Famagosta La república de Venecia hizo liga con el papa Pio V y con el rey de España para refrenar la arrogancia de los turcos; y aprestándose en 1571 una armada de mas de doscientos bajeles, se confió el mando de ella al animoso y esperimentado capitan don Juan de Austria. En el golfo de Lepanto ó de Corinto, cerca de la isla de Cefalonia, avistó á la escuadra enemiga, compuesta de trescientas naves, la atacó resueltamente; y despues de un reñido combate, eternamente glorioso á las armas católicas, quedó abatido el orgullo mahometano, pereciendo en la accion su general. Doscientas galeras otomanas fueron parte apresadas y parte echadas á pique; los muertos y prisioneros turcos pasaron de veinte y cinco mil, y llegaron á veinte mil los cristianos remeros que fueron puestos en libertad. Las consecuencias de esta victoria hubieran sido aun mas importantes que la victoria misma, si don Juan de Austria, en vez de retirarse á Mecina, hubiera sabido aprovecharse del terror de sus enemigos, y, ocupando el estrecho de Galipoli ó Helesponto, sorprendido á Constantinopla.

Dos años despues, cuando con el mayor calor se preparaba una espedicion nueva contra Tunez, los venecianos, indignamente vendidos á los turcos, abandonaron la liga con la mayor vileza y ajustaron la paz. Este imprevisto accidente no malogró sin embargo aquel adelantado proyecto; y á la frente de doscientas naves, y veinte y dos mil hombres de desembarco, se presentó don Juan de Austria en 1573 delante de la Goleta, de cuya fortaleza, igualmente que de la plaza, se apoderó sin resistencia, habiéndolas abandonado su guarnicion y habitantes. Puso el gobierno del reino en manos de Mu-

Digitized by Google

ley Hamet, hijo de Muley Hacem, con quien el emperador Cárlos V habia usado de igual generosidad; y dejando suficiente guarnicion en la ciudad de Biserta, que se le habia entregado voluntariamente, se retiró á Sicilia. Pero al año siguiente, mientras por su disposicion se estaba construyendo entre Tunez y la Goleta un castillo para defensa de la ciudad, embistieron ambas plazas los beyes de Argel y de Tripoli, sostenidos por una formidable escuadra turca y cincuenta mil hombres de desembarco. A costa de mucha sangre, y despues de repetidos asaltos, se hicieron dueños de la Goleta, gloriosamente defendida por el esforzado capitan don Pedro Portocarrero; y solo pudieron ocupar á Tunez cuando arruinadas sus defensas, despues de un mes de continuo combate, se halló reducida la guarnicion á solos treinta animosos españoles, que aun así les disputaron á palmos el terreno.

La reunion de la corona de Portugal á la de Castilla, y la guerra á que dió ocasion la competencia de algunos que se creian con mejor derecho que el monarca español, fueron acontecimientos que contribuyeron igualmente infinito á distraer de los asuntos de Flandes la atencion de Felipe II. Muerto el rey don Sebastian en una desgraciada espedicion que hizo al África, y no habiendo dejado hijos, ocupó el solio portugues su tio el cardenal don Enrique, que falleció igualmente á los dos años. Estinguidas por este medio ambas líneas masculinas, se devolvió la sucesion de la corona á las hijas del rey don Manuel, antecesor del malogrado don Sebastian, que fueron Isabel, madre de Felipe II, y Beatriz casada con el duque de Saboya. Por muerte de doña Isabel, que era la mayor, recayó sin disputa el cetro portugues en don Felipe; pero contra el justo derecho del monarca español, alegaban tambien los suyos el duque de Saboya, el de Parma y el de Braganza, casados con hijas de otro hijo de don Manuel, que murió antes de reinar, y don Antonio Prior de Ocrato, hijo ilegítimo del infante don Luis de Portugal. Este don Antonio era el competidor mas temible, porque tenia ganada la voluntad del pueblo, y conmovió el reino, el Brasil, la India, y aun á algunas potencias europeas, hasta que consiguió ceñirse la corona. Fué pues necesario que don Felipe recurriese á las armas para arrancarsela al usurpador, y defenderla contra los demas que se la disputaban; y espidiendo contra Lisboa una escuadra de cien velas al mando del marques de Santa Cruz don Alvaro de Bazan, envió contra la frontera un grueso ejército al mando del duque de Alba, que, dejado el gobierno de Flandes, se hallaba retirado en Uceda por disposicion del mismo rey.

La confianza con que el monarca eligió para esta empresa á un vasallo ofendido, solo puede compararse á la lealtad con que olvidando el duque sus particulares resentimientos, supo sacrificarse en obsequio de los intereses del rey su amo. Marchó derechamente á Lisboa este insigne capitan, rindiendo cuanto se le oponia en el camino: encontró al prior de Ocrato atrincherado con veinte y cinco mil parciales, á cuatro leguas de aquella capital; y no pudiendo empeñarle en una accion decisiva, le forzó en su mismo campo, le derrotó, y apenas le dió tiempo para guarecerse en Lisboa con los fugitivos, que abandonaron la artilleria y los bagages. No creyendose aun seguro don Antonio á la vista de tan terrible enemigo, abandonó la capital, y se refugió sucesivamente ya en Coimbra, ya en Oporto, ya en Viana del Miño; pero vencido y arrojado de todos estos puntos, se retiró á Inglaterra con la esperanza de encontrar algun auxilio Rendida Lisboa, y ausente el prior de Ocrato, quedó en breve allanado todo el reino de Portugal, prestando, si bien no con mucha sinceridad, obediencia á don Felipe, que por su parte le confirmó sus privilegios, y concedió un perdon general á todos los que le habian deservido.

Don Antonio, sin embargo, con los socorros que le proporcionaron Isabel de Inglaterra, y despues en Francia la reina Catalina de Medicis, el duque de Alenzon y otros príncipes, que miraban con zelos el engrandecimiento y poder de la España, pudo equipar una escuadra de sesenta velas, tripulándola con seis mil ochocientos franceses, y marchó á la isla Tercera que estaba á su devocion, con el objeto de fortificarse en ella, y emprender la recuperacion de Portugal cuando se hallase con poder suficiente. Pero se le frustraron sus designios, porque la escuadra española, mandada por el marques de Santa Cruz, saliendo al encuentro á la auxiliar la desbarató completamente, echando á pique y apresando la mayor parte de los buques. El prior, que no se halló en la accion, apenas supo su derrota, volvió á Francia, dejando un gobernador en la isla y una buena guarnicion de ingleses, portugueses y franceses, que despues tampoco supieron defenderla del marques de Santa Cruz.

Sin embargo, las escuadras navales de don Felipe no fueron siempre tan afortunadas, y en alguna ocasion recibieron sus fuerzas marítimas un golpe tan sensible, que con dificultad pudieron repararse de él en muchos años. Hacia largo tiempo que la reina Isabel de Inglaterra no cesaba de provocar su justo enojo, ya socorriendo y fomentando á los sublevados de Flandes, ya dando órden de que los corsarios ingleses persiguiesen y apresasen las embarcaciones españolas. Los establecimientos de la América septentrional se habian ya visto mas de una vez espuestos á las sangrientas incursiones de estos feroces piratas; la isla de Santo Domingo, Cartagena de Indias, la Florida, la Jamayca y otras varias colonias habian quedado asoladas por Francisco Drak, corsario bien célebre por sus crueldades y latrocinios. Ya era pues tiempo de que Felipe II pensase en vengar tantos insultos volviendo por el honor de su nombre y de su pabellon. En el año de 1588 se equipó en Lisboa una soberbia armada, compuesta de ciento y treinta velas y de veinte mil hombres de desembarco, que siendo la mas formidable que por aquellos tiempos se habia visto en los mares mereció el nombre de la *Invencible*. Encargose el mando de este fortísimo armamento al valeroso y hábil general marques de Santa Cruz, y por su muerte al duque de Medinasidonia; mas apenas hubo doblado el Cabo de Finisterre, sobrevinieron dos recios temporales que fueron como los procursores de la suerte que se le preparaba. Aun no bien reparada la escuadra avistó las costas de Holanda donde esperimentó otro tercero y mas fatal. Dispersos los buques, y no teniendo puertos amigos adonde acogerse, fueron acometidos por las escuadras inglesa y holandesa, que, aunque inferiores, no dejaron de aprovecharse del desórden y de la confusion en que puso á la española el furor de los elementos. Contra ellos y contra sus enemigos combatieron á un mismo tiempo con intrepidez los soldados de Felipe; pero no alcanzó todo su esfuerzo á evitar la funesta y casi total ruina de la armada y de la gente; y hubieron de regresar por el norte de Escocia, donde padecieron iguales infortunios, peleando con el hambre, con los vientos y con las enfermedades. El cortísimo número de vasos que pudieron resistir á tal conjunto de desgracias, entró en los puertos de España en tan lamentable estado, que nadie pudo ménos de consternarse; y solo el rey don Felipe conservó su natural entereza y serenidad de espíritu, sin hacer otra demostracion de sentimiento cuando recibió el aviso, que decir á sangre fria: «Yo no los envié á combatir con las tempestades, sino con los ingleses.»

Orgullosa Isabel con esta especie de victoria, que debia únicamente á una feliz casualidad, espidió contra las costas de Galicia y Portugal una escuadra de setenta naves al mando del temible Drak, quien con efecto desembarcó en el puerto de la Coruña, saqueó los arrabales, y asaltó la plaza: pero fué rechazado por el paisanage con notable bizarria, disputandose la gloria del combate los muchachos y aun las mugeres, que tambien pelearon con el mayor denuedo. Una de estas, llamada Mayor Fernandez de Pita, despues de haber hecho prodigios de valor al lado de su marido, lejos de acobardarse al verle caer muerto de un bote de lanza, arremetió con la suya á un alferez inglés que subia por la muralla, y arrancándole la bandera, le tendió á sus piés. Precisados

Digitized by Google

los ingleses á ganar el mar con pérdida considerable, hicieron contra Lisboa igual tentativa, aunque tambien sin fruto; pero siete años despues, en el de 1596, volvieron con mayores fuerzas sobre Cádiz, la saquearon, y se restituyeron á Inglaterra con ricos despojos. Mandó Felipe II aprestar ochenta naves para volverles la visita; pero tambien esta escuadra esperimentó igual calamidad que la antecedente, siendo dos veces deshecha por los temporales que la acometieron en las costas de Galicia; de suerte, que á pesar de la diligencia y exhorbitantes gastos con que el rey procuró tener su marina en un pie respetable, no pudo impedir que la inglesa saquease sus flotas y destruyese con incesantes correrías muchas de sus posesiones en Europa y América.

Pero en fin, si la fatalidad, casi inseparable de sus espediciones marítimas, no le permitió tomar una satisfaccion completa de los agravios de Isabel, su destreza política y sus ejércitos hicieron conocer á la Francia que debia haber respetado mas á un enemigo tan poderoso por sus recursos, por sus fuerzas y riquezas. Despedazada aquella nacion y víctima de las violentas conmociones que en tiempo de Enrique III suscitaron los enconados partidos de católicos y protestantes, el oro de Felipe, esparcido mañosamente y con secreto, mantuvo la division, y contribuyó quizá no poco á la formacion de aquella famosa liga Católica que en 1589 abortó al fanático asesino del infeliz Enrique. Estinguida por muerte de éste la línea de los Valois, se transfirieron los derechos á la corona en Enrique de Borbon, primer príncipe de la sangre real y rey de la Navarra Baja; pero Enrique hacia pública profesion del calvinismo, y los coligados, ó por mejor decir su cabeza la casa de Guisa, que con el zelo por la religion enmascaraba sus ambiciosos proyectos, halló en esta circunstancia un pretesto para alejarle de un trono que ya consideraba como despojo suyo. Vióse pues el jóven monarca en la necesidad de hacer valer con las armas sus derechos; y despues de dos gloriosas victorias, marchó contra Paris al frente de un ejército, sino muy numeroso, al ménos bien disciplinado y aguerrido. Los coligados, cuyo gefe era entónces el duque de Mayenna, recurrieron á la proteccion de Felipe II, que constante en su sistema y formando el proyecto de poner sobre el trono de Francia á su hija Isabel Clara, les proporcionó auxilios de tropas y dinero, sosteniendo una gravosa guerra por la parte de Bretaña, por la de Langüedoc, por la de Picardía y por la del Delfinado. El duque de Parma Alejandro Farnesio abandonó de órden del rey el gobierno de los Paises-Bajos para acudir al socorro de la liga, en ocasion en que era muy necesaria su presencia en aquellos estados. Enrique IV, precisado por el duque á levantar el sitio que tenia puesto á la ciudad de Paris, y poco despues el que puso á la de Ruan, procuró empeñar á Farnesio en una accion decisiva; pero este hábil general, que habia logrado su objeto, evitó prudentemente el combate, y se retiró á Flandes, dejando admirado á su enemigo de sus talentos militares. Por otra parte el duque de Saboya, sobrino de Felipe, intentó invadir el Delfinado y la Provenza; y si los generales de Enrique salvaron el Delfinado, no pudieron evitar que la Provenza recibiese á aquel con los transportes de la mayor alegría. Por último, Enrique deseando poner fin á una guerra civil tan desastrada, y para quitar á los confederados católicos todo pretesto de oponerse á su exaltacion al trono, abjuró el calvinismo; y reconciliado con la Iglesia, no pudieron sus vasallos negarse á reconocerle por su legítimo soberano. Entónces, resentido de la proteccion que España habia dispensado, y continuaba dispensando á la liga, sin embargo de verla en decadencia, declaró formalmente la guerra á Felipe II, y se apoderó de la plaza de Fera. El archiduque Alberto, que por fallecimiento del duque de Parma habia sucedido en el gobierno de los Paises-Bajos, conquistó á Calais, y otros pueblos, y ocupó por sorpresa la ciudad de Amiens, pero Enrique IV marchó en persona á recobrarla, y lo consiguió á pesar de haberla socorrido el archiduque.

Fueron tan varios y poco decisivos los sucesos de esta guerra, que Felipe II, cuyo espíritu se habia considerablemente debilitado por los años, el continuo trabajo del gabinete y sus dolencias habituales, llegó por fin á cansarse de espender sumas enormes sin considerable utilidad. Persuadido por otra parte de que se aproximaba el término de sus dias, y de que habiendo de sucederle su hijo don Felipe, que no pasaba de los veinte años, no convenia dejar pendiente la enemistad con un competidor tan aguerrido como Enrique IV, concluyó la paz con este monarca en 1598.

Á pocos dias de publicada se le agravó la gota, que ya le aquejaba gravemente, y falleció en el Escorial á los setenta y un años de edad y cuarenta y dos de reinado, en 13 de setiembre del mismo año. En medio de que su genio demasiadamente severo infundia en sus vasallos mas respeto que amor, y de que por inevitables desgracias ó inadvertencias á que están espuestos los mas sagaces políticos, padeció en su tiempo la monarquía española desmedros considerables: sus vastos talentos; su aplicacion infatigable al despacho de los negocios; su profundo conocimiento de los hombres; su heróica firmeza en medio de los infortunios; su liberalidad en premiar á los sabios; y en fin su piedad y zelo religioso hicieron bien sensible su pérdida. Á su próvido esmero en fundar establecimientos útiles, se debe la creacion del archivo general de Simancas, la universidad y colegios de Douai, en Flandes, el aumento y dotacion de las escuelas de Lovaina, sin contar los templos, hospitales, fortificaciones, puentes y otros edificios públicos en que vive eternizada su memoria. Se conserva tambien en las islas Filipinas, que recibieron este nombre por haber sido descubiertas y conquistadas en su tiempo, como lo fueron igualmente el nuevo Méjico y otras regiones en la América.

La triste suerte de su hijo el príncipe don Cárlos, habido en su primera muger, ha dado motivo á discurrir bastante y con mucha variedad sobre las causas de su desgracia. La circunstancia de haberle estado prometida en matrimonio la princesa doña Isabel de Valois, ó de la paz, que despues casó con el padre, ha servido á algunos de fundamento para forjar una especie de novela, suponiendo en el príncipe una violenta pasion á su madrastra, y en el padre unos furiosos zelos que, haciéndole sofocar los sentimientos de la naturaleza, le determinaron á un horrible parricidio: pero temiendo, añaden, las consecuencias de la impresion que produciria en el reino atentado semejante, tuvo bastante destreza para deslumbrar á la multitud con noticias mañosamente esparcidas de que Cárlos habia maquinado contra la vida de su padre; de que ideaba fomentar la insurreccion de los Paises-Bajos; de que aborrecia al tribunal de la Inquisicion: y habiendo por este medio conseguido cargarle del odio y del desprecio general, procedió contra él como contra un verdadero delincuente, aprisionándole y sacrificándole á su furor por medio de un veneno. Otros aseguran que solamente la reprensible conducta de don Cárlos, su orgullo y su genio díscolo é irreducible, obligaron á don Felipe á asegurarse de su persona, no tanto para castigarle como para corregirle; y que habiendo el príncipe contraido desde entónces cierta especie de demencia, que le precipitó en mil estravagancias perniciosas á su salud, murió en 1568 á los siete meses de prision. Resulta por consiguiente que, aunque todos convienen en el hecho, cada uno le esplica segun su inclinacion y modo de aprender; y siendo hoy tan desconocidas como siempre las verdaderas y legítimas causas que precisaron a don Felipe á tan estraña resolucion, nos parece preferible dejarla oculta bajo el misterioso velo que se corrió sobre ella, por no esponernos á examinarla por medio de conjeturas odiosas, y acaso muy distantes de la verdad.

La prision del célebre secretario de estado Antonio Perez fué tambien uno de los sucesos cuya causa ha parecido algo problemática, y en que ciertamente es mas difícil defender á Felipe II del concepto que le dan sus

Digitized by Google

enemigos. Nadie puede estrañar que un hombre grande incurra en debilidades; que se rinda á las gracias del bello sexo aquel que al parecer debia ser superior á todas las pasiones, y que sufra con impaciencia un competidor; pero nunca podrá justificarse que aspire á deshacerse de él por medios inicuos y propios únicamente de las almas viles. Felipe II, este hombre singular, cuya severidad y entereza llenaban de terror á todos sus vasallos, no pudo resistir al atractivo de doña Ana de Mendoña, viuda del príncipe de Eboli, que, aunque privada de un ojo, era capaz con su talento de inspirar pasiones vehementes. Ella, á pesar de conocer cuan peligroso era dar rivales á Felipe, no pudo disimular el tierno cariño que la arrastraba hácia Antonio Perez, y labró incautamente su ruina. Estando Perez en el ministerio fué muy facil suponerle delincuente. Se supuso que por disposicion suya vinieron de Aragon ciertos asesinos que, sorprendiendo una noche á Juan de Escovedo, secretario de don Juan de Austria, le pasaron á estocadas; y aunque hay bastantes fundamentos para creer que este asesinato se cometió de órden del rey, ésto hizo que recayese sobre Antonio Perez toda la odiosidad del crímen: le hizo prender y hubiera acabado con su vida, si su muger doña Juana Coello no le hubiera facilitado la evasion. Refugiado en Aragon, su patria, pretendió valerse de sus fueros para defenderse en justicia de cualquier delito que se le imputase; pero como esto hubiera podido dejar al rey en descubierto, se apresuró este á impedir la publicacion de sucesos tan interesantes: acusó á Perez de calvinista, y lo entregó á la Inquisicion. Es preciso confesar que no podia haber elegido mejor medio para deshacerse de él sin ruido; pero el pueblo de Zaragoza, pretendiendo que se violaban sus fueros en el modo con que se procedia contra el secretario, se amotinó, rompió sus prisiones, y le proporcionó su fuga á Francia, donde vivió pobre, pero con la reputacion que merecian sus talentos. Furioso el rey porque se le hubiese huido la víctima de las manos, esgrimió toda su ira contra su muger é hijos, privándoles de los medios de subsistir; y esta animosidad y encono indican ciertamente un corazon apasionado y vengativo. Como quiera que sea, continuando despues con el mayor ardor la conmocion de los aragoneses, se vió el rey en la necesidad de valerse de las armas para contenerlos, y de castigar rigurosamente á los autores del tumulto, empezando por don Juan de Lanuza, que á la sazon poseia la antigua y respetable dignidad de Justicia mayor de Aragon, y habia hecho resistencia á las tropas reales.

Á pesar de haber sido casado cuatro veces Felipe II, y de haber logrado bastante numerosa sucesion, á su muerte no dejó mas hijo que Felipe III, habido en su último matrimonio con doña Ana de Austria. Éste le sucedió por consiguiente; y sin que parezca temeraria exageracion, puede decirse que con dificultad podia este jóven monarca haber subido al trono en circunstancias mas críticas. La España, esta soberbia monarquía, que con tanta gloria habia figurado al principio del siglo entre las demas potencias, é intimidado á la Europa con los vastos recursos de sus riquezas y de su poder, habia caminado con tal rapidez hácia su decadencia, que apenas conservaba ya vestigios de su antiguo esplendor. Sin dinero, sin poblacion, sin agricultura, sin comercio, sin industria...... este era el lamentable aspecto que presentaba la España cuando empezó á reinar Felipe III; y por desgracia este príncipe era demasiado débil, y de capacidad bastante limitada para aplicar á tantos males un remedio activo, eficaz y atinado. Naturalmente pacífico y benigno, abandonó, es verdad, las destructoras empresas que, si coronaron de laureles á su padre y abuelo, costaron á la monarquía inmensos tesoros y arroyos de sangre; pero, lejos de estirpar las demas causas de la decadencia de España, su indolencia genial contribuyó no poco á que tomasen considerable aumento. La pobreza del erario y los atrasos de la real hacienda, obligaron á discurrir medios de subvenir á las urgentes necesidades del estado; y las personas á quienes Felipe III habia abandonado las riendas del gobierno tuvieron tan poca prevision, que adoptaron precisamente los que por solo ocurrir al presente apuro perpetuaron la miseria general. Á una nacion, empobrecida ya con exhorbitantes imposiciones, se la recargó de nuevo con tributos sobre los comestibles y artículos de primera necesidad, que fué lo mismo que condenarla á todos los horrores del hambre. Se duplicó el valor de la moneda de vellon, con lo cual subió tambien en un doble el precio de los géneros, y se dió ocasion á que los extranjeros introdujesen en cambio de la plata enormes cantidades de moneda de cobre fabricada por ellos. Por una consecuencia inmediata é inevitable, los campos, harto descuidados ya por falta de brazos, se convirtieron en eriales, quedaron desiertos los talleres, y fueron absolutamente abandonadas aquellas manufacturas, que, aunque en cortísimo número y en situacion bien deplorable, habian podido salvarse de la ruina que las amenazaba; y como hay una íntima correspondencia y recíproca accion entre la agricultura, la industria y el comercio, en un pais en que al paso que se multiplicaban las trabas hasta lo infinito, escaseaban las producciones de la tierra y de la industria manufacturante, era preciso que el comercio quedase entorpecido y aun del todo aniquilado. De aquí habia de seguirse precisamente que, como las riquezas corren siempre á buscar los paises en que reina la industria, no entraban en España los tesoros del Nuevo Mundo sino como de paso para las naciones extranjeras, y no dejaban en ella sino los vicios, la esterilidad y la miseria. La escasez de poblacion, que fué haciéndose cada vez mas sensible, se acrecentó tambien con disposiciones acaso muy justas, oportunas y ventajosas en otras circunstancias; pero en las actuales muy intempestivas y perniciosas; y con esto se aumentó la dificultad de reparar ni aun lentamente las fuerzas á un cuerpo tan debilitado. No hay duda en que es poco lisonjera esta pintura; pero tal resulta de la historia; y examinando políticamente el reinado de Felipe III se ofrecen á cada paso mil motivos de deplorar tan lamentable situacion.

Si las prendas que caracterizan á un buen rey se redujesen todas á la devota piedad, apenas podrá hallarse príncipe alguno que haya escedido á este monarca en el religioso zelo y caritativa liberalidad en fundar monasterios y otras obras pias: pero por desgracia carecia de todas las demas. Demasiado débil para sostener sobre sus hombros el peso del gobierno, le descargó en su primer ministro el duque de Lerma, quien, insuficiente para tan difícil cargo, le abandonó en su confidente don Rodrigo Calderon, hombre obscuro y ambicioso, que de page del duque subió á la confianza del mismo rey. Con esto se dice que reinaron los favoritos, y como nada puede esperarse de esta clase de hombres, ocupados esclusivamente de su interés particular, se comprende fácilmente que el espíritu de intriga seria el móvil de todas sus operaciones, y que la felicidad de los pueblos se hallaria absolutamente escluida de sus cálculos políticos. El duque de Uceda, hijo del primer ministro, jóven sagaz, muy fino, insinuante, de un carácter propio para el trato de corte, fué colocado por su padre al lado del rey con el objeto de que pudiese, en caso de necesidad, sucederle en el favor; y le instruyó tan bien en el modo de sacar partido de la debilidad del monarca, que sus progresos fueron sin duda superiores á los deseos de su padre. Su sobrino el conde de Lemos, mas propio para los negocios, fué destinado al lado del príncipe heredero, para que subiendo sobre el horizonte con el nuevo sol, vivificase en el nuevo reinado con sus benignas influencias el crédito del tio. Y finalmente, por no descuidar lo mas importante, el ministro dió al rey un confesor, de quien se creia seguro.

Cerrados por este medio todos los caminos, parecia que el duque de Lerma debia reposar tranquilamente á la sombra del favor que consideraba perpetuamente asegurado en su familia; pero cuán vanamente se lisonjean los hombres! El hijo llegó á sentirse de que su padre le destinase únicamente al papel de cortesano: el

Digitized by Google



Toma de Ostende

Digitized by Google

confesor advirtió que le seria mas ventajoso asegurar su plaza por medio del influjo de un ministro que le debiese á él su elevacion, que por la de un hombre de quien era hechura: solamente Lemos no quiso prestarse á la intriga de su primo contra su padre; pero aquellos supieron con sagacidad aprovecharse de la ocasion que les proporcionaban las conversaciones íntimas que solian tener con el rey, para hacer llegar á sus oidos las quejas del oprimido pueblo, y darle á conocer el deplorable estado de su reino. Desconceptuado el duque con Felipe, perdió inmediatamente su confianza, y no tardó mucho tiempo en recibir órden de retirarse del ministerio, y aun de la corte, con la sensible noticia de ver á su hijo ocupar su puesto, y al honrado Lemos comprendido en su desgracia y separado del príncipe. No se sabe hasta donde hubiera llegado la ingratitud del duque de Uceda respecto de su padre, si el duque de Lerma no hubiese puesto á cubierto su cabeza con un capelo, que pudo conseguir ántes de su desgracia; pero el golpe, que quizá le amenazaba, cayó sobre el secretario de estado don Rodrigo Calderon, entónces ya marques de Siete-Iglesias y conde de la Oliva, cuyas grandes riquezas, orgullo y altivez le habian proporcionado innumerables enemigos. Apenas quedó sin el apoyo del duque, empezaron á llover contra él las acusaciones, imputándole los crímenes mas atroces, como asesinatos calificados, cohechos, sobornos, usurpaciones de la real hacienda y dilapidaciones del erario; y aunque tuvo la fortuna de justificarse en la rigorosa causa que se le formó, y el rey por su parte le absolvió de otros doscientos cuarenta y cuatro cargos civiles que se le hacian, al mismo tiempo que del único homicidio en que no pudo desvanecer completamente los indicios, procuraron sus enemigos esparcir la voz de que así esta absolucion como la de los jueces que la juzgaron, se habian conseguido subrepticiamente, y haciendo revivir las acusaciones y la causa, lograron que Calderon fuese rigurosamente preso, interin se sustanciaba de nuevo, y que se le sujetase á la dolorosa prueba del tormento para que confesase los delitos que se le atribuian y negaba con la mayor constancia. Sin embargo, el proceso no llegó á terminarse hasta el reinado de Felipe IV, en que la fatalidad de Calderon le proporcionó tambien, como ya veremos, un poderoso enemigo, en el conde-duque de Olivares.

Felipe III, ó porque á pesar de su incapacidad no pudiese ménos de conocer así que subió al trono que en la situacion de las cosas la paz era el principal beneficio de que necesitaba la monarquía; ó porque así se lo persuadiese su carácter naturalmente pacífico, procuró desde luego convenirse con la Inglaterra, como lo consiguió en 1604, despues de haber fallecido la reina Isabel; y proponer á los holandeses una tregua, que, aunque fuese algo costosa, suspendiese por lo ménos los crecidos sacrificios de sangre y de dinero que se hacian continuamente sin alguna ventaja en la guerra de los Paises-Bajos. Hacia tiempo que Mauricio de Nasau, hijo y sucesor del príncipe de Orange, puesto á la frente de aquellos intrépidos republicanos, sostenia sus esfuerzos y la gloria de su casa. Los sitios, los combates, las conquistas se multiplicaban y sucedian con el mismo empeño que á los principios; pero ninguna empresa mas memorable que el sitio de Ostende, ya por su duracion, ya por las acciones sangrientas á que dió lugar. Al cabo de tres años y tres meses de asedio, esta plaza, creida hasta entónces inexpugnable, se rindió por fin á las armas españolas, mandadas por el archiduque Alberto y el marques de los Balbases Ambrosio Espínola; y aunque no puede disputarse á España la gloria de esta conquista, es preciso confesar que la fué sumamente costosa, ya por la gente que perdió, ya tambien porque, ocupadas en este punto sus tropas, no pudieron acudir á la necesaria defensa de otras plazas no ménos importantes, de que se fué apoderando el enemigo. Amotinábanse frecuentemente los soldados por la falta de paga y escasa provision de víveres: cada dia se iba haciendo mas sensible la imposibilidad de mantener en aquellos paises un ejército bastante numeroso para conservar siquiera lo que en ellos habia quedado á la España, ya que no para recobrar lo perdidio; y entre tanto los holandeses por medio de una economía, una frugalidad, actividad, esfuerzo é industria, dignos de admiracion, no solo se habian puesto en disposicion de mantener la independencia de su pais y de hacerle cada vez mas floreciente, sino de acometer fuera de él las mayores empresas. Sus flotas habian ya despojado de las Molucas, en la India Oriental, á los portugueses, ó mas bien á la España, cuya provincia era entónces Portugal: y aplicados al lucroso comercio y navegacion de ambas Indias, consiguieron tal arrogancia y poder, que Felipe III no pudo concluir las treguas deseadas hasta el año de 1609, y bajo las gravosas condiciones de reconocer á Holanda por república independiente, y de concederle el libre tráfico en Asia y en América. De este modo, de las diez y siete provincias que componian los Paises-Bajos, quedaron desmembradas siete de la casa de Austria: las mas pobres á la verdad, pero cuya union formó con el tiempo una de las mas ricas y poderosas repúblicas.

Con la misma idea pacífica procuró tambien consolidar la paz establecida ya con Francia, por medio de dos recíprocos matrimonios, que se concertaron en el año de 1612, el uno del príncipe heredero don Felipe con la princesa Isabel de Borbon, hija de Enrique IV, y el otro de su hija doña Ana de Austria con Luis XIII, hijo del mismo Enrique. Esta doña Ana fué madre de Luis XIV, ó el *Grande*, durante cuya menor edad gobernó el reino en calidad de regente, con tal prudencia, tino y valor, en medio de las turbulencias que lo agitaron, que hizo su nombre célebre en la Europa, y en el dictámen de su hijo, que sin embargo de esta circunstancia era buen juez en la materia, mereció ser contada en el número de los mayores monarcas.

El mas memorable acontecimiento del reinado de Felipe III fué la espulsion de todos los moriscos que se hallaban establecidos en España: determinacion no ménos aplaudida por unos que vituperada por otros, segun los diversos aspectos en que la han considerado. Á la verdad, si únicamente se atiende á la obligacion, que nunca olvidó el rey don Felipe, de conservar en toda su pureza la religion cristiana, á la adhesion que siempre conservaron los moriscos á ciertos ritos y supersticiosas prácticas de sus mayores, y á la necesidad de libertar a los dominios españoles de unos enemigos domésticos, muchas veces sublevados, y tenaces siempre en seguir tratos ó inteligencias secretas con los mahometanos de África, y entónces tambien con los de Ásia, no puede negarse á esta resolucion el carácter de justa: pero si por otra parte se considera la deplorable situacion en que se hallaba la España por falta de brazos, y aun de recursos para la agricultura, las fábricas y el comercio, no faltará quien piense que, sin llegar al estremo de una total espulsion, habia medios mas suaves para impedir que los moriscos fuesen perjudiciales á la religion y á la monarquía, sin privar á ésta de mas de novecientos mil vasallos que habian de llevar consigo la industria, las riquezas y la abundancia. Sea como quiera, despues de un detenido exámen de estos inconvenientes, convino don Felipe con la opinion de varios zelosos magistrados; y en 11 de setiembre de 1609 fulminó el decreto de espulsion, que debia empezar por el reino de Valencia, permitiendo á los espatriados llevar consigo todos los bienes muebles que pudiesen conducir sobre sus personas. Al mismo tiempo se espidieron las órdenes correspondientes para facilitar naves que los condujesen á África; se publicaron edictos en todos los pueblos del reino, en que habia moriscos establecidos, fijando las reglas que debian observar acerca de sus bienes los que hubiesen de salir; quienes podian quedarse; con qué condiciones, etc.; pero aquellos miserables, que se veian arrancados del pais que los vió nacer y precisados á abandonar sus hogares, y los establecimientos que formaban sus riquezas, se abandonaron á la mas cruel desesperacion, y en los parages ásperos y fortificados, lejos de obedecer, tomaron las armas y se pusieron en

Digitized by Google

defensa. Las cumbres de los montes y los caminos se vieron al momento cubiertos de moriscos furiosos, corriendo á todas partes á pié, á caballo, con armas ó sin ellas para comunicar entre sí las noticias y acuerdos de los sublevados; pero finalmente, con aparentes señales de sumision, convinieron en embarcarse, y de esta primera vez salieron mas de cuarenta mil personas.

Se advirtió sin embargo, que casi todo eran mugeres, niños y viejos, y que por consiguiente quedaban los jóvenes en estado de llevar las armas: de suerte que llegó á temerse no hubiese sido su objeto poner en salvo sus familias, ocupando al mismo tiempo todas las naves que habian podido facilitarse para hacer alguna desesperada tentativa interin se preparaban otras, ó daban aquellas la vuelta. Con efecto, el suceso confirmó estos recelos, y todas las precauciones que se tomaron no bastaron á impedir que en el valle de Ayora y sus contornos se pusiesen sobre las armas innumerables moriscos, y que acaudillados por un moro muy rico y bastante esperto, llamado *Furigi*, se abandonasen á las mayores violencias y crueldades. Por todas partes cundió inmediatamente la insurreccion: los moriscos que habitaban los pueblos de la marina eligieron por gefe á un mollinero de Guadalest, por nombre *Millim*, recorrian las campiñas, las alquerías y las aldeas, saqueando, incendiando, y asolando cuanto hallaban por delante; se apoderaron de varias fortalezas; y atrincherados en la escabrosidad de los inexpugnables montes del valle de Alahuar, desafiaban á las tropas de Felipe. No pudo pues evitarse el venir con ellos á las manos, sin embargo de las órdenes del rey á sus capitanes para que lo evitasen cuanto fuese posible: pero, como los moriscos tenian mas ira que fuerzas, y se hallaban muy desprovistos de municiones, armas y comestibles, dieron por fin oidos á la suavidad con que se procuraba calmar sus ímpetus, como nacidos solo de un sentimiento natural, y poco á poco se fueron reduciendo al embarco; si bien no faltaban algunos tan desesperados, á quienes fué preciso arrojar á las naves con violencia, y otros que en trage de cristianos se refugiaron en Francia, ó se dispersaron por Cataluña y las Andalucías. Lo mas triste del suceso fué que aquellos miserables, transportados al África en el concepto de mahometanos, sufrieron la desgraciada suerte de caer en manos de los árabes, que, considerándolos por su parte como cristianos, los fueron asesinando despues de despojarlos de los infelices restos de sus antiguos bienes.

Á pesar de la declarada propension de don Felipe á la paz, no dejó tambien de empeñarse en algunas espediciones militares. La corte de Roma, gravemente ofendida de la república de Venecia por la publicacion de ciertas leyes opuestas á la disciplina eclesiástica, y por su teson en sostenerlas contra todos los esfuerzos del Vaticano, pidió auxilio al rey de España, y éste inmediatamente puso sobre las armas, con increibles espensas, un respetable ejército de treinta mil hombres, á las órdenes del conde de Fuentes, gobernador del ducado de Milan, con lo cual aseguró la paz de la Italia, y dejó compuestas sin efusion de sangre las diferencias entre Venecia y Roma. Igual auxilio proporcionó á la duquesa de Mantua, cuyos estados, y principalmente el ducado de Monferrato, habia invadido injustamente el duque de Saboya, obligando al agresor a pedir la paz, y a restituir lo conquistado; y habiendo Federico, elector Palatino, no solamente pretendido sino logrado, mediante el favor de los protestantes, las coronas de Hungría y de Bohemia, en perjuicio de Fernando II, socorrió tambien don Felipe á éste con cuarenta y ocho mil hombres en varias ocasiones, contribuyendo mucho con tales auxilios á la victoria, que al fin quedó por los austriacos despues de una porfiada guerra de muchos años.

Por mar abatió repetidas veces la insolencia del turco, acreditando su conducta y valor varios ilustres caudillos, que en diversos encuentros destruyeron muchas galeras mahometanas y ganaron ricas presas. El célebre marqués de Santa Cruz desmanteló y saqueó en Levante diferentes poblaciones turcas, la isla de Lango y la de los Querquenes. Don Pedro Giron, duque de Osuna, se apoderó de Chircheli en las costas de Berbería; y por su disposicion el famoso capitan Ribera, con cinco galeones y poco mas de mil arcabuceros, destruyó completamente una escuadra de cincuenta y cinco galeras, echando cuatro a pique, inutilizando treinta y dos, y poniendo en fuga las restantes. Don Octavio de Aragon, caudillo de no menos esfuerzo, reportó en las aguas de Levante otra memorable victoria contra diez galeras enemigas, apresando seis, pasando á cuchillo cuatrocientos mahometanos, y haciendo seiscientos prisioneros á la vista de una numerosa escuadra, que llena de terror rehusó venir á las manos con tan formidable enemigo. En 1610 adquirió el rey don Felipe por negociacion el puerto de Larache, situado en el reino de Fez; y cuatro años despues el brioso don Luis Fajardo se apoderó á viva fuerza del de Marmora, cerca de Tanger. Finalmente, sus armas reconquistaron las Molucas, y derrotaron cerca de Filipinas una escuadra holandesa, que se dirigia contra estas islas.

En 31 de marzo de 1621, á la vuelta de un viaje que hizo á Portugal, falleció Felipe III á los cuarenta y tres años de edad y veinte y tres de reinado, dejando la corona á su hijo Felipe IV, que á la sazon contaba diez y seis. Los primeros pasos del jóven monarca anunciaban ciertamente las mas bellas disposiciones, y prometian lisonjeras esperanzas de ver renacer el órden y la felicidad. Se puso en ejecucion cierta consulta, dirigida á su difunto padre por el consejo de Castilla, proponiendo varios prudentes medios de reparar y fomentar la poblacion del reino, reformar ciertos abusos de la corte, y moderar los exorbitantes gastos que agotaban el erario; y aun cuando estos arbitrios no fuesen suficientes por sí solos para reparar el abatimiento del estado, como despues lo acreditó la esperiencia, se advirtieron por lo ménos en el nuevo soberano apreciables deseos de aplicar con el mayor acierto un remedio á tan crecidos males. Á poco tiempo todo mudó de aspecto, y el conde-duque de Olivares don Gaspar de Guzman, que ántes de subir al trono habia servido de gentil-hombre, y adquirido sobre el rey una estraordinaria influencia, llegó en breve á erigirse en dueño absoluto; le arrancó de las manos las riendas del gobierno, y adormeciéndole en el seno de los placeres, aseguró por largo tiempo su dominacion. Incapaz de sufrir competidor, ni de partir la autoridad con nadie, desde luego removió del ministerio é hizo salir de la corte á su bienhechor el duque de Uceda: inmediatamente se vieron los principales puestos poblados de hechuras del nuevo ministro; y éste parece que formó empeño de favorecer las quejas que podian desconceptuar á sus predecesores y hacer aborrecible su gobierno. Don Rodrigo Calderon fué una de las víctimas de esta política; pues, habiéndose activado la sustanciacion de su causa, y resultando convicto de un homicidio, fué sentenciado á la pena de muerte, que sufrió con tanto espíritu y resignacion, que escitó la compasion de los espectadores. Fué cosa bien notable, que sin embargo de que don Rodrigo se habia conciliado durante su privanza infinitos enemigos, sin tener la precaucion de ganarse un solo amigo, no hubo testigo alguno que en su causa declarase voluntariamente y sin necesidad de apremio.

Otra de las víctimas fué tambien don Pedro Giron, duque de Osuna, aquel virey de Nápoles que en el reinado anterior se habia distinguido tan señaladamente contra los turcos de Levante. Ya en los últimos tiempos de Felipe III habia procurado la envidia amancillar la gloria de sus triunfos con la calumnia de que aspiraba a ceñirse la corona de Nápoles; y aunque tan infame acusacion no tenia mas fundamento que el ascendiente que le habian proporcionado sus victorias, bastó para llenar de desconfianza á aquel débil monarca, y que le hiciese regresar á España. Don Felipe III murió poco despues; pero los émulos de las gloriosas hazañas del duque, redoblaron en el nuevo reinado sus esfuerzos y manejaron con tal destreza la intriga, que, sorprendido el jóven Fe-

lipe IV, mandó prenderle en la fortaleza de la Alameda, pueblo del conde de Barajas. La variedad y poca constancia de las acusaciones fiscales; los escritos publicados en favor del duque, y aun los esparcidos contra él, apenas han dejado á la posteridad la menor duda sobre su inocencia; pero, como siempre es mayor la envidia cuando son grandes los merecimientos, el duque de Osuna, semejante á los Gonzalos de Córdoba, Hernandos Cortés, y otros varones insignes, aunque desgraciados, ni aun tuvo el consuelo de que se le permitiese usar del recurso que no se niega al mas delincuente, del derecho de vindicar en juicio su opinion ultrajada: y despues de tres años de prisiones, disgustos y continuo padecer, se postró á la violencia de una hidropesía, y murió con la amargura de ver la ingratitud con que se remuneraban sus servicios.

Finalmente, por una consecuencia del principio de deslucir lo que otros han hecho, por realzar lo que uno mismo hace, el conde-duque de Olivares, que, atendida la situacion de la España, parece debia haber consolidado en lo posible el sistema pacífico adoptado por sus antecesores, y convertir únicamente su atencion á curar las heridas causadas por una viciosa política, desde luego se manifestó con disposiciones hostiles; y las potencias enemigas de la casa de Austria, la Francia principalmente, que por esperiencia habian ya conocido no ser imposible contener los progresos de su engrandecimiento, no se descuidaron en admitir esta especie de desafío, suscitando á la España porfiadas y sangrientas guerras, ya por sí mismas, ya por medio de sus aliados. Seria tan molesto como ageno de nuestro propósito detenernos en referir menudamente todas las campañas que por entónces sostuvo la nacion en diversas provincias, dentro y fuera de sus estados; pues como á un mismo tiempo ó sucesivamente dieron penosa ocupacion á las armas españolas la Holanda, Flandes, Alemania, Italia, Francia, Inglaterra, Cataluña, el Rosellon, Portugal, las costas de África y las dos Indias, la simple narracion de cada uno de los hechos de estas empresas militares ocuparia una multitud de páginas sin otro fruto que dejar fastidiados á los lectores. Nos reduciremos por lo mismo á hacer mencion únicamente de aquellos sucesos que basten para formar idea de cuan funestas han sido estas guerras para España, y hacer observar que ninguna de ellas proporcionó ni aun al vencedor ventajas capaces de consolarle de los males que le produjo.

Apenas puso el pié en el trono Felipe IV espiraron las treguas que su padre habia ajustado con Holanda, y se volvió á las armas con el mismo empeño que anteriormente, continuando por ambas partes la porfía y el encarnizamiento hasta el año de 1648, en que se concluyó la paz de Munster. La fortuna se declaró tan varia, que aunque los españoles alcanzaron victorias sumamente gloriosas, no menos las consiguieron tambien muy importantes los holandeses, así por tierra como por mar. Si el duque de Alba don Fadrique de Toledo les derrotó una escuadra junto al estrecho de Gibraltar, ellos tuvieron la fortuna de maltratar las españolas en los mares de Nueva España y el Perú, y cerca de Calais, apresando tambien una rica flota portuguesa, procedente de China, en la ocasion en que se hallaba mas apurado el erario. Saquearon tambien la ciudad de Lima, recogiendo considerables despojos; tomaron algunas de las islas Antillas, y se hicieron dueños de la bahía de Todos Santos, de la ciudad de san Salvador, y de Fernambuco en el Brasil; bien que el mismo don Fadrique de Toledo los desalojó muy pronto de aquellas dos primeras posesiones de Guayaquil, Puerto Rico, y algunos otros puntos. Por otra parte, si el marqués Ambrosio Espinola rindió á Juliers despues de cinco meses de bloqueo, se desquitaron tambien aquellos resueltos republicanos con la conquista de otras plazas y con la victoria que obtuvieron junto á Luxemburgo, subiendo desde entónces á tal grado su altivez y superioridad, que rehusaron por largo tiempo entrar en proposiciones de ajuste con España.

En las demas provincias del Pais Bajo se encendió igualmente la guerra con no ménos calor. Felipe II, deseoso de calmar las inquietudes de los flamencos, y creyendo se contentarian con obedecer á un príncipe aleman, habia casado á su hija Isabel Clara con el archiduque Alberto, cediéndola en dote los Paises-Bajos, con la condicion de que volverian al dominio de España en defecto de herederos, ó en el de que éstos abandonasen la religion católica. Aun cuando los holandeses todos, en general, hubiesen tenido ménos pasion por su libertad, el odio inestinguible que profesaban á los españoles, y el temor de volver á pasar bajo de su yugo, les hubieran hecho redoblar sus esfuerzos para impedirlo; y así es que habiendo con efecto muerto sin sucesion el archiduque en tiempo de Felipe IV, reiteraron sus pretensiones los señores flamencos; y negándose á reconocer por gobernadora en nombre de aquel monarca, como señor de aquellos estados, á la infanta archiduquesa viuda, intentaron formar en ellos una república á imitacion de la de Holanda. Espinola, encargado de sujetarlos, llegó á forzar al cabo de diez meses de asedio la importante plaza de Breda, y el cardenal infante don Fernando, hermano del rey, que despues de la archiduquesa gobernaba los Paises Bajos, los venció en algunas batallas, y principalmente en la de Nortlingen; pero no dejaron tambien ellos de ocupar algunos pueblos, y de apoderarse de Mastrick, siendo tanta la variedad de fortunas, que no pocas plazas se perdieron y ganaron por tres ó cuatro veces. En todos estos movimientos jugaba ocultamente la política de la Francia, manejada por el célebre cardenal de Richelieu, continuando el sistema de refrenar el poder de la casa de Austria, y principalmente porque esta diversion la era entónces muy oportuna para realizar sus planes sobre la Valtelina.

Esta pequeña provincia, situada en el pais de los Grisones, entre el Tirol y la Lombardía, en el ardor de una sublevacion contra su gobierno habia pedido socorro á la España, poniéndose bajo su proteccion; y como España no debia despreciar una casualidad favorable que la abria una fácil comunicacion con sus estados de Alemania é Italia, ocupó la Valtelina, construyendo algunos fuertes para asegurar la posesion. Esto bastó para que se alarmasen algunas potencias italianas, enemigas de la España, como Venecia y el duque de Saboya, y para que la Francia, protegiendo sus demandas, insistiese en la evacuacion de la Valtelina y su restitucion á los grisones; pero finalmente, despues de varias contestaciones, se habia convenido el gobierno español en secuestrar en manos del papa las plazas de aquella provincia, bajo cuyo concepto las mantenia Urbano VII, cuando Richelieu subió á primer ministro de Luis XIII. Incapaz de condescender aquel intrépido político en un arbitrio medio, que suponia vergonzoso á la Francia, y y perjudicial á sus intereses, desde luego se declaró contra el secuestro; y abandonando negociaciones lentas é infructuosas, de concierto con los venecianos y el duque de Saboya, envió contra la Valtelina un ejército, que desalojó á las guarniciones de Urbano; pero habiendo acudido España á su defensa, consiguió desalojar tambien al ejército combinado, y finalmente, despues de varias vicisitudes en que los españoles supieron mantener la gloria adquirida, se dió fin á estas disensiones por medio de un tratado que se celebró en 1626, dejando á los grisones dueños de la Valtelina, bajo la garantía de España y Francia.

Esta potencia, ocupada por entónces en la porfiada guerra con que perseguia á los hugonotes, hubo de suspender por algun tiempo sus intrigas; y España, desembarazada de tan temible adversario, pudo con mas facilidad concentrar su atencion á los asuntos de Holanda. Quizá hubiera sido conveniente fomentar aquella diversion en Francia por los mismos medios con que ella habia fomentado la de los Paises-Bajos; pero el conde duque se contentó con enviar un aparente socorro de cuarenta velas en favor del ejército católico que sitiaba á la

Digitized by Google

Rochela, con prevenciones, segun se dice, de que no entrase en accion. Luis XIII se apoderó por fin de la Rochela despues de once meses de sitio; pero aun ántes de concluirse esta guerra se suscitó otra en Italia sobre la sucesion del ducado de Mantua, en que volvieron á medir sus armas las dos potencias rivales.

Por muerte del señor de aquel estado en 1627, recayeron todos sus derechos en Cárlos Gonzaga duque de Nevers, príncipe sumamente afecto á la Francia, y por lo mismo sospechoso á Felipe IV, quien desde luego se propuso estorbarle la posesion. El emperador de Alemania y el duque de Saboya, que tenian tambien sus razones para disputársela, reunieron sus fuerzas á las del monarca español: pero la Francia, tomando á su cargo la proteccion de su amigo, envió en su auxilio un respetable ejército, que, conducido por el mismo Luis XIII, forzó gloriosamente el paso de Suza, invadió los estados del duque de Saboya, obligó á los españoles á levantar el sitio de Casal, deshizo en dos batallas á los austriacos, y si no pudo impedir que el ejército del emperador se apoderase de Mantua y la saquease, logró finalmente en 1631 asegurar su herencia al duque de Nevers, obligando á España á ceder del empeño por acudir con sus fuerzas á otra necesidad mas urgente.

El elector de Tréveris habia provocado su indignacion prestando á la Francia servicios muy perjudiciales á la casa de Austria, que sin vergüenza no podia dejar impune esta conducta, ya por tomar satisfaccion de los agravios recibidos, ya por evitar que con el disimulo creciese su insolencia. Las tropas españolas invadieron las posesiones del electorado; se apoderaron de la capital, espeliendo á la guarnicion francesa, y prendieron al elector, que fué conducido á Bruselas. Demandó su libertad el rey de Francia; se le negó, y de aquí tomó pretesto Richelieu para declarar á España nueva guerra en 1635: guerra obstinada y sangrienta, que duró cerca de veinte y cinco años, y así acabó de consumir la poblacion y tesoros de España.

Unida Francia con Holanda, el ejército de ambas naciones ganó la famosa batalla de Avein en el pais de Lieja; pero aquí pararon todos sus progresos, porque las epidemias aniquilaron al francés: Holanda empezó á obrar con desaliento, temiendo no aspirase la Francia á engrandecerse á costa de su territorio; y finalmente, los flamencos subsistieron fieles á España porque eran respetados sus privilegios, como debieran haber sido ántes de las turbulencias. Por otra parte los españoles, mandados por el marques de Santa Cruz, ocuparon las islas de santa Margarita, san Honorato y otras en frente de Tolon, y destruyeron á una escuadra francesa que, desembarcando en la playa de Valencia un crecido número de tropas, amenazaba á la ciudad: en cambio el duque de Rohan se hizo dueño de la Valtelina, arrojando á los austriacos que la ocupaban, y se mantuvo gloriosamente en ella con un puñado de gente.

Esta campaña fué seguida de otra mas funesta para la nacion francesa. El cardenal infante, acompañado del duque de Lorena, penetró en Picardía con treinta mil hombres, pasó el Soma, se apoderó de Chapelle, Chatelet, Corbie, Noyon y otras principales plazas á vista del ejército de Richelieu, á quien despues hizo pedazos, é intimidó á París; pero no supo aprovecharse de estas ventajas, pues en vez de marchar directamente contra esta capital, sin darla tiempo de volver de su consternacion, repasó el Soma, y se restituyó á Flandes. Sin embargo, el de Lorena asoló la Borgoña: el almirante de Castilla penetró en Francia por San Juan de Luz, ocupando y saqueando los pueblos que encontraba al paso: y hubiera podido apoderarse de la Gascuña y la Guiena, si con su lentitud no hubiese dado lugar á que se fortificasen las plazas. Al mismo tiempo el marqués de Leganés, arrojando á los franceses del Milanesado, hizo considerables estragos en los estados de Parma y Plasencia, cuyo soberano seguia el partido de la Francia: tomó á Niza de la Palla, y Villafranca, y se cubrió de gloria en el Piamonte, llegando despues á hacerse dueño de Bremen, Vercelí, y de cuanto le impedia acercarse á las puertas de Turin.

Mas afortunados los franceses en el año siguiente de 1637 recobraron, aunque con bastante sangre, las islas de santa Margarita y san Honorato; conducidos por el general Schomber, obligaron á los españoles á levantar el sitio de Leucata, haciendo una carnicería horrible: se apoderaron igualmente de Landreci, Damvilliers, Ivoi y la Chapelle, al tiempo que los holandeses conquistaron á Breda; y el cardenal infante, exhausto de tropas y dinero, no hizo poco en recobrar á Ivoi, apoderarse de Roremunda, Vanloo y Maubege, desalojando á los franceses de todas las orillas del Mosa. En la raya de España sitiaron éstos á Fuenterabía con un ejército formidable, é interceptaron y quemaron doce bajeles que conducian víveres y municiones á la plaza; pero, acudiendo á su socorro el almirante y el virey de Navarra, marques de los Velez, atacaron á los enemigos en sus mismas trincheras, los arrollaron, y la guarnicion de la plaza haciendo al mismo tiempo una salida completó la derrota. El príncipe de Condé, que mandaba en esta espedicion las tropas francesas, quiso despues reparar la pérdida y el desaire de su vencimiento, sitiando y tomando á Salsas en el Rosellon. Lo consiguió en efecto; pero no tardó la plaza en volver á poder de los españoles, acaudillados por el conde de santa Coloma y el marques de los Balbases. Sin embargo, en los Paises-Bajos fueron tan rápidos y tan importantes los progresos de los franceses, que sucesivamente se apoderaron de Hesdin, Arras, Gravelinas, Courtrai, Dunquerque y otras plazas de ménos consideracion.

Pero no nos detengamos en seguir las operaciones de una guerra tan obstinada en que todas las potencias se debilitaban, tanto con las victorias como con las derrotas. La paz, siempre apetecible, se hacia cada vez mas necesaria, porque cada uno de los beligerantes deseaba esclusivamente sus ventajas particulares, poco compatibles con las de sus aliados y las de sus enemigos, y no se hallaba ninguno todavía en el estremo de sujetarse á condiciones vergonzosas. Solian entablarse algunas negociaciones; pero al punto quedaban interrumpidas y desbaratadas por el artificio. El cardenal de Richelieu, principalmente, que deseaba prolongar la guerra, eludia sagazmente cualquiera proposicion pacífica, y sabia suscitar ó fomentar en el seno mismo de las naciones enemigas, peligrosas turbulencias, que, haciendo su situacion mas crítica, las distrajesen, ó debilitasen, ó las obligasen á comprar la paz á cualquier precio. La España, víctima de tan artificiosa política, vió encendida una funesta revolucion en Nápoles, otra en Sicilia, otra en Cataluña, que por poco la enagena esta industriosa provincia; y otra finalmente en Portugal, que con efecto la robó tan rico y poderoso reino.

Cataluña era, entre las provincias de España que se manifestaban cansadas y quejosas de la duracion de la guerra, la que, como vecina á la raya de Francia, habia esperimentado mayores incomodidades por el frecuente paso de las tropas, y por los desórdenes que cometian. Indispuestos por otra parte los ánimos á consecuencia de la violacion de algunos de sus privilegios, y del ningun fruto que habian producido sus reclamaciones á la corte, se hallaban los catalanes demasiado propensos á tomar un violento partido, cuando en 1640 la imprudente dureza del conde-duque de Olivares puso colmo á su indignacion. Durante la guerra del Rosellon el ejército castellano, que constaba de diez y ocho mil hombres, hubo de acantonarse en las fronteras de Francia para observar los movimientos del de Condé, que aun se mantenia en las inmediaciones de Carcasona, no solo amenazando, sino tambien haciendo correrías hasta el Rosellon y Cataluña. No hallándose en disposicion el erario para sostener allí tan crecido número de tropas, recurrió al medio espedito, pero nada suave, de imponer á los pueblos del principado la carga de abastecer de cuanto necesitasen á los soldados alojados en ellos. Cataluña, que ni por ley ni por costumbre se creia obliga-

Digitized by Google

da á mas que á surtir de ciertos artículos á las tropas cuando transitasen, reclamó esto contrafuero y gravámen, que principalmente recaia sobre la clase mas necesitada del pueblo; y llegando el rey á dudar de su solicitud, para aquietar su conciencia, remitió el punto al exámen de una junta de teólogos y juristas, que no se detuvo en fallar imprudentemente que, pues aquella tropa subsistia allí en defensa del Principado, debia este mantenerla en un todo. En su consecuencia se espidieron nuevas órdenes al virey conde de santa Coloma, al gobernador y demas ministros reales, para que de grado ó por fuerza obligasen á los pueblos á la manutencion del ejército; y la soldadesca, á la sombra del decreto, empezó á cometer tales insultos, que irritado el paisanage tomó no pocas veces una sangrienta satisfaccion. Estas escenas se repetian frecuentemente; pero el furor de los catalanes creció sobremanera al ver encarceladas algunas personas de respeto por defender sus privilegios; é intimidados los ministros reales, sin duda hubieran suavizado el rigor de sus procedimientos, á no hallarse repetidamente estrechados por el ministro, con órdenes, conminaciones y castigos, á no ceder en lo mas mínimo. Semejante conducta solo sirvió para empeorar las cosas, y estinguir hasta la esperanza de aplacar aquellos espíritus alterados.

Se dejaron ver en Barcelona varias cuadrillas de labradores de los pueblos comarcanos armados, resueltos y precedidos de un crucifijo, apellidando la defensa y venganza de la religion atropellada por los soldados castellanos, que sacrílegamente saqueaban los templos; pero, contentándose con forzar la cárcel pública y dar libertad á los presos, se retiraron luego de la ciudad, á persuasiones de algunos obispos y prelados respetables. Sin embargo esto no fué mas que un amago.

Á pocos dias, y con pretesto de asistir á la festividad del *Corpus*, bajaron á Barcelona hasta quinientos segadores de la montaña, bien pertrechados de armas ocultas, y dispuestos, sin duda, para cualquier acontecimiento: pues apenas fué uno de ellos reconocido por un ministro, se pusieron todos los demas en defensa: empezaron á hacer fuego al palacio del virey; le incendiaron; y, acometiendo á los ministros reales, ya en sus casas, ya en las calles, hicieron una carnicería horrible y saquearon sus habitaciones. Ni las persuasiones de los obispos, ni las del respetable clero eran bastantes á calmar aquella gente enfurecida; y cuando á fuerza de trabajos y con sumo peligro habian conseguido estraer de la ciudad algunas cuadrillas, los criados del marques de Villafranca, general de las galeras reales, viendo pasar por delante del palacio de su amo un peloton de sediciosos que iba á reunirse con los primeros, y creyendo que su objeto era incendiar y saquear la casa, hicieron fuego, aunque sin bala, para ahuyentarlos. Esta imprudencia renovó la furia de los atumultuados, creciendo prodigiosamente su número; y con el rumor de que habian muerto á algunos de sus *consellers*, se puso en movimiento toda la ciudad. El virey intimidado y sin saber qué partido tomar, pensó salvar su vida huyendo en una galera que acababa de llegar al puerto; pero los amotinados hicieron varias descargas sobre el esquife que arrojaban de ella, y con la artillería del castillo de Monjui, de que se habian apoderado, la obligaron á alargarse mar adentro. Entónces, viéndolos dispuestos á asaltar el arsenal, trató de ponerse en salvo con algunos caballeros y criados que le acompañaban, arrojándose al campo, y ganando la galera que se habia refugiado detrás de la montaña de Monjui. Consiguió efectivamente lo primero; pero no permitiéndole su corpulencia caminar con celeridad por entre aquellos riscos, hubo de quedarse muy zaguero con solo un criado que no quiso abandonarle; y el susto, la agitacion, el cansancio y la falta de alimento le ocasionaron un deliquio mortal. Rociando estaba con agua del mar el afligido sirviente el rostro de su amo, cuando sobre la cima de un ribazo se dejaron ver algunos sediciosos haciendo fuego; y queriendo aquel leal criado salvar la vida de su señor, aun á costa de la suya propia, se interpuso y recibió varias heridas pero no pudo impedir que, bajando aquellos hombres furiosos, esgrimiesen toda su cólera en el desgraciado virey, pasándole á estocadas.

Entre tanto los que habian quedado en la ciudad saquearon el palacio de Villafranca, asesinando á varios de sus criados; ejercitaron crueldades inauditas contra los oficiales reales; en una palabra se abandonaron á todos los desórdenes de un populacho desenfrenado; y no hubiera podido conseguirse arrojarlos de la ciudad, si la voz mañosamente esparcida de que las tropas castellanas estaban en el Rosellon oprimiendo algunos de sus pueblos, no les hubiese hecho tomar la determinacion de partir en su defensa. Sin embargo, al cabo de dos dias que se detuvieron por aquellos contornos, robando y asolando campiñas y alquerías, se retiraron á sus casas á gozar tranquilamente del fruto de sus latrocinios.

Este suceso, que en realidad no pasa de un movimiento popular, en que no tomaban parte sino cierto número de gentes, no habria tenido seguramente consecuencias si el conde-duque de Olivares se hubiera manejado con la circunspeccion que exigian las circunstancias; pero se obstinó en hacerse obedecer, y la sublevacion, que empezó por venganzas particulares de los insultos de unos soldados, se convirtió en formal rebelion de todo el Principado, y acabó por una sangrienta guerra contra el monarca. Desconfiados sin embargo los catalanes de poder sostenerse en el empeño sin el auxilio de un príncipe poderoso, despacharon embajadores á Luis XII rey de Francia, para que, reconociéndolos por vasallos, les dispensase su proteccion; y Richelieu, que no desperdiciaba ocasion de humillar á España, no solamente los recibió con agrado, sino que en nombre de su amo los colmó de las mas lisongeras esperanzas. Pero como la lentitud con que se manejó esta negociacion diese lugar a que el nuevo virey marques de los Velez entrase en el Principado á la frente de un lucido ejército, se vió Cataluña en la necesidad de librar en sus propias fuerzas la defensa, y tomó la resolucion de erigirse en república independiente.

El marques, despues de reducir con bastante trabajo un gran número de pueblos á la obediencia de Felipe, se encaminó á Barcelona, centro y móvil de la rebelion; y convencidos entónces los catalanes de la dificultad de oponer una grande resistencia, acordaron disolver la naciente república, y reconocer conde de Barcelona al rey de Francia, con las condiciones, entre otras muchas de respetar sus fueros y privilegios, de no imponerles nuevos tributos, y de no confiar el gobierno de las plazas sino á naturales del pais. Acuerdo semejante estinguió toda esperanza de reconciliacion; y el marques, desengañado de la inutilidad de las gestiones amistosas con que se habia lisonjeado de reducirlos, se creyó en el caso de valerse del rigor; pero no hallándose con fuerzas suficientes para emprender un dilatado sitio, intentó apoderarse por asalto de la fortaleza de Monjui para dominar desde ella á la ciudad. La accion fué de las mas vivas y sangrientas por ambas partes; pero al fin, despues de seis horas de obstinado combate, logró la guarnicion rechazar con grande pérdida al ejército castellano, y obligó al marques á abandonar la empresa, retirándose á Tarragona (1).

Animados los insurgentes con este primer triunfo, y enrobustecidos con los auxilios que por mar y por tierra se les enviaron de Francia, se creyeron superiores á todos los esfuerzos del gobierno español. Siguióse la guerra con variedad de acontecimientos, ya prósperos, ya adversos, por una y otra parte: hubo sitios obstinados, valerosas defensas, choques reñidísimos: pero ninguna

(1) Véase la continuacion de M. Ortiz de la Vega á las historias de Mariana y Miñana, en donde minuciosamente se refieren las causas de la sublevacion de Cataluña en 1640, y los movimientos del marques de los Velez.

Digitized by Google

su pequeño ejército. El duque sin embargo, superior á todo resentimiento, y únicamente atento á defender el honor y los intereses de su patria, se alistó entre las tropas por soldado raso, ofreciéndose á servir en esta clase mejor que de general: pero el marques de Caracena se resistió á admitirle á pretesto de no tener órden de la corte, y diciéndole, que pues era soldado obedeciese á su gefe, y se retirase. Obedeció en efecto, y aquella accion generosa no consiguió otro premio que una dura prision, y una multa de cien mil ducados.

No se descuidaron los portugueses en aprovechar tan favorable ocasion para dar un golpe decisivo: un ejército hambriento, desnudo y mal armado era débil obstáculo á hombres acostumbrados á vencer, y que defendian su patria, libertad y bienes. Sin embargo, las tropas castellanas, atacadas junto á Villaviciosa, sostuvieron con el mayor denuedo un choque terrible y obstinado, en que, si quedaron derrotadas, supieron vender bien cara la victoria, y solo cedieron el campo despues de haber perdido mas de cuatro mil hombres. Á esta memorable batalla puede decirse que debe la casa de Braganza la soberanía de Portugal, pues mas imposibilitada desde entónces Castilla de hacer valer sus derechos, si continuó la guerra fué siempre con desventaja; y al fin se vió en la precision de reconocer la independencia de aquella provincia rebelde por los años de 1668, reinando ya Cárlos II.

No era posible que Felipe IV se mostrase indiferente al conjunto de pérdidas y desgracias que acumulándose durante su reinado habian desvanecido hasta la esperanza de restituir la monarquía al grado de esplendor con que cien años ántes se habia hecho respetar en Europa. Acongojado su espíritu á la vista de tantos afanes y desventuras enfermó gravemente, y falleció en 17 de setiembre de 1665, dejando por sucesor al príncipe don Cárlos, hijo de su segunda esposa y sobrina doña Mariana de Austria; pues los demás varones que tuvo de esta señora, y el príncipe don Baltasar Cárlos, que nació de su primer matrimonio con doña Isabel de Borbon, habian muerto en su infancia ó en la flor de su edad.

Cuatro años escasos contaba á la sazon el nuevo soberano; y de consiguiente fué preciso que su padre dejase encomendada su tutela y la regencia del reino hasta que cumpliese la edad competente para tomar las riendas del gobierno. Siempre fueron muy ominosas para España las menoredades de sus monarcas; y si esta circunstancia sola ha ocasionado tantos males en tiempos ménos calamitosos, cuando la nacion se hallaba constituida en la situacion mas deplorable, no debian esperarse mas felices resultados. La reina viuda quedó, por disposicion del rey difunto, encargada de la tutela de su hijo y del gobierno del reino, asistida de una junta compuesta del presidente de Castilla, de el vice-canciller ó presidente de Aragon, del arzobispo de Toledo, del inquisidor general, de un grande de España, y de un consejero de estado, sin hacerse mencion de don Juan de Austria, que por su calidad, prendas y opinion, parece que entre los sugetos elegidos debia haber ocupado el primer lugar en la confianza de su padre. Esta especie de ingratitud no pudo ménos de descontentar á la nacion que le profesaba particular afecto, y como todos consideraban á la reina como causa inmediata y principal de semejante injusticia, no era posible que despues sufriesen con paciencia, que, entregada esclusivamente á la voluntad de su confesor el padre Everardo Nithard, jesuita aleman, sin esperiencia en el arte de gobernar, y con otras circunstancias que le hacian poco amable á los españoles, no solamente le fiase la direccion de su conciencia, sino la del reino, elevándole á consejero de Estado, á inquisidor general, y por consiguiente á miembro de la junta, y reuniendo por último en solo él todas las facultades que, segun la intencion del rey difunto, debian residir en esta última, cuando por otra parte se advertian sus disposiciones de alejar á don Juan de Austria como único que podria hacer frente á sus desaciertos.

En efecto, era demasiado decidida la influencia de don Juan sobre la nacion entera, para no hacerse temible su presencia á cuantos aspirasen á un predominio absoluto. El padre Nithard le contemplaba como un obstáculo á su arbitrariedad: y por consiguiente nada le importaba tanto como libertarse de este objeto incómodo. El gobierno de las posesiones españolas de Flandes, que á la sazon se hallaban en grave peligro, amenazadas de la Francia, fué conferido á don Juan bajo el pretesto especioso de que nadie podria defenderlas como el héroe que en aquellos mismos paises se habia cubierto de laureles; pero don Juan, penetrando el designio de sus enemigos, y previendo igual suerte á la que sufrió en Portugal, se negó constantemente á admitir un cargo en que no dudaba iba á ser sacrificada su reputacion. Esta repulsa se consideró como un insulto: se le desterró de la corte; y siendo ya entónces preciso recurrir á otros medios para deshacerse de él, no faltaron personas viles que se prestasen á la intriga mas infame, y que suponiéndose cómplices, señalasen á don Juan por cabeza de una conjuracion contra la vida del padre confesor. Inmediatamente se decretó su prision, y un crecido número de soldados partió á Consuegra con órden de conducirle al alcázar de Toledo; pero avisado con tiempo pudo refugiarse en el reino de Aragon, y asegurándose en una fortaleza, desmintió públicamente la impostura con que se habia ultrajado su opinion, exigiendo en desagravio la remocion del padre Nithard, y protestando las consecuencias que de lo contrario pudieran resultar.

No habiendo producido sus reclamaciones otro efecto que concederle permiso la reina para acercarse á la corte, y acelerar por este medio la reparacion de su honor, se puso en camino con una escolta de setecientos hombres de infantería y caballería; y con esta gente, en órden de batalla, se presentó á tres leguas de Madrid. Atemorizados los regentes, enviaron al nuncio pontificio para que le manifestase un breve del papa en que le exhortaba á transigir sus diferencias con la corte: y habiéndolo pedido cuatro dias de término para espedir las órdenes convenientes á darle una completa satisfaccion, respondió el agraviado caballero: «que pues la reina habia tenido mucho tiempo para deliberar, exigia por primera satisfaccion la separacion del padre Nithard dentro de dos dias, y su salida de España.» En tales circunstancias ya no tuvo la reina arbitrio para resistirse: el riesgo de una guerra civil era inminente: el enemigo estaba á las puertas: su ascendiente era harto conocido; y á la menor resistencia se hubieran reunido bajo sus banderas el pueblo, el clero, la nobleza y la nacion entera. Deseando no obstante despedir á su amado confesor con el honor posible, espidió un decreto sumamente lisonjero á su persona, enviándole á Roma en calidad de embajador estraordinario.

Dado este primer paso, solicitó don Juan la separacion del presidente de Castilla y de algun otro miembro de la junta, cuya escesiva deferencia habia dado ocasion al ensalzamiento del padre Nithard, y pidió el vireinato de Aragon y Cataluña, ó bien una plaza en el consejo de estado. Se le contestó en términos generales, que se le responderia luego que hubiese despedido á la tropa que le acompañaba; y recelando que esto fuese una estratagema para desarmarle y dejarle burlado, se acuarteló en Guadalajara, permaneciendo á la defensiva por cualquier acontecimiento. La reina repitió sus órdenes para que entregase la caballería, bajo la pena de ser tratado como rebelde; pero se resistieron á abandonarle sus soldados, y la reina se vió precisada á entablar una capitulacion bastante favorable á don Juan, que fué admitida por éste, con la propuesta de que se hubiesen de cumplir las condiciones de ella ántes de licenciar á su gente. La lentitud con que se procedia á su cumplimiento se le hizo sospechosa; y aun por España se esparció la voz de que se le engañaba, y que al fin seria víctima de su escesiva confianza. Por todas partes se advertia una grande fermentacion: Granada tomó las armas en su defensa; Aragon y Cataluña enviaron en su auxilio doscientos miqueletes, ofreciéndole toda la gente que necesitase: de

Digitized by Google

las demas provincias, cuál acudia con nuevos refuerzos cuál se manifestaba dispuesta á armarse en masa si fuese necesario. En una palabra, la guerra civil parecia inevitable, porque don Juan no dejaba de insistir en que la administracion del real patrimonio se confiase a manos fieles, que no permitiesen estraer las inmensas remesas de dinero á Alemania mientras España perecia, sus pueblos se hallaban agoviados de impuestos, y estaban mal surtidos los ejércitos encargados de la defensa esterior; mas como eran tantos los interesados en que subsistiese el desórden, se ofrecian gravísimas contradicciones, y la reina por otra parte, siempre tenaz en su propósito, le respondia de un modo que prometia muy pocas esperanzas. Al fin fué forzoso que el nuncio se encargase nuevamente de mediar en el asunto, y manejó con tal destreza la negociacion, que redujo á don Juan á abandonar sus disposiciones hostiles, bajo la promesa de que no se le obligaria á tomar el gobierno de los Paises-Bajos y de que se le nombraria, como se le nombró efectivamente, virey y vicario general de Aragon, Cataluña, Valencia, Islas Baleares y de Cerdeña, estableciendo su residencia y corte en Zaragoza.

Por este medio quedaron reducidas las cosas á un estado aparente de tranquilidad, que duró muy poco tiempo, pues los desórdenes de la corte crecieron á lo sumo; las resoluciones del gobierno llevaban impreso el carácter de la arbitrariedad, y por todas partes no se oian sino quejas, que mas de una vez tuvieron peligrosas consecuencias. Además el padre Nithard fué reemplazado en la privanza de la reina por don Fernando de Valenzuela, que, escluido de casa del duque del Infantado, donde sirvió de page, hizo tan rápida fortuna, que en breve se vió elevado al cargo de caballerizo mayor, condecorado con la dignidad de grande de España y dueño absoluto de la voluntad de la regenta; circunstancias, que, aunque no hubiesen estado acompañadas de otros escesos, era preciso que exasperasen los ánimos mas contenidos.

La primera nobleza del reino se creyó desairada, y empezaron á correr por la corte ciertos rumores que pusieron en cuidado á Valenzuela, quien procuró, aunque en vano, desvanecerlos con agasajos. Cumplió por fin el rey los quince años, y se mudó la escena. Don Juan de Austria fué llamado al ministerio; la reina desterrada á Toledo, y Valenzuela preso, desposeido de todos sus empleos, revocadas todas las mercedes que obtenia y conducido á las Islas Filipinas.

El nuevo gobierno habria quizá podido restablecer el órden y la tranquilidad, si don Juan no hubiese fallecido á poco tiempo, y si por su muerte no hubiera quedado á la frente de los negocios del estado un soberano cuya débil complexion, pusilanimidad ó encogimiento no podian ménos de influir en la constitucion general de la monarquía; pues faltando energía en el gobierno, y no usándose oportunamente del premio y del castigo, era consiguiente que empeorase la situacion de las cosas. La reina madre fué llamada á la corte: y aunque no se mezclase en los negocios, su presencia debia necesariamente renovar la desconfianza y el desabrimiento de los vasallos, que todo lo temian de una persona interesada en recobrar su influjo, y de un príncipe acostumbrado desde su infancia á una deferencia absoluta á los que le rodeaban ansiosos de mandar. Las providencias del gobierno no eran por otra parte las mas á propósito para tranquilizar los espíritus. Lejos de advertirse en ellas aquel genio reparador, capaz de curar las insondables llagas del estado, todas se resentian de la debilidad del príncipe, ó de la ignorancia de los que las dictaban. No solo continuaron en suma decadencia la agricultura y la industria, cuyo fomento era tan interesante á una nacion constituida en el estremo de la pobreza y del abatimiento, sino que en vez de adelantar el comercio con oportunos reglamentos, apareció una porcion de pragmáticas, ya reduciendo el valor nominal de cierta clase de moneda, ya prohibiendo su curso, ya franqueándolo con ciertas restricciones: de suerte que, resultando incierto el cambio por esta inconstancia, no pudieron ménos de entorpecer las negociaciones. Las urgencias del estado obligaron á vender las principales dignidades y empleos, como vireinatos, presidencias y gobiernos políticos y militares: y el dinero fué ya un título superior al del mérito. Hasta el valor y disciplina militar, últimos y preciosos restos del poder español, llegaron cuando nó á degenerar, por lo ménos á decaer; agravándose todos estos males con la falta de poblacion, de tropas, y de caudales, que cada vez se fué haciendo mas sensible. Este es el cuadro que ofrece la historia del infeliz reinado de Cárlos II.

Cuando empezó á gobernar por sí este príncipe, halló ya en muy abatida situacion los intereses políticos y las fuerzas del reino: pues además de haber sido preciso abandonar la empresa de reducir á Portugal, reconociendo en 1668 por su legítimo soberano á Alfonso VI, hijo y sucesor del duque de Braganza, habia sido muy desventajosa la guerra sostenida con Francia para reprimir la ambicion de Luis XIV. Aunque en el tratado de los Pirineos se habia estipulado una renuncia absoluta de todos los derechos que la futura reina de España doña María Teresa pudiera tener á los estados de su padre, y se habia confirmado esta renuncia en su contrato matrimonial: Luis XIV se creyó no obstante autorizado para hacer revivir los derechos de su esposa, y asegurarse una parte de esta vasta sucesion. La corte de Versalles pretendia que muerto Felipe IV debia pertenecer el Brabante á doña María Teresa, como hija del primer matrimonio, en virtud de una costumbre con fuerza de ley establecida en los Paises-Bajos, que preferia en las herencias paternas á los hijos del primer lecho, escluyendo á los del segundo, fuesen varones ó hembras. Este derecho se observaba con efecto en las sucesiones particulares; pero ¿obligaria tambien á los príncipes? ¿podria subsistir despues de una renuncia solemne? Gran materia para una disputa que solo habian de decidir las armas.

Los jurisconsultos y teólogos consultados por ambas cortes defendieron las dos contradictorias; por una parte y otra se publicaron infinitos escritos en defensa de sus respectivos derechos; pero por desgracia se hallaba el rey de Francia demasiado orgulloso con su poder y ansioso de conquistas y trofeos para permitir que nadie le usurpase la gloria de resolver esta cuestion Sus escelentes y bien disciplinadas tropas; sus preparativos inmensos; un Turena por general: todo le prometia la victoria; y así se puso en marcha para una conquista. Apenas se presentó cayeron en su poder Charleroy, Tournay, Furnes, Armentieres, Douay y otras plazas. Lila, bien fortificada y con una valerosa guarnicion, no pudo sostener mas que nueve dias de sitio; y sin descansar de las fatigas de esta campaña, en el rigor del invierno, marchó á la conquista del Franco-Condado provincia que dependia del gobierno de Flandes, ó mas bien que se gobernaba como una especie de república bajo la dominacion española. El príncipe de Condé habia propuesto el plan de la espedicion; el marqués de Louvois, ministro de la guerra, y émulo de Turena, le adoptó con ardor: algunas intrigas secretas facilitaron el éxito de las armas; no faltaron traidores; Condé se apoderó repentinamente de Besanzon y de Salins, el rey sometió á Dole en cuatro dias, y en tres semanas quedó subyugada toda la provincia.

Sin embargo, la prosperidad de Luis XIV llenaba de recelos á las demas naciones: la Inglaterra principalmente temia las consecuencias, y la Holanda temblaba reconociéndose ya sin fronteras que pudiesen contener sus proyectos atrevidos. Estas dos potencias, reconciliadas apenas, se unieron con la Suecia por medio de un tratado, cuyo objeto era obligar á Luis á hacer la paz con España y á hacer renuncia de los derechos de la reina su muger. Propúsosele por parte de la triple alianza que si restituia el Franco-Condado, se le dejaria en posesion de sus conquistas en Flandes en equivalente de las demas pretensiones. Luis, obligado á disimular su enojo por entonces, admitió las proposiciones, y firmó la paz de Aquisgran; pero conservó su resentimiento hasta mejor ocasion.

Digitized by Google

Libre la España de tan peligrosa guerra, no por eso pudo verse mas tranquila, porque, prescindiendo de las interiores turbulencias que ocasionaron la privanza del padre Nithard y la persecucion de don Juan de Austria, no era posible que mirase con indiferencia el terrible azote que asolaba sus posesiones americanas. Unos piratas sin leyes, sin costumbres, sin religion; menospreciando la vida en cambio de la libertad; igualmente intrépidos y feroces, y conocidos con el nombre de *Filibusteros*, haciéndose fuertes en la isla de la Tortuga, inmediata á la de santo Domingo, atacaban con simples canoas, y se hacian dueños de bastimentos muy considerables. Nada era capaz de resistir á su desesperado furor: ningun pabellon se hallaba á cubierto de sus insultos; el odio mortal que principalmente habian jurado á los españoles, les hacia parecer mas que hombres, cuando se empleaban en su daño. Bajo la direccion de un ingles llamado Morgan, intentaron en 1669 apoderarse de Porto-Belo, plaza fuerte, defendida por una buena guarnicion, y depositaria de inmensas riquezas. Ellos eran poco mas de seiscientos, y sin embargo tomaron por asalto la ciudadela, y pusieron en contribucion á la ciudad, que se libró del pillage por la suma de un millon de duros. Su osadia creció á un estremo inaudito: pero careciendo de principios de prudencia y de gobierno, y abandonándose á todos los escesos imaginables, debian al fin ser disipados cuando la España saliese del letargo en que yacia.

Aun no habian pasado cuatro años desde el tratado de Aquisgran, cuando esta nacion se vió de nuevo sumergida en otra guerra tan funesta como la anterior. Irritado Luis XIV de la triple alianza que habia suspendido el curso de sus rapidas conquistas, y no pudiendo perdonar á los holandeses esta falta de correspondencia á la generosidad con que les habia favorecido en algunas ocasiones, resolvió vengarse y conquistar. Con el designio de subyugar la Holanda tomó todas las medidas que hubiera exigido la empresa mas arrojada; y sus preparativos de guerra, su profundo secreto y actividad vigorosa la aseguraban, al parecer, la ejecucion. Una intriga bien dirigida separó á la Inglaterra y á la Suecia de los intereses de su aliada: pero tampoco la fue á ésta muy difícil hallar nuevos amigos en la España, temerosa por sus Paises-Bajos, en el emperador de Alemania, resentido por la rebelion de la Hungría, pérfidamente escitada por la Francia, en el elector de Brandemburg, y todos los príncipes del imperio, y finalmente en la Dinamarca, para quienes era temible el engrandecimiento de aquella potencia. Parece á primera vista que la noticia sola de tan poderosa confederacion obligaria al rey de Francia á desistir del empeño; lejos de acobardarse con este aparato, se dirigió inmediatamente con todas sus fuerzas y sus mas célebres capitanes contra aquel pequeño estado; y atravesando victoriosamente el Rhin, en menos de tres meses cayeron en sus manos las provincias de Utrech, Overyssel y Güeldres, con mas de cuarenta plazas fuertes. Con igual felicidad se apoderó despues en los Paises-Bajos de Mastrick, Lieja, Lamburgo, Condé, Valenciénes, Cambray, Gante, Sant, Omer, Ipré y Arras, volviendo á ocupar el Franco-Condado. Victorioso en la famosa batalla de Senef y en la de Mont-Casel: temido en todas partes; pero abandonado por la Inglaterra, y sin poder prestar auxilio á los suecos, despojados por el elector de Brandemburgo de todas sus posesiones alemanas, accedió por fin á las proposiciones de paz que le hicieron los coligados por medio de la Inglaterra; y en 1678 concluyó un tratado en Nimega, en que, por el bien de la paz, hubo de sacrificar España al conquistador el Franco-Condado y casi todas las ciudades que habia ocupado en los Paises-Bajos.

Durante esta guerra se sublevó la ciudad de Mesina, en el reino de Sicilia, ofreciéndose al rey de Francia, que con efecto fué reconocido en ella por soberano, y protegió á los sublevados enviándoles cuantos socorros necesitaron para mantener la insurreccion; pero aunque las tropas de los rebeldes aliadas con las francesas, vencieron á las españolas en algunas refriegas, no llegó el caso de que Luis XIV se apoderase de aquel pais; ántes bien se vió precisado últimamente á retirar de allí su ejército, y la ciudad se restituyó á la obediencia de su antiguo señor en el mismo año en que se ajustó la paz de Nimega.

Pero, ¿cómo era posible que las potencias europeas permanecieran mucho tiempo tranquilas espectadoras del engrandecimiento que habia adquirido la Francia por este tratado? En 1687, á instigacion de Guillelmo de Nassau, príncipe de Orange, se formó la célebre liga de Ausburgo, compuesta del emperador y príncipes de Alemania, y del rey de Suecia, con el objeto de destronar al de Inglaterra, por estrechamente unido con la Francia, colocando en su lugar al de Nassau, y embestir con todas las fuerzas reunidas á esta potencia hasta abatirla, y conseguir despojarla de todas sus conquistas antiguas y modernas, y restituirlas á sus primeros poseedores. Como esto era muy interesante á España, no tuvo mucha dificultad en acceder al tratado, con la esperanza de recobrar los bellos paises que la necesidad la habia obligado á ceder á Luis XIV, y temiendo por otra parte que el halagüeño cebo de las conquistas no escitase á aquel formidable guerrero á hacerse dueño del resto de los Paises-Bajos. Sin embargo, el activo y belicoso Luis supo anticiparse á los aliados en el Rhin; y si no pudo impedir el despojo de su confederacion el rey Jacobo, por lo ménos en solo una campaña hizo conocer á sus enemigos que no era tan fácil como se habian lisonjeado la ejecucion de su proyecto. España, precisada á hacer frente á sus armas victoriosas en diferentes puntos á un mismo tiempo, y con pocos arbitrios para detener el curso rápido de sus conquistas, manifestó, es verdad, que aun no se habian estinguido las virtudes militares de sus hijos; pero en ocho años consecutivos que sostuvo la guerra, casi puede decirse que solamente en las batallas de Campredó y de Valcourt la fué favorable la fortuna. En Flandes perdió desgraciadamente las de Fleurus, Leuza y Steinquerque; en Cataluña las de Ter y de Barcelona: en Italia las de Stafarda y Marsailla, siguiéndose despues como precisas y funestas consecuencias de estos infortunios la pérdida de Urgel, Belver, Rosas, Palamós, Gerona, Hostalric y Barcelona en Cataluña; la de Luxemburgo, Mans, Charleroy y Namur en los Paises-Bajos: y la conquista y saqueo del puerto de Cartagena de Indias. Pero finalmente, al cabo de tantos años de carniceria, viéndose los aliados tan distantes de poder realizar sus ideas, empezaron á cansarse de una guerra que solo conducia á proporcionar nueva gloria y poder á la Francia. Luis XIV por otra parte, que tenia sus ideas sobre la sucesion de España, deseaba concluir la paz ántes de la muerte de Cárlos II, que anunciaban próxima las continuas enfermedades de este monarca, y por eso, contentándose con la gloria de haber él solo frustrado los esfuerzos de la Europa confederada, hacia ya á España proposiciones pacificas, ofreciéndose á restituirla todas ó la mayor parte de sus conquistas.

Hallándose en esta disposicion las potencias beligerantes, era consiguiente que viniesen á una negociacion. Entabláronla con efecto por medio de sus plenipotenciarios en el castillo de Riswik, y en 1697 se concluyó el célebre tratado, en que con sagaz política hizo la casa de Borbon el sacrificio de una porcion de paises empapados aun en la sangre de centenares de víctimas.

Penetró su designio el príncipe de Orange, rey ya de la Gran Bretaña: y como Cárlos II, aunque casado dos veces, una con doña Maria Luisa de Borbon, primogénita del duque de Orleans, y sobrina de Luis XIV, y otra con doña Maria de Neoburg, hija del conde elector Palatino del Rhin, ni de uno ni de otro matrimonio habia logrado sucesion, siendo muy pocas ó ningunas las esperanzas de que la tuviese respecto de su delicada salud, era tanto mas temible la posibilidad de que por su muerte pasasen á un príncipe francés todas las coronas de España. Esta circunstancia podria influir mucho en el decantado equilibrio de la Europa, y para que no se des-

Digitized by Google

truyese dispuso un proyecto de particion de aquella monarquía, que hizo firmar en el Haya en 1698 por los plenipotenciarios de las cortes interesadas en ella, adjudicando al hijo primogénito del elector de Baviera, heredero presuntivo del rey Católico, la corona de España con las Indias y los Paises-Bajos: á Luis, delfin de Francia, los reinos de Nápoles y Sicilia y otros territorios en Italia, además de la provincia de Guipúzcoa; y el ducado de Milan á Cárlos, archiduque de Austria, hijo segundo del emperador Leopoldo. La inopinada y prematura muerte del príncipe electoral de Baviera desconcertó todo el proyecto; pero inmediatamente se formó otra nueva division, señalando al archiduque los reinos de España é Indias, agregando la Lorena á los dominios adjudicados ya al delfin, y dándose en equivalente al duque de Lorena el estado de Milan.

Reclamó altamente contra este repartimiento el emperador, que pretendia la sucesion por entero. El rey de Francia, que tenia las mismas pretensiones, nada dijo, mostrando en lo esterior contentarse con una parte de la herencia, al mismo tiempo que secretamente estaba negociando en Madrid por el todo; pero el rey Católico que por medio de sus embajadores habia protestado contra el primer concierto, no pudo sufrir sin indignacion que las cortes extranjeras quisiesen disponer á su arbitrio de unos reinos cuyo soberano aun vivia y no habia declarado su última voluntad. Sin embargo, el estado de su salud no permitia se difiriese mucho tan importante diligencia. La grandeza, el confesor del rey y los ministros no cesaban de estrecharle á que cuanto ántes nombrase sucesor y libertase á la nacion de los males que de lo contrario la amenazaban; pero, incierto en la eleccion, hizo varias consultas á personas cuyos pareceres fueron tan diversos como sus respectivos intereses. La irresolucion en que quedó el rey por esta causa, dió márgen á que los embajadores de Francia y Alemania, continuando sus esfuerzos para ganar parciales, dividiesen la corte, y á que cada uno de los partidos pusiese en movimiento todos los resortes de la intriga para debilitar á su contrario. La casa de Austria estaba sostenida por el afecto que naturalmente debia profesarla el rey, como descendiente de ella, y por el influjo de la reina, del almirante de Castilla, del marqués de Melgar y del conde de Oropesa, que tenian esclavizada su voluntad en términos, que el vulgo solia decir que le habian hechizado. El cardenal Portocarrero y el inquisidor general Rocaberti, que estaban por la casa de Borbon, procuraron dar cuerpo á esta voz supersticiosa, que no dejó de infundir cierta desconfianza en el ánimo del rey, cuyas dolencias habituales acreditaron mas aquellos rumores. Por otra parte el padre fray Froylan Diaz, su nuevo confesor, apoyaba de buena fé la ficcion, exorcizándole repetidas veces por medio de un capuchino aleman, cuyas voces y anatemas aterraban al doliente sin curarle, y aumentaban su natural pusilanimidad. El pueblo escandalizado pidió á gritos la separacion de los supuestos hechiceros, y el rey se vió precisado á condescender, perdiendo por este medio la casa de Austria unos agentes tan poderosos. Entónces redoblaron sus esfuerzos los de la de Borbon; y el monarca, agitado entre tanta diversidad de pareceres, resolvió consultar tan grave negocio con el pontífice Inocencio XII, y con una junta de ministros sabios y rectos, cuyo último dictámen á pesar de algunos que lo contradecian, fué que el derecho á la sucesion de España pertenecia á Felipe, duque de Anjou, hijo segundo del delfin, como nieto de doña María Teresa de Austria, hermana mayor del rey, y segun leyes del reino legítima heredera de la corona, con preferencia á doña Margarita, hermana menor, que estuvo casada con el emperador Leopoldo, y fué abuela del difunto príncipe electoral de Baviera. Pretendia el emperador los derechos de ésta, y pasarlos á su hijo segundo el archiduque Cárlos, alegando que no debia atenderse á la primogenitura de doña María Teresa, supuesta la solemne renuncia que habia hecho del trono de España al tiempo de contraer matrimonio con Luis XIV; pero replicaba Francia, que aun cuando aquella renuncia no hubiese sido violenta é irregular, era preciso conceder que no habia tenido otro objeto que impedir se reuniesen en un mismo soberano las coronas de Francia y España: inconveniente que cesaba habiendo dejado aquella señora dos nietos, de los cuales el uno podia reinar en España y el otro en Francia.

Convencido finalmente Cárlos II de tan sólidas razones, y sacrificando á ellas sus particulares inclinaciones, otorgó su testamento en octubre de 1700, declarando por sucesor de toda la monarquía española á Felipe de Borbon, duque de Anjou; y habiéndose agravado sus dolencias, espiró en 1.° de noviembre siguiente, despues de haber encargado el gobierno del reino, durante la ausencia de aquel príncipe, á una junta compuesta de la reina viuda, del arzobispo de Toledo, de los presidentes de los consejos de Castilla y Aragon, del inquisidor general, del conde de Frigiliana, como consejero de estado; de don Francisco Casimiro Pimentel, conde de Benavente, como grande de España, y del marques de Rivas don Antonio de Ubilla, como secretario de estado. Con su muerte se estinguió en España la línea austriaca que habia reinado muy cerca de dos siglos, y mudó de aspecto la monarquía con la importante revolucion acaecida á principios del décimoctavo.

Luego que aceptó Luis XIV el testamento de Cárlos II, y fué declarado rey de España don Felipe su nieto, duque de Anjou, partió este á Madrid, adonde llegó en febrero de 1701, siendo recibido y proclamado en esta corte con las mas plausibles muestras de amor y de respeto, ya por el derecho con que entraba á gobernar la monarquía, ya por las recomendables prendas que le adornaban, y las grandes esperanzas que á la edad de diez y siete años prometia su generosa índole, ayudada de una escelente educacion. Las gracias de su juventud, su agrado, su afabilidad y sus modales nobles y halagüeños, le ganaron en breve casi todos los corazones; pero aunque el derecho de la sangre, la justicia del testamento del difunto rey, la posesion y los votos de España se reunian para asegurar á Felipe sobre el trono, fué necesario para su gloria que él tambien le asegurase con su valor.

Desde luego le reconocieron por soberano el papa Clemente XI, el rey de Inglaterra Guillelmo III, Pedro II de Portugal, Federico IV de Dinamarca, la república de Holanda, el elector de Baviera y otras potencias. Solo el emperador Leopoldo, insistiendo en sus pretensiones, determinó cometer á la decision de las armas los derechos que suponia tener al cetro español; y á favor de la desconfianza que inspiraba á la Europa el engrandecimiento de la casa de Borbon, no le fué difícil hacer tomar partido en sus querellas á algunas potencias, particularmente á aquellas que, viendo frustados sus proyectos de repartimiento de la monarquía española, eran lisonjeadas con la esperanza de lograr alguna porcion por este medio. Puede decirse que aun no se habia ceñido Felipe V la corona, cuando ya se unieron para despojarle de ella el emperador, la Inglaterra y la Holanda por medio de un solemne tratado, llamado de la *Grande Alianza*, concluido en el Haya con el especioso pretesto de restablecer el equilibrio entre las casas de Borbon y de Austria, y de asegurar por este medio el reposo de Europa.

Las operaciones de la liga empezaron por la invasion de la Lombardía y demas estados españoles en Italia. Las tropas imperiales, acaudilladas por el príncipe Eugenio de Saboya, uno de los mejores generales de su tiempo, despues de haber conseguido algunas ventajas contra las tropas españolas y francesas, que cubrian á Carpi y á Chiari bajo las órdenes del marques de los Balbases, y los mariscales de Catinat y Villeroy, sorprendieron á Cremona, haciendo prisionero á este último general, y aunque no lograron apoderarse de esta plaza por la valerosa defensa de la guarnicion, bloquearon á Mantua que sin duda hubiera caido en sus manos, á no haberla socorrido oportunamente el duque de Vandoma. Ayudado

con ocho mil hombres el duque de Saboya, que seguia entónces el partido de la casa de Borbon en virtud de pactos hechos con ella, como tambien porque su hija doña María Gabriela, princesa dotada de singular capacidad, atractivo y afable condicion, acababa de contraer matrimonio con el rey don Felipe. Portugal se habia confederado igualmente con España y Francia; pero de ningun fruto fueron estas dos alianzas, pues llevados uno y otro soberano de su particular interés, cierto ó aparente, no solo abandonaron despues á su aliado el rey Católico, sino que, incorporándose en la liga, convirtieron contra él sus armas.

Felipe creyó necesaria su presencia en Italia, ya para animar á sus tropas, é impedir los progresos del príncipe Eugenio, ya para apaciguar los disturbios que suponian en Nápoles los parciales de la casa de Austria; y dejando encargado el gobierno á la reina su esposa, ayudada de los consejos del cardenal Portocarrero, partió con la mayor celeridad. Apenas se dejo ver en aquella capital, quedaron estinguidas hasta las mas pequeñas chispas de la insurreccion. Los napolitanos no pudieron resistirse al júbilo de ver restablecida en aquel reino la casa de Anjou, ni á la admiracion que les causaba la generosidad de un príncipe que castigaba sus agravios perdonando y dispensando gracias. Inmediatamente pasó á Milan, y de allí á Santa Victoria para incorporarse con el ejército que al mando del duque de Vandoma acampaba en sus inmediaciones. Llegar, sorprender á un cuerpo de imperiales, derrotarle poniéndole en fuga, y quedar dueño de todo el Modenés, fué obra de una sola accion. Á esta felicidad se siguió la de la batalla de Luzara contra el príncipe Eugenio, en que si bien cantaron ambas partes la victoria, lo cierto es que Felipe, con haber tomado el castillo de este nombre apoderándose de todos los almacenes del enemigo, quedó dueño del campo, sin que nadie se atreviese á intentar desalojarle de aquella ventajosa posicion, ni impedirle la ocupacion de Guastala, plaza muy importante, que se vió obligada á capitular á los seis dias de trinchera abierta.

Pero mientras con una campaña tan gloriosa aseguraba don Felipe sus estados de Italia, se presentó delante de Cádiz una escuadra inglesa de ciento y cincuenta velas, que, despues de haber procurado, aunque inútilmente, ganar á los habitantes con lisonjeras promesas para que, reconociendo al archiduque Cárlos de Austria franqueasen á sus aliados la entrada en la Península, desembarcó en el puerto de Rota un crecido número de tropas, que se apoderó de él sin resistencia, saqueó el puerto de Santa María, y ya se disponia á asaltar la fortaleza de Matagorda, que defiende la entrada del de Cádiz, cuando, acometido por una pequeña division que mandaba el marques de Villadarias, se vió obligado á abandonar su proyecto, á refugiarse desordenadamente en Rota con gravísima pérdida, y por último á acogerse á las naves con el desengaño de que no habia en las costas de Andalucía el gran número de parciales austriacos que ligeramente se habia figurado. Recobrando los españoles á Rota, ahorcaron á su gobernador, mas como traidor que por cobarde: y la escuadra enemiga, renunciando tan difícil empresa, dió la vela á las costas de Galicia, donde se lisonjeaba de encontrar una rica flota que se esperaba de las Indias orientales. Con efecto la dió vista en las aguas de Vigo; y sin embargo de haberse aquella refugiado dentro de este puerto, la acometió con el mayor encarnizamiento, despreciando el fuego de la plaza y de los navíos españoles y franceses que la habian convoyado. Despues de una accion reñidísima y sangrienta por ambas partes, viendo los españoles inevitable su pérdida, pusieron en salvo la gente y algunas mercaderías, y para que los enemigos no se apoderasen de las restantes y de los caudales de la flota, la entregaron á las llamas. Pudieron, no obstante, los ingleses libertar gran parte del dinero, y se retiraron victoriosos con esta presa, la de siete bajeles de guerra, y otros de menor porte.

La noticia de esta desgracia, y la de la incorporacion del portugués en la liga por la esperanza de engrandecer sus dominios con cuanto en Galicia, Estremadura y América se conquistase á la corona de Castilla, obligaron á don Felipe á regresar á España, al mismo tiempo que el duque de Saboya, interesado é inconstante, abandonaba la causa de sus hijas la delfina y la reina de España, y se vendia al emperador, que le prometia el Monferrato, Alejandría, Valencia del Droma y otros dominios. Pero entre tanto el archiduque, que con nombre de Cárlos III habia sido reconocido en Viena por rey de las Españas y de las Indias, llegó despues de varios contratiempos á Lisboa en 1704, con una poderosa escuadra de ingleses y holandeses, persuadiéndose á que apenas supiesen su arribo los castellanos, le admitirian voluntariamente por mero afecto á la dominacion austriaca. El éxito, sin embargo, no correspondió á sus esperanzas; porque fieles á sus reyes, é indignados de que contra su voluntad se les quisiese someter á otro príncipe, lejos de dejarse preocupar de los manifiestos que esparcia el archiduque para conciliar los ánimos de los que no le eran afectos y alentar á los que ya lo eran, desplegaron todo el zelo de un pueblo intrépido, animado por la desesperacion. Felipe V volvió á su capital, donde fué recibido con los mas vivos transportes de júbilo, procurando cada uno ser el primero en prodigarle auxilios para triunfar de su competidor y de todos sus enemigos. Al frente de sus tropas y de las francesas, que habia conducido en su socorro el mariscal duque de Berwich, hijo natural de Jacobo II de Inglaterra, se dirigió contra el voluble portugués, que tan sórdidamente habia quebrantado sus palabras. Esta consideracion redoblaba los brios de sus soldados, animados por otra parte al ver la intrepidez con que el monarca compartia sus riesgos y fatigas; y la campaña se empezó con tanto ardor como felicidad. Aunque se defendian los portugueses con el poderoso auxilio de sus aliados, perdieron á Salvatierra, Segura, Peña-García, Idaña, Monte-Santo, Castel Blanco, Portalegre y otros pueblos, de los cuales solo pudieron recobrar despues á Monte-Santo. Por otra parte el marqués de Villadarias, que mandaba otra division del ejército, penetró en aquel reino á sangre y fuego, se apoderó por asalto de Castel-da-vid, ocupó á Marvan, sometió todo el pais vecino, y puso en contribucion á las provincias mas interiores. Algunas pequeñas acciones, en que los portugueses hubieron de ceder la victoria á las tropas de Felipe, acabaron de hacer mas gloriosa esta campaña, que solo duró tres meses, á causa de los escesivos calores que impidieron la continuacion de las hostilidades. Regresado á Madrid este monarca, quisieron aprovecharse de su ausencia el rey de Portugal y el archiduque para penetrar en Castilla por la parte de Ciudad-Rodrigo; pero sus progresos fueron de ninguna importancia, y hubieron de retroceder vergonzosamente, no habiéndose atrevido á medir sus armas con Berwick, que con fuerzas muy inferiores les salió al encuentro.

El gozo que causó en España la felicidad de estos sucesos, se acibaró no poco con la noticia de la sorpresa de Gibraltar. Los ochenta hombres que guarnecian esta plaza fuerte, pero desprovista de víveres, de municiones y de cuanto era necesario para hacer una vigorosa defensa, no era posible que resistiesen á toda una escuadra inglesa, que se presentó delante de su puerto, con resolucion de entrarla á viva fuerza: y fueron inútiles todas las tentativas del ejército de tierra con que los españoles procuraron recobrarla despues, por haber sido oportunamente socorrida con descalabro de los pocos navíos franceses que se atrevieron á oponerse á ello. Ocupada Gibraltar, intentaron los aliados hacerse dueños del Estrecho, y por consiguiente de ambos mares, por medio de la conquista de Ceuta, sitiada por los moros muchos años habia; pero el marqués de Gironela, su gobernador, y la valerosa guarnicion, que habian sabido defenderla tan gloriosamente contra los africanos, lejos de dar oidos a las seductoras esperanzas con

Digitized by Google

que eran lisonjeados en nombre del archiduque, obligaron con su heroica resistencia a los enemigos á abandonar la empresa. Igualmente infructuosa fué la tentativa que hicieron por entónces contra Cataluña. En la persuasion de que el gran número de parciales que tenia en este principado el archiduque solo esperaban hallarse sostenidos para declararse, se dejaron ver con una escuadra en Barcelona, y aun desembarcaron en la playa hasta cuatro mil hombres, pero observando en aquellos naturales una grande irresolucion y temor, y que sus proposiciones amistosas eran desechadas con entereza por el virey don Francisco de Velasco, bombardearon la ciudad. Se descubrió sin embargo en tiempo, y logró desvanecerse, la secreta conjuracion de algunos malcontentos, y los enemigos hubieron de retirarse poco satisfechos. En las aguas de Málaga fueron atacados por una armada francesa, reforzada con algunas naves españolas; y aunque en el combate, que fué reñidísimo y sangriento, cumplieron unos y otros su deber, quedando indecisa la victoria, sus consecuencias fueron bastante favorables, pues se vieron aquellos precisados á abandonar el Mediterráneo.

Á esto se reduce lo que en España y sus costas aconteció en el año de 1704. En Italia consiguió el ejército aleman incorporarse con el del duque de Saboya, á pesar del esfuerzo con que los franceses se opusieron á esta perjudicial reunion, desbaratando á los imperiales en algunos encuentros. El duque de Vandoma, derrotándolos tambien en Estradella y Castelnovo, y apoderándose á viva fuerza de Susa, Verceli, y otras plazas del Piamonte, los obligó á retirarse hácia el Trentino: pero en Alemania se declaró por los imperiales la fortuna, reportando una memorable victoria en Hochstet ó Bleinheim.

La campaña del año siguiente fué para los portugueses mas ventajosa que la anterior; porque, disminuido con el infructuoso sitio puesto á Gibraltar el número de las tropas españolas que debian cubrir las fronteras y conservar lo conquistado dentro de Portugal, ni el marqués de Bai, general flamenco, que mandaba el ejército español, ni el mariscal de Tessé, que acaudillaba á los franceses auxiliares, pudieron resistir al marques Das-Minas, y á los generales Galloway y Fagel, que acaudillaban las tropas de Portugal, Inglaterra y Holanda. Asi es que recobraron á Salvatierra, á Alburquerque, y aun á Valencia de Alcántara, á pesar de la vigorosa defensa de su gobernador marques de Villafuerte, que despues de sostener cinco asaltos sobre la brecha, solo capituló viéndose muy mal herido. La guarnicion que quedó prisionera, y fué enviada á Lisboa bajo la escolta de ciento y treinta caballos, aprovechándose en el camino de la negligencia de sus conductores, tuvo bastante resolucion para sorprenderlos, dejarlos todos atados, y regresar con sus caballos á Estremadura. Ultimamente, el ejército de los aliados penetró hasta Badajoz, puso sitio á esta plaza, y sin duda se hubiera apoderado tambien de ella, á no haberla socorrido el mariscal de Tessé con la mayor diligencia.

El archiduque, en tanto que sus emisarios, ocultamente diseminados por casi todas las provincias del reino, disponian á su favor los ánimos de los naturales, se embarcó en Lisboa, y con un armamento de sus aliados, se presentó delante de Alicante, donde fué recibido á cañonazos, sin permitirle echar á tierra ni un solo hombre. Pasó á Denia, ciudad que le entregaron inmediatamente los sediciosos que la tenian sojuzgada; y desembarcando en ella un valenciano llamado Basset, que por substraerse al rigor de las leyes se habia pasado al servicio del emperador, y otros cuatrocientos parciales bien armados, para que, ya con amenazas, ya con artificiosos agasajos, procurasen conmover los pueblos de aquel reino, siguió su rumbo para Barcelona, y anció en su rada á la sazon en que reinaba la mas peligrosa division entre los habitantes de la ciudad. Unos, empeñados en sostener fiel y noblemente el juramento que habian prestado á don Felipe, ridiculizaban ocultamente con el apodo de *Botiflers* á los afectos de la dominacion austriaca. Éstos por su parte se burlaban de aquellos dándoles el epiteto de *Maulets*, sin entrar ninguno de los dos partidos en el exámen de la justicia de cada uno. En lo esterior mostraban unos y otros bastante indiferencia, y aun se prestaban al auxilio del virey contra los aliados, pero en secreto nada omitian los malcontentos que facilitase la entrada del archiduque; y siendo mayor su número que el de los leales, apenas se presentó aquel delante del puerto, se declararon por él abiertamente; hicieron venir á las puertas de Barcelona una multitud de partidarios, y bloquearon la ciudad por la parte de la tierra, para que no la entrasen víveres ni socorro de ninguna especie. Otros se derramaron por la provincia á fin de sublevar los pueblos con exageradas ofertas; y la insurreccion se propagó de unos en otros con asombrosa celeridad. De este modo quedó reducida aquella capital á la situacion mas deplorable, sin armas, sin víveres, sin municiones, sin tropa suficiente para refrenar á los descontentos que abrigaba en su seno, y rechazar á los enemigos esteriores, y lo peor de todo, sin esperanza de mejorar de situacion. Si el virey pedia gente á la municipalidad, ó se le negaba, ó se escusaban de tomar las armas los que eran señalados, ó si las tomaban, las manejaban mal y hacian fuego sin bala para agotar las municiones infructuosamente. En estas circunstancias saltó á tierra con su gente el archiduque, resuelto á espugnar formalmente la ciudad: ocupó por sorpresa el castillo de Monjui, y tomado un punto tan importante, se vió la plaza constituida en el mayor apuro. Se defendió sin embargo con vigor mientras la fué posible; pero arruinadas casi enteramente sus murallas por el fuego de los sitiadores, y sin fuerzas suficientes para resistir el asalto que la amenazaba, no pudo diferir mas tiempo la capitulacion. Igual suerte sufrió despues la ciudad de Tarragona. Las de Gerona, Lérida, Tortosa y la villa de Figueras se entregaron voluntariamente; pues estas importantes plazas, que tantas veces se habian defendido de numerosos y bien ordenados ejércitos, se hallaban á la sazon ocupadas por unas numerosas cuadrillas de gente sin disciplina militar, y dedicada á correrias y á la devastacion. En suma, quedó por el archiduque todo el principado, á escepcion de Cervera y Rosas, que se defendieron con leal esfuerzo: siendo digno de reparo que los mismos catalanes, que en repetidas ocasiones habian implorado el auxilio de la casa de Borbon, y convenido en unirse con ella contra el Austria reinante, se uniesen ahora con ésta contra la de Borbon tambien reinante. Lo peor de todo fué que el incendio se comunicó rápidamente al reino de Aragon, prestando la obediencia al archiduque todos sus pueblos, á escepcion de Jaca, que se mantuvo leal; de aqui penetró en Valencia por la diligente solicitud de Basset, y sus amigos, á cuya astucia solo supieron resistir las ciudades de Alicante y Peñíscola; y ya se dejaban percibir algunas centellas en los pueblos de la Mancha fronterizos á este último reino. En una palabra, el mal se fué haciendo cada vez mas considerable, y el remedio mas urgente, pero mas dificultoso por las circunstancias; pues desmembrada de Castilla la corona de Aragon, y pasando todas sus rentas á poder del archiduque, carecia don Felipe de aquellos fondos para acudir á la defensa de sus estados, invadidos á un mismo tiempo por sus enemigos en tantos puntos.

Sin embargo, despachó contra el reino de Valencia al conde de las Torres con un pequeño número de tropas; y la resistencia que halló en sus naturales le puso en la necesidad de tratarlos con todo el rigor de la guerra. Incendió á Paterna y á cuantos pueblos encontró en el paso hasta San Mateo: los campos, las alquerias, los molinos, todo quedó en breve reducido á cenizas; y las huellas del conde presentaban por todas partes las espantosas señales del estrago y la devastacion. Cuarte, lugar de trescientos vecinos, por no reducirse á la obediencia de aquel gefe cruel, tomó el heroico partido de abrasarse con una gran parte de sus moradores. Villareal, lejos de intimidarse con tan funestos ejemplares, se negó absolutamente á todo partido; y las consecuencias fueron tan lamentables

Digitized by Google

como era de temer, siendo entrada á viva fuerza la poblacion, entregada á las llamas, y sus habitantes pasados á cuchillo sin distincion de edad ni sexo. Esto ciertamente mas bien era destruir á España, que á sus enemigos; mas por fortuna de la humanidad no siguieron por entónces adelante estas atrocidades, ya porque los pueblos se fueron manifestando mas dóciles, ya porque una gran parte de este ejército hubo de pasar á reforzar al que pensaba el rey conducir en persona contra Cataluña.

La situacion de esta provincia no era tampoco mas feliz. Abandonada á la licencia desenfrenada de la soldadesca que habia recibido en su seno, apenas hay calamidad á que no se viese espuesta. Asesinatos, violencias, latrocinios, un completo desórden: tales fueron las consecuencias de su revolucion. Sin embargo, el denuedo de sus naturales era tan exaltado, que apenas vieron á don Felipe marchar á la frente de sus tercios contra la capital, retiraron á lo interior sus ganados; quemaron los víveres, sacrificando gustosamente sus haciendas, á trueque de hacer perecer de hambre á la tropa castellana; falsamente se supone que envenenaron las aguas del tránsito; su valor era el mas mortal veneno para sus contrarios. Á pesar de todo, en 3 de abril de 1706, se presentó el rey delante de Barcelona, llevando consigo al mariscal de Tessé; la puso sitio; y la ocupacion del castillo de Monjuí, despues de una obstinada resistencia, redujo la ciudad á la mayor consternacion. Vivamente estrechados sus defensores por mar y tierra, amenazados del asalto, y sin esperanza de socorro, en vano hacian de noche algunas salidas y se precipitaban desesperados en el campo de los sitiadores, buscando la muerte ó la victoria. Rechazados constantemente y arruinadas por varias partes las defensas de la plaza, se esperaba de dia en dia su rendicion, la prision del archiduque encerrado dentro de ella, y por este medio el término feliz de tantos males, cuando se avistó una escuadra inglesa, y hubo de retirarse la auxiliar francesa por hallarse muy inferior en número de buques. Tan afortunada fué esta operacion para los catalanes y sus aliados, que el ejército real se vió en la precision de alzar el cerco, y de retirarse al Rosellon con no poca fatiga, incesantemente molestado por las partidas de miqueletes y paisanos, que recorrian los desfiladeros y quiebras del camino hasta la frontera de Francia. Desde allí volvió el rey á Madrid; y el archiduque, animado con tan feliz suceso, salió de Barcelona, penetró en Aragon, se apoderó de Zaragoza, casi indefensa, y recibió personalmente el vasallaje que le prestaron todos los demas pueblos.

Pero no paró aquí la desgracia. Los portugueses, auxiliados por las tropas de Inglaterra y Holanda, se fueron internando en Castilla á favor de esta diversion; y dueños ya de Alcántara, Ciudad-Rodrigo y Salamanca, se encaminaban sin oposicion á Madrid, rindiendo cuantos pueblos se les ofrecian al paso. El rey, previendo el riesgo que le amenazaba de ser sorprendido en esta villa por el ejército portugués y el del archiduque, si acaso se adelantaba al mismo tiempo desde Aragon, trasladó la corte á Burgos, adonde pasó la reina con todos los tribunales, y el rey á Sopetran, donde se hallaba acampado el grueso de sus tropas bajo el mando de Berwick. Con efecto, no tardaron los portugueses en llegar á Madrid, que se les entregó por no tener valor para defenderse; y despues de haber enviado un destacamento para rendir á Cuenca, cuyos habitantes solos se defendieron sin embargo con singular denuedo, dejaron aquella villa con alguna tropa al cuidado del conde de las Amayuelas, y partieron á incorporarse con el archiduque, que habia penetrado hasta Guadalajara. Merece particular mencion el vituperable medio con que manifestaban en esta ocasion su lealtad las meretrices madrileñas, entregándose voluntariamente á los soldados enemigos para emponzoñarlos con la enfermedad mortífera, fruto del desarreglo de sus costumbres. Las mas enfermas eran las mas fáciles, disimulando con perfumes y afeites su estado lamentable; y tuvieron la horrible satisfaccion de ver en breves dias poblados los hospitales de una multitud de soldados, que tardaban poco en pasar á cadáveres, y de disminuir por este medio el ejército coligado en mas de diez mil hombres.

La crítica situacion á que se hallaban reducidos los intereses de Felipe V, llenaba de un mortal desaliento á sus tropas, y llegó á temerse que al fin le abandonasen todas ó la mayor parte. Esta contingencia era tanto mas probable cuanto empezó á advertirse en ellas no poca desercion; y no faltaron personas bastante pusilánimes que aconsejasen al rey que se refugiase á Francia ó á Méjico, estableciendo en esta capital la silla del imperio español; pero Felipe, superior á todas las desgracias que pudieran sobrevenirle, se negó á ello con heróica firmeza, protestando que defenderia su corona hasta perder la vida, y por ningun motivo abandonaria vasallos que le habian servido con tanta lealtad. Esta generosa constancia del soberano reanimó en tales términos el espíritu abatido de sus guerreros, que, aunque pocos, ofrecieron derramar por él hasta la última gota de su sangre, esperando con impaciencia la hora de ser conducidos contra el poderoso enemigo que acampaba á cuatro leguas de distancia.

Por otra parte los aliados no supieron aprovechar inmediatamente la ocasion de sojuzgar á Castilla con las superiores fuerzas de sus dos ejércitos reunidos; y su inaccion proporcionó á don Felipe rehacer sus escuadrones, recobrar á Madrid con solo un pequeño destacamento de caballería, que hizo prisionero el conde de las Amayuelas, y sin aventurar batalla decisiva, molestar y destruir al enemigo con frecuentes escaramuzas y correrías. El archiduque, fuese por esta razon ó porque llegase á conocer la dificultad de sostenerse en un pais que se le manifestaba tan contrario, retrocedió al reino de Valencia con todo el ejército, cuya retaguardia padeció infinito por el ardor con que le persiguió por largo trecho la escelente caballería del rey. Así pudo éste regresar á Madrid, restableciendo su corte en esta villa, que le recibió con general regocijo.

Entre tanto las tropas enemigas que habian quedado en el reino de Valencia, despues de apoderarse de Cartagena por traicion del conde de Santa Cruz, que se pasó al servicio de los aliados, entregándoles dos galeras en que llevaba una conducta de dinero á la plaza de Oran, estrechamente sitiada por los moros, pusieron á Alicante en la necesidad de rendirse, á pesar de la briosa defensa de sus moradores. Igual tentativa hicieron contra Murcia; pero su obispo don Luis de Belluga, á la frente de los leales que habia armado y disciplinado á sus espensas, no solamente la defendió con denuedo, sino que despues de obligar á los enemigos á desistir de la empresa, los persiguió vigorosamente hasta quitarles á Orihuela, y rendir á Cartagena en cinco dias de sitio. Navarra defendió tambien con loable esfuerzo sus fronteras contra las irrupciones de los aragoneses rebeldes, distinguiéndose muy particularmente en este glorioso empeño la bizarría del obispo de Calahorra. Los salmantinos resistieron igualmente una segunda invasion de los portugueses, obligándoles á retroceder con bastante pérdida. No ménos firmes y leales se conservaron las islas Canarias, rechazando animosamente á una escuadra inglesa que se presentó delante de Tenerife, intimando la rendicion; pero no así la de Mallorca, que, sublevándose contra el virey conde de Cerbellon, y algunas personas distinguidas, que intentaban defenderse con honor de otra escuadra enemiga, les obligó á capitular, facilitando por este medio la ocupacion de todas las demas Baleares.

Parecia sin embargo que las cosas empezaban á mudar de aspecto; y los mismos coligados confesaban ya *que aunque se confederase la Europa entera no era posible despojar al duque de Anjou de la corona de España*; pero esta corona se hallaba demasiado exhausta de recursos. Las desgracias que la habian perseguido al principio de este año de 1706 alcanzaron tambien á la Italia y á los Paises-Bajos. En ellos ganaron los imperiales la célebre batalla de Ramillies, haciéndose dueños de Bruselas, Lovayna, Bru-

jas, Gante, Ostende, en una palabra de todos los dominios pertenecientes á España y Francia. En Italia derrotó Vandoma á los alemanes cerca de Calcinato, forzando al príncipe Eugenio á retirarse al Trentino hasta recibir nuevos refuerzos; pero reemplazado aquel general por el duque de Orleans, en dos horas fueron desbaratados los franceses delante de Turin, quedando en poder del enemigo bagajes, municiones, caja militar, todo el Piamonte, el Milanesado, y posteriormente el Modenés, el Mantuano, y aun el reino de Nápoles; sin que pudiesen España y Francia resarcir esta pérdida con la gloriosa victoria que obtuvieron junto á Castillon. Con todo la fortuna, que á fines de este año habia empezado á mostrarse en España favorable á las armas de Felipe, conservó constantemente el mismo carácter en todo el siguiente de 1707, proporcionándolas triunfos importantísimos.

El ejército de los confederados, que desde su retirada se hallaba acantonado en los pueblos de Castilla fronterizos á los reinos de Valencia y Murcia, con noticia de que Luis XIV enviaba en socorro de su nieto tres considerables refuerzos ó ejércitos, que por distintos puntos debian penetrar en Castilla, Cataluña y Aragon, resolvió empeñar en una accion decisiva al español, que al mando de Berwick observaba á poca distancia y en buena situacion todos sus movimientos. En las llanuras pues de Almansa, villa del reino de Murcia en el confin de Valencia, se avistaron uno y otro; se embistieron denodadamente: y despues de un combate reñidísimo y sangriento, quedaron los españoles dueños del campo. Batallones enteros de portugueses, ingleses y holandeses se vieron precisados á rendir las armas; y además de perder, segun las relaciones de aquel tiempo, cerca de diez mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, quedaron en poder del vencedor la artillería, las municiones, los bagajes y un gran número de carros cargados de vituallas. Victoria importantísima á que sin duda debió Felipe V su corona, como lo reconoció el mismo soberano, erigiendo en el campo de batalla una pirámide, que aun se conserva para perpetua memoria de accion tan señalada

Siguiéronse á tan próspero suceso la reduccion de Requena, la de Valencia, la de Alcira, la de Alcoy y la de Játiva, cuya obstinada resistencia irritó á los sitiadores en términos que entrándola á viva fuerza, la saquearon, la entregaron á las llamas y pasaron á cuchillo una gran parte de sus moradores. Allanado todo el reino de Valencia, continuó el ejército real sus progresos por el de Aragon, que en breve fué restituido á la obediencia de Felipe, y penetró en Cataluña, rindiendo en el año siguiente de 1708 las importantes plazas de Lérida, Tortosa, Puigcerdá, y toda la Cerdania. Al mismo tiempo perdieron tambien los portugueses á Moura, Serpa, Ciudad-Rodrigo, y despues la célebre batalla de Gudiña, cerca de Evora, por el valor y buena conducta del marqués de Bai. En una palabra, se hallaban ya tan abatidos los confederados, que con cinco ó seis mil hombres, en que consistia todo el resto de sus fuerzas, no era posible resistiesen mucho tiempo á las victoriosas armas de Felipe; pero reforzados considerablemente al año siguiente de 1709, recobraron á Tortosa; volvieron á reconquistar á Menorca; y sus triunfos en los Paises-Bajos redujeron á la España á la situacion mas crítica.

El príncipe Eugenio habia sabido aprovecharse de la desunion que reinaba entre los generales franceses; y atacándolos cerca de Oudenarde, los hizo pedazos, poniendo el ejército en fuga. Se apoderó de una porcion de plazas; y orgulloso con la memorable victoria de Malplaquet, parecia que nada podia detenerle hasta Paris. Douay, Bethune, Saint Venaut, Aire, todas las barreras de la Francia iban cayendo sucesivamente en poder de los aliados. Luis XIV se vió en la precision de retirar de España sus tropas auxiliares para acudir á la defensa de sus dominios; y finalmente este terrible conquistador, que en 1672 habia subyugado enteramente á la Holanda, y que, rehusando á los vencidos condiciones tolerables, les habia inspirado el brio de la desesperacion, se halló ahora reducido á pedir á los mismos holandeses una paz humillante, persuadido á que no podria obtenerla de otro modo. Sin embargo, esta humillacion debia tener un término; y los holandeses se mostraron en esta ocasion tan orgullosos, que Luis XIV creyó indecoroso abatirse hasta el estremo de admitir condiciones aun mas duras ó ignominiosas que las que habia propuesto. Se continuó la guerra; y Felipe V, á pesar de que mientras sus enemigos cobraban nuevo esfuerzo y mejoraban de suerte, advertia disminuirse los socorros de la Francia, se manifestó mas resuelto que nunca á no desamparar su trono. Tuvo el disgusto de que el papa Clemente XI, que siempre le habia sido favorable, se viese obligado por los imperiales, que inundaron sus estados, á reconocer por rey de España al archiduque y á dar paso á sus tropas para el reino de Nápoles; y como este sufragio, indiferente á primera vista, no podia ménos de influir en la opinion de los pueblos que aborrecian á los herejes auxiliares de este príncipe, mandó el rey Católico salir de España al nuncio apostólico, y cerrar el tribunal de la Nunciatura.

La campaña de Cataluña no ofreció en este año suceso alguno de consecuencia, á escepcion de haber ocupado á Balaguer el conde de Staremberg, general de grande reputacion, que habia conducido los refuerzos al ejército aleman. Hubo, sí, algunas refriegas particulares, favorables por lo comun á las armas españolas; y sin duda hubieran sido mayores sus progresos y los de las francesas, á no haber sobrevenido entre las tropas de una y otra nacion fatales desavenencias, que no cesaron hasta que partiendo en posta el mismo rey don Felipe á visitar su campo, consiguió restablecer en lo posible la buena armonía.

Pero como quiera que su presencia habia de influir notablemente en la suerte de sus armas, y se hallaban las cosas en una situacion tan crítica que no debian despreciarse aun las circunstancias mas indiferentes, apenas se abrió la campaña en el año siguiente de 1710, volvió de nuevo á ponerse á la frente de sus tropas, acampadas á las orillas del Segre, á dos leguas de Lérida, y procuró empeñar á los aliados en una batalla campal. La rehusaron constantemente hasta que recibieron un refuerzo de tropa inglesa, que no pudo interceptarse; pero entónces atacando ellos mismos cerca de Almenara al ejército real, en que por desgracia se notaba aun la mas peligrosa desunion, aunque al principio fueron rechazados con el mayor denuedo y se vió el archiduque precisado á refugiarse en Balaguer, se declaró luego la victoria por los suyos; y don Felipe tuvo que retirarse á Lérida con el resto de su ejército, sensiblemente disminuido y desalentado. No pudiendo sostenerse en este punto por la escasez de víveres, se replegó despues al reino de Aragon: maniobra que se graduó de fuga disimulada, aumentó la consternacion de su gente, y llenó de esperanzas al archiduque, que contemplándose vencedor, partió en su seguimiento. Staremberg, que consideraba á Felipe como vencido, queria circunscribirse á ahuyentarle á Castilla sin empeñarse en ninguna accion de consecuencia; pues de este modo aseguraba el recobro de Aragon y de Valencia, sin disminuir su ejército, que á la sazon se componia de veinte y dos mil hombres, y en efecto la esperiencia acreditó el acierto de esta prudente resolucion. La retaguardia del ejército real, atacada en Peñalba por un cuerpo de imperiales, rechazó con tal vigor al enemigo, que le hizo perder mas de mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros; pero al fin no pudo éste evitar la batalla que le presentaron los españoles en las inmediaciones de Zaragoza, ya para desconcertar su plan, ya porque se consideró el único medio de atajar sus progresos. Por desgracia el éxito no correspondió al valor con que pelearon las tropas de Felipe, y arrolladas por el número superior de las enemigas, hubieron de cederlas el campo, con gravísima pérdida. Quedó en poder de los vencedores la ciudad de Zaragoza; y persuadido el general aleman á que esta victo-

Digitized by Google

ria pondria en consternacion á los castellanos, y á que si éstos recibian al archiduque, como era al parecer inevitable, se decidiria el pleito á su favor; sin detenerse en sitiar ni ocupar plazas, introdujo su ejército en Castilla, dirigiéndose triunfante á Madrid. Trasladó el rey su corte y tribunales á Valladolid; y creciendo en medio de estos infortunios la entereza y constancia de sus vasallos, no hubo demostracion de zelo que el monarca no les debiese. Las provincias leales hicieron esfuerzos increibles para sostenerle en el trono; la de Soria en particular estuvo manteniendo á sus espensas largo tiempo las miserables reliquias de su destrozado ejército, y finalmente, superando imposibles la lealtad de los pechos castellanos, se vió este ejército bien pronto restablecido en un pié, cuando no floreciente, al ménos no despreciable.

Entre tanto los aliados, despues de asolar á Castilla la Nueva, entraron en la corte con el archiduque, sin omitir ninguna de aquellas circunstancias que pudiesen dar á esta entrada cierto aire de importancia y de solemnidad; pero la soledad de las calles, el silencio de los vecinos, y las puertas y las ventanas cerradas, dieron á entender sobradamente que si este príncipe poseia los edificios, don Felipe era dueño de los corazones de sus moradores; y así la entrada del nuevo soberano solo fué aplaudida de algunos niños y gente de la ínfima plebe, que por dinero ó por amenazas le aclamaban tibiamente. Ni la fuerza de las armas, ni los manifiestos esparcidos conseguian reducir los ánimos á la dominacion austriaca; negábanse las aldeas circunvecinas á conducir á la corte los víveres necesarios si la violencia no les precisaba á ejecutarlo; y en los semblantes de todo el paisanage se advertian señales nada equívocas de la impaciencia con que sufria la opresion. Por otra parte, miéntras el ejército aliado que acampaba á las puertas de la villa, entregado á la embriaguez, á la crápula y demas desórdenes inseparables de la ociosidad, se disminuia sensiblemente, perdiendo en los hospitales considerable número de soldados, ocupó Felipe V de improviso los puentes de Almaraz, Alcántara y del Arzobispo sobre el Tajo, interceptando por este medio la comunicacion con Portugal, y desconcertando los planes de Staremberg, el cual esperaba un refuerzo de portugueses que debia entrar por Estremadura.

Casi al mismo tiempo recibió el archiduque la noticia de que el duque de Noailles se disponia á entrar por el Rosellon en Cataluña á la frente de un crecido número de tropas francesas con el objeto de cortarle la retirada; y como este acontecimiento era bastante probable si llegaba á incorporarse con las guarniciones españolas que habia en aquella provincia, partió inmediatamente á Barcelona, con poca satisfaccion de la acogida que habia tenido en Castilla, y particularmente en Madrid. Su ejército pasó á Toledo con la espectativa de que no dejarian los portugueses de romper por alguna parte las líneas españolas; pero desengañado finalmente Staremberg por la esperiencia de cuan vanas eran sus esperanzas, abandonó aquella ciudad y se puso en camino para Aragon. Entónces volvió á Madrid don Felipe; y despues de haber esperimentado la dulce satisfaccion de ser recibido en esta villa con el mayor entusiasmo de sus moradores, se reunió á sus tropas, que, siguiendo las huellas del enemigo, se hallaban acampadas en Guadalajara. La celeridad de las marchas del ejército aliado le obligaba á caminar dividido en dos trozos: uno de imperiales y portugueses á las órdenes de Staremberg, que precedia algunas leguas, y otro de ingleses al mando de su general Stanhop, con algunos holandeses, quien se habia quedado atras, y hacia noche en Brihuega, villa situada á las orillas del Tajuña. El duque de Vandoma, que habia venido á mandar al lado de Felipe V, hizo avanzar un destacamento de tropas, que ocupando á Torija, cortasen la retirada de Stanhop y la comunicacion con Staremberg; y ejecutada felizmente esta maniobra por el valor y destreza del marqués de Valdecañas, se dió un vigoroso ataque á la villa en que habian procurado fortificarse los enemigos. El choque fué uno de los mas sangrientos de esta guerra; pues los ingleses opusieron una resistencia que no debia esperarse de hombres desprovistos de artillería y municiones, y fué preciso ganar á palmos el terreno, pero al fin los españoles arrostrando con el mayor ardimiento peligros y dificultades, lograron penetrar en la villa, y despues de una horrible carnicería obligaron á los ingleses á entregarse en número de cinco mil hombres, que con su general Stanhop y otros oficiales de graduacion quedaron prisioneros de guerra.

No persuadiéndose Staremberg que mas de seis mil hombres atrincherados dentro de una poblacion pudiesen ser forzados en el corto término de un dia, retrocedió con sus tropas en socorro de Stanhop, y el dia del ataque se hallaba ya á una jornada de Brihuega. El rey quiso, no obstante, ahorrarle la mitad del camino; y poniéndose en movimiento con sus tropas, le alcanzó en las llanuras de Villaviciosa como á una legua de aquella villa. Allí se empeñó una accion de las mas vivas, en que unos y otros se disputaron con ardor la gloria del triunfo é hicieron por largo tiempo indecisa la suerte de las armas; pero al fin, arrollados los coligados por el esfuerzo del marques de Valdecañas, que mandaba el ala derecha del ejército castellano, y desordenado su centro por el intrépido Feliciano Bracamonte, que despreciando las bayonetas enemigas se arrojó sobre él con un destacamento de caballería, Staremberg, que hasta entónces habia hecho dudar del éxito de la jornada, se vió precisado á ceder el campo de batalla, dejando en él cuatro mil muertos, con pérdida de seis mil hombres entre heridos y prisioneros, salvando el resto á favor de las tinieblas de la noche. Artillería, bagajes, banderas, todos los trofeos que sirven para aumentar el lustre de una victoria, cayeron en manos del vencedor; y estas dos acciones en que el rey, sin desnudarse en tres noches consecutivas de rigoroso invierno, acreditó su bélico ardimiento, animando el de sus tropas, fueron sin duda las que le afirmaron sobre el trono, y dieron á sus armas tanta gloria cuanto mas señalado fué el valor con que pelearon sus enemigos.

El general aleman tomó el camino de Aragon con las miserables reliquias de su florido ejército, publicando que acababa de conseguir una completa victoria y de sujetar á toda la Castilla; pero era difícil de conciliar lo que divulgaban los alemanes con la precipitacion y el desórden de su marcha. Aun era mas difícil de concebir como despues de haber conquistado á Castilla, la abandonaba con tanta generosidad al rey don Felipe: mas al fin no dejaron de producir su efecto aquellas gasconadas, pues en virtud de ellas le dejaron pasar libremente, que era todo lo que pretendia. Don Felipe, siguiendo los pasos del ejército, se dirigió á Zaragoza: entró victorioso en la misma ciudad que poco ántes le habia visto vencido: y arregló el sistema de los tribunales de Aragon, como ya anteriormente lo habia hecho con los de Valencia, conformándolos á las leyes de Castilla, y aboliendo en castigo de la rebelion de la provincia muchos privilegios que sus naturales habian gozado en los siglos precedentes. Staremberg, precisado á confinarse en Cataluña, y con muy reducidas fuerzas para comprometerse en una accion de consecuencia, hubo de permanecer tranquilo espectador de los progresos de Noailles, que despues de apoderarse á viva fuerza de Gerona, penetró por las llanuras de Vich, Venasque y Valle de Aran, dejando subyugados todos estos pueblos: y aunque en Prados del Rey le fué algo favorable la fortuna al general aleman que defendia esta plaza, no pudo impedir á las tropas castellanas la conquista de la de Cardona y otras varias, quedando reducido el archiduque á la posesion de Tarragona y de Barcelona.

Desesperados los aliados de restablecerse en España, y mucho mas desconfiados de arrancar á don Felipe una corona que defendia con tanto valor y gloria, empezaron á disgustarse de la guerra; y la muerte del emperador José I, hijo y sucesor de Leopoldo, acabó de desconcertar la liga. No habiendo dejado descendencia masculina,

Digitized by Google

fué llamado al trono su hermano el archiduque; y si el deseo de mantener el equilibrio de la Europa habia servido á los aliados de pretesto para tomar las armas; si habian temido que la casa de Borbon establecida sobre el trono español hiciese inclinar hácia su lado la balanza, era consiguiente que tampoco mirasen con indiferencia la reunion en una misma cabeza de todas las coronas, que en otro tiempo habian hecho tan formidable á la casa de Austria. Parecia indicada la necesidad de mudar de sistema y de poner fin á las calamidades de la Europa por medio de una paz que conciliase en lo posible los intereses de todas las naciones con su reciproca seguridad; y la Inglaterra, que habia llegado á convencerse de que se aniquilaba sin provecho, y de que sosteniendo ella el peso de la guerra, Holanda y Alemania eran las únicas potencias que reportaban las ventajas, fué la primera en tratar de una conciliacion. En vano se opusieron á estos pacíficos proyectos algunas intrigas de corte; en vano se presentó entónces el príncipe Eugenio, con la esperanza de desconcertar los planes del ministerio inglés; y los holandeses, que temieron verse abandonados por la Inglaterra, hubieron de prestarse á concurrir á los preliminares que se negociaban en la corte de Versalles y sirvieron de base al congreso que despues se abrió en Utrech para el ajuste difinitivo. En 1712 empezaron las conferencias; y como á pesar del anhelo de la Inglaterra por la paz, nada tenian de pacíficos los sentimientos de sus aliados, las negociaciones caminaron con una lentitud que hizo desconfiar del éxito. El emperador se oponia á toda desmembracion de la monarquía española; los holandeses, lejos de circunscribir sus pretensiones á los límites que proponian en apariencia, negociaban con una mala fé, erizada de espinas, sin esplicarse sobre el objeto de sus demandas, reservándose pedir segun las circunstancias, y exigiendo casi que la Francia y la España se entregasen á su discrecion. Por otra parte, la muerte del delfin, padre del rey don Felipe, acaecida en 1711, la de su sucesor el duque de Borgoña, la de su muger, la de su hijo mayor el duque de Bretaña, casi consecutivas, y la que amenazaba á su sucesor el duque de Anjou, hacian bastante probable la reunion de la corona de Francia con la de España en la cabeza de don Felipe, hijo segundo del primer delfin; y esto era tambien un obstáculo á la breve pacificacion de la Europa. La Inglaterra propuso, sin embargo, á Felipe V como condicion esencial para la paz la alternativa de renunciar pura y simplemente sus derechos á la corona de Francia, transmitiéndolos en el duque de Berri su hermano menor, ó ceder la España al duque de Saboya, cuyos estados con el Monferrato, Mantuano y el reino de Nápoles y Sicilia, le servirian por el pronto de indemnizacion, y podrian incorporarse con la corona de Francia en caso de que recayese en él ó en alguno de sus sucesores. Luis XIV preferia este último medio, pero Felipe V, alegando lo que debia á su gloria y al zelo de sus vasallos, no quiso abandonar la España, y consintió en la renuncia propuesta, calmando las inquietudes de la Europa. Removido este obstáculo, cuando los aliados acababan de padecer una derrota en Landreci, perdiendo las plazas de Saint Amand, Douay, Quesnoy y Bouchain, mudaron los holandeses de tono y se vieron precisados á seguir los movimientos de la Inglaterra, á pesar de los esfuerzos de la corte de Viena. Finalmente, la paz se firmó en 1713 con arreglo á los preliminares concertados con Luis XIV, siendo sus principales condiciones que don Felipe seria reconocido legítimo soberano de España y sus Indias, supuesta la renuncia que ya hemos indicado; que Cerdeña, Nápoles y Milan se adjudicarian á la casa de Austria, y el reino de Sicilia al duque de Saboya; que casi todas las ciudades de Flandes que habian pertenecido á España pasarian al dominio de la casa de Austria, quedando bajo la custodia de los holandeses; y que la Inglaterra conservaria á Gibraltar y la isla de Menorca. Los portugueses fueron comprendidos tambien en la paz general; pero todas sus ventajas se redujeron á recobrar las plazas que habian perdido en sus fronteras, y á adquirir en propiedad la colonia del Sacramento que en tiempo de Cárlos II habian erigido á las orillas del rio de la Plata pertenecientes á la corona de Castilla; bien que reservándose España la facultad de rescatarla por medio de un equivalente que propondria. Solamente el emperador, que accediendo á este tratado hubiera ganado ciertas ventajas y terminado felizmente una guerra que tenia ensangrentada á la Europa hacia trece años, lejos de desistir de sus pretensiones á España, y lisonjeándose de conseguir su objeto aun sin el auxilio de los ingleses y holandeses, conservó sus disposiciones hostiles, hasta que finalmente se vió obligado á prometer la evacuacion de Cataluña, Mallorca é Ibiza, abandonando á los rebeldes á sus propias fuerzas.

Ya no restaba á don Felipe para quedar tranquilo poseedor de sus estados sino recobrar á Cataluña, que, aunque reducida á sus propias fuerzas, subsistia cada vez mas obstinada en su rebelion. Inflexibles aquellos naturales á las exhortaciones de don Felipe, que deseaba economizar la sangre de unos súbditos obstinados que al fin eran sus hijos, se abandonaron á una especie de frenesí muy parecido á la desesperacion; y erigiéndose en república independiente, llegaron segun se dice hasta el estremo de mendigar el auxilio de la Puerta Otomana. Lejos de desmayar con la repulsa del divan, que no quiso empeñarse en tan temeraria empresa, acudieron al emperador de Alemania, pasando por las mayores humillaciones porque este soberano les recibiese bajo su proteccion; y favorecidos ocultamente por él mismo, se manifestaron resueltos á sostener su rebelion hasta derramar la última gota de su sangre. Ya entónces no era decoroso á don Felipe suspender por mas tiempo las medidas rigorosas que queria haber tomado desde luego. El ejército castellano penetró á sangre y fuego en el Principado, reduciendo con furia salvage cuanto se le oponia al paso. Solsona, Manresa, Hostalric, Mataró cayeron en su poder; los demas pueblos del Principado se vieron muy en breve precisados á reconocer la autoridad de Felipe V, y Barcelona quedó bloqueada por mar y tierra. El mariscal de Berwick, que, enviado por Luis XIV con veinte mil franceses auxiliares, habia tomado el mando del ejército, empezó á combatirla con el mayor vigor; se interceptaron por medio de una fuerte escuadra los socorros que procuraron introducir en la plaza los sublevados de Mallorca; se adelantó vivamente la trinchera, y en breve se ocuparon las fortificaciones esteriores, á pesar de la porfiada y heroica resistencia de los rebeldes, que peleaban como desesperados, resueltos á vencer ó quedar sepultados bajo las ruinas de la ciudad. Los miqueletes derramados en pelotones, así por la campiña como por las gargantas y desfiladeros de los montes, inquietaban sin cesar á los sitiadores, les interceptaban los víveres, se huian para sorprender sus líneas, mataban inhumanamente á cuantos castellanos y franceses encontraban desviados, y causaban mas embarazo y fatiga en el campo que el sitio mismo; pero al fin, despues de muchos y reñidos ataques, y habiendo abierto suficiente brecha en la muralla, se dió un asalto general, que recibieron los sitiados con un admirable denuedo, manifestando una osadía e intrepidez, dignas del mayor elogio pues peleaban por su libertad y la de la España entera. Arrojados de la muralla se atrincheraron en las calles, pareciéndoles que siempre les quedaba sobrado terreno para morir con las armas en la mano, y prolongaron la resistencia hasta un estremo inaudito. Mil vidas costaba cada palmo de tierra; ni se daba, ni se pedia cuartel; todo era furor, confusion, carnicería; y la ciudad, entregada al pillage, á las llamas y á la devastacion, presentaba el aspecto mas horroroso y lamentable. Treinta horas duró una escena tan sangrienta; pero al fin, convencidos los barceloneses de la inutilidad de sus esfuerzos, y de que ya no les era dado sostener mas tiempo una lucha tan desventajosa, hubieron de rendirse á discrecion; y la humanidad del ejército francés y castellano, despues de la victoria, les hizo conocer desde luego la clemencia del príncipe contra quien habian empuñado las armas. A todos se concedió un indulto general: todos conservaron

Digitized by Google

sus vidas y sus bienes; pero, á poco, la clemencia, al retirarse los franceses, se trocó por la ira; los principales cabezas de aquellas terribles conmociones sufrieron el castigo de perder la libertad; se derribaron seiscientas casas para levantar sobre sus ruinas una formidable ciudadela; y la pena mayor con que quiso don Felipe manifestar á aquella provincia su resentimiento, fué la abolicion de sus antiguos fueros y privilegios, como era consiguiente á la providencia tomada por casi iguales motivos con los aragoneses y valencianos, puesto que Felipe marchaba por el camino de la abolicion de las franquicias de sus súbditos. Á la conquista de Barcelona se siguió el año siguiente de 1715 la reduccion de las islas de Mallorca, Ibiza y Formentera, que, ménos obstinadas, merecieron ser comprendidas en la clemencia del rey, que para ellas fué mas verdadera (1).

Restablecido ya don Felipe V en la posesion de sus dominios, se dedicó á gobernarlos en paz y justicia; reparando cuanto era posible los daños que las turbulencias y escesivos gastos de la guerra habian ocasionado; pero su escesiva deferencia á la princesa de los Ursinos, camarera de la reina, que habia llegado á hacerse árbitra de la voluntad de ambos esposos y á manejar despóticamente los negocios de la monarquía, hubiera sin duda malogrado tan bellas disposiciones, si un accidente imprevisto no hubiese desconcertado los planes de aquella muger astuta y ambiciosa. Murió la reina en 1714, y aunque habia dejado asegurada la sucesion del reino en sus dos hijos don Luis y don Fernando, la robusta edad de treinta y un años en que habia enviudado don Felipe, y su bien complexionada salud, indicaban, al parecer, la necesidad de un nuevo enlace, cuyas dulzuras le hiciesen mas soportable el peso del gobierno. Su abuelo Luis XIV le propuso, entre varias princesas muy recomendables, á doña Isabel Farnesio, heredera de Parma y de Plasencia, cuyo elevado espíritu y talento, cultivados con el estudio, la constituian una de las señoras mas distinguidas de su tiempo; y Alberoni, eclesiástico placentino, que, habiendo venido á España con el duque de Vandoma, quedó en ella en calidad de agente de su soberano el duque de Parma, y por este medio habia logrado introducirse en la corte, manejó con tal destreza la intriga, que la eleccion de don Felipe recayó sobre la parmesana. Esta señora, informada, apenas puso el pié en España, de la preponderancia de la de los Ursinos, y de la necesidad de poner remedio á tal desórden, no pudo sufrir la imprudencia de la favorita, que saliendo al camino á recibirla se permitió la libertad de hacerla ciertos cargos muy fuera de propósito; y mandando la reina arrojarla de su presencia, dió las disposiciones convenientes para que en el momento fuese conducida fuera de sus dominios. Al punto mudaron de semblante las cosas; fueron removidos de sus empleos todos los favoritos de la de los Ursinos; Mr. Orri, venido de Francia con don Felipe para la administracion de las rentas reales, y cuyo desmedido zelo habia chocado con la moderacion española, fué depuesto de su cargo, y estrañado tambien; y Alberoni, elevándose con el favor de la reina sobre las ruinas de todos estos, se fué proporcionando poco á poco para el ministerio de estado, que al fin recayó en él. Este hombre, bastante capaz para restablecer el órden en la administracion, en las rentas y en la milicia, y para restituir al estado toda la energía de que era susceptible, en vez de circunscribirse á tan útiles trabajos, quiso trastornar la Europa, y se labró su propio precipicio. Arrebatar al emperador lo que el tratado de Utrech le concedia en Italia, y hacer pasar á Felipe V la regencia de Francia, que por muerte de Luis XIV, egercia el duque de Orleans durante la menor edad de Luis XV, tales fueron los designios de Alberoni; y ciertamente á haberlos coronado un feliz éxito, se hubiera grangeado la reputacion de un Jimenez ó de un Richelieu. Recorramos la serie de estos acontecimientos, observando al mismo tiempo el modo con que la ambicion personal de un ministro dirige los negocios del estado.

Alberoni, que con ansia, aunque por medios indirectos, tenia hechas solicitudes á un capelo, ocultó con el mayor cuidado sus proyectos sobre la Italia, temeroso de disgustar al papa, el cual contaba con los auxilios de España para rechazar al turco que amenazaba sus estados. Espidió con efecto una escuadra, que ahuyentó de Corfú á la mahometana, y tomó á su cargo la composicion de las diferencias que mediaban entre esta corte y la de Roma sobre asuntos de la Nunciatura; de suerte que Clemente XI, seducido por tan bellas apariencias, se rindió á las instancias de sus negociadores, y en 1717 fué Alberoni revestido de la púrpura cardenalicia. Apenas vió éste asegurado el objeto de sus deseos, se hizo á la vela una poderosa escuadra surta en Barcelona, cuyo armamento habia sobresaltado á las potencias garantes del tratado de Utrech. La espedicion compuesta de poco mas de ocho mil hombres, aportó á la isla de Cerdeña; desembarcaron las tropas en el puerto de Caller, y en poco mas de un mes quedó dueño don Felipe de unos estados que habia cedido al emperador únicamente por el bien de la paz y en el supuesto de que éste cumpliria por su parte con el tratado, evacuando enteramente á Cataluña, sin favorecer directa ni indirectamente á los rebeldes de esta provincia. Pero estos pactos habian sido pérfidamente eludidos; las tropas imperiales no solo no evacuaron del todo á Cataluña, sino que una gran parte de ellas quedó, bajo el especioso concepto de reformadas, al servicio de los insurgentes; y el gobierno español, justamente quejoso, se hallaba suficientemente autorizado para intentar el recobro de lo que habia cedido sin fruto.

La rapidez y felicidad de esta jornada alentó al ministro español para llevar á efecto la segunda parte de su plan. Habia sobrados fundamentos para creer que se trataba de la reunion de la Sicilia á los dominios de la casa de Austria, mediante cierta indemnizacion que se prometia al duque de Saboya en Lombardía. La corte de España se interesaba en impedir semejante incorporacion, como que, además de aumentar la prepotencia de un enemigo suyo, destruia el equilibrio de fuerzas, bien ó mal establecido por el tratado de Utrech; y no hallándose el duque de Saboya en estado de resistir á las violencias de las potencias mediadoras en aquel concierto, ó por mejor decir debiendo temerse todo de su escesiva deferencia, parecia indispensable que el gobierno español se encargase del empeño. En esta ocasion hizo conocer Alberoni á la Europa entera los prodigiosos recursos de esta monarquía: cuando todos la creian abatida, aniquilada, incapaz de hacer el menor esfuerzo despues de una guerra tan larga y dispendiosa, quedaron sorprendidos de ver en sus puertos preparada en ménos de tres meses, y sin estraordinario gravámen de los pueblos, otra nueva espedicion de mas de treinta naves perfectamente tripuladas y equipadas. Tan formidable armamento, y el inviolable secreto con que ocultaba Alberoni sus designios, no podian ménos de acrecentar los recelos de las demas potencias; y cada una se creyó con derecho á exigir una declaracion formal y positiva sobre el verdadero objeto. Inglaterra y Holanda, poco satisfechas de las esplicaciones del ministerio español, se unieron con la Alemania para prevenir las consecuencias de la misteriosa política de aquel; pero ni tan poderosa coalicion, ni sus apresurados aprestos militares, ni sus amonestaciones, ni sus amenazas, fueron bastantes á impedir que la escuadra preparada desembarcase en Sicilia treinta mil hombres, ni que éstos se apoderasen de casi toda la isla en poco mas de dos meses. El suceso hubiera sido completo á no haber sido destruida la escuadra española por una inglesa, que la sorprendió delante de Siracusa; si el duque de Saboya, sin fuerzas para defender sus dominios, no hubiese accedido á la triple alianza; y si la Francia no se hubiera declarado tambien por ella contra

(1) Véase á Ortiz de la Vega, ya citado para los acontecimientos de 1640.

Digitized by Google

los intereses de un nieto de Luis el *Grande*, que á tanta costa habia ella misma establecido sobre el trono de Cárlos V.

Pero la política del duque de Orleans era muy diferente de la de Luis XIV; y su conducta pareció desde luego tan sospechosa al gabinete español, que Alberoni concibió la idea de despojarle de la regencia, estendiendo sus miras á que recayese en don Felipe como pariente mas inmediato al príncipe reinante. El proyecto no podia ménos de lograr aceptacion donde eran muchos los que sufrian con impaciencia el despotismo del duque. Con el mayor secreto se fraguó una conspiracion, á cuya frente se vieron personas de las mas distinguidas por su clase y por su carácter; y los planes fueron con tal destreza combinados, que con dificultad hubiera podido traslucirse cosa alguna, á no haberse estraviado unos pliegos muy importantes que dirigia á Madrid el embajador de España príncipe de Celamare. Esta fatal casualidad hizo conocer al regente la intriga en toda su estension; fácilmente descubrió su autor, y tomó de aquí un pretesto para abrazar sin rebozo las intenciones de la liga, declarando á España la guerra.

Por fortuna no fué larga; pero tampoco feliz. Los franceses, bajo las órdenes del mariscal de Berwick, penetraron en Navarra, se apoderaron de Fuenterrabia, de San Sebastian, y aun se hubieran hecho dueños de toda la Navarra y Vizcaya, á no haber convertido sus armas contra Cataluña. Una escuadra española, destinada á hacer un desembarco en Escocia, fué dispersada y destruida por los vientos; pero los ingleses, mas afortunados, lograron saquear y destruir el puerto de Vigo. En Sicilia fueron deshechos los imperiales en repetidas ocasiones, y singularmente en la batalla de Francavila; pero ninguna de estas victorias fué bastante para impedir sus progresos y que en brevísimo tiempo recobrasen una gran parte de la isla. Á vista de semejantes desgracias el cardenal Alberoni, estimado poco ántes como un genio benéfico que habia sabido sacar á España del letargo en que yacia, é inspirarla nuevo vigor, mereció únicamente el concepto de un maquinador imprudente. El rey empezó á disgustarse de su conducta; y dando oidos á las reclamaciones de las cortes, á quienes su política llenaba de recelos, le retiró del ministerio, le desterró de sus dominios, y no trató sino de salir con el honor posible de tan apuradas circunstancias. Al momento empezaron las negociaciones para la paz. Felipe V accedió á la cuádruple alianza, y aceptó el tratado hecho en Londres en 1718 por las potencias beligerantes, en virtud del cual debia la corte de España restituir la Cerdeña y la Sicilia, convenir en el cambio de una por otra entre el emperador y el duque de Saboya, quedando asegurada al infante don Cárlos, habido en el segundo matrimonio del rey don Felipe, la sucesion inmediata á los estados de Parma y de Toscana.

Por este medio se concluyó en 1720 esta guerra de dos años. En el siguiente se ajustó el casamiento del príncipe de Asturias don Luis con doña Isabel de Orleans, hija del duque regente; y en 1724 admiró á toda la Europa la inopinada resolucion que tomó el rey don Felipe de renunciar la corona en el mismo don Luis, retirándose con su esposa y una reducida servidumbre al real sitio de San Ildefonso, donde habia construido un palacio con magníficos y deliciosos jardines. Pero Luis I, cuyas bellas cualidades anunciaban un venturoso reinado, falleció de viruelas ántes de cumplirse un año, y á los diez y siete de su edad; y Felipe V, estrechado por la reina, la nobleza y los tribunales, que en nombre de la nacion le suplicaban volviese á tomar las riendas del gobierno, tuvo la generosidad de rendirse á sus instancias, abandonando la tranquilidad de su apreciable retiro por las agitaciones de la corte, y las inquietudes inseparables del trono.

Entónces tuvieron fin las contestaciones que en medio de la paz, y desde el año de 1720, traian agitados á los gabinetes de la Europa. La corte de España, accediendo al tratado de Londres, no pudo ménos de reclamar el gravámen que por él se pretendia imponer á los estados de Parma y de Toscana, haciéndolos feudatarios y dependientes del Imperio, que para esto alegaba sus antiguos derechos de la corona de Lombardía; y las potencias mediadoras en este concierto, á saber, la Inglaterra, la Francia y la Holanda, creyeron conveniente remitir la conciliacion de las respectivas pretensiones á un congreso, que en 1721 se convocó en Cambray. Jamás se vieron tantas intrigas, tantos zelos, ni tanta desconfianza. Parecia que los intereses de los particulares habian hecho mudar de aspecto aun á los intereses de todas las naciones: en vez de convenirse, se aumentaron las discordias y las contradicciones; y claramente se reconoció que las potencias solo aspiraban á engañarse recíprocamente. La corte de España, constante en pretender la exencion de toda feudalidad, y el emperador por otra parte igualmente constante en no ceder un punto de sus supuestos derechos, proporcionaban á los demas contratantes ocasion favorable de apurar todos los recursos de su artificiosa política para sacar de esta contienda un ventajoso partido. Por otra parte los intereses de la Gran Bretaña no eran conciliables con los de su soberano. Las utilidades de un comercio activo hacian desear á los negociantes ingleses la sincera correspondencia con los españoles: pero la conservacion del Hannóver, y la esperanza de conseguir la investidura de Brena y Werden, con que lisonjeaba el emperador al rey Jorge I, le obligaban á guardar con él toda consideracion. Francia, como la ménos interesada en esta negociacion, procedia con una lentitud que se hizo sospechosa; y el matrimonio de doña Isabel de Orleans con el príncipe don Luis aumentó los recelos y la desconfianza de la Inglaterra y del imperio, que veian con temor restablecerse entre las dos casas de Borbon la armonía que habia reinado en tiempo de Luis XIV y que haria preponderar hácia esta parte la balanza del equilibrio. Poco satisfecha la España de las potencias mediadoras, hacia los mayores esfuerzos para entablar directamente con el duque de Parma y el de Toscana una convencion particular sin el concurso de los demas soberanos; y estaba ya nombrado para pasar á estas dos cortes el marqués de Monteleon, cuando la inopinada muerte de Luis I suministró á los gabinetes motivo de nuevas combinaciones.

El infante don Cárlos se habia acercado mas á la sucesion de España, y nada tenia de repugnante que algun dia pudiese la corona recaer en su cabeza, á pesar de hallarse precedido por su hermano mayor el príncipe don Fernando. Este acontecimiento sirvió á las cortes mediadoras de pretesto para subir el tono; y aun los españoles manifestaron alguna repugnancia á que se alejase del reino á un príncipe que fácilmente podria llegar á ser su soberano. Obraban por consiguiente los gabinetes de Viena y de Madrid con una política recelosa, que sin lograr sus intenciones, los hacia insensiblemente esclavos del que pretendia dar la ley, pero últimamente, á las intrigas sucedió la reflexion, y conociendo la corte de España que sin la intervencion de la casa de Austria no era posible asegurar al infante la sucesion á que le llamaban los derechos de su madre, y á que le habia destinado la cuadruple alianza, resolvió dirigir á este efecto todas sus operaciones directamente y sin ninguna mediacion. Las cosas estaban tan fuera de su centro, que la corte de Madrid se puso en manos de la de Viena, su competidora, con cuyo objeto pasó secretamente á esta capital el baron de Riperdá.

Éste era un holandés de bastante talento y actividad, que, habiendo residido en España en calidad de embajador de los estados generales, fué despojado de este carácter por haber abrazado la religion católica romana. El cardenal Alberoni le tomó bajo su proteccion, le admitió en su confianza, y las luces que habia manifestado en diversas ocasiones le hicieron parecer á propósito para desempeñar la importante comision de transigir las diferencias de las cortes de España y de Alemania. Bajo el pretesto de buscar buenos tejedores de paños, en cuyas manufacturas era sin duda muy inteligente, se

Digitized by Google

presentó en Viena, y sin que ninguno de los ministros de las demas potencias pudiese traslucir cosa alguna del proyecto, concertó en 1725 con el príncipe Eugenio de Saboya un tratado de paz entre Felipe V y Cárlos VI, que si bien tenia por base al de Londres, lo modificaba en algunos puntos. Riperdá, considerado á su vuelta como un genio benéfico y númen tutelar que habia sabido poner fin á una enemistad de veinte y cinco años, fué colmado de honores, creado duque, grande de España, y habilitado para despachar como primer ministro todos los negocios de la guerra, de la marina y de la real hacienda. Su conocido talento para la direccion de las fábricas y manufacturas, le proporcionó igualmente la inspeccion de todos los ramos de la industria nacional; y los adelantamientos y mejoras, que se advirtieron desde luego, anunciaban como muy próxima la época en que la redimiria de la servil dependencia en que la tenian las fábricas extranjeras.

Es creible que se hubiera cumplido tan lisonjero pronóstico si Riperdá hubiese podido conservar por largo tiempo su privanza; pero el mismo favor que disfrutaba le grangeó infinitos y poderosos enemigos que supieron aprovechar las ocasiones de desconceptuarle con el rey y con la nacion. Por otra parte es preciso confesar que su capacidad no era proporcionada á una administracion tan vasta; y que poco instruido del carácter nacional, del de el gobierno, y de sus relaciones políticas, era preciso que incurriese en desaciertos que podrian ser de consecuencia. Fué pues separado de los negocios, retirado de la corte y conducido preso al alcázar de Segovia, donde, no ofreciendo su conducta materia para hacerle causa, permaneció algun tiempo, hasta que una jóven española le facilitó la evasion. Con ella pasó á Portugal, de allí á Inglaterra, y últimamente se retiró á Holanda, huyendo de la envidia que le perseguia por todas partes; pero ni aun aquí se consideró seguro, pues España le reclamaba como reo de estado; y temiendo ser víctima de la política ó del interés, solicitó un asilo en Rusia. Entre tanto se le proporcionó un establecimiento en Marruecos por medio del embajador residente en la Haya; y viendo que en Europa se le negaba un miserable retiro, pasó á aquella regencia, donde despues de infinitas aventuras, dignas de una novela, murió en Tetuan, víctima de sus pesares y melancolía.

La novedad del secreto é imprevisto concierto de Viena, sorprendió á las cortes mediadoras: y llegó á recelarse que esta repentina conciliacion entre unas potencias por tanto tiempo enemigas, tenia por objeto algun proyecto de importancia contra la independencia y seguridad de todas las demas. Francia é Inglaterra, para contrarestar la estrecha union que empezaba á manifestarse entre los dos gabinetes, español y austriaco, hicieron en Hannóver un tratado de alianza defensiva con la Holanda y la Prusia. Casi á un mismo tiempo zarparon de los puertos de la Gran Bretaña tres escuadras con direccion al Báltico, á la América y á las costas de España. Los franceses cometieron la grosería de devolver á la infanta doña Mariana Victoria, hija de Felipe V, que habia pasado á Paris destinada á ser esposa del jóven Luis XV, con el pretesto de que aun era muy niña y de que no podia el reino esperar mucho tiempo un heredero entre innumerables contingencias; y por via de represalias devolvió igualmente la corte de España á Madamoiselle de Beaujolois, hija del duque de Orleans, tratada de casar con el infante don Cárlos. Los ingleses bloquearon á Portobelo, y los españoles emprendieron el sitio de Gibraltar. En una palabra, la Europa entera se veia amenazada de nuevas calamidades: pero el pacífico carácter del cardenal de Fleuri, primer ministro de Luis XV, suspendió la guerra cuando parecia mas inevitable; conservó la gloria de los españoles, haciendo que voluntariamente levantasen un sitio en que era de temer quedase obscurecida; y despues concilió los intereses respectivos por via de reconvenciones amistosas, manejándose de modo que poco á poco se disolviese la estrecha alianza entre Madrid y Viena, y que se renovase la desconfianza de la casa de Austria con el temor de perder sus estados de Italia si permitia la introduccion de tropas españolas en los ducados de Parma y de Toscana, como la España solicitaba desde mucho tiempo. Últimamente, el tratado de Sevilla, ajustado por los años de 1729 entre la España, Francia é Inglaterra, acabó de estrechar mas las relaciones de estas potencias, y de aumentar el desabrimiento de la corte de Viena. Transcribiremos los principales artículos de que consta por su influencia en los acontecimientos posteriores.

Se permitia al rey Católico la introduccion de seis mil españoles de guarnicion en las plazas de Liorna, Porto Ferrajo, Parma y Plasencia, los cuales serian mantenidos á su costa, para seguridad de la inmediata sucesion del infante don Cárlos en aquellos estados y poder resistir á cualquiera que intentase contradecirla.

Se obligaron las potencias contratantes á mediar con los actuales poseedores de dichos estados para que admitiesen las guarniciones sin repugnancia, conservando éstos su dignidad y soberanía. Las tropas prestarian juramento de defender las personas de los mismos poseedores, sus bienes y súbditos, en cuanto no contrariase la sucesion del infante don Cárlos, y de no mezclarse en cosa alguna del gobierno político, civil ó militar bajo de ninguna forma ni pretesto.

El rey Católico se obligaba á retirar de dichas plazas sus tropas, asegurada que fuese en su hijo la sucesion en aquellos estados.

Las potencias contratantes prometian mantener al infante en la sucesion referida, despues de lograda, y defenderle de cualesquiera insultos, contra cualesquiera potencias que intentasen inquietarle, declarándose garantes perpetuos del derecho, sucesion y posesion del mismo serenísimo señor infante y sus sucesores.

Se permitia lugar y tiempo para que los holandeses y demas potencias accediesen á este tratado, si lo estimasen de su interés.

Las provincias Unidas accedieron sin dificultad; pero el emperador no solo se negó abiertamente, sino que para impedir la introduccion de los seis mil españoles en los estados de Parma y Toscana, hizo pasar á Italia mas de ochenta mil hombres, reforzó las guarniciones de sus plazas, é intimidó á la Europa con la actividad de sus preparativos. Las potencias aliadas, al ver sus disposiciones, procuraron tambien ponerse en estado de obligarle á admitir las capitulaciones del concierto de Sevilla; pero como unos y otros temian comprometerse en una nueva guerra sin esperanza de ventaja conocida, ninguno se atrevia á ser el agresor, y todos deseaban una composicion amigable. Por todas partes cruzaban correos con propuestas; se multiplicaban las memorias y justificaciones entre las cortes; pero ya estaba para espirar el término prescrito para la ejecucion del tratado, y la paz de la Europa aun se mantenia en tan dudosa situacion. Probablemente aquel concierto hubiera sufrido la misma suerte que los que le habian precedido, sin llegar al caso de observarse, á no haber ocurrido en 1731 la muerte del duque de Parma Antonio Farnesio, último varon de su familia. No dejaba sucesion; pero suponiendo que quedaba en cinta su esposa la duquesa, nombró por heredero al póstumo, y en su defecto al infante don Cárlos su sobrino segundo, hijo de la reina de España su sobrina tambien. El conde de Stampa, general austriaco, introdujo inmediatamente seis mil hombres en aquel estado, y tomó posesion de él en nombre de Cárlos VI, declarando que le restituiria al infante, en caso de que no se verificase el preñado de la duquesa, ó naciese una hembra. Semejante invasion puso en consternacion á todos los pueblos de Italia, y particularmente á los de Toscana, que se consideraban espuestos á la misma suerte en el punto en que falleciese el gran duque Juan Gaston, dejándoles en tal incertidumbre. Los alemanes eran generalmente aborrecidos por las vejaciones que habian ejercido en mucha parte de la Italia, durante la guerra que sostuvieron desde 1688 hasta 1697, y en la de la sucesion de España: pues exigian por

Digitized by Google

fuerza víveres, dinero y forrages, gravando á los miserables pueblos y á los príncipes con exhorbitantes imposiciones á la sombra de los antiguos títulos de feudalidad, y del supremo dominio de los Césares de Germania sobre la Italia. Pero al fin la preñez de la duquesa viuda se desvaneció, cual se recelaba; y mediante un tratado, hecho en Viena á fines de setiembre del mismo año, salió de Barcelona una escuadra española, combinada con otra inglesa, que condujo la persona del infante á Liorna, le puso en posesion de su nueva herencia, y le hizo reconocer sucesor inmediato en el ducado de Toscana.

Las públicas demostraciones de júbilo con que en Parma y Florencia fué recibido el infante, causaron no pequeños disgustos é inquietudes al emperador, que casi estuvo para retractarse del concierto que acababa de firmar. Crecieron sobremanera sus recelos con la noticia que empezó á estenderse por la Europa de que España aprestaba una escuadra formidable, cuyo objeto se ocultaba bajo un impenetrable secreto. Temió por sus estados italianos; y no dudando que contra ellos se dirigia el golpe, procuró prevenirle poniéndolos en el mejor estado de defensa; pero la escuadra española, surta en Alicante con mas de cincuenta mil hombres de desembarco, estaba destinada á empresa mas gloriosa: al recobro de Oran, ocupada por los moros mientras las armas de don Felipe se empleaban en arrojar á los aliados de lo interior de sus dominios. Confió el rey la ejecucion al duque de Montemar; y este valeroso general correspondió dignamente á tan honrosa confianza. Presentarse delante de Oran, desbaratar un ejército de africanos, y hacerse dueño de la plaza fué obra de solo tres dias.

Empezaba la Europa despues de tantas agitaciones y calamidades á repararse de las pasadas quiebras, gustando los saludables frutos de una paz tan deseada cuando un acontecimiento inesperado volvió á encender la antorcha de la discordia. Federico Augusto II, rey de Polonia, destronado por Cárlos XII, y restablecido por Pedro el *Grande*, murió en 1733. El trono vacante no solo escitaba la ambicion de los pretendientes, sino que tambien llamaba la atencion de los confinantes interesados en la quietud de sus estados; los polacos, siguiendo los movimientos de su turbulenta constitucion, se dividieron en facciones, bien que la mayor parte se declaró por su compatriota Estanislao Lekzinski, que ya en 1704 se habia ceñido aquella corona con la desgracia de ser despojado de ella por la Rusia en 1709. Los rusos y alemanes hicieron sin embargo al mismo tiempo que otro partido procediese á nueva eleccion; y el hijo del difunto Augusto, sobrino del emperador Cárlos VI, sostenido por un grueso cuerpo de sajones, prevaleció á su concurrente. Diez mil rusos bien disciplinados, descendiendo á la Silesia y fronteras de Polonia, abatieron los brios del desgraciado Estanislao y de aquella nobleza guerrera, pero sin disciplina, que un esceso de libertad hacia juguete de los acontecimientos. Augusto III triunfó como su padre; y Estanislao se vió sitiado en Dantzik, de donde tuvo la fortuna de salvarse por entre mil peligros. Una casualidad le habia hecho suegro del rey de Francia; y por muy amigo de la paz que fuese el cardenal de Fleuri, ministro de Luis XV, el honor del rey y del estado le imponian en la opinion pública la obligacion de sostenerle sobre el trono. Encendió pues de nuevo en 1733 una sangrienta guerra, en que tomó parte el rey don Felipe, declarándose el de Cerdeña á favor de la casa de Borbon, y manteniéndose neutrales Inglaterra y Holanda.

No es de nuestra inspeccion referir los progresos de las armas francesas por el Rhin y por la Lombardía; mucho ménos cuando victorias mas interesantes nos llaman la atencion. Pasaron á Italia treinta mil españoles bajo la conducta del duque de Montemar, y á las órdenes del infante don Cárlos, duque de Parma, nombrado por su padre generalísimo de las tropas españolas; y este florido y animoso ejército se dirigió contra el reino de Nápoles, penetrando sin obstáculo hasta la misma capital, cuyos habitantes recibieron con el mas vivo entusiasmo al jóven vencedor. Su júbilo creció al estremo, cuando á pocos dias recibió el infante un decreto de su padre, por el que le cedia todos los derechos que pudiera tener la corona de España sobre el reino de las Dos Sicilias, con la facultad de coronarse y de constituir monarquía independiente. Habia ya cerca de doscientos y treinta años que el estado napolitano se hallaba reducido á ser una provincia de potencia extranjera, y á estar á la merced de unos vireyes que se mudaban á menudo y que no pocas veces preferian sus propios intereses á los de una nacion cuyo idioma apenas entendian y que era forastera para ellos. De aquí provinieron tantas revoluciones acaecidas en el discurso de este tiempo, como tambien la decadencia de las ciencias, de las artes, de la cultura, del ingenio y del comercio.

Entre tanto se habian reunido siete mil alemanes en el territorio de Bari; y habiéndose divulgado que presto debian incorporarse á ellos seis mil croatos, creyó necesario Montemar desalojarlos ántes que se verificase tan peligrosa reunion. Partió pues inmediatamente con quince mil hombres hácia aquel parage; halló á los enemigos atrincherados en las inmediaciones de Bitonto, y atacándolos con singular denuedo, quedó dueño del campo despues de una breve resistencia, que costó á los imperiales mas de dos mil hombres. Banderas, tiendas, artillería, municiones, todo quedó en poder del vencedor; y los pocos alemanes que se libraron de la muerte, quedaron prisioneros, ó tuvieron que salvarse huyendo. Á esta señalada victoria se siguió inmediatamente la rendicion de Gaeta, Cortona y Cápua, únicas plazas que habian opuesto alguna resistencia, y que faltaba conquistar; y quedando por este medio allanado todo el reino de Nápoles, se emprendió sin demora la ocupacion de Sicilia. Una escuadra española, compuesta de cinco navíos de línea, otras tantas galeras, trescientas naves de transporte, varias balandras y otros buques menores, con veinte mil hombres de desembarco al mando del duque de Montemar, se presentó delante de Palermo, que hallándose indefensa, reconoció inmediatamente por su rey á don Cárlos. El general español pasó despues á Mesina, cuyos habitantes siguieron el ejemplo de los de Palermo; pues su gobernador habia retirado las guarniciones de todas las fortalezas de esta plaza con el fin de defender la ciudadela, que no se entregó hasta el año siguiente de 1735. Trapana y Siracusa se rindieron pocos dias despues que esta ciudadela; de modo que en toda la isla apenas quedó un solo aleman.

Una revolucion tan repentina inquietó á la Inglaterra y á la Holanda, que empezaron á manifestar recelos del engrandecimiento de la casa de Borbon. Jorge II insinuó á las cortes beligerantes que ya era tiempo de dejar las armas; se constituyó mediador en sus querellas; y corroborando sus instancias con un considerable armamento, declaró que si España y Francia rehusaban convenirse en un tratado de paz general, atacaria unido con la Holanda, en fuerza de sus empeños con la casa de Austria, sus establecimientos en ambas Indias. Del emperador no se dudaba que admitiria desde luego esta mediacion; pues despojado, estrechado por todas partes, y reducido al mayor apuro, era consiguiente que desease poner fin á una guerra que no le ofrecia sino pérdidas y desastres. Francia por su parte tambien se mostraba dispuesta á entrar en negociacion; pues la edad avanzada del pacífico Fleuri, y el vivo deseo de dejar en la nacion un monumento glorioso de su ministerio, adquiriéndola alguna posicion nueva, le estimulaban á aprovecharse en un concierto de la superioridad de las armas francesas, mas bien que esponerlas á nuevos riesgos con una nacion tan fuerte como Inglaterra. Pero España se hallaba muy distante de dar oidos á ninguna proposicion interin no se la asegurase la posesion de todos los dominios austriacos en Italia. Ya tenia destinado un cuerpo de veinte mil hombres contra la Lombardía; y el duque de Montemar, animado con la rapidez y felicidad de sus conquistas, amenazaba llevar sus armas hasta las

puertas de Viena. El talento y energía de la reina doña Isabel habian puesto á la nacion en estado de hacer nuevas tentativas; y el gabinete de Madrid se mantenia en la firme resolucion de arrojar totalmente al emperador de los términos de Italia. Con este designio se habia puesto en marcha el ejército español desde Nápoles, y pasando por los Estados Eclesiásticos y la Toscana, se unió con el combinado Galo-Sardo, que ocupaba á la sazon la Lombardía; pero mientras se empleaban estos guerreros en la toma de Mantua, empezaron las negociaciones entre las cortes de Viena y de Versalles, y en 3 de octubre del mismo año de 1735 se concluyó un tratado, á que hubo de acceder la de Madrid por no quedarse aislada y espuesta al resentimiento de todos. En él se concertó que Estanislao habia de renunciar por segunda vez el trono de Polonia, aunque conservando el título y prerogativas de rey, indemnizándole con los ducados de Bar y de Lorena, que despues de sus dias deberian reunirse á la corona de Francia. Que en cambio se cederia la Toscana al duque de Lorena; pero que esta cesion no surtiria sus efectos hasta despues de la muerte del gran duque Juan Gaston, último vástago de la casa de Médicis. Que el reino de Nápoles y el de las Dos-Sicilias quedarian para don Cárlos, con la obligacion de renunciar sus derechos á Toscana y Parma; cuyo último estado con el ducado de Plasencia pasarian á la casa de Austria, la cual podria incorporarlos á sus dominios en la Lombardía. Y por último, que al rey de Cerdeña se le adjudicarian los territorios del Tesino, y los feudos de la Lonhga, del Novarés, del Tortonés, ó del Vigevanasco, á su eleccion.

Así se concluyó esta guerra de dos años con grave sentimiento de Parma y de Toscana, que se veian privadas de un príncipe cuyas bellas cualidades prometian las esperanzas mas lisonjeras, para caer bajo un gobierno que no les anunciaba sino miseria y esclavitud.

Felipe V parecia un príncipe destinado á vivir en continua lucha, pues aun estaban sin cangear las condiciones del tratado anterior cuando se vió forzado á tomar de nuevo las armas. La Inglaterra, esa potencia cuya política ha sido constantemente abrogarse el imperio del mar, estender un comercio inmenso, y arruinar ó debilitar el de las demas naciones, provocó el resentimiento del gobierno español, vuelto ya de su letargo, quien no podia mirar con indiferencia el descaro con que á la sombra de ciertos tratados de comercio ejercian los ingleses en los puertos de la América el mas considerable contrabando. Se quejó la corte de España, pero en vano; se multiplicaron los guardacostas para cortar los progresos del desórden; se apresaron con efecto algunos buques, en lo cual se escederian quizá los límites de la moderacion y de la justicia, inconveniente casi inevitable en semejantes circunstancias; pero de aquí empezaron á agriarse las contestaciones entre uno y otro gabinete. Felipe V fué sin embargo bastante generoso para ofrecer á la Gran Bretaña, por un tratado concluido en el Pardo, la indemnizacion de noventa y cinco mil libras esterlinas por los daños que pudiese haber sufrido injustamente; pero aun así no fué posible contener el orgullo que transportaba á los ingleses; y la querella, que habia tenido principio del apresamiento de un barco, se estendió luego á otros objetos de mayor importancia. Empezó á disputarse sobre los límites de la Florida y de la Carolina; los ingleses levantaron el grito; cometieron hostilidades; y como ellas imposibilitaban á Felipe V para satisfacer la suma prometida, tomaron de aquí un pretesto para declarar la guerra en 1739.

Cuanto mas se examina la naturaleza del comercio, que deberia unir las naciones entre sí, y que no florece sino á la sombra de la paz, ménos puede comprenderse esta manía de encender, por un objeto de comercio, guerras dispendiosas, cuyas ventajas nunca pueden compensar las pérdidas que ocasionan. Nadie puede estrañar que sobre el particular ocurran algunas disputas; pero que en lugar de terminar amigablemente estas diferencias, sean para las naciones un motivo de recurrir á las armas, parece cosa muy difícil de conciliar con los principios de la razon, de la humanidad y de la política. En esta guerra el almirante Vernon invadió con un poderoso armamento las costas americanas, se hizo dueño de Porto-Belo, y arrasó sus fortalezas. Creyó serle igualmente fácil apoderarse de Cartagena de Indias; pero las tropas españolas acaudilladas por el gobernador don Sebastian de Eslaba, rechazaron sus ataques con singular denuedo y le obligaron á abandonar la empresa. Igual suerte sufrió en la isla de Cuba, donde tuvo que reembarcarse precipitadamente con pérdida considerable. No esperimentó mejor fortuna otra escuadra inglesa que se presentó delante de la Guayra y de Puerto-Cabello en la provincia de Venezuela, de donde hubo de retirarse bien escarmentada, y en una batalla naval, que en 1744 se dió en las costas de Provenza, solos doce navíos españoles humillaron la arrogancia de la Gran Bretaña, haciendo frente á cuarenta y cinco ingleses, que hubieron de retirarse muy maltratados dejando indecisa la victoria.

Durante esta guerra que casi fué marítima, empezó otra por tierra en Italia contra los imperiales. Murió en 1740 el emperador de Alemania Cárlos VI, último varon de la casa de Austria, dejando por heredera á su hija María Teresa, gran duquesa de Toscana: que inmediatamente tomó posesion de su patrimonio, y fué reconocida reina de Hungría; pero al momento aparecieron dos competidores, que, poniendo en combustion la Europa, redujeron á aquella princesa á la situacion mas crítica. El elector de Baviera pretendia la sucesion en virtud del testamento de Fernando I y en representacion de su cuarta abuela, instituida en defecto de varones de la casa de Austria. La pretendia tambien el rey de Polonia, elector de Sajonia, alegando los derechos de su muger, hija mayor del emperador José, hermano de Cárlos VI. Tomó Francia las armas favoreciendo las pretensiones del elector de Baviera; el rey de Cerdeña se declaró por la reina de Hungría; y aunque Felipe V aspiraba tambien al todo de la herencia por descendiente de la reina doña Ana de Austria, cuarta muger de Felipe II, é hija del emperador Maximiliano II, el temor con que verian las potencias europeas á una rama de la casa de Borbon pretender toda la herencia de la de Austria, le obligó á modificar sus pretensiones, limitándose á las provincias que María Teresa poseia en Lombardía, y á establecer en ellas al infante don Felipe, hijo segundo de su segundo matrimonio, así como lo habia hecho en Nápoles con el infante don Cárlos.

Á fines del año de 1741 partieron á Italia bajo las órdenes del célebre duque de Montemar quince mil hombres, los cuales se incorporaron en Orbitelo con igual número de auxiliares, que proporcionó el rey de Nápoles; pero precisado aquel digno general á seguir unos planes mal concertados y peligrosos, no pudo impedir que los austrosardos ocupasen los ducados de Módena y Reggio, cuando á haber tenido libertad para obrar, en una sola campaña, y quizá sin disparar un fusil, hubiera podido apoderarse de toda la Lombardía. Su prudente conducta, que mereció el elogio aun de los mismos enemigos que estaba acostumbrado á vencer, se interpretó siniestramente; y desfigurada por la envidia con los mas feos coloridos, sirvió de pretesto para desgraciarle con la corte, y quitarle el mando del ejército. Tampoco fué mas afortunado el infante don Felipe; pues debiendo penetrar en Italia por la Saboya, que habia abandonado el rey de Cerdeña por cubrir otros puntos mas importantes, tuvo que contentarse con pasar el invierno en la capital de aquel ducado. El rey don Cárlos se mantenia neutral; pues no habia creido que, enviando un cuerpo de tropas auxiliares al ejército de su padre, se le habia de considerar como potencia beligerante; pero los ingleses, á la sazon en guerra con la España, y declarados por la reina de Hungría, se presentaron con una escuadra delante de Nápoles, y amenazaron de bombardear esta capital si el rey no prometia retirar sus tropas del ejército español. Una hora de término se le concedió para deliberar, y no hallándose don Cárlos en estado de defensa, se vió pro-

cisado á tolerar este insulto, y á firmar la promesa de retirar sus tropas. Tal es la superioridad inherente al imperio de los mares.

En 1743, el conde de Gages, sucesor de Montemar, en cumplimiento de las órdenes de la corte de España, pasó tranquilamente el Tanaro con ánimo de atacar á los austro-sardos, llamar por este lado la atencion del rey de Cerdeña, y facilitar la entrada en el Piamonte al infante don Felipe. Noticiosos los enemigos de este movimiento, le esperaron á pie firme en las inmediaciones del lugar de Campo-Santo; y allí se dió una sangrienta batalla, que costó muchos guerreros á los dos ejércitos; los cuales ambos se atribuyeron la victoria; pero lo cierto es que los españoles volvieron á Bolonia con las compañías disminuidas y sin oficiales, con carros llenos de heridos, y los equipages desordenados, funestos testimonios del sangriento combate. Conociendo Gages que con las débiles fuerzas á que habia quedado reducido su ejército, ya por esta accion, ya por la retirada de las tropas napolitanas, ya por la desercion, ya finalmente por las dolencias, no estaba seguro cerca de un enemigo que, por el contrario, se enrobustecia diariamente con considerables refuerzos, anduvo casi todo un año retirándose, haciendo alto, marchando y combatiendo por el Boloñés, Ferrarés y Marca de Ancona, hasta que estrechado por el general Lobkowitz á la frente de treinta mil hombres, hubo de refugiarse en el reino de Nápoles, manifestando á don Cárlos los motivos que le habian precisado á violar la neutralidad de sus dominios. El compromiso era de los mas fuertes para este soberano, y dudó por algun tiempo el partido que deberia tomar; pero últimamente, convencido por los movimientos del ejército austriaco, de que las intenciones de María Teresa eran apoderarse igualmente de las Dos-Sicilias, pensó sin dilacion en prevenirlas, y resolvió pasar en persona á auxiliar al ejército español, reuniendo el suyo para la comun defensa.

Incorporadas las tropas napolitanas con las españolas, y deseando don Cárlos libertar á sus pueblos de las calamidades de la guerra, se introdujo en los estados pontificios con ánimo de esperar al enemigo en ellos, é impedirle la entrada en el reino, que al parecer proyectaba. A este fin recogió toda su gente hácia Veletri, estableciendo su cuartel general en aquella ciudad, situada sobre una eminencia á seis leguas de Roma, estendiéndose por aquellos contornos y el monte de los Capuchinos. Lobkowitz se dirigió tambien hácia este punto con resolucion de desalojar al príncipe; pero reconociendo su ventajosa situacion no se atrevió á embestirle en sus mismas trincheras, y tuvo que contentarse con acampar á la vista, quedando separados ambos ejércitos por un valle profundo. Las escaramuzas eran frecuentes, pero nada decisivas si bien para don Cárlos no dejaba de ser ventajoso contener al enemigo, y conservar, á pesar de sus esfuerzos, la comunicacion con los paises que tenia á sus espaldas. Así permanecieron por algun tiempo, cuando de improviso Lobkowitz, sugerido por el general Brown, determinó efectuar en Veletri la misma sorpresa que en Cremona habia ejecutado el príncipe Eugenio por los años de 1712; y no hay duda que á haber correspondido el éxito, hubiera concluido gloriosamente la campaña y aun la guerra, quedando dueño del reino de Nápoles y de su soberano. Al amanecer del dia 11 de agosto de 1744 acometieron la ciudad por diferentes puntos seis mil austriacos, conducidos por el mismo Brown; fueron muertas las descuidadas centinelas, pasados á cuchillo cuantos intentaban defenderse, y los que no se salvaban por la fuga, caian en poder del vencedor. Todo era consternacion, todo terror: solo un momento faltaba para decidir de la suerte; las tropas alemanes inundaban las calles y las plazas, é iban ya á asaltar la morada del príncipe don Cárlos, cuando éste, apenas despierto y mal vestido, tuvo la fortuna de ponerse en salvo por entre los arcabuces enemigos, y refugiarse con el duque de Módena en el monte de los Capuchinos. Perdido este golpe, todo lo demas era de menos importancia; y por otra parte los austriacos, en vez de perseguir á los fugitivos, se entregaron al pillage tan prematuramente, que volviendo en sí los españoles y napolitanos, dieron sobre ellos con singular denuedo, sembraron las calles de cadáveres, arrojaron á los agresores, y recuperaron la ciudad. Entre tanto Lobkowitz asaltó con nueve mil hombres los atrincheramientos del monte de los Capuchinos; pero la gente estaba ya sobre las armas, y todas sus ventajas se redujeron á ocupar algunos puestos. El fuego de los españoles fué tan vivo y tan bien dirigido, que cuantos alemanes avanzaban, rodaban muertos hasta el fondo del valle, en términos que, despues de una porfiada lucha, se vió obligado Lobkowitz á retirarse abandonando los puestos ocupados. Concluida la escena, cada una de las partes ensalzaba desmesuradamente las pérdidas de la otra; pero los mas convienen en que los austriacos perdieron dos mil hombres, y el ejército combinado cuatro mil, con once banderas, muchos bagages, utensilios y caballos. La gloria fué igual; porque si no puede negarse á los austriacos el honor de haberse aventurado á una de las mas árduas y memorables hazañas, es preciso conceder tambien á los españoles y napolitanos el de haber sabido defenderse con el denuedo y bizarría correspondientes á tan apurado lance.

Sin embargo las cosas no por eso mudaron de semblante. Ambos ejércitos permanecieron, por espacio de mas de dos meses, observándose recíprocamente; pero sin intentar accion de consecuencia, hasta que convencido Lobkowitz de la imposibilidad de penetrar en el reino de Nápoles, como vanamente se habia lisonjeado, levantó el campo; y enviando á Liorna los enfermos con dos crecidos cuerpos de tropas, tomó aceleradamente el camino de Roma. El rey de Nápoles, que con tanta constancia habia sufrido tantas incomodidades, lejos de ceder á sus enemigos el lauro, se puso en seguimiento suyo con diez y ocho mil hombres; y aunque se le huyeron de las manos, consiguió ahuyentarlos de los estados pontificios.

Entre tanto el infante don Felipe, á quien el rey de Cerdeña habia arrojado de la Saboya, sostenido por un ejército francés á las órdenes del príncipe de Conti, pasó el Var, rio que divide la Italia de la Francia, sometió el condado de Niza; y forzando los fuertes y terribles atrincheramientos que en los Alpes se oponian á sus progresos, franqueó el paso de Villafranca, considerado como una de las mejores barreras del Piamonte, y se introdujo hasta Montalban por entre mil peligros. Allí asaltando con singular denuedo unas fortificaciones situadas sobre una escarpada roca, consiguió desalojar al rey de Cerdeña, que detrás de este puesto animaba con su presencia á las tropas; se apoderó despues de Castel-Delfin; penetró hasta Dumont en el valle de Stura: se hizo dueño de esta fortaleza respetable por su situacion, y bien defendida por el arte; desembarazó las llanuras del Piamonte, y puso sitio á Coni.

Tan rápidos progresos por entre obstáculos casi insuperables, y tantos sucesos brillantes, inspiraban una engañosa confianza, que se aumentó con una victoria. La guarnicion de Coni, haciendo una salida, atacó á los sitiadores dentro de sus mismas trincheras; y aunque la acertada combinacion de sus planes la aseguraba al parecer la victoria, halló una resistencia que no habia podido figurarse, y se vió en la precision de refugiarse apresuradamente en la plaza, dejando mas de cinco mil hombres en el campo. A pesar de todo, los rigores de la estacion (era por el mes de octubre) las inundaciones y las dificultades, que hacen tan peligrosa la guerra de Italia cuando se tiene por enemigo al señor de los Alpes, obligaron al ejército combinado á levantar el sitio y á repasar los montes.

Si pudo semejante contratiempo malograr las ventajas de tan gloriosa campaña, no por eso fueron ménos rápidos los progresos de la siguiente de 1745. Génova, que hasta entónces habia observado una escrupulosa neutralidad, precisada á abandonarla por conservar su independencia política y la integridad de su territorio, hizo un tratado con la España, y las tropas que mandaba el

Digitized by Google

infante, sostenidas por diez mil genoveses, hallaron el paso franco por los estados de esta república para penetrar en Lombardía. El conde de Gages, con órden de la corte de Madrid, despues de haber seguido á los austriacos hasta Módena, pasó el Apenino, se introdujo tambien en el estado de Génova; y cerca de Alejandría de la Palla se incorporó con el ejército del infante, que ascendia entonces á cerca de noventa mil hombres. Con tan respetables fuerzas rompió don Felipe por el Tortonés, que en breve quedó reducido á su obediencia. Por otra parte, un destacamento de diez mil españoles, entrando en Plasencia sin oposicion, rindió la fortaleza; pasó á Parma, y con la misma felicidad se hizo dueño de esta plaza. Las guarniciones austriacas quedaban prisioneras, ó se ponian en fuga sin aguardar á los vencedores; y los naturales de aquellos ducados, viéndose restituidos á la casa de Farnesio, se entregaban al mas vivo placer. El rey de Cerdeña, fortificado sobre el Tanaro junto á Bisignano, intentó disputar el paso al ejército combinado, y se trabó una accion muy sangrienta; pero al fin fueron forzados los atrincheramientos y perseguidos los enemigos hasta Casal y Pavía. Estas dos plazas, la de Valencia, la ciudad de Asti y el Monferrato cayeron en poder de don Felipe, quien despues de arrojar á los austrosardos de casi toda la Lombardía, entró en Milan sin resistencia. Era la tercera vez que esta ciudad habia mudado de dueño en el corto espacio de nueve años.

Por desgracia en la campaña siguiente de 1746 la reina de Hungría, habiendo hallado medio de desembarazarse de los enemigos que habian tenido ocupadas sus fuerzas por la parte de Alemania, hizo refluir á Italia un considerable número de tropas aguerridas, y ocasionó una nueva revolucion de sucesos. Su primer golpe fué la sorpresa de Asti, en la cual quedaron prisioneros cerca de seis mil franceses; y el ejército combinado, que, por cubrir una estension de terreno desproporcionado á sus fuerzas, se encontraba sumamente enflaquecido, no pudo resistir al torrente impetuoso de enemigos, que inundaron toda la Lombardía. Fué preciso evacuar aceleradamente á Milan, Casal, Parma, Guastala, y cuanto en la campaña anterior habia conquistado don Felipe con tan crecidos gastos y tanta efusion de sangre, todo cayó en poder de los vencedores, poniendo el colmo á los infortunios la desgraciada batalla de Plasencia. Los austriacos mandados por el príncipe de Lichtenstein tuvieron la osadía de sitiar al infante, que con las reliquias de sus tropas se habia hecho fuerte en aquella plaza; y como para salir de esta apurada situacion era preciso abrirse paso con la espada, se trabó una sangrienta batalla, en que quedaron dueños del campo los austriacos, perdiendo el ejército combinado muy cerca de nueve mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Ya entónces no quedó otro recurso que una retirada pronta, cuyas disposiciones se dieron; pero estaba tan declarada ya la suerte, que aun la retirada costó una segunda batalla. Cerca del rio Tidona atacaron vivamente los austrosardos al ejército de las tres coronas, y consiguieron una de las mas ruidosas y completas victorias.

En medio de estos desastres recibió el infante la inesperada y dolorosa nueva de la muerte de su padre don Felipe V. Un accidente apoplético acabó sus dias casi repentinamente en los brazos de la reina su esposa en 11 de julio de 1746, á los sesenta y dos años de edad, dejando penetrada á la nacion del mas vivo sentimiento. Era á la verdad un príncipe bien digno del amor de sus vasallos. Siempre se le encontró dispuesto á recompensar toda accion loable, á patrocinar el talento y la aplicacion, á corregir abusos, y á facilitar los adelantamientos de la nacion en todos ramos. Restableció la disciplina militar; creó una marina, de que absolutamente carecia á fines del reinado de Carlos II la potencia que mas la necesita; reformó varios tribunales, y fundó establecimientos no ménos conducentes á la utilidad que al lustre de la monarquía. La real biblioteca de Madrid, el Seminario destinado á la educacion de la nobleza, la Academia de la historia, y la española, cuyo instituto es la conservacion del puro lenguage castellano, son otros tantos insignes monumentos de su piedad, providencia y liberalidad verdaderamente regia.

Entró inmediatamente á sucederle su hijo primogénito don Fernando VI, que desde 1729 se hallaba casado con doña María Bárbara de Portugal, princesa del Brasil. Este soberano, naturalmente propenso á la paz, y persuadido de que España la necesitaba, se dedicó desde luego á proporcionar á sus pueblos tan importante beneficio; si bien no pudo conseguirlo hasta el año de 1748 en que por el tratado de Aquisgran ó Aix-la-Chapelle se completó la grande obra de la pacificacion general.

Entre tanto el marqués de la Mina, nombrado sucesor en el mando al conde de Gages, conociendo que el ejército del infante no podia subsistir en Italia sin evidente riesgo de perderse todo, le fué poco á poco retirando al Genovesado, al condado de Niza y á la Provenza, sin poder evitar que la república de Génova, que como ya hemos visto, se habia manifestado aliada de la casa de Borbon, quedase al descubierto. El rey de Cerdeña se hizo inmediatamente dueño de todas sus riberas de poniente; los austriacos se acercaban apresuradamente á las murallas de la capital; y sus habitantes consternados se vieron en la necesidad de implorar la clemencia de los vencedores, sometiéndose á las condiciones mas duras. Orgullosos aquellos por su situacion, abusaron con demasiado rigor del derecho de la victoria; y el pueblo oprimido y tratado como esclavo, entró en furor, tomó las armas, y con los brios que infunde la desesperacion se hizo temible en pocos dias á los mismos opresores que le despreciaban. El marqués de Botta-Adorno, general de los austriacos, que hubiera podido sofocar la rebelion desde sus principios, dió lugar con su inaccion á que un príncipe Doria, poniéndose á la frente de aquella multitud enfurecida, diese con intrepidez sobre su gente, la desbaratase, haciendo mas de cuatro mil prisioneros, y la obligase á pasar rápidamente el puerto de la Bochetta.

Este inesperado acontecimiento influyó no poco en la invasion de la Provenza, en donde ocuparon los austrosardos mas de cuarenta leguas de pais, y en donde los españoles y franceses, unidos por el peligro comun, y reforzados con varios socorros, mostraron con denuedo el rostro á los invasores, y los precisaron á repasar el Var contra su voluntad y con bastante pérdida. Los austriacos entónces se arrojaron de nuevo sobre Génova, mandados por el general Scherlemberg, que tenia órden de su soberana para restablecer á toda costa el honor de las armas imperiales. El rey don Cárlos, que creyó ser decoro suyo sostener á aquella república moribunda, la socorrió inmediatamente con hombres, víveres, municiones y dinero; y tanto el desesperado valor de los genoveses, como la fuerte situacion de aquella capital, inespugnable mas por la naturaleza que por arte, obligaron á los austriacos á levantar el sitio, y á retirarse al Piamonte.

Llegó por fin el tiempo en que las potencias europeas, cansadas de una guerra en que despues de tantas vicisitudes, con increible efusion de sangre y de inmensos tesoros, se veian cada vez mas distantes de su objeto, trataron de poner fin á unas hostilidades que arruinaban á los pueblos sin utilidad conocida. Ocupado el trono imperial por el gran duque de Toscana, esposo de María Teresa, y siendo por la misma razon mas difícil privar á esta princesa de la herencia paterna, parecia que las potencias debian abandonar unas pretensiones irrealizables y contentarse con aquellas ventajas que pudiesen reportar de una amistosa transaccion. Así, pues, á principios del año 1748 se convocó un congreso en Aquisgran, en que, despues de varias contestaciones, quedó reconocida emperatriz de Alemania la reina de Hungría, recobrando el ducado de Milan; se cedieron al infante don Felipe los de Parma, Plasencia y Guastala, con la cláusula de reversion á dicha princesa en caso de que algun dia recayese en él la corona de Nápoles, por pasar don Cár-

los á la de España; y se concertaron con la Inglaterra ciertas diferencias que se habian suscitado sobre varios puntos de comercio.

Apenas empezó la España á descansar de las agitaciones y calamidades de la guerra antecedente, convirtió el pacífico monarca toda su atencion á restablecer el comercio, á aumentar la marina y estender la navegacion, á fomentar las manufacturas, á emprender la construccion de algunos caminos públicos y canales; y en suma á promover las artes y todo lo perteneciente al gobierno económico, tareas propiamente dignas de un soberano, que no perdia de vista la felicidad de sus pueblos, y que hacen mas honor á su reinado que al de otros príncipes muy celebrados sus brillantes conquistas y gloriosas espediciones. Los franceses é ingleses volvieron á encender la guerra en 1756; pero constante don Fernando en su saludable sistema, se abstuvo prudentemente de tomar en ella parte, empleando sus escuadras únicamente en proteger el comercio.

Débese á este benéfico monarca el concordato, obtenido en 1753 de la corte de Roma, que, terminando las antiguas alteraciones sobre el patronato real, le dejó perpetuamente anejo á la corona: y desde entónces quedó asegurado al rey el derecho de presentar para las dignidades, prebendas y beneficios eclesiásticos de España, á escepcion de cincuenta y dos, cuya provision se reservó á la santa Sede. Se le debe tambien el establecimiento de la real academia de San Fernando, destinada en Madrid á cultivar el delicado estudio de las tres nobles artes, pintura, escultura y arquitectura, como tambien la del grabado; pues aunque desde el año de 1744 habia ya aprobado su augusto padre don Felipe V una junta preparatoria, no se erigió en formal academia hasta ocho años despues, enviándose á Roma algunos discípulos de ella para adiestrarse, así como á Paris algunos jóvenes pensionados por el real erario para perfeccionarse en el grabado de láminas y sellos, y en la delineacion de mapas geográficos. La salud pública le debe el establecimiento de un jardin botánico ó de plantas medicinales para la enseñanza de la juventud dedicada á tan interesante estudio; y por último no omitiendo su zelo, verdaderamente paternal, medio alguno de fomentar la instruccion de sus vasallos, hizo viajar fuera de España, á sus espensas, sugetos hábiles y aplicados á diversas carreras y profesiones, que adquiriesen nuevas luces, y se hiciesen por este medio mas útiles á la patria.

Tales eran las ocupaciones de tan digno monarca, cuando de resultas de la pena que le causó la pérdida de la reina su esposa, que falleció en 27 de agosto de 1758, le sobrevino una larga y penosa enfermedad de que murió en 10 de agosto de 1759 sin sucesion alguna. Las lágrimas de sus vasallos, que le habian considerado siempre como un númen tutelar destinado á hacer la felicidad de España, solo pudieron enjugarse con el consuelo de que habia de sucederle un hermano igualmente benéfico y amable, que en Nápoles habia ya sabido acreditarse verdaderamente digno del cetro.

Carlos III, convencido por el escrupuloso exámen de varios médicos y ministros de su corte de la absoluta incapacidad de su hijo primogénito el infante don Felipe, que, afligido desde la infancia de continuos insultos de epilepsia, se hallaba sumergido en la mas lamentable estupidez, cedió con pública solemnidad la corona de las dos Sicilias á su hijo tercero don Fernando, en quien por consiguiente se habian traspasado los derechos de segundo; y ciñéndole la misma espada que habia recibido del rey don Felipe al subir á aquel trono, le dijo estas notables palabras: «Luis XIV, rey de Francia, dió esta espada á Felipe V vuestro abuelo y mi padre. Este me la dió á mí, y yo os la entrego para que os sirvais de ella en defensa de la religion y de vuestros vasallos.»

Hízose á la vela de Nápoles para España la escuadra que conducia al nuevo soberano con la reina su esposa doña María Amalia Walburg, el príncipe de Asturias don Cárlos Antonio, y la demás familia real, quienes desembarcaron felizmente en el puerto de Barcelona, entre los alegres y festivos aplausos de los moradores de esta populosa ciudad. En ella apenas se detuvo el rey mas tiempo que el necesario para hacer como el primer ensayo de su clemencia, de su bondad y de su beneficencia, confirmando á aquellos naturales una gran parte de los privilegios que habian gozado ántes de la rebelion de 1640, y de las guerras de sucesion. Continuó su viaje por Zaragoza á Madrid, y las públicas demostraciones de gozo y de ternura con que fué recibido en la corte, acreditaron bien las justas esperanzas que habian fundado sus nuevos vasallos en la sabia administracion y admirable conducta del monarca.

En efecto, luego que empezó á dirigir los negocios políticos, hizo comprender cuan vivamente deseaba desterrar la perniciosa languidez que, casi sin poder evitarlo, se habia difundido durante la dilatada enfermedad de su difunto hermano. Dejó en sus respectivos cargos á todos los antiguos empleados que no desmerecian su confianza; y para consolidar mejor la de sus vasallos, mandó publicar un decreto arreglando el modo con que queria se pagasen las deudas de Felipe V su padre, y consecutivamente una nueva declaracion sobre el pago de las de la corona, que servia de norma para liquidar enteramente las de Cárlos I, Felipes II, III y IV, y de Cárlos II, las cuales ascendian á sumas inmensas, que en gran parte absorvian las mejores rentas. Una economía sabia y bien arreglada es tan útil á los estados como á las familias. Varias tierras las mas pingües y feraces yacian incultas á consecuencia de la dura calamidad de unos años demasiado escasos, que habian privado á los labradores, particularmente de Andalucía, Murcia y Castilla la Nueva, hasta de lo necesario para sembrar; pero el próvido y magnánimo Cárlos, persuadido de que la agricultura es la fuente de la riqueza de los pueblos, no solo perdonó á aquellos colonos la considerable suma con que debian satisfacer al real erario los empréstitos de granos y dinero que habian recibido desde el año de 1648 hasta el de 1754, sino que á sus espensas hizo conducir de países extranjeros gran cantidad de granos, que distribuyó con generosa mano, para que pudiesen continuar y acrecentar sus sementeras. Convirtió despues sus cuidados al fomento de la marina, que habia encontrado en un pié bastante floreciente; y la nacion aplaudia las justas disposiciones de su monarca, constantemente atento á restituir á la España aquel poder é influencia que habia tenido en los tiempos mas floridos.

Entre tanto la guerra suscitada en 1756 continuaba con furor increible de la una á la otra estremidad del orbe. Los ingleses y franceses se combatian desesperadamente en el vasto espacio de los mares; pero habian conseguido los primeros tal superioridad sobre éstos, que la marina francesa se hallaba casi aniquilada por repetidos descalabros y multiplicadas desgracias; y además del Canadá, Cabo Breton y la Martínica, casi todos los establecimientos del rey Cristianísimo en América estaban para caer en manos de los afortunados bretones. Esta nacion, altiva y orgullosa con sus victorias, parecia haber olvidado toda moderacion, y amenazaba tambien á los establecimientos españoles, pretendiendo disponer despóticamente del comercio de los vasallos del rey Católico. Ya las naves españolas habian sufrido repetidas veces la vejacion de ser detenidas, registradas, y en ocasiones despojadas por aquellos atrevidos isleños con un pretesto ú otro; y don Carlos, sin embargo de que hubiera deseado conservar la neutralidad que habia observado religiosamente, se vió en la precision de tomar las armas para vengar los insultos hechos á su pabellon, reprimir la insolencia de aquellos agresores, y poner á cubierto sus dominios de América de la ambicion de una potencia que no habia tenido reparo en atropellar los mas sagrados derechos de las naciones. Á consecuencia en 1761 se firmó en Madrid un tratado de amistad y union, llamado *pacto de familia*, que tenia por objeto una recíproca defensa entre la Francia y la España; en el año si-

Digitized by Google

guiente se declaró formalmente la guerra á la Inglaterra; se espidieron las órdenes correspondientes para hacer salir al mar con la brevedad posible todas las fuerzas navales; se fortificaron los puertos mas importantes de la península; y últimamente, para quitar á los ingleses el abrigo de los de Portugal, sobre cuyo gobierno ejercia el gabinete de Lóndres una influencia ilimitada, se le convidó á entrar en la liga, bajo el supuesto de que se le trataria como enemigo á no acceder á ello.

Sin embargo nada pudo obligar al rey de Portugal á que abandonase los intereses de su aliada la Gran Bretaña, aunque procuró deslumbrar al gabinete de Madrid con frívolos pretestos; pero finalmente, convencido Cárlos III de cuan infructuosos eran sus amistosos oficios, ordenó á sus tropas que invadiesen aquel reino. Los españoles penetraron libremente hasta Miranda, ciudad de la frontera, que cayó inmediatamente en su poder; de aquí se avanzaron á la provincia de Tras-os-montes, cuyos naturales, habiéndose sujetado primero y sublevándose despues, fueron tratados con el mayor rigor; pero cuando á vista del odio inveterado de los portugueses á los castellanos debia esperarse alguna accion ruidosa, se redujo casi toda la campaña á pequeñas escaramuzas con suceso vario. No obstante, la corte de Lisboa, persuadida de su inferioridad, pidió auxilio á la Inglaterra, que inmediatamente la proporcionó diez mil hombres al mando del conde de la Lippa Buklemburgo, guerrero formado en la escuela del gran Federico II. Este esperimentado general, que era sin duda muy capaz para reparar las quiebras padecidas, y volver por el honor de las armas portuguesas, pretendió interceptar los víveres al ejército español, y lo consiguió en parte; pero no pudo impedir que el marques de Sarria, general de las tropas, derrotase completamente un destacamento de cinco mil hombres, apostados ventajosamente en Villaflor, haciéndose despues dueño de la ciudad de Mancorvo, y luego de la importante plaza de Almeyda, que franqueaba el camino á lo interior del reino, y hasta á la misma capital.

Pero como los sucesos de una guerra participan necesariamente de la inconstancia de la suerte que los preside, en medio del júbilo de la corte de Madrid por tan singulares ventajas, se recibió la infausta noticia de que los ingleses con una poderosa armada, bajo la direccion del almirante Pokok, habian invadido la isla de Cuba, y ocupado á viva fuerza su capital, la Habana, considerada como la llave de las Indias españolas. Cuando se declaró el rompimiento entre Lóndres y Madrid, los ingleses que le habian provocado, se encontraban ya apercibidos para obrar desde luego con toda actividad, y por el contrario las providencias de don Cárlos, ó por la distancia llegaban tarde á los paises de la América, ó se ejecutaban con lentitud, quizá por no considerarse tan próximo el peligro. El gobernador de aquella plaza don Juan de Prado se defendió, no obstante, con singular intrepidez por espacio de veinte y nueve dias; pero al cabo se vió precisado á capitular, cediendo al almirante enemigo, además de los ricos tesoros que se conservaban en ella esperando una ocasion favorable de remitirlos á España, nueve bajeles de línea de setenta cañones, y tres fragatas: pérdida inmensa é irreparable en tan críticas circunstancias. Á esta desgracia se siguió pocos meses despues la conquista por los mismos ingleses de la riquísima ciudad de Manila, del fuerte de Cavite, y seguidamente de todas las islas Filipinas; y además cayó en su poder un galeon que habia salido de Acapulco cargado de efectos y dinero, cuyo valor ascendia á tres millones de pesos fuertes. En medio de la afliccion que no podian ménos de causarle estos desastres, descubrió el monarca español toda la grandeza de su alma: pues lejos de suspender los designios que habia formado, se dispuso á proseguir con mas vigor la guerra, para resarcir por tierra las pérdidas dolorosas acaecidas en el mar; y el amor que en tan apuradas circunstancias le manifestaron sus vasallos, le infundió nuevos alientos y dulcificó en gran parte las amarguras que padecia su corazon.

Si los atrevidos comandantes británicos amenazaban desembarcar en las costas de la península y dejarlas arrasadas, tambien la nobleza de Granada, las de Murcia, Valencia, Cataluña y la isla de Mallorca, inflamadas del mas vivo entusiasmo, dirigieron al trono representaciones enérgicas, en que brillaba el fuego de la nacion española, pidiendo á su soberano las confiase la defensa de sus respectivos paises, y tomando á su cargo acreditar á los ingleses que aun no se habia estinguido en los pechos de sus naturales aquel espíritu que les habia sido tan fatal en otros tiempos. Aceptó el rey con singular complacencia este rasgo de patriotismo y lealtad; pero por fortuna no se vió en la necesidad de aprovecharse de él, habiéndose concluido improvisamente la paz entre las cortes Borbónicas y la Gran Bretaña á fines de 1762. El duque de Choiseul y el de Bedfort se habian unido para convencer á los gabinetes respectivos de Versalles y Saint James de que la guerra entre las potencias mas poderosas solo servia para enriquecer á las pequeñas, mientras aquellas se arruinaban mútuamente. Convino gustoso don Cárlos en las proposiciones hechas, pues como escribia á su plenipotenciario el marques de Grimaldi, *mas queria ceder de su decoro, que ver padecer á sus pueblos; y no seria ménos honrado, siendo padre tierno de sus hijos*. En fuerza de este tratado la Francia y la Gran Bretaña se restituyeron recíprocamente gran parte de sus conquistas, y España recobró cuanto habia perdido en la isla de Cuba, con la plaza de la Habana en el mismo estado en que se hallaba; pero hubo de ceder la Florida á la Gran Bretaña bajo ciertas y determinadas condiciones, y restituir al rey de Portugal todas las plazas y demas ocupado en esta guerra.

Constantemente desvelado don Cárlos por la prosperidad de sus vasallos, creyó no poder jamas hacer mejor uso de la paz, que convirtiendo esclusivamente su atencion hácia los planes que tenia ideados para propagar en sus reinos la agricultura, la industria y el comercio. No dejó de ocasionarle amargura la mala inteligencia de algunas gentes mal aconsejadas, que cuando su soberano se ocupaba solo en hacer sus delicias y procurarlos una dicha permanente, intentaron perturbar el sosiego público; pero conociendo Cárlos III que en un padre de sus pueblos la dulzura sola basta para reducir los ánimos á su deber, y siguiendo su carácter naturalmente manso y apacible, se mostró á sus vasallos y quedó restablecido el órden y la tranquilidad. Sin embargo, este acontecimiento pudo influir no poco en la espulsion de todos los religiosos de la compañía llamada de Jesus, que se verificó en el año siguiente de 1767.

La actividad, el zelo y sabias disposiciones de tan digno monarca no podian ménos de tener una ventajosa trascendencia en las clases subalternas del estado: todas se disputaban el honor y la gloria de coadyuvar á sus benéficas intenciones; se erigieron varios establecimientos públicos, que harán perpétuamente honor á su reinado, y entre ellos se distinguió la real sociedad Vascongada, cuyos individuos quisieron decorarse con el apreciable título de *Amigos del país*, y cuyo instituto tiene por objeto el fomento de la economía rural, de la industria, de las artes y de la poblacion, sirviendo de ejemplo y modelo este cuerpo patriótico á la creacion de otros muchos, algunos de los cuales sobresalen en la utilidad pública de sus tareas. Un vastísimo espacio de terreno fértil, situado cerca de las montañas llamadas *Sierra Morena*, despoblado, casi inculto desde el tiempo de los reyes austriacos, y que solo servia de abrigo á foragidos y animales feroces, se vió muy en breve transformado en apacible morada de hombres honrados y laboriosos, atraidos de paises extranjeros por la munificencia del rey, para que, poblándole de nuevo, lo hiciesen al mismo tiempo fecundo con ventaja comun; estendiendo su generosidad hasta proveer á estas gentes de habitaciones, ganados, capitales, víveres y otros auxilios, que jamas les faltaron hasta que pudieron vivir

Digitized by Google

cómodamente con el fruto de su aplicacion y trabajo.

Otro de los cuidados que ocuparon la atencion de este infatigable monarca fué el arreglo de la moneda, que tanto influye en el comercio, y en el mayor ó menor precio de las mercaderías. Las monedas tanto de oro como de plata que circulaban por los dominios de España, se hallaban sumamente desgastadas con el uso de un crecido número de años, y por consecuencia disminuido su justo peso y valor intrínseco. En tiempo de Cárlos II se habia introducido otra moneda de inferior calidad, de cuyas resultas, escarmentados los pueblos, miraban con desconfianza cualquiera novedad en esta materia, y esto ocasionaba todos los dias graves inconvenientes; pero sin embargo, conociendo Cárlos III la importancia de mantener el crédito público, dispuso que toda la moneda antigua se llevase al erario real, y se cambiase por la nueva acuñada para este efecto de mas ley, hermosura y comodidad. Esto no podia hacerse sin que el príncipe perdiese de sus intereses; pero lejos de detenerse por esta consideracion, quiso con liberalidad propiamente real, que todos los gastos del cuño cediesen en perjuicio de las mismas casas de moneda.

No por dedicarse con tanta intencion Cárlos III á promover las artes de la paz, dejó de estender su vigilancia al fomento de las de la guerra, como tan importantes para asegurar á la monarquía su independencia y seguridad. Mejoró la milicia, acostumbrándola á la nueva táctica, adoptada en sus tropas por las potencias europeas sobre el pié de las de Prusia, que pasaban por las mejores de todas. Aumentó sus fuerzas navales, haciendo construir en los arsenales de América un gran número de navíos de línea, y logró la satisfaccion de ver su marina en el pié mas floreciente que jamás habia tenido hasta entónces, ya por el número de buques, ya por lo bien equipados. Se pusieron tambien las plazas en el mejor estado de defensa, tanto con respecto á las fortificaciones, como á las guarniciones, artillería y demas aprestos militares; y en una palabra, Cárlos III sin abandonar su sistema de economizar cuanto fuese posible la sangre y las facultades de sus vasallos, procuró ponerlos á cubierto de cualquiera agresion imprevista.

Tuvo la felicidad de conservarse en paz hasta el año de 1773, en que el emperador de Marruecos, violando pérfidamente los tratados que tenia concertados con España, embistió con un poderoso ejército la importante plaza de Melilla, situada en las costas africanas. Los conocimientos que en esta espugnacion manifestaron los marroquíes, persuadieron á que algun europeo dirigió sus operaciones; y aun se esparcieron rumores de que los ingleses habian soplado el fuego de esta guerra, con el fin de que precisado don Carlos á atender á los negocios de África, no pudiese convertir su atencion á los de América, ni diese auxilio á las colonias británicas de la parte septentrional de aquel nuevo mundo, que habian tomado las armas por sacudir el yugo de su metrópoli. Sin embargo, el comandante de la plaza don Juan Sherloch, se defendió con singular denuedo, y rechazó varonilmente los asaltos de los africanos. Igual suerte esperimentaron en el sitio de la célebre fortaleza marítima llamada el *Peñon de los Velez*, defendida por don Florencio Moreno. Despues de cuatro meses empleados inútilmente, y con gran pérdida de gente y artillería, desesperados y confusos los moros, hubieron de desistir del empeño y retirarse á sus hogares con mucha gloria para las armas españolas.

Con este motivo pensó entónces el gabinete español en abatir la insolencia de los argelinos, que orgullosos infestaban con sus piraterías el Mediterráneo, y en especial las costas de Andalucía, Valencia y Cataluña. La empresa era de las mas arriesgadas, y en vano habia sido intentada varias veces: porque Argel, situada en la costa de un mar casi siempre borrascoso, y resguardada de este modo por la naturaleza misma, ofrece por esta parte dificultades casi insuperables; y por la de tierra, además de ser arriesgadísimo el desembarco, es casi inevitable el peligro de ver perecer de sed á las tropas por la suma escasez de agua. Además, los comerciantes marselleses, holandeses é ingleses, surtian continuamente á los argelinos de armas y de municiones, con objeto de hacerlos cada vez mas temibles y obligar á los comerciantes de las demas potencias á valerse de sus bastimentos esclusivamente para el transporte de sus géneros y mercaderías. Sin embargo, resuelta la jornada, empezaron á verse en las provincias y puertos de la península desusados aprestos militares; se reclutaron, se alistaron, y se pusieron en movimiento las mas floridas tropas; se equiparon perfectamente de cuanto era necesario, navíos de guerra, fragatas y otros buques menores, y con extraordinaria celeridad quedó preparada una escuadra de cuatrocientas velas, sin contar un crecido número de naves auxiliares toscanas, maltesas y napolitanas, que se incorporaron posteriormente. Presentóse este formidable armamento á la vista de Argel, despues de haber luchado largo tiempo contra las tempestades, contra los vientos y contra las corrientes; pero mal podian esperarse resultados favorables de una espedicion, en que los generales encargados de ella se hallaban discordes sobre el modo de ejecutarla. Los enemigos de la España, por otra parte, habiendo penetrado muy desde luego el objeto, suministraron previamente á los argelinos cuanto necesitaban para fortalecerse y hacer una defensa vigorosa; y así, aunque las tropas intentaron el desembarco sobre la playa, apenas pusieron el pié en tierra, se vieron precisadas á retroceder con bastante confusion. Ocho horas duró, sin embargo, el sangriento combate, sin que los españoles, espuestos al terrible y bien dirigido fuego de los moros, pudiesen adelantar un palmo de terreno; hasta que por fin el general, no queriendo ver sacrificado inútilmente aquel ejército valeroso, dispuso su embarco que se ejecutó con bastante riesgo y pérdida; pues toda retirada hecha con precipitacion, y en presencia de un enemigo vencedor, ha de costar precisamente mucha sangre. Quedaron en el campo cerca de tres mil hombres entre muertos y heridos: la escuadra dió vuelta á España con tan infausta nueva, y fué preciso reservar la ejecucion de la empresa para ocasion mas oportuna; pero entre tanto Cárlos III, superior á este contratiempo, dispuso que una fuerte armada de navíos de línea, fragatas y jabeques continuasen cruzando á lo largo de las costas de Berbería para impedir la salida de aquellos puertos á sus corsarios, atacar y echar á pique á cuantos quisiesen entrar en ellos, persiguiéndolos con ardor por todas partes si tenian la osadía de presentarse.

Pocos años despues se encendió la famosa guerra entre la Inglaterra y la Francia, con motivo de la propension que el rey Cristianísimo Luis XVI habia manifestado á favorecer la insurreccion de las colonias americanas; y el gabinete de Versalles apuró todos los recursos de su política para inducir á Cárlos III á que tomase parte en ella en virtud del pacto de familia, persuadiéndole á que habia llegado el momento de humillar el orgullo de aquella nacion altiva, que se habia abrogado el dominio de los mares. No era el monarca español el ménos interesado en que esto se verificase; y por otra parte deseaba con ansia una ocasion de arrancar del poder de aquellos fieros insulares los puertos de Gibraltar y Mahon, perdidos desgraciadamente en la guerra de sucesion de Felipe V; pero temia comprometer su reputacion uniéndose con Francia, que, aunque potencia poderosa, no se hallaba en disposicion de sostener á un mismo tiempo, y con igual actividad y vigor, la guerra marítima y la continental que agitaba á la Alemania y en que habia tomado partido. Sin embargo, la conducta de la Gran Bretaña acabó de decidirle. Los ingleses, prevaliéndose de la superioridad que ejercian sobre los mares, y á pretesto de que en los puertos españoles se habia dado acogida á los buques mercantiles y de guerra que navegaban con la nunca vista bandera americana, se atrevieron á insultar al pabellon español, ya visitando y saqueando las naves de esta potencia, ya atacándolas en plena paz, y ya interceptando la correspondencia ultramarina. Sus

En medio de estas agitaciones, capaces sin duda de paralizar todo el sistema de administracion pública, recibió la España nuevas pruebas del infatigable zelo de su soberano, por restituir la monarquía á aquel grado de esplendor con que habia sido admirada en otros tiempos. Su vigilancia se estendia á todos los ramos: los mas pequeños desórdenes llamaban su atencion; todo lo reparaba, todo lo preveia; y ayudado de su sabio y circunspecto ministro el conde de Floridablanca, emanaban diariamente las providencias mas saludables y oportunas para hacer la felicidad de sus pueblos. Á su beneficencia se debió el ventajoso proyecto de construir un canal en el reino de Murcia, para facilitar el riego y cultivo de las incultas campiñas de Lorca, convidando á las naciones extranjeras á concurrir á los gastos con sus fondos, bajo las seguridades y correspondencia inalterable de frutos que en ninguna otra parte hallarian tan fácilmente. Suya es tambien aquella obra admirable, y que hace gloriosa la época de su reinado, la construccion del canal real de Aragon, que, además de haber ocupado á millares los brazos de los indigentes, fertiliza los campos desde las inmediaciones de Zaragoza hasta el puerto de Miraflores en el monte Torrero, entra en el Ebro, y facilita por este medio la navegacion al Mediterráneo. La ereccion del banco nacional de san Cárlos; la de la compañía de Filipinas; el tratado de comercio con la Puerta Otomana para facilitar á sus vasallos el tráfico de Levante; todo es obra de su desvelo paternal. La legislacion, muy proporcionada sin duda á las costumbres y espíritu de los tiempos en que tuvo origen, se resentia notablemente de la diversidad de las circunstancias. Era absolutamente necesaria una reforma. El célebre conde de Campomanes, fiscal entónces del consejo de Castilla, y bien conocido por sus escritos, propuso la redaccion de un nuevo código que formase un todo uniforme, compilando las leyes españolas mas análogas al estado actual del reino; y Cárlos III, convencido de la utilidad de la empresa, cometió á varios jurisconsultos célebres el importante y delicado encargo de realizarla.

Un monarca tan digno de ocupar el solio de los Alfonsos y de las Isabelas, debiera haber vivido eternamente; pero se cumplieron sus dias, y los fervientes votos de sus vasallos no pudieron libertarle de la forzosa pension impuesta por la naturaleza á todos los mortales. La dolorosa pérdida de un hijo, á quien amaba con singular ternura, del infante don Gabriel, que no pudo sobrevivir á su esposa doña María Victoria de Portugal, fué el golpe precursor del que amenazaba á la preciosa vida de su padre, y que habia de cubrir en breves dias á la España de luto y de tristeza. Á una serie tan lúgubre de desastres, acaecidos en ménos de un mes, se conmovió estraordinariamente la sensibilidad de Cárlos III, cuyo corazon no pudo ménos de sufrir todos los rigores de la mas cruel amargura. Hasta entónces habia gozado de una salud robusta, mediante el ejercicio de la caza, al cual acostumbrado desde la adolescencia, debia sin duda la salud constante que habia disfrutado. Pero á principios de diciembre de 1788 le sorprendió una fiebre inflamatoria, que, degenerando en pulmonía, le arrebató á sus pueblos al amanecer del dia catorce del mismo mes á setenta y tres años de su edad. Era de un carácter que parecia serio y grave á primera vista, á manera de la nacion de quien habia recibido las primeras semillas de su educacion; pero dulce al mismo tiempo, sensible y compasivo sin perjuicio de la justicia. Generoso y amante de las letras, animó y protegió á los literatos con premios estraordinarios; y escrupuloso observador de su palabra, reglaba sus acciones por la máxima de que *si la buena fé estuviese desterrada del mundo, deberia hallarse en los palacios de los soberanos*. Su muerte fué llorada como merecian sus virtudes (1).

Cárlos IV sube al trono junto al cráter de un volcan. En él la raza habia ganado en robustez y fuerza corporal lo que en grandeza de ánimo perdia. Y sin embargo si en alguna época se ha necesitado genio para reinar, en ninguna como en los últimos doce años del siglo XVIII cuando la revolucion francesa llamó á las puertas de todos los estados de Europa. En Francia al reinado de las letras en tiempo de Luis XIV habia sucedido el del escepticismo en el de Luis XV. Ya no se creia en nada, ni en la religion, ni en la monarquía. Habíase visto á aquellos dos monarcas admitir en sus palacios y dar incienso á la licencia de las costumbres, á la prostitucion misma, en la persona de sus famosas concubinas. Nada es mas pernicioso ni mas fatal para un estado que el mal ejemplo de los príncipes. Corrompiéronse las costumbres, olvidáronse todos los principios, no se reconocia nada fijo ni estable, y solo una idea dominaba á todas las demas: la de que la Francia necesitaba pasar por una regeneracion completa. Luis XVI, monarca benéfico sin energía, consultó en los estados generales la opinion de la nobleza, del clero, y del estado llano: éste era mas numeroso, y venció. El monarca quiso apelar de este triunfo ante el ejército, y entónces las masas tomaron cartas en la cuestion, y estalló en toda su violencia la tempestad que debia derribar el trono. Primero acometió á éste la clase media, y luego vinieron las oleadas de la muchedumbre que nada perdonaron, y pasando por encima de todas las clases y jerarquías, sobre sus ruinas levantaron el estandarte de la revolucion social. Aquello fué un caos espantoso del que de tiempo en tiempo salian resplandores admirables que se apagaban, aumentando la negra lobreguez que les sucedia. Los mismos nobles, Mirabeau entre ellos, fueron los que dieron embestidas mas furiosas á la nobleza; los individuos del clero, Tayllerand entre ellos, eran los que con mas encono clamaban contra los abusos de su clase; Robespiere, hombre que ha hecho rodar por el suelo innumerables cabezas en los patíbulos, principió su carrera parlamentaria pidiendo la abolicion de la pena de muerte por delitos políticos. Todos andaban á tientas, queriendo reconstituir en un dia la obra social, trabajo de tantos siglos. La Europa estaba conmovida en sus cimientos. Aquel espectáculo de una monarquía antiquísima espantada y tremebunda: aquellos alaridos de una revolucion inmensa que dirigia en torno suyo miradas amenazadoras, que ensayaba sus garras clavándolas en sus mismos hijos, y que en su furor ni ante la divinidad queria doblar la rodilla, era para llenar de terror á las naciones. Ocupaban el ministerio español Aranda y Floridablanca. Opinaba este que era urgente concertarse con las demas naciones para declarar la guerra á la Francia, y obrando á impulsos de esta conviccion procuró en 1790 arreglar amistosamente algunas diferencias que amenazaban turbar la buena armonía entre España é Inglaterra. Por el contrario el conde de Aranda decia que la nacion debia mantenerse neutral y apacible espectadora de lo que pasaba en Francia. En 1791, á fin de que los argelinos pusiesen coto á las correrías marítimas de sus piratas, les cedió el gobierno español las plazas de Oran y de Mazalquivir, pretestando la insalubridad del territorio. Por este tiempo amenazaba á los españoles un mal que ya les habia causado graves desgracias en reinados anteriores, pero de cuyas influencias se veian libres desde la caida de la princesa de Ursinos. Hablamos del favoritismo. En algun modo el pueblo no puede mostrarse descontento de que los príncipes echen los ojos sobre algun individuo de baja esfera, y elevándole al poder le llenen de gracias y de condecoraciones y títulos, porque en ello vienen á reconocer que el barro es el orígen comun, susceptible de recibir brillantes y matizados barnices. Pero sucede no pocas veces que la eleccion es deplorable, y que despreciando un barro fino y excelente echan mano de otro inútil para lo que quieren emplearle. Y comunmente son las mugeres las que mas se engañan eligiendo. La reina miraba con ternura, acaso demasiada, al jóven don Manuel Godoy, de buen trato y prendas sociales estimables. Si se hu-

(1) Lo que sigue (pues aquí termina el Padre Vazquez su Historia de España) se ha estractado de la obra de la Vega, ya citada.

biese limitado á darle entrada en palacio, nadie hubiera querido penetrar el misterio de unas interioridades de familia sobre las cuales es un deber comun correr un velo denso. Pero íbale acercando al trono, y manifestaba claramente la idea de hacer de él un ministro universal, para lo que ni la instruccion recibida ni los talentos le ayudaban. En 1792, enconando las diferencias que entre Aranda y Floridablanca existian, hizo caer á éste del ministerio. Mas adelante, cuando todos los esfuerzos hechos por aquel para salvar la vida de Luis XVI fueron infructuosos, cuando ni la promesa de reconocer la república, ni las considerables cantidades con que se brindó á los miembros de la convencion fueron bastantes á impedir que fuese votada la muerte del monarca, entónces Godoy, creado conde de Alcudia, subió al poder, del que luego derribó al conde de Aranda.

El jóven ministro, desconociendo las fuerzas naturales de la Francia y las que le daba la efervescencia popular, entregóse á demostraciones hostiles é indiscretas, y cuando los agentes de la república le pidieron explicaciones, dábales respuestas ambiguas y confusas, y mostrábase indignado porque la Convencion en todas las notas dirigidas al gobierno español usaba de las palabras «la nacion española» lo que, decia Godoy, era poner en duda los derechos soberanos de Cárlos IV. La república francesa en 7 de marzo de 1791 declaró la guerra á la España, «atendido, dice el decreto, que desde el 14 de julio de 1789 el rey de España ha ultrajado constantemente la soberanía del pueblo francés en las varias comunicaciones con su gobierno, y que siempre ha considerado á Luis Capeto como gefe de la nacion francesa.» Por la frontera del Rosellon y por la de las provincias Vascongadas, España y Francia se prepararon para la lucha. En aquella mandaba á los españoles el general Ricardos que consiguió ventajas considerables. Apoderóse del castillo de Bellegarde, presentó á los franceses la batalla de Truillas, en la que los dispersó causándoles grandes pérdidas; internado ya en territorio francés, se hizo dueño de la plaza de Mont-Luis, entró en Collioure y en Port-Vendres, é hizo un amago contra Perpiñan. En las provincias Vascongadas el general Caro pasó el Vidasoa, y sostuvo contra los franceses varios choques en la misma cumbre de los Pirineos. Y no eran solo enemigos exteriores quienes amenazaban al gobierno francés. Subleváronse sus principales ciudades, la Vendee se levantó en masa; Lion, Tolosa, Marsella y Caen se declararon contra la república; en Tolon se amotinó el pueblo y entregó la ciudad y el puerto á una escuadra anglo-española, que dejó en ella de guarnicion ocho mil españoles. Pero á medida que se aumentaba el número de sus enemigos subia de punto el ardor de las masas; decretábase un armamento general; todos los franceses eran llamados á formar parte del ejército, y como por encanto creábanse numerosos cuerpos á quienes animaba la idea de salvar la patria del yugo extranjero. Uno de ellos se dirigió contra Tolon y en poco tiempo la arrebató de manos de los aliados. Este sitio fué el primer ensayo que hizo de sus fuerzas y de su genio el jóven Napoleon que apenas rayaba en los veinte y cuatro años.

Reforzados sus ejércitos de los Pirineos orientales y occidentales, la república francesa llevó con vigor la guerra contra la España en 1794. El conde de Colomera, virey de Navarra, habia sucedido al general Caro en el mando del ejército de las provincias Vascongadas. Pero los franceses le opusieron, bajo las órdenes de Muller, al general Moncey, tan intrépido como modesto y prudente. En 6 de julio se avistaron los dos ejércitos en Arquinzun, cuya posicion quedó en poder de los franceses, abriéndose así camino para el valle del Bastan. Hasta el 27 del mismo mes permanecieron inactivos unos y otros, observándose y preparándose para una accion decisiva. Moncey sale de Ispeguy, acomete á los españoles en Erarzu y los lleva en retirada. Resístenle en Ariscun y Elizondo, y aun rechazan el primer ataque, pero ceden al segundo. En Berra y Lommissari resisten nuevamente. Su artilleria abre anchas brechas en las colunas francesas que por dos veces se detienen espantadas. Defendia uno de los reductos españoles cierto Cagigal, jóven intrépido, que no se rindió hasta que casi toda su gente hubo perecido. Algunos soldados franceses querian matarle para vengar la muerte de sus camaradas, pero impidiólo el general francés Dessein, cubriéndole con su mismo cuerpo y diciendo que admiracion y no ira debia causarles su presencia. Así quedaron dueños los franceses del valle del Bastan y en disposicion de acometer las líneas españolas delante de Irun. Pasan el Vidasoa, les obligan á replegar su campo, los acometen en las alturas de San Marcial y los desalojan de Oyarzun. El general español, al abandonar este punto, dió órden de hacer volar el almacen de pólvora, lo que se hizo tan imprudentemente que algunos centenares de hombres perecieron bajo sus escombros. En estas circunstancias azarosas hubiera perecido todo el ejército español sin el heroismo de los regimientos de Ultonia, de Reding, dos batallones de guardias walonas, y el provincial de Tuy, que sin arredrarse por la explosion que diezmó sus filas contuvieron á los franceses, y cubrieron la retirada de los españoles. Resultado de ésta fué la rendicion de Fuenterrabía, fuerte que jamás habia sido tomado, y que por esto era llamado la doncella. Doscientos cañones, mil quinientas tiendas, dos mil prisioneros, y grande acopio de provisiones y pertrechos, estas ventajas procuraron Muller y Moncey á su patria. Á ellas se siguió la ocupacion de San Sebastian y de Tolosa en los primeros dias de agosto, la invasion del valle de Roncesvalles en octubre, y el combate y ocupacion de Vergara en noviembre. Sin embargo de estas ventajas los franceses no pudieron sostenerse en Roncesvalles, pues una epidemia cruel (el tifus) se cebó en sus filas, y los tiradores del pais los acosaban sin descanso. Por la parte de Cataluña habia sucedido al general Ricardos el marqués de las Amarillas, y á éste el de la Union. Á los franceses mandábalos Dugommier. La Convencion, indignada injustamente contra la Union, porque se habia negado éste á cierto rescate que se le proponia, dió contra los españoles un decreto de exterminio, mandando que no se les diese cuartel; pero los mismos soldados franceses clamaron contra esta violacion del derecho de gentes, y por el interés de los dos ejércitos no se llevó á efecto. El combate de San Llorens de la Muga y de Cantallop hubiera sido enteramente favorable á los españoles sin la intrepidez del general francés Augereau que les arrebató una victoria casi segura. Obtenida esta ventaja, echáronse los franceses sobre Bellegarde y recobraron este castillo en el mes de setiembre. La Union hizo un esfuerzo para reconquistarle, pero fué infructuoso, y solo logró perder seiscientos hombres. La moral del ejército español habia decaido. Fué preciso que su general tomase disposiciones enérgicas para restablecer la disciplina y el pundonor militar. Á algunos oficiales, acusados y convencidos de cobardía, les hizo arrancar sus insignias delante de todo el ejército, y los hizo pasear con ruecas al cinto en voz de espadas. Cuando le pareció que los cuerpos estaban mas alentados hizo poner en buen estado de defensa las líneas que ocupaba desde San Llorens de la Muga hasta la costa, y se preparó para resistir á los franceses. Acometiéronle éstos con furor el dia 20 de noviembre. En la embestida murió el general Dugommier, pero al instante tomó el mando Perignon, y continuó la acometida con tan buen éxito, que rompió las líneas enemigas, y llevó en derrota á los españoles. Éstos perdieron tambien al conde de la Union, cuyo cadáver quedó en el campo de batalla: dicen que pasado de las balas de algunos traidores de sus mismas filas, irritados por su severidad, que sin duda tenian bien merecida. Ésta fué la voz que corrió por el pais. Todo el Ampurdan cayó en poder de los franceses, á consecuencia de esta batalla que ellos llaman de la Montaña Negra. Diez mil españoles quedaron en el campo de batalla, prueba de la intrepidez con que pelearon, y ocho mil cayeron prisioneros, dejando en manos del enemigo treinta cañones, y tiendas para doce mil hombres. Los franceses tuvieron una baja considera-

ble. Muchos de los españoles fugitivos se habian refugiado en el castillo de San Fernando de Figueras, que es acaso la ciudadela mas bella de Europa, y llevaron al corazon de sus defensores el espanto. Todo está en el á prueba de bomba. Habia dentro víveres y pertrechos para sostener un largo sitio; los aljibes estaban llenos de agua; y le guarnecian diez mil hombres. Pero el miedo los transformó en mugeres, y en 27 de noviembre se rindieron, nó por soborno, porque diez mil hombres no se sobornan, sino por cobardia. El gobernador Torres y tres oficiales que firmaron tan vergonzosa capitulacion fueron condenados á muerte en consejo de guerra; Cárlos IV conmutó la pena en un destierro perpetuo, pero no pudo conmutarles la mengua que acompaña al que no se siente con brios para derramar su sangre por la patria. El material en fusiles, en artilleria, en pertrechos y vitualias que en Figueras encontraron los franceses, les llenó á ellos mismos de asombro.

El ejército victorioso formó dos cuerpos en 1795; uno, dirigido por el general en jefe Perignon, se puso sobre Rosas, y no sin grande resistencia se apoderó de esta plaza: otro, mandado por Augereau, no fué tan feliz, pues estaba ya al frente de los españoles don José de Urrutia, que supo reanimar su valor en varios encuentros parciales, rechazó al enemigo junto al Fluviá, y le llevó en retirada hasta la frontera. Pero, por la parte de las provincias Vascongadas, se adelantaba Moncey con un numeroso ejército y amenazaba las mismas Castillas. Cárlos IV se inclinaba á la paz. El rey de Prusia le habia dado el ejemplo, firmándola con los franceses en 5 de abril. Sin embargo las proposiciones de paz no las hizo Cárlos, sino la república francesa. Á las ideas demagógicas y exageradas habian sucedido en Francia las de la templanza. Á ellas se debió la pacificacion de la Vendée; en seguida el tratado de paz concluido con Holanda y con Prusia; á ellas fué tambien debida la paz de Basilea concluida en 32 de julio de 1795 con España. Por parte de ésta dirigió la negociacion el diplomático Iriarte, y por parte de la Francia el sabio Barthelemy. La Francia cedia todas sus conquistas de esta parte de los Pirineos, y la España la parte que ocupaba de la isla de Santo Domingo. La noticia del reconocimiento de la república excitó en la península el mayor entusiasmo. En todas partes se celebraron fiestas magníficas. Cárlos IV concedió á su valido el título de Príncipe de la Paz. Éste reinaba en palacio y fuera de él. El rey y la reina no le llamaban por otro nombre que por el de «querido Manuel.» Las gracias, dignidades y honores por su mano se distribuian, y los empleos únicamente por su medio se dispensaban: lo que al querido Manuel le cumplia, esto y no otra cosa se hacia.

La paz que habia firmado con la república francesa era un acto aconsejado por la política, con la condicion de que la España guardase una neutralidad armada. Pero Godoy desvirtuó en 1796 lo bueno que en el año anterior habia hecho, pues firmó el tratado de San Ildefonso concluido en 18 de agosto estableciendo en sus antiguas bases el de alianza ofensiva y defensiva entre Francia y España: desacierto político funesto, pues en 8 de octubre tuvo que declarar la guerra á la Inglaterra.

El comercio español, que parecia haberse reanimado, volvió á sumergirse en un estancamiento deplorable. Ya no era posible pensar en la exportacion á América de los frutos terrestres é industriales, pues las escuadras inglesas recorrian los mares como soberanas, derrotada ántes la española en el cabo de San Vicente. El grito de reprobacion de la monarquia contra aquella alianza insensata obligó al favorito á admitir en el ministerio á Saavedra y á Jovellanos, sugetos de ilustracion y talento: pero muy luego, conociendo que trabajaban para derribarle, desterró al primero é hizo encarcelar al segundo en 1797. La indignacion del ministro era mucho mas temible que la del monarca.

Para reemplazarlos llamó al año siguiente á don Luis de Urquijo, que nó fué mas que un teniente suyo en el poder. No contentos los ingleses con la paralizacion que habian causado en nuestro comercio, y con la ruina de nuestra naciente industria, acometieron las islas Canarias. La embestida fué recia, y dirigida por Nelson, el mejor de los marinos ingleses; pero la defensa fué bizarra y gloriosa: vióse rechazado el almirante inglés, que recibió una grave herida, y maltratados sus buques se alejaron de aquellas aguas. La Trinidad y Puerto Rico fueron tambien blanco de los tiros de la Inglaterra.

Esta guerra ruinosa, sostenida contra la Inglaterra sin que ningun interés nacional la reclamase, obligó á Godoy en 1799 á decretar una contribucion extraordinaria de trescientos millones de reales, que fué aumentar los clamores de la miseria pública. Hizose á la vela desde Cádiz una escuadra española, nó para defender nuestras colonias ni nuestras costas, sino para escoltar otra escuadra francesa que no se atrevia á dar un paso sola. Entrambas solo consiguieron atraer sobre sí el grueso de las fuerzas marítimas inglesas, que las tuvo mucho tiempo bloqueadas en Brest. Entretanto la república perecia en Francia, nó por mano de los extranjeros, sino por la de uno de sus hijos. Bonaparte, vencedor de los realistas en Paris el 13 vendimiario, fué nombrado general del ejército que en 1796 debia invadir la Italia. En su proclama al ejército, ya no llamó á sus subordinados ciudadanos, sino soldados. Mirábalos como cosa propia. Con ellos hizo prodigios. Arrancó al Piamonte de la alianza europea; destruyó tres ejércitos austriacos muy superiores al suyo, se apoderó de todo el reino lombardo veneto y obligó al Austria á firmar la paz. Ya entónces hubiera hecho jirones el manto de la república, y manifestado todo el poder de su voluntad indómita: pero todavía estaba sediento de ilustracion; queria que su nombre resonase no solo en Europa sino tambien en el teatro mismo de las glorias de Ciro y de Alejandro. Su expedicion á Egipto; las batallas de Alejandria, de las Pirámides, del monte Tabor y de Abukir, mas bien que hechos militares, parecen una historia de los cuentos árabes. Los ingleses destruyen la escuadra que debia secundar sus esfuerzos, pero bástale un frágil buque para restituirse á su patria, y allí, en nombre del ejército y de la Francia, derribar el directorio y levantar sobre sus ruinas un consulado, primer eslabon del imperio que deseaba establecer.

Este hombre extraordinario, vueltos los ojos hácia la España, pensó que esta nacion era para él una mina inagotable de buques de guerra, de soldados y dinero, y que debia llevarla á remolque trás de su carro triunfal. En 1800, mientras la fiebre amarilla hacia estragos en la Andalucia, ratifica la alianza de San Ildefonso. Por algunas millas de tierra añadidas en la Italia al ducado de Parma compra al gobierno español en 1801 la escuadra detenida en Brest, y obliga al príncipe de la Paz á entrar en Portugal con un ejército numeroso que obliga á esta potencia á firmar la paz y á ceder la plaza de Olivenza. Al mismo tiempo admite con benévola sonrisa las insignias de la órden del toison de oro que le envia Cárlos IV. Cuando Luis XVIII, entónces emigrado, supo esta condescendencia del monarca español, devolvió su toison, diciendo que ningun Borbon de Francia llevaria unas insignias concedidas al matador del príncipe de Enghien. La paz de Amiens en 1802, dia 25 de marzo, concedió á la afligida España un respiro. Fuéle devuelta la isla de Menorca que habian ocupado los ingleses durante la guerra. El comercio, paralizado desde muchos años, pareció reanimarse. Las exportaciones á América volvieron á dar movimiento á la industria. Pero los hombres previsores no daban cabida á la esperanza. Conocian que la paz no era mas que una tregua. Veian que la Inglaterra dirigia miradas torvas al primer cónsul que en una sola campaña habia vuelto á arrojar á los austriacos de la Italia; contemplaban el aspecto militar de la Europa coligada, no ya contra la democracia francesa, sino contra el gefe que se habia elegido; observaban con dolor profundo que el gobierno español, en medio de la grande lucha europea, carecia de voluntad propia, considerándose atado á los destinos de la Francia: y todo les hacia temer que el sosiego que siguió á la paz de Amiens era engañoso y pa-

sajero. La única idea que les consolaba para el porvenir era que el matrimonio de Fernando, príncipe de Asturias, con una infanta de Nápoles, daria acaso nueva direccion á los negocios públicos: pero el casamiento se efectuó sin que ningun cambio sobreviniese en la política. La Gran Bretaña dirigia continuamente notas á Godoy para lograr, nó la cooperacion de la España en una nueva guerra contra Napoleon, sino su neutralidad rigorosa; y á trueque de conseguirla consentia en que la España, obligada en virtud del tratado de San Ildefonso, facilitase á la Francia en caso de lucha, en vez de buques de guerra y un ejército, su equivalente en dinero. El ministro español, alucinado con el esplendor de la corona imperial que acababa de ceñirse Napoleon, no daba oidos á los agentes británicos. Y en verdad que si alguna disculpa hay para un error, el impulso que el emperador daba á la Francia era para ello suficiente motivo. De en medio de las ruinas revolucionarias hacia brotar manantiales de prosperidad y de gloria. Á un mismo tiempo hacia levantar soberbios monumentos, y abria canales suntuosos y caminos magníficos destinados á dar impulso grande a la agricultura. Hacia reunir todo el cuerpo de leyes en un solo código civil, y redactar otro criminal y de comercio. Tenia en pié un ejército brillante. Y sin embargo, segun el presupuesto de 1802, los gastos no ascendieron mas que á quinientos cincuenta millones de francos, y las entradas dieron un fondo considerable para la reserva. La Inglaterra hacia esfuerzos colosales para oponerse á tanta pujanza. En 1804 su marina armada se componia de ciento veinte y siete navíos de línea, y de ciento cuarenta y cuatro fragatas. Sus corsarios infestaban los mares y se cebaban en los buques mercantes franceses, holandeses y españoles, aun ántes de ninguna declaracion de guerra. Todavia mas; sabiendo el gobierno inglés que en los puertos de España se esperaba de América una flota de cuatro fragatas cargadas de plata, la hizo acometer, y se apoderó de tres de ellas. No pudo conseguir la captura de la cuarta, porque su capitan hizo cargar hasta la boca los cañones con pesos fuertes, y envió á sus enemigos con la plata la muerte. Con un heroismo digno de mejor suerte hizo despues volar el buque ántes que rendirse: en el fondo del grande océano descansan los restos de esos valientes, cuya suerte funesta parecia un presagio de la total ruina de la marina española. Indignada la España declaró la guerra á la Gran Bretaña, dia 12 de diciembre.

Á principios de 1805 todos los esfuerzos de Napoleon iban encaminados contra la Inglaterra. En las costas del canal de la Mancha habia reunido cerca de mil barcas destinadas á transportar ciento sesenta mil hombres á las playas de la Gran Bretaña. Pero esta expedicion no podia llevarla con felicidad a cabo sin la proteccion de una escuadra poderosa. Era preciso alejar del canal las escuadras inglesas, y reunir en él todas las fuerzas navales de la Francia y de la España. Para obtener este resultado trazó Napoleon un vasto plan. Su marina, con la de Cárlos IV, de la que disponia como propia, presentaba una fuerza de ochenta navíos de línea y no menor número de fragatas y otros buques ligeros diseminados en varios puertos del Océano y del Mediterráneo. Todos ellos, divididos por escuadras, recibieron órden de salir á un tiempo á la mar, de ir á devastar las Antillas inglesas, de reunirse, y volver inmediatamente á Europa, en donde, juntando en un solo cuerpo el resto de las fuerzas navales franco-españolas, caerian sobre el canal y se harian dueños de el mientras la flotilla haria el gran desembarco en Inglaterra. En tanto las escuadras inglesas debian necesariamente andar ocupadas buscando a sus enemigos en los mares de entrambas Indias y del Mediterráneo. Los cálculos de Napoleon se fueron realizando. La salida sucesiva de las escuadras de Tolon, de Rochefort, del Ferrol, de Cádiz y de Cartagena, dieron la alarma a la Inglaterra. Las escuadras de esta potencia, abandonando sus cruceros, hicieron rumbo en busca de las enemigas cuya direccion ignoraban. El mando general de las fuerzas navales le habia dado Napoleon á Villeneuve, hombre excelente como capitan de navío, pero adocenado como almirante. Las fuerzas navales inglesas mandábalas Nelson, genio de primer órden, que ha hecho en la táctica naval la misma revolucion que Napoleon en la terrestre. En enero de 1805 Villeneuve se encontraba en Tolon, y Nelson en Malta. Hechas ántes varias tentativas inútiles sale el primero á la mar. Nelson le busca por las costas de Italia, de África, del Egipto, inquiere por todo el Mediterráneo, y sabe al fin que ha pasado el estrecho y aumentado en Cádiz su fuerza con buques de guerra de refresco. Dirígese el inglés á Lisboa, avisánle que su enemigo hace rumbo hácia América, y le sigue. Villeneuve, que en efecto amenazaba ya las Antillas inglesas, sabe la llegada de su enemigo, y habiendo logrado, conforme á sus instrucciones, atraerle lejos de Europa, toma al instante la vuelta hácia esta parte del mundo. Pero el incansable Nelson le sigue tambien; llega hasta Gibraltar, y luego se encamina á cubrir las costas de Irlanda. Villeneuve tenia órden de dirigirse al Ferrol, en donde se encontraban quince navíos que debian aumentar su escuadra. Pero en aquellas aguas cruzaba el almirante inglés Calder, tambien con quince navíos. Avistólos Villeneuve y los acometió en 22 de julio. Calder se retiró, quedando su escuadra muy mal tratada, pero en algun modo victoriosa, porque habian caido en su poder dos navíos españoles, el Firme y el San Rafael, que no fueron socorridos á tiempo por los franceses. Villeneuve entró en el Ferrol, y la escuadra combinada se compuso ya de treinta y tres navíos de línea, y muchos otros buques lijeros. Tuvo sin duda noticia de que Napoleon habia abandonado por entónces su proyecto de desembarco en Inglaterra, porque Austria y Rusia acababan de declararle la guerra, y los ciento sesenta mil hombres destinados á aquella expedicion los dirigia al corazon de la Alemania. El dia 13 de agosto Villeneuve hizo rumbo hácia Cádiz en donde llegó el 20. Cerca de dos meses permaneció en una inaccion inconcebible. Mientras tanto los ingleses aumentaban la flota que cruzaba en las aguas de Cádiz con los navíos de la escuadra de Nelson y con los de la de Calder. El dia 29 de setiembre se presentó Nelson delante de Cádiz con una escuadra compuesta de veinte y siete navíos. La combinada constaba de diez y ocho navíos franceses, y quince españoles. Ignorando Villeneuve que fuese tan numerosa la escuadra inglesa, salió contra ella á la mar el dia 19 de octubre. El dia 21 se encontró sobre el cabo de Trafalgar, esperando á la escuadra inglesa. Hasta entónces el único órden de batalla naval conocido consistia en formar una línea, mas ó ménos dilatada segun el número de los combatientes, y en acercarse así á la línea enemiga para cañonearse mútuamente durante algunas horas. Si el viento ó una mala maniobra hacia que algun buque perdiese la formacion y cayese en medio de la línea enemiga, se consideraba perdido. Así el Firme y el San Rafael habian caido en poder de los ingleses durante el combate del 22 de julio. Si una de las escuadras debia retirarse por las averías recibidas, los buques ménos veleros, que quedaban rezagados, se consideraban tambien como perdidos. La táctica naval estaba en su infancia. Cada buque tenia delante su enemigo, y le combatia con mas ó ménos tenacidad ó pujanza. Villeneuve creyó que Nelson haria lo mismo que Calder en el combate anterior, es decir, que formaria una línea paralela a la suya. Las primeras maniobras del almirante inglés le hicieron permanecer en su error. Con efecto, la escuadra inglesa se adelantaba formando tambien otra línea, cuyo centro ocupaba el mismo Nelson montado en el navío Victory. Á poco este navío tomó la delantera sobre los demas de la línea, los dos navíos que á su lado se encontraban le fueron siguiendo, dando cada uno principio á otra línea; siendo de entrambas punto de partida el Victory, de manera que muy luego todas las fuerzas inglesas se adelantaron formando un triángulo abierto en su base. Villeneuve no podia creer á sus ojos, y pensó que las alas enemigas volverian á desplegarse para tomar el órden de batalla conocido, y único que consideraba conveniente. Pero

entónces se abrió por su punta el triángulo inglés, formó dos líneas verticales, y entrambas acometieron el centro de la línea de la escuadra combinada y la dividieron en dos partes. Los buques ingleses formaron dos círculos, compuesto el uno de doce navíos que abrumaba á seis de los combinados, y el otro de quince que abrumaba á siete. De esta manera diez buques combinados del ala derecha y otros diez de la izquierda quedaron fuera de accion sin que supiesen sus capitanes lo que debian practicar. Todos ellos esperaban que se presentase el enemigo á quien debian combatir, admirados de ver que se les dejaba en sosiego. Villeneuve, que se encontraba en el centro y luchaba con intrepidez, conociendo muy tarde su error, hacia señas para llamarlos al combate; pero el humo impidió que las viesen, y los ingleses continuaban su obra de exterminio. Algunos actos de heroismo tuvieron lugar en medio de esta desigual pelea. El Bucentauro, navío francés mandado por Villeneuve; el Temible también francés mandado por el comandante Lucas, el Santísima Trinidad, navío español de ciento cuarenta cañones, mandado por el contraalmirante Cisneros; el príncipe de Asturias, tambien español de ciento diez cañones, mandado por el almirante Gravina; los navíos españoles el Bahama, el Argonauta, el San Juan Nepomuceno, y el San Ildefonso, fueron los que mas se distinguieron en esta jornada de destruccion y de muerte. Cada uno de ellos tuvo que luchar al ménos contra dos buques enemigos. El Santísima Trinidad luchando contra cuatro navíos ingleses, entre ellos el Bretaña y el príncipe de Gales, echó á dos de ellos á pique: el príncipe de Asturias se deshizo de tres navíos ingleses. Pero ¿qué podian los esfuerzos parciales de algunos capitanes heróicos para contrarestar la nulidad del gefe de la escuadra combinada y la táctica superior del de la escuadra inglesa? Los buques que habian quedado inutilizados en las alas continuaban en la misma perplejidad ó inaccion, mientras unos tras de otros iban cayendo los del centro en poder de los enemigos. El vice almirante francés Dumanoir dió la primera señal de la fuga, abandonando el campo de batalla con cuatro navíos franceses. En este tiempo un tiro salido del Santísima Trinidad hirió de muerte al almirante inglés Nelson en el momento en que conseguia la victoria mas completa. El navío almirante francés acababa de rendirse. El almirante español Gravina procuró salvar el resto de la escuadra. Juntó cinco navíos franceses, seis españoles, cinco fragatas y dos bergantines, y entró con estos buques en Cádiz. El almirante Nelson ántes del combate habia dirigido á los ingleses una proclama de una sola línea: «La Inglaterra cuenta que todos cumplirán su deber.» Y todos los ingleses le cumplieron. El resultado inmediato de este combate fué la pérdida de diez y ocho navíos de la escuadra combinada. Los españoles se quejaron de que los habian abandonado como en el combate de 22 de julio: pero de lo único de que debieron quejarse así los franceses como los españoles fue de no haber tenido un gefe digno de su valor. La mayor parte de los buques que quedaron en poder de los ingleses fueron á pique antes de las veinte y cuatro horas, á consecuencia de las averías recibidas, lo que prueba el denuedo con que sus comandantes combatieron. Algunos de ellos fueron recobrados por los navíos franceses, pero en un estado fatal. La noticia de este señalado triunfo que dejaba por muchos años á los ingleses dueños del imperio del mar fué recibida en la Gran Bretaña con un júbilo solo templado por la de la muerte del que lo habia conseguido. Los franceses apenas se acordaron del descalabro, porque la maravillas de la campaña de Austria y de la victoria de Austerlitz borraron en su mente la memoria de todos los desastres marítimos. Solo la España, huérfana de sus mejores marinos, viendo destrozados los restos de las escuadras que la habia legado Cárlos III, y falta de recursos para crear otras nuevas, porque el oro que venia de América caia en poder de los ingleses ó bien era entregado á Napoleon, sintió herido su pundonor en lo mas vivo; entónces comenzó á despertarse en los ánimos un vivo sentimiento de nacionalidad ofendida que no debia tardar en dar de sí muestras tales que fuesen la admiracion de todas las naciones. Godoy continuaba siendo de hecho rey. Habia emparentado con la familia real, casando con una prima de Cárlos IV, hija de su difunto tio el infante don Luis. Habitaba palacios suntuosos; su numerosa servidumbre le rendia honores propios de la majestad real; sus trenes eran superiores á los de los reyes; ningun valido llegó jamás en España á tan alto grado de preponderancia y de grandeza.

No pudo ménos de llegar á sus oidos en 1806 el sordo rumor del popular descontento por la guerra fatal contra la Inglaterra sostenida. Además ascendia en tiempos normales á ciento cincuenta millones de reales los caudales venidos de América, producto de las rentas de aquellas posesiones; con ellos principalmente se cubrian los gastos de la casa real; y los del estado militar de la misma, estimados en cien millones, y faltando aquellas remesas los mas allegados á palacio eran los que mas inmediatamente sentian el golpe. Primer motivo que obligaba á la corte á desear sinceramente la paz con la Inglaterra. Mediaba otro, que consistia en cierto desvío con que el rey miraba á Napoleon desde que supo que habia destronado á la familia real de Nápoles, y hecho ocupar su trono por José Bonaparte. Por este tiempo murió el ministro inglés Pitt, y habiéndole sucedido en el poder su rival Fox, que tenia fama de político conciliador y amante de la paz, Godoy á instancias de un enviado ruso se decidió á entrar en tratos secretos con el gobierno británico, tratos que por entónces fueron infructuosos. El horizonte del continente, algo despejado desde la paz de Presburgo, volvió á anublarse con la guerra encendida entre la Prusia y la Francia. Austria y Rusia, hechos grandes preparativos, esperaban ansiosas el resultado de la lucha, prontas á lanzarse contra Napoleon si en ella vacilaba su estrella. Cuando los ejércitos combatientes estaban en movimiento y dispuestos á darse una batalla decisiva, creyó Godoy hacer un grande acto de política publicando en 5 de octubre una proclama dirigida á los andaluces y extremeños pidiéndoles que sirviesen al rey como lo hicieron con Felipe V, con caballos de guerra lijeros, pues la caballería estaba reducida é incompleta; sin designar contra quién los necesitaba. Opinaba el privado que en caso de sufrir la Francia un revés sería su escrito una prueba de que meditaba librarse de su tiranía, y que saliendo victoriosa los términos de la proclama en que se recordaban los tiempos de Felipe V, en cuya época España y Francia habian luchado juntas, borrarian de la mente del emperador toda idea de mala fe por parte del gabinete español. Pero en aquellos dias de grandes luchas sin rebozo buscadas, y fieramente sostenidas, la política del valido pareció un expediente pueril. Napoleon triunfó de la Prusia, como habia triunfado del Austria, sujetándola con una sola victoria, y al saber el paso dado por la corte española juró que se la pagaria. Entre tanto las escuadras inglesas caian sobre las colonias españolas que ningun buque de guerra protegia. El dia cuatro de julio de 1806 habian hecho un desembarco en Barragan á diez leguas de Buenos Aires, y por capitulacion se hicieron dueñas de esta ciudad el 27 del mismo mes. Don Santiago Liniers, reunidas algunas fuerzas, revolvió contra los ingleses y reconquistó aquella plaza en 12 de agosto, haciendo prisioneras las tropas que la guarnecian.

El siguiente año de 1807 cayeron los ingleses sobre Montevideo y tomaron la ciudad por asalto en 3 de febrero. Entónces hicieron una nueva tentativa contra Buenos Aires, pero les salió mal y aun tuvieron que abandonar la conquista de Montevideo en 7 de julio. Napoleon comenzaba á poner en ejecucion su amenaza contra la monarquía española. Para desguarnecer de tropas la península pidió un cuerpo auxiliar español, y le fueron enviados catorce mil hombres. Conociendo que atendidas las humillaciones de la corte de Madrid le era imposible hacer á la España una guerra abierta, parecióle que era preferible ocuparla gradualmente y sin derramamiento de sangre. Al intento concluyó con ella el tratado secreto de Fontainebleau por el que se concedia paso por la península á un ejército francés destinado á la con-

quista de Portugal. Este reino debia ser dividido en tres partes. Dariase una, la provincia de entre Miño y Duero, á la reina de Etruria en cambio de la Toscana; otra, los Algarves y el Alentejo, se concederia á Godoy con título de soberania, y lo restante del reino seria ocupado por las tropas imperiales hasta la paz general. En 18 de octubre un ejército francés pasó el Vidasoa tomando la direccion de Portugal, y algunas tropas españolas se juntaron con él para dar la primera mano en el avasallamiento de la peninsula. La España permanecia silenciosa y atenta. El principe de Asturias, desde la muerte de su esposa doña Maria Antonia, acaecida en 1806, vivia retirado y al parecer indiferentemente. El pueblo, que no le conocia, cifraba en él sus esperanzas, y le idolatraba. Los grandes habian formado de su carácter un apobre idea. Objeto de la aversion del valido era natural que le correspondiese con la misma, mas no se limitaba á ella, deseaba subir pronto al poder para hacérsela sentir. Sin consultarlo con sus padres escribió directamente á Napoleon llamándole el mayor de los héroes de los siglos, pidiéndole por esposa una parienta suya, y prometiéndole que sin su consentimiento no se casaria. Al propio tiempo con fecha en blanco dió al duque del Infantado un decreto escrito y firmado de su puño en que le mandaba tomar el mando de Castilla la Nueva, muerto que hubiese Cárlos IV. La salud de éste era vigorosa, le permitia el ejercicio de la caza, y no hacia presentir un fin próximo. Los actos del principe eran, pues, ó una ligereza pueril, ó un crimen de lesa magestad. Un anónimo, segun dicen obra de Godoy, avisó al monarca. Entónces dia 30 de octubre apareció un decreto por el que un padre acusaba á su propio hijo ante su pueblo. Hizole arrestar en palacio, prender á sus mas allegados, y comenzar la famosa causa del Escorial. El principe conspirador, espantado de su propia obra, se echó á los piés de la reina y lo confesó todo. La carta que dijo haber escrito al emperador le salvó á él y á sus cómplices, pues Cárlos y Godoy temblaron ante la idea de adelantar un paso en una causa en la que andaba mezclado el nombre del terrible monarca francés. Contentáronse con hacer firmar á Fernando dos cartas sumisas, en las que confesaba su crimen, dirigidas al rey y á la reina, y en las que, llamándoles papá y mamá, les pide perdon. Éste fué concedido en forma de decreto, y publicadas las cartas degradantes que le motivaban. Sin embargo de esta mortal brecha abierta en una reputacion virgen, el público solo vió en el valido á un tirano, y en Fernando á una victima. El proceso se acabó como todos los que versan sobre crimenes de estado. Al principio parecióle á un fiscal que el principe era reo de pena capital, y por tanto los cómplices no debian ser de mejor condicion. Despues fueron descartadas piezas del proceso, y la justicia se fué torciendo á medida que la razon de estado cambiaba. Por todas estas causas reunidas la causa solo fué conocida con el nombre de escandalosa. Entre tanto las tropas franco españolas se acercaban á Portugal. En 19 de noviembre entró Junot en aquel reino. En 28 del mismo mes la familia real portuguesa se embarcó para el Brasil. El dia siguiente entró el general francés en Lisboa: triunfo fácil, sin gloria para el vencedor, y desdoroso para los fugitivos. Un historiador portugués, Accursio das Neves, hablando de esta invasion de su patria, pinta con negros colores el comportamiento de Junot y de las tropas francesas, y alaba al general español Taranco y á sus subordinados porque no imitaron el ejemplo de aquellas, ántes trataron á los portugueses como hermanos; testimonio consolador y grato al corazon de todo buen patricio.

Demos una ojeada sobre el estado de las fuerzas de mar y tierra, de la deuda pública, de las obligaciones del tesoro, y de las rentas con que contaba la España á principios de 1808. Mantenia un ejército de ciento cuarenta y un mil hombres, los diez y seis mil seiscientos de caballeria, é inclusos en la infanteria treinta y nueve mil hombres de milicias armadas. Por el ministerio de Marina se mantenian ademas ocho mil quinientos soldados, cerca de treinta mil marineros, y de seis mil maestrantes. De doscientos treinta y dos buques se componia su armada, los ciento cuarenta y nueve desarmados y en su mayor parte inservibles, y los ochenta y tres armados, entre ellos diez y seis navios y cinco fragatas. Ascendian las obligaciones del tesoro anualmente á mil cuarenta y seis millones y ochocientos cincuenta mil reales. Las rentas anuales, contando entre ellas los caudales procedentes de América, no pasaban de seiscientos noventa y nueve millones y quinientos mil reales. El déficit anual subia, pues, á la enorme suma de trescientos cuarenta y siete millones. La deuda pública rayaba en los siete mil doscientos millones, de los cuales mil doscientos sesenta y cuatro pertenecian al reinado de Felipe V, ochocientos cuatro al de Cárlos III, ninguno al de Fernando VI, y cinco mil ciento treinta millones al reinado de Carlos IV y administracion de Godoy. ¡Cuadro deplorable, de verdadero desgobierno, y aun de anarquia! Lo mas florido del ejército peleaba en el norte de la Europa á las órdenes de Bonaparte. Los buques mejores de la escuadra estaban en puertos franceses mezclados con los del emperador. Ademas exigia éste sin respiro el pago del subsidio de que le era tributario el gobierno español. La familia real estaba como atontada. En 29 de octubre anterior Cárlos habia escrito al emperador dándole cuenta de la conspiracion tramada por Fernando; en 8 de noviembre le participó que le habia perdonado: y no habia obtenido respuesta. Por fin en los primeros dias de diciembre le habia escrito nuevamente sobre la idea de enlazar al principe de Asturias con alguna princesa de la familia imperial. Á esto respondió Napoleon, con cierta frialdad, que consentia. Pero al mismo tiempo, aglomeradas de antemano tropas en las fronteras, mandó á sus generales que penetrasen en España. Moncey entra por Irun en 29 de enero; y en 16 de febrero se apodera alevosamente de la ciudadela de Pamplona. Duhesme penetra por la Junquera, entra en Barcelona, ocupa traidoramente su ciudadela, y sorprende el fuerte de Monjui. Otras fuerzas penetran de una parte en San Sebastian, y de otra en el castillo de San Fernando de Figueras, siempre con dolo, sin derramar una sola gota de sangre. Á la sazon el principe de la Paz daba órdenes para que los últimos restos de las escuadras españolas, reunidos en Cartagena, pasasen á Tolon. Crecia la alarma. Desde la rendicion de Barcelona en 1714, que es donde perecieron los restos de las antiguas franquicias, el pueblo español parecia haber perdido hasta el recuerdo de su dignidad y de su grandeza. Doblada la serviz ante la voluntad tiránica de Felipe V, conquistado su afecto por los paternales actos de los reinados de Fernando IV y de Cárlos III, no teniendo que deplorar por parte de Godoy, á pesar de su mala administracion, ninguna medida sanguinaria, no habia tenido motivo fuerte ni coyuntura para despertar de su profundo letargo. Pero lo que ahora pasaba en torno suyo era para inflamar la menor chispa que de su antiguo entusiasmo le hubiese quedado. Veia á unos soldados, en opinion comun reputados invencibles, acudir á la traicion y á la alevosia para apoderarse de un pais amigo; veia á un valido presuntuoso, sin talento para conocer los designios del usurpador, y sin brio para oponerse á la mas negra perfidia; veia á un conquistador odioso que predicando la libertad de los pueblos iba borrando á paso de carga las nacionalidades de los mismos, y amalgamándolas con la nacionalidad francesa. Acababa de destronar á la familia real de Nápoles, á la de Portugal, y se adelantaba ya contra la de España, creyendo que la obligaria á embarcarse para América á imitacion de la casa de Braganza. El pueblo pasó de la alarma á la ira. Corrió la voz de que la familia real trataba de abandonar la peninsula, y hacia para ello preparativos en Aranjuez. Sublévase este pueblo; los soldados no se oponen á su furor porque de él están tambien poseidos; allana la plebe la morada del valido y búscale por todas partes sedienta de su sangre. El dia siguiente, 18 de marzo, publica Cárlos el decreto de exoneracion de su favorito, y el pueblo le aclama con entusiasmo. Enardecido contra el ministro, le odia, pero acata sumiso al

francés, y ahuyentó á unos soldados que seguramente sin generales, al modo de los somatenes del Bruch hubieran triunfado. Animado el titulado rey José Bonaparte se atrevió á dirigirse á la capital de la monarquía, en donde hizo entrada pública el dia 20 del propio mes, en medio de la popular indiferencia. Poco debia tardar en salir de ella como fugitivo. Napoleon habia mandado que se encaminase contra Cádiz un cuerpo de ejército mandado por el general Dupont. En Alcolea encontró viva resistencia. Superádola que hubo entró en Córdoba, la dió al saqueo sin embargo de que no le habia opuesto resistencia, y se apoderó de caudales públicos por mas de doce millones. En Valdepeñas, irritado por la tenaz resistencia del paisanaje, quemó mas de ochenta casas. Pero lleno de congoja, viendo que con el rigor crecia el número de sus enemigos, fuése retirando sobre Andújar. Destacó contra Jaen una division que entregó la ciudad al saqueo y al degüello, y escribió á la corte en demanda de mas tropas. Savary le envió al general Vedel con seis mil infantes, setecientos caballos y doce cañones: y pocos dias despues al general Gobert con nuevos y numerosos refuerzos, que con felicidad se le juntaron. Entre tanto el general don Francisco Javier Castaños organizaba contra el francés las fuerzas de Andalucía cuyo mando le habia confiado la junta de Sevilla. Hombre político, de condicion suave y placentera, é indulgente con el paisanaje indisciplinado que casi componia la totalidad de su hueste, fuéla adiestrando en el manejo de las armas, y se adelantó contra Dupont con veinte y cinco mil infantes y dos mil caballos. Dupont mandaba veinte y un mil hombres. Tuvieron consejo los generales españoles y convinieron en que Reding y Coupigny cruzarian el Guadalquivir y caerian sobre Bailen, que Castaños avanzaria contra el frente del enemigo, y Cruz molestaria su flanco derecho. Éste comenzó el 15 de julio su movimiento. El dia 16, mientras Castaños cañoneaba el frente del enemigo, Reding cruzó el Guadalquivir por el vado del Rincon, desalojando con brio á los franceses de todas las posiciones que ocupaban, é hiriendo mortalmente al general Gobert casi en el mismo sitio en donde seis siglos ántes, en el mismo dia 16, fué ganada la batalla de las Navas de Tolosa. Los franceses ya no se juzgaron seguros en Bailen, y se dirigieron á los pueblos de la Carolina y Santa Elena. Reding y Coupigny entraron el 18 en Bailen casi al mismo tiempo que Dupont abandonaba la posicion de Andújar, destruyendo el puente. En la noche del diez y ocho al diez y nueve las guerrillas de uno y otro campo comenzaron un vivo tiroteo. Paráronse las avanzadas de una y de otra hueste, mediando entre ellas una torrentera en cuyo fondo serpenteaba un arroyo. Dupont hizo acometer las tropas que mandaba Coupigny. Esta embestida fué rechazada con brio. Probó otra contra el centro y el flanco derecho de los españoles, que tambien fué desgraciada. Otras muchas ordenó y todas con mal éxito. La artillería española, diestramente servida, diezmaba sus filas. Á eso del medio dia, sedientos y fatigados los soldados franceses, y poco acostumbrados á sufrir los rayos de un sol abrasador, disputaban encarnizadamente la posesion del arroyo para calmar su sed. Aprovechando Dupont unos momentos en que impaciente su hueste pedia á voces una acometida general, se echó con todas sus fuerzas contra el centro de los españoles. Vano fué este esfuerzo como lo habian sido los anteriores y el general francés se vió precisado á proponer una suspension de armas. Entre tanto Cruz molestaba vivamente el flanco izquierdo de los franceses, y á lo lejos se oian los cañonazos que disparaba la division de Castaños para advertir que se acercaba al campo de batalla. El general francés Vedel con su division y el general Doufour, que habia tomado el mando de la de Gobert, oyeron tambien desde la Carolina el cañoneo de la accion de Bailen: y acudieron con direccion á él. Á su llegada al campamento supieron la tregua convenida, y dudaron si la respetarian ó nó. Pero viendo que sin gran obstáculo podian abrumar á dos d[illegible] españoles á fin de abrirse comunicacion [illegible] echaron sobre la ermita de S. Cristóbal que éstos ocupaban. Habian ya destrozado un batallon, tomádole los cañones y héchole muchos prisioneros, cuando les llegó órden del general en gefe Dupont de no emprender ningun movimiento. Entónces comenzaron las negociaciones. Pedia el francés que se le concediese libre paso para Madrid. El general Castaños casi convenia en ello cuando se interceptó un parte de Savary en que mandaba á Dupont que se replegase sobre la capital. Esto hizo que no se diese oido á la demanda del francés. Dupont escribió á Vedel que obrase libre é independientemente, y asi lo efectuó comenzando á retirarse de noche. Pero los paisanos armados y las guerrillas del ejército, le hostigaron tan vivamente, que tuvo que detenerse. Ya no les fué posible á los franceses salvar los restos de su brillante ejército. Su posision era deplorable. Habian perdido cuatro mil hombres entre muertos y heridos, y los demas se echaban por el suelo llenos de sed, de hambre y de fatiga. Ocho mil doscientos cuarenta y ocho hombres al mando de Dupont rindieron las armas el dia 23 de julio. Nueve mil trescientos noventa y tres lo efectuaron el dia 24 con los generales Vedel y Doufour. Cuarenta piezas, todas las águilas y centenares de briosos caballos de batalla, fueron entregados al vencedor. La gloria de la combinacion que habia puesto á los franceses en una posicion insostenible pertenece en gran parte al general Castaños; pero sin la bizarría, sin el denuedo y la pericia del general Reding, de seguro la combinacion hubiera naufragado: la batalla de Bailen la ganaron Reding y Castaños, y mas que ellos la ganó el entusiasmo del paisanaje que, hostilizando incesantemene á los franceses, privándoles de agua y de víveres, y no dándoles un instante de reposo, los redujo á un estado de postracion que presagiaba su ruina. El eco de esta victoria resonó con aplausos entusiastas en todas las capitales de Europa. Las huestes arrolladas dos veces en el Bruch, y luego en Gerona, en Granollers, en Valencia vencidas, ahora tenian que pasar por una afrenta solo comparable á la rota que sufrieron las legiones romanas obligadas á pasar debajo las Horcas Caudinas. El nuevo rey José, azorado y tembloroso, abandonó la capital al recibir tan triste nueva. Napoleon la supo estando en Burdeos, y consternado mandó llamar á su ministro de Estado. «Hemos perdido el honor, exclamó; el efecto moral de esta capitulacion es terrible: los soldados franceses han preferido á la muerte la deshonra, cuando aquella habria sido gloriosa y la hubiéramos vengado: sin duda encontraré soldados que los reemplacen, ¿ pero quién recobrará el honor perdido?» Y no era la última brecha que en su honor debian recibir las armas francesas en España: otros golpes debian combatirle rudamente. Mientras los campos de Bailen eran testigos de un triunfo grande, Zaragoza conseguia otro infundiendo terror á los mas bravos campeones enemigos. Habíase puesto en defensa á pesar de que sus muros consistian en unas débiles tapias. En 15 de junio habia caido sobre ella el general francés Lefebvre con una division aguerrida. Los habitantes todos, inclusos los ancianos, los niños y las mugeres se aunaron en el empeño de negar á los extranjeros la entrada en sus hogares. Algunos jinetes franceses habian logrado penetrar en las calles de la ciudad, pero todos fueron víctimas de su arrojo. Lefebvre conoció que no era negocio de un golpe de mano la ocupacion de Zaragoza, y dispuso una acometida formal contra el Portillo y el Cármen. Adelántanse confiados sus batallones, y á la vez cometen tambien la Aljafería. De repente llueve sobre ellos la metralla casi á quema ropa, y se detienen despavoridos, no creyendo posible tan obstinada defensa. Ya mas precavidos y sobre sí, vuelven á embestir, no una sino repetidas veces, pero siempre tienen que cejar, y llegada la noche les es forzoso replegarse, dejando tendidos en el campo quinientos hombres. Es de advertir que por la mañana Palafox habia salido de la ciudad con las pocas tropas que en ella habia, juzgando imprudente exponerla á las consecuencias de una resistencia temeraria: debióse, pues, la defensa á un arranque de entusiasmo del pueblo generoso. En ella trabajaban, preparándose para nuevas luchas, todos los

Digitized by Google

habitantes sin distincion de clases. Lefebvre, mientras aguardaba refuerzos de Pamplona y de Cataluña, intimó á la ciudad el dia 17 que si no le abria las puertas pasaria á sus moradores á cuchillo. Fuéle respondido que viniese á abrírselas. Los zaragozanos supieron á poco que Palafox habia sido sorprendido y arrollado en Epila cuando iba á socorrerlos, mas no por esto decayeron de ánimo: pública y solemnemente en 26 de junio prestaron juramento de derramar toda su sangre por su Dios, por su rey y por sus lares. En esto llegáronles á los franceses cuarenta mil hombres de refuerzo y cuarenta y seis piezas de artilleria y tomó el mando del sitio Verdier. El número de los defensores se aumentó con trescientos soldados, con cien voluntarios catalanes, y con la presencia de Palafox, que penetró en la ciudad dia 2 de julio. Ya el monte Torrero habia caido en poder de los sitiadores, quienes de dia y de noche bombardeaban la ciudad, y la daban frecuentes acometidas. Habia realzado en 27 de junio la constancia de los zaragozanos el heroismo con que soportaron la desgracia de haberse volado con grande estruendo, estrago y muertes un almacen de pólvora provisionalmente establecido en el Seminario Conciliar, cuando los enemigos daban una furiosa embestida; nada podia desalentar á tan digno pueblo. Desde el dia 1° de julio al 14 de agosto aquello no fué un sitio, fué un género de batalla que duró cuarenta y cinco dias; espantosa batalla, ruda y encarnizadamente sostenida. Batalla para pasar una débil cerca; batalla para ganar una esquina; batalla para penetrar en algun ruinoso edificio. Cada calle era una trinchera; cada acera una muralla; cada casa un baluarte. Defendíanse los zaguanes, y las escaleras, y los cuartos interiores; y cuando una habitacion se perdia, en la del lado se hacian fuertes los defensores. De esto modo, encontrando tan inaudita resistencia, llegaron los franceses hasta la calle del Coso. El español que leyendo los papeles públicos europeos de aquella época no se envanece de serlo no tiene sangre en las venas. La Europa estaba pendiente de las noticias que de España recibia. Cercan á Zaragoza numerosas y aguerridas tropas: es imposible que resista; sin embargo resiste. El estruendo de la artilleria y el horror del bombardeo arredrarán á los defensores; al contrario que crece su porfía. ¿Qué es esto pues? ¿Quién ha evocado los manes de los héroes mas famosos de los pasados siglos? El grito de independencia y libertad dado contra un enemigo formidable. La España fué siempre grande en ocasiones grandes. Contra Cartago y Anibal, Sagunto. Contra Roma y los Escipiones, Astapa y Numancia. Contra Luis XIV y su nieto, Barcelona. Contra el poder colosal de Napoleon Zaragoza y Gerona. Toda grande tirania encontrará siempre en España enemigos dignos de su pujanza. Dia 14 de agosto, llevando ya perdidos tres mil hombres, y noticioso de la rota de Bailen, retiróse el francés. Zaragoza quedó libre y triunfante. Congregado el pueblo en el templo de la Virgen del Pilar, cuando todavia humeaban los incendiados hogares, los sanos y los heridos dirigieron á una al cielo cánticos de gracias y de alabanza. En aquel mismo dia la hermana de Zaragoza ganaba nuevos laureles. Ganoso Duhesme de vengar el descalabro sufrido en su primera acometida contra Gerona, intentó otra con mayores fuerzas, salidas unas de Barcelona, y otras de Perpiñan. Colocadas algunas baterias rompieron un vivo cañoneo y la embistieron con ardimiento en los dias 13, 14 y 15 de agosto. Rechazáronlos los gerundenses, y en la mañana del 16 hicieron tan vigorosa salida que cayendo sobre las baterias enemigas las entraron al arma blanca, se hicieron dueños de la mas temible, é incendiaron otra. Vencido y confuso el francés abandonó el sitio. Habian contribuido no poco á desalentarle los refuerzos que de las islas Baleares habian sido enviados á Cataluña, y que unidos con los somatenes del pais sostenian la campaña formando un cuerpo respetable que amenazaba poner á su enemigo entre dos fuegos. Las tropas llegadas de Perpiñan se volvieron hácia Figueras; y Duhesme, con las suyas escarmentadas, perdida la artilleria y muchos bagages, por caminos estraviados llegó en deplorable estado á Barcelona. En todas partes las huestes de Napoleon eran vencidas. La guerra de España tomaba para él un sesgo de mal agüero. Habian desembarcado en Portugal tropas inglesas al mando de Sir Arturo Wellesley, á quien conoceremos mas adelante con el nombre de lord Vellington, y obligado al general Junot á firmar un armisticio y á prometer la evacuacion de todo aquel reino. Al mismo tiempo las juntas creadas en las provincias de la monarquia para dirigir el nacional alzamiento trataban de ponerse acordes entre sí á fin de aunar los esfuerzos de todos los españoles contra el comun enemigo. Habia que vencer grandes obstáculos nacidos de la índole particular y usos de las varias comarcas. En las Castillas habia desde remotos tiempos dominado el principio aristocrático, aun en las mismas instituciones esencialmente populares. Sus municipalidades, mas bien que representacion de un pueblo congregado, eran consideradas como patrimonio de la nobleza. Al contrario en el reino de Aragon, y muy particularmente en el principado de Cataluña. No era en él desatendida la nobleza, ántes muy considerada; mas ella tampoco se desdeñaba de alternar en los municipios con el estado llano, y no consideraba degradante ningun oficio ni ocupacion manual. De muy antiguo los artesanos estuvieron sentados en los famosos municipios barceloneses. Era consiguiente, pues, que en medio del cataclismo general por el que pasaba la España se encontrasen frente á frente unos principios tan diversos, al tratarse de dar direccion á los negocios públicos. El consejo de Castilla salió al palenque en representacion de la aristocracia castellana, y queria abrogarse el mando. En contra el estado llano negaba al consejo que tuviese ningun título para hablar en nombre de la nacion, y pedia la formacion de una junta central en la que tuviesen sus representantes las juntas todas á quienes en gran parte era debido el impulso dado al público entusiasmo para arrollar en la primera campaña los ejercitos ántes reputados invencibles. Dia 23 de setiembre se reunieron en Aranjuez para formar la junta central veinte y cuatro individuos, número que subió muy luego al de treinta y cinco, enviados en su mayor parte por las varias juntas de provincia. Habia entre ellos nombres respetables, tales como el de Floridablanca, el de Jovellanos y el del anciano Valdés, ministro que habia sido de marina. El primer cuidado de Floridablanca, nombrado presidente interino, fué la proclamacion inmediata de Fernando VII para dar unidad á los esfuerzos levantando una bandera conocida. En 10 de noviembre publicó la junta un manifiesto en el que prometia para el porvenir la reforma de las instituciones, y mandaba tener en pié para la defensa de la patria una fuerza de quinientos mil infantes y cincuenta mil caballos. Ya por un decreto anterior habia mandado la formacion de cuatro ejércitos. El de la izquierda, cuyo núcleo debian formar las tropas que el marqués de la Romana habia embarcado en Dinamarca, arrebatándolas de las manos de Napoleon. El de la derecha, ó de Cataluña, adonde debian acudir tropas embarcadas en Portugal y en las Baleares, y las que en Valencia se encontraban. El del centro, compuesto de las principales fuerzas de las Andalucías, las Castillas, Extremadura y Murcia, y á las que seria probable que se uniesen las fuerzas inglesas. Y en fin el de reserva, en su mayor parte compuesto de las tropas de Aragon. Tan rápido como habia sido el popular movimiento en todas las provincias de la monarquia, tan pesado y tardío fué el de los generales en organizar sus fuerzas y en dirigirlas contra el enemigo. El general Cuesta, cuyas disposiciones habian sido tan fatales en la batalla de Rioseco, fué objeto de la animadversion pública, pues deseoso de obedecer solo al consejo de Castilla habia retenido presos en el alcázar de Segovia á los diputados de Leon. Despues de muchas dilaciones convinieron Palafox y Castaños en que el ejército del centro haria un amago contra Pamplona con la fuerza de treinta y seis mil hombres, mientras el de la derecha, fuerte de treinta mil, se adelantaria por la costa de las provincias Vascongadas, y corriéndose hácia Bilbao amenazaria á los franceses con

cortarles la retirada, para hacerlos abandonar el territorio español. Pero éstos en la otra parte del Ebro habian concentrado un ejército aguerrido de cuarenta mil infantes, y once mil caballos. Esta fuerza era solo la avanzada del grande ejército que Napoleon iba á dirigir en persona contra la península. Doscientos mil infantes, y cincuenta mil caballos iban entrando en España, dirigidos por los gefes mas famosos del imperio, tales como Soult, Lannes, Victor, Bessieres, Moncey, Lefebvre, Mortier, Ney, Saint-Cyr y Junot. El dia 8 de noviembre pasó Napoleon el Vidasoa y llegó el mismo dia á Vitoria. Ibanse internando sus ejércitos, y desalojando las escasas y bisoñas tropas españolas que en campo raso inútilmente querian resistir al número y á la disciplina. Sin embargo lucharon en Lerin, en Zornoza, en Balmaseda, en Gueñes, en Espinosa, en Burgos, en Tudela, en Somosierra y en las puertas mismas de Madrid; pero ningun general, ningun ejército era capaz de oponer una barrera á doscientos cincuenta mil franceses guiados por Napoleon y sus mejores generales. Hubo actos de valor que en lo temerario rayaban pero fueron infructuosos para contener el torrente devastador. Napoleon entró en Madrid, y la Junta Central se retiró á Sevilla adonde llegó á 17 diciembre. Á los pocos dias feneció Floridablanca, uno de sus mas distinguidos miembros. Los ejércitos españoles iban cejando á medida que sobre ellos caian fuerzas superiores. El inglés, cuyo mando se habia confiado á Moore, fué acorralado en la Coruña, y allí fué desecho y obligado á embarcarse precipitadamente. José Bonaparte vuelve á Madrid y cree que ya es suya la península. No lo cree asi su hermano. Ve que en España la ocupacion de la capital no trae consigo la victoria, y sabedor de que el Austria abriga de nuevo contra él miras hostiles, dirígese allá abandonando aquella aborrecida tierra que en vez de laureles solo ira y una guerra de exterminio le ofrece. Pero no por esto menguan los esfuerzos de sus generales; nuevas tropas se preparaban á llenar los vacios que en sus filas abre incesantemente el entusiasmo nacional. Duhesne era de todos los generales franceses el que en actitud mas crítica se encontraba, encerrado en Barcelona. La juventud de esta ciudad habia abandonado sus hogares para acudir á la defensa de la patria. Los pocos moradores que dentro quedaron esperaban ocasion oportuna para sublevarse: algunos habian pagado con la vida sus tentativas: Duhesne debia estar á todas horas alerta para comprimirlas. Ya en esto los somatenes se engrosaban con las tropas venidas de varios puntos, y Vives, nombrado general de ellas, se puso sobre aquella ciudad en los últimos dias de noviembre. Acudió Saint-Cyr con nuevas tropas de Francia que acababan de caer sobre Rosas y ocuparla. Reding, uno de los tenientes de Vives, indicaba las posiciones mas convenientes para esperar al francés, pero fué poco atendido, y Saint-Cyr arrolló á los que á su encuentro salieron, hizo levantar á Vives el cerco de Barcelona, forzó la línea de retirada que en Molins de Rey tenia establecida, y le obligó á retirarse á Tarragona, en donde, alborotado el pueblo y achacando al general las desgracias presentes, le obligó á entregar el mando á Reding. Aciaga habia sido para los españoles la segunda campaña de 1808. Animado el enemigo se dirigió de nuevo con treinta y cinco mil hombres, y un material de guerra inmenso, sobre una presa vivamente codiciada, y que miraba ya como segura, Zaragoza. En 21 de diciembre los generales Moncey, Mortier y Lacoste, bajo la direccion de Lannes, cayeron sobre el monte Torrero y le ocuparon. Tambien acometieron el arrabal y otros puntos, pero fueron rechazados con una bizarría que les dió á conocer que el segundo sitio no seria de inferior linaje que el primero. Intimaron la rendicion y se les contestó con arrogancia. Á una y otra parte del Ebro tiraron las primeras paralelas, y en la noche del 29 al 30 quedó abierta la trinchera. Los sitiados, en cuyo número se contaban ahora los restos de algunas divisiones, hacian continuas salidas, y el 31 en una de ellas cogieron al enemigo doscientos prisioneros.

Á Moncey y á Mortier sucedió Junot. En los primeros dias de enero de 1809 las baterías francesas, en número de ocho, dieron principio al bombardeo. Éste fué incesante y horroroso. Al propio tiempo destruia la artillería enemiga las débiles defensas que con premura se habian levantado: y la ciudad presentaba sus edificios desnudos, descubiertos. Pero dentro de ellos juraban los habitantes defender, no ya sus casas, sino las ruinas. Retiradas las familias en los barrios mas remotos, amontonadas allí en sótanos obscuros, y respirando un aire corrompido, muy luego á los horrores de la lucha tuvieron que añadir los de un cruel y espantoso contagio. Los que de las balas se salvaban, frecuentemente caian exánimes, acometidos de la enfermedad en el umbral de los hogares tan denodadamente defendidos. Las baterías de brecha abrieron tres en el recinto de la plaza, sin embargo de las salidas con que la guarnicion molestaba á los sitiadores. En 27 de enero dieron éstos un asalto general. Al tañido de aviso que da la campana de la torre nueva acuden los defensores. Coronan los franceses la brecha cercana á un molino, pero no pueden pasar de ella, pues desde una trinchera interior los acribilla la metralla. Penetran por otra junto al convento de San José, son repelidos no una sino muchas veces, pero volviendo con nuevas tropas á la carga logran ocupar una casa contigua. Embisten tambien contra Santa Engracia: la fortuna favorece su ímpetu primero, y se internan, pero luego cejan doblándose ante la rara intrepidez de los defensores. Reprodúcense desde este dia las escenas del primer sitio, y vuelve á comenzar la defensa que propiamente debe llamarse zaragozana. Disputase la posesion de una manzana, y la de una casa, y la de un cuarto: Zaragoza quiere defender hasta la última tapia. Pero ya no son los franceses su enemigo mas temible. La peste hace en su seno estragos espantosos. En los archivos consta la mortandad, que parece increible. Aquella hermosa ciudad, cuyo número de habitantes ascendia á mas de cincuenta y cinco mil, ya solo cuenta diez y ocho mil, los catorce mil calenturientos, postrados en cama, casi abandonados á la Providencia, y moribundos. Cuatro mil son los únicos que pueden todavia empuñar las armas. El mismo Palafox cae enfermo. En lo humano no cabe ya resistencia. Á palmos iban adelantando terreno los franceses, y ocupaban la cuarta parte de la ciudad, cuando la junta pronunció la voz de capitulacion. Firmóse ésta en veinte de febrero. Con rostro pálido y ojos azorados se adelantaron los franceses por aquellas calles desiertas; dudaban si las piedras ó los hombres se habian defendido. Aquello no era una ciudad sino un vasto cementerio. De las casas salia un ambiente fétido que aumentaba su pavor. Muchos desórdenes cometieron, pero temblando, como si temiesen dispertar á Zaragoza del sueño en que yacia. Uno de los generales franceses, testigo de vista, compara este sitio á los famosos de Sagunto y Numancia. Á Napoleon le repugnaba recordarle, porque en él habia perdido ocho mil de sus mejores soldados: pero cuando le llegó la hora del infortunio, en el año de 1814, le citó como el modelo que los franceses debian imitar. Hasta el bello sexo dió en él ejemplos admirables de un ardimiento varonil: Agustina Zaragoza en el primer sitio, y Manuela Sancho en el segundo, ejecutaron proezas dignas de conservarse en la memoria de los hombres. Cincuenta y tres mil ochocientas setenta y tres personas murieron en Zaragoza en ambos sitios, los mas de la peste, y en el segundo. Entre tanto José Bonaparte iba cimentando en Madrid su poder. Como á toda dominacion nueva, no le faltaban cortesanos que le pintaban el heroismo de los que defendian la independencia patria como rapto pasagero de un fanatismo inflamado por la parte ignorante del clero. Doloroso es confesarlo; varias corporaciones, algunos ayuntamientos, y hasta ciertos obispos felicitaron al monarca extranjero y le aclamaron único rey y señor de España. Pero la nacion no era de este dictámen. En aquellas azarosas circunstancias acrisolábase el patriotismo y se enviaban á la junta central de Sevilla cuantiosos donativos para hacer frente á la borrasca. Al mismo tiempo llegaron noticias de los movimientos casi

unánimes en favor de la causa nacional que en las Indias orientales y occidentales habian tenido lugar; todas ponian el grito en el cielo contra la tirania de Napoleon, y prometian socorros para sostener contra él una guerra encarnizada. Cerca de trescientos millones de reales, la mitad producto de donativos, enviaron á Sevilla durante el año de 1809. En cambio la junta central habia publicado un decreto altamente politico por el que decia que los dominios de Indias no debian considerarse en adelante como colonias, sino como parte integrante de la monarquia, y que en calidad de tales debian enviar sus representantes como las demas provincias. Manifestábanse ya mas vivos los deseos de obtener la reforma de las instituciones que para mas adelante la central habia hecho esperar. En los primeros meses del establecimiento de la junta mostrábase Floridablanca opuesto á toda innovacion, y la autoridad de su nombre daba mucho peso á la opinion de los que decian que debia entregarse á los reyes el poder en el estado en que las juntas le habian encontrado. Por el contrario opinaban los mas resueltos que jamás ningun pueblo del mundo habia hecho por su nacionalidad lo que la España estaba efectuando; que el estado en que sus reyes habian dejado la monarquia era el mas deplorable que se hubiese conocido; que este estado procedia de un vicio en la organizacion del poder hasta entónces dominante, vicio que hacia posible el entronizamiento de los validos cuya dominacion en distintas épocas habia sido tan fatal á la monarquia; que si algun pueblo merecia tener franquicias, ninguno con mas razon que el que habia sabido conquistarlas dando un grito de guerra que hacia temblar á aquel á quien los mismos reyes acataban sumisos: y en fin que era un absurdo pensar que la España se hubiese levantado en masa solo para que sus reyes remachasen la cadena que se habia ido eslabonando desde los actos de usurpacion de Cárlos V hasta los arbitrarios decretos de Felipe V. La mayoria de la junta central no pensaba por el momento en dar satisfaccion á los públicos clamores. Dábala miedo el mismo entusiasmo que la habia creado. Prohibió el libre uso de la imprenta que desde el pronunciamiento existia de hecho. Por el pronto solo daba disposiciones para que no faltasen recursos y para reunir gente. Solicita acudia ésta sin que menguase el ardimiento público. En todas partes se levantaban batallones, y los noveles soldados pedian ser conducidos contra el enemigo: entusiasmo que no pocas veces les fué fatal por mal dirigido. Cuesta perdió diez mil hombres en la fatal batalla de Medellin. Reding perdió la de Valls, y recibió en ella graves heridas de las que murió en breve. Mas no por esto decayó el espíritu público. Á los ejércitos sucedieron las guerrillas que ocasionaron en los enemigos grande quebranto. Porlier, Echavarri, el Empecinado, Milans, Manso, puestos á la cabeza de intrépidos partidarios, acosaban incesantemente a los franceses, cortábanles las comunicaciones, interceptábanles los convoyes, y diezmaban sus huestes á todas horas. Cien batallas perdidas no les hubieran causado tanto estrago. No podian moverse sin haber reunido ántes numerosas fuerzas: una compañía rezagada, un batallon extraviado, ya no volvia á juntárseles. Semejábase aquella lucha á una inmensa caceria. Acometia á veces á los guerrilleros el grueso de las fuerzas enemigas, y no le oponian resistencia; alentadas las tropas seguian el alcance, y de repente el enemigo que creian llevar en retirada se les aparecia á retaguardia, y les daba rápidas y furiosas embestidas. Turbábalas este género de guerra, en que tras de mil fatigas encontraban una muerte sin gloria. Infundíalas terror ver unos caserios casi abandonados cuya posesion era sin embargo defendida con encarnizamiento, prefiriendo sus moradores verlos reducidos á escombros ántes que en pacifica posesion del extranjero. Tantos actos de heroismo, tanto valor en medio de tantas desgracias, debian necesariamente influir en los ánimos de los miembros de la junta central para que por mas tiempo no tratasen de contener la manifestacion de la voluntad nacional. Decidióse a dar mas ensanche á la imprenta, y en 22 de mayo dió un decreto para la convocacion de córtes. En él decia que se iban á restaurar las antiguas leyes de la monarquia, sin mencionar si serian las de la organizacion aristocrática de las comunidades castellanas, ó las de la constitucion popular de los municipios de la corona de Aragon: espoleaba la voz pública á la junta, y queria salir del paso brevemente, y dejar la enojosa autoridad en otras manos. Á la verdad la tarea de levantar y sostener cuerpos numerosos no la daba lugar para las cuestiones politicas. El francés hacia en todas las provincias poderosos esfuerzos para ocupar el pais militarmente. Saint-Cyr en Cataluña habia juntado treinta mil hombres y caido sobre Gerona en los primeros dias de mayo. Escarmentados los franceses con las anteriores defensas de esta plaza eran de parecer que solo con un numeroso ejército, y contando con todos los medios de destruccion podian presentarse ante sus débiles muros. Aquella fuerza les pareció suficiente para penetrar en una poblacion de catorce mil almas, defendida por solo 5673 hombres. Á la verdad no eran éstos los únicos defensores: éralo el pueblo todo, que tomó por generalísimo (expediente propio para aumentar el entusiasmo de la gente) al patrono de la ciudad, san Narciso: éranlo hasta las mugeres, que formaron una compañía llamada de Santa Bárbara; éralo en fin el digno don Mariano Alvarez de Castro, cuyo teson, actividad y bizarria duplicaban los medios de defensa. Aglomeraban los franceses en torno de la plaza grandes acopios de proyectiles. Formaban paralelas, abrian á cada paso nuevas trincheras, y levantaban baterias contra el fuerte de Munjui, que domina la ciudad, y contra el baluarte de San Pedro. En balde se les hacia desde la plaza un vivo fuego: cada dia adelantaban las paralelas, ó iban armando las baterias de una manera formidable. El 13 de julio por la noche la gruesa artilleria comenzó á batir en brecha las débiles defensas, y los morteros sembraron por la ciudad las ruinas y la muerte. El espanto nó, ni la consternacion, porque los gerundenses habian jurado no perder el nombre adquirido en las primeras defensas, y renovar si posible fuese con creces, el ejemplo de la invicta Zaragoza. Á ninguna intimacion dieron oidos y á tiros recibian los parlamentarios. Las primeras embestidas dirigiéronlas los franceses con todas sus fuerzas contra las torres de San Luis, de San Narciso y de San Daniel, y contra el arrabal de Pedret, todo situado extramuros por la parte de Francia como avanzadas de Monjui. Fácil triunfo fué abrumar el escaso número de defensores que aquellos puntos guarnecia. Pero luego sale de la plaza y de Monjui gente decidida que cae con furia sobre el Pedret, destruye las obras de los sitiadores y los arroja del arrabal ganando la casas una por una. Mas cautos ya los franceses, se adelantan con la misma intrepidez, pero afirmando el pié. Dirigen primero su conato contra Monjui. El fuego de varias baterias, en particular el de una compuesta de 22 cañones, desmorona los muros y abre en ellos una ancha brecha, haciendo caer la bandera que en lo alto tremolaba. Pero un valiente, por nombre Montoro, se arroja al foso entre la lluvia de balas, coge la bandera, y de nuevo la enarbola. El 4 de julio por la noche dan un asalto general con el impetu marcial tan propio del denuedo francés; pero dentro no habia soldados sino leones, y la acometida es rechazada. Rehecho el sitiador, y ganoso de vengar la pasada rota, vuelve al asalto el dia 8, y hasta cuatro veces le repite, pero siempre es repelido. Ya no se necesitaba brecha para subir á Monjui; los escombros tenian cubierto enteramente el foso; en vez de un fuerte era aquello un monton de ruinas. Pero nadie pudo apoderarse de ellas á la fuerza: en 12 de agosto las abandonaron los sitiados. Su posesion habia costado al enemigo dos meses de esfuerzo, la pérdida de tres mil hombres, y el costoso trabajo de levantar veinte baterias. Como modelo de una defensa heroica citan ésta los historiadores franceses; menester es leerlos para formarse una idea de la magnanimidad de los sitiados. Creyó Saint-Cyr que ganado Monjui la ciudad

Digitized by Google

se rendiria prontamente. No conocia á los defensores de Gerona, ahora mas que nunca empeñados en sostenerse. Contemplabanla los catalanes con orgullo; y Blake, que por este tiempo mandaba las fuerzas nacionales en el Principado, obedeciendo al general clamor se preparaba para socorrerla con vituallas. Reunidos cuantos somatenes y tropas pudo juntar hizo amago de querer presentar batalla al sitiador. Aprestóse Saint-Cyr, y en medio del movimiento de su hueste dejó desguarnecidos algunos puntos por donde entraron en la plaza dos mil acémilas; bella operacion que dejó colérico y burlado al francés. Con mayor furia rompe nuevamente el fuego contra la plaza. En Alemanes, San Cristóbal y Santa Lucía ha abierto brechas practicables, que por momentos va aportillando mas. En 19 de setiembre ocho mil franceses escogidos se arrojan con bravura al asalto de la plaza, divididos en cuatro columnas. Dentro se oye el toque de generala y el de somaten. Nada es comparable al horror solemne de esta jornada. El clero, el paisanaje, los soldados, los niños y las mugeres, todos acuden á su puesto con ánimo sereno, y con resolucion incontrastable. La entereza y la sangre fria de Álvarez no hay palabras para ponderarlas. Á las cuatro comenzó el empeño. Tres horas duró, tres horas de esfuerzos inauditos por parte de los franceses, tres horas de constancia heroica por parte de los gerundenses. Dejaban acercarse á las brechas las cabezas de las colunas enemigas, á quema ropa las ametrallaban, y luego al arma blanca y hasta con piedras derribaban á los que en pié quedaran. Replegáronse al fin los franceses, cansados de luchar con gente tan brava, y Saint-Cyr escribió que si no se esperaba la rendicion de Gerona del hambre y de la peste serian sus brechas la sepultura del ejército francés. Desde este dia estrechó el cordon en torno de la plaza para impedir rigorosamente que le entrasen vituallas. Blake intentaba en vano socorrerla nuevamente, pues de Francia llegaron con el general Augereau tropas de refresco que diariamente aumentaban la dificultad de la empresa. El hambre, que acabó con los numantinos, se hacia ya sentir en Gerona. En pos de ella una epidemia cruel se cebaba en los nobles defensores y diezmaba sus filas. Setecientos noventa y tres soldados de la guarnicion murieron en solo el mes de octubre. La mortandad era mucho mayor entre el paisanaje, la mayor parte falto de todo, y que lívido y calenturiento demandaba como un bien glorioso la muerte en la pelea. La carne mas inmunda era buscada con afan, pagada á peso de oro, y entregada a las esposas y á los hijos como un presente de estima. Así iban cayendo exánimes y pereciendo los que tan inmortal prez habian adquirido. Recuerdos tristes que el corazon martillan. Al tener noticia la junta central de tan admirable denuedo igualó en gracias á los gerundenses con los zaragozanos. Clamaba la gente en el Principado pidiendo ser conducida contra las bayonetas enemigas para salvar á aquel puñado de héroes. Reunióse para ello a fines de noviembre un congreso en Manresa. Sabedor de ello Augereau renovó los asaltos y embestidas contra la plaza. El arrabal del Carmen, las casas de la Gironella fueron ocupadas tras de mortíferos combates, la mayor parte sostenidos por los sitiados al arma blanca. Conociendo el general francés que les faltaban municiones, hizo mayores esfuerzos para reducirlos. En los primeros dias de diciembre Álvarez enfermó de tal peligro, que le suministraron la extremauncion, y dejó el mando al teniente de rey Bolívar. Diez mil individuos habian perecido dentro en los siete meses del sitio; y los pocos que quedaban, andaban hambrientos y como fuera de sí, cogidos de la fiebre. Entónces capituló honrosamente Gerona, dia 10 de diciembre. Sus escasos defensores mas que hombres espectros parecian. Las legiones francesas al poner el pié en aquel recinto sagrado, profundamente se convencian de que la España no podia ser suya. Veinte mil hombres, lo dicen los mismos historiadores franceses, perdió el sitiador para ocupar algunas negruzcas calles habitadas por la muerte. No por la fuerza pudo penetrar en ellas, solo acudiendo al hambre, y cuando ni víveres ni municiones quedaban dentro de la inmortal Gerona. Cuarenta baterías habian arrojado contra ella mas de ochenta mil proyectiles, los veinte mil huecos. Todo gran capitan hubiera tratado con las mayores atenciones y hasta con veneracion al caudillo Álvarez: pero los franceses ¡ó baldon! le atormentaron, y hay indicios de que muerte violenta le dieron. Mientras tan raro ejemplo de denuedo daban al mundo los defensores de aquella ciudad, la junta central estaba dividida en discordes pareceres. Querian algunos de sus miembros que fuese puesto el poder ejecutivo en manos de unos pocos de sus miembros, á modo de consejo de gobernacion; opinaban otros que una vez convocadas las córtes debia esperarse su reunion sin hacer innovaciones; por fin algunos eran de sentir que la central debia nombrar una regencia. Eran de esta última opinion las ambiciones mas adelantadas. Un general estimable, La Romana, imitando el ejemplo dado ya anteriormente por Cuesta, dió otro no ménos fatal para la monarquía, queriendo entrometerse en los negocios de la gobernacion. Elevó un escrito en que tachaba de ominoso el mando de la central, y daba su parecer en favor de una regencia: paso deplorable y contagioso que, encontrando fácilmente secuaces, abria camino para que el poder, depositado en manos de los caudillos en nombre de la patria, contra ella se volviese. Blandir su espada contra el enemigo lo tocaba á aquel gefe, no ponerla en la balanza de las cuestiones políticas: el campeon, nó el gobernante, deseaba encontrar en él la patria. En aquellas circunstancias soldados necesitaba ésta, mas bien que regentes ni ministros. El ejército del general Cuesta, que se habia juntado con el de Wellington, habia ganado una señalada ventaja en Talavera de la Reina contra un numeroso ejército francés mandado por José Bonaparte; pero el general Sebastiani habia triunfado el dia 11 de agosto en los campos de Almonacid. Poco despues en las cercanías de Tamanes habian sido derrotados los franceses, pero en 19 de noviembre dióse la fatal batalla de Ocaña en la que perdieron los españoles cinco mil hombres entre muertos y heridos, trece mil prisioneros, cuarenta cañones, y muchos carros de vituallas y pertrechos. Sevilla quedó consternada. Pocos dias ántes la junta central habia decretado el señalamiento del dia primero de enero de 1810 para la convocacion de las córtes generales del reino. El desastre de Ocaña iba á paralizar no solo las elecciones en muchos pueblos, sino que obligaba á la misma junta á pensar seriamente en su traslacion á la isla de Leon como punto mas seguro.

Dió al efecto un decreto en 13 de enero de 1810, anunciando que en 1 de febrero se reuniria en dicha isla en donde tendria tambien lugar la apertura de las córtes en 1 de marzo. Las circunstancias apremiaban por momentos. Las tropas españolas iban retrocediendo sobre Cadiz y siguiendo su alcance las francesas cruzaron la Sierra-Morena. Forzoso fué abandonar la deliciosa Sevilla amenazada por Soult. Por otro lado Sebastiani acababa de entrar en Granada, y se dirigia sobre Málaga. Puso á esta ciudad en alarma el coronel don Vicente Abello, ayudado del capuchino Berrocal y de los hermanos San Millan. Faltaba dinero para la defensa, y echaron mano de derramas forzadas. Al duque de Osuna le exigieron cincuenta mil duros. Por el mal tiempo acababa de arribar al puerto, procedente de Veracruz, el bergantin español Santísima Trinidad, capitan Juan Reitg de la matrícula de San Feliu de Guixols, quien iba consignado á los comerciantes Patxot entónces residentes en Tarragona. Sabe Abello en 31 de enero de 1810 que el cargamento se compone en su mayor parte de dinero, y hace desembarcar y se apodera con los hermanos San Millan de treinta y tres cajones de pesos fuertes, cada uno de los cuales contenia tres mil duros. Con esto hubo recursos bastantes para armar y acudir á comun defensa. Pero Sebastiani cayó sobre Málaga en 5 de febrero con fuerzas aguerridas; en vano quiso oponérsele Abello; derrotada su gente allegadiza entró mezclada con ella la tropa francesa, y se apoderó de cuanto en la ciudad habia. Los caudales públicos, incluso

el dinero del duque de Osuna, y el del bergantin citado, cayeron en manos del general francés, quien además impuso al vecindario una contribucion de doce millones de reales. Creemos que la casa de Osuna habrá sido reintegrada en los cincuenta mil duros; pero los propietarios de los noventa y nueve mil, que fueron arrebatados del citado bergantin, nada han conseguido y lamentan todavía aquel despojo; en vano acudieron á la regencia reclamando la cantidad como un crédito contra el estado; la respuesta fué que se mandaba formar causa contra Abello, para la cual les fueron pedidos los documentos, y nunca mas los han visto; no ménos infructuosas reclamaciones han hecho posteriormente: por la nacion se arruinaron, y en la ruina han quedado injustamente sumergidos. Mientras Sebastiani caia sobre Granada y Málaga, el mariscal Soult ocupaba la ciudad de Sevilla, y se encaminaba contra Cadiz. Grande fué la alarma del pais, y el pueblo echaba de todo la culpa á la junta central. Fueron tales las muestras del público descontento, que aquella autoridad suprema hizo dejacion del mando en manos de una regencia compuesta de cinco individuos, uno de ellos americano. Recayó la eleccion en Castaños, Escaño, Saavedra, el obispo de Orense y Lardizabal. Poco tardó la regencia en trasladar su asiento á Cádiz. Reuniánse tropas en la isla gaditana considerada entónces como el baluarte de la independencia nacional. El enemigo aglomeraba tambien fuerzas en torno suyo. José Bonaparte se acercó hasta Sevilla, aunque fué breve su permanencia en ella, para dar impulso á las operaciones militares. Su hermano, libre por entónces de la guerra con Austria, divorciado con Josefina, y en vísperas de su casamiento con la princesa de Austria María Luisa, enviaba nuevos cuerpos para llevar á término la para él aciaga guerra de la península. Sebastiani se corrió hasta el reino de Murcia. En Cataluña no cesaban un punto las hostilidades. Los sitios de Hostalrich, de las Medas, de Lérida y de Mequinenza, costaron á los franceses considerables pérdidas. En Santa Perpetua y en Mollet habia sido descalabrado el general Duhesme. Pero las legiones que iban entrando de Francia llenaban los claros que tan encarnizada guerra les causaba. Mina el mozo, que habia puesto en consternacion al ejército francés de Navarra, tuvo la desgracia de caer prisionero. Mas luego ocupó su lugar, y aun le superó en nombradía su tio Espoz y Mina. Tomaba la guerra un sesgo de ira que aumentaba sus naturales estragos con los que una ciega cólera dictaba. Continuaba Soult aglomerando fuerzas contra la isla de Leon, en donde mandaba las españolas Blake, quien habia dejado por sucesor en Cataluña á O-Donnell. Irritado el general francés viendo que por mas esfuerzos que hacia no podia impedir que acudiese cada dia mas gente á defender la isla gaditana, habia dado en 9 de mayo un decreto atroz, diciendo que trataria como bandidos á cuantos españoles armados encontrase. Á lo que contestó la regencia que mientras no reformase Soult su bárbaro decreto seria considerado personalmente como tal foragido. Mientras de esta suerte luchaba la España en nombre de su rey Fernando, no será fuera del caso volver por un momento la vista hácia Valencey, palacio en donde se habia confinado á este príncipe. El bello sexo llamaba muy particularmente su atencion; los negocios políticos, y los de la guerra mas bien á tedio que á curiosidad le movian; en 6 de agosto del año anterior habia felicitado á Napoleon por sus victorias: en 4 de abril de éste decia en una carta escrita de su puño: «Mi mayor deseo es ser hijo adoptivo de S. M. el emperador nuestro soberano. Yo me creo merecedor de esta adopcion que verdaderamente haria la felicidad de mi vida, tanto por mi amor y afecto á la sagrada persona de S. M. como por mi sumision y entera obediencia á sus intenciones y deseos.» El ministro de la policía francesa estaba convencido de que, aunque dejase abiertos cien portillos á Fernando para volver España, no se moveria. Éste era el príncipe cuyo nombre corria en la península de boca en boca bendecido, mientras se peleaba por él con un denuedo de que acaso no ofrece la historia mas memorable ejemplo. Napoleon enviaba contra España numerosas legiones, las mas destinadas á acorralar á Wellington y á los ingleses en algun punto de Portugal, y obligarles á reembarcarse. Para mandarlas eligió á Massena, á quien llamaba el hijo mimado de la victoria. Juntó éste con su ejército algunas divisiones del de Soult, dando así á la isla gaditana un respiro, y se adelantó contra Wellington cuyas tropas se habian aumentado con otras españolas al mando de La Romana. Púsose el francés sobre Ciudad Rodrigo, y despues de una bella defensa la obligó á capitular. Internado en Portugal, fué replegándose delante de él Wellington, y recogiendo al paso los recursos del pais, hasta que tomó posicion en las inexpugnables líneas de Torres-Vedras, ante las cuales tuvo que retroceder Massena, mostràndose por esta vez la victoria enfadada y terca con su hijo predilecto. Delante de Cádiz limitábase por el pronto el mariscal Soult á hacer construir buques lijeros y á levantar una línea de fortificaciones desde el arranque de la bahía hasta el pueblo de Chiclana. Defendian la isla amenazada veinte y cinco mil hombres, los siete mil ingleses. El general Blake, que mandaba las fuerzas españolas, se habia dirigido á Murcia en donde con un ejército de diez y seis mil hombres debia hacer frente á Sebastiani, y al mismo tiempo correrse hácia Granada. Por la parte de Cataluña las guerrillas dirigidas por Milans, por Manso y por Eroles se habian hecho tan temibles á los franceses, en particular desde la sorpresa que les habian dado en La Bisbal, que no se atrevian á dar un paso sino con todas sus tropas en masa. Interesábales la ocupacion de la plaza de Tortosa para darse la mano con las fuerzas de Valencia, y el general Suchet se movió contra ella. Andaban á la sazon muy agitados los ánimos de los españoles por la tardanza de la regencia de Cádiz en la convocacion de las córtes prometidas. Transcurrido habia el primero de marzo, y pasado dias y meses sin que se mentase siquiera aquella promesa no cumplida. Cansados ya en 17 de julio los diputados por varias provincias reunidos en Cádiz eligieron á Hualde, que lo era por Cuenca, y á Toreno por Leon, para que expusiesen ante la regencia la necesidad de dar satisfaccion á la pública demanda. El dia siguiente 18 alcanzaron un decreto por el que se mandaba proceder á elecciones en donde no se hubiesen practicado, y se decia que si por todo el mes de agosto se hubiese reunido ya en la isla gaditana la mayoría de los elegidos, inmediatamente se dispondria la apertura de la asamblea cuya reunion era tan vivamente deseada. Los desafectos á la instalacion de córtes juzgaban que, dando de esta suerte largas al asunto, en la imposibilidad en que la mayor parte de los pueblos se encontraban para proceder á elecciones, adormecerian por grados el espíritu público ó impedirian la reforma. Á fin de promover mas dificultades suscitaron por el pronto dudas acerca de si se convocaria una cámara, ó dos, en las que discutiesen divididos los brazos poderosos y el ínfimo. La mayor parte del consejo, sobre el particular consultado, opinó en favor de una sola cámara, y fué necesario conformarse con su parecer, que era el que mas simpatías públicas excitaba. La asamblea podia en efecto adoptar el sistema de la division por cámaras, toda vez que era llamada para dar una constitucion definitiva á la monarquía: pero adoptarlas sin consultar su voto era suscitar obstáculos á la reforma que se anhelaba. Dudóse tambien acerca del método de eleccion, y por fin se resolvió que cada ayuntamiento enviase un representante, á imitacion de las antiguas elecciones; que cada junta de provincia nombrase otro: y que además por cada cincuenta mil almas eligiesen todos los vecinos desde la edad de veinte y cinco años un diputado. Bastaba ser elector, y lo eran todos los que aquella edad tenian, para poder ser elegido diputado. Amplia era la eleccion y generosa: solo en una cosa anduvieron errados, si ya no obraron con intencion segunda los que la dictaron: tál fué la de adoptar el método indirecto, en cuya virtud el voto popular pasaba por tres tamices, el de las juntas de parroquia, el de las

Digitized by Google

de partido y el de las de provincia, exponiéndole á salir de ellos transformado y desconocido. Imitacion fué esto de la constitucion francesa de 1791, cuyo espíritu electivo fué dictado, nó por la idea de dar latitud al voto público, sino por la esperanza de que pudiesen darle direccion marcada las varias sociedades secretas que la revolucion encaminaban. Llevando algunos adelante la mira de impedir de todos modos la instalacion decian que debia darse tiempo para la eleccion á las provincias de América y de Asia: que era dar apariencias de rectitud á una marcha torcida. Con efecto, cuanto mayor fuese el número de representantes y mas lejanos los paises de donde debiesen acudir, mas se tardaria en ver reunida la mayoría. Pero la pública ansiedad no permitió que triunfasen tan capciosos designios. Pidióse con instancia y se obtuvo que fuesen elegidos suplentes, en representacion de las provincias lejanas, por los individuos de las mismas residentes en Cádiz mientras no llegaban los propietarios. Decisivo fué este paso. La regencia no pudo por mas tiempo permanecer en sus dudas y vacilaciones, y fijó definitivamente el dia 14 de setiembre para la apertura del congreso. Amaneció el suspirado dia. Iba á saberse porqué y para qué estaba haciendo el pueblo tan inmensos sacrificios. La solemnidad en aquel dia solo puede compararse con la de las asambleas griegas y romanas que discutian sosegadamente rodeadas de huestes enemigas. Sobre algunos estadios de tierra, en medio de las olas de un mar tempestuoso, y rodeados de baterías enemigas contra sus pechos asestadas, prestaban los diputados un juramento solemne con una calma majestuosa. ¿Jurais, les fué preguntado, defender la religion, la integridad del territorio, el trono de Fernando VII, y el desempeño fiel de vuestro cometido? Sí juramos, respondieron con voz nutrida. Dios os lo premie si lo hiciereis, y de nó os lo demande. Esta fué la primera aurora de la moderna libertad española. Nacida en la guerra, marcábale ésta la azarosa suerte que la esperaba. Dia de triunfo hoy, de descalabro mañana, sus campeones estaban destinados á lidiar constantemente, á no arredrarse por la pérdida de una batalla, á tener constancia en los contratiempos, y aguardar con ánimo entero el triunfo de la razon y de la justicia, que nunca negó la Providencia. Opinan algunos que aquella manifestacion fué dañosa á la causa nacional. Se engañan. Solo por este camino podia establecerse la unidad de un reino tan dividido en leyes, y en usos antiquísimos, como formado de la aglomeracion sucesiva de pueblos distintos: elementos varios que solo mezclados en una muy noble y primorosa amalgama podian confundirse. De reforma fueron los primeros actos del congreso. Formáronle por el pronto hasta cien diputados, la tercera parte suplentes. Declaró que las discusiones serian orales y públicas; separando convenientemente del poder legislativo el ejecutivo nombró una regencia para ejercer el segundo; decretó la libertad de la imprenta; negóse á dar ningun mando en los ejércitos españoles al duque de Orleans que queria presentarse ante las cortes á solicitarlo, fundado en una invitacion que le habia hecho la anterior regencia; amplió las concesiones hechas á los americanos á fin de calmar las sublevaciones que en algunos puntos, como Caracas y Buenos Aires, habian tenido lugar contra la metrópoli; y nombró en fin una comision para redactar un proyecto de constitucion.

Habian tambien autorizado á la regencia para levantar ochenta mil hombres, para establecer fábricas de armas y un parque de artillería y maestranza en la isla de Leon, y para reunir en una comun tesorería las muchas que ántes en detrimento de los caudales públicos existian. En 20 de febrero de 1811 cerró sus sesiones en la isla para abrirlas en Cádiz cuatro dias despues. Hubiera efectuado ántes la traslacion, como á punto mas seguro, sin la fiebre amarilla que por entónces picó vivamente en aquella ciudad. En calamitosos dias los representantes del pais habian abierto sus sesiones. Los franceses bombardeaban la plaza de Cadiz. Los movimientos devastadores de los ejércitos, impidiendo en muchos puntos recoger la cosecha, dieron márgen á una carestía deplorable. Principió la lucha en América contra las provincias que habian dado el grito de independencia. Muchas poblaciones de la península fueron pasadas á sangre y fuego por los invasores. Manresa, Badajoz cayeron en su poder. La victoria de la Albuhera, y la sorpresa y ocupacion del castillo de Figueras parecieron reanimar las esperanzas decaidas: pero la fatal derrota de Murviedro, la rendicion de Figueras, y la pérdida de Tarragona, fueron grandes motivos de afliccion y de amargura. Brillante fué la defensa de los españoles en esta ciudad antigua. Realzóla un denuedo heroico, que por desgracia no fué acertadamente dirigido. En 2 de mayo se habia puesto sobre ella Suchet con un ejército de veinte mil hombres. Siete mil doscientos eran los defensores. Además tres navíos y dos fragatas inglesas la resguardaban por la parte del mar; Campoverde, entónces gefe de las fuerzas españolas en el Principado, acudió por mar desde Mataró con dos mil hombres de refuerzo, pero salióse en cuanto cayó en poder de los franceses el fuerte del Olivo. Espantosa fué la noche del 29 de mayo en que le asaltaron. Llovian sobre el fuerte y la ciudad bombas, granadas y balas rojas. Contestaban el Olivo y Tarragona con un cañoneo nutrido, y ametrallaban á los asaltantes. Los buques ingleses aumentaban el horror de la jornada descargando contra los franceses terribles andanadas, y enviando á su campo cohetes y bombas de iluminacion que derramaban rojo fulgor sobre aquella escena sangrienta. Por los arcos del acueducto que surtia de agua al fuerte del Olivo penetraron en él algunos franceses. Otros se internaron mezclados con el relevo que al mismo acudia desde la plaza. Escena de desolacion y de pavor. Los que bizarramente peleaban de frente víeronse acometidos por la espalda, y murieron lastimosamente. No desmayaron por esto los defensores de Tarragona. Con ánimo esforzado rechazaban las acometidas, y en 16 de junio habian causado al enemigo una pérdida de dos mil quinientos hombres. Campoverde en tanto, juntadas tropas recien venidas de Valencia, amenazaba á los sitiadores con diez mil quinientos hombres. El guerrillero Eroles les cogió un convoy de quinientos mulos. Pero Suchet adelantaba cada dia sus trincheras. En 21 de junio cayó en su poder el arrabal. Cinco dias despues llegaron al puerto algunos buques con mil doscientos ingleses de desembarco; pero sus gefes, examinado el estado de la plaza, no creyeron conveniente arriesgar su gente. Dia 29 de junio, abierta ántes una ancha brecha, asalta el enemigo la ciudad por la cortina y baluarte de San Pablo. Porfiada fué la lucha. Las primeras columnas que asoman por la brecha caen ametralladas á quema ropa; la misma suerte cabe á las segundas; embisten otras, y otras, y la resistencia crece con las acometidas. Adelántase en fin la reserva francesa, con los ayudantes de Suchet á su cabeza. Ocupa el baluarte, afirmando el pié sobre cadáveres franceses, y al momento córrese por los muros, flanquea á los defensores, y cae por la espalda de los que de frente esperaban ser embestidos. Noche aquella de desolacion terrible. Nada se perdonó. Las doncellas, las esposas, los ancianos, los tiernos niños fueron víctimas de una soldadesca brutal. Oro pedia ésta, y cuando le habia recibido, solo con sangre saciaba su furor. Cuatro mil habitantes perecieron. Muchos dias llorará Tarragona el aciago 28 de junio de 1811. Á los franceses costó el sitio mas de siete mil hombres. Decayó con la pérdida de aquella plaza el ánimo de las tropas nacionales que en el Principado militaban; mas no sucedió lo mismo con el de los guerrilleros, quienes viendo que las operaciones de los ejércitos comunmente salian desgraciadas, y las de las partidas con buen éxito, se afirmaron en la idea de que éstas y nó aquellos debian ser la destruccion de los franceses y el afianzamiento de la causa nacional.

Recias borrascas las combatieron todavía en los primeros meses de 1812. Blake, acorralado en Valencia despues de la batalla de Murviedro, vió caer sobre sí con un numeroso ejército al general Suchet. Valencia no estaba preparada militarmente para defenderse. El pueblo,

descontento contra Blake, mostrábase inclinado á abrir las puertas al francés. En 9 de enero capituló el general español. Á la rendicion de Valencia siguió en 4 de febrero la de Peñíscola, que cobardemente entregó su gobernador, y la de Denia, que no hizo resistencia. Pero casi al mismo tiempo la noticia de la heroica defensa de Tarifa, ante cuyos muros fué humillada la arrogancia enemiga, y la de haber caido en poder de Wellington la plaza de Ciudad-Rodrigo, realzaron los ánimos abatidos. Las córtes concedieron al gefe inglés grandeza de España con título de duque de Ciudad-Rodrigo. No habian entre tanto los diputados españoles perdido el tiempo. Conociendo que no siempre sopla el viento favorable á la libertad de un pueblo, y que es conveniente no perder las favorables coyunturas, habian discutido el proyecto de constitucion de la monarquía que por la comision al efecto nombrada les habia sido presentado. El espíritu del proyecto era muy parecido al de la constitucion francesa de 1791, achaque de imitacion comun á todos los gobernantes españoles de este siglo. La eleccion indirecta no pudo jamás ser una verdad. Además de este cargo varios son los que han sido dirigidos contra la constitucion de 1812. Primero: porque sancionaba el principio de la soberanía nacional. Este principio no lo sancionaba ella sino la historia. El que pueda encontrar el orígen de las sociedades y de los imperios en otro camino que el del asentimiento general será el primer filósofo del mundo. Si una nacion abandonada de sus reyes, traspasada á los extraños como rebaño no tiene derecho para manifestar su voluntad y constituirse independiente, menester es borrar de los libros la voz de patria. Además las tradiciones españolas enseñaban el ejemplo de varias elecciones de reyes en las que dominó aquel principio. La de García Ramirez en Navarra; la de Ramiro el mongo en Aragon; la de Wamba, y del tio de Juan II en Castilla; y sobre todos estos ejemplos el del parlamento de Caspe, prueban que jamás se consideraron los españoles como desposeidos de la dignidad de hombres, que de Dios recibieron. Segundo: porque concedia facultades sobrado latas á los municipios y diputaciones provinciales. ¿Qué podian hacer las córtes de Cádiz sino contentar á los ayuntamientos y á las juntas provinciales, únicas corporaciones de quienes podia prometerse vida y movimiento el cuerpo político en aquellos dias borrascosos? La salvacion trazaba este camino, y se siguió. Aquello fué una cruzada generosa, una liga federativa para obtener el comun triunfo. Federativa fué pues en algun modo la institucion adoptada. Tercero: porque no sancionaba el principio de la tolerancia religiosa, en las naciones verdaderamente libres admitida. Nadie la demandó, prueba de que á la nacion le repugnaba; y si se hubiese admitido no hubiera faltado pié para achacarse á influjo de la preponderancia inglesa, interesada en favor del protestantismo: hasta acto de independencia nacional fué no darle cabida mientras las ideas no cambiaban. Cuarto y último: que dejaba descarnado el poder real. Natural reaccion habia sido esta. ¿Cuán descarnadas, con efecto, no habian dejado los príncipes, desde Cárlos I, las franquicias nacionales? El conde duque de Olivares, clamando contra los catalanes, repetiale siempre á Felipe IV que no era rey de Cataluña, sino de nombre, tan descarnada habian dejado su autoridad los privilegios de aquellos naturales. ¿Qué mucho, pues, que las córtes de Cádiz buscasen ejemplos de libertades públicas entre los pueblos del reino que mayores las habian disfrutado? Así los mas defendian aquel código: por nuestra parte afirmamos que los mismos que amargamente le censuran, no hubieran vacilado en firmarle en las circunstancias en que fué sancionado. Si mas adelante apareció muy defectuoso, fuélo principalmente porque todo envejece, y porque los tiempos nuevos necesitan instituciones nuevas. En una palabra: escrito aquel código en dias de lucha, fué su espíritu batallador y receloso, y necesariamente no debia adaptarse á situaciones mas tranquilas. Dia 19 de marzo de 1812 fué jurado solemnemente por los brazos civil y eclesiástico, y aclamado con entusiasmo por el pueblo. Caian á la sazon bombas sobre la ciudad, y al reventar alguna repetíanse los vivas á la ley que sancionaba la libertad individual y la de la prensa, que abria vasto campo para las pacíficas innovaciones del porvenir, y ponia trabas á los abusos del poder. Acabada su obra las córtes extraordinarias convocaron á la nacion á elecciones para la reunion de las ordinarias de 1813. Por este tiempo el general Marmont, que habia reemplazado á Massena, intentaba recobrar la plaza de Ciudad-Rodrigo; pero, mientras hacia contra ella un amago, Wellington se puso sobre Badajoz y en pocos dias la rindió; burlando los esfuerzos de Soult, que habia acudido desde las Andalucías, y de Marmont. Replegóse éste hasta el Tormes. Acudió contra él el ejército anglo español y cerca de Salamanca se dió la famosa batalla de los Arapiles de la que salió el francés en completa derrota. De nuevo tuvo José que abandonar la capital de la monarquía. Soult hizo lo mismo con las Andalucías, y pareció que la suerte iba á prometer en fin á la España dias mas felices. Entónces el emperador no podia enviar auxilios á sus huestes. Creyendo seguro su triunfo en la península, en donde tenia doscientos cuarenta mil combatientes, habiase dirigido al corazon de la Rusia con medio millon de soldados, y allí un frio intenso venció al caudillo ante quien se habian mostrado sumisos todos los soberanos del continente europeo. Al colmo llegó el entusiasmo de los españoles. En vano, concentrados los ejércitos franceses obligaron á Wellington á hacer un movimiento retrógrado: las guerrillas, mas animosas cada dia, obtenian señaladas ventajas en la Rioja, en Cataluña, en Aragon y Navarra.

Así que Wellington tuvo noticia de los grandes desastres acaecidos en Rusia al ejército francés, concertóse con los generales españoles para tomar la ofensiva. Todos hicieron movimiento á la vez. Por otra parte Napoleon debilitó el ejército que tenia en España, sacando de él las mejores divisiones que necesitaba para hacer frente á la nueva coalicion europea. De esta suerte los generales franceses y el mismo José Bonaparte se fueron replegando por grados hácia la línea del Ebro, y abandonaron definitivamente la villa de Madrid. Siguió su alcance el ejército anglo-español, y cerca de Vitoria fué acometido por el grueso de los ejércitos franceses reunidos. Dióse allí la célebre batalla que fué para la guerra de la independencia lo que las jornadas de Brihuega y de Villaviciosa para la de sucesion. La artillería, los equipajes, los papeles mas interesantes de familia del mismo José Bonaparte, cayeron en poder de sus enemigos. Siguió á esta completa victoria el abandono de muchas plazas por parte del ejército francés, y su retirada á la línea del Vidasoa. Las tropas nacionales cayeron sobre Pamplona y sobre San Sebastian, únicas ciudades importantes que los franceses quisieron defender para dar una diversion á las tropas inglesas, mientras ellos se replegaban á la frontera. La plaza de San Sebastian, á pesar de todos los socorros con que intentó el mariscal Soult animar á sus defensores, fué tomada por asalto. Aquel general francés sufrió un nuevo descalabro en San Marcial, y en su consecuencia se rindió la plaza de Pamplona. Siguiendo el movimiento de los demas generales del imperio, habia Suchet abandonado el reino de Valencia y penetrado en Cataluña; allí esperó el resultado de las operaciones decisivas de las provincias Vascongadas; y sabiendo que habian sido favorables á sus enemigos, juntadas presurosamente cuantas fuerzas pudo reunir, dejando abandonadas muchas plazas, tomó la ruta de los Pirineos á fin de darse la mano con el duque de Dalmacia. Las córtes extraordinarias habian ya cerrado sus sesiones, y las ordinarias abierto las suyas, primero en Cádiz, luego en la isla de Leon, y ahora se encaminaban ya á Madrid. Efecto de la imitacion de las reformas francesas, que mas arriba dejamos apuntada, habian adoptado las córtes extraordinarias el principio de no reeleccion: por tanto no se extrañará que en las córtes ordinarias que las siguieron existiese una oposicion fuerte y compacta, resueltamente empeñada en echar por tierra

el edificio constitucional recien levantado. En algun modo la guerra estaba terminada. Tenian lugar en Francia acontecimientos muy trascendentales para la peninsula. Embarazábale á Napoleon su prisionero de Valencey despues de la retirada de Rusia, y conveniale por su medio poner término á la lucha sangrienta que tan vivamente habia combatido su poder en la peninsula. Entró, pues, en negociaciones con Fernando. Permitiale volver libremente á España; obligábale á conservar integra la monarquía española y muy particularmente á no ceder los á ingleses la plaza de Ceuta y la isla de Mahon que en aquel entónces ocupaban; haciale consentir en que los derechos marítimos entre la Francia y la España existiesen segun las estipulaciones establecidas en el tratado de Utrech; empeñábale en arrojar de la peninsula á los ingleses y en restituir á los partidarios de José Bonaparte sus empleos, dignidades, y sus bienes, la mayor parte en perjuicio de la nacion adquiridos; cláusulas las dos últimas repugnantes y que debian causar sensacion profunda á los que con la mayor abnegacion y constancia se habian sacrificado en personas y en intereses en favor de la causa nacional. Aberracion grande de espiritu fué proponer á los españoles que arrojasen ignominiosamente del reino á los mismos con cuyo auxilio habian triunfado, y entronizar á los que cobardemente, abandonando los instintos patrios, habian ofrecido sus servicios al extranjero.

Las córtes ordinarias, reunidas en Madrid á principios del año de 1814, negáronse indignadas á la ratificacion de aquel tratado. Dia 2 de febrero publicaron un decreto cuyos principales artículos prescribian que no se reconoceria por libre á Fernando VII ni se le daria obediencia hasta que prestase el juramento debido segun el artículo 173 de la constitucion; que al saberse la llegada del rey á la frontera se le diese copia de este decreto y de una carta de la regencia en que se le manifestasen los sacrificios hechos por la nacion, y las nuevas instituciones adoptadas; que si entraba con el rey gente armada, hasta con la fuerza fuese repelida; que no acompañase al rey ningun extranjero, ni mucho ménos ningun individuo que hubiese admitido empleos y honores de José Bonaparte; y en fin que el primer paso del monarca al entrar en Madrid debia ser dirigirse al Congreso y prestar en su seno el juramento que la constitucion prescribe. Además de este decreto publicaron las córtes un manifiesto en el que con entereza y brio se instruia á la nacion del tratado de paz firmado entre Napoleon y el cautivo monarca, tratado que se tachaba de violento y de injusto. Fernando VII esperaba ciertamente esta oposicion de la mayoría de las córtes, pero tambien contaba con el cansancio del pueblo despues de seis años de lucha, con lo poco que habian penetrado en las masas las ideas reformadoras, con la minoría del congreso impaciente por deshacer la obra comenzada, y mas intimamente todavía con algunos generales que por secreto conducto le habian hecho ofrecer no solo sus servicios personales sino el de los soldados que la nacion les habia encomendado. Sin recelo entró pues en España por la frontera de Cataluña, no manifestando por el pronto sus intimos intentos. Visitó la plaza de Gerona, hizo lo mismo con la de Zaragoza, y en vez de encaminarse directamente á Madrid, concertado ya con algunos gefes del ejército, se dirigió á Valencia, en donde el general Elio hizo que sus tropas le proclamasen rey absoluto. Otros generales, Eguía entre ellos, imitaron este ejemplo; y la España tuvo el desconsuelo de ver que sus mas predilectos hijos eran los primeros en hacer traicion á una noble causa. Sabíase ya que Fernando VII carecia de instruccion y de talento, pero nadie hasta entónces calculó que pudiese á tal punto llegar. Poca perspicacia era menester para descubrir el abismo en cuyo borde se solazaba puerilmente. Todos los españoles prudentes conocian que en las instituciones por las córtes admitidas habia mucho que retocar; pero entre abrir camino legal para la reforma de los vicios que en aquellas pudiesen descubrirse, ó echar por tierra de un golpe el edificio á tanta costa levantado, mediaba toda la diferencia que va de un acto grande de sabiduría á otro desacertado y temerario: ninguna nacion ha hecho tanto por su rey como la España por Fernando VII; ningun rey trató jamás con tanta ingratitud á sus súbditos como Fernando VII á su pueblo. Y sin embargo ningun príncipe se ha encontrado jamás en estado de hacer la felicidad de una nacion como pudo hacerlo el nuevo rey. Bastábale reunir en torno suyo á los hombres eminentes en saber y en dignidad, escucharlos, informarse de todo, y conciliando las voluntades, retrocediendo algunos pasos en un punto y adelantando en otro, hubiera fácilmente logrado mantener en equilibrio las nuevas instituciones y el poder real, y hecho llover sobre sí las bendiciones de todo un pueblo. Prefirió dar oidos á un partido apoyado en las bayonetas, y en vez de abrir para la España caminos de prosperidad y de bienandanza, ahondó en su seno simas profundas de calamidades sin cuento. Por secretos resortes logró que la minoría de las córtes compuesta de setenta diputados le representase que no le convenia jurar la constitucion de la monarquía. La representacion daba principio con estas palabras: — Era costumbre entre los antiguos persas, — lo que valió á sus firmantes el apodo de persas con que fueron conocidos. Dia 4 de mayo de 1814 dió Fernando VII el decreto por el que afirmaba que no juraria la constitucion, que no daria su asentimiento á decreto ninguno de las córtes ordinarias ni de las extraordinarias, declaraba nula la constitucion, nulos los decretos de las córtes, reo de lesa magestad, y por tanto de muerte al que de palabra, ó por escrito, ó con un hecho cualquiera indicase que aquellas leyes debian observarse. De esta suerte acabó con la libertad española él mismo en cuyo nombre habia sido proclamada. Fernando VII entró en Madrid rodeado de bayonetas y en medio del asombro de las poblaciones que no podian calcular como los mismos soldados españoles habian tenido corazon y aliento para anonadar al pueblo del que habian salido. Entónces triunfó la arristocracia de los empleos. Ejerciendo el poder desde que los reyes de España habian acallado la voz de los municipios, y destruido los privilegios de algunas provincias, contentábase con tener una organizacion que silenciosa y pausadamente habia tendido una vasta red sobre la administracion pública. Las audiencias, las capitanias generales, los virreinatos, las plazas en los consejos, las voces de las corporaciones consultivas, suyo era todo, y aunque existiese un monarca director, la autoridad no se movia generalmente de ciertas manos ni de ciertas familias. Para que el pueblo pudiese subir las gradas del poder preciso era que se alistase bajo las banderas del clero ó de la milicia, únicos portillos abiertos para acercarse á la grandeza, si ya no trepaba de un salto á la cumbre como Godoy en alas del favor real. Pero en estos casos, nó como individuo del pueblo ascendia, sino como recien admitido en la nobleza. Las nuevas instituciones decretadas por la nacion reunida en córtes, habian dado un golpe de muerte á esa supremacía feudal reformada, que no todos han estudiado debidamente en España, y era consiguiente que sus miembros hiciesen un esfuerzo ántes de consentir en su anulacion. Encontraron en Fernando VII un monarca débil, pintáronle como invasiones de mala índole las reformas planteadas, y recabaron de él lo que de un conquistador salvaje no hubieran conseguido.

La fatal estrella de Fernando VII le encaminaba á dar dias de afliccion y de amargura á los mismos á quienes debia la existencia. Destronó á sus padres y acibaró su ancianidad. Ahora, que habia encontrado en la nacion una madre entusiasta y solícita, la sumergió de un golpe en la desolacion mas triste. Saturno de nueva especie, nó con sus hijos, con los autores de sus dias se ensañaba. Por la fuerza habia dado principio á su reinado, y solo por ella tomando consejo del terror podia sostenerse. Mas adelante le veremos sucumbir providencialmente á impulsos de la misma fuerza que le ensalzó, levantarse de nuevo sirviéndole de palanca, nó ya las bayonetas nacionales sino las extranjeras, volver al terror, y fenecer

Digitized by Google

por fin dejando á los españoles unos con otros armados y concitados por él para que con la fuerza decidan una cuestion que él pudo y no supo cortar ni transigir. Destino cruel que ha hecho de su dominacion, comenzada en mayo de 1814, una época infausta de la historia de España. Atroces fueron sus primeros actos. Hizo prender á los miembros del consejo de regencia, á los ministros, al presidente de las córtes, á los secretarios del congreso, y á la mayor parte de sus miembros. Cúpoles la misma suerte á algunos famosos guerrilleros. Cuando los calabozos estuvieron llenos fué preciso dar salida á los presos. Unos fueron encaminados á los presidios de África, otros á los sótanos de la Inquisicion nuevamente instalados, muchos á la proscripcion, algunos al cadalso. Mientras así correspondia Fernando al amor que la nacion le habia profesado, el ejército anglo-español triunfaba en Tolosa de Francia, los aliados caian sobre este reino, obligaban á Napoleon á abdicar, y entronizaban á Luis XVIII. ¿Qué hacia este monarca cuya familia habia la revolucion conducido al suplicio y condenádole á él mismo á mendigar durante veinte y cinco años el pan en el suelo extranjero? Entraba en Francia perdonando, y concediendo á sus súbditos la libertad de que Napoleon no los juzgaba dignos. ¡Contraste asombroso! Luis, perseguido por la ira francesa, reinaba con amor y con ternura, y Fernando, entronizado por el amor de los españoles, reinaba con la crueldad y con la cólera. Ni una lágrima costó á la Francia el tránsito de la usurpacion militar á la legitimidad, ningun francés tuvo que abandonar su patria; lágrimas amargas, detenciones, prisiones, destierros, emigraciones y muertes muchas costó á la España la obra de la destruccion del edificio nacional, y del entronizamiento de la tiranía.

Nuevas y terribles alteraciones hubo en Europa en 1815. El hombre batallador, vencido en 1814 y arrinconado en la isla de Elba, sale de ella á la cabeza de unos pocos soldados, desembarca en el suelo francés, electriza con su presencia al ejército que tantas veces habia conducido á la victoria, y vuelve á sentarse en el trono de Francia. Pero caen contra él los monarcas de la Europa, y en Waterloo los ejércitos prusiano é inglés abren la tumba á su fortuna. La Francia se mostró indiferente para con el hijo de la revolucion que habia encadenado á su propia madre; y permitió que la alianza le condenase á acabar sus dias en el peñon de Santa Elena en donde murió algunos años adelante en 5 de mayo de 1821. Ratificáronse entónces los tratados de Viena destinados á ser por algun tiempo invocados como el derecho público de la Europa. La España no fué en ellos debidamente atendida, ni su gobierno tenia energía para hacerse respetar en el exterior. Dábanle ocupacion bastante sus enmarañados negocios interiores. Crecido habia extraordinariamente la deuda del estado, y menguado las rentas. Casi todas las colonias americanas, ocultamente conmovidas por los ingleses y por los americanos del norte, se hallaban en sublevacion abierta; y no solo de ellas no podian sacarse recursos, sino que apenas bastaban éstos para sostener la guerra en aquellas apartadas regiones. Los reyes padres, residentes en Roma junto con el infante don Francisco de Paula, instaban para que se les señalasen los debidos alimentos, y para que á la reina madre se le concediese la viudedad correspondiente. Veinte millones de reales fué preciso enviar anualmente á Roma para acallar unas pretensiones que en el estado de descontento público en que la España se encontraba y atendidas las injusticias de que se decia víctima el destronado príncipe, podian dar márgen á disturbios de una nueva índole. Instaban al propio tiempo pidiendo gracias y dignidades los que habian dado la mano al monarca para acabar con las libertades públicas, y á quienes era necesario tener contentos si debia llevarse adelante el sistema adoptado. Con efecto, las muestras de descontento se convertian ya en manifestaciones ruidosas en las cuales abiertamente se acudia á la fuerza para oponerse á los abusos de la misma. El general Mina habia en el año anterior proyectado apoderarse por sorpresa de la ciudadela de Pamplona, y aunque salió frustrado su designio, reveló con todo síntomas graves de agitacion en las filas del ejército. Diaz Porlier, otro de los guerrilleros distinguidos de la guerra de la independencia, levantó en 1815 la bandera de la libertad, y aun logró apoderarse de la importante plaza de la Coruña. Animado con esta ventaja se encaminó contra Santiago, pero tuvo la desgracia de caer en manos de sus enemigos y fué condenado á la última pena.

No desanimó á los partidarios del caido sistema la mala suerte que habian tenido las dos anteriores tentativas. En Cataluña, en Madrid mismo, en Valencia, se descubrieron casi á un mismo tiempo conspiraciones encaminadas á dar direccion distinta á la administracion pública. Eran gefes de la de Cataluña en 1816 los generales Lacy y Milans del Bosch; éste pudo huir á Francia, pero aquel cayó en poder de las tropas reales y conducido á Mallorca fué fusilado. Apareció como uno de los directores de la de Madrid el comisario de guerra don Vicente Richar, que fué por ello condenado á muerte. En la de Valencia resultaron complicados el coronel Vidal y el teniente Solá á quienes el consejo de guerra condenó asimismo á pena de la vida. Solá se suicidó. Solo bamboleando en medio de estas ejecuciones sangrientas podia sostenerse el nuevo gobierno. Á la sazon casó el rey con la hija de don Juan VI de Portugal, doña María Isabel. Enviábanse una tras otra expediciones á América para volver el pais á la obediencia; pero los colonos que en la opresion que sobre la península pesaba tenian á la vista la dura suerte que les esperaba si eran vencidos, por mas descalabros que sufrian levantábanse con nueva arrogancia, y por momentos veian multiplicarse sus huestes.

Para enviar mayores refuerzos en 1817 y hacerlos escoltar debidamente, tuvo necesidad el gobierno español de recurrir á un expediente deplorable. Debíale la Inglaterra una indemnizacion por los perjuicios que á los españoles ocasionaba la abolicion del tráfico de negros hasta entónces permitido. Invirtióse este dinero en comprar á la Rusia unos buques de guerra carcomidos, incapaces de sostener mas allá de un viaje. Imposible era dar una mas lastimosa idea del estado á que la España habia quedado reducida. En vano don Martin de Garay se esforzaba en querer poner órden en la hacienda que le estaba encomendada; en vano se obtuvo del sumo pontífice venia para exigir del clero un subsidio de treinta millones de reales: en vano se trató de fijar los presupuestos de gastos del estado en setecientos catorce millones de reales anuales: la falta periódica de los caudales que ántes procedian de América excitaba las quejas y los clamores de los que mas inmediatamente experimentaban su influencia (para ellos) vivificadora. El clero se resintió de que se le exigiese un tributo, los empleados de que se les descontase parte de su sueldo; y los que vivian de las prodigalidades de la corona no podian avenirse con que fuesen adoptadas economías. Viendo las naciones extrañas el estado de postracion de la monarquía no vacilaban en injuriar á un gobierno que para nada contaba con el voto de los súbditos. Echáronse los portugueses sobre la plaza de Montevideo en la América del Sur, y la ocuparon. Imitaron el ejemplo los Estados-Unidos enviando tropas que se apoderaron de las Floridas. El gobierno español demostró á la faz del mundo su nulidad y su cobardía. Á la agresion de los portugueses opuso un memorial en queja para ánte las grandes potencias europeas. Á la usurpacion de los Estados-Unidos contestó entrando en tratos de venta del pais ocupado.

Múdase el ministerio; á Pizarro, secretario de Estado, sucede el marqués de Casa-Irujo; á Figueroa, Cisneros antiguo virey de Buenos-Aires; á Garay en fin, llamado harto prematuramente el Necker español, reemplázale don José Ymaz: y los ministros caidos son desterrados de la corte. Pareció á algunos que al sistema del terror en el interior iba á suceder el de la templanza, y al de la humillacion en el exterior el del vigor y la nobleza. Engañáronse. Las crueldades de Elío en Valencia, en vez de censura del gabinete, sus alabanzas motivaban. El clero

andaba discorde; cundian por el ejército un descontento y una exaltacion que nada bueno presagiaba: la nacion era presa de una alarma febril por lo comun precursora de grandes catástrofes. Numerosas bandas armadas recorrian las provincias; y los correos no podian llegar con seguridad á su destino sin una numerosa escolta. En medio de esta consternacion murió casi repentinamente la reina en cuya influencia se fundaban algunas vagas esperanzas para el porvenir. Estaba en cinta, y gozaba de buena salud, cuando, dia 26 de diciembre de 1818 á las nueve de la noche, acometióla una fuerte convulsion, y murió á los veinte y dos minutos sintiendo vivísimos dolores. Con la esperanza de salvar el feto hizosela la operacion cesárea: salió una niña que vivió muy pocos minutos. Por entónces se tuvieron deplorables noticias de una expedicion de dos mil hombres salida de Cádiz en 21 de mayo con direccion á Lima. La tripulacion del navío Trinidad se habia sublevado, arrojado al mar á los oficiales, y hecho rumbo hácia Buenos-Aires en donde en 6 de setiembre fué recibida en triunfo. La fragata Isabel de cincuenta cañones habia caido en manos de los insurgentes de Chile. Del resto del convoy nada se supo. Sin embargo de este contratiempo preparábase en Cádiz otra expedicion bajo el mando del conde de La Bisbal. Habíanse reunido en aquel puerto seis navíos de línea, seis fragatas, y se juntaban buques mercantes para el transporte de diez y ocho mil hombres.

En enero de 1819 acaeció la muerte de los reyes padres. Establecidos en Marsella despues de su abdicacion en Bayona, salieron de aquella ciudad en 1811 y pasaron á Roma, en donde junto con Godoy y el infante don Francisco vivian retirada y pacíficamente. Durante un corto viaje que hizo Cárlos IV á Nápoles murió en 2 de enero María Luisa, de un ataque de apoplejía. Pocos dias despues, el 20 del mismo mes, acabó sus dias en Nápoles Cárlos. En esta misma ciudad habia nacido en 1748. Casó en 1675 con Luisa-María-Teresa de Parma, y con ella vivió en buena paz cerca de cincuenta y cinco años. Notable fué su fuerza física, y mas aun la natural bondad de su carácter. Solo en la caza, en oir música, en el retiro y en la uniformidad de los hábitos caseros encontraba placer y alegre holganza. Su vida privada embelleciéronla suaves virtudes y actos de beneficencia. Fernando VII no quiso confirmar sus disposiciones testamentarias sino en lo relativo á las mandas hechas á la servidumbre. Á Godoy prohibióle nuevamente volver á España; mandato innecesario. Bastaban para alejarle de ella sus recuerdos, y mas que todo las ejecuciones capitales que en ella no cesaban un punto. Doce de los complicados en la conspiracion de Valencia acababan de ser fusilados por la espalda como traidores. Diez y siete de los que aparecian cómplices de la de Lacy fuéronlo en Barcelona. Á los autos de fé habian sucedido los autos políticos. Las Andalucías, la Extremadura y las gargantas de la Mancha estaban infestadas de partidas que progresaban en medio del desórden de la administracion pública. El gabinete tenia una existencia precaria, pues á la confusion del ramo de hacienda, á las dificultades exteriores, á la guerra cada dia mas enconada contra las colonias, y á los grandes peligros exteriores, era necesario añadir los recelos de Fernando que en ninguno de sus ministros ponia confianza, ántes hasta su modo de pensar mañosamente les encubria. Destituyó al marques de Casa Irujo y le desterró á Ávila. Relevó á Eguía, ministro de la guerra, y desterró al consejero Heredia. Los cortesanos mismos se perdian en un laberinto de conjeturas sobre la causa de mudanzas tan repentinas. En esto descúbrense nuevas conspiraciones. Una en las filas del ejército expedicionario de Cádiz: fué preciso para comprimirla desarmar algunos regimientos. Otra en Valencia; puestos los reos en poder de la audiencia real, faltaban pruebas para proceder contra ellos: Elío suspende de sus funciones á los jueces, entrega á los acusados al Santo Oficio, y hasta el vedado tormento contra ellos se emplea. Renuévanse las tramas en Cataluña, en Granada, en Madrid, y trás de ellas las medidas sangrientas. Existencia cruel la de un gobierno á todas horas condenado á matar para vivir. El ministro de la guerra circuló á los presidios de África órden de tratar con la mayor severidad á los presos de estado y por causas políticas, y de tenerlos incomunicados. Para colmo de calamidades declaróse en la escuadra expedicionaria de Cádiz, en la poblacion de San Fernando, y luego en toda la isla de Leon, una epidemia cruel, en la que algunos médicos creyeron reconocer los síntomas del cólera morbo que dos años ántes habia hecho estragos espantosos en la India, mientras otros afirmaban que era el verdadero tifus icteroides. En Madrid pareció que iba á dar por unos dias treguas á la pública consternacion el nuevo matrimonio del monarca con doña Amalia, princesa de Sajonia, efectuado en 19 de octubre. Pero el mismo dia súpose que nueve mil hombres de los que formaban cordon en torno de la isla gaditana se habian dispersado, amenazando derramar el contagio por todo el reino. Dióse un decreto que castigaba con la muerte á cuantos se acercasen á Madrid sin papeles corrientes de la Sanidad. Bajo estos auspicios se celebraron las fiestas del regio himeneo. No faltó el decreto de amnistía. Los contrabandistas, los desertores, todos los malhechores ordinarios fueron indultados: nó así los condenados por delitos políticos. El consejo de Castilla hizo oir en favor de éstos algunas palabras de recomendacion y olvido; inútil ruego: el gobierno estuvo sordo é implacable. Un incidente singular puso fin al año de 1819. Los coroneles de todos los regimientos estacionados fuera de la capital recibieron una circular firmada por el inspector general de milicias en que se mandaba que se reuniesen éstas, y se acompañaban diplomas de promociones para unos oficiales y órdenes de destierro para otros. El coronel del regimiento de Toledo, que era el mas próximo á la capital, acusó inmediatamente el recibo. El inspector general conoció al momento que habian falsificado su firma, avisó al ministerio, y se enviaron ganando horas extraordinarios á todas partes para impedir el efecto de aquellas circulares. Un decreto de fecha 8 de diciembre prometió trescientos mil reales y un empleo de treinta mil reales anuales á quien descubriese al falsario, pero nada se logró. Opinan algunos que fué este el primero é infructuoso ensayo de los que aspiraban á destronar á Fernando, y sentar en el trono á don Cárlos su hermano. En sentir de otros, los constitucionales, nó don Cárlos, debian explotar el movimiento de que aquella circular era precursora.

Los acontecimientos de 1820 dieron á esta opinion mayor valía. No bien cesaron los estragos de la peste en la isla gaditana, cuando, dia 1 de enero, el comandante del segundo batallon de Asturias don Rafael del Riego reunió su gente en la plaza del pueblo de las Cabezas de San Juan, proclamó la constitucion de 1812 y se puso en movimiento hácia Arcos de la Frontera, en donde sorprendió al conde Calderon, general del ejército expedicionario, y á casi todo su estado mayor. Reuniéronsele el batallon de guías, el de Sevilla, y luego el 2.° de Aragon. Casi al mismo tiempo Quiroga salia de Alcalá de los Gazules con el batallon de España, reunia bajo la nueva bandera al batallon de la Coruña, y sorprendia en San Fernando al ministro de Marina, Cisneros, que dirigia en persona los preparativos de la expedicion. La proclama que Quiroga dirigió á sus soldados dió á conocer el móvil del levantamiento, y su objeto. Fué el móvil la repugnancia que de partir para América tenian los soldados; el objeto recobrar las libertades patrias: — Estabais destinados, les decia, nó á la conquista de las colonias, que ya es imposible, sino á la muerte, para librar al gobierno del espanto que vuestro valor le inspira, mientras vuestras familias quedarian en la esclavitud mas degradante. — En sus secretos designios quiso la Providencia que el ejército, palanca de que se sirvió Fernando para derribar la libertad, se volviese contra la mano que en usos tan menguados le empleara. Juntóse á los sublevados, reunidos ya en la isla de Leon, un destacamento de artillería. Acudieron contra ellos tropas de Sevilla al mando de Freire, y las del campo de San Roque,

dirigidas por O-Donnell. Ambos generales vacilaban en acometer á los sublevados, no muy seguros de su propia gente. Por el contrario Quiroga en 12 de enero acometió la plaza y arsenal de la Carraca, penetró en ella, y además se hizo dueño del navío San Julian, lleno de presos por delitos políticos, á quienes dió libertad. No habia sido tan feliz una acometida que dió contra Cádiz, y tampoco tuvo buen resultado otra dirigida contra la Cortadura. Valdés, gobernador de aquella plaza, oponia una tenaz resistencia para dar tiempo á Freire y á O-Donnell de caer sobre la isla de Leon. Temerosos de la aproximacion de éstos, Riego y Quiroga convinieron en hacer una diversion á sus espaldas, y en 27 de enero pasó el primero con una columna expedicionaria á Chiclana, y se dirigió hácia el interior del pais, proclamando de paso en los pueblos la constitucion de 1812. Conil, Bejar y en 31 de enero Algeciras, recibieron á Riego con entusiastas aclamaciones. Hasta el 7 de febrero permaneció en este pueblo, y logrado ya el objeto de atraer sobre sí gran parte de las fuerzas dirigidas contra la isla de Leon, se encaminó hácia Málaga. El 16 tuvo que sostener en Marbella un encuentro reñido, y el 18 entró en aquella ciudad. O-Donnell venia á sus alcances, y le acometió, pero fué rechazado. No obstante, conociendo Riego que la falta de caballería haria su posicion difícil, se encaminó á Colmenar para echarse en las montañas. Su valor se vió entónces á prueba de situaciones difíciles y casi desesperadas. Los mas débiles de sus soldados quedábanse rezagados y buscaban abrigo en la espesura de los montes; los demas, acosados como fieras, con los piés ensangrentados, postrados de fatiga, esperaban la muerte como un beneficio. En Antequera, se procuraron, dia 22, algun calzado y víveres; en Ronda tuvieron que luchar nuevamente; en Grazalema fueron recibidos como libertadores, dia 26; en Moron, 3 de marzo, se les juntaron algunos dragones desmontados; el dia siguiente acomételos de nuevo O-Donnell; retíranse á las Cordilleras, llegan el 5 á Villanueva de San Juan, pasan por Gilena, Estepa, Puente de Gonzalo y Aguilar; por el puente de Córdoba, cruzan el Guadalquivir, entonando el himno patriótico y guerrero, llamado despues himno de Riego, á vista de la ciudad silenciosa, asombrada de tanto entusiasmo y audacia; fué esto dia 8. La columna tomó la ruta de Espier; en Fuente Vejuna luchó por última vez; el 11 de marzo á las cuatro de la tarde entró en Bienvenida, en el estado mas deplorable, reducida á trescientos hombres, casi desnudos, sedientos y febriles. Don Evaristo San Miguel era gefe de su estado mayor. Las tropas que los perseguian les cerraban todos los pasos en las cercanías. Tuvieron consejo en tan apurado trance, y determinaron separarse en pequeñas guerrillas, y dejar que atendiese cada cual á su conservacion. En aquellos momentos dolorosos ninguno de ellos hubiera creido que triunfase su causa en la misma capital de la monarquía. Su marcha penosa, su tránsito por los pueblos, sus combates repetidos, su cruzamiento del Guadalquivir, habian tomado á lo lejos proporciones colosales, y conmovido en muchas partes los ánimos vivamente agitados. Las fuerzas encerradas en la isla de Leon no hacian en verdad progresos, pero continuaban llamando sobre sí el grueso del ejército real. En Madrid, en Navarra, en Cataluña, en Aragon, y en Galicia sobre todo, sobraban elementos para secundar el levantamiento. En general el pueblo, prudente aunque descontento, dejaba á la fuerza armada el cuidado de llevar adelante su obra, como diciéndola, tú que la derribaste levántala. En la Coruña dieron el grito en 20 de febrero los batallones de Granada y de Castilla, y el regimiento de artillería, y llevaron en triunfo á la enlutada viuda del desgraciado Porlier. La plaza del Ferrol se pronunció en 23 del mismo mes. En la de Santiago quiso oponer resistencia el general conde de San Roman, mas tuvo que abandonar la ciudad en donde una columna llegada de la Coruña proclamó, dia 25, la constitucion. Igual proclamacion se hizo en Vigo el 24, y en Pontevedra el 26. El levantamiento progresaba. Dia 4 de marzo las columnas sublevadas penetraron en Orense. Estas noticias produjeron en la corte una impresion mezclada de furor y de espanto. Casi al mismo tiempo se supo que Mina habia penetrado en 25 de febrero en Navarra y caido sobre Aizzabal á la cabeza de decididos partidarios. Reunió Fernando el consejo de estado al que fueron llamados gefes de todas opiniones. Elío pedia sangre, y sus palabras hasta con horror fueron oidas. Ballesteros transaccion y clemencia; mas el gobierno vacilaba en inclinarse á ellas. Mandóse al conde de La Bisbal reunir las tropas de la Mancha para encaminarlas á Galicia, pero con ellas proclamó la constitucion en Ocaña, en Tembleque, Santa Cruz de Mudela, Almagro, y Ciudad-Real. Dia 7 de marzo Fernando cedió. Hizo fijar en las esquinas de la capital, y publicar en gaceta extraordinaria un edicto para la reunion de las córtes. El primer paso le habia dado el ejército; entraba ya en el palenque el pueblo. Mezclado el paisanaje con los soldados y los oficiales, arrancaron á una los edictos, dirigiéndose á palacio, y pidieron á gritos la constitucion. El general Ballesteros elevó una representacion al rey en que le decia que entre la aceptacion de aquel código y la pérdida de la corona no habia mas que un paso. Á las diez de la noche del mismo dia decretó el monarca que cediendo á la voluntad general del pueblo se habia decidido á jurar la constitucion de 1812. Consumada estaba la revolucion. Pero no era mas que el principio del fin, como ha dicho un político. SelláraIa aquel juramento, dado que fuese sincero; mas no fué así. Ante la fuerza habia cedido Fernando, y desde el mismo dia por debajo de cuerda maquinó para desandar el camino hecho. Zaragoza estaba ya pronunciada. Barcelona exigió en 10 de marzo la jura y el reemplazo del general Castaños por Villacampa; el pueblo hizo soltar los presos de la ciudadela y de la Inquisicion. En Valencia á duras penas pudo Elío escapar del furor de la plebe. Eguía general en Granada, fué desposeido y relevado por el marqués de Campo Verde. En Galicia el conde de San Roman juró la constitucion. En Córdoba, O-Donnell y Riego, perseguidor y perseguido, entraron de mancomun jurando ser fieles á las banderas de la libertad. Solo en Cádiz tuvo lugar la transicion trás de escenas lamentables. El 9 de marzo el pueblo reunido en la plaza de San Antonio pedia la constitucion. Los generales Freire y Villavicencio prometieron proclamarla al dia siguiente. Recibida fué la promesa con alegres transportes. Apareció iluminada la ciudad; varias músicas recorrian las calles, y el pueblo aclamaba aquel código. Invitados para el siguiente dia los oficiales de la isla de Leon no acudieron temiendo un lazo en el precipitado acuerdo, pero enviaron en clase de diputados á don Miguel López Baños, á don Felipe de Arco-Agüero, á don Antonio Alcalá Galiano, y á don Ignacio Silva. Congregado el pueblo en la plaza de San Antonio esperaba las ceremonias. Óyense de repente tiros por las calles; un batallon de guias y el regimiento de la Lealtad échanse á tropel contra la indefensa multitud, y se ceban hiriendo, y matando, y saqueando. Espantosa y brutal carnicería. El pueblo, convidado á un festin, la muerte en vez de un banquete encontraba. Mil heridos, y cuatrocientos sesenta muertos, entre ellos treinta y seis mugeres, y diez y siete niños, hicieron que Cádiz con piedra negra señalase el horrible 10 de marzo. Ejemplos de tanta depravacion y villanía solo entre caribes pudieran encontrarse. Los diputados de la isla de Leon salvaron sus dias refugiándose en la casa de Freire y huyendo despues por los tejados. Cuando llegaron las noticias de Madrid, y el general las publicó, no queria el pueblo dar crédito á ellas, temiendo otra odiosa emboscada. Batallando entre la ira y el placer, solo cuando supo que aquellas tropas habian salido de Cádiz y que iban á ser disueltas, proclamó la constitucion en 20 de marzo. Amanecia para la España entera un nuevo horizonte político. En vez de enviar gente para la reconquista de la América, envíanse proclamas. Cuarenta y dos mil hombres, embarcados para allá desde 1815, nada habian conseguido. Las proclamas tuvieron la misma suerte. Sonreíase el rey con los que le habian hecho jurar la constitucion; nom-

bró un nuevo ministerio del que formaba parte Argüelles; abrió las córtes en 9 de julio con una complacencia que parecia verdadera; no se oponia á la revalidacion de los decretos de las córtes de Cádiz; no contradecia las reformas nuevas: pero esa misma facilidad en las concesiones indicaba que las hacia con reserva. Estado de fluctuacion, de duda, de frialdad entre el monarca y sus ministros, que necesariamente debia trascender fuera de palacio, excitar recelos, y promover exigencias tal vez imprudentes. De esta suerte la reforma no podia marchar sino á saltos, violenta y bruscamente. Con intencion segunda dirigese el rey al Escorial, seguido de la familia real. El pueblo se conmueve, se agita, reclama su vuelta y la obtiene; exige que aparte de su lado al confesor y al mayordomo mayor, y tambien lo consigue. Los hombres cuerdos, que sin pasion observan este estado de cosas deplorable, inútilmente buscan caminos de avenencia para poner en armonia las instituciones y la corona: era por entónces punto ménos que imposible. Odiaba el monarca toda sombra de representacion nacional. Sabia que en la masa de la nacion conservaba su nombre una grande influencia, como mezclado al de una guerra enteramente nacional; el amor que se le habia profesado era todavia para muchos una especie de religion. Conveniale, pues, que sus actos diesen á conocer ciertas impresiones de lucha, y de postracion ante la fuerza. Así alentaba á sus partidarios, y no solo á ellos sino á las naciones extrañas. Con enfado presenciaban éstas las escenas de la revolucion española. Mirábanla de reojo, negábanse á reconocerla, y preparábanse para sofocarla.

Encontrábase el ministerio español en una posicion difícil. Consejero del monarca, únicamente en apariencia, veíale rodeado de gente mal avenida con las nuevas instituciones. Imponiale respeto el trono, y al mismo tiempo conocia que su deber le mandaba poner el dedo en una úlcera delicadísima. Motivos poderosos tenia para creer que en España y fuera de ella, en las provincias y en la misma corte, una misma era la mano que agitaba todos los elementos contrarios al pausado establecimiento de un régimen representativo. Fuera de España, los austriacos se adelantaban con numerosas tropas para volver á asentar el absolutismo en Nápoles y en Cerdeña, cuyos pueblos habian imitado el movimiento de la península. Levantábanse en algunas provincias bandas de partidarios del sistema caido en el año anterior, y á su cabeza se ponian hombres de prestigio, como el cura Merino, de quien habia sospechas que se entendia directamente con Fernando. En Madrid mismo, en medio de las asociaciones, que imprudentemente imitaban la marcha de los clubs de la revolucion francesa, fundábanse otras cuya manifiesta tendencia iba encaminada al descrédito de las instituciones á favor de sus propios desmanes y desafueros. Publicábanse papeles ofensivos, repugnantes, que hacian odiosa la libertad de imprenta, levantando torpemente el velo sagrado de la vida privada. Además, la revolucion habia incurrido en el fatal error de enconar sus disidencias con el clero; sin tener en cuenta que éste, en todas las grandes conmociones acaecidas en España, habia tomado parte muy activa en favor de las públicas libertades. Á mediados del siglo XVII y á principios del XVIII, el clero, de palabra y de hecho, fué quien con mas energía sostuvo las protestas de los catalanes contra la tiranía de la casa de Austria, y contra la de Luis XIV. Ya en el famoso parlamento de Caspe un fraile habia llevado la voz en algun modo en nombre de la soberanía nacional. Durante la guerra de la independencia hizo el clero prodigios. Obstinóse con todo la revolucion española, por espíritu de imitacion de la de Francia, en enemistarse con él, y consiguiólo en mal hora. Proclamaba ya el principio de que las comunidades religiosas debian desaparecer: absurdo grande, dijeron muchos, cuando en todas partes se crean clubs y asociaciones políticas, no permitir que algunos españoles tengan libertad de hacer vida comun para alabar á Dios en asociacion pia. Pero los que deseaban hacerse con pingües posesiones, en cambio de un papel barato, sabian dar á la voz del interés particular la entonacion y las proporciones de un grito nacional. Esforzábanse secretamente los emisarios del poder caido en espolear á la revolucion para que entrase por malas sendas que debian conducirla á un despeñadero. Cuando salia en público Fernando era recibido con desaforados gritos entre los cuales, en medio de vivas al rey constitucional, resonaban los mueras á su confesor, ya preso, por reputársele enemigo de la libertad. Cierto dia algunos guardias de corps se echaron sobre los que tales voces daban, y resultó una colision sangrienta. Reclamóse la reforma de aquel cuerpo, y el monarca la firmó. Ya ántes no habia opuesto resistencia á que las capitanías generales de las provincias fuesen dadas á los principales gefes de la revolucion. Á Riego cúpole la de Aragon. Á las menores insinuaciones de sus ministros accedia al momento Fernando. En 1 de marzo abrió en persona las sesiones de las córtes. Leyó el discurso redactado por los ministros. De repente, obsérvase que éstos le miran con aturdimiento y asombro. Al fin del discurso habia añadido el rey algunas cláusulas en que se quejaba de insultos recibidos por falta de energía del poder ejecutivo. Estocada de muerte dirigida contra los ministros presentes, á quienes nada habia dicho por la mañana, ántes los habia recibido con la sonrisa de costumbre. Turbado el presidente del congreso por caso tan nuevo é inesperado respondió en términos vagos. Pero así que se hubo retirado el rey propuso el diputado Toreno que se contestase al discurso de la corona con otro, segun era costumbre en Francia y en Inglaterra. Hízose así, y en la parte relativa á las cláusulas, añadidas por el monarca, y de las cuales los ministros no eran responsables, se dijo que estando concentrado el poder ejecutivo en manos del rey se esperaba de S. M. que haria reprimir todo atentado contra el poder real. Con lo que se le decia entre palabras respetuosas que en sí propio debia buscar la energía de cuya falta se quejaba. El ministerio puso su dimision en manos del monarca. Admitióla éste, y escribió á las córtes, pidiéndolas una lista de individuos que poseyesen la confianza de la nacion para componer un nuevo gabinete. Segundo incidente tan nuevo é impensado como el anterior. Fernando queria presentarse á los ojos de la nacion como esclavo de sus ministros y del congreso. Vieron en este paso los diputados un lazo tendido á las córtes. «Los que han aconsejado el rey esta medida, exclamó el conde de Toreno, son los mismos que doce años ha le están conduciendo de precipicio en precipicio.» «En medio de tantos escollos y peligros, dijo Martinez de la Rosa, deben las córtes conservar su independencia y su libertad.» Contestóse pues al monarca que los principios constitucionales y el interés público vedaban á las córtes tomar ninguna parte en el nombramiento de los ministros. Fernando eligió entónces un nuevo ministerio cuya mayoría no fué del agrado de las córtes. Mal podia funcionar la máquina gubernativa en medio de estas desidencias del poder ejecutivo con el legislativo. Las bandas realistas progresaban. Las córtes, seguras del brazo militar que era el autor de la revolucion, adoptaron entónces la ley marcial del 21 de abril, por la que quedaban sujetos los perturbadores á comisiones militares: ciegos los diputados pusieron la justicia en las puntas de las bayonetas, y no conocieron que si hoy era suyo el poder militar tal vez no lo seria mañana, y les haria con sus propias armas cruda guerra. Graves disturbios tuvieron lugar en 3 de mayo. Al saberse que el juez de primera instancia habia condenado á Vinuesa á diez años de presidio, formóse un tumulto que pedia á gritos la muerte del desventurado confesor del rey. Fué asaltada la cárcel, arrancado de ella el preso, y muerto violentamente. Desde este dia empezó á oirse en todas partes el Trágala, especie de cancion en la que se reproducian unos como martillazos, recuerdo de la muerte con ellos dada á Vinuesa. Las comisiones militares decretaban unas sobre otras ejecuciones capitales de rebeldes, y aun de desafectos, que con acompañamiento de aquella música

Digitized by Google

vinosa se hacian. Apartándose la revolucion de su noble fin, ensangrentábase, y se revolcaba en el cieno; precisamente lo que Fernando deseaba. Dos emigrados franceses, Cugnet de Montarlot en Zaragoza, y Vaudoncourt en Valencia, conspiraban casi al mismo tiempo que Mendialdua en Málaga, y Bessieres en Barcelona, para acrecer las alteraciones proclamando la república. De todas partes enviábanse peticiones á Madrid para que se abriesen córtes extraordinarias, cerradas ya las ordinarias en 30 de junio. Accedió el rey, segun el sistema que se habia propuesto, y convocólas para el 24 de setiembre. Por este tiempo la fiebre amarilla picó con vehemencia en Barcelona y en Tortosa. Veinte mil almas en aquella ciudad, seis mil en ésta, murieron en tres meses. Todos huian de aquella ciudad populosa, llenos de consternacion y de espanto. Solo el clero no huyó. Allí le vimos cumpliendo los deberes de su santo ministerio con una abnegacion personal, digna de mas noble recompensa. Pero la fiebre mas temible entónces en España era la que agitaba los ánimos, y hacia ver las cosas al través de engañosos prismas. Sublevábanse muchas ciudades pidiendo la caida del ministerio; Cádiz, Sevilla, Cartagena y Murcia, entre otras. Zaragoza clamaba por haberse destituido á Riego. Barcelona pareció levantarse de en medio del estrago y de la tumba para repetir, livida todavía, el grito de guerra contra los ministros. Las córtes vacilaban. Condenaban los actos de sublevacion, y al mismo tiempo pedian á la corona que eligiese nuevos consejeros. El genio puro de la libertad apartaba los ojos de una nacion que le invocaba con la voz, y con las acciones le desconocia, mientras el de la tiranía la miraba con infernal complacencia esperando por momentos la hora de caer nuevamente sobre ella y de avasallarla.

Cede Fernando ante el aparato de la fuerza, y acepta la dimision de cuatro ministros. Los restantes piden que el ministerio sea robustecido para poder gobernar. Presentan al efecto á las córtes tres proyectos de ley, uno de represion de la prensa, otro de limitacion del derecho de peticion, y otro de vigilancia sobre las sociedades patrióticas: proyectos capitales que introducen la division en las filas del congreso. Desde este dia los reformistas forman dos falanges. Vigor en el poder ejecutivo, pide una; franquicias públicas ante todo, clama la otra. Calatrava habla por ésta: Martinez de la Rosa y Toreno, por aquella. Arrojóse contra éstos la plebe á los mayores escesos. Fernando triunfaba secretamente. Masones, y comuneros, y americanos, y anilleros, confundíalos en su desprecio y en su ira. Triunfó por el pronto el masonismo. Aquietáronse las provincias. En Barcelona fué preso el coronel Costa que á la cabeza de una parte de la milicia nacional queria oponerse al comandante militar. Ciérranse las córtes extraordinarias, y un nuevo ministerio, del que es gefe Martinez de la Rosa, abre las ordinarias. Borrascosa oposicion presagian sus primeras sesiones. ¿Se admitirán los diputados por Cuenca? «Nó, exclama Canga Argüelles; el gefe político tomó parte directa en la eleccion; así daremos á entender al poder ejecutivo que su influencia debe ser nula.» El discurso de apertura fué recibido con vivas á las córtes, al rey constitucional y á la nacion. Entre tanto el presupuesto de gastos crecia de cerca cien millones anuales, propagándose aquella máxima tan cómoda para los ministros de que los gobiernos libres han de ser mas caros. Verdad es que á la sazon debia el gobierno hacer frente á circunstancias extraordinarias. La guerra civil, apenas sofocada en las Castillas, en Aragon y en Navarra, encendiase reciamente en Cataluña. Misas, mosen Anton Coll, Miralles, Boshoms, Romagosa, Romanillo, Bessieres (que habia recibido nuevas instrucciones), y el Trapense recorrian el pais, y levantaban partidarios en nombre de Dios y el rey. Era el Trapense un tipo extraordinario. Montado á caballo, en traje monacal, con el crucifijo en una mano y el látigo ó la espada en otra, no acometia á sus contrarios sin echarse ántes de rodillas é invocar el auxilio del cielo. Enteramente revuelta traian estos hombres la Cataluña. Parecióle al monarca ocasion oportuna en que probar un golpe decisivo para el recobro de la autoridad perdida. En Aranjuez, en Madrid mismo, en Pamplona habian tenido lugar algunos movimientos dirigidos á proclamarle absoluto. En 30 de junio, al cerrarse las córtes ordinarias, habianse oido en algunas calles de la capital vivas al rey neto. La guardia real y la milicia nacional se hallaban en oposicion abierta. El dia 2 de julio salieron de Madrid cuatro regimientos de aquella y fuéron á situarse en el Pardo, dando vivas al rey, y mueras á la constitucion. No habia dinero en el tesoro para pagar las atenciones públicas, pero á los guardias no les faltaba. En vano fueron propuestas varias negociaciones para impedir que estallase la guerra civil: transcurrieron cinco dias sin que diesen el menor resultado. Era necesaria una refriega. Fernando esperaba el resultado rodeado de dos batallones que daban la guardia de palacio. Dia 7 de julio, á las tres de la mañana, las fuerzas sitas en el Pardo se pusieron en movimiento contra la capital. Entraron y dividiéronse en tres columnas. La primera al mando de don Luis Mon dió una fuerte embestida contra el parque de artilleria, pero fué rechazada, y sus huestes desbandadas se encaminaron por rodeos al palacio real. La segunda, dirigida por el conde de Moy, acometió por la parte de la puerta del Sol, pero sufrió la misma suerte, y sus fugitivos tomaron igual rumbo. La tercera fué mas afortunada y penetró á viva fuerza hasta el centro de la plaza mayor, pero sabiendo la rota de las dos anteriores columnas replegóse tambien hácia palacio. Muy luego las fuerzas vencedoras tomaron las avenidas de éste, y el rey mandó izar en la regia morada bandera de parlamento. Sin embargo el grueso de los guardias no quiso rendirse, y vivamente perseguido se alejó de la capital de la monarquía. Ésta fué la batalla de Madrid. Perdida por el monarca la última esperanza en sus propias fuerzas, solo en las extrañas puso ya su confianza. Entónces el gabinete francés tomó en el congreso de Verona la iniciativa para contener la revolucion española, y obtuvo el asentimiento de la mayoría de los plenipotenciarios. Desde fines de 1821, so pretexto de formar un cordon sanitario para impedir la propagacion del contagio de Barcelona, habia reunido en la frontera de España un ejército del que eran una especie de guerrillas las huestes, llamadas de la fé, que recorrian la Cataluña. Mina, nombrado en 1822 capitan general del Principado, las acosó vivamente, pero pasada la frontera encontraban en el vecino reino proteccion y apoyo. Segun era natural, como una consecuencia del 7 de julio, el poder habia pasado á las manos de los comuneros; y se daban decretos vehementes contra cuantos eran sospechosos de enemistad al sistema: disposiciones que aumentaban el número de los que acudian á buscar en aquellas guerrillas y fuerzas extranjeras un asilo. Íbase anublando el horizonte. Los gefes de la revolucion presentian ya los actos de Verona, y clamaban contra ellos con fuego y osadía. «Si nos declaran la guerra, decia Alcalá Galiano en la tribuna patriótica, ella será la ruina de los tiranos.» En 29 de diciembre, levantó su voz Argüelles en el seno de las córtes, acusando á las potencias extranjeras de haber fomentado la guerra civil en Cataluña y en Navarra. «Si la nacion española, añadió, no usa de justas represalias, á lo ménos opino que las córtes deben anticipar el llamamiento de hombres para la defensa de la patria.» Con efecto, el extranjero estaba llamando á sus puertas; pero ya no existia dentro de ella un sentimiento unánime de nacionalidad: la nacion estaba profundamente dividida.

Batallaba ésta entre el amor á la libertad, el amor á la religion, y el amor á la monarquía, cuando las grandes potencias pasaron al gobierno de Madrid notas templadas en la forma, pero severas en el fondo, pidiendo la modificacion de las instituciones. La Inglaterra limitábase á pedir que la monarquía fuese robustecida, y ofrecia su mediacion si así se practicaba. Era ministro de estado don Evaristo San Miguel quien contestó á todas ellas, nó con diplomática mesura, sino con militar fiereza. Dió comunicacion del negocio á las córtes en 9 de enero, y fue recibido con vivas á la constitucion y á «la España li-

Digitized by Google

bre.» «La representacion nacional, exclama el diputado Galiano, está decidida á sostener la soberanía de la nacion.» «La nacion no se apartará un ápice del sistema constitucional, repite Argüelles.» «Las notas de esas altas potencias de Europa, dice Canga-Argüelles, parecen escritas para un pueblo salvaje que no conoce sus derechos ni su historia: ¿ignoran acaso que nuestras antiguas leyes no admiten intervenciones extranjeras?» «¿Porqué, añade Argüelles, porque no contenian esas potencias con otras notas el ardor de un rey cuando iba mal encaminado por la carrera del despotismo? El dia en que un soldado extranjero ponga el pié en España, no encontrará un solo español sublevado: todos hasta mosen Anton le harán la guerra.» Argüelles no fué profeta. Los diplomáticos extranjeros abandonaron la España abriendo paso á cien mil franceses. Delante de éstos venian como formando la vanguardia cincuenta mil españoles. Desgarrador aspecto presentaba entónces el pais. Vacío el tesoro público, nulo el crédito, general la miseria, y los corazones todos rebosando ira y venganza. ¿Eran enemigos de la libertad del pais los que en tales momentos guiaban á un extranjero que como pacificador se presentaba? Seamos justos para con nuestros hermanos. El francés no hubiera puesto el pié en España sin contar con la voluntad del rey que le llamaba, y con los esfuerzos de los españoles mismos que deseaban poner término á una situacion violenta. Lo que parecia vanguardia era el cuerpo del ejército. Aquella se adelantaba confiada en sí propia, y segura del pais; éste entraba consternado, y tembloroso. La nacion no se humilló ante las fuerzas extranjeras, que fuera baldon pensarlo siquiera: abrumóla su propia posicion insostenible. Las huestes realistas, y nadie se ofenda, no iban contra la libertad de la patria ni en favor del yugo extraño. La revolucion habia puesto la mano imprudentemente en cosas sagradas, y ahora pagaba la pena de su osadía. Los realistas pedian libertad para su rey, libertad para manifestar su opinion de absolutismo sin tener que sufrir el trágala, libertad para poder ser frailes, como la tenian otros para ser comuneros y masones. Fácilmente conoció el gobierno que la tempestad que sobre el sistema constitucional descargaba era obra de Fernando. Determinó, pues, en union con las córtes, su traslacion á Andalucía: golpe sensible para el monarca, ya enfermo de la gota, y que le alejaba del centro de sus partidarios. En vano procuró evitarle, y mudó la mayor parte del ministerio en la esperanza de conseguirlo: las córtes ordinarias, que en 1.° de marzo siguieron á las estraordinarias, obligaron al nuevo gobierno á activar el viaje. En 20 de marzo, pálido Fernando, triste, ensimismado, al lado de la reina llorosa, se alejó de la capital con direccion á Sevilla. Seis mil hombres le seguian, nó para escoltarle, para impedir su fuga. La constitucion no podia vencer separada de la monarquía, y para no perder su sombra tenia que llevarla presa; semejante estado no podia subsistir. Pocos esfuerzos bastaron para destruirle. La campaña del ejército francés no fué tal, sino un paseo militar. Las ciudades le abrian las puertas sin obstáculo; los habitantes de los pueblos pequeños salian á recibirle; muchos generales constitucionales, creyendo que la ocupacion, segun decian los gefes franceses, era el principio de una mediacion, nó de una reaccion, se replegaban sin querer inútilmente sacrificar gente. Faltábanles por otra parte fuerzas para resistir al torrente invasor que por momentos se iba engrosando. Zaragoza, Gerona, los pueblos de mas nombradía, enviaban sus llaves al extranjero. Ninguna resistencia era posible ante semejantes hechos. Madrid se opuso á la entrada de Bessieres y sus españoles, y los rechazó; pero abrió sus puertas á los franceses, acogiéndolos unos habitantes como libertadores, y otros como protectores. Mina y Milans en Cataluña fueron los que mas tiempo resistieron. Barcelona no se rindió hasta el noviembre. Sevilla fué teatro de escenas terribles. En 9 de junio sabedores los ministros de que un cuerpo de ejército francés se adelantaba victorioso sobre Córdoba declararon al rey que era preciso trasladarse á Cádiz. Negóse con entereza el monarca. Podia en Sevilla contar con el pueblo y de un momento á otro la noticia de la aproximacion de los franceses hubiera producido una fuerte conmocion popular á su favor. Enviáronle las córtes un mensage pidiéndole que no demorase la salida, y respondió que como rey, su conciencia y el interés de sus súbditos no le permitian consentir. «Pido, exclamó Galiano, que se declare al rey moralmente impedido, á tenor del artículo 187 de la constitucion, y que se nombre una regencia que ejerza el poder ejecutivo durante la translacion á Cádiz.» La proposicion es adoptada, y á la fuerza se efectua la translacion. Fué necesario manifestar el cáncer que á la revolucion corroia: su guerra con el rey en cuyo nombre hablaba. Cuando de Sevilla salió con el monarca el grueso de las tropas constitucionales, aquello fué una desolacion. La plebe amotinada daba vivas á la monarquía y la religion, reputando enemigos de entrambas á los constitucionales; tan errada senda habian seguido éstos. Voló un almacen de pólvora que en la Inquisicion habia, y doscientas personas perecieron. Á los dos dias acertó á entrar en la ciudad la coluna de Lopez Baños que venia huyendo de los franceses. Trabóse en las calles una sangrienta lucha. La contra-revolucion se consumaba tomando el carácter de una reaccion espantosa. En Zaragoza pedia la plebe tres dias para el saqueo de las casas de los negros, nombre dado á los constitucionales: mil seiscientos fueron encarcelados. En Madrid los realistas llamados manolos cometian todo linage de atropellamientos. Los generales franceses hicieron los mayores esfuerzos para impedir que el espíritu de venganza se entronizase, pero fueron impotentes. Al decreto del duque de Angulema, publicado en el cuartel general de Andújar en 8 de agosto, por el que se prometia á los constitucionales amnistía y proteccion completa, contestaba la regencia de Madrid protestando contra una medida que en su sentir solo á las autoridades españolas competia. El cuerpo de ejército realista de Navarra, la columna de Rioja mandada por el Trapense se declararon abiertamente contra el decreto de Andújar. «Que la España, decian en una representacion, se vea cubierta de cadáveres de sus hijos ántes de consentir en el deshonor y sujetarse al yugo extranjero. Los realistas habian buscado en los franceses sus auxiliares, nó sus directores. Esta circunstancia, que fué dolorosa y fatal para la causa de la libertad, y aun para la de la humanidad, dió al ménos en medio de mil inconvenientes deplorables un resultado bueno para la nacionalidad española: el de hacer temblar al extranjero metido en nuestros hogares, cuando esperaba poder hacer en ellos el papel de dictador. Cádiz debia presenciar el último acto del drama en sus inmediaciones comenzado en 1820. Ya Morillo habia capitulado en 11 de julio, y Ballesteros en 4 de agosto. Ya Riego habia probado otra nueva incursion, como la de febrero del año veinte, pero en Sierra Morena habia visto perecer sus mejores tropas y él mismo habia caido en manos de sus enemigos. La isla gaditana estaba estrechamente bloqueada por mar y por tierra. Del Trocadero habianse apoderado los franceses despues de una vigorosa defensa. En 18 de setiembre las córtes opinaron que para evitar una catástrofe inminente era llegado el caso de suplicar al rey que se trasladase al cuartel general francés á fin de estipular las condiciones mas favorables al pueblo. Prometió Fernando sacar ilesas las franquicias públicas, y salvar las personas de toda persecucion y venganza. Las córtes se declararon disueltas. Dia 1.° de octubre se trasladó el monarca al puerto de Santa María en donde fué recibido con los gritos de viva el rey, viva la religion, y mueran los negros. El primer acto de su soberanía contiene el secreto de todas las turbulencias, de todas las dificultades con que habia tenido que luchar el sistema constitucional; la falta de armonía entre el rey y su gobierno, tratándose de establecer una monarquía representativa. Su decreto de 1.° de octubre anula todos los actos gubernamentales hechos desde el 7 de marzo de 1820 porque desde entónces dice que estuvo privado de libertad y obligado á sancionar las leyes que le presenta-



Entrada de los franceses en Madrid (1823)

Digitized by Google

ban. Todo linage de reacciones sancionaba este decreto. Riego perece en un cadalso por su levantamiento del año 20, como Elio habia muerto en Valencia en el año 21 por su defeccion del año 14. Nada mas atroz que las represalias de los partidos políticos. Para ellos las leyes no miran adelante, siempre atrás para saciar villanas venganzas. Córrese un velo negro sobre la infeliz España. De ninguna parte espera la felicidad perdida. El mismo rey, que en el año 14 podia labrarla para siempre, no puede ya, porque la discordia ha enconado los ánimos de una manera espantosa, y los que le aclaman como absoluto lo hacen con la condicion de que seguirá la senda que le tienen marcada. Tan horrible enseñamiento nos dan las guerras intestinas. Ésta fué la campaña del año 23, que comprimió unas pasiones, y dió rienda suelta á otras. El ejército francés vió en la península dos combatientes, puso el de arriba abajo, y á esto llamó haber pacificado la España.

Á las comisiones militares creadas por las córtes en 1821 suceden las ejecutivas y permanentes, á las que les es dado derecho de vida y muerte sobre los habitantes. Todos los empleados, todos los militares deben sujetarse al proceso llamado purificacion: en la balanza de éste, perdido está el que entra sin oro ó sin obtener ántes una sonrisa de los grandes. Por la fuerza quiso la revolucion extinguir las comunidades religiosas; por la fuerza manda la restauracion que sean acatadas, y que á modo de fieras sean perseguidos los miembros de las sociedades secretas. Al llamado desórden constitucional sigue el órden de las cárceles, de los cadalsos, y de la tumba. Al trágala reemplaza la marcha realista. Crece la pública miseria pues el contrabando francés inunda la península. Los comprometidos por la libertad que quieren salvarse del patíbulo han de emigrar á lejanas tierras. Algunos no pueden avenirse á vivir lejos de la patria, y prefieren ir á buscar en su seno la muerte. Valdés reune descientos hombres animosos, desembarca en la península en 6 de agosto de 1824 junto á Tarifa, y se apodera de esta plaza. Animaba la desesperacion á sus soldados, que hicieron una bella defensa; pero sobre ellos cayeron fuerzas numerosas, y los infelices sucumbieron. Triunfaba completamente el realismo. Formaban este partido dos huestes: la aristocracia, que, habiendo ganado sus títulos á lanzadas contra los moros y contra los italianos y flamencos, aspiraba á perpetuar en sus familias los mejores empleos, usando moderadamente de la victoria; y el partido apostólico, que, habiendo conquistado su influencia á tiros contra los franceses en el año 8, y contra los liberales en el 23, á porrazos queria sostenerla.

Seguia la aristocracia mejor camino. Á cuantos vencidos se acercaban á ella sumisos dábales amparo. Á muchos desgraciados sacó de las cárceles. Mostrábase benéfica y protectora. Al monarca hablábale un lenguaje de conciliacion y prudencia, en armonía con los consejos que de los generales franceses recibia. Sosegado el primer arranque de la reaccion, pareció que Fernando cedia á la voz de la política. Derrámase al instante la alarma por la hueste contraria. El rey nos abandona, el rey se entrega á los que ménos trabajaron para darle la victoria. Estas quejas, estos clamores corren de boca en boca. Fernando ya no es el ídolo. Búscase en la familia real otro príncipe mas entregado á las prácticas religiosas, ménos enfermizo, y que haga esperar mas estabilidad en el nuevo órden de cosas establecido: y clávase la vista en el infante don Cárlos. Por el pronto es forzoso obrar con disimulo; enarbólase el asta; la bandera se izará mas adelante. Jorge Bessieres, republicano del año 21, y realista del año 22, va á desempeñar en 1825 un nuevo papel. Dirijese á Guadalajara, reune sus antiguos partidarios, manifiesta altamente su descontento contra el rey á quien llama enemigo de los que le salvaron, y se prepara á resistir con la fuerza. Preciosos eran aquellos momentos para la hueste contraria. Un dia de vacilacion, de duda, le arrancaba de las manos el poder. El rey elige á don Cárlos de España para que salga contra Bessieres; es fama que aquel general habia prometido entrar en los planes de éste: pero viendo la confianza que en él ponia el monarca, mudó de rumbo, acometió á Bessieres, que le esperaba como amigo, le derrotó, le prendió y le hizo fusilar, temeroso de sus declaraciones. Nuevo y atroz enseñamiento que nos dan las discordias civiles.

Parecióles á los emigrados del año 23 que era ocasion oportuna de tentar otro golpe, toda vez que el partido dominante se mostraba dividido. Hicieron en 1826 un desembarco en la costa de Valencia, capitaneados por Bazan, y se pusieron sobre el pueblo de Guardamar. Desgraciada fué tambien esta tentativa. Mas viva alarma causaron al gobierno los sucesos de Portugal en cuyo pais habia vuelto á proclamarse el régimen constitucional. Una chispa salida de un incendio tan cercano podia fácilmente reducir á cenizas el edificio del absolutismo á tanta costa levantado. Reunióse un ejército en los lindes de aquel reino. Rigor, y siempre rigor, clamaba la hueste apostólica; cordura y siempre cordura, aconsejaba la hueste aristocrática. Fernando vacilaba. Inclinábanle sus instintos del lado de aquella, pero repugnábanle las personas que la componian. Complaciase en el trato de los miembros de la segunda, cuya finura resaltaba al lado de la índole brusca de sus contrarios, pero disgustábale la idea de estar bajo su tutela. Pedia aquella el restablecimiento de la Inquisicion, como prenda de las buenas disposiciones del monarca; mas éste se negaba obstinadamente. Llegó el caso de que el realismo desairado contase sus soldados y quemase sus naves.

Hízolo en 1827. De antemano habia procurado acercar al trono dos hechuras suyas, el ministro Calomardo, hijo de un alpargatero, y el padre Cirilo, levantado tambien desde una condicion humilde. Era aquel un hábil cortesano. Conociendo que el recuerdo de Godoy daba al monarca una invencible repugnancia contra cuantos aspiraban á ser su favorito, valióse de esta misma repugnancia para serlo. Llamaba á Fernando amo suyo; presentábase ante él y le hablaba siempre con la humildad de un esclavo; si entraba con él en alguna discusion, hacíalo para ceder á tiempo, poniendo á las nubes las luces, que él llamaba superiores, del monarca, cosa que cautivaba enteramente á éste, tan pegado á la grandeza de su juicio como Luis XVIII de Francia á la de su ingenio. Ambos príncipes no querian reconocerse inferiores á la capacidad de sus ministros. Fundamento hay para creer que el realismo fogoso contaba con Calomarde. Llega á Madrid la noticia de que la Cataluña en masa está sublevada. El paisanaje armado cubre los caminos, intercepta los correos, pone á contribucion los pueblos, y toma todos los pasos y gargantas para resistir á la tropa. Es su bandera ostensible el lema de dar libertad al monarca de quien dicen que los amigos de los negros le tienen cautivo: pero á media voz corre por las filas el nombre de Cárlos V. El rey tuvo una inspiracion feliz. «Dicen que estoy preso, exclamó; pues vamos á probarles que soy libre.» En 22 de setiembre sale de la corte para Tarragona. Habianle precedido y le siguieron algunas tropas escogidas, pero su presencia bastó para disipar la tormenta. Llama ante sí á los gefes de los sublevados, concediendo un indulto general; acuden aquellos presurosos, pues en un pais monárquico la palabra real es una segunda religion; pero el indulto fué para ellos el suplicio. El que presidió á tan ignominiosa tragedia llamábase Cárlos de España: acusóle la voz pública á él y á Calomarde de haber ahogado en sangre la voz de los que como cómplices podian delatarlos.

Dió al monarca este triunfo poderosa fuerza moral en España y fuera de ella, pues el alzamiento de Cataluña habia tomado un aspecto sobremanera imponente. De aquella circunstancia sacó partido para pedir á la Francia la evacuacion de algunas plazas que sus tropas ocupaban todavia en la península. Fuéle ántes preciso consentir en reconocer al gobierno francés un crédito de ochenta millones de francos, á título de gastos ocasionados por la permanencia de sus tropas en España. Otra indemnizacion tuvo que conceder á la Inglaterra. Pendia hacia tiempo con esta potencia una pretension sobre por-

Digitized by Google

juicios que algunos súbditos de la misma decian haberles causado la España; y transigiendo convino Fernando en hacerles un desembolso de setecientas mil libras esterlinas. Quedó en 1828 la monarquía confiada á sus propias fuerzas, alejados los extranjeros que por espacio de cinco años la habian dado sombra y arrimo.

Natural era que en tal coyuntura volviesen á la carga los descontentos. Era capitan general de Cataluña el ya nombrado Cárlos de España. Llamábanle el loco. Tenia á ratos arranques divertidos, y en otros se entregaba á actos de un violento frenesí. Antojósele cierto dia que el aspecto de los caseríos daba tristeza á los paisajes de Cataluña: y mandó bajo severísimas penas que todos los habitantes blanqueasen sus casas: su órden fué al momento cumplida. Otro dia se enfadó porque las mugeres llevaban colgando sobre la espalda su trenzada cabellera; y á algunas se la hizo cortar, que nunca faltan esbirros hasta para las mayores abominaciones. Semejantes actos, y otros muchos á ellos parecidos, excitaron contra él la animadversion pública. Los agraviados del año veinte y siete con los del veinte y tres formaron una alianza á la que llamaron La Union. Milans, refugiado en Francia, debia ponerse á su cabeza. Ya estaba cerca de la frontera cuando la gendarmería francesa le detuvo, y el plan se frustró. Algunos de los asociados perecieron lastimosamente en el patíbulo. Mientras estas políticas conmociones derramaban la consternacion por Cataluña, los reinos de Valencia y Murcia eran teatro de otras grandes calamidades. Dia 21 de mayo de 1829 y en los tres siguientes se hizo sentir en ellos un terremoto que llevó el estrago y el espanto al seno de las familias. Resintiéronse de él los mas sólidos edificios, mientras los débiles caseríos se desplomaban sepultando entre las ruinas á los infelices moradores. Pocos dias ántes, en 17 de mayo, habia muerto de una angina, en la flor de su edad, que era de 26 años, la reina doña María Josefa Amalia, tercera esposa de Fernando. Sacudimientos no ménos terribles y devastadores que aquellos terremotos debian ser la consecuencia de esta muerte. Instaron al rey para que eligiese nueva consorte, á lo que le inclinaba tambien su temperamento, y puso los ojos en su sobrina la princesa María Cristina, nacida en 27 de agosto de 1806 del casamiento del rey de Nápoles Francisco I con la infanta Isabel, hija de Cárlos IV. Sus mismos padres la acompañaron á España, encaminándose por Roma, Turin, Grenoble, y el mediodía de la Francia hácia Figueras y Barcelona. En esta ciudad permanecieron del 15 al 20 de noviembre. En 8 de diciembre llegaron á Aranjuez, y el 11 se efectuaron las bodas en Madrid, preparadas ántes magníficas fiestas. Al presenciar tanta suntuosidad y grandeza creyeron sin duda los reyes de Nápoles que la España era todavía la del tiempo de Cárlos III. Sin embargo, en aquellos mismos dias de holganza y de regocijo llegó la triste nueva de haber fracasado en Veracruz la expedicion de Barradas contra Méjico: hasta la esperanza de recobrar las perdidas colonias se desvanecia. El presupuesto presentaba un déficit considerable; el de ingresos se calculaba en 549.600,090 reales, y el de gastos para el siguiente año se fijaba en 592.756.089 reales y ocho maravedís. Merece este presupuesto (1) tenerse presente para su comparacion con otros posteriores, y el conocimiento de lo que de la España exigia el mas duro absolutismo.

El cuarto matrimonio de Fernando debia ser para la España el principio de una era nueva. No se creia que de él tuviese sucesion: su gastada vida, su obesidad y sus ordinarios achaques así lo daban á entender. El partido que habia puesto sus esperanzas en don Cárlos, y que le rodeaba aplazando para el dia de su entronizamiento el completo triunfo de sus doctrinas, vivia por esta parte seguro. Pero la juventud y las gracias de la nueva reina remozaron por algun tiempo al valetudinario monarca. Anuncióse á poco que la reina estaba en cinta. Dias de grande agitacion y movimiento entre las dos huestes realistas siguen á esta noticia. Los mas opinan que el estado del rey no hace posible su descendencia masculina. Esta creencia alarma vivamente á los que temen que les sea fatal la subida de don Cárlos al poder. En estos momentos, quien dió la primera idea de la resurreccion de la escondida acta de las córtes de 1789 derogatoria de la pragmática de 1713 que excluia á las hembras de la sucesion á la corona, se ignora. En sentir de unos fué Calomarde, temeroso de la saña del partido apostólico si á entronizarse llegaba; en el de otros fué la infanta doña Carlota, hermana de la reina, y esposa del infante don Francisco. Atendido el talento varonil de esta princesa, esta es opinion mas fundada. Fiada en el influjo que sobre su hermana menor debia ejercer, érale dado esperar que entraria en la nueva situacion como gefe. Fácil le fué convencer á la reina. La animacion y vida que el matrimonio habia dado á Fernando eran precursoras de una cercana muerte; ¿avendríase su viuda á quedar sola, abandonada en su juventud, anulada voluntariamente, cuando con ánimo y constancia podia continuar mandando? ¿la desoiria su esposo si diestramente tocaba en su corazon las fibras del amor paterno? Ni la reina fué sorda, ni el rey rehacio. Calomarde no hizo mas que replegarse ante una posicion inexpugnable. Publicóse la pragmática sancion de 27 de marzo de 1830 que reconoce en las hembras el derecho antiguo de sucesion á la corona. Esto, que parecia ser la sentencia, era principio del pleito; procesos de esta naturaleza con las armas se ventilan, y por ellas se ganan ó se pierden. Es indudable que aunque Fernando no hubiese sancionado su pragmática tampoco se hubiera evitado la guerra civil; hubiéranse cambiado los papeles de demandante, y de reconvenido, nada mas: aquella pragmática solo fué un acto de mera posesion. Era necesario pues aprestar los escudos, y limpiar las armas. En efecto, el fruto del matrimonio fué una niña, la princesa doña Isabel, nacida en 10 de octubre de 1830. Para defender la pragmática sancion no contaron al principio sus autores sino con la hueste ménos violenta del partido realista; pero desde aquella publicacion habian mudado las circunstancias. La Francia, que desde el año 23 habia impedido á los emigrados constitucionales toda tentativa por la parte del Pirineo, espoleábalos á fines del año 30 para que las hiciesen. Cárlos X, sucesor de su hermano Luis XVIII, no habia imitado á éste en la prudencia; y, envanecido con el buen éxito de la conquista de Argel, pensó que podia quitar en libertad á aquella nacion lo que en gloria la daba. Suprimió pues la libertad de la prensa. Paris contestó á este abuso de poder con un recurso á la fuerza. Tres dias duró la batalla; en ella fué vencida la dinastía, destronada la rama principal de la familia reinante, y sentada en el trono la de Orleans. Mirábalo con mal ojo la Europa del Norte: pero las avanzadas de la revolucion creaban la Bélgica, sublevaban la Polonia, y fué forzoso transigir con ella ántes que soltase los grandes elementos de propagacion que á la mano tenia. Contra la España habia dado paso á Mina, que penetró por la parte de Navarra; pero cayeron sobre él y desbarataron sus planes las tropas del general Llauder. Don Eusebio de Lacy, hijo del general fusilado en Mallorca, iba con Mina, y en la zozobra de una retirada peligrosa, por entre derrumbaderos, cogió una enfermedad de la que pocos años despues feneció: amigo tierno de nuestra infancia, vímosle mozo agraciado, y de grandes esperanzas como el humo despues desvanecidas. Esta tentativa aunque frus-

(1)

Casa real.	53.729,500	rs. »	mrs.
Intereses de la deuda y fondo de amortizacion.	172.978,816	» »	»
Ministerio de negocios extranjeros	11.344,500	» »	»
——— de justicia . .	14.510,742	» »	»
——— de la guerra. .	253.084,810	» »	»
——— de marina . .	41.200,000	» »	»
——— de hacienda. .	46.207,710	» 18	»
Total.	592.756,089	» 8	»

Digitized by Google

tada, era para los autores de la pragmática un aviso de que en caso de lucha debian contar con los emigrados, bien como auxiliares ó bien como enemigos.

Por el pronto no fueron atendidos. Una esperanza quedábale todavia á la corte ántes de recurrir á aquella alianza embarazosa; en 1831 se supo que la reina estaba nuevamente en cinta. ¿Será esta vez un niño? Los emigrados amenazaban por la frontera de Cataluña, y por la de Andalucía. Desde Gibraltar se dirigieron algunos de ellos hácia la costa llamada la Frangirola, y allí desembarcaron llamando al pais á las armas. Desgraciado fué tambien el éxito de esta empresa, y solo sirvió para probar al poder que los constitucionales existian.

En 30 de enero de 1832 desvanecióse la última esperanza de evitar una guerra de sucesion: la reina dió á luz otra niña, la infanta doña María Luisa Fernanda. La salud del monarca declinaba á pasos agigantados. La hora de la crisis, de la agitacion, de las venganzas tal vez, iba á sonar. Cuanto mas se acercaba la apertura del sangriento palenque, mas grandioso é imponente se presentaba el tránsito de la paz á la guerra. La infanta doña Carlota de un lado, la esposa de don Cárlos y la princesa de Beira de otro, alistaban campeones, sostenian el ardor de sus falanges, y mas animosas que los varones de la familia se disponian á sostener una lucha inevitable. El rey enfermó peligrosamente. Los momentos eran preciosos. La princesa de Beira y la esposa de don Cárlos echan el resto. Es preciso ganar á Calomarde, el único ministro pegado al rey, como su sombra. Le reconcilian con el partido apostólico, le pintan las tendencias del otro bando que á la revolucion le encaminan, hácenle presentir su propia suerte si los emigrados vuelven, prométenle el mando si don Carlos triunfa, y le arrastran á su favor. Trátase de hacer que el monarca revoque la pragmática. Pero la reina no abandona el lecho del esposo moribundo. Cércanla, la pintan los horrores de una guerra civil, los peligros que ella y sus hijas correrán en la borrasca, la acobardan, apoyan sus instancias con las de algunos diplomáticos extranjeros, y trémula la obligan á que pida al monarca que firme el decreto de reformacion de la pragmática de 1830. Nada mas dramático que aquellos instantes solemnes. Doña Carlota no estaba en palacio. De un momento á otro se esperaba la noticia de la muerte de Fernando. Pero el rey no muere; el rey está mas aliviado; el rey ha vuelto en sí; y su estado hace esperar algunos dias de respiro. El terror pasa de una á otra hueste. Doña Carlota arranca la victoria de las manos de la princesa de Beira. El rey revoca el decreto que firmara moribundo, y destituye á sus ministros, y encarga la gobernacion del reino durante su enfermedad á su esposa. La reina cuenta su gente y sin los constitucionales la encuentra escasa. Es preciso alentar la juventud á su favor, y abre las universidades; es preciso ganar el afecto de los emigrados, y el generoso decreto de amnistía les abre las puertas de la patria. Los capitanes generales de las provincias que se habian manifestado vacilantes durante la crisis son removidos. Entónces Cea Bermúdez, nombrado para el ministerio, llegó de Londres, y se encargó de dar direccion á los negocios públicos. Preguntóse á sí mismo: ¿á quién auxiliarán en caso de lucha los doscientos batallones de realistas que hay armados en el reino? de seguro á don Cárlos, respondióse, si la marcha del gobierno es liberal. Si no lo es, y logro hacerles abrazar la causa de la reina, el triunfo que consigo, buscando fuerzas en la misma monarquía, le prefiero al que conseguiria buscándolas en la libertad. Publicó pues su circular de 3 de diciembre del año 32 en que trató de probar á los realistas que el gobierno no se desviaria de la senda trazada, y que no entraria en la de las innovaciones que llamaba peligrosas. Queria una cosa que muchos creyeron imposible; separar la cuestion política de la de sucesion.

Al efecto, en 20 de junio de 1833 hizo jurar solemnemente como princesa de Asturias á la infanta doña Isabel. Celebróse en todas partes la jura con públicos regocijos. Recorriendo las ciudades de la península en aquellos dias de alegre holganza, nadie hubiera dicho que aquel acto era el preludio de una declaracion de guerra. Dia 29 de setiembre murió casi repentinamente el rey de un ataque de apoplejía. Así acabó uno de los mas calamitosos reinados de la monarquía. Perdidas las inmensas posesiones americanas, completamente privada de marina, exhausta la hacienda pública, no la quedaban á la casi aniquilada España mas que sus hijos de la península. ¿Y en qué estado? Divididos en bandos rencorosos, rebosando odio el corazon, y afilando las armas para combatirse mútuamente. ¿Qué se habia hecho el entusiasmo nacional de 1808? Fernando no habia querido evitar que se transformase en una animosidad civil. Ya la patria no tenia hijos que á su santo nombre se inflamasen y ante sus aras depusiesen iras innobles: fieras tenia dispuestas á enrojecer sus armas con sangre española. Ningun monarca subió como Fernando al trono en medio de tantas bendiciones de sus súbditos. Ninguno bajo de él ménos amado.

Llegamos á la primera guerra civil general habida en España desde la union de sus dos grandes reinos. Perturbaciones parciales hubo movidas unas por los comuneros, por los moriscos otras, por los navarros, y por los catalanes. Pero una general alteracion civil como la que siguió á la muerte de Fernando VII no tenia ejemplo. Cebábase el cólera-morbo en las Andalucías. Esta enfermedad cruel, venida del Asia, era acaso la misma que novecientos años ántes en no ménos calamitosos dias habia vendimiado la España, y acabado con Almanzor y su ejército (1): entónces era la lucha entre cristianos y moros; entre españoles ahora. En Talavera, y en el reino de Valencia dan el primer grito los partidarios de don Cárlos, y ¡cosa singular! los mismos realistas le apagan. No así en las Castillas. El cura Merino, olvidando la promesa que al rey difunto habia hecho, subleva la mayor parte de los pueblos, y á la cabeza de treinta mil realistas proclama el hermano de Fernando. Santos Ladron se levanta en Navarra, pero cae en un lazo y muere. Verastegui dá el grito en Vitoria, Valdespina en Bilbao, y encienden en las provincias Vascongadas, á la voz de don Cárlos y de los fueros del pais, el incendio voraz que tanta sangre debia costar á la monarquía. La reina viuda quedaba gobernadora del reino en virtud del testamento de Fernando. «Nadie mas que yo desea la felicidad de los españoles» dijo llorosa cuando estaba caliente todavía el cadáver de su esposo. Difícil era elegir los caminos que á aquella dicha condujesen. Cea Bermúdez, que continuaba á la cabeza del ministerio, quiso parar el golpe de un alzamiento realista con la publicacion del manifiesto de 4 de octubre de 1833. En él afirmaba que el sistema de gobierno que iba á adoptarse era una continuacion del de Fernando, y que el depósito de la autoridad real confiado á la gobernadora debia pasar íntegro algun dia de sus manos á las de su hija. Este manifiesto, llamado el programa del despotismo ilustrado, agrió los ánimos de los reformistas, sin desarmar al realismo. Las circunstancias, por momentos mas críticas, convencieron muy luego á la gobernadora de que aquel sistema seria su ruina. El trono de su hija no podia robustecerse sin apelar á una alianza con los liberales. Y cuanto mas se tardase en hacer á éstos un llamamiento, mas exigentes serian, y mas peligroso el escollo que se queria evitar. La indecision fué siempre fatal á los gobiernos. Pudiendo hacer bajar las ideas liberales del trono al pueblo, entre entusiastas bendiciones y aplauso, se esperaba imprudentemente á que subiesen del pueblo al poder, envueltas en ira. Los capitanes generales de las provincias fueron los primeros en conocer la evidencia de esta verdad, y en obrar conforme á ella, y aun en contra de las decisiones de los ministros. Llauder en Cataluña armaba la milicia nacional voluntaria; Castañon en Santander ponia tropas á las órdenes de Jáuregui, emigrado constitucional: el ministro daba un decreto, y sus generales se ha-

(1) Mariana, lib. VIII, cap. VIII.

Digitized by Google

bian ya anticipado á él, ó bien habian hecho lo contrario. Aquellos fueron dias de confusion y de caos. El ministro habia puesto la causa de la reina al borde de un precipicio; los capitanes generales la sacaron de él, obrando revolucionariamente. Á la sazon corrió tambien de mano en mano la carta no menos revolucionaria del marqués de Miraflores, fecha 15 de noviembre, especie de representacion á la gobernadora, en la que, á vueltas del respeto debido al trono, se pintaba en el mas vehemente lenguaje la confusion administrativa, la escision entre los generales y el ministerio, y hasta nombre de alta traicion se daba á la infraccion del testamento del monarca en lo relativo al consejo de gobierno que en el se creaba. Sin embargo, el ilustre marqués era el hombre ménos revolucionario de España. Miembro de la aristocracia castellana mas moderada y sesuda, aspiraba á sacar para ella todo el partido posible en medio de una borrascosa minoría. Pareciale locura mudar las formas de gobierno; confundia la voz de libertad, tanto si bajaba del poder, como si se elevaba desde el pueblo, con la de reaccion; queria córtes, que solo en el nombre lo fuesen. Cea Bermúdez desplegaba sin rebozo la bandera del absolutismo: Miraflores queria adornarla con alguna emblema de libertad. El mayor de los absurdos. Su oposicion y la de los capitanes generales, particularmente la del general Llauder, puso al poder en la resbaladiza pendiente de las concesiones. En vano entónces quisieron detenerle en ella los mismos que le habian arrastrado: todos sus esfuerzos fueron impotentes. Mientras Sarsfield, limpiadas las Castillas, se encaminaba lentamente á las provincias Vascongadas, y Valdés acorralaba en Morella á los disidentes del reino de Valencia, los realistas de Madrid eran desarmados y Cea Bermúdez bamboleaba y caia.

En enero de 1834 sube Martinez de la Rosa al poder, junto con Garely y Vazquez Figueroa, vivo recuerdo los tres de la época del año 20 al 23. Las bases de su administracion van á ser: reconocimiento de la independencia americana, y de doña Maria de la Gloria como reina de Portugal; convocacion de unas córtes modificadas; y creacion de una milicia urbana. La independencia americana era ya un hecho consumado del que aconsejaba la politica sacar todo el posible partido en beneficio del comercio español. Doña Maria de la Gloria en Portugal, protegida por la Francia y la Inglaterra, únicas potencias que habian reconocido á doña Isabel en España, apoyábase como ésta en los liberales contra don Miguel, que ponia sus huestes á la disposicion de don Cárlos, á la sazon refugiado en Portugal: era imposible, pues, trabajar en favor de don Miguel, como habia hecho Zea Bermúdez, sin hacerlo al mismo tiempo en beneficio del pretendiente español. El reconocimiento de la jóven reina portuguesa condujo el tratado de la cuádruple por el que Francia, Inglaterra, España y Portugal se obligaban á arrojar de la península á don Miguel y á don Cárlos. La convocacion de córtes y la creacion de una milicia urbana reclamábalas la audacia con que el partido carlista levantaba la cabeza amenazadora en las provincias Vascongadas, y la necesidad que el nuevo gobierno tenia de llamar en torno suyo á todos sus partidarios. El carlismo contaba con un hombre. Nació Tomás Zumalacarregui en Ormaiztegui, dia 29 de setiembre de 1788, hijo de don Francisco Antonio Zumalacarregui, escribano real. Durante la guerra de la independencia, sirviendo en la guerrilla de Jáuregui, ganó el grado de capitan. La revolucion del año 20, tachándole injustamente de desafecto, le dejó sin destino. Despechado pasó al servicio de Quesada. La restauracion le puso al frente del regimiento de cazadores del Rey, y luego al del principe y al de Gerona, nombrándole coronel. La marcialidad, el porte brillante con que se presentaban los batallones á su vigilancia encomendados excitaban la admiracion y la envidia: conociase que los mandaba un hombre organizador. En el año 32 desempeñó el gobierno militar y politico del Ferrol, del cual fué separado por temerse que sus subordinados iban á declararse contra las consecuencias que el alivio de la enfermedad de Fernando habia producido en la cuestion de sucesion á la corona. Pasó á Madrid para sincerarse, pero recibiólo con indiferencia el general Quesada, sin embargo de que debia conocer cuanto le convenia á la causa de la reina no enemistarse con gefe de tantas prendas. Fué el resultado concedérsele licencia ilimitada para Pamplona. Desde este punto, escuchando el grito de guerra que daban las provincias Vascongadas, exaltóse su espiritu belicoso. Presentóse á los carlistas, y le proclamaron gefe. La accion de Nasar y Asarta dió el primer destello de su genio. Tenia á sus órdenes hombres ágiles, bizarros, subordinados, aguerridos, que ciegamente le obedecian. Zumalacarregui se encontró en su verdadero elemento. Habiale hasta entónces faltado coyuntura para dar á conocer toda la extension de su talento; ahora tenia ya abierto el palenque. Con hábiles movimientos y rápidas marchas frustró los planes de Sarsfield, se burló de los de su sucesor Valdés, sembró entre sus contrarios el espanto con la sorpresa de Vitoria, y los combates de Heredia y Huesa, y en 1834 luchaba contra su antiguo general Quesada. Hizole éste ofrecimientos en nombre de la reina, pero era tarde: Zumalacarregui habia ya ganado un nombre, el mas afamado de cuantos en este siglo se han escrito en los anales militares españoles. Lástima grande que en mayor escala y contra otros enemigos no hayan podido emplearse sus eminentes prendas. Calahorra, Alsasúa, las Dos Hermanas, Muez, son nombres que recuerdan la actividad con que este hombre extraordinario habia organizado las fuerzas carlistas y sabia dirigirlas. Aclamábanle y le seguian éstas con inexplicable entusiasmo. Cuando las tropas españolas hubieron arrojado de Portugal á don Cárlos, y éste desde Inglaterra se dirigió á las provincias Vascongadas, cuantos rodeaban al pretendiente conocieron que Zumalacarregui era el verdadero rey del pais. Á su voz obedecia callando el principe, al igual de sus mas infimos soldados. Á Quesada sucedió Rodil; faltábales á entrambos el genio. Era su plan la persecucion sin descanso, pareciéndoles aquella guerra cuestion de piernas. Para Zumalacarregui cuestion de táctica era, de planes bien combinados, y de sangre fria en su ejecucion exacta. Olazar, Cenicero, Fuenmayor y Alegria, fueron testigos de nuevos triunfos suyos. Al fin se llamó contra él al famoso campeon de la guerra de la independencia, Mina. Pero este gefe era un guerrillero, y aquel un general consumado: Zumalacarregui además tenia á la mano los elementos del pais que á Mina le faltaban. La lucha fué mas seria, pero el resultado el mismo: á él contribuyó en gran parte la salud extenuada del gefe de los emigrados. Mientras así se enconaba la lucha de sucesion en el campo de batalla, otra no ménos terrible se habia encendido en el palenque politico. Una trás otra se iban desatando las ataduras puestas á las públicas franquicias. El estatuto real daba á la nacion córtes en dos cámaras, el estamento de próceres, y el de procuradores. Solo éstos eran de eleccion popular, si cabe dar este nombre á un censo electoral sobremanera reducido. Animosa fué la oposicion reformadora que en el estamento electivo se manifestó. El estatuto es el cimiento de la libertad, decia el ministerio. Dejadnos, pues, levantar sobre él el código de los derechos nacionales, respondia la oposicion. No volvamos á las andadas del año 23, decian los ministros. Apartad toda idea de resistencia sistemática, reponian los procuradores. La aparicion del cólera-morbo en Madrid habia dado márgen á los mas deplorables excesos. El espanto se habia apoderado de los moradores. De repente se oye una voz que acusa á algunos hombres de un crimen atroz. La mano del cielo que castiga les parece que es la mano del hombre que asesina. En su exaltacion febril acusan á los infelices religiosos de haber envenenado las fuentes. Arrójanse contra los conventos, y casi á la vista de unas autoridades consternadas y despavoridas los asaltan, los saquean, y dan horrible muerte á los ministros de Dios que caen en sus manos. Las autoridades fueron destituidas, expulsóse de las filas de la milicia á los que en el abominable aten-

lado habian tomado parte; pero aquella página de baldon no es posible borrarla de la historia. La epidemia recorrió entónces todas las provincias de la monarquia, saltó los cordones sanitarios, burló todas las combinaciones de la humana prudencia, y mientras los españoles se perseguian unos á otros con encarnizamiento, parecia decirles con frialdad aterradora: para matar, basto y sobro.

Ni sobraba, ni bastaba. No eran ya las provincias Vascongadas las únicas en donde se luchaba. Quilez, Cabrera y Carnicer hacian los reinos de Aragon y Valencia teatro de tristes devastaciones. Tristany, el Ros de Eroles y otros guerrilleros recorrian con fogosos partidarios toda la montuosa Cataluña. En todas partes haciase la guerra á sangre y fuego, con crueldad salvaje. Mina, irritado de que Zumalacarregui se le fuese de las manos cuando mas segura creia su derrota, entregábase á actos violentos contra los moradores del pais cuyas simpatias habia ya perdido. Ninguna confidencia, ni el menor aviso podia obtener de ellos. Militaban á sus órdenes gefes distinguidos, Córdoba, Espartero, Oráa, llenos de intrepidez, y en la persecucion incansables. Algunas ventajas parciales obtenian, pero luego eran dolorosamente compensadas con pérdidas crueles. Zumalacarregui, organizados ya cuerpos brillantes de artilleria y de caballeria, acometia las plazas fortificadas, y se aprestaba para obrar en mayor escala y amenazar las codiciadas llanuras de Castilla. En poco tiempo habia destruido completamente el prestigio del general Mina. El gobierno de Madrid echó el resto de sus fuerzas para abrumar al renombrado gefe carlista. Á Zarco del Valle habia sucedido en el ministerio de la guerra el general Llauder. Sucumbió éste ante la sublevacion militar de la casa de correos, sublevacion que sus compañeros de gabinete quisieron contra su opinion dejar impune, permitiéndola retirarse de la corte con tambor batiente. Á Llauder habia reemplazado Valdés. Revestido el nuevo ministro de la guerra de las mas amplias facultades, y juntadas todas las tropas disponibles, toma el mando del ejército del norte. Penetra en las Amezcoas, reputadas foco y guarida de la insurreccion, y encuentra el pais desierto. Intérnase hasta Contrasta. Acude Zumalacarregui contra él, y toma posicion en Eulate, desafiando todo su poder. Conoce Valdés que se ha separado imprudentemente de la base de sus operaciones, pero es tarde ya para tomar consejo de la prudencia: temerariamente debe arrostrar las consecuencias de una arriesgada empresa. Su ejército, cuyo elemento y fuerza solo en los llanos podia desplegarse, trepa por alturas casi inaccesibles, cruzando torrenteras y barrancos. Sus mismas fuerzas le embarazan, le detienen, le ahogan. Métese en el desfiladero de Artaza, é intenta bajar al llano por Gollano. Jamás como en aquellas calamitosas circunstancias se vió que la victoria nó al número ni al valor sino á las disposiciones del gefe es debida. La flor del mas brillante ejército que habia puesto en campaña el gobierno de Madrid cayó en poder del afortunado caudillo de don Cárlos. El desórden en que sus restos llegaron á Estella manifestaba las pérdidas de la desastrosa jornada. Ya no pudieron ser tratados los carlistas como rebeldes, sino de potencia á potencia, segun el convenio negociado por el inglés Elliot para el canje de los prisioneros. Difundióse el espanto por las filas del ejército de la reina. Zumalacarregui avanza amenazador y triunfante. Hace un amago contra Irurzun, derrota á Iriarte en Guernica, obliga á sus contrarios á abandonar la plaza de Estella, hace movimiento contra Puente-la-Reina, y sabedor de que una columna de Pamplona acude al socorro, la espera, la ahuyenta y la persigue, derrota á Oráa en las cercanías de Elzaburu y á Espartero en Descarga, entra en Vergara, en Eybar, en Tolosa, en Durango: la fama de su nombre llena la España, é infunde en la capital de la monarquia el espanto. Cuando podia aspirar por último á dar mayor ensanche al campo de su gloria, un capricho de don Cárlos le obliga á intentar el sitio de Bilbao. Estando en él, dia 15 de junio, una bala de fusil le hiere en un muslo. Á los nueve dias, en 24 de junio, á las diez y media de la mañana, pereció en Cegama adonde se habia hecho trasladar. Don Cárlos salió de la tutela enojosa de su general, pero muerto éste pereció su causa. Los grandes elementos por él organizados permanecieron en pié mucho tiempo todavia; pero el genio que los dirigia en la tumba de aquel héroe quedaba sepultado. Habia sido tal el espanto de Valdés, despues de su rota de las Amezcoas, que, tomado ántes consejo de sus generales, escribió á Madrid que sin la cooperacion extranjera no era posible acabar la guerra. Pidióla Martinez de la Rosa en 19 de mayo, oida de antemano la opinion afirmativa del consejo de ministros y del de gobierno. Pero la Inglaterra se negó, diciendo que no era llegado el «casus fœderis» y la Francia imitó su ejemplo. Solo pudo obtener el ministerio español que ambas potencias y el Portugal enviasen legiones auxiliares que debian quedar á sueldo de la España, y llevar españolas insignias: peso sobradamente lijero en la balanza de aquella encarnizada guerra civil. El conde de Toreno sucede á Martinez de la Rosa en la presidencia del consejo de ministros. No pudiendo contar con la intervencion extraña, solo excitando el entusiasmo de los constitucionales, medida peligrosa y extrema, podia encontrar salvacion la causa de la reina. Subsistia entre los liberales la division del 20 al 23 establecida: pero sus gefes habian traido de la emigracion mas destreza en las lides, y una estrategia mas hábil en las combinaciones que las preparan. Los comuneros, hueste avanzada, buscaban fuerza, movimiento y vida en las clases proletarias, fáciles de exaltar. Los masones, mas viejos y sesudos, solicitaban la alianza de las clases acomodadas prometiéndolas órden y amparo. Pero ántes de dividirse entrambas huestes tenian que andar juntas un buen trecho. Persistian en su odio á las comunidades religiosas, y querian hacerlas desaparecer de la península. Habian ya logrado del gobierno la expulsion de los jesuitas, y un decreto de reforma del clero regular, supresion inmediata de algunos conventos, y gradual de los demas: pero no se contentaban con términos medios, sino que anhelaban una victoria completa. Cuando el gobierno estaba ocupado en la lucha con el carlismo, y acababa de recibir la negativa de Francia é Inglaterra á la demanda de la intervencion, parecióles sazon oportuna de arrebatar por la fuerza lo que de otro modo no podian obtener. Entónces presenció la España unos crueles y desgarradores espectáculos. Los conventos eran asaltados á sangre fria, perseguidos como fieras sus moradores, asesinados al mismo pié de los altares, y entregados éstos al saqueo y á las llamas. Impotentes fueron algunas autoridades, cómplices otras: y asi fué llevada á cabo una de las grandes abominaciones históricas. Desde aquellos nefandos dias la lucha tomó el carácter de una horrible carniceria. Por todas partes extendia sus alas la muerte. Matémosle que fué amigo de los frailes; matémosle que fué matador de frailes. Y no se contentaban con matar: era necesario que en una muerte se gozasen con la tortura y los alaridos de cien muertes. Sin deshonrarse y ponerse fuera de la ley de la Europa civilizada no podia el gobierno de Madrid cerrar los ojos ante aquella matanza, y manifestó contra sus autores la execracion debida. Pero las provincias habian pasado del crimen á la rebelion. Llauder huia á Francia; su segundo Basa perecia en Barcelona á manos del popular tumulto. En 1640 los catalanes habian muerto un virey, pero, acallado el furor ante la muerte, honraron con grandes exequias su cadaver. En 1835 fué muerto el general Basa, pero convertidos los matadores en canibales, unos indefensos y sagrados restos insultaban y arrastraban. Entónces el freno santo de la religion subsistia; ahora á los sacerdotes se asesinaba. Aragon y las Andalucias imitaban el ejemplo de la rebelion catalana. Fué necesario que el gobierno de Madrid cediese. El flexible Mendizábal sucede en el poder al conde de Toreno. No quereis frailes, fuera frailes. Quereis comprar á poca costa los bienes del clero regular, ahi los teneis, compradlos y revendedlos. No quereis diezmos, fuera diezmos. Quereis acabar la guerra, dentro de seis meses os lo juro

estará terminada. Os sentis animados de ardor guerrero, vengan pues cien mil hombres á las armas, tengan ó no la talla. Deseais gefes decididos, ahí teneis el general Mina, el veterano de los hombres libres. Este general organiza en Cataluña las fuerzas de la reina, se encarga de poner á prueba el entusiasmo de la milicia nacional, movilizándola en lo mas rígido del invierno y llevándola al corazon de la montaña para conquistar el santuario de Nuestra Señora del Hort en donde se han hecho fuertes los carlistas. Al mismo tiempo frustra los esfuerzos de dos expediciones enemigas venidas de las provincias Vascongadas. Ilustrábase en éstas el general Córdoba. Habia triunfado en la batalla de Mendigorria, y logrado despues robustecer los lazos de la disciplina en aquellos dias de crisis en que su relajacion hubiera causado el mas espantoso conflicto.

En medio de graves alteraciones principia el año de 1836. En Barcelona, dia 4 de enero, circula la voz vaga, excitadora, de que los enemigos atormentaban á cuantos prisioneros hacian. Amotínase una turba feroz, pide la muerte de los prisioneros carlistas que en la ciudadela se custodian, arrima escalas á esta fortaleza, sin que la guarnicion haga ningun esfuerzo para defenderla, penetra en los calabozos, y villana y cobardemente asesina á ciento veinte indefensos, la mayor parte presos por opiniones ó sospechas. Consumada esta negra hazaña dirígese contra el fuerte de Atarazanas, que no tiene necesidad de escalar: las víctimas fueron entregadas á los que sentaban plaza de verdugos. El vecindario dormia tranquilo mientras en las tinieblas de la noche se ejecutaba tan ruin alevosía. La noche siguiente, no fué ya una turba, fueron masas armadas las que viendo la impotencia de las autoridades pensaron en mudar el órden de gobierno, publicando la constitucion del año 12; pero la milicia ciudadana se indignó de que quisiese colocarse la piedra famosa sobre los charcos de sangre tan horriblemente derramada: parecióle una abominacion y lo impidió. Acude Mina á la ciudad, noticioso del desman, y enérgicamente lo reprueba. Auméntase el encarnizamiento en la lucha. Los pueblos favorecen á los contrarios; pues páguenlo; y se prende á las justicias de los mismos, á los padres, á los hermanos, á las madres. La de Cabrera es fusilada en uno de esos accesos de vandalismo. Los enemigos se esconden en los bosques; allá pues; peguemos fuego al monte por sus cuatro costados, y quede para siempre devastado el pais con tal que algunas fieras, que no podemos cazar, perezcan. Una órden fulminante, que respira barbarie por todas sus letras, manda talar la Cataluña entera. Talada en el papel queda. Á la sazon, trascurrido infructuosamente el plazo de seis meses que para dar fin á la guerra habia señalado, cae Mendizábal del poder, y le reemplazan Istúriz y Galiano. Revolucionarios éstos del año 20, son adalides buenos, probados, que sin duda van á hacer feliz al pais. Nada de esto. Llamaseles tránsfugas. Las córtes les hostigan, y ellos las cierran. La España se convierte en un verdadero campo de Agramante. Sublévase Málaga; sublévase Zaragoza; en la Granja los mismos soldados se sublevan; amotínase Madrid y es asesinado el general Quesada; amotínase esta vez el mismo ejército del norte, y el general Córdoba tiene que resignar el mando. ¿Qué piden todos, qué desean? la constitucion del año 12 reformada: es decir la constitucion, menos la constitucion. Aberraciones de la humana mente. Sube Calatrava al poder. Otro hombre sube tambien, nó al ministerio, sino al mando del ejército. En 27 de febrero de 1793 nació en Granátula de la Mancha, hijo de padres labradores, un niño que mostró muy luego aficion á la carrera militar. En 1 de noviembre de 1809 alistóse en Sevilla y entró en el regimiento de infantería de Ciudad Real en clase de soldado distinguido. Pasó poco despues al de voluntarios de Toledo. En 1812 ascendió á subteniente. Censurado de mediano en los exámenes no pudo ingresar en el cuerpo de ingenieros, y entró en 1813 en el regimiento de Soria. En 1815 se embarcó para Costa Firme en la expedicion salida de Cádiz á las órdenes del general Morillo. Allí le destinaron al ejército del Perú, al mando del general Tacon, y á poco fué nombrado capitan de zapadores. Á principios del año 23 habia ascendido á coronel efectivo. Varias comisiones desempeñó, enviado para ello dos veces á la península. En 1826, cuando ya no quedaban esperanzas de recobrar las colonias americanas, volvió por Burdeos á su patria, y le destinaron de cuartel á Pamplona. Casó en Logroño con la hija única de un comerciante y propietario muy rico, lo que influyó para que fuese nombrado en 1828 comandante de armas de aquella poblacion. Su fortuna en el juego, pasion suya favorita, era extraordinaria, y muchas veces jugaba el todo por el todo. Su desinterés era al mismo tiempo grande. En 1830 se le encargó el mando del regimiento de Soria, y pasó de guarnicion á Barcelona. Desde 1831 hasta 1833 estuvo al frente del mismo en las islas Baleares. Al comenzar la guerra civil solicitó pasar á la península para ser empleado activamente en campaña. Ya brigadier, nombrósele comandante general de Vizcaya. Sostuvo varios encuentros, desgraciados unos, felices otros, y en todos dió pruebas de serenidad é intrepidez. En 1835 fué ascendido á mariscal de campo. Contribuyó poderosamente al triunfo de Mendigorria. Era severo observador de la disciplina. En 1835 diezmó á presencia de toda su division al famoso batallon de chapelgorris, contra cuyos desmanes le habian dado quejas varios curas y ayuntamientos. El general Córdoba le encomiaba en sus partes: y fué ascendido á teniente general. Cuando aquel tuvo que huir del ejército, aconsejó al gobierno que nombrase general del mismo á don Baldomero Espartero. Así se llamaba el afortunado hijo del labrador de Granátula. Encontrábase por este tiempo siguiendo la pista de la expedicion que al mando de Gomez habia salido de las provincias Vascongadas. Deja el mando de su division á Alaix, y va á ponerse á la cabeza del ejército. Nada mas asombroso que el itinerario de aquella expedicion carlista cuya persecucion se confiaba á Alaix. Entró en Oviedo; dirigióse á Galicia y penetró en Santiago; burló las combinaciones de Espartero, de Manso, de Latre; pasó por Orense, por Leon, por Palencia; cruzó el Duero, pasó por Peñafiel, por Sepúlveda, por Riaza, por Guadalajara; destruyó completamente en Jadraque una columna de 1600 hombres al mando de Lopez; fuese á Brihuega: cruzó dos veces el Tajo; en Utiel se juntó con las huestes de Cabrera, de Quilez y el Serrador, reuniendo hasta quince mil hombres: se puso sobre Requena; frustró los planes de Rodil como lo habia hecho con los de Alaix; en Villa-Robledo el coronel de caballería don Diego Leon hizo perder á su gefe Gómez 1300 prisioneros, mas no le impidió continuar su ruta á las Andalucías. Muchas divisiones de la reina acudian contra él. Espinosa, Quiroga, Narvaez, además de Alaix y de Rodil, estaban en movimiento para abrumarle con fuerzas superiores. En 1 de octubre cae sobre Córdoba, y la ocupa. Échase el 23 sobre la importante poblacion de Almaden, y se apodera de inmensas riquezas. Recorre triunfante la provincia de Cáceres, y penetra en su capital. En Berlanga se separa de Cabrera, quien vuelve á Aragon por la Mancha. Penetra en Écija, en Marchena á la fuerza, en Ronda; acércase junto á Algeciras á las orillas del Mediterráneo y amenaza la ciudad de Málaga. En 24 de noviembre le alcanza Narváez, le hace sufrir un descalabro, pero no le detiene. Síguele la pista; pero en Cabra la division de Alaix se niega á obedecer al nuevo gefe, y Gómez logra salir casi ileso de en medio de tantos enemigos, y restituirse á las provincias Vascongadas, cargado de botin. En pocas partes encontró entusiasmo ni en contra ni en favor de su causa; indiferencia sí, y deseo de paz. Don Carlos en tanto tenia el grueso de su ejército concentrado contra Bilbao. Hacia dos meses que duraba el sitio. La ciudad habia jurado defenderse hasta el último trance, y lo cumplia. Ni los estragos que causaba una artillería formidable, ni el aguijon del hambre que ya empezaba á sentirse, ni el descontento por la lentitud con que se adelantaban á socorrerla las tropas de la reina, nada desalentó á los defensores. En 24 de diciembre determinó

Espartero tentar un empeño formal para salvarla. La artillería española y la inglesa abrieron combinadamente un vivo fuego contra las baterías carlistas. Las compañías de cazadores cruzaron silenciosamente el rio. Hacia un tiempo espantoso. Caia la nieve á copos, y soplaba el viento con furor. En la posicion de Luchana era donde presentaban los carlistas una masa imponente. Varias acometidas las rechazaron bizarramente. «La victoria fué siempre del mas osado», exclama Espartero, y ordena otra embestida á las diez de la noche. Las alturas de Luchana, de Banderas y de Santo Domingo son tomadas á la bayoneta; el ejército de don Cárlos se retira hácia Durango, abandonando casi toda la artillería y el material del sitio; y las tropas victoriosas entran en Bilbao en medio de las aclamaciones de un pueblo lleno de entusiasmo. Casi á la misma hora que la causa de la reina conseguia este señalado triunfo, daba el último suspiro en Barcelona uno de los mas célebres campeones de la libertad y de la independencia, el general Mina. Á la sazon tambien tenian lugar en la isla de Cuba graves sucesos. El general Lorenzo, gobernador de la parte de Santiago de Cuba, habia proclamado la constitucion de 1812 así que supo que lo habia sido en la península. Pero muy luego recibió el capitan general Tacon, residente en la Habana, un decreto en que se le mandaba no hacer innovaciones en el régimen de la isla hasta la apertura de las córtes. Mas insistiendo Lorenzo en el paso dado, fué necesario hacer contra él un alarde de fuerza que en poco estuvo que no causase un voraz incendio en la isla entera, que tantos elementos de combustion contiene. Convenciéronse al fin las tropas y los blancos todos de cuan peligrosa seria una lucha sobre aquel suelo volcánico, y calmada la alteracion de los ánimos se embarcó poco despues para la península el general Lorenzo.

La prolongacion de la guerra, lo incierto de sus resultados, la audacia de Cabrera en Aragon, en donde diariamente conseguia mas señaladas ventajas, y las pérdidas que Tristany y Zorrilla en Cataluña causaban á las tropas de la reina, todo contribuia á dar á los partidos políticos una exaltacion febril. ¿Cómo triunfar de unos enemigos tan osados, tan numerosos y aguerridos? Con terror, terror, y siempre terror, habia dicho el ministro don Joaquin María López, no calculando que el terror iba ya á medias. Al de Mina habia sucedido el de Cabrera. Este estudiante de Tortosa, confinado por el general Breton, se habia presentado en 1833 á los carlistas que defendian la plaza de Morella. Vieron en él á un jóven de semblante afable, de mirada indagadora, ordinariamente pausado y silencioso. Siguiéronle cien hombres cuando les fué forzoso abandonar aquel fuerte. No fueron felices sus primeros ensayos. Sentiase Cabrera lleno de animacion en los momentos del peligro, inspirado: pero conocia que en su mente habia un vacío que le era preciso llenar. Cuando su hueste se desbandó activamente perseguida, estuvo un año retirado, leyendo vidas y acciones militares. Este pábulo dado á su imaginacion ardiente lo transformó en otro hombre. ¿Qué es la guerra? se dijo á sí propio, la lucha de la fuerza contra la fuerza. ¿Y el genio de la guerra? ¿Y la gloria de la guerra? el triunfo del ardid contra la fuerza. Dijo, y se arrojó de nuevo á la campaña. Necesita demostrar una voluntad de hierro; él la tendrá. Dar á su nombre aquella auréola de espanto que á lo lejos ejerce una influencia decisiva; ninguno será mas terrible que el suyo. Le es forzoso crear, organizar, dirigir; todo lo hará. En poco tiempo levanta, nó guerrillas ni hordas sin disciplina, un ejército. Sus soldados le temen y le aman. Sus fugas nunca lo parecen, sino rápidos movimientos para dar seguras acometidas. Sus enemigos le aborrecen de muerte, y para herirle en el corazon cogen á su octogenaria madre é inhumanamente la sacrifican. Esta ejecucion atroz duplica la fuerza moral de Cabrera, convirtiéndole á los ojos de sus partidarios en apóstol de las venganzas. Tal es el hombre que despues de Zumalacarregi hizo mas por la causa de don Cárlos. Impacienta á los partidarios de la reina la obstinacion con que sus contrarios se defienden. Parece-les que ensanchando el círculo de las libertades públicas crecerá el entusiasmo. Una parte de la milicia nacional de Barcelona se subleva el dia 4 de mayo, y se hace fuerte en la plaza de la Constitucion, en el centro mismo de la ciudad. Sale de este recinto una columna para embestir el fuerte de Atarazanas, pero es arrollada. Entónces principia por las calles una sangrienta y encarnizada pugna, de milicia contra milicia, de hermano contra hermano. La metralla barre las calles, destroza las barricadas, y sin embargo se defienden los sublevados con un denuedo increible. La lucha pasa de las calles á los tejados. Aquellas sirven de foso, y las azoteas de murallas. Doce horas duró la refriega. Á favor de las tinieblas de la noche se retiraron los sublevados. Casi en los momentos mismos que los partidarios de la reina agotaban así sus fuerzas en intestinas reyertas, una columna de su ejército, mandada por Niubó, sucumbia en la alta montaña. Debia secundar el movimiento del baron de Meer, ya capitan general de Cataluña, sobre Solsona; pero cayeron sobre ella los enemigos en gran número, y la abrumaron y destruyeron. En esto las córtes constituyentes consignaban el principio de la libertad nacional, reformando la constitucion de 1812, ó mas bien creando la de 1837. El espíritu de entrambas es esencialmente distinto. Ésta es monárquica representativa: en aquella no cabia un monarca. Resentíase la primera del estado en que la nacion se encontraba cuando fue redactada, estado en que el pais se gobernaba en su horfandad y se defendia; en la segunda dábase al trono la parte de poder que en la máquina gubernamental le correspondia. Aquella adoptaba la eleccion indirecta, que dejaba todo el juego ejecutivo en manos de las sociedades secretas: ésta, emancipando á una parte del pueblo de la tutela de los comuneros y masones, le consideraba digno de elegir directamente sus representantes. En entrambas quedaba sancionado el principio de la libertad individual y de la prensa. Ambas reconocian los elementos federativos de la fuerza municipal y de las diputaciones de provincia, pero la segunda tendia ya evidentemente á la centralizacion y fuerza unitaria. Entre dos cámaras, ambas electivas, repartia la de 1837 el poder legislativo. Mientras entre fiestas y regocijos se proclamaba el nuevo código, trascendentales acontecimientos tenian lugar en el principal teatro de la guerra. El vencedor de Luchana, descansado que hubo algun tiempo sobre sus laureles, cediendo á las instancias del general Lacy Evans, que mandaba en San Sebastian las fuerzas inglesas, habia intentado una combinada acometida contra el centro de las fuerzas carlistas. Evans desde aquella plaza, Sarsfield desde Pamplona, Alaix desde Vitoria, y Espartero desde Bilbao amenazaron á la vez el corazon del carlismo. Pero el infante don Sebastian, entónces á la cabeza del ejército de don Cárlos, llevando todas sus fuerzas de uno á otro punto amenazado, burló el jaque de los generales de la reina, y arrolló las fuerzas inglesas. Entónces formó Espartero el plan de tomar por base de sus operaciones el punto de San Sebastian, y en vapores transportó álla desde Bilbao sus mejores tropas. Hernani, Irun y Fuenterrabía cayeron en su poder. Viendo don Cárlos en aquel ángulo de la península el grueso de las tropas de la reina, parécele ocasion oportuna de probar un golpe atrevido contra el centro de la monarquía. «Vamos á conquistar nuevas provincias, dijo á sus soldados, vamos á ocupar el trono de san Fernando.» Pónese á la cabeza de una expedicion compuesta de 11500 infantes, 720 caballos, y ocho piezas de campaña. En Echarry cruza sin obstáculo el Arga, en Galipienzo el rio Aragon, y se encamina á Huesca. El general Irribaren le sigue la pista. Alcanzale en aquella capital de provincia dia 24 de mayo y le acomete, pero es rechazado con gran pérdida. Don Cárlos se traslada á Barbastro, en donde permanece pacíficamente hasta el 2 de junio. Acude Oraa con fuerzas de Aragon, unidas á la division navarra, y embistelo junto al Cinca, pero tambien es rechazado, viendo casi destruidos los restos de la brillante legion argelina. Cruzado sin grande dificultad el Cinca, penetra don Cárlos en Cataluña. El baron de Meer, que

acababa de tomar el mando de las fuerzas de Oráa, se encamina á su encuentro. Alcanza en Gra á la columna del Ros de Eroles encargada de cubrir la marcha del ejército expedicionario. Viva y encarnizada fué la refriega. El baron de Meer quedó dueño del campo, pero nó en estado de poder perseguir al enemigo. Mientras en Barcelona se cantaba un Tedéum por la victoria, cantábante tambien en Solsona en donde entraba en triunfo don Cárlos. Teme el general de las tropas de la reina que sus enemigos caigan sobre Barcelona, y hace movimiento para cubrirla: pero don Cárlos se dirige á Cherta y cruza el Ebro; objeto de sus deseos, aumentando su hueste con la flor de sus guerrilleros catalanes, y con el ejército de Cabrera que en las márgenes de aquel rio le esperaba. Dos dias empleó en el paso del Ebro, allí donde mas caudaloso corre, y nadie se presentó á hostigarle. Llegó hasta Cantavieja, revolvió hácia Valencia, se puso sobre Castellon de la Plana, y sabiendo que Oraa se aproximaba encaminóse hácia Cuenca. Alcanzóle aquel en Chiva, le hizo sufrir un fuerte descalabro, y le obligó á dirigirse de nuevo á Cantavieja. Las operaciones militares tomaron entónces un carácter extraordinario en toda la península. En Cataluña el gefe Urbistondo tomaba la ofensiva para impedir que el baron de Meer pudiese enviar parte de sus tropas á Valencia. Espartero acudia con numerosas fuerzas desde las provincias Vascongadas hácia Aragon. Una nueva expedicion á las órdenes de Zariategui sembraba el terror por las Castillas y penetraba en el alcázar de Segovia, y hasta en el sitio de San Ildefonso á pocas leguas de Madrid. La capital alarmada se ponia en estado de defensa. Acude á cubrirla Espartero, y de paso derriba el ministerio Calatrava; primer ensayo de dictadura. En vano se ofrece al general el ministerio de la guerra; prefiere el mando del ejército, árbitro de la vida y de la muerte. Los soldados que habian quedado en las provincias Vascongadas se creen asimismo superiores á la disciplina, se sublevan, y entre otras víctimas sacrifican en Miranda á Escalera, y en Pamplona al esclarecido general Sarfield. Oráa y Buerens en Aragon y Valencia observaban los movimientos de don Cárlos y de Cabrera, mientras Espartero y Mendez Vigo acorralaban á Zariategui en los pinares de Soria. Buerens alcanzó en Herrera á don Cárlos y le acometió con vigor, pero fué rechazado con pérdida de 1500 hombres, y sus tropas desbandadas buscaron un refugio de Cariñena y Daroca. El vencedor, precediéndole Cabrera, se encamina entónces por la sierra de Albarracin y por Cuenca hácia la capital de la monarquía. Dias de grande espectacion y de conflicto fueron los primeros del mes de setiembre. Cabrera y don Sebastian llegaron á ver distintamente el codiciado palacio de los reyes de España. Madrid presentaba el aspecto de un vasto campamento. Pero la conmocion popular que don Cárlos á su favor esperaba, no se manifestó. Por otra parte Espartero y Oráa acudian. El ejército carlista, apartándose de Madrid, se puso sobre Guadalajara y la ocupó. La expedicion habia fracasado. Cabrera se separó de don Cárlos despechado por lo que él llamaba cobarde prudencia de los gefes castellanos. Siguióle Oráa sin poder alcanzarle. Don Cárlos efectuó su reunion con Zariategui, y evitando hábilmente las acometidas de los generales Espartero, Lorenzo y Carondelet, logró de nuevo concentrarse en las provincias del norte. La guerra volvió á tomar su aspecto normal. Pero la disciplina del ejército de la reina habia recibido fuertes embates, y Espartero está resuelto á sostenerla en todo su vigor. En Miranda hace formar un cuadro á sus tropas, las arenga, las señala el regimiento de Segovia, dice que de él han salido los asesinos del general Escalera, y hace que sus camaradas los designen. Diez soldados son fusilados, y veinte condenados á galeras. En Pamplona arengó del mismo modo á los tiradores de Isabel; el brigadier Leon Iriarte, un comandante y cuatro sargentos son fusilados. Los bandos en que estaba dividido el campo de la reina conocieron que les era forzoso contar con la amistad ó arrostrar el enfado temible del caudillo que con tanta fuerza debia contar en el ejército para llevar á cabo aquellas ejemplares puniciones.

Nada mas desconsolador que el estado del partido de la reina en 1838. Los que habian formado la constitucion se veian por ella misma separados del poder, pues solo las clases acomodadas tenian accion en la nueva ley electoral. Decian los nuevos legisladores que adoptaban francamente aquel código porque con él se podia gobernar, pero en realidad meditaban ya por qué medios lograrian su abolicion. Acariciaban con una mano al único poder entónces en España existente, el gefe del ejército del norte, y tocaban con la otra resortes secretos para descartarse de su dominacion insoportable. Al momento conocieron los caidos la falta de armonía que entre el gobierno y la cabeza del ejército existia, y procuraron sacar de ella todo el partido posible. Espartero se les habia mostrado hostil; no importa, harán con él paces y alianza. Los vencedores recelan. Ven que fuera de la constitucion existe una fuerza que está minando su poder. Es necesario abrir fuera tambien de ella una contramina. Para ello necesitan un hombre nuevo, militar, rígido, audaz, imperioso mas que el mismo Espartero. Echan los ojos en don Ramon María de Narváez. Fogoso, intrépido, activo, enemistado con Espartero, y además nacido de noble cuna, es el hombre que necesitan. Los sucesos militares abren camino para utilizar sus servicios. Dos expediciones nuevas habian salido de las provincias Vascongadas: la de Negri que fué desgraciada, y la de Basilio García que, á pesar de haber sufrido algunos descalabros, dió á los carlistas de la Mancha elementos de resistencia con que hasta entónces no contaban. Es preciso formar un nuevo ejército que opere á las puertas de Madrid. Narváez le organiza; Narváez pacifica la Mancha; Narváez es el nuevo general afortunado. Pero las expediciones carlistas pueden repetirse, y es forzoso oponerles en el centro de la monarquía una muralla de hierro. El gobierno dispone la formacion de un ejército de reserva compuesto de cuarenta mil hombres. Narváez será su gefe. Espartero pone el grito en las nubes. «Señora, escribe á la reina, este plan es el vehículo por donde se conducen las intrigas de un partido contrario á V. M. y enemigo de nuestras instituciones; es en fin el foco de la discordia..... V. M. comprometida por el maquiavelismo carece de aquella accion que en otros tiempos derramaba los beneficios á que propende su natural bondad.....¿Porqué no se oyó á los generales..... y particularmente á mi?.... ¡Así, señora, se abusa del nombre de V. M.!.... Temo..... se procura hallar un hombre.... susceptible de aspirar á la dictadura...¿Mi autoridad..... se ha de ver deprimida por un rasgo de pluma no meditado?» Así el general escribia á la regenta. ¿Quién de los dos mandaba? El gobierno enmudeció y Narváez sucumbió. Entónces se pensó en minar de otro modo la preponderancia del gefe del ejército. Pareció el mejor camino una sublevacion bien dirigida. Levántanse algunos pueblos al grito de represalias contra los carlistas. Sublévase Sevilla, y ¡cosa singular! pónense á la cabeza de la insurreccion Córdoba y Narváez, los hombres mas enemigos de toda conflagracion popular. Contabase sin duda con algun otro movimiento, con otros resortes, que no produjeron resultado, y la combinacion se deshizo. Aquellos dos generales hubieron de buscar un asilo en país extranjero, y la preponderancia del general en gefe del ejército del norte quedó triunfante y única. Á su exclusivismo habia sido debida poco ántes la frustracion del plan formado para levantar en las provincias Vascongadas un tercer partido, dirigido por Muñagorri, al grito de paz y fueros. La idea no habia salido del cuartel general, y su ejecucion fué impedida. Continuaba en tanto la lucha vivamente por ambas partes sostenida. Cabrera se habia apoderado, por sorpresa, de Morella; acudió Oráa con todo el ejército del centro para recobrarla; pero se estrellaron sus esfuerzos ante el vigor de la defensa y la oportunidad con que la socorrió aquel gefe carlista. Triste y silenciosamente se retiraban las columnas de la reina. Cabrera cae sobre una de ellas, la del general Pardiñas, fuerte de cinco mil hombres, y la destruye completa-

mente en Maella. Bárbaro se mostró el vencedor despues de la victoria, precisamente cuando hubiera sido su magnanimidad política á mas de sublime. En Cataluña habia el baron de Meer recobrado la plaza de Solsona. Las provincias Vascongadas, despues de la accion de Peñacerrada en la que Espartero hizo setecientos prisioneros, los carlistas cayeron sobre la division del general Alaix y le causaron una pérdida de mas de mil hombres. Las órdenes de Espartero en todas partes se acataban y cumplian. Alaix, dice, sera un buen ministro; suba, pues, al ministerio. Van-Halen, su amigo, es nombrado general en gefe del ejército del centro, en reemplazo de Oráa. Don Cárlos cometió por este tiempo dos errores capitales. Cuando estaba mas enconada la guerra, cuando sus partidarios sellaban con su sangre el campo de batalla, entregóse á las fiestas nupciales, casando con la princesa de Beira, hermana de don Miguel, y adicta al partido mas intolerante de su corte. Este matrimonio, efectuado en medio de un campamento, y cuyo menor inconveniente era el de la inoportunidad, sembró la division en las filas de aquel príncipe. Fué el segundo error haber dejado desatendidos los servicios de Villareal, y haber entregado el mando de su ejército, en reemplazo de Guergué, al general Maroto, hombre de condicion dura, inflexible, así ante sus superiores como ante sus súbditos. No tenia genio, pero sí una voluntad de roca, que segun adonde se volviese, podia por su obstinacion dar margen á inesperadas consecuencias. Su primera proclama al ejército revela solo odio á los enemigos, á quienes llama mónstruos, y «deseos de triunfar ó recibir una muerte gloriosa en el campo de batalla»; son sus propias palabras. Mas adelante verémos de qué manera las cumplió. Este año habia tambien llamado la atencion pública la acometida dada á Zaragoza en los primeros dias de marzo. Cabañero, contando sin duda dentro de aquella ciudad con algunos confidentes, tuvo el temerario arrojo de meterse dentro de ella por sorpresa, y llegar hasta el mismo Coso. Allí, á son de trompetas, publicó una amnistía completa en favor de los guardias nacionales que le presentasen las armas y el uniforme. Otros moradores, tan audazmente sorprendidos en medio de las tinieblas, hubieran obedecido temblando; pero los zaragozanos no podian permitir que su escudo de armas fuese tan fácilmente empañado. De casa en casa, de calle en calle, la voz de alarma se difundió por la ciudad. Al momento las bandas de Cabañero se vieron hostigadas por todas partes. Abríanse las ventanas para arrojar muebles, fuego, agua hirviendo sobre los invasores que muy luego tuvieron que buscar desbandados su salvacion en la fuga, dejando en las calles de aquella ciudad heroica ciento veinte cadáveres, y setecientos prisioneros, entre éstos un comandante y veinte y tres oficiales. Ventaja notable por ser conseguida con la sola pérdida de ocho muertos, y algunos prisioneros y heridos.

Las operaciones militares no serán la parte mas interesante de los anales de 1839. En el Principado limitábase el ejército de la reina á cubrir la baja Cataluña, mientras en la parte alta dominaban las huestes de don Cárlos. Obedecian éstas al conde de España. En el mando de aquellas al baron de Meer habia sucedido el general Valdés, y á éste por último Van-Halen, mas intimamente adicto al general en gefe. El ejército del centro habia sufrido delante de Segura un descalabro, pero O-Donnell, nombrado recientemente su gefe, realzaba su abatimiento delante de Lucena, de donde rechazó á Cabrera, y por fin á la vista del fuerte de Tales del que se apoderó sin que los esfuerzos de aquel gefe carlista bastasen á impedírselo. Espartero, ya capitan general de los ejércitos, y además gefe de todos los de operaciones, ganaba delante de Ramales y de Guardamino el título de duque de la Victoria y llevaba adelante su plan de campaña favorito de hacer de Bilbao la cabeza de su línea de operaciones. Á este fin ocupó la Peña de Orduña. En Belascoain ganaba un condado don Diego Leon. Pero por este tiempo el partido carlista llevaba ya en las entrañas un dardo envenenado. Hondas divisiones habian abierto en su seno las enemistades de sus caudillos. Burlábanse los guerrilleros prácticos de los generales instruidos, y señalando el ejemplo de Cabrera, que de la nada habia sacado un ejército con que daba espanto y terror á sus contrarios, poniánle en parangon con los gefes castellanos que á su decir solo llevar al degolladero sabian las fuerzas cuyo mando se les confiaba. «Nada, señor, decian á don Cárlos, nada de generales que sepan escribir; los brutos hemos de llevar á V. M. á Madrid.» Y trabajaban incesantemente para obtener la destitucion de Maroto. Débil don Cárlos ante estas reyertas intestinas, ni carácter tenia para sofocarlas, ni talento para dirigirlas. Naturalmente encontróse Maroto á la cabeza de un partido numeroso, compuesto en su mayor parte de castellanos que combatiendo lejos de sus hogares, debian tener interés en formar un núcleo compacto. Aquel general tenia además a la vista un espectáculo que le daba enseñamiento y osadía. Veia que el general en gefe del ejército de la reina era él mismo tiempo el alma del gobierno, el árbitro del poder y de los destinos. Luego, debió decir para sí, la suerte de la España estará decidida el dia en que el general de don Cárlos y el de la reina se pongan de acuerdo. La lógica de los hechos ofusca la razon y la arrastra, diciéndola, esto sucede, esto es posible. Sabe Maroto que no puede contar con la buena voluntad de don Cárlos ni con la de su esposa, teme que de un momento á otro sus enemigos personales obtengan su destitucion, y determina salvarse por medio de un acto sanguinario, atroz, inaudito. Dirígese á Estella, y manda fusilar á los generales Guergué, García, Sanz, al brigadier Carmona, y al intendente Uriz, dia 18 de febrero. Cuando este atentado llegó á noticia de los generales de la reina creyeron todos que el gefe calista, rebelde contra su príncipe, se encaminaria á Pamplona para ofrecer su sangrienta hoja de servicios. No fué así. Al horror debia suceder el asombro. Maroto escribe á don Cárlos participándole aquellas ejecuciones, diciéndole que preparaba otras, y pidiéndole que si quiere evitar males mayores «por su propia conveniencia mande marchar inmediatamente á Francia á los elevados personages de su cuartel real.» Queda consternado el príncipe. Los que le rodean procuran levantarle del abatimiento, y le hacen firmar en Vergara la proclama de 21 de febrero en que separa á Maroto del mando del ejército, y le declara traidor y reo de lesa magestad. Inútil esfuerzo de una indignacion imponente. Cuestion de bayonetas era ésta; y sus propias armas contra el desventurado don Cárlos se volvian. Maroto con una audacia increible, á la cabeza de su ejército manda leer el decreto que le declara traidor, y luego dice á los soldados: «Aquí me teneis, yo soy ese hombre que se os manda asesinar; franco teneis el camino.» Las tropas aclaman con entusiasmo al general, quien se encamina al frente de ellas al cuartel real. El terror penetra en éste. Dia 24 de febrero don Cárlos se retracta, diciendo en otra proclama que mejor informado sabe y declara que Maroto ha obrado con amor y fidelidad, que aprueba sus providencias, y que revindica su reputacion injuriada mandando que se recojan y quemen los ejemplares del manifiesto en que le llamaba traidor. Maroto triunfa. En un dia ha muerto una causa y un príncipe. Medio año vivió todavía un partido á quien tan hondamente dividian unos surcos llenos de sangre: medio año de desaliento, de crueles convulsiones, y de agonía. Aconsejábanle á don Cárlos golpes de estado superiores á sus fuerzas; su resentimiento le inclinaba á adoptarlos; pero en el momento de la ejecucion faltábanle voluntad y bravura. Difícil era la situacion de Maroto y la de los gefes que á su favor se habian comprometido. Un solo camino les quedaba: el de una transaccion con las fuerzas de la reina. La necesidad les condujo á él. Maroto envió por el mes de junio un ayudante de campo á Paris para lograr que el gobierno francés sentase las bases de una mediacion entre los dos grandes partidos que luchaban en España. Sentólas el mariscal Soult, en su nombre y en el de Luis Felipe, en un documento que lleva la fecha del 28 de junio. En él de-

seaba que don Cárlos renunciase á la corona, y seria tratado con decoro fuera de España; que tambien saliese de la península la regenta; que reinasen Isabel y el hijo mayor «ó mejor el segundo, por tener éste mas talentos» casados; que los vascongados y navarros conservasen sus fueros; y que la sucesion del reino quedase arreglada como ántes de la pragmática de 1830. Tambien procuró el general carlista ponerse en relaciones con lord John Hay, gefe de las fuerzas navales inglesas en el mar Cantábrico. El gobierno inglés anduvo mas cauto que el de las Tullerías; no impuso condiciones; dió su opinion sobre las anteriores, pareciéndole que rechazándolas obraba bien el general Espartero, y que á su modo de ver en la situacion en que el partido carlista se encontraba solo debian aspirar sus defensores á obtener olvido completo, continuacion de empleos y sueldos, y de observancia de los fueros del pais, reconociendo á Isabel, á la regenta, y la constitucion de 1837. Con esta manifestacion del gabinete inglés, apoyada en la opinion de Espartero, quedaron por unos dias rotas las negociaciones. Pero de ellas habia traslucido ya una buena parte el ejército de don Cárlos; la voz de paz, fueros y conservacion de empleos se iba generalizando; los que á don Cárlos mas inmediatamente rodeaban repetian sus instancias para perder al general Maroto; encontrábase éste en una posicion seriamente crítica; tenia constantemente á su disposicion en la ria de Bilbao un buque para proteger su fuga, y vaciló si se echaria en él: adelantábase Espartero repitiéndole los ofrecimientos ya hechos para dar conclusion á la guerra; en la cuesta llamada de Descarga don Cárlos tuvo resolucion bastante para llamar á su general, y haciéndole rodear por su escolta iba ya á mandarle prender cuando una pronta fuga le salvó. Entre Elgueta y Elorrio probó el príncipe el último ó mas bien el único esfuerzo que hizo para recobrar su perdido prestigio. Quiso revistar por sí mismo el ejército. Dos batallones le recibieron con los gritos de viva el rey, otros con los de viva Maroto y los mas en medio de un imponente silencio. Cárlos se retiró precipitadamente, llevando traspasado el corazon. «Jamás, lo dice el mismo Maroto, jamás se ha visto, entre los defensores de un partido, tanta rivalidad y miseria, tanta ambicion y maldad.» El general manifiesta sin rebozo á sus soldados que ya no quiere continuar por mas tiempo al servicio de don Cárlos, y que desea poner término á la guerra. Las músicas, los bailes, las canciones populares suceden á los aprestos militares. En Vergara, dia 31 de agosto, se firma el convenio por el que se concede la continuacion en sus destinos y empleos á los defensores de don Cárlos que reconozcan á Isabel, y además una promesa de proponer á las córtes la concesion ó modificacion de los fueros de las provincias. De esta suerte por caminos extraviados, por entre sendas erizadas de malas pasiones, condujo admirablemente la Providencia á los españoles á unos campos en que debian dar al mundo un grande é inolvidable ejemplo. Don Cárlos, á quien solo algunos batallones no abandonaron, trémulo, ensimismado, irresoluto, ni un paso dió para cruzar el Ebro y retirarse á Aragon, único camino que le quedaba; y acorralado hacia la frontera entró en Francia dia 14 de setiembre. La guerra del norte estaba terminada. Quedaba la de Cataluña, y la de Aragon y Valencia. En el Principado la junta de Berga envia á llamar en 26 de octubre al conde de España, con el pretexto de hacerle unas comunicaciones importantes. Acude, y le dicen que ha de partir con una escolta á Francia. El viaje se hizo por la noche hasta Orgañá. En la madrugada del 7 de noviembre, en las cercanías de la cuesta de Nargó, sacóse del Segre un cadáver: era el del conde de España. Quedaba solo Cabrera. Cubria éste con veinte mil hombres la comarca montañosa que se extiende entre Castellon de la Plana, Alcañiz, Teruel y el bajo Ebro. Segura y Morella eran sus principales fuertes. Espartero á la cabeza de cien mil hombres se prepara para caer sobre los últimos baluartes del carlismo. Entre tanto se habia modificado el ministerio, entrando en él Montes de Oca y Calderon Collantes, y disueltas las córtes preparábanse los dos bandos del partido de la reina para la batalla electoral. El anterior congreso habia ya votado la ley sobre los fueros, complemento indispensable del tratado de Vergara. Por ella se confirmaban pura y simplemente los privilegios de las provincias Vascongadas y de Navarra, y se decia que el gobierno cuidaria de presentar á las córtes un proyecto de ley sobre las modificaciones indispensables á los mismos á fin de conciliar el interés de aquellas provincias con el general de la monarquía y con la constitucion que en ella regia.

Diez meses resistió Cabrera á las inmensas fuerzas de Espartero, y aun no fué él quien resistió, fué su nombre solo. Aquel gefe carlista, mientras sus huestes hacian los últimos esfuerzos en lo humano posibles por la defensa de una causa ya desesperada, yacia enfermo, moribundo en San Mateo, á muy pocas leguas del cuartel general de sus enemigos. Mas de cien mil personas del pais lo sabian, pero Espartero y los partidarios de la reina lo ignoraban. Sucesivamente habianse rendido Segura, Castellote, Cantavieja. Las alturas de Cenia presenciaron los últimos esfuerzos de aquel indomable gefe. Lívido, febril, atado mas bien que cabalgando encima de una mula, animó por mucho tiempo á su gente y la hizo resistir con bravura las embestidas del cuerpo de ejército mandado por O-Donnell; pero en lo mas empeñado del lance cayó sin sentido y en una camilla tuvieron que sacarle del campo de batalla ya perdido. Sin embargo nadie pudo impedirle el paso del Ebro por Mora, y llegó á Berga pocos dias despues de haber caido Morella en poder de Espartero. Desorganizadas y en estado de completa anarquía encontró las fuerzas carlistas del Principado. Parecióle que para realzarlas debia castigar el asesinato del conde de España, y esto le perdió. No eran reos vulgares los que le habian dado la muerte; eran los mismos á quienes ciegamente obedecian bandas numerosas, y aunque indisciplinadas, terribles. Además el conde de España era generalmente odiado porque su crueldad aparecia desnuda y repugnante, nó como la de Cabrera, cubierta y ofuscada por los dotes de un gran general. Su intento, pues, de castigar aquella muerte solo sirvió para desunir los últimos restos de las fuerzas carlistas y para privarle á él de los grandes medios de resistencia que en los guerrilleros catalanes, conocedores del pais á palmos, hubiera encontrado. Sin ellos no podia hacer frente ni un dia al ejército numeroso de la reina. Los últimos tiros resonaron en Berga. Dia 6 de julio de 1840 Cabrera y sus batallones penetraban en Francia, abandonando con lágrimas y sollozos aquella patria querida, querida de todos sus hijos, aun de aquellos á quienes las pasiones descarrian. Terminada estaba la guerra de sucesion. Las bajas que durante su transcurso tuvo el ejército de la reina son las siguientes, segun los datos oficiales sacados por un sujeto que fué ministro de la corona: 39701 muertos; 5096 heridos; 19,666 prisioneros; 807 extraviados; 10,629 caballos muertos, y 3695 inutilizados. Si á este número se agregan las bajas de la milicia nacional, las del ejército carlista, y las desgracias que sufrieron muchos habitantes, no será exagerado el cálculo que hace subir á doscientas mil el número de víctimas humanas que á la España costó la última guerra, además de los inmensos tesoros para su sosten agotados. Despues de tantos desastres parecia que iba á asomar en el horizonte de la trabajada patria una aurora de bonanza. «La paz no será turbada por nada ni por nadie,» decia Espartero á la entusiasmada multitud que en 13 de julio salió á recibirle fuera de las murallas de Barcelona. Sin embargo los que habian apagado la guera de sucesion iban á entrar en la pugna política. Existia desde 1837 una lucha, sorda á veces, á veces acompañada de ruidosas manifestaciones, entre el gobierno y el general en gefe. Casi todos los ministerios, tanto de uno como de otro bando liberal, que en el poder desde aquella época se habian sucedido, habian opinado que era necesario separar á un general que queria hacerse superior al gobierno; pero la regenta se ponia siempre de su parte, diciendo que confiaba en su valor y en su hidalguía, y que ántes de darle un desaire con-

sentiria en dejar la regencia. Acatando aquella voluntad temible echóse tierra encima de la sublevacion de Aravaca, cayeron Calatrava y Mendizábal, cayó el conde de Ofalia, se abandonó el proyecto audaz de Narváez, se olvidó el escrito publicado contra éste. Se separó del poder á Mon y á Castro, cerráronse unas córtes y se abrieron otras, en silencio se recibieron los golpes contundentes del manifiesto de Mas de las Matas y de los escritos de Linage, y aun se dió á éste la faja de mariscal de campo; hízose en fin todo cuanto al afortunado general le plugo. En pago daba él en sus escritos repetidas promesas de sostener el trono, la constitucion y la regencia de la reina madre, y cuando un escritor audaz se atrevió á levantar el velo sagrado de la vida privada de aquella princesa, felicitó al gobierno por haber suprimido el diario Guirigay en que tal cosa se hizo. En suma, parecia que el poder, á fuerza de concesiones y de humillacion trabajaba para hacerse propicia la voluntad del general en gefe; mas éste enviaba de cuando en cuando una sonrisa al poder y luego volvia á la carga con nueva é imprevista furia. Alguna cosa deseaba el general que la monarquía no le podia conceder sin anularse. El general sentiase débil ante el prestigio de la princesa; pero el soldado, á quien ofuscaba el humo del incienso popular, cobraba ánimo en la posesion de los secretos de la muger. La princesa conocia que en su brio y talentos personales y en la magestad del trono la sobraban fuerzas para anonadar al general; pero el delicado pudor de la muger temblaba ante la audacia investigadora del soldado. De aquí nacia una lucha que era por íntima mas cruel y mas desgarradora. Como el poder se retiraba siempre, no podia el general abrir trinchera ni asentar sus baterías. Al fin, llegado el poder á una posicion, se detuvo. La posicion fué la ley de Ayuntamientos. Elegidos éstos segun la ley del año 12, formaban diez y nueve mil repúblicas en una monarquía. Semejante situacion no podia subsistir. Remedio á ella se encontraba en la limitacion de sus atribuciones políticas, y en la formacion de una ley electoral; pero el poder puso empeño en que los alcaldes fuesen de nombramiento real, torciendo así el espíritu de la constitucion vigente. Grande alarido y polvoreda se levanta de todas partes; llueven peticiones en el ministerio; llueven tambien en el cuartel general. El soldado puede afirmar el pié en un terreno favorable, y abiertamente se declara contra aquella ley. ¿Que hará esta vez el gobierno? Todavía las tinieblas del misterio cubren las causas del viaje que la corte decidió hacer á Barcelona. No obstante, guiados por una luz escasa, creemos saber que las opiniones de los facultativos fueron el pretexto, las miras matrimoniales el accesorio, y que el verdadero objeto fué un golpe de estado que en el dia crítico una hora de vacilacion frustró. En Lérida tuvo la regenta una entrevista con el general, y probó los medios de la dulzura: empeño inútil; opúsose el general á la sancion de aquella ley y á la continuacion del ministerio. Era necesario dar una batalla, y en Barcelona se dió. Naturalmente una parte del pueblo estaba en favor del poder, y otra adicta fuertemente al general. Tocante al ejército, algunos gefes de gran prestigio habian dado á entender que apoyarian al gobierno; pero el general contaba con el entusiasmo de las tropas, al que daban irresistible pujanza las ventajas en la guerra conseguidas. Á pesar de la oposicion del general sancionóse la ley de Ayuntamientos dia 14 de julio. Si se hizo sin contar con ningun apoyo, fué el absurdo mas capital que ningun gobierno ha cometido. Pero repetimos que se contaba con poder dar un golpe, y que en los momentos de crisis faltaron los elementos de la combinacion. Cuando el paso estaba dado conocióse tarde ya que por entónces el general era invulnerable. Presenta éste su dimision, desafiando á que se la admitan. Á la cabeza de un movimiento, al que sabe dar las apariencias de sublevacion popular, se encamina á la regia morada y obtiene la caida del único ministerio que habia osado resistirlo. En vano la parte del pueblo adicta á la regenta intenta hacer una contra-manifestacion, pues en su daño se desencadena el elemento de las masas enfurecidas. Un espectáculo, único acaso en la historia, presenció entónces Barcelona; el de un hombre solo, el jóven abogado don Francisco Balmes, que por espacio de hora y media resistió con una entereza y sangre fria heroicas á centenares de turbas que asaltaban su morada. Ni le tembló un momento el pulso: cuantos tiros disparó todos certeros en los contrarios que le ostigaban se hundieron. Los soldados, que debian protegerle, horadando una pared por la espalda le mataron y entregaron á la plebe su cadáver. Por las calles de Barcelona fueron arrastrados los restos ensangrentados del barcelonés mas valiente que ha existido. Otro amigo de nuestra infancia, en la flor de la edad horriblemente arrebatado. Retírase la regenta de esta admósfera ponzoñosa, y dirígese á Valencia en donde la hacen agotar la copa de la amargura. Sabe el pronunciamiento de Madrid, y manda á Espartero que vaya á sofocarle: «no es un partido anarquista, le responde el general en un escrito célebre, es el partido liberal el que ha empuñado las armas para no dejarlas.» Á favor de semejante combustible propágase el incendio de una manera voraz y destructora, investígase la vida privada de la regenta; los diarios hacen público su matrimonio morganático con el gallardo mozo don Fernando Muñoz; contra ella se asestan tiros de toda especie sin reparar en el uso de armas vedádas: á muerte es la guerra que la declara la revolucion embravecida. En situacion tan angustiosa, una inspiracion dice á la madre que sus hijas encontrarán mas fuerte apoyo que en ella en su infancia y en su inocencia misma, y dejando el poder en manos del que lo codicia, abdica la regencia y abandona la España.

El brazo militar triunfa. Pero, para consumar la revolucion ha tenido que implorar el auxilio del elemento popular, y llegado el dia de la victoria éste le llama á cuentas. Junta central, piden unos. Nó, sino ministerio regencia responde el general. Córtes constituyentes, pues, insisten aquellos. Nada, nada, sino córtes nuevas segun la constitucion, contesta el caudillo. Á lo ménos disolucion completa del senado, piden algunas juntas. Eso fuera barrenar la constitucion en su esencia y llevarnos á un caos, observa el gefe. El elemento popular conoce que ha servido de instrumento, y enmudece por el pronto, pero templa sus armas. Para distraer la pública atencion hace el general un amago contra Portugal, con motivo de la navegacion del Duero, y obtiene satisfaccion cumplida; declara extinguida la policía secreta; al manifiesto, desde Marsella publicado por la reina madre, contesta diciendo que para sostener el levantamiento cuenta con doscientos mil veteranos, y quinientos mil nacionales; revista la milicia nacional y da vivas á los bravos ciudadanos; acerca una mecha á la cuestion foral de las provincias vascongadas para encenderla si á sus fines le conviene; encona las diferencias con la corte de Roma, haciendo cerrar las oficinas de la Rota y de la nunciatura apostólica, y entre tanto mantiene el ejército en pié de guerra, dispuesto para todo evento. Reunidas las nuevas córtes, de cuya eleccion se habia prudentemente retirado el bando vencido, entáblase (1841) la cuestion vital. Vacante está la regencia. El brazo militar presenta naturalmente su único candidato; el brazo popular le admite, pero nó único. Un solo regente, una sola voluntad en el poder es lo que á la monarquía le conviene, dice aquel. Nó, sino la reunion de tres voluntades que se ilustren mútuamente, contengan los impulsos de la arbitrariedad, y se sostengan por la ley, responde éste. El poder de un solo hombre es mas enérgico, dice el conde de Pinofiel. El de muchos es mas sabio, responde Valdés. Si nombrais una regencia triple, observa el general Seoane, á las dos horas habrá cesado de existir, pues sus miembros renunciarán. Así en efecto lo indicaba claramente un comunicado del general Linaje, secretario de Espartero, inserto en los periódicos. Trás de un solo hombre vemos el despotismo, decian algunos diputados. Yo le veo tambien detrás de muchos, respondia Olózaga. ¿Creeis, exclama Seoane, que la nacion es-

Digitized by Google

pañola ha degenerado hasta el punto de dejarse tiranizar por un hombre solo? si éste se aparta del carril, ella le contendrá. Espartero no es hombre de gobierno, dice González Bravo sin ningun rebozo. Mejor, pues así se contentará con reinar, dejando á los ministros que gobiernen, contesta Olózaga. Á la urna, pues, dice don Joaquin María Lopez; yo voto por la regencia triple. Dia 8 de abril se verificó la votacion, reunidos senadores y diputados en el palacio del senado. Votaron 153 miembros en favor de la regencia única, 136 en favor de la triple, y 1 por la quintuple. En la segunda votacion, para designar el candidato, obtuvo Espartero 179 votos, Argüelles 103, y la reina madre 5. El brazo militar quedaba en la posesion del poder. Fué una circunstancia notable que entre varias felicitaciones recibió el regente una firmada en Paris por el infante don Francisco de Paula, quien se encontraba desde 1839 en aquella capital por desavenencias de familia habidas con la reina madre. «Esto fausto suceso, decia la felicitacion, ofrece grandes dias de prosperidad y engrandecimiento para mi patria.» Tras de la cuestion de regencia vino la de la tutela. Las córtes declaran que se halla vacante por la ausencia de la reina madre la tutela de doña Isabel y de la infanta. El elemento vencido en la cuestion de la regencia podia en la de la tutela una garantía para continuar apoyando al vencedor. En el cargo de tutor estaba la garantía. Reunidos de nuevo en 10 de julio los senadores y los diputados fué nombrado tutor de la reina y de la infanta por 180 votos don Agustin Argüelles. De esta suerte el brazo militar transigió con el popular para obtener algunos dias de tregua y de holganza. Pero la oposicion, sofocada en las córtes, se levanta desde Paris viva y amenazadora. Es el grito que da un madre porque del regazo la arrebatan sus hijas, negándola hasta el amparo que en la «ley de las gracias al sacar» las demas madres que á segundas nupcias pasaron encuentran. «Declaro, dice la reina madre en su protesta de 18 de julio, que la decision de las córtes es una forzada y violenta usurpacion de facultades que yo no debo ni puedo consentir.» «Sin embargo, responde en otro manifiesto el regente, ella misma dijo que en Barcelona habia desamparado á sus hijas: pues bien, las córtes las amparan.» Al grito de la madre sucede la voz de guerra. El general O-Donnell se subleva en Navarra, apoderándose de la ciudadela de Pamplona. El dia 4 de octubre secúndale el general Piquero en Vitoria en donde se establece una junta de la que es presidente Montes de Oca. El brigadier La-Rocha en Bilbao, Urbistondo en Vergara proclaman única regenta á la reina madre. Algunas fuerzas del ejército abandonan la ciudad de Zaragoza para reunirse con los sublevados. Dia 7 los generales Leon y Concha, á la cabeza del regimiento de la Princesa, se apoderan del palacio real. La guardia exterior es suya. Una cosa habian olvidado. Hacerse propicia la voluntad de 21 alabarderos que formaban la guardia interior de la regia morada. Creyendo éstos que corria peligro la existencia de las reales personas á su honor encomendadas, á tiros por mucho tiempo defendieron la escalera principal. Esto combate imprevisto frustó la combinacion de los sublevados, y mucho ántes de amanecer, oyendo el toque de generala por las calles de Madrid, y conociendo que era ya imposible la victoria que por medio de una audaz sorpresa querian conseguir, se retiraron por la puerta de Hierro. El general Concha tuvo la suerte de poder huir al extranjero. El general Leon, ménos afortunado, cayó en manos de los vencedores, y fué entregado á un consejo de guerra. Ni su juventud, pues apenas contaba 31 años; ni su belleza y arrogancia personal; ni la fama que tenia de ser el hombre mas valiente del ejército; ni los grandes servicios prestados á la causa de la reina y de la libertad; ni los ruegos y el llanto de nobles y plebeyos que demandaban gracia para el Cid de la generacion presente; nada pudo hacer mella en el corazon de bronce de Espartero. Leon fué condenado á muerte, la que sufrió con una entereza digna de los mas grandes héroes. Frustrado el levantamiento de Madrid, fácilmente se sofocó el grito de las provincias Vascongadas. O-Donnell buscó en la frontera de Francia un refugio. Montes de Oca fué otra víctima sin compasion inmolada. Bilbao fué ocupada por Zurbano en 21 de octubre, sin que el recuerdo de sus glorias librase al vecindario de un impuesto crecidísimo. Espartero recorrió las provincias como conquistador triunfante. Mientras duró su corta campaña habíase desencadenado en muchas poblaciones el elemento popular para darle auxilio, creándose al efecto juntas llamadas de Vigilancia. La que en Barcelona se constituyó fué la mas famosa. Oro á raudales exigió de cuantos reputaba adictos á la insurreccion; oro por sangre. Al mismo tiempo comenzó la demolicion de la ciudadela al oriente de la ciudad levantada, á la que llamaba «osario de nuestros padres.» Nuevo conflicto entre el brazo popular y el del ejército. Indígnase Espartero al saber que una propiedad nacional ha sido destruida; y en su cólera llama á sus mas celosos partidarios hombres turbulentos, y los amenaza con severo castigo. Por segunda vez enmudece el pueblo ante la manifestacion de aquella voluntad temible que ni á vista de la sangre de su mas íntimo compañero de armas se habia ablandado. Barcelona fué militarmente ocupada y declarada en estado de sitio. «¿Qué es esto? exclaman en las córtes algunos diputados; ¿porqué blandís contra el pueblo las armas que llamabais vedadas? El estado de sitio es el único medio de gobierno de los retrógrados, dice Llacayo á los ministros.» «Hicímoslo para evitar la efusion de sangre y otros horrores, responden éstos.» «Se acerca el dia, insiste el diputado, en que tendreis que responder de las tropelías cometidas.» No se efectuó todavía esta amenaza de rompimiento, ántes los aliados del año 40, á vista del comun contrario, volvieron á firmar treguas que no debian ser duraderas.

Alcanzólas el poder (1842), accediendo á dos actos: de vigor y entereza el uno, que fué romper con el embajador francés, Salvandy, que pretendió presentar sus credenciales á la reina, nó al regente; de imprudente arrogancia el otro, que fué echar un nuevo reto al Vaticano, enconando las harto vivas diferencias con la corte pontificia. Pero entrambos no dieron vida al gabinete mas que para pocos meses. En 28 de mayo, alistados por la oposicion nuevos campeones y contado su número, presentó una peticion en que decia que el ministerio estaba lejos de tener el prestigio y fuerza moral necesarios para hacer el bien del pais. Rudo y empeñado fué el combate, pero la oposicion triunfó; y fulminando el tiro de censura, al ministerio precedido por Gonzalez sucedió el gabinete Rodil, llamado el de los generales. Concentrábase, pues, el elemento militar, separándose casi completamente del de la revolucion que le habia auxiliado. Los negocios públicos tomaban muy distinto rumbo. Frustrada la acometida de octubre del 41, la hueste política vencida en el 40 y sus emigrados en Francia conocieron que un poder nacido de un levantamiento, al golpe solo de tiros revolucionarios podia ser derribado. Curiosa, aunque no muy edificante, fué la representacion. Nace una prensa nueva, desbocada y cínica por sistema. Soy mas liberal que nadie, pues soy republicano, dice uno. La tiranía se encuentra tambien bajo la capa de la república, le responden. Si tan constitucionales sois, y guardas de la monarquía, dice la oposicion á los ministros, ¿porqué no casais la reina, dado que llegó el dia, con el hijo del infante don Francisco que os lo propone? si no lo haceis abrigais intenciones usurpadoras. Esta cuestion es cuando ménos prematura, responde el poder. Vosotros los pacificadores, insiste aquella, como permitis que una provincia, la de Gerona, vuelva á estar infestada de enemigos de la libertad? Allá enviamos á Zurbano, nuestro brazo derecho, que nos dará de ellos buena cuenta, responden los ministros. De las palabras se vino á los hechos. Barcelona fué la ciudad para campo de batalla elegida. Que ha venido la órden de quintarnos; que se ha firmado la ley de introduccion de algodones; que los empleados de puertas tratan groseramente á los jornaleros; que han sido presos los redactores del Republicano: estas voces

que de boca en boca circulan el dia 14 de noviembre, inflaman los ánimos, y apellidan guerra. Una parte del pueblo y de la milicia ciudadana se hace fuerte en la plaza de San Jaime, ahora llamada de la Constitucion, que es el centro de la ciudad. Dia 15 acomete denodadamente la tropa á los sublevados, adelantándose contra ellos por la calle de Fernando VII y por la Platería. Resisten aquellos el ímpetu con bravura. De repente corre por la ciudad, tomando por momentos mayor bulto y exageracion, la voz siniestra de que los soldados entran á saqueo las casas de la Platería; óyese un grito general de «á las armas»; el lúgubre tañido del rebato, las imprecaciones amenazadoras de un pueblo enfurecido, perturban al soldado y le amedrantan. Las tropas se retiran, cediendo el campo á la popular efervescencia. Enciérranse unos en el cuartel de Estudios, y se rinden; otras en el fuerte de Atarazanas, y faltas de vituallas capitulan: las mas en la ciudadela, y la abandonan huyendo. ¿Qué quiere el pueblo vencedor? él mismo lo ignora. La hueste vencida en el 40 quiere á la reina madre, y no se atreve á proponerlo. La hueste, ántes amiga de Espartero, calmada la exaltacion de la lucha, conoce que se está suicidando, y no sabe como volver atrás con honor. Abrúmalas á entrambas el inesperado triunfo. Dias de amargura y de grande angustia pasa la consternada Barcelona. «Voy yo mismo, exclama el regente al saber el levantamiento, á hacer caer la cuchilla de la ley contra los culpables, de una manera inexorable.» Los barceloneses emigran á bandadas; pobres y ricos, proletarios y hacendados, todos conocen que fué cuando ménos imprudencia arrojarse á una lid sin bandera ni medios para sostenerla; todos temen la ira fatal del que no siente la magnanimidad del perdon. Ese hombre puede abrumar á la infeliz poblacion, sin lucha y sin peligro; y lo hará, no cabe duda. La ciudad y sus fuertes han sido conquistados; pero el de Monjui, que la domina, colocado en inexpugnable altura, ha quedado en poder del ejército y en comunicacion con él. Allí está levantado el azote que ningun esfuerzo humano puede declinar. El general regente se acerca, negando oidos, en su indignacion terrible, á todo acomodamiento. Nos rendimos, dicen los sublevados, si hay amnistía para todos. Nó, sino castigo severo, responde el implacable regente. Que ya no hay enemigos en la ciudad, le dicen; pero hay casas, y ellas por ellos, responden. Dia 3 de diciembre manda bombardear la ciudad, silenciosa ya y casi desierta. Barbarie de un linaje nuevo en la historia: bombardear una plaza que ya no opone resistencia; bombardearla cuando sus habitantes han tenido en su poder cuatro mil soldados prisioneros, rehenes inestimables contra el bombardeo, y los han soltado generosamente sin condicion alguna. Fuera de toda imaginacion fué el espectáculo que en la noche del 3 al 4 de diciembre presentó Barcelona, bonancible el tiempo, claro y despejado el horizonte. Las luces incendiarias, desde Mataró, Areñs, Blanes, hasta el cabo de Tossa y aun mas lejos, se veian, anunciando á los catalanes la destruccion de la joya del Principado. «Un nuevo Atila hay allí; guerra, y á él, clamaban todos.» Tócase á rebato en muchos pueblos. En Mataró, en San Felio de Guixols hay grande alteracion, que luego se propaga á Gerona, á Figueras y otros puntos. Los habitantes de la desventurada ciudad, subidos á las cimas de las montañas que la rodean, daban alaridos de desesperacion, presagio de furiosas perturbaciones. El general regente, desde la quinta de Sarriá que en el dia es propiedad de don Francisco Fontanellas, contemplaba con la mayor sangre fria aquella escena de exterminio, y solo de cuando en cuando se observaba en sus labios una contraccion de descontento, como si quisiese decir á Monjui «vivo, mas vivo todavia.» El ejército guardaba una actitud reservada y fria, pareciéndole que el rigor del castigo dejaba muy atrás la ofensa. En la mitad de la noche algunos barceloneses esforzados se presentaron al cuartel general, diciendo entre voces respetuosas que á qué venia aquel lujo de crueldad cuando en la poblacion no quedaba ni un contrario, ni casi ningun habitante. Al mismo tiempo llegan noticias del levantamiento de los pueblos mas cercanos; el regente conoce que pisa una tierra volcánica, y manda cesar el fuego cuyas chispas pueden causar una explosion incalculable. Un dia mas que hubiese durado el bombardeo, segun eran los elementos de perturbacion en Cataluña hacinados, eclipsárase ante Barcelona la estrella de Luchana. La ocupacion de la ciudad, concentrando por algun tiempo el furor de las pasiones, y pacificando momentáneamente el país, fué la última sonrisa que á Espartero concedió la fortuna. Sonrisa forzada y de mala índole, en la que pudo descubrirse el ceño venidero.

Recia tormenta se levanta en el seno de las córtes. El gobierno de V. A., dicen al regente los diputados, no ha obrado dentro del círculo de la ley, ha infringido la constitucion del estado, se ha mostrado sordo á la voz de la humanidad; sin necesidad ha destruido una ciudad opulenta, ha revuelto y escudriñado sus ruinas buscando el oro en ellas sepultado, y aun insulta á sus moradores llamándolos hombres solo dignos del palo. Á esta oposicion responde el ministerio disolviendo las córtes en 3 de enero de 1843, y convocando otras para el 3 de abril. Esas declamaciones, dice el regente en su manifiesto de 6 de febrero, imposturas son de los fautores y cómplices del alzamiento. La nacion decidirá. Encontróse entónces el elemento popular en lucha abierta con su anterior ídolo, viendo en él, nó ya la personificacion de la ley, sino el hombre de la fuerza. En vano los mas astutos decian á sus compañeros: ved que nuestra bandera desaparecerá para siempre si derribais al que la lleva, único que entre nosotros tiene fuerzas para sostenerla: enfadada la falanje los silbaba. Observando la hueste vencida en el 40 que el bando contrario está profundamente dividido, parécelo que es tiempo de llamar á las puertas de la política de las que se habia prudentemente apartado. ¿Qué quereis? les dicen sus antiguos rivales. Daros franco auxilio, sin condiciones ni retribucion alguna, responden sagazmente. ¿Aceptaréis la constitucion y la regencia? Las aceptamos. Bienvenidos seais. Principios son éstos de una nueva cruzada. Desentonada la prensa combate enérgicamente lo que llama demasías del poder: conténtase á lo que parece con derribar el ministerio, pero alarga la mina hasta debajo de la regencia. En medio de esta exaltacion bélica se eligen los nuevos diputados. Actos de hostilidad son sus sesiones preparatorias. Ni el mismo patriarca de la libertad es respetado. Argüelles, dicen algunos, en calidad de tutor y de empleado en la casa real, no puede ser diputado. «Es la primera vez, responde Argüelles, que se asestan tiros directos contra un tutor real. Si lo soy es por la voluntad de las córtes, y solo mandándolo ellas dejaré de serlo.» Alarmado el regente en vista de una oposicion compacta y guerrera, admite la dimision del ministerio Rodill, y llama para encargarles la formacion de otro á los diputados Cortina y Olózaga, únicos hombres de gobierno con que cuenta el elemento popular: pero entrambos se niegan á formar combinacion ninguna. Acude en este apuro á López, tribuno admirable, y de imaginacion ardiente, pero cándido. Acepta, y sube al poder junto con el general Serrano, y con don Fermin Caballero. El nuevo ministerio proclama una amnistía completa desde julio del año 40 hasta mayo del 43. Pero para continuar gobernando el país quiere tener en sus manos las riendas del poder. Solicita, pues, del regente la separacion de algunos generales, entre ellos Zurbano y Linaje. Era tocar á la llaga, era retroceder al año 40 para anular el brazo militar de junio sustituyéndole el popular de setiembre. «Como hombre de gobierno, como gefe de una grande nacion sobre cuyo público sosiego me toca velar, dice el regente á sus ministros, ni debo ni puedo destruir el poder militar entregando el país inerme á las convulsiones políticas.» López y sus colegas presentan al momento su dimision, que es admitida. Gómez Becerra y Mendizabal se sientan en el banco negro del congreso, dia 20 de mayo; pero se aturden viéndose recibidos en medio de una atronadora gritería. «¡Ay del país, exclama Olózaga, que

se entrega á ánimos turbados! ay del regente que tales consejos sigue! Señores, ¡Dios salve al país! ¡Dios salve á la reina!» Apresúrase el gabinete á prorogar las córtes, y luego á disolverlas, pero la voz de guerra ha resonado ya, y los cruzados abren la campaña. Esta vez casi todo el partido liberal acude á las armas, formada una coalicion imponente. Ignóranse las condiciones de la liga, acaso por rubor se callan: déjase columbrar solamente que ambos aliados llevaban intencion segunda de apropiarse exclusivamente la victoria el dia del triunfo. Contaban los setembristas con el impulso de las masas, en el conflicto desbordadas, y con la conocida astucia de sus capitanes. Animaba á sus antiguos rivales la esperanza de que el ejército se pondria de su parte, de que hombres resueltos y probados lo dirigirian, y de que de sus arcas saldria el oro en los disturbios omnipotente. Inmensa fuerza tenian las palancas que se removieron. La del sentimiento monárquico, tan profundamente arraigado en la península, y la del peligro que el trono de una tierna niña corria, fueron las mas poderosas. Málaga, Granada, Reus, Valencia, Alicante, y sucesivamente casi todas las ciudades de la península se levantaron contra el gobierno. No son esta vez gritos vagos los que resuenan, sino una voz nutrida, fuerte y terrible. Cataluña será teatro de la campaña decisiva. Sublévase Prim en Reus, y acude contra él Zurbano, y lo desaloja. Pero en tanto Barcelona se levanta y las tropas que la guarnecen secundan el movimiento, que luego repite el Principado entero. Sin embargo el gobernador de Monjuí persiste en obedecer al regente. El brigadier don Vicente de Castro, acaso el mejor soldado que posee la España, resentido contra el gobierno, dirige las tropas sublevadas y los somatenes, y toma posicion en la montaña de Monserrate para detener á Zurbano. Este caudillo manda al gobernador de Monjuí que rompa el fuego contra la ciudad, creyendo que el solo amago le abriria camino. Barcelona debia dar al mundo un ejemplo de heroismo igual al de los mas renombrados pueblos. Nueva Atenas á la que amenaza una devastacion indeclinable, sus moradores abandonan en masa la ciudad y se trasladan a los pueblos de las cercanías. Aquel espectáculo de grandeza aterradorra, hacia dar, nó latidos, saltos al corazon mas frio. Las familias trasladaban á los niños dormidos en sus mismas cunas, á los viejos en hombros, á los enfermos ó impedidos en sillas y camillas. Todos emigraban sin terror, sin llanto, volviendo los ojos al fuerte de Monjuí, como si le dijesen: ahí tienes nuestras moradas, arrásalas; ántes que el deshonor la miseria y la muerte. Dia 24 de junio recorrimos aquella ciudad en la que reinaba el silencio de un inmenso cementerio: ni una puerta abierta, ni un rostro humano vimos; ni una voz, ni el eco de una pisada a nuestros oidos llegó; espantados huimos de nuestra misma sombra, y del ruido de nuestros pasos. Esta resolucion magnánima, apagando la mecha en Monjuí encendida, llevó el hielo á las venas de los partidarios del regente. Retrocede Zurbano hacia Zaragoza. Espartero peligra y lo llama. Van-Halen ha tenido que retroceder ante la actitud imponente de Granada. Animada Sevilla se levanta á su vez. El regente encomendada á los nacionales la defensa de Madrid, y juntadas fuerzas en Albacete, con ánimo de caer sobre Valencia, vacila, y espera. La irresolucion le mata. El movimiento popular da pasos agigantados. En Barcelona el general Serrano se pone á la cabeza de un gobierno provisional, y sale á campaña, siguiendo la pista a Zurbano. En Valencia el coronel Shelly organiza una division y la entrega a Narváez, recien llegado del extranjero para dar direccion marcada al levantamiento. La asombrosa actividad de este gefe se desarrolla en aquellos dias de ansiedad y de zozobra. No le es dado acometer de frente á Espartero, pero se encamina á Teruel; sorprende la columna de Enna y logra que los batallones que la forman sigan su bandera; se dirige audazmente sobre Madrid dejando detras de sí a Seoane y Zurbano; y dase la mano con la columna del general Aspiroz para amenazar la capital. Espartero se alejaba de ella para dar con Van-Halen un golpe que creia fácil contra Sevilla, juzgando que sus fuerzas de Aragon bastaban para cubrir á Madrid. Presurosas en efecto acudian allá contra Narváez y Aspiroz las tropas de Seoane y de Zurbano, seguidas á su vez por las de Serrano. En Torrejon de Ardoz se avistaron las fuerzas enemigas; pero las del regente, en vez de hostigar á sus contrarios, los abrazaron. Este nuevo abrazo, mas oportuno que el de Vergara, puso término en su misma cuna á la nueva guerra civil. Con un acto de inútil barbarie, el bombardeo de Sevilla, imprimió Espartero el sello en la muerta regencia. El general Concha, recibido con entusiasmo en Granada, reunidas apresuradamente algunas fuerzas, le persiguió hasta las orillas de la bahía de Cadiz en donde le vió subir en el vapor Betis, dia 30 de julio, abandonando una tierra en donde tantas aclamaciones recibió un dia, y en la que tan rudamente le trataban ahora. Hombre de campamento, mas que de poder, general pródigo de su sangre, y prudente en derramar la del soldado, sus calidades, su españolismo y sus servicios estimables no los borrará jamás la hiel de los partidos, así como sus desaciertos y sus defectos no los cubrirá tampoco el entusiasmo de sus amigos. Matándole se suicidaron los setembristas. Triunfado habia el levantamiento de junio: y llegado era el caso de repartir el botin de la victoria. Junta central, clama el brazo popular, como en 1840. Nó, sino ministerio López y mayoría de la reina. Declárase solemnemente en 8 de agosto que Isabel II va á tomar en sus tiernas manos las riendas del poder, y convócase la nacion á córtes, revalidado el gabinete de López-Serrano. No se conforman los centralistas, y levantan bandera en Barcelona, en Zaragoza, en Gerona y Figueras. Pero el movimiento no se propaga; cansada la nacion de luchas intestinas, suspira por dias claros de reposo y holganza. Prim, ya general, obtiene ventajas contra los centralistas, los desaloja á viva fuerza de San Andrés de Palomar y de Mataró, penetra por capitulacion en Gerona, y los cerca en Figueras. Barcelona, amenazada por Monjuí y la ciudadela, sin gran temeridad no puede resistir. Hácenlo sin embargo los centralistas en ella encerrados, y hasta con increible arrojo se atreven á escalar la ciudadela en los primeros dias de octubre. Esfuerzo inútil, precursor de la muerte. Con la noticia de que Zaragoza habia abierto las puertas al conciliador general Concha, abre tambien Barcelona las suyas al general Sanz, dia 20 de noviembre. Figueras resistió mas tiempo; pero agotados los víveres entregó al fin Ametller la plaza al baron de Meer. La cuestion militar habia terminado; la política, aunque amortiguada con el voto de las nuevas córtes que dió fuerza á la declaracion de la mayor edad de la reina, subsistia viva y enconada. La mayoría del congreso no era setembrista; el ministerio López-Serrano no podia marchar sobre un terreno que no le daba apoyo; además, la fuerza misma de las circunstancias, la escasez que de buenos gefes militares tenia el elemento popular, y los mismos esfuerzos de los centralistas habian puesto el ejército entero á la disposicion de la hueste vencida en el 40: el gabinete dimite el poder. ¿Quién subirá á él? si fué un artículo de la coalicion que no pasase la direccion á ciertas manos, ¿quién dará movimiento á la máquina contra las ruedas de la misma? Un hombre se atreve á probarlo, hombre de brio y de talentos incontestables, Olózaga. Fáltale ejército, y se lo crea revalidando los grados concedidos por Espartero moribundo. Contundente es el golpe, y de seguro levantará en el congreso una gritería formidable. No se arredra el ministro, ántes hace firmar á la reina un decreto de disolucion de las córtes, y lo guarda como preciosa reserva. La hueste contraria lo trasluce: es de vida ó muerte el trance; congrega sus caudillos: ¿qué haremos? se preguntan. «En los grandes males los grandes remedios,» responde González Bravo. Sube al ministerio muerto moralmente Olózaga. Nació tribuno: y práctico en las veredas revolucionarias, una por una las recorre, y las cierra y obstruye

Proroga las sesiones de las córtes para gobernar mas desembarazadamente; promulga la ley de ayuntamien-

tos en el año 40 votada y sancionada, pone riendas á la prensa, desarma la milicia nacional en masa, se esfuerza en calmar la irritacion de la corte de Roma, y llama de Paris á la reina madre, piedra angular del edificio nuevo. Encuentra la hacienda en un estado deplorable, y la marina nula. «Un navío en estado de servicio, dice Portillo, ministro de Marina, y dos que necesitan fuerte carena, cuatro fragatas armadas y dos desarmadas, dos corbetas, nueve bergantines, tres vapores de guerrra y otros tres de poca importancia, quince goletas de mediano porte, y nueve embarcaciones de fuerzas sutiles forman el poder marítimo de la monarquía. Algunos otros buques carcomidos y desmoronados, restos venerables de grandes escuadras, son la reserva que dentro de los arsenales, espera, en vez de aumentar la fuerza de aquél, sumergir en las ondas el postrer monumento de glorias que pasaron y que no es dado renovar sin lanzarse por sendero que, abandonado há muchos años, se ha llegado á obstruir con grande copia de dificultad y obstáculos.» Cuadro desconsolador y espantoso. Pero no es tiempo todavía de volver la vista al estado económico del país. Aun se oye apellidar á guerra. El elemento popular se agita en la mortaja con que él mismo se cubrió. Alicante y Cartagena se levantan. Este nuevo grito, resonando sobre una nacion que ha oido el estruendo de furiosas tempestades, pasa desapercebido sin encontrar eco. El movimiento de Alicante es anegado en sangre. En Cartagena, rendida tambien, el general Roncali cubre bajo el manto del desprecio un sentimiento de humanidad honroso: «Las cabezas de los sublevados, dice, son indignas del plomo del fusil de los soldados,» noble ardid con que salva á muchos desventurados contra quienes habia fulminado el ministerio sentencia de muerte, y hécbola imprudentemente pronunciar por unos labios á ser fuente de vida destinados. Casi al mismo tiempo que daba aquel levantamiennto sus últimas convulsiones perecía en Madrid, dia 23 de marzo, el mas afamado y digno prohombre de la libertad, don Agustin Argüelles. Enemigo constante de toda tiranía, nutrido con el aura entusiasta de la guerra de la independencia, elevado al poder en el año 20 y disgustado de él á vista de las torcidas intenciones de Fernando, acaso tomó entónces su carácter esa dureza é inflexibilidad de principios que al parecer de unos se le achacó despues á defecto, mientras en sentir de otros fué su mas puro título de gloria. Ejerciendo su delicado cargo de tutor de la reina, amigos y contrarios reconocen haberle desempeñado tan cumplida y cortesmente, que dejó en palacio y en los corazones de unas augustas princesas tiernos é indelebles recuerdos. El mismo dia de aquella sentida muerte llegaba á Madrid la reina madre. ¡Notable ejemplo de las políticas perturbaciones! La que en el año 40 abandonó su regia morada y sus hijas en medio de bayonetas hostiles y del compasivo silencio de los pueblos, volvía ahora aclamada, encontrando el país transformado. Su casamiento recibirá la sancion para tales casos provista por las leyes del reino. Su viudedad tomará el título de recompensa nacional. Á su venida sigue una nueva organizacion pública. La hueste vencedora cree que es llegado al caso de tomar posesion del poder, en reemplazo del ministerio de transicion que le ocupa. Narvaez, Viluma, Mon y Pidal son nombrados ministros. Levántase en todo el reino el estado de sitio, y al parecer va á abrirse el carril normal. Para decidir la marcha que ha de adoptarse se espera á Viluma que ha de llegar de Londres, en donde ejerce el cargo de embajador. Reúnese con sus cólegas en Barcelona adonde la corte ha hecho un viaje, esta vez reclamado por la salud de la reina. Viluma es absolutista, dicen unos, y quiere gobernar sin córtes. Nó, que es mas constitucional que sus compañeros, solo que opina que la reina conviene que case con el heredero del trono de Portugal para juntar otra vez las dos coronas, dicen otros. Ello fué que cayó Viluma, y ocupó poco despues su puesto Martinez de la Rosa. Disuélvense las córtes y se convocan otras para el 10 de octubre. Ya no habia oposicion. La falange vencida se encierra en sus tiendas como hizo un dia la que hoy triunfa. ¿Qué van á hacer los vencedores? El discurso de apertura lo dice harto desembozadamente: «quieren cerrar lo mas pronto posible el campo de las discusiones políticas.» Entónces cerrad las córtes, dicen los contrarios. Nó, que con ellas reformaremos la constitucion, dice el poder. Pero ¿no veis que así, en vez de cerrar el campo, le abris para que otros mañana hagan lo mismo? insisten aquellos. — La necesidad es la primera ley, responden. — Reformad, pues. — Desaparezca el preámbulo por innecesario y como alarde de mal género contra el trono. — Quitadle, pero no pongais ninguno — Nó, es necesario decir que la constitucion actual es la continuacion de nuestros antiguos fueros. — Entónces direis lo que no sentis, y acallando el derecho racional para dar campo al histórico, os metereis en el laberinto de la España federal que es la única España histórica. — Pero hay una razon poderosa, la de arrancar el sello de la Granja. Tambien es forzoso mudar la condicion del Senado. Sus miembros han de ser de nombramiento real, aunque no hereditarios. — Á esto no nos oponemos. — Es preciso asimismo tocar al artículo que impide al soberano casarse sin el consentimiento de las córtes. Esto es vital. El artículo es indecoroso. — ¿Pues como no encontrais tal aquel en que se le prohibe hacer entrar tropas extranjeras en el reino? La Francia interpone un voto en nuestra cuestion de matrimonio; la Inglaterra otro; ¿y la España no podrá interponer ninguno? — La constitucion belga, ni la francesa, ni la inglesa, no llevan escrito semejante artículo: bórrese pues; tambien conviene borrar el que prescribe que exista una milicia nacional, pues el que tiene las armas en la mano cree ser un rey. — Mal ejemplo que les disteis, ya que el que lleva espada no dice, manda la ley, sino manda esta tizona. Pero borradle que así evitareis discordias. — Esto en resúmen fué el debate sobre reforma del código de 1837. En seguida pidió y obtuvo el gobierno una autorizacion para dar á la España leyes orgánicas por medio de decretos. En esto llega la noticia de nuevas conmociones. Traslúcense planes terribles contra Narváez en Madrid, contra el baron de Meer en Barcelona, y contra Roncali en Valencia. De nuevo hay que derramar sangre para sofocarlos. En Madrid es preso el general Prim como complicado en ellos, y solo los recuerdos de lo pasado y la clemencia del trono le salvan. Zurbano, el partidario mas resuelto y animoso de Espartero, se levanta en Logroño, pero cae con casi toda su familia en poder de sus perseguidores, quienes le inmolan y con él á sus allegados, sin dar tiempo para que llegue el indulto real. Buenos servicios prestó un dia en el ejército del norte á la causa de la reina aquel osado é incansable guerrillero. En medio de tan recias borrascas, era una de las mas complicadas cuestiones la de levantar la hacienda pública del abatimiento en que yacía. Hacia tiempo que la hacienda española se administraba en algun modo por sí sola. Los ministros cubrian las perentorias necesidades por medio de anticipos que les hacian algunos afortunados prestamistas. Para anticipar un millon pedian la garantía de cuatro en papel del estado, de manera que solo hipotecando la garantía, sin hacer desembolso propio, ganaban un premio exorbitante. Un diario francés, el de los Debates, llegó á afirmar que en España, en medio de las revueltas de los años anteriores, no habian faltado intendentes que por debajo de cuerda eran ellos mismos los prestamistas con el propio dinero del estado. Verdad es que los extranjeros saben imaginar que entre los demas pasa lo que ellos practican; pero era prudente cerrar puertas á la maledicencia, y abandonar el sistema de salir á toda costa de los apuros del momento, que era el único vigente. Para ello parecian propicias las circunstancias. Callaba el pueblo; obedecia el ejército; en el extranjero, Nápoles, avanzada de Roma y del Austria, reconocia el gobierno de la reina, y aun trataba de estrechar los lazos que á su familia real con la española unian; Roma admitia un enviado español y entraba en los preliminares largos y difíciles de un concordato; los marroquíes da-

ban satisfaccion cumplida por el asesinato del cónsul español en Mazagan; en fin la Francia estaba ahí en actitud amiga, como diciendo á los ministros, constituios y robusteceos, que ya os guardo las espaldas: ahora ó nunca.

Promulgóse (1845) la nueva constitucion de la monarquía. Cerrado está ya el campo de las discusiones políticas y en vano para abrirle nuevamente forcejea el carlismo en el Maestrazgo, y el elemento popular en el valle de Ansó. Ahora conviene arreglar el presupuesto. Á principios de este siglo, cuando el sol no se ponia en los dominios españoles, ascendian los gastos anuales de la monarquía, inclusos los intereses de la deuda, á mil cuarenta y seis millones, y ochocientos cincuenta mil reales. Entónces el comercio y la industria españolas tenian abierto un mercado inmenso. El ejército constaba de ciento cuarenta y un mil hombres, y la armada de doscientos cuarenta y un buques. En 1829, perdidas ya las posesiones del continente americano, y reducidos por tanto los mercados, el presupuesto de gastos no llegaba á seiscientos millones. Pero la libertad debia ofrecer á los trabajados pueblos unos frutos asombrosos. La Francia estaba dando un ejemplo que excitaba la emulacion de los financieros. El gobierno nacido en las barricadas de julio habia encontrado un presupuesto de mil millones de francos en la lista de gastos, y habia ido añadiendo partidas por trescientos millones mas, escudado siempre en aquella máxima melosa de que los gobiernos representativos son mas caros. Pagaba dos ejércitos, uno militar, otro civil, confiado en que cuantas mas bocas del presupuesto comiesen, mas alabanzas en favor del que le sustentaba resonarian. Sistema admirable, dicen los ministros españoles; imitemos á la Francia; y hacen subir el presupuesto hasta cerca de mil doscientos millones (1). Para ello es necesario aumentar los ingresos, y traducir con ligeras variaciones el código de contribuciones francés. Deteneos, les dicen, vosotros que en la parte política rechazais el derecho racional y solo admitis el histórico, ¿cómo es que en la parte administrativa rechazais la hacienda histórica y acudís á la racional? Sed consecuentes, y no pongais á la España el corbatin francés, y el manto godo. Sanciónase no obstante el nuevo sistema tributario. El comercio es el que lleva en él el golpe mas rudo. Privado de los hermosos caminos y canales que surcan la Francia, sin elementos de vida, vese abrumado con un peso mortal. Comerciante hay con tienda abierta, cuyo capital activo no pasa de quinientos reales, con los que venderá mañana lo que compra hoy, ganando en ello su sustento diario. Impónganseie mil reales de subsidio. — Pero si no los tiene. — Cierre la tienda. — Natural era que para hacer pagar el subsidio abriese el poder nuevos manantiales en favor de la riqueza pública. Nada de esto; los obstruye inexorable. En Barcelona alimentábanse unas quinientas familias, merced á los esfuerzos que algunos editores hacian imprimiendo obras bajo todos conceptos útiles. Confiaban en la ley de correos, sabiamente imitada de la de Inglaterra, Francia, Bélgica y los Estados-Unidos, que por una módica retribucion admitia los paquetes, y los transportaba á los puntos mas distantes y difíciles. De repente á un director de correos, de cuyo nombre no nos acordamos, se le antoja decir al gobierno que las ideas han de ir á peso, y éste reclama diez veces mas de lo que por los impresos se exigia. Una plumada sume en la miseria á quinientas familias. Esta vez no se imitó á la Francia, valga la verdad: allí los libros eran mas protegidos por las leyes que los periódicos, pues aunque éstos en el franqueo pagaban una tercera parte ménos, ya habian satisfecho el duplo al estado por el derecho de timbre que aquellos no pagaban. Ya no es posible publicar mas que periódicos, ó calendarios. Decimos mal; los calendarios, únicos libros que se venden en España por centenares de miles, están estancados. Un observatorio de no sé que nombre, tiene el privilegio, abiertamente contrario á la libertad de imprenta, de publicar insulsos calendarios, atestados de ridículas é inmorales profecías sobre el buen ó mal tiempo. Tampoco este privilegio se ha importado de la Francia representativa: lo bueno se desprecia, lo malo se imita. Algunas y raras cosas buenas que se adoptan, con pésima imitacion se malean. Por ejemplo el gobierno francés centraliza sus fondos, pero lo hace solo en los libros de contabilidad, sin causar perjuicio á los intereses particulares: el gobierno español ó sus banqueros quieren centralizar tambien; pero en las arcas, y con los giros y contragiros ocasionan en los cambios de las varias ciudades del reino una perturbacion espantosa. Cruces se hará la posteridad cuando sepa que en nuestros dias el cambio de Barcelona contra Madrid á 8 dias vista ha costado el 7 y medio y aun el 9 por ciento (1); es el interés que gana el capital en año y medio. Impórtase en seguida del extranjero la reforma universitaria. Tambien en esta parte se abandona la enseñanza histórica por la racional. Pero no se introduce ésta gradualmente, para ir formando buenos profesores, sino de golpe. Ved, dicen algunos, que nuestros abuelos con una sencillez admirable enseñaban el latin, y al mismo tiempo inculcaban las máximas de la religion haciendo traducir el compendio de la historia sagrada, y luego las máximas histórico morales con la traduccion de pasos de la historia profana. Ved que vosotros, á aquella sencillez, defectuosa tal vez, pero bella, sustituis un caos de doctrinas inconnexas, abstractas unas, positivas otras, que abruman al tierno niño y le aburren. Ved que quien aspira á saberlo todo, lo ignora todo, y solo tiene en la mente tinturas vagas, mezcolanza sombría, jaspe feo al lado del mármol de Carrara, de pura aunque para vosotros monótona blancura. Nada se escucha; al escape se hace la reforma. Al mismo tiempo tenian lugar en Cataluña serias alteraciones. Tratábase de aclimatar en ella el sistema de las quintas, en aquel pais tan repugnante. Gobernar es transigir, dicen los mejores políticos, no tirar á diestra y á siniestra tajos y reveses. Con habilidad, con conciliacion y prudencia se espera la sazon oportuna, se salta una valla, luego otra, y dando vueltas y rodeos se llega por fin á la cumbre que nos pareció inaccesible. Un camino habia abierto para transigir por el pronto aquella cuestion espinosa: tal era el de las sustituciones dirigidas por los mismos ayuntamientos, y favorecidas por las leyes. Las humanas consideraciones, la política, el tacto gubernamental al gobierno aconsejaban ensanchar aquella senda. Al contrario, la cierra. Aun dando de barato que la inflexibilidad fuese entónces virtud necesaria en los gobernantes, no podia prescindirse

(1) *Presupuesto de gastos de 1843.*

Casa real.	43.500,000	rs.	»	mrs.	
Cuerpos legisladores.	1.142,300	»	»	»	
Estado.	10.213,220	»	»	»	
Justicia.	18.788,219	»	»	»	
Gobernacion.	122.610,491	»	2	»	
Guerra.	322.334,007	»	25	»	
Marina y Ultramar.	88.422,681	»	16	»	
Hacienda.	352.735,178	»	12	»	
Amortizacion.	90.115,639	»	8	»	
Clero	125,495,417	»	1	»	
	1,174.377,173	»	30	»	

(1) Diario de Barcelona de 4 de mayo de 1848 en la nota de cambios dada por los corredores reales, y diario de 8 de mayo en la nota de cambios de Madrid. Verdad es que á esta asombrosa pérdida en el giro influye no poco el haberse escondido el metálico en la corte cediendo el campo á la desmedida circulacion de billetes de banco, que no siempre son en la opinion pública una fiel representacion del dinero.

de hacer alarde de ella en sazon oportuna. Ni esto siquiera. Para hora del conflicto eligiéronse las circunstancias en que la corte se habia trasladado á Cataluña, no retrocediendo ni ante el peligro de hacer presenciar escenas de sangre á la que solo las de amor y profundo respeto necesita. Afortunadamente la tempestad fué pasajera.

Otras mas recias se levantaron en 1846, al parecer no ajenas de la gran cuestion del matrimonio de las reales princesas entónces promovida. En el seno de la hueste dominante habia una escision por momentos mas viva y agitada. Pensaban los disidentes que era llegado ya el dia de gobernar con la ley en la mano, removiendo del mando de las provincias á los gefes militares de índole mas borrascosa é irascible que se habian atrevido á tocar el sagrado de la magistratura y despojarla ante el pueblo de todo su prestigio, arrancando de sus manos el conocimiento de causas no políticas y encomendándole á soldados legos. Opinaban tambien que los diputados no debian mantenerse indiferentes en la cuestion de matrimonio y que convenia á su decoro declararse contra el hermano de la reina madre conde de Trapani, candidato á la mano de la reina Isabel presentado segun se decia por la Francia. Manifestado habia esta potencia terminantemente que jamás consentiria que la reina de España casase con otro que con un Borbon. Parecióle al presidente del gabinete español que era esta condicion arrogante un insulto grosero hecho á la independencia de la nacion á la cabeza de cuyo gobierno se encontraba. No debió parecerles tal á sus colegas, y rompió con ellos. De esta lucha intestina salió por el pronto triunfante Narváez; sus compañeros fueron separados del ministerio; y aquel gefe dió á conocer sin ambages en el seno de las córtes su opinion respecto al matrimonio, rechazando la ominosa condicion francesa. «Libertad, dijo, para S. M. en la cuestion de matrimonio; libertad, aunque elija al príncipe mas ignorado de un rincon del África.» Este reto audaz dirigido contra el gobierno francés hizo que éste mirase en Narváez á un enemigo temible, y procurase por todos medios su caida. Obtúvola poniendo en juego palancas poderosas. Reemplazóle Istúriz. Por este tiempo habia sido desterrado de la corte el príncipe don Enrique, hijo segundo del infante don Francisco de Paula, por haber dado harto pública y prematura explosion á los sentimientos políticos que le animaban, y á su intento de aspirar á la mano de la reina su prima. Durante su permanencia en Galicia habia dejado gérmenes de descontento en ciertos batallones del ejército. Sublévanse repentinamente contra el gobierno, y durante algunos dias dominan aquel pais, y llevan la consternacion á los mas cercanos. Don José de la Concha salvó al gobierno. Obrando con una actividad, con un denuedo y táctica que revelaban en él á uno de los mejores generales de la reina, triunfó por las armas, y pacificó por la prudencia. Humanamente supo eludir la órden terrífica que habia recibido de fusilar en masa; que ménos inconvenientes presenta á la pluma que á la espada el derramamiento de sangre. Auxilióle y puso término á la campaña el general Villalonga. Acallado el rumor del campamento, dejóse oir nuevamente el de la cuestion matrimonial. Dejadla dormir, decia la hueste carlista, hasta que suene la hora de ventura para la España en que pueda la reina dar la mano al conde de Montemolin, hijo primogénito de don Cárlos, en quien ha renunciado éste sus pretensiones. Dejadla dormir, decian los peninsulares, y algun dia, que lo será de gloria para la monarquía, casará con el príncipe heredero de Portugal, y no habrá mas que un trono en la península. Casadla con Leopoldo de Coburgo, decia la Inglaterra, y tendreis en este príncipe á un primo de la reina Victoria y á un cuñado de dos hijos del rey Luis Felipe. Huid de los consejos de la Inglaterra, decia la Francia, y casad á la reina con el hijo mayor del infante don Francisco, y á la infanta con el duque de Montpensier. No nos deis los inconvenientes sin las inmediatas ventajas, observaban á esta combinacion algunos; dadnos, desterrando el miedo, vuestro príncipe para nuestra reina. El consejo de la Francia es adoptado. Efectúanse en Madrid entre magníficas fiestas aquellos dos enlaces, dia 10 de octubre. Á la boda de la reina nada opuso la Inglaterra, pero contra las consecuencias del de la infanta protestó con aspereza, regocijándose en sus adentros de tener metida en los negocios interiores de la España la punta de una pértiga vigorosa: la comunicacion pasada en 5 de octubre á nuestro gabinete, y la respuesta dada por este en 14 de noviembre (1), reasumen los serios debates entónces promovidos, y deben tenerse á la vista como punto de partida de aquella preñada cuestion internacional.

Convócanse otras nuevas córtes. Esta vez los vencidos trás la coalicion del año 43 envian al congreso algunos de sus capitanes, entre ellos Olózaga. Una declaracion del trono, reparadora, abre el camino de la representacion nacional á este proscrito. Parece que el regio enlace va á inaugurar una era de olvido. Sin embargo óyese en las filas de la hueste dominante una voz de alarma: el corazon del poder se inclina segun visos á favorecer á la hueste contraria. ¡Ay de nosotros si triunfan por la intriga! dicen los gobernantes; y espantados, fuera de sí, perdido el tino y la natural prudencia, suscitan puerilmente, dado que no oculten intencion segunda, una de aquellas delicadísimas cuestiones, sobre las cuales manda el deber á todo hombre de honor correr un túpido velo. Aparentando un escándalo farisaico, menoscaban y deslustran sus secuaces la prenda que mas tersa debieran mantener. Como un hecho triste, que es fuerza quede consignado en la historia, debe confesarse que la prensa de la situacion, excepto contadas y honrosas excepciones, se desentonó y estuvo poco respetuosa en la cuestion de las influencias, mostrándose ménos monárquica de lo que sus principios reclamaban. Grande é incalculable fué la perturbacion en España promovida. Los no afiliados en tenebrosas sectas mirábanse unos á otros consternados, y se preguntaban si no era mil veces preferible que subiese al gabinete la hueste vencida que no que la victoriosa para siempre se suicidase quitando al trono su prestigio. ¿Qué misterio, decian, qué designio, acaso malicioso y fatal, obliga á ciertos hombres á no respetar en elevadas regiones la inviolabilidad de la vida privada que en sus propias familias con viva solicitud encubren y defienden? ¿Á qué mostrar tanto horror á vista de la mota ajena, cuando cada uno de ellos encontrará tal vez su propia casa con largos y gruesos maderos obstruida? El horizonte se anubla. Cae un ministerio, y se levanta otro, y tambien cae, sin que la combatida sombra abandone el campo. La reina madre se ausenta de España. La parte disidente de la situacion sube al poder representada por sus capitanes Pacheco y Salamanca, quienes piensan sostenerse afirmando la planta en su hueste, y apoyando los codos en la contraria, posicion que sobre no ser bella les condena á la inmovilidad política. La paz que abandonó el palacio, va tambien á dejar sumidas en públicas alteraciones algunas provincias. El desenlace matrimonial, quitando á los carlistas las postreras esperanzas de concordia, los mueve á hacer un nuevo llamamiento á la fuerza. El hijo de don Cárlos huye de Bourges, y encuentra en Londres un asilo. Fúgase de Francia Cabrera con otros gefes, y prepara nuevos elementos de guerra. Cataluña es el pais destinado para encenderla. De improviso cunde la noticia de que Tristany y el Ros de Eroles, con 300 hombres bien armados, han penetrado en Cervera, ciudad que durante la anterior guerra habian respetado. Entran tambien en Guisona, y yendo á la caza de partidas sueltas, recorren el pais, le ponen á contribucion, y le alarman. Otras bandas amenazan el Ampurdan y la alta Cataluña. El enfermizo general Breton es reemplazado por el jóven y activo Pavía; aquellos gefes carlistas caen en manos de

(1) Véase la obra de Ortiz de la Vega ya citada, página 954.

sus columnas: mas no por esto la llama se extingue, pues es fama que una potencia, ántes amiga, amostazada ahora la da pábulo. En esto tomaba el gobierto una determinacion grave. Revuelto andaba el reino de Portugal en reyertas intestinas, estando tan equilibradas las fuerzas de los partidarios que en él luchaban, que hacian presentir una larga y enconada guerra, y acaso peligros para el trono. Aconsejaba el derecho público dejar que los portugueses sus propias contiendas dirimiesen, pero la Inglaterra queria convertirse en árbitra de los destinos de aquel reino, como ya en otras ocasiones lo habia practicado; y para evitar la exclusiva accion inglesa en aquella parte de la peninsula, determinó el gabinete español tomar sobre si la carga pesada de la pacificacion de aquel reino. Salió airoso de la prueba, merced à la conducta prudente y conciliadora del general don Manuel de la Concha que pasó allá con doce mil hombres. Sin disparar un tiro, recibidos en todas parte los españoles como pacificadores, se sosegó el pais, ó à lo ménos se echó sobre sus agitaciones un manto de órden y templanza. Satisfecho el gefe del ministerio con el éxito favorable de esta campaña, abandona à tiempo las riendas del poder y aconseja à la reina que llame à Narváez, de embajador entónces en Paris. Acude el general, mas no puede alcanzar que salga el gobierno de las manos de Salamanca, à quien no arredran las dificultades interiores que aquel cree insuperables; arrojóse el intrépido ministro, ayudado de sus cólegas, à llenar la Gaceta de los mas trascendentales decretos sin consultar la opinion del pais. Don Manuel de la Concha es enviado con numerosas fuerzas à Cataluña, en donde la insurreccion, aunque sin descanso perseguida, crece y se propaga tomando fuerzas con la pública miseria. La España, dicen los franceses, es el pais de lo improvisto. En 1847 debieron afirmarse mas en tal creencia. Cierta noche Salamanca se acuesta ministro y al amanecer se encuentra sin cartera. Como por mágica transformacion sube nuevamente Narváez al poder. La reina madre vuelve à palacio, y abraza su augusta hija. La nube tan temida se disipa. Serrano es nombrado capitan general de Granada. La paz vuelve à palacio, y se admira de que se lo hicieran abandonar por una sombra vana. Pavia vuelve à Cataluña, y esta vez contando con mayores fuerzas obtiene contra la insurreccion mas positivos resultados.

Un acontecimiento memorable del año 1848 es sin duda la expedicion llevada gloriosamente à cabo en el mes de febrero por don Narciso Claveria, capitan general de las islas Filipinas. Hacia tiempo que una tribu de piratas tenia ocupada la isla de Balanguingui en el archipiélago de Joló y era el terror de aquellos mares, en particular de las islas Visayas españolas. Ya en setiembre de 1845 se habia dado órden para disponer contra ella una fuerte expedicion. Hechos los preparativos y reunidos algunos vapores y buques de transporte, los españoles cayeron sobre aquella isla, se apoderaron de sus siete pueblos, y de cuatro fuertes en donde encontraron 124 piezas de artilleria, tomaron ciento cincuenta embarcaciones de piratas, y rescataron 250 cautivos. Los españoles tuvieron 22 muertos y 215 heridos: su gefe fué agraciado con el título de conde de Manila.

Sobremanera agitada estuvo en los últimos dias del mes de febrero de 1848 la bolsa de Madrid. Habia vendedores à plazo que se avenian fácilmente à las proposiciones de los compradores, y provino de ahí que el 3 por ciento hizo una baja extraña sin que fuese dable indicar la causa que la motivaba. Muy luego se aclaró el enigma. Hay revolucion en Paris; Luis Felipe ha abdicado; los franceses proclaman la república. No es posible, dicen los ministros; sin duda los facciosos se han apoderado del telégrafo, y se divierten esparciendo por Europa la mas viva alarma. Y sin embargo aquella noticia asombrosa era una verdad terrible. Incalculables debian ser las vibraciones causadas por esta grande conmocion en el órden público europeo. Por las calles de Madrid se derrama sangre, en 26 de marzo y 7 de mayo; Berlin y Viena se agitan, la Lombardía da el grito de emancipacion; el sumo pontifice tiene que huir de sus estados; el rey de Cerdeña Cárlos Alberto, y los demás principes italianos, no encuentran otro camino, para evitar un desbordamiento social, que encender en nombre de la independencia italiana una guerra nacional contra el Austria. Todo hace columbrar en el porvenir grandes perturbaciones y lides encarnizadas. El gabinete de Madrid se ha visto obligado, acaso por sobras de orgullo, à arrojar de la corte al embajador británico, acusándole de conspirador. En desquite la Inglaterra ha vuelto à encender la guerra civil en España, metiéndola por las brechas que los errores de los ministros españoles habian dejado abiertas en los ánimos de sus mas laboriosos y mejores súbditos. Cataluña es el teatro de la lucha, en la que despliega el terrible Cabrera sus funestos talentos. Y entretanto la revolucion francesa, que puede dar pábulo à tantas discordias no ceja en 1849 en su marcha. ¿En qué vendremos à parar? ¿Qué consecuencias, preguntan muchos, tendrá para la España aquel sacudimiento inesperado? Por de pronto una ventaja para su gobierno. En la Francia de febrero, república en el presente sin republicanos, segun expresion de un noble demócrata inglés, pugna por levantar la cabeza el comunismo, paradoja misteriosa y estupenda que lleva el espanto à todos los corazones y à todos los partidos. Un ensayo de sus fuerzas ha hecho ya en el Luxemburgo. Aspira à convertir à la Francia en un vasto convento, y à dar à cada francés una celda y una racion diaria. Hombre hay que se come su racion en un minuto, y luego pide mas y no le dan: otros hay que con media racion tienen bastante, y quieren almacenar la otra media, y no se lo permiten: algunos desean descansar un dia de las faenas comunales, y les dicen que si no trabaja no hay racion, que esta es la ley del comunismo: hasta que aburridos todos, huyen de aquellas celdas, sepulcro de la libertad y de la dignidad del hombre. Pero en tanto aquella voz ha hecho ya penetrar la alarma en los demas paises, que se ponen en guardia contra toda antisocial tendencia. Otra ventaja pueden sacar de aquellos elocuentes sucesos los gobernantes. Miraba à éstos el pueblo en calidad de pupilos de la Francia; el tutor ha muerto; los pupilos han de buscar apoyo en su propia patria, y en ello ganaran sin duda si de la templanza y de la conciliacion toman consejo. No hay que temer en España los peligros que en Francia. Reñida estaba la dinastía francesa implacablemente con el clero, profundamente enemistada con los legitimistas, en guerra con los democráticos y hasta enfadada con sus íntimos aliados de julio: la monarquía española, virgen de todos esos rencores, cuenta con fuerzas inmensas que al tutor que ampararla queria le faltaban. Por lo mismo pesan dobles y mas grandes deberes sobre la cabeza de los gobernantes, sea cual fuere la hueste à que pertenezcan. Mostrarse avaros del oro y de la sangre de los súbditos. Tratar al pueblo, nó como padrastros, como padres. Gobernarle con amor y con ternura, porque dice el evangelio que los mansos, nó los iracundos, poseerán la tierra. Castigar à los transgresores de la ley, à imitacion de como la providencia castiga, para escarmentarlos, nó para perderlos. Conservar, en fin, el órden social, como Dios conserva entre inaccesibles diques de montañas esos abismos llenos de agua siempre agitada, à que llamamos Océano, sin querer sujetar los vientos, ni encadenar las olas.

PORTUGAL (1).

El reino de Portugal, desmembracion del de España, es una parte de esta peninsula; y como los demas reinos

---

(1) Desde aqui continua la traduccion hecha por el P. D. Francisco Vazquez, à la cual se añade los aumentos correspondientes, que casi han duplicado su trabajo, segun de ello pueden convencerse los lectores comparando esta edicion con la publicada por Vazquez.

en que estuvo antiguamente dividida, se fué estendiendo y aumentando á costa de los moros, que la habian invadido y ocupaban. Portugal ha tenido reyes prudentes, guerreros, deseosos de gloria, que siempre han trabajado con la mayor aplicacion por hacer poderoso un reino tan pequeño y lo han conseguido. Se erigió Portugal en monarquía en 1139, pues ántes era solo un condado. Alfonso VI, rey de Castilla y de Leon, viendo sus fronteras infestadas por los moros, pidió socorros á Felipe I, rey de Francia, por los años de 1087; y entraron en España muchos caballeros franceses. Rechazados los moros, concedió Alfonso dominios de vasta estension á la parte del mediodía de Galicia, á Enrique, uno de esos aventureros, permitiendo que restableciese las ciudades antiguas, fundase otras, y estendiese sus límites, á costa de los moros, siempre que se le presentase la ocasion. Selló estas conquistas con el casamiento de doña Teresa, su hija natural, dándola por esposa al nuevo conde. Ganó Enrique diez y siete batallas á los moros, y gobernó con tanta felicidad como prudencia. De su viuda empezó á decirse que tenia cierta amistad sospechosa con un señor de su corte, y los demas, por el honor de la corona, empeñaron á Alfonso Enriquez, su hijo, para que se apoderase de la autoridad. Sobre esto hubo una batalla entre madre é hijo; la ganó Alfonso, y puso á su madre en un castillo. En 1139 consiguió él mismo una victoria señalada contra los moros: y proclamándole sus vasallos rey en el mismo campo de batalla, desde aquel dia se cuenta la fundacion del reino de Portugal por este suceso memorable.

Alfonso I, que se vió proclamado en un momento de entusiasmo y alegría, quiso que le reconociesen con mas reflexion. Para esto convocó los estados generales. Llegó á ser costumbre que en estas juntas propusiese el rey, deliberasen los prelados y los grandes, y el pueblo aprobase. Se presentó, pues, Alfonso, sentado en un trono, pero sin insignias de rey: y levantándose un diputado, preguntó: «¿Si en virtud de la proclamacion del ejército y de la bula del papa que la confirmaba, querian los estados por su rey á Alfonso Enriquez?» y todos consintieron con aclamacion. Preguntó mas: «¿Si el derecho de reinar se declaraba solo para su persona, ó si le habian de suceder sus hijos?» y admitieron sus hijos á suceder. Alfonso entónces, dando en una ó dos proposiciones las gracias, dijo: «pues soy rey, hagamos leyes que establezcan la tranquilidad en el reino.» Á la verdad esta es la primera obligacion de un rey, y desde luego la cumplió don Alfonso. Se determinó: «Que si el rey no tuviese hijos varones, le sucediese el hermano solamente por su vida: pero que los hijos de éste necesitasen de nueva eleccion. Que las infantas, en defecto de varon, tuviesen derecho al trono, pero con la obligacion de casarse con señor portugués, el cual no llevaria corona, y daria la derecha á la reina.» No se habló de bastardos; pero éstos han heredado despues.

«Que serian reconocidos por nobles los hijos de aquellos que cayendo por desgracia en las cadenas de los infieles no hubiesen renunciado á la fé; y aquellos á quienes quitase la vida ó hiciese prisioneros un rey enemigo, ó un hijo suyo, como tambien los que ganasen un estandarte real. Que por el contrario fuesen degradados los cobardes, traidores, perjuros, ladrones, los que desertasen á los moros, y los blasfemos, los que hiriesen con lanza ó espada á una muger, ú ocultasen al rey la verdad. Que fuesen condenados al fuego los dos cómplices adúlteros; pero que si el marido perdonase á su muger, tambien quedase perdonado el cómplice. Que el homicidio se castigase con la muerte del mismo modo que la violacion de una doncella noble, la cual además haria suyos todos los bienes del culpado. Si la agraviada no fuese noble, tendria el violador obligacion de casarse con ella, sin atencion á su calidad.» Estas son las principales leyes de Alfonso, que nos dan alguna idea de las costumbres de aquel tiempo.

El reinado de Alfonso I fué largo y glorioso, y su hijo don Sancho I no degeneró de las virtudes de su padre. Sucedieron en tiempo de estos dos príncipes felices casualidades en las guerras contra los moros; por ejemplo, los cruzados, arrojados á sus costas por un mal temporal, les ayudaron á ganar contra los infieles victorias que no se hubieran alcanzado sin este socorro que envió la Providencia. Tuvo Alfonso II, hijo de don Sancho, ciertas desavenencias con sus hermanos. Su padre, desconfiando del amor fraternal, habia señalado á sus hijas mayorazgos, que al nuevo rey parecieron escesivos y quiso despojarlas de ellos ó disminuírselos. Reclamaron las princesas al papa, y éste interpuso su autoridad. Siempre se observará que en Portugal se respetaba mucho la autoridad de los pontífices, y así bastaba un entredicho para poner al reino en desolacion. Con el motivo de haber caido este anatema sobre Alfonso III por quejas entre él y el clero, dejó en 1225 el trono mal asegurado á don Sancho II su hijo.

En los veinte y tres años que este monarca reinó estuvo luchando, con fuerzas desiguales, contra el clero; porque le faltaba la destreza y valor con que los príncipes deben manejarse en medio de las facciones. Tenia un hermano que poseia estos talentos, y que por desgracia los empleó contra él. Sublevó á los grandes, y les persuadió que su hermano era incapaz de gobernar; pero los historiadores dicen, que lo cierto era que los grandes, llenos de soberbia y orgullo, necesitaban de un gobierno severo y fuerte. Á la verdad, don Sancho, moderado y benigno, no era apropósito para domar el espíritu de independencia que desplegaban con audacia. Es cierto que uno de sus predecesores habia hecho el reino de Portugal tributario de la Santa Sede; y aunque este tributo jamás se pagó con la mayor exactitud, al fin daba algun derecho á los pontífices. Inocencio IV, viendo que don Sancho no se reducia con docilidad, no le depuso; pero dió la administracion del reino á su hermano Alfonso.

Se retiró don Sancho II á la corte del rey de Castilla, y despues de algunas tentativas inútiles para recobrar su autoridad, murió en Toledo año de 1246. Le han representado en un sepulcro con una paloma en una mano y en la otra un libro, símbolos de su candor y de su aficion á las letras. No abandonaron todos á este desgraciado príncipe, pues un gobernador de Coimbra, llamado Freyras, permaneció tan constantemente fiel á don Sancho, que jamás quiso entregar la ciudad á Alfonso, como éste lo exigia, en calidad de regente del reino, que fué el título que tomó mientras vivió su hermano. Así que llegó la noticia de la muerte de don Sancho, la hizo pasar Alfonso á Freyras, mandando que abriese las puertas. No quiso el gobernador, recelando que le armaban algun lazo; y el nuevo rey le ofreció el permiso para que fuése á Toledo á asegurarse por sí mismo del hecho. Partió pues, hizo que abriesen el sepulcro de su señor; depositó en él las llaves, y de vuelta reconoció por soberano suyo al regente.

Una de las primeras acciones de Alfonso III fué premiar la fidelidad de Freyras. Cuando se vió rey miró con desden á los que le habian servido contra su hermano. Fué su reinado una perpetua alternativa de paz y de guerra con la corte de Roma. Se vió en los grillos del entredicho por causa del matrimonio que celebró con una princesa parienta suya en grado prohibido. Aunque le amenazaban con absolver á sus vasallos del juramento de fidelidad, lejos de intimidarse, apartó de sí este rayo. De su conducta pudiera formarse una instruccion de política para aquellos tiempos delicados, en que los soberanos hacian mérito de su destreza en librarse de la escomunion eclesiástica. El arte de este rey consistia en prometer mucho, cumplir poco, y recibir y tratar á los legados del papa con magnificencia, sin ceder en cosa que fuese de importancia. Era Alfonso un monarca activo, vigilante y justo; pero que no podia estender su reino, porque la naturaleza parece haberle señalado los límites con el mar y las montañas, mas le enriqueció, le hermoseó y le fortificó. Tuvo este príncipe consejeros y nunca privados.

Digitized by Google

Dionis, ó Dionisio, hijo de Alfonso, por cuya muerte entró á reinar en 1279, fué el padre de los labradores y el protector del comercio, y para merecer este segundo título, cuidó mucho de mantener su marina en buen estado. Era su madre imperiosa; pero él mas quiso romper que dejarse dominar. Tuvo algunas diferencias con su hermano y con el clero; pero todo se arregló por esta parte. No sucedió lo mismo respecto de la reina madre, la cual conservó siempre su resentimiento, y sublevó contra el rey al príncipe Alfonso su nieto. Hasta tres veces tuvo Dionis la paciencia de hacer las paces con este imprudente jóven; y por último con su mansedumbre y condescendencia le ganó en tanto grado la voluntad, que Alfonso en los últimos años de su abuelo le consoló de sus estravios y falta de sumision. Todavía dura en Portugal el comun proverbio, que dice: *Generoso como el rey Dionis.*

Alfonso IV que por muerte de don Dionis entró á reinar en 1324, manifestaba mucho respeto á la memoria y á las instituciones de su abuelo; pero estaba muy lejos de sujetarse en su conducta á la misma exactitud y severidad. Procedia muy á la ligera en las obligaciones de monarca. Volviendo un dia de caza con la cabeza llena de aventuras venatorias, entró en el consejo, y engolfado con mucho calor en estos objetos, empezó á divertir á los consejeros; pero levantándose uno de ellos dijo: «No nos hemos congregado aquí para oir á V. M. hablar de esas hazañas. Si quiere tratar de las necesidades de sus pueblos, encontrará en nosotros unos vasallos sumisos y obedientes; sino, señor....» Salióse el rey muy encendido el rostro con la cólera; pero entró de allí á poco mas sosegado, y dijo al consejero: «Conozco la justicia con que me has reconvenido; espero que en adelante no tratarás con Alfonso el Cazador, sino con don Alfonso el rey de Portugal.» Así lo prometió y cumplió su palabra.

Perdieron su gracia todos los que le habian ayudado en la sublevacion contra su abuelo; pero acostumbrado á dejarse engañar por malos consejeros cuando era príncipe no pudo guardarse de ellos siendo rey. Tenia un hijo llamado don Pedro, que ya se habia distinguido con pruebas muy señaladas de valor; y doña Constanza su esposa, de quien tenia muchos hijos, habia hallado en él un marido amable, y deseoso de agradarla. No obstante, sospechaba esta señora que tenia afecto á doña Inés de Castro, hija de un caballero castellano refugiado en la corte de Portugal. Murió Constanza: y como sin embargo de su sospecha habia hecho mucho bien á Ines, lloró ésta con sinceridad su muerte. Las demostraciones de su dolor conmovieron el corazon del príncipe, y dieron nueva fuerza á su inclinacion, la cual se esplicó muy presto con todos los estremos de una pasion violenta. No se sabe que doña Inés condescendiese ántes del matrimonio, pues don Pedro siempre aseguró que se habia casado secretamente con ella; y á la buena memoria de doña Inés se debe la justicia de creer que habia precedido el matrimonio á todo comercio con el príncipe aunque don Pedro no le publicase, tanto por respeto á su padre, que no hubiera llevado á bien esta alianza, cuanto por otras razones políticas.

Los cortesanos envidiosos del favor que don Pedro dispensaba á los castellanos, compatriotas de doña Inés, y de la fortuna de los hermanos de ésta, á quienes colmaba de gracias, hicieron presente al rey que convenia volviese á casar su hijo con alguna princesa vecina que pudiese traer al reino utilidad; pero que no se podria verificar este himeneo mientras el príncipe conservase su afecto á doña Inés; y que segun la conducta del príncipe, solamente la muerte del objeto de su pasion romperia sus cadenas.

Bien conocian los pérfidos que el monarca era ardiente, precipitado, pronto para tomar una resolucion, y ejecutarla. No pudo verificarse esta intriga sin que el príncipe llegase á sospecharla; y temblando por el objeto de su amor, le habia llevado al convento de santa Clara de Coimbra, como á un asilo seguro. Alfonso, á quien siempre tenian inquieto con el temor de que el ascendiente de doña Inés, ya muchas veces madre, seria funesto para don Fernando, hijo de la primera muger de don Pedro, fué á Coimbra escoltado de sus pérfidos consejeros. Doña Inés, que supo la repentina llegada del rey, se presentó á sus órdenes; y viendo cierta tristeza en los ojos del rey, se arrojó á sus piés con sus hijos. Se enterneció el abuelo, suspendió su intencion, y se retiró; pero reconviniéndole sus crueles cortesanos con la falta de valor y porque preferia la vida de una muger á sus vasallos y al estado: «Ea pues, les dijo, id vosotros á la ejecucion.» Fueron volando, y mataron á puñaladas á la infeliz doña Inés.

Es imposible pintar el furor y desesperacion de don Pedro. Juntó soldados, y comunicándoles su misma rabia, se arrojaba como un loco sobre todo cuanto encontraba, llevando á fuego y sangre las mas bellas provincias. La reina madre y el arzobispo de Braga, le representaron la inhumanidad con que hacia que los pueblos, que presto serian sus vasallos, pagasen la pena de la injusticia de su padre, con lo cual don Pedro se sosegó, dejó las armas, y volvió á la casa de su padre. Hizo Alfonso cuanto pudo por sanar aquel corazon herido, pero no consiguió mas que un disimulo, que le duró toda la vida.

Bien recelaba don Alfonso este disimulo; y así á los asesinos de doña Inés les dió grandes sumas de dinero; y el consejo de que fueran á vivir en otra parte, por lo cual se retiraron á Castilla. Don Pedro, fiel á su dolor, habiendo subido al trono en 1357, tuvo el consuelo de hacer á doña Inés las exequias reales. Juntó los estados, juró que se habia casado con ella, alegó testigos, é hizo declarar solemnemente los hijos por legítimos. Obtuvo del rey de Castilla, que era entónces don Pedro *el Cruel* que le entregase dos de los culpados, pues se huyó el tercero. Don Pedro se vengó mas como amante, que como rey, y así tuvo el cruel placer de asistir al suplicio de aquellos reos, y de insultarlos en los últimos momentos de su vida.

Llamaron á este príncipe *el Justiciero*, porque era severo é inflexible. No conocia mas que el derecho, y siempre tuvo los ojos y los oidos cerrados para las mediaciones. En una palabra, era de aquel carácter que se teme, y cuyo rigor se censura; pero que al fin se respeta, y es el mas propio para gobernar, especialmente si le acompañan la afabilidad, el discernimiento y la exactitud en la aplicacion de las leyes.

Un eclesiástico, en un movimiento de cólera habia quitado la vida á un albañil; y el rey dejó que le hiciesen el proceso sin mezclarse en cosa alguna. Los jueces, en consecuencia de los privilegios del clero, se contentaron con suspenderlo por un año de las funciones de su estado. Hizo don Pedro que secretamente insinuasen al hijo del albañil que quitase la vida al matador de su padre; así lo hizo; le prendieron y le condenaron á muerte; pero como era preciso que el rey firmase la sentencia, preguntó cuando se la presentaron, cuál era la profesion del reo; y respondiéndole que era albañil: «Está muy bien. Yo le condeno á que no trabaje de un año en su oficio.» Un noble maltrató gravemente en el rostro á un alguacil, que le llevaba una órden, y le mesó la barba. «Corregidor, dijo el rey al juez, á mí me han dado una bofetada y me han arrancado la barba.» Este apóstrofe fué la sentencia de muerte de aquel noble. No guardaba atenciones particulares, ni hacia escepcion de personas, y decia: «Hagamos la justicia como nos la han de hacer cuando han de revelarse y descubrirse los secretos de los corazones.» Se presentaba muchas veces en este terrible tribunal cuando iba con frecuencia al monasterio de Alcobaza, en donde habia hecho construir su sepulcro; y puesto delante de aquel fúnebre monumento se ocupaba con religioso recogimiento en profundas reflexiones sobre la cuenta que habia de dar al supremo Juez y así le aplicaron lo que los romanos dijeron de Tito, esto es, *que ó nunca habia de haber nacido, ó nunca debiera morir.*

Fernando, su hijo, que le sucedió en 1367, era el mas propio para que siempre se sintiese la muerte de su padre. Tenia de inconstante é inconsecuente, cuanto su padre habia tenido de prudente y mesurado. Se abandonaba á las primeras inspiraciones, y no premeditaba accion alguna, ni preveia las consecuencias. Imaginaba que ni podian acabarse los tesoros que le habia dejado don Pedro, y derramando pródigamente las riquezas, halló muy presto el fin con grande admiracion suya. Debia casarse con doña Leonor, princesa de Aragon, y por motivos bien impropios volvió su corazon hacia doña Leonor, infanta de Castilla. Ya estaban arregladas las capitulaciones, cuando vió á doña Leonor Tellez, muger de don Juan de Acuña; y esta tercera Leonor le hizo olvidar las otras dos.

Quiso servirse de doña Maria Tellez para seducir á doña Leonor su hermana; pero ella despreció comision tan indecorosa. La propuso el rey que se casaria con doña Leonor; pero la hermana le hizo presente que Leonor tenia ya esposo, y que él estaba prometido á otra. Lejos de contenerse por estas dificultades, retiró la palabra dada á doña Leonor de Castilla, pagando una fuerte recompensa; y emprendió la disolucion del matrimonio de don Juan de Acuña, con el pretesto de que estaba contraido sin dispensacion de cierto parentesco. El marido, viendo que era inútil la resistencia, se prestó á todo; la esposa lo deseaba, y declarado nulo el matrimonio, colocó Fernando á su dama en el trono.

No podia haber tenido peor eleccion, porque doña Leonor Tellez era cruel, envidiosa, intrigante, y el primer ensayo de estos vicios fué contra doña Maria su hermana. Habiendo enviudado ésta, inspiró una viva pasion á don Juan, hijo de doña Inés de Castro, y hermano del rey. La reina no tenia mas que una hija llamada doña Beatriz, y viendo á los portugueses inclinados á don Juan, temia que muerto su marido, que era enfermizo, diesen la corona al príncipe en perjuicio de su hija. Ver á su hermana en el trono que ocupaba, era para ella una idea de desesperacion; y así habló á don Juan, dándole á entender que si no estuviera casado, destinaba para él su hija con el cetro de Portugal. «¿Y por quién, añadió, os privais de esta corona? por una infiel que os hace traicion.» En un caso como éste, ¿cómo no es posible creer á una hermana? Salió furioso don Juan del aposento, y sin mas informacion quitó la vida á su esposa, y se retiró á Castilla. La reina aparentó alguna pesadumbre; pero consolándose muy presto, pidióle ella misma á su marido y consiguió que volviese su cuñado. Entre tanto, ya don Juan conoció que le habian engañado, así en la supuesta infidelidad de su esposa, como en la esperanza del trono, que su cuñada la habia ofrecido. Advirtió la reina que su delito estaba conocido, y temiendo la venganza del príncipe, pretendió hacerle asesinar; pero descubriendo él la trama se retiró de nuevo á Castilla.

Conservaba la reina grande imperio sobre su esposo, le gobernaba á su voluntad, y en cuanto á su propia conducta le tenia tan ciego, que solo él no veia claro. Toda la corte y aun el pueblo sabian la violenta pasion de la reina á don Juan Fernandez de Andeyro, jóven caballero castellano. No ocultaba ella sus sentimientos, ó á su pesar se descubrian las pruebas; y las que públicamente mostró, ofendieron tanto el pundonor de los portugueses, que mientras la reina pasó á Castilla para casar á su hija doña Beatriz con aquel monarca, revelaron á don Fernando lo que el marido sabe ordinariamente el último. Sin duda temia á su muger; pues llevó al sepulcro sus sospechas ó la evidencia sin castigarla, y aun la nombró regente entretanto que su hija doña Beatriz volvia de Castilla. De don Fernando se dijo, que era un hombre mediano con entendimiento, y un rey débil con valor.

Fué Beatriz generalmente reconocida; pero durante la proclamacion se levantaron algunas voces en favor de don Juan de Castro, á quien su cuñada habia hecho arrestar en Castilla luego que murió su esposo, temiendo que se opusiese á los derechos de su hija. Otras voces, en menor número y no tan fuertes, pronunciaron el nombre de don Juan, gran maestre de Avis, hermano natural del rey difunto. La reina, recelosa de este principio de favor, pretendió alejarle de la capital, dándole empleo en la frontera. Partió, pues; pero volvió cuando ménos le esperaban. Estaba la reina á la mesa con Andeyro su favorito; le hizo don Juan desde la puerta la seña de que queria hablarle, y al punto que entró en otra pieza le pasaron con un puñal. Envió la reina á preguntar si tambien ella debia prepararse á la muerte, y la respondieron que no tenia que temer.

Fingió el gran maestre deseos de reconciliarse con ella; dió por mal hecho cuanto se habia ejecutado por la necesidad de sosegar al pueblo irritado contra su favorito; alegó sus escusas; pero la reina las recibió con frialdad, y dejó á Lisboa.

Apenas la reina abandonó el timon, cuando el gran maestre, viéndolo todo en confusion por falta de gobierno, hizo el papel ordinario de aparentar que queria retirarse con el fin de que le detuviesen. Aun no estaba muy distante la reina, y se trató de casarla con el maestre, para que como esposos tomasen el gobierno en comun; pero no habiendo agradado este arbitrio á uno ni á otro, el pueblo de Lisboa cortó la diferencia, proclamando protector y regente del reino al gran maestre.

El rey de Castilla ayudó á don Juan de Avis, mas de lo que hubiera querido, con la imprudencia de titularse rey de Portugal, título que debiera haber dejado para sola su esposa. Este paso intempestivo desagradó á los portugueses. Levantó el castellano al mismo tiempo un ejército, y con esto tuvo el regente bastante razon para levantar otro. Se halló el dinero en los cofres de los partidarios de la reina madre y de su hija cuyos bienes fueron confiscados. Tomó el regente la plata de la Iglesia, prometiendo restituirla, y generalmente se condujo con mucha habilidad para con todos. *Soberbio con sus enemigos, modesto con sus amigos.* Tenia por consejero á Paez su canciller, hombre astuto y envejecido en los asuntos. De éste aprendió aquella máxima, propia para tales casos, que puso en práctica: *Da lo que no es tuyo, y promete lo que no tienes.* Era el ejército de Castilla tan considerable, que lo mas que hizo el regente fué inquietarle en su marcha, y así avanzó hasta Lisboa, como que todo pendia de la suerte de la capital. Sufrió esta ciudad el hambre y las calamidades de la guerra sin tratar de rendirse; y cuando se hallaba ya en el mayor estremo, entró en el campo de los castellanos una enfermedad epidémica, que los obligó á retirarse. No sin dolor se vieron precisados á alejarse la reina, su hija y su yerno, y así se dice que esclamó la reina arrebatada de cólera: «Ciudad ingrata, ciudad pérfida, ojalá te vea yo algun dia arruinada y devorada de las llamas.»

Este regreso puso á don Juan de Avis en el estado que deseaba (1385). Juntó los estados del reino en Coimbra; se decidió en ellos por primer punto que Portugal no podia estar sin un rey; por segundo, que Beatriz y su esposo el rey de Castilla, por haber intentado apoderarse de la corona con mano armada, se habian hecho indignos del trono; se deliberó en tercer lugar, si convenia reservar el cetro para don Juan de Castro, que se hallaba arrestado en Castilla; y el gran maestre manifestó, que aunque eran tan penosas las funciones de la regencia, si los estados conviniesen, estaba pronto á esperar hasta que el rey se viese en libertad, y que él seria el primero que gritaria *viva don Juan.* Bien se conoció que todo esto era un modo de hacerse rogar, pues desde luego se dió por sentado que el reino, en aquellas circunstancias, no podia continuar sin rey. Eligieron, pues, todos á una voz rey al gran maestre de Avis, hijo natural de don Pedro *el Justiciero*, en perjuicio no solo de don Juan de Castro, hijo tambien de don Pedro, habido en doña Inés de Castro, cuyo matrimonio no carecia de dificultades, sino de la reina de Castilla, hija y sucesora legítima del rey don Fernando.

Impusieron al nuevo monarca, entre otras condicio-

nes, una que tal vez sugeriria él mismo, ó que á lo ménos no le desagradaria, y fué: «Que no admitiera en su consejo á los que fuesen hechuras de la reina doña Leonor, ni los emplease en los cargos de la corona, ni en las plazas administrativas de Lisboa.» Tambien se hicieron en estos estados algunas leyes de policía.

Á pesar de la esclusion formal de los dos esposos reyes de Castilla, no se consideraban éstos sin recurso. La misma doña Leonor escitó á su yerno á que hiciese un nuevo esfuerzo; pero fué perfectamente rebatido, y desde aquel punto empezó don Juan á reinar sin contradiccion. Tuvo la fortuna de poseer por largo tiempo el trono, y de este modo le dejó bien asegurado en su familia. Tenian los portugueses antiguas alianzas con los ingleses, y las confirmó don Juan casándose con la hija del duque de Alencastre. Con sus honrados procederes mitigó el odio, habitual hasta entónces, entre portugueses y castellanos; y de este modo tuvo tiempo para trabajar en hacer felices á sus vasallos. Como habia sido hombre particular, conservó siempre la familiaridad y cortesanía. Halló don Juan el reino muy empeñado, y practicó constantemente esta máxima: *Un príncipe sin dinero debe pagar con atenciones*. No interrumpió la paz sino con una espedicion al África, en donde tomó á Ceuta, fortaleza que tuvo por necesaria para poner freno á los moros y dificultarles el embarco; y falleció en 1433.

Queriendo imitarle don Duarte, su hijo y sucesor, puso sitio á Tanger, dando la comision á su hermano don Fernando; pero esta espedicion fué desgraciada, porque el rey de Fez embistió á los portugueses en su campo, y y los redujo á obtener como gracia el permiso para embarcarse, prometiendo la restitucion de Ceuta; y como ésta no podia verificarse sin el consentimiento del rey, se ofreció don Fernando á quedarse en rehenes mientras el ejército portugués llegaba á su pais.

Hubo grandes debates en el consejo para resolver sobre si se habia de sacrificar á Ceuta, que era el mas ilustre monumento del rey difunto, ó á don Fernando, hijo de aquel monarca. Aun cuando hubiera sido otro inferior personaje, parece que no habia razon para detenerse en ratificar su tratado y romper sus cadenas; pero no pensó así el consejo, y permaneció don Fernando en África hasta que murió cautivo; porque los moros se obstinaron en negarse á cangearlo con otro objeto. Á don Duarte le arrebató en 1453 una peste, que asoló á Portugal. Era aficionado á las ciencias; compuso un libro intitulado *el Buen Consejero*, y otro sobre el *Arte de domar y manejar caballos*, que dedicó á su muger.

Á esta princesa dió la regencia del reino, y la tutela de su hijo Alonso V: pero no habiendo sido esta disposicion á gusto de los grandes, solamente dejaron á la madre la educacion de su hijo, y confiaron el gobierno del reino á don Pedro tio del rey. La reina cometió el error de retirarse á Castilla, creyendo que la seguirian muchas gentes; pero como la abandonaron, estuvo gastando en vanos esfuerzos, para suscitar enemigos al regente, el dinero que habia llevado consigo. Cuando éste se acabó suplicó humildemente á don Pedro la permitiera volver á Portugal con la condicion de vivir allí como él quisiese; pero murió ántes de recibir la respuesta, y tal vez se sirvió la envidia de esto mismo para agriar el corazon del jóven monarca Alonso V contra su tio.

El regente no omitió cuidado alguno para que su pupilo se hiciese digno del trono. Le inculcaba las reglas de un escelente gobierno, y se las demostraba con su ejemplo, hasta que por último creyó poner el sello á sus servicios, dando á su sobrino la mano de doña Isabel su hija, que era hermosa, de talento y virtud. Mucho tuvo que sufrir esta princesa por las desavenencias entre su padre y su esposo, cuando éste tomó á su cargo los negocios. Los envidiosos de don Pedro adquirieron tal ascendiente sobre el corazon del rey, y este hizo á su tio tales desaires, que pidió el retiro; y habiendoselo concedido, todavía no contentos con esto sus enemigos, le representaron como un rebelde, y empeñaron al rey en atormentarle. Se le prohibió todo trato con el, y se le mandó rendir las armas; y pasando á la corte para justificarse, hizo su yerno que le acometiesen, y en la misma defensa le alcanzó una flecha y murió. Todas las diligencias en el registro de sus papeles, para hallar contra él algunos cargos, pararon en descubrir varios proyectos para el servicio del rey y bien del estado: por lo que se le reintegró en su buena fama, despues de haberle muerto y deshonrado su memoria.

Á lo que parece era Alonso V de espíritu ligero y caballeresco; y así formó varias empresas contra el África, que le salieron bien, y consiguió el nombre de *Africano;* aunque es preciso confesar que estas espediciones tenian mas de brillantes que de útiles. Su misma ligereza le empeñó en una guerra ruinosa con Castilla; y la mala disposicion de sus proyectos le llevó á Francia con quinientos caballeros y dos mil lanzas, para pedir á Luis XI que le ayudase en esta guerra de Castilla; pero el reflexivo Luis hizo el aprecio que debia de un rey que dejaba como un aventurero su reino para ir á buscar tan lejos el socorro, teniendo en su casa tantos negocios que manejar, y le tuvo entretenido con buenas palabras.

Avergonzado de haber dado un paso tan mal combinado, y picado de ver que se hacia de él tan poco caso, abandonó á los nobles y soldados, y tomando consigo dos pages, dos criados y un capellan, partió á Jerusalen. Escribió á Portugal que no le verian mas; mandó que su hijo don Juan se ciñese la corona; y el príncipe, sin esperar á que le repitiese el precepto, se decoró con el título de *Rey*. Paseándose éste algunos dias despues en la ribera del mar, vió que se acercaba un navio, del cual desembarcaba un hombre muy apresurado, y que era su padre. El hijo se sorprendió por un instante; pero recobrado, se arrojó con amor y respeto á los brazos de su padre. Siguióse entre los dos una contienda de recíproca deferencia; y queriendo contentarse el padre con el título de rey de los Algarbes, respondió don Juan: «No señor: no puede haber dos reyes en Portugal; y pues vos estais aquí, no es razon que haya otro;» y así se dejó Alonso persuadir. Debió á Luis XI la interrupcion del viaje á Jerusalen; porque pasmado este príncipe de semejante desacierto, le hizo buscar, y le aconsejó amigablemente que abreviase esta locura lo mas que fuese posible. Volvió Alonso á renunciar la corona, y murió en 1481 cuando iba á encerrarse en un convento.

Subió don Juan II al trono con cierta madurez en sus reflexiones, y un plan muy bien formado. Fué muy severo con los grandes, demasiado acostumbrados á la independencia. Mandó degollar al duque de Braganza, marido de la hermana de la reina, la que, segun un abuso que habia pasado á costumbre, se puso bajo la proteccion de los reyes de Aragon y de Castilla. Ya el rey le tenia avisado, pero no hizo caso; y el ejemplar de su castigo sirvió de freno á los otros. Sin embargo, el jóven duque de Viseo, hermano de la reina, se puso á la cabeza de una conspiracion; y habiendole hecho venir el rey á su presencia, le preguntó: «¿Qué harias tú con un hombre que te quisiese quitar la vida?» Respondió Viseo: «Le mataria con mi propia mano.» «Muere, pues, le dijo el rey, dándole una puñalada; pues te has dado la sentencia.» Á los cómplices los ahorcaron, ó los arrojaron en los pozos. ¿Qué habia que hacer contra un monarca de esta resolucion? Todos se sometieron, y su reinado fué muy tranquilo.

Los historiadores han recogido algunas acciones y palabras suyas, que no merecen sepultarse en el olvido. Habia un juez que solo era accesible á los que le regalaban, y por otra parte era hombre de capacidad: y á este le dijo el rey con tono severo: «Cuidado, porque sé que teneis las manos abiertas y las puertas cerradas.» Estas pocas palabras bastaron para corregirle. Un hombre que le habia servido á su gusto en los fervores de su juventud, le llevó un papel, firmado de su mano, en que le habia prometido hacerle duque. El monarca le leyó con gravedad, le rasgó y dijo al portador: «Yo me olvidaré de que firmé tal papel;» y volviendose á los asistentes, dijo: «Los que corrompen á los príncipes jóvenes, y por servirles de instrumento á sus placeres le sacan promesas

que no deben cumplirse, han de estimar como favor el no ser castigados.»

En su tiempo fué descubierto el reino de Congo; y quejándose los navegantes de que los naturales no habian querido enseñarles las minas, respondió don Juan: «No os informeis ya mas sobre este punto; tratadlos bien, comerciad con equidad, llevadles lo que ellos deseen, y lograreis el producto de las minas sin el trabajo de cavarlas.» Conocia este príncipe cuanto importaba la exactitud de los soberanos en la conservacion de las costumbres. Era en esto muy escrupuloso; y diciéndole un dia, que cierta formalidad á que se sujetaba, era una bagatela, respondió: «Sea enhorabuena bagatela; pero mi ejemplo siempre es de mucha consecuencia.» Viéndose sin hijos legítimos quiso dejar la corona á un hijo natural llamado Jorge, que habia criado con esta intencion, pero habiéndole advertido que aquella eleccion podria causar alborotos en el reino, murió en 1495, habiendo sacrificado sus deseos á la tranquilidad de sus vasallos.

Á don Manuel, que le sucedió, le llamaron el *Afortunado*, por tres razones. La primera porque llegó al trono desde lejos, pues era un biznieto de Alonso V. La segunda, porque le salia bien todo cuanto emprendia. La tercera felicidad, y la mayor, era verse tan amado y estimado de todos, y que tuviesen tal idea de su capacidad, que cuando se le desgraciaba alguna empresa la calificaban de imposible. Don Juan habia abatido á la nobleza, y don Manuel volvió á elevarla. Por su bondad protegió á los judios, maltratados de sus vasallos; pero no pudiendo éstos hacer nuevas vejaciones á aquella infeliz nacion, pidieron al rey que los estrañase de Portugal. En esto solo esperimentó don Manuel contradiccion de parte de su pueblo.

No tuvo mas guerras que las que quiso, y fueron las de África. En estas sus aciertos habituales compensaron con ventajas algunos ligeros reveses que sufrió. Vivió muy bien con sus vecinos, presidiendo la buena fé en sus tratados y la fortaleza en la ejecucion. Ningun rey desplegó tanta magnificencia, y la debió á los descubrimientos que se habian hecho en tiempo de sus predecesores, y que aumentándose con su proteccion, hicieron de su reino el centro del comercio del universo. Gustaba de dar á los extranjeros grande idea de su poder con soberbias embajadas. Bastaba contemplar la suntuosidad de los edificios públicos, de colegios, iglesias, palacios y hospitales que se construian, y ver las armadas numerosas que salian de sus puertos, la opulencia de los grandes, el bien estar del pueblo, la satisfaccion pintada en sus rostros, la alegría esparcida en las ciudades y por las campiñas, para que sus vasallos concibiesen la mas alta opinion del monarca, autor de todos estos bienes. En su reinado y en los de sus predecesores hubo pestes, y no se sabe porqué era tan frecuente entónces esta plaga, que ya no se conoce en Portugal. No se acercó á sus costas el hambre, aunque asolaba á los africanos, á quienes el compasivo Manuel estendió sus manos benéficas. Por una mania que se ha notado en otros reyes de Portugal, pensó este príncipe en bajar de la cumbre de la grandeza, y renunciar; pero advirtió que solo la sospecha de este proyecto hacia tomar á su hijo modales imperiosos, y que la tropa de cortesanos se volvia hácia el sol naciente; por lo cual mantuvo prudente ó apretó en su mano el cetro que estaba pronto á dejar. Por una rara fortuna abjuró el hijo sin repugnancia las esperanzas que le habian hecho concebir, y continuó como ántes en causar la felicidad de su padre. Respecto de los demas hijos, pudo llamarse igualmente dichoso; por lo cual nada omitia para complacerles, poniendo su satisfaccion en prevenir sus deseos. Era padre tierno y esposo agradable, y pasaba con dulce franqueza en lo interior de su familia todo el tiempo que podia robar á los negocios. Siempre se vió don Manuel bien servido de sus ministros; y ademas de la duracion de los consejos, á los que no faltaba, todo tiempo le parecia bueno para conversar con ellos. Algunas veces le sucedia encontrarlos en el palacio, tomarlos de la mano y llevarlos á su gabinete, diciendo: «Venid que estamos solos, ¿no teneis algo que decirme?» Se divertia con ellos en la caza, y jugaba á la pelota: y despues les decia: «Ya estamos cansados de jugar; dascansemos con los negocios.»

Todos dicen que si tuvo algunos defectos, consistieron en el esceso de algunas virtudes; por ejemplo, la demasiada confianza, que le espuso á ser engañado, porque, lleno de candor, pensaba que todos eran como él; y la demasiada familiaridad con sus criados, aunque no se vé que por esto le faltasen al respeto. Se vestia de luto por los hombres de mérito que morian en su servicio; gustaba de música, de jardines y de sabios; él mismo cultivaba las ciencias, y pasaba por el mas hábil geógrafo de su tiempo. Desde que empuñó el cetro hasta su muerte, siempre fué don Manuel padre de su pueblo, justo sin severidad, compasivo sin flaqueza y pio sin afectacion. Por último rasgo de su retrato, dicen que desterró de su reino la pobreza y la tristeza. Una fiebre epidémica, que degeneró en una enfermedad mortal, le arrebató á los cincuenta y tres años, en el de 1521, cuando de su temperamento, buena constitucion y vida muy arreglada, podian sus vasallos prometerse todavía una larga felicidad.

Pero no la perdieron en el reinado de su hijo don Juan III; porque este príncipe copió gran parte de las bellas prendas de su padre, y sobre todo, su discernimiento en la eleccion de ministros, entre los cuales parece haber gozado de su confianza con preferencia cierto don Antonio, de quien por el pasage siguiente se juzgará si la merecia. El señor de Asambuja, de una de las mas antiguas casas del reino, por los contratiempos y los gastos que habia hecho en el real servicio, se hallaba reducido á poner en venta sus tierras. «Éstas, dijo el rey á don Antonio, están cerca de las tuyas, y las pudieras comprar.» «Mejor haria V. M., respondió el ministro, en poner al dueño en estado de conservarlas; pues él y sus mayores se han arruinado por los servicios que han hecho á la corona.» Siguió el rey el consejo, y evitó con su generosidad la ruina de aquella ilustre familia. Tuvo este príncipe el dolor de ver que la muerte estendió su guadaña sobre su familia, segando indistintamente los jóvenes y los viejos de ambos sexos. Él fué casi el último á quien derribó, y falleciendo en 1567, no dejó mas que un hijo de tres años, llamado don Sebastian, destinado á ser por su imprudencia causa de las desgracias de sus pueblos.

Muy tempestuosa fué la regencia hasta que llegó don Sebastian á la edad competente. Pasó por un abandono forzado la entrega que hizo de este niño su abuela á su tio el cardenal Enrique. Los ayos que éste le dió, le propusieron como virtudes regias la religion y el valor; pero nó el valor prudente y reflexivo, sino aquel que consiste en la temeridad de correr en busca de los mayores riesgos. Lo mismo sucedió en punto de religion: no le inspiraron la que penetra el ánimo del discípulo con las verdades del cristianismo, y sobre tan sólidos principios forma las costumbres, sino un fogoso fanatismo que precipita á destruir ó arruinar todo lo que no sea conforme á sus opiniones. Desde la infancia dió pruebas don Sebastian de que le abrasaba el deseo de manifestar su intrepidez y el odio implacable al mahometismo. Por este fatal entusiasmo pasó al África contra los moros á pesar de las mas eficaces súplicas de todas las personas prudentes de la corte, y de las persuasiones de los príncipes extranjeros que se interesaban en su suerte.

Jamás hubo príncipe en el mundo á quien mas advirtiesen de los peligros de su empresa; pero tampoco hubo hombre que hiciese ménos caso de los consejos. Hasta la reina y don Enrique unieron sus esfuerzos, auxiliando los ruegos de los particulares para separarle de un proyecto tan contrario á sus verdaderos intereses, y nada conveniente en el estado en que se hallaba el reino. La reina murió de pena viendo la obstinacion de su nieto, y don Enrique se retiró á su obispado. Los señores de juicio ya maduro por la edad y esperiencia, no fueron mas al consejo. Le escribieron sus embajadores de parte de los príncipes de sus respectivas cortes: Felipe II, rey de Es-

paña, su pariente muy cercano, le pidió encarecidamente que no espusiera su persona; pero nada bastó para contenerlo. El duque de Mascareñas, tan celebre por sus hazañas en la India, le suplicó lo mismo que todos; y el rey, para debilitar el efecto que en el público pudiera hacer el parecer de un hombre tan estimado, convocó varios á una junta para que con motivo del consejo de Mascareñas, dijesen que con los años se disminuye el valor, y que es muy regular que un hombre valiente se haga timido en sus últimos años. De este modo juntó la decision y el insulto.

El mismo rey de Fez, contra quien dirigia sus armas el rey don Sebastian, le hizo tales representaciones, que mas bien que temor ó politica, manifestaban una especie de compasion de ver un jóven tan precipitado; y como el rey de Portugal tomaba por pretesto de la guerra poner en el trono de Fez y de Marruecos á Muley Mahamet, á quien Muley Moluh, su tio, habia despojado de sus estados, le escribió el tio, y probó que su sobrino era un hombre perdido y cruel tirano que no merecia su proteccion. Mas hizo el africano; suplicó al rey Católico, con quien tenia buena correspondencia, que apoyase sus reflexiones, y para que éstas fuesen mas eficaces añadia diez mil fanegas de tierra de labor sobre el territorio que los portugueses tenian al rededor de sus fortalezas; «y nó porque yo tema, decia, el fin de esta guerra, sino por evitar la efusion de sangre.»

Con un ejército de cien mil hombres poco debia temer Moluh, anciano guerrero, á un ejército de quince mil hombres, que se dirigia á sus costas, aunque llevaba doce piezas de cañon, artilleria formidable en aquellos tiempos. Asi que llegaron los portugueses, conoció por la esperiencia el africano, á vista de las erradas maniobras de los gefes, cuan poco temibles eran aquellos soldados, aunque valientes. Lo que él sentia era el parecerle que no tendria suficiente tiempo para derrotarlos, porque le acometió una violenta calentura, y se sentia morir. Con todo, desde que los dos ejércitos se formaron en batalla, uno enfrente del otro, estuvo dando sus órdenes llevado en una litera.

Cuando ya iban á llegar á las manos hizo que le pusiesen en un caballo para ver por si mismo si estaban bien ejecutadas sus disposiciones, y se volvió á su litera. Al primer choque llevó la infanteria portuguesa alguna ventaja. Moluh, olvidado por un momento de su debilidad, salió de la litera, montó á caballo y quiso dar sobre el enemigo con sable en mano. Le contuvieron sus guardias; pero éste fué su último esfuerzo pues con él se le acabó el aliento y cayó desmayado en sus brazos. Volvieron á ponerle en la litera, y espiró, poniendo el dedo en la boca para encargar que no se publicase su muerte. Se mantuvo de pié á un lado de la litera, un renegado llamado Amet Tabá, y de cuando en cuando abria un poco la cortina como para recibir las órdenes del rey. Continuó en darlas su hermano Muley Hamet, y consiguió una completa victoria. Habia recibido don Sebastian un balazo en el hombro: pero no siendo muy peligrosa la herida, prosiguió peleando, y le mataron dos caballos. Á su lado perecieron muchos señores.

De la suerte de este monarca no se habla de un solo modo. La primera relacion dice que, rodeándole los moros, le quitaron la espada y las demas armas, y se aseguraron de su persona; pero que suscitándose contienda entre los que le habian preso, se abrió camino uno de sus generales por entre la tropa, que iba á llegar á las manos, y para quitar disputas le dió un golpe con el sable, que bajándole hasta la ceja del ojo derecho, le echó á tierra, y que los otros acabaron con él. Que al dia siguiente conoció un ayuda de cámara el cuerpo de su rey, por órden del rey moro, que le envió adonde habia pasado la escena, y que asimismo le conocieron otros portugueses por indicios verosimiles, pues todos convinieron en que tenia la cabeza muy desfigurada. Pasaron aquel cadaver de Ceuta á Portugal, y le enterraron. Otra relacion, que es de Luis Brito, señor portugués, dice que retirándose éste de la pelea con su estandarte arrollado al cuerpo, y encontrándole el rey, le dijo: *Ten firme ese estandarte, y muramos sobre él*; que dió el principo sobre los moros, y le prendieron; que Brito se le quitó de las manos; pero que á él tambien le hicieron prisionero con su estandarte, y que cuando le llevaban alcanzó á ver al rey, á quien ya no perseguian. Don Luis de Limia depuso haber visto al rey, que iba caminando hácia el rio, y que aquella fué la última vez que se le vió.

Todas estas circunstancias son bien particulares, porque á cosa de veinte años despues, se presentó en Venecia un hombre que decia ser el rey don Sebastian, y daba noticia de como habia salido de entre los que estaban muertos: y que despues de haber andado errante en África por algun tiempo, habia vuelto á Portugal, y aun á su propio palacio, en el cual de vergüenza no se habia atrevido á declararse y darse á conocer. Tenia aquel el porte, estatura, gesto y voz de don Sebastian; mostraba las cicatrices de las heridas, cuyo número decia ser veinte y cinco, y entre otras la del hombro y la ceja. Hubo muchos portugueses que le reconocieron. Nombró el senado sus comisionados para que le examinasen, y se quedaron admirados de oir lo que les contó de negociaciones secretas que habia habido entre él y la república, y no se atrevieron á declararle por impostor, movidos de su satisfaccion, de la invariable firmeza de sus respuestas, de su modestia, piedad, y de la paciencia que manifestaba en su desgracia. Pidió el embajador de España su espulsion, y el senado no tuvo valor para negarse.

Se retiró aquel hombre á Florencia. Le mandó el gran duque prender, y se le entregó al conde de Lemos, virey de Nápoles, para que le enviase al rey de España, que ya estaba en posesion del reino de Portugal. Á la pregunta que le hizo el virey ¿quién eres tú? respondió: bien pudieras conocerme, pues te encargaron por dos veces la embajada á mi corte; y le contó circunstancias, que solo pudiera saberlas el que en aquel tiempo hubiese sido rey. Dejó tambien admiradas á dos princesas, parientas de don Sebastian, que tuvieron la curiosidad de preguntarle.

Despues de la muerte del conde de Lemos le dieron tormento, y siempre se mantuvo firme. Para sosegar la opinion pública, que se iba declarando en su favor, le pasearon sobre un asno por las calles de Nápoles, precedido de un pregonero, el cual iba diciendo; que era un impostor aquel que se decia el rey don Sebastian de Portugal, y siempre que el pregonero añadia *que era un calabrés*, gritaba él en voz mas alta *eso es falso*. Le restituyeron á la cárcel, en donde estuvo por algun tiempo en el reino de Nápoles; le trasladaron á Castilla, le encerraron en un castillo retirado, y despues no se ha hablado mas de él.

En Portugal se consideró á don Sebastian como muerto, y su tio el cardenal Enrique tomó la corona á la edad de sesenta y siete años, en el de 1578. El primer deseo de los portugueses fué que se casase, con el fin de dejar herederos directos, y prevenir las guerras civiles que les amenazaban. Por razones poderosas se negó en Roma esta pretension; pero desde el punto en que aquel infeliz Enrique subió al trono, no oyó hablar de otra cosa sino de quien debia sucederle. Los dos pretendientes que se declararon fueron Felipe II, rey de España, y la duquesa de Braganza. Á ésta deseaba Enrique, y temia al rey de España. No podia ver al prior de Ocrato, su sobrino, cuyo derecho seria el mas seguro si hubiera podido probar que era legitimo. Entre tanto, don Enrique murió indeciso, y sin haber nombrado sucesor en 1580. Creyó que habia proveido suficientemente á la tranquilidad del reino, nombrando cinco personages que fuesen depositarios de la suprema autoridad despues de su muerte, y durante el interregno. Ante éstos habia de litigarse el grande asunto de la sucesion; pero estaba decidido ántes que él muriese.

Tres de los cinco regentes se hallaban interesados por Felipe II, rey de España, que tenia á su favor otro voto

Digitized by Google

mas decisivo, y era un ejército considerable, mandado por el duque de Alba, que se acercó á la frontera de Portugal y le faltaba mucho á este reino para oponerle suficiente resistencia. Avanzó, pues, con buen órden y disciplina, y no halló en el camino mas que al prior de Ocrato, que se habia hecho nombrar rey por el populacho de Lisboa. Sus tropas, compuestas de gente colecticia, mal armada y mal mandada, se dispersaron al primer choque. El príncipe anduvo errante por el reino por el espacio de un año, aunque se habia puesto precio á su cabeza; y por último se huyó y murió en Francia. Felipe II no quiso ir á Portugal hasta que todo estuvo sosegado, para que no pareciese que tomaba la corona por derecho de conquista. De los cinco regentes le habian proclamado por decision comun tres, que estaban interesados, y los otros dos por fuerza ó por persuasion; de suerte, que no faltó ninguna de las formalidades legales ántes de tomar posesion, ni al tiempo de tomarla. Solo faltó la circunstancia que mas lisonjea á un buen rey, esto es, los deseos y la alegría de los pueblos.

Mucho tardaron los portugueses en acomodarse al dominio de los castellanos, ó por mejor decir, siempre le repugnaron. Al principio procuró Felipe II amansarlos con caricias: despues los trató con severidad. Sus gobernadores mortificaron á los pueblos con la sobrecarga de los impuestos y con el modo de cobrarlos. No se conservaron ni se repararon las fortalezas, y las tropas portuguesas estaban mal pagadas. La marina no se ocupaba en la defensa de las costas, ni en la proteccion de las posesiones africanas y asiáticas, que era su destino natural, sino que la unieron á la famosa armada llamada la *invencible*, y así pereció casi toda en la desastrada espedicion de Felipe II contra Inglaterra. De resultas invadieron los holandeses las mas bellas colonias portuguesas en la dilatada guerra que sostuvieron por substraerse del dominio español; por lo que todo el reino se vió en la mas horrible miseria. Los políticos ménos advertidos suponian que los españoles aspiraban á hacer provincia de España aquel reino, y que querian valerse para esto de la pobreza y desnudez.

Al fin se esplicó la soberbia portuguesa creyéndose oprimida; pero despues de sesenta años de sufrimiento en los reinados de los Felipes II, III y IV, necesitaba algun lazo que reuniese á los señores malcontentos. Leyendo estaban los unos en los ojos de los otros sus secretos deseos; pero no se atrevian á comunicarse sus ideas. Ya un hombre en el reinado de Felipe IV, concibió el proyecto de romper el hielo, y acabar con aquella incertidumbre y falta de resolucion. Éste fué Juan Pinto Riveyro, mayordomo del duque de Braganza, el cual, por descendiente de la familia real, aunque bastardo, tenia derecho á la corona, y por esto le observaban los españoles mas que á otro alguno. Supo Pinto engañar á los espías, y abocar juntos á los señores mas útiles para su proyecto, sin comprometer ni esponer á su amo, que parecia ignorar, y acaso realmente ignoró lo que se tramaba.

El carácter del duque de Braganza era el mas acomodado á las circunstancias. Era dulce, modesto sin esterioridades de ambicion; y así los españoles no tuvieron motivo para sospechar, aunque sabian que era de la sangre real. Gozaba tal reputacion de hombre moderado, que los señores coligados dudaban si querria sacrificar su tranquilidad al resplandor de la corona, y aunque consultaron á Pinto, este no se atrevió, ó aparentó que no se atrevia, á afirmarlo; pero presentó á su amo el diputado de aquellos señores para que ellos juzgasen por sí mismos del concepto que deberian formar sobre este punto. Por aquel mismo tiempo estaba llamado á Madrid el duque de Braganza por razones tan frívolas que no podia dudarse que en ellas se ocultaba el designio de retenerlo. Consultó en esta perplejidad á la duquesa su esposa, y ésta le respondió: «En Madrid os está esperando la muerte. Puede ser que tambien la halleis en Lisboa, pero allá morireis como un miserable encarcelado, y aquí, si os vencen, caereis cubierto de gloria y como rey. Esto es lo peor que puede sucederos; pero contemos con el favor del pueblo y con la proteccion divina.» Ya estaban tomadas todas las medidas; y solo se esperaba el consentimiento del príncipe para obrar. Lo mismo fué darlo, que ponerse todo en movimiento. Muchos de los principales habitantes de Lisboa estaban ganados, ó se habian ofrecido á la seduccion; y con el pretesto de que habia cesado el comercio, despidieron los fabricantes á sus oficiales, para que con el hambre y la miseria se determinasen mas fácilmente á sublevarse. Se juntaban los conjurados; ya estaban señalados los ataques y determinados los puestos. Unos á pié, otros á caballo, y otros en litera, fueron por diferentes caminos, para no dar que sospechar en el palacio que habitaban la vireina y el secretario de estado Vasconcelos, que tenia toda la autoridad. Viendo Pinto que, poco mas ó ménos, ya estaban juntos todos los conjurados, dió la señal con un pistoletazo. Acometieron todos por diferentes puertas, arrollaron la guardia; subieron á la habitacion de Vasconcelos; le mataron, y arrojaron su cadáver por la ventana; hicieron firmar á la vireina la órden dirigida al gobernador de que rindiese la ciudadela ó castillo, y él obedeció. Estaba el duque de Braganza en la ribera opuesta del Tajo esperando el suceso; y así que recibió las buenas noticias, se entró en un barco, atravesó el rio y fué recibido con muchas aclamaciones del pueblo, que de todos los cuarteles de la ciudad habia acudido en tropel á la ribera. Á las ocho de la mañana habia dado Pinto la señal del rompimiento, y al mediodía ya las tiendas estaban abiertas y todo corriente y sosegado.

Hizo el ministro español, conde-duque de Olivares, todos sus esfuerzos con las intrigas y las armas para reconquistar su poder en Portugal. Muchas veces el duque de Braganza, ya nuevo rey con el nombre de don Juan IV, se vió acometido de conjurados, y se libró de aquellas sordas tentativas ya por su prudencia y ya por felices casualidades. Tramó el conde-duque de Olivares con tal destreza sus intrigas, que los mejores ministros de don Juan IV se hicieron sospechosos y pagaron con su cabeza las sospechas inspiradas á su soberano. Se reconoció despues la inocencia; pero los motivos de desconfianza, que sin cesar renovaban con habilidad los emisarios españoles, tuvieron por largo tiempo al rey en una enfadosa perplejidad en medio de su corte.

Los portugueses, aunque casi del todo desnudos por las precauciones que de antemano habia tomado el consejo de España, resistieron á los primeros esfuerzos. Iban los paisanos alternativamente al campo, y se volvian á sus chozas, peleaban un dia, y al siguiente trabajaban. Los fué disciplinando y haciendo á la guerra don Juan, con el auxilio de oficiales extranjeros que llamó de todas partes. Los animó con pequeñas acciones, cuyo buen éxito ya estaba preparado; les infundió valor; y aun llegaron á batallas decisivas, que el rey ganó. Sus embajadores, que ántes solamente eran tolerados en las cortes extranjeras, se presentaron entónces en ellas con esplendor, á pesar de los sordos ataques, las amenazas públicas y el dinero pródigamente repartido, con otros medios de que se valian los ministros españoles para retirar á los portugueses de las cortes de su residencia. De esta suerte cuando murió Don Juan IV en 1656, ya era reconocido rey de Portugal universalmente.

No mudó de costumbres con la elevacion, ántes bien desplegó virtudes que se hubieran quedado ocultas en un particular. Le llamaron el *Afortunado*, y pudieran haberle dado el nombre de bueno y benéfico. Como perdiese en la caza algun tiempo de mas, un dia que salia de Lisboa á este ejercicio, se le presentó el magistrado civil, le hizo una profunda reverencia, y tomando el caballo por la brida, le volvió al palacio sin hablar palabra. Entró el rey sin despegar sus labios; y esta muda reconvencion tuvo su efecto, porque el rey se contuvo mas en su pasion por la caza.

Pasó el cetro de las manos de don Juan á las de don Alonso VI su hijo, bajo la tutela de la reina su madre.

Digitized by Google

Con el motivo de las enfermedades de su juventud, le toleraron defectos que degeneraron en vicios. Tenia un hermano llamado don Pedro, cuya educacion, mas bien entendida, tuvo efecto mas feliz; y aun dicen que la madre tenia mas afecto á este hijo menor. Los que esperaban aprovecharse de la desavenencia que pensaban establecer entre los dos hermanos, no dejaron de advertir al mayor esta preferencia, de que concibió envidia, y por ella se apartó de su madre. Habia esta señora gobernado con aplauso general, durante la menor edad de Alonso; y juzgando por sus estravios, que indicaban un espíritu maligno, que no se hallaba en estado de gobernar el timon de los negocios, quiso ella continuar; pero la separaron los favoritos. Se ignora si inspiró al hijo menor el deseo de destronar al mayor, si le indicó por qué medios, y si le trazó el camino por donde habia de llegar á sus fines. Lo cierto es que murió ántes del suceso; y aunque á la hora de la muerte exortó á los hijos á la concordia, los dejó en la misma desavenencia.

Acababa de concluirse el matrimonio del rey con una francesa, madama de Aumale, princesa de Nemours, que se aventuró al casamiento, aunque corrian voces de que Alonso era impotente. Escriben que la primera mirada de la reina, cuando llegó, fué ménos favorable al rey que á su hermano, y que éste la entendió. Lo cierto es que siempre estuvieron perfectamente acordes en todo cuanto pasó acerca del monarca.

Ya la reina madre habia ensayado lo que podia hacerse contra éste, separando de su vista dos favoritos de los mas queridos, que fueron enviados á vivir en el Brasil sin autoridad alguna. Por mas que nos representen los historiadores á este rey como un hombre brutal, precipitado, y aun feroz, se contentó entónces con quejarse, y no se ve que se vengase de semejante insulto. Ya, pues se advirtió que para con él bastaba el atreverse, y se le atrevieron. Procuró don Pedro ganar al pueblo de Lisboa, y sobre todo al clero, con una grande afectacion de piedad y al mismo tiempo mostraba mucha atencion con su hermano, y una aparente lástima de sus estravagancias ó inconstancias, que en voz baja se graduaban de locura.

Este estado supuesto de demencia servia de pretesto para quitarle unas veces con gusto, otras con fuerza, ya un ministro, ya otro, segun los observaban mas ó ménos capaces de sostenerle: de suerte, que este príncipe desgraciado se hallaba sin consejo, y colocado espresamente en las circunstancias mas difíciles y espinosas. Muchas veces se le vió suspirar por este desamparo: y cuando estaba mas abandonado, consumó la reina la desesperacion del infeliz Alonso, retirándose á un convento, y escribiéndole una carta llena de reconvenciones sobre la conducta insoportable que habia observado con ella, diciéndole por último que bien sabia que ella no era su muger. No esperaron á que se resfriase este primer ataque. Se juntó el consejo, y decidió que por el bien del reino debia Alonso renunciar la corona y resignarla en don Pedro. Tomada esta resolucion, se reunieron los consejeros de estado, y la presentaron al rey. No queria este conformarse; pero don Pedro fué á palacio, é hizo arrestar á su hermano en su cuarto. Un hombre prevenido para esto le persuadió que se resignase y se le pondria en libertad. Dió, pues, su consentimiento; pero queriendo hacerle firmar tambien la nulidad de su matrimonio, pidió que se consultase con doctores; y el resultado de su consulta fué que tambien firmase este artículo. Al punto declararon á don Pedro, nó por rey, porque esta proclamacion parecia demasiado precipitada, sino por regente del reino.

No tenia don Pedro mas que veinte y un años cuando le dieron la regencia, y por ser tan jóven no se creyó que hubiese imaginado ni dirigido la revolucion. Aunque la reina apenas tenia mas edad, el talento temprano ó precoz que se conoce en las mugeres para la intriga, hace probable la opinion que por entónces se esparció de que era el alma de esta. No pareció que don Alonso sintió estas catástrofes, hasta la noche que se vió solo; y entónces suplicó á su hermano que le enviase á Juan, el guarda de sus perros, que le hiciese compañía. Bien fuese que la amargura del dolor ó el delirio de la desesperacion le dictase esta humilde súplica, conmovió tanto á don Pedro, que le hizo derramar muchas lágrimas sin duda por la reflexion sobre la infeliz suerte de su hermano. Esta sensibilidad acredita su buen corazon: pero á la reina no la mereció un suspiro.

Confirmaron los estados en don Pedro la regencia, y fué uno de sus primeros cuidados restablecer desde luego la policía, que Alfonso habia absolutamente destruido con su mal ejemplo; pues iba de noche por las calles golpeando á los que pasaban, y aun dicen que hirió á algunos de ellos, por lo que no debe estrañarse que desagradase á una francesa galante y delicada. Ésta, viéndose libre de su rústico esposo, se aplicó á procurarse el objeto que habia sido blanco de sus deseos para no descender del trono, y ocuparle con marido de su gusto.

La dificultad consistia en salvar las apariencias, y persuadir al público que el casamiento con don Pedro era negocio de la razon de estado y nó del amor. ¡Qué de ojos piensan engañar los amantes! ¿pero á quién engañan? La princesa de Nemours solamente hablaba en su convento de que se anulase el matrimonio, para que, pagándosela su dote, pudiese retirarse á Francia. Se declaró nulo el casamiento, y concurrió para ello Alfonso, reconociendo por verdad lo que la reina habia dicho. Puesta en libertad, podia desde luego partir; pero los estados la suplicaron que se quedase declarando que ni querian, ni podian pagarla el dote, y que el medio único de sosegarlos seria que tuviese á bien casarse con don Pedro. Al oir esta proposicion, supondria un novelista en la princesa cierto aire de empacho y de reserva, coloreando sus megillas con el carmin del pudor; pero solo se sabe que guardó un modesto silencio.

Fuéron los diputados de los estados á ver al príncipe, y le representaron este casamiento como necesario para la tranquilidad del reino. El regente, desde luego que oyó proponer lo que tanto deseaba, no se detuvo y dió su consentimiento, con la condicion de que lograse *el sí* de la princesa. Volvieron los diputados, y la señora condescendió. Pocos matrimonios se han tratado tan diplomáticamente; y éste se celebró con grande pompa. Tuvo don Alonso la noticia en su prision por el ruido de la artillería; y aunque al principio se alteró algun tanto, recobrando al punto sus espíritus, dijo que tenia lástima á su hermano, y que bien presto se veria tan cansado de la francesa como él se habia visto. Por odioso que hubiese sido para la princesa aquel marido, debe creerse que si ella supo su reflexion, no la seria indiferente.

Don Pedro, por no tener siempre á la vista un objeto que debia serle incómodo, envió á su hermano á las islas Terceras, como un pais agradable, en donde estaria asegurado y podria satisfacer su aficion á la caza. Se esparció la noticia de que trataban de deshacerse de él en llegando allá, y á fuerza de murmuraciones le hicieron sacar de aquellas islas. Sus amigos, pensando favorablemente, le hicieron muy mal servicio, porque le quitaron el gusto de gozar de la grande estension del pais que le habian concedido; y se vió despues encerrado en el castillo de Cintra, cerca de Lisboa, en donde murió á los quince años de prision. Cuando le atacó la última enfermedad, dijo: «Yo voy á morir: pero la reina muy presto me seguirá, para dar cuenta en el terrible tribunal de los males que me ha hecho.»

Con efecto le sobrevivió poco; y solo por algunos meses vió gozar á su segundo esposo del título de rey, porque á ella siempre la dieron el de reina, aunque le tuvo por el primer matrimonio, y anulado éste, deberia haberse quedado sin aquellos honores que por él tenia. Siempre conservó don Pedro mucha estimacion á esta reina, y grande confianza en el trato de los negocios. Volvió á casarse, y tambien hizo feliz á la segunda muger, porque sus amores ocultos fueron de una clase tan obscura, que no pudieron dar zelos. Este príncipe pasa, con razon, en la historia por un profundo político, y solo

MUNDO DESCUBIERTO POR COLON Y LOS ESPAÑOLES.



Digitized by Google

se le nota, como defecto, que no decidiese por sí mismo con satisfaccion. Eran sus ministros mas señores que él; por lo que un embajador de Inglaterra escribió chistosamente á la reina Ana: «En el consejo no tenemos mas que un amigo, que es el rey, y aun éste no es de los que mas suponen.»

Don Juan V, que le sucedió en 1705, no tuvo que hacer mas que seguir el plan de política que su padre don Pedro le dejó trazado para mantener una justa balanza entre la casa de Francia y la de Austria, que disputaban la corona de España, y hacerse buscar de una y otra, apoyándose en la Inglaterra, aunque sin ser esclavo de los ingleses. Esto lo consiguió perfectamente, como tambien hacer papel entre las potencias mas respetables de la Europa; distincion de que cuidó siempre con el mayor zelo. Fué dichoso en su familia, y habiendo fallecido en 1750, dejó una numerosa posteridad.

Le sucedió su hijo don José; y en 1755 tuvo la grande pesadumbre de ver arrruinada en gran parte su capital por un horrible temblor de tierra en el cual perecieron como treinta mil almas en Lisboa. Á esta desgracia sucedió inmediatamente una terrible conspiracion en que estuvo para perder la vida. Le hirieron con armas de fuego en su misma carroza, y fué una especie de milagro que se librase de las manos de los asesinos. Fueron castigados los reos, que eran de lo principal de la nobleza; y en este suceso tuvo principio en Portugal el descrédito de los jesuitas y su estrañamiento de aquel reino. Parece que en esta conspiracion, que puso al rey José en el mayor peligro, concurrieron motivos políticos, religiosos, y de galanteria; pero dejemos á la posteridad que aclare este punto. Una historia como la de Portugal, tan fecunda en sucesos tan estraordinarios, que han hecho pasar el cetro tantas veces de una familia á otra, merece finalizarse por una conspiracion. Don José no dejó mas que hijas; pero María Francisca, la mayor, habiendo casado con su tio, hermano del rey, subió por muerte de su padre al trono con su marido en 1777. Aun despues de haber enviudado le ocupó todavía, y por los achaques que la sobrevinieron confió la regencia del reino á su hijo don Juan, príncipe del Brasil, casado con la infanta de España doña Carlota, los cuales tuvieron una numerosa sucesion en que ha continuado la de aquella corona.

Juan VI fué nombrado regente del reino en circunstancias difíciles. La Inglaterra sostenia entónces con la Francia una guerra sangrienta (1799). El reino de Portugal, íntimo aliado de la Gran Bretaña, debia necesariamente atraerse el odio de la Francia. Napoleon exigió del regente que cerrase todos sus puertos á los ingleses, ó por mejor decir que sancionase la ruina de sus súbditos. Á aquella exigencia siguió una declaracion de guerra, y la ocupacion del territorio portugués. La corte de Lisboa se trasladó al Brasil, y todo el reino de Portugal cayó en poder de los franceses.

La guerra de la independencia española cambió enteramente el aspecto político. Los portugueses imitaron á los españoles y se sublevaron contra los que querian tiranizarlos. La Inglaterra convirtió entónces el reino de Portugal en cuartel general de sus tropas en el continente. Así ganaba dos cosas. Favorecia el entusiasmo de los pueblos de la Península contra la Francia, y al mismo tiempo impedia la union demasiado íntima de España y Portugal que, trás de aquel entusiasmo, debia haber producido la union de los dos reinos, mayormente habiéndose visto los portugueses abandonados de sus propios príncipes. La Inglaterra salió con la suya. Juan VI fué proclamado rey de Portugal en 1816 en la época de la muerte de María I: la union de la península en un solo reino dejó de ser posible. Todavía mas: logró tambien el inglés que los portugueses enconasen sus antiguas reyertas con la España, y que estuviese á punto de estallar la guerra entre las dos potencias. Juan volvió del Brasil á Lisboa en 1821 y murió en 1826. Las revueltas de 1820, con motivo del establecimiento del gobierno representativo, revueltas que la Inglaterra reprimió, acibararon los últimos años de su existencia.

En 1822 el Brasil se separó del reino de Portugal. Su primer emperador don Pedro, sabiendo que por muerte de su padre le tocaba la corona de Portugal, la abdicó en favor de su hija María de la Gloria, niña de siete años, y nombró regente del reino, durante la menor edad de aquella princesa, á don Miguel, hermano suyo. Éste en vez de mirar por los intereses de su sobrina, la arrebató el trono, y se sentó en él.

Al saberlo don Pedro, arregló lo mejor que pudo los negocios del Brasil, abdicó en 1831 la corona de este imperio en favor de su hijo Pedro II y con una fuerte espedicion hizo rumbo hácia Portugal. Dos años duró la lucha entre los dos hermanos. Los partidarios de la antigua forma de gobierno se declararon por don Miguel; los amigos de reformas por don Pedro. Este triunfó, debiéndolo en gran parte á los auxilios de la Inglaterra y de la España. Don Pedro murió á poco, satisfecho de ver sentado un hijo en el trono del Brasil y una hija en el de Portugal.

Amargos sinsabores le esperaban á la hija. Á cada revolucion que en España tenia lugar hacíase sentir su eco en Portugal, y María estaba condenada á lidiar continuamente contra las masas ó á irlas entregando una á una las mas preciosas prerogativas de su corona. En 1847 estuvo á punto de sucumbir al impulso de una de esas conmociones. Mas la España envió á su socorro al general don Manuel de la Concha, creado por esta campaña marqués del Duero, quien con política pacificó por las armas el país, sin necesidad de hacer uso de ellas.

AMÉRICA.

Ántes de dar principio á la historia de esta vasta parte del mundo será bueno que demos de ella una pintura general, como hemos hecho con la Europa, Asia y África.

La situacion astronómica de la América es entre los 36° y 170° de longitud occidental, y los 71° de latitud boreal y 54 de latitud austral. Si se quisiese tambien comprender las islas que dependen geográficamente del Nuevo continente, entónces deberia contarse entre los 10° y 170° de longitud occidental, y por las partes conocidas, entre los 79° de latitud boreal y 57° 30' de latitud austral, esto es desde la extremidad conocida de la Groenlandia hasta la isla Ramírez.

Son sus confines: Al norte, el Océano Ártico ó Glacial-Boreal: al este, primero el Océano Ártico, y luego el Océano Atlántico: al sur, el Océano Austral; y al oeste, el Grande Océano, luego el mar de Bering y el estrecho de este nombre que separa la América del Asia, y finalmente el Océano Ártico.

La configuracion de esta parte del mundo, dividida en dos vastos continentes separados por un estrecho istmo, pide que demos separadamente las dimensiones de cada uno: empezaremos, pues, por la América Septentrional, llamada Colombia en honor de Colon. La mayor longitud de la América Septentrional ó Colombia, desde el cabo Liburn, en el Océano Ártico en la América Rusa, hasta la extremidad sudeste de la Florida, en los Estados Unidos, es de 3,672 millas; y la mayor anchura, desde las inmediaciones del cabo Cárlos, en el Labrador, hasta la costa mejicana de Sonora y Cinaloa, al oeste de la villa del Fuerte, es de 2,808 millas. La mayor longitud de la América Meridional, ó América propiamente dicha, desde un punto de la costa al nordeste de la Hacha, en el mar de las Antillas, hasta el cabo Froward en el estrecho de Magallanes, en la Patagonia, es de 3,965 millas: y la mayor anchura desde el cabo de San Roque, en la provincia brasileña del Rio de Norte, hasta la punta de Malabrigo, al noroeste de Trujillo, en la república del Perú, es de 2,625 millas. Prescindiendo de la direccion de la línea de la mayor longitud, á la cual debe ser perpendicular la de la mayor anchura, tendriamos que la América Septentrional, entre el cabo Cárlos, en el Labrador, y la costa de la Nueva California, cerca de Santa Bárbara, tiene de ancho 2880 millas; y la Meridional, entre Fer-

nambuco, en el Brasil, y la punta Parina, al noroeste de Trujillo en la república del Perú, 2.786 millas. Muchos autores de nota consideran la COLOMBIA y la AMÉRICA propiamente dicha, como dos partes distintas del mundo.

Las costas del Nuevo Mundo están cortadas de modo que ofrecen muchos mares mediterráneos y gran número de golfos. Todos los mares secundarios de esa grande division del globo pertenecen á los tres océanos siguientes y son sus principales brazos. El océano *Atlántico* forma dos grandes mediterráneos con muchas salidas, y un golfo de la misma clase, á saber: el mediterráneo Ártico el mediterráneo *Colombiano* y el gran golfo de *San Lorenzo*. El mediterráneo *Ártico* pudiera tambien llamarse Mar *de los Esquimales*, puesto que todas las pequeñas tribus que habitan á lo largo de sus costas pertenecen al tronco ó familia de los Esquimales. Ántes de las últimas exploraciones se creia un mediterráneo enteramente cerrado, pero hablando con propiedad no es mas que un mediterráneo de muchas salidas. Presenta dos brazos principales, á que los geógrafos dan tambien el título de mares, á saber: El mar de *Hudson*, al sur, entre el Maine Occidental (la Nueva Gales del Norte) y el Maine Oriental; la península de Melville, la grande isla de Southampton y la de Mansfeld completan su circúito; la entrada de *Chertsfield*, el pretendido rio *Wager*, y la bahía *Repulse*, tan famosas en la historia de las exploraciones de aquellas regiones, son sus principales brazos al noroeste; y al sudeste el mayor golfo de este mar es la bahía de *James*. El mar de *Baffin* se extiende al norte del precedente, entre la costa occidental de la Groenlandia, el Devon Septentrional y el grupo de islas que llamaremos archipiélago de Baffin-Parry. Entre sus principales ramificaciones citaremos solamente el estrecho de *Lancaster y Barrow*, cuya abertura es bastante ancha para poder darla esta categoría. Las memorables y arriesgadas exploraciones que hicieron últimamente los capitanes Ross y Back al sudoeste del estrecho de Lancaster y Barrow, nos dieron á conocer el golfo de *Boothia*, que no es mas que una prolongacion de la Entrada del *Príncipe Regente* (Prince Regent Sound). Este mar interior se extiende entre la extremidad noroeste del archipiélago de Baffin-Parry, la isla de Cockburn y la península de Melville, por una parte; y por la otra, entre el grupo de Boothia. Este mar comunica al sur de las tierras de Boothia con el mar del rey Guillermo, que es el mas vasto golfo conocido del Océano Ártico. En esos mares boreales se hace la pesca de la ballena que en la edad media valió tantas riquezas á la Francia, y que durante los siglos XVII y XVIII produjo inmensos tesoros á los holandeses y á otros pueblos marítimos. Perseguida por tantos enemigos, la reina de los mares ha buscado nuevos asilos, y los pescadores ingleses y angloamericanos van ahora á buscarla en los mares de Spitzberg, sobre las costas del Brasil, en las aguas del cabo de Hornos, en las del Nuevo Shetland y otras de las tierras australes antárticas, y hasta en los mares del Japon y de Bering. Aquellas dos naciones, y los marinos de las ciudades Anseáticas y del Holstein, son ahora los únicos que se dedican en grande á aquella pesca, en la cual la Francia fué la primera durante la edad media. No obstante hace algunos años que los franceses han vuelto á emprender y van progresando en este ramo de industria, tan importante para la marina, de que es la mejor escuela. El golfo de *San Lorenzo*, en el cual desagua el inmenso rio de este nombre, está metido entre la estremidad del Labrador y del Canadá, por una parte, y las costas de Nuevo Brunswick y Nueva Escocia por otra; y estrechan su boca las islas de Terranova y Cabo Breton, delante de las cuales hay el gran banco de Terranova, que es incontestablemente uno de los puntos mas notables del globo, por hacerse principalmente en él, desde el siglo XV, la pesca del bacalao, á la cual acuden cada año millares de embarcaciones. Los ingleses, los angloamericanos, y los franceses son los que concurren en mayor número. El mediterráneo *Colombiano* está situado entre la costa meridional de los Estados Unidos, las costas de Méjico y de la América Central, y las de las repúblicas de Nueva Granada y Venezuela: las grandes islas de Cuba, Haïti, Puerto Rico y las pequeñas Antillas acaban de darle la vuelta. La península de la Florida, la isla de Cuba y la península de Yucatan dividen este mediterráneo en dos mares secundarios, que son: El golfo de *Méjico*, que abraza toda la parte septentrional y occidental del mediterráneo Colombiano. Sus principales ensenadas son: la bahía de *Campeche* entre los departamentos mejicanos de Yucatan y Tabasco, la bahía de *Veracruz* á lo largo del departamento mejicano de su nombre, y la bahía de *la Florida* entre el desembocadero del Missisipi y la extremidad de la península de este nombre. El mar de *las Antillas*, que abraza toda la parte meridional y oriental de aquel mediterráneo. Sus principales entradas son: el golfo *de Honduras* y los de Darien y Maracaibo. El Océano Atlántico forma además gran número de golfos; cuyas dimensiones son incomparablemente mas pequeñas: citaremos algunas empezando de norte á sur. La bahía *de Fundy*, llamada en otro tiempo bahía *Francesa* entre el Maine y la Nueva Escocia. Parece que en esa bahía es donde las marcas del Océano alcanzan su mayor elevacion, pues llegan algunas veces, segun Chabert, hasta 70 piés mientras que en Chepstow, en el condado de Monmhout en Inglaterra, no suben mas que á 66 y en San Malo en Francia á 50, apesar de ser ambas ciudades muy celebradas por la altura de sus mareas. La bahía *Delaware*, y los golfos de *San Antonio* y *San Jorge*, en la Patagonia. Además los rios de las *Amazonas* y de la *Plata* forman en sus desembocaderos dos grandes ensenadas no despreciables para el geógrafo. Pudieran tambien citarse algunos otros golfos, pero por lo estrecho de su entrada hemos creido mas natural contarlos entre las lagunas. El *Grande Océano* forma en la costa occidental del Nuevo Mundo golfos mucho ménos considerables y numerosos que los que el Atlántico traza en la opuesta costa. Los principales son los siguientes, contando de norte á sur. El mediterráneo *de Bering*, con muchas salidas, pertenece en comun al Asia y á la América del Norte; la costa de ésta última desde el cabo del Príncipe de Gales hasta la extremidad de la península de Alaska, y las islas de Aleutes ó Aleucianas le rodean por la parte de América. Sus principales brazos sobre el litoral de esa parte del mundo son el golfo *de Norton* y el golfo *de Bristol*, ambos en la América Rusa. El mediterráneo abierto *de Cook*, formado por la costa meridional de la América Rusa y la occidental de la América inglesa del norte. Su brazo mas notable es el golfo llamado Entrada *de Cook*. El golfo *de California*, llamado vulgarmente Mar *Bermejo* ó de *Cortés*, se halla entre la península de su nombre y la costa opuesta de Sonora y Cinaloa, en la república de Méjico. El mediterráneo abierto *de Panamá*, entre el desembocadero del rio Verde en el departamento mejicano de Oaxaca y la punta Galera en la república del Ecuador. Sus principales golfos son el de *Tehuantepec*, en el departamento de Oaxaca, los de *Fonseca*, *Papagayo* y *Nicoya*, en la América Central; y el de *Panamá* en la república de Nueva Granada. El golfo de *Guayaquil*, formado por la costa de la república del Ecuador. El golfo de *Chonos*, formado por la costa de Patagonia y los archipiélagos de Chonos y Chiloe. Los golfos de *Penas* y de *la Madre de Dios*, formados por la costa de la Patagonia, la Península de Tres Montes y el Archipiélago de la Madre de Dios. Son aun poco conocidas las costas del Océano Ártico pertenecientes al nuevo Continente. Las principales sinuosidades de este mar son: El golfo de *Kotzebue*, entre el cabo del Príncipe de Gales y el cabo Golovnin en la América Rusa. El golfo de la *coronacion de Jorge IV*, en el desembocadero del Coppermine (Rio de la Mina de Cobre), entre el cabo Krusenstern y el cabo Turnagain. — El mar del *Rey Guillermo*, denominacion que dá el capitan Ross á la vasta extension del Océano Ártico comprendida entre el grupo de Boothia Felix y la parte del Nuevo Continente, que él llama Tierra del Rey Guillermo.

El nuevo mundo tiene estrechos en gran número; los mas notables son: el estrecho de Lancaster y Barrow, entre el Devon Septentrional y la extremidad boreal del ar-

chipiélago de Baffin-Parry, que es el paso que conduce del mar de Baffin al Océano Ártico: el estrecho de *la Furia* y *del Hecla*, entre la peninsula de Melville y la isla Bockburn, que abre otra comunicacion entre el mediterráneo Ártico y el golfo de Boothia: los estrechos de *Cumberland*, de *Forbisher* y de *Hudson*, que hacen comunicar el mediterráneo Ártico con el mar de Hudson: el estrecho, ó, para hablar mas correctamente, canal de *Davis*, que pone en comunicacion el mediterráneo Ártico con el mar de Baffin: el estrecho de *Belle-Ile*, entre la isla de Terranova y la costa del Labrador, y el del *Canso*, entre la isla del Cabo Breton y la costa de la Nueva Escocia, que conducen del Atlántico al golfo de San Lorenzo: el Nuevo canal de *Bahamá*, entre el archipiélago de Bahamá y la costa oriental de la Florida: el estrecho, ó mejor canal de la *Florida*, entre la peninsula de este nombre y la costa noroeste de la isla de Cuba, el cual puede hasta cierto punto considerarse como á continuacion del precedente y hace comunicar el Océano Atlántico con el golfo de Méjico: el canal de *Yucatan* ó de *Córdoba*, entre el cabo Catoche en el Yucatan, y el cabo San Antonio en la isla de Cuba, el cual conduce del mar de las Antillas al golfo de Méjico: el estrecho llamado *Boca del Dragon*, entre la peninsula de Paria y la isla de la Trinidad, el cual junta el Océano con el golfo de Paria: el famoso estrecho de *Magallanes*, entre la Patagonia y el archipielago de Magallanes; es uno de los mas largos que se conocen y el mas notable del hemisferio austral; abre comunicacion entre el Atlántico y el Pacifico: el estrecho de *Le Maire*, entre la Tierra de Fuego y la Tierra de los Estados, en el archipiélago de Magallanes; por él se pasa ordinariamente para ir del Atlántico al Pacifico y viceversa: el estrecho de *Mesier*, que separa la isla Wellington (Campana), en el archipiélago de la Patagonia: el estrecho de la *Nueva Georgia*, sobre la costa noroeste, entre el continente y la grande isla de Quadra y Vancouver; éste y el precedente son de los mas largos del globo; el estrecho de *Chelek f* entre la isla de Kodiak y la peninsula de Alaska: el estrecho de *Bering* en el imperio ruso, que separa la América Septentrional del Asia, y abre comunicacion entre el mar de Bering y el Océano Ártico.

Los mas notables cabos del Nuevo Mundo, siguiendo los principales mares á que pertenecen, son: en el Océano Atlántico hay: el cabo *Norte*, en Islandia, que se halla situado casi debajo del circulo polar ártico: el cabo *Farewell*, en la isla de su nombre, extremidad austral de la Groenlandia: el cabo *Cárlos*, en el Labrador: el cabo *Cod*, en el Massachusetts: los cabos *Cárlos y Enrique*, á la entrada de la bahia Chesapeake: el cabo *Halteras*, en la Carolina del Norte: los cabos *Orange* y *Norte*, en la provincia brasileña del Pará: el cabo *San Roque*, en la provincia brasileña del Rio Grande de Norte: el cabo *Frio*, en la de Rio Janeiro: los cabos de las *Vírgenes* y del *Espíritu Santo*, á la entrada oriental del estrecho de Magallanes; por último el cabo *Froward*, en el mismo estrecho que es la extremidad meridional del Nuevo Continente. En el mediterráneo Ártico se hallan, el cabo *Chidley*, en la costa occidental de la Groenlandia: el cabo *Clarence*, en una de las islas que forman el Devon Septentrional, notable por su elevacion y por su alta latitud, el cabo *Penrhyn*, en la peninsula de Melville; y el cabo *Chidley*, en el Labrador. En el mediterráneo *Colombiano* hay: el cabo Tancha ó *Sable*, extremidad austral de la Florida: el cabo *San Antonio*, extremidad occidental de la isla de Cuba: el cabo *Catoche* extremidad nordeste de la peninsula abierta de Yucatan: el cabo *Gracias á Dios*, sobre la costa de Honduras en la America Central, y el cabo de *Vela* y el cabo *Paria*, en la república de Venezuela. Los principales cabos del Grande Océano son: el cabo *Flattery*, á la entrada del pretendido estrecho de Juan de Fuca: el cabo *Mendocino*, en la república Mejicana; el cabo *San Lucas*, al extremo de la peninsula de la California: el cabo *Corrientes* y el cabo *Blanco*, en la república del Perú: y los cabos *Victoria* y *Pilares* (Pilar), en la entrada occidental del estrecho de Magallanes. En el mar de *Bering*, hay el cabo del *Príncipe de Gales*, en el estrecho de Bering, que es el punto mas occidental del Nuevo Continente. En el Océano Ártico se hallan los cabos *Lisburn*, de los *Hielos*, y *Barrow*, siendo este último doblemente importante como límite de la exploracion practicada por el este, y como punto mas boreal conocido del Nuevo Continente, calificacion que le ha sido confirmada por la memorable expedicion hecha en 1827 por MM. Dease y Simpson, pues está á los 71° 23' 33" de latitud; el cabo Bathurst; y finalmente la punta Turnagain y el cabo *Adelaida*, en el mismo mar: este último es uno de los puntos mas notables del globo, por hallarse inmediato al polo magnético boreal. En el Océano *Austral* hay el cabo de *Hornos*, en una pequeña isla del archipiélago de Magallanes, que es un punto de mucha importancia y muy conocido de todos los navegantes que hacen la travesia del Atlántico al Pacifico y viceversa.

El Nuevo Mundo se compone de dos inmensas peninsulas, la de la *América Meridional* ó América propiamente dicha, y la de la *América Septentrional* ó *Colombia*, reunidas por el istmo de Panamá. Las partes salientes que forman las peninsulas mas notables de las dos Américas son: la vasta peninsula de *Labrador* formada por la parte de la América del norte (cuyas costas baña el mar de Hudson), por el estrecho de este nombre y otras partes del mediterráneo Ártico, y por el estrecho de Belle-Ile, el golfo de San Lorenzo y la ancha boca de este caudaloso rio: la peninsula de *Melville*, que es la mas boreal de esta parte del mundo y se prolonga entre las grandes islas del archipiélago de Baffin-Parri; la *Nueva Escocia*, que se extiende al este del Nuevo Brunswick, en la América inglesa: la *Florida*, en los Estados-Unidos, y el *Yucatan*, en la república Mejicana, las cuales, lo mismo que la de *Labrador*, deben contarse entre las peninsulas abiertas, por la grande anchura del istmo que las une con el continente; las peninsulas de los *Tchouguches*, de *Alaska*, y la que, formada por el golfo de Norton, el estrecho de Bering y la Entrada de Kotzebue, es llamada por algunos geógrafos peninsula de los *Tchoukichis*; esas tres últimas situadas en la América rusa, pudieran ser consideradas como partes salientes de la grande peninsula abierta que pudiera llamarse *peninsula de Bering*, en honor de aquel célebre marino, la cual tendria á una parte el Océano Ártico, y á otra el estrecho de Bering y el mediterráneo abierto de Cook. La América Meridional tiene tambien bastantes peninsulas, pero todas son muy pequeñas, si se las compara con las de la América Septentrional, exceptuando, sin embargo, la grande peninsula *Magallánica*, que comprende casi toda la Patagonia, extendiéndose entre la Punta Quedal, en el mar Pacifico, y el golfo sin fondo de San Matias, (bahia de San Antonio), en el Atlántico: su parte mas saliente hácia el sur forma en medio del estrecho de Magallanes la peninsula secundaria de *Brunswick*, tan notable por el largo y estrecho istmo que la separa de la Patagonia, y por el cabo Froward, que, segun vimos, es la extremidad austral de todo el Nuevo Continente. Hay tambien otras dos puntas salientes hácia el oeste y hácia el este, que van á formar, la una la peninsula de *Tres Montes*, en el Grande Océano, y la otra la peninsula de San José, en el Atlántico. Citaremos por último la provincia de los *Guajiros*, que llamaremos así del nombre de sus feroces habitantes, y la peninsula *Paraguana*, las cuales se extienden a la entrada del golfo Maracaybo, en la república de Venezuela.

Riegan el Nuevo Continente los rios mas caudalosos del mundo; describiremos, pues, los principales, siguiendo el órden de los distintos mares donde desaguan. El Océano *Atlántico* y sus ramificaciones reciben todos los rios mas caudalosos del Nuevo Mundo. El Atlántico recibe inmediatamente los que siguen á excepcion del San Lorenzo, que desagua en el golfo de su nombre, el *San Lorenzo*. Los geógrafos comienzan el curso del San Lorenzo en las cercanias de Kingstown, sobre el lago Ontario, en el alto Canadá, en el sitio llamado *lago de las Mil Islas*. Desde allí se dirige hácia el nord-nordeste, separando el territorio del Alto Canadá, del estado de Nueva York en la confederacion anglo-americana; y atraviesa luego el

Digitized by Google

que es de las mas grandes del mundo; extiéndese á lo largo de la costa de la provincia de Rio Grande de Sul (San Pedro), en el Brasil; siendo un ramal de ella la laguna de Mirim, que pertenece en parte á la república del Uruguay, y comunica con la de los Patos por medio de un canal natural, llamado *San Gonzalo*.

Si la América propiamente dicha tiene mucho ménos lagos que la Colombia, posee en cambio, no solamente el mayor número de caspios de todo el Nuevo Mundo, sino tambien el mas vasto de todos. Aquellas cuencas interiores, entre los 24 y 42 paralelos, son tan numerosas, y se presentan algunas con tan colosales dimensiones, que hemos pensado llamar á aquel vasto espacio la *Region de los Caspios* (1) comprendiendo en ella una buena parte de la confederacion del Rio de la Plata y la extremidad septentrional de la Patagonia. Continuaremos aquí los mas considerables depósitos de agua que pertenecen á esta clasificacion hidrográfica, empezando por los que corresponden á la region de los caspios. El caspio de Bevedro grande, que recibe el rio de San Juan, y al cual pertenecen los lagos Guanacache y Silverio, y en cuya cuenca se hallan tambien las ciudades de San Juan y Mendoza, el caspio de *Urre-Lauquen*, en el cual desaguan el Rio Diamante y el Atuel: el caspio de los Porongos, que recibe el rio Dolce, y á cuya cuenca pertenecen las ciudades de Tucuman y Santiago, y por último, el caspio de *Andalgala* y de *Palcipa*, tan notable por su estension y su posicion elevada. Mas donde se halla el caspio mayor del Nuevo Mundo es en las fronteras de las repúblicas de Bolivia y del Perú: el *Titicaca*, vasta sábana de agua, cuya elevacion, apesar de sus grandes dimensiones, excede á la del pico de Tenerife, es notable tambien, porque le rodean las montañas mas elevadas de todo el nuevo mundo; lo es, porque en una de sus islas nació el célebre Manco Capac, fundador del imperio de las Incas: y finalmente, por haber sido el foco de la avanzada civilizacion indígena de toda la América del Sur, pues cerca de sus orillas se hallan todavía hermosos restos de monumentos levantados por una de las naciones civilizadas mas antiguas del Nuevo Mundo. El Titicaca descarga por el *Desaguadero* en el Panza, depósito de agua mucho ménos extenso, que forma la parte mas baja de este caspio. En la república de Venezuela merece citarse el *Caspio de Valencia* (lago de Tacarigua) á causa de la agricultura floreciente que ha dado tanta celebridad á sus encantadoras orillas. En la Colombia ó América Septentrional citaremos el Caspio *Teguayo*, en la Nueva California, en el cual desaguan el San Buenaventura y el Ashley. El hermoso valle de Méjico ó de Tenochtitlan tiene tambien cinco lagos, de los cuales tres al ménos serian bastante considerables por sus dimensiones si estuviesen situados en Europa, pero que en América no llaman la atencion sino por la deliciosa vista de sus riberas, por su posicion elevada y por las soberbias obras hidráulicas emprendidas para evitar los daños causados por sus frecuentes inundaciones. Sus lagos son el de *Tezcuco*, que es el mayor, el de *Johimilco*, el de *Chalco*, el de *San Cristóbal* y el de *Zupango*. En su estado natural todos eran Caspios; pero la industria del hombre ha cambiado su naturaleza, pues el famoso *Desagüe de Huehuetoca* los ha puesto en comunicacion con la cuenca del Tampico ó Panuco.

Todas las tierras insulares que pertenecen geográficamente al Nuevo Mundo pueden clasificarse del modo que sigue, segun los diferentes mares en que se hallan situadas. El Océano Atlántico y sus dependencias hidrográficas se hallan muchísimos grupos que clasificaremos de la manera siguiente: *Archipiélago de Terranova* ó del *San Lorenzo*. Pertenece enteramente á la América inglesa, á excepcion de los dos islotes de S. Pedro y Miguelon, que dependen de la Francia. Sus principales islas son: *Terranova*, *Cabo Breton*, *Príncipe Eduardo* (San Juan) y *Anticosti*. A lo largo de las costas de los Estados Unidos se hallan la isla de *Rhode*, que da su nombre á uno de los estados de la Union, y la isla *Larga* en el estado de Nueva York, que es la mayor. El pequeño *archipiélago de las Bermudas* pertenece á la América Inglesa: *Bermuda* es la mayor, y *San Jorge* la principal. *Archipiélago Colombiano ó de las Antillas*. Es uno de los mas grandes y poblados del mundo, y el mas importante de ambas Américas; y se halla repartido entre las Américas Inglesa, Española, Francesa, Dinamarquesa, Neerlandesa y Sueca, y la república de Haiti. No están de acuerdo los escritores sobre las principales divisiones de este archipiélago: pero, siguiendo el uso generalmente admitido, le dividiremos en: *Grandes Antillas*, que comprenden las islas de *Cuba* y *Haiti*, llamada ántes *Santo Domingo*, que son las mas grandes, y la *Jamaica* y *Puerto Rico*. *Pequeñas Antillas*, que abrazan la Trinidad, la Martinica, la *Guadalupe*, y la *Dinamarca*, que son las principales; y además la *Barbada*, *Antigoa*, *Santa Cruz*, notables por su riqueza, su importante comercio y los productos de su agricultura. *Archipiélago de Bahama ó de las Lucayas*. Las mas grandes de este grupo son: *Inagüe*, *Grande San Salvador*, *Grande Bahama*, *Providencia*, donde se halla la capital de todo el archipiélago, Hetera y otras. En las bocas del rio de las Amazonas y del Para se halla la grande isla Marajo ó *Joanes*, perteneciente al Brasil. Las costas de este imperio ofrecen tambien muchísimas islas: tales son, la de Maranhao, junto al desembocadero del Maranhao; la de *Itaparica*, á la entrada de la bahía de Bahia; la *Grande*, en la provincia de Rio Janeiro; *Santa Catalina*, en la provincia de este nombre: y á unas 200 millas al nordeste del cabo de San Roque, el islote estéril de *Fernando de Noronha*. Las islas Malvinas ó archipiélago de Falkland, que los ingleses ocuparon ha poco tiempo á causa de su mucha importancia comercial, política y estratégica, sirven ahora de escala á las embarcaciones que van á la pesca de la ballena, ó la caza de las focas. Las dos mas grandes son la *Oriental* (Soledad) y la *Occidental* (West-Falkland). Entre el Atlántico y el Pacífico se halla: El archipiélago de Magallanes, mejor conocido por el nombre de *Tierra de Fuego*. Compónese de muchísimas islas, pero las mas notables son: la Tierra de Fuego que forma la parte oriental de la Tierra de Fuego propiamente dicha que descubrió Magallanes: es notable sobre todo por el *monte Sarmiento*, que es la montaña mas elevada que se conoce de todas las islas americanas situadas á tan altas latitudes australes. Hay luego la isla occidental, que M. King llama *South-Desolation*, y es notablemente la mas grande de todas despues de la anterior: su extremidad noroeste forma el cabo Pilares, á la entrada occidental del estrecho de Magallanes. Por último hay tambien las islas *Hanover de los Estados* importante por el estrecho de Lemaire; y la de *Hornos*, sobre la cual se levanta el célebre promontorio de su nombre, tan notable por su configuracion extraordinaria, como por su elevacion. Concluiremos con advertir que el archipiélago de Magallanes es la tierra habitada mas austral de todo el globo. En el grande Océano, yendo de sur á norte hasta el estrecho de Bering, hállanse tambien muchísimas islas, siendo las principales las siguientes: el *archipiélago de la Patagonia*, que comprende todas las islas situadas á lo largo de la costa occidental de la Patagonia, desde el golfo de Penas hasta el cabo Pilares, junto á la entrada occidental del estrecho de Magallanes. Las principales yendo de norte á sur son: el grupo de *Guyaneco* cuyas islas son todas de poca extension; la grande isla *Wellington*, que corresponde en parte á la isla que hasta hace muy poco habia sido aun imperfectamente explorada, y que los navegantes españoles llamaron *Campana*, la cual es la mas grande de todo el archipiélago; y últimamente, la isla de la Madre de Dios y la de Hanover. El *archipiélago de Chonos*, formado de un gran número de islotes situados entre la península de Tres Montes, la costa de la Patagonia y la grande isla Chiloe. La isla principal se llama Chonos, pero la mayor parte de las demas no son sino peñascos. El *archipiélago de Chiloe*, situado al

(1) *Caspios* llaman los escritores modernos á los mares interiores, semejantes al célebre mar Caspio.

Digitized by Google

norte del precedente, y compuesto de la grande isla de Chiloe y de varias otras mucho mas pequeñas, forma una provincia de la república de Chile. El pequeño grupo de *Juan Fernandez*, compuesto de dos islas llamadas Mas á Tierra, que es la mas grande y de bastante importancia por su puerto, y Mas á Fuera, han sido en todo tiempo asilo de piratas que van á ellas á hacer aguada y á reparar sus buques. El archipiélago *de Galápagos*, situado debajo del Ecuador á unas 500 millas al oeste de la costa de Colombia. Apesar del temple de su clima y de la fertilidad de su suelo hace muy poco que en las numerosas islas de que se compone no vivia aun ningun habitante permanente. Las principales son: *Albemarle, James Chatam y Cárlos*. Las dos primeras notables por sus volcanes; y la última la ocuparon en 1832 algunos centenares de anglo-americanos que se han quedado establecidos allí. Las *islas de las perlas*, en el golfo de Panamá, dependientes de la provincia de Panamá en la república de Nueva Granada. El grupo de *Revilla-Vigedo*, situado como 200 millas al oeste de Méjico, se compone de tres islas desiertas: la principal, llamada *Socorro*, es notable por su elevado pico. El golfo de California ofrece tambien varias islas, las mas notables son, yendo de sur á norte: *Cerralbo*, *San José* y *Cármen*: *San Francisco*, en cuyas aguas se pescan perlas, lo mismo que en San José y Santa Cruz; Tiburon, que es la mayor de todas; y finalmente *Santa Inés y San Ignacio*. La costa occidental de la California está tambien guarnecida de islas entre las cuales citaremos las de *Santa Margarita*, *Cedros*, y *Santa Catalina* y *Santa Cruz*, que son las mas extensas. El archipiélago de *Quadra y Vancouver* abraza las numerosas islas situadas frente de la costa del continente americano entre el estrecho de Juan de Fuca, ó Claaset, y el estrecho Cyross, y en cuya mayor parte habitan los Wakas y los Kolougés: está repartido entre la Inglaterra y la Rusia, de manera que la grande isla de *Quadra Vancouver* y la de la *Reina Carlota* pertenecen á la primera, y la del *Príncipe de Gales*, y la de Citka á la Rusia. El grupo de Kodiak, llamado así por su isla principal, situada al sudeste de la península de Alaska, en la América Rusa. El archipiélago de *las Aleutes*, notable por sus volcanes y porque forma una gran parte de la orla del Mediterráneo de Bering. Sus principales islas son: Oumanak, Ounalaska, Atchen, Tanagaï, etc., las cuales pertenecen todas á la América Rusa. Las principales islas pertenecientes á la América del Norte y situadas en el mar de Bering son el grupo de *Pribylof*, compuesto de las islas San Pablo y San Jorge, además de muchos islotes y de la grande isla Nounivok. El *Océano ártico* presenta muchísimas islas, cuyo mayor número ántes de las últimas esploraciones de los ingleses, estaban representadas como parte del continente Americano, y daremos á todas ellas el nombre general de *tierras árticas americanas* ó archipiélago Artico Americano. Combinando las divisiones geográficas con las políticas hemos creido que podrian dividirse todas las numerosas islas comprendidas en este Archipiélago de la manera siguiente: El *archipiélago ártico americano* ó las tierras Árticas Americanas, en que deben distinguirse: las *tierras árticas Orientales* ó *Danesas*, que abrazan el grande grupo *de la Groenlandia*, la *Islandia* y la isla de *Juan Mayen*; esta última aun está sin habitantes fijos; y se halla situada al este de la Groenlandia y al nordeste de la Islandia. Juan Mayen es visitada con frecuencia por las embarcaciones destinadas á la pesca de la ballena y es digna de atencion por el Beerenberg, que es el *pico* conocido por el mas elevado del globo á tan alta latitud; por el Esk, que es el volcan conocido por mas septentrional de todo el Nuevo Mundo, y por la prodigiosa cantidad de madera que los vientos polares amontonan en sus costas. Las *tierras árticas Occidentales* ó Inglesas, que se extienden al oeste del mar de Baffin y al norte del mar de Hudson. Sus principales grupos son: el *Devon septentrional*: la *Georgia septentrional*, que contiene las islas *Cornwallis*, *Bathurst*, *Melville*, etc., *el archipiélago de Baffin Parry*, en que hay las islas *Cockburn Southampton*, *Mansfeld*, el *Nuevo Galloway*, etc.; la Boothia-Felix, pais extenso cuya extremidad boreal se conocia bajo el nombre de *Norte-Sommerset* ántes de la memorable exploracion del capitan Ross, al que se debe su descubrimiento. Este sabio marino la miraba como una península adherida al continente por el istmo de Boothia, opinion que no es ya admisible despues de las observaciones publicadas por el capitan Back, y segun el viaje que en 1839 hicieron MM. Dease y Simpson; es una isla grande en comparacion de las muchas otras que la rodean, en la que se halla el *polo magnético boreal*. Deben añadirse á las islas que acabamos de enumerar los terronos aislados, denominados *Victoria Land* por MM. Dease y Simpson, situados en el mar del Rey Guillermo.

Todas las montañas del Nuevo Mundo pueden clasificarse en siete sistemas, tres de los cuales pertenecen al continente de la América del Sur, dos á la Colombia ó al continente de la América del Norte, y los dos restantes á los grandes archipiélagos que se extienden, uno al este de la parte central de la Colombia, y el otro á su extremidad boreal. Empezaremos por el Sistema de los Andes que es el mas elevado de todos, ó inferior solo en algunas toesas á los mas colosales del Himalaya, en el cual dijimos ya que descollaban los puntos culminantes conocidos de todo el mundo. *Sistema de los Andes*, *ó Peruano*, llamado así con motivo de la célebre cordillera de los Andes, y del nombre del imperio que antiguamente comprendia las ricas comarcas por donde se extienden sus principales ramificaciones, y sobre cuyo suelo se elevan sus mas altos picos. La sierra principal, á que será mejor conservar esclusivamente el nombre de los *Andes*, describe casi en su totalidad dos inmensas curvas desde el cabo Paria, en la república de Venezuela, hasta el cabo Frovard, junto al estrecho de Magallanes en la Patagonia. Extiende su dominio este vastó sistema á las partes occidentales y septentrionales de la república de Venezuela, á los territorios de las repúblicas de Nueva Granada, del Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, casi á toda la confederacion del Rio de la Plata, á la Patagonia y á sus islotes que están dentro su demarcacion. *Sistema de la Parima ó de la Guyana* que abraza todas las alturas que surcan el grande espacio conocido con el nombre de Guyana, dividido hoy dia entre la república de Venezuela, el imperio del Brasil, y las Guyanas Inglesa, Neerlandesa, y Francesa. *Sistema brasileño*, llamado así por comprender todas las montañas del imperio del Brasil, y extender su dominio á las de las repúblicas del Paraguay y del Uruguay, como tambien á los dos Estados de Corrientes y Entre Rios, inclusos en la confederacion del Rio de la Plata. *Sistema-Misuri mejicano*, nombre que hemos creido deber darle con motivo del Misuri, cuyos manantiales y afluentes principales brotan al pié de su principal cordillera, y á causa de la celebridad del imperio de Méjico, en cuya vasta llanura se observan los mas elevados picos. Abraza este sistema inmenso, que tambien puede mirarse hasta cierto punto como una prolongacion del sistema de los Andes, todas las montañas de la Colombia ó de la América del Norte situadas al oeste del Misisipi, del lago Winnipeg y del Mackenzie. La cordillera principal de este grande sistema, apesar de algunas interrupciones, se extiende desde el istmo de Panamá al Océano Ártico. En su larga extension se llama Cordillera de *Veragua*, y Cordillera de *Guatemala* en la Améca Central; Cordillera de *Oaxaca*, Cordillera *de Méjico*, *Sierra madre*, *Sierra de Acha*, *Sierra de los miembros*, *Sierra de los Gruellas y Sierra Verde*, en la república Mejicana; finalmente Montañas peñascosas (Rock y Mountains) en la confederacion Anglo-Americana y en la América-Inglesa; y las convendria el nombre general de *Cordillera-Misuri-mejicana*. Van unidas á este sistema las alturas que se descubren en el archipiélago de las Aleutes y demas islas situadas á lo largo de la costa occidental de la América del Norte. SISTEMA ALEGANIANO, llamado así por los *Alleghenys*, que forman la cordillera principal; reune todas las montañas de la confederacion Anglo-Americana y de la América Inglesa, situadas al este del Misisipi, del lago Winnipeg y del rio Mackenzie. *Sistema Ártico*. Com-

Digitized by Google

prende este sistema todas las montañas conocidas y las que se descubrirán en los archipiélagos, grupos é islas que constituyen las llamadas *Tierras Árticas Americanas* de que hemos hablado ántes. *Sistema Antillano*, denominado así porque reune todas las montañas que se elevan en el Archipiélago de las Antillas, si exceptuamos la isla Margarita y otras muchas hácia el oeste, que hemos puesto entre las dependencias geográficas del sistema de los Andes.

Hay en la América del Sur muchos valles muy notables por la grande elevacion de las laderas que los circuyen no obstante la altura de su terreno. Se debe principalmente hacer mencion de los valles de la *Cauca*, de la *Madalena* y de *Quito*, en las repúblicas de Nueva Granada y Venezuela; del *Tunguragua*, ó *Alto Nuevo Marañon*, y de *Jauja* en la república del Perú, y del Mapiri, en la Bolivia. Llevamos dicho ya que este último es el valle mas hondo que se conoce del globo. La magnífica cuenca del *Titicaca* que puede considerarse como un valle notable tanto por su mucha elevacion absoluta como por sus dimensiones; el valle de *San Francisco* en el Brasil, y el del *Rio del Norte* ó *del Nuevo Méjico* en la república Mejicana. Para probar lo dicho solo diremos que el valle de *Chota* inmediato á Quito llega á 80½ toesas, y el del *Rio Catacu*, en el Perú, llega á mas de 700 de altura perpendicular y con todo eso su fondo está elevado á un número igual de toesas sobre el nivel del mar. En el Nuevo Mundo hay una gran porcion de llanadas, entre las que unas son mas notables por su prodigiosa elevacion, y otras por su extension inmensa. El centro de la Colombia ó de la América del Norte, en lugar de ser una mesa muy elevada, como se dice y creen algunos, es por el contrario una de las partes mas bajas del Nuevo Mundo, porque el *lago superior* que casi está en el centro, y que es la parte mas elevada del *mar del Canadá* solamente llega á 100 toesas de alto, al paso que el lago Ontario que está en el parage mas bajo, casi no llega á 36. Otro tanto puede decirse de gran parte del centro de la América propiamente dicha ó de la América del Sur.

No solo son muchos los volcanes que se encuentran en el nuevo Mundo, sino que sus montañas ignivomas son las mas terribles y elevadas del globo. Los antiguos departamentos del Ecuador y de Cauca en las repúblicas del Ecuador y Nueva Granada, las repúblicas de Nicaragua, de San Salvador y de Guatemala en la América Central, la de Chile y el archipiélago de los Aleutes en la América Rusa, y la Islandia en la América Dinamarquesa, son los puntos del Nuevo Mundo que presentan mayor número de volcanes. Veamos cuales son los mas notables, ora por su actividad, ora por su elevacion: el *Antisana*, *el Pichincha* y el *Cotopaxi* en los territorios del antiguo departamento del Ecuador en la república de este nombre; el volcan de *Arequipa*, y el de *Gualatieri*, en la república del Perú; los de *Aconcagua*, *Antoco*, *Chillan* y *Villorica*, en la república de Chile; los de *Irasou*, *Omatepe*, *Monbacho*, *Masaya*, *Momotombo*, *Telica*, *Cosiguina*, *San Miguel*, *San Salvador*, *Sonsonete*, y *Pacaya*; los de *Agua* y de *Fuego* en las inmediaciones de Guatemala; los de *Atitan* y de *Fojatmulco*, todos en la América Central y cerca de su costa occidental; el *Popocatepell* ó volcan de la *Puebla*, el *Citlaltepell*, ó *volcan de Orizaba*, el de *Colima* y el de *Jorullo* en la República de Méjico; el del *Buen Tiempo*, el de *San Elias* y el *Ilemen* junto al golfo Kenai; los de la peninsula de Alaska, el Chilaldinskoi junto á la isla Quimak en el archipiélago de las Aleutes; y los tres grande picos ignivomos de las islas *Ostrova-Goreli*, *Tanjaga*, en el mismo archipiélago, todos en la América Rusa; el *Krabla*, el *Lerhnur*, el *Œrâfe-Jokul*, el *Köllugiaa* el *Skaptafelis-Jöcul*, y el *Hecla*, en la Islandia. Á propósito de este último, nótese que sus erupciones y altura se han ponderado sobradamente dándole una importancia que debe ceder á otras muchas montañas de aquella parte de la América Danesa. Hay finalmente el Esk, en la isla de *Juan Mayen*, que es el monte ignivomo mas septentrional del Nuevo Nundo, y el volcan de *San Vicente*, que es el mas terrible de todo el archipielago de las Antillas. Hablando de Chile hemos descrito ya el volcan de *Aconagua* que segun las recientes mediciones es no solo una de las montañas mas altas del globo, si que tambien el mas alto de los volcanes conocidos que están en actividad; pues su altura excede considerablemente á la del *Antisana* y del *Cotopaxi* tenidos hasta el dia por los montes ignivomos mas elevados de la tierra.

Puede decirse que el Nuevo Continente presenta tambien las llanuras mas bajas del mundo, si exceptuamos quizás la inmensa llanada del antiguo continente, en cuyo centro se eleva la larga cordillera del Oral. Con efecto, el espacio inmenso, que se extiende desde el embocadero del Mackenzie al del Misisipi, y entre la cordillera Central del sistema Misuri-Mejicano y las cordilleras principales del Sistema Aleganiano, es propiamente hablando el llano mas extenso del Nuevo continente, y el segundo de todo el globo; comprende las cuencas del Misisipi, del San Lorenzo, del Nelson, y del Churchill, casi todo el del Misuri, casi la totalidad de los del Saskatchawan y del Mackenzie, y los del Coppermine, y del rio de Back. La llamaremos llanura del Misisipi-Mackenzie. La segunda grande llanura del Nuevo Continente es la de las *Amazonas* que abraza toda la parte central de la América del Sur, prolongándose hasta mas allá del imperio del Brasil, al sud-este de la antigua república de Colombia, hácia la parte oriental de la del Perú, y la septentrional de la de Bolivia; sus limites son casi idénticos con los de las partes medias y bajas del inmenso valle de las Amazonas y del rio Tocantin. Hállase despues el llano del *Rio de la Plata* que se extiende entre los Andes y sus brazos principales, las montañas del Brasil, el Atlántico y el estrecho de Magallanes; con estos límites ocupa el sudoeste del Brasil, la república del Paraguay; el pais de los Chiquitos, el Chaco, la mayor parte de la confederacion del Rio de la Plata, de la república del Uraguay, y la Patagonia; y hay una gran parte conocida con el nombre de *Pampas* de *Buenos-Aires ó del rio de la Plata*. Finalte la llanura del *Guaviare Orinoco*, que comprende los *llanos* de las repúblicas de *Nueva Granada y Venezuela*. Este llano se extiende desde el Caquetsa hasta las bocas del Orinoco, á lo largo del Guaviare, del Meta, y del bajo Orinoco. M. de Humbold, dice que la *llanura* que hemos llamado Misisipi-Mackenzie, produce en una de sus estremidades mambús y palmeras, al paso que la otra durante gran parte del año, está cubierta de hielos y nieves; aquel sabio ilustre calculó su superficie en 270.000 leguas maritimas cuadradas, ó 2.430,000 millas cuadradas, número que con los limites que acabamos de marcarle debe elevarse hasta cerca de 3.000,000 excediendo de este modo en mucho á la superficie de toda la Europa. La llanura del *Amazonas* como que tiene un clima cálido y húmedo ofrece, en sus inmensos bosques, tal vigor de vegetacion que no hay comparacion con el respecto de los demas continentes; su extension la calculó M. Humboldt en 260,000 leguas cuadradas que corresponden á 2.340,000 millas. Las otras dos llanuras del *Guaviare Orinoco* y del *Rio de la Plata* se diferencian de la del Amazonas, carecen de árboles y abundan en innumerables gramineas que cubren su superficie extensa, parecidas en esto á las vastas sábanas ó praderas del llano Misisipi Mackenzie. La superficie del llano del *Rio de la Plata* sube, segun M. Humboldt, á 135,000 leguas cuadradas ó sean 1.215,000 millas, que equivalen á 4.166,667 kilómetros, y la del Guaviare-Orinoco á unas 261,000 millas.

Hay en la América muchos desiertos que pueden compararse con los del África y Asia por la aridez del terreno y arena que los cubre: pero todos son inferiores en comparacion de las soledades de este género que se extienden en un vasto espacio de la superficie de estas dos partes del mundo. Los desiertos mas notables son: el de *Atacama* que con algunas interrupciones llega desde Zarapaca, en la república del Perú, hasta las inmediaciones de Copiapo en la de Chile, ocupando la estrecha porcion de pais que la república de Bolivia posee en el Grande Océano; y el desierto de *Sechura*, mucho mas pequeño, que ocupa una parte considerable de la costa del departa-

mento Peruano de Trujillo. Generalmente puede decirse que la mayor parte del litoral de la América del Sur, comprendida entre el Grande Océano y la cordillera Occidental ó Marítima, presenta una serie de desiertos arenosos faltos de vejetacion y de habitantes. Hay además el *Desierto de Pernambuco* que se halla en el declive del Atlántico, y es el mas extenso, pues que cubre una gran parte de la mesa del nordeste del Brasil, que se eleva entre Pernambuco, San Francisco, Crato, Seara y Natal; M. Koster observó allí algunos trechos llenos de una hermosa vejetacion en medio de colinas de arenas movibles. Una muy considerable parte del vasto llano del Rio de la Plata es un verdadero desierto, en medio del que se hallan los caspios situados en la region á que dan el nombre. Acerca de las soledades notaremos, que en la América hay las mayores del globo; forman parte de los inmensos llanos de que hemos hablado en el apartado antecedente, á la par que de las Tierras Árticas mencionadas en el de las islas. Por esto nos parecerá mas conveniente colocar en esta última clase casi toda la totalidad del pretendido *desierto de Nuttal*, que cruzan rios caudalosos, y es notable por sus ricas minas de sal gema y por su elevada posicion que se extiende al pié de la cordillera Misuri Colombiana (Montañas peñascosas), entre el Arkansas superior y el Paduca, y forma parte de la grande llanura Central de la América del Norte.

Apesar de los infinitos obstáculos que ha opuesto el sistema colonial al desarrollo de la industria y del comercio desde el descubrimiento del Nuevo Mundo hasta hoy dia, y del corto espacio de tiempo transcurrido desde la emancipacion de los paises que constituyen la confederacion Anglo Americana, existen allí construcciones hidráulicas dignas de figurar al lado de las europeas: y algunos canales que por sus dimensiones aventajan á los de esta parte del mundo. El estado que sigue presenta algunas de estas construcciones mas notables. Los canales de la América inglesa mas dignos de atencion son: el canal Weland, en el alto Canadá, abierto para evitar la cascada del Niagara y poner en comunicacion el lago Ontario con el lago Erie, nace en Port Mailand junto á este último, y remata en Port Dalhousie junto al lago Ontario: tiene de largo 31 millas. El Canal Peligroso en el alto Canadá, que junta el lago Ontario con el Ottewa, desaguadero del lago S. Lorenzo; comienza en Kingston junto al lago Ontario y va á salir á Bytown, poco lejos del parage donde se junta el Ottava con el S. Lorenzo: tiene 139 millas de largo. En la *república mejicana* debe hablarse del célebre *Desagüe* de *Huehuetoca*, en las inmediaciones de Méjico para preservar á esta poblacion de los desbordes de los lagos que están situados en sus cercanías; M. de Humbold le coloca entre las obras hidráulicas mas gigantestas que el hombre haya ejecutado, apesar de no tener mas que de 11 á 12 millas, ó sean 595 metros. El Brasil carece de canales importantes en las provincias de Maranhao, de Bahia y de Rio; empero hace 6 ó 7 años que una compañía inglesa ha hecho allí grandes trabajos para poner en estado navegable el Rio Dolce, evitando las cascadas por medio de dos canales laterales, con el fin de establecer en aquel parage la navegacion por vapor y de proporcionar un puerto á la provincia de Minas Geraes. Empero ningun pais del mundo ofrece una tan extensa navegacion interior como la Confederacion Anglo-Americana, gracias á sus caudalosos rios, á sus vastos lagos y á los numerosos canales que se eslabonan unos con otros. Para que el lector pueda formarse una idea de la extension de esta navegacion, imagínese que una embarcacion puede ir de Nueva York á Nueva Orleans pasando por Albania junto al Hudson, por Utica, Rochester y Búfalo junto al grande canal de Erie, por Cleveland y Portsmouth junto al grande Canal del Ohio, por Cincinnati y Luisville junto al Ohio, y en seguida bajando por el grandioso Misisipi hasta la capital del estado de la Luisiana. En este largo curso de 2,348 millas hay 584 millas de canales, y 1764 entre rios y lagos. M. Stevenson, sabio ingeniero inglés, calcula en 2,367 millas, el curso de todos los canales navegables de la Union acabado hasta el 1.° de enero de 1837, y lleva á 1280, el curso de los que se principiaban en aquella época; que forma un total de 3,647 millas. La línea inmensa concluida y puesta á disposicion del comercio en 1842, M. Poussin mayor la estima en 3,504 millas. Los mas largos y navegables, algunos de los cuales forman parte del inmenso curso que acabamos de delinear, son: el canal de New-Haven, parte principal del gran paso hidráulico destinado á reunir el Long-Island-Scund con el lago Memphremagog en el Vermont y Bajo Canadá; de New-Haven á las cascadas del Rio Blanco su longitud es de 178 millas, medida con que está tambien representado en el curso del canal de Farmington. El gran canal de Erie en los estados de Nueva York, desde Albania junto al Hudson, donde principia, el Búfalo junto al lago Erie, donde remata; su longitud es de 315 millas. Bajo la denominacion colectiva de canal de Pensilvania los ingenieros pensilvaneses comprenden una linea inmensa de mas de 588 millas de obras hidráulicas, pues que principia en Middlotown, junto al Susquehannah, continua hasta el Juniata que es donde desagua, se prolonga hasta el pié de los montes Alleghanys, atraviesa esta cordillera y va reuniendo sus ramas hasta el punto en que forma el Ohio. El canal del Schuylkill en el mismo estado que el anterior; desde Filadelfia hasta Puerto-Carbon, tiene de largo 97 millas. El Cheeake-y-Ohio-canal; principia en Georgotown, junto al Potomaco, y va parar á Pittsburgh junto al Ohio; su longitud es de 286 millas, forma un tunel de 4 millas y 70 yards ingleses de largo al través de los Alleghanys. El gran canal del Ohio por norte y sur atraviesa el estado de Ohio, desde Cleveland junto al lago Erie hasta Portsmoud junto al Ohio; su longitud es de 263 millas. El canal Miami en el mismo Estado que el anterior; desde Cincinnati junto al Ohio hasta Desconfianza junto al Mauma, tiene de largo 155 millas. El canal Geneseo y Alleghany, en el estado de Nueva-York; desde *Rochester* junto al gran canal Erie hasta á Olean junto al rio Alleghany, su longitud es de 104 millas. El canal del Wabasch-Erie, en la Indiana; desde Lafayette junto al Wabasch ó lago *Erie*, tiene 163 millas de largo. El *Canal James-River-et-Kanawha*, en el Estado de Virginia; desde Rich-Mond hasta *Buchannan* su longitud es de 152 millas ó sean 281 kilómetros. El *Canal Morris* en el Estado de New-Jersey, desde la ciudad de *Jersey* hasta *Easton* en la Pensylvania, es uno de los canales de plano inclinado mas notable; tiene 89 millas de largo. El *Canal Ilinés-y-Michigan* en el Estado Ilinés, desde *Chicago*, junto al lago de Michigan, á las cercanías del Perú junto al Ilinés, 80 millas. Á estos grandes canales deberian añadirse muchos otros, que, aunque poco notables por su extension, son de la mas alta importancia bajo el aspecto comercial ó estratégico. Será pues preciso citar: el *Canal del lago Campollano*, que junta el *San Lorenzo* con el *Hudson*. El *Canal de Black-River* que une el puerto de *Sackets* junto al lago Ontario con el canal de Erie, y completa el sistema de canalizacion estratégica de las márgenes del Hudson á los Grandes Lagos. El *Canal de Chenango*, que enlaza todo el sistema de canalizacion de Nueva York con el de la Pensilvania, el Canal Erie con el Susquehannah y los lagos Erie y Ontario con el Chesapeake; une el *norte* con el *centro* y es de suma importancia comercial y estratéjica. El *Canal del Delaware al Chesapeake y el Canal de Dismal Swamp* (del Triste Cenagal), igualmente importantes bajo el punto de vista estratégico y comercial. Estos dos canales, con otros ménos largos, y el grande *canal* proyectado al *través* de la *península de la Florida*, completan la navegacion interior formada por el admirable encadenamiento de lagunas, que con nombre de bahías, estrechos y golfos, cubren todo el litoral de la Union junto al Atlántico y el golfo de Méjico. Hablando de canales no puede prescindirse de hacer mencion del *Isthmo de Panamá*, en la república de Nueva Granada, y del de *Nicaragua*, en la América Central, que son los puntos mas á propósito para la abertura de *canales* en grande escala que pondrian en comunicacion el Atlántico con el grande Océano. Á los gobiernos respectivos se les han sometido ya muchos proyectos, y es sensible que las turbulen-

Digitized by Google

cias de que estos paises han sido teatro, hayan estorbado la ejecucion de tan grandes y útiles trabajos. La revolucion que en 1830 separó la Bélgica del reino de los Paises Bajos hizo abortar la ejecucion del canal *de Nicaragua* emprendido por una Compañía Neerlandesa, en la cual el inteligente rey Guillermo estaba suscrito en primer lugar. Mas la ejecucion del canal al través del *Isthmo de Panamá* pasa de problema. La compañía autorizada por el gobierno de la república de Nueva Granada, ha terminado el exámen de los terrenos, y ha hecho ya provisionalmente un camino para salir desde la bahía de *Chorera* junto al grande Océano hasta la ciudad de *Chagres* junto al Atlántico. Estos reconocimientos, ejecutados bajo la direccion del ingeniero Morel, han patentizado que la altura del terreno entre el rio *Chagres*, que desemboca en el mediterráneo Colombiano, y el *Rio-Grande* que va á parar al golfo, no es mas que de 6 toesas 4 piés sobre las mas altas mareas, y de 11 toesas sobre las mas bajas. Todo el canal no pasará de 42 millas y media de largo y tendrá 22 toesas 2 piés de ancho á flor de agua, y 9 toesas en su fondo. Su profundidad será de unas 3 toesas 2 piés y por consiguiente podrán navegar en él embarcaciones de 1000 á 1400 toneladas. Esta grande empresa, cuyo coste será inferior en mucho á los gastos que han ocasionado el *Canal Calcedonio* en Escocia, el del *Norte* en el reino de los Paises Bajos, y algunas otras obras de este género en Europa y en la Confederacion Anglo Americana, causará una verdadera revolucion en el comercio de mar y tierra; porque dará inmensa importancia política, comercial y estratégica á la estrecha lengua de tierra, ahora casi desierta, que reune las dos Américas, aproximando de este modo á Europa por muchos millares de millas, á mas de las comarcas fértiles situadas á lo largo de la costa occidental del Nuevo Continente, las innumerables islas de la Polinesia, las magníficas regiones que forman la Australia y la Malesia, y los ricos y poblados territorios situados en los vertientes, oriental y meridional, del inmenso Continente Asiático.

Esta parte del mundo ántes de la invasion de los europeos, no estaba tan atrasada en la civilizacion como han querido suponerle. Por lo tocante á caminos, algunos habia que por su distancia, solidez y hermosa construccion, sino aventajaban, á lo ménos igualaban á las mejores calzadas del Antiguo Continente. Á la salida de *Cuzco*, capital de los Incas, se hallaban dos inmensos arrecifes casi de 1,500 millas de largo que iban á parar á *Quito*; atravesaba el uno el pais llano, junto á la orilla del mar, y pasaba el otro por entre las montañas. M. de Humbold, que observó los imponentes restos de este último, cuyos puntos culminantes eran mas altos que las cimas del Etna y del pico de Tenerife, dice que puede ser comparado con las mejores vias romanas. Otro todavía mas extenso se prolongaba hácia el Sur, á lo largo de las Cordilleras, atravesando el Potosí, y los actuales territorios de *Salta*, *Rioja*, *San Juan*, y *Mendoza*. Otro tanto pudiera decirse de las calzadas del antiguo *Méjico* aunque su travesía era mas corta. Los españoles que han reemplazado á los indígenas en la dominacion de aquellos vastos paises, han descuidado mucho los caminos, en términos que las comunicaciones interiores en todas las nuevas repúblicas de la ántes América Española, son poco numerosas y se hallan en muy mal estado. Con todo, debe confesarse que bajo el régimen español se dió principio á la magnífica calzada que debia reunir á *Méjico* con *Veracruz*; muchos millones de reales se han empleado en la parte acabada; pero es lástima que los disturbios que han agitado el pais no solo hayan causado la suspension de la obra, sino que hayan impedido atender á su conservacion. La compañía Anglo Mejicana para el laboreo de las minas de plata de Real-del-Monte acaba de hacer construir una magnífica carretera para unir esta mina con la *calzada* de *Veracruz*, y otra para transportar el mineral á *la Regla*. Tambien debe mencionarse la calzada que conduce desde *Valparaiso* á *Santiago*; pues atraviesa res montañas, por medio de un gran número de cuestas cuya mayor parte están abiertas sobre peñas. El general Herran, presidente de Nueva Granada, aprovechó la tranquilidad de que gozó la república para abrir el *camino de Quindiu*, que reune las provincias del Centro con las del Sur; hasta ahora no podia hacerse este viaje sino á cuestas de un robusto indio (carguero), que llevaba á sus espaldas una silla muy ligera donde se sentaba el viajador, y que estaba habituado á este oficio penoso. El imperio del Brasil, apesar de su vasta extension, posee aun muy pocas carreteras, aunque de algun tiempo acá se han emprendido obras de bastante importancia en muchos puntos para disminuir este inconveniente: nos limitaremos á citar en las cercanías de Rio Janeiro la carretera alta por la que se sube á la *Sierra de Estrella*, que es una verdadera calzada, y la que hay entre *Oiro-Preto* (Villa Rica) y *Paraibuna* en los límites de las dos provincias de Rio Janeiro y Minas Geraes. La observacion que hicimos al tratar del Asia debe aplicarse á todo el Nuevo Continente, donde las inmensas líneas fluviales, y en la parte boreal de la Colombia (América Septentrional) los inviernos largos y vigorosos, suplen la falta de caminos. Quien quiera ver numerosas líneas de comunicacion y largas calzadas mas ó menos perfectas, visite el territorio de los Estados Unidos: allí se hallan la inmensa carretera que de *Robinstown*, en el Maine, conduce á la *Florida* pasando por los estados Atlánticos, las calzadas transversales que, salvando los Alleghanys, van de Albany á Búfalo, de Filadelfia por Lancaster á Pittsbourg, y la de Cumberland, que desde Baltimore y Wassington conduce á *Wheeling* sobre el Ohio. Los territorios mas florecientes de la América Inglesa del Norte, las grandes Antillas y algunas partes de las Américas Francesa y Neerlandesa poseen tambien carreteras comparables con las que tenemos comunmente en Europa.

Considerando la longitud de los caminos de hierro, el Nuevo Continente aventaja ya en esto á todas las demás partes del mundo, y hasta puede decirse que en esta parte los Estados Unidos sobrepujan á todas las demás naciones, pues segun el concienzudo trabajo que publicó M. Tanner, el territorio de la Union tenia en 1840 una línea de ferro-carriles, cuya longitud era de 4623 millas, apesar de que este largo trecho no estuviese aun abierto en gran parte á la circulacion del público. El célebre ingeniero M. Stevenson daba á los cincuenta y siete caminos del todo concluidos en 1837, 1390 millas de largo, y otro ingeniero no ménos célebre, el mayor Pousin, calculó para fines de 1841 en 2843 millas todos los caminos abiertos á la circulacion, y en 6336 millas la totalidad de los que estaban acabados, construyéndose, ó proyectados en aquella época. Los caminos de hierro americanos, segun dice el mayor Pousin, están divididos en cuatro grandes clasificaciones: la primera es la que por medio de diversas líneas envuelve todo el litoral del Atlántico, y pone en comunicacion las principales plazas de comercio, desde el Maine hasta la Florida, pasando por Portland, Portsmouth, Boston, Providencia, Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Nortfolk, Frederiskburg, Wilmington, Charleston, Augusta, y Pensacola. Tiene esta línea 864 millas de largo. La segunda comprende todos los caminos de hierro construidos con la mira de enlazar las orillas del Atlántico con las comarcas de allende los Alleghanys. De este modo parten de Boston, Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Richmond, Charleston, Savannah, Pensacola, y Nueva Orleans, nuevas líneas de ferro-carriles que se dirigen hácia el interior, unen las orillas del Atlántico con el espacioso valle del Ohio, y el Misisipi, llegan á penetrar hasta las riberas del Misuri, y se enlazan con una tercera clasificacion de caminos de hierro que se están construyendo en el interior del pais, las regiones del Noroeste, y harán comunicar á Indianópolis con Cincinnati, y á Milwaukee con Chicago y con Detroit. Otras líneas se prolongan tambien casi junto á los grandes lagos, y atravesando numerosos canales y rios navegables, enlazan entre sí esas vias de comunicacion. Hay por fin una cuarta clase que comprende todos los caminos de hierro abiertos para facilitar las empresas industriales de minas de carbon de piedra, los cuales son en gran nú-

mero. Esas dos redes inmensas de ferro-carriles y canales, además de contribuir poderosamente al desarrollo de la industria agrícola y fabril de la Union, forman la base principal del plan de defensa de su vasto territorio por lo mucho que facilitan la concentracion de fuerzas inmensas sobre determinados puntos, y en muy breve espacio de tiempo, formando de este modo y hasta cierto punto las principales lineas de operacion, enlazando el territorio donde existen los elementos de defensa con los que pueden ser atacados. Iguales observaciones pueden hacerse tambien sobre los caminos de hierro que se están construyendo en Europa. Continuaremos aqui, siguiendo á M. Tanner, algunos de los principales ferro-carriles acabados ó en construccion. En *Western* (Massachusets) que va de Worcester á West Stoskbridge y tiene 101 millas de largo. El Catskill y Canajohario (Nueva York) de Castkill á Banajoharie, su longitud es de 68 millas. El *Auburn* y *Rochester* (Nueva York) de Auburn á Rochester, largo de 69 y media millas. El Filadelfia y Reading (Pensilvania) de Filadelfia á Portsville; largo de 83 millas. El Portage (Pensilvania) de Hollidaysburg en la base oriental de los Alleghanys á Johstow, en la base occidental de aquellas mismas montañas, el cual no tiene de largo mas que 31 millas: su longitud es de mas de 318 millas. Junta el Savannah con el Atlántico en la Georgia otro camino hácia Pensacola, junto al golfo de Méjico én la Florida, pasando por Talbotton y Westpoint en la Georgia, y por Montgomery en la Albania, corriendo un espacio de 365 millas. Si comparamos las inmensas lineas de la Union con los caminos de hierro de los demas estados del Nuevo Mundo veremos, que éstos no son todavia mas que débiles ensayos. El Canadá y sobre todo la floreciente isla de Cuba son los que mas se distinguen en esta parte, pues la última tiene una magnífica ramificacion de caminos de hierro, que juntan la Habana con Matanzas, Muriel, Artemisa, Batavano etc.; así como ya se halla unida con los Guimes por el primer camino de esta clase que se ha abierto en aquel pais. Por otra parte se trabaja para reunir á Matanzas con Villaclara, situada en el centro de la isla, y con el puerto de Cárdenas; á Puerto Príncipe en el interior con el Puerto de Nuevitas, y por fin á Santiago de Cuba con las ricas minas de cobre que hay en sus cercanias. En el Canadá citaremos el camino que une á Saint Jhon junto al lago Champlain con el pueblo de la Pradera, junto al San Lorenzo, y que tiene cerca de 18 millas de largo. El imperio del Brasil tendrá tambien luego sus caminos de hierro, si se ejecutan los dos que hay proyectados; el uno, que deberá poner en comunicacion á San Pablo con Santos, y el otro que reunirá la magnífica bahía de Rio con el Parahiva, atravesando los importantes cafetales de aquella floreciente provincia. No sabemos si ha sido aprobado el proyecto del gran camino de hierro que tendrá 450 millas de largo y está destinado á unir á Rio Janeiro por una parte con San Paulo, y por otra con Minas ú rio Preto: Lorena seria el punto de partida de los dos ramales, pasando el de San Paulo por Iguazu, Basseuras, Valenza, Pirahuy, Barra, Mansa, Rocendo, Areas y Lorena.

Es un error bastante comun en Europa el mirar á todos los indígenas de ambas Américas, no convertidos al cristianismo, como errantes, viviendo de la caza y pesca, y privados enteramente de las artes mas indispensables para la vida social. Aunque desde mucho tiempo se hayan estinguido los pueblos americanos que estaban mas adelantados en la civilizacion, ó hayan adoptado las religiones, las leyes y la civilizacion de Europa, seria un desatino el negar los progresos que muchas naciones indígenas habian hecho en las artes ó instituciones sociales. Los historiadores del descubrimiento del Nuevo Mundo nos han transmitido no pocos hechos que atestiguan la existencia de las últimas en el Perú, y en la Nueva Granada, en Méjico y en Guatemala; y los monumentos que se conservan todavia en las llanadas de Cuzco, Cundinamarca y Anahuac, lo mismo que las imponentes minas de las ciudades de Palenque y Tulha en medio de las soledades del Estado de Chiapa, prueban incontestablemente hasta que punto debian de haber cultivado aquellos pretendidos salvajes las artes que supone la construccion de tales edificios, por mas que en nuestros dias los pueblos indígenas, sometidos casi todos á las naciones de Europa, ó á sus descendientes, no ofrezcan en el corto número de rancherías independientes, esparcidas por los territorios que estos últimos miran como enclavados dentro de sus posesiones, sino naciones enteramente embrutecidas ó que van marchando lentamente hácia la civilizacion. Los Toherokis, los Criks ó Moskoghis, los Chactas, los Osages, los lutas, los Yabipay, los Moqui, los Casas Grandes, los Araucanos, y algunos otros tienen un gobierno regular, se dedican á la agricultura, y á las artes mas indispensables á la vida social, y saben trabajar la arcilla para fabricar vasijas y otras obras de barro pintadas. Parece que antiguamente el gusto por esta clase de fabricacion fué comun á los pueblos indígenas de ambas Américas, pues las obras de alfarería de Maniquarez, segun M. de Humbold, célebres desde tiempo inmemorial, las trabajan aun las mugeres conforme al método que empleaban ántes de la conquista. Los Maypures, los Guypunabis, los Caribes, los Ottomocos, los Guanos, y otros pueblos fabrican tambien vidriado pintado. Los Mapoyos, los Parecas, los Jarabanas los Curacicanas, los Macos independientes, y muchos otros pueblos de ambas Américas cultivan sobre un territorio bastante extenso plátanos, manioc, maiz, y algodon, y saben emplear este último para tejer hamacas y telas groseras con que vestirse. Los que viven en un clima frio saben preparar las pieles que les sirven de vestido y son al mismo tiempo un artículo de comercio muy importante con las naciones de orígen europeo. Segun Laperouse los habitantes del puerto de los franceses saben trabajar tambien el hierro y el cobre, fabrican á la aguja una especie de tapicería, tejen con mucho gusto sombreros y cestos de caña, tallan, esculpen, y pulen la piedra serpentina. Los habitantes de la bahía Tchinkitano tienen tambien cierta destreza como zurradores, escultores, y pintores, y en otras artes. Toda la industria de las naciones mas embrutecidas se reduce á la construccion de sus miserables chozas, y groseras canoas, y á la fabricacion de sus arcos y flechas, pues viven esclusivamente del producto de su caza y pesca; pero la marcha progresiva de la civilizacion de las naciones ménos salvajes y de los establecimientos de los europeos hace que disminuya su número cada dia, y las va acorralando en los bosques. Hablar de la industria y artes de los habitantes actuales de las dos Américas fuera hablar de la industria y artes de la Europa y de sus habitantes, pues hace tres siglos que éstos se hallan establecidos de uno á otro extremo del Nuevo Mundo, á donde han llevado su industria los ingleses, los franceses y los alemanes. Mas donde ha tomado esta mayor vuelo es en los Estados Unidos, y muy particularmente en los de Rhode-Island, Massasuchets, Connecticud, Pensilvania, Nueva York, Nueva Jersey y Ohio, pues los productos de sus fábricas igualan ya á los de las mejores de Europa, y algunos hasta les llevan ventaja, como son las máquinas de vapor y las locomotivas. En aquellos estados se hallan á cada paso molinos mecánicos, máquinas para cardar, hornillos, fraguas, fundiciones, molinos de pólvora, ingenios para refinar el azucar y la sal, fábricas de tabaco, velas y aceite de ballena, cervecerías, fábricas de clavos y sombreros, tenerías, fábricas de vidrio, de cuerdas, de papel, de loza y de objetos de madera, y por fin muchas otras de todas clases. Las fundiciones de caractéres de imprenta y la construccion de prensas, las herrerías y fundiciones de cañones, la construccion de máquinas de vapor, la construccion naval, y el laboreo de las minas de hierro, plomo y carbon ocupan desde algunos años á millares de individuos. Las tenerías se perfeccionan tambien, y son ya muy numerosas y florecientes: habiéndose asimismo edificado últimamente un gran número de vastos y hermosos molinos de agua para fábricas y para moler el trigo en Pensilvania, Delaware, Virginia, y sobre todo en las cercanías de Baltimore en el Mary-

Digitized by Google

land. El ramo de librería ha progresado tambien extraordinariamente, pues los productos de la prensa periódica, favorecidos por las circunstancias, han llegado á un punto que no han podido alcanzar los Estados mas civilizados del globo. En 1803 no habia en todos los Estados Unidos mas que cuatro hilanderías de algodon, y en 1841 habia ya 1240. Todas esas fábricas, en 1814, no elaboraban mas que 40,000 libras de algodon, y en 1841 llegaron á elaborar hasta 80,000,000 de libras, de modo que el valor de las exportaciones de ese ramo de la industria Americana que en 1826 era de 5,500,000 francos subió en 1841 hasta 18,000,000. Á mas de las grandes plazas comerciales de Nueva York, Filadelfia, Boston, Baltimore, Nueva Orleans, etc., las ciudades mas industriosas de la Confederacion Anglo Americana son Llowell, Pittsburgh, Cincinnati, Willing, Rochester, Troy, Utica, Albany, Putterron, etc. Entre las ciudades mas distinguidas por su industria en los paises de la América ántes Española debemos hacer mencion de Méjico, Puebla, Queretaro, Guadalajara, Celaya etc. en la república Mejicana: Lima, Cuzco, Guamanga, la Paz en las repúblicas Peruanas; Quito, Bogotá, Caracas, etc. en las tres repúblicas Colombianas, Guatemala y San Salvador, etc. en la América Central; Buenos Aires y Córdova, en la confederacion del Rio de la Plata, y Santiago en Chile. Si en el imperio del Brasil la industria ha quedado aun mas atrasada que en la que fué América Española, es preciso confesar que en recompensa la agricultura ha tomado mucho desarrollo segun demuestra el valor inmenso de las exportaciones de sus principales plazas marítimas. Sin embargo hace algunos años que van progresando allí algunos ramos de industria, sobre todo el de sombreros, fabricacion de jabon, platería y joyería; Rio-Janeiro, Bahía y Pernambuco se distinguen en esto muy particularmente, y en Seara se confecciona una cantidad inmensa de artículos de goma elástica. Infinitas artes han tomado desde nuestros dias un vuelo extraordinario en la Habana, en la América Española, y en las principales ciudades del Canadá, de la nueva Escocia y del Nuevo Brunswik en la América Inglesa; pero la primera de todas, la agricultura, acaso en ningun pais del Nuevo mundo ha tomado mas incremento que en las islas de Cuba y Puerto Rico, restos magníficos del imperio que la España poseia mas allá del Atlántico. En corroboracion de nuestro aserto no citaremos mas que un ejemplo: la exportacion de Cuba que en 1827 era de 50 millones de francos, subia ya á 129 en 1840, y á 133,873,070 en 1841. Los mejicanos sobresalen además como silleros y maestros de coches, y en la fabricacion de conservas de frutos, en la de flores artificiales, muñecos y juguetes de madera, hueso ó cera, y en la de muebles tan notables por sus formas como por la eleccion de la madera y la brillantez que saben darla. Méjico, Guanaxuato, Puebla, Bogotá, Quito, Caracas, Lima, Cuzco, Santiago, Buenos Aires, Rio-Janeiro y Villa Diamantina (Tijuco), se distinguen en particular por el modo de trabajar los metales preciosos. Añadiremos además que la fabricacion del jabon, la de la pólvora, destinada al laboreo de minas, la preparacion de cueros, las diferentes operaciones que se hace sufrir al tabaco, así como las manufacturas de lienzo y paños ordinarios, emplean infinidad de brazos en todos los paises referidos. La libertad de imprenta ha hecho ver la luz pública á un considerable número de periódicos, de modo que la imprenta se halla ya esparcida de un cabo á otro de todo el Nuevo Continente. Mas adelante veremos que este arte admirable ha penetrado tambien en los pueblos indijenas independientes. El laboreo de los metales preciosos es todavía el ramo de industria mas importante en todos los nuevos estados de la America ántes Española; mas sus productos han disminuido extraordinariamente. Á consecuencia de los acontecimientos políticos, suspendiéronse los trabajos, y quedaron inundadas las mas ricas minas, sin que hayan sido beneficiadas segunda vez, y si alguna lo ha sido, ha causado cuantiosos dispendios. No obstante, algunos años despues, ha mudado este estado de cosas por la asociacion de algunos capitalistas ingleses con los propietarios de las minas; háse aumentado mucho el producto de algunas, y da esperanzas de ser aun mas considerable. El producto total de las minas de oro y plata que de 1800 á 1810, subió mas allá de 236 millones de francos, despues de haber bajado á ménos de 8 millones, ascendió de nuevo á 130 millones. La casa moneda de Méjico, que durante largo tiempo fué la primera del mundo por la prodigiosa cantidad de pesos fuertes que en ella se acuñaron, segun los documentos oficiales que tenemos á la vista, parece que desde algunos años ha cedido la primacía á las de Zacatecas, Guanaxuato, Durango, y San Luis de Potosí, establecidas de pocos años á esta parte. Curioso es tambien hallar en semejante pais una ciudad en donde el jabon es la única moneda de cambio. Un erudito viajero, que ha recorrido Méjico recientemente, halló en Celaya esta moneda singular, consistiendo en pequeños pedazos de jabon de 78 milímetros de largo, 13 de alto, y 36 de ancho, y medio hectógramo de peso, con el nombre de Galvan á un lado, en el reverso la cifra 2, que indica el valor nominal de la pieza, á saber dos clacos, que corresponden á unas 17 céntimas.

La navegacion, que sin duda alguna es la base principal del comercio, ha sido desconocida en todos tiempos de una extremidad á otra del nuevo mundo, puesto que ninguna de sus naciones indígenas ha alcanzado á mas que á construir piraguas; siendo esto tanto mas notable por cuanto ningun otro punto del globo ofrece tantos rios navegables durante largo trecho como las dos Américas. Puede esplicarse esta singularidad observando que las naciones indígenas mas cultas de ese continente estuvieron situadas en llanos elevados, donde era difícil que prosperase la marina. Sin embargo estaba este arte mas adelantado que entre los demas en los Omaguas y Payaguas, únicos pueblos indígenas pertenecientes á la América Meridional que viven en las orillas del Amazonas y del Paraguay, cuyos rios y afluentes dominaron ellos en otro tiempo. Á su lado están los Miranhas que viven sobre el Yapura, afluente del Amazonas, á causa de las numerosas embarcaciones que poseen, y los Guarauns del delta del Orinoco, cuya habitual morada son los árboles y bateles. Pero los pocos progresos hechos por esos pueblos navegantes no les permiten tener mas que simples canoas. Digno es tambien de notarse el valor con que los Caribes isleños y del continente, los Cahotes y los Tayabares, tribus dueñas en otro tiempo de la antigua capitanía de Pernambuco, y los Neugaibar, que habitaban con los Guyanos, los Mamayanas y los Yuruanas, la grande isla Marajo, metidos en débiles canoas, llevaban la devastacion y la matanza á distancias inmensas, dando terribles combates navales á sus enemigos. Los habitantes de la famosa laguna de Itza ó del Peten en la provincia de Vera-Paz eran tambien una nacion marítima pues poseian gran número de embarcaciones bastante bien construidas. Nadie ignora la singular construccion de los bateles de los Esquimales y la inteligencia de muchos pueblos de la costa nordeste en el arte de construir sus embarcaciones. Mas si entre los pueblos indígenas no se halla nacion alguna verdaderamente marítima, los pueblos de origen europeo presentan ya en la América Inglesa del norte una numerosa marina mercante, y en los Estados Unidos no solo una de las principales naciones marítimas del globo, sino la segunda marina mercante, que solo es inferior á la de Inglaterra. Pueden clasificarse del modo siguiente las principales ciudades marítimas de la Union segun el número de toneladas que contaban á fines de 1826. Nueva York, Boston, Baltimore, Filadelfia, Portland, Nueva Bedfort y Nueva Orleans. Pocos años han bastado para modificar esta clasificacion de manera que ocupe ahora el tercer lugar este último puerto y el quinto Nueva Bedford, no mereciendo Baltimore mas que el sexto. Á fin de que pueda formarse juicio de la marina mercante de estas mismas ciudades, recordaremos que el número de toneladas de solo Nueva York y Boston, reunidas, igualaban casi en 1839 al de toda Francia en el mismo año, y que cada una de las

Digitized by Google

ciudades de la Union exceptuando solamente á Baltimore excedia considerablemente en el mismo año al del Havre que es el primer puerto de la monarquía francesa. Añádese á esto que los anglo-americanos poseen ya una marina militar imponente que ha sostenido con honor su independencia contra la reina del Océano, y ha castigado á las potencias berberiscas que osaron insultarlos. Su pabellon ondea en todos los puertos; sus pescadores han penetrado en los mares glaciales de ambos hemisferios, y su comercio ha tomado tal vuelo que los negociantes han llegado á ser, por decirlo así, los corredores del antiguo y del nuevo mundo. La actividad comercial de los caribes á quienes un ilustre viajero llama búkaros del *Nuevo Mundo*, los grandes mercados de Tenochtitlan ó antiguo Méjico, de Tlascala y otras grandes ciudades de la América Equinoccial, son casi lo mas importante que nos ofrece la historia del comercio de América ántes de la llegada de los europeos. Pero la instalacion de los pueblos de Europa en el Nuevo Mundo, forma una nueva era para este hemisferio, pues la variedad ó importancia de sus producciones dieron en poco tiempo larga extension á sus relaciones comerciales. Desgraciadamente el modo vicioso con que allí se ha ejercido el comercio hasta despues de mediados del siglo XVIII ha privado á la Europa y á la América de inmensas ventajas que hubieran reportado si hubiese ésta gozado de la libertad que despues ha disfrutado. El sistema de Galvez que en 1778 proclamó sucesivamente la libertad de comercio entre los tres principales puertos de España y la América ántes española, aumentó extraordinariamente el laboreo de minas y dió gran desarrollo á la agricultura. Los progresos de las colonias francesas, inglesas y portuguesas, así como el de las colonias de otras naciones marítimas de Europa tampoco fueron ménos considerables; la independencia de las trece provincias de la América inglesa del norte, poderosamente favorecida por la Francia y reconocida por la Inglaterra, en 1783 aumentó considerablemente los productos de la agricultura, el comercio y la navegacion, no solo de las colonias declaradas libres si que tambien del Canadá, del Nuevo-Brunswick, de la Nueva Escocia y de otros puntos que quedaron sujetos á la Inglaterra. Desde entónces las manufacturas y fábricas de Europa hallaron gran número de consumidores, é hicieron con ello considerables progresos. La pesca de la ballena en los mares australes y boreales, la del bacalao en el gran banco de Terranova, el transporte de inmensas cantidades de azúcar, tabaco, algodon, café, arroz, trigo, cueros y pieles, exportados todos los años para los puertos de Europa, y las cantidades no ménos considerables de los productos de las fábricas de ésta llevados á América, han enriquecido estas dos partes del mundo, han dado un prodigioso aumento á la industria europea y á su marina mercante, obligando justamente á mirar el comercio de América como el mas rico y útil á que la Europa podia dedicarse. El levantamiento de la parte francesa de la isla de Santo Domingo, su emancipacion luego, y mas adelante el reconocimiento de su independencia por la Francia; la corte del rey de Portugal trasladada al Brasil en 1808, y la separacion definitiva, en 1822, entre esta colonia y su metrópoli; la insurreccion de todas las colonias españolas en el continente, y su organizacion definitiva en estados independientes de España; las innovaciones mas ó ménos ventajosas que ha experimentado la administracion en todas las colonias que han quedado sujetas á las potencias europeas, y la asombrosa prosperidad de las islas de Cuba y Puerto Rico, que fué una de sus principales consecuencias: todas esas causas reunidas cambiaron completamente las antiguas relaciones comerciales de la América con Europa, y abrieron nuevos mercados á la industria de esta última. Las sangrientas guerras que tuvieron lugar, primero entre los españoles y los colonos, y luego entre los nuevos estados, han hecho menguar considerablemente el beneficio de las minas, y detenido el vuelo que habian tomado la agricultura y el comercio. Apesar de todos esos inconvenientes, las relaciones comerciales de estas dos partes del mundo entre sí son aun tan importantes, que el comercio de América, sin embargo del estado decadente en que bajo ciertos conceptos se halla en algunos puntos, conserva todavía el alto puesto á que lo elevaron la riqueza y variedad de las producciones del nuevo mundo, luego de su descubrimiento. Tales resultados no deben admirarnos: pues si el comercio marítimo ha propagado siempre la civilizacion en el mundo, en América, sobre todo, puede decirse que ha realizado su conquista mas asombrosa y fecunda en grandes resultados; despues del cansancio que produjeron las cruzadas y las guerras estériles de la edad media, el genio europeo volvió la vista al Océano, buscó nuevos mundos para satisfacer su actividad, y la América fué el teatro de sus hazañas y de sus especulaciones y dió principio á la historia de la marina moderna. La América hasta estos últimos tiempos lleva sobre la India la ventaja de haber mantenido con Europa un comercio activo, contribuyendo mas que ninguna otra parte del mundo á aumentar su poblacion y su riqueza, y á desarrollar su poderío recibiendo en cambio los gérmenes fecundos de su civilizacion, la luz benéfica de su religion, y todos los prodigios de su industria. El pais que vió nacer á Fulton debiera ocupar el primer puesto en la nueva senda que ha abierto la aplicacion del vapor á la navegacion; pues el primer *Steamer* que se ha construido bajó por el Hudson, entre Albany y Nueva York, en 1807. «Con efecto, dice el mayor Poussin, que en América es donde el vapor ha establecido con preferencia su dominio; pues en aquella parte del nuevo hemisferio los lagos inmensos, rios gigantescos, espaciosas bahías y numerosos ferro-carriles le dan lugar para hacer alarde de su potencia creadora. Bajo su influjo van apareciendo como por ensalmo nuevas poblaciones; puéblanse y se fertilizan vastas soledades, y trasládanse cada dia de uno á otro territorio masas enteras de poblacion, que van á llevar nueva vida allá donde la víspera solo de vez en cuando interrumpia el silencio de los bosques el eco del fusilazo de algun peon caminero.» Es imposible formarse idea de los cambios que ese poderoso elemento ha producido en las comunicaciones de uno á otro pais. El viajero que, no ha muchos años, necesitaba 84 dias para ir de Nueva York á Nueva Orleans, corre ahora aquella línea inmensa en 8 ó 10 dias; y para la travesía del Atlántico, que exigia antes de 40 á 60 dias, bastan ahora 13 ó 16, y hace muy poco que el buque de vapor la Colombia salvó en 11 dias la distancia que separa el litoral de los Estados Unidos del puerto de Liverpool. En 1818 comenzó ya á desarrollarse en la Union este género de navegacion, y en 1835 habia ya 588 barcos de vapor del porte de 153,000 toneladas. En 1839 se habian construido ya 1300, de los cuales habia 828 que hacian todavía un activo servicio; y en 1841 el número total de toneladas ascendia, segun el mayor Poussin, á 174,342: 400 buques navegaban en las aguas del oeste y del sur, 70 en los lagos, 350 en las bahías y estrechos del Atlántico; 260 se habian perdido del todo, y los demas estaban ya fuera de servicio. El estado de Nueva York tenia 140, el de Pensilvania 134, el Ohio 79, el Misurí 42, el Kentucky 41 y la Luisiana 36. La América inglesa del norte es, despues de los Estados Unidos, el pais del Nuevo Mundo que posee mayor número de barcos de vapor, los cuales abundan sobre todo en los lagos Erie y Ontario, y sobre el rio de San Lorenzo. Por lo general puede decirse que todos los estados y colonias mantienen hoy en dia comunicaciones regulares y mas ó ménos frecuentes entre las diferentes partes de su territorio y con los paises extranjeros, á veces á largas distancias; sin embargo, en la costa occidental del nuevo continente, las comunicaciones por vapor aun no se hallan establecidas sino en muy pocos puntos. Entre los puertos del Atlántico y sus dependencias geográficas, en que la navegacion por vapor es mas animada, citaremos en los Estados Unidos, á lo largo del litoral: Nueva York, Boston, Filadelfia, Baltimore, Charleston y Nueva Orleans; y en el interior: Pittsburgh, Cincinnati, San Luis (Misurí), Louisville, y Nashville; en la América inglesa:

Halifax y Quebec, en el litoral; Montreal, Kingston y Toronto, en el interior; en la América española: la Habana; en el imperio del Brasil: Rio Janeiro, Bahia y San Pedro. En las costas del Pacífico no hay mas que el Callao, en el Perú, que es el principal apostadero de los buques de vapor destinados á mantener la correspondencia entre los principales puertos de la América meridional, desde Valparaiso y la Concepcion, en Chile, hasta Guayaquil y Panamá, en las repúblicas del Ecuador y de Nueva Granada. Las principales líneas de la navegacion trasatlántica establecidas ya, ó próximas á serlo, son: de Southampton en Inglaterra á la isla de Madera, á las Bermudas, á la isla Nassau (archipiélago de Bahama), á los principales puertos de las Antillas, sobre todo de las islas de Cuba, Puerto Rico, Santa Cruz, la Jamaica, Curazao, la Trinidad, la Barbada; y sobre el continente, á Nueva Orleans, en los Estados Unidos; Tampico y Veracruz, en Méjico; Baliza, en el Yucatan inglés; Cartagena, en Nueva Granada; Porto Cabello y La Guayra, en Venezuela: esta línea es la mas notable por su longitud. Hay asimismo la línea de Liverpool á Filadelfia, Nueva York, Boston y Halifax; las de Lóndres y Bristol á Nueva York; y finalmente la que se halla establecida entre los puertos de Inglaterra y los del Brasil y del Rio de la Plata. El gobierno francés ha mandado tambien construir doce magníficos barcos de vapor de grandes dimensiones destinados á esa navegacion, los cuales mantendrán comunicaciones entre el Havre y Nueva York, Burdeos y Marsella, de una parte; y de otra, con los principales puertos de las Antillas francesas, la Habana, etc.; una cuarta línea unirá á San Nazario, cerca de Nantes, con Rio Janeiro, en el Brasil, haciendo escalas en Lisboa, Gorea, Pernambuco y Bahia. La Bélgica, apesar de su escasa marina mercante, estableció en 1842 una línea entre Amberes y Nueva York. La España es la potencia mas atrasada en este punto. Las principales exportaciones de las dos Américas consisten en plata, oro, cobre, diamantes, topacios, azúcar, café, algodon, tabaco, arroz, trigo, cera, peleterías, cueros, bacalao, cacao, añil, vainilla, quina, cochinilla, canela, clavo especia, nuez mozcada, zarzaparrilla, ipecacuana, bálsamo de copaiva, palo santo y otras drogas medicinales, palo campeche, brasilete y otros palos de tinte, caoba, cedro y otras maderas de ebanistería y construccion, ámbar, cauchuc, etc. Los principales artículos importados son: paños, lienzos, sederías, terciopelos, sombreros, quincalla, armas y otros muchos objetos salidos de los talleres y fábricas de Europa, aguardiente, vinos, sal, té y pescado salado. Á esos principales artículos de importacion es doloroso tener que añadir aun el de los esclavos cuya introduccion clandestina en el Nuevo Mundo continúa siempre, no obstante las medidas severas que se han tomado para impedirle, y apesar de la emancipacion de los negros que el gobierno inglés ha proclamado en sus colonias no sin grandes sacrificios pecuniarios. Dando por repetido aquí cuanto se ha dicho contra este tráfico solo indicaremos por añadidura la caza de hombres á que se dedicaron los europeos en la América Equinoccial, y que continúan hasta nuestros dias los caribes, los marepizanos, los amuizanos, los manitivitanos y otras naciones indígenas con las mismas atrocidades é iguales horrores que acompañan al tráfico de negros en África y al de los esclavos en la Oceanía. Las principales plazas de comercio marítimo en América, son, Nueva York, Nueva Orleans, Boston, Filadelfia, Charleston, Mobila, Baltimore, Sawannak y Richmond, etc., en los Estados Unidos; Huston en Tejas; Veracruz, Tampico de Tamaulipas, Mazatlan, San Blas, etc., en Méjico; Omoa y Trujillo, en la América central; La Guayra y Puerto Cabello, en la república de Venezuela; Cartagena y Panamá, en la república de Nueva Granada; Guayaquil, en la del Ecuador; Callao, que es el puerto de Lima, y Arica, en el Perú; Cobija (Porto-de-Lamar) en la república de Bolivia; Valparaiso y la Serena en Chile; Buenos Aires, en la confederacion del rio de la Plata; Montevideo en la república del Uruguay; Rio Janeiro, Bahia, Pernambuco, Maranham, Porto Alegre y San Pedro, etc., en el imperio del Brasil; Puerto Príncipe, Los Cayos, etc., en la república de Haiti (isla de Santo Domingo); la Habana, Matanzas y Santiago de Cuba, en la isla de este nombre, y San Juan en la de Puerto Rico, comprendidas en la América Española; Kingstown en la Jamaica; Bridgetown en la Bavoada; Halifax en Nueva Escocia; Quebec en el Canadá, Georgetown, antiguamente llamada Stabrock en la Guayana, todas en la América inglesa; San Pedro en la Martinica; Point-à-Pitre, ántes del terremoto que el 8 de febrero de 1843 casi la destruyó enteramente, en Guadalupe; y Cayena, en la Guayana, paises dependientes de la América francesa; Paramaribo en la Guayana; San Eustaquio y Willemstadt, en las Antillas, comprendidas en la América neerlandesa; Cristianstadt, en la isla de Santa Cruz; y Santo Tomás en la isla de este nombre, en la América dinamarquesa. Entre las plazas comerciales que acabamos de referir, las que siguen se distinguen principalmente por su riqueza y sus dilatadas relaciones mercantiles: Nueva York, Nueva Orleans, la Habana, Rio Janeiro, Boston, Filadelfia, Bahia, Buenos Aires, Kingstown, Montevideo y Valparaiso: Nueva York se puede tener como la principal plaza de comercio del Nuevo Mundo, y su marina mercante, que compite con la de Lóndres, es la segunda del globo. Entre las ciudades comerciales situadas en el interior del Nuevo Mundo citaremos á Cincinnati, Pittsburgh, Búffalo, Rochester, Albany, Lowel, Wheeling, Augusta (Georgia), Lousville, San Luis (Misuri), Nashville, etc., en la confederacion anglo americana; Méjico, La Puebla, Guadalajara, San Luis de Potosí, Oaxaca, etc., en la república Mejicana; Guatemala, San Salvador, etc., en la América central: Bogotá, Socorro, etc., en la república de Nueva Granada; Valencia, Barquisimeto, etc, etc. en la de Venezuela; Quito en la del Ecuador; Cuzco, Arequipa, etc., en la república del Perú; la Paz, etc., en la de Bolivia; Córdova, Salta, Mendoza, etc. en la confederacion del rio de la Plata; San Jocó del Rey, San Paulo, etc. en el Brasil.

Hoy en dia existen acerca de la superficie del Nuevo Mundo, cálculos mucho mas exactos que los que hicieron algunos sabios dignos de aprecio que tuvieron que valerse de malos mapas en una época en que no se tenia mas que una noticia imperfecta de este hemisferio. Segun nuestros cálculos, que se aproximan á los del baron M. de Humbold, la superficie de esta parte del mundo, comprendiendo las islas que miramos como sus dependencias asciende á 11,140,000 millas cuadradas.

La poblacion del Nuevo Mundo, no obstante su extension inmensa, no pasa de 39 millones de almas; número inferior al de toda la Francia y del reino de las dos Sicilias. Siendo la poblacion relativa de 3, 5, por milla cuadrada, á cada una de éstas no toca mas que tres habitantes y medio, mientras que en igualdad de espacio la Oceanía cuenta seis y medio, siete el África, el Asia treinta y dos, y ochenta y dos la Europa.

Apesar de la escasa poblacion y del estado aun imperfecto de su etnografía, la América presenta todavía mayor número de pueblos diferentes que las demas partes del mundo reunidas, pues sus diez millones de indígenas hablan mas de 437 idiomas diferentes y mas de 200 dialectos. Este fenómeno, único en el globo, por increible que parezca, es enteramente cierto, pues sobran datos y noticias incontestables para acreditarle. Todos los pueblos del Nuevo Mundo considerados con respeto al idioma que hablan, están divididos en dos clases, á saber: pueblos americanos ó indígenas, y pueblos de origen extranjero. Estos últimos, aunque divididos en un corto número de pueblos, ofrecen sin embargo la mas grande masa de poblacion de América, y si exceptuamos los negros, que generalmente son esclavos, estos pueblos extranjeros llevan la ventaja de ser, con muy poca excepcion, las naciones dominantes del Nuevo Mundo. Ántes de manifestar el estado etnográfico de América debemos notar otro fenómeno, único en el mundo, que ofrece esta parte del globo, y es que la poblacion indí-

Digitized by Google

gena apenas forma la cuarta parte de la totalidad de sus habitantes, como tambien lo demuestran algunos hechos que vamos á indicar. Tomando por base los importantes resultados de las difíciles indagaciones con que M. de Humbold ha procurado averiguar el valor numerico de las diversas razas que pueblan el Nuevo Mundo desde principios de 1822, y añadiendo los datos que hemos podido adquirir posteriormente encontraremos que á últimos de 1828, las diferentes razas de habitantes de la América pueden citarse como sigue:

Blancos europeos ó descendientes de europeos establecidos en América 14.600,000.

Indios ó americanos indígenas 10.000,000.

Negros ó africanos sin mezcla, esclavos y libres 7.500,000.

Razas con mezcla de negro, blanco, ó indio (mulatos, mestizos, zambos, cuarterones, quinterones, salto atrás, etc.) 7.000,000.

Era sumamente escaso el número de individuos africanos sin mezcla, esclavos ó libres, que habia en el Nuevo Mundo á principios de 1826, apesar de la inmensa importacion, que por espacio de tres siglos ha transportado á las playas de las dos Américas, mas de 14 millones de hombres; si le comparamos con el que esa misma raza deberia tener para dicha época, siguiendo las leyes de propagacion natural de la especie humana observadas en la raza blanca, que no puede pasar por alto el geógrafo, es una prueba grande y triste de los efectos funestos de la esclavitud y del comercio que la sostiene.

Desde el establecimiento de los europeos en el Nuevo Mundo, la mayor parte de sus habitantes profesan el cristianismo, y poco falta para que todos en general le hayan adoptado. El *Cristianismo* que extiende su influencia bienhechora á todo el Nuevo Mundo, desde las tierras Árticas hasta la Patagonia, está subdividido de la manera que sigue: la Iglesia Católica es la dominante en el imperio del Brasil y en toda la América ántes española, y por lo mismo en todos los nuevos Estados que se han levantado con los restos de las colonias que fundaron los españoles y se han indicado al tratar de la division política. Pero es menester observar que en algunos pueblos distantes de las grandes ciudades de Méjico, de Colombia, del Perú, etc., los indígenas conservan sus antiguos ídolos al lado de los santos que los curas españoles les llevaron, y aquella gente supersticiosa corona aun de flores los objetos del culto antiguo, y les dirige con preferencia sus oraciones secretas: asegúrase que en algunos parages al salir el sol le adoran aun á escondidas. La religion católica es tambien la que profesan los habitantes de Haiti, del Bajo Canadá, de las islas de la Trinidad, Santa Lucía, Tabago, y otras partes de la América Inglesa, así como porcion considerable de los Estados Unidos, en particular de la Luisiania, del Mirylan, de la Pensilvania, del Ohio, del Misuri y del Kentucky. Puede decirse que el catolicismo ha hecho en los puntos que acabamos de citar muchos mas progresos que ninguna de las demas iglesias cristianas, pues el número de sus fieles que en 1790 apenas llegaba á 100,000, hoy dia excede de 1.300,000 Las iglesias episcopal ó anglicana, presbiteriana, reformada y luterana son las que dominan en los Estados Unidos y en la América inglesa. La mayor parte de los habitantes de las posesiones danesas y los de la isla de San Bartolomé profesan el luteranismo, al paso que los pueblos de las posesiones neerlandesas casi todos siguen los dogmas del catolicismo. En los Estados Unidos y en la América inglesa hay discípulos de todas las sectas salidos de entre los protestantes; los metodistas, los kuáqueros, los baptistas, etc. etc., son las sectas que cuentan mas creyentes, y las que han hecho tambien una multitud de prosélitos entre los negros, en particular en el Archipiélago de las Antillas; los baptistas y particularmente los metodistas han hecho desde veinte y cinco años á esta parte mas progresos que los demas, pues se calculaba que en 1836 formaban la décima parte de toda la poblacion de la Union. La religion griego ortodoxa es la preferente en la América Rusa á donde sus ministros van á convertir á muchos salvages. No dejaremos el hilo de esta descripcion sin recordar que el Nuevo Mundo es y ha sido el teatro de las pacíficas conquistas de los misioneros, en las cuales han tomado una honrosa parte todas las iglesias cristianas, y en particular la católica. Sus predicadores han logrado civilizar y convertir á la vez á las tribus errantes, y fundar no solamente pueblos y ciudades si que tambien verdaderos estados, como la famosa república cristiana del Paraguay, y la ménos conocida pero no ménos extensa y floreciente de los Chiquitos. El *Judaismo* solo le profesan un escaso número de personas; los Estados Unidos, las Antillas Inglesas, Neerlandesas y Francesas, y las Guayanas Neerlandesa é Inglesa son los paises donde cuenta mas sectarios. El *Feticismo* mas absurdo, ó los sistemas religiosos que pueden titularse *Sabeismo ó Dualismo*, propagan todavía su funesta influencia entre un gran número de naciones cortas, casi todas independientes y cuyo conjunto no llega de mucho á una treintena parte con respecto á la totalidad de los pueblos de las dos Américas. Lo que causa mas admiracion es que casi todas estas naciones, aun las mas embrutecidas, tienen formada la idea mas ó ménos clara de un Ser Supremo que dirige el cielo y la tierra, la de un genio del mal ó espíritu maligno que comparte el dominio de la naturaleza con el genio del bien, y la de la inmortalidad del alma. Muchas tienen sus sacerdotes ó sus encantadores; muchas carecen de unos y otros, pero todas creen en la existencia de seres invisibles y una vida futura. Unas se representan á Dios bajo la figura de una estrella, otras de un animal; por el contrario otras no le ven mas que en los fenómenos de la naturaleza. Muchas de estas creencias religiosas, como tambien las religiones de los antiguos peruanos, de los mejicanos y de los muyscas, basadas en una revelacion, han desaparecido desde la conversion de los que las profesaban; mas algunas creencias y prácticas religiosas de estas tres últimas naciones parece se conservan entre sus descendientes. Tambien es curioso ver en el antiguo culto de los peruanos las huellas del *Trimurti* ó trinidad de los indios; encontrar el matémsicosis ó transmigracion de las almas en la religion de los Tlascaltecas: ver á los Pastoux, en el centro de la América Meridional, alimentarse no mas que de vejetales, y tener horror á los que comen carne, así como hallar entre los mejicanos tradiciones sobre la madre de los hombres que cayó de su primer estado de felicidad é inocencia, la idea de una grande inundacion, de la que sola una familia se salvó sobre una almadia, la historia de un edificio piramidal elevado por el orgullo de los hombres y destruido por la cólera de los dioses, las ceremonias de ablucion que se practican en el nacimiento de los niños, los ídolos hechos con harina de maiz amasada, y distribuidos en partecillas al pueblo reunido en el recinto de los templos; las declaraciones de los pecados cometidos por los penitentes, y finalmente las asociaciones religiosas remedando á nuestros conventos de frailes y monjas. Mas se debe añadir á todo esto que desde el siglo XIV el culto de los mejicanos era el mas sanguinario y horroroso que jamás haya existido; pues espanta el número de víctimas humanas, cuya sangre corria en los teocallis que eran los templos de este pueblo cruel y de los Mayas. Por otra parte, las tribus Peruanas ofrecian en la llanura de Cuzco, ántes de la aparicion de Manco-Capac, todos los crueles sacrificios que los fanáticos indios consagran á Brahma junto á las riberas del Ganges. El culto del Sol introducido por los Incas, aunque infinitamente mas templado, tambien permitia los sacrificios humanos, y millones de víctimas eran inmoladas sobre el sepulcro del monarca. En la llanura de Cundinamarca, mas hácia el norte, el gefe espiritual de los Muyscas se parece en muchos rasgos al Delai-Lama del Thibet. Las naciones antropófagas del Brasil tenian por el contrario un culto ménos sanguinario, y en su creencia se traslucia un dualismo muy pronunciado, que aun hoy dia se halla en algunas naciones de esta vasta comarca. Con todo eso, se pretende que los Caheles no profesan culto ni creencia alguna religiosa. Los

Digitized by Google

pueblos del Orinoco, del Atabapo, y del Yutrinda, á la manera de los antiguos Germanos y Persas, no rinden culto mas que á las fuerzas de la naturaleza; al buen principio le llaman Cachimana, y es el *manitou* ó Grande Espíritu, que señala las estaciones y favorece las cosechas. Al lado de Cachimana hay un principio malo, *Yolokiamo*, ménos poderoso pero mas astuto, y sobre todo mas activo. Junto á las riberas del Orinoco, segun M. de Humbold, no se encuentra idolo alguno, como en todos los pueblos que han permanecido fieles al primer culto de la naturaleza; pero el *Botufo*, ó la bocina sagrada, ha llegado á ser un objeto de veneracion. Para ser admitido á la participacion de los misterios del Botufo y empezar á ser *piache*, es necesario ser de costumbres puras y haber quedado soltero. Los admitidos sufren azotes, ayunos y otros ejercicios penosos. No hay mas que un corto número de trompetas sagradas. La mas célebre por su antigüedad es la que hay en una colina situada cerca de la confluencia del Tomo y del Guaynia ó Rio Negro. Á las mugeres las es prohibido ver el instrumento maravilloso, y están escluidas de las ceremonias del culto, de modo que si alguna de ellas tiene la fatalidad de ver la bocina es muerta violentamente sin compasion. Los Sioux, los Chippaways, los Saukis, los Renards, los Winebagos, los Menomenos, y otros salvages de la América del norte, quizá todos creen en un grande espíritu, pero apenas hay uno que no posea su favorito *manitou* á su manera, ó en un animal, ó en un árbol, ó en las yerbas, ó en las raices; y en la misma tribu el *manitou* de un salvage no es casi nunca el de otro. Cada cabeza de familia, cada vieja, y casi cada individuo tiene su coleccion de yerbas, raices medicinales, y lo que llaman *Saco de Medicina*, tenido entre ellos como santuario de un gran número de divinidades. Guárdanlo cuidadosamente en sus tiendas, y cuando van á la guerra nunca se separan de él. En muchos de estos mismos pueblos, cuando hacen poco ejercicio durante una parte del año, tienen unos aposentos donde las doncellas están encargadas de velar por la conservacion del fuego que arde en medio, á la manera que lo hacian las vestales en Roma, las vírgenes del Sol en el Perú, los guardias de Prytáneo en Atenas, y como lo practican aun en nuestros dias los Güebros ó adoradores del fuego en Persia é India. Parece lo dedican al Sol, ó que lo miran como el emblema de este astro vivificante. La religion de los Araucanos, de los Natchez, de los Chactas, y de otras naciones indígenas, es una especie de *sabeismo*. Los Cahans hacen los mas extravagantes gestos al dirigir sus plegarias al ser supremo todas las mañanas. Los Knistenaux tienen por espíritus las nieblas que cubren los pantanos de su pais. Los Cheppewyanis se creen descendientes de un perro, y á esta especie de animal le consideran como sagrado; se imaginan al criador del mundo bajo la figura de un pájaro, cuyos ojos despiden el rayo y cuya voz produce el trueno. Han heredado la idea de un diluvio y de la longevidad de los primeros hombres. El fanatismo ha dado lugar á tan crueles escenas entre muchos salvages de la América del Norte y entre algunos de la América del Sur como las que ensangrientan la ribera del Ganges desde muchos siglos mientras los indios celebran el *Courrak-pouja*. Citaremos entre otros el gran baile *de medicina* ó de *penitencia*, que todos los años en el mes de julio celebran los Minetaros que habitan algunos años ha á lo largo del Misuri. En esta horrible festividad, se ve á los penitentes mutilarse á sí mismos, ó suplicar á sus sacerdotes que les quiten con una cuchilla pedazos de su propia carne: los hay que se hacen levantar la piel á tiras; otros que quieren que se la corten en forma de media luna; y otros que se hacen horadar la espalda para hacer pasar una correa que arrastran por el suelo, y al extremo de la cual atan una cabeza de bisonte ó toro silvestre; los hay además que se atraviesan á flechazos las partes musculosas del brazo, de las piernas y tambien del cuerpo. Los desgraciados que son mutilados de este modo cantan ó se lamentan: pero sin quejarse de los tormentos que sufren voluntariamente. Las mismas supersticiones son de notar en el otro hemisferio entre los Mbayas, los Guanas, los Payaguas, y otras naciones del Paraguay, que celebran una festividad no ménos cruel. Los hombres se pellizcan unos á otros en los muslos y piernas cojiendo con los dedos tanta carne como pueden, y agujereándose donde han pellizcado con una astilla de leña ó una muy gruesa espina de pescado. De tiempo en tiempo van reiterando esta operacion hasta acabado el dia, de manera que se encuentran acribillados del mismo modo y de pulgada en pulgada en ambos muslos, en las piernas y en los brazos desde la muñeca hasta la espalda. Seria nunca acabar si debiesen mencionarse todas las estravagancias y rarezas crueles que nacen de la ignorancia y fanatismo entre los pueblos indígenas de esta parte del mundo.

La América ofrecia cuando la llegada de los españoles todas las diferentes especies de gobierno, desde el despotismo paternal de los Incas, hasta la independencia mas absoluta que todavia se halla entre las tribus mas embrutecidas en que cada individuo de nadie depende mas que de sí mismo. Con todo hay que notar que el gobierno de casi todas las naciones indígenas, cualquiera que sea su estado de civilizacion, se presenta siempre bajo formas moderadas, que contrastan singularmente con el despotismo que rige en Asia y África, aun entre todas las naciones mas civilizadas. Si el imperio floreciente del Perú se regia por un despotismo teocrático; si la llanura de Cundinamarca presenta, entre los Muyscas, como entre los Japoneses, un pontífice y un rey absoluto, el gobierno de los Natchez era teocrático puro, y el del poderoso imperio Mejicano se parecia mas al de nuestras monarquías feudales de la edad media, que á los imperios despóticos del antiguo continente. Tlascala, Cholula y Huetxocingo eran repúblicas, y pueden tambien tenerse por tales los pequeños estados formados de las feroces hordas que dominaban las costas oriental y occidental del Brasil, entre los que todo se decidia á pluralidad de votos. Hoy dia, la mayor parte de las naciones independientes del Nuevo Mundo forman otras tantas pequeñas repúblicas, con gefes ora electivos, ora hereditarios; algunas reunidas entre sí forman confederaciones, tales como la famosa confederacion de las Cinco Naciones, las de los Sioux, de los Arrapahoes, de los Criks Superiores, etc., en la América del Norte. Los gefes de los Guaraunos en el delta del Orinoco, y los de los Maquiritaros junto al Venluari, que es uno de sus tributarios, aliados entre sí, forman otras en la América del Sur. El gobierno de los Osages, de los Kansas, los Pannis ó Padoucas, los Misuris, los Mahaws, los Otos, los Guaycurus, y de muchas otras naciones es una especie de oligarquía republicana. El gobierno de los Araucanos presenta una mezcla de aristocracia y democracia, y el de los Tcherokis aparece ya imitando la administracion interior de los Estados Unidos; y la de los Yaruros en el territorio de la república de Venezuela no forman, digámoslo así, mas que una sola familia en que la propiedad es comun. Generalmente puede decirse que las indígenas independientes viven bajo un gobierno patriarcal, y que sus gefes, para unos electivos y para otros hereditarios, solo gozan de una autoridad muy limitada. Estas tribus por lo regular eligen por gefe al guerrero mas valiente, al mas hábil cazador y al mas esforzado. Las Américas Inglesa, Francesa, Española, Neerlandesa, Dinamarquesa, Rusa y Sueca se rigen con pocas diferencias por las formas administrativas de sus metrópolis respectivas. La Union ó los Estados Unidos forman una poderosa confederacion de repúblicas, que se gobiernan cada una por medio de sus autoridades locales por lo tocante á las relaciones civiles y municipales, pero sujetas á una autoridad central para todo lo respectivo á la defensa comun á la política esterior, aduanas y correos: su constitucion ha servido de modelo á los nuevos estados que se han levantado sobre los cimientos de las colonias españolas. Hase suscitado despues una lucha obstinada entre el federalismo y el unitarismo, la cual ha sido y es todavia causa ó pretesto de desórdenes

de importancia, así como de guerras civiles, principalmente en la América Central y en la confederacion del Rio de la Plata. Atendido el estado actual y la naturaleza de los gobiernos constituidos de hecho ó derecho, y pasando por alto la guerra civil que causa la ruina de muchas partes de Méjico, de la América Central, del Perú, del antiguo vireinato del Rio de la Plata y del imperio del Brasil, puede decirse que hoy dia la América Independiente cuenta: dos confederaciones, á saber, la de los Estados Unidos propiamente dicha ó de la Union, y la del Rio de la Plata: quince repúblicas, á saber, la república de Méjico que ántes de 1835 era una confederacion: las cinco repúblicas de Guatemala, San Salvador, Honduras, Nicaragua y costa Rica que ocupan el lugar de la confederacion de la América Central; las tres repúblicas de Nueva Granada, Venezuela y del Ecuador, que al principio formaron la república de la Colombia de que fué presidente Bolivar, por cuyo motivo las llamamos repúblicas Colombianas; la república del Perú y la de Bolivia; esta última, siendo presidente el general Santa Cruz, ha formado por mucho tiempo con las del Alto y Bajo Perú la confederacion Perú-Boliviana; la república de Chile, la del Uruguay, y finalmente la república de Haiti. Despues de muchos años de estar sujeto el Paraguay al despotismo del doctor Francia, quo titulándose dictador era á un tiempo gefe de la Iglesia y del Estado, es ahora, muerto aquel gefe, una república regida por un consulado. Las formas administrativas de esos estados se asemejan mucho á las de la Union. Todos tienen un congreso dividido en dos cámaras, la de los representantes y la de los senadores, presidiendo á esta última el gefe de la república titulado primer presidente. El imperio del Brasil es una monarquía constitucional, cuyo poder legislativo reside en el emperador, el senado y cámara de diputados ó representantes de las provincias, pero por la creacion de las legislaturas provinciales en 1835 este estado se asemeja mas á una república federal que á una monarquía constitucional.

Si miramos el Nuevo Mundo bajo el aspecto puramente geográfico nos presenta desde luego dos grandes divisiones, esto es: la América septentrional, á que algunos han propuesto con justicia llamarla Colombia, y la América Meridional ó América propiamente dicha. Entre las muchas islas que geográficamente pertenecen al Nuevo Continente hay dos grupos dignos de ser mencionados aun cuando se trata de las grandes divisiones geográficas de la América; estos grupos son: las tierras Árticas, ó las islas que se extienden al norte del Nuevo Continente, y las Antillas, que el uso llama impropiamente Indias Occidentales. Mas como la política debe presentar á la vista las posesiones respectivas de las diferentes naciones que se dividen entre sí el territorio del Nuevo Mundo, no puede seguir sus divisiones naturales; y así es quo ofrece grupos sumamente desiguales que corresponden á los límites de los diversos estados. Hecha esta reseña general del Nuevo Continente, tal como en el dia se encuentra, entremos en los pormenores interesantes que su historia ofrece:

En 1492 Cristobal Colon, genovés, que estaba sirviendo á los reyes de Castilla y de Aragon, Isabel y Fernando, descubrió el hemisferio occidental del globo que se llama *Indias Occidentales*, porque se creyó que fuese parte de la region de Asia, conocida con el nombre general de *Indias*. Américo Vespucio, florentin, visitó estos paises despues de Colon, y fué el primero que dió una relacion pública de ellos, y como la dió en su nombre, se acostumbraron á decir la relacion, el viaje, las tierras de Américo, y por último llamaron á todo el pais *América*. Tambien le llaman el *Nuevo-Mundo*, porque á la verdad cuanto allí se ve es nuevo para el que va de las otras tres partes de la tierra. Los habitantes, por la mayor parte, no tienen barbas; los cuadrúpedos de la misma especie que los nuestros son mas pequeños, y allí degeneran los que se llevan de acá: hasta los animales feroces, y aun los leones, no son allí tan atrevidos. Lo contrario sucede en los insectos y reptiles venenosos, que allí son muy grandes.

Desde el *Condor*, que es el ave de mayor tamaño, la mas fuerte y la mas atrevida, hasta el pájaro mosca, que es la mas pequeña, todos brillan con la mas rica variedad de colores; las mismas conchas, pintadas por la naturaleza, despiden un resplandor, que no se cansa el hombre de admirar. Aquella vasta estension contiene en sí todos los climas: sus montañas son las mas altas del mundo: sus rios los mas grandes, y se navegan agua arriba por centenares de leguas. Por último, parece que la naturaleza se complació en esconder sus tesoros en el centro de aquel vasto continente, segun las minas de oro y plata, y las piedras preciosas que se encuentran; y en derramar por su superficie el azucar, el cacao, la cochinilla, el índigo, el tabaco, las plantas saludables, y las mas deliciosas frutas.

Es mas que verisímil que los antiguos tuvieron conocimiento del Nuevo-Mundo, y por lo ménos es cierto que sospecharon su existencia. Se convenció de ello Colon, con la fuerza de su ingenio, con las noticias que fué recogiendo y con sus profundas reflexiones sobre que la tierra debia ser de figura redonda; pero el persuadir esto á los demas le costó mucho trabajo, y tuvo mil contradicciones para conseguir que los reyes Católicos Isabel y Fernando le diesen los auxilios necesarios para ir á hacer los descubrimientos que meditaba. En su navegacion esperimentó las desazones y los peligros que debia esperar un hombre que iba á ciegas, por decirlo así, y llevaba consigo una gente, á la cual con vagas esperanzas podia inspirar confianza en su conducta; y así, los que componian la tripulacion, y aun la tropa de sus navíos, unas veces obedientes y otras indómitos, eran para él un motivo perpetuo de inquietudes; porque un error de ruta los desesperaba, y despues los alentaba de nuevo la vista de alguna tierra. Ya entre estas agitaciones abordó á la primera de las islas Lucayas, y la llamó San Salvador, dando á entender por este nombre, que la miraba como á un Salvador, de que ya tenia grande necesidad. Allí tomaron refrescos; visitaron algunas islas adyacentes, y en la que Colon llamó *Española* edificó un fuerte, dejó guarnicion en él, y se volvió á España con oro y con algunos naturales del pais, irrecusables testigos de la existencia de aquel Nuevo-Mundo, y de las ventajas que de él podian sacarse.

Estas esperanzas lisonjearon á la corte: dieron á Colon el título de *almirante*, y una escuadra cuya fuerza daba á entender la confianza que empezaba á nacer en los corazones. Pero cuando llegó á la colonia en 1493, la halló destruida; porque los indios habian acabado con los españoles, oprimiéndolos la multitud. Las circunstancias y los motivos los supo Colon por un cacique ó régulo, cuya amistad se habia grangeado en su primer viaje. Restableció el fuerte, puso en él otra guarnicion mas numerosa al mando de su hermano Bartolomé; y despues de haber reconocido muchas islas, y haberse asegurado con bien fundadas conjeturas de que mas allá habia un continente ó tierra firme, volvió á llevar nuevas esperanzas á España, en donde le tuvieron entretenido hasta el año 1498. Cuando llegó de nuevo á la isla Española, halló la colonia en malísimo estado, porque se habia introducido en ella la disension, y habia precisado á Bartolomé á que hiciese la guerra á los naturales. Colon reconcilió á los españoles entre sí y con los antiguos habitantes, y puso los fundamentos de una ciudad, que se llamó *Santo Domingo*, por haber sentado en domingo la primera piedra, pero con el tiempo toda la isla se ha levantado con este nombre. Despues que Colon lo puso todo en paz, ó por lo ménos se persuadió á que todo estaba sosegado, se preparó al descubrimiento del continente, que era el objeto principal de sus deseos.

En los cinco años que le tuvieron en España detenido y ocupado en solicitar los medios de continuar su empresa, habian tomado ya el mismo empeño otros navegantes tentados por el buen éxito de los pensamientos de Colon. El comercio de Sevilla habia enviado á Alonso de Ojeda, y éste llevaba por compañeros á Juan de Cosa, vizcaino, y á Américo Vespusio, florentin, dos sugetos instruidos

en la cosmografía, y aun el último habia navegado con Colon. Bajo la direccion de estos dos hombres descubrió Ojeda el continente, en donde desembarcaron en 1499; pero ya Colon le habia costeado. Empezó Alonso Nuño, uno de sus oficiales, á comerciar allí con un navío particular por su cuenta y la de un compañero en 1500; y en el mismo año Pinzon, oficial suyo tambien, pasó la línea, y descubrió el Brasil: bien que los portugueses dicen que ellos abordaron allí al mismo tiempo, siendo su gefe Álvarez Cabral.

Mientras los otros se aprovechaban para sus descubrimientos de las luces de Colon, no se atrevia éste á abandonar la ciudad de Santo Domingo, en donde la poca subordinacion de los principales españoles, y aun los que mas le debian, le causaban innumerables mortificaciones. Hizo pasar sus quejas á España; pero los regalos que habia enviado á la corte, le habian producido mas envidiosos que amigos, porque los que no habian recibido presente alguno, llevaban á mal su olvido ó su negligencia, y aquellos á quienes habia gratificado, creian haber recibido muy corta espresion. Publicaban por todas partes que ya habia juntado riquezas inmensas; que así él como sus hermanos defraudaban los derechos del rey y se portaban como tiranos con los españoles de la colonia. Esparcidas generalmente estas noticias, se envió á Santo Domingo un comisionado llamado Francisco Bobadilla con órdenes soberanas.

Llegó Bobadilla á Santo Domingo, y habiendo manifestado la autoridad de gobernador general, de que se hallaba revestido por la corte, hizo que todos dejasen las armas; que pusiesen en sus manos las provisiones y comunicaciones de los almacenes reales: oyó con parcialidad las quejas contra el almirante; le tomó sus efectos; cargó de prisiones á él y á sus hermanos, y los envió á España: pero el comandante del navío procedió de muy distinto modo que el gobernador general; pues trató á sus prisioneros con mucha benignidad, y ofreció á Colon quitarle los grillos, á lo que él replicó con generosa indignacion: «Nó: pues que llevo estos grillos por órden de los reyes, yo obedeceré á este mandato como á todos los que he recibido de ellos. Su voluntad me tiene despojado de mi libertad, y solo su voluntad me la puede restituir.» Cuando el rey y la reina supieron su llegada, se indignaron mucho porque le habian tratado tan mal; mandaron ponerle en libertad inmediatamente; le admitieron en su presencia: le escucharon con toda bondad, y le consolaron. En cuanto á la súplica que hacia de que no obstante su mucha edad, se le confiase todavía otra expedicion, le prometieron complacerle luego que volviese á dar cuenta del estado de las cosas el nuevo comisionado que enviaban a Santo Domingo.

Viendo que las noticias todas eran favorables al almirante, le dieron una escuadra, y volviendo á Santo Domingo, en 1502, tuvo el consuelo de ver que embarcaron y trajeron á España á Bobadilla, y á los otros enemigos suyos. Se puso despues á recorrer y reconocer las costas de Tierra-Firme; puso en ella los cimientos de un fuerte; y aunque á la verdad le abandonó, este ensayo asegura á Colon la gloria de haber sido el primero que descubrió el continente, y su superioridad contra los navegantes, que no hicieron mas que imitarle. No hubo contratiempo que no experimentase el almirante en este último viaje; porque sus navíos dieron al través en la costa de la Jamaica; se sublevaron las tripulaciones, y él se vió muy á riesgo de acabar sus dias entre los salvajes; pero con su prudencia, valor y constancia, triunfó de todas las dificultades. De vuelta á Santo Domingo no halló mas que indiferencia en los colonos, que le debian todo cuanto eran; y queriendo quejarse al rey Fernando, fueron escuchadas con grande frialdad las quejas de un anciano cuyos servicios podian ser útiles sin su persona. Cansado, pues, de la ingratitud de los hombres, se retiró á Valladolid, en donde murió año de 1506; pero despues de su muerte se le dispensaron todos los honores que le habian negado durante su vida.

Lo primero que advirtieron los navegantes, y mas que todos Colon, fué que los habitantes de sus descubrimientos no tenian la menor idea de los mismos objetos que se presentaban á su vista; pues creian que los navíos eran mónstruos marinos, y que los soldados de á caballo eran una especie de centauros y una misma pieza con su caballo. Miraban con sorpresa la barba de los españoles, sus armas y sus vestidos, como sucede á los niños; recibian con mucha alegría los presentes de poco valor, como cuentas de vidrio, cadenitas, espejitos, y daban por esto los pendientes y sortijas de oro, las perlas y la pedrería que tenian. Iban siguiendo hasta el mar á los generosos repartidores de aquellas bagatelas, y se echaban á nado para que los dieran mas; pero si para librarse de su importunidad, ú por otro motivo, disparaban un fusil, huian espantados como una bandada de pájaros. Su mayor miedo era cuando oian el estampido del cañon; se echaban á tierra; y si alguno herido de la bala se arrastraba ensangrentado ó caia inmoble, les parecian dioses unos hombres tan poderosos, que manejaban el rayo, y despedian la muerte.

Sus usos y costumbres eran materia digna de observacion. Halló Colon en la isla de Santo Domingo gobierno establecido, en el que habia un rey ó cacique muy respetado de sus vasallos. Éstos eran blancos, civilizados, de mediana talla y de fuerte constitucion; tenian la nariz ancha, la frente lisa y levantada. Colon creyó con fundamento que el cacique, que fué el primero á quien vió, tenia otros que dependian de él. Segun la relacion que hizo á los reyes Isabel y Fernando, tenian habitaciones de piedra, ó de madera pintada; imágenes que llamaban Cemis, á las cuales miraban como dioses tutelares y las hacian sacrificios, siendo el rey el sacerdote principal. Cuando éste moria hacian secar su cadáver al fuego para preservarle de la corrupcion, y en la caverna en donde le depositaban, enterraban con él sus armas, sus víveres, y la muger que mas habia querido; pues todas se disputaban este honor. Ahogaban con un cordel á los enfermos que no acertaban á curar.

Cuando un médico estaba curando á un cacique, tenia obligacion de observar en sí mismo el régimen que prescribia al enfermo. Cuando éste moria iban los parientes á preguntar al cadáver la causa de su muerte; y aun dicen que por medio de ciertas fórmulas de conjuro respondia el muerto, y que si habia sido por culpa del médico, le mutilaban y le mataban. Mal pais para médicos, en donde tenian que vivir como enfermos, y en donde los muertos hablaban. Generalmente hallaron por todas partes los descubridores de aquellas islas y costas salvajes, escelentes nadadores, y hábiles en manejar el remo. Sus canoas ordinariamente eran de una sola pieza, ó un grande tronco ahuecado; sus mugeres hilaban y tegian el algodon; los hombres todos tenian mazas, sables de madera muy dura, con que majaban y rompian los huesos y hacian algunas veces heridas mas peligrosas que las de una espada cortante. Eran muy diestros en servirse del arco, y muy certeros. Entre ellos era muy comun la execrable costumbre de envenenar las flechas, y se preciaban de saber graduar tan á su arbitrio el veneno, que podian hacer que el herido muriese en el dia, ó despues de muchos.

La América, como dijimos, está dividida en dos grandes continentes que se comunican por una lengua de tierra bastante estrecha, llamada el *istmo de Panamá*, que es el que separa el mar del Sur, del mar del Norte. Por este istmo abordaron Colon y los que le siguieron; y despues de haber recorrido las costas, se entraron tierra adentro atraidos del cebo del oro, que hallaban mas abundante cuanto mas se adelantaban. Iban estos aventureros revolviendo la tierra, por decirlo así, en muchas divisiones; y así se separaban, volvian á juntarse, y algunas veces se suplantaban unos á otros en sus respectivos establecimientos. El motivo de su desunion era algunas veces el deseo del oro, y modo de repartirle. En una de aquellas disensiones, que pasaba en presencia de los indios, se llegó un cacique jóven á Balboa, que era uno de los gefes de aquellos aventureros, y le dijo: «No

Digitized by Google

me parece que el oro es de tanta importancia que deba enemistar entre sí á los cristianos; pero si vosotros le apreciais tanto, yo os mostraré una provincia en donde halleis cuanto querais, y no dista de aquí mas que siete dias de camino, que hay hasta el Océano del Sur: allí tienen los habitantes vasos casi tan grandes como los vuestros, beben y comen en oro.»

Un mar en donde se podia abrir nuevo comercio; unas gentes que bebian y comian en oro, ¡qué motivos tan fuertes para la emulacion de Balboa! Inspiró, pues, á sus compañeros el nuevo ardor que se iba apagando con motivo de algunas pérdidas. Se pusieron en marcha por entre mil especies de dificultades; frio glacial en las cumbres, calor sofocante en las llanuras, rios y torrentes que atravesar, incertidumbre del camino, ignorancia absoluta de tantas naciones desconocidas: nada los acobardó; y dóciles á las órdenes de su gefe, que en esta empresa mostró la mayor prudencia y fortaleza, llegaron por último á la ribera del mar del Sur, en donde Balboa plantó una cruz, y tomó posesion en nombre de Fernando, rey de España. Mientras las tropas descansaban de sus fatigas, destacó á su teniente Francisco Pizarro para que fuése á visitar la costa y los paises vecinos; pero ántes entró él en una canoa que halló en la orilla, y tomó á sus compañeros por testigos de que él era el primer europeo que habia bogado en el mar del Sur.

Con efecto se le debe tener por fundador de la colonia de Darien, en la cual hasta las mismas desgracias han sido útiles para adelantar los descubrimientos. Con la fama de que aquellas gentes comian y bebian en oro, acudieron allí los españoles. Las intrigas hicieron quitar el mando á Balboa, y el gobernador que enviaron de España, envidioso de su mérito, despues de muchas vejaciones, mandó cortarle la cabeza. Lo que faltaba era que fuesen allí abundantes las riquezas que se habian prometido, y así la mayor parte de los españoles se dispersaron á buscarlas. Algunos fuéron á llevar á Diego Velazquez, gobernador de la isla de Cuba, sus conjeturas sobre un pais en que no habian hecho mas que recorrer las costas, volviendo al mar del Norte; pero dijeron que habian visto lo suficiente para poder asegurar que era una tierra habitada por un pueblo civilizado, muy rico en oro, y con el que seria posible hacer un comercio ventajoso.

Diego Velazquez se abrasaba en deseos de salir de la dependencia del almirante Diego Colon, gobernador general, y que como tal dominaba al gobernador de Cuba. Éste se lisonjeaba con que formando un establecimiento en Tierra-firme, adquiriria un derecho libre de la sujecion del comandante de las islas, y aun por esto favoreció las correrias sobre el continente. Cuando por las relaciones que le trajeron juzgó que seguramente era practicable la empresa, buscó un hombre de intrepidez y prudencia; pero sobre todo de grande sumision á sus órdenes, y con disposicion para ser reconocido á su bienhechor. Creyó Diego Velazquez que todas estas prendas las habia hallado en Hernan Cortés. Hizo en él el nombramiento: y en pocos dias dispuso el nuevo comandante todos sus preparativos, y partió.

MÉJICO.

Era Hernan Cortés natural de Medellin, pueblo de la Estremadura; y aunque su padre le destinó á la jurisprudencia, y le dió la educacion para esta carrera, el gusto del hijo le llamaba á las armas. Estando para partir á aprender la milicia en Italia, bajo el mando del célebre Gonzalo de Córdoba, no pudo embarcarse por haber dado una caida queriendo subir á una ventana. Le curaron, y tomó partido para la isla Española, adonde iban muchos caballeros como él á buscar fortuna. No pasaba de diez y nueve años; era de hermoso talle, de agradable figura, de genio amable, y tenia mucho talento y discrecion. Entró á ser secretario de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, y se hizo estimar generalmente por sus buenas prendas. Se quiso casar con él una señora de distincion; pero oponiéndose Diego Velazquez, le tuvo por algun tiempo preso, aunque al fin consintió en el matrimonio, le llenó de beneficios, le hizo alcalde de Santiago, empleo en que le sirvieron sus primeros estudios, y que desempeñaba con aplauso universal cuando fué nombrado comandante de la expedicion al continente á la edad de treinta y tres años, en noviembre de 1518.

No bien habia partido, cuando Diego Velazquez se arrepintió de su eleccion, porque los envidiosos hicieron creer al gobernador que nunca le perdonaria su secretario haberlo tenido preso; que era hombre ambicioso, amigo de la independencia, y que ya se le habian oido algunas palabras, que daban á entender sus proyectos de insubordinacion. Diego Velazquez con estas sospechas envió por dos veces órden de arrestarle, primero en la isla de la Trinidad, y despues en la Habana, en donde juntaba sus tropas; pero en una y otra se libró Cortés de la mala voluntad de Diego Velazquez por el afecto y estimacion del ejército, que se declaró altamente á su favor. Sus fuerzas cuando pasó revista en la costa de Cozumel, que era el punto de reunion, consistian en quinientos y ocho soldados, ciento y nueve entre marineros y artesanos, y diez y seis caballeros; en todo seiscientos treinta y tres hombres.

Con esta tropa, que mas merecia el nombre de escolta que de ejército, avanzó Cortés contra un imperio poderoso, cabeza de otros muchos, y en el cual, por las primeras muestras que vió, reconoció que reinaban las artes, la policía, un gobierno arreglado, y que podia levantar innumerables ejércitos. Decir que Cortés tuvo desde luego la intencion de arruinar aquel imperio ó de apoderarse de él, seria atribuirle ideas gigantescas.

Lo cierto es que viéndose á la frente de una tropa aguerrida y determinada, tan arrastrada del deseo de gloria como del de adquirir riquezas; asegurado de la estimacion de sus soldados, y de su amistad y confianza se resolvió á entregarse á la fortuna, sin limitar sus favores con escesiva circunspeccion, ni abusar de ellos con demasiada audacia. Este conjunto de prudencia y de valor es el que se hace mas notable en el carácter de tan grande hombre.

La primera ocasion de importancia que se le ofreció de medirse con los indios fué en la isla de Tabasco, en la cual halló contra sí un ejército de mas de cuarenta mil hombres; y aunque pudiera haber despreciado aquella isla tan bien defendida, y pasar al continente, quiso que sus soldados advirtiesen que el buen éxito debia ser fruto de la reputacion; que sin duda los habitantes de Tierra-firme esperaban con inquietud ver lo que sucedia con los isleños; y que si los españoles evitaban pelear con ellos, se alentarian los del continente á defender sus costas con tenacidad; cuando por el contrario si hacian frente y vencian, y entre los gritos de la victoria, avanzaban cubiertos de la sangre, aun caliente, de sus enemigos, el terror que les precederia, podria abrirles camino fácil á brillantes y útiles conquistas. Oido este razonamiento resolvieron dar la batalla. Se precipitaban los indios con la seguridad que inspira el grande número, y hubo lances en que solo el peso de enemigos podia oprimir á los españoles, que se hallaban imposibilitados de poder cargar sus armas, y de usar de sus espadas; pero la artillería, colocada ventajosamente, y la repentina irrupcion de los caballos por aquellos batallones de gente desnuda, y aturdida con esta novedad, muy presto introdujeron el desórden.

Fué horrible la carnicería; todo el que resistió perdió la vida; pero despues de la victoria trató Cortés á los prisioneros con humanidad, y envió á presentar al cacique proposiciones de paz que fueron recibidas con mucho placer. Se hicieron recíprocos presentes, y entre otros envió el cacique al general veinte esclavas, diestras en hacer el pan de maiz, lo cual fué muy útil para el ejército. Una de ellas se aficionó á los españoles, aprendió facilmente su idioma, y les sirvió de mucho en ca-

Digitized by Google

lidad de intérprete; recibió el bautismo y le pusieron por nombre Marina. Siempre Cortés proponia como objeto de su empresa la propagacion de la fé Católica; y como era tan exacto en cumplir las obligaciones de cristiano, inspiraba el mismo deseo à sus soldados. Se celebraba el oficio divino en el campo con toda pompa, y admitia de buena gana à los indios para qué, viendo la magestad de las ceremonias, recibiesen las semillas de la conversion.

Sucedió como lo habia previsto cuando entró á pelear con los de Tabasco; porque en lugar de tropas, dispuestas á rechazarle del continente, solo halló negociadores de paz, helados de terror. Pilpatoe y Teutile, el primero de los cuales era gobernador, y el segundo comandante general de la provincia adondo se dirigia, enviaron á preguntarle ¿con qué intencion se acercaba su armada á la costa? y le ofrecian de parte de Motezuma, emperador de Méjico, los auxilios necesarios para continuar su viaje, pero no hicieron movimiento alguno para impedir el desembarco. Saltó, pues, en tierra con mucha tranquilidad; se fortificó; dijo que venia con intenciones pacificas; y pidió una conferencia con los gobernadores. Se presentaron éstos con una comitiva muy brillante; los recibió Cortes rodeado de sus oficiales y soldados; y despues de las primeras cortesias, les manifestó, por medio del intérprete, que ántes de esponer el motivo de su viaje, queria cumplir con las obligaciones de su religion y encomendar al gran Dios de los Dioses el buen éxito de su empresa. Colocaron en la capilla à los dos señores, que todo lo devoraban con la vista llenos de admiracion.

Despues de este preliminar se siguió la comida sazonada con todo el gusto imaginable. Cuando se trató de dar respuesta, se revistió Cortés de un aire serio, y tomando un tono firme, dijo: «Yo he venido en nombre de don Cárlos de Austria (pues reinaba ya Cárlos V) monarca del oriente, á tratar con el grande emperador Motezuma sobre asuntos que esencialmente interesan, nó solamente á su persona y su imperio, sino tambien al bien estar de sus vasallos. Para cumplir con las órdenes de mi señor, es preciso absolutamente que me admita el emperador à su presencia; y espero que en esta audiencia se guarden conmigo las atenciones y respeto que son debidos à la grandeza del rey mi señor.» Al oir estas palabras mudaron de color los gobernadores, y aparecieron muy contristados. Pidieron que ántes de dar respuesta se trajese el regalo destinado para el general, esperando sin duda que su hermosura y grandeza les permitiria una réplica mas satisfactoria. La que hicieron no podia ser mas discreta, pues dijeron: «Que tenian órden de tratar con toda atencion á los extranjeros que se presentaban en las costas: que se conformaban gustosos en cumplir con él esta voluntad de su soberano; pero que le exhortaban à que continuase su viaje despues de haber descansado;» y añadieron: «No os disimularemos, que siendo muy difícil hablar al emperador, esperamos que estimareis nuestra franqueza. Nosotros no os queremos engañar, y por eso os hacemos esta advertencia ántes que hayais perdido el tiempo, y visto por esperiencia la dificultad de vuestro designio.»

«Los soberanos, replicó Cortés, jamás niegan la audiencia à los embajadores de otros principes; ni sus ministros pueden, sin espresa órden, oponerse á lo que es tan razonable. Vuestra obligacion es hacer saber á Motezuma mi llegada.» Les dijo que le enviasen un correo, y que el esperaria la respuesta. «Mas yo insisto, añadió, en que informeis al emperador, que estoy determinado à que me admita en su presencia, y á no salir del pais con el desaire de una negativa.» Advirtieron los españoles que, durante la audiencia, estaban algunos artistas indios pintando los navios, el campo, los trages y los caballos. Cortes para que animasen sus pinturas, hizo desplegar las velas, puso en forma de batalla sus soldados, montó à caballo con sus oficiales, hizo jugar los arcabuces y los cañones, y dió el espectáculo de un combate fingido, que pasmó mucho á los gobernadores. Sumamente apurados los pintores para representar tantas cosas nuevas, se observó que para suplir por la espresion, escribian ciertos caracteres debajo de las figuras, y despues de haber pintado el fuego saliendo de los cañones, para dar á entender el efecto de la esplosion, pintaban como temblando los objetos que habia al rededor. Llevadas á la corte de Motezuma estas pinturas, que eran la escritura de los mejicanos, inspiraron mas deseos de retirar los extranjeros que de recibirlos.

Entre tanto que los españoles esperaban la respuesta, les proveyeron los gobernadores con abundancia y generosidad de viveres y refrescos. Ya llegó la respuesta con un magnífico regalo, para que la oyesen favorablemente. Cuando los gobernadores le manifestaron á los españoles, pasmados de ver tanta riqueza, dijeron al general: «Que le suplicaban aceptase aquellas bagatelas en prueba de la amistad que queria conservar su emperador con el rey de España; pero que no le parecia conveniente, ni aun posible por las circunstancias, concederle la gracia de ir à Méjico.» Para esto alegaron las dificultades de los caminos, los peligros por parte de las naciones salvages, y todas cuantas razones pudieron imaginar. Los oyó Cortés con frialdad y les dijo: «No es mi intencion faltar al respeto que debo á Motezuma, ántes bien desearia poder obedecerle: pero no me es posible partir sin deshonrar à mi señor. No debe llevar á mal vuestro emperador que yo insista en mi súplica con la fortaleza que merece la reputacion de una corona honrada y respetada de los mayores soberanos del mundo.» Como vió el gobernador que se acaloraba sobre este artículo, temiendo que llegase al rompimiento, prometió enviar un nuevo correo. Con esto se retiró, y los españoles se pusieron á examinar mas despacio el presente del emperador. No solamente admiraron las piezas maestras del arte, sino mucho mas la materia, el oro, ó plata, las perlas, la pedreria de toda especie, y en pasmosa cantidad. ¡Qué de riquezas! esclamaban todos à una voz, ¡qué de tesoros debe haber en una capital que da de sí tantas maravillas! ¡qué botin tan rico se pudiera sacar de ella!

Mientras estaban como estáticos y admirados, y se abrasaban en deseos que Cortés procuraba reprimir, estaba Motezuma deliberando tristemente sobre el apuro en que le ponia la obstinacion de aquel extranjero. No estaba bien querido este principe: pues aunque era de la familia real, habia conseguido el imperio por astucia; circunstancia que precisándole á usar de severidad, habia llenado de descontentos la corte y las provincias. No le intimidaba la guerra, pues desde que habia subido al trono la habia hecho con felicidad; pero el tener que pelear con hombres cargados de hierro, á quienes consideraba invulnerables, con unos mónstruos medio hombres y medio caballos, y contra los truenos, y que vomitaban la muerte, le parecia una empresa muy aventurada y temeraria. No obstante, habiendo pesado todas las circunstancias, envió el último regalo á Cortés con órden de que saliese de sus estados.

Respondió el general á Teutile, que era el que le comunicaba la órden: «Uno de los principales objetos de mi embajada es establecer aquí la religion cristiana, estirpando la idolatria, y estender la verdadera fé, como el único camino de la eterna felicidad; y habiendo venido de un pais tan distante por asuntos en que interesan mi religion y mi conciencia, no puedo ménos de continuar mis esfuerzos para que se me oiga.» Al oir estas palabras temblaba de cólera el mejicano, y en tono valiente dijo: «Hasta ahora os ha tratado el grande Motezuma con dulzura, y ha cumplido con todas las leyes sagradas de la hospitalidad; pero si le obligais á emprender su poder, os vereis arrepentidos de esa porfia;» y se retiró sin despedirse. Cortés, viendo que se marchaba dijo en tono burlon à sus soldados: *Pues amenazan, sin duda tienen miedo.* Desde este tiempo cesaron de llevar al campo los viveres y otros regalos, y esta privacion causó varias murmuraciones.

Un oficial, llamado Diego de Ordaz, protegido de Diego Velazquez, y á quien este gobernador quiso emplear en lugar de Cortés, fomentó el descontento. Hablaba mal de la inflexibilidad del general, y decia: «Que hubiera sido mas conveniente acomodarse á lo que queria Motezuma, y conseguir una buena composicion; que era contra toda regla de prudencia y de juicio que tan pocas tropas como ellos eran, desafiasen á un grande imperio; y que si no querian desistir de la empresa, era lo mas acertado regresar á Cuba y volver segunda vez con fuerzas mas proporcionadas.» Se ofreció á ir á hacer la propuesta al general; todos los malcontentos le dieron la comision; y él la desempeñó con una libertad y aun grosería capaces de irritar, asegurando *que él espresaba los deseos de todo el ejército.* Le escuchó Cortés sin hacer el menor movimiento, y ordenó, sin replicar una palabra, que estuviese el ejército pronto á embarcarse el dia siguiente para Cuba.

Divulgada esta resolucion se amotinaron los aventureros, viéndose en vísperas de frustrarse sus esperanzas. Eran muchos los caballeros pobres que se habian alistado en sus banderas para buscar fortuna; los emisarios que esparció Cortés entre ellos durante la noche, agriaron mas su descontento; y así decidieron: «Que no se reembarcarian; y que si el general no tenia valor para ejecutar los planes que habia formado, ellos nombrarian otro.»

Fueron al amanecer con gran tumulto á esponer esta resolucion; y Cortés, aparentando mucha sorpresa, dijo: «Que si él habia tomado aquel partido, era por haberle asegurado que así lo deseaba todo el ejército; que le habian engañado; que los veia con gran satisfaccion tan llenos del deseo de gloria que debe animar á todo español; que asegurado de su valor iba á continuar su primer plan con nuevo ardor; y que tenia por cierto que los llevaria por el camino de la victoria y de la fortuna, que merecia su esfuerzo. Esta declaracion fué recibida con aclamaciones y gritos de contento.

Por fortuna llegaron al mismo tiempo embajadores del cacique de Cempoala, enemigo declarado de Motezuma, cuyo dominio no queria reconocer. Dijeron éstos que iban á conocer y admirar á los valientes cuyas hazañas contra los de Tabasco habian esparcido su fama por todo el pais; pero el objeto principal de su embajada era empeñar á Cortés en una liga contra el emperador. Si el español hubiera dudado del buen éxito de su empresa debiera persuadirle la posibilidad de la victoria el conocer que habia division y disensiones; pero le pareció que, ántes de pasar adelante, era buena política dar á su autoridad formalidades respetables, conciliándose por este medio una fuerza inespugnable á todos los esfuerzos de la malevolencia.

Durante las dilaciones de las respuestas de Motezuma, se ocupó en asegurar abrigo á sus naves y fundar una colonia, precaucion necesaria en caso de algun revés de la fortuna. Dicen que eligió mal sitio; pero ya se hallaba allí, y hubiera sido preciso pasar muchos trabajos para trasladarse á otra parte. Á la ciudad que fundó la llamó *Veracruz*, porque abordó á aquella costa un viernes santo. Así que la colonia tomó consistencia, estableció en ella una especie de consejo, compuesto de alcaldes, regidores, procuradores y oficiales que juzgó necesarios, y les recibió juramento de que harian justicia con imparcialidad. Se presentó Cortés á este consejo con respetuoso continente, propio para dar realce á la autoridad del tribunal, é hizo presente á los magistrados la necesidad de nombrar un general, confesando la ilegalidad de su empleo, por cuanto Diego Velazquez habia revocado su comision, y que así les tocaba á ellos providenciar, pues representaban al rey. «Desde este punto, añadió, resigno en vuestras manos la autoridad que he tenido, y os entrego el título, en virtud del cual la he ejercido, para que os nombreis al que os parezca mas digno. Yo por mi parte tomaré sin violencia una lanza en la misma mano que tenia el baston de comandante, y obraré como soldado con el mismo gusto que lo he hecho en el puesto importante de general. Porque si en el ejercicio de las armas se aprende á mandar, obedeciendo, se ofrecen muchas ocasiones en que es preciso haber mandado para conocer la necesidad de obedecer.» Dicho esto puso su despacho sobre la mesa, entregó á los alcaldes su baston de comandante y se retiró.

No tardaron mucho en llamarle: pues como le eran adictos los miembros de aquel consejo, todos á una voz le eligieron, y le despacharon una comision en nombre del rey. Se comunicó despues el acto de eleccion á los soldados para saber si les agradaba, y todos se conformaron. No se atrevieron los partidarios de Diego Velazquez á declararse públicamente, contentándose con acusarle en secreto; pero no puede negarse que la accion fué de un político diestro. Desde entónces ya no anduvo con disimulo ni atenciones como ántes con los murmuradores; y mandó poner presos á Diego de Ordaz, Pedro Escudero, y un jóven llamado Juan Velazquez de Leon; bien que despues les restituyó la libertad por recomendacion de sus amigos. Con solo este acto de severidad estorbó Cortés toda rebelion para en adelante, y ganó con su clemencia el corazon de los amotinados, los cuales jamás le abandonaron, y ántes bien se mostraron los mas valientes del ejército y sus mas fieles amigos.

Lo que nos resta que contar solo es, por decirlo así, la historia de dos hombres, Cortés y Motezuma. Éste, soberano de un imperio vasto y opulento, en el cual se cultivaban las artes, gobernado por leyes fijas, y defendido con tan numerosos ejércitos, que aunque perecieran cien mil hombres, no padeceria alteracion en sus fuerzas. Cortés, gefe de quinientos ó seiscientos aventureros, que no podia perder un solo hombre de sus escasas tropas sin que fuese un golpe mortal para todo el cuerpo; rodeado de traiciones, y perpetuamente espuesto á verse oprimido por naciones bárbaras, cuya aparente benevolencia, como hija del miedo, debia serle siempre sospechosa.

¿Y qué es lo que tenian estos dos hombres que tratar entre sí? Nada, ó por lo ménos tan poco, que el uno se veia precisado á tomar por pretesto el deseo de ver al otro; y éste no acertaba á evitar la visita sino con el débil efugio de que no lo permitian las circunstancias. Si Motezuma hubiera manifestado la verdad, habria dicho: Yo me hallo en la mayor perplejidad: porque vuestra venida tiene sobresaltados todos los espíritus: nos ha traido á la memoria antiguas profecías que tienen sobresaltados á mí y á mis pueblos; parece que veo en vosotros los conquistadores que, segun una antigua prediccion, habian de venir del Oriente, y destruir el imperio de Méjico; yo no puedo abandonar mi religion; los ministros de ella son poderosos; y si no os contentais con las riquezas que os he enviado, me veré precisado á defenderme, con la triste perspectiva de defenderme tal vez en vano.

Ésta era la disposicion de Motezuma cuando Cortés, dueño absoluto de sus operaciones por su nuevo nombramiento de general, y por el afecto de sus tropas, se hallaba en medio de provincias, ménos fieles que atemorizadas, bajo el yugo del emperador de Méjico. Se quejaban de los impuestos enormes con que los oprimian, y de que Motezuma les arrestaba sus mujeres y sus hijas para sus placeres, y sus jóvenes para sacrificarlos á sus dioses. Estando Cortés en una de las ciudades descontentas, vió llegar seis exactores en soberbios palanquines, llevados en hombros de indios. Iban ricamente vestidos, cargados de joyas de oro y de preciosa pedrería; y los acompañaban gran número de oficiales y criados, que refrescaban el aire al rededor de sus personas con abanicos de pluma. Desde lo alto de aquella especie de trono volvian desdeñosas miradas hácia la multitud servil, cuya substancia iban á devorar. Temblaban todos los habitantes; pero Cortés les inspiró valor, y prometió sostenerlos. Arrestaron, pues, á los comisionados; y el pueblo, que en todo es estremado, queria quitarles la vida con una muerte ignominiosa; pero los tomó bajo su proteccion el general español, pudo libertar dos de ellos en secreto, y enviándolos á Motezuna, les dijo: «Asegurad al emperador que haré lo posible para librar á los otros, y para

ésto, con aire de alegría, que iba á divertirse con sus amigos los extranjeros; habia concurrido la multitud á la entrada del cuartel; pero mandó á sus guardias que la dispersasen, y publicó que cualquiera que ocasionase alboroto, seria castigado con la muerte. Búsquesemo un suceso semejante en toda la historia.

Pero no acababan todavía los motivos de asombro. Llegó el desgraciado Qualpopoca, le hicieron su proceso, y lo condenaron á ser quemado vivo. En el mismo instante del suplicio entró Cortés en el cuarto del emperador con un soldado, que llevaba unos grillos, y acercándose al monarca con aire severo, le dijo: «Sois acusado de ser el primer autor del delito, y espiareis vuestra culpa con una mortificacion personal.» Y sin esperar respuesta, mandó ponerle los grillos, y salió de la estancia. Los cortesanos de Motezuma, mas aturdidos y sobrecogidos de horror que él mismo, se arrojaban á sus piés, los bañaban con sus lágrimas, y sosteniendo los grillos, procuraban con respetuosa ternura aliviarle el peso. El emperador, pasado el primer momento de sorpresa, volvió de nuevo á su ordinaria magnanimidad, y se resolvió á morir como héroe. Hecha la ejecucion del castigo de Qualpopoca entró Cortés, y dijo: «Ya están castigados los traidores. V. M. queda justificado con su condescendencia, y se halla libre.» Dicho esto, él mismo le quitó los grillos, y se postró á sus rodillas. Le abrazó el emperador, y pareció que el gozo que mostraba ofendia al honor que se habia adquirido con la entereza que habia manifestado. Le propuso Cortés que volviese á su palacio, pues habia cesado la causa de su detencion; pero ya de antemano doña Marina, como mas inclinada al español que al mejicano, le habia sugerido la respuesta; y contestó, que mas queria permanecer en el cuartel, porque padeceria su reputacion si llegaba á saberse que habia estado prisionero.

Fuese resignacion ó disimulo, parecia que, acostumbrado á su prision, se hallaba en ella contento. Procedieron los españoles con tal destreza en su conducta, que no solo á sus vasallos, pero aun á él mismo hacian creer que gozaba de entera libertad. No se hacia novedad en su método de vida, iban los ministros á celebrar consejo, segun la costumbre, y los cortesanos tenian la misma entrada. De él dimanaban las órdenes y las gracias: salia, se paseaba por la ciudad, iba al templo, ya solo, ó ya acompañado de Cortés, quien, sin embargo, tenia buen cuidado de exigirle la palabra de volver fielmente al cuartel; pero todos dirian que volvia por inclinacion, segun el gusto que recibia con la compañía y conversacion de sus carceleros. El político Cortés se aprovechaba con habilidad de su confianza, y así consiguió que fuésen algunos de sus oficiales á visitar las minas. Mandó Motezuma hacer un mapa de su reino, y se le dió al general; nada le ocultó acerca de sus rentas, fuerzas, policía, gobierno, y todo aquello cuya noticia podia serle útil.

Por modo de curiosidad ó diversion iba siempre Cortés á su fin. Habia advertido lo difícil que le hubiera sido penetrar en la ciudad, si mientras un cuerpo de tropas le hubiese detenido en la calzada, le hubieran acometido los indios por el flanco desde el lago con sus canoas; y así le importaba hacerse dueño del lago. Se aprovechó, pues, de un juego, que se celebró á su vista, en que se disputaron la velocidad las canoas, y haciendo justicia á la de aquellos pequeños barcos, dijo: que los suyos, si los tuviera, los escederian sin remos. *¡Sin remos!* Esta especie de desafío le pareció admirable á Motezuma, y quiso ver la esperiencia. Cortés, siguiendo el ejemplo de otros conquistadores arrojados, y no queriendo dejar á sus soldados mas recurso que la victoria, habia con su consentimiento hecho taladrar sus naves, pero habiendo conservado las velas, jarcias y otros pertrechos, pidió licencia para hacerlos venir.

Entre tanto se cortaron árboles, se labraron, y el mismo Motezuma mandó que sus vasallos ayudasen á los españoles, para disfrutar cuanto ántes de un desafío tan desigual, como era el de unos barcos sin remos, contra otros llenos de remeros. Llegaron los pertrechos, y á poco tiempo se vieron magestuosamente en aquel lago dos bergantines bien equipados. ¿Y qué es lo que pueden hacer estas enormes masas, decian los indios unos á otros, respecto de nuestras ligeras canoas? Sin embargo, doblaron los remeros. Dada la señal, se desplegaron las velas, hinchándolas un viento fresco; y á la manera de las alas de los grandes pájaros, volaron con tal rapidez, que no pudieron igualarles todos los esfuerzos de los remeros. El pueblo ignorante decia á gritos que era un prodigio, pero los mas inteligentes miraban aquellas naves como una invencion soberbia, que acreditaba el ingenio de los españoles, de quienes por ello concibieron todavía mayor estimacion.

Un paso que aventuró Cortés estuvo para privarle en un instante de todo el fruto de su habilidad. Habia conseguido de Motezuma que no se volviese á servir en su mesa carne humana; pero pretendió que hiciese cesar los sacrificios, y esta pretension hizo temblar al emperador. Advirtió al general que podrian seguirse funestas consecuencias; y con efecto murmuraban los sacerdotes, que eran muy poderosos, y ya el pueblo empezaba á conmoverse. Reprimió Cortés su zelo á tiempo, para que no se declarase una rebelion; pero como quedaron las preocupaciones, éstas dieron muchos partidarios á Guatimocin, sobrino del emperador. Éste emprendió librar á su tio de las manos de los extranjeros; y tal vez lo hubiera conseguido, si el mismo Motezuma no se hubiera opuesto á sus esfuerzos. Fué llamado á la corte, y depuesto este príncipe jóven, que era cacique de una ciudad importante: y habiéndose dado á otro la investidura de sus estados, se cuidó de hacerle entender que debia su elevacion á la recomendacion de Cortés. No obstante, hizo el tio serias reflexiones sobre esta empresa del sobrino. En el fondo no podia desaprobarla, y no dudaba que, aunque errado este golpe, presto se seguirian otros muchos; pues conocia que mientras estuviese él á disposicion de los extranjeros, debia prepararse á nuevas rebeliones. Por otra parte: ¿Qué intencion era la de los españoles? ¿Por que se estaban allí? ¿qué es lo que tenian que pedirle? Resolvió, pues, que se acabase la vergonzosa comedia de un monarca prisionero en manos del embajador de un príncipe extraño, y obligado aun á manifestar contento; llamó á Cortés, y le dijo que habia resuelto declararse públicamente vasallo del rey de España, como sucesor de Quezalcoal, y por esta circunstancia señor propietario de Méjico; que juntaria los caciques y la nobleza del imperio para que fuesen testigos de su declaracion; que este reconocimiento seria apoyado de una contribucion voluntaria de cada cacique en testimonio de su consentimiento, y que él por su parte habia juntado joyas y pedreria de valor inestimable para cumplir con su obligacion.

Fueron convocados los caciques y los grandes; y presentándose Motezuma en la asamblea con aquel aire de magestad que por mucho tiempo habia olvidado, dió á la consideracion de vasallo que se imponia, y con la que cargaba á su imperio, un motivo que disminuia la vergüenza: diciendo: «Que no era mas que una restitucion que se hacia al gran Quezalcoal en la persona de sus descendientes, y un acto justo y religioso que le habian ordenado los mismos dioses.» Hubo en la junta un murmullo, y un movimiento de trepidacion: por lo que creyó Cortés que debia tomar la palabra, y asegurar que el ánimo del rey de España no era quitar la corona al emperador, ni hacer mutacion en el gobierno; sino solamente reclamar su derecho de sucesion para en el caso de que aquel falleciese. Con esta condicion hicieron el juramento, y dispusieron una acta, que pusieron en manos de Cortés, con el presente ó tributo del emperador y los de los caciques, uno y otro de precio inestimable.

¿Quién sabe si Cortés esperaba la resolucion que resultó de la junta? Aceptados los regalos se revistió Motezuma de fortaleza y dijo á los españoles: «Ahora ya podeis disponeros á partir, pues nada teneis aquí que os detenga. Habeis cumplido con el objeto de vuestra embajada; los mejicanos llevan á mal tan larga estancia.

Digitized by Google

sospechan que teneis proyectos mas peligrosos que los que habeis declarado; y mi autoridad no seria capaz de teneros por largo tiempo al abrigo de su resentimiento, si llegaran á realizarse sus sospechas. Los dioses, añadió oportunamente, están irritados de ver que yo favorezco á sus enemigos; ya me han negado la lluvia, y me amenazan con destruir mis cosechas, y aniquilar mi pueblo con la peste. Pedidme cuanto querais, que yo os lo concederé; porque os estimo; pero partid. Este sacrificio exigen de mi los dioses y mi pueblo.»

Dicen que Cortés, admirado de la resolucion con que el monarca le despedia, estuvo tentado á responderle en el mismo tono; pero se contuvo, y dijo: «Si; ya he cumplido con mi comision, y voy con la diligencia posible á prepararme para volver á España; y aun venia á pediros permiso para construir embarcaciones en que llevar mis soldados, porque están destruidas aquellas en que vinimos, y no se pueden reparar para un viaje tan largo.» Alegre Motezuma de no oir la negativa que estaba temiendo, dijo: que podian tomar el tiempo que les pareciese, pues su intencion no era apresurarlos; y al momento dió las órdenes para cortar prontamente los árboles, y hacer cuanto fuese necesario.

Cortés, aunque en el esterior apresuraba mucho la obra tenia dada al constructor la órden de fabricar con la lentitud posible. No se perciben las ventajas que Cortés se propondria en esta tardanza; pero sin duda contaba con gobernarse segun los acaecimientos. Mientras vivia en esta espectativa, le enviaron á decir de Veracruz, que á lo lejos se veian diez y ocho velas «Ahora, dijo Motezuma, instruido de la aparicion de aquella armada: ya no necesitais de preparativos, pues teneis los navios que llegan á mis costas, y en ellos os podreis embarcar.» La segunda carta de Veracruz anunciaba que aquellos navios traian ochocientos españoles enviados por Diego Velazquez, gobernador de Cuba, para quitar el mando á Cortés. En la tercera carta le escribian que habia habido una accion bajo las murallas de Veracruz, de que habian querido apoderarse los recien desembarcados; y aun le enviaban ocho prisioneros hechos en la refriega.

Juzgue cada uno en qué perplejidad se hallaria Cortés. Le era preciso ocultar sus inquietudes, y disimular con los mejicanos y con los españoles. Á Motezuma le dijo: «Ha llegado segunda embajada del rey de España para apoyar mis negociaciones, y viene acompañado, segun costumbre, de un ejército; pero pienso reducirle á que se vuelva, y para esto iré yo en persona.» Á sus tropas les decia: «Á la verdad debo estar agradecido á Diego Velazquez, por haberme enviado tan á tiempo un refuerzo tan considerable; pues no dudo que haré otros tantos compañeros cuantos son los que han venido á acometernos. Cuando supo que llegaban los prisioneros, salió á recibirlos; les hizo quitar las prisiones: los abrazó amigablemente, en particular al licenciado Juan Ruiz de Guevara, que era el mas distinguido, diciendo: «Que le era muy sensible que el gobernador de Veracruz hubiese tratado asi á un hombre de su calidad y de su mérito, y que le daria sobre esto una reprension. En cuanto á lo demas se alegraba mucho de que se hubiese confiado la espedicion á Panfilo de Narvaez, su antiguo é íntimo amigo, á quien esperaba hallar bien dispuesto, y que fácilmente se compondrian entre si.» Cuidó de que los prisioneros recibiesen de los soldados buena acogida, y les dió parte de los regalos de Motezuma. Cuantos llegaban á hablarles, no tenien otra conversacion sino la de los aciertos de Cortés, de su capacidad, del gran crédito que tenia entre los mejicanos, y de sus amorosas atenciones con los españoles.

Instruidos asi los prisioneros, sin darles á entender la intencion del general, creyó éste que no podia valerse de mejores negociadores que ellos, y principalmente el licenciado Guevara; pero era Narvaez de genio tenaz y altivo; pensaba que no podria Cortés resistir á las tropas que él tenia, como que eran dobles de las suyas: y asi no quiso tratar de negociacion. Lo envió Cortés, aunque inútilmente, á fray Bartolomé de Olmedo, su capellan, hombre de mucho mérito: pero fué mal recibido de Narvaez, el cual encarceló al licenciado Guevara porque en sus proposiciones siempre añadia elogios de Cortés, y esto atormentaba los oidos del envidioso rival.

El general, al mismo tiempo que negociaba, no se descuidaba en tomar sus precauciones; y conociendo la imprudencia que seria esperar á Panfilo de Narvaez en la capital, y que viesen los mejicanos un combate entre los españoles, fué á ver al emperador, y le dijo: «Que podia temerse que el nuevo embajador español causase alborotos, porque viniendo como teniente de un gobernador distante, no podia saber las últimas instrucciones de la corte de España;» y añadió: «Bastará que yo le muestre mis patentes: y asi voy á llevárselas en persona con una parte de mis tropas, porque recelo que el nuevo ejército, mal disciplinado, haga algun daño á vuestros vasallos, y cause alguna pesadumbre á V. M.»

La parte de las tropas, que decia, era cuasi todo su ejército, porque no dejó mas que ochenta hombres al mando de Pedro de Alvarado, oficial muy querido de Motezuma. Tuvo la advertencia de pedir para reforzarse dos mil hombres de Tlascala, soldados indios, pero que hacian alarde de que los llamasen en socorro de los españoles, y de que, por decirlo asi, los adoptasen de este modo. Durante la marcha se renovaron las instancias con Narvaez, pero siempre inútilmente; porque este general estaba continuamente enfurecido, asi contra los enviados de Cortés, á quienes trataba de espias y seductores, como contra sus soldados, que se dejaban engañar, y contra sus oficiales, que abiertamente abrazaban el partido de Cortés. Aylion, miembro del consejo supremo de Santo Domingo, que habia ido en la espedicion en calidad de mediador, llegó á prohibir á Narvaez, pena de la vida, que avanzase contra Cortés; y Narvaez, poniéndose mas furioso, hizo aprisionar al mediador. Le despachó Cortes á Juan Velazquez de Leon, pariente cercano del gobernador de Cuba, y no le recibió mejor que á los otros. Pero esta conducta impetuosa y mal reflexionada le perjudicaba mucho en su ejército. Además se las habia con un general esperimentado é infatigable, que dobló sus marchas, le sorprendió en medio de una tempestad, le derrotó completamente, y le hizo prisionero. Los soldados vencidos, como se hallaban tan bien dispuestos, no necesitaron de ser vivamente solicitados para incorporarse con los vencedores; y asi por un incidente que debia perder á Cortés, se halló éste con una armada de once navios y siete bergantines, y un ejército de mil hombres de infanteria y ciento de caballeria, sin contar la guarnicion de Veracruz.

Esta espedicion fué obra de pocos dias; pero fué suficiente tiempo para que se verificasen algunas novedades en Méjico, á pesar de Motezuma, que constantemente habia permanecido, segun su promesa, en el cuartel de los españoles. Los indios, queriendo sin duda aprovecharse del corto número de los extranjeros para librar á su emperador, habian tomado las armas y dado muchos asaltos. Otros señalan diverso principio á esta novedad; pero sea el motivo el que quisiere, ella se hizo muy seria. Fué incendiado uno de los bergantines del lago, se rompieron los puentes, y dejaron desiertas las calles. Reinaba un silencio, que no se interrumpió hasta que Motezuma fué hasta las puertas de la ciudad á dar la enhorabuena al vencedor. Éste, viéndose con tanta fuerza y agraviado, olvidó sus atenciones ordinarias con el emperador; y aun dicen que le volvió la espalda, siendo asi que no tenia culpa en lo que habia pasado; pues antes bien habia espuesto su persona en defensa de sus huéspedes; y con la sombra de autoridad real que conservaba contuvo á los indios para no sacrificar á su furor los españoles.

Si los indios se hubieran unido, irritados como estaban, pudieran haber impedido á Cortés la entrada en la ciudad; pero meditaban el gran golpe de esperar á que estuviesen reunidos los españoles para destruirlos á todos de una vez. Dicen que Cortés, aunque reprendió á Pedro de Alvarado porque no habia sabido mantener la paz con

Digitized by Google

los indios, no sintió mucho la sublevacion, porque ésta le proporcionaba la ocasion tan apetecida de emplear las armas en apoyo de sus miras, para llegar á un suceso decisivo. Bien presto se le ofreció un lance que no esperaba. Los mejicanos, que habian tomado secretamente sus medidas, dieron con furor sobre el cuartel de los españoles; y aunque rechazados muchas veces, volvian de nuevo á la carga, y siempre con ímpetu que parecia desesperacion. Quiso Motezuma interponer su mediacion y su autoridad, y para ello se presentó en una ventana; pero una piedra, no se sabe si dirigida contra él, ó arrojada sin objeto determinado, le hirió en la cabeza, y murió á los dos dias.

Si no habian respetado á los españoles cuando vivia este príncipe, perdida esta salvaguardia anduvieron los indios con ménos contemplaciones; y así los estrechaban de noche y de dia, y en sus mismas derrotas aprendieron á dar con mas prudencia sus ataques. Los españoles, embestidos por todos lados y amenazados de morir de hambre, se vieron en la precision de abandonar tan bella conquista. Las joyas, las riquezas, los tesoros, siendo ya un peso peligroso, hacian penosa y arriesgada la retirada; porque se arrojaban á los españoles millares de indios, y al paso que éstos perecian al filo de la espada, ó precipitados en el lago, se presentaban otros. Nunca se habia hallado Cortés en peligro mas urgente; y muchas veces se vió precisado á cumplir con las obligaciones de soldado y de general á un mismo tiempo; pero las desempeñó con un valor que animaba al de sus tropas.

Le esperaba la última prueba, cuando salió de las calzadas al valle de Otumba, en donde se habian juntado para acabar con su ejército todas las fuerzas de Méjico. Al ver aquella multitud, esclamó Cortés: «¡Compañeros, aquí es preciso morir ó vencer! No temais, que Dios peleará por nosotros.» Viendo que balanceaba la victoria, se puso á la frente de su caballería, acometió á galope al centro del enemigo, y se abrió camino hasta el estandarte real, cuya suerte, segun la opinion de los mejicanos, debia decidir de la de todo el ejército. Penetró hasta donde estaba el que le llevaba, le derribó de una lanzada, y le quitó el estandarte. Inmediatamente cayeron de ánimo los indios, arrojaron las armas y se entregaron á la fuga. Fué horrible la carnicería, pues de doscientos mil hombres quedaron mas de veinte mil muertos en el campo de batalla. Los españoles no eran mas que seiscientos y cincuenta, y solamente perdieron diez y seis.

Despues de la batalla entraron en la tierra de Tlascala á descansar de sus fatigas; y cuando llegaron estaba la república armando gente para enviarles socorro; porque fieles á su alianza, se habian negado á la de Quitlabaca, sucesor de Motezuma, que ponia por condicion que se separasen de los españoles. No hubo honras que no hiciesen á Cortés: cayó este general enfermo en su ciudad, y manifestaron que sentian tanto como sus soldados el riesgo en que le veian, y se alegraron como ellos de su convalecencia. Aunque Cortés tuvo precision de dejar á Méjico, no renunció á su conquista; pero las circunstancias le obligaron á mudar el plan de la guerra. Ya no tenia en su poder al débil Motezuma, que por temor á las turbulencias, y con la esperanza de salir de su apuro sin efusion de sangre, cedia á cuanto el español le inspiraba; pero como sus mismos vasallos habian castigado al desgraciado emperador por sus condescendencias, tomó Cortés por pretesto de la empresa que meditaba la obligacion de vengar la muerte de su amigo Motezuma, vasallo del rey de España. Mientras descansaba en Tlascala se ocupó en los preparativos del sitio; y para no verse destruido, aunque vencedor, á fuerza de pequeñas pérdidas, le pareció que contra una multitud debia oponer otra multitud.

El gobierno tiránico de Motezuma y el orgullo de los mejicanos, que, viéndose sujetos al yugo, se complacian en imponérselo á otros, habia irritado contra ellos á la mayor parte de sus vecinos. Juntó Cortés todos estos odios, y les dió como una vida y una alma comun que los animase; y todas aquellas naciones se apresuraron á ofrecerle su contingente contra aquella ciudad soberbia. Nada le costaba vestir estas tropas, porque este gasto entre los indios le hace la naturaleza: nada le costaba el sustento, porque cada soldado le llevaba consigo. Dicen que llegaba á cien mil hombres el ejército que llevó contra Méjico; los de Tlascala eran los mejores, pero los otros no carecian de mérito; y á todos los tenia aguerridos mas ó ménos, segun su disposicion para la disciplina militar. Los peligros que habia experimentado, volviendo por las calzadas del lago, le suscitaron la idea de abrir camino por el lago mismo, y con esta intencion mandó construir piraguas ó canoas grandes, superiores á las de los mejicanos, y treinta bergantines que las auxiliasen, para lo cual le suministró todo lo necesario la escuadra de Narvaez.

Todos estos preparativos necesitaba contra el enemigo, á quien se proponia combatir. Á Quitlabaca, que no hizo mas que aparecer sobre el trono, habia sucedido Guatimocin, aquel mismo cacique, sobrino de Motezuma, á quien Cortés hizo privar de su dignidad por haber emprendido libertar á su tio de la prision. Aunque jóven era célebre ya por su mérito militar; y por otra parte se reconocian en él muchas prendas, sin la mezcla de los vicios, compañeros ordinarios del poder absoluto. Subiendo en tan críticas circunstancias á un trono tan mal asegurado, creyó deber apoyarle en el afecto del pueblo, que sus predecesores habian despreciado demasiadamente. Disminuyó los impuestos; administraba por sí mismo la justicia; los grandes, libres ya de los serviles homenages que rendian á su señor, y admitidos á su trato familiar, no pensaban ya en desquitarse de sus humillaciones con los pequeños. Animaba Guatimocin á los soldados con las honras y los premios; y empleaba todo su tiempo en los negocios del imperio.

Al sistema de Cortés, que era sublevar contra Méjico las naciones vecinas, opuso Guatimocin el de armar á sus tributarios y aliados para tener al enemigo distante de su capital; pero siempre fueron derrotados estos auxiliares, sin poder impedir que avanzase Cortés, quien se apoderó de todas las ciudades que habia al rededor del lago, y á las cuales iban á terminar las calzadas; se hizo dueño de las calzadas mismas; y con las grandes canoas y bergantines empezó á dominar como absoluto dueño, en aquel pequeño mar. De este modo, Méjico, en donde todos los hombres eran ya soldados, y todas las mugeres guerreras, y que por esta cuenta contenia mas de trescientos mil combatientes, se vió bloqueada por ochocientos y setenta hombres, que no tenian mas que ocho cañones: pues los indios, mas que para pelear, sirvieron para guardar las ciudades y las calzadas.

Las circunstancias de este sitio dan las mas grandes ideas de la habilidad de Cortés, de su facilidad en hallar recursos, de su serenidad en los peligros, y del valor de sus tropas. Tambien merece apreciarse la intrepidez de los mejicanos, su paciencia en los trabajos y entre los horrores del hambre, y su tierno amor al soberano; pero la mas porfiada defensa no pudo impedir que penetrase Cortés hasta el centro de la ciudad. Mientras duraron los ataques se habian hecho proposiciones de paz, y el emperador no estaba distante de admitirla; pero los sacerdotes de los ídolos las inutilizaron; porque veian que si se verificaba la composicion, resultaria seguramente el trastorno de su religion y su autoridad; y esto era suficiente motivo para que se opusiesen á todo acomodamiento. Inspiraron, pues, su obstinacion al pueblo, y aun al consejo; cedió el emperador á la pluralidad de votos y á la seguridad que daban los supersticiosos sacerdotes de que con el sacrificio de algunos españoles prisioneros se aplacarian sus dioses y la victoria seguiria la banderas de los indios. Sin embargo, los cortesanos y los ministros del emperador, confiando poco en tan bellas promesas, le instaban á que se pusiese en seguridad; pero él respondió que nunca abandonaria á su pueblo.

No obstante, cuando los españoles se hicieron dueños de una parte de la ciudad, y estaban ya en la plaza ma-

yor, tomó Guatimocin el partido de huirse, con ánimo de ponerse fuera de la ciudad á la frente de un ejército y volver á defender ó conquistar su capital. Para proporcionarle la ejecucion de este proyecto y cubrir su retirada, formaron los mejicanos una grande armada de todas las canoas que les habian quedado, y fuéron á atacar á los españoles. En lo mas fuerte del combate advirtió un capitan llamado Gonzalo de Sandoval que diez piraguas destacadas del cuerpo de la escuadra huian á fuerza de remo, y enviando á García de Holguin para que con su bergantin las persiguiese, éste las alcanzó y saltó á la principal. Se descubrió el emperador y se rindió prisionero, sin manifestar inquietud ni pesadumbre sino por la emperatriz su esposa, que le acompañaba.

Hizo el príncipe cautivo una seña, y toda su armada se detuvo, cayéndoseles á los combatientes las armas de las manos; y aun muchos las arrojaron al agua en señal de sumision. Los nobles, hechos prisioneros en las otras barcas, pedian, de un modo que causaba compasion, que los llevasen adonde estaba el emperador para morir á sus piés. En la ciudad fué igual la consternacion, todos se sometieron, y pudo Cortés en un instante considerarse como emperador de Méjico. Guatimocin fué presentado al vencedor, y llegó á hablarle con una nobleza y con un aire mas firme de lo que parece podia permitir su desgracia.

Se sentó delante de Cortés, estando éste de pié, y levantándose de repente puso su mano sobre el puño de la espada del general, y le dijo: «¿Qué te detiene para quitarme la vida? Los prisioneros de mi clase siempre causan al vencedor inquietudes; y así, pues no he tenido la fortuna de sacrificar mi vida defendiendo á mi pueblo, dame la satisfaccion de recibir la muerte por tu mano.» Sosegó Cortés su conmocion, le prometió tratarle favorablemente, y le dejó ver, aunque distante, la posibidad de ser restablecido en su trono.

Despues de los primeros cuidados para asegurar la conquista, pensó el general en apoderarse de los tesoros del imperio. Preguntó al emperador en donde estaban estos tesoros que se suponian sepultados por Motezuma; y sin embargo de no haberse hallado ninguno oculto, ni tener Guatimocin noticia de semejante depósito, como se habia esparcido generalmente la opinion de que le habia, despues de haber preguntado Cortés al emperador, preguntó á su ministro principal, y no confesando éste, le hizo dar tormento en presencia de su señor, al cual miraba el infeliz tristemente y parecia jurarle una fidelidad y afecto inviolable. Lo mismo se ejecutó con Guatimocin á presencia de la emperatriz, jóven y de amable figura, en quien se admiraban las gracias, la afabilidad y dulzura. Las lágrimas y sollozos que la arrancó este espectáculo enternecieron á Cortés, y así mandó retirar los instrumentos del suplicio. Despues llevó Cortés consigo á este príncipe á diferentes espediciones militares: hizo Guatimocin varios esfuerzos por salir del cautiverio; tuvo Cortés por traicion una de estas tentativas, y mandó quitarle la vida.

Despues de asear la ciudad convirtiendo los templos en iglesias, y de establecer magistrados, disponiendo todo con el órden posible, fué el general volando á nuevas conquistas. En diferentes espediciones, no solo sujetó todo lo que componia el imperio de Méjico, sino que la fama de sus hazañas le hizo tributarias y aliadas otras provincias. Apenas puede dudarse que, con la reputacion que se habia adquirido, pudiera haber ceñido su frente con la diadema imperial, procurando ganar á los indios con gracias, y repartiendo entre los principales españoles las ciudades y la autoridad; pero siempre miró como justa obligacion depender de la corona de Castilla. Carlos V, que la ceñia á la sazon, le dió el título de capitan general y gobernador de Nueva-España; pero cuando ménos lo esperaba, vió llegar tesoreros, inspectores, contralores, y un tropel de oficiales y jueces, que iban á reemplazar á los que Cortés habia nombrado. Mientras estaba Cortés en una espedicion distante, se esparció una falsa noticia de su muerte, ó por casualidad ó de propósito; y los tales oficiales le vendieron todos sus bienes, y los repartieron entre sí como si fueran sus herederos. Volvió él, los castigó, y les hizo restituir cuanto le habian tomado. Las quejas que dirigió á España sobre su poca subordinacion, y las reclamaciones de los acusados, dieron motivo á que se nombrase un virey que no fuese Cortés, á quien no dejaron mas que el mando de las tropas; pero como el nuevo virey no queria igual, y Cortés no podia sufrir superior, volvió á España, adonde ya habia hecho un viaje para que se le hiciese justicia. Siempre le recibian con atenciones y distincion particular; pero reconoció, no obstante, que no pensaban en darle una autoridad de que temian abusase. Hizo cuanto pudo por desterrar estas sospechas; siguió como buen cortesano al emperador en su espedicion de Argel, en la cual se distinguió como solia; le mataron el caballo que montaba, y en una batalla que se dió en África perdió dos esmeraldas, inestimables despojos de América. Persuadido á que todas sus condescendencias no le servirian para que se le confiase el poder y el lugar que merecia, se retiró á un pueblo inmediato á Sevilla, y allí murió en el año de 1554, á los sesenta y tres de su edad.

Los mejicanos no tienen sobre su origen mas que tradiciones orales, que iban pasando de boca en boca. Su principio, segun estas tradiciones, se halla en lo que para nosotros es el principio del siglo décimo. Dicen que partieron siete tribus, una despues de otra, de siete cavernas, cuya situacion no fijan: que fueron arrojando de aquella tierra á unos salvajes desnudos, por la mayor parte gigantes, y muy crueles, que poblaban las llanuras, y se mantenian de frutas y raíces: que los rechazaron á las montañas, en donde todavía viven sus descendientes: que llegando aquellas tribus á las riberas del lago, edificaron en ellas sus poblaciones; y que la última de las siete tribus que las cavernas vomitaron fué la de los mejicanos, que anduvo por ochenta años errante ántes de hallar en donde establecerse; que la habia prometido su Dios Vitzilipuztli un país abundante en alimentos, oro, plata y pedrería, y que reinaria sobre todas las otras tribus. En la seguridad de ver cumplida esta profecía, se puso en marcha este pueblo, llevando la imágen de su dios en una caja cerrada y en hombros de sacerdotes: los movimientos de la multitud se arreglaban siempre por los oráculos de los que tenian por ministros de la divinidad, y éstos les señalaban el camino que se debia tomar, no atreviéndose el pueblo á sentar ni levantar el campo sin su licencia; y si desobedecia recibia el castigo de una mano invisible. En donde los sacerdotes se detenian levantaban un altar, colocaban el ídolo en él, y allí daba éste sus oráculos y respuestas, que los sacerdotes interpretaban á su modo; y durante esta larga peregrinacion fueron dando forma al culto religioso y arreglo á la sociedad civil. Cuando llegaron los mejicanos al lago, ya las otras tribus ocupaban las orillas; pero les cedieron por gracia una isla pequeña con la carga de un tributo. Edificaron allí una ciudad, y le llamaron de su propio nombre *Méjico*: colocaron en el medio el ídolo, y le erigieron un templo. Fué insensiblemente creciendo esta poblacion por las isletas adyacentes, que fueron agregando por medio de calzadas; y así se formó una ciudad, que, atravesada de infinitos canales, era tan singular como magnífica.

Reducida la nacion á tan pequeño espacio, y multiplicándose cada dia, se vió precisada á enviar fuera colonias, y de aquí nacieron las guerras por sostener á sus emigrantes contra aquellos que les hacian resistencia. Empezaron tambien las disensiones en la ciudad, y estas diferentes causas determinaron á los mejicanos á abjurar el gobierno sacerdotal, y sujetarse á un rey. Los ricos y los gefes todos aspiraban á esta dignidad, pero para quitar toda envidia, convinieron en tomarle de una nacion vecina, y encargaron su colocacion en el trono á un anciano. Éste, al ponerle en posesion, le hizo un discurso patético é instructivo sobre las obligaciones de un rey, costumbre que se conservó siempre, y no consistia en una simple fórmula.

Digitized by Google

Este primer rey no fué conquistador, y se contentó con defender á los mejicanos contra los de las riberas, envidiosos de su prosperidad. En cuarenta años que reinó hermoseó la ciudad y perfeccionó las leyes. Dejó este buen príncipe numerosa familia, y no quiso elegir sucesor; pero los mejicanos reconocidos colocaron en el trono á uno de sus hijos, príncipe, que con la mas diestra política tomó por esposa á la hija de un rey vecino, el mas implacable y peligroso enemigo de los mejicanos, esperando, como realmente sucedió, que así daria la paz á sus vasallos.

El tercer rey fué tambien pacífico; el cuarto guerrero y conquistador. Éste subyugó las naciones vecinas; hizo ver á la suya los inconvenientes de la eleccion popular; persuadió á los mejicanos que pusiesen el derecho de elector soberano en seis electores, dos de ellos vecinos tributarios, y cuatro príncipes de la sangre. Su sucesor, Motezuma I, estendió la costumbre bárbara de sacrificar los prisioneros que hacian en la guerra; pero ya existia esta costumbre, pues se ve que en la fundacion de Mejico sacrificaron al hijo de una maga; ya entonces frotaban tambien su ídolo con sangre humana. Este quinto rey tenia una corte magnífica, se aplicó al gobierno, estableció tribunales de justicia, creó censores, cuyo cargo era velar sobre las costumbres de sus vasallos; y tambien hizo erigir á su dios Vitziliputzli un templo, que admiró á los españoles.

El octavo rey, llamado Antzal, es famoso por su clemencia, sus beneficios y su humanidad. Renunció á la gloria de las conquistas, tan apetecida de sus predecesores; y empleó sus tesoros en aumentar y hermosear la capital, en hacer que floreciese la industria, y en que fuesen felices sus pueblos. Por estar los mejicanos entre dos lagos, uno salado, y otro cenagoso y salobre, reducidos á beber agua de pozos, impregnada de sus malas cualidades, tenian que ir á buscar agua potable mas allá de los lagos; y Antzal llevó por conductos el agua de las fuentes distantes. Barrenó montañas, terraplenó valles, ocultó acueductos en los lados de las calzadas, y consiguió que los habitantes viesen correr dentro de la ciudad, con grande admiracion suya, rios de agua saludables. Este rey fue el antecesor de Motezuma II, nono y último emperador de Mejico, no contando á Guatimocin, que no hizo mas que ceñir una diadema sangrienta y pasar desde el trono a las cadenas, y de éstas á la muerte.

El año de los mejicanos constaba como el nuestro de meses y de semanas, y al fin sobraban cuatro dias, que podemos llamar intercalares, y debian emplearse únicamente en regocijos. Cesaban todos los trabajos; habia interrupcion en el comercio; estaban suspensos los tribunales de justicia; parecia que olvidaban hasta la religion, y no pensaban mas que en los placeres. El principio de su año era el primer dia de la primavera, pero mejor tal vez hubiera empezado el año en otoño, que es la estacion de la cosecha y de los frutos; pues empezar á gozar es principiar á vivir.

Temian los mejicanos por tradicion que al fin de cada cincuenta y dos años de su era corria peligro el mundo de ser destruido, y al anochecer del último dia de cada cincuenta y un años se despedian del sol con lágrimas y sollozos; se abrazaban como que ya no habian de verse mas, y se encerraban tristemente en sus casas hasta el siguiente dia en que, pasmados de verse vivos, y de que nada se habia mudado, espticaban los transportes de su contento cantando himnos, dándose la enhorabuena de haber empezado un nuevo período y de que todavía podrian vivir sin miedo cincuenta y dos años.

En la religion y ritos mejicanos entraban muchos ejercicios laudables, y al mismo tiempo crueldades absurdas é indecencias que no dejan de pasmar en un pueblo civilizado. Reconocian un Dios criador, conservador y bienhechor; pero no tenia la lengua mejicana términos para espresar aquel gran dueño de todas las cosas, aunque levantando los ojos al cielo con grande veneracion daban a entender que creian en la existencia de esta divinidad. Sin embargo de que reconocian la omnipotencia de este Dios, no acababan de formar idea de que estuviese en todas partes, y así creian que para gobernar el universo tenia á su disposicion divinidades subalternas encargadas de este cuidado. Despues de este Dios supremo y de sus adjuntos, honraban particularmente al sol, á la luna, á la estrella de la mañana, y al mar. El ídolo de Vitziliputzli era el mayor dios visible, y éste tenia á su cargo la prosperidad del imperio. Despues de él seguia Tescatlipulza, que presidia á las capitulaciones; y le representaban con dardos en las manos para significar que castigaba á los malos. Su trono estaba incrustado de cráneos y huesos humanos, emblema de su autoridad sobre el hambre y la peste.

En algunos parages tenian un ídolo vivo, el cual era un prisionero, á quien ponian el nombre del dios á cuyo culto habian de sacrificarle. Por un año entero era adorado, le adornaban con preciosas joyas, y le sustentaban con las ofrendas mas regaladas. Le hacian echar su bendicion á los niños y á los enfermos; pero pasado el término le sacrificaban. Clavar el que llamaban cuchillo sagrado en el corazon de la víctima, arrancar éste de entre las entrañas palpitantes, ofrecerle humeando la sangre, y esprimirla sobre el infeliz, era privilegio honorífico del gran sacerdote, ó del que le substituia. El colegio de los sacerdotes tenia grande influencia en los asuntos políticos, como que dirigia á los pueblos y á los soberanos; estimacion que compraban á costa de una vida austera, y de muchas privaciones. El cargo de sacerdote de Vitziliputzli era hereditario en ciertas familias; pero en los templos de otros dioses se llegaba al sacerdocio por eleccion ó por la educacion, destinando á algunos desde la infancia.

Para el matrimonio habia un rito ó ceremonia pública. Preguntaba el sacerdote á los futuros esposos sobre su inclinacion; y haciéndoles una exhortacion, anudaba una punta de velo de la muger con el vestido del hombre. Atados así con este emblema de union, iban seguidos del sacerdote á visitar el fuego doméstico, y le adoraban postrados, como que habia de ser testigo de su felicidad; y despues se sentaban para recibir igual porcion de alimento. Habia depósitos públicos para recibir y conservar las estipulaciones ó condiciones del casamiento. El divorcio pendia de la voluntad de los dos esposos; pero una vez divorciados, no podian volver á unirse, pena de la vida; y así, por poco afecto que conservasen á una persona á quien habian querido bien, el verse imposibilitados de volver á encender el fuego del amor una vez apagado, no les dejaba precipitarse al ímpetu de la cólera, ni aun á los antojos del capricho. Sin embargo, cuando esto sucedia, se llevaba el padre los hijos, y la madre las hijas. La mala conducta de la muger imprimia una vergonzosa mancha en el marido.

Llevaban á los recien nacidos al templo, y con gran solemnidad los ponian sobre el altar; hacia el sacerdote un discurso sobre las miserias de la vida, sacaba unas gotas de sangre de la parte mas secreta del niño, y luego le sumergia en el agua diciendo algunas palabras. En la mano del varon ponian una espada ó algun instrumento mecánico segun la profesion del padre. Con las niñas no habia distincion alguna; porque á todas, de cualquier calidad que fuesen, las daban una rueca y un huso.

En ciertas épocas los sacerdotes hacian figuritas de una especie de pasta, y daban á comer pedacitos de ellas. Los sacrificios humanos llegaron á un esceso increible. ¿Quien podrá creer que en un solo dia se rociaron los altares con la sangre de veinte mil víctimas? Los funerales de un rey ofrecian el mas terrible espectáculo; porque todos los de su casa debian morir con él, so pena de ingratitud, que entre los mejicanos era el mayor delito. Entre los grandes se enterraba la muger con su esposo, construian magníficos mausoleos, y ponian en las sepulturas oro, plata, joyas y provisiones para el otro mundo, lo cual es una prueba de que tenian por lo menos alguna idea de la inmortalidad del alma.

Digitized by Google

Al emperador no le coronaban hasta haber hecho alguna hazaña militar. Le ungia el gran sacerdote con una especie de bálsamo compuesto de varias drogas que tenian por preservativas contra los sortilegios y las enfermedades. Le rociaban con la que llamaban agua sagrada; y el primer sacerdote le ponia en los hombros un manto pintado de huesos y calaveras, para traerle á la memoria que habia de morir algun dia. Juraba mantener la religion y las leyes de sus mayores y conservar al pueblo sus derechos y privilegios. Prometia que todos los dias saldria el sol, que caeria la lluvia cuando fuese necesaria, y que durante su reinado no habria pestes, hambres, ni inundaciones; queriendo decir en esto que se portaria de modo que no atraeria jamás sobre sus vasallos inocentes estas venganzas del cielo.

Los honores que tributaban al rey eran una especie de adoracion. Tenia el monarca, entre un gran número de concubinas, dos singularmente distinguidas, á quienes daban el nombre de reinas. Sus rentas eran inmensas, porque cada uno tenia que darle la tercera parte de sus bienes ó de su industria, y esto se cobraba con rigor. Los soldados eran mas favorecidos que los otros vasallos y llevaban divisas de honor y distinciones militares. Habia una órden de caballería, en la cual solo eran admitidos los grandes, y esto despues de haberlo merecido con acciones brillantes. La divisa era una cinta encarnada con que se ataban el cabello, y de ésta pendian bellotas, cuyo número se iba aumentando con cada hazaña que lo mereciese. Este era el remedio mas seguro de avivar continuamente la emulacion.

El modo de administrar justicia era sumario; y como no sabian escribir duraban poco los pleitos, y los castigos eran severos para proporcionar el escarmiento. El consejo del príncipe velaba con la mayor atencion sobre los magistrados, y no omitia medios algunos de procurar la buena educacion de los niños. Para los plebeyos habia escuelas públicas; para los jóvenes nobles colegios ó seminarios. Los maestros eran muy respetados, y algunas veces los llamaban al ministerio, como hombres que tenian mas luces que otros.

Los discípulos eran instruidos en la primera clase acerca de las reglas del calendario, y les enseñaban los cánticos en honor de los hombres grandes, y los que servian para las alabanzas de sus dioses. En la segunda clase se les enseñaba la moral: y entónces, estudiando los maestros el carácter de los niños, les inculcaban la necesidad de ser dóciles, humildes y modestos, y la de portarse bien. Hasta haberles formado el espíritu y el corazon no pasaban á la tercera clase, en la cual se aplicaban á los ejercicios del cuerpo, como luchar y nadar. Los ejercitaban en el manejo de la espada, en disparar las flechas, en saltar grandes espacios, en dar carreras largas, en llevar pesadas cargas, sufrir el hambre, la sed, y hacerse fuertes contra el rigor de las estaciones.

Los jóvenes nobles, educados ya en estos ejercicios eran enviados al ejército á ensayarse durante una campaña, y les hacian llevar su equipage como á los soldados no solo para endurecerlos con el trabajo, sino tambien para mortificar su vanidad, y acostumbrarlos á la subordinacion y obediencia. Pero concluida esta campaña podian libremente retirarse, y tomar otro medio de vivir que fuese mas de su gusto. Á pesar de tan bellas instituciones el imperio de Méjico quedó arruinado en cuatro años, y le gobernó un virey español.

Este pais fué el verdadero tesoro de los españoles, que le llamaban la *Nueva España*, y su cofre fuerte, porque allí encontraban lana, algodon, azúcar, seda, cochinilla, cacao, plumas, miel, bálsamos, palo de tintes, sal, sebo, tabaco, gengibre, plantas odoríferas y medicinales, ambar, perlas, piedras preciosas, oro y plata.

Al presente se ve la Nueva España habitada de un pueblo mixto, compuesto de indios, españoles, otros europeos, y aun de negros. Los descendientes de españoles sin mezcla se llaman *criollos*; los de conjuncion española y americana *mestizos*, á la segunda generacion *terzerones*; á la tercera *cuarterones*; los descendientes de europea y negro son *mulatos*: y la última de estas clases es la que resulta de india y negro. Los verdaderos mejicanos son altos, bien formados, activos, dóciles y vivos, su tez de color bazo, sus ojos grandes y centelleantes, el rostro redondo, y las facciones regulares. Las mugeres participan de todos estos dotes, con ventaja en las calidades agradables. Los dos sexos cuidan mucho de su cabellera, dejándola colgar á discrecion del viento. En pais tan dilatado no pueden faltar estravagancias; y así hay pueblos que tienen por mucha gracia una nariz aplastada, y hacen cuanto pueden por dársela á sus niños; otros les oprimen la cabeza para que se les forme la frente en figura piramidal; otros, como sus mayores, todavía se desfiguran con pinturas el rostro; pero en el resto del cuerpo van perdiendo esta manía, á proporcion que se van habituando á los vestidos.

En ninguna parte varian tanto los trages, aunque generalmente conservan hombres y mugeres el gusto por sortigas y joyas. El carácter primitivo de los mejicanos, su genio y su natural inclinacion, se hallan en aquellos indios que han conservado en los montes la libertad. Allí se encuentran hombres valientes, generosos, humanos, y de arregladas costumbres. Sus ocupaciones son la caza, la pesca y la agricultura: pero no siembran ni plantan mas que las cosas necesarias para la vida. Parece que, atormentados y afligidos con la memoria de lo que fueron, se desdeñan de cuidar de lo agradable y regalado, por contenerse en lo que puramente es preciso.

El pais de Méjico le tenian repartido los españoles en tres audiencias ó tribunales bajo la autoridad del virey, que habitaba en la capital, ciudad la mas regular del universo, cuyas calles son derechas y en tal disposicion que se dilata por toda ella la vista. No tiene castillos ni murallas, porque de uno y otro sirve el lago. Se va á la ciudad por cinco hermosas calzadas, y cada una de estas sale de un pueblo construido en la ribera. Además de esto está rodeado el lago de lugares, que desde el centro de la ciudad ofrecen una perspectiva que encanta; y cubierto de canoas y góndolas en todos tiempos, es como un verdadero y hermoso cuadro movible. Nada falta para la utilidad y decoracion de esta capital, en la cual hay grandes hospitales, soberbios palacios, magnificas iglesias. El espectáculo de las tiendas, ricamente provistas, ofrece á la vista una especie de feria continua.

Méjico como dijimos fué gobernado por vireyes españoles, habiendo llegado el primero en 1535, hasta la revolucion empezada por el cura Hidalgo en 15 de setiembre de 1810, continuada por el cura Morelos y otros gefes, y paralizada á fines de 1819. Una segunda revolucion efectuada en 1821 arruinó casi enteramente la potestad española en aquel pais, y en mayo de 1822 nombraron los mejicanos como emperador á Agustin Iturbide, quien obligado á abdicar en 1823 dejó toda la autoridad en poder del congreso. En vano quiso despues recobrarla, pues fué cogido y fusilado. Se fluctuó por algun tiempo entre la monarquía, el federalismo y el centralismo, hasta que por fin se adoptó la federacion en la Acta constitutiva y Constitucion federal que han regido en la República mejicana hasta fines del año 1836, en cuya época se innovó la forma de gobierno y se adoptó el centralismo. Santana, autor de la revolucion contra Iturbide, volvió al poder del que á su vez le arrojó el general Paredes. Cuando Tejas despues de conquistada su independencia se incorporó con los Estados Unidos, tuvo Méjico que sostener una guerra encarnizada con esa poderosa república. Llamó entónces de nuevo á Santana; pero fue éste derrotado distintas veces y los soldados de la Union se apoderaron de Veracruz, de las Californias, penetraron en la ciudad de Méjico é impusieron la paz á los mejicanos.

Los habitantes de la república de Méjico son algo mas de 8 millones, y se dividen en 4 clases principales: Primera: los blancos, en número de cosa de 2 millones, compuestos de gachupines, esto es, de individuos naci-

dos en España, y de criollos nacidos en América; pocos de éstos son de raza blanca pura, y hay pocos mejicanos blancos por parte de madre, no habiendo llevado consigo mugeres los primeros conquistadores. Anteriormente á la última revolucion esta clase ocupaba todos los empleos, y todos los grados estaban entre sus manos. Segunda: los indios ó indígenas, de los cuales unos 3.500,000 están convertidos al cristianismo, y 500,000 son todavía salvages. Tercera: la sangre mezclada, que forma casi dos millones de individuos: estos son mestizos, nacidos de blancos é indios, mulatos, nacidos de blancos y negros, y zambos nacidos de negros é indios. Los mestizos ó cruzados de blancos é indios tienen la piel tan blanca como la de sus padres, y no se les puede reconocer sino por las facciones de la cara. Cuarta: los negros, en número de unos 20,000; éstos van disminuyéndose todos los dias. Las diferentes tribus de indijenas son los apaches y los tetanes, llamados por los españoles cumanches, que habitan las partes septentrionales, y que á escepcion de algunas tribus son todos nómadas y pasan la mayor parte de su vida á caballo; los indígenas de las Californias, que se civilizan de dia en dia, los tarahumaras y los mecos en el estado de Durango, los pimas y los yaquis, en el de Tonora, los tarascos, los totonacos, los zapotecas, los mixtecas, en las partes centrales y meridionales; los chapanecas, en el estado de Chiapas; y los mayas y yucatecos en el estado de Yucatan, de que se compone casi toda la poblacion. El indio mejicano es de color bronceaco como los de todo el continente de América, y algo mas atezado que los de otros paises: su estructura, menor en algunas pulgadas que la del blanco, abultada hácia los hombros y estrecha en las extremidades: su pié y mano son pequeños y de color mas claro en las plantas y palmas que en el resto del cuerpo, muy escaso de vello en toda su extension; la barba por lo comun se halla muy desprovista de pelo, sino es en su extremidad y sobre el labio superior: la nariz por lo comun es aguileña y el pelo lacio. Su aspecto es grave, melancólico y silencioso: á pesar de esta seriedad, sus maneras y modales son suaves, dulces y complacientes: su semblante es siempre uniforme, y jamás se pintan en su fisonomía las pasiones que le agitan por violentas que lleguen á ser. Aprenden con facilidad, tienen un juicio recto y gran inclinacion á sutilizar y abstraer. Tienen tambien aptitud para las artes mecánicas, pero poca imaginativa. Por lo demás son resignados, humildes, fieles y constantes en su amistad, afectos y empeños: son sobrios y frugales, pues todo su alimento se reduce á lo que ellos llaman tortillas, hechas de maiz, y ligeramente untadas con una salsa de chile ó pimiento acompañado de una especie de poleadas llamadas atole. Los blancos naturales de Méjico son casi en su totalidad descendientes del pueblo español con alguna mezcla de las demas razas establecidas en el pais; su carácter, sus inclinaciones, sus hábitos y costumbres son en el fondo las mismas que las de los habitantes de su antigua metrópoli. En el estado actual de las cosas es todavía difícil formar una idea exacta del carácter mejicano, que por estarse formando aun no es posible fijarlo: todavía es demasiado reciente la existencia de Méjico como nacion para que los rasgos que hayan de determinarle adquieran la estabilidad necesaria, y puedan ser conocidos y marcados como tales: así pues nos limitaremos á decir que los mejicanos son rectos, francos y abiertos, de genio dulce, aguerridos, y amantes de las ciencias y artes.

Se hablan en Méjico 20 idiomas diferentes que no tienen ninguna analogía entre sí, y 14 de ellos con sus gramáticas y diccionarios. La ilustracion mejicana hasta mediados del siglo pasado no caminó sino con pasos muy lentos. Á esta época corresponden las tareas y trabajos científicos y literarios de muchos sujetos del mayor mérito. Entónces se llevó á efecto el establecimiento del seminario de Minería que tan comunes y populares ha hecho entre los mejicanos los conocimientos físicos, matemáticos, químicos y mineralógicos que en él se enseñan. Existen en la capital y en las provincias universidades, colegios, bibliotecas, etc. El gobierno protege diferentes establecimientos de instruccion de fundacion reciente, y estimula el celo de las municipalidades en cuanto á la enseñanza de primeras letras, cuyo número de escuelas establecidas en Méjico despues de la Independencia excede á toda ponderacion, en las ciudades, en las villas, en los pueblos, en las rancherías y hasta en las haciendas ó fincas rústicas de los particulares las hay, al ménos para leer y escribir, resultando de esto que en el dia es muy raro encontrar aun en las últimas clases, quienes carezcan de este género de instruccion. En una palabra la importacion frecuente de toda clase de libros y el ansia y entusiasmo de tenerlos y estudiarlos es siempre creciente en la República; por manera que se puede asegurar que en ninguna de las otras secciones de América hay tantas colecciones de libros como en Méjico. Á este loable empeño, que tanto honor hace á los mejicanos, no poco ha contribuido la providencia tomada por el gobierno desde hace tiempo y recien ratificada en el nuevo arancel de suprimir todo derecho de aduana sobre los libros ya en rústica ya en pasta.

Todos los mejicanos, sin distincion de castas, profesan la religion Católica bajo la direccion de un arzobispo y 9 obispos, con 1070 parroquias, 6 colegios de propaganda fide, 148 conventos de religiosos reglares y 58 de religiosas de varias órdenes. El ejercicio de cualquier otro culto está prohibido expresamente por la Constitucion Mejicana.

Los aspectos mas variados se hallan reunidos en el hermoso pais que describimos: llanuras fecundas y extensas ostentan en él su magnífica vegetacion; cadenas de montañas escarpadas elevan á asombrosas alturas sus cimas volcánicas y cubiertas de nieves eternas; por todas partes precipicios, cataratas, valles deliciosos, admiran ó encantan las miradas; se encuentran generalmente ciudades, villas y aldeas edificadas en situaciones las mas pintorescas. Una vasta mesa, que se sostiene por lo comun á 7,000 pies sobre el nivel del mar, ocupa el centro de Méjico, y por su gran elevacion poporciona á esta parte del pais una suave y dulce temperatura; los terrenos que están á lo largo de las costas se hallan bajo un calor sufocante, y el clima en ellas no es el mas sano, lo que no sucede en las tierras interiores, por ser el aire mas benigno. En estos paises se ignora lo que es invierno y estío, estaciones que se hacen sentir con tanta fuerza en otra parte: el mismo vestido proteje contra los ardores de la canícula y los rigores de enero; y los ganados duermen todo el año al raso y sin otra cubierta que la bóveda del cielo. El terreno de Méjico da abundantemente los mas preciosos productos del reino vegetal: tales son el trigo, el maiz, el maguey, de cuya utilísima planta, casi exclusiva del pais, se extraen dos géneros de bebidas de un consumo puramente interior pero generalísimo, á saber, el pulque y el mezcal, la vainilla, la cochinilla, el azucar, el cacao, el algodon, el añil, el tabaco, el palo de campeche, la caoba, la jalapa, el nopal, la palma, el pino, el cedro y todos los árboles gomo-resinosos. En toda la superficie de la república hay mucho ganado vacuno, lanar, de pelo y de cerda, sucediendo otro tanto con el caballar ó mular, y es tal la multiplicacion y abundancia de estos cuadrúpedos, que hay tropas de ellos que vagan sin dueño por los campos, y se denominan mesteños. El jaguar, el cuguardo, el bisonte y el buey almizclado son tambien animales de esta parte del nuevo mundo; Méjico no posee solamente minas de oro y plata las mas ricas del mundo, sino que las hay en su territorio de cobre, mercurio, fierro, estaño, plomo, carbon, zinc, antimonio, arsénico, cobalto, etc.; pero la mayor parte de estos minerales no han sido hasta ahora buscados, y como su laboreo requiere una extension de conocimientos especiales, no pueden difundirse sino á proporcion que estas sustancias metálicas vayan siendo el objeto de las empresas mejicanas. La industria fabril en el ramo de manufacturas jamás ha sido de consideracion en Méjico: con todo en estos últimos tiempos se han establecido en algunos pun-

Digitized by Google

os de la República fábricas de hilados y tejidos de algo- on, además de los paños de rebozo y lienzos que siempre se han fabricado.

Un golfo largo y estrecho, formado por el gran Océano, se extiende del sudeste al noroeste por el este de la península de la Vieja California, que él separa casi enteramente del resto de Méjico: toma los nombres de golfo de California, de mar Bermejo, y de mar de Cortés. El golfo de Tehuantepec en el mismo Océano baña la costa del Estado de Ojaca.— El Gran Océano forma tambien en Méjico, sobre la costa de la Nueva California, el vasto y magnífico puerto de San Francisco. La bahía de Campeche está formada por el golfo de Méjico sobre la costa occidental de la península de Yucatan. El golfo de Honduras, que baña al sudeste la misma península, es una division del mar de las Antillas. Al norte de la desembocadura del Rio del Norte, sobre la costa del estado de Cohahuila y Tejas, está la bahía de San Bernardo, orillada al Sur por algunas islas largas y estrechas que la separan del golfo de Méjico.

El cabo Mendocino en la Nueva California forma el punto mas occidental de Méjico. El cabo San Lucas determina el extremo meridional de la Vieja California. El cabo Corrientes en el estado de Jalisco avanza al Sur de la desembocadura del Rio Grande. El cabo Catoche forma la estremidad noreste del estado de Yucatan.

Cerca de la costa de la Nueva California se notan las islas de santa Cruz y de santa Catalina, separadas del continente por el canal de santa Bárbara. El golfo de California contiene un gran número de islas, de las cuales las mayores son la de Tiburon sobre la costa de Sonora y Sinaloa, y las de Santa Inés y del Carmen, cerca de la Vieja California. El archipiélago de Revillagigedo está situado en el Gran Océano á unas 70 leguas Sur del cabo de San Lucas. — Cerca y al Este de Yucatan se halla la isla Cozumel y las islas Terranof ó Turneff.

Una cordillera elevada, que forma la continuacion de los montes Rocallosos, recorre la República Mejicana en todo lo largo de ella, y se extiende por la mesa central que ya hemos referido: se llama Sierra Verde, Sierra de los Mimbres, Sierra Madre, Cordillera de Anahuac, y tiene por principales cimas al monte Popocatepetl (Estado de Puebla), volcan célebre, que alcanza á una altura de mas de 6,000 varas, y el pico de Orizaba (estado de Veracruz) es poco ménos elevado. La Sierra Oscura, que corre del Norte al Sur en la parte noreste de Méjico, es una de las principales ramificaciones de esta grande cadena. Los montes Californios se extienden del noroeste al sureste atravesando las Californias, paralelamente á la costa del Gran Océano. Tal es la direccion que tiene esta cordillera en toda la República.

Casi todos los estados del interior tienen sus capitales en alguno de los 3 ramales en que se divide la cordillera, y que se mantienen constantemente elevados á una altura de 1,900 á 2,500 varas hasta Durango en que se empieza á percibir su descenso. La cordillera, que desde Goatemala viene compacta y unida en una anchura proporcionada á la estrechez del istmo que atraviesa, se ensancha repentinamente bajo el grado 19 de latitud y es la Sierra Madre, nombre sin duda debido á los 2 ramales menores que en este punto se forman y salen de ella extendiéndose al este y oeste: el oriental se dirige hácia el mineral del Catorce y va declinando insensiblemente hasta perderse en el estado de Nuevo Leon; el occidental ocupa una parte del estado de Jalisco, desde Bolaños se desliza rápidamente por Culiacan en el estado de Sinaloa, pasa por África en el de Sonora, se prolonga por la ribera del Gila, y va á perderse en sus fuentes, renace no obstante á las inmediaciones del golfo de California, y en la Taraumara toma una altura considerable en las montañas de la Primeria alta. La parte central ó el tronco de estos ramales entra en la República por Chiapas dejando á este estado al noreste y á Goatemala al suroeste, sirviendo á ambos de límites: desde allí se prolonga por el estado de Ojaca, y en Tehuacan empieza á adquirir una anchura muy considerable hasta llegar á formar la mesa central en que se hallan las ciudades de Puebla, Jalapa, Orizava, Córdoba, Méjico, Toluca, Querétaro y Guanajuato: desde esta ciudad continúa por Durango y el Parral y por las fuentes del Rio Bravo, y va á unirse con la Sierra Verde en el territorio de los Estados Unidos del Norte. La cuesta de la Sierra Madre es la que forma y constituye el curso opuesto de los rios, y que nacen ó corren por sus costados, enviando las aguas de unos al Gran Océano y al golfo de California; y las de los otros al seno Mejicano, segun se va á ver en el apartado siguiente.

Entre tantos favores como la naturaleza ha prodigado á Méjico se padece en ella en lo general escasez de agua y de rios navegables. De los que desembocan en el seno mejicano el mayor es el Bravo del Norte, que naciendo en el nudo que forma la Sierra de las Grullas en el Nuevo Méjico, atraviesa de norte á sur todo este territorio, engruesándose con multitud de raudales y riachuelos que le suministran sus aguas: entra despues en el estado de Cohahuila y Tejas, y en él se aumenta considerablemente el volúmen de sus aguas por la reunion de los rios Conchos y Puerco, de los cuales el segundo nace en este estado y el primero en el de Chihuahua: sigue despues por el de Tamaulipas notablemente aumentado, y desemboca ya muy caudaloso en el golfo de Méjico, despues de haber recorrido un espacio de 512 leguas. El de Moctezuma, llamado Tula en la parte superior de su curso, nace en el valle de Tenoxtitlan y conduce una gran parte de las aguas de estos lagos por toda la parte septentrional del estado de Méjico y el de Veracruz, hasta unirse con el Tampico ó Pancuo, donde se han hecho importantes trabajos hidráulicos para reunir la magnífica hoya de Méjico con la de este rio por medio del famoso Desagüe y hasta desembocar en el golfo por los esteros que forman la línea divisoria entre este estado y el de Tamaulipas. Los de Alvarado y Goazacoalcos nacen y desembocan en el estado de Veracruz, y el de Grijalva ó Tabasco en el estado de este nombre. En la antigua provincia de Tejas, perteneciente en el dia á los Estados Unidos, se hallan el de las Nueces, el de Guadalupe y el Colorado que desembocan en la bahía de San Bernardo, el de la Trinidad y el Sabina que entra en el lago de este nombre, y forma el límite entre Méjico y Norte-América.

Son en lo general mas caudalosos y de corriente mas prolongada los que desaguan en el Gran Océano; el Timpanagos nace en el lago de este nombre y el de San Buenaventura en el Salado; el primero desemboca en e puerto de San Francisco, y el segundo en la ensenada que forma el cabo de Pinos: ambos tienen su origen en la Nueva California, y el volúmen de sus aguas es poco inferior al del Bravo del Norte, aunque su curso es mucho menor. El Colorado de California nace en la falda occidental de la Sierra de las Grullas, y en toda la extension de su curso divide al estado de Sonora de la Nueva California, hasta que entra en el golfo en confluencia con el Gila que nace en la sierra de los Mimbres, y atraviesa de E. á O. el estado de Sonora. El Tololilan ó Rio Grande, llamado Santiago, tiene sus fuentes en el lago de Lerma, y su primer curso en el estado de Méjico, desde San Juan del Rio sirve de línea divisoria á los estados de Guanajuato y Michoacan hasta el lago de Chapala en que recibe un aumento muy considerable de aguas, y desde donde atravesando el estado de Jalisco va á desembocar en San Blas. Varios accidentes naturales hacen muy singular el curso de este rio: á unas 30 millas de Guadalajara, no lejos de un puente que atraviesa el Tololilan, se ve el salto de Guanacuatlan, donde las aguas de este rio se precipitan de una altura de mas de 80 pies; contiguo á esta magnífica cascada empieza una serie de barrancas que presentan por espacio de varias millas una continuacion de vistas las mas pintorescas y mas agrestes que se puedan contemplar. El Mescala del estado de Méjico que desemboca en el Zacatula, y el rio Verde de Oajaca, son muy inferiores á los precedentes.

Se hallan en Méjico algunos lagos dignos de atencion: tales son el lago Chapala, en el estado de Jalisco: corre en el Gran Océano por el Rio Grande; los lagos de San

Digitized by Google

Cristóbal, de Jescuco y de Chalco, cerca de Méjico; el lago de Caiman, en la parte S. E. del estado de Chihuahua; el lago de Términos, en el de Yucatan: comunica con el golfo Mejicano; Timpanagos y Teguayo, en el N. O. de Méjico, en medio del territorio de indios independientes.

Méjico, en el distrito federal, sobre el lugar de la antigua Tenoxtitlan, es una de las ciudades mas regulares y hermosas del mundo. Sus calles son espaciosas y tiradas á cordel, adornadas de grandes y bellas casas con azoteas, que presentan un aspecto agradable; varias tienen dos millas de largo. La plaza mayor es una de las mas hermosas que existen: la magnífica catedral, el antiguo palacio del virey, la casa de estado edificada por Cortés, y una fila de casas con portales, forman el contorno; en medio se elevaba una bella estatua ecuestre de Cárlos IV ejecutada en el mismo Méjico, hoy existente en su museo, y considerada como la primera del mundo despues de la de Marco Aurelio de Roma. Entre los edificios públicos que decoran á esta metrópoli, mencionaremos los siguientes: la catedral, que es el mayor y mas suntuoso templo de toda América; por lo que hace á los ornamentos en metales preciosos, este templo, como el de Puebla, es sin par en el mundo: el palacio del gobierno (en otro tiempo palacio del virey), residencia del presidente de la república, con varias administraciones públicas, á saber los ministerios, la tesorería y comisaría generales, la comandancia general y mayoría de plaza, el archivo general, los almacenes generales del ejército, el jardin botánico, 2 cuarteles de infantería y 1 de caballería, la Moneda y las dos cámaras del congreso general con todas sus oficinas. La casa de moneda de Méjico debe mirarse como el establecimiento de este género mas singular que nunca ha existido, por la asombrosa cantidad de pesos que se han acuñado en él y que circulan por todas partes del globo; cuando las minas estaban en plena actividad, 20 volantes servidos por 400 operarios acuñaban 80,000 pesos por dia. Á pesar del cuadro estrecho de esta obra no podemos ménos de dar al lector el arbitrio de apreciar la inmensa actividad de que hablamos, comparada con la de semejantes establecimientos de Inglaterra y Francia, considerados como los mas activos del antiguo continente. De 1733 á 1826 se ha acuñado en la casa de moneda de Méjico por el valor de 295,794,760 libras esterlinas; en la casa de moneda de Lóndres, la única en el Reino Unido para las piezas de oro y plata, desde 1727 hasta 1826 se acuñó por el valor de 126,592,342 lib. esterl.: en todas las casas de monedas de Francia se acuñó durante el mismo período por 257,393,300 lib. esterl. La refundicion está comprendida en todos estos cálculos. El jardin botánico, aunque pequeño, ofrece un lugar encantador por la hermosura de las plantas que allí florecen al raso y por el número de las bonitas aves que le habitan. La Minería, este edificio cuya construccion ha costado tantos millones, no le va en zaga, en lo grandioso y bello de su arquitectura, á ningun otro de esta especie que posee la Europa. En él se halla el observatorio, donde el baron de Humbold, ya citado varias veces en el discurso de esta obra, hizo las observaciones que han servido para rectificar tantos yerros propagados por los sabios y viajeros que le habian precedido en la descripcion de América. Se podria llamar á Méjico la Santa Ciudad del Nuevo Mundo, por ser tan crecido el número de sus iglesias, capillas y conventos. Algunos de estos edificios, que merecen la atencion hasta del viajero que llegase directamente de Roma, reunen la grandeza á la magnificencia; las bellas artes lo han prodigado allí todo y han hecho de ellos por decirlo así soberbios museos; la pintura sobre todo domina de un modo muy notable. Éstos son principalmente las iglesias y los conventos de San Agustin, de San Francisco, Santo Domingo, de la Profesa, Concepcion y Encarnacion. En la iglesia de este último hay una estatua de la Virgen en plata maciza muy bien trabajada y una grande araña toda del mismo metal y de un trabajo exquisito. Deben tambien nombrarse el antiguo palacio de la Inquisicion, notable por su elegancia, y ocupado por la escuela politécnica; el edificio de la universidad, los del colegio de San Ildefonso y Monte Pio; la diputacion ó ayuntamiento; la Acordada, cárcel espaciosa y bien ventilada; el hospital de Jesus de los naturales fundado por Cortés, en cuya hermosa iglesia adyacente reposan las cenizas de este conquistador en un bello monumento; y la academia de bellas artes. Á mas de la plaza mayor y el jardin botánico de que hemos hablado, Mejico posee dos hermosos paseos públicos, el paseo de Bucarelio y el de la Liga plantados de doble fila de árboles y la Alameda con magníficas fuentes y otros accesorios. Méjico se distingue tambien por muchos establecimientos científicos y literarios que todos los dias se van perfeccionando. Al frente de todos se ha de poner la universidad, la escuela de minas y la academia de bellas artes; vienen en seguida los colegios de San Ildefonso y de San Gregorio y el seminario, la escuela modelo lancasteriana y otros muchos establecimientos de instruccion pública elemental para niños de ambos sexos. Existe una sociedad para los progresos de las artes industriosas y de la agricultura, se ocupan tambien de fundar una escuela de medicina y restablecer mas en grande el jardin botánico. La biblioteca de la universidad y la de la catedral; el museo de antigüedades mejicanas, rico ya de varios pedazos preciosos; el gabinete de mineralogía afecto á la Minería, y las colecciones de la academia de bellas artes merecen particular mencion. Méjico parece ser la segunda ciudad de América en cuanto á la poblacion, pues se estima á cerca de 200,000 almas.

Los lugares mas notables situados en los alrededores de Méjico son: Chapoltepec, roca aislada en cuyo vértice se elevaba un palacio de Motezuma, y mas adelante se construyó una soberbia casa de recreo, ya arruinada pero sus jardines presentan árboles magníficos, que parece haber sido plantados por los reyes de la dinastía azteca. Tacubaya, donde está el palacio del arzobispo, y otras muchas casas de campo pertenecientes á ricos ciudadanos de la capital; 2,500 almas. Tlalpan ó San Agustin de las Cuevas, que ántes de la revolucion no era mas que una miserable aldea con algunos vecinos, y ahora es una ciudad floreciente con una casa de moneda; muchos habitantes ricos de Méjico van á pasar allí el verano, y los de las inmediaciones por miles de miles en la pascua de Pentecostes; 6,500 almas. Tacuba, tambien lugar de recreo para la gente rica de la capital, donde se vé todavía la hermosa calzada de piedra, por la que hizo Cortés su entrada en Tenoxtitlan, 3,500 almas. Guadalupe, célebre por el rico santuario de N. S. de Guadalupe, sin disputa alguna el mas reverenciado de todo el Nuevo Mundo, y al que acuden en grandes caravanas anualmente muchos miles de peregrinos de las partes mas remotas de la capital; está construido al pié de la colina de Tepeyac en cuya cumbre se elevaba, en otro tiempo el templo de la Ceres mejicana (Cen-teolt, diosa del maiz); 2,500 almas. Mas lejos al N. se hallan: San Cristóbal, cerca del lago de este nombre, donde se admira el gran duque que tiene cuatro millas de largo; Huehueca, notable por el célebre Desagüe considerado como una de las obras hidráulicas mas gigantescas que hayan ejecutado los hombres; Tula, pequeña ciudad bien poblada, donde se ha hallado un calendario esculpido como el de Méjico en una enorme piedra. Al N. E. nombraremos Otumba, en otro tiempo grande y muy poblada, notable por su magnífico acueducto, por dos antiguas columnas curiosísimas y ricamente esculpidas, y sobre todo por la vecindad de las famosas pirámides llamadas de San Juan de Teotihuacan, del nombre del pueblo en cuya inmediacion están situadas. Al E. de Mejico se halla Tezcuco (Acolhuacan), mirada como la ciudad mas sabia del imperio ántes de la invasion española; era por decirlo así la Atenas de América, residiendo en ella los historiadores, oradores, poetas, artistas y hombres célebres en todas las ciencias cultivadas por los pueblos Aztecas. Se ven todavía las ruinas del palacio construido por los españoles despues de la conquista y los cuarteles

Digitized by Google

hechos para Cortés por el jóven cacique de Tezcuco, su aliado; 5,000 almas. Á dos millas de Tezcuco está situada la aldea india de Huejotla. Mas allá se encuentra al pié de la montaña cónica llamada Tecosingo, un lugar que los indígenas nombran Baño de Motezuma, porque sirvió de baño á este monarca. Chapingo es una aldea donde el marqués de Vibanco posee una de las mas notables haciendas del pais. Al S. y S. E. de Mejico se halla Jochilmico, cerca del lago de este nombre, pequeña ciudad importante por su poblacion industriosa y por algunos restos de su grandeza pasada. Siempre en el mismo radio, pero mucho mas apartado, se ve el volcan Popocatepetl, que es la cima mas alta de las cordilleras mejicanas, y el monte Ixtacihuatl (la muger Blanca), que se debe tambien colocar entre sus mas empinadas montañas. Chalco, en las orillas del lago de este nombre, pequeña ciudad notable por el gran mercado que hay allí todos los viernes, por sus chinampas de que ya hemos hablado, y por el magnífico dique construido por el virey Velasco despues de la inundacion que sufrió Méjico en 1556, con el fin de impedir la irrupcion de las aguas del lago Chalco en el de Tezcuco. Por último al S. E. se encuentran primero Lerma, pequeña ciudad bastante bien edificada, y en especial notable por su magnífica calzada, y mas lejos Toluca, importante por su poblacion, por el elevado volcan, hoy apagado, á que da su nombre, y por sus fabricas de jabon y velas de sebo; allí se hacen los mejores jamones y chorizos de toda la república.

En el territorio de Nuevo Méjico son notables: Santa Fé, pequeña ciudad, que de unos años á esta parte ha tomado un acrecentamiento considerable; allí llegan las caravanas que parten todos los años de San Luis con telas de algodon, paños y quincallería; Taos, notable por su poblacion; Paso del Norte, en un pais delicioso y bien cultivado, que se parece á las mayores partes de Andalucía, y donde se cogen excelentes vinos: es el tránsito ordinario del Bravo del Norte para ir á Santa Fé.

En el estado de Durango mencionaremos: Durango, ciudad episcopal, bastante bien edificada, con un seminario, una casa de moneda, considerada como la tercera de la república, en la que se acuñan piezas con la plata que se saca de las ricas minas de sus alrededores, donde se halla el santuario de N. S. de los Remedios; 25,000 almas. Los otros lugares mas importantes son: San Juan del Rio, con una poblacion de 10,000 almas; San José del Parral, asiento de la audiencia para los estados de Durango y de Chihuahua y para el territorio de Nuevo Méjico; tambien es la cabeza de un distrito de minas; San Pedro de Batopilas, todavia bastante considerable y antiguamente muy célebre por la riqueza de sus minas de plata; Nombre de Dios y Parras, con ricas minas del mismo metal; el cultivo de la vid surte buen efecto en las inmediaciones de Parras, situada no lejos del lago de su nombre.

En el estado de Chihuahua es notable: Chihuahua, grande y hermosa ciudad, en el pequeño afluente del Conchos: entre sus edificios se notan la iglesia principal, una de las mas hermosas de la república mejicana, el palacio del estado y vastas galerías; tiene una academia militar floreciente; 40,000 almas. Sus alrededores presentan hermosos paseos y ricas minas de plata; un bello acueducto conduce allí las aguas. Citaremos tambien Santa Rosa de Cosiquiraqui, á causa de sus minas de plata.

En el estado de Zacatecas son notables: Zacatecas, ciudad de mediana extension, pero importantísima por la riqueza de las minas de plata que se explotan en su distrito, entre las cuales las mas ricas son las de S. Juan Bautista, Ponuco y Guadalupe de Veta Grande. Zacatecas posee un colegio y una Casa de Moneda, que se puede considerar como la segunda de la república: 25,000 almas. Aguas Calientes, una de las ciudades mas hermosas y mas industriosas de Méjico: su clima delicioso y la fertilidad de su terreno bien cultivado le proporcionan abundantemente casi todos los frutos y géneros de ambos mundos; es afamada por su gran fábrica de paños y por las aguas termales que le han dado su nombre; 30,000 almas. Jerez, Pino, Noxistlan, Sombrerete y Fresnillo, pequeñas ciudades, notables por su poblacion que se estima de 14 á 18,000 almas; las dos últimas son además importantes por sus ricas minas de plata; y á esta ocasion recordaremos con el famoso de Humbold que la Veta Negra de Sombrerete ha ofrecido el ejemplo de la mayor riqueza que jamás veta ninguna ha mostrado en los dos hemisferios.

En el estado de Guanajuato mencionaremos: Guanajuato, edificada en el punto á que van á parar todas las gargantas de montañas que conducen á las mas ricas minas de plata del mundo. Con el producto de ellas se ha hecho una magnífica ciudad á pesar de las desventajas del terreno; tiene soberbias iglesias, casas elegantes, un teatro, una lóndiga donde empezaron la revolucion y la contrarevolucion, una Casa de Moneda, un colegio bastante frecuentado y una escuela modelo á la Lancaster; es residencia de una Audiencia, cuya jurisdiccion se extiende, á mas del estado de Guanajuato, á los de Michoacan, Querétaro, San Luis Potosí y al territorio de Colima. 60,000 almas. Las minas de plata de Guanajuato, de la Sirena, de las Ánimas, de Peñafiel, del Sol, de San Vicente, de Rayas, de Santa Anita, del Mellado, de la Catla, del Secho, de San Lorenzo, de las Maravillas, de Valenciana, de la Esperanza, de Santa Rosa, de la Indiana, de San Rafael, etc., etc., rodean á Guanajuato y han formado para su laborío como otros tantos arrabales, que algunos tienen una poblacion muy considerable: la de Valenciana se valuaba antes de la revolucion á mas de 20,000 almas. Leon, bonita ciudad, con hermosas calles tiradas á cordel; las principales van á parar á una soberbia plaza, adornada de una suntuosa iglesia parroquial, del palacio del gobierno y de ricos almacenes; el comercio es en ella muy activo: es la mas poblada del estado despues de Guanajuato y el depósito principal de la fértil provincia nombrada Bajío. En un circuito de 10 leguas se hallan las ruinas de dos fuertes; el de Sombrero, construido en la cima de una montaña, baluarte de la revolucion; y el de los Remedios, edificado en la cumbre de otro monte y residencia del Padre Torres, uno de los principales gefes de la insurreccion. Hidalgo (ántes Dolores), es donde empezó la revolucion de Méjico dirigida por su célebre cura Hidalgo. Celaya, ciudad rica, comerciante y bien fabricada; su magnífica iglesia del Carmen, cuya torre y cúpula son muy ponderados, es uno de los mas hermosos templos de la República. En su distrito se pasa el Laja por un puente soberbio. Allende (en otro tiempo San Miguel el Grande), importante por sus manufacturas, é Irapuato, por su poblacion que llega á 20,000 almas. Salamanca, notable por la fertilidad de su territorio y por su magnífica iglesia de Agustinos, donde se conserva un riquísimo tesoro de la Virgen. El Jaral con un magnífico palacio, donde vive por temporadas el marques del Jaral, considerado como el mas rico propietario de la república, y sin duda del mundo, pues sus posesiones son mas extensas que varios reinos de Europa, estimándose su superficie á mas de 12,000 leguas cuadradas.

En el Estado de Jalisco, que es el mas poblado despues del de Méjico, y el mas extenso despues de los de Sonora y Sinaloa, y de Chihuahua se encuentran: Guadalajara, grande y hermosa ciudad, asiento de un obispado muy rico. Sus calles tiradas á cordel y espaciosas, sus muchas plazas, grandes y simétricas, numerosas fuentes alimentadas por un hermoso acueducto de unas 5 leguas de largo, casas grandes y de bastante bella apariencia, algunos palacios de aspecto imponente, y varias iglesias y conventos magníficos deben hacerla considerar como una de las hermosas ciudades de América. La catedral es un vasto templo con dos campanarios; y á pesar de la bizarría de su arquitectura es por sus ornamentos una de las mas bellas iglesias de la república; se admiran en ella soberbias pinturas de los mejores artistas de España, y una infinidad de lámparas

Digitized by Google

y otros objetos de oro y plata, enriquecidos de pedrerías y otras cosas preciosas. Entre las demás iglesias y conventos citaremos la de San Francisco, quizá tan magnífica como la catedral, la iglesia y convento de Agustinos, el antiguo convento de jesuitas, ocupado mucho tiempo por la universidad, en cuya iglesia se halla el santuario de N. S. de Loreto. Entre sus principales establecimientos necesarios se distinguen, á mas de la universidad ya citada, el seminario, el colegio y la escuela modelo á la Lancaster. Tiene tambien una casa de moneda, y una audiencia cuya jurisdiccion se extiende á los estados de Jalisco y Zacatecas: 46,000 almas. Lagos, ciudad muy floreciente ántes de la revolucion y afamada por su célebre feria. San Blas, ciudad muy pequeña, pero importantísima por su arsenal marítimo, primer establecimiento de este género que posee la república; su clima es tan mal sano durante la estacion del calor, que los empleados y todas las personas desahogadas se retiran á Tepic, bonita ciudad, que á causa de su situacion elevada goza de mejor clima. Bolaños, lugar considerable por su rica mina de plata. Kokula, otra aldea hermosa con un magnífico templo, que es al mismo tiempo un santuario célebre. Chapala, sobre las riberas del hermoso lago al que da su nombre, y sobre el cual se eleva la isla Mercala, tan célebre en los anales de la independencia mejicana.

En el territorio de Colima, notable por su volcan y por su fertilidad, solo nombraremos á Colima, pequeña ciudad bastante bien edificada y situada en un valle feracísimo.

En el estado de Nuevo Leon existe Douteroy, ciudad de mediana extension y bastante bien edificada, la mas importante de todas las ciudades mejicanas situadas entre su meridiano y el que pasa por la frontera occidental de la Confederacion Anglo-americana, hace un comercio bastante extenso y es asiento de un obispado y de la Audiencia para los estados de Nuevo Leon, y Tamaulipas.

En el estado de Tamaulipas: Tampico de Tamaulipas, pequeña ciudad fundada en 1824 sobre los bordes de un lago que comunica con el Panuco por una salida navegable para las grandes embarcaciones. Durante el sitio de la ciudadela de San Juan de Ulúa, Tampico hacia con Alvarado todo el comercio que ántes hacia Veracruz: esta circunstancia favorable y la ventaja de tener un puerto, que se mira como el ménos malo de la costa oriental de la república, la ha hecho en poco tiempo la ciudad mas floreciente, mas poblada y no ha mucho la capital del estado; ántes de la revolucion no era mas que un refugio de contrabandistas y piratas. Aguayo, pequeña ciudad, antigua capital. El Refugio, importante por su puerto y su comercio. Altamira ciudad muy decaida desde que se trasportó el comercio á Tampico. Á algunas millas de Altamira se eleva una montaña aislada en medio de un pais llano, monótono y árido; su cima se pierde en las nubes: cortada en pirámide perfecta, varios sabios la han juzgado mas bien como producto de los hombres que de la naturaleza; las tradiciones de los indígenas la atribuyen á los gigantes. Sin duda es un fenómeno que se debe colocar entre las mayores maravillas del mundo. Tula, bastante bonita ciudad, que debe su origen á una colonia de Toltecas. Á varias millas de distancia se halla la famosa Garganta de los Gallos, que se compara con cuanto la naturaleza ofrece de mas romántico y pintoresco en este género.

En el estado de San Luis Potosí mencionaremos: San Luis Potosí, ciudad de mediana extension, pero á la cual una hermosa plaza, bellas fuentes, calles anchas y alineadas, soberbias iglesias, conventos riquísimos y un comercio muy activo asignan uno de los primeros puestos entre las ciudades principales de la república mejicana. La iglesia parroquial de San Pedro y la de los vastos conventos del Cármen y San Francisco, la Casa de Moneda y el acueducto son los edificios mas notables. Durante el asedio de la ciudadela de Ulúa, el comercio de San Luis tomó un acrecentamiento extraordinario; y á pesar de su diminucion desde que se abrió el puerto de Veracruz, siempre ha permanecido muy considerable pues es el gran depósito de Tampico para los paises interiores. San Luis debe su celebridad á las ricas minas de plata de su vecindad, que ahora son poco productivas. Posee tambien un colegio floreciente, una escuela modelo á la Lancaster: 26,000 almas. Nombraremos asimismo; Catorce (la Purísima Concepcion de Álamos del Catorce), famoso lugar por la riqueza inmensa de su mina de plata; Charcas (Santa María de las Charcas), Ramos y Guadalcazar, otros lugares importantes por sus ricas minas del mismo metal.

En el estado de Sonora y Sinaloa existen: Villa del Fuerte, no ha mucho aun pequeñísima, pero al presente muy considerable y aumentándose todos los dias desde que es capital del estado, residencia del gobernador, del congreso y del obispo. Culiacan, ciudad de mediana extension, aunque la mayor del estado. Alamos, con una rica mina de plata; Guaymas, importante por su comercio y por su puerto, el mejor de la república segun algunos; está tan bien situada bajo el aspecto militar, que con cortos gastos se la podria hacer inexpugnable. Sinaloa, notable por su poblacion; Arispe, por haber sido ántes de la revolucion residencia del intendente; Sonora, por su obispado y sus minas de plata; Pitit, la mas comerciante del estado; Hostimuri, Cosala y El Rosario, con minas de plata; la última de éstas es tambien el asiento del tribunal superior de justicia para el estado de Sonora y Sinaloa y para el Territorio de las Californias; Mazatlan, importante por su puerto. Presidio de Buenavista, en la Pimería baja, y Presidio de Torrenate, en la Pimería alta, pequeños puertos militares, que nombramos para indicar esta parte de Sonora tan importante bajo de todos aspectos. La Pimería alta en especial, que se extiende desde Torrenate hasta hácia el Gila, puede llamarse el Chocó de la América septentrional. Todas las barrancas y aun los llanos contienen allí lavaderos de oro diseminados en terrenos de aluvion, y poco beneficiados á causa de las frecuentes incursiones de indios independientes; y sobre todo con motivo de la carestía de víveres que es preciso trasportar de muy lejos en aquel pais inculto. Por otro lado y en la ribera del rio de la Ascension viven los Seris, pueblo muy belicoso, al que varios sabios mejicanos engañados por la semejanza del nombre han atribuido un origen asiático.

En el Territorio de las Californias señalaremos: San Cárlos de Monterey; pequeña ciudad residencia del gobernador de la Nueva y Vieja California; aunque no conste mas que de unas 3,000 almas, es sin embargo la ciudad mas poblada de todo aquel territorio. San Francisco notable por su puerto, que varios marinos muy instruidos miran como el mas hermoso de todo el Nuevo Continente. Loreto, pequeña ciudad, y capital de la Vieja California. En la bahía de Cerralvo y al rededor de las islas de Santa Cruz y San José se hace la pesca de perlas, cuyo producto de algunos años á esta parte está reducido á poca cosa. En sus límites tambien se hallan los grandes pueblos de los Moquis, á lo largo del rio Yaquesila, y las ruinas de Casa Grande, sobre los bordes del Gila.

En el estado de Michoacan existen: Valladolid, ciudad episcopal, bien edificada, con un buen acueducto; la catedral, y el seminario, que es uno de los mas frecuentados de la república, merecen mencionarse: 25,000 almas. Pascuaro, bonita ciudad, notable por su bella situacion sobre las orillas del lago de este nombre. Zintzunzant, preciosa ciudad, en otro tiempo capital del reino de Michoacan, fundado por los Tarascas, que se distinguian y se distinguen aun por la suavidad de sus costumbres y por su industria en las obras hechas con plumas. Tlalpuxahua (San Pedro y San Pablo Tlalpuxahua), importante por su poblacion y minas de plata; Zamora y Ario, por su comercio. En las inmediaciones de esta última se formó en 1759 el volcan de Jorullo, fenómeno único en su especie.

En el estado de Méjico son dignas de mencion: Tlalpan, Tula, Tezcuco y Toluca, ya descritas, Cuernavaca.

Digitized by Google

importante por el antiguo monumento conocido por el nombre de trinchera militar de Jochicalco que se halla allí cerca. Acapulco, ciudad pequeña, pegada á una cadena de montañas, cuya reverberacion aumenta el calor sofocante del estío. Su puerto pasa por el mas hermoso de la república, pero su aire es pestilencial durante los grandes calores; lo que se ha opuesto al acrecentamiento de la poblacion, que á pesar de los progresos que ha hecho últimamente, no excede aun de 4,000 almas. Tixtlan, pequeña ciudad, residencia del gobernador de Acapulco durante la mala estacion. Zimapan, Real del Monte, cerca de Pachucha. Temascalpec y Tasco, célebres por sus minas de plata; la última tambien notable por su iglesia parroquial colocada entre los mas hermosos templos de la república. En el distrito de Tasco está el pequeño pueblo de Cacahuamilpa, célebre por la prodigiosa caverna de este nombre, olvidada, si no desconocida, hasta abril de 1835. La altura de la boca de la caverna no baja de 25 varas sobre 50 de ancho, formando enormes rocas el arco de esta soberbia portada. Seria largo y ageno de esta obra el enumerar aquí todas las particularidades maravillosas de la gruta de Cacahuamilpa, mucho mas digna de admiracion que la de San Patricio en Irlanda, la del Perro en Nápoles, la de Darvi en Inglaterra, la de Beaume en Brunswich, la del Guácaro en Venezuela, y que las de Antiparos, de Trofonio y de Fingal.

En el estado de Querétaro mencionaremos: Querétaro, una de las mas bellas ciudades de Méjico por la magnificencia de sus edificios y el encanto de su situacion; es tambien una de las mas ricas, mas industriosas y mas pobladas. Todas los calles se cruzan en ángulos rectos y van á parar á sus tres plazas principales. El acueducto formado de una hilera de arcos elevadísimos, obra digna de los romanos, y el convento de religiosas de Santa Clara, tal vez el mayor que existe, pues tiene mas de dos millas de circúito, son los objetos mas particulares. Posee un colegio bastante hermoso y una biblioteca bastante rica en el convento de San Francisco: 40,000 almas. Cedereta, pequeña ciudad, importante por las ricas minas de plata del Doctor Maconi y San Cristóbal comprendidas en su distrito. San Juan del Rio, notable por su grande feria del mes de octubre y sobre todo por el santuario de N. S. del mismo nombre, visitado por gran número de peregrinos.

En el estado de Puebla existen: Puebla de los Ángeles, grande y hermosa ciudad, situada en uno de los llanos mas elevados de la mesa de Anahuac, en medio de un territorio bien cultivado y famoso por su fertilidad y la bondad del clima. Calles anchas y rectas: hermosas iglesias, cuyas riquezas y adornos interiores rivalizan con los de la catedral de Méjico, y sobrepujan á los de todos los demas templos del cristianismo; soberbias plazas, un comercio muy extenso y muchas fábricas, aunque ahora bastante decaidas, señalan á Puebla el segundo lugar entre las grandes ciudades de la república mejicana. Es tambien el asiento del obispado mas rico despues de la diócesis de Méjico, y de la audiencia que comprende en su jurisdiccion los estados de Puebla, Veracruz y Oajaca. Entre sus numerosos edificios nombraremos los siguientes; la catedral que se debe colocar entre los mas hermosos templos del mundo, y sobre todo entre los mas ricos: se admira en él el altar mayor, que por sí solo forma un soberbio templo. Sus innumerables y elegantes columnas con plintos y chapiteles de oro bruñido, su magnífico altar de plata, cubierto de estatuas, vasos, etc., son de un efecto admirable y pueden sostener la comparacion con la famosa Confesion de San Pedro de Roma. Vienen en seguida la iglesia de San Felipe Neri, la mayor despues de la catedral; la del Espíritu Santo, grande y bello edificio, con el antiguo colegio de jesuitas anejo á él; las iglesias y monasterios de San Agustin y Santo Domingo, notables por sus grandes dimensiones y por la riqueza extraordinaria de sus altares mayores; el del último es de plata así como todos sus ornamentos; y en fin la iglesia de Santa Mónica, digna de citarse por la riqueza de su bóveda, sus paredes cubiertas de esculturas preciosamente trabajadas, y por sus estatuas, pinturas y ornamentos de plata. No debemos tampoco olvidar la Casa de retiro espiritual con rentas mas considerables que ninguna de las grandes instituciones de caridad en Europa. El célebre seminario Palafoxiano y su rica biblioteca abierta al público deben igualmente mencionarse; y aun esta última pasa por la mejor de toda la república en cuanto á materias eclesiásticas. 70,000 almas. En los alrededores y en un circúito de diez leguas se hallan: Choluta (Churultecal de Cortés), bonita ciudad bastante bien construida, rodeada de hermosos plantíos de pita, y famosa por su gran pirámide ó teocali (casa de Dios), en cuya plataforma, que tiene de superficie como cosa de 12,000 piés cuadrados, se eleva una iglesia dedicada á N. S. de los Remedios. Tepeaca, pequeña ciudad, en otro tiempo capital de un estado independiente de Méjico, que como Tlascala contribuyó sobremanera á su ruina. Huejocingo, antiguamente de suma importancia, porque era la capital de la república de este nombre, á menudo en guerra contra las de Choluta y Tlascala, resistiendo como sus rivales durante siglos al imperio Mejicano. Tehuacan, notable poblacion; Atlixco, por la hermosura de su clima, la fertilidad de su territorio, y por su famoso ciprés de un grosor desmesurado. No debemos dejar los alrededores de Puebla sin señalar la grande cantera de hermoso alabastro que está cerca de esta ciudad, de donde se sacan inmensas hojuelas empleadas como vidrios en las ventanas de los monasterios ó iglesias, sirviendo tambien para hacer pilas y otros vasos sagrados.

En el territorio de Tlascala: hay que hablar de Tlascala, muy decaida y apenas importante sino por los recuerdos de su antiguo esplendor. Cuando Cortés llegó á Méjico era una de las ciudades mas poderosas de la mesa de Anahuac, y asiento de un gran mercado adonde llevaban las producciones de los llanos vecinos, cuyo territorio fértil y poblado encerraba 13 ciudades, que componian otros tantos señoríos independientes. Los tlascaltecas se declararon desde los primeros dias de la invasion por aliados de Cortés, y ayudaron á los españoles á tomar Tenoxtitlan contribuyendo á su ruina. Despues de la conquista, Tlascala continuó gobernándose por sus propios caciques bajo de la superintendencia de un funcionario español. Á la época de la revolucion ensayó en vano el ser un estado, y el congreso general no hizo de ella mas que un territorio, que está casi enteramente clavado en los límites del estado de Puebla.

En el estado de Oajaca existen: Oajaca, obispado, una de las mas hermosas ciudades de la república Mejicana, edificada á la orilla del rio Verde, en medio de jardines y plantíos de nopales, en un clima afamado por su bondad y los largos años que viven sus habitantes. El palacio episcopal, la catedral y el seminario son sus edificios mas notables: 40,000 almas. Los lugares de mas importancia en su delicioso valle son: Santa María del Jule, donde se vé un enorme tronco de ciprés; Talixtaca, famosa por su fertilidad; Huayapa, el jardin de Oajaca, que rodea una selva de limoneros, naranjos, y una infinidad de árboles frutales, á los que perfuma la flor blanca de los cacaos, y que refrescan las aguas cristalinas de las fuentes; Zachita, llena de antigüedades aun no examinadas por los viajeros; Etla, cuyas fértiles tierras abastecian la casa militar de los antiguos reyes, y donde se cogió el primer trigo que llevaron los españoles; Azompa, donde se prepara el mejor barro de la provincia, con el que se pueden hacer vasijas elegantes; Chilaca, que no presenta mas que su iglesia gótica como una medalla del antiguo Mundo; y por último Ocotlan, al pié de la sierra en cuya cima, decian los naturales, daba el grande espíritu sus oráculos. Recordaremos á los lectores que es en el valle de Oajaca donde se coge esa hermosa cochinilla, verdadero tesoro de aquella comarca. Las demas ciudades y lugares mas principales son: Tepezcolula, importante por su industria y por el cultivo de la grana; Tehuantepec, por su poblacion, su laguna y sus salinas;

Digitized by Google

pio siempre fué la verdad, corresponderán sus acciones á sus palabras, y cumplirán las que me dieron. No puedo persuadirme á que quieran quitarme mi legítimo derecho. Iré á buscarlos con aparato de paz, en lugar de armas llevémosles regalos, y éstos servirán, ó para ganar el afecto de esos hombres, ó para aplacar la ira de los dioses irritados. Si dado este paso no vuelven los españoles el imperio, conoceremos que se ha cumplido la profecía de mi padre el Inca; que nuestro imperio ha pasado á los extranjeros; que se ha aniquilado nuestro gobierno político, y que se ha abolido nuestra religion. Si el gran Pacachamac lo quiere así ¿qué nos queda que hacer sino someternos?

Se conformó el consejo con los deseos del buen emperador, y fué Manco-Capac á ver á Pizarro; el cual hizo con él un tratado acomodado á las circunstancias; es decir, que le concedió condiciones ventajosas; porque supo que muchos generales indios levantaban tropas que pudieran oprimirle: pero cuando ya los hubo desarmado con esta negociacion, volvió al primer plan de su conducta, que consistia en construir fortalezas, tomar ciudades, y formar colonias de europeos para apoderarse insensiblemente del imperio; y así se vió precisado el monarca, aunque contra su voluntad, á recurrir á las armas. La suerte, siempre contraria, le hizo tomar una resolucion definitiva. Juntó sus vasallos, y en un discurso lleno de ternura paternal, les dió las gracias por el celo que habian mostrado, y les dijo que no queria mantenerse en el trono á costa de su sangre y felicidad.

Á esto añadió: «La profecía del Inca, mi padre, se ve cumplida. Una nacion extranjera me ha precipitado de mi trono, ha abolido nuestras leyes y profanado nuestra religion. Si yo me hubiera convencido de esto ántes de tomar las armas, me habria sometido al decreto del cielo; porque es preciso confesar que, dejando aparte la justicia, todas las circunstancias de la profecía convienen á los españoles; pues traen éstos en sus manos el rayo de los dioses, y de este modo prueban que los protege el Todopoderoso. Ellos con un puñado de hombres destruyen ejércitos innumerables; viven sin alimentos, y se presentan en los combates con un vigor siempre nuevo de lo cual es preciso inferir que la mano de Pacachamac los sostiene, y que al mismo tiempo que á ellos les da fuerzas, derrama en nuestros espíritus el abatimiento y el temor.

»Sujetémonos, pues. Éste es el único medio de evitar otras mayores calamidades. Me retiraré á las montañas de los Andes, y mi mayor consuelo será saber que bajo de esos nuevos dueños gozais del sosiego y de la felicidad. En mi triste soledad, la dicha de mis vasallos será mi única ocupacion. Os suplico que os sujeteis á los españoles, obedeciéndolos en el modo posible para que os traten bien; y espero de vosotros un suspiro y una lágrima cuando os acordeis del degraciado príncipe, que siempre quiso y amó á su pueblo.» Este discurso prueba de nuevo la opinion general, esparcida entre los del Perú, de que habia llegado el momento de la destruccion de su imperio. Tambien parece haber sido una maldicion ó una imprecacion contra los que iban á oprimir su pueblo; y el primero que esperimentó los efectos de la maldicion fué Diego de Almagro.

Siempre habia estado éste con los Pizarros en competencia abierta, ú observando disimuladamente mala correspondencia con ellos. Gonzalo y Fernando Pizarro, hermanos del gobernador Francisco, se hallaban en el Cuzco sitiados de los indios, cuando acudió Almagro como para socorrerlos: pero todos suponen que su intencion era quitar á los Pizarros la posesion de la ciudad, y tomarla para sí; y aun añaden que ofreció á Manco-Capac, que estaba á la frente del ejército sitiador, hacer con él alianza contra los Pizarros y ayudarle á sostenerse en el trono, si este príncipe ponia el Cuzco en sus manos. Respondió el emperador: «Yo he tomado las armas para recobrar mis derechos, y dar á mi pueblo la libertad: nó para protejer las intenciones de un enemigo contra otro.» Por mas que le representó su consejo que el mejor medio para restablecer su autoridad seria ir debilitando á los españoles, suscitando entre ellos la discordia, se mantuvo en sus principios de buena fé, que apenas conocen algunos políticos, y replicó: el honor no permite que un Inca finja ó disimule; mas quiero perder mi imperio, y pasar el resto de mi vida en el destierro y la obscuridad, que mantener la dignidad de emperador por medio de la falacia y la traicion.» El efecto de esta resolucion fué que los indios, cansados y desalentados con las continuas ventajas de los sitiados sobre ellos, tuvieron que retirarse, y Manco-Capac renunció, como hemos visto.

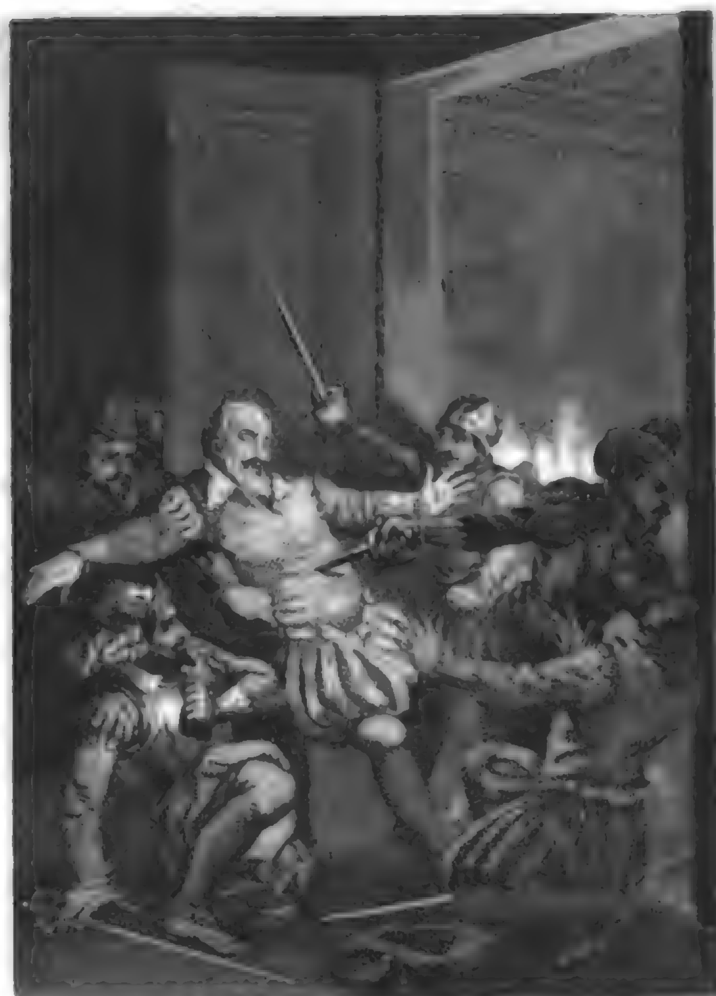
Entró Almagro en lugar de los peruanos á seguir las operaciones del sitio; juntó la maña con la fuerza, ganó á los soldados de Pizarro, los cuales le recibieron en la ciudad, é hizo á sus rivales prisioneros. Tambien venció á un destacamento que Francisco Pizarro enviaba en socorro de sus hermanos, y puso preso á Alonso de Alvarado su capitan. Soberbio con estas felicidades, no quiso al principio admitir las proposiciones bastante justas, que le hizo el marqués Francisco Pizarro; bien que despues consintió en la suspension de hostilidades, y en que enviasen unos y otros en un mismo navío sus diputados á España, para que allí se arreglasen sus pretensiones. La principal era la posesion de la capital, que cada uno decia ser de su departamento. En virtud de este tratado se restituyó á Fernando Pizarro la libertad, porque Gonzalo ya se habia puesto en salvo.

Apenas se vió libre Fernando, en lugar de esperar los efectos de la diputacion enviada á España, volvió con nuevas tropas contra Diego de Almagro; y éste, en vez de salirle al encuentro y acometerle ántes que sus tropas estuviesen reunidas, lo que le hubiera sido fácil y ventajoso, se mantuvo solamente á la defensiva, para que no se dijese que prevenia el juicio que debia ser pronunciado en España. Con estas dilaciones dió tiempo á Fernando para aumentar su ejército, y cuando ya Almagro no podia evitar la batalla, halló á su enemigo mas fuerte de lo que esperaba. Estaba además de esto enfermo, y sus soldados cansados con el largo camino. Rodrigo Orgoñoz y Pedro de Lerma, sus dos primeros oficiales, aunque hábiles, ejecutaron mal sus órdenes, y se arrojaron imprudentemente contra el principal batallon enemigo. Cayó Orgoñoz herido, y se empezó la derrota. En vano quiso Almagro, llevado en una especie de angarillas, oponerse á los que huian, pues éstos le arrastraron consigo. Entraron las tropas de Pizarro en el Cuzco persiguiéndole, y le hicieron prisionero.

Teniéndole Fernando en sus manos, creyó que debia cortar sin piedad todas las cabezas de aquella hidra de disensiones, que renacian á cada paso, y á ninguno perdonó. Fueron asesinados Orgoñoz y Lerma, soldados viejos, que habian servido desde el principio de la espedicion contra el Perú, y cuantos fueron creidos confidentes ó simplemente afectos á Almagro. Al gefe juzgó Fernando que era muy del caso hacerle el proceso con toda formalidad. Le acusaron de haberse apoderado del Cuzco con la fuerza, por lo que habia sido causa de que se derramase sangre española; de haber querido hacer liga secreta con Manco-Capac; de haberse introducido en la jurisdiccion de Pizarro, y presentado dos batallas á sus compatriotas.

Por estas maldades fué condenado á muerte el anciano general. Apeló al emperador: imploró del modo mas penetrante la clemencia de Fernando; le hizo presente que siendo él su prisionero, le habia salvado la vida; que él habia sido el primer asociado de Francisco Pizarro en la espedicion del Perú, y causa de su buen éxito; que estaba ya viejo y enfermo; y que así le dejase vivir con sosiego como un particular el resto de una vida pasada en una larga serie de trabajos, penas y desgracias. Fué Fernando inflexible; y dicen que tenia órden del marqués Francisco, su hermano, para deshacerse de Almagro, por ser el único que les podia estorbar para mandar absolutamente en el Perú. Á Diego de Almagro le dieron garrote en la cárcel, y despues le cortaron públicamen-

Digitized by Google



Asesinato de Pizarro.

Digitized by Google

la cabeza en un cadalso. Así pereció por órden de su compañero uno de los dos primeros conquistadores del Perú, á los setenta y cinco años de su edad. Los indios sintieron su pérdida, como que era el único recurso que les qu[illegible] los Pizarros.

[illegible]

á sus miras, fueron [illegible] dos y algunos perdieron la vida. A este tiempo llegó el licenciado Cristobal Vaca de Castro, enviado en calidad de gobernador, si ya habia muerto Pizarro, ó como comisionado para tomar conocimiento sobre las diferencias entre el marques y Almagro, y sobre las circunstancias de la muerte de este último. Cuando llegó se intimidaron los partidarios de Almagro el *Jóven*, porque habian nombrado al hijo de su amigo por gobernador en lugar de Pizarro. Pero ya se habia introducido en ellos la discordia, y se armaban mútuamente asechanzas. El jóven Diego de Almagro con dificultad pudo librarse de una empresa contra su vida intentada por un tal Alvarado, que habia sido su mas afecto partidario; pero éste, cogido en su propio lazo, pasó por la suerte que destinaba á su

[illegible] sunion.
[illegible] res que
[illegible] Cuzco,
[illegible] pero lo
[illegible] l envia-
[illegible] apoya-
[illegible] unto en
[illegible] cercó al
[illegible] a accion
[illegible] l dignas
[illegible] orque la
[illegible] uvo pre-
[illegible] alvo, co-
[illegible] no habia
[illegible] las dife-
[illegible] iiso ir al
[illegible] e él habia
[illegible] do Cas-
[illegible] Vaca de
[illegible] inte años,
[illegible] en el con-

[illegible] espedicion
[illegible] reducido al
[illegible] de las tro-
[illegible] nombre y
[illegible] que hacer
[illegible] or fuerza,
[illegible] tierras sin
[illegible] a de Castro
[illegible] tran su ad-
[illegible] lesórdenes
[illegible] ntentos úti-
[illegible] os y los es-

[illegible] tribucion de
[illegible] procuró que
[illegible] l de los In-
[illegible] Por su dispo-
[illegible] ciudades, á
[illegible] para recibir
[illegible] stianismo. La
[illegible] trar en la po-
[illegible] a especie de
[illegible] allos. Prove-
[illegible] nos: contuvo
[illegible] razar el ma-
[illegible] averiguar la
[illegible] an hecho for-
[illegible] a; y digo se
[illegible] ometer á se-
[illegible] éstos dieron á
[illegible] ue la corte de
[illegible] do Blasco Nú-
[illegible] contra el go-
[illegible] lo con dema-
[illegible] que Vaca de
[illegible] co favorables
[illegible] usurpaciones y
[illegible] a golpe. Tal era
[illegible] indios, y otros usos
tan lucrativos para [illegible] s, como penosos y ruinosos para el pueblo conquistado.

Lo que consiguió fué que aquellos oficiales y magistrados que habian apoyado las quejas contra Vaca de Castro, interesados en sostener la servidumbre de los indios, que les era muy ventajosa, se convirtieron en enemigos mortales del virey. Por mas que el gobernador le hizo presente el riesgo que corria haciéndose odioso

Digitized by Google



Digitized by Google

te la cabeza en un cadalso. Así pereció por órden de su compañero uno de los dos primeros conquistadores del Perú, á los setenta y cinco años de su edad. Los indios sintieron su pérdida, como que era el único recurso que les quedaba contra los Pizarros.

Por mas que éstos pasaron la segur de la venganza por las cabezas de cuantos partidarios de Almagro pudieron descubrir, quedaban todavía muchos que habian jurado un odio implacable á los verdugos de su amigo. Creyó el marqués Pizarro que la muerte de su rival era una accion tan ruidosa que tenia necesidad de ser justificada en España; y envió á su hermano Fernando, ejecutor de esta atrocidad. Se cree que cometió el nuevo delito de procurar dar veneno á Diego de Alvarado, tutor del hijo de Almagro, que partió igualmente para defender la causa de su pupilo. Á este jóven le tenia el marqués encarcelado, y le habia confiscado los bienes. No obstante que Fernando distribuyó en España muchos regalos, le pusieron en el castillo de la Mota de Medina, donde estuvo veinte y tres años.

Á cerca del marques Pizarro, dicen unos, que tentó todos los medios de la suavidad para disolver la faccion de Almagro; que ofreció á las principales cabezas los empleos de mas lucro y las plazas de mas honor, si querian hacerle el sacrificio del odio con que le miraban; y que viendo que inútilmente los llenaba de esperanzas, resolvió destruir á los que querian vengar la muerte de Almagro. Otros dicen, que desde luego se declaró enemigo irreconciliable de aquellos en quienes sospechaba inclinacion á su rival; que procuró reducirlos á la mayor miseria; y que no contento con verlos en estado tan deplorable, tomó todas sus medidas para que no viniesen á representar sus quejas á España; pero la necesidad, madre de la desesperacion, puso á algunos el puñal en la mano contra su perseguidor, y á pesar de las precauciones que tomó, le sorprendieron en la ciudad de Lima, fundacion suya, y silla de su prosperidad. En su mismo palacio le acometieron los conjurados: se defendió con vigor; á cuatro de ellos les quitó las vidas, é hirió á otros muchos; pero al fin cayó muerto al hierro de los asesinos, á los setenta y un años de edad.

Era el marqués Francisco Pizarro afable y generoso, á lo menos ántes que la fortuna le hiciese soberbio. La corona de España le debe sus principales establecimientos en la América meridional. Allí edificó las mas florecientes ciudades, ó construyó al estilo de la Europa las que habia. Se aplicó incansablemente á fundar colonias, y á enriquecer el Perú con los efectos de la industria, y manufacturas de la Europa. Es reprensible en haber pensado introducir la servidumbre personal, haciendo infelices á los indios. Distribuyó á los colonos españoles las tierras de los indígenas, haciéndolos de este modo esclavos de sus propios bienes y obligándolos á trabajar para utilidad de sus propios dueños. Cuando Pizarro pidió la confirmacion de esta ley opresiva, le respondió Cárlos V: «Ántes de confirmarla quiero informarme en particular de los usos y costumbres del pais; y quiero saber si lo que me pidos es conforme á justicia.» La respuesta no puede ser mas prudente al parecer; pero sepan los que gobiernan, que en punto á leyes tiránicas, el no despreciarlas desde el punto en que llegan á su noticia, es confirmarlas.

Los conjurados, muerto el marques Pizarro, incurrieron en la misma falta en que éste habia caido despues de la muerte de Almagro. No solo se apoderaron de la autoridad y de las riquezas, sino quisieron obligar á todos á que aprobasen su accion y las medidas que en consecuencia de ella habian tomado; y los que no se prestaron á sus miras, fueron maltratados, despojados, desterrados y algunos perdieron la vida. Á este tiempo llegó el licenciado Cristobal Vaca de Castro, enviado en calidad de gobernador, si ya habia muerto Pizarro, ó como comisionado para tomar conocimiento sobre las diferencias entre el marques y Almagro, y sobre las circunstancias de la muerte de este último. Cuando llegó se intimidaron los partidarios de Almagro el *Jóven*, porque habian nombrado al hijo de su amigo por gobernador en lugar de Pizarro. Pero ya se habia introducido en ellos la discordia, y se armaban mútuamente asechanzas. El jóven Diego de Almagro con dificultad pudo librarse de una empresa contra su vida intentada por un tal Alvarado, que habia sido su mas afecto partidario; pero éste, cogido en su propio lazo, pasó por la suerte que destinaba á su amigo.

Grandes ventajas sacó Vaca de Castro de esta desunion. Cuando el jóven Diego de Almagro supo los poderes que Vaca llevaba, se redujo á pedir el gobierno de Cuzco suponiendo que habia pertenecido á su padre; pero lo que á él le parecia motivo, no lo miró como tal el enviado de España, sin embargo de que la peticion se apoyaba con un ejército. Puso Vaca de Castro este punto en negociacion; dilató la respuesta definitiva; se acercó al imprudente jóven: le ganó sus tropas; y en una accion en que Almagro mostró una valentia y habilidad dignas de su padre, advirtió que le hacian traicion, porque la artillería no disparaba mas que con pólvora: y tuvo precision de huir. Bien pudiera haberse puesto en salvo, como lo hizo el Inca Manco-Capac, que por último habia bajado de sus montañas para aprovecharse de las diferencias y disension de los españoles; pero quiso ir al Cuzco á recoger sus tesoros. Los magistrados que él habia puesto le prendieron, y le entregaron á Vaca de Castro con la esperanza de merecer su favor; y Vaca de Castro le hizo cortar la cabeza á la edad de veinte años, cuando ya se habia distinguido en la guerra y en el consejo.

Gonzalo Pizarro acababa de llegar de una espedicion infeliz, que habia durado dos años, y aunque reducido al estado mas triste con las miserables reliquias de las tropas que le habian acompañado, como solo su nombre y los partidarios de su familia podian dar mucho que hacer al gobernador, fué éste á visitarle, y parte por fuerza, y parte por persuasion, le hizo retirarse á sus tierras sin distincion ni autoridad. Entónces ya pudo Vaca de Castro entregarse á las ocupaciones benéficas que ilustran su administracion. Se aplicó pues á desterrar los desórdenes, á reformar los abusos, y á hacer establecimientos útiles, cuyo beneficio esperimentaron los indios y los españoles.

En cuanto á la policía, la justicia, la distribucion de las tierras y la reparticion de los impuestos, procuró que su gobierno fuese en lo posible semejante al de los Incas, del cual se informó con gran cuidado. Por su disposicion se erigieron escuelas públicas en las ciudades, á las que sin violencia eran llamados los indios para recibir lecciones de moral, ó instruirse en el cristianismo. La mayor parte de los caciques volvieron á entrar en la posesion de sus bienes, y aun les concedió una especie de jurisdiccion en utilidad de sus antiguos vasallos. Proveyó á la seguridad y comodidad de los antiguos: contuvo la libertad de los soldados, y los alentó á abrazar el matrimonio y el trabajo. Se atrevió tambien á averiguar la conducta de los oficiales del rey, que habian hecho fortunas prodigiosas con el robo y la opresion; y digo se atrevió, porque era necesario valor para acometer á semejantes concusionarios. El apoyo que éstos dieron á los malcontentos, que nunca faltan, hizo que la corte de España determinase enviar un virey llamado Blasco Núñez Vela. Éste fué lleno de preocupaciones contra el gobernador, y le pareció que habia procedido con demasiada moderacion en sus reformas; y lo que Vaca de Castro habia tolerado sobre costumbres poco favorables á los peruanos, lo miró el virey como usurpaciones y vejaciones, que debian destruirse de un golpe. Tal era la servidumbre personal de los pobres indios, y otros usos tan lucrativos para los conquistadores, como penosos y ruinosos para el pueblo conquistado.

Lo que consiguió fué que aquellos oficiales y magistrados que habian apoyado las quejas contra Vaca de Castro, interesados en sostener la servidumbre de los indios, que les era muy ventajosa, se convirtieron en enemigos mortales del virey. Por mas que el gobernador le hizo presente el riesgo que corria haciéndose odioso

Digitized by Google

á los españoles; que era conveniente ir haciendo poco á poco las reformas, y de modo que se fuesen sin sentir acostumbrando á seguirlas, pensó Núñez Vela que aquellas representaciones de Vaca de Castro eran murmuraciones que anunciaban disposiciones á la rebelion: y así lo arrestó, y le envió preso á España en un navío.

Gonzalo Pizarro, á quien Vaca de Castro habia contenido con su prudencia, sabiendo en su retiro la conducta poco acertada del virey, ofreció bajo mano á los malcontentos sostenerlos contra él. Aunque no ignoraba Núñez Vela la tempestad que se iba formando, este hombre tenaz siguió con mas ardor el plan de hacer observar su reglamento, cuya parte mas esencial era quitar la servidumbre de los indios. Los magistrados se levantaron contra él; y Pizarro, que fomentaba á los malcontentos, se armó lo bastante para hacerse temer. Manco-Capac, atento siempre á aprovecharse de las disensiones, ofreció su auxilio al virey, y éste no lo rehusó. Su alianza dió ocasion á Gonzalo Pizarro para publicar que peleaba en favor de España contra sus enemigos naturales. Mataron por casualidad á Manco-Capac: y Núñez Vela, privado de este recurso, y abandonado de casi todos los españoles, irritados de su conducta, fué arrojado por Gonzalo Pizarro á las estremidades del Perú, y muerto en una batalla.

No hay duda que si Pizarro, olvidando la fidelidad debida al monarca hubiera pensado en aprovecharse de esta ocasion pudiera haberse puesto la corona en la cabeza; porque la mayor parte de los españoles, ó se habian declarado abiertamente contra el virey, ó habian procurado malograr sus operaciones haciendo que le faltase el dinero, oponiéndose á las cobranzas de los impuestos, y favoreciendo los proyectos de Pizarro; por lo cual todos debian temer el castigo, y por consiguiente estaban interesados en ponerse á cubierto con la autoridad que le confiriesen; pero no pasaron de darle el título de gobernador general, y él se contentó con esto.

Así se hallaba Gonzalo Pizarro condecorado, cuando llegó un hombre sin ruido ni pretensiones, llamado Pedro de la Gasca, simple licenciado, y con el título modesto de presidente de la audiencia de Lima. No era guerrero, ni tenaz en sus resoluciones; y él mismo decia: «Yo traigo el encargo de hacer saber á Pizarro una órden del emperador; si no quiere obedecer, me vuelvo á España inmediatamente, porque no tengo intencion ni talento para precisarlo con las armas a que obedezca.»

Envió á Pizarro una carta del emperador Cárlos V, en la que el monarca español se lastimaba de que se hubiese visto en la necesidad de oponerse al rigor inflexible del virey; que estaba persuadido a que lo habia hecho por amor al bien público, y le pedia que ayudase al presidente con sus consejos y su crédito. Gasca acompañó esta carta con otra suya, toda, por decirlo así, confitada con miel y azúcar, sin embargo de que al fin llevaba su puntita de amargura: «No habeis visto, le decia hablando de Cárlos V, su corte ni sus ejércitos, y tal vez habreis formado falsa idea de su poder; pero sabed que el gran turco, que venia marchando contra él á la frente de trescientos mil hombres, llegando á la vista del campo imperial, se retiró precipitadamente sobrecogido de temor, sin atreverse á dar la batalla.» Estas palabras llamaron la atencion de Pizarro, y vió en ellas una amenaza implícita que le hacia sospechosa la dulzura de Gasca. Desde el Cuzco, en donde estaba, envió á Lima órden de preparar un navío, embarcar en él al presidente, y hacerle repasar á España. Pero el diestro licenciado Gasca habia trabajado tanto en poco tiempo, que ya estaban ganadas las embarcaciones, sin que lo hubiese trascendido el gobernador. Quiso hacer que saliese del Cuzco el que habia llevado las cartas de Gasca, porque descubrió que disimuladamente reanimaba las esperanzas de los partidarios del virey difunto, á quienes llamaban realistas, pero los magistrados, á quienes el presidente habia prometido perdon y premio, le estaban enteramente adictos, y protegieron á Gasca. No vió Pizarro otro partido que tomar sino el dejar por sí mismo la ciudad, y ponerse á la frente de sus tropas.

El humilde licenciado, que decia no tener intencion ni talento para obligarle con las armas, empezó á perseguirle. Es verdad que no sabia pelear, pero sabia dirigir bien á los que peleaban. Sin embargo, en el primer encuentro ganaron la batalla los de Pizarro contra los realistas, y no quiso Gasca esponerse á segundo combate; pero sentó su campo delante del de Pizarro, y en pocos dias fué trayendo la gente de su ejército, hasta que viendo Pizarro que se iban pasando todos á las banderas del presidente, tomó el partido desesperado de presentarse en persona en los puestos avanzados y rendir la espada.

Prendieron á casi todos sus oficiales, entre otros á Francisco de Carvajal, maestre de campo de Pizarro, y los condenaron á muerte como traidores al rey y á la patria. Llegó Gonzalo Pizarro al lugar del suplicio y habló al tropel del pueblo que le rodeaba, diciendo: «No ignorais los servicios que ha hecho mi familia. Mis hermanos y yo somos los conquistadores del Perú; muchos de vosotros no poseeis mas bienes que los que el marques y yo os hemos dado; muchos tambien me deben obligaciones pecuniarias, y otras que no quiero especificar; pero yo muero pobre y desnudo; pues aun el vestido que llevo no es mio, sino del ejecutor, como precio del servicio sangriento que va á hacerme.» Se encomendó á las oraciones de los circunstantes: puso su cabeza sobre el tajo, y se la cortaron de un golpe. La dificultad de Gasca estuvo despues como premiaria á los que le habian servido; porque ninguno estaba contento. Dispuso pues los negocios en el mejor órden que pudo: pidió sucesor, y salió sin aparato ni ruido, como habia entrado en el Perú.

Ya llegó un virey llamado don Antonio de Mendoza; y por haber muerto de enfermedad á poco tiempo de su arribo, todo cayó en confusion. Se vió el Perú sujeto á una especie de gobierno que mas bien podia llamarse anarquía militar. Los soldados erigieron gefes y los asesinaron unos despues de otros; debiendo advertirse que casi todos ellos eran de los primeros conquistadores. Se apoderó la soldadesca de las minas del Potosí; robó la caja real, nombraba jueces, y los destituia á su voluntad. Entre los que hicieron figura en el trono y en el cadalso, se cuentan Pedro de Hinojosa, que aspiraba al poder de los Pizarros: Sebastian de Castilla, que casi á su pesar se vió entronizado por sus asesinos, y degollado en espiacion de su delito contra Hinojosa: Vasco Godinez, vengador del uno y del otro, y condenado por los magistrados que le habian llamado en su socorro contra los sublevados; y últimamente, Francisco Hernandez Giron, hábil general, que por largo tiempo sostuvo su rebelion; pero que al fin sufrió la suerte de los otros, castigado con la espada de la justicia. De éste, dice el piadoso historiador Garcilaso, que tomó las campanas de los templos para hacer cañones, y que nunca le sirvió aquella artillería; «pues Dios no quiso que sirviese para destruccion del género humano el metal consagrado á las iglesias.»

Á don Antonio de Mendoza le sucedió en calidad de virey el marques de Cañete don Andrés Hurtado de Mendoza, cuyo gobierno fué constante y feliz, favoreciéndole las circunstancias de estar todos cansados ya de alborotos y dispuestos á la obediencia. Contribuyeron tambien para restituir la paz, desconcertando á los intrigantes, algunas medidas severas que desde luego tomó el nuevo virey. Apostó guardia en todos los caminos que iban á las ciudades grandes, con órden de que examinasen á los pasajeros y reconociesen sus papeles. Tenian los españoles que llevar pasaporte si querian ir de una ciudad y de una provincia á otra, con lo que esterminó los vagamundos. Prohibió que llevasen armas, y depositó en los almacenes y arsenales los cañones, los mosquetes y la municion; y nadie podia sacarlos sin permiso del virey. En una palabra, tomó todas las precauciones posibles para estinguir hasta la menor chispa de sublevacion, y para impedir que se suscitasen nuevos alborotos.

El Inca Manco-Capac habia dejado en los Andes un nie-

Digitized by Google

to llamado Sayri-Capac, á quien los peruanos miraban como su legítimo soberano: y el virey, para asegurar de todos modos la paz, determinó sacarle de sus montañas, hacerle aceptar una pension, y que fuese á vivir entre los españoles. Mucho trabajo le costó al virey conseguirlo; y el dia en que se solemnizó este tratado, tomó por una punta el tapete de terciopelo que cubria la mesa, guarnecido de una rica franja, y dijo: «No ha mucho tiempo que esta mesa y esta franja eran mias; pero hoy quieren los españoles que yo me contente con un hilo.» No vivió Sayri-Capac mucho tiempo; pero sospechar del marques de Cañete que tuviese parte en su muerte, le haria muy poco honor. Habia en las montañas otro hermano de Sayri-Capac, llamado Tupac-Amaru, á quien don Francisco de Toledo, virey entónces, quiso atraer; pero él dijo que estaba contento en su asilo. Intentaron que le dejase por fuerza: y el príncipe no hacia sino irse retirando mas lejos á lo interior de los Andes. Al fin, reflexionando que no podia estar oculto por largo tiempo, se puso en manos de los conquistadores, y le hicieron causa de haber robado á los mercaderes que pasaban por aquellos desiertos, y de haber tramado una liga con sus caciques para arruinar al gobierno español. Él apeló de la sentencia al emperador y al gran Pachacamac; pero no obstante le quitaron la vida, por mas que indios y españoles intercedieron en su favor.

De este modo se estinguió la familia imperial, y cesaron los alborotos del Perú. El virey don Francisco de Toledo fué llamado á España, y reprendido severamente por el mismo rey Felipe II. Quiso justificarse, suponiendo que merecia premio por haber librado a su nacion de toda inquietud, esterminando las reliquias de la casa imperial. Le mandó el rey que se retirase, y le dijo: «Yo te elegí para ayudar á los infelices indios en su desgracia, nó para ser el verdugo de los reyes.» Dicho esto mandó encerrarle en una casa, en la que murió de pesadumbre.

Anteriormente no habia sido el Perú mas que un bosque y un vasto desierto: los habitantes una especie de brutos, sin religion ni gobierno, y destituidos de todas las artes necesarias á la sociedad: no sabian sembrar, recoger la cosecha, edificar ni tejer telas. Vivian en las cuevas de las rocas y los montes, manteniéndose de yerbas y raices, ó de la caza y la carne humana: no tenian mas vestido que las hojas y cortezas de los árboles, ó las pieles de los animales. En una palabra, eran enteramente salvages. Las mugeres todas eran comunes, y á la manera de los brutos daban satisfaccion á sus deseos con el primer objeto que encontraban. Este es el retrato que hace Garcilaso de la Vega, siguiendo la relacion de los antepasados de su muger, que era de la casta de los Incas; y continuándole, segun estos se esplicaban, dice: «El sol, que es nuestro padre, se compadeció de la miseria de aquellas gentes, y las envió un hijo suyo y una hija, que instruyeron al pueblo acerca de su divinidad y el modo de darle la adoracion, y para formarle leyes y preceptos con que en adelante obrasen como criaturas dotadas de razon.»

Despues de este primer milagro acaecieron otros, como se supone siempre en el orígen de las naciones. Estos dos hijos, hermanos al mismo tiempo y esposos, recorrieron el mundo, instruyéndose cada uno por su parte, y volvieron á reunirse en el Cuzco, haciéndole capital de su imperio; y cuando su padre el sol los estableció en él, les dijo: «Ya habeis enseñado á esos bárbaros á fabricar casas, á vivir en sociedad, á sembrar, á plantar árboles, á cultivar las plantas, pastorear ganados, y á servirse de ellos como personas civilizadas que deben hacer uso de su razon y de sus facultades. Ahora es de vuestra obligacion hacer que reinen la justicia, la piedad, la benignidad y la clemencia. Portaos con vuestros vasallos como los padres con sus amados hijos. Seguid el ejemplo de vuestro padre el sol, que derrama sus beneficios por todo el universo, le dá la luz y el calor, hace que prevalezcan los granos y crezcan los árboles, que se multipliquen los ganados, y refresca las tierras con el rocío que levanta y deja caer luego: que todos los dias, siguiendo su carrera, visita el mundo para descubrir lo que en él hay de defectuoso, y remediarlo.»

El buen Inca, padre de la muger de Garcilaso, que contaba todo esto á su yerno, hablaba despues como estático de los beneficios que sus mayores, descendientes del sol, en número de trece emperadores, derramaron sin cesar sobre los peruanos y las demas naciones comarcanas. «Jamás, añadió, tomaron aquellos príncipes las armas sino en utilidad de los pueblos; no obstante los subyugaban, los atraian á su reino, y de este modo se formaron un imperio tan vasto.» Pero únicamente pretendian civilizarlos, instruirlos, é inculcar en ellos los principios de religion y de moral para que gozasen de la felicidad que esperimentaban sus vasallos; mas por desgracia aquellas felices conversiones se compraron á costa de mucha sangre y de la desolacion que la guerra lleva consigo á los pueblos vencidos; y así los habitantes de un pais, á quienes Yuparqui queria instruir, le dijeron: «Nosotros estamos acá contentos con nuestros dioses: éstos han concedido á nuestros mayores el goce de la independencia, y no tenemos motivo para mudar de esta especie de religion con otra fantástica con que el Inca sorprende la simplicidad de sus vecinos, y usurpa sobre ellos una autoridad tiránica.» Otras naciones, situadas en un clima abrasado, queriendo este mismo príncipe persuadirlas al culto del sol, le dijeron claramente que no querian reconocer al sol por Dios ni por su rey: «porque á nosotros, añadieron, la única divinidad que nos conviene es el mar, cuyas aguas nos refrescan y nos proveen de pescado para nuestro sustento; y quisiéramos estar mas distantes del sol, cuyos rayos solamente nos sirven para hacernos padecer.» Á pesar de cuanto dijeron los subyugó, y fué convirtiendo los unos y los otros.

Es preciso confesar que en cuanto es posible formar juicio por los pocos conocimientos que conservamos, el paganismo no presenta una religion tan sabia y con ménos fanatismo que la de los peruanos. Su moral era benigna é insinuante: no se ve que tuviese prácticas violentas: su culto se dirigia al sol: y sus principales sacerdotisas, como eran doncellas jóvenes que se criaban en los templos, hacian agradables los ritos y ceremonias. Todo en las fiestas respiraba alegría, cánticos, danzas, elegantes adornos, ofrendas de flores y de inciensos en soberbios edificios revestidos de oro, y resplandecientes con la pedrería.

No tenian los peruanos mas escritura que los quipos, que eran como unas banderillas de diferentes colores, por lo cual no han podido dejarnos claras descripciones de sus augustas solemnidades, y lo poco que sabemos se debe á la memoria del buen Inca, suegro de Garcilaso, que no podia acordarse de sus fiestas, ni de la gloria de sus mayores, sin esperimentar un penetrante sentimiento. «Contengo mi llanto, dijo al concluir, pero si mis ojos no vierten lágrimas, no por eso está ménos enternecido mi corazon con el dolor que le causan las calamidades de nuestro imperio y las desgracias de nuestros Incas.» Á la verdad, causa pena ver que una nacion tan poderosa no levantase ya mas que una cabeza humillada entre los escombros de su grandeza.

Los dos grandes imperios de Méjico y del Perú fueron sin duda las mas bellas joyas de la corona americana del rey de España; pero no eran las únicas que la componian: pues ademas de muchas islas, poseia parte de la California, todo el nuevo Méjico, llamado la Nueva España, y estaban sujetos á su imperio inmensos paises de todas estas regiones. La opinion de que las posesiones españolas en la América no eran las mas bellas y mejores, era á un mismo tiempo falsa y verdadera, porque los territorios eran tan varios como los climas. En algunos no se veian sino dilatadas llanuras, campos fértiles, abundantes pastos y praderas regadas de claros arroyuelos. Otros por el contrario no ofrecian á la vista sino áridos desiertos, lagos pantanosos, ásperas y escarpadas montañas, bosques inmensos tan antiguos como el mundo: en una palabra, se veia á la naturaleza en el estado mas rústico y selvático.

rimentar violentos terremotos. Se notan en él varios volcanes, entre otros los de Tajumulco, Asitan, Isalco, San Salvador, San Miguel, Momotombo, y Masaya, que no arroja cenizas ni humo; la materia incandescente que en este último hierve se parece tanto al oro en fusion, que los primeros españoles la tomaron por este metal, y ensayaron aunque en balde, el sacar algunas partes de la profundididad del crater. Dicese que esta comarca posee ricas minas de plata, mas no están laboreadas, las tiene tambien de cobre, fierro, estaño, talco y plomo. Produce con abundancia maiz, algodon, azúcar, añil, cacao, cochinilla, tabaco y hermosas maderas de construccion. Los animales domésticos llevados de Europa se han multiplicado allí mucho, y especialmente se nota la zorrilla; el tapiro es el animal silvestre mas notable. El quezal es una magnífica ave cuyo plumage es muy estimado.

El golfo de Honduras, que baña el estado del mismo nombre, toma en su extremidad Sud-Oeste el de golfo Amatico; y comunica por un estrecho canal con el golfo ó mas bien con el lago Dulce, que avanza considerablemente en tierras adentro. Los golfos de Papagayo y de Fonseca están formados por el grande Océano, sobre la costa de Nicaragua. El golfo de Nicoya ó de las Salinas lo está por el mismo Océano, sobre la de Costarica. Sobre la costa N. E. de Honduras se halla la Bahia Cartago, formada por el mar de las Antillas.

Sobre la costa septentrional de Honduras se distinguen los cabos Honduras y Camaron; y sobre la costa oriental del mismo estado se halla el de Gracias á Dios. Sobre la costa Sud-oeste del estado de Costarica está el cabo Blanco, que avanza al Oeste del golfo de Nicoya. Las islas de Ratan y Guanaja, situadas en el golfo de Honduras y dependientes del estado de este nombre, son poco mas ó ménos las solas islas notables que se encuentran en las costas de la república.

La gran cadena volcánica que atraviesa este pais de Nor-oeste á Sud-este, y á la que se le puede dar el nombre de montes Goatemaltecos, se junta por un lado con la cordillera que recorre el centro de Méjico, y por el otro con los Andes de la América meridional; algunas de sus cumbres alcanzan mas de 14,000 piés sobre el nivel del mar.

El curso de varios rios de esta parte de América ofrece todavía mucha incertidumbre, no obstante la falaz precision de los mejores mapas que dan sus detalles. Todos los rios de los Estados Unidos del Centro-América van á parar ó al mar de las Antillas ó al grande Océano. El primero recibe: el Sumasinta, que nace en el partido de Chinaltenango en el estado de Goatemala, atraviesa el partido de Quesaltenango y entra en el estado mejicano de Chiapas; el Rio Grande, que atraviesa una parte de los estados de Goatemala y Verapaz, se echa en el lago Dulce para desembocar en el golfo de Honduras; el Motagua, que toma su origen en las altas montañas de las inmediaciones de Goatemala, atraviesa este estado: parece que pasa por Acasobatlan, Gualan y Santo Tomás, y desagua en el golfo de Honduras; es el rio de la república que ofrece la mayor linea navegable; el Ulúa, formado por la reunion de dos ramales, el occidental pasa por Comayagua, atraviesa el estado de Honduras y entra por el golfo de este nombre: la hoya de este rio, aun poco conocida, es sobre todo importante por sus productos minerales; el Yaro, que nace en el estado de Honduras, atraviesa una parte de él, y despues de haber regado los vastos territorios ocupados por los indios independientes del distrito de Taguzalpa, se echa en el mar de las Antillas; el Nuevo Segovia, llamado Blewfield en la parte inferior de su curso, que nace en las montañas del estado de Honduras, pasa por Nueva Segovia, y despues de haber atravesado los territorios de varias tribus independientes y el establecimiento inglés abandonado, conocido por el nombre de Blewfield, se echa en el mar de las Antillas: este rio parece ser el de mas largo curso de toda la república; — el San Juan, que recibe sus fuentes en el parage donde sale del gran lago de Nicaragua, pasando por el fuerte de San Cárlos; atraviesa en seguida un pais inculto, y despues de haber saltado varias cascadas, entra en el mar de las Antillas.

Todos los rios que pertenecen al grande Océano tienen un curso muy limitado; y segun nuestro plan no deben mencionarse: nombraremos sin embargo el pequeño rio Fosta, á causa del proyecto que existe de formar la reunion de ambos Océanos mediante un canal que juntará esta corta corriente de agua con la extremidad occidental del lago de Leon; y el Guacalat, porque riega á Goatemala la Vieja y forma el pequeño puerto de Istapa, uno de los dos por donde Goatemala la Nueva comunica con el Océano.

El gran lago Nicaragua que baña el estado de este nombre, tiene 120 leguas de circuito; corre hácia el Este en el mar de las Antillas, y comunica al Nor-oeste con el lago de Leon, que está inmediato al Grande Océano.

Goatemala (la Nueva), capital del distrito Federal, y provisionalmente de toda la república, está situada en un valle en medio de una mesa bastante elevada sobre el nivel del mar, en un clima delicioso y en terreno muy fértil y bien cultivado. Fué edificada en 1772 despues de la catástrofe que destruyó gran parte de Goatemala la antigua. Las calles son muy anchas, tiradas á cordel y perfectamente empedradas con casas de un solo piso á causa de la frecuencia de terremotos. En general se distingue esta ciudad por su conjunto elegante, por su aseo y comodidad. Los principales edificios se hallan dispuestos al rededor de la Plaza mayor, cuyo centro está adornado con una hermosa fuente. Citaremos los principales: la catedral, de mediana extension, pero de bella arquitectura, el palacio arzobispal, el colegio de Infantes, el palacio del gobierno, el de la audiencia, la casa de moneda, el ayuntamiento y la aduana. Tambien debe hacerse mencion de dos hermosas iglesias recien construidas, la de Santa Teresa y la que se llama el Panteon, así como del bello anfiteatro de piedra destinado á las corridas de toros y otros festejos semejantes. Goatemala tiene varios institutos literarios, entre los que se distinguen la universidad, los dos colegios de Infantes y Tridentinum, la academia de bellas artes, la sociedad económica, la biblioteca pública, el gabinete de historia natural y el museo de anatomia con hermosas preparaciones de cera. Es residencia de un arzobispo, y provisionalmente del presidente y del congreso, como tambien de todas las autoridades centrales de la República. Aunque falta de rio navegable, hace un gran comercio pues se trasportan las mercancias en mulos: sus habitantes son igualmente industriosos, ejerciendose sobre todo en fabricar telas de algodon, alfareria, plateria, esculpidos en madera y piedra, instrumentos músicos y tabaco: 50,000 almas.

En el estado de Goatemala: Goatemala la Antigua, destruida casi toda, como acabamos de decir, en 1772 por las erupciones y terremotos causados por los dos terribles volcanes de Agua y de Fuego, entre los que está situada; con este motivo perdió un gran número de sus edificios, transfiriéndose á Goatemala la Nueva el arzobispado, la universidad, el tribunal supremo y todas las autoridades centrales de la gran provincia de que era capital. Entre los edificios que la decoraban, citaremos la magnífica catedral, que aun subsiste y es uno de los mayores templos de America: 20,000 almas; nombraremos en seguida: Goatemala la Vieja, á causa de su antigüedad, siendo la mas antigua de las tres ciudades de este nombre, fué destruida en 1541 por el volcan de Agua: su poblacion actual no asciende mas que á 3,000 almas; Mixco, notable por las ruinas de la antigua fortaleza de su nombre construida por los Cachiquelles; Quiché, muy pequeña pero rica, industriosa é importante por la vecindad de las ruinas de Utatlan, la magnífica capital del reino de Quiche, que era el mas poderoso y mas civilizado de toda Goatemala ántes de la invasion de los españoles. Finalmente añadiremos: Amatitan, aldea que da su nombre á un pequeño lago lleno de pescados, vivero inagotable de la capital; Santa Catalina Pinula, al pié de una

Digitized by Google

cadena de montañas que se prolonga á dos leguas al Sur de Goatemala; Nuestra Señora de Guadalupe, ciudad de formacion reciente y habitada por los indios Ladinos; Quesaltenango y Totonicapan, ciudades importantes por su industria y su poblacion; Soconusco, notable por su volcan, y aun mas por su excelente cacao: sus inmediaciones abundan de réptiles ponzoñosos; Chiquimula, por su poblacion, Acasaguastlan, Gualan, Santa Cruz ó Izaval, importantes por su comercio; Coban ó Verapaz, por su poblacion; Peten ó Remedios, por sus fortificaciones y restos de los templos ó ídolos, que atestiguan los progresos en la civilizacion que habian hecho los Itzaex ó Itaix ántes de la llegada de los españoles.

En el estado de San Salvador mencionaremos: San Salvador, situada cerca del volcan de su nombre, en medio de hermosos plantíos de tabaco y añil. Algunos bellos edificios, varias manufacturas, un comercio activo, y una poblacion de 10,000 almas la hacen colocar entre las ciudades principales de los Nuevos estados Americanos. Entre sus establecimientos literarios se debe citar su colegio. En seguida vienen: Sonsonate, importante por su comercio; Isalco y San Vicente, que merecen señalarse por sus poblaciones y volcanes; Matapá, por sus minas de fierro; San Miguel con una poblacion considerable á pesar de su aire malo; Sacatecolula, aldea india con numerosa poblacion.

En el estado de Honduras existen: Comayagua, fundada en 1540 por Alonso Cáceres, ciudad episcopal, situada en una magnífica llanura, con un colegio y unas 20,000 almas; Tegucigalpa, importante por su poblacion; Corpus, por su mina de oro, que es la mas rica de la república; Trujillo, fundada en 1524 por Francisco Las Casas, pequeña ciudad fuerte, con un buen puerto, pero en un clima deletéreo; San Fernando de Omoa, tambien ciudad fortificada, importante por su puerto, que es el mas comerciante de la república, mas igualmente expuesto al influjo del aire malo; Copan, miserable lugar, aunque muy digno de notarse por las antigüedades descubiertas en sus inmediaciones.

En el estado de Nicaragua se encuentran: Leon, fundada en 1523 por Francisco Fernandez de Córdova, situada en una vasta llanura elevada, hermosa ciudad, con calles y plazas anchas y regulares y en general dispuestas con gusto. Su colegio Tridentinum, mudado en universidad en 1812, es su principal establecimiento literario. La catedral es su único edificio notable; pero tambien podria adornar á cualquiera otra ciudad mayor por su elegancia y regularidad de su arquitectura. Leon hace un comercio bastante extenso, es residencia de un obispo, y cuenta 8,000 almas. Nicaragua, la mas importante y la mas poblada despues de la capital del estado; Masaya y Granada, notables por sus volcanes y por su gran poblacion: la primera saca su nombre de un pozo muy hondo en el que bajan las mugeres con sus cántaros acuestas solo agarrándose á las peñas que sobresalen; Managua, cerca del lago al que dá su nombre, y con poblacion casi igual á las dos anteriores; Realejo, importante por sus atarazanas y sobre todo por su hermoso puerto, reputado uno de los mejores del mundo, y que algunos autores lo tienen por el mas bello de todos los Nuevos Estados Americanos. Nicoya, con un puerto y astillero; San Cárlos, pequeño fuerte á la salida de san Juan del lago de Nicaragua. Sutzaba, poblada solamente de indios.

En el estado de Costarica existen: San José de Costarica, ciudad de mediana amplitud con 20,000 almas; Cartago, ciudad muy decaida, antigua residencia de los gobernadores españoles con 26,000 almas; Villanueva de San José, con una poblacion de 9,000 almas; Esperanza, arruinada completamente por un pirata francés en 1670; Villa Vieja y Villa Hermosa, aldeas considerables. Boruca, una de las misiones en el territorio de los indígenas independientes.

Las costas septentrionales de la Nueva Granada, otra república fundada sobre las antiguas posesiones españolas, fueron descubiertas por Colon, durante su cuarto viaje á América, en 1498. Despues de muchas guerras con los indígenas, que se defendieron valerosamente, llegaron los españoles á hacerse dueños de todo el pais, y se erigió el territorio de Nueva Granada hácia mediados del siglo XVI, ya en vireinato, ya en capitanía general, permaneciendo los reyes de España pacíficos posecedores de él, hasta que el deseo de sacudir el yugo de la metrópoli empezó a estallar en 1811. Los triunfos pasajeros de Morillo sometieron de nuevo el pais á España, pero las hazañas de Bolivar consolidaron la emancipacion. Por diciembre de 1819 se verificó el establecimiento de la república de Colombia, formada de la Nueva Granada y del gobierno de Caracas. Los principales sucesos de la historia de estos paises despues de esta época son: la instalacion del congreso general, que se verificó en la ciudad de Rosario de Cúcuta el 9 de mayo de 1821; el nombramiento de Bolivar como presidente; la memorable batalla de Carabobo, dada en 24 de junio de 1821, y en que todo el ejército realista quedó enteramente destruido, y la evacuacion total del territorio Colombiano por las tropas españolas. El 9 de diciembre de 1824, el ejército unido colombiano, peruano y argentino, en número de 5,000 hombres á las órdenes del general Sucre, triunfó completamente en Ayacucho del ejército español que constaba de 10,000 soldados mandados por el virey del Perú La Serna, el cual fué hecho prisionero. De resultas de la accion capituló el general Canterac, y se siguió la libertad de todo el Alto y Bajo Perú. En 1830 el presidente Bolivar dió su dimision, que fué aceptada, y en 1831 los doce departamentos de la república de Colombia se separaron para formar la confederacion de los Estados Unidos del Sud, compuesta de tres repúblicas, de que es una la Nueva Granada.

Esta república, situada en el noroeste de la América meridional, confina al norte con el mar de las Antillas, al este con Venezuela, al sud con la república del Ecuador, y al oeste con el Grande Océano, hácia el noroeste toca con Goatemala; está comprendida entre 1° y 12° de latitud norte, y entre 74° y 85 de longitud oeste. Tiene de largo desde N. N. E. hasta S. S. O. 240 leguas, su anchura media es de 120.

La república de la Nueva Granada, que estaba dividida en cinco departamentos, lo está ahora en veinte provincias, subdivididas en cantones y éstos en parroquias. Conforme al censo levantado en 1835, la poblacion es de 1.686,038 almas, en las cuales están incluidos 38,700 esclavos; el número de indígenas independientes alcanza á 112,000.

La poblacion se compone de tres razas de hombres distintas y bien caracterizadas: los europeos naturalizados y los blancos descendientes de éstos forman la primera; los indios ó indígenas, la segunda; la tercera, los negros transportados de África y sus descendientes. Vienen en seguida los mestizos, los mulatos, los zambos, los tercerones, los cuarterones, etc., procedentes de la union de las tres razas principales entre sí, pero entre las cuales ya no existe hoy dia ninguna distincion. Conservan la misma gravedad hospitalicia, la misma dulzura afable y digna, las mismas costumbres, los mismos usos y los mismos hábitos que se ven en todas las antiguas posesiones españolas.

La instruccion pública se resiente del estado atrasado en que se hallaban bajo el gobierno español; sin embargo, para remediar á esto, se han formado escuelas normales, y hasta existe una ley que prescribe el establecimiento de un colegio en cada capital de provincia, y otra que quita el derecho de ciudadanía á los que en el año de 1850 no sepan al ménos leer y escribir. Mosquera, antiguo presidente, ha promovido con calor la instruccion primaria. Los habitantes profesan todos la religion católica; hay un arzobispo y ocho obispados. El gobierno es representativo, popular, alternativo, electivo y responsable. Los tres estados en que se ha dividido la Colombia no forman mas que un solo cuerpo político, con condiciones estipuladas entre ellos.

La temperatura de Nueva Granada es sumamente va-

Digitized by Google

ria, poseyendo en muy pocas leguas desde los ardores del Senegal hasta las eternas nieves de la Siberia. Esta variedad de climas permite la de frutos, siendo sus principales producciones: maiz, arroz, trigo, bananas, yucas, indigo, quina, cochinilla, algodon, cera de laurel, muchas plantas de tinte y medicinales, excelentes maderas de construccion, estoraque, bálsamos diversos, caucho, cacao, café, una infinita variedad de frutas, cueros, carne, cuernos, mulas, etc. Los rebaños salvages de yeguas y de vacas que pueblan los desiertos y la gran multitud de estos mismos animales que ya están sujetos al poder del hombre hacen quizá la principal riqueza del pais. Incurririamos en un culpable olvido á no citar la gran variedad y el precioso esmalte de las infinitas aves que se crian en aquellos eternos bosques, llenos de diferentes especies de fieras, el diario y temible combate que se dan en las arenosas playas del Magdalena los dos seres mas feroces de la creacion, el jaguar y el caiman, que parecen nacidos para aborrecerse. Si queremos poner en el número de los favores que la naturaleza ha prodigado al pais que estamos describiendo, los metales, las minas de oro, plata, hierro, cobre, plomo, platina, muy abundantes, alguna de azogue, y las tan lucrativas de esmeraldas y rubíes constituirán á aquellos pueblos en la clase de los mas ricos del mundo. Las nuevas fábricas que se han introducido en Bogotá, de tejidos, cristales, porcelana, papel, etc., han impreso al carácter apático de sus moradores un aire de actividad y presagia bienes inmensos. El espíritu belicoso de la poblacion granadina tiende ya á trabajos no ménos gloriosos y mas saludables; la agricultura y sus mejoras son su primer conato, y luego el comercio y las minas. En una palabra, no se necesitan mas que brazos y una larga paz para poder rivalizar en todo con el extranjero, pues ya éste no lleva allí mas que objetos de lujo.

El golfo de Darien baña todas las costas de los antiguos departamentos del Magdalena y del Istmo. La bahía de Panamá estrecha, con el mar de las Antillas, al istmo de Darien ó de Panamá, que no tiene mas que diez leguas de ancho en el punto mas angosto.

En el mar de las Antillas, sobre la costa septentrional del antiguo departamento del Istmo, se notan las numerosas islitas de San Blas. Cerca de la costa meridional del mismo departamento se halla en la bahía de Panamá el pequeño archipiélago de las Perlas.

Los Andes presentan por el primero de latitud N. la mesa de Pasto, la mas alta de la América meridional: al N. de esta mesa se dividen en tres ramales muy notables; el mas occidental, que constituye la cadena principal, se dirige hácia N. O. y va á formar el istmo de Panamá; el mas oriental toma el rumbo de N. E. con el nombre de Sierra de Pardaos, entra en Venezuela, donde lleva los de Sierra de Mérida y de Alta Gracia, y va á terminarse cerca del delta del Orinoco; el ramal intermedio corre del S. al N.

Magdalena es uno de los grandes rios de segundo órden de toda la América; nace en la cordillera central, en el punto en que se desprende la cadena oriental ó de Santa Fé. Pasa por Neyva, Honda, Mompox, Cartagena y Santa Marta, y entra por varias embocaduras en el mar de las Antillas. Este rio es famoso por sus caimanes los mas feroces conocidos, y por las batallas de Barbacoas, el Banco y Tenerife. Sus principales afluentes á la derecha son: la Plata, que desciende de los Andes, y es paralelo al Magdalena y muy aurífero; el Bogotá, de curso muy reducido, pero importante porque baña el llano en que está situada Bogotá, y forma una de las mas magníficas cascadas del mundo; el Sogamozo, que toma desde luego el nombre de Gallinazo hasta la ciudad de Sogamozo, y despues los de Capitanejo y Suba; además el Cesar, que desciende de la Sierra Nevada de Santa Marta. Del lado izquierdo recibe: el Saldaña, sumamente aurífero, que baja de los Andaquíes, país de salvages no domados, el último que se atrevió á atacar á los españoles en sus nuevos establecimientos; el Juntas, único vehículo del comercio de Antioquia, notable por su gran rapidez; el Cauca, considerable, que nace en la provincia de Popayan, cerca de la ciudad de este nombre, y se acrecienta con el Nechi, cuyo limo es el mas rico en oro de toda la provincia de Antioquia. El de la Hacha desciende de la Sierra Nevada de Santa Marta, y entra en el mar de las Antillas en Rio de la Hacha, capital de la provincia á la que da su nombre, notable por el límite de los indios Goajiros con quienes se está siempre en guerra abierta. El Meta, afluente del Orinoco, riega el E. del antiguo departamento de Boyacá. El Zulia, formado por varios raudales que riegan el valle de Cúcuta en este mismo departamento, pasa por delante de San Cayetano y entra en la laguna llamada comunmente el lago Maracaibo. Barcos de vapor se han establecido no ha mucho en sus riberas, así como en las del Magdalena. El Atrato, que riega la provincia del Chocó, notable por el proyecto que se tuvo en tiempo de Bolivar, de reunirlo al San Juan, rio poco caudaloso que desemboca en el golfo de Panamá, y por este medio reunir ambos mares. El Chenche, solo notable por las ostras perlíferas que lleva, de las cuales sacó algun producto lord Cochrane á quien el gobierno habia dado derecho de pescar en el Hacha. El rengue es un pez exclusivo del Chenche.

En la provincia de Cartagena y á poca distancia del rio Magdalena se ve el lago Zapatosa. En la provincia de Neyva está el Coya, que aunque pequeño es notable por los muchos caimanes que le habitan. Hácia la estremidad N. O. de la república, sobre la costa septentrional del antiguo departamento del Istmo, está el lago Chiroqui, que comunica con el mar de las Antillas.

Bogotá, fundada en 1538 por Quesada, capital de la Nueva Granada, con arzobispado, está situada á 4280 varas sobre el nivel del mar, al pié de dos montañas muy elevadas, que la resguardan de los terribles huracanes del E., recibiendo de ellas aguas siempre frescas y puras, y dominando á la llanura de modo que puede defenderse fácilmente contra el enemigo que se presente por ese lado. Su clima es sumamente húmedo y lluvioso, sin ser no obstante muy mal sano. La frecuencia de los temblores de tierra que se experimentan en esta ciudad, ha influido mucho en la construccion de sus casas, que son todas poco altas, bien que sus paredes son muy gruesas, sus calles rectas y cortadas á ángulos rectos cada cien varas, y no muy limpias hasta estos últimos tiempos. Todas ellas están regadas por infinitos arroyos de aguas vivas, entre los cuales hay dos que tomando el título pomposo de rios tienen cinco puentes de piedra no despreciables por su construccion y anchura. Entre los edificios públicos mencionaremos la catedral, edificada en 1814, que es el mas hermoso de Bogotá; los conventos de San Juan de Dios y de los Dominicos, mas notables por la solidez de su construccion que por la belleza de su arquitectura; el vasto palacio del gobierno, construido en 1825 por un rico particular que le vendió al estado; desde 1828 está habitado por el presidente y ricamente amueblado: una gran parte se halla ocupada por las oficinas de los ministros. Nombraremos tambien el palacio del Congreso que nada tiene de particular sino su destino, que es el reunir ambas cámaras, edificio provisional mientras se construye el palacio para el que se han votado ya fondos por un congreso pasado; y en fin la casa de moneda y el teatro que nada de particular presentan. Bogotá tiene varios establecimientos literarios, á saber: la universidad, muy frecuentada; la escuela normal de enseñanza mútua; el museo de historia natural donde enseñan la botánica, la química y la mineralogía; el protomedicato en que enseñan las ciencias curativas; y la academia de los abogados en que se aprende la jurisprudencia; los colegios de San Bartolomé, Rosario, Santo Tomás y de los Ordenandos; la biblioteca pública ó nacional; el observatorio y el jardin botánico; la academia nacional, que cuenta entre sus individuos á los ciudadanos mas distinguidos de toda la república; 50,000 almas. Sus inmediaciones presentan bonitos paseos rodeados de saucos y rosales, sobre los que se encaraman capuchinas; pero están poco frecuentados.

Mas lejos y en un circuito de 20 leguas se hallan varias ciudades y lugares notables; nos contentaremos con describir los siguientes: Zipaquirá, pequeña ciudad, famosa por su rica mina de sal gema que produce crecida renta á la república; Fusagasuga, grande aldea, situada en un valle pintoresco, notable por la vecindad de Pandi, lugar cerca del cual se encuentran los puentes naturales de Icononzo, por los que se pasa el torrente de la Suma Paz. No será tal vez fuera del caso recordar aquí que los dos puentes naturales de la Virginia, el puente de tierra ó Rumichaca en la provincia de los Pastos, el de la Madre de Dios llamado Danto, cerca de Totonilco en Méjico, la roca partida junto á Grandola en el Alentejo, y el soberbio puente natural cerca de Veja en el Veronés, son los fenómenos geológicos mas singulares que se conocen en este género. Soacha, bonita y grande aldea, afamada por la vecindad de la célebre cascada de Tequendama, formada por el rio de Bogotá; este salto soberbio reune todo cuanto puede hacer un sitio eminentemente pintoresco. Guatavita, aldea notable por el pequeño lago de su nombre, á quien los trabajos emprendidos últimamente por una compañía inglesa para sacar tesoros han dado grande celebridad: ¡como si esto fuera un manantial mas seguro y fecundo que las minas de plomo, sal y cobre que se hallan en todo este pais montuoso! Muzo, otra aldea, á la que ha dado renombre y suma importancia su rica mina de esmeraldas, siendo de ella y de la de Somondoco, situada mas al E. en la provincia de Tunja, de donde provienen en gran parte las esmeraldas que se encuentran ahora en Europa; y aun las que existen en Oriente. Ya hace algun tiempo que una comision obtuvo del congreso la concesion de la mina de Muzo, y ha sacado grandes utilidades. Facatativá, notable por sus inmensos bosques de quina y ser la primera que se encuentra á la entrada del llano de Bogotá. Funza, antiguo cuartel general del Zipa, en cuyas cercanías se dió la batalla del Santuario, una de las mas deplorables de las guerras civiles de esta república.

En la provincia de Veraguas existe: Santiago, ciudad de 5,000 almas. Esta provincia enteramente montuosa y casi inculta confina con la república de Goatemala.

En la provincia de Panamá se encuentra: Panamá, puerto franco, ciudad episcopal, bien edificada, en el fondo de una vasta bahía y sobre una península formada por la costa meridional del istmo al que da su nombre. Es plaza fuerte de segundo órden, y hace un comercio importante. En la realidad no tiene puerto, pues no se ve muelle ni astillero, la bahía es malísima á causa de los vientos del N. que son allí algunas veces muy violentos. Se ha abandonado enteramente el proyecto de cortar el istmo por un canal; y ahora se trata de hacer un camino de hierro, que conduciria de Portobelo á Panamá ó á Chorrera, aprovechando sin embargo el rio de Cruces que se haria navegable en lo mas alto posible. Vienen en seguida: Chorrera y los Santos, pequeñas ciudades de cuatro ó cinco mil almas, poblacion muy crecida para una provincia tan mal poblada, y bastante importantes por su comercio. Nata, con 4,000 almas; Cruces, admirablemente situada sobre el Chagres ó Cruces, rio manso y profundo, de bastante comercio, pues es el depósito de mercancías entre Panamá y Portobelo; 1,200 almas; Chagres, pueblo importante por el rio que la riega cuyo álveo debe mejorarse para facilitar la navegacion; 1,000 almas; Portobelo, pequeñísima ciudad, importante por la hermosura de su puerto franco, y mal afamada por su clima deletéreo, que le ha valido el triste sobrenombre de Sepultura de los Europeos. Á pesar de este grave inconveniente se ha celebrado allí por dilatado tiempo una de las mas ricas ferias del mundo. El gobierno ha disminuido algun tanto su insalubridad con mandar echar abajo una parte de los bosques que se extendian hasta sus puertas; 1,200 almas.

Ántes de dejar esta provincia hemos de decir algo de la pesca de perlas, cuya riqueza se ha exagerado tanto, y sobre una colonia que se ha formado en estos últimos años. En efecto lo está mas abajo del cabo Blas sobre la costa de Darien, ocupada ya por unas 200 personas de toda edad, quienes se emplean principalmente en la pesca de las tortugas y en la venta de su carne fresca ó salada, del aceite y de la concha que de ellas sacan. La pesca de las perlas fué cedida en 1823 para durante diez años por el congreso á una compañía inglesa, quien ha armado dos barcos, uno para pescar en el mar de las Antillas, sobre todo cerca del rio Hacha, y otro en el archipiélago de las Perlas, que pertenece á este departamento. Parece que los productos de esta pesca han sido de tan poca monta que los accionistas no sintieron abandonar la empresa.

En la provincia de Popayan son notables: Popayan, sobre el rio Molino, en una posicion de las mas bellas que imaginarse pueda; pero al pié de los grandes volcanes de Puracé y de Sotará. Varios edificios hermosos adornan esta ciudad; la calle de Belen es su mas bella parte. Con todo sus plazas nada tienen de particular y las mas de las casas que las rodean caen en ruina, á causa de la guerra reciente, pues ninguna ciudad de la Colombia ha sido tan maltratada como ésta: ya española, ya independiente, ha pasado por todas las represalias de los partidos y por todos los horrores de la guerra civil; lo que ha causado gran perjuicio á su comercio é industria. Á pesar de sus pérdidas es todavía una de las ciudades principales de la república por su casa de moneda, su obispado, su universidad de segundo órden, su colegio, y porque es el depósito comercial entre Quito y Bogotá; 7,000 almas. En los alrededores de Popayan se encuentra la pequeña aldea de Puracé, célebre en el pais á causa de las bellas cascadas del rio Puambio, cuya agua es ácida, lo que le ha hecho nombrar rio Vinagre por los españoles; la acidez de sus aguas libra al Cauca, de quien es tributario, de los caimanes que infestan aun á los mas pequeños arroyos que se reunen al Magdalena.

En la provincia del Cauca existen: Buga, villa pequeña, notable por su casa de educacion; no ha mucho se trasfirió allí la capital de la provincia. Cartago, que cierra por este lado el famoso paso del Quindio, que es la única comunicacion entre esta provincia y los valles del Magdalena; Barbacoas, importante por sus minas de oro.

En la provincia de San Buenaventura mencionaremos: Cali, ciudad pequeña y deliciosa por su suave clima, importante por su poblacion, su colegio y su comercio; La Buenaventura, recomendable por su hermosa bahía, ya frecuentada por varias embarcaciones mercantes.

En la provincia de Pasto se encuentra: Pasto, notable por la grande elevacion de la mesa sobre que está situada; es un llano rodeado de volcanes y azufreras que desprenden continuamente torbellinos de humo, y al que no se llega sino atravesando barrancas profundas y estrechas como las galerías de una mina. Esta ciudad, incendiada dos veces en la guerra de la independencia americana y destruida últimamente en 1834 por un temblor de tierra, empieza á levantarse de sus ruinas, contribuyendo no poco á ello una suscripcion voluntaria de toda la república. Los desgraciados habitantes de los desiertos que están á su alrededor no cogen de su suelo aurífero mas que papas. Iscuandé, miserable y muy pequeña ciudad, situada al pié de la Cordillera, importante por la bella calidad de platina que se saca de las ricas minas sitas en su vecindad. En esta provincia se encuentran unos pueblos miserables que habitan los inmensos llanos de Patía. Los habitantes de esta provincia, que son muy belicosos, paralizaron por algun tiempo la marcha victoriosa del ejército libertador.

En la provincia de Chocó hay que mencionar: Quibdó, su capital, combatida de eternas tempestades y casi siempre inundada, lo que ha obligado á sus moradores á levantar las habitaciones sobre piés derechos, generalmente de madera, llamados estantillos. Esta provincia es la parte mas húmeda de toda la antigua Colombia, pues llueve casi todo el año, y una de las ménos pobladas, contándose apenas 20,000 almas, casi todos salvages, en un espacio de cien leguas; pero es tambien una de las que relativamente á su extension producen mas oro y platina.

Digitized by Google

haber lanzado allí una junta en julio de 1811 el primer manifiesto firmado Domingo y Mendoza, en que se hallaba el germen de la independencia futura del país. Por ella tambien pasaron Bolivar y Paez, vencedores ó vencidos, dueños hoy de la ciudad, y obligados mañana á huir delante de Morillo y buscar un asilo en los llanos del Orinoco. Caracas tiene una universidad de primer órden, una escuela normal de enseñanza mutua, un colegio, un seminario y otros varios establecimientos literarios. Es tambien el centro de un gran comercio con los vastos paises que forman la provincia, de que es capital.

En sus inmediaciones citaremos: la Guaira, pequeña ciudad de 5,000 almas, con un mal puerto y en un clima muy mal sano, pero muy importante por su comercio, siendo el puerto por donde Caracas hace sus espediciones marítimas. Mas lejos y en un radio de 20 leguas nombraremos, la Vitoria, pequeña ciudad, bastante floreciente y muy bien poblada. Maracay, grande aldea, en una posicion deliciosa, en el valle de Aragua, cerca del hermoso lago Tacarigua ó de Valencia; hace algun tiempo se consideraba su iglesia como la mas bella de la provincia.

En la provincia de Maracaibo: Maracaibo, ciudad bastante bonita, situada en el borde occidental del estrecho que separa la laguna de Maracaibo del golfo de este nombre. Está defendida por tres fuertes, y el principal es el de la Barra; tiene tambien un hermoso astillero en el que se construyen barcos. Posee un colegio y una escuela de pilotage. Á pesar de las pérdidas experimentadas durante la última guerra, esta ciudad hace todavia un comercio bastante importante, y cuenta 20,000 almas.

En la de Coro; Coro, ciudad muy decaida desde 1636, época en que se transfirió á Caracas el asiento del gobierno; hoy, no obstante los buques bastante numerosos que frecuentan su puerto, su poblacion no llega á 4,000 almas. Tocuyito, pequeña ciudad importante por su industria y su poblacion.

En la de Mérida; Mérida, fundada en 1583 bajo el nombre de los Caballeros; destruida enteramente con el terremoto de 1812; poco á poco se ha ido levantando de sus ruinas, y ahora es capital de la provincia y residencia de un obispo; tiene una universidad de segundo órden y un colegio.

En la de Trujillo: Trujillo, pequeña ciudad sobre el lago Maracaibo; exporta granos, café, azúcar, índigo, cacao, etc.

En la de Carabobo: Nueva Valencia, la mas poblada é importante de la república despues de la capital; tiene un hermoso puente de tres arcos, el que con la Glorieta son los dos objetos mas notables de la ciudad; se ponderan mucho la bondad de su clima y la hermosura de su situacion, no lejos del lago de su nombre; su comercio es floreciente; 15,000 almas. Puerto Cabello, ciudad marítima, importante por su hermoso puerto y su comercio; es tambien un puesto militar con fortificaciones elevadas y protegidas á lo lejos por una doble cintura de castillos y reductos. Á pesar de tan temibles obras, el ejército de los independientes no temió en 1823 atacar la ciudad ocupada por los españoles. Desgraciadamente está rodeada de lagunas salinas que hacen muy insalubre el aire, impidiendo el aumento de la poblacion; 3,000 almas.

En la de Barquisimeto: Barquisimeto, aun con señales crueles de la catástrofe del año de 1812, en la que perecieron 1,500 personas entre 8,000.

En la de Tocuyo: Tocuyo, fundada en 1541 por un agente de la compañía de Welser, con una casa de educacion, hace gran comercio de trigo. Carora, famosa por sus resinas aromáticas y sus bálsamos; San Cárlos y San Felipe, importantes por sus hermosos plantíos de añil, café, algodon, etc.; Aroa, por sus ricas minas de cobre, que han pertenecido á Bolivar.

En la de Varinas: Varinas, pequeña ciudad muy floreciente ántes de la guerra, y cuya poblacion ha bajado de 10,000 á 3,000 almas. Guanare, importante por su poblacion y por su colegio.

En la de Apure: San Fernando de Apure, pequeña ciudad cuyo fuerte fué tomado por Paez contra Morillo; Mantecal, la mas poblada de esta provincia, aunque no cuente mas que 3,000 almas.

En la de Guayana: Angostura ó Nueva Guayana, pequeña ciudad espiscopal situada sobre el Orinoco; fué uno de los principales teatros de la guerra de la independencia, por cuya razon se han disminuido mucho su riqueza, su comercio y su poblacion, la que no asciende mas que á 3,000 almas. Á pesar de esto es todavia la ciudad mas importante de cuantas baña el Orinoco; se ha establecido en ella un colegio, y allí se reunió el primer congreso nacional. Guayana la Vieja, ciudad fortificada en un clima excesivamente mal sano. Calcara, pequeña aldea sobre el Orinoco, notable por rocas de sienita y granito, cubiertas de figuras simbólicas colosales, representando cocodrilos, tigres, enseres de casa y las imágenes del sol y de la luna. Monumentos semejantes se encuentran en Urbana sobre el Orinoco, entre los manantiales del Esequebo y del rio Branco, siendo tanto mas importantes estos últimos esculpidos cuanto que se hallan en un rincon de tierra inhabitado y rodeado de pueblos salvages, sumidos en el grado mas ínfimo de barbarie, y muy distantes de poder grabar el menor geroglífico sobre las rocas; por lo que semejantes trabajos deben atribuirse á otra nacion desconocida, que desde largo tiempo ha cesado de existir. Esmeralda, miserable lugar, notable por su posicion en el alto Orinoco, y al cual los granitos del pico de Duida, tomados por esmeraldas, le han valido el nombre brillante que lleva; es un lugar de mision. Mas allá del Esmeralda y subiendo hácia sus fuentes se hallan las bocas del Macova, y despues las tribus indomables de los Guaycas y Guaharibos, que no permiten se penetre mas adelante. Estas tribus habitan las cadenas que se extienden entre los manantiales de los afluentes superiores del Orinoco, país conocido en otro tiempo por el nombre de Parimo, y en donde estaba situado, segun dicen, el famoso Dorado de Walter Raleigh y de los primeros conquistadores españoles, país fabuloso que tanto ha ocupado á los historiadores.

En la de Cumaná: Cumaná, ciudad muy decaida, aunque su poblacion todavia sube á 12,000 almas; es importante por sus fortificaciones, su comercio y por su vasta y soberbia bahía donde cabrian todas las flotas del universo. Maniquarez, famosa por la loza que hacen los indios conformándose á sus antiguos métodos de fabricacion. Cumanacoa, fundada en 1717 por Domingo Arias, y reputada por su excelente tabaco y añil y por sus aguas minerales. San Fernando, dependencia de la mision de Cumanacoa, notable por un aspecto de órden y desahogo que recuerda las aldeas moravas. En el camino de estos dos últimos pueblos se halla el pequeñito lugar de Arenas, que solo citamos por haber tenido cierta reputacion en el mundo científico á principios de este siglo. Allí vivia en efecto un tal Lozano, hombre del campo, que alimentó á su hijo durante cinco meses, dándole de mamar de su propio pecho, dicen, dos ó tres veces por dia. La mision de Caripe, administrada antiguamente por frailes aragoneses, que la tenian cubierta de mieses fecundas. En este valle de Caripe existe una maravilla célebre en el país, y es la cueva del Guácharro, abertura gigantesca, alta de unos ochenta piés sobre noventa de ancho, con una entrada tan vasta que se pueden dar 200 pasos bajo la bóveda sin necesidad de alumbrar hachas. Solamente mas allá de este punto empieza la region oscura donde anida el guácharo, ave nocturna que los naturales del país miran como peculiar de esta cueva. Cariaco, importante por su puerto, los productos de su agricultura y su comercio. Araya, notable por sus salinas, aunque las de ahora no son tan ricas como las antiguas que ha invadido el mar.

En la de Barcelona: Nueva Barcelona, la mas poblada bien que no cuenta mas de 5,000 almas; es un gran depósito para el comercio de contrabando con la isla de la

Digitized by Google

Trinidad que pertenece á los ingleses. Pirítú, con ricas salinas y una bella iglesia. Pampatar, el puerto mas importante de la isla Margarita, declarado franco, lo que ya le ha hecho floreciente. La Asuncion, capital de la isla, bastante bien edificada, con habitantes activos é industriosos. Pueblo de la Mar, ensenada herradura, á algunas leguas al oeste de Pampatar. Pueblo del Monte, puerto difícilmente practicable á causa de un arrecife que cierra la entrada. Nombraremos tambien el islote desierto y esteril de Cubagua, que brilló con gran esplendor, sobre todo en la primera mitad del siglo XVI, á causa de los tesoros que allí acumulaba la rica pesca de perlas. En aquel parage fué construido el Nuevo Cadiz por unos pescadores, cuyas riquezas y lujo pasaron á proverbio; mas la destruccion continua é inconsiderada de las ostras perlíferas disminuyó de tal modo su producto, que hácia fines del mismo siglo el comercio fué del todo insignificante. Mas tarde cesó por entero la pesca, los habitantes abandonaron la ciudad y desaparecieron hasta los vestigios del Nuevo Cadiz.

La república del Ecuador, otra de las antiguas posesiones españolas, corresponde con corta diferencia al reino de Quito, que fué conquistado por Pizarro en 1534 y encerrado en el vireinato español del Perú, se desmembró de él en 1718 para reunirse á la Nueva Granada de que acaba de separarse tomando un nombre nuevo.

Esta república, formada de la parte meridional de la Nueva Granada, confina al norte con ella, al oeste con el grande Océano, al sud con el Perú, y al este con el Brasil. Está situada entre 2° de latitud norte y 6° de latitud sud, y entre 72° y 85° de longitud oeste. Su largo es de 200 leguas del este al oeste, y su ancho de 160.

La república del Ecuador, que estaba dividida en tres departamentos, ahora lo está en nueve provincias.

En la parte oriental de este pais habitan la mayor parte de los indios de la república del Ecuador. Nótanse principalmente las tribus de los Omaguas y de los Maynas.

La cadena de los Andes recorre esta comarca de norte á sud, presentando enormes picos volcánicos, cubiertos de nieves sempiternas. Entre estas cimas se hallan en una grande extension mesas fértiles en que reina un clima suave, y sobre las cuales existen ciudades florecientes, numerosas aldeas y lugares, ricos pastos y campos muy bien cultivados, que producen abundantemente cacao, tabaco, añil y el árbol precioso que da la quina. Al este se ven vastos llanos regados por el rio de las Amazonas y por grandes y numerosos tributarios suyos. La república del Ecuador posee minas de oro y de esmeraldas las mas ricas que se conocen.

El golfo de Guayaquil se abre sobre la costa de esta provincia. Los cabos de Santa Elena, San Lorenzo y San Francisco son los mas notables de esta costa. Á 160 leguas al oeste de esta república están los Galápagos, islas volcánicas é inhabitadas, situadas bajo el Ecuador: las principales son: Albemarle, Chatam y Abingdon.

Los Andes ofrecen en este pais las cimas que se han tenido hasta en estos últimos años por las mas altas de estas cordilleras; pero es bien sabido hoy que son ménos elevadas que los Andes del Alto Perú. Las mas célebres de estas cumbres son el Chimborazo, el Coyambé, el Cotapaji, el Pichincha, y el Antisana, de los que hablaremos con alguna extension mas adelante.

El rio de las Amazonas viene de la república del Perú, riega la provincia de Jaen de Bracamoros y la de Maynas, que á principios de 1829 estaba todavia ocupada por los peruanos á pesar de las reclamaciones de la Colombia. Sus principales afluentes en el territorio de la primera y en la parte litigada son á la izquierda: el Santiago, que parece estar formado por la reunion del Paute, que baña á Cuenca, y del Zamora que nace no lejos de Loja; pasa en seguida por Santiago; el Morona, que desciende bajo el nombre de Upano del gran volcan Sangai en la provincia del Chimborazo, atraviesa páramos poco conocidos que recorren hordas nómadas en el antiguo departamento del Asuay, y entre el Pongo de Menseriche y La Barranca, mezcla sus aguas con el de las Amazonas; el Pastaca, el Tigre, y sobre todo el Napo, el Putumayo y el Caqueta son grandes afluentes que atraviesan regiones poco conocidas y aun ocupadas por indígenas que en parte los rigen misioneros y en parte andan errantes en el estado salvage, conservando toda su independencia y aun varios viviendo en hostilidad con los Colombianos; el Putumayo, llamado Iza en la parte inferior de su curso, y el Caqueta, que mas abajo toma el nombre de Yupura, no entran en el Amazonas sino despues de haber recorrido varios paises del imperio brasiliense. El Huallaga, el Ucayali y el Juvari vienen de la república del Perú y entran por la derecha en el Amazonas. El Esmeraldas en el antiguo departamento del Ecuador y el Guayaquil en el de este nombre son los rios mas notables que descendiendo de la alta cadena de los Andes se dirigen al grande Oceano.

Quito, conquistado por Belalcazar y Alvarado, ciudad grande, capital de la república del Ecuador, situada á 3,454 varas sobre el nivel del mar (el barómetro se mantiene á 20 pulgadas de altura) en una barranca edificada sobre arcos, lo que hace una especie de ciudad subterránea, teniendo al oeste el volcan Pichincha, al este una fila de colinas llamada Panecillo, y al norte y sud un llano. Todas las calles, excepto las cuatro que van á parar á la plaza mayor, son tortuosas y construidas sin órden y en quebradas cuyas paredes irregulares ocupan las casas, sin estar empedradas mas que las principales. Los mejores edificios son: el palacio del antiguo presidente, de un aspecto triste y la fachada de piedra; el palacio del obispo, y la catedral que está distante de ser la mas hermosa de las iglesias de Quito: estos tres edificios se hallan en la plaza mayor, en cuyo centro se eleva una bella fuente de cobre. Entre las iglesias la del antiguo colegio de jesuitas se reputa por la mas hermosa; varias esculturas del mayor mérito adornan este edificio, cuyo interior ha sido construido conforme al modelo de Jesus en Roma; en una de las paredes se ve la inscripcion en mármol dejada por Lacondamine y sus célebres colaboradores enviados al Perú en 1736 por la Academia de ciencias de Paris para medir un grado del meridiano; ahora se conserva esta inscripcion en el Museo. Vienen en seguida la iglesia del Sagrario y la del monasterio de Santa Clara. Deben nombrarse tambien el convento de San Francisco por su inmensa extension y su bella y opulenta iglesia donde todo parece ser oro, plata maciza y piedras preciosas; el convento de San Diego, notable por su situacion deliciosa; el de la Recoleta de la Merced, célebre por retirarse en él las gentes de calidad en tiempo de cuaresma, y en fin el hospital mayor, á causa de su arquitectura y de sus vastas dimensiones. Quito ha sido siempre famosa por el gran número de estudiantes que acuden á su universidad. Despues de este establecimiento vienen la escuela normal de enseñanza mutua, el colegio, el seminario, y la biblioteca pública del antiguo colegio de jesuitas, considerada como la mas rica de toda la antigua Colombia. Bajo el régimen español Quito era residencia de un comandante general, y actualmente es asiento de un tribunal superior de justicia, de un obispado y de otras autoridades de la república. Los principales productos de sus manufacturas consisten en estofas de algodon y lana, en sergas, flanelas, ponchos, medias, encajes, hilo, cintas de hilo y otros artículos ménos importantes. En el distrito de Pasto son los indios quienes fabrican esa tela impermeable de goma elástica que tanto se ha popularizado en Europa no ha mucho: 70,000 habitantes.

Sentimos nos falte espacio en una obra de esta naturaleza para señalar en ella todos los lugares y objetos notables que en un circuito de 20 leguas merecen fijar la atencion, nos contentaremos pues con los siguientes por ser dignos de preferencia, y empecemos desde luego mencionando algunos de los magestuosos colosos que coronan el empinado valle de Quito. El volcan de Pichincha, en las inmediaciones de esta ciudad, notable por su actividad y por la famosa cruz elevada en una de sus cimas, que sirvió de señal á los académicos franceses para me-

Digitized by Google

dir la meridiana; y donde se dió la batalla memorable que libertó á Quito del poder español; único ejemplo quiza de haber combatido los hombres á tanta altura. El Cayambe-Urco ó Altar, cuya cumbre magestuosa está atravesada por el Ecuador: el Antisana, el mas alto volcan conocido; en sus mismos flancos á la altura de 15,000 piés está situado el rancho de Antisana: hace unos años, ántes que se conociese la altura de la mesa de Titicaca, se le miraba como el lugar habitado mas alto de todo el Nuevo Mundo; el Cotopaji, el mas temible de todos los volcanes del antiguo reino de Quito. En 1738 se elevaron sus llamas sobre el borde del crater á la altura de 3,200 piés: en 1748 se oyeron sus mugidos hasta Honda á una distancia de 200 leguas comunes. La cantidad de cenizas que vomitó en 1768 fué tan grande, que en las ciudades de Ambato y Tacunga, arruinadas completamente entónces, se prolongó la noche hasta las tres de la tarde, viéndose los vecinos precisados á andar con linternas por las calles. Por último el Ilinisa, una de las cimas mas pintorescas, cuyas puntas medidas trigonométricamente por Bouguer, tanto por encima de la mesa de la ciudad de Quito, como por arriba de las costas del Océano, sirvieron para determinar el valor aproximativo del coeficiente barométrico, y deben por consiguiente ser colocados por los físicos al lado del Puy de Domo, donde Perrier, guiado por los consejos de Pascal, fué el primero que puso por obra el medir la altura de las montañas con auxilio del barómetro.

Entre las ciudades de mas consideracion que se hallan en los alrededores de Quito nombraremos al norte del Ecuador: Otavalo, cuyos moradores tienen fama por su belleza; 10,000 almas. Al sur del Ecuador Latacunga, ciudad bastante grande que varias veces ha sido casi enteramente destruida con las terribles erupciones del Cotopaji; 17,000 almas. Cerca de esta ciudad se hallan dos monumentos singulares, la casa del Inca en Callo y el Panecillo ó Pan de Azúcar en sus inmediaciones. Los naturales del pais miran este último como un tumulus elevado para servir de sepultura á un personage distinguido; Ulloa cree que es un monumento militar. Parece probable que esta colina, ya que no toda, al ménos una parte, debe su existencia á la mano de los hombres.

En la provincia de Imbabura mencionaremos: Ambato, pequeña ciudad, notable por su hermosura, por la bondad de sus producciones y la de su clima, por su poblacion y vecindad del celebre Chimborazo, mirado hasta estos últimos años como la montaña mas alta del Nuevo Mundo, pero que acaba de ceder su puesto á los dos picos el Nevado de Sorata y el de Illimani. Esmeralda, punto miserable, famoso por su escelente cacao, que es el mejor que se conoce. Guayabamba, notable por su camino llamado Ladera de Guayabamba, que durante una milla inglesa va cortando la montaña.

En la provincia de Pichincha, además de Quito y los otros lugares que acabamos de mencionar, se halla Riobamba, importante por su poblacion, que es de 20,000 almas. Esta ciudad es moderna, pues la antigua fué destruida completamente por el terremoto de 4 de febrero de 1797.

En la provincia de Chimborazo: Ibarra, con nada de particular mas que su poblacion de 10,000 habitantes.

En la provincia de Guayaquil: Guayaquil, la antigua Tumbes, la Tumpis de Garcilaso de la Vega, residencia del cacique Huyana Capac, cuando en 1526 Francisco Pizarro llegó á ella por primera vez; una de las ciudades mas importantes de la república por su posicion, su puerto, su comercio y su poblacion que asciende á 22,000 almas. Si Guayaquil no presenta ningun edificio que pueda atraer particularmente las miradas del viajante, á ménos que no sea su construccion en bambues ó en madera, posee un astillero, que da ocupacion á un crecido número de operarios; se le considera como el primer establecimiento de esta especie existente sobre toda la costa occidental de America. Se le cita como el arsenal marítimo de la antigua Colombia: tiene una escuela de navegacion y un colegio muy frecuentado. Los armamentos europeos abundan en su bahia. En la misma entrada del puerto se ve una roca á la que á causa de su forma extraordinaria se le ha puesto el nombre Amortajado porque de lejos se parece á un cadáver humano con hábito franciscano, distinguiéndose muy bien la cabeza, el cuerpo, los brazos cruzados en el pecho, etc. Citaremos la pequeña ciudad de Jipijapa, á causa de su fabrica de sombreros de paja, de que se exporta una gran cantidad.

En la provincia de Cuenca: Cuenca, ciudad episcopal, bien edificada, y situada á cerca de 3,000 varas sobre el mar. El antiguo convento de jesuitas y el palacio del obispo pasan por ser sus principales edificios. Posee un colegio y un seminario. Los objetos de fabricacion local consisten en telas de algodon, sombreros, dulces, un queso parecido mucho al de Parmesan; 20,000 almas. El valle de Paute, donde se han descubierto minas de azogue depende de la ciudad de Cuenca. San Cristoval sobre el Supay, Urcu y Qualaneo pertenecen tambien á la jurisdiccion de Paute; en las montañas de estos distritos se cogen cochinilla y oro. A unas treinta millas de Cuenca se eleva el famoso Páramo de Asuay, cuyas terribles tormentas hacen perecer todos los años á muchos viajeros; daba el nombre al departamento. En sus inmediaciones se hallan varias ruinas de monumentos peruanos. Nombraremos primero los magníficos restos de la gran calzada construida por los Incas, los que se hallan en una altura que sobrepuja de mucho á la de la cima del pico de Tenerife. Viene en seguida la Ingapilca ó fortaleza del Canar, que es una colina terminada por una plataforma con un muro construido de piedras de silleria y una casa en el centro. Por último el Inga Chungana ó Juego del Inga, que consiste en una simple masa de piedras, que vista de lejos presenta la forma de un canapé con espaldar adornado de una especie de arabesco en forma de cadena.

En la provincia de Loja: Loja, pequeña ciudad, con un colegio; en su vecindad se ven esas vastas selvas donde se corta el árbol que da el famoso específico contra las fiebres intermitentes, conocido por el nombre de cascarilla de Loja ó quina. Bosques de este vegetal precioso se encuentran tambien en las montañas de Mérida, Santa Fé, Popayan y Quito. Loja tiene además grandes bosques, llamados en el pais de los Canelos, pues producen bastante buena canela, aunque inferior á la de Ceilan. Zaruma, importante por sus minas de oro, que aunque bastante abundantes están casi abandonadas.

En la provincia de Jaen; Jaen de Bracamoros y San Francisco de Borja, pequeños pueblos, perdidos por decirlo asi en medio de soledades, mas allá de las cuales se extienden vastas tierras poco conocidas, donde viven muchas tribus salvages independientes. Estos paises presentan lavaderos de oro muy ricos. Loyola, Valladolid y Cumbimaná, ciudades fundadas en los primeros años de la conquista, y que continuan figurando en muchos mapas, ya no existen. Al N.O. de Jaen de Bracamoros y propiamente entre las aldeas indias de Ayavaca en la república del Perú y Guamcabamba en el antiguo departamento del Asuay se ven á espaldas de las Cordilleras, á 3260 varas de alto en el Páramo de Chulacanas, las ruinas de la antigua ciudad de Chulacanas, muy notables por la suma regularidad de las calles, y alineacion de los edificios. Mas lejos estan los famosos Baños del Inca.

El territorio de la república de la Bolivia ó alto Perú, otra de las fundadas sobre colonias españolas, desmembrado en 1778 del vireinato del Perú para formar parte del nuevo vireinato de Rio de la Plata, siguió la suerte de este último, insurreccionándose varias veces contra los españoles. Libre del yugo de éstos á consecuencia de la victoria ganada por el general Colombiano Sucre en Ayacucho, el congreso reunido en Chuquisaca declaró la Independencia de la república el 6 de agosto de 1825. Algunos dias despues, decretó que la república tomaria el título de Bolivia, agradecidos como estaban los habitan-

Digitized by Google

tes de ella á los distinguidos servicios de Bolivar, á cuyos esfuerzos debian su libertad, y además resolvió que se fundaria una ciudad con el nombre de Sucre, en honor del vencedor de Ayacucho, siendo ella la que deberá ser en lo sucesivo la capital de la república. Provisionalmente ésta es Chuquisaca, bien que el Libertador, autorizado para el efecto por el congreso constituyente, designó á Cochabamba.

Bolivia ó alto Perú tiene por límites al oeste el Perú y el gran Océano, al noroeste el Perú, al nordeste el Brasil, y al sur Buenos Aires y Chile. Está comprendida entre 12° y 26° de latitud sur, y entre 59° y 73° de longitud oeste. Tiene de ancho del norte al sur 200 leguas, y de largo del este al oeste 240.

Toda la república está dividida en 6 departamentos, subdivididos en provincias y cantones: la provincia litoral recien erigida de Lamar, y Tarija, provincia independiente separada en 1809 del Alto Perú para reunirla con la de Salta, se desmembró de ella juntándose á la república Boliviana, separacion que ha dado lugar á vivas reclamaciones por parte del gobierno de Buenos Aires. Los vastos paises de los Mojos y Chiquitos, que forman las dos provincias de estos nombres en el departamento de Santa Cruz, están compuestos de misiones fundadas por los jesuitas ántes de su expulsion en 1750; algunas hordas nómadas son salvages y conservan su independencia, y un crecido número convertidos al cristianismo viven en las 23 misiones.

Esta república encierra 1.300,000 habitantes comprendiendo las tribus salvages. Las tres cuartas partes podrán componerse de los antiguos indígenas del pais, el resto de americanos-europeos y de una porcion pequeña de europeos y procedentes de África. Con la Independendencia se ha hecho copiosa la inmigracion de los extranjeros, y su mayoría reside en La Paz de Ayacucho por sus comodidades, tráfico y riquezas naturales y sociales.

El español es la lengua mas usada; como cosa de 500,000 individuos hablan todavía el aimará, el moja y el quinchua. Los progresos de la ilustracion son extraordinarios; es el objeto de mas adelanto á proporcion de su naciente suerte. Existen sociedades de literatura y colegios de ciencias y artes en la capital de cada departamento, y escuelas lancasterianas en todos ellos. La religion del estado es la Católica con exclusion de todo otro culto público. El ministerio eclesiástico consiste en un arzobispado y dos obispados.

Este pais se divide en tres partes que ofrecen aspectos diferentes: en el medio hay altas montañas y rocas desnudas, entrecortadas de algunos valles fértiles y cultivados; por el E. se extienden llanos inmensos cubiertos de selvas ó inundados en la estacion de lluvias; al S. O. está un pais árido, inhabitable, comprendido entre los Andes y el Océano; se le llama el desierto de Atacama. Bolivia produce cuanto hay de útil, grande y precioso bajo las Zonas tórrida y templada: en el reino vegetal abundan cascarilla, vainilla, bálsamo de Copaiba, goma elástica, añil, coca, tabaco, algodon, trigo, maiz, arroz, café, tamarindo, yuca, plátanos, camotes, sapallos, maní, cáñamo, olivo, la caña y la uva, papas, plantas del lino, frutas exquisitas, drogas medicinales y preciosas, palos y maderas finísimas. En el reino animal abundan en las regiones frias la oveja, alpaca, llama, vicuña, chinchilla, guanaco y viscacha; en las templadas el vacuno y caballar, venados, monos, y una infinita variedad de aves de la mas hermosa y fina plumageria: en las ardientes se cria el gusano de la seda no ménos que las abejas con abundancia. En el reino mineral abundan oro, plata, azogue, plomo, estaño, hierro, cobre, carbon de piedra, esmeraldas, turquesas, antimonio, calamina, sinabrio, pizarras, la piedra dicha de Berenguela casi tan blanca como el alabastro. Existen abandonadas mas de 3.000 bocaminas de plata en toda la república.

La Cordillera de los Andes corre del N. al S. en la parte occidental de este pais, y le separa del Perú en una grande extension; ella se divide en dos ramales principales que no se juntan sino en el departamento de Cuzco, abrazando así una vasta mesa en que se halla comprendido el lago de Titicaca. En los Andes de la Bolivia se encuentran las cimas mas elevadas de toda la cordillera, el Nevado de Illimam de 24.200 piés ingleses y el Nevado de Sorata que alcanza á 25.250, el mas elevado de los conocidos en América. Esta cadena envia hácia el E. un ramal notable, llamado Nevados de Cochabamba ó Sierras Altísimas, que recorre el departamento de Cochabamba. El Cerro de Potosí, que domina á la ciudad de este nombre, se presenta bajo de una figura cónica: tiene 16,000 piés de elevacion sobre el nivel del mar, y es célebre por sus abundantes minas de plata.

El rio de las Amazonas, cuyo ramal principal llamado Beni ó Paro, toma sus fuentes en los Nevados al N. de la ciudad de La Paz por el torrente de Choqueyapo, (sementera de papas) y por corrupcion Chuquiapo, atraviesa el departamento de La Paz, donde él corta la Cordillera oriental á las raices del Illimani; sus principales afluentes en el territorio de la república son los rios Mapiri, Coroico, Queloto y Tipuani. La continuacion del Beni junto con el Mamoré y el Itenez forma el Madera, que es el mayor de los afluentes del Amazonas: el Mamoré cuyo ramal principal, conocido por los nombres de Rio Grande y mas abajo de Guapahi, baña los departamentos de Cochabamba y de Santa Cruz, y atraviesa las vastas soledades que recorren los Mojos; este gran rio al llegar á este pais recibe á la izquierda el Chaporé, que atraviesa por el departamento de Cochabamba con el nombre de Paracti. El rio de la Plata recibe á la derecha de su ramal principal, dicho Parana, el Paraguay, al que traen el tributo de sus aguas el Pilcomayo y el Bermejo; éste atraviesa la provincia de Tarija, y aquel nace en la falda oriental de los Andes en el departamento de Potosí, y despues de haberla atravesado de O. á N. entra en los páramos del Gran Chaco, vasto pais que hace parte del territorio de la confederacion del Rio de la Plata; el Pilcomayo se aumenta á la izquierda con dos grandes rios, el Paspaya, á cuya hoya pertenece la ciudad de Potosí, y el Cachimayo, uno de sus afluentes, que nace cerca de Chuquisaca.

El lago de Titicaca ó Chucuito, el mayor de Sud-América, situado entre el Perú y La Paz de Ayacucho, comunica con el estrecho llamado el Desaguadero, que limita por el N. á Bolivia del Perú. En el indicado lago existen dos islas, una del Sol, la isla Titicaca, y otra de la Luna, de donde dice la tradicion haber salido Manco Capac y su muger Mamá Ocllo á fundar el imperio Peruano.

Cuchisaca ó Charcas, llamada tambien la Plata, en una llanada que cubre las aguas del Rio Grande y del Paraguay, y está rodeada de campiñas risueñas y bastante bien cultivadas. Es una de las ciudades mas antiguas de América, pues fué fundada en 1529 por uno de los oficiales de Pizarro, despues de su desastrosa conquista del Perú, sobre las ruinas de una antigua ciudad india, nombrada en quichua Choquechaka ó Puente del Oro, á causa de los tesoros con que la atravesaban los Incas yendo á Cuzco. Entre sus edificios solo nombraremos la catedral, el colegio, algunos conventos donde se conservan varias pinturas traidas de España ó Italia por los jesuitas, y el palacio del gobierno. Es residencia de un arzobispo, y á mas del colegio posee una universidad, que con motivo del sosiego que se disfruta en Chuquisaca era muy frecuentada por la juventud de todo el vireinato. Parece que su biblioteca es una de las mas ricas del Sud-América.

En el departamento de La Paz son notables: La Paz de Ayacucho, ciudad bastante grande, episcopal, situada en un valle profundo ahondado por el torrente de Choqueyapo; el nivel del suelo sobre que se eleva está á 14,000 piés por encima del mar, y por consiguiente excede en elevacion á las mas altas cimas de los Pirineos. Las cosas mas notables de La Paz son: su magnífica fuente construida de piedra Berenguela, su hermosa alameda y un panteon ó cementerio que se está concluyendo. Tiene además algunas iglesias bastante notables por su riqueza

Digitized by Google

y arquitectura, tales como la de San Francisco, la Merced, Santo Domingo y el bello y rico monasterio de las Concebidas. Posee universidad mayor con el nombre de San Andrés, y un colegio de medicina recien fundados, otros dos colegios para varones, y uno de educandas; y es la mas floreciente de la república, por ser el emporio de todas las mercancías traidas de las costas del Pacífico para venderlas en las ciudades y pueblos interiores: 40,000 almas. Cerca de allí se eleva el Nevado de Illimani, que es la mas alta montaña medida de todo el Nuevo Mundo despues del pico de Sorata. Tiahuanaco, pueblo situado cerca del lago de Titicaca, célebre en el pais por las ruinas de que está circunvalado: son los restos de los gigantescos monumentos elevados por un pueblo anterior á la dominacion de los Incas. Sorata, aldea notable por la vecindad del Nevado de su nombre, que no es sobrepujado en altura en todo el resto del globo sino por algunas puntas del Himalaya.

En el departamento de Cochabamba: Cochabamba, ciudad bastante grande, rodeada de campiñas fértiles y mal cultivadas; 20,000 almas. Mizque, ciudad pequeña, en un pais fértil aunque mal sano.

En el departamento de Santa Cruz: Santa Cruz de la Sierra ó San Lorenzo de la Frontera, pequeña ciudad episcopal, mal edificada, en medio de una llanada inmensa.

En el departamento de Potosí, hay la ciudad de este nombre, muy decaida, situada al pié del cerro de Potosí, famoso por la gran cantidad de plata, que desde 1545 hasta nuestros dias se ha sacado de sus entrañas. Sus calles son estrechas é irregulares, y las casas de mezquina apariencia. En el centro de la ciudad está una plaza espaciosa; el palacio del gobierno con las salas de justicia, la cárcel y un cuerpo de guardia ocupa un lado de ella; otro el tesoro y las oficinas de la administracion; un tercero está ocupado por un convento y una iglesia en construccion, que será la catedral; y por último en el cuarto lado se hallan casas particulares. En medio de la misma plaza se eleva un obelisco de 80 piés de alto, que atestigua que si Potosí ha sido en el Perú la última ciudad libre, fué la primera en erigir un monumento á la gloria de sus libertadores, pues este obelisco se construyó en 1825 ántes de la llegada de Bolivar. Posee un colegio y Casa de Moneda donde se ha acuñado enorme suma de pesos. Es una de las ciudades mas altas del mundo estando su plaza mayor á 14,200 piés sobre el nivel del mar. Las minas, que la han hecho célebre, se encuentran en el Cerro de Potosí, abierto en todas direcciones. La Descubridora, llamada en lo sucesivo Centerio, la mina del Estaño, la Rica y la Mendieta son las cuatro principales. Las exageraciones extraordinarias que se hallan en todas las obras de Geografía y en los libros de viajes sobre la masa de plata sacada de esta montaña, nos mueven á ofrecer aquí el resultado de las sabias investigaciones del señor de Humbold sobre el particular. El Cerro de Potosí: dice este ilustre viajero, ha dado él solo, y no contando mas que la plata cuyos derechos reales se han pagado, desde su descubrimiento hasta nuestros dias, una masa de plata que equivale á 5,750 millones de libras tornesas. La poblacion de Potosí, que en 1611 contaba 150,000 almas, está reducida hoy á 17,000. Nombraremos tambien en este departamento á Lipez, capital de la provincia del mismo nombre; á Porco, pequeña ciudad, en otro tiempo importante por sus minas de plata.

En el departamento de Oruro: Oruro, pequeña ciudad situada al pié de un grupo de cerros minerales, no lejos del Desaguadero, importante por las minas de oro y plata de su distrito, se le dan 6,000 habitantes. Las minas de estaño del cerro de Guanuni son de calidad superior y un artículo interesante de exportacion. Este pais es lo que se podria llamar el Tibet del Hemisferio occidental.

En la provincia Litoral de Atacama ó Lamar: Cobija, llamada tambien Lamar, en obsequio del general peruano cuyo nombre quiso Bolivar perpetuar en consideracion de sus habitantes y servicios por la Independencia. La hermosa bahía de Mejillones dista 14 leguas del puerto de Cobija. Éste debe su existencia al decreto del 1.° de julio de 1829, por el que se adjudicaron fondos para su fomento y caminos, y al del 2 de julio del mismo año, que le declaró franco y libre. El establecimiento de este puerto, único en la Bolivia, pareció imposible por falta de pobladores, aguas y pastos; pero sus adelantos son admirables: ya recibe importaciones extranjeras; se han radicado muchas familias; abundan comodidades, hay industria y honradez; y su clima es benigno: para suplir la falta de agua dulce que experimenta este puerto, lo que hará limitar su acrecentamiento y poblacion, se ha pensado en costear la abertura de varios pozos artesianos, y su perfecto éxito en otros lugares condenados por la naturaleza á una completa esterilidad y cambiados despues en terrenos fértiles remediará sin duda, en parte ya que no en todo, á este grave inconveniente. A dos leguas al norte del puerto Lamar se halla la mina de cobre Gatico; tiene la poblacion de 200 personas que la trabajan con provecho, y la explotacion no baja de 3,600 quintales al mes; la demanda es considerable y se envian cargamentos de este metal á los Estados Unidos y á varios puntos de Europa. En el cerro de San Salvador se ha descubierto una mina de alumbre, la que se trabaja actualmente. En la parte baja de Atacama, hácia donde está la costa, hay vetas de cristal de varios colores, jaspe, talco, alcaparrosa y piedra lipiz. Esta es la region en que el puerto de Cobija se halla.

En la provincia de Tarija: Tarija, pequeña villa, antiguamente partido de la intendencia de Potosí, mas despues de haberse incorporado toda la provincia á Bolivia por la ley del 3 de octubre de 1826 es administrada por un gobernador independiente del prefecto de Potosí. La denominacion de Tarija trae su origen del español Francisco Tarija, que descubrió el valle, donde el virey Toledo mandó fundar dicha villa en 1591. Es poblacion de 3,000 habitantes. Á unas 30 leguas de Tarija está la antigua mision jesuítica de Salinas, cuyo convento está situado en un valle fértil al que rodean montañas cubiertas de árboles frutales; pero en ciertas estaciones dominan las lluvias y las nieblas, lo que hace desagradable el clima.

Los vastos paises interiores de los Chiquitos y de los Mojos apenas son conocidos sino de oidas. Hácia las fronteras de los primeros algunos viajeros han visto esparcidos en una superficie de mas de 19,000 leguas cuadradas los restos de las misiones mas florecientes que han fundado los jesuitas en América, sin exceptuar siquiera las de las riberas de Parana y Uruguay. Los Chiquitos se apoyan hácia el E. contra las lagunas y el curso del Paraguay septentrional; por el lado del S. confinan con los Chiriguanos, indios notables por sus fuerzas y desarrollo del sistema muscular, y varios rios importantes riegan su territorio del N. y al S., sobre todo en la parte mas occidental. Están separados de los Mojos hácia el N. por inmensas y sombrías selvas que baña un rio aun no descrito, bien que navegable y por todas partes orillado de la mas brillante vegetacion; estos bosques son el asilo de los Guarayos, nacion afortunada, que, hospitalaria y franca, é incapaz de cometer ningun latrocinio, cultiva en el seno de sus familias todas las virtudes patriarcales. Mas allá hácia el N. se extienden los llanos de los Mojos, donde unos terrenos constantemente inundados reemplazan sin otra transicion las colinas graníticas y las piedras areniscas de Chiquitos.

Otra de las preciosas comarcas de la antigua América española que han conquistado su independencia es Chile rica provincia de su antiguo imperio. Almagro fué el primer europeo que invadió este pais en 1539; pero se retiró muy en breve por las muchas pérdidas que en él sufrió. Despues de esta retirada Pizarro envió otra expedicion á Chile bajo las órdenes de Pedro de Valdivia. Siguióse á esto una larga guerra con los indios, y particularmente con los araucanos, que sobresalian en amor á su patria y en valor. Valdivia fué hecho prisionero y muerto por estos últimos haciéndole tragar oro en fu-

Digitized by Google

sion. Las hostilidades continuaron con el mayor teson hasta el año de 1641, en que se hizo la paz, que se rompió en el de 1655, y la guerra duró diez años. Celebróse otra paz al cabo de este tiempo, y el país se mantuvo tranquilo. Á estos sucesos han seguido frecuentes épocas de paz y guerra, y por último las dos naciones se hicieron amigas. En 1809, á consecuencia de los sucesos de España, estalló entre los chilenos el deseo de independencia, y el partido que defendia esta causa obtuvo al principio un triunfo completo; mas una expedicion realista, procedente del Perú, se apoderó del pais, y volvió á colocar á Chile bajo el yugo de la España. El ejército de Buenos Aires, mandado por el general San Martin, derrotó las fuerzas españolas en la batalla de Maipo, y de sus resultas se proclamó la independencia, y se formó y promulgó la constitucion que rige hoy aquellos estados.

La república de Chile, situada en la parte S. O. de la América meridional, está bañada al O. por el Grande Océano, y confina al E. con los Andes, que la separan de Buenos Aires y de la Patagonia, y segun los últimos convenios, se extiende desde el desierto de Atacamo hasta el cabo de Hornos. Está comprendida entre 24° y 44° de latitud S., y entre 71° y 77° de longitud O. Su espacio de N. á S. es de cuatrocientas leguas, y su anchura media del E. al O. de cuarenta.

La república del Chile, que corresponde á la antigua capitanía general de este nombre, despues de varias mudanza en sus divisiones administrativas, producidas por la ambicion de algunos gefes y por las vicisitudes de la guerra de la independencia, desde 1823 fué dividida en ocho provincias subdivididas en distritos, y en 1833 lo fué tambien Valparaiso, lo que compone en todo nueve provincias. El territorio de la república no es continuo y si interrumpido por la parte de la Araucania ó país de los Araucanos; todo lo que queda al S. de esta comarca no consiste mas que en algunos establecimientos aislados y en el archipiélago de Chiloe. Haremos observar que relativamente á la poblacion segun el censo de 1791 no era mas que de 750,000 almas (exclusive los indigenas independientes). Segun el señor de Yrisarri, secretario de estado en Chile, ascendia hace poco á 1.200,000, y segun el señor Egaña, ministro en 1813, á 1.500,000, repartidos como sigue; desde la frontera septentrional hasta el Biobio, 1.380,000, en la Araucania, 18,000, y para el archipiélago de Chiloe, 90,000. En fin M. Balbi, autor de una obra que ha servido sobremanera para estos datos estima la poblacion á 1,400,000 almas. El número de negros es ahora sumamente corto.

La poblacion chilena consta de criollos, europeos, indios, mestizos ó guasos, y negros, que todos, excepto los criollos, en nada se diferencian de las mismas clases de individuos en las demas partes de América. En cuanto á los criollos son por lo comun bien hechos, vivos, robustos, francos y muy inteligentes. Los guasos, que forman la parte mas inculta de la poblacion chilena, son mestizos oriundos de la union de los antiguos colonos españoles y de los indios indigenas: viven en el campo, donde se entregan á los trabajos de la agricultura y á la cria de ganados. Existe en Chile otra raza de hombres, los araucanos, que habitan la parte meridional de Chile y la septentrional de la Patagonia; es un pueblo orgulloso, industrioso, lleno de generosidad y valentía. Las otras diversas tribus de la familia chilena son los puelches y pampas, que habitan la parte meridional de la Confederacion del Rio de la Plata, pero varias tribus de ellos andan errantes en el territorio de Chile: los cunches, establecidos mas allá de Valdivia bajando hácia la Patagonia, los chonos y poyus de los archipiélagos de Chiloe y de Chonos, los huiliches, que viven al S. de los cunches, y en fin los pehuenches, que se hallan en los Andes de Chile.

El español es la lengua nacional, y los araucanos hablan el idioma chileno, llamado chili-duga. Ciertas familias ricas aprenden el francés, inglés ó italiano. El catolicismo es la religion de este estado, que posee dos obispados. La religion de los araucanos reconoce un Ser supremo, que segun ellos confía el gobierno del mundo á un gran número de divinidades subalternas.

Chile es una region casi por todas partes deliciosa, donde la fertilidad del terreno cuadra con lo benigno del clima. La tierra se muestra allí apta para nutrir las plantas mas deliciosas del antiguo y nuevo continente. Se ven magníficas selvas pobladas de cedros encarnados, pinos, cipreses y laureles; van allí muy bien el olivo y la vid, y se cogen con abundancia maiz, pimiento, tabaco y diversos granos indigenas, como son el magú, la tuca, el huegen, la cauilla. Los animales domésticos de Europa se multiplican allí sin degenerar, al paso que no se ven lobos, ni jaguares, ni ninguno de esos reptiles ponzoñosos que meten miedo en los países cálidos. Sin embargo esta hermosa region está expuesta continuamente á terremotos causados por las erupciones de los numerosos volcanes que humean en los Andes. Estos mismos montes ocultan abundantes minas de oro, plata, hierro, cobre, plomo, estaño, piedras preciosas, azogue y carbon de piedra. Las principales minas de oro son las de Petorca, Illapel, Huasco, Coquimbo, Ligua, Tiltil, Putendo, Caren, Rancagua, Maule, y Here. Las minas de plata de Coquimbo son muy abundantes, y en 1832 se han hallado cincuenta venas nuevas en la provincia, todas de calidad superior: á esta nueva mina se le da el nombre de Charquesillo; las del Cerro, Huscallata y Huesca son muy afamadas. Resulta de un mensage dirigido al congreso por el presidente de la república el 5 de junio de 1825, que los trabajos de las minas continuaban con el mayor éxito, que los laboratorios eran insuficientes para contener los productos metálicos de la provincia de Coquimbo, y que la extraccion de la plata, en barra, que ántes de la revolucion no habia sido anualmente sino de 20 á 22,000 marcos, habia ascendido á 160,000. Los principales artículos del comercio de exportacion son los metales, el trigo, el vino, las lanas, el cebo, la grasa, las maderas de construcion, las cuerdas, las frutas, las legumbres, las viandas secas, etc.; y los de importacion se reducen á las estofas de Europa, artículos de moda, quincallería, azucar, arroz, algodon etc. La importacion de libros está exenta de todo derecho. Algunas manufacturas se han establecido recientemente en Chile, tales son molinos de papel, fábricas de estofas de flanela y de paños bastos. En Santiago hay una manufactura de sacos de telas, y unas cuarenta tenerías donde se preparan toda especie de pieles.

Las islas que dependen de Chile son: 1° las de Chiloe y de Chonos, que forman en la extremidad meridional de aquella region un grupo de mas de ochenta islas ó islotes; 2° la Mocha, sobre la costa de la Araucania, de que está separada por un canal de cinco leguas de ancho. Esta isla ofrece á los navegantes dos hermosos fondeaderos; es fértil y abunda en caballos, cabras y cerdos salvages; la pesca de las focas atrae á ellas gran número de marinos, y algunas veces se ven allí ballenas; 3° la isla de Santa María, que tiene dos bahias; 4° las Coquimbanas, islas inhabitadas, llamadas Mugillon, Totoral y Pájaro; 5° el grupo de Fuan Fernandez, compuesto de dos islas, Mas á tierra y Mas á fuera, situadas á ciento veinte leguas de la costa en el Grande Océano: en una de ellas fué abandonado en 1709 el marinero Selkirk, quien motivó segun algunos la novela de Robinson; parece que acaban de ser sumergidas por un terremoto que ha causado grandes estragos en otros puntos de Chile; y 6° en fin, las islitas de San Ambrosio, San Feliz y de Pascua, situadas á unas ciento sesenta leguas de la costa. La última, que tiene seis leguas de largo, está habitada por mil indigenas de color claro y con la barba larga.

Los Andes de Chile vistos de lejos presentan la pintura de una serie de montañas magestuosas, perfectamente desprendidas sobre el horizonte, y cuya elevacion pasa con mucho la de los Alpes europeos. Sus raices están cubiertas de ricas alfombras de verde yerba, sus flancos desnudos están matizados de los mas vivos colores del

Digitized by Google

granito, y sus cabezas sublimes se ocultan debajo de nieves resplandecientes. Créese que el Tupungato, al oeste de Santiago, se eleva tan alto como el Chimborazo; es el gigante del sistema chileño. Despues de él los picos mas notables son el Descabezado, que dicen tiene 20,000 pies de elevacion, el Limari, el Mañas, el Longavi, el Coquimbo, el Chillan, el Choapa y el Guanahuca. Su masa consta de cuarzo, entremezclado de esquitas, basaltos y pórfiros. El paso de los Andes suele presentar peligro y siempre grandes fatigas, experimentándose una opresion dolorosa conocida en el pais por el nombre de puna. Los pasos mas frecuentados por los peones son los de la Dehesa, cerca de Tupungato, que conduce al este de Santiago; el paso de los Patos, al norte de Aconcagua; el del Portillo, el mas corto, pero el mas temible para los arrieros á causa de la frecuencia de temporales; y por último los de Uspallata ó de la Cumbre, de Planchon y Antuco.

En el límite occidental de este pais se encuentran veinte volcanes, siendo los mas importantes los de Chillan, Copiapo, Antuco, Villarica, Petorca, Aconcagua, Limari, Tucapel y Osorno. Entre las erupciones mas desastrosas la historia menciona las del Villarica en 1640 y del Petorca en 1762. Estos volcanes son causa de los frecuentes terremotos que se experimentan en Chile: los de 1822, 24, 29, y 34 son señalados entre las épocas mas nefastas de la república. Solo la ciudad de Santiago ha sido destrozada cuatro veces en el espacio de catorce años; la de Copiapo, destruida dos veces enteramente; y otras nunca se han reedificado, siendo de este número Penco en la provincia de la Concepcion.

La posicion de los Andes, que dejan poco espacio entre ellos y la costa, hace sumamente limitado el curso de todos los numerosos rios que riegan el territorio de esta república. Todas sus corrientes van á parar al Grande Océano. Los principales rios son, viniendo del norte, el Salado, que separa á Chile de la Bolivia: sus aguas son saladas, como lo indica su nombre; el Copiapo, el Huasco y el Coquimbo, que dan sus nombres á las ciudades que bañan; el Limari, el Quillota, llamado tambien Aconcagua ó Quile, del nombre de dos pueblos que atraviesa en su carrera; el de Maipo, cuyo principal afluente es el Mapocho, que pasa por Santiago; el Maule, antiguo límite del imperio de los Incas, y en cuya embocadura se levanta un inmenso peñon, cuya forma extraordinaria le ha hecho nombrar la Iglesia; el Mataquito, el Itata, que recibe el Chillan, cuyo nacimiento está al pié del inmenso volcan de su nombre, el Quierino y el Genubló; el Biobio, que separa á Chile propiamente dicho de la Araucania, que esta todavía independiente: es navegable en el espacio de una legua corta; el Cauten, el Tolten, navegable para buques mayores; y el Valdivia, todos tres en el territorio independiente. Entre el sinnúmero de afluentes de todos estos rios se pueden citar el Laja, el Ruscué, el Callacalla y el Torbido, cerca de Antuco, notable por las montañas basálticas, los precipicios y la silvestre magestad de su valle. En este último se nota un fuerte empalizado.

La república de Chile posee lagos de agua dulce y lagos de agua salada. Entre los primeros se pueden mencionar el Nahuel Huapi, que tiene veinte y seis leguas de circunferencia, el Lawquen, con veinte y cuatro, ambos en el territorio indio; el Aculeo, junto á Santiago, que tiene tres leguas de largo sobre dos de ancho; el Pudahuel y el Taguatagua. Todos estos lagos rodean á varias islitas arboladas. Los lagos salados están situados en los parages pantanosos; los mas considerables son los de Bucalemo, Cahuil y Boyeruca.

Santiago, fundada en 1541 por Pedro de Valdivia, situada sobre la ribera derecha del Mapocho, en una vasta llanura limitada al este por las cordilleras y al oeste por colinas, tambien bañada por el Maipo, y célebre por la victoria del 5 de abril de 1818, esta en un clima delicioso, ventaja que debe á la elevacion de su suelo. Esta ciudad está dividida en cuadras ó islas cuadradas perfectamente iguales entre si, y tiradas á cordel, en número de 150 inclusive los arrabales, pero todas no están aun concluidas, con sus correspondientes acequias que suministran á las casas canales de irrigacion. En el centro de Santiago se halla la plaza mayor, á la que embellecen una hermosa fuente y varios edificios públicos, á saber, el palacio del gobierno donde vive el presidente, muy grande, con las cajas, la cárcel, la grande sala de audiencia y las oficinas de los diversos ministerios; la catedral, aun no acabada, uno de los mayores templos de la América del Sud; el palacio del obispo, en muy mal estado por los temblores de tierra, á que está expuesta la ciudad, habiéndole sido funestísimos los de 1822 y 29; y otras varias casas de una arquitectura de no muy buen gusto. El consulado es un grande edificio cerca de la plaza, en el que se suele reunir el congreso nacional. La aduana es un edificio bastante notable por sus felices disposiciones. Cerca de la Cañada está la casa de moneda que los santiagueños miran como el mas hermoso edificio de toda la ciudad, por rivalizar de elegancia con cualquiera otro de esta especie de la América meridional, y por igualar á los mas notables que se pueden hallar en Europa; su construccion costó un millon de pesos. Debe tambien hacerse mencion del bello puente que atraviesa el Mapocho, y del Tajamar, formado de dos paredes de ladrillos cuyo interior está lleno de tierra, tiene dos millas de largo y en lo alto se ha hecho un paseo adonde se sube por medio de escalones. Recientemente se ha ejecutado otro muy magnífico en la misma Cañada, llamado de las Delicias, que es sumamente concurrido. Santiago es el asiento de un obispado y posee varios establecimientos literarios, siendo los principales el instituto, especie de universidad de la república, el colegio de Santiago y el Liceo, fundados sobre las mismas bases que los establecimientos europeos de esta clase, los dos colegios de señoritas, y la biblioteca nacional que posee unos 12,000 tomos. La poblacion se puede valuar á 65,000 almas.

En la provincia de Coquimbo: la Serena, pequeña ciudad importante por su puerto formado por una hermosa bahia, cerca de la isla de las Tortugas, por su comercio y poblacion que asciende á 11,000 almas, á pesar de las pérdidas que ha experimentado por los terremotos de 1820 y 22. Huasco, pequeñísima aunque importante por su puerto y por la mina de plata que se halla en su distrito. San Francisco de la Selva y Copiapó, por las ricas minas de cobre explotadas en sus jurisdicciones, y por las piedras turquesas.

En la provincia de Aconcagua: San Felipe, ciudad compuesta de 8,000 almas; Lingua y Petorca, muy pequeñas pero importantes por sus minas de oro; Quillota, por las minas de cobre de su distrito, consideradas hoy como las mas ricas de la república.

En la provincia de Santiago, á mas de la capital ya descrita, nombraremos á Valparaiso, bonita ciudad, una de las principales plazas mercantiles de la América del Sud. Su hermoso puerto de fácil entrada, está resguardado de todos los vientos ménos del de el norte, que sopla violentamente en invierno, está defendido por tres fuertes y una batería á flor de agua; la ciudadela que se ha empezado á edificar sobre una eminencia y segun un vastísimo plan, no está todavía concluida. Los principales edificios son: la aduana, sumamente magnífica, que ha costado 500,000 pesos, el hospital de San Juan de Dios, la catedral y los conventos de San Francisco, San Agustin, la Merced y Santo Domingo. Valparaiso ha sido asiento del gobierno central. Mas de 3,000 extranjeros se han establecido allí. En el local del hospital de san Juan de Dios se ha fundado una escuela lancasteriana; se han formado en otros edificios otros establecimientos literarios, y es en esta ciudad donde se estableció en 1811 la primera imprenta de Chile, y desde el año siguiente se publicó el primer diario. Su arrabal mas considerable se llama el Almendral, y Puerto la ciudad propiamente dicha. Un camino bastante hermoso junta á Valparaiso con Santiago. Esta provincia abraza varios distritos, que en el conflicto de todas las pretensiones aspiran al rango de provincias: tales son los de Melipilla y Rancagua. Me-

Digitized by Google

lipilla, cuya capital es San José de Logroño, tiene importancia por las ricas haciendas que allí poseen varios habitantes de Santiago. La aldea de San Francisco del monte goza en órden á esto cierta celebridad, que durante la estacion del calor llama á ella una parte de la clase desahogada de la capital de la república y pueblos inmediatos. Rancagua, distrito separado de éste por el Maipo, tiene por capital á Santa Cruz de Triana, situada sobre el Cachapoal. En este distrito se pueden citar como objetos notables un lago de agua dulce y otro de agua salada: aquel abunda de peces y sobre todo de aves acuáticas; sus bordes pintorescos y variados recuerdan á los viajeros europeos algunas de las situaciones mas famosas de la Suiza. Minas de oro yacen á poca distancia de este hermoso paisage. El lago de agua salada da una sal muy buscada por los comerciantes de Valparaiso.

En la provincia de Colchagua y Talca: San Fernando; que nada tiene que merezca mencion especial, y Talca, sobre el rio claro, la mas poblada de la provincia de que es capital. Curicó no es mas que una aldea que saca alguna importancia de su posicion junto al paso del Planchon; posee una rica mina de oro.

En la provincia del Maule: Lauquenes, situada en un estrecho valle de la cordillera, importante por su establecimiento de baños de aguas minerales. Comprende esta provincia el puerto mayor Constitucion, y es por lo general muy fértil, así como la de Colchagua: ambas estan perfectamente cultivadas, y sacan sus principales recursos de la exportacion de ganados, maderas de construccion y quesos. En el Maule las gentes del campo ofrecen, mas que en otra parte, las señas de su origen. Su tez mas negra que la de los guasos de Santiago, su frente baja y sombria, y su carácter agreste recuerdan aquellos valerosos promaucos que se distinguieron en la época de la dominacion de los Incas.

En la provincia de la Concepcion: Concepcion ó la Mocha, ciudad edificada con regularidad cerca de la embocadura del Biobio, pero en gran parte arruinada por los Araucanos. Los guerreros de esta nacion belicosa, valiéndose de las turbulencias que conmovian á Chile, entraron en ella en 1823 y devastaron varios barrios, lo cual junto con el incendio de 1819 y el terremoto de 1834 es causa de que no presente mas que la imagen de la desolacion: sus bellas iglesias caen en ruina, las calles estan cubiertas de yerba, los jardines destrozados, y los edificios públicos, en otro tiempo tan numerosos y tan ricos, solo ofrecen á los ojos contristados con tantas calamidades algunas paredes ennegrecidas por las llamas. Por fortuna y merced á la pacificacion del pais esta ciudad tan interesante empieza ya á levantarse de estos desastres y toma una nueva importancia. La Concepcion es residencia de un obispo, de algun colegio y de algunos otros establecimientos literarios. En sus alrededores se halla Talcahuano, importante por su hermosa bahía que no tiene ménos de cuatro leguas de largo sobre tres de anchura; San Vicente, fondeadero poco seguro y poco frecuentado, si no es por algunos barcos extranjeros que van allí á pescar las focas que tanto abundan; y Penco, muy nombrado por sus vinos, y donde se explota carbon de piedra, que es de buena calidad y muy estimado de los marinos extranjeros que frecuentan la bahía de la Concepcion.

En la provincia de Valdivia: Valdivia, ciudad pequeña, importante por sus fortificaciones y su soberbio puerto tenido por uno de los mas hermosos de América; su entrada está señalada á los navegantes por dos colinas, una al norte llamada Morro Bonifacio, mucho mas elevada que el Morro Gonzalo, que es la otra situada del lado opuesto. En los diferentes fuertes ó baterías que le protejen de todos lados, lord Cochrane, cuando tomó la ciudad en 1810, halló ciento veinte piezas de cañon de diversos calibres. Valdivia está situada en la embocadura del rio Callacalla, sobre una punta de tierra elevada que domina á un pais magnífico: fué fundada en 1553 por Pedro de Valdivia cuyo nombre lleva. Los indios la arrebataron á los españoles en 1599, y la destruyeron en 1603; fué reedificada y repoblada en 1645. Ántes de la revolucion servia de presidio á los reos del Perú y de Chile. Osorno, ciudad la mas meridional de América, fundada en 1559 por el gobernador Hurtado de Mendoza y destruida por los araucanos en 1559. Don Ambrosio O'Higgins la levantó enteramente, con cuyo motivo recibió de la corte de España el título de marques de Osorno. Esta provincia es fértil sobre todo en la parte llamada los Llanos, abundante de trigo, cebada, hortalizas, frutas, y bueyes y carneros de excelente calidad.

En la provincia de Chiloé; el archipiélago de Chiloé, llamado Ancud por los españoles, y situado al S. E. de la república, sobre las costas de la Patagonia. Este grupo comprende 82 islas ó islotes erizados de montañas y cubiertos de bosques. La Isla Grande ó Chiloé propiamente dicha tiene unas cuarenta leguas de largo sobre ocho ó diez de ancho. Fué descubierta por los españoles, segun Ercilla, el 31 de enero de 1558. Castro y San Cárlos de Chacao son las únicas ciudades del archipiélago: ambas fueron fundadas en 1566 por el mariscal Ruiz Gamba. La última de éstas, llamada tambien Calbuco, poseia en otro tiempo dos conventos y un colegio de jesuitas, y en el dia es aun la residencia del gobernador del archipiélago. Los demas pueblos de la isla de Chiloé son poco importantes.

El pais de los Araucanos, que no tiene ménos de 120 leguas de largo sobre 25 de profundidad, empieza en el Biobio, hacia los 36° 49' de latitud, y se extiende hasta el archipiélago de Chiloé hácia los 41°. Los auraucanos son los hijos mayores de la familia chilena. Este pueblo nunca ha podido ser domado, y es el único de ambas Américas que se haya mantenido en su casa oponiendo la fuerza á la fuerza. Los españoles habian erigido en su territorio ciudades importantes: Villarica, Imperial Osorno, Cañete, Angol, Chillan y Valdivia. De éstas no quedan hoy mas que las dos últimas y Osorno poseidas por la república de Chile. Arauco es la sola ciudad del territorio independiente, pues por todas las demas partes los araucanos solo tienen aldeas ó campamentos provisionales. Arauco está rodeada de murallas, y su principal defensa consiste en una fortificacion poco importante, elevada en una colina en cuya raiz está edificada la ciudad. Habia en otro tiempo un colegio de jesuitas, que mas adelante fué convento de franciscanos. El pequeño pueblo de Tubul, poco distante de Arauco, es la residencia de un toqui; en él se hallan una hermosa bahia y un buen fondeadero. En las demas residencias las habitaciones indias no son mas que cabañas groseras ó tiendas de campaña de pieles dispuestas circularmente. El centro está reservado para apacentar los ganados; y al punto que éstos carecen de alimento suficiente, la tribu levanta sus tiendas de campaña y va á acamparse en otra parte. Últimamente han salido de España doce misioneros mandados llamar por el gobierno de Chile para llevar á los indios los consuelos de la religion.

Otra república formada de los despojos de España es la Confederacion del Rio de la Plata, en las márgenes de esta corriente.

Este pais, descubierto en 1515 por Juan Diaz de Solis y reconocido despues por Sebastian Cabot y Pedro de Mendoza, dependió primeramente del Perú, con el título de capitanía general; pero en 1778 se erigió en vireinato, manteniéndose tranquilo hasta el año de 1806, en que fué invadido por un ejército inglés, el cual se apoderó de la capital por sorpresa. Un pequeño cuerpo de milicia á las órdenes del general Liniers atacó á los invasores y los obligó a rendirse á discrecion. Los ingleses bajo las órdenes de Whitlocke ocuparon á Montevideo y pasaron á Buenos Aires. Ésta fué la segunda y última expedicion. Desocuparon la primera de aquellas plazas en virtud de la capitulacion que estuvieron obligados á firmar en Buenos Aires. Á esto sucedieron muchas conmociones, y en 1810 se formó un gobierno provisional; al año siguiente todas las provincias insurreccionadas hicieron causa comun y tomaron el título de Provincias Unidas del Rio de la Plata. Continuaron las

Digitized by Google

revueltas, y en medio de ellas los portugueses ocuparon la Banda Oriental. Las provincias reunidas en congreso en la ciudad de Tucuman se declararon independientes de la España y de todo poder extranjero el 9 de julio de 1816. El Paraguay, sujeto á la influencia del doctor Francia, habia verificado su separacion desde algunos años ántes, sin que contribuyeran á este paso las disensiones con Artigas en la Banda Oriental. El nuevo congreso reunido en 1825, época de Rivadavia, decretó por un artículo de la Constitucion que sancionó, que las provincias del Rio de la Plata tomarian el título de República Argentina, pero como los nuevos disturbios impidieron se pusiesen en ejecucion las leyes de aquel congreso, la república continuó con el antiguo nombre de Rio de la Plata. Varios sucesos de primera importancia ocurrieron en esta época, que es preciso mencionar: 1.° la guerra que sostuvo la república contra el imperio del Brasil, cuyo resultado fué la independencia de la provincia oriental bajo el título de república oriental de Uruguay; 2.° la guerra civil que subsiguió á aquella guerra extranjera; y 3.° la elevacion del general Rosas en 1835 al mando de la provincia de Buenos Aires, revestido por la representacion provincial con facultades omnímodas, y que ha tendido siempre á subyugar á Montevideo hasta que esta ciudad se ha puesto al fin bajo la proteccion de los anglo-franceses.

Esta Confederacion, que ocupa una parte considerable del centro de la América meridional, confina al N. con la Bolivia, al E. con el Brasil, el Paraguay y la república oriental del Uruguay, al S. E. con el Océano Atlántico, al S. O. se extiende hasta el estrecho de Magallanes, y al O. toca con Chile, de que le separan los Andes. Está comprendida entre 19° y 41° de latitud S., y entre 53° y 72° de longitud O. Tiene de largo, del N. al S., unas 440 leguas, y de ancho, del E. al O., 200.

Cuando empleamos aquí la palabra confederacion aquella expresion debe tomarse en sentido no absoluto, pero sí relativo al estado en que se hallan aquellos países, estado que no deja ningun arbitrio de determinar con exactitud ni su título ni sus divisiones administrativas. Por uno de los decretos que ha expedido el general Rosas, las provincias han adoptado provisionalmente el título de Provincias de la Confederacion del Rio de la Plata.

La poblacion de la república Argentina puede valuarse muy aproximativamente á 660,000 individuos, entre los cuales los negros y pardos solo ascienden á unos 12,000; la mitad de ellos son libres; hay tambien mulatos, mestizos é indios; cuyos pueblos mas notables son los abipones y los puelches. La gran tribu de los guaranis está en el dia casi destruida.

El catolicismo es la religion del estado, bien que están tolerados todos los cultos. El gobierno es federal y fundado en la soberanía del pueblo. Los privilegios y las atribuciones del presidente y de los vocales de cámara de representantes son los mismos que en los Estados Unidos del Norte. Los derechos de los ciudadanos tienen idénticas garantías.

Los Andes se elevan sobre el límite occidental de la confederacion, y brindan á las provincias circunvecinas los aspectos y los climas mas variados. En las cimas de las montañas reina un invierno perpetuo, y mas abajo en valles fértiles se goza de una primavera deliciosa, favorable al cultivo del maíz, de la vid, del olivo, del algodonero, de la caña dulce, y del maté. En el centro de este estado hay vastos llanos cubiertos de pastos, entrecortados por bosques ó terrenos impregnados de sal, y cuya triste uniformidad es no obstante disminuida por algunas colinas agradables que orillan el Paraná. En la parte meridional se nota el gran desierto de los Pampas, donde no se halla casi ningun rio, presentando solamente inmensas praderas monótonas, desnudas enteramente de árboles. La Confederacion posee innumerables manadas de bueyes, caballos, cabras, ovejas, carneros, vicuñas, llamas y alpacas, que dan hermosísimas lanas. Tambien hay preciosas producciones minerales, siendo las principales oro, hierro, estaño, cobre y plomo. El principal comercio consiste en la exportacion de cueros y sebo; siendo tambien un ramo considerable lo que se llama tasajo.

Los Andes, que se dirigen del N. al S. entre Buenos Aires y Chile, presentan en este límite un gran número de cimas volcánicas, entre las que se distinguen el Copiaco, el Coquimbo, el Aconcagua y el Petorca. Entre los numerosos ramales que esta inmensa cordillera envia hácia el E. se nota el célebre cerro de Anconquija, situado en la provincia de Tucuman, cuyo seno, segun todas las informaciones recibidas hasta el dia, encierra tantas riquezas como ha producido el cerro de Potosí.

Casi todos los rios de esta vasta confederacion van á parar al Océano Atlántico. El Paraná, que tiene sus fuentes en el Brasil, riega la parte oriental del estado, é inmediatamente despues de haber recibido el Uruguay, toma el nombre de Rio de la Plata, formando un vasto estuario que mezcla sus aguas con las del Atlántico entre los cabos San Antonio y Santa María. Tiene un curso de 580 leguas, y sus principales afluentes son: el Paraguay, que nace en el Brasil, separa á Buenos Aires de la comarca á que da su nombre, y se aumenta con el Pilcomayo y el Bermejo, que vienen de la república de Bolivia y atraviesan el vasto territorio del Gran Chaco ocupado por salvages independientes; y son navegables, sobre todo el Bermejo, donde se han hecho algunas expediciones; el Salado, que riega las provincias de Salta, Tucuman y Santa Fé. Otro rio llamado Saladino, que recorre la provincia de Buenos Aires, se pierde en el rio de la Plata. El Rio Colorado ó de Mendoza riega el S. O. y el S. de la Confederacion, y recibe el Diamante y otros rios de las faldas de los Andes. El Rio Negro ó Cusu Leuvu, tiene de notable que puede servir para establecer por agua una comunicacion directa con Chile.

Al O., cerca de los Andes, están el lago Audalgala y el lago Bebedero, de donde salen el rio Negro y el rio Colorado. Al N. E. de la provincia de Chaco, sobre las fronteras del Brasil, las lluvias periódicas forman el gran lago temporario de Jarayes, atravesado por el Paraguay. En la provincia de Corrientes está la vasta laguna de Ibera, que parece alimentada por la infiltracion de las aguas del Paraná: en algunas partes está llena de plantas acuáticas y se asemeja á un pantano; en otras forma un verdadero lago.

Buenos Aires, fundada por Pedro Mendoza el año de 1535, ciudad episcopal, es no solo la mas poblada, la mas rica y la mas comerciante de la Confederacion, sino una de las principales plazas de comercio del Nuevo Mundo, y uno de sus principales focos de instruccion y civilizacion. Aunque situada á la orilla derecha y junto á la embocadura de uno de los mayores rios del mundo, no tiene puerto para los grandes buques á causa de varios bancos de arena que impiden la navegacion; las embarcaciones de largo curso están obligadas á detenerse en la bahia de Barragan. En 1825 se formó una compañía particular con el objeto de ejecutar algunas mejoras en la ensenada de Barragan; pero no pudieron llevarse á efecto por los sucesos políticos que sobrevinieron. Buenos Aires no tiene mas que un fuerte por toda defensa, y está bastante bien edificada. Hermosas calles regulares y empedradas con aceras, hermosas casas, bien que casi todas de un solo piso, algunos vastos edificios, infinitas iglesias con sus cúpulas y campanarios hacen agradable el aspecto de esta ciudad, cuyo clima sincera el nombre que le impuso su fundador. Sus mas hermosas calles son: la Vitoria, la Federacion, el Perú, la Universidad y la Reconquista. Las mejores plazas son las de la Vitoria y del 25 de Mayo, donde se halla la casa del gobierno. La catedral, la iglesia de San Francisco, la de la Merced, San Ignacio, el Cabildo, el Banco y la Casa de Moneda, el gran hospital, la cámara de diputados, son sus edificios mas notables. Entre los numerosos establecimientos literarios citaremos: la universidad, que por el número y el talento de los catedráticos y por el método de enseñanza, es una de las primeras del Nuevo

Digitized by Google

Mundo; la escuela normal de enseñanza mutua; la academia de jurisprudencia teórica y práctica; los colegios bajo la inspeccion de la sociedad de Beneficencia, compuesta de las señoras mas distinguidas del pais; el observatorio; el laboratorio de química; el gabinete de física y el de mineralogía; la biblioteca pública, que es una de las mas ricas y la mejor de toda la América meridional. Los principales paseos son el Retiro, la Alameda, el Parque argentino y el jardin de la Esmeralda. Á pesar de las sangrientas revoluciones de que ha sido el teatro desde 1830, Buenos Aires posee todavía una poblacion de 80,000 almas, entre cuyo número se cuentan unos 4,000 ingleses y otros tantos franceses, é igual número de sardos, italianos, genoveses, etc.

Las demas ciudades y lugares mas notables de la Confederacion son: en Salta: Salta, ciudad pequeña, residencia del obispo de Tucuman; como está rodeada de inmensos pastos de una fertilidad extraordinaria y cubiertos de innumerables ganados, sobre todo de mulos, se la puede mirar como la feria perpetua para el comercio de las provincias interiores de la Confederacion. Durante la guerra su territorio ha sufrido mas que los otros. En Tucuman: Tucuman, pequeña ciudad, una de las mas célebres en la guerra de la Independencia. En 1816 se celebró en ella el congreso general, que publicó la declaracion del derecho de las Provincias Unidas del Rio de la Plata á su independencia absoluta tanto en órden á la España como á cualquier otro poder extranjero. En ella se ganó una célebre batalla á las órdenes del general Belgrano. Asimismo en el territorio de la provincia, de que es capital, es donde se han solido organizar las tropas patrióticas, que en toda la revolucion han hecho la guerra del Alto Perú. Es el asiento titular de un obispado cuyo prelado reside en Salta, como acabamos de decir. No muy lejos de la ciudad se ha construido en un sitio llamado el Campo del Honor una ciudadela con grandes cuarteles y pabellones para los oficiales. Tanto la ciudad como la provincia de Tucuman presentan el aspecto mas pintoresco que darse pueda, por sus bosques de naranjos silvestres sumamente elevados, y por otras arboledas de que se conocen ya hasta 54 clases de vegetales. En Catamarca nombraremos la pequeña ciudad de Catamarca á causa del algodon que se coge en su territorio y que se pretende es el mejor que se conoce. En Rioja citaremos la célebre mina de plata de Famatina. En Jujuy: Jujuy, pequeña ciudad, que mencionamos para señalar la existencia de un volcan de aire, semejante á los de Turbaco, en Nueva Granada. En Santa Fé: Santa Fé, situada ventajosamente en la orilla derecha del Paraná; su poblacion, que ya es de 6,000 almas, y su comercio, empiezan á florecer. En Corrientes: Corrientes, ciudad notablemente crecida despues de la independencia, situada á poca distancia del confluente del Parana con el Paraguay, al occidente de la famosa laguna de Ybera. Santa Ana, aldea arruinada, sobre la orilla izquierda del Paraná, casi en medio del célebre Territorio de las Misiones, cuya antigua capital Candelaria y las demas ciudades y pueblos están destruidos hace tiempo. Santa Ana ha adquirido en nuestros dias una triste fama por el arresto del célebre compañero de viaje de M. de Humboldt, llamado M. Bompland. En Entre Rios: Bajada, que va en un aumento considerable. Esta provincia esta cubierta de pastos ricos que alimentan numerosos ganados. En Buenos Aires, á mas de la capital ya descrita, San Nicolas de los Arroyos, sobre el Paraná, poblacion la mas importante despues de Buenos Aires; Barragan, pequeña ciudad, importante por su ensenada donde se detienen los buques mayores que no pueden arribar á Buenos Aires. El fuerte Independencia, colonia fundada como tambien la siguiente de unos años acá, en medio del territorio ocupado por los Aucaes. La Bahía Blanca, mucho mas al S., con un buen puerto y establecimientos militares bastante importantes para aquellas soledades. El Carmen, pequeñita colonia sobre el rio Negro. El grupo de las islas Malvinas, donde el gobierno habia fundado una colonia, ha sido ocupado á mano armada por las fuerzas inglesas. En Córdova: Córdova, una de las mas importantes de la Confederacion y asiento de un obispado, con universidad y biblioteca pública, ambas muy decaidas de su antiguo esplendor; su depósito de comercio y sus manufacturas de paños y tejidos de lana y algodon le dan gran importancia; ha hecho mucho papel en las guerras civiles del pais. Esta provincia es célebre en la historia de la guerra de la independencia americana por haber sido la cuna del ejército libertador, que bajo las órdenes del general San Martin trepó la cordillera de los Andes y dió la libertad á las repúblicas Chilena y Peruana.

Si á todos estos pueblos añadimos los de la república oriental del Uruguay, cuya capital es Montevideo, ciudad muy comercial y célebre por su lucha con Buenos Aires, habremos completado el cuadro de las posesiones americanas que se han separado de la España. Una poblacion católica, observa sobre esas repúblicas Chateaubriand, sometida á un clero numeroso, rico y prepotente; una poblacion compuesta de dos millones novecientos treinta y siete mil blancos, de cinco millones quinientos diez y ocho mil negros y mulatos libres ó esclavos, y de siete millones quinientos treinta mil indios; una poblacion dividida en clase notable y pechera, diseminada por inmensas selvas, en una variedad infinita de climas, sobre dos Américas y á lo largo de las costas de dos Océanos: esa poblacion, que casi carece de relaciones nacionales y de intereses comunes, ¿será tan apta para recibir las instituciones democráticas como la poblacion homojénea, no distinguida por rangos, protestante en sus siete octavas partes, como los diez millones de ciudadanos de los Estados Unidos? Entre éstos, la instruccion es general; entre aquellos, muy pocos saben leer, y el cura es el oráculo de los pueblos, y esos pueblos son raros, pues para trasladarse de una ciudad á otra se ponen tres ó cuatro meses. Y esas ciudades y esos pueblos han sufrido mil devastaciones, y no hay allí caminos ni canales, y no riegan todavía mas que desiertos esos rios inmensos que llevarán algun dia la civilizacion á las mas recónditas partes de estas comarcas.

De esos negros, de esos indios, de esos europeos ha salido una poblacion mixta, adormecida en esa servidumbre suave que las costumbres españolas establecen do quiera donde dominan. En la Colombia existe una raza, originaria del africano y del indio, que no tiene otro instinto que el de vivir y servir, se ha proclamado en ella el principio de la libertad de los esclavos, y todos ellos han querido permanecer bajo la coyunda de sus amos.

Es indudable, pues, que las colonias españolas, muy diferentes de los Estados Unidos, no han sido impelidas hácia la emancipacion por ningun principio poderoso de libertad, y que ese principio no ha tenido en las primeras turbulencias esa vitalidad, esa fuerza que anuncian la firme voluntad de los pueblos. Un impulso estraño, unos intereses políticos y unos acontecimientos complicadísimos, he aquí lo que al primer golpe de vista se ofrece. Trabajó Miranda con la Inglaterra para dirigir la emancipacion, porque la España era aliada de Bonaparte; durante la guerra de la independencia, separáronse las colonias, porque la España estaba invadida; en seguida se dieron constituciones porque las córtes españolas tambien se las daban; por último, no se quiso entrar en tratos razonables con ellas, y se negaron á volver al yugo. Hay mas todavía: el oro y los manejos del extranjero tendieron á arrebatarlas lo único nacional, y no prestado, que podia tener su libertad.

La Inglaterra tiene vizcónsules en las mas pequeñas bahías, cónsules en los puertos de alguna importancia, y cónsules generales y ministros plenipotenciarios en la Colombia y en Méjico. El pais está lleno de casas de comercio inglesas, de viajeros ingleses comisionados, de agentes de casas inglesas, y todos sus pueblos parecen ya colonias de la Inglaterra.

Digitized by Google

EL PARAGUAY.

Entre las posesiones españolas y portuguesas está el Paraguay, pais inmenso, que ántes se hallaba cubierto de bosques, pero que la cultura luego hizo fértil. En aquellas selvas tan antiguas como el mundo, andaban errantes con los tigres, osos y leones, y vivian como bestias, familias que solamente se encontraban para destruirse; pero los jesuitas se atrevieron á penetrar hasta sus guaridas; y á costa de cuidados, trabajos y peligros de toda especie, reunieron como unas cincuenta familias, á las que, con la religion, comunicaron el gusto de las virtudes sociales. Los miembros de estas familas llegaron á ser una especie de misioneros, que llamaron á otras á esperimentar el nuevo género de vida, ponderando sus dulzuras y utilidades: de suerte, que, ya en el estado floreciente de esta mision, vivian sujetas á aquellos padres mas de cuarenta mil familias.

Se les censuraba aquella dominacion esclusiva, que sus indios no conocian otra autoridad que la suya, que los tenian secuestrados de los españoles y de los portugueses con tanto cuidado como guarda un celoso á su muger, y un avariento su tesoro; y se hacia reparable que les hubiesen enseñado las evoluciones militares, á hacer la pólvora, á fundir cañones, y á ponerse en un estado respetable de defensa. Aquellos indios eran laboriosos, buenos padres, esposos fieles, con hijos dóciles, arreglados en sus costumbres, iguales en la riqueza, sin pobreza ni lujo, socorridos en sus enfermedades, alegres, contentos y felices: pero sobre todo muy afectos al sacerdote, al que llamaban el padre por escelencia, sin conocer otro gefe. Á los pueblos los llamaban doctrinas; y un historiador dice, que allí se hacia todo como en una familia; pues se cultivaban los campos en comun, se depositaba el producto en los almacenes, y se distribuia á proporcion de las necesidades. Todos los dias por la mañana y al anochecer llamaba el sacerdote á los muchachos á toque de campana á rezar, y ninguno podia faltar á oir misa; por cuyo medio no podia el padre ménos de saber los enfermos que habia para llevarles socorros y consuelos. Siempre tenia abierta, para los que le iban á consultar, su casa, que era muy grande, porque en ella se tenian todas las juntas. «Los matrimonios, dice este autor, se celebran en domingo para autorizarlos mas, y en la exhortacion hace memoria el padre de cuanto ha pasado en la semana; alaba, reprende, impone tambien penitencias, y reconcilia públicamente á los que por algunos prontos impensados estaban separados entre sí; y de este modo reina la paz, la pureza de las costumbres, y amor verdaderamente fraternal.»

Este pais fué descubierto en 1526 por Sebastian Cabot, quien subió con pequeñas barcas el Paraná y el Paraguay; poco tiempo despues Pedro de Mendoza lo mandó reconocer. Los españoles cometieron al principio grandes crueldades para con los naturales; los jesuitas, que llegaron en 1556, supieron con su moderacion y política tomar un grande ascendiente sobre el espíritu de aquellos pueblos, los civilizaron poco á poco, y al fin se hicieron totalmente dueños de la comarca, conocida entónces con el nombre de Pais de las Misiones. En 1766, cuando este cuerpo fué expulsado de las posesiones españolas, se nombró un gobernador para el Paraguay, el cual se hizo una provincia del gobierno del Rio de la Plata. Esta provincia se adhirió á la revolucion que hizo independiente en 1810 á lo restante de Buenos Aires; sin embargo en 1813 los criollos establecieron una república dirigida por dos cónsules: el célebre doctor Francia supo aprovechar todas las circunstancias que presentaban los sucesos para apoderarse de la autoridad suprema; se hizo nombrar en 1814 dictador por tres años, al cabo de los cuales un congreso le nombró dictador vitalicio; este hombre extraordinario, investido de un poder ilimitado, ha hecho pesar sobre su Estado un yugo de hierro. Debe añadirse que hace unos cuantos años la entrada en él está cerrada á todos los forasteros sin excepcion, so pena de quedar presos; siendo en esto el Paraguay á la América del Sud lo que la China es al Asia, un santuario igualmente impenetrable para el comercio, para la ciencia y para la política.

Este Estado confina al norte y al este con el Brasil, del que está separado por el Paraná, al sud este, al sud y al oeste con Buenos Aires, hácia el cual el mismo rio y el Paraguay le sirven de límites. Hállase comprendido entre 24° y 27° 30' de latitud Sud, y entre 57° y 60° 50' de longitud oeste. Su espacio es de 100 leguas, del noroeste al sur oeste, y su mayor anchura de cincuenta. Todo el pais está dividido en unos veinte círculos; las Misiones, á la derecha del Paraná, están administradas de un modo particular y forman distritos aparte.

La poblacion de Paraguay consta de unos 50,000 criollos de origen español, 200,000 mestizos y 40,000 indios, entre los cuales se nota la tribu de los payaguas. Los habitantes son por lo comun de genio dulce y afable, y están dotados de mucho talento natural; son hospitalicios y generosos, pero indolentes y ligeros. Las gentes de color no se diferencian en nada de las de las otras partes de América. La lengua Guarini es la que está mas generalmente en uso; y hace medio siglo que la mayor parte de los hombres y la totalidad de las mugeres criollas no entendian una sola palabra de español, y los vencedores habian adoptado al fin el idioma de los vencidos. Existen en todos los distritos escuelas primarias á donde los gefes de familias están obligados á enviar sus hijos, excepto las hembras, que no reciben casi ninguna especie de instruccion. La religion católica es la de casi todos los habitantes.

Montuoso al norte y en el medio, el Paraguay presenta por otras partes lagunas, pantanos y hermosas llanuras; en el oeste y sud es donde el terreno está mas bajo y mas fácilmente inundado. Las plantas de Europa, entre otras los granos, las legumbres y la vid, van muy bien. Se encuentran con abundancia cañas de azucar, arroz, maiz, papas, excelente tabaco, zarzaparrilla, quina, el copaibo, algarrobos y la preciosa yerba maté ó té de Paraguay. Espesas selvas ofrecen hermosas maderas de construccion. Los minerales escasean mucho. Cerca de Yati hay una cantera de iman.

La Cordillera de Amambahy, que viene del Brasil, recorre una gran parte de este pais. No existe ningun curso de agua notable sino los que limitan la comarca y hacen de ella una península. Varios afluentes del Paraná ruedan cornerinas y soroques de cristales.

Asuncion, sobre la orilla izquierda del Paraguay, ciudad irregularmente construida, con calles torcidas y desiguales, es capital del Estado y residencia ordinaria del dictador. El palacio ó por mejor decir la gran casa donde vivia éste, es un edificio hecho por los jesuitas, poco tiempo despues de su expulsion y destinado por ellos á servir de casa de retiro á los legos; el doctor Francia lo hizo reparar; le dió un exterior bastante elegante, y le separó de todos lados mediante calles anchas. Los nuevos cuarteles, la catedral, el seminario y el palacio del obispo son los otros edificios de mas nota. En las inmediaciones se halla un gran cuartel mandado construir por el dictador para la caballería y en donde vivia todos los meses que no habitaba la Asuncion.

Las demas ciudades principales son: Tevego, fundada por el doctor Francia en las soledades boreales de este Estado, bañadas por el Paraguay, para desterrar en ellas las personas que le desagradaban y para contener los Mbayas independientes; Villareal de Concepcion, Yquamandia (Villa de San Pedro) Neembucu (Villa del Pilar), Villarica y Caruguaty, todas cabeceras de los círculos del mismo nombre; en la última vivia el famoso y cruel Artigas, tenido á pension por el dictador; murió en 1826. En el territorio de las Misiones se halla Ytapua, importante por la aduana allí establecida. La poblacion de todos estos lugares es cortísima: la de Villarica, que es la mayor, apenas llega á 4,000 almas; en los alrededores de esta última se coge la mayor cosecha de la yerba del Paraguay ó mate, especie de té, tan buscado en casi toda la América meridional.

Digitized by Google

PATAGONIA.

La Patagonia, en la que comprenderemos la Tierra de Fuego, ocupa la extremidad meridional de la América del Sud. Confina al N. con Chile y Buenos Aires, que reclama su posesion; al O. con el Grande Océano, y al E. con el Atlántico; al S. se termina por el cabo Hornos que forma la separacion de estos dos océanos. Está comprendida entre 37° y 56° de lat. S., y entre 65° y 78° de long. O. Tiene de largo, del N. al S., cuatrocientas leguas, y su anchura media es de 120. Se la llama algunas veces Tierra Magallánica, porque la descubrió Magallanes en 1510.

La poblacion de la Patagonia ha desaparecido casi enteramente en los últimos años en consecuencia de las diferentes expediciones con que las tropas de Buenos Aires se han visto obligadas á perseguirla. Los patagones ó tehueldhes, moradores de la Patagonia propia, son bronceados, bien hechos y robustos, de alta estatura, en lo que han adquirido celebridad; son pacíficos y humanos; ambos sexos montan bien á caballo y muestran habilidad en tirar la honda. Los naturales de Tierra de Fuego, llamados Pecrerias ó Yacanacus, son de talla ordinaria, bien proporcionados y muy ágiles; habitan en chozas miserables y pasan por ser muy desaseados. Por todo alimento no tienen mas que pescados y marisco.

La Patagonia propiamente dicha, esto es, la parte continental de esta region, es fria, silvestre y estéril, expuesta sin cesar á vientos tempestuosos y á mudanzas súbitas de temperatura, causadas por su apretada situacion entre mares y por su grande elevacion. Ganado caballar y vacuno, vicuñas, jaguares, nandus ó avestruces americanos, andan errantes por estas soledades en las orillas de los lagos salados y arroyos del interior. La Tierra de Fuego, llamada así á causa de algunos volcanes inflamados que encierra, experimenta un frio sumamente riguroso, y presenta en sus partes meridional y occidental costas áridas, silvestres y orilladas de enormes acantilados, á los que coronan nieves perpetuas. Las partes oriental y septentrional son ménos espantosas, pues allí se encuentran valles embellecidos con arroyos y verdor.

Las costas de la Patagonia están cortadas por una multitud de hondonadas: las mas principales son los golfos de San Matías y de San Jorge, al E., y los de Guatteca y de Peñas, al O., el estrecho de Magallanes, nombrado así en honor del célebre navegante que le descubrió en 1519, separa la Tierra de Fuego del continente americano, y tiene de largo ciento cuarenta leguas sobre una anchura que varia de dos á doce leguas: numerosas corrientes y frecuentes sinuosidades dificultan su navegacion. El estrecho de Le Maire, descubierto en 1616 por Schouten, que le dió el nombre del encargado de su barco, está situado entre la extremidad oriental de la Tierra de Fuego y la isla de los Estados.

La Tierra de Fuego se habia tenido al principio por una sola isla, mas se sabe en el dia que forma un archipiélago, cortado por un gran número de pasos estrechos y sinuosos. La isla de los Estados, al E. de la Tierra de Fuego, participa del clima glacial de este último pais. En ella se nota la pequeña colonia inglesa de Oparo. Al N. E, de la isla de los Estados están las islas que los franceses llaman Malvinas, y los ingleses han nombrado Falkland; les faltan bosques, pero abundan de vegetales herbáceos, y poseen gran variedad de aves y peces. Despues de haber pertenecido sucesivamente á los franceses é ingleses, permanecieron en poder de los españoles, pero los ingleses tienen pretensiones sobre este archipiélago. Las principales islas son Falkland y Soledad. Sobre la costa occidental de la Patagonia propia se hallan el grupo de los Chonos y el archipiélago de la Madre de Dios, en el que se nota principalmente la isla de la Madre de Dios y la de la Campana. Á 300 leguas E. de la Tierra de Fuego se encuentra la Nueva Georgia, isla montuosa y cubierta de hielos, que llevó primeramente el nombre de San Pedro. El Nuevo Shetland meridional, al sureste de la Tierra de Fuego; la Tierra de Graham, al sur del Nuevo Shetland meridional; las islas Biscoe y la Tierra de Sandwich, al S. E. de la Nueva Georgia, son comarcas todavía mas espantosas, y presentan enormes moles de rocas sepultadas debajo de montones de nieves y hielos perpetuos.

La Patagonia propiamente tal encierra dos peninsulas notables; la de San José, sobre la costa oriental, y la de las Tres Montañas, sobre la occidental. La entrada oriental del estrecho de Magallanes está estrechada por el lago de las Virgenes, al N., y el del Espiritu Santo al S., la entrada occidental del mismo estrecho está determinado por el Cabo de la Vitoria, hácia el N., y el de los Pilares del lado S. En medio del mismo paso se presenta el cabo Frowar, que forma la extremidad meridional de la cadena de los Andes y del continente americano. El cabo San Diego termina al Este la Tierra de Fuego, y el cabo Hornos es el punto mas austral de este archipiélago.

Los Andes recorren del N. al S. la Patagonia y la cubren casi toda entera. Sus cimas están allí cubiertas de nieves eternas. De la falda oriental de esta cadena descienden en esta comarca algunos raudales de agua considerables que van á parar al Atlántico; tales son el rio Negro ó Cusa Leuvu, que separa la Patagonia de Buenos Aires, el rio de los Camarones, que atraviesa la parte meridional de la Patagonia que llaman Comarca Desierta los geógrafos españoles, el San Jorge, el Puerto Deseado y el Rio Gallego, adonde sube la marea hasta 46 piés ingleses, elevacion que señalamos como la mayor observada ahora en tan altas latitudes australes. Esta exploracion acaban de hacerla los ingleses. Se hallan en la Patagonia propia algunos lagos dignos de nota, tales como la Laguna Grande, el Tehuel y el Coluguape.

La existencia de la pretendida Colonia de los Argueles ó Césares, se debe relegar con razon entre las fábulas.

BRASIL.

El Brasil, que confina con el Paraguay, aunque es la posesion única que tenian los portugueses en la América, equivale á otras muchas por su fertilidad, riquezas y extension. Cuando llegaron á él los portugueses estaban los naturales divididos y en guerra declarada; y esto facilitó el buen éxito de su empresa á los extranjeros. Dicen que los del Brasil eran antropófagos, ó que comian carne humana; pero esta horrorosa propiedad no está bien probada, y debe sernos agradable no creerla sino cuando no es posible dudarla. El autor que refiere esta atrocidad dice tambien que hay endemoniados que tienen conversacion con el diablo, que él los vió y los oyó, y que aquellos pueblos no tienen gobierno alguno: siendo asi que reconoce en ellos reyes, generales y caciques; que no tienen policía alguna, sin embargo de que tienen leyes, y entre otras la del talion, que no conocen religion, siendo así que concede sacerdotes y la creencia de premios y castigos despues de la muerte, que no tienen idea de que el alma sobreviva al cuerpo, y al mismo tiempo dice que en las sepulturas ponen provisiones para el viaje. Estas contradicciones me hacen creer que, ó los del Brasil son poco conocidos, ó que han atribuido á lo general de tan dilatada nacion las opiniones que son particulares de algunos territorios.

Estos pueblos son de hombres de buena talla, con bellas facciones, tienen el cabello largo y negro, y la tez de color de cobre; y siendo así que están colocados en la misma latitud que los negros que viven en la otra costa del Océano atlántico, son enteramente diferentes en el color, figura y costumbres. Los brasilenses son infatigables en la carrera, caminan de dia y de noche sin detenerse para sorprender al enemigo á doscientas leguas de distancia; pero, á la verdad, debe admirarnos mucho que puedan aborrecerse desde tan lejos. De

Digitized by Google

este pais sacaban los portugueses el palo de tinte, añil, ambar, resina, bálsamos, índigo, tabaco, jaspe, oro, diamantes, hermosas conchas, cristal, esmeraldas, y azúcar en grande abundancia. No se olvidan los golosos de sus deliciosas confituras, ni las damas de las plumas, porque son las mas hermosas del mundo.

En un parage, rodeado de bosques y montañas inaccesibles, existe una república llamada San Pablo por el nombre de la ciudad, que está en el centro; y se compone de españoles, portugueses, criollos y negros que por la mayor parte tenian contra sí la presuncion de ser fugitivos del castigo. Despues de haber vivido por largo tiempo sin órden y sin leyes, han conocido ya la necesidad de algun gobierno, y éste es puramente democrático. Aunque se tenian por independientes pagaban, sin embargo, un ligero tributo. Apenas pasaban de cuatro mil, y su capital era muy aseada y de buenos edificios; pero no permitian estos republicanos que ninguno entrase en su tierra, ni le dejaban salir de ella; y así no se sabe lo que allí pasaba, sino por los negros que algunas veces se les huian. Nos quieren persuadir que cerca del Brasil hay una república de amazonas, y que el grande rio que la rodea ha tomado de ellas este nombre. De estas guerreras se ha hablado en Asia y en África, tambien se habla de ellas en la América; pero tanto se encuentran en una parte del mundo como en otra. Los portugueses no enviaron por mucho tiempo á aquel pais sino presidarios y desterrados. En 1548, se establecieron allí los judíos que habian abandonado el Portugal, perseguidos por la Inquisicion. Algunos años despues se fundó una colonia portuguesa. En 1624, los holandeses se apoderaron del pais y se establecieron en San Salvador, de donde fueron expulsados por los españoles. Los holandeses, sin embargo, redujeron despues á Pernambuco y otras provincias, y deseosos de aprovecharse de las ventajas que ofrecia el comercio de aquellos paises, trataron de ser los únicos dueños de ellos. Mauricio de Nassau debia ejecutar este proyecto, y aunque se le opusieron vigorosamente los portugueses, se hicieron los holandeses señores de una gran parte del territorio. La revolucion que arrancó el cetro de Portugal á Felipe IV, rey de España, hizo mudar de aspecto los negocios del Brasil. Los portugueses establecidos en este pais sacudieron el yugo de España y se hicieron amigos de los holandeses. Ambos partidos dividieron entre sí el territorio, mas estos últimos no pudieron conservar su parte y la cedieron por una suma de dinero á los primeros. La invasion del territorio portugués por las tropas francesas en 1808, obligó al rey y á su familia á residir en Rio Janeiro, donde se mantuvieron hasta la última revolucion sucedida en 1821. Brasil quedó bajo el mando del infante Don Pedro: mas poco tiempo despues aquellos paises se declararon independientes y nombraron por emperador al mismo infante, y Portugal reconoció públicamente este imperio en 1825. De resultas de la muerte de su padre D. Juan VI, ocurrida en Lisboa por marzo de 1826, recayó en D. Pedro la corona de Portugal. Así que D. Pedro recibió esta noticia, empezó su nuevo reinado publicando un decreto de amnistía por opiniones políticas, y el 29 de abril del mismo año dió á Portugal una constitucion semejante á la que gozaba el imperio del Brasil. El 2 de mayo siguiente abdicó la corona, que acababa de heredar, en su hija doña María de la Gloria. En 1831, á consecuencia de una revolucion que estalló en el Brasil, tuvo que abdicar don Pedro la corona imperial en favor de su hijo Don Pedro II.

El Brasil, que es la mayor de las divisiones de la América meridional, cuya parte oriental y casi todo el centro ocupa, tiene al N. la antigua Colombia, las Guayanas y el océano Atlántico, que tambien le baña al E. y S. E.; confina al S. O. con las repúblicas de Montevideo y Paraguay, y al O. con Buenos Aires, Bolivia, Perú y antigua Colombia. Está comprendido entre 4° de latitud N., y 34° de latitud S.; y entre 37 y 74° de longitud O. Su mayor longitud del N. al S. es de unas 800 leguas y su mayor anchura del E. al O. de 770. Se divide en 20 provincias con una poblacion de cinco millones, de los cuales mas de la mitad son negros esclavos, sin comprender un crecido número de pueblos indios que viven todavía en el estado salvage en medio de vastas selvas: los mas conocidos son los Tupis, los Tupinambas, los Marjatos, los Potivares, los Cafuses, los Manaos y los Guaycurus.

Los brasilienses criollos blancos se parecen mucho á los portugueses de que son oriundos, y tienen como ellos, una estatura mediana, aunque bien constituida, la tez mas ó ménos oscura, segun las clases, cabellos y ojos negros. Los mulatos y los negros, activos y laboriosos, tienen en su posesion toda la industria. Los indios son de talla pequeña y bastante corpulentos: tienen la cara ancha y desproporcionada con lo demás del cuerpo, la nariz chata, la boca grande, los ojos pequeños y hundidos, los cabellos negros, recios y aplastados. La lengua portuguesa es el idioma nacional. La instruccion no está todavía esparcida sino en las clases elevadas, y aun eso medianamente. El culto católico es el único permitido en este estado: hay un arzobispado y ocho obispados.

El norte del Brasil presenta vastas llanuras pantanosas, cálidas y mal sanas, cubiertas de espesas selvas ó inundadas por las aguas del Amazonas y de sus innumerables afluentes, las provincias meridionales son por lo general montuosas, agradables, sanas y muy fértiles; los paises remotos de las costas son generalmente poco conocidos y ocupados por tribus salvages. El Brasil, situado en la Zona tórrida, no tiene invierno, pero está expuesto á lluvias periódicas y avenidas de los grandes rios que los riegan: las del Paraguay forman la inmensa laguna de Jerayes, que se extiende tambien en el alto Perú. Hállanse con abundancia en este imperio oro, diamantes, amatistas, topacios y otras piedras preciosas; hermosas maderas de construccion y de tinte. El comercio saca tambien de él arroz, algodon, tabaco, azúcar, café, cacao, añil, ipecacuana, etc. Innumerables manadas y piaras de bueyes y caballos, cuya raza llevaron allí los europeos, andan libres en los pastos, suministrando á los brasilienses muchas pieles, cuernos, sebo, objeto de una exportacion bastante considerable. Entre los animales indígenas se notan el jaguar, los monos, los cocodrilos, la serpiente de cascabel, los avestruces, los loros, mariposas de brillantes colores é insectos coleópteros que despiden una viva luz por la noche.

LA GUAYANA.

Los holandeses pensaron en apoderarse del Brasil; y rechazados por los portugueses, se establecieron á un lado, en la Guayana. Á fuerza de trabajo han hecho habitable aquel terreno bajo y pantanoso. Lo mas difícil fué abrir avenidas por entre los bosques para dar paso á las corrientes del aire. Su capital es Surinam, de que dependen algunas islas fecundizadas con la industria.

Tambien los franceses han puesto el pié en la Guayana y han colocado el pueblo principal de sus establecimientos en la *Cayena*, isla formada por el rio de este nombre en su embocadura, y tiene como doce leguas de bojeo, y muchos lugares bien poblados. Aquí se han dado con buen efecto al cultivo del café y á las cañas de azúcar. Así los franceses como los holandeses tienen la perspectiva de un establecimiento inmenso en *Tierrafirme* siempre que quieran internarse en aquellas selvas, y avanzando por una y otra parte los colonos de la Guayana y los habitadores del Paraguay, podrian con el tiempo darse la mano.

Puede darse el nombre de Guayana á todos los paises situados entre el Orinoco y el Amazonas; mas como una parte de esta comarca pertenece al Brasil y á la antigua Colombia, no nos ocuparemos en este artículo sino de

Digitized by Google

la que corresponde á los europeos. Ántes pues de dar su descripcion, consagremos algunos renglones á la historia de este pais. La Guayana fué descubierta en 1498 por Cristoval Colon; Américo Vespucio arribó á ella un año despues; Vicente Pinzon exploró todas sus costas en 1500: y en 1604 un aventurero francés por nombre Laravardiere se estableció allí. Dado este primer paso, varias compañías francesas intentaron sucesivamente fundar en aquel punto una colonia; pero no fué sino despues de muchas vicisitudes de toda especie que los franceses empezaron á establecerse en Guayana hácia los años de 1635; y aun se puede decir que solo desde mediados del siglo último esta colonia ha adquirido importancia. El establecimiento de los holandeses data de 1663; desposeidos por los ingleses en 1667, aquellos volvieron á ocupar el pais en 1676. Una parte de la Guayana holandesa fué conquistada por la Gran Bretaña en 1803, y le fué definitivamente cedida en 1814; lo que ha formado la Guayana inglesa.

Las lenguas mas usadas en la Guayana son el francés, el holandes y el inglés, y entre los indios salvages que pertenecen á diferentes familias, la lengua mas esparcida es la de los Galibis, pues es la nacion que mas viaja. Las tres naciones entre las que se halla dividido este pais envian allí gobernadores, quienes administran cada parte conforme á reglamentos particulares.

Las costas de la Guayana son generalmente bajas, pantanosas, y cubiertas de espesísimas selvas; la parte del interior adonde han penetrado los viajeros está llena de savanas, de bosques, de lagos, de numerosos rios cuya navegacion está interrumpida por peñascos. La estacion de las lluvias dura ocho meses: la sequedad es tan grande durante lo restante del año que una parte del ganado muere de hambre y de sed. El calor y la humedad dan un vigor asombroso á la vegetacion de la Guayana: se encuentran allí abundantemente las producciones de los paises cálidos: café, azucar, cacao, clavo, especia, pimienta, goma elástica, achiote, algodon, etc. Las selvas abundan de reptiles enormes cuya vecindad es el terror de los habitantes. Tigres de la especie mayor reinan en las mismas localidades: los monos pululan allí, y no es raro encontrar el mirmecófago, la armadilla, que es una especie curiosa del puerco espin, el pecary, especie de cerdo silvestre, y el tapiro. Se crian tambien muchos insectos y aves de la mas bella plumagería. Las costas de la Guayana están infestadas del tiburon ó marrajo, especie de cetáceo muy voraz. Mencionaremos asimismo el manatí, prodigioso mamífero que frecuenta igualmente los rios y lagos, á causa de los ensayos recien hechos de salar su carne, que parece es esquisita, lo que hará un ramo nuevo de industria y comercio para aquellos paises.

Los montes Tumucucuraques, que forman una porcion del límite meridional de la Guayana francesa, son casi las solas montañas notables de esta parte de América. Entre los rios numerosos que riegan aquella comarca, se distinguen principalmente: el Oyapok, que corre por el límite de la Guayana francesa y del Brasil; el Maroni, que separa en parte á la misma Guayana de la holandesa; el Surinam, que recorre del S. al N. la Guayana holandesa; el Berbice, el Demerary y el Esequebo, que bañan los tres distritos de la Guayana inglesa. Todos estos rios son tributarios del Atlántico, y la mayor parte tienen anchas embocaduras y forman numerosas cataratas.

En la Guayana francesa: Cayena, pequeñísima ciudad, la mayor y mas poblada de toda la colonia; posee dos jardines botánicos de naturalizacion, adonde se importan plantas útiles sacadas de diversas partes del antiguo mundo. Su bahía es vasta y cómoda. Nombraremos en seguida: Karú, lugar célebre por la desgraciada colonizacion de 1763, que costó la vida á mas de 13,000 individuos; era un pueblecito regularmente construido y fortificado; en 1798 deportaron allí varias víctimas de la revolucion de Francia. Sinnamary, la mas considerable despues de Cayena, tambien notable por haber sido escogida para recibir los condenados á la deportacion: fue el sepulcro de varias víctimas enviadas allí en 1798. El Mana, colonia agrícola, fundada hace algunos años sobre las orillas del Mana, donde se han establecido algunas familias del Jura, dicen que prospera. Del otro lado de Cayena solo citaremos el Puesto de Oyapok, sobre el rio de este nombre, á causa de las excelentes maderas de tinte que dan sus alrededores.

En la Guayana holandesa: Paramaribo, la mayor y mas poblada de toda la inmensa region llamada Guayana; está situada en la orilla izquierda del rio Surinam, á unas cinco leguas de su embocadura; sus calles son anchas, alineadas y adornadas de deliciosos naranjos, limoneros y tamarindos. La casa del gobernador y la del cabildo son dos hermosos edificios, sobre todo para aquellos paises. En las inmediaciones de Paramaribo se hallan: el Puerto Amsterdam, tenido por la mayor fortaleza de la Guayana; Sevanna, bonita aldea, exclusivamente habitada por israelitas; posee una hermosa sinagoga, una escuela superior y un seminario. Es una verdadera Nueva Jerusalen para aquel pueblo tan oprimido por todas partes; allí goza de una entera libertad, y se dedica á la agricultura y en especial al comercio. Por lo demás, la mayor parte de esta region esta todavía ocupada por hordas de indios independientes, ó por tres repúblicas de negros cimarrones establecidas en lo interior de las tierras bajo la salvaguardia de las selvas y de los rios: tales son las repúblicas de los Sarameca, Cotica y Auka. Su independencia ha sido reconocida.

En la Guayana inglesa: Stabroek, hoy Jorge-Town, situada en el gobierno de Esequebo-Demerari, la ciudad mas importante de las Guayanas por la extension de su comercio; Nueva Amsterdam, muy pequeña, capital del gobierno de Berbice. Fuerte Insel, en la colonia de Esequebo.

POSESIONES INGLESAS Y FRANCESAS.

Algunas posesiones inglesas y francesas en la América han pasado tan á menudo de una mano á otra, que las comprendió Anquetil bajo una denominacion comun. Se estendian estas posesiones por toda la costa del mar, desde poco mas acá del rio San Lorenzo. En este espacio están la Virginia, la Nueva Escocia, la Nueva Inglaterra, el Canadá y muchas islas grandes. Entrándose tierra adentro, contenian mas ó ménos á los europeos las naciones salvages; y segun se hallaban con mas ó ménos fuerzas, se retiraban ó acercaban. Á diferencia de los bárbaros, de quienes hemos hablado, á éstos no fué la ganancia de robar lo que les indujo á arrojarse sobre los establecimientos europeos, sino casi siempre la venganza, y una especie de rabia contra las nuevas poblaciones, mirándolas como usurpadoras de sus antiguos dominios. Esta misma rabia tomó fuerzas y llegó á ser un medio de destruccion por la mala política de ingleses y franceses, los cuales siempre en sus querellas buscaron la alianza de los salvages unos contra otros; asi les han provisto de armas, les han enseñado á manejarlas, y algunas veces se han puesto á la frente de sangrientas espediciones, sabiendo que el fin habia de ser la matanza de los prisioneros despues de muchos tormentos que estremecen á la naturaleza.

Algunos de los aventureros que fuéron á las riberas de estos salvages á probar fortuna solo buscaron refugio contra la necesidad, y asilo contra las persecuciones y alborotos de su patria: se dedicaron por necesidad al cultivo de las tierras; y asi hicieron en poco tiempo florecientes aquellas colonias.

VIRGINIA.

La primera parte de la dilatada ribera que los ingleses ocuparon se llamó Virginia, para lisonjear á la reina

Digitized by Google

Isabel, que á fuerza de mostrarse muy zelosa en conservar la reputacion de su virginidad, ha conseguido hacerla dudosa. Abordaron allí en 1611, y los habitantes dieron á entender mucha sorpresa, pero ninguna intencion de hostilidad. Los hallaron cubiertos de medio cuerpo abajo con pieles de animales, y armados de flechas de una especie de picas de madera endurecida al fuego, con su escudo en el brazo, y un género de coraza de mimbres. Reconocian un rey y castas nobles. Ambos sexos se pintaban la cara y el cuerpo, se adornaban con collares de conchas, de perlas, de patitas de pájaros, segun los medios y fantasía de cada uno. Hombres y mugeres eran de hermosa talla, y de facciones regulares, aunque un poco morenos. Las mugeres iban mas cubiertas que los hombres; las doncellas mas adornadas que las casadas y mas cuidadosas de llevar el cabello graciosamente trenzado. Las casadas se le cortaban por delante, y se ponian una especie de rosario en forma de corona. Los ancianos y sacerdotes iban vestidos de pieles mas finas, y cuidaban mucho de llevar arrastrando la cola del animal como divisa de distincion.

Ademas de los sacerdotes, cuyas funciones aun no estan bien conocidas, tenian hechiceros y adivinos, que era entre ellos gente de gran crédito. Así los hombres como las mugeres tenian grabados en la espalda unos caractéres que indicaban el tiempo y lugar de su nacimiento, su familia, sus dignidades y á qué príncipe pertenecian. La divisa de la soberanía eran cuatro flechas. No ha podido saberse la significacion de otros caractéres por haber en ellos mucha variedad. Como no conocian el hierro, suplian la falta de este metal con piedras que ellos hacian muy cortantes, y por medio de conchas que aguzaban.

Al ver la sencillez de sus instrumentos, admiran las obras que hacian con ellos: derribaban los árboles mas gruesos, se servian del fuego para ahuecarlos y hacer canoas, y sabian manejarse con tanta destreza, que asaban la carne en parrillas de madera sin echarlas á perder. Tambien entendian de alfarería, y sin torno alguno formaban las mugeres con su mano los jarros con mucha gracia. Sus guisados, en los cuales mezclaban raices y pescados con la carne, hubieran sabido bien á los europeos, si no estuvieran acostumbrados á la sal y á las especias. Eran hábiles y diestros pescadores con caña, con flecha y cestos; cada uno adelantaba sobre las invenciones de los otros; y en este punto la misma emulacion producia mucha variedad. Los virginios eran generalmente sobrios y por esto vivian largo tiempo.

Despues de la ocupacion de su pais practicaban lo mismo que hacian cuando los descubrieron. Su grande diversion era reunirse hombres y mugeres al rededor de una grande hoguera, para aullar canciones y hacer un ruido espantoso meneando unas calabazas llenas de guijarritos; y esta fiesta se verificaba principalmente á la vuelta de una espedicion feliz. Tambien celebraban otra cuyo orígen no se sabe. Al tiempo señalado acudian todos de muy lejos: los hombres se colocaban al rededor del círculo que formaban las mujeres: éstas tenian en medio á las tres doncellas mas hermosas agarradas de las manos, en la actitud que los antiguos daban á las gracias, y marcaban con los piés el compás que regia la danza general; pero nunca estas juntas se acababan sin un convite.

Sus casas consistian en estacas clavadas en el suelo, y cubiertas con esteras: detrás tenian los huertos, y todo de ordinario estaba cercado con una empalizada. Este conjunto formaban las aldeas y aun lugares, que por lo grandes podian llamarse ciudades. Siempre habia en el medio una cabaña mas alta, y cubierta de estera mas fina, que servia de templo; pero la idea que habian formado de la divinidad se limitaba á la que tenian de sus ídolos, los cuales eran de madera, y tan horribles, que parece los hacian á propósito para infundir miedo. Solo en los funerales se advertian con distincion los ejercicios de los sacerdotes, porque éstos eran los que guardaban los muertos, y oraban continuamente por ellos. Sus habitaciones eran los sepulcros, los cuales consistian en unos poyos de nueve ó diez piés de alto, y en ellos estaban tendidos los cadáveres descargados de la carne, pero tan exactamente cubiertos con la piel, que apenas se advertia que los hubiesen disecado. El cultivo principal era el del tabaco y el maiz; y cada uno tenia su campo separado. Entre ellos no estaba en uso la poligamia, y el sitio destinado á los matrimonios era lugar sagrado.

Me he dilatado un poco sobre las costumbres de estos salvages, por ser todas las de aquellas naciones septentrionales las mismas poco mas ó ménos: y al paso que hable de ellas notaré la diferencia. Lo que diremos de la Virginia, debe mirarse como una cosa comun á todos los antiguos establecimientos ingleses, salva la distincion ocasionada por circunstancias particulares. Los ingleses llegaron, como hemos dicho, á aquellos paises distantes, huyendo de los alborotos de las guerras civiles del tiempo de Cárlos I: dejaron su patria para no volver á ella, y con resolucion de buscar otra nueva en que fijarse para siempre. Su primera ocupacion fué la sustentadora agricultura; y por esto les dieron el nombre de plantadores, que conservaron, y que indica los primeros propietarios de aquellas colonias. Los salvages, á quienes fueron retirando insensiblemente estos nuevos huéspedes, cedieron el lugar, mas no sin defender algunas veces sus antiguas propiedades. No hallando los colonos auxilio para sus trabajos en los habitantes que huian, hicieron llevar negros; y con auxilio de sus brazos sacaron de su cultivo un sobrante que enviaban á la metrópoli, con la que, por los lazos de parentesco y amistad, conservaron correspondencias, y de este modo se estableció un comercio lucrativo, ménos brillante, pero mas seguro, que el del oro, como que la subsistencia importa mas que el lujo. Al principio se formaron sus leyes estos colonos; pero sobreviniendo la disension por la diferencia de sentimientos, fuéron á buscarlos en su asilo los alborotos de que habian huido. Unos se quedaron afectos á la autoridad real, por mas que parecia haberse abatido con la cabeza de Cárlos I: otros se declararon por la república, y por Cromwel, su protector. Estas disensiones, juntas con los ataques de los naturales, que no las ignoraban y se aprovecharon de ellas, pusieron muchas veces en gran riesgo á la colonia. Peleaban todos con furor; ni los soldados ni los ingleses daban cuartel; y aunque éstos eran los mas fuertes por la calidad de las armas y la destreza militar, perdian mucho en la asolacion de sus campos, que eran su mayor riqueza. Pretendieron pues con las mas vivas diligencias hacer treguas, siendo siempre la principal condicion que los salvages se retirarian mas allá; y de este modo sacaban ventajas de la misma guerra.

Viendo el rey de Inglaterra que la colonia era ya alhaja importante, la nombró gobernador, y como era plaza lucrativa, la solicitaron los primeros señores, y hallaron el medio de sacar su ganancia sin trabajo, quedándose ellos en la corte, y enviando un teniente. Se quejaron los colonos, y se les respondió: «Que conociesen su interés; pues era mucho mejor para ellos tener al lado del rey y de los ministros un protector permanente, y mucho mas cuando tenian en caso de urgente necesidad un teniente que le supliese.» Tuvieron que pasar por estas razones; pero se advierte que casi desde el orígen hubo siempre en Virginia una semilla de descontento contra la Inglaterra, y un motivo de division entre la madre y la hija. Al fin estalló el rompimiento, y la Virginia forma ya parte de los Estados Unidos.

NUEVA INGLATERRA.

La Nueva Inglaterra, que está mas al norte que la Virginia, la frecuentaron los ingleses ántes que á ésta. Pintar los progresos de su establecimiento, su aumento, su odio contra los salvages, y las variedades de su gobierno, seria repetir lo que hemos dicho de la Virginia; y así solo

Digitized by Google

advertiremos, que las discusiones en punto de religion han sido mas vivas y animadas que entre los virginios. Se retiraron allá muchos puritanos despues de la muerte de Cromwel: y con sus ideas de mayor perfeccion, llegaron á la intolerancia. Empezó entre ellos mismos la division. La eficacia de la gracia, la fuerza de los méritos, punto y materia que cuanto mas trataban ménos sabian conciliar, acaloró los espiritus, y sobre todo las cabezas de las mugeres. Arrastraron éstas á sus maridos, y se juntó una especie de senado. Los que no se contentaron con su decision, se retiraron á Rhode-Island: la poblaron, la cultivaron y establecieron un comercio considerable. De este modo una de las mas bellas partes de las antiguas colonias inglesas se hizo floreciente á costa de las disensiones en materia de religion, entre los mismos que están separados de la Iglesia.

Los ingleses, que tanto murmuran de la Inquisicion, atiendan á lo que ha pasado en la Nueva Inglaterra, y verán que entre ellos han sido mas sanguinarios los errores que la defensa de la verdad entre los católicos. No vemos que haya habido razones políticas para proscribir de la Nueva Inglaterra á los cuakeros, como pudieran haber sido intereses de comercio, y el temor de que se les atravesase un negociante mas industrioso, ú otros motivos semejantes. No hubo mas que un odio verdadero de la falsa teología, y así en la ley publicada sobre este punto se verá la causa con que les hicieron padecer la mas sangrienta persecucion. Dice pues: «A todo cuakero, á quien por primera vez, despues de haberle desterrado, se vea en la Nueva Inglaterra, se le condenará á cortarle una oreja y ponerle en la casa de correccion, aplicándole á duros y penosos trabajos hasta que se le pueda embarcar á su costa. La segunda vez se le cortará la otra oreja, y se le encerrará igualmente. Si es muger será cruelmente azotada y enviada á la casa de correccion. La tercera vez á hombres y á mugeres se les pasará la lengua con un hierro ardiendo, y se les encerrará hasta que se les embarque á su costa.»

No me pasma que los fanáticos sean al mismo tiempo crédulos; lo que admira es que los mismos que no quieran ser fanáticos hayan creido en hechiceros. Pero entre los perseguidores vemos un gobernador, unos ministros puritanos y unos magistrados, á cuya vista se daban los tormentos mas crueles, para que las infelices mugeres confesasen que habian hechizado á otras. Sobre la deposicion de los espiritus mandaron ahorcar á muchos, y hubo juez que, cansado de presidir estas sangrientas ejecuciones, no queriendo continuar en su ministerio, fué acusado como cómplice, y se vió en la precision de salvarse huyendo. Acusaron á un hermano suyo de que habia atravesado por el aire á caballo en su perro para ir á la brujería: ya le tenian condenado, y le costó mucho evitar la muerte; pero quitaron la vida á su perro. Pasaríamos en silencio las noticias de tan bárbara demencia, sino importára que hallen los hombres en la historia ejemplares que les inspiren horror á la persecucion. Sepan pues que fueron acusadas casi doscientas personas; que de éstas encarcelaron á ciento cincuenta; que condenaron á muerte veinte y ocho, y que en veinte se verificó la ejecucion. La Nueva Inglaterra siguió el ejemplo de la Virginia y, separándose de su metrópoli, forma en el dia parte de la confederacion anglo-americana.

MARILAND.

El pais de Mariland, vecino de la Virginia, siempre estuvo bastante tranquilo. La colonia de Nueva Yorck, en que se hallan Long-Island y otras muchas islas, dió mucho que hacer á la metrópoli para su gobierno, y fué necesario mudar y renovar sus privilegios. La Nueva Jersey fué en su origen el refugio de todos los disidentes, tanto católicos como cuakeros: en ella está la famosa ciudad de *Boston*. Por último, la Nueva Escocia, ó la Acadia, pasó de los franceses á los ingleses, y por ella avanzaron al Canadá. No debe admirarse que esta bella provincia, espuesta á sus invasiones, y sin mas auxilios que los que iban de Francia, haya caido en manos de los ingleses, los cuales reparaban fácilmente sus pérdidas, y proveian con abundancia á las necesidades de sus ejércitos, por tener tan cerca el recurso de sus colonias. El estado de Mariland se emancipó tambien como la Nueva Inglaterra, y forma parte de los Estados Unidos.

TERRANOVA.

La isla de Terranova, que, por decirlo así, domina al rio de San Lorenzo, disputada entre franceses é ingleses, pertenece por último á éstos. Entra este rio en el mar por una embocadura de treinta leguas, en la que halla otras muchas islas, que tambien han sido disputadas por ambas naciones europeas; pero las fortalezas que edificaron los franceses, y entre otras la de Luisburgo, han caido sucesivamente en manos de los ingleses. Terranova es mas importante por su situacion que por sus producciones. Está cubierta de bosques, y tiene como trescientas leguas de bojeo. Es estremado allí el calor en el verano, é insoportable el frio en el invierno. Sus naturales son pequeños, pero de mucho nervio: la extraordinaria anchura de sus caras sorprende á primera vista: no se les vé un pelo de barba: son astutos y traidores, y nunca piensan restituir lo que han robado; bien que esto no es propiedad particular de solos los habitantes de Terranova.

El gran Banco, que se puede llamar el imperio del *bacalao*, dista poco de la isla; y podrá tener trescientas leguas de largo sobre ciento de ancho. Viene á ser una montaña debajo del agua, cuyas cimas son desiguales. Es increible la multitud de bacalaos que allí se pescan. Cuando estos pescados se van acercando á esta especie de punto de reunion, se carga el aire de una niebla tan fria y densa, que apenas le puede penetrar el sol; y al mismo tiempo la isla de Terranova, que está inmediata, goza de un cielo sereno y puro. Este fenómeno es una dificultad para los naturalistas. De esta pesca, beneficio de la Providencia, participan ingleses, franceses y holandeses, aunque á veces procuran prohibirse mútuamente su goce.

CANADA.

El Canadá fué llamado la Nueva Francia; pero ya no pertenece á la Francia. Aquí se descubre otro estado de cosas. No formaron esta colonia los plantadores. Los franceses, subiendo por el rio San Lorenzo, hallaron unos salvages, cubiertos de pieles finas, que trocaban gustosos por las bagatelas de los aventureros; y éstos, avanzando siempre hácia lo interior de las tierras, de donde les traian tan preciosas pieles, procuraron elegir lugares de descanso y de refugio, de los cuales partian para ir mas lejos, y á donde se retiraban cuando eran perseguidos. Á esta precaucion deben su origen las ciudades de Quebec y de Mont-Real, que están en la ribera del rio grande, y las poblaciones colocadas en la orilla de otros rios mas pequeños.

La actividad de los franceses no les permitia esperar siempre en esta ciudad el producto de la caza de los salvages, y así tomaron por diversion ir á las fatigas y peligros de los cazadores, con cuyo motivo hicieron descubrimientos muy distantes. No les fué posible mezclarse en los ejercicios de los naturales del pais sin tomar interés en sus guerras; y los canadienses deseaban singularmente la alianza de estos extranjeros por sus armas de fuego; pues las naciones que podian llevar en sus filas algunos arcabuceros contaban por segura la victoria.

Los nombres de los principales pueblos conocidos que

habitan aquellos vastos paises, cubiertos de bosques, cortados por muchos rios, ó inundados de grandes lagos, son éstos: *Algonquinos*, *Iroqueses*, *Hurones*, *Natches*, *Esquimales*, é *Ilineses*. Todos éstos son diligentes, ágiles é infatigables como buenos cazadores. Tienen el oido tan fino, la vista tan perspicaz, y el olfato, segun dicen, tan vivo, que aplicando á las narices la yerba que han pisado, dirán de que nacion es el que ha pasado por allí. Estas ventajas les sirven de mucho en las guerras de unos contra otros; porque todas las hacen por sorpresa, y su fin principal es hacer prisioneros. La conducta que observan con ellos presenta contrariedades dificiles de conciliar, porque los acarician y los atormentan, los adoptan y los matan. La relacion de esto nos ha venido de un testigo ocular.

Á un gefe iroqués le hicieron prisionero los hurones, y éstos en su junta convinieron en presentárselo á un antiguo gefe de su nacion para que reemplazase á un sobrino que habia perdido en la guerra, ó dispusiese de él á su voluntad. Luego que cautivaron al iroqués le golpearon, le hirieron, le quemaron, y le cortaron dos dedos. El gefe de los hurones, viéndole en aquel estado, le dijo: «Sobrino, no puedes imaginar el gozo que he sentido por saber que quieres reemplazar gustoso al sobrino que he perdido. Ya te tengo dispuesta una estera en mi cabaña; y para mí seria grande satisfaccion vivir contigo en paz el resto de mis dias; pero el estado en que te veo me precisa á mudar de resolucion. Los males que padeces deben hacerte insoportable la vida, y creo que te haré un gran servicio en abreviar su duracion. Valor, querido sobrino, disponte para hacernos ver que eres hombre, y que sabes sufrir toda especie de tormento.» Despues de esta arenga revistieron al prisionero de los mas bellos vestidos, y le sirvieron los mejores manjares; le cuidaba mucho la hermana del sobrino á quien iba á reemplazar, le dieron por compañera una doncella jóven y hermosa, y le pasearon con gran pompa por las aldeas. Cuando volvieron á traerle, el tio anciano le puso su misma pipa en la boca, y con bondad paternal le enjugaba el sudor que humedecia su rostro.

Llegó el dia de la última ceremonia: dió el tio una gran comida, hizo el sobrino los honores, y al fin se levantó y dijo á los concurrentes: «Hermanos, aqui estoy pronto á morir, divertios al rededor de mí; pero creed que yo no temo la muerte ni los tormentos que me quereis dar.» Entonó una cancion, y acompañándole todos los guerreros, le llevaron á la *cabaña de la sangre*. Allí volvió á empezar su cancion de muerte. Le ataron á un poste, le cercaron los jóvenes encargados del suplicio: exhortándoles un gefe á portarse bien, y á llevar despacio los tormentos para que fuesen mas largos y mas crueles. Á su presencia dieron destino á todos sus miembros; á tal lugar un brazo; á tal otro, y á tal la cabeza. Él lo oia con frescura. Empezó la ejecucion, encendieron hogueras al rededor de su persona, le aplicaron hierros en los parages mas sensibles, le desgarraron, le hicieron tajadas, y él todo lo sufrió sin mostrar señales de dolor, hablando de los asuntos de su nacion, como lo haria en su casa y en medio de su familia.

Empezaron estas barbaries al anochecer, y se prolongaron por toda la noche, pues tienen por cosa importante que el sol ilumine su muerte, y asi que se ve el sol le dan el golpe mortal. Le cortaron los miembros para llevarlos á sus destinos, y echaron en una caldera el tronco del cuerpo para hacer un convite. En todas estas naciones es punto de honor y una especie de religion ostentar aquella insensibilidad incomprensible, y un desdeñoso desprecio, no solo de la muerte, sino tambien de los tormentos mas horribles. Para aquellos salvages, nada es la ganancia respecto de la fama. Proponia un gobernador francés á un gefe de los hurones el rescate de los prisioneros iroqueses que habian hecho; y él respondió con altivez: «Yo soy guerrero, y nó mercader. No deje yo mi cabaña para traficar, sino para pelear: si tienes deseo de esos prisioneros, llevatelos, pues yo bien se donde puedo tomar otros, ó morir.» Esta alternativa se funda en que cuando salen de sus cabañas para alguna espedicion, no pueden, so pena de pasar por cobardes, volver á ella sin llevar prisioneros.

Aquellos pueblos hacen sus tratados con toda la solemnidad de que son capaces. Ésta es la descripcion que nos hacen de las ceremonias de una paz jurada entre los algonquinos, los hurones, los iroqueses y otra naciones á presencia de un gobernador francés, que hacia de mediador. En medio de la asamblea habia un espacio señalado con una cuerda, el cual era el lugar destinado á los oradores. Estaban sentados los diputados de las naciones guardando respetuoso silencio. Entró el orador iroqués cargado de tantos collares como artículos se contenian en el tratado, y dirigiendo sus palabras al gobernador, á quien por honor y por una especie de adopcion, dió el nombre de algun hombre insigne de su nacion, le habló en estos términos: «Ovonthio, abre tus oidos á mi voz. Todos los iroqueses hablan por mi boca; mi corazon no alimenta sentimientos malos, y mis intenciones son puras. Queremos olvidar las canciones de guerra para cantar solamente cánticos de alegria.» Despues de este principio sublime en su sencillez, entonó una cancion, que continuó el coro de sus compatriotas. Entre tanto se paseaba con viveza el orador en el circo; se paraba de repente, miraba fijamente al sol; daba una patada, se retorcia los brazos, y hacia diferentes contorsiones, que debian ser relativas á los sentimientos que la nacion espresaba.

Entre los prisioneros que los iroqueses restituian habia un francés; y el orador, tomando un collar, se le echó al cuello al gobernador, y le dijo: «Padre mio, este collar da la libertad á tu súbdito. Despues le hizo una reconvencion amistosa sobre que, enviando á su patria ciertos prisioneros iroqueses, no habia cuidado de su seguridad, y habian corrido riesgo en el camino. «Yo, dijo, no me he portado así con éste que te entrego, ántes bien le dije: sobrino, ven conmigo; pues quiero llevarte á tu familia, aunque con peligro de la vida.» Habia ido colocando los demas collares en la cuerda que formaba el recinto, como emblemas, cada uno, de los artículos del tratado. Uno indicaba la libertad de la pesca y caza; otro prescribia las precauciones que habian de tomarse para visitarse sin riesgo; otro anunciaba las fiestas que se celebrarian en regocijo de la alianza: otros anunciaban la voluntad de restituirse recíprocamente todos los prisioneros, el deseo de verlos llegar, y recibimiento amigable que tendrian. Algunas veces no esplicaban los artículos con palabras, sino con unos ademanes muy espresivos.

La caza es la principal ocupacion de los salvages del Canadá. Persiguen á unos animales para sustentarse con su carne; á otros por las pieles finas, y tal vez por ambas utilidades. El *Elan* es una especie de ciervo mucho mas corpulento que los nuestros, de carne muy sana y delicada; su piel es fuerte, ligera y de abrigo. Éste se vuelve contra el cazador que le ha herido, y es un animal de los mas vivos que se conocen. Tiene por enemigo al *Carcajú*, el mas perezoso y lento de los cuadrúpedos, que para cojerle le está acechando subido en los árboles de los bosques, y dejandose caer sobre el Elan como una pesada mole, le asegura con todas cuatro patas montado sobre el espinazo, y por mas esfuerzos que haga el Elan, le devora el Carcajú. Los ciervos ordinarios y búfalos son muy comunes. Las pieles de lobos, martas, armiños, ratas del bosque, ratas de olor y ardillas son muy estimadas. Tambien hay un animalito que, cuando le persiguen, suelta una agua que infesta el aire por un cuarto de legua en circunferencia (1).

El animal mas curioso de esta parte del mundo es el *Castor*. Es del tamaño de un perro grande, su figura por delante es de cuadrúpedo, por detras casi de pescado. Se advierten en él una propension decidida á la sociedad, inclinaciones pacíficas, apetitos moderados, hor-

(1) El Hediondo.

Digitized by Google

ror á la carne y á la sangre, y el arte de construir obras cuya hermosura, grandeza y solidez suponen un instinto que pareceria inteligencia si tuvieran la industria de variar. Los castores, á veces en número de trescientos, suelen reunirse para construir sus habitaciones de invierno al fin de julio. Si hallan aguas mansas como las de un estanque, que siempre conserva su nivel, se establecen en la orilla. Si no encuentran mas que aguas corrientes, construyen una calzada para sostenerlas á la misma altura, con desaguaderos que ellos disponen, y forman un estanque. Se han visto calzadas de cien piés de largo sobre diez ó doce de grueso en la basa.

Hecha esta obra pública, á que todos concurren, se dividen los castores en compañías para edificar las habitaciones particulares, que son unas casitas construidas sobre estacas á la orilla del estanque, algunas veces de dos ó tres altos, desde cinco hasta ocho pies de altura, y tienen dos salidas, una hácia tierra para salir á buscar ramas de árboles, cuya corteza es su alimento, y otra hácia el lago para echarse fuera al menor susto. Tambien tienen mas arriba del agua una ventana para dar luz á lo interior, todo bien revestido, impenetrable al agua y con el mayor aseo. Los instrumentos con que el castor derriba gruesos árboles, y los dispone para su destino, son dos dientes muy duros con que corta y sierra; y las uñas muy fuertes de sus patas, dispuestas en forma de manos, que le sirven para dirigir aquellos árboles de modo que caigan en el agua. Su cola aplastada, oval, y cubierta de escama, que tendrá un pié de largo, una pulgada de grueso y cinco ó seis de ancho, le sirve para acarrear sobre el agua la mezcla desleida, y es el único instrumento con que la bate y la consolida. Tambien le sirve de timon, y nada vigorosamente con el auxilio de las membranas que tiene en las patas de atrás. De la misma agua hace suficiente apoyo para retener contra la corriente los árboles que arroja en ella para sus fábricas.

Concluyen los castores sus trabajos á fines de setiembre, y pasan el invierno con su familia multiplicándose. Los machos dejan las hembras por la primavera; van de cuando en cuando á ver lo que pasa en la cabaña; pero no hacen mansion en ella. Ellos son los que hacen y preparan las provisiones de maderos para el invierno, y las madres se quedan dando de mamar y criando sus cachorrillos; y en estando éstos ya fuertes, llevan á la familia á tomar el aire, la regalan con peces, cangrejos y cortezas frescas. Vuelve la sociedad á juntarse en otoño, si no hay que hacer en su establecimiento mas que algunos reparos; pero si alguna inundacion, ó cualquiera otra desgracia, ha hecho considerable daño en el dique y las cabañas, se juntan ántes.

Cuando los salvages no necesitaban las pieles del castor mas que para sí, se contentaban con los que cogian cazando en el bosque; pero desde que son objeto del comercio y del lujo, acometen a toda la sociedad entera, rompen los diques para llegar mas fácilmente á las cabañas, y destruyen á las poblaciones. Estos pacíficos colonos se han retirado mas al norte por librarse de tales violencias; pero aun allí los persiguen los cazadores. Ya viene á ser rara la especie, y es de temer que muy presto falte absolutamente.

Por ciento y cincuenta años se hicieron franceses é ingleses funesta guerra en el Canadá; y tuvieron la desgracia de hallar allí dos naciones tan enemigas entre sí como ellos. Éstas son los hurones y los iroqueses, sin contar con otros pueblos ménos numerosos, cuya enemistad han avivado ellos mismos, multiplicando de este modo la matanza.

La importancia de la colonia del Canadá cuenta su data desde 1668. La Francia, que hasta entónces la habia despreciado, pensó en hacerla floreciente, y envió allá nobles de pocos bienes, dándoles tierras con el título de señoríos, de suerte que, con mediana industria, llegaron á poder vivir como caballeros. Los soldados se hicieron plantadores y colonos; los oficiales fueron grandes propietarios; y desde luego el ardor francés dió nuevo aspecto á la colonia. Se entregaron con emulacion á la industria y al trabajo; pero duró poco esta actividad, porque los franceses, desde que pudieron subsistir honradamente, no trabajaron mas; y entónces adquirieron las colonias inglesas una superioridad no conocida.

De las dos colonias nos ha dejado un francés esta comparacion. «En la Nueva Inglaterra y otras posesiones inglesas se veia una opulencia de que no hacian uso los que la poseian. En la Nueva Francia se percibia una verdadera pobreza, pero oculta con un aire de grandes conveniencias. El plantador inglés juntaba riquezas, pero privándose de todo gasto inútil. El francés del Canadá gozaba con desahogo de cuanto habia adquirido, y tal vez hacia ostentacion de lo que no tenia. El primero trabajaba para su posteridad; y ésta es en la que ménos pensaba el segundo, abandonándola á la pobreza y desamparo en que él se habia visto, y dejándola el cuidado de pasar como pudiese.» Debe desearse que de la mezcla de la parsimonía inglesa y del descuido francés se forme en el Canadá un carácter nacional igualmente distante de ambos estremos. Se cedió el Canadá á la Inglaterra por el tratado de Paris en 1763, habiendo costado á la Francia, en nueve años de guerra, ciento veinte y dos millones, quinientas y noventa mil libras.

LA LUISIANIA Y LA FLORIDA.

Si los franceses pudieran figurarse los trabajos que pasaron sus mayores, y cuanta sangre ha costado adquirir algunos rincones de tierra en la Luisiana y mantenerse en ellos, se alegrarian de la resolucion que ha tomado la Francia de abandonar tan desgraciada colonía. Desde 1560 en que entraron, no ha habido dia que no hayan peleado con los salvages mas crueles, con los españoles, y los ingleses, envidiosos de esta posesion. Lo mismo les sucedió con una parte de la Florida, adquirida con no ménos sangre y trabajos; por fin abandonaron la Florida á los españoles, y parte de la Luisiana á los ingleses.

El objeto de los franceses, cuando fortificaron estas colonias, era enclavar las posesiones inglesas entre los grandes lagos que están á la parte opuesta, y los dos rios Misisipi y San Lorenzo. Tambien podian proporcionarse una especie de dominacion sobre el golfo de Méjico por la Luisiana y la Florida; y siendo limítrofes de los ingleses y los españoles, tener entre éstos la balanza; pero estos motivos políticos, buenos para la América, han tenido que ceder á otros que preponderan en Europa. Cedieron los franceses estas dos colonias, cuando tenian ya casi subyugados á los antiguos habitantes; y cuando (pase por elogio ó reprension) casi los habian destruido á todos, y entre otros á los natches, los mas bárbaros, y por cuyas costumbres puede juzgarse de las de las otras naciones.

Hay apariencias de que los pueblos de aquel vasto pais, que se cree extenderse por el Norte hasta el Asia, sino por tierras contiguas, á lo ménos por islas, todos tienen el mismo origen. Sus idiomas, aunque diferentes, se semejan mucho entre sí; sus costumbres no varian sino en cosas de poca importancia: la crueldad con los prisioneros es la misma, porque á todos los atormentan y los comen. Por lo general son bien formados, y sus mugeres paren con tanta facilidad que no se meten en la cama hasta haber ido por sí mismas á lavar sus niños en el rio, aunque muchas veces sea preciso romper el hielo. La almohada en que descansa la cabeza del niño en la cuna no levanta mas que el colchon; y así dijeron algunos crédulos viajeros, que la cabeza, como que descansa por igual, se queda algo aplastada y no redonda (1). Le atan

---

(1) Tambien los Caribes tienen la cabeza aplastada, pero es porque se la aplastan los padres así que nacen. Un uso parecido habria entre los salvages de la Luisiana.

Digitized by Google

para que no se caiga; pero siempre le dejan libres el pecho y el vientre. Nacen blancos; pero las frecuentes unturas, en las cuales entra mucho el encarnado, los ponen de color de cobre. Tienen por indispensable el untarse para hacerse ágiles, y endurecer la piel contra la picadura de los mosquitos.

Padre y madre cada uno cria su sexo; y es su autoridad tan respetada, que el título mas honorífico que pueden dar es el de padre; mas en esto no son pródigos, y por consiguiente, cuando llaman padre á alguno, le conceden en esto la mas segura salvaguardia. Todos los dias se bañan, aun en el tiempo de mayor frio; y las doncellas nadan como los muchachos. El trabajo del gobierno de la casa carga sobre las mugeres, porque los hombres se ocupan en la caza, en la pesca, en cultivar y edificar; para todo esto se unen entre sí, y lo toman por diversion. Los niños de ambos sexos se van acostumbrando desde la mas tierna edad á llevar cargas, cuyo peso se les va aumentando á proporcion que van creciendo; y de este modo, en la fuerza de la edad llevan algunas veces tanto peso que pasma.

Los ancianos son los depositarios de la tradicion; pero no la comunican á los jóvenes: y aun entre los hombres hechos solo admiten al conocimiento *de las antiguas palabras* á los que se han distinguido por su juicio y prudencia. Ellos tienen idea de un ser supremo, al que llaman *el grande espíritu*; el cual tiene á su disposicion otros espíritus, siempre prontos para ejecutar sus órdenes. Dicen que el aire está lleno de otros espíritus perniciosos, y así los invocan aquellos pueblos para no ser objeto de su malevolencia; les hacen ofrendas, y se imponen en su honor largos ayunos, en cuyo tiempo se retiran de sus mugeres. Muchos de ellos no tienen ídolos en sus templos; pero mantienen vivo el fuego con ciertos ritos y ceremonias que dan á entender que le miran como sagrado. Allí todo hombre es sacerdote y médico.

No se repara en la familiaridad de los dos sexos, como las solteras no tengan hijos, y así son muy hábiles en procurar el aborto. Ganan el dote con su galantería; pero una vez casadas, cesan los amores inconstantes y entra la fidelidad. La poligamia y el divorcio son muy raros. Las cabezas de familia son como los ministros del casamiento, y la ceremonia con que se celebra tiene una sencillez que enternece.

La familia de la futura esposa la lleva con silencio á la cabaña del jóven, y ya encuentra ordenada delante de la puerta á la familia de éste, la cual la recibe con aclamaciones á que ella corresponde. El anciano de la familia de la doncella es introducido en la cabaña, donde encuentra al anciano de la familia del jóven, el cual dice al que entra: ¿Con qué estás acá? y el otro responde: sí: pues siéntate, replica el primero; y luego se quedan en silencio como quien medita lo que va á hacer. Se levantan despues, y dicen á los dos jóvenes: Acercaos acá; y les hacen un discurso sobre las mútuas obligaciones del matrimonio. Traen los regalos, y dice el mozo á la doncella: ¿Quieres recibirme por tu esposo? y ella responde: con todo mi corazon; ámame tanto como yo te amo, que yo no amaré á otro hombre jamás. La hace el mozo su presente diciendo: Yo te amo y te tomo por muger; aquí está lo que doy para comprarte. Entónces él se pone sobre la oreja izquierda una pluma de ave y una ramita de encina, para significar que está dispuesto á recorrer los bosques con la rapidez de un pájaro, para proveer de caza á su muger y á sus hijos. En la mano derecha tiene un arco y flechas en señal del empeño en que está de defenderla. La muchacha tiene en una mano una rama de laurel, y en otra una espiga de maiz que su misma madre la presenta. El laurel significa que será siempre afable y aseada; y el maiz que tendrá cuidado de preparar la comida para su marido. La presenta el jóven la mano derecha diciendo: Yo soy tu marido; y ella responde: yo soy tu muger. El jóven y los parientes de su nueva esposa se dan la mano, y lo mismo hace la novia con los parientes de su marido en señal de la union de las dos familias. A presencia de todos los concurrentes, cuyo aspecto da un aire respetable y augusto, muestra á su muger la cama, y la dice: Mira nuestra cama, mantenla en buen estado, y cuidado con no profanarla jamás. El resto de aquel dia se pasa en convites, danzas y regocijos. Allí, por lo general, tratan á las mugeres con amor y atencion, como que tienen voto en la sociedad.

Los salvages están repartidos en tribus: pero los nombres solo de los que se conocen desde los estados europeos hasta el Norte, caminando hácia las fuentes de los grandes rios, ocuparian una lista larguísima. No es fácil, ó por mejor decir, es imposible particularizar las costumbres de aquellas gentes, porque en cada una hay de bueno y de malo; hay singularidades y estravagancias. Unas tienen reyes electivos, otras hereditarios ó simples gefes, que á un mismo tiempo tienen á su cargo la guerra y la policía. Aun las mugeres no están escluidas en algunas partes de estos empleos. Con poca diferencia se halla esta mezcla entre los natches, que es una de las naciones mas poderosas entre las de la Luisiania y la Florida.

El gefe principal, dicen los que han vivido con ellos, se llama *Sol*, como entre los hurones y otros muchos; y no es el hijo del antecesor, sino el de la parienta mas cercana, á la cual llaman la *Muger gefe*; y aunque ésta no se mezcla en el gobierno, no dejan de tributarla grandes honores. Ésta y el gefe tienen derecho de vida y de muerte; y cuando los súbditos se llegan á ellos ó se retiran, tienen que saludarlos por tres veces con una especie de aullido, y no pueden volverles las espaldas. Debe presentárseles lo mejor de la caza, de la pesca y del botin. Al salir el sol se llega el gefe hasta la puerta de la cabaña, y así que le ven, se postran y aullan respetuosamente tres veces; le presentan una pipa, envia al sol las tres primeras fumadas, y con otras tantas perfuma el Norte, el Poniente y el Mediodía. No conoce mas que al sol, y supone que de él trae su origen.

Cuando mueren el principal gefe ó la muger gefe, todos sus criados tienen que seguirlos al sepulcro, y lo miran como grande honor. No queda privado de este mismo el marido de la muger gefe; porque es costumbre que su hijo mayor le ahogue con un cordel. Hacen de cuanto hay en la cabaña una especie de trono; sobre el cual ponen los cadáveres de los dos esposos, y la primera ofrenda es la de doce niños, que su padre y su madre deben ahogar por su mano. Se sigue una procesion fúnebre; pero que afecta gozo y alegría. Van en medio catorce personas de ambos sexos, sacrificadas á la muerte; pero deben aparentar contento. Cada una lleva un cordel al cuello, y los dos cabos van en manos de dos hombres cada uno á su lado. Mientras colocan los dos cadáveres en la sepultura se van desnudando las víctimas. Entonan los parientes una cancion, y á esta señal son ahogadas todas á un mismo tiempo, y echándolas en el hoyo, le llenan al punto de tierra.

Entre los natches á nadie sino al gefe principal se permite la poligamia. Las doncellas de familias nobles, que se llaman *hijas del Sol*, no se casan sino con hombres del pueblo; pero bien cara pagan estos infelices la honra que les hacen, porque si ellos son infieles pueden quitarles ellas la vida, y contra ellas no hay el mismo derecho, pues toman cuantos amantes quieren sin que pueda quejarse el esposo. Éste observa en su presencia un respetuoso continente, y jamás come con ella; reduciéndose todo el privilegio que logra con esta alianza, á estar exento del trabajo, y tener sobre los criados alguna autoridad.

Se estremece el alma cuando piensa en los terribles tormentos que estas naciones, por costumbre general, hacen sufrir á sus prisioneros de guerra. La insensibilidad que muestran las infelices víctimas de esta ferocidad, admira tanto, que algunos han llegado á imaginar que los salvages de estos paises tienen los sentidos mas obtusos, padecen ménos, y en una palabra, que no sienten el dolor de los europeos; pero no se percibe causa para que sus nervios y el principio de la sensacion sea en ellos ménos irritable. Lo mas puesto en razon es que

Digitized by Google

la fuerza del ejemplo y de la preocupacion no les permite quejarse; porque se deshonrarian si se les escapara un suspiro, y esta deshonra redundaria en la de su nacion. Esto basta para que tengan la fuerza de mandar á sus sentidos esteriores, y de arreglar sus espresiones. Ello es un fanatismo; pero no hay opinion que, en llegando á este punto, no consiga que todo se haga y que todo se sufra.

Cuando los españoles y los franceses se disputaban en la Florida el derecho del primer ocupante, un capitan francés, llamado Rivaldo, pidió á los españoles una conferencia. Se acercó un soldado solo al pequeño destacamento francés, sacó de las filas á Rivaldo, y le dijo con grande gravedad: «¿Obedecen los soldados franceses exactamente las órdenes de sus comandantes? Sin duda, respondió Rivaldo; y replicó el español: pues no te admires de que yo obedezca á la órden de mi general.» Y al mismo tiempo le atraviesa con un puñal el corazon. Al punto se vió rodeada toda la escolta, que se componia de protestantes; ahorcaron los españoles á todos los soldados, y pusieron esta inscripcion: *Nó como franceses sino como enemigos de Dios.* No vengó Cárlos IX esta atrocidad; pero sabiendo el suceso un caballero gascon, llamado Dagourgués, sin embargo de ser católico, juró vengar á sus compatriotas. Vendió toda su hacienda; hizo un pequeño armamento compuesto de soldados valientes; llegó á la Florida, acometió á los españoles, les tomó el fuerte, y los hizo ahorcar á todos, poniendo este rótulo: *Nó como españoles, sino como traidores y homicidas.* Semejante epitafio, proclamado á la frente de los ejércitos, valdria para la seguridad de los prisioneros tanto como un cartel de cange. Es inútil asegurar que españoles y franceses se hicieron odiosos á los salvages. La Luisiana ha sido vendida por la Francia en 1803 á los Estados Unidos por once millones de pesos. En 1819 la España vendió tambien la Florida á los mismos Estados Unidos por cinco millones de pesos.

CAROLINA, GEORGIA, PENSILVANIA.

La Carolina y la Georgia tomaron el nombre del rey Cárlos y del rey Jorge. La Pensilvania le tomó de Guillermo Pen, su primer propietario. Estas tres provincias, que vienen á ser cuatro, porque la Carolina se divide en dos, están en el clima mas feliz, enriquecidas con todos los bienes de la naturaleza: y aunque son las últimas que han habitado los europeos, se han poblado prodigiosamente en un instante, por la afluencia de los extranjeros de todo culto, secta y religion, que en ellas han sido recibidos, como son franceses, alemanes, holandeses, suecos, dinamarqueses, ingleses é irlandeses.

Guillermo Pen era de buena familia; fué almirante de Inglaterra en tiempo de Cromwel; y despues igualmente estimado y empleado reinando Cárlos II. Consiguió de la corona grandes posesiones en los confines de las Carolinas, y todavía las aumentó con las que adquirió de nuevo, pagandolas á los indios. Allí recibió á cuantos le pidieron tierras. Este anciano almirante era de la secta de los *independientes*; crió á su hijo en los mismos principios, y de este modo le dispuso á adoptar la secta de los cuakeros, que son los hombres mas independientes y mas tolerantes. Viéndose dueño de la herencia de su padre, franqueó como él el pais á todos los no conformistas. Los cuakeros, que se hacian fastidiosos por su obstinacion en tutear á todo el mundo, en no saludar á nadie, y en no vestir como los otros, acudieron en tropel, y se hallaron muy gustosos en un pais en donde cada uno podia libremente obrar, hablar y rezar como quisiera. Así ellos como los otros hallaron tan favorable el suelo de aquel pais, y prosperaron tanto, que la colonia que habia empezado en 1618 con dos mil personas que llevó Guillermo Pen, tenia ya trescientas mil en 1748. La capital es *Filadelfia*, una de las ciudades mas regulares del mundo, cortada en ángulos rectos, y colocada en la orilla del rio Delaware, que lleva los navíos de cuatrocientas toneladas hasta el pié de una calzada magnífica.

El deseo de libertad llevó tambien á Pensilvania unos sectarios, que se llaman los *Hermanos Moravos*, por haberse formado su secta en la Moravia, y que perseguidos allí, se habian refugiado en gran número á la Inglaterra, en donde no los miraban con mejores ojos que á los cuakeros. Pasaron algunos á la América; y hallando los pensilvanos en ellos mucha conformidad con sus principios, los recibieron gustosos; por lo que sucesivamente fueron pasándose como unos mil y quinientos; y algunos de ellos se hacian trizas por decirlo así, con el fin de hacer una vida mas perfecta.

Á diez ó doce leguas de Filadelfia vivia un ermitaño aleman, que habia puesto su hermita en el sitio tal vez mas delicioso de la naturaleza, entre dos montañas, una de las cuales le abrigaba contra el norte; y en la orilla de un hermoso rio, con dos vistas muy agradables. Descubrieron los moravos aquel retiro; y encantados de ver la vida sencilla que hacia su compatriota, de su amor al trabajo, con que socorria todas sus necesidades, y de su devota conversacion, se resolvieron á vivir con él y á imitarle.

Al rededor de la celda del ermitaño se fué formando una ciudad llamada Efrata. Todos los ejercicios, así los del trabajo como de religion, se hacen allí como en un claustro. Los habitantes llevan las utilidades de su industria al tesoro comun, y de este modo se proveen de lo necesario para el público y para el particular. Las mugeres solamente en la iglesia, y cuando se delibera sobre asuntos públicos, se ven con los hombres. Cada uno tiene su casa, su piececita para meditar y recibir lo que ellos llaman inspiraciones del espíritu. Á estos ermitaños los llaman Dunkaros, tal vez por el nombre de su fundador. Á los jóvenes que se casan les dan ciertas yugadas de tierra con todo lo necesario para establecerse en su casa. Estos neófitos no se apartan de Efrata sino lo ménos que pueden, y envian á esta ciudad los hijos para que reciban su educacion.

Su trage consiste en una ropa larga de sarga blanca para el invierno, de lienzo blanco para el verano, con una capucha pegada á la túnica, la cual llevan ceñida con un cíngulo de la misma tela, debajo llevan una camisa de lienzo grueso. Los hombres se visten calzones largos, las mugeres van con enaguas, y esta es toda la diferencia. Los dunkaros se mantienen de solos vegetales, porque dicen que el comer carne no conviene á un perfecto cristiano. Esta sobriedad los tiene muy flacos. Lo poco que cuidan de sí mismos, y el dejarse crecer los cabellos y la barba sin aseo alguno, les da á primera vista un aire asqueroso; pero el que conoce su hombría de bien pronto se reconcilia con su figura. Duermen sobre una tarima, y no gastan mas almohada que un saquito de lana.

Este pueblo ascético tiene en un mismo recinto lo que es indispensable para las necesidades de la vida, esto es, molinos de harina y aceite, fábrica de papel, y aun imprenta; y todo lo hacen por sí mismos. Las mugeres escriben bien, y algunas pintan y decoran agradablemente sus habitaciones. Tienen su iglesia con el mayor aseo; y aun hay entre ellos hombres que no dejan de tener conocimientos en las ciencias, administran el bautismo por inmersion, y solamente á los adultos; pero ¿de qué les sirve si no creen que el pecado original ha pasado á la posteridad de Adan, y tratan de absurdo este artículo de nuestra fé? Estos hombres reprenden la violencia aun cuando la dicta la defensa natural. Segun ellos, vale mas dejarse engañar y despojar, que tener pleitos, y observan exactamente los sábados.

Así los hombres como las mugeres predican en la iglesia sin mas preparacion que levantarse y hablar. El asunto de sus sermones es regularmente la práctica de la caridad, de la humildad, de la templanza y de otras virtudes cristianas. Niegan la eternidad de las penas de la otra vida, y dicen: que las hay sin duda, pero no son de duracion ilimitada para los que no quieren creer en Jesu-

Digitized by Google

cristo; y para que todos puedan participar de la felicidad eterna, dicen tambien que las almas de los cristianos muertos están ocupadas en convertir las almas de los infieles, que no tuvieron proporcion para conocer el Evangelio. Los dunkaros, dejando aparte la falsedad de sus dogmas, admiran con la vida piadosa, con la paz, concordia y afecto recíproco; y todos pueden fácilmente ser testigos de sus virtudes, porque ejercen la hospitalidad con una cortesanía que no tiene igual, y su regla les prohibe recibir por ello paga alguna.

En el dia las dos Carolinas, la Georgia, y la Pensilvania forman otros tantos estados de la confederacion Anglo-Americana.

ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA.

Trece paises son los que formaron en un principio los Estados Unidos. *Nueva-Hamphire*, *Massachussel'sbay*, *Rhode-Island*, *Connecticut*, *Nueva-Yorck*, *Nueva-Jersey*, *Pensilvania*, *Delaware*. *Marиland*, *Virginia*, *Carolina Septentrional*, *Carolina Meridional y Georgia*. Sabemos ya que estas provincias fueron poblándose de hombres de todos reinos y de toda especie de religion. Tambien debió proveerse que, no estando unidas á su metrópoli con el lazo del afecto, segun fuesen creciendo en riquezas y habitantes, como que ya entónces no necesitarian de su socorro, habian de venir á parar en estar prontas para separarse y hacerse independientes. En la Nueva Inglaterra nada se ha verificado de lo que regularmente ha causado las revoluciones en el mundo antiguo, porque allí nadie ultrajaba la religion ni las leyes. Allí no se vió derramar en los cadalsos la sangre de los ciudadanos; nadie, como en una corte corrompida, insultaba las costumbres; ni se habian ridiculizado los modales, los usos, ni otros objetos favoritos del pueblo. El poder arbitrario no habia arrancado al habitador del seno de su familia ni de la sociedad de sus amigos para dar con él en el horror de un calabozo. No se habia invertido el órden público, ni cambiado los principios de administracion; y siempre eran los mismos los del gobierno. Todo, en fin, se reducia á saber si la metrópoli tenia ó nó derecho para gravar con algun impuesto directo ó indirecto á las colonias.

Esta cuestion, que ya se habia ventilado privadamente, cuando en diferentes ocasiones habia usado de este derecho la Inglaterra, se controvertió mas abiertamente y con mas calor en 1764, con la ocasion del acta llamada *del Sello*, que prohibia que se admitiese en los tribunales título que no estuviese escrito en el papel sellado, que se venderia á beneficio del fisco. Apenas se publicó esta acta, cuando las provincias inglesas del Norte de las Américas mostraron su indignacion contra esta servidumbre fiscal, y de unánime consentimiento renunciaron al uso de cuanto las proveia la metrópoli mientras ésta no retirase el bill opresor. Las mugeres fueron las primeras que se sujetaron á no gastar géneros de Inglaterra, é hicieron el sacrificio de cuanto las servia para sus adornos, y así el lino, la lana y el algodon groseramente trabajado se compraban al precio que ántes costaban las telas y estofas mas finas. Los hombres, por su parte, dejaron el arado, la vara de medir y la pluma para aplicarse en los talleres á aquellos ramos de industria, propios para la guerra, que tenian por inevitable si el bill no se revocase.

En 1767, á los dos años de movimientos y negociaciones, revocó la Inglaterra el acta del papel sellado; pero reemplazándole con impuestos sobre otros diferentes objetos, y principalmente sobre el té, que los americanos sacaban de solo la metrópoli, sin el cual creia que no podian pasar. Á solicitud de los americanos se consiguió tambien quitar en 1770 las imposiciones, cuyo producto no habia podido la Inglaterra percibir, pero ésta se obstinó en dejar el impuesto sobre el té, y continuaron los colonos en eludirlo, hasta que en 1773 mandó el ministerio de Inglaterra que absolutamente se cobrase.

Para no obedecer, renunció solemnemente todo el nuevo-mundo inglés al uso de esta yerba; no quiso recibirla los negociantes á quienes iba dirigida; se declaró enemigo de la Patria á cualquiera que osase venderla; fueron notados de malos patriotas los que la conservaban en sus almacenes, y quemaron cuanto les habia quedado, siendo así que hasta entónces habia sido su mayor delicia. El té que habia enviado Inglaterra se valuaba en cinco ó seis millones; pero no desembarcaron una sola caja. Boston fué el teatro principal de esta sublevacion, y sus habitantes destruyeron en 1774 en el mismo puerto, tres cargamentos de té que llegaron de Europa.

Las primeras descargas de su resentimiento las dirigió el gabinete de San James contra esta ciudad, y salió del parlamento un bill prohibiendo que se desembarcase en Boston cosa alguna, ni tampoco se sacase. Habia creido el ministro que se apresurarian las provincias á aprovecharse de la desgracia de Boston para establecer su comercio sobre la ruina de esta ciudad, y que de este modo se destruiria por sí misma la coligacion que habian formado entre sí: pero sucedió todo lo contrario. Las otras colonias se declararon abiertamente por la parte oprimida. Empezó la contienda por un encuentro entre las tropas reales y algunas milicias, que se iban juntando cerca de Boston, en 1775; y la sangre inglesa, derramada tantas veces en Europa por mano de los ingleses, regó tambien los campos de América declarada la guerra civil.

Los ingleses se descuidaron en dar desde luego un gran golpe con que hubieran disipado la liga. No tenian mas contrarios que labradores, mercaderes y jurisconsultos ejercitados todos en las artes de la paz, y que eran llevados á la guerra por algunos gefes tan poco versados como ellos en la ciencia de los combates; pero dieron tiempo á aquellos nuevos soldados para que se hiciesen aguerridos. Tuvieron los americanos la fortuna de hallar y de poner á su frente un hombre prudente y sagaz, que supo aprovecharse de los recursos de la localidad, en Wasington, que viéndose con tropas, que necesitaba asegurar, mas se atrincheró que peleó; y mientras presentaba al enemigo fortificaciones respetables, y este creia que iba á defenderlas, él levantaba otras mas atrás á las que se retiraba despues de una ligera defensa, cuando veia dudoso el buen éxito. De este modo iba cansando á las tropas inglesas con largas marchas, y gastándolas con pequeños combates, los cuales siempre venian á ser ventajosos para él, aun cuando perdia: porque él reclutaba fácilmente, al paso que para el enemigo todo era ruina casi irreparable.

Al mismo tiempo que los Estados-Unidos sostenian con el hierro su independencia, la proclamaron á la faz de todo el universo en 4 de julio de 1776, con proposiciones muy semejantes á las que parece copiaron luego los franceses en los principios de su revolucion, ponderando por menor los agravios del gobierno inglés; el cual pudiera haber conocido que el rompimiento era irremediable, y mucho mas cuando vió que á los que tenia por rebeldes los ayudaba y los habia reconocido en 1778 por independientes y soberanos una nacion tan poderosa como la Francia. Ya entónces se fijó la victoria bajo las banderas republicanas; y hasta dos ejércitos ingleses se vieron precisados á rendir la armas.

Se hicieron la guerra con una ferocidad que infama y deshonra á los que tuvieron la culpa; amontonando unos sobre otros á los prisioneros americanos en el navio el Jersey, en la rada de Nueva-York, arrojaron al mar hasta once mil en tres años. Los mismos ingleses, despues de una derrota, dejaron encerrados en un corral á los prisioneros sin alimento alguno, y perecieron allí muchos de frio y hambre. Tambien se dice que contra las reglas de la guerra, procuraron hacer sus armas mas perniciosas y mortales. Por último, siempre se leerá con indignacion esta claúsula de la carta de un general al ministro inglés: «Tengo la satisfaccion de participaros que en la ciudad de Esopas no he dejado piedra sobre piedra.»

Digitized by Google

La venganza que tomaron de los ingleses los americanos fué salir con su intento. Ya han consolidado aquellas provincias la reciproca alianza, y formado una república federativa, en la que, conservando cada colonia lo que ha querido de su primer gobierno interior concurre al bien general, enviando dos diputados al consejo soberano, que siempre está junto, y se llama *el Congreso*. Éste decide de la paz y de la guerra, arregla la hacienda, y sanciona las leyes de interés general despues que cada provincia ha prestado su consentimiento.

Los Estados-Unidos han abrazado una constitucion cuyos principios son tomados de las mejores fuentes antiguas y modernas. Algunos publicistas la tienen por un modelo de sabiduria y prudencia, á pesar de que se advierten algunos defectos que dejan en ella la señal de la flaqueza humana. «De este modo, dice un autor, aquel mundo, que nuestra imaginacion ni aun buscaba tres siglos hace, que cayó en nuestras manos con todas las señales de una tierna organizacion, y como en la infancia de la especie humana, se enriqueció de repente con la esperiencia del antiguo mundo, envejecido en todas las revoluciones de la barbarie y de la civilizacion; y ahora nos ofrece el contraste de una sociedad perfecta en un suelo todavia rústico y selvático.» La Inglaterra reconoció la independencia de los Estados-Unidos en 1782, habiéndose concluido la revolucion con una guerra de siete años. Washington, que es propiamente el fundador de los Estados-Unidos, nació en Bridge-Creek, en Virginia, el 22 de febrero de 1732; ejercitó la profesion de agrimensor; sirvió en clase de oficial de milicias en la guerra contra los franceses en el Canadá: y cuando las turbulencias de las colonias inglesas, fué enviado al congreso de Boston en 1774. Nombrado general en gefe del ejército anglo-americano en 1775, supo triunfar de las inmensas dificultades que le opusieron la mala organizacion de sus tropas y el valor de sus enemigos, arrancando sucesivamente la victoria de las manos de Howe, Clinton, Bourgoyne y Cornwallis, quien encerrado en York-Town en 1781, se vió obligado á firmar una capitulacion, á la que siguieron luego la paz de Versailles y el reconocimiento de la independencia americana por la Inglaterra. Washington volvió entónces á la vida privada; pero los sufragios de sus compatriotas le llamaron á la presidencia de la Union, en 1789, luego que el gobierno hubo adquirido alguna regularidad. Reelegido en 1793, perdió algo de su popularidad, de resultas de la neutralidad que juzgó deber guardar cuando estalló la revolucion francesa, y presentó su dimision en 1797. Washington, por un destino poco comun á los que cambian los imperios, murió en paz como un simple particular, en su pais natal, cuya coyunda habia roto con sus manos. Feneció en 1797.

Desde entónces aquellos estados libres no solamente han subsistido, sino que han tomado considerable aumento y aun se han hecho respetar de la misma Inglaterra con la que sostuvieron una guerra gloriosa en 1814. Son gobernados por un presidente, que se muda cada cuatro años (Washington, 1797; Adams, 1801; Jefferson, 1809; Madison 1817; Monroe, 1825; Adams, 1829; Jackson, 1837; Harrison, 1841; Tyler, 1845; Polk, 1847; y Taylor, presidente actual), y por un congreso general, que desde 1801 reside en Washington. Este estado ha tenido un aumento considerable en territorio y en habitantes que han ido allá desde Europa.

El 25 de febrero de 1828 (1), la cámara de los representantes de los Estados-Unidos nombró una comision para determinar si seria conveniente distribuir anualmente entre los diferentes estados, con proporcion á su representacion en esta cámara, las sumas procedentes de la venta de las tierras públicas pertenecientes á la confederacion, despues de pagar diversos gastos que se especificaron. Un año despues, esto es, el 25 febrero de 1829, M. Stevenson, diputado de la Pensilvania, leyó en nombre de la comision un informe lleno de interés en que estableció:

1.° Que los diversos estados y territorios de la Union Americana tenian una superficie de 596.994,246 acres, y que las tierras públicas, todavia incultas, pertenecientes á la confederacion, y de que ésta podia disponer, presentaban una superficie de 1.065.463,171 acres, siendo la superficie total 1,659.867,864 acres (1).

2.° Que la poblacion de los Estados Unidos que en 1800 no era mas que de 5,219.861 almas se habia elevado en 1820 á 9.637.939; que se podia estimar que en 1830 se elevaria á 13.000,000 y en 1860 á 32.000,000.

El informante de la comision, despues de haber entrado en esplicaciones de hechos curiosos, parte de los cuales haremos conocer, concluyó, que el producto liquido de la venta de las tierras públicas de los Estados-Unidos, y nó las tierras mismas, como varias personas lo habian sugerido, debia repartirse anualmente entre los diferentes estados.

Á la conclusion de la guerra de la independencia de los Estados-Unidos, los estados confederados, poco ántes colonias de la Inglaterra en el Nuevo Mundo, acababan de ver, despues de una lucha gloriosa, su independencia reconocida por la madre patria: pero la union que existia entre estos estados era precaria, se hallaban bajo el peso de una deuda enorme, y su crédito estaba aniquilado. Unirlos por lazos comunes, levantar su crédito y ponerlos en estado de cumplir las obligaciones que habian contraido, tal era el importante objeto á que se debia desear aspirar. Los limites de los diferentes estados no estaban trazados exactamente, y algunos manifestaban pretensiones estrañas á las tierras aun no cultivadas, situadas al poniente de la gran cordillera de montañas. La confederacion pidió á estos diversos miembros la cesion de la soberania y las de tierras en [illegible] á fin de restablecer la armonia entre los estados, unirlos mas estrechamente por los lazos de una propiedad poseida en comun por todas, y pagar por medio de la venta gradual de las tierras las deudas contraidas por consecuencia de los gastos que hábia ocasionado la guerra de la revolucion. Esta prudente propuesta fué adoptada, los estados uno por uno hicieron la cesion de sus derechos [illegible] de toda la propiedad de las tierras situadas al poniente de los montes Apalaches, y al levante del Misisipi, abrazando el valle mas rico y mejor regado del Nuevo Mundo.

La soberania y el derecho al suelo de la Luisiana y de la Florida, que por su estension podria formar un vasto imperio, se han añadido despues á [illegible] nacional, por la adquisicion de ellas que los Estados-Unidos han hecho de la Francia y de la España.

De los hechos expuestos en el informe de M. Stevenson, en nombre de los [illegible] nombrados por la cámara de los representantes, resulta que las tierras públicas, todavia incultas, que poseen hoy dia los Estados-Unidos, y que tienen una superficie casi doble de las tierras [illegible] pueden dividirse en tres clases distintas:

1.° Las que fueron cedidas por varios de los antiguos estados al gobierno de la confederacion y al gobierno actual de los Estados-Unidos.

(1) La cantidad de acres de tierra de que se compone la superficie de los Estados-Unidos, puede dividirse en tres partes distintas:

1.° Las tierras de que los primeros colonos se han apoderado, ó que han comprado de los indigenas hasta en 1763.

2.° Las tierras de que los anglo americanos se han apoderado, ó han adquirido, ya de la Francia, ya de la España, ya de los indigenas desde 1763, que cuales están estinguidos los titulos de habitarlas.

3.° En fin las tierras ocupadas en [illegible] los anglo americanos, y sobre las cuales [illegible] servan derechos, ó porque no las h[illegible] no han cesado de habitarlas.

[illegible] . los Estados-Unidos [illegible], de abs[illegible] el oro, pues [illegible] be atesorarle. [illegible] se han dirigido [illegible] Sacramento y del [illegible] nde se han descu[illegible] metal precioso. [illegible] Unidos no podemos [illegible] esiones que hace un [illegible] desiertos. [illegible] de las soledades [illegible] Libertad primi[illegible] mo ese pájaro [illegible] al azar, yendo [illegible]. Hémo aquí

(1) Analos de Ciencias, t. 6.

2.° Las que fueron adquiridas de la Francia por el tratado de Paris de 30 de abril de 1803.

3.° En fin, las que fueron adquiridas de la España por el tratado de Washington de 22 de febrero de 1819.

1.° La porcion de las tierras públicas pertenecientes á la primera clase cedida á los Estados-Unidos ántes de la adopcion de la presente constitucion, forma lo que se llamaba entónces el territorio del Norueste (nort Western territory) y al presente los estados de Ohio, de Indiana, é Ilinés, los territorios de Michigan y del Noruest ó Huron (nord-west or Huron territory). La reclamaba en su totalidad al estado de Virginia, y en parte los estados de Nueva York, de Massachusets y Connecticut en virtud de sus diferentes cartas-pueblas ó concesiones de la Gran Bretaña. Los límites de las tierras concedidas y los establecidos en estas cartas-pueblas eran tan vagos y tan mal definidos, que daban materia á reclamaciones contrarias muy difíciles de conciliar; sin embargo, los comisarios eran de opinion que los títulos del estado de Virginia á la totalidad del territorio en litigio, estaban mejor fundados que aquellos en que los otros estados apoyaban sus pretensiones. De todos modos, el estado de Nueva York en 1.° de marzo de 1781; el de Virginia en 1784: el de Massachusets, el 19 de abril de 1785; y el de Connecticut, cedieron á los Estados-Unidos todos sus derechos, títulos y pretensiones al suelo y á la jurisdiccion de las tierras no cultivadas (1): estas concesiones eran de cerca de 165 millones de acres. Es necesario añadir que en 9 de agosto de 1787, el estado de la Carolina meridional hizo la cesion de un territorio situado al sur de la Carolina septentrional y al norte de una línea tirada rectamente al oeste desde el nacimiento del rio Tugoloo; pero como mas adelante fué decidido que el nacimiento del Tugoloo estaba sobre las fronteras de la Carolina septentrional, esta última concesion fué nula de hecho.

Despues de la adopcion de la constitucion actual, el estado de la Carolina septentrional por acta de 25 de febrero de 1790 cedió á la Union americana toda la porcion de tierras occidentales que forma actualmente el estado de Tenesée. Esta cesion transfirió á la Union la jurisdiccion sobre cerca de 26.500,000 acres de tierras; pero el derecho sobre el suelo se encontró sujeto á tantas concesiones particulares, y á tantas limitaciones, que la tesorería de los Estados-Unidos no ha sacado aun beneficio alguno de sus ventas.

En 14 de abril de 1802, el estado de Georgia cedió á los Estados-Unidos la jurisdiccion y el suelo de toda la parte de los estados actuales de Misisipi y de Alabama, que está situada al norte del grado 31 de latitud norte, mediante ciertas condiciones que no han sido aun cumplidas.

2.° Por el tratado de Paris de 30 de abril de 1803, la Francia cedió á los Estados-Unidos, mediante 11.250,000 pesos fuertes, el pais que en aquella época se llamaba la colonia ó provincia de Luisiana, cuyos límites, en el momento de la cesion, eran vagos ó indeterminados. Pero por el tratado concluido en Londres en 20 de octubre de 1818 entre los Estados-Unidos y la Gran Bretaña, los límites septentrionales quedaron fijados al grado 49 de latitud norte, desde el antiguo límite de los Estados Unidos hasta el océano Pacífico; y por el tratado concluido en Washington el 22 de febrero de 1819 entre los Estados Unidos y la España, el límite occidental comenzó en la embocadura de la Mobila, y de allí corrió á lo largo de las orillas occidentales de este rio hasta el grado 32 de latitud norte: desde este punto se tiró una línea directamente al norte hasta el rio Colorado, desde donde seguia despues el curso de este rio hasta el grado 100 de longitud occidental de Londres, y al 33° oeste de Washington: allí otra línea, tirada tambien directamente al norte hasta el Arcansas, seguia la orilla meridional de este rio hasta su nacimiento en el grado 42 de latitud norte, y se prolongaba por este paralelo de latitud hasta el mar del sur. Además fué convenido por el tratado, que si el nacimiento del Arkansas se hallaba, sea al norte, sea al sur del grado 42 de latitud norte, entónces se tiraria hasta este paralelo una línea norte ó sur segun el caso lo exigiese. Las tierras adquiridas por este tratado son de cerca de 850 millones de acres, formando los estados de la Luisiana y de Misuri, y el territorio de Arkansas cerca de 750 millones al norte y al oeste de territorio.

3.° Las tierras adquiridas de la España por el tratado de Washington de 22 de febrero de 1819 son bien conocidas bajo el nombre de Floridas oriental y occidental. Los Estados-Unidos pagaron por esta adquisicion cinco millones de pesos fuertes, y descargaron á la España de todas las reclamaciones que sus ciudadanos podian hacer valer contra esta potencia. La estension de terreno obtenida por este tratado pasa de 40 millones de acres, formando al presente el territorio de Florida una parte de los estados de Alabama, de Misisipí y de Luisiana.

Recientemente la república de Tejas, separándose de la de Méjico, ha entrado á formar parte de los Estados-Unidos. En vano ha protestado Méjico declarando la guerra á la confederacion Anglo-Americana, pues los soldados de ésta se han apoderado de sus mejores plazas, han entrado en Méjico, y han obligado á esta república á consentir en una paz humillante. La república mejicana peligra ya de ser á pedazos absorbida por los Estados Unidos.

La Confederacion Anglo-Americana se compone actualmente de veinte y siete estados, un distrito federal, donde se halla situada la capital de la Confederacion, tres territorios que dependen del gobierno federal, y el inmenso distrito occidental (Western District), subdividido por M. Tanner en distrito del Oregon al oeste de las Montañas Peñascosas, y distritos de Ozark, de los Sioux, de los Osages y de los Mandanos al este de aquellas montañas. Los pequeños destacamentos que se hallan, por decirlo así, perdidos en la inmensa superficie de este último, dependen inmediatamente del ministro de la guerra, y en determinados casos de los gobernadores de los estados y territorios rayanos. Vamos ahora á enumerar aquí en globo las grandes divisiones geográficas y las divisiones políticas actuales del territorio de la Union. — Estados en el Atlántico, subdivididos en: — Estados septentrionales: Maine, Nuevo Hamsphire, Vermont, Massachusets, Rhode-Island, y Connecticut, los cuales forman lo que se llamaba Nueva Inglaterra. Los estados de Maine, Nuevo Hamsphire y Vermont están situadas á lo largo de la frontera de la América inglesa. — Estados medios ó del centro: Nueva York, Nueva Jersey, Pensilvania, Delaware, Maryland, Distrito Federal ó Colombia, y Virginia. Los tres últimos suelen contarse entre los estados meridionales: el de Nueva York linda con la América inglesa, y el de Pensilvania con el lago Erie. — Estados meridionales: Carolina del Norte, Carolina del Sur y territorio de la Florida. Estados y territorios en el golfo de Méjico: la mayor parte del territorio de la Florida, Alabama y Misisipi, estados formados del antiguo territorio de la Georgia; Luisiana, estado formado de una parte de la Luisiana. La provincia de Tejas. — Territorio en el grande Océano: el distrito del Oregon. — Estados, territorios y distritos en el interior, subdivididos en: Estados interiores; Indiana ó Ilinés, partes del Canadá, Misuri, parte de la Luisiana; Tenesé, parte de la Carolina, y Kentucky, parte de la Virginia. — Estados, territorios y distritos en las fronteras de la América inglesa: Ohio, Michigan y territorio del Visconsin, ántes parte del Michigan y del distrito Huron, pertenecientes al Canadá; territorio de Yowa (parte oriental del distrito de los Sioux); distrito de los Sioux (parte occidental) y distrito de los Mandanos, partes de la Luisiana. — Distritos y territorios en las fron-

(1) Sin embargo, el estado de Connecticut no comprendió en su cesion las tierras conocidas bajo el nombre de *reserva occidental ó de Connecticut*, cuya jurisdiccion fué cedida mas adelante á los Estados-Unidos por acta de 30 de mayo de 1800

Digitized by Google

teras de la república de Méjico: Arkansas, distrito Ozark, distrito de los Osages, partes de la Luisiana.

Capital, Washington, en el distrito Federal.

Washington es la grande ciudad federal de los Estados-Unidos: para constituirla centro del gobierno, perfectamente independiente de todos los estados, se erigió en distrito bajo el nombre de Colombia una extension de ocho millas cuadradas en la cual está fundada la poblacion. Fué concebida esta bajo un plan gigantesco, pero, como por su posicion no es susceptible de ser ciudad comercial, existe simplemente como sede del gobierno y como morada de los funcionarios públicos. Lo que en ella llama mas la atencion es una grande y magnífica avenida que conduce á una colina en la cual se ha levantado un suntuoso monumento de mármol blanco: una grande escalinata, y una rampa soberbia, guian al Capitolio. Frontero de este edificio, al opuesto remate de la avenida, se descubre el palacio del presidente, llamado comunmente la Casa blanca.

Al hablar de la civilizacion de los Estados-Unidos, uno de los fenómenos mas admirables que llama nuestra atencion es la desaparicion rápida de la raza cobriza.

Cuando los europeos arribaron á las playas americanas encontraron en ellas poblaciones numerosas y algunas veces formidables. Los indijenas, restos de una civilizacion antigua, cuyo dogma primitivo habian perdido, conservaban sin embargo unos usos, unas costumbres y unas condiciones que, si bien no eran suficientes para conducirlos á una organizacion social mas adelantada, tenian bastante poder para ser conservadas por mucho tiempo.

Carecian en verdad de su prodigiosa actividad antigua, pero conservaban todavía un resto del movimiento de las edades anteriores, al modo de esos proyectiles que, muertos ya, sustraidos á la influencia de la fuerza que los lanzó, continuan sin embargo por algun tiempo su curso al través del espacio.

Proveer para sus necesidades materiales era para esos pobres indios el único ahinco, necesidades poco numerosas entónces y fáciles de satisfacer. Un suelo vasto y fértil, cortado por rios y lagos abundantes en pesca, costas de grande extension, selvas tan antiguas como el mundo, tales eran sus recursos para acallar sus necesidades diarias.

Y además del cultivo del maiz y de la pesca, una caza fácil en los bosques ó en la pradera los abastecia abundantemente de carne para la manutencion, y de pieles para garantir sus hijos del rigor de las estaciones: nada mas pedian entónces. Muy luego su contacto con los europeos les hizo sentir nuevas necesidades sin darles medios de satisfacerlas. Ántes nada les faltaba para su felicidad; imprevisores para el dia siguiente, pasaban la vida sin contar los dias, sin que las fatigas de la caza y los peligros de la guerra fuesen para ellos otra cosa que episodios que llenaban un vacío de su existencia sin comprometer su seguridad. Despues todo se trocó para el indio. Necesitaba armas de fuego, municiones, instrumentos de caza y de pesca, telas de los europeos, objetos de lujo; amaba con pasion el aguardiente, ese licor de fuego, como le llamaban ellos, que debia enervar y diezmar su raza de generacion en generacion, acaso con mas furor que las mas encarnizadas guerras. Los despojos de los animales no fueron ya para él simples vestidos, sino objetos de comercio para trocarlos por licores y fusiles, y la dificultad de poder procurárselos era cada dia mayor. Los animales salvages eran cada dia ménos numerosos, y con el ruido de las ciudades levantadas de repente en sus mismas moradas, se internaron en lo mas profundo,... y fué forzoso seguirlos. Las fatigas iban en aumento á medida que los recursos faltaban; la miseria, el hambre, la intemperie, las privaciones, he aquí los enemigos terribles ante quienes iban sucumbiendo unos pueblos en otro tiempo afortunados. Cuántas madres, cuántos hijos no pudieron soportar tantas correrías, y perecieron en el corazon de las selvas!..... Qué de valientes guerreros, qué de atrevidos cazadores perdieron la vida en los combates que tenian que sostener contra las naciones cuyo territorio atravesaban: El Hudson, ese rio tan animado ahora, en cuyas márgenes se levantan en el dia cien pueblos como el de West-poin, quintas suntuosas, monumentos como una columna levantada á la memoria del polaco Kosciusko que á ejemplo de Lafayette, combatió por la independencia americana; el Hudson arrastró millares de cadáveres, y se tiñó con sangre de los desdichados indios. Y además de todos esos males, de tiempo en tiempo les fué preciso luchar contra los europeos, para quienes quedaba siempre el campo: y entónces no tenian otro remedio que abandonar el puesto, dar un á Dios á los restos de su nacion, tomar consigo los huesos de sus padres, única parte que les concedian ya, y llevar á otra patria su miseria y su desesperacion.

En la actualidad, cuando la poblacion europea comienza á acercarse al desierto ocupado por una nacion salvage, el gobierno de los Estados-Unidos envia comunmente á ésta una embajada solemne; los blancos reunen á los indios en una vasta llanura, y despues de haber comido y bebido juntos les dicen: «¿Qué haceis en el pais de vuestros padres? en breve tendreis que desenterrar sus huesos para vivir en él. ¿No hay bosques, lagos y praderas mas allá de estos sitios? Al otro lado de esas montañas que rayan con el horizonte, mas allá de ese lago que linda con vuestro territorio, se encuentran vastas comarcas en que abundan los animales salvages: vendednos vuestras tierras ó idos á vivir felices en aquellas.» Y diciendo esto les enseñan armas de fuego, vestidos de lana, barriles de aguardiente, collares de vidrio, brazaletes de estaño, pendientes y espejos. Las mugeres y los niños, deseando poseer esos objetos preciosos, instigan á los guerreros para que tenga lugar la venta. Si aun con esto vacilan, se les insinua que no les queda otro camino que acceder, y que muy luego el gobierno mismo de los Estados-Unidos será impotente para garantirles el goce de sus derechos. Entónces se alejan silenciosos, y van á habitar nuevos desiertos para que al cabo de diez años les arrojen tambien de ellos los blancos. He aquí de que modo adquieren los americanos á vil precio provincias enteras que los mas ricos monarcas de Europa no podrian pagar. Colocado el viajero en la cima del monte Holioke ¿no le parecen de un valor inestimable las márjenes riquísimas bañadas por el Connecticut? ¿no forma un paisaje el mas pintoresco, el mas animado, todo cuanto se ofrece á su vista? pues bien: esa tierra encantadora no les ha costado á los blancos mas que la voluntad de poseerla; verdad es que tambien han vivificado estos paisajes, que les han dado los atractivos del cultivo, que han derramado sobre de ellos el tinte inefable y consolador de la civilizacion; verdad es que esto es una nueva tierra comparada con la de los pantanos y selvas gigantescas de otro tiempo; pero todos los prodigios del arte no son capaces de hacer olvidar unas usurpaciones atroces.

¡Y son tantos los prodigios del arte que se descubren en los Estados-Unidos!.... Crúzanse en otras direcciones los canales, los buques de vapor que surcan las corrientes, los caminos de hierro que han acortado las distancias de una manera prodigiosa. La vida que se pasa en los Estados-Unidos es toda de actividad, de cálculo, de abstraccion de sí mismo, siempre en busca del oro, pues allí no se reconoce talento sino en el que sabe atesorarle. En 1848, de muchos puntos de la Union se han dirigido centenares de familias á las orillas del Sacramento y del San Joaquin en la California, en donde se han descubierto inagotables minas de aquel metal precioso.

Ántes de abandonar los Estados Unidos no podemos ménos de continuar aquí las descripciones que hace un autor célebre que recorrió sus inmensos desiertos.

Al verse Chateaubriand en medio de las soledades americanas, esclama con entusiasmo: ¡Libertad primitiva, al fin te encuentro! Voy pasando como ese pájaro que vuela sobre mi cabeza, que se dirije al azar, yendo solo de una sombra en busca de otra sombra. Héme aquí

Digitized by Google

tal como Dios me creó, rey de la naturaleza, llevado como en triunfo por las aguas de un rio caudaloso, mientras los habitantes del rio me acompañan en mi carrera, y los pueblos del aire que entonan sus himnos, y los animales de la tierra me saludan, y los árboles centenarios de las selvas encorvan su cima al soplo de los vientos. Decid: ¿en qué frente está grabado el sello inmortal de nuestro orígen; en la del hombre de la sociedad, ó en la mia? Id á encerraros en vuestras ciudades; id á someteros á vuestras mezquinas leyes; id á ganar el pan con el sudor de vuestra frente, ó á devorar el pan del pobre; id á degollaros mútuamente por algunas palabras, por obedecer á uno ú otro amo; id á dudar de la existencia de Dios, ó á adorarle bajo formas supersticiosas: yo me quedaré errante por esas soledades, donde ni un latido de mi corazon será comprimido, donde ni uno solo de mis pensamientos será encadenado, donde divagaré libre como la naturaleza, y donde no reconoceré otro soberano fuera de aquel que encendió la llama de los soles, y que con un impulso de su mano ha hecho dar vueltas á los mundos.

¿Qué descubren mis ojos en esas orillas desiertas? una especie de sepulcros de figura circular, en uno de los cuales se encontró un ataud, formado con cuatro piedras, dentro del cual se descubrieron algunos huesos humanos.

Esas construcciones no pueden ser obra de las naciones actuales de la América; los pueblos que las levantaron tenian seguramente un conocimiento de las artes superior al de los mismos mejicanos y peruanos.

¿Deberan atribuirse, pues, á los europeos modernos? Solo Fernando de Soto penetró en las Floridas, algun tiempo despues del descubrimiento del Nuevo Mundo, y no se adelantó mas allá del pueblo de Chicassas en uno de los brazos del Mobila: por otra parte, con ¿qué designio hubieran costeado los españoles esas fábricas grandiosas?

¿Serán acaso obra de los cartagineses, transportados á las regiones americanas cuando se dedicaban al comercio en las costas africanas y en las islas Casitérides? Pero, ántes de internarse en el oeste, debieron establecerse en las costas del Atlántico: ¿ porqué, pues, no dejaron ningun vestigio de su tránsito en la Virginia, en las Georgias ni en las Floridas? Además, ni los fenicios, ni los cartagineses dieron sepultura á sus muertos de la manera que demuestran aquellos monumentos. Solo los egipcios tuvieron construcciones análogas: pero embalsamaban sus momias, y las de los sepulcros americanos no lo son; y no se diga que pudieron faltarles ingredientes, pues las gomas, las resinas, el alcanfor y las sales, se encuentran por ahí en todas partes.

¿Acaso habrá existido el Atlántico de Platon? ¿Será verdad que en siglos remotos y desconocidos haya estado pegada el África á la América? Como quiera que sea, ello es innegable que una nacion ignorada, superior á las generaciones indianas de nuestros dias, pasó por esos desiertos. ¿Qué nacion fué esa? ¿qué revolucion la ha destruido? ¿cuándo acaeció este fracaso? Cuestion es esta que nos arroja á la inmensidad de lo pasado, en donde los siglos se abisman como sueños.

Esos desiertos empiezan á poblarse con colonias venidas de la Pensilvania, de la Virginia y de la Carolina, compuestas en parte de compatriotas mios que huyen de las primeras tormentas de la revolucion.

¿Las generaciones europeas serán, sobre esas orillas, mas virtuosas y mas libres que las generaciones americanas cuya raza ha sido condenada al exterminio? ¿No serán esclavos, que tiemblan á vista del látigo del amo, los que cultivarán esos desiertos donde ántes ostentó el hombre su independencia? ¿Las cárceles y los cadalsos no reemplazarán la cabaña abierta y hospitalaria, y la alta encina que solo tiene que sostener el nido de los pájaros? ¿La riqueza y la fertilidad del mismo suelo no darán campo á guerras nuevas y terribles?

¿Porqué nos parece tan llena de encantos la vida salvage? ¿Porqué el hombre mas acostumbrado á ejercitar su pensamiento, alegremente lo olvida todo en el bullicio de la caza? Recorrer las selvas, perseguir las fieras, construirse una cabaña, encender lumbre y prepararse uno mismo la comida junto á un manantial, he aquí seguramente uno de los placeres que mas prosélitos encuentran. Mil europeos le han gustado, y le han preferido á los demas, siendo asi que el indio muere de pesar si se le transporta á nuestras ciudades. Esto prueba que el hombre es un ser activo, mas bien que un ser contemplativo, y que en su condicion natural necesita de muy poco, siendo para él la sencillez del alma una fuente inagotable de felicidad.

Cuando un salvage muere en invierno durante la caza, consérvase su cuerpo sobre las ramas de los árboles, y no se le hacen los últimos honores hasta que han vuelto los cazadores á la tribu; esta costumbre fué tambien peculiar en otro tiempo de los moscovitas.

No solo tienen los indios ciertas preces, que les son peculiares; y ceremonias diferentes segun el grado de parentesco, la dignidad, la edad y el sexo del difunto, si que tambien tienen destinada una época para la exhumacion pública: una especie de conmemoracion general.

Y esos salvages son, entre todos los pueblos de la tierra, los que mas veneracion tienen á los muertos. En las calamidades nacionales, lo primero que se piensa es en salvar los tesoros de la tumba. Cuando los indios han tenido que defender sus derechos de posesion, constantemente han hecho uso de este argumento que les parece convincente: «¿Será fuerza que digamos á los huesos de nuestros padres: levantaos, y seguidnos á una tierra extranjera?» Si este apóstrofe no les vale, vánse, llevando consigo los huesos venerados.

Fácilmente se concibe esta veneracion extraordinaria. Los pueblos civilizados, para conservar los recuerdos de su patria, cuentan con los monumentos de la literatura y de las artes: cuentan con ciudades, con palacios, con torres, con colunas y obeliscos: el arado deja hondo surco en los campos por ellos cultivados; sus nombres quedan eternizados en el bronce y en el mármol, mientras que las crónicas conservan viva la memoria de sus acciones.

Con nada de esto cuentan los salvages; su nombre no está escrito ni en los árboles de sus selvas; su cabaña, construida en breves horas, perece en breves instantes; su sencillo instrumento de labranza, ni decirse puede que haya formado un surco; sus himnos tradicionales se disipan con la última memoria que los retuvo, con el último eco de la voz que los repitió. Luego para las tribus salvages del Nuevo Mundo no hay mas que un monumento, la tumba. Quitadle al salvage los huesos de sus antepasados, y le arrebatais su historia, su rey, y hasta sus dioses; la prueba de su existencia y la de su nada.

Esto decia Chateaubriand en 1791: y en 1827 añadia:

Si en el dia volviese yo á los Estados-Unidos, á buen seguro que no los reconoceria. Allí donde en 1791 dejé selvas, encontraria campos cultivados; allí donde tuve que abrirme paso al través de los zarzales, viajaria ya por anchos caminos: el rio Misisipi, el Misuri y el Ohio no corren ya solitarios, sino que muchos buques mayores, y mas de doscientos paquetes de vapor animan su corriente y vivifican sus márgenes. En los Natches, en lugar de la cabaña de Celuta, veria una poblacion lindísima de mas de cinco mil habitantes. Chactas, podria ser hoy en dia diputado en el congreso, y para ir al encuentro de Atala hallaria dos caminos, y acaso compraria un libro de postas que le indicaria las paradas. En medio de los muscogulgos, de los siminoles, de los cheroqueses y demas tribus salvages que yo visité, hallaria una ciudad llamada Atenas, otra apellidada Maraton, otra Cartago, otra Memfis, otra Esparta, y otra Florencia; pasaria por los condados de Colombia y de Marengo. La gloria de todos los paises ha prestado nombres á esos desiertos donde yo encontré al padre Aubry y á la obscura Atala.

Los Estados Unidos ofrecen, pues, en su seno, bajo la

Digitized by Google

proteccion de la libertad, una imágen y un recuerdo de la mayor parte de los lugares célebres de la Europa antigua y moderna, á semejanza de esos jardines de la campiña de Roma donde Adriano hizo representar los varios monumentos de su imperio.

El abate Raynal propuso un premio para el que diese solucion á esta pregunta: ¿Cual será la influencia del descubrimiento del Nuevo Mundo sobre el Mundo antiguo? Perdiéronse los escritores en cálculos respectivos á la exportacion y á la importacion de los metales, á la despoblacion de la España, al acrecentamiento del comercio y á la perfeccion de la marina: pero nadie, que yo sepa, buscó aquella influencia en el establecimiento de las repúblicas americanas. Entónces nadie veia mas que las antiguas monarquías, poco mas ó ménos como existian, la sociedad estacionaria, y la humana mente atascada; entónces ni la menor idea se tenia de la revolucion inmensa que ha dado un giro tan grande á los hechos y á las ideas.

El mas precioso tesoro que la América llevaba en su seno era la libertad, y todos los pueblos están destinados á venir por ella á ese manantial inagotable. El establecimiento de la república representativa en los Estados-Unidos es uno de los grandes acontecimientos políticos del mundo: acontecimiento que ha demostrado que hay dos especies de libertad posibles; una, que pertenece á la infancia de los pueblos, que es hija de las costumbres y de la virtud, la libertad de los primeros griegos, la de los primeros romanos, la de los salvages americanos; y otra que nace en la vejez de los pueblos, que es hija de las luces y de la razon, la libertad de los Estados-Unidos que reemplaza la libertad de los indios. ¡Dichoso ese pueblo que en el espacio de ménos de tres siglos ha pasado de una á otra libertad casi sin esfuerzo, y trás de una lucha que solo ha durado ocho años!

¿Conservará la América su última especie de libertad? ¿Se dividirán los Estados-Unidos? ¿No se columbran ya los gérmenes de esa division? ¿Un representante de la Virginia no ha sostenido la tesis de la antigua libertad griega y romana, con el sistema de servidumbre, contra un diputado del Massachuset que defendia la causa de la libertad moderna sin esclavos, tal como el cristianismo la ha proclamado?

Los estados del oeste, que se ensanchan cada dia mas y mas, y que están harto separados de los del Atlántico, ¿no querrán algun dia tener un gobierno aparte?

En fin, ¿son los americanos el tipo de la perfeccion humana? ¿no tienen sus vicios como los demás hombres? ¿son acaso moralmente superiores á los ingleses de quienes descienden? Y esa emigracion extrangera, que incesantemente acude de todas las naciones de Europa á aumentar su poblacion, ¿no destruirá con el tiempo la homogeneidad de su raza? ¿no les dominará al cabo el espíritu mercantil? ¿el interés no comienza á ser entre ellos el defecto nacional dominante?

Además, fuerza será decirlo con dolor, el establecimiento de las repúblicas de Méjico, de la Colombia, del Perú, de Chile y de Buenos-Aires, es un peligro para los Estados-Unidos. Cuando éstos no veian en torno suyo mas que las colonias de un reino transatlántico, ninguna guerra era probable. Mas en el dia, ¿no nacerán rivalidades entre las antiguas repúblicas de la América septentrional, y las nuevas repúblicas de la América española? Si de una y otra parte, prohibiéndose mútuamente las alianzas europeas, acuden á las armas; si el espíritu militar se apodera de los Estados-Unidos, acaso se levantará un caudillo de talento y fortuna, y en tal caso la gloria reclama coronas, y luego vienen los soldados que no son mas que brillantes forjadores de cadenas, y al fin la libertad no está muy segura de poder conservar su patrimonio bajo la tutela de la victoria.

Como quiera que suceda en el porvenir, puédese asegurar con todo que la libertad no desaparecerá enteramente de la América.

Por último, los Estados-Unidos tienen una salvaguardia, á saber que su poblacion no ocupa mas que una décima octava parte de su territorio; la verdadera América mora todavia en las soledades, y por mucho tiempo aun serán los desiertos sus costumbres, y la libertad formará todas sus luces.

BAHIA DE HUDSON.

La *Bahía de Hudson* es un gran golfo del mar del norte al septentrion de la América y hácia el polo ártico. La recorrió Hudson, piloto inglés, en el año de 1607, buscando por allí paso desde el mar del norte al mar del sur. Por cualquiera parte que se extienda la vista por aquellas riberas, no se percibe mas que tierras que se niegan al cultivo, rocas escarpadas que se levantan hasta las nubes, separadas por despeñaderos profundos, y estériles valles donde jamás penetra el sol: y que se hacen inaccesibles por las nieves y los hielos. Allí se hielan los lagos hasta doce piés de profundidad; allí acarrea el mar témpanos de hielo de mil quinientos y de mil y ochocientos piés de espesor, que de los golfos arrancan los vientos con su violencia. Las tempestades son frecuentes; y aquellos enormes pedazos de hielo, que andan á discrecion de las olas de aquel océano, ponen á los navíos en el mayor peligro. Allí no están las aguas líquidas ni libres sino desde el mes de junio hasta fines de setiembre; porque entónces ya se va aumentando el invierno por grados hasta el mes de mayo. En diciembre no se ve el sol sobre el horizonte mas que cinco horas de las veinte y cuatro.

Aunque las paredes de las casas, construidas por los europeos para alojamiento de los que se quedan de un año para otro, son muy gruesas y las ventanas estrechas y guarnecidas de contraventanas; por mas que se encienden grandes hogueras y se procura calentarlas con calentadores cerrados, para que el calor se reconcentre cuando ya no quedan mas que las ascuas encendidas; con todo eso las paredes, las camas y los muebles se cubren de hielo producido por el vapor del resuello y la transpiracion, y algunas veces hay que quitar cada dia hasta tres pulgadas de espesor. Se alumbran en las noches largas con balas de veinte y cuatro hechas ascua al fuego, y colgadas, porque todos los licores se hielan. Los que se atreven al aire esterior, á pesar de que llevan dobles y triples pieles, no solo sobre el cuerpo, sino sobre las manos y la cara, apenas pueden salir sin esponerse á perder los dedos, la punta de la nariz, de las orejas, y aun mas; y cuando vuelven al calor de las casas, lo ménos que les sucede es levantárseles la piel del rostro.

Con todo eso se aventuran los ingleses á tan horrible clima, atraidos por las pieles que allí se hallan muy hermosas, en grande cantidad y al menor precio posible. Hay una compañía que hace este comercio habitualmente. Ésta oculta con mucho cuidado sus ganancias; pero un hombre enviado por el gobierno supone haberlas descubierto, y cuenta los muchos fraudes con que engañan á los infelices salvages, concluyendo con decir: «En varias ocasiones he visto preciarse de equidad á los agentes de la compañía y llevar la delicadeza de su conciencia hasta el estremo de contentarse con un mil por ciento de utilidades.

Los salvages cazadores de los últimos confines del Canadá y de los Estados-Unidos, hacen largos viajes para traer las pieles al fuerte de Nelson, situado en la bahía; porque saben que allí siempre se hallarán compradores. Los naturales de aquellos climas helados son de tan pequeña talla, que no pasa su estatura de cuatro piés, como si estuvieran arrugados con el frio. Se acuestan todos revueltos para entran en calor, y se mantienen con pescado ó con la carne de los animales que matan. Van amontonando estos alimentos sin precaucion alguna; porque el mismo frio los conserva. Allí se hace con felicidad la pesca de la ballena y las de otros peces que suministran aceite.

Digitized by Google

LAS BERMUDAS.

Las islas *Bermudas*, situadas en frente de la Carolina, pero á doscientas leguas de la costa, forman un archipiélago en la extension de treinta á cuarenta leguas. Su clima es benigno. Allí la tierra rinde dos cosechas al año, y produce hasta treinta especies de frutos. La mas grande de estas islas, que será de cuatro ó cinco leguas, fué llamada Bermuda por el nombre del español que la descubrió. En la isla de san Jorge, menor que las Bermudas está la hermosa ciudad llamada como la isla. En ella se honran las ciencias, y aun hay una biblioteca pública: y las demas islas se precian en este punto de cierta emulacion.

Los ingleses llegaron á estas islas con motivo de un naufragio, y repararon sus navíos con los hermosos cedros que allí crecen. Cuando partieron se quedaron tres marineros en la isla de san Jorge, y dos de ellos pretendieron cada uno ser el soberano de la isla. Sin duda se hubieran degollado, si el otro no les hubiese puesto en paz y estorbado con su mediacion la guerra civil. Hallaron en la costa un pedazo de ambar que pesaba ochenta libras, sin otros menores que fueron juntando; creyeron que habian hecho su fortuna; y abandonando la soberanía, fuéron á la Virginia á vender su tesoro. La relacion que hicieron de su reino movió á los ingleses; éstos se establecieron allí y hoy las habitan como unos diez á doce mil de ellos.

LAS LUCAYAS.

Las *Lucayas*, situadas en frente de la punta de la Florida, no están tan pobladas; y si contáramos todas las rocas é islotes de aquel archipiélago, hallaríamos por lo ménos hasta doscientas. Estas islas fueron el primer descubrimiento de Cristobal Colon; y los españoles se llevaron consigo á los habitantes para la pesca de las perlas y para las minas de Santo Domingo. Son muy á propósito para retiro de los piratas, y habian llegado á ser la guarida de ciertos ingleses malvados, que siempre suspiraban por la guerra, para tener ocasion de robar á los amigos y á los enemigos. El rey Jorge I los desalojó de allí en 1719; y han ocupado su lugar unos habitantes pacíficos, que hacen un pequeño comercio. La principal isla es la *Providencia* con una ciudad del mismo nombre; la mas grande es *Bahama*, cuyo estrecho, sembrado de escollos, es conocido por el riesgo de su navegacion. Los españoles ocuparon parte de estas islas, y las otras han quedado á sus primitivos habitantes.

LAS ANTILLAS.

Las Antillas, así llamadas porque se encuentran ántes de abordar al continente de la América, forman un arco cuya cuerda se estiende desde las bocas del rio *Orinoco* hasta la *Florida*, y se dividen en grandes y pequeñas. Las grandes son: *Santo Domingo*, *Cuba*, *la Jamaica*, y *Puerto-Rico*. Las pequeñas son muchas, y el clima es el mismo en todas, húmedo y mal sano, como generalmente lo es debajo de la zona tórrida. En los primeros años son el sepulcro de la mitad de los europeos que quieren habituarse al clima. Las Antillas producen cuanto se quiere á escepcion del trigo; y en ellas se coge principalmente azúcar, añil, tabaco, cacao, cochinilla, café y manioco, raiz de que se hace el pan llamado *cazabe*, que era el antiguo alimento de los naturales. En ellas se halla el oro, la plata, cobre, hierro, cristal de roca, antimonio, azufre y canteras de mármol. Tambien son famosas estas islas por sus licores.

Los primeros que ocuparon las pequeñas Antillas fueron los españoles: no tanto por la utilidad que podian sacar de ellas, cuanto por impedir las de las demas naciones. Despues los arrojaron de allí los franceses y los ingleses, que empezaron á disputárselas mútuamente, hasta que cansados de hacerse daño, las repartieron en 1660 por un tratado, en virtud del cual se quedó la Francia con la Guadalupe, la Martinica, la Granada, y otras propiedades ménos importantes; y los ingleses con la Barbada, Nieves, Antigua, Monferrato; pero San Cristobal pertenecia en comun á las dos potencias, conviniendo ellas entre sí en encerrar á los caribes ó naturales en la Dominica ó en San Vicente. Tambien los holandeses tomaron su parte á costa de los españoles; y puede decirse generalmente que no ha habido pais que haya pasado tantas veces de una mano á otra como las Antillas; pues son como las ciudades del centro de un reino cuando le han tomado las fronteras. En llegando las armadas enemigas á hacerse dueñas del mar, se ven tarde ó temprano precisadas á rendirse.

Este archipiélago está poblado, á mas de un corto número de europeos, de criollos, gentes de color, libres ó manumitidos y de negros esclavos y libres. Los criollos, dulces y benéficos, tienen la tez mas oscura que la de los pueblos meridionales de Europa. Por lo general son de imaginacion ardiente, de entendimiento vivo y de fácil concepcion; además son afables para con los extranjeros y sobre todo en extremo hospitalarios; pero se les dice apasionados, inconstantes en sus gustos, muy dados al placer y en especial al juego. Los hombres de color libres, la mayor parte laboriosos, bastante intruidos y desahogados, pero llenos de amor propio por imitacion de los blancos, se miran como muy superiores á los negros libres ó esclavos. En cuanto á éstos, su posicion depende enteramente del carácter de sus amos, mas la abolicion del tráfico de negros, junto con la vecindad de Haití y demas repúblicas de América, traerá indudablemente grandes modificaciones á su existencia futura.

Las Antillas son generalmente montuosas y cubiertas de numerosos volcanes. No se conocen allí mas que dos estaciones bien marcadas: la estacion seca, desde fines de octubre hasta el mes de abril; y la estacion de las lluvias en el resto del año. Tempestades espantosas asolan estas islas, y la violencia del viento es tal, que echa á tierra las habitaciones. Los temblores de tierra son frecuentísimos: no habiendo isla que no conserve la memoria de los desastres que han causado. El calor y la humedad hacen la mansion de las Antillas muy peligrosa, sobre todo para los europeos; la fiebre amarilla suele reinar allí. Á pesar de todas estas desventajas, la riqueza del terreno atrae á aquel punto desde largo tiempo á las colonias europeas. El añil, el algodon, el azúcar, el tabaco, las especias, todas las producciones del África y Asia, las frutas mas sabrosas, las mas preciosas maderas crecen allí con abundancia, pero las plantas y los animales domésticos de Europa degeneran prontamente. La industria de las diferentes islas tiene principalmente por objeto la explotacion de los diversos productos del suelo cuya exportacion á Europa constituye su principal comercio.

Este archipiélago, el mas considerable del Atlántico, está dividido en cuatro principales grupos: las grandes Antillas, las Menores ó islas de Barlovento, las islas de Sotavento y las Lucayas ó Bahama.

CARIBES.

Los caribes fueron los naturales de las islas Antillas; y suponiendo que éstas sean las cumbres de los altos montes que en otro tiempo estaban contiguos á la Tierra-Firme, y se desprendieron de ésta sumergiéndose todo el pais llano, no es difícil adivinar el origen de los habitantes: pues debieron venir de la América septentrional ó de la meridional, y es probable que todos desciendan de una misma nacion. Generalmente son de mediana talla, pero rehechos y nerviosos. Tienen la pierna gruesa y bien

Digitized by Google

formada, sus cabellos son negros y lacios, sus ojos grandes y algo prominentes, su mirar estúpido y asustado, sus dientes blancos y bien colocados, la fisonomia triste, el olor fuerte y desagradable. No tienen pelo en todo su cuerpo, ó por naturaleza ó porque se le arrancan. Aplican á la frente del recien nacido una plancha, y se la atan fuertemente por detrás, dejándole asi hasta que el cráneo se aplasta de tal modo, que sin levantar la cabeza vean perpendicularmente lo que hay sobre ella. «Á hombres y mugeres, dice un autor, se les puede pintar como á los amores; desnudos, con flechas, con una aljaba al hombro y arco en la mano. No habia mas que mudar la venda, poniéndoles sobre los ojos la que llevan en la cintura: con este equipage listo y desembarazado se presentan en nuestras islas. Si llevan cierto velo es por complacer á los europeos; pues ellos entre si se tienen por suficientemente vestidos con solo el color encarnado ó jugo de rocou, desleido en aceite de pescado, con que se frotan todo el cuerpo. Las mugeres se presentan sin rubor á la vista de los hombres sin velo alguno, y los hombres desean poco lo que no procuran ocultarles.»

Para ellos el amor es como el hambre y la sed, porque en satisfaciéndose no manifiestan mas aficion que cuando dos han comido y bebido juntos, pero aunque no se les advierte el sentimiento que nosotros llamamos amor, cuidan los hombres de sus mugeres, si bien solamente como nosotros de una propiedad. En la misma familia toman muchas mugeres; y si es posible se casan con las hermanas, las tias, las primas, creyendo que asi se acomodarán mejor las unas al genio de las otras. La muger asi que ha parido vuelve á su trabajo. El hombre se acuesta en su hamaca, y se está alli un mes recibiendo de amigos y parientes las enhorabuenas de haber procurado al mundo un nuevo ser.

Un caribe pasa su vida sentado ó echado, durmiendo ó fumando, sin cuidado alguno de lo que ha de suceder en el instante siguiente; es capaz de vender su hamaca cuando se levanta, sin pensar en que la necesitará por la noche. La misma indiferencia se le observa en todo lo demás. Bien puede cualquiera ponerse á la mesa á su lado cuando come, porque jamás convida ni despide; y él se vale del mismo privilegio con los otros. Es un verdadero niño; con la misma viveza que desea las cosas se cansa de ellas: pasa los dias enteros en estarse mirando una chucheria, en desmontar un fusil, si le viene á la mano, y en volverle á montar; pero como no tiene habilidad para poner cada pieza en su lugar, se enoja, arroja al suelo el arma, y la rompe.

Estos pueblos envenenan la flechas, pero solo las que emplean contra los hombres. En la moneda no conocen otro valor que el número, quiero decir que dejarán una pieza de oro por diez piezas de cobre puestas á su lado. Es dificil formar idea de su religion ó definirla; pero á lo que puede juzgarse, reconocen un principio bueno y otro malo; hacen sus ofrendas al dios maléfico, porque le tienen miedo, y al benéfico ninguna. Sus sacerdotes, llamados boyos, son al mismo tiempo médicos. Se convierten muy gustosos, y reciben muchas veces el bautismo porque los regalen. No hay hombre mas vengativo que un caribe; pues aunque hayan pasado muchos años desde una ofensa, cuando ya el ofensor la cree olvidada, si el ofendido sorprende á su enemigo, le hiende la cabeza de un hachazo, huye y se oculta, hasta que algun pariente del muerto le halla y hace con él lo mismo.

La antropofagia ó la costumbre de comer carne humana, aunque no es comun, no está absolutamente desterrada entre ellos. Su lengua natural es un idioma de suave pronunciacion; no es gutural como lo es por lo comun la de los salvages; y los dos sexos tienen espresiones diferentes para significar las mismas cosas. Tambien los ancianos tienen palabras que no se usan entre los jóvenes; y aun para los consejos de la nacion hay una lengua particular, de la cual nada entienden las mugeres. No quieren aprender ningun idioma extranjero; y no pueden oir que se les hable en inglés, bien sea que les disguste el silvido, ó bien porque aborrecen á la nacion: mucho mejor se acomodan al francés. Unos negros que abordaron á San Vicente por naufragio ó por otro motivo, son en esta isla una segunda nacion que se conforma poco con la primera. Los llaman caribes negros; pero cuando la isla corre peligro, se reunen por el interés comun.

Es necesario que todos los parientes de un caribe que acaba de morir, vean al difunto para asegurarse de que su muerte fué natural; si alguno deja de ser llamado á esta inspeccion, no bastan para persuadirle los testimonios de todos los otros; y juzgando que ellos han contribuido á quitarle la vida, creerá que tiene obligacion de matar á alguno para vengar al muerto. Los guerreros peinan sus negros vigotes, y cada vez que matan ó dejan indefenso á un enemigo hacen que el comandante ponga en su maza una señal que llaman *boukton*; y cuando se trata de elegir gefe, sale por lo comun electo aquel cuya maza tiene mas bouktones.

Estas son las costumbres de aquellos pueblos, que en la actualidad se hallan casi todos reunidos en la Dominica y San Vicente, ambas islas inglesas; y hoy se halla reducida á cinco ó seis mil personas la multitud que habia cuando los españoles descubrieron estas islas.

ANTILLAS INGLESAS.

La Jamaica tiene casi cincuenta leguas de largo y diez de ancho (1) es prolongada, aunque se recoge por las dos estremidades. En los parages cultivables tiene un terreno escelente; y la atraviesa en su longitud una cadena de montañas irregulares. Está cubierta de hermosos árboles, regados por manantiales limpios, que caen formando cascadas; pero las aguas tienen un gusto de cobre, que es desagradable. Tambien hay alli aguas termales ó calientes, y el clima es mal sano. En esta isla se detuvo Colon por el mal tiempo; le faltaron los víveres; proveyeron de ellos los salvages; pero despues se los negaron temiendo que les entrase á ellos el hambre. Colon habia previsto por sus conocimientos astronómicos un eclipse de luna; y juntando á los caribes, les dijo en tono de inspiracion: «Para castigaros de la dureza con que nos dejais perecer, va el Dios que adoro á afligiros con los mas terribles azotes. Esta noche vereis poner la luna de color de sangre, despues se obscurecerá, y os negará la luz; pero esto será solo preludio de vuestras desgracias si os obstinais en no querernos dar víveres.» Con efecto, se eclipsó la luna; y asustados aquellos bárbaros, acudieron con provisiones en abundancia. Los españoles y los ingleses que les sucedieron han acabado con los antiguos habitantes de la Jamaica. Los ingleses, llevando á esta pequeña isla el furor de los partidos y facciones que les atormentaban en la Gran Bretaña, han ensangrentado muchas veces esta tierra, de suyo benéfica y de buen hospedage.

La Jamaica debió sus primeras riquezas á su comercio con el continente español; y por su situacion es la primera que se aprovecha de las ventajas del corso cuando los europeos están en guerra. Alli está floreciente el cultivo del azucar. Es una isla bien fortificada y gobernada con buenas leyes. Los habitantes de la Jamaica han probado algunas veces á esterminar los negros fugitivos que viven retirados en los montes; mas viendo que sus esfuerzos eran inútiles, han tenido que tratar con ellos, y los dejan libres con la condicion de que no admitan otros en sus poblaciones; y para que observen esta condicion han convenido en dar cierta cantidad por cada esclavo que se retire con ellos si vuelven á entregarle. El número de los negros que hay en esta isla escede en la mitad mas al de los blancos, por lo que están éstos como si vivieran cerca de un volcan, que siempre

(1) Las leguas, como cuenta este autor, son de veinte al grado, siendo asi que las españolas son de diez y siete y media en cada grado.

Digitized by Google

está amenazando esplosion; pues solo son contenidos por el rigor de las leyes.

Cristobal Colon en su segundo viaje descubrió á Jamaica, y Diego Colon despues de la muerte de su padre envió á esta isla á Juan de Esquivel, hombre cuyos sentimientos generosos y filantrópicos son dignos de los mayores elogios. Esquivel gobernó la Jamaica con sabiduría y moderacion, pero no lo imitaron sus sucesores, cuyas tiranías fueron causa de la total destruccion de los indígenas de la isla. En 1596, los ingleses la invadieron; mas no se establecieron en ella. Cuarenta años despues repitieron su ataque, y fueron rechazados. Finalmente la conquistaron en tiempo de Cromwell, y empezaron á formar grandes establecimientos y á aumentar considerablemente la poblacion. En 1658, los españoles trataron de reconquistar la Jamaica; los ingleses los rechazaron con mucha pérdida de una y otra parte, y la isla desde entónces adquirió gran prosperidad y riqueza. Sin embargo los marrones, negros fugitivos que se habian refugiado en las montañas, hacian una guerra cruel á los europeos. En 1738, se hizo la paz con estos formidables enemigos, pero las hostilidades volvieron á empezar en 1795. Por fin, despues de derramar mucha sangre y de haber empleado en el exterminio de los negros el horroroso medio de los perros, los que sobrevivieron á estas calamidades, se sometieron al gobierno inglés, que les habia prometido un perdon general; á pesar de lo cual, todos los que se acogieron á este indulto, fueron transportados á la Nueva Escocia, donde perecieron. El gobierno actual de Jamaica se compone de un gobernador y de un consejo, nombrados por el rey de Inglaterra, y de una cámara de asamblea, elegida por los habitantes. Los miembros del consejo son 12, y 43 los de la asamblea.

La Jamaica está situada en el mar de las Antillas al O. de Santo Domingo y al S. de Cuba. La isla está dividida por un sistema de montañas en la direccion de E. á O. La parte del N. está cubierta de llanos, valles y aspectos pintorescos. La del S., en su inmediacion á los montes, es áspera y poco agradable, pero en la cercanía al mar tiene magníficas llanuras perfectamente cultivadas. Hay muchos rios. Una gran porcion de esta isla no es susceptible de cultivo, pero la otra parte es extraordinariamente fértil y productiva. Los principales productos son: azucar, añil, algodon, café, maiz y otros granos y legumbres, el árbol de pan, excelentes pastos, frutas abundantes y exquisitas; y en los montes árboles de infinita variedad, de prodigioso tamaño, cuyas maderas son muy duras y útiles.

Todavía es peor en la *Barbada*, pues en ella se cuentan cincuenta mil negros para seis mil blancos en el espacio de ménos de veinte leguas de circunferencia. El suelo, por su poca profundidad, parece que ya está gastado, y solo se sostiene con el beneficio de la *alga marina*, que las olas arrojan sobre la costa. El azucar de esta isla es de aquel que llaman hueco ó de poca consistencia; pero las maderas son muy buenas y abundantes. Hay en esta isla un rio pequeño que se cubre de un licor que arde como el aceite, y en sus rocas hay cavernas que pueden abrigar hasta trescientos hombres. Por largo tiempo ha sido la Barbada, respecto de las otras Antillas, como el mercado de los negros; pero en el dia cada una se provee de ellos. No tiene mas que radas mal seguras, y así no hacen allí mansion las armadas. Es fecunda en iguamas, especie de raices que suplen por el pan y son el único alimento de los esclavos. Viven los blancos en continuo recelo de éstos; por lo que siempre mantienen en pié una fuerza armada de infantería y de caballería.

La descripcion que puede dar idea de los huracanes, que son el azote que aflige casi todos los años á las Antillas, es la siguiente: «Sopló un terrible viento. No pudieron resistirle puertas ni ventanas; y el hinchado torbellino levantaba los pisos y se llevaba los techos. Quedaron por tierra las casas, arrasadas las fortificaciones, los plantíos arruinados, desarraigados los árboles; y para complemento de la desgracia volvió con furor al mar; y llevando á tierra los navíos, quedaron éstos tan derrotados, que cuando sobrevino la calma ofreció un espectáculo de tanta desolacion como habia sido terrible el miedo.»

De *San Vicente* y la *Dominica* hemos dicho que las abandonaron á los caribes; pero esto se entiende solo en cuanto á la habitacion y al cultivo; porque la soberanía se la abrogan los ingleses. Los caribes negros y los rojos, tienen carbetas ó lugares en lo interior, y siempre viven pobremente con el miedo de que les sobrevenga la última opresion. *San Vicente* tiene veinte leguas de bojeo, la *Dominica* casi lo mismo; la *Anguila*, así llamada por su figura, y la *Barbada*, tendrán como diez leguas.

San Cristobal, que será como de veinte y cinco leguas, tiene de particular en su historia haber sido como la cuna de las colonias inglesas y francesas en aquellos parages. Llegaron en el mismo dia, y firmaron un tratado de perpetua alianza, que despues no observaron. En ninguna parte se gozan las delicias de la vida campestre como en la isla de san Cristobal, en donde la llanura está cubierta de habitaciones aseadas, cómodas, con buenos caminos, y rodeados de alamedas naturales. Los bosquecillos y fuentes hacen el pais muy pintoresco. Los plantadores ingleses, comunicándose poco entre sí, viven cada uno en su habitacion como soberanos: «Si los franceses, dice un autor que no los lisonjea, no hubieran dejado una poblacion en donde se conservan sus costumbres, no se conoceria en san Cristobal aquel espíritu de sociedad que produce mas inquietudes que placeres, que se alimenta de la galantería y remata en la licencia; empieza por los placeres de la mesa, y acaba en las quimeras del juego.» Pero si las costumbres de un pueblo se hubieran de pintar por lo que tienen de vicioso, pudiera un escritor francés representar con un colorido poco favorable el ceño reconcentrado de los ingleses de san Cristobal.

Nieves y *Monferrato* no tienen mas que cinco leguas cada una; pero *Antigua* y la *Granada* tendrán mas de veinte, y á esta última la acompañan como una docena de islas pequeñas, llamadas *los Granadinos*, cuya circunferencia será de cuatro á cinco leguas. Cuando los franceses se apoderaron de la *Granada*, la ocupaban unos caribes, que se defendieron con valor; pero al fin los arrinconaron en una roca escarpada; y así hombres como mugeres prefirieron precipitarse ántes que rendirse. Los franceses llamaron á aquella roca *la aspereza de los saltadores*: nombre que todavía conserva.

En la historia de la *Granada* se halla un rasgo muy notable de justicia popular. Habian enviado de Francia un gobernador codicioso y violento. Cansados de sus vejaciones los colonos ricos, se retiraron á otras islas. Aquellos que por la imposibilidad de hallar asilos tuvieron la precision de quedarse, arrestaron al tirano, y formaron un tribunal para juzgarle. El presidente que se llamaba Arcángeli, sabia escribir; un herrador le hizo la sumaria, y en lugar de firmar ponia por sello una herradura. Al rededor de ésta escribia Arcángeli, que hacia tambien oficio de escribano, *sello del señor de la Brie, Consejero Relator*. Juzgaron al gobernador; le ahorcaron; y hecha la justicia se dispersaron los jueces. Se supo esto en Francia, pero no se habló mas en el asunto.

Tábago es de una figura oblonga. Le dan diez leguas de largo sobre cuatro de ancho. Esta isla no está espuesta á los huracanes desoladores de las otras, y tal vez deberá esta fortuna á su proximidad al Continente. Está muy bien regada; y el cultivo, que ántes producia mucho azucar, se ha convertido en el del algodon.

Santa Lucía, tiene veinte y cinco leguas de bojeo, y un puerto escelente. Es muy fértil; pero poco sana. Los franceses la abandonaron, volvieron á tomarla, la abandonaron de nuevo, y todavía entraron otra vez en ella, hasta que en 1814 la cedieron á los ingleses junto con Tabago. Por todas partes la rodea un camino, y por muchas la atraviesan otros. Tiene su defensa en una buena fortaleza. Hay mucha tierra que cultivar con ventajas; pero sin embargo apenas se puebla. La variedad de

Digitized by Google

planes formados sobre si esta isla se ha de destinar al cultivo ó á los pastos, ó sobre si ha de hacérsela depósito y escala para ciertas mercaderías, es tal vez la causa de que no se hayan fijado en ella tantos como debieran habitarla.

ANTILLAS FRANCESAS.

La *Martinica* podrá tener sesenta leguas de bojeo. Lo interior está lleno de montecillos, cuyos intervalos forman grandes valles repartidos en prados y tierras propias para toda especie de cultivo. Da mucho café, tiene muchos árboles, y la riegan una multitud de arroyos y ríos. Su clima solamente es nocivo para los europeos desarreglados. Esta isla, que ántes no tenia mas que algunas carbetas ó poblaciones de caribes, se ve en ménos de cien años adornada de muchas villas opulentas. Tiene una buena ciudadela llamada el *Fuerte Real*; y todos los puertos pequeños y las calas que la rodean tienen buenas defensas. Es en las Antillas el centro del comercio francés, y residen en ella la autoridad civil y la militar. Ha sufrido terribles terremotos.

Á la *Guadalupe*, que tiene mas de veinte leguas de bojeo, la divide un pequeño brazo de mar, que se llama *el rio salado*, y que es navegable para canoas y otros barcos. Sobre varias montañas amontonadas se levantan como sobre un trono la *azufrera*, que arroja durante el dia un humo denso, é ilumina la noche con centelleantes llamas. Los primeros colonos se estendieron por esta isla como en la Martinica á costa de los caribes, que al fin tuvieron que abandonarla; pero por mucho tiempo estuvieron volviendo á su patria desde las islas vecinas, inquietando á los usurpadores; y hasta que los europeos les hicieron dejar la vecindad de la Guadalupe, no pudieron entregarse con tranquilidad á su cultivo y comercio.

Aquellas islas, adonde los caribes se habian retirado, y de donde despues los arrojaron, se llaman *las Santas*. No son mas que dos; pero están en tal disposicion, que con un islote que hay entre ellas, forman un puerto muy bueno. La *Deseada*, de cuatro leguas de largo y dos de ancho, no tiene agua dulce: da un poco de azúcar y de algodon; pero, así como las islas de las Santas, es importante en los tiempos de guerra; porque son el refugio de los corsarios que cruzan contra las embarcaciones inglesas. *María Galanta* es redonda, y tendrá quince leguas de bojeo, con unas riberas muy escarpadas. *San Martín*, cuya parte septentrional todavia pertenece á la Francia, no tiene mas que siete leguas; pero la hacen apreciable sus salinas. *San Bartolomé* comprende once leguas: no tiene puerto ni fuentes, y rara vez llueve en ella. Son sus habitantes reconocidos por tan pobres, que hasta los corsarios enemigos pagan fielmente los víveres que toman allí. Se nota por una grande singularidad que aquí los dueños de la tierra trabajan en ella como sus esclavos. En 1784 los franceses cedieron la isla de San Bartolomé á la Suecia.

HAITI.

Santo Domingo, que ántes estaba repartida entre los franceses y los españoles, tendrá seiscientas leguas de circuito, dando la vuelta por todos los cabos. En esta isla hallaron los españoles á los caribes; dejaron en ella una colonia, y los habitantes quitaron la vida á todos los españoles. Cuando éstos volvieron tomaron la justa venganza de perseguirlos con perros y con fusiles. Eran tan simples que se arrodillaban á los perros, y les suplicaban que no les hiciesen daño.

Cuando ya los tesoros de Méjico y del Perú hicieron que se mirasen con ménos estimacion los que se hallaron en Santo Domingo, el deseo de las riquezas mudó de objeto en esta isla; y los *bucanieres*, cazadores infatigables, hicieron abordar allí nuevos tesoros con la venta de los cueros de los bueyes silvestres de que proveian á la Europa. Tambien sirvió Santo Domingo de asilo, y casi de cuna, á los *filibusteros* que se distinguieron en su piratería con tantas temeridades brillantes. Por último se estableció en esta isla la cultura; y ocupaba igualmente á las dos naciones, con mas ó ménos utilidad, segun la naturaleza de las tierras y la actividad de los colonos. Ántes que los españoles cediesen esta isla á los franceses por un tratado de paz, tenian las dos naciones ciudades, puertos, rios y bosques, y las separaba una cadena de montes cortada con torrentes y pantanos impracticables. Parecia que la naturaleza habia dispuesto los límites de modo que fuese imposible traspasarlos.

La terrible insurreccion de los negros que estalló en 1791, acabó por la expulsion de todos los blancos de la parte francesa y por la entera independencia de los negros insurreccionados. Despues del 8 octubre de 1804, hasta 17 octubre de 1806, Santo Domingo formó el imperio efímero de Haiti bajo el poder de Desalines que tomó el título de Jaime I. Cristóbal su comandante en segundo tomó tambien las riendas del estado bajo el título de gefe del gobierno, y consiguió despues, en 1811, hacerse nombrar rey hereditario de Haiti aunque su reino solo se componia de la antigua provincia del Norte de la colonia francesa; reinó bajo el nombre de Enrique I. Despues de su caida acaecida en 1820, reunióse espontáneamente el reino de Haiti á la república Haitiana regida por Boyer, y, en 1822, toda la isla formó, bajo el régimen de este hombre de estado, la república de Haiti, cuya independencia fué reconocida por la Francia y por las demas grandes potencias. Los últimos trastornos de que ha sido víctima esta isla amenazan aun dar otra forma á su existencia política, separando nuevamente la parte que fué española de la francesa, y constituyendo una segunda república con el nombre de Diminicana; mas no siendo éste todavia un hecho consumado, prescindiremos de él y describiremos el territorio de la isla, tal como se halla en la actualidad, dividido en seis departamentos. Puerto-Príncipe, capital del departamento del Oeste y de toda la república, edificada en el fondo del golfo de La Gonava con puerto cómodo y seguro, y una buena rada, pero en un clima mal sano. Son dignos de nombrarse el Liceo y el Colegio de medicina y cirugía en el Hospital. Aunque su poblacion no sea mas que de 15 á 17,000 almas, Puerto-Príncipe es hoy dia no solo la ciudad mas poblada de la isla, si que tambien la mas mercantil. Las demas ciudades mas notables son: Los Cayos, capital del departamento del Sur; puede considerársela bajo el aspecto comercial como la segunda ciudad de la república: ha sido la capital del estado efímero fundado por el general Ribaud. Cabo Haitiano, ántes de la revolucion partia con Puerto-Príncipe el honor de ser en tiempo de guerra la residencia del gobernador general de la parte francesa de Santo Domingo. El terrible terremoto que sufrió en 1842 y cuyos estragos se estendieron á casi todas las ciudades de Haiti, la redujeron á un monton de ruinas; se la contaban ántes de esta catástrofe 10,000 habitantes. La isla Tortuga, famosa por haber sido guarida de los harto célebres filibusteros, y el primer establecimiento que tuvieron los franceses en Santo Domingo; ha adquirido triste fama en los fastos militares de la Francia, habiendo sido sepulcro de 40,000 soldados enviados para someter esta colonia floreciente que se sublevó. Santo Domingo, cabeza del departamento del sudeste, ántes capital de toda la parte española, con un buen puerto defendido por varias fortificaciones, es silla de un arzobispo; el terremoto de 1842 la ha destruido en gran parte: su arsenal es de los mas vastos de la América; y Santo Domingo fué la primera ciudad que edificaron los españoles en el Nuevo Mundo.

Digitized by Google

AMÉRICA INDIGENA INDEPENDIENTE.

Comprendemos con este título vastas comarcas ocupadas aun por las naciones que conservan su independencia, aunque viviendo esparcidas en las soledades que las potencias europeas y los nuevos estados de América miran como partes integrantes de sus respectivos territorios. Puédese calcular en seis millones de millas cuadradas la superficie de los terrenos donde están diseminadas las naciones indígenas independientes, y de un millon de almas su poblacion colectiva. Como la extremidad de la América del Sur, que los geógrafos han convenido desde algun tiempo en llamar Patagonia, no ha sido ocupada por ninguna potencia, y las pretensiones de los españoles acerca de aquellas vastas soledades están lejos de ser reconocidas por las naciones europeas, creemos que seria conveniente mencionarlas aquí mejor que en otra parte alguna, comprendiendo al propio tiempo las islas ménos lejanas que geográficamente dependen de ella, y la Araucania, que en todos los mapas figura como parte integrante del territorio de la república de Chile, siendo así que esta última solo en su extremidad meridional posee algunos puntos en el territorio Araucano.

Estas vastas soledades cuyo suelo en general es árido, falto de árboles y agua dulce, pero al cual la alta estatura observada en algunas de las tribus que le recorren ha dado desde hace tres siglos muchísima celebridad, son la patria de los Chunchi, de los Puelches y otros pueblos indígenas. Los detalles que hemos dado de ellos al hablar de las islas son los únicos que permite la naturaleza de esta obra. Tan solo añadiremos que Port Famine en una hondonada de la península de Brunswick, ocupa el solar de la Ciudad Real de Felipe (Philippoli), fundada en 1582 por Sarmiento, con la mira de asegurar á España la posesion del estrecho de Magallanes, la cual no solamente era la fortaleza mas austral del globo, sino que puede decirse que ninguna otra fortificacion permanente ha sido construida á tan altas latitudes. M. Duhozet, que acompañó á M. D'Urville en su memorable viaje al polo sur, la propone como un excelente sitio para la fundacion de una colonia penal.

ANTILLAS ESPAÑOLAS.

Cuba puede tener trescientas leguas de bojeo, y está á la entrada del golfo de Méjico. En esta isla se habia retirado un cacique llamado Hatuey, que huyendo de Santo Domingo, se habia refugiado en ella como otros infelices caribes. Llegó Velazquez, hizo prisionero al cacique, y esterminó á los habitantes, ó los aplicó á los trabajos de las minas. El puerto de la *Habana* está muy bien fortificado, y puede contener mil embarcaciones. La isla de Cuba la descubrió Colon en 1492: dió la vuelta á la isla Ocampo en 1508. Velazquez la conquistó luego y se conoció la importancia de Cuba por su colocacion y la facilidad que presenta para el viaje á Méjico. Se fundó la ciudad de la Habana, la cual fué tomada sucesivamente por varios piratas franceses, por los bucaneros, por los ingleses y los franceses. Sin embargo se consolidó la autoridad española, y la colonia creció y prosperó en alto grado. Por los años de 1741, los ingleses hicieron una tentativa para apoderarse de Cuba, mas fué en vano. El año de 1762, enviaron con este objeto una nueva expedicion compuesta de fuerzas formidables, que fué rechazada con heroico valor: mas los invasores recibieron grandes socorros y se apoderaron de la Habana, en virtud de una capitulacion sumamente honorífica á la guarnicion y á los habitantes de la plaza. El gobierno inglés restituyó la isla de Cuba al gobierno español por un tratado celebrado el año de 1763, y desde entónces se ha mantenido sumisa á la metrópoli.

Esta bella isla, la mayor de las Antillas, está bañada al N. por el Atlántico, al N. O. por el golfo de Méjico, y al S. por el mar de las Antillas. Está comprendida entre 20° y 25° de latitud N., y entre 76° y 87 de longitud O. Tiene unas 200 leguas de largo sobre 20 en su anchura media. Está atravesada del E. al O., en su interior, por una cadena de montañas, que se termina hácia el E. en la punta de Mayzi; y hácia el O. en el cabo San Antonio. No tiene rios considerables y la mayor parte de sus álveos están casi secos en los grandes calores. Se pueden citar el Rio Cauto, el mayor de todos, Sagua la Grande y Sagua la Chica, Jatibonico del N. y del S., Agabamá, Havábana, y Cuyaguasge; el Ay, confluente del Agabamá, es el mas singular quizá de todo el archipiélago por las magníficas escenas agrestes que ofrece su curso. El Ay se lanza de la caverna del Sumidero por saltos que forman varias cascadas de 60 á 65 varas de alto, pasando despues debajo de un puente natural gigantesco. Las costas de Cuba son inabordables ya por ser bajas y pantanosas las unas y ya por los arrecifes que ofrecen las otras. El terreno, casi por todas parte sumamente fértil, produce con abundancia azúcar, café, excelente tabaco, cacao, yuca, caobas, cedros, guayacanes y otras muchas maderas de construccion; tambien se halla el manzanillo, cuyo fruto es venenoso y aun su sombra muy nociva. El clima es por lo comun ménos ardiente que en las otras Antillas.

La lengua española y la religion católica son las de todas las clases de habitantes. La instruccion pública, que está bastante esparcida, la fomentan una universidad, dos seminarios reales, dos sociedades patrióticas y otros varios establecimientos. Cuba está administrada por un capitan general, que es gobernador político, y un intendente de hacienda.

Despues de la pérdida definitiva de las magníficas y vastas posesiones que la España tenia sobre el Nuevo Continente, esta potencia no extiende ya su dominio sino sobre las dos islas de Cuba y de Puerto Rico. La poblacion se acerca á 800,000 habitantes, entre los cuales se cuentan 300,000 blancos, mas de 100,000 libres de color y el resto esclavos.

La Habana, grande ciudad, muy fuerte y muy poblada, situada sobre la costa septentrional de la isla de Cuba, forma allí uno de los mas hermosos puertos del mundo. Es la residencia del capitan general, del intendente y del obispo de la diócesis. Sus calles son casi todas estrechas y mal empedradas, y sus casas de un piso, excepto la aduana, la casa de correos, el palacio del gobernador, la fábrica de tabaco y muchas de particulares. La plaza de armas, que es la plaza principal de la Habana, está ceñida por el palacio del gobernador y por el del intendente, y adornada con la estatua de Fernando VII, y cuatro puentes en los cuatro cuadros en que está subdividida; por la noche está muy bien alumbrada. En frente del palacio del gobernador está una capilla erigida en memoria de la primera misa que al establecerse la ciudad se celebró en aquel parage á la sombra de una frondosa selva. Las obras que hacen de la Habana una de las plazas mas fuertes del mundo, merecen una mencion particular por su importancia, su solidez y las sumas gastadas en sus construcciones: solo el antiguo camino cubierto del conde de Santa Clara costó 700,000 pesos; el Morro, que con el fuerte de la Punta defiende la entrada del puerto, requiere 1000 hombres de guarnicion; la Cabaña, que exige 2,000, es una soberbia ciudadela con vastas casamatas; el fuerte situado al E. de la Cabaña, los castillos de Atarés y del príncipe y la batería de Santa Clara, son las demas obras mas importantes. No se debe olvidar el arsenal, que debe colocarse al lado de los principales establecimientos de esta especie que tiene la América. La Habana posee varias instituciones científicas y literarias: la universidad con sus cátedras de teología, jurisprudencia, medicina y matemáticas, establecidas desde 1728 en el convento de los Padres Predicadores; la cátedra de economía política, fundada en 1818; un jardin botánico; el museo y la escuela de anatomía descriptiva; la biblioteca pública; la escuela gratúita de dibujo y pintura, la escuela náutica, y las escuelas lancaste-

Digitized by Google

rianas. Tiene además una sociedad patriótica, de la que dependen las diputaciones de Cuba, Matanzas, Puerto Principe, etc. Entre los periódicos publicados en esta ciudad, desde 1830, merece particular mencion uno mensual, que con el título de Anales de Ciencias lo extiende don Ramon de la Sagra, autor de otras varias obras recomendables: trata de la agricultura, del comercio y de las artes, y ha enriquecido ya la geografía y la estadística con preciosos documentos, los que han llenado muchos lunares que ofrecen estas dos ciencias en la descripcion de las islas de Cuba y Puerto Rico. La Habana es sin disputa una de las ciudades mas ricas y mas pobladas del Nuevo Mundo: su feliz situacion, la seguridad y extension de su puerto, la variedad y abundancia de los productos que ofrece á la exportacion el acrecentamiento sucesivo de su poblacion, la prudencia y la sagacidad de sus comerciantes, le dan sobre las demas plazas, sus rivales, ventajas inmensas: cuenta 130,000 habitantes.

En el departamento occidental notaremos: Regla y Guanabacoa, situadas en la parte meridional y oriental de la hermosa hoya que forma el puerto de la Habana; las colinas que se elevan entre estos dos crecidos pueblos están coronadas de bonitas casas de campo, adonde se retira la poblacion desahogada de la ciudad en la estacion calorosa; en aquel punto se han formado varios establecimientos de baños alimentados por fuentes minerales. Madruga, pueblo notable por sus baños minerales afamados en toda la isla, y muy frecuentados; Puerto Mariel y Bahia Honda, mucho mas pequeños, pero muy importantes por sus puertos soberbios. Matanzas, en un lugar pintoresco aunque pantanoso, segunda plaza comerciante de la isla. Nombraremos asimismo la isla de Pinos, á causa de su grande extension y por haberse fundado allí últimamente la colonia de la Reina Amalia, y el cabo San Antonio, al cual han dado triste celebridad las atrocidades cometidas en estos últimos años por corsarios españoles y anglo-americanos acaudillados por Gibbs, quien caido en mano de la justicia de Nueva York acaba de perecer en Long-Island por la del verdugo, despues de haber tomado en el espacio de cuatro años catorce buques al abordage y haber muerto alevosamente cerca de 400 hombres en sus terribles correrías.

En el departamento del centro existen: Puerto Principe, situada en tierras adentro, asiento de la real Audiencia, con calles estrechas, torcidas y sucias; hace gran comercio con lo interior de la isla, pero el exterior por la bahia de Nuevitas es de poquísima importancia; 50,000 almas. Colonia de San Fernando de Nuevitas, fundada en 1818 sobre la magnífica bahía de Nuevitas, es la capital de una de las cinco divisiones marítima de la isla; Ciudad de Fernandina de Jagua, otra colonia fundada desde 1817 sobre la bahía de Jagua, la que allí forma uno de los mejores puertos del mundo, defendido por el fuerte de los Ángeles, mirado por militares hábiles como la mejor fortaleza de la isla despues de las fortificaciones de la Habana y el Morro de Santiago de Cuba; de unos años acá su comercio ha tomado gran incremento: Ciudad Marítima de Trinidad, bastante bien edificada, capital de una division marítima; una de las mas pobladas y comerciantes de la isla. En sus inmediaciones está situada la soberbia bahía del Masio. Villa Clara y Santi Espíritu, situadas en lo interior y notables por su poblacion; Villa de San Juan de los Remedios es capital de una division marítima é importante por la bondad de su puerto.

En el departamento oriental existen: Santiago de Cuba, una de las ciudades mas antiguas de América, pues se fundó en 1514, capital de la isla hasta el año de 1589 y ahora de este departamento, de una division marítima y asiento de un arzobispado. Su puerto, que es uno de los mas hermosos de América, está defendido por el fuerte del Morro. Escasea de agua potable, el aire que se respira es sofocante, y su morada mal sana con motivo de los miasmas que se exhalan de las lagunas circunvecinas; por eso los habitantes desahogados se retiran, de julio á octubre, á sus casas de campo, situadas la mayor parte sobre risueños oteros, en medio de ricos plantíos de cañas dulces y cafetales. Caridad del Cobre, pequeña villa, notable por su santuario, visitado anualmente por muchos peregrinos. Holguin y Bayamo, importantes por sus poblaciones y su comercio; Baracoa, pequeñísima ciudad con un puerto, primer establecimiento que los españoles hicieron en la isla. Además de Cuba posee España á Puerto Rico.

Esta isla, descubierta por Cristóbal Colon en 1493 y conservada hasta este dia por los españoles, es la menor de las grandes Antillas, teniendo 30 leguas de largo sobre 15 de ancho. Hay en ella un sistema de montes que la atraviesa de E. á O. Está bien regada, el terreno es muy fértil, y las principales producciones son azúcar, cacao, maiz, gengibre, algodon y tabaco. Encierra unos 300,000 habitantes, entre ellos 30,000 esclavos y 100,000 trabajadores del campo.

Las ciudades y lugares mas notables de esta importante colonia, llamada por los indígenas Boricua, á la que un terrible huracan causó pérdidas enormes en 1825, son los siguientes: San Juan de Puerto Rico, ciudad bastante grande y bastante bien edificada en una península de la costa septentrional, en medio de una vasta bahía, que comunica con tierra firme por un istmo muy largo; esta posicion y los importantes trabajos allí ejecutados le han hecho una de las plazas mas fuertes de América. Su puerto es seguro, espacioso y profundo. Puerto Rico es residencia del capitan general y de un obispo. Su comercio es floreciente y su poblacion está estimada en 30,000 almas. Arecivo y Guayama, importantes por su poblacion considerable. Coamo, aldea notable por sus aguas termales sulfurosas. San German, pequeña ciudad, capital de la segunda division administrativa de la isla: fué edificada en 1511. Mayagüez, pueblo al que ha dado en nuestros dias cierta celebridad la tentativa de Ducoudray. En 1822 una banda de piratas ó filibusteros capitaneada por este aventurero se apoderó de su puerto dando á luz una proclama para anunciar la independencia de toda la isla con el título de república de Boricua; mas vencidos por los españoles tuvieron que evacuar la isla. Cabo Rojo, lugar cerca del cabo de este nombre, importante por sus salinas que abastecen de este género á gran parte de la isla. Ponce, pueblo floreciente por sus plantíos. Los isloles que dependen de Puerto Rico nada de particular presentan, y solo sí haremos observar que el de Bieque es con mucho el mayor de todos, igualando en extension á la floreciente isla dinamarquesa de Santa Cruz allí inmediata.

Puerto-Rico era una isla cubierta de bosques. En ella se cria el manconillero, cuyo jugo lácteo es un veneno de los mas sútiles y mata inmediatamente que se hace la herida si no se la aplica sal en el momento. En Puerto Rico se desengañaron los indios de que los españoles no eran inmortales. Uno de sus caciques, visitado por Salcedo, oficial de Colon, le recibió con mucha pompa, dió un gran convite, y cuando partió le hizo acompañar para honrarle con una escolta de veinte salvajes instruidos de sus órdenes.

Llegaron éstos á la orilla de un rio, y suplicaron al español que les concediese la honra de que lo pasasen al otro lado en hombros. Salcedo se prestó gustoso á sus deseos; y llegando al parage mas profundo, dieron los indios un tropezon, cayó el español en el agua, y los que le llevaban le tuvieron allí el tiempo que les pareció necesario para que se ahogase bien. Lo sacaron despues á tierra; y en la incertidumbre de si habia perdido la vida, se estuvieron tres dias al rededor del cadáver sin cesar de pedirle perdon de su poca habilidad. Solamente la putrefaccion persuadió al cacique y á sus vasallos que los españoles eran tan mortales como los demas hombres. Con esta noticia se defendieron con mas esperanza que otros; pero al fin fueron esterminados. *Las Vírgenes, Anegada, Sombrero, Chilóe, la Trinidad, la Margarita Blanca y las dos Tortugas*, todas son islas pequeñas que pertenecieron á los españoles; pero de tan poca importancia que no merecen nombrarse. Las que alguna tenian han caido

Digitized by Google

en poder de los ingleses, como la Anegada y la Trinidad. Las Tortugas y la Margarita son ya de los holandeses.

ANTILLAS HOLANDESAS.

Curazao es una roca de 10 leguas de largo y cinco de ancho, en la cual apenas se encuentra tierra; pero tiene un puerto escelente. En ella son los holandeses, digámoslo así, mercaderes por menor, y han hecho un almacen de toda suerte de generos, merceria, estofas, especeria, y obras de hierro y acero para el uso de la costa. *San Eustaquio*, que no tiene dos leguas de largo ni una de ancho, viene á ser como una tienda, y tiene en el medio una gran profundidad ó boca, resto de algun volcan. Es una especie de sumidero, en donde el agua jamás para, siendo asi que viene á caer en él toda la que la lluvia vierte en la isla. No puede saberse como pudieron los holandeses juntar en esta especie de tesoreria hasta treinta y siete millones en que se valuó el botin que hizo el almirante Rodney en la última guerra. El secreto le tienen los holandeses; porque no dejan á ninguno entrar allí. *Saba*, que tiene cuatro leguas de circúito, es una roca solo accesible por un lado, y por éste han levantado los holandeses muchas murallas, construidas con piedras secas y sin cal, para poder facilmente dejarlas caer todas, ó parte de ellas, sobre los que quieran escalar aquella fortaleza natural. La parte superior de la roca está cultivada, y produce mucho algodon. En esta isla hilan las mugeres, y hacen punto de media muy superior. Se dice que son las mas hermosas y frescas de las Antillas llamadas de Sotavento.

ANTILLAS DINAMARQUESAS.

Santa Cruz tiene diez y ocho leguas de largo y cuatro de ancho. La de *Santo Tomás* es una isla de cuatro ó cinco leguas de bojeo. La de los *Cangrejos* ocho ó diez; y la de *San Juan* poco ménos. No vertieron sangre los dinamarqueses para poseer estas islas: porque ó las compraron á los europeos que las tenian en su poder, ó se establecieron en las que hallaron abandonadas. Cuando los franceses abordaron á Santa Cruz, hallaron una isla llana cubierta de árboles viejos que no permitian al viento barrer el aire infestado de las lagunas. Los franceses con su viveza no se tomaron el trabajo de cortar los árboles, sino que les pusieron fuego, y estuvieron desde el mar observando los progresos del incendio, que les produjo fecundas cenizas; mas no debió durar mucho esta fertilidad; porque no hallando las cenizas tierras vejetales con que poderse amalgamar, no adquirieron la suficiente consistencia para contener los jugos nutritivos. Estas cuatro islas, á escepcion de la corta cantidad de azúcar que sacan los dinamarqueses, no les sirven mas que para desplegar algunas veces su pabellon en estos mares.

AMÉRICA SUECA.

Consiste en la isla de San Bartolomé, cuya capital, ó por mejor decir, cuya única poblacion es Gustavia. Solo cuenta diez mil habitantes, y la poseen los suecos desde 1784.

AMÉRICA RUSA.

Su situacion astronómica es entre los 133° y 170° de longitud occidental y entre 55° (54° 41' precisos) y 71° de latitud boreal dejando aparte las islas.

Por el norte confina con el Océano Ártico; por el este con la América inglesa; por el sur con el Grande Océano; por el oeste con este último, con el mar de Bering, con el estrecho de Bering y con el Océano Ártico.

Esta extensa comarca presenta gran número de rios cuya mayor parte, durante la estacion calorosa, llevan un crecido caudal de agua; pero todavía se ignora el orígen de las corrientes mas considerables, teniéndose ahora noticia solamente de la parte inferior de su curso. He aquí lo que se sabe de ellos segun las últimas publicaciones. El mar de Bering recibe: el Kvikhpack, que sale por nordeste, y por cinco bocas entra en el mar despues de atravesar muchos pueblos de las Incalitas y otras rancherias de los Esquimales. El Kouskokvim, que viene del nordeste, es el mas caudaloso de los rios de la América Rusa: baña muchos pueblos de los kouskokvimes, que es la mas numerosa de las naciones de esta parte de la América. El Grande Océano recibe: El Mednaja (Rio de Cobre), que atraviesa el pais de los Kabtchanos, el de los Atna, y otras tribus, y por cinco bocas entra en el mar.

Considerando á esta parte del imperio Ruso bajo el aspecto gubernativo, puede decirse que pertenece á la Siberia Oriental, y está bajo la inmediata dependencia de la compañía Americana Rusa mencionada ya al hablar de esta vasta region. Atendiendo á que la civilizacion penetra en estas soledades y que los rusos van aumentando los establecimientos extendiéndolos por el interior, hemos pensado en dividir esta region en Parte Continental y Parte Insular. Segun estas dos divisiones naturales y geográficas describiremos algunos débiles establecimientos que se ha conseguido crear entre estos salvajes, gracias á los activos agentes de la compañía Rusa y al zelo de algunos misioneros griegos. Desde la cesion temporal á la compañía Inglesa de la bahía de Hudson, y del establecimiento de Bodega, en la Nueva California, hecha en 1839, toda la América Rusa se halla dividida en seis distritos llamados de Sitka, de Kodiak, de Unalachka, de Athka, del Norte y de Urup; este último pertenece geográficamente al Asia y comprende la parte del archipiélago de las Kourilas sometida al imperio Ruso. La parte insular abraza: El archipiélago Kolugniano que lo pueblan los guerreros Koluchas; aquí se encuentra la isla Sitka (del Rey Jorge III, de Vancouver; Baranoff de los rusos), junto á la cual está situada la Nueva Arcángel, villa de un millar de almas, residencia del gobernador que tiene á su inmediato mando á todos los demas establecimientos de la América Rusa; sus astilleros y su reducida marina mercante cooperan á darla importancia apesar de sus soledades. El Grupo de Kodiak, que lo forman la grande isla de su nombre y otras mucho ménos considerables; San Pablo junto á la isla de Kodiak (San Pablo Kikhtak) es una pequeña poblacion que ántes de la fundacion de Nueva Arcángel era capital de toda la América Rusa. En el archipiélago de las Aleutes, que está dividido en cuatro grupos principales, y tan notable por sus fenómenos volcánicos, citaremos únicamente la isla Unimak, digna de atenderse por su extension y por sus volcanes entre los que se distingue el Chichaldinskoi; y la Ounalashka que es la mas grande y poblada de todo el archipiélago en la cual reside el gobernador del distrito del mismo nombre que extiende su jurisdiccion á todas las islas de este grupo y las del reducido grupo de las islas Pribilov, de tanta importancia por la rica pesca que se hace en él de leones marinos, y por su poblacion no ménos escasa relativamente á estas regiones tan poco pobladas.—La parte continental ofrece en la actualidad establecimientos todavía de ménos importancia que los que acabamos de describir en la parte insular: no obstante es de bastante interés bajo distintos aspectos. Junto á la costa occidental se encuentra el reducto San Miguel, capital del distrito del Norte; y en la costa meridional del Puerto Alejandro, principales establecimientos de esas regiones, que no son mucho al presente, pero que pueden ser un buen pié para el porvenir.

Digitized by Google

TIERRAS AUSTRALES.

Hemos hecho la pintura de las cuatro antiguas partes del mundo. Se buscó en seguida la quinta, pues habia apariencias de que existia entre la punta del Africa, las islas Célebes y la America. Tras de largas exploraciones no se hallaron mas que islas; pero apenas podian persuadirse á que una estension tan vasta de mar estuviese sin continente. La multitud de islas que allí se han descubierto pueden mirarse como fragmentos de un nuevo mundo que tal vez sea mas considerable que la mayor de las cuatro partes del antiguo. Hay tambien algunas de estas islas, tales como la Nueva Holanda, cuyas costas ha sido largo tiempo preciso reconocer para asegurarse de que no son un nuevo continente aunque por su inmensidad puede considerarse la isla como á tal; y tambien por mucho tiempo se ignoró si la Nueva Zelanda estaba separada de otras tierras ó contigua á ellas. Pero aunque no se hiciesen otros descubrimientos que los que ya se han hecho, puede decirse que estas islas, por su contigüedad y grande distancia de las cuatro partes que conocemos, forman una quinta parte, cuya existencia ya se sabe y solo se trata de fijar su estension. Á fines del siglo XVIII la dieron el nombre de Tierras Australes. Luego la describiremos con el de Oceania. Pero, no anticipemos las investigaciones históricas.

Las producciones que se habian hallado en las costas, los bosques, el verdor de las campiñas, los animales que en ellas retozaban, los pescados que poblaban el mar y los rios, y los frutos que sus habitantes llevaban á los navios, hicieron juzgar que esta parte del mundo no era ménos favorecida de la naturaleza que las otras. Aqui juega, deciase, como en ellas con los individuos; porque se encuentran castas favorecidas y castas desgraciadas: se ven hombres altos, fuertes, musculosos de fisonomia agradable y hermoso cabello; y hay otros pequeños que tienen lana en vez de cabellos, con cara de negros, y en efecto lo son: otros hay de color de cobre; y una tercera casta, que tiene mas de encarnado que de moreno. Cuando se les vé á éstos, limpios de los colores con que se tiñen, y sin las figuras estravagantes que pintan sobre su piel, puede juzgarse que nacen blancos y que pierden el color de la naturaleza con el uso ordinario de pintarse. En cuanto á los usos y costumbres, lo que hasta ahora ha podido descubrirse no es mas estraordinario que lo que se sabe de otros salvages, á escepcion de que hasta ahora no se han advertido en ellos aquellas crueldades de que se estremece la naturaleza, y que se ven entre los africanos, americanos y algunos asiaticos. Escogeremos en las relaciones de los viajeros algunos rasgos que sean como un tanteo del gran cuadro que puede concluirse despues con los descubrimientos sucesivos.

La incertidumbre de las disposiciones que veian en los extranjeros, y la de las intenciones que podrian tener, han puesto algunas veces en desconfianza á los naturales y les han hecho agresores; pero con algunos tiros de fusil, y cuando mas con algun cañonazo, se veian los europeos muy presto dueños de la ribera, y con el buen modo amansaban despues á los salvages. Schouten esperimentó estas mudanzas en el cabo de Hornos. Despues de haber espantado con sus armas de fuego aquellos timidos aduares, vió que se alentaban con sus demostraciones pacificas, y le llevaron cocos, raices, cerdos, y que los trocaban con ansia por hierro. Al parecer carecen absolutamente de este metal, y asi le buscan con toda diligencia.

Vió sus cabañas bien colocadas en la ribera, cubiertas con hojas, y como de doce piés de alto, sin mas muebles que una cama de yerbas secas, una caña de pescar y una maza. El aspecto del palacio del rey no manifiesta mas magnificencia. Mostró el principe á los holandeses amistad y un respeto acompañado de temor. Él y sus cortesanos pusieron á los extranjeros en la cabeza sus gorros adornados de magnificas plumas, y desearon ver descargar un cañon. Le dispusieron para esto una estera á la orilla del mar, en la que se sentó gravemente con las mugeres y sus cortesanos; pero asi que dispararon el cañonazo, el rey y toda su corte huyeron á los bosques con la mayor ligereza.

Los hombres son altos y fuertes, de un color que tira á pajizo: tienen el cabello negro y largo: unos le encrespan y le rizan, otros con mucho cuidado procuran tenerle lacio y aplastado, y otros por último le levantan y le llevan como media vara de alto sobre la cabeza con algunas horquillas á que le atan. Á esto se reduce la operacion mas dificil de su tocador; pues van absolutamente desnudos, á escepcion de un ligero ceñidor de hojas. Las mugeres, de las cuales se dice que son muy feas, no van mas bien cubiertas, ni mejor adornadas. Allí no se advierte industria ni religion: todos sus instrumentos son toscos y mal hechos, viven de lo que encuentran como las bestias, sin sementeras ni cosechas; todo está abandonado á la naturaleza y á la casualidad. No conocen absolutamente la modestia, y usan de sus mugeres sin reserva en sus juntas, y aun en presencia del rey, no obstante que le tienen gran respeto. Schouten los acusa de ladrones; porque si podian arrancaban los clavos del navio y se arrojaban al mar para llevar la presa, y aun uno de ellos cogió un sable: pero es preciso observar que, supuesto su modo de vivir, no tienen la menor idea de lo que es propiedad, y por consiguiente no debemos formar de su accion el concepto que tenemos del hurto. No obstante, fuese por tener nocion de lo que es justicia, ó fuese por temer á los extranjeros, al que tomó el sable le precisaron sus compatriotas á restituirle, y le impusieron un castigo.

El mismo Schouten hace de los habitantes que halló en la Nueva Guinea un retrato que no les favorece, ni en lo fisico ni en lo moral. Los llama papous, que quiere decir negros: «Su ridiculo modo de adornarse, junto con su fealdad natural, los hace objetos desagradables á la vista. Cada uno tiene su ridiculez particular, y toda su estructura es tan extraña, que solo puede igualarla su raro capricho. En nada se parecen á los demás hombres, ni en sus facciones, ni en sus miembros, ni en su estatura. Llevan por gargantilla una sarta de dientes de cerdo: se barrenan la nariz y las orejas para ponerse anillos, de los cuales van colgando las inestimables joyas de dientes de cerdo. Su cabello es corto y rizado, su fisonomia insignificante y muerta; el contorno de sus caras y la desproporcion de ellas todo es á propósito para inspirar disgusto. Las mugeres no son mas agradables que los hombres, y las ha tocado por desgracia una figura que no es ménos chocante. Edifican sus cabañas sobre estacas á ocho ó nueve piés del suelo, lo cual denota que éste es húmedo y mal sano.» Esta descripcion tiene el defecto de que mas bien nos dá a conocer lo que sintió el viajero que la cosa en si misma.

Roggeven, otro holandés, nos dá mejor idea de los habitadores de las islas de Paques, ó las Pascuas. Á este holandés se llegó un salvage, que no tuvo dificultad en pasar de su barco al navio. Le dieron un pedazo de tela, cuentas de vidrio, clavos, y fué un regalo que le encantó. Era el salvage alto, bien formado, robusto, vivo, activo y de figura alegre. Le repugnaba el olor del vino; pero los guisados le parecieron bien. Le vistieron; pero no le gustó aquel equipage embarazoso, y le dejó prontamente. Sintió gran placer en oir la música, y tanto, que se retiró del navio con disgusto. Volvió al siguiente dia con muchas barcas de sus compatriotas cargadas de provisiones frescas, y entre otras, de truchas. Por la mañana habian visto los holandeses desde sus navios esparcirse los naturales por la ribera y ofrecer incienso á sus idolos. Advirtieron que en las canoas venia un hombre blanco, y que llevaba en las orejas unos pendientes de tamaño extraordinario. Su continente era grave, y parecia que estaba en meditacion: por lo que conjeturaron que debia ser uno de sus sacerdotes.

En una ocasion, á tiempo que estaban los salvages y los europeos en el desahogo de la confianza que entre ellos reinaba, un fusil que por casualidad se disparó,

Digitized by Google

mató, dice el diario, á uno de aquellos infelices: y para dispersar á los habitadores que se iban juntando en tropas, al primer fusilazo se siguió una descarga que puso en fuga toda la nacion. Hallaron entre los muertos á aquel que fué el primero que recibió á los holandeses con afecto tan cordial. Se oian en el bosque gritos y ahullidos horribles; pero, viendo los salvages que no los perseguian, volvieron á su carácter dulce y benéfico. Los hombres y los niños se presentaron con ramos de palma en señal de paz, y ofrecieron varias frutas, sobre todo escelentes higos, raices, patatas, cañas de azucar y aves vivas, que segun pareció, criaban en sus casas. Ofrecieron hasta sus mugeres, y no omitieron cosa alguna de cuanto pudiera dar á aquellos extranjeros testimonio de su sumision. Movidos los holandeses de ver aquellas señales de profunda humildad, se dignaron de tratar á aquellos infelices con alguna bondad; y les dieron juguetes de niños, y algunas otras bagatelas como en espiacion de la sangre que habian derramado. La mansion que allí hizo Roggeven le proporcionó los medios de conocer sus costumbres.

Las islas de Paques (de las Pascuas) adonde abordó, solo le parecieron provistas de aves que domestican los habitadores; pero por las señas conjeturó que otros criaban cuadrúpedos. Dice que cuecen los alimentos en loza fina muy bien hecha; que cada familia ó cada tribu vive en lugar distinto: que las casas son de cuarenta á sesenta piés de largo y ocho de ancho, bien cubiertas de hojas de palma, con pocos muebles, pero suficientes para que se vea que no les falta industria; estofas blancas y encarnadas que ellos mismos fabrican, les sirven para abrigarse por la noche, y para librarse de dia de los ardores del sol, que la estofa es suave y lisa, que cercan sus plantíos con empalizadas; y que están bien cubiertos y repartidos con simetría.

Los hombres son derechos y bien formados, ágiles en extremo, y ligeros en la carrera. Por lo general son morenos, pero hay algunos negros y hay otros rubios y casi blancos. Hay castas tan encarnadas como si estuvieran tostadas al sol; y otras hay de mezcla de diferentes colores. Su piel está cubierta de figuras de cerdos, cabras y serpientes, que dan á entender un talento proporcionado para la imitacion. Las mugeres se pintan las mejillas con un bermellon mas hermoso que cuantos se conocen en la Europa. Llevan un sombrerito de junco muy gracioso, y se ajustan los vestidos con bastante elegancia. Á esto se agrega que con los holandeses eran mas que atractivas, y aun les brindaban con sus favores.

Roggeven no halló entre estos isleños otras armas que unos bastones gruesos y cortos, y aun los tuvo por simples insignias de autoridad. Cuando se ven acometidos, se refugian á sus dioses é imploran su proteccion con devocion fervorosa y patética. Las estatuas de sus divinidades son de piedra, y representan figuras humanas con coronas y grandes orejas; pero tan exactamente proporcionadas, y tan bien acabadas, que se pasmaron los holandeses de su talento para la escultura. Conjeturaron que algunos de ellos, á quienes veian mas amenudo adorar á los ídolos, que se cortaban el cabello, y llevaban bolas blancas en las orejas, y un gorro guarnecido de plumas blancas y negras, serian sus sacerdotes. Por otra parte no se veia apariencia de gobierno, de reyes, ni de otros superiores, sino mucho respeto á los ancianos. Éstos llevan sombreros ó gorros con franja, y aquellos bastones, que los holandeses tuvieron por insignias de la autoridad.

La idea de una divinidad, la bondad, suavidad y afable trato, generosidad y respeto á los padres: esto es lo que han hallado los europeos en aquellos paises en donde han impreso sus sangrientos vestigios. Pero dejando aparte las funestas consecuencias que nuestros descubrimientos han acarreado á aquellos pueblos, á los cuales hemos llevado mas vicios que virtudes, y mas males verdaderos, frutos de nuestra corrupcion de costumbres, que ventajas les hemos procurado con nuestra industria y nuestras artes, debe la historia tributar homenage á aquellos ingeniosos hombres que han concebido tan grandes proyectos, y cuya intrépida actividad, venciendo todos los obstáculos, nos han conquistado otro nuevo mundo.

LA OCEANIA EN EL SIGLO XIX.

La historia de la Oceanía consiste en la relacion de los viajes que se han hecho para descubrirla, relacion que despues incluiremos bajo el título general de *navegantes*.

Por ahora no nos toca sino describir lo que de aquella quinta parte del mundo se conoce. Está situada entre los 91° de longitud oriental y 105° de longitud occidental; y entre los 35° de latitud boreal y 56° de latitud austral; no contando en estos cálculos las Tierras Antárticas. Si exceptuamos algunos islotes situados á latitudes mas bajas, esas tierras abrazan todas las longitudes, no empiezan hasta mas allá del 56° paralelo sur, y se extienden hasta el 78° 30'.

Son sus confines: al norte, el Océano Índico, el estrecho de Malaca, el mar de la China, la isla Formosa y el Grande Océano tomado bajo el 35° paralelo boreal. Al este, el Grande Océano, que separa la Oceanía de la América, tomado bajo el grado 105 de longitud occidental. Al sur, ese mismo Océano bajo el grado 56 de latitud austral; y al oeste, el Océano Indico hasta el grado 91 de longitud oriental. Inútil juzgamos recordar al lector que las islas que por estar cerca del Antiguo ó del Nuevo Continente las hemos contado entre las dependencias de éstos, no deben comprenderse dentro de los límites de la Oceanía, por mas que la longitud y latitud de algunas no lleguen á los grados que acabamos de señalar como límites extremos de esta parte del mundo.

La configuracion de la Oceanía, compuesta de un pequeño continente y de una infinidad de islas, impide seguir exactamente respeto de ella el mismo método que adoptamos para las demás partes del mundo. Sin embargo indicaremos que la línea mas larga que puede tirarse, sin pasar de los confines de la Oceanía, es la que mide la distancia que va de la estremidad noroeste de la isla de Sumatra, á la isleta de Sala, que es la mas oriental de las Esporadas meridionales; cuya línea no tiene ménos de 9450 millas de largo. Ocioso seria el calcular la anchura de esta parte del mundo, pues que en esa direccion presenta espacios de mar aun mas extensos que los que atraviesa la línea de su mayor longitud. La mayor longitud de la Australia propiamente dicha ó del Continente Austral (Nueva Holanda), se halla entre el cabo Cuvier en la tierra de Endracht, sobre la costa occidental, y y el cabo Byron en la Nueva Gales del Sur, sobre la costa oriental, pues es de 2150 millas. La mayor anchura es de 1600 millas desde el cabo York, junto al estrecho de Torres, y el cabo Wilson, junto al estrecho de Bass, la cual asciende á 1,860 millas.

La posicion de muchas islas muy cercanas las unas de las otras forma, ora con la costa del Continente Asiático, ora con la del Continente Austral, ora entre ellas solamente, bastante extensos golfos para que se les pueda contar como mares interiores que entran en la clase de mares mediterraneos con diferentes salidas. El uso les ha dado diversos nombres, segun el del pais ó islas cuyas costas se hallan bañadas por esta especie de mares interiores. Vamos á ver los mares mas notables que la naturaleza de la obra y el estado actual de la geografía de la Oceanía nos permiten detallar. Puede considerárseles á todos como ramificaciones del Grande Océano. El Grande Océano ejerce su dominacion sobre los mares siguientes: El mar de China que es el mayor de la Oceanía, pero cuya parte occidental pertenece al Asia. Este mediterráneo lo forman las costas de la India Transgangética y de la China, y las islas Formosa, Bashi, Luzon, Palawain, Borneo, Billiton, Banka, y Sumatra. El mar de Java que abraza la parte del Grande Océano, compren-

Digitized by Google

dida entre esta isla y las de Sumatra, Banka, Billiton y Borneo: algunos geógrafos llaman á su parte oriental Mar de la Sonda con motivo de las islas que marcan el límite meridional, llamadas islas de la Pequeña Sonda; la parte oriental de Java, las islas Bali, Lombock, Sumbava, Mangaray, Flores, el grupo de Calaur, Célebes y Borneo marcan su radio. El mar de las Célebes, entre la costa oriental de Borneo, el archipiélago Soulou y la isla de Mindanao. El mar de Soulou, tambien llamado mar de Mindoro ó de las Filipinas, está entre el archipiélago de Soulou, al extremo del nordeste de Borneo, las Filipinas, y en particular las islas Mindanao y Palawan. Siguiendo el ejemplo de algunos escritores podremos llamar mar de las Molucas al espacio extenso comprendido entre las Célebes, Gilolo, Waigiou, Salwatty, la Papuasia (Nueva Guinea), el grupo de Arrou, y las islas Laurat (Laarat), Timorlaut, Baber, Sermatta, Lakar, Moa, Letti, Timor y Ombay. Si adoptemos esta nomenclatura en los límites que acabamos de detallar, muy bien podremos devolver el nombre antiguo de mar de Lanchidol al espacio de mar que se extiende al sur y al este del anterior y que confina con Timorlaut, la costa septentrional de la Australia (Nueva Holanda) y la Papuasia (Nueva Guinea), siendo la ramificacion mayor el golfo de Carpentaria que los Bougules llaman Lamkal. El mar del coral que es la parte del Océano comprendida entre la Nueva Caledonia, las islas de Salomon, la Papuasia y Australia propiamente dicha; el capitan Flinders la llamó asi con razon á causa de la infinidad de bancos de coral de que se halla sembrada, y que le hacen uno de los mares mas peligrosos de recorrer. Por el estrecho de Torres comunica con el mar de Lanchidol. Inútil seria describir por sus nombres solamente todos los golfos y grandes bahias que hay en esta parte del Mundo Marítimo. Concretarémonos á hacer presente que la extravagante configuracion de esta isla de Célebes presenta tres golfos formados por sus cuatro grandes peninsulas con los nombres de Bahia de Boni, Bahia de Tolo y Bahia de Tomini. La isla de Gilolo, que reproduce en menor escala las extrañas cortaduras de Célebes, presenta tambien tres golfos. Nótanse tambien en la Papuasia Occidental las extensas Bahias de Gelvinck y de la Providencia, y la mucho mas corta que es conocida con el nombre de Bahia de M. C. Cluer; finalmente la Bahia Illana en la isla Mindanao. El Océano Índico forma con las tierras de la Oceanía muchas ramificaciones, de las que las mas notables son: El mar de Java-Austral que hemos creido deber llamar asi, porque lo forman las costas meridionales del grupo de Java y del archipiélago de Sumbava-Timor, y la costa septentrional de la Australia; su extremo oriental se confunde con el mar de Lanchidol, junto á la costa de la Tierra de Van-Diemen forma la Bahia de King (King-s'Bay) y la de Van-Diemen. El mar abierto Austral formado por la costa meridional de la Australia, el golfo de Spencer y el de San Vicente son las dos ramificaciones mas notables. Al Océano Atlántico Glacial pertenecen casi todos los brazos de mar formados por las Tierras Antárticas.

Ninguna parte del mundo tiene ni puede tener tantos estrechos como la Oceanía. Citaremos algunos de los mas frecuentados: el estrecho de Malaca, entre la península de este nombre en Asia y la costa de Sumatra en la Oceanía, el estrecho de Sincapura, entre las islas Sincapura y Binton: el estrecho de Banka, entre Sumatra y Banka: el estrecho de la Sonda entre Sumatra y Java: el estrecho Bali entre Java y Bali: el estrecho de Timor entre Ombay y Timor; el estrecho de Gilolo entre Gilolo y Waigiou: el estrecho de Macasar entre Célebes y Borneo: el estrecho de Dampier entre Nueva Bretaña y la Papuasia (Nueva Guinea); el de Torres entre la Papuasia y la Australia (Nueva Holanda): este estrecho erizado de arrecifes formados por los corales, es el terror de los navegantes; el estrecho de Bass entre la Australia y la Diemenia (Tierra de Diemen); por fin los estrechos de Cook y de Foveaux entre las tres mas grandes islas que forman el grupo de la Tasmania (Nueva Zelandia).

Entre el gran número de cabos que existen en las infinitas islas del mundo marítimo nos limitaremos á describir los que siguen: la punta del Diamante en la parte septentrional de Sumatra: el cabo de Java en Java; el cabo Kenneungan junto á la costa oriental de Borneo; el cabo Engaño al extremo nordeste de Luzon; el cabo Walsh en la isla de Federico Henry, que hasta 1835 se conceptuaba que formaba parte de la Papuasia, se halla separado de ella por el estrecho recientemente descubierto de la Princesa Mariana: los cabos Yorck, Wilson, Leuviu, Arnheim ect., etc., en la Australia (Nueva Holanda): el cabo Sud en la Diemenia (Tierra de Diemen), el cabo Norte en el grupo de la Tasmania (Nueva Zelanda).

El Mundo Marítimo apesar de estar compuesto casi enteramente de islas no presenta peninsulas propiamente dichas mas que las del Continente Austral. Las peninsulas mas notables de este último son: la peninsula de York en la tierra de Flinders: la de Peron en la tierra de Endracht, y la peninsula de Coburgo en la tierra de Van Diemen, casi en el centro de la costa septentrional: y propiamente en la nueva colonia de Victoria. En las grandes islas de la Oceanía occidental y Central las hay en abundancia. Ya dejamos descritas ántes las cuatro peninsulas tan notables de la isla Célebes y las cuatro no ménos notables de la de Gilolo. Citaremos ahora la peninsula de Akaroa (Banks) en la Tasmania del Sur (Nueva Zelanda); y advertiremos finalmente que la isla de Tahiti está compuesta de dos peninsulas notables. En cuanto á la ántes peninsula de los Papuas que comprende la parte nordeste de los Papuas (Nueva Guinea): como los últimos descubrimientos de los neerlandeses han hecho reconocer un estrecho que corta el largo istmo, formando el estremo meridional de la grande bahia de Geelwink, han dado motivo para colocarla entre las islas.

Como el Mundo Marítimo está compuesto casi totalmente de islas, y no tiene mas que un continente muy reducido; por tanto tampoco tiene corriente alguna que pueda compararse con los grandes rios del Antiguo y Nuevo Mundo. El Continente Austral ó la Australia propiamente dicha (Nueva Holanda) que por su extension podria tenerlos á lo ménos tan grandes como los de Europa, hasta ahora no ofrece, exceptuando el Murray, mas que rios de un curso muy limitado, si se comparan con la extension de su superficie.

Todo lo hasta aquí dicho acerca de los rios puede aplicarse hasta cierto punto á los lagos de esta parte del mundo, en donde apenas hay uno siquiera que pueda compararse con los grandes lagos del Antiguo y Nuevo Continente. Los que siguen pueden pasar por ser los mayores lagos conocidos del Mundo Marítimo: el Danau Soumbah, que parece ser el mayor de una serie de lagos, cuyas aguas van á parar á la derecha del Kapoaus por medio de uno de los brazos que desaguan en el gran rio Borneo; el Sinkara, en la isla de Sumatra, pertenece á la parte superior de la cuenca del Indrogiri: el lago dicho laguna de Bay, y el llamado laguna de Taal, ambos situados junto á Manila en la isla de Luzon; el lago Tempe que es el manantial del Tjurana, rio de la isla Célebes, va á parar al golfo de Boni; el Taupo, en la Tasmania del Norte (Nueva Zelanda); de él nace el Horotou, que parece ser el mayor rio de esta parte de la Oceanía. La Australia, apesar de su grande extension todavia no ofrece en los parages explorados, mas que lagos de muy cortas dimensiones; á menudo no son otra cosa que depósitos temporales. El lago Jorge por ejemplo, situado entre los condados de Argyla y de Murray, en la Nueva Gales del Sur, segun la últimas noticias desde el año 1836 está convertido en un llano bajo y cubierto de yerba. El lago Alejandrina, que lo atreviesa el Murray en el extremo de su curso, es una verdadera laguna, que nos parece mas del caso colocar en esta categoría. Ademas del Alejandrina clasificaremos entre las lagunas el Kaipara-Harbour, verdadero estuario al que van á parar cuatro de los principales rios de la Tasmania del Norte (Nueva Zelanda), y entre otros el Kaipara que le da nombre; la Bahia de Manila en la isla de Luzon; y la

Digitized by Google

bahia Moreton en el norte de la Nueva Gales del Sur ó Australia Oriental.

Creemos que en el actual estado de la Oceanía pueden clasificarse provisionalmente de Caspios ó mares interiores en esta categoría el *Laut-Ayer-Tawar* en el pais de los Battas en la isla de Sumatra; y el Botorua en la Tasmania del Norte (Nueva Zelanda). En el Continente Austral parece que hay muchos; pero las vagas descripciones que se han dado de ellos, los representan como de poca extension y temporales. Quizá el Torrens en la Australia Meridional, que en 1840 descubrió M. Espy, poco distante del golfo de Espencer, debe ser colocado el primero entre todos los caspios de la Australia; la salumbre de sus aguas, la naturaleza de sus bordes y su estraña configuracion le constituyen uno de los caspios mas notables. Indudablemente es el mayor lago que hasta ahora se haya descubierto en la Oceanía.

En la Oceanía hay islas en mas abundancia que en los demás puntos del universo. Puede decirse que tambien presenta en la isla de Borneo, la mayor de las islas propiamente dichas, y en la Papuasia oriental (Nueva Guinea) la isla seguramente mas larga que se conoce. Las demas islas mas notables por su extension son: Sumatra, Java, Luzon, Mindanao, Célebes, Tavai-Pounamou (Tasmania del Sur) ó Ika-na-mawi (Tasmania del Norte) en la Tasmania ó grupo de la Nueva Zelandia, y la Papuasia Occidental (Nueva Guinea), que los últimos descubrimientos han separado de la Papuasia Oriental. Además la Oceanía mas que ningun otro punto del globo presenta en sus infinitas islas bajas, estas asombrosas construcciones debidas principalmente á la continua accion de los litófitos. El Archipiélago Pomotú (Peligroso etc.), el de las Carolinas y el archipiélago Central (Mulgrave, etc.) son los grupos de islas de este género de mas extension y mas notables de esta parte del Mundo.

La situacion de muchas islas de la Oceanía, con relacion las unas a las otras, y los pequeños intérvalos de mar que las separan autorizan á mirar estos dilatados eslabones de tierras insulares como formando otros tantos sistemas de montañas. Aplicando este modo de considerar las alturas del globo á las del Mundo Marítimo, creemos que podrán provisionalmente dividirse sus principales montañas en los sistemas siguientes. Sistema Malasiano. Hemos adoptado esta denominacion comun para los dos sistemas que se estienden en todas las montañas de la Malasia; cuales son el sistema Volcánico ó Sumatra Javanés, así llamado con motivo de sus numerosos volcanes y del nombre de sus dos islas principales, el cual comprende todas las montañas de los grupos y archipiélagos de Sumatra, Java y Sumbava Timor; y el sistema Borneo Luzoniano, llamado así de sus dos islas Borneo y Luzon, que se compone de montañas que abrazan los grupos y archipiélagos de Borneo y de Célebes, de las Molucas y de las Filipinas. Sistema Australiano. Hemos aplicado esta denominacion general para los cuatro sistemas que siguen que comprenden todas las montañas de la Australia; á saber: El sistema Continental ó Australiano propiamente dicho, en que provisionalmente clasificaremos todas las alturas del Continente Austral ó de la Australia (Nueva Holanda), y las de su dependencia geográfica, la Diemenia (Tierra de Diemen); el sistema Papuasiano, así llamado de dos grandes islas que forman la Papuasia (Nueva Guinea), el cual comprende los grupos y archipiélagos de la Papuasia, de Nueva Bretaña y de Salomon; el sistema Neo-Caledoniano denominacion con que calificamos a su tierra principal, la Nueva Caledonia, que comprende todas las alturas que dominan el grupo de la Nueva Caledonia y los archipiélagos de Quiros (de las grandes Cycladas) y de La Perouse (Santa Cruz), el sistema Tasmaniano, en el que colocamos todas las montañas del grupo de la Tasmania, (Nueva Zelanda). Sistemas Polinesianos. Hemos juzgado mejor considerar como otros tantos sistemas particulares las montañas que dominan las altas-tierras diseminadas en la vasta estension del Grande Océano perteneciente á la Polinesia. Sistemas Antárticos. Hemos apropiado esta denominacion por el nombre colectivo de las montañas que se elevan en las Tierras Antárticas junto á las islas situadas á lo largo de sus costas, asi como por las que dominan el suelo de las Esporadas Antárticas.

Una vasta meseta se estiende hácia el oeste de Sydney en el interior del Continente Austral; puede llamársela mesa de Bathurst, del nombre de esta ciudad que es la primera que se fundó en el interior; su elevacion absoluta puede graduarse sobre el nivel del mar desde 300 á 380 toesas. Las averiguaciones últimas dan lugar á considerar como su prolongacion hácia el oeste y el sud-oeste el vasto llano elevado, surcado de montañas, al cual bañan el Murrumbidgee, el Murray, y otros arroyos; y hácia el nordeste, el vasto pais al que atraviesa el Darling y los rios que desaguan en él. El interior de la Tasmania del sur (grupo de Nueva Zelanda) parece que tiene una altura de 500 á 600 toesas. Ignórase el interior de las islas grandes de Borneo y de la Papuasia (Nueva Guinea) donde probablemente existen llanos de mucha elevacion. Igualmente es factible que la altura de la meseta del ántes imperio del Menangkabou y de otras comarcas del interior de la isla de Sumatra sea de 300 á 700 toesas. La elevacion de los altos llanos del interior de la isla de Java parece que es de 250 á 600 toesas. La isla de Luzon tambien parece que tiene altos llanos cuya elevacion puede subir de 100 á 300 toesas y casi mas. El interior de Hawaii es enteramente una meseta que muy bien puede tener 300 toesas de elevacion: sin duda es la mayor y mas alta de toda la Polinesia.

Ninguna parte del mundo presenta tan gran número de volcanes como la Oceanía, mayormente cuando se ha tenido en cuenta su superficie comparándola con la de otras grandes divisiones del globo. En la isla de Java hay mas de 30 volcanes; en la de Luzon 4 á lo ménos; 5 en Sumatra; en Mindanao, Mindoro, Sumbava, y Flores hay muchos; en una infinidad de islas tambien hay en cada una uno, y el Archipiélago Munin Volcánico en parte debe su nombre á los volcanes que encierra. He aquí los montes volcánicos mas notables ya por su funesta actividad, ya por su altura: en Java y Sumatra casi todos los picos que se hallan detallados en el cuadro de las montañas; vienen en seguida el Mayon (Abay) y el Arayet en Luzon; el volcan de Teruate en el Archipiélago de las Molucas propiamente dichas; y el Guonong-api en el grupo de Banda.

Á los que tienen algun conocimiento de las ciencias exactas pocas dudas puede ofrecerles la superficie del Mundo Marítimo, si exceptuamos las Tierras Antárticas; pues las diferencias en los cálculos que pueden hacerse deben por precision ser muy insignificantes. Sin embargo, no lo serian tanto, si se reprodujesen hoy en dia las valuaciones que hicieron años atrás algunos escritores fundados en los documentos que tenian entónces a mano. Hassel, por ejemplo, apoyando sus cálculos en mapas evidentemente antiguos, dió en sus últimas obras 602 millas cuadradas de Alemania á la superficie de la isla de Mindoro, y 197 á la de Masbate. Con todo Berghaus, en la memoria con que acompaña su excelente mapa de Filipinas, reduce justamente la primera á 198 y la segunda á 57, disminuyendo con esto la de Mindoro en mas de dos tercios y en casi tres cuartos la de Masbate. Las memorables exploraciones de Freycinet, Duperrey, Lutke y d'Urville han hecho que el vasto archipiélago de las Carolinas, no ha mucho tan poco conocido, sea ahora una de las partes mejor descritas de la Polinesia; y por esto es mas de admirar que en obras recien publicadas se vean aun reproducidas las valuaciones de Hassel, que la da una superficie de 350 millas cuadradas de Alemania, siendo así que M. Lutke ha demostrado que ni siquiera llegaba á tener 18; de modo que aun comprendiendo la superficie de Guap y la del grupo de Pally, que no entraron en los cálculos del sabio marino ruso, no puede sin exageracion estimarse en mas de 23 millas. Aquí tenemos, pues, un cálculo del estadista Aleman y de cuantos lo han copiado, que es quince veces mas crecido de lo que debiera ser en rea-

Digitized by Google

lidad. Las valuaciones extraordinarias que se han hecho últimamente sobre la poblacion de las partes mas importantes del Mundo Marítimo nos obligan tambien á decir cuatro palabras acerca de este asunto. Creerán algunos que exageramos la poblacion de la Oceania Holandesa, diciendo que pasa de nueve millones, pero el censo de 1840 acredita la exactitud de los datos que nos han servido, para suponerla tan crecida. Las listas de las familias sujetas al tributo nos dan un medio aproximativo para calcular con cierta exactitud el número de habitantes de la Oceania Española, que despues de la Holandesa es sin disputa la mas poblada. Un viajero francés, el doctor Mallat, que desde ha muchos años reside en Manila, como médico mayor del hospital civil de aquella metrópoli, y que hace mucho tiempo que se está ocupando en un grandioso trabajo sobre las Filipinas, acerca de las cuales ha reunido durante su larga permanencia gran copia de documentos preciosos y nuevos, ha formado un censo para el año de 1837, que, comparado con los documentos correspondientes á otros años anteriores, descubre un movimiento progresivo muy notable en la poblacion; pero no contando mas que cinco individuos por familia, nos da un número de habitantes mucho mas crecido que el que se concede comunmente á aquel archipiélago; y de ahí resulta, que el número de 3,300,000 habitantes, lejos de ser exagerado, deberia aumentarse considerablemente, para espresar con exactitud, no solamente la poblacion actual, si no aun la de 1826. La Tasmania (Nueva Zelanda) cuenta segun M. Williams, medio millon de habitantes, y 250,000 segun d'Urville; pero M. Polack, en una obra publicada en Londres en 1840 los reduce todavia á 130,000. El archipiélago de Mendana, cuya poblacion total se ha exagerado muchísimo, ofrece por lo tocante al número de pobladores de la isla Noukahiva los mayores desatinos. Porter la hace subir á mas de 100,000; Krusenstern la reduce á 12,000; los autores de la erudita monografía titulada: Las islas Marquesas, etc., la hacen bajar, y con razon, á cerca de 8,000, y el marino Dupetit-Thouars cree aun que puede muy bien reducirse hasta 5 ó 6,000. Las pocas noticias que tenemos hasta ahora del continente Austral no permiten calcular, ni aun aproximativamente, su poblacion indígena, y en cuanto á la de origen europeo, va aumentando rápidamente, ya por la continua llegada de numerosos colonos, ya por el exceso de los nacimientos sobre las defunciones. Por esto estamos discordes con aquellos que fijan en 62,000 individuos la poblacion de la Nueva Gales del Sur en 1840, siendo así que para el año siguiente algunos documentos oficiales la estiman ya en 113,390.

La Oceania es la última de las cinco divisiones de la tierra que acabamos de recorrer. En el cuadro que se traza de las posesiones de las potencias europeas en la Oceania, ocupa el primer lugar la monarquía Holandesa, que es la potencia preponderante bajo todos los conceptos, ménos por su extension: corresponde el segundo á la monarquía Española; si se atiende á su poblacion absoluta, pertenece el tercero á la monarquía Inglesa, que por su extension es la primera: viene luego la monarquía Portuguesa; y por último, la Francia, cuyos bajeles surcaron tantas veces los mares del Mundo Marítimo á beneficio de las ciencias: ésta acaba de enarbolar su pabellon en el archipiélago de Mendana, y ha extendido su protectorado al de Taiti. Estas posesiones, no obstante su poca superficie y escasa poblacion actual, pueden llegar á ser de mucha importancia, si se realiza el proyecto de una colonia francesa junto al estrecho de Magallanes, posicion de primer órden como punto estratégico y comercial. Pero se abriria un nuevo porvenir para todas las comarcas de la Oceania, si se llevase á cabo la abertura del istmo de Panamá; pues entónces las embarcaciones salidas de los puertos de Europa, harian derechamente rumbo al oeste, y pasarian del Atlántico al Pacífico sin cambiar de direccion, para aportar á las orillas de las magníficas regiones de la Malasia y del Asia Oriental, realizando en cierto modo la hipótesis errónea, pero ingeniosa, ó quizás el dilema profundo é infalible, que hace tres siglos y medio conducia las caravelas de Cristóbal Colon á las playas del Nuevo Mundo.

Dividen esta parte del mundo en cuatro grandes porciones: Primero, la Malasia, llamada por otros Malesia ú Oceania occidental; Segundo, la Australia ú Oceania Central. Tercera, la Polinesia ú Oceania occidental; y cuarta, las tierras Antárticas ú Oceania circumpolar. Despues mencionaremos las posesiones de los europeos en cada una de dichas divisiones. Algunos dan á la Australia el nombre de Notasia. Vamos á recorrerlas, aunque con temor de tener que repetir alguna vez lo que ya habremos dicho describiendo alguna de las islas cercanas al Asia ó al África. Pero la claridad reclama á veces lo que de otro modo seria cansado.

Componen la Malesia: — Grupo de Sumatra. — Grupo de Java. — Archipiélago de Sumbava Timor. — Grupo de las Célebes. — Grupo de Borneo. — Archipiélago de las Filipinas.

Sumatra, es la mas importante de las islas llamadas de la Sonda, y está separada de la peninsula de Malaca por el estrecho de este nombre. Cúbrenla ricas montañas, que encierran algunos volcanes, y que presentan una brillante vegetacion. Canela, pimienta, alcanfor y madera de construccion son sus producciones. Achim, es en ella una ciudad populosa y comercial, con buen puerto y 40,000 habitantes. El grupo de Sumatra abraza el reino de Achem, el de Siak, y la parte holandesa.

Isla de Java. Despues de las últimas medidas tomadas por los holandeses con los príncipes indígenas se puede considerar á Java como enteramente sometida á su dominacion. Así es que está dividida en 23 residencias, subdivididas en regencias, y éstas en distritos. Sus ciudades mas notables son las siguientes: Batavia, ciudad de mas de 60,000 habitantes con una hermosa rada, algo incómoda por la distancia á que está de aquella: aunque muy decaida de su antiguo esplendor, conserva aun mucha importancia como á capital de la Oceania Neerlandesa, y la primera plaza mercantil de aquella parte del mundo; pues es sin duda alguna el centro del rico comercio que los holandeses hacen en la India, en el Japon, en la China y en las demas islas de la Malasia. Desde algunos años á esta parte es el asiento de un legado apostólico. En sus alrededores está Weltebreden, en donde reside el gobernador general. Miguelan, grande pueblo, cabeza de la residencia de Kadou, uno de los territorios mas fértiles, mas poblados y mas cultivados de la isla; á 16 millas hácia el sur se encuentran las célebres ruinas de Borobodo, colocadas entre las mas notables de la Oceania. Samarang, cabeza de residencia, ciudad mercantil, con un puerto y quizás mas de 40,000 habitantes. Surabaya, cabeza de residencia, situada á la embocadura de Kediri, ciudad de mas de 50,000 habitantes; es la mas mercantil y floreciente despues de Batavia; tiene un arsenal, astillero, y casa de moneda. En medio de las inmensas selvas de tek que cubren la parte occidental de esta residencia, vénse las ruinas de Madjapahit, la antigua capital de los Javaneses en la época floreciente de su imperio; están dispersas en un espacio de muchas millas de largo. Suracarta (Solo), ciudad á la que se le siguen concediendo 105,000 habitantes, donde en un vasto palacio reside el sumuman ó emperador, cuyos antepasados poseyeron el imperio de Matarani, y que en la actualidad es súbdito de los holandeses: es mas bien una reunion de muchas aldeas que una ciudad en el sentido en que se toma esta palabra en Europa; esta observacion debe estenderse á la siguiente ciudad, y á muchas otras de la Malasia. Djocjocarta, á la cual se le suponen aun 100,000 habitantes, es la residencia del sultan de Djocjocarta, otro vasallo de los holandeses.

Las Dependencias geográficas de Java. — Entre estas islas, nombraremos á Madura, que forma una de las regencias de la residencia de Surabaya; su territorio está dividido entre tres príncipes indígenas, que gobiernan bajo la soberania de los holandeses. Bali, denominada por algunos Pequeña-Java: Rang-Assem es el mas pode-

Digitized by Google

roso; la isla de Lombok es una dependencia suya; Bali es una de las partes mas pobladas é interesantes de la Oceanía, por la belleza de la raza humana que la habita cuya religion é instituciones fueron en otro tiempo las de la mayor parte de la Malesia civilizada. Por último, Lombock, regida por un radjah tributario del de Karrang-Assem: sus habitantes son muy civilizados y buenos agricultores. Este grupo forma el núcleo de las posesiones holandesas en la Oceanía al mismo tiempo que la comarca mas poblada y floreciente de aquella parte del mundo; debe esa gran prosperidad á los maravillosos progresos que en ella ha hecho la agricultura durante los últimos años; tales que Java debe ser colocada entre las comarcas del globo que producen mas azúcar, café y añil. Cultiva tambien con feliz éxito el té y la canela, y se ha empezado á introducir en ella el del clavel y nuez moscada. Sumamente importante esta soberbia isla bajo el aspecto comercial y político, lo es tambien bajo el arqueológico; porque bajo este punto de vista, y especialmente su parte oriental, es para la Oceanía lo que las Regiones del Nilo y del Atlas para el África; empero con la diferencia que una gran parte de los soberbios monumentos de la Region del Nilo son incontestablemente debidos á las naciones indígenas, mientras que los de Java presentan señales evidentes de un orígen asiático. ¡Qué inmensa distancia no existe entre los toscos monumentos de Tinian y Saypan, las estatuas colosales é informes de las islas de Pascuas, los asquerosos ídolos que se encuentran en los morais de la Polinesia, y las acabadas esculturas de Prudung, de Brambonan, las hermosas estátuas colosales de Singhasari, de Kobudalam, los templos magníficos de Brambanan, de Boro-Bodo y otros! Java, en fin, con las demás posesiones holandesas de esa parte de la Oceanía que vamos á describir, forma un verdadero imperio que uno de los pueblos ménos numerosos de la Europa ha fundado en los últimos límites del Oriente, cual un monumento de la superioridad de los europeos sobre las naciones pobladas, pero débiles y estacionarias, de esas magníficas comarcas.

Archipiélago de Sumbava-Timor. — Este grupo se compone de muchas islas entre las cuales las mas principales son: Sumbava (Sumbauwa) dividida en muchos pequeños reinos, cuya extremidad oriental ocupa el de Bima que es el mas poderoso de todos; ejerce una especie de soberanía, no solo sobre casi todos los demas, sino que estiende su dominio tambien hasta sobre la isla de Manggaray y la parte occidental de la de Flores. Bima, pequeña ciudad con un buen puerto, es la residencia del Sultan, que es vasallo de los holandeses. La parte occidental como acabamos de decir depende del sultan de Bima, y el resto de la isla parece estar dividido entre muchos reyezuelos independientes. Algunos de ellos eran en otro tiempo vasallos del gobernador portugués residente en Larentouka, en la extremidad oriental, pero puede considerarse hoy en dia este establecimiento como abandonado por esa nacion. Es la mas grande de todo el archipiélago: está dividida en 63 pequeños reinos, casi todos vasallos de los portugueses ó holandeses. Los que poseen las tribus de los Bellos lo son de los primeros; los poblados por las de los Vaiquenos reconocen la superioridad de los holandeses. Dilié, ciudad de unos 2000 habitantes, con un puerto en la costa nordeste, es la residencia del gobernador portugués. Cupang en la parte oriental de la soberbia bahía del mismo nombre, con un puerto que los neerlandeses han declarado franco. Cerca del fuerte Concordia es donde habita el residente neerlandés de quien dependen los apostaderos de Solor, Saveu, Rotti, Simao, los pequeños reinos vasallos de los Vaiquenos y demas establecidos en las islas de este archipiélago. Sumba. Es una de las mayores de este grupo; está bajo el dominio de muchos gefes, que hace unos treinta años sacudieron el yugo de los holandeses; algunas noticias recientes están contestes en suponerlos como sujetos de nuevo á su soberanía.

Archipiélago de las Molucas. — Este vasto archipiélago se compone de un gran número de islas casi todas dependientes mediata ó inmediatamente de los holandeses que las han dividido en tres residencias. Nos proponemos reunir estas islas en los tres grupos siguientes: Grupo de Amboina. Bajo el punto de vista político y administrativo figura en primer lugar; consta de once islas cuyas mas principales son: Amboina, pequeña pero muy importante bajo muchos aspectos; es el centro del precioso cultivo de los claveros ó girofles. Amboina, ciudad situada en el fondo de una profunda bahía, con 7000 habitantes y muy comercial, es la residencia del gobernador general de las Molucas, de quien dependen tambien los establecimientos neerlandeses de Manado y de Gorontalo en las Célebes. La Papuasia occidental y el archipiélago Grande-Nassau está declarado que forman parte de este gobierno. Ceram, la mayor de todas las Molucas despues de Gilolo; está dividida entre muchos gefes, los de la parte occidental están bajo el dominio del residente de Amboina, y los de la oriental del de Banda. Una porcion considerable de la isla depende inmediatamente del sultan de Ceram, vasallo de los holandeses. Grupo de Banda. Está formado por un gran número de islas, todas ellas mas ó ménos dependientes del residente neerlandes que tiene la silla de su gobierno en Nassau y de quien depende todo el grupo, con las islas de Ceram y Goram y las que forman las cadenas del sudeste y sudoeste. Nos limitaremos á hablar del grupo de Banda propiamente dicho, que, apesar de la pequeñez de sus islas, es el único que por su importancia merece ocupar un lugar en este libro. Observaremos sin embargo que la isla Wetter es la mayor de la cadena sudoeste: y la de Timorlaut la de todo el grupo de Banda. El grupo de Banda, propiamente dicho, se compone de diez islotes, todos ellos mas ó ménos insalubres y sujetos á frecuentes y terribles terremotos. Entre dichos islotes los de Banda, de Lonthoir y de Alj son muy importantes por estar esclusivamente reservados para el cultivo del árbol de la nuez moscada, que ha venido á ser para este grupo lo que el del clavo para el de Amboina. En la isla de Banda se encuentra Nassau, ciudad de unos 1000 habitantes, do reside el gobernador holandés. Grupo de las Molucas propiamente dichas, que valdria mas denominar de Gilolo, á causa de la isla de este nombre que es la mayor. Este grupo comprende trece islas principales, y un gran número de menor extension. No citaremos mas que las siguientes: Gilolo, es, como se ha dicho, la mayor de todas las Molucas. La parte central de Gilolo está regida por muchos gefes independientes; el resto depende de los sultanes de Ternate y Tidor. Ternate, muy pequeña pero notable por su alta montaña ignívoma, y aun mas porque encierra la capital del reino mas antiguo de toda la parte oriental de la Malesia. Sus reyes en los siglos XIV y XV dominaron sobre casi todas las islas del vasto archipiélago de las Molucas. Reducido el sultan de Ternate á la condicion de vasallo de los neerlandeses, es aun uno de los primeros príncipes de aquellas comarcas, pues que extiende su dominio á una parte de las islas Gilolo y Célebes, y sobre la de Morty. Ternate, ciudad de 5000 habitantes, es su capital. La terrible erupcion de su volcan en 1840 la destruyó en su totalidad. Este establecimiento es de la mas alta importancia para los holandeses, como punto central del comercio de la Malasia, y como punto militar propio para la defensa de sus posesiones lejanas: de su residente dependen, además de Ternate, las islas Tidor, Motir, Batchian, Ouby, Salvatty y otras. Tidor, isla mas pequeña que la precedente, pero mas poblada, es igualmente notable por su pico elevado. Tidor á la que se la conceden cerca de 5000 habitantes, es la residencia del sultan del mismo nombre, súbdito de los neerlandeses. La isla Mysol, una de las mayores del grupo, una parte de Gilolo y de la costa septentrional de la Papuasia (Nueva Guinea), así como las islas de los Papuas, cuyas principales son Salwatty, y Waigiou, dependen de este príncipe. Batchian es una de las mayores de este grupo: Batchian ciudad de unos 4000 habitantes es la residencia del sultan súbdito de los holandeses; las islas vecinas de

Digitized by Google

Mandoly, Tavally y Dammer, y las mas distantes de Oby, una de las mas grandes del grupo. Typa y Mija, están bajo su dependencia, pero las de Ceramlaut y Goram, no reconocen ya su dominacion.

Grupo de las Célebes. Este grupo se compone de la grande isla de Célebes y de algunas otras mucho menores. Distinguiremos pues en este grupo: La isla de Célebes. Sus profundas escotaduras la dividen en cuatro peninsulas. Á excepcion de las partes ménos civilizadas, se puede considerar esta isla como sometida á los holandeses, que la han dividido en muchas regencias, comprendidas todas en el gobierno de Macassar á excepcion de la de Menado que obedece al gobernador de las Molucas ó de Amboina. Consideradas bajo el aspecto politico y administrativo las dividiremos como sigue. Posesiones inmediatas holandesas. Esta parte de la isla de Célebes forma lo que los holandeses llaman el gobierno de Macassar que abraza la parte meridional de la peninsula occidental. La pretendida ciudad de Macassar, que hace ya mucho tiempo que no existe, está reemplazada por el fuerte de Rotterdam, y por la ciudad de Vlaardingen, en donde moran hoy dia los habitantes europeos en número de unos 800, no comprendida la guarnicion; es el asiento del gobernador, de quien dependen los tres residentes de esta parte de la isla. Manado, cabeza de la residencia de igual nombre, que ocupa la extremidad nordeste de la peninsula septentrional, depende del gobierno de las Molucas. Posesiones mediatas holandesas. Comprenden la mayor parte de la isla; su territorio está dividido en un gran número de pequeñas soberanias, gobernadas por reyes ó principes indigenas, cuya mayor parte han hecho tratados de alianza con la antigua compañia holandesa de las Indias orientales, y se han puesto bajo su proteccion. Con todo, los numerosos reinos de esa grande isla forman hace mucho tiempo una especie de confederacion, de la que es considerado como primer aliado el gobernador general. Los principales miembros de ese cuerpo politico son: los estados de Boni, Ouadjou, Luhoa, Sidinring, Mandhar, Panete, Soping, Uncuyla y Goa. En el reino de Boni, que es el mas poderoso, existe Bayoa, ciudad de cerca 8000 habitantes que es su capital. Citaremos tambien el reino de Ouadjou en el centro de la isla y habitado por los Buguis, célebres por su habilidad en el comercio y navegacion; y el de Macassar que en el siglo XVII fué la primera potencia maritima de la Malesia; la pequeña ciudad de Goa es su capital. Dependencias de las Célebes. Estas islas son muy numerosas, pero casi todas muy pequeñas y poco conocidas. Nombraremos á Sangir, en atencion á su volcan; está regida por diferentes gefes independientes; Xoulla-Mangala, á causa de su magnitud, y Buton, asiento de un sultan vasallo de los holandeses.

Grupo de Borneo. Este grupo comprende la isla inmensa de Borneo y muchas otras incomparablemente muy pequeñas, cuya aproximacion á aquella, autorizó á clasificarlas entre su grupo. Nosotros distinguiremos en él: La isla de Borneo (Vorouni ó Klematan de los naturales). Solo muy imperfectamente se conocen las costas de esta isla, y mucho ménos aun su interior: está dividida en un gran número de pequeños estados independientes, algunos de los cuales son bastantes considerables. El sultan de Soulou, y sobre todo los holandeses, tienen allí vastas posesiones. Con respecto á las divisiones politicas actuales, distribuiremos del modo siguiente á Borneo. En la parte independiente de toda influencia europea, nombraremos los estados siguientes considerados hoy dia como los mas poderosos. El reino de Borneo que dominaba en otro tiempo sobre la mayor parte de la isla; al parecer no posee actualmente mas que toda la costa septentrional, muy adelante hácia las tierras, hasta la bahia de Labuck, comprendida ésta. Borneo, sobre el rio Borneo, ciudad mercantil de cerca 10,000 habitantes y edificada sobre estacas, es la residencia del sultan. El Territorio sometido al sultan de Soulou. Mucho se ha exagerado su estension: las noticias mas recientes no le conceden mas que una pequeña parte de la extremidad nordeste de la isla, do se encuentra Paisau. El reino de Coiti, en la costa oriental, es la segunda potencia indigena de la isla. Cotti sobre el Cotty, es la residencia del sultan, cuyos súbditos, así como los de los reinos de Borneo y Soulou, son terribles corsarios. El territorio ocupado por los Bayahs independientes, nacion indigena, numerosa, guerrera y bastante industriosa, pero antropófaga y en extremo feroz, abraza una gran parte de la isla, mas es tan poco conocida que nuestro cuadro no nos permite entrar en ningun detalle acerca de ella. La parte sometida á los holandeses forma dos residencias, cuyas principales ciudades son: Pontaniak, con unos 3000 habitantes, residencia del sultan de Pontaniak, y cabeza de la residencia de la costa Oeste. Sambas, capital del reino tributario de este nombre. Montrado, á la que se le conceden 6000 habitantes casi todos chinos, es la cabeza del pais de Munpava, notable por las minas de oro que en él se explotan, tenidas por las mas ricas de la Oceania. Débese tambien citar el pais de Laudak, afamado en todo oriente por sus ricas minas de diamantes. Succadana, muy decaida ahora, pero muy floreciente en otro tiempo, cuando era capital del antiguo imperio de Succadana, y Banjermassing, ciudad mercantil de cerca de 7000 habitantes, cabeza de la residencia de la Costa-Sudeste, situada sobre el caudaloso rio á que esta ciudad da nombre. Las dependencias del grupo de Borneo, son casi todas ellas muy pequeñas; solo citaremos las siguientes. La grande Natuna que es la principal del grupo de este nombre. El pequeño archipiélago de los Annambas, visitado recientemente por el capitan Bougainville; los cincuenta islotes que lo forman están habitados por 2000 malayos entregados á la pirateria. Gran Solomba en medio del mar de Java, es muy pequeña pero tristemente célebre como á guarida de piratas. Cagayan (Cagayan, Golo, Soulou), en la isla principal del grupo de este nombre, que depende del sultan de Soulou, está habitada por Bisagos y sirve igualmente de guarida á los piratas que infestan aquellas aguas.

Archipiélago de las Filipinas. Subdividimos en cuatro secciones principales ó grupos las numerosas islas que hace algun tiempo los geógrafos designan bajo este nombre: estos grupos son el archipiélago de las Filipinas propiamente dichas; la isla Mindanao, el archipiélago de Holo (Soulou), y la isla Paragoa. Á excepcion de todo el archipiélago de Holo, de la mayor parte de las islas Mindanao y Paragua, y de una fraccion al nordeste de Luzon, los españoles son los dueños de esta importante parte de la Malesia. Está toda ella bajo las órdenes del capitan general de Manila, de quien depende tambien el archipiélago de las Marianas en la Polinesia. Todas las islas del archipiélago de las Filipinas están repartidas en 30 corregimientos y alcaldias, que forman otras tantas provincias con diferentes denominaciones; la sola grande isla de Luzon comprende 17; las otras forman las 13 restantes, de las cuales tres encierra Panay, y otras tantas el Mindanao. En este número no se han comprendido las Marianas que no forman mas que una sola provincia, ni la parte de Luzon á que se acaba de dar el nombre de Nueva-Provincia. He aquí las cuatro grandes secciones de ese magnifico archipiélago: Archipiélago de las Filipinas propiamente dichas. Se compone de un gran número de islas ó islotes, entre las cuales nueve son notables por su extension. Luzon (Manila), su superficie sola iguala á la de todos las demas reunidas de este archipiélago. Débese distinguir en ella la parte sometida á los españoles y la parte enteramente independiente: La parte española está dividida en 17 corregimientos, cuyas ciudades y pueblos mas notables son: Manila, ciudad industriosa y mercantil, residencia del capitan general con un puerto soberbio. La ciudad que está fortificada es muy pequeña, pero sus arrabales son muy grandes. Comprendiendo su rastro ó distrito como lo haremos con los demas que vamos á mencionar, su poblacion subirá á unas 140,000 almas. Podria con justa razon llamársela la Roma del Mundo Maritimo por la importancia de su arzobispado, en donde son consagrados todos los obispos que no

Digitized by Google

pueden venir á Europa á buscar sus poderes. Sobre la bahía que forma el puerto de Manila se encuentra Cavite, plaza fortificada de cerca 6000 almas, importante por su arsenal y en otro tiempo por sus hermosos astilleros. Bulagan, capital de provincia, ciudad industriosa de 17,000 almas. Malolos con 31,000. Vigau, capital de la provincia de Ilocos-Sud, silla del obispado de Nueva Segovia, con 17,000 habitantes. Lauag, capital de la provincia Ilocos-Norte con casi 34,000 habitantes. Nueva-Cáceres, ciudad episcopal con 13,000 habitantes, capital de la provincia de Camarines-Sud, situada casi en el centro de la península de Camarines, tan notable por sus elevadas montañas y sus cráteres. Albay, ciudad de 13,000 almas, capital de provincia; en sus cercanías se levanta el volcan de Albay. Taal, pueblo muy grande de la provincia de Batangas, con casi 33,000 almas; en sus alrededores, en medio del lago Taal, hay una isla deliciosa, en la que se eleva el volcan de Taal, que con el de Albay y el de Mayon, es una de las montañas ignívomas mas activas del archipiélago. La parte independiente va disminuyéndose cada dia por los progresos de los misioneros españoles. Segun el doctor Mallat, está reducida hoy dia á una fraccion de la isla hacia el Nordeste; allí es, dice ese sabio, donde viven muchas poblaciones negras, esos negritos del monte (como los llaman) enteramente salvages; numerosas tribus de raza malaya entre las cuales se cuentan los Igorrotes, los Tinguianes mestizos de Chino é Igurrotes; los Tinguianes que se distinguen por su industria y su actividad comercial; los Ifugaos, los Goddanes, los Ittetepanes, los Ibilaos y otras tribus mas ó ménos feroces. Sobre el territorio de estos pueblos es en donde se recoge tambien la mayor cantidad de oro de lavado. Las otras islas mas notables del archipiélago son: Samar cuyo interior está habitado por pueblos independientes. Catbalogan, es la capital de la provincia de Samar, con 6000 habitantes. Un canal muy estrecho separa á Samar de Leyte, cuyas costas poseen únicamente los españoles. Las islas Zebu y Bohol, que forman la provincia de Zebu; en la isla de Zebu, nombraremos á Zebu, ciudad de 8300 almas, y silla de un obispado; y Negros de la que solo poseen los españoles las costas. Panay, que es una de las mayores, y que hemos visto dividida en tres provincias, aun cuando algunas partes del interior permanezcan independientes de los españoles; en la provincia de Iloilo se encuentran los grandes pueblos de Faro con 17,000 habitantes, y Cabanatuan con 16,000; esta provincia, dice el doctor Mallat, es una de las mas industriosas del archipiélago; fabrican en ella las piñas y synamais, telas tejidas con los filamentos de hojas de ananas y palmeras con algo de seda, que son objeto de un gran comercio en todo el archipiélago. Mindoro, todavía muy poco conocida y de la que solo una muy pequeña parte esta sometida á los españoles; encierra Calapan, ciudad de cerca 2800 almas. Finalmente los grupos de las Calamianas, de las Babuyanas y de Bachi, compuestos todos de pequeñas islas. La isla Mindanao (Magindanao, Melindeno), es una de las mayores de la Malasia y la segunda, en cuanto á estension, de este archipiélago. La parte española comprende tres cortos territorios separados unos de otros, y que forman tres pequeñas provincias. Samboangan en la punta sudoeste de la isla, con 8600 habitantes, y asiento del gobernador, es la ciudad mejor fortificada de las Filipinas despues de Manila. La parte independiente comprende casi toda la isla; esta dividida en muchos estados de los cuales el mas poderoso es el reino de Mindanao, que abraza toda la costa sud y sud-oeste, y la mayor y mejor parte de la isla; dícese que el pequeño grupo de Mengis en el archipiélago de las Molucas, depende tambien de él. Selangan, ciudad de cerca 10,000 almas, es actualmente residencia del sultan. Los habitantes de este reino, así como los de la confederacion de los Ilanos, son corsarios muy emprendedores pero poco temibles. El archipiélago de Solou está formado por un gran número de islas, y subdividido en los tres grupos de Holo, de Taouitaoui y de Basilan que toma cada uno el nombre de su isla principal. Su conjunto forma lo que se denomina el reino de Holo ó de Solou, cuyo sultan se supone que reina tambien sobre el grupo de Cagayan, sobre algunos puntos de la extremidad septentrional de la isla de Borneo, y sobre una gran parte de la isla Paragoa. Se puede considerar este estado como el Argel de la Oceanía, pues todos sus habitantes se dedican á la piratería. Bewan, en el grupo y sobre la isla de Holo, es la residencia del sultan; es una ciudad de 6000 almas la mas comerciante de todo el archipiélago. La isla Paragoa, (Palouan, Palawan), es una de las mayores del archipiélago, pero tambien de las ménos conocidas. Todo el interior está ocupado por pueblos independientes; una gran parte de las costas parece estar sometida al sultan de Holo: los españoles solo poseen en ella un pequeño distrito en la costa en donde se encuentra el lugar Taytay. Las Filipinas fueron sometidas mas bien por medio de la dulzura y suavidad de la religion que por la fuerza de las armas: forman por decirlo así un grande oasis católico en medio de numerosas naciones budistas, mahometanas y paganas, que con algunos creyentes de las iglesias protestantes las rodean por todas partes. La naturaleza parece haber mirado con predileccion muy particular esta parte del mundo marítimo. Sus montañas, que hemos visto ya ofrecer algunos picos volcánicos muy notables, encierran en abundancia el mas precioso de todos los metales, y el mas útil, el oro y el hierro; y su suelo ofrece las producciones mas ricas y variadas: el algodon por su blancura y finura es preferido á todos los del Antiguo Continente; el azúcar dícese que da al cultivador un 90 por 100 de beneficio, y el arroz mas de 100; el café y el cacao rivalizan con los productos de Moka y de Guayaquil. La canela crece allí en estado salvage; el phornium tenax con mucha abundancia, y el tabaco es de excelente calidad y se recoge en cantidades considerables mientras que el añil es superior al de Java, al de la China y de Bengala. Nadie duda que este archipiélago colocado entre la China, Borneo y las Molucas, con puertos magníficos y seguros, habitado por una poblacion numerosa, y de una capacidad industrial notable, llegará á ser algun dia uno de los centros principales de las frecuentes relaciones que van á establecerse a través del Grande Océano entre el Antiguo y Nuevo Continente, por poco que se dedique á aprovechar esas ventajas naturales una administracion inteligente. En 1848 los españoles han hecho sufrir á los piratas de la isla de Balanguingui del archipiélago de Soulou, Holó ó Joló una terrible derrota que ha hecho renacer la confianza en las demas islas españolas de que era el terror los naturales de aquella, por sus piraterías.

Australia ó Continente-Austral. La Australia propiamente dicha, y mas comunmente conocida con el nombre de Nueva-Holanda, es, como la hemos dicho ya, demasiado grande para ser colocada entre las islas, por lo que se designa como un continente llamado Continente Austral. Solo se conocen en la actualidad sus costas y una parte de su interior. Los ingleses son los únicos europeos que tienen allí establecimientos, y que han fundado colonias en las cuatro costas; las de la oriental, están bastante próximas y se extienden suficientemente hácia el interior para formar la vasta region que ellos llaman Nueva Gales-Meridional, y que con mayor exactitud podria denominarse Australia Oriental; en oposicion á los establecimientos de las costas del Sur y del oeste, que componen lo que ellos llaman con razon Australia meridional y Australia-Occidental. Hay además sobre la costa del norte un débil establecimiento núcleo sin duda de la Australia Septentrional. Nada tenemos que decir en punto á los artículos Etnografía, Religion, Gobierno etc., sobre las insignificantes tribus salvages y embrutecidas que vagan por las vastas soledades del interior del Continente Austral; pero daremos á conocer las principales denominaciones dadas á sus costas por los navegantes que las descubrieron; y son: Nueva Holanda y Tierra de Tasman el Noroeste; Tierra de Arnheim entre la precedente y el gran golfo de Carpentaria; Nueva-Gales del Sur á toda la costa oriental; Tierra de

Digitized by Google

Grant, Tierra de Baudin y Tierra de Flinders, á la parte sud-este de la meridional; Tierra de Voche al resto de ésta; Tierra de Leeuwin, de Wlaming, de Edel, de Eudracht, y de Witt, á la occidental. Atendidas las actuales divisiones administrativas del Continente Austral, la proximidad á que se halla de ella la Diemenia, y á la corta extension de ésta, nos proponemos dividir la Australia propiamente dicha en Continente Austral y dependencias Geográficas. El Continente Austral presenta hoy dia cuatro divisiones administrativas. Estas divisiones son: La Australia Oriental ó la Nueva Gales del Sud, que ocupa la costa oriental, extendiendose desde el cabo York en el estrecho de Torres hasta el de Wilson en el de Bass. La parte que rodea inmediatamente á Sidney y está dividida en 20 condados. Todo el resto de aquella region desde 1839 está repartido en 9 distritos, de los cuales los dos mas importantes son el Port-Macquarie y Port-Phillip. He aquí sus ciudades mas importantes; Sidney, situada sobre el puerto Jackson, uno de los mas bellos del mundo, es la capital del condado de Cumberland, la residencia del gobernador general, del obispo anglicano y del vicario apostólico; aunque fundada en 1784 es la ciudad mas antigua del Continente Austral: y la mas industriosa, mas comerciante y mas poblada de toda la Oceania Central y Oriental: cuenta ya 26.000 almas: citaremos en seguida el Australian collége, establecimiento el mas importante de este género de toda la Australia por su numerosa marina mercante de vela y vapor, y sus hermosos astilleros. En sus cercanías se encuentra Paramatta, ciudad de cerca 3,000 habitantes, especialmente notable por su célebre observario. New-Castle, cerca del desembocadero del Hunter, en el condado de Northumberland, ciudad muy pequeña pero muy importante por la rica mina de ulla que se explota en la misma. Bathurst con 3.000 habitantes sobre el Macquarie, es cabeza del condado de su mismo nombre y la primera ciudad fundada en el interior al oeste de las montañas Azules. En el distrito del Norte ó de Port-Macquarie, nombraremos á Port-Macquarie, pequeña ciudad muy floreciente por su comercio, y la cabeza del distrito mas importante de la Nueva-Gales al norte de Sidney. En el distrito de Port-Phillip fijaremos la atencion sobre Melbourne, cabeza el mismo, con un magnífico puerto, rival de Sidney por su industria y comercio; esta ciudad va adquiriendo cada dia mayor importancia, y cuenta ya mas de 6,000 habitantes. La Australia meridional se extiende á lo largo de la costa meridional, entre los meridianos 134.° y 143° de longitud este de Paris. Adelaide-town en la costa oriental del golfo San Vicente es su capital; su situacion desfavorable le ha robado ya una parte de sus habitantes que prefieren á Port-Lincoln, situada en la costa sud-oeste del golfo Spencer: los rápidos progresos de esta última la convertirán dentro de poco en la primera ciudad de esta nueva colonia: su puerto es muy bueno. La Australia occidental abraza, además de la Tierra de Leuvin, la extremidad occidental de la de Noches; esta ya dividida en 14 condados apesar de su escasa poblacion, que en 1839 no subia aun mas que á 2154 almas. Port en el condado de este nombre, sobre el rio de los Cisnes (Swan-River), es su capital; la otra ciudad mas notable es Albany á orillas del King-George's-Sound. La Australia septentrional. La necesidad de tener un punto de escala para los navios que pasan por el estrecho de Torres, y el deseo de sacar partido de las relaciones comerciales con las poblaciones malayas dedicadas á la pesca sobre la costa septentrional de la Australia han impelido al gobierno inglés á formar la Nueva colonia de Victoria, sobre el magnifico Puerto-Essington. El misionero catalan, P. Serra, ha merecido ser llamado el Apóstol de estas comarcas, adquiriendo entre los salvages un prestigio admirable. El papa nombró obispo de Puerto-Victoria á aquel digno sacerdote.—Dependencia: entre ellas debemos citar el grupo siguiente: Grupo de la Diemenia. Le designan así para honrar la memoria de uno de los mayores promotores de los descubrimientos de los holandeses: comprende la grande isla conocida bajo el nombre de Tierra de Van-Diemen, y algunas otras mas pequeñas, vecinas á ella. Distinguiremos pues; La Diemenia (Tierra de Van-Diemen, denominada tambien Tasmania por algunos): forma un gobierno independiente del de Sidney. Ultimamente la parte media en la direccion de norte á sur, y la parte oriental, estaban divididas en 11 condados, cuyas ciudades mas notables son: Hobartown, ciudad mercantil que sigue en aumento progresivo; cuenta 10,000 habitantes comprendido el radio, es la residencia del gobernador y del obispo anglicano. Lanceston, que se considera como la segunda ciudad, y Georgetown, que es mas importante bajo el punto de vista comercial. Designaremos aun el Port-Macquarie á causa de la proximidad del islote de Sarah, do se ha establecido la segunda colonia penal de la Diemenia; y de la rica mina de ulla explotada en sus cercanías. Entre las Dependencias de la Diemenia, nombraremos, además del islote de Sarak ya mencionado, el de Marea, en el que existe una colonia penal, y el Grupo de Fourneaux. Á la grande isla de este nombre (Flinders de los Ingleses), se han transportado todos los indígenas de la Diemenia que quedaron despues de la guerra á muerte que hicieron los colonos á esos salvages tan feos como embrutecidos. El continente Austral, cuya mayor parte del interior nos es aun desconocida, apesar de numerosas exploraciones, es el ménos favorecido de todos bajo el aspecto de las producciones naturales. Es especialmente notable por lo raro y extraño de las formas de muchos de sus vejetales y animales; y por decirlo asi un mundo al revés, cuando se le compara al Nuevo y Antiguo. El botánico encuentra en él cerebas, que crecen con el cuesco al exterior; peras que tienen el pedúnculo en la parte mas gorda del fruto, mientras que el zoologo encuentra esos animales con fundamentos llamados paradógicos entre los cuales clasifica el ornithorincus con el cuerpo, cubierto de pelos, el pico de ánade, los piés armados de espolones, venenoso y oviparo, el cual se puede colocar con tanta razon entre los cuadrúpedos, como entre las aves y reptiles. El europeo, que por do quier en el globo ha señalado su permanencia por las modificaciones que ha hecho sufrir á la naturaleza, ha introducido ya en la Australia y la Diemenia los vegetales y animales que le acompañan á los nuevos paises do se establece. Ricas mieses recompensan ya la actividad de los agricultores Australianos, y numerosos rebaños proveen á la Inglaterra de una inmensa cantidad de lana excelente, que amenaza cerrar esta salida á las españolas, alemanas y húngaras. Capas de hornaguera y fierro de muy buena calidad comienzan á ser explotadas, y prometen contribuir poderosamente á la prosperidad de estos establecimientos, cuya primitiva formacion ha sido ejecutada bajo un plan y un fin desconocidos aun en las mas de las naciones. Hemos visto ya el grande vuelo que ha tomado la navegacion por vapor; empero las enormes sumas que han costado esas colonias penales no han dado todos los resultados que se esperaban. La prosperidad maravillosa de la Australia y la Diemenia, débese solo y especialmente al trabajo de los hombres libres, y en particular á los capitales que se han consagrado estos últimos años. Ha sido preciso retirar á los condenados mas culpables á las estaciones aisladas, tales como Norfolk, Sarah y otras, á fin de evitar su contacto con la nueva poblacion que afluye allí hace algunos años de todos los puntos del Reino-Unido. En resúmen puede decirse que apesar de las frecuentes sequias que desolan el Continente Austral, de la escasez de rios, casi todos de un débil curso y de los cuales solo unos cuantos son navegables, de la naturaleza pantanosa de una gran parte del interior, y de la horrorosa esterilidad de inmensos territorios á lo largo del litoral occidental y meridional, la perseverancia inglesa ha logrado fundar allí en ménos de medio siglo, colonias actualmente ya en estado muy floreciente, y á las que parece les está asegurado un brillante porvenir. Seran sin duda ellas el núcleo de una nueva Inglaterra sentada en medio del Mundo Marítimo, entre la Malesia, tan importante por sus ricas produccio-

Digitized by Google

nes y por su condensada poblacion, y la Tasmania, que por su magnitud, sus magnificos puertos y su feliz posicion como punto comercial y estratégico, parece estar destinada á dominar la Polinesia.

Grupo de la Papuasia. Este grupo comprende la vasta tierra conocida hace mucho tiempo bajo el impropio nombre de Nueva Guinea, al que otros han sustituido el de Papuasia, derivado del nombre de la parte mas importante de sus habitantes, los Papuas, y distinguimos en él: la Papuasia ó tierra de los Papuas. El precioso mapa de M. Derfelden separa por un estrecho toda la parte noroeste, mientras que las recientes exploraciones del almirante Urville y los excelentes planos que de ella ha formado M. Vimfendon Dumoulin, añaden á su extremidad sudeste grandes tierras, que hasta ahora se habia creido estar separadas y formar parte del archipiélago de la Luisiada. Resulta de ello, que sin tomar en cuenta la grande isla Kasamoen y la de Walsh, ménos estensa, y que las recientes exploraciones de los hidrógrofos holandeses han separado de la grande Tierra, la Papuasia está actualmente formada de dos islas principales Papuasia Oriental ó Papuasia propiamente dicha, y Papuasia occidental. Es ésta la mas pequeña y lo es notablemente; y está habitada por muchos pueblos de Negros y Haraforas; las costas lo están por tribus de raza malaya. Esta isla está dividida en un gran número de pequeños territorios gobernados por gefes independientes, á excepcion de la pequeña parte que está sometida al sultan de Tidor, en el archipiélago de las Molucas que hemos visto ser vasallo de los holandeses. Sus localidades mas notables son: los Puertos Dory y de la Aguada, la Bahia de Geelwink, que con el estrecho separa de la Papuasia Oriental; el golfo de Mac-Cluer, y la Bahia de Triton. En esta última á la latitud austral de 3.° y 41' es en donde los holandeses fundaron en 1828 el fuerte de Bus, tomando posesion de toda la parte de isla hasta el cabo de Buena Esperanza: este establecimiento fué abandonado algunos años despues y cubren ya sus ruinas árboles de 20 á 25 piés de alto. La Papuasia oriental es una de las mayores islas del mundo y aun á nuestro parecer la mas larga. Podria llamársela Papuasia propiamente dicha en atencion á que sus habitantes son Papuas sin mezcla de otra raza alguna. Están mas avanzados en la carrera de la civilizacion, dice Dumoulin, y son mas activos é ingeniosos que los de la grande Tierra Occidental, especialmente en la construccion de sus piraguas. Sus vastas llanuras son de notable fertilidad, y ofrecen selvas inmensas de cocoteros. Sus parages mas dignos de ser mencionados, además de la Bahia de Geelwink, son: la Bahia de Humbold, los golfos del Astrolabio y Huon y la callejuela de la Crangerie que los mapas, anteriores á la exploracion del polo sur por Urville, colocaban en la Luisiada. Dependencias de la Papuasia occidental son: La isla Guebe situada casi bajo del Ecuador: es pequeña pero muy fértil y poblada. El Grupo de las Papuas, cuyas islas principales son: Waigiou y Salavatty. Este grupo está muy poblado y depende del Sultan de Tidor en el archipiélago de las Molucas. El archipiélago de las Molucas. El archipiélago Nassau Orange que, segun el baron de Defelden, se compone de la Grande isla Kasamœn (Van den Bosh); de la Poulo-Adie (Wessel) mucho mas pequeña, y de otras de menor estension aun. Las Dependencias de la Papuasia Oriental abrazan: el archipiélago de Dampier, tan notable por sus volcanes, el de Schouten compuesto de islas muy pequeñas y el de la Luisiada, cuyas islas principales son, Rosse, Saint-Mignan, Sudate y Trobriand. Sus habitantes son antropófagos que sobresalen, como los de la gran tierra en la construccion de piraguas. Sus montañas cual las de la Papuasia, están habitadas por otra raza.

Archipiélago de la Nueva Bretaña. Este archipiélago está situado al este de la Papuasia (Nueva Guinea). Es una de las partes mejor pobladas de la Australia, sin estarlo no obstante mucho. Sus habitantes pertenecen á la raza de los Papuas: los de Nueva Irlanda son los mas civilizados. Sus islas principales son: Nueva Bretaña, la mayor de todo el archipiélago; en ella se halla Port-Nontaigu. Nueva Irlanda, la segunda en estension; es notable por la civilizacion de sus numerosos habitantes, su religion, sus escesivos celos y la limpieza de sus aldeas. En ella se encuentra el puerto Praslin. Nuevo Hannover es notable tambien por la cultura de sus habitantes. En el grupo del Almirantazgo, la isla del mismo nombre es bastante grande.

Archipiélago de Salomon. Corresponde en parte á las Tierras de los Arsacides de Surville y á la Nueva Georgia de Sahortland. Estas islas, que permanecian casi del todo desconidas, y que estaban tan mal situadas en los mapas ántes de la última exploracion de Dumont-d'Urville, en general están bastante bien pobladas, y la gran masa de sus moradores pertenece á la variedad de los Negros Oceánicos. M. Dumoulin dice que estos antropófagos, muy diferentes de los otros Negros de la Oceania que escogen las riberas del mar para fijar sus penates, habitan el interior de las tierras y generalmente las cumbres de las montañas; en las costas no tienen mas habitaciones que las que abrigan sus piraguas. Estas son notables por su ligereza, la elegancia de su forma, y están en general desprovistas de Balancin. Sus islas principales son, Bouka (Anson ó Win-helsca) notable por su gran poblacion; Bougainville, una de las mayores de este archipiélago; posee el Pico Balbi, punto culminante de todas estas islas. Santa Isabela do se hallan Puerto Praslin y Bahia de las Mil-Naves; sus montañas son muy elevadas y es la mayor de todo el archipiélago. Choiseul, Malaita, Guadalcanar, y san Cristobal figuran tambien entre las mayores.

Archipiélago de la Perouse. Este grupo, que corresponde á las islas de la reina Carlota, de Carteret, y de Santa Cruz, que tampoco goza mas que de mediana extension, está situada al sudeste del archipiélago de Salomon. La gran masa de sus habitantes pertenece á la raza de los negros oceánicos. Podria considerarse á los de Santa Cruz como á los mas civilizados entre todos los comprendidos en esta variedad. Las islas mas importantes son: Andany ó Nitendi (Santa cruz de los españoles, Egmonts-islands de los ingleses). Sobrepuja en mucho á las demas en estension. Tinnacoro (Tinnacoraw; Volcan) muy pequeña pero muy notable por la regularidad de las frecuentes erupciones de su volcan. El Grupo de Vanikoro, compuesto de tres islotes y asi llamado del de Vanikoro que es el mayor. El de Tewai, que es muy pequeño, es notable porque sobre sus peligrosas costas es en donde perecieron las dos naves de la Perousse. El capitan Urville elevó un modesto monumento á aquel desgraciado marino, en cuyo honor se ha bautizado con su nombre este archipiélago.

Archipiélago de Quiros. Este es el archipiélago que el célebre navegante Quiros descubrió y denominó Espíritu Santo, y que mas tarde recibió los nombres de grandes Cicladas por Bougainville y de nuevas Hébridas por Cook, que completaron su exploracion. Estas islas están habitadas por negros oceánicos, algunas de cuyas tribus son incontestablemente antropófagas. Estos pueblos feroces viven en un estado de guerra perpetua. He aquí sus islas principales: Espiritu Santo, es la mayor de todas; Quiros trató de fundar en ella una colonia con el nombre de Nueva Jerusalen. Mallicollo, es la mayor despues de la precedente. Sus habitantes, así como los de algunos parages de la Nueva Gales del Sur, pueden ser considerados como los mas feos de todos los negros oceánicos conocidos. Sandwich y Erromango son notables por su estension; esta última está habitada por antropófagos feroces que están siempre en guerra, no solo entre sí, mas tambien con los moradores de las otras islas. Abundan en ella las selvas de Sandalo, lo que atrajo hace algunos años á los ingleses y anglo-americanos á formar establecimientos temporales para la tala de la madera. Tanna y Ambrym, notables por su estension y sus volcanes. Las dependencias de este archipiélago son: la pequeña isla Ticopia notable por el caracter pacífico de sus habitantes, que pertenecen á la raza malaya, y el Grupo de las

islas Bancks, notable por la estension de la principal.

Grupo de la Nueva Caledonia. Este grupo comprende la grande isla denominada Nueva Caledonia, y muchos islotes que la rodean. Está situado al sudoeste del archipiélago de Quiros, y habitado por negros oceánicos, entre los cuales hay algunas tribus antropófagas. La Nueva Caledonia escede en mucho en estension á todas las tierras de este grupo. Encuéntrase en ella el Havre de Balade en donde permaneció Cook, y el fuerte San Vicente próximo á un volcan. Las dependencias mas notables de este grupo son la isla de los Pinos en donde se encuentran cipreses pirámidales de mas de cien piés de alto, y el pequeño islote Mathiew con un volcan.

Grupo de Norfolk. Este grupo muy pequeño, está situado entre la Nueva Caledonia y la Tasmania ó Nueva Zelandia. Se compone de tres islotes llamados Norfolk, Nepeau y Phillip. En el primero está la colonia penal inmediatamente dependiente del gobernador de Sydney; la última es notable por su prodigiosa fertilidad, su magnífica vegetacion y la benignidad de su clima.

Grupo de la Tasmania. Comprendemos bajo esta denominacion no solo las dos grandes islas que forman lo que los marinos llaman Nueva Zelandia, sino tambien otras infinitas mucho mas pequeñas, vecinas á ellas, y otras que están situadas á distancias mucho mas considerables, y que podemos considerar como dependencias de las dos grandes tierras. Estas islas están habitadas por tribus de raza malaya que, apesar de su estado social superior al de muchos otros oceánicos, son incontestablemente antropófagas. He aquí las islas principales que forman este grupo. La Tasmania, compuesta de las islas siguientes: Ica-Na-Mauwi (Eaheino mauwe) ó Tasmania del norte. Es mucho mas poblada que la isla Meridional, y está dividida en una infinidad de pequeñas tribus independientes, siempre en guerra unas con otras. La bahia de las Islas, la laguna de Kaipara, los Puertos Wangaroa, Manou-Kao, Tarranarki y Mercuri. La ensenada Waikato, el rio Shoounkianga y Shouraki, son sus parages mas notables. Desde las pacíficas conquistas de los misioneros, la fundacion de las colonias agrícolas y comerciales de la Compañía territorial de la Nueva Zelandia, y la toma de posesion del grupo por el gobierno inglés, la Tasmania del norte ha hecho grandes progresos en la civilizacion, apesar de los debates que se han suscitado entre el gobernador y la compañía. Auckland, sobre el pueblo Waitemates, en el fondo del golfo Souraki, es la capital y residencia de un obispo anglicano y del gobernador enteramente independiente del de Sydney en la Australia. Kororareka, villa transformada ya en una de las plazas mas importantes de la Australia, es la residencia de los misioneros católicos y del vicario apostólico. Débense tambien citar los establecimientos de los misioneros Wesleyanos, á lo largo del hermoso lago de Hoki-Miga, y los establecimientos de los misioneros anglicanos en la bahia de las islas. En los alrededores de esta última es donde se encuentra una parte de los vastos territorios comprados en 1820 por el baron de Thierry, sobre los cuales se proponia fundar una colonia; este es el pretendido reino de Rhoahera, que algunos periódicos estendian á casi toda la Tasmania del norte, y del que hubiera sido soberano aquel francés. En la parte meridional de esta grande isla, y propiamente sobre el estrecho de Cook, acaba de fundar la compañía á Port-Wellington que quisiera ella convertir en cabeza de estas nuevas colonias; á mediados de 1842 esta ciudad contaba ya 5,500 habitantes comprendidos los del radio; su cómodo y seguro puerto, la fertilidad de su territorio y su situacion á la entrada oriental del estrecho, que es uno de los puntos mas importantes del mundo marítimo, la prometen un porvenir brillante. Nelson contaba en la propia época 2,500. Tavai Pounamou, ó Tasmania del Sur, es la mayor, pero la ménos poblada. El grande estrecho de Cook la separa de la poecedente. Las tribus que viven junto al cabo Sur difieren mucho de las otras. La entrada de la reina Carlota, la Bahia Tasman, la ensenada Milford, las bahias Dusky, Chalky y Preservacion, el puerto Macquarie y la peninsula de Akaroa (Banks) son las localidades mas notables. En esta última se encuentra el hermoso puerto de Akaroa, en donde los franceses han fundado un establecimiento; cuenta ya algunos centenares de colonos; es el apostadero de los buques de guerra que la Francia tiene en esos mares lejanos para proteger sus colonos. Stewart hasta estos últimos años se habia tomado por una provincia de Tavai-Pounamou, de la que sin embargo está separada por el estrecho de Foveaux. Encuéntranse en ella los puertos Mason, Facil, Williams y Pegasus; este último es muy hermoso. Las dependencias de la Tasmania carecen todas ellas de habitantes permanentes, escepto el grupo de Brougthon. Nombraremos: el Grupo de Brougthon, compuesto de la isla Chatam, que de mucho es la mayor, y de la de Pitt. Las demas no son mas que islotes. Este grupo acaba de adquirir una grande importancia, por el proyecto de colonizacion formado por una compañía alemana, pero que los ingleses han desechado. El Grupo de Lord Auckland, cuya isla del mismo nombre es notablemente la mayor; sus buenos surgideros, su vegetacion, y la benignidad de su clima le dan mucha importancia. El Grupo de Macquarie, notable porque por mucho tiempo ha sido considerado como la tierra mas austral conocida de toda la Oceania; es muy importante por el gran número de focas que en ella se encuentran, así como en los parages de las otras islas de esta division de la Australia. La bondad del clima, la aptitud del suelo para la produccion muy abundante de cereales, que faltan tan amenudo en la Australia, las numerosas y magníficas selvas de escelente madera de construccion; el precioso formium tenax cuyos filamentos solo ceden en fortaleza á los de la seda, los numerosos y seguros puertos de los que la sola Tasmania del Norte posee mas quizá que toda la parte esplorada del Continente Austral: unos moradores ávidos de la civilizacion material de la Europa, y que muestran una grande aptitud para la navegacion, una posicion central en la region hoy dia mas abundante en ballenas, y que es por decirlo así la estacion forzosa entre Sydney y Valparaiso: he aquí seguramente condiciones con que poder formar en poco tiempo una de las mas florecientes colonias del mundo, cuya importancia mercantil rivalizaria con la política y estratégica.

La Polinesia, como indican las dos voces griegas que forman esta denominacion, se compone de un gran número de islas generalmente dispuestas en eslabones ó grupos mas ó ménos grandes, pero todas en extremo pequeñas en comparacion de las vastas tierras que pertenecen á las dos otras partes de la Oceania. La isla de Hawaii en el archipiélago de este nombre (Sandwich) que es la mas grande tierra conocida de la Polinesia, no tiene mas que 3,442 millas cuadradas. De todas las grandes divisiones del globo la Oceania Oriental es la que ofrece la mas pequeña superficie de territorio apesar del espacio enorme sobre que están diseminadas estas islas. He aquí los diez y siete archipiélagos y grupos principales de esta vasta seccion de la Oceania; esta clasificacion es el resultado de prolongadas indagaciones.

Archipiélago Mounin-Volcánico. Podemos reunir bajo esta denominacion, que recuerda el nombre de las únicas islas habitadas y la naturaleza del mayor número de las demas, muchas islas que solo se conocen inperfectamente cuya mayor parte corresponde al archipiélago de Magallanes de algunos mapas recientes. Las han reunido en grupos, aun cuando muchas estén separadas unas de otras por vastos espacios de mar. Los nombres de esos grupos y los de las islas que los forman son: Grupo de Mounin-Sima. Está formado por ochenta y nueve islas, de las cuales diez y nueve no son mas que escollos habitados por una colonia de japoneses, que hasta fines del último siglo se conservaban aun independientes del Japon. Grupo Volcánico, así llamado á causa de los cráteres que arden en muchas de sus islas. El Grupo de Peel últimamente descubierto por el capitan Beechey forma parte de él. En la isla de Peel, que es la mayor, acaban los ingleses de formar una pequeña colonia en Port-Loyd.

Digitized by Google

Los Grupos Oriental y Occidental no ofrecen nada notable.

Archipiélago de las Marianas. Este es el archipiélago de los ladrones de Magallanes, estiéndose de norte á sur, al mediodia del archipiélago Mounin-Volcánico, y propiamente del grupo oriental de este último. Pertenece á la monarquía española, y no tiene habitantes mas que en las cinco islas mas meridionales. Sus islas mas principales son, yendo de sur á norte: Guam (Gouam, Guama ó San Juan) es la mayor del archipiélago. Encuéntrase en ella Agaña (San Ignacio de) capital de la isla y residencia del gobernador de este archipiélago, que depende del capitan general de Filipinas, háceso ascender á casi 3.000 almas su poblacion. Guam estaba en otro tiempo muy poblada por una raza que habia adquirido cierta civilizacion. Nombraremos en seguida las islas Rotta (Zarpan, Santa Ana), la mas poblada despues de Guam, aun cuando sus habitantes sean muy poco numerosos. Tiniam (Buenavista), notable por los monumentos elevados por sus antiguos moradores. Pacan (Pagon) y Asuncion (Song-Song) notables por sus volcanes.

Archipiélago de Palaos. Este archipiélago, conocido tambien bajo los nombres de Pelew, Peli, Panlog ó Pannong está formado por muchas islas pequeñas situadas al oeste del archipiélago de las Carolinas. Está dividido entre muchos gefes que están en guerra abierta. La bondad de estos insulares ha sido extraordinariamente exagerada por Wilson. Hoy dia, dice un ilustre marino, Lucke, roban y se apoderan de los buques como los habitantes de la Nueva Zelanda y de las islas Marquesas, y solo se diferencian de ellos en cuanto no comen á sus prisioneros. Sus islas principales son: El Archipiélago de Palaos, que comprende la isla Babelthouap, Corror que sigue á esta en estension, y Erikithou, asiento de uno de los principales gefes que en 1783 regaló á los ingleses la isla Oroulong, de que estos últimos no tomaron posesion. Las dependencias comprenden las islas Sanserol, Anna, Marieres, y algunas otras que se extienden al sudoeste.

Archipiélago de las Carolinas. Este es uno de los mayores de la Polinesia: algunos geógrafos lo denominan Nuevas Filipinas. Sus islas diseminadas sobre una vasta estension del mar, forman una larga cadena entre el archipiélago de Palaos y el grande archipiélago Central. El capitan Lucke que tantas luces ha difundido sobre este archipiélago, muchos de cuyos grupos han sido teatro tambien de las sabias esploraciones de marinos no ménos ilustres tales como Freycinet, Duperrey y Urville, lo divide en cuarenta y seis grupos, compuestos de muchos centenares de islas é islotes. Los pueblos que las habitan difieren mucho de los otros Polinesios, por sus usos y costumbres, aunque no tanto como se ha supuesto. Los carolinos de los grupos Lougounor y Oulouty sobrepujan á los demas polinesios en la ciencia de la navegacion, en la construccion de sus piraguas y en el conocimiento de los astros; están regidos por diferentes gefes cuyos territorios forman otros tantos pequeños estados diferentes. Vamos á designar sus islas mas principales, haciendo observar de paso que la superficie de cada una de las islas altas, escede considerablemente á la de todas las bajas reunidas. Las Islas Altas son: Eap, una de las mayores, pero poco conocida aun. Segun las últimas esploraciones hechas con el astrolabio está dividida en dos por un canal muy estrecho. Sus habitantes se distinguen por sus progresos en la agricultura. El Grupo de Roug (Hogaleu, Torres) está compuesto de unos sesenta islotes que rodean la tierra grande; sus habitantes gozan la fama, merecida segun dicen, de antropófagos. El grupo de Seniavina está formado por la grande isla Pounipete y quince islotes mas: sus habitantes son negros y muy feroces. El Grupo de Oualan, formado por la isla del mismo nombre, y el islote Lella, cuyos habitantes se distinguen por su cultura y su benignidad. Las Islas Bajas. Entre el gran número de las islas que encierra esta clase nombraremos unicamente el Grupo de Oulouthy, que es uno de los mas poblados, y en que figuran las islas Mognog y Falalep. El Grupo de Ouleai es el mas poblado de todo el archipiélago, y sus habitantes los mas cultos: la isla Culeai es la mayor, su Tamon ó gefe es tambien el mas poderoso de las islas Bajas. El grupo de Lougounor, es uno de los mas poblados. El Grupo Namouinto, uno de los mas poblados tambien, es especialmente digno de observacion por su forma, que, dice Lucke, es como el principio, la base, de un numeroso grupo de islas, ó aun de una sola grande isla Oriental: efectivamente el aspecto de las islas de coral en su origen, y merece atencion del geólogo, que sorprende por decirlo así á la naturaleza en la formacion de sus pequeñas tierras.

Archipiélago Central. Podemos reunir bajo esta denominacion, tan adecuada por la posicion que ocupan las islas de que se compone, una multitud de tierras pequeñas y bajas, que no han recibido aun nombre general, apesar de la corta distancia que media entre los grupos y archipiélagos, que los marinos distinguen ya por nombres particulares. Este vasto archipiélago, que corresponde al archipiélago de Mulgrave, á los de Marshall y de Gilbert de algunos modernos, ocupa realmente casi el centro de la Polinesia. Débese observar que con cortas escepciones, el archipiélago central se compone de atolontes como el Pomotú. He aquí sus principales subdivisiones: Archipielago de Ralik-Radak, así denominado en razon de las dos cadenas principales de que está formado. En el de Ralik, nombraremos el grupo de Odia (Elmore), que es el principal y en que reside uno de los dos gefes que mandan en esta cadena. En el de Radak (archipiélago de Marshall) haremos mencion del grupo de Aour el mas importaute de la cadena, como residencia de su rey ó Tamon: y el de Mille, sometido á otro gefe independiente: corresponde á las islas Murgraves de muchos mapas modernos. Archipiélago de Gilbert, al sur de la cadena de Radak, se divide en tres grupos de los que solo citaremos el de Searburugh, que comprende el islote Matheus, notable por sus numerosos moradores; y el de Gilbert, que da nombre á todo el archipiélago. — Archipiélago de Krusestern podemos llamar muchas islas que nos veriamos embarazados para colocar en otras divisiones de la Polinesia; á ménos que no se las clasifique entre las Esporadas Meridionales, á causa de los grandes intervalos de mar que las separan; estas islas son; Grande-Cocal, San-Agustin, Nederlandia, Peister Ellice, independiente (Mitchel).

Archipiélago de Viti. Este archipiélago, tan importante bajo muchos aspectos, está al sur del precedente, y es el mas occidental de los de la Polinesia Austral. Corresponde á las Islas del Principe Guillermo, de Abel Tasman y á las Fidji. Sus numerosos habitantes, sin ser del todo Negros, lo parecen bastante. Aunque algo civilizados, esos crueles y belicosos insulares son sin disputa alguna antropófagos. La parte de este archipiélago, que durante algun tiempo estuvo sometida á Finow I rey de las islas de Tonga, recobró su independencia despues de la muerte de éste. Todo el archipiélago está bajo el mando de muchos gefes independientes unos de otros, á menudo en hostilidad. Las principales islas de que se compone son; Viti Lebu, la mas importante de todo el archipiélago; despues de la isla de Havaii es la mayor tierra conocida de la Polinesia. Vanua Lebu (Pan, Pan) considerada en otro tiempo como la mayor isla de todo el archipiélago, y la segunda de toda la Polinesia, hace algunos años que los Anglo-Americanos la frecuentan para comprar palo de sándalo que van en seguida á vender á la China. Tabe-Uni (Lambert), parece estar poco poblada, pero es notable por su estension y una alta montaña. Kandabon (Nawihi-Lewu, Amboa ó Bawo) es notable por su grandor, por su elevado pico y por el genio belicoso de sus moradores. Laquemba, cuyos habitantes se distinguen por su bravura, y parecen proceder de la union de la razas de Tonga y Viti, es la residencia del gefe que gobierna todas las del este.

Archipiélago de Tonga. Este archipiélago, denominado Islas de los Amigos, se compone de tres islas principales, Tonga, Varao y Eoua, y de gran número de islotes. Es una de las partes ménos conocidas de la Oceanía, y formaba

Digitized by Google

en otro tiempo el reino de Finow I, de quien dependia tambien, como se ha dicho, una parte del archipiélago de Viti. En la actualidad está dividido entre muchos gefes independientes. Sus habitantes son apacibles en apariencia, sin embargo siempre maquinan para apoderarse de los buques que los visitan, y algunas veces lo logran. Son muy mañosos en la fabricacion de sus armas y están bastante civilizados. Los misioneros Wesleyanos que desde 1822 á 1830, habian hecho inútiles esfuerzos para convertir á los habitantes de Tongatabu, habiéndose trasladado en estos últimos años al grupo de Havaii, han convertido, no solo á toda la poblacion, sino que han conseguido traer á la fé de Cristo á los habitantes de Vavao, mientras que otros misioneros hacen tambien numerosos prosélitos en la misma isla de Tongatabu. Todo el archipiélago puede dividirse en los tres grupos siguientes, de los que solo nombraremos sus islas principales: el grupo de Tonga formado por dos islas principales, y muchos islotes: Tonga (Tongatabu, isla sagrada, Amsterdam de Tasman) es la mayor y mas poblada de todo el archipiélago, y está gobernada por tres gefes de los que Taofa es el mas poderoso. Eoua (Eoa, Mildelburg de Tasman), bastante poblada y una de las mayores del archipiélago. Grupo de Hapai, cuyas islas mas notables son: Lefuga, residencia en otro tiempo de los reyes de Tonga; Namuca (Rotterdam); Tofua notable por su volcan. Grupo de Hafulu-Hu cuya principal isla es Vavao (Mayorga) la mayor del grupo.

Archipiélago de Oua-Horn. Podemos reunir bajo esta denominacion algunas islas separadas unas de otras por grandes intervalos de mar, pero que no pueden ser reunidas á los archipiélagos de Viti, de Tonga (islas de los Amigos), ni de Hamoa (islas de los Navegantes), entre los que están situadas. Estas islas son Oua, la mas oriental; Ononafu (Buena Esperanza); Fudunatu (Horn), bastante bien poblada y sometida á un gefe que goza de mucha autoridad sobre sus habitantes; y Wallis, cuyos moradores han abrazado la fé católica; sin embargo, no hace mucho conservaban el bárbaro uso de muchos pueblos de la Australia de cortarse el dedo meñique.

Archipiélago de Hamoa ó de Bougainville: una y otra de estas denominaciones puede reemplazar el nombre impropio de archipiélago de los navegantes que le dan hace mucho tiempo, pues que el epíteto de navegantes no puede ser una designacion característica en razon de que todos los polinesios son mas ó ménos hábiles en la construccion y manejo de sus piraguas; y aun hemos observado que muchas tribus de las Carolinas sobrepujan á las demas en el arte náutico. Así pues á estos últimos es á quienes en todo caso corresponderia esta calificacion. Este archipiélago hallado ó descubierto por Bougainville es denominado por los indígenas Hamoa (Samoa). Compónese de siete islas principales gobernadas por diferentes gefes. Estas islas ofrecen una numerosa poblacion, sus habitantes son de estatura elevada y se distinguen por su cultura. Segun las últimas exploraciones del Astrolabio, estas islas presentan buenos surgideros. Las mas notables son: Sevai, la mayor del archipiélago y una de las mas grandes de la Polinesia. Opulu (Oyalava; Utonah); la segunda en cuanto á extension. Kotzebue la considera la mas hermosa de la Polinesia, sin excluir la deliciosa isla de Tahiti. Tutuila (Mauna Tutuila), es casi tan grande como Olayava, pero habitada por una poblacion cuya malignidad se ha exagerado.

Grupo de Kermadec. Comprenden bajo esta denominacion tres pequeñas islas habitadas y algunos islotes desiertos, situadas al sur de Viti (Fidji) y á muy grande distancia para poder ser consideradas como dependencias de él. Parece que la mayor es Curtis. Raul tiene un volcan.

Archipiélago de Cook. Este archipiélago se compone de muchas islas, tres de las cuales han sido descubiertas recientemente. Casi todos sus habitantes se parecen á los del archipiélago de Tahiti, y un gran número de ellos ha abrazado ya el cristianismo. Sus islas mas dignas de consideracion son: Mangia (Manaca Maugen) que es la principal de todo el archipiélago. Atiu (Watiu ó Wateo), una de las mas importantes y mas pobladas. Su gefe manda en las islas de Mittiero y de Mauti. Se supone que estos habitantes, despues de haber abrazado el cristianismo, han vuelto á caer en la idolatría. Aitutate (Witutacke) es la mas septentrional. Rarotouga (Rarotoa) es la mas meridional y poblada de todo el archipiélago: su gefe, llamado Make, es cristiano, así como muchos de sus súbditos, tan civilizados como los Tahitianos.

Grupo de Tubuai: podemos comprender bajo esta denominacion cinco islas situadas al sur del archipiélago de la Sociedad ó de Tahiti; son muy altas y se encuentran á grandes distancias unas de otras. Sus habitantes se asemejan mucho á los Tahitianos. Las principales islas son: Tubuai, única que tiene un puerto. Rurutu (Ohiteroa), y Rimatara, cuyos habitantes han sido todos convertidos al cristianismo por misioneros Tahitianos.

Archipiélago de Tahiti. No adoptamos la subdivision hecha por algunos ingleses que dividen este grupo de islas en dos secciones, que denominan islas de la Sociedad é islas de Jorge. Este archipiélago es el mas conocido, el mas visitado por los europeos, y, exceptuadas las Marianas, el primero que proscribió la idolatría. Desde 1815, todos sus habitantes abrazaron el cristianismo que introdujeron entre ellos misioneros anglicanos. Están muy civilizados, especialmente los de Tahiti, Raiatea, Huahine y Eimeo, en donde hace muchos años que se establecieron escuelas y aun imprentas. Se ha publicado ya allí una traduccion de la Biblia y de muchas obras ascéticas y de instruccion elementar. Los misioneros habian fundado un colegio, donde sus hijos y algunos jóvenes del pais recibian una educacion esmerada; este establecimiento, conocido bajo el pomposo nombre de academia del mar del sur, está completamente abandonado. Sometido en otro tiempo este archipiélago casi en su totalidad á Pomaré II, está actualmente dividido entre muchos gefes que reconocen la soberanía de la reina de Tahiti: añadiremos que la agricultura y el comercio han hecho allí grandes progresos. Los navegantes de Tahiti poseen ya algunos buques construidos en los astilleros de Eimeo, que se ocupan alternativamente en la pesca de las perlas en el archipiélago de Pomotú, y en transportar los productos de su suelo á Voahu (Sandwich), á Chile, á la costa noroeste de la América y hasta á la China. Los ingleses y los anglo-americanos han establecido en ellas cónsules para proteger á sus marinos y á la multitud de europeos que se han fijado allí. Á peticion de la reina de Tahiti la Francia no ha mucho concedió su protectorado á las islas de la Sociedad que dentro de poco tiempo serán probablemente colonias francesas. Cerca de 300 buques abordan todos los años á este archipiélago, cuyas islas mas importantes son: Tahiti (O Tahiti; Taguitaria de Quiros, Nueva-Citerea de Bougainville). Es considerablemente la mas grande de todas, y una de las mas extensas de la Polinesia, cuya mas alta montaña (despues de los picos de la isla de Havii) posee. Pari (Paré), Papaoa (Papava) Matavae (Matavai), Pape-itis, Papara, Antipeha, son los parages mas notables, debiendo esta importancia á sus surgideros. Esta isla forma con las de Tethuroa (Tethoroa) y Eimeo, el reino de Tahiti, gobernado actualmente por la reina Pomaré, que con haberse puesto bajo el protectorado de la Francia ha dado lugar á diferencias suscitadas entre esta nacion y la Inglaterra. Tethuroa, célebre en todo el archipiélago por su salubridad que se ha hecho proverbial; es la Margate de los Tahitianos, que, dice Beechey, van á restablecer allí su salud quebrantada y á tomar baños. Por la relacion del viaje de ese sabio marino, parece que muchas islas del archipiélago de Pomotú, y entre otras el grupo de la Cadena son tributarias del rey de Tahiti. Eimeo, apesar de su pequeñez, es uno de los puntos mas importantes de la Polinesia por su fertilidad, sus paisages, sus dos cómodos puertos, su fábrica de colonados, su astillero, y el colegio que habian establecido allí los misioneros. Esta isla posee uno de los picos mas altos de la Polinesia. Huahine, la mas comerciante despues de Tahiti, y cuyo principal establecimiento es Fare, está

Digitized by Google

gobernada por Hautia, de quien depende tambien la isla de Tabuai-Manu. Baiatea es una de las principales, bastante poblada, y depende de otro gefe; sus habitantes están bastante civilizados, y tiene buenos puertos. Borabora, gobernada por dos gefes, es pequeña, pero de las mas hermosas del archipiélago, y posee el mejor puerto de todo él, conocido con el nombre de Vaitapé.

Archipiélago Pomotú ó de las Islas Bajas. Este vasto grupo de islas comprende no solo todas las de los tres archipielagos denominados por muchos marinos archipiélagos Peligroso, de la Mala-mar y Meridonal, pero tambien un gran número de otras islas últimamente descubiertas, y que han llenado los intérvalos que separan los archipiélagos mencionados; algunas de ellas presentan formas muy raras que les han valido los nombres de islas del Arco, de la Cadena, del Arpa etc. Muchas están enteramente desiertas, y las demas tienen una poblacion muy escasa. Los habitantes del mayor número de ellas, se parecen mucho á los del archipiélago de Tahiti (de la Sociedad) sin estar no obstante tan adelantados como ellos en la civilizacion, y sin tener la suavidad de su carácter. Muchos son antropófagos. He aquí los peñones y las islas mas notables de que se compone este archipiélago. El Peñon de las Moscas (Uliegen) es el mejor. El Grupo de Palisser es uno de los mayores; está subdividido en cuatro peñones de los cuales solo el tercero está habitado. El Grupo del Rey-Jorge, do se encuentran dos islotes: Tiukea, que es el mayor, y Ura el menor. En el primero se hace la pesca de las perlas. Los habitantes de esta isla, aun cuando han abrazado el cristianismo, son aun, segun varias relaciones, antropófagos. El peñon de la Cadena (Chain-Islands Annaa); el carácter emprendedor y merodeador de sus habitantes, puede, dice el capitan Beechey, hacer que sean considerados como los piratas de esta parte de la Oceanía. Se supone que son vasallos del reino de Tahiti, así como los de Tinkea, y de muchas otras islas de este archipiélago. El peñon del Arpa es notable por la pesca de las perlas que se hace en sus aguas: sus habitantes no hace mucho tiempo eran aun antropófagos.

Archipiélago de Mendana. Muchos reunen bajo esta denominacion, que recuerda el respetable nombre del primer descubridor, los dos grupos conocidos bajo los nombres de Marquesas y de Washington. Estas islas están situadas al norte del archipiélago de Pomotú. Sus habitantes se distinguen por la hermosura de sus formas y la blancura de su tez. Estos insulares tienen fama de ser malos navegantes, y son unos crueles antropófagos que hacen la guerra solo por tener enemigos á quien comer. Están sometidos á muchos gefes independientes unos de otros; la isla de Nukaivo está dividida entre seis. La Francia acaba de tomar posesion de este archipiélago. Ya se han formado dos establecimientos en la isla de Tauata. Parece que este archipiélago, cuya superficie está evaluada á 376 millas cuadradas por Dumoulin, y su poblacion á 20.000 almas, formará una division de las posesiones francesas en la Oceanía, cuya silla de gobierno se fijará en la isla de Tahiti. Teniendo en cuenta las diferentes épocas del descubrimiento de las islas de este archipiélago, se subdivide en los dos grupos siguientes. Grupo de las Marquesas. Comprende las islas descubiertas por Mendana: Fatuhiva (Magdalena), es la mas meridional del grupo y de todo el archipielago. Tahuata (Santa Cristina) es la mas frecuentada de los navegantes á causa de la hermosa bahia de Waitahu (Madre de Dios de Mendana). Los franceses han construido en ella un fuerte y formado un establecimiento. Hiva-Oa (Santa Dominica Oevahoa) es la mayor y mas fértil de todo el archipiélago, y la mas poblada despues de Nukahiva; elévanse de ella montañas bastante altas. Grupo de Washington. Comprende las islas descubiertas en el mismo año por Ingraham y Marchand; sus principales islas son: Uapu (Adams de Ingraham, Travenion de Marchand) que está cubierta de una riquisima vejetacion y dominada por una multitud de picos basálticos, muy extraordinarios por sus esbeltas formas, que se asemejan á otros tantos obeliscos, ó á los agudos campanarios de las iglesias de la edad media. Hua-Huna (Uahuga; Washington); la sexta en cuanto á extension de todo el archipiélago; está cubierta de montañas y de una hermosa vejetacion. Nukaiva (Federal-Island de Ingraham, isla Beaux de Marchand) es la primera por lo que respecta la poblacion, y por su extension la segunda de todo el archipiélago; tiene tres soberbias bahias: la de Taio Hae (Anna Maria de Hergest, Massachussets-Bay de Porter) es, dice Dumoulin, un puerto fortificado por la naturaleza, susceptible de hacerlo inexpugnable. Los franceses acaban de construir el Fuerte-Collet.

Archipiélago de Havaii. Situado cerca del trópico de Cancer, y á una gran distancia al noroeste del precedente; fué conocido por mucho tiempo bajo el nombre de Sandwich; parece estar destinado á representar un gran papel por la comodidad de sus puertos, el carácter emprendedor de sus habitantes, y la posicion que ocupa en el gran camino marítimo que une los tres mundos. Los Havainos poseen una flotilla bastante bien montada y una pequeña marina mercante, hacen ya viajes á la costa noroeste de América, á Kamtchatka, á Canton, y vigilan algunos puertos de la Oceanía. Los misioneros anglo-americanos, llegados á Havaii (Owbyhee) en 1820 convirtieron á sus habitantes, fundaron escuelas á que asisten muchos millares de individuos, y establecieron una tipografia en la que se imprimen ya libros ascéticos y de instruccion elementar en el idioma Havaii. Hay tambien en dichas islas misioneros católicos que han hecho algunas conversiones. Desde 1784 hasta 1819, todo este archipiélago estuvo sometido al célebre Tamehameha I (Tumahama) que los navegantes ingleses denominan el Alfredo ó el Pedro primero de la Oceanía. Desde 1824 está gobernado por Kauikeuli, bajo el nombre de Tamehamea III. Los Estados-Unidos, la Inglaterra y la Francia tienen cónsules junto á este príncipe; las islas principales que componen este archipiélago son: Woahu (Oahu, Owahu), es la cuarta por la extension y la mas importante de todo el archipiélago, bajo el punto de vista político y administrativo; su aspecto es verdaderamente magnífico, llámanla el jardin de las islas Sandwich, porque todos los frutos de los trópicos están allí connaturalizados. Hanaruru (Honolulo) ciudad de 6,000 habitantes situada en una hermosa llanura junto á la bahía del mismo nombre, con el mejor puerto del archipiélago, es la capital de este pequeño reino. Protéjenla dos fuertes y posee astilleros muy bien provistos, en los que los buques de 150 á 300 toneladas pueden ser reparados en muy poco tiempo, como en cualquier otro establecimiento europeo de este género. Hace muchos años que se publica en ella una gaceta en lengua nacional, y desde 1838 una revista trimestrial bajo el título del observador Havayano, que por la riqueza de las noticias que contiene, promete llegar á ser para la Polinesia, lo que el diario publicado por la sociedad Asiática de Bengala ha sido para el Asia; está redactada dicha revista por una sociedad de europeos. Hawaii (Owbyhee, Ovaihi, Oaihé), es considerablemente la mayor del archipiélago, y parece la tierra mas larga de la Polinesia. Su Mauna-Roa es la montaña mas alta que se conoce de todo el Mundo-Marítimo, á excepcion de la Malesia; ofrece en el Mauna-Koa, uno de sus picos mas elevados; y en el Mauna-Vororay uno de los volcanes mas curiosos del globo. Entre los parages mas notables de esta isla mencionaremos; Kohai-Hai, antigua residencia favorita de Tamehameha I; en los estanques que existen en sus alrededores se recoge una gran cantidad de sal; ha perdido mucho desde que ha dejado de ser la capital del reino. Kai-Rua, residencia habitual del gobernador de la isla; un fuerte bastante regular domina la ciudad y la rada, es uno de los lugares mas poblados del archipiélago. Mauvi (Mowi) en donde se halla Raheina, grande pueblo muy floreciente por su comercio, posee un templo cristiano tenido por el mayor de la Polinesia. Esta isla es la mayor despues de Havaii y una de las mas pobladas. Atui (Atowai Atoei), es la tercera en cuanto á extension. Durante algun tiempo ha sido gober-

Digitized by Google

nada por Timouri, que mandaba tambien en la isla Onihau, cuando formaba un pequeño estado separado é independiente. Carece de puertos cómodos y es muy montuosa. Onibau (Onechow), es pequeña, baja y muy poblada, y célebre por sus batatas, sus frutas y sus esteras.

Esporadas. Compréndense bajo esta denominacion, tomada de los mares de la Grecia, esas islas, y pequeños grupos de la Polinesia que no pueden ser colocados en las divisiones principales de esa parte del Mundo Marítimo, en atencion á los grandes intervalos de mar que los separan de ellas. La historia y aun la geografía de casi todas esas islas puede decirse que están aun en mantillas: la mayor parte están mal determinadas y están repartidas en diferentes partes sin duda alguna. Muchas carecen de habitantes; otras están pobladas por tribus de raza malaya cuyos usos y costumbres siguen. No permitiéndonos nuestro plan nombrarlas todas, nos limitaremos á citar las mas importantes que encerraremos en las dos series siguientes: Esporadas-Boreales, así denominadas porque están situadas al norte del Ecuador. Las principales son Moor y Crespo que podrian ser consideradas como las tierras mas septentrionales del Mundo Marítimo; San Bartolomé, notable por su extension; Palmira; Faming, habitada en otro tiempo, y Navidad. Esporadas-Australes así llamadas porque están situadas al sur del Ecuador. Las principales son: San Bernardo, que es idéntica tal vez á las Islas del Peligro, y cuyos habitantes son casi del todo blancos: Penrhin, muy poblada, sus moradores se parecen á los del archipiélago de Mendana, y ofrecen la particularidad de no llevar el cuerpo pintado. Pascua (Vaihu) pequeña pero notable en razon de ser la tierra habitada mas oriental de la Oceanía, y por la alta civilizacion á que debian haber llegado sus antiguos habitantes para poder tallar y colocar sobre pedestales las estatuas colosales vistas por Roggewein, Cook y La Perouse. Salg, al este de la precedente, está desierta, empero es importante en cuanto se la considera como la extremidad del Mundo-Marítimo por la parte de la América. El Grupo de Gambier, que separamos del archipiélago de Pomotú ó de las Islas-Bajas, pues que se compone de cinco altas y muchas otras bastante mas pequeñas, es una de las mas bellas conquistas de la Iglesia Católica, y con el archipiélago de Mendana, el centro principal de sus misioneros. Mangareva es su isla principal. Aokena, es notable por ser la residencia del prelado que lleva el título de Obispo de Nilópolis. Este grupo es de una alta importancia para los marinos, á causa de su pico, que les sirve para dirigirse en la navegacion de aquellos arriesgados mares. La isla Pitcairn, alta y sin puerto, poblada en 1833 por 79 individuos, descendientes de nueve marineros sublevados del navío inglés Bounty y de diez y nueve indígenas de ambos sexos de Tahiti y Tubuai que se llevaron consigo. El Grupo de Bass, compuesto de las islas Coronadas que están desiertas, y de la isla Rapa (Oparo) que está habitada por insulares parecidos á los de Tahiti, pero que no llevan el cuerpo pintado, y han sido convertidos al cristianismo. Salvage, habitada por unos insulares feroces, que se parecen mucho á los de Tonga; Rotuma (Grenville) al norte del archipiélago de Viti (Fidji), es la mas importante y populosa de todas las Esporadas.

Siguen á esos archipiélagos de innumerables islas las Tierras Antárticas ú Oceanía-Circum-polar, que vamos á describir.

Esta grande division de la Oceanía comprende toda la parte austral encerrada entre el polo y el 60° paralelo, á excepcion de algunas de las Esporadas-Antárticas, situadas a latitudes mucho mas bajas. Es la parte del globo ménos favorecida de la naturaleza, reina en ella un perpetuo invierno, y una capa de nieve y hielo cubre su inmensa superficie. La tierra, privada de árboles y arbustos, ofrece solo algunos líquenes y musgos, pero en cambio los abismos del mar presentan en algunos parages esas selvas submarinas formadas por el fucus giganteus que se puede considerar como el coloso del reino vegetal. Millares de cetáceos, innumerables rebaños de focas, y los lobos marinos, notables por su agilidad rara en una clase de animales tan pesados, pueblan el Océano; mientras que el albatros, la mayor ave marina, el cuervo austral ó petrelo gigante, y el pájaro niño, de costumbres tan particulares como su aspecto, se lanzan sobre sus orillas desoladas. «Es un espectáculo en extremo imponente, dice Arago, el de esa zona glacial do viven innumerables familias de peces, crustáceos, pájaros y moluscos, como una prueba patente de que no hay un solo parage del Universo en el que el poder de Dios no haya hecho penetrar la vida.» Sin embargo equivocaríase mucho el que creyese que esas inmensas soledades no tienen ningun valor. Desde su descubrimiento han valido muchos millones á los marinos ingleses y Anglo-Americanos que las han frecuentado, y esas pesqueras, tan lejanas y tan productivas por las preciosas pieles, y la gran cantidad de aceite que proporcionan, son una escelente escuela para los marinos de varias naciones. He aquí los cortos detalles en que nos permite entrar el limitado cuadro de esta obra. Mientras aguardamos nuevos descubrimientos, podemos dividir estas tierras del modo siguiente: las Tierras Antárticas propiamente dichas. Estas tierras están situadas entre los 45° y 108° meridiano E. de Paris que cortan los grupos de Madagascar y de Tasmania (Nueva Zelandia). Suponiendo que este espacio inmenso (cuya latitud media estaria marcada por el 79° paralelo) sea todo él contiguo, presentaría la mayor tierra austral del globo: distinguiremos en ella, yendo del oeste al este, la Tierra de Enderby; la Tierra de Kemp; la Tierra de Wilke, en verdad disputada aun, y que corresponde en parte á la Tierra de Sabrina, descubierta por el capitan Balleny; la Tierra de Adelia, por el almirante Urville, y la Tierra de Victoria. En esta última, que es la parte que mas se adelanta hácia el polo, es donde á la latitud de 77° 32' se eleva el magestuoso Erebo, el volcan mas austral del globo, que es al mismo tiempo el punto culminante de este hemisferio, mas allá de los 50 paralelo, y una de las montañas ignívomas mas altas del mundo, que escede en elevacion á los volcanes de Antuco, en Chile, al pico de Tenerife, en las Canarias, á la Colina de Méjico, al Etna de Sicilia y al Mauna Wororai en el archipiélago de Hawaii. Tambien es al oeste de la Tierra Victoria y al sur de la Tierra Adelia, donde, segun Dumoulin, debe estar el polo magnético austral. En los mares de esta costa meridional está el grupo de las islas Balleny, compuesto de tres de ellas, la mas pequeña notable por sus dos montañas ignívomas cuya latitud solo es inferior á la del Erebo. Las Tierras de Luis Felipe, las de Palmer, de Trinidad, de Graham, y de Alejandro, son unas grandes tierras tal vez contiguas; extiéndense en los meridianos opuestos á las tierras Antárticas propiamente dichas al sur de la extremidad de la América y propiamente entre los 54° y 79° al oeste de Paris y á la latitud media del círculo polar austral. En los mares de esas tierras, se hallan al oeste y al este muchas islas, de las cuales las mas notables son: Las Nuevas-Orcadas; sus islas principales son: Pomona (Coronacion), notable por sus altas montañas, y Laurie (Melville). El Shetland-Austral; sus islas mas dignas de ser mencionadas son: Rey Jorge, Livingston y Elefante, débese tambien citar el islote Decepcion, por sus fenómenos volcánicos y su soberbio puerto, y el de Bridgenam á causa de su volcan, notable por sus cortas dimensiones. La isla de Pedro I, durante estos últimos veinte años, ha proporcionado á los rusos el honor de haber descubierto la tierra del globo mas meridional, circunstancia que habia impelido á llamarla Thule Austral. Las Esporadas antárticas; podemos denominar así las islas enteramente perdidas, por decirlo así, en la inmensidad del Océano, entre los 40° meridiano al oeste de Paris, y los 80° el este. Los nombraremos yendo del oeste al este: Isla de San Pedro, llamada Georgia Austral por Cook, que la visitó un siglo despues de la Roche, es una de las mayores tierras de esta division; sus glaciales soledades, así como las de las siguientes han valido muchos millones de

Digitized by Google

francos á los marinos que las han frecuentado. El Archipiélago de Sandwich, del que pasa la isla de Bristol por ser la mayor; á este archipiélago pertenece el grupo del Marqués de Traversay notable por el volcan de su isla principal. La isla Bouvet, corresponde al cabo de la Circuncision de los antiguos mapas. Los pequeños grupos del Príncipe-Eduardo y de Crozet (Marion). La isla Kerguelen, llamada isla de la Desolacion por Cook, con escelentes puertos, es la mas grande tierra conocida de esta division despues de la isla San Pedro. El pequeño Grupo de San Pablo y San Pedro (Amsterdam), situado á casi igual distancia de las estremidades meridionales del África y de la Australia, acaba de adquirir cierta importancia por el proyecto del gobierno holandés de convertirlo en una de las estaciones intermediarias para la navegacion por vapor que va á establecerse entre el reino de los Paises-Bajos y sus magníficas colonias Oceánicas.

Únicamente cinco naciones europeas han formado establecimientos en la Oceania; los portugueses, los holandeses, los españoles, ingleses y los franceses. Actualmente los holandeses son los que poseen las comarcas mas ricas y pobladas y puede decirse que son la nacion preponderante de la Oceania. Los ingleses dominan sobre las mas estensas pero las ménos pobladas. Á los españoles pertenece la mayor parte del soberbio archipiélago de las Filipinas y de las Marianas; la poblacion de sus posesiones solo es inferior á la de los holandeses. Los portugueses no poseen mas que los restos del vasto imperio fundado en la India y en la Malasia por Alburquerque y sus valientes sucesores en el siglo XVI. Los franceses acaban de establecerse en dos archipiélagos de Akaroa, y tienen un apostadero naval en la Tasmania. He aquí los diferentes paises que constituyen esas cinco divisiones políticas del mundo marítimo.

Oceania holandesa. Esta parte de la monarquía holandesa comprende las mas bellas é importantes comarcas de la Malasia, á saber: la isla de Java, con la isla de Madura; la mayor parte de la isla de Sumatra y de Célebes; una gran parte de la de Borneo y del archipiélago de Sum Bava-Timor, y finalmente casi todo el archipiélago de las Molucas. Como señores feudatarios del Sultan de Timor, los holandeses poseen en la Australia una fraccion de la Papuasia Occidental, y las islas Papuas. Batavia en la isla de Java es la capital de todas sus posesiones.

Oceania Española. Esta porcion de la monarquía española comprende la mayor parte del Archipiélago de las Filipinas propiamente dichas; una pequeña porcion de Mindanao y una fraccion de Paragoa. Todos estos paises pertenecen al archipiélago de las Filipinas. En la Polinesia los españoles solo poseen el pequeño Archipiélago de las Marianas. Manila en la isla de Luzon es la capital de todas sus posesiones.

Oceania Inglesa. Esta vasta parte de la monarquía inglesa comprende todo el continente-Austral, bien que la parte realmente colonizada solo sea una fraccion de esa tierra inmensa, la Diemenia, el grupo de Norfolk y la Tasmania (Nueva Zelandia). Los ingleses, así como los anglo-americanos, sostienen relaciones comerciales con los insulares de Hawaii (Sandwich); de Taiti (Islas de la Sociedad), de Viti, de Mendana (Marquesas), y de otras partes de la Oceania. Sidney, en la Nueva Gales del Sur, podria considerarse como la capital de todas sus posesiones, bien que los gobernadores de la Australia meridional, de la Australia occidental, de la Diemenia y de la Tasmania, no dependen del que reside en aquella ciudad.

Oceania Portuguesa. Esta parte de la monarquía portuguesa solo comprende actualmente la parte nordeste de la isla de Timor y las dos pequeñas islas de Sabrao (Atinara) y Solor. Estamos seguros de que el establecimiento de Larautuca, en la isla de Flores, está abandonado hace algunos años. Dillé (Diely), en la costa septentrional de Timor, es la capital de las posesiones portuguesas. Su gobernador está bajo las órdenes del virey que reside en Goa en la India.

Oceania Francesa. Esta parte de la monarquía francesa solo comprende hasta ahora el archipiélago de Mendana, el de Taiti y la parte de Pomotú que de él depende, el apostadero militar de Akaroa en la Tasmania del Sur, y tal vez deberá añadirse el pequeño Archipiélago de Gambier en las Esporadas Meridionales. Segun toda probabilidad, Papeiti, en la isla de Taiti, será la residencia del gobernador.

En la Oceania, al lado de la civilizacion europea, con sus comodidades y su lujo, vejetan tribus salvages que al parecer la desprecian, seres degradados que arrastran una miserable existencia, ni mas ni ménos que ántes del descubrimiento de la Nueva-Holanda. En vano se ha procurado hacerles entrar en condicion, y adoptar una vida ménos errante: han sido inútiles los esfuerzos hechos para lograrlo. Á algunos se les ha llevado á Europa, se les ha hecho disfrutar por algun tiempo de todos los beneficios de la civilizacion; pero de vuelta á su pais se han restituido á los bosques, en busca de las tribus errantes, diciendo que esto era lo que mas les convenia.

Parece, pues, que la libertad es la necesidad dominante entre esos pueblos, y les hace preferir su miserable independencia á las dulzuras de una existencia apacible.

El casamiento entre ellos es una consecuencia del rapto; los salvages de una tribu roban las hermanas de los de otra, y éstos á su vez ejercen represalias con las de aquellos. Sin embargo no es raro entre ellos el sentimiento del cariño. Un salvage, dice d'Urville, de 22 años de edad, tenia dos hermanas. Cierto dia, al volver de la caza, encontró á una de ellas bañada en su propia sangre, la cual le dijo que los de otra tribu habian robado á la mas pequeña. El deseo de venganza anima al hermano; hace un largo viaje, y por fin encuentra á la hermana del raptor. Ésta era muy linda: amenázala aquel para llevársela á la fuerza, pero ella le mira tiernamente, y el salvage cae á sus piés. La jóven le siguió á su cabaña, y esta vez la venganza de un rapto no fué otro rapto, sino un amor puro.

Las tradiciones religiosas de los habitantes se reducen á algunas vagas creencias, adoran los espíritus con el nombre de Hotuas, y les dedican capillas rodeadas de Casuarinas, árboles sagrados del pais. No se encuentran en Tonga los ídolos que adornan los templos de la Polinesia oriental. Es un hecho muy notable el que una leyenda del pais de Tonga, segun la esplica el inglés Mariner que ha permanecido algunos años en la isla, recuerda la historia de Abel y Cain; dice así:

«El dios Tongalao con sus dos hijos fué á morar en Bolotú, y al cabo de algun tiempo les dijo: «Id con vuestras mugeres á habitar el mundo de Tonga. Dividid la tierra en dos, y pobladla separadamente.» Fuéronse allá. El mas jóven de los dos hermanos era muy hábil, y fué el primero que fabricó hachas, collares de vidrio, espejos y telas. El mayor no hacia mas que dormir y codiciar las obras de su hermano. Pedíaselas continuamente, y al cabo intentó matarle. Cierto dia le encontró paseándose, y le quitó la vida. Entónces llegó de Bolotú el padre, y lleno de cólera preguntó al matador: «Porqué has quitado la vida á tu hermano? huye, desgraciado, huye.» En seguida Tongalao dirigió la palabra á la familia de la víctima: «Entrad en vuestras piraguas, y dirigíos hácia las grandes tierras. Vuestra piel será blanca porque vuestra alma es hermosa. Sereis hábiles, fabricareis hachas, toda especie de cosas buenas, y además grandes piraguas.» Despues Tongalao dijo al hermano mayor: «Tú y los tuyos sereis negros, porque vuestra alma es mala: estareis faltos de todo, no tendreis cosas buenas, y no ireis á las tierras de vuestro hermano. ¿Cómo podreis ir allá con vuestras malas piraguas? Pero vuestro hermano vendrá alguna vez á Tonga para comerciar con vosotros.»

El pequeño grupo de las islas de Gambier, que forma la extremidad oriental del archipiélago de la Sociedad,

Digitized by Google

es el centro de la propaganda católica de la Oceania. El establecimiento, fundado en ese archipiélago por celosos católicos, es tanto mas interesante cuanto que en él se afianza el porvenir del culto católico en el océano Pacífico, pues los ministros protestantes, ingleses y anglo-americanos, se están repartiendo ya las islas mas importantes de la Oceania, y se oponen á la predicacion de aquellos misioneros. En vano las misiones de Paris han enviado animosos apóstoles á las islas de Sandwich, á Taiti y á la Nueva-Zelandia, pues entre los ministros luteranos han encontrado enemigos encarnizados, que á veces no han vacilado en recurrir contra ellos á la fuerza. De paso séanos lícito decir aqui que para conmover el corazon de las tribus salvages es mucho mas eficaz el catolicismo con su magestuosa unidad, con la pompa de sus ceremonias y con la admirable abnegacion de sus ministros, que el protestantismo con sus numerosas sectas y con el egoismo de familia de sus sacerdotes: por tanto, no sin razon temen las sociedades bíblicas una comparacion que redundaria en menoscabo suyo.

Uno de los resultados mas importantes de la expedicion de Dumont D'Urville fué el conocimiento profundo de los pueblos que cubren la Oceania. De las observaciones de D'Urville resulta que el mundo oceánico admite cuatro grandes divisiones.

La primera se compone de las ricas y vastas comarcas conocidas con el nombre de archipiélago de Asia ó de Oriente, y tambien bajo el de Malesia, del nombre de la principal nacion que ocupa su suelo: comprende las islas de la Sonda, Java y Sumatra, la isla de Borneo, las Célebes, las Molucas, y el archipiélago de las Filipinas.

Hácia el sud, en la segunda division, llamada por algunos Melanesia, se extiende la Australia ó Nueva-Holanda, continente casi tan dilatado como el de Europa, y sobre cuya superficie viven diseminadas esas tribus de raza negra que se encuentran en la isla de Diemen, en la Nueva-Guinea, y en todas las tierras del Oriente, la Nueva-Irlanda, la Nueva Bretaña, las islas de Salomon, las Nuevas Hébridas, desde las islas de Fidji, hasta el 180° de longitud oriental.

Adelantándose mas al este, encuéntrase el océano Pacífico sembrado de los numerosos archipiélagos de la Polinesia, tercera parte del mundo oceánico poblada de una raza de hombres que ha llevado sus emigraciones de isla en isla hasta la Nueva-Zelandia al sud y las islas de Sandwich al norte, y que ocupa del oeste al este, entre aquellos dos puntos extremos, el archipiélago de Tonga, el de los Navegantes, el de las risueñas y fértiles islas de Taiti, el Peligroso, el de las Marquesas ó de Nouka-Hiva, y además muchas otras islas esparcidas fuera de esos archipiélagos, la de la Pascua, por ejemplo, la de Faning, Roggevein, Salvage, Rotuma, etc.

Por último, en el hemisferio boreal, hasta cerca el 4° pararelo, extiéndese, entre el 126° de longitud oriental y el 167° de longitud occidental, una cadena de pequeñas islas, cuyo conjunto, conocido por muchos con el nombre de Micronesia, forma la cuarta division de la Oceania. Las principales son, la isla de King's-Mill, la de Gilbert, Mulgrave, las Carolinas, las de Pelew y las Marianas; su poblacion ofrece grandes variedades, y el lenguaje, los trajes y las formas de gobierno difieren de un archipiélago á otro.

Esta clasificacion fundada por modernos navegantes en las mútuas relaciones de los pueblos que habitan el mundo oceánico, y en el color de su piel, mas bien que en las divisiones físicas que separan los grupos entre sí, puede llamarse etnográfica, y demuestra, á favor de las indicaciones destituidas del estudio comparado de los idiomas, que los límites del océano tienen mas extension de la que ordinariamente se les supone, pues rigorosamente hablando llegan hasta la península de Malaca, habitada por malesianos, hasta Madagascar, al oeste, y hasta Formosa al norte, pues los idiomas vulgares de estas dos islas, atribuida la primera al África, y la segunda al Asia, demuestran el origen oceánico de los pueblos que las habitan.

Los malesianos, ó habitantes de la Malesia, tienen un color amarillento mas ó ménos subido, talla regular, poca gordura, cuerpo ágil, juanetes salientes, cabello liso, y poco pelo y barba: consumen mucho betel y opio, y el arroz es su alimento ordinario. El islamismo ha penetrado hasta ellos, si bien que en las islas mas orientales se ha mezclado con las supersticiones primitivas. En Ceram, las Célebes, y Borneo, los habitantes del interior siguen aun sus creencias particulares. La Malesia se divide naturalmente en dos partes, compuesta una de las islas de la Sonda y de las Molucas, donde se habla el malayo; y otra de las Filipinas. Los malesianos son susceptibles de adquirir un grado muy adelantado de civilizacion: así lo muestran evidentemente las ruinas que se encuentran en Java, y la literatura Kawia (antiguo idioma javanés.)

Las naciones que habitan la grande division de la Oceania, llamada Melanesia por D'Urville, se componen de individuos de piel negruzca mas ó ménos subida, de pelo crespo, algunas veces casi lanoso, de nariz aplastada, boca grande, facciones repugnantes y miembros enjutos, mal formados. Las mugeres son todavía mas feas que los hombres, sobre todo las que han tenido hijos, pues en este caso sus pechos son flojos, largos y pendientes, y al momento pierden la frescura de la juventud. Mucho mas bárbaros y de embotada inteligencia que los pueblos de la Polinesia y de la Micronesia, los malesianos no tienen ninguna forma de gobierno, ninguna ley, ningun culto regularmente establecido. Reunidos en tribus poco numerosas, obedecen á un gefe, cuya autoridad, las mas de las veces arbitraria, es tan tiránica como la de los pequeños déspotas africanos. En una palabra, todas sus instituciones, si alguna tienen, están todavía en la infancia.

Entre las numerosas variedades que presenta la raza malesiana, la poblacion de la Nueva-Holanda y de la tierra de Diemen parece ser la mas degradada, de manera que apenas se distingue de los brutos. Por el contrario, los naturales de las islas de Fitji ó Viti, descuellan en primera línea, apesar de su ferocidad y de sus inclinaciones antropófogas: entre ellos se encuentran hombres gallardos; varias de sus tribus están constituidas en cuerpo de nacion, obedecen las leyes establecidas, tienen industria, son hábiles en la navegacion, ni mas ni ménos que los polinesianos, y su idioma es mas rico, mas sonoro, mas regular que el de las otras tribus malesianas. D'Urville ha encontrado entre ellos individuos dotados de una capacidad poco comun, pero opina que es evidente que deben todas esas ventajas á sus relaciones con el pueblo de Tonga, y con otras tribus polinesianas vecinas. Con efecto, es digno de notarse que los melanesianos son ménos vivos cuanto menores son sus medios de comunicacion con los polinesianos.

Opina asimismo D'Urville que la degradacion y la miseria de los melanesianos de la Nueva-Holanda es el estado primitivo y natural de su raza. Su suerte se ha mejorado acaso un poco sobre las costas mas fértiles de la Nueva-Guinea y de las islas vecinas, donde su exterior es ménos repugnante, y su inteligencia mas desarrollada. Con todo, únicamente hácia las islas en que se han hallado en contacto con los polinesianos, es donde se les vé despojarse gradualmente de su tipo primitivo, y presentar nuevas variedades.

En sentir del mismo, la raza melanesiana debió ocupar en los remotos tiempos la mayor parte de las islas de la Oceania. Encuéntranse todavía en Taiti, dice, entre las clases ínfimas, muchos individuos que por el color, la forma y los rasgos de la fisonomía se acercan al tipo melanesiano. Lo mismo se ha notado en la Nueva Zelandia, en las islas Marquesas, y aun en los archipiélagos de la Micronesia. Por último, parece casi indudable en el dia que los Alfuros de Timor, de Ceram y de Burú, los Negritos del monte, ó Aetas de Mindanao, los indios de las Filipinas, los Igototes de Luzon, los negrillos de Borneo, los negros de Formosa, de Sumatra, de Malaca y los de la Cochinchina, llamados Moys ó Kemoys, pertenecen á

Digitized by Google

escena de enternecimiento, allí todos acataron al hombre grande y le prestaron juramento de fidelidad.

Atraidos los habitantes del pais por la novedad del espectáculo, habian bajado en gran número á la costa, contemplando con el silencio del pasmo aquellas ceremonias que no podian comprender. Se les distribuyeron algunas bujerías y otros objetos de poco valor, y estas liberalidades les inspiraron una entera confianza. Cuando por la tarde se volvió Colon á bordo, se vió rodeado de una cuadrilla de isleños que seguian las lanchas, unos á nado y otros en piraguas que maniobraban con bastante habilidad.

Empleó el almirante el dia sigiente en dar la vuelta á la isla. Habiendo notado que la mayor parte de los naturales llevaban colgadas de las narices, como ornamento, unas planchitas de oro, quiso saber de donde este metal les provenia, y ellos señalaron al momento al sud, haciéndole comprender por señas que el oro abundaba en los paises situados por aquella parte. Determinó, pues, tomar aquella direccion, llevándose consigo siete indios que debian servirle de guias y de intérpretes.

Durante la travesía descubrió diferentes islas, entre otras la de la Concepcion, de Fernando, de Isabel, de las Arenas y de los Miraparvos. Por fin, el 27 llegó á un pais de mucha extension, que los habitantes llamaban Cuba, nombre que conserva aun. Mientras él seguia la costa del norte desde el sitio donde está ahora Puerto-Principe hasta la extremidad oriental de la isla, algunos de su tripulacion visitaban el interior del pais, donde descubrieron el maiz, planta desconocida entónces en Europa. Los habitantes estaban enteramente desnudos, como los de San Salvador, eran sencillos y buenos, lo mismo que éstos, pero mas desconfiados y mas tímidos. El terreno era mejor y mas bien cultivado que en las otras islas, y además de un gran número de cabañas ó chozas esparcidas habia una poblacion de mas de mil habitantes. Estos indios dieron á entender á los españoles que habia poca cantidad de oro en sus montañas, y que solo era muy abundante en una isla situada al este y que ellos llamaban Haiti. Para llegar primero á aquella region, y apoderarse de los tesoros que ella ofrecia, Martin Alonso Pinzon, sin hacer caso de las señas del almirante, dió todas las velas al buque y se separó precipitadamente de la escuadra. Colon con las otras dos embarcaciones no llegó á Haiti hasta el 6 de diciembre. Entró en un puerto al cual dió el nombre de San Nicolás: despues, adelantándose á lo largo de la costa septentrional, atravesó el canal de la Tortuga, y fué á pararse á corta distancia del lugar en que se encuentra actualmente el Cabo Francés. Por todas partes los habitantes huian al acercarse los europeos, de modo que las primeras comunicaciones se establecieron con mucha dificultad. Por fin un cacique (gefe de la poblacion) se aventuró á hacer una visita á Colon: despues del cambio de varios presentes, indicó el cacique que el oro venia de un pais montañoso del interior de la isla, que él llamaba Cibao. Admirado Colon de la semejanza de la palabra, creyó reconocer al Cipago de Marco Polo (1) en el Cibao de los Haitianos, y desde entónces creyó que el pais que acababa de descubrir estaba muy próximo á las costas orientales del Asia.

Para aproximarse pues á Cibao, continuó dirigiendo la proa al este. En la noche del 24 al 25 de diciembre, *la Santa María*, arrebatada por una corriente, fué á dar contra unas rocas á flor de agua: con el choque se abrió la quilla y el barco se sumergió, salvándose solo la tripulacion. Á la noticia de esta desgracia Guacanahari (nombre del cacique) acudió con un gran número de los suyos, y prestó á Colon la mas generosa asistencia. Gracias al socorro de los Indios, pudieron llevarse á tierra una gran parte del armamento y todos los objetos de algun valor, guardados durante la noche por sus mismos centinelas, y transportados el dia siguiente por sus canoas á bordo de *la Niña*. Hízose todo con una prontitud, un celo y una fidelidad, que apenas hubiera podido esperarse de las naciones mas civilizadas del antiguo continente.

Cuando se hubo concluido el transbordaje, Guacanahari fué á consolar á Colon del modo mas afectuoso, ofreciéndole al mismo tiempo contribuir por cuantos medios estuviesen en su poder á la reparacion de la pérdida que acababa de experimentar. Mientras estaban en esta entrevista, llegó un cacique á decirles que el pais se hallaba en desolacion por las frecuentes incursiones de los caribes, nacion que devoraba la carne de sus prisioneros; se habia esparcido el temor, añadia, de que los hombres blancos fuesen tambien caribes, por cuyo motivo los isleños habian huido al acercarse aquellos.

Colon aprovechó esta ocasion para proponer á Guacanahari el dejar en la isla un número de hombres suficiente para defenderle de aquellos terribles enemigos, ofrecimiento dictado no solamente por el sentimiento de una justa gratitud, si que tambien por la dificultad de llevar en *la Niña* la tripulacion de dos buques, por el deseo de examinar la naturaleza del pais y por preparar asi el establecimiento de una colonia que proyectaba fundar y que prometia grandísimas ventajas. El sencillo cacique aceptó al momento la proposicion; con lo que se habia salvado de la *Santa María* se levantó en el interior de la bahía del Caracol un pequeño fuerte, que Colon llamó *Natividad* por haber desembarcado en este punto el dia en que se celebraba esta fiesta, y la obra se acabó en ocho dias con la ayuda de los haitianos que trabajaron con un conato infatigable á levantar el primer monumento de su servidumbre. Colon dejó en él una guarnicion de treinta y ocho hombres bajo las órdenes de Diego de Aranda, los aprovisionó de víveres, de municiones y artillería, y despues de haberles dado las mas sabias instrucciones, se dispuso á regresar á Europa, prometiéndoles volver luego con refuerzo para ponerse en plena y pacífica posesion del pais y poder recojer el fruto de sus descubrimientos.

El 4 de enero de 1493 hízose *la Niña* á la vela. Al principio costeó la tierra en la direccion del Este para acabar de reconocer el lado septentrional de la isla. El 6, cerca de Monte-Cristo, encontraron *la Pinta*, que hacia seis semanas se habia separado del pabellon del almirante: Pinzon procuró justificarse y pareció que Colon quedaba satisfecho de sus escusas. Por fin el 16 de enero abandonaron la costa, y las dos embarcaciones, marchando juntas, dirigieron su rumbo hácia España.

El viaje fué feliz hasta el 14 de febrero, que sobrevino un formidable huracan que separó á los dos buques. La violencia de la tempestad iba de tal modo en aumento, que el mismo Colon perdió toda esperanza de salvarse. Atormentado por la idea de que los frutos y la gloria de sus descubrimientos pereciesen en el naufragio, escribió á toda prisa la relacion abreviada de su viaje en un pergamino que metió en una especie de pastel de cera y lo puso en un tonel tapado con mucho cuidado que arrojó al mar con la esperanza de que la Providencia se encargaría de un depósito tan precioso para el mundo. Entre tanto el viento cedió, se calmó la mar, y algunos dias despues se descubrió una de las Azores. Despues de una escala de pocos dias, continuó Colon su ruta; pero, estando ya á corta distancia de las costas de España, se levantó otra tempestad casi tan violenta como la pasada, que despues de haberlo llevado de una parte á otra durante dos dias, le obligó á entrar en las aguas del Tajo. Este feliz contratiempo le proporcionó una reparacion inesperada de la perfidia y desdenes con que se le habia tratado en la corte de Portugal; y presentado al rey don Juan, fué éste el primero á quien hizo la relacion de un viaje, cuya gloria é inmensos resultados hubiera podido apropiarse si hubiese tenido un poco mas de prudencia y prevision.

En fin, el 15 de marzo Colon desembarcó en Palos á los siete meses y once dias de su salida del mismo puerto, y de aquí se fué á Barcelona, donde la córte habia fi-

(1) Marco Polo y otros viajeros dieron el nombre de Cipago á las islas del Japon.

jado entónces su residencia. No nos detendremos en espicar el entusiasmo del pueblo, que corria en tropel de todos los puntos vecinos al camino, la magnificencia de su recepcion en la corte, ni los honores extraordinarios de que se vió colmado: estos detalles no pertenecen sino indirectamente al objeto que nos hemos propuesto, además de que el espacio á que nos hemos circunscrito no nos permite admitirlos. Por la misma razon pasaremos en silencio las persecuciones y los ultrajes que emponzoñaron los últimos dias de aquel grande hombre, ni nos detendremos en los pormenores de los tres viajes posteriores que hizo, y cuyos resultados no son ciertamente comparables con los del primero. Con otra escuadra compuesta de 17 buques partió para su segundo viaje el 25 de setiembre de 1495, debiendo á él el descubrimiento de varias islas. Durante su tercer viaje fué encarcelado injustamente y sufrió la persecucion mas atroz. En su cuarto y último viaje descubrió el continente americano que, de su nombre, fué despues llamado Colombia. Sublevósele parte de su gente, y osaron acometerle cuando se hallaba en cama atormentado de la gota. Pero sus partidarios le defendieron bizarramente y no solo rechazaron á los agresores si que tambien los destrozaron completamente y prendieron á los principales motores de la insurreccion. Acaso ningun hombre tiene mas títulos que Colon á la verdadera y pura gloria, pero acaso tampoco ninguno ha sufrido mas desgracias. Si enviaba regalos á los cortesanos para tenerlos de su parte, solo lograba crearse envidiosos. Aquellos á quienes no alcanzaban sus liberalidades, juraban su ruina, y los que de él habian recibido oro creian que eran acreedores á mas, y codiciaban los tesoros que á su parecer tendria ese hombre á quien la liberalidad arruinaba: la verdadera gloria no puede ser saboreada en toda su pureza: siempre ha de ir acompañada de dolores crueles. Colon murió el 20 de mayo de 1506 en Valladolid, víctima de la mas fea ingratitud.

Magallanes, y otros, despues de él, cuando abrieron paso al mar del Sur por los estrechos que conservan sus nombres enseñaron el camino para los viajes al rededor del mundo que han hecho despues famosos á muchos navegantes. Magallanes fué el que le hizo primero en 1519. Al navío llamado la Victoria, que volvió por el Cabo de Buena Esperanza á España, de donde habia salido, le colocaron en Sevilla fuera del mar, como un monumento de la espedicion mas atrevida, tal vez, de cuantas habian hecho los hombres. Semejante honor, con corta diferencia, se le concedió al navío inglés de Francisco Drake, dejándole envejecer cerca del puerto de Detfork, con una inscripcion honorífica en el árbol mayor.

Habiendo sido rechazado de su patria el portugués Magallanes, fué cuando ofreció sus servicios á Cárlos V, que le confió una escuadra de cinco carabelas: la *Trinidad*, que llevaba á bordo á Gomez, piloto experimentado, la *Victoria*, mandada por Lorenzo Mendoza; el *San Antonio*, por Juan de Cartagena; el *Santiago*, por Juan Serrano; y la *Concepcion*, bajo las órdenes de Gaspar de Quijada. Estos buques iban montados por doscientos veinte hombres y con provisiones para dos años.

El 1º de agosto de 1519, los buques españoles partieron de Sevilla; y el 27 del mes siguiente salieron de San Lucar para las Canarias.

Á principios de diciembre, llegó el almirante á la parte del Brasil llamada hoy dia la bahía de Santa Lucía; donde permaneció hasta el 27, y en cuyo intervalo tuvo frecuentes comunicaciones con los naturales. Algunos dias despues ancló cerca del embocadero de Rio Janeiro. Los habitantes de esta comarca eran de color aceitunado, y vinieron en gran número á la playa para contemplar como se acercaban los cinco mónstruos marinos.

Siguiendo siempre la costa, llegaron á la desembocadura de un grande rio, sin duda el de la Plata, y prosiguió la flotilla su rumbo, arribando en abril de 1520 á la bahía de San Julian, donde vieron por primera vez salvages de una estatura gigantesca que Magallanes llamó Patagones, de la palabra española *patagon*, el que tiene grandes piés. Estos patagones no tenian domicilio fijo; vivian errantes y se construian una clase de chozas, hechas con las mismas pieles de que se cubrian. Su principal alimento era pescado crudo y una especie de raiz dulce.

Magallanes resolvió esperar la primavera en estas comarcas, porque el invierno del hemisferio meridional corresponde al verano del nuestro. Hizo por consiguiente disminuir las raciones de víveres, lo cual causó descontento en las tripulaciones, y los capitanes de tres buques, que habian tenido algunas disputas con el almirante, conspiraron contra su vida. Decian libremente que el rey de España no esperaba de ellos cosas imposibles; que habian llegado mas allá que ningun buque y que querian volver á Europa. Magallanes persistió en su resolucion, y la querella se convirtió en una abierta revolucion, que solamente pudo acallar el rigor del almirante. Mandó juzgar y prender al capitan Luis de Mendoza, y abandonar al capitan Juan de Cartagena con algunos otros en las costas de la Patagonia. La flota dejó en seguida aquel punto, despues de haber tomado posesion del país en nombre de la España, clavando allí una cruz.

Habian permanecido cinco meses completos en la bahía de San Julian, durante cuyo tiempo todo le habia salido bien á la expedicion.

El 2 de agosto de 1520 hízose á la vela la flotilla con buen tiempo y continuó su rumbo hácia el Sur: una ventolera de éste arrojó á tierra el buque mandado por Juan Serrano, no pudiendo salvarse mas que la tripulacion y el cargamento. Con cuatro buques que le quedaban entró Magallanes en un rio, distante cerca de treinta leguas de la bahía de San Julian, donde se proveyó de leña, de agua y de pescado abundantemente, permaneciendo allí hasta el 18 de octubre. Despues de haber salido de este punto y dirigiéndose siempre al Sur hallaron un cabo al cual dieron el nombre de cabo de las once mil Vírgenes en conmemoracion del dia que lo descubrieron. Cerca del cabo reconoció la *Victoria* un estrecho que recibió el nombre de este buque, y Magallanes envió los otros tres buques al descubrimiento, prometiendo esperarlos por cierto número de dias. Mientras que estos tres buques estaban ocupados en su expedicion, uno de ellos mandado por Misquitos, fué rechazado por el reflujo; la tripulacion se revolucionó y tomó el rumbo para Europa; otro de ellos descubrió una ancha bahía llena de escollos y de hondonadas; el tercero prosiguió su rumbo durante tres dias consecutivos, y el capitan dedujo de la profundidad del agua, de la elevacion de las montañas y de la observacion de las mareas, que este brazo de mar era probablemente un estrecho por el cual las aguas del Océano-Atlántico comunicaban con las del Océano-Índico.

Cerca de seis semanas despues de su entrada en el paso, encontráronse de nuevo el 28 de noviembre de 1520 en un mar abierto. La costa se terminaba al oeste por un cabo, y por el continente en la direccion del norte. La vista del grande Océano fué saludada por los españoles con gritos de entusiasmo, y llenó el alma de Magallanes de una satisfaccion mezclada de un justo orgullo. El aspecto tranquilo é imponente que tenia entónces este nuevo Océano le hizo dar por los europeos el nombre de Océano-Pacífico.

Navegaron en este bello mar, haciendo sesenta leguas por dia, y apesar de tan rápida marcha, pasábanse los dias, las provisiones se disminuian y la miseria de las tripulaciones se volvia extrema. Viéronse reducidos á beber agua corrompida, á comer galleta roida por los gusanos, y presto los pedazos viejos de cuero ablandados en agua caliente. El escorbuto se unió al hambre y sucumbieron quince hombres, entre ellos un patagon que habian arrebatado por sorpresa de su tierra natal.

En fin, despues de haber corrido millares de peligros y sin haber visto mas que dos pequeñas islas áridas y desiertas, volvió á pasar Magallanes la línea el 6 de marzo de 1521, y descubrió tres islas, cuyo grupo se conoce en el dia con el nombre de islas Marianas.

Los españoles descansaron de sus largas fatigas por es-

Digitized by Google

pacio de diez dias, y renovaron sus provisiones de agua y leña; despues de lo cual salieron el 25 de marzo, dirigiéndose al O.-S.-O. El quinto domingo de cuaresma, llamado de Lázaro, descubrieron un grupo de islas, al cual dieron el nombre de archipiélago de San-Lázaro, hoy dia las islas Filipinas. Despues de haber visitado una de estas islas, llamada Buthuan, vieron otras muchas que la relacion denomina Zeinon, Messana y Calaghan. Messana abundaba en aves de corral, perros, gatos, lechones, cabras, arroz, naranjas y especias.

El gefe de Messana los acompañó despues á Zebú, donde arribaron el 7 de abril tirando muchos cañonazos que espantaron á los habitantes. El rey de Messana bajó á tierra para atestiguar al rey de Zebú las intenciones pacíficas de los extranjeros. Éste, completamente asegurado, vino con su sobrino al buque de Magallanes, para ofrecerle su amistad, el cual los recibió cordialmente y fué á visitarlos á su vez. Encontró al rey sentado sobre una esterilla muy preciosa, y vestido con una banda de algodon, llevando en la cabeza un velo hecho con aguja, una cadena de oro al rededor del cuello, y joyas en las orejas.

Este pueblo conocia los pesos y las medidas, y las transacciones se hacian con un espíritu notable de justicia. Las casas eran de madera y bastante elevadas del suelo para necesitar escaleras.

Magallanes convirtió á la religion cristiana al rey y á sus principales súbditos. El dia de la ceremonia del bautismo, que fué solemnemente celebrado, los nuevos convertidos oyeron la misa y comieron á bordo del almirante. Los españoles encontraron en las relaciones con este pueblo un manantial de riquezas, cambiaban facilmente el oro por el hierro, y recibian toda especie de provisiones que pagaban con las mas fútiles bagatelas.

El almirante pasó de Zebú á Mattau, cuya isla estaba gobernada por dos reyes, de los cuales uno rehusó pagar tributo á extranjeros que no habia visto nunca. Sin embargo, como queria permanecer en paz con ellos, les envió provisiones de toda especie. Magallanes quiso someterle y desembarcó á la cabeza de sesenta hombres armados, cubiertos con cascos y cotas de malla, llevando como auxiliares al rey de Zebú y muchos súbditos suyos que le habian seguido en canoas. Lleno de confianza en su valor y en la superioridad de sus armas, se adelantó á alguna distancia en lo interior de la isla. De repente vióse atacado á tres lados por los naturales cuyo número ascendia á 1,500 hombres armados con arcos, flechas y venablos. El combate estuvo algun tiempo incierto; pero impaciente el almirante se adelantó demasiado, y fué herido en una pierna por una flecha envenenada. Derribáronle el casco á pedradas, y como estaba ya herido del brazo derecho, no pudo hacer uso de su espada y fué muerto á lanzazos el 8 de abril de 1521, quedando ocho españoles mas y quince naturales en el campo.

Eligieron nuevos comandantes entre los que sobrevivieron; y como los buques estaban en muy mal estado, abandonaron la *Concepcion*, y transportaron sobre los otros dos las municiones y prvisiones de este buque. Como uno de los principales objetos de la expedicion de Magallanes era la observacion de las islas Molucas por el oeste, cuyas islas habia asegurado el almirante que no debian estar muy lejos de las Filipinas, resolvieron proseguir esta investigacion.

El 6 de setiembre descubrieron en fin cinco islas que el piloto les dijo ser las tan buscadas Molucas. Era el vigésimo sexto mes de su salida, y el 8 de noviembre, ántes de ponerse el sol, dieron fondo en el puerto de Tidor. El rey de la isla recibió á los españoles con bondad, llamóles sus hermanos y sus hijos, y muy pronto establecióse un comercio de cambio entre ellos y los isleños de la manera mas amistosa.

Los españoles pasaron desde Tidor á Gilolo, habitada por musulmanes y por paganos. La parte de la isla habitada por los mahometanos estaba gobernada por dos sultanes, cada uno de los cuales tenia un gran número de mugeres y de hijos.

Cuando los españoles dejaron el puerto de Guildo fueron acompañados durante algun tiempo por diversos sultanes de las islas vecinas. No pudiendo la *Trinidad* navegar ya mucho tiempo, la dejaron hácia atrás para repararla; pero parece que fué tomada por los portugueses. No quedaba pues mas que la *Victoria*, montada por cuarenta y seis españoles y trece indios, cuando se hicieron á la vela para volver á Europa. Sebastian del Cano, que habia sido nombrado comandante en Borneo, pasó por frente de Amboina y de Banda, tomando rumbo hácia la extremidad de Sumatra para evitar los establecimientos portugueses.

Con el objeto de doblar mas fácilmente el cabo de Buena-Esperanza, subió Sebastian del Cano hasta el 42° lat. Sur donde se vió obligado á esperar por seis semanas viento favorable. Cuando doblaron el cabo se hallaban los españoles tan débiles por la escasez y las enfermedades, que muchos de ellos hicieron la proposicion de desembarcar en la costa de África para proveerse de comestibles; pero el temor á los portugueses hizo desaprobar semejante proposicion.

En aquella situacion llegaron á Santiago, una de las islas del Cabo-Verde, donde descubrieron, por la primera vez, que, en el cálculo del tiempo, habia diferencia de un dia entre ellos y los habitantes de la isla (1).

Compadecidos los portugueses, al principio, de sus apuros, no rehusaron socorrerles; pero queriendo algunos de los españoles despues comprar negros y provisiones, proponiendo imprudentemente pagar con especias, fueron hechos prisioneros, y á los que quedaron á bordo les intimaron la rendicion.

Sebastian instó para que dejasen libres á sus compatriotas, pero sospechando algunos manejos ocultos apresuróse á levar áncora, y salió con veinte y dos hombres entre sanos y enfermos. El viento era favorable, y el 4 de setiembre llegaron á la vista del cabo de San-Vicente. Segun su estima, habian hecho catorce mil leguas y atravesado seis veces el ecuador, en el espacio de tres años ménos catorce dias. Cuando llegaron á Sevilla de donde habian salido para su expedicion, marchó la tripulacion á Valladolid, donde residia el emperador con su corte.

Cárlos V distribuyó grandes recompensas á todos los que habian formado parte de la expedicion, y les cedió todo el cargamento de la *Victoria* que fué repartido entre ellos; otorgó además carta de nobleza á Juan Sebastian del Cano con una pension anual de quinientos ducados, dándole por armas la figura del globo con estas palabras: *Primus me circumdedisti*. La nacion española recibió doquiera con entusiasmo á Sebastian del Cano y sus compañeros, y la *Victoria*, como dijimos, se conservó con respeto hasta que quedó del todo destruida. El estrecho nuevamente descubierto ha tomado despues el nombre de Magallanes, honor que éste habia comprado bien caro.

Drake, que fué el segundo que dió á todo el mundo vuelta, empezó su profesion de marino desde la infancia, como debe el que á ella se destina; y á la edad de diez y ocho años era ya dueño de una pequeña barca que, movido de su mérito, le dejó al morir el que la poseia, y que le quitaron durante la guerra contra los españoles. Por esta pérdida nacieron en su corazon vivos deseos de vengarse. Se alistó en una expedicion contra Méjico: ésta no tuvo buen éxito, pero no le acobardó la desgracia; y en otras dos espediciones que dirigió por sí mismo adquirió tanta reputacion, que unos mercaderes le confiaron dos navíos que él cargó con algunas tropas, y con ellas tomó y saqueó una ciudad opulenta del reino de Méjico. Repartió fielmente con sus compañeros, tripulacion, y

(1) Háse hecho muchas veces la observacion de que navegando al rededor del mundo segun el curso del sol, es decir por el cabo de Hornos ó el estrecho de Magallanes, se gana un dia en tres años, mientras que se pierde en el mismo espacio de tiempo, haciendo este viaje en sentido contrario, esto es por el cabo de Buena-Esperanza.

Digitized by Google

con los que le habian comisionado, el rico botin que allí hizo y con lo que á él le tocó contribuyó al armamento de cinco navíos destinados al mar del Sur, adonde todavía no habian penetrado los ingleses.

Partió Drake en 1577, y no hay ejercicio en un navío, hasta el de cirujano, que él no pudiese desempeñar. Se nota que estando para pasar la linea sangró con su propria mano á todos sus marineros. Su viaje al rededor del mundo fué un efecto de las circunstancias. Despues de haber causado á los españoles infinitas pérdidas en el mar del Sur, adonde habia entrado por el estrecho de Magallanes, tuvo aviso de que le esperaban á la vuelta con fuerzas muy superiores á las suyas; pero como hombre, á quien no abandonan los recursos, no se asustó con la idea de atravesar el grande mar pacífico. Reconoció las Indias Orientales; tocó en el Cabo de Buena-Esperanza, y volvió á su patria con los tesoros, que no debia ménos al atrevimiento de su genio que á su valor. Demasiado acostumbrado á que todo le saliese bien, murió en 1595 en el puerto de Porto-Bello de pena de no ser esta nueva expedicion tan feliz como solia.

El viaje de Tomas Candish en 1586 fué todo militar. Ya Candish se habia enriquecido con el pillage de las costas del Perú cuando apresó en alta mar el galeon de Acapulco, que puso el colmo á su fortuna. Habiendo pasado como Drake el estrecho de Magallanes, tocó como él en las grandes Indias, y llevó tesoros inmensos á Inglaterra. La notable semejanza entre estos dos navegantes consiste en que tambien Candish murió de pesadumbre por los contratiempos que tuvo en un viaje al Brasil en 1591.

Con estos dos viajes de los ingleses se picaron de emulacion los holandeses, y emprendieron otro igual en 1598, bajo la direccion de Van-Noot, cuya capacidad se habia dado á conocer en otras ocasiones. Para esta espedicion se fijaron las leyes de la disciplina, que todavía reinan en los navíos holandeses. Esperimentó Van-Noot en el estrecho de Magallanes dificultades que prolongaron su viaje; pero suministraron mas conocimientos que los que se tenian de este paso. Sus victorias contra los españoles cubrieron los gastos de la compaña, pero á él no le enriquecieron.

En 1614 empezó Spilberg otro viaje mas feliz, pues derrotó la flota real del Perú. Desde su regreso, que fué en 1617, cuenta la compañía holandesa la data de los principios de su riqueza y poder; y uno y otro pudo conocerse en el grande armamento que hizo en 1623 al mando de Pedro el Hermitaño su primer almirante. Pasó éste por el estrecho de Le Maire, y murió ántes que los holandeses cometiesen en la rada del Callao la barbarie de ahorcar á los prisioneros españoles porque no tenian con que mantenerlos, habiendo podido ponerlos en tierra. En esta espedicion manifestaron una animosidad y furor atroces.

Despues del descubrimiento del estrecho de Magallanes, muchas expediciones holandesas siguieron felizmente la misma ruta, hasta que la compañía general de las Indias obtuvo de los Estados Generales el derecho exclusivo de ir á las Indias por aquel estrecho. Este mismo privilegio fué causa de nuevos descubrimientos. Jacobo Le-Maire, comerciante de Amsterdam, y Wilelm Cornelyz Schouten, experimentado marino, se asociaron para hallar un paso en el mar del sud, que fuese á la vez ménos difícil que el estrecho de Magallanes y pasase los límites del lugar privilegiado de la compañía de las Indias. Equiparon á cuenta de entrambos dos embarcaciones; la Concordia de trescientas sesenta toneladas, y el Hornos que no era mas que un simple yate. Schouten mandaba la Concordia con Le Maire en calidad de segundo, y en el otro buque iba de comandante el hermano de Schouten, llevando por segundo á un comerciante llamado Adriano, ó Aris Claesz. La tripulacion consistia en sesenta y cinco hombres, y contaba con veinte y nueve bocas de fuego, doce pedreros, algunos mosquetes, etc.

Despues de haber pasado la linea, Schouten declaró el objeto de la expedicion á la tripulacion reunida, que escuchó la noticia con transportes de alegria.

El dia 6 de diciembre de 1615 habian llegado al Puerto Deseado, donde carenaron la Concordia: mientras estaban reparando las dos embarcaciones se prendió fuego en el yate, y se propagó con tanta rapidez, que ya no fué posible apagarlo. Reunidos pues los holandeses en la sola embarcacion que les quedaba, se dieron prisa á pasar luego á la otra parte del estrecho de Magallanes, siguiendo siempre la costa y dirigiéndose al sud. El 24 llegaron al confin de dicha tierra; pero descubrieron al mismo tiempo otra á ocho leguas de distancia. Navegaron entre las dos costas, de las cuales, la última fué llamada Tierra de los Estados y la otra Mauricio de Nassau. Las embarcaciones se veian rodeadas de millares de ballenas, que les obligaban á dar continuamente bordadas para evitarlas. Al anochecer del 25 notaron que el agua se presentaba muy azul, lo que indicaba una grande profundidad. Ya no dudaron que estaban en el mar grande del sud, opinion confirmada luego por otros indicios. El 29 volvieron á ver las tierras que habian dejado, en las cuales no percibian mas que altas montañas cubiertas de nieve, terminadas por un picacho muy puntiagudo que Le-Maire llamó cabo de Hornos. El dia 3 de enero no veian ya tierra ninguna; la expedicion celebró su descubrimiento con una fiesta solemne en la embarcacion, y el paso tan felizmente encontrado entre Mauricio de Nassau y la Tierra de los Estados fué solemnemente nombrado Estrecho de Le-Maire.

Despues de esta laboriosa navegacion, acompañada de lluvias y tempestades casi continuas, hiciéronse rápidamente á la vela hácia el N.-O. sobre el sud; el 11 volvieron á pasar el trópico de Capricornio, y el 30 entraron en un gran golfo impelidos por un temporal espantoso; parecia que los relámpagos y truenos iban á incendiar el buque, y sobrevino una lluvia tan abundante que ninguno de los holandeses recordó haberla visto semejante. Dirigiéronse hácia el N., y por la tarde del 31 pasaron otra vez la linea. El 3 de agosto encontraron un banco de arena que parecia debia terminar la tierra. Encontrábanse sobre las playas de la Nueva Guinea que habian costeado en una extension de trescientas leguas. El 4 percibieron una isla en la que un viento contrario les obligó á pararse. Habiéndose acercado á ella la embarcacion fué reconocida por tres piraguas que habian izado bandera blanca: iban cargadas de arroz, de tabaco y de aves del paraiso, y orientaron á Le Maire para reunirse con una flota que se dirigia á Europa. Pero Le Maire murió ántes de volver á su patria.

El inglés *Guillermo Dampier* hizo sus primeros ensayos marítimos á los diez y siete años de edad en el de 1669, y el mar no le fué muy favorable. Por no tener hacienda igual á su nacimiento tomó una ocupacion lucrativa en la Jamaica, pues fué á cortar palo de campeche; y haciendo conocimiento en aquellos mares con los filibusteros, se alistó con ellos. En compañía de éstos hizo sus espediciones, que empezaron por el estrecho de Le Maire en 1382, y acabaron en 1691. Dampier, cuyo viaje es muy curioso, por las observaciones de toda especie, cuenta la historia de un marinero, á quien habian dejado en la isla de *Juan Fernandez*, el cual, habiéndosele acabado la pólvora y las balas, sin mas instrumentos que los que hizo de una piedra dura, aserró el cañon de su fusil en pequeñas piezas, y con ellas hizo anzuelos, arpones y garfios. Para ésto fué la necesidad madre de la industria (1).

Dampier, que habia por largo tiempo navegado como pirata, fué algunos años despues empleado por el gobierno inglés para ir á hacer nuevos descubrimientos en el mar del sud. Salido de Dunas el 14 de enero de 1699, en el Roebuck, embarcacion de la marina real, de 12 cañones y 50 hombres de tripulacion, determinó ir al océano Pacífico y á la nueva Holanda por el estrecho de Le-

(1) De aquí se sacó la historia ó novela de *Robinson*. Dampier se refiere al viaje de Rogers de que luego hablaremos con mas pormenores acerca de ese marinero abandonado.

Digitized by Google

Maire; pero los rigores de la estacion le obligaron á doblar el Cabo de Buena Esperanza y á dirijirse directamente hácia el gran continente cuyas costas, poco conocidas aun, queria él explorar.

A unas noventa leguas de distancia de esa tierra encontró una gran cantidad de yerbas marinas todas iguales: mas lejos el mar estaba cubierto de una especie de musgo pequeño, parecido á huevos de pescado, y de una multitud de arañas de mar cuyos millares de globulillos brillaban como diamantes. El 2 de agosto descubrió tierra y el 6 solo encontró una ensenada cuya entrada es difícil á causa de los bancos de arena y coral que la obstruyen. La llamó bahía de los perros marinos porque efectivamente esta llena de esta especie de animales.

El 14 de agosto, Dampier salió de la bahía de los Perros marinos, escoltado por una multitud de ballenas que batian el agua con sus colas, produciendo un ruido semejante al de las olas cuando pasan sobre un escollo. El 24, hácia los 19°, descubrió la tierra en forma de cabo: era una de las numerosas islas que rodean el continente. Las grandes mareas que encontró Dampier en esos lugares le hicieron sospechar que aquellas islas no eran mas que un archipiélago, y que podria encontrar paso para el Océano Pacífico á la otra parte de la Tierra Carpentaria, costa N. de la Nueva Holanda. Se propuso para mas tarde verificar este gran problema geográfico, que Torres habia ya resuelto en parte, pero que estaba reservado á Cook ilustrar completamente con su superioridad de genio y ciencia náutica; despues se dirigió hácia la Nueva Guinea atravesando un laberinto de islas en las que queria encontrar comestibles. Fondeó con esta esperanza cerca de una isla, á la que llamó Romarina, porque estaba cubierta de arbustos cuya forma era análoga al romero de nuestros jardines. Pero no habiendo encontrado agua dulce ni habitantes, le fué preciso dejar esta isla al dia siguiente.

El 30, Dampier descubrió la costa N. de la Australia, donde percibió una grande humareda sobre la playa. Atracó en ella, y no encontrando agua, empezó á escavar la tierra. Durante esta operacion, llegaron diez naturales del pais sobre una altura inmediata, y amenazaron á los ingleses. Uno de estos salvages se adelantó solo y los demas le siguieron desde lejos, pero, cuando vió que Dampier salia á su encuentro, echó á huir, y todos los demas hicieron lo mismo, apesar de las demostraciones de amistad que se les hacian.

Dampier dejó en fin la Nueva Holanda; y se fué hácia Timor, á principios de setiembre. Atravesó en seguida las Molucas y dirigiéndose entre Timor y Ceram descubrió las costas O. de la Nueva Guinea el 1.° de enero de 1700. El 6 del mismo mes, ancló en una isla inmediata á la costa, y la misma noche una gran parte de la tripulacion trajo diferentes frutos que habia encontrado en los bosques y una especie de pollo moñudo con el plumaje azul celeste de una rara hermosura. No vieron ya mas habitantes, y sin embargo algunas pisadas indicaban que la isla habia sido recientemente visitada; encontráronse en algunos parages *barbecuas*, especie de parrillas de madera sobre las cuales los del pais cuecen las aves y otras viandas.

El 10 se encaminaron al N. contra las rápidas corrientes que hacian lenta y difícil la navegacion, y se detuvieron cerca de un islote del cual se levantaba una humareda. Acercáronse á la embarcacion dos canoas cuyos marineros no quisieron subir á bordo á pesar de los esfuerzos que se hicieron para decidirlos; volviéronse á tierra á donde se les siguió con algunos regalos que aceptaron con muestras de agradecimiento. El 16 se presentaron otras muchas canoas con plantas y frutos de toda especie. Los naturales llaman á esta isla *Pulo-Sabuda*: tiene unas tres leguas de longitud, y sobre media de largo: produce bananas, cocos, piñas, naranjas, batatas, etc. Dampier les compró tambien nueces moscadas que parecian cogidas de poco; pero los indijenas que las apreciaban mucho no quisieron enseñar de donde las habian sacado.

El 4 de febrero doblaron el punto mas septe[…] de la Nueva-Guinea y anclaron en una isla […] apellidaron Isla de las Pechinas á causa de la a[…] cia de conchas que en ella encontraron de una […] prodigiosa

Habiendo reconocido dos islas cubiertas de […] que parecian cultivadas, la Isla Matias y la isla […] cosa, el 20 de febrero Dampier descubrió una tierr[…] se veia mucho humo, plantíos y cultivos que ind[…] que el pais estaba muy poblado. Era la costa de […] Irlanda que es alta, montuosa y cubierta de arbo[…] dosos. Hacia la mitad de la costa rodearon la e[…] cion 46 piraguas conducidas por 200 negros que […] sieron acercarse apesar de las señales pacíficas […] les hacian, y de los regalos que les mostraban […] ducirlos se les enseñaron rosarios, cuchillos, pe[…] vidrio y otras cosas, y nada fué capaz de atraerlo[…] sados de probar, les arrojaron algunas bagatelas […] á una cuerda y muchos granos de cristal dentro d[…] botella vacia. Recibiéronlo todo con gran conten[…] se golpearon el pecho con la mano derecha apoy[…] cabeza sobre un grande baston. Los expedicionar[…] maron estos gestos por demostraciones de amista[…] tiempo solamente les impidió bajar á la playa d[…] hallaban entónces mas de cuatrocientos isleños. S[…] bargo, como las piraguas seguian siempre á la em[…] cion, tuvo Dampier la prudencia de hacer pr[…] las armas para todo evento. Cuando el buque q[…] mar viento y marcharse, los salvages de las pirag[…] saludaron con una lluvia de piedras lanzadas c[…] quina, pero al primer cañonazo desaparecieron […] y la bahía de los Honderos, como la llama el viaje[…] gles, se vió en un momento enteramente libre, qu[…] algunos salvajes muertos ó heridos en sus can[…] siguiente fué á bordo una canoa, y los tres hom[…] iban en ella cambiaron algunos cocos por cuchillos […] nos de vidrio.

El 9 de marzo, mas allá del cabo á que llamó Sa[…] ge, Dampier entró en la bahía de San Jorge que […] ret ha reconocido despues por un verdadero cana[…] la Nueva Irlanda y la Nueva Bretaña, y á la otra pa[…] ella descubrió otro cabo al cual dió el nombre de M[…] Orford. Prosiguió en seguida adelante en la costa. […] de marzo ancló en una bahía bastante profunda […] por algunos islotes (el puerto Montaña). Seis piraguas […] 40 hombres vinieron á reconocer la embarcacion á […] tancia de 4 ó 5 millas. Desconfiando Dampier de sus […] tenciones les hizo señal de que se volviesen á tierra, y […] queriendo los naturales obedecer, les tiró un tiro par[…] espantarlos, lo cual los decidió á huir precipitadame[…] de la playa.

Para amedrentarlos mas, y contenerlos tambien e[…] sucesivo por medio del terror, entró Dampier en la ba[…] hia, se dirigió hácia la poblacion y por fin atracó e[…] frente de un riachuelo donde se proponia hacer agua[…]

Mientras se ocupaban en dicha aguada, Dampier […] servó que los naturales tenian gran cantidad de […] nes, batatas y otras raices muy buenas para comer […] las cuales procuró obtener algunas por medio de […] bios; pero los naturales, en lugar de prestarse á ell[…] contentaban con admirar las hachas y los cuchillos […] les ofrecian. Con mucho trabajo y con toda espec[…] precauciones cedieron al fin á los ingleses no mas qu[…] gunos cocos, llegando su desconfianza y su mala […] tad hasta recoger todos los cocos de los cocoteros […] playa, y alejar á sus lechones á fin de que nada pu[…] caer en poder de los extranjeros.

Las cosas permanecieron en este estado por espac[…] muchos dias, proveyéndose de agua y de leña sin […] cuidado de los naturales y sin pretender entablar […] ellos relaciones de las que parecia que huian. Mas […] esta desconfianza de los isleños fué plenamente just[…] cada por la conducta de los ingleses. Dampier, tan […] table como marino y como observador, no sabia mante[…] ner á bordo esa disciplina rigurosa que debe regir siem[…] pre en la marina del estado. En esta ocasion la tripu[…]

Digitized by Google

pudo mas que el capitan, y consumó, apesar de sus órdenes, un acto digno de los mas bárbaros piratas: los antiguos compañeros del capitan arrebataron á viva fuerza los ganados de los naturales y asesinaron á todos los que se opusieron á aquel acto propio solo de forajidos.

Dampier salió de la bahia el 26 de marzo: algunos dias despues, habiendo doblado un cabo, reparó que el mar le dejaba dirigirse libremente al N. O. y que por consiguiente la tierra que acababa de dejar era distinta de la Nueva-Guinea. Entró en el estrecho, teniendo á la vista la tierra del fuego, cuyo volcan arrojaba de minuto en minuto, y á la altura de treinta varas, la mayor y mas espantosa llama que jamás se haya visto, acompañada de un ruido semejante al del trueno. «Tenia á mi izquierda, dice el mismo Dampier, el cabo mas oriental de la Nueva Guinea, y á mi derecha el cabo mas occidental de la tierra que acabábamos de dejar. El canal que los separa es de unas cuarenta millas de longitud: puse nombre á los dos cabos, llamando al primero *Rey Guillelmo*, al segundo *Reina Ana*, á la grande isla donde habiamos tocado *Nueva Bretaña*, y al paso, que yo habia sido el primero en descubrir, le di mi mismo nombre, Estrecho de Dampier.»

Despues de esta bella expedicion que le llenó de gloria, volvia á Inglaterra cuando naufragó. Recogióse con su gente en la isla de la Ascencion, de donde pudo pasar á su patria.

En 1708 algunos armadores de Bristol confiaron á Rogers y á Courtenoy dos buques, el *Duque* y la *Duquesa*, que estaban destinados á hacer la guerra de pirateria contra los españoles y franceses, y el famoso William Dampier no se desdeñó de aceptar en el barco de Rogers el cargo de primer piloto. Esta expedicion fué mas rica en resultados materiales, que en descubrimientos científicos, pero apesar de todo, su relacion contiene algunos detalles que merecen ser conservados.

El 2 de agosto de 1708 los dos buques se hicieron á la vela, y el 23 de diciembre habian descubierto la altura de las islas Malvinas. Despues de haber avanzado hasta el ... de latitud, donde no habia noche, juzgaron que ya no debian ir mas adelante, se dirigieron hacia el N. O., y el 15 reconocieron que se hallaban en el mar del sur y que habian doblado el cabo de Hornos sin pasar por el estrecho de Lemaire como los que les habian precedido. Las tripulaciones estaban sumamente cansadas de una ruta tan larga y resolvieron pararse en la isla de Juan Fernandez.

El 1 de febrero, hallándose á cuatro leguas de ella, Rogers mandó botar la lancha para ir á reconocer la tierra; y mientras esperaban su regreso, al anochecer notaron un gran fuego en la orilla, lo cual les hizo temer que hubiese anclado algun buque frances ó español. Dieron la vuelta á la isla, y reconocieron las bahias disipándose asi todos sus temores. Al dia siguiente vino la lancha á explicar aquel hecho singular, trayendo cabras monteses, y un hombre cubierto con una piel de animal, cuyo aspecto era mas salvage que esos mismos animales. La historia de este desgraciado es bastante curiosa, para que creamos deberla referir textualmente. Se interesarán en ella mucho mas sin duda cuando sepan que es el abandono de Selkirk en aquella isla desierta lo que suministró á Daniel de Foë la idea de su admirable libro de *Robinson Crusoé*.

Era un escocés, llamado Alejandro Selkirk, que iba á bordo del buque *Cinq Ports*, y que el capitan Straddling habia abandonado en aquella isla hacia ya cuatro años y cuatro meses.

Era natural del condado de Fife, en Escocia, y habia sido marino desde su infancia. El capitan Straddling, á causa de una disputa que habia tenido con él, le habia dejado en aquella isla, con sus vestidos, su cama, un fusil, alguna pólvora, balas, tabaco, una hacha, un cuchillo, un caldero, sus instrumentos y sus libros de marina. El infeliz Selkirk remedió sus necesidades lo mejor que pudo, pero durante los primeros meses le fué difícil vencer la tristeza que le causaba tan profunda soledad. Construyó dos cabañas á cierta distancia la una de la otra con palos de mirto-pimiento; las cubrió con una especie de junco, y las forró con pieles de cabras que mataba á medida que las iba necesitando, hasta tanto que se le acabó la pólvora. Cuando la hubo concluido, encontró el medio de encender fuego con dos pedazos de palo pimienta, que frotaba uno contra otro. Guisaba en la mas pequeña de las chozas; y en la mas grande dormia, cantaba canciones que habia aprendido en su infancia, y pensaba en su patria.

Cuando acabó la pólvora, perseguia las cabras á la carrera, y se volvió tan ágil con ese continuo ejercicio, que corria por los bosques, por las rocas y colinas, con una rapidez increible. «Tuvimos la ocasion de probarlo cuando vino con nosotros á cazar; adelantaba y cansaba á nuestros mejores corredores y hasta á un perro escelente que llevábamos á bordo, alcanzaba muy pronto las cabras, y nos las traia sobre la espalda.» Son palabras de Dampier.

Una larga costumbre le hizo comer las viandas sin sal y sin pan; en la estacion conveniente, cogia muy buenos nabos que habian sido sembrados por la tripulacion de algun buque, y que ocupaban muchas fanegas de tierra; no le faltaban excelentes palmitos que sazonaba con el fruto del pimiento, y la pimienta de Jamaica, cuyo olor es delicioso. Rompió presto sus zapatos y vestidos á fuerza de correr por los bosques y malezas; pero sus piés se endurecieron con la fatiga.

Cuando logró vencer su tristeza, se divertia algunas veces en grabar su nombre en los árboles, y la fecha de su destierro. Los gatos y las ratas le hicieron al principio una guerra cruel; algunos de estos animales, escapados sin duda de los buques que habian tocado en aquella isla para proveerse de agua y leña, se habian multiplicado prodigiosamente. Las ratas llegaban á roerle sus vestidos y los piés cuando dormia. Para librarse de ellas procuró atraer los gatos con pedazos de cabra; con lo cual los familiarizó tanto, que venian á dormir á centenares al rededor de su choza, consiguiendo por este medio librarse de sus enemigos comunes.

Asi, tanto por la enerjia de su carácter como por el vigor de su naturaleza, venció todos los obstáculos en su triste soledad, y acabó por encontrar allí su bienestar. Cuando quedó sin vestidos, se hizo una especie de gaban y una gorra de pieles de cabra que juntó con correitas, sirviéndole de aguja un clavo. Se hizo tambien camisas con un poco de tela que le habian dejado, y las cosió con un poco de hilo de estambre que sacó de sus medias ya destrozadas. Cuando llegó á gastarse su cuchillo casi hasta el mango, forjó otros nuevos con aros de hierros que encontró en la orilla, dividió en pedazos que aplanó lo mejor que pudo, y afiló en las piedras.

Habia olvidado de tal modo el hablar, que solamente pronunciaba las palabras á medias, de modo que al principio costó bastante trabajo el entenderle. Ofreciéronle aguardiente; pero no quiso probarlo, por temor de que le perjudicase, acostumbrado como estaba á beber solamente agua. Además pasó algun tiempo ántes que pudiese comer viandas con gusto.

Rogers llevóse á bordo al infeliz abandonado, le hizo contramaestre, por recomendacion de Dampier, que se habia encontrado con él á bordo del capitan Straddling, y dejó la isla de Juan Fernandez para empezar sus excursiones contra los españoles. Despues de muchas expediciones sobre la costa, que coronó con la toma de Guayaquil, donde los ingleses recogieron inmensas riquezas en plata y géneros, vino Rogers á anclar en las islas de los Galápagos.

Desde estas islas, se dirigió Rogers hácia Puerto-Seguro, Nueva Guinea, Java, y volvió por el Cabo.

Uno de los viajes mas famosos despues del suyo, y cercano á nuestros tiempos, es el que el capitan Anson, inglés, empezó en 1740. Los aciertos militares le dieron mucha fama, pero en cuanto á la utilidad de los descubrimientos, es muy inferior á los dos siguientes, cuyo objeto y motivo han sido muy distintos.

El 18 de setiembre de 1740, Jorge Anson salió para Madera, á la cabeza de una flota de seis buques de guerra,

Digitized by Google

con 150 hombres y 236 cañones, la mas considerable de cuantas se habian destinado á navegar en las aguas del océano Pacífico. El 3 de noviembre salieron de Madera, donde habian sabido la dispersion de la flota enemiga, hácia el cabo de Hornos, por una tempestad que no permitió mas que á uno de los buques españoles llegar á Chile. El 16 de diciembre apareció la flota inglesa sobre las costas del Brasil, y ancló en la isla Catalina, para dar auxilio á los enfermos de la tripulacion que eran ya numerosos, y de los cuales murieron cerca de ochenta. Asistieron en esta isla á una de las famosas cazas de toros, tan celebradas en la misma. Despues de haberse provisto de agua y leña, el comodoro dejó la isla el 18 de enero y entró en el estrecho de Le-Maire el 7 de marzo. Apenas hubieron desembocado, cuando les sobrevino, por espacio de tres meses, una série no interrumpida de borrascas y tempestades que les puso en peligro de perecer y causó á la tripulacion sufrimientos y fatigas inauditas. El 24 de abril fué particularmente un dia funesto para ellos: se levantó una tempestad tan violenta, y se volvió tan tenebroso el tiempo, que la escuadra se dispersó enteramente.

En fin, despues de un sin número de dificultades, el 3 de junio el buque almirante, *el Centurion*, llegó el primero á la isla de Juan Fernandez, que habia sido señalada como punto de reunion. Dos de los demas, despues de haber sufrido mucho, volvieron á Inglaterra: otro se perdió en la costa; y los tres restantes llegaron despues sucesivamente al lugar de la cita, todos en muy mal estado. No se pensó mas en conquistas; el primer cuidado del comodoro fué establecerse cómodamente en la isla para reparar lo mejor posible las averías de su flota, y dar tiempo necesario á sus enfermos para restablecerse. Hizo levantar tiendas en un parage agradable rodeado de bosques y regado por dos riachuelos de una agua escelente.

«La isla de Juan Fernandez, dice la relacion, situada á la distancia de ciento diez leguas de la costa de Chile, toma su nombre de un español á quien se la concedieron y fundó en ella un establecimiento que fué muy pronto abandonado. Esta isla es de forma irregular y su mayor extension es de cuatro ó cinco leguas sobre dos de ancho.»

Por los primeros dias de setiembre, los enfermos se hallaban ya bastante restablecidos, para que el comodoro pudiese pensar en llenar, á lo ménos en parte, su mision devastadora. Hizo varias aprehensiones, y se apoderó por sorpresa de la isla peruana de Payta que saqueó y redujo á cenizas. Despues de haber cruzado por las costas hasta el 6 de mayo del año siguiente, y de haberse señalado por otras hazañas de esta clase, estando aguardando que pasase hácia Manila el famoso galeon de Acapulco, la escuadra, reducida ya á dos embarcaciones, el *Centurion* y el *Glocester*, dejó las costas de Méjico, y se dirigió á Canton confiando encontrar, entre los buques ingleses estacionados en aquel puerto, el descanso y los socorros de que sus tripulaciones tenian necesidad.

Durante la travesía sobrevino tan violenta tempestad, que el *Glocester* hizo agua por todos lados, y fué preciso abandonarle el 15 de agosto de 1742: llegando á la vista de Tinian solo el *Centurion*, único resto de aquella formidable flota.

Tinian está situada á los 14° 59' latitud N., y 143° 28' longitud O. Tiene unas doce millas de largo y seis de ancho. El suelo es seco y arenoso; elévase formando suaves lomas desde la playa hasta el centro de la isla, que está cubierta de bosques y fértiles praderas interrumpidas por valles y colinas, cuya mezcla ofrece los mas elegantes y admirables puntos de vista. Una infinidad de bueyes, blancos como la leche, con las orejas rojas ó negras, pacian en sus prados: veíanse tambien muchos pájaros domésticos recorrer libremente los bosques recordando con sus repetidos cantos las ideas de nuestros cortijos y aldeas y la halagüeña imágen de la lejana patria. Estaba la isla ricamente provista de casi todos los árboles frutales de la zona tórrida; abundando principalmente los cocos, los guayabos, los naranjos, los árboles del pan (rima) que eran para los ingleses un recurso inmenso. Hacia como cincuenta años que esta deliciosa mansion se hallaba abandonada: segun la relacion de los naturales de las islas vecinas. Tinian contaba cerca de treinta mil habitantes, cuando, habiendo una enfermedad epidémica devastado todo el archipiélago, los españoles mandaron que los que quedaban fuésen á poblar Guama donde enfermaron y murieron casi todos de melancolía. Las ruinas y las grandes colunas en forma de pirámide que se ven todavía, atestiguan que Tinian fué en otro tiempo habitada por una numerosa poblacion que estaba bastante civilizada.

Mientras descansaban los ingleses de sus fatigas en esta deliciosa isla, sobrevino un accidente que les obligó á quedarse en ella por poco para siempre. En la noche del 22 de setiembre estando en tierra el comodoro y casi todos los gefes del buque, sopló un furioso viento de Nor-oeste que arrebató de repente el *Centurion* apesar de los esfuerzos de los pocos que habian quedado á bordo; al dia siguiente los ingleses vieron con desesperacion que su buque habia desaparecido y tal vez sido destrozado en alguna de las islas inmediatas. Pasáronse veinte dias en la ansiedad de la esperanza y sin noticias del *Centurion*; el terrible viento del Nor-oeste soplaba continuamente, y ya habia ordenado el comodoro construir una barca grande, con la que debia pasar á Macao, donde estaria seguramente el *Centurion*, si existia todavía, cuando en la tarde del 11 de octubre, el grito de: «¡una embarcacion! ¡una embarcacion!» hizo correr á todos hácia la playa; reconociendo bien pronto con lágrimas de alegría y de felicidad el *Centurion* que navegaba á toda vela y venia á buscar á sus amigos.

El comodoro adelantó su salida, por temor de algun nuevo accidente del mismo género, y el 21 de octubre dejó sin sentimiento la alegre y deliciosa Tinian, dirigiéndose hácia Macao. El 3 de noviembre reconoció la isla Formosa y el 5 por la noche estuvo á la vista de las costas de la China. Al dia siguiente los ingleses vieron al despertar un espectáculo singular: halláronse en medio de un número increible de barquillos-pescadores; habia mas de seis mil con cuatro ó cinco hombres cada uno. Muchos de esos barquillos estaban bastante cerca del *Centurion*, y se les hizo señal de que deseaban un piloto para Macao. «Pero ninguno de ellos quiso honrarnos con la mayor atencion, dice la relacion del capellan. Jamás se habia presentado en aquellos mares un buque como el nuestro; tal vez ninguno de esos pescadores habia visto en su vida una embarcacion europea; sin embargo, un objeto tan nuevo, y que debia interesar tanto á gentes de su profesion, no pareció excitar ni por un momento su sorpresa ó su curiosidad. Ninguno de ellos se distrajo de su trabajo, ni salió de su insensibilidad estúpida.» En fin el 3, despues de haber atravesado innumerables barquillos-pescadores, siempre indiferentes á vista del buque extranjero, un piloto chino pidió treinta duros para conducirlos á Macao. Les indicó que estaban cerca de esta isla, situada en la desembocadura del rio de Canton (el Tigre), y que once embarcaciones europeas, de las cuales eran cuatro inglesas, se encontraban entónces en las aguas de este rio. Macao pertenece á los portugueses, pero como están á la discrecion de las autoridades chinas, preguntó Anson al gobernador cómo debia conducirse con éstas, no queriendo pagar el derecho de ancoraje, es su calidad de buque de guerra. Por consejo del gobernador y para evitar contestaciones, en vez de entrar en Canton, fué Anson á anclar á Tipa, puerto formado por muchas islas inmediatas y muy conveniente para carenar el *Centurion*.

Apenas ancló en el puerto, cuando el comodoro inglés observó una serie continua de trabacuentas y enredos, que le aseguraban de la mala fé de los chinos y del odio de este pueblo á los extranjeros.

Hasta el 6 de enero no recibió Anson el permiso de poder recomponer su buque con los trabajadores necesarios, y tres meses despues, el *Centurion*, reparado ya, pu-

Digitized by Google

hacerse á la vela con buenas provisiones y con veinte tres marineros indios y holandeses que habia reclutado. El comodoro revolvia en su imaginacion el proyecto de espiar el paso del galeon en la altura del cabo del Espíritu-Santo de Samar (una de las Filipinas). En fin, despues de un mes de crucero, percibió una embarcacion al sur-este, cuya aparicion promovió una estrepitosa alegría en el buque inglés: era efectivamente el galeon tan deseado que se dirigia hácia ellos y que parecia estar dispuesto á defenderse. Cerca del mediodia los dos buques estaban uno al frente del otro. Anson habia colocado treinta de sus mejores tiradores en las gavias, que hicieron grande estrago sobre el puente enemigo. Despues de un serio combate de cerca de hora y media, se rindió el galeon. Llevaba á bordo quinientos cincuenta hombres, de los cuales sesenta y siete fueron muertos y ochenta y cuatro heridos, y tenia treinta y seis cañones con veinte y ocho pedreros. El *Centurion* no tuvo mas que dos muertos y siete heridos. El valor de esta rica presa ascendia á un millon y medio de duros.

El afortunado comodoro con su presa y los prisioneros que habia hecho, tomó el rumbo de Macao, para esperar allí con seguridad, en el puerto de Canton, la época de los vientos favorables para volver á Europa. Allí quisieron oponerse á su entrada, ó al ménos hacerle pagar el derecho de los buques mercantes, pero entró á la fuerza. Uno de sus oficiales, á la sazon convaleciente, quiso desembarcar para robustecerse con el ejercicio. El primer dia le salió bien, pero el segundo fué acometido por algunos chinos quienes le derribaron, le quitaron la espada, el bolsillo, el reloj, el baston con puño de oro, los botones de la casaca, el sombrero y otras prendas. Afortunadamente llegó un mandarin chino que hizo huir á los forajidos, ántes que acabasen con el oficial. Esta ocurrencia dió márjen á reclamaciones vivísimas, y al fin se descubrió que el mandarin habia sido el que habia dado el santo á los ladrones. El virey, en contestacion á una nueva carta que Anson le habia dirigido, le envió provisiones con tres mandarines encargados de pedir el pago del derecho, y la remision de los prisioneros españoles por pertenecer á un pais aliado de la China. Anson rehusó formalmente lo primero, y aparentó acordar una gracia concediendo los prisioneros que le embarazaban ya demasiado.

Sin embargo, llegaba el fin de setiembre y no se aprontaban las provisiones secas. Anson resolvió bajar él mismo á tierra á pedir audiencia y justicia al virey. Confió el *Centurion* al primer teniente, al cual dió instrucciones secretas, y desembarcó en su lancha con diez marineros ricamente vestidos. Los mercaderes chinos y los oficiales de los buques europeos, admirados de esas vigorosas demostraciones, mediaron en fin y prometieron hacer preparar las provisiones secas y saladas. Anson permaneció en tierra para activar el aprontamiento de esas provisiones, y cuando estuvieron dispuestas pidió audiencia al virey, y obtuvo permiso para embarcarlas.

Despues de haber terminado así por su firmeza un negocio que duraba ya cuatro meses, hizo Anson embarcar inmediatamente todas las provisiones, y el 7 de diciembre el *Centurion* con su presa se hizo á la vela. El 11 de marzo de 1744 anció en el cabo de Buena-Esperanza, y el 15 de junio llegó sano y salvo á la rada de Spitkead. Observó cuando hubo llegado, que habia debido atravesar por la noche la flota francesa, sin duda á favor de una niebla espesa. Así acabó una expedicion de la cual se esperaban resultados mas importantes.

El 21 de junio de 1764 salió de Londres otra expedicion, al mando del comodoro Byron, compuesta del navio el *Delfin*, y de la fragata la *Tamar*. En el año de 1740, cuando apenas tenia 17 años, habia ya Byron acompañado á Anson en su viaje al rededor del mundo. Esta vez se le confiaba el mando, y supo con su talento y su actividad mostrarse digno de ejercerle.

El diario de su viaje menciona las estaciones siguientes:

Navegacion hasta Rio-Janeiro.

Detencion en este punto, y navegacion hasta Puerto-Deseado.

Permanencia en Puerto-Deseado; navegacion hasta la costa de los patagones.

Entrada en el estrecho de Magallanes; navegacion hasta el puerto del Hambre: excursiones por la costa contigua.

En una de las excursiones se habia levantado una pequeña tienda junto á un riachuelo donde tres marineros lavaban la ropa. Durmiéronse todos ellos al caer de la tarde, pero, no bien acababa de ponerse el sol, cuando les despertaron los rugidos de algunas fieras. Las tinieblas de la noche, la especie de abandono en que se encontraban en aquel lugar solitario, todo aumentaba el horror de la escena. Los rugidos eran cada momento mas agudos, y anunciaban la aproximacion sucesiva de los animales feroces, cuya talla y fuerza corresponderian sin duda á su voz terrible. Levantáronse temblando los marineros, y acudieron al recurso de encender lumbre. El resplandor de las llamas contuvo á aquellos animales carniceros, pero anduvieron dando vueltas al rededor toda la noche, y rugiendo horriblemente. Por fin, desaparecieron al despuntar el dia, y no les costó poco recobrarse á los pobres marineros yertos de espanto.

Navegacion desde el puerto del Hambre hasta las islas de Falkland ó Malvinas.

Vuelta de nuevo al Puerto-Deseado. Navegacion hasta el cabo Monday. Salida del estrecho de Magallanes.

Descubrimiento de las islas del rey Jorge, entre otras varias.

En una de estas islas, situada á los 44° 41' de latitud sud, y 149° de longitud oeste, varios oficiales y marineros se embarcaron en faluas para acercarse á tierra ó irla costeando, con encargo de no hostilizar á los indios que los estaban mirando desde la playa. Los marineros les indicaban por señas que necesitaban agua, y por señas les respondieron los indios que siguiesen costeando. Á poco llegaron las faluas delante de una aldea, ó, por mejor decir, reunion de cabañas, y la playa se llenó entónces de insulares curiosos. Vióse luego á un anciano, seguido de un niño, bajar desde la aldea á la orilla del mar, donde se detuvo. Era vigoroso y de alta estatura. Una barba blanca, que le bajaba hasta la cintura, le daba un aspecto venerable: bien se echaba de ver que tenia la autoridad de un gefe ó de un rey. Con un gesto mandó á los indios que se retirasen á cierta distancia, y se adelantó solo, llevando en la mano derecha un ramo verde, y apretando con la izquierda la barba contra su seno. En esta actitud pronunció un largo discurso. Su acento cadencioso podia dar á entender que cantaba, pero en verdad que esa especie de canto no tenia nada de desagradable. Los marineros y los oficiales no le entendian, ni sabian como darse á entender, pero, para darle pruebas de amistad tiraron á la playa alguna prendas de poco valor, mientras él estaba hablando. No se inclinó el anciano para cogerlas ni quiso permitir que ningun indio tocase á ellas mientras continuaba su arenga. Concluida ésta se adelantó algunos pasos, tiró á la primera falua su ramo verde, y recogió en seguida las prendas.

Los ingleses no permanecieron mucho tiempo delante de esta isla porque son peligrosas sus costas.

Desde las islas del rey Jorge pasaron despues á las de Saipan, Tinian y Aiquijan, á Pulo-Timoan, y por fin á Batavia, y de allí al cabo de Buena-Esperanza, de donde regresó Byron á Inglaterra en 4 de junio de 1766.

En 1766 envió Luis XV á Mr. de *Bougainville* con dos navios á hacer nuevos descubrimientos, y á enriquecer la geografia con conocimientos útiles á la humanidad. Este navegante animoso, activo é inteligente, se aplicó con particularidad á fijar exactamente la posicion de los lugares, á confirmar las anotaciones de los antiguos marinos, ó corregir sus errores, á trazar la disposicion de las costas, á descubrir fielmente las señales para su reconocimiento, á indicar las corrientes, los fondos, bajos y escollos, las variaciones de las mareas y de los vientos, y cuanto puede ser favorable ó contrario para la navega-

Digitized by Google

cion en unos mares hasta entónces casi desconocidos. Duró su viaje al rededor del mundo dos años y cuatro meses.

Á principios de 1764 este oficial habia emprendido, de concierto con dos parientes suyos, colonizar las islas Maluinas, transportando á ellas muchas familias canadienses. La Colonia estaba floreciente y prometia felices resultados para el porvenir, cuando la España reclamó estas islas como pertenecientes á ella: la Francia cedió las Maluinas, y Bougainville, encargado de ejecutar esta cesion, debia en seguida dar la vuelta por la India atravesando el mar del Sud.

Bougainville salió de Paimbœuf en la fragata la *Boudeuse*, el 5 de noviembre de 1766, y llegó á las Maluinas el 22 de marzo del año siguiente, con los buques españoles encargados de tomar posesion de estas islas. Estaba con él el principe de Nassau Sieghen que habia obtenido del rey el permiso de hacer parte en el viaje. La urca *Estrella* debia juntarse á la expedicion en las islas Maluinas; pero, no encontrando Bougainville este buque, salió para Rio Janeiro, donde se efectuó su reunion. Mientras permaneció la *Estrella* en la Bahia del Hambre, aconteció á los marineros franceses una aventura que hubiera podido tener fatales consecuencias. Tres de ellos tuvieron que quedarse en tierra por el mal tiempo, y se metieron en una gruta donde encendieron lumbre. De repente los acometieron muchos salvages dando alaridos. El ataque fué terrible, pero los marineros se defendieron con todo el valor que infunde la desesperacion. Los salvages eran unos veinte y cinco, armados con palos: mataron tres de ellos y ahuyentaron á los demas; pero dos marineros quedaron gravemente heridos.

El 3 de diciembre entraron ambos buques en el estrecho de Magallanes, que reconocieron con el mayor cuidado en toda su extension. Habian visto en el cabo de las Vírgenes muchas tropas de patagones á caballo: la altura de esta raza de salvages, muy exagerada por los primeros navegantes, fué reducida por las observaciones de los franceses á proporciones muy verosímiles. La magnitud varia de cinco piés seis pulgadas á seis piés.

Despues de haber echado cincuenta y dos dias en la travesia, Bougainville desembocó en el mar del Sud el 26 de enero de 1768, y los dos buques, impelidos por un viento favorable, se dirijieron hácia N. O. sin poder detenerse en Juan Fernandez como habian pensado. Por fin el 22 de marzo descubrieron las primeras islas del archipiélago Pomotú.

Por la noche mandó Bougainville plegar velas por temor de embestir algunas de aquellas tierras peligrosas. Al amanecer vió una isla formada por dos lenguas de tierra unidas al N. O. y dejando una abertura al S. E. en forma de herradura. Son dunas de arena, la mayor parte desiertas y estériles, muy pocas cubiertas de cocos. Algunas piraguas de salvages navegaban en el lago interior de la isla. Los escollos impidieron tambien á las embarcaciones atracar en esta playa que fué apellidada «Isla del Harpa», que es la isla Heyou del mapa de D'Urville. El mismo dia vieron una tierra á la distancia de siete ú ocho leguas; era tambien una isla baja é inaccesible: otras cuatro se divisaron mas lejos, muy bajas y llenas de escollos. Bougainville dió el nombre de Archipiélago Peligroso á esta larga cadena de islotes y arrecifes.

Cansado de esta inútil investigacion, y viendo aumentarse de dia en dia el número de sus enfermos, mandó el comandante hacer rumbo al sur para salir del archipiélago, y el dos de abril la montaña alta y escarpada de Maitia se presentó á su vista. Llamóla *Tabuco* y se encaminaba hácia ella, cuando la vista de otra isla mas considerable le determinó dirigirse á esta segunda tierra con la esperanza de encontrar mas fácilmente un fondeadero y provisiones frescas. El 4 al amanecer hallábanse los buques franceses delante la isla de Taiti. Viéronse al momento cercados por una multitud de canoas, en una de las cuales iban doce hombres con tallos de bananos en la mano en señal de paz. Contestóseles con demostraciones amistosas: cambiaron un lechon y algunas bananas por gorros y pañuelos, siendo estos primeros regalos el garante de la buena inteligencia futura. Luego, una infinidad de canoas cargadas de frutos fueron á establecer un comercio de cambio, que se hizo con bastante buena fé; pero los naturales no quisieron nunca subir á bordo. Las comunicaciones se hacian por medio de una cuerda y una cesta y por la noche las canoas se retiraban.

Empleóse la mañana del 5 en bordear y buscar un fondeadero. «Al pasar las embarcaciones por en frente de la costa, dice la poética relacion, iba desarrollándose á nuestra vista el risueño panorama de la deliciosa Taiti. Toda la isla se veia cubierta de frondosos árboles, y aun el mismo pico que descuella en el centro se descubria decorado hasta su remate con guirnaldas de follage. Mas cerca de nosotros se ofrecian á nuestros encantados ojos praderas, bosquecillos, y plantíos de diversas clases. Descubrimos una magnífica cascada que se lanzaba de lo alto de una montaña y precipitaba en el océano sus aguas espumosas, teniendo á sus piés un hermoso pueblecillo que animaba la ribera del mar.» Parecia que la costa no tenia escollos, pero el fondo no era bueno y se hizo preciso volver á la bahía reconocida al principio. Sin embargo durante todo el dia pasearon las canoas alrededor de los buques; y esta vez los isleños habian traido consigo, además de provisiones frescas, gallinas pichones, y algunas mugeres bastante bonitas.

«Á medida que se adelantaba la *Boudeuse* en la bahía, la afluencia de canoas era tan grande, que las maniobras eran ya muy difíciles en medio de tanta confusion y ruido. Todos gritaban: Taïo! Taïo! (amigos! amigos!) dándonos multiplicadas muestras de amistad, y pidiéndonos tachuelas y pendientes. Habia en las canoas una infinidad de mugeres que no ceden á la mayor parte de las europeas en finura y en gracias: y que en cuanto á la belleza del cuerpo podrian disputársela á todas con ventaja.»

Cuando la fragata estuvo amarrada, bajó á tierra Bougainville con varios oficiales para encontrar una aguada cómoda. Reuníanse á su alrededor una porcion de naturales de ambos sexos, que tocaban á los extranjeros con viva curiosidad, y algunos hasta llegaban á levantarles los vestidos por ver si interiormente eran del mismo color que ellos. El gefe de la comarca (Ereti, gefe de Hidia) los condujo á su habitacion donde fueron recibidos por muchas mugeres con gritos repetidos de Taïo, Taïo. Hallábase tambien allí un anciano venerable, de larga barba y de hermosos cabellos blancos, que no manifestó admiracion ni curiosidad por la llegada de los franceses, como si temiese que los postreros dias de su vida habian de ser turbados por la nueva raza de hombres que acababa de llegar.

Al dia siguiente, Bougainville recibió á Ereti á bordo de la *Boudeuse*. Disponíanse los franceses á acampar cerca de un riachuelo, cuando advirtiendo los indios los preparativos, el gefe, su padre y los principales de la comarca se presentaron á anunciar á Bougainville, que podia estarse en tierra tanto como quisiese durante el dia, pero que era preciso que por la noche se volviese á bordo. Insistia Bougainville y el consejo de los taitianos quiso saber al ménos cuanto tiempo pensaba permanecer entre ellos.

Bougainville contestó que partiria á los diez y ocho dias; y por fin acabaron concediendo toda la demanda.

Concluidos estos preliminares, recobró Ereti su buen humor, y cedió aun un sotechado á las canoas cerca de la aguada, en la cual metió Bougainville los enfermos de la *Boudeuse* y de la *Estrella*. El gefe taitiano pasó la noche con sus nuevos amigos; cenó con ellos, en compañía de algunos otros de su mismo rango, y despues de la cena se dispuso un fuego artificial, cuyos cohetes les causaron tanto miedo como diversion. Al dia siguiente se ocuparon en cortar leña; el mismo Ereti les indicaba los árboles que debian cortar, y los naturales les ayudaron con alegría. Las provisiones venian en abundancia y se cambiaban con regularidad y buena fé. En fin, reinaba

Digitized by Google

una completa armonía entre los franceses y los taitianos, salvo algunos hurtos que de cuando en cuando hacian estos últimos. Los marineros se paseaban por la isla sin armas, invitábanles los naturales á que entrasen en las casas, y regalábanles tambien buenos frutos las jóvenes taitianas, muy poco decorosas en su coqueteria, segun dice la relacion.

Bougainville pinta esta afortunada tierra con los colores mas risueños. «Fui muchas veces, con mi segundo ó tercero, dice, á pasearme por lo interior de la isla, y creíame transportado al jardin del Eden. Recorrimos una llanura de césped, cubierta de hermosos árboles frutales, y entrecortada de riachuelos que mantenian una frescura deliciosa. Un numeroso pueblo goza alli tesoros que la naturaleza le derrama á manos llenas. Encontrábamos multitud de hombres y mugeres sentados á la sombra de los árboles, y todos nos saludaban con amistad; los que hallábamos en los caminos, se apartaban para que pasásemos. Por todas partes veiamos reinar la hospitalidad, el reposo, la dulce alegria y todas las apariencias de la felicidad.»

Continuaban sin embargo tranquilamente los trabajos de leña y agua, cuando la turbulencia y la barbarie de algunos soldados vinieron á comprometerlo todo. El 10 mataron á un isleño, y todas las investigaciones para hallar al culpable fueron inútiles; desde entónces los naturales, mas desconfiados ya, se retiraban hácia el interior de la isla; el mismo Ereti se habia dejado apaciguar aunque con trabajo por algunos regalos, cuando otro nuevo accidente esparció la alarma y el terror entre los taitianos. Tres isleños habian sido muertos á bayonetazos en sus mismas casas. Los viejos, las mugeres, y los niños, se escapaban dando gritos, con sus bagajes y sus cadáveres. En este extremo bajó Bougainville al campo, y en presencia del gefe hizo pasar por las armas cuatro soldados sospechosos del asesinato: semejante proceder pareció calmar la irritacion general. Pero un peligro mas grande aun amenazaba á los franceses. Una ráfaga violenta separó los buques de la costa, y la fragata habia perdido sucesivamente cuatro áncoras, estando sostenida ya tan solo por un calabrote. Felizmente cambió el viento; y despues de una noche de ansias mortales, pudo la *Boudeuse* tomar mejor fondeadero á alguna distancia de la *Estrella* que estaba mejor anclada.

Por el temor de una nueva borrasca en que pudiesen padecer los buques, trabajóse noche y dia en la aguada. Bougainville metió en el sotechado una acta de toma de posesion en regla, pero lo hizo furtivamente como si se avergonzára de una accion tan ridícula como injusta, y el 15, á las seis de la mañana, maniobró para salir de la bahia, lo que no pudo ejecutar sin correr grandes peligros, y sin ayuda de las lanchas que remolcaron los buques.

Bougainville llamó á las diferentes islas que vió cerca de Taiti, archipiélago de Borbon, y Cook las denominó mas tarde islas de la Sociedad. El nombre general y mas racional de las islas de Taiti les ha quedado del de la mas grande.

El 5 por la mañana, descubrieron una hermosa tierra, entrecortada de montañas y de extensos llanos cubiertos de árboles frondosos. La mar se estrellaba con furor en toda la costa meridional, y un gran número de canoas parecidas á las de las primeras islas vinieron alrededor de los buques, pero sin quererse acercar á ellos. Aunque éstos hacian de siete á ocho millas por hora, volvian las canoas á cercarlos como si estuviesen anclados. Esta agilidad hizo dar al grupo entero, que estaba al 14° lat. S. entre 171 y 172° long. O., el nombre de archipiélago de los Navegantes. Es el mismo que fué descubierto y llamado Bauman por Roggeween, el cual hizo el retrato mas lisonjero de los naturales. D'Urville y Balbi llaman á este archipiélago las islas de Hamoa. La última tierra del grupo que descubrió Bougainville es la isla de Mahouana, y solamente vió desde lejos la isla Oyolava.

El escorbuto comenzaba á reaparecer, y no quedaban mas provisiones que para los enfermos, cuando el 22, dia de Pentecostes, al amanecer, apercibieron dos islas que fueron llamadas la primera Pentecostes, y la otra Aurora. Mas distante vieron otra pequeña isla en forma de pilon de azúcar, que fué denominada el pico de la Estrella (Nuestra Señora de la Luz de Quiros). Dos horas mas allá descubrieron unas montañas elevadas que pertenecian á otra isla. Aseguróse Bougainville de que las tres grandes islas eran otras tantas tierras distintas entre sí, y costeo la última que estaba cubierta de árboles. En la madrugada del 23 vieron unas canoas cerca de la costa que no hacian ningun movimiento para acercarse á los buques. De todos los puntos de la isla se elevaban multitud de humaredas que hacian suponer una numerosa poblacion, y cuando se hallaron cerca de la orilla Bougainville destacó tres lanchas para reconocerla. Armados los isleños con arcos y flechas quisieron al principio oponerse al desembarco, pero como la tripulacion francesa siguiese adelante, se retiraron manteniéndose á distancia de poderse defender. Por mas señas de amistad que se les hacian y por mas que se marchase hácia ellos en ademan pacífico, persistian siempre en su retirada. Por fin el príncipe de Nassau se adelantó hácia el interior de la isla y al ver un hombre solo fué cuando los salvages se pararon. Entónces pudieron cambiar algunos pedazos de tela encarnada, que apreciaban mucho, por frutos del pais; solamente cuando se les pidieron en cambio algunas armas, á lo que se negaron, tomaron una actitud hostil. Muchos de ellos tenian dispuestas sus hondas para el combate, y dieron á entender que estaban en guerra con una tribu vecina, y que temian un ataque próximo. En efecto, llegaron otros salvages de la parte occidental y se adelantaron con mucho órden contra la primera tropa que se dispuso á recibirlos; pero como los franceses se hicieron á la vela, no pudieron saber el éxito del combate.

Durante dos ó tres dias, la bonanza y las velas rotas detuvieron á los buques en una especie de bahia formada por tierras elevadas. El 26 de mayo Bougainville se acercó á la isla del O., que formaba, segun él, una bellísima costa cubierta de árboles y de terrenos bien cultivados. El aspecto general prometia un pais rico aunque montuoso. Acercáronse algunos hombres en canoas; pero apesar de todas las invitaciones, se pusieron fuera del alcance de los fusiles. Veianse en la costa multitud de cabezas negras, y Bougainville quiso probar un segundo reconocimiento. Habiendo observado que la tierra parecia formar una ensenada, envió sus lanchas armadas para explorar mientras que él cruzaba con sus buques á una legua de tierra. Una de las lanchas, que iba separada de las demas, recibió algunas descargas de flechas á las que contestó con fusilazos y descargas de pedreros.

Las últimas tierras que acababa de costear Bougainville eran dos grandes islas, la del Espíritu-Santo y de Malicolo, con la isla de San Bartolomé y los islotes que de ella dependian. Comparando sus observaciones con las indicaciones de Quiros, el navegante francés reconoció la identidad de este grupo con la tierra del Espíritu Santo; pero no se dispensó por eso de ponerle otro nombre, y le llamó archipiélago de las Grandes Cicladas. Bougainville tuvo la gloria de anticiparse á Cook en el encuentro de esas islas perdidas desde tan largo tiempo; pero éste ejecutó el reconocimiento de ellas con esa superioridad que le distingue de los demas navegantes, y las dejó el nombre definitivo de Nuevas-Hébridas.

Despues de haber dejado las Grandes-Cicladas, tomó Bougainville el rumbo hácia el O. El 5 de junio creyó ver la tierra y la rompiente de las olas; á las veinte y cuatro horas observaba, flotando á lo largo de las orlas del barco, pedazos de madera y frutos, indicios naturales de la inmediacion de las tierras; el 6 y el 7 se halló en medio de escollos y la prudencia le hizo retroceder. Habia corrido, con pleno conocimiento, hasta el continente de la Nueva Holanda, y si hubiese seguido su proyecto de ganar las Molucas por el estrecho de Torres, sin dejarse entibiar por las dificultades de la empresa, hubiera adelantado á Cook en el reconocimiento de este peligroso paso

Digitized by Google

El 10 de junio, al romper el dia, vieron la costa desde el E. hasta el N. O, y, mucho ántes de la madrugada, anunciábase por un olor delicioso la inmediacion de esa tierra que formaba un grande golfo abierto al S. E. Un terreno bajo y dividido en llanos y bosquecillos sobre la orilla del mar, se elevaba en seguida en forma de anfiteatro hasta las montañas, cuya cima se perdia en las nubes. Distinguianse tres picachos y la cordillera mas elevada estaba á mas de 25 leguas en lo interior del pais. Los sufrimientos de la tripulacion y la diminucion progresiva de los víveres no permitieron á los franceses visitar esa magnífica tierra que llamaron Luisiada, y cuyos límites no están todavía fijados hácia el O.

Despues de haber cargado la vela á la banda meridional por espacio de cerca de cien leguas, el 28 de julio por la mañana distinguieron las primeras islas del famoso archipiélago Salomon; siendo las primeras las islas de Simbou, y su vecina la Satisfaccion. Vióse otra costa larga y elevada desde el E. S. E. hasta el E. N. E., que era la grande isla de Choiseul. Á la altura de la parte occidental, acercáronse al buque una docena de canoas de diferente magnitud con quince ó veinte hombres cada una. Estos isleños, tan negros como los de África, tenian el cabello crespo, pero largo, y algunos de color rojo. Llevaban cerquillos y planchas en el cuello y en la frente, y sus armas eran lanzas y arcos, que blandian de una manera amenazadora.

Pasado este estrecho, siguieron los buques por entero la costa oriental de la isla Bougainville, cuya cordillera central es de una altura prodigiosa. El 4 de julio doblaron la punta N. de la isla Bouka, la cual pareció populosa y bien cultivada: habia un hermoso llano en medio de la costa, plantado de cocos, que ofrecia un punto de vista encantador. Cerca de la playa navegaban una infinidad de canoas, de las cuales algunas se decidieron á acercarse á la *Boudeuse* gritando: *Bouka! Bouka!* y enseñando cocos. Despues se alejaron los naturales haciendo señas de ir á buscar mas en tierra. Su despedida fué sin embargo una flecha que arrojaron al buque. Estos hombres eran tambien negros con el cabello crespo, las orejas agujereadas y prolongadas, y los dientes enrojecidos por el betel; estaban armados con grandes arcos de seis piés de largo y flechas de una madera muy dura. Sus canoas, mas pequeñas que las de la isla Choiseul, tenian sus extremidades ménos levantadas.

Boungainville habia visto tambien las islas Tejorería y Shortland. Cuando dejó la isla Bouka, tenia la intencion de arribar á la Nueva Bretaña que no podia estar muy distante. El 5 de julio por la tarde reconoció dos pequeñas islas cercanas á tierra, y el 6 vió otra grande tierra á diez leguas de distancia. Era la Nueva Irlanda que tomó por la Nueva Bretaña porque ignoraba el descubrimiento reciente del canal de S. Jorge que separa estas dos tierras. Desembarcó en una magnífica bahía donde desaguan cuatro riachuelos. Habia allí leña abundante, pero el pais estaba despoblado y no pudo encontrarse ninguna especie de fruto. Dos cabañas desiertas, una casa abandonada, restos de fuego y de pechinas, huesos de animales atestiguaban bien que aquellos lugares habian sido recientemente visitados por los salvages, pero no se vió ninguno en aquel momento. El solo descubrimiento que hizo fué un pedazo de plancha de plomo enterrado en la arena, que obligó á sospechar á Bougainville que el Swalow ó el Delfin le habian precedido en esta arribada. Algunos árboles tronchados ó cortados con hachas lo confirmaron en su idea. Era efectivamente la bahía en la que Carteret habia arribado y la habia llamado la Ensenada Inglesa.

El mal tiempo detuvo á los franceses en el puerto de Praslin hasta el 25, en cuyo intervalo hicieron algunas excursiones en tierra. Excitó sobre todo su admiracion una cascada magnífica, producida por una corriente de la bahía, dividiéndose en otras cien cascadas desiguales fuertemente coloradas por los grandes árboles cuya raíz se bañaba en sus espumas. Pero pasaba el tiempo entretanto, disminuíanse las provisiones, y las dos tripulaciones tenian aun muchos enfermos. Bougainville se vió obligado á dejar el Puerto de Praslin, dobló el cabo de San Jorge y se extendió hácia el lado oriental de la Nueva Irlanda. El 29, hallándose muy cerca de la costa los buques fueron visitados por muchas canoas que traian cada una cinco ó seis hombres negros, crespos, altos, ágiles y robustos, que convidaron á los franceses á ir á tierra, sin que quisiesen ellos subir á bordo. Se les regaló con algunos pedazos de lienzo, y cuando los tuvieron en su poder, se retiraron golpeando juntos con mucha fuerza sobre sus canoas con grande algazara, y uno de ellos arrojó con la honda una piedra en señal de agradecimiento. Al dia siguiente volvieron en mayor número y se acercaron sin dificultad, llevando su gefe el baston levantado como haciendo señas de mando. Esta vez vinieron los negros muy adornados; traian los cabellos empolvados de rojo, penachos en la cabeza, planchas de metal suspendidas del cuello, pendientes en las orejas y nariz, y brazaletes en los brazos y piernas. En vano se quiso cambiar con ellos algunas cosas, pues tomaban lo que se les daba, sin querer soltar nada de lo suyo. El dia 31 de julio, despues de una alarma producida por una flotilla que se retiró á vista de los cañones de la Estrella, Bougainville perdió de vista la Nueva Irlanda.

El 4 de agosto reconoció las islas Borrascosa y Matías de Dampier. El 7 dirijiéndose hácia el O., vió por la madrugada una tierra baja y llana, de unas tres leguas de extension cubierta de árboles y dividida en muchas porciones llenas de arrecifes y bancos de arena; en la playa se veian una porcion de casas altas, casi cuadradas y muy abrigadas, y en los alrededores un gran número de piraguas que pescaban; con la particularidad de que ninguna de éstas se movió de su puesto para ir á contemplar de cerca los grandes buques extranjeros, indiferencia que valió á la isla el nombre de isla de los Anacoretas.

El 12 al mediodia se hallaban enfrente de la Nueva-Guinea, en el mismo parage, poco mas ó ménos, en que el capitan d'Urville ha colocado la bahía de *Humbold*, sitio muy notable por dos picos muy elevados que son los montes Boungainville y Cíclope. Habiendo costeado una grande extension de esta tierra, entró Bougainville en el mar de las Molucas, por enmedio de las islas que rodean la extremidad septentrional de la Nueva Guinea, y dió á su ruta el nombre de Canalizo de los Franceses. El 1 de setiembre percibió la isla Bouro, establecimiento poco importante de los holandeses, de Ceram y de Amboina, y determinó tomar allí provisiones.

La poblacion de Bouro se divide en dos clases; la de los moros, sujetos á los holandeses, y la de los alfurianos que son libres, belicosos, independientes.

La tripulacion, que se hallaba aniquilada por el escorbuto y fatigada de una navegacion tan larga, saludó con transportes de alegría el aspecto risueño de la rada de Cayeli.

Despues de haber descansado algunos dias y de haber comprado víveres frescos, salió Bougainville de Cayeli el 7 de setiembre, tocó en Bouro y otras islas de las Molucas y entró en la rada de Batavia el 28. El 16 de octubre se marchó de esta ciudad de la cual nos ha dejado una descripcion, y diez y ocho dias despues llegó á la isla de Francia, donde dejó la Estrella que necesitaba carenarse, y habiendo partido el 12 de diciembre, el 8 de enero hizo escala en el cabo de Buena Esperanza viendo allí una de las mas bellas partes de la colonia, llamada la Pequeña Rochela, habitada por refugiados franceses arrojados de su patria á causa de la revocacion del edicto de Nantes.

El 16 de marzo de 1769, Bougainville conducia su fragata hácia San Malo, no habiendo perdido mas que siete hombres en el espacio de dos años y cuatro meses de ausencia. Á su vuelta publicó la relacion de su viaje, mereciendo en Francia un éxito prodigioso las narraciones de las delicias de Taiti. Diez años despues, Bougainville fué nombrado gefe de escuadra, y á su muerte, acaecida en 1810, este hombre singular, lleno de años y de

Digitized by Google

gloria, era miembro del Instituto de la Sociedad real de Londres y Senador del Imperio.

El *capitan Cook* salió de Plimouth en 1768 con las mismas intenciones que Bougainville, pero con muchos mas auxilios. Hablando de aquél Mr. de Bougainville, parece que se olvida de sí mismo, y dice: «Este viaje me parece que entre los modernos de esta especie es en el que mas descubrimientos se han hecho en todos género.» Con efecto, se han enriquecido mucho la historia natural y la botánica con las noticias de los hombres instruidos en estas ciencias, que el capitan Cook llevaba á bordo, y eran muchos mas que los de Bougainville. Este viaje primero de Cook duró tres años.

Estos dos grandes hombres, navegando en los mismos parages y en los mismos tiempos, é igualmente aplicados é infatigables, parece que cada uno era censor del otro de suerte, que pueden tenerse por indubitables los hechos y las observaciones en que conforman. Y ya que nos hemos detenido en algunos pormenores del viaje de Bougainville es razon que hagamos lo mismo con los de Cook.

Un fenómeno astronómico del mayor interés ocupaba en 1768 todos los ánimos: tratábase de observar el paso del planeta Venus sobre el disco del sol, á fin de obtener la distancia exacta de la tierra á este astro, calculando la de Venus á la tierra en el momento del paso. El fenómeno debia tener lugar en junio de 1769, y la Sociedad real de Londres habia resuelto que para observarle se mandase un astrónomo á una de las islas del mar del sud: en esto llegó Wallis de su viaje, y señaló su nuevo descubrimiento, la isla del rey Jorge ó Taiti, como punto muy favorable para la observacion. Nombróse para la expedicion á Cárlos Green, astrónomo del observatorio de Greenwich, y, para dirigirla, el secretario del almirantazgo propuso á un oficial jóven de la marina, llamado Cook. Fué éste elevado al grado de teniente de navio, y se le dió el mando del *Endeavour*, buque de diez cañones y otros tantos pedreros, con ochenta hombres de tripulacion. José Banks, naturalista conocido ya por sus viajes, por poseer una fortuna considerable, y que se ha elevado despues á los primeros honores de la ciencia, quiso formar, á sus costas, parte de la expedicion; y un amigo suyo, el doctor Solander, sabio sueco, se decidió a acompañarle, marchando tambien dos pintores para diseñar las vistas y los objetos de historia natural. Nunca expedicion alguna habia sido preparada con tanta solicitud, ni llevada á cabo por hombres tan eminentes en todos los géneros.

El 14 de enero el *Endeavour* entró en el estrecho de Le-Maire, pero el creciente de la marea le arrojó con tanta violencia, y las aguas se levantaban tanto á la altura del cabo de San Diego, que la arfada metia con frecuencia el mastil de la proa dentro del mar. El 15 al mediodia llegó Cook cerca de tierra y dió fondo en la bahia del Buen Suceso. El 16, encontrándose la expedicion junto á la Tierra del Fuego, los sabios Banks y Solander, acompañados del cirujano Monkouse, del astrónomo Green, con alguna gente y marineros, hicieron un desembarco con el objeto de penetrar en el interior del pais, y reunir plantas, pero tuvieron que embarcarse despues de haber escapado con vida como por milagro, á causa del grande nevazo que cayó. El 20 desembarcaron de nuevo para visitar una aldea que habian descubierto á alguna distancia. Saliéronlos á recibir dos americanos con aire de ceremonia. Componian la aldea una docena de cabañas, de construccion grosera, puestas al abrigo del viento por medio de ramas secas. Ningun mueble habia dentro de ellas. ¿Qué son esas moradas del salvage americano comparadas con las del castor?

El 26 de enero de 1769 Cook dobló el cabo de Hornos y encontró esta ruta mas corta y sobre todo ménos trabajosa que el paso por el estrecho de Magallanes. El 5 de abril descubrió un grupo de islas (los grupos Darwa, Hidi y Marakau) que se extienden por un espacio de cerca nueve leguas formando cordones de tierra largos y estrechos, cubiertos de árboles de varias especies y sobre todo de cocos. El *Endeavour* navegó costeando por el lado S. O. del grupo Marakau donde se encuentra una especie de fondeadero. Algunos naturales que se habian reunido en sus piraguas vinieron hasta los arrecifes, y no quisieron adelantarse mas, apesar de las señales de amistad que se les hacian y de las aclamaciones con que contestaban. Como la tripulacion no tenia necesidad de nada, Cook tuvo la prudencia de no dejar desembarcar por temor de una colision fatal á los isleños.

El 7 descubrieron al N. otra isla á la cual dieron el nombre de Bird, pájaro, á causa de la abundancia de aves, únicos habitantes que en ella se notaron. El 8 el *Endeavour* costeó el grupo Ana que fué llamado Chain; vieron despues á Maitia, la Oruabruck de Wallis, que se parece á un sombrero de forma elevada; y en fin el 11 de abril por la mañana reconocieron la lozana y voluptuosa Taiti, principal objeto de la expedicion inglesa.

El dia siguiente muy de mañana llegaron á los buques unas canoas conducidas por los naturales, que llevaban en la mano los tallos de banano en señal de paz. Enramáronse los aparejos con las hojas verdes, de lo que se mostraron los naturales muy contentos, cambiando luego su cargazon de cocos y otros frutos por objetos europeos. El *Endeavour* fondeó en seguida en la bahia de Matavay, rodeado de las piraguas de los isleños que continuamente le llevaban peces, cocos y frutos del árbol del pan.

Cuando estuvo asegurada la posicion del buque, Cook bajó á tierra con Banks y Solander, acompañándoles un viejo taitiano, llamado Oahou, que habia conocido al capitan Wallis, y siguiéndoles un destacamento de gente armada. Fueron recibidos en la playa por infinidad de naturales que espresaban su temor y sus respetos á los extranjeros, prosternándose hasta el suelo y presentándoles ramos verdes, símbolo de sus pacíficas intenciones. Los ingleses correspondieron á esas demostraciones de amistad con ademanes de satisfaccion, y se procuraron tambien ramas de árboles.

El 12 de abril se presentaron de otro punto de la isla algunos gefes trayendo lechoncillos y frutas. Cook, Banks y Solander los acompañaron á tierra con objeto de escojer un sitio conveniente para la ereccion de un fuerte. Desembarcaron entre una multitud inmensa de indígenas que los condujeron á una casa mayor que las que ántes habian visitado: el gefe que vivia en ella se llamaba Toutaha, cuya autoridad, segun se supo despues, se extendia á toda la isla. Hizo sentar á los ingleses cerca de sí sobre unas esteras, les ofreció un gallo y una polla, y les dió tambien varias piezas de tejido de once varas de largo. Banks le regaló en cambio un pañuelo y una corbata guarnecida de encajes, que se la puso al momento con un aire de satisfaccion indecible. Las mugeres que rodeaban á Toutaha eran jóvenes y bonitas, y su coquetería se dirigia á los ingleses con provocaciones sumamente extrañas.

Al volverse á la costa, Cook y los que le acompañaban encontraron otra vez al gefe de la bahia de Matavay, donde habian fondeado, al frente de un número de isleños. Ratificaron con él un tratado de paz, cambiando los ramos que traian y repitiendo mútuamente la palabra *Taio* (amigo) puesta la mano sobre el corazon. Despues aceptaron el dinero que se les ofreció por las bananas, cocos, frutos del pan etc.

El 15 Cook escogió un sitio para levantar el fuerte, haciendo entender á los naturales, allí reunidos en gran número, que él tenia necesidad de esta construccion para poder pasar en ella algunas noches, y que hasta su partida ningun isleño debia entrar en ella sin permiso de los ingleses, exceptuando tan solo á Oahou y otro gefe. Despues se internó en la isla para descubrir los lugares donde habia cerdos y aves para comer, pero fué muy pronto llamado por un fusilazo que se oyó. Oahou, que estaba con él, despidió con una seña á los naturales, volviéndose al momento á la tienda en la que no encontraron mas que á los ingleses. Supo entónces Cook que, despues de su salida, habiéndose un taitiano apoderado del fusil del centinela, el oficial del apostadero, tan imprudente como

Digitized by Google

cruel, habia mandado hacer fuego á la multitud que huia. Afortunadamente no hubo mas muerto que el ladron. Oahou reunió los que habian huido, procurando persuadirles que el oficial habia sido gravemente ofendido, y que en adelante ningun daño se les haria si se portaban bien. Se retiraron en seguida sin mostrar desconfianza, y los ingleses levantaron su tienda y se la llevaron á bordo. Al siguiente dia no se presentó isleño alguno, ni aun el mismo Oahou.

En este intermedio murió el diseñador Bouchan, llorado de todos sus compañeros, y para no chocar con las ideas religiosas de los taitianos, se arrojó su cuerpo al mar con las ceremonias ordinarias, en vez de enterrarle en la isla. Por la mañana del mismo dia se recibió la visita del gefe de Matavay y de Toutaha trayendo bananos tiernos en señal de paz y regalos de lechones y frutas del pais, y no queriendo subir á bordo hasta que fueron aceptados sus presentes. Al otro dia se empezaron los trabajos del fuerte; los buenos taitianos ayudaron por sí mismos á la construccion, y Banks durmió en su tienda colocada en medio de las obras. Al levantarse recibió la visita de Tambourai-Tamaïdi, gefe de Matavay, que le proporcionó todos los materiales necesarios para arreglar una habitacion, con útiles y muebles de varias clases, pasando despues lo restante del dia en su compañía y comiendo en la tienda. Otro dia se celebró una especie de mercado, precedido por Banks, en el cual los ingleses se proveyeron abundantemente de todas las producciones del pais. Con frecuencia venia Tambourai-Tamaïdi á ver á sus amigos, esmerándose en imitar sus maneras y la costumbre de comer con el tenedor y el cuchillo.

Pasados algunos dias se presentó de repente en el fuerte en un estado de agitacion extrema: cogió á Banks del brazo y se lo llevó á toda prisa á un sitio donde estaba el carnicero de bordo con una hoz en la mano. El gefe indiano le acusaba de haber querido herir á su muger porque rehusaba el cambio de una hacha de piedra por un clavo. El carnicero no pudo justificarse, y Cook le hizo azotar con un látigo, en el buque, delante del gefe y de un gran número de los suyos. Al primer latigazo los indios se acercaron para interceder, pero el comandante quiso que su sentencia fuese ejecutada por entero mientras la compasion de los buenos isleños se deshacia en abundantes lágrimas. «Son como los niños, dice la relacion, dispuestos siempre á expresar por medio de las lágrimas todas las afecciones del alma, olvidando en un momento, como ellos, todos sus pesares.»

Entretanto iba acercándose el gran dia del paso de Venus. Cook resolvió que la observacion se hiciese desde muchos puntos diferentes. Banks, Green y algunos otros se fueron á la vecina isla de Eimeo, colocándose sobre una roca de coral á la distancia de unos 450 piés de la costa. Durante la noche inmediata al dia en que debia efectuarse el paso, los observadores permanecieron en la mayor ansiedad, dudando de si el dia se presentaria sereno y despejado y de si podrian servirse de sus instrumentos con buenos resultados. Preocupados con estas ideas, les sacó de inquietud el dia mas hermoso que podian esperar. Banks felicitó á los astrónomos, que llenaron su mision con todo el buen éxito posible, y se marchó á tierra para observar á los naturales, fenómenos vivos y mas curiosos é interesantes para él que todos los astros de la bóveda celeste.

El 26 resolvió Cook visitar la península oriental de Taiti, conocida por los naturales con el nombre de Taïrabou. Embarcóse con Banks en la pinaza, dirigiéndose desde luego hácia el distrito de Waha-Heina, despues á la ensenada de Hidia, en la cual habia fondeado Bougainville el año anterior, y vió allí al gefe Ereti cuyo hermano siguió al capitan francés.

Cook visitó en seguida Toutaha y Atahourou y el 1 de julio estuvo de vuelta en Matavay. Habia dado así la vuelta entera á la isla, de la cual publicó un mapa exacto y detallado. Los taitianos corrieron en tropel hácia su amigo con numerosas provisiones, y por esta causa el comandante inglés les devolvió las canoas que les habia apresado anteriormente. El 9 de julio, en el momento que se disponia para salir, vinieron á decirle que dos soldados de marina habian desertado al interior de la isla y resuelto quedarse en ella. Propenso siempre á los medios extremos, Cook se apoderó de Toutaha y de otros muchos gefes; y obligó de este modo á los naturales á que le condujesen los desertores. Hizose la reconciliacion entre ellos, y Toupaia, gran sacerdote de la isla y antiguo consejero de Oberea, pidió permiso para seguir á los extranjeros.

El 13 de julio de 1769, llenóse el buque de taitianos desde el amanecer, y le rodearon una multitud de canoas. Levantaron áncora, y los naturales se despidieron de sus amigos derramando lágrimas y dando gritos de dolor. Toupaia sostuvo este espectáculo con una firmeza admirable: sin embargo de cuando en cuando se enjugaba furtivamente las lágrimas que atestiguaban la violenta lucha que tenia que sostener consigo mismo. Despues subió á la gavia mayor con Banks, y estuvo haciendo señas á las canoas hasta que las perdió de vista.

Así se terminó la primera arribada de Cook á Taiti, durante la cual recogió un rico tesoro de observaciones. Concluiremos esta relacion con algunos rasgos generales sobre las costumbres de los naturales.

Los taitianos son mas altos que los europeos. Su color natural es moreno claro ó aceitunado. El cutis de las mugeres es delicado y suave, pero privado de lo que nosotros llamamos colores. Sus facciones son bellas y regulares, á excepcion de la nariz que es un poco achatada. Sus ojos son expresivos y llenos de fuego. Los hombres llevan los cabellos largos, y las mugeres muy cortos. Tienen el carácter afable, noble y generoso: y los compañeros de Cook no tuvieron absolutamente que reprobarles mas que un instinto al pillage. Pintan sobre sus cuerpos figuras que ellos llaman Tatou de donde los franceses han derivado las palabras *tatouage* y *tatouer* (pintarse el cuerpo los salvages). En estas pinturas imitan toda especie de figuras de hombres, de pájaros y perros, sin darles empero otra significacion que la de acreditar su valor en sufrir los dolores.

Sus habitaciones son sencillas y sin lujo, compónense de tres hileras de postes, dos á los lados y una en medio, sobre las cuales ponen un techo inclinado, sin ninguna especie de pared. No se sirven de ellas mas que por las noches, porque siempre comen los taitianos debajo de los árboles, á no ser cuando llueve.

Despues de haber dejado á sus amigos, dirigióse Cook hácia la pequeña isla de Tetoua-Ros, que habia ya divisado desde lo alto de las montañas de Taiti. Era una tierra baja sin habitantes y visitada solamente, segun Toupaia, por los pescadores taitianos. Dejó al sudoeste Tabou-Emanou, la Saunder de Wallis, y se dirigió hácia Wahina. El rey y la reina de la isla vinieron á bordo, despues de las seguridades dadas por Toupaia, quedando admirados á vista de los objetos europeos. El rey, que se llamaba Ori, propuso á Cook cambiar su nombre con él, y llamóse en seguida Couki con cierta especie de vanidad satisfactoria. Los isleños de Wahina se parecen mucho á los taitianos en cuanto á las costumbres y el lenguage; pero son de talla mas elevada aun, y sus mugeres son en general mas hermosas que las taitianas. Por lo demás, demuestran la misma inclinacion al pillage que sus vecinos, aunque ménos tímidos y curiosos.

El 25 divisó Cook la isla Toubai, tierra baja y pequeña, que no produce mas que cocos y alimenta algunas familias de pescadores. El 27 estaba á la vista del pico de Bora-Bora; pero no pudo acercarse á él, porque el viento le arrojó sobre la costa meridional de Raiatea. Banks y Solander bajaron á ella, y fueron recibidos con hospitalidad por los habitantes. Vieron el espectáculo de las danzas del pais, ejecutadas por los principales personages de la isla.

Cook dejó la isla el 5 de agosto: llevándose multitud de lechones y aves de corral; pero estos animales no podian vivir a bordo, y fué preciso matarlos para prevenir los

Digitized by Google

efectos de la enfermedad. Llamó á este grupo islas de la Sociedad; pero, como hemos dicho ya, la mayor parte de los geógrafos le nombran archipiélago de Taiti, nombre sacado de la isla principal.

Cook dirigióse en seguida hácia el S. para procurar descubrir el continente que se suponia situado en las regiones del polo austral. El 30 vieron el cometa de 1769, y Toupaia dijo, que tan pronto como le divisasen los habitantes de Bora Bora, irian á matar á los de Kaiatea y que se esconderian en las montañas. El 1 de octubre y los dias siguientes, el encuentro de algunos bueyes marinos, de cracas y de aves acuáticas, indicó la proximidad de las tierras. El 6 de octubre, en efecto, un grumete de la tripulacion divisó las costas de la Nueva-Zelandia, que no se habian vuelto á ver desde Abel Tasman, ciento veinte años ántes. Cook arrimóse á tierra hácia la parte oriental de la grande isla Ika-na-Mawi, sobre un cabo que llamó Yeung-Nick; nombre del grumete Nicolás que le habia visto el primero, y fué á anclar en la bahía de Taone-Roa.

Al dia sigiente, Cook y sus compañeros desembarcaron en la orilla de un rio, defendida por unos cincuenta naturales desde la ribera opuesta. A su aproximacion se dispusieron los salvages al ataque; cada uno de ellos iba armado con una lanza larga, ó una hacha de piedra verde muy pulimentada.

Toupaia les habló en la lengua taitiana; pero solamente contestaron agitando sus armas y haciendo señas á los extranjeros de que se retirasen. Para amedrentarlos mandó Cook tirar un tiro cuya bala cayó en el rio que separaba los dos partidos. En seguida colocó en batalla sus soldados de marina en los alrededores, y se dirigió hácia los salvages con los naturalistas y Toupaia. Este último les dirigió de nuevo la palabra, y los ingleses vieron con tanta admiracion como placer que se daba á entender perfectamente. Los zelandeses respondieron que consentian en comerciar, é hicieron señal de que se acercasen; pero Toupaia, habiendo advertido á los ingleses que estuviesen preparados pues los salvages no eran amigos todavía, les dijo que ellos mismos viniesen. Despues de algunas instancias pasaron el rio á nado con sus armas. Diéronles por fineza bolitas de vidrio y de hierro de las cuales hicieron poco caso; pero pidieron con instancia el cambiar sus armas por las de los ingleses. Habiéndolo rehusado Cook, intentaron apoderarse de los fusiles á la fuerza, y uno de ellos llegó á quitar un alfange de la cintura del astrónomo Jaen, agitándolo despues alrededor de su cabeza en señal de triunfo. La insolencia de los demas iba aumentándose, y Banks tiróle al ladron un tiro de perdigones; con esto al principio se estuvo quieto, pero despues principió de nuevo á provocar con sus gestos retirándose lentamente. Entónces uno de los oficiales le apuntó con un fusil cargado con bala y le hizo caer muerto. Los compañeros marcharon contra los ingleses; pero tres tiros de perdigones hirieron á algunos y les decidieron á retirarse.

Despues de haber costeado hasta el cabo de Topolo-Polo, Cook se volvió atrás. Cuando volvia á pasar por delante de la península Tera-Kak, una canoa dirigida por cinco naturales se acercó al buque. Dos de los salvages, que parecian ser los gefes, pusieron tanta confianza en los extranjeros, que solicitaron el favor de pasar la noche á bordo. Examinaron con mucho cuidado y atencion todo lo que se presentaba á su vista, y parecieron quedar muy reconocidos á los regalos que les hicieron. Ninguno de los dos quiso comer ni beber; pero en desquite, sus sirvientes se apoderaron con una ansia sin igual de todo lo que pudieron encontrar. Al dia siguiente, se les dejó en la costa, quedando admirados del camino que habian hecho durante la noche.

El 20 de octubre, el Endeavour anció en una bahía que llamaron Tegadou. Los naturales se portaron con los ingleses de un modo pacífico, lo cual dió lugar á Banks y á Solander para hacer algunas escavaciones en el interior. Descubrieron plantíos de patatas, de calabazas y otras hortalizas cultivadas con bastante cuidado y propiedad. Habia unas doscientas fanegas de tierra de labor, divididas en porciones de una ó dos fanegas. La poblacion no escedia de cien almas, y se estableció tan buena armonía entre ella y los ingleses, que los botánicos fueron con frecuencia conducidos á bordo en las canoas de los naturales, por no encontrarse á veces en la playa ningun bote de los buques.

Cook pasó en seguida á la bahía Tolaga, cuyos indígenas le mostraron tambien mucha benevolencia, permitiendo hacer observaciones sobre sus costumbres, sus habitaciones, sus fortalezas y sus piraguas. Habia una de estas últimas de 64 piés de longitud, cinco de ancho, y tres y medio de profundidad. Las planchas de los lados, de sesenta piés de longitud, se veian adornadas de bajos relieves de un gusto caprichoso; y la proa estaba cargada de esos adornos hasta con profusion.

Por la tarde del 3 el Endeavour fondeó en la bahía Miti-Anga, á la cual se dió el nombre de bahía de Mercurio. Al momento cercaron la embarcacion una porcion de piraguas, no contestando sino con amenazas, los que iban en ellas, á las palabras de Toupaia. Algunas descargas para espantarlos no hicieron sino irritarlos mas; y solo porque se acercaba la noche, se retiraron, amenazando empero á los ingleses con volver al dia siguiente en mayor número para matarlos á todos: desafío caballeresco, que no les impidió sin embargo probar, durante la noche, dos sorpresas que fueron rechazadas. Al amanecer del dia siguiente se presentaron en efecto doce piraguas, conduciendo ciento cincuenta guerreros armados de picas, lanzas y piedras. Á invitacion de Toupaia empezaron por hacer algunos cambios; pero se condujeron en ellos con tanta mala fé y tanta insolencia que fué preciso recurrir contra ellos al argumento de las armas de fuego. Al otro dia su conducta fué enteramente diversa: parecia que obedecian ya á un anciano llamado Toiava, que observó una conducta llena de prudencia y de probidad, subió á bordo, aceptó algunos regalos, y prometió sus buenos oficios. Bajo su palabra, los oficiales y los naturalistas bajaron á tierra sin ser inquietados; pero el dia 10, la vivacidad de un oficial dió motivo á un accidente funesto. Acababa de entregar á un zelandés un pedazo de tela para que le diese en cambio una estera, á lo cual se resistió el indígena, contestando á los cargos del oficial con insultos y amenazas; y éste indignado, apuntó al salvage y le dejó muerto en el sitio. Este hecho fué juzgado por los gefes que declararon que el natural era culpado y que el oficial al matarle estaba en su derecho.

Los oficiales ingleses visitaron, durante sus excursiones, una fortificacion poblada, que los naturales conocian con el nombre de *Hippâ ó Pâ*, de mucha mas importancia que las que habian visto hasta entónces, y cuya descripcion, hecha por Cook, merece ser citada.

«Despues de almorzar, dice, iba yo á la pinaza, acompañado de los señores Banks y Solander, hácia la costa septentrional de la bahía, con objeto de examinar el pais y dos poblaciones fortificadas que habiamos visto desde lejos. Desembarcamos cerca de la mas pequeña, cuya situacion era lo mas pintoresco que puede imaginarse: se hallaba levantada sobre una peña, que, con la marea, quedaba cercada de agua y parecia un islote. Esta roca se hallaba taladrada en toda su profundidad por un arco que ocupaba su mayor parte. El vértice del arco tenia mas de sesenta piés de elevacion perpendicular sobre el nivel del mar, que durante la marea alta corria hácia el fondo. El punto culminante de la roca, sobre el agujero, estaba fortificado con empalizadas al estilo del pais, no quedando mas espacio que para contener cinco ó seis habitaciones: no tenia otro camino que una senda escarpada y estrecha, por la cual sus habitantes vinieron á nuestro encuentro, invitándonos á subir. No quisimos acceder al ofrecimiento, porque queriamos ir á reconocer otra fortificacion de la misma clase, aunque mas considerable, situada á distancia de una milla. Hicimos algunos regalos á las mugeres, teniendo lugar entretanto para ver como los indios del pueblo, al cual nos dirigiamos,

Digitized by Google

venian reunidos hácia nosotros como unos ciento entre hombres, mugeres y niños. Cuando estuvieron bastante cerca para poder darse á entender, hicieron un gesto con sus manos y nos gritaron *Are mai* (¡bien venidos!) sentándose en seguida entre las breñas de la playa. Dirigimonos al lugar donde permanecian sentados, y cuando estuvimos con ellos, les ofrecimos algunos regalos, pidiendo permiso para visitar su pueblo, en lo cual consintieron, rebosando su semblante alegria, y levantándose al instante para acompañarnos. El pueblo se llama Ware-Tarva, y está situado sobre un promontorio ó punta de tierra dentro del mar en la costa septentrional casi al extremo de la bahia. Dos de los lados bañados por el mar, son enteramente inaccesibles; los otros dos están contiguos á la tierra, y hay una avenida que desde la playa conduce al mas escarpado, siendo el otro del todo llano. Sobre la colina hay una empalizada de cerca diez piés de elevacion, que rodea el todo y que está formada de grandes estacas fuertemente unidas con baquetas de mimbres. El lado mas débil de la parte de tierra se hallaba tambien defendido por un doble foso en cuyo interior habia un parapeto y una segunda empalizada: las empalizadas interiores se hallaban levantadas sobre el parapeto de la poblacion, pero muy distantes de la orilla y del foso interior, á fin de que los indios ejecutasen alli sus maniobras y se valiesen de sus armas. Entre los dos fosos habia las primeras empalizadas exteriores, clavadas en tierra oblicuamente, de modo que sus extremidades superiores se hallaban inclinadas hácia el segundo foso, que tenia veinte y cuatro piés de profundidad desde el fondo hasta lo alto del parapeto. Cerca de la empalizada interior, por la parte de adentro, habia una plataforma de veinte piés de elevacion, de cuarenta de longitud y de seis de largo, sostenida por gruesas vigas y destinada á contener los que defendiesen la plaza, para que desde alli pudiesen aterrar á los sitiadores con dardos y piedras de que habia siempre grandes montones para cuando se necesitasen. La avenida escarpada que conducia á la playa estaba tambien guardada por otra plataforma de la misma clase, situada igualmente en lo interior de la empalizada. De la parte de acá de la colina habia algunas pequeñas obras de fortificacion y varias chozas, nó para servir de puestos avanzados, sino de habitacion á aquellos que, no pudiendo entrar en el fuerte por no haber lugar, quisieran sin embargo estar en sitio donde poder ser socorridos. Su única entrada consiste en una estrecha senda de cerca 1,100 piés de largo, y que comunica con la otra avenida que sube de la playa; esta senda pasa por debajo de una de las plataformas, y aunque no hayamos visto nada que se parezca á una puerta ó á un puente, la entrada podria ser fácilmente parapetada, de modo que seria empresa muy peligrosa y muy dificil el pretender forzarla. En una palabra, debemos siempre mirar como muy fuerte una plaza en la cual un corto número de combatientes decididos se defienden facilmente contra los ataques que podria dirigirles con sus armas toda la poblacion del pais. En tiempo de sitio podia estar muy bien abastecida de toda especie de provisiones ménos de agua. Nosotros vimos una porcion de raices de plantas que les servian de pan y algunos montones de pescado seco: pero no vimos otra agua dulce que la que les proporcionaba un arroyuelo que corria por el pié de la colina. Les manifestamos que veriamos con gusto sus ejercicios de ataque y de defensa: al momento un jóven zelandés subió á una de las plataformas de batalla, que ellos llaman parawa, y se colocó otro en el foso; en seguida los dos combatientes entonaron sus cantos de guerra y danzaron con aquellos gestos espantosos, que les habiamos visto emplear en las mas serias circunstancias, con objeto de exaltar la imaginacion hasta ese grado de furor artificial, que en todas las naciones salvages es el preludio del combate.....»

Contrariado por el viento, Cook se dirigió despues á una extensa bahia, sembrada de un gran número de islas, á cuya circunstancia ha debido el nombre de Bahia de las Islas; donde fué preciso valerse del fusil y del cañon para contener á los naturales, que querian llevarse las boyas de la embarcacion. Cuando los ingleses saltaron en tierra, los salvages probaron si podian vengarse: entonaron el canto del combate y se precipitaron sobre las lanchas, pero bastaron para dispersarlos algunos tiros y una descarga de artilleria. Despues de semejante prueba de las fuerzas respectivas, ya no quisieron los naturales provocar otras, mostrándose en adelante animados de las mas pacificas intenciones. Cada dia recorrian las inmediaciones del buque para hacer un comercio pacifico y de buena fé: los oficiales pudieron desembarcar donde les dió la gana, sin riesgo, sin inquietud, recibiendo, al contrario, por todas partes la mas cordial acojida. Pareció esta comarca muy poblada, notándose muchos caserios cercados de bellisimos plantios, y algunas cabañas diseminadas por la campiña. En estas últimas se encontraron raices del *morus papyrifera*, planta de cuya corteza se sirven los taitianos para fabricar sus mas bellas telas; pero que, siendo bastante rara en la bahia de las Islas, los naturales no la usaban sino para formar algunos tapa-rabos de pequeña dimension.

El *Endeavour* entró despues en la vasta hondonada que Tasman habia creido un golfo, y el 15 de enero dió fondo en una bahia de la costa meridional, que llamó el canal de la reina Carlota.

Despues de haber remontado la costa de la tierra del norte hasta el cabo Topolo-Polo y de haberse cerciorado de que era una isla, el infatigable marino tomó el rumbo de la tierra del sud para explorarla á su vez. En toda la parte del S. E. de Tabai-Pounamou, no vió Cook habitantes mas que una solo vez, junto á una peninsula que llamó Lookers-on (espectadores) por haberse acercado al buque aquellos salvages, embarcados en cuatro ó cinco canoas, á contemplarlo casi estáticos. Á pesar de las eficaces instancias de Toupaia, se negaron á tratar con los ingleses, y se volvieron á tierra luego que hubieron satisfecho su curiosidad. Siguiendo adelante se dió el nombre de isla Banks á una punta de tierra que creyeron ser una isla, y que, mejor reconocida, se llama actualmente peninsula de Banks. Por la mañana del 9 de marzo, Cook dobló el cabo sud de la Nueva Zelandia, y pasó á reconocer la parte N. O. de la isla meridional. Toda esta extension de costas, casi siempre escarpadas, incultas y batidas por las recias olas del O., no ofreció á los navegantes observacion alguna de provecho. El 28 de marzo, concluida la circumnavegacion de Tavai-Pounamou, volvió Cook al estrecho que habia descubierto, y fondeó en la bahia del Almirantazgo, donde permaneció tres dias para proveerse de agua y de leña. Parecia que el pais estaba abandonado desde mucho tiempo: solo se descubrian algunas chozas medio arruinadas, y la playa se hallaba cubierta de árboles, zarzales, y helechos que la hacian casi inaccesible.

Por fin, el 31 de marzo de 1770, Cook dejó la Nueva Zelandia, dando el nombre de Farawell (á dios) al último cabo que perdió de vista. De este modo habia reconocido todas las costas de las dos grandes islas y recogido los mas preciosos documentos geográficos, mientras Banks y Solander enriquecian la ciencia con una multitud de observaciones y noticias sobre los productos de aquellas regiones.

Los nuevo-zelandeses son altos, ágiles, robustos, de mas músculos y ménos gordos que los voluptuosos isleños de Taiti, y el color de su tez es moreno. Las mugeres no ofrecen las formas delicadas y elegantes de las taitianas; pero el sonido de su voz tiene una dulzura muy notable. Casi todos estos salvages son de carácter dulce y afable, cariñosos y tiernos en su trato, pero implacables y feroces con sus enemigos. Cook atribuyó el estado de guerra perpetua en que viven, á la escasez de recursos tocante á las producciones del suelo, lo que les obliga á disputarse la posesion de las orillas del mar para poder pescar su subsistencia.

Estos isleños son ménos aseados que los taitianos, á causa del rigor de su clima que se opone á las abluciones demasiado frecuentes: además se untan los cabellos con

Digitized by Google

n aceite de pescado muy nauseabundo cuando no es muy fresco. Los hombres llevan la barba blanca y los cabellos alzados sobre la cabeza con plumas en el tupé: las mugeres llevan los cabellos cortos ó dejándolos flotar libremente. Se pintan todas las partes del cuerpo lo mismo que los taitianos, y llaman *moko* á las figuras que se diseñan sobre la piel. Con una especie de lino, el *phormium tenax*, fabrican muchas clases de esteras, y de paños bastante bien tejidos, con los cuales trabajan unos mantos y delantales que se ponen indistintamente hombres y mujeres. Los hombres llevan suspendido del cuello un pedazo de talco verde de forma oblonga, sobre el cual se vé groseramente esculpida una figura humana, siendo este el adorno que mas aprecian.

La industria de los nuevo-zelandeses se descubre principalmente en la construccion de sus canoas, que son prolongadas, estrechas y en general bien trabajadas. Su mayor parte tienen esculpidas en su popa y proa figuras humanas horribles, asquerosas, y sacando una lengua monstruosa. Las grandes canoas de guerra están magnificamente adornadas de esculturas y orladas de franjas de plumas negras que hacen el mas bello efecto; corren estas embarcaciones por sobre las aguas con una rapidez extrema, por medio de canaletes ligeros y ovalados en su remate. Estos isleños conocen y se sirven tambien de velas, pero con ellas no saben ir mas que viento en popa.

Sus útiles consisten en hachas formadas de una piedra negra y dura, y de escoplos de huesos humanos ó de jaspe afilado. Tienen redes bastante bien hechas y en particular buytrones de una magnitud enorme. Sus armas no pueden herir desde lejos, pero su efecto es siempre mortal: consisten en lanzas, hachas de batalla, y el terrible *patou-patou*, especie de maza ó cachiporra dura.

Despues de haber perdido de vista el cabo Farewell, se dirigió Cook al O., y el 19 de abril divisó por primera vez lascostas de la Australia. Acercóse al cabo de Howe y costeó la tierra en la direccion N. El 22 reconoció una montaña alta que fué llamada Dromedario á causa de su forma, y el 28 anció en frente de una pequeña poblacion de indijenas, en una bahia á la que el reconocimiento de los naturalistas dió el nombre, célebre despues, de Botany-Bay (Bahia Botánica), sobre la costa oriental de la Nueva Holanda, llamada en el dia Nueva-Gales meridional.

Luego que el *Endeavour* hubo anclado, se dirigió Cook hácia la costa con Toupaia y los dos amigos Banks y Solander. Dos naturales se presentaron para disputarles el paso; iban armados con picas largas y palos cortos que parecian destinados á arrojar sus lanzas con mas fuerza. Encamináronse hácia los ingleses con ademan insultante y con palabras rudas y desagradables, de las cuales no pudo comprender Toupaia ni una sola. Como parecian estar decididos á defender la entrada de sus costas, Cook algo incomodado, mandó á sus marineros que cesasen de remar, y echó á los naturales tachuelas y bolitas de vidrio de que quedaron contentos, pero sin querer permitir el desembarco. Les tiraron entónces un tiro con pólvora sola, que no los amedrentó, y fueron precisas dos descargas de perdigones para obligar á huir á esos intrépidos defensores del territorio australiano. Al dia siguiente volvió Cook á tierra y descubrió una pequeña corriente de agua que le sirvió para las provisiones de la tripulacion.

Los ingleses dejaron Botany-Bay el 6 de mayo de 1770, y encontraron tres leguas mas allá otra ensenada que fué denominada Puerto Jackson. Era un pais desierto entónces, ó á lo ménos habitado solamente por algunas diseminadas rancherias de salvages, viviendo enteramente desnudos, en una comarca arbolada, fértil y poblada de pájaros de la mas rara hermosura. Es donde la Inglaterra ha fundado mas tarde la poblacion de Sidney, capital de su colonia de la Nueva Gales del sud, que cuenta en el dia mas de 40,000 habitantes.

El 24 salieron de nuevo, y vieron las bahias Brad Sound, Repulsa y los cabos Glocester y Sandwich. Hasta entónces habia navegado el *Endeavour* sin averia sobre una costa llena de hondonadas y enteramente desconocida. Pero el pobre buque iba á entrar en una carrera de desgracias, la primera de las cuales hizo dar el nombre de Tribulacion al cabo mas vecino. El 10 de junio, la vista de algunas islas bajas hizo temer la proximidad de arrecifes, y el *Endeavour* maniobró para irse á la alta mar. «Á las once de la noche, dice la relacion, disminuyó de pronto el agua, y ántes que se pudiese echar la sonda, encalló el buque. Quedó inmóvil y fuertemente batido por la marejada contra la ròca en que se habia fijado. Al momento subió á cubierta toda la tripulacion, y los semblantes expresaban con enerjia el horror de nuestra situacion.» Plegáronse velas al instante, pero el buque permaneció siempre inmóvil, y presto á la claridad de la luna se vieron flotar las planchas destrozadas de su forro. Con la esperanza de que la marea alta podria poner boyante al *Endeavour*, se alijeró todo lo posible arrojando precipitadamente al mar los seis cañones que estaban sobre cubierta, el lastre de hierro y piedras, y todas las materias pesadas que se hallaban á bordo.

Al amanecer del dia siguiente, reconocieron que la tierra estaba á ocho leguas de distancia, sin una sola isla en el intermedio, donde pudiese ser remolcado por las lanchas. Vino la marea, pero sin resultado; la via de agua se aumentó por el contrario, y el trabajo de tres bombas no era suficiente para sacarla. Sin embargo, despues de extraordinarios esfuerzos, el buque fué puesto á nado sobre las diez de la noche, y vieron con alegria que las vias de agua no eran mas considerables que ántes. Pero una fatiga tan excesiva de cuerpo y de espiritu habia estenuado las fuerzas de la tripulacion. No podian dar á la bomba mas de cinco ó seis horas, despues de las cuales caian agotados sobre cubierta y volvian á empezar el trabajo, para descansar muy pronto. En semejante situacion era imposible continuar el trabajo de las bombas todo el tiempo necesario para mantener el buque boyante y conducirle á la bahia mas inmediata. Uno de los oficiales, Moukhouse, propuso un recurso que habia visto emplear con éxito en un buque mercante que hacia mas de cuatro piés de agua por hora. Tomó una vela estrecha, llamada boneta, sobre la cual estendió una gran cantidad de estopa y de lana mezcladas juntas, que mandó coser por puñados. La boneta, asi preparada, fué metida debajo del buque, de modo que se adaptase al agujero. La presion del agua hizo entrar la lana y la estopa en la abertura y la tapó bastante para que el trabajo moderado de las bombas bastase á sacar el agua que entraba aun por en medio.

El *Endeavour* salvado asi como por milagro, fué conducido al interior de una ensenada, y amarrado á lo largo de un arenal escarpado donde armaron tiendas sobre la playa: construyeron una fragua, y procedieron, despues de haber arrimado á tierra la proa del buque, al exámen de la via de agua. Encontraron que las rocas habian atravesado los cuatro bordajes, que estaban cortadas sin astillas como si lo hubiesen hecho con un instrumento cortante. Uno de los agujeros era bastante grande para echar á pique el buque en pocos instantes; pero felizmente la roca se habia roto en la abertura en el momento que el *Endeavour* se separó de ella, y este pedazo, incrustado por decirlo asi en el casco, habia disminuido considerablemente la entrada del agua.

Mientras que el carpintero trabajaba en reparar las averias, el capitan y los naturalistas hacian frecuentes incursiones en el pais. En una de ellas divisaron por primera vez los kanguroos, y solamente al cabo de muchos dias pudo el teniente Gore matar uno de los singulares animales. Los náufragos se procuraron tambien excelentes tortugas de un arrecife vecino á la bahia, y cantidad de buenos pescados.

Los naturales del pais vinieron á visitarlos muchas veces sin temor.

El 19 muchos de ellos subieron á bordo y pidieron una tortuga que les fué rehusada aunque con sentimiento. Esta denegacion los irritó sobremanera, y uno de ellos manifestó su ira arrojando con violencia al mar la galleta

Digitized by Google

permanencia, para ganar Manila, donde debia encontrar recursos de toda especie. Llegado al frente de la isla de Luzon el 15 de febrero, anció algunos dias despues en la rada de Cavite, donde fué recibido de la manera mas hospitalaria por el gobernador español.

Cuando salieron del puerto de Cavite, se dirigió La Perouse hácia el norte, segun sus instrucciones, para explorar las costas aun desconocidas de la Tartaria septentrional. Pasó por delante de las costas de la Corce, la isla Quelpaert, que solamente habia sido visitada por los náufragos holandeses del Sparrow Hawk (el Gavilan) en 1635; despues atravesó el estrecho de la Corce y penetró en el mar del Japon. El 27 de marzo descubrieron una pequeña isla habitada, que recibió el nombre del astrónomo Dagelet; pasaron en seguida el cabo Noto de la grande isla Japona, despues atracaron inmediatamente en las costas de la Tartaria, de cuya configuracion no se tenia todavia ninguna noticia.

La Perouse fondeó sucesivamente en las bahias de Ternen, de Suffren, de Langle y de Estang, descubiertas todas por él, y comunicándose siempre con los naturales. Recorrió despues la Mancha de Tartaria, que separa el continente de la grande isla Tchoka ó Segalien. Hácia su extremidad N. se halla obstruido este canal por bancos de fango, sobre los cuales los buques no hubieran podido pasar, y La Perouse retrocedió y anció en una bahia del continente que llamó bahia de Castries.

Cuando dejó esta bahia, hizo La Perouse el importante descubrimiento del estrecho que lleva su nombre entre la isla Tchoka y la de Jesso. Este paso le permitió llegar inmediatamente á la mas meridional de las Hourilles, y descubrir, ántes de concluirse el verano, el Puerto de San Pedro y San Pablo del Kamtschatka, donde le esperaba, por órden expresa de la emperatriz de Rusia, el recibimiento mas amistoso. Durante su permanencia en este puerto, recibió paquetes de Francia, que contenian su nombramiento al grado de gefe de escuadra. El jóven Leseps, que iba á bordo del *Astrolabio* como intérprete ruso, fué enviado por tierra y encargado de llevar á Francia todos los resultados de los trabajos de la expedicion, único francés que fué destinado á ver otra vez su patria.

Las fragatas se hicieron á la vela el 29 de setiembre, huyendo del invierno que se acercaba á grandes pasos, y atravesaron la línea, sin haber hecho ningun descubrimiento, el 21 de noviembre; el 6 del mes siguiente alcanzaron las islas Hamoa, el archipiélago de los Navegantes de Bougainville, reconociendo desde luego las mas orientales del grupo.

El 8 de diciembre descubrieron la punta N. O. de la isla Maouna, y al dia siguiente dieron fondo en treinta brasas de agua, á media legua de la costa. Distinguian desde el fondeadero montones numerosos de habitaciones, y una infinidad de canoas cargadas de provisiones vinieron cerca de los buques para empezar los cambios. El capitan de Langle salió al momento con tres lanchas armadas para ir á reconocer una aldea populosa, donde recibió la mas amistosa acogida. Las mujeres, como las de la isla de Pascua, ofrecian sus favores á los franceses. Sucedió en esto que un salvage se metió en una de las lanchas, é insolente cogió un mazo y dió con él algunos golpes á un marinero. El capitan le hizo coger por cuatro robustos marineros y tirarle al agua. Y á la verdad que una zambullida era poca venganza para tal insolencia; pero acaso esto acarreó el lance desgraciado que despues tuvo lugar.

Durante la ausencia de los gefes, los salvages que habian venido á bordo se habian mostrado insolentes y desdeñosos de las figuras regulares de los franceses. Apesar de todos estos indicios, que exigian mucha prudencia, el capitan de Langle quiso ir á hacer aguada en una ensenada algo distante. Los buques estaban ya suficientemente provistos; y solo enviando mucha gente para evitar una desgracia, y como si la presintiese, consintió La Perouse en esta demanda. El 11 hácia el mediodia, las dos lanchas y los dos grandes botes, montados por sesenta y una personas, bajo las órdenes de Langle, salieron del fondeadero para ir á la nueva aguada. Las embarcaciones iban armadas con sus pedreros, y los marinos llevaban mosquetes y sables; apenas llegaron al sitio donde habian desembarcado la víspera, cuando de Langle, en vez de una hoya grande como esperaba, no vió mas, en la marea baja, que unos montones de coral con un canal estrecho y tortuoso. Quiso al principio retroceder y volver á la primera aguada, pero las buenas disposiciones de los naturales le aseguraron. Desembarcaron las pipas en el agua, establecieron una hilera de soldados para protejer á los trabajadores que principiaron tranquilamente; entónces el número de los naturales no ascendia mas que á unos doscientos; pero poco á poco llegaron canoas de todas partes, y presto mas de mil quinientos hombres cubrieron la playa y embarazaron el pequeño ancon.

Los naturales volvianse cada vez mas revoltosos, y la situacion mas embarazosa, de modo que de Langle mandó la retirada hácia las lanchas; los salvages no la estorbaron, solamente entraron en el agua y siguieron á los franceses, á quienes obligaron á marchar hácia el mar para meterse en las embarcaciones. Todo permaneció tranquilo hasta que dieron la órden de levar los rezones y poner las lanchas á nado: entónces les lanzaron una lluvia de piedras á boca de jarro. Herido de Langle gravemente, como la mayor parte de los que estaban en la lancha, no tuvo mas tiempo que para tirar dos veces y cayó desgraciadamente al lado de los salvages que se echaron sobre él y le mataron á porrazos y á pedradas. Cerca de él cayeron en el mismo instante el naturalista Lamanon, el capitan Talin y muchos marineros. De todas partes se adelantaban hácia el mar nubes de salvages. La lancha de la *Brújula* estaba encallada á dos toesas de la primera; y todos los heridos se salvaron á nado en el intérvalo que separaba las dos lanchas, amparándose de los botes. El teniente Coutin, que mandaba la segunda lancha, dió órden de hacer fuego; pero á la distancia de cuatro ó cinco pasos, mataron pocos salvages, y no pudieron volver á cargar los fusiles: así pues evacuaron las lanchas y fuéron á reunirse en los botes. Este movimiento distrajo á los naturales, que, llevados por el ardor del pillage, se precipitaron sobre las lanchas, y las destrozaron, en pocos distantes, disputándose los pedazos como aves de rapiña. Durante esa obra de destruccion se olvidaron de la tripulacion fugitiva, la cual arrojó precipitadamente al már todas las cubas, á fin de aligerarse y recogerse para huir.

Cuando vieron llegar esas embarcaciones llenas de heridos y cuando supieron la muerte del capitan de Langle y de sus compañeros de infortunio, resonó en los buques un grito de furor, pidiendo venganza en el instante mismo. Cien canoas estaban alrededor de los buques con hombres, mugeres y niños, bella hecatombe para los manes de las victimas. Pero La Perouse no creyó deber ceder á la rabia de sus marineros; y los contuvo empleando toda su autoridad: un cañonazo de pólvora dispersó la flotilla inocente de la sangre que acababa de ser derramada. Costábale sin duda al capitan mostrarse tan clemente, y no ofrecer á su amigo una expiacion igual á su dolor; pero repugnaba á su generoso corazon corresponder á una perfidia con una sangrienta traicion. Si hubiese encontrado un fondeadero seguro, hubiera anclado seguramente para cañonear las poblaciones de la playa y destruir aquellas cuevas de tigres; pero la aproximacion de la costa comprometió la suerte de las fragatas y fué preciso, despues de dos dias de vanas tentativas, con la tristeza y la rabia en el corazon, abandonar sin venganza aquellos funestos sitios.

Despues de haber dejado esas islas divisó La Perouse el 20 de diciembre las dos pequeñas islas de Niouha, á las que separa un canal de tres millas de ancho. Algunas canoas se acercaron llenas de salvages que parecian feroces y malos; y les faltaban á todos los falanges del dedo pequeño de la mano derecha. El 23 de diciembre se perdieron de vista á causa de un tiempo horroroso que hizo

Digitized by Google

padecer mucho á la tripulacion. Algunos dias despues descubrieron Vavao, que Maurelle habia visitado ya. La Perouse pasó esta isla, sin poder atracar en ella, así como en otras muchas inmediatas, y el 31 se acercó á Tonga-Tabou.

El gefe de la escuadra, que se habia vuelto prudente y circunspecto, no quiso aventurar el desembarco, y se dirigió hácia Botany-Bay, sobre la costa O. de la Australia con el objeto de reparar allí la pérdida de sus lanchas, construyendo otras nuevas. El 13 de enero de 1788 reconoció la isla de Norfolk, en la que el mal tiempo le impidió desembarcar, y el 20 llegó al frente de Bontany-Bay, donde quedó sorprendido de hallar una flota inglesa fondeada. Tuvo relaciones agradables con los oficiales de quienes supo que el objeto de aquel armamento era la fundacion de una colonia, célebre en el dia con el nombre de *Nueva Gales del Sud*.

De este último punto se recibieron las postreras noticias de la expedicion. Una carta de La Perouse dirigida al ministro indicaba solamente el itinerario que pensaba seguir. Pero un velo fúnebre cubrió por mucho tiempo el destino de este ilustre y desgraciado francés.

Por último, en el año de 1827 el capitan Dillon, navegando al norte de las Nuevas Hébridas, descubrió debajo del agua, en medio de los peñascos que cercan la isla de Vanikoro, muchos restos de embarcaciones, y una multitud de objetos que indicaban evidentemente el naufragio de las dos fragatas de La Perouse, y que ambos buques, navegando de conserva uno al lado del otro, se estrellaron durante la noche contra el escollo fatal: por tanto Dillon dió á la isla el nombre de Perusia.

Tratábase en 1800 de reconocer la Nueva-Holanda, ese pais de los grandes contrastes, donde las estaciones son inversas, donde baja el barómetro con el buen tiempo y sube al amagar la borrasca; donde el viento del norte es cálido, y los del sud y este son frios; donde por fin los rios, en vez de desembocar en el mar, toman una direccion contraria, y corriendo tierra adentro aumentan el caudal de los lagos. Todo es en ella singular, todo lleva un sello especial: las selvas tristes, la vejetacion monótona, el aspecto general extraordinario.

Al efecto hizo preparar el gobierno francés en el puerto del Havre la corbeta *el Geógrafo*, de 30 cañones, y la gabarra *el Naturalista*. El 19 de octubre de 1801 se hicieron á la vela.

Las instrucciones dadas al capitan Baudin no podian ser mejores para utilidad de la ciencia y completa exploracion de las principales islas de la Oceanía: pero por desgracia Baudin quiso separarse de ellas, y no dió muestras de todo el tino y la prudencia que de él se esperaban.

Por no haber querido separarse mucho del África, puso 145 dias en ir del Havre á la isla de Francia.

Durante su permanencia en este punto no supo impedir que desertasen cuarenta marineros, y trató con tanta aspereza á los oficiales, naturalistas, y artistas de la expedicion que muchos de ellos quisieron quedarse en aquella colonia. Por fin, despues de cuarenta dias de permanencia en ella, se hizo á la vela para la Nueva-Holanda: al segundo dia de viaje ya faltó vino y carne para el estado mayor y la tripulacion.

Ante todo exploró la costa occidental de la Nueva-Holanda, que ofrece un cuadro de desolacion y soledad; despues la isla de Timor con sus establecimientos holandeses, la bahia de Coupang, donde la fatal disenteria diezmó la tripulacion, la extremidad meridional de la tierra de Diemen, el estrecho de Bass que la separa de la Nueva-Holanda, la isla King situada en la abertura occidental de aquel estrecho á una distancia casi igual de la Nueva-Holanda y de la tierra de Diemen, el golfo de Bonaparte (*Spencer* ahora) la tierra de Napoleon y la de las Noches, con el puerto del rey Jorge á la extremidad de la misma. La soledad aparente, el triste aspecto del pais que rodea ese puerto, no ofrecen mas que ideas de hambre; la playa presenta solo rocas estériles entre llanos de arena de un blanco de leche. En la isla de King alcanzó á los navegantes una goleta salida del puerto Jackson para manifestar á Baudin que, segun indicios, se suponia que queria fundar una colonia francesa en la tierra de Diemen ó en la costa occidental de la Nueva-Gales, y que el gobierno inglés en virtud del acta de posesion de 1788 se opondria á ello con todas sus fuerzas. Así se apropia la tirana de los mares todas cuantas tierras le parecen propias para aumentar su preponderancia colosal. El mas mínimo adelanto de los demas pueblos la da sombra; para los demas habitantes del globo, servidumbre dorada con el nombre de libertad; para los comerciantes de la Gran-Bretaña el monopolio.

El 5 de agosto de 1802, volvió la expedicion á la isla de Francia, y el 16 de setiembre murió el capitan Baudin. El 25 de marzo de 1804 aportó en Francia el Geógrafo. La expedicion habia costado la vida á las dos terceras partes de los que la habian emprendido. El viaje habia durado cuarenta y un meses y medio. Las leguas marinas recorridas eran diez y siete mil.

La corbeta Urania partió de Tolon al mando de Freycinet para otra expedicion el 17 de setiembre de 1817. Llegó á Gibraltar el 4 de octubre, á Tenerife el 22, y á la bahia de Rio-Janeiro el 6 de diciembre. Salió de este punto el 29 de enero de 1818. El 7 de marzo llegó á la bahia de la Tabla en el cabo de Buena-Esperanza, de donde salió el 5 de abril, y al cabo de un mes arribó á la isla de Francia.

Detúvose en este punto hasta el 16 de julio, dia en que se hizo á la vela para la isla de Borbon. Contrariada la Urania por los vientos llegó el 19 á la rada de san Dionisio; el 2 de agosto se hizo á la vela para la Nueva-Holanda; y llegó el 12 de setiembre á la bahia de los Perros marinos. Pasó despues á Timor, y el 9 de octubre entró en la vasta bahia de Coupang donde se detuvo hasta el 23. El 2 de noviembre llegó la Urania junto á la costa de Ombai, el 19 á Dilié, principal establecimiento de los portugueses en Timor, el 29 á Amboina (Molucas), el 7 de diciembre á la isla Pisang, y el 20 á la isla Sawak. El 6 de enero de 1819 salió la Urania para las islas Ayou, el 11 de febrero pasó á la vista de las islas de los Anacoretas, el 12 de marzo llegó al archipiélago de las Carolinas, y el 19 á las Marianas, deteniéndose en la isla de Guam donde recibió la mas noble y desinteresada acogida del gobernador español don José de Medinilla, á quien por tanto el gobierno francés reconocido le condecoró con la cruz de la legion de honor. El 6 de agosto llegó á vista de la famosa isla de Sandwich, donde Cook halló la muerte. ¡Qué revolucion en esta isla despues de su descubrimiento! Un hombre, un genio, Tameama, se propuso imitar á los europeos, se rodeó de algunos ingleses, se hizo rey, conquistó las islas vecinas, y en 1817 poseia un ejército de siete mil hombres armados con fusiles, y dirigidos por cincuenta europeos: ¡Despreciad ahora á los salvages!.... Á Tameama ha sucedido uno de sus hijos.

El 30 de agosto dejó la Urania el archipiélago de Sandwich, con direccion á la Nueva-Holanda, y el 18 de noviembre llegó á la rada de Sidney.

El 7 de enero de 1820 dobló la extremidad sud de la Nueva-Zelandia, y el 14 de febrero estuvo á la vista de la bahia francesa, isla Maluina. De repente dió la Urania un terrible sacudimiento: acababa de chocar contra una roca sub-marina. El agua va á sumergirlo todo; no queda otro recurso que varar, y así se ejecuta. Ninguno pereció, pero permanecieron en un islote dos meses, hasta que acertó á pasar un buque americano. Conviniéronse los náufragos con el capitan del mismo y se lo compraron. El 27 de abril se hizo á la vela Freycinet con el nuevo buque, y habiendo tocado en Montevideo y Rio-Janeiro aportó en Cherburgo el 13 de noviembre.

Despues del de Freycinet, el viaje de Duperrey, ejecutado en 31 meses y 13 dias desde 1822 á 1825 debe mencionarse porque su proyecto y su plan fueron en parte obra de Dumon d' Urville. La navegacion tuvo lugar casi siempre fuera de la vista de las costas; por lo mismo no habia ofrecido peligros. Las ciencias naturales y la física

Digitized by Google

obtuvieron de ella, como de la de Freycinet, resultados interesantes; la geografía le debe tambien algunos descubrimientos, y sobre todo rectificaciones de puntos hasta entónces mal determinados. Pero no dió á la náutica ningun reconocimiento seguido de costas, ninguna exploracion de archipiélagos y solo el reconocimiento de las islas de Gilbert y de Mulgrawe.

Sin embargo, durante esta campaña, Dumon d'Urville, aunque al parecer entregado á las funciones secundarias que desempeñaba en la expedicion, con todo, estudiaba atentamente la direccion de los vientos y de las corrientes, y la marcha é influencia de las estaciones; procuraba conocer exactamente los progresos geográficos respecto á los varios archipiélagos del mar del sur; en una palabra, meditaba el plan de otra expedicion que diese resultados mas sólidos y decisivos.

Así que, no bien habia vuelto Duperrey á Francia, cuando ya su segundo presentó un proyecto de expedicion alrededor del mundo.

Hé aquí el itinerario que el gobierno francés trazó al comandante de la corbeta el Astrolabio, Dumon d' Urville.

Saldrá de Tolon el 15 de abril de 1826, y deberá dirijirse hácia el hemisferio austral del Atlántico, despues de haberse detenido algunos dias en Santa Cruz de Tenerife para comprobar los cronómetros.

Cuando llegue al Sud del cabo de Buena-Esperanza, se dirijirá al este hácia el estrecho de Bass que separa la Nueva-Holanda de la tierra de Diemen.

Detencion de un mes en Puerto-Jackson.

Luego se hará á la vela para la Nueva-Zelandia; explorará la parte septentrional, hará rumbo hácia el estrecho de Cook, y costeará el Nor-este para reconocer varios puntos de esta parte de la isla.

Partirá de la Nueva-Zelandia con direccion á Tonga-Tabou.

Despues de haber recorrido las islas de los Amigos, irá á reconocer el archipiélago de las islas de Fidji en 1827.

Pasará á la Caledonia, á la Luisiada, y despues hará rumbo hácia el cabo Rodney de la Nueva Guinea. Empleará cinco ó seis meses para recorrer las costas meridionales de esta última tierra, pasando el estrecho de Torres, el cual explorará, ni mas ni ménos que las regiones vecinas donde se encuentran muchas islas y canales casi desconocidos.

En seguida se dirigirá á Amboina.

Estada de dos meses en Amboina, y vuelta á Nueva-Guinea.

Explorará en 1828 las costas hasta el estrecho de Dampier.

Luego recorrerá las costas de la Nueva-Bretaña.

Permanecerá algunos dias en una de las islas Carolinas.

Recorrerá la parte occidental del archipiélago de las mismas hasta las islas de Pelew.

Estada en éstas.

Dirigirá el rumbo hácia Java, despues á la isla de Francia, á Borbon, y retorno á Tolon.

Despues de algunas reflexiones generales acerca de las operaciones de la expedicion, añadia el ministro: «Otro interés no menor tendrá el viaje si el comandante del Astrolabio logra descubrir algun vestigio de La Perouse y de sus compañeros de infortunio. El capitan de un buque americano dice haber visto en poder de los naturales de una isla, situada en el intervalo de la Nueva-Caledonia á la Luisiada, una cruz de San Luis y varias medallas que le han parecido deber provenir del naufragio de aquel célebre navegante. Sin duda que es éste un débil indicio para esperar que acaso exista alguna de las víctimas de aquel desastre: sin embargo, el comandante Dumon d'Urville daria á S. M. una satisfaccion vivísima, si despues de tantos años de miseria y de destierro, pudiese restituir á su patria alguno de los desdichados náufragos!»

Deseoso d'Urville de seguir las huellas de sus ilustres predecesores, procuró con celo, y con constancia infatigable, llenar enteramente la mision que se le encomendaba, y á la verdad que fué admirablemente secundado por todos cuantos servian á sus órdenes. Los resultados de su campaña fueron inmensos, y aun puede decirse que el viaje del Astrolabio fué para las ciencias y para la geografía el mas notable de todos cuantos se habian practicado desde principios de este siglo (1).

Laboriosas observaciones relativas á cuatrocientas leguas de costas de la Nueva-Zelandia, y á trescientas cincuenta al norte de la Nueva Guinea; y la hidrografía del archipiélago de Viti, de las islas Loyalti, Vanikoro, Hogoleu y Pelew; el descubrimiento de unas sesenta islas, islotes ó escollos señalados á la navegacion: tal es el conjunto de los resultados obtenidos en el transcurso de tres años. Además, la historia natural se ha enriquecido con un gran número de objetos y de hechos nuevos; el estudio de las razas humanas ha sido simplificado por medio de una clasificacion ingeniosa que tiene por basa la variedad de los tipos y la diferencia de las costumbres; y los dialectos de las tribus oceánicas, fijados y comparados, han sido entregados á la filología.

Hemos visto que en las instrucciones dadas al gefe de la expedicion se le encargaba que hiciese investigaciones en los sitios donde podia suponerse que habia naufragado La Perouse. Dumon d'Urville tuvo la dicha de encontrar en la isla de Vanikoro, en medio de unos salvages sanguinarios, los restos del naufragio, y si bien no le fué dado restituir á su patria á algunos de los desgraciados náufragos, á lo ménos le quedó el consuelo de haber levantado en el sitio del desastre un monumento para recuerdo de la gloria de las víctimas y del dolor de la Francia. Hizo mas, procuró rodear ese monumento de una especie de terror que le librase de los furores de los bárbaros, y dijo á estos que respetasen la casa del Dios de los franceses, pues si llegaban á derribarla, su nacion tomaria de ello venganza.

Á mediados de febrero de 1828 llegó á la vista de la isla donde debia convencerse del fin desgraciado que habia tenido uno de los mas famosos navegantes.

El 23 de febrero envió una lancha para dar la vuelta á la isla, pero volvió aquella al dia siguiente sin haber podido dar ninguna aclaracion importante relativa á la desgracia.

Dos dias despues envió otra lancha para dar principio á nuevas investigaciones, y esta vez las coronó un éxito completo. En una especie de calle que media entre los escollos que rodean la isla de Vanikoro, un salvage indicó á los franceses que mirasen al fondo del mar. Á la profundidad de unos cuatro metros distinguieron entónces, á uno y otro lado, áncoras, cañones, balas, varios otros objetos, y sobretodo muchas placas de plomo. Disipáronse en este momento todas las dudas; los franceses quedaron convencidos de que tenian á la vista los tristes restos del naufragio de La Perouse.

Los naturales ancianos esplicaban de este modo el fatal acontecimiento.

Hacia cuarenta años que un buque grande se estrelló contra los escollos; parte de la tripulacion murió á manos de los isleños; los demas fueron devorados por los peces. Al dia siguiente vino otro buque, y tambien dió contra los escollos, pero la tripulacion pudo desembarcar, se atrincheró en la playa, con los restos del buque grande construyó otro mas pequeño, y al cabo de cierto tiempo se embarcaron todos, escepto dos que prefirieron quedarse en la isla: uno de estos murió, y el otro se habia dirigido á otra isla.

D'Urville, por su parte, opina que el naufragio debió de suceder como sigue: La Perouse, despues de haber visitado las islas de los Amigos, y terminado el reconocimiento de la Nueva-Caledonia, se dirigió sobre Santa

(1) Véase la descripcion que hemos dado de la Oceanía.

Digitized by Google

Cruz, como el mismo anunciaba en su último parte. Al acercarse á aquel archipiélago creyó sin duda que podria continuar su ruta durante la noche, y dió contra los escollos de Vanikoro, ó Mallicolo, cuya existencia era completamente ignorada. Acaso la fragata que iba delante se estrelló completamente, y la que venia detrás logró, no sin alguna avería, retroceder. Pero, la espantosa idea de dejar abandonados á sus compañeros de viaje, á su gefe tal vez, á la merced de los bárbaros, y sin esperanza de volver algun dia á su patria, no permitió á los que habian escapado al primer riesgo separarse de tan funesta isla, y sin duda quisieron hacer todos los esfuerzos posibles para salvar á sus compañeros. Tal fué la causa de la pérdida del segundo buque. Si se examina el sitio del naufragio se convendrá en ello, pues á primera vista parece que los escollos dejan abierta una ancha calle; por esa calle quisieron penetrar los desgraciados, y no reconocieron su error sino cuando no era tiempo ya. Desembarcaron entónces; tal vez tuvieron que sostener luchas incesantes contra los bárbaros, y salvaron muchas cosas; vengaron la muerte de sus compañeros; y construyeron una frágil embarcacion para ir á correr nuevos peligros. En este caso hicieron rumbo sin duda hácia la Nueva Irlanda para llegar á las islas Molucas ó á las Filipinas. Seguramente que hácia la costa occidental de las islas de Salomon se hallará algun indicio de su tránsito.

Despues de haber cumplido con un deber tan sagrado se dirigió el Astrolabio hácia el archipiélago de las Carolinas, y el 2 de mayo arribó á la isla de Guama. Parecióle á d'Urville que con una estada en Humata (isla de Guama) se restablecerian los muchos enfermos de calenturas que tenia á bordo. El gobernador español le recibió muy bien, á los enfermos les fueron prestados todos los auxilios del arte, pero tuvo el desconsuelo de haberlos de embarcar nuevamente el 30 de mayo sin que hubiesen encontrado alivio. Los habitantes le parecieron activos, buenos, y sobretodo partidarios decididos de la libertad de comercio.

D'Urville reconoció despues un grupo de islas á las cuales dió el nombre de Elivi, porque le pareció que los naturales le pronunciaban, pasó junto á Yap, grande y bella isla rodeada de arrecifes, vió el grupo de Culú (Matelotas) peligrosísimo para los navegantes, indagó la geografía de las de Pelew (Palaos), entró el 30 de junio en la rada de Cayeli, principal establecimiento de los holandeses en la isla de Burú, y el 11 de julio llegó á la rada de Amboina, capital de las posesiones de los mismos en las Molucas.

El gobernador de estas islas propuso á Urville viajar de conserva con él hasta la isla de Célebes: consintió en ello el comandante y el 27 de julio llegaron á la Bahia de Manado en la misma. Internáronse en la isla andando en busca de objetos de historia natural, y vieron la aldea de Tondano, situada junto á un lago, y tambien los sepulcros de los Alfuros (habitantes del interior) que ofrecen por cierto una novedad para el extranjero, especie de urnas, unas al descubierto, y colocadas otras dentro de una sencilla cabaña abierta por todos lados.

El 4 de agosto se hizo de nuevo á la vela el Astrolabio, siguió el canal de las Molucas hasta la grande isla de Oby, pasó entre Xulla, Berú, y otras islas, y llegó el 28 á la bahia de Batavia, grande y hermosa por cierto; el aspecto de las tierras bajas que la rodean es triste.

Pasó despues d'Urville el estrecho de la Sonda, y llegó el 29 de setiembre á la isla de Francia. Permaneció en ella cincuenta y un dias, al cabo de los cuales dirigió el rumbo hacia el cabo de Buena Esperanza, tocó en la Bahia de la Tabla, y el 17 de enero de 1829 arribó á Santa Helena. Cuando desembarcó el comandante, la poblacion estaba casi desierta, pues la mayor parte de los habitantes habian ido á presenciar una corrida de caballos en Long-Wood: los ingleses trasportan con ellos á todas partes sus usos y sus placeres. Visitó d'Urville el sepulcro del hombre del siglo, y luego se hizo á la vela para la Ascension, pasó rapidamente el estrecho de Gibraltar, y el 25 de marzo llegó á Marsella, de donde pasó á Tolon, punto de su partida, para trabajar en la publicacion circunstanciada de su viaje.

Acerca de la relacion del segundo y último viaje de d'Urville, hemos reunido todos los datos necesarios para dar de él una análisis sucinta. Si fué útil para la ciencia la primera expedicion del Astrolabio, no lo ha sido ménos la segunda hecha por la misma corbeta de conserva con la *Zelosa*. Para apreciar en lo justo los trabajos de esta nueva campaña, bastará enumerarlos. Dos cruceros á los polos, uno siguiendo las huellas del inglés Wedell, el cual en 1821 y 1823 habia descubierto un grupo de islas á que dió el nombre de Orcadas Australes, y otro en direccion mas nueva y mas fecunda; una exploracion casi simultánea de los cuatro grandes archipiélagos polinesianos, Nouka-Hiva, Tonga-Tabú, Taiti y la Nueva-Zelandia, un estudio hidrográfico llevado á cabo apesar de mil peligros sobre todos los puntos dudosos de la Oceania occidental, en las islas de Viti, en las Nuevas-Hébridas, en las islas de Salomon, Hogoleu y Pelew (Palaos) á lo largo de la Nueva-Guinea y de la Luisiada, y asimismo en los laberintos del estrecho de Torres; una atenta verificacion de las posiciones mas esenciales del archipiélago asiático; tres descubrimientos importantes, una expedicion feliz contra un gefe salvage que habia hecho degollar la tripulacion de un buque francés; una rica coleccion de objetos de historia natural, y una larga serie de observaciones preciosas acerca de los mismos; he aquí la recopilacion, incompleta por cierto, de los trabajos de esa expedicion que es un nuevo título de gloria, así para el gefe que la dirigió como para la marina francesa.

El 7 de setiembre de 1837 las dos corbetas salieron de Tolon.

Despues de haber tocado en Rio Janeiro, y consagrado un mes á los trabajos hidrográficos en el Puerto del Havre y en el estrecho de Magallanes, dirigiéronse el 11 de enero de 1838 hácia las regiones donde Wedell, sin ser detenido de los hielos, llegó en 1823 á la mas alta latitud austral que haya podido alcanzar ningun navegante, á saber el 70° paralelo.

El 18, habiendo tocado ántes en la Tierra de los Estados, vieron un pedruzco de hielo, de mas de veinte y cinco metros de alto. Al dia siguiente las masas flotantes fueron en aumento, y por fin el 22, encontrándose á los 65° de latitud y á los 47° 30' de longitud occidental, detuvo á la expedicion una barrera de hielos compactos que se extendia hasta perderse de vista del sudoeste al nordeste. Difícil es formarse una idea de la magnificencia de semejante espectáculo: entre continuas ilusiones cree el navegante descubrir en aquellas masas irregulares una serie de monumentos maravillosos, y no se cansaria de mirarlas si no supiese cuan peligrosas son. Por algunos dias anduvieron costeando esa interminable muralla hasta las islas de Orkneys en donde se detuvieron una semana, para hacer reconocimientos hidrográficos. El 2 de febrero el comandante tomó de nuevo el rumbo al sud, y creyendo haber descubierto un paso entre los hielos se internó en él con ambas corbetas: en breve se vió cercado por todas partes de hielos, y arreciando el frio amenazaba cerrarles de todo punto el paso. Merced á unos esfuerzos inauditos escapó la expedicion de ese peligro grande; fué preciso ir rompiendo los hielos que detenian los buques. Al fin, á fuerza de velas salieron del paso, y todavia continuaron costeando la barrera por espacio de trescientas millas, sin hallar salida.

El 27, al través de los hielos, arribaron á esas tierras misteriosas de Palmer y de la Trinidad, en la porcion intermedia no visitada todavia por ningun viajero, y durante ocho dias estuvieron trazando su configuracion exacta sobre una extension de unas ciento veinte millas, entre los paralelos 63 y 64, y los meridianos de 58° y de 62 al oeste de Paris. La principal de esas tierras, cubiertas de hielos eternos, fué llamada *Luis Felipe*; dióse el nombre de canal *de Orleans* al estrecho que la separa de la Tierra de la Trinidad, y Tierra *de Joinville* á las partes mas orientales.

Digitized by Google

La estacion y el escorbuto les hicieron abandonar esas tristes comarcas para tocar en algun puerto de Chile. Despues de una corta estada en la Concepcion, y en Valparaiso, entraron en el océano Pacífico.

D'Urville habia recibido algunas instrucciones relativas á la mision de las islas de Gambier; pasó, pues, á hacer una visita al obispo, quien se la devolvió al dia siguiente á bordo del Astrolabio. No tardó el rey de la isla en seguir el ejemplo del prelado: ambos fueron saludados con nuevo cañonazos, y al rey se le hizo un regalo de pólvora, telas, un traje completo, y una escopeta de dos cañones que le pareció admirable.

El 24 de agosto llegó la expedicion á la vista de las islas Marquesas, archipiélago hermoso, rico, lleno de contrastes. Las corbetas dieron fondo en la bahía de Ana-María, y muchas isleñas desnudas vinieron hácia ellas á nado desde la playa.

Pasó despues por delante de Taiti, se detuvo el 9 de setiembre en la bahía de Matavai, dirigióse al archipiélago de Hamoa, ó de los navegantes, tristemente célebre por la muerte del capitan de Langle, compañero de La Perouse, y tocó en Vavao, para completar las nociones reunidas ya acerca del archipiélago de Tonga-Tabú, y por último en las islas de Hapai.

Impelidas por una brisa favorable las dos corbetas se alejaron de estas islas, y á la altura de Hoia y Oliva dejaron la Polinesia para entrar en la zona melanesiana, es decir que pasaron del tipo de la civilizacion oceánica al último grado de la condicion humana, allí donde se roza con los brutos.

Penetrando en la Melanesia tenia que llenar D'Urville una mision no muy halagüeña. El buque mercante *la Josefina* habia sido sorprendido por uno de los gefes de la isla de Piva (archipiélago de Viti), y el capitan y la tripulacion habian sido asesinados. El gefe se llamaba Nakalassé, y el pillaje de la Josefina le habia valido fusiles, pólvora y cañones, por lo que hacia temblar á las tribus vecinas.

El 17 de octubre hizo desembarcar D'Urville unos cincuenta hombres armados, al mando de un teniente de navío. Nakalassé habia declarado que de ningun modo cederia, pero en el momento decisivo huyó á vista de los franceses: éstos arrasaron su pueblo y su fuerte. Una preocupacion religiosa impedia á aquel reconstruir su aldea en el mismo sitio, y do quiera donde huyese solo encontraria rivales implacables: así, pues, ese sanguinario gefe no podia recobrar ya su antigua y temible preponderancia. Los demas gefes de la isla agradecieron á los franceses su intervencion, y los recibieron como amigos.

La expedicion salió de Piva, habiendo dejado bien puesto el honor del pabellon francés; avistó sucesivamente la isla de Lavuka, la de la Aurora, las Hébridas, la de Vanikoro, sepulcro de La Perouse, las del archipiélago de Santa Cruz, y por fin la de S. Jorge ó Isabela entre el grupo de las islas de Salomon. El 12 de noviembre cortó por segunda vez la línea, y muy luego se encontraron los buques delante de Hogoleu, centro del archipiélago de las Carolinas. Recorrió los mas peligrosos archipiélagos sin ningun ataque por parte de los naturales: mas no sucedió lo mismo en Hogoleu, donde la tripulacion tuvo que rechazar con la fuerza las agresiones de los isleños.

Á principios de 1839 la expedicion se encontraba en Guama, una de las islas Marianas: ese año fué fatal para ella á causa de la disenteria que se cebó con las tripulaciones de ambos buques. Para lograr el restablecimiento general pasó D'Urville á las islas de Pelew, luego á las Molucas, á las Filipinas, á Batavia, y por fin del año á la tierra de Diemen, donde con el aire puro de Hobart Town volvieron todos á la vida, deseando correr nuevos peligros. D'Urville, pues, resolvió hacer el último esfuerzo hácia el polo Antártico, y el 1.° de enero de 1840 se hizo á la vela.

El 19 por la tarde vióse en el horizonte una tierra, á modo de una larga línea parda. El 21 se acercaron á ella hasta la distancia de 10 millas por el 66° 30' y el 138° 21' de longitud oeste; apareció entónces como una inmensa faja que se extendia del sud-sud-este hacia el oeste-sudoeste; su altura seria de ciento cincuenta á doscientos metros, y estaba cubierta de hielos y de nieves: llamáronla *Adelia*. Algunos individuos de la expedicion desembarcaron para tomar posesion del pais, y se llevaron algunos fragmentos de roca. Las observaciones de la brújula indicaban la aproximacion del polo magnético.

Continuaron las corbetas adelantándose con direccion al oeste, pero el 23 las montañas de hielo les obligaron á hacer rumbo hácia el norte. El 29 probaron todavía á volver á la tierra, pero de nuevo les atajó el paso el hielo. El 30, encontrándose en el 64° 30' sud, y el 129° 54' de longitud oriental, la tierra fué nuevamente señalada y reconocida por espacio de 20 leguas: llamósela costa *Clarisa*.

Tres buques americanos cruzaban entónces por las mismas aguas, y durante el dia no se perdieron de vista entrambas expediciones.

La expedicion tocaba á su término. Partió de nuevo para Hobart-Town, dirigióse hácia la Nueva Zelandia, cuya hidrografía completó, entró en la bahía de las islas, reconoció la Luisiada enteramente, probando que no la separa de la Nueva Guinea ningun brazo de mar, y por último examinó el estrecho de Torres, no sin riesgo para entrambas corbetas, pues solo con avería considerable pudieron salvarse de un arrecife de corales.

El 20 de junio llegó á Timor, despues tocó en Borbon, se encontró en Santa Helena un mes antes de la exhumacion de los restos de Napoleon, y entró en Tolon el dia 6 de noviembre, despues de treinta y ocho meses de ausencia.

El célebre almirante debia volver á su patria solo para gozar algunos dias de solaz, y perecer á poco víctima de una catástrofe que cubrió de luto á la capital de Francia.

El 8 de mayo de 1842 corrian las aguas de los magníficos jardines de Versalles, y mucha gente de la capital, atraida por lo vistoso de la funcion, se trasladó á la antigua residencia real. Como los dos caminos de hierro, que van de Paris á Versalles, ofrecen á los viajeros un medio de comunicacion tan rápido como agradable, sobre ambos cargó la mayor parte de los concurrentes al sitio.

Hé aquí que la rotura de un eje de la primera de las dos máquinas de vapor que arrastraban al tren de coches, produjo el choque de la segunda máquina con la primera, y derribadas las dos sobre el foco de combustible que en aquel punto produjo el derrame del fuego y del carbon, que dichas máquinas contenian, precipitáronse encima los cuatro ó cinco primeros coches que seguian las locomotrices, pereciendo en el acto espachurrados ó achicharrados la mayor parte de los viajeros encerrados en dichos carruajes (que pasaban de doscientas personas) quedando los demas gravemente heridos.

Estremecimiento y horror causa el relato de las circunstancias de como perecieron tantas infelices víctimas.

Entre ellas se cuenta el almirante Dumon D'Urville, con su mujer y su hija.

Despues de los viajes que dejamos mencionados, pocos han tenido tanta celebridad como los que hizo el capitan Ross al Polo norte.

En el año de 1818 habia emprendido el capitan Ross su primer viaje á las regiones polares; pero entónces iba en compañía de Parry, y puede decirse que ambos viajeros no hacian mas que un ensayo de sus fuerzas. Por esto en los años de 1819 á 1827 emprendió Parry sus viajes posteriores de que tanta utilidad ha reportado la geografía; por esto tambien en 1829 se dirigió de nuevo Ross hácia el polo ártico, deseoso de dejar en zaga la gloria de sus predecesores.

Pero esta gloria debia adquirirla á costa de grandes penalidades y de riesgos inauditos.

Partió con el buque de vapor la Victoria, y con el buque de transporte el Krusenstern. Anteriormente Parry habia pasado el invierno con sus dos buques un medio

Digitized by Google

de los hielos: tambien ahora iba á practicar lo mismo Ross ciento y cincuenta millas mas lejos. Destinóse una isla cercana para guardar las municiones: examináronse los combustibles, y habia para setecientos dias; tomóse nota exacta de las provisiones, y se halló que llegarian para dos años y diez meses á racion completa. El aceite y la manteca prometian una duracion igual á la de los víveres. Además, la caza podia proporcionarles víveres frescos. Con esto se abandonó la expedicion al cuidado de la Providencia, en medio de rocas de hielo que tenian sujetos los buques cual si fuesen amarras de mármol, y vallas de cristal.

Habíase cubierto la Victoria con una especie de techumbre, y ofrecia así una morada seca y caliente. Desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche, la cocina por vapor era suficiente para calentar y para la preparacion de los alimentos; y en las restantes horas de la noche, el horno en que se cocia el pan conservaba á bordo una temperatura benigna.

El 30 de noviembre el sol desapareció, y en todo el mes de diciembre reinó una obscuridad profunda que solo fué disipada por algunas auroras boreales, de las cuales las hubo magníficas.

Por enero de 1830, los esquimales visitaron á nuestros navegantes, dándoles en su sencillez pruebas de cordialidad y de interés. Ross sacó partido de sus buenas disposiciones para tomarlos por guias y practicar correrías á fin de investigar las costas y recoger datos y copia de observaciones interesantes.

Á últimos del mes de julio, contra todas las esperanzas concebidas, los buques permanecian inmóviles. El dia primero de agosto se observó que una fuerte brisa del norte ponia en movimiento la capa de hielo del mar hácia el este: solo faltaba que soplase el viento Sur para dispersar todos los fragmentos de la superficie. Sin embargo, pasóse el mes de agosto en la mayor ansiedad, entre la esperanza y el temor: pero las promesas que parecia hacer el buen tiempo de la mañana, se disipaban con el mal tiempo de la tarde. Ya solo quedaban cuatro semanas de ese verano incierto, tan suspirado, y que jamás venia. Por último, el dia 3 de setiembre trabajó la tripulacion para abrirse un canal, y así anduvieron adelantando á paso de tortuga por espacio de quince dias, hasta que el 17 á las diez de la tarde, el buque surcó el agua libre, obedeciendo á las velas.

«¡Obedeciendo á las velas! esclama Ross; apenas podíamos creerlo. Es preciso ser marino para conocer que ese buque que se mueve á vuestros piés, que escucha vuestras órdenes, que obedece al menor impulso de vuestra mano, que parece no tener otra voluntad que la vuestra, es un ser dotado de vida, que se conforma con los deseos de su amo: nó, no es un cuerpo inerte. Pero ¿qué marino sentirá eso como nosotros, despues que esa máquina inteligente, que tan ligera surcaba el Océano, habia estado un año inmóvil, como el hielo y los peñascos que la rodeaban, sin sentido, muerta? Y ahora recobraba una vida nueva, y nos obedecia por segunda vez, y hacia todo cuanto deseábamos, y parecia decirnos para colmo de felicidades «tambien vosotros estais libres!»

Pero Ross y sus compañeros no lo estuvieron mucho tiempo. Despues de haber andado tres millas, su alegría se disipó como un soplo; una muralla de hielo les cerraba el paso. Forzoso fué acercarse á una bahía; forzoso fué tomar de nuevo las precauciones del invierno pasado, y disponerse á ir contando dia por dia otro año pasado en medio de los hielos.

Sin embargo ese tiempo fué de gran provecho para la ciencia. Hiciéronse nuevas excursiones para indicar la posicion de las costas, y además de eso una expedicion mandada por el sobrino del capitan se internó en el país, y el dia 1.° de junio de 1831, á las ocho de la mañana, en la latitud 70° 5' 17'' y en la longitud 96° 46' 55'' O. se descubrió el polo magnético, se llegó á un punto del globo en que la aguja no ofreció ni un asomo de desviacion de la línea perpendicular. La posicion del polo magnético habia sido objeto de numerosas observaciones por parte de Parry y de Franklin; de ellas dedujeron que no estaban muy lejos de ese lugar deseado, pero las esperanzas que habian concebido de llegar á él no debian realizarse para ellos. Este honor estaba reservado para el comandante Ross (sobrino del capitan). Durante los dos años de su permanencia en medio de los hielos, repetidos experimentos le demostraron que se iba acercando al punto; y nuevos cálculos le dieron á conocer la direccion que debia seguir y la distancia que de él le separaba. Cuando no quedó la menor duda sobre ese descubrimiento, se plantó el pabellon británico y se tomó posesion del polo norte. Al cabo mas cercano se le dió el nombre de cabo Victoria.

Á fines del mes de junio, la expedicion habia hecho ya todos los preparativos de marcha; pero el hielo no se derretia, no venia la lluvia deseada, y aunque se hallaban en el solsticio de verano, por la noche las heladas eran intensas. Rara vez el sol de invierno es en Inglaterra lo que el sol de verano en esas deplorables regiones. Y no obstante en esas comarcas halla el hombre medio de vivir y de vivir felizmente. Los esquimales no pueden beber agua en mitad del verano sin derretir la nieve, y no inspiran el perfume de las flores porque en su pais no crece ninguna planta que las ofrezca olorosas, y no tienen ninguna legumbre para hacer la sopa ni yerbas para sazonarla; pero el aceite de becerro marino y el reno que pueden matar en la caza les suple por todo. ¿Qué les importa no ver árboles, si saben construirse con huesos, y con la armazon helada de los peces, todo cuanto desean? y cuando se echan á dormir sobre la nieve, ¿porqué no han de creerse tan dichosos como los príncipes de la tierra cuyos palacios de mármol no son de mucho tan blancos como ese hielo puro de su morada, que puede construirse en ménos de una hora, y que, á semejanza de la de Aladino en la lámpara maravillosa, puede levantarse á todas horas del dia y do quiera donde le plazca? El hombre es un animal muy notable, aun bajo la forma de los esquimales. ¿Existe acaso otra criatura sobre la tierra que pueda hacer todo eso, sufrirlo todo, imaginar, ejecutar estas cosas, y muchas mas todavía, y reputarse dichoso? ¡dichoso en los confines del polo magnético!

Pasaba el mes de agosto: progresivamente el deshielo seguia adelante, y el 29, despues de muchos dias de ansiedad, sopló un viento favorable, y Ross se hizo á la vela. De nuevo se veian restituidos á la libertad los osados navegantes, y de nuevo se entregaron á las mayores muestras de alegría.

Pero tambien de nuevo debian frustrarse dolorosamente sus esperanzas; los hielos inexorables les cerraron otra vez el paso. El dia 9 de setiembre Ross y sus compañeros eran ya prisioneros del polo. «La vista del hielo y de la nieve, dice el mismo capitan, era para nosotros un tormento, un objeto de desesperacion casi continua en unas regiones en donde durante la mitad del año uno no vé sobre su cabeza mas que nieve, donde el huracan tiene alas de nieve, donde la niebla está sentada sobre la nieve, donde los rayos del sol solo brillan sobre nieve, donde el aliento que sale de la boca se convierte en nieve, y ésta se pega á los cabellos, á las cejas, á los vestidos, y llena nuestros camarotes, y nuestros platos y nuestras camas si abrimos alguna puerta para dar entrada al aire exterior, donde el agua que se bebe es nieve derretida al fuego, y que al salir del fuego vuelve á convertirse en nieve; donde, por último, la nieve, cuando ya no pudiese servirnos para nada, serviria al ménos para formar nuestros ataudes y nuestros sepulcros.»

Añádese á esto que la situacion del equipaje era peor que en los dos años anteriores; los víveres se agotaban; los anti-escorbúticos escaseaban, y el escorbuto comenzaba á manifestarse entre unos hombres reducidos á parcas raciones de tocino: además, el buque no estaba ya en estado de soportar un largo viaje. Fué preciso, pues, acudir á otros medios de salvamento, y Ross dió órden para dirigirse por tierra hácia la punta llamada de la Fury para recoger en ella las barcas abandonadas por

Digitized by Google

Parry, y hacer un esfuerzo para llegar al mar de Baffin.

«El 28 de mayo de 1832, dice Ross, lo dispusimos todo para nuestra marcha definitiva; ocultamos muchos instrumentos y parte de la pólvora, y los palos, las velas y demas materiales los colocamos sobre el Krusenstern. Enarbolamos nuestro pabellon y le clavamos en los palos: entónces me despedí para siempre de la Victoria, que merecia mejor suerte: era el primer buque que habia tenido que abandonar, despues de haber servido por espacio de cuarenta y dos años á bordo de treinta y seis naves diferentes. Tenia el corazon oprimido como si tuviese que separarme para siempre de un antiguo amigo, y desde la punta donde cesó de ser visible saqué un diseño de esta triste soledad, mas triste todavia con mi pobre buque abandonado entre hielos eternos para que los elementos y la mano del tiempo le destruyesen.»

El viaje duró todo el mes de junio, y los esfuerzos que se hicieron para arrastrar tres trineos por encima del hielo, fueron imponderables: por último, sin embargo, el valor y la constancia de los intrépidos viajeros triunfaron de todos los obstáculos, y el dia 1.° de julio la especie de caravana, tan nueva en aquellas regiones, llegó á la playa de la Fury.

Al momento se ocuparon los navegantes en la construccion de una casa á la que dieron veinte y un piés de largo, diez y seis de ancho, y siete de alto. El dia 4 era ya habitable, y en ella se aposentaron.

El dia primero de agosto la capa de hielo se iba separando, y dejó el agua navegable; creyeron aquellos desgraciados que podrian llegar al mar de Baffin ántes que los balleneros se hubiesen alejado, y partieron en barcas llevando consigo víveres para dos meses.

Nada es mas terrible en el norte, nada mas peligroso que el deshielo, porque las capas de hielo van y vuelven, chocan á veces unas con otras, se rompen con estrépito, y los destrozos se agrupan y levantan montecillos de afiladas puntas que se estrellan contra las costas. Por poco la tripulacion de la Victoria no fué víctima de uno de esos accidentes fatales. Á fuerza de mil trabajos pudieron internar las barcas en tierra, y así escaparon á una muerte segura; pero, su última esperanza acababa de disiparse; ya no mas ilusiones, ya no mas ideas de salvacion: los hielos acababan de encarcelarlos para otro año. Fué preciso volver á la casita, que ya habian abandonado: fué preciso hacer preparativos para pasar otro año, con muchas mas penalidades que los pasados, porque todo les iba faltando, y sus vestidos estaban destrozados, y en su alma entraba ya la desesperacion.

Y tambien pasaron ese año: como si la Providencia, á medida que acumulaba sobre sus cabezas los desengaños, las privaciones y las calamidades, infundiese tambien en sus corazones constancia, y en sus almas entereza.

Cierto dia, en los primeros de julio de 1833, se desplomó delante de ellos una montaña de hielo. Aquello fué un espectáculo nuevo y magnífico. No era, nó, aquella bola de las neveras de la Suiza, que se desgaja de lo alto de una montaña, y crece en tamaño y en rapidez á medida que va bajando, y salta, y se desliza, y arrastra todo cuanto encuentra al paso, y permanece quieta al cabo allí donde termina su descenso: aquí por el contrario, todo fué rápido, instantáneo; la montaña de hielo se desplomó en un abrir y cerrar de ojos. No fué un espectáculo, que llama poco ó mucho la atencion, fué un rayo que luce y anonada en un momento. Cayó sobre un mar de hielo, rompió un campo inmenso de cristal como si hubiese sido un espejo frájil, dispersó alrededor los fragmentos con un ruido mas terrible que el del trueno, y luego volvió á reinar un silencio de muerte.

Este derrumbamiento pareció ser la señal de salvacion para los desdichados; aquella montaña se desplomaba como para abrirles paso, como para decirles: «¡Ya estais libres! Volved á vuestra patria, decid que si habeis podido llegar hasta el misterioso polo magnético, habeis estado á punto de pagar bien cara vuestra audacia: decid que un dia, un solo momento de gloria os ha costado tres años de reclusion en una inmensa cárcel de hielo; decid que vuestra gloria hubiera quedado aquí, sepultada con vosotros, si un soplo de hoy, mas benigno que los soplos de ayer, no os hubiese abierto los surcos del mar, para cerrarlos mañana. ¡Huid de ese sepulcro!» Huyeron en efecto, y encontraron un buque que los restituyó á su patria en donde todos los creian muertos.

Tales son las mas famosas expediciones de los navegantes, desde Colon hasta nuestros dias.

Los nuevos navegantes son por otra parte muy diferentes de sus antecesores, porque en vez de subyugar los pueblos que descubren, y de arrancar los tesoros que ocultan su paises, se aplican la mayor parte á series útiles, y procurarles su felicidad con los auxilios que muchas veces van dejando en los lugares adonde abordan. Pueden ver hoy los habitantes en muchos parages los ganados de Europa paciendo en sus prados, las aves domésticas familiarizarse al rededor de sus cabañas, y las ricas cosechas cubrir sus llanuras que ántes estaban incultas, reemplazando nuestra industria, ó perfeccionando entre ellos la rústica y salvage naturaleza. Ojalá que estas ventajas no se mezclen con los vicios y con los males que les hagan suspirar por su ignorancia. Nosotros, los habitantes del mundo civilizado, raza inquieta y turbulenta, despues de tantos siglos, hacemos desgraciadamente lo posible, á pesar de la santidad de la religion, por realizar la observacion de Horacio, y cumplir la profecía que le inspiraba el conocimiento de la historia, cuyo resúmen está en los cuatro versos siguientes:

Damnosa quid non imminuit dies?
Ætas parentum, pejor avis, tulit
Nos dequiores, mox daturos
Progeniem vitiosiorem.

Horat. Carm. lib. III. Od. VI.

Cuyos versos tradujo así don Javier de Burgos:

De siglos corrompidos
¿Qué no es capaz de destruir el suelo?
De padres corrompidos,
Muy mas aun que el corrompido abuelo,
Indignos sucesores,
De nosotros saldrán hijos peores.

Sin embargo de esta desconsoladora creencia del poeta latino, que prueba la corrupcion de su siglo, séanos dado esperar de la Providencia, si ya no de los humanos merecimientos, siglos mas fecundos en virtudes, y ménos abundantes en horrores.

FIN.



Digitized by Google

ÍNDICE GENERAL

DEL

NUEVO ANQUETIL.

PÁG.

Los editores. 5
Introduccion general de la obra. 7
Sistemas filosóficos. 8
Sistema de los Fenicios.
Sistema de los egipcios.
El Huevo de Orfeo.
Hesiodo, Anaximenes, Anaximandro, y otros filósofos.
Fuentes de la Historia. 9
Tradiciones, documentos.
Los viajes. 11
Consideraciones generales sobre la historia. 22
Escelencia de la historia judaica. 23
La historia de los hebreos es el origen de la de todos los pueblos.
Dios mismo es el autor de la historia de los judíos.
Los autores sagrados, además de las inspiraciones sobrenaturales, tienen todas las cualidades que se requieren.
Autoridad de los libros de Moisés.
Motivos que obligaron á Moisés á comenzar por el Génesis.
Carácter de rectitud y de verdad en los libros de Moisés.
Moisés sabia los primeros sucesos del mundo por una tradicion reciente. 24
Libro de Josué: su antigüedad.
Libro de los jueces y de los reyes.
Libros históricos de los hebreos: sus autores.
Libro de Esdras y de Nehemias.
Adiciones que se notan en los autores sagrados.
Libros de los Macabeos.
Josefo el Historiador: su antigüedad. 25
La historia de los hebreos ha llegado hasta nosotros en su lengua original.
Los orientales cuidaron mas de escribir sus historias que los occidentales.
La historia de los caldeos es muy imperfecta.
Observaciones celestes de 1903 años, enviadas á Aristóteles por Calistenes.
Arbaces libertó á los medos de la dominacion de los asirios.
Belesis ó Baladan, primer rey de los caldeos.
La historia de los medos es muy oscura.
Primer imperio de los asirios: su historia es muy incierta. . . 26
Segundo imperio de los asirios.
Ruina del imperio de Asiria.
Historia de los persas: su monarquía fué de poca duracion.

PÁG.

Lo que sabemos de los persas, lo hemos recibido de los griegos.
Elam, padre de los persas. . . 27
Prueba de que es menester recurrir á la sagrada Escritura para llegar al conocimiento del origen de los pueblos.
Los persas modernos ignoran su origen y su historia antigua.
Antiguos monumentos de los persas con caracteres de inscripciones desconocidas.
Antigüedades de los egipcios: su historia.
La crónica egipcia contiene treinta dinastías, y ciento y trece generaciones.
Preocupaciones contra la autenticidad de los monumentos egipcios.
Cham y Mezraim, primeros fundadores del Egipto.
La duracion de los años de los egipcios es desconocida. . . 28
Las dinastías de los egipcios no son todas sucesivas.
Los autores egipcios han oscurecido su historia por haber exagerado sus antigüedades.
Antigüedades chinas: su origen.
Los chinos han tenido siempre la reputacion de ser hábiles astrónomos. Pruebas de lo contrario.
Compendio de la cronología china por el P. Couplet, y sus observaciones astronómicas. . 29
Anacronismos de 500 años en la cronología de los chinos.
Los chinos no tienen manuscritos sino libros impresos.
El cálculo de los años de los chinos es inmenso y fabuloso.
Los fenicios: su origen y su historia. 30
Los fenicios abandonan á los hebreos el cultivo de las tierras y se dan á la navegacion y al comercio.
Diversos autores de la historia de los fenicios.
Historia y antigüedad de los griegos.
La historia griega nada tiene de cierto hasta despues de las olimpiadas.
La historia de los latinos es poco antigua.
Las antigüedades de los galos y de los germanos son muy desconocidas. 31
Origen de los pueblos de América.
La América no nos es bien conocida hasta despues del siglo quince en que fué descubierta.

PÁG.

Los pueblos de América ignoran cuándo y cómo fuéron allá.
Historia de Méjico, escrita en francés.
El primer rey del Perú no comenzó á reinar hasta cerca del año 1125 de Jesucristo.
Los israelitas son los verdaderos depositarios de los orígenes antiguos, y de la historia de los primeros hombres.
Conformidad de diversos autores con la Escritura: prueba de la verdad.
Los griegos se glorian de ser hijos de la tierra: prueba de su ignorancia. 32
Los pueblos septentrionales estuvieron mucho tiempo sin el uso de escribir y de las buenas artes.
Lo que los druidas y los bardos confiaron á la memoria, quedó sepultado en el olvido.
Los pocos monumentos que han quedado de los antiguos galos ninguna luz dan á su historia.
Caracteres antiguos desconocidos. Á no ser por los samaritanos, ignoraríamos las letras fenicias.
El historiador mas antiguo de la Grecia es poco anterior á la guerra de los persas contra los griegos.
Se advierten en las fábulas diversos rasgos de la verdad de la historia.
Conclusion. Ningun pueblo del mundo puede presentar un documento mas antiguo, mas cierto, ni mas auténtico que la historia de los hebreos.
El hombre en la Creacion. . . 33
Historia Universal. 34
Creacion del mundo. 35
Adan y Eva.
Paraiso.
Caida de Adam.
Cronología ántes del diluvio. . 36
Tradicion.
Muerte de Abel.
Castigo de Cain.
Nacimiento de las artes etc.
Idolatría.
Diluvio.
Piedad de Noé.
Su embriaguez.
Su muerte. 37
Sus descendientes.
Torre de Babel.
Confusion de las lenguas.
Origen de las lenguas.
Primeras edades despues del diluvio.

Digitized by Google

PÁG.

Anastasio. 359
Justino.
Justiniano.
Justino. Tiberio.
Mauricio. 360
Focas.
Heraclio.
Constante II.
Constantino Pogonato. Justiniano II.
Filipico. Anastasio. 361
Teodosio. Leon.
Constantino Coprónimo.
Leon III.
Constantino Porfirogénito.
Irene.
Nicéforo. 362
Miguel I. Leon.
Miguel II.
Teófilo.
Miguel III.
Basilio. 363
Leon.
Alejandro.
Constantino VIII.
Romano I. el jóven.
Nicéforo Focas.
Juan Zimisces.
Basilio.
Constantino IX. 364
Romano II.
Miguel Paflagonio.
Miguel Calafate. Zoe.
Constantino Monómaco. Teodora.
Miguel Estratiótico.
Isaac Comneno. 365
Constantino Ducas.
Romano Diógenes.
Miguel Ducas.
Nicéforo Botoniate. 366
Alejo Comneno.
Juan Comneno.
Manuel Comneno.
Alejo Comneno II. 367
Isaac Angelo.
Alejo.
Juan Ducas Murtzulfo.
Constantinopla latina. 368
Balduino I.
Henrique. Pedro.
Roberto. Balduino II.
Imperio griego.
Miguel Paleólogo.
Andrónico Paleólogo. 369
Andrónico el jóven. Juan Paleólogo.
Cantacuceno.
Manuel.
Juan.
Juan Paleólogo.
Constantino. 370
Cartago en África. Entre el rio de Tusca, el Mediterráneo, los Garamantas, y la Libia interior.
Cartagineses.
Descripcion.
Gobierno. 371
Religion.
Lengua.
Costumbres y carácter.
Ejército.
Marina. Comercio.
Dido. 372
Maqueo.
Guerras de los cartagineses. . 373
Primera guerra púnica. . . . 374
Guerra de Libia.
Segunda guerra púnica: Anibal. 375
Tercera guerra púnica. . . . 376
Numidia. Entre el mar Mediterráneo, la Getulia, los rios de Mulucha y de Tusca.
Numidas. 377
Masinisa.
Yugurta. 378
Mauritania. Entre el rio Mulucha, la Getulia, el Océano Atlántico y el Mediterráneo.
Getulia. Entre la Mauritania, la Numidia y los desiertos.
Gétulos, Melanogétulos, Nigritas y Garamantas. 379
Libia Marmárica, Cirenaica y Sírtica. Entre el Egipto, la Mauritania, el Mediterráneo y el desierto de Barco.
Etiopía. Entre el Egipto, el mar Rojo y los desiertos.
Arabia. Entre el mar Rojo, la Palestina, el golfo Pérsico, el Mediterráneo y el Eufrates. . 380
Arabes. 381
Tártaros, turcos, mogoles, etc. 382
La India. Entre la Persia, el mar de las Indias, la Tartaria china y la Gran Tartaria . . 383
La China. Entre Siam, la Tartaria, el mar Caspio y el Japon. 384
España. Entre el Océano, el Mediterraneo y las Galias. . . 385
La Gaula. Entre el Océano, el Mediterráneo y el Rhin. . . 386
Usos y costumbres de los Gaulas. 387
Germania. Entre el mar, el Danubio, el Rhin, y el bosque de Hercinia. 388
Gran Bretaña. Isla enfrente de los Gaulas, la Germania y la Irlanda. 389
César en Bretaña. 390
Hunnos. 391
Atila. 392
Godos. 393
Alarico.
Vándalos. 394
Genserico.
Suevos. 395
Francos.
Clodoveo. 396
Borgoñones. 397
Alemanes.
Gépidas.
Hérulos. 398
Marcomanos.
Cuados.
Sármatas.
Daces.
Vúlgaros. 399
Ostrogodos.
Boecio. 400
Amalasunta.
Totila y Belisario. 401
Longobardos ó Lonbardos. . . . 402
Albuino.
Autariso. 403
Teodelinda.
Adalvaldo. Gundeberga.
Rotariso.
Partarito.
Luitprando. 404
Astolfo. 405
Arabes. 406
Mahoma. 407
Juramento de las mujeres. . . 408
Pintura de Mahoma. 409
Abu-Becker (primer califa). . . 410
Alcoran.
Omar I (2 califa). 411
Othman (3 califa). 412
Ali (4 califa). 413
Hasan (5 califa).
Moavia I (6 califa). 414
Yesid I (7 califa). 415
Moavia II (8 califa).
Abdalla (9 califa).
Mervan I (10 califa).
Abdalmalec (11 califa). 416
Walid I (12 califa). 417
Soliman (13 califa).
Omar II (14 califa). 418
Yecid II (15 califa).
Hesban (16 califa).
Walid II ó Abud-Abbas (17 califa).
Yecid III (18 califa).
Ibrahim (19 califa).
Mervan II (20 califa). 419
Abul-Abas (21 califa).
Almanzor (22 califa).
Mahadi (23 califa). 420
Muza (24 califa).
Haraun-Al-Rashid (25 califa).
Barmecidas. 421
Amin (26 califa).
Mamun (27 califa). 422
Motasen (28 califa).
Wathek (29 califa).
Motawakel (30 califa). 423
Montaser (31 califa).
Mostain (32 califa).
Motaz (33 califa).
Motadi (34 califa).
Motamed (35 califa). 424
Motaded (36 califa).
Moctasi (37 califa).
Moctader (38 califa). 425
Kaher (39 califa).
Radi (40 califa).
Mottaki (41 califa). 426
Mostacfi (42 califa).
Moti (43 califa).
Tay (44 califa).
Kader (45 califa). 427
Hayen (46 califa).
Moktadi (47 califa).
Mostader (48 califa). 428
Mostarhed (49 califa).
Rashed (50 califa).
Mostasi (51 califa).
Mostaujed (52 califa).
Mostadi (53 califa).
Naser (54 califa).
D-Haher (55 califa). 429
Mostanser (56 califa).
Mostasem (57 califa).
Turcos. Entre los Kalmukos, la gran Bukaria y el mar Caspio.
Seljucidas. 430
Togrol-Bek (primer sultan).
Alp-Arsland (2 sultan).
Malek-Shah (3 sultan).
Barkiarok (4 sultan). 431
Mahomed (5 sultan).
Sanjar (6 sultan).
Mahamud (7 sultan).
Togrol (8 sultan).
Massud (9 sultan).
Seljucidas de Kerman.
Seljucidas de Rum.
Soliman I (primer sultan).
Kili-Arslan I. (2 sultan). (1093).
Sultanes de Iconio.
Saysan (3 sultan) (1106).
Masud I (4 sultan) (1116).
Kili-Arslan II (5 sultan) (1152).
Kosrou I (6 sultan) (1192).
Soliman II (7 sultan) (1198).
Kili-Arslan III (8 sultan) de quien no se habla en particular (1204).
Kaykaws (9 sultan) (1211).
Kaykobab I (10 sultan) (1215).
Kosrou II (11 sultan) (1236).
Azzod-Din (12 sultan) (1244) Kosrou III (13 sultan) de quienes no se habla en particular (1265).
Interregno de 19 años.
Masud II (14 sultan) de quien no se habla en particular (1283).
Kaykobad II (15 sultan) (1300).
Cruzadas. 432
Primeras peregrinaciones. — Concilio de Clermont. . . . 433
Partida de los cruzados. — Sitio de Nicea. . . . . 434 á 436
Salida de Nicea. — Llegada á Antioquía. 437
Sitio y conquista de Antioquía. . . . . . . 438 á 440
Salida de Antioquía. — Llegada á Jerusalen. 441
Sitio y toma de Jerusalen. . . 442
Eleccion de Godofredo, batalla de Ascalon. 443
Expedicion nueva. 444
Reinados de Godofredo y de Balduino I. . . . . . 445 á 447
Reinados de Balduino II, de Fulco de Anjou, y de Balduino III. . . . . . . 448 á 450
Cruzada de Luis VII y del emperador Conrado. . . 451 á 456

Digitized by Google

PÁG.

Desde la toma de Ascalon por Balduino III, hasta la de Jerusalen por Saladino.. 457 á 460
Predicacion de una nueva cruzada. — Expedicion del emperador Federico I. . 461 á 462
Conquistas de Saladino. — Sitio de San Juan de Acre. 463 á 465
Marcha del ejército de Ricardo desde San Juan de Acre hasta Jaffa. — Batalla de Arsur. — Permanencia en Jaffa. — Proyecto de reedificar á Jerusalen. — Se reedifica Ascalon. . . . . 466 á 468
Últimos acontecimientos de la cruzada de Ricardo. 469 á 471
Cuarta cruzada. — Predicacion de la Cruzada en Alemania. — El emperador Enrique toma la cruz, y hace la conquista de Sicilia. — Negocios de la Palestina. — Sitio de Thoron. — Muerte de Enrique VI y fin de la Cruzada. . . . 472 á 473
Quinta Cruzada. — Predicacion de la cruzada por Fulco de Neuilly. — Los gefes de la cruzada contratan con Venecia una flota. — Crúzase el dux de Venecia. — Sitio de Zara. — Disension entre los cruzados. — Alejo, hijo de Isaac, reclama el socorro de los cruzados. — Marcha del ejército para Constantinopla. — Ataque de Constantinopla. 474
Primer sitio de Constantinopla por los latinos. — Huye el emperador Alejo. — Isaac y su hijo son repuestos en el trono imperial. — Tratado con los cruzados. — Desórdenes y revueltas en Constantinopla. . 475
Los cruzados prolongan su permanencia en Constantinopla. — La iglesia griega reunida con la latina. — Descontento del pueblo de Bizancio. — El jóven Alejo muere ahogado. — Mursuflo es proclamado emperador. — Segundo sitio y toma de la ciudad imperial por los cruzados. . . 476 á 478
Saco y desolacion de Constantinopla. — Nombramiento de un emperador latino. — Reparticion del imperio griego entre los vencedores. 479
Los cruzados recorren las provincias del imperio para someterlas. — Levantamiento de los griegos. — Guerra de los vúlgaros. — El emperador Balduino prisionero. — Desórdenes y pronta decadencia del imperio de Bizancio. 480 á 481
Juan de Briena, rey de Jerusalen. - Cruzada de niños. - Concilio general convocado en Roma por Inocencio III para una cruzada. — Expedicion de Andrés II, rey de Hungría, á la tierra Santa. 482
Continuacion de la sexta cruzada. — Sitio de Damieta. — Combates y miserias de los cruzados. — Toma de la ciudad. . . . . 483 á 485
Los cruzados permanecen algunos meses en Damieta. — Marchan por fin hácia el Cairo. — Son detenidos en Mansourah. — Quedan cortadas sus comunicaciones. — El ejército cristiano, víctima del hambre, capitula con los musulmanes. 486
Continuacion de la sexta cruzada. — Preparativos de Federico II para la guerra santa. — Su partida. — Es excomulgado por haber vuelto. — Parte por segunda vez. — Tratado por el cual Jerusalen pasa otra vez á poder de los cristianos. — Conquista de Jerusalen juzgada de diversos modos. . . . 487
Fin de la sexta cruzada. — Expedicion de Tibaldo, conde de Champaña, del duque de Bretaña, y de muchos señores franceses 488
Invasion de los tártaros. — La Tierra santa invadida y talada por los karismianos. — Concilio de Lyon, y deposicion de Federico II. — Séptima cruzada. — Expedicion de Luis IX. — Preparativos de su partida. . . . . 489 á 490
Continuan los preparativos de Luis IX para la cruzada. — Su salida de Aguas-Muertas. — Su llegada á Chipre. — Desembarca el ejército en Egipto. — Toma de Damieta. . . 491 á 492
Marcha del ejército cristiano hácia el Cairo. — Batalla de Mansourah. — Miseria, enfermedades y hambre de los cruzados. — Cautividad de Luis IX y de su ejército. - Su libertad y su llegada á Tolemaida. 493 á 494
Duelo del Occidente al saber las desgracias de Luis IX en Egipto. — Permanencia del rey en Palestina. — Negociaciones con los mamelucos del Cairo. — Regreso de Luis á Francia. — Fin de la cruzada . . . . 495 á 497
Situacion desgraciada de los cristianos en la Tierra Santa. — Octava cruzada. — Segunda expedicion de san Luis. . . 498
Continuacion de la octava cruzada. — Los cruzados franceses delante de Túnez. — Enfermedad y muerte de san Luis. — Regreso á Francia de los cruzados franceses. — Fin de la octava cruzada. 499
Llegada de Eduardo, hijo de Enrique III, á Palestina. — Su vida amenazada por un emisario del viejo de la montaña. — Su vuelta á Europa. — Estado de las colonias cristianas en Siria. — Trípoli y muchas ciudades de los francos tomadas por los mamelucos de Egipto. — Sitio y destruccion de Tolemaida . . . . 500 á 501
Inútil predicacion de una cruzada. — Los tártaros dueños de Jerusalen, y aliados de los cristianos. — Cruzada de genoveses. — Tentativas de cruzadas en Francia. — Proyecto de una guerra santa bajo Felipe de Valois. — Pedro de Lusiñan, rey de Chipre, á la cabeza de diez mil cruzados. — Saco de Alejandría. — Cruzada emprendida por los genoveses y algunos caballeros franceses en las costas de Africa. . 502 á 503
Guerra de los cristianos contra los turcos. — Expedicion de un gran número de caballeros y señores franceses. — Batalla de Nicópolis. — Los caballeros franceses prisioneros. — Nueva expedicion. — Derrota de Warna . . . . 504 á 505
Sitio de Constantinopla por Mahomet II. — La ciudad imperial cae en poder de los turcos. 506
Cruzada predicada por el papa contra los turcos. — Asamblea de los caballeros en Lila de Flandes. — Sitio de Belgrado. — Levántale Mahomet. — Predicacion de Pio II. — Pio II á la cabeza de una cruzada. — Muerte de Pio II, que iba á embarcarse en Ancona. — Guerra de Hungría, sitio de Rodas, invasion de Otranto. — Muerte de Mahomet II. 507 á 509
Cautiverio de Gem, hermano de Bayaceto. — Expedicion de Cárlos VIII en el reino de Nápoles. — Selim se apodera de Egipto y de Jerusalen. — Cruzada predicada por Leon X. — Rodas y Belgrado caen en poder de Soliman. — La isla de Chipre es invadida por los turcos. Batalla de Lepanto. — Los turcos derrotados delante de Viena por Sobieski. — Decadencia del imperio otomano 510
Modo de considerar las cruzadas en los siglos XVI y XVII. — Opinion de Bacon. — Memoria de Leibnitz dirigida á Luis XIV. — Última cruzada contra los turcos. — Recuerdos de Jerusalen. — Peregrinaciones á la Tierra santa. 511 á 512
Fisonomía moral de las cruzadas. . . . . 513 á 514
Continuacion del mismo asunto. 515
Influencia de las cruzadas. 516 á 518
Tartaria. Entre la India, la Persia, el mar Caspio, el mar del Japon y la China.
Tártaros. 519
Mogoles. 520
Chenguis (primer Kan).
Sus conquistas. 521
La gran caza. 522
Octay (2 Kan). 523
Yelu. 524
Kayuk (3 Kan). 525
Mengko (4 Kan).
Kublay (5 Kan). 526
Timur (6 Kan). 527
Hayshan (7 Kan).
Ayyulipalipata (8 Kan).
Cholepala (9 Kan).
Paychu.
Yesun Temur (10 Kan). . . . 528
Hoshila (11 Kan).
Tutemur (12 Kan).
Thuan-Temur (13 Kan).
Chú. 529
Kalkas ó Kalmukos.
Elutos.
Kipiacos. 530
Usbekes.
Crimea.
Bukaria. Entre los Kalmukos, la Rusia, el gran desierto, los estados del Mogol y la Persia. 531
El Asia en el siglo XIX. . . . 532
Artes. 533
Comercio. 544
Superficie, poblacion, religiones. 535
Gobierno, divisiones.. 536
El Iran. Entre el Ghilan y el Turquestan. 537
Hulagu.
Abaka.
Ahmed.
Argun.
Ganjatu.
Baydu.
Gasan.
Algiaptu.
Abusaid. 538
Tamorlan.
Sus conquistas. 539
Tamorlan y Bayaceto. 540
Muerte de Tamorlan. 541
Kalil. 542
Shah Rukh.
Persia. 543
Los sofis de Persia.
Shah Ismael Sofi (primer shah).
Thamasp (2 shah).
Ismael II (3 shah).
Mohammed Kodabendé (4 shah).
Hamzeh (5 shah).
Ismael III (6 shah).

Digitized by Google

PÁG.

Shah Abbas (7 shah) . . . 544
Sofi Mirza . . . 545
Sofi I (8 shah) . . . 546
Abbas II (9 shah) . . . 547
Soliman (10 shah) . . . 548
Shah Hussein (11 shah) . . . 549
Mahmud . . . 550
Ashraf.
Thamasp . . . 551
Abbas III.
Thamasp-Kuli-Kan ó Shah Nadir . . . 552
Descripcion del Iran . . . 553
Id. del Herat, del Kabul y del Belutchistan . . . 554
Ormuz. En el golfo Pérsico . . . 555
Turcomanos. Cerca del mar Caspio.
Usbekes de Bukharia y de Karasin.
El Karasin. Entre los Kalmucos, la gran Bukharia, los desiertos de Karak y el rio Ama.
India . . . 556
Indostan. Entre el grande y pequeño Tibet, la península de la parte de allá del Ganges, la península de la parte de acá, el mar de las Indias, el golfo de Bengala y la Persia.
Pueblos . . . 557
Mogoles, fakires, indos, parsos.
Usos y costumbres generales . . . 558
Corte del gran Mogol, fuerzas y rentas . . . 559
Justicia, policía.
Babor (primer sultan).
Homojun (2 sultan).
Akbar (3 sultan) . . . 560
Jehan-Gir (4 sultan).
Shah-Gehan (5 sultan).
Aureng-Zeb (6 sultan) . . . 561
Sus triunfos . . . 562
Su muerte . . . 563
Mazun ó Bahader Shah (7 sult.)
Masrod'din, ó Mohamed Shah (13 sultan) . . . 564
Saqueo de Delhi; los europeos en el Indostan . . . 565
Bourdonnaye y Dupleix . . . 566
Luchan los franceses con los ingleses en el Indostan . . . 567
Compañía francesa de la India en su apogeo . . . 568
Decadencia de los franceses . . . 569
Toman a Calcuta . . . 570
Preponderancia de los ingleses en la India . . . 571
Lally en Madrás . . . 572
Pondichery . . . 573
Es entregada á las llamas . . . 574
Heider-Aly-Kan . . . 575
Cassin-Aly-Kan . . . 576
Triunfo de los ingleses en la India . . . 577
Compañía inglesa de la India . . . 578
Heider-Aly y los ingleses . . . 579
Typpoo-Zaib . . . 580
El colera morbo asiatico . . . 581
Posesiones inglesas inmediatas . . . 582
Idem idem mediatas . . . 583
Península occidental . . . 584
Decan.
Biznagar.
Visapur.
Maratas . . . 585
Golconda.
Cánara.
Malabar . . . 586
Religion de la India . . . 587
Vistnou . . . 588
Pagodas, culto, ministros . . . 589
Religion de Fo.
Península Oriental.
Aracan. Entre Tipra, Ava, el Pegú y Bengala.
Usos y costumbres . . . 590
El Pegú. Entre Aracan, los Bramas, los reinos de Mien y Siam, y el golfo de Bengala.
Usos y costumbres . . . 591
Ava. Entre la Bengala, el Tibet, la China, los reinos de Lao y de Siam . . . 592
Laos. Entre la China, el Tonquin, la Cochinchina y Camboya.
Siam. Entre la Bengala, el Pegú, Lao, Camboya y el golfo de Siam . . . 593
Usos y costumbres . . . 594
Chao-Pasa-Tong . . . 595
Chaou-Narayo . . . 596
Pitracha . . . 597
Chaoual Padou . . . 598
Camboya. Entre Siam, Lao, Ciampa, la Cochinchina y el mar de las Indias.
Ciampa. Entre la Cochinchina y el rio de Camboya.
Cochinchina. Entre Lao, el Tonquin, los mares de la China y de las Indias, Ciampa y Camboya . . . 599
Tunquin. Entre la China, el golfo de Tunquin, la Cochinchina y Lao.
Tartaria Oriental. Entre los Mogoles y los Kelkas, la Siberia el mar de Tartaria, la Corea y el mar de Jaune . . . 600
Kitanos ó Leaos.
La China. Entre la Tartaria independiente, la Tartaria China, la Corea, el mar del Japon y el de las Indias . . . 601
Clima, Gobierno, Policía, Ciencias, Artes . . . 601
Carácter y Costumbres . . . 603
Caminos y la Gran muralla . . . 604
Origen y antigüedad de los chinos . . . 605
Las cinco primeras dinastías de los chinos, que empezaron 2207 años antes de Jesucristo.
Dinastía 6 Heu-Han, 220 años despues de Jesucristo . . . 606
7 Dinastía, Tsin.
8 Dinastía, Song.
9 Dinastía, Ti.
10 Dinastía, Leang.
11 Dinastía, Chin.
12 Dinastía, Soui.
13 Dinastía, Tang.
14 Dinastía, Heu-Leang . . . 607
15 Dinastía, Heu-Tang.
16 Dinastía, Heu-Tsin.
17 Dinastía, Heu-Han.
18 Dinastía, Heu-Chen.
19 Dinastía, Song.
20 Dinastía, Ming . . . 608
21 Dinastía, Ming.
22 Dinastía, Tsin.
Los ingleses en la China . . . 609
Corea. Entre los mares de la China, del Japon y de la Tartaria China . . . 610
Japon. Islas á la estremidad mas oriental del Asia. Clima; producciones.
Religion . . . 611
Milicia, rentas y leyes . . . 612
Costumbres.
Curiosidades naturales . . . 613
Origen.
Jedso. Isla hácia el Continente al norte del Japon . . . 614
Comercio.
Comercio antiguo.
Comercio de los genoveses y venecianos . . . 615
Comercio de los portugueses.
Alfonso de Alburquerque . . . 616
Mozambique y Ormuz . . . 617
Mascate . . . 618
Malaca, Islas de la Sonda.
Molucas, Nueva Guinea.
China, Japon, Goa . . . 619
Comercio de los españoles . . . 620
Las Filipinas.
Islas Marianas . . . 621
Las Carolinas . . . 622
Comercio de los ingleses.
Surate . . . 623
Santa Elena . . . 624
Comercio de los holandeses.
Toman la isla de Ceilan . . . 625
Colonia del Cabo . . . 626
Id. de los dinamarqueses . . . 627
Id. de los franceses . . . 628
Toma de la isla de Francia . . . 629
Id. de Ostende . . . 630
Id. de Suecia.
Imperio otomano . . . 631
Ostman I (primer sultan).
Orchan (2 sultan).
Amurates I (3 sultan).
Bayaceto I (4 sultan) . . . 632
Mahomet I (5 sultan).
Amurates II (6 sultan) . . . 633
Mahomet II (7 sultan).
Bayaceto II (8 sultan.) . . . 634
Selim I (9 sultan).
Sus triunfos y su muerte . . . 635
Soliman I (10 sultan) . . . 636
Selim II (11 sultan.)
Amurates III (12 sultan).
Mahomet III (13 sultan).
Ahmet I (14 sultan) . . . 637
Mustafa I (15 sultan).
Ostman II (16 sultan).
Amurates IV (17 sultan).
Ibraim (18 sultan).
Mahomet IV (19 sultan) . . . 638
Soliman II (20 sultan).
Kiopruli . . . 639
Ahmet II (21 sultan).
Mustafa II (22 sultan) . . . 640
Ahmet III (23 sultan) . . . 641
Patrona.
Mahomet (24 sultan).
Mahmoud I . . . 642
Osman III.
Mustafa III.
Abdul-Hamid.
Selim III.
Mustafá IV.
Mahmoud II el reformador . . . 643
La Grecia moderna.
Su descripcion . . . 644
Judíos I y II siglos . . . 645
Idem III y IV siglos.
Idem V, VI y VII siglos.
Idem VIII, IX, X y XI siglos.
Idem XII siglo.
Idem del XIII y XIV siglos . . . 646
Idem del XV, XVI y XVII siglos.
Africa. Entre el mar Rojo, el mar de las Indias, el Océano de Africa y el Mediterráneo.
Producciones y habitantes . . . 647
Negros.
Religion.
Morabutos.
Moros, Sarracenos y Arabes . . . 648
Sus viajes.
Animales . . . 649
Cristianos en Africa.
El Africa en el siglo XIX.
Montañas . . . 650
Volcanes.
Desiertos.
Caminos y canales.
Industria.
Comercio . . . 651
Poblacion: fetichismo . . . 652
Religion; gobierno . . . 653
Egipto . . . 654
Gobierno . . . 655
Coptos.
Caravana.
Moez, año 953.
Aziz, año 957 . . . 656
Alakem, año 978.
Taher.
Mostanzer.
Amet, año 1101.
Hafedh, año 1141.
Dhaser, año 1151.
Al-Fayez, año 1154.
Al-Aded, año 1161.
Saladino, año 1170.
Al-Afdal, año 1187.
Al-Aziz, año 1188.
Al-Adel, año 1190 . . . 657
Al-Mansur, año 1196.
Al-Camel, año 1218.
Nojmoddino, año 1239.

Digitized by Google

PÁG.

Al-Malek, año 1250.
Descripcion del Egipto.
Islas de Africa. 658
Madagascar. 659
Islas esparcidas. 660
Id. de Cabo Verde. 661
Id. Canarias.
Madera y las Azores. 662
Abisinia. Entre la Nubia, el mar Rojo, la baja Etiopia, los Etiopes errantes.
Religion; clima; usos y costumbres. 663
Curiosidades; gobierno. . . . 664
Alfonso de Alburquerque. . . 665
David, año 1505.
Claudio, año 1553.
Minas, año 1559.
Malak, año 1563.
Zadenghel, año 1596. 666
Susneo, año 1598.
Basilides, año 1632.
Costas del mar Rojo y del Océano. 667
Melinda. 668
Mombaza y Quiloa.
Mozambique.
Costa de Sofala. 669
Monomolapa.
Historia de Alfondi. 670
El Monoemugi.
Cafrería.
Hotentotes.
Usos y costumbres. 671
Benguela. 672
Congo.
Usos y costumbres. 673
Reyes de Congo. 674
Luqueni. 675
Juan, año 1484.
Alfonso, año 1502.
Don Pedro, año 1521.
Don Francisco, año 1530.
Don Diego, año 1532.
Don Enrique, año 1540
Don Alvaro I, año 1542.
Don Alvaro II.
Don Bernardo, año 1614. . . . 676
Don Alvaro III, año 1615.
Don Pedro II, año 1622.
Don García I, año 1624.
Don Ambrosio, año 1625.
Don Alvaro IV, año 1631.
Don Alvaro V, año 1636.
Don Alvaro VI, año 1637.
Don García II, año 1638.
Don Antonio, año 1658.
Don Alvaro VII, año 1662.
Don Alvaro VIII, año 1666.
Angola.
Angola.
Zunda Riangola.
Angola Chilvani I. 677
Dambi Angola.
Angola Chilvani II.
Ninga Angola.
Bandi Angola.
Nigola Bandi.
Zinga, año 1627. 678
Loango. 679
Guinea. 680
Benin.
Juida. 681
Ardra. 682
Establecimientos europeos. . . . 683
Particularidades de la costa del Oro. 684
Costa del Marfil. 685
Costa Malagueta ó de la pimienta.
Sierra Leona.
Monu, Quoja, Hondo, Mandingo, Ful, Jalo?, etc. 686
Negros de lo interior de Africa.
Gambia, Gorea, Senegal, Zaara, Biledurgerid. 687
Berbería. Toda la costa desde el Egipto hasta mas allá del Estrecho de Gibraltar. 688
Historia.
Marruecos. Entre el Océano atlántico, Argel, el Mediterráneo y Tafilete. 689
Milicia, ciencias, costumbres. 690
Mahomet, año 1536. 691

PÁG.

Abdalla, año 1557.
Muley Mahamet I, año 1574. . 692
Muley Moluch y Muley Hamet I, año 1575.
Sidan, año 1603.
Muley Abdelmelek, año 1630.
Muley Elvali, año 1634.
Muley Hamet II, año 1648.
Muley Cherif, año 1650.
Muley Archi y Muley Ismael, año 1662.
Muley Debi y Abdalmalech, año 1727.
Abdalla, año 1730.
Argel. Entre Tunez, Zahara y el Mediterráneo. 693
Usos y Costumbres. 694
Descripcion. 695
Tunez. Entre Argel, Trípoli y el Mediterráneo. 696
Trípoli. Entre Túnez, el Bilidulgerid, el monte Atlas, el Egipto y el Mediterráneo.
Malta. 697
Orígen de la Orden de San Juan.
Gerardo. 698
Raymundo (1 gran maestre).
Gilberto Asali (4 gran maestre).
Juan de Villiers (21 gran maestre).
Foulquier de Villaret (24 gran maestre). 699
Gozon (gran maestre), y la serpiente.
Heredia (31 gran maestre).
Filiberto de Nallat (32 gran maestre).
Pedro de Aubusson (38 gran maestre). 700
Villiers del' Ile Adam (42 gran maestre).
Juan de la Valeta (47 gran maestre).
Europa. Entre el mar Negro, el Mediterráneo, el Océano Atlántico, el mar Glacial y la Rusia de Asia. 701
Confines.
Mares; estrechos.
Cabos; rios; lagos. 702
Islas; montañas. 703
Grandes Cordilleras. 704
Volcanes; valles; canales. . . 705
Canales célebres. 706
Canales de España. 707
Caminos; id. de hierro. . . . 708
Líneas principales de id. . . 709
Industria europea. 710
Comercio; religion. 711
Gobierno; milicia; tributos. . 712
Fuerzas navales. 713
Potencias preponderantes.
Francia. Entre el Océano, la Mancha, los Paises Bajos, la Alemania, la Suiza, la Saboya, la España y el Mediterráneo. 714
Reyes Merovingianos. 715
Brunequilda. 716
Reyes Carlovingianos. 717
Pipino.
Carlo Magno.
Luis I el Débil. 718
Bernardo conde de Barcelona. . 719
Cárlos I, el Calvo. 720
Luis II, el Tartamudo.
Luis III, Carloman, y Cárlos II el Gordo.
Eudeo y Cárlos III, el Simple.
Raoul y Luis IV, el de Ultramar.
Lotario, y Luis V, el Ocioso.
Reyes Capetos.
Hugo Capeto y Roberto.
Henrique I.
Roberto el Diablo. 721
Felipe I.
Luis VI, el Gordo. 722
Luis VII, el Jóven.
Felipe II, el Augusto.
Luis VIII, el Leon. 723
Luis IX, el Santo.
Felipe III, el Atrevido.

PÁG.

Felipe IV, el Hermoso. 724
Luis X, el Hutin.
Felipe V, el Largo y Cárlos IV, el Hermoso.
Felipe VI, de Valois.
Juan I, el Bueno.
Cárlos V, el Prudente. 725
Guesclin. 726
Cárlos VI, el bien amado.
El duque de Orleans. 727
Juan sin miedo. 728
Cárlos VII el Victorioso. . . . 729
La doncella de Orleans. Luis XI. 730
Cárlos VIII, el Afable. 731
Luis XII.
Francisco I. 732
Henrique II. 733
Francisco II.
Cárlos IX.
Degüellos en la noche de S. Bartolomé.
Henrique III. 734
Henrique IV.
Luis XIII (a) Richelieu. . . 735
Luis XIV. Mazarino. 736
Triunfos de los franceses. . . 737
Luis XV. 738
Luis XVI. 739
Revolucion de 1789. 740
Los clubs. 741
El 10 de agosto. 742
Degüellos de setiembre. . . . 743
Muerte de Luis XVI. 744
María Antonieta. 745
Guerra general. 746
Bonaparte. 747
Austerlitz. 748
Jena. Friedland. 749
Guerra de España. 750
Wagram; el rey de Roma. . . 751
Guerra de Rusia. 752
Leipsick. 753
Campaña de Francia. 754
Napoleon en la isla de Elba. . 755
Waterlóo. 756
Muerte de Napoleon. 757
María Luisa.
Su envilecimiento.
La Restauracion. 758
Ministerio Polignac. 759
Decretos famosos. 760
Dia 26 de julio de 1830. . . . 761
Revolucion. 762
Dia 29 de julio. 763
Luis Felipe. 764
Sus antecedentes. 765
Declina su estrella. 766
Revolucion de 1848. 767
Italia. Entre los Alpes, la Suiza, la Alemania, el golfo de Venecia y la Sicilia.
Roma. El papa como señor temporal. 768

ALGUNOS PONTÍFICES SOBERANOS, Y AÑOS EN QUE FALLECIERON.

Juan XIII, 972. Benedicto VII, 983.
Juan XIV, 984.
Juan, elegido y no consagrado, y á quien algunos cuentan por el XV de este nombre, 985.
Juan XV ó XVI, 996. Gregorio V, 999.
Silvestre II, 1003.
Juan XVII ó XVIII, 1003.
Juan XVIII ó XIX, 1009.
Sergio IV, 1012.
Benedicto VIII, 1024.
Juan XIX ó XX, 1033.
San Leon IX, 1048.
San Gregorio VII, 1085. . . . 769
Victor III, 1087.
Urbano II, 1099.
Pascual II, 1118.
Gelasio II, 1119.
Calisto II, 1124.
Honorio II, 1130.

(a) En la pág. 735 col. 1.ª lin. 3ª dice: *Luis XII*, debiendo decir *Luis XIII*.

PÁG.

Inocencio II, 1143.
Celestino II, 1143.
Lucio II, 1145.
Eugenio III, 1153.
Anastasio IV, 1154.
Adriano IV, 1159.
Alejandro III, 1181. 770
Lucio III, 1185.
Gregorio VIII, 1187.
Clemente XIII, 1191.
Celestino III, 1198.
Inocencio III, 1216.
Honorio III, 1227.
Gregorio IX, 1241.
Celestino IV, 1241.
Inocencio IV, 1254.
Alejandro IV, 1261.
Urbano IV, 1264.
Clemente IV, 1268.
Gregorio X, 1276.
Nicolao III, 1280.
Honorio IV, 1287.
Nicolao IV, 1292.
Celestino V, abdicó en 1294.
Bonifacio VIII, 1303. 771
San Benedicto XI, 1304.
Clemente V, 1314.
Juan XXII, 1334.
Benedicto XII, 1342.
Clemente VI, 1352.
Inocencio VI, 1362.
Urbano V, 1370.
Gregorio XI, 1378. 772
Urbano VI, 1389.
Bonifacio IX, 1404.
Inocencio VII, 1406.
Gregorio XII, 1409.
Alejandro V, 1410.
Juan XXIII, depuesto en 1415.
Martino V, 1431.
Eugenio IV, 1447.
Nicolao V, 1455. 773
Calisto III, 1458.
Pio II, 1464.
Paulo II, 1471.
Sisto IV, 1484.
Inocencio VIII, 1492.
Alejandro VI, 1503.
Pio III, 1503.
Julio II, 1513.
Leon X, 1521.
Adriano VI, 1523.
Clemente VII, 1534.
Paulo III, 1549. 774
Julio III, 1555.
Marcelo II, 1555.
Paulo IV, 1559.
Pio III, 1565.
San Pio II, 1572.
Gregorio XIII, 1585 775
Sisto V, 1590.
Urbano VII, 1590.
Gregorio XIV, 1591.
Inocencio IX, 1591.
Clemente VIII, 1605.
Leon XI, 1605.
Paulo V, 1621.
Gregorio XV, 1623.
Urbano VIII, 1644.
Inocencio X, 1655.
Alejandro VII, 1667.
Clemente IX, 1669.
Clemente X, 1676.
Inocencio XI, 1689.
Alejandro VIII, 1691. 776
Inocencio XII, 1700.
Clemente XI, 1721.
Inocencio XIII, 1724.
Benedicto XIII, 1730.
Clemente XII, 1740.
Benedicto XIV, 1758.
Clemente XIII, 1769.
Clemente XIV, 1774.
Pio VI.
Pio VII. Leon XII. Pio VIII. Gregorio XVI.
Pio IX. 777
Saboya. Entre el Piamonte, el Valais, la Suiza, el Ródano, el Delfinado y la Provenza.
Piamonte. Entre la Saboya, el Monferrato, los Alpes marítimos y el Tesino.

PÁG.

Cerdeña. Entre la Córcega, la Italia, la Berbería y la España.
Humberto I, Amadeo I, Othon I, Amadeo II. 778
Humberto II, Amadeo III, Humberto III, Tomas I.
Amadeo IV, Bonifacio I, Pedro I, Felipe I, Amadeo V.
Eduardo I, Aymon I, Amadeo VI, Amadeo VII, Amadeo VIII, Luis I, Amadeo IX, Filiberto I. . . . 779
Cárlos I, Cárlos II, Felipe II.
Filiberto II, Cárlos III, Manuel I.
Cárlos IV. 780
Victor I, Francisco I, Cárlos V.
Victor II, Cárlos Manuel III, Victor Amadeo III, Cárlos Manuel IV, Victor Manuel IV, Cárlos Felix. 781
Cárlos Alberto. 782
Victor Manuel II (*a*).
Génova. Entre los estados del rey de Cerdeña, Parma, Florencia, Sena, Milan y el golfo de Génova.
Castelis y Avocatis. 783
Spinola y Doria. 784
Bocanegra. 785
Visconti; Fregoso. 786
Montalto; Adorno. 787
Boncicaud. 788
Pilcini. 789
Los Adornos llaman al aragonés. 790
Juan Galeazo. 791
Ludovico el moro. 792
Luis XII en Génova 793
Doria el libertador. 794
Su muerte. 795
Córcega. Isla en el mar de Provenza. 796
Corsos y Genoveses. 797
Vannina. 798
Paoli. 799
Parma y Plasencia. Entre el Milanés, el Pavesano, el estado de Génova y el ducado de Módena. 800
Luis Farnesio, Octavio, Alejandro, Ranucio I, Odoardo.
Ranucio II, Francisco, Antonio.
Ferrarés. Entre el Mantuano, Bolonés. La Romania y el golfo de Venecia. 801
Modenés. Entre el Mantuano, la Toscana, el Bolonés y el Parmesano.
Reggio. Cerca de Módena.
Azon VI.
Aldobrandino I, Azon VII, Obison II, Foulques, Reinaldo I, Obison III, Aldobrandino II.
Nicolas II, Alberto, Nicolas III, Lionel, Borso, Hércules I, Alfonso I, Hércules II, Alfonso II, César I, Alfonso III, Francisco I, Alfonso IV, Francisco II, Reynaldo II, Francisco III.
Bolonia. En el estado Eclesiástico.

(*a*) En marzo de 1849 Cárlos Alberto quiso probar de nuevo la suerte de las armas contra los austriacos; pero al hacer movimiento con su ejército hácia la Lombardía, el mariscal Radetzky, su enemigo, pasó el Tesino, acometió al piamontés en Novara, y despues de una sangrienta batalla que duró ocho horas, le causó la pérdida de 4000 muertos, y le tomó 3000 prisioneros y 12 cañones. Cárlos Alberto, instado para que abandonase el campo de batalla, dijo: «Dejadme morir, que este es mi último dia.» Con efecto, abdicó en el mismo campo de batalla, y entregó la corona á su hijo Victor Manuel II. Apresuróse éste á firmar con Radetzky un nuevo armisticio con esperanzas de que esta vez conduciria á una paz estable.

Milanesado. Entre el Piamonte, los Grisones, los estados de Venecia, Mantua y Génova.
Martin Turriani. . . . . . .
Felipe Turriani, Napi ó Napoleon, Oton Visconti, Mateo Visconti. . . . .
Galeazo I. . . . .
Azon, Luchini, Juan, Mateo, Bernardo ó Bernabé Galeazo, Juan Galeazo, Juan Maria Visconti, Felipe Maria Visconti. . . . .
Francisco Esforcia. . . . . .
Galeazo Maria Esforcia, Juan Maria Galeazo, Ludovico Maria Esforcia, Luis XII rey de Francia, Maximiliano Esforcia, Francisco I rey de Francia, Francisco Esforcia.
Mantuano. Entre el estado Eclesiástico, los de Venecia, Módena y Milan. . . . . .
Luis Gonzaga I, Luis II, Francisco I, Juan Francisco I, Federico I, Juan Francisco II, Federico II, Guillermo, Vicente I, Francisco III, Fernando, Vicente II, Cárlos I, Cárlos II, Cárlos III, Cárlos IV.
Venecia. En el golfo Adriático . 8
Juan Lucas Anafesto, I dux.
Marcelo, Urso, Teodato Urso, Galla, Monegario.
Mauricio Galbayo, Juan, Mauricio, Obelerio, Beat, Angelo Participacio.
Justiniano Participacio, Juan Participacio, Pedro Tradónico.
Urso Participacio, Juan y Pedro Participacio, Pedro Tandiano I, Juan Participacio, Pedro Tribuno. . . . .
Urso Participacio, Pedro Candiano II.
Pedro Badoer, Pedro Candiano III, Pedro Candiano IV.
Pedro Urseolo I.
Vital Candiano, Tribuno, Pedro Urseolo II.
Oton Urseolo, Pedro Centranico o Barbalano, Domingo Urseolo, Domingo Flabanico. . .
Domingo Contareno, Domingo Silvio, Vital Falier, Vital Michieli, Odelufo Falier, Domingo Michieli, Pedro Polani.
Domingo Morosini, Vital Michieli II, Sebastian Ziani, Orso Malipier, Henrique Dandolo.
Pedro Ziani, Jacobo Tiépolo, Marin Morosini, Renario Zeno.
Laurencio Tiépolo, Jacobo Contarini, Juan Dandolo, Pedro Granédigo. . . . .
Marin Giorgi, Juan Soranzo, Francisco Dandolo.
Bartolome Gradénigo, Andres Dandolo.
Marin Falier, Juan Gradénigo, Juan Delfino, Laurencio Celsi, Marco Cornaro.
Andrés Contarini, Miguel Morosini.
Antonio Venier, Micael Steno.
Tomas Mocénigo. . . . . .
Francisco Fóscari.
Pascual Malipier.
Cristóbal Moro, Nicolás Trono, Nicolás Marcelo, Pedro Mocénigo.
Andrés Vendramino.
Juan Mocénigo, Marcos Barbarigo, Agustin Barbarigo. . .
Leonardo Loredano.
Antonio Grimani, Andres Gritti, Pedro Lando, Francisco Donato, Marco Antonio Trevisani, Francisco Venier, Lorenzo Priuli, Gerónimo Priuli.
Loredano, Luis Mocénigo.
Sebastian Venier, Nicolás de Ponte.

Digitized by Google

PÁG.

Pascual Cigoña.
Marin Grimani, Leonardo Donato, Marco Antonio Memo, Juan Bembo, Nicolás Donato.
Antonio Priuli, Francisco Contarini, Juan Cornaro.
Nicolás Contarini, Francisco Erizzo. 816
Francisco Molino.
Cárlos Contarini, Francisco Cornaro, Bertucio Valier, Juan Pésaro, Domingo Contarini, Nicolás Sagredo, Luis Contarini.
Marco Antonio Justiniani, Francisco Morosini.
Silvestre Valier, Luis Mocénigo, Juan Córnaro.
Sebastian Mocénigo, Cárlos Razzini, Luis Pisani, Pedro Grimaldi, Francisco Loredano, Marcos Foscarini, Luis Mocénigo, Pablo Renier, Luis Manin.
Usos y costumbres. 817
Ragusa. 818
Toscana. Entre el Mediterráneo, el estado Eclesiástico, el ducado de Módena y los Apeninos.
Cuerpos de oficios, presidentes de los oficios. 819
Confalonero.
Ejecutor de la justicia: Roberto, rey de Nápoles.
Gefes de las tribus: dos consejos.
General extranjero: ancianos ó señores.
Lando, confalonero.
Notables y populares. 820
Juan de Médicis.
Cosme I de Médicis. 821
Pedro I.
Laurencio, Julian. 822
Savonarola. 823
Los Optimatos. 824
Malatesta. 825
Pedro II.
Julian II.
Laurencio el jóven, Julio de Médicis.
Alejandro, I duque. 826
Cosme II.
Francisco María.
Fernando I, Cosme III, Fernando II.
Juan Gaston, Francisco de Lorena, Pedro Leopoldo José, Fernando José Juan.
Luis, rey de Etruria, Carlos Luis, rey de Etruria; María Luisa de Borbon, reina viuda de Etruria y regente del reino.
Pisa. 827
Luca. 828
Sena. 829
San Marin. 830
Mónaco.
Nápoles y Sicilia. Nápoles entre los estados de la Iglesia, los mares de Venecia, de Africa, de España y de Francia. La Sicilia en la estremidad de la Calabria.
Rugero II. 831
Guillermo I. 832
Guillermo II. 833
Tancredo.
Guillermo III.
Enrique I, Federico. 834
Conrado I.
Conrado II, llamado Conradino. 835
Manfredo.
Cárlos I de Anjou.
Vísperas Sicilianas. 836
Pedro I, rey de Sicilia.
Carlos II, el Cojo, rey de Nápoles.
Roberto el sabio, ó el bueno, rey de Nápoles.
Juana I, reina de Nápoles. . 837
Cárlos III, rey de Nápoles. . 838
Ladislao, rey de Nápoles.
Juana II.
Alfonso primero. 839
Fernando I, Alfonso II.
Fernando II, Federico. . . . 840
Fernando de Aragon el Católico.
El gran Capitan.
Cárlos V, Felipe II.
Felipe tercero. 841
Felipe IV.
Cárlos II.
Felipe V, Cárlos VI.
Don Cárlos, despues rey de España: Fernando IV ó el I. . 842
Francisco I.
Fernando V, ó II.
Helvecia ó Suiza. Entre el Franco Condado, la Alemania, los estados de Venecia y la Saboya. 843
Guillermo Tell. 844
Uri, Underval, Schweits.
Lucerna, Zurich. 845
Claris, Zug. 846
Berna.
San Gallo. 847
Neuf-Chatel.
Valés. 848
Friburg, Soleure.
Basilea, Shaffusa, Appenzel. 849
Grisones.
Ginebra. 850
Alemania. Entre la Francia, el mar de Alemania, el Báltico, la Turquía europea, la Italia y la Suiza. 851
Conrado I. 852
Enrique I el Pajarero: Oton I, el Grande.
Oton II, el Sanguinario: Oton III el Niño.
Enrique II, el Santo.
Conrado II, el Sálico; Enrique III el Negro.
Enrique cuarto. 853
Enrique quinto, el Jóven. . . 854
Lotario, Conrado III.
Federico I, Barbaroja. . . . 855
Enrique VI el Severo, Felipe, Oton IV, Federico II.
Interregno. 856
Rodulfo, Adolfo de Nassau, Alberto I de Austria. 857
Enrique VII de Luxembourg, Luis IV de Baviera, Cárlos IV, Wenceslao. 858
Roberto, José, Segismundo. . 859
Alberto II, Federico III, Maximiliano I. 860
Cárlos V. 861
Fernando I, Maximiliano II, Rodulfo II, Matías. 862
Fernando II, Fernando III. . 863
Leopoldo I, José I, Cárlos VI, María Teresa, Francisco I, José II, Pedro Leopoldo, Francisco II.
Hungría. Entre el Drava, los montes Carpacianos, lindando con la Polonia y la Rusia, la Transilvania, la Valaquia, el Austria y la Moravia. . . 864
Geysa I, Estevan I, Pedro, Andrés I, Bela I, Salomon, Geysa II, Ladislao I, Coloman, Almo, Estevan II. 865
Bela II, Geysa III, Estevan III, Bela III, Emerico, Ladislao II, Andrés II, Bela IV, Estevan IV, Ladislao III, Andrés III, Ladislao IV, Oton de Baviera, Caroberto, Luis I, María y Segismundo, Segismundo Solo, Alberto de Austria, Ladislao V, Ladislao VI, Matías Corvino, Ladislao VII, Luis II, Fernando I. 866
Maximiliano, Rodulfo, Matías II.
Fernando II.
Fernando III.
Fernando IV.
Leopoldo, José.
Cárlos.
María Teresa (a).
Estados del Imperio.
Moderna confederacion germánica. 867
Bohemia. Entre la Moravia, la Sajonia, la Franconia y la Baviera. 868
Botzivoi I, Spiligneo I, Wenceslao I, Boleslao el Cruel, Boleslao II el Piadoso, Boleslao III el Ciego, Jaromiro, Udalrico, Bresislao I, Spiligneo II, Wratislao I, Conrado I, Boleslao II, Botzivoi II, Suantapluc, Uladislao III, Sobreslao I, Sobreslao II, Uladislao, Enrique I, Uladislao, Primislao I, Primislao II, Wenceslao III, Primislao, Wenceslao IV, Wenceslao V, Enrique II, Rodulfo, Juan de Luzembourg, Cárlos I, Wenceslao VII, Segismundo, Alberto, Ladislao, Jorge Podiebrado, Uladislao, Luis, Fernando de Austria.
Austria. Entre la Moravia, la Stiria, la Hungría y la Baviera. 869
Brandembourg. Entre la Pomerania, la Polonia y la Alta Sajonia.
Prusia. Entre la Polonia, la Sajonia, la Pomerania y el Báltico, Caballeros teutónicos.
Prusia moderna. 870
Alberto III, Juan, Joaquin I, Joaquin II, Juan Jorge, Joaquin III, Juan Segismundo, Jorge Guillermo, Federico Guillermo I, Federico III, Federico I de los reyes de Prusia, Federico II. 871
Federico Guillermo II, Federico Guillermo III, Federico Guillermo IV. 872
Sajonia. Entre la Lusacia, Brandembourg, Anhalt y Misnia.
Baviera. Entre la Bohemia, el Austria, la Suavia, la Franconia y el Tirol.
Palatinado. El Alto entre la Baviera, la Franconia y la Bohemia. El bajo entre la Maguncia, Alsacia y Tréveris. . 873
Brunswick-Hannover. Entre el Lunebourg, el Magdebourg, el Alberstuat y la Lippa.
Maguncia, *Tréveris y Colonia*.
Holanda. Entre los mares del Norte y de Alemania, la Westfalia, y la Flandes austriaca.
Inundaciones. 874
Establecimiento de la Inquisicion. 875
El duque de Alba. 876
Federico Guillermo, stadhouder, Mauricio. 877
Henrique. 878
Guillermo II, Guillermo III, Guillermo IV, Guillermo V. . 879
Luis Bonaparte, rey de Holanda, Guillermo I, Guillermo II. Este monarca feneció en 17 de marzo de 1849, á la edad de 57 años, y le sucedió su hijo Guillermo III nacido en 1817.
Bélgica: Leopoldo I. 880
Dinamarca. Entre el Océano, el Báltico y la Alemania. . . . 881
Reyes primitivos. 882
Haraldo, Suenon I. 883
Canuto II, Hardi-Canuto III, Magno, Suenon II, Haraldo,

(a) La lucha entre los húngaros y los austriacos tomó en 1849 un carácter de gravedad que no se habia previsto, pues los primeros no solo lidiaron en muchos encuentros con ventaja contra los segundos, sino que resistieron con denuedo á un cuerpo expedicionario ruso que acudió en socorro de sus enemigos.

Digitized by Google

PÁG.

Canuto IV, Olao IV, Erico III, Nicolao. 884
Erico IV, Erico V, Sueno y Canuto, Valdemaro I. 885
Canuto VI, Valdemaro II, Erico VI, Abel, Cristóbal I, Erico VII, Erico VIII, Cristóbal II. 886
Erico IX, Valdemaro III, Olao V, Margarita 887
Erico X, Cristobal III, Cristierno I. 888
Juan I, Cristierno II. 889
Federico I, Cristierno III. . . 890
Federico II, Cristierno IV, Federico III. 891
Cristierno V, Federico IV. . . 892
Cristierno VI, Federico V, Cristierno VII, Federico VI, Cristierno VIII. 893
Suecia. Entre la Dinamarca, la Noruega, el mar Glacial, el mar Blanco, la Livonia y la Polonia. 894
Erico IX, Cárlos VII, Canuto, Suercher, Erico X, Juan I, Erico XI. 895
Valdemaro I, Magno I, Birger II, Magno II 896
Alberto, Margarita, Erico XII. Cristóbal I, Carlos Canutson. Cristierno I, Juan II, Cristierno II.
Gustavo Wasa. 897
Erico XIV. 898
Juan III. 899
Segismundo, Cárlos IX.
Gustavo Adolfo. 900
Cristina. 901
Cárlos X, Cárlos XI. 902
Cárlos XII, sus proezas, su terquedad. 903
Urica Eleonora, y Federico II. . 904
Adolfo Federico. 905
Gustavo III, Gustavo IV, Cárlos XIII. 906
Cárlos XIV (Bernardote), Óscar I.
Rusia. Entre el Océano Glacial, la gran Tartaria, el Océano oriental, la Persia, la Georgia, el mar Caspio, el mar Negro, la Polonia y la Suecia. Su division. Petersburgo, Cronstadt, lapones. 907
Samoyedos, Cosacos, Circasia, tártaros, Siberia. 908
Kamtschatka: clases de rusos, Religion, bautismos, casamientos, entierros; talento de los rusos, sus casas, su industria, su comercio, despotismo de su monarca. . . . 909
Su gobierno, origen de los rusos, Juan Basiliowits I, Basilio, Juan Basiliowits II, Teodoro I. 910
Boriz Gadenow. 911
Teodoro II, Basilio Zuzki. . . 912
Ladislao, Miguel Teodorowitz, Alejo Teodorowitz, Ankudina, impostor. 913
Stenko-Razin, Teodoro Alejowitz, Pedro I, Juan, Pedro I, y Sofia 914
Pedro I, único czar. 915
Catalina I. 916
Pedro II. 917
Ana Iwanowa, Ana de Mecklenbourg, Isabel de Pretowna, Pedro III. 918
Revolucion de 1762. 919
Catalina II. 920
Paulo I, Suwaroff. 921
Alejandro I. 922
Su muerte. 923
Nicolas I. 924
Polonia. Entre la Pomerania, el Brandembourg, la Silesia, la Moravia, Rusia, Tartaria, Hungria y el mar Báltico.
Producciones. Comercio. Costumbres. Gobierno. Milicia. 925
Reyes antiguos. Lesko I. Viscimir. Palatinos ó Vayvodas.
Vanda. Premislao. Lesko II, Popielo. Piasto. Ciemovito. Ciemonislao. Micislao I, Boleslao I, Micislao II. 926
Casimiro I, Boleslao II, Ladislao I, Boleslao III, Ladislao II, Boleslao IV, Micislao III, Casimiro II, Lesko III. 927
Boleslao V, el Casto, Lesko IV el Negro, Enrique I, Primislao y Ladislao III, Wenceslao de Bohemia, Casimiro III, Luis de Hungria, Eduvigis, Jasellon, Ladislao IV, Ladislao V, Casimiro IV. 928
Alberto, Alejandro, Segismundo I, Segismundo II, Enrique II de Anjou. 929
Esteban I, Batori, Segismundo III, Ladislao VI, Casimiro V. 930
Miguel Coribut, Juan Sobieski, Federico Augusto I. 931
Estanislao Lekzinski, Federico Augusto II, Federico Augusto III, Estanislao Poniatowski. 932
Desmembracion de la Polonia. Renuncia Estanislao la corona. 933
Estincion del reino de Polonia.
Inglaterra. Isla en el Océano, á lo largo de la Alemania, que prende la Escocia, y se ha unido á la Irlanda.
Heptarquia. Ethelberto, rey de Kent, Oton rey de Mergia. Monarquia. Alfredo el Grande. 934
Eduardo I, Atlestan, Edmundo I, Edredo, Edwy, Edgardo, Eduardo II, Ethelredo. . . . 935
Edmundo II, Canuto el Grande. Haroldo I, Hardi-Canuto, Eduardo III, Haroldo II, Guillermo I. 936
Guillermo II, Enrique I. . . . 937
Matilde, Esteban, Enrique II. . 9 8
Ricardo I, Juan sin tierra. . . 939
Enrique III, y la carta forastera. 940
Leicester. 941
Eduardo IV. 942
Origen del titulo de Principe de Gales. Eduardo V. 943
Eduardo VI, Ricardo II. 944
Enrique IV. 945
Enrique V, Enrique VI, Eduardo VII. 946
Eduardo VIII, el V de Inglaterra.
Los hijos de Eduardo. . . . 947
Ricardo III, Enrique VII, Roberto Simnel impostor, Pierkin impostor. 948
Enrique VIII, Ana Bolena. . . 949
Principio del cisma, Juana Seymur, Ana de Cleves. . . . 950
Catalina Howard, Catalina Par.
Eduardo IX. 951
Maria.—Isabel. 952
Jacobo I. 953
Cárlos I. 954
Su trajica muerte. 955
Cromwel. 956
El ejército le declara protector. 957
Cárlos II. 958
Jacobo II. 959
Guillermo y Maria.—Ana. . . . 960
Jorge I, Jorge II, Jorge III. . . 961
Independencia de los Estados Unidos. 962
Nelson, Pitt, Canning.—Lucha con Francia. 963
Jorge IV, Guillermo IV, Vitoria I.—Engrandecimiento de la Inglaterra.
Escocia. Parte septentrional de la Inglaterra. 964
Habitantes. Gobierno. Costumbres. Historia antigua de Escocia. — Malcolmo I. 965
Indulfo, Duffo, Culno, Keneto II, Constantino, Grimo, Malcolmo II. 966
Duncan I, Macabeto, Malcolmo III, Duncan II, Edgardo, Alejandro I, David I, Malcolmo IV, Guillermo, Alejandro II, Alejandro III. 967
Interregno.—Juan Bailleul, Roberto Brucio. 968
David II, Roberto II. 969
Roberto III, Jacobo I. 970
Jacobo II, Jacobo III, Jacobo IV. 971
Jacobo V, Maria Stuard. . . . 972
Sus infortunios y su muerte. . 973
Jacobo VI. 974
Irlanda. A lo largo de la Inglaterra y la Escocia. Su descripcion. Habitantes. Costumbres. Gobierno. Industria. Religion. 975
Turgesio, Malaquias I, Malaquias II, Brieno, Roderik-O-Conor.
España. Entre el mar Océano, el Mediterráneo y la Francia. . 976
Situacion, rios, division.
Sus primeros pobladores. Sus producciones. 977
Caracter de la nacion.
Los cartagineses en España. . 978
Sagunto. 979
Los romanos en España. . . 980
Toma de Cartagena. 981
Viriato. 982
Numancia. 983
César en España. 984
Ataulfo, primer rey godo en España. 985
Sigerico, Walia, Teodoredo. Turismundo. 986
Teodorico, Eurico, el Fuero Juzgo, Alarico, Gesaleyco, Amalarico, Teudis, Teudiselo, Agila, Atanagildo.
Interregno.—Liuva I. 987
Leovigildo, San Hermenegildo, Recaredo I, Liuva II, Witerico, Gundemaro, Sisebuto, Recaredo II, Suintila, Sisenando, Chintila. 988
Tulga, Chindasvinto, Recesvinto, Wamba.—Primera tentativa de los sarracenos.
Ervigio, Egica, Witiza. . . . 989
Rodrigo.—Irrupcion de los sarracenos.—Batalla de Jerez. España conquistada por los sarracenos.—Pelayo, que dió principio á la restauracion de España.—Favila. 990
Alonso I el Católico, Fruela I, Aurelio, Silo, Mauregato, Bermudo I el Diácono, Alonso II el Casto, Ramiro II, Ordoño I, Alonso III el Grande. . . . 991
Renuncia y divide la corona en sus hijos.—García, Ordoño II, Fruela II, Alonso IV el Monge, Ramiro II, Ordoño III. . . . 992
Sancho I el Craso, Ordoño IV el Malo, Sancho I, segunda vez. —Rasgo de amor conyugal de la condesa de Castilla doña Sancha.—Ramiro III. . . . 993
Bermudo II.
Irrupcion de Almanzor. Batalla de Calatañazor.
Alonso V.
Principio de la decadencia del poder de los moros. 994
El conde de Castilla don García es asesinado.
Bermudo III.
Reyes de Castilla.
Fernando I. 995
Batalla de Atapuerca.
El Cid.
Sancho II. 996
Alonso VI: su juramento en manos del Cid.
Batalla de los siete condes.
Urraca. 997
Alonso VII el Emperador.
Sancho III el Deseado. 998
Origen de la Orden de Calatrava.
De la de Alcántara.
De la de Santiago.
Fernando II, Alonso VIII. . . 999

Google

PÁG.
Batalla de las Navas.
Enrique I, Berenguela la Grande, Fernando III el Santo.
Reyes de Leon.
Fernando II de Leon. 1000
Alonso IX de Leon.
Siguen los reyes de Castilla y Leon. 1001
Alonso X el Sabio. 1002
Las tercias reales. 1003
Las siete partidas. 1004
Oponense á este código los pueblos. 1005
Sancho IV el Bravo.
Heroicidad de don Alonso Perez de Guzman el Bueno. . 1006
Fernando IV el Emplazado. . 1007
Turbulencias de Castilla. Córtes de Medina. 1008
Alonso XI. 1009
Don Juan el Tuerto. 1010
Sublevaciones en Castilla. . . 1011
Batalla de Pagana ó del Patute. 1012
Batalla del Salado. 1013
Pedro I el Cruel, y la Padilla. 1014
Crueldades de don Pedro. . 1015
Reina por el terror. . . . 1016
Envenena á doña Blanca. . 1017
Asesina al arzobispo de Santiago. 1018
Le mata su hermano. 1019
Don Enrique II el de las Mercedes.
Don Juan I. 1020
Heroicidad de don Pedro Gonzalez de Mendoza.
Don Enrique III el Enfermo. . 1021
Juan II. 1022
Don Alvaro de Luna. 1023
Alteraciones en Castilla. . . . 1024
Muere en un cadalso don Alvaro de Luna. 1025
Enrique IV el Impotente. . . . 1026
Juana la Beltraneja. 1027
Juramento bochornoso exijido á la reina.
Isabel y Fernando V. 1028
Reyes de Aragon.
Sancho el Mayor. 1029
Ramiro I.
Sancho Ramirez.
Pedro I.
Alfonso I, el Batallador.
Ramiro II, el Monge.
Petronila y Ramon; conde de Barcelona.

Como de los Condes de Barcelona ni Anquetil ni su traductor hablan gran cosa, nos ha parecido llenar en parte este vacío continuando aquí la sucinta cronología de dichos potentados, que, sucesivamente, por matrimonios han venido á ser reyes de España.

En tiempo de Garci Iñiguez el segundo, rey de Navarra, ganó de los moros á Barcelona Ludovico, que despues fué emperador, y le llamaron Pio, hijo de Cárlomagno. Dió el gobierno de ella á Bernardo, caballero francés, que murió año de ochocientos treinta y nueve.

Año 839. Wifredo primero fué puesto por sus dias en el gobierno de Barcelona, con título de conde, por el mismo Ludovico Pio, emperador. Matáronle en Francia año de ochocientos y cincuenta y ocho.

Año 858. Wifredo segundo, que llaman Velloso, y fué hijo del primer Wifredo, obtuvo el condado de Barcelona para sí y sus descendientes de Carlos Crasso, emperador, tercero deste nombre, el año de ochocientos y sesenta y cuatro, asi es el primero de los condes de Barcelona. Tuvo dos hijos, Miron que le sucedió, y Seniofredo, á quien hizo conde de Urgel. Murió año de novecientos y catorce.

Año 914. Miron tuvo tres hijos, Seniofredo que le sucedió, Oliva, por sobrenombre Cabreta, señor de Cerdania, y Miron, obispo de Gerona. Finó el conde Miron año de novecientos y veinte y nueve. Gobernó á Barcelona algunos años Seniofredo, hermano de Miron, conde de Urgel, por ser los hijos de Miron pequeños.

Año 950. Seniofredo, hijo de Miron, tomó el gobierno año de novecientos y cincuenta; casó con María, hija de Sancho Abarca, rey de Navarra. Murió sin hijos el año de novecientos noventa y sesenta y siete.

Año 967. Borelo, conde de Urgel, hijo de Seniofredo, el que gobernó á Barcelona, se entró tiránicamente en ella dejando sin el condado á los hijos de Miron, sus primos. Tuvo dos hijos, Raimundo, á quien dejó á Barcelona, y Ermengaudo, á quien dejó á Urgel. Quitáronle los moros á Barcelona, y volviósela á ganar. Murió año de novecientos noventa y tres.

Año 993. Raimundo ó Ramon tuvo por hijo á Berengario Ramon, que le sucedió. Murió el año de mil y diez y siete.

Año 1017. Berengario Ramon tuvo tres hijos, Raimundo el Viejo, á quien dejó á Barcelona, Guillermo conde de Manresa, y Sancho, fraile benito. Murió año de mil treinta y cinco, fué de poco valor.

Año 1035. Raimundo, ó Ramon el segundo, por sobrenombre el Viejo, casó primero con Radalmuri, de quien tuvo á Pedro y á Berengario. Casó despues con Almodi, de quien tuvo á Raimundo Berengario, por sobrenombre Cabeza de Estopa. Tuvo muchas victorias de moros: labró la iglesia Mayor de Barcelona, donde se enterró. Murió año de mil y setenta y siete.

Año 1077. Raimundo ó Ramon tercero, por sobrenombre Cabeza de Estopa, hijo menor de Raimundo el Viejo, fué preferido por su buena condicion en lo de Barcelona á su hermano Berengario, al cual se le dieron en recompensa otras cosas. Casó con Almodia, hija de Roberto Guiscardo, normando. Tuvo en ella á Raimundo Arnaldo que le sucedió. Matóle su hermano Berengario por quitarle á Barcelona; y no solo se la quitó, pero perdió lo que tenia. Murió Cabeza de Estopa año de mil y ochenta y dos: enterráronle en la iglesia mayor de Gerona.

Año 1082. Raimundo cuarto, por sobrenombre Arnaldo, casó con Aldonza ó Dulce, hija y heredera del conde de la Proenza: tuvo en ella á Raimundo y Berengario: dejó á Raimundo lo de Barcelona, y á Berengario lo de la Proenza, en Francia. Heredó á Urgel y otras cosas. Murió año de mil y ciento y treinta y uno.

Año 1131. Raimundo quinto, hijo de Arnaldo, casó con doña Petronila, hija de Ramiro segundo el Monje, rey de Aragon; y aquí se juntaron Barcelona y Aragon, y usaron los reyes de Aragon las armas de los condes de Barcelona, que son cuatro fajas coloradas de alto á bajo en campo dorado, y dejaron las suyas, que eran una cruz y cuatro cabezas de moros, en cada ángulo la suya; tuvo en ella á don Alonso el segundo, rey de Aragon. Murió camino de Turin, en el Piamonte, año de mil ciento y setenta y dos.

Mas adelante un rey de Aragon por otro matrimonio juntó en uno los dos grandes reinos de España, y á ellos unió la Navarra.

PÁG.
Alfonso II. 1030
Pedro II, el Católico.
Jayme I, el Conquistador. . . 1031
Pedro III. 1032
Alfonso III, el Liberal. . . . 1033
Jayme II.
Alfonso IV.
Pedro IV, el Ceremonioso. . . 1034
Juan I.
Martin.
Interregno. 1035
Fernando I.
Alfonso V.
Juan II. 1036
Fernando II y V de Castilla. . 1037
Sigue la historia general de Aragon y Castilla.
Guerra de Granada. 1038
Sitio de esta ciudad.
Su conquista.
Espulsion de los moros.
Espulsion de los judios.
Descubrimiento del Nuevo Mundo. 1039
Juana y Felipe I, el Hermoso. 1040
Fernando el Católico segunda vez. 1041
Reyes de Navarra. 1042
Origen de esta monarquia.
Sancho Iñigo Arista.
Garcia Sanchez Iñiguez.
Sancho Garces Abarca.
Garcia Sanchez II, el Trémulo. 1043
Sancho III el Mayor.
Garcia III.
Sancho III.
Desmembracion de la Navarra.
Restablecimiento de esta monarquia.
Garcia Ramirez.
Sancho V.
Sancho VI, el Sabio.
Sancho VII, el Fuerte.
Teobaldo I.
Teobaldo II.
Enrique.
Juana I. 1044
Luis Hutin.
Felipe el Largo.
Juana II.
Cárlos el Malo.
Cárlos el Noble.
Blanca y Juan I, II de Aragon.
Persecucion del príncipe don Cárlos de Viana. 1045
Leonor.
Francisco Febo. 1046
Catalina y Juan de Labrit.
Conquista de Navarra por don Fernando el Católico. . . . 1047
Cárlos I y V de Alemania. . . 1048
Comunidades de Castilla. . . 1049
María Pacheco. 1050
Batalla de Pavía.
Liga Clementina. 1051
Toma de Roma.
Garcilaso de la Vega. . . . 1052
Abdicacion de Cárlos I, y su retiro al monasterio de Yuste. 1053
Felipe II.
Batalla de San Quintin. . . . 1054
Revolucion de Flandes.
Sublevacion de los moriscos de Granada. 1055
Guerra con los turcos.
Batalla de Lepanto.
Reunion de la corona de Portugal á la de España. . . 1056
La armada Invencible.
El príncipe don Cárlos. D. Antonio Perez. 1057
Felipe III. 1058
Toma de Ostende. 1059
Reconoce á la república de Holanda.
Espulsion de los moriscos. . 1060
Felipe IV. 1061
Revolucion de Cataluña. . . 1062
Muerte del virey de Cataluña. 1063
Sublevacion de Nápoles y Sicilia. 1064
Rebelion de Portugal.
Tratado de Westphalia. . . 1065

Digitized by Google

ÍNDICE Y PAUTA

para la colocacion de las láminas del Nuevo Anquetil.

Alegoría con el epígrafe «GUERRAS, ASOLAMIENTOS, FIEROS MALES.» . . . . Port[illegible]
Eva y la serpiente. . . . .
La escena mas dolorosa del diluvio. . . . .
Salida de los israelitas del Egipto. . . . .
Voto de Jefté. . . . .
Semíramis y su esposo. . . . .
Ester salva á los judíos. . . . .
Destruccion de Troya. . . . .
Edipo y su madre. . . . .
Alejandro recibe de Filipo el mando de un ejército. . . . . 1[illegible]
Mitridates el grande. . . . . 1[illegible]
Jesucristo y la nueva era. . . . . 2[illegible]
L. J. Bruto y sus hijos. . . . . [illegible]
M. J. Bruto y Casio juran la muerte de Julio César. . . . . [illegible]
Británico y su madrastra. . . . . 30[illegible]
La Italia moderna sobre las ruínas y los restos de la Italia antigua. . . . 3[illegible]
El feudalismo. . . . . 50[illegible]
Hemisferio oriental. . . . . 53[illegible]
Bayaceto encarcelado. . . . . 6[illegible]
Degüello en la noche de San Bartolomé. . . . . 73[illegible]
Luis XIV, y su nieto Luis XV. . . . . 73[illegible]
Degüellos de setiembre de 1792. 742
Luis XVI subiendo al cadalso. 744
Bonaparte en el desierto. 747
Napoleon en Vaterloo. 756
Revolucion de 1830. 764
Revolucion de 1848. 767
Marino Faliero depuesto. 812
Las vísperas sicilianas. 836
Federico II de Prusia. 871
Las inundaciones de la Holanda. 874
Establecimiento de la Inquisicion en Flandes. 875
Guerras de Flandes: un guerrero mata á su enemigo y reconoce en él á su hijo. 877
Cárlos XII de Suecia. 902
Pedro el Grande de Rusia. 915
Alfredo el Grande en la desgracia. 931
Los hijos de Eduardo. 947
Eduardo Estuardo en los dias de infortunio. 960
Toma de Ostende. 1059
Entrada de los franceses en Madrid, en 1823. 1110
Hemisferio occidental. 1137
Asesinato de Pizarro. 1175

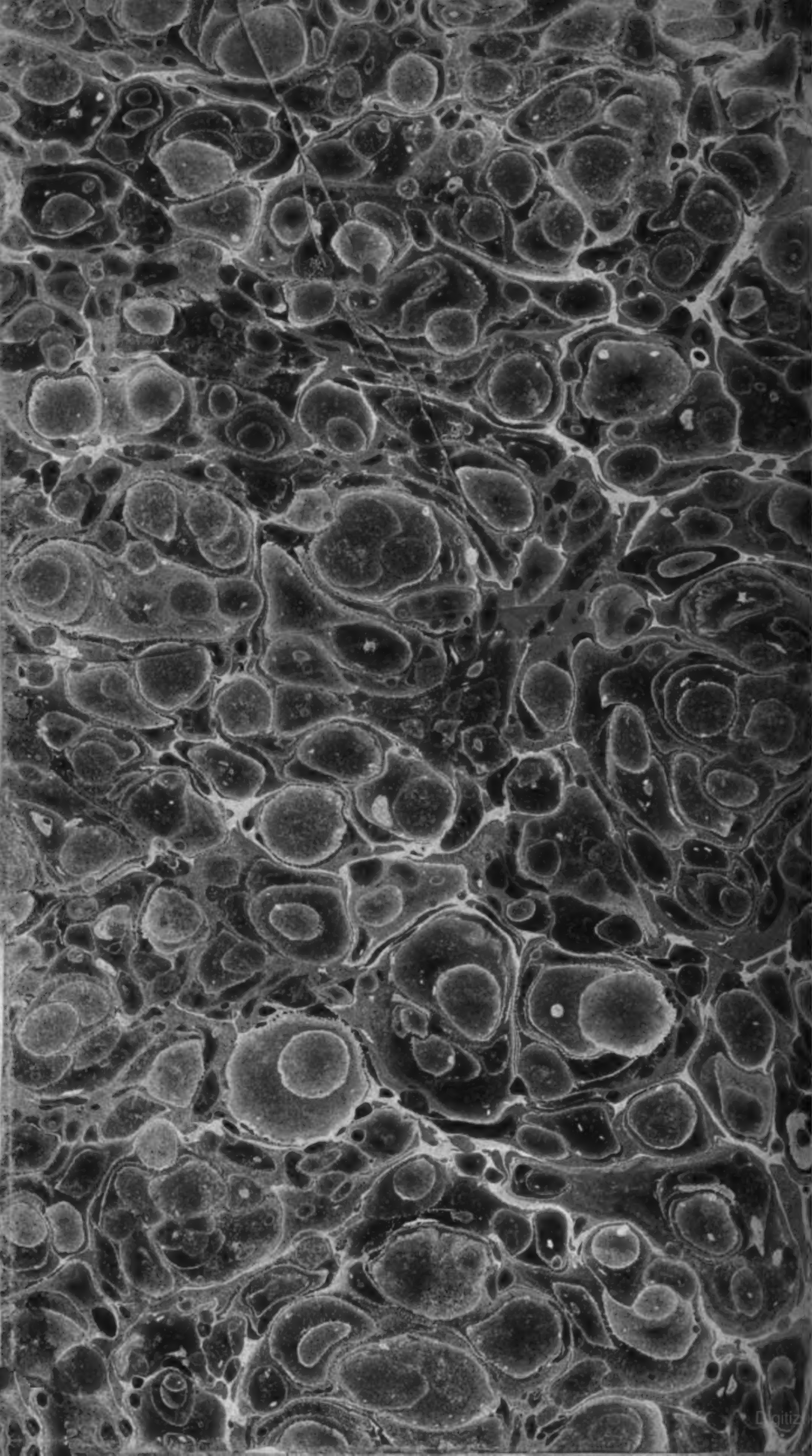




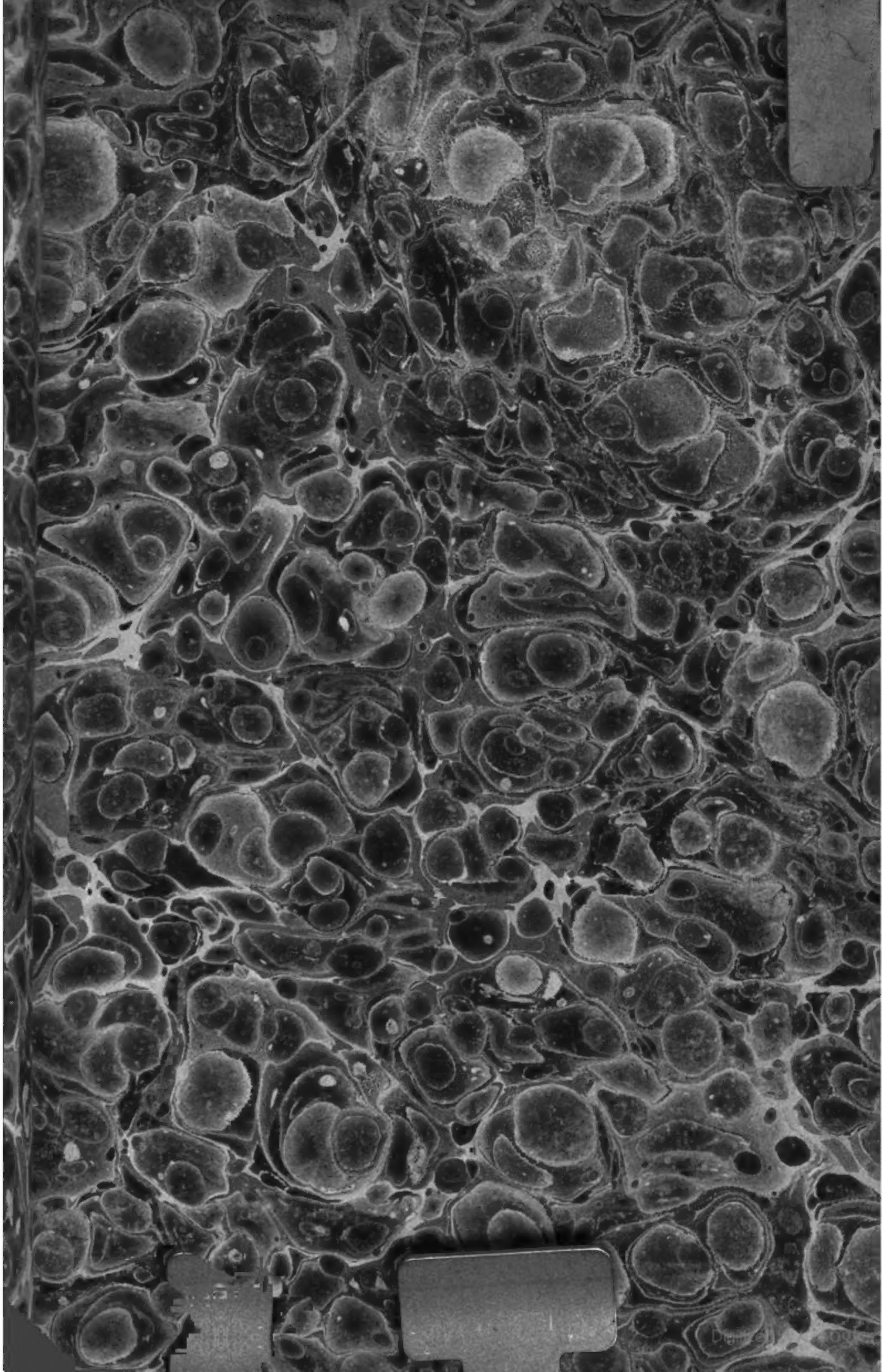
Biblioteca de Catalunya
Adq. C-CTA0
CB. 1001531571
Top.

BIBLIOTECA DE CATALUNYA
1001531571

Generalitat de Catalunya Departament de Cultura
Digitized by Google



Digitized by Google





Digitized by Google